SANTA BIBLIA

ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

VALERA 1602 PURIFICADA

Antigua Versión de Cipriano de Valera 1602 fielmente traducida y revisada al castellano del Texto Masorético hebreo y el Texto Recibido griego y cotejada posteriormente con diversas traducciones castellanas.

Edición Letra Grande (2019)

Obra llevada a cabo por la:

Iglesia Bautista Bíblica de la Gracia
Apartado 209 - Santa Catarina, N.L. - México 66350
www.MaravillosaGracia.com

Publicada por:



www.Valera1602.org

Iglesia Bautista Bíblica de la Gracia

www.MaravillosaGracia.com

www.Valera1602.org

Impreso en China

CONTENIDO

PREFACIO

Esta edición de la Santa Biblia, Valera 1602 Purificada, es una edición de letra grande, para facilitar la lectura de la misma. Traducida de las lenguas originales y posteriormente editada y revisada, provee las palabras puras de Dios en español.

La Valera 1602 surgió en el esplendor de la Era de Oro de la literatura castellana. La Valera 1602 Purificada ha sido una revisión ardua y una purificación diligente del texto castellano. Esta versión ha servido para iluminar las mentes y ennoblecer los caracteres de lectores guiados por el Espíritu Santo alrededor del mundo.

Esta edición de letra grande proporciona al lector las siguientes ventajas:

- Tamaño de letra grande: 14
- Las palabras de Cristo en rojo

La providencia divina ha dispuesto que la Biblia sea traducida, publicada y distribuida ampliamente para propagar el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Se espera que esta publicación sirva a todos aquellos que escudriñan las Escrituras, para conocer mejor a Dios y su voluntad, por medio de sus palabras puras. También deseamos que promueva la causa de Cristo y la gloria de Dios.

Las palabras del SEÑOR son palabras puras;
como plata refinada en horno de tierra,
purificada siete veces. - Salmo 12:6

¿POR QUÉ LA VALERA 1602 PURIFICADA?

La Biblia Valera 1602 Purificada es el trabajo de una iglesia local, Bautista e independiente y no sólo de una persona o una Sociedad Bíblica liberal. La iglesia que hizo el trabajo es la Iglesia Bautista Bíblica de la Gracia, en Monterrey, México. Bajo la autoridad del Pastor Raúl Reyes, la iglesia empezó el trabajo en 1994, después de mucha oración y ayuno sobre qué hacer acerca de la Biblia española. Habiendo estudiado la 1960, la 1909, y la 1865, y al ver los muchos errores en esas versiones, deseamos una Biblia española pura.

Sin embargo, fuimos cuidadosos en buscar la manera correcta de ir purificando la Biblia española con los textos correctos. Vimos la manera equivocada para hacerla, lo cual es darla a una Sociedad Bíblica liberal, porque ellos nunca habían estado interesados en diseminar una Biblia pura en español, más bien sólo revisando versiones ya existentes con textos aún más críticos. También vimos los problemas cuando un hombre que hace el trabajo por él mismo, consientes de la importancia de tener creyentes afines y espirituales que trabajan juntos en la obra.

Después de mucha oración y el estudio, llegamos a la conclusión que guardar la palabra de Dios en su pura forma fue el trabajo del sacerdocio de creyentes, obrando juntos al unísono para leer y releer de nuevo la palabra de Dios una y otra vez. Como iglesia, reunimos todas las Biblias protestantes, españolas y antiguas en que podríamos conseguir trabajar juntos para ir verso por verso por éstas muchas traducciones españolas diferentes. La siguiente es una lista de sólo parte de los muchos textos diferentes, de Biblias, y de las versiones que utilizamos en este trabajo, comparando versículo por versículo:

El Texto Masorético Hebreo y el Texto Recibido Griego
1537 porciones de las escrituras traducidas por Juan de Valdés
1543 Nuevo Testamento de Francisco de Enzinas
1556 Nuevo Testamento de Juan Pérez de Pineda
1553 Antiguo Testamento de Ferrara
1569 Biblia de Casiodoro de Reina
1602 Revisión de Cipriano de Valera
1817 Valera Revisión
1831 Valera Revisión
1862 Valera Revisión
1865 American Bible Society Revisión
1869 Valera Revisión
1909 Antigua Biblia

199? Nuevo Testamento de Bernardo McVey traducido directamente del King James en inglés

1611 King James (Rey Jaime) en inglés

La Biblia Portuguesa revisada y publicada por la Sociedad Bíblica Trinitaria (Almeida Corregida Fiel)

Armados con estos y muchos más, comparamos versículo por versículo con la Rey Jaime y la original 1569 y 1602 de ambos Reina y Valera. Nuestra meta fue que quedara lo más posible a la original revisión de 1602 de Valera, mientras que el texto leía con los antiguos textos castellanos protestantes, cambiando el texto solamente cuando era necesario, para sacar lecturas católicas de la Vulgata, reparando los errores doctrinales, y cambiando palabras tan anticuadas que hoy no se entienden. Nuestro deseo fue producir una Biblia libre de todos los textos críticos y católicos mientras que leyera con la original 1602 de Valera lo más posible. (Así el nombre VALERA 1602 Purificada). También, nuestro enfoque principal fue utilizar el hebreo y el griego atrás de la Rey Jaime y asegurarnos que todas las palabras en español fueron traducidas correctamente.

Nuestro primer Nuevo Testamento fue impreso en Guatemala en 1999, pero teniendo muchas faltas de ortografía, tuvo que ser impreso otra vez en una segunda edición con correcciones en 2002, ¡exactamente 400 años después de la revisión de Valera de 1602! En su primera aparición, algunos le llamaron la 1602 Restaurada. Otros le significaron la 1602 TR (para *Textus Receptus*), y hubo quienes lo marcaron la 1602 Monterrey. La Biblia entera fue impresa por primera vez en 2007, y llegó a ser conocida como la Valera 1602 Purificada.

LO QUE DIFERENCIA A LA BIBLIA VALERA 1602 PURIFICADA

La Valera 1602 Purificada quita completamente todas las lecturas críticas del texto, pero en el mismo tiempo retiene la belleza verdadera de la Valera, sin ser una Biblia española híbrida mezclado con palabras católicas como “Verbo”. Hay sólo una Biblia en español que vuelve a la fuente original - La Valera 1602 - siguiéndola tan cerca como posible, al procurar retener la belleza del idioma castellano, y al asegurarse de preservar las lecturas de las Biblias castellanas antiguas. Esa versión se llama La Valera 1602 Purificada (IBBG).

Tomado de ***Palabras Puras***
Pastor Raúl Reyes
Valera 1602 Org

TABLA

LOS LIBROS DEL ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO

CON EL NÚMERO DE SUS CAPÍTULOS

LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

El Primer Libro de Moisés, Llamado
GÉNESIS

CAPÍTULO 1
EN el principio creó Dios el
cielo y la tierra.
2 Y la tierra estaba sin forma y
vacía, y las tinieblas *estaban* sobre
la faz del abismo, y el Espíritu de
Dios se movía sobre la faz de las
aguas.
3 Y dijo Dios: Sea la luz: y fue la
luz.
4 Y vio Dios que la luz *era* buena:
y apartó Dios la luz de las tinie-
blas.
5 Y llamó Dios a la luz Día, y a
las tinieblas llamó Noche: y fue
la tarde y la mañana el día pri-
mero.
6 Y dijo Dios: Haya firmamento
en medio de las aguas, y separe
las aguas de las aguas.
7 E hizo Dios el firmamento, y
apartó las aguas que *estaban* de-
bajo del firmamento de las aguas
que *estaban* sobre el firmamento:
y fue así.
8 Y llamó Dios al firmamento
Cielo: y fue la tarde y la mañana
el día segundo.
9 Y dijo Dios: Júntense las aguas
debajo de los cielos en un lugar, y
aparezca la *porción* seca: y fue así.
10 Y llamó Dios a la *porción* seca
Tierra, y a la reunión de las aguas
llamó Mares: y vio Dios que *era*
bueno.
11 Y dijo Dios: Produzca la tie-
rra hierba verde, hierba que dé
simiente, árbol de fruto que dé
fruto según su género, que su si-
miente esté en él, sobre la tierra:
y fue así.
12 Y produjo la tierra hierba
verde, hierba que da simiente
según su género, y árbol que da
fruto, cuya simiente *está* en él,
según su género: y vio Dios que
era bueno.
13 Y fue la tarde y la mañana el
día tercero.
14 Y dijo Dios: Sean lumbreras
en el firmamento del cielo para
apartar el día y la noche: y sean
por señales, y para las estaciones,
y para días y años;
15 Y sean por lumbreras en el fir-
mamento del cielo para alumbrar
sobre la tierra: y fue así.
16 E hizo Dios las dos grandes
lumbreras; la lumbrera mayor
para señorear en el día, y la lum-
brera menor para señorear en la
noche: también *él hizo* las estre-
llas.
17 Y púsolas Dios en el firma-
mento del cielo, para alumbrar
sobre la tierra,
18 Y para señorear en el día y en
la noche, y para apartar la luz y
las tinieblas: y vio Dios que *era*
bueno.
19 Y fue la tarde y la mañana el
día cuarto.
20 Y dijo Dios: Produzcan las
aguas abundantemente criatura
viviente que se mueve, y aves *que*
vuelen sobre la tierra, en el fir-
mamento abierto del cielo.
21 Y creó Dios las grandes balle-
nas, y toda criatura viva que se
mueve, que las aguas produjeron
abundantemente según su géne-
ro, y toda ave alada según su gé-
nero: y vio Dios que *era* bueno.
22 Y Dios los bendijo diciendo:

Fructificad y multiplicad, y hen-
chid las aguas en los mares, y las
aves se multipliquen en la tierra.
23 Y fue la tarde y la mañana el
día quinto.
24 Y dijo Dios: Produzca la tie-
rra seres vivientes según su gé-
nero, bestias y criaturas que se
arrastran y animales de la tierra
según su género: y fue así.
25 E hizo Dios animales de la
tierra según su género, y gana-
do según su género, y todo ani-
mal que anda arrastrando sobre
la tierra según su género: y vio
Dios que *era* bueno.
26 Y dijo Dios: Hagamos al hom-
bre a nuestra imagen, conforme
a nuestra semejanza: y señoree
en los peces del mar, y en las
aves del cielo, y en las bestias, y
en toda la tierra, y en todo ani-
mal que anda arrastrando sobre
la tierra.
27 Y creó Dios al hombre a su
imagen, a imagen de Dios lo
creó; varón y hembra los creó.
28 Y los bendijo Dios; y díjoles
Dios: Fructificad y multiplicad, y
henchid la tierra, y sojuzgadla, y
señoread sobre los peces del mar,
y sobre las aves del cielo, y sobre
todas las bestias que se mueven
sobre la tierra.
29 Y dijo Dios: He aquí que os he
dado toda hierba que da simien-
te, que *está* sobre la faz de toda
la tierra; y todo árbol en que *hay*
fruto de árbol que da simiente,
os será para comer.
30 Y a toda bestia de la tierra, y a
toda ave del cielo, y a todo lo que
se arrastra sobre la tierra, en que
hay vida, *os he dado* toda hierba
verde para comer: y fue así.
31 Y vio Dios todo lo que había
hecho, y he aquí que *era* bueno
en gran manera. Y fue la tarde y
la mañana el día sexto.

CAPÍTULO 2

Y FUERON acabados los cielos
y la tierra, y todo el ejército
de ellos.
2 Y acabó Dios en el día sépti-
mo su obra que hizo, y reposó el
día séptimo de toda su obra que
había hecho.
3 Y bendijo Dios al día séptimo,
y santificólo, porque en él reposó
de toda su obra que había Dios
creado y hecho.
4 Éstos *son* los orígenes de los cie-
los y de la tierra cuando fueron
creados, en el día que el SEÑOR
Dios hizo la tierra y los cielos,
5 Y toda planta del campo antes
que fuese en la tierra, y toda hier-
ba del campo antes que naciese:
porque aun no había el SEÑOR
Dios hecho llover sobre la tierra,
ni *había* hombre para que labrase
la tierra;
6 Mas subía de la tierra un vapor,
que regaba toda la faz de la tie-
rra.
7 Formó, pues, el SEÑOR Dios al
hombre *del* polvo de la tierra, y
sopló en su nariz aliento de vida;
y fue el hombre un alma viviente.
8 Y había el SEÑOR Dios plan-
tado un huerto en Edén al orien-
te, y puso allí al hombre que
había formado.
9 Y había el SEÑOR Dios hecho
nacer de la tierra todo árbol
agradable a la vista, y bueno
para comer: también el árbol de
vida en medio del huerto, y el
árbol del conocimiento del bien
y del mal.
10 Y salía de Edén un río para
regar el huerto, y de allí se repar-
tía en cuatro ramales.

11 El nombre del uno *es* Pisón:
éste *es* el que rodea toda la tierra
de Havila, donde *hay* oro;
12 Y el oro de aquella tierra *es*
bueno: *hay* allí bedelio y piedra
de ónix.
13 El nombre del segundo río *es*
Gihón: éste *es* el que rodea toda
la tierra de Etiopía.
14 Y el nombre del tercer río
es Hidekel: éste es el que va al
oriente de Asiria. Y el cuarto río
es el Eufrates.
15 Tomó, pues, el SEÑOR Dios al
hombre, y le puso en el huerto
de Edén, para que lo labrara y lo
guardase.
16 Y mandó el SEÑOR Dios al
hombre, diciendo: De todo árbol
del huerto podrás libremente
comer;
17 Mas del árbol del conoci-
miento del bien y del mal no co-
merás de él; porque el día que de
él comieres, ciertamente morirás.
18 Y dijo el SEÑOR Dios: No *es*
bueno que el hombre esté solo;
haréle ayuda idónea para él.
19 Formó, pues, el SEÑOR Dios
de la tierra toda bestia del campo,
y toda ave del cielo, y trájo*las* a
Adam, para que viese cómo les
había de llamar; y todo lo que
Adam llamó a los animales vi-
vientes, ese *fue* su nombre.
20 Y puso Adam nombres a toda
bestia y ave del cielo y a todo
animal del campo: mas para
Adam no se halló ayuda idónea
para él.
21 Y el SEÑOR Dios hizo caer
sueño sobre Adam, y se quedó
dormido: entonces tomó una de
sus costillas, y cerró la carne en
su lugar;
22 Y de la costilla que el SEÑOR
Dios tomó del hombre, hizo
una mujer, y trájola al hombre.
23 Y dijo Adam: Ésta *es* ahora
hueso de mis huesos, y carne de
mi carne: ella será llamada Varo-
na, porque del varón fue tomada.
24 Por tanto, dejará el hombre a
su padre y a su madre, y allegar-
se ha a su esposa, y serán una
sola carne.
25 Y estaban ambos desnudos,
Adam y su esposa, y no se aver-
gonzaban.

CAPÍTULO 3

EMPERO la serpiente era as-
tuta, más que todos los ani-
males del campo que el SEÑOR
Dios había hecho; la cual dijo
a la mujer: ¿Conque Dios os ha
dicho: No comáis de todo árbol
del huerto?
2 Y la mujer respondió a la ser-
piente: Del fruto de los árboles
del huerto podemos comer
3 Mas del fruto del árbol que *está*
en medio del huerto dijo Dios:
No comeréis de él, ni le tocaréis,
porque no muráis.
4 Entonces la serpiente dijo a la
mujer: Ciertamente no moriréis;
5 Mas sabe Dios que el día que
comiereis de él, serán abiertos
vuestros ojos, y seréis como dio-
ses sabiendo el bien y el mal.
6 Y cuando vio la mujer que el
árbol *era* bueno para comer, y
que *era* agradable a los ojos, y
árbol codiciable para alcanzar
la sabiduría; tomó de su fruto, y
comió; y dio también a su mari-
do, el cual comió así como ella.
7 Y fueron abiertos los ojos de
entrambos, y conocieron que es-
taban desnudos: entonces cosie-
ron hojas de higuera, y se hicie-
ron delantales.
8 Y oyeron la voz del SEÑOR

Dios que se paseaba en el huer-
to al aire del día: y escondióse el
hombre y su esposa de la presen-
cia del SEÑOR Dios entre los ár-
boles del huerto.
9 Y llamó el SEÑOR Dios a Adam,
y le dijo: ¿Dónde estás tú?
10 Y él respondió: Oí tu voz en
el huerto, y tuve miedo, porque
estaba desnudo; y escondíme.
11 Y díjole: ¿Quién te enseñó que
estabas desnudo? ¿Has comido
del árbol de que yo te mandé no
comieses?
12 Y el hombre respondió: La
mujer que me diste para estar con-
migo me dio del árbol, y yo comí.
13 Entonces el SEÑOR Dios dijo
a la mujer: ¿Qué es lo que has
hecho? Y dijo la mujer: La ser-
piente me engañó, y comí.
14 Y el SEÑOR Dios dijo a la ser-
piente: Por cuanto esto hiciste,
maldita serás entre todas las bes-
tias y entre todos los animales
del campo; sobre tu pecho anda-
rás, y polvo comerás todos los
días de tu vida:
15 Y enemistad pondré entre ti
y la mujer, y entre tu simiente y
la simiente suya; esta *simiente* te
herirá *en* la cabeza, y tú le heri-
rás *en* el calcañar.
16 A la mujer dijo: Multiplicaré
en gran manera tus dolores y tus
preñeces; con dolor parirás los
hijos; y a tu marido *será* tu deseo,
y él se enseñoreará de ti.
17 Y a Adam dijo: Por cuanto
obedeciste a la voz de tu espo-
sa, y comiste del árbol de que
te mandé diciendo, no comerás
de él; maldita será la tierra por
amor de ti; con dolor comerás *de*
ella todos los días de tu vida;
18 Espinos y cardos te producirá,
y comerás hierba del campo;
19 En el sudor de tu rostro come-
rás el pan hasta que vuelvas
a la tierra; porque de ella fuis-
te tomado: pues polvo *eres*, y al
polvo serás tornado.
20 Y llamó Adam el nombre de
su esposa, Eva; por cuanto ella
era madre de todos los vivientes.
21 Y el SEÑOR Dios hizo a Adam
y a su esposa túnicas de pieles, y
vistiólos.
22 Y dijo el SEÑOR Dios: He aquí
el hombre es como uno de no-
sotros sabiendo el bien y el mal:
ahora, pues, porque no alargue
su mano, y tome también del
árbol de la vida, y coma, y viva
para siempre:
23 Y sacólo el SEÑOR Dios del
huerto de Edén, para que labrase
la tierra de que fue tomado.
24 Echó, pues, fuera al hombre,
y puso al oriente del huerto de
Edén querubines, y una espa-
da encendida que se revolvía a
todos lados, para guardar el ca-
mino del árbol de la vida.

CAPÍTULO 4

Y CONOCIÓ Adam a su esposa
Eva, la cual concibió y parió a
Caín, y dijo: Adquirido he varón
por el SEÑOR.
2 Y después parió a su hermano
Abel. Y fue Abel pastor de ovejas,
y Caín fue labrador de la tierra.
3 Y aconteció andando el tiempo,
que Caín trajo del fruto de la tie-
rra una ofrenda al SEÑOR.
4 Y Abel trajo también de los pri-
mogénitos de sus ovejas, y de su
grosura. Y el SEÑOR respetó a
Abel y *aceptó* su ofrenda;
5 Mas no miró propicio a Caín
y a la ofrenda suya. Y ensañóse
Caín en gran manera, y decayó
su semblante.

6 Entonces el SEÑOR dijo a Caín:
¿Por qué te has ensañado, y por
qué ha decaído tu rostro?
7 Si bien hicieres, ¿no serás acep-
tado? y si no hicieres bien, el pe-
cado está acechando a la puerta
y te desea, y tú te enseñorearás
sobre él.
8 Y habló Caín con su hermano
Abel: y aconteció que estando
ellos en el campo, Caín se levan-
tó contra su hermano Abel, y le
mató.
9 Y el SEÑOR dijo a Caín: ¿Dónde
está Abel tu hermano? Y él res-
pondió: No sé; ¿*soy* yo guarda de
mi hermano?
10 Y él le dijo: ¿Qué has hecho?
La voz de la sangre de tu herma-
no clama a mí desde la tierra.
11 Ahora pues, maldito *seas* tú de
la tierra que abrió su boca para
recibir la sangre de tu hermano
de tu mano:
12 Cuando labrares la tierra, no
te volverá a dar su fuerza: fugiti-
vo y vagabundo serás en la tierra.
13 Y dijo Caín al SEÑOR: Mi
castigo *es* más grande de lo que
puedo soportar.
14 He aquí me echas hoy de la
faz de la tierra, y de tu presencia
seré escondido; y seré fugitivo y
vagabundo en la tierra; y sucede-
rá que cualquiera *que* me hallare,
me matará.
15 Y respondióle el SEÑOR: Cier-
to que cualquiera que matare a
Caín, siete veces será castigado.
Entonces el SEÑOR puso una
marca en Caín, para que no lo
matase cualquiera que le hallara.
16 Y salió Caín de la presencia
del SEÑOR, y habitó en tierra de
Nod, al oriente de Edén.
17 Y conoció Caín a su esposa,
la cual concibió y parió a Enoc:
y edificó una ciudad, y llamó el
nombre de la ciudad del nombre
de su hijo, Enoc.
18 Y a Enoc nació Irad, e Irad en-
gendró a Mehujael, y Mehujael
engendró a Metusael, y Metusael
engendró a Lamec.
19 Y tomó para sí Lamec dos es-
posas; el nombre de la una *fue*
Ada, y el nombre de la otra Zila.
20 Y Ada parió a Jabal, el cual
fue padre de los que habitan en
tiendas, y los que *tienen* ganados.
21 Y el nombre de su hermano
fue Jubal, el cual fue padre de
todos los que manejan arpa y ór-
gano.
22 Y Zila también parió a Tubal-
Caín, un instructor de todo artífice
de latón y de hierro: y la hermana
de Tubal-Caín *fue* Naama.
23 Y dijo Lamec a sus esposas:
Ada y Zila, oid mi voz; esposas
de Lamec, escuchad mi dicho:
que varón mataré por mi herida,
y mancebo por mi golpe:
24 Si siete veces será vengado
Caín, Lamec en verdad setenta
veces siete *lo será*.
25 Y conoció de nuevo Adam a
su esposa, la cual parió un hijo,
y llamó su nombre Set: Porque
Dios, *dijo ella,* me ha dado otra si-
miente en lugar de Abel, a quien
mató Caín.
26 Y a Set también le nació un
hijo, y llamó su nombre Enós. En-
tonces los hombres comenzaron
a invocar el nombre del SEÑOR.

CAPÍTULO 5

ÉSTE *es* el libro de las gene-
raciones de Adam. El día en
que creó Dios al hombre, a la se-
mejanza de Dios lo hizo;
2 Varón y hembra los creó; y
los bendijo, y llamó su nombre

Adam, el día en que fueron crea-
dos.
3 Y vivió Adam ciento y treinta
años, y engendró *un hijo* a su se-
mejanza, conforme a su imagen,
y llamó su nombre Set.
4 Y fueron los días de Adam, des-
pués que engendró a Set, ocho-
cientos años: y engendró hijos e
hijas.
5 Y fueron todos los días que
vivió Adam novecientos y treinta
años, y murió.
6 Y vivió Set ciento y cinco años,
y engendró a Enós.
7 Y vivió Set, después que engen-
dró a Enós, ochocientos y siete
años: y engendró hijos e hijas.
8 Y fueron todos los días de Set
novecientos y doce años; y murió.
9 Y vivió Enós noventa años, y
engendró a Cainán.
10 Y vivió Enós después que en-
gendró a Cainán, ochocientos y
quince años: y engendró hijos e
hijas.
11 Y fueron todos los días de
Enós novecientos y cinco años; y
murió.
12 Y vivió Cainán setenta años, y
engendró a Mahalaleel.
13 Y vivió Cainán, después que
engendró a Mahalaleel, ocho-
cientos y cuarenta años: y engen-
dró hijos e hijas.
14 Y fueron todos los días de Cai-
nán novecientos y diez años; y
murió.
15 Y vivió Mahalaleel sesenta y
cinco años, y engendró a Jared.
16 Y vivió Mahalaleel, después
que engendró a Jared, ochocien-
tos y treinta años: y engendró
hijos e hijas.
17 Y fueron todos los días de Ma-
halaleel ochocientos noventa y
cinco años; y murió.
18 Y vivió Jared ciento sesenta y
dos años, y engendró a Enoc.
19 Y vivió Jared, después que en-
gendró a Enoc, ochocientos años:
y engendró hijos e hijas.
20 Y fueron todos los días de
Jared novecientos sesenta y dos
años; y murió.
21 Y vivió Enoc sesenta y cinco
años, y engendró a Matusalem.
22 Y caminó Enoc con Dios, des-
pués que engendró a Matusalem,
trescientos años: y engendró
hijos e hijas.
23 Y fueron todos los días de
Enoc trescientos sesenta y cinco
años.
24 Caminó, pues, Enoc con Dios,
y no *apareció*, porque le llevó
Dios.
25 Y vivió Matusalem ciento
ochenta y siete años, y engendró
a Lamec.
26 Y vivió Matusalem, después
que engendró a Lamec, sete-
cientos ochenta y dos años: y en-
gendró hijos e hijas.
27 Fueron, pues, todos los días
de Matusalem, novecientos se-
senta y nueve años; y murió.
28 Y vivió Lamec ciento ochenta
y dos años, y engendró un hijo:
29 Y llamó su nombre Noé, di-
ciendo: Éste nos consolará acer-
ca de nuestras obras, y del traba-
jo de nuestras manos, a causa de
la tierra que el SEÑOR maldijo.
30 Y vivió Lamec, después que
engendró a Noé, quinientos no-
venta y cinco años: y engendró
hijos e hijas.
31 Y fueron todos los días de
Lamec setecientos setenta y siete
años; y murió.
32 Y era Noé de edad quinien-
tos años; y engendró Noé a Sem,
Cam, y a Jafet.

CAPÍTULO 6

Y ACAECIÓ que, cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas,
2 Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres *eran* hermosas, tomáronse esposas, escogiendo entre todas.
3 Y dijo el SEÑOR: No contenderá mi Espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él *es* carne: mas serán sus días ciento y veinte años.
4 Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron *hijos*: éstos *fueron* los valientes que desde la antigüedad *fueron* varones de nombre.
5 Y vio DIOS que *era* mucha la maldad del hombre en la tierra, y *que* toda imaginación de los pensamientos de su corazón *era* solamente mala continuamente.
6 Y arrepintióse el SEÑOR de haber hecho hombre en la tierra, y pesóle en su corazón.
7 Y dijo el SEÑOR: Raeré los hombres que he creado de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo: porque me arrepiento de haberlos hecho.
8 Empero Noé halló gracia en los ojos del SEÑOR.
9 Éstas *son* las generaciones de Noé: Noé fue un varón justo *y* perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé.
10 Y engendró Noé tres hijos: a Sem, a Cam, y a Jafet.
11 Y corrompióse la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia.
12 Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.
13 Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha venido delante de mí; porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra.
14 Hazte un arca de madera de gofer: harás aposentos en el arca, y la embetunarás con brea por dentro y por fuera.
15 Y de esta *manera* la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura.
16 Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo *de elevación* por la parte de arriba: y pondrás la puerta del arca a su lado; y le harás *piso* bajo, segundo y tercero.
17 Y yo, he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que *haya* espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que *hay* en la tierra morirá.
18 Mas estableceré mi pacto contigo, y vendrás en el arca tú, y tus hijos y tu esposa, y las esposas de tus hijos contigo.
19 Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada género meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y hembra serán.
20 De las aves según su género, y de las bestias según su género, de todo reptil de la tierra según su género, dos de cada género vendrán a ti para conservarles la vida.
21 Y toma contigo de toda vian-

da que se come, y allégala a ti; servirá de alimento para ti y para ellos.
22 E hízolo así Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó.

CAPÍTULO 7

Y EL SEÑOR dijo a Noé: Ven tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación.
2 De todo animal limpio te tomarás de siete en siete, macho y su hembra; mas de los animales que no *son* limpios, dos, macho y su hembra.
3 También de las aves del cielo de siete en siete, macho y hembra; para guardar en vida la casta sobre la faz de toda la tierra.
4 Porque aún siete días, y yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y raeré toda sustancia que hice de sobre la faz de la tierra.
5 E hizo Noé conforme a todo lo que le mandó el SEÑOR.
6 Y *siendo* Noé de seiscientos años, el diluvio de las aguas fue sobre la tierra.
7 Y vino Noé, y sus hijos, y su esposa, y las esposas de sus hijos con él al arca, por las aguas del diluvio.
8 De los animales limpios, y de los animales que no *son* limpios, y de las aves, y de todo lo que se arrastra sobre la tierra,
9 De dos en dos entraron a Noé en el arca: macho y hembra, como mandó Dios a Noé.
10 Y sucedió que al séptimo día las aguas del diluvio fueron sobre la tierra.
11 El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas del cielo fueron abiertas;
12 Y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.
13 En este mismo día entró Noé, y Sem, y Cam y Jafet, hijos de Noé, la esposa de Noé, y las tres esposas de sus hijos con él en el arca;
14 Ellos, y todos los animales según sus géneros, y todos los animales mansos según sus géneros, y todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra según su género, y toda ave según su género, todo pájaro alado.
15 Y vinieron a Noé al arca, de dos en dos de toda carne en que *había* espíritu de vida.
16 Y los que vinieron, macho y hembra de toda carne vinieron, como le había mandado Dios: y el SEÑOR le cerró *la puerta.*
17 Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra.
18 Y prevalecieron las aguas, y crecieron en gran manera sobre la tierra; y andaba el arca sobre la faz de las aguas.
19 Y las aguas prevalecieron mucho en extremo sobre la tierra; y todos los montes altos que *había* debajo de todo el cielo, fueron cubiertos.
20 Quince codos en alto prevalecieron las aguas; y fueron cubiertos los montes.
21 Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganados, y de bestias, y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra, y todo hombre:
22 Todo lo que *tenía* aliento de espíritu de vida en sus narices,

de todo lo que *había* en la *tierra*,
murió.
23 Así fue destruido todo ser viviente de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y lo que se arrastra, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra; y quedó solamente Noé, y los que con él *estaban* en el arca.
24 Y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento y cincuenta días.

CAPÍTULO 8

Y ACORDÓSE Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que *estaban* con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas.
2 Y se cerraron las fuentes del abismo, y las cataratas del cielo; y la lluvia del cielo fue detenida.
3 Y tornáronse las aguas de sobre la tierra, yendo y volviendo: y decrecieron las aguas al cabo de ciento y cincuenta días.
4 Y reposó el arca en el mes séptimo, a diecisiete días del mes, sobre los montes de Ararat.
5 Y las aguas fueron decreciendo hasta el mes décimo: en el décimo *mes*, el primer *día* del mes, se descubrieron las cimas de los montes.
6 Y sucedió que, al cabo de cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca que había hecho,
7 Y envió al cuervo, el cual salió, *y estuvo* yendo y tornando hasta que las aguas se secaron de sobre la tierra.
8 Envió también de sí a la paloma, para ver si las aguas se habían retirado de sobre la faz de la tierra;
9 Y no halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvióse a él al arca, porque las aguas estaban *aún* sobre la faz de toda la tierra: entonces él extendió su mano y cogiéndola, hízola entrar consigo en el arca.
10 Y esperó aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca.
11 Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde: y he aquí *que traía* una hoja de oliva tomada en su pico: y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra.
12 Y esperó aún otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió ya más a él.
13 Y sucedió que en el año seiscientos y uno, en el *mes* primero, el primer *día* del mes, las aguas se enjugaron de sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba enjuta.
14 Y en el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra.
15 Y habló Dios a Noé diciendo:
16 Sal del arca tú, y tu esposa, y tus hijos, y las esposas de tus hijos contigo.
17 Todos los animales que *están* contigo, de toda carne, *tanto* de aves como de bestias y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra, sacarás contigo; y vayan por la tierra, y fructifiquen, y multiplíquense sobre la tierra.
18 Entonces salió Noé, y sus hijos, y su esposa, y las esposas de sus hijos con él.
19 Todos los animales, y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra según sus géneros, salieron del arca.
20 Y edificó Noé un altar al SEÑOR,

y tomó de todo animal limpio
y de toda ave limpia, y ofreció
ofrendas quemadas en el altar.
21 Y percibió el SEÑOR olor de
suavidad; y dijo el SEÑOR en
su corazón: No tornaré más a
maldecir la tierra por causa del
hombre; porque la imaginación
del corazón del hombre *es* mala
desde su juventud: ni volveré
más a herir todo viviente, como
he hecho.
22 Todavía serán todos los tiem-
pos de la tierra; la sementera y la
siega, y el frío y calor, verano e in-
vierno, y día y noche, no cesarán.

CAPÍTULO 9

Y BENDIJO Dios a Noé y a sus
hijos, y díjoles: Fructificad, y
multiplicad, y henchid la tierra:
2 Y vuestro temor y vuestro pavor
será sobre todo animal de la tie-
rra, y sobre toda ave del cielo, en
todo lo que se mueva *sobre* la tie-
rra, y en todos los peces del mar:
en vuestra mano son entregados.
3 Todo lo que se mueve y vive,
os será para mantenimiento: así
como las legumbres y hierbas, os
lo he dado todo.
4 Empero carne con su vida, *que*
es su sangre, no comeréis.
5 Porque ciertamente demanda-
ré la sangre de vuestras vidas; de
mano de todo animal la deman-
daré, y de mano del hombre; de
mano del varón su hermano de-
mandaré la vida del hombre.
6 El que derramare sangre del
hombre, por el hombre su sangre
será derramada; porque a ima-
gen de Dios es hecho el hombre.
7 Mas vosotros fructificad, y
multiplicaos; procread abundan-
temente en la tierra, y multipli-
caos en ella.
8 Y habló Dios a Noé y a sus hijos
con él, diciendo:
9 Yo, he aquí que yo establez-
co mi pacto con vosotros, y con
vuestra simiente después de vo-
sotros;
10 Y con toda alma viviente que
está con vosotros, de aves, de ani-
males, y de toda bestia de la tie-
rra que está con vosotros; desde
todos los que salieron del arca
hasta todo animal de la tierra.
11 Estableceré mi pacto con vo-
sotros, y no fenecerá ya más toda
carne con aguas de diluvio; ni
habrá más diluvio para destruir
la tierra.
12 Y dijo Dios: Ésta *será* la señal
del pacto que yo establezco entre
mí y vosotros y toda alma vivien-
te que *está* con vosotros, por si-
glos perpetuos:
13 Mi arco pondré en las nubes,
el cual será por señal de conve-
nio entre mí y la tierra.
14 Y acontecerá que cuando haré
venir nubes sobre la tierra, se de-
jará ver entonces mi arco en las
nubes.
15 Y acordarme he del pacto mío,
que *hay* entre mí y vosotros y
toda alma viviente de toda carne;
y no serán más las aguas por di-
luvio para destruir toda carne.
16 Y estará el arco en las nubes,
y verlo he para acordarme del
pacto perpetuo entre Dios y toda
alma viviente, con toda carne
que *hay* sobre la tierra.
17 Dijo, pues, Dios a Noé: Ésta
será la señal del pacto que he es-
tablecido entre mí y toda carne
que está sobre la tierra.
18 Y los hijos de Noé que salie-
ron del arca fueron Sem, Cam y
Jafet: y Cam *es* el padre de Ca-
naán.

19 Estos tres *son* los hijos de Noé;
y de ellos fue llena toda la tierra.
20 Y comenzó Noé a labrar la tie-
rra, y plantó una viña:
21 Y bebió del vino, y se embria-
gó, y estaba descubierto en
medio de su tienda.
22 Y Cam, padre de Canaán, vio
la desnudez de su padre, y díjolo
a sus dos hermanos a la parte de
afuera.
23 Entonces Sem y Jafet toma-
ron la ropa, y *la* pusieron sobre
sus propios hombros, y andando
hacia atrás, cubrieron la desnu-
dez de su padre, teniendo vuel-
tos sus rostros, y así no vieron la
desnudez de su padre.
24 Y despertó Noé de su vino, y
supo lo que había hecho a él su
hijo el más joven;
25 Y dijo: Maldito *sea* Canaán;
Siervo de siervos será a sus her-
manos.
26 Dijo más: Bendito *sea* el
SEÑOR el Dios de Sem, y será
Canaán su siervo.
27 Engrandecerá Dios a Jafet, y
habitará en las tiendas de Sem, y
será Canaán su siervo.
28 Y vivió Noé después del dilu-
vio trescientos y cincuenta años.
29 Y fueron todos los días de Noé
novecientos y cincuenta años; y
murió.

CAPÍTULO 10

ÉSTAS *son* las generaciones de
los hijos de Noé: Sem, Cam y
Jafet, a los cuales nacieron hijos
después del diluvio.
2 Los hijos de Jafet: Gomer, y
Magog, y Madai, y Javán, y
Tubal, y Mesec, y Tiras.
3 Y los hijos de Gomer: Askenaz,
y Rifat, y Togarma.
4 Y los hijos de Javán: Elisa,
y Tarsis, Quitim, y Dodanim.
5 Por éstos fueron repartidas las
islas de los Gentiles en sus tie-
rras, cada cual según su lengua,
conforme a sus familias en sus
naciones.
6 Los hijos de Cam: Cus, y Mi-
zraim, y Fut, y Canaán.
7 Y los hijos de Cus: Seba, Ha-
vila, y Sabta, y Raama, y Sabte-
ca. Y los hijos de Raama: Seba y
Dedán.
8 Y Cus engendró a Nimrod: éste
comenzó a ser poderoso en la
tierra.
9 Éste fue vigoroso cazador de-
lante del SEÑOR; por lo cual se
dice: Así como Nimrod, vigoroso
cazador delante del SEÑOR.
10 Y fue la cabecera de su reino
Babel, y Erec, y Acad, y Calne, en
la tierra de Sinar.
11 De aquesta tierra salió Asur, y
edificó a Nínive, y a Rehobot, y
a Cala,
12 Y a Resén entre Nínive y Cala;
la cual *es* ciudad grande.
13 Y Mizraim engendró a Ludim,
y a Anamim, y a Lehabim, y a
Naftuhim,
14 Y a Patrusim, y a Casluim, (de
donde salieron los Filisteos), y a
Caftorim.
15 Y Canaán engendró a Sidón,
su primogénito, y a Het,
16 Y al Jebuseo, y al Amorreo, y
al Gergeseo,
17 Y al Heveo, y al Araceo, y al
Sineo,
18 Y al Aradio, y al Samareo, y al
Amateo: y después se derrama-
ron las familias de los Cananeos.
19 Y fue el término de los Ca-
naneos desde Sidón, viniendo a
Gerar hasta Gaza, hasta entrar
en Sodoma y Gomorra, Adma, y
Zeboim hasta Lasa.

20 Éstos *son* los hijos de Cam por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras *y* en sus naciones.
21 También le nacieron *hijos* a Sem, padre de todos los hijos de Heber, y hermano mayor de Jafet.
22 Y los hijos de Sem: Elam, y Asur, y Arfaxad, y Lud, y Aram.
23 Y los hijos de Aram: Uz, y Hul, y Geter, y Mas.
24 Y Arfaxad engendró a Sala, y Sala engendró a Heber.
25 Y a Heber nacieron dos hijos: el nombre del uno *fue* Peleg, porque en sus días fue repartida la tierra; y el nombre de su hermano *fue* Joctán.
26 Y Joctán engendró a Almodad, y a Selef, y Hazarmavet, y a Jera,
27 Y a Adoram, y a Uzal, y a Dicla,
28 Y a Obal, y a Abimael, y a Seba,
29 Y a Ofir, y a Havila, y a Jobab: todos estos *fueron* hijos de Joctán.
30 Y fue su habitación desde Mesa viniendo de Sefar, monte *a la parte* del oriente.
31 Éstos *fueron* los hijos de Sem por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones.
32 Éstas *son* las familias de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos fueron divididas las gentes en la tierra después del diluvio.

CAPÍTULO 11

ERA entonces toda la tierra de una lengua y unas mismas palabras.
2 Y aconteció *que*, como se partieron de oriente, hallaron una vega en la tierra de Sinar, y asentaron allí.
3 Y dijeron los unos a los otros: Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y fueles el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla.
4 Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide *llegue* al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.
5 Y descendió el SEÑOR para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.
6 Y dijo el SEÑOR: He aquí el pueblo *es* uno, y todos éstos tienen un lenguaje: y han comenzado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.
7 Ahora pues, descendamos, y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero.
8 Así los esparció el SEÑOR desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.
9 Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió el SEÑOR el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.
10 Éstas *son* las generaciones de Sem: Sem *fue* de edad de cien años y engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio.
11 Y vivió Sem, después que engendró a Arfaxad quinientos años, y engendró hijos e hijas.
12 Y Arfaxad vivió treinta y cinco años, y engendró a Sala.
13 Y vivió Arfaxad, después que engendró a Sala, cuatrocientos y tres años, y engendró hijos e hijas.
14 Y vivió Sala treinta años, y engendró a Heber.

15 Y vivió Sala, después que en-
gendró a Heber, cuatrocientos
y tres años, y engendró hijos e
hijas.
16 Y vivió Heber treinta y cuatro
años, y engendró a Peleg.
17 Y vivió Heber, después que
engendró a Peleg, cuatrocientos
y treinta años, y engendró hijos
e hijas.
18 Y vivió Peleg, treinta años, y
engendró a Reu.
19 Y vivió Peleg, después que en-
gendró a Reu, doscientos y nueve
años, y engendró hijos e hijas.
20 Y Reu vivió treinta y dos años,
y engendró a Serug.
21 Y vivió Reu, después que en-
gendró a Serug, doscientos y
siete años, y engendró hijos e
hijas.
22 Y vivió Serug treinta años, y
engendró a Nacor.
23 Y vivió Serug, después que en-
gendró a Nacor, doscientos años,
y engendró hijos e hijas.
24 Y vivió Nacor veintinueve
años, y engendró a Taré.
25 Y vivió Nacor, después que
engendró a Taré, ciento dieci-
nueve años, y engendró hijos e
hijas.
26 Y vivió Taré setenta años, y
engendró a Abram, y a Nacor, y
a Harán.
27 Éstas *son* las generaciones de
Taré: Taré engendró a Abram, y
a Nacor, y a Harán; y Harán en-
gendró a Lot.
28 Y murió Harán antes que su
padre Taré en la tierra de su na-
turaleza, en Ur de los Caldeos.
29 Y tomaron Abram y Nacor
para sí esposas: el nombre de
la esposa de Abram, *fue* Sarai,
y el nombre de la esposa de
Nacor, Milca, hija de Harán,
padre de Milca y de Isca.
30 Mas Sarai fue esteril, y no
tenía hijo.
31 Y tomó Taré a Abram su hijo,
y a Lot hijo de Harán, hijo de su
hijo, y a Sarai su nuera, esposa
de Abram su hijo: y salió con
ellos de Ur de los Caldeos, para
ir a la tierra de Canaán: y vinie-
ron hasta Harán, y asentaron allí.
32 Y fueron los días de Taré dos-
cientos y cinco años; y murió
Taré en Harán.

CAPÍTULO 12

EMPERO el SEÑOR había
dicho a Abram: Vete de tu
tierra y de tu parentela, y de la
casa de tu padre, a la tierra que
te mostraré;
2 Y haré de ti una nación grande,
y bendecirte he, y engrandeceré
tu nombre, y serás bendición:
3 Y bendeciré a los que te bendi-
jeren, y a los que te maldijeren
maldeciré: y serán benditas en ti
todas las familias de la tierra.
4 Y fuese Abram, como el SEÑOR
le dijo; y fue con él Lot: y *era*
Abram de edad de setenta y cinco
años cuando salió de Harán.
5 Y tomó Abram a Sarai su espo-
sa, y a Lot hijo de su hermano, y
toda su hacienda que habían ga-
nado, y las almas que habían ad-
quirido en Harán, y salieron para
ir a tierra de Canaán; y a tierra
de Canaán llegaron.
6 Y pasó Abram por aquella tie-
rra hasta el lugar de Siquem,
hasta la llanura de Moreh: y el
Cananeo *estaba* entonces en la
tierra.
7 Y apareció el SEÑOR a Abram,
y le dijo: A tu simiente daré esta
tierra. Y edificó allí un altar al
SEÑOR, que le había aparecido.

8 Y pasóse de allí a un monte al oriente de Betel, y tendió su tienda, *teniendo* a Betel al occidente y Hai al oriente: y edificó allí altar al SEÑOR, e invocó el nombre del SEÑOR.
9 Y partióse Abram, yendo aún hacia el sur.
10 Y hubo hambre en la tierra, y descendió Abram a Egipto para peregrinar allá; porque *era* grande el hambre en la tierra.
11 Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su esposa: He aquí, ahora conozco que *eres* mujer hermosa de vista;
12 Y será que cuando te habrán visto los Egipcios, dirán: Su esposa *es*: y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida.
13 Ahora pues, di que *eres* mi hermana, para que yo haya bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de ti.
14 Y aconteció que, como entró Abram en Egipto, los Egipcios vieron la mujer que era hermosa en gran manera.
15 Viéronla también los príncipes de Faraón, y se la alabaron; y fue llevada la mujer a casa de Faraón:
16 E hizo bien a Abram por causa de ella; y tuvo ovejas, y vacas, y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.
17 Mas el SEÑOR hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai esposa de Abram.
18 Entonces Faraón llamó a Abram, y le dijo: ¿Qué *es* esto *que* has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que *era* tu esposa?
19 ¿Por qué dijiste: *Es* mi hermana, poniéndome en ocasión de tomarla para mí por esposa? Ahora pues, he aquí tu esposa, tóma*la* y vete.
20 Entonces Faraón dio orden a *sus* gentes acerca de Abram; y le acompañaron, y a su esposa con todo lo que tenía.

CAPÍTULO 13

SUBIÓ, pues, Abram de Egipto hacia el sur, él, y su esposa, con todo lo que tenía, y con él Lot.
2 Y Abram *era* riquísimo en ganado, en plata y oro.
3 Y él fue por sus jornadas del sur hasta Betel, hasta el lugar donde había estado antes su tienda, entre Betel y Hai;
4 Al lugar del altar que había hecho allí antes: e invocó allí Abram el nombre del SEÑOR.
5 Y asimismo Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, y vacas, y tiendas.
6 Y la tierra no podía darles para que habitasen juntos: porque su hacienda era mucha, y no podían morar en un mismo lugar.
7 Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot: y el Cananeo y el Ferezeo habitaban entonces en la tierra.
8 Entonces Abram dijo a Lot: No haya ahora altercado entre mí y ti, entre mis pastores y los tuyos, porque *somos* hermanos.
9 ¿No *está* toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si *fueres* a la mano izquierda, yo iré a la derecha: y si *fueres* a la derecha, yo iré a la izquierda.
10 Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era de riego, antes que destruyese el SEÑOR a Sodoma y a Gomorra, *aún* como el huerto del

SEÑOR, como la tierra de Egipto
entrando en Zoar.
11 Entonces Lot escogió para sí
toda la llanura del Jordán: y partióse Lot de Oriente, y apartáronse el uno del otro.
12 Abram asentó en la tierra de
Canaán, y Lot asentó en las ciudades de la llanura, y fue poniendo *sus* tiendas hasta Sodoma.
13 Mas los hombres de Sodoma
eran malos y pecadores para con el SEÑOR en gran manera.
14 Y el SEÑOR dijo a Abram, des-
pués que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, y al sur, y al oriente y al occidente;
15 Porque toda la tierra que ves,
la daré a ti y a tu simiente para siempre.
16 Y haré tu simiente como el
polvo de la tierra: que si alguno podrá contar el polvo de la tierra, también tu simiente será contada.
17 Levántate, ve por la tierra a lo
largo de ella y a su ancho; porque a ti la tengo de dar.
18 Abram, pues, removiendo *su*
tienda, vino y moró en el llano de Mamre, que *es* en Hebrón, y edificó allí altar al SEÑOR.

CAPÍTULO 14

Y ACONTECIÓ en los días de Amrafel, rey de Sinar, Arioc, rey de Elasar, Quedorlaomer, rey de Elam, y Tidal, rey de naciones,
2 *Que éstos* hicieron guerra con-
tra Bera, rey de Sodoma, y contra Birsa, rey de Gomorra, y contra Sinab, rey de Adma, y contra Semeber, rey de Zeboim, y contra el rey de Bela, la cual es Zoar.
3 Todos estos se juntaron en el
valle de Sidim, que es el mar salado.
4 Doce años habían servido a
Quedorlaomer, y al décimotercio año se rebelaron.
5 Y en el año décimocuarto vino
Quedorlaomer, y los reyes que *estaban* de su parte, y derrotaron a los Refaítas en Asterot-carnaim, a los Zuzitas en Ham, y a los Emitas en Save-Quiriataim.
6 Y a los Horeos en el monte de
Seir, hasta la llanura de Parán, que *está* junto al desierto.
7 Y volvieron y vinieron a Emis-
pat, que *es* Cades, y devastaron todas las haciendas de los amalecitas, y también al Amorreo, que habitaba en Hazezón-tamar.
8 Y salió el rey de Sodoma, y
el rey de Gomorra, y el rey de Adma, y el rey de Zeboim, y el rey de Bela, que *es* Zoar, y ordenaron contra ellos batalla en el valle de Sidim;
9 *Es a saber*, contra Quedorlao-
mer, rey de Elam, y Tidal, rey de naciones, y Amrafel, rey de Sinar, y Arioc, rey de Elasar; cuatro reyes contra cinco.
10 Y el valle de Sidim *estaba lleno*
de pozos de betún: y huyeron el rey de Sodoma y el de Gomorra, y cayeron allí; y los demás huyeron al monte.
11 Y tomaron toda la riqueza de
Sodoma y de Gomorra, y todas sus vituallas, y se fueron.
12 Tomaron también a Lot, hijo
del hermano de Abram, que moraba en Sodoma, y su hacienda, y se fueron.
13 Y vino uno de los que escapa-
ron, y denunciólo a Abram el Hebreo, que habitaba en el llano de Mamre Amorreo, hermano de Escol y hermano de Aner, los

cuales *estaban* confederados con
Abram.
14 Y oyó Abram que su hermano
estaba prisionero, y armó a sus
criados, los nacidos en su casa,
trescientos dieciocho, y *los* siguió
hasta Dan.
15 Y derramóse sobre ellos de
noche él y sus siervos, e hiriólos,
y fuélos siguiendo hasta Hobah,
que *está* a la izquierda de Damasco.
16 Y recobró todos los bienes, y
también a Lot su hermano y su
hacienda, y también las mujeres
y gente.
17 Y salió el rey de Sodoma a recibirlo,
cuando volvía de la derrota
de Quedorlaomer y de los
reyes que con él *estaban*, al valle
de Save, que *es* el valle del rey.
18 Entonces Melquisedec, rey de
Salem, sacó pan y vino; el cual
era sacerdote del Dios Altísimo;
19 Y bendíjole, y dijo: Bendito
sea Abram del Dios Altísimo,
poseedor del cielo y de la tierra;
20 Y bendito sea el Dios Altísimo,
que entregó tus enemigos en tu
mano. Y dióle *Abram* los diezmos
de todo.
21 Entonces el rey de Sodoma
dijo a Abram: Dame las personas,
y toma para ti la hacienda.
22 Y respondió Abram al rey de
Sodoma: He alzado mi mano al
SEÑOR Dios Altísimo, poseedor
del cielo y de la tierra,
23 Que desde un hilo hasta la correa
de un zapato, nada tomaré
de todo lo que es tuyo, para que
no digas: Yo enriquecí a Abram:
24 Sacando solamente lo que comieron
los mancebos, y la porción
de los varones que fueron
conmigo, Aner, Escol, y Mamre;
los cuales tomarán su parte.

CAPÍTULO 15

DESPUÉS de estas cosas vino la palabra del SEÑOR a Abram
en visión, diciendo: No temas,
Abram; Yo *soy* tu escudo, *y* tu galardón
sobremanera grande.
2 Y respondió Abram: Señor
DIOS, ¿qué me has de dar, siendo
así que ando sin hijo, y el mayordomo
de mi casa *es* ese Damasceno
Eliezer?
3 Dijo más Abram: Mira que no
me has dado prole, y he aquí que
es mi heredero uno nacido en mi
casa.
4 Y luego la palabra del SEÑOR
vino a él diciendo: No te heredará
éste, sino el que saldrá de tus
entrañas será el que te herede.
5 Y sacóle fuera, y dijo: Mira
ahora al cielo, y cuenta las estrellas,
si las puedes contar. Y le
dijo: Así será tu simiente.
6 Y creyó al SEÑOR, y contóselo
por justicia.
7 Y díjole: Yo *soy* el SEÑOR, que
te saqué de Ur de los Caldeos,
para darte a heredar esta tierra.
8 Y él respondió: Señor DIOS,
¿en qué conoceré que la tengo de
heredar?
9 Y le dijo: Apártame una becerra
de tres años, y una cabra de
tres años, y un carnero de tres
años, una tórtola también, y un
palomino.
10 Y tomó él todas estas cosas,
y partiólas por la mitad, y puso
cada mitad una enfrente de otra;
mas no partió las aves.
11 Y descendían aves sobre los
cuerpos muertos, y ojeábalas
Abram.
12 Mas a la caída del sol sobrecogió
el sueño a Abram, y he
aquí que el pavor de una grande
oscuridad cayó sobre él.

13 Entonces dijo a Abram: Ten por cierto que tu simiente será peregrina en tierra no suya, y servirá a los *de allí, y* serán *por ellos* afligidos cuatrocientos años.

14 Mas también a la gente a quien servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con grande riqueza.

15 Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez.

16 Y en la cuarta generación volverán acá: porque aun no está cumplida la maldad del Amorreo hasta aquí.

17 Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, dejóse ver un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasó por entre los animales divididos.

18 En aquel día hizo el SEÑOR un pacto con Abram diciendo: A tu simiente daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates;

19 Los Cineos, y los Ceneceos, y los Cedmoneos,

20 Y los Heteos, y los Ferezeos, y los Refaítas,

21 Y los Amorreos, y los Cananeos, y los Gergeseos, y los Jebuseos.

CAPÍTULO 16

Y SARAI, esposa de Abram no le paría: y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar.

2 Dijo, pues, Sarai a Abram: Ya ves que el SEÑOR me ha hecho estéril: ruégote que entres a mi sierva; quizá tendré hijos de ella. Y atendió Abram al dicho de Sarai.

3 Y Sarai, esposa de Abram, tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y dióla a Abram su marido por esposa.

4 Y él cohabitó con Agar, la cual concibió: y cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora.

5 Entonces Sarai dijo a Abram: Mi afrenta *sea* sobre ti: yo puse mi sierva en tu seno, y viéndose embarazada, me mira con desprecio; juzgue el SEÑOR entre mí y ti.

6 Y respondió Abram a Sarai: He ahí tu sierva en tu mano, haz con ella lo que bien te pareciere. Y como Sarai la afligiese, huyóse de su presencia.

7 Y hallóla el ángel del SEÑOR junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente *que está* en el camino de Shur.

8 Y *le* dijo: Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas? Y ella respondió: Huyo de delante de Sarai, mi señora.

9 Y díjole el ángel del SEÑOR: Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo de su mano.

10 Díjole también el ángel del SEÑOR: Multiplicaré tanto tu linaje, que no será contado a causa de la muchedumbre.

11 Díjole aún el ángel del SEÑOR: He aquí que *has* concebido, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Ismael, porque oído ha el SEÑOR tu aflicción.

12 Y él será hombre fiero; su mano *será* contra todos, y las manos de todos contra él; y delante de todos sus hermanos habitará.

13 Y llamó el nombre del SEÑOR que con ella hablaba: Tú Dios me ves; porque dijo: ¿No he visto también aquí al que me ve?

14 Por lo cual llamó al pozo,

Beer-lajai-roi. He aquí *está* entre
Cades y Bered.
15 Y parió Agar a Abram un hijo,
y llamó Abram el nombre de su
hijo que le parió Agar, Ismael.
16 Y *era* Abram de edad de ochen-
ta y seis años, cuando parió Agar
a Ismael.

CAPÍTULO 17

Y SIENDO Abram de edad de
noventa y nueve años, apa-
recióle el SEÑOR, y le dijo: Yo
soy el Dios Todopoderoso; anda
delante de mí, y sé perfecto.
2 Y pondré mi pacto entre mí y
ti, y multiplicarte he mucho en
gran manera.
3 Entonces Abram cayó sobre su
rostro, y Dios habló con él di-
ciendo:
4 Yo, he aquí mi pacto *es* contigo:
Serás padre de muchedumbre de
gentes:
5 Y no se llamará más tu nombre
Abram, sino que será tu nombre
Abraham, porque te he puesto
por padre de muchedumbre de
gentes.
6 Y multiplicarte he mucho en
gran manera, y te pondré en gen-
tes, y reyes saldrán de ti.
7 Y estableceré mi pacto entre mí
y ti, y tu simiente después de ti
en sus generaciones, por pacto
perpetuo, para serte a ti por Dios,
y a tu simiente después de ti.
8 Y te daré a ti, y a tu simien-
te después de ti, la tierra de tus
peregrinaciones, toda la tierra de
Canaán en heredad perpetua; y
seré el Dios de ellos.
9 Dijo de nuevo Dios a Abraham:
Tú empero guardarás mi pacto,
tú y tu simiente después de ti por
sus generaciones.
10 Éste *es* mi pacto, que guar-
daréis entre mí y vosotros y tu
simiente después de ti: Será cir-
cuncidado todo varón de entre
vosotros.
11 Circuncidaréis, pues, la carne
de vuestro prepucio, y será por
señal del pacto entre mí y voso-
tros.
12 Y de edad de ocho días será
circuncidado todo varón entre
vosotros por vuestras generacio-
nes: el nacido en casa, y el com-
prado a dinero de cualquier
extranjero, que no *fuere* de tu
simiente.
13 Debe ser circuncidado el na-
cido en tu casa, y el comprado
por tu dinero: y estará mi pacto
en vuestra carne para pacto per-
petuo.
14 Y el varón incircunciso que no
hubiere circuncidado la carne de
su prepucio, aquella alma será
borrada de su pueblo; ha violado
mi pacto.
15 Dijo también Dios a Abra-
ham: A Sarai tu esposa no la
llamarás Sarai, mas Sara *será* su
nombre.
16 Y bendecirla he, y también te
daré de ella hijo; sí, la bendeciré,
y vendrá a ser *madre* de naciones;
reyes de pueblos serán de ella.
17 Entonces Abraham cayó sobre
su rostro, y rióse, y dijo en su co-
razón: ¿A hombre de cien años
ha de nacer *hijo*? ¿y Sara, ya de
noventa años, ha de parir?
18 Y dijo Abraham a Dios: ¡Oh
que Ismael viva delante de ti!
19 Y respondió Dios: Ciertamen-
te Sara tu esposa te parirá un
hijo, y llamarás su nombre Isaac;
y confirmaré mi pacto con él por
un pacto perpetuo, *y* con su si-
miente después de él.
20 Y en cuanto a Ismael, *también*

te he oído: he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera: doce príncipes engendrará, y ponerlo he por gran gente.
21 Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, al cual te parirá Sara por este tiempo el año siguiente.
22 Y acabó de hablar con él, y subió Dios de con Abraham.
23 Entonces tomó Abraham a Ismael su hijo, y a todos los nacidos en su casa, y a todos los comprados por su dinero, a todo varón entre los domésticos de la casa de Abraham, y circuncidó la carne del prepucio de ellos en aquel mismo día, como Dios le había dicho.
24 *Era* Abraham de edad de noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio.
25 E Ismael su hijo *era* de trece años, cuando fue circuncidada la carne de su prepucio.
26 En el mismo día fue circuncidado Abraham e Ismael su hijo.
27 Y todos los varones de su casa, los nacidos en casa, y los comprados por dinero del extranjero, fueron circuncidados con él.

CAPÍTULO 18

Y APARECIÓLE el SEÑOR en el llano de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día.
2 Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él: y cuando *los* vio, salió, corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, e inclinóse hacia la tierra,
3 Y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, ruégote que no pases de tu siervo.
4 Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol,
5 Y traeré un bocado de pan, y sustentad vuestro corazón; después pasaréis: porque por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo. Y ellos dijeron: Haz así como has dicho.
6 Entonces Abraham fue de priesa a la tienda a Sara, y le dijo: Toma presto tres medidas de flor de harina, amasa y haz panes cocidos debajo del rescoldo.
7 Y corrió Abraham a las vacas, y tomó un becerro tierno y bueno, y diólo al mozo, y dióse éste priesa a aderezarlo.
8 Tomó también manteca y leche, y el becerro que había aderezado, y púsolo delante de ellos; y él estaba junto a ellos debajo del árbol; y comieron.
9 Y le dijeron: ¿Dónde *está* Sara tu esposa? Y él respondió: Aquí en la tienda.
10 Entonces dijo: De cierto volveré a ti según el tiempo de la vida, y he aquí, tendrá un hijo Sara tu esposa. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que *estaba* detrás de él.
11 Y Abraham y Sara *eran* viejos, *y* entrados en días: *y* a Sara había cesado ya la costumbre de las mujeres.
12 Ríose, pues, Sara entre si, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor *ya* viejo?
13 Entonces el SEÑOR dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de parir siendo ya vieja?
14 ¿Hay para el SEÑOR alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo.

15 Entonces Sara negó, diciendo: No me reí; porque tuvo miedo. Y él dijo: No, sino que te has reído.
16 Y los varones se levantaron de allí, y miraron hacia Sodoma: y Abraham iba con ellos acompañándolos.
17 Y el SEÑOR dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer,
18 Habiendo de ser Abraham en una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las gentes de la tierra?
19 Porque yo lo conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de si, que guarden el camino del SEÑOR, haciendo justicia y juicio, para que haga venir el SEÑOR sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él.
20 Entonces el SEÑOR le dijo: Por cuanto el clamor de Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo,
21 Descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, saberlo he.
22 Y apartáronse de allí los varones, y fueron hacia Sodoma: mas Abraham estaba aún delante del SEÑOR.
23 Y acercóse Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío?
24 Quizá hay cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por cincuenta justos que *estén* dentro de él?
25 Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo *tratado* como el impío; nunca tal hagas. El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?
26 Entonces respondió el SEÑOR: Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor de ellos.
27 Y Abraham replicó y dijo: He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque *soy* polvo y ceniza:
28 Quizá faltarán de cincuenta justos cinco: ¿destruirás toda la ciudad por aquellos cinco *que falten*? Y dijo: No *la* destruiré, si hallare allí cuarenta y cinco.
29 Y volvió a hablarle, y dijo: Quizá se hallarán allí cuarenta. Y respondió: No lo haré por amor de los cuarenta.
30 Y dijo: No se enoje ahora mi Señor, si hablare: quizá se hallarán allí treinta. Y respondió: No *lo* haré si hallare allí treinta.
31 Y dijo: He aquí ahora que he emprendido el hablar a mi Señor: quizá se hallarán allí veinte. No la destruiré, respondió, por amor de los veinte.
32 Y volvió a decir: No se enoje ahora mi Señor, si hablare solamente esta vez: quizá se hallarán allí diez. No la destruiré, respondió, por amor de los diez.
33 Y fuese el SEÑOR, luego que acabó de hablar a Abraham: y Abraham se volvió a su lugar.

CAPÍTULO 19

LLEGARON, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde: y Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Y viéndo*los* Lot, levantóse a recibirlos, e inclinóse hacia el suelo;
2 Y dijo: Ahora, pues, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo y os hospedéis,

y lavaréis vuestros pies: y por la
mañana os levantaréis, y segui-
réis vuestro camino. Y ellos res-
pondieron: No, que en la plaza
nos quedaremos esta noche.
3 Mas él porfió con ellos mucho,
y se vinieron con él, y entraron
en su casa; e hízoles banquete, y
coció panes sin levadura, y co-
mieron.
4 Y antes que se acostasen, cer-
caron la casa los hombres de la
ciudad, los varones de Sodoma,
todo el pueblo junto, desde el
más joven hasta el más viejo;
5 Y llamaron a Lot, y le dijeron:
¿Dónde *están* los varones que vi-
nieron a ti esta noche? sácanos-
los, para que los conozcamos.
6 Entonces Lot salió a ellos a la
puerta, y cerró las puertas tras sí,
7 Y dijo: Os ruego, hermanos,
que no hagáis tal maldad.
8 He aquí ahora yo tengo dos
hijas que no han conocido varón;
os las sacaré afuera, y haced de
ellas como bien os pareciere: so-
lamente a estos varones no ha-
gáis nada, pues que vinieron a la
sombra de mi tejado.
9 Y ellos respondieron: Quita
allá: y añadieron: Vino éste aquí
para habitar como un extraño, ¿y
habrá de erigirse en juez? Ahora
te haremos más mal que a ellos.
Y hacían gran violencia al varón,
aun a Lot, y se acercaron para
romper las puertas.
10 Entonces los varones alarga-
ron la mano, y metieron a Lot
en casa con ellos, y cerraron las
puertas.
11 Y a los hombres que *estaban*
a la puerta de la casa desde el
menor hasta el mayor, hirieron
con ceguera; mas ellos se fatiga-
ban por hallar la puerta.
12 Y dijeron los varones a Lot:
¿Tienes aquí alguno más? Yerno,
y tus hijos y tus hijas, y todo lo
que tienes en la ciudad, sáca*lo* de
este lugar:
13 Porque vamos a destruir este
lugar, por cuanto el clamor de
ellos ha subido de punto delante
del SEÑOR; por tanto el SEÑOR
nos ha enviado para destruirlo.
14 Entonces salió Lot, y habló
a sus yernos, los que habían de
tomar sus hijas, y les dijo: Le-
vantaos, salid de este lugar; por-
que el SEÑOR va a destruir esta
ciudad. Mas pareció a sus yernos
como que se burlaba.
15 Y al rayar el alba, los ánge-
les daban prisa a Lot, diciendo:
Levántate, toma tu esposa, y tus
dos hijas que se hallan aquí, por-
que no perezcas en el castigo de
la ciudad.
16 Y deteniéndose él, los varones
asieron de su mano, y de la mano
de su esposa, y de las manos de
sus dos hijas, según la misericor-
dia del SEÑOR para con él; y le
sacaron, y le pusieron fuera de
la ciudad.
17 Y sucedió que cuando los
hubo sacado fuera, dijo: Escapa
por tu vida; no mires tras ti, ni
pares en toda esta llanura; esca-
pa al monte, no sea que perezcas.
18 Y Lot les dijo: Oh no, Señor
mío;
19 He aquí ahora ha hallado tu
siervo gracia en tus ojos, y has
engrandecido tu misericordia
que has hecho conmigo dándo-
me la vida; mas yo no podré es-
capar al monte, no sea caso que
me alcance el mal y muera.
20 He aquí ahora esta ciudad
está cerca para huir allá, la cual
es pequeña; escaparé ahora allá,

(¿no *es* ella pequeña?) y vivirá
mi alma.
21 Y le respondió: He aquí he re-
cibido también tu súplica sobre
esto, y no destruiré la ciudad de
que has hablado.
22 Date priesa, escápate allá;
porque nada podré hacer hasta
que allí hayas llegado. Por esto
fue llamado el nombre de la ciu-
dad, Zoar.
23 El sol salía sobre la tierra,
cuando Lot llegó a Zoar.
24 Entonces llovió el SEÑOR
sobre Sodoma y sobre Gomo-
rra azufre y fuego de parte del
SEÑOR desde el cielo;
25 Y destruyó las ciudades, y
toda aquella llanura, con todos
los moradores de aquellas ciuda-
des, y el fruto de la tierra.
26 Entonces la esposa de Lot
miró atrás, *a espaldas* de él, y se
volvió estatua de sal.
27 Y subió Abraham por la ma-
ñana al lugar donde había estado
delante del SEÑOR:
28 Y miró hacia Sodoma y Go-
morra, y hacia toda la tierra de
aquella llanura miró; y he aquí
que el humo subía de la tierra
como el humo de un horno.
29 Así sucedió que, cuando des-
truyó Dios las ciudades de la lla-
nura, acordóse Dios de Abraham,
y envió fuera a Lot de en medio
de la destrucción, al asolar las
ciudades donde Lot estaba.
30 Empero Lot subió de Zoar, y
asentó en el monte, y sus dos
hijas con él; porque tuvo miedo
de quedar en Zoar, y se alojó en
una cueva él y sus dos hijas.
31 Entonces la mayor dijo a la
menor: Nuestro padre *es* viejo,
y no *queda* varón en la tierra
que entre a nosotras conforme
a la costumbre de toda la tierra:
32 Ven, demos a beber vino a
nuestro padre, y durmamos con
él, y conservaremos de nuestro
padre generación.
33 Y dieron a beber vino a su
padre aquella noche: y entró la
mayor, y durmió con su padre;
mas él no sintió cuándo se acos-
tó ella, ni cuándo se levantó.
34 El día siguiente dijo la mayor
a la menor: He aquí yo dormí la
noche pasada con mi padre: dé-
mosle a beber vino también esta
noche, y entra y duerme con él,
para que conservemos de nues-
tro padre generación.
35 Y dieron a beber vino a su
padre también aquella noche:
y levantóse la menor, y durmió
con él; pero no echó de ver cuán-
do se acostó ella, ni cuándo se le-
vantó.
36 Y concibieron las dos hijas de
Lot, de su padre.
37 Y parió la mayor un hijo, y
llamó su nombre Moab, el cual
es padre de los Moabitas hasta
hoy.
38 La menor también parió un
hijo, y llamó su nombre Ben-amí,
el cual *es* padre de los Amonitas
hasta hoy.

CAPÍTULO 20

DE ALLÍ partió Abraham a la
tierra del sur, y asentó entre
Cades y Shur, y habitó como fo-
rastero en Gerar.
2 Y dijo Abraham de Sara su es-
posa: Mi hermana *es*. Y Abime-
lec, rey de Gerar, envió y tomó
a Sara.
3 Empero Dios vino a Abimelec
en sueños de noche, y le dijo:
He aquí muerto *eres* a causa
de la mujer que has tomado,

la cual *es* casada con marido.
4 Mas Abimelec no había llega-
do a ella, y dijo: Señor, ¿matarás
también la gente justa?
5 ¿No me dijo él: Mi hermana *es*;
y ella también dijo: *Es* mi herma-
no? Con sencillez de mi corazón,
y con limpieza de mis manos he
hecho esto.
6 Y díjole Dios en sueños: Yo
también sé que con integridad de
tu corazón has hecho esto; y yo
también te detuve de pecar con-
tra mí, y así no te permití que la
tocases.
7 Ahora, pues, devuelve *su* espo-
sa a este hombre; porque él *es*
profeta, y orará por ti, y vivirás.
Y si tú no la devolvieres, sabe
que de cierto morirás, con todo
lo que *fuere* tuyo.
8 Entonces Abimelec se levantó
de mañana, y llamó a todos sus
siervos, y dijo todas estas pala-
bras en los oídos de ellos; y te-
mieron los hombres en gran ma-
nera.
9 Después llamó Abimelec a
Abraham, y le dijo: ¿Qué nos has
hecho? ¿y en qué pequé yo con-
tra ti, que has atraído sobre mí
y sobre mi reino tan gran peca-
do? lo que no debiste hacer has
hecho conmigo.
10 Y dijo más Abimelec a Abra-
ham: ¿Qué viste para que hicie-
ses esto?
11 Y Abraham respondió: Porque
dije para mí: Cierto no *hay* temor
de Dios en este lugar, y me mata-
rán por causa de mi esposa.
12 Y a la verdad *ella es* mi herma-
na, *es* hija de mi padre, mas no
hija de mi madre, y toméla por
esposa.
13 Y sucedió que, cuando Dios
me hizo salir errante de la casa
de mi padre, yo le dije: Ésta *es* la
merced que tú me harás, que en
todos los lugares donde llegáre-
mos, digas de mí: Mi hermano *es*.
14 Entonces Abimelec tomó ove-
jas y vacas y siervos y siervas, y
los dio a Abraham, y devolvióle a
Sara su esposa.
15 Y dijo Abimelec: He aquí mi
tierra *está* delante de ti, habita
donde bien te pareciere.
16 Y a Sara dijo: He aquí he dado
mil *piezas* de plata a tu hermano:
mira que él te *es* por velo de ojos
para todos los que *están* contigo, y
para con todos: así fue reprendida.
17 Entonces Abraham oró a Dios;
y Dios sanó a Abimelec y a su es-
posa, y a sus siervas, y parieron
hijos.
18 Porque había del todo cerrado
el SEÑOR toda matriz de la casa
de Abimelec, a causa de Sara es-
posa de Abraham.

CAPÍTULO 21

Y VISITÓ el SEÑOR a Sara, como
había dicho, e hizo el SEÑOR
con Sara como había hablado.
2 Y concibió y parió Sara a Abra-
ham un hijo en su vejez, en el
tiempo que Dios le había dicho.
3 Y llamó Abraham el nombre de
su hijo que le nació, que le parió
Sara, Isaac.
4 Y circuncidó Abraham a su hijo
Isaac de ocho días, como Dios le
había mandado.
5 Y era Abraham de cien años,
cuando le nació Isaac su hijo.
6 Entonces dijo Sara: Dios me
ha hecho reir, *así que* cualquiera
que lo oyere, se reirá conmigo.
7 Y añadió: ¿Quién dijera a Abra-
ham que Sara había de dar de
mamar a hijos? pues que le he
parido un hijo en su vejez.

8 Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac.
9 Y vio Sara al hijo de Agar la Egipcia, el cual había ésta parido a Abraham, que se burlaba.
10 Por tanto dijo a Abraham: Echa a esta sierva y a su hijo; que el hijo de esta sierva no ha de heredar con mi hijo, *aún* con Isaac.
11 Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo.
12 Entonces dijo Dios a Abraham: No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia.
13 Y también al hijo de la sierva pondré en gente, porque *es* tu simiente.
14 Entonces Abraham se levantó muy de mañana, y tomó pan, y un odre de agua, y dió*lo* a Agar, poniéndo*lo* sobre su hombro, y *entrególe* el muchacho, y despidióla.
Y ella partió, y andaba errante por el desierto de Beerseba.
15 Y faltó el agua del odre, y echó al muchacho debajo de un árbol;
16 Y se fue y se sentó en frente de *él*, alejándose como un tiro de arco: porque decía, No veré cuando el muchacho morirá. Y ella se sentó en frente de *él*, y alzó su voz y lloró.
17 Y oyó Dios la voz del muchacho; y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo, y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está.
18 Levántate, alza al muchacho, y ásele de tu mano, porque en gran gente lo tengo de poner.
19 Entonces abrió Dios sus ojos, y vio una fuente de agua; y fue, y llenó el odre de agua, y dio de beber al muchacho.
20 Y fue Dios con el muchacho; y creció, y habitó en el desierto, y fue tirador de arco.
21 Y habitó en el desierto de Parán; y su madre le tomó esposa de la tierra de Egipto.
22 Y aconteció en aquel mismo tiempo que habló Abimelec, y Ficol, príncipe de su ejército, a Abraham diciendo: Dios es contigo en todo cuanto haces:
23 Ahora pues, júrame aquí por Dios, que no faltarás a mí, ni a mi hijo, ni a mi nieto; *sino* que conforme a la bondad que yo hice contigo, harás tú conmigo, y con la tierra donde has peregrinado.
24 Y respondió Abraham: Yo juraré.
25 Y Abraham reconvino a Abimelec a causa de un pozo de agua, que los siervos de Abimelec le habían quitado.
26 Y respondió Abimelec: No sé quién haya hecho esto, ni tampoco tú me *lo* hiciste saber, ni yo *lo* he oído hasta hoy.
27 Y tomó Abraham ovejas y vacas, y dio a Abimelec; e hicieron ambos alianza.
28 Y puso Abraham siete corderas del rebaño aparte.
29 Y dijo Abimelec a Abraham: ¿Qué *significan* esas siete corderas que has puesto aparte?
30 Y él respondió: Que *estas* siete corderas tomarás de mi mano, para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo.
31 Por esto llamó a aquel lugar Beerseba; porque allí juraron ambos.
32 Así hicieron pacto en Beerse-

ba: y levantóse Abimelec, y Ficol,
príncipe de su ejército, y se vol-
vieron a tierra de los Filisteos.
33 Y plantó *Abraham* un árbol en
Beerseba, e invocó allí el nombre
del SEÑOR Dios eterno.
34 Y moró Abraham en tierra de
los Filisteos muchos días.

CAPÍTULO 22

Y ACONTECIÓ después de estas
cosas, que tentó Dios a Abra-
ham, y le dijo: Abraham. Y él res-
pondió: Heme *aquí*.
2 Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu
único *hijo* Isaac, a quien amas, y
vete a tierra de Moriah, y ofréce-
lo allí en ofrenda quemada sobre
uno de los montes que yo te diré.
3 Y Abraham se levantó muy de
mañana, y enalbardó su asno, y
tomó consigo dos mozos suyos, y
a Isaac su hijo: y cortó leña para
la ofrenda quemada, y levantóse,
y fue al lugar que Dios le dijo.
4 Al tercer día alzó Abraham sus
ojos, y vio el lugar de lejos.
5 Y dijo Abraham a sus mozos:
Esperaos aquí con el asno, y yo y
el muchacho iremos hasta allí, y
adoraremos, y volveremos a vo-
sotros.
6 Y tomó Abraham la leña de
la ofrenda quemada, y púso*la*
sobre Isaac su hijo: y él tomó en
su mano el fuego y el cuchillo; y
fueron ambos juntos.
7 Y habló Isaac a Abraham su
padre, y dijo: Padre mío. Y él res-
pondió: Heme aquí, mi hijo. Y él
dijo: He aquí el fuego y la leña;
mas ¿dónde *está* el cordero para
la ofrenda quemada?
8 Y respondió Abraham: Dios se
proveerá cordero para una ofrenda
quemada, hijo mío. E iban juntos.
9 Y cuando llegaron al lugar que
Dios le había dicho, y edificó allí
Abraham un altar, y compuso
la leña, y ató a Isaac su hijo, y
púsole en el altar sobre la leña.
10 Y extendió Abraham su mano,
y tomó el cuchillo, para degollar
a su hijo.
11 Y el ángel del SEÑOR le dio
voces del cielo, y dijo: Abraham,
Abraham. Y él respondió: Heme
aquí.
12 Y dijo: No extiendas tu mano
sobre el muchacho, ni le hagas
nada; que ya conozco que temes
a Dios, pues que no me rehusaste
tu hijo, tu único *hijo*.
13 Entonces alzó Abraham sus
ojos, y miró, y he aquí un carne-
ro a sus espaldas trabado en un
zarzal por sus cuernos: y fue
Abraham, y tomó el carnero, y
ofrecióle en una ofrenda quema-
da en lugar de su hijo.
14 Y llamó Abraham el nombre
de aquel lugar, Jehová-jireh. Por
tanto se dice *hasta* hoy: En el
monte del SEÑOR será provisto.
15 Y llamó el ángel del SEÑOR
a Abraham segunda vez desde el
cielo,
16 Y dijo: Por mí mismo he jura-
do, dice el SEÑOR, que por cuan-
to has hecho esto, y no *me* has
rehusado tu hijo, tu único *hijo*;
17 Bendiciendo te bendeciré, y
multiplicando multiplicaré tu
simiente como las estrellas del
cielo, y como la arena que está
a la orilla del mar; y tu simiente
poseerá las puertas de sus enemi-
gos:
18 En tu simiente serán bendi-
tas todas las gentes de la tierra,
por cuanto obedeciste a mi voz.
19 Y tornóse Abraham a sus
mozos, y levantáronse y se
fueron juntos a Beerseba; y

habitó Abraham en Beerseba.
20 Y aconteció después de estas
cosas, que fue dada nueva a
Abraham, diciendo: He aquí que
también Milca ha parido hijos a
Nacor tu hermano:
21 A Uz su primogénito, y a Buz
su hermano, y a Kemuel padre
de Aram,
22 Y a Quesed, y a Hazo, y a Pil-
das, y a Jidlaf, y a Betuel.
23 Y Betuel engendró a Rebeca.
Estos ocho parió Milca a Nacor,
hermano de Abraham.
24 Y su concubina, que se llama-
ba Reúma, parió también a Teba,
y a Gaham, y a Tahas, y a Maaca.

CAPÍTULO 23

Y FUE la vida de Sara ciento
veintisiete años: *tantos fueron*
los años de la vida de Sara.
2 Y murió Sara en Quiriat-arba,
que *es* Hebrón, en la tierra de Ca-
naán: y vino Abraham a hacer el
duelo a Sara, y a llorarla.
3 Y levantóse Abraham de delan-
te de su muerta, y habló a los
hijos de Het, diciendo:
4 Peregrino y advenedizo *soy*
entre vosotros; dadme heredad de
sepultura con vosotros, y sepul-
taré mi muerta de delante de mí.
5 Y respondieron los hijos de Het
a Abraham, y dijéronle:
6 Óyenos, señor mío, *eres* un
príncipe de Dios entre nosotros;
en lo mejor de nuestras sepultu-
ras sepulta a tu muerta; ninguno
de nosotros te impedirá su sepul-
tura, para que entierres tu muerta.
7 Y Abraham se levantó, e incli-
nóse al pueblo de aquella tierra,
aun a los hijos de Het;
8 Y habló con ellos, diciendo:
Si tenéis voluntad que yo sepul-
te mi muerta de delante de mí,
oidme, e interceded por mí con
Efrón, hijo de Zohar,
9 Para que me dé la cueva de
Macpela, que él tiene, que *está* al
cabo de su heredad: que por su
justo precio me la dé, para po-
sesión de sepultura en medio de
vosotros.
10 Y Efrón habitaba entre los
hijos de Het; y respondió Efrón el
Heteo a Abraham en la audiencia
de los hijos de Het, *aun* de todos
los que entraban a la puerta de la
ciudad, diciendo:
11 No, señor mío, óyeme: te doy
la heredad, y te doy también la
cueva que *está* en ella; delante
de los hijos de mi pueblo te la
doy; sepulta tu muerta.
12 Y Abraham se inclinó delante
del pueblo de la tierra,
13 Y habló a Efrón en oídos del
pueblo de la tierra, diciendo:
Pero si tú *lo dieres*, te ruego que
me oigas: Yo te daré el precio del
campo, tóma*lo* de mí, y sepultaré
allí mi muerta.
14 Y respondió Efrón a Abraham,
diciéndole:
15 Señor mío, escúchame: la tie-
rra *vale* cuatrocientos siclos de
plata; ¿qué *es* esto entre mí y ti?
entierra pues tu muerta.
16 Entonces Abraham se convi-
no con Efrón, y pesó Abraham a
Efrón el dinero que dijo, oyéndo-
lo los hijos de Het, cuatrocientos
siclos de plata, corriente entre
mercaderes.
17 Y la heredad de Efrón, que *esta-
ba* en Macpela, que *estaba* enfrente
de Mamre, la heredad, y la cueva,
que *estaba* en ella, y todos los ár-
boles que *estaban* en la heredad,
que *estaba* en todo su término al-
rededor, quedaron asegurados,
18 Por de Abraham en posesión,

a vista de los hijos de Het, y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad.
19 Y después de esto sepultó Abraham a Sara su esposa en la cueva de la heredad de Macpela enfrente de Mamre, que es Hebrón en la tierra de Canaán.
20 Y el campo, y la cueva que en él *había*, fueron confirmados a Abraham, en posesión de sepultura por los hijos de Het.

CAPÍTULO 24

Y ABRAHAM era viejo, *y* bien entrado en días; y el SEÑOR había bendecido a Abraham en todo.
2 Y dijo Abraham a un criado suyo, el más viejo de su casa, que era el que gobernaba en todo lo que tenía: Pon ahora tu mano debajo de mi muslo,
3 Y te juramentaré por el SEÑOR, Dios del cielo y Dios de la tierra, que no has de tomar esposa para mi hijo de las hijas de los Cananeos, entre los cuales yo habito;
4 Sino que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás esposa para mi hijo Isaac.
5 Y el criado le respondió: Quizá la mujer no querrá venir en pos de mí a esta tierra: ¿volveré, pues, tu hijo a la tierra de donde saliste?
6 Y Abraham le dijo: Guárdate que no vuelvas a mi hijo allá.
7 El SEÑOR, Dios del cielo, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela, y me habló y me juró, diciendo: A tu simiente daré esta tierra; él enviará su ángel delante de ti, y tú tomarás de allá esposa para mi hijo.
8 Y si la mujer no quisiere venir en pos de ti, serás libre de este mi juramento; solamente que no vuelvas allá a mi hijo.
9 Entonces el criado puso su mano debajo del muslo de Abraham su señor, y juróle sobre este negocio.
10 Y el criado tomó diez camellos de los camellos de su señor, y fuése, pues todos los bienes de su señor *estaban* en su mano: y puesto en camino, llegó a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor.
11 E hizo arrodillar los camellos fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, *aún* la hora en que salen las mozas por *agua*.
12 Y dijo: Oh SEÑOR, Dios de mi amo Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi amo Abraham.
13 He aquí yo estoy junto a la fuente de agua, y las hijas de los varones de esta ciudad salen por agua:
14 Sea, pues, que la moza a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba; y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos: *que sea ésta* la *que* tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi amo.
15 Y aconteció que antes que él acabase de hablar, he aquí Rebeca, que había nacido a Betuel, hijo de Milca, esposa de Nacor hermano de Abraham, la cual salía con su cántaro sobre su hombro.
16 Y la moza *era* de muy hermoso aspecto, virgen, a la que varón no había conocido; la cual descendió a la fuente, y

llenó su cántaro, y se volvía.
17 Entonces el criado corrió
hacia ella, y dijo: Ruégote que
me des a beber un poco de agua
de tu cántaro.
18 Y ella respondió: Bebe, señor
mío: y dióse prisa a bajar su cán-
taro sobre su mano, y le dio a
beber.
19 Y cuando acabó de darle a
beber, dijo: También para tus
camellos sacaré *agua*, hasta que
acaben de beber.
20 Y dióse prisa, y vació su cán-
taro en la pila, y corrió otra vez
al pozo para sacar *agua*, y sacó
para todos sus camellos.
21 Y el hombre estaba maravilla-
do de ella, callando, para saber
si el SEÑOR había prosperado o
no su viaje.
22 Y sucedió que como los came-
llos acabaron de beber, presentó-
le el hombre un pendiente de oro
que pesaba medio siclo, y dos
brazaletes para sus manos que
pesaban diez *siclos* de oro;
23 Y dijo: ¿De quién *eres* hija?
Ruégote me digas, ¿hay lugar *en*
casa de tu padre donde posemos?
24 Y ella respondió: *Soy* hija de
Betuel, hijo de Milca, el cual
parió ella a Nacor.
25 Y añadió: También hay en
nuestra casa paja y mucho forra-
je, y lugar para posar.
26 El hombre entonces se inclinó,
y adoró al SEÑOR.
27 Y dijo: Bendito *sea* el SEÑOR
Dios de mi amo Abraham, que no
apartó de mi amo su misericor-
dia y su verdad: *Estando* yo en el
camino, el SEÑOR me guió a casa
de los hermanos de mi señor.
28 Y la moza corrió, e hizo saber
en casa de su madre estas cosas.
29 Y Rebeca tenía un hermano
cuyo nombre *era* Labán: y Labán
corrió afuera al hombre, hasta la
fuente.
30 Y sucedió que como vio el
pendiente y los brazaletes en las
manos de su hermana, que decía,
así me habló aquel hombre; vino
a él: y he aquí que estaba junto a
los camellos a la fuente.
31 Y díjole: Ven, bendito del
SEÑOR; ¿por qué estás fuera? yo
he limpiado la casa, y el lugar
para los camellos.
32 Entonces el hombre vino a
casa: y él desató los camellos, y
dióles paja y forraje, y agua para
lavar los pies de él, y los pies de
los hombres que *estaban* con él.
33 Y pusiéronle delante qué
comer; mas él dijo: No comeré
hasta que haya dicho mi mensa-
je. Y él le dijo: Habla.
34 Entonces dijo: Yo *soy* criado
de Abraham;
35 Y el SEÑOR ha bendecido
mucho a mi señor, y él se ha en-
grandecido: y le ha dado ovejas y
vacas, plata y oro, siervos y sier-
vas, camellos y asnos.
36 Y Sara, esposa de mi señor,
parió en su vejez un hijo a mi
señor, quien le ha dado todo
cuanto tiene.
37 Y mi señor me hizo jurar, di-
ciendo: No tomarás esposa para
mi hijo de las hijas de los Cana-
neos, en cuya tierra habito;
38 Sino que irás a la casa de mi
padre, y a mi parentela, y toma-
rás esposa para mi hijo.
39 Y yo dije a mi señor: Quizás la
mujer no querrá seguirme.
40 Entonces él me respondió: El
SEÑOR, en cuya presencia he
andado, enviará su ángel conti-
go, y prosperará tu camino; y to-
marás esposa para mi hijo de mi

linaje y de la casa de mi padre:
41 Entonces serás libre de mi
juramento, cuando hubieres lle-
gado a mi linaje; y si no te *la* die-
ren, serás libre de mi juramento.
42 Llegué, pues, hoy a la fuente, y
dije: Oh SEÑOR, Dios de mi amo
Abraham, si tú prosperas ahora
mi camino por el cual ando;
43 He aquí yo estoy junto a la
fuente de agua; sea, pues, que
la virgen que saliere por *agua*, a
la cual dijere: Dame a beber, te
ruego, un poco de agua de tu
cántaro;
44 Y ella me respondiere: Bebe
tú, y también para tus camellos
sacaré agua; ésta *sea* la mujer
que destinó el SEÑOR para el
hijo de mi señor.
45 Y antes que acabase de hablar
en mi corazón, he aquí Rebeca,
que salía con su cántaro sobre su
hombro; y descendió a la fuente,
y sacó *agua*; y le dije: Ruégote
que me des a beber.
46 Y prestamente bajó su cán-
taro de su *hombro*, y dijo: Bebe,
y también a tus camellos daré a
beber. Y bebí, y dio también de
beber a mis camellos.
47 Entonces preguntéle, y dije:
¿De quién *eres* hija? Y ella res-
pondió: Hija de Betuel, hijo de
Nacor, que le parió Milca. Enton-
ces púsele un pendiente sobre
su frente, y brazaletes sobre sus
manos:
48 E incliméme, y adoré al
SEÑOR, y bendije al SEÑOR,
Dios de mi señor Abraham, que
me había guiado por camino de
verdad para tomar la hija del her-
mano de mi señor para su hijo.
49 Ahora pues, si vosotros hacéis
misericordia y verdad con mi
señor, declarádmelo; y si no, de-
clarádmelo; y echaré a la diestra
o a la siniestra.
50 Entonces Labán y Betuel res-
pondieron y dijeron: Del SEÑOR
ha salido esto; no podemos ha-
blarte malo ni bueno.
51 He aquí, Rebeca *está* delante
de ti; tóm*ala* y vete, y sea esposa
del hijo de tu señor, como lo ha
dicho el SEÑOR.
52 Y sucedió, que como el criado
de Abraham oyó sus palabras, *in-*
clinóse a tierra, y adoró al SEÑOR.
53 Y sacó el criado vasos de
plata, y vasos de oro y vestidos,
y *los* dio a Rebeca: también dio
cosas preciosas a su hermano y a
su madre.
54 Y ellos comieron y bebieron,
él y los hombres que *estaban* con
él, y pasaron toda la noche; y se
levantaron en la mañana, y él
dijo: Enviadme a mi señor.
55 Entonces respondió su her-
mano y su madre: Espere la
moza con nosotros a lo menos
diez días, *y* después irá.
56 Y él les dijo: No me detengáis,
pues que el SEÑOR ha prospe-
rado mi camino; despachadme
para que me vaya a mi señor.
57 Ellos respondieron entonces:
Llamemos la moza y preguntémosle.
58 Y llamaron a Rebeca, y dijé-
ronle: ¿Irás tú con este varón? Y
ella respondió: *Sí*, iré.
59 Entonces dejaron ir a Rebeca
su hermana, y a su nodriza, y al
criado de Abraham y a sus hom-
bres.
60 Y bendijeron a Rebeca, y dijé-
ronle: Nuestra hermana *eres*; seas
madre de millares de millares, y
tu generación posea la puerta de
sus enemigos.
61 Levantóse entonces Rebeca y
sus mozas, y subieron sobre los

camellos, y siguieron al hombre: y el criado tomó a Rebeca, y fuese.
62 Y venía Isaac del pozo Beer-lajai-roi; porque él habitaba en la tierra del sur;
63 Y había salido Isaac a meditar en el campo, a la hora de la tarde; y alzando sus ojos miró, y he aquí los camellos *que* venían.
64 Rebeca también alzó sus ojos, y vio a Isaac, y descendió del camello;
65 Porque *había* preguntado al criado: ¿Quién *es* este varón que viene por el campo hacia nosotros? Y el siervo *había* respondido: Éste *es* mi señor. Ella entonces tomó el velo, y cubrióse.
66 Entonces el criado contó a Isaac todo lo que había hecho.
67 E introdújola Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por esposa; y amóla: y consolóse Isaac después de la *muerte* de su madre.

CAPÍTULO 25

Y ABRAHAM tomó otra esposa, cuyo nombre *era* Cetura;
2 La cual le parió a Zimram, y a Joksan, y a Medan, y a Midiam, y a Isbak, y a Sua.
3 Y Joksan engendró a Seba, y a Dedán: e hijos de Dedán fueron Asurim, y Letusim, y Leumim.
4 E hijos de Midiam: Efa, y Efer, y Hanoc, y Abida, y Eldaa. Todos estos *fueron* hijos de Cetura.
5 Y Abraham dio todo cuanto tenía a Isaac.
6 Pero a los hijos de las concubinas que Abraham tenía, dio Abraham dones, y los envió lejos de Isaac su hijo, mientras él vivía, hacia el oriente, a la tierra oriental.
7 Y éstos *fueron* los días de vida que vivió Abraham: ciento setenta y cinco años.
8 Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno *de días,* y fue unido a su pueblo.
9 Y sepultáronlo Isaac e Ismael sus hijos en la cueva de Macpela, en la heredad de Efrón, hijo de Zoar Heteo, que *está* enfrente de Mamre;
10 Heredad que compró Abraham de los hijos de Het: allí fue Abraham sepultado, y Sara su esposa.
11 Y sucedió después de la muerte de Abraham, que Dios bendijo a Isaac su hijo: y habitó Isaac junto al pozo Beer-lajai-roi.
12 Y éstas *son* las generaciones de Ismael, hijo de Abraham, que le parió Agar Egipcia, sierva de Sara:
13 Éstos, pues, *son* los nombres de los hijos de Ismael, por sus nombres, por sus generaciones: El primogénito de Ismael, Nabaiot; y Cedar, y Adbeel, y Mibsam,
14 Y Misma, y Duma, y Massa,
15 Hadad, y Tema, y Jetur, y Nafis, y Cedema.
16 Éstos *son* los hijos de Ismael, y estos *son* sus nombres, por sus villas y por sus campamentos; doce príncipes por sus familias.
17 Y estos *fueron* los años de la vida de Ismael, ciento treinta y siete años: y exhaló el espíritu Ismael, y murió; y fue unido a su pueblo.
18 Y habitaron desde Havila hasta Shur, que *está* enfrente de Egipto viniendo a Asiria; *y* murió en presencia de todos sus hermanos.
19 Y éstas *son* las generaciones

de Isaac, hijo de Abraham. Abra-
ham engendró a Isaac:
20 Y era Isaac de cuarenta años
cuando tomó por esposa a Rebeca,
hija de Betuel Arameo de Padan-
aram, hermana de Labán Arameo.
21 Y oró Isaac al SEÑOR por su es-
posa, que *era* estéril; y aceptólo el
SEÑOR, y concibió Rebeca su es-
posa.
22 Y los hijos se combatían den-
tro de ella; y dijo: Si *es* así ¿por
qué *estoy* así? Y fue a consultar al
SEÑOR.
23 Y respondióle el SEÑOR: Dos
gentes *hay* en tu seno, y dos pue-
blos serán divididos desde tus en-
trañas: y *el un* pueblo será más
fuerte que *el otro* pueblo, y el
mayor servirá al menor.
24 Y como se cumplieron sus días
para parir, he aquí *habían* mellizos
en su vientre.
25 Y salió el primero rubio, y todo
él velludo como una pelliza; y lla-
maron su nombre Esaú.
26 Y después salió su hermano, tra-
bada su mano al calcañar de Esaú:
y fue llamado su nombre Jacob. Y
era Isaac de edad de sesenta años
cuando ella los parió.
27 Y crecieron los niños, y Esaú
fue diestro en la caza, hombre del
campo: Jacob empero *era* varón
quieto, que habitaba en tiendas.
28 Y amó Isaac a Esaú, porque
comía de *su* caza; mas Rebeca
amaba a Jacob.
29 Y guisó Jacob un potaje; y vino
Esaú del campo, y *estaba* él cansado;
30 Y dijo Esaú a Jacob: Te ruego
que me des a comer de ese *pota-
je* rojo, pues *estoy* muy cansado.
Por tanto fue llamado su nombre
Edom.
31 Y Jacob respondió: Véndeme
en este día tu primogenitura.
32 Entonces dijo Esaú: He aquí,
yo *estoy* al punto de morir; ¿para
qué me servirá la primogenitura?
33 Y dijo Jacob: Júrame*lo* en este
día. Y él le juró, y vendió a Jacob
su primogenitura.
34 Entonces Jacob dio a Esaú
pan y del guisado de las lentejas;
y él comió y bebió, y levantóse,
y fuese. Así menospreció Esaú *su*
primogenitura.

CAPÍTULO 26

Y HUBO hambre en la tierra,
además de la primera hambre
que fue en los días de Abraham:
y fuese Isaac a Abimelec rey de
los Filisteos, en Gerar.
2 Y aparecióse le el SEÑOR, y dí-
jole: No desciendas a Egipto: ha-
bita en la tierra que yo te diré;
3 Habita en esta tierra, y seré
contigo, y te bendeciré; porque a
ti y a tu simiente daré todas estas
tierras, y confirmaré el juramen-
to que juré a Abraham tu padre:
4 Y multiplicaré tu simiente
como las estrellas del cielo, y
daré a tu simiente todas estas tie-
rras; y todas las gentes de la tie-
rra serán benditas en tu simiente:
5 Por cuanto obedeció Abraham
mi voz, y guardó mi precepto,
mis mandamientos, mis estatu-
tos y mis leyes.
6 Habitó, pues, Isaac en Gerar.
7 Y los hombres de aquel lugar *le*
preguntaron acerca de su esposa;
y él respondió: *Es* mi hermana;
porque tuvo miedo de decir: *Es*
mi esposa que tal vez, *dijo*, los
hombres del lugar me matarían
por causa de Rebeca; porque *era*
de hermoso aspecto.
8 Y sucedió que, después que él
estuvo allí muchos días, Abime-
lec, rey de los Filisteos, mirando

por una ventana, vio a Isaac que jugaba con Rebeca su esposa.
9 Y llamó Abimelec a Isaac, y dijo: He aquí ella *es* de cierto tu esposa: ¿cómo, pues, dijiste: *Es* mi hermana? E Isaac le respondió: Porque dije: Quizá moriré por causa de ella.
10 Y Abimelec dijo: ¿Por qué nos has hecho esto? Por poco hubiera dormido alguno del pueblo con tu esposa, y hubieras traído sobre nosotros el pecado.
11 Entonces Abimelec mandó a todo *su* pueblo, diciendo: El que tocare a este hombre o a su esposa, de cierto morirá.
12 Y sembró Isaac en aquella tierra, y halló aquel año ciento por uno: y bendíjole el SEÑOR.
13 Y el varón se engrandeció, y fue adelantando y engrandeciéndose, hasta hacerse muy poderoso:
14 Y tuvo hato de ovejas, y hato de vacas, y grande abundancia de siervos; y los Filisteos le tuvieron envidia.
15 Y todos los pozos que habían abierto los criados de Abraham su padre en sus días, los Filisteos los habían cegado y llenado de tierra.
16 Y dijo Abimelec a Isaac: Apártate de nosotros, porque mucho más poderoso que nosotros te has hecho.
17 E Isaac se fue de allí; y asentó sus tiendas en el valle de Gerar, y habitó allí.
18 Y volvió a abrir Isaac los pozos de agua que habían abierto en los días de Abraham su padre, y que los Filisteos habían cegado, muerto Abraham; y llamólos por los nombres que su padre los había llamado.
19 Y los siervos de Isaac cavaron en el valle, y hallaron allí un pozo de aguas vivas.
20 Y los pastores de Gerar riñeron con los pastores de Isaac, diciendo: El agua *es* nuestra: por eso llamó el nombre del pozo Esek, porque habían altercado con él.
21 Y abrieron otro pozo, y también riñeron sobre él: y llamó su nombre Sitnah.
22 Y apartóse de allí, y abrió otro pozo, y no riñeron sobre él: y llamó su nombre Rehobot, y dijo: Porque ahora nos ha hecho ensanchar el SEÑOR, y fructificaremos en la tierra.
23 Y de allí subió a Beerseba.
24 Y apareciósele el SEÑOR aquella noche, y dijo: Yo *soy* el Dios de Abraham tu padre; no temas, que yo *soy* contigo, y yo te bendeciré, y multiplicaré tu simiente por amor de Abraham mi siervo.
25 Y edificó allí un altar, e invocó el nombre del SEÑOR, y tendió allí su tienda: y abrieron allí los siervos de Isaac un pozo.
26 Y Abimelec vino a él desde Gerar, y Ahuzat, amigo suyo, y Ficol, capitán de su ejército.
27 Y díjoles Isaac: ¿Por qué venís a mí, pues que me habéis aborrecido, y me echasteis de entre vosotros?
28 Y ellos respondieron: Hemos visto que el SEÑOR es contigo; y dijimos: Haya ahora juramento entre nosotros, *aún* entre nosotros y ti, y haremos pacto contigo:
29 Que no nos hagas mal, como nosotros no te hemos tocado, y como solamente te hemos hecho bien, y te enviamos en paz: tú *eres* ahora, bendito del SEÑOR.

30 Entonces él les hizo banquete,
y comieron y bebieron.
31 Y se levantaron de madrugada, y juraron el uno al otro; e
Isaac los despidió, y ellos se partieron de él en paz.
32 Y en aquel día sucedió que
vinieron los criados de Isaac, y
diéronle nuevas acerca del pozo
que habían abierto, y le dijeron:
Agua hemos hallado.
33 Y llamólo Seba: por cuya
causa el nombre de aquella ciudad *es* Beerseba hasta este día.
34 Y cuando Esaú fue de cuarenta años, tomó por esposa a Judit
hija de Beeri Heteo, y a Basemat
hija de Elón Heteo:
35 Y fueron amargura de espíritu
a Isaac y a Rebeca.

CAPÍTULO 27

Y ACONTECIÓ que cuando hubo Isaac envejecido, y sus
ojos se ofuscaron quedando sin
vista, llamó a Esaú, su hijo el
mayor, y díjole: Mi hijo. Y él respondió: Heme *aquí*.
2 Y él dijo: He aquí ya soy viejo,
no sé el día de mi muerte:
3 Toma, pues, ahora tus armas,
tu aljaba y tu arco, y sal al campo,
y cógeme *alguna* caza;
4 Y hazme un guisado, como yo
gusto, y tráeme*lo*, y comeré; para
que te bendiga mi alma antes
que muera.
5 Y Rebeca estaba oyendo, cuando hablaba Isaac a Esaú su hijo:
y fuese Esaú al campo para coger
la caza que había de traer.
6 Entonces Rebeca habló a Jacob
su hijo, diciendo: He aquí yo he
oído a tu padre que hablaba con
Esaú tu hermano, diciendo:
7 Tráeme caza, y hazme un guisado, para que coma, y te bendiga delante del SEÑOR antes que
yo muera.
8 Ahora pues, hijo mío, obedece
a mi voz en lo que te mando;
9 Ve ahora al ganado, y tráeme
de allí dos buenos cabritos de las
cabras, y haré de ellos viandas
para tu padre, como él gusta;
10 Y tú *las* llevarás a tu padre,
y comerá, para que te bendiga
antes de su muerte.
11 Y Jacob dijo a Rebeca su
madre: He aquí, Esaú mi hermano *es* hombre velloso, y yo lampiño:
12 Quizá me tentará mi padre, y
me tendrá por burlador, y traeré
sobre mí maldición y no bendición.
13 Y su madre respondió: Hijo
mío, sobre mí *sea* tu maldición:
solamente obedece a mi voz, y
ve y tráeme*los*.
14 Entonces él fue, y tomó, y
tráj*olos* a su madre: y su madre
hizo guisados, como su padre
gustaba.
15 Y tomó Rebeca los vestidos de
Esaú su hijo mayor, los preciosos,
que ella *tenía* en casa, y vistió a
Jacob su hijo menor:
16 E hízole vestir sobre sus
manos, y sobre la cerviz donde
no tenía vello, las pieles de los
cabritos de las cabras;
17 Y entregó los guisados y el
pan que había aderezado, en
mano de Jacob su hijo.
18 Y él fue a su padre, y dijo:
Padre mío: y él respondió: *He*me
aquí, ¿quién *eres*, hijo mío?
19 Y Jacob dijo a su padre: Yo *soy*
Esaú tu primogénito; he hecho
como me dijiste: levántate ahora,
y siéntate, y come de mi caza,
para que me bendiga tu alma.
20 Entonces Isaac dijo a su hijo:

¿Cómo *es* que *la* hallaste tan
presto, hijo mío? Y él respondió:
Porque el SEÑOR tu Dios hizo
que se encontrase delante de mí.
21 E Isaac dijo a Jacob: Acércate
ahora, y te palparé, hijo mío, por
si *eres* mi hijo Esaú, o no.
22 Y llegóse Jacob a su padre
Isaac; y él le palpó, y dijo: La
voz *es* la voz de Jacob, mas las
manos, las manos de Esaú.
23 Y no le conoció, porque sus
manos eran vellosas como las
manos de Esaú: y le bendijo.
24 Y dijo: ¿*Eres* tú mi hijo Esaú?
Y él respondió: Yo *soy*.
25 Y dijo: Acércame*la*, y comeré
de la caza de mi hijo, para que te
bendiga mi alma; y él *se la* acer-
có, y comió: trájole también vino,
y bebió.
26 Y díjole Isaac su padre: Acér-
cate ahora, y bésame, hijo mío.
27 Y él se llegó, y le besó; y olió
Isaac el olor de sus vestidos, y le
bendijo, y dijo: Mira, el olor de
mi hijo *es* como el olor del campo
que el SEÑOR ha bendecido:
28 Dios, pues, te dé del rocío del
cielo, y de las grosuras de la tie-
rra, y abundancia de trigo y de
mosto.
29 Sírvante pueblos, y naciones
se inclinen a ti: sé señor de tus
hermanos, e inclínense a ti los
hijos de tu madre: malditos los
que te maldijeren, y benditos los
que te bendijeren.
30 Y aconteció, luego que hubo
Isaac acabado de bendecir a
Jacob, y apenas había salido
Jacob de delante de Isaac su
padre, que Esaú su hermano vino
de su caza.
31 E hizo él también guisados, y
trajo a su padre, y díjole: Leván-
tese mi padre, y coma de la caza
de su hijo, para que me bendiga
tu alma.
32 Entonces Isaac su padre le
dijo: ¿Quién *eres* tú? Y él dijo: Yo
soy tu hijo, tu primogénito, Esaú.
33 Y estremecióse Isaac con
grande estremecimiento, y dijo:
¿Quién *es* el que vino aquí, que
cogió caza, y me trajo, y comí
de todo antes que vinieses? Yo le
bendije, *y* será bendito.
34 Como Esaú oyó las palabras
de su padre, clamó con una muy
grande y muy amarga exclama-
ción, y le dijo: Bendíceme tam-
bién a mí, padre mío.
35 Y él dijo: Vino tu hermano
con engaño, y tomó tu bendición.
36 Y él respondió: Bien llama-
ron su nombre Jacob, que ya me
ha engañado dos veces; alzóse
con mi primogenitura, y he aquí
ahora ha tomado mi bendición.
Y dijo: ¿No has guardado bendi-
ción para mí?
37 Isaac respondió y dijo a Esaú:
He aquí yo le he puesto por señor
tuyo, y le he dado por siervos a
todos sus hermanos: de trigo y de
vino le he provisto; ¿qué, pues,
te haré a ti ahora, hijo mío?
38 Y Esaú respondió a su padre:
¿No tienes más que una sola ben-
dición, padre mío? bendíceme
también a mí, padre mío. Y alzó
Esaú su voz, y lloró.
39 Entonces Isaac su padre habló
y díjole: He aquí será tu habita-
ción en grosuras de la tierra, y
del rocío del cielo de arriba;
40 Y por tu espada vivirás, y a
tu hermano servirás: y sucederá
cuando te enseñorees, que des-
cargarás su yugo de tu cerviz.
41 Y aborreció Esaú a Jacob por
la bendición con que le había
bendecido, y dijo en su corazón:

Llegarán los días del luto de mi
padre, y yo mataré a Jacob mi
hermano.
42 Y fueron dichas a Rebeca las
palabras de Esaú su hijo mayor: y
ella envió y llamó a Jacob su hijo
menor, y díjole: He aquí, Esaú tu
hermano se consuela acerca de ti
con la idea de matarte.
43 Ahora pues, hijo mío, obede-
ce a mi voz; levántate, y húyete a
Labán mi hermano, a Harán;
44 Y mora con él algunos días,
hasta que el enojo de tu hermano
se mitigue;
45 Hasta que se aplaque la ira de
tu hermano contra ti, y se olvide
de *lo* que le has hecho; yo envia-
ré entonces, y te traeré de allá:
¿por qué seré privada de voso-
tros ambos en un día?
46 Y dijo Rebeca a Isaac: Fastidio
tengo de mi vida, a causa de las
hijas de Het. Si Jacob toma espo-
sa de las hijas de Het, como éstas,
de las hijas de esta tierra, ¿para
qué quiero la vida?

CAPÍTULO 28

ENTONCES Isaac llamó a
Jacob, y bendíjolo, y mandó-
le diciendo: No tomes esposa de
las hijas de Canaán.
2 Levántate, ve a Padan-aram,
a casa de Betuel, padre de tu
madre, y toma allí esposa de las
hijas de Labán, hermano de tu
madre.
3 Y el Dios Todopoderoso te
bendiga, y te haga fructificar, y
te multiplique, hasta venir a ser
congregación de pueblos;
4 Y te dé la bendición de Abraham,
y a tu simiente contigo, para que
heredes la tierra de tus peregrina-
ciones, que Dios dio a Abraham.
5 Así envió Isaac a Jacob, el cual
fue a Padan-aram, a Labán, hijo
de Betuel Arameo, hermano de
Rebeca, madre de Jacob y de
Esaú.
6 Y vio Esaú cómo Isaac había
bendecido a Jacob, y le había en-
viado a Padan-aram, para tomar
para si esposa de allí; y que cuan-
do le bendijo, le había mandado,
diciendo: No tomarás esposa de
las hijas de Canaán;
7 Y que Jacob había obedecido a
su padre y a su madre, y se había
ido a Padan-aram.
8 Vio asimismo Esaú que las
hijas de Canaán parecían mal a
Isaac su padre;
9 Y fuese Esaú a Ismael, y tomó
para si por esposa a Mahalet,
hija de Ismael, hijo de Abraham,
hermana de Nabaiot, además de
sus otras esposas.
10 Y salió Jacob de Beerseba, y
fue a Harán;
11 Y encontró con un lugar, y
durmió allí, porque ya el sol se
había puesto: y tomó de las pie-
dras de aquel paraje y *las* puso a
su cabecera, y acostóse en aquel
lugar.
12 Y soñó, y he aquí una escala
que estaba apoyada en tierra, y
su cabeza tocaba en el cielo: y he
aquí ángeles de Dios que subían
y descendían por ella.
13 Y he aquí, el SEÑOR estaba en
lo alto de ella, el cual dijo: Yo *soy*
el SEÑOR, el Dios de Abraham tu
padre, y el Dios de Isaac: la tierra
en que estás acostado te la daré a
ti y a tu simiente.
14 Y será tu simiente como el
polvo de la tierra, y te extende-
rás al occidente, y al oriente, y al
norte, y al sur; y todas las fami-
lias de la tierra serán benditas en
ti y en tu simiente.

15 Y he aquí, Yo *soy* contigo, y te guardaré por donde quiera que fueres, y te volveré a esta tierra; porque no te dejaré hasta tanto que haya hecho *lo* que te he dicho.

16 Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el SEÑOR está en este lugar, y yo no *lo* sabía.

17 Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible *es* este lugar! No *es* otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo.

18 Y levantóse Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y alzóla *por* título, y derramó aceite encima de ella.

19 Y llamó el nombre de aquel lugar Betel, bien que Luz *era* el nombre de la ciudad primero.

20 E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir,

21 Y si tornare en paz a casa de mi padre, el SEÑOR será mi Dios,

22 Y esta piedra que he puesto *por* título, será casa de Dios: y de todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti.

CAPÍTULO 29

Y SIGUIÓ Jacob su camino, y fue a la tierra de los orientales.

2 Y miró, y vio un pozo en el campo: y he aquí tres rebaños de ovejas que yacían cerca de él; porque de aquel pozo abrevaban los ganados: y *había* una gran piedra sobre la boca del pozo.

3 Y juntábanse allí todos los rebaños; y revolvían la piedra de sobre la boca del pozo, y abrevaban las ovejas; y volvían la piedra sobre la boca del pozo a su lugar.

4 Y díjoles Jacob: Hermanos míos, ¿de dónde *sois*? Y ellos respondieron: De Harán somos.

5 Y él les dijo: ¿Conocéis a Labán, hijo de Nacor? Y ellos dijeron: Sí, *le* conocemos.

6 Y él les dijo: ¿*Tiene* paz? Y ellos dijeron: Paz; y he aquí Raquel su hija viene con el ganado.

7 Y él dijo: He aquí el día *es* aún grande; no *es* tiempo todavía de recoger el ganado; abrevad las ovejas, e id a apacentarlas.

8 Y ellos respondieron: No podemos, hasta que se junten todos los ganados, y remuevan la piedra de sobre la boca del pozo, para que abrevemos las ovejas.

9 Estando aún él hablando con ellos, Raquel vino con el ganado de su padre, porque ella era la pastora.

10 Y sucedió que, como Jacob vio a Raquel, hija de Labán hermano de su madre, y a las ovejas de Labán el hermano de su madre, llegóse Jacob, y removió la piedra de sobre la boca del pozo, y abrevó el ganado de Labán hermano de su madre.

11 Y Jacob besó a Raquel, y alzó su voz, y lloró.

12 Y Jacob dijo a Raquel como él *era* hermano de su padre, y como *era* hijo de Rebeca: y ella corrió, y dio las nuevas a su padre.

13 Y así que oyó Labán las nuevas de Jacob, hijo de su hermana, corrió a recibirlo, y abrazólo, y besólo, y trájole a su casa: y él contó a Labán todas estas cosas.

14 Y Labán le dijo: Ciertamente hueso mío y carne mía *eres*. Y estuvo con él el tiempo de un mes.

15 Entonces dijo Labán a Jacob:
¿Por *ser* tú mi hermano, me has
de servir de balde? declárame
qué *será* tu salario.
16 Y Labán tenía dos hijas: el
nombre de la mayor *era* Lea, y el
nombre de la menor, Raquel.
17 Y los ojos de Lea *eran* tiernos,
pero Raquel era de lindo sem-
blante y de hermoso parecer.
18 Y Jacob amó a Raquel, y dijo:
Yo te serviré siete años por Ra-
quel tu hija menor.
19 Y Labán respondió: Mejor *es*
que te la dé a ti, y no que la dé a
otro hombre: estáte conmigo.
20 Así sirvió Jacob por Raquel
siete años: y pareciéronle *como*
pocos días, porque la amaba.
21 Y dijo Jacob a Labán: Da*me*
mi esposa, porque mi tiempo es
cumplido, para que cohabite con
ella.
22 Entonces Labán juntó a todos
los varones de aquel lugar, e hizo
banquete.
23 Y sucedió que a la noche tomó
a Lea su hija, y se la trajo: y él
entró a ella.
24 Y dio Labán su sierva Zilpa a
su hija Lea *por* criada.
25 Y venida la mañana, he aquí
que *era* Lea: y él dijo a Labán:
¿Qué *es* esto que me has hecho?
¿no te he servido por Raquel?
¿por qué, pues, me has engaña-
do?
26 Y Labán respondió: No se
hace así en nuestro lugar, que se
dé la menor antes de la mayor.
27 Cumple la semana de ésta, y
se te dará también la otra, por
el servicio que hicieres conmigo
otros siete años.
28 E hizo Jacob así, y cumplió
la semana de aquélla: y él le
dio a Raquel su hija por esposa.
29 Y dio Labán a Raquel su hija
por criada a su sierva Bilha.
30 Y entró también a Raquel: y
amóla también más que a Lea: y
sirvió con él aún otros siete años.
31 Y vio el SEÑOR que Lea *era*
aborrecida, y abrió su matriz:
pero Raquel *era* estéril.
32 Y concibió Lea, y parió un
hijo, y llamó su nombre Rubén,
porque dijo: Ya que ha mirado el
SEÑOR mi aflicción; ahora por
tanto me amará mi marido.
33 Y concibió otra vez, y parió
un hijo, y dijo: Por cuanto oyó
el SEÑOR que yo *era* aborreci-
da, me ha dado también éste. Y
llamó su nombre Simeón.
34 Y concibió otra vez, y parió
un hijo, y dijo: Ahora esta vez se
unirá mi marido conmigo, por-
que le he parido tres hijos: por
tanto, llamó su nombre Leví.
35 Y concibió otra vez, y parió
un hijo, y dijo: Esta vez alaba-
ré al SEÑOR: por esto llamó su
nombre Judá: y dejó de parir.

CAPÍTULO 30

Y VIENDO Raquel que no daba
hijos a Jacob, tuvo envidia
de su hermana, y decía a Jacob:
Dame hijos, o si no, me muero.
2 Y Jacob se enojaba contra Ra-
quel, y decía: ¿*Soy* yo en lugar de
Dios, que te impidió el fruto de
tu vientre?
3 Y ella dijo: He aquí mi sierva
Bilha; entra a ella, y parirá sobre
mis rodillas, y yo también tendré
hijos de ella.
4 Así le dio a Bilha su sierva por
esposa; y Jacob entró a ella.
5 Y concibió Bilha, y parió a
Jacob un hijo.
6 Y dijo Raquel: Juzgóme Dios, y
también oyó mi voz, y dióme un

hijo. Por tanto llamó su nombre
Dan.
7 Y concibió otra vez Bilha, la
sierva de Raquel, y parió el hijo
segundo a Jacob.
8 Y dijo Raquel: Con luchas de
Dios he contendido con mi her-
mana, y he vencido. Y llamó su
nombre Neftalí.
9 Y viendo Lea que había dejado
de parir, tomó a Zilpa su sierva,
y dióla a Jacob por esposa.
10 Y Zilpa, sierva de Lea, parió a
Jacob un hijo.
11 Y dijo Lea: Vino la ventura. Y
llamó su nombre Gad.
12 Y Zilpa, la sierva de Lea,
parió un segundo hijo a Jacob.
13 Y dijo Lea: Para dicha mía;
porque las mujeres me dirán di-
chosa: y llamó su nombre Aser.
14 Y fue Rubén en tiempo de la
siega de los trigos, y halló man-
drágoras en el campo, y trájolas
a Lea su madre: y dijo Raquel a
Lea: Ruégote que me des de las
mandrágoras de tu hijo.
15 Y ella respondió: ¿*Es* poco que
hayas tomado mi marido, sino
que también te has de llevar las
mandrágoras de mi hijo? Y dijo
Raquel: Pues dormirá contigo
esta noche por las mandrágoras
de tu hijo.
16 Y cuando Jacob volvía del
campo a la tarde, salió Lea a
él, y le dijo: A mí has de entrar,
porque a la verdad te he alqui-
lado por las mandrágoras de mi
hijo. Y durmió con ella aquella
noche.
17 Y oyó Dios a Lea: y concibió,
y parió a Jacob el quinto hijo.
18 Y dijo Lea: Dios me ha dado
mi recompensa, por cuanto di
mi sierva a mi marido: por eso
llamó su nombre Isacar.
19 Y concibió Lea otra vez, y
parió el sexto hijo a Jacob.
20 Y dijo Lea: Dios me ha dado
una buena dote: ahora morará
conmigo mi marido, porque le
he parido seis hijos: y llamó su
nombre Zabulón.
21 Y después parió una hija, y
llamó su nombre Dina.
22 Y acordóse Dios de Raquel, y
oyóla Dios, y abrió su matriz.
23 Y concibió, y parió un hijo: y
dijo: Quitado ha Dios mi afrenta:
24 Y llamó su nombre José, di-
ciendo: Añádame el SEÑOR otro
hijo.
25 Y aconteció, cuando Raquel
hubo parido a José, que Jacob
dijo a Labán: Envíame, e iré a mi
lugar, y a mi tierra.
26 Da*me* mis esposas y mis hijos,
por las cuales he servido contigo,
y déjame ir; pues tú sabes los ser-
vicios que te he hecho.
27 Y Labán le respondió: Halle
yo ahora gracia en tus ojos, *y
quédate*; experimentado he que el
SEÑOR me ha bendecido por tu
causa.
28 Y dijo: Señálame tu salario,
que yo *lo* daré.
29 Y él respondió: Tú sabes cómo
te he servido, y cómo ha estado
tu ganado conmigo;
30 Porque poco tenías antes de
mi *venida*, y ha crecido en gran
número; y el SEÑOR te ha ben-
decido con mi llegada: y ahora
¿cuándo tengo de hacer yo tam-
bién por mi propia casa?
31 Y él dijo: ¿Qué te daré? Y
respondió Jacob: No me des
nada: si hicieres por mí esto,
volveré a apacentar tus ovejas.
32 Yo pasaré hoy por todas tus
ovejas, poniendo aparte todas las
reses manchadas y de color vario,

y todas las reses de color oscuro
entre las ovejas, y las manchadas
y de color vario entre las cabras;
y *esto* será mi salario.
33 Así responderá por mí mi jus-
ticia mañana, cuando me viniere
mi salario delante de ti: toda la
que no *fuere* pintada ni mancha-
da en las cabras y de color oscu-
ro en las ovejas *mías*, se me ha de
tener por de hurto.
34 Y dijo Labán: Mira, que fuese
como tú dices.
35 Y apartó aquel día los machos
de cabrío rayados y mancha-
dos; y todas las cabras mancha-
das y de color vario, *y* toda res
que tenía en sí *algo* de blanco, y
todas las de color oscuro entre
las ovejas, y púso*las* en manos
de sus hijos;
36 Y puso tres días de camino
entre sí y Jacob: y Jacob apacen-
taba las otras ovejas de Labán.
37 Y tomóse Jacob varas de
álamo verdes, y de avellano, y
de castaño, y descortezó en ellas
mondaduras blancas, descu-
briendo así lo blanco de las varas.
38 Y puso las varas que había
mondado en las pilas, delante
del ganado, en los abrevaderos
del agua donde venían a beber
las ovejas, las cuales se recalen-
taban viniendo a beber.
39 Y concebían las ovejas delan-
te de las varas, y parían borregos
listados, pintados y salpicados
de diversos colores.
40 Y apartaba Jacob los corderos,
y poníalos con su rebaño, los lis-
tados, y todo lo que era oscuro
en el hato de Labán. Y ponía su
hato aparte, y no lo ponía con las
ovejas de Labán.
41 Y sucedía que cuantas veces
se recalentaban las tempranas,
Jacob ponía las varas delante
de las ovejas en las pilas, para
que concibiesen a la vista de las
varas.
42 Y cuando venían las ovejas
tardías, no *las* ponía: así eran las
tardías para Labán, y las tempra-
nas para Jacob.
43 Y acreció el varón sumamen-
te, y tuvo muchas ovejas, y sier-
vas y siervos, y camellos y asnos.

CAPÍTULO 31

Y OÍA él las palabras de los
hijos de Labán, que decían:
Jacob ha tomado todo lo que *era*
de nuestro padre; y de *lo* que *era*
de nuestro padre ha adquirido
toda esta gloria.
2 Miraba también Jacob el sem-
blante de Labán, y veía que no
era para con él como ayer y antes
de ayer.
3 También el SEÑOR dijo a
Jacob: Vuélvete a la tierra de tus
padres, y a tu parentela; que yo
seré contigo.
4 Y envió Jacob, y llamó a Raquel
y a Lea al campo a sus ovejas,
5 Y díjoles: Veo que el semblante
de vuestro padre no *es* para con-
migo como ayer y antes de ayer:
mas el Dios de mi padre ha sido
conmigo.
6 Y vosotras sabéis que con todas
mis fuerzas he servido a vuestro
padre:
7 Y vuestro padre me ha engaña-
do, y me ha mudado el salario
diez veces: pero Dios no le ha
permitido que me hiciese mal.
8 Si él decía así: Los pintados
serán tu salario; entonces todas
las ovejas parían pintados: y si
decía así: Los listados serán tu
salario; entonces todas las ovejas
parían listados.

9 Así quitó Dios el ganado de
vuestro padre, y dióme*lo* a mí.
10 Y sucedió que al tiempo que
las ovejas se recalentaban, alcé
yo mis ojos y ví en sueños, y he
aquí los machos que cubrían a
las hembras *eran* listados, pinta-
dos y abigarrados.
11 Y díjome el ángel de Dios en
sueños: Jacob. Y yo dije: *He*me
aquí.
12 Y él dijo: Alza ahora tus ojos,
y verás todos los machos que
cubren a las ovejas *son* listados,
pintados y abigarrados; porque
yo he visto todo lo que Labán te
ha hecho.
13 Yo *soy* el Dios de Betel, donde
tú ungiste el título, *y* donde me
hiciste un voto. Levántate ahora,
y sal de esta tierra, y vuélvete a
la tierra de tu naturaleza.
14 Y respondió Raquel y Lea, y
dijéronle: ¿*Hay* todavía parte o
heredad para nosotras en la casa
de nuestro padre?
15 ¿No nos tiene ya como por
extrañas, pues que nos vendió, y
aun se ha comido del todo nues-
tro precio?
16 Porque toda la riqueza que
Dios ha quitado a nuestro padre,
nuestra *es* y de nuestros hijos:
ahora pues, haz todo lo que Dios
te ha dicho.
17 Entonces se levantó Jacob,
y subió sus hijos y sus esposas
sobre los camellos.
18 Y puso en camino todo su
ganado, y toda su hacienda que
había adquirido, el ganado de
su ganancia que había obtenido
en Padan-aram, para volverse a
Isaac su padre en la tierra de Ca-
naán.
19 Y Labán había ido a tras-
quilar sus ovejas: y Raquel
hurtó los ídolos de su padre.
20 Y recató Jacob el corazón de
Labán Arameo, en no hacerle
saber que se huía.
21 Huyó, pues, con todo lo que
tenía; y levantóse, y pasó el río,
y puso su rostro al monte de Ga-
laad.
22 Y fue dicho a Labán al tercer
día que Jacob había huido.
23 Entonces tomó a sus herma-
nos consigo, y fue tras él camino
de siete días, y alcanzóle en el
monte de Galaad.
24 Y vino Dios a Labán Arameo
en sueños aquella noche, y le
dijo: Guárdate que no hables a
Jacob descomedidamente.
25 Alcanzó pues Labán a Jacob, y
éste había fijado su tienda en el
monte: y Labán acampó con sus
hermanos en el monte de Galaad.
26 Y dijo Labán a Jacob: ¿Qué
has hecho, que has salido sin avi-
sarme, y has llevado a mis hijas
como cautivas *tomadas* a espada?
27 ¿Por qué te escondiste para
huir, y me hurtaste, y no me
diste noticia, para que yo te en-
viara con alegría y con cantares,
con tamborín y arpa?
28 ¿Y aun no me dejaste besar
a mis hijos y a mis hijas? Ahora
neciamente has hecho en hacer
así.
29 Poder hay en mi mano para
haceros mal: mas el Dios de
vuestro padre me habló anoche
diciendo: Guárdate que no ha-
bles a Jacob descomedidamente.
30 Y ya que te ibas, porque te-
nías deseo de la casa de tu padre,
¿por qué me hurtaste mis dioses?
31 Y Jacob respondió, y dijo a
Labán: Porque tuve miedo; pues
dije, que quizás me quitarías por
fuerza tus hijas.

32 Con quien hallares tus dioses, no viva: delante de nuestros hermanos reconoce lo que yo tuviere tuyo, y llévatelo. Pues Jacob no sabía que Raquel los había hurtado.
33 Y entró Labán en la tienda de Jacob, y en la tienda de Lea, y en la tienda de las dos siervas, y no *los* halló, y salió de la tienda de Lea, y vino a la tienda de Raquel.
34 Y tomó Raquel los ídolos, y púsolos en una albarda de un camello, y sentóse sobre ellos: y tentó Labán toda la tienda, y no *los* halló.
35 Y ella dijo a su padre: No se enoje mi señor, porque no me puedo levantar delante de ti; pues *estoy* con la costumbre de las mujeres. Y él buscó, pero no halló los ídolos.
36 Entonces Jacob se enojó, y regañó con Labán; y respondió Jacob y dijo a Labán: ¿Qué prevaricación *es* la mía? ¿cuál *es* mi pecado, que con tanto ardor has venido en seguimiento mío?
37 Pues que has tentado todos mis muebles, ¿qué has hallado de todas las alhajas de tu casa? Pon*lo* aquí delante de mis hermanos y tuyos, y juzguen entre nosotros ambos.
38 Estos veinte años he *estado* contigo: tus ovejas y tus cabras nunca abortaron, ni yo comí carnero de tus ovejas.
39 No te traje lo desgarrado *por las fieras*; yo pagaba el daño; lo hurtado *así* de día como de noche, de mi mano lo requerías.
40 De día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño se huía de mis ojos.
41 Así he estado veinte años en tu casa: catorce años te serví por tus dos hijas, y seis años por tu ganado; y has mudado mi salario diez veces.
42 Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham, y el temor de Isaac, no fuera conmigo, de cierto me enviarías ahora vacío: vio Dios mi aflicción y el trabajo de mis manos, y reprendió*te* anoche.
43 Y respondió Labán, y dijo a Jacob: *Estas* hijas *son* hijas mías, y *estos* hijos, hijos míos *son*, y *este* ganado *es* mi ganado, y todo lo que tú ves *es* mío: ¿y que puedo yo hacer hoy a estas mis hijas, o a sus hijos que ellas han parido?
44 Ven pues ahora, hagamos pacto yo y tú; y sea en testimonio entre mí y entre ti.
45 Entonces Jacob tomó una piedra, y levantóla *por* título.
46 Y dijo Jacob a sus hermanos: Coged piedras. Y tomaron piedras e hicieron un majano; y comieron allí sobre aquel majano.
47 Y llamólo Labán Jegar Sahaduta: y lo llamó Jacob Galaad.
48 Porque Labán dijo: Este majano *es* testigo hoy entre mí y entre ti; por eso fue llamado su nombre Galaad;
49 Y Mizpa, por cuanto dijo: Atalaye el SEÑOR entre mí y entre ti, cuando nos apartáremos el uno del otro.
50 Si afligieres mis hijas, o si tomares *otras* esposas además de mis hijas, nadie *está* con nosotros; mira, Dios *es* testigo entre mí y entre ti.
51 Dijo más Labán a Jacob: He aquí este majano, y he aquí *este* título, que he erigido entre mí y ti.
52 Testigo *sea* este majano, y testigo *sea este* título, que ni yo

pasaré contra ti este majano, ni tú pasarás contra mí este majano ni este título, para mal.
53 El Dios de Abraham, y el Dios de Nacor juzgue entre nosotros, el Dios de sus padres. Y Jacob juró por el temor de Isaac su padre.
54 Entonces Jacob inmoló víctimas en el monte, y llamó a sus hermanos a comer pan: y comieron pan, y durmieron aquella noche en el monte.
55 Y levantóse Labán de mañana, y besó sus hijos y sus hijas, y los bendijo; y retrocedió y volvióse a su lugar.

CAPÍTULO 32

Y JACOB se fue su camino, y saliéronle al encuentro ángeles de Dios.
2 Y dijo Jacob cuando los vio: El campo de Dios *es* éste: y llamó el nombre de aquel lugar Mahanaim.
3 Y envió Jacob mensajeros delante de sí a Esaú su hermano, a la tierra de Seir, campo de Edom.
4 Y mandóles diciendo: Así diréis a mí señor Esaú: Así dice tu siervo Jacob: Con Labán he morado, y detenídome hasta ahora;
5 Y tengo vacas, y asnos, y ovejas, y siervos y siervas; y envío a decirlo a mi señor, por hallar gracia en tus ojos.
6 Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él.
7 Entonces Jacob tuvo gran temor, y angustióse; y partió el pueblo que *tenía* consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos cuadrillas;
8 Y dijo: Si viniere Esaú a un campamento y lo hiriere, el otro campamento escapará.
9 Y dijo Jacob: Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, SEÑOR, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien;
10 Menor soy que todas las misericordias, y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; que con mi bordón pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos cuadrillas.
11 Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; no venga quizá, y me hiera, *y* la madre con los hijos.
12 Y tú has dicho: Yo te haré bien, y pondré tu simiente como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud.
13 Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un presente para su hermano Esaú;
14 Doscientas cabras y veinte machos de cabrío, doscientas ovejas y veinte carneros,
15 Treinta camellas paridas, con sus hijos, cuarenta vacas y diez novillos, veinte asnas y diez borricos.
16 Y entregó*los* en mano de sus siervos, cada manada de por sí; y dijo a sus siervos: Pasad delante de mí, y poned espacio entre manada y manada.
17 Y mandó al primero, diciendo: Si Esaú mi hermano te encontrare, y te preguntare, diciendo: ¿De quién *eres*? ¿y adónde vas? ¿y para quién *es* esto que llevas delante de ti?
18 Entonces dirás: *Estos son* de tu siervo Jacob, *es* un presente en-

viado a mi señor Esaú; y he aquí,
él *viene* tras nosotros.
19 Y mandó también al segundo,
y al tercero, y a todos los que iban
tras aquellas manadas, diciendo:
Conforme a esto hablaréis a Esaú,
cuando le hallareis.
20 Y diréis también: He aquí, tu
siervo Jacob *viene* tras de noso-
tros. Porque dijo: Apaciguaré su
ira con el presente que va delan-
te de mí, y después veré su ros-
tro: quizá le seré acepto.
21 Y pasó el presente delante de
él; y él durmió aquella noche en
el campamento.
22 Y levantóse aquella noche, y
tomó sus dos esposas, y sus dos
siervas, y sus once hijos, y pasó
el vado de Jaboc.
23 Tomólos pues, y pasólos el
arroyo, e hizo pasar lo que tenía.
24 Y quedóse Jacob solo, y luchó
con él un varón hasta que rayaba
el alba.
25 Y como vio que no podía con
él, tocó en el sitio del encaje
de su muslo, y descoyuntóse el
muslo de Jacob mientras con él
luchaba.
26 Y dijo: Déjame, que raya el
alba. Y él dijo: No te dejaré, si no
me bendices.
27 Y él le dijo: ¿Cuál *es* tu nom-
bre? Y él respondió: Jacob.
28 Y él dijo: No se dirá más tu
nombre Jacob, sino Israel: por-
que como un príncipe tienes
poder con Dios y con los hom-
bres, y has prevalecido.
29 Y Jacob *le* preguntó, y dijo:
Declára*me*, te ruego, tu nombre.
Y él respondió: ¿Por qué pregun-
tas por mi nombre? Y lo bendijo
allí.
30 Y llamó Jacob el nombre de
aquel lugar, Peniel: porque ví a
Dios cara a cara, y fue librada mi
alma.
31 Y salióle el sol pasado que
hubo a Peniel; y cojeaba de su
anca.
32 Por esto los hijos de Israel no
comen *del* tendón que se contra-
jo, el cual *está* en el encaje del
muslo, hasta hoy día: porque tocó
a Jacob este sitio de su muslo en
el tendón que se contrajo.

CAPÍTULO 33

Y ALZANDO Jacob sus ojos
miró, y he aquí venía Esaú,
y los cuatrocientos hombres con
él: entonces repartió él los niños
entre Lea y Raquel y las dos sier-
vas.
2 Y puso las siervas y sus niños
delante; luego a Lea y a sus niños;
y a Raquel y a José los postreros.
3 Y él pasó delante de ellos, e in-
clinóse a tierra siete veces, hasta
que llegó a su hermano.
4 Y Esaú corrió a su encuentro, y
abrazóle, y echóse sobre su cue-
llo, y le besó; y lloraron.
5 Y alzó sus ojos, y vio las muje-
res y los niños, y dijo: ¿Quiénes
son éstos contigo? Y él respon-
dió: Son los niños que Dios gra-
ciosamente ha dado a tu siervo.
6 Y se llegaron las siervas, ellas y
sus niños, e inclináronse.
7 Y llegóse Lea con sus niños, e
inclináronse: y después llegó
José y Raquel, y también se incli-
naron.
8 Y él dijo: ¿Qué te *propones* con
todas estas cuadrillas que he en-
contrado? Y él respondió: Hallar
gracia en los ojos de mi señor.
9 Y dijo Esaú: Bastante tengo yo,
hermano mío: sea para ti lo que
es tuyo.
10 Y dijo Jacob: No, yo te ruego,

si he hallado ahora gracia en tus
ojos, toma mi presente de mi
mano, pues que así he visto tu
rostro, como si hubiera visto el
rostro de Dios; y hazme placer.
11 Toma, te ruego, mi bendición
que te es traída; porque Dios ha
tratado graciosamente conmigo,
y porque tengo suficiente. Y porfió con él, y *la* tomó.
12 Y dijo: Anda, y vamos; y yo
iré delante de ti.
13 Y él le dijo: Mi señor sabe que
los niños *son* tiernos, y que *tengo*
conmigo rebaños y vacas paridas; y si las fatigan, en un día
morirá todo el rebaño.
14 Pase ahora mi señor delante
de su siervo, y yo guiaré poco a
poco, conforme al paso del ganado que va delante de mí y al paso
de los niños, hasta que llegue a
mi señor a Seir.
15 Y Esaú dijo: Dejaré ahora contigo *alguna* de la gente que *viene*
conmigo. Y él dijo: ¿Para qué
esto? halle yo gracia en los ojos
de mi señor.
16 Así se volvió Esaú aquel día
por su camino a Seir.
17 Y Jacob se partió a Sucot, y
edificó allí casa para sí, e hizo
cabañas para su ganado: por
tanto llamó el nombre de aquel
lugar Sucot.
18 Y vino Jacob sano a la ciudad
de Siquem, que *está* en la tierra
de Canaán, cuando venía de Padan-aram; y acampó delante de
la ciudad.
19 Y compró una parte del campo,
donde tendió su tienda, de mano
de los hijos de Hamor, padre de
Siquem, por cien piezas de moneda.
20 Y erigió allí un altar, y le
llamó Elelohe-Israel.

CAPÍTULO 34

Y SALIÓ Dina la hija de Lea,
la cual había ésta parido a
Jacob, a ver las hijas del país.
2 Y vióla Siquem, hijo de Hamor
Heveo, príncipe de aquella tierra,
y tomóla, y echóse con ella, y la
deshonró.
3 Mas su alma se apegó a Dina
la hija de Lea, y enamoróse de
la moza, y habló al corazón de
la joven.
4 Y habló Siquem a Hamor su
padre, diciendo: Tómame por esposa esta moza.
5 Y oyó Jacob que había *Siquem*
amancillado a Dina su hija: y estando sus hijos con su ganado en
el campo, calló Jacob hasta que
ellos viniesen.
6 Y dirigióse Hamor padre de Siquem a Jacob, para hablar con él.
7 Y los hijos de Jacob vinieron
del campo cuando *lo* supieron;
y se entristecieron los varones,
y se ensañaron mucho, porque
hizo vileza en Israel echándose
con la hija de Jacob, lo que no se
debía haber hecho.
8 Y Hamor habló con ellos, diciendo: El alma de mi hijo Siquem se ha apegado a vuestra
hija; ruégoos que se la deis por
esposa.
9 Y emparentad con nosotros;
dadnos vuestras hijas, y tomad
vosotros las nuestras.
10 Y habitad con nosotros; porque la tierra estará delante de
vosotros; morad y negociad en
ella, y tomad en ella posesión.
11 Siquem también dijo a su
padre y a sus hermanos: Halle yo
gracia en vuestros ojos, y daré lo
que me dijereis.
12 Aumentad a cargo mío mucho
dote y dones, que yo daré cuan-

to me dijereis, y dadme la moza
por esposa.
13 Y respondieron los hijos de
Jacob a Siquem y a Hamor su
padre con engaño: y parlaron,
por cuanto había amancillado a
Dina su hermana.
14 Y dijéronles: No podemos
hacer esto de dar nuestra herma-
na a hombre que tiene prepucio;
porque entre nosotros *es* abomi-
nación.
15 Mas con esta condición os
haremos placer: si habéis de *ser*
como nosotros, que se circunci-
de entre vosotros todo varón;
16 Entonces os daremos nues-
tras hijas, y tomaremos nosotros
las vuestras; y habitaremos con
vosotros, y seremos un pueblo.
17 Mas si no nos prestareis oído
para circuncidaros, tomaremos
nuestra hija, y nos iremos.
18 Y parecieron bien sus pala-
bras a Hamor y a Siquem, hijo
de Hamor.
19 Y no dilató el mozo hacer
aquello, porque la hija de Jacob
le había agradado: y él *era* el
más honrado de toda la casa de
su padre.
20 Entonces Hamor y Siquem su
hijo vinieron a la puerta de su
ciudad, y hablaron a los varones
de su ciudad, diciendo:
21 Estos varones *son* pacíficos
con nosotros, y habitarán en el
país, y traficarán en él: pues he
aquí la tierra *es* bastante ancha
para ellos: nosotros tomaremos
sus hijas por esposas, y les dare-
mos las nuestras.
22 Mas con esta condición nos
harán estos hombres el placer
de habitar con nosotros, para
que seamos un pueblo: si se
circuncidare en nosotros todo
varón, así como ellos *son* circun-
cidados.
23 Sus ganados y su sustancia
y todas sus bestias, ¿no *serán*
nuestros? Solamente consinta-
mos con ellos, y habitarán con
nosotros.
24 Y obedecieron a Hamor y a
Siquem su hijo todos los que
salían por la puerta de la ciudad,
y circuncidaron a todo varón, a
cuantos salían por la puerta de
su ciudad.
25 Y sucedió que al tercer día,
cuando sentían ellos el mayor
dolor, los dos hijos de Jacob, Si-
meón y Leví, hermanos de Dina,
tomaron cada uno su espada, y
vinieron contra la ciudad ani-
mosamente, y mataron a todo
varón.
26 Y a Hamor y a Siquem su hijo
los mataron a filo de espada: y
tomaron a Dina de casa de Si-
quem, y saliéronse.
27 Y los hijos de Jacob vinie-
ron a los muertos, y saquearon
la ciudad; por cuanto habían
amancillado a su hermana.
28 Tomaron sus ovejas y vacas
y sus asnos, y lo que *había* en la
ciudad y en el campo,
29 Y toda su riqueza, y todos sus
niños, y sus esposas tomaron
cautivos, y saquearon aún todo
que *estaba* en casa.
30 Entonces dijo Jacob a Simeón
y a Leví: Habéisme turbado
con hacerme abominable a los
moradores de aquesta tierra, el
Cananeo y el Ferezeo; y *teniendo*
yo pocos hombres, juntarse han
contra mí, y me herirán, y seré
destruido yo y mi casa.
31 Y ellos respondieron: ¿Había
él de tratar a nuestra hermana
como a una ramera?

CAPÍTULO 35

Y DIJO Dios a Jacob: Levántate,
sube a Betel, y estáte allí; y
haz allí un altar al Dios que te
apareció cuando huías de tu her-
mano Esaú.
2 Entonces Jacob dijo a su fami-
lia y a todos los que con él *esta-
ban*: Quitad los dioses ajenos que
hay entre vosotros, y limpiaos, y
mudad vuestros vestidos.
3 Y levantémonos, y subamos a
Betel; y haré allí altar al Dios que
me respondió en el día de mi an-
gustia, y ha sido conmigo en el
camino que he andado.
4 Así dieron a Jacob todos los
dioses ajenos que *había* en sus
manos, y *todos sus* zarzillos que
estaban en sus orejas; y Jacob
los escondió debajo de una en-
cina, que *estaba* junto a Siquem.
5 Y partiéronse, y el terror de
Dios fue sobre las ciudades que
había en sus alrededores, y no
siguieron tras los hijos de Jacob.
6 Y llegó Jacob a Luz, que *está* en
tierra de Canaán, (ésta *es* Betel)
él y todo el pueblo que con él *es-
taba*;
7 Y edificó allí un altar, y llamó
el lugar El-Betel, porque allí le
había aparecido Dios, cuando
huía de su hermano.
8 Entonces murió Débora, ama
de Rebeca, y fue sepultada a las
raíces de Betel, debajo de una
encina: y llamóse su nombre
Alon-Bacut.
9 Y aparecióse otra vez Dios a
Jacob, cuando se había vuelto de
Padan-aram, y bendíjole.
10 Y díjole Dios: Tu nombre
es Jacob; no se llamará más tu
nombre Jacob, sino Israel será
tu nombre: y llamó su nombre
Israel.
11 Y díjole Dios: Yo *soy* el Dios
Todopoderoso: crece y multiplí-
cate; una nación y compañía de
naciones procederá de ti, y reyes
saldrán de tus lomos:
12 Y la tierra que yo he dado a
Abraham y a Isaac, la daré a ti: y
a tu simiente después de ti daré
la tierra.
13 Y fuese de él Dios, del lugar
donde con él había hablado.
14 Y Jacob erigió un título en el
lugar donde había hablado con
él, un título de piedra, y derramó
sobre él libación, y echó sobre él
aceite.
15 Y llamó Jacob el nombre de
aquel lugar donde Dios había ha-
blado con él, Betel.
16 Y partieron de Betel, y había
aún como media legua de tie-
rra para llegar a Efrata, cuando
parió Raquel, y hubo trabajo en
su parto.
17 Y aconteció, que como había
trabajo en su parir, díjole la par-
tera: No temas, que también ten-
drás este hijo.
18 Y acaeció que al salírsele el
alma, (pues murió) llamó su
nombre Benoni; mas su padre lo
llamó Benjamín.
19 Así murió Raquel, y fue sepul-
tada en el camino de Efrata, la
cual *es* Belem.
20 Y puso Jacob un título sobre
su sepultura: éste *es* el título de
la sepultura de Raquel hasta hoy.
21 Y partió Israel, y tendió su
tienda de la otra parte de Mig-
daleder.
22 Y acaeció, morando Israel en
aquella tierra, que fue Rubén y
durmió con Bilha la concubi-
na de su padre; lo cual llegó a
entender Israel. Ahora bien, los
hijos de Israel fueron doce:

23 Los hijos de Lea: Rubén el primogénito de Jacob, y Simeón, y Leví, y Judá, e Isacar, y Zabulón.
24 Los hijos de Raquel: José, y Benjamín.
25 Y los hijos de Bilha, sierva de Raquel: Dan, y Neftalí.
26 Y los hijos de Zilpa, sierva de Lea: Gad, y Aser. Éstos *fueron* los hijos de Jacob, que le nacieron en Padan-aram.
27 Y vino Jacob a Isaac su padre a Mamre, a la ciudad de Arba, que *es* Hebrón, donde habitaron Abraham e Isaac.
28 Y fueron los días de Isaac ciento ochenta años.
29 Y exhaló Isaac el espíritu, y murió, y fue recogido a sus pueblos, *siendo* viejo y lleno de días: y sepultáronlo Esaú y Jacob sus hijos.

CAPÍTULO 36

Y ÉSTAS son las generaciones de Esaú, el cual *es* Edom.
2 Esaú tomó sus esposas de las hijas de Canaán: a Ada, hija de Elón Heteo, y a Aholibama, hija de Ana, hija de Zibeón el Heveo;
3 Y a Basemat, hija de Ismael, hermana de Nabaiot.
4 Y Ada parió a Esaú a Elifaz; y Basemat parió a Reuel.
5 Y Aholibama parió a Jeús, y a Jaalam, y a Cora: éstos *son* los hijos de Esaú, que le nacieron en la tierra de Canaán.
6 Y Esaú tomó sus esposas, y sus hijos, y sus hijas, y todas las personas de su casa, y sus ganados, y todas sus bestias, y toda su hacienda que había adquirido en la tierra de Canaán, y fuese a otra tierra de delante de Jacob su hermano:
7 Porque la hacienda de ellos era grande, y no podían habitar juntos, ni la tierra de su peregrinación los podía sostener a causa de sus ganados.
8 Y Esaú habitó en el monte de Seir: Esaú *es* Edom.
9 Éstos *son* los linajes de Esaú, padre de Edom, en el monte de Seir.
10 Éstos *son* los nombres de los hijos de Esaú: Elifaz, hijo de Ada, esposa de Esaú; Reuel, hijo de Basemat, esposa de Esaú.
11 Y los hijos de Elifaz fueron Temán, Omar, Zefo, Gatam, y Cenaz.
12 Y Timna fue concubina de Elifaz, hijo de Esaú, la cual le parió a Amalec: éstos *son* los hijos de Ada, esposa de Esaú.
13 Y los hijos de Reuel *fueron* Nahat, Zera, Sama, y Miza: éstos son los hijos de Basemat, esposa de Esaú.
14 Éstos fueron los hijos de Aholibama, esposa de Esaú, hija de Ana, que fue hija de Zibeón: ella parió a Esaú, a Jeús, Jaalam, y Cora.
15 Éstos *son* los duques de los hijos de Esaú. Hijos de Elifaz, primogénito de Esaú: el duque Temán, el duque Omar, el duque Zefo, el duque Cenaz,
16 El duque Cora, el duque Gatam, *y* el duque Amalec: éstos *son* los duques *que vinieron* de Elifaz en la tierra de Edom; éstos *fueron* los hijos de Ada.
17 Y éstos *son* los hijos de Reuel, hijo de Esaú: el duque Nahat, el duque Zera, el duque Sama, y el duque Miza; éstos son los duques *que vinieron* de Reuel en la tierra de Edom; éstos *son* los hijos de Basemat, esposa de Esaú.
18 Y éstos son los hijos de Aholibama, esposa de Esaú: el duque

Jeús, el duque Jaalam, y el duque
Cora: éstos *fueron* los duques *que*
salieron de Aholibama, esposa de
Esaú, hija de Ana.
19 Éstos, pues, *son* los hijos de
Esaú, y sus duques: él *es* Edom.
20 Y éstos *son* los hijos de Seir
Horeo, moradores de aquella tie-
rra: Lotán, Sobal, Zibeón, Ana,
21 Disón, Ezer, y Disán: éstos *son*
los duques de los Horeos, hijos
de Seir, en la tierra de Edom.
22 Los hijos de Lotán fueron Hori
y Hemán; y Timna *fue* hermana
de Lotán.
23 Y los hijos de Sobal *fueron*
Alván, Manahat, Ebal, Sefo, y
Onán.
24 Y éstos *son* los hijos de Zi-
beón; Aja, y Ana. Este Ana *es el*
que descubrió los mulos en el
desierto, cuando apacentaba los
asnos de Zibeón su padre.
25 Los hijos de Ana *fueron* Disón,
y Aholibama, hija de Ana.
26 Y éstos *son* los hijos de Disón:
Hemdán, Esbán, Itrán, y Cherán.
27 Y éstos *son* los hijos de Ezer:
Bilhán, Zaaván, y Acán.
28 Éstos *son* los hijos de Disán:
Uz, y Arán.
29 Y éstos *son* los duques *que vi-*
nieron de los Horeos: el duque
Lotán, el duque Sobal, el duque
Zibeón, el duque Ana,
30 El duque Disón, el duque Ezer,
el duque Disán: éstos *son* los du-
ques *que vinieron* de los Horeos,
entre sus ducados en la tierra de
Seir.
31 Y éstos *son* los reyes que reina-
ron en la tierra de Edom, antes que
reinase algún rey sobre los hijos
de Israel.
32 Y Bela, el hijo de Beor, reinó
en Edom: y el nombre de su ciu-
dad *fue* Dinaba.
33 Y murió Bela, y reinó en su
lugar Jobab, hijo de Zera, de
Bosra.
34 Y murió Jobab, y en su lugar
reinó Husam, de tierra de Temán.
35 Y murió Husam, y reinó en
su lugar Adad, hijo de Badad, el
que hirió a Midián en el campo
de Moab: y el nombre de su ciu-
dad *fue* Avit.
36 Y murió Adad, y en su lugar
reinó Samla, de Masreca.
37 Y murió Samla, y reinó en su
lugar Saúl de Rehobot, *junto* al río.
38 Y murió Saúl, y en lugar suyo
reinó Baalanán, hijo de Acbor.
39 Y murió Baalanán, hijo de
Acbor, y reinó Adar en lugar
suyo: y el nombre de su ciudad
fue Pau; y el nombre de su espo-
sa *fue* Meetabel, hija de Matred,
hija de Mezaab.
40 Éstos, pues, *son* los nombres
de los duques *que vinieron* de
Esaú por sus linajes, por sus lu-
gares, y sus nombres: el duque
Timna, el duque Alva, el duque
Jetet,
41 El duque Aholibama, el duque
Ela, el duque Pinón,
42 El duque Cenaz, el duque
Temán, el duque Mibzar,
43 El duque Magdiel, y el duque
Hiram. Éstos *son* los duques de
Edom, según sus habitaciones
en la tierra de su posesión; él *es*
Esaú el padre de los Idumeos

CAPÍTULO 37

Y HABITÓ Jacob en la tierra
donde peregrinó su padre, en
la tierra de Canaán.
2 Éstas *son* las generaciones de
Jacob. José, *siendo* de edad de
diez y siete años apacentaba
las ovejas con sus hermanos; y
el joven *estaba* con los hijos de

Bilha, y con los hijos de Zilpa,
esposas de su padre: y noticiaba
José a su padre la mala fama de
ellos.
3 Y amaba Israel a José más que
a todos sus hijos, porque él *era*
el hijo de su vejez: y le hizo una
ropa de *diversos* colores.
4 Y viendo sus hermanos que su
padre lo amaba más que a todos
sus hermanos, aborrecíanle, y no
le podían hablar pacíficamente.
5 Y soñó José un sueño, y contó-
lo a sus hermanos; y ellos vinie-
ron a aborrecerle más todavía.
6 Y él les dijo: Oíd ahora este
sueño que he soñado:
7 He aquí, *estabamos* en el campo
atando los manojos, y he aquí,
mi manojo se levantaba, y esta-
ba derecho, y vuestros manojos
estaban alrededor, y se inclina-
ban al mío.
8 Y respondiéronle sus herma-
nos: ¿Has de reinar tú sobre no-
sotros, o te has de enseñorear
sobre nosotros? Y le aborrecie-
ron aún más a causa de sus sue-
ños y de sus palabras.
9 Y soñó aún otro sueño, y con-
tólo a sus hermanos, dicien-
do: He aquí que he soñado otro
sueño, y he aquí que el sol y la
luna y once estrellas se inclina-
ban a mí.
10 Y contó*lo* a su padre y a sus
hermanos: y su padre le repren-
dió, y díjole: ¿Qué sueño *es* éste
que soñaste? ¿Hemos de venir yo
y tu madre, y tus hermanos, a in-
clinarnos a ti a tierra?
11 Y sus hermanos le tenían envi-
dia, mas su padre paraba la con-
sideración en ello.
12 Y fueron sus hermanos a apa-
centar las ovejas de su padre en
Siquem.
13 Y dijo Israel a José: Tus her-
manos apacientan las ovejas en
Siquem: ven, y te enviaré a ellos.
Y él respondió: Heme aquí.
14 Y él le dijo: Ve ahora, mira
cómo están tus hermanos y cómo
están las ovejas, y tráeme la res-
puesta. Y envióle del valle de He-
brón, y llegó a Siquem.
15 Y hallólo un hombre, andando
él perdido por el campo, y pre-
guntóle aquel hombre, diciendo:
¿Qué buscas?
16 Y él respondió: Busco a mis
hermanos: ruégote que me mues-
tres dónde pastan.
17 Y aquel hombre respondió:
Ya se han ido de aquí; yo les oí
decir: Vamos a Dotán. Entonces
José fue tras de sus hermanos, y
hallólos en Dotán.
18 Y como ellos lo vieron de
lejos, antes que cerca de ellos lle-
gara, proyectaron contra él para
matarle.
19 Y dijeron el uno al otro: He
aquí viene el soñador;
20 Ahora pues, venid, y maté-
moslo y echémosle en una cister-
na, y diremos: Alguna mala bes-
tia le devoró: y veremos qué
serán sus sueños.
21 Y como Rubén oyó *esto*, libró-
lo de sus manos, y dijo: No lo
matemos.
22 Y les dijo Rubén: No derra-
méis sangre; echadlo en este
pozo que *está* en el desierto, y no
pongáis mano en él; por librarlo
así de sus manos, para entregarlo
a su padre.
23 Y sucedió que, cuando llegó
José a sus hermanos, ellos hicie-
ron desnudar a José su ropa, la
ropa de *diversos* colores que *tenía*
sobre sí;
24 Y tomáronlo, y echáronle en

la cisterna; mas la cisterna *estaba*
vacía, no *había* en ella agua.
25 Y sentáronse a comer pan: y
alzando los ojos miraron, y he
aquí una compañía de Ismaelitas
que venía de Galaad, y sus camellos traían aromas y bálsamo y
mirra, e iban a llevar*lo* a Egipto.
26 Entonces Judá dijo a sus hermanos: ¿Qué provecho *es* que
matemos a nuestro hermano y
encubramos su sangre?
27 Venid, y vendámosle a los Ismaelitas, y no sea nuestra mano
sobre él; porque él *es* nuestro
hermano *y* nuestra carne. Y sus
hermanos acordaron con él.
28 Y como pasaban los Madianitas mercaderes, sacaron ellos a
José de la cisterna, y trajéronle
arriba, y le vendieron a los Ismaelitas por veinte *piezas* de
plata. Y llevaron a José a Egipto.
29 Y Rubén volvió a la cisterna,
y no *halló* a José dentro, y rasgó
sus vestidos.
30 Y tornó a sus hermanos, y
dijo: El mozo no *aparece*; y yo,
¿adónde iré yo?
31 Entonces tomaron ellos la
ropa de José, y degollaron un cabrito de las cabras, y tiñeron la
ropa con la sangre;
32 Y enviaron la ropa de *diversos*
colores y trajéron*la* a su padre, y
dijeron: Ésta hemos hallado, reconoce ahora si es o no la ropa
de tu hijo.
33 Y él la conoció, y dijo: La ropa
de mi hijo *es*; alguna mala bestia
le devoró; José ha sido despedazado.
34 Entonces Jacob rasgó sus
vestidos, y puso saco sobre sus
lomos, y enlutóse por su hijo muchos días.
35 Y levantáronse todos sus hijos
y todas sus hijas para consolarlo;
mas él no quiso tomar consolación, y dijo: Porque yo tengo de
descender a mi hijo enlutado
hasta la sepultura. Y llorólo su
padre.
36 Y los Madianitas lo vendieron
en Egipto a Potifar, oficial de Faraón *y* capitán de los de la guardia.

CAPÍTULO 38

Y ACONTECIÓ en aquel tiempo,
que Judá descendió de con
sus hermanos, y fuese a un varón
Adulamita, que se llamaba Hira.
2 Y vio allí Judá la hija de un
hombre Cananeo, el cual se llamaba Súa; y tomóla, y entró a
ella:
3 La cual concibió, y parió un
hijo; y llamó su nombre Er.
4 Y concibió otra vez, y parió un
hijo, y llamó su nombre Onán.
5 Y volvió a concebir, y parió un
hijo, y llamó su nombre Sela. Y
estaba en Chezib cuando lo parió.
6 Y Judá tomó esposa para su
primogénito Er, la cual se llamaba Tamar.
7 Y Er, el primogénito de Judá,
fue malo a los ojos del SEÑOR, y
quitóle el SEÑOR la vida.
8 Entonces Judá dijo a Onán:
Entra a la esposa de tu hermano,
y despósate con ella, y suscita simiente a tu hermano.
9 Y sabiendo Onán que la simiente no había de ser suya, sucedía
que cuando entraba a la esposa
de su hermano vertía en tierra,
por no dar simiente a su hermano.
10 Y desagradó en ojos del
SEÑOR lo que hacía, y también
quitó a él la vida.
11 Y Judá dijo a Tamar su nuera:
Estáte viuda en casa de tu padre,

hasta que crezca Sela mi hijo;
porque dijo: Que quizá no muera
él también como *sucedió* a sus
hermanos. Y fuese Tamar, y estú-
vose en casa de su padre.
12 Y pasaron muchos días, y
murió la hija de Súa, esposa de
Judá; y Judá se consoló, y subía
a los trasquiladores de sus ovejas
a Timnat, él y su amigo Hira el
Adulamita.
13 Y fue dado aviso a Tamar, di-
ciendo: He aquí tu suegro sube
a Timnat a trasquilar sus ovejas.
14 Entonces quitó ella de sobre
sí los vestidos de su viudez, y cu-
brióse con un velo, y arrebozóse,
y se puso a la puerta de las aguas
que están junto al camino de
Timnat: porque veía que había
crecido Sela, y ella no era dada a
él por esposa.
15 Y vióla Judá, y túvola por ra-
mera, porque había ella cubierto
su rostro.
16 Y apartóse del camino hacia
ella, y díjole: Ea, pues, ahora en-
traré a ti; porque no sabía que
era su nuera; y ella dijo: ¿Qué
me has de dar, si entrares a mí?
17 Él respondió: Yo te enviaré
del ganado un cabrito de las ca-
bras. Y ella dijo: ¿Me has de dar
prenda hasta que lo envíes?
18 Entonces él dijo: ¿Qué prenda
te daré? Y ella dijo: Tu sello, y
tus pulseras, y tu bordón que *tie-
nes* en tu mano. Y él se *los* dio, y
entró a ella, la cual concibió de
él.
19 Y levantóse, y fuese: y quitóse
el velo de sobre sí, y vistióse las
ropas de su viudez.
20 Y Judá envió el cabri-
to de las cabras por mano de
su amigo el Adulamita, para
que tomase la prenda de mano
de la mujer; mas no la halló.
21 Entonces él preguntó a los
hombres de aquel lugar, diciendo:
¿Dónde *está* la ramera, que *anda-
ba* abiertamente junto al lado del
camino? Y ellos dijeron: No había
ninguna ramera en este *lugar*.
22 Entonces él se volvió a Judá, y
dijo: No la puedo hallar; y también
los hombres de aquel lugar dijeron:
Aquí no ha estado ninguna ramera.
23 Y Judá dijo: Tómese*lo* para sí,
porque no seamos menosprecia-
dos: he aquí yo he enviado este
cabrito, y tú no la hallaste.
24 Y acaeció que al cabo de unos
tres meses fue dado aviso a Judá,
diciendo: Tamar tu nuera ha for-
nicado, y aun cierto *está* preñada
de las fornicaciones. Y Judá dijo:
Sacadla, y sea quemada.
25 Y cuando la sacaban, ella envió
a decir a su suegro: Del varón
cuyas *son* estas cosas, estoy preña-
da: y dijo más: Mira ahora cuyas
son estas cosas, el sello, y las pul-
seras, y el bordón.
26 Entonces Judá *las* reconoció, y
dijo: Más justa es que yo, por cuan-
to no la he dado a Sela mi hijo. Y
nunca más la conoció.
27 Y aconteció que al tiempo del
parir, he aquí *había* dos en su vien-
tre.
28 Y sucedió, cuando paría, que
sacó la mano *el uno*, y la partera
tomó y ató a su mano un hilo de
grana, diciendo: Éste salió primero.
29 Y sucedió que tornando él a
meter su mano, he aquí su herma-
no salió; y ella dijo: ¿Cómo has
rompido? Sobre ti *sea esta* rotura.
Y llamó su nombre Fares.
30 Y después salió su hermano, el
que tenía en su mano el hilo de
grana, y llamó su nombre Zara.

CAPÍTULO 39

Y FUE llevado José a Egipto; y
Potifar, oficial de Faraón, ca-
pitán de la guardia, varón Egip-
cio, lo compró de mano de los
Ismaelitas que lo habían llevado
allá.
2 Mas el SEÑOR fue con José, y
fue varón prosperado: y estaba
en la casa de su señor el Egipcio.
3 Y vio su señor que el SEÑOR
era con él, y que todo lo que él
hacía, el SEÑOR lo hacía pros-
perar en su mano.
4 Así halló José gracia en sus
ojos, y servíale; y él le hizo ma-
yordomo de su casa, y entregó en
su poder todo lo *que* tenía.
5 Y aconteció *que* desde aquel
tiempo cuando le dio el encargo
de su casa, y de todo lo que tenía,
que el SEÑOR bendijo la casa del
Egipcio a causa de José; y la bendi-
ción del SEÑOR fue sobre todo lo
que él tenía en casa, y en el campo.
6 Y dejó todo lo que tenía en
mano de José; ni con él sabía de
nada más que del pan que comía.
Y era José de hermoso semblante
y bella presencia.
7 Y aconteció después de esto,
que la esposa de su señor puso
sus ojos en José, y dijo: Duerme
conmigo.
8 Y él no quiso, y dijo a la espo-
sa de su señor: He aquí que mi
señor no sabe conmigo lo que
hay en casa, y ha puesto en mi
mano todo lo que tiene:
9 *No hay* otro mayor que yo en
esta casa, y ninguna cosa me ha
reservado sino a ti, por cuanto
tú *eres* su esposa; ¿cómo, pues,
haría yo este grande mal, y peca-
ría contra Dios?
10 Y sucedió que hablando ella a
José cada día, y no escuchándola
él para acostarse al lado de ella,
o para estar con ella,
11 Aconteció que entró *él* un día
en casa para hacer su oficio, y no
había nadie de los de casa allí en
casa:
12 Y ella lo asió por su ropa, di-
ciendo: Acuéstate conmigo. Y él
dejó su ropa en la mano de ella,
y huyó y salió fuera.
13 Y acaeció que cuando vio ella
que le había dejado su ropa en
sus manos, y había huido fuera,
14 Llamó a los de casa, y habló-
les diciendo: Mirad, nos ha traí-
do un Hebreo, para que hiciese
burla de nosotros: vino él a mí
para dormir conmigo, y yo di
grandes voces;
15 Y viendo que yo alzaba la voz
y gritaba, dejó junto a mí su ropa,
y huyó, y salióse fuera.
16 Y ella puso junto a sí la ropa
de él, hasta que vino su señor a
su casa.
17 Entonces le habló ella seme-
jantes palabras, diciendo: El sier-
vo Hebreo que nos trajiste, vino
a mí para deshonrarme;
18 Y como yo alcé mi voz y grité,
él dejó su ropa junto a mí, y huyó
fuera.
19 Y sucedió que como oyó su
señor las palabras que su esposa
le hablara, diciendo: Así me ha
tratado tu siervo; encendióse su
furor.
20 Y tomó su señor a José, y pú-
sole en la casa de la cárcel, donde
estaban los presos del rey, y estu-
vo allí en la casa de la cárcel.
21 Mas el SEÑOR fue con José, y
extendió a él su misericordia, y
dióle gracia en ojos del principal
de la casa de la cárcel.
22 Y el principal de la casa de
la cárcel entregó en mano de

José todos los presos que *había*
en aquella prisión; y todo lo que
hacían allí, él *lo* hacía.
23 No miraba el principal de
la cárcel cosa alguna *que* en su
mano *estaba*; porque el SEÑOR
era con él, y *lo* que él hacía, el
SEÑOR *lo* prosperaba.

CAPÍTULO 40

Y ACONTECIÓ después de
estas cosas, *que* el copero del
rey de Egipto y *su* panadero de-
linquieron contra su señor el rey
de Egipto.
2 Y se enojó Faraón contra dos *de*
sus oficiales, contra el principal
de los coperos, y contra el princi-
pal de los panaderos:
3 Y púsolos en prisión en la casa
del capitán de los de la guardia,
en la casa de la cárcel donde José
estaba preso.
4 Y el capitán de los de la guar-
dia dio cargo de ellos a José, y él
les servía: y estuvieron días en la
prisión.
5 Y ambos soñaron un sueño,
cada uno su propio sueño en
una misma noche, cada uno con-
forme a la interpretación de su
sueño, el copero y el panadero
del rey de Egipto, que *estaban*
arrestados en la prisión.
6 Y vino a ellos José por la maña-
na, y mirólos, y he aquí que *esta-
ban* tristes.
7 Y él preguntó a aquellos eunu-
cos de Faraón, que estaban con
él en la prisión de la casa de su
señor, diciendo: ¿Por qué parecen
hoy tristes vuestros semblantes?
8 Y ellos le dijeron: Hemos teni-
do un sueño, y no hay quien lo
interprete. Entonces les dijo José:
¿*No son* de Dios las interpretacio-
nes? Contádme*lo*, os ruego.
9 Entonces el principal de los co-
peros contó su sueño a José, y le
dijo: En mi sueño, he aquí, una
vid *estaba* delante de mí,
10 Y en la vid *había* tres sarmien-
tos; y ella como que brotaba, *y*
arrojaba su flor, y sus racimos
trajeron uvas maduras:
11 Y que la copa de Faraón *esta-
ba* en mi mano, y tomaba yo las
uvas, y las exprimía en la copa
de Faraón, y daba yo la copa en
mano de Faraón.
12 Y díjole José: Ésta *es* su inter-
pretación: Los tres sarmientos
son tres días:
13 Al cabo de tres días Faraón te
hará levantar cabeza, y te resti-
tuirá a tu puesto: y darás la copa
a Faraón en su mano, como so-
lías cuando eras su copero.
14 Acuérdate, pues, de mí para
contigo cuando tuvieres ese bien,
y ruégote que uses conmigo de
misericordia, y hagas mención
de mí a Faraón, y me saques de
esta casa:
15 Porque hurtado he sido de la
tierra de los Hebreos; y tampoco
he hecho aquí porqué me hubie-
sen de poner en la cárcel.
16 Y viendo el principal de los
panaderos que había declarado
para bien, dijo a José: También
yo soñaba que veía tres canasti-
llos blancos sobre mi cabeza;
17 Y en el canastillo más alto
había de todas las viandas de Fa-
raón, obra de panadero; y que
las aves las comían del canastillo
de sobre mi cabeza.
18 Entonces respondió José, y
dijo: Ésta *es* su interpretación:
Los tres canastillos tres días *son*:
19 Al cabo de tres días quitará
Faraón tu cabeza de sobre ti, y
te hará colgar en la horca, y las

aves comerán tu carne de sobre
ti.
20 Y aconteció el tercer día, *que
era* el cumpleaños de Faraón,
que hizo banquete a todos sus
siervos: y alzó la cabeza del prin-
cipal de los coperos, y la cabeza
del principal de los panaderos,
entre sus servidores.
21 E hizo volver a su oficio al
principal de los coperos; y dio él
la copa en mano de Faraón.
22 Mas hizo ahorcar al principal
de los panaderos, como lo había
interpretado José.
23 Y el principal de los coperos
no se acordó de José, sino que le
olvidó.

CAPÍTULO 41

Y ACONTECIÓ que pasados dos
años tuvo Faraón un sueño.
Parecíale que estaba junto al río;
2 Y que del río subían siete vacas,
hermosas a la vista, y muy gor-
das, y pacían en el prado:
3 Y que otras siete vacas subían
tras ellas del río, de fea vista, y
enjutas de carne, y se pararon
cerca de las vacas *hermosas* a la
orilla del río:
4 Y que las vacas de fea vista y
enjutas de carne devoraban a las
siete vacas hermosas y muy gor-
das. Y despertó Faraón.
5 Durmióse de nuevo, y soñó la
segunda vez: Que siete espigas
llenas y hermosas subían de una
caña:
6 Y que otras siete espigas menu-
das y abatidas del Solano, salían
después de ellas:
7 Y las siete espigas menudas de-
voraban a las siete espigas grue-
sas y llenas. Y despertó Faraón, y
he aquí que *era* sueño.
8 Y acaeció que a la mañana esta-
ba agitado su espíritu; y envió
e hizo llamar a todos los magos
de Egipto, y a todos sus sabios: y
contóles Faraón sus sueños, mas
no *había* quien a Faraón los in-
terpretase.
9 Entonces el principal de los co-
peros habló a Faraón, diciendo:
Acuérdome hoy de mis faltas:
10 Faraón se enojó contra sus
siervos, y a mí me echó a la pri-
sión de la casa del capitán de los
de la guardia, a mí y al principal
de los panaderos:
11 Y yo y él vimos un sueño una
misma noche: cada uno soñó
conforme a la interpretación de
su sueño.
12 Y *estaba* allí con nosotros un
mozo Hebreo, siervo del capitán
de los de la guardia; y se lo con-
tamos, y él nos interpretó nues-
tros sueños, e interpretó a cada
uno conforme a su sueño.
13 Y aconteció que como él nos
interpretó, así fue: a mí me hizo
volver a mi puesto, e hizo colgar
al otro.
14 Entonces Faraón envió y llamó
a José; e hiciéronle salir corrien-
do de la cárcel, y le cortaron el
pelo, y mudaron sus vestidos, y
vino a Faraón.
15 Y dijo Faraón a José: Yo he te-
nido un sueño, y no *hay* quien lo
interprete; mas he oído decir de ti,
que oyes sueños para interpretar-
los.
16 Y respondió José a Faraón, di-
ciendo: No *está* en mí; Dios será
el que responda paz a Faraón.
17 Entonces Faraón dijo a José:
En mi sueño parecíame que esta-
ba a la orilla del río:
18 Y que del río subían siete vacas
de gruesas carnes y hermosa apa-
riencia, que pacían en el prado:

19 Y que otras siete vacas subían después de ellas, flacas y de muy fea traza; tan extenuadas, que no he visto otras semejantes en toda la tierra de Egipto en fealdad:
20 Y las vacas flacas y feas comían a las siete primeras vacas gruesas:
21 Y cuando las habían comido, no se podía saber que las habían comido; porque su parecer *era* aún malo, como de primero. Entonces yo desperté.
22 Ví también soñando, que siete espigas subían en una misma caña llenas y hermosas;
23 Y que otras siete espigas menudas, marchitas, *y* abatidas del Solano, subían después de ellas:
24 Y las espigas menudas devoraban a las siete espigas hermosas: y he dicho *esto* a los magos; mas no *hay* quien me *lo* interprete.
25 Entonces dijo José a Faraón: El sueño de Faraón *es* uno mismo: Dios ha mostrado a Faraón lo que *está* a punto de hacer.
26 Las siete vacas hermosas siete años *son*; y las espigas hermosas *son* siete años: el sueño *es* uno mismo.
27 También las siete vacas flacas y feas que subían tras ellas, *son* siete años; y las siete espigas menudas y marchitas del Solano, siete años serán de hambre.
28 Esto *es* lo que respondo a Faraón. Lo que Dios va a hacer lo ha mostrado a Faraón.
29 He aquí vienen siete años de grande abundancia en toda la tierra de Egipto:
30 Y levantarse han tras ellos siete años de hambre; y toda la abundancia será olvidada en la tierra de Egipto; y el hambre consumirá la tierra;
31 Y aquella abundancia no se echará de ver a causa del hambre siguiente, la cual *será* gravísima.
32 Y el suceder el sueño a Faraón dos veces, *es* porque la cosa *es* establecida por Dios, y que Dios se apresura a hacerla.
33 Por tanto, provéase ahora Faraón de un varón prudente y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto.
34 Haga *esto* Faraón, y ponga gobernadores sobre el país, y tome la quinta parte de la tierra de Egipto en los siete años de abundancia;
35 Y junten toda la provisión de estos buenos años que vienen, y alleguen el trigo bajo la mano de Faraón para mantenimiento de las ciudades; y guárdenlo.
36 Y esté aquella provisión en depósito para el país, para los siete años del hambre que serán en la tierra de Egipto; y el país no perecerá de hambre.
37 Y el negocio pareció bien a Faraón, y a sus siervos.
38 Y dijo Faraón a sus siervos: ¿Hemos de hallar *otro hombre* como éste, en quien *está* el Espíritu de Dios?
39 Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no *hay* entendido ni sabio como tú:
40 Tú serás sobre mi casa, y por tu dicho se gobernará todo mi pueblo: solamente en el trono seré yo mayor que tú.
41 Dijo más Faraón a José: He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto.
42 Entonces Faraón quitó su anillo de su mano, y púsolo en la mano de José, e hízole vestir de ropas de lino finísimo, y puso un collar de oro en su cuello;

43 E hízolo subir en su segundo carro, y pregonaron delante de él: Doblad la rodilla: y púsole sobre toda la tierra de Egipto.
44 Y dijo Faraón a José: Yo Faraón; y sin ti ninguno alzará su mano ni su pie en toda la tierra de Egipto.
45 Y llamó Faraón el nombre de José, Zafnat-paaneah; y dióle por esposa a Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Y salió José por toda la tierra de Egipto.
46 Y era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante de Faraón, rey de Egipto: y salió José de delante de Faraón, y transitó por toda la tierra de Egipto.
47 E hizo la tierra en aquellos siete años de abundancia a montones.
48 Y él juntó todo el alimento de los siete años que fueron en la tierra de Egipto, y guardó el alimento en las ciudades, poniendo en las mismas el alimento del campo que *estaba* alrededor de cada ciudad.
49 Y acopió José trigo como arena del mar, mucho en extremo, hasta no poderse contar, porque no *tenía* número.
50 Y nacieron a José dos hijos antes de que vinieran los años de hambre, los cuales le parió Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On.
51 Y llamó José el nombre del primogénito Manasés; porque Dios, *dijo,* me hizo olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre.
52 Y el nombre del segundo llamólo Efraím; porque Dios, *dijo,* me hizo fértil en la tierra de mi aflicción.
53 Y cumpliéronse los siete años de abundancia, que hubo en la tierra de Egipto.
54 Y comenzaron a venir los siete años del hambre, como José había dicho: y hubo hambre en todos los países, mas en toda la tierra de Egipto había pan.
55 Y cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los Egipcios: Id a José, y haced lo que él os dijere.
56 Y el hambre estaba por toda la extensión del país. Entonces abrió José todo granero donde había, y vendía a los Egipcios; porque había crecido el hambre en la tierra de Egipto.
57 Y toda la tierra venía a Egipto para comprar de José, porque por toda la tierra había crecido el hambre.

CAPÍTULO 42

Y VIENDO Jacob que en Egipto había alimentos, Jacob dijo a sus hijos: ¿Por qué os estáis mirando?
2 Y dijo: He aquí, yo he oído que hay víveres en Egipto; descended allá, y comprad de allí para nosotros, para que podamos vivir, y no nos muramos.
3 Y descendieron los diez hermanos de José a comprar trigo a Egipto.
4 Mas Jacob no envió a Benjamín hermano de José con sus hermanos; porque dijo: No sea acaso que le acontezca algún desastre.
5 Y vinieron los hijos de Israel a comprar *granos* entre los que venían: porque había hambre en la tierra de Canaán.
6 Y José *era* el gobernador de la tierra, y él *era* el que vendía

a todo el pueblo de la tierra: y
llegaron los hermanos de José, e
inclináronse a él rostro a tierra.
7 Y José como vio a sus herma-
nos, conociólos; mas hizo que no
los conocía, y hablóles áspera-
mente, y les dijo: ¿De dónde ha-
béis venido? Ellos respondieron:
De la tierra de Canaán a comprar
alimentos.
8 José, pues, conoció a sus her-
manos; pero ellos no le conocie-
ron.
9 Entonces se acordó José de los
sueños que había tenido de ellos, y
díjoles: Espías *sois*; por ver lo des-
cubierto del país habéis venido.
10 Y ellos le respondieron: No,
señor mío: mas tus siervos han
venido a comprar alimentos.
11 Todos nosotros *somos* hijos
de un varón: somos *hombres* de
verdad: tus siervos nunca fueron
espías.
12 Y él les dijo: No; a ver lo des-
cubierto del país habéis venido.
13 Y ellos respondieron: Tus sier-
vos *somos* doce hermanos, hijos
de un varón en la tierra de Ca-
naán; y he aquí el menor *está*
hoy con nuestro padre, y otro no
aparece.
14 Y José les dijo: Eso *es lo* que
os he dicho, afirmando que *sois*
espías:
15 En esto seréis probados: Vive
Faraón que no saldréis de aquí,
sino cuando vuestro hermano
menor aquí viniere.
16 Enviad uno de vosotros, y
traiga a vuestro hermano; y vo-
sotros quedad presos, y vuestras
palabras serán probadas, si *hay*
verdad con vosotros: y si no, vive
Faraón, que *sois* espías.
17 Y juntólos en la cárcel por tres
días.
18 Y al tercer día díjoles José:
Haced esto, y vivid; *porque* yo
temo a Dios:
19 Si *sois* hombres de verdad,
quede preso en la casa de vuestra
cárcel uno de vuestros hermanos;
y vosotros id, llevad el alimento
para el hambre de vuestra casa:
20 Pero habéis de traerme a
vuestro hermano menor, y serán
verificadas vuestras palabras, y
no moriréis. Y ellos lo hicieron
así.
21 Y decían el uno al otro: Ver-
daderamente *somos* culpables
acerca de nuestro hermano, en
que vimos la angustia de su
alma, cuando nos rogaba, y no le
oímos; por eso ha venido sobre
nosotros esta angustia.
22 Entonces Rubén les respondió,
diciendo: ¿No os hablé yo y dije:
No pequéis contra el mozo; y no
escuchasteis? He aquí también
su sangre es requerida.
23 Y ellos no sabían que *los* en-
tendía José, porque había intér-
prete entre ellos.
24 Y apartóse él de ellos, y lloró:
después volvió a ellos, y les habló,
y tomó de entre ellos a Simeón, y
aprisionóle a vista de ellos.
25 Y mandó José que llenaran
sus sacos de trigo, y devolviesen
el dinero de cada uno de ellos,
poniéndolo en su saco, y les die-
sen comida para el camino: e hí-
zose así con ellos.
26 Y ellos pusieron su trigo sobre
sus asnos, y fuéronse de allí.
27 Y abriendo uno de ellos su
saco para dar de comer a su asno
en el mesón, vio su dinero que
estaba en la boca de su costal.
28 Y dijo a sus hermanos: Mi di-
nero se me ha devuelto, y aun he
aquí en mi saco. Sobresaltóseles

entonces el corazón, y espantados dijeron el uno al otro: ¿Qué *es* esto *que* nos ha hecho Dios?
29 Y venidos a Jacob su padre en tierra de Canaán, contáronle todo lo que les había acaecido, diciendo:
30 Aquel varón, señor de la tierra, nos habló ásperamente, y nos trató como a espías de la tierra:
31 Y nosotros le dijimos: *Somos* hombres de verdad, nunca fuimos espías:
32 *Somos* doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno no *aparece*, y el menor *está* hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán.
33 Y aquel varón, señor de la tierra, nos dijo: En esto conoceré que sois *hombres* de verdad; dejad conmigo uno de vuestros hermanos, y tomad *alimento para* el hambre de vuestras casas, y andad,
34 Y traedme a vuestro hermano el menor, para que yo sepa que no *sois* espías, sino *hombres* de verdad: *así* os daré a vuestro hermano, y negociaréis en la tierra.
35 Y aconteció que vaciando ellos sus sacos, he aquí que en el saco de cada uno *estaba* el atado de su dinero: y viendo ellos y su padre los atados de su dinero, tuvieron temor.
36 Entonces su padre Jacob les dijo: Habéisme privado de mis hijos; José no parece, ni Simeón tampoco, y a Benjamín le llevaréis: contra mí son todas estas cosas.
37 Y Rubén habló a su padre, diciendo: Harás morir a mis dos hijos, si no te lo volviere; entrégalo en mi mano, que yo lo volveré a ti.
38 Y él dijo: No descenderá mi hijo con vosotros; que su hermano es muerto, y él solo ha quedado: y si le aconteciere *algún* desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor a la sepultura.

CAPÍTULO 43

Y EL hambre *era* grande en la tierra.
2 Y aconteció que como acabaron de comer el trigo que trajeron de Egipto, díjoles su padre: Volved, y comprad para nosotros un poco de alimento.
3 Y respondió Judá, diciendo: Aquel varón nos protestó con ánimo resuelto, diciendo: No veréis mi rostro si vuestro hermano no *viniere* con vosotros.
4 Si enviares a nuestro hermano con nosotros, descenderemos y te compraremos alimento:
5 Pero si no *le* enviares, no descenderemos: porque aquel varón nos dijo: No veréis mi rostro si vuestro hermano no *viniere* con vosotros.
6 Y dijo Israel: ¿Por qué me hicisteis *tanto* mal, diciendo al varón que teníais otro hermano?
7 Y ellos respondieron: Aquel varón nos preguntó expresamente por nosotros, y por nuestra parentela, diciendo: ¿Vive aún vuestro padre? ¿tenéis *otro* hermano? y declarámosle conforme a estas palabras. ¿Podíamos nosotros saber que había de decir: Haced venir a vuestro hermano?
8 Entonces Judá dijo a Israel su padre: Envía al mozo conmigo, y nos levantaremos e iremos, a fin que vivamos y no muramos nosotros, y tú, *y* nuestros niños.
9 Yo seré fiador; a mí me pedirás

cuenta de él: si yo no te lo volviere
y lo pusiere delante de ti, seré
para ti el culpante por siempre:
10 Que si no nos hubiéramos de-
tenido, cierto ahora hubiéramos
ya vuelto dos veces.
11 Entonces Israel su padre les
respondió: Pues *que así es*, haced-
lo; tomad de lo mejor de la tie-
rra en vuestros vasos, y llevad
a aquel varón un presente, un
poco de bálsamo, y un poco de
miel, aromas y mirra, nueces y
almendras.
12 Y tomad en vuestras manos
doblado dinero, y llevad*lo* en
vuestra mano el dinero vuelto
en las bocas de vuestros costales;
quizá *fue* por error.
13 Tomad también a vuestro her-
mano, y levantaos, y volved a
aquel varón.
14 Y el Dios Todopoderoso os dé
misericordias delante de aquel
varón, y os suelte al otro vues-
tro hermano, y a este Benjamín.
Y si he de ser privado *de mis hijos*,
séalo.
15 Entonces tomaron aquellos
varones el presente, y tomaron
en su mano doblado dinero, y a
Benjamín; y se levantaron, y des-
cendieron a Egipto, y presentá-
ronse delante de José.
16 Y vio José a Benjamín con
ellos, y dijo al mayordomo de su
casa: Mete en casa a *estos* hom-
bres, y degüella víctima, y aderé-
za*la*; porque *estos* hombres come-
rán conmigo al medio día.
17 E hizo el hombre como José
dijo; y metió aquel hombre a los
hombres en casa de José.
18 Y aquellos hombres tuvieron
temor, cuando fueron metidos en
casa de José, y decían: Por el di-
nero que fue vuelto en nuestros
costales la primera vez nos han
metido *aquí*, para revolver contra
nosotros, y dar sobre nosotros, y
tomarnos por siervos a nosotros,
y a nuestros asnos.
19 Y llegáronse al mayordomo de
la casa de José, y le hablaron a la
entrada de la casa.
20 Y dijeron: Ay, señor mío, no-
sotros en realidad de verdad des-
cendimos al principio a comprar
alimentos:
21 Y aconteció que como vini-
mos al mesón y abrimos nues-
tros costales, he aquí el dinero
de *cada* uno *estaba* en la boca de
su costal, nuestro dinero en su
justo peso; y hémoslo vuelto en
nuestras manos.
22 Hemos también traído en
nuestras manos otro dinero para
comprar alimentos: nosotros no
sabemos quién haya puesto nues-
tro dinero en nuestros costales.
23 Y él respondió: Paz *sea* a vo-
sotros, no temáis; vuestro Dios y
el Dios de vuestro padre os dio el
tesoro en vuestros costales: vues-
tro dinero vino a mí. Y sacó a Si-
meón a ellos.
24 Y metió aquel varón a aque-
llos hombres en casa de José: y
dió*les* agua, y lavaron sus pies: y
dio de comer a sus asnos.
25 Y ellos prepararon el presen-
te entretanto que venía José al
medio día, porque habían oído
que allí habían de comer pan.
26 Y vino José a casa, y ellos le
trajeron el presente que *tenían*
en su mano dentro de casa, e
inclináronse a él hasta tierra.
27 Entonces les preguntó él
cómo estaban, y dijo: ¿Vuestro
padre, el anciano que dijisteis,
está bien? ¿vive todavía?
28 Y ellos respondieron: Bien va

a tu siervo nuestro padre; aun
vive. Y se inclinaron, e hicieron
reverencia.
29 Y alzando él sus ojos vio a
Benjamín su hermano, hijo de
su madre, y dijo: ¿*Es* éste vues-
tro hermano menor, de quien me
hablasteis? Y dijo: Dios tenga mi-
sericordia de ti, hijo mío.
30 Entonces José se apresuró,
porque se conmovieron sus en-
trañas a causa de su hermano, y
procuró *donde* llorar: y entróse
en *su* cámara, y lloró allí.
31 Y lavó su rostro, y salió fuera,
y reprimióse, y dijo: Poned pan.
32 Y pusieron para él aparte, y
separadamente para ellos, y
aparte para los Egipcios que con
él comían: porque los Egipcios
no pueden comer pan con los
Hebreos, lo cual *es* abominación
a los Egipcios.
33 Y sentáronse delante de él, el
mayor conforme a su mayoría, y
el menor conforme a su menoría;
y estaban aquellos hombres ató-
nitos *mirándose* el uno al otro.
34 Y él tomó *y envió* viandas de
delante de sí para ellos; mas la
porción de Benjamín era cinco
veces como cualquiera de las de
ellos. Y bebieron, y alegráronse
con él.

CAPÍTULO 44

Y MANDÓ José al mayordomo de su casa, diciendo: Hinche los costales de aquestos varones *con* alimentos, cuanto pudieren llevar, y pon el dinero de cada uno en la boca de su costal:
2 Y pondrás mi copa, la copa de
plata, en la boca del costal del
menor, con el dinero de su trigo.
Y él hizo como dijo José.
3 Venida la mañana, los hombres
fueron despedidos con sus asnos.
4 Habiendo ellos salido de la ciu-
dad, *de la* que *aun* no se habían
alejado, dijo José a su mayordo-
mo: Levántate, y sigue a esos
hombres; y cuando los alcanza-
res, diles: ¿Por qué habéis vuelto
mal por bien?
5 ¿No *es* ésta *la copa* en la que
bebe mi señor, y por la que suele
adivinar? habéis hecho mal en lo
que hicisteis.
6 Y como él los alcanzó díjoles
estas palabras.
7 Y ellos le respondieron: ¿Por
qué dice mi señor tales cosas?
No lo permita Dios que tus sier-
vos hagan según esta cosa.
8 He aquí, el dinero que halla-
mos en la boca de nuestros costa-
les, te lo volvimos a traer desde
la tierra de Canaán; ¿cómo, pues,
habíamos de hurtar de casa de tu
señor plata ni oro?
9 Aquel de tus siervos en quien
fuere hallada *la copa*, que muera,
y aun nosotros seremos siervos
de mi señor.
10 Y él dijo: También ahora *sea*
conforme a vuestras palabras;
aquél en quien se hallare, será mi
siervo, y vosotros seréis sin culpa.
11 Ellos entonces se dieron prisa,
y derribando cada uno su costal
en tierra, abrió cada cual el cos-
tal suyo.
12 Y él buscó; desde el mayor co-
menzó, y acabó en el menor; y la
copa fue hallada en el costal de
Benjamín.
13 Entonces ellos rasgaron sus
vestidos, y cargó cada uno su
asno, y volvieron a la ciudad.
14 Y llegó Judá con sus herma-
nos a casa de José, que aun *esta-
ba* allí, y postráronse delante de
él en tierra.

15 Y díjoles José: ¿Qué obra *es*
ésta que habéis hecho? ¿no sa-
béis que un hombre como yo
sabe adivinar?
16 Entonces dijo Judá: ¿Qué di-
remos a mi señor? ¿qué habla-
remos? ¿o con qué nos justifica-
remos? Dios ha hallado la maldad
de tus siervos: he aquí, nosotros
somos siervos de mi señor, no-
sotros, y también *aquél* en cuyo
poder fue hallada la copa.
17 Y él respondió: No permi-
ta Dios que yo haga tal: *sino* el
varón en cuyo poder fue hallada
la copa, él será mi siervo; voso-
tros id en paz a vuestro padre.
18 Entonces Judá se llegó a él,
y dijo: Ay señor mío, ruégote
que hable tu siervo una palabra
en oídos de mi señor, y no se
encienda tu enojo contra tu sier-
vo, pues que tú *eres* como Faraón.
19 Mi señor preguntó a sus sier-
vos, diciendo: ¿Tenéis padre o
hermano?
20 Y nosotros respondimos a mi
señor: Tenemos un padre ancia-
no, y un mozo que le nació en su
vejez, pequeño *aún*; y un herma-
no suyo murió, y él quedó solo
de su madre, y su padre lo ama.
21 Y tú dijiste a tus siervos:
Traédmelo, y pondré mis ojos
sobre él.
22 Y nosotros dijimos a mi señor:
El mozo no puede dejar a su
padre, porque *si* le dejare, *su
padre* morirá.
23 Y dijiste a tus siervos: Si vues-
tro hermano menor no descendie-
re con vosotros, no veáis más mi
rostro.
24 Aconteció pues, que como lle-
gamos a mi padre tu siervo, con-
támosle las palabras de mi señor.
25 Y dijo nuestro padre: Volved, *y*
compradnos un poco de alimento.
26 Y nosotros respondimos: No
podemos ir: si nuestro hermano
fuere con nosotros, iremos; por-
que no podemos ver el rostro
del varón, si nuestro hermano el
menor no *estuviere* con nosotros.
27 Entonces tu siervo mi padre
nos dijo: Vosotros sabéis que dos
hijos me parió mi esposa;
28 Y el uno salió de conmigo, y
pienso de cierto que fue despeda-
zado, y hasta ahora no le he visto;
29 Y si tomareis también éste de
delante de mí, y le aconteciere
algún desastre, haréis descender
mis canas con dolor a la sepultura.
30 Ahora, pues, cuando llega-
re yo a tu siervo mi padre, y el
mozo no *fuere* conmigo, como su
alma está ligada al alma de él,
31 Sucederá que cuando no vea
al mozo, morirá: y tus siervos
harán descender las canas de tu
siervo nuestro padre con dolor a
la sepultura.
32 Como tu siervo salió por fia-
dor del mozo con mi padre, di-
ciendo: Si no te lo volviere, en-
tonces yo seré culpable para mi
padre por siempre;
33 Ruégote por tanto que quede
ahora tu siervo por el mozo por
siervo de mi señor, y que el mozo
vaya con sus hermanos.
34 Porque ¿cómo iré yo a mi
padre sin el mozo? No podré, por
no ver el mal que sobrevendrá a
mi padre.

CAPÍTULO 45

NO podía ya José contener-
se delante de todos los que
estaban al lado suyo, y clamó:
Haced salir de conmigo a todos.
Y no quedó nadie con él, al darse
a conocer José a sus hermanos.

2 Entonces se dio a llorar a voz
en grito; y oyeron los Egipcios, y
oyó también la casa de Faraón.
3 Y dijo José a sus hermanos: Yo
soy José: ¿vive aún mi padre? Y
sus hermanos no pudieron res-
ponderle, porque estaban turba-
dos delante de él.
4 Entonces dijo José a sus her-
manos: Llegaos ahora a mí. Y
ellos se llegaron. Y él dijo: Yo
soy José vuestro hermano el que
vendisteis para Egipto.
5 Ahora pues, no os entristezcáis,
ni os pese de haberme vendido
acá; que para preservación de
vida me envió Dios delante de
vosotros:
6 Que ya *ha habido* dos años de
hambre en la tierra, y aun *que-
dan* cinco años en que ni *habrá*
arada ni siega.
7 Y Dios me envió delante de vo-
sotros, para preservaros poste-
ridad en la tierra, y para daros
vida por medio de grande salva-
mento.
8 Así pues, no *fuisteis* vosotros
que me enviasteis acá, sino Dios,
que me ha puesto por padre de
Faraón, y por señor de toda su
casa, y por gobernador en toda
la tierra de Egipto.
9 Daos priesa, id a mi padre y de-
cidle: Así dice tu hijo José: Dios
me ha puesto por señor de todo
Egipto; ven a mí, no te detengas:
10 Y habitarás en la tierra de
Gosén, y estarás cerca de mí, tú y
tus hijos, y los hijos de tus hijos,
tus ganados y tus vacas, y todo lo
que tienes.
11 Y allí te alimentaré, pues aun
quedan cinco años de hambre,
porque no perezcas de pobreza
tú y tu casa, y todo lo que tienes:
12 Y he aquí, vuestros ojos ven,
y los ojos de mi hermano Benja-
mín, que *es* mi boca que os habla.
13 Haréis pues saber a mi padre
toda mi gloria en Egipto, y todo
lo que habéis visto: y daos priesa,
y traed a mi padre acá.
14 Y echóse sobre el cuello de
Benjamín su hermano, y lloró; y
también Benjamín lloró sobre su
cuello.
15 Y besó a todos sus hermanos,
y lloró sobre ellos: y después sus
hermanos hablaron con él.
16 Y oyóse la noticia en la casa
de Faraón, diciendo: Los herma-
nos de José han venido. Y plugo
en los ojos de Faraón y de sus
siervos.
17 Y dijo Faraón a José: Di a tus
hermanos: Haced esto: cargad
vuestras bestias, e id, volved a la
tierra de Canaán;
18 Y tomad a vuestro padre y
vuestras familias, y venid a mí,
que yo os daré lo bueno de la tie-
rra de Egipto y comeréis la gro-
sura de la tierra.
19 Y tú manda: Haced esto: to-
maos de la tierra de Egipto ca-
rros para vuestros niños y vues-
tras esposas; y tomad a vuestro
padre, y venid.
20 Y no se os dé nada de vuestras
alhajas, porque el bien de la tie-
rra de Egipto *será* vuestro.
21 E hiciéronlo así los hijos de Is-
rael: y dióles José carros confor-
me a la orden de Faraón, y sumi-
nistróles víveres para el camino.
22 A cada uno de todos ellos dio
mudas de vestidos, y a Benjamín
dio trescientas *piezas* de plata, y
cinco mudas de vestidos.
23 Y a su padre envió esto: diez
asnos cargados de lo mejor
de Egipto, y diez asnas car-
gadas de trigo, y pan y comi-

da para su padre en el camino.
24 Y despidió a sus hermanos, y
fuéronse. Y él les dijo: No riñáis
por el camino.
25 Y subieron de Egipto, y llega-
ron a la tierra de Canaán a Jacob
su padre.
26 Y diéronle las nuevas, dicien-
do: José vive aún; y él *es* gober-
nador en toda la tierra de Egipto.
Y su corazón se desmayó; pues
no los creía.
27 Y ellos le contaron todas las
palabras de José, que él les había
hablado; y viendo él los carros
que José enviaba para llevar-
lo, el espíritu de Jacob su padre
revivió.
28 Entonces dijo Israel: Basta:
José mi hijo *está* vivo todavía:
iré, y le veré antes que yo muera.

CAPÍTULO 46

Y PARTIÓSE Israel con todo lo
que tenía, y vino a Beerseba,
y ofreció sacrificios al Dios de su
padre Isaac.
2 Y habló Dios a Israel en visiones
de noche, y dijo: Jacob, Jacob. Y
él respondió: Heme aquí.
3 Y dijo: Yo *soy* Dios, el Dios de
tu padre; no temas de descender
a Egipto, porque yo te pondré
allí en gran gente.
4 Yo descenderé contigo a Egip-
to, y yo también te haré volver:
y José pondrá su mano sobre tus
ojos.
5 Y levantóse Jacob de Beerse-
ba; y tomaron los hijos de Israel
a su padre Jacob, y a sus niños,
y a sus esposas, en los carros
que Faraón había enviado para
llevarlo.
6 Y tomaron sus ganados, y su
hacienda que había adquirido en
la tierra de Canaán, y viniéron-
se a Egipto, Jacob, y toda su si-
miente consigo;
7 Sus hijos, y los hijos de sus hijos
consigo; sus hijas, y las hijas de
sus hijos, y a toda su simiente
trajo consigo a Egipto.
8 Y estos *son* los nombres de los
hijos de Israel, que entraron en
Egipto, Jacob y sus hijos: Rubén,
el primogénito de Jacob.
9 Y los hijos de Rubén: Enoc, y
Falú, y Hezrón, y Carmi.
10 Y los hijos de Simeón: Jemuel,
y Jamín, y Ohad, y Jaquín, y
Zohar, y Saúl, hijo de la Cananea.
11 Y los hijos de Leví: Gersón, y
Coat, y Merari.
12 Y los hijos de Judá: Er, y Onán,
y Sela, y Fares, y Zara: mas Er y
Onán murieron en la tierra de
Canaán. Y los hijos de Fares fue-
ron Hezrón y Hamul.
13 Y los hijos de Isacar: Tola, y
Fúa, y Job, y Simrón.
14 Y los hijos de Zabulón: Sered,
y Elón, y Jahleel.
15 Éstos *fueron* los hijos de Lea,
los que parió a Jacob en Padan-
aram, y además su hija Dina:
todas las almas de sus hijos y sus
hijas *fueron* treinta y tres.
16 Y los hijos de Gad: Zifión, y
Aggi, y Ezbón, y Suni, y Heri, y
Arodi, y Areli.
17 Y los hijos de Aser: Jimna, e
Isua, e Isui, y Beria, y Sera, her-
mana de ellos. Los hijos de Beria:
Heber, y Malquiel.
18 Éstos *son* los hijos de Zilpa, la
que Labán dio a su hija Lea, y
parió estos a Jacob; todas diez y
seis almas.
19 Y los hijos de Raquel, esposa
de Jacob: José y Benjamín.
20 Y nacieron a José en la tie-
rra de Egipto Manasés y Efraím,
los que le parió Asenat, hija

de Potifera, sacerdote de On.
21 Y los hijos de Benjamín *fueron*
Bela, y Bequer y Asbel, y Gera, y
Naamán, y Ehi, y Ros y Mupim, y
Hupim, y Ard.
22 Éstos *son* los hijos de Raquel,
que nacieron a Jacob: todas las
almas *fueron* catorce.
23 Y los hijos de Dan: Husim.
24 Y los hijos de Neftalí: Jahzeel,
y Guni, y Jezer, y Silem.
25 Éstos *son* los hijos de Bilha, la
que dio Labán a Raquel su hija,
y parió estos a Jacob; todas las
almas *fueron* siete.
26 Todas las almas que vinieron
con Jacob a Egipto, procedentes de sus lomos, sin las esposas
de los hijos de Jacob, todas las
almas *fueron* sesenta y seis.
27 Y los hijos de José, que le
nacieron en Egipto, *fueron* dos
almas. Todas las almas de la casa
de Jacob, que entraron en Egipto,
fueron setenta.
28 Y envió a Judá delante de sí
a José, para que le viniese a ver
a Gosén; y llegaron a la tierra de
Gosén.
29 Y José unció su carro y vino a
recibir a Israel su padre a Gosén;
y se manifestó a él, y echóse
sobre su cuello, y lloró sobre su
cuello bastante.
30 Entonces Israel dijo a José:
Muera yo ahora, ya que he visto
tu rostro, pues aún vives.
31 Y José dijo a sus hermanos,
y a la casa de su padre: Subiré
y haré saber a Faraón, y diréle:
Mis hermanos y la casa de mi
padre, que *estaban* en la tierra de
Canaán, han venido a mí;
32 Y los hombres *son* pastores de
ovejas, porque son hombres ganaderos; y han traído sus ovejas
y sus vacas, y todo lo que tenían.
33 Y cuando Faraón os llamare
y dijere: ¿cuál *es* vuestro oficio?
34 Entonces diréis: Hombres de
ganadería han sido tus siervos
desde nuestra mocedad hasta
ahora, nosotros y nuestros padres; a fin que moréis en la tierra
de Gosén, porque los Egipcios
abominan a todo pastor de ovejas.

CAPÍTULO 47

Y JOSÉ vino, e hizo saber a Faraón, y dijo: Mi padre y mis
hermanos, y sus ovejas y sus
vacas, con todo lo que tienen,
han venido de la tierra de Canaán, y he aquí, *están* en la tierra
de Gosén.
2 Y él tomó algunos de sus hermanos, *aún* cinco hombres, y los
presentó a Faraón.
3 Y Faraón dijo a sus hermanos:
¿Cuál *es* vuestro oficio? Y ellos
respondieron a Faraón: Pastores
de ovejas *son* tus siervos, así nosotros como nuestros padres.
4 Dijeron además a Faraón: Por
morar en esta tierra hemos venido; porque no hay pasto para
las ovejas de tus siervos, pues el
hambre *es* grave en la tierra de
Canaán: por tanto, te rogamos
ahora que habiten tus siervos en
la tierra de Gosén.
5 Entonces Faraón habló a José,
diciendo: Tu padre y tus hermanos han venido a ti;
6 La tierra de Egipto delante de
ti *está*; en lo mejor de la tierra
haz habitar a tu padre y a tus
hermanos; habiten en la tierra
de Gosén; y si entiendes que
hay entre ellos hombres eficaces,
ponlos por mayorales del ganado
mío.
7 Y José introdujo a su padre, y

presentólo delante de Faraón; y
Jacob bendijo a Faraón.
8 Y dijo Faraón a Jacob: ¿Cuántos *son* los días de los años de tu
vida?
9 Y Jacob respondió a Faraón: Los días de los años de mi peregrinación *son* ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación.
10 Y Jacob bendijo a Faraón, y
saliose de delante de Faraón.
11 Así José hizo habitar a su padre y a sus hermanos, y dióles posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Rameses como mandó Faraón.
12 Y alimentaba José a su padre y a sus hermanos, y a toda la casa de su padre, de pan, según *sus* familias.
13 Y no *había* pan en toda la tierra, y el hambre *era* muy grave; por lo que desfalleció de hambre la tierra de Egipto y *toda* la tierra de Canaán.
14 Y recogió José todo el dinero que se halló en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán, por los alimentos que de él compraban; y metió José el dinero en casa de Faraón.
15 Y acabado el dinero de la tierra de Egipto y de la tierra de Canaán, vino todo Egipto a José, diciendo: Danos pan: ¿por qué moriremos delante de ti, por haberse acabado el dinero?
16 Y José dijo: Dad vuestros ganados, y yo os daré por vuestros ganados, si se ha acabado el dinero.
17 Y ellos trajeron sus ganados
a José; y José les dio alimentos *en cambio* por caballos, y por el ganado de las ovejas, y por el ganado de las vacas, y por asnos: y sustentólos de pan por todos sus ganados aquel año.
18 Y acabado aquel año, vinieron a él el segundo año, y le dijeron: No *lo* encubriremos a nuestro señor que el dinero ciertamente se ha acabado; también el ganado es *ya* de nuestro señor; nada ha quedado delante de nuestro señor sino nuestros cuerpos y nuestra tierra.
19 ¿Por qué moriremos delante de tus ojos, así nosotros como nuestra tierra? Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra por pan, y seremos nosotros y nuestra tierra siervos de Faraón: y da*nos* simiente para que vivamos y no muramos, y no sea asolada la tierra.
20 Entonces compró José toda la tierra de Egipto para Faraón; pues los Egipcios vendieron cada uno sus tierras, porque se agravó el hambre sobre ellos: y la tierra vino a ser de Faraón.
21 Y al pueblo hízolo pasar a las ciudades desde el *un* cabo del término de Egipto hasta el *otro* cabo.
22 Solamente la tierra de los sacerdotes no compró, porque los sacerdotes tenían una porción *señalada a ellos* de Faraón, y ellos comían su porción que Faraón les daba: por eso no vendieron su tierra.
23 Y José dijo al pueblo: He aquí os he hoy comprado y a vuestra tierra para Faraón: ved aquí *hay* simiente, y sembraréis la tierra.
24 Y será que de los frutos daréis la quinta *parte* a Faraón, y las

cuatro partes serán vuestras para
sembrar las tierras, y para vues-
tro mantenimiento, y de los que
están en vuestras casas, y para
que coman vuestros niños.
25 Y ellos respondieron: La vida
nos has dado: hallemos gracia en
ojos de mi señor, y seamos sier-
vos de Faraón.
26 Y José lo puso por ley sobre
la tierra de Egipto hasta hoy, *que*
Faraón debería tener la quinta
parte; excepto sólo la tierra de
los sacerdotes, *que* no fue de Fa-
raón.
27 Así habitó Israel en la tierra
de Egipto, en la tierra de Gosén;
y aposesionáronse en ella, y se
aumentaron, y multiplicaron en
gran manera.
28 Y vivió Jacob en la tierra de
Egipto diecisiete años: y fueron
los días de Jacob, los años de su
vida, ciento cuarenta y siete años.
29 Y llegáronse los días de Israel
para morir, y llamó a José su hijo,
y le dijo: Si he hallado ahora gra-
cia en tus ojos, ruégote que pon-
gas tu mano debajo de mi muslo,
y harás conmigo misericordia y
verdad; ruégote que no me entie-
rres en Egipto;
30 Mas cuando durmiere con mis
padres, llevarme has de Egipto, y
me sepultarás en el sepulcro de
ellos. Y él respondió: Yo haré
como tú dices.
31 Y él dijo: Júramelo. Y él le
juró. Entonces Israel se inclinó
sobre la cabecera de la cama.

CAPÍTULO 48

Y SUCEDIÓ después de estas
cosas que *alguien* dijo a José:
He aquí tu padre *está* enfermo.
Y él tomó consigo sus dos hijos
Manasés y Efraím.
2 Y *alguien* contó a Jacob, dicien-
do: He aquí tu hijo José viene a
ti. Entonces se esforzó Israel, y
sentóse sobre la cama;
3 Y Jacob dijo a José: El Dios To-
dopoderoso me apareció en Luz
en la tierra de Canaán, y me ben-
dijo,
4 Y díjome: He aquí, yo te haré
crecer, y te multiplicaré, y te
pondré por estirpe de pueblos: y
daré esta tierra a tu simiente des-
pués de ti *por* heredad perpetua.
5 Y ahora tus dos hijos Efraím
y Manasés, que te nacieron en
la tierra de Egipto, antes que
viniese a ti a la tierra de Egipto,
míos *son*; como Rubén y Simeón,
serán míos:
6 Y los que después de ellos has
engendrado, serán tuyos; *y* por
el nombre de sus hermanos serán
llamados en sus heredades.
7 Y en cuanto a mí, cuando yo
venía de Padan, se me murió Ra-
quel en la tierra de Canaán, en
el camino, cuando *había* todavía
un pequeño camino para llegar a
Efrata; y la sepulté allí en el ca-
mino de Efrata, que *es* Betlehem.
8 Y vio Israel los hijos de José, y
dijo: ¿Quiénes *son* éstos?
9 Y respondió José a su padre:
Son mis hijos, que Dios me ha
dado en este *lugar*. Y él dijo: Allé-
galos ahora a mí, y los bendeciré.
10 Y los ojos de Israel estaban
tan agravados de la vejez, *que* no
podía ver. Hízoles, pues, llegar a
él, y él los besó y abrazó.
11 Y dijo Israel a José: No pen-
saba yo ver tu rostro, y he aquí
Dios me ha hecho ver también tu
simiente.
12 Entonces José los sacó de
entre sus rodillas, e inclinóse a
tierra.

13 Y tomólos José a ambos,
Efraím a su diestra, a la siniestra de Israel; y a Manasés a su
izquierda, a la derecha de Israel;
e hízo*les* llegar a él.
14 Entonces Israel extendió su
diestra, y púso*la* sobre la cabeza
de Efraím, que *era* el menor, y su
siniestra sobre la cabeza de Manasés, colocando *así* sus manos
adrede, aunque Manasés *era* el
primogénito.
15 Y bendijo a José, y dijo: El
Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac,
el Dios que me mantiene desde
que yo soy hasta este día,
16 El Ángel que me liberta de
todo mal, bendiga a estos mozos:
y mi nombre sea llamado en
ellos, y el nombre de mis padres
Abraham e Isaac: y multipliquen
en gran manera en medio de la
tierra.
17 Entonces viendo José que su
padre ponía la mano derecha
sobre la cabeza de Efraím, causóle esto disgusto; y asió la mano
de su padre, para mudarla de
sobre la cabeza de Efraím a la
cabeza de Manasés.
18 Y dijo José a su padre: No así,
padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu diestra sobre
su cabeza.
19 Mas su padre no quiso, y dijo:
Lo sé, hijo mío, *lo* sé: también él
vendrá a ser un pueblo, y será
también acrecentado; pero su
hermano menor será más grande
que él, y su simiente será plenitud de gentes.
20 Y bendíjolos aquel día, diciendo: En ti bendecirá Israel, diciendo: Póngate Dios como a Efraím
y como a Manasés. Y puso a
Efraím delante de Manasés.
21 Y dijo Israel a José: He aquí,
yo muero, mas Dios será con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres.
22 Y yo te he dado a ti una parte
sobre tus hermanos, la cual tomé
yo de mano del Amorreo con mi
espada y con mi arco.

CAPÍTULO 49

Y LLAMÓ Jacob a sus hijos, y
dijo: Juntaos, y os declararé
lo que os ha de acontecer en los
postreros días.
2 Juntaos y oid, hijos de Jacob; Y
escuchad a vuestro padre Israel.
3 Rubén, tú *eres* mi primogénito, mi fortaleza, y el principio de
mi vigor; principal en dignidad,
principal en poder.
4 Corriente como las aguas, no
seas el principal; por cuanto subiste al lecho de tu padre: entonces te envileciste, subiendo a mi
estrado.
5 Simeón y Leví *son* hermanos;
instrumentos de crueldad *son* sus
habitaciones.
6 En su secreto no entre mi alma,
ni mi honra se junte en su compañía; que en su furor mataron
varón, y en su voluntad arrancaron muro.
7 Maldito *sea* su furor, que *fue*
fiero; y su ira, que fue dura: yo
los dividiré en Jacob, y los esparciré en Israel.
8 Judá, tú *eres* quien tus hermanos alabarán: tu mano *será* en la
cerviz de tus enemigos: los hijos
de tu padre se inclinarán a ti.
9 Judá *es* un cachorro de león:
de la presa subiste, hijo mío:
encorvóse, echóse como león, así
como león viejo; ¿quién lo despertará?
10 No será quitado el cetro de

Judá, y el legislador de entre sus
pies, hasta que venga Silo; Y a él
se congregarán los pueblos.
11 Atando a la vid su pollino, y a
la cepa el hijo de su asna, lavó en
el vino su vestido, y en la sangre
de uvas su manto:
12 Sus ojos *serán* bermejos del
vino, y los dientes blancos de la
leche.
13 Zabulón en puertos de mar
habitará, y *será* para puerto de
navíos; y su término *será* hasta
Sidón.
14 Isacar, *es* asno fuerte echado
entre dos tercios:
15 Y vio que el descanso *era*
bueno, y que la tierra *era* agrada-
ble; y bajó su hombro para llevar,
y sirvió en tributo.
16 Dan juzgará a su pueblo, como
una de las tribus de Israel.
17 Será Dan serpiente junto al
camino, cerasta junto a la senda,
que muerde los talones de los ca-
ballos, y hace caer por detrás al
cabalgador de ellos.
18 He esperado tu salvación, oh
SEÑOR.
19 Gad, ejército lo acometerá;
mas él acometerá al fin.
20 El pan de Aser *será* grueso, y
él dará deleites al rey.
21 Neftalí, *es* cierva dejada, que
dará dichos hermosos.
22 José *es* un ramo fructífero,
aún un ramo fructífero junto a
un pozo, *cuyos* ramos se extien-
den sobre el muro.
23 Los arqueros le agraviaron
mucho, y le asaetearon *a él*, y le
aborrecieron:
24 Mas su arco quedó en fortale-
za, y los brazos de sus manos se
corroboraron por las manos del
poderoso *Dios* de Jacob, (de allí
es el pastor, y la piedra de Israel,)
25 Por el Dios de tu padre, el
cual te ayudará, y por el Todopo-
deroso, el cual te bendecirá con
bendiciones del cielo de arriba,
con bendiciones del abismo que
está abajo, con bendiciones del
seno y de la matriz.
26 Las bendiciones de tu padre
fueron mayores que las bendicio-
nes de mis progenitores: hasta el
término de los collados eternos
serán sobre la cabeza de José, y
sobre la mollera del Nazareo de
sus hermanos.
27 Benjamín arrebatará *como* un
lobo: en la mañana devorará la
presa, y a la tarde repartirá los
despojos.
28 Todos estos *fueron* las doce
tribus de Israel: y esto *fue lo* que
su padre les dijo, y bendíjolos:
a cada uno por su bendición los
bendijo.
29 Mandóles luego, y díjoles: Yo
voy a ser reunido con mi pueblo:
sepultadme con mis padres en la
cueva que *está* en el campo de
Efrón el Heteo;
30 En la cueva que *está* en el
campo de Macpela, que *está* de-
lante de Mamre en la tierra de
Canaán, la cual compró Abra-
ham con el mismo campo de
Efrón el Heteo, para heredad de
sepultura.
31 Allí sepultaron a Abraham y
a Sara su esposa; allí sepultaron
a Isaac y a Rebeca su esposa; allí
también sepulté yo a Lea.
32 La compra del campo y de la
cueva que *está* en él, *fue* de los
hijos de Het.
33 Y como acabó Jacob de dar
órdenes a sus hijos, encogió sus
pies en la cama, y entregó el es-
píritu: y fue reunido con sus pa-
dres.

CAPÍTULO 50

ENTONCES se echó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y besólo.
2 Y mandó José a sus médicos familiares que embalsamasen a su padre: y los médicos embalsamaron a Israel.
3 Y cumpliéronle cuarenta días, porque así cumplían los días de los embalsamados, y lloráronlo los Egipcios setenta días.
4 Y pasados los días de su luto, habló José a los de la casa de Faraón, diciendo: Si he hallado ahora gracia en vuestros ojos, os ruego que habléis en oídos de Faraón, diciendo:
5 Mi padre me conjuró diciendo: He aquí yo muero; en mi sepulcro que yo cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás; ruego pues que vaya yo ahora, y sepultaré a mi padre, y volveré.
6 Y Faraón dijo: Ve, y sepulta a tu padre, como él te conjuró.
7 Entonces José subió a sepultar a su padre; y subieron con él todos los siervos de Faraón, los ancianos de su casa, y todos los ancianos de la tierra de Egipto.
8 Y toda la casa de José, y sus hermanos, y la casa de su padre: solamente dejaron en la tierra de Gosén sus niños, y sus ovejas y sus vacas.
9 Y subieron también con él carros y gente de a caballo, e hízose un campamento muy grande.
10 Y llegaron hasta la era de Atad, que *está* a la otra parte del Jordán, y endecharon allí con grande y muy grave lamentación: y José hizo a su padre duelo por siete días.
11 Y viendo los moradores de la tierra, los Cananeos, el llanto en la era de Atad, dijeron: Llanto grande *es* este de los Egipcios: por eso fue llamado su nombre Abelmizraim, que *está* a la otra parte del Jordán.
12 Hicieron, pues, sus hijos con él, según les había mandado:
13 Pues lleváronlo sus hijos a la tierra de Canaán, y le sepultaron en la cueva del campo de Macpela, la que había comprado Abraham con el mismo campo, para heredad de sepultura, de Efrón el Heteo, delante de Mamre.
14 Y tornóse José a Egipto, él y sus hermanos, y todos los que subieron con él a sepultar a su padre, después que le hubo sepultado.
15 Y viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos.
16 Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo:
17 Así diréis a José: Ruégote que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron: por tanto ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban.
18 Y vinieron también sus hermanos, y postráronse delante de él, y dijeron: He aquí, nosotros *somos* tus siervos.
19 Y respondióles José: No temáis: ¿*estoy* yo en lugar de Dios?
20 Vosotros pensasteis mal sobre mí, *mas* Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que *vemos* hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.
21 Ahora, pues, no tengáis miedo;

yo os sustentaré a vosotros y a
vuestros hijos. Así los consoló, y
les habló al corazón.
22 Y estuvo José en Egip-
to, él y la casa de su padre: y
vivió José ciento diez años.
23 Y vio José los hijos de Efraím
hasta la tercera *generación*: tam-
bién los hijos de Maquir, hijo de
Manasés, fueron criados sobre
las rodillas de José.
24 Y José dijo a sus hermanos: Yo
me muero; mas Dios ciertamente
os visitará, y os hará subir de
aquesta tierra a la tierra que juró
a Abraham, a Isaac, y a Jacob.
25 Y conjuró José a los hijos de
Israel, diciendo: Dios ciertamen-
te os visitará, y haréis llevar de
aquí mis huesos.
26 Y murió José *siendo* de edad
de ciento diez años; y embal-
samáronlo, y fue puesto en un
ataúd en Egipto.

EL SEGUNDO LIBRO DE MOISÉS, LLAMADO

ÉXODO

CAPÍTULO 1

ÉSTOS *son* los nombres de los
hijos de Israel, que entraron
en Egipto con Jacob; cada uno
entró con su familia.
2 Rubén, Simeón, Leví y Judá;
3 Isacar, Zabulón y Benjamín;
4 Dan y Neftalí, Gad y Aser.
5 Y todas las almas que salieron
de los lomos de Jacob, fueron se-
tenta almas; pues José *ya* estaba
en Egipto.
6 Y murió José, y todos sus her-
manos, y toda aquella generación.
7 Y los hijos de Israel fructifica-
ron, y aumentaron mucho, y se
multiplicaron, y fueron fortale-
cidos en extremo; y la tierra se
llenó de ellos.
8 Levantóse entretanto un nuevo
rey sobre Egipto, que no conocía
a José.
9 Y él dijo a su pueblo: He aquí,
el pueblo de los hijos de Israel *es*
mayor y más fuerte que nosotros:
10 Ahora, pues, seamos sabios
para con ellos, porque no se
multipliquen, y acontezca que
viniendo guerra, ellos también
se junten con nuestros enemigos,
y peleen contra nosotros, y se
vayan de la tierra.
11 Entonces pusieron sobre ellos
capataces que los afligiesen con
sus cargas. Y edificaron a Faraón
las ciudades de tesoros, Pitom y
Raamses.
12 Empero cuanto más los afli-
gían, tanto más se multiplicaban
y crecían. Y estaban fastidiados
por causa de los hijos de Israel.
13 Y los Egipcios hicieron servir
a los hijos de Israel con dureza:
14 Y amargaron su vida con dura
servidumbre, en *hacer* barro y la-
drillo, y en toda labor del campo,
y en todo su servicio, al cual los
obligaban con rigorismo.
15 Y habló el rey de Egipto a las
parteras de las Hebreas, una de
las cuales se llamaba Sifra, y otra
Fúa:
16 Y díjoles: Cuando parteareis a
las Hebreas, y mirareis los asien-
tos, si *fuere* hijo, matadlo; y si
fuere hija, entonces viva.
17 Mas las parteras temieron
a Dios, y no hicieron como les
mandó el rey de Egipto, sino que
salvaban la vida a los niños.
18 Y el rey de Egipto hizo llamar
a las parteras, y díjoles: ¿Por qué
habéis hecho esto, que habéis
salvado la vida a los niños?
19 Y las parteras respondieron a
Faraón: Porque las mujeres He-
breas no *son* como las Egipcias:
porque *son* robustas, y paren
antes que la partera venga a ellas.
20 Y Dios hizo bien a las parte-
ras: y el pueblo se multiplicó, y
se fortalecieron en gran manera.
21 Y aconteció que, por haber
las parteras temido a Dios, él les
hizo casas.
22 Entonces Faraón mandó a
todo su pueblo, diciendo: Echad
en el río todo hijo que naciere, y
a toda hija reservad la vida.

CAPÍTULO 2

Y UN varón de la familia de Leví
fue, y tomó por *esposa* una
hija de Leví:

2 La cual concibió, y parió un
hijo: y viéndolo que *era niño*
hermoso, túvole escondido tres
meses.
3 Pero no pudiendo ocultarle
más tiempo, tomó una arquilla
de juncos, y calafateóla con pez
y betún, y colocó en ella al niño,
y púsolo en un carrizal a la orilla
del río:
4 Y paróse una hermana suya a
lo lejos, para ver lo que le acon-
tecería.
5 Y la hija de Faraón descendió
a lavar*se* al río, y paseándose sus
doncellas por la ribera del río,
vio ella la arquilla en el carrizal,
y envió una criada suya a que la
tomase.
6 Y como la abrió, vio al niño; y
he aquí que el niño lloraba. Y te-
niendo compasión de él, dijo: De
los niños de los Hebreos *es* éste.
7 Entonces su hermana dijo a la
hija de Faraón: ¿Iré a llamarte
una ama de las Hebreas, para
que te críe este niño?
8 Y la hija de Faraón respondió:
Ve. Entonces fue la doncella, y
llamó a la madre del niño;
9 A la cual dijo la hija de Faraón:
Lleva este niño, y críamelo, y yo
te lo pagaré. Y la mujer tomó al
niño, y crïólo.
10 Y creció el niño, y ella lo
trajo a la hija de Faraón, la cual
lo tomó por hijo. Y le puso por
nombre Moisés, diciendo: Por-
que de las aguas lo saqué.
11 Y en aquellos días acaeció
que, crecido ya Moisés, salió a
sus hermanos, y vio sus cargas:
y observó a un Egipcio que hería
a uno de los Hebreos, sus herma-
nos.
12 Y miró a todas partes, y vien-
do que no *había* nadie, mató al
Egipcio, y escondiólo en la arena.
13 Y salió al día siguiente, y he
aquí dos Hebreos que reñían, y
dijo al que hacía la injuria: ¿Por
qué hieres a tu prójimo?
14 Y él respondió: ¿Quién te ha
puesto a ti por príncipe y juez
sobre nosotros? ¿piensas matar-
me como mataste al Egipcio? En-
tonces Moisés tuvo miedo, y dijo:
Ciertamente esta cosa es descu-
bierta.
15 Y oyendo Faraón este nego-
cio, procuró matar a Moisés: mas
Moisés huyó de la faz de Faraón,
y habitó en la tierra de Madián; y
sentóse junto a un pozo.
16 Tenía el sacerdote de Madián
siete hijas, las cuales vinieron y
sacaron *agua*, y llenaron las pilas
para dar de beber al rebaño de
su padre.
17 Y los pastores vinieron, y las
echaron: pero Moisés se levantó
y las ayudó, y dio de beber a su
rebaño.
18 Y volviendo ellas a Reuel su
padre, díjoles él: ¿Por qué habéis
hoy venido tan presto?
19 Y ellas dijeron: Un varón egip-
cio nos libró de mano de los pas-
tores, y también nos sacó *agua*
suficiente, y dio de beber al re-
baño.
20 Y dijo a sus hijas: ¿Y dónde
está? ¿por qué habéis dejado
ese hombre? llamadle para que
coma pan.
21 Y Moisés estuvo contento en
morar con aquel varón; y él dio
a Moisés a su hija Séfora:
22 La cual le parió un hijo, y él
le puso por nombre Gersom: por-
que dijo: Peregrino soy en tierra
ajena.
23 Y aconteció que después de
muchos días murió el rey de

Egipto, y los hijos de Israel suspiraron a causa de la servidumbre, y clamaron: y subió a Dios el clamor de ellos por causa de su servidumbre.
24 Y oyó Dios el gemido de ellos, y acordóse Dios de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob.
25 Y miró Dios a los hijos de Israel, y Dios *les* tuvo respeto.

CAPÍTULO 3

Y APACENTANDO Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas detrás del desierto, y vino a Horeb, monte de Dios.
2 Y apareciósele el ángel del SEÑOR en una llama de fuego en medio de una zarza: y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.
3 Y Moisés dijo: Iré yo ahora, y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no está quemada.
4 Y viendo el SEÑOR que iba a ver, llamólo Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.
5 Y dijo: No te llegues acá: quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa *es*.
6 Y dijo: Yo *soy* el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.
7 Y dijo el SEÑOR: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; porque conozco sus angustias:
8 Y he descendido para librarlos de mano de los Egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del Cananeo, del Heteo, del Amorreo, del Ferezeo, del Heveo, y del Jebuseo.
9 El clamor, por tanto, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los Egipcios los oprimen.
10 Ven por tanto ahora, y enviarte he a Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto.
11 Y Moisés dijo a Dios: ¿Quién *soy* yo, para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?
12 Y él dijo: Ciertamente yo seré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: luego que hubieres sacado este pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte.
13 Y dijo Moisés a Dios: He aquí que *cuando* llegue yo a los hijos de Israel, y les diga, el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les responderé?
14 Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros.
15 Y dijo más Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El SEÑOR, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste *es* mi nombre por siempre, éste *es* mi memorial a todas generaciones.
16 Ve, y junta los ancianos de Israel, y diles: El SEÑOR Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, me apareció, diciendo: De cierto os

he visitado, y *visto* lo que se os ha hecho en Egipto;

17 Y he dicho: Yo os sacaré de la aflicción de Egipto a la tierra del Cananeo, y del Heteo, y del Amorreo, y del Ferezeo, y del Heveo, y del Jebuseo, a una tierra que fluye leche y miel.

18 Y oirán tu voz; e irás tú, y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: El SEÑOR Dios de los Hebreos, nos ha encontrado; por tanto nosotros iremos ahora camino de tres días por el desierto, para que sacrifiquemos al SEÑOR nuestro Dios.

19 Y estoy seguro que el rey de Egipto no os dejará ir, no, ni por mano fuerte.

20 Y yo extenderé mi mano, y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de él, y entonces os dejará ir.

21 Y yo daré a este pueblo gracia en los ojos de los Egipcios, para que cuando os partiereis, no salgáis vacíos:

22 Sino que cada mujer pedirá prestado a su vecina y a su huéspeda joyas de plata, joyas de oro, y vestidos: los cuales pondréis sobre vuestros hijos y vuestras hijas; y despojaréis a Egipto.

CAPÍTULO 4

Y Moisés respondió, y dijo: Pero, he aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido el SEÑOR.

2 Y el SEÑOR dijo: ¿Qué *es* eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara.

3 Y él le dijo: Échala en tierra. Y él la echó en tierra, y tornóse una serpiente: y Moisés huía de ella.

4 Y dijo el SEÑOR a Moisés: Extiende tu mano, y tómala por la cola. Y él extendió su mano, y tomóla, y tornóse vara en su mano:

5 Para que crean que se te ha aparecido el SEÑOR, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.

6 Y díjole más el SEÑOR: Mete ahora tu mano en tu seno. Y él metió la mano en su seno; y como la sacó, he aquí que su mano *estaba* leprosa como la nieve.

7 Y dijo: Vuelve a meter tu mano en tu seno: y él volvió a meter su mano en su seno; y volviéndola a sacar del seno, y he aquí que se había vuelto como la *otra* carne.

8 Si aconteciere, que no te creyeren, ni escucharen a la voz de la primera señal, creerán a la voz de la postrera.

9 Y acontecerá, si no creyeren aún a estas dos señales, ni oyeren tu voz, tomarás de las aguas del río, y derrámalas en *tierra* seca; y volverse han aquellas aguas que tomarás del río, se volverán sangre en la *tierra* seca.

10 Y dijo Moisés al SEÑOR: ¡Oh mi Señor! yo no *soy* elocuente, ni de antes, ni aun desde que tú has hablado a tu siervo; porque *soy* tardo en el habla y torpe de lengua.

11 Y el SEÑOR le dijo: ¿Quién hizo la boca del hombre? ¿o quién hizo al mudo o al sordo, al que ve o al ciego? ¿no soy yo el SEÑOR?

12 Ahora pues, ve, y yo seré con tu boca, y te enseñaré lo que has de decir.

13 Y él dijo: ¡Oh mi Señor! envía, te ruego, por mano del que has de enviar.

14 Y la ira del SEÑOR se encen-

dió contra Moisés, y dijo: ¿No es
Aarón, el levita, tu hermano? Yo
sé que él habla bien. Y aun he aquí
que él te saldrá a recibir, y en vién-
dote, se alegrará en su corazón.
15 Y tú hablarás a él, y pondrás
en su boca las palabras, y yo seré
con tu boca y con la suya, y os
enseñaré lo que habéis de hacer.
16 Y él hablará por ti al pueblo; y
él, aún él, te será a ti en lugar de
boca, y tú serás para él en lugar
de Dios.
17 Y tomarás esta vara en tu mano,
con la cual harás las señales.
18 Y se fue Moisés y volvió a su
suegro Jetro, y díjole: Déjeme ir,
te ruego, y volver a mis herma-
nos que están en Egipto, para ver
si aún viven. Y Jetro dijo a Moi-
sés: Ve en paz.
19 Dijo también el SEÑOR a Moi-
sés en Madián: Ve, y vuélvete a
Egipto, porque han muerto todos
los que procuraban tu muerte.
20 Entonces Moisés tomó su es-
posa y sus hijos, y púsolos sobre
un asno, y volvióse a tierra de
Egipto: tomó también Moisés la
vara de Dios en su mano.
21 Y dijo el SEÑOR a Moisés:
Cuando hubiereis vuelto a Egip-
to, mira que hagas delante de Fa-
raón todas las maravillas que he
puesto en tu mano: yo empero
endureceré su corazón, de modo
que no dejará ir al pueblo.
22 Y dirás a Faraón: el SEÑOR ha
dicho así: Israel *es* mi hijo, *aún*
mi primogénito.
23 Y te he dicho: Dejes ir a mi
hijo, para que me sirva; y si re-
husas dejarlo ir, he aquí yo mata-
ré a tu hijo, tu primogénito.
24 Y aconteció en el camino,
en una posada, que el SEÑOR
le encontró, y buscó matarlo.
25 Entonces Séfora cogió un
afilado pedernal, y cortó el pre-
pucio de su hijo, y echólo a sus
pies, diciendo: A la verdad tú me
eres un esposo de sangre.
26 Así le dejó ir. Y ella dijo: *Eres*
esposo de sangre, a causa de la
circuncisión.
27 Y el SEÑOR dijo a Aarón: Ve a
recibir a Moisés al desierto. Y él
fue, y encontrólo en el monte de
Dios, y besóle.
28 Entonces contó Moisés a
Aarón todas las palabras del
SEÑOR que le enviaba, y todas
las señales que le había dado.
29 Y fueron Moisés y Aarón, y
juntaron todos los ancianos de
los hijos de Israel:
30 Y habló Aarón todas las pala-
bras que el SEÑOR había dicho a
Moisés, e hizo las señales delante
de los ojos del pueblo.
31 Y el pueblo creyó: y oyendo
que el SEÑOR había visitado los
hijos de Israel, y que había visto
su aflicción, inclináronse y ado-
raron.

CAPÍTULO 5

DESPUÉS entraron Moisés y
Aarón a Faraón, y le dijeron:
El SEÑOR Dios de Israel, dice así:
Deja ir a mi pueblo a celebrarme
fiesta en el desierto.
2 Y Faraón respondió: ¿Quién *es*
el SEÑOR, para que yo obedezca
su voz y deje ir a Israel? Yo no
conozco al SEÑOR, ni tampoco
dejaré ir a Israel.
3 Y ellos dijeron: El Dios de los
hebreos nos ha encontrado: dé-
jenos ir, te rogamos, camino de
tres días por el desierto, y sacrifi-
car al SEÑOR nuestro Dios; por-
que no venga sobre nosotros con
pestilencia o con espada.

4 Entonces el rey de Egipto les
dijo: Moisés y Aarón, ¿por qué
hacéis cesar al pueblo de su
obra? idos a vuestros cargos.
5 Dijo también Faraón: He aquí
el pueblo de la tierra *es* ahora
mucho, y vosotros les hacéis
cesar de sus cargos.
6 Y mandó Faraón aquel mismo
día a los capataces del pueblo
que le tenían a su cargo, y a sus
oficiales, diciendo:
7 De aquí en adelante no daréis
paja al pueblo para hacer ladri-
llo, como ayer y antes de ayer;
vayan ellos y recojan por sí mis-
mos la paja:
8 Y habéis de ponerles la tarea
del ladrillo que hacían antes, y
no les disminuiréis *nada*; porque
están ociosos, y por eso levantan
la voz diciendo: Vamos *y* sacrifi-
caremos a nuestro Dios.
9 Agrávese la servidumbre sobre
ellos, para que se ocupen en ella,
y no atiendan a palabras vanas.
10 Y saliendo los capataces del
pueblo y sus oficiales, hablaron
al pueblo, diciendo: Así ha dicho
Faraón: Yo no os doy paja.
11 Id vosotros, y recoged paja
donde la hallareis; que nada se
disminuirá de vuestra tarea.
12 Entonces el pueblo se espar-
ció por toda la tierra de Egipto
a coger rastrojo en lugar de paja.
13 Y los capataces los apremia-
ban, diciendo: Cumplid vuestra
obra, la tarea diaria, como cuan-
do había paja.
14 Y azotaban a los oficiales de
los hijos de Israel, que los capa-
taces de Faraón habían puesto
sobre ellos, diciendo: ¿Por qué
no habéis cumplido vuestra tarea
de ladrillo ni ayer ni hoy, como
antes?
15 Y los oficiales de los hijos de
Israel vinieron a Faraón, y se
quejaron a él, diciendo: ¿Por qué
lo haces así con tus siervos?
16 No se da paja a tus siervos, y
nos dicen: Haced el ladrillo. Y
he aquí tus siervos *son* azotados,
pero la falta *está* en tu propio
pueblo.
17 Y él respondió: *Estáis* ocio-
sos, *sí*, ociosos, y por eso decís:
Vamos *y* sacrifiquemos al SEÑOR.
18 Id pues ahora, *y* trabajad. No
se os dará paja, y habéis de dar
la tarea del ladrillo.
19 Y los oficiales de los hijos de
Israel vieron *que* estaban en mal
caso, habiéndoseles dicho: No se
disminuirá *nada* de vuestro la-
drillo, de su tarea diaria.
20 Y encontraron a Moisés y a
Aarón, que estaban en el camino,
cuando salían de Faraón,
21 Y dijéronles: Mire el SEÑOR
sobre vosotros, y juzgue; pues
habéis hecho heder nuestro olor
delante de Faraón y de sus sier-
vos, dándoles la espada en las
manos para que nos maten.
22 Entonces Moisés se volvió al
Señor, y dijo: SEÑOR, ¿por qué
afliges *tanto* a este pueblo? ¿por
qué me has enviado?
23 Porque desde que yo vine a
Faraón para hablarle en tu nom-
bre, él ha afligido a este pueblo;
y tú tampoco has librado a tu
pueblo.

CAPÍTULO 6

EL SEÑOR respondió a Moisés:
Ahora verás lo que yo haré
a Faraón; porque con mano fuer-
te los ha de dejar ir; y con mano
fuerte los ha de echar de su tierra.
2 Habló todavía Dios a Moisés, y
díjole: Yo *soy* el SEÑOR;

3 Y yo aparecí a Abraham, a Isaac
y a Jacob bajo *el nombre de* Dios
Todopoderoso, mas en mi nom-
bre JEHOVÁ no me di a conocer
a ellos.
4 Y también yo establecí mi
pacto con ellos, de darles la tie-
rra de Canaán, la tierra de sus
peregrinaciones, en la cual fue-
ron extranjeros.
5 Y asimismo yo he oído el gemi-
do de los hijos de Israel, a quie-
nes mantienen en esclavitud los
Egipcios, y heme acordado de mi
pacto.
6 Por tanto dirás a los hijos de
Israel: Yo *soy* el SEÑOR; y yo os
sacaré de debajo de las cargas de
Egipto, y yo os libraré de su ser-
vidumbre, y yo os redimiré con
brazo extendido, y con juicios
grandes:
7 Y yo os tomaré por mi pueblo
y yo seré vuestro Dios: y voso-
tros sabréis que yo *soy* el SEÑOR
vuestro Dios, que os saco de de-
bajo de las cargas de Egipto:
8 Y yo os meteré en la tierra,
acerca de la cual juré que la daría
a Abraham, a Isaac y a Jacob; y
yo os la daré por heredad: Yo *soy*
el SEÑOR.
9 Y habló Moisés a los hijos de
Israel: mas ellos no escuchaban a
Moisés a causa de la congoja de
espíritu, y de la dura servidumbre.
10 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
11 Entra, y habla a Faraón rey de
Egipto, que deje ir de su tierra a
los hijos de Israel.
12 Y respondió Moisés delante
del SEÑOR, diciendo: He aquí,
los hijos de Israel no me han es-
cuchado: ¿cómo pues me escu-
chará Faraón, *siendo* yo incircun-
ciso de labios?
13 Entonces el SEÑOR habló a
Moisés y a Aarón, y dióles man-
damiento para los hijos de Israel,
y para Faraón rey de Egipto, para
que sacasen a los hijos de Israel
de la tierra de Egipto.
14 Éstas *son* las cabezas de las fa-
milias de sus padres. Los hijos de
Rubén, el primogénito de Israel:
Enoc y Falú, Hezrón y Carmi:
éstas *son* las familias de Rubén.
15 Y los hijos de Simeón: Jemuel,
y Jamín, y Ohad, y Jaquín, y Zoar,
y Shaúl, el hijo de una Cananea:
éstas *son* las familias de Simeón.
16 Y éstos *son* los nombres de los
hijos de Leví por sus generacio-
nes: Gersón, y Coat, y Merari. Y
los años de la vida de Leví *fueron*
ciento treinta y siete años.
17 Y los hijos de Gersón: Libni, y
Simi, según sus familias.
18 Y los hijos de Coat: Amram,
e Izhar, y Hebrón, y Uziel. Y los
años de la vida de Coat *fueron*
ciento treinta y tres años.
19 Y los hijos de Merari: Mahali,
y Musi: éstas *son* las familias de
Leví según sus generaciones.
20 Y Amram tomó por esposa a
Jocabed su tía; la cual le parió a
Aarón y a Moisés. Y los años de
la vida de Amram *fueron* ciento
treinta y siete años.
21 Y los hijos de Izhar: Cora, y
Nefeg y Zicri.
22 Y los hijos de Uziel: Misael, y
Elzafán y Zicri.
23 Y tomóse Aarón por esposa a
Elisabet, hija de Aminadab, her-
mana de Naasón; la cual le parió
a Nadab, y a Abiú y a Eleazar y
a Itamar.
24 Y los hijos de Cora: Asir, y
Elcana, y Ebiasaf: éstas *son*
las familias de los Coritas.
25 Y Eleazar, hijo de Aarón,

tomó para sí *una* esposa de las hijas de Futiel, la cual le parió a Finees: Y éstas *son* las cabezas de los padres de los Levitas por sus familias.
26 Éste *es* aquel Aarón y aquel Moisés, a los cuales el SEÑOR dijo: Sacad a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por sus ejércitos.
27 Éstos *son* los que hablaron a Faraón rey de Egipto, para sacar de Egipto a los hijos de Israel. Moisés y Aarón *fueron* éstos.
28 Y aconteció en el día *cuando* el SEÑOR habló a Moisés en la tierra de Egipto,
29 Que el SEÑOR habló a Moisés, diciendo: Yo *soy* el SEÑOR; di a Faraón rey de Egipto todas las cosas que yo te digo a ti.
30 Y Moisés respondió delante del SEÑOR: He aquí, yo *soy* incircunciso de labios, ¿cómo pues me ha de oír Faraón?

CAPÍTULO 7

Y EL SEÑOR dijo a Moisés: Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta.
2 Tú dirás todas las cosas que yo te mandare, y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel.
3 Y yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas.
4 Pero Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré a mis ejércitos, *y* mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios.
5 Y sabrán los Egipcios que yo *soy* el SEÑOR, cuando extenderé mi mano sobre Egipto, y sacaré los hijos de Israel de en medio de ellos.
6 Y Moisés y Aarón hicieron como el SEÑOR les mandó, así hicieron ellos.
7 Y *era* Moisés de edad de ochenta años, y Aarón de edad de ochenta y tres, cuando hablaron a Faraón.
8 Y habló el SEÑOR a Moisés y a Aarón, diciendo:
9 Cuando Faraón os hablare, diciendo: Mostrad milagro; dirás a Aarón: Toma tu vara, y écha*la* delante de Faraón, para que se torne serpiente.
10 Y entraron Moisés y Aarón a Faraón, e hicieron como el SEÑOR había mandado: y echó Aarón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y tornóse serpiente.
11 Entonces llamó también Faraón sabios y encantadores; e hicieron también lo mismo los encantadores de Egipto con sus encantamientos;
12 Porque echó cada uno su vara, las cuales se volvieron serpientes: mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos.
13 Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó; como el SEÑOR lo había dicho.
14 Entonces el SEÑOR dijo a Moisés: El corazón de Faraón *está* endurecido, que rehusa dejar ir al pueblo.
15 Ve por la mañana a Faraón, he aquí que él sale a las aguas; y tú ponte a la orilla del río delante de él, y toma en tu mano la vara que se volvió serpiente.
16 Y le dirás: El SEÑOR Dios de los Hebreos me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirvan en el desier-

to; y he aquí que hasta ahora no
has querido oír.
17 Así ha dicho el SEÑOR: En
esto conocerás que yo soy el
SEÑOR: he aquí, yo heriré con
la vara que tengo en mi mano el
agua que está en el río, y se con-
vertirá en sangre:
18 Y los peces que hay en el río
morirán, y hederá el río, y ten-
drán asco los Egipcios de beber
el agua del río.
19 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Di
a Aarón: Toma tu vara, y extien-
de tu mano sobre las aguas de
Egipto, sobre sus ríos, sobre sus
arroyos y sobre sus estanques,
y sobre todos sus depósitos de
aguas, para que se conviertan en
sangre, y haya sangre por toda la
región de Egipto, así en los vasos
de madera como en los de piedra.
20 Y Moisés y Aarón hicieron
como el SEÑOR lo mandó; y al-
zando la vara hirió las aguas que
había en el río, en presencia de
Faraón y de sus siervos; y todas
las aguas que había en el río se
convirtieron en sangre.
21 Asimismo los peces que había
en el río murieron; y el río se co-
rrompió, que los Egipcios no po-
dían beber de él: y hubo sangre
por toda la tierra de Egipto.
22 Y los encantadores de Egipto
hicieron lo mismo con sus en-
cantamientos: y el corazón de
Faraón se endureció, y no los es-
cuchó; como el SEÑOR lo había
dicho.
23 Y tornando Faraón volvióse
a su casa, y no puso su corazón
aun en esto.
24 Y en todo Egipto hicie-
ron pozos alrededor del río
para beber, porque no po-
dían beber de las aguas del río.
25 Y cumpliéronse siete días des-
pués que el SEÑOR hirió el río.

CAPÍTULO 8

ENTONCES el SEÑOR dijo a
Moisés: Entra a Faraón, y díle:
el SEÑOR ha dicho así: Deja ir a
mi pueblo, para que me sirvan.
2 Y si no lo quisieres dejar ir, he
aquí yo heriré con ranas todos
tus términos:
3 Y el río criará ranas, las cuales
subirán, y entrarán en tu casa, y
en la cámara de tu cama, y sobre
tu cama, y en las casas de tus
siervos, y en tu pueblo, y en tus
hornos, y en tus artesas:
4 Y las ranas subirán sobre ti, y
sobre tu pueblo, y sobre todos
tus siervos.
5 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Di
a Aarón: Extiende tu mano con
tu vara sobre los ríos, arroyos, y
estanques, para que haga venir
ranas sobre la tierra de Egipto.
6 Entonces Aarón extendió su
mano sobre las aguas de Egipto,
y subieron ranas que cubrieron
la tierra de Egipto.
7 Y los encantadores hicieron lo
mismo con sus encantamientos,
e hicieron venir ranas sobre la
tierra de Egipto.
8 Entonces Faraón llamó a Moi-
sés y a Aarón, y díjoles: Orad al
SEÑOR que quite las ranas de
mí y de mi pueblo; y dejaré ir
al pueblo, para que sacrifique al
SEÑOR.
9 Y dijo Moisés a Faraón: Gloría-
te sobre mí: ¿cuándo oraré por ti,
y por tus siervos, y por tu pue-
blo, para que las ranas sean qui-
tadas de ti, y de tus casas, y que
solamente se queden en el río?
10 Y él dijo: Mañana. Y *Moisés*
respondió: Se hará conforme a tu

palabra, para que conozcas que
no hay como el SEÑOR nuestro
Dios:
11 Y las ranas se irán de ti, y de
tus casas, y de tus siervos, y de
tu pueblo, y solamente se queda-
rán en el río.
12 Entonces salieron Moisés y
Aarón de con Faraón, y clamó
Moisés al SEÑOR sobre el nego-
cio de las ranas que había pues-
to a Faraón.
13 E hizo el SEÑOR conforme a
la palabra de Moisés, y murie-
ron las ranas de las casas, de los
cortijos, y de los campos.
14 Y las juntaron en montones, y
apestaban la tierra.
15 Y viendo Faraón que le habí-
an dado reposo, endureció su
corazón, y no los escuchó; como
el SEÑOR lo había dicho.
16 Entonces el SEÑOR dijo a
Moisés: Di a Aarón: Extiende
tu vara, y hiere el polvo de la
tierra, para que se vuelva piojos
por todo el país de Egipto.
17 Y ellos lo hicieron así; y Aarón
extendió su mano con su vara, e
hirió el polvo de la tierra, el cual
se volvió piojos, así en los hom-
bres como en las bestias: todo el
polvo de la tierra se volvió pio-
jos en todo el país de Egipto.
18 Y los encantadores hicieron
así también, para sacar piojos
con sus encantamientos; mas no
pudieron. Y había piojos así en
los hombres como en las bestias.
19 Entonces los magos dijeron
a Faraón: Dedo de Dios es este.
Mas el corazón de Faraón se en-
dureció, y no los escuchó; como
el SEÑOR lo había dicho.
20 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Le-
vántate de mañana y ponte de-
lante de Faraón, he aquí él sale
a las aguas; y díle: el SEÑOR ha
dicho así: Deja ir a mi pueblo,
para que me sirva.
21 Porque si no dejares ir a mi
pueblo, he aquí yo enviaré sobre
ti, y sobre tus siervos, y sobre tu
pueblo, y sobre tus casas toda
suerte de moscas; y las casas
de los Egipcios se henchirán de
toda suerte de moscas, y asimis-
mo la tierra donde ellos estuvie-
ren.
22 Y aquel día yo apartaré la
tierra de Gosén, en la cual mi
pueblo habita, para que ninguna
suerte de moscas haya en ella;
a fin de que sepas que yo soy el
SEÑOR en medio de la tierra.
23 Y yo pondré división entre mi
pueblo y el tuyo. Mañana será
esta señal.
24 Y el SEÑOR lo hizo así: que
vino toda suerte de moscas mo-
lestísimas sobre la casa de Fa-
raón, y sobre las casas de sus
siervos, y sobre todo el país de
Egipto; y la tierra fue corrompi-
da a causa de ellas.
25 Entonces Faraón llamó a Moi-
sés y a Aarón, y díjoles: Andad,
sacrificad a vuestro Dios en la
tierra.
26 Y Moisés respondió: No con-
viene que hagamos así, porque
sacrificaríamos al SEÑOR nues-
tro Dios la abominación de los
Egipcios. He aquí, si sacrificára-
mos la abominación de los Egip-
cios delante de ellos, ¿no nos
apedrearían?
27 Camino de tres días iremos
por el desierto, y sacrificaremos
al SEÑOR nuestro Dios, como él
nos dirá.
28 Y dijo Faraón: Yo os dejaré ir
para que sacrifiquéis al SEÑOR
vuestro Dios en el desierto, con

tal que no vayáis más lejos: orad
por mí.
29 Y respondió Moisés: He aquí,
en saliendo yo de contigo, rogaré al SEÑOR que las diversas
suertes de moscas se vayan de
Faraón, y de sus siervos, y de su
pueblo mañana; con tal que Faraón no falte más, no dejando ir
al pueblo a sacrificar al SEÑOR.
30 Entonces Moisés salió de con
Faraón, y oró al SEÑOR.
31 Y el SEÑOR hizo conforme
a la palabra de Moisés; y quitó
todas aquellas moscas de Faraón,
y de sus siervos, y de su pueblo,
sin que quedara una.
32 Mas Faraón endureció aún
esta vez su corazón, y no dejó ir
al pueblo.

CAPÍTULO 9

ENTONCES el SEÑOR dijo a
Moisés: Entra a Faraón, y
díle: el SEÑOR, el Dios de los Hebreos, dice así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirvan;
2 Porque si no lo quieres dejar ir,
y los detuvieres aún,
3 He aquí la mano del SEÑOR
será sobre tus ganados que están
en el campo, caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas, con pestilencia gravísima:
4 Y el SEÑOR hará separación
entre los ganados de Israel y los
de Egipto, de modo que nada
muera de todo lo de los hijos de
Israel.
5 Y el SEÑOR señaló tiempo, diciendo: Mañana hará el SEÑOR
esta cosa en la tierra.
6 Y el día siguiente el SEÑOR hizo
aquello, y murió todo el ganado
de Egipto; mas del ganado de los
hijos de Israel no murió uno.
7 Entonces Faraón envió, y he
aquí que del ganado de los hijos
de Israel no había muerto uno.
Mas el corazón de Faraón se endureció, y no dejó ir al pueblo.
8 Y el SEÑOR dijo a Moisés y a
Aarón: Tomad puñados de ceniza
de un horno, y espárzala Moisés
hacia el cielo delante de Faraón:
9 Y vendrá a ser polvo sobre toda
la tierra de Egipto, el cual originará sarpullido que cause tumores apostemados en los hombres
y en las bestias, por todo el país
de Egipto.
10 Y tomaron la ceniza del horno,
y pusiéronse delante de Faraón, y
esparcióla Moisés hacia el cielo;
y vino un sarpullido que causaba
tumores apostemados así en los
hombres como en las bestias.
11 Y los magos no podían estar
delante de Moisés a causa de los
tumores, porque hubo sarpullido
en los magos y en todos los Egipcios,
12 Y el SEÑOR endureció el corazón de Faraón, y no los oyó;
como el SEÑOR lo había dicho a
Moisés.
13 Entonces el SEÑOR dijo a
Moisés: Levántate de mañana, y
ponte delante de Faraón, y díle:
el SEÑOR, el Dios de los Hebreos,
dice así: Deja ir a mi pueblo, para
que me sirva.
14 Porque yo enviaré esta vez
todas mis plagas a tu corazón,
sobre tus siervos, y sobre tu pueblo, para que entiendas que no
hay otro como yo en toda la tierra.
15 Porque ahora yo extenderé mi
mano para herirte a ti y a tu pueblo de pestilencia, y serás quitado de la tierra.
16 Y a la verdad yo te he puesto
para declarar en ti mi potencia, y

que mi Nombre sea contado en
toda la tierra.
17 ¿Todavía te ensalzas tú con-
tra mi pueblo, para no dejarlos
ir?
18 He aquí que mañana a estas
horas yo haré llover granizo muy
grave, cual nunca fue en Egipto,
desde el día que se fundó hasta
ahora.
19 Envía, pues, a recoger tu ga-
nado, y todo lo que tienes en
el campo; porque todo hom-
bre o animal que se hallare en
el campo, y no fuere recogido
a casa, el granizo descenderá
sobre él, y morirá.
20 De los siervos de Faraón el
que temió la palabra del SEÑOR,
hizo huir sus criados y su gana-
do a casa:
21 Mas el que no puso en su
corazón la palabra del SEÑOR,
dejó sus criados y sus ganados
en el campo.
22 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Extiende tu mano hacia el cielo,
para que venga granizo en toda
la tierra de Egipto sobre los
hombres, y sobre las bestias, y
sobre toda la hierba del campo
en el país de Egipto.
23 Y Moisés extendió su vara
hacia el cielo, y el SEÑOR hizo
tronar y granizar, y el fuego dis-
curría por la tierra; y llovió el
SEÑOR granizo sobre la tierra
de Egipto.
24 Hubo pues granizo, y fuego
mezclado con el granizo, tan
grande, cual nunca hubo en toda
la tierra de Egipto desde que fue
habitada.
25 Y aquel granizo hirió en toda
la tierra de Egipto todo lo que
estaba en el campo, así hombres
como bestias; asimismo hirió
el granizo toda la hierba del
campo, y desgajó todos los ár-
boles del país.
26 Solamente en la tierra de
Gosén, donde los hijos de Israel
estaban, no hubo granizo.
27 Entonces Faraón envió a lla-
mar a Moisés y a Aarón, y les
dijo: He pecado esta vez: el
SEÑOR es justo, y yo y mi pue-
blo *somos* impíos.
28 Orad al SEÑOR (basta ya):
para que cesen los truenos de
Dios y el granizo; y yo os dejaré
ir, y no os detendréis más.
29 Y respondióle Moisés: En sa-
liendo yo de la ciudad extende-
ré mis manos al SEÑOR, *y* los
truenos cesarán, y no habrá más
granizo; para que sepas que del
SEÑOR es la tierra.
30 Mas yo sé que ni tú ni tus
siervos temeréis todavía la pre-
sencia del Dios el SEÑOR.
31 El lino, pues, y la cebada fue-
ron heridos; porque la cebada
estaba ya espigada, y el lino en
caña.
32 Mas el trigo y el centeno no
fueron heridos; porque eran tar-
díos.
33 Y salido Moisés de con Fa-
raón de la ciudad, extendió sus
manos al SEÑOR, y cesaron los
truenos y el granizo; y la lluvia
no cayó más sobre la tierra.
34 Y viendo Faraón que la llu-
via había cesado y el granizo y
los truenos, perseveró en pecar,
y endureció su corazón, él y sus
siervos.
35 Y el corazón de Faraón se en-
dureció, y no dejó ir a los hijos
de Israel; como el SEÑOR lo
había dicho por medio de Moi-
sés.

CAPÍTULO 10

Y EL SEÑOR dijo a Moisés:
Entra a Faraón; porque yo he
endurecido su corazón, y el cora-
zón de sus siervos, para mostrar
entre ellos estas mis señales;
2 Y para que cuentes a tus hijos y
a tus nietos las cosas que yo hice
en Egipto, y mis señales que di
entre ellos; y para que sepáis que
yo soy el SEÑOR.
3 Entonces vinieron Moisés y
Aarón a Faraón, y le dijeron: el
SEÑOR, el Dios de los Hebreos,
ha dicho así: ¿Hasta cuándo no
querrás humillarte delante de
mí? Deja ir a mi pueblo, para que
me sirvan.
4 Y si aún rehusas dejarlo ir, he
aquí que yo traeré mañana lan-
gosta en tus términos,
5 La cual cubrirá la faz de la tie-
rra, de modo que no pueda verse
la tierra; y ella comerá lo que
quedó salvo, lo que os ha queda-
do del granizo; comerá asimismo
todo árbol que os produce *fruto*
en el campo:
6 Y llenarse han tus casas, y las
casas de todos tus siervos, y las
casas de todos los Egipcios, cual
nunca vieron tus padres ni tus
abuelos, desde que ellos fueron
sobre la tierra hasta hoy. Y vol-
vióse, y salió de con Faraón.
7 Entonces los siervos de Faraón
le dijeron: ¿Hasta cuándo nos
ha de ser éste por lazo? Deja ir
a estos hombres, para que sirvan
al SEÑOR su Dios; ¿aún no sabes
que Egipto está destruido?
8 Y Moisés y Aarón volvieron a
ser llamados a Faraón, el cual
les dijo: Andad, servid al SEÑOR
vuestro Dios. ¿Quién y quién son
los que han de ir?
9 Y Moisés respondió: Hemos de
ir con nuestros niños y con nues-
tros viejos, con nuestros hijos
y con nuestras hijas: con nues-
tras ovejas y con nuestras vacas
hemos de ir; porque tenemos so-
lemnidad del SEÑOR.
10 Y él les dijo: Así sea el SEÑOR
con vosotros como yo os dejaré
ir a vosotros y a vuestros niños:
mirad como el mal está delante
de vuestro rostro.
11 No *será* así: id ahora vosotros
los varones, y servid al SEÑOR:
pues esto es lo que vosotros de-
mandasteis. Y echáronlos de de-
lante de Faraón.
12 Entonces el SEÑOR dijo a
Moisés: Extiende tu mano sobre
la tierra de Egipto para traer lan-
gosta, a fin de que suba sobre el
país de Egipto, y consuma todo
lo que el granizo dejó.
13 Y extendió Moisés su vara
sobre la tierra de Egipto, y el
SEÑOR trajo un viento oriental
sobre el país todo aquel día y
toda aquella noche; y a la maña-
na el viento oriental trajo la lan-
gosta:
14 Y subió la langosta sobre toda
la tierra de Egipto, y asentóse en
todos los términos de Egipto, en
gran manera grave: antes de ella
no hubo langosta semejante, ni
después de ella vendrá otra tal;
15 Y cubrió la faz de todo el país,
y oscurecióse la tierra; y consu-
mió toda la hierba de la tierra, y
todo el fruto de los árboles que
había dejado el granizo; que no
quedó cosa verde en árboles ni
en hierba del campo, por toda la
tierra de Egipto.
16 Entonces Faraón hizo llamar
apriesa a Moisés y a Aarón, y
dijo: He pecado contra el SEÑOR
vuestro Dios, y contra vosotros.

17 Mas ruego ahora que perdones mi pecado solamente esta vez, y que oréis al SEÑOR vuestro Dios que quite de mí solamente esta muerte.
18 Y salió de con Faraón, y oró al SEÑOR.
19 Y el SEÑOR volvió un viento occidental fortísimo, y quitó la langosta, y arrojóla en el mar Bermejo: ni una langosta quedó en todo el término de Egipto.
20 Mas el SEÑOR endureció el corazón de Faraón; y no envió los hijos de Israel.
21 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tales que cualquiera las palpe.
22 Y extendió Moisés su mano hacia el cielo, y hubo densas tinieblas tres días por toda la tierra de Egipto.
23 Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones.
24 Entonces Faraón hizo llamar a Moisés, y dijo: Id, servid al SEÑOR; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas: vayan también vuestros niños con vosotros.
25 Y Moisés respondió: Tú también nos entregarás sacrificios y holocaustos que sacrifiquemos al SEÑOR nuestro Dios.
26 Nuestros ganados irán también con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para servir al SEÑOR nuestro Dios; y no sabemos con qué hemos de servir al SEÑOR, hasta que lleguemos allá.
27 Mas el SEÑOR endureció el corazón de Faraón, y no quiso dejarlos ir.
28 Y díjole Faraón: Retírate de mí: guárdate que no veas más mi rostro, porque en cualquier día que vieres mi rostro, morirás.
29 Y Moisés respondió: Bien has dicho; no veré más tu rostro.

CAPÍTULO 11

Y EL SEÑOR dijo a Moisés: Una plaga traeré aún sobre Faraón, y sobre Egipto; después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echará de aquí del todo.
2 Habla ahora al pueblo, y que cada uno pida prestado a su vecino, y cada una a su vecina, vasos de plata y de oro.
3 Y el SEÑOR dio gracia al pueblo en los ojos de los Egipcios. También Moisés era muy gran varón en la tierra de Egipto, a los ojos de los siervos de Faraón, y a los ojos del pueblo.
4 Y dijo Moisés: el SEÑOR ha dicho así: A la media noche yo saldré por medio de Egipto,
5 Y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras la muela; y todo primogénito de las bestias.
6 Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca fue, ni jamás será.
7 Mas entre todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua: para que sepáis que hará diferencia el SEÑOR entre los Egipcios y los Israelitas.
8 Y descenderán a mí todos estos tus siervos, e inclinados delante de mí dirán: Sal tú, y todo el pueblo que está bajo de ti; y después

de esto yo saldré. Y salióse muy enojado de con Faraón.
9 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Faraón no os oirá, para que mis maravillas se multipliquen en la tierra de Egipto.
10 Y Moisés y Aarón hicieron todos estos prodigios delante de Faraón: mas el SEÑOR había endurecido el corazón de Faraón, y no envió a los hijos de Israel fuera de su país.

CAPÍTULO 12

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo:
2 Este mes os será principio de los meses; *será* éste para vosotros el primero en los meses del año.
3 Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de aqueste mes tómese cada hombre un cordero por las familias de los padres, un cordero por familia:
4 Mas si la familia fuere pequeña que no baste a comer el cordero, entonces tomará a su vecino inmediato a su casa, *y* según el número de las almas, cada uno conforme a su comer, echaréis la cuenta sobre el cordero.
5 Vuestro cordero será sin defecto, macho de un año: tomaréislo de las ovejas o de las cabras:
6 Y habéis de guardarlo hasta el día catorce de este mes; y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes.
7 Y tomarán de la sangre, y pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer.
8 Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura: con hierbas amargas lo comerán.
9 Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus intestinos.
10 Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que habrá quedado hasta la mañana, habéis de quemarlo en el fuego.
11 Y así habéis de comerlo: ceñidos vuestros lomos, vuestros zapatos en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente: es la Pascua del SEÑOR.
12 Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así en los hombres como en las bestias: y haré juicios en todos los dioses de Egipto. YO EL SEÑOR.
13 Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre, y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad, cuando heriré la tierra de Egipto.
14 Y este día os ha de ser en memoria, y habéis de celebrarlo como solemne al SEÑOR durante vuestras generaciones: por estatuto perpetuo lo celebraréis.
15 Siete días comeréis panes sin levadura; y así el primer día haréis que no haya levadura en vuestras casas: porque cualquiera que comiere leudado desde el primer día hasta el séptimo, aquella alma será cortada de Israel.
16 El primer día habrá santa convocación, y asimismo en el séptimo día tendréis una santa convocación: ninguna obra se hará en ellos, excepto solamente que aderecéis lo que cada cual hubiere de comer.

17 Y guardaréis la *fiesta de* los ázimos, porque en aqueste mismo día saqué vuestros ejércitos de la tierra de Egipto: por tanto guardaréis este día en vuestras generaciones por costumbre perpetua.
18 En el *mes* primero, el día catorce del mes por la tarde, comeréis los panes sin levadura, hasta el veintiuno del mes por la tarde.
19 Por siete días no se hallará levadura en vuestras casas, porque cualquiera que comiere leudado, así extranjero como natural del país, aquella alma será cortada de la congregación de Israel.
20 Ninguna cosa leudada comeréis; en todas vuestras habitaciones comeréis panes sin levadura.
21 Y Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y díjoles: Sacad, y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua.
22 Y tomad un manojo de hisopo, y mojadle en la sangre que estará en una jofaina, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en la jofaina; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana.
23 Porque el SEÑOR pasará hiriendo a los Egipcios; y como verá la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará el SEÑOR aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir.
24 Y guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre.
25 Y será, cuando habréis entrado en la tierra que el SEÑOR os dará, como tiene hablado, que guardaréis este servicio.
26 Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué servicio es este vuestro?
27 Vosotros responderéis: Es la víctima de la Pascua del SEÑOR, el cual pasó las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los Egipcios, y libró nuestras casas. Entonces el pueblo se inclinó y adoró.
28 Y los hijos de Israel se fueron, e hicieron puntualmente así; como el SEÑOR había mandado a Moisés y a Aarón.
29 Y aconteció que a la medianoche el SEÑOR hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales.
30 Y levantóse aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los Egipcios; y había un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese muerto.
31 E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y díjoles: Salid de en medio de mi pueblo vosotros, y los hijos de Israel; e id, servid al SEÑOR, como habéis dicho.
32 Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos; y bendecidme también a mí.
33 Y los Egipcios apremiaban al pueblo, dándose priesa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos.
34 Y llevó el pueblo su masa antes que se leudase, sus masas envueltas en sus sábanas sobre sus hombros.
35 E hicieron los hijos de Israel conforme al mandamiento de Moisés, pidiendo prestado a los Egipcios vasos de plata, y vasos de oro, y vestidos.

36 Y el SEÑOR dio gracia al pueblo delante de los Egipcios, y prestáronles; y ellos despojaron a los Egipcios.

37 Y partieron los hijos de Israel de Rameses a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin *contar* los niños.

38 Y también subió con ellos grande multitud de diversa suerte de gentes; y ovejas, y muchísimo ganado.

39 Y cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto; porque no había leudado, por cuanto echándolos los Egipcios, no habían podido detenerse, ni aun prepararse comida.

40 El tiempo que los hijos de Israel habitaron en Egipto, fue cuatrocientos treinta años.

41 Y pasados cuatrocientos treinta años, en el mismo día salieron todos los ejércitos del SEÑOR de la tierra de Egipto.

42 Es noche de guardar al SEÑOR, por haberlos sacado *en ella* de la tierra de Egipto. Esta noche *deben* guardar al SEÑOR todos los hijos de Israel en sus generaciones.

43 Y el SEÑOR dijo a Moisés y a Aarón: Ésta *es* la ordenanza de la Pascua: Ningún extraño comerá de ella:

44 Mas todo siervo humano comprado por dinero, comerá de ella después que lo hubieres circuncidado.

45 El extranjero y el asalariado no comerán de ella.

46 En una casa se comerá, y no llevarás de aquella carne fuera de casa, ni quebraréis hueso suyo.

47 Toda la congregación de Israel le sacrificará.

48 Mas si algún extranjero peregrinare contigo, y quisiere hacer la pascua al SEÑOR, séale circuncidado todo varón, y entonces se llegará a hacerla, y será como el natural de la tierra; pero ningún incircunciso comerá de ella.

49 La misma ley será para el natural y para el extranjero que peregrinare entre vosotros.

50 Así lo hicieron todos los hijos de Israel; como mandó el SEÑOR a Moisés y a Aarón, así lo hicieron.

51 Y en aquel mismo día sacó el SEÑOR a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por sus escuadrones.

CAPÍTULO 13

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:

2 Santifícame todo primogénito, cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales: mío es.

3 Y Moisés dijo al pueblo: Tened memoria de aqueste día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre; pues el SEÑOR os ha sacado de aquí con mano fuerte: por tanto, no comeréis leudado.

4 Vosotros salís hoy en el mes de Abib.

5 Y cuando el SEÑOR te hubiere metido en la tierra del Cananeo, y del Heteo, y del Amorreo, y del Hebeo, y del Jebuseo, la cual juró a tus padres que te daría, tierra que destila leche y miel, harás este servicio en aqueste mes.

6 Siete días comerás por leudar, y el séptimo día será fiesta al SEÑOR.

7 Por los siete días se comerán los panes sin levadura; y no se

verá contigo leudado, ni levadu-
ra en todo tu término.
8 Y contarás en aquel día a tu
hijo, diciendo: Hácese esto con
motivo de lo que el SEÑOR hizo
conmigo cuando me sacó de
Egipto.
9 Y serte ha como una señal
sobre tu mano, y como una me-
moria delante de tus ojos, para
que la ley del SEÑOR esté en tu
boca; por cuanto con mano fuer-
te te sacó el SEÑOR de Egipto.
10 Por tanto, tú guardarás esta
ordenanza en su tiempo de año
en año.
11 Y cuando el SEÑOR te hubiere
metido en la tierra del Cananeo,
como te ha jurado a ti y a tus pa-
dres, y cuando te la hubiere dado,
12 Harás pasar al SEÑOR todo
lo que abriere la matriz, asimis-
mo todo primerizo que abriere la
matriz de tus animales: los ma-
chos serán del SEÑOR.
13 Mas todo primogénito de asno
redimirás con un cordero; y si no
lo redimieres, le degollarás: asi-
mismo redimirás todo humano
primogénito de tus hijos.
14 Y cuando mañana te pregun-
tare tu hijo, diciendo: ¿Qué es
esto? decirle has: el SEÑOR nos
sacó con mano fuerte de Egipto,
de casa de servidumbre;
15 Y aconteció que, cuando Fa-
raón se endureció para no dejar-
nos ir, el SEÑOR mató en la tie-
rra de Egipto a todo primogénito,
desde el primogénito humano
hasta el primogénito de la bestia:
y por esta causa yo sacrifico al
SEÑOR todo primogénito macho,
y redimo todo primogénito de
mis hijos.
16 Serte ha, pues, como una
señal sobre tu mano, y por una
memoria delante de tus ojos; ya
que el SEÑOR nos sacó de Egipto
con mano fuerte.
17 Y luego que Faraón dejó ir al
pueblo, Dios no los llevó por el
camino de la tierra de los Filis-
teos, que estaba cerca; porque
dijo Dios: Que quizá no se arre-
pienta el pueblo cuando vieren
la guerra, y se vuelvan a Egipto:
18 Mas hizo Dios al pueblo que
rodease por el camino del desier-
to del mar Bermejo. Y subieron
los hijos de Israel de Egipto ar-
mados.
19 Tomó también consigo Moisés
los huesos de José, el cual había
juramentado a los hijos de Israel,
diciendo: Dios ciertamente os vi-
sitará, y haréis subir mis huesos
de aquí con vosotros.
20 Y partidos de Sucot, asenta-
ron campo en Etam, a la entrada
del desierto.
21 Y el SEÑOR iba delante de
ellos de día en una columna de
nube, para guiarlos por el cami-
no; y de noche en una columna
de fuego para alumbrarles; a fin
de que anduviesen de día y de
noche.
22 Nunca se partió de delante
del pueblo la columna de nube
de día, ni de noche la columna
de fuego.

CAPÍTULO 14

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel
que den la vuelta, y asienten
su campo delante de Pihahirot,
entre Migdol y el mar hacia Ba-
alzefón: delante de él asentaréis
el campo, junto al mar.
3 Porque Faraón dirá de los hijos
de Israel: Encerrados están en la

tierra, el desierto los ha encerrado.
4 Y yo endureceré el corazón de
Faraón para que los siga; y seré
glorificado en Faraón y en todo
su ejército; y sabrán los Egipcios
que yo soy el SEÑOR. Y ellos lo
hicieron así.
5 Y fue dado aviso al rey de Egip-
to cómo el pueblo se huía: y el
corazón de Faraón y de sus sier-
vos se volvió contra el pueblo,
y dijeron: ¿Cómo hemos hecho
esto de haber dejado ir a Israel,
para que no nos sirva?
6 Y unció su carro, y tomó consi-
go su pueblo;
7 Y tomó seiscientos carros esco-
gidos, y todos los carros de Egip-
to, y los capitanes sobre ellos.
8 Y endureció el SEÑOR el cora-
zón de Faraón rey de Egipto, y
siguió a los hijos de Israel; pero
los hijos de Israel habían salido
con mano poderosa.
9 Siguiéndolos, pues, los Egipcios,
con toda la caballería y carros de
Faraón, su gente de a caballo, y
todo su ejército, alcanzáronlos
asentando el campo junto al mar,
al lado de Pihahirot, delante de
Baalzefón.
10 Y cuando Faraón se hubo
acercado, los hijos de Israel alza-
ron sus ojos, y he aquí los Egip-
cios que venían tras ellos; por lo
que temieron en gran manera, y
clamaron los hijos de Israel al
SEÑOR.
11 Y dijeron a Moisés: ¿No había
sepulcros en Egipto, que nos has
sacado para que muramos en el
desierto? ¿Por qué lo has hecho
así con nosotros, que nos has sa-
cado de Egipto?
12 ¿No es esto lo que te habla-
mos en Egipto, diciendo: Déjanos
servir a los Egipcios? Que mejor
nos fuera servir a los Egipcios,
que morir nosotros en el desierto.
13 Y Moisés dijo al pueblo: No
temáis; estaos quedos, y ved la
salvación del SEÑOR, que él
hará hoy con vosotros; porque
los Egipcios que hoy habéis visto,
nunca más para siempre los ve-
réis.
14 El SEÑOR peleará por vo-
sotros, y vosotros estaréis que-
dos.
15 Entonces el SEÑOR dijo a
Moisés: ¿Por qué clamas a mí? di
a los hijos de Israel que marchen:
16 Y tú alza tu vara, y extiende
tu mano sobre el mar, y divíde-
lo; y entren los hijos de Israel por
medio del mar en seco.
17 Y yo, he aquí yo endureceré
el corazón de los Egipcios, para
que los sigan: y yo me glorificaré
en Faraón, y en todo su ejérci-
to, y en sus carros, y en su caba-
llería;
18 Y sabrán los Egipcios que yo
soy el SEÑOR, cuando me glori-
ficaré en Faraón, en sus carros, y
en su gente de a caballo.
19 Y el ángel de Dios que iba
delante del campo de Israel, se
apartó, e iba en pos de ellos; y
asimismo la columna de nube
que iba delante de ellos, se apar-
tó, y púsose a sus espaldas:
20 E iba entre el campo de los
Egipcios y el campo de Israel; y
era nube y tinieblas *para aquéllos*,
y alumbraba a *Israel* de noche: y
en toda aquella noche nunca lle-
garon los unos a los otros.
21 Y extendió Moisés su mano
sobre el mar, e hizo el SEÑOR
que el mar se retirase por recio
viento oriental toda aquella
noche; y tornó el mar en seco,
y las aguas quedaron divididas.

22 Entonces los hijos de Israel
entraron por medio del mar en
seco, teniendo las aguas como
muro a su diestra y a su siniestra:
23 Y siguiéndolos los Egipcios,
entraron tras ellos hasta el medio
del mar, toda la caballería de Fa-
raón, sus carros, y su gente de a
caballo.
24 Y aconteció a la vela de la
mañana, que el SEÑOR miró al
campo de los Egipcios desde la
columna de fuego y nube, y per-
turbó el campo de los Egipcios.
25 Y quitóles las ruedas de sus
carros, y trastornólos gravemen-
te. Entonces los Egipcios dijeron:
Huyamos de delante de Israel,
porque el SEÑOR pelea por ellos
contra los Egipcios.
26 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Extiende tu mano sobre el mar,
para que las aguas vuelvan sobre
los Egipcios, sobre sus carros, y
sobre su caballería.
27 Y Moisés extendió su mano
sobre el mar, y el mar se volvió
en su fuerza cuando amanecía; y
los Egipcios iban hacia ella: y el
SEÑOR derribó a los Egipcios en
medio del mar.
28 Y volvieron las aguas, y cu-
brieron los carros y la caballe-
ría, y todo el ejército de Faraón
que había entrado tras ellos en
el mar; no quedó de ellos ni uno.
29 Y los hijos de Israel fueron por
medio del mar en seco, teniendo
las aguas por muro a su diestra y
a su siniestra.
30 Así salvó el SEÑOR aquel día
a Israel de mano de los Egipcios;
e Israel vio a los Egipcios muer-
tos a la orilla del mar.
31 Y vio Israel aquel grande
hecho que el SEÑOR ejecutó
contra los Egipcios: y el pue-
blo temió al SEÑOR, y creyeron
al SEÑOR y a Moisés su siervo.

CAPÍTULO 15

ENTONCES cantó Moisés y los
hijos de Israel este cántico
al SEÑOR, y dijeron: Cantaré yo
al SEÑOR, porque se ha magni-
ficado grandemente, echando en
el mar al caballo y al que en él
subía.
2 El SEÑOR es mi fortaleza, y
mi canción, y hame sido por sal-
vación: éste es mi Dios, y a éste
engrandeceré; Dios de mi padre,
y a éste ensalzaré.
3 El SEÑOR, varón de guerra; el
SEÑOR es su nombre.
4 Los carros de Faraón y a su
ejército echó en el mar; y sus
escogidos príncipes fueron hun-
didos en el mar Bermejo.
5 Los abismos los cubrieron;
como piedra descendieron a los
profundos.
6 Tu diestra, oh SEÑOR, ha sido
magnificada en fortaleza; tu
diestra, oh SEÑOR, ha quebran-
tado al enemigo.
7 Y con la grandeza de tu poder
has trastornado a los que se le-
vantaron contra ti: enviaste tu
furor; los tragó como a hojarasca.
8 Con el soplo de tus narices se
amontonaron las aguas; paráron-
se las corrientes como en un
montón; los abismos se cuajaron
en medio del mar.
9 El enemigo dijo: Perseguiré,
prenderé, repartiré despojos; mi
alma se henchirá de ellos; Saca-
ré mi espada, destruirlos ha mi
mano.
10 Soplaste con tu viento, cubrió-
los el mar: hundiéronse como
plomo en las impetuosas aguas.
11 ¿Quién como tú, Oh SEÑOR,

entre los dioses? ¿Quién como
tú, magnífico en santidad, terri-
ble en loores, hacedor de maravi-
llas?
12 Extendiste tu diestra; la tierra
los tragó.
13 Condujiste en tu misericordia
a este pueblo, al cual salvaste;
llevástelo con tu fortaleza a la
habitación de tu santuario.
14 Oiránlo los pueblos, y tembla-
rán; apoderarse ha dolor de los
moradores de Filistea.
15 Entonces los príncipes de
Edom se turbarán; a los fuertes
de Moab los ocupará temblor;
abatirse han todos los moradores
de Canaán.
16 Caiga sobre ellos temblor y es-
panto; a la grandeza de tu brazo
enmudezcan como una piedra;
hasta que haya pasado tu pueblo,
oh SEÑOR, hasta que haya pasa-
do este pueblo que tú rescataste.
17 Tú los introducirás y los plan-
tarás en el monte de tu heredad,
en el lugar de tu morada, que tú
has aparejado, oh SEÑOR; en el
santuario, oh SEÑOR, que han
afirmado tus manos.
18 El SEÑOR reinará por los si-
glos de los siglos.
19 Porque Faraón entró cabal-
gando con sus carros y su gente
de a caballo en el mar, y el
SEÑOR volvió a traer las aguas
del mar sobre ellos; mas los
hijos de Israel fueron en seco por
medio del mar.
20 Y Miriam la profetisa, herma-
na de Aarón, tomó un pandero
en su mano, y todas las mujeres
salieron en pos de ella con pan-
deros y danzas:
21 Y Miriam les respondía: Cantad
al SEÑOR; porque en extremo se
ha engrandecido, echando en el
mar al caballo, y al que en él subía.
22 E hizo Moisés que partiese Is-
rael del mar Bermejo, y salieron
al desierto de Shur; y anduvieron
tres días por el desierto sin hallar
agua.
23 Y llegaron a Mara, y no pu-
dieron beber las aguas de Mara,
porque eran amargas; por eso le
pusieron el nombre de Mara.
24 Entonces el pueblo murmu-
ró contra Moisés, y dijo: ¿Qué
hemos de beber?
25 Y Moisés clamó al SEÑOR; y
el SEÑOR le mostró un árbol, el
cual metídolo que hubo dentro
de las aguas, las aguas se endul-
zaron. Allí les dio estatutos y or-
denanzas, y allí los probó;
26 Y dijo: Si oyeres atentamen-
te la voz del SEÑOR tu Dios, e
hicieres lo recto delante de sus
ojos, y dieres oído a sus manda-
mientos, y guardares todos sus
estatutos, ninguna enfermedad
de las que envié a los Egipcios
te enviaré a ti; porque yo soy el
SEÑOR tu Sanador.
27 Y llegaron a Elim, donde
había doce fuentes de aguas, y
setenta palmas; y asentaron allí
junto a las aguas.

CAPÍTULO 16

Y PARTIENDO de Elim toda
la congregación de los hijos
de Israel, vino al desierto de Sin,
que está entre Elim y Sinaí, a los
quince días del segundo mes des-
pués que salieron de la tierra de
Egipto.
2 Y toda la congregación de los
hijos de Israel murmuró contra
Moisés y Aarón en el desierto;
3 Y decíanles los hijos de Israel:
¡Quiera Dios! que hubiéramos
muerto por mano del SEÑOR en

la tierra de Egipto, cuando nos
sentábamos a las ollas de las car-
nes, cuando comíamos pan en
abundancia; pues nos habéis sa-
cado a este desierto, para matar
de hambre a toda esta multitud.
4 Y el SEÑOR dijo a Moisés: He
aquí yo os haré llover pan del
cielo; y el pueblo saldrá, y coge-
rá para cada un día, para que yo
le pruebe si anda en mi ley, o no.
5 Mas al sexto día aparejarán lo
que han de encerrar, que será el
doble de lo que solían coger cada
día.
6 Entonces dijo Moisés y Aarón
a todos los hijos de Israel: A la
tarde sabréis que el SEÑOR os ha
sacado de la tierra de Egipto:
7 Y a la mañana veréis la gloria
del SEÑOR; porque él ha oído
vuestras murmuraciones contra
el SEÑOR; que nosotros, ¿qué
somos, para que vosotros mur-
muréis contra nosotros?
8 Y dijo Moisés: el SEÑOR os dará
a la tarde carne para comer, y a la
mañana pan en abundancia; por
cuanto el SEÑOR ha oído vues-
tras murmuraciones con que ha-
béis murmurado contra él: que
nosotros, ¿qué somos? vuestras
murmuraciones no son contra
nosotros, sino contra el SEÑOR.
9 Y dijo Moisés a Aarón: Di a
toda la congregación de los hijos
de Israel: Acercaos a la presencia
del SEÑOR; que él ha oído vues-
tras murmuraciones.
10 Y hablando Aarón a toda la
congregación de los hijos de Is-
rael, miraron hacia el desierto, y
he aquí la gloria del SEÑOR, que
apareció en la nube.
11 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
12 Yo he oído las murmuraciones
de los hijos de Israel; háblales,
diciendo: Entre las dos tardes
comeréis carne, y por la mañana
os hartaréis de pan, y sabréis que
yo soy el SEÑOR vuestro Dios.
13 Y venida la tarde subieron co-
dornices que cubrieron el real; y
a la mañana descendió rocío en
derredor del real.
14 Y como el rocío cesó de des-
cender, he aquí sobre la faz del
desierto una cosa menuda, re-
donda, menuda como una helada
sobre la tierra.
15 Y viéndolo los hijos de Israel,
se dijeron unos a otros: Esto *es*
maná, porque no sabían qué era.
Entonces Moisés les dijo: Es el
pan que el SEÑOR os da para
comer.
16 Esto es lo que el SEÑOR ha
mandado: cogeréis de él cada
uno según pudiere comer; un
gomer por cabeza, conforme al
número de vuestras personas,
tomaréis cada uno para los que
están en su tienda.
17 Y los hijos de Israel lo hicie-
ron así: y recogieron unos más,
otros menos:
18 Y medíanlo por gomer, y no
sobraba al que había recogido
mucho, ni faltaba al que había
recogido poco: cada uno reco-
gió conforme a lo que había de
comer.
19 Y díjoles Moisés: Ninguno
deje nada de ello para mañana.
20 Mas ellos no obedecieron a
Moisés, sino que algunos dejaron
de ello para otro día, y crió gusa-
nos, y pudrióse; y enojóse contra
ellos Moisés.
21 Y recogíanlo cada mañana,
cada uno según lo que había de
comer: y luego que el sol calen-
taba, derretíase.

22 En el sexto día recogieron doblada comida, dos gomeres para cada uno: y todos los príncipes de la congregación vinieron a Moisés, y se lo hicieron saber.
23 Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho el SEÑOR: Mañana es el santo sábado, el reposo del SEÑOR: lo que hubiereis de cocer, cocedlo hoy, y lo que hubiereis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana.
24 Y ellos lo guardaron hasta la mañana, según que Moisés había mandado, y no se pudrió, ni hubo en él gusano.
25 Y dijo Moisés: Comedlo hoy, porque hoy es sábado del SEÑOR: hoy no hallaréis en el campo.
26 En los seis días lo recogeréis; mas el séptimo día es sábado, en el cual no se hallará.
27 Y aconteció que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron.
28 Y el SEÑOR dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes?
29 Mirad que el SEÑOR os dio el sábado, y por eso os da en el sexto día pan para dos días. Estése, pues, cada uno en su estancia, y nadie salga de su lugar en el séptimo día.
30 Así el pueblo reposó el séptimo día.
31 Y la casa de Israel lo llamó Maná; y era como simiente de culantro, blanco, y su sabor como de hojuelas con miel.
32 Y dijo Moisés: Esto es lo que el SEÑOR ha mandado: Henchirás un gomer de él para que se guarde para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto.
33 Y dijo Moisés a Aarón: Toma un vaso, y pon en él un gomer lleno de maná, y ponlo delante del SEÑOR, para que sea guardado para vuestros descendientes.
34 Y Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, como el SEÑOR lo mandó a Moisés.
35 Así comieron los hijos de Israel maná cuarenta años, hasta que entraron en la tierra habitada: maná comieron hasta que llegaron al término de la tierra de Canaán.
36 Y un gomer es la décima parte del efa.

CAPÍTULO 17

Y TODA la congregación de los hijos de Israel partió del desierto de Sin, por sus jornadas, al mandamiento del SEÑOR, y asentaron el campo en Refidim: y no había agua para que el pueblo bebiese.
2 Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: Danos agua que bebamos. Y Moisés les dijo: ¿Por qué altercáis conmigo? ¿por qué tentáis al SEÑOR?
3 Así que el pueblo tuvo allí sed de agua, y murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, y a nuestros hijos, y a nuestros ganados?
4 Entonces clamó Moisés al SEÑOR, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? de aquí a un poco me apedrearán.
5 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y toma también en tu mano tu

vara, con que heriste el río, y ve:
6 He aquí que yo estoy delante de ti allí sobre la roca en Horeb; y herirás la roca, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel.
7 Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, por la rencilla de los hijos de Israel, y porque tentaron al SEÑOR, diciendo: ¿Está, pues, el SEÑOR entre nosotros, o no?
8 Y vino Amalec, y peleó con Israel en Refidim.
9 Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal, pelea con Amalec: mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano.
10 E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando con Amalec; y Moisés y Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado.
11 Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec.
12 Y las manos de Moisés estaban pesadas; por lo que tomaron una piedra, y pusiéronla debajo de él, y se sentó sobre ella: y Aarón y Hur sustentaban sus manos, el uno de una parte y el otro de otra; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol.
13 Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada.
14 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que del todo tengo de raer la memoria de Amalec de debajo del cielo.
15 Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-nissi;
16 Y dijo: Por cuanto la mano sobre el trono del SEÑOR, el SEÑOR tendrá guerra con Amalec de generación en generación.

CAPÍTULO 18

Y OYÓ Jetro, sacerdote de Madián, suegro de Moisés, todas las cosas que Dios había hecho con Moisés, y con Israel su pueblo, y cómo el SEÑOR había sacado a Israel de Egipto:
2 Y tomó Jetro, suegro de Moisés, a Séfora la esposa de Moisés, después que él la envió,
3 Y a sus dos hijos; el uno se llamaba Gersóm, porque dijo, Peregrino he sido en tierra ajena;
4 Y el otro se llamaba Eliezer, porque *dijo*, El Dios de mi padre me ayudó, y me libró de la espada de Faraón.
5 Y Jetro, el suegro de Moisés, con sus hijos y su esposa, llegó a Moisés en el desierto, donde tenía el campo junto al monte de Dios;
6 Y dijo a Moisés: Yo tu suegro Jetro vengo a ti, con tu esposa, y sus dos hijos con ella.
7 Y Moisés salió a recibir a su suegro, e inclinóse, y besólo: y preguntáronse el uno al otro cómo estaban, y vinieron a la tienda.
8 Y Moisés contó a su suegro todas las cosas que el SEÑOR había hecho a Faraón y a los Egipcios por amor de Israel, y todo el trabajo que habían pasado en el camino, y cómo los había librado el SEÑOR.
9 Y alegróse Jetro de todo el bien que el SEÑOR había hecho a Israel, que lo había librado de mano de los Egipcios.
10 Y Jetro dijo: Bendito sea el SEÑOR, que os libró de mano de los Egipcios, y de la mano de Faraón, y que libró al pueblo de la mano de los Egipcios.

11 Ahora conozco que el SEÑOR es grande más que todos los dioses; hasta en lo que se ensoberbecieron contra ellos.
12 Y tomó Jetro, suegro de Moisés, holocaustos y sacrificios para Dios: y vino Aarón, y todos los ancianos de Israel, a comer pan con el suegro de Moisés delante de Dios.
13 Y aconteció que otro día se sentó Moisés a juzgar al pueblo; y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde.
14 Y viendo el suegro de Moisés todo lo que él hacía con el pueblo, dijo: ¿Qué es esto que haces tú con el pueblo? ¿por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo está delante de ti desde la mañana hasta la tarde?
15 Y Moisés respondió a su suegro: Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios:
16 Cuando tienen negocios, vienen a mí; y yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro las ordenanzas de Dios y sus leyes.
17 Entonces el suegro de Moisés le dijo: No haces bien:
18 Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el negocio es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo.
19 Oye ahora mi voz, yo te aconsejaré, y Dios será contigo. Está tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los negocios a Dios.
20 Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde anden, y lo que han de hacer.
21 Además inquiere tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y constituirás a éstos sobre ellos caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta y sobre diez.
22 Los cuales juzgarán al pueblo en todo tiempo; y será que todo negocio grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo negocio pequeño: alivia así *la carga* de sobre ti, y llevarla han ellos contigo.
23 Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás persistir, y todo este pueblo se irá también en paz a su lugar.
24 Y oyó Moisés la voz de su suegro, e hizo todo lo que dijo.
25 Y escogió Moisés varones de virtud de todo Israel, y púsolos por cabezas sobre el pueblo, caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez.
26 Y juzgaban al pueblo en todo tiempo: el negocio árduo traíanlo a Moisés, y ellos juzgaban todo negocio pequeño.
27 Y despidió Moisés a su suegro, y fuese a su tierra.

CAPÍTULO 19

AL mes tercero de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en aquel día vinieron al desierto de Sinaí.
2 Porque partieron de Refidim, y llegaron al desierto de Sinaí, y asentaron en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte.
3 Y Moisés subió a Dios; y el SEÑOR lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y denunciarás a los hijos de Israel:
4 Vosotros visteis lo que hice a los Egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí.

5 Ahora pues, si obedeciereis a
mi voz, y guardareis mi pacto,
vosotros seréis mi peculiar teso-
ro sobre todos los pueblos; por-
que mía es toda la tierra.
6 Y vosotros me seréis un reino
de sacerdotes y una nación santa.
Éstas *son* las palabras que dirás a
los hijos de Israel.
7 Entonces vino Moisés, y llamó
a los ancianos del pueblo, y pro-
puso en presencia de ellos todas
estas palabras que el SEÑOR le
había mandado.
8 Y todo el pueblo respondió
a una, y dijeron: Todo lo que
el SEÑOR ha dicho haremos. Y
Moisés refirió las palabras del
pueblo al SEÑOR.
9 Y el SEÑOR dijo a Moisés: He
aquí, yo vengo a ti en una nube
espesa, para que el pueblo oiga
mientras yo hablo contigo, y
también para que te crean para
siempre. Y Moisés denunció las
palabras del pueblo al SEÑOR.
10 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Ve
al pueblo, y santifícalos hoy y
mañana y laven sus vestidos;
11 Y estén apercibidos para el
día tercero, porque al tercer día
el SEÑOR descenderá, a ojos de
todo el pueblo, sobre el monte de
Sinaí.
12 Y señalarás término al pueblo
en derredor, diciendo: Guardaos,
no subáis al monte, ni toquéis a
su término: cualquiera que toca-
re el monte, de seguro morirá:
13 No le tocará mano, mas será
apedreado o asaeteado; sea ani-
mal o sea hombre, no vivirá. En
habiendo sonado largamente la
bocina, subirán al monte.
14 Y descendió Moisés del monte
al pueblo, y santificó al pueblo; y
lavaron sus vestidos.
15 Y dijo al pueblo: Estad aper-
cibidos para el tercer día; no en-
tréis a *vuestras* esposas.
16 Y aconteció al tercer día cuan-
do vino la mañana, que vinieron
truenos y relámpagos, y espesa
nube sobre el monte, y sonido de
bocina muy fuerte; y estremeció-
se todo el pueblo que estaba en
el real.
17 Y Moisés sacó del real al pue-
blo a recibir a Dios; y pusiéronse
a lo bajo del monte.
18 Y todo el monte de Sinaí hu-
meaba, porque el SEÑOR había
descendido sobre él en fuego: y el
humo de él subía como el humo
de un horno, y todo el monte se
estremeció en gran manera.
19 Y el sonido de la bocina iba
esforzándose en extremo: Moisés
hablaba, y Dios le respondía en
voz.
20 Y descendió el SEÑOR sobre
el monte de Sinaí, sobre la cum-
bre del monte: y llamó el SEÑOR
a Moisés a la cumbre del monte,
y Moisés subió.
21 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Desciende, requiere al pueblo
que no traspasen el término por
ver al SEÑOR, porque caerá mul-
titud de ellos.
22 Y también los sacerdotes que
se llegan al SEÑOR, se santifi-
quen, porque el SEÑOR no haga
en ellos estrago.
23 Y Moisés dijo al SEÑOR: El
pueblo no podrá subir al monte
de Sinaí, porque tú nos has re-
querido diciendo: Señala tér-
minos al monte, y santifícalo.
24 Y el SEÑOR le dijo: Ve, des-
ciende, y subirás tú, y Aarón
contigo: mas los sacerdotes y
el pueblo no traspasen el tér-
mino por subir al SEÑOR, por-

que no haga en ellos estrago.
25 Entonces Moisés descendió al
pueblo, y habló con ellos.

CAPÍTULO 20

Y HABLÓ Dios todas estas palabras, diciendo:
2 Yo soy el SEÑOR tu Dios, que
te saqué de la tierra de Egipto, de
casa de siervos.
3 No tendrás dioses ajenos delante de mí.
4 No te harás imagen tallada, ni
ninguna semejanza *de cosa* que
esté arriba en el cielo, ni abajo
en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra:
5 No te inclinarás a ellas, ni las
honrarás; porque yo el SEÑOR tu
Dios *soy* Dios celoso, que visito la
maldad de los padres sobre los
hijos, sobre los terceros y sobre
los cuartos, a los que me aborrecen,
6 Y que hago misericordia en millares a los que me aman, y guardan mis mandamientos.
7 No tomarás el nombre del
SEÑOR tu Dios en vano; porque
no dará por inocente el SEÑOR al
que tomare su nombre en vano.
8 Acordarte has del día del sábado, para santificarlo:
9 Seis días trabajarás, y harás
toda tu obra;
10 Mas el séptimo día *es* el sábado
para el SEÑOR tu Dios: no hagas
en él obra alguna, tú, ni tu hijo,
ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero
que está dentro de tus puertas:
11 Porque en seis días hizo el
SEÑOR el cielo y la tierra, el mar
y todas las cosas que en ellos hay,
y reposó en el séptimo día: por
tanto el SEÑOR bendijo el día del
sábado y lo santificó.
12 Honra a tu padre y a tu madre,
porque tus días se alarguen en la
tierra que el SEÑOR tu Dios te da.
13 No matarás.
14 No cometerás adulterio.
15 No hurtarás.
16 No hablarás contra tu prójimo
falso testimonio.
17 No codiciarás la casa de tu
prójimo, no codiciarás la esposa
de tu prójimo, ni su siervo, ni su
criada, ni su buey, ni su asno, ni
cosa alguna de tu prójimo.
18 Y todo el pueblo veía los truenos, y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y el monte
que humeaba: y viéndolo el pueblo, temblaron, y pusiéronse de
lejos.
19 Y dijeron a Moisés: Habla tú
con nosotros, que nosotros oiremos; mas no hable Dios con nosotros, porque no muramos.
20 Y Moisés respondió al pueblo: No temáis; que por probaros
vino Dios, y porque su temor esté
en vuestra presencia para que no
pequéis.
21 Entonces el pueblo se puso de
lejos, y Moisés se llegó a la obscuridad, en la cual estaba Dios.
22 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Así
dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que he hablado
desde el cielo con vosotros.
23 No hagáis conmigo dioses de
plata, ni dioses de oro os haréis.
24 Altar de tierra harás para mí,
y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus pacíficos, tus ovejas
y tus vacas: en cualquier lugar
donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti,
y te bendeciré.
25 Y si me hicieres altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares tu pico

sobre él, tú lo profanarás.
26 Y no subirás por gradas a mi
altar, porque tu desnudez no sea
junto a él descubierta.

CAPÍTULO 21

Y ÉSTOS son los derechos que
les propondrás.
2 Si comprares siervo hebreo,
seis años servirá; mas al séptimo
saldrá horro de balde.
3 Si entró solo, solo saldrá: si
tenía esposa, saldrá él y su esposa con él.
4 Si su amo le hubiere dado esposa, y ella le hubiere parido
hijos o hijas, la esposa y sus hijos
serán de su amo, y él saldrá solo.
5 Y si el siervo dijere: Yo amo
a mi señor, a mi esposa y a mis
hijos, no saldré libre:
6 Entonces su amo lo hará llegar
a los jueces, y haréle llegar a la
puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será
su siervo para siempre.
7 Y cuando alguno vendiere su
hija por sierva, no saldrá como
suelen salir los siervos.
8 Si no agradare a su señor, por
lo cual no la tomó por esposa,
permitirle ha que sea redimida, y
no la podrá vender a pueblo extraño cuando la desechare.
9 Mas si la hubiere desposado
con su hijo, hará con ella según
la costumbre de las hijas.
10 Si le tomare otra, no disminuirá su alimento, ni su vestido,
ni el débito conyugal.
11 Y si ninguna de estas tres
cosas hiciere, ella saldrá de gracia sin dinero.
12 El que hiriere a alguno, haciéndole así morir, él morirá.
13 Mas el que no armó asechanzas, sino que Dios *lo* puso en sus
manos, entonces yo te señalaré
lugar al cual ha de huir.
14 Además, si alguno se ensoberbeciere contra su prójimo, y
lo matare con alevosía, de mi
altar lo quitarás para que muera.
15 Y el que hiriere a su padre o a
su madre, morirá.
16 Asimismo el que robare una
persona, y la vendiere, o se hallare en sus manos, morirá.
17 Igualmente el que maldijere a
su padre o a su madre, morirá.
18 Además, si algunos riñeren, y
alguno hiriere a su prójimo con
piedra o con el puño, y no muriere, pero cayere en cama;
19 Si se levantare y anduviere
fuera sobre su báculo, entonces será el que le hirió absuelto:
solamente le satisfará lo que estuvo parado, y hará que le curen.
20 Y si alguno hiriere a su siervo
o a su sierva con palo, y muriere
bajo de su mano, será castigado:
21 Mas si durare por un día o dos,
no será castigado, porque su dinero es.
22 Y si hombres riñeren, e hirieren a mujer preñada, y salen
sus hijos, pero sin haber muerte,
será penado conforme a lo que le
impusiere el marido de la mujer
y juzgaren los jueces.
23 Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida,
24 Ojo por ojo, diente por diente,
mano por mano, pie por pie,
25 Quemadura por quemadura,
herida por herida, golpe por golpe.
26 Y cuando alguno hiriere el ojo
de su siervo, o el ojo de su sierva,
y lo entortare, daréle libertad por
razón de su ojo.
27 Y si sacare el diente de su siervo, o el diente de su sierva, por
su diente le dejará ir libre.

28 Si un buey acorneare hombre
o mujer, y de resultas muriere, el
buey será apedreado, y no se co-
merá su carne; mas el dueño del
buey será absuelto.
29 Pero si el buey era acorneador
desde ayer y antes de ayer, y a su
dueño le fue hecho requerimien-
to, y no lo hubiere guardado, y
matare hombre o mujer, el buey
será apedreado, y también mori-
rá su dueño.
30 Si le fuere impuesto resca-
te, entonces dará por el rescate
de su persona cuanto le fuere
impuesto.
31 Haya acorneado hijo, o haya
acorneado hija, conforme a este
juicio se hará con él.
32 Si el buey acorneare siervo
o sierva, pagará treinta siclos
de plata su señor, y el buey será
apedreado.
33 Y si alguno abriere hoyo, o ca-
vare cisterna, y no la cubriere, y
cayere allí buey o asno,
34 El dueño de la cisterna pagará
el dinero, resarciendo a su dueño,
y lo que fue muerto será suyo.
35 Y si el buey de alguno hiriere
al buey de su prójimo, y éste mu-
riere, entonces venderán el buey
vivo, y partirán el dinero de él, y
también partirán el muerto.
36 Mas si era notorio que el buey
era acorneador de ayer y antes
de ayer, y su dueño no lo hubiere
guardado, pagará buey por buey,
y el muerto será suyo.

CAPÍTULO 22

CUANDO alguno hurtare buey
u oveja, y le degollare o
vendiere, por aquel buey pagará
cinco bueyes, y por aquella oveja
cuatro ovejas.
2 Si un ladrón fuere hallado for-
zando una casa, y fuere herido
y muriere, no *derramarás* sangre
por él.
3 Si el sol hubiere sobre él salido,
será sangre derramada por él: *el
ladrón* habrá de restituir cumpli-
damente; si no tuviere, será ven-
dido por su hurto.
4 Si fuere hallado con el hurto en
la mano, sea buey o asno u oveja
vivos, pagará el duplo.
5 Si alguno hiciere pacer campo
o viña, y metiere su bestia, y
comiere la tierra de otro, de lo
mejor de su tierra y de lo mejor
de su viña pagará.
6 Cuando rompiere un fuego, y
hallare espinas, y fuere quemado
montón, o haza, o campo, el que
encendió el fuego pagará lo que-
mado.
7 Cuando alguno diere a su pró-
jimo plata o alhajas a guardar, y
fuere hurtado de la casa de aquel
hombre, si el ladrón se hallare,
pagará el doble.
8 Si el ladrón no se hallare, en-
tonces el dueño de la casa será
presentado a los jueces, *para ver*
si ha metido su mano en la ha-
cienda de su prójimo.
9 Sobre todo negocio de fraude,
sobre buey, sobre asno, sobre
oveja, sobre vestido, sobre toda
cosa perdida, cuando uno dijere:
Esto es mío, la causa de ambos
vendrá delante de los jueces; y el
que los jueces condenaren, paga-
rá el doble a su prójimo.
10 Si alguno hubiere dado a su
prójimo asno, o buey, u oveja, o
cualquier otro animal a guardar,
y se muriere, o se perniquebrare,
o fuere llevado sin verlo nadie;
11 Juramento del SEÑOR ten-
drá lugar entre ambos de que no
echó su mano a la hacienda de su

prójimo; y su dueño lo aceptará,
y el otro no pagará.
12 Mas si le hubiere sido hurtado,
resarcirá a su dueño.
13 Y si le hubiere sido arrebatado
por fiera, traerle ha testimonio, y
no pagará lo arrebatado.
14 Pero si alguno hubiere toma-
do prestada *bestia* de su prójimo,
y fuere estropeada o muerta, au-
sente su dueño, deberá pagar*la*.
15 Si el dueño estaba presente,
no la pagará. Si era alquilada, él
vendrá por su alquiler.
16 Y si alguno engañare a alguna
doncella que no fuere desposada,
y durmiere con ella, deberá do-
tarla y tomarla por esposa.
17 Si su padre no quisiere dárse-
la, él le pesará plata conforme al
dote de las vírgenes.
18 A la hechicera no dejarás que
viva.
19 Cualquiera que tuviere ayun-
tamiento con bestia, morirá.
20 El que sacrificare a dioses,
excepto a sólo el SEÑOR, será
muerto.
21 Y al extranjero no engañarás,
ni angustiarás, porque extranje-
ros fuisteis vosotros en la tierra
de Egipto.
22 A ninguna viuda ni huérfano
afligiréis.
23 Que si tú llegas a afligirle, y
él a mí clamare, ciertamente oiré
yo su clamor;
24 Y mi furor se encenderá, y os
mataré a espada, y vuestras es-
posas serán viudas, y huérfanos
vuestros hijos.
25 Si dieres a mi pueblo dinero
emprestado, al pobre que está
contigo, no te portarás con él
como logrero, ni le impondrás
usura.
26 Si tomares en prenda el vesti-
do de tu prójimo, a puestas del
sol se lo volverás:
27 Porque sólo aquello es su cu-
bierta, es aquel el vestido para
cubrir sus carnes, en el que ha
de dormir: y será que cuando él
a mí clamare, yo entonces le oiré,
porque soy misericordioso.
28 No denostarás a los jueces, ni
maldecirás al príncipe de tu pue-
blo.
29 No dilatarás la primicia de tu
cosecha, ni de tu lagar: me darás
el primogénito de tus hijos.
30 Así harás con el de tu buey y
de tu oveja: siete días estará con
su madre, y al octavo día me lo
darás.
31 Y habéis de serme varones
santos: y no comeréis carne arre-
batada de las fieras en el campo;
a los perros la echaréis.

CAPÍTULO 23

NO admitirás falso rumor. No
pongas tu mano con el impío
para ser testigo falso.
2 No seguirás a los muchos para
mal hacer; ni responderás en liti-
gio inclinándote a los más para
hacer agravios;
3 Ni al pobre distinguirás en su
causa.
4 Si encontrares el buey de tu
enemigo o su asno extraviado,
vuelve a llevárselo.
5 Si vieres el asno del que te abo-
rrece caído debajo de su carga,
¿le dejarás entonces desampara-
do? Sin falta ayudarás con él a
levantarlo.
6 No pervertirás el derecho de tu
mendigo en su pleito.
7 De palabra de mentira te aleja-
rás, y no matarás al inocente y
justo; porque yo no justificaré al
impío.

8 No recibirás presente; porque el presente ciega a los que ven, y pervierte las palabras justas.
9 Y no angustiarás al extranjero: pues vosotros conocéis el corazón del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.
10 Seis años sembrarás tu tierra, y allegarás su cosecha:
11 Mas el séptimo la dejarás vacante y soltarás, para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás de tu viña y de tu olivar.
12 Seis días harás tus negocios, y al séptimo día holgarás, a fin que descanse tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu sierva, y el extranjero.
13 Y en todo lo que os he dicho seréis avisados. Y nombre de otros dioses no mentaréis, ni se oirá de vuestra boca.
14 Tres veces en el año me celebraréis fiesta.
15 La fiesta de los ázimos guardarás: siete días comerás los panes sin levadura, como yo te mandé, en el tiempo del mes de Abib; porque en él saliste de Egipto: y ninguno comparecerá vacío delante de mí:
16 También la fiesta de la siega, los primeros frutos de tus labores que hubieres sembrado en el campo; y la fiesta de la cosecha a la salida del año, cuando habrás recogido tus labores del campo.
17 Tres veces en el año parecerá todo varón tuyo delante del Señor DIOS.
18 No ofrecerás con pan leudo la sangre de mi sacrificio; ni el sebo de mi víctima quedará de la noche hasta la mañana.
19 Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa del SEÑOR tu Dios. No guisarás el cabrito con la leche de su madre.
20 He aquí yo envío el Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado.
21 Guárdate delante de él, y obedece su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión: porque mi nombre está en él.
22 Pero si en verdad obedecieres su voz, e hicieres todo lo que yo te dijere, seré enemigo a tus enemigos, y afligiré a los que te afligieren.
23 Porque mi Ángel irá delante de ti, y te introducirá al Amorreo, y al Heteo, y al Ferezeo, y al Cananeo, y al Heveo, y al Jebuseo, a los cuales yo haré destruir.
24 No te inclinarás a sus dioses, ni los servirás, ni harás como ellos hacen; antes los destruirás del todo, y quebrantarás enteramente sus estatuas.
25 Mas al SEÑOR vuestro Dios serviréis, y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti.
26 No habrá mujer que aborte, ni estéril en tu tierra; y yo cumpliré el número de tus días.
27 Yo enviaré mi terror delante de ti, y consternaré a todo pueblo donde tú entrares, y te daré la cerviz de todos tus enemigos.
28 Yo enviaré la avispa delante de ti, que eche fuera al Heveo, y al Cananeo, y al Heteo, de delante de ti:
29 No los echaré de delante de ti en un año, porque no quede la tierra desierta, y se aumenten

contra ti las bestias del campo.
30 Poco a poco los echaré de
delante de ti, hasta que te multi-
pliques y tomes la tierra por he-
redad.
31 Y yo pondré tu término desde
el mar Bermejo hasta el mar de
Filistea, y desde el desierto hasta
el río; porque pondré en vuestras
manos los moradores de la tierra,
y tú los echarás de delante de ti.
32 No harás pacto con ellos, ni
con sus dioses.
33 En tu tierra no habitarán, no
sea que te hagan pecar contra mí
sirviendo a sus dioses: porque te
será de tropiezo.

CAPÍTULO 24

Y DIJO a Moisés: Sube al
SEÑOR, tú, y Aarón, Nadab, y
Abiú, y setenta de los ancianos de
Israel; y os inclinaréis desde lejos.
2 Mas Moisés sólo se llegará al
SEÑOR; y ellos no se lleguen
cerca, ni suba con él el pueblo.
3 Y Moisés vino y contó al pue-
blo todas las palabras del SEÑOR,
y todos los derechos; y todo el
pueblo respondió a una voz, y
dijeron: Ejecutaremos todas las
palabras que el SEÑOR ha dicho.
4 Y Moisés escribió todas las pa-
labras del SEÑOR, y levantán-
dose de mañana edificó un altar
al pie del monte, y doce colum-
nas, según las doce tribus de Is-
rael.
5 Y envió a los mancebos de los
hijos de Israel, los cuales ofrecie-
ron holocaustos, y sacrificaron
pacíficos al SEÑOR, becerros.
6 Y Moisés tomó la mitad de la
sangre, y púsola en tazones, y es-
parció la otra mitad de la sangre
sobre el altar.
7 Y tomó el libro de la alianza, y
leyó a oídos del pueblo, el cual
dijo: Haremos todas las cosas
que el SEÑOR ha dicho, y obe-
deceremos.
8 Entonces Moisés tomó la san-
gre, y roció sobre el pueblo, y
dijo: He aquí la sangre del pacto
que el SEÑOR ha hecho con vo-
sotros sobre todas estas cosas.
9 Y subieron Moisés y Aarón,
Nadab y Abiú, y setenta de los
ancianos de Israel;
10 Y vieron al Dios de Israel; y
había debajo de sus pies como un
embaldosado de zafiro, semejan-
te al cielo cuando está sereno.
11 Mas no extendió su mano
sobre los príncipes de los hijos
de Israel: y vieron a Dios, y co-
mieron y bebieron.
12 Entonces el SEÑOR dijo a Moi-
sés: Sube a mí al monte, y espera
allá, y te daré tablas de piedra,
y la ley, y mandamientos que he
escrito para enseñarlos.
13 Y levantóse Moisés, y Josué
su ministro; y Moisés subió al
monte de Dios.
14 Y dijo a los ancianos: Esperad-
nos aquí hasta que volvamos a
vosotros: y he aquí Aarón y Hur
están con vosotros: el que tuvie-
re negocios, lléguese a ellos.
15 Entonces Moisés subió al
monte, y una nube cubrió el
monte.
16 Y la gloria del SEÑOR reposó
sobre el monte Sinaí, y la nube lo
cubrió por seis días: y al séptimo
día llamó a Moisés de en medio
de la nube.
17 Y el parecer de la gloria del
SEÑOR era como un fuego abra-
sador en la cumbre del monte,
a los ojos de los hijos de Israel.
18 Y entró Moisés en medio de la
nube, y subió al monte: y estuvo

Moisés en el monte cuarenta días
y cuarenta noches.

CAPÍTULO 25

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 Di a los hijos de Israel que
tomen para mí ofrenda: de todo
varón que la diere de su voluntad,
de corazón, tomaréis mi ofrenda.
3 Y ésta es la ofrenda que tomaréis de ellos: Oro, y plata, y latón,
4 Y jacinto, y púrpura, y carmesí,
y lino fino, y *pelo* de cabras,
5 Y cueros de carneros teñidos
de rojo, y cueros de tejones, y
madera de acacia;
6 Aceite para la luminaria, especias para el aceite de la unción, y
para el sahumerio aromático;
7 Piedras de ónix, y piedras de
engastes, para el efod, y para el
racional.
8 Y hacerme han un santuario, y
yo habitaré entre ellos.
9 Conforme a todo lo que yo te
mostrare, el modelo del tabernáculo, y el modelo de todos sus
vasos, así lo haréis.
10 Harán también un arca de
madera de acacia, cuya longitud
será de dos codos y medio, y su
anchura de codo y medio, y su
altura de codo y medio.
11 Y la cubrirás de oro puro; por
dentro y por fuera la cubrirás; y
harás sobre ella una cornisa de
oro alrededor.
12 Y para ella harás de fundición
cuatro anillos de oro, que pondrás a sus cuatro esquinas; dos
anillos al un lado de ella, y dos
anillos al otro lado.
13 Y harás unas varas de madera
de acacia, las cuales cubrirás de
oro,
14 Y meterás las varas por los
anillos a los lados del arca, para
llevar el arca con ellas.
15 Las varas se estarán en los
anillos del arca: no se quitarán
de ella.
16 Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré.
17 Y harás un propiciatorio de
oro fino, cuya longitud *será* de
dos codos y medio, y su anchura
de codo y medio.
18 Harás también dos querubines de oro, labrados a martillo
los harás, en los dos extremos del
propiciatorio.
19 Harás, pues, un querubín en
un extremo, y el otro querubín
en el otro extremo: *aun* del propiciatorio harás los querubines
en sus dos extremos.
20 Y los querubines extenderán
por encima las alas, cubriendo
con sus alas el propiciatorio: sus
caras la una enfrente de la otra,
mirando al propiciatorio las
caras de los querubines.
21 Y pondrás el propiciatorio
encima del arca, y en el arca
pondrás el testimonio que yo te
daré.
22 Y de allí me declararé a ti,
y hablaré contigo de sobre el
propiciatorio, de entre los dos
querubines que están sobre el
arca del testimonio, todo lo que
yo te mandaré para los hijos de
Israel.
23 Harás asimismo una mesa de
madera de acacia: su longitud
será de dos codos, y de un codo
su anchura, y su altura de codo
y medio.
24 Y la cubrirás de oro puro, y le
has de hacer una cornisa de oro
alrededor.
25 Hacerle has también una moldura alrededor, del ancho de una

mano, a la cual moldura harás una cornisa de oro en circunferencia.
26 Y le harás cuatro anillos de oro, los cuales pondrás a las cuatro esquinas que corresponden a sus cuatro pies.
27 Los anillos estarán antes de la moldura, por lugares de las varas, para llevar la mesa.
28 Y harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y con ellas será llevada la mesa.
29 Harás también sus platos, y sus cucharas, y sus cubiertas, y sus tazones, con que se libará: de oro fino los harás.
30 Y pondrás sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí continuamente.
31 Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero: su pie, y su caña, sus copas, sus manzanas, y sus flores, serán de lo mismo:
32 Y saldrán seis brazos de sus lados: tres brazos del candelero de un lado suyo, y tres brazos del candelero del otro lado:
33 Tres copas en forma de almendras en el un brazo, una manzana y una flor; y tres copas, figura de almendras, en el otro brazo, una manzana y una flor: así pues, en los seis brazos que salen del candelero:
34 Y en el candelero cuatro copas en forma de almendras, sus manzanas y sus flores.
35 Habrá una manzana debajo de los dos brazos de lo mismo, otra manzana debajo de los otros dos brazos de lo mismo, y otra manzana debajo de los *otros* dos brazos de lo mismo, en conformidad a los seis brazos que salen del candelero.
36 Sus manzanas y sus brazos serán de lo mismo, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro.
37 Y hacerle has siete candilejas, las cuales encenderás para que alumbren a la parte de su delantera:
38 También sus despabiladeras y sus platillos, de oro puro.
39 De un talento de oro fino lo harás, con todos estos vasos.
40 Y mira, y hazlos conforme a su modelo, que te ha sido mostrado en el monte.

CAPÍTULO 26

Y HARÁS el tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, cárdeno, y púrpura, y carmesí: y harás querubines de obra delicada.
2 La longitud de la una cortina de veintiocho codos, y la anchura de la misma cortina de cuatro codos: todas las cortinas tendrán una medida.
3 Cinco cortinas estarán juntas la una con la otra, y cinco cortinas unidas la una con la otra.
4 Y harás lazadas de cárdeno en la orilla de la una cortina, en el borde, en la juntura: y así harás en la orilla de la postrera cortina en la juntura segunda.
5 Cincuenta lazadas harás en la una cortina, y cincuenta lazadas harás en el borde de la cortina que está en la segunda juntura: las lazadas estarán contrapuestas la una a la otra.
6 Harás también cincuenta corchetes de oro, con los cuales juntarás las cortinas la una con la otra, y se formará un tabernáculo.
7 Harás asimismo cortinas de *pelo* de cabras para una cubierta

sobre el tabernáculo; once corti-
nas harás.
8 La longitud de la una cortina
será de treinta codos, y la anchu-
ra de la misma cortina de cuatro
codos: una medida tendrán las
once cortinas.
9 Y juntarás las cinco cortinas
aparte y las otras seis cortinas se-
paradamente; y doblarás la sexta
cortina delante de la faz del ta-
bernáculo.
10 Y harás cincuenta lazadas
en la orilla de la una cortina, al
borde en la juntura, y cincuenta
lazadas en la orilla de la segunda
cortina en la *otra* juntura.
11 Harás asimismo cincuenta
corchetes de latón, los cuales
meterás por las lazadas: y junta-
rás la tienda, para que se haga
una sola cubierta.
12 Y el sobrante que resulta en
las cortinas de la tienda, la mitad
de la una cortina que sobra, que-
dará a las espaldas del tabernácu-
lo.
13 Y un codo de la una parte, y
otro codo de la otra que sobra en
la longitud de las cortinas de la
tienda, cargará sobre los lados
del tabernáculo de la una parte y
de la otra, para cubrirlo.
14 Harás también a la tienda una
cubierta de cueros de carneros,
teñidos de rojo, y una cubierta
de cueros de tejones encima.
15 Y harás para el tabernáculo
tablas de madera de acacia, que
estén derechas.
16 La longitud de cada tabla será
de diez codos, y de codo y medio
la anchura de cada tabla.
17 Dos quicios tendrá cada tabla,
trabadas la una con la otra;
así harás todas las tablas del
tabernáculo.
18 Harás, pues, las tablas del ta-
bernáculo: veinte tablas al lado
del mediodía, al sur.
19 Y harás cuarenta basas de
plata debajo de las veinte tablas;
dos basas debajo de la una tabla
para sus dos quicios, y dos basas
debajo de la otra tabla para sus
dos quicios.
20 Y al otro lado del tabernácu-
lo, a la parte del norte, veinte
tablas;
21 Y sus cuarenta basas de plata:
dos basas debajo de la una tabla,
y dos basas debajo de la otra
tabla.
22 Y para el lado del tabernáculo,
al occidente, harás seis tablas.
23 Harás además dos tablas para
las esquinas del tabernáculo en
los dos ángulos posteriores;
24 Las cuales se unirán por abajo,
y asimismo se juntarán por su
alto a un gozne: así será de las
otras dos *que* estarán a las dos
esquinas.
25 De suerte que serán ocho ta-
blas, con sus basas de plata, diez
y seis basas; dos basas debajo de
la una tabla, y dos basas debajo
de la otra tabla.
26 Harás también cinco barras
de madera de acacia, para las ta-
blas del un lado del tabernáculo,
27 Y cinco barras para las tablas
del otro lado del tabernáculo, y
cinco barras para el otro lado del
tabernáculo, que está al occiden-
te.
28 Y la barra del medio pasará
por medio de las tablas, del un
cabo al otro.
29 Y cubrirás las tablas de oro,
y harás sus anillos de oro para
meter por ellos las barras: tam-
bién cubrirás las barras de oro.
30 Y alzarás el tabernáculo con-

forme a su traza que te fue mos-
trada en el monte.
31 Y harás también un velo de
cárdeno, y púrpura, y carmesí, y
de lino fino torcido: será hecho
de primorosa labor, con querubi-
nes:
32 Y has de ponerlo sobre cuatro
columnas de madera de acacia
cubiertas de oro; sus capiteles de
oro, sobre basas de plata.
33 Y pondrás el velo debajo de
los corchetes, y meterás allí, del
velo adentro, el arca del testimo-
nio; y aquel velo os hará separa-
ción entre el lugar santo y el san-
tísimo.
34 Y pondrás el propiciatorio
sobre el arca del testimonio en el
lugar santísimo.
35 Y pondrás la mesa fuera del
velo, y el candelero enfrente de
la mesa al lado del tabernáculo
al sur; y pondrás la mesa al lado
del norte.
36 Y harás a la puerta del taber-
náculo una cortina de cárdeno, y
púrpura, y carmesí, y lino torci-
do, obra de bordador.
37 Y harás para la cortina cinco
columnas de madera de acacia,
las cuales cubrirás de oro, con
sus capiteles de oro: y hacerlas
has de fundición cinco basas de
latón.

CAPÍTULO 27

HARÁS también altar de
madera de acacia de cinco
codos de longitud, y de cinco
codos de anchura: será cuadrado
el altar, y su altura de tres codos.
2 Y harás sus cuernos a sus cuatro
esquinas; los cuernos serán de lo
mismo; y lo cubrirás de latón.
3 Harás también sus calderas
para echar su ceniza; y sus pale-
tas, y sus tazones, y sus garfios,
y sus braseros: harás todos sus
vasos de latón.
4 Y le harás un enrejado de latón
de obra de malla; y sobre el en-
rejado harás cuatro anillos de
latón a sus cuatro esquinas.
5 Y lo has de poner dentro del
cerco del altar abajo; y llegará el
enrejado hasta el medio del altar.
6 Harás también varas para el
altar, varas de madera de acacia,
las cuales cubrirás de latón.
7 Y sus varas se meterán por los
anillos: y estarán aquellas varas
a ambos lados del altar, cuando
hubiere de ser llevado.
8 De tablas lo harás, hueco: de la
manera que te fue mostrado en el
monte, así lo harás.
9 Asimismo harás el atrio del ta-
bernáculo: al lado del mediodía,
al sur, tendrá el atrio cortinas
de lino torcido, de cien codos de
longitud cada un lado;
10 Sus veinte columnas, y sus
veinte basas serán de latón; los
capiteles de las columnas y sus
molduras, de plata.
11 Y de la misma manera al lado
del norte habrá a lo largo corti-
nas de cien codos de longitud,
y sus veinte columnas, con sus
veinte basas de latón; los capite-
les de sus columnas y sus mol-
duras, de plata.
12 Y el ancho del atrio del lado
occidental tendrá cortinas de
cincuenta codos; sus columnas
diez, con sus diez basas.
13 Y en el ancho del atrio por
la parte de levante, al oriente,
habrá cincuenta codos.
14 Y las cortinas del un lado
serán de quince codos; sus co-
lumnas tres, con sus tres basas.
15 Al otro lado quince codos de

cortinas; sus columnas tres, con sus tres basas.
16 Y a la puerta del atrio habrá un pabellón de veinte codos, de cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino torcido, de obra de bordador: sus columnas cuatro, con sus cuatro basas.
17 Todas las columnas del atrio en derredor serán ceñidas de plata; sus capiteles de plata, y sus basas de latón.
18 La longitud del atrio será de cien codos, y la anchura cincuenta por un lado y cincuenta por el otro, y la altura de cinco codos: *sus cortinas* de lino torcido, y sus basas de latón.
19 Todos los vasos del tabernáculo en todo su servicio, y todos sus clavos, y todos los clavos del atrio, serán de latón.
20 Y tú mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas, molido, para la luminaria, para hacer arder continuamente las lámparas.
21 En el tabernáculo de la congregación, afuera del velo que está delante del testimonio, las pondrá en orden Aarón y sus hijos, delante del SEÑOR desde la tarde hasta la mañana, como estatuto perpetuo de los hijos de Israel por sus generaciones.

CAPÍTULO 28

Y TÚ allega a ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes; a Aarón, Nadab y Abiú, Eleazar e Itamar, hijos de Aarón.
2 Y harás vestidos sagrados a Aarón tu hermano, para honra y hermosura.
3 Y tú hablarás a todos los sabios de corazón, a quienes yo he henchido de espíritu de sabiduría, a fin que hagan los vestidos de Aarón, para consagrarle a que me sirva de sacerdote.
4 Los vestidos que harán son éstos: el racional, y el efod, y el manto, y la túnica labrada, la mitra, y el cinturón. Hagan, pues, los sagrados vestidos a Aarón tu hermano, y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes.
5 Tomarán oro, y cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino torcido.
6 Y harán el efod de oro, y cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino torcido de obra de bordador.
7 Tendrá dos hombreras que se junten a sus dos lados, y se juntará.
8 Y el artificio de su cinto que está sobre él, será de su misma obra, de lo mismo; de oro, cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino torcido.
9 Y tomarás dos piedras de ónix, y grabarás en ellas los nombres de los hijos de Israel:
10 Los seis de sus nombres en la una piedra, y los otros seis nombres en la otra piedra, conforme al nacimiento de ellos.
11 De obra de escultor en piedra a modo de grabaduras de sello, harás grabar aquellas dos piedras con los nombres de los hijos de Israel; harásles alrededor engastes de oro.
12 Y pondrás aquellas dos piedras sobre los hombros del efod, para piedras de memoria a los hijos de Israel; y Aarón llevará los nombres de ellos delante del SEÑOR en sus dos hombros por memoria.
13 Harás pues, engastes de oro,
14 Y dos cadenillas de oro fino;

las cuales harás de hechura de trenza; y fijarás las cadenas de hechura de trenza en los engastes.
15 Harás asimismo el racional del juicio de primorosa obra, le has de hacer conforme a la obra del efod, de oro, y cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino torcido.
16 Será cuadrado *y* doble, de un palmo de largo y un palmo de ancho:
17 Y lo llenarás de pedrería con cuatro órdenes de piedras: un orden de una piedra sárdica, un topacio, y un carbunclo; será el primer orden;
18 El segundo orden, una esmeralda, un zafiro, y un diamante;
19 El tercer orden, un rubí, un ágata, y una amatista;
20 Y el cuarto orden, un berilo, un ónix, y un jaspe: estarán engastadas en oro en sus encajes.
21 Y serán aquellas piedras según los nombres de los hijos de Israel, doce según sus nombres; como grabaduras de sello cada una con su nombre, vendrán a ser según las doce tribus.
22 Harás también en el racional cadenetas de hechura de trenzas de oro fino.
23 Y harás en el racional dos anillos de oro, los cuales dos anillos pondrás a las dos puntas del racional.
24 Y pondrás las dos trenzas de oro en los dos anillos a las dos puntas del racional:
25 Y los dos cabos de las dos trenzas sobre los dos engastes, y las pondrás a los lados del efod en la parte delantera.
26 Harás también dos anillos de oro, los cuales pondrás a las dos puntas del racional, en su orilla que está al lado del efod de la parte de dentro.
27 Harás asimismo dos anillos de oro, los cuales pondrás a los dos lados del efod abajo en la parte delantera, delante de su juntura sobre el cinto del efod.
28 Y juntarán el racional con sus anillos a los anillos del efod con un cordón de jacinto, para que esté sobre el cinto del efod, y no se aparte el racional del efod.
29 Y llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el racional del juicio sobre su corazón, cuando entrare en el santuario, para memoria delante del SEÑOR continuamente.
30 Y pondrás en el racional del juicio Urim y Tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entrare delante del SEÑOR: y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante del SEÑOR.
31 Harás el manto del efod todo de jacinto:
32 Y en medio de él por arriba habrá una abertura, la cual tendrá un borde alrededor de obra de tejedor, como el cuello de un coselete, *para* que no se rompa.
33 Y *abajo* en sus orillas harás granadas de jacinto, y púrpura, y carmesí, por sus bordes alrededor; y entre ellas campanillas de oro alrededor:
34 Una campanilla de oro y una granada, campanilla de oro y granada, por las orillas del manto alrededor.
35 Y estará sobre Aarón cuando ministrare; y oiráse su sonido cuando él entrare en el santuario delante del SEÑOR, y cuando saliere, porque no muera.

36 Harás además una plancha de
oro fino, y grabarás en ella gra-
badura de sello, SANTIDAD AL
SEÑOR.
37 Y la pondrás con un cordón de
jacinto, y estará sobre la mitra;
por el frente anterior de la mitra
estará.
38 Y estará sobre la frente de
Aarón: y llevará Aarón el pecado
de las cosas santas, que los hijos
de Israel hubieren consagrado
en todas sus santas ofrendas; y
sobre su frente estará continua-
mente para que hayan gracia de-
lante del SEÑOR.
39 Y bordarás una túnica de lino,
y harás una mitra de lino; harás
también un cinto de obra de
recamador.
40 Y para los hijos de Aarón
harás túnicas; también les harás
cintos, y les formarás tiaras para
honra y hermosura.
41 Y con ellos vestirás a Aarón
tu hermano, y a sus hijos con él:
y los ungirás, y los consagrarás,
y santificarás, para que sean mis
sacerdotes.
42 Y les harás pañetes de lino
para cubrir la carne vergonzosa;
serán desde los lomos hasta los
muslos:
43 Y estarán sobre Aarón y sobre
sus hijos cuando entraren en el
tabernáculo de la congregación,
o cuando se llegaren al altar para
servir en el santuario, porque no
lleven pecado, y mueran. Esta-
tuto perpetuo para él, y para su
simiente después de él.

CAPÍTULO 29

Y ESTO es lo que les harás
para consagrarlos, para
que sean mis sacerdotes:
Toma un becerro de la vaca-
da, y dos carneros sin tacha;
2 Y panes sin levadura, y tortas
sin levadura amasadas con acei-
te, y hojaldres sin levadura unta-
das con aceite; las cuales cosas
harás de flor de harina de trigo:
3 Y las pondrás en un canastillo,
y en el canastillo las ofrecerás,
con el becerro y los dos carneros.
4 Y harás llegar a Aarón y a sus
hijos a la puerta del tabernáculo
de la congregación, y los lavarás
con agua.
5 Y tomarás las vestiduras, y ves-
tirás a Aarón la túnica y el manto
del efod, y el efod, y el racional,
y le ceñirás con el cinto del efod;
6 Y pondrás la mitra sobre su ca-
beza, y sobre la mitra pondrás la
corona santa.
7 Y tomarás el aceite de la un-
ción, y derramarás sobre su ca-
beza, y le ungirás.
8 Y harás llegar sus hijos, y les
vestirás las túnicas.
9 Y les ceñirás el cinto, a Aarón y
a sus hijos, y les atarás las tiaras,
y tendrán el sacerdocio por fuero
perpetuo: y henchirás las manos
de Aarón y de sus hijos.
10 Y harás llegar el becerro de-
lante del tabernáculo de la con-
gregación, y Aarón y sus hijos
pondrán sus manos sobre la ca-
beza del becerro.
11 Y matarás el becerro delante
del SEÑOR a la puerta del ta-
bernáculo de la congregación.
12 Y tomarás de la sangre del be-
cerro, y pondrás sobre los cuer-
nos del altar con tu dedo, y de-
rramarás toda la demás sangre al
pie del altar.
13 Tomarás también todo el sebo
que cubre los intestinos, y el re-
daño de sobre el hígado, y los
dos riñones, y el sebo que está

sobre ellos, y los quemarás sobre
el altar.
14 Empero consumirás a fuego
fuera del campo la carne del be-
cerro, y su pellejo, y su estiércol:
es expiación.
15 Asimismo tomarás el un car-
nero, y Aarón y sus hijos pon-
drán sus manos sobre la cabeza
del carnero.
16 Y matarás el carnero, y toma-
rás su sangre, y rociarás sobre el
altar alrededor.
17 Y cortarás el carnero en peda-
zos, y lavarás sus intestinos y sus
piernas, y las pondrás sobre sus
trozos y sobre su cabeza.
18 Y quemarás todo el carnero
sobre el altar: *es* una ofrenda
quemada al SEÑOR, olor grato,
es una ofrenda hecha por fuego
al SEÑOR.
19 Tomarás luego el otro carne-
ro, y Aarón y sus hijos pondrán
sus manos sobre la cabeza del
carnero:
20 Y matarás el carnero, y toma-
rás de su sangre, y pondrás sobre
la ternilla de la oreja derecha
de Aarón, y sobre la ternilla de
las orejas de sus hijos, y sobre el
dedo pulgar de las manos dere-
chas de ellos, y sobre el dedo
pulgar de los pies derechos de
ellos, y rociarás la sangre sobre
el altar alrededor.
21 Y tomarás de la sangre que
hay sobre el altar, y del aceite de
la unción, y rociarás sobre Aarón,
y sobre sus vestiduras, y sobre
sus hijos, y sobre las vestimentas
de éstos; y él será santificado, y
sus vestiduras, y sus hijos, y las
vestimentas de sus hijos con él.
22 Luego tomarás del carnero
el sebo, y la cola, y el sebo que
cubre los intestinos, y el redaño
del hígado, y los dos riñones, y el
sebo que está sobre ellos, y la es-
paldilla derecha; porque es car-
nero de consagraciones:
23 También una torta de pan, y
una hojaldre amasada con aceite,
y una lasaña del canastillo de los
ázimos presentado al SEÑOR;
24 Y lo has de poner todo en las
manos de Aarón, y en las manos
de sus hijos, y lo mecerás agitán-
dolo delante del SEÑOR.
25 Después lo tomarás de sus
manos, y lo harás arder sobre el
altar en una ofrenda quemada,
por olor agradable delante del
SEÑOR. Es una ofrenda hecha
por fuego al SEÑOR.
26 Y tomarás el pecho del carnero
de las consagraciones, que fue in-
molado para la de Aarón, y lo me-
cerás por ofrenda agitada delante
del SEÑOR; y será porción tuya.
27 Y apartarás el pecho de la
ofrenda mecida, y la espaldilla
de la santificación, lo que fue
mecido y lo que fue santificado
del carnero de las consagracio-
nes de Aarón y de sus hijos:
28 Y será para Aarón y para sus
hijos por estatuto perpetuo de
los hijos de Israel, porque es por-
ción elevada; y será tomada de
los hijos de Israel de sus sacrifi-
cios pacíficos, porción de ellos
elevada en ofrenda al SEÑOR.
29 Y las vestimentas santas, que
son de Aarón, serán de sus hijos
después de él, para ser ungidos
con ellas, y para ser con ellas
consagrados.
30 Por siete días las vestirá el sa-
cerdote de sus hijos, que en su
lugar viniere al tabernáculo de la
congregación a servir en el san-
tuario.
31 Y tomarás el carnero de las

consagraciones, y cocerás su
carne en el lugar del santuario.
32 Y Aarón y sus hijos comerán
la carne del carnero, y el pan que
está en el canastillo, a la puerta
del tabernáculo de la congrega-
ción.
33 Y comerán aquellas cosas con
las cuales se hizo expiación, para
henchir sus manos para ser santi-
ficados: mas el extranjero no co-
merá, porque es cosa santa.
34 Y si sobrare algo de la carne
de las consagraciones y del pan
hasta la mañana, quemarás al
fuego lo que hubiere sobrado: no
se comerá, porque es cosa santa.
35 Así pues harás a Aarón y a sus
hijos, conforme a todas las cosas
que yo te he mandado: por siete
días los consagrarás.
36 Y sacrificarás el becerro de la
expiación en cada día para las
expiaciones; y purificarás el altar
en habiendo hecho expiación por
él, y lo ungirás para santificarlo.
37 Por siete días expiarás el altar,
y lo santificarás, y será un altar
santísimo: cualquiera cosa que
tocare al altar, será santificada.
38 Y esto es lo que ofrecerás
sobre el altar: dos corderos de
un año cada día, sin intermisión.
39 Ofrecerás el un cordero a la
mañana, y el otro cordero ofrece-
rás a la caída de la tarde:
40 Además una décima parte *de
un efa* de flor de harina amasa-
da con la cuarta parte de un
hin de aceite molido: y la liba-
ción será la cuarta parte de un
hin de vino con cada cordero.
41 Y ofrecerás el otro cordero a la
caída de la tarde, haciendo con-
forme a la ofrenda de la maña-
na, y conforme a su libación, en
olor de suavidad; será una ofren-
da hecha por fuego al SEÑOR.
42 Esto será una ofrenda quema-
da continua por vuestras genera-
ciones a la puerta del tabernácu-
lo de la congregación delante del
SEÑOR, en el cual me concertaré
con vosotros, para hablaros allí.
43 Y allí testificaré de mí a los
hijos de Israel, y *el lugar* será san-
tificado con mi gloria.
44 Y santificaré el tabernácu-
lo de la congregación y el altar:
santificaré asimismo a Aarón y
a sus hijos, para que sean mis
sacerdotes.
45 Y habitaré entre los hijos de
Israel, y seré su Dios.
46 Y conocerán que yo *soy* el
SEÑOR su Dios, que los saqué
de la tierra de Egipto, para habi-
tar en medio de ellos: Yo *soy* el
SEÑOR su Dios.

CAPÍTULO 30

HARÁS asimismo un altar de
sahumerio de perfume: de
madera de acacia lo harás.
2 Su longitud será de un codo, y
su anchura de un codo: será cua-
drado: y su altura de dos codos:
y sus cuernos serán de lo mismo.
3 Y cubrirlo has de oro puro, su
techado, y sus paredes en derre-
dor, y sus cuernos: y le harás en
derredor una corona de oro.
4 Le harás también dos anillos
de oro debajo de su corona a
sus dos esquinas en ambos lados
suyos, para meter los varales con
que será llevado.
5 Y harás los varales de madera
de acacia, y los cubrirás de oro.
6 Y lo pondrás delante del velo
que está junto al arca del testi-
monio, delante del propiciato-
rio que está sobre el testimonio,
donde yo te testificaré de mí.

7 Y quemará sobre él Aarón sa-
humerio de aroma cada mañana:
cuando aderezare las lámparas
lo quemará.
8 Y cuando Aarón encenderá las
lámparas al anochecer, quemará
el sahumerio: incienso perpetuo
delante del SEÑOR por vuestras
generaciones.
9 No ofreceréis sobre él sahume-
rio extraño, ni sacrificio quema-
do, ni presente; ni tampoco de-
rramaréis sobre él libación.
10 Y sobre sus cuernos hará
Aarón expiación una vez en el
año con la sangre de la expia-
ción para las reconciliaciones:
una vez en el año hará expiación
sobre él en vuestras edades: será
muy santo al SEÑOR.
11 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
12 Cuando tomares el número de
los hijos de Israel conforme a la
cuenta de ellos, cada uno dará
al SEÑOR el rescate de su alma,
cuando los contares, y no habrá
en ellos mortandad por haberlos
contado.
13 Esto dará cualquiera que pa-
sare por la cuenta, medio siclo
conforme al siclo del santuario.
El siclo es de veinte óbolos: la
mitad de un siclo *será* la ofrenda
al SEÑOR.
14 Cualquiera que pasare por la
cuenta, de veinte años arriba,
dará la ofrenda al SEÑOR.
15 Ni el rico aumentará, ni el
pobre disminuirá de medio siclo,
cuando dieren la ofrenda al
SEÑOR para hacer expiación por
vuestras almas.
16 Y tomarás de los hijos de Is-
rael el dinero de las expiaciones,
y lo darás para la obra del taber-
náculo de la congregación: y será
por memoria a los hijos de Israel
delante del SEÑOR, para expiar
vuestras almas.
17 Habló más el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
18 Harás también una fuente de
latón, con su basa de latón, para
lavar; y la has de poner entre
el tabernáculo de la congrega-
ción y el altar; y pondrás en
ella agua.
19 Y de ella se lavarán Aarón y
sus hijos sus manos y sus pies:
20 Cuando entraren en el taber-
náculo de la congregación, se
han de lavar con agua, y no mori-
rán: y cuando se llegaren al altar
para ministrar, para encender al
SEÑOR la ofrenda que se ha de
consumir al fuego,
21 También se lavarán las manos
y los pies, y no morirán. Y lo ten-
drán por estatuto perpetuo él y
su simiente por sus generaciones.
22 Habló más el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
23 Y tú has de tomar de las prin-
cipales drogas; de mirra excelen-
te quinientos *siclos*, y de canela
aromática la mitad, esto es, dos-
cientos y cincuenta, y de cálamo
aromático doscientos y cincuen-
ta,
24 Y de casia quinientos, al peso
del santuario, y de aceite de oli-
vas un hin:
25 Y harás de ello el aceite de la
santa unción, superior ungüento,
obra de perfumador, el cual será
el aceite de la unción sagrada.
26 Con él ungirás el tabernáculo
de la congregación, y el arca del
testimonio,
27 Y la mesa, y todos sus vasos, y
el candelero, y todos sus vasos, y
el altar del perfume,
28 Y el altar de la ofrenda que-

mada, todos sus vasos, y la fuen-
te y su basa.
29 Así los consagrarás, y serán
cosas santísimas: todo lo que to-
care en ellos, será santificado.
30 Ungirás también a Aarón y a
sus hijos, y los consagrarás para
que sean mis sacerdotes.
31 Y hablarás a los hijos de Israel,
diciendo: Éste será mi aceite de la
santa unción por vuestras edades.
32 Sobre carne de hombre no
será untado, ni haréis otro seme-
jante, conforme a su composi-
ción: santo es; por santo habéis
de tenerlo vosotros.
33 Cualquiera que compusiere
ungüento semejante, y que pu-
siere de él sobre extraño, será
cortado de sus pueblos.
34 Dijo aún el SEÑOR a Moisés:
Tómate aromas, estacte y uña
olorosa y gálbano aromático e in-
cienso puro; de todo en igual peso:
35 Y harás de ello una confec-
ción aromática de obra de perfu-
mador, *bien* mezclada, pura y
santa:
36 Y molerás alguna de ella pul-
verizándola, y la pondrás delan-
te del testimonio en el taberná-
culo de la congregación, donde
yo te testificaré de mí. Os será
cosa santísima.
37 Como la confección que harás,
no os haréis otra según su com-
posición: te será cosa sagrada
para el SEÑOR.
38 Cualquiera que hiciere otra
como ella para olerla, será corta-
do de sus pueblos.

CAPÍTULO 31

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Mira, yo he llamado por su
nombre a Bezaleel, hijo de Uri,
hijo de Hur, de la tribu de Judá;
3 Y lo he henchido del Espíritu
de Dios, en sabiduría, y en enten-
dimiento, y en conocimiento, y
en todo artificio,
4 Para inventar diseños, para
trabajar en oro, y en plata, y en
latón,
5 Y en artificio de piedras para
engastar*las*, y en artificio de ma-
dera; para obrar en toda suerte
de labor.
6 Y he aquí que yo he puesto con
él a Aholiab, hijo de Ahisamac,
de la tribu de Dan: y he puesto
sabiduría en el ánimo de todo
sabio de corazón, para que hagan
todo lo que te he mandado:
7 El tabernáculo de la congrega-
ción, y el arca del testimonio, y
el propiciatorio que está sobre
ella, y todos los vasos del taber-
náculo;
8 Y la mesa y sus vasos, y el can-
delero limpio y todos sus vasos, y
el altar del perfume;
9 Y el altar de la ofrenda quema-
da y todos sus vasos, y la fuente
y su basa;
10 Y los vestidos del servicio, y
las santas vestiduras para Aarón
el sacerdote, y las vestiduras de
sus hijos, para que ejerzan el sa-
cerdocio;
11 Y el aceite de la unción, y el
perfume aromático para el san-
tuario: harán conforme a todo lo
que te he mandado.
12 Habló además el SEÑOR a
Moisés, diciendo:
13 Y tú hablarás a los hijos de
Israel, diciendo: Con todo eso
vosotros guardaréis mis sába-
dos: porque es señal entre mí
y vosotros por vuestras eda-
des, para que sepáis que yo
soy el SEÑOR que os santifico.

14 Así que guardaréis el sábado,
porque santo es a vosotros: el
que lo profanare, de cierto morirá;
porque cualquiera que hiciere
obra alguna en él, aquella alma
será cortada de en medio de sus
pueblos.
15 Seis días se hará obra, mas el
día séptimo es sábado de reposo
consagrado al SEÑOR; cualquiera
que hiciere obra el día del
sábado, morirá ciertamente.
16 Guardarán, pues, el sábado
los hijos de Israel: para observar
el sábado por sus generaciones
por pacto perpetuo:
17 Señal es para siempre entre
mí y los hijos de Israel; porque
en seis días hizo el SEÑOR el
cielo y la tierra, y en el séptimo
día cesó, y reposó.
18 Y dio a Moisés, cuando acabó
de hablar con él en el monte de
Sinaí, dos tablas del testimonio,
tablas de piedra escritas con el
dedo de Dios.

CAPÍTULO 32

MAS viendo el pueblo que
Moisés tardaba en descender
del monte, allegóse entonces
a Aarón, y dijéronle: Levántate,
haznos dioses que vayan delante
de nosotros; porque a este Moisés,
aquel varón que nos sacó de
la tierra de Egipto, no sabemos
qué le haya acontecido.
2 Y Aarón les dijo: Apartad los
zarcillos de oro que están en
las orejas de vuestras esposas, y
de vuestros hijos, y de vuestras
hijas, y traédmelos.
3 Entonces todo el pueblo apartó
los zarcillos de oro que tenían en
sus orejas, y trajéronlos a Aarón:
4 El cual los tomó de las manos
de ellos, y formólo con buril, e
hizo de ello un becerro de fundición.
Entonces dijeron: Israel,
estos son tus dioses, que te sacaron
de la tierra de Egipto.
5 Y viendo *esto* Aarón, edificó un
altar delante del becerro; y pregonó
Aarón, y dijo: Mañana será
fiesta al SEÑOR.
6 Y el día siguiente madrugaron,
y ofrecieron holocaustos, y presentaron
pacíficos: y sentóse el
pueblo a comer y a beber, y levantáronse
a jugar.
7 Entonces el SEÑOR dijo a Moisés:
Anda, desciende, porque tu
pueblo que sacaste de tierra de
Egipto se ha corrompido:
8 Presto se han apartado del camino
que yo les mandé, y se han
hecho un becerro de fundición, y
lo han adorado, y han sacrificado
a él, y han dicho: Israel, estos
son tus dioses, que te sacaron de
la tierra de Egipto.
9 Dijo más el SEÑOR a Moisés:
Yo he visto a este pueblo, que por
cierto es pueblo de dura cerviz:
10 Ahora pues, déjame que se
encienda mi furor en ellos, y
los consuma: y a ti yo te pondré
sobre gran gente.
11 Entonces Moisés oró a la faz
del SEÑOR su Dios, y dijo: Oh
SEÑOR, ¿por qué se encenderá
tu furor en tu pueblo, que tú sacaste
de la tierra de Egipto con
gran fortaleza, y con mano fuerte?
12 ¿Por qué han de hablar los
Egipcios, diciendo: Para mal los
sacó, para matarlos en los montes,
y para raerlos de sobre la faz
de la tierra? Vuélvete del furor
de tu ira, y arrepiéntete del mal
de tu pueblo.
13 Acuérdate de Abraham, de
Isaac, y de Israel, tus siervos,

a los cuales has jurado por ti
mismo, y dícholes: Yo multipli-
caré vuestra simiente como las
estrellas del cielo; y daré a vues-
tra simiente toda esta tierra que
he dicho, y la tomarán por here-
dad para siempre.
14 Entonces el SEÑOR se arre-
pintió del mal que dijo que había
de hacer a su pueblo.
15 Y volvióse Moisés, y descendió
del monte trayendo en su mano
las dos tablas del testimonio, las
tablas escritas por ambos lados;
de una parte y de otra estaban
escritas.
16 Y las tablas eran obra de Dios,
y la escritura era escritura de
Dios grabada sobre las tablas.
17 Y oyendo Josué el clamor del
pueblo que gritaba, dijo a Moi-
sés: Alarido de pelea hay en el
campo.
18 Y él respondió: No es eco de
algazara de fuertes, ni eco de
alaridos de flacos: algazara de
cantar oigo yo.
19 Y aconteció, que como llegó
él al campo, y vio el becerro y
las danzas, enardeciósele la ira
a Moisés, y arrojó las tablas de
sus manos, y quebrólas al pie del
monte.
20 Y tomó el becerro que habían
hecho, y quemólo en el fuego, y
moliólo hasta reducirlo a polvo,
que esparció sobre las aguas, y
diólo a beber a los hijos de Israel.
21 Y dijo Moisés a Aarón: ¿Qué
te ha hecho este pueblo, que has
traído sobre él tan gran pecado?
22 Y respondió Aarón: No se
enoje mi señor; tú conoces el
pueblo, que es inclinado a mal.
23 Porque me dijeron: Haznos
dioses que vayan delante de no-
sotros, que a este Moisés, el varón
que nos sacó de tierra de Egipto,
no sabemos qué le ha acontecido.
24 Y yo les respondí: ¿Quién
tiene oro? Apartadlo. Y diéron-
melo, y echélo en el fuego, y
salió este becerro.
25 Y viendo Moisés que el pueblo
estaba despojado, porque Aarón
lo había despojado para vergüen-
za entre sus enemigos,
26 Púsose Moisés a la puerta del
real, y dijo: ¿Quién es del SEÑOR?
júntese conmigo. Y juntáronse con
él todos los hijos de Leví.
27 Y él les dijo: Así ha dicho el
SEÑOR, el Dios de Israel: Poned
cada uno su espada sobre su
muslo: pasad y volved de puerta
a puerta por el campo, y matad
cada uno a su hermano, y a su
amigo, y a su vecino.
28 Y los hijos de Leví lo hicieron
conforme al dicho de Moisés: y
cayeron del pueblo en aquel día
como tres mil hombres.
29 Entonces Moisés dijo: Hoy
os habéis consagrado al SEÑOR,
porque cada uno se ha consagra-
do en su hijo, y en su hermano,
para que él dé hoy bendición
sobre vosotros.
30 Y aconteció que el día siguien-
te dijo Moisés al pueblo: Voso-
tros habéis cometido un gran
pecado: mas yo subiré ahora al
SEÑOR; quizá le expiaré acerca
de vuestro pecado.
31 Entonces volvió Moisés al
SEÑOR, y dijo: Ruégote, pues
este pueblo ha cometido un gran
pecado, porque se hicieron dio-
ses de oro,
32 Que perdones ahora su peca-
do, y si no, ráeme ahora de tu
libro que has escrito.
33 Y el SEÑOR respondió a
Moisés: Al que pecare contra

mí, a éste raeré yo de mi libro.
34 Ve pues ahora, lleva a este
pueblo donde te he dicho: he
aquí mi ángel irá delante de ti;
que en el día de mi visitación yo
visitaré en ellos su pecado.
35 Y el SEÑOR hirió al pueblo,
porque habían hecho el becerro
que formó Aarón.

CAPÍTULO 33

Y EL SEÑOR dijo a Moisés: Ve,
sube de aquí, tú y el pueblo
que sacaste de la tierra de Egipto,
a la tierra de la cual juré a Abra-
ham, Isaac, y Jacob, diciendo: A
tu simiente la daré:
2 Y yo enviaré delante de ti el
ángel, y echaré fuera al Cananeo
y al Amorreo, y al Heteo, y al Fe-
rezeo, y al Heveo y al Jebuseo:
3 (A la tierra que fluye leche y
miel); porque yo no subiré en
medio de ti, porque eres pueblo
de dura cerviz, no sea que te con-
suma en el camino.
4 Y oyendo el pueblo esta sensi-
ble palabra, vistieron luto, y nin-
guno se puso sus atavíos:
5 Pues el SEÑOR dijo a Moisés:
Di a los hijos de Israel: Vosotros
sois pueblo de dura cerviz: en
un momento subiré en medio de
ti, y te consumiré: quítate pues
ahora tus atavíos, que yo sabré
lo que te tengo de hacer.
6 Entonces los hijos de Israel se
despojaron de sus atavíos desde
el monte Horeb.
7 Y Moisés tomó el tabernáculo, y
extendiólo fuera del campo, lejos
del campo, y llamólo el taberná-
culo de la congregación. Y suce-
dió, que cualquiera que requería
al SEÑOR, salía al tabernáculo
de la congregación, que estaba
fuera del campo.
8 Y sucedía que, cuando salía
Moisés al tabernáculo, todo el
pueblo se levantaba, y estaba
cada cual en pie a la puerta de
su tienda, y miraban en pos de
Moisés, hasta que él entraba en
el tabernáculo.
9 Y cuando Moisés entraba en el
tabernáculo, la columna de nube
descendía, y poníase a la puerta
del tabernáculo, y *el SEÑOR* ha-
blaba con Moisés.
10 Y viendo todo el pueblo la co-
lumna de la nube, que estaba a
la puerta del tabernáculo, levan-
tábase todo el pueblo, cada uno a
la puerta de su tienda, y adoraba.
11 Y hablaba el SEÑOR a Moisés
cara a cara, como habla cual-
quiera a su compañero. Y volvía-
se al campo; mas el joven Josué,
su criado, hijo de Nun, nunca se
apartaba de en medio del taber-
náculo.
12 Y dijo Moisés al SEÑOR: Mira,
tú me dices a mí: Saca este pue-
blo: y tú no me has declarado a
quién has de enviar conmigo: sin
embargo, tú dices: Yo te he co-
nocido por tu nombre, y has ha-
llado también gracia en mis ojos.
13 Ahora, pues, si he hallado gra-
cia en tus ojos, ruégote que me
muestres ahora tu camino, para
que te conozca, porque halle
gracia en tus ojos: y mira que tu
pueblo es aquesta gente.
14 Y él dijo: Mi rostro irá *contigo*,
y te haré descansar.
15 Y él respondió: Si tu rostro no
ha de ir *conmigo*, no nos saques
de aquí.
16 ¿Y en qué se conocerá aquí
que he hallado gracia en tus ojos,
yo y tu pueblo, sino en andar tú
con nosotros, y que yo y tu pue-
blo seamos apartados de todos

los pueblos que están sobre la faz
de la tierra?
17 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
También haré esto que has dicho,
por cuanto has hallado gracia en
mis ojos, y te he conocido por tu
nombre.
18 Él entonces dijo: Ruégote que
me muestres tu gloria.
19 Y respondióle: Yo haré pasar
todo mi bien delante de tu rostro,
y proclamaré el nombre del
SEÑOR delante de ti; y tendré
misericordia del que tendré misericordia,
y seré clemente para
con el que seré clemente.
20 Dijo más: No podrás ver mi
rostro: porque no me verá hombre,
y vivirá.
21 Y dijo aún el SEÑOR: He aquí
lugar junto a mí, y tú estarás
sobre la roca:
22 Y será que, cuando pasare
mi gloria, yo te pondré en una
hendidura de la roca, y te cubriré
con mi mano hasta que haya
pasado:
23 Después apartaré mi mano,
y verás mis espaldas; mas no se
verá mi rostro.

CAPÍTULO 34

Y EL SEÑOR dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste.
2 Apercíbete, pues, para mañana,
y sube por la mañana al monte
de Sinaí, y estáme allí sobre la
cumbre del monte.
3 Y no suba hombre contigo, ni
parezca alguno en todo el monte;
ni ovejas ni bueyes pazcan delante
del monte.
4 Y Moisés alisó dos tablas de
piedra como las primeras; y levantóse
por la mañana, y subió al
monte de Sinaí, como le mandó
el SEÑOR, y llevó en su mano las
dos tablas de piedra.
5 Y el SEÑOR descendió en la
nube, y estuvo allí con él, proclamando
el nombre del SEÑOR.
6 Y pasando el SEÑOR por delante
de él, proclamó: El SEÑOR,
El SEÑOR Dios, misericordioso,
y piadoso; tardo para la ira, y
grande en benignidad y verdad;
7 Que guarda la misericordia en
millares, que perdona la iniquidad,
la rebelión, y el pecado, y
que de ningún modo justificará
al malvado; que visita la iniquidad
de los padres sobre los hijos y
sobre los hijos de los hijos, sobre
la tercera, y la cuarta generación.
8 Entonces Moisés, apresurándose,
bajó la cabeza hacia el suelo
y encorvóse;
9 Y dijo: Si ahora, oh Señor, he
hallado gracia en tus ojos, vaya
ahora el Señor en medio de nosotros;
porque este es pueblo de
dura cerviz; y perdona nuestra
iniquidad y nuestro pecado, y
poséenos.
10 Y él dijo: He aquí, yo hago
concierto delante de todo tu pueblo:
haré maravillas que no han
sido hechas en toda la tierra, ni
en nación alguna; y verá todo el
pueblo en medio del cual estás
tú, la obra del SEÑOR; porque
ha de ser cosa terrible la que yo
haré contigo.
11 Guarda lo que yo te mando
hoy; he aquí que yo echo delante
de tu presencia al Amorreo,
y al Cananeo, y al Heteo, y al Ferezeo,
y al Heveo, y al Jebuseo.
12 Guárdate que no hagas pacto
con los moradores de la tierra

donde has de entrar, porque no sean por tropezadero en medio de ti:
13 Mas derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y talaréis sus bosques:
14 Porque no te has de inclinar a dios ajeno; que el SEÑOR, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es.
15 Por tanto no harás pacto con los moradores de aquella tierra; porque fornicarán en pos de sus dioses, y sacrificarán a sus dioses, y te llamarán, y comerás de sus sacrificios;
16 O tomando de sus hijas para tus hijos, y fornicando sus hijas en pos de sus dioses, harán también fornicar a tus hijos en pos de los dioses de ellas.
17 No harás dioses de fundición para ti.
18 La fiesta de los ázimos guardarás: siete días comerás por leudar, según te he mandado, en el tiempo del mes de Abib; porque en el mes de Abib saliste de Egipto.
19 Todo lo que abre matriz, mío es; y de tu ganado todo primerizo de vaca o de oveja que fuere macho.
20 Empero redimirás con cordero el primerizo del asno; y si no lo redimieres, le has de cortar la cabeza. Redimirás todo primogénito de tus hijos, y no serán vistos vacíos delante de mí.
21 Seis días trabajarás, mas en el séptimo día cesarás: cesarás aun en la arada y en la siega.
22 Y te harás la fiesta de las semanas a los principios de la siega del trigo: y la fiesta de la cosecha a la vuelta del año.
23 Tres veces en el año será visto todo varón tuyo delante del Señor DIOS, el Dios de Israel.
24 Porque yo arrojaré las gentes de tu presencia, y ensancharé tu término: y ninguno codiciará tu tierra, cuando tú subieres para ser visto delante del SEÑOR tu Dios tres veces en el año.
25 No ofrecerás con leudo la sangre de mi sacrificio; ni quedará de la noche para la mañana el sacrificio de la fiesta de la pascua.
26 La primicia de los primeros frutos de tu tierra meterás en la casa del SEÑOR tu Dios. No cocerás el cabrito en la leche de su madre.
27 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho el pacto contigo y con Israel.
28 Y él estuvo allí con el SEÑOR cuarenta días y cuarenta noches: no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras de la alianza, los diez mandamientos.
29 Y aconteció, que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, mientras descendía del monte, no sabía él que la tez de su rostro resplandecía, después que hubo con él hablado.
30 Y miró Aarón y todos los hijos de Israel a Moisés, y he aquí la tez de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de llegarse a él.
31 Y llamólos Moisés; y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él, y Moisés les habló.
32 Y después se llegaron todos los hijos de Israel, a los cuales mandó todas las cosas que el SEÑOR le había dicho en el monte de Sinaí.

33 Y cuando hubo acabado Moisés de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro.
34 Y cuando venía Moisés delante del SEÑOR para hablar con él, quitábase el velo hasta que salía; y saliendo, hablaba con los hijos de Israel lo que le era mandado;
35 Y veían los hijos de Israel el rostro de Moisés, que la tez de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con él.

CAPÍTULO 35

Y MOISÉS hizo juntar toda la congregación de los hijos de Israel, y díjoles: Éstas *son* las cosas que el SEÑOR ha mandado que hagáis.
2 Seis días se hará obra, mas el día séptimo os será santo, sábado de reposo al SEÑOR: cualquiera que en él hiciere obra, morirá.
3 No encenderéis fuego en todas vuestras moradas en el día del sábado.
4 Y habló Moisés a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: Esto es lo que el SEÑOR ha mandado, diciendo:
5 Tomad de entre vosotros ofrenda para el SEÑOR: todo liberal de corazón la traerá al SEÑOR: oro, plata, latón;
6 Y cárdeno, y púrpura, y carmesí, y lino fino, y *pelo* de cabras;
7 Y cueros rojos de carneros, y cueros de tejones, y madera de acacia;
8 Y aceite para la luminaria, y especias aromáticas para el aceite de la unción, y para el perfume aromático;
9 Y piedras de ónix, y demás pedrería, para el efod, y para el racional.
10 Y todo sabio de corazón de entre vosotros, vendrá y hará todas las cosas que el SEÑOR ha mandado:
11 El tabernáculo, su tienda, y su cubierta, y sus anillos, y sus tablas, sus barras, sus columnas, y sus basas;
12 El arca, y sus varas, el propiciatorio, y el velo de la tienda;
13 La mesa, y sus varas, y todos sus vasos, y el pan de la proposición.
14 El candelero de la luminaria, y sus vasos, y sus candilejas, y el aceite para la luminaria;
15 Y el altar del perfume, y sus varas, y el aceite de la unción, y el perfume aromático, y el pabellón de la puerta, para la entrada del tabernáculo;
16 El altar de la ofrenda quemada, y su enrejado de latón, y sus varas, y todos sus vasos, y la fuente con su basa;
17 Las cortinas del atrio, sus columnas, y sus basas, y el pabellón de la puerta del atrio;
18 Las estacas del tabernáculo, y las estacas del atrio, y sus cuerdas;
19 Las vestiduras del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras de Aarón el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos para servir en el sacerdocio.
20 Y salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés.
21 Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, y trajeron ofrenda al SEÑOR para la obra del tabernáculo de la congregación, y para toda su fábrica, y para las sagradas vestiduras.

22 Y vinieron así hombres como mujeres, todo voluntario de corazón, y trajeron cadenas y zarcillos, sortijas y brazaletes, y toda joya de oro; y cualquiera ofrecía ofrenda de oro al SEÑOR.
23 Todo hombre que se hallaba con jacinto, o púrpura, o carmesí, o lino fino, o *pelo* de cabras, o cueros rojos de carneros, o cueros de tejones, lo traía.
24 Cualquiera que ofrecía ofrenda de plata o de latón, traía al SEÑOR la ofrenda: y todo el que se hallaba con madera de acacia, traíala para toda la obra del servicio.
25 Además todas las mujeres sabias de corazón hilaban de sus manos, y traían lo que habían hilado: cárdeno, o púrpura, o carmesí, o lino fino.
26 Y todas las mujeres cuyo corazón las levantó en sabiduría, hilaron *pelos* de cabras.
27 Y los príncipes trajeron piedras de ónix, y las piedras de los engastes para el efod y el racional;
28 Y la especia aromática y aceite, para la luminaria, y para el aceite de la unción, y para el perfume aromático.
29 De los hijos de Israel, así hombres como mujeres, todos los que tuvieron corazón voluntario para traer para toda la obra, que el SEÑOR había mandado por medio de Moisés que hiciesen, trajeron ofrenda voluntaria al SEÑOR.
30 Y dijo Moisés a los hijos de Israel: Mirad, el SEÑOR ha nombrado a Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá;
31 Y lo ha henchido del Espíritu de Dios, en sabiduría, en entendimiento, y en conocimiento, y en todo artificio,
32 Para proyectar inventos, para trabajar en oro, y en plata, y en latón,
33 Y en obra de pedrería para engastar, y en obra de madera, para trabajar en toda invención ingeniosa.
34 Y ha puesto en su corazón el que pueda enseñar, así él como Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan:
35 Y los ha henchido de sabiduría de corazón, para que hagan toda obra de artificio, y de invención, y de recamado en jacinto, y en púrpura, y en carmesí, y en lino fino, y en telar; para que hagan toda labor, e inventen todo diseño.

CAPÍTULO 36

HIZO, pues, Bezaleel y Aholiab, y todo hombre sabio de corazón, a quien el SEÑOR dio sabiduría y entendimiento para que supiesen hacer toda la obra del servicio del santuario, todas las cosas que había mandado el SEÑOR.
2 Y Moisés llamó a Bezaleel y a Aholiab, y a todo varón sabio de corazón, en cuyo corazón había dado el SEÑOR sabiduría, y a todo hombre a quien su corazón le movió a llegarse a la obra, para trabajar en ella;
3 Y tomaron de delante de Moisés toda la ofrenda que los hijos de Israel habían traído para la obra del servicio del santuario, a fin de hacerla. Y ellos le traían aún ofrenda voluntaria cada mañana.
4 Vinieron, por tanto, todos los maestros que hacían toda la obra

del santuario, cada uno de la
obra que hacía,
5 Y hablaron a Moisés, diciendo:
El pueblo trae mucho más de lo
que es menester para la atención
de hacer la obra que el SEÑOR
ha mandado que se haga.
6 Entonces Moisés mandó pre-
gonar por el campo, diciendo:
Ningún hombre ni mujer haga
más obra para ofrecer para el
santuario. Y así fue el pueblo im-
pedido de ofrecer;
7 Pues tenía material abundante
para hacer toda la obra, y sobra-
ba.
8 Y todos los sabios de corazón
entre los que hacían la obra, hi-
cieron el tabernáculo de diez
cortinas, de lino torcido, y de
jacinto, y de púrpura y carmesí;
las cuales hicieron de obra prima,
con querubines.
9 La longitud de la una cortina
era de veintiocho codos, y la an-
chura de cuatro codos: todas las
cortinas tenían una misma medi-
da.
10 Y juntó las cinco cortinas la
una con la otra: asimismo unió
las otras cinco cortinas la una
con la otra.
11 E hizo las lazadas de color de
jacinto en la orilla de la una cor-
tina, en el borde, a la juntura; y
así hizo en la orilla al borde de
la segunda cortina, en la juntura.
12 Cincuenta lazadas hizo en la
una cortina, y otras cincuenta en
la segunda cortina, en el borde,
en la juntura; las unas lazadas
enfrente de las otras.
13 Hizo también cincuenta cor-
chetes de oro, con los cuales
juntó las cortinas, la una con la
otra; e hízose un tabernáculo.
14 Hizo asimismo cortinas de *pelo*
de cabras para la tienda sobre el
tabernáculo, e hízolas *en número*
de once.
15 La longitud de la una cortina
era de treinta codos, y la anchura
de cuatro codos: las once corti-
nas tenían una misma medida.
16 Y juntó las cinco cortinas de
por sí, y las seis cortinas aparte.
17 Hizo además cincuenta laza-
das en la orilla de la postrera
cortina en la juntura, y otras cin-
cuenta lazadas en la orilla de la
otra cortina en la juntura.
18 Hizo también cincuenta cor-
chetes de latón para juntar la
tienda, de modo que fuese una.
19 E hizo una cubierta para la
tienda de cueros rojos de carne-
ros, y una cubierta encima de
cueros de tejones.
20 Además hizo las tablas para el
tabernáculo de madera de acacia,
para estar derechas.
21 La longitud de cada tabla de
diez codos, y de codo y medio la
anchura.
22 Cada tabla tenía dos quicios
enclavijados el uno delante del
otro: así hizo todas las tablas del
tabernáculo.
23 Hizo, pues, las tablas para el
tabernáculo: veinte tablas al lado
del sur, al mediodía.
24 Hizo también las cuaren-
ta basas de plata debajo de las
veinte tablas: dos basas deba-
jo de la una tabla para sus dos
quicios, y dos basas debajo de la
otra tabla para sus dos quicios.
25 Y para el otro lado del taber-
náculo, a la parte del norte, hizo
veinte tablas,
26 Con sus cuarenta basas de
plata: dos basas debajo de la una
tabla, y dos basas debajo de la
otra tabla.

27 Y para el lado occidental del
tabernáculo hizo seis tablas.
28 Para las esquinas del taberná-
culo en los dos lados hizo dos ta-
blas,
29 Las cuales se juntaban por
abajo, y asimismo por arriba a
un gozne: y así hizo a la una y a
la otra en las dos esquinas.
30 Eran, pues, ocho tablas, y
sus basas de plata dieciséis; dos
basas debajo de cada tabla.
31 Hizo también las barras de
madera de acacia; cinco para las
tablas de un lado del tabernáculo,
32 Y cinco barras para las tablas
del otro lado del tabernáculo, y
cinco barras para las tablas del
lado del tabernáculo a la parte
occidental.
33 E hizo que la barra del medio
pasase por medio de las tablas
del un cabo al otro.
34 Y cubrió las tablas de oro, e
hizo de oro los anillos de ellas
por donde pasasen las barras: cu-
brió también de oro las barras.
35 Hizo asimismo el velo de
cárdeno, y púrpura, y carmesí,
y lino torcido, el cual hizo con
querubines de delicada obra.
36 Y para él hizo cuatro colum-
nas de madera de acacia; y cu-
briólas de oro, los capiteles de
las cuales eran de oro; e hizo
para ellas cuatro basas de plata
de fundición.
37 Hizo también el velo para la
puerta del tabernáculo, de jacin-
to, y púrpura, y carmesí, y lino
torcido, obra de recamador;
38 Y sus cinco columnas con sus
capiteles: y cubrió las cabezas de
ellas y sus molduras de oro: pero
sus cinco basas las hizo de latón.

CAPÍTULO 37

HIZO también Bezaleel el arca
de madera de acacia: su lon-
gitud era de dos codos y medio, y
de codo y medio su anchura, y su
altura de otro codo y medio:
2 Y cubrióla de oro puro por de
dentro y por de fuera, e hízole
una cornisa de oro en derredor.
3 Hízole además de fundición
cuatro anillos de oro a sus cuatro
esquinas; en el un lado dos ani-
llos y en el otro lado dos anillos.
4 Hizo también las varas de ma-
dera de acacia, y cubriólas de
oro.
5 Y metió las varas por los ani-
llos a los lados del arca, para lle-
var el arca.
6 Hizo asimismo el propiciatorio
de oro puro: su longitud de dos
codos y medio, y su anchura de
codo y medio.
7 Hizo también los dos querubi-
nes de oro, hízolos labrados a
martillo, a los dos cabos del pro-
piciatorio:
8 El un querubín de esta parte al
un cabo, y el otro querubín de la
otra parte al otro cabo del pro-
piciatorio: hizo los querubines a
sus dos cabos.
9 Y los querubines extendían sus
alas por encima, cubriendo con
sus alas el propiciatorio: y sus
rostros el uno enfrente del otro,
hacia el propiciatorio los rostros
de los querubines.
10 Hizo también la mesa de ma-
dera de acacia; su longitud de
dos codos, y su anchura de un
codo, y de codo y medio su altu-
ra;
11 Y cubrióla de oro puro, e hízo-
le una cornisa de oro en derredor.
12 Hízole también una moldu-
ra alrededor, del ancho de una

mano, a la cual moldura hizo la
cornisa de oro en circunferencia.
13 Hízole asimismo de fundición
cuatro anillos de oro, y púsolos
a las cuatro esquinas que correspondían a los cuatro pies de ella.
14 Delante de la moldura estaban los anillos, por los cuales se
metiesen las varas para llevar la
mesa.
15 E hizo las varas de madera de
acacia para llevar la mesa, y cubriólas de oro.
16 También hizo los vasos que
habían de estar sobre la mesa, sus
platos, y sus cucharas, y sus cubiertos y sus tazones con que se
había de libar, de oro fino.
17 Hizo asimismo el candelero
de oro puro, e hízolo labrado a
martillo: su pie y su caña, sus
copas, sus manzanas y sus flores
eran de lo mismo.
18 De sus lados salían seis brazos; tres brazos de un lado del
candelero, y otros tres brazos del
otro lado del candelero:
19 En un brazo, tres copas figura de almendras, una manzana y
una flor; y en el otro brazo tres
copas figura de almendras, una
manzana y una flor: y así en los
seis brazos que salían del candelero.
20 Y en el candelero había cuatro copas figura de almendras,
sus manzanas y sus flores:
21 Y una manzana debajo de los
dos brazos de lo mismo, y otra
manzana debajo de los otros dos
brazos de lo mismo, y otra manzana debajo de los *otros* dos brazos de lo mismo, conforme a los
seis brazos que salían de él.
22 Sus manzanas y sus brazos eran
de lo mismo; todo era una pieza
labrada a martillo, de oro puro.
23 Hizo asimismo sus siete candilejas, y sus despabiladeras, y
sus platillos, de oro puro;
24 De un talento de oro puro lo
hizo, con todos sus vasos.
25 Hizo también el altar del perfume de madera de acacia: un
codo su longitud, y otro codo su
anchura, *era* cuadrado; y su altura de dos codos; y sus cuernos de
la misma pieza.
26 Y cubriólo de oro puro, su
mesa y sus paredes alrededor, y
sus cuernos: e hízole una corona
de oro alrededor.
27 Hízole también dos anillos
de oro debajo de la corona en
las dos esquinas a los dos lados,
para pasar por ellos las varas con
que había de ser conducido.
28 E hizo las varas de madera de
acacia, y cubriólas de oro.
29 Hizo asimismo el aceite santo
de la unción, y el incienso aromático puro, de obra de perfumador.

CAPÍTULO 38

IGUALMENTE hizo el altar del holocausto de madera de acacia: su longitud de cinco codos, y
su anchura de otros cinco codos,
cuadrado, y de tres codos de altura.
2 E hízole sus cuernos a sus cuatro esquinas, los cuales eran de
la misma pieza, y cubriólo de
latón.
3 Hizo asimismo todos los vasos
del altar: calderas, y tenazas, y
tazones, y garfios, y palas: todos
sus vasos hizo de latón.
4 E hizo para el altar el enrejado
de latón, de hechura de red, *que
puso* en su cerco por debajo hasta
el medio del altar.
5 Hizo también cuatro anillos de
fundición a los cuatro cabos del

enrejado de latón, para meter las
varas.
6 E hizo las varas de madera de
acacia, y cubriólas de latón.
7 Y metió las varas por los anillos a los lados del altar, para llevarlo con ellas: hueco lo hizo, de
tablas.
8 También hizo la fuente de
latón, con su basa de latón, de
los espejos de las que velaban a
la puerta del tabernáculo de la
congregación.
9 Hizo asimismo el atrio; del
lado sur, al mediodía, las cortinas del atrio eran de cien codos,
de lino torcido:
10 Sus columnas veinte, con sus
veinte basas de latón: los capiteles de las columnas y sus molduras, de plata.
11 Y a la parte del norte *cortinas de* cien codos: sus columnas
veinte, con sus veinte basas de
latón; los capiteles de las columnas y sus molduras, de plata.
12 A la parte del occidente cortinas de cincuenta codos: sus columnas diez, y sus diez basas; los
capiteles de las columnas y sus
molduras, de plata.
13 Y a la parte oriental, al levante, cortinas de cincuenta codos:
14 Al un lado cortinas de quince
codos, sus tres columnas, y sus
tres basas;
15 Al otro lado, de la una parte y
de la otra de la puerta del atrio,
cortinas de a quince codos, sus
tres columnas, y sus tres basas.
16 Todas las cortinas del atrio alrededor eran de lino torcido.
17 Y las basas de las columnas
eran de latón; los capiteles de
las columnas y sus molduras, de
plata; asimismo las cubiertas de
las cabezas de ellas, de plata: y
todas las columnas del atrio tenían molduras de plata.
18 Y el pabellón de la puerta del
atrio fue de obra de recamado,
de jacinto, y púrpura, y carmesí, y lino torcido: la longitud de
veinte codos, y la altura en el
ancho de cinco codos, conforme
a las cortinas del atrio.
19 Y sus columnas fueron cuatro
con sus cuatro basas de latón: y
sus capiteles de plata; y las cubiertas de los capiteles de ellas y
sus molduras, de plata.
20 Y todas las estacas del tabernáculo y del atrio alrededor fueron de latón.
21 Éstas son las cuentas del tabernáculo, del tabernáculo del
testimonio, lo que fue contado
de orden de Moisés por mano de
Itamar, hijo de Aarón sacerdote,
para el ministerio de los Levitas.
22 Y Bezaleel, hijo de Uri, hijo
de Hur, de la tribu de Judá, hizo
todas las cosas que el SEÑOR
mandó a Moisés.
23 Y con él estaba Aholiab, hijo
de Ahisamac, de la tribu de Dan,
artífice, y diseñador, y recamador en jacinto, y púrpura, y carmesí, y lino fino.
24 Todo el oro empleado en la
obra, en toda la obra del santuario, el cual fue oro de ofrenda,
fue veintinueve talentos, y setecientos y treinta siclos, según el
siclo del santuario.
25 Y la plata de los contados de
la congregación fue cien talentos,
y mil setecientos setenta y cinco
siclos, según el siclo del santuario:
26 Medio por cabeza, medio
siclo, según el siclo del santuario, a todos los que pasaron por
cuenta de edad de veinte años

y arriba, que fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.
27 Hubo además cien talentos de plata para hacer de fundición las basas del santuario y las basas del velo: en cien basas cien talentos, a talento por basa.
28 Y de los mil setecientos setenta y cinco *siclos* hizo los capiteles de las columnas, y cubrió los capiteles de ellas, y las ciñó.
29 Y el latón de la ofrenda fue setenta talentos, y dos mil cuatrocientos siclos;
30 Del cual hizo las basas de la puerta del tabernáculo de la congregación, y el altar de latón, y su enrejado de latón, y todos los vasos del altar.
31 Y las basas del atrio alrededor, y las basas de la puerta del atrio, y todas las estacas del tabernáculo, y todas las estacas del atrio alrededor.

CAPÍTULO 39

Y DEL jacinto, y púrpura, y carmesí, hicieron las vestimentas del ministerio para ministrar en el santuario, y asimismo hicieron las vestiduras sagradas para Aarón; como el SEÑOR lo había mandado a Moisés.
2 Hizo también el efod de oro, de cárdeno y púrpura y carmesí, y lino torcido.
3 Y extendieron las planchas de oro, y cortaron hilos para tejerlos entre el jacinto, y entre la púrpura, y entre el carmesí, y entre el lino, con delicada obra.
4 Hiciéronle las hombreras que se juntasen; y uníanse en sus dos lados.
5 Y el cinto del efod que estaba sobre él, era de lo mismo, conforme a su obra; de oro, jacinto, y púrpura, y carmesí, y lino torcido; como el SEÑOR lo había mandado a Moisés.
6 Y labraron las piedras de ónix cercadas de engastes de oro, grabadas de grabadura de sello con los nombres de los hijos de Israel:
7 Y púsolas sobre las hombreras del efod, por piedras de memoria a los hijos de Israel; como el SEÑOR lo había a Moisés mandado.
8 Hizo también el racional de primorosa obra, como la obra del efod, de oro, jacinto, y púrpura, y carmesí, y lino torcido.
9 Era cuadrado: doblado hicieron el racional: su longitud era de un palmo, y de un palmo su anchura, doblado.
10 Y engastaron en él cuatro órdenes de piedras. El primer orden era un sardio, un topacio, y un carbunclo: este el primer orden.
11 El segundo orden, una esmeralda, un zafiro, y un diamante.
12 El tercer orden, un ligurio, una ágata, y una amatista.
13 Y el cuarto orden, un berilo, un ónix, y un jaspe: cercadas y encajadas en sus engastes de oro.
14 Las cuales piedras eran conforme a los nombres de los hijos de Israel, doce según los nombres de ellos; como grabaduras de sello, cada una con su nombre según las doce tribus.
15 Hicieron también sobre el racional las cadenas pequeñas de hechura de trenza, de oro puro.
16 Hicieron asimismo los dos engastes y los dos anillos, de oro; los cuales dos anillos de oro pusieron en los dos cabos del racional.
17 Y pusieron las dos trenzas de

oro en aquellos dos anillos a los
cabos del racional.
18 Y fijaron los dos cabos de las
dos trenzas en los dos engastes,
que pusieron sobre las hombreras del efod, en la parte delantera de él.
19 E hicieron dos anillos de oro,
que pusieron en los dos cabos del
racional en su orilla, a la parte
baja del efod.
20 Hicieron además dos anillos
de oro, los cuales pusieron en las
dos hombreras del efod, abajo en
la parte delantera, delante de su
juntura, sobre el cinto del efod.
21 Y ataron el racional de sus anillos a los anillos del efod con un
cordón de jacinto, para que estuviese sobre el cinto del mismo
efod, y no se apartase el racional del efod; como el SEÑOR lo
había mandado a Moisés.
22 Hizo también el manto del
efod de obra de tejedor, todo de
jacinto,
23 Con su abertura en medio de
él, como el cuello de un coselete,
con un borde en derredor de la
abertura, porque no se rompiese.
24 E hicieron en las orillas del
manto las granadas de jacinto, y
púrpura, y carmesí, y lino torcido.
25 Hicieron también las campanillas de oro puro, las cuales
campanillas pusieron entre
las granadas por las orillas del
manto alrededor entre las granadas:
26 Una campanilla y una granada, una campanilla y una granada alrededor, en las orillas del
manto, para ministrar; como el
SEÑOR lo mandó a Moisés.
27 Igualmente hicieron las túnicas de lino fino de obra de tejedor, para Aarón y para sus hijos;
28 Asimismo la mitra de lino
fino, y los adornos de las tiaras
de lino fino, y los pañetes de lino,
de lino torcido;
29 También el cinto de lino torcido, y de jacinto, y púrpura, y
carmesí, de obra de recamador;
como el SEÑOR lo mandó a Moisés.
30 Hicieron asimismo la plancha
de la corona santa de oro puro, y
escribieron en ella de grabadura
de sello, el rótulo, SANTIDAD AL
SEÑOR.
31 Y pusieron en ella un cordón
de jacinto, para colocarla en alto
sobre la mitra; como el SEÑOR
lo había mandado a Moisés.
32 Y fue acabada toda la obra del
tabernáculo, del tabernáculo de
la congregación: e hicieron los
hijos de Israel como el SEÑOR lo
había mandado a Moisés: así lo
hicieron.
33 Y trajeron el tabernáculo a
Moisés, el tabernáculo y todos
sus vasos; sus corchetes, sus tablas, sus barras, y sus columnas,
y sus basas;
34 Y la cubierta de pieles rojas de
carneros, y la cubierta de pieles
de tejones, y el velo del pabellón;
35 El arca del testimonio, y sus
varas, y el propiciatorio;
36 La mesa, todos sus vasos, y el
pan de la proposición;
37 El candelero limpio, sus candilejas, las lámparas que debían
mantenerse en orden, y todos sus
vasos, y el aceite para la luminaria;
38 Y el altar de oro, y el aceite de
la unción, y el perfume aromático, y el pabellón para la puerta
del tabernáculo;
39 El altar de latón, con su en-

rejado de latón, sus varas, y todos sus vasos; y la fuente, y su basa;
40 Las cortinas del atrio, y sus columnas, y sus basas, y el pabellón para la puerta del atrio, y sus cuerdas, y sus estacas, y todos los vasos del servicio del tabernáculo, del tabernáculo de la congregación;
41 Las vestimentas del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras para Aarón el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos, para ministrar en el sacerdocio.
42 En conformidad a todas las cosas que el SEÑOR había mandado a Moisés, así hicieron los hijos de Israel toda la obra.
43 Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que la habían hecho como el SEÑOR había mandado; y bendíjolos.

CAPÍTULO 40

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 En el primer día del mes primero harás levantar el tabernáculo, el tabernáculo de la congregación:
3 Y pondrás en él el arca del testimonio, y cubrirás el arca con el velo:
4 Y meterás la mesa, y la pondrás en orden: meterás también el candelero, y encenderás sus lámparas:
5 Y pondrás el altar de oro para el perfume delante del arca del testimonio, y pondrás el pabellón delante de la puerta del tabernáculo.
6 Después pondrás el altar de la ofrenda quemada delante de la puerta del tabernáculo, del tabernáculo de la congregación.
7 Luego pondrás la fuente entre el tabernáculo de la congregación y el altar; y pondrás agua en ella.
8 Finalmente pondrás el atrio en derredor, y el pabellón de la puerta del atrio.
9 Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y le santificarás con todos sus vasos, y será santo.
10 Ungirás también el altar de la ofrenda quemada y todos sus vasos: y santificarás el altar, y será un altar santísimo.
11 Asimismo ungirás la fuente y su basa, y la santificarás.
12 Y harás llegar a Aarón y a sus hijos a la puerta del tabernáculo de la congregación, y los lavarás con agua.
13 Y harás vestir a Aarón las vestiduras sagradas, y lo ungirás, y lo consagrarás, para que sea mi sacerdote.
14 Después harás llegar sus hijos, y les vestirás las túnicas:
15 Y los ungirás como ungiste a su padre, y serán mis sacerdotes: y será que su unción les servirá por sacerdocio perpetuo por sus generaciones.
16 Y Moisés hizo conforme a todo lo que el SEÑOR le mandó; así lo hizo.
17 Y así en el día primero del primer mes, en el segundo año, el tabernáculo fue erigido.
18 Y Moisés hizo levantar el tabernáculo, y asentó sus basas, y colocó sus tablas, y puso sus barras, e hizo alzar sus columnas.
19 Y extendió la tienda sobre el tabernáculo, y puso la sobrecubierta encima del mismo; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
20 Y tomó y puso el testimonio

dentro del arca, y colocó las varas en el arca, y encima el propiciatorio sobre el arca:
21 Y metió el arca en el tabernáculo, y puso el velo de la tienda, y cubrió el arca del testimonio; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
22 Y puso la mesa en el tabernáculo de la congregación, al lado septentrional del pabellón, fuera del velo:
23 Y sobre ella puso por orden los panes delante del SEÑOR, como el SEÑOR había mandado a Moisés.
24 Y puso el candelero en el tabernáculo de la congregación, enfrente de la mesa, al lado meridional del pabellón.
25 Y encendió las lámparas delante del SEÑOR; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
26 Puso también el altar de oro en el tabernáculo de la congregación, delante del velo:
27 Y encendió sobre él el perfume aromático; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
28 Puso asimismo la cortina de la puerta del tabernáculo.
29 Y colocó el altar de la ofrenda quemada a la puerta del tabernáculo, tabernáculo de la congregación; y ofreció sobre él la ofrenda quemada y presente; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
30 Y puso la fuente entre el tabernáculo de la congregación y el altar; y puso en ella agua para lavar.
31 Y Moisés y Aarón y sus hijos lavaban en ella sus manos y sus pies.
32 Cuando entraban en el tabernáculo de la congregación, y cuando se llegaban al altar, se lavaban; como el SEÑOR había mandado a Moisés.
33 Finalmente erigió el atrio en derredor del tabernáculo y del altar, y puso la cortina de la puerta del atrio. Y así acabó Moisés la obra.
34 Entonces una nube cubrió el tabernáculo de la congregación, y la gloria del SEÑOR hinchió el tabernáculo.
35 Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de la congregación, porque la nube estaba sobre él, y la gloria del SEÑOR lo tenía lleno.
36 Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas:
37 Pero si la nube no se alzaba, no se partían hasta el día en que ella se alzaba.
38 Porque la nube del SEÑOR estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche en él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.

El Tercer Libro de Moisés, Llamado
LEVÍTICO

CAPÍTULO 1

Y LLAMÓ el SEÑOR a Moisés, y
habló con él desde el taber-
náculo de la congregación, di-
ciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y
díles: Cuando alguno de entre
vosotros ofreciere ofrenda al
SEÑOR, de ganado vacuno u
ovejuno haréis vuestra ofrenda.
3 Si su ofrenda *fuere* una ofren-
da quemada de vacas, macho sin
tacha lo ofrecerá: de su voluntad
lo ofrecerá a la puerta del taber-
náculo de la congregación delan-
te del SEÑOR.
4 Y pondrá su mano sobre la ca-
beza de la ofrenda quemada; y él
lo aceptará para expiarle.
5 Entonces degollará el becerro
en la presencia del SEÑOR; y los
sacerdotes, hijos de Aarón, ofre-
cerán la sangre, y rociarán la
sangre alrededor sobre el altar, el
cual está a la puerta del taberná-
culo de la congregación.
6 Y desollará la ofrenda quema-
da, y lo dividirá en sus piezas.
7 Y los hijos de Aarón sacerdo-
te pondrán fuego sobre el altar,
y compondrán la leña sobre el
fuego.
8 Luego los sacerdotes, hijos de
Aarón, acomodarán las piezas,
la cabeza y el redaño, sobre la
leña que está sobre el fuego, que
habrá encima del altar:
9 Y lavará con agua sus intestinos
y sus piernas: y el sacerdote hará
arder todo sobre el altar: ofrenda
quemada *es*, ofrenda hecha por
fuego, de olor suave al SEÑOR.
10 Y si su ofrenda para sacrificio
quemado fuere de ovejas, de los
corderos, o de las cabras, macho
sin defecto lo ofrecerá.
11 Y ha de degollarlo al lado sep-
tentrional del altar delante del
SEÑOR: y los sacerdotes, hijos
de Aarón, rociarán su sangre
sobre el altar alrededor.
12 Y lo dividirá en sus piezas,
con su cabeza y su redaño; y el
sacerdote las acomodará sobre la
leña que está sobre el fuego, que
habrá encima del altar;
13 Y lavará sus entrañas y sus
piernas con agua; y el sacerdote
lo ofrecerá todo, y harálo arder
sobre el altar; ofrenda quemada
es, ofrenda hecha por fuego, de
olor suave al SEÑOR.
14 Y si la ofrenda quemada se
hubiere de ofrecer al SEÑOR de
aves, presentará su ofrenda de
tórtolas, o de palominos.
15 Y el sacerdote la ofrecerá
sobre el altar, y ha de quitarle
la cabeza, y hará que arda en el
altar; y su sangre será exprimida
sobre la pared del altar.
16 Y le ha de quitar el buche y las
plumas, lo cual echará junto al
altar, hacia el oriente, en el lugar
de las cenizas.
17 Y la henderá por sus alas,
mas no la dividirá en dos: y el
sacerdote la hará arder sobre el
altar, sobre la leña que estará
en el fuego; ofrenda quemada *es*,
ofrenda hecha por fuego, de olor
suave al SEÑOR.

CAPÍTULO 2

Y CUANDO alguna persona ofreciere oblación de presente al SEÑOR, su ofrenda será flor de harina, sobre la cual echará aceite, y pondrá sobre ella incienso:

2 Y la traerá a los sacerdotes, hijos de Aarón; y de ello tomará el sacerdote su puño lleno de su flor de harina y de su aceite, con todo su incienso, y lo hará arder sobre el altar: ofrenda hecha por fuego para recuerdo, de olor suave al SEÑOR.

3 Y la sobra de la ofrenda será de Aarón y de sus hijos: es cosa santísima de las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR.

4 Y cuando ofrecieres ofrenda de presente cocida en horno, será de tortas de flor de harina sin levadura, amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite.

5 Mas si tu presente fuere ofrenda de sartén, será de flor de harina sin levadura, amasada con aceite,

6 La cual partirás en piezas, y echarás sobre ella aceite: es presente.

7 Y si tu presente fuere ofrenda *cocida* en cazuela, haráse de flor de harina con aceite.

8 Y traerás al SEÑOR la ofrenda que se hará de estas cosas, y la presentarás al sacerdote, el cual la llegará al altar.

9 Y tomará el sacerdote de aquella ofrenda, en memoria del mismo, y harálo arder sobre el altar; es ofrenda hecha por fuego, de suave olor al SEÑOR.

10 Y lo restante de la ofrenda será de Aarón y de sus hijos: es cosa santísima de las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR.

11 Ninguna ofrenda que ofreciereis al SEÑOR, será con levadura: porque de ninguna cosa leuda, ni de ninguna miel, se ha de quemar en ofrenda hecha por fuego al SEÑOR.

12 En la ofrenda de las primicias las ofreceréis al SEÑOR: mas no serán quemadas sobre el altar en olor de suavidad.

13 Y sazonarás toda ofrenda de tu presente con sal; y no harás que falte jamás de tu presente la sal del pacto de tu Dios: en toda ofrenda tuya ofrecerás sal.

14 Y si ofrecieres al SEÑOR presente de primicias, tostarás al fuego las espigas verdes, y el grano desmenuzado ofrecerás por ofrenda de tus primicias.

15 Y pondrás sobre ella aceite, y pondrás sobre ella incienso: es presente.

16 Y el sacerdote hará arder, en memoria del don, parte de su grano desmenuzado, y de su aceite con todo su incienso; es ofrenda hecha por fuego al SEÑOR.

CAPÍTULO 3

Y SI su ofrenda fuere sacrificio de paces, si hubiere de ofrecerlo de ganado vacuno, sea macho o hembra, sin defecto lo ofrecerá delante del SEÑOR:

2 Y pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda, y la degollará a la puerta del tabernáculo de la congregación; y los sacerdotes, hijos de Aarón, rociarán su sangre sobre el altar en derredor.

3 Luego ofrecerá del sacrificio de las paces, por ofrenda hecha por fuego al SEÑOR, el sebo que cubre los intestinos, y todo el sebo que está sobre las entrañas,

4 Y los dos riñones, y el sebo que
está sobre ellos, y sobre los ija-
res, y con los riñones quitará el
redaño que está sobre el hígado.
5 Y los hijos de Aarón harán arder
esto en el altar, sobre la ofren-
da quemada que estará sobre la
leña que habrá encima del fuego;
es ofrenda hecha por fuego, de
olor suave al SEÑOR.
6 Mas si de ovejas fuere su
ofrenda para sacrificio de paces
al SEÑOR, sea macho o hembra,
ofreceréla sin tacha.
7 Si ofreciere cordero por su
ofrenda, ha de ofrecerlo delante
del SEÑOR:
8 Y pondrá su mano sobre la ca-
beza de su ofrenda, y después la
degollará delante del taberná-
culo de la congregación; y los
hijos de Aarón rociarán su san-
gre sobre el altar en derredor.
9 Y del sacrificio de las paces
ofrecerá por ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR; su sebo, y la
cola entera, la cual quitará a raíz
del espinazo; y el sebo que cubre
los intestinos, y todo el sebo que
está sobre las entrañas:
10 Asimismo los dos riñones, y
el sebo que está sobre ellos, y el
que está sobre los ijares, y con
los riñones quitará el redaño de
sobre el hígado.
11 Y el sacerdote hará arder esto
sobre el altar; vianda de ofrenda
hecha por fuego al SEÑOR.
12 Y si fuere cabra su ofrenda
ofreceréla delante del SEÑOR:
13 Y pondrá su mano sobre la ca-
beza de ella, y la degollará de-
lante del tabernáculo de la con-
gregación; y los hijos de Aarón
rociarán su sangre sobre el altar
en derredor.
14 Después ofrecerá de ella
su ofrenda hecha por fuego al
SEÑOR; el sebo que cubre los in-
testinos, y todo el sebo que está
sobre las entrañas,
15 Y los dos riñones, y el sebo
que está sobre ellos, y el que está
sobre los ijares, y con los riñones
quitará el redaño de sobre el hí-
gado.
16 Y el sacerdote hará arder esto
sobre el altar; es la vianda de la
ofrenda hecha por fuego en olor
de suavidad al SEÑOR: el sebo
todo es del SEÑOR.
17 Estatuto perpetuo por vues-
tras edades; en todas vuestras
moradas, ningún sebo ni ningu-
na sangre comeréis.

CAPÍTULO 4

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, di-
ciendo: Cuando alguna persona
pecare por yerro en alguno de los
mandamientos del SEÑOR sobre
cosas que no se han de hacer, y
obrare contra alguno de ellos;
3 Si sacerdote ungido pecare
según el pecado del pueblo, ofre-
cerá al SEÑOR, por su pecado
que habrá cometido, un becerro
sin tacha para expiación.
4 Y traerá el becerro a la puerta
del tabernáculo de la congrega-
ción delante del SEÑOR, y pon-
drá su mano sobre la cabeza del
becerro, y lo degollará delante
del SEÑOR.
5 Y el sacerdote ungido toma-
rá de la sangre del becerro, y
la traerá al tabernáculo de la
congregación;
6 Y mojará el sacerdote su dedo
en la sangre, y rociará de aque-
lla sangre siete veces delante del
SEÑOR, hacia el velo del santuario.

7 Y pondrá el sacerdote de la sangre sobre los cuernos del altar del perfume aromático, que está en el tabernáculo de la congregación delante del SEÑOR: y echará toda la sangre del becerro al pie del altar de la ofrenda quemada, que está a la puerta del tabernáculo de la congregación.
8 Y tomará del becerro para la expiación todo su sebo, el sebo que cubre los intestinos, y todo el sebo que está sobre las entrañas,
9 Y los dos riñones, y el sebo que está sobre ellos, y el que está sobre los ijares, y con los riñones quitará el redaño de sobre el hígado,
10 De la manera que se quita del buey del sacrificio de las paces: y el sacerdote lo hará arder sobre el altar de la ofrenda quemada.
11 Y el cuero del becerro, y toda su carne, con su cabeza, y sus piernas, y sus intestinos, y su estiércol,
12 En fin, todo el becerro sacará fuera del campo, a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña: en donde se echan las cenizas será quemado.
13 Y si toda la congregación de Israel hubiere errado, y el negocio estuviere oculto a los ojos del pueblo, y hubieren hecho algo contra alguno de los mandamientos del SEÑOR en cosas que no se han de hacer, y fueren culpables;
14 Luego que fuere entendido el pecado sobre que delinquieron, la congregación ofrecerá un becerro por expiación, y lo traerán delante del tabernáculo de la congregación.
15 Y los ancianos de la congregación pondrán sus manos sobre la cabeza del becerro delante del SEÑOR; y en presencia del SEÑOR degollarán aquel becerro.
16 Y el sacerdote ungido meterá de la sangre del becerro en el tabernáculo de la congregación:
17 Y mojará el sacerdote su dedo en la misma sangre, y rociará siete veces delante del SEÑOR hacia el velo.
18 Y de aquella sangre pondrá sobre los cuernos del altar que está delante del SEÑOR en el tabernáculo de la congregación, y derramará toda la sangre al pie del altar de la ofrenda quemada, que está a la puerta del tabernáculo de la congregación.
19 Y le quitará todo el sebo, y harálo arder sobre el altar.
20 Y hará de aquel becerro como hizo con el becerro de la expiación; lo mismo hará de él: así hará el sacerdote expiación por ellos, y obtendrán perdón.
21 Y sacará el becerro fuera del campamento, y lo quemará como quemó el primer becerro; expiación de la congregación.
22 Y cuando pecare el príncipe, e hiciere por yerro algo contra alguno de todos los mandamientos del SEÑOR su Dios, sobre cosas que no se han de hacer, y pecare;
23 Luego que le fuere conocido su pecado en que ha delinquido, presentará por su ofrenda un macho cabrío sin defecto;
24 Y pondrá su mano sobre la cabeza del macho cabrío, y lo degollará en el lugar donde se degüella la ofrenda quemada delante del SEÑOR; es expiación.
25 Y tomará el sacerdote con su dedo de la sangre de la expia-

ción, y pondrá sobre los cuernos del altar de la ofrenda quemada, y derramará la sangre al pie del altar de la ofrenda quemada:
26 Y quemará todo su sebo sobre el altar, como el sebo del sacrificio de las paces: así hará el sacerdote por él la expiación de su pecado, y tendrá perdón.
27 Y si alguna persona del común del pueblo pecare por yerro, haciendo algo contra alguno de los mandamientos del SEÑOR en cosas que no se han de hacer, y delinquiere;
28 Luego que le fuere conocido su pecado que cometió, traerá por su ofrenda una hembra de las cabras, una cabra sin defecto, por su pecado que habrá cometido:
29 Y pondrá su mano sobre la cabeza de la expiación, y la degollará en el lugar de la ofrenda quemada.
30 Luego tomará el sacerdote en su dedo de su sangre, y pondrá sobre los cuernos del altar de la ofrenda quemada, y derramará toda su sangre al pie del altar:
31 Y le quitará todo su sebo, de la manera que fue quitado el sebo del sacrificio de las paces; y el sacerdote lo hará arder sobre el altar en olor de suavidad al SEÑOR: así hará el sacerdote expiación por él, y será perdonado.
32 Y si trajere cordero para su ofrenda por el pecado, hembra sin defecto traerá:
33 Y pondrá su mano sobre la cabeza de la expiación y la degollará por expiación en el lugar donde se degüella la ofrenda quemada.
34 Después tomará el sacerdote con su dedo de la sangre de la expiación, y pondrá sobre los cuernos del altar de la ofrenda quemada; y derramará toda la sangre al pie del altar:
35 Y le quitará todo su sebo, como fue quitado el sebo del sacrificio de las paces, y harálo el sacerdote arder en el altar, conforme a la ofrenda hecha por fuego al SEÑOR: y le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido, y le será perdonado.

CAPÍTULO 5

Y CUANDO alguna persona pecare, que hubiere oído la voz del que juró, y él fuere testigo que vio, o supo, si no lo denunciare, él llevará su pecado.
2 Asimismo la persona que hubiere tocado en cualquiera cosa inmunda, sea cuerpo muerto de bestia inmunda, o cuerpo muerto de animal inmundo, o cuerpo muerto de reptil inmundo, bien que no lo supiere, será inmunda y habrá delinquido:
3 O si tocare a hombre inmundo en cualquiera inmundicia suya de que es inmundo, y no lo echare de ver; si después llega a saberlo, será culpable.
4 También la persona que jurare, pronunciando con sus labios hacer mal o bien, en cualesquiera cosas que el hombre profiere con juramento, y él no lo conociere; si *después* lo entiende, será culpado en una de estas *cosas*.
5 Y será que cuando pecare en alguna de estas *cosas*, confesará aquello en que pecó:
6 Y para su expiación traerá al SEÑOR por su pecado que ha cometido, una hembra de los re-

baños, una cordera o una cabra como ofrenda de expiación; y el sacerdote hará expiación por él de su pecado.
7 Y si no le alcanzare para un cordero, traerá en expiación por su pecado que cometió, dos tórtolas o dos palominos al SEÑOR; el uno para expiación, y el otro para ofrenda quemada.
8 Y ha de traerlos al sacerdote, el cual ofrecerá primero el que es para expiación, y desunirá su cabeza de su cuello, mas no la apartará del todo:
9 Y rociará de la sangre de la expiación sobre la pared del altar; y lo que sobrare de la sangre lo exprimirá al pie del altar; es expiación.
10 Y del otro hará ofrenda quemada conforme a la manera; y hará por él el sacerdote expiación de su pecado que cometió, y será perdonado.
11 Mas si su posibilidad no alcanzare para dos tórtolas, o dos palominos, el que pecó traerá por su ofrenda la décima parte de un efa de flor de harina por expiación. No pondrá sobre ella aceite, ni sobre ella pondrá incienso, porque es expiación.
12 Traerála, pues, al sacerdote, y el sacerdote tomará de ella su puño lleno, en memoria suya, y la hará arder en el altar, conforme a las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR: es expiación.
13 Y hará el sacerdote expiación por él de su pecado que cometió en alguna de estas cosas, y será perdonado; y *el sobrante* será del sacerdote, como el presente de vianda.
14 Habló más el SEÑOR a Moisés, diciendo:
15 Cuando alguna persona cometiere falta, y pecare por yerro en las cosas santificadas al SEÑOR, traerá su expiación al SEÑOR, un carnero sin tacha de los rebaños, conforme a tu estimación, en siclos de plata del siclo del santuario, en ofrenda por el pecado:
16 Y pagará aquello de las cosas santas en que hubiere pecado, y añadirá a ello el quinto, y lo dará al sacerdote: y el sacerdote hará expiación por él con el carnero del sacrificio por el pecado, y será perdonado.
17 Finalmente, si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento del SEÑOR no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable, y llevará su pecado.
18 Traerá, pues, al sacerdote por expiación, según tú lo estimes, un carnero sin tacha de los rebaños: y el sacerdote hará expiación por él de su yerro que cometió por ignorancia, y será perdonado.
19 Es infracción, y ciertamente delinquió contra el SEÑOR.

CAPÍTULO 6

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Cuando una persona pecare, e hiciere prevaricación contra el SEÑOR, y negare a su prójimo lo encomendado, o dejado en su mano, o bien robare, o calumniare a su prójimo;
3 O sea que hallando lo perdido, después lo negare, y jurare en falso, en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre:
4 Entonces será que, puesto habrá pecado y ofendido, restituirá

aquello que robó, o por el daño
de la calumnia, o el depósito que
se le encomendó, o lo perdido que
halló,
5 O todo aquello sobre que hubie-
re jurado falsamente; lo restituirá,
pues, por entero, y añadirá a ello
la quinta parte, que ha de pagar a
aquel a quien pertenece en el día
de su expiación.
6 Y por su expiación traerá al
SEÑOR un carnero sin tacha de
los rebaños, conforme a tu esti-
mación, al sacerdote para la ex-
piación.
7 Y el sacerdote hará expiación
por él delante del SEÑOR, y obten-
drá perdón de cualquiera de todas
las cosas en que suele ofender.
8 Habló aún el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
9 Manda a Aarón y a sus hijos di-
ciendo: Ésta *es* la ley de la ofren-
da quemada: *Es* ofrenda quemada,
porque se quema sobre el altar
toda la noche hasta la mañana, y
el fuego del altar arderá en él.
10 Y el sacerdote se pondrá su ves-
timenta de lino, y se vestirá pañe-
tes de lino sobre su carne; y cuan-
do el fuego hubiere consumido la
ofrenda quemada, apartará él las
cenizas de sobre el altar, y pon-
drálas junto al altar.
11 Después se desnudará de sus
vestimentas, y se pondrá otras
vestiduras, y sacará las cenizas
fuera del real al lugar limpio.
12 Y el fuego encendido sobre el
altar no ha de apagarse, sino que
el sacerdote pondrá en él leña
cada mañana, y acomodará sobre
él la ofrenda quemada, y quemará
sobre él los sebos de las paces.
13 El fuego ha de arder conti-
nuamente en el altar; no se apa-
gará.
14 Y ésta es la ley del presen-
te: Han de ofrecerlo los hijos de
Aarón delante del SEÑOR, delan-
te del altar.
15 Y tomará de él un puñado de la
flor de harina del presente, y de
su aceite, y todo el incienso que
está sobre el presente, y harálo
arder sobre el altar por memoria,
en olor suavísimo al SEÑOR.
16 Y el sobrante de ella lo come-
rán Aarón y sus hijos: sin levadu-
ra se comerá en el lugar santo; en
el atrio del tabernáculo de la con-
gregación lo comerán.
17 No se cocerá con levadura:
helo dado a ellos por su por-
ción de mis ofrendas hechas por
fuego; es cosa santísima, como la
expiación por el pecado, y como
la expiación por la culpa.
18 Todos los varones de los hijos
de Aarón comerán de ella. Esta-
tuto perpetuo será para vuestras
generaciones tocante a las ofren-
das hechas por fuego del SEÑOR:
toda cosa que tocare en ellas será
santificada.
19 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
20 Ésta *es* la ofrenda de Aarón
y de sus hijos, que ofrecerán al
SEÑOR el día que serán ungidos:
la décima parte de un efa de flor
de harina, presente perpetuo, la
mitad a la mañana y la mitad a
la tarde.
21 En sartén se aderezará con
aceite; frita la traerás, y los peda-
zos cocidos del presente ofrece-
rás al SEÑOR en olor de suavidad.
22 Y el sacerdote que en lugar de
Aarón fuere ungido de entre sus
hijos, hará la ofrenda; estatuto
perpetuo del SEÑOR: toda ella
será quemada.
23 Y todo presente de sacerdote

será enteramente quemado; no
se comerá.
24 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
25 Habla a Aarón y a sus hijos,
diciendo: Ésta *es* la ley de la expiación: en el lugar donde será
degollado la ofrenda quemada,
será degollada la expiación por
el pecado delante del SEÑOR: es
cosa santísima.
26 El sacerdote que la ofreciere
por expiación, la comerá: en el
lugar santo será comida, en el
atrio del tabernáculo de la congregación.
27 Todo lo que en su carne tocare, será santificado; y si cayere
de su sangre sobre el vestido, lavarás aquello sobre que cayere,
en el lugar santo.
28 Y la vasija de barro en que
fuere cocida, será quebrada: y si
fuere cocida en vasija de latón,
será fregada y lavada con agua.
29 Todo varón de entre los sacerdotes la comerá: es cosa santísima.
30 Mas no se comerá de expiación alguna, de cuya sangre se
metiere en el tabernáculo de la
congregación para reconciliar en
el santuario: al fuego será quemada.

CAPÍTULO 7

ASIMISMO ésta es la ley de la
expiación de la culpa: es
cosa muy santa.
2 En el lugar donde degollaren la
ofrenda quemada, degollarán la
víctima por la culpa; y rociará su
sangre en derredor sobre el altar:
3 Y de ella ofrecerá todo su sebo,
la cola, y el sebo que cubre los
intestinos.
4 Y los dos riñones, y el sebo que
está sobre ellos, y el que está
sobre los ijares; y con los riñones quitará el redaño de sobre el
hígado.
5 Y el sacerdote lo hará arder
sobre el altar; ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR: es ofrenda por
la culpa.
6 Todo varón de entre los sacerdotes la comerá: será comida en
el lugar santo: es cosa muy santa.
7 Como la expiación por el pecado, así es la expiación de la culpa:
una misma ley tendrán: será del
sacerdote que habrá hecho la reconciliación con ella.
8 Y el sacerdote que ofreciere
ofrenda quemada de alguno, el
cuero de la ofrenda quemada
que ofreciere, será para él.
9 Asimismo todo presente que se
cociere en horno, y todo el que
fuere aderezado en sartén, o en
cazuela, será del sacerdote que
lo ofreciere.
10 Y todo presente amasado con
aceite, y seco, será de todos los
hijos de Aarón, tanto al uno
como al otro.
11 Y ésta es la ley del sacrificio
de las paces, que se ofrecerá al
SEÑOR:
12 Si se ofreciere en acción de
gracias, ofrecerá por sacrificio de
acción de gracias tortas sin levadura amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con
aceite, y flor de harina frita en
tortas amasadas con aceite.
13 Con tortas de pan leudo ofrecerá su ofrenda en el sacrificio
de acción de gracias de sus paces.
14 Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada al SEÑOR, y será del sacerdote que rociare la sangre de los
pacíficos.

15 Y la carne del sacrificio de sus
pacíficos en acción de gracias, se
comerá en el día que fuere ofrecida: no dejarán de ella nada
para otro día.
16 Mas si el sacrificio de su
ofrenda fuere voto, o voluntario,
el día que ofreciere su sacrificio
será comido; y lo que de él quedare, comerse ha el día siguiente:
17 Y lo que quedare para el tercer día de la carne del sacrificio,
será quemado en el fuego.
18 Y si se comiere de la carne del
sacrificio de sus paces el tercer
día, el que lo ofreciere no será
acepto, ni le será imputado; abominación será, y la persona que
de él comiere llevará su pecado.
19 Y la carne que tocare a alguna
cosa inmunda, no se comerá; al
fuego será quemada; mas cualquiera limpio comerá de aquesta
carne.
20 Y la persona que comiere la
carne del sacrificio de paces, el
cual es del SEÑOR, estando inmunda, aquella persona será cortada de sus pueblos.
21 Además, la persona que tocare alguna cosa inmunda, en inmundicia de hombre, o en animal inmundo, o en cualquiera
abominación inmunda, y comiere la carne del sacrificio de las
paces, el cual es del SEÑOR,
aquella persona será cortada de
sus pueblos.
22 Habló aún el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
23 Habla a los hijos de Israel, diciendo: Ningún sebo de buey, ni
de cordero, ni de cabra, comeréis.
24 El sebo de animal mortecino,
y el sebo del que fue arrebatado
de fieras, se aparejará para cualquiera otro uso, mas no lo comeréis.
25 Porque cualquiera que comiere sebo de animal, del cual se
ofrece al SEÑOR ofrenda hecha
por fuego, la persona que lo comiere, será cortada de sus pueblos.
26 Además, ninguna sangre comeréis en todas vuestras habitaciones, así de aves como de bestias.
27 Cualquiera persona que comiere alguna sangre, la tal persona
será cortada de sus pueblos.
28 Habló más el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
29 Habla a los hijos de Israel, diciendo: El que ofreciere sacrificio
de sus paces al SEÑOR, traerá
su ofrenda del sacrificio de sus
paces al SEÑOR;
30 Sus manos traerán las ofrendas del SEÑOR hechas por fuego:
traerá el sebo con el pecho: el
pecho para que éste sea agitado,
como sacrificio agitado delante
del SEÑOR;
31 Y el sebo lo hará arder el sacerdote en el altar; mas el pecho
será de Aarón y de sus hijos.
32 Y daréis al sacerdote para ser
elevada en ofrenda, la espaldilla derecha de los sacrificios de
vuestras paces.
33 El que de los hijos de Aarón
ofreciere la sangre de las paces,
y el sebo, de él será en porción la
espaldilla derecha;
34 Porque he tomado de los hijos
de Israel, de los sacrificios de sus
paces, el pecho que se agita, y la
espaldilla elevada en ofrenda, y
lo he dado a Aarón el sacerdote y
a sus hijos, por estatuto perpetuo
de los hijos de Israel.
35 Ésta *es* por la unción de Aarón

y la unción de sus hijos, la parte
de ellos en las ofrendas hechas
por fuego al SEÑOR, desde el día
que él los allegó para ser sacer-
dotes del SEÑOR:
36 Lo cual mandó el SEÑOR que
les diesen, desde el día que él los
ungió de entre los hijos de Israel,
por estatuto perpetuo en sus ge-
neraciones.
37 Ésta *es* la ley de la ofrenda
quemada, del presente, de la
expiación por el pecado, y de la
culpa, y de las consagraciones, y
del sacrificio de las paces:
38 La cual intimó el SEÑOR a
Moisés, en el monte de Sinaí, el
día que mandó a los hijos de Is-
rael que ofreciesen sus ofrendas
al SEÑOR en el desierto de Sinaí.

CAPÍTULO 8

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Toma a Aarón y a sus hijos con
él, y las vestimentas, y el aceite
de la unción, y el becerro de la
expiación, y los dos carneros, y
el canastillo de los ázimos;
3 Y reúne toda la congregación
a la puerta del tabernáculo de la
congregación.
4 Hizo, pues, Moisés como el
SEÑOR le mandó, y juntóse la
congregación a la puerta del ta-
bernáculo de la congregación.
5 Y dijo Moisés a la congrega-
ción: Esto es lo que el SEÑOR ha
mandado hacer.
6 Entonces Moisés hizo llegar a
Aarón y a sus hijos, y lavólos con
agua.
7 Y puso sobre él la túnica, y ci-
ñólo con el cinto; vistióle des-
pués el manto, y puso sobre él
el efod, y ciñólo con el cinto del
efod, y ajustólo con él.
8 Púsole luego encima el racional,
y en él puso el Urim y Tumim.
9 Después puso la mitra sobre
su cabeza; y sobre la mitra en su
frente delantera puso la plancha
de oro, la corona santa; como el
SEÑOR había mandado a Moisés.
10 Y tomó Moisés el aceite de la
unción, y ungió el tabernáculo, y
todas las cosas que estaban en él,
y santificólas.
11 Y roció de él sobre el altar
siete veces, y ungió el altar y
todos sus vasos, y la fuente y su
basa, para santificarlos.
12 Y derramó del aceite de la un-
ción sobre la cabeza de Aarón, y
ungiólo para santificarlo.
13 Después Moisés hizo llegar
los hijos de Aarón, y vistióles
las túnicas, y ciñólos con cin-
tos, y ajustóles las tiaras, como
el SEÑOR lo había mandado a
Moisés.
14 Hizo luego llegar el becerro de
la expiación, y Aarón y sus hijos
pusieron sus manos sobre la ca-
beza del becerro de la expiación.
15 Y degollólo; y Moisés tomó la
sangre, y puso con su dedo sobre
los cuernos del altar alrededor, y
purificó el altar; y echó la demás
sangre al pie del altar, y santifi-
cólo para reconciliar sobre él.
16 Después tomó todo el sebo
que estaba sobre los intestinos, y
el redaño del hígado, y los dos ri-
ñones, y el sebo de ellos, e hízolo
Moisés arder sobre el altar.
17 Mas el becerro, y su cuero, y
su carne, y su estiércol, quemólo
al fuego fuera del real; como el
SEÑOR lo había mandado a Moi-
sés.
18 Después hizo llegar el carnero
para la ofrenda quemada, y Aarón
y sus hijos pusieron sus manos

sobre la cabeza del carnero:
19 Y degollólo; y roció Moisés la
sangre sobre el altar en derredor.
20 Y cortó el carnero en trozos: y
Moisés hizo arder la cabeza, y los
trozos, y el sebo.
21 Lavó luego con agua los in-
testinos y piernas, y quemó
Moisés todo el carnero sobre el
altar: ofrenda quemada en olor
de suavidad, ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR; como lo había
el SEÑOR mandado a Moisés.
22 Después hizo llegar el otro
carnero, el carnero de las consa-
graciones, y Aarón y sus hijos
pusieron sus manos sobre la ca-
beza del carnero:
23 Y degollólo; y tomó Moisés de
su sangre, y puso sobre la ternilla
de la oreja derecha de Aarón, y
sobre el dedo pulgar de su mano
derecha, y sobre el dedo pulgar
de su pie derecho.
24 Hizo llegar luego los hijos de
Aarón, y puso Moisés de la san-
gre sobre la ternilla de sus orejas
derechas, y sobre los pulgares de
sus manos derechas, y sobre los
pulgares de sus pies derechos: y
roció Moisés la sangre sobre el
altar en derredor;
25 Y después tomó el sebo, y la
cola, y todo el sebo que estaba
sobre los intestinos, y el redaño
del hígado, y los dos riñones, y
el sebo de ellos, y la espaldilla
derecha;
26 Y del canastillo de los ázimos,
que estaba delante del SEÑOR,
tomó una torta sin levadura, y
una torta de pan de aceite, y una
lasaña, y púsolo con el sebo y
con la espaldilla derecha;
27 Y púsolo todo en las manos
de Aarón, y en las manos de
sus hijos, e hízolo mecer: ofren-
da agitada delante del SEÑOR.
28 Después tomó aquellas cosas
Moisés de las manos de ellos, e
hízolas arder en el altar sobre la
ofrenda quemada: las consagra-
ciones en olor de suavidad, ofren-
da hecha por fuego al SEÑOR.
29 Y tomó Moisés el pecho, y
meciólo, ofrenda agitada delan-
te del SEÑOR: del carnero de las
consagraciones aquella fue la
parte de Moisés; como el SEÑOR
lo había mandado a Moisés.
30 Luego tomó Moisés del acei-
te de la unción, y de la sangre
que estaba sobre el altar, y roció
sobre Aarón, y sobre sus vestidu-
ras, sobre sus hijos, y sobre las
vestiduras de sus hijos con él; y
santificó a Aarón, y sus vestidu-
ras, y a sus hijos, y las vestiduras
de sus hijos con él.
31 Y dijo Moisés a Aarón y a sus
hijos: Comed la carne a la puerta
del tabernáculo de la congrega-
ción; y comedla allí con el pan
que está en el canastillo de las
consagraciones, según yo he
mandado, diciendo: Aarón y sus
hijos la comerán.
32 Y lo que sobrare de la carne
y del pan, habéis de quemarlo al
fuego.
33 De la puerta del tabernáculo
de la congregación no saldréis
en siete días, hasta el día que se
cumplieren los días de vuestras
consagraciones: porque por siete
días seréis consagrados.
34 De la manera que hoy se ha
hecho, mandó hacer el SEÑOR
para expiaros.
35 A la puerta, pues, del taberná-
culo de la congregación esta-
réis día y noche por siete días, y
guardaréis la ordenanza delante
del SEÑOR, para que no muráis;

porque así me ha sido mandado.
36 Y Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que mandó el SEÑOR por medio de Moisés.

CAPÍTULO 9

Y SUCEDIÓ en el día octavo, *que* Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a los ancianos de Israel;
2 Y dijo a Aarón: Toma de la vacada un becerro para expiación, y un carnero para ofrenda quemada, sin defecto, y ofréce*los* delante del SEÑOR.
3 Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Tomad un macho cabrío para expiación, y un becerro y un cordero *ambos* de un año, sin tacha, para ofrenda quemada;
4 Asimismo un buey y un carnero para sacrificios de paz, que inmoléis delante del SEÑOR; y un presente amasado con aceite: porque el SEÑOR se aparecerá hoy a vosotros.
5 Y llevaron *lo* que mandó Moisés delante del tabernáculo de la congregación, y llegóse toda la congregación, y pusiéronse delante del SEÑOR.
6 Entonces Moisés dijo: Esto *es* lo que mandó el SEÑOR; hacedlo, y la gloria del SEÑOR se os aparecerá.
7 Y dijo Moisés a Aarón: Llégate al altar, y haz tu expiación, y tu ofrenda quemada, y haz la reconciliación por ti y por el pueblo: haz también la ofrenda del pueblo, y haz la reconciliación por ellos; como ha mandado el SEÑOR.
8 Entonces llegóse Aarón al altar; y degolló su becerro de la expiación que *era* por él.
9 Y los hijos de Aarón le trajeron la sangre; y él mojó su dedo en la sangre, y *la* puso sobre los cuernos del altar, y derramó la demás sangre al pie del altar;
10 Y el sebo y riñones y redaño del hígado, de la expiación, hízolos arder sobre el altar; como el SEÑOR lo había mandado a Moisés.
11 Mas la carne y el cuero los quemó al fuego fuera del campamento.
12 Y degolló la ofrenda quemada, y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual roció él alrededor sobre el altar.
13 Y presentáronle la ofrenda quemada, a trozos, y la cabeza; e hízo*los* quemar sobre el altar.
14 Y lavó los intestinos y las piernas, y quemó*los* sobre la ofrenda quemada en el altar.
15 Y ofreció la ofrenda del pueblo, y tomó el macho cabrío que *era* la ofrenda para el pecado del pueblo, y degollólo, y lo ofreció por el pecado como el primero.
16 Y ofreció la ofrenda quemada, e hizo según la manera.
17 Y ofreció la ofrenda, e hinchió de él su mano, y *lo* hizo quemar sobre el altar, además del sacrificio quemado de la mañana.
18 Degolló también el buey y el carnero *para* sacrificio de ofrendas de paz, que *era* para el pueblo: y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual roció él sobre el altar alrededor,
19 Y los sebos del buey; y del carnero la cola con lo que cubre *las entrañas*, y los riñones, y el redaño *sobre* el hígado:
20 Y pusieron los sebos sobre los pechos, y él quemó los sebos sobre el altar:
21 Empero los pechos, con la espaldilla derecha, meciólos Aarón por ofrenda agitada delante del

SEÑOR; como el SEÑOR lo había
mandado a Moisés.
22 Después alzó Aarón sus manos
hacia el pueblo y bendíjolos: y descendió de hacer la expiación, y la
ofrenda quemada, y el sacrificio
de las paces.
23 Y entraron Moisés y Aarón en el
tabernáculo de la congregación; y
salieron, y bendijeron al pueblo: y
la gloria del SEÑOR se apareció a
todo el pueblo.
24 Y salió fuego de delante del
SEÑOR, y consumió la ofrenda
quemada y los sebos sobre el altar;
y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y cayeron sobre sus rostros.

CAPÍTULO 10

Y LOS hijos de Aarón, Nadab
y Abiú, tomaron cada uno
su incensario, y pusieron fuego
en ellos, sobre el cual pusieron
perfume, y ofrecieron delante
del SEÑOR fuego extraño, que él
nunca les mandó.
2 Y salió fuego de delante del
SEÑOR que los quemó, y murieron delante del SEÑOR.
3 Entonces dijo Moisés a Aarón:
Esto es lo que habló el SEÑOR,
diciendo: En mis allegados me
santificaré, y en presencia de
todo el pueblo seré glorificado. Y
Aarón calló.
4 Y llamó Moisés a Misael, y a
Elzafán, hijos de Uziel, tío de
Aarón, y díjoles: Llegaos y sacad
a vuestros hermanos de delante
del santuario fuera del campo.
5 Y ellos llegaron, y sacáronlos
con sus túnicas fuera del campo,
como dijo Moisés.
6 Entonces Moisés dijo a Aarón,
y a Eleazar y a Itamar, sus hijos:
No descubráis vuestras cabezas,
ni rasguéis vuestros vestidos,
porque no muráis, ni se levante
la ira sobre toda la congregación:
empero vuestros hermanos, toda
la casa de Israel, lamentarán el
incendio que el SEÑOR ha hecho.
7 Ni saldréis de la puerta del tabernáculo de la congregación,
porque moriréis; por cuanto el
aceite de la unción del SEÑOR
está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés.
8 Y el SEÑOR habló a Aarón, diciendo:
9 Tú, y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra, cuando hubiereis de entrar en el tabernáculo de la congregación, porque
no muráis: estatuto perpetuo por
vuestras generaciones;
10 Y para poder discernir entre
lo santo y lo profano, y entre lo
inmundo y lo limpio;
11 Y para enseñar a los hijos de
Israel todos los estatutos que el
SEÑOR les ha dicho por medio
de Moisés.
12 Y Moisés dijo a Aarón, y a
Eleazar y a Itamar, sus hijos que
habían quedado: Tomad la ofrenda que queda de las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR, y comedlo sin levadura junto al altar,
porque es cosa muy santa.
13 Habéis, pues, de comerlo en el
lugar santo: porque esto es fuero
para ti, y fuero para tus hijos, de
las ofrendas hechas por fuego al
SEÑOR, pues que así me ha sido
mandado.
14 Comeréis asimismo en lugar
limpio, tú y tus hijos y tus hijas
contigo, el pecho de la mecida, y
la espaldilla elevada, porque por
fuero para ti, y fuero para tus
hijos, son dados de los sacrificios
de las paces de los hijos de Israel.
15 Ellos traerán la pierna de la

ofrenda alzada y el pecho de la
ofrenda mecida con las ofrendas
hechas por fuego de los sebos,
para que lo mezas por ofrenda
mecida delante del SEÑOR: y
será por fuero perpetuo tuyo, y
de tus hijos contigo, como el
SEÑOR lo ha mandado.
16 Y Moisés demandó el macho
cabrío de la expiación, y hallóse
que era quemado: y enojóse con-
tra Eleazar e Itamar, los hijos de
Aarón que habían quedado, di-
ciendo:
17 ¿Por qué no comisteis la ex-
piación en el lugar santo? por-
que es muy santa, y dióla él a vo-
sotros para llevar la iniquidad de
la congregación, para que sean
reconciliados delante del SEÑOR.
18 Veis que su sangre no fue me-
tida dentro del santuario: habíais
de comerla en el lugar santo,
como yo mandé.
19 Y respondió Aarón a Moisés:
He aquí hoy han ofrecido su ex-
piación y su ofrenda quemada
delante del SEÑOR: pero me han
acontecido estas cosas: pues si
comiera yo hoy de la expiación,
¿Hubiera sido acepto al SEÑOR?
20 Y cuando Moisés oyó esto,
dióse por satisfecho.

CAPÍTULO 11

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y
a Aarón diciéndoles:
2 Hablad a los hijos de Israel, di-
ciendo: Éstos *son* los animales
que comeréis de todos los anima-
les que están sobre la tierra.
3 De entre los animales, todo el
de pezuña, y que tiene las pezu-
ñas hendidas, y que rumia, éste
comeréis.
4 Éstos empero no comeréis de
los que rumian y de los que tienen
pezuña: el camello, porque rumia
mas no tiene pezuña hendida, ha-
béis de tenerlo por inmundo;
5 También el conejo, porque
rumia, mas no tiene pezuña, ten-
dréislo por inmundo;
6 Asimismo la liebre, porque
rumia, mas no tiene pezuña, ten-
dréisla por inmunda;
7 También el puerco, porque
tiene pezuñas, y es de pezuñas
hendidas, mas no rumia, ten-
dréislo por inmundo.
8 De la carne de ellos no come-
réis, ni tocaréis su cuerpo muer-
to: tendréislos por inmundos.
9 Esto comeréis de todas las
cosas que están en las aguas:
todas las cosas que tienen aletas
y escamas en las aguas del mar,
y en los ríos, aquellas comeréis;
10 Mas todas las cosas que no tie-
nen aletas ni escamas en el mar
y en los ríos, así de todo reptil de
agua como de toda cosa vivien-
te que está en las aguas, las ten-
dréis en abominación.
11 Os serán, pues, en abomina-
ción: de su carne no comeréis, y
abominaréis sus cuerpos muertos.
12 Todo lo que no tuviere aletas
y escamas en las aguas, tendréis-
lo en abominación.
13 Y de las aves, éstas tendréis
en abominación; no se comerán,
serán abominación: el águila, el
quebrantahuesos, el esmerejón,
14 El milano, y el buitre según su
género;
15 Todo cuervo según su género;
16 El avestruz, y la lechuza, y el
laro, y el gavilán según su géne-
ro;
17 Y el búho, y el somormujo, y
el ibis,
18 Y el calamón, y el cisne, y el
onocrótalo,

19 Y el herodión, y el caradrión, según su género, y la abubilla, y el murciélago.
20 Todo reptil alado que anduviere sobre cuatro pies, tendréis en abominación.
21 Empero esto comeréis de todo reptil alado que anda sobre cuatro pies, que tuviere piernas además de sus pies para saltar con ellas sobre la tierra;
22 Éstos comeréis de ellos: la langosta según su género, y el langostín según su género, y el aregol según su género, y el haghab según su género.
23 Todo reptil alado que tenga cuatro pies, tendréis en abominación.
24 Y por estas cosas seréis inmundos: cualquiera que tocare a sus cuerpos muertos, será inmundo hasta la tarde:
25 Y cualquiera que llevare de sus cuerpos muertos, lavará sus vestidos, y será inmundo hasta la tarde.
26 Todo animal de pezuña, pero que no tiene pezuña hendida, ni rumia, tendréis por inmundo: cualquiera que los tocare será inmundo.
27 Y de todos los animales que andan a cuatro pies, tendréis por inmundo cualquiera que ande sobre sus garras: cualquiera que tocare sus cuerpos muertos, será inmundo hasta la tarde.
28 Y el que llevare sus cuerpos muertos, lavará sus vestidos, y será inmundo hasta la tarde: habéis de tenerlos por inmundos.
29 Y estos tendréis por inmundos de los reptiles que van arrastrando sobre la tierra: la comadreja, y el ratón, y la rana según su género,
30 Y el erizo, y el lagarto, y el caracol, y la babosa, y el topo.
31 Éstos tendréis por inmundos de todos los reptiles: cualquiera que los tocare, cuando estuvieren muertos, será inmundo hasta la tarde.
32 Y todo aquello sobre que cayere alguno de ellos después de muertos, será inmundo; así vaso de madera, como vestido, o piel, o saco, cualquier instrumento con que se hace obra, será metido en agua, y será inmundo hasta la tarde, y así será limpio.
33 Y toda vasija de barro dentro de la cual cayere alguno de ellos, todo lo que estuviere en ella será inmundo, y quebraréis la vasija:
34 Toda vianda que se come, sobre la cual viniere el agua de *tales vasijas*, será inmunda: y toda bebida que se bebiere, será en todas *esas* vasijas inmunda:
35 Y todo aquello sobre que cayere algo del cuerpo muerto de ellos, será inmundo: el horno u hornillos se derribarán; son inmundos, y por inmundos los tendréis.
36 Con todo, la fuente y la cisterna donde se recogen aguas, serán limpias: mas lo que hubiere tocado en sus cuerpos muertos será inmundo.
37 Y si cayere de sus cuerpos muertos sobre alguna simiente que se haya de sembrar, será limpia.
38 Mas si se hubiere puesto agua en la simiente, y cayere de sus cuerpos muertos sobre ella, tendréisla por inmunda.
39 Y si algún animal que tuviereis para comer se muriere, el que tocare su cuerpo muerto será inmundo hasta la tarde:

40 Y el que comiere de su cuer-
po muerto, lavará sus vestidos,
y será inmundo hasta la tarde:
asimismo el que sacare su cuer-
po muerto, lavará sus vestidos, y
será inmundo hasta la tarde.
41 Y todo reptil que va arrastran-
do sobre la tierra, es abomina-
ción; no se comerá.
42 Todo lo que anda sobre el
pecho, y todo lo que anda sobre
cuatro o más pies, de todo rep-
til que anda arrastrando sobre la
tierra, no lo comeréis, porque es
abominación.
43 No ensuciéis vuestras perso-
nas con ningún reptil que anda
arrastrando, ni os contaminéis
con ellos, ni seáis inmundos por
ellos.
44 Pues que yo soy el SEÑOR
vuestro Dios, vosotros por tanto
os santificaréis, y seréis santos,
porque yo soy SANTO: así que
no ensuciéis vuestras personas
con ningún reptil que anduviere
arrastrando sobre la tierra.
45 Porque yo soy el SEÑOR, que
os hago subir de la tierra de
Egipto para seros por Dios: se-
réis pues santos, porque yo soy
SANTO.
46 Ésta *es* la ley de los animales y
de las aves, y de todo ser vivien-
te que se mueve en las aguas, y
de todo animal que anda arras-
trando sobre la tierra;
47 Para hacer diferencia entre in-
mundo y limpio, y entre los ani-
males que se pueden comer y los
animales que no se pueden comer.

CAPÍTULO 12

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, di-
ciendo: La mujer cuando conci-
biere y pariere varón, será
inmunda siete días; conforme a
los días que está separada por su
menstruo, será inmunda.
3 Y al octavo día circuncidará la
carne de su prepucio.
4 Mas ella permanecerá treinta y
tres días en la sangre de *su* pur-
gación: ninguna cosa santa toca-
rá, ni vendrá al santuario, hasta
que sean cumplidos los días de
su purgación.
5 Y si pariere hembra será inmun-
da dos semanas, conforme a su
separación, y sesenta y seis días
estará purificándose de su sangre.
6 Y cuando los días de su purga-
ción fueren cumplidos, por hijo
o por hija, traerá un cordero de
un año para ofrenda quemada, y
un palomino o una tórtola para
expiación, a la puerta del taber-
náculo de la congregación, al sa-
cerdote:
7 Y él ofrecerá delante del
SEÑOR, y hará expiación por
ella, y será limpia del flujo de su
sangre. Ésta *es* la ley de la que
pariere varón o hembra.
8 Y si no alcanzare su mano
lo suficiente para un cordero,
tomará entonces dos tórtolas o
dos palominos, uno para ofrenda
quemada, y otro para expiación:
y el sacerdote hará expiación por
ella, y será limpia.

CAPÍTULO 13

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y
a Aarón, diciendo:
2 Cuando el hombre tuviere en
la piel de su carne hinchazón,
o postilla, o mancha blanca, y
hubiere en la piel de su carne
como llaga de lepra, será traído
a Aarón el sacerdote, o a uno de
los sacerdotes sus hijos:

3 Y el sacerdote mirará la llaga
en la piel de la carne: si el pelo
en la llaga se ha vuelto blanco,
y pareciere la llaga más hundida
que la tez de la carne, llaga de
lepra es; y el sacerdote le recono-
cerá, y le dará por inmundo.
4 Y si en la piel de su carne hu-
biere mancha blanca, pero no
pareciere más hundida que la tez,
ni su pelo se hubiere vuelto blan-
co, entonces el sacerdote ence-
rrará al llagado por siete días;
5 Y al séptimo día el sacerdote lo
mirará; y si la llaga a su parecer
se hubiere estancado, no habién-
dose extendido en la piel, enton-
ces el sacerdote le volverá a en-
cerrar por otros siete días.
6 Y al séptimo día el sacerdote
le reconocerá de nuevo; y si pa-
rece haberse oscurecido la llaga,
y que no ha cundido en la piel,
entonces el sacerdote lo dará por
limpio: era postilla; y lavará sus
vestidos, y será limpio.
7 Mas si hubiere ido creciendo la
postilla en la piel, después que
fue mostrado al sacerdote para
ser limpio, será visto otra vez del
sacerdote:
8 Y si reconociéndolo el sacerdo-
te, ve que la postilla ha crecido
en la piel, el sacerdote lo dará
por inmundo: es lepra.
9 Cuando hubiere llaga de lepra
en el hombre, será traído al sa-
cerdote;
10 Y el sacerdote mirará, y si pa-
reciere tumor blanco en la piel,
el cual haya mudado el color del
pelo, y se descubre asimismo la
carne viva,
11 Lepra es envejecida en la piel
de su carne; y le dará por inmun-
do el sacerdote, y no le encerrará,
porque es inmundo.
12 Mas si brotare la lepra cun-
diendo por el cutis, y ella cubrie-
re toda la piel del llagado desde
su cabeza hasta sus pies, a toda
vista de ojos del sacerdote;
13 Entonces el sacerdote le reco-
nocerá; y si la lepra hubiere cu-
bierto toda su carne, dará por
limpio al llagado: hase vuelto
toda ella blanca; y él es limpio.
14 Mas el día que apareciere en
él la carne viva, será inmundo.
15 Y el sacerdote mirará la carne
viva, y lo dará por inmundo. Es
inmunda la carne viva: es lepra.
16 Mas cuando la carne viva se
mudare y volviere blanca, enton-
ces vendrá al sacerdote;
17 Y el sacerdote mirará, y si la
llaga se hubiere vuelto blanca, el
sacerdote dará por limpio *al que
tenía* la llaga, y será limpio.
18 Y cuando en la carne, en su
piel, hubiere apostema, y se sa-
nare,
19 Y sucediere en el lugar de la
apostema tumor blanco, o man-
cha blanca embermejecida, será
mostrado al sacerdote:
20 Y el sacerdote mirará; y si
pareciere estar más baja que su
piel, y su pelo se hubiere vuelto
blanco, darálo el sacerdote por
inmundo: es llaga de lepra que
se originó en la apostema.
21 Y si el sacerdote la considera-
re, y no pareciere en ella pelo
blanco, ni estuviere más baja
que la piel, sino oscura, enton-
ces el sacerdote lo encerrará por
siete días:
22 Y si se fuere extendiendo por
la piel, entonces el sacerdote lo
dará por inmundo: es llaga.
23 Empero si la mancha blan-
ca se estuviere en su lugar, que
no haya cundido, es la cos-

tra de la apostema; y el sacerdote lo dará por limpio.
24 Asimismo cuando la carne tuviere en su piel quemadura de fuego, y hubiere en lo sanado del fuego mancha blanquecina, bermejiza o blanca,
25 El sacerdote la mirará; y si el pelo se hubiere vuelto blanco en la mancha, y pareciere estar más hundida que la piel, es lepra que salió en la quemadura; y el sacerdote declarará al sujeto inmundo, por ser llaga de lepra.
26 Mas si el sacerdote la mirare, y no pareciere en la mancha pelo blanco, ni estuviere más baja que la tez, sino que está oscura, le encerrará el sacerdote por siete días;
27 Y al séptimo día el sacerdote la reconocerá: si se hubiere ido extendiendo por la piel, el sacerdote lo dará por inmundo: es llaga de lepra.
28 Empero si la mancha se estuviere en su lugar, y no se hubiere extendido en la piel, sino que está oscura, hinchazón es de la quemadura: darálo el sacerdote por limpio; que señal de la quemadura es.
29 Y al hombre o mujer que le saliere llaga en la cabeza, o en la barba,
30 El sacerdote mirará la llaga; y si pareciere estar más profunda que la tez, y el pelo en ella fuera rubio *y* adelgazado, entonces el sacerdote lo dará por inmundo: es tiña, es lepra de la cabeza o de la barba.
31 Mas cuando el sacerdote hubiere mirado la llaga de la tiña, y no pareciere estar más profunda que la tez, ni fuere en ella pelo negro, el sacerdote encerrará al llagado de la tiña por siete días:
32 Y al séptimo día el sacerdote mirará la llaga: y si la tiña no pareciere haberse extendido, ni hubiere en ella pelo rubio, ni pareciere la tiña más profunda que la tez,
33 Entonces lo trasquilarán, mas no trasquilarán el lugar de la tiña: y encerrará el sacerdote *al que tiene* la tiña por otros siete días.
34 Y al séptimo día mirará el sacerdote la tiña; y si la tiña no hubiere cundido en la piel, ni pareciere estar más profunda que la tez, el sacerdote lo dará por limpio; y lavará sus vestidos, y será limpio.
35 Empero si la tiña se hubiere ido extendiendo en la piel después de su purificación,
36 Entonces el sacerdote la mirará; y si la tiña hubiere cundido en la piel, no busque el sacerdote el pelo rubio, es inmundo.
37 Mas si le pareciere que la tiña está detenida, y que ha salido en ella el pelo negro, la tiña está sanada; él está limpio, y por limpio lo dará el sacerdote.
38 Asimismo el hombre o mujer, cuando en la piel de su carne tuviere manchas, manchas blancas,
39 El sacerdote mirará: y si en la piel de su carne parecieren manchas blancas algo oscurecidas, es empeine que brotó en la piel, está limpia la persona.
40 Y el hombre, cuando se le pelare la cabeza, es calvo, *mas* limpio.
41 Y si a la parte de su rostro se le pelare la cabeza, es calvo por delante, *pero* limpio.
42 Mas cuando en la calva o en la antecalva hubiere llaga blanca

rojiza, lepra es que brota en su
calva o en su antecalva.
43 Entonces el sacerdote lo mira-
rá, y si pareciere la hinchazón de
la llaga blanca rojiza en su calva o
en su antecalva, como el parecer
de la lepra de la tez de la carne,
44 Leproso es, es inmundo; el sa-
cerdote lo dará luego por inmun-
do; en su cabeza tiene su llaga.
45 Y el leproso en quien hubiere
llaga, sus vestidos serán deshe-
chos y su cabeza descubierta, y
embozado pregonará: ¡Inmundo!
¡inmundo!
46 Todo el tiempo que la llaga
estuviere en él, será inmundo;
estará impuro: habitará solo;
fuera del real será su morada.
47 Y cuando en el vestido hubie-
re plaga de lepra, en vestido de
lana, o en vestido de lino;
48 O en estambre o en trama, de
lino o de lana, o en piel, o en
cualquiera obra de piel;
49 Y que la plaga sea verde, o
bermeja, en vestido o en piel, o
en estambre, o en trama, o en
cualquiera obra de piel; plaga es
de lepra, y se ha de mostrar al
sacerdote.
50 Y el sacerdote mirará la plaga,
y encerrará la cosa plagada por
siete días.
51 Y al séptimo día mirará la
plaga: y si hubiere cundido la
plaga en el vestido, o estambre, o
en la trama, o en piel, o en cual-
quiera obra que se hace de pieles,
lepra roedora es la plaga; inmun-
da será.
52 Será quemado el vestido, o
estambre o trama, de lana o de
lino, o cualquiera obra de pieles
en que hubiere tal plaga; porque
lepra roedora es; al fuego será
quemada.
53 Y si el sacerdote mirare, y no
pareciere que la plaga se haya
extendido en el vestido, o estam-
bre, o en la trama, o en cualquie-
ra obra de pieles;
54 Entonces el sacerdote manda-
rá que laven donde está la plaga,
y lo encerrará otra vez por siete
días.
55 Y el sacerdote mirará a la
plaga, después que fuere lava-
da y, he aquí, *si* la plaga no ha
mudado su aspecto, y la plaga
no haya crecido, inmundo *es*; la
quemarás en fuego; es corrosión
penetrante, esté lo raído por den-
tro o por fuera.
56 Mas si el sacerdote la viere, y
pareciere que la plaga se ha oscu-
recido después que fue lavada, la
cortará del vestido, o de la piel, o
del estambre, o de la trama.
57 Y si apareciere más en el ves-
tido, o estambre, o trama, o en
cualquiera cosa de pieles, rever-
deciendo en ella, quemarás al
fuego aquello donde estuviere la
plaga.
58 Empero el vestido, o estam-
bre, o trama, o cualquiera cosa
de piel que lavares, y que se le
quitare la plaga, lavarse ha se-
gunda vez, y entonces será lim-
pia.
59 Ésta *es* la ley de la plaga de
la lepra del vestido de lana o
de lino, o del estambre, o de la
trama, o de cualquiera cosa de
piel, para que sea dada por lim-
pia o por inmunda.

CAPÍTULO 14

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Ésta será la ley del leproso
cuando se limpiare: Será traído
al sacerdote:

3 Y el sacerdote saldrá fuera del
real; y mirará el sacerdote, y
viendo que está sana la plaga de
la lepra del leproso,
4 El sacerdote mandará luego
que se tomen para el que se puri-
fica dos avecillas vivas, limpias,
y palo de cedro, y grana, e hiso-
po;
5 Y mandará el sacerdote matar
la una avecilla en un vaso de
barro sobre aguas vivas;
6 Después tomará la avecilla viva,
y el palo de cedro, y la grana, y el
hisopo, y lo mojará con la aveci-
lla viva en la sangre de la aveci-
lla muerta sobre las aguas vivas:
7 Y rociará siete veces sobre el
que se purifica de la lepra, y le
dará por limpio; y soltará la ave-
cilla viva sobre la faz del campo.
8 Y el que se purifica lavará sus
vestidos, y raerá todos sus pelos,
y se ha de lavar con agua, y será
limpio: y después entrará en el
real, y morará fuera de su tienda
siete días.
9 Y será, que al séptimo día raerá
todos sus pelos, su cabeza, y su
barba, y las cejas de sus ojos; fi-
nalmente, raerá todo su pelo, y
lavará sus vestidos, y lavará su
carne en aguas, y será limpio.
10 Y el día octavo tomará dos
corderos sin defecto, y una cor-
dera de un año sin tacha; y tres
décimas de flor de harina para
presente amasada con aceite, y
un log de aceite.
11 Y el sacerdote que le purifica
presentará con aquellas cosas al
que se ha de limpiar delante del
SEÑOR, a la puerta del taberná-
culo de la congregación:
12 Y tomará el sacerdote un cor-
dero, y ofreceráIo por la culpa,
con el log de aceite, y lo mece-
rá como ofrenda agitada delante
del SEÑOR:
13 Y degollará el cordero en el
lugar donde degüellan la víctima
por el pecado y la ofrenda que-
mada, en el lugar del santuario:
porque como la víctima por el pe-
cado, así también la víctima por
la culpa es del sacerdote: es cosa
muy sagrada.
14 Y tomará el sacerdote de la
sangre de la víctima por la culpa,
y pondrá el sacerdote sobre la ter-
nilla de la oreja derecha del que
se purifica, y sobre el pulgar de
su mano derecha, y sobre el pul-
gar de su pie derecho.
15 Asimismo tomará el sacerdote
del log de aceite, y echará sobre
la palma de su mano izquierda:
16 Y mojará su dedo derecho en
el aceite que tiene en su mano
izquierda, y esparcirá del aceite
con su dedo siete veces delante
del SEÑOR:
17 Y de lo que quedare del aceite
que tiene en su mano, pondrá el
sacerdote sobre la ternilla de la
oreja derecha del que se purifica,
y sobre el pulgar de su mano de-
recha, y sobre el pulgar de su pie
derecho, sobre la sangre de la ex-
piación por la culpa:
18 Y lo que quedare del aceite que
tiene en su mano, pondrá sobre la
cabeza del que se purifica: y hará
el sacerdote expiación por él de-
lante del SEÑOR.
19 Ofrecerá luego el sacerdote el
sacrificio por el pecado, y hará ex-
piación por el que se ha de purifi-
car de su inmundicia, y después
degollará la ofrenda quemada:
20 Y hará subir el sacerdote la
ofrenda quemada y el presente
sobre el altar. Así hará el sacerdo-
te expiación por él, y será limpio.

21 Mas si fuere pobre, que no al-
canzare su mano a tanto, enton-
ces tomará un cordero para ser
ofrecido como ofrenda agitada
por la culpa, para reconciliarse,
y una décima de flor de harina
amasada con aceite para presen-
te, y un log de aceite;
22 Y dos tórtolas, o dos palomi-
nos, lo que alcanzare su mano:
y el uno será para expiación por
el pecado, y el otro para ofrenda
quemada;
23 Las cuales cosas traerá al oc-
tavo día de su purificación al sa-
cerdote, a la puerta del taberná-
culo de la congregación delante
del SEÑOR.
24 Y el sacerdote tomará el cor-
dero de la expiación por la culpa,
y el log de aceite, y mecerálo el
sacerdote como ofrenda agitada
delante del SEÑOR;
25 Luego degollará el cordero de
la culpa, y tomará el sacerdote de
la sangre de la culpa, y pondrá
sobre la ternilla de la oreja dere-
cha del que se purifica, y sobre
el pulgar de su mano derecha, y
sobre el pulgar de su pie derecho.
26 Y el sacerdote echará del acei-
te sobre la palma de su mano iz-
quierda;
27 Y con su dedo derecho rociará
el sacerdote del aceite que tiene
en su mano izquierda, siete veces
delante del SEÑOR.
28 También pondrá el sacerdote
del aceite que tiene en su mano
sobre la ternilla de la oreja dere-
cha del que se purifica, y sobre
el pulgar de su mano derecha, y
sobre el pulgar de su pie dere-
cho, en el lugar de la sangre de
la culpa.
29 Y lo que sobrare del acei-
te que el sacerdote tiene en su
mano, pondrálo sobre la ca-
beza del que se purifica, para
reconciliarlo delante del SEÑOR.
30 Asimismo ofrecerá una de las
tórtolas, o de los palominos, lo
que alcanzare su mano:
31 El uno de lo que alcanzare su
mano, *en* expiación por el peca-
do, y el otro en ofrenda quema-
da, además del presente: y hará
el sacerdote expiación por el
que se ha de purificar, delante
del SEÑOR.
32 Ésta *es* la ley del que hubiere
tenido plaga de lepra, cuya mano
no alcanzare *lo prescrito* para pu-
rificarse.
33 Y habló el SEÑOR a Moisés y
a Aarón, diciendo:
34 Cuando hubieres entrado en
la tierra de Canaán, la cual yo
os doy en posesión, y pusiere yo
plaga de lepra en alguna casa de
la tierra de vuestra posesión,
35 Vendrá aquél cuya fuere la
casa, y dará aviso al sacerdote,
diciendo: Como plaga ha apare-
cido en mi casa.
36 Entonces mandará el sacerdo-
te, y despejarán la casa antes
que el sacerdote entre a mirar la
plaga, por que no sea contamina-
do todo lo que estuviere en la
casa: y después el sacerdote en-
trará a reconocer la casa:
37 Y mirará la plaga: y si se vie-
ren manchas en las paredes de la
casa, cavernillas verdosas o rojas,
las cuales parecieren más hundi-
das que la pared,
38 El sacerdote saldrá de la casa
a la puerta de ella, y cerrará la
casa por siete días.
39 Y al séptimo día volverá el sa-
cerdote, y mirará: y si la plaga
hubiere crecido en las paredes
de la casa,

40 Entonces mandará el sacerdote, y arrancarán las piedras en que estuviere la plaga, y las echarán fuera de la ciudad, en lugar inmundo:
41 Y hará descostrar la casa por dentro alrededor, y derramarán el polvo que descostraren fuera de la ciudad en lugar inmundo:
42 Y tomarán otras piedras, y las pondrán en lugar de las piedras quitadas; y tomarán otro barro, y encostrarán la casa.
43 Y si la plaga volviere a reverdecer en aquella casa, después que hizo arrancar las piedras, y descostrar la casa, y después que fue encostrada,
44 Entonces el sacerdote entrará y mirará; y si pareciere haberse extendido la plaga en la casa, lepra roedora está en la casa: inmunda es.
45 Derribará, por tanto, la tal casa, sus piedras, y sus maderos, y toda la mezcla de la casa; y lo sacará fuera de la ciudad a lugar inmundo.
46 Y cualquiera que entrare en aquella casa todos los días que la mandó cerrar, será inmundo hasta la tarde.
47 Y el que durmiere en aquella casa, lavará sus vestidos; también el que comiere en la casa, lavará sus vestidos.
48 Mas si entrare el sacerdote y mirare, y viere que la plaga no se ha extendido en la casa después que fue encostrada, el sacerdote dará la casa por limpia, porque la plaga ha sanado.
49 Entonces tomará para limpiar la casa dos avecillas, y palo de cedro, y grana, e hisopo:
50 Y degollará la una avecilla en una vasija de barro sobre aguas vivas:
51 Y tomará el palo de cedro, y el hisopo, y la grana, y la avecilla viva, y mojarálo en la sangre de la avecilla muerta y en las aguas vivas, y rociará la casa siete veces:
52 Y purificará la casa con la sangre de la avecilla, y con las aguas vivas, y con la avecilla viva, y el palo de cedro, y el hisopo, y la grana:
53 Luego soltará la avecilla viva fuera de la ciudad sobre la faz del campo. Así hará expiación por la casa, y será limpia.
54 Ésta *es* la ley acerca de toda plaga de lepra, y de tiña;
55 Y de la lepra del vestido, y de la casa;
56 Y acerca de la hinchazón, y de la postilla, y de la mancha blanca:
57 Para enseñar cuándo es inmundo, y cuándo limpio. Aquesta es la ley tocante a la lepra.

CAPÍTULO 15

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y a Aarón, diciendo:
2 Hablad a los hijos de Israel, y decidles: Cualquier varón, cuando su simiente manare de su carne, será inmundo.
3 Y ésta será su inmundicia en su flujo; sea que su carne destiló por causa de su flujo, o que su carne se obstruyó a causa de su flujo, él será inmundo.
4 Toda cama en que se acostare el que tuviere flujo, será inmunda; y toda cosa sobre que se sentare, inmunda será.
5 Y cualquiera que tocare a su cama, lavará sus vestidos; lavaráse también a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la tarde.

6 Y el que se sentare sobre aque-
llo en que se hubiere sentado el
que tiene flujo, lavará sus vesti-
dos, se lavará también a sí mismo
con agua, y será inmundo hasta
la tarde.
7 Asimismo el que tocare la
carne del que tiene flujo, lavará
sus vestidos, y a sí mismo se la-
vará con agua, y será inmundo
hasta la tarde.
8 Y si el que tiene flujo escupiere
sobre el limpio, éste lavará sus
vestidos, y después de haberse
lavado con agua, será inmundo
hasta la tarde.
9 Y toda montura sobre que ca-
balgare el que tuviere flujo, será
inmundo.
10 Y cualquiera que tocare cual-
quiera cosa que haya estado de-
bajo de él, será inmundo hasta la
tarde; y el que la llevare, lavará
sus vestidos, y después de lavar-
se con agua, será inmundo hasta
la tarde.
11 Y todo aquel a quien tocare el
que tiene flujo, y no lavare con
agua sus manos, lavará sus vesti-
dos, y a sí mismo se lavará con
agua, y será inmundo hasta la
tarde.
12 Y la vasija de barro en que to-
care el que tiene flujo, será que-
brada; y toda vasija de madera
será lavada con agua.
13 Y cuando se hubiere limpiado
de su flujo el que tiene flujo, se
ha de contar siete días desde su
purificación, y lavará sus vesti-
dos, y lavará su carne en aguas
vivas, y será limpio.
14 Y el octavo día tomará dos tór-
tolas, o dos palominos, y vendrá
delante del SEÑOR a la puerta del
tabernáculo de la congregación,
y los dará al sacerdote:
15 Y harálos el sacerdote, el uno
ofrenda por el pecado, y el otro
ofrenda quemada: y le purificará
el sacerdote de su flujo delante
del SEÑOR.
16 Y el hombre, cuando de él sa-
liere derramamiento de semen,
lavará en aguas toda su carne, y
será inmundo hasta la tarde.
17 Y toda vestimenta, o toda piel
sobre la cual hubiere el derrama-
miento del semen, lavaráse con
agua, y será inmunda hasta la
tarde.
18 Y la mujer con quien el varón
tuviera ayuntamiento de semen,
ambos se lavarán con agua, y
serán inmundos hasta la tarde.
19 Y cuando la mujer tuviere
flujo de sangre, y su flujo fuere
en su carne, siete días estará
apartada; y cualquiera que toca-
re en ella, será inmundo hasta la
tarde.
20 Y todo aquello sobre lo que
ella se acostare durante su
separación, será inmundo: tam-
bién todo aquello sobre lo que se
sentare, será inmundo.
21 Y cualquiera que tocare a su
cama, lavará sus vestidos, y des-
pués de lavarse con agua, será
inmundo hasta la tarde.
22 También cualquiera que toca-
re cualquier mueble sobre que
ella se hubiere sentado, lavará
sus vestidos; lavaráse luego a sí
mismo con agua, y será inmundo
hasta la tarde.
23 Y si estuviere sobre la cama,
o sobre la silla en que ella se
hubiere sentado, el que tocare en
ella será inmundo hasta la tarde.
24 Y si alguno durmiere con
ella, y su menstruo fuere
sobre él, será inmundo por
siete días; y toda cama sobre

que durmiere, será inmunda.
25 Y la mujer, cuando siguiere
el flujo de su sangre por muchos
días fuera del tiempo de su cos-
tumbre, o cuando tuviere flujo
de sangre más de su costumbre;
todo el tiempo del flujo de su in-
mundicia, será inmunda como
en los días de su costumbre.
26 Toda cama en que durmiere
todo el tiempo de su flujo, le será
como la cama de su costumbre; y
todo mueble sobre que se sentare,
será inmundo, como la inmundi-
cia de su costumbre.
27 Cualquiera que tocare en esas
cosas será inmundo; y lavará sus
vestidos, y a sí mismo se lavará
con agua, y será inmundo hasta
la tarde.
28 Y cuando fuere libre de su
flujo, se ha de contar siete días, y
después será limpia.
29 Y el octavo día tomará con-
sigo dos tórtolas, o dos palomi-
nos, y los traerá al sacerdote, a
la puerta del tabernáculo de la
congregación:
30 Y el sacerdote hará el uno
ofrenda por el pecado, y el otro
ofrenda quemada; y la purificará
el sacerdote delante del SEÑOR
del flujo de su inmundicia.
31 Así apartaréis los hijos de Is-
rael de sus inmundicias, a fin de
que no mueran por sus inmun-
dicias, ensuciando mi tabernácu-
lo que está entre ellos.
32 Ésta *es* la ley del que tiene
flujo, y del que sale derrama-
miento de semen, viniendo a ser
inmundo a causa de ello;
33 Y de la que padece su cos-
tumbre, y acerca del que tuviere
flujo, sea varón o hembra, y del
hombre que durmiere con mujer
inmunda.

CAPÍTULO 16

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
después que murieron los dos
hijos de Aarón, cuando se llega-
ron delante del SEÑOR, y murie-
ron;
2 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Di
a Aarón tu hermano, que no en
todo tiempo entre en el santua-
rio del velo adentro, delante del
propiciatorio que está sobre el
arca, para que no muera: porque
yo apareceré en la nube sobre el
propiciatorio.
3 Con esto entrará Aarón en el
santuario: con un becerro por ex-
piación, y un carnero en ofrenda
quemada.
4 La túnica santa de lino se ves-
tirá, y sobre su carne tendrá pa-
ñetes de lino, y ceñiráse el cinto
de lino; y con la mitra de lino se
cubrirá: son las santas vestidu-
ras: con ellas, después de lavar
su carne con agua, se ha de vestir.
5 Y de la congregación de los
hijos de Israel tomará dos ma-
chos de cabrío para expiación, y
un carnero para ofrenda quema-
da.
6 Y hará allegar Aarón el bece-
rro de la expiación, que es suyo,
y hará la reconciliación por sí y
por su casa.
7 Después tomará los dos machos
de cabrío, y los presentará delan-
te del SEÑOR a la puerta del ta-
bernáculo de la congregación.
8 Y echará suertes Aarón sobre
los dos machos de cabrío; la una
suerte por el SEÑOR, y la otra
suerte por el chivo expiatorio.
9 Y hará allegar Aarón el macho
cabrío sobre el cual cayere la
suerte por el SEÑOR, y ofrecerá-
lo en expiación.
10 Mas el macho cabrío, sobre

el cual cayere la suerte para ser el chivo expiatorio, lo presentará vivo delante del SEÑOR, para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto.
11 Y hará llegar Aarón el becerro que era suyo para expiación, y hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo.
12 Después tomará el incensario lleno de brasas de fuego, del altar de delante del SEÑOR, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y meterálo del velo adentro:
13 Y pondrá el perfume sobre el fuego delante del SEÑOR, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, y no morirá.
14 Tomará luego de la sangre del becerro, y rociará con su dedo hacia el propiciatorio al lado oriental: hacia el propiciatorio rociará siete veces de aquella sangre con su dedo.
15 Después degollará en expiación el macho cabrío, que era del pueblo, y meterá la sangre de él del velo adentro; y hará de su sangre como hizo de la sangre del becerro, y rociará sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio:
16 Y limpiará el santuario, de las inmundicias de los hijos de Israel, y de sus rebeliones, y de todos sus pecados: de la misma manera hará también al tabernáculo de la congregación, el cual reside entre ellos en medio de sus inmundicias.
17 Y ningún hombre estará en el tabernáculo de la congregación cuando él entrare a hacer la reconciliación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la reconciliación por sí, y por su casa, y por toda la congregación de Israel.
18 Y saldrá al altar que está delante del SEÑOR, y lo expiará; y tomará de la sangre del becerro, y de la sangre del macho cabrío, y pondrá sobre los cuernos del altar alrededor.
19 Y rociará sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel.
20 Y cuando hubiere acabado de expiar el santuario, y el tabernáculo de la congregación, y el altar, hará llegar el macho cabrío vivo:
21 Y pondrá Aarón ambas manos suyas sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto.
22 Y aquel macho cabrío llevará sobre si todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada: y dejará ir el macho cabrío por el desierto.
23 Después vendrá Aarón al tabernáculo de la congregación, y se desnudará las vestimentas de lino, que había vestido para entrar en el santuario, y pondrálas allí.
24 Lavará luego su carne con agua en el lugar del santuario, y después de ponerse sus vestidos saldrá, y hará su ofrenda quemada, y la ofrenda quemada del pueblo, y hará la reconciliación por sí y por el pueblo.

25 Y quemará el sebo de la expia-
ción sobre el altar.
26 Y el que hubiere llevado el
macho cabrío como chivo expia-
torio, lavará sus vestidos, lava-
rá también con agua su carne, y
después entrará en el real.
27 Y sacará fuera del real el be-
cerro del pecado, y el macho ca-
brío de la culpa, la sangre de los
cuales fue metida para hacer la
expiación en el santuario; y que-
marán en el fuego sus pellejos, y
sus carnes, y su estiércol.
28 Y el que los quemare, lavará
sus vestidos, lavará también su
carne con agua, y después entra-
rá en el real.
29 Y esto tendréis por estatuto
perpetuo: En el mes séptimo, a
los diez del mes, afligiréis vues-
tras almas, y ninguna obra ha-
réis, ni el natural ni el extranjero
que peregrina entre vosotros:
30 Porque en este día se os re-
conciliará para limpiaros; y se-
réis limpios de todos vuestros
pecados delante del SEÑOR.
31 Sábado de reposo es para vo-
sotros, y afligiréis vuestras almas,
por estatuto perpetuo.
32 Y hará la reconciliación el sa-
cerdote que fuere ungido, y cuya
mano hubiere sido llena para ser
sacerdote en lugar de su padre; y
se vestirá las vestimentas de lino,
las vestiduras sagradas:
33 Y expiará el santuario santo,
y el tabernáculo de la congrega-
ción: expiará también el altar, y
a los sacerdotes, y a todo el pue-
blo de la congregación.
34 Y esto tendréis por estatuto
perpetuo, para expiar a los hijos
de Israel de todos sus pecados
una vez en el año. Y Moisés lo
hizo como el SEÑOR le mandó.

CAPÍTULO 17

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Habla a Aarón y a sus hijos, y a
todos los hijos de Israel, y diles:
Esto es lo que ha mandado el
SEÑOR, diciendo:
3 Cualquier varón de la casa de
Israel que degollare buey, o cor-
dero, o cabra, en el real, o fuera
del real,
4 Y no lo trajere a la puerta del
tabernáculo de la congregación,
para ofrecer ofrenda al SEÑOR
delante del tabernáculo del
SEÑOR, sangre será imputada al
tal varón: sangre derramó; corta-
do será el tal varón de entre su
pueblo:
5 A fin de que traigan los hijos
de Israel sus sacrificios, los que
sacrifican sobre la faz del campo,
para que los traigan al SEÑOR
a la puerta del tabernáculo de
la congregación al sacerdote, y
sacrifiquen ellos sacrificios de
paces al SEÑOR.
6 Y el sacerdote esparcirá la san-
gre sobre el altar del SEÑOR, a la
puerta del tabernáculo de la con-
gregación, y quemará el sebo en
olor de suavidad al SEÑOR.
7 Y nunca más sacrificarán sus
sacrificios a los demonios, tras
de los cuales han fornicado: ten-
drán esto por estatuto perpetuo
por sus edades.
8 Les dirás también: Cualquier
varón de la casa de Israel, o de
los extranjeros que peregrinan
entre vosotros, que ofreciere
ofrenda quemada o sacrificio,
9 Y no lo trajere a la puerta del
tabernáculo de la congregación,
para hacerlo al SEÑOR, el tal
varón será igualmente cortado
de sus pueblos.

10 Y cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que peregrinan entre ellos, que comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere sangre, y le cortaré de entre su pueblo.
11 Porque la vida de la carne en la sangre está: y yo os la he dado para expiar vuestras almas sobre el altar: por lo cual la misma sangre expiará el alma.
12 Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que peregrina entre vosotros comerá sangre.
13 Y cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que peregrinan entre ellos, que cogiere caza de animal o de ave que sea de comer, derramará su sangre y cubrirála con tierra:
14 Porque el alma de toda carne, su vida, está en su sangre: por tanto he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre: cualquiera que la comiere será cortado.
15 Y cualquiera persona que comiere *cosa* mortecina o despedazada por fiera, así de los naturales como de los extranjeros, lavará sus vestidos y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde; y se limpiará.
16 Y si no los lavare, ni lavare su carne, llevará su iniquidad.

CAPÍTULO 18

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y díles: Yo soy el SEÑOR vuestro Dios.
3 No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco; ni andaréis en sus estatutos.
4 Mis derechos pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
5 Por tanto mis estatutos y mis derechos guardaréis, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos: Yo *soy* el SEÑOR.
6 Ningún varón se allegue a ninguna cercana de su carne, para descubrir *su* desnudez: Yo *soy* el SEÑOR.
7 La desnudez de tu padre, o la desnudez de tu madre, no descubrirás: tu madre es, no descubrirás su desnudez.
8 La desnudez de la esposa de tu padre no descubrirás; es la desnudez de tu padre.
9 La desnudez de tu hermana, hija de tu padre, o hija de tu madre, nacida en casa o nacida fuera, su desnudez no descubrirás.
10 La desnudez de la hija de tu hijo, o de la hija de tu hija, su desnudez no descubrirás, porque es la desnudez tuya.
11 La desnudez de la hija de la esposa de tu padre, engendrada de tu padre, tu hermana es, su desnudez no descubrirás.
12 La desnudez de la hermana de tu padre no descubrirás: es parienta de tu padre.
13 La desnudez de la hermana de tu madre no descubrirás: porque parienta de tu madre es.
14 La desnudez del hermano de tu padre no descubrirás: no llegarás a su esposa: es esposa del hermano de tu padre.

15 La desnudez de tu nuera no descubrirás: esposa es de tu hijo; no descubrirás su desnudez.
16 La desnudez de la esposa de tu hermano no descubrirás: es la desnudez de tu hermano.
17 La desnudez de la mujer y de su hija no descubrirás: no tomarás la hija de su hijo, ni la hija de su hija, para descubrir su desnudez: son parientas, es maldad.
18 No tomarás esposa juntamente con su hermana, para hacerla su rival, descubriendo su desnudez delante de ella en su vida.
19 Y no llegarás a la mujer en el apartamiento de su inmundicia, para descubrir su desnudez.
20 Además, no tendrás acto carnal con la esposa de tu prójimo, contaminándote en ella.
21 Y no des de tu simiente para hacerla pasar *por el fuego* a Moloc; no contamines el nombre de tu Dios: Yo *soy* el SEÑOR.
22 No te echarás con varón como con mujer: es abominación.
23 Ni con ningún animal tendrás ayuntamiento amancillándote con él; ni mujer alguna se pondrá delante de animal para ayuntarse con él: es confusión.
24 En ninguna de estas cosas os amancillaréis; porque en todas estas cosas se han ensuciado las gentes que yo echo de delante de vosotros:
25 Y la tierra fue contaminada; y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores.
26 Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis derechos, y no hagáis ninguna de todas estas abominaciones; ni el natural ni el extranjero que peregrina entre vosotros.
27 (Porque todas estas abominaciones hicieron los hombres de la tierra, que fueron antes de vosotros, y la tierra fue contaminada:)
28 Y la tierra no os vomitará, por haberla contaminado, como vomitó a la gente que fue antes de vosotros.
29 Porque cualquiera que hiciere alguna de todas estas abominaciones, las almas que las hicieren, serán cortadas de entre su pueblo.
30 Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo de las prácticas abominables que tuvieron lugar antes de vosotros, y no os ensuciéis en ellas: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.

CAPÍTULO 19

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y díles: Santos seréis, porque santo *soy* yo el SEÑOR vuestro Dios.
3 Cada uno temerá a su madre y a su padre, y mis sábados guardaréis: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
4 No os volveréis a los ídolos, ni haréis para vosotros dioses de fundición: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
5 Y cuando sacrificareis sacrificio de paces al SEÑOR, de vuestra voluntad lo sacrificaréis.
6 Será comido el día que lo sacrificareis, y el siguiente día: y lo que quedare para el tercer día, será quemado en el fuego.
7 Y si se comiere el día tercero, será abominación; no será acepto:
8 Y el que lo comiere, llevará su delito, por cuanto profanó lo santo del SEÑOR; y la tal perso-

na será cortada de sus pueblos.
9 Cuando segareis la mies de
vuestra tierra, no acabarás de
segar el rincón de tu haza, ni es-
pigarás tu tierra segada.
10 Y no rebuscarás tu viña, ni
recogerás los granos caídos de
tu viña; para el pobre y para el
extranjero los dejarás: Yo soy el
SEÑOR vuestro Dios.
11 No hurtaréis, y no engañaréis,
ni mentiréis ninguno a su próji-
mo.
12 Y no juraréis en mi nom-
bre con mentira, ni profanarás
el nombre de tu Dios: Yo *soy* el
SEÑOR.
13 No oprimirás a tu prójimo,
ni *le* robarás. No se detendrá el
trabajo del jornalero en tu casa
hasta la mañana.
14 No maldigas al sordo, y delan-
te del ciego no pongas tropiezo,
mas tendrás temor de tu Dios: Yo
soy el SEÑOR.
15 No harás agravio en el juicio:
no tendrás respeto al pobre, ni
honrarás la cara del grande: con
justicia juzgarás a tu prójimo.
16 No andarás chismeando en
tus pueblos. No te pondrás con-
tra la sangre de tu prójimo: Yo
soy el SEÑOR.
17 No aborrecerás a tu hermano
en tu corazón: ingenuamente re-
prenderás a tu prójimo, y no con-
sentirás sobre él pecado.
18 No te vengarás, ni guardarás
rencor a los hijos de tu pueblo:
mas amarás a tu prójimo como a
ti mismo: Yo *soy* el SEÑOR.
19 Mis estatutos guardaréis. A
tu animal no harás ayuntar para
misturas; tu haza no sembrarás
con mistura de semillas, y no te
pondrás vestidos con mezcla de
diversas cosas.
20 Y cuando un hombre tuviere
cópula con mujer, y ella fuere
sierva desposada con alguno, y
no estuviere rescatada, ni le hu-
biere sido dada libertad, ambos
serán azotados: no morirán, por
cuanto ella no es libre.
21 Y él traerá al SEÑOR, a la
puerta del tabernáculo de la con-
gregación, un carnero en expia-
ción por su culpa.
22 Y con el carnero de la expia-
ción lo reconciliará el sacerdote
delante del SEÑOR, por su peca-
do que cometió: y se le perdona-
rá su pecado que ha cometido.
23 Y cuando hubiereis entrado en
la tierra, y plantareis todo árbol
de comer, quitaréis su prepucio,
lo primero de su fruto: tres años
os será incircunciso: su fruto no
se comerá.
24 Y el cuarto año todo su fruto
será santidad de loores al SEÑOR.
25 Mas al quinto año comeréis
el fruto de él, para que os haga
crecer su fruto: Yo *soy* el SEÑOR
vuestro Dios.
26 No comeréis cosa alguna con
sangre. No seréis agoreros, ni
adivinaréis.
27 No cortaréis en redondo las
extremidades de vuestras cabe-
zas, ni dañarás la punta de tu
barba.
28 Y no haréis rasguños en vues-
tra carne por un muerto, ni
imprimiréis en vosotros señal al-
guna: Yo *soy* el SEÑOR.
29 No contaminarás tu hija ha-
ciéndola fornicar: porque no se
prostituya la tierra, y se hincha
de maldad.
30 Mis sábados guardaréis, y mi
santuario tendréis en reverencia:
Yo *soy* el SEÑOR.
31 No os volváis a los encanta-

dores y a los adivinos: no los consultéis ensuciándoos con ellos: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.

32 Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor: Yo *soy* el SEÑOR.

33 Y cuando el extranjero morare contigo en vuestra tierra, no le oprimiréis.

34 Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que peregrinare entre vosotros; y ámalo como a ti mismo; porque peregrinos fuisteis en la tierra de Egipto: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.

35 No hagáis agravio en juicio, en medida de tierra, ni en peso, ni en otra medida.

36 Balanzas justas, pesas justas, efa justo, e hin justo tendréis: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto.

37 Guardad pues todos mis estatutos, y todos mis derechos, y ponedlos por obra: Yo *soy* el SEÑOR.

CAPÍTULO 20

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés diciendo:

2 Dirás asimismo a los hijos de Israel: Cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que peregrinan en Israel, que diere de su simiente a Moloc, de seguro morirá: el pueblo de la tierra lo apedreará con piedras.

3 Y yo pondré mi rostro contra el tal varón, y lo cortaré de entre su pueblo; por cuanto dio de su simiente a Moloc, contaminando mi santuario, y amancillando mi santo nombre.

4 Que si escondiere el pueblo de la tierra sus ojos de aquel varón que hubiere dado de su simiente a Moloc, para no matarle,

5 Entonces yo pondré mi rostro contra aquel varón, y contra su familia, y le cortaré de entre su pueblo, con todos los que fornicaron en pos de él, prostituyéndose con Moloc.

6 Y la persona que atendiere a encantadores o adivinos, para prostituirse tras de ellos, yo pondré mi rostro contra la tal persona, y cortaréla de entre su pueblo.

7 Santificaos, pues, y sed santos, porque yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.

8 Y guardad mis estatutos, y ponedlos por obra: Yo *soy* el SEÑOR que os santifico.

9 Porque varón que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá: a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él.

10 Y el hombre que adulterare con la esposa de otro, el que cometiere adulterio con la esposa de su prójimo, indefectiblemente se hará morir al adúltero y a la adúltera.

11 Y cualquiera que se echare con la esposa de su padre, la desnudez de su padre descubrió; ambos han de ser muertos; su sangre será sobre ellos.

12 Y cualquiera que durmiere con su nuera, ambos han de morir: hicieron confusión; su sangre será sobre ellos.

13 Y cualquiera que tuviere ayuntamiento con varón como con mujer, abominación hicieron: entrambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre.

14 Y el que tomare esposa y a la madre de ella, comete vileza: quemarán en fuego a él y a ellas, porque no haya vileza entre vosotros.

15 Y cualquiera que tuviere cópula con bestia, ha de ser muerto; y mataréis a la bestia.
16 Y la mujer que se allegare a algún animal, para tener ayuntamiento con él, a la mujer y al animal matarás: morirán infaliblemente; será su sangre sobre ellos.
17 Y cualquiera que tomare a su hermana, hija de su padre o hija de su madre, y viere su desnudez, y ella viere la suya, cosa es execrable; por tanto serán muertos a ojos de los hijos de su pueblo: descubrió la desnudez de su hermana; su pecado llevará.
18 Y cualquiera que durmiere con mujer menstruosa, y descubriere su desnudez, su fuente descubrió, y ella descubrió la fuente de su sangre: ambos serán cortados de entre su pueblo.
19 La desnudez de la hermana de tu madre, o de la hermana de tu padre, no descubrirás: por cuanto descubrió su parienta, su iniquidad llevarán.
20 Y cualquiera que durmiere con la esposa del hermano de su padre, la desnudez del hermano de su padre descubrió; su pecado llevarán; morirán sin hijos.
21 Y el que tomare la esposa de su hermano, es suciedad; la desnudez de su hermano descubrió; sin hijos serán.
22 Guardad, pues, todos mis estatutos y todos mis derechos, y ponedlos por obra: y no os vomitará la tierra, en la cual yo os introduzco para que habitéis en ella.
23 Y no andéis en las prácticas de la gente que yo echaré de delante de vosotros: porque ellos hicieron todas estas cosas, y los tuve en abominación.
24 Empero a vosotros os he dicho: Vosotros poseeréis la tierra de ellos, y yo os la daré para que la poseáis por heredad, tierra que fluye leche y miel: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios, que os he apartado de los pueblos.
25 Por tanto, vosotros haréis diferencia entre animal limpio e inmundo, y entre ave inmunda y limpia: y no ensuciéis vuestras personas en los animales, ni en las aves, ni en ninguna cosa que va arrastrando por la tierra, las cuales os he apartado por inmundas.
26 Habéis, pues, de serme santos, porque yo el SEÑOR *soy* santo, y os he apartado de los pueblos, para que seáis míos.
27 Y el hombre o la mujer en quienes hubiere espíritu de hechicería o de adivinación, han de ser muertos: los apedrearán con piedras; su sangre sobre ellos.

CAPÍTULO 21

Y EL SEÑOR dijo a Moisés: Habla a los sacerdotes hijos de Aarón, y díles que no se contaminen por un muerto en sus pueblos.
2 Mas por su pariente cercano a sí, por su madre, o por su padre, o por su hijo, o por su hermano,
3 O por su hermana virgen, a él cercana, la cual no haya tenido marido, por ella se contaminará.
4 No se contaminará, *porque es* príncipe en sus pueblos, haciéndose inmundo.
5 No harán calva en su cabeza, ni raerán la punta de su barba, ni en su carne harán rasguños.
6 Santos serán a su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios; porque las ofrendas del SEÑOR hechas por fuego, y el pan de su Dios, ofre-

cen: por tanto serán santos.
7 Mujer ramera o infame no tomarán: ni tomarán mujer repudiada de su marido: porque es santo a su Dios.
8 Lo santificarás por tanto, pues el pan de tu Dios ofrece: santo será para ti, porque santo *soy* yo el SEÑOR que os santifico.
9 Y la hija del varón sacerdote, si comenzare a fornicar, a su padre amancilla: quemada será al fuego.
10 Y el sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza fue derramado el aceite de la unción, y que hinchió su mano para vestir las vestimentas, no descubrirá su cabeza, ni romperá sus vestidos:
11 Ni entrará donde haya alguna persona muerta, ni por su padre, o por su madre se contaminará.
12 Ni saldrá del santuario, ni contaminará el santuario de su Dios; porque la corona del aceite de la unción de su Dios está sobre él: Yo *soy* el SEÑOR.
13 Y tomará él esposa con su virginidad.
14 Viuda, o repudiada, o infame, o ramera, éstas no tomará: mas tomará virgen de sus pueblos por esposa.
15 Y no amancillará su simiente en sus pueblos; porque yo el SEÑOR soy el que los santifico.
16 Y el SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
17 Habla a Aarón, y díle: El varón de tu simiente en sus generaciones, en el cual hubiere falta, no se allegará para ofrecer el pan de su Dios.
18 Porque ningún varón en el cual hubiere falta, se allegará: varón ciego, o cojo, o falto, o sobrado,
19 O varón en el cual hubiere quebradura de pie o rotura de mano,
20 O corcovado, o lagañoso, o que tuviere nube en el ojo, o que tenga sarna, o empeine, o compañón relajado;
21 Ningún varón de la simiente de Aarón sacerdote, en el cual hubiere falta, se allegará para ofrecer las ofrendas hechas por fuego del SEÑOR. Hay falta en él; no se allegará a ofrecer el pan de su Dios.
22 El pan de su Dios, de lo muy santo y las cosas santificadas, comerá.
23 Empero no entrará del velo adentro, ni se allegará al altar, por cuanto hay falta en él: y no profanará mi santuario, porque yo el SEÑOR soy el que los santifico.
24 Y Moisés habló esto a Aarón, y a sus hijos, y a todos los hijos de Israel.

CAPÍTULO 22

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Di a Aarón y a sus hijos, que se abstengan de las santificaciones de los hijos de Israel, y que no profanen mi santo nombre en lo que ellos me santifican: Yo *soy* el SEÑOR.
3 Díles: Todo varón de toda vuestra simiente en vuestras generaciones que llegare a las cosas sagradas, que los hijos de Israel consagran al SEÑOR, teniendo inmundicia sobre sí, de delante de mí será cortada su alma: Yo *soy* el SEÑOR.
4 Cualquier varón de la simiente de Aarón que fuere leproso, o padeciere flujo, no comerá de

las cosas sagradas hasta que esté
limpio: y el que tocare cualquie-
ra cosa inmunda de mortecino, o
el varón del cual hubiere salido
derramamiento de semen;
5 O el varón que hubiere tocado
cualquier reptil, por el cual será
inmundo, u hombre por el cual
venga a ser inmundo, conforme a
cualquiera inmundicia suya;
6 La persona que lo tocare, será in-
munda hasta la tarde, y no come-
rá de las cosas sagradas antes que
haya lavado su carne con agua.
7 Y cuando el sol se pusiere, será
limpio; y después comerá las
cosas sagradas, porque su pan es.
8 Mortecino ni despedazado por
fiera no comerá, para contami-
narse en ello: Yo *soy* el SEÑOR.
9 Guarden, pues, mi ordenanza,
y no lleven pecado por ello, no
sea que así mueran cuando la
profanaren: Yo el SEÑOR que los
santifico.
10 Ningún extraño comerá cosa
sagrada; el huésped del sacerdo-
te, ni el jornalero, no comerá
cosa sagrada.
11 Mas el sacerdote, cuando com-
prare persona de su dinero, ésta
comerá de ella, y el nacido en su
casa: estos comerán de su pan.
12 Empero la hija del sacerdote,
cuando se casare con varón ex-
traño, ella no comerá de la ofren-
da de las cosas sagradas.
13 Pero si la hija del sacerdote
fuere viuda, o repudiada, y no
tuviere prole, y se hubiere vuelto
a la casa de su padre, como en su
mocedad, comerá del pan de su
padre; mas ningún extraño coma
de él.
14 Y el que por yerro comie-
re cosa sagrada, añadirá a
ella su quinto, y darálo al sa-
cerdote con la cosa sagrada.
15 No profanarán, pues, las cosas
santas de los hijos de Israel, las
cuales apartan para el SEÑOR:
16 Y *no* les harán llevar la iniqui-
dad del pecado, comiendo las
cosas santas de ellos: porque yo
el SEÑOR soy el que los santifico.
17 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
18 Habla a Aarón y a sus hijos,
y a todos los hijos de Israel, y
díles: Cualquier varón de la casa
de Israel, o de los extranjeros en
Israel, que ofreciere su ofrenda
por todos sus votos, y por todas
sus voluntarias oblaciones que
ofrecieren al SEÑOR en ofrenda
quemada;
19 De vuestra voluntad *ofreceréis*
macho sin defecto de entre las
vacas, de entre los corderos, o de
entre las cabras.
20 Ninguna cosa en que haya
falta ofreceréis, porque no será
acepto por vosotros.
21 Asimismo, cuando alguno ofre-
ciere sacrificio de paces al SEÑOR
para presentar voto, u ofreciendo
voluntariamente, sea de vacas o
de ovejas, sin tacha será acepto;
no ha de haber en él falta.
22 Ciego, o perniquebrado, o
mutilado, o verrugoso, o sarno-
so, o roñoso, no ofreceréis éstos
al SEÑOR, ni de ellos pondréis
ofrenda hecha por fuego sobre el
altar del SEÑOR.
23 Buey o carnero que tenga de
más o de menos, podrás ofrecer
por ofrenda voluntaria; mas por
voto no será acepto.
24 Herido o magullado, rom-
pido o cortado, no ofreceréis al
SEÑOR, ni en vuestra tierra lo
haréis.
25 Y de mano de hijo de extran-

jero no ofreceréis el pan de vuestro Dios de todas estas cosas; porque su corrupción está en ellas: hay en ellas falta, no se os aceptarán.
26 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
27 El buey, o el cordero, o la cabra, cuando naciere, siete días estará mamando de su madre: mas desde el octavo día en adelante será acepto para ofrenda hecha por fuego al SEÑOR.
28 Y sea buey o carnero, no degollaréis en un día a él y a su hijo.
29 Y cuando sacrificareis sacrificio de acción de gracias al SEÑOR, de vuestra voluntad lo sacrificaréis.
30 En el mismo día se comerá; no dejaréis de él para otro día: Yo *soy* el SEÑOR.
31 Guardad pues mis mandamientos, y ejecutadlos: Yo *soy* el SEÑOR.
32 Y no amancilléis mi santo nombre, y yo me santificaré en medio de los hijos de Israel: Yo *soy* el SEÑOR que os santifico;
33 Que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios: Yo *soy* el SEÑOR.

CAPÍTULO 23

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y díles: Las solemnidades del SEÑOR, las cuales proclamaréis santas convocaciones, aquestas serán mis solemnidades.
3 Seis días se trabajará, y el séptimo día sábado de reposo será, convocación santa: ninguna obra haréis; sábado es del SEÑOR en todas vuestras habitaciones.
4 Éstas *son* las solemnidades del SEÑOR, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos.
5 En el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es del SEÑOR.
6 Y a los quince días de este mes es la solemnidad de los ázimos al SEÑOR: siete días comeréis ázimos.
7 El primer día tendréis santa convocación: ninguna obra servil haréis.
8 Y ofreceréis al SEÑOR siete días ofrenda hecha por fuego: el séptimo día será santa convocación; ninguna obra servil haréis.
9 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
10 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os doy, y segareis su mies, traeréis al sacerdote un omer por primicia de los primeros frutos de vuestra siega;
11 El cual mecerá el omer delante del SEÑOR, para que seáis aceptos: el siguiente día del sábado lo mecerá el sacerdote.
12 Y el día que ofrezcáis el omer, ofreceréis un cordero de un año, sin defecto, en ofrenda quemada al SEÑOR.
13 Y su ofrenda será dos décimas de flor de harina amasada con aceite, ofrenda hecha por fuego al SEÑOR en olor suavísimo; y su libación de vino, la cuarta parte de un hin.
14 Y no comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios; estatuto perpetuo es por todas vuestras generaciones en todas vuestras habitaciones.
15 Y os habéis de contar desde el

siguiente día del sábado, desde
el día en que ofrecisteis el omer
de la ofrenda mecida; siete sába-
dos cumplidos serán:
16 Hasta el siguiente día del
sábado séptimo contaréis cin-
cuenta días; entonces ofreceréis
nuevo presente al SEÑOR.
17 De vuestras habitaciones trae-
réis dos panes para ofrenda me-
cida, que serán de dos décimas
de flor de harina, cocidos con le-
vadura, por primicias al SEÑOR.
18 Y ofreceréis con el pan siete
corderos de un año sin defecto,
y un becerro de la vacada y dos
carneros: serán ofrenda quema-
da al SEÑOR, con su ofrenda y
sus libaciones; ofrenda hecha por
fuego de suave olor al SEÑOR.
19 Ofreceréis además un macho
de cabrío por expiación; y dos
corderos de un año en sacrificio
de paces.
20 Y el sacerdote los mecerá
en ofrenda agitada delante del
SEÑOR, con el pan de las primi-
cias, y los dos corderos: serán
cosa sagrada del SEÑOR para el
sacerdote.
21 Y convocaréis en este mismo
día; os será santa convocación:
ninguna obra servil haréis: esta-
tuto perpetuo en todas vuestras
habitaciones por vuestras edades.
22 Y cuando segareis la mies de
vuestra tierra, no acabarás de
segar el rincón de tu haza, ni es-
pigarás tu siega; para el pobre, y
para el extranjero la dejarás: Yo
soy el SEÑOR vuestro Dios.
23 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
24 Habla a los hijos de Israel, y
díles: En el mes séptimo, al pri-
mero del mes tendréis sábado, una
conmemoración al son de trom-
petas, y una santa convocación.
25 Ninguna obra servil haréis;
y ofreceréis ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR.
26 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
27 Empero a los diez de este mes
séptimo será el día de las expia-
ciones: tendréis santa convoca-
ción, y afligiréis vuestras almas,
y ofreceréis ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR.
28 Ninguna obra haréis en este
mismo día; porque es día de ex-
piaciones, para reconciliaros de-
lante del SEÑOR vuestro Dios.
29 Porque toda persona que no
se afligiere en este mismo día,
será cortada de sus pueblos.
30 Y cualquiera persona que hi-
ciere obra alguna en este mismo
día, yo destruiré la tal persona
de entre su pueblo.
31 Ninguna obra haréis: estatuto
perpetuo es por vuestras edades
en todas vuestras habitaciones.
32 Sábado de reposo será a voso-
tros, y afligiréis vuestras almas,
comenzando a los nueve del mes
en la tarde: de tarde a tarde hol-
garéis vuestro sábado.
33 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
34 Habla a los hijos de Israel, y
díles: A los quince días de este
mes séptimo será la solemnidad
de los tabernáculos al SEÑOR
por siete días.
35 El primer día habrá santa con-
vocación: ninguna obra servil
haréis.
36 Siete días ofreceréis ofrenda
hecha por fuego al SEÑOR: el
octavo día tendréis santa convo-
cación, y ofreceréis ofrenda
hecha por fuego al SEÑOR: es
fiesta: ninguna obra servil haréis.

37 Éstas *son* las solemnidades del SEÑOR, a las que convocaréis santas reuniones, para ofrecer ofrenda hecha por fuego al SEÑOR, ofrenda quemada y presente, sacrificio y libaciones, cada cosa en su tiempo:
38 Además de los sábados del SEÑOR y además de vuestros dones, y a más de todos vuestros votos, y además de todas vuestras ofrendas voluntarias, que daréis al SEÑOR.
39 Empero a los quince del mes séptimo, cuando hubiereis allegado el fruto de la tierra, haréis fiesta al SEÑOR por siete días: el primer día será sábado; sábado será también el octavo día.
40 Y tomaréis el primer día gajos con fruto de árbol hermoso, ramos de palmas, y ramas de árboles espesos, y sauces de los arroyos; y os regocijaréis delante del SEÑOR vuestro Dios por siete días.
41 Y le haréis fiesta al SEÑOR por siete días cada un año; será estatuto perpetuo por vuestras edades; en el mes séptimo la haréis.
42 En cabañas habitaréis siete días: todo natural de Israel habitará en cabañas;
43 Para que sepan vuestros descendientes que en cabañas hice yo habitar a los hijos de Israel, cuando los saqué de la tierra de Egipto: Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
44 Así habló Moisés a los hijos de Israel sobre las solemnidades del SEÑOR.

CAPÍTULO 24

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Manda a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas, molido para la luminaria, para hacer arder las lámparas de continuo.
3 Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo de la congregación, las aderezará Aarón desde la tarde hasta la mañana delante del SEÑOR, de continuo: estatuto perpetuo por vuestras edades.
4 Sobre el candelero limpio pondrá siempre en orden las lámparas delante del SEÑOR.
5 Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas: cada torta será de dos décimas.
6 Y has de ponerlas en dos órdenes, seis en cada orden, sobre la mesa limpia delante del SEÑOR.
7 Pondrás también sobre cada orden incienso limpio, y será para el pan para memorial, ofrenda hecha por fuego al SEÑOR.
8 Cada día de sábado lo pondrá de continuo en orden delante del SEÑOR, de los hijos de Israel por pacto sempiterno.
9 Y será de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en el lugar santo; porque es cosa muy santa para él, de las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR, por fuero perpetuo.
10 En aquella sazón el hijo de una mujer Israelita, el cual era hijo de un Egipcio, salió entre los hijos de Israel; y el hijo de la Israelita y un hombre de Israel riñeron en el real:
11 Y el hijo de la mujer Israelita blasfemó el nombre *del SEÑOR*, y maldijo: entonces le llevaron a Moisés. Y su madre se llamaba Selomit, hija de Dribi, de la tribu de Dan.
12 Y pusiéronlo en la cárcel, hasta que les fuese decla-

rado por palabra del SEÑOR.
13 Y el SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
14 Saca al blasfemo fuera del real, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación.
15 Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cualquiera que maldijere a su Dios, llevará su iniquidad.
16 Y el que blasfemare el nombre del SEÑOR, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará: así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera.
17 Asimismo el hombre que hiere de muerte a cualquiera persona, que sufra la muerte.
18 Y el que hiere a algún animal, ha de restituirlo: animal por animal.
19 Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho:
20 Rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente: según la lesión que habrá hecho a otro, tal se hará a él.
21 El que hiere algún animal, ha de restituirlo; mas el que hiere de muerte a un hombre, que muera.
22 Un mismo derecho tendréis: como el extranjero, así será el natural: porque yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
23 Y habló Moisés a los hijos de Israel, y ellos sacaron al blasfemo fuera del real, y apedreáronlo con piedras. Y los hijos de Israel hicieron según que el SEÑOR había mandado a Moisés.

CAPÍTULO 25

Y EL SEÑOR habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra hará sábado al SEÑOR.
3 Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña, y cogerás sus frutos;
4 Y el séptimo año la tierra tendrá sábado de holganza, sábado al SEÑOR: no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña.
5 Lo que de suyo se naciere en tu *tierra* segada, no lo segarás; y las uvas de tu viñedo no vendimiarás: año de holganza será a la tierra.
6 Mas el sábado de la tierra os será para comer, a ti, y a tu siervo, y a tu sierva, y a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo:
7 Y a tu animal, y a la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer.
8 Y te has de contar siete sábados de años, siete veces siete años; de modo que los días de los siete sábados de años vendrán a serte cuarenta y nueve años.
9 Entonces harás pasar la trompeta de jubilación en el mes séptimo a los diez del mes; el día de la expiación haréis pasar la trompeta por toda vuestra tierra.
10 Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores: éste os será jubileo; y volveréis cada uno a su posesión, y cada cual volverá a su familia.
11 El año de los cincuenta años os será jubileo: no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos:
12 Porque es jubileo: santo será a vosotros; el producto de la tierra comeréis.

13 En este año de jubileo volveréis cada uno a su posesión.
14 Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano:
15 Conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti.
16 Conforme a la multitud de los años aumentarás el precio, y conforme a la disminución de los años disminuirás el precio; porque según el número de los rendimientos te ha de vender él.
17 Y no engañe ninguno a su prójimo; mas tendrás temor de tu Dios: porque yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios.
18 Ejecutad, pues, mis estatutos, y guardad mis derechos, y ponedlos por obra, y habitaréis en la tierra seguros;
19 Y la tierra dará su fruto, y comeréis hasta abundancia, y habitaréis en ella con seguridad.
20 Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? he aquí no hemos de sembrar, ni hemos de coger nuestros frutos:
21 Entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y hará fruto por tres años.
22 Y sembraréis el año octavo, y comeréis del fruto añejo; hasta el año noveno, hasta que venga su fruto comeréis del añejo.
23 Y la tierra no se venderá rematadamente, porque la tierra mía es; que vosotros peregrinos y extranjeros sois para conmigo.
24 Por tanto, en toda la tierra de vuestra posesión, otorgaréis redención a la tierra.
25 Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, vendrá el rescatador, su cercano, y rescatará lo que su hermano hubiere vendido.
26 Y cuando el hombre no tuviere rescatador, si alcanzare su mano, y hallare lo que basta para su rescate;
27 Entonces contará los años de su venta, y pagará lo que quedare al varón a quien vendió, y volverá a su posesión.
28 Mas si no alcanzare su mano lo que basta para que vuelva a él, lo que vendió estará en poder del que lo compró hasta el año del jubileo; y al jubileo saldrá, y él volverá a su posesión.
29 Y el varón que vendiere casa de morada en ciudad cercada, tendrá facultad de redimirla hasta acabarse el año de su venta: un año será el término de poderse redimir.
30 Y si no fuere redimida dentro de un año entero, la casa que estuviere en la ciudad murada quedará para siempre por de aquel que la compró, y para sus descendientes: no saldrá en el jubileo.
31 Mas las casas de las aldeas que no tienen muro alrededor, serán estimadas como una haza de tierra: tendrán redención, y saldrán en el jubileo.
32 Pero en cuanto a las ciudades de los Levitas, siempre podrán redimir los Levitas las casas de las ciudades que poseyeren.
33 Y el que comprare de los Levitas, saldrá de la casa vendida, o de la ciudad de su posesión, en el jubileo: por cuanto las casas de las ciudades de los Levitas es la posesión de ellos entre los hijos de Israel.

34 Mas la tierra del ejido de sus ciudades no se venderá, porque es perpetua posesión de ellos.
35 Y cuando tu hermano empobreciere, y se acogiere a ti, tú lo ampararás: como peregrino y extranjero vivirá contigo.
36 No tomarás usura de él, ni aumento; mas tendrás temor de tu Dios, y tu hermano vivirá contigo.
37 No le darás tu dinero a usura, ni tu vitualla a ganancia:
38 Yo soy el SEÑOR vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para daros la tierra de Canaán, para ser vuestro Dios.
39 Y cuando tu hermano empobreciere, estando contigo, y se vendiere a ti, no le harás servir como siervo:
40 Como criado, como extranjero estará contigo; hasta el año del jubileo te servirá.
41 Entonces saldrá de contigo, él y sus hijos consigo, y volverá a su familia, y a la posesión de sus padres se restituirá.
42 Porque son mis siervos, los cuales saqué yo de la tierra de Egipto: no serán vendidos a manera de siervos.
43 No te enseñorearás de él con dureza, mas tendrás temor de tu Dios.
44 Así tu siervo como tu sierva que tuvieres, serán de las naciones que están en vuestro alrededor: de ellos compraréis siervos y siervas.
45 También compraréis de los hijos de los forasteros que viven entre vosotros, y de los que del linaje de ellos son nacidos en vuestra tierra, que están con vosotros; los cuales tendréis por posesión:
46 Y los poseeréis por juro de heredad para vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria; para siempre os serviréis de ellos; empero en vuestros hermanos los hijos de Israel, no os enseñorearéis cada uno sobre su hermano con dureza.
47 Y si el peregrino o extranjero que está contigo, adquiriese medios, y tu hermano que está con él empobreciere, y se vendiere al peregrino o extranjero que está contigo, o a la raza de la familia del extranjero;
48 Después que se hubiere vendido, podrá ser rescatado: uno de sus hermanos lo rescatará;
49 O su tío, o el hijo de su tío lo rescatará, o el cercano de su carne, de su linaje, lo rescatará; o si sus medios alcanzaren, él mismo se redimirá.
50 Y contará con el que lo compró, desde el año que se vendió a él hasta el año del jubileo: y ha de apreciarse el dinero de su venta conforme al número de los años, y se hará con él conforme al tiempo de un criado asalariado.
51 Si aún fueren muchos años, conforme a ellos volverá para su rescate del dinero por el cual se vendió.
52 Y si quedare poco tiempo hasta el año del jubileo, entonces contará con él, y devolverá su rescate conforme a sus años.
53 Como con tomado a salario anualmente hará con él: no se enseñoreará en él con aspereza delante de tus ojos.
54 Mas si no se redimiere en esos *años*, en el año del jubileo saldrá él, y sus hijos con él.
55 Porque mis siervos son los hijos de Israel; son siervos míos, a los cuales saqué de la tierra de

Egipto: Yo *soy* el SEÑOR vuestro
Dios.

CAPÍTULO 26

NO HARÉIS para vosotros
ídolos, ni escultura, ni os
levantaréis estatua, ni pondréis
en vuestra tierra piedra pintada
para inclinaros a ella: porque yo
soy el SEÑOR vuestro Dios.
2 Guardad mis sábados, y tened
en reverencia mi santuario: Yo
soy el SEÑOR.
3 Si anduviereis en mis decretos,
y guardareis mis mandamientos,
y los pusiereis por obra;
4 Yo daré vuestra lluvia en su
tiempo, y la tierra rendirá sus
producciones, y el árbol del
campo dará su fruto;
5 Y la trilla os alcanzará a la ven-
dimia, y la vendimia alcanzará a
la sementera, y comeréis vuestro
pan en abundancia y habitaréis
seguros en vuestra tierra:
6 Y yo daré paz en la tierra, y
dormiréis, y no habrá quien
os espante: y haré quitar las
malas bestias de vuestra tierra,
y no pasará por vuestro país la
espada:
7 Y perseguiréis a vuestros ene-
migos, y caerán a espada delante
de vosotros:
8 Y cinco de vosotros persegui-
rán a ciento, y ciento de vosotros
perseguirán a diez mil, y vues-
tros enemigos caerán a espada
delante de vosotros.
9 Porque yo me volveré a voso-
tros, y os haré crecer, y os multi-
plicaré, y estableceré mi pacto
con vosotros:
10 Y comeréis lo añejo de mucho
tiempo, y sacareis fuera lo añejo
a causa de lo nuevo:
11 Y pondré mi morada en medio
de vosotros, y mi alma no os abo-
minará:
12 Y andaré entre vosotros, y yo
seré vuestro Dios, y vosotros se-
réis mi pueblo.
13 Yo soy el SEÑOR vuestro
Dios, que os saqué de la tierra de
Egipto, para que no fueseis sus
siervos; y rompí las coyundas
de vuestro yugo, y os he hecho
andar el rostro alto.
14 Empero si no me oyereis, ni
hiciereis todos estos mis manda-
mientos,
15 Y si abominareis mis decre-
tos, y vuestra alma menosprecia-
re mis derechos, no ejecutando
todos mis mandamientos, e inva-
lidando mi pacto;
16 Yo también haré con voso-
tros esto: enviaré sobre vosotros
terror, extenuación y calentura,
que consuman los ojos, y ator-
menten el alma: y sembraréis en
balde vuestra simiente, porque
vuestros enemigos la comerán:
17 Y pondré mi ira sobre voso-
tros, y seréis heridos delante de
vuestros enemigos; y los que os
aborrecen se enseñorearán de
vosotros, y huiréis sin que haya
quien os persiga.
18 Y si aún con estas cosas no me
oyereis, yo tornaré a castigaros
siete veces más por vuestros pe-
cados.
19 Y quebrantaré la soberbia de
vuestra fortaleza, y tornaré vues-
tro cielo como hierro, y vuestra
tierra como latón:
20 Y vuestra fuerza se consumi-
rá en vano; que vuestra tierra no
dará su esquilmo, y los árboles
de la tierra no darán su fruto.
21 Y si anduviereis conmigo en
oposición, y no me quisiereis oír,
yo añadiré sobre vosotros siete

veces más plagas según vuestros
pecados.
22 Enviaré también contra vosotros bestias fieras que os arrebaten los hijos, y destruyan vuestros animales, y os apoquen, y vuestros caminos sean desiertos.
23 Y si con estas cosas no fuereis corregidos, sino que anduviereis conmigo en oposición,
24 Yo también procederé con vosotros en oposición, y os heriré aún siete veces por vuestros pecados:
25 Y traeré sobre vosotros espada vengadora, en vindicación del pacto; y os recogeréis a vuestras ciudades; mas yo enviaré pestilencia entre vosotros, y seréis entregados en mano del enemigo.
26 Cuando yo os quebrantare el arrimo del pan, cocerán diez mujeres vuestro pan en un horno, y os devolverán vuestro pan por peso; y comeréis, y no os hartaréis.
27 Y si con esto no me oyereis, mas procediereis conmigo en oposición,
28 Yo procederé con vosotros en contra y con ira, y os castigaré aún siete veces por vuestros pecados.
29 Y comeréis las carnes de vuestros hijos, y comeréis las carnes de vuestras hijas:
30 Y destruiré vuestros altos, y talaré vuestras imágenes, y pondré vuestros cuerpos muertos sobre los cuerpos muertos de vuestros ídolos, y mi alma os abominará:
31 Y pondré vuestras ciudades en desierto, y asolaré vuestros santuarios, y no oleré la fragancia de vuestro suave perfume.
32 Yo asolaré también la tierra, y se pasmarán de ella vuestros enemigos que en ella moran:
33 Y a vosotros os esparciré por las naciones, y desenvainaré espada en pos de vosotros: y vuestra tierra estará asolada, y yermas vuestras ciudades.
34 Entonces la tierra holgará sus sábados todos los días que estuviere asolada, y vosotros en la tierra de vuestros enemigos: la tierra descansará entonces y gozará sus sábados.
35 Todo el tiempo que estará asolada, holgará lo que no holgó en vuestros sábados mientras habitabais en ella.
36 Y a los que quedaren de vosotros infundiré en sus corazones tal cobardía, en la tierra de sus enemigos, que el sonido de una hoja movida los perseguirá, y huirán como de espada, y caerán sin que nadie los persiga:
37 Y tropezarán los unos en los otros, como si huyeran delante de espada, aunque nadie los persiga; y no podréis resistir delante de vuestros enemigos.
38 Y pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá.
39 Y los que quedaren de vosotros decaerán en las tierras de vuestros enemigos por su iniquidad; y por la iniquidad de sus padres decaerán con ellos:
40 Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí: y también porque anduvieron conmigo en oposición,
41 Yo también habré andado con ellos en contra, y los habré metido en la tierra de sus enemigos: y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado;

42 Y yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré; y haré memoria de la tierra.
43 Que la tierra estará desamparada de ellos, y holgará sus sábados, estando yerma a causa de ellos; mas entretanto se someterán al castigo de sus iniquidades: por cuanto menospreciaron mis derechos, y tuvo el alma de ellos fastidio de mis estatutos.
44 Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos: porque yo soy el SEÑOR su Dios:
45 Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios: Yo *soy* el SEÑOR.
46 Éstos *son* los decretos, derechos y leyes que estableció el SEÑOR entre sí y los hijos de Israel en el monte de Sinaí por mano de Moisés.

CAPÍTULO 27

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando alguno hiciere especial voto al SEÑOR, según la estimación de las personas que se hayan de redimir, así será tu estimación:
3 En cuanto al varón de veinte años hasta sesenta, tu estimación será cincuenta siclos de plata, según el siclo del santuario.
4 Y si fuere hembra, la estimación será treinta siclos.
5 Y si fuere de cinco años hasta veinte, tu estimación será respecto al varón veinte siclos, y a la hembra diez siclos.
6 Y si fuere de un mes hasta cinco años, tu estimación será en orden al varón, cinco siclos de plata; y por la hembra será tu estimación tres siclos de plata.
7 Mas si fuere de sesenta años arriba, por el varón tu estimación será quince siclos, y por la hembra diez siclos.
8 Pero si fuere más pobre que tu estimación, entonces comparecerá ante el sacerdote, y el sacerdote le pondrá tasa: conforme a la facultad del votante le impondrá tasa el sacerdote.
9 Y si fuere animal de que se ofrece ofrenda al SEÑOR, todo lo que se diere de él al SEÑOR será santo.
10 No será mudado ni trocado, bueno por malo, ni malo por bueno; y si se permutare un animal por otro, él y el dado por él en cambio serán sagrados.
11 Y si fuere algún animal inmundo, de que no se ofrece ofrenda al SEÑOR, entonces el animal será puesto delante del sacerdote:
12 Y el sacerdote lo apreciará, sea bueno o sea malo; conforme a la estimación del sacerdote, así será.
13 Y si lo hubieren de redimir, añadirán su quinto sobre tu valuación.
14 Y cuando alguno santificare su casa consagrándola al SEÑOR, la apreciará el sacerdote, sea buena o sea mala: según la apreciare el sacerdote, así quedará.
15 Mas si el santificante redimiere su casa, añadirá a tu valuación el quinto del dinero de ella, y será suya.
16 Y si alguno santificare de la tierra de su posesión al SEÑOR, tu estimación será conforme a su sembradura: un omer de sembra-

dura de cebada se apreciará en cincuenta siclos de plata.
17 Y si santificare su tierra desde el año del jubileo, conforme a tu estimación quedará.
18 Mas si después del jubileo santificare su tierra, entonces el sacerdote hará la cuenta del dinero conforme a los años que quedaren hasta el año del jubileo, y se rebajará de tu estimación.
19 Y si el que santificó la tierra quisiere redimirla, añadirá a tu estimación el quinto del dinero de ella, y quedaráse para él.
20 Mas si él no redimiere la tierra, y la tierra se vendiere a otro, no la redimirá más;
21 Sino que cuando saliere en el jubileo, la tierra será santa al SEÑOR, como tierra consagrada: la posesión de ella será del sacerdote.
22 Y si santificare alguno al SEÑOR la tierra que él compró, que no era de la tierra de su herencia,
23 Entonces el sacerdote calculará con él la suma de tu estimación hasta el año del jubileo, y aquel día dará tu señalado precio, cosa consagrada al SEÑOR.
24 En el año del jubileo, volverá la tierra a aquél de quien él la compró, cuya es la herencia de la tierra.
25 Y todo lo que apreciares será conforme al siclo del santuario: el siclo tiene veinte óbolos.
26 Empero el primogénito de los animales, que por la primogenitura es del SEÑOR, nadie lo santificará; sea buey u oveja, del SEÑOR es.
27 Mas si fuere de los animales inmundos, lo redimirán conforme a tu estimación, y añadirán sobre ella su quinto: y si no lo redimieren, se venderá conforme a tu estimación.
28 Pero ninguna cosa consagrada, que alguno hubiere santificado al SEÑOR de todo lo que tuviere, de hombres y animales, y de las tierras de su posesión, no se venderá, ni se redimirá: todo lo consagrado será cosa santísima al SEÑOR.
29 Cualquier anatema (cosa consagrada) de hombres que se consagrare no será redimido: indefectiblemente ha de ser muerto.
30 Y todas las décimas de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, del SEÑOR son: es cosa consagrada al SEÑOR.
31 Y si alguno quisiere redimir algo de sus décimas, añadirá su quinto a ello.
32 Y toda décima de vacas o de ovejas, de todo lo que pasa bajo la vara, la décima será consagrada al SEÑOR.
33 No mirará si es bueno o malo, ni lo trocará: y si lo trocare, ello y su trueque serán cosas sagradas; no se redimirá.
34 Éstos *son* los mandamientos que ordenó el SEÑOR a Moisés, para los hijos de Israel, en el monte de Sinaí.

El Cuarto Libro de Moisés, Llamado

NÚMEROS

CAPÍTULO 1

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés
en el desierto de Sinaí, en el
tabernáculo de la congregación,
en el primero del mes segundo,
en el segundo año de su salida de
la tierra de Egipto, diciendo:
2 Tomad el encabezamiento de
toda la congregación de los hijos
de Israel por sus familias, por
las casas de sus padres, con la
cuenta de los nombres, todos los
varones por sus cabezas:
3 De veinte años arriba, todos los
que pueden salir a la guerra en
Israel, los contaréis tú y Aarón
por sus cuadrillas.
4 Y estará con vosotros un varón
de cada tribu, cada uno cabeza
de la casa de sus padres.
5 Y estos son los nombres de los
varones que estarán con vosotros: De la tribu de Rubén, Elisur
hijo de Sedeur.
6 De Simeón, Selumiel hijo de
Zurisadai.
7 De Judá, Naasón hijo de Aminadab.
8 De Isacar, Natanael hijo de
Suar.
9 De Zabulón, Eliab hijo de
Helón.
10 De los hijos de José: de Efraím,
Elisama hijo de Amiud; de Manasés, Gamaliel hijo de Pedasur.
11 De Benjamín, Abidán hijo de
Gedeón.
12 De Dan, Ahiezer hijo de Amisadai.
13 De Aser, Pagiel hijo de Ocrán.
14 De Gad, Eliasaf hijo de Deuel.
15 De Neftalí, Ahira hijo de Enán.
16 Éstos *eran* los nombrados de
la congregación, príncipes de las
tribus de sus padres, capitanes
de los millares de Israel.
17 Tomó pues Moisés y Aarón a
estos varones que fueron declarados por sus nombres:
18 Y juntaron toda la congregación en el primero del mes segundo, y fueron reunidos sus linajes, por las casas de sus padres,
según la cuenta de los nombres,
de veinte años arriba, por sus cabezas,
19 Como el SEÑOR lo había mandado a Moisés; y contólos en el
desierto de Sinaí.
20 Y los hijos de Rubén, primogénito de Israel, por sus generaciones, por sus familias, por las
casas de sus padres, conforme
a la cuenta de los nombres por
sus cabezas, todos los varones de
veinte años arriba, todos los que
podían salir a la guerra;
21 Los contados de ellos, de la
tribu de Rubén, fueron cuarenta
y seis mil y quinientos.
22 De los hijos de Simeón, por
sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres,
los contados de ellos conforme
a la cuenta de los nombres por
sus cabezas, todos los varones de
veinte años arriba, todos los que
podían salir a la guerra;
23 Los contados de ellos, de la
tribu de Simeón, cincuenta y
nueve mil y trescientos.
24 De los hijos de Gad, por sus
generaciones por sus familias,
por las casas de sus padres, con-

forme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
25 Los contados de ellos, de la tribu de Gad, cuarenta y cinco mil seiscientos y cincuenta.
26 De los hijos de Judá, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
27 Los contados de ellos, de la tribu de Judá, setenta y cuatro mil y seiscientos.
28 De los hijos de Isacar, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
29 Los contados de ellos, de la tribu de Isacar, cincuenta y cuatro mil y cuatrocientos.
30 De los hijos de Zabulón, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de sus nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
31 Los contados de ellos, de la tribu de Zabulón, cincuenta y siete mil y cuatrocientos.
32 De los hijos de José: de los hijos de Efraím, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
33 Los contados de ellos, de la tribu de Efraím, cuarenta mil y quinientos.
34 De los hijos de Manasés, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
35 Los contados de ellos, de la tribu de Manasés, treinta y dos mil y doscientos.
36 De los hijos de Benjamín, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
37 Los contados de ellos, de la tribu de Benjamín, treinta y cinco mil y cuatrocientos.
38 De los hijos de Dan, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
39 Los contados de ellos, de la tribu de Dan, sesenta y dos mil y setecientos.
40 De los hijos de Aser, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra.
41 Los contados de ellos, de la tribu de Aser, cuarenta y un mil y quinientos.
42 De los hijos de Neftalí, por sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, conforme a la cuenta de los nombres, de veinte años arriba, todos los que podían salir a la guerra;
43 Los contados de ellos, de la tribu de Neftalí, cincuenta y tres mil y cuatrocientos.
44 Éstos fueron los contados, los cuales contaron Moisés y Aarón, con los príncipes de Israel, que eran doce, uno por cada casa de sus padres.

45 Y fueron todos los contados
de los hijos de Israel por las
casas de sus padres, de veinte
años arriba, todos los que po-
dían salir a la guerra en Israel;
46 Fueron todos los contados
seiscientos tres mil quinientos y
cincuenta.
47 Pero los Levitas no fueron
contados entre ellos según la
tribu de sus padres.
48 Porque habló el SEÑOR a
Moisés, diciendo:
49 Solamente no contarás la
tribu de Leví, ni tomarás la cuen-
ta de ellos entre los hijos de Is-
rael:
50 Mas tú pondrás a los Levitas
en el tabernáculo del testimonio,
y sobre todos sus vasos, y sobre
todas las cosas que le pertenecen:
ellos llevarán el tabernáculo y
todos sus vasos, y ellos servirán
en él, y asentarán sus tiendas al-
rededor del tabernáculo.
51 Y cuando el tabernáculo par-
tiere, los Levitas lo desarmarán;
y cuando el tabernáculo parare,
los Levitas lo armarán: y el ex-
traño que se llegare, morirá.
52 Y los hijos de Israel asenta-
rán sus tiendas cada uno en su
escuadrón, y cada uno junto a su
bandera, por sus cuadrillas;
53 Mas los Levitas asentarán
las suyas alrededor del taberná-
culo del testimonio, y no habrá
ira sobre la congregacion de los
hijos de Israel: y los Levitas ten-
drán la guarda del tabernáculo
del testimonio.
54 E hicieron los hijos de Israel
conforme a todas las cosas que
mandó el SEÑOR a Moisés; así
lo hicieron.

CAPÍTULO 2

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y
a Aarón, diciendo:
2 Los hijos de Israel acamparán
cada uno junto a su bandera,
según las enseñas de las casas de
sus padres; alrededor del taber-
náculo de la congregación acam-
parán.
3 Éstos acamparán al levante, al
oriente: la bandera del ejército
de Judá, por sus escuadrones; y
el jefe de los hijos de Judá, Naa-
són hijo de Aminadab:
4 Su hueste, con los contados de
ellos, setenta y cuatro mil y seis-
cientos.
5 Junto a él acamparán los de la
tribu de Isacar: y el jefe de los
hijos de Isacar, Natanael hijo de
Suar;
6 Y su hueste, con sus contados,
cincuenta y cuatro mil y cuatro-
cientos:
7 Y la tribu de Zabulón: y el jefe
de los hijos de Zabulón, Eliab
hijo de Helón;
8 Y su hueste, con sus contados,
cincuenta y siete mil y cuatro-
cientos.
9 Todos los contados en el ejérci-
to de Judá, ciento ochenta y seis
mil y cuatrocientos, por sus es-
cuadrones, irán delante.
10 La bandera del ejército de
Rubén al sur, por sus escua-
drones: y el jefe de los hijos de
Rubén, Elisur hijo de Sedeur;
11 Y su hueste, sus contados,
cuarenta y seis mil y quinientos.
12 Y acamparán junto a él los
de la tribu de Simeón: y el jefe
de los hijos de Simeón, Selumiel
hijo de Zurisadai;
13 Y su hueste, con los contados
de ellos, cincuenta y nueve mil y
trescientos:

14 Y la tribu de Gad: y el jefe de
los hijos de Gad, Eliasaf hijo de
Rehuel;
15 Y su hueste, con los contados
de ellos, cuarenta y cinco mil
seiscientos y cincuenta.
16 Todos los contados en el ejér-
cito de Rubén, ciento cincuenta y
un mil cuatrocientos y cincuenta,
por sus escuadrones, irán los se-
gundos.
17 Luego irá el tabernáculo de la
congregación, el campo de los
Levitas en medio de los ejérci-
tos: de la manera que asientan el
campo, así caminarán, cada uno
en su lugar, junto a sus banderas.
18 La bandera del ejército de
Efraím por sus escuadrones, al
occidente: y el jefe de los hijos de
Efraím, Elisama hijo de Amiud;
19 Y su hueste, con los contados
de ellos, cuarenta mil y quinientos.
20 Junto a él estará la tribu de
Manasés; y el jefe de los hijos de
Manasés, Gamaliel hijo de Peda-
sur;
21 Y su hueste, con los contados
de ellos, treinta y dos mil y dos-
cientos:
22 Y la tribu de Benjamín: y el
jefe de los hijos de Benjamín,
Abidán hijo de Gedeón;
23 Y su hueste, con los contados
de ellos, treinta y cinco mil y
cuatrocientos.
24 Todos los contados en el ejér-
cito de Efraím, ciento ocho mil y
ciento, por sus escuadrones, irán
los terceros.
25 La bandera del ejército de Dan
estará al norte, por sus escuadro-
nes: y el jefe de los hijos de Dan,
Ahiezer hijo de Amisadai;
26 Y su hueste, con los contados
de ellos, sesenta y dos mil y sete-
cientos.
27 Junto a él acamparán los de la
tribu de Aser: y el jefe de los hijos
de Aser, Pagiel hijo de Ocrán;
28 Y su hueste, con los contados
de ellos, cuarenta y un mil y qui-
nientos:
29 Y la tribu de Neftalí: y el jefe
de los hijos de Neftalí, Ahira hijo
de Enán;
30 Y su hueste, con los contados
de ellos, cincuenta y tres mil y
cuatrocientos.
31 Todos los contados en el ejér-
cito de Dan, ciento cincuenta y
siete mil y seiscientos: irán los
postreros tras sus banderas.
32 Éstos *son* los contados de los
hijos de Israel, por las casas de
sus padres: todos los contados
por ejércitos, por sus escuadro-
nes, seiscientos tres mil quinien-
tos y cincuenta.
33 Mas los Levitas no fueron
contados entre los hijos de Is-
rael; como el SEÑOR lo mandó
a Moisés.
34 E hicieron los hijos de Israel
conforme a todas las cosas que
el SEÑOR mandó a Moisés; así
asentaron el campo por sus ban-
deras, y así marcharon cada uno
por sus familias, según las casas
de sus padres.

CAPÍTULO 3

Y ÉSTAS son las generaciones
de Aarón y de Moisés, desde
que el SEÑOR habló a Moisés en
el monte de Sinaí.
2 Y éstos son los nombres de
los hijos de Aarón: Nadab el
primogénito, y Abiú, Eleazar, e
Itamar.
3 Éstos *son* los nombres de los
hijos de Aarón, sacerdotes ungi-
dos; cuyas manos él hinchió para
administrar el sacerdocio.

4 Mas Nadab y Abiú murieron
delante del SEÑOR, cuando
ofrecieron fuego extraño delan-
te del SEÑOR, en el desierto de
Sinaí: y no tuvieron hijos: y Elea-
zar e Itamar ejercieron el sacer-
docio delante de Aarón su padre.
5 Y el SEÑOR habló a Moisés, di-
ciendo:
6 Haz llegar a la tribu de Leví, y
hazla estar delante del sacerdote
Aarón, para que le ministren;
7 Y desempeñen su cargo, y el
cargo de toda la congregación
delante del tabernáculo de la
congregación, para servir en el
ministerio del tabernáculo;
8 Y guarden todas las alhajas del
tabernáculo de la congregación,
y lo encargado *a ellos* de los hijos
de Israel, y ministren en el servi-
cio del tabernáculo.
9 Y darás los Levitas a Aarón y
a sus hijos: le son enteramente
dados de entre los hijos de Israel.
10 Y constituirás a Aarón y a sus
hijos, para que ejerzan su sacer-
docio: y el extraño que se llegare,
morirá.
11 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
12 Y he aquí yo he tomado los
Levitas de entre los hijos de Is-
rael en lugar de todos los pri-
mogénitos que abren la matriz
entre los hijos de Israel; serán
pues míos los Levitas:
13 Porque mío es todo primogé-
nito; desde el día que yo maté
todos los primogénitos en la tie-
rra de Egipto, yo santifiqué a mí
todos los primogénitos en Israel,
así de hombres como de anima-
les: míos serán: Yo *soy* el SEÑOR.
14 Y el SEÑOR habló a Moisés en
el desierto de Sinaí, diciendo:
15 Cuenta los hijos de Leví por
las casas de sus padres, por sus
familias: contarás todos los varo-
nes de un mes arriba.
16 Y Moisés los contó conforme
a la palabra del SEÑOR, como le
fue mandado.
17 Y los hijos de Leví fueron éstos
por sus nombres: Gersón, y Coat,
y Merari.
18 Y los nombres de los hijos de
Gersón, por sus familias, éstos:
Libni, y Simei.
19 Y los hijos de Coat, por sus
familias: Amram, e Izhar, y He-
brón, y Uziel.
20 Y los hijos de Merari, por sus
familias: Mahali, y Musi. Éstas,
las familias de Leví, por las casas
de sus padres.
21 De Gersón, la familia de Libni
y la de Simei: éstas son las fami-
lias de Gersón.
22 Los contados de ellos confor-
me a la cuenta de todos los
varones de un mes arriba, los
contados de ellos, siete mil y
quinientos.
23 Las familias de Gersón asen-
tarán sus tiendas a espaldas del
tabernáculo, al occidente;
24 Y el jefe de la casa del padre
de los Gersonitas, Eliasaf hijo de
Lael.
25 A cargo de los hijos de Gersón,
en el tabernáculo de la congrega-
ción, estará el tabernáculo, y la
tienda, y su cubierta, y el pabe-
llón de la puerta del tabernáculo
de la congregación,
26 Y las cortinas del atrio, y el pa-
bellón de la puerta del atrio, que
está junto al tabernáculo y junto
al altar alrededor; asimismo sus
cuerdas para todo su servicio.
27 Y de Coat, la familia Amramí-
tica, y la familia Izeharítica, y la
familia Hebronítica, y la familia

Ozielítica: éstas son las familias
Coatitas.
28 Por la cuenta de todos los
varones de un mes arriba, eran
ocho mil y seiscientos, que te-
nían la guarda del santuario.
29 Las familias de los hijos de
Coat acamparán al lado del ta-
bernáculo, hacia el sur;
30 Y el jefe de la casa del padre
de las familias de Coat, Elisafán
hijo de Uziel.
31 Y a cargo de ellos estará el
arca, y la mesa, y el candelero,
y los altares, y los vasos del san-
tuario con que ministran, y el
velo, con todo su servicio.
32 Y el principal de los jefes de
los Levitas será Eleazar, hijo de
Aarón el sacerdote, prepósito de
los que tienen la guarda del san-
tuario.
33 De Merari, la familia Mahalí-
tica y la familia Musítica: éstas
son las familias de Merari.
34 Y los contados de ellos con-
forme a la cuenta de todos los
varones de un mes arriba, fueron
seis mil y doscientos.
35 Y el jefe de la casa del padre
de las familias de Merari, Suriel
hijo de Abihail: acamparán al
lado del tabernáculo, al norte.
36 Y a cargo de los hijos de Mera-
ri estará la custodia de las tablas
del tabernáculo, y sus barras, y
sus columnas, y sus basas, y todos
sus enseres, con todo su servicio:
37 Y las columnas en derredor
del atrio, y sus basas, y sus esta-
cas, y sus cuerdas.
38 Y los que acamparán delante
del tabernáculo al oriente, delan-
te del tabernáculo de la congre-
gación al levante, serán Moisés,
y Aarón y sus hijos, teniendo la
guarda del santuario en lugar de
los hijos de Israel: y el extraño
que se acercare, morirá.
39 Todos los contados de los Le-
vitas, que Moisés y Aarón confor-
me a la palabra del SEÑOR con-
taron por sus familias, todos los
varones de un mes arriba, fueron
veinte y dos mil.
40 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Cuenta todos los primogénitos
varones de los hijos de Israel de
un mes arriba, y toma la cuenta
de los nombres de ellos.
41 Y tomarás los Levitas para
mí, (Yo soy el SEÑOR), en lugar
de todos los primogénitos de los
hijos de Israel: y los animales de
los Levitas en lugar de todos los
primogénitos de los animales de
los hijos de Israel.
42 Y contó Moisés, como el
SEÑOR le mandó, todos los pri-
mogénitos de los hijos de Israel.
43 Y todos los primogénitos varo-
nes, conforme a la cuenta de los
nombres, de un mes arriba, los
contados de ellos fueron veinte y
dos mil doscientos setenta y tres.
44 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
45 Toma los Levitas en lugar de
todos los primogénitos de los
hijos de Israel, y los animales de
los Levitas en lugar de sus ani-
males; y los Levitas serán míos:
Yo *soy* el SEÑOR.
46 Y por los rescates de los dos-
cientos y setenta y tres, que so-
brepujan a los Levitas los pri-
mogénitos de los hijos de Israel;
47 Tomarás cinco siclos por ca-
beza; conforme al siclo del san-
tuario tomarás: el siclo tiene
veinte óbolos:
48 Y darás a Aarón y a sus hijos
el dinero por los rescates de los
que de ellos sobran.

49 Tomó, pues, Moisés el dinero
del rescate de los que resultaron
de más de los redimidos por los
Levitas:
50 Y recibió de los primogénitos
de los hijos de Israel en dinero,
mil trescientos sesenta y cinco
siclos, conforme al siclo del san-
tuario.
51 Y Moisés dio el dinero de los
rescates a Aarón y a sus hijos,
conforme al dicho del SEÑOR,
según que el SEÑOR había man-
dado a Moisés.

CAPÍTULO 4

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés y
a Aarón, diciendo:
2 Toma la cuenta de los hijos de
Coat de entre los hijos de Leví,
por sus familias, por las casas de
sus padres,
3 De edad de treinta años arriba
hasta cincuenta años, todos los
que entran en compañía, para
hacer servicio en el tabernáculo
de la congregación.
4 Éste *será* el oficio de los hijos
de Coat en el tabernáculo de la
congregación, en el lugar santísi-
mo:
5 Cuando se hubiere de mudar
el campo, vendrán Aarón y sus
hijos, y desarmarán el velo de la
tienda, y cubrirán con él el arca
del testimonio:
6 Y pondrán sobre ella la cubier-
ta de pieles de tejones, y exten-
derán encima el paño todo de
cárdeno, y le pondrán sus varas.
7 Y sobre la mesa de la proposi-
ción extenderán el paño cárdeno,
y pondrán sobre ella las escudi-
llas, y las cucharas, y las copas,
y los tazones para libar: y el pan
continuo estará sobre ella.
8 Y extenderán sobre ella el paño
de carmesí colorado, y lo cubri-
rán con la cubierta de pieles de
tejones; y le pondrán sus varas.
9 Y tomarán un paño cárdeno, y
cubrirán el candelero de la lumi-
naria; y sus candilejas, y sus
despabiladeras, y sus platillos,
y todos sus vasos del aceite con
que se sirve;
10 Y lo pondrán con todos sus
vasos en una cubierta de pieles
de tejones, y lo colocarán sobre
unas parihuelas.
11 Y sobre el altar de oro exten-
derán el paño cárdeno, y le cubri-
rán con la cubierta de pieles de
tejones, y le pondrán sus varales.
12 Y tomarán todos los vasos del
servicio, de que hacen uso en el
santuario, y los pondrán en un
paño cárdeno, y los cubrirán con
una cubierta de pieles de tejones,
y los colocarán sobre unas pari-
huelas.
13 Y quitarán la ceniza del altar,
y extenderán sobre él un paño de
púrpura:
14 Y pondrán sobre él todos sus
instrumentos de que se sirve: las
paletas, los garfios, los braseros,
y los tazones, todos los vasos del
altar; y extenderán sobre él la
cubierta de pieles de tejones, y
le pondrán además las varas.
15 Y en acabando Aarón y sus
hijos de cubrir el santuario y
todos los vasos del santuario,
cuando el campo se hubiere de
mudar, vendrán después de ello
los hijos de Coat para conducir:
mas no tocarán cosa santa, que
morirán. Éstas *serán* las cargas
de los hijos de Coat en el taber-
náculo de la congregación.
16 Empero al cargo de Eleazar,
hijo de Aarón el sacerdote, es-
tará el aceite de la luminaria, y

el perfume aromático, y el presente continuo, y el aceite de la unción; el cargo de todo el tabernáculo, y de todo lo que está en él, en el santuario, y en sus vasos.
17 Y habló el SEÑOR a Moisés y a Aarón, diciendo:
18 No cortaréis la tribu de las familias de Coat de entre los Levitas;
19 Mas esto haréis con ellos, para que vivan, y no mueran cuando llegaren al lugar santísimo: Aarón y sus hijos vendrán y los pondrán a cada uno en su oficio, y en su cargo.
20 No entrarán para ver, cuando cubrieren las cosas santas; que morirán.
21 Y habló el SEÑOR a Moisés diciendo:
22 Toma también la cuenta de los hijos de Gersón por las casas de sus padres, por sus familias.
23 De edad de treinta años arriba hasta cincuenta años los contarás; todos los que entran en compañía, para hacer servicio en el tabernáculo de la congregación.
24 Éste *será* el oficio de las familias de Gersón, para ministrar y para llevar:
25 Llevarán las cortinas del tabernáculo, y el tabernáculo de la congregación, su cubierta, y la cubierta de pieles de tejones que está sobre él encima, y el pabellón de la puerta del tabernáculo de la congregación,
26 Y las cortinas del atrio, y el pabellón de la puerta del atrio, que está cerca del tabernáculo y cerca del altar alrededor, y sus cuerdas, y todos los instrumentos de su servicio, y todo lo que será hecho para ellos: así servirán.
27 Según la orden de Aarón y de sus hijos será todo el ministerio de los hijos de Gersón en todos sus cargos, y en todo su servicio: y les encomendaréis en guarda todos sus cargos.
28 Éste *es* el servicio de las familias de los hijos de Gersón en el tabernáculo de la congregación: y el cargo de ellos estará bajo la mano de Itamar, hijo de Aarón el sacerdote.
29 Contarás los hijos de Merari por sus familias, por las casas de sus padres.
30 Desde el de edad de treinta años arriba hasta el de cincuenta años, los contarás; todos los que entran en compañía, para hacer servicio en el tabernáculo de la congregación.
31 Y éste será el deber de su cargo para todo su servicio en el tabernáculo de la congregación: las tablas del tabernáculo, y sus barras, y sus columnas, y sus basas,
32 Y las columnas del atrio alrededor, y sus basas, y sus estacas, y sus cuerdas con todos sus instrumentos, y todo su servicio; y contaréis por sus nombres todos los vasos de la guarda de su cargo.
33 Éste *será* el servicio de las familias de los hijos de Merari para todo su ministerio en el tabernáculo de la congregación, bajo la mano de Itamar, hijo de Aarón el sacerdote.
34 Moisés, pues, y Aarón, y los jefes de la congregación, contaron los hijos de Coat por sus familias, y por las casas de sus padres,
35 Desde el de edad de treinta años arriba hasta el de edad de cincuenta años; todos los que

entran en compañía, para ministrar en el tabernáculo de la congregación.
36 Y fueron los contados de ellos por sus familias, dos mil setecientos y cincuenta.
37 Éstos fueron los contados de las familias de Coat, todos los que ministran en el tabernáculo de la congregación, los cuales contaron Moisés y Aarón, como lo mandó el SEÑOR por mano de Moisés.
38 Y los contados de los hijos de Gersón, por sus familias, y por las casas de sus padres,
39 Desde el de edad de treinta años arriba hasta el de edad de cincuenta años, todos los que entran en compañía, para ministrar en el tabernáculo de la congregación;
40 Los contados de ellos por sus familias, por las casas de sus padres, fueron dos mil seiscientos y treinta.
41 Éstos son los contados de las familias de los hijos de Gersón, todos los que ministran en el tabernáculo de la congregación, los cuales contaron Moisés y Aarón por mandato del SEÑOR.
42 Y los contados de las familias de los hijos de Merari, por sus familias, por las casas de sus padres,
43 Desde el de edad de treinta años arriba hasta el de edad de cincuenta años, todos los que entran en compañía, para ministrar en el tabernáculo de la congregación;
44 Los contados de ellos, por sus familias, fueron tres mil y doscientos.
45 Éstos fueron los contados de las familias de los hijos de Merari, los cuales contaron Moisés y Aarón, según lo mandó el SEÑOR por mano de Moisés.
46 Todos los contados de los Levitas, que Moisés y Aarón y los jefes de Israel contaron por sus familias, y por las casas de sus padres,
47 Desde el de edad de treinta años arriba hasta el de edad de cincuenta años, todos los que entraban para ministrar en el servicio, y tener cargo de obra en el tabernáculo de la congregación;
48 Los contados de ellos fueron ocho mil quinientos y ochenta,
49 Como lo mandó el SEÑOR por mano de Moisés fueron contados, cada uno según su oficio, y según su cargo; los cuales contó él, como le fue mandado.

CAPÍTULO 5

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 Manda a los hijos de Israel que echen del campo a todo leproso, y a todos los que padecen flujo de semen, y a todo contaminado sobre muerto:
3 Así hombres como mujeres echaréis, fuera del campo los echaréis; porque no contaminen el campo de aquellos entre los cuales yo habito.
4 E hiciéronlo así los hijos de Israel, que los echaron fuera del campo: como el SEÑOR dijo a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.
5 Además habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
6 Habla a los hijos de Israel: El hombre o la mujer que cometiere alguno de todos los pecados de los hombres, haciendo prevaricación contra el SEÑOR, y delinquiere aquella persona;

7 Confesarán su pecado que cometieron, y compensarán su ofensa enteramente, y añadirán su quinto sobre ello, y lo darán a aquel contra quien pecaron.
8 Y si aquel hombre no tuviere pariente al cual sea resarcida la ofensa, daráse la indemnización del agravio al SEÑOR, al sacerdote, a más del carnero de las expiaciones, con el cual hará expiación por él.
9 Y toda ofrenda de todas las cosas santas que los hijos de Israel presentaren al sacerdote, suya será.
10 Y lo santificado de cualquiera será suyo: asimismo lo que cualquiera diere al sacerdote, suyo será.
11 Y el SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
12 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando la esposa de alguno se desmandare, e hiciere traición contra él,
13 Que alguno se hubiere echado con ella en carnal ayuntamiento, y su marido no lo hubiese visto por haberse ella contaminado ocultamente, ni hubiere testigo contra ella, ni ella hubiere sido cogida en el acto;
14 Si viniere sobre él espíritu de celo, y tuviere celos de su esposa, habiéndose ella contaminado; o viniere sobre él espíritu de celo, y tuviere celos de su esposa, no habiéndose ella contaminado;
15 Entonces el marido traerá su esposa al sacerdote, y traerá su ofrenda con ella, la décima de un efa de harina de cebada; no echará sobre ella aceite, ni pondrá sobre ella incienso: porque es presente de celos, presente de recordación, que trae en memoria pecado.
16 Y el sacerdote la hará acercar, y la hará poner delante del SEÑOR.
17 Luego tomará el sacerdote del agua santa en un vaso de barro: tomará también el sacerdote del polvo que hubiere en el suelo del tabernáculo, y echarálo en el agua.
18 Y hará el sacerdote estar en pie a la mujer delante del SEÑOR, y descubrirá la cabeza de la mujer, y pondrá sobre sus manos el presente de la recordación, que es el presente de celos: y el sacerdote tendrá en la mano las aguas amargas que acarrean maldición.
19 Y el sacerdote la conjurará, y le dirá: Si ninguno hubiere dormido contigo, y si no te has apartado de tu marido a inmundicia, libre seas de estas aguas amargas que traen maldición:
20 Mas si te has descarriado de tu marido, y te has amancillado, y alguno hubiere tenido coito contigo, fuera de tu marido:
21 (El sacerdote conjurará a la mujer con juramento de maldición, y dirá a la mujer): el SEÑOR te dé en maldición y en conjuración en medio de tu pueblo, haciendo el SEÑOR a tu muslo que caiga, y a tu vientre que se te hinche;
22 Y estas aguas que dan maldición entren en tus entrañas, y hagan hinchar tu vientre, y caer tu muslo. Y la mujer dirá: Amén, amén.
23 Y el sacerdote escribirá estas maldiciones en un libro, y las borrará con las aguas amargas:
24 Y dará a beber a la mujer las aguas amargas que traen maldición; y las aguas que obran mal-

dición entrarán en ella por amargas.
25 Después tomará el sacerdote de la mano de la mujer el presente de los celos, y mecerálo delante del SEÑOR, y lo ofrecerá delante del altar:
26 Y tomará el sacerdote un puñado del presente, en memoria de ella, y lo quemará sobre el altar, y después dará a beber las aguas a la mujer.
27 Daréle pues a beber las aguas; y será, que si fuere inmunda y hubiere hecho traición contra su marido, las aguas que obran maldición entrarán en ella en amargura, y su vientre se hinchará, y caerá su muslo; y la mujer será por maldición en medio de su pueblo.
28 Mas si la mujer no fuere inmunda, sino que estuviere limpia, ella será libre, y será fecunda.
29 Ésta *es* la ley de los celos, cuando la esposa hiciere traición a su marido, y se amancillare;
30 O del marido, sobre el cual pasare espíritu de celo, y tuviere celos de su esposa: presentarála entonces delante del SEÑOR, y el sacerdote ejecutará en ella toda esta ley.
31 Y aquel varón será libre de iniquidad, y la mujer llevará su pecado.

CAPÍTULO 6

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y díles: El hombre, o la mujer, cuando se apartare haciendo voto de Nazareo, para dedicarse al SEÑOR,
3 Se abstendrá de vino y de bebida fuerte; no beberá vinagre de vino, ni vinagre de bebida fuerte, ni beberá algún licor de uvas, ni tampoco comerá uvas frescas ni secas.
4 Todo el tiempo de su nazareato, de todo lo que se hace de vid de vino, desde los granillos hasta el hollejo, no comerá.
5 Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza, hasta que sean cumplidos los días de su apartamiento al SEÑOR: santo será; dejará crecer las guedejas del cabello de su cabeza.
6 Todo el tiempo que se apartare al SEÑOR, no entrará a persona muerta.
7 Por su padre, ni por su madre, por su hermano, ni por su hermana, no se contaminará con ellos cuando murieren; porque consagración de su Dios tiene sobre su cabeza.
8 Todo el tiempo de su nazareato, será santo al SEÑOR.
9 Y si alguno muriere muy de repente junto a él, contaminará la cabeza de su nazareato; por tanto el día de su purificación raerá su cabeza; al séptimo día la raerá.
10 Y el día octavo traerá dos tórtolas o dos palominos al sacerdote, a la puerta del tabernáculo de la congregación;
11 Y el sacerdote hará el uno en expiación, y el otro en ofrenda quemada: y expiarálo de lo que pecó sobre el muerto, y santificará su cabeza en aquel día.
12 Y consagrará al SEÑOR los días de su nazareato, y traerá un cordero de un año en expiación por la culpa; y los días primeros serán anulados, por cuanto fue contaminado su nazareato.
13 Ésta *es*, pues, la ley del Nazareo el día que se cumpliere el

tiempo de su nazareato: Vendrá
a la puerta del tabernáculo de la
congregación;
14 Y ofrecerá su ofrenda al
SEÑOR, un cordero de un año
sin tacha en ofrenda quemada, y
una cordera de un año sin defec-
to en expiación, y un carnero sin
defecto por sacrificio de paces:
15 Además un canastillo de cen-
ceñas, tortas de flor de harina
amasadas con aceite, y hojaldres
cenceñas untadas con aceite, y
su presente, y sus libaciones.
16 Y el sacerdote lo ofrecerá de-
lante del SEÑOR, y hará su ex-
piación y su ofrenda quemada:
17 Y ofrecerá el carnero en sacri-
ficio de paces al SEÑOR, con el
canastillo de las cenceñas; ofre-
cerá asimismo el sacerdote su
presente, y sus libaciones.
18 Entonces el Nazareo raerá a la
puerta del tabernáculo de la con-
gregación la cabeza de su naza-
reato, y tomará los cabellos de
la cabeza de su nazareato, y los
pondrá sobre el fuego que está
debajo del sacrificio de las paces.
19 Después tomará el sacerdote
la espaldilla cocida del carnero, y
una torta sin levadura del canas-
tillo, y una hojaldre sin levadura,
y pondrálas sobre las manos del
Nazareo, después que fuere raído
su nazareato:
20 Y el sacerdote mecerá aque-
llo, ofrenda agitada delante del
SEÑOR; lo cual será cosa santa
del sacerdote, a más del pecho
mecido y de la espaldilla separa-
da: y después podrá beber vino
el Nazareo.
21 Ésta *es* la ley del Nazareo
que hiciere voto de su ofrenda
al SEÑOR por su nazareato, a
más de lo que su mano alcanza-
re: según el voto que hiciere, así
hará, conforme a la ley de su na-
zareato.
22 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
23 Habla a Aarón y a sus hijos, y
díles: Así bendeciréis a los hijos
de Israel, diciéndoles:
24 El SEÑOR te bendiga, y te
guarde:
25 Haga resplandecer el SEÑOR
su rostro sobre ti, y haya de ti
misericordia:
26 El SEÑOR alce a ti su rostro, y
ponga en ti paz.
27 Y pondrán mi nombre sobre los
hijos de Israel, y yo los bendeciré.

CAPÍTULO 7

Y ACONTECIÓ, que cuando
Moisés hubo acabado de le-
vantar el tabernáculo, y ungí-
dolo, y santificádolo, con todos
sus vasos; y asimismo ungido y
santificado el altar, con todos sus
vasos;
2 Entonces los príncipes de Israel,
las cabezas de las casas de sus
padres, los cuales eran los prín-
cipes de las tribus, que estaban
sobre los contados, ofrecieron;
3 Y trajeron sus ofrendas delante
del SEÑOR, seis carros cubiertos,
y doce bueyes; por cada dos prín-
cipes un carro, y cada uno un
buey; lo cual ofrecieron delante
del tabernáculo.
4 Y el SEÑOR habló a Moisés, di-
ciendo:
5 Tómalo de ellos, y será para
el servicio del tabernáculo de la
congregación: y lo darás a los Le-
vitas, a cada uno conforme a su
ministerio.
6 Entonces Moisés recibió los ca-
rros y los bueyes, y diólos a los
Levitas.

7 Dos carros y cuatro bueyes, dio
a los hijos de Gersón, conforme a
su ministerio;
8 Y a los hijos de Merari dio los
cuatro carros y ocho bueyes, con-
forme a su ministerio, bajo la
mano de Itamar, hijo de Aarón el
sacerdote.
9 Y a los hijos de Coat no dio;
porque llevaban sobre sí en los
hombros el servicio del santuario.
10 Y ofrecieron los príncipes a la
dedicación del altar el día que
fue ungido, ofrecieron los prínci-
pes su ofrenda delante del altar.
11 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Ofrecerán su ofrenda, un prínci-
pe un día, y otro príncipe otro
día, a la dedicación del altar.
12 Y el que ofreció su ofrenda el
primer día fue Naasón hijo de
Aminadab, de la tribu de Judá.
13 Y fue su ofrenda un plato de
plata de peso de ciento y treinta
siclos, y un jarro de plata de se-
tenta siclos, al siclo del santua-
rio; ambos llenos de flor de
harina amasada con aceite para
presente;
14 Una cuchara de oro de diez *si-
clos*, llena de perfume;
15 Un becerro, un carnero, un
cordero de un año para ofrenda
quemada;
16 Un macho cabrío para expia-
ción;
17 Y para sacrificio de paces, dos
bueyes, cinco carneros, cinco
machos de cabrío, cinco corderos
de un año. Ésta *fue* la ofrenda de
Naasón, hijo de Aminadab.
18 El segundo día ofreció Nata-
nael hijo de Suar, príncipe de Isa-
car.
19 Ofreció por su ofrenda un
plato de plata de ciento y treinta
siclos de peso, un jarro de plata
de setenta siclos, al siclo del san-
tuario; ambos llenos de flor de
harina amasada con aceite para
presente;
20 Una cuchara de oro de diez
siclos, llena de perfume;
21 Un becerro, un carnero, un
cordero de un año para ofrenda
quemada;
22 Un macho cabrío para expia-
ción;
23 Y para sacrificio de paces, dos
bueyes, cinco carneros, cinco
machos de cabrío, cinco corde-
ros de un año. Ésta *fue* la ofrenda
de Natanael, hijo de Suar.
24 El tercer día, Eliab hijo de
Helón, príncipe de los hijos de
Zabulón:
25 Y su ofrenda, un plato de
plata de ciento y treinta *siclos* de
peso, un jarro de plata de seten-
ta siclos, al siclo del santuario;
ambos llenos de flor de harina
amasada con aceite para presen-
te;
26 Una cuchara de oro de diez
siclos, llena de perfume;
27 Un becerro, un carnero, un
cordero de un año para ofrenda
quemada;
28 Un macho cabrío para expia-
ción;
29 Y para sacrificio de paces, dos
bueyes, cinco carneros, cinco
machos de cabrío, cinco corde-
ros de un año. Ésta *fue* la ofrenda
de Eliab, hijo de Helón.
30 El cuarto día, Elisur hijo de
Sedeur, príncipe de los hijos de
Rubén:
31 Y su ofrenda, un plato de plata
de ciento y treinta *siclos* de peso,
un jarro de plata de setenta si-
clos, al siclo del santuario, ambos
llenos de flor de harina ama-
sada con aceite para presente;

32 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
33 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
34 Un macho cabrío para expiación;
35 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Elisur, hijo de Sedeur.
36 El quinto día, Selumiel hijo de Zurisadai, príncipe de los hijos de Simeón:
37 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
38 Una cuchara de oro de diez *siclos* llena de perfume;
39 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
40 Un macho cabrío para expiación;
41 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Selumiel, hijo de Zurisadai.
42 El sexto día, Eliasaf hijo de Deuel, príncipe de los hijos de Gad:
43 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
44 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
45 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
46 Un macho cabrío para expiación;
47 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año: ésta fue la ofrenda de Eliasaf, hijo de Deuel.
48 El séptimo día, el príncipe de los hijos de Efraím, Elisama hijo de Amiud:
49 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
50 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
51 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
52 Un macho cabrío para expiación;
53 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Elisama, hijo de Amiud.
54 El octavo día, el príncipe de los hijos de Manasés, Gamaliel hijo de Pedasur:
55 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
56 Una cuchara de oro de diez *siclos,* llena de perfume;
57 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
58 Un macho cabrío para expiación;
59 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco

machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Gamaliel, hijo de Pedasur.
60 El noveno día, el príncipe de los hijos de Benjamín, Abidán hijo de Gedeón:
61 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
62 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
63 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
64 Un macho cabrío para expiación;
65 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Abidán, hijo de Gedeón.
66 El décimo día, el príncipe de los hijos de Dan, Ahiezer hijo de Amisadai:
67 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
68 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
69 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
70 Un macho cabrío para expiación;
71 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Ahiezer, hijo de Amisadai.
72 El undécimo día, el príncipe de los hijos de Aser, Pagiel hijo de Ocrán:
73 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
74 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
75 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
76 Un macho cabrío para expiación;
77 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Pagiel, hijo de Ocrán.
78 El duodécimo día, el príncipe de los hijos de Neftalí, Ahira hijo de Enán:
79 Y su ofrenda, un plato de plata de ciento y treinta *siclos* de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para presente;
80 Una cuchara de oro de diez *siclos*, llena de perfume;
81 Un becerro, un carnero, un cordero de un año para ofrenda quemada;
82 Un macho cabrío para expiación;
83 Y para sacrificio de paces, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Ésta fue la ofrenda de Ahira, hijo de Enán.
84 Ésta fue la dedicación del altar, el día que fue ungido, por los príncipes de Israel: doce platos de plata, doce jarros de

plata, doce cucharas de oro.
85 Cada plato de ciento y treinta *siclos*, cada jarro de setenta: toda la plata de los vasos, dos mil y cuatrocientos siclos, al siclo del santuario.
86 Las doce cucharas de oro llenas de perfume, de diez siclos cada cuchara, al siclo del santuario: todo el oro de las cucharas, ciento y veinte *siclos*.
87 Todos los bueyes para ofrenda quemada, doce becerros; doce los carneros, doce los corderos de un año, con su presente: y doce los machos de cabrío, para expiación.
88 Y todos los bueyes del sacrificio de las paces veinte y cuatro novillos, sesenta los carneros, sesenta los machos de cabrío, sesenta los corderos de un año. Ésta fue la dedicación del altar, después que fue ungido.
89 Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de la congregación, para hablar con él, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines: y hablaba con él.

CAPÍTULO 8

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Habla a Aarón, y díle: Cuando encendieres las lámparas, las siete lámparas alumbrarán frente a frente del candelero.
3 Y Aarón lo hizo así; que encendió enfrente del candelero sus lámparas, como el SEÑOR lo mandó a Moisés.
4 Y ésta era la hechura del candelero: de oro labrado a martillo; desde su pie hasta sus flores era labrado a martillo: conforme al modelo que el SEÑOR mostró a Moisés, así hizo el candelero.
5 Y el SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
6 Toma a los Levitas de entre los hijos de Israel, y expíalos.
7 Y así les harás para expiarlos: rocía sobre ellos el agua de la expiación, y haz pasar la navaja sobre toda su carne, y lavarán sus vestidos, y serán expiados.
8 Luego tomarán un novillo, con su presente de flor de harina amasada con aceite; y tomarás otro novillo para expiación.
9 Y harás llegar los Levitas delante del tabernáculo de la congregación, y juntarás toda la congregación de los hijos de Israel;
10 Y cuando habrás hecho llegar los Levitas delante del SEÑOR, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los Levitas;
11 Y ofrecerá Aarón los Levitas delante del SEÑOR en ofrenda de los hijos de Israel, y servirán en el ministerio del SEÑOR.
12 Y los Levitas pondrán sus manos sobre las cabezas de los novillos: y ofrecerás el uno por expiación, y el otro en ofrenda quemada al SEÑOR, para expiar los Levitas.
13 Y harás presentar los Levitas delante de Aarón, y delante de sus hijos, y los ofrecerás en ofrenda al SEÑOR.
14 Así apartarás los Levitas de entre los hijos de Israel; y serán míos los Levitas
15 Y después de eso vendrán los Levitas a ministrar en el tabernáculo de la congregación: los expiarás pues, y los ofrecerás en ofrenda.
16 Porque enteramente me son a

mí dados los Levitas de entre los hijos de Israel, en lugar de todo aquel que abre matriz; helos tomado para mí en lugar de los primogénitos de todos los hijos de Israel.
17 Porque mío es todo primogénito en los hijos de Israel, así de hombres como de animales; desde el día que yo herí todo primogénito en la tierra de Egipto, los santifiqué para mí.
18 Y he tomado los Levitas en lugar de todos los primogénitos en los hijos de Israel.
19 Y yo he dado en don los Levitas a Aarón y a sus hijos de entre los hijos de Israel, para que sirvan el ministerio de los hijos de Israel en el tabernáculo de la congregación, y reconcilien a los hijos de Israel; porque no haya plaga en los hijos de Israel, llegando los hijos de Israel al santuario.
20 Y Moisés, y Aarón, y toda la congregación de los hijos de Israel, hicieron de los Levitas conforme a todas las cosas que mandó el SEÑOR a Moisés acerca de los Levitas; así hicieron de ellos los hijos de Israel.
21 Y los Levitas se purificaron, y lavaron sus vestidos; y Aarón los ofreció en ofrenda delante del SEÑOR, e hizo Aarón expiación por ellos para purificarlos.
22 Y así vinieron después los Levitas para servir en su ministerio en el tabernáculo de la congregación, delante de Aarón y delante de sus hijos: de la manera que mandó el SEÑOR a Moisés acerca de los Levitas, así hicieron con ellos.
23 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
24 Esto cuanto a los Levitas: de veinte y cinco años arriba entrarán a hacer su oficio en el servicio del tabernáculo de la congregación:
25 Mas desde los cincuenta años volverán del oficio de su ministerio, y nunca más servirán:
26 Pero servirán con sus hermanos en el tabernáculo de la congregación, para hacer la guarda, bien que no servirán en el ministerio. Así harás de los Levitas cuanto a sus oficios.

CAPÍTULO 9

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés en el desierto de Sinaí, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto, en el mes primero, diciendo:
2 Los hijos de Israel harán la pascua a su tiempo.
3 El décimocuarto día de este mes, entre las dos tardes, la haréis a su tiempo: conforme a todos sus ritos, y conforme a todas sus leyes la haréis.
4 Y habló Moisés a los hijos de Israel, para que hiciesen la pascua.
5 E hicieron la pascua en el *mes* primero, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, en el desierto de Sinaí: conforme a todas las cosas que mandó el SEÑOR a Moisés, así hicieron los hijos de Israel.
6 Y hubo algunos que estaban inmundos a causa de muerto, y no pudieron hacer la pascua aquel día; y llegaron delante de Moisés y delante de Aarón aquel día;
7 Y dijéronle aquellos hombres: Nosotros somos inmundos por causa de muerto; ¿por qué seremos impedidos de ofrecer ofrenda al SEÑOR a su tiem-

po entre los hijos de Israel?
8 Y Moisés les respondió: Esperad, y oiré qué mandará el SEÑOR acerca de vosotros.
9 Y el SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
10 Habla a los hijos de Israel, diciendo: Cualquiera de vosotros o de vuestras generaciones, que fuere inmundo por causa de muerto o estuviere de viaje lejos, hará pascua al SEÑOR:
11 En el mes segundo, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, la harán: con cenceñas y hierbas amargas la comerán;
12 No dejarán de él para la mañana, ni quebrarán hueso en él: conforme a todos los ritos de la pascua la harán.
13 Mas el que estuviere limpio, y no estuviere de viaje, si dejare de hacer la pascua, la tal persona será cortada de sus pueblos: por cuanto no ofreció a su tiempo la ofrenda del SEÑOR, el tal hombre llevará su pecado.
14 Y si morare con vosotros peregrino, e hiciere la pascua al SEÑOR, conforme a la ordenanza de la pascua y conforme a sus leyes así la hará: una misma ordenanza tendréis, así el peregrino como el natural de la tierra.
15 Y el día que el tabernáculo fue levantado, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana.
16 Así era continuamente: la nube lo cubría *de día*, y de noche la apariencia de fuego.
17 Y según que se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel se partían: y en el lugar donde la nube paraba, allí alojaban los hijos de Israel.
18 Al mandato del SEÑOR los hijos de Israel se partían: y al mandato del SEÑOR asentaban el campo: todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, ellos estaban quedos.
19 Y cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza del SEÑOR y no partían.
20 Y cuando sucedía que la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al dicho del SEÑOR alojaban, y al dicho del SEÑOR partían.
21 Y cuando era que la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían: o *si había estado* el día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían.
22 O si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo quedándose sobre él, los hijos de Israel se estaban acampados y no movían: mas cuando ella se alzaba, ellos movían.
23 Al dicho del SEÑOR asentaban, y al dicho del SEÑOR partían, guardando la ordenanza del SEÑOR, como lo había el SEÑOR dicho por medio de Moisés.

CAPÍTULO 10

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cuales te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover el campo.
3 Y cuando las tocaren, toda la congregación se juntará a ti a la

puerta del tabernáculo de la con-
gregación.
4 Mas cuando tocaren *sólo* la una,
entonces se congregarán a ti los
príncipes, las cabezas de los mi-
llares de Israel.
5 Y cuando tocareis alarma, en-
tonces moverán el campo de los
que están alojados al oriente.
6 Y cuando tocareis alarma la se-
gunda vez, entonces moverán el
campo de los que están alojados al
sur: alarma tocarán a sus partidas.
7 Empero cuando hubiereis de
juntar la congregación, tocaréis,
mas no con sonido de alarma.
8 Y los hijos de Aarón, los sacer-
dotes, tocarán las trompetas; y
las tendréis por estatuto perpe-
tuo por vuestras generaciones.
9 Y cuando viniereis a la gue-
rra en vuestra tierra contra el
enemigo que os molestare, to-
caréis alarma con las trompetas:
y seréis en memoria delante del
SEÑOR vuestro Dios, y seréis sal-
vos de vuestros enemigos.
10 Y en el día de vuestra alegría,
y en vuestras solemnidades, y en
los principios de vuestros meses,
tocaréis las trompetas sobre
vuestros holocaustos, y sobre
los sacrificios de vuestras paces,
y os serán por memoria delante
de vuestro Dios: Yo *soy* el SEÑOR
vuestro Dios.
11 Y sucedió en el año segundo,
en el mes segundo, a los veinte
del mes, que la nube se alzó del
tabernáculo de la congregación.
12 Y movieron los hijos de Israel
por sus partidas del desierto de
Sinaí; y paró la nube en el desier-
to de Parán.
13 Y movieron la primera vez al
dicho del SEÑOR por mano de
Moisés.
14 Y la bandera del campo de los
hijos de Judá comenzó a mar-
char primero, por sus escuadro-
nes: y Naasón, hijo de Aminadab,
era sobre su ejército.
15 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Isacar, Natanael
hijo de Suar.
16 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Zabulón, Eliab
hijo de Helón.
17 Y después que estaba ya des-
armado el tabernáculo, movieron
los hijos de Gersón y los hijos de
Merari, que lo llevaban.
18 Luego comenzó a marchar la
bandera del campo de Rubén por
sus escuadrones: y Elisur, hijo de
Sedeur, era sobre su ejército.
19 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Simeón, Selumiel
hijo de Zurisadai.
20 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Gad, Eliasaf hijo
de Deuel.
21 Luego comenzaron a marchar
los Coatitas llevando el santua-
rio; y entre tanto que ellos llega-
ban, *los otros* acondicionaron el
tabernáculo.
22 Después comenzó a marchar
la bandera del campo de los hijos
de Efraím por sus escuadrones:
y Elisama, hijo de Amiud, era
sobre su ejército.
23 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Manasés, Gama-
liel hijo de Pedasur.
24 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Benjamín, Abidán
hijo de Gedeón.
25 Luego comenzó a marchar la
bandera del campo de los hijos
de Dan por sus escuadrones, a
retaguardia de todos los campos:
y Ahiezer, hijo de Amisadai, esta-
ba sobre su escuadrón.

26 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Aser, Pagiel hijo
de Ocrán.
27 Y sobre el ejército de la tribu
de los hijos de Neftalí, Ahira hijo
de Enán.
28 Éstas *son* las partidas de los
hijos de Israel por sus ejércitos,
cuando se movían.
29 Entonces dijo Moisés a Hobab,
hijo de Ragüel Madianita, suegro de Moisés: Nosotros nos partimos para el lugar del cual el
SEÑOR ha dicho: Yo os lo daré.
Ven con nosotros, y te haremos
bien: porque el SEÑOR ha hablado bien respecto a Israel.
30 Y él le respondió: Yo no iré,
sino que me marcharé a mi tierra
y a mi parentela.
31 Y él le dijo: Ruégote que no
nos dejes; porque tú conoces los
sitios en donde debemos acampar en el desierto, y nos serás en
lugar de ojos.
32 Y será, que si vinieres con
nosotros, cuando tuviéremos el
bien que el SEÑOR nos ha de
hacer, nosotros te haremos bien.
33 Así partieron del monte del
SEÑOR camino de tres días; y
el arca del pacto del SEÑOR fue
delante de ellos camino de tres
días, buscándoles lugar de descanso.
34 Y la nube del SEÑOR *iba* sobre
ellos de día, desde que partieron
del campo.
35 Y sucedió, que en moviendo
el arca, Moisés decía: Levántate,
SEÑOR, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia
los que te aborrecen.
36 Y cuando ella asentaba, decía:
Vuelve, oh SEÑOR, a los millares
de millares de Israel.

CAPÍTULO 11

Y ACONTECIÓ que el pueblo se
quejó a oídos del SEÑOR: y
oyólo el SEÑOR, y enardecióse
su furor, y encendióse en ellos
fuego del SEÑOR y consumió el
un cabo del campo.
2 Entonces el pueblo dio voces a
Moisés, y Moisés oró al SEÑOR, y
soterróse el fuego.
3 Y llamó a aquel lugar Tabera;
porque el fuego del SEÑOR se
encendió en ellos.
4 Y el vulgo que había en medio
tuvo un vivo deseo, y volvieron,
y aun lloraron los hijos de Israel,
y dijeron: ¡Quién nos diera a
comer carne!
5 Nos acordamos del pescado que
comíamos en Egipto de balde, de
los cohombros, y de los melones,
y de los puerros, y de las cebollas,
y de los ajos:
6 Y ahora nuestra alma se seca;
que nada sino maná *ven* nuestros
ojos.
7 Y era el maná como semilla de
culantro, y su color como color
de bdelio.
8 Derramábase el pueblo, y recogían, y molían en molinos, o majaban en morteros, y lo cocían en
caldera, o hacían de él tortas: y
su sabor era como sabor de aceite nuevo.
9 Y cuando descendía el rocío
sobre el real de noche, el maná
descendía de sobre él.
10 Y oyó Moisés al pueblo, que
lloraba por sus familias, cada
uno a la puerta de su tienda: y el
furor del SEÑOR se encendió en
gran manera; también pareció
mal a Moisés.
11 Y dijo Moisés al SEÑOR: ¿Por
qué has hecho mal a tu siervo? ¿y
por qué no he hallado gracia en

tus ojos, que has puesto la carga
de todo este pueblo sobre mí?
12 ¿Concebí yo a todo este pue-
blo? ¿engendrélo yo, para que me
digas: Llévalo en tu seno, como
lleva la que cría al que mama, a
la tierra de la cual juraste a sus
padres?
13 ¿De dónde tengo yo carne
para dar a todo este pueblo? por-
que lloran a mí, diciendo: Danos
carne que comamos.
14 No puedo yo solo soportar a
todo este pueblo, que me es pesa-
do en demasía.
15 Y si así lo haces tú conmigo,
yo te ruego que me des muerte,
si he hallado gracia en tus ojos; y
que yo no vea mi mal.
16 Entonces el SEÑOR dijo a
Moisés: Júntame setenta varones
de los ancianos de Israel, que tú
sabes que son ancianos del pue-
blo y sus principales; y tráelos a
la puerta del tabernáculo de la
congregación, y esperen allí con-
tigo.
17 Y yo descenderé y hablaré allí
contigo; y tomaré del espíritu
que está en ti, y pondré en ellos;
y llevarán contigo la carga del
pueblo, y no la llevarás tú solo.
18 Empero dirás al pueblo: San-
tificaos para mañana, y comeréis
carne: pues que habéis llorado
en oídos del SEÑOR, diciendo:
¡Quién nos diera a comer carne!
¡cierto mejor nos iba en Egipto!
El SEÑOR, pues, os dará carne, y
comeréis.
19 No comeréis un día, ni dos
días, ni cinco días, ni diez días,
ni veinte días;
20 Sino hasta un mes de tiempo,
hasta que os salga por las nari-
ces, y os sea en aborrecimiento:
por cuanto menospreciasteis al
SEÑOR que está en medio de vo-
sotros, y llorasteis delante de él,
diciendo: ¿Para qué salimos acá
de Egipto?
21 Entonces dijo Moisés: Seis-
cientos mil de a pie es el pueblo
en medio del cual yo estoy; y tú
dices: Les daré carne, y comerán
el tiempo de un mes.
22 ¿Se han de degollar para ellos
ovejas y bueyes que les basten?
¿o se juntarán para ellos todos
los peces del mar para que ten-
gan abasto?
23 Entonces el SEÑOR respon-
dió a Moisés: ¿Hase acortado la
mano del SEÑOR? ahora verás si
te sucede mi dicho, o no.
24 Y salió Moisés, y dijo al pue-
blo las palabras del SEÑOR: y
juntó los setenta varones de los
ancianos del pueblo, e hízolos
estar alrededor del tabernáculo.
25 Entonces el SEÑOR descendió
en la nube, y hablóle; y tomó del
espíritu que estaba en él, y púso-
lo en los setenta varones ancia-
nos; y sucedió que, cuando posó
sobre ellos el espíritu, profetiza-
ron, y no cesaron.
26 Y habían quedado en el
campo dos varones, llamado el
uno Eldad y el otro Medad, sobre
los cuales también reposó el es-
píritu: estaban estos entre los
escritos, mas no habían salido al
tabernáculo; y profetizaron en el
campo.
27 Y corrió un mozo, y dio aviso
a Moisés, y dijo: Eldad y Medad
profetizan en el campo.
28 Entonces respondió Josué hijo
de Nun, ministro de Moisés, *uno*
de sus mancebos, y dijo: Señor
mío Moisés, impídelos.
29 Y Moisés le respondió: ¿Tie-
nes tú celos por mí? ¡Quiera Dios!

que todo el pueblo del SEÑOR fuesen profetas, que el SEÑOR pusiera su espíritu sobre ellos.
30 Y recogióse Moisés al campo, él y los ancianos de Israel.
31 Y salió un viento del SEÑOR, y trajo codornices del mar, y dejólas sobre el real, un día de camino de la una parte, y un día de camino de la otra, en derredor del campo, y casi dos codos sobre la faz de la tierra.
32 Entonces el pueblo estuvo levantado todo aquel día, y toda la noche, y todo el día siguiente, y recogiéronse codornices: el que menos, recogió diez montones; y las tendieron para si a lo largo en derredor del campo.
33 Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese mascada, cuando el furor del SEÑOR se encendió en el pueblo, e hirió el SEÑOR al pueblo con una muy grande plaga.
34 Y llamó el nombre de aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso.
35 De Kibrot-hataava movió el pueblo a Haserot, y pararon en Haserot.

CAPÍTULO 12

Y HABLARON Miriam y Aarón contra Moisés a causa de la mujer Etíope que había tomado: porque él había tomado mujer Etíope.
2 Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado el SEÑOR? ¿no ha hablado también por nosotros? Y oyólo el SEÑOR.
3 Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra,
4 Y luego dijo el SEÑOR a Moisés, y a Aarón, y a Miriam: Salid vosotros tres al tabernáculo de la congregación. Y salieron ellos tres.
5 Entonces el SEÑOR descendió en la columna de la nube, y púsose a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a Miriam; y salieron ellos ambos.
6 Y él les dijo: Oid ahora mis palabras: si tuviereis profeta del SEÑOR, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él.
7 No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa:
8 Boca a boca hablaré con él, y a las claras, y no por figuras; y verá la apariencia del SEÑOR: ¿por qué pues no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?
9 Entonces el furor del SEÑOR se encendió en ellos; y fuese.
10 Y la nube se apartó del tabernáculo: y he aquí que Miriam era leprosa como la nieve; y miró Aarón a Miriam, y he aquí que estaba leprosa.
11 Y dijo Aarón a Moisés: ¡Ah! señor mío, no pongas ahora sobre nosotros pecado; porque locamente lo hemos hecho, y hemos pecado.
12 No sea ella ahora como el que sale muerto del vientre de su madre, consumida la mitad de su carne.
13 Entonces Moisés clamó al SEÑOR, diciendo: Ruégote, oh Dios, que la sanes ahora.
14 Respondió el SEÑOR a Moisés: Pues si su padre hubiera escupido en su cara, ¿no se avergonzaría por siete días? sea echada fuera del real por siete días, y después se reunirá.
15 Así Miriam fue echada del real siete días; y el pueblo no pasó

adelante hasta que se le reunió Miriam.
16 Y después movió el pueblo de Haserot, y asentaron el campo en el desierto de Parán.

CAPÍTULO 13

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel: de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos.
3 Y Moisés los envió desde el desierto de Parán, conforme a la palabra del SEÑOR: y todos aquellos varones eran príncipes de los hijos de Israel.
4 Los nombres de los cuales son éstos: De la tribu de Rubén, Samúa hijo de Zacur.
5 De la tribu de Simeón, Safat hijo de Huri.
6 De la tribu de Judá, Caleb hijo de Jefone.
7 De la tribu de Isacar, Igal hijo de José.
8 De la tribu de Efraím, Oseas hijo de Nun.
9 De la tribu de Benjamín, Palti hijo de Rafu.
10 De la tribu de Zabulón, Gadiel hijo de Sodi.
11 De la tribu de José, de la tribu de Manasés, Gadi hijo de Susi.
12 De la tribu de Dan, Amiel hijo de Gemali.
13 De la tribu de Aser, Setur hijo de Micael.
14 De la tribu de Neftalí, Nahabí hijo de Vapsi.
15 De la tribu de Gad, Geuel hijo de Maqui.
16 Éstos *son* los nombres de los varones que Moisés envió a reconocer la tierra: y a Oseas hijo de Nun, le puso Moisés el nombre de Josué.
17 Enviólos, pues, Moisés a reconocer la tierra de Canaán, diciéndoles: Subid por aquí, hacia el sur, y subid al monte:
18 Y observad la tierra qué tal es; y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, si poco o numeroso;
19 Qué tal la tierra habitada, si es buena o mala; y qué tales son las ciudades habitadas, si de tiendas o de fortalezas;
20 Y cuál sea el terreno, si es pingüe o flaco, si en él hay o no árboles: y esforzaos, y coged del fruto del país. Y el tiempo era el tiempo de las primeras uvas.
21 Y ellos subieron, y reconocieron la tierra desde el desierto de Zin hasta Rehob, entrando en Hamat.
22 Y subieron por el sur, y vinieron hasta Hebrón: y allí estaban Aimán, y Sesai, y Talmai, hijos de Anac. Hebrón fue edificada siete años antes de Zoán, la de Egipto.
23 Y llegaron hasta el arroyo de Escol, y de allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual trajeron dos en un palo, y de las granadas y de los higos.
24 Y llamóse aquel lugar Nahalescol, por el racimo que cortaron de allí los hijos de Israel.
25 Y volvieron de reconocer la tierra al cabo de cuarenta días.
26 Y anduvieron y vinieron a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación de los hijos de Israel, en el desierto de Parán, en Cades, y diéronles la respuesta, y a toda la congregación, y les mostraron el fruto de la tierra.

27 Y le contaron, y dijeron: Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y éste es el fruto de ella.
28 Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fuertes; y también vimos allí los hijos de Anac.
29 Amalec habita la tierra del sur; y el Heteo, y el Jebuseo, y el Amorreo, habitan en el monte; y el Cananeo habita junto al mar, y a la ribera del Jordán.
30 Entonces Caleb hizo callar el pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y poseámosla; que más podremos que ella.
31 Mas los varones que subieron con él, dijeron: No podremos subir contra aquel pueblo; porque es más fuerte que nosotros.
32 Y vituperaron entre los hijos de Israel la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella, son hombres de grande estatura.
33 También vimos allí gigantes, hijos de Anac, *raza* de los gigantes: y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos.

CAPÍTULO 14

ENTONCES toda la congregación alzaron *grita*, y dieron voces: y el pueblo lloró aquella noche.
2 Y quejáronse contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y díjoles toda la multitud: ¡Quiera Dios qué muriéramos en la tierra de Egipto; quiera Dios qué muriéramos en este desierto!
3 ¿Y por qué nos trae el SEÑOR a esta tierra para caer a espada, y que nuestras esposas y nuestros chiquitos sean por presa? ¿no nos sería mejor volvernos a Egipto?
4 Y decían el uno al otro: Hagamos un capitán, y volvámonos a Egipto.
5 Entonces Moisés y Aarón cayeron sobre sus rostros delante de toda la multitud de la congregación de los hijos de Israel.
6 Y Josué hijo de Nun, y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos;
7 Y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena.
8 Si el SEÑOR se agradare de nosotros, *él* nos meterá en esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel.
9 Por tanto, no seáis rebeldes contra el SEÑOR, ni temáis al pueblo de aquesta tierra, porque nuestro pan son: su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está el SEÑOR: no los temáis.
10 Entonces toda la multitud habló de apedrearlos con piedras. Mas la gloria del SEÑOR se mostró en el tabernáculo de la congregación a todos los hijos de Israel.
11 Y el SEÑOR dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿hasta cuándo no me ha de creer con todas las señales que he hecho en medio de ellos?
12 Yo le heriré de mortandad, y lo destruiré, y a ti te pondré

sobre gente grande y más fuerte
que ellos.
13 Y Moisés respondió al SEÑOR:
Oiránlo luego los Egipcios, porque de en medio de ellos sacaste
a este pueblo con tu fortaleza:
14 Y lo dirán a los habitadores
de esta tierra; *los cuales* han oído
que tú, oh SEÑOR, estabas en
medio de este pueblo, que ojo
a ojo aparecías tú, oh SEÑOR, y
que tu nube estaba sobre ellos, y
que de día ibas delante de ellos
en columna de nube, y de noche
en columna de fuego:
15 Y que has hecho morir a este
pueblo como a un hombre: y las
gentes que hubieren oído tu fama
hablarán, diciendo:
16 Porque no pudo el SEÑOR
meter este pueblo en la tierra de
la cual les había jurado, los mató
en el desierto.
17 Ahora, pues, yo te ruego que
sea grande el poder de mi Señor,
como lo hablaste, diciendo:
18 El SEÑOR, tardo de ira y grande en misericordia, que perdona
la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por
inocente al culpable; que visita
la maldad de los padres sobre los
hijos hasta los terceros y hasta
los cuartos.
19 Perdona ahora la iniquidad de
este pueblo según la grandeza de
tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí.
20 Entonces el SEÑOR dijo: Yo
lo he perdonado conforme a tu
dicho:
21 Mas *tan* cierto *como* vivo yo,
toda la tierra será llena de la gloria del SEÑOR.
22 Porque todos los que vieron
mi gloria y mis señales que he
hecho en Egipto y en el desierto,
y me han tentado ya diez veces, y
no han oído mi voz,
23 No verán la tierra de la cual
juré a sus padres: no, ninguno de
los que me han irritado la verá.
24 Empero mi siervo Caleb, por
cuanto hubo en él otro espíritu, y
cumplió de ir en pos de mí, yo le
meteré en la tierra donde entró,
y su simiente la recibirá en heredad.
25 Ahora bien, el Amalecita y el
Cananeo habitan en el valle; volveos mañana, y partíos al desierto, camino del mar Bermejo.
26 Y el SEÑOR habló a Moisés y
a Aarón, diciendo:
27 ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura
contra mí, las querellas de los
hijos de Israel, que de mí se quejan?
28 Díles: Vivo yo, dice el SEÑOR,
que según habéis hablado a mis
oídos, así haré yo con vosotros:
29 En este desierto caerán vuestros cuerpos; todos vuestros contados según toda vuestra cuenta,
de veinte años arriba, los cuales
habéis murmurado contra mí;
30 Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé
mi mano de haceros habitar en
ella; exceptuando a Caleb hijo de
Jefone, y a Josué hijo de Nun.
31 Mas vuestros chiquitos, de
los cuales dijisteis que serán por
presa, yo los introduciré, y ellos
conocerán la tierra que vosotros
despreciasteis.
32 Y en cuanto a vosotros, vuestros
cuerpos caerán en este desierto.
33 Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta
años, y ellos llevarán vuestras
fornicaciones, hasta que vues-

tros cuerpos sean consumidos en
el desierto.
34 Conforme al número de los
días, *de los* cuarenta días en que
reconocisteis la tierra, llevaréis
vuestras iniquidades cuarenta
años, un año por cada día; y co-
noceréis mi castigo.
35 Yo el SEÑOR he hablado; así
haré a toda esta multitud perver-
sa que se ha juntado contra mí;
en este desierto serán consumi-
dos, y ahí morirán.
36 Y los varones que Moisés
envió a reconocer la tierra, y
vueltos habían hecho murmurar
contra él a toda la congregación,
desacreditando aquel país,
37 Aquellos varones que habían
hablado mal de la tierra, murie-
ron de plaga delante del SEÑOR.
38 Mas Josué hijo de Nun, y
Caleb hijo de Jefone, quedaron
con vida de entre aquellos hom-
bres que habían ido a reconocer
la tierra.
39 Y Moisés dijo estas cosas a
todos los hijos de Israel, y el pue-
blo se enlutó mucho.
40 Y levantáronse por la mañana,
y subieron a la cumbre del monte,
diciendo: Henos aquí para subir
al lugar del cual ha hablado el
SEÑOR; porque hemos pecado.
41 Y dijo Moisés: ¿Por qué que-
brantáis el dicho del SEÑOR?
Esto tampoco os sucederá bien.
42 No subáis, porque el SEÑOR
no está en medio de vosotros, no
seáis heridos delante de vuestros
enemigos.
43 Porque el Amalecita y el Ca-
naneo están allí delante de vo-
sotros, y caeréis a espada: pues
por cuanto os habéis retraído de
seguir al SEÑOR, por eso no será
el SEÑOR con vosotros.
44 Sin embargo, se obstinaron en
subir a la cima del monte: mas el
arca del pacto del SEÑOR, y Moi-
sés, no se apartaron de en medio
del campo.
45 Y descendieron el Amalecita
y el Cananeo, que habitaban en
aquel monte, e hiriéronlos y de-
rrotáronlos, *persiguiéndolos* hasta
Horma.

CAPÍTULO 15

Y EL SEÑOR habló a Moisés, di-
ciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y
díles: Cuando hubiereis entrado
en la tierra de vuestras habitacio-
nes, que yo os doy,
3 E hiciereis ofrenda hecha por
fuego al SEÑOR, ofrenda quema-
da, o sacrificio, por especial voto,
o de vuestra voluntad, o para
hacer en vuestras solemnidades
olor suave al SEÑOR, de vacas o
de ovejas;
4 Entonces el que ofreciere su
ofrenda al SEÑOR, traerá por pre-
sente una décima *de un efa* de flor
de harina, amasada con la cuarta
parte de un hin de aceite;
5 Y de vino para la libación ofre-
cerás la cuarta parte de un hin,
además de la ofrenda quemada o
del sacrificio, por cada un cordero.
6 Y por *cada* carnero harás pre-
sente de dos décimas de flor de
harina, amasada con el tercio de
un hin de aceite:
7 Y de vino para la libación ofre-
cerás el tercio de un hin, en olor
suave al SEÑOR.
8 Y cuando ofreciereis novillo en
ofrenda quemada o sacrificio, por
especial voto, o de paces al SEÑOR,
9 Ofrecerás con el novillo un
presente de tres décimas de
flor de harina, amasada con

la mitad de un hin de aceite:
10 Y de vino para la libación ofrecerás la mitad de un hin, en ofrenda hecha por fuego de olor suave al SEÑOR.
11 Así se hará con cada un buey, o carnero, o cordero, lo mismo de ovejas que de cabras.
12 Conforme al número así haréis con cada uno según el número de ellos.
13 Todo natural hará estas cosas así, para ofrecer ofrenda hecha por fuego, de olor suave al SEÑOR.
14 Y cuando habitare con vosotros extranjero, o cualquiera que estuviere entre vosotros por vuestras edades, si hiciere ofrenda hecha por fuego, de olor suave al SEÑOR, como vosotros hiciereis, así hará él.
15 Un mismo estatuto tendréis vosotros de la congregación y el extranjero que *con vosotros* mora; estatuto que será perpetuo por vuestras edades: como vosotros, así será el peregrino delante del SEÑOR.
16 Una misma ley y un mismo derecho tendréis vosotros y el peregrino que con vosotros mora.
17 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
18 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis entrado en la tierra a la cual yo os llevo,
19 Será que cuando comenzareis a comer del pan de la tierra, ofreceréis ofrenda al SEÑOR.
20 De lo primero que amasareis, ofreceréis una torta en ofrenda; como la ofrenda de la era, así la ofreceréis.
21 De las primicias de vuestras masas daréis al SEÑOR ofrenda por vuestras generaciones.
22 Y cuando errareis, y no hiciereis todos estos mandamientos que el SEÑOR ha dicho a Moisés,
23 Todas las cosas que el SEÑOR os ha mandado por la mano de Moisés, desde el día que el SEÑOR *lo* mandó, y en adelante por vuestras edades,
24 Será que, si *algo* fuere hecho por ignorancia sin el conocimiento de la congregación, toda la congregación ofrecerá un novillo por ofrenda quemada, en olor suave al SEÑOR, con su presente y su libación, conforme a la ley; y un macho cabrío en expiación.
25 Y el sacerdote hará expiación por toda la congregación de los hijos de Israel; y les será perdonado, porque yerro es: y ellos traerán sus ofrendas, ofrenda hecha por fuego al SEÑOR, y sus expiaciones delante del SEÑOR, por sus yerros:
26 Y será perdonado a toda la congregación de los hijos de Israel, y al extranjero que peregrina entre ellos, por cuanto es yerro de todo el pueblo.
27 Y si una persona pecare por yerro, ofrecerá una cabra de un año por expiación.
28 Y el sacerdote hará expiación por la persona que habrá pecado por yerro, cuando pecare por yerro delante del SEÑOR, la reconciliará, y le será perdonado.
29 El natural entre los hijos de Israel y el peregrino que habitare entre ellos, una misma ley tendréis para el que hiciere *algo* por yerro.
30 Mas la persona que hiciere algo con altiva mano, así el natural como el extranjero, al SEÑOR injurió; y la tal persona será cortada de en medio de su pueblo.
31 Por cuanto tuvo en poco la pa-

labra del SEÑOR, y dio por nulo
su mandamiento, enteramente
será cortada la tal persona: su
iniquidad será sobre ella.
32 Y estando los hijos de Israel
en el desierto, hallaron un hom-
bre que recogía leña en día de
sábado.
33 Y los que le hallaron reco-
giendo leña, trajéronle a Moisés y
a Aarón, y a toda la congregación:
34 Y pusiéronlo en la cárcel, por
que no estaba declarado qué le
habían de hacer.
35 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Irremisiblemente muera aquel
hombre; apedréelo con piedras
toda la congregación fuera del
campo.
36 Entonces lo sacó la congrega-
ción fuera del campo, y apedreá-
ronlo con piedras, y murió; como
el SEÑOR mandó a Moisés.
37 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
38 Habla a los hijos de Israel, y
díles que se hagan franjas en los
remates de sus vestidos, por sus
generaciones; y pongan en cada
pezuelo de los remates un cor-
dón de cárdeno:
39 Y serviros ha de pezuelo, para
que cuando lo viereis, os acor-
déis de todos los mandamientos
del SEÑOR, para ponerlos por
obra; y no miréis en pos de vues-
tro corazón y de vuestros ojos,
en pos de los cuales fornicáis:
40 Para que os acordéis, y hagáis
todos mis mandamientos, y seáis
santos a vuestro Dios.
41 Yo *soy* el SEÑOR vuestro Dios,
que os saqué de la tierra de Egip-
to, para ser vuestro Dios: Yo *soy*
el SEÑOR vuestro Dios.

CAPÍTULO 16

Y CORÉ, hijo de Izhar, hijo de
Coat, hijo de Leví; y Datán y
Abiram, hijos de Eliab; y On, hijo
de Pelet, de los hijos de Rubén,
tomaron *gente*,
2 Y levantáronse contra Moisés
con doscientos y cincuenta varo-
nes de los hijos de Israel, prínci-
pes de la congregación, de los
del consejo, varones de nombre;
3 Y se juntaron contra Moisés y
Aarón, y les dijeron: Básteos, por-
que toda la congregación, todos
ellos son santos, y en medio de
ellos está el SEÑOR: ¿por qué,
pues, os levantáis vosotros sobre
la congregación del SEÑOR?
4 Y como lo oyó Moisés, echóse
sobre su rostro;
5 Y habló a Coré y a toda su com-
pañía, diciendo: Mañana mos-
trará el SEÑOR quién es suyo, y
al santo harálo llegar a sí; y al
que él escogiere, él lo allegará a
sí.
6 Haced esto: tomad incensarios,
Coré y toda su compañía:
7 Y poned fuego en ellos, y poned
en ellos sahumerio delante del
SEÑOR mañana; y será que el
varón a quien el SEÑOR escogie-
re, aquel *será* el santo: básteos
esto, hijos de Leví.
8 Dijo más Moisés a Coré: Oid
ahora, hijos de Leví:
9 ¿Os es poco que el Dios de Is-
rael os haya apartado de la con-
gregación de Israel, haciéndoos
allegar a sí para que ministraseis
en el servicio del tabernáculo del
SEÑOR, y estuvieseis delante de
la congregación para ministrarles?
10 ¿Y que te hizo acercar a ti, y
a todos tus hermanos los hijos de
Leví contigo; para que procuréis
también el sacerdocio?

11 Por tanto, tú y toda tu compa-
ñía sois los que os juntáis contra
el SEÑOR: pues Aarón, ¿qué es
para que contra él murmuréis?
12 Y envió Moisés a llamar a
Datán y Abiram, hijos de Eliab;
mas ellos respondieron: No ire-
mos allá:
13 ¿Es poco que nos hayas hecho
venir de una tierra que destila
leche y miel, para hacernos morir
en el desierto, sino que también
te enseñorees de nosotros impe-
riosamente?
14 Ni tampoco nos has metido tú
en tierra que fluya leche y miel,
ni nos has dado heredades de tie-
rras y viñas: ¿has de arrancar los
ojos de estos hombres? No subi-
remos.
15 Entonces Moisés se enojó en
gran manera, y dijo al SEÑOR:
No mires a su presente: ni aun
un asno he tomado de ellos, ni a
ninguno de ellos he hecho mal.
16 Después dijo Moisés a Coré:
Tú y toda tu compañía, poneos
mañana delante del SEÑOR; tú, y
ellos, y Aarón:
17 Y tomad cada uno su incensa-
rio, y poned sahumerio en ellos,
y allegad delante del SEÑOR
cada uno su incensario: doscien-
tos y cincuenta incensarios: tú
también, y Aarón, cada uno con
su incensario.
18 Y tomaron cada uno su incen-
sario, y pusieron en ellos fuego,
y echaron en ellos sahumerio, y
pusiéronse a la puerta del taber-
náculo de la congregación con
Moisés y Aarón.
19 Ya Coré había hecho jun-
tar contra ellos toda la con-
gregación a la puerta del ta-
bernáculo de la congregación:
entonces la gloria del SEÑOR
apareció a toda la congregación.
20 Y el SEÑOR habló a Moisés y
a Aarón, diciendo:
21 Apartaos de entre esta congre-
gación, y consumirlos he en un
momento.
22 Y ellos se echaron sobre sus
rostros, y dijeron: Oh Dios, Dios
de los espíritus de toda carne,
¿no es un hombre el que pecó?
¿y airarte has tú contra toda la
congregación?
23 Entonces el SEÑOR habló a
Moisés, diciendo:
24 Habla a la congregación, di-
ciendo: Apartaos de en derredor
de la tienda de Coré, Datán, y
Abiram.
25 Y Moisés se levantó, y fue a
Datán y Abiram; y los ancianos
de Israel fueron en pos de él.
26 Y él habló a la congregación,
diciendo: Apartaos ahora de las
tiendas de estos impíos hombres,
y no toquéis ninguna cosa suya,
por que no perezcáis en todos
sus pecados.
27 Y apartáronse de las tien-
das de Coré, de Datán, y de
Abiram en derredor: y Datán y
Abiram salieron y pusiéronse a
las puertas de sus tiendas, con
sus esposas, y sus hijos, y sus
chiquitos.
28 Y dijo Moisés: En esto cono-
ceréis que el SEÑOR me ha en-
viado para que hiciese todas
estas cosas; que no de mi cora-
zón *las hice*.
29 Si como mueren todos los
hombres murieren éstos, o si fue-
ren ellos visitados a la manera de
todos los hombres, el SEÑOR no
me envió.
30 Mas si el SEÑOR hiciere una
nueva cosa, y la tierra abriere
su boca, y los tragare con todas

sus cosas, y descendieren vivos
al abismo, entonces conoceréis
que estos hombres irritaron al
SEÑOR.
31 Y aconteció, que en acabando
él de hablar todas estas palabras,
rompióse la tierra que estaba de-
bajo de ellos:
32 Y abrió la tierra su boca, y tra-
gólos a ellos, y a sus casas, y a
todos los hombres de Coré, y a
toda su hacienda.
33 Y ellos, con todo lo que tenían,
descendieron vivos al abismo, y
cubriólos la tierra, y perecieron
de en medio de la congregación.
34 Y todo Israel, los que estaban
en derredor de ellos, huyeron al
grito de ellos; porque decían: No
nos trague también la tierra.
35 Y salió fuego del SEÑOR, y
consumió los doscientos y cin-
cuenta hombres que ofrecían el
sahumerio.
36 Entonces el SEÑOR habló a
Moisés, diciendo:
37 Di a Eleazar, hijo de Aarón
sacerdote, que tome los incensa-
rios de en medio del incendio, y
derrame más allá el fuego; por-
que son santificados:
38 Los incensarios de estos peca-
dores contra sus almas: y harán
de ellos planchas extendidas
para cubrir el altar: por cuanto
ofrecieron con ellos delante del
SEÑOR, son santificados; y serán
por señal a los hijos de Israel.
39 Y el sacerdote Eleazar tomó los
incensarios de latón con que los
quemados habían ofrecido; y ex-
tendiéronlos para cubrir el altar,
40 En recuerdo a los hijos de Is-
rael que ningún extraño que no
sea de la simiente de Aarón, lle-
gue a ofrecer sahumerio delante
del SEÑOR, porque no sea como
Coré, y como su compañía; según
se lo dijo el SEÑOR por mano de
Moisés.
41 El día siguiente toda la con-
gregación de los hijos de Israel
murmuró contra Moisés y Aarón,
diciendo: Vosotros habéis muer-
to al pueblo del SEÑOR.
42 Y aconteció que, como se
juntó la congregación contra
Moisés y Aarón, miraron hacia
el tabernáculo de la congrega-
ción, y he aquí la nube lo había
cubierto, y apareció la gloria del
SEÑOR.
43 Y vinieron Moisés y Aarón de-
lante del tabernáculo de la con-
gregación.
44 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
45 Apartaos de en medio de esta
congregación, y consumirélos en
un momento. Y ellos se echaron
sobre sus rostros.
46 Y dijo Moisés a Aarón: Toma
el incensario, y pon en él fuego
del altar, y sobre él pon perfume,
y ve presto a la congregación, y
haz expiación por ellos; porque
el furor ha salido de delante la
faz del SEÑOR: la mortandad ha
comenzado.
47 Entonces tomó Aarón *el incen-
sario*, como Moisés dijo, y corrió
en medio de la congregación: y
he aquí que la mortandad había
comenzado en el pueblo: y él
puso perfume, e hizo expiación
por el pueblo.
48 Y púsose entre los muertos y
los vivos; y cesó la mortandad.
49 Y los que murieron en aquella
mortandad fueron catorce mil y
setecientos, sin los muertos por
el negocio de Coré.
50 Después se volvió Aarón a
Moisés a la puerta del tabernácu-

lo de la congregación, cuando la
mortandad había cesado.

CAPÍTULO 17

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y
toma de ellos una vara por cada
casa de los padres, de todos los
príncipes de ellos, doce varas
conforme a las casas de sus pa-
dres; y escribirás el nombre de
cada uno sobre su vara.
3 Y escribirás el nombre de
Aarón sobre la vara de Leví; por-
que cada cabeza de familia de
sus padres tendrá una vara.
4 Y las pondrás en el tabernácu-
lo de la congregación delante del
testimonio, donde yo me decla-
raré a vosotros.
5 Y será, que el varón que yo es-
cogiere, su vara florecerá: y haré
cesar de sobre mí las quejas de
los hijos de Israel, con que mur-
muran contra vosotros.
6 Y Moisés habló a los hijos de
Israel, y todos los príncipes de
ellos le dieron varas; cada prín-
cipe por las casas de sus padres
una vara, *en todas* doce varas; y
la vara de Aarón estaba entre las
varas de ellos.
7 Y Moisés puso las varas delante
del SEÑOR en el tabernáculo de
la congregación.
8 Y aconteció que el día siguien-
te vino Moisés al tabernáculo
de la congregación; y he aquí
que la vara de Aarón de la casa
de Leví había brotado, y echa-
do flores, y arrojado renue-
vos, y producido almendras.
9 Entonces sacó Moisés todas las
varas de delante del SEÑOR a todos
los hijos de Israel; y ellos lo vie-
ron, y tomaron cada uno su vara.
10 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Vuelve la vara de Aarón delante
del testimonio, para que se guar-
de por señal a los hijos rebeldes;
y harás cesar sus quejas de sobre
mí, porque no mueran.
11 E hízolo Moisés: como le
mandó el SEÑOR, así hizo.
12 Entonces los hijos de Israel
hablaron a Moisés, diciendo: He
aquí nosotros somos muertos,
perdidos somos, todos nosotros
somos perdidos.
13 Cualquiera que se llegare, el
que se acercare al tabernáculo
del SEÑOR morirá: ¿acabaremos
de perecer todos?

CAPÍTULO 18

Y EL SEÑOR dijo a Aarón: Tú
y tus hijos, y la casa de tu
padre contigo, llevaréis el peca-
do del santuario: y tú y tus hijos
contigo llevaréis el pecado de
vuestro sacerdocio.
2 Y a tus hermanos también, la
tribu de Leví, la tribu de tu padre,
hazlos llegar a ti, y júntense con-
tigo, y servirte han; y tú y tus
hijos contigo *serviréis* delante del
tabernáculo de la congregación.
3 Y guardarán lo que tú orde-
nares, y el cargo de todo el ta-
bernáculo: mas no llegarán a los
vasos santos ni al altar, porque
no mueran ellos y vosotros.
4 Se juntarán, pues, contigo, y
tendrán el cargo del tabernácu-
lo de la congregación en todo el
servicio del tabernáculo; ningún
extraño se ha de llegar a vosotros.
5 Y tendréis la guarda del santua-
rio, y la guarda del altar, para
que no sea más la ira sobre los
hijos de Israel.
6 Porque he aquí yo he tomado a
vuestros hermanos los Levitas de

entre los hijos de Israel, dados a
vosotros en don del SEÑOR, para
que sirvan en el ministerio del
tabernáculo de la congregación.
7 Mas tú y tus hijos contigo guar-
daréis vuestro sacerdocio en
todo negocio del altar, y del velo
adentro, y ministraréis. Yo os he
dado en don el servicio de vues-
tro sacerdocio; y el extraño que
se llegare, morirá.
8 Dijo más el SEÑOR a Aarón:
He aquí yo te he dado también la
guarda de mis ofrendas: todas las
cosas consagradas de los hijos de
Israel te he dado por razón de la
unción, y a tus hijos, por estatuto
perpetuo.
9 Esto será tuyo de la ofrenda
de las cosas santas *reservadas* del
fuego: toda ofrenda de ellos, todo
presente suyo, y toda expiación
por el pecado de ellos, y toda ex-
piación por la culpa de ellos, que
me han de presentar, será cosa
muy santa para ti y para tus hijos.
10 En el santuario la comerás;
todo varón comerá de ella: cosa
santa será para ti.
11 Esto también será tuyo: la
ofrenda elevada de sus dones, y
todas las ofrendas agitadas de
los hijos de Israel, he dado a ti y
a tus hijos y a tus hijas contigo,
por estatuto perpetuo: todo lim-
pio en tu casa comerá de ellas.
12 De aceite, y de mosto, y de
trigo, todo lo más escogido, las
primicias de ello, que presenta-
rán al SEÑOR, a ti las he dado.
13 Las primicias de todas las
cosas de la tierra de ellos, las
cuales traerán al SEÑOR, serán
tuyas: todo limpio en tu casa co-
merá de ellas.
14 Todo lo consagrado por voto
en Israel será tuyo.
15 Todo lo que abriere matriz
en toda carne que ofrecerán al
SEÑOR, así de hombres como de
animales, será tuyo: mas has de
hacer redimir el primogénito del
hombre: también harás redimir
el primogénito de animal inmun-
do.
16 Y de un mes harás efectuar el
rescate de ellos, conforme a tu
estimación, por precio de cinco
siclos, al siclo del santuario, *que*
es de veinte óbolos.
17 Mas el primogénito de vaca,
y el primogénito de oveja, y el
primogénito de cabra, no redimi-
rás; santificados son: la sangre
de ellos rociarás sobre el altar,
y quemarás la grosura de ellos,
ofrenda hecha por fuego en olor
suave al SEÑOR.
18 Y la carne de ellos será tuya:
como el pecho de la mecedura y
como la espaldilla derecha, será
tuya.
19 Todas las ofrendas elevadas de
las cosas santas, que los hijos de
Israel ofrecieren al SEÑOR, helas
dado para ti, y para tus hijos y
para tus hijas contigo, por esta-
tuto perpetuo: pacto de sal per-
petuo es delante del SEÑOR para
ti y para tu simiente contigo.
20 Y el SEÑOR dijo a Aarón: De
la tierra de ellos no tendrás here-
dad, ni entre ellos tendrás parte:
Yo soy tu parte y tu heredad en
medio de los hijos de Israel.
21 Y he aquí yo he dado a los
hijos de Leví todos los diezmos
en Israel por heredad, por su mi-
nisterio, por cuanto ellos sirven
en el ministerio del tabernáculo
de la congregación.
22 Y no llegarán más los hijos
de Israel al tabernáculo de la
congregación, porque no lle-

ven pecado, por el cual mueran.
23 Mas los Levitas harán el servicio del tabernáculo de la congregación, y ellos llevarán su iniquidad: estatuto perpetuo por vuestras edades; y no poseerán heredad entre los hijos de Israel.
24 Porque a los Levitas he dado por heredad los diezmos de los hijos de Israel, que ofrecerán al SEÑOR en ofrenda; por lo cual les he dicho: Entre los hijos de Israel no poseerán heredad.
25 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
26 Así hablarás a los Levitas, y les dirás: Cuando tomareis de los hijos de Israel los diezmos que os he dado de ellos por vuestra heredad, vosotros presentaréis de ellos en ofrenda mecida al SEÑOR el diezmo de los diezmos.
27 Y se os contará vuestra ofrenda como grano de la era, y como acopio del lagar.
28 Así ofreceréis también vosotros ofrenda al SEÑOR de todos vuestros diezmos que hubiereis recibido de los hijos de Israel; y daréis de ellos la ofrenda del SEÑOR a Aarón el sacerdote.
29 De todos vuestros dones ofreceréis toda ofrenda al SEÑOR; de todo lo mejor de ellos *ofreceréis* la porción que ha de ser consagrada.
30 Y les dirás: Cuando ofreciereis lo mejor de ellos, será contado a los Levitas por fruto de la era, y como fruto del lagar.
31 Y lo comeréis en cualquier lugar, vosotros y vuestra familia: pues es vuestra remuneración por vuestro ministerio en el tabernáculo de la congregación.
32 Y cuando vosotros hubiereis ofrecido de ello lo mejor suyo, no llevaréis por ello pecado: y no habéis de contaminar las cosas santas de los hijos de Israel, y no moriréis.

CAPÍTULO 19

Y EL SEÑOR habló a Moisés y a Aarón, diciendo:
2 Ésta es la ordenanza de la ley que el SEÑOR ha prescrito, diciendo: Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo:
3 Y la daréis a Eleazar el sacerdote, y él la sacará fuera del campo, y harála degollar en su presencia.
4 Y tomará Eleazar el sacerdote de su sangre con su dedo, y rociará hacia la delantera del tabernáculo de la congregación con la sangre de ella siete veces;
5 Y hará quemar la vaca ante sus ojos: su cuero y su carne y su sangre, con su estiércol, hará quemar.
6 Luego tomará el sacerdote palo de cedro, e hisopo, y escarlata, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca.
7 El sacerdote lavará luego sus vestidos, lavará también su carne con agua, y después entrará en el real; y será inmundo el sacerdote hasta la tarde.
8 Asimismo el que la quemó, lavará sus vestidos en agua, también lavará en agua su carne, y será inmundo hasta la tarde.
9 Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca, y las pondrá fuera del campo en lugar limpio, y las guardará la congregación de los hijos de Israel para el agua de separación: es una expiación.

10 Y el que recogió las cenizas
de la vaca, lavará sus vestidos,
y será inmundo hasta la tarde:
y será a los hijos de Israel, y al
extranjero que peregrina entre
ellos, por estatuto perpetuo.
11 El que tocare muerto de cual-
quiera persona humana, siete
días será inmundo:
12 Éste se purificará al tercer día
con aquesta *agua*, y al séptimo
día será limpio; y si al tercer día
no se purificare, no será limpio
al séptimo día.
13 Cualquiera que tocare en
muerto, en persona de hombre
que estuviere muerto, y no se
purificare, el tabernáculo del
SEÑOR contaminó; y aquella
persona será cortada de Israel:
por cuanto el agua de la separa-
ción no fue rociada sobre él, in-
mundo será; y su inmundicia
será sobre él.
14 Ésta *es* la ley para cuando al-
guno muriere en la tienda: cual-
quiera que entrare en la tienda y
todo el que estuviere en ella, será
inmundo siete días.
15 Y todo vaso abierto, sobre el
cual no hubiere tapadera bien
ajustada, será inmundo.
16 Y cualquiera que tocare en
muerto a espada sobre la faz del
campo, o en muerto, o en hueso
humano, o en sepulcro, siete días
será inmundo.
17 Y para el inmundo toma-
rán de la ceniza de la quemada
vaca de la expiación, y echarán
sobre ella agua viva en un vaso:
18 Y un hombre limpio tomará
hisopo, y mojarálo en el agua, y
rociará sobre la tienda, y sobre
todos los muebles, y sobre las
personas que allí estuvieren, y
sobre aquel que hubiere tocado
el hueso, o el matado, o el muer-
to, o el sepulcro:
19 Y el limpio rociará sobre el
inmundo al tercero y al séptimo
día: y cuando lo habrá purifica-
do al día séptimo, él lavará luego
sus vestidos, y a sí mismo se la-
vará con agua, y será limpio a la
tarde.
20 Y el que fuere inmundo, y no
se purificare, la tal persona será
cortada de entre la congrega-
ción, por cuanto contaminó el
tabernáculo del SEÑOR: no fue
rociada sobre él el agua de sepa-
ración: es inmundo.
21 Y les será por estatuto perpe-
tuo: también el que rociare el
agua de la separación lavará sus
vestidos; y el que tocare el agua
de la separación, será inmundo
hasta la tarde.
22 Y todo lo que el inmundo to-
care, será inmundo: y la perso-
na que lo tocare, será inmunda
hasta la tarde.

CAPÍTULO 20

Y LLEGARON los hijos de Israel,
toda la congregación, al de-
sierto de Zin, en el mes primero,
y asentó el pueblo en Cades; y
allí murió Miriam, y fue allí se-
pultada.
2 Y como no hubiese agua para
la congregación, juntáronse con-
tra Moisés y Aarón.
3 Y regañó el pueblo con Moisés,
y hablaron diciendo: ¡Quiera Dios
que nosotros hubiéramos muerto
cuando perecieron nuestros her-
manos delante del SEÑOR!
4 ¿Y por qué hiciste venir la con-
gregación del SEÑOR a este de-
sierto, para que muramos aquí
nosotros y nuestras bestias?
5 ¿Y por qué nos has hecho subir

de Egipto, para traernos a este
mal lugar? No es lugar de se-
mentera, de higueras, de viñas,
ni granadas: ni aun de agua para
beber.
6 Y fuéronse Moisés y Aarón de
delante de la congregación a la
puerta del tabernáculo de la con-
gregación, y echáronse sobre sus
rostros; y la gloria del SEÑOR
apareció sobre ellos.
7 Y habló el SEÑOR a Moisés, di-
ciendo:
8 Toma la vara, y reune la con-
gregación, tú y Aarón tu herma-
no, y hablad a la roca en ojos de
ellos; y ella dará su agua, y les
sacarás aguas de la roca, y darás
de beber a la congregación, y a
sus bestias.
9 Entonces Moisés tomó la vara
de delante del SEÑOR, como él
le mandó.
10 Y juntaron Moisés y Aarón la
congregación delante de la roca,
y díjoles: Oid ahora, rebeldes:
¿os hemos de hacer salir aguas
de esta roca?
11 Entonces alzó Moisés su mano,
e hirió la roca con su vara dos
veces: y salieron aguas en abun-
dancia, y bebió la congregación,
y sus bestias.
12 Y el SEÑOR dijo a Moisés y a
Aarón: Por cuanto no creísteis en
mí, para santificarme en ojos de
los hijos de Israel, por tanto, no
meteréis esta congregación en la
tierra que les he dado.
13 Éstas *son* las aguas de Meriba,
por las cuales contendieron los
hijos de Israel con el SEÑOR, y él
se santificó en ellos.
14 Y envió Moisés embajadores al
rey de Edom desde Cades: Así dice
Israel tu hermano: Tú has sabido
todo el trabajo que nos ha venido:
15 Cómo nuestros padres des-
cendieron a Egipto, y estuvimos
en Egipto largo tiempo, y los
Egipcios nos maltrataron, y a
nuestros padres;
16 Y clamamos al SEÑOR, el cual
oyó nuestra voz, y envió ángel, y
sacónos de Egipto; y he aquí es-
tamos en Cades, ciudad al extre-
mo de tus confines:
17 Rogámoste que pasemos por
tu tierra; no pasaremos por la-
branza, ni por viña, ni bebere-
mos agua de pozos: por el cami-
no real iremos, sin apartarnos a
la diestra ni a la siniestra, hasta
que hayamos pasado tu término.
18 Y Edom le respondió: No pa-
sarás por mi *país*, de otra manera
saldré contra ti armado.
19 Y los hijos de Israel dijeron:
Por el camino seguido iremos; y
si bebiéremos tus aguas yo y mis
ganados, daré el precio de ellas:
ciertamente sin *hacer* otra cosa,
pasaré de seguida.
20 Y él respondió: No pasarás. Y
salió Edom contra él con mucho
pueblo, y mano fuerte.
21 No quiso, pues, Edom dejar
pasar a Israel por su término, y
apartóse Israel de él.
22 Y partidos de Cades los hijos
de Israel, toda aquella congrega-
ción, vinieron al monte de Hor.
23 Y el SEÑOR habló a Moisés y
Aarón en el monte de Hor, en los
confines de la tierra de Edom, di-
ciendo:
24 Aarón será reunido a sus pue-
blos; pues no entrará en la tie-
rra que yo di a los hijos de Israel,
por cuanto fuisteis rebeldes a mi
mandamiento en las aguas de la
rencilla.
25 Toma a Aarón y a Eleazar su hijo,
y hazlos subir al monte de Hor;

26 Y haz desnudar a Aarón sus
vestidos, y viste de ellos a Eleazar su hijo; porque Aarón será reunido *a su pueblo*, y allí morirá.
27 Y Moisés hizo como el SEÑOR
le mandó: y subieron al monte de Hor a ojos de toda la congregación.
28 Y Moisés hizo desnudar a
Aarón de sus vestidos y vistiólos a Eleazar su hijo: y Aarón murió allí en la cumbre del monte: y Moisés y Eleazar descendieron del monte.
29 Y viendo toda la congregación
que Aarón era muerto, hiciéronle duelo por treinta días todas las familias de Israel.

CAPÍTULO 21

Y OYENDO el Cananeo, el rey de Arad, el cual habitaba en el sur, que venía Israel por el camino de los centinelas, peleó con Israel, y tomó de él presa.
2 Entonces Israel hizo voto al
SEÑOR, y dijo: Si en efecto entregares a este pueblo en mi mano, yo destruiré sus ciudades.
3 Y el SEÑOR escuchó la voz de
Israel, y entregó al Cananeo, y destruyólos a ellos y a sus ciudades; y llamó el nombre de aquel lugar Horma.
4 Y partieron del monte de Hor,
camino del mar Bermejo, para rodear la tierra de Edom; y abatióse el ánimo del pueblo por el camino.
5 Y habló el pueblo contra Dios y
Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? que ni hay pan, ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano.
6 Y el SEÑOR envió entre el
pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo: y murió mucho pueblo de Israel.
7 Entonces el pueblo vino a Moisés, y dijeron: Pecado hemos por haber hablado contra el SEÑOR, y contra ti: ruega al SEÑOR que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo.
8 Y el SEÑOR dijo a Moisés:
Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre la bandera: y será que cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá.
9 Y Moisés hizo una serpiente de
latón, y la puso sobre un palo; y sucedió, que cuando una serpiente había mordido a alguno, miraba a la serpiente de latón, y vivía.
10 Y partieron los hijos de Israel,
y asentaron campo en Obot.
11 Y partidos de Obot, asentaron
en Ije-abarim, en el desierto que está delante de Moab, al nacimiento del sol.
12 Partidos de allí, asentaron en
la arroyada de Zared.
13 De allí movieron, y asentaron
de la otra parte de Arnón, que está en el desierto, y que sale del término del Amorreo; porque Arnón es término de Moab, entre Moab y el Amorreo.
14 Por tanto se dice en el libro de
las batallas del SEÑOR: Lo que hizo en el mar Bermejo, y en los arroyos de Arnón:
15 Y a la corriente de los arroyos
que va a parar en Ar, y descansa en el término de Moab.
16 Y de allí *vinieron* a Beer: este
es el pozo del cual el SEÑOR dijo a Moisés: Junta al pueblo, y les daré agua.
17 Entonces cantó Israel esta can-
ción: Sube, oh pozo; a él cantad:
18 Pozo, el cual cavaron los seño-

res; caváronlo los príncipes del pueblo, y el legislador, con sus bordones. Y del desierto *vinieron* a Matana:
19 Y de Matana a Nahaliel: y de Nahaliel a Bamot:
20 Y de Bamot al valle que está en los campos de Moab, y a la cumbre de Pisga, que mira a Jesimón.
21 Y envió Israel embajadores a Sehón, rey de los Amorreos, diciendo:
22 Pasaré por tu tierra: no nos apartaremos por los labrados, ni por las viñas; no beberemos las aguas de los pozos: por el camino real iremos, hasta que pasemos tu término.
23 Mas Sehón no dejó pasar a Israel por su término: antes juntó Sehón todo su pueblo, y salió contra Israel en el desierto: y vino a Jahaz, y peleó contra Israel.
24 E hirióle Israel a filo de espada, y tomó su tierra desde Arnón hasta Jaboc, hasta los hijos de Amón: porque el término de los hijos de Amón era fuerte.
25 Y tomó Israel todas estas ciudades: y habitó Israel en todas las ciudades del Amorreo, en Hesbón y en todas sus aldeas.
26 Porque Hesbón era la ciudad de Sehón, rey de los Amorreos; el cual había tenido guerra antes con el rey de Moab, y tomado de su poder toda su tierra hasta Arnón.
27 Por tanto, dicen los proverbistas: Venid a Hesbón, edifíquese y repárese la ciudad de Sehón:
28 Que fuego salió de Hesbón, y llama de la ciudad de Sehón, y consumió a Ar de Moab, a los señores de los altos de Arnón.
29 ¡Ay de ti, Moab! Perecido has, pueblo de Quemos: puso sus hijos en huída, y sus hijas en cautividad, por Sehón rey de los Amorreos.
30 Mas devastamos el reino de ellos; pereció Hesbón hasta Dibón, y destruimos hasta Nofa y Medeba.
31 Así habitó Israel en la tierra del Amorreo.
32 Y envió Moisés a reconocer a Jazer; y tomaron sus aldeas, y echaron al Amorreo que estaba allí.
33 Y volvieron, y subieron camino de Basán, y salió contra ellos Og rey de Basán, él y todo su pueblo, para pelear en Edrei.
34 Entonces el SEÑOR dijo a Moisés: No le tengas miedo, que en tu mano lo he dado, a él y a todo su pueblo, y a su tierra; y harás de él como hiciste de Sehón, rey de los Amorreos, que habitaba en Hesbón.
35 E hirieron a él, y a sus hijos, y a toda su gente, sin que le quedara uno, y poseyeron su tierra.

CAPÍTULO 22

Y MOVIERON los hijos de Israel, y asentaron en los campos de Moab, de esta parte del Jordán de Jericó.
2 Y vio Balac, hijo de Zipor, todo lo que Israel había hecho al Amorreo.
3 Y Moab temió mucho a causa del pueblo que era mucho; y angustióse Moab a causa de los hijos de Israel.
4 Y dijo Moab a los ancianos de Madián: Ahora lamerá esta gente todos nuestros contornos, como lame el buey la grama del campo. Y Balac, hijo de

Zipor, era entonces rey de Moab.
5 Por tanto envió mensajeros a
Balaam hijo de Beor, a Petor, que
está junto al río en la tierra de
los hijos de su pueblo, para que
lo llamasen, diciendo: Un pueblo
ha salido de Egipto, y he aquí
cubre la faz de la tierra, y habita
delante de mí:
6 Ven pues ahora, te ruego, mal-
díceme este pueblo, porque es
más fuerte que yo: quizá podré
yo herirlo, y echarlo de la tierra:
que yo sé que el que tú bendije-
res, será bendito, y el que tú mal-
dijeres, será maldito.
7 Y fueron los ancianos de Moab,
y los ancianos de Madián, con
las dádivas de adivinación en su
mano, y llegaron a Balaam, y le
dijeron las palabras de Balac.
8 Y él les dijo: Reposad aquí esta
noche, y yo os referiré las pala-
bras, como el SEÑOR me hablare.
Así los príncipes de Moab se que-
daron con Balaam.
9 Y vino Dios a Balaam, y díjole:
¿Qué varones son estos *que están*
contigo?
10 Y Balaam respondió a Dios:
Balac hijo de Zipor, rey de Moab,
ha enviado a mí *diciendo*:
11 He aquí este pueblo que ha
salido de Egipto, cubre la faz de
la tierra: ven pues ahora, y mal-
dícemelo; quizá podré pelear con
él, y echarlo.
12 Entonces dijo Dios a Balaam:
No vayas con ellos, ni maldigas
al pueblo; porque es bendito.
13 Así Balaam se levantó por la
mañana, y dijo a los príncipes de
Balac: Volveos a vuestra tierra,
porque el SEÑOR no me quiere
dejar ir con vosotros.
14 Y los príncipes de Moab se le-
vantaron, y vinieron a Balac, y
dijeron: Balaam no quiso venir
con nosotros.
15 Y tornó Balac a enviar otra
vez más príncipes, y más hono-
rables que los *otros*.
16 Los cuales vinieron a Balaam,
y dijéronle: Así dice Balac, hijo
de Zipor: Ruégote que no dejes
de venir a mí:
17 Porque sin duda te honraré
mucho, y haré todo lo que me
dijeres: ven pues ahora, maldíce-
me a este pueblo.
18 Y Balaam respondió, y dijo
a los siervos de Balac: Aunque
Balac me diese su casa llena de
plata y oro, no puedo traspasar
la palabra del SEÑOR mi Dios,
para hacer cosa chica ni grande.
19 Ruégoos por tanto ahora, que
reposéis aquí esta noche, para
que yo sepa qué me vuelve a
decir el SEÑOR.
20 Y vino Dios a Balaam de
noche, y díjole: Si vinieren a lla-
marte hombres, levántate y ve
con ellos: empero harás lo que
yo te dijere.
21 Así Balaam se levantó por la
mañana, y cinchó su asna, y fue
con los príncipes de Moab.
22 Y el furor de Dios se encen-
dió porque él iba; y el ángel del
SEÑOR se puso en el camino por
adversario suyo. Iba, pues, él
montado sobre su asna, y con él
dos mozos suyos.
23 Y el asna vio al ángel del
SEÑOR, que estaba en el cami-
no con su espada desnuda en
su mano; y apartóse el asna del
camino, e iba por el campo. En-
tonces hirió Balaam al asna para
hacerla volver al camino.
24 Mas el ángel del SEÑOR se puso
en una senda de viñas *que tenía*
pared de una parte y pared de otra.

25 Y viendo el asna al ángel del
SEÑOR, pegóse a la pared, y
apretó contra la pared el pie de
Balaam: y él volvió a herirla.
26 Y el ángel del SEÑOR pasó
más allá, y púsose en una angos-
tura, donde no había camino
para apartarse ni a diestra ni a
siniestra.
27 Y viendo el asna al ángel del
SEÑOR, echóse debajo de Ba-
laam: y enojóse Balaam, e hirió
al asna con el palo.
28 Entonces el SEÑOR abrió la
boca al asna, la cual dijo a Ba-
laam: ¿Qué te he hecho, que me
has herido estas tres veces?
29 Y Balaam respondió al asna:
Porque te has burlado de mí: ¡si
hubiera espada en mi mano, que
ahora mismo te mataría!
30 Y el asna dijo a Balaam: ¿No
soy yo tu asna? sobre mí has ca-
balgado desde que tú me tienes
hasta este día; ¿he acostumbrado
a hacerlo así contigo? Y él res-
pondió: No.
31 Entonces el SEÑOR abrió los
ojos a Balaam, y vio al ángel del
SEÑOR que estaba en el camino,
y *tenía* su espada desnuda en su
mano. Y *Balaam* hizo reverencia,
e inclinóse sobre su rostro.
32 Y el ángel del SEÑOR le dijo:
¿Por qué has herido tu asna estas
tres veces? he aquí yo he salido
para contrarrestarte, porque tu
camino es perverso delante de
mí:
33 El asna me ha visto, y hase
apartado luego de delante de mí
estas tres veces: y si de mí no se
hubiera apartado, yo también
ahora te mataría a ti, y a ella
dejaría viva.
34 Entonces Balaam dijo al ángel
del SEÑOR: He pecado, que no
sabía que tú te ponías delante de
mí en el camino: mas ahora, si te
parece mal, yo me volveré.
35 Y el ángel del SEÑOR dijo a
Balaam: Ve con esos hombres:
empero la palabra que yo te dije-
re, esa hablarás. Así Balaam fue
con los príncipes de Balac.
36 Y oyendo Balac que Balaam
venía, salió a recibirlo a la ciu-
dad de Moab, que está junto al
término de Arnón, que es el cabo
de los confines.
37 Y Balac dijo a Balaam: ¿No
envié yo a ti a llamarte? ¿por qué
no has venido a mí? ¿no puedo
yo honrarte?
38 Y Balaam respondió a Balac:
He aquí yo he venido a ti: mas
¿podré ahora hablar alguna cosa?
La palabra que Dios pusiere en
mi boca, esa hablaré.
39 Y fue Balaam con Balac, y vi-
nieron a la ciudad de Husot.
40 Y Balac hizo matar bueyes y
ovejas, y envió a Balaam, y a los
príncipes que estaban con él.
41 Y el día siguiente Balac tomó
a Balaam, e hízolo subir a los
altos de Baal, y desde allí vio la
extremidad del pueblo.

CAPÍTULO 23

Y BALAAM dijo a Balac: Edi-
fícame aquí siete altares, y
prepárame aquí siete becerros y
siete carneros.
2 Y Balac hizo como le dijo Ba-
laam: y ofrecieron Balac y Ba-
laam un becerro y un carnero en
cada altar.
3 Y Balaam dijo a Balac: Ponte
junto a tu ofrenda quemada, y yo
iré: quizá el SEÑOR me vendrá al
encuentro, y cualquiera cosa que
me mostrare, te la noticiaré. Y se
fue a un lugar alto.

4 Y vino Dios al encuentro de Balaam, y *éste* le dijo: Siete altares he ordenado, y en cada altar he ofrecido un becerro y un carnero.
5 Y el SEÑOR puso palabra en la boca de Balaam, y díjole: Vuelve a Balac, y has de hablar así.
6 Y volvió a él, y he aquí estaba él junto a su sacrificio quemado, él y todos los príncipes de Moab.
7 Y él tomó su parábola, y dijo: De Aram me trajo Balac, rey de Moab, de los montes del oriente: ven, maldíceme a Jacob; y ven, execra a Israel.
8 ¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Y por qué he de execrar al que el SEÑOR no ha execrado?
9 Porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde los collados lo miraré: He aquí un pueblo que habitará solo, y no será contado entre las naciones.
10 ¿Quién contará el polvo de Jacob, o el número de la cuarta parte de Israel? Muera mi persona de la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya.
11 Entonces Balac dijo a Balaam: ¿Qué me has hecho? hete tomado para que maldigas a mis enemigos, y he aquí has proferido bendiciones.
12 Y él respondió, y dijo: ¿No observaré yo lo que el SEÑOR pusiere en mi boca para decirlo?
13 Y dijo Balac: Ruégote que vengas conmigo a otro lugar desde el cual lo veas; su extremidad solamente verás, que no lo verás todo; y desde allí me lo maldecirás.
14 Y llevólo al campo de Sofim, a la cumbre de Pisga, y edificó siete altares, y ofreció un becerro y un carnero en cada altar.
15 Entonces él dijo a Balac: Ponte aquí junto a tu ofrenda quemada, y yo iré a encontrar *al SEÑOR* allí.
16 Y el SEÑOR salió al encuentro de Balaam, y puso palabra en su boca, y díjole: Vuelve a Balac, y así has de decir.
17 Y vino a él, y he aquí que él estaba junto a su ofrenda quemada, y con él los príncipes de Moab: y díjole Balac: ¿Qué ha dicho el SEÑOR?
18 Entonces él tomó su parábola, y dijo: Balac, levántate y oye; escucha mis palabras, hijo de Zipor:
19 Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta: ¿Él dijo, y no hará? ¿Habló, y no lo ejecutará?
20 He aquí yo he recibido *un mandato* de bendecir y no podré revocarlo.
21 No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel: El SEÑOR su Dios es con él, y júbilo de rey en él.
22 Dios los ha sacado de Egipto; tiene fuerzas como de unicornio.
23 Porque en Jacob no hay agüero, ni adivinación en Israel: como ahora, será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios!
24 He aquí el pueblo, que como león se levantará, y como león se erguirá: no se echará hasta que coma la presa, y beba la sangre de los muertos.
25 Entonces Balac dijo a Balaam: Ya que no lo maldices, ni tampoco lo bendigas.
26 Y Balaam respondió, y dijo a Balac: ¿No te he dicho que todo lo que el SEÑOR me dijere, aquello tengo de hacer?
27 Y dijo Balac a Balaam: Ruégote que vengas, te llevaré a otro lugar; por ventura parecerá bien

a Dios que desde allí me lo maldigas.
28 Y Balac llevó a Balaam a la cumbre de Peor, que mira hacia Jesimón.
29 Entonces Balaam dijo a Balac: Edifícame aquí siete altares, y prepárame aquí siete becerros y siete carneros.
30 Y Balac hizo como Balaam *le* dijo; y ofreció un becerro y un carnero en cada altar.

CAPÍTULO 24

Y COMO vio Balaam que parecía bien al SEÑOR que él bendijese a Israel, no fue, como la primera y segunda vez, a encuentro de agüeros, sino que puso su rostro hacia el desierto;
2 Y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el espíritu de Dios vino sobre él.
3 Entonces tomó su parábola, y dijo: Dijo Balaam hijo de Beor, y dijo el varón de ojos abiertos:
4 Dijo el que oyó los dichos de Dios, el que vio la visión del Todopoderoso; caído, mas abiertos los ojos:
5 ¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus tabernáculos, oh Israel!
6 Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como lináloes plantados por el SEÑOR, como cedros junto a las aguas.
7 De sus manos destilarán aguas, y su simiente será en muchas aguas: y ensalzarse ha su rey más que Agag, y su reino será ensalzado.
8 Dios lo sacó de Egipto; tiene fuerzas como de unicornio: comerá a las gentes sus enemigas, y desmenuzará sus huesos, y asaeteará con sus saetas.
9 Se encorvará para echarse como león, y como leona; ¿quién lo despertará? Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren.
10 Entonces se encendió la ira de Balac contra Balaam, y batiendo sus palmas le dijo: Para maldecir a mis enemigos te he llamado, y he aquí los has resueltamente bendecido ya tres veces.
11 Húyete, por tanto, ahora a tu lugar: yo dije que te honraría, mas he aquí que el SEÑOR te ha privado de honra.
12 Y Balaam le respondió: ¿No lo declaré yo también a tus mensajeros que me enviaste, diciendo:
13 Si Balac me diese su casa llena de plata y oro, yo no podré traspasar el dicho del SEÑOR para hacer cosa buena ni mala de mi arbitrio; *mas* lo que el SEÑOR hablare, eso diré yo?
14 He aquí yo me voy ahora a mi pueblo: por tanto, ven, te indicaré lo que este pueblo ha de hacer a tu pueblo en los postrimeros días.
15 Y tomó su parábola, y dijo: Dijo Balaam hijo de Beor, dijo el varón de ojos abiertos:
16 Dijo el que oyó las palabras de Dios, y el que sabe el conocimiento del Altísimo, el que vio la visión del Todopoderoso; caído, mas abiertos los ojos:
17 Verélo, mas no ahora: lo miraré, mas no de cerca: saldrá Estrella de Jacob, y levantaráse Cetro de Israel, y herirá los cantones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set.
18 Y será tomada Edom, será también tomada Seir por sus enemigos, e Israel se portará varonilmente.

19 Y el de Jacob se enseñoreará,
y destruirá de la ciudad lo que
quedare.
20 Y viendo a Amalec, tomó su
parábola, y dijo: Amalec, cabeza
de gentes; mas su postrimería
perecerá para siempre.
21 Y viendo al Cineo, tomó su pa-
rábola, y dijo: Fuerte es tu habi-
tación, pon en la roca tu nido:
22 Que el Cineo será echado,
cuando Asur te llevará cautivo.
23 Todavía tomó su parábola, y
dijo: ¡Ay! ¿quién vivirá cuando
hiciere Dios estas cosas?
24 Y *vendrán* navíos de la costa
de Quitim, y afligirán a Asur,
afligirán también a Eber: mas él
también perecerá para siempre.
25 Entonces se levantó Balaam, y
se fue, y volvióse a su lugar: y
también Balac se fue por su ca-
mino.

CAPÍTULO 25

Y REPOSÓ Israel en Sitim, y el
pueblo empezó a fornicar con
las hijas de Moab:
2 Las cuales llamaron al pueblo a
los sacrificios de sus dioses: y el
pueblo comió, e inclinóse a sus
dioses.
3 Y allegóse el pueblo a Baal-
peor; y el furor del SEÑOR se en-
cendió contra Israel.
4 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Toma
todos los príncipes del pueblo, y
ahórcalos al SEÑOR delante del
sol; y la ira del furor del SEÑOR
se apartará de Israel.
5 Entonces Moisés dijo a los jue-
ces de Israel: Matad cada uno a
aquellos de los suyos que se han
allegado a Baal-peor.
6 Y he aquí un varón de los hijos
de Israel vino y trajo una Madia-
nita a sus hermanos, a ojos de
Moisés y de toda la congregación
de los hijos de Israel, llorando
ellos a la puerta del tabernáculo
de la congregación.
7 Y violo Finees, hijo de Eleazar,
hijo de Aarón el sacerdote, y le-
vantóse de en medio de la con-
gregación, y tomó una lanza en
su mano:
8 Y fue tras el varón de Israel a la
tienda, y alanceólos a ambos, al
varón de Israel, y a la mujer por
su vientre. Y cesó la mortandad
de los hijos de Israel.
9 Y murieron de aquella mortan-
dad veinte y cuatro mil.
10 Entonces el SEÑOR habló a
Moisés, diciendo:
11 Finees, hijo de Eleazar, hijo
de Aarón el sacerdote, ha hecho
tornar mi furor de los hijos de Is-
rael, llevado de celo entre ellos:
por lo cual yo no he consumido
en mi celo a los hijos de Israel.
12 Por tanto dí*les*: He aquí yo es-
tablezco mi pacto de paz con él;
13 Y tendrá él, y su simiente des-
pués de él, el pacto del sacerdo-
cio perpetuo; por cuanto tuvo
celo por su Dios, e hizo expia-
ción por los hijos de Israel.
14 Y el nombre del varón muerto,
que fue muerto con la Madiani-
ta, era Zimri hijo de Salu, jefe de
una familia de la tribu de Simeón.
15 Y el nombre de la mujer Ma-
dianita muerta, era Cozbi, hija de
Zur, príncipe de pueblos, padre
de familia en Madián.
16 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
17 Hostilizaréis a los Madianitas,
y los heriréis:
18 Por cuanto ellos os afligieron
a vosotros con sus ardides, con
que os han engañado en el nego-
cio de Peor, y en el negocio de

Cozbi, hija del príncipe de Madián, su hermana, la cual fue muerta el día de la mortandad por causa de Peor.

CAPÍTULO 26

Y ACONTECIÓ después de la mortandad, que el SEÑOR habló a Moisés, y a Eleazar hijo del sacerdote Aarón, diciendo:
2 Tomad la suma de toda la congregación de los hijos de Israel, de veinte años arriba, por las casas de sus padres, todos los que puedan salir a la guerra en Israel.
3 Y Moisés y Eleazar el sacerdote hablaron con ellos en los campos de Moab, junto al Jordán de Jericó, diciendo:
4 Contaréis el pueblo de veinte años arriba, como mandó el SEÑOR a Moisés y a los hijos de Israel, que habían salido de tierra de Egipto.
5 Rubén primogénito de Israel: los hijos de Rubén: Enoc, del cual era la familia de los Enoquitas; de Falú, la familia de los Faluitas;
6 De Hesrón, la familia de los Hesronitas; de Carmi, la familia de los Carmitas.
7 Éstas *son* las familias de los Rubenitas: y sus contados fueron cuarenta y tres mil setecientos y treinta.
8 Y los hijos de Falú: Eliab.
9 Y los hijos de Eliab: Nemuel, y Datán, y Abiram. Estos Datán y Abiram fueron los del consejo de la congregación, que hicieron el motín contra Moisés y Aarón con la compañía de Coré, cuando se amotinaron contra el SEÑOR;
10 Que la tierra abrió su boca y tragó a ellos y a Coré, cuando aquella compañía murió, cuando consumió el fuego doscientos y cincuenta varones, los cuales fueron por señal.
11 Mas los hijos de Coré no murieron.
12 Los hijos de Simeón por sus familias: de Nemuel, la familia de los Nemuelitas; de Jamín, la familia de los Jaminitas; de Jaquín, la familia de los Jaquínitas;
13 De Zera, la familia de los Zeraitas; de Saúl, la familia de los Saulitas.
14 Éstas *son* las familias de los Simeonitas, veinte y dos mil y doscientos.
15 Los hijos de Gad por sus familias: de Zefón, la familia de los Zefonitas; de Aggi, la familia de los Aggitas; de Suni, la familia de los Sunitas;
16 De Ozni, la familia de los Oznitas; de Eri, la familia de los Eritas;
17 De Aroz, la familia de los Aroditas; de Areli, la familia de los Arelitas.
18 Éstas *son* las familias de Gad, por sus contados, cuarenta mil y quinientos.
19 Los hijos de Judá: Er y Onán; y Er y Onán murieron en la tierra de Canaán.
20 Y fueron los hijos de Judá por sus familias: de Sela, la familia de los Selaitas; de Fares, la familia de los Faresitas; de Zera, la familia de los Zeraitas.
21 Y fueron los hijos de Fares: de Hesrón, la familia de los Hesronitas; de Hamul, la familia de los Hamulitas.
22 Éstas *son* las familias de Judá, por sus contados, setenta y seis mil y quinientos.
23 Los hijos de Isacar por sus familias: de Tola, la familia de los

Tolaitas; de Puá la familia de los
Puanitas;
24 De Jasub, la familia de los Ja-
subitas; de Simron, la familia de
los Simronitas.
25 Éstas *son* las familias de Isa-
car, por sus contados, sesenta y
cuatro mil y trescientos.
26 Los hijos de Zabulón por sus
familias: de Sered, la familia de
los Sereditas; de Elón, la familia
de los Elonitas; de Jalel, la fami-
lia de los Jalelitas.
27 Éstas *son* las familias de los
Zabulonitas, por sus contados,
sesenta mil y quinientos.
28 Los hijos de José por sus fami-
lias: Manasés y Efraím.
29 Los hijos de Manasés: de Ma-
quir, la familia de los Maquiritas;
y Maquir engendró a Galaad; de
Galaad, la familia de los Galaa-
ditas.
30 Éstos *son* los hijos de Galaad:
de Jezer, la familia de los Jeze-
ritas; de Helec, la familia de los
Helecitas;
31 De Asriel, la familia de los As-
rielitas; de Siquem, la familia de
los Siquemitas;
32 De Semida, la familia de los
Semidaitas; de Hefer, la familia
de los Heferitas.
33 Y Zelofehad, hijo de Hefer, no
tuvo hijos sino hijas: y los nom-
bres de las hijas de Zelofehad
fueron Maala, y Noa, y Hogla, y
Milca, y Tirsa.
34 Éstas *son* las familias de Ma-
nasés; y sus contados, cincuenta
y dos mil y setecientos.
35 Éstos *son* los hijos de Efraím
por sus familias: de Sutela, la
familia de los Sutelaítas; de Be-
quer, la familia de los Bequeritas;
de Tahan, la familia de los Taha-
nitas.
36 Y estos son los hijos de Sutela:
de Herán, la familia de los Hera-
nitas.
37 Éstas *son* las familias de los
hijos de Efraím, por sus conta-
dos, treinta y dos mil y quinien-
tos. Éstos *son* los hijos de José
por sus familias.
38 Los hijos de Benjamín por sus
familias: de Bela, la familia de
los Belaitas; de Asbel, la familia
de los Asbelitas; de Ahiram, la
familia de los Ahiramitas;
39 De Sufam, la familia de los
Sufamitas; de Hufam, la familia
de los Hufamitas.
40 Y los hijos de Bela fueron Ard
y Naamán: *de Ard*, la familia de
los Arditas; de Naamán, la fami-
lia de los Naamanitas.
41 Éstos *son* los hijos de Benja-
mín por sus familias; y sus conta-
dos, cuarenta y cinco mil y seis-
cientos.
42 Éstos *son* los hijos de Dan por
sus familias: de Suham, la fami-
lia de los Suhamitas. Éstas *son*
las familias de Dan por sus fami-
lias.
43 Todas las familias de los Su-
hamitas, por sus contados, sesen-
ta y cuatro mil y cuatrocientos.
44 Los hijos de Aser por sus fa-
milias: de Imna, la familia de los
Imnaitas; de Isui, la familia de
los Isuitas; de Beria, la familia de
los Beriaitas.
45 Los hijos de Beria: de Heber,
la familia de los Heberitas; de
Malquiel, la familia de los Mal-
quielitas.
46 Y el nombre de la hija de Aser
fue Sera.
47 Éstas *son* las familias de los
hijos de Aser, por sus contados,
cincuenta y tres mil y cuatrocien-
tos.

48 Los hijos de Neftalí por sus fa-
milias: de Jahzeel, la familia de
los Jahzeelitas; de Guni, la fami-
lia de los Gunitas;
49 De Jeser, la familia de los Je-
seritas; de Sillem, la familia de
los Sillemitas.
50 Éstas *son* las familias de Nef-
talí por sus familias; y sus conta-
dos, cuarenta y cinco mil y cua-
trocientos.
51 Éstos *son* los contados de los
hijos de Israel, seiscientos y un
mil setecientos y treinta.
52 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
53 A estos se repartirá la tierra
en heredad, por la cuenta de los
nombres.
54 A los más darás mayor here-
dad, y a los menos menor; y a
cada uno se le dará su heredad
conforme a sus contados.
55 Empero la tierra será reparti-
da por suerte; y por los nombres
de las tribus de sus padres here-
darán.
56 Conforme a la suerte será re-
partida su heredad entre el gran-
de y el pequeño.
57 Y los contados de los Levitas
por sus familias son estos: de
Gersón, la familia de los Gerso-
nitas; de Coat, la familia de los
Coatitas; de Merari, la familia de
los Meraritas.
58 Éstas *son* las familias de los
Levitas: la familia de los Libnitas,
la familia de los Hebronitas, la
familia de los Mahalitas, la fami-
lia de los Musitas, la familia de
los Coritas. Y Coat engendró a
Amram.
59 Y la esposa de Amram se
llamó Jocabed, hija de Leví, la
cual nació a Leví en Egipto: ésta
parió de Amram a Aarón y a
Moisés, y a Miriam su hermana.
60 Y a Aarón nacieron Nadab y
Abiú, Eleazar e Itamar.
61 Mas Nadab y Abiú murieron,
cuando ofrecieron fuego extraño
delante del SEÑOR.
62 Y los contados de los Levitas
fueron veinte y tres mil, todos
varones de un mes arriba: por-
que no fueron contados entre los
hijos de Israel, por cuanto no les
había de ser dada heredad entre
los hijos de Israel.
63 Éstos *son* los contados por
Moisés y Eleazar el sacerdote,
los cuales contaron los hijos de
Israel en los campos de Moab,
junto al Jordán de Jericó.
64 Y entre estos ninguno hubo de
los contados por Moisés y Aarón
el sacerdote, los cuales contaron
a los hijos de Israel en el desierto
de Sinaí.
65 Porque el SEÑOR les dijo:
Han de morir en el desierto: y no
quedó varón de ellos, sino Caleb
hijo de Jefone, y Josué hijo de
Nun.

CAPÍTULO 27

Y LAS hijas de Zelofehad, hijo
de Hefer, hijo de Galaad, hijo
de Maquir, hijo de Manasés, de
las familias de Manasés, hijo de
José, los nombres de las cuales
eran Maala, y Noa, y Hogla, y
Milca, y Tirsa, llegaron;
2 Y presentáronse delante de
Moisés, y delante del sacerdote
Eleazar, y delante de los prínci-
pes, y de toda la congregación, a
la puerta del tabernáculo de la
congregación, y dijeron:
3 Nuestro padre murió en el de-
sierto, el cual no estuvo en la
compañía que se reunió contra el
SEÑOR en la compañía de Coré:

sino que en su pecado murió, y no tuvo hijos.
4 ¿Por qué será quitado el nombre de nuestro padre de entre su familia, por no haber tenido hijo? Danos heredad entre los hermanos de nuestro padre.
5 Y Moisés llevó su causa delante del SEÑOR.
6 Y el SEÑOR respondió a Moisés, diciendo:
7 Bien dicen las hijas de Zelofehad: has de darles posesión de heredad entre los hermanos de su padre; y traspasarás la heredad de su padre a ellas.
8 Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cuando alguno muriere sin hijos, traspasaréis su herencia a su hija:
9 Y si no tuviere hija, daréis su herencia a sus hermanos:
10 Y si no tuviere hermanos, daréis su herencia a los hermanos de su padre.
11 Y si su padre no tuviere hermanos, daréis su herencia a su pariente más cercano de su linaje, el cual la poseerá: y será a los hijos de Israel por estatuto de derecho, como el SEÑOR mandó a Moisés.
12 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Sube a este monte Abarim, y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel.
13 Y después que la habrás visto, tú también serás reunido a tus pueblos, como fue reunido tu hermano Aarón:
14 Pues fuisteis rebeldes a mi dicho en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación, para santificarme en las aguas a ojos de ellos. Éstas *son* las aguas de la rencilla de Cades en el desierto de Zin.
15 Entonces respondió Moisés al SEÑOR, diciendo:
16 Ponga el SEÑOR, Dios de los espíritus de toda carne, varón sobre la congregación,
17 Que salga delante de ellos, y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca; porque la congregación del SEÑOR no sea como ovejas sin pastor.
18 Y el SEÑOR dijo a Moisés: Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él;
19 Y ponerlo has delante de Eleazar el sacerdote, y delante de toda la congregación; y le darás órdenes en presencia de ellos.
20 Y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel *le* obedezcan.
21 Y él estará delante de Eleazar el sacerdote, y a él preguntará por el juicio del Urim delante del SEÑOR: por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán, él, y todos los hijos de Israel con él, y toda la congregación.
22 Y Moisés hizo como el SEÑOR le había mandado; que tomó a Josué, y le puso delante de Eleazar el sacerdote, y de toda la congregación:
23 Y puso sobre él sus manos, y dióle órdenes, como el SEÑOR había mandado por mano de Moisés.

CAPÍTULO 28

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés, diciendo:
2 Manda a los hijos de Israel, y díles: Mi ofrenda, mi pan con mis ofrendas hechas por fuego en olor a mí agradable, guardaréis, ofreciéndomelo a su tiempo.

3 Y les dirás: Ésta *es* la ofrenda
hecha por fuego que ofreceréis
al SEÑOR: dos corderos sin tacha
de un año, cada un día, *para* una
ofrenda quemada continua.
4 El un cordero ofrecerás por la
mañana, y el otro cordero ofrece-
rás entre las dos tardes:
5 Y la décima de un efa de flor de
harina, amasada con una cuarta
de un hin de aceite molido, en pre-
sente.
6 *Es* ofrenda quemada continua,
que fue hecho en el monte de
Sinaí en olor de suavidad, ofrenda
hecha por fuego al SEÑOR.
7 Y su libación, la cuarta de un hin
con cada cordero: derramarás li-
bación de superior vino al SEÑOR
en el santuario.
8 Y ofrecerás el segundo cordero
entre las dos tardes: conforme a la
ofrenda de la mañana, y conforme
a su libación ofrecerás, ofrenda
hecha por fuego en olor de suavi-
dad al SEÑOR.
9 Mas el día del sábado dos cor-
deros de un año sin defecto, y dos
décimas de flor de harina amasada
con aceite, por presente, con su li-
bación:
10 Es la ofrenda quemada de cada
sábado, además de la ofrenda que-
mada continua y su libación.
11 Y en los principios de vuestros
meses ofreceréis en ofrenda que-
mada al SEÑOR dos becerros de la
vacada, y un carnero, y siete cor-
deros de un año sin defecto;
12 Y tres décimas de flor de harina
amasada con aceite, por presente
con cada becerro; y dos décimas
de flor de harina amasada con
aceite, por presente con cada car-
nero;
13 Y una décima de flor de hari-
na amasada con aceite, en ofren-
da por presente con cada cordero:
ofrenda quemada de olor suave,
ofrenda hecha por fuego al SEÑOR.
14 Y sus libaciones de vino, medio
hin con cada becerro, y el tercio
de un hin con cada carnero, y la
cuarta de un hin con cada cordero.
Éste *es* la ofrenda quemada de cada
mes por todos los meses del año.
15 Y un macho cabrío en expiación
se ofrecerá al SEÑOR, además de
la ofrenda quemada continua con
su libación.
16 Mas en el mes primero, a los
catorce del mes será la pascua del
SEÑOR.
17 Y a los quince días de aqueste
mes, la solemnidad: por siete días
se comerán ázimos.
18 El primer día, santa convoca-
ción; ninguna obra servil haréis:
19 Y ofreceréis por ofrenda hecha
por fuego en ofrenda quemada al
SEÑOR, dos becerros de la vacada,
y un carnero, y siete corderos de
un año: sin defecto los tomaréis:
20 Y su presente de harina ama-
sada con aceite: tres décimas con
cada becerro, y dos décimas con
cada carnero ofreceréis;
21 Con cada uno de los siete cor-
deros ofreceréis una décima;
22 Y un macho cabrío por expia-
ción, para reconciliaros.
23 Esto ofreceréis además de la
ofrenda quemada de la mañana,
que *es* para una ofrenda quemada
continua.
24 Conforme a esto ofreceréis
cada uno de los siete días, vianda
y ofrenda hecha por fuego en olor
de suavidad al SEÑOR; ofrecerse
ha, además de la ofrenda quemada
continua, con su libación.
25 Y el séptimo día tendréis santa
convocación: ninguna obra servil
haréis.

26 Además el día de las primi-
cias, cuando ofreciereis presente
nuevo al SEÑOR en vuestras se-
manas, tendréis santa convoca-
ción: ninguna obra servil haréis:
27 Pero ofreceréis la ofrenda que-
mada, en olor de suavidad al SEÑOR,
dos becerros de la vacada, un car-
nero, siete corderos de un año:
28 Y el presente de ellos, flor de
harina amasada con aceite, tres
décimas con cada becerro, dos
décimas con cada carnero,
29 Con cada uno de los siete cor-
deros una décima;
30 Un macho cabrío, para hacer
expiación por vosotros:
31 Los ofreceréis, además de la
ofrenda quemada continua con
sus presentes, y sus libaciones:
sin defecto los tomaréis.

CAPÍTULO 29

Y EL séptimo mes, al primero
del mes tendréis santa con-
vocación: ninguna obra servil
haréis; os será día de sonar las
trompetas.
2 Y ofreceréis ofrenda quemada
por olor de suavidad al SEÑOR,
un becerro de la vacada, un car-
nero, siete corderos de un año
sin defecto;
3 Y el presente de ellos, de flor
de harina amasada con aceite,
tres décimas con cada becerro,
dos décimas con cada carnero,
4 Y con cada uno de los siete cor-
deros, una décima;
5 Y un macho cabrío por expia-
ción, para reconciliaros;
6 Además de la ofrenda quemada
del mes, y su presente, y la ofren-
da quemada continua y su pre-
sente, y sus libaciones, conforme
a su ley, por ofrenda encendida
al SEÑOR en olor de suavidad.
7 Y en el diez de este mes sépti-
mo tendréis santa convocación, y
afligiréis vuestras almas: ninguna
obra haréis:
8 Y ofreceréis en ofrenda quema-
da al SEÑOR por olor de suavidad,
un becerro de la vacada, un car-
nero, siete corderos de un año; sin
defecto los tomaréis:
9 Y sus presentes, flor de harina
amasada con aceite, tres décimas
con cada becerro, dos décimas
con cada carnero,
10 Y con cada uno de los siete cor-
deros, una décima;
11 Un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda de las
expiaciones por el pecado, y de la
ofrenda quemada continua, y de
sus presentes, y de sus libaciones.
12 También a los quince días del
mes séptimo tendréis santa con-
vocación; ninguna obra servil ha-
réis, y celebraréis solemnidad al
SEÑOR por siete días;
13 Y ofreceréis una ofrenda que-
mada, una ofrenda encendida al
SEÑOR en olor de suavidad, trece
becerros de la vacada, dos carne-
ros, catorce corderos de un año:
han de ser sin defecto;
14 Y los presentes de ellos, de flor
de harina amasada con aceite,
tres décimas con cada uno de los
trece becerros, dos décimas con
cada uno de los dos carneros,
15 Y con cada uno de los catorce
corderos, una décima;
16 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, su presente y su
libación.
17 Y el segundo día, doce becerros
de la vacada, dos carneros, cator-
ce corderos de un año sin defecto;
18 Y sus presentes y sus libaciones
con los becerros, con los carneros,

y con los corderos, según el núme-
ro de ellos, conforme a la ley;
19 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, y su presente y su
libación.
20 Y el día tercero, once becerros,
dos carneros, catorce corderos de
un año sin defecto;
21 Y sus presentes y sus libaciones
con los becerros, con los carneros,
y con los corderos, según el núme-
ro de ellos, conforme a la ley;
22 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, y su presente y su
libación.
23 Y el cuarto día, diez becerros,
dos carneros, catorce corderos de
un año sin defecto;
24 Sus presentes y sus libaciones
con los becerros, con los carneros,
y con los corderos, según el núme-
ro de ellos, conforme a la ley;
25 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, su presente y su
libación.
26 Y el quinto día, nueve becerros,
dos carneros, catorce corderos de
un año sin defecto;
27 Y sus presentes y sus libaciones
con los becerros, con los carneros,
y con los corderos, según el núme-
ro de ellos, conforme a la ley;
28 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, su presente y su
libación.
29 Y el sexto día, ocho becerros,
dos carneros, catorce corderos de
un año sin defecto;
30 Y sus presentes y sus libacio-
nes con los becerros, con los car-
neros, y con los corderos, según
el número de ellos, conforme a la
ley;
31 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, su presente y sus
libaciones.
32 Y el séptimo día, siete bece-
rros, dos carneros, catorce corde-
ros de un año sin defecto;
33 Y sus presentes y sus libacio-
nes con los becerros, con los car-
neros, y con los corderos, según
el número de ellos, conforme a
la ley;
34 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, con su presente
y su libación.
35 El octavo día tendréis solem-
nidad: ninguna obra servil ha-
réis:
36 Pero ofreceréis una ofrenda
quemada, una ofrenda encendi-
da de olor suave al SEÑOR, un
novillo, un carnero, siete corde-
ros de un año sin defecto;
37 Sus presentes y sus libaciones
con el novillo, con el carnero, y
con los corderos, según el núme-
ro de ellos, conforme a la ley;
38 Y un macho cabrío por expia-
ción: además de la ofrenda que-
mada continua, con su presente
y su libación.
39 Éstas *cosas* ofreceréis al
SEÑOR en vuestras solemnida-
des, además de vuestros votos, y
de vuestras ofrendas libres, para
vuestros holocaustos, y para
vuestros presentes, y para vues-
tras libaciones, y para vuestras
paces.
40 Y Moisés dijo a los hijos de
Israel, conforme a todo lo que el
SEÑOR le había mandado.

CAPÍTULO 30

Y HABLÓ Moisés a los prínci-
pes de las tribus de los hijos

de Israel, diciendo: Esto es lo que
el SEÑOR ha mandado.
2 Cuando alguno hiciere voto
al SEÑOR, o hiciere juramento
ligando su alma con obligación,
no violará su palabra: hará con-
forme a todo lo que salió de su
boca.
3 Mas la mujer, cuando hiciere
voto al SEÑOR, y se ligare con
obligación en casa de su padre,
en su mocedad;
4 Si su padre oyere su voto, y la
obligación con que ligó su alma,
y su padre callare a ello, todos
los votos de ella serán firmes, y
toda obligación con que hubiere
ligado su alma, firme será.
5 Mas si su padre le vedare el día
que oyere todos sus votos y sus
obligaciones, con que ella hubie-
re ligado su alma, no serán fir-
mes; y el SEÑOR la perdonará,
por cuanto su padre le vedó.
6 Empero si fuere casada, e hi-
ciere votos, o pronunciare de sus
labios cosa con que obligue su
alma;
7 Si su marido lo oyere, y cuando
lo oyere callare a ello, los votos
de ella serán firmes, y la obliga-
ción con que ligó su alma, firme
será.
8 Pero si cuando su marido lo
oyó, le vedó, entonces el voto
que ella hizo, y lo que pronun-
ció de sus labios con que ligó su
alma, será nulo; y el SEÑOR lo
perdonará.
9 Mas todo voto de viuda, o re-
pudiada, con que ligare su alma,
será firme.
10 Y si hubiere hecho voto en
casa de su marido, y hubiere li-
gado su alma con obligación de
juramento,
11 Si su marido oyó, y calló a ello,
y no le vedó; entonces todos sus
votos serán firmes, y toda obli-
gación con que hubiere ligado su
alma, firme será.
12 Mas si su marido los anuló
el día que los oyó; todo lo que
salió de sus labios cuanto a sus
votos, y cuanto a la obligación de
su alma, será nulo; su marido los
anuló, y el SEÑOR la perdonará.
13 Todo voto, o todo juramento
obligándose a afligir el alma, su
marido lo confirmará, o su mari-
do lo anulará.
14 Empero si su marido callare a
ello de día en día, entonces con-
firmó todos sus votos, y todas las
obligaciones que están sobre ella:
confirmólas, por cuanto calló a
ello el día que lo oyó.
15 Mas si las anulare después de
haberlas oído, entonces él lleva-
rá el pecado de ella.
16 Éstas *son* las ordenanzas que el
SEÑOR mandó a Moisés entre el
varón y su esposa, entre el padre
y su hija, durante su mocedad en
casa de su padre.

CAPÍTULO 31

Y EL SEÑOR habló a Moisés, di-
ciendo:
2 Haz la venganza de los hijos de
Israel sobre los Madianitas; des-
pués serás recogido a tus pueblos.
3 Entonces Moisés habló al pue-
blo, diciendo: Armaos algunos
de vosotros para la guerra, e irán
contra Madián, y harán la ven-
ganza del SEÑOR en Madián.
4 Mil de cada tribu de todas las
tribus de los hijos de Israel, en-
viaréis a la guerra.
5 Así fueron dados de los milla-
res de Israel, mil por cada tribu,
doce mil a punto de guerra.
6 Y Moisés los envió a la guerra:

mil de cada tribu envió: y Finees,
hijo de Eleazar sacerdote, *fue* a
la guerra con los santos instru-
mentos, con las trompetas en su
mano para tocar.
7 Y pelearon contra Madián,
como el SEÑOR lo mandó a Moi-
sés, y mataron a todo varón.
8 Mataron también, entre los
muertos de ellos, a los reyes de
Madián: Evi, y Recem, y Zur, y
Hur, y Reba, cinco reyes de Ma-
dián, a Balaam también, hijo de
Beor, mataron a espada.
9 Y llevaron cautivas los hijos de
Israel las mujeres de los Madia-
nitas, y sus chiquitos y todas sus
bestias, y todos sus ganados; y
arrebataron toda su hacienda.
10 Y abrasaron con fuego todas
sus ciudades, aldeas y castillos.
11 Y tomaron todo el despojo,
y toda la presa, así de hombres
como de bestias.
12 Y trajeron a Moisés, y a Elea-
zar el sacerdote, y a la con-
gregación de los hijos de Israel,
los cautivos y la presa y los des-
pojos, al campo en los llanos de
Moab, que están junto al Jordán
de Jericó.
13 Y salieron Moisés y Eleazar el
sacerdote, y todos los príncipes
de la congregación, a recibirlos
fuera del campo.
14 Y enojóse Moisés contra los
capitanes del ejército, *contra* los
tribunos y centuriones que volví-
an de la guerra;
15 Y díjoles Moisés: ¿Todas las
mujeres habéis reservado?
16 He aquí ellas fueron a los hijos
de Israel, por consejo de Balaam,
para causar prevaricación contra
el SEÑOR en el negocio de Peor;
por lo que hubo mortandad en la
congregación del SEÑOR.
17 Matad pues ahora todos los
varones entre los niños: matad
también toda mujer que haya co-
nocido varón carnalmente.
18 Y todas las niñas entre las
mujeres, que no hayan conocido
ayuntamiento de varón, os reser-
varéis vivas.
19 Y vosotros quedaos fuera del
campo siete días: y todos los
que hubieren matado persona, y
cualquiera que hubiere tocado
muerto, os purificaréis al tercero
y al séptimo día, vosotros y vues-
tros cautivos.
20 Asimismo purificaréis todo
vestido, y toda prenda de pieles,
y toda obra de pelos de cabra, y
todo vaso de madera.
21 Y Eleazar el sacerdote dijo a
los hombres de guerra que vení-
an de la guerra: Ésta *es* la orde-
nanza de la ley que el SEÑOR ha
mandado a Moisés:
22 Ciertamente el oro, y la plata,
latón, hierro, estaño, y plomo,
23 Todo lo que resiste el fuego,
por fuego *lo* haréis pasar, y será
limpio, bien que en las aguas de
purificación habrá de purificar-
se: mas haréis pasar por agua
todo lo que no aguanta el fuego.
24 Además lavaréis vuestros ves-
tidos el séptimo día, y así seréis
limpios; y después entraréis en el
campo.
25 Y el SEÑOR habló a Moisés,
diciendo:
26 Toma la cuenta de la presa
que se ha hecho, así de las perso-
nas como de las bestias, tú y el
sacerdote Eleazar, y las cabezas
de los padres de la congregación:
27 Y partirás por mitad la presa
entre los que pelearon, los que
salieron a la guerra, y toda la
congregación.

28 Y apartarás para el SEÑOR el
tributo de los hombres de guerra,
que salieron a la guerra: de qui-
nientos uno, así de las personas
como de los bueyes, de los asnos,
y de las ovejas:
29 De la mitad de ellos lo toma-
rás; y darás a Eleazar el sacerdo-
te la ofrenda del SEÑOR.
30 Y de la mitad perteneciente
a los hijos de Israel tomarás uno
de cincuenta, de las personas,
de los bueyes, de los asnos, y de
las ovejas, de todo animal; y los
darás a los Levitas, que tienen
la guarda del tabernáculo del
SEÑOR.
31 E hicieron Moisés y Eleazar el
sacerdote como el SEÑOR mandó
a Moisés.
32 Y fue la presa, el resto de la
presa que tomaron los hombres
de guerra, seiscientas y setenta y
cinco mil ovejas,
33 Y setenta y dos mil bueyes,
34 Y sesenta y un mil asnos;
35 Y en cuanto a personas, de
mujeres que no habían conocido
ayuntamiento de varón, en todas
treinta y dos mil.
36 Y la mitad, la parte de los que
habían salido a la guerra, fue el
número de trescientas treinta y
siete mil y quinientas ovejas.
37 Y el tributo para el SEÑOR de
las ovejas, fue seiscientas setenta
y cinco.
38 Y de los bueyes, treinta y seis
mil: y de ellos el tributo para el
SEÑOR, setenta y dos.
39 Y de los asnos, treinta mil y
quinientos: y de ellos el tributo
para el SEÑOR, sesenta y uno.
40 Y de las personas, diez y seis
mil: y de ellas el tributo para el
SEÑOR, treinta y dos personas.
41 Y dio Moisés el tributo, por
elevada ofrenda al SEÑOR, a
Eleazar el sacerdote, como el
SEÑOR lo mandó a Moisés.
42 Y de la mitad para los hijos
de Israel, que apartó Moisés de
los hombres que habían ido a la
guerra;
43 (La mitad para la congrega-
ción fue: de las ovejas, trescien-
tas treinta y siete mil y quinien-
tas;
44 Y de los bueyes, treinta y seis
mil;
45 Y de los asnos, treinta mil y
quinientos;
46 Y de las personas, diez y seis
mil:)
47 De la mitad, pues, para los
hijos de Israel tomó Moisés uno
de cada cincuenta, así de las per-
sonas como de los animales, y
diólos a los Levitas, que tenían
la guarda del tabernáculo del
SEÑOR; como el SEÑOR lo había
mandado a Moisés.
48 Y llegaron a Moisés los jefes
de los millares de aquel ejército,
los tribunos y centuriones;
49 Y dijeron a Moisés: Tus sier-
vos han tomado razón de los
hombres de guerra que están en
nuestro poder, y ninguno ha fal-
tado de nosotros.
50 Por lo cual hemos ofrecido
al SEÑOR ofrenda, cada uno de
lo que ha hallado, vasos de oro,
brazaletes, manillas, anillos,
zarcillos, y cadenas, para hacer
expiación por nuestras almas de-
lante del SEÑOR.
51 Y Moisés y el sacerdote Elea-
zar recibieron el oro de ellos, al-
hajas, todas elaboradas.
52 Y todo el oro de la ofrenda que
ofrecieron al SEÑOR de los tribu-
nos y centuriones, fue diez y seis
mil setecientos y cincuenta siclos.

53 Los hombres del ejército habían pillado cada uno para sí.
54 Recibieron, pues, Moisés y el sacerdote Eleazar, el oro de los tribunos y centuriones, y trajéronlo al tabernáculo de la congregación, por memoria de los hijos de Israel delante del SEÑOR.

CAPÍTULO 32

Y LOS hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían una muy grande muchedumbre de ganado; los cuales viendo la tierra de Jazer y de Galaad, parecióles el país lugar de ganado.
2 Y vinieron los hijos de Gad y los hijos de Rubén, y hablaron a Moisés, y a Eleazar el sacerdote, y a los príncipes de la congregación, diciendo:
3 Atarot, y Dibón, y Jazer, y Nimra, y Hesbón, y Eleale, y Sabán, y Nebo, y Beón,
4 La tierra que el SEÑOR hirió delante de la congregación de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado.
5 Por tanto, dijeron, si hallamos gracia en tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad, y no nos hagas pasar el Jordán.
6 Y respondió Moisés a los hijos de Gad y a los hijos de Rubén: ¿Vendrán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí?
7 ¿Y por qué prevenís el ánimo de los hijos de Israel, para que no pasen a la tierra que les ha dado el SEÑOR?
8 Así hicieron vuestros padres, cuando los envié desde Cadesbarnea para que viesen la tierra.
9 Que subieron hasta la arroyada de Escol, y después que vieron la tierra, preocuparon el ánimo de los hijos de Israel, para que no viniesen a la tierra que el SEÑOR les había dado.
10 Y el furor del SEÑOR se encendió entonces, y juró diciendo:
11 Que no verán los varones que subieron de Egipto de veinte años arriba, la tierra por la cual juré a Abraham, Isaac, y Jacob, por cuanto no fueron perfectos en pos de mí;
12 Excepto Caleb, hijo de Jefone Cenezeo, y Josué hijo de Nun, que fueron perfectos en pos del SEÑOR.
13 Y el furor del SEÑOR se encendió en Israel, e hízolos andar errantes cuarenta años por el desierto, hasta que fue acabada toda aquella generación, que había hecho mal delante del SEÑOR.
14 Y he aquí vosotros habéis sucedido en lugar de vuestros padres, prole de hombres pecadores, para añadir aún a la ira del SEÑOR contra Israel.
15 Si os volviereis de en pos de él, él volverá otra vez a dejaros en el desierto, y destruiréis a todo este pueblo.
16 Entonces ellos se allegaron a él, y dijeron: Edificaremos aquí majadas para nuestro ganado, y ciudades para nuestros niños;
17 Y nosotros nos armaremos, e iremos con diligencia delante de los hijos de Israel, hasta que los metamos en su lugar: y nuestros niños quedarán en ciudades fuertes a causa de los moradores del país.
18 No volveremos a nuestras casas hasta que los hijos de Israel posean cada uno su heredad.
19 Porque no tomaremos heredad con ellos al otro lado del

Jordán ni adelante, por cuanto
tendremos ya nuestra heredad
de estotra parte del Jordán al
oriente.
20 Entonces les respondió Moi-
sés: Si lo hiciereis así, si os
apercibiereis para ir delante del
SEÑOR a la guerra,
21 Y pasareis todos vosotros
armados el Jordán delante del
SEÑOR, hasta que haya echado
a sus enemigos de delante de sí,
22 Y sea el país sojuzgado delan-
te del SEÑOR; luego volveréis, y
seréis libres de culpa para con el
SEÑOR, y para con Israel; y esta
tierra será vuestra en heredad
delante del SEÑOR.
23 Mas si así no lo hiciereis, he
aquí habréis pecado al SEÑOR; y
sabed que os alcanzará vuestro
pecado.
24 Edificaos ciudades para vues-
tros niños, y majadas para vues-
tras ovejas, y haced lo que ha sa-
lido de vuestra boca.
25 Y hablaron los hijos de Gad y
los hijos de Rubén a Moisés, di-
ciendo: Tus siervos harán como
mi señor ha mandado.
26 Nuestros niños, nuestras es-
posas, nuestros ganados, y todas
nuestras bestias, estarán ahí en
las ciudades de Galaad;
27 Y tus siervos, armados todos
de guerra, pasarán delante del
SEÑOR a la guerra, de la manera
que mi señor dice.
28 Entonces los encomendó Moi-
sés a Eleazar el sacerdote, y a
Josué hijo de Nun, y a los prín-
cipes de los padres de las tribus
de los hijos de Israel.
29 Y díjoles Moisés: Si los hijos
de Gad y los hijos de Rubén, pa-
saren con vosotros el Jordán,
armados todos de guerra delan-
te del SEÑOR, luego que el país
fuere sojuzgado delante de voso-
tros, les daréis la tierra de Ga-
laad en posesión:
30 Mas si no pasaren armados
con vosotros, entonces tendrán
posesión entre vosotros en la tie-
rra de Canaán.
31 Y los hijos de Gad y los hijos
de Rubén respondieron, dicien-
do: Haremos lo que el SEÑOR ha
dicho a tus siervos.
32 Nosotros pasaremos armados
delante del SEÑOR a la tierra de
Canaán, y la posesión de nuestra
heredad será de esta parte del
Jordán.
33 Así les dio Moisés a los hijos
de Gad y a los hijos de Rubén, y
a la media tribu de Manasés hijo
de José, el reino de Sehón rey
Amorreo, y el reino de Og rey de
Basán, la tierra con sus ciudades
y términos, las ciudades del país
alrededor.
34 Y los hijos de Gad edificaron a
Dibón, y a Atarot, y a Aroer,
35 Y a Atrot, Sofan, y a Jazer, y
a Jogbaa,
36 Y a Bet-nimra, y a Betarán:
ciudades fuertes, y también ma-
jadas para ovejas.
37 Y los hijos de Rubén edifica-
ron a Hesbón, y a Eleale, y a Qui-
riataim,
38 Y a Nebo, y a Baal-meón, (mu-
dados los nombres), y a Sibma: y
pusieron nombres a las ciudades
que edificaron.
39 Y los hijos de Maquir hijo de
Manasés fueron a Galaad, y to-
máronla, y echaron al Amorreo
que estaba en ella.
40 Y Moisés dio Galaad a Maquir
hijo de Manasés, el cual habitó
en ella.
41 También Jair hijo de Manasés

fue y tomó sus aldeas, y púsoles
por nombre Havot-jair.
42 Asimismo Noba fue y tomó
a Kenat y sus aldeas, y llamóle
Noba, conforme a su nombre.

CAPÍTULO 33

ÉSTAS SON las estancias de los
hijos de Israel, los cuales sa-
lieron de la tierra de Egipto por
sus escuadrones, bajo la conduc-
ta de Moisés y Aarón.
2 Y Moisés escribió sus salidas
conforme a sus jornadas por
mandato del SEÑOR. Éstas, pues,
son sus estancias con arreglo a
sus partidas.
3 De Rameses partieron en el
mes primero, a los quince días
del mes primero: el segundo día
de la pascua salieron los hijos de
Israel con mano alta, a ojos de
todos los Egipcios.
4 *Estaban* enterrando los Egipcios
los que el SEÑOR había muerto
de ellos, a todo primogénito; ha-
biendo el SEÑOR hecho también
juicios en sus dioses.
5 Partieron, pues, los hijos de
Israel de Rameses, y asentaron
campo en Sucot.
6 Y partiendo de Sucot, asen-
taron en Etam, que está al cabo
del desierto.
7 Y partiendo de Etam, volvieron
sobre Pi-hahirot, que está delan-
te de Baalsefón, y asentaron de-
lante de Migdol.
8 Y partiendo de Pi-hahirot, pa-
saron por medio del mar al de-
sierto, y anduvieron camino de
tres días por el desierto de Etam,
y asentaron en Mara.
9 Y partiendo de Mara, vinieron
a Elim, donde había doce fuentes
de aguas, y setenta palmeras; y
asentaron allí.
10 Y partidos de Elim, asentaron
junto al mar Bermejo.
11 Y partidos del mar Bermejo,
asentaron en el desierto de Sin.
12 Y partidos del desierto de Sin,
asentaron en Dofca.
13 Y partidos de Dofca, asenta-
ron en Alús.
14 Y partidos de Alús, asentaron
en Refidim, donde el pueblo no
tuvo aguas para beber.
15 Y partidos de Refidim, asen-
taron en el desierto de Sinaí.
16 Y partidos del desierto de Sinaí,
asentaron en Kibrot-hataava.
17 Y partidos de Kibrot-hataava,
asentaron en Haserot.
18 Y partidos de Haserot, asen-
taron en Ritma.
19 Y partidos de Ritma, asenta-
ron en Rimón-peres.
20 Y partidos de Rimón-peres,
asentaron en Libna.
21 Y partidos de Libna, asenta-
ron en Rissa.
22 Y partidos de Rissa, asentaron
en Ceelata,
23 Y partidos de Ceelata, asen-
taron en el monte de Sefer.
24 Y partidos del monte de Sefer,
asentaron en Harada.
25 Y partidos de Harada, asenta-
ron en Macelot.
26 Y partidos de Macelot, asen-
taron en Tahat.
27 Y partidos de Tahat, asenta-
ron en Tara.
28 Y partidos de Tara, asentaron
en Mitca.
29 Y partidos de Mitca, asenta-
ron en Hasmona.
30 Y partidos de Hasmona, asen-
taron en Moserot.
31 Y partidos de Moserot, asen-
taron en Bene-jaacán.
32 Y partidos de Bene-jaacán,
asentaron en el monte de Gidgad.

33 Y partidos del monte de Gidgad, asentaron en Jotbata.
34 Y partidos de Jotbata, asentaron en Abrona.
35 Y partidos de Abrona, asentaron en Esion-geber.
36 Y partidos de Esion-geber, asentaron en el desierto de Zin, que es Cades.
37 Y partidos de Cades, asentaron en el monte de Hor, en la extremidad del país de Edom.
38 Y subió Aarón el sacerdote al monte de Hor, conforme al dicho del SEÑOR, y allí murió a los cuarenta años de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el mes quinto, en el primero del mes.
39 Y era Aarón de edad de ciento y veinte y tres años, cuando murió en el monte de Hor.
40 Y el Cananeo, rey de Arad, que habitaba en el sur en la tierra de Canaán, oyó como habían venido los hijos de Israel.
41 Y partidos del monte de Hor, asentaron en Salmona.
42 Y partidos de Salmona, asentaron en Funón.
43 Y partidos de Funón, asentaron en Obot.
44 Y partidos de Obot, asentaron en Ije-abarim; en el término de Moab.
45 Y partidos de Ije-abarim, asentaron en Dibón-gad.
46 Y partidos de Dibón-gad, asentaron en Almon-diblataim.
47 Y partidos de Almon-diblataim, asentaron en los montes de Abarim, delante de Nebo.
48 Y partidos de los montes de Abarim, asentaron en los campos de Moab, junto al Jordán de Jericó.
49 Finalmente asentaron junto al Jordán, desde Bet-jesimot hasta Abel-sitim, en los campos de Moab.
50 Y habló el SEÑOR a Moisés en los campos de Moab junto al Jordán de Jericó, diciendo:
51 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis pasado el Jordán a la tierra de Canaán,
52 Echaréis a todos los moradores del país de delante de vosotros, y destruiréis todas sus pinturas, y todas sus imágenes de fundición, y arruinaréis todos sus altos;
53 Y echaréis *los moradores de* la tierra, y habitaréis en ella; porque yo os la he dado para que la poseáis.
54 Y heredaréis la tierra por suertes por vuestras familias: a los muchos daréis mucho por su heredad, y a los pocos daréis menos por heredad suya: donde le saliere la suerte, allí la tendrá cada uno: por las tribus de vuestros padres heredaréis.
55 Y si no echareis los moradores del país de delante de vosotros, sucederá que los que dejareis de ellos serán por aguijones en vuestros ojos, y por espinas en vuestros costados, y afligiros han sobre la tierra en que vosotros habitareis.
56 Será además, que haré a vosotros como yo pensé hacerles a ellos.

CAPÍTULO 34

Y EL SEÑOR habló a Moisés, diciendo:
2 Manda a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis entrado en la tierra de Canaán, es a saber, la tierra que os ha de caer en heredad, la tierra de

Canaán según sus términos;
3 Tendréis el lado del sur desde
el desierto de Zin hasta los tér-
minos de Edom; y os será el tér-
mino del sur al extremo del mar
salado hacia el oriente:
4 Y este término os irá rodean-
do desde el sur hasta la subida
de Acrabim, y pasará hasta Zin;
y sus salidas serán del sur a Ca-
des-barnea; y saldrá a Hasar-
adar, y pasará hasta Asmón;
5 Y rodeará este término, desde
Asmón hasta el torrente de Egip-
to, y sus remates serán al occi-
dente.
6 Y el término occidental os será
la gran mar: este término os será
el término occidental.
7 Y el término del norte será este:
desde la gran mar os señalaréis
el monte de Hor;
8 Del monte de Hor señalaréis a
la entrada de Hamat, y serán las
salidas de aquel término a Sedad;
9 Y saldrá este término a Zifón, y
serán sus remates en Hasar-enán:
este os será el término del norte.
10 Y por término al oriente os se-
ñalaréis desde Hasar-enán hasta
Sefam;
11 Y bajará este término desde
Sefam a Ribla, al oriente de Ain:
y descenderá el término, y llega-
rá a la costa del mar de Cineret
al oriente;
12 Después descenderá este tér-
mino al Jordán, y serán sus
salidas al mar Salado: ésta será
vuestra tierra: por sus términos
alrededor.
13 Y mandó Moisés a los hijos de
Israel, diciendo: Ésta *es* la tierra
que heredaréis por suerte, la cual
mandó el SEÑOR que diese a las
nueve tribus, y a la media tribu:
14 Porque la tribu de los hijos
de Rubén según las casas de sus
padres, y la tribu de los hijos de
Gad según las casas de sus pa-
dres, y la media tribu de Mana-
sés, han tomado su herencia:
15 Dos tribus y media tomaron
su heredad de esta parte del Jor-
dán de Jericó al oriente, al naci-
miento del sol.
16 Y habló el SEÑOR a Moisés,
diciendo:
17 Éstos *son* los nombres de los
varones que os aposesionarán
la tierra: Eleazar el sacerdote, y
Josué hijo de Nun.
18 Tomaréis también de cada
tribu un príncipe, para dar la po-
sesión de la tierra.
19 Y éstos son los nombres de
los varones: De la tribu de Judá,
Caleb hijo de Jefone.
20 Y de la tribu de los hijos de
Simeón, Samuel hijo de Amiud.
21 De la tribu de Benjamín, Eli-
dad hijo de Chislón.
22 Y de la tribu de los hijos de
Dan, el príncipe Buqui hijo de
Jogli.
23 De los hijos de José: de la
tribu de los hijos de Manasés, el
príncipe Haniel hijo de Efod.
24 Y de la tribu de los hijos de
Efraím, el príncipe Quemuel hijo
de Siftán.
25 Y de la tribu de los hijos de
Zabulón, el príncipe Elisafán hijo
de Farnac.
26 Y de la tribu de los hijos de
Isacar, el príncipe Paltiel hijo de
Azan.
27 Y de la tribu de los hijos de
Aser, el príncipe Ahiud hijo de
Selomi.
28 Y de la tribu de los hijos de
Neftalí, el príncipe Pedael hijo
de Amiud.
29 Éstos *son* a los que mandó el

SEÑOR que hiciesen la partición de la herencia a los hijos de Israel en la tierra de Canaán.

CAPÍTULO 35

Y HABLÓ el SEÑOR a Moisés en los campos de Moab, junto al Jordán de Jericó, diciendo:
2 Manda a los hijos de Israel, que den a los Levitas de la posesión de su heredad ciudades en que habiten: También daréis a los Levitas los ejidos de esas ciudades alrededor de ellas.
3 Y tendrán ellos las ciudades para habitar, y los ejidos de ellas serán para sus animales, y para sus ganados, y para todas sus bestias.
4 Y los ejidos de las ciudades que daréis a los Levitas, serán mil codos alrededor, desde el muro de la ciudad para afuera.
5 Luego mediréis fuera de la ciudad a la parte del oriente dos mil codos, y a la parte del sur dos mil codos, y a la parte del occidente dos mil codos, y a la parte del norte dos mil codos, y la ciudad en medio: esto tendrán por los ejidos de las ciudades.
6 Y de las ciudades que daréis a los Levitas, seis ciudades serán de acogimiento, las cuales daréis para que el homicida se acoja allá: y además de éstas daréis cuarenta y dos ciudades.
7 Todas las ciudades que daréis a los Levitas serán cuarenta y ocho ciudades; ellas con sus ejidos.
8 Y las ciudades que diereis de la heredad de los hijos de Israel, del *que* mucho tomaréis mucho, y del *que* poco tomaréis poco: cada uno dará de sus ciudades a los Levitas según la posesión que heredará.
9 Y habló el SEÑOR a Moisés, diciendo:
10 Habla a los hijos de Israel, y díles: Cuando hubiereis pasado el Jordán a la tierra de Canaán,
11 Os señalaréis ciudades, ciudades de acogimiento tendréis, donde huya el homicida que hiriere a alguno de muerte por yerro.
12 Y os serán aquellas ciudades por acogimiento del pariente, y no morirá el homicida hasta que esté a juicio delante de la congregación.
13 De las ciudades, pues, que daréis, tendréis seis ciudades de acogimiento.
14 Tres ciudades daréis de esta parte del Jordán, y tres ciudades daréis en la tierra de Canaán; las cuales serán ciudades de acogimiento.
15 Estas seis ciudades serán para acogimiento a los hijos de Israel, y al peregrino, y al que morare entre ellos, para que huya allá cualquiera que hiriere de muerte a otro por yerro.
16 Y si con instrumento de hierro lo hiriere y muriere, homicida es; el homicida morirá:
17 Y si con piedra de mano, de que pueda morir, lo hiriere, y muriere, homicida es; el homicida morirá.
18 Y si con instrumento de palo de mano, de que pueda morir, lo hiriere, y muriere, homicida es; el homicida morirá.
19 El vengador de sangre mismo matará al homicida: cuando lo encontrare, él le matará.
20 Y si por odio lo empujó, o echó sobre él *alguna cosa* por asechanzas, y muere;
21 O por enemistad lo hirió con

su mano, y murió: el heridor mo-
rirá; es homicida; el vengador
de sangre matará al homicida,
cuando lo encontrare.
22 Mas si casualmente lo empu-
jó sin enemistades, o echó sobre
él cualquier instrumento sin ase-
chanzas,
23 O bien, sin verlo, hizo caer
sobre él alguna piedra, de que
pudo morir, y muriere, y él no
era su enemigo, ni procuraba su
mal;
24 Entonces la congregación juz-
gará entre el heridor y el venga-
dor de sangre conforme a estas
leyes:
25 Y la congregación librará al
homicida de mano del vengador
de sangre, y la congregación lo
hará volver a su ciudad de refu-
gio, a la cual se había huido; y
morará en ella hasta que muera
el gran sacerdote, el cual fue
ungido con el aceite santo.
26 Y si el homicida saliere fuera
del término de su ciudad de refu-
gio, a la cual se acogió,
27 Y el vengador de sangre le ha-
llare fuera del término de la ciu-
dad de su refugio, y el vengador
de sangre al homicida matare,
no se le culpará *por* sangre:
28 Pues en su ciudad de refugio
deberá *aquél* habitar hasta que
muera el gran sacerdote: y des-
pués que muriere el gran sacer-
dote, el homicida volverá a la
tierra de su posesión.
29 Y estas cosas os serán por or-
denanza de derecho por vuestras
edades, en todas vuestras habita-
ciones.
30 Cualquiera que matare a al-
guno, por dicho de testigos, mo-
rirá el homicida: mas un solo
testigo no testificará contra al-
guna persona *para que* muera.
31 Y no tomaréis precio por la
vida del homicida; porque está
condenado a muerte: mas inde-
fectiblemente morirá.
32 Ni tampoco tomaréis precio
del que huyó a su ciudad de refu-
gio, para que vuelva a vivir en su
tierra, hasta que muera el sacer-
dote.
33 Y no contaminaréis la tierra
donde estuviereis: porque esta
sangre amancillará la tierra: y la
tierra no será expiada de la san-
gre que fue derramada en ella,
sino por la sangre del que la de-
rramó.
34 No contaminéis, pues, la tie-
rra donde habitáis, en medio de
la cual yo habito; porque yo el
SEÑOR habito en medio de los
hijos de Israel.

CAPÍTULO 36

Y LLEGARON los príncipes de
los padres de la familia de
Galaad, hijo de Maquir, hijo de
Manasés, de las familias de los
hijos de José; y hablaron delan-
te de Moisés, y de los príncipes,
cabezas de padres de los hijos de
Israel,
2 Y dijeron: el SEÑOR mandó
a mi señor que por suerte diese
la tierra a los hijos de Israel en
posesión: también ha mandado
el SEÑOR a mi señor, que dé la
posesión de Zelofehad nuestro
hermano a sus hijas;
3 Las cuales, si se casaren con
algunos de los hijos de las *otras*
tribus de los hijos de Israel, la
herencia de ellas será así desfal-
cada de la herencia de nues-
tros padres, y será añadida a
la herencia de la tribu a que
serán *unidas*: y será quitada de

la suerte de nuestra heredad.
4 Y cuando viniere el jubileo de
los hijos de Israel, la heredad de
ellas será añadida a la heredad
de la tribu de sus maridos; y así
la heredad de ellas será quitada
de la heredad de la tribu de nues-
tros padres.
5 Entonces Moisés mandó a los
hijos de Israel por dicho del
SEÑOR, diciendo: La tribu de los
hijos de José habla rectamente.
6 Esto es lo que ha mandado el
SEÑOR acerca de las hijas de Ze-
lofehad, diciendo: Cásense como
a ellas les pluguiere, empero en
la familia de la tribu de su padre
se casarán;
7 Para que la heredad de los hijos
de Israel no sea traspasada de
tribu en tribu; porque cada uno
de los hijos de Israel se allegará
a la heredad de la tribu de sus
padres.
8 Y cualquiera hija que poseye-
re heredad de las tribus de los
hijos de Israel, con alguno de la
familia de la tribu de su padre se
casará, para que los hijos de Is-
rael posean cada uno la heredad
de sus padres,
9 Y no ande la heredad rodan-
do de una tribu a otra: mas cada
una de las tribus de los hijos de
Israel se llegue a su heredad.
10 Como el SEÑOR mandó a Moi-
sés, así hicieron las hijas de Ze-
lofehad.
11 Y *así* Maala, y Tirsa, y Hogla, y
Milca, y Noa, hijas de Zelofehad,
se casaron con hijos de sus tíos:
12 Y se casaron entre la familia
de los hijos de Manasés, el hijo
de José; y la heredad de ellas
quedó en la tribu de la familia de
su padre.
13 Éstos *son* los mandamientos
y los estatutos que mandó el
SEÑOR por mano de Moisés a
los hijos de Israel en los campos
de Moab, junto al Jordán de Je-
ricó.

El Quinto Libro de Moisés, Llamado

DEUTERONOMIO

CAPÍTULO 1

ÉSTAS *son* las palabras que
habló Moisés a todo Israel de
esta parte del Jordán en el de-
sierto, en el llano delante del mar
Bermejo, entre Parán, y Tofel, y
Labán, y Haserot, y Dizahab.
2 Once jornadas hay desde Horeb,
camino del monte de Seir, hasta
Cades-barnea.
3 Y sucedió, que a los cuarenta
años, en el mes undécimo, al pri-
mero del mes, Moisés habló a los
hijos de Israel conforme a todas
las cosas que el SEÑOR le había
mandado acerca de ellos;
4 Después que hirió a Sehón rey
de los Amorreos, que habitaba
en Hesbón, y a Og rey de Basán,
que habitaba en Astarot en Edrei:
5 De esta parte del Jordán, en
tierra de Moab, resolvió Moisés
declarar esta ley, diciendo:
6 El SEÑOR nuestro Dios nos
habló en Horeb, diciendo: Bas-
tante tiempo habéis estado en
este monte;
7 Volveos, partíos e id al monte
del Amorreo, y a todas sus co-
marcas, en el llano, en el monte,
y en los valles, y en el sur, y a la
costa del mar, a la tierra del Ca-
naneo, y el Líbano, hasta el gran
río, el río Eufrates.
8 Mirad, yo he dado la tierra en
vuestra presencia; entrad y pose-
ed la tierra que el SEÑOR juró a
vuestros padres Abraham, Isaac,
y Jacob, que les daría a ellos y a
su simiente después de ellos.
9 Y yo os hablé entonces, dicien-
do: Yo no puedo llevaros solo:
10 El SEÑOR vuestro Dios os ha
multiplicado, y he aquí sois hoy
vosotros como las estrellas del
cielo en multitud.
11 ¡El SEÑOR Dios de vuestros
padres añada sobre vosotros
como sois mil veces, y os bendi-
ga, como os ha prometido!
12 ¿Cómo llevaré yo solo vues-
tras molestias, vuestras cargas, y
vuestros pleitos?
13 Dad*me* de entre vosotros, de
vuestras tribus, varones sabios y
entendidos y expertos, para que
yo los ponga por vuestros jefes.
14 Y me respondisteis, y dijisteis:
Bueno es hacer lo que has dicho.
15 Y tomé los principales de
vuestras tribus, varones sabios
y expertos, y púselos por jefes
sobre vosotros, jefes de millares,
y jefes de cientos, y jefes de cin-
cuenta, y cabos de diez, y gober-
nadores a vuestras tribus.
16 Y entonces mandé a vuestros
jueces, diciendo: Oid entre vues-
tros hermanos, y juzgad justa-
mente entre el hombre y su her-
mano, y el que le es extranjero.
17 No tengáis respeto de perso-
nas en el juicio: así al pequeño
como al grande oiréis: no ten-
dréis temor de ninguno, porque
el juicio es de Dios: y la causa
que os fuere difícil, la traeréis a
mí, y yo la oiré.
18 Os mandé, pues, en aquel
tiempo todo lo que habíais de
hacer.
19 Y partidos de Horeb, anduvi-
mos todo aquel grande y terrible
desierto que habéis visto, por el

camino del monte del Amorreo,
como el SEÑOR nuestro Dios nos
lo mandó; y llegamos hasta Ca-
des-barnea.
20 Entonces os dije: Llegado ha-
béis al monte del Amorreo, el
cual el SEÑOR nuestro Dios nos
da.
21 Mira, el SEÑOR tu Dios ha
dado delante de ti la tierra: sube
y poseé*la*, como el SEÑOR el
Dios de tus padres te ha dicho;
no temas ni desmayes.
22 Y llegasteis a mí todos voso-
tros, y dijisteis: Enviemos varo-
nes delante de nosotros, que nos
reconozcan la tierra y nos trai-
gan de vuelta razón del camino
por donde hemos de subir, y de
las ciudades adonde hemos de
llegar.
23 Y el dicho me pareció bien: y
tomé doce varones de vosotros,
un varón por tribu:
24 Y se encaminaron, y subie-
ron al monte, y llegaron hasta la
arroyada de Escol, y reconocie-
ron *la tierra*.
25 Y tomaron en sus manos del
fruto del país, y nos lo trajeron,
y diéronnos cuenta, y dijeron:
Es buena la tierra que el SEÑOR
nuestro Dios nos da.
26 Empero no quisisteis subir,
antes fuisteis rebeldes al dicho
del SEÑOR vuestro Dios;
27 Y murmurasteis en vuestras
tiendas, diciendo: Porque el
SEÑOR nos aborrecía, nos ha sa-
cado de tierra de Egipto, para en-
tregarnos en mano del Amorreo
para destruirnos.
28 ¿A dónde subimos? Nuestros
hermanos han hecho desfallecer
nuestro corazón, diciendo: Este
pueblo es mayor y más alto que
nosotros, las ciudades grandes
y muradas hasta el cielo; y tam-
bién vimos allí hijos de gigantes.
29 Entonces os dije: No temáis,
ni tengáis miedo de ellos.
30 El SEÑOR vuestro Dios, el
cual va delante de vosotros, él
peleará por vosotros, conforme a
todas las cosas que hizo por vo-
sotros en Egipto delante de vues-
tros ojos;
31 Y en el desierto has visto que
el SEÑOR tu Dios te ha traído,
como trae el hombre a su hijo,
por todo el camino que habéis
andado, hasta que habéis venido
a este lugar.
32 Y aun con esto no creísteis en
el SEÑOR vuestro Dios,
33 El cual iba delante de voso-
tros por el camino, para recono-
ceros el lugar donde habíais de
asentar el campo, con fuego de
noche para mostraros el cami-
no por donde anduvieseis, y con
nube de día.
34 Y oyó el SEÑOR la voz de
vuestras palabras, y enojóse, y
juró diciendo:
35 No verá hombre alguno de
estos de esta mala generación, la
buena tierra que juré había de
dar a vuestros padres,
36 Excepto Caleb hijo de Jefone:
él la verá, y a él le daré la tierra
que pisó, y a sus hijos; porque
cumplió en pos del SEÑOR.
37 Y también contra mí se airó
el SEÑOR por vosotros, diciendo:
Tampoco tú entrarás allá:
38 Josué hijo de Nun, que está de-
lante de ti, él entrará allá: anímale;
porque él la hará heredar a Israel.
39 Y vuestros chiquitos, de
los cuales dijisteis serán por
presa, y vuestros hijos que no
conocen ni el bien ni el mal,
ellos entrarán allá, y a ellos

la daré, y ellos la heredarán.
40 Y vosotros volveos, y partíos
al desierto camino del mar Ber-
mejo.
41 Entonces respondisteis y me
dijisteis: Pecado hemos contra
el SEÑOR; nosotros subiremos y
pelearemos, conforme a todo lo
que el SEÑOR nuestro Dios nos
ha mandado. Y os armasteis cada
uno de sus armas de guerra, y os
apercibisteis para subir al monte.
42 Y el SEÑOR me dijo: Díles: No
subáis, ni peleéis, pues no estoy
entre vosotros; porque no seáis
heridos delante de vuestros ene-
migos.
43 Y os hablé, y no disteis oído;
antes fuisteis rebeldes al dicho
del SEÑOR, y persistiendo con
altivez, subisteis al monte.
44 Y salió el Amorreo, que ha-
bitaba en aquel monte, a vues-
tro encuentro, y os persiguieron,
como hacen las avispas, y os de-
rrotaron en Seir, *persiguiéndoos*
hasta Horma.
45 Y volvisteis, y llorasteis delan-
te del SEÑOR; pero el SEÑOR no
escuchó vuestra voz, ni os prestó
oído.
46 Y estuvisteis en Cades por
muchos días, como en los días
que habéis estado.

CAPÍTULO 2

Y VOLVÍMOS, y partímonos al
desierto camino del mar Ber-
mejo, como el SEÑOR me había
dicho; y rodeamos el monte de
Seir por muchos días.
2 Y el SEÑOR me habló, dicien-
do:
3 Bastante habéis rodeado este
monte; volveos al norte.
4 Y manda al pueblo, diciendo:
Pasando vosotros por el término
de vuestros hermanos los hijos
de Esaú, que habitan en Seir,
ellos tendrán miedo de vosotros;
mas vosotros guardaos mucho:
5 No os metáis con ellos; que
no os daré de su tierra ni aun la
holladura de la planta de un pie;
porque yo he dado por heredad a
Esaú el monte de Seir.
6 Compraréis de ellos por dinero
las viandas, y comeréis; y tam-
bién compraréis de ellos el agua,
y beberéis:
7 Pues el SEÑOR tu Dios te ha
bendecido en toda obra de tus
manos: él sabe que andas por
este gran desierto: estos cuaren-
ta años el SEÑOR tu Dios fue
contigo; y ninguna cosa te ha
faltado.
8 Y pasamos de nuestros herma-
nos los hijos de Esaú, que habita-
ban en Seir, por el camino de la
llanura de Elat y de Esiongeber. Y
volvimos, y pasamos camino del
desierto de Moab.
9 Y el SEÑOR me dijo: No mo-
lestes a Moab, ni te empeñes con
ellos en guerra, que no te daré
posesión de su tierra; porque yo
he dado a Ar por heredad a los
hijos de Lot.
10 Los Emimeos habitaron en
ella antes, pueblo grande, y nu-
meroso, y alto como los hijos de
Anac:
11 Por gigantes eran ellos tam-
bién contados, como los Ana-
ceos; y los Moabitas los llaman
Emimeos.
12 Y en Seir habitaron antes los
Horeos, a los cuales echaron los
hijos de Esaú; y los destruyeron
de delante de sí, y moraron en
lugar de ellos; como hizo Israel
en la tierra de su posesión que
les dio el SEÑOR.

13 Levantaos ahora, y pasad el arroyo de Zered. Y pasamos el arroyo de Zered.
14 Y los días que anduvimos de Cades-barnea hasta que pasamos el arroyo de Zered, fueron treinta y ocho años; hasta que se acabó toda la generación de los hombres de guerra de en medio del campo, como el SEÑOR les había jurado.
15 Y también la mano del SEÑOR fue sobre ellos para destruirlos de en medio del campo, hasta acabarlos.
16 Y aconteció que cuando se hubieron acabado de morir todos los hombres de guerra de entre el pueblo,
17 El SEÑOR me habló, diciendo:
18 Tú pasarás hoy el término de Moab, a Ar,
19 Y te acercarás delante de los hijos de Amón: no los molestes, ni te metas con ellos; porque no te tengo de dar posesión de la tierra de los hijos de Amón; que a los hijos de Lot la he dado por heredad.
20 (Por tierra de gigantes fue también ella tenida: habitaron en ella gigantes en otro tiempo, a los cuales los Amonitas llamaban Zomzomeos;
21 Pueblo grande, y numeroso, y alto, como los Anaceos; a los cuales el SEÑOR destruyó de delante de los Amonitas, quienes les sucedieron, y habitaron en su lugar:
22 Como hizo con los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, de delante de los cuales destruyó a los Horeos; y ellos les sucedieron, y habitaron en su lugar hasta hoy.
23 Y a los Heveos que habitaban en Haserin hasta Gaza, los Caftoreos que salieron de Caftor los destruyeron, y habitaron en su lugar.)
24 Levantaos, partid, y pasad el arroyo de Arnón: he aquí he dado en tu mano a Sehón rey de Hesbón, Amorreo, y a su tierra: comienza a tomar posesión, y empéñate con él en guerra.
25 Hoy comenzaré a poner tu miedo y tu espanto sobre los pueblos debajo de todo el cielo; los cuales oirán tu fama, y temblarán, y angustiarse han delante de ti.
26 Y envié mensajeros desde el desierto de Cademot a Sehón rey de Hesbón, con palabras de paz, diciendo:
27 Pasaré por tu tierra por el camino: por el camino iré, sin apartarme a diestra ni a siniestra:
28 La comida me venderás por dinero y comeré: el agua también me darás por dinero, y beberé: solamente pasaré a pie;
29 Como lo hicieron conmigo los hijos de Esaú que habitaban en Seir, y los Moabitas que habitaban en Ar; hasta que pase el Jordán a la tierra que nos da el SEÑOR nuestro Dios.
30 Mas Sehón rey de Hesbón no quiso que pasásemos por el *territorio suyo*; porque el SEÑOR tu Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón para entregarlo en tu mano, como hoy.
31 Y díjome el SEÑOR: He aquí yo he comenzado a dar delante de ti a Sehón y a su tierra; comienza a tomar posesión, para que heredes su tierra.
32 Y saliónos Sehón al encuentro, él y todo su pueblo, para pelear en Jaas.

33 Mas el SEÑOR nuestro Dios lo entregó delante de nosotros; y herimos a él y a sus hijos, y a todo su pueblo.
34 Y tomamos entonces todas sus ciudades, y destruimos todas las ciudades, hombres, y mujeres, y niños; no dejamos ninguno:
35 Solamente tomamos para nosotros las bestias, y los despojos de las ciudades que habíamos tomado.
36 Desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo de Arnón, y la ciudad que está en el arroyo, hasta Galaad, no hubo ciudad que escapase de nosotros: todas las entregó el SEÑOR nuestro Dios en nuestro poder.
37 Solamente a la tierra de los hijos de Amón no llegaste, ni a todo lo que está a la orilla del arroyo de Jaboc ni a las ciudades del monte, ni *a lugar* alguno que el SEÑOR nuestro Dios había prohibido.

CAPÍTULO 3

Y VOLVÍMOS, y subimos camino de Basán, y saliónos al encuentro Og rey de Basán para pelear, él y todo su pueblo, en Edrei.
2 Y díjome el SEÑOR: No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, y su tierra: y harás con él como hiciste con Sehón rey Amorreo, que habitaba en Hesbón.
3 Y el SEÑOR nuestro Dios entregó también en nuestra mano a Og rey de Basán, y a todo su pueblo, al cual herimos hasta no quedar de él ninguno.
4 Y tomamos entonces todas sus ciudades; no quedó ciudad que no les tomásemos: sesenta ciudades, toda la tierra de Argob, del reino de Og en Basán.
5 Todas éstas eran ciudades fortalecidas con alto muro, con puertas y barras; sin otras muy muchas ciudades sin muro.
6 Y destruímoslas, como hicimos a Sehón rey de Hesbón, destruyendo en toda ciudad hombres, mujeres, y niños.
7 Y tomamos para nosotros todas las bestias, y los despojos de las ciudades.
8 También tomamos en aquel tiempo de mano de dos reyes Amorreos que estaban de esta parte del Jordán, la tierra desde el arroyo de Arnón hasta el monte de Hermón:
9 (Los Sidonios llaman a Hermón Sirión; y los Amorreos, Senir:)
10 Todas las ciudades de la llanura, y todo Galaad, y todo Basán hasta Salca y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán.
11 Porque sólo Og rey de Basán había quedado de los gigantes que quedaron. He aquí su cama, una cama de hierro, ¿no está en Rabá de los hijos de Amón?; la longitud de ella de nueve codos, y su anchura de cuatro codos, al codo de un hombre.
12 Y esta tierra *que* heredamos entonces desde Aroer, que está al arroyo de Arnón, y la mitad del monte de Galaad con sus ciudades, di a los Rubenitas y a los Gaditas:
13 Y el resto de Galaad, y todo Basán, del reino de Og, dí*lo* a la media tribu de Manasés; toda la tierra de Argob, todo Basán, que se llamaba la tierra de los gigantes.
14 Jair hijo de Manasés tomó toda la tierra de Argob hasta el

término de Gesur y Maacati; y
llamóla de su nombre Basán-
Havot-jair, hasta hoy.
15 Y a Maquir di a Galaad.
16 Y a los Rubenitas y Gaditas
di de Galaad hasta el arroyo de
Arnón, el medio del arroyo por
término; hasta el arroyo de Jaboc,
término de los hijos de Amón:
17 Asimismo la campiña, y el
Jordán, y el término, desde Cine-
ret hasta el mar del llano, el mar
Salado, las vertientes abajo del
Pisga al oriente.
18 Y os mandé entonces, dicien-
do: el SEÑOR vuestro Dios os ha
dado esta tierra para que la po-
seáis: pasaréis armados delante
de vuestros hermanos los hijos
de Israel todos los valientes.
19 Solamente vuestras esposas,
vuestros niños, y vuestros gana-
dos, (yo sé que tenéis mucho ga-
nado,) quedarán en vuestras ciu-
dades que os he dado,
20 Hasta que el SEÑOR dé re-
poso a vuestros hermanos, así
como a vosotros, y hereden tam-
bién ellos la tierra que el SEÑOR
vuestro Dios les da a la otra parte
del Jordán: entonces os volveréis
cada uno a su heredad que yo os
he dado.
21 Mandé también a Josué en-
tonces, diciendo: Tus ojos vie-
ron todo lo que el SEÑOR vues-
tro Dios ha hecho a aquellos dos
reyes: así hará el SEÑOR a todos
los reinos a los cuales pasarás tú.
22 No los temáis; que el SEÑOR
vuestro Dios, él es el que pelea
por vosotros.
23 Y oré al SEÑOR en aquel tiem-
po, diciendo:
24 Oh Señor DIOS, tú has co-
menzado a mostrar a tu siervo tu
grandeza, y tu mano fuerte: por-
que ¿qué Dios *hay* en el cielo o
en la tierra que haga según tus
obras, y según tus valentías?
25 Pase yo, ruégote, y vea aque-
lla tierra buena, que está a la
parte allá del Jordán, aquel buen
monte, y el Líbano.
26 Mas el SEÑOR se había eno-
jado contra mí por causa de vo-
sotros, por lo cual no me oyó: y
díjome el SEÑOR: Bástate, no me
hables más de este negocio.
27 Sube a la cumbre del Pisga, y
alza tus ojos al occidente, y al
norte, y al sur, y al oriente, y ve
por tus ojos: porque no pasarás
este Jordán.
28 Y manda a Josué, y anímalo, y
confórtalo; porque él ha de pasar
delante de este pueblo, y él les
hará heredar la tierra que verás.
29 Y paramos en el valle delante
de Bet-peor.

CAPÍTULO 4

AHORA pues, oh Israel, oye los
estatutos y derechos que yo
os enseño, para que los ejecutéis,
y viváis, y entréis, y poseáis la
tierra que el SEÑOR el Dios de
vuestros padres te da.
2 No añadiréis a la palabra que
yo os mando, ni disminuiréis de
ella, para que guardéis los man-
damientos del SEÑOR vuestro
Dios que yo os ordeno.
3 Vuestros ojos vieron lo que
hizo el SEÑOR con motivo de Ba-
al-peor; que a todo hombre que
fue en pos de Baal-peor destruyó
el SEÑOR tu Dios de en medio
de ti.
4 Mas vosotros que os allegasteis
al SEÑOR vuestro Dios, todos es-
táis vivos hoy.
5 Mirad, yo os he enseñado esta-
tutos y derechos, como el SEÑOR

mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para poseerla.
6 Guardadlos, pues, y ponedlos por obra: porque ésta es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento en ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, gente grande es ésta.
7 Porque ¿qué nación tan grande *hay* que tenga a Dios tan cerca a sí, como lo está el SEÑOR nuestro Dios en todo en cuanto le pedimos?
8 Y ¿qué gente grande hay que tenga estatutos y derechos justos, como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?
9 Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida: y enseñarlas has a tus hijos, y a los hijos de tus hijos;
10 El día que estuviste delante del SEÑOR tu Dios en Horeb, cuando el SEÑOR me dijo: Júntame el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra: y las enseñarán a sus hijos;
11 Y os llegasteis, y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio del cielo con tinieblas, nube, y oscuridad.
12 Y habló el SEÑOR con vosotros de en medio del fuego: oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de *oír* la voz, ninguna figura visteis:
13 Y él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra, los diez mandamientos; y escribiólas en dos tablas de piedra.
14 A mí también me mandó el SEÑOR entonces enseñaros los estatutos y derechos, para que los pusieseis por obra en la tierra a la cual pasáis para poseerla.
15 Guardad pues mucho vuestras almas: pues ninguna figura visteis el día que el SEÑOR habló con vosotros de en medio del fuego:
16 Porque no os corrompáis, y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra,
17 Figura de algún animal que sea en la tierra, figura de ave alguna alada que vuele por el aire,
18 Figura de ningún *animal* que vaya arrastrando por la tierra, figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra:
19 Y porque alzando tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, no seas incitado, y te inclines a ellos, y les sirvas; que el SEÑOR tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todo el cielo.
20 Empero a vosotros el SEÑOR os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que le seáis por pueblo de heredad como en este día.
21 Y el SEÑOR se enojó contra mí sobre vuestros negocios, y juró que yo no pasaría el Jordán, ni entraría en la buena tierra, que el SEÑOR tu Dios te da por heredad.
22 Así que yo voy a morir en esta tierra; y no paso el Jordán: mas vosotros pasaréis, y poseeréis aquella buena tierra.
23 Guardaos no os olvidéis del pacto del SEÑOR vuestro Dios,

que él estableció con vosotros, y
os hagáis escultura o imagen de
cualquier cosa, que el SEÑOR tu
Dios te ha vedado.
24 Porque el SEÑOR tu Dios es
fuego que consume, Dios celoso.
25 Cuando hubiereis engendrado
hijos y nietos, y hubiereis envejecido en la tierra, y os corrompiereis, e hiciereis escultura o imagen de cualquier cosa, e hiciereis
mal en ojos del SEÑOR vuestro
Dios, para enojarlo;
26 Yo pongo hoy por testigos al
cielo y a la tierra, que presto pereceréis totalmente de la tierra
hacia la cual pasáis el Jordán
para poseerla: no estaréis en ella
largos días sin que seáis destruídos.
27 Y el SEÑOR os esparcirá entre
los pueblos, y quedaréis pocos
en número entre las gentes a las
cuales os llevará el SEÑOR:
28 Y serviréis allí a dioses hechos
de manos de hombres, a madera
y a piedra, que no ven, ni oyen,
ni comen, ni huelen.
29 Mas si desde allí buscares al
SEÑOR tu Dios, lo hallarás, si lo
buscares de todo tu corazón y de
toda tu alma.
30 Cuando estuviereis en angustia, y te alcanzaren todas estas
cosas, si en los postreros días
te volvieres al SEÑOR tu Dios, y
oyeres su voz;
31 Porque Dios misericordioso es
el SEÑOR tu Dios; no te dejará,
ni te destruirá, ni se olvidará del
pacto de tus padres que les juró.
32 Porque pregunta ahora de los
tiempos pasados, que han sido
antes de ti, desde el día que creó
Dios al hombre sobre la tierra, y
desde el un cabo del cielo al otro,
si se ha hecho cosa semejante a
esta gran cosa, o se haya oído
otra como ella.
33 ¿Ha oído pueblo la voz de
Dios, que hablase de en medio
del fuego, como tú la has oído, y
vivido?
34 ¿O ha Dios probado a venir a
tomar para sí gente de en medio
de otra gente, con pruebas, con señales, con milagros, y con guerra,
y mano fuerte, y brazo extendido,
y grandes espantos, según todas
las cosas que hizo con vosotros
el SEÑOR vuestro Dios en Egipto
ante tus ojos?
35 A ti te fue mostrado, para que
supieses que el SEÑOR él es Dios;
no hay más fuera de él.
36 Del cielo te hizo oír su voz,
para enseñarte: y sobre la tierra
te mostró su gran fuego: y has
oído sus palabras de en medio
del fuego.
37 Y por cuanto él amó a tus
padres, escogió su simiente después de ellos, y sacóte delante de
sí de Egipto con su gran poder;
38 Para echar de delante de ti
gentes grandes y más fuertes que
tú, y para introducirte, y darte su
tierra por heredad, como hoy.
39 Aprende pues hoy, y reduce
a tu corazón que el SEÑOR él es
el Dios arriba en el cielo, y abajo
sobre la tierra; no hay otro.
40 Y guarda sus estatutos y sus
mandamientos, que yo te mando
hoy, para que te vaya bien a
ti y a tus hijos después de ti, y
prolongues tus días sobre la tierra que el SEÑOR tu Dios te da
para siempre.
41 Entonces apartó Moisés tres
ciudades de esta parte del Jordán al nacimiento del sol,
42 Para que huyese allí el homicida que matase a su prójimo

por yerro, sin haber tenido enemistad con él desde ayer ni antes de ayer; y que huyendo a una de estas ciudades salvara la vida:
43 A Beser en el desierto, en tierra de la llanura, de los Rubenitas; y a Ramot en Galaad, de los Gaditas; y a Golán en Basán, de los de Manasés.
44 Ésta, pues, *es* la ley que Moisés propuso delante de los hijos de Israel.
45 Éstos *son* los testimonios, y los estatutos, y los derechos, que Moisés notificó a los hijos de Israel, cuando hubieron salido de Egipto;
46 De esta parte del Jordán, en el valle delante de Bet-peor, en la tierra de Sehón rey de los Amorreos, que habitaba en Hesbón, al cual hirió Moisés con los hijos de Israel, cuando hubieron salido de Egipto:
47 Y poseyeron su tierra, y la tierra de Og rey de Basán; dos reyes de los Amorreos que estaban de esta parte del Jordán, al nacimiento del sol:
48 Desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo de Arnón, hasta el monte de Sión, que es Hermón;
49 Y toda la llanura de esta parte del Jordán, al oriente, hasta el mar del llano, las vertientes de las aguas abajo del Pisga.

CAPÍTULO 5

Y LLAMÓ Moisés a todo Israel, y díjoles: Oye, Israel, los estatutos y derechos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos: y aprendedlos, y guardadlos, para ponerlos por obra.
2 El SEÑOR nuestro Dios hizo pacto con nosotros en Horeb.
3 No con nuestros padres hizo el SEÑOR este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos.
4 Cara a cara habló el SEÑOR con vosotros en el monte de en medio del fuego,
5 (Yo estaba entonces entre el SEÑOR y vosotros, para denunciaros la palabra del SEÑOR; porque vosotros tuvisteis temor del fuego, y no subisteis al monte;) diciendo:
6 Yo *soy* el SEÑOR tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de siervos.
7 No tendrás dioses extraños delante de mí.
8 No harás para ti escultura, *ni* imagen alguna *de cosa* que está arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra:
9 No te inclinarás a ellas ni les servirás: porque yo el SEÑOR tu Dios, *soy* Dios celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación, de los que me aborrecen,
10 Y que hago misericordia a millares a los que me aman, y guardan mis mandamientos.
11 No tomarás en vano el nombre del SEÑOR tu Dios; porque el SEÑOR no dará por inocente al que tomare en vano su nombre.
12 Guardarás el día del sábado para santificarlo, como el SEÑOR tu Dios te ha mandado.
13 Seis días trabajarás y harás toda tu obra:
14 Mas el séptimo es sábado al SEÑOR tu Dios: ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo,

ni tu peregrino que está dentro de tus puertas: porque descanse tu siervo y tu sierva como tú.
15 Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el SEÑOR tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido: por lo cual el SEÑOR tu Dios te ha mandado que guardes el día del sábado.
16 Honra a tu padre y a tu madre, como el SEÑOR tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que el SEÑOR tu Dios te da.
17 No matarás.
18 No adulterarás.
19 No hurtarás.
20 No dirás falso testimonio contra tu prójimo.
21 No codiciarás la esposa de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, ni su tierra, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna cosa que sea de tu prójimo.
22 Estas palabras habló el SEÑOR a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz: y no añadió más. Y escribiólas en dos tablas de piedra, las cuales me dio a mí.
23 Y aconteció, que como vosotros oísteis la voz de en medio de las tinieblas, y *visteis* al monte que ardía en fuego, llegasteis a mí todos los príncipes de vuestras tribus, y vuestros ancianos;
24 Y dijisteis: He aquí, el SEÑOR nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego: hoy hemos visto que el SEÑOR habla al hombre, y *éste* vive.
25 Ahora pues, ¿por qué moriremos? que este gran fuego nos consumirá: si tornáremos a oír la voz del SEÑOR nuestro Dios, moriremos.
26 Porque, ¿qué es toda carne, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros *la oímos*, y viva?
27 Llega tú, y oye todas las cosas que dijere el SEÑOR nuestro Dios; y tú nos dirás todo lo que el SEÑOR nuestro Dios te dijere, y nosotros oiremos y haremos.
28 Y oyó el SEÑOR la voz de vuestras palabras, cuando me hablabais; y díjome el SEÑOR: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado: bien está todo lo que han dicho.
29 ¡Oh quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen, y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!
30 Ve, díles: Volveos a vuestras tiendas.
31 Y tú estáte aquí conmigo, y te diré todos los mandamientos, y estatutos, y derechos que les has de enseñar, a fin que *los* pongan ahora por obra en la tierra que yo les doy para poseerla.
32 Mirad, pues, que hagáis como el SEÑOR vuestro Dios os ha mandado: no os apartéis a diestra ni a siniestra;
33 Andad en todo camino que el SEÑOR vuestro Dios os ha mandado, para que viváis, y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer.

CAPÍTULO 6

ÉSTOS pues *son* los mandamientos, estatutos, y derechos que el SEÑOR vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para poseerla:
2 Para que temas al SEÑOR tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, tú, y tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, y que tus días sean prolongados.
3 Oye pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien, y seáis multiplicados, como te ha dicho el SEÑOR el Dios de tus padres, en la tierra que destila leche y miel.
4 Oye, Israel: el SEÑOR nuestro Dios, el SEÑOR uno es:
5 Y amarás al SEÑOR tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todo tu poder.
6 Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón:
7 Y las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes:
8 Y has de atarlas por señal en tu mano, y estarán por frontales entre tus ojos:
9 Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas.
10 Y será, cuando el SEÑOR tu Dios te hubiere introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac, y Jacob, que te daría; *en* ciudades grandes y buenas que tú no edificaste,
11 Y casas llenas de todo bien, que tú no henchiste, y cisternas cavadas, que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste: luego que comieres y te hartares,
12 Guárdate que no te olvides del SEÑOR, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de siervos.
13 Al SEÑOR tu Dios temerás, y a él servirás, y por su nombre jurarás.
14 No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos:
15 Porque el Dios celoso, el SEÑOR tu Dios, en medio de ti *está*; porque no se inflame el furor del SEÑOR tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la faz de la tierra.
16 No tentaréis al SEÑOR vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah.
17 Guardad cuidadosamente los mandamientos del SEÑOR vuestro Dios, y sus testimonios, y sus estatutos, que te ha mandado.
18 Y harás lo recto y bueno en ojos del SEÑOR, para que te vaya bien, y entres y poseas la buena tierra que el SEÑOR juró a tus padres;
19 Para que él eche a todos sus enemigos de delante de ti, como el SEÑOR ha dicho.
20 Cuando mañana te preguntare tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios, y estatutos, y derechos, que el SEÑOR nuestro Dios os mandó?
21 Entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y el SEÑOR nos sacó de Egipto con mano fuerte;
22 Y dio el SEÑOR señales y milagros grandes y nocivos en Egipto, sobre Faraón y sobre toda su casa, delante de nuestros ojos;

23 Y sacónos de allá, para traer-
nos y darnos la tierra que juró a
nuestros padres;
24 Y mandónos el SEÑOR que
ejecutásemos todos estos estatu-
tos, y que temamos al SEÑOR
nuestro Dios, porque nos vaya
bien todos los días, y para que
nos preserve la vida, como hoy.
25 Y tendremos justicia cuando
cuidáremos de poner por obra
todos estos mandamientos delan-
te del SEÑOR nuestro Dios, como
él nos ha mandado.

CAPÍTULO 7

CUANDO el SEÑOR tu Dios
te hubiere introducido en la
tierra en la cual tú has de entrar
para poseerla, y hubiere echado
de delante de ti muchas gentes,
al Heteo, al Gergeseo, y al Amo-
rreo, y al Cananeo, y al Ferezeo,
y al Heveo, y al Jebuseo, siete
naciones mayores y más fuertes
que tú;
2 Y el SEÑOR tu Dios las hubie-
re entregado delante de ti, y las
hirieres, del todo las destruirás:
no harás con ellos alianza, ni las
tomarás a merced.
3 Y no emparentarás con ellos:
no darás tu hija a su hijo, ni to-
marás a su hija para tu hijo.
4 Porque desviará a tu hijo de
en pos de mí, y servirán a dioses
ajenos; y el furor del SEÑOR se
encenderá sobre vosotros, y te
destruirá presto.
5 Mas así habéis de hacer con
ellos: sus altares destruiréis, y
quebraréis sus estatuas, y corta-
réis sus bosques, y quemaréis sus
esculturas en el fuego.
6 Porque tú eres pueblo santo
al SEÑOR tu Dios: el SEÑOR tu
Dios te ha escogido para serle un
pueblo especial, más que todos
los pueblos que están sobre la faz
de la tierra.
7 No por ser vosotros más que
todos los pueblos os ha querido
el SEÑOR, y os ha escogido; por-
que vosotros erais los más pocos
de todos los pueblos:
8 Sino porque el SEÑOR os amó,
y quiso guardar el juramento que
juró a vuestros padres, os ha sa-
cado el SEÑOR con mano fuerte,
y os ha rescatado de casa de sier-
vos, de la mano de Faraón, rey
de Egipto.
9 Conoce, pues, que el SEÑOR tu
Dios es Dios, Dios fiel, que guar-
da el pacto y la misericordia a
los que le aman y guardan sus
mandamientos, hasta las mil ge-
neraciones;
10 Y que da el pago en su cara al
que le aborrece, destruyéndolo:
ni *lo* dilatará al que le odia, en su
cara le dará el pago.
11 Guarda por tanto los manda-
mientos, y estatutos, y derechos
que yo te mando hoy que cum-
plas.
12 Y será que, por haber oído
estos derechos, y guardado y
puéstolos por obra, el SEÑOR tu
Dios guardará contigo el pacto
y la misericordia que juró a tus
padres;
13 Y te amará, y te bendecirá, y
te multiplicará, y bendecirá el
fruto de tu vientre, y el fruto de
tu tierra, y tu grano, y tu mosto,
y tu aceite, la cría de tus vacas, y
los rebaños de tus ovejas, en la
tierra que juró a tus padres que
te daría.
14 Bendito serás más que todos
los pueblos: no habrá en ti
varón ni hembra estéril, ni en
tus bestias.

15 Y quitará el SEÑOR de ti toda
enfermedad; y todas las malas
plagas de Egipto, que tú sabes,
no las pondrá sobre ti, antes las
pondrá sobre todos los que te
aborrecieren.
16 Y consumirás a todos los pue-
blos que te da el SEÑOR tu Dios:
no los perdonará tu ojo; ni servi-
rás a sus dioses, que te será tro-
piezo.
17 Cuando dijeres en tu corazón:
Estas gentes son muchas más que
yo, ¿cómo las podré desarraigar?;
18 No tengas temor de ellos:
acuérdate bien de lo que hizo el
SEÑOR tu Dios con Faraón y con
todo Egipto;
19 De las grandes pruebas que
vieron tus ojos, y de las señales
y milagros, y de la mano fuer-
te y brazo extendido con que el
SEÑOR tu Dios te sacó: así hará
el SEÑOR tu Dios con todos los
pueblos de cuya presencia tú te-
mieres.
20 Y también enviará el SEÑOR
tu Dios sobre ellos avispas, hasta
que perezcan los que quedaren, y
los que se hubieren escondido de
delante de ti.
21 No desmayes delante de ellos,
que el SEÑOR tu Dios está en
medio de ti, Dios grande y terri-
ble.
22 Y el SEÑOR tu Dios echará
a estas gentes de delante de ti
poco a poco: no las podrás aca-
bar luego, porque las bestias del
campo no se aumenten contra ti.
23 Mas el SEÑOR tu Dios las
entregará delante de ti, y él las
quebrantará con grande destro-
zo, hasta que sean destruídos.
24 Y él entregará sus reyes en
tu mano, y tú destruirás el nom-
bre de ellos de debajo del cielo:
nadie te hará frente hasta que los
destruyas.
25 Las esculturas de sus dioses
quemarás en el fuego: no codi-
ciarás plata ni oro de sobre ellas
para tomarlo para ti, porque no
tropieces en ello, pues es abomi-
nación al SEÑOR tu Dios;
26 Y no meterás abominación en
tu casa, porque no seas anatema
como ello; del todo lo aborrece-
rás y lo abominarás; porque es
anatema.

CAPÍTULO 8

CUIDARÉIS de poner por obra
todo mandamiento que yo
os ordeno hoy, porque viváis, y
seáis multiplicados, y entréis, y
poseáis la tierra, de la cual juró
el SEÑOR a vuestros padres.
2 Y acordarte has de todo el ca-
mino por donde te ha traído el
SEÑOR tu Dios estos cuarenta
años en el desierto, para afligirte,
por probarte, para saber lo que
estaba en tu corazón, si habías de
guardar o no sus mandamientos.
3 Y te afligió, e hízote tener ham-
bre, y te sustentó con maná, *co-
mida* que no conocías tú, ni tus
padres la habían conocido; para
hacerte saber que el hombre no
vivirá de solo pan, mas de todo
lo que sale de la boca del SEÑOR
vivirá el hombre.
4 Tu vestido nunca se envejeció
sobre ti, ni el pie se te ha hincha-
do por estos cuarenta años.
5 Reconoce asimismo en tu cora-
zón, que como castiga el hombre
a su hijo, así el SEÑOR tu Dios te
castiga.
6 Guardarás, pues, los manda-
mientos del SEÑOR tu Dios,
andando en sus caminos, y te-
miéndolo.

7 Porque el SEÑOR tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes, de abismos que brotan por vegas y montes;
8 Tierra de trigo y cebada, y de vides, e higueras, y granados; tierra de olivas, de aceite, y de miel;
9 Tierra en la cual no comerás el pan con escasez, no te faltará nada en ella; tierra que sus piedras son hierro, y de sus montes cortarás latón.
10 Y comerás y te hartarás, y bendecirás al SEÑOR tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.
11 Guárdate, que no te olvides del SEÑOR tu Dios, para no observar sus mandamientos, y sus derechos, y sus estatutos, que yo te ordeno hoy:
12 Que quizá no comas y te hartes, y edifiques buenas casas en que mores,
13 Y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multiplique, y todo lo que tuvieres se te aumente,
14 Y se eleve luego tu corazón, y te olvides del SEÑOR tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de siervos;
15 Que te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, de serpientes ardientes, y de escorpiones, y de sed, donde ningún agua había, y él te sacó agua de la roca del pedernal;
16 Que te sustentó con maná en el desierto, *comida* que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien;
17 Y digas en tu corazón: Mi poder y la fortaleza de mi mano me han traído esta riqueza.
18 Antes acuérdate del SEÑOR tu Dios: porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día.
19 Mas será, si llegares a olvidarte del SEÑOR tu Dios, y anduvieres en pos de dioses ajenos, y les sirvieres, y los adorares, os testifico hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis.
20 Como las gentes que el SEÑOR destruirá delante de vosotros, así pereceréis; por cuanto no habréis atendido a la voz del SEÑOR vuestro Dios.

CAPÍTULO 9

OYE, Israel: tú estás hoy para pasar el Jordán, para entrar a poseer gentes más *numerosas* y más fuertes que tú, ciudades grandes y encastilladas hasta el cielo,
2 Un pueblo grande y alto, hijos de gigantes, de los cuales tienes tú conocimiento, y has oído decir: ¿Quién se sostendrá delante de los hijos del gigante?
3 Sabe, pues, hoy que el SEÑOR tu Dios es el que pasa delante de ti, fuego consumidor, que los destruirá y humillará delante de ti: y tú los echarás, y los destruirás luego, como el SEÑOR te ha dicho.
4 No discurras en tu corazón cuando el SEÑOR tu Dios los habrá echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha metido el SEÑOR a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas gentes el SEÑOR las echa de delante de ti.
5 No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos; mas por la impiedad de estas gentes

el SEÑOR tu Dios las echa de
delante de ti, y por confirmar la
palabra que el SEÑOR juró a tus
padres Abraham, Isaac, y Jacob.
6 Por tanto, sabe que no por tu
justicia el SEÑOR tu Dios te da
esta buena tierra para poseerla;
que pueblo duro de cerviz eres
tú.
7 Acuérdate, no te olvides que
has provocado a ira al SEÑOR tu
Dios en el desierto: desde el día
que saliste de la tierra de Egipto,
hasta que entrasteis en este lugar,
habéis sido rebeldes al SEÑOR.
8 Y en Horeb provocasteis a ira
al SEÑOR, y enojóse el SEÑOR
contra vosotros para destruiros.
9 Cuando yo subí al monte para
recibir las tablas de piedra, las
tablas del pacto que el SEÑOR
hizo con vosotros, estuve enton-
ces en el monte cuarenta días y
cuarenta noches, sin comer pan
ni beber agua:
10 Y dióme el SEÑOR las dos
tablas de piedra escritas con el
dedo de Dios; y en ellas *estaba
escrito* conforme a todas las pala-
bras que os habló el SEÑOR en el
monte de en medio del fuego, el
día de la asamblea.
11 Y sucedió al cabo de los cua-
renta días y cuarenta noches, que
el SEÑOR me dio las dos tablas
de piedra, las tablas del pacto.
12 Y díjome el SEÑOR: Levánta-
te, desciende presto de aquí; que
tu pueblo que sacaste de Egipto
se ha corrompido: pronto se han
apartado del camino que yo les
mandé: hanse hecho una imagen
de fundición.
13 Y hablóme el SEÑOR, dicien-
do: He visto ese pueblo, y he aquí,
que él es pueblo duro de cerviz:
14 Déjame que los destruya, y
raiga su nombre de debajo del
cielo; que yo te pondré sobre
gente fuerte y mucha más que
ellos.
15 Y volví y descendí del monte,
el cual ardía en fuego, con las ta-
blas del pacto en mis dos manos.
16 Y miré, y he aquí habíais pe-
cado contra el SEÑOR vuestro
Dios: os habíais hecho un bece-
rro de fundición, apartándoos
presto del camino que el SEÑOR
os había mandado.
17 Entonces tomé las dos tablas,
y arrojélas de mis dos manos, y
quebrélas delante de vuestros
ojos.
18 Y postréme delante del SEÑOR,
como antes, cuarenta días y cua-
renta noches: no comí pan ni
bebí agua, a causa de todo vues-
tro pecado que habíais cometido
haciendo mal en ojos del SEÑOR
para enojarlo.
19 Porque temí a causa del furor
y de la ira con que el SEÑOR es-
taba enojado contra vosotros
para destruiros. Pero el SEÑOR
me oyó aún esta vez.
20 Contra Aarón también se
enojó el SEÑOR en gran mane-
ra para destruirlo: y también oré
por Aarón entonces.
21 Y tomé vuestro pecado, el be-
cerro que habíais hecho, y que-
mélo en el fuego, y lo desmenucé
moliéndole muy bien, hasta que
fue reducido a polvo: y eché el
polvo de él en el arroyo que des-
cendía del monte.
22 También en Tabera, y en
Masah, y en Kibrot-hataavah,
enojasteis al SEÑOR.
23 Y cuando el SEÑOR os envió
desde Cades-barnea, diciendo:
Subid y poseed la tierra que yo
os he dado; también fuisteis re-

beldes al dicho del SEÑOR vuestro Dios, y no lo creisteis, ni obedecisteis a su voz.

24 Rebeldes habéis sido al SEÑOR desde el día que yo os conozco.

25 Postréme, pues, delante del SEÑOR cuarenta días y cuarenta noches que estuve postrado; porque el SEÑOR dijo que os había de destruir.

26 Y oré al SEÑOR, diciendo: Oh Señor DIOS, no destruyas tu pueblo y tu heredad que has redimido con tu grandeza, al cual sacaste de Egipto con mano fuerte.

27 Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac, y Jacob; no mires a la dureza de este pueblo, ni a su impiedad, ni a su pecado:

28 Porque no digan *los de* la tierra de donde nos sacaste: Por cuanto no pudo el SEÑOR introducirlos en la tierra que les había dicho, o porque los aborrecía, los sacó para matarlos en el desierto.

29 Y ellos son tu pueblo y tu heredad, que sacaste con tu gran fortaleza y con tu brazo extendido.

CAPÍTULO 10

EN aquel tiempo el SEÑOR me dijo: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí al monte, y hazte un arca de madera:

2 Y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste; y las pondrás en el arca.

3 E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano.

4 Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, las diez palabras que el SEÑOR os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y diómelas el SEÑOR.

5 Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, como el SEÑOR me mandó.

6 (Después partieron los hijos de Israel de Beerot-bene-jacaam a Moserá: allí murió Aarón, y allí fue sepultado; y en lugar suyo tuvo el sacerdocio su hijo Eleazar.

7 De allí partieron a Gudgod, y de Gudgod a Jotbata, tierra de arroyos de aguas.

8 En aquel tiempo apartó el SEÑOR la tribu de Leví, para que llevase el arca del pacto del SEÑOR, para que estuviese delante del SEÑOR para servirle, y para bendecir en su nombre, hasta hoy.

9 Por lo cual Leví no tuvo parte ni heredad con sus hermanos: el SEÑOR es su heredad, como el SEÑOR tu Dios le dijo.)

10 Y yo estuve en el monte como los primeros días, cuarenta días y cuarenta noches; y el SEÑOR me oyó también esta vez, y no quiso el SEÑOR destruirte.

11 Y díjome el SEÑOR: Levántate, anda, para que partas delante del pueblo, para que entren y posean la tierra que juré a sus padres les había de dar.

12 Ahora pues, Israel, ¿qué pide el SEÑOR tu Dios de ti, sino que temas al SEÑOR tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma;

13 Que guardes los mandamientos del SEÑOR y sus estatutos,

que yo te prescribo hoy, para
que hayas bien?
14 He aquí, del SEÑOR tu Dios es
el cielo, y el cielo de los cielos: la
tierra, y todas las cosas que hay
en ella.
15 Solamente de tus padres se
agradó el SEÑOR para amarlos,
y escogió su simiente después de
ellos, a vosotros, de entre todos
los pueblos, como en este día.
16 Circuncidad pues el prepucio
de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz.
17 Porque el SEÑOR vuestro Dios
es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso, y
terrible, que no acepta persona,
ni toma cohecho;
18 Que hace justicia al huérfano
y a la viuda; que ama también al
extranjero dándole pan y vestido.
19 Amaréis pues al extranjero:
porque extranjeros fuisteis vosotros en tierra de Egipto.
20 Al SEÑOR tu Dios temerás, a
él servirás, a él te allegarás, y por
su nombre jurarás.
21 Él es tu alabanza, y él es tu
Dios, que ha hecho contigo estas
grandes y terribles cosas que tus
ojos han visto.
22 Con setenta almas descendieron tus padres a Egipto; y ahora
el SEÑOR te ha hecho como las
estrellas del cielo en multitud.

CAPÍTULO 11

AMARÁS pues al SEÑOR tu
Dios, y guardarás su ordenanza, y sus estatutos y sus derechos y sus mandamientos, todos
los días.
2 Y comprended hoy: porque no
hablo con vuestros hijos que no
han sabido ni visto el castigo del
SEÑOR vuestro Dios, su grandeza, su mano fuerte, y su brazo
extendido,
3 Y sus milagros, y sus obras que
hizo en medio de Egipto a Faraón, rey de Egipto, y a toda su
tierra;
4 Y lo que hizo al ejército de Egipto, a sus caballos, y a sus carros;
cómo hizo ondear las aguas del
mar Bermejo sobre ellos, cuando
venían tras vosotros, y el SEÑOR
los destruyó hasta hoy;
5 Y lo que ha hecho con vosotros
en el desierto, hasta que habéis
llegado a este lugar;
6 Y lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab hijo de Rubén;
cómo abrió la tierra su boca, y
tragóse a ellos y a sus casas, y
sus tiendas, y toda la hacienda
que tenían en pie en medio de
todo Israel:
7 Mas vuestros ojos han visto
todos los grandes hechos que el
SEÑOR ha ejecutado.
8 Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo
hoy, para que seáis esforzados,
y entréis y poseáis la tierra, a la
cual pasáis para poseerla;
9 Y para que os sean prolongados los días sobre la tierra, que
juró el SEÑOR a vuestros padres
había de dar a ellos y a su simiente, tierra que fluye leche y miel.
10 Que la tierra a la cual entras
para poseerla, no es como la tierra de Egipto de donde habéis salido, donde sembrabas tu simiente, y regabas con tu pie, como
huerto de hortaliza.
11 La tierra a la cual pasáis para
poseerla, es tierra de montes y
de vegas; de la lluvia del cielo ha
de beber las aguas;
12 Tierra de la cual el SEÑOR tu
Dios cuida: siempre están sobre

ella los ojos del SEÑOR tu Dios,
desde el principio del año hasta
el fin de él.
13 Y será que, si obedeciereis cuidadosamente mis mandamientos
que yo os prescribo hoy, amando
al SEÑOR vuestro Dios, y sirviéndolo con todo vuestro corazón, y
con toda vuestra alma,
14 Yo daré la lluvia de vuestra
tierra en su tiempo, la temprana
y la tardía; y cogerás tu grano, y
tu vino, y tu aceite.
15 Daré también hierba en tu
campo para tus bestias; y comerás, y te hartarás.
16 Guardaos, pues, que vuestro
corazón no se infatúe, y os apartéis, y sirváis a dioses ajenos, y
os inclinéis a ellos;
17 Y así se encienda el furor del
SEÑOR sobre vosotros, y cierre
el cielo, y no haya lluvia, ni la
tierra dé su fruto, y perezcáis
presto de la buena tierra que os
da el SEÑOR.
18 Por tanto, pondréis estas mis
palabras en vuestro corazón y en
vuestra alma, y las ataréis por
señal en vuestra mano, y serán
por frontales entre vuestros ojos.
19 Y las enseñaréis a vuestros
hijos, hablando de ellas, ora sentado en tu casa, o andando por
el camino, cuando te acuestes, y
cuando te levantes:
20 Y las escribirás en los postes
de tu casa, y en tus portadas:
21 Para que sean aumentados
vuestros días, y los días de vuestros hijos, sobre la tierra que juró
el SEÑOR a vuestros padres que
les había de dar, como los días
del cielo sobre la tierra.
22 Porque si guardareis cuidadosamente todos estos mandamientos que yo os prescribo, para
que los cumpláis; como améis al
SEÑOR vuestro Dios andando en
todos sus caminos, y a él os allegareis,
23 El SEÑOR también echará
todas estas gentes de delante
de vosotros, y poseeréis gentes
grandes y más fuertes que vosotros.
24 Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie, será vuestro:
desde el desierto y el Líbano,
desde el río, el río Eufrates, hasta
el mar postrero será vuestro término.
25 Nadie se sostendrá delante de
vosotros: miedo y temor de vosotros pondrá el SEÑOR vuestro
Dios sobre la faz de toda la tierra que hollareis, como él os ha
dicho.
26 He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la
maldición:
27 La bendición, si obedeciereis
los mandamientos del SEÑOR
vuestro Dios, que yo os prescribo
hoy;
28 Y la maldición, si no obedeciereis los mandamientos del
SEÑOR vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses
ajenos que no habéis conocido.
29 Y será que, cuando el SEÑOR
tu Dios te introdujere en la tierra
a la cual vas para poseerla, pondrás la bendición sobre el monte
Gerizim, y la maldición sobre el
monte Ebal:
30 Los cuales están de la otra
parte del Jordán, tras el camino
del occidente en la tierra del Cananeo, que habita en la campiña
delante de Gilgal, junto a los llanos de Moreh.
31 Porque vosotros pasáis el Jor-

dán, para ir a poseer la tierra que os da el SEÑOR vuestro Dios; y la poseeréis, y habitaréis en ella.
32 Cuidaréis, pues, de poner por obra todos los estatutos y derechos que yo presento hoy delante de vosotros.

CAPÍTULO 12

ÉSTOS *son* los estatutos y derechos que cuidaréis de poner por obra, en la tierra que el SEÑOR el Dios de tus padres te ha dado para que la poseas, todos los días que vosotros viviereis sobre la tierra.
2 Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vosotros heredareis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol espeso:
3 Y derribaréis sus altares, y quebraréis sus imágenes, y sus bosques consumiréis con fuego: y destruiréis las esculturas de sus dioses, y extirparéis el nombre de ellas de aquel lugar.
4 No haréis así al SEÑOR vuestro Dios.
5 Mas el lugar que el SEÑOR vuestro Dios escogiere de todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis:
6 Y allí llevaréis vuestros holocaustos, y vuestros sacrificios, y vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, y vuestros votos, y vuestras ofrendas voluntarias, y los primerizos de vuestras vacas y de vuestras ovejas:
7 Y comeréis allí delante del SEÑOR vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en que el SEÑOR tu Dios te hubiere bendecido.
8 No haréis como todo lo que nosotros hacemos aquí ahora, cada uno lo que le parece,
9 Porque aun hasta ahora no habéis entrado al reposo y a la heredad que os da el SEÑOR vuestro Dios.
10 Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que el SEÑOR vuestro Dios os hace heredar, y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros.
11 Y al lugar que el SEÑOR vuestro Dios escogiere para hacer habitar en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, y vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de vuestros votos que hubiereis prometido al SEÑOR;
12 Y os alegraréis delante del SEÑOR vuestro Dios, vosotros, y vuestros hijos, y vuestras hijas, y vuestros siervos, y vuestras siervas, y el Levita que estuviere en vuestras poblaciones: por cuanto no tiene parte ni heredad con vosotros.
13 Guárdate, que no ofrezcas tus holocaustos en cualquier lugar que vieres;
14 Mas en el lugar que el SEÑOR escogiere, en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando.
15 Con todo, podrás matar y comer carne en todas tus poblaciones conforme al deseo de tu alma, según la bendición del SEÑOR tu Dios que él te habrá dado: el inmundo y el limpio la

comerá, como *la* de corzo o de
ciervo:
16 Salvo que sangre no comeréis;
sobre la tierra la derramaréis
como agua.
17 Ni podrás comer en tus pobla-
ciones el diezmo de tu grano, o
de tu vino, o de tu aceite, ni los
primerizos de tus vacas, ni de tus
ovejas, ni tus votos que prome-
tieres, ni tus ofrendas volunta-
rias, ni las elevadas ofrendas de
tus manos:
18 Mas delante del SEÑOR tu
Dios las comerás, en el lugar que
el SEÑOR tu Dios hubiere esco-
gido, tú, y tu hijo, y tu hija, y tu
siervo, y tu sierva, y el Levita que
está en tus poblaciones: y ale-
grarte has delante del SEÑOR tu
Dios en toda obra de tus manos.
19 Ten cuidado de no desampa-
rar al Levita en todos tus días
sobre tu tierra.
20 Cuando el SEÑOR tu Dios en-
sanchare tu término, como él te
ha dicho, y tú dijeres: Comeré
carne, porque deseó tu alma co-
merla, conforme a todo el deseo
de tu alma comerás carne.
21 Cuando estuviere lejos de ti el
lugar que el SEÑOR tu Dios habrá
escogido, para poner allí su nom-
bre, matarás de tus vacas y de tus
ovejas, que el SEÑOR te hubiere
dado, como te he mandado yo,
y comerás en tus puertas según
todo lo que deseare tu alma.
22 Lo mismo que se come el
corzo y el ciervo, así las comerás:
el inmundo y el limpio comerán
también de ellas.
23 Solamente que te esfuerces a
no comer sangre: porque la san-
gre *es* la vida; y no has de comer
la vida juntamente con la carne.
24 No la comerás: en tie-
rra la derramarás como agua.
25 No comerás de ella; para que
te vaya bien a ti, y a tus hijos
después de ti, cuando hicieres lo
recto en ojos del SEÑOR.
26 Empero las cosas que tuvieres
tú consagradas, y tus votos, las
tomarás, y vendrás al lugar que
el SEÑOR hubiere escogido:
27 Y ofrecerás tus holocaustos, la
carne y la sangre, sobre el altar
del SEÑOR tu Dios: y la sangre
de tus sacrificios será derramada
sobre el altar del SEÑOR tu Dios,
y comerás la carne.
28 Guarda y escucha todas estas
palabras que yo te mando, por-
que te vaya bien a ti y a tus hijos
después de ti para siempre, cuan-
do hicieres lo bueno y lo recto en
los ojos del SEÑOR tu Dios.
29 Cuando hubiere devastado
delante de ti el SEÑOR tu Dios
las naciones a donde tú vas para
poseerlas, y las heredares, y ha-
bitares en su tierra,
30 Guárdate que no tropieces en
pos de ellas, después que fueren
destruídas delante de ti: no pre-
guntes acerca de sus dioses, di-
ciendo: De la manera que servían
aquellas gentes a sus dioses, así
haré yo también.
31 No harás así al SEÑOR tu Dios;
porque todo lo que el SEÑOR abo-
rrece, hicieron ellos a sus dioses;
pues aun a sus hijos e hijas que-
maban en el fuego a sus dioses.
32 Cuidaréis de hacer todo lo
que yo os mando: no añadirás a
ello, ni quitarás de ello.

CAPÍTULO 13

CUANDO se levantare en
medio de ti profeta, o soña-
dor de sueños, y te diere señal o
prodigio,

2 Y acaeciere la señal o prodigio
que él te dijo, diciendo: Vamos
en pos de dioses ajenos, que no
conociste, y sirvámosles;
3 No darás oído a las palabras de
tal profeta, ni al tal soñador de
sueños: porque el SEÑOR vuestro Dios os prueba, para saber
si amáis al SEÑOR vuestro Dios
con todo vuestro corazón, y con
toda vuestra alma.
4 En pos del SEÑOR vuestro Dios
andaréis, y a él temeréis, y guardaréis sus mandamientos, y obedeceréis su voz, y a él serviréis, y
a él os allegaréis.
5 Y el tal profeta o soñador de
sueños, ha de ser muerto; por
cuanto trató de rebelión contra el SEÑOR vuestro Dios, que
te sacó de tierra de Egipto, y te
rescató de casa de siervos, y de
echarte del camino por el que el
SEÑOR tu Dios te mandó que anduvieses: y así quitarás el mal de
en medio de ti.
6 Cuando te incitare tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo, o
tu hija, o la esposa de tu seno, o
tu amigo que sea como tu alma,
diciendo en secreto: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que ni tú
ni tus padres conocisteis,
7 De los dioses de los pueblos que
están en vuestros alrededores
cercanos a ti, o lejos de ti, desde
el un cabo de la tierra hasta el
otro cabo de ella;
8 No consentirás con él, ni le
darás oído; ni tu ojo le perdonará, ni tendrás compasión, ni lo
encubrirás:
9 Antes has de matarlo; tu mano
será primero sobre él para matarle, y después la mano de todo
el pueblo.
10 Y has de apedrearlo con piedras, y morirá; por cuanto procuró apartarte del SEÑOR tu Dios,
que te sacó de tierra de Egipto,
de casa de siervos:
11 Para que todo Israel oiga, y
tema, y no tornen a hacer cosa
semejante a esta mala cosa en
medio de ti.
12 Cuando oyeres de alguna de
tus ciudades que el SEÑOR tu
Dios te da para que mores en
ellas, que se dice:
13 Ciertos hombres, hijos de Belial, han salido de en medio de
ti, que han instigado a los moradores de su ciudad, diciendo:
Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocisteis;
14 Tú inquirirás, y buscarás, y
preguntarás con diligencia; y
si pareciere verdad, cosa cierta,
que tal abominación se hizo en
medio de ti,
15 Irremisiblemente herirás a
filo de espada los moradores de
aquella ciudad, destruyéndola
con todo lo que en ella hubiere,
y *también* sus bestias a filo de espada.
16 Y juntarás todo el despojo
de ella en medio de su plaza, y
consumirás con fuego la ciudad
y todo su despojo, todo ello, al
SEÑOR tu Dios: y será un montón para siempre: nunca más se
edificará.
17 Y no se pegará algo a tu mano
del anatema; porque el SEÑOR
se aparte del furor de su ira, y te
dé mercedes, y tenga misericordia de ti, y te multiplique, como
lo juró a tus padres,
18 Cuando obedecieres a la voz
del SEÑOR tu Dios, guardando
todos sus mandamientos que yo
te prescribo hoy, para hacer lo
recto en ojos del SEÑOR tu Dios.

CAPÍTULO 14

HIJOS sois del SEÑOR vuestro
Dios: no os sajaréis, ni pondréis calva sobre vuestros ojos por muerto;
2 Porque eres pueblo santo al SEÑOR tu Dios, y el SEÑOR te ha escogido para que le seas un pueblo peculiar de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra.
3 Nada abominable comerás.
4 Éstos *son* los animales que comeréis: el buey, la oveja, y la cabra,
5 El ciervo, el corzo, y el búfalo, y el cabrío salvaje, y el unicornio, y buey salvaje, y cabra montés.
6 Y todo animal de pezuñas, que tiene hendidura de dos uñas, y que rumiare entre los animales, ese comeréis.
7 Empero éstos no comeréis de los que rumian, o tienen pezuña hendida: camello, y liebre, y conejo, porque rumian, mas no tienen pezuña hendida, os serán inmundos;
8 Ni puerco: porque tiene pezuña hendida, mas no rumia, os será inmundo. De la carne de éstos no comeréis, ni tocaréis sus cuerpos muertos.
9 Esto comeréis de todo lo que está en el agua: todo lo que tiene aleta y escama comeréis;
10 Mas todo lo que no tuviere aleta y escama, no comeréis: inmundo os será.
11 Toda ave limpia comeréis.
12 Y estas son de las que no comeréis: el águila, y el azor, y el esmerejón,
13 Y el ixio, y el buitre, y el milano según su género,
14 Y todo cuervo según su género,
15 Y el búho, y la lechuza, y el cuclillo, y el halcón según su género,
16 Y el herodión, y el cisne, y el ibis,
17 Y el somormujo, y el calamón, y el corvejón,
18 Y la cigüeña, y la garza según su género, y la abubilla, y el murciélago.
19 Y todo reptil alado os será inmundo: no se comerá.
20 Toda ave limpia comeréis.
21 Ninguna cosa mortecina comeréis: al extranjero que está en tus poblaciones la darás, y él la comerá: o véndela al extranjero; porque tú eres pueblo santo al SEÑOR tu Dios. No cocerás el cabrito en la leche de su madre.
22 Indispensablemente diezmarás todo el producto de tu simiente, que rindiere el campo cada un año.
23 Y comerás delante del SEÑOR tu Dios en el lugar que él escogiere para hacer habitar allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino, y de tu aceite, y los primerizos de tus manadas, y de tus ganados, para que aprendas a temer al SEÑOR tu Dios todos los días.
24 Y si el camino fuere tan largo que tú no puedas llevarlo por él, por estar lejos de ti el lugar que el SEÑOR tu Dios hubiere escogido para poner en él su nombre, cuando el SEÑOR tu Dios te bendijere,
25 Entonces venderlo has, y atarás el dinero en tu mano, y vendrás al lugar que el SEÑOR tu Dios escogiere;
26 Y darás el dinero por todo lo que deseare tu alma, por vacas, o por ovejas, o por vino, o por sidra, o por cualquier cosa que

tu alma te demandare: y comerás
allí delante del SEÑOR tu Dios, y
te alegrarás tú y tu familia.
27 Y no desampararás al Levita
que *habitare* en tus poblaciones;
porque no tiene parte ni heredad
contigo.
28 Al cabo de cada tres años sacarás todo el diezmo de tus productos de aquel año, y lo guardarás en tus ciudades:
29 Y vendrá el Levita, que no
tiene parte ni heredad contigo, y
el extranjero, y el huérfano, y la
viuda, que hubiere en tus poblaciones, y comerán y serán saciados; para que el SEÑOR tu Dios
te bendiga en toda obra de tus
manos que hicieres.

CAPÍTULO 15

AL cabo de siete años harás
remisión.
2 Y ésta es la manera de la remisión: perdonará a su deudor todo
aquél que hizo empréstito de su
mano, con que obligó a su prójimo: no lo demandará más a su
prójimo, o a su hermano; porque
la remisión del SEÑOR es pregonada.
3 Del extranjero demandarás el
reintegro: mas lo que tu hermano tuviere tuyo, lo perdonará tu
mano;
4 Para que así no haya en ti mendigo; porque el SEÑOR te bendecirá con abundancia en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da
por heredad para que la poseas,
5 Si empero escuchares fielmente la voz del SEÑOR tu Dios, para
guardar y cumplir todos estos
mandamientos que yo te intimo
hoy.
6 Ya que el SEÑOR tu Dios te
habrá bendecido, como te ha
dicho, prestarás entonces a muchas gentes, mas tú no tomarás
prestado; y enseñorearte has de
muchas gentes, pero de ti no se
enseñorearán.
7 Cuando hubiere en ti menesteroso de alguno de tus hermanos
en alguna de tus ciudades, en tu
tierra que el SEÑOR tu Dios te
da, no endurecerás tu corazón,
ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre:
8 Mas abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás
lo que basta, lo que hubiere menester.
9 Guárdate que no haya en tu
corazón perverso pensamiento
de Belial, diciendo: Cerca está el
año séptimo, el de la remisión; y
tu ojo sea maligno sobre tu hermano menesteroso para no darle:
que él podrá clamar contra ti al
SEÑOR, y se te imputará a pecado.
10 Sin falta le darás, y no sea tu
corazón maligno cuando le dieres: que por ello te bendecirá el
SEÑOR tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que pusieres
mano.
11 Porque no faltarán menesterosos de en medio de la tierra; por
eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, a tu
pobre, y a tu menesteroso en tu
tierra.
12 Cuando se vendiere a ti tu
hermano Hebreo o Hebrea, y te
hubiere servido seis años, al séptimo año le despedirás libre de ti.
13 Y cuando lo despidieres libre
de ti, no lo enviarás vacío:
14 Le abastecerás liberalmente de
tus ovejas, de tu era, y de tu lagar;
le darás *de* aquello en que el SEÑOR
tu Dios te hubiere bendecido.

15 Y te acordarás que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el SEÑOR tu Dios te rescató: por tanto yo te mando esto hoy.
16 Y será que, si él te dijere: No saldré de contigo; porque te ama a ti y a tu casa, que le va bien contigo;
17 Entonces tomarás una lesna, y horadarás su oreja junto a la puerta, y será tu siervo para siempre: así también harás a tu criada.
18 No te parezca duro cuando le enviares libre de ti; que doblado del salario de mozo jornalero te sirvió seis años: y el SEÑOR tu Dios te bendecirá en todo cuanto hicieres.
19 Santificarás al SEÑOR tu Dios todo primerizo macho que nacerá de tus vacas y de tus ovejas: no te sirvas del primerizo de tus vacas, ni trasquiles el primerizo de tus ovejas.
20 Delante del SEÑOR tu Dios los comerás cada un año, tú y tu familia, en el lugar que el SEÑOR escogiere.
21 Y si hubiere en él tacha, ciego o cojo, o cualquiera mala falta, no lo sacrificarás al SEÑOR tu Dios.
22 En tus poblaciones lo comerás: el inmundo lo mismo que el limpio *comerán de él*, como de un corzo o de un ciervo.
23 Solamente que no comas su sangre: sobre la tierra la derramarás como agua.

CAPÍTULO 16

GUARDARÁS el mes de Abib, y harás pascua al SEÑOR tu Dios: porque en el mes de Abib te sacó el SEÑOR tu Dios de Egipto de noche.
2 Y sacrificarás la pascua al SEÑOR tu Dios, de las ovejas y de las vacas, en el lugar que el SEÑOR escogiere para hacer habitar allí su nombre.
3 No comerás con ella leudo; siete días comerás con ella pan por leudar, pan de aflicción, porque apriesa saliste de tierra de Egipto: para que te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto todos los días de tu vida.
4 Y no se dejará ver levadura contigo en todo tu término por siete días; y de la carne que matares a la tarde del primer día, no quedará hasta la mañana.
5 No podrás sacrificar la pascua en ninguna de tus ciudades, que el SEÑOR tu Dios te da;
6 Sino en el lugar que el SEÑOR tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre, sacrificarás la pascua por la tarde a puesta del sol, al tiempo que saliste de Egipto:
7 Y la asarás y comerás en el lugar que el SEÑOR tu Dios hubiere escogido; y por la mañana te volverás y restituirás a tu morada.
8 Seis días comerás ázimos, y el séptimo día será solemnidad al SEÑOR tu Dios: no harás obra *en él*.
9 Siete semanas te contarás: desde que comenzare la hoz en las mieses comenzarás a contarte las siete semanas.
10 Y harás la solemnidad de las semanas al SEÑOR tu Dios: de la suficiencia voluntaria de tu mano será lo que dieres, según el SEÑOR tu Dios te hubiere bendecido.
11 Y te alegrarás delante del SEÑOR tu Dios, tú, y tu hijo, y tu

hija, y tu siervo, y tu sierva, y el
Levita que estuviere en tus ciu-
dades, y el extranjero, y el huér-
fano, y la viuda, que estuvieren
en medio de ti, en el lugar que el
SEÑOR tu Dios hubiere escogido
para hacer habitar allí su nom-
bre.
12 Y acuérdate que fuiste siervo
en Egipto; por tanto guardarás y
cumplirás estos estatutos.
13 La solemnidad de los taberná-
culos harás por siete días, cuan-
do hubieres hecho la cosecha de
tu era y de tu lagar.
14 Y te alegrarás en tus solemni-
dades, tú, y tu hijo, y tu hija, y tu
siervo, y tu sierva, y el Levita, y
el extranjero, y el huérfano, y la
viuda, que están en tus poblacio-
nes.
15 Siete días celebrarás solemni-
dad al SEÑOR tu Dios en el lugar
que el SEÑOR escogiere; porque
te habrá bendecido el SEÑOR
tu Dios en todos tus frutos, y en
toda obra de tus manos, y estarás
ciertamente alegre.
16 Tres veces cada un año pare-
cerá todo varón tuyo delante del
SEÑOR tu Dios en el lugar que
él escogiere: en la solemnidad de
los ázimos, y en la solemnidad de
las semanas, y en la solemnidad
de los tabernáculos. Y no parece-
rá vacío delante del SEÑOR:
17 Cada uno con el don de su
mano, conforme a la bendición
del SEÑOR tu Dios, que te hubie-
re dado.
18 Jueces y alcaldes te pondrás
en todas tus ciudades que el
SEÑOR tu Dios te dará en tus tri-
bus, los cuales juzgarán al pue-
blo con justo juicio.
19 No tuerzas el derecho; no
hagas acepción de personas, ni
tomes soborno; porque el sobor-
no ciega los ojos de los sabios, y
pervierte las palabras de los jus-
tos.
20 La justicia, la justicia seguirás,
porque vivas y heredes la tierra
que el SEÑOR tu Dios te da.
21 No te plantarás bosque de
ningún árbol cerca del altar del
SEÑOR tu Dios, que tú te habrás
hecho.
22 Ni te levantarás estatua; lo
cual aborrece el SEÑOR tu Dios.

CAPÍTULO 17

NO sacrificarás al SEÑOR tu
Dios buey, o cordero, en
el cual haya falta o alguna cosa
mala: porque es abominación al
SEÑOR tu Dios.
2 Cuando se hallare entre ti, en
alguna de tus ciudades que el
SEÑOR tu Dios te da, hombre, o
mujer, que haya hecho mal en
ojos del SEÑOR tu Dios traspa-
sando su pacto,
3 Que hubiere ido y servido a dio-
ses ajenos, y se hubiere inclinado
a ellos, ora al sol, o a la luna, o a
todo el ejército del cielo, lo cual
yo no he mandado;
4 Y te fuere dado aviso, y, des-
pués que oyeres y hubieres inda-
gado bien, la cosa parece de ver-
dad cierta, que tal abominación
ha sido hecha en Israel;
5 Entonces sacarás al hombre
o mujer que hubiere hecho esta
mala cosa, a tus puertas, hombre
o mujer, y los apedrearás con
piedras, y así morirán.
6 Por dicho de dos testigos, o
de tres testigos, morirá el que
hubiere de morir; no morirá por
el dicho de un solo testigo.
7 La mano de los testigos será
primero sobre él para matarlo, y

después la mano de todo el pueblo: así quitarás el mal de en medio de ti.
8 Cuando alguna cosa te fuere oculta en juicio entre sangre y sangre, entre causa y causa, y entre llaga y llaga, en negocios de litigio en tus ciudades; entonces te levantarás y recurrirás al lugar que el SEÑOR tu Dios escogiere;
9 Y vendrás a los sacerdotes Levitas, y al juez que fuere en aquellos días, y preguntarás; y te enseñarán la sentencia del juicio.
10 Y harás según la sentencia que te indicaren los del lugar que el SEÑOR escogiere, y cuidarás de hacer según todo lo que te manifestaren.
11 Según la ley que ellos te enseñaren, y según el juicio que te dijeren, harás: no te apartarás ni a diestra ni a siniestra de la sentencia que te mostraren.
12 Y el hombre que procediere con soberbia, no obedeciendo al sacerdote que está para ministrar allí delante del SEÑOR tu Dios, o al juez, el tal varón morirá: y quitarás el mal de Israel.
13 Y todo el pueblo oirá, y temerá, y no se ensoberbecerán más.
14 Cuando hubieres entrado en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da, y la poseyeres, y habitares en ella, y dijeres: Pondré rey sobre mí, como todas las gentes que están en mis alrededores;
15 Sin duda pondrás por rey sobre ti al que el SEÑOR tu Dios escogiere: de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti: no podrás poner sobre ti hombre extranjero, que no sea tu hermano.
16 Empero que no se aumente caballos, ni haga volver el pueblo a Egipto para acrecentar caballos: porque el SEÑOR os ha dicho: No procuraréis volver más por este camino.
17 Ni aumentará para sí esposas, porque su corazón no se desvíe: ni plata ni oro acrecentará para sí en gran copia.
18 Y será, cuando se asentare sobre el solio de su reino, que ha de escribir para sí en un libro un traslado de esta ley, *la cual está* delante de los sacerdotes Levitas;
19 Y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer al SEÑOR su Dios, para guardar todas las palabras de aquesta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra:
20 Para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra: a fin que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel.

CAPÍTULO 18

LOS sacerdotes Levitas, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni heredad con Israel; de las ofrendas hechas por fuego al SEÑOR, y de la heredad de él comerán.
2 No tendrán, pues, heredad entre sus hermanos: el SEÑOR es su heredad, como él les ha dicho.
3 Y este será el derecho de los sacerdotes de parte del pueblo, de los que ofrecieren en sacrificio buey o cordero: darán al sacerdote la espalda, y las quijadas, y el cuajar.
4 Las primicias de tu grano, de tu vino, y de tu aceite, y las primicias de la lana de tus ovejas le darás:
5 Porque le ha escogido el

SEÑOR tu Dios de todas tus tribus, para que esté para ministrar al nombre del SEÑOR, él y sus hijos para siempre.
6 Y cuando el Levita saliere de alguna de tus ciudades de todo Israel, donde hubiere peregrinado, y viniere con todo deseo de su alma al lugar que el SEÑOR escogiere,
7 Ministrará al nombre del SEÑOR su Dios, como todos sus hermanos los Levitas que estuvieren allí delante del SEÑOR.
8 Porción como la porción *de los otros* comerán, además de sus patrimonios.
9 Cuando hubieres entrado en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas gentes.
10 No sea hallado en ti quien haga pasar su hijo o su hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero,
11 Ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a hechicero, ni mágico, ni quien pregunte a los muertos.
12 Porque es abominación al SEÑOR cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones el SEÑOR tu Dios las echó de delante de ti.
13 Perfecto serás con el SEÑOR tu Dios.
14 Porque estas gentes que has de heredar, a agoreros y hechiceros oían: mas tú, no así te ha dado el SEÑOR tu Dios.
15 Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el SEÑOR tu Dios: a él oiréis:
16 Conforme a todo lo que pediste al SEÑOR tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz del SEÑOR mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, porque no muera.
17 Y el SEÑOR me dijo: Bien han dicho.
18 Profeta les levantará de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.
19 Mas será, que cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le residenciaré.
20 Empero el profeta que presumiere hablar palabra en mi nombre, que yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá.
21 Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que el SEÑOR no hubiere hablado?
22 Cuando el profeta hablare en nombre del SEÑOR, y no fuere la tal cosa, ni viniere, es palabra que el SEÑOR no ha hablado: con soberbia la habló aquel profeta: no tengas temor de él.

CAPÍTULO 19

CUANDO el SEÑOR tu Dios talare las gentes, cuya tierra el SEÑOR tu Dios te da a ti, y tú las heredares, y habitares en sus ciudades, y en sus casas;
2 Te apartarás tres ciudades en medio de tu tierra que el SEÑOR tu Dios te da para que la poseas.
3 Arreglarte has el camino, y dividirás en tres partes el término de tu tierra, que el SEÑOR tu Dios te dará en heredad, y será para que todo homicida se huya allí.

4 Y este es el caso del homici-
da que ha de huir allí, y vivirá:
el que hiriere a su prójimo por
yerro, que no le tenía enemistad
desde ayer ni antes de ayer:
5 Como el que fue con su próji-
mo al monte a cortar leña, y po-
niendo fuerza con su mano en
el hacha para cortar algún leño,
saltó el hierro del cabo, y encon-
tró a su prójimo, y murió; aquél
huirá a una de aquestas ciudades,
y vivirá;
6 No sea que el vengador de san-
gre vaya tras el homicida, cuan-
do se enardeciere su corazón, y
le alcance por ser largo el cami-
no, y le hiera de muerte, no de-
biendo ser condenado a muerte;
por cuanto no tenía enemistad
desde ayer ni antes de ayer con
el *muerto*.
7 Por tanto yo te mando, dicien-
do: Tres ciudades te apartarás.
8 Y si el SEÑOR tu Dios ensan-
chare tu término, como lo juró
a tus padres, y te diere toda la
tierra que dijo a tus padres que
había de dar;
9 Cuando guardases todos estos
mandamientos, que yo te prescri-
bo hoy, para ponerlos por obra,
que ames al SEÑOR tu Dios y
andes en sus caminos todos los
días; entonces añadirás tres ciu-
dades a más de estas tres;
10 Porque no sea derramada san-
gre inocente en medio de tu tie-
rra, que el SEÑOR tu Dios te da
por heredad, y sea sobre ti san-
gre.
11 Mas cuando hubiere alguno
que aborreciere a su prójimo, y
lo acechare, y se levantare sobre
él, y lo hiriere de muerte, y mu-
riere, y huyere a alguna de estas
ciudades;
12 Entonces los ancianos de su
ciudad enviarán y lo sacarán de
allí, y entregarlo han en mano
del vengador de sangre, y morirá.
13 No le perdonará tu ojo: y qui-
tarás de Israel la sangre inocente,
y te irá bien.
14 No removerás el lindero de tu
prójimo, el cual señalaron los an-
tiguos en tu heredad, la que po-
seyeres en la tierra que el SEÑOR
tu Dios te da para que la poseas.
15 No valdrá un testigo contra
ninguno en cualquier delito, o en
cualquier pecado, en cualquier
pecado que se cometiere. En el
dicho de dos testigos, o en el
dicho de tres testigos consistirá
el negocio.
16 Cuando se levantare testigo
falso contra alguno, para testifi-
car contra él rebelión,
17 Entonces los dos hombres liti-
gantes se presentarán delante del
SEÑOR, delante de los sacerdo-
tes y jueces que fueren en aque-
llos días:
18 Y los jueces inquirirán bien,
y si pareciere ser aquél testigo
falso, que testificó falsamente
contra su hermano,
19 Haréis a él como él pensó
hacer a su hermano: y quitarás el
mal de en medio de ti.
20 Y los que quedaren oirán, y
temerán, y no volverán más a
hacer una mala cosa como ésta,
en medio de ti.
21 Y no perdonará tu ojo: vida
por vida, ojo por ojo, diente por
diente, mano por mano, pie por
pie.

CAPÍTULO 20

CUANDO salieres a la guerra
contra tus enemigos, y vieres
caballos y carros, un pueblo más

grande que tú, no tengas temor
de ellos, que el SEÑOR tu Dios es
contigo, el cual te sacó de tierra
de Egipto.
2 Y será que, cuando os acerca-
reis para combatir, llegaráse el
sacerdote, y hablará al pueblo,
3 Y les dirá: Oye, Israel, vosotros
os juntáis hoy en batalla contra
vuestros enemigos: no se ablan-
de vuestro corazón, no temáis,
no os azoréis, ni tampoco os ate-
rréis delante de ellos;
4 Que el SEÑOR vuestro Dios
anda con vosotros, para pelear
por vosotros contra vuestros ene-
migos, para salvaros.
5 Y los oficiales hablarán al pue-
blo, diciendo: ¿Quién ha edifica-
do casa nueva, y no la ha estre-
nado? Vaya, y vuélvase a su casa,
porque quizá no muera en la ba-
talla, y otro alguno la estrene.
6 ¿Y quién ha plantado viña, y
no ha hecho común uso de ella?
Vaya, y vuélvase a su casa, por-
que quizá no muera en la batalla,
y otro alguno la goce.
7 ¿Y quién se ha desposado con
esposa, y no la ha tomado? Vaya,
y vuélvase a su casa, porque
quizá no muera en la batalla, y
algún otro la tome.
8 Y tornarán los oficiales a ha-
blar al pueblo, y dirán: ¿Quién
es hombre medroso y tierno de
corazón? Vaya, y vuélvase a su
casa, y no apoque el corazón de
sus hermanos, como su corazón.
9 Y será que, cuando los oficiales
acabaren de hablar al pueblo, en-
tonces los capitanes de los ejérci-
tos mandarán delante del pueblo.
10 Cuando te acercares a una
ciudad para combatirla, le inti-
marás la paz.
11 Y será que, si te respondiere,
paz, y te abriere, todo el pueblo
que en ella fuere hallado te serán
tributarios, y te servirán.
12 Mas si no hiciere paz contigo,
y emprendiere contigo guerra, y
la cercares,
13 Luego que el SEÑOR tu Dios la
entregare en tu mano, herirás a
todo varón suyo a filo de espada.
14 Solamente las mujeres y los
niños, y los animales, y todo lo
que hubiere en la ciudad, todos
sus despojos, tomarás para ti: y
comerás del despojo de tus ene-
migos, los cuales el SEÑOR tu
Dios te entregó.
15 Así harás a todas las ciudades
que estuvieren muy lejos de ti,
que no fueren de las ciudades de
estas gentes.
16 Empero de las ciudades de
estos pueblos que el SEÑOR tu
Dios te da por heredad, ninguna
persona dejarás con vida;
17 Antes del todo los destruirás:
al Heteo, y al Amorreo, y al Ca-
naneo, y al Ferezeo, y al Heveo,
y al Jebuseo; como el SEÑOR tu
Dios te ha mandado:
18 Porque no os enseñen a hacer
según todas sus abominaciones,
que ellos hacen a sus dioses, y
pequéis contra el SEÑOR vuestro
Dios.
19 Cuando pusieres cerco a algu-
na ciudad, peleando contra ella
muchos días para tomarla, no
destruyas su arboleda metiendo
en ella hacha, porque de ella co-
merás; y no la talarás, que no es
hombre el árbol del campo para
venir contra ti en el cerco.
20 Mas el árbol que supieres que
no es árbol para comer, lo des-
truirás y lo talarás, y construye
baluarte contra la ciudad que
pelea contigo, hasta sojuzgarla.

CAPÍTULO 21

CUANDO fuere hallado en la
tierra que el SEÑOR tu Dios
te da para que la poseas, muerto
echado en el campo, y no se supiere quién lo hirió,
2 Entonces tus ancianos y tus
jueces saldrán y medirán hasta
las ciudades que están alrededor
del muerto:
3 Y será, que los ancianos de
aquella ciudad, de la ciudad más
cercana al muerto, tomarán de la
vacada una becerra que no haya
servido, que no haya traído yugo;
4 Y los ancianos de aquella ciudad traerán la becerra a un valle
áspero, que nunca haya sido
arado ni sembrado, y cortarán el
pescuezo a la becerra allí en el
valle.
5 Entonces vendrán los sacerdotes hijos de Leví, porque a ellos
escogió el SEÑOR tu Dios para
que le sirvan, y para bendecir
en nombre del SEÑOR; y por el
dicho de ellos se determinará
todo pleito y toda llaga.
6 Y todos los ancianos de aquella
ciudad más cercana al muerto lavarán sus manos sobre la becerra
degollada en el valle.
7 Y protestarán, y dirán: Nuestras manos no han derramado
esta sangre, ni nuestros ojos lo
vieron.
8 Expía a tu pueblo Israel, al cual
redimiste, oh SEÑOR; y no imputes la sangre inocente *derramada*
en medio de tu pueblo Israel. Y
la sangre les será perdonada.
9 Y tú quitarás la *culpa* de sangre
inocente de en medio de ti, cuando hicieres lo que es recto en los
ojos del SEÑOR.
10 Cuando salieres a la guerra
contra tus enemigos, y el SEÑOR
tu Dios los entregare en tu mano,
y tomares de ellos cautivos,
11 Y vieres entre los cautivos *alguna* mujer hermosa, y la codiciares, y la tomares para ti por
esposa,
12 La meterás en tu casa; y ella
raerá su cabeza, y cortará sus
uñas,
13 Y se quitará el vestido de su
cautiverio, y quedaráse en tu
casa: y llorará a su padre y a
su madre el tiempo de un mes:
y después entrarás a ella, y tu
serás su marido, y ella tu esposa.
14 Y será, si no te agradare, que
la has de dejar en su libertad;
y no la venderás por dinero, ni
mercadearás con ella, por cuanto
la afligiste.
15 Cuando un hombre tuviere
dos esposas, la una amada y la
otra aborrecida, y la amada y la
aborrecida le parieren hijos, y el
hijo primogénito fuere de la aborrecida;
16 Será que, el día que hiciere
heredar a sus hijos lo que tuviere, no podrá dar el derecho de
primogenitura a los hijos de la
amada en preferencia al hijo de
la aborrecida, que es el primogénito;
17 Mas al hijo de la aborrecida reconocerá por primogénito,
para darle dos tantos de todo lo
que se hallare que tiene: porque
aquél es el principio de su fuerza,
el derecho de la primogenitura
es suyo.
18 Cuando alguno tuviere hijo
contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a
la voz de su madre, y habiéndolo
castigado, no les obedeciere;
19 Entonces tomarlo han su
padre y su madre, y lo sacarán a

los ancianos de su ciudad, y a la
puerta del lugar suyo;
20 Y dirán a los ancianos de la
ciudad: Este nuestro hijo es con-
tumaz y rebelde, no obedece a
nuestra voz; es glotón y borra-
cho.
21 Entonces todos los hombres
de su ciudad lo apedrearán con
piedras, y morirá: así quitarás el
mal de en medio de ti; y todo Is-
rael oirá, y temerá.
22 Cuando en alguno hubiere pe-
cado de sentencia de muerte, *por
el* que haya de morir, y le habrás
colgado en un madero,
23 No estará su cuerpo por la
noche en el madero, mas sin
falta lo enterrarás el mismo día,
porque maldición de Dios es el
colgado: y no contaminarás tu
tierra, que el SEÑOR tu Dios te
da por heredad.

CAPÍTULO 22

NO verás el buey de tu hermano,
o su cordero, perdidos, y te
retirarás de ellos: precisamente
los volverás a tu hermano.
2 Y si tu hermano no fuere tu
vecino, o no le conocieres, los
recogerás en tu casa, y estarán
contigo hasta que tu hermano los
busque, y se los devolverás.
3 Y así harás de su asno, así
harás también de su vestido, y lo
mismo harás con toda cosa per-
dida de tu hermano que se le per-
diere, y tú la hallares: no podrás
retraerte *de ello*.
4 No verás el asno de tu herma-
no, o su buey, caídos en el cami-
no, y te esconderás de ellos: con
él has de procurar levantarlos.
5 No vestirá la mujer hábito de
hombre, ni el hombre vestirá
ropa de mujer; porque abomina-
ción es al SEÑOR tu Dios cual-
quiera que esto hace.
6 Cuando topares en el camino
algún nido de ave en cualquier
árbol, o sobre la tierra, con po-
llos o huevos, y estuviere la
madre echada sobre los pollos
o sobre los huevos, no tomes la
madre con los hijos:
7 Dejarás ir a la madre, y toma-
rás los pollos para ti; para que te
vaya bien, y prolongues tus días.
8 Cuando edificares casa nueva,
harás pretil a tu terrado, porque
no pongas sangre en tu casa, si
de él cayere alguno.
9 No sembrarás tu viña de varias
semillas, porque no se deprave la
plenitud de la semilla que sem-
braste, y el fruto de la viña.
10 No ararás con buey y con asno
juntamente.
11 No te vestirás de mistura, de
lana y lino juntamente.
12 Hacerte has flecos en los cua-
tro cabos de tu manto con que te
cubrieres.
13 Cuando alguno tomare esposa,
y después de haber entrado a ella
la aborreciere,
14 Y le pusiere algunas faltas, y
esparciere sobre ella mala fama,
y dijere: Ésta tomé por esposa, y
llegué a ella, y no la hallé virgen;
15 Entonces el padre de la moza
y su madre tomarán, y sacarán
las señales de la virginidad de la
doncella a los ancianos de la ciu-
dad, en la puerta.
16 Y dirá el padre de la moza
a los ancianos: Yo di mi hija a
este hombre por esposa, y él la
aborrece;
17 Y, he aquí, él le pone tachas
de *algunas* cosas, diciendo: No he
hallado tu hija virgen; empero,
he aquí las señales de la virgini-

dad de mi hija. Y extenderán la
sábana delante de los ancianos
de la ciudad.
18 Entonces los ancianos de la
ciudad tomarán al hombre y lo
castigarán;
19 Y le han de penar en cien *pie-
zas* de plata, las cuales darán al
padre de la moza, por cuanto es-
parció mala fama sobre virgen
de Israel: y la ha de tener por
esposa, y no podrá despedirla en
todos sus días.
20 Mas si este negocio fue ver-
dad, que no se hubiere hallado
virginidad en la moza,
21 Entonces la sacarán a la
puerta de la casa de su padre,
y la apedrearán con piedras los
hombres de su ciudad, y morirá;
por cuanto hizo vileza en Israel
fornicando en casa de su padre:
así quitarás el mal de en medio
de ti.
22 Cuando se sorprendiere algu-
no echado con mujer casada
con marido, entrambos morirán,
el hombre que se acostó con la
mujer, y la mujer: así quitarás el
mal de Israel.
23 Cuando fuere moza virgen
desposada con alguno, y alguno
la hallare en la ciudad, y se echa-
re con ella;
24 Entonces los sacaréis a ambos
a la puerta de aquella ciudad, y
los apedrearéis con piedras, y
morirán; la moza porque no dio
voces en la ciudad, y el hombre
porque humilló a la esposa de su
prójimo: así quitarás el mal de
en medio de ti.
25 Mas si el hombre halló una
moza desposada en el campo, y
él la agarrare, y se echare con
ella, morirá sólo el hombre que
con ella se habrá echado;
26 Y a la moza no harás nada;
no tiene la moza culpa de muer-
te: porque como cuando alguno
se levanta contra su prójimo, y le
quita la vida, así es esto:
27 Porque él la halló en el campo:
dio voces la moza desposada, y
no hubo quien la valiese.
28 Cuando alguno hallare moza
virgen, que no fuere desposada, y
la tomare, y se echare con ella, y
fueren hallados;
29 Entonces el hombre que se
echó con ella dará al padre de la
moza cincuenta *piezas* de plata, y
ella será su esposa, por cuanto la
humilló: no la podrá despedir en
todos sus días.
30 No tomará alguno la esposa
de su padre, ni descubrirá el re-
gazo de su padre.

CAPÍTULO 23

NO entrará en la congregación
del SEÑOR el quebrado de
quebradura, ni el castrado.
2 No entrará bastardo en la con-
gregación del SEÑOR: ni aun en
la décima generación entrará en
la congregación del SEÑOR.
3 No entrará Amonita ni Moabita
en la congregación del SEÑOR;
ni aun en la décima generación
entrará en la congregación del
SEÑOR para siempre:
4 Por cuanto no os salieron a re-
cibir con pan y agua al camino,
cuando salisteis de Egipto; y por-
que alquiló contra ti a Balaam
hijo de Beor de Petor de Mesopo-
tamia de Siria, para que te mal-
dijese.
5 Mas no quiso el SEÑOR tu Dios
oír a Balaam; y el SEÑOR tu Dios
te volvió la maldición en bendi-
ción, porque el SEÑOR tu Dios te
amaba.

6 No procurarás la paz de ellos
ni su bien en todos los días para
siempre.
7 No abominarás al Idumeo, que
tu hermano es: no abominarás al
Egipcio, que extranjero fuiste en
su tierra.
8 Los hijos que nacieren de ellos,
a la tercera generación entrarán
en la congregación del SEÑOR.
9 Cuando salieres a campaña
contra tus enemigos, guárdate
de toda cosa mala.
10 Cuando hubiere en ti alguno
que no fuere limpio por acci-
dente de noche, saldráse del
campo, y no entrará en él.
11 Y será que al declinar de la
tarde se lavará con agua, y cuan-
do fuere puesto el sol, entrará en
el campo.
12 Y tendrás un lugar fuera del
real, y saldrás allá fuera;
13 Tendrás también una estaca
entre tus armas; y será que, cuan-
do estuvieres *allí* fuera, cavarás
con ella, y luego al volverte cu-
brirás tu excremento:
14 Porque el SEÑOR tu Dios anda
por medio de tu campo, para li-
brarte y entregar tus enemigos
delante de ti; por tanto será tu
real santo: porque él no vea en ti
cosa inmunda, y se vuelva de en
pos de ti.
15 No entregarás a su señor el sier-
vo que se huyere a ti de su amo:
16 More contigo, en medio de ti,
en el lugar que escogiere en algu-
na de tus ciudades, donde bien le
estuviere: no le harás fuerza.
17 No habrá ramera de las hijas
de Israel, no habrá sodomítico de
los hijos de Israel.
18 No traerás precio de ramera,
ni precio de perro a la casa del
SEÑOR tu Dios por ningún voto;
porque abominación es al SEÑOR
tu Dios así lo uno como lo otro.
19 No tomarás de tu hermano
logro de dinero, ni logro de co-
mida, ni logro de cosa alguna
que se suele tomar.
20 Del extraño tomarás logro,
mas de tu hermano no lo tomarás,
porque te bendiga el SEÑOR tu
Dios en toda obra de tus manos
sobre la tierra a la cual entras
para poseerla.
21 Cuando prometieres voto al
SEÑOR tu Dios, no tardarás en
pagarlo; porque ciertamente lo
demandará el SEÑOR tu Dios de
ti, y habría en ti pecado.
22 Mas cuando te abstuvieres de
prometer, no habrá en ti pecado.
23 Guardarás lo que tus labios
pronunciaren; y harás, como
prometiste al SEÑOR tu Dios, lo
que de tu voluntad hablaste por
tu boca.
24 Cuando entrares en la viña de
tu prójimo, comerás uvas hasta
saciar tu deseo; mas no pondrás
en tu vaso.
25 Cuando entrares en la mies de
tu prójimo, podrás cortar espigas
con tu mano; mas no aplicarás
hoz a la mies de tu prójimo.

CAPÍTULO 24

CUANDO alguno tomare esposa
y se casare con ella, si no
le agradare por haber hallado
en ella alguna cosa torpe, le es-
cribirá carta de divorcio, y se la
entregará en su mano, y despedi-
rála de su casa.
2 Y salida de su casa, podrá ir y
casarse con otro hombre.
3 Y si la aborreciere aqueste últi-
mo, y le escribiere carta de divor-
cio, y se la entregare en su mano,
y la despidiere de su casa; o si

muriere el postrer hombre que la
tomó para sí por esposa,
4 No podrá su primer marido,
que la despidió, volverla a tomar
para que sea su esposa, después
que fue amancillada; porque es
abominación delante del SEÑOR,
y no has de pervertir la tierra que
el SEÑOR tu Dios te da por heredad.
5 Cuando tomare alguno esposa
nueva, no saldrá a la guerra, ni
en ninguna cosa se le ocupará;
libre estará en su casa por un
año, para alegrar a su esposa que
tomó.
6 No tomarás en prenda la muela
de molino, ni la de abajo ni la
de arriba: porque sería prendar
la vida.
7 Cuando fuere hallado alguno
que haya hurtado persona de sus
hermanos los hijos de Israel, y
hubiere mercadeado con ella, o
la hubiere vendido, el tal ladrón
morirá, y quitarás el mal de en
medio de ti.
8 Guárdate de llaga de lepra,
observando diligentemente, y
haciendo según todo lo que os
enseñaren los sacerdotes Levitas:
cuidaréis de hacer como les he
mandado.
9 Acuérdate de lo que hizo el
SEÑOR tu Dios a Miriam en el
camino, después que salisteis de
Egipto.
10 Cuando dieres a tu prójimo
alguna cosa emprestada, no entrarás en su casa para tomarle
prenda:
11 Fuera estarás, y el hombre a
quien prestaste, te sacará afuera
la prenda.
12 Y si fuere hombre pobre, no
duermas con su prenda:
13 Precisamente le devolverás la
prenda cuando el sol se ponga,
para que duerma en su ropa, y te
bendiga: y te será justicia delante del SEÑOR tu Dios.
14 No hagas agravio al jornalero
pobre y menesteroso, así de tus
hermanos como de tus extranjeros que están en tu tierra en tus
ciudades:
15 En su día le darás su jornal, y
no se pondrá el sol sin dárselo:
pues es pobre, y con él sustenta
su vida: porque no clame contra
ti al SEÑOR, y sea en ti pecado.
16 Los padres no morirán por los
hijos, ni los hijos por los padres;
cada uno morirá por su pecado.
17 No torcerás el derecho del
peregrino y del huérfano; ni tomarás por prenda la ropa de la
viuda:
18 Mas acuérdate que fuiste siervo en Egipto, y de allí te rescató
el SEÑOR tu Dios: por tanto, yo
te mando que hagas esto.
19 Cuando segares tu mies en tu
campo, y olvidares alguna gavilla en el campo, no volverás a
tomarla: para el extranjero, para
el huérfano, y para la viuda será;
porque te bendiga el SEÑOR tu
Dios en toda obra de tus manos.
20 Cuando sacudieres tus olivas, no recorrerás las ramas tras
ti: para el extranjero, para el
huérfano, y para la viuda será.
21 Cuando vendimiares tu viña,
no rebuscarás tras ti: para el extranjero, para el huérfano, y para
la viuda será.
22 Y acuérdate que fuiste siervo
en tierra de Egipto: por tanto, yo
te mando que hagas esto.

CAPÍTULO 25

CUANDO hubiere pleito entre
algunos, y vinieren a juicio,

y los juzgaren, y absolvieren al
justo y condenaren al inicuo,
2 Será que, si el delincuente me-
reciere ser azotado, entonces el
juez lo hará echar en tierra, y ha-
rále azotar delante de sí, según
su delito, por cuenta.
3 Harále dar cuarenta azotes, no
más: no sea que, si lo hiriere con
muchos azotes a más de éstos, se
envilezca tu hermano delante de
tus ojos.
4 No pondrás bozal al buey cuan-
do trillare.
5 Cuando hermanos estuvieren
juntos, y muriere alguno de ellos,
y no tuviere hijo, la esposa del
muerto no se casará fuera con
hombre extraño: su cuñado en-
trará a ella, y la tomará por su
esposa, y hará con ella parentes-
co.
6 Y será que el primogénito
que pariere ella, se levantará en
nombre de su hermano el muer-
to, porque el nombre de éste no
sea raído de Israel.
7 Y si el hombre no quisiere
tomar a su cuñada, irá entonces
la cuñada suya a la puerta a los
ancianos, y dirá: Mi cuñado no
quiere suscitar nombre en Israel
a su hermano; no quiere empa-
rentar conmigo.
8 Entonces los ancianos de aque-
lla ciudad lo harán venir, y habla-
rán con él: y si él se levantare, y
dijere, no quiero tomarla,
9 Llegaráse entonces su cuñada
a él delante de los ancianos, y le
descalzará el zapato de su pie, y
escupirále en el rostro, y habla-
rá y dirá: Así será hecho al varón
que no edificare la casa de su
hermano.
10 Y su nombre será llamado en
Israel: La casa del descalzado.
11 Cuando algunos riñeren jun-
tos el uno con el otro, y llegare
la esposa del uno para librar a su
marido de mano del que le hirie-
re, y metiere su mano y le traba-
re de sus vergüenzas;
12 Le cortarás entonces la mano,
no *la* perdonará tu ojo.
13 No tendrás en tu bolsa pesa
grande y pesa chica.
14 No tendrás en tu casa efa
grande y efa pequeño.
15 Pesas cumplidas y justas ten-
drás; efa cabal y justo tendrás:
para que tus días sean prolonga-
dos sobre la tierra que el SEÑOR
tu Dios te da.
16 Porque abominación es al
SEÑOR tu Dios cualquiera que
hace esto, cualquiera que hace
agravio.
17 Acuérdate de lo que te hizo
Amalec en el camino, cuando sa-
listeis de Egipto:
18 Que te salió al camino, y te
desbarató la retaguardia de
todos los flacos que *iban* detrás
de ti, cuando tú estabas cansado
y trabajado; y no temió a Dios.
19 Será pues, cuando el SEÑOR
tu Dios te hubiere dado reposo
de tus enemigos alrededor, en la
tierra que el SEÑOR tu Dios te
da por heredad para que la po-
seas, que raerás la memoria de
Amalec de debajo del cielo: no te
olvides.

CAPÍTULO 26

Y SERÁ que, cuando hubieres
entrado en la tierra que el
SEÑOR tu Dios te da por here-
dad, y la poseyeres, y habitares
en ella;
2 Entonces tomarás de las primi-
cias de todos los frutos de la tie-
rra, que sacares de tu tierra que

el SEÑOR tu Dios te da, y lo pondrás en un canastillo, e irás al lugar que el SEÑOR tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre.
3 Y llegarás al sacerdote que fuere en aquellos días, y le dirás: Reconozco hoy al SEÑOR tu Dios que he entrado en la tierra que juró el SEÑOR a nuestros padres que nos había de dar.
4 Y el sacerdote tomará el canastillo de tu mano, y pondrálo delante del altar del SEÑOR tu Dios.
5 Entonces hablarás y dirás delante del SEÑOR tu Dios: Un Siro a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y peregrinó allá con pocos hombres, y allí creció en gente grande, fuerte y numerosa:
6 Y los Egipcios nos maltrataron, y nos afligieron, y pusieron sobre nosotros dura servidumbre.
7 Y clamamos al SEÑOR Dios de nuestros padres; y oyó el SEÑOR nuestra voz, y vio nuestra aflicción, y nuestro trabajo, y nuestra opresión:
8 Y sacónos el SEÑOR de Egipto con mano fuerte, y con brazo extendido, y con grande espanto, y con señales y con milagros:
9 Y trájonos a este lugar, y diónos esta tierra, tierra que fluye leche y miel.
10 Y ahora, he aquí, he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh SEÑOR. Y lo dejarás delante del SEÑOR tu Dios, e inclinarte has delante del SEÑOR tu Dios.
11 Y te alegrarás con todo el bien que el SEÑOR tu Dios te hubiere dado *a ti* y a tu casa, tú y el Levita, y el extranjero que está en medio de ti.
12 Cuando hubieres acabado de diezmar todo el diezmo de tus frutos en el año tercero, el año del diezmo, darás también al Levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda; y comerán en tus villas, y se saciarán.
13 Y dirás delante del SEÑOR tu Dios: Yo he sacado lo consagrado de mi casa, y también lo he dado al Levita, y al extranjero, y al huérfano, y a la viuda, conforme a todos tus mandamientos que me ordenaste: no he traspasado tus mandamientos, ni me he olvidado de ellos:
14 No he comido de ello en mi luto, ni he sacado de ello en inmundicia, ni de ello he dado para mortuorio: he obedecido a la voz del SEÑOR mi Dios, he hecho conforme a todo lo que me has mandado.
15 Mira desde la morada de tu santidad, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel.
16 El SEÑOR tu Dios te manda hoy que cumplas estos estatutos y derechos; cuida, pues, de ponerlos por obra con todo tu corazón, y con toda tu alma.
17 Al SEÑOR has ensalzado hoy para que te sea por Dios, y para andar en sus caminos, y para guardar sus estatutos y sus mandamientos y sus derechos, y para oír su voz:
18 Y el SEÑOR te ha ensalzado hoy para que le seas su peculiar pueblo, como él te lo ha dicho, y para que guardes todos sus mandamientos;
19 Y para ponerte alto sobre todas las gentes que hizo, para

loor, y fama, y gloria; y para que seas pueblo santo al SEÑOR tu Dios, como él ha dicho.

CAPÍTULO 27

Y MANDÓ Moisés, con los ancianos de Israel, al pueblo, diciendo: Guardaréis todos los mandamientos que yo prescribo hoy.

2 Y será que, el día que pasareis el Jordán a la tierra que el SEÑOR tu Dios te da, te has de levantar piedras grandes, las cuales revocarás con cal:

3 Y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, cuando hubieres pasado para entrar en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da, tierra que fluye leche y miel, como el SEÑOR el Dios de tus padres te ha dicho.

4 Será pues, cuando hubieres pasado el Jordán, que levantaréis estas piedras que yo os mando hoy, en el monte de Ebal, y las revocarás con cal:

5 Y edificarás allí altar al SEÑOR tu Dios, altar de piedras: no alzarás sobre ellas hierro.

6 De piedras enteras edificarás el altar del SEÑOR tu Dios; y ofrecerás sobre él ofrendas quemadas al SEÑOR tu Dios;

7 Y sacrificarás pacíficos, y comerás allí; y alegrarte has delante del SEÑOR tu Dios.

8 Y escribirás en las piedras todas las palabras de esta ley muy claramente.

9 Y Moisés, con los sacerdotes Levitas, habló a todo Israel, diciendo: Atiende y escucha, Israel: hoy eres hecho pueblo del SEÑOR tu Dios.

10 Obedecerás pues la voz del SEÑOR tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo te ordeno hoy.

11 Y mandó Moisés al pueblo en aquel día, diciendo:

12 Éstos estarán sobre el monte de Gerizim para bendecir al pueblo, cuando hubiereis pasado el Jordán: Simeón, y Leví, y Judá, e Isacar, y José, y Benjamín.

13 Y estos estarán para *pronunciar* la maldición en el de Ebal: Rubén, Gad, y Aser, y Zabulón, Dan, y Neftalí.

14 Y hablarán los Levitas, y dirán a todo varón de Israel en alta voz:

15 Maldito el hombre que hiciere escultura o imagen de fundición, abominación al SEÑOR, obra de mano de artífice, y la pusiere en oculto. Y todo el pueblo responderá y dirá: Amén.

16 Maldito el que deshonrare a su padre o a su madre. Y dirá todo el pueblo: Amén.

17 Maldito el que removiere el lindero de su prójimo. Y dirá todo el pueblo: Amén.

18 Maldito el que hiciere errar al ciego en el camino. Y dirá todo el pueblo: Amén.

19 Maldito el que torciere el derecho del extranjero, del huérfano, y de la viuda. Y dirá todo el pueblo: Amén.

20 Maldito el que se echare con la esposa de su padre; por cuanto descubrió el regazo de su padre. Y dirá todo el pueblo: Amén.

21 Maldito el que tuviere parte con cualquiera bestia. Y dirá todo el pueblo: Amén.

22 Maldito el que se echare con su hermana, hija de su padre, o hija de su madre. Y dirá todo el pueblo: Amén.

23 Maldito el que se echare con

su suegra. Y dirá todo el pueblo: Amén.
24 Maldito el que hiriere a su prójimo ocultamente. Y dirá todo el pueblo: Amén.
25 Maldito el que recibiere don para herir de muerte al inocente. Y dirá todo el pueblo: Amén.
26 Maldito el que no confirmare *todas* las palabras de esta ley para cumplirlas. Y dirá todo el pueblo: Amén.

CAPÍTULO 28

Y SERÁ que, si oyeres diligentemente la voz del SEÑOR tu Dios, para guardar, para poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también el SEÑOR tu Dios te pondrá alto sobre todas las gentes de la tierra;
2 Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, cuando oyeres la voz del SEÑOR tu Dios.
3 Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo.
4 Bendito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu bestia, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas.
5 Bendito tu canastillo y tus sobras.
6 Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir.
7 Pondrá el SEÑOR a tus enemigos que se levantaren contra ti, de rota batida delante de ti: por un camino saldrán a ti, por siete caminos huirán delante de ti.
8 Enviará el SEÑOR contigo la bendición en tus graneros, y en todo aquello en que pusieres tu mano; y te bendecirá en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da.
9 Confirmarte ha el SEÑOR por pueblo suyo santo, como te ha jurado, cuando guardares los mandamientos del SEÑOR tu Dios, y anduvieres en sus caminos.
10 Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre del SEÑOR es llamado sobre ti, y te temerán.
11 Y te hará el SEÑOR sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, y en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, en el país que juró el SEÑOR a tus padres que te había de dar.
12 Abrirte ha el SEÑOR su buen depósito, el cielo, para dar lluvia a tu tierra en su tiempo, y para bendecir toda obra de tus manos. Y prestarás a muchas gentes, y tú no tomarás emprestado.
13 Y te pondrá el SEÑOR por cabeza, y no por cola: y estarás encima solamente, y no estarás debajo; cuando obedecieres a los mandamientos del SEÑOR tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que *los* guardes y cumplas.
14 Y no te apartes de todas las palabras que yo os mando hoy, ni a diestra ni a siniestra, para ir tras dioses ajenos para servirles.
15 Y será, si no oyeres la voz del SEÑOR tu Dios, para cuidar de poner por obra todos sus mandamientos y sus estatutos, que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán.
16 Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo.
17 Maldito tu canastillo, y tus sobras.
18 Maldito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas.
19 Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir.

20 Y el SEÑOR enviará contra
ti la maldición, quebranto y
asombro en todo cuanto pusie-
res mano e hicieres, hasta que
seas destruído, y perezcas pres-
to a causa de la maldad de tus
obras, por las cuales me habrás
dejado.
21 El SEÑOR hará que se te
pegue mortandad, hasta que te
consuma de la tierra a la cual
entras para poseerla.
22 El SEÑOR te herirá de tisis, y
de fiebre, y de ardor, y de calor,
y de espada, y de calamidad re-
pentina, y con añublo; y perse-
guirte han hasta que perezcas.
23 Y tu cielo que *está* sobre tu
cabeza, será de latón; y la tierra
que *está* debajo de ti, de hierro.
24 Dará el SEÑOR por lluvia
a tu tierra polvo y ceniza: del
cielo descenderá sobre ti hasta
que perezcas.
25 El SEÑOR te entregará heri-
do delante de tus enemigos: por
un camino saldrás a ellos, y por
siete caminos huirás delante de
ellos: y serás sacudido a todos
los reinos de la tierra.
26 Y será tu cuerpo muerto por
comida a toda ave del cielo y
bestia de la tierra, y no habrá
quien las espante.
27 El SEÑOR te herirá de la
plaga de Egipto, y con almorra-
nas, y con sarna, y con comezón,
de que no puedas ser curado.
28 El SEÑOR te herirá con locu-
ra, y con ceguedad, y con pasmo
de corazón.
29 Y palparás al mediodía,
como palpa el ciego en la oscu-
ridad, y no serás prosperado en
tus caminos: y nunca serás sino
oprimido y robado todos los
días, y no habrá quien te salve.
30 Te desposarás con esposa,
y otro varón dormirá con ella;
edificarás casa, y no habitarás
en ella; plantarás viña, y no la
vendimiarás.
31 Tu buey será matado delante
de tus ojos, y tú no comerás de
él; tu asno será arrebatado de
delante de ti, y no se te volve-
rá; tus ovejas serán dadas a tus
enemigos, y no tendrás quien te
las rescate.
32 Tus hijos y tus hijas serán
entregados a otro pueblo, y tus
ojos lo verán, y desfallecerán
por ellos todo el día: y no habrá
fuerza en tu mano.
33 El fruto de tu tierra y todo tu
trabajo comerá pueblo que no
conociste; y nunca serás sino
oprimido y quebrantado todos
los días.
34 Y enloquecerás a causa de lo
que verás con tus ojos.
35 Herirte ha el SEÑOR con
maligna pústula en las rodillas
y en las piernas, sin que puedas
ser curado: *aun* desde la planta
de tu pie hasta tu mollera.
36 El SEÑOR llevará a ti, y a tu
rey que hubieres puesto sobre ti,
a gente que no conociste tú ni
tus padres; y allá servirás a dio-
ses ajenos, al palo y a la piedra.
37 Y serás por pasmo, por ejem-
plo y por fábula, a todos los
pueblos a los cuales te llevará
el SEÑOR.
38 Sacarás mucha simiente al
campo, y cogerás poco; porque
la langosta lo consumirá.
39 Plantarás viñas y labrarás,
mas no beberás vino, ni coge-
rás *uvas*; porque el gusano las
comerá.
40 Tendrás olivas en todo tu
término, mas no te ungirás con

el aceite; porque tu aceituna se
caerá.
41 Hijos e hijas engendrarás, y
no serán para ti; porque irán en
cautiverio.
42 Toda tu arboleda y el fruto de
tu tierra consumirá la langosta.
43 El extranjero que estará en
medio de ti subirá sobre ti muy
alto, y tú serás puesto muy bajo.
44 Él te prestará a ti, y tú no
prestarás a él: él será por cabeza,
y tú serás por cola.
45 Y vendrán sobre ti todas estas
maldiciones, y te perseguirán, y
te alcanzarán hasta que perez-
cas; por cuanto no habrás aten-
dido a la voz del SEÑOR tu Dios,
para guardar sus mandamientos
y sus estatutos, que él te mandó:
46 Y serán en ti por señal y por
maravilla, y en tu simiente para
siempre.
47 Por cuanto no serviste al
SEÑOR tu Dios con alegría y con
gozo de corazón, por la abun-
dancia de todas las cosas;
48 Servirás por tanto a tus ene-
migos que enviare el SEÑOR
contra ti, con hambre y con sed
y con desnudez, y con falta de
todas las cosas; y él pondrá yugo
de hierro sobre tu cuello, hasta
destruirte.
49 El SEÑOR traerá sobre ti
gente de lejos, del cabo de la tie-
rra, que vuele como águila, gente
cuya lengua no entiendas;
50 Gente fiera de rostro, que no
tendrá respeto al anciano, ni per-
donará al niño:
51 Y comerá el fruto de tu bestia
y el fruto de tu tierra, hasta que
perezcas: y no te dejará grano, ni
mosto, ni aceite, ni la cría de tus
vacas, ni los rebaños de tus ove-
jas, hasta destruirte.
52 Y te pondrá cerco en todas tus
ciudades, hasta que caigan tus
muros altos y encastillados en
que tú confías, en toda tu tierra:
te cercará, pues, en todas tus ciu-
dades y en toda tu tierra, que el
SEÑOR tu Dios te habrá dado.
53 Y comerás el fruto de tu vien-
tre, la carne de tus hijos y de tus
hijas que el SEÑOR tu Dios te dio,
en el cerco y en el apuro con que
te angustiará tu enemigo.
54 El hombre tierno en ti, y el
muy delicado, su ojo será malig-
no para con su hermano, y para
con la esposa de su seno, y para
con el resto de sus hijos que le
quedaren;
55 Para no dar a alguno de ellos
de la carne de sus hijos, que él co-
merá, porque nada le habrá que-
dado, en el cerco y en el apuro
con que tu enemigo te oprimirá
en todas tus ciudades.
56 La tierna y la delicada entre
vosotros, que nunca la planta de
su pie probó a sentar sobre la
tierra, de ternura y delicadeza,
su ojo será maligno para con el
marido de su seno, y para con su
hijo, y para con su hija,
57 Y para con su chiquita que
sale de entre sus pies, y para con
sus hijos que pariere; pues los
comerá escondidamente, a falta
de todo, en el cerco y en el apuro
con que tu enemigo te oprimirá
en tus ciudades.
58 Si no cuidares de poner por
obra todas las palabras de aques-
ta ley que están escritas en este
libro, temiendo este nombre glo-
rioso y terrible, EL SEÑOR TU
DIOS,
59 El SEÑOR aumentará mara-
villosamente tus plagas y las pla-
gas de tu simiente, plagas gran-

des y estables, y enfermedades
malignas y duraderas;
60 Y hará volver sobre ti todos
los males de Egipto, delante de
los cuales temiste, y se te pega-
rán.
61 Asimismo toda enfermedad
y toda plaga que no está escrita
en el libro de esta ley, el SEÑOR
la enviará sobre ti, hasta que tú
seas destruído.
62 Y quedaréis en poca gente, en
lugar de haber sido como las es-
trellas del cielo en multitud; por
cuanto no obedeciste a la voz del
SEÑOR tu Dios.
63 Y será que como el SEÑOR se
gozó sobre vosotros para haceros
bien, y para multiplicaros, así se
gozará el SEÑOR sobre vosotros
para arruinaros, y para destrui-
ros; y seréis arrancados de sobre
la tierra, a la cual entráis para
poseerla.
64 Y el SEÑOR te esparcirá por
todos los pueblos, desde el un
cabo de la tierra hasta el otro
cabo de ella; y allí servirás a dio-
ses ajenos que no conociste tú ni
tus padres, al leño y a la piedra.
65 Y ni aun entre las mismas
gentes descansarás, ni la planta
de tu pie tendrá reposo; que allí
te dará el SEÑOR corazón teme-
roso, y caimiento de ojos, y tris-
teza de alma:
66 Y tendrás tu vida *como* colgada
delante de ti, y estarás temeroso
de noche y de día, y no confiarás
de tu vida.
67 Por la mañana dirás: ¡Quién
diera fuese la tarde! y a la tarde
dirás: ¡Quién diera fuese la ma-
ñana! por el miedo de tu corazón
con que estarás amedrentado, y
por lo que verán tus ojos.
68 Y el SEÑOR te hará tornar a
Egipto en navíos por el camino
del cual te ha dicho: Nunca más
volveréis: y allí seréis vendidos a
vuestros enemigos por esclavos y
por esclavas, y no habrá quien os
compre.

CAPÍTULO 29

ÉSTAS *son* las palabras del
pacto que el SEÑOR mandó
a Moisés que concertara con
hijos de Israel en la tierra de
Moab, además del acto que con-
certó con ellos en Horeb.
2 Moisés pues llamó a todo Is-
rael, y díjoles: Vosotros habéis
visto todo lo que el SEÑOR ha
hecho delante de vuestros ojos
en la tierra de Egipto a Faraón
y a todos sus siervos, y a toda su
tierra:
3 Las pruebas grandes que vieron
tus ojos, las señales, y las gran-
des maravillas.
4 Y el SEÑOR no os dio corazón
para entender, ni ojos para ver, ni
oídos para oír, hasta el día de hoy.
5 Y yo os he traído cuarenta años
por el desierto: vuestros vestidos
no se han envejecido sobre voso-
tros, ni tu zapato se ha envejeci-
do sobre tu pie.
6 No habéis comido pan, ni be-
bisteis vino ni sidra: para que
supieseis que yo soy el SEÑOR
vuestro Dios.
7 Y llegasteis a este lugar, y salió
Sehón rey de Hesbón, y Og rey
de Basán, delante de nosotros
para pelear, y herímoslos;
8 Y tomamos su tierra, y dímosla
por heredad a Rubén y a Gad, y a
la media tribu de Manasés.
9 Guardaréis, pues, las palabras
de este pacto, y las pondréis por
obra, para que prosperéis en
todo lo que hiciereis.

10 Vosotros todos estáis hoy de-
lante del SEÑOR vuestro Dios;
vuestros príncipes de vuestras
tribus, vuestros ancianos, y vues-
tros oficiales, todos los varones
de Israel,
11 Vuestros niños, vuestras espo-
sas, y tus extranjeros que habi-
tan en medio de tu campo, desde
el que corta tu leña hasta el que
saca tus aguas:
12 Para que entres en el pacto
del SEÑOR tu Dios, y en su jura-
mento, que el SEÑOR tu Dios
acuerda hoy contigo:
13 Para confirmarte hoy por su
pueblo, y que él te sea a ti por
Dios, de la manera que él te ha
dicho, y como él juró a tus pa-
dres Abraham, Isaac, y Jacob.
14 Y no con vosotros solos acuer-
do yo este pacto y este juramento,
15 Sino con los que están aquí
presentes hoy con nosotros de-
lante del SEÑOR nuestro Dios,
y con los que no están aquí hoy
con nosotros.
16 Porque vosotros sabéis cómo
habitamos en la tierra de Egipto,
y cómo hemos pasado por medio
de las gentes que habéis pasado;
17 Y habéis visto sus abomina-
ciones, y sus ídolos, madera y
piedra, plata y oro, que *tienen*
consigo.
18 Quizá habrá entre vosotros
varón, o mujer, o familia, o tribu,
cuyo corazón se vuelva hoy de
con el SEÑOR nuestro Dios, por
andar a servir a los dioses de
aquellas gentes; quizá habrá en
vosotros raíz que eche veneno y
ajenjo;
19 Y sea que, cuando el tal oyere
las palabras de esta maldición, él
se bendiga en su corazón, dicien-
do: Tendré paz, aunque ande
según la imaginación de mi cora-
zón, para añadir la embriaguez a
la sed:
20 El SEÑOR no querrá perdo-
narle; antes humeará luego el
furor del SEÑOR y su celo sobre
el tal hombre, y asentaráse sobre
él toda maldición escrita en este
libro, y el SEÑOR raerá su nom-
bre de debajo del cielo:
21 Y apartarálo el SEÑOR de
todas las tribus de Israel para
mal, conforme a todas las maldi-
ciones del pacto escrito en este
libro de la ley.
22 Y dirá la generación venide-
ra, vuestros hijos que vendrán
después de vosotros, y el extran-
jero que vendrá de lejanas tie-
rras, cuando vieren las plagas de
aquesta tierra, y sus enfermeda-
des de que el SEÑOR la hizo en-
fermar,
23 (Azufre y sal, abrasada toda
su tierra: no será sembrada, ni
producirá, ni crecerá en ella hier-
ba ninguna, como en la subver-
sión de Sodoma y de Gomorra,
de Adma y de Seboim, que el
SEÑOR subvirtió en su furor y en
su ira:)
24 Dirán, pues, todas las gentes:
¿Por qué hizo el SEÑOR esto a
esta tierra? ¿qué ira es ésta de
tan gran furor?
25 Y responderán: Por cuanto de-
jaron el pacto del SEÑOR el Dios
de sus padres, que él concertó
con ellos cuando los sacó de la
tierra de Egipto,
26 Y fueron y sirvieron a dioses
ajenos, e inclináronse a ellos,
dioses que no conocían, y que
ninguna cosa les habían dado:
27 Encendióse por tanto, el
furor del SEÑOR contra esta tie-
rra, para traer sobre ella todas

las maldiciones escritas en este
libro;
28 Y el SEÑOR los desarraigó de
su tierra con enojo, y con saña,
y con furor grande, y los echó a
otra tierra, como hoy.
29 Las cosas secretas pertenecen
al SEÑOR nuestro Dios: mas las
reveladas son para nosotros y
para nuestros hijos por siempre,
para que cumplamos todas las
palabras de esta ley.

CAPÍTULO 30

Y SERÁ que, cuando te sobre-
vinieren todas estas cosas, la
bendición y la maldición que he
puesto delante de ti, y volvieres
a tu corazón en medio de todas
las gentes a las cuales el SEÑOR
tu Dios te hubiere echado,
2 Y te convirtieres al SEÑOR tu
Dios, y obedecieres a su voz con-
forme a todo lo que yo te mando
hoy, tú y tus hijos, con todo tu
corazón y con toda tu alma,
3 El SEÑOR también volverá tus
cautivos, y tendrá misericordia
de ti, y tornará a recogerte de
todos los pueblos a los cuales te
hubiere esparcido el SEÑOR tu
Dios.
4 Si hubieres sido arrojado hasta
el cabo del cielo, de allí te reco-
gerá el SEÑOR tu Dios, y de allá
te tomará:
5 Y volverte ha el SEÑOR tu Dios
a la tierra que heredaron tus
padres, y la poseerás; y te hará
bien, y te multiplicará más que a
tus padres.
6 Y circuncidará el SEÑOR tu
Dios tu corazón, y el corazón de
tu simiente, para que ames al
SEÑOR tu Dios con todo tu cora-
zón y con toda tu alma, a fin de
que tú vivas.
7 Y pondrá el SEÑOR tu Dios
todas estas maldiciones sobre tus
enemigos, y sobre tus aborrece-
dores que te persiguieron.
8 Y tú volverás, y obedecerás la
voz del SEÑOR, y pondrás por
obra todos sus mandamientos,
que yo te intimo hoy.
9 Y hacerte ha el SEÑOR tu Dios
abundar en toda obra de tus
manos, en el fruto de tu vientre,
en el fruto de tu bestia, y en el
fruto de tu tierra, para bien: por-
que el SEÑOR volverá a gozarse
sobre ti para bien, de la manera
que se gozó sobre tus padres;
10 Cuando oyeres la voz del
SEÑOR tu Dios, para guardar sus
mandamientos y sus estatutos
escritos en este libro de la ley;
cuando te convirtieres al SEÑOR
tu Dios con todo tu corazón y
con toda tu alma.
11 Porque este mandamiento que
yo te intimo hoy, no te es encu-
bierto, ni está lejos:
12 No está en el cielo, para que
digas: ¿Quién subirá por noso-
tros al cielo, y nos lo traerá y nos
lo representará, para que lo cum-
plamos?
13 Ni está de la otra parte del mar,
para que digas: ¿Quién pasará
por nosotros el mar, para que
nos lo traiga y nos lo represente,
a fin de que lo cumplamos?
14 Porque muy cerca de ti está la
palabra, en tu boca y en tu cora-
zón, para que la cumplas.
15 Mira, yo he puesto delante de
ti hoy la vida y el bien, la muerte
y el mal:
16 Porque yo te mando hoy que
ames al SEÑOR tu Dios, que
andes en sus caminos, y guardes
sus mandamientos y sus estatu-
tos y sus derechos, para que vivas

y seas multiplicado, y el SEÑOR
tu Dios te bendiga en la tierra a
la cual entras para poseerla.
17 Mas si tu corazón se aparta-
re, y no oyeres, y fueres incitado,
y te inclinares a dioses ajenos, y
los sirvieres;
18 Protéstoos hoy que de cierto
pereceréis: no tendréis largos
días sobre la tierra, para ir a la
cual pasas el Jordán para poseer-
la.
19 Al cielo y la tierra llamo por
testigos hoy contra vosotros, que
os he puesto delante la vida y la
muerte, la bendición y la maldi-
ción: escoge pues la vida, porque
vivas tú y tu simiente:
20 Que ames al SEÑOR tu Dios,
que obedezcas su voz, y te alle-
gues a él; porque él es tu vida,
y la longitud de tus días; a fin
de que habites sobre la tierra
que juró el SEÑOR a tus padres
Abraham, Isaac, y Jacob, que les
había de dar.

CAPÍTULO 31

Y FUE Moisés, y habló estas pa-
labras a todo Israel,
2 Y díjoles: De edad de ciento
y veinte años soy hoy día; no
puedo más salir ni entrar: a más
de esto el SEÑOR me ha dicho:
No pasarás este Jordán.
3 El SEÑOR tu Dios, él pasa de-
lante de ti; él destruirá estas gen-
tes de delante de ti, y las here-
darás: Josué será el que pasará
delante de ti, como el SEÑOR ha
dicho.
4 Y hará el SEÑOR con ellos
como hizo con Sehón y con Og,
reyes de los Amorreos, y con su
tierra, que los destruyó.
5 Y los entregará el SEÑOR de-
lante de vosotros, y haréis con
ellos conforme a todo lo que os
he mandado.
6 Esforzaos y cobrad ánimo; no
temáis, ni tengáis miedo de ellos:
que el SEÑOR tu Dios es el que
va contigo: no te dejará, ni te
desamparará.
7 Y llamó Moisés a Josué, y díjo-
le a vista de todo Israel: Esfuér-
zate y anímate; porque tú entra-
rás con este pueblo a la tierra
que juró el SEÑOR a sus padres
que les había de dar, y tú se la
harás heredar.
8 Y el SEÑOR es el que va de-
lante de ti; él será contigo, no
te dejará, ni te desamparará; no
temas, ni te intimides.
9 Y escribió Moisés esta ley, y
dióla a los sacerdotes, hijos de
Leví, que llevaban el arca del
pacto del SEÑOR, y a todos los
ancianos de Israel.
10 Y mandóles Moisés, diciendo:
Al cabo del séptimo año, en el
año de la remisión, en la fiesta
de los tabernáculos,
11 Cuando viniere todo Israel a
presentarse delante del SEÑOR
tu Dios en el lugar que él esco-
giere, leerás esta ley delante de
todo Israel a oídos de ellos.
12 Harás congregar el pueblo,
varones y mujeres y niños, y
tus extranjeros que estuvieren
en tus ciudades, para que oigan
y aprendan, y teman al SEÑOR
vuestro Dios, y cuiden de poner
por obra todas las palabras de
esta ley:
13 Y los hijos de ellos que no su-
pieron oigan, y aprendan a temer
al SEÑOR vuestro Dios todos los
días que viviereis sobre la tierra,
para ir a la cual pasáis el Jordán
para poseerla.
14 Y el SEÑOR dijo a Moisés: He

aquí se han acercado tus días
para que mueras: llama a Josué,
y esperad en el tabernáculo de
la congregación, y le mandaré.
Fueron pues Moisés y Josué, y
esperaron en el tabernáculo de
la congregación.
15 Y aparecióse el SEÑOR en el
tabernáculo, en la columna de
nube; y la columna de nube se
puso sobre la puerta del taberná-
culo.
16 Y el SEÑOR dijo a Moisés: He
aquí tú vas a dormir con tus pa-
dres, y este pueblo se levantará
y fornicará tras los dioses ajenos
de la tierra adonde va, *en estando*
en medio de ella; y me dejará, e
invalidará mi pacto que he con-
certado con él:
17 Y mi furor se encenderá con-
tra él en aquel día; y los abando-
naré, y esconderé de ellos mi
rostro, y serán consumidos; y le
hallarán muchos males y angus-
tias, y dirá en aquel día: ¿No me
han hallado estos males porque
no está mi Dios en medio de mí?
18 Empero yo esconderé cierta-
mente mi rostro en aquel día,
por todo el mal que ellos habrán
hecho, por haberse vuelto a dio-
ses ajenos.
19 Ahora pues, escribíos este
cántico, y enséñalo a los hijos
de Israel: ponlo en boca de ellos,
para que este cántico me sea por
testigo contra los hijos de Israel.
20 Porque yo le introduciré en
la tierra que juré a sus padres, la
cual fluye leche y miel; y come-
rá y se hartará, y se engordará: y
volveránse a dioses ajenos, y les
servirán, y me enojarán, e invali-
darán mi pacto.
21 Y será que cuando le vinie-
ren muchos males y angustias,
entonces responderá en su cara
este cántico como testigo, pues
no caerá en olvido de la boca de
su linaje: porque yo conozco su
ingenio, y lo que hace hoy antes
que le introduzca en la tierra que
juré.
22 Y Moisés escribió este cántico
aquel día, y enseñólo a los hijos
de Israel.
23 Y dio orden a Josué hijo de
Nun, y dijo: Esfuérzate y aníma-
te, que tú meterás los hijos de Is-
rael en la tierra que les juré, y yo
seré contigo.
24 Y como acabó Moisés de es-
cribir las palabras de esta ley en
un libro hasta concluirse,
25 Mandó Moisés a los Levitas
que llevaban el arca del pacto
del SEÑOR, diciendo:
26 Tomad este libro de la ley,
y ponedlo al lado del arca del
pacto del SEÑOR vuestro Dios, y
esté allí por testigo contra ti.
27 Porque yo conozco tu rebe-
lión, y tu cerviz dura: he aquí
que aun viviendo yo hoy con
vosotros, sois rebeldes al SEÑOR;
y ¿cuánto más después que yo
fuere muerto?
28 Congregad a mí todos los
ancianos de vuestras tribus, y a
vuestros oficiales, y hablaré en
sus oídos estas palabras, y llama-
ré por testigos contra ellos el
cielo y la tierra.
29 Porque yo sé que después de
mi muerte, ciertamente os co-
rromperéis y os apartaréis del ca-
mino que os he mandado; y que
os ha de venir mal en los postre-
ros días, por haber hecho mal en
ojos del SEÑOR, enojándole con
la obra de vuestras manos.
30 Entonces habló Moisés en
oídos de toda la congregación de

Israel las palabras de este cántico
hasta acabarlo.

CAPÍTULO 32

INCLINAD oídos, oh cielos, y
hablaré; y oiga la tierra, las
palabras de mi boca.
2 Goteará como la lluvia mi doc-
trina; destilará como el rocío mi
palabra; como la llovizna sobre
la grama, y como los aguaceros
sobre la hierba:
3 Porque el nombre del SEÑOR
proclamaré: engrandeced a nues-
tro Dios.
4 *Él es* la Roca, cuya obra es per-
fecta, porque todos sus caminos
son justicia: Dios de verdad, y
ninguna iniquidad en él: es justo
y recto.
5 Ellos se han corrompido a sí
mismos; su mancha no *es la man-
cha* de sus hijos, *son* una genera-
ción torcida y perversa.
6 ¿Así pagáis al SEÑOR, pueblo
necio y no sabio? ¿No es él tu
Padre que te compró? Él te hizo
y te estableció.
7 Acuérdate de los días antiguos;
considerad los años de genera-
ción y generación: pregunta a tu
padre, que él te declarará; a tus
ancianos, y ellos te dirán.
8 Cuando el Altísimo repartió a
las naciones su herencia, cuan-
do hizo separarse a los hijos de
Adam, estableció los términos de
los pueblos según el número de
los hijos de Israel.
9 Porque la porción del SEÑOR
es su pueblo; Jacob la cuerda de
su heredad.
10 Hallólo en tierra de desierto,
y en desierto horrible y yermo;
trájolo alrededor, instruyólo,
guardólo como la niña de su ojo.
11 Como el águila despierta su
nidada, revolotea sobre sus po-
llos, extiende sus alas, los toma,
los lleva sobre sus plumas:
12 El SEÑOR solo le guió, que no
hubo con él dios ajeno.
13 Hízolo subir sobre las alturas
de la tierra, y comió los frutos
del campo, e hizo que chupase
miel de la roca, y aceite de la
roca pedernal;
14 Manteca de vacas y leche de
ovejas, con grosura de corderos,
y carneros de Basán; también
machos de cabrío, con grosura
de riñones de trigo: y sangre de
uva bebiste, vino puro.
15 Y engordó Jesurún, y tiró
coces: engordástete, engrosáste-
te, cubrístete: y dejó al Dios que
le hizo, y menospreció la Roca
de su salvación.
16 Despertáronle a celos con los
dioses ajenos; ensañáronle con
abominaciones.
17 Sacrificaron a los diablos, no a
Dios; a dioses que no habían co-
nocido, a nuevos *dioses* venidos
de cerca, que no habían temido
vuestros padres.
18 De la Roca que te engendró
te olvidaste: te has olvidado del
Dios que te formó.
19 Y vió*lo* el SEÑOR, y encen-
dióse en ira, por la provocación
de sus hijos y de sus hijas.
20 Y dijo: Esconderé de ellos mi
rostro, veré cuál será su postri-
mería: que son generación de
perversidades, hijos sin fe.
21 Ellos me movieron a celos con
lo que no es Dios; hiciéronme
ensañar con sus vanidades: yo
también los moveré a celos con
un pueblo que no *es* pueblo, con
gente insensata los haré ensañar.
22 Porque fuego se ha encendi-
do en mi furor, y arderá hasta

el más profundo del infierno; y
devorará la tierra y sus frutos, y
abrasará los fundamentos de los
montes.
23 Yo allegaré males sobre ellos;
emplearé en ellos mis saetas.
24 Consumidos *serán* de ham-
bre, y comidos de fiebre ardiente
y de amarga pestilencia; diente
de bestias enviaré también sobre
ellos, con veneno de serpiente de
la tierra.
25 De fuera desolará la espada, y
dentro de las cámaras el terror;
así al mancebo como a la virgen,
al que mama como al hombre
cano.
26 Dije: Echaríalos yo del mundo,
haría cesar de entre los hombres
la memoria de ellos,
27 Si no temiese la ira del ene-
migo, no sea que se envanezcan
sus adversarios, no sea que digan:
Nuestra mano alta ha hecho todo
esto, no el SEÑOR.
28 Porque son gente de perdidos
consejos, y no hay en ellos en-
tendimiento.
29 ¡Quiera Dios que fueran sa-
bios, que comprendieran esto,
que entendieran su postrimería!
30 ¿Cómo podría perseguir uno a
mil, y dos harían huir a diez mil,
si su Roca no los hubiese vendi-
do, y el SEÑOR no los hubiera
entregado?
31 Que la roca de ellos no es
como nuestra Roca: y nuestros
enemigos *sean de ello* jueces.
32 Porque de la vid de Sodoma
es la vid de ellos, y de los sar-
mientos de Gomorra: las uvas de
ellos son uvas ponzoñosas, raci-
mos muy amargos tienen.
33 Veneno de dragones es su
vino, y ponzoña cruel de áspides.
34 ¿No tengo yo esto guar-
dado, sellado en mis tesoros?
35 Mía es la venganza y el pago,
al tiempo que su pie vacilará;
porque el día de su aflicción está
cercano, y lo que les está prepa-
rado se apresura.
36 Porque el SEÑOR juzgará a su
pueblo, y por amor de sus siervos
se arrepentirá, cuando viere que
la fuerza pereció, y que no hay
guardado, ni desamparado.
37 Y dirá: ¿Dónde están sus dio-
ses, la roca en que se confiaban;
38 Que comían el sebo de sus
sacrificios, bebían el vino de sus
libaciones? Levántense, que os
ayuden y os defiendan.
39 Ved ahora que yo, yo soy, y
no hay dioses conmigo: yo hago
morir, y yo hago vivir: yo hiero,
y yo curo: y no hay quien pueda
librar de mi mano.
40 Porque Yo alzo al cielo mi
mano, y digo: Vivo Yo por siem-
pre.
41 Si afilare mi reluciente espa-
da, y mi mano arrebatare el jui-
cio, yo volveré la venganza a mis
enemigos, y daré el pago a los
que me aborrecen.
42 Embriagaré de sangre mis sae-
tas, y mi espada devorará carne:
en la sangre de los muertos y de
los cautivos, las cabezas con ven-
ganzas de enemigo.
43 Alabad, gentes, a su pueblo,
porque él vengará la sangre de
sus siervos, y volverá la vengan-
za a sus enemigos, y expiará su
tierra, a su pueblo.
44 Y vino Moisés, y recitó todas
las palabras de este cántico a
oídos del pueblo, él, y Josué hijo
de Nun.
45 Y acabó Moisés de recitar
todas estas palabras a todo Israel;
46 Y díjoles: Poned vuestro cora-

zón a todas las palabras que yo
os protesto hoy, para que las
mandéis a vuestros hijos, y cui-
den de poner por obra todas las
palabras de esta ley.
47 Porque no os es cosa vana,
mas es vuestra vida: y por ellas
haréis prolongar los días sobre la
tierra, para poseer la cual pasáis
el Jordán.
48 Y habló el SEÑOR a Moisés
aquel mismo día, diciendo:
49 Sube a este monte de Abarim,
al monte Nebo, que está en la tie-
rra de Moab, que está en derecho
de Jericó, y mira la tierra de Ca-
naán, que yo doy por heredad a
los hijos de Israel;
50 Y muere en el monte al cual
subes, y sé reunido a tus pueblos;
al modo que murió Aarón tu her-
mano en el monte de Hor, y fue
reunido a sus pueblos:
51 Por cuanto prevaricasteis
contra mí en medio de los hijos
de Israel en las aguas de la ren-
cilla de Cades, en el desierto de
Zin; porque no me santificasteis
en medio de los hijos de Israel.
52 Verás por tanto delante de ti
la tierra; mas no entrarás allá, a
la tierra que doy a los hijos de
Israel.

CAPÍTULO 33

Y ÉSTA es la bendición con la
cual bendijo Moisés varón de
Dios a los hijos de Israel, antes
que muriese.
2 Y dijo: el SEÑOR vino de Sinaí,
y de Seir les esclareció; resplan-
deció del monte de Parán, y vino
con diez mil santos: a su diestra
la ley de fuego para ellos.
3 Aun amó los pueblos; todos
sus santos en tu mano: ellos
también se sentaron a tus pies:
todos recibirán de tus palabras.
4 Ley nos mandó Moisés, here-
dad a la congregación de Jacob.
5 Y fue rey en Jesurún, cuando
se congregaron las cabezas del
pueblo con las tribus de Israel.
6 Viva Rubén, y no muera; y sean
sus varones en número.
7 Y esta *bendición* para Judá. Dijo
así: Oye, oh SEÑOR, la voz de
Judá, y llévalo a su pueblo; sus
manos le basten, y tú seas ayuda
contra sus enemigos.
8 Y a Leví dijo: Tu Tumim y tu
Urim, con tu buen varón, al cual
tentaste en Masah, y le hiciste
reñir en las aguas de la rencilla;
9 El que dijo a su padre y a su
madre: Nunca los vi: ni conoció
a sus hermanos, ni conoció a sus
hijos: por lo cual ellos guarda-
rán tus palabras, y observarán tu
pacto.
10 Ellos enseñarán tus juicios a
Jacob, y tu ley a Israel; pondrán
el perfume delante de ti, y la
ofrenda quemada sobre tu altar.
11 Bendice, oh SEÑOR, lo que
hicieren, y recibe con agrado
la obra de sus manos: hiere los
lomos de sus enemigos, y de los
que le aborrecieren; para que
nunca se levanten.
12 Y a Benjamín dijo: El amado
del SEÑOR habitará confiado
cerca de él; cubrirálo siempre, y
entre sus hombros morará.
13 Y a José dijo: Bendita del
SEÑOR su tierra, por los regalos
del cielo, por el rocío, y por el
abismo que abajo yace,
14 Y por los regalados frutos del
sol, y por los regalos de las in-
fluencias de las lunas,
15 Y por la cumbre de los montes
antiguos, y por los regalos de los
collados eternos,

16 Y por los regalos de la tierra
y su plenitud; y la gracia del que
habitó en la zarza venga sobre la
cabeza de José, y sobre la molle-
ra del apartado de sus hermanos.
17 Él es aventajado como el pri-
mogénito de su toro, y sus cuer-
nos, cuernos de unicornio: con
ellos acorneará los pueblos jun-
tos *hasta* los fines de la tierra:
y estos son los diez millares de
Efraím, y estos los millares de
Manasés.
18 Y a Zabulón dijo: Alégrate,
Zabulón, cuando salieres: y *tú,*
Isacar, en tus tiendas.
19 Llamarán los pueblos al monte;
allí sacrificarán sacrificios de
justicia: por lo cual chuparán la
abundancia de los mares, y los
tesoros escondidos de la arena.
20 Y a Gad dijo: Bendito el que
hizo ensanchar a Gad: como león
habitará, y arrebatará brazo y
testa.
21 Y él se ha provisto de la parte
primera, porque allí una porción
del legislador fuéle reservada, y
vino en la delantera del pueblo;
la justicia del SEÑOR ejecutará,
y sus juicios con Israel.
22 Y a Dan dijo: Dan, cachorro
de león: saltará desde Basán.
23 Y a Neftalí dijo: Neftalí, sacia-
do de benevolencia, y lleno de la
bendición del SEÑOR, posee el
occidente y el sur.
24 Y a Aser dijo: Bendito Aser en
hijos: agradable será a sus her-
manos, y mojará en aceite su pie.
25 Hierro y latón tu calzado, y
como tus días tu fortaleza.
26 No hay como el Dios de Je-
surún, montado sobre el cielo
para tu ayuda, y sobre las nubes
con su grandeza.
27 El eterno Dios es *tu* refugio, y
acá abajo los brazos eternos; él
echará de delante de ti al enemi-
go, y dirá: Destruye.
28 E Israel, fuente de Jacob, ha-
bitará confiado solo en tierra de
grano y de vino: también sus cie-
los destilarán rocío.
29 Bienaventurado tú, oh Israel,
¿quién como tú, pueblo salvo por
el SEÑOR, escudo de tu socorro,
y espada de tu excelencia? Así
que tus enemigos serán humilla-
dos, y tú hollarás sobre sus altu-
ras.

CAPÍTULO 34

Y SUBIÓ Moisés de los campos
de Moab al monte de Nebo,
a la cumbre de Pisga, que está
enfrente de Jericó: y mostróle el
SEÑOR toda la tierra de Galaad
hasta Dan,
2 Y a todo Neftalí, y la tierra de
Efraím y de Manasés, toda la tie-
rra de Judá hasta el mar postrero;
3 Y la parte meridional, y la cam-
piña, la vega de Jericó, ciudad
de las palmas, hasta Soar.
4 Y díjole el SEÑOR: Ésta *es* la
tierra de que juré a Abraham, a
Isaac, y a Jacob, diciendo: A tu
simiente la daré. Hételа hecho
ver con tus ojos, mas no pasarás
allá.
5 Y murió allí Moisés siervo del
SEÑOR, en la tierra de Moab,
conforme al dicho del SEÑOR.
6 Y enterrólo en el valle, en tie-
rra de Moab, enfrente de Bet-
peor; y ninguno sabe su sepulcro
hasta hoy.
7 Y era Moisés de edad de ciento
y veinte años cuando murió: sus
ojos nunca se oscurecieron, ni
perdió su vigor.
8 Y lloraron los hijos de Israel a
Moisés en los campos de Moab

treinta días: y así se cumplieron los días del lloro del luto de Moisés.
9 Y Josué hijo de Nun fue lleno de espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él: y los hijos de Israel le obedecieron, e hicieron como el SEÑOR mandó a Moisés.
10 Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido el SEÑOR cara a cara;
11 En todas las señales y prodigios que le envió el SEÑOR a hacer en tierra de Egipto a Faraón, y a todos sus siervos, y a toda su tierra;
12 Y en toda aquella mano esforzada, y en todo el espanto grande que causó Moisés a ojos de todo Israel.

El Libro de

JOSUÉ

CAPÍTULO 1

Y ACONTECIÓ después de la
muerte de Moisés siervo del
SEÑOR, que el SEÑOR habló a
Josué hijo de Nun, ministro de
Moisés, diciendo:
2 Mi siervo Moisés es muerto: levántate pues ahora, y pasa este
Jordán, tú y todo este pueblo, a
la tierra que yo les doy a los hijos
de Israel.
3 Yo os he entregado, como lo
había dicho a Moisés, todo lugar
que pisare la planta de vuestro
pie.
4 Desde el desierto y este Líbano
hasta el gran río Eufrates, toda la
tierra de los Heteos hasta la gran
mar del poniente del sol, será
vuestro término.
5 Nadie te podrá hacer frente en
todos los días de tu vida: como
yo fui con Moisés, seré contigo;
no te dejaré, ni te desampararé.
6 Esfuérzate y sé valiente: porque
tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra, de la cual juré a
sus padres que *la* daría a ellos.
7 Solamente te esfuerces, y seas
muy valiente, para cuidar de
hacer conforme a toda la ley que
mi siervo Moisés te mandó: no te
apartes de ella ni a diestra ni a
siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendieres.
8 El libro de aquesta ley nunca se
apartará de tu boca: antes de día
y de noche meditarás en él, para
que guardes y hagas conforme
a todo lo que en él está escrito:
porque entonces harás prosperar
tu camino, y todo te saldrá bien.
9 Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente: no temas
ni desmayes, porque el SEÑOR
tu Dios es contigo en donde quiera que fueres.
10 Y Josué mandó a los oficiales
del pueblo, diciendo:
11 Pasad por medio del campo, y
mandad al pueblo, diciendo: Preveníos de comida; porque dentro
de tres días pasaréis el Jordán,
para que entréis a poseer la tierra que el SEÑOR vuestro Dios os
da para que la poseáis.
12 También habló Josué a los Rubenitas y Gaditas, y a la media
tribu de Manasés, diciendo:
13 Acordaos de la palabra que
Moisés, siervo del SEÑOR, os
mandó diciendo: El SEÑOR vuestro Dios os ha dado reposo, y os
ha dado esta tierra.
14 Vuestras esposas y vuestros
niños y vuestras bestias, quedarán en la tierra que Moisés os ha
dado de esta parte del Jordán;
mas vosotros, todos los valientes y fuertes, pasaréis armados
delante de vuestros hermanos, y
les ayudaréis;
15 Hasta tanto que el SEÑOR
haya dado reposo a vuestros
hermanos como a vosotros, y
que ellos también posean la tierra que el SEÑOR vuestro Dios
les da: y después volveréis vosotros a la tierra de vuestra herencia, la cual Moisés siervo del
SEÑOR os ha dado, de esta parte
del Jordán hacia donde nace el
sol; y la poseeréis.

16 Entonces respondieron a Josué, diciendo: Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adonde quiera que nos mandares.
17 De la manera que obedecimos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti: solamente el SEÑOR tu Dios sea contigo, como fue con Moisés.
18 Cualquiera que fuere rebelde a tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todas las cosas que le mandares, que muera; solamente que te esfuerces, y seas valiente.

CAPÍTULO 2

Y JOSUÉ, hijo de Nun, envió desde Sitim dos espías secretamente, diciéndoles: Andad, reconoced la tierra, y a Jericó. Los cuales fueron, y entráronse en casa de una mujer ramera que se llamaba Rahab, y posaron allí.
2 Y fue dado aviso al rey de Jericó, diciendo: He aquí que hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche a espiar la tierra.
3 Entonces el rey de Jericó envió a decir a Rahab: Saca fuera los hombres que han venido a ti, y han entrado en tu casa; porque han venido a espiar toda la tierra.
4 Mas la mujer había tomado los dos hombres, y los había escondido; y dijo: Verdad que hombres vinieron a mí, mas no supe de dónde eran:
5 Y al cerrarse la puerta, siendo ya oscuro, esos hombres se salieron, y no sé a dónde se han ido: seguidlos apriesa, que los alcanzaréis.
6 Mas ella los había hecho subir al terrado, y habíalos escondido entre tascos de lino que en aquel terrado tenía puestos.
7 Y los hombres fueron tras ellos por el camino del Jordán, hasta los vados: y la puerta fue cerrada después que salieron los que tras ellos iban.
8 Mas antes que ellos durmiesen, ella subió a ellos al terrado, y díjoles:
9 Sé que el SEÑOR os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país están desmayados por causa de vosotros;
10 Porque hemos oído que el SEÑOR hizo secar las aguas del mar Bermejo delante de vosotros, cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los Amorreos que estaban de la parte allá del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruído.
11 Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más espíritu en alguno por causa de vosotros: porque el SEÑOR vuestro Dios es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra.
12 Ruégoos pues ahora, me juréis por el SEÑOR, que como he hecho misericordia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre, de lo cual me daréis una señal cierta;
13 Y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, y a mis hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte.
14 Y ellos le respondieron: Nuestra alma por vosotros hasta la muerte, si no denunciareis este nuestro negocio: y cuando el SEÑOR nos hubiere dado la tie-

rra, nosotros haremos contigo misericordia y verdad.
15 Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba a la pared del muro, y ella vivía en el muro.
16 Y díjoles: Marchaos al monte, porque los que fueron tras vosotros no os encuentren; y estad escondidos allí tres días, hasta que los que os siguen hayan vuelto; y después os iréis vuestro camino.
17 Y ellos le dijeron: Nosotros seremos desobligados de este juramento con que nos has conjurado.
18 He aquí, cuando nosotros entráremos en la tierra, tú atarás este cordón de grana a la ventana por la cual nos descolgaste: y tú juntarás en tu casa tu padre y tu madre, tus hermanos y toda la familia de tu padre.
19 Cualquiera que saliere fuera de las puertas de tu casa, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare.
20 Y si tú denunciares este nuestro negocio, nosotros seremos desobligados de este tu juramento con que nos has juramentado.
21 Y ella respondió: Sea así como habéis dicho. Luego los despidió, y se fueron: y ella ató el cordón de grana a la ventana.
22 Y caminando ellos, llegaron al monte, y estuvieron allí tres días, hasta que los que los seguían se hubiesen vuelto: y los que los siguieron, buscaron por todo el camino, mas no los hallaron.
23 Y tornándose los dos varones, descendieron del monte, y pasaron, y vinieron a Josué hijo de Nun, y contáronle todas las cosas que les habían acontecido.
24 Y dijeron a Josué: el SEÑOR ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país están desmayados delante de nosotros.

CAPÍTULO 3

Y LEVANTÓSE Josué de mañana, y partieron de Sitim, y vinieron hasta el Jordán, él y todos los hijos de Israel, y reposaron allí antes que pasasen.
2 Y pasados tres días, los oficiales atravesaron por medio del campo,
3 Y mandaron al pueblo, diciendo: Cuando viereis el arca del pacto del SEÑOR vuestro Dios, y los sacerdotes y Levitas que la llevan, vosotros partiréis de vuestro lugar, y marcharéis en pos de ella.
4 Empero entre vosotros y ella haya distancia como de la medida de dos mil codos: y no os acercaréis a ella, a fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir: por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino.
5 Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque el SEÑOR hará mañana entre vosotros maravillas.
6 Y habló Josué a los sacerdotes, diciendo: Tomad el arca del pacto, y pasad delante del pueblo. Y ellos tomaron el arca del pacto, y fueron delante del pueblo.
7 Entonces el SEÑOR dijo a Josué: Desde aqueste día comenzaré a hacerte grande delante de los ojos de todo Israel, para que entiendan que como fui

con Moisés, así seré contigo.
8 Tú, pues, mandarás a los sacer-
dotes que llevan el arca del pacto,
diciendo: Cuando hubiereis en-
trado hasta el borde del agua del
Jordán, pararéis en el Jordán.
9 Y Josué dijo a los hijos de Is-
rael: Llegaos acá, y escuchad las
palabras del SEÑOR vuestro Dios.
10 Y añadió Josué: En esto cono-
ceréis que el Dios viviente está
en medio de vosotros, y que él
echará de delante de vosotros al
Cananeo, y al Heteo, y al Heveo,
y al Ferezeo, y al Gergeseo, y al
Amorreo, y al Jebuseo.
11 He aquí, el arca del pacto del
Señoreador de toda la tierra pasa
el Jordán delante de vosotros.
12 Tomad, pues, ahora doce
hombres de las tribus de Israel,
de cada tribu un hombre.
13 Y cuando las plantas de los
pies de los sacerdotes que llevan
el arca del SEÑOR Señoreador
de toda la tierra, fueren asenta-
das sobre las aguas del Jordán,
las aguas del Jordán se partirán:
porque las aguas que vienen de
arriba se detendrán en un mon-
tón.
14 Y aconteció, que partiendo el
pueblo de sus tiendas para pasar
el Jordán, y los sacerdotes delan-
te del pueblo llevando el arca del
pacto,
15 Cuando los que llevaban el
arca entraron en el Jordán, así
como los pies de los sacerdotes
que llevaban el arca fueron mo-
jados a la orilla del agua, (porque
el Jordán suele reverter sobre
todos sus bordes todo el tiempo
de la siega,)
16 Las aguas que venían de arriba,
se pararon como en un montón
bien lejos de la ciudad de Adam,
que está al lado de Zaretán; y las
que descendían al mar de los lla-
nos, al mar Salado, se acabaron y
fueron partidas; y el pueblo pasó
en derecho de Jericó.
17 Mas los sacerdotes que lleva-
ban el arca del pacto del SEÑOR,
estuvieron en seco, firmes en
medio del Jordán, hasta que todo
el pueblo hubo acabado de pasar
el Jordán; y todo Israel pasó en
seco.

CAPÍTULO 4

Y CUANDO toda la gente hubo
acabado de pasar el Jordán, el
SEÑOR habló a Josué, diciendo:
2 Tomad del pueblo doce hom-
bres, de cada tribu un hombre,
3 Y mandadles, diciendo: Tomaos
de aquí del medio del Jordán, del
lugar donde están firmes los pies
de los sacerdotes, doce piedras,
las cuales pasaréis con vosotros,
y las asentaréis en el alojamiento
donde habéis de tener la noche.
4 Entonces Josué llamó a los
doce hombres, los cuales había
él ordenado de entre los hijos de
Israel, de cada tribu un hombre;
5 Y díjoles Josué: Pasad delan-
te del arca del SEÑOR vuestro
Dios al medio del Jordán; y cada
uno de vosotros tome una piedra
sobre su hombro, conforme al
número de las tribus de los hijos
de Israel;
6 Para que esto sea señal entre
vosotros; y cuando vuestros hijos
preguntaren a sus padres maña-
na, diciendo: ¿Qué os significan
estas piedras?
7 Les responderéis: Que las aguas
del Jordán fueron partidas delan-
te del arca del pacto del SEÑOR;
cuando ella pasó el Jordán, las
aguas del Jordán se partieron: y

estas piedras serán por memoria
a los hijos de Israel para siempre.
8 Y los hijos de Israel lo hicieron
así como Josué *les* mandó: que le-
vantaron doce piedras del medio
del Jordán, como el SEÑOR lo
había dicho a Josué, conforme al
número de las tribus de los hijos
de Israel, y pasáronlas consigo al
alojamiento, y las asentaron allí.
9 Josué también levantó doce
piedras en medio del Jordán, en
el lugar donde estuvieron los pies
de los sacerdotes que llevaban el
arca del pacto; y han estado allí
hasta hoy.
10 Y los sacerdotes que llevaban
el arca se pararon en medio del
Jordán, hasta tanto que se acabó
todo lo que el SEÑOR había man-
dado a Josué que hablase al pue-
blo, conforme a todas las cosas
que Moisés había a Josué man-
dado: y el pueblo se dio priesa
y pasó.
11 Y cuando todo el pueblo acabó
de pasar, pasó también el arca
del SEÑOR, y los sacerdotes, en
presencia del pueblo.
12 También los hijos de Rubén
y los hijos de Gad, y la media
tribu de Manasés, pasaron arma-
dos delante de los hijos de Israel,
según Moisés les había dicho:
13 Como cuarenta mil hombres
armados a punto pasaron hacia
la campiña de Jericó delante del
SEÑOR a la guerra.
14 En aquel día el SEÑOR en-
grandeció a Josué en ojos de
todo Israel: y temiéronle, como
habían temido a Moisés, todos
los días de su vida.
15 Y el SEÑOR habló a Josué, di-
ciendo:
16 Manda a los sacerdotes
que llevan el arca del testi-
monio, que suban del Jordán.
17 Y Josué mandó a los sacerdo-
tes, diciendo: Subid del Jordán.
18 Y aconteció que como los sa-
cerdotes que llevaban el arca del
pacto del SEÑOR, subieron del
medio del Jordán, y las plantas
de los pies de los sacerdotes estu-
vieron en seco, las aguas del Jor-
dán se volvieron a su lugar, co-
rriendo como antes sobre todos
sus bordes.
19 Y el pueblo subió del Jordán
el diez del mes primero, y asen-
taron el campo en Gilgal, al lado
oriental de Jericó.
20 Y Josué erigió en Gilgal las
doce piedras que habían traído
del Jordán.
21 Y habló a los hijos de Israel,
diciendo: Cuando mañana pre-
guntaren vuestros hijos a sus
padres, y dijeren: ¿Qué os signi-
fican estas piedras?
22 Declararéis a vuestros hijos,
diciendo: Israel pasó en seco por
este Jordán.
23 Porque el SEÑOR vuestro
Dios secó las aguas del Jordán
delante de vosotros, hasta que
habíais pasado, a la manera que
el SEÑOR vuestro Dios lo había
hecho en el mar Bermejo, al cual
secó delante de nosotros hasta
que pasamos:
24 Para que todos los pueblos de
la tierra conozcan la mano del
SEÑOR, que es fuerte; para que
temáis al SEÑOR vuestro Dios
todos los días.

CAPÍTULO 5

Y CUANDO todos los reyes de
los Amorreos, que estaban
de la otra parte del Jordán al
occidente, y todos los reyes de
los Cananeos, que estaban cerca

del mar, oyeron como el SEÑOR
había secado las aguas del Jor-
dán delante de los hijos de Israel
hasta que hubieron pasado, des-
falleció su corazón, y no hubo
más espíritu en ellos a causa de
los hijos de Israel.
2 En aquel tiempo el SEÑOR dijo
a Josué: Hazte cuchillos afilados,
y vuelve a circuncidar la segunda
vez a los hijos de Israel.
3 Y Josué se hizo cuchillos afila-
dos, y circuncidó a los hijos de
Israel en el monte de los prepu-
cios.
4 Ésta *es* la causa por la cual
Josué *los* circuncidó: todo el pue-
blo que había salido de Egipto,
los varones, todos los hombres
de guerra, habían muerto en el
desierto por el camino, después
que salieron de Egipto.
5 Porque todos los del pueblo
que habían salido, estaban cir-
cuncidados: mas todo el pueblo
que había nacido en el desierto
por el camino, después que salie-
ron de Egipto, no estaban circun-
cidados.
6 Porque los hijos de Israel andu-
vieron por el desierto cuarenta
años, hasta que toda la gente de
los hombres de guerra que ha-
bían salido de Egipto, fue consu-
mida, por cuanto no obedecieron
a la voz del SEÑOR; por lo cual
el SEÑOR les juró que no les de-
jaría ver la tierra, de la cual el
SEÑOR había jurado a sus padres
que nos la daría, tierra que fluye
leche y miel.
7 Y los hijos de ellos, que él había
hecho suceder en su lugar, Josué
los circuncidó; pues eran incir-
cuncisos, porque no habían sido
circuncidados por el camino.
8 Y cuando hubieron acabado de
circuncidar toda la gente, quedá-
ronse en el mismo lugar en el
campo, hasta que sanaron.
9 Y el SEÑOR dijo a Josué: Hoy
he quitado de vosotros el opro-
bio de Egipto: por lo cual el nom-
bre de aquel lugar fue llamado
Gilgal, hasta hoy.
10 Y los hijos de Israel asentaron
el campo en Gilgal, y celebraron
la pascua a los catorce días del
mes, por la tarde, en los llanos
de Jericó.
11 Y al otro día de la pascua co-
mieron del fruto de la tierra los
panes sin levadura, y en el mismo
día espigas nuevas tostadas.
12 Y el maná cesó el día siguien-
te, desde que comenzaron a
comer del fruto de la tierra: y los
hijos de Israel nunca más tuvie-
ron maná, sino que comieron de
los frutos de la tierra de Canaán
aquel año.
13 Y aconteció cuando Josué
estaba cerca de Jericó, alzó sus
ojos, y vio un varón que estaba
delante de él, el cual tenía una
espada desnuda en su mano. Y
Josué yéndose hacia él, le dijo:
¿Eres de los nuestros, o de nues-
tros enemigos?
14 Y él respondió: No; mas Prín-
cipe del ejército del SEÑOR
ahora he venido. Entonces Josué
postrándose sobre su rostro en
tierra le adoró; y díjole: ¿Qué
dice mi Señor a su siervo?
15 Y el Príncipe del ejército del
SEÑOR dijo a Josué: Quita tus
zapatos de tus pies; porque el
lugar donde estás de pie es santo.
Y Josué lo hizo así.

CAPÍTULO 6

EMPERO Jericó estaba cerrada,
bien cerrada, a causa de los

hijos de Israel: nadie salía ni en-
traba.
2 Mas el SEÑOR dijo a Josué:
Mira, yo he entregado en tu
mano a Jericó y a su rey, con sus
varones de guerra.
3 Cercaréis pues la ciudad todos
los hombres de guerra, yendo al-
rededor de la ciudad una vez: y
esto haréis seis días.
4 Y siete sacerdotes llevarán
siete bocinas de cuernos de car-
neros delante del arca; y al sép-
timo día daréis siete vueltas a la
ciudad, y los sacerdotes tocarán
las bocinas.
5 Y acontecerá cuando tocaren
prolongadamente el cuerno de
carnero, así que oyereis el soni-
do de la bocina, todo el pueblo
gritará a gran voz, y el muro de
la ciudad caerá a plomo: enton-
ces el pueblo subirá cada uno en
derecho de sí.
6 Y llamando Josué hijo de Nun
a los sacerdotes, les dijo: Llevad
el arca del pacto, y siete sacerdo-
tes lleven bocinas de cuernos
de carneros delante del arca del
SEÑOR.
7 Y dijo al pueblo: Pasad, y ro-
dead la ciudad; y los que están
armados pasarán delante del
arca del SEÑOR.
8 Y aconteció que cuando Josué
hubo hablado al pueblo, los siete
sacerdotes, llevando las siete
bocinas de cuernos de carneros,
pasaron delante del SEÑOR, y to-
caron las bocinas: y el arca del
pacto del SEÑOR los seguía.
9 Y los hombres armados iban de-
lante de los sacerdotes que toca-
ban las bocinas, y la retaguardia
iba detrás del arca, andando *los
sacerdotes* y tocando bocinas.
10 Y Josué mandó al pueblo, di-
ciendo: Vosotros no daréis grita,
ni se oirá vuestra voz, ni saldrá
palabra de vuestra boca, hasta el
día que yo os diga: Gritad: enton-
ces daréis grita.
11 El arca pues del SEÑOR dio
una vuelta alrededor de la ciu-
dad, y viniéronse al real, en el
cual tuvieron la noche.
12 Y Josué se levantó de mañana,
y los sacerdotes tomaron el arca
del SEÑOR.
13 Y los siete sacerdotes, llevan-
do las siete bocinas de cuernos
de carneros, fueron delante del
arca del SEÑOR, andando siem-
pre y tocando las bocinas; y los
armados iban delante de ellos, y
la retaguardia iba detrás del arca
del SEÑOR, andando *los sacer-
dotes* y tocando las bocinas.
14 Así dieron otra vuelta a la ciu-
dad el segundo día, y volviéron-
se al real: de esta manera hicie-
ron por seis días.
15 Y sucedió al séptimo día le-
vantáronse cuando subía el alba,
y dieron vuelta a la ciudad de la
misma manera siete veces: sola-
mente este día dieron vuelta al-
rededor de la ciudad siete veces.
16 Y como los sacerdotes hubie-
ron tocado las bocinas la séptima
vez, Josué dijo al pueblo: Dad
grita, porque el SEÑOR os ha
dado la ciudad.
17 Mas la ciudad será anatema
al SEÑOR, ella con todas las
cosas que están en ella: solamen-
te Rahab la ramera vivirá, con
todos los que estuvieren en casa
con ella, por cuanto escondió los
mensajeros que enviamos.
18 Empero guardaos cuidadosa-
mente vosotros del anatema,
no sea que hagáis anatema por
tomar algo del anatema; y hacer

anatema el campo de Israel, y lo
turbéis.
19 Mas toda la plata, y el oro, y
vasos de latón y de hierro, sea
consagrado al SEÑOR, y venga al
tesoro del SEÑOR.
20 Entonces el pueblo dio grita,
cuando *los sacerdotes* tocaron las
bocinas: y aconteció que cuando
el pueblo hubo oído el sonido de
la bocina, dio el pueblo grita con
gran vocerío, y el muro cayó a
plomo. El pueblo subió luego a la
ciudad, cada uno en derecho de
sí, y tomáronla.
21 Y destruyeron todo lo que
en la ciudad había; hombres y
mujeres, mozos y viejos, hasta
los bueyes, y ovejas, y asnos, a
filo de espada.
22 Mas Josué dijo a los dos hom-
bres que habían reconocido la
tierra: Entrad en casa de la mujer
ramera, y haced salir de allá a la
mujer, y a todo lo que fuere suyo,
como lo jurasteis.
23 Y los mancebos espías entra-
ron, y sacaron a Rahab, y a su
padre, y a su madre, y a sus her-
manos, y todo lo que era suyo; y
también sacaron a toda su paren-
tela, y pusiéronlos fuera del
campo de Israel.
24 Y consumieron con fuego la
ciudad, y todo lo que en ella
había: solamente pusieron en
el tesoro de la casa del SEÑOR
la plata, y el oro, y los vasos de
latón y de hierro.
25 Mas Josué salvó la vida a
Rahab la ramera, y a la casa de su
padre, y a todo lo que ella tenía:
y habitó ella entre los Israelitas
hasta hoy; por cuanto escondió
los mensajeros que Josué envió a
reconocer a Jericó.
26 Y en aquel tiempo Josué les
juramentó diciendo: Maldito
delante del SEÑOR el hombre
que se levantare y reedificare
esta ciudad de Jericó. En su pri-
mogénito eche sus cimientos, y
en su menor asiente sus puertas.
27 Fue pues el SEÑOR con Josué,
y su nombre se divulgó por toda
la tierra.

CAPÍTULO 7

EMPERO los hijos de Israel
cometieron prevaricación en
el anatema: porque Acán, hijo
de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de
Zera, de la tribu de Judá, tomó
del anatema; y la ira del SEÑOR
se encendió contra los hijos de
Israel.
2 Y Josué envió hombres desde
Jericó a Hai, que estaba junto
a Bet-aven hacia el oriente de
Betel; y hablóles diciendo: Subid,
y reconoced la tierra. Y ellos su-
bieron, y reconocieron a Hai.
3 Y volviendo a Josué, dijéron-
le: No suba todo el pueblo, mas
suban como dos mil o como tres
mil hombres, y tomarán a Hai:
no fatigues a todo el pueblo allí,
porque son pocos.
4 Y subieron allá del pueblo
como tres mil hombres, los cua-
les huyeron delante de los de Hai.
5 Y los de Hai hirieron de ellos
como treinta y seis hombres, y si-
guiéronlos desde la puerta hasta
Sebarim, y los rompieron en la
bajada: por lo que se disolvió el
corazón del pueblo, y vino a ser
como agua.
6 Entonces Josué rompió sus
vestidos, y postróse en tierra
sobre su rostro delante del arca
del SEÑOR hasta la tarde, él y
los ancianos de Israel; y echaron
polvo sobre sus cabezas.

7 Y Josué dijo: ¡Ah, Señor DIOS! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en las manos de los Amorreos, que nos destruyan? ¡Oh qué nos hubiéramos quedado de la otra parte del Jordán!
8 ¡Ay Señor! ¿qué diré, ya que Israel ha vuelto las espaldas delante de sus enemigos?
9 Porque los Cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos cercarán, y raerán nuestro nombre de sobre la tierra: entonces ¿qué harás tú a tu grande nombre?
10 Y el SEÑOR dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?
11 Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les había mandado; pues aun han tomado del anatema, y hasta han hurtado, y también han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres.
12 Por esto los hijos de Israel no podrán estar delante de sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán las espaldas; por cuanto han venido a ser anatema: ni seré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros.
13 Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana, porque el SEÑOR el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás estar delante de tus enemigos, hasta tanto que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros.
14 Os allegaréis, pues, mañana por vuestras tribus; y la tribu que el SEÑOR tomare, se allegará por sus familias; y la familia que el SEÑOR tomare, se allegará por sus casas; y la casa que el SEÑOR tomare, allegaráse por los varones;
15 Y el que fuere cogido en el anatema, será quemado a fuego, él y todo lo que tiene, por cuanto ha quebrantado el pacto del SEÑOR, y ha cometido maldad en Israel.
16 Josué, pues, levantándose de mañana, hizo allegar a Israel por sus tribus; y fue tomada la tribu de Judá;
17 Y haciendo allegar la tribu de Judá, fue tomada la familia de los de Zera; haciendo luego allegar la familia de los de Zera por los varones, fue tomado Zabdi;
18 E hizo allegar su casa por los varones, y fue tomado Acán, hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá.
19 Entonces Josué dijo a Acán: Hijo mío, da gloria ahora al SEÑOR el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.
20 Y Acán respondió a Josué, diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra el SEÑOR el Dios de Israel, y he hecho así y así:
21 Que vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un changote de oro de peso de cincuenta siclos; lo cual codicié, y tomé: y he aquí que está escondido debajo de tierra en el medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello.
22 Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello:

23 Y tomándolo de en medio de
la tienda, trajéronlo a Josué y a
todos los hijos de Israel, y pusié-
ronlo delante del SEÑOR.
24 Entonces Josué, y todo Israel
con él, tomó a Acán hijo de Zera,
y el dinero, y el manto, y el chan-
gote de oro, y sus hijos, y sus
hijas, y sus bueyes, y sus asnos,
y sus ovejas, y su tienda, y todo
cuanto tenía, y lleváronlo todo al
valle de Acor;
25 Y dijo Josué: ¿Por qué nos
has turbado? Túrbete el SEÑOR
en este día. Y todos los Israelitas
los apedrearon, y los quemaron
a fuego, después de apedrearlos
con piedras;
26 Y levantaron sobre él un gran
montón de piedras, hasta hoy. Y
el SEÑOR se tornó de la ira de
su furor. Y por esto fue llama-
do aquel lugar el Valle de Acor,
hasta hoy.

CAPÍTULO 8

Y EL SEÑOR dijo a Josué: No
temas, ni desmayes; toma
contigo toda la gente de guerra,
y levántate y sube a Hai. Mira, yo
he entregado en tu mano al rey
de Hai, y a su pueblo, a su ciu-
dad, y a su tierra.
2 Y harás a Hai y a su rey como
hiciste a Jericó y a su rey: sólo
que sus despojos y sus bestias
tomaréis para vosotros. Pondrás,
pues, emboscadas a la ciudad de-
trás de ella.
3 Y levantóse Josué, y toda la
gente de guerra, para subir con-
tra Hai: y escogió Josué treinta
mil hombres fuertes, los cuales
envió de noche.
4 Y mandóles, diciendo: Mirad,
pondréis emboscada a la ciudad
detrás de ella: no os alejaréis
mucho de la ciudad, y estaréis
todos apercibidos.
5 Y yo, y todo el pueblo que está
conmigo, nos acercaremos a la
ciudad; y cuando saldrán ellos
contra nosotros, como hicieron
antes, huiremos delante de ellos.
6 Y ellos saldrán tras nosotros,
hasta que los arranquemos de
la ciudad; porque ellos dirán:
Huyen de nosotros como la pri-
mera vez. Huiremos, pues, de-
lante de ellos.
7 Entonces vosotros os levanta-
réis de la emboscada, y os echa-
réis sobre la ciudad; pues el
SEÑOR vuestro Dios la entregará
en vuestras manos.
8 Y cuando la hubiereis tomado,
le prenderéis fuego. Haréis con-
forme a la palabra del SEÑOR.
Mirad que os lo he mandado.
9 Entonces Josué los envió; y
ellos se fueron a la emboscada,
y pusiéronse entre Betel y Hai,
al occidente de Hai: y Josué se
quedó aquella noche en medio
del pueblo.
10 Y levantándose Josué muy
de mañana, revistó al pueblo, y
subió él, con los ancianos de Is-
rael, delante del pueblo contra
Hai.
11 Y toda la gente de guerra que
con él estaba, subió, y acercóse,
y llegaron delante de la ciudad,
y asentaron el campo a la parte
del norte de Hai: y el valle estaba
entre él y Hai.
12 Y tomó como cinco mil hom-
bres, y púsolos en emboscada
entre Betel y Hai, a la parte occi-
dental de la ciudad.
13 Y el pueblo, todo el campo
que estaba a la parte del norte
de la ciudad, colocado ya cerca,
y su emboscada al occidente de

la ciudad, vínose Josué aquella
noche al medio del valle.
14 Lo cual como viese el rey de
Hai, levantóse prestamente de
mañana, y salió con la gente de
la ciudad contra Israel, él y todo
su pueblo, para combatir por
el llano al tiempo señalado, no
sabiendo que le estaba puesta
emboscada a las espaldas de la
ciudad.
15 Entonces Josué y todo Israel,
haciéndose vencidos, huyeron
delante de ellos por el camino
del desierto.
16 Y todo el pueblo que estaba en
Hai se juntó para seguirlos: y si-
guieron a Josué siendo así arran-
cados de la ciudad.
17 Y no quedó hombre en Hai y
Betel, que no saliera tras de Is-
rael; y por seguir a Israel dejaron
la ciudad abierta.
18 Entonces el SEÑOR dijo a
Josué: Levanta la lanza que tie-
nes en tu mano hacia Hai, por-
que yo la entregaré en tu mano.
Y Josué levantó hacia la ciudad
la lanza que en su mano tenía.
19 Y levantándose prestamente
de su lugar los que estaban en la
emboscada, corrieron luego que
él alzó su mano, y vinieron a la
ciudad, y la tomaron, y apresurá-
ronse a prenderle fuego.
20 Y como los de la ciudad mira-
ron atrás, observaron, y he aquí
el humo de la ciudad que subía al
cielo, y no tuvieron arbitrio para
huir ni a una parte ni a otra: y el
pueblo que iba huyendo hacia el
desierto, se volvió contra los que
le seguían.
21 Josué y todo Israel, viendo
que los de la emboscada ha-
bían tomado la ciudad, y que
el humo de la ciudad subía, tor-
naron, e hirieron a los de Hai.
22 Y los otros salieron de la ciu-
dad a su encuentro: y así fueron
encerrados en medio de Israel,
los unos de la una parte, y los
otros de la otra. Y los hirieron
hasta que no quedó ninguno de
ellos que escapase.
23 Y tomaron vivo al rey de Hai,
y trajéronle a Josué.
24 Y cuando los Israelitas acaba-
ron de matar a todos los mora-
dores de Hai en el campo, en el
desierto, donde ellos los habían
perseguido, y que todos habían
caído a filo de espada hasta ser
consumidos, todos los Israelitas
se tornaron a Hai, y también la
pusieron a espada.
25 Y el número de los que caye-
ron aquel día, hombres y muje-
res, fue doce mil, todos los de
Hai.
26 Y Josué no retrajo su mano
que había extendido con la lanza,
hasta que hubo destruído a todos
los moradores de Hai.
27 Empero los Israelitas tomaron
para sí las bestias y los despojos
de la ciudad, conforme a la pala-
bra del SEÑOR que él había man-
dado a Josué.
28 Y Josué quemó a Hai y redú-
jola a un montón perpetuo,
asolado hasta hoy.
29 Mas al rey de Hai colgó de un
madero hasta la tarde: y como
el sol se puso, mandó Josué que
quitasen del madero su cuerpo, y
lo echasen a la puerta de la ciu-
dad: y levantaron sobre él un
gran montón de piedras, hasta
hoy.
30 Entonces Josué edificó un
altar al SEÑOR Dios de Israel en
el monte de Ebal,
31 Como Moisés, siervo del

SEÑOR, lo había mandado a los hijos de Israel, como está escrito en el libro de la ley de Moisés, un altar de piedras enteras sobre las cuales nadie alzó hierro: y ofrecieron sobre él holocaustos al SEÑOR, y sacrificaron víctimas pacíficas.

32 También escribió allí en piedras la repetición de la ley de Moisés, la cual él había escrito delante de los hijos de Israel.

33 Y todo Israel, y sus ancianos, oficiales, y jueces, estaban de la una y de la otra parte junto al arca, delante de los sacerdotes Levitas que llevan el arca del pacto del SEÑOR; así extranjeros como naturales, la mitad de ellos estaba hacia el monte de Gerizim, y la otra mitad hacia el monte de Ebal; de la manera que Moisés, siervo del SEÑOR, lo había mandado antes, para que bendijesen primeramente al pueblo de Israel.

34 Después de esto, leyó todas las palabras de la ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la ley.

35 No hubo palabra alguna de todas las cosas que mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, mujeres y niños, y extranjeros que andaban entre ellos.

CAPÍTULO 9

Y ACONTECIÓ que como oyeron *estas cosas* todos los reyes que estaban de esta parte del Jordán, así en las montañas como en los llanos, y en toda la costa del gran mar delante del Líbano, los Heteos, Amorreos, Cananeos, Ferezeos, Heveos, y Jebuseos;

2 Juntáronse a una, de un acuerdo, para pelear contra Josué e Israel.

3 Mas los moradores de Gabaón, como oyeron lo que Josué había hecho a Jericó y a Hai,

4 Ellos usaron también de astucia; pues fueron y fingiéronse embajadores, y tomaron sacos viejos sobre sus asnos, y cueros viejos de vino, rotos y remendados,

5 Y zapatos viejos y recosidos en sus pies, con vestidos viejos sobre sí; y todo el pan que traían para el camino, seco y mohoso.

6 Así vinieron a Josué al campo en Gilgal, y dijéronle a él y a los de Israel: Nosotros venimos de tierra muy lejana: haced pues ahora con nosotros alianza.

7 Y los de Israel respondieron a los Heveos: Quizás vosotros habitáis en medio de nosotros: ¿cómo pues podremos nosotros hacer pacto con vosotros?

8 Y ellos respondieron a Josué: Nosotros somos tus siervos. Y Josué les dijo: ¿Quién sois vosotros y de dónde venís?

9 Y ellos respondieron: Tus siervos han venido de muy lejanas tierras, por la fama del SEÑOR tu Dios; porque hemos oído su fama, y todas las cosas que hizo en Egipto,

10 Y todo lo que hizo a los dos reyes de los Amorreos que estaban de la otra parte del Jordán; a Sehón rey de Hesbón, y a Og rey de Basán, que estaba en Astarot.

11 Por lo cual nuestros ancianos y todos los moradores de nuestra tierra nos dijeron: Tomad en vuestras manos provisión para el camino, e id al encuentro de ellos, y decidles: Nosotros somos

vuestros siervos, y haced ahora con nosotros alianza.
12 Este nuestro pan tomamos caliente de nuestras casas para el camino el día que salimos para venir a vosotros; y helo aquí ahora que está seco y mohoso:
13 Estos cueros de vino también los henchimos nuevos; helos aquí ya rotos: también estos nuestros vestidos y nuestros zapatos están ya viejos a causa de lo muy largo del camino.
14 Y los hombres *de Israel* tomaron de su provisión del camino, y no preguntaron a la boca del SEÑOR.
15 Y Josué hizo paz con ellos, y concertó con ellos que les dejaría la vida: también los príncipes de la congregación les juraron.
16 Pasados tres días después que hicieron con ellos el concierto, oyeron como eran sus vecinos, y que habitaban en medio de ellos.
17 Y partiéronse los hijos de Israel, y al tercer día llegaron a sus ciudades: y sus ciudades eran Gabaón, Cefira, Beerot, y Quiriat-jearim.
18 Y no los hirieron los hijos de Israel, por cuanto los príncipes de la congregación les habían jurado por el SEÑOR el Dios de Israel. Y toda la congregación murmuraba contra los príncipes.
19 Mas todos los príncipes respondieron a toda la congregación: Nosotros les hemos jurado por el SEÑOR Dios de Israel; por tanto, ahora no les podemos tocar.
20 Esto haremos con ellos: les dejaremos vivir, porque no venga ira sobre nosotros a causa del juramento que les hemos hecho.
21 Y los príncipes les dijeron: Vivan; mas sean leñadores y aguadores para toda la congregación, como los príncipes les han dicho.
22 Y llamándolos Josué, les habló diciendo: ¿Por qué nos habéis engañado, diciendo: Habitamos muy lejos de vosotros; una vez que moráis en medio de nosotros?
23 Vosotros pues ahora sois malditos, y no faltará de vosotros siervo, y quien corte la leña y saque el agua para la casa de mi Dios.
24 Y ellos respondieron a Josué, y dijeron: Como fue dado a entender a tus siervos, que el SEÑOR tu Dios había mandado a Moisés su siervo que os había de dar toda la tierra, y que había de destruir todos los moradores de la tierra delante de vosotros, por esto temimos en gran manera de vosotros por nuestras vidas, e hicimos esto.
25 Ahora pues, henos aquí en tu mano: lo que te pareciere bueno y recto hacer de nosotros, hazlo.
26 Y él lo hizo así; que los libró de la mano de los hijos de Israel, para que no los matasen.
27 Y constituyólos Josué aquel día por leñadores y aguadores para la congregación y para el altar del SEÑOR, en el lugar que él escogiese: *lo que son* hasta hoy.

CAPÍTULO 10

Y COMO Adonisedec rey de Jerusalem oyó que Josué había tomado a Hai, y que la habían asolado, (como había hecho a Jericó y a su rey, así hizo a Hai y a su rey;) y que los moradores de Gabaón habían hecho paz con los Israe-

litas, y que estaban entre ellos;
2 Tuvieron muy gran temor; porque Gabaón era una gran ciudad, como una de las ciudades reales, y mayor que Hai, y todos sus hombres fuertes.
3 Envió pues a decir Adonisedec rey de Jerusalem, a Oham rey de Hebrón, y a Piream rey de Jerimot, y a Jafía rey de Laquis, y a Debir rey de Eglón:
4 Subid a mí, y ayudadme, y combatamos a Gabaón: porque ha hecho paz con Josué y con los hijos de Israel.
5 Y cinco reyes de los Amorreos, el rey de Jerusalem, el rey de Hebrón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis, el rey de Eglón, se juntaron y subieron, ellos con todos sus ejércitos, y asentaron campo sobre Gabaón, y pelearon contra ella.
6 Y los moradores de Gabaón enviaron a decir a Josué al campo en Gilgal: No encojas tus manos de tus siervos; sube prestamente a nosotros para guardarnos y ayudarnos: porque todos los reyes de los Amorreos que habitan en las montañas, se han juntado contra nosotros.
7 Y subió Josué de Gilgal, él y todo el pueblo de guerra con él, y todos los hombres valientes.
8 Y el SEÑOR dijo a Josué: No tengas temor de ellos: porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos parará delante de ti.
9 Y Josué vino a ellos de repente, toda la noche subió desde Gilgal.
10 Y el SEÑOR los turbó delante de Israel, e hiriólos con gran mortandad en Gabaón: y siguiólos por el camino que sube a Bet-horón, e hiriólos hasta Azeca y Maceda.
11 Y como iban huyendo de los Israelitas, a la bajada de Bet-horón, el SEÑOR echó sobre ellos del cielo grandes piedras hasta Azeca, y murieron: muchos más murieron de las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel habían muerto a espada.
12 Entonces Josué habló al SEÑOR el día que el SEÑOR entregó al Amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los Israelitas: Sol, detente en Gabaón; Y tú, Luna, en el valle de Ajalón.
13 Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está aquesto escrito en el libro de Jasher? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.
14 Y nunca fue tal día antes ni después de aquél, habiendo atendido el SEÑOR a la voz de un hombre: porque el SEÑOR peleaba por Israel.
15 Y Josué, y todo Israel con él, volvíase al campo en Gilgal.
16 Pero los cinco reyes huyeron, y se escondieron en una cueva en Maceda.
17 Y fue dicho a Josué que los cinco reyes habían sido hallados en una cueva en Maceda.
18 Entonces Josué dijo: Rodad grandes piedras a la boca de la cueva, y poned hombres junto a ella que los guarden;
19 Y vosotros no os paréis, sino seguid a vuestros enemigos, y heridles la retaguardia, sin dejarles entrar en sus ciudades; porque el SEÑOR vuestro Dios los ha entregado en vuestra mano.
20 Y aconteció que como Josué y los hijos de Israel hubieron aca-

bado de herirlos con mortandad
muy grande, hasta destruirlos,
los que quedaron de ellos se me-
tieron en las ciudades fuertes.
21 Y todo el pueblo se volvió
salvo al campo a Josué en Ma-
ceda; que no hubo quien movie-
se su lengua contra los hijos de
Israel.
22 Entonces dijo Josué: Abrid la
boca de la cueva, y sacadme de
ella a estos cinco reyes.
23 E hiciéronlo así, y sacáronle
de la cueva aquellos cinco reyes:
al rey de Jerusalem, al rey de He-
brón, al rey de Jerimot, al rey de
Laquis, al rey de Eglón.
24 Y cuando hubieron sacado
estos reyes a Josué, llamó Josué
a todos los varones de Israel, y
dijo a los principales de la gente
de guerra que habían venido con
él: Llegad y poned vuestros pies
sobre los pescuezos de aques-
tos reyes. Y ellos se llegaron, y
pusieron sus pies sobre los pes-
cuezos de ellos.
25 Y Josué les dijo: No temáis,
ni os atemoricéis; sed fuertes
y valientes: porque así hará el
SEÑOR a todos vuestros enemi-
gos contra los cuales peleáis.
26 Y después de esto Josué los
hirió y los mató, e hízolos colgar
en cinco maderos: y quedaron
colgados en los maderos hasta la
tarde.
27 Y cuando el sol se iba a poner,
mandó Josué que los quitasen de
los maderos, y los echasen en la
cueva donde se habían escondi-
do: y pusieron grandes piedras a
la boca de la cueva, hasta hoy.
28 En aquel mismo día tomó
Josué a Maceda, y la puso a es-
pada, y mató a su rey; a ellos y
a todo lo que en ella tenía vida,
sin quedar nada: mas al rey de
Maceda hizo como había hecho
al rey de Jericó.
29 Y de Maceda pasó Josué, y
todo Israel con él, a Libna; y
peleó contra Libna:
30 Y el SEÑOR la entregó tam-
bién a ella, y a su rey, en manos
de Israel; y metióla a filo de es-
pada, con todo lo que en ella
había vivo, sin quedar nada: mas
a su rey hizo de la manera que
había hecho al rey de Jericó.
31 Y Josué, y todo Israel con él,
pasó de Libna a Laquis, y puso
campo contra ella, y combatióla:
32 Y el SEÑOR entregó a Laquis
en mano de Israel, y tomóla al
día siguiente, y metióla a espa-
da, con todo lo que en ella había
vivo, como había hecho en Libna.
33 Entonces Horam, rey de Gezer,
subió en ayuda de Laquis; mas a
él y a su pueblo hirió Josué, hasta
no quedar ninguno de ellos.
34 De Laquis pasó Josué, y todo
Israel con él, a Eglón: y pusieron
campo contra ella, y combatié-
ronla:
35 Y la tomaron el mismo día, y
metiéronla a espada; y aquel día
mató a todo lo que en ella había
vivo, como había hecho en La-
quis.
36 Subió luego Josué, y todo Is-
rael con él, de Eglón a Hebrón, y
combatiéronla;
37 Y tomándola, la metieron a
espada, a su rey y a todas sus
ciudades, con todo lo que en
ella había vivo, sin quedar nada:
como habían hecho a Eglón, así
la destruyeron con todo lo que
en ella había vivo.
38 Y volviéndose Josué, y todo
Israel con él, sobre Debir, com-
batióla;

39 Y tomóla, y a su rey, y a todas
sus villas; y metiéronlos a espa-
da, y destruyeron todo lo que allí
dentro había vivo, sin quedar
nada: como había hecho a He-
brón, así hizo a Debir y a su rey;
y como había hecho a Libna y a
su rey.
40 Hirió pues Josué toda la re-
gión de las montañas, y del sur, y
de los llanos, y de las cuestas, y a
todos sus reyes, sin quedar nada;
todo lo que tenía vida mató, al
modo que el SEÑOR Dios de Is-
rael lo había mandado.
41 E hiriólos Josué desde Cades-
barnea hasta Gaza, y toda la tie-
rra de Gosén hasta Gabaón.
42 Todos estos reyes y sus tierras
tomó Josué de una vez; porque
el SEÑOR el Dios de Israel pelea-
ba por Israel.
43 Y tornóse Josué, y todo Israel
con él, al campo en Gilgal.

CAPÍTULO 11

OYENDO esto Jabín rey de
Hasor, envió *mensaje* a
Jobab rey de Madón, y al rey de
Simrom, y al rey de Acsaf,
2 Y a los reyes que estaban a la
parte del norte en las montañas,
y en el llano al sur de Cineret, y
en los llanos, y en las regiones de
Dor al occidente;
3 Y al Cananeo que estaba al
oriente y al occidente, y al Amo-
rreo, y al Heteo, y al Ferezeo, y
al Jebuseo en las montañas, y al
Heveo debajo de Hermón en tie-
rra de Mizpa.
4 Éstos salieron, y con ellos todos
sus ejércitos, pueblo mucho en
gran manera, como la arena que
está a la orilla del mar, con gran
muchedumbre de caballos y ca-
rros.
5 Todos estos reyes se juntaron,
y viniendo reunieron los campos
junto a las aguas de Merom, para
pelear contra Israel.
6 Mas el SEÑOR dijo a Josué: No
tengas temor de ellos, que ma-
ñana a esta hora yo entregaré a
todos éstos, muertos delante de
Israel: a sus caballos desjarreta-
rás, y sus carros quemarás al
fuego.
7 Y vino Josué, y con él todo el
pueblo de guerra, contra ellos, y
dio de repente sobre ellos junto a
las aguas de Merom.
8 Y entrególos el SEÑOR en
manos de Israel, los cuales los
hirieron y siguieron hasta Sidón
la grande, y hasta las aguas ca-
lientes, y hasta el llano de Mizpa
al oriente, hiriéndolos hasta que
no les dejaron ninguno.
9 Y Josué hizo con ellos como el
SEÑOR le había mandado: des-
jarretó sus caballos, y sus carros
quemó al fuego.
10 Y tornándose Josué, tomó en
el mismo tiempo a Hasor, e hirió
a espada a su rey: la cual Hasor
había sido antes cabeza de todos
estos reinos.
11 E hirieron a espada todo cuan-
to en ella había vivo, destruyen-
do y no dejando cosa con vida; y
a Hasor pusieron a fuego.
12 Asimismo tomó Josué todas
las ciudades de aquestos reyes, y
a todos los reyes de ellas, y los
metió a espada, y los destruyó,
como Moisés siervo del SEÑOR
lo había mandado.
13 Empero todas las ciudades
que estaban en sus cabezos, no
las quemó Israel, sacando a sola
Hasor, la cual quemó Josué.
14 Y los hijos de Israel tomaron
para sí todos los despojos y bes-

tias de aquestas ciudades: pero a
todos los hombres metieron a espada hasta destruirlos, sin dejar
alguno con vida.
15 De la manera que el SEÑOR lo
había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué:
y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que el SEÑOR
había mandado a Moisés.
16 Tomó pues Josué toda aquella tierra, las montañas, y toda la
región del sur, y toda la tierra de
Gosén, y los bajos y los llanos, y
la montaña de Israel y sus valles.
17 Desde el monte de Halac, que
sube hasta Seir, hasta Baal-gad
en la llanura del Líbano, a las
raíces del monte Hermón: tomó
asimismo todos sus reyes, los
cuales hirió y mató.
18 Por muchos días tuvo guerra
Josué con estos reyes.
19 No hubo ciudad que hiciese
paz con los hijos de Israel, sacados los Heveos, que moraban en
Gabaón: todo lo tomaron por
guerra.
20 Porque esto vino del SEÑOR,
que endurecía el corazón de
ellos para que resistiesen con
guerra a Israel, para destruirlos,
y que no les fuese hecha misericordia, antes fuesen desarraigados, como el SEÑOR lo había
mandado a Moisés.
21 También en el mismo tiempo
vino Josué y destruyó los Anaceos de los montes, de Hebrón,
de Debir, y de Anab, y de todos
los montes de Judá, y de todos
los montes de Israel: Josué los
destruyó a ellos y a sus ciudades.
22 Ninguno de los Anaceos quedó
en la tierra de los hijos de Israel;
solamente quedaron en Gaza, en
Gat, y en Asdod.
23 Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que el
SEÑOR había dicho a Moisés; y
entrególa Josué a los Israelitas
por herencia, conforme a sus repartimientos de sus tribus: y la
tierra reposó de guerra.

CAPÍTULO 12

ÉSTOS *son* los reyes de la
tierra que los hijos de Israel
hirieron, y cuya tierra poseyeron de la otra parte del Jordán
al nacimiento del sol, desde el
arroyo de Arnón hasta el monte
Hermón, y toda la llanura oriental:
2 Sehón rey de los Amorreos, que
habitaba en Hesbón, y señoreaba
desde Aroer, que está a la ribera
del arroyo de Arnón, y desde en
medio del arroyo, y la mitad de
Galaad, hasta el arroyo Jaboc, el
término de los hijos de Amón;
3 Y desde la campiña hasta el
mar de Cineret, al oriente; y
hasta el mar de la llanura, el mar
Salado, al oriente, por el camino
de Bet-jesimot; y desde el sur debajo de las vertientes del Pisga.
4 Y los términos de Og rey de
Basán, que había quedado de los
gigantes, el cual habitaba en Astarot y en Edrei,
5 Y señoreaba en el monte de
Hermón, y en Salca, y en todo
Basán hasta los términos de
Gesur y de Maacati, y la mitad
de Galaad, término de Sehón rey
de Hesbón.
6 A estos hirieron Moisés siervo
del SEÑOR y los hijos de Israel;
y Moisés siervo del SEÑOR dio
aquella tierra en posesión a los
Rubenitas, Gaditas, y a la media
tribu de Manasés.
7 Y estos son los reyes de la tierra

que hirió Josué con los hijos de
Israel, de esta parte del Jordán al
occidente, desde Baal-gad en el
llano del Líbano hasta el monte
de Halac que sube a Seir; la cual
tierra dio Josué en posesión a las
tribus de Israel, conforme a sus
repartimientos;
8 En montes y en valles, en llanos y en vertientes, en el desierto y en el sur; el Heteo, y el Amorreo, y el Cananeo, y el Ferezeo, y el Heveo, y el Jebuseo.
9 El rey de Jericó, uno; el rey de Hai, que está al lado de Betel, otro;
10 El rey de Jerusalem, otro; el rey de Hebrón, otro;
11 El rey de Jarmut, otro; el rey de Laquis, otro;
12 El rey de Eglón, otro; el rey de Gezer, otro;
13 El rey de Debir, otro; el rey de Geder, otro;
14 El rey de Horma, otro; el rey de Arad, otro;
15 El rey de Libna, otro; el rey de Adulam, otro;
16 El rey de Maceda, otro; el rey de Betel, otro;
17 El rey de Tapúa, otro; el rey de Hefer, otro;
18 El rey de Afec, otro; el rey de Lasarón, otro;
19 El rey de Madón, otro; el rey de Hasor, otro;
20 El rey de Simrom-meron, otro; el rey de Acsaf, otro;
21 El rey de Taanac, otro; el rey de Meguido, otro;
22 El rey de Kedes, otro; el rey de Jocneam de Carmel, otro;
23 El rey de Dor, de la provincia de Dor, otro; el rey de las naciones de Gilgal, otro;
24 El rey de Tirsa, otro; treinta y un reyes en todo.

CAPÍTULO 13

Y SIENDO Josué ya viejo, entrado en días, el SEÑOR le dijo: Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún muy mucha tierra por poseer.
2 Ésta *es* la tierra que queda: todos los términos de los Filisteos, y toda Gesur;
3 Desde Sihor, que está delante de Egipto, hasta el término de Ecrón al norte, repútase de los Cananeos: cinco provincias de los Filisteos; los Gazeos, Asdodios, Ascalonitas, Geteos, y Ecronitas; y los Heveos;
4 Desde el sur toda la tierra de los Cananeos, y Mehara que es de los Sidonios, hasta Afec, hasta el término del Amorreo;
5 Y la tierra de los Gibleos, y todo el Líbano hacia donde sale el sol, desde Baal-gad a las raíces del monte Hermón, hasta entrar en Hamat;
6 Todos los que habitan en las montañas desde el Líbano hasta las aguas calientes, todos los Sidonios; yo los desarraigaré delante de los hijos de Israel: solamente repartirás tú por suerte el *país* a los Israelitas por heredad como te he mandado.
7 Parte, pues, tú ahora esta tierra en heredad a las nueve tribus, y a la media tribu de Manasés.
8 Porque la otra media recibió su heredad con los Rubenitas y Gaditas, la cual les dio Moisés de la otra parte del Jordán al oriente, según que se la dio Moisés siervo del SEÑOR:
9 Desde Aroer, que está a la orilla del arroyo de Arnón, y la ciudad que está en medio del arroyo, y toda la campiña de Medeba, hasta Dibón;

10 Y todas las ciudades de Sehón rey de los Amorreos, el cual reinó en Hesbón, hasta los términos de los hijos de Amón;
11 Y Galaad, y los términos de Gesur y de Maacati, y todo el monte de Hermón, y toda la tierra de Basán hasta Salca:
12 Todo el reino de Og en Basán, el cual reinó en Astarot y Edrei, el cual había quedado del residuo de los gigantes; pues Moisés los hirió, y echó.
13 Mas a los de Gesur y Maacati no echaron los hijos de Israel; antes los Gesuritas y los Maacatitas habitaron entre los Israelitas hasta hoy.
14 Empero a la tribu de Leví no dio heredad: las ofrendas hechas por fuego del SEÑOR Dios de Israel son su heredad, como él les había dicho.
15 Dio, pues, Moisés a la tribu de los hijos de Rubén conforme a sus familias:
16 Y fue el término de ellos desde Aroer, que está a la orilla del arroyo de Arnón, y la ciudad que está en medio del arroyo, y toda la campiña, hasta Medeba;
17 Hesbón, con todas sus villas que están en la llanura; Dibón, y Bamot-baal, y Bet-baal-meón;
18 Y Jaas, y Kedemot, y Mefaat,
19 Y Quiriataim, y Sibma, y Zeretsahar en el monte del valle;
20 Y Bet-peor, y Asdot-pisga, y Bet-jesimot;
21 Y todas las ciudades de la campiña, y todo el reino de Sehón rey de los Amorreos, que reinó en Hesbón, al cual hirió Moisés, y a los príncipes de Madián, Hevi, Recem, y Zur, y Hur, y Reba, príncipes de Sehón que habitaban en aquella tierra.
22 También mataron a espada los hijos de Israel a Balaam adivino, hijo de Beor, con los demás que mataron.
23 Y fueron los términos de los hijos de Rubén el Jordán con su término. Ésta *fue* la herencia de los hijos de Rubén conforme a sus familias, estas ciudades con sus villas.
24 Dio asimismo Moisés a la tribu de Gad, a los hijos de Gad, conforme a sus familias.
25 Y el término de ellos fue Jacer, y todas las ciudades de Galaad, y la mitad de la tierra de los hijos de Amón hasta Aroer, que está delante de Rabá.
26 Y desde Hesbón hasta Ramat-mispe, y Betonim; y desde Mahanaim hasta el término de Debir:
27 Y la campiña de Bet-aram, y Bet-nimra, y Sucot, y Safón, resto del reino de Sehón, rey en Hesbón: el Jordán y su término hasta el cabo del mar de Cineret de la otra parte del Jordán al oriente.
28 Ésta *es* la herencia de los hijos de Gad, por sus familias, estas ciudades con sus villas.
29 También dio Moisés *herencia* a la media tribu de Manasés: y fue de la media tribu de los hijos de Manasés, conforme a sus familias.
30 El término de ellos fue desde Mahanaim, todo Basán, todo el reino de Og rey de Basán, y todas las aldeas de Jair que están en Basán, sesenta poblaciones.
31 *Dióse* además la mitad de Galaad, y Astarot, y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán, a los hijos de Maquir, hijo de Manasés, a la mitad de los hijos de

Maquir conforme a sus familias.
32 Esto es lo que Moisés repartió en heredad en los llanos de Moab, de la otra parte del Jordán de Jericó, al oriente.
33 Mas a la tribu de Leví no dio Moisés heredad: el SEÑOR Dios de Israel es la heredad de ellos como él les había dicho.

CAPÍTULO 14

ESTO pues es lo que los hijos de Israel tomaron por heredad en la tierra de Canaán, lo cual les repartieron Eleazar sacerdote, y Josué hijo de Nun, y los principales de los padres de las tribus de los hijos de Israel.
2 Por suerte *dióseles* su heredad, como el SEÑOR lo había mandado por Moisés, que diese a las nueve tribus, y a la media tribu.
3 Porque a las dos tribus, y a la media tribu, les había Moisés dado heredad de la otra parte del Jordán: mas a los Levitas no dio heredad entre ellos.
4 Porque los hijos de José fueron dos tribus, Manasés y Efraím: y no dieron parte a los Levitas en la tierra, sino ciudades en que morasen, con sus ejidos para sus ganados y rebaños.
5 De la manera que el SEÑOR lo había mandado a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel en el repartimiento de la tierra.
6 Y los hijos de Judá vinieron a Josué en Gilgal; y Caleb, hijo de Jefone Cenezeo, le dijo: Tú sabes lo que el SEÑOR dijo a Moisés, varón de Dios, en Cades-barnea, tocante a mí y a ti.
7 Yo era de edad de cuarenta años, cuando Moisés siervo del SEÑOR me envió de Cades-barnea a reconocer la tierra; y yo le referí el negocio como lo tenía en mi corazón:
8 Mas mis hermanos, los que habían subido conmigo, menguaron el corazón del pueblo; empero yo cumplí siguiendo al SEÑOR mi Dios.
9 Entonces Moisés juró, diciendo: Ciertamente la tierra que holló tu pie será para ti, y para tus hijos en herencia perpetua: por cuanto cumpliste siguiendo al SEÑOR mi Dios.
10 Ahora bien, el SEÑOR me ha hecho vivir, como él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el tiempo que el SEÑOR habló estas palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto: y ahora, he aquí, y hoy día de ochenta y cinco años:
11 Pero aun hoy estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió: cual era entonces mi fuerza, tal es ahora, para la guerra, y para salir y para entrar.
12 Dame, pues, ahora este monte, del cual habló el SEÑOR aquel día; porque tú oíste en aquel día que los Anaceos están allí, y grandes y fuertes ciudades. Quizá el SEÑOR será conmigo, y los echaré como el SEÑOR ha dicho.
13 Josué entonces le bendijo, y dio a Caleb hijo de Jefone a Hebrón por heredad.
14 Por tanto Hebrón fue de Caleb, hijo de Jefone Cenezeo, en heredad hasta hoy; porque cumplió siguiendo al SEÑOR Dios de Israel.
15 Mas Hebrón fue antes llamada Quiriat-arba; fue *Arba* un hombre grande entre los Anaceos. Y la tierra tuvo reposo de las guerras.

CAPÍTULO 15

Y FUE la suerte de la tribu de
los hijos de Judá, por sus fa-
milias, junto al término de Edom,
del desierto de Zin hacia el sur,
al extremo de la costa del sur.
2 Y su término de la parte del
sur fue desde la costa del mar
Salado, desde la lengua que
mira hacia el sur;
3 Y salía hacia el sur a la subida
de Acrabim, pasando hasta Zin;
y subiendo por el sur hasta Ca-
des-barnea, pasaba a Hebrón, y
subiendo por Adar daba vuelta
a Carca;
4 De allí pasaba a Azmón, y salía
al arroyo de Egipto; y sale este
término al occidente. Éste pues
os será el término del sur.
5 El término del oriente es el
mar Salado hasta el fin del Jor-
dán. Y el término de la parte del
norte, desde la lengua del mar,
desde el fin del Jordán:
6 Y sube este término por Bet-ho-
gla, y pasa del norte a Betaraba,
y de aquí sube este término a la
piedra de Bohán, hijo de Rubén.
7 Y torna a subir este término a
Debir desde el valle de Acor: y al
norte mira sobre Gilgal, que está
delante de la subida de Adumin,
la cual está al sur del arroyo: y
pasa este término a las aguas de
En-semes, y sale a la fuente de
Rogel:
8 Y sube este término por el
valle del hijo de Hinom al lado
del Jebuseo al sur: ésta *es* Jeru-
salem. Luego sube este término
por la cumbre del monte que
está delante del valle de Hinom
hacia el occidente, el cual está
al cabo del valle de los gigantes
al norte:
9 Y rodea este término desde
la cumbre del monte hasta la
fuente de las aguas de Neftoa,
y sale a las ciudades del monte
de Efrón, rodeando luego el
mismo término a Baala, la cual
es Quiriat-jearim.
10 Después torna este término
desde Baala hacia el occidente al
monte de Seir: y pasa al lado del
monte de Jearim hacia el norte,
ésta es Quesalón, y desciende a
Bet-semes, y pasa a Timna.
11 Sale luego este término al
lado de Ecrón hacia el norte; y
rodea el mismo término a Sicrón,
y pasa por el monte de Baala, y
sale a Jabneel: y sale este térmi-
no al mar.
12 El término del occidente es
el mar grande. Éste pues, es el
término de los hijos de Judá en
derredor, por sus familias.
13 Mas a Caleb, hijo de Jefo-
ne, dio parte entre los hijos de
Judá, conforme al mandamien-
to del SEÑOR a Josué: *esto es*, a
Quiriat-arba, del padre de Anac,
que es Hebrón.
14 Y Caleb echó de allí tres hijos
de Anac, a Sesai, Aiman, y Tal-
mai, hijos de Anac.
15 De aquí subió a los que mora-
ban en Debir: y el nombre de
Debir era antes Quiriat-sefer.
16 Y dijo Caleb: Al que hiriere a
Quiriat-sefer, y la tomare, yo le
daré a mi hija Axa por esposa.
17 Y tomóla Otoniel, hijo de
Cenez, hermano de Caleb; y él
le dio por esposa a su hija Axa.
18 Y aconteció que cuando la lle-
vaba, él la persuadió que pidie-
se a su padre tierras para labrar.
Ella entonces se apeó del asno. Y
Caleb le dijo: ¿Qué tienes?
19 Y ella respondió: Dame ben-
dición: pues que me has dado

tierra de secadal, dame también
fuentes de aguas. Él entonces le
dio las fuentes de arriba, y las de
abajo.
20 Ésta pues es la herencia de la
tribu de los hijos de Judá por sus
familias.
21 Y fueron las ciudades del tér-
mino de la tribu de los hijos de
Judá hacia el término de Edom
hacia el sur: Cabseel, y Eder, y
Jagur,
22 Y Cina, y Dimona, y Adada,
23 Y Cedes, y Hazor, e Itnán,
24 Zif, y Telem, Bealot,
25 Y Hasor, Hadata, y Queriot,
Hesron, que es Hasor,
26 Amam, y Sema, y Molada,
27 Y Hasar-gada, y Hesmón, y
Bet-pelet,
28 Y Hasar-sual, Beersebah, y Bi-
zotia,
29 Baala, e Iim, y Esem,
30 Y Eltolad, y Cesil, y Horma,
31 Y Siclag, y Madmana, Sansa-
na,
32 Y Lebaot, Silim, y Aín, y
Rimón; en todas veintinueve ciu-
dades con sus aldeas.
33 En las llanuras, Estaol, y
Sorea, y Asena,
34 Y Zanoa, y Enganim, Tapúa,
y Enam,
35 Jerimot, y Adulam, Soco, y
Aceca,
36 Y Saraim, y Aditaim, y Gede-
ra, y Gederotaim; catorce ciuda-
des con sus aldeas.
37 Senán, y Hadasa, y Migdalgad,
38 Y Dilán, y Mizpa, y Jocteel,
39 Laquis, y Boscat, y Eglón,
40 Y Cabón, y Lamas, y Quitlis,
41 Y Gederoh, Bet-dagón, y
Naama, y Maceda; dieciséis ciu-
dades con sus aldeas.
42 Libna, y Eter, y Asán,
43 Y Jifta, y Asna, y Nesib,
44 Y Ceila, y Aczib, y Maresa;
nueve ciudades con sus aldeas.
45 Ecrón con sus villas y sus al-
deas:
46 Desde Ecrón hasta el mar,
todas las que están a la costa de
Asdod con sus aldeas.
47 Asdod con sus villas y sus al-
deas: Gaza con sus villas y sus
aldeas hasta el río de Egipto, y
la gran mar con sus términos.
48 Y en las montañas, Samir, y
Jatir, y Sucot,
49 Y Dana, y Quiriat-sana, que
es Debir,
50 Y Anab, y Estemo, y Anim,
51 Y Gosén, y Olón, y Gilo; once
ciudades con sus aldeas.
52 Arab, y Dumah, y Esán,
53 Y Janum, y Bet-Tapúa, y
Afeca,
54 Y Humta, y Quiriat-arba, que
es Hebrón, y Sior; nueve ciu-
dades con sus aldeas.
55 Maón, Carmel, y Zif, y Juta,
56 E Izreel, Jocdeam, y Zanoa,
57 Caín, Gibea, y Timna; diez
ciudades con sus aldeas.
58 Halhul, y Betfur, y Gedor,
59 Y Maarat, y Bet-anot, y El-
tecón; seis ciudades con sus al-
deas.
60 Quiriat-baal, que es Qui-
riat-jearim, y Rabá; dos ciuda-
des con sus aldeas.
61 En el desierto, Bet-araba,
Midín, y Secaca,
62 Y Nibsan, y la ciudad de la
sal, y Engedi; seis ciudades con
sus aldeas.
63 Mas a los Jebuseos que habi-
taban en Jerusalem, los hijos de
Judá no los pudieron desarrai-
gar; antes quedó el Jebuseo en
Jerusalem con los hijos de Judá,
hasta hoy.

CAPÍTULO 16

Y LA suerte de los hijos de José salió desde el Jordán de Jericó hasta las aguas de Jericó hacia el oriente, al desierto que sube de Jericó al monte de Betel:
2 Y de Betel sale a Luz, y pasa al término de Archi en Atarot;
3 Y torna a descender hacia el mar al término de Jaflet, hasta el término de Bet-horón la de abajo, y hasta Gezer; y sale al mar.
4 Recibieron pues heredad los hijos de José, Manasés y Efraím.
5 Y fue el término de los hijos de Efraím por sus familias, fue el término de su herencia a la parte oriental, *desde* Atarot-Adar hasta Bet-horón la de arriba:
6 Y sale este término al mar, y a Micmetat al norte, y da vuelta este término hacia el oriente a Tanat-silo, y de aquí pasa del oriente a Janoa:
7 Y de Janoa desciende a Atarot, y a Naarata, y toca en Jericó, y sale al Jordán.
8 Y de Tapúa torna este término hacia el mar al arroyo de Cana, y sale al mar. Ésta es la heredad de la tribu de los hijos de Efraím por sus familias.
9 Hubo también ciudades que se apartaron para los hijos de Efraím en medio de la herencia de los hijos de Manasés, todas ciudades con sus aldeas.
10 Y no echaron al Cananeo que habitaba en Gezer; antes quedó el Cananeo en medio de Efraím, hasta hoy, y fue tributario.

CAPÍTULO 17

Y TUVO también suerte la tribu de Manasés, porque fue primogénito de José. Maquir, primogénito de Manasés, padre de Galaad, el cual fue hombre de guerra, tuvo a Galaad y a Basán.
2 Tuvieron también *suerte* los otros hijos de Manasés conforme a sus familias: los hijos de Abiezer, y los hijos de Helec, y los hijos de Esriel, y los hijos de Siquem, y los hijos de Hefer, y los hijos de Semida; estos fueron los hijos varones de Manasés hijo de José, por sus familias.
3 Pero Zelofehad, hijo de Hefer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos, sino hijas, los nombres de las cuales son estos: Maala, Noa, Hogla, Milca, y Tirsa.
4 Éstas vinieron delante de Eleazar sacerdote, y de Josué hijo de Nun, y de los príncipes, y dijeron: El SEÑOR mandó a Moisés que nos diese herencia entre nuestros hermanos. Y él les dio herencia entre los hermanos del padre de ellas, conforme al dicho del SEÑOR.
5 Y cayeron a Manasés diez suertes a más de la tierra de Galaad y de Basán, que está de la otra parte del Jordán:
6 Porque las hijas de Manasés poseyeron herencia entre sus hijos: y la tierra de Galaad fue de los otros hijos de Manasés.
7 Y fue el término de Manasés desde Aser hasta Micmetat, la cual está delante de Siquem; y va este término a la mano derecha, a los que habitan en Tapúa.
8 Y la tierra de Tapúa fue de Manasés; pero Tapúa, que está junto al término de Manasés, es de los hijos de Efraím.
9 Y desciende este término al arroyo de Cana, hacia el sur del arroyo. Estas ciudades de Efraím están entre las ciudades de Ma-

nasés: y el término de Manasés
es desde el norte del mismo arro-
yo, y sus salidas son al mar.
10 Efraím al sur, y Manasés al
norte, y el mar es su término: y
encuéntranse con Aser a la parte
del norte, y con Isacar al oriente.
11 Tuvo también Manasés en Isa-
car y en Aser a Bet-san y sus al-
deas, e Ibleam y sus aldeas, y los
moradores de Dor y sus aldeas, y
los moradores de Endor y sus al-
deas, y los moradores de Taanac
y sus aldeas, y los moradores de
Meguido y sus aldeas: tres pro-
vincias.
12 Mas los hijos de Manasés no
pudieron echar *a los* de aquellas
ciudades; antes el Cananeo quiso
habitar en la tierra.
13 Empero cuando los hijos de
Israel tomaron fuerzas, hicieron
tributario al Cananeo, mas no lo
echaron.
14 Y los hijos de José hablaron
a Josué, diciendo: ¿Por qué me
has dado por heredad una sola
suerte y una sola parte, siendo
yo un pueblo tan grande y que
el SEÑOR me ha así bendecido
hasta ahora?
15 Y Josué les respondió: Si eres
pueblo tan grande, sube tú al
monte, y corta para ti allí en la
tierra del Ferezeo y de los gigan-
tes, pues que el monte de Efraím
es angosto para ti.
16 Y los hijos de José dijeron:
No nos bastará a nosotros *este*
monte: y todos los Cananeos que
habitan la tierra de la campiña,
tienen carros herrados; los que
están en Bet-san y en sus alde-
as, y los que están en el valle de
Jezreel.
17 Entonces Josué respondió a la
casa de José, a Efraím y Manasés,
diciendo: Tú eres gran pueblo, y
tienes gran fuerza; no tendrás
una sola suerte;
18 Mas aquel monte será tuyo;
que bosque es, y tú lo cortarás, y
serán tuyos sus términos: porque
tú echarás al Cananeo, aunque
tenga carros herrados, y aunque
sea fuerte.

CAPÍTULO 18

Y TODA la congregación de los
hijos de Israel se juntó en
Silo, y asentaron allí el taberná-
culo de la congregación, después
que la tierra les fue sujeta.
2 Mas habían quedado en los
hijos de Israel siete tribus, a las
cuales aun no habían repartido
su posesión.
3 Y Josué dijo a los hijos de Is-
rael: ¿Hasta cuando seréis negli-
gentes para venir a poseer la tie-
rra que os ha dado el SEÑOR el
Dios de vuestros padres?
4 Señalad tres varones de cada
tribu, para que yo los envíe, y
que ellos se levanten, y recorran
la tierra, y la describan conforme
a sus heredades, y se tornen a mí.
5 Y la dividirán en siete partes: y
Judá estará en su término al sur,
y *los de* la casa de José estarán en
el suyo al norte.
6 Vosotros, pues, delinearéis la
tierra en siete partes, y me trae-
réis la *descripción* aquí, y yo os
echaré las suertes aquí delante
del SEÑOR nuestro Dios.
7 Empero los Levitas ninguna
parte tienen entre vosotros; por-
que el sacerdocio del SEÑOR es
la heredad de ellos: Gad tam-
bién y Rubén, y la media tribu
de Manasés, ya han recibido
su heredad de la otra parte del
Jordán al oriente, la cual les

dio Moisés siervo del SEÑOR.
8 Levantándose pues aquellos
varones, fueron: y mandó Josué
a los que iban para delinear la
tierra, diciéndoles: Id, recorred
la tierra, y delineadla, y tornad a
mí, para que yo os eche las suer-
tes aquí delante del SEÑOR en
Silo.
9 Fueron pues aquellos varones y
pasearon la tierra, delineándola
por ciudades en siete partes en
un libro, y tornaron a Josué al
campo en Silo.
10 Y Josué les echó las suertes
delante del SEÑOR en Silo; y
allí repartió Josué la tierra a los
hijos de Israel por sus porciones.
11 Y sacóse la suerte de la tribu
de los hijos de Benjamín por sus
familias: y salió el término de su
suerte entre los hijos de Judá y
los hijos de José.
12 Y fue el término de ellos al
lado del norte desde el Jordán:
y sube aquel término al lado de
Jericó al norte; sube después al
monte hacia el occidente, y viene
a salir al desierto de Bet-aven:
13 Y de allí pasa aquel término a
Luz, por el lado de Luz (ésta es
Betel) hacia el sur. Y desciende
este término de Atarot-Adar al
monte que está al sur de Bet-ho-
rón la de abajo.
14 Y torna este término, y da
vuelta al lado del mar, al sur
hasta el monte que está delante
de Bet-horón al sur; y viene a
salir a Quiriat-baal, que es Qui-
riat-jearim, ciudad de los hijos
de Judá. Éste es el lado del oc-
cidente.
15 Y el lado del sur es desde el
cabo de Quiriat-jearim, y sale el
término al occidente, y sale a la
fuente de las aguas de Neftoa:
16 Y desciende aqueste término
al cabo del monte que está delan-
te del valle del hijo de Hinom,
que está en la campiña de los gi-
gantes hacia el norte: desciende
luego al valle de Hinom, al lado
del Jebuseo al sur, y *de allí* des-
ciende a la fuente de Rogel:
17 Y del norte torna y sale a
Ensemes, y *de allí* sale a Gelilot,
que está delante de la subida de
Adumim, y descendía a la piedra
de Bohan, hijo de Rubén:
18 Y pasa al lado que está delan-
te de la campiña del norte, y
desciende a los llanos:
19 Y torna a pasar este término
por el lado de Bet-hogla hacia el
norte, y viene a salir el térmi-
no a la lengua del mar Salado
al norte, al cabo del Jordán al
sur. Éste es el término de hacia
el sur.
20 Y el Jordán acaba aqueste
término al lado del oriente. Ésta
es la heredad de los hijos de
Benjamín por sus términos alre-
dedor, conforme a sus familias.
21 Las ciudades de la tribu de
los hijos de Benjamín, por sus
familias, fueron Jericó, Bet-ho-
gla, y el valle de Casis,
22 Bet-araba, Samaraim, y Betel;
23 Y Avim, y Para, y Ofra,
24 Y Cefar-hamonai, Ofni, y
Gaba; doce ciudades con sus al-
deas:
25 Gabaón, Ramá, Beerot,
26 Y Mizpa, Cefira, y Moza,
27 Recom, Irpeel y Tarala,
28 Y Sela, Elef, Jebus, que es
Jerusalem, Gibeat, y Quiriat;
catorce ciudades con sus aldeas.
Ésta es la heredad de los hijos
de Benjamín, conforme a sus
familias.

CAPÍTULO 19

LA SEGUNDA suerte salió por
Simeón, por la tribu de los
hijos de Simeón conforme a sus
familias; y su heredad fue entre
la heredad de los hijos de Judá.
2 Y tuvieron en su heredad a
Beerseba, Seba, y Molada,
3 Hasar-sual, Bala, y Esem,
4 Heltolad, Betul, y Horma,
5 Siclag, Bet-marcabot, y Ha-
sar-susa,
6 Bet-Lebaot, y Saruhén; trece
ciudades con sus aldeas:
7 Aín, Rimón, Eter, y Asán; cua-
tro ciudades con sus aldeas:
8 Y todas las aldeas que estaban
alrededor de estas ciudades hasta
Baalat-beer, *que es* Ramat del sur.
Ésta es la heredad de la tribu de
los hijos de Simeón, según sus
familias.
9 De la suerte de los hijos de Judá
fue *sacada* la heredad de los hijos
de Simeón; por cuanto la parte
de los hijos de Judá era excesi-
va para ellos: así que los hijos de
Simeón tuvieron su heredad en
medio de la de ellos.
10 La tercera suerte salió por los
hijos de Zabulón conforme a sus
familias: y el término de su here-
dad fue hasta Sarid.
11 Y su término sube hasta el
mar y hasta Merala, y llega hasta
Dabeset, y *de allí* llega al arroyo
que está delante de Jocneam.
12 Y tornando de Sarid hacia
oriente, donde nace el sol al tér-
mino de Chislot-tabor, sale a Da-
berat, y sube a Jafía;
13 Y pasando de allí hacia el lado
oriental a Git-Hefer y a Ita-kazin,
sale a Rimón rodeando a Nea;
14 Y de *aquí* torna este término al
norte a Hanatón, viniendo a salir
al valle de Iftael;
15 Y *abraza* Catah, y Naalal, y
Simrón, e Ideala, y Belem; doce
ciudades con sus aldeas.
16 Ésta es la heredad de los hijos
de Zabulón por sus familias;
estas ciudades con sus aldeas.
17 La cuarta suerte salió por Isa-
car, por los hijos de Isacar con-
forme a sus familias.
18 Y fue su término Izreel, y Che-
sulot, y Sunem,
19 Y Hafaraim, y Sión, y Anaarat,
20 Y Rabit, y Quisión, y Ebes,
21 Y Ramet, y En-ganim, y En-ha-
da, y Bet-pases;
22 Y llega este término hasta
Tabor, y Sahasim, y Bet-semes; y
sale su término al Jordán: diez y
seis ciudades con sus aldeas.
23 Ésta es la heredad de la tribu
de los hijos de Isacar conforme a
sus familias; estas ciudades con
sus aldeas.
24 Y salió la quinta suerte por la
tribu de los hijos de Aser por sus
familias.
25 Y su término fue Helcat, y
Halí, y Betén, y Acsaf,
26 Y Alamelec, y Amead, y Mi-
seal; y llega hasta Carmel al oc-
cidente, y a Sihor-libnat;
27 Y tornando de donde nace el
sol a Bet-dagón, llega a Zabulón,
y al valle de Iftael al norte, a Bet-
emec, y a Nehiel, y sale a Cabul
a la izquierda;
28 Y *abraza* a Hebrón, y Rehob,
y Hamón, y Cana, hasta la gran
Sidón;
29 Y torna *de allí* este término a
Horma, y hasta la fuerte ciudad
de Tiro, y torna este término a
Hosa, y sale al mar desde el terri-
torio de Aczib:
30 También Uma, y Afec, y
Rehob: veinte y dos ciudades con
sus aldeas.

31 Ésta es la heredad de la tribu
de los hijos de Aser por sus familias;
estas ciudades con sus aldeas.
32 La sexta suerte salió por los
hijos de Neftalí, por los hijos de
Neftalí conforme a sus familias.
33 Y fue su término desde Helef,
y Allón-saananim, y Adami-neceb,
y Jabneel, hasta Lacum; y
sale al Jordán;
34 Y tornando *de allí* este término
hacia el occidente a Aznot-tabor,
pasa de allí a Hucuca, y
llega hasta Zabulón al sur, y al
occidente confina con Aser, y
con Judá al Jordán hacia donde
nace el sol.
35 Y las ciudades fuertes son
Sidim, Ser, y Hamat, Racat, y Cineret,
36 Y Adama, y Ramá, y Hazor,
37 Y Cedes, y Edrei, y En-hasor,
38 E Irón, y Migdalel, y Horem,
y Bet-anat, y Bet-semes: diez y
nueve ciudades con sus aldeas.
39 Ésta es la heredad de la tribu
de los hijos de Neftalí por sus
familias; estas ciudades con sus
aldeas.
40 La séptima suerte salió por la
tribu de los hijos de Dan por sus
familias.
41 Y fue el término de su heredad,
Sora, y Estaol, e Ir-semes,
42 Y Saalabín, y Ailón, y Jetla,
43 Y Elón, y Timnata, y Ecrón,
44 Y Elteque, Gibetón, y Baalat,
45 Y Jehud, y Bene-berác, y
Gat-rimón,
46 Y Mejarcón, y Racón, con
el término que está delante de
Joppa.
47 Y faltóles término a los hijos
de Dan; y subieron los hijos de
Dan y combatieron a Lesem, y tomándola
metiéronla a filo de espada,
y la poseyeron y habitaron
en ella; y llamaron a Lesem, Dan,
del nombre de Dan su padre.
48 Ésta es la heredad de la tribu
de los hijos de Dan conforme a
sus familias; estas ciudades con
sus aldeas.
49 Y después que acabaron de
repartir la tierra en heredad por
sus términos, dieron los hijos de
Israel heredad a Josué hijo de
Nun en medio de ellos:
50 Según la palabra del SEÑOR,
le dieron la ciudad que él pidió,
Timnat-sera, en el monte de
Efraím; y él reedificó la ciudad, y
habitó en ella.
51 Éstas son las heredades que
Eleazar sacerdote, y Josué hijo
de Nun, y los principales de los
padres, entregaron por suerte
en posesión a las tribus de los
hijos de Israel en Silo delante del
SEÑOR, a la entrada del tabernáculo
de la congregación; y
acabaron de repartir la tierra.

CAPÍTULO 20

Y HABLÓ el SEÑOR a Josué, diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, diciendo:
Señalaos las ciudades de
refugio, de las cuales yo os hablé
por Moisés;
3 Para que se huya allí el homicida
que matare a alguno por yerro
y no a sabiendas; que os sean por
refugio del vengador de sangre.
4 Y el que se acogiere a alguna
de aquellas ciudades, presentaráse
a la puerta de la ciudad, y dirá
sus causas, oyéndolo los ancianos
de aquella ciudad: y ellos
le recibirán consigo dentro de
la ciudad, y le darán lugar que
habite con ellos.
5 Y cuando el vengador de san-

gre le siguiere, no entregarán en
su mano al homicida, por cuanto
hirió a su prójimo por yerro, ni
tuvo con él antes enemistad.
6 Y quedará en aquella ciudad
hasta que parezca en juicio de-
lante de la congregación, hasta
la muerte del gran sacerdote que
fuere en aquel tiempo: entonces
el homicida tornará y vendrá a
su ciudad y a su casa y a la ciu-
dad de donde huyó.
7 Entonces señalaron a Cedes en
Galilea, en el monte de Neftalí, y
a Siquem en el monte de Efraím,
y a Quiriat-arba, que es Hebrón,
en el monte de Judá.
8 Y de la otra parte del Jordán
de Jericó, al oriente, señalaron a
Beser en el desierto, en la llanura
de la tribu de Rubén, y a Ramot
en Galaad de la tribu de Gad, y a
Gaulón en Basán de la tribu de
Manasés.
9 Éstas fueron las ciudades seña-
ladas para todos los hijos de Is-
rael, y para el extranjero que
morase entre ellos, para que se
huyera a ellas cualquiera que hi-
riese hombre por yerro, y no mu-
riese por mano del vengador de
sangre, hasta que compareciese
delante de la congregación.

CAPÍTULO 21

Y LOS principales de los pa-
dres de los Levitas vinieron a
Eleazar sacerdote, y a Josué hijo
de Nun, y a los principales de los
padres de las tribus de los hijos
de Israel;
2 Y habláronles en Silo en la
tierra de Canaán, diciendo: El
SEÑOR mandó por Moisés que
nos fuesen dadas villas para ha-
bitar, con sus ejidos para nues-
tras bestias.
3 Entonces los hijos de Israel
dieron a los Levitas de sus pose-
siones, conforme a la palabra del
SEÑOR, estas villas con sus ejidos.
4 Y salió la suerte por las familias
de los Coatitas; y fueron dadas
por suerte a los hijos de Aarón
sacerdote, que eran de los Levi-
tas, por la tribu de Judá, por la
de Simeón y por la de Benjamín,
trece villas.
5 Y a los otros hijos de Coat se
dieron por suerte diez villas de
las familias de la tribu de Efraím,
y de la tribu de Dan, y de la
media tribu de Manasés;
6 Y a los hijos de Gersón, por las
familias de la tribu de Isacar, y
de la tribu de Aser, y de la tribu
de Neftalí, y de la media tribu de
Manasés en Basán, fueron dadas
por suerte trece villas.
7 A los hijos de Merari por sus
familias se dieron doce villas por
la tribu de Rubén, y por la tribu
de Gad, y por la tribu de Zabulón.
8 Y *así* dieron por suerte los hijos
de Israel a los Levitas estas villas
con sus ejidos, como el SEÑOR lo
había mandado por Moisés.
9 Y de la tribu de los hijos de
Judá, y de la tribu de los hijos
de Simeón dieron estas villas que
fueron nombradas:
10 Y la primera suerte fue de los
hijos de Aarón, de la familia de
Coat, de los hijos de Leví;
11 A los cuales dieron Quiriat-
arba, del padre de Anac, la cual
es Hebrón, en el monte de Judá,
con sus ejidos en sus contornos.
12 Mas el campo de aquesta ciu-
dad y sus aldeas dieron a Caleb
hijo de Jefone, por su posesión.
13 Y a los hijos de Aarón sacer-
dote dieron la ciudad de refugio
para los homicidas, a Hebrón

con sus ejidos; y a Libna con sus ejidos,
14 Y a Jatir con sus ejidos, y a Estemoa con sus ejidos,
15 A Helón con sus ejidos, y a Debir con sus ejidos,
16 A Ain con sus ejidos, a Juta con sus ejidos, y a Bet-semes con sus ejidos; nueve villas de estas dos tribus:
17 Y de la tribu de Benjamín, a Gibeón con sus ejidos, a Geba con sus ejidos,
18 A Anatot con sus ejidos, a Almón con sus ejidos: cuatro villas.
19 Todas las villas de los sacerdotes, hijos de Aarón, son trece con sus ejidos.
20 Mas las familias de los hijos de Coat, Levitas, los que quedaban de los hijos de Coat, recibieron por suerte villas de la tribu de Efraím.
21 Y diéronles a Siquem, villa de refugio para los homicidas, con sus ejidos, en el monte de Efraím; y a Geser con sus ejidos,
22 Y a Kibsaim con sus ejidos, y a Bet-horón con sus ejidos: cuatro villas:
23 Y de la tribu de Dan a Elteque con sus ejidos, a Gibetón con sus ejidos,
24 A Ayalón con sus ejidos, a Gat-rimón con sus ejidos: cuatro villas:
25 Y de la media tribu de Manasés, a Taanac con sus ejidos, y a Gat-rimón con sus ejidos: dos villas.
26 Todas las villas para el resto de las familias de los hijos de Coat fueron diez con sus ejidos.
27 A los hijos de Gersón de las familias de los Levitas, *dieron* la villa de refugio para los homicidas, de la media tribu de Manasés: a Gaulón en Basán con sus ejidos, y a Bosra con sus ejidos: dos villas.
28 Y de la tribu de Isacar, a Cesión con sus ejidos, a Daberet con sus ejidos,
29 A Jarmut con sus ejidos, y a En-ganim con sus ejidos: cuatro villas:
30 Y de la tribu de Aser, a Miseal con sus ejidos, a Abdón con sus ejidos,
31 A Helcat con sus ejidos, y a Rehob con sus ejidos: cuatro villas:
32 Y de la tribu de Neftalí, la villa de refugio para los homicidas, a Cedes en Galilea con sus ejidos, a Hamot-dor con sus ejidos, y a Cartán con sus ejidos: tres villas:
33 Todas las villas de los Gersonitas por sus familias fueron trece villas con sus ejidos.
34 Y a las familias de los hijos de Merari, Levitas que quedaban, *dióseles* de la tribu de Zabulón, a Jocneam con sus ejidos, Carta con sus ejidos,
35 Dimna con sus ejidos, Naalal con sus ejidos: cuatro villas:
36 Y de la tribu de Rubén, a Beser con sus ejidos, a Jasa con sus ejidos,
37 A Quedemot con sus ejidos, y Mefaat con sus ejidos: cuatro villas:
38 De la tribu de Gad, la villa de refugio para los homicidas, Ramot en Galaad con sus ejidos, y Mahanaim con sus ejidos,
39 Hesbón con sus ejidos, y Jacer con sus ejidos: cuatro villas.
40 Todas las villas de los hijos de Merari por sus familias, que restaban de las familias de los Levitas, fueron por sus suertes doce villas.

41 Y todas las villas de los Levitas en medio de la posesión de los hijos de Israel, fueron cuarenta y ocho villas con sus ejidos.
42 Y estas ciudades estaban apartadas la una de la otra cada cual con sus ejidos alrededor de ellas: lo cual fue en todas estas ciudades.
43 Así dio el SEÑOR a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres; y poseyéronla, y habitaron en ella.
44 Y el SEÑOR les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres: y ninguno de todos los enemigos les paró delante, sino que el SEÑOR entregó en sus manos a todos sus enemigos.
45 No faltó palabra de todas las buenas que habló el SEÑOR a la casa de Israel; todo se cumplió.

CAPÍTULO 22

ENTONCES Josué llamó a los Rubenitas y a los Gaditas, y a la media tribu de Manasés,
2 Y díjoles: Vosotros habéis guardado todo lo que Moisés siervo del SEÑOR os mandó, y habéis obedecido a mi voz en todo lo que os he mandado.
3 No habéis dejado a vuestros hermanos en estos muchos días hasta hoy, antes habéis guardado la observancia de los mandamientos del SEÑOR vuestro Dios.
4 Ahora pues que el SEÑOR vuestro Dios ha dado reposo a vuestros hermanos, como se lo había prometido, volved, y tornad a vuestras tiendas, a la tierra de vuestras posesiones, que Moisés siervo del SEÑOR os dio de la otra parte del Jordán.
5 Solamente que con diligencia cuidéis de poner por obra el mandamiento y la ley, que Moisés siervo del SEÑOR os intimó: que améis al SEÑOR vuestro Dios, y andéis en todos sus caminos; que guardéis sus mandamientos, y os alleguéis a él, y le sirváis de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma.
6 Y bendiciéndolos Josué, los envió: y fuéronse a sus tiendas.
7 También a la media tribu de Manasés había dado Moisés *posesión* en Basán; mas a la otra media dio Josué *heredad* entre sus hermanos de estotra parte del Jordán al occidente: y también a éstos envió Josué a sus tiendas, después de haberlos bendecido.
8 Y hablóles, diciendo: Volveos a vuestras tiendas con grandes riquezas, y con grande copia de ganado, con plata, y con oro, y latón, y muchos vestidos: partid con vuestros hermanos el despojo de vuestros enemigos.
9 Y los hijos de Rubén y los hijos de Gad, y la media tribu de Manasés, se tornaron, y partiéronse de los hijos de Israel, de Silo, que está en la tierra de Canaán, para ir a la tierra de Galaad, a la tierra de sus posesiones, de la cual eran poseedores, según la palabra del SEÑOR por mano de Moisés.
10 Y llegando a los términos del Jordán, que está en la tierra de Canaán, los hijos de Rubén y los hijos de Gad, y la media tribu de Manasés, edificaron allí un altar junto al Jordán, un altar de grande apariencia.
11 Y los hijos de Israel oyeron decir como los hijos de Rubén y los hijos de Gad, y la media tribu de Manasés, habían edificado un altar delante de la tierra de Ca-

naán, en los términos del Jordán,
al paso de los hijos de Israel:
12 Lo cual como los hijos de Is-
rael oyeron, juntóse toda la con-
gregación de los hijos de Israel
en Silo, para subir a pelear con-
tra ellos.
13 Y enviaron los hijos de Israel
a los hijos de Rubén y a los hijos
de Gad y a la media tribu de Ma-
nasés en la tierra de Galaad, a
Finees hijo de Eleazar sacerdote,
14 Y a diez príncipes con él; un
príncipe de cada casa paterna de
todas las tribus de Israel, cada
uno de los cuales era cabeza de
familia de sus padres en la multi-
tud de Israel.
15 Los cuales vinieron a los hijos
de Rubén y a los hijos de Gad, y
a la media tribu de Manasés, en
la tierra de Galaad; y habláron-
les, diciendo:
16 Toda la congregación del
SEÑOR dice así: ¿Qué transgre-
sión es ésta con que prevaricáis
contra el Dios de Israel, volvién-
doos hoy de seguir al SEÑOR,
edificándoos altar para ser hoy
rebeldes contra el SEÑOR?
17 ¿Nos ha sido poco la maldad
de Peor, de la que no estamos
aún limpios hasta este día, por la
cual fue la mortandad en la con-
gregación del SEÑOR?
18 Y vosotros os volvéis hoy de
seguir al SEÑOR; mas será que
vosotros os rebelaréis hoy contra
el SEÑOR, y mañana se airará él
contra toda la congregación de
Israel.
19 Que si os parece que la tierra
de vuestra posesión es inmunda,
pasaos a la tierra de la posesión
del SEÑOR, en la cual está el ta-
bernáculo del SEÑOR, y tomad
posesión entre nosotros; pero no
os rebeléis contra el SEÑOR, ni
os rebeléis contra nosotros, edifi-
cándoos altar a más del altar del
SEÑOR nuestro Dios.
20 ¿No cometió Acán, hijo de
Zera, prevaricación en el ana-
tema, y vino ira sobre toda la
congregación de Israel? y aquel
hombre no pereció solo en su ini-
quidad.
21 Entonces los hijos de Rubén y
los hijos de Gad, y la media tribu
de Manasés, respondieron y dije-
ron a los principales de la multi-
tud de Israel:
22 El SEÑOR Dios de los dioses,
el SEÑOR Dios de los dioses, él
sabe, y él sabrá a Israel: si sea
por rebelión, o por prevaricación
contra el SEÑOR, (no nos salves
hoy,)
23 Nos hemos edificado altar
para tornarnos de en pos del
SEÑOR, o para sacrificar ofren-
da quemada o presente, o para
hacer sobre él sacrificios pacífi-
cos, el SEÑOR mismo *nos* lo de-
mande.
24 Asimismo, si no lo hicimos
por temor de esto, diciendo: Ma-
ñana vuestros hijos dirán a nues-
tros hijos: ¿Qué tenéis vosotros
con el SEÑOR el Dios de Israel?;
25 El SEÑOR ha puesto por tér-
mino el Jordán entre nosotros
y vosotros, oh hijos de Rubén e
hijos de Gad; no tenéis vosotros
parte en el SEÑOR: y así vuestros
hijos harán que nuestros hijos no
teman al SEÑOR.
26 Por esto dijimos: Hagamos
ahora por edificarnos un altar,
no para ofrenda quemada ni para
sacrificio,
27 Sino para que sea un testimo-
nio entre nosotros y vosotros, y
entre los que vendrán después de

nosotros, de que podemos hacer
el servicio del SEÑOR delante de
él con nuestros holocaustos, con
nuestros sacrificios, y con nues-
tros pacíficos; y no digan maña-
na vuestros hijos a los nuestros:
Vosotros no tenéis parte en el
SEÑOR.
28 Nosotros, pues, dijimos: Si
aconteciere que tal digan a
nosotros, o a nuestras genera-
ciones en lo por venir, entonces
responderemos: Mirad el modelo
del altar del SEÑOR, el cual hi-
cieron nuestros padres, no para
holocaustos o sacrificios, sino
para que fuese testimonio entre
nosotros y vosotros.
29 No permita Dios que nos re-
belemos contra el SEÑOR, o que
nos apartemos hoy de seguir al
SEÑOR, edificando altar para ho-
locaustos, para ofrenda, o para
sacrificio, a más del altar del
SEÑOR nuestro Dios que está de-
lante de su tabernáculo.
30 Y oyendo Finees el sacerdo-
te y los príncipes de la congrega-
ción, y las cabezas de la multitud
de Israel que con él estaban, las
palabras que hablaron los hijos
de Rubén y los hijos de Gad y los
hijos de Manasés, fueron conten-
tos de ello.
31 Y dijo Finees hijo del sacer-
dote Eleazar, a los hijos de Rubén,
a los hijos de Gad, y a los hijos
de Manasés: Hoy hemos entendi-
do que el SEÑOR está entre noso-
tros, pues que no habéis intenta-
do esta traición contra el SEÑOR.
Ahora habéis librado a los hijos
de Israel de la mano del SEÑOR.
32 Y Finees hijo del sacerdote
Eleazar, y los príncipes, volvié-
ronse de con los hijos de Rubén,
y de con los hijos de Gad, de la
tierra de Galaad a la tierra de Ca-
naán, a los hijos de Israel: a los
cuales dieron la respuesta.
33 Y el negocio plugo a los hijos
de Israel, y bendijeron a Dios los
hijos de Israel; y no hablaron
más de subir contra ellos en gue-
rra, para destruir la tierra en que
habitaban los hijos de Rubén y
los hijos de Gad.
34 Y los hijos de Rubén y los hijos
de Gad pusieron por nombre al
altar Ed; porque es testimonio
entre nosotros que el SEÑOR es
Dios.

CAPÍTULO 23

Y ACONTECIÓ, pasados mu-
chos días después que el
SEÑOR dio reposo a Israel de
todos sus enemigos al contorno,
que Josué, siendo viejo, y entra-
do en días,
2 Llamó a todo Israel, a sus an-
cianos, a sus príncipes, a sus jue-
ces y a sus oficiales, y díjoles: Yo
soy ya viejo y entrado en días:
3 Y vosotros habéis visto todo
lo que el SEÑOR vuestro Dios
ha hecho con todas estas gentes
en vuestra presencia; porque el
SEÑOR vuestro Dios ha peleado
por vosotros.
4 He aquí os he repartido por
suerte, en herencia para vues-
tras tribus, estas gentes, así las
destruídas como las que quedan,
desde el Jordán hasta el gran
mar hacia donde el sol se pone.
5 Y el SEÑOR vuestro Dios las
echará de delante de vosotros, y
las lanzará de vuestra presencia:
y vosotros poseeréis sus tierras,
como el SEÑOR vuestro Dios os
ha dicho.
6 Sed pues muy valientes para
guardar y hacer todo lo que está

escrito en el libro de la ley de
Moisés, sin apartaros de ello ni a
la diestra ni a la siniestra;
7 Que cuando entrareis a estas
gentes que han quedado con
vosotros, no hagáis mención ni
juréis por el nombre de sus dio-
ses, ni los sirváis, ni os inclinéis
a ellos:
8 Mas al SEÑOR vuestro Dios os
allegaréis, como habéis hecho
hasta hoy;
9 Pues ha echado el SEÑOR de-
lante de vosotros grandes y fuer-
tes naciones, y hasta hoy nadie
ha podido parar delante de vues-
tro rostro.
10 Un varón de vosotros perse-
guirá a mil: porque el SEÑOR
vuestro Dios pelea por vosotros,
como él os dijo.
11 Por tanto, cuidad mucho por
vuestras almas, que améis al
SEÑOR vuestro Dios.
12 Porque si os apartareis, y os
allegareis a lo que resta de aques-
tas gentes que han quedado con
vosotros, y si concertareis con
ellas matrimonios, y entrareis a
ellas, y ellas a vosotros;
13 Sabed que el SEÑOR vuestro
Dios no echará más estas gen-
tes delante de vosotros; antes os
serán por lazo, y por tropiezo, y
por azote para vuestros costa-
dos, y por espinas para vuestros
ojos, hasta tanto que perezcáis
de aquesta buena tierra que el
SEÑOR vuestro Dios os ha dado.
14 Y he aquí que yo estoy para
entrar hoy por el camino de
toda la tierra: reconoced, pues,
con todo vuestro corazón y con
toda vuestra alma, que no se ha
perdido una palabra de todas las
buenas palabras que el SEÑOR
vuestro Dios había dicho de vo-
sotros: todas os han venido, no
se ha perdido de ellas ni una.
15 Mas será, que como ha veni-
do sobre vosotros toda palabra
buena que el SEÑOR vuestro
Dios os había dicho, así *también*
traerá el SEÑOR sobre vosotros
toda palabra mala, hasta destrui-
ros de sobre la buena tierra que el
SEÑOR vuestro Dios os ha dado;
16 Cuando traspasareis el pacto
del SEÑOR vuestro Dios que él os
ha mandado, yendo y honrando
dioses ajenos, e inclinándoos a
ellos. Y el furor del SEÑOR se in-
flamará contra vosotros, y luego
pereceréis de aquesta buena tie-
rra que él os ha dado.

CAPÍTULO 24

Y JUNTANDO Josué todas las
tribus de Israel en Siquem,
llamó a los ancianos de Israel, y
a sus príncipes, a sus jueces, y a
sus oficiales; y presentáronse de-
lante de Dios.
2 Y dijo Josué a todo el pueblo:
Así dice el SEÑOR, Dios de Is-
rael: Vuestros padres habitaron
antiguamente de esotra parte
del río, *es a saber*, Taré, padre de
Abraham y de Nacor; y servían a
dioses extraños.
3 Y yo tomé a vuestro padre
Abraham de la otra parte del río,
y trájelo por toda la tierra de Ca-
naán, y aumenté su generación,
y díle a Isaac.
4 Y a Isaac di a Jacob y a Esaú: y
a Esaú di el monte de Seir, que lo
poseyese: mas Jacob y sus hijos
descendieron a Egipto.
5 Y yo envié a Moisés y a Aarón,
y herí a Egipto, al modo que lo
hice en medio de él, y después
os saqué.
6 Y saqué a vuestros padres de

Egipto: y como llegaron al mar,
los Egipcios siguieron a vuestros
padres hasta el mar Bermejo con
carros y caballería.
7 Y como ellos clamasen al
SEÑOR, él puso oscuridad entre
vosotros y los Egipcios, e hizo
venir sobre ellos el mar, la cual
los cubrió: y vuestros ojos vieron
lo que hice en Egipto. Después
estuvisteis muchos días en el de-
sierto.
8 Y os introduje en la tierra de los
Amorreos, que habitaban de la
otra parte del Jordán, los cuales
pelearon contra vosotros; mas yo
los entregué en vuestras manos,
y poseísteis su tierra, y los des-
truí de delante de vosotros.
9 Y levantóse después Balac hijo
de Sefor, rey de los Moabitas, y
peleó contra Israel; y envió a lla-
mar a Balaam hijo de Beor, para
que os maldijese.
10 Mas yo no quise escuchar a
Balaam, antes os bendijo repeti-
damente, y os libré de sus manos.
11 Y pasado el Jordán, vinisteis
a Jericó; y los moradores de Je-
ricó pelearon contra vosotros:
los Amorreos, Ferezeos, Cana-
neos, Heteos, Gergeseos, Heveos,
y Jebuseos: y yo los entregué en
vuestras manos.
12 Y envié tábanos delante de
vosotros, los cuales los echaron
de delante de vosotros, *a saber,* a
los dos reyes de los Amorreos; no
con tu espada, ni con tu arco.
13 Y os di la tierra por la cual
nada trabajasteis, y las ciudades
que no edificasteis, en las cuales
moráis; y de las viñas y olivares
que no plantasteis, coméis.
14 Ahora pues, temed al SEÑOR,
y servidle con sinceridad y en
verdad; y quitad de en medio
los dioses a los cuales sirvieron
vuestros padres de esotra parte
del río, y en Egipto; y servid al
SEÑOR.
15 Y si mal os parece servir al
SEÑOR, escogeos hoy a quién sir-
váis; si a los dioses a quienes sir-
vieron vuestros padres, cuando
estuvieron de esotra parte del río,
o a los dioses de los Amorreos en
cuya tierra habitáis: que yo y mi
casa serviremos al SEÑOR.
16 Entonces el pueblo respon-
dió, y dijo: No permita Dios, que
dejemos al SEÑOR por servir a
otros dioses:
17 Porque el SEÑOR nuestro Dios
es el que nos sacó a nosotros y
a nuestros padres de la tierra
de Egipto, de la casa de servi-
dumbre; el cual delante de nues-
tros ojos ha hecho estas grandes
señales, y nos ha guardado por
todo el camino por donde hemos
andado, y en todos los pueblos
por entre los cuales pasamos.
18 Y el SEÑOR echó de delante
de nosotros a todos los pueblos,
y al Amorreo que habitaba en la
tierra: nosotros, pues, también
serviremos al SEÑOR, porque él
es nuestro Dios.
19 Entonces Josué dijo al pueblo:
No podréis servir al SEÑOR, por-
que él es Dios santo, y Dios celo-
so; no sufrirá vuestras rebeliones
y vuestros pecados.
20 Si dejareis al SEÑOR y sir-
viereis a dioses ajenos, se
volverá, y os maltratará, y os
consumirá, después que os ha
hecho bien.
21 El pueblo entonces dijo a
Josué: No, antes al SEÑOR ser-
viremos.
22 Y Josué respondió al pueblo:
Vosotros sois testigos contra vo-

sotros mismos, de que os habéis
elegido al SEÑOR para servirle.
Y ellos respondieron: Testigos
somos.
23 Quitad, pues, ahora los dioses
ajenos que están entre vosotros,
e inclinad vuestro corazón al
SEÑOR Dios de Israel.
24 Y el pueblo respondió a Josué:
Al SEÑOR nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos.
25 Entonces Josué hizo pacto con
el pueblo el mismo día, y púsole
ordenanzas y leyes en Siquem.
26 Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios;
y tomando una grande piedra, levantóla allí debajo de la encina
que estaba junto al santuario del
SEÑOR.
27 Y dijo Josué a todo el pueblo:
He aquí esta piedra será entre
nosotros por testigo, la cual
ha oído todas las palabras del
SEÑOR que él ha hablado con
nosotros: será, pues, testigo contra vosotros, porque no mintáis
contra vuestro Dios.
28 Y envió Josué al pueblo, cada
uno a su heredad.
29 Y después de estas cosas
murió Josué, hijo de Nun, siervo del SEÑOR, siendo de ciento
y diez años.
30 Y enterráronlo en el término
de su posesión en Timnat-sera,
que está en el monte de Efraím,
al norte del monte de Gaas.
31 Y sirvió Israel al SEÑOR todo
el tiempo de Josué, y todo el
tiempo de los ancianos que vivieron después de Josué, y que sabían todas las obras del SEÑOR,
que había hecho por Israel.
32 Y enterraron en Siquem los
huesos de José que los hijos de
Israel habían traído de Egipto,
en la parte del campo que Jacob
compró de los hijos de Hemor
padre de Siquem, por cien piezas
de plata; y fue en posesión a los
hijos de José.
33 También murió Eleazar, hijo
de Aarón; al cual enterraron en
el collado de Finees su hijo, que
le fue dado en el monte de Efraím.

EL LIBRO DE LOS
JUECES

CAPÍTULO 1
Y ACONTECIÓ después de la
muerte de Josué, que los
hijos de Israel consultaron al
SEÑOR, diciendo: ¿Quién subirá
por nosotros el primero a pelear
contra los Cananeos?
2 Y el SEÑOR respondió: Judá
subirá; he aquí que yo he entre-
gado la tierra en sus manos.
3 Y Judá dijo a Simeón su her-
mano: Sube conmigo a mi suerte,
y peleemos contra el Cananeo, y
yo también iré contigo a tu suer-
te. Y Simeón fue con él.
4 Y subió Judá, y el SEÑOR en-
tregó en sus manos al Cananeo y
al Ferezeo; y de ellos hirieron en
Bezec diez mil hombres.
5 Y hallaron a Adoni-bezec en
Bezec, y pelearon contra él: e hi-
rieron al Cananeo y al Ferezeo.
6 Mas Adoni-bezec huyó; y si-
guiéronle, y prendiéronle, y cor-
táronle los pulgares de las manos
y de los pies.
7 Entonces dijo Adoni-bezec:
Setenta reyes, cortados los pul-
gares de sus manos y de sus pies,
cogían *las migajas* debajo de mi
mesa: como yo hice, así me ha
pagado Dios. Y metiéronle en Je-
rusalem, donde murió.
8 Y habían combatido los hijos
de Judá a Jerusalem, y la habían
tomado, y metido a espada, y
puesto a fuego la ciudad.
9 Después los hijos de Judá des-
cendieron para pelear contra
el Cananeo que habitaba en las
montañas, y en el sur, y en los
llanos.
10 Y partió Judá contra el Cana-
neo que habitaba en Hebrón, la
cual se llamaba antes Quiriat-ar-
ba; e hirieron a Sesai, y a Ahi-
man, y a Talmai.
11 Y de allí fue a los que habita-
ban en Debir, que antes se llama-
ba Quiriat-sefer.
12 Y dijo Caleb: El que hiriere a
Quiriat-sefer, y la tomare, yo le
daré a Axa mi hija por esposa.
13 Y tomóla Otoniel hijo de Cenez,
hermano menor de Caleb: y él
le dio a Axa su hija por esposa.
14 Y cuando la llevaban, persua-
dióle que pidiese a su padre un
campo. Y ella se apeó del asno, y
Caleb le dijo: ¿Qué tienes?
15 Ella entonces le respondió:
Dame una bendición: que pues
me has dado tierra de secadal,
me des también fuentes de aguas.
Entonces Caleb le dio las fuentes
de arriba y las fuentes de abajo.
16 Y los hijos de Cineo, suegro de
Moisés, subieron de la ciudad de
las palmas con los hijos de Judá
al desierto de Judá, que está al
sur de Arad: y fueron y habitaron
con el pueblo.
17 Y fue Judá a su hermano Si-
meón, e hirieron al Cananeo que
habitaba en Sefat, y asoláronla: y
pusieron por nombre a la ciudad,
Horma.
18 Tomó también Judá a Gaza
con su término, y a Ascalón con
su término, y a Ecrón con su tér-
mino.
19 Y fue el SEÑOR con Judá, y
echó a los de las montañas; mas
no pudo echar a los que habita-

ban en los llanos, los cuales tenían carros herrados.
20 Y dieron Hebrón a Caleb, como Moisés había dicho: y él echó de allí tres hijos de Anac.
21 Mas al Jebuseo que habitaba en Jerusalem, no echaron los hijos de Benjamín, y así el Jebuseo habitó con los hijos de Benjamín en Jerusalem hasta hoy.
22 También los de la casa de José subieron a Betel; y fue el SEÑOR con ellos.
23 Y los de la casa de José pusieron espías en Betel, la cual ciudad antes se llamaba Luz.
24 Y los que espiaban vieron un hombre que salía de la ciudad, y dijéronle: Muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia.
25 Y él les mostró la entrada a la ciudad, e hiriéronla a filo de espada; mas dejaron a aquel hombre con toda su familia.
26 Y fuese el hombre a la tierra de los Heteos, y edificó una ciudad, a la cual llamó Luz: y este es su nombre hasta hoy.
27 Tampoco Manasés echó a *los de* Bet-sean, ni a *los de* sus aldeas, ni a *los de* Taanac y sus aldeas, ni a los de Dor y sus aldeas, ni a los habitantes de Ibleam y sus aldeas, ni a los que habitaban en Meguido y en sus aldeas: mas el Cananeo quiso habitar en esta tierra.
28 Empero cuando Israel tomó fuerzas hizo al Cananeo tributario, mas no lo echó.
29 Tampoco Efraím echó al Cananeo que habitaba en Gezer; antes habitó el Cananeo en medio de ellos en Gezer.
30 Tampoco Zabulón echó a los que habitaban en Quitrón y a los que habitaban en Naalol; mas el Cananeo habitó en medio de él, y le fueron tributarios.
31 Tampoco Aser echó a los que habitaban en Aco, y a los que habitaban en Sidón, y en Ahlab, y en Aczib, y en Helba, y en Afec, y en Rehob:
32 Antes moró Aser entre los Cananeos que habitaban en la tierra; pues no los echó.
33 Tampoco Neftalí echó a los que habitaban en Bet-semes, y a los que habitaban en Bet-anat, sino que moró entre los Cananeos que habitaban en la tierra; mas fuéronle tributarios los moradores de Bet-semes, y los moradores de Bet-anat.
34 Los Amorreos apretaron a los hijos de Dan hasta el monte; que no los dejaron descender a la campiña.
35 Y quiso el Amorreo habitar en el monte de Heres, en Ajalón y en Saalbín; mas como la mano de la casa de José tomó fuerzas, hiciéronlos tributarios.
36 Y el término del Amorreo fue desde la subida de Acrabim, desde la roca, y arriba.

CAPÍTULO 2

Y EL ángel del SEÑOR subió de Gilgal a Boquim, y dijo: Yo os saqué de Egipto, y os introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres; y dije: No invalidaré jamás mi pacto con vosotros;
2 Con tal que vosotros no hagáis pacto con los moradores de aquesta tierra, cuyos altares habéis de derribar: mas vosotros no habéis atendido a mi voz: ¿por qué habéis hecho esto?
3 Por tanto yo también dije: No

los echaré de delante de vosotros,
sino que os serán por *azote para*
vuestros costados, y sus dioses
por tropiezo.
4 Y como el ángel del SEÑOR
habló estas palabras a todos los
hijos de Israel, el pueblo lloró en
alta voz.
5 Y llamaron por nombre aquel
lugar Boquim: y sacrificaron allí
al SEÑOR.
6 Porque ya Josué había despedi-
do al pueblo, y los hijos de Israel
se habían ido cada uno a su here-
dad para poseerla.
7 Y el pueblo había servido al
SEÑOR todo el tiempo de Josué,
y todo el tiempo de los ancianos
que vivieron largos días des-
pués de Josué, los cuales habían
visto todas las grandes obras del
SEÑOR, que él había hecho por
Israel.
8 Y murió Josué hijo de Nun,
siervo del SEÑOR, siendo de
ciento y diez años.
9 Y enterráronlo en el término
de su heredad en Timnat-sera, en
el monte de Efraím, al norte del
monte de Gaas.
10 Y toda aquella generación fue
también recogida con sus padres.
Y levantóse después de ellos otra
generación, que no conocían al
SEÑOR, ni la obra que él había
hecho por Israel.
11 Y los hijos de Israel hicieron
lo malo en ojos del SEÑOR, y sir-
vieron a los Baales:
12 Y dejaron al SEÑOR el Dios de
sus padres, que los había sacado
de la tierra de Egipto, y fuéronse
tras otros dioses, los dioses de los
pueblos que estaban en sus alre-
dedores, a los cuales adoraron; y
provocaron a ira al SEÑOR.
13 Y dejaron al SEÑOR, y
adoraron a Baal y a Astarot.
14 Y el furor del SEÑOR se en-
cendió contra Israel, el cual los
entregó en manos de robadores
que los despojaron, y los vendió
en manos de sus enemigos de
alrededor: y no pudieron parar
más delante de sus enemigos.
15 Por donde quiera que salían,
la mano del SEÑOR era contra
ellos para mal, como el SEÑOR
había dicho, y como el SEÑOR se
lo había jurado; así los afligió en
gran manera.
16 Mas el SEÑOR suscitó jueces
que los librasen de mano de los
que los despojaban.
17 Y tampoco oyeron a sus jue-
ces, sino que fornicaron tras dio-
ses ajenos, a los cuales adora-
ron: apartáronse bien presto del
camino en que anduvieron sus
padres obedeciendo a los man-
damientos del SEÑOR; *mas* ellos
no hicieron así.
18 Y cuando el SEÑOR les sus-
citaba jueces, el SEÑOR era con
el juez, y librábalos de mano de
los enemigos todo el tiempo de
aquel juez: porque el SEÑOR se
arrepentía por sus gemidos a
causa de los que los oprimían y
afligían.
19 Mas en muriendo el juez, ellos
se tornaban, y se corrompían
más que sus padres, siguiendo
dioses ajenos para servirles, e
inclinándose delante de ellos; y
nada disminuían de sus obras, ni
de su duro camino.
20 Y la ira del SEÑOR se encen-
dió contra Israel, y dijo: Pues que
esta gente traspasa mi pacto que
ordené a sus padres, y no obede-
cen mi voz,
21 Tampoco yo echaré más de
delante de ellos a ninguna de

aquestas gentes que dejó Josué
cuando murió;
22 Para que por ellas probara yo
a Israel, si guardarían ellos el camino del SEÑOR andando por él,
como sus padres lo guardaron, o
no.
23 Por esto dejó el SEÑOR aquellas
gentes, y no las desarraigó luego,
ni las entregó en mano de Josué.

CAPÍTULO 3

ÉSTAS, pues, son las naciones que dejó el SEÑOR para probar con ellas a Israel, a todos aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán;
2 Para que al menos el linaje de
los hijos de Israel conociese, para
enseñarlos en la guerra, siquiera
fuese a los que antes no la habían
conocido:
3 Cinco príncipes de los Filisteos, y todos los Cananeos, y
los Sidonios, y los Heveos que
habitaban en el monte Líbano:
desde el monte de Baal-hermón
hasta llegar a Hamat.
4 Éstos pues fueron para probar
por ellos a Israel, para saber si
obedecerían a los mandamientos
del SEÑOR, que él había prescrito a sus padres por mano de
Moisés.
5 Así los hijos de Israel habitaban entre los Cananeos, Heteos,
Amorreos, Ferezeos, Heveos, y
Jebuseos:
6 Y tomaron de sus hijas por esposas, y dieron sus hijas a los
hijos de ellos, y sirvieron a sus
dioses.
7 Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo en ojos del SEÑOR:
y olvidados del SEÑOR su Dios,
sirvieron a los Baales, y a los
bosques.
8 Y la saña del SEÑOR se encendió contra Israel, y vendiólos en
manos de Chusan-risataim, rey
de Mesopotamia; y sirvieron los
hijos de Israel a Chusan-risataim
ocho años.
9 Y clamaron los hijos de Israel
al SEÑOR; y el SEÑOR suscitó
salvador a los hijos de Israel y librólos; *es a saber*, a Otoniel hijo
de Cenez, hermano menor de
Caleb.
10 Y el Espíritu del SEÑOR fue
sobre él, y juzgó a Israel, y salió
a batalla, y el SEÑOR entregó en
su mano a Chusan-risataim, rey
de Siria, y prevaleció su mano
contra Chusan-risataim.
11 Y reposó la tierra cuarenta
años; y murió Otoniel, hijo de
Cenez.
12 Y tornaron los hijos de Israel
a hacer lo malo ante los ojos del
SEÑOR; y el SEÑOR esforzó a
Eglón rey de Moab contra Israel,
por cuanto habían hecho lo malo
ante los ojos del SEÑOR.
13 Y juntó consigo a los hijos de
Amón y de Amalec, y fue, e hirió
a Israel, y tomó la ciudad de las
palmas.
14 Y sirvieron los hijos de Israel
a Eglón rey de los Moabitas diez
y ocho años.
15 Y clamaron los hijos de Israel
al SEÑOR; y el SEÑOR les suscitó
salvador, a Aod, hijo de Gera,
Benjamita, el cual tenía cerrada
la mano derecha. Y los hijos de
Israel enviaron con él un presente a Eglón rey de Moab.
16 Y Aod se había hecho un puñal
de dos filos, de un codo de largo;
y ciñóselo debajo de sus vestidos
a su lado derecho.
17 Y presentó el presente
a Eglón rey de Moab; y era

Eglón hombre muy grueso.
18 Y luego que hubo presentado
el don, despidió a la gente que lo
había traído.
19 Mas él se volvió desde los ído-
los que están en Gilgal, y dijo:
Rey, una palabra secreta tengo
que decirte. Él entonces dijo:
Calla. Y saliéronse de con él
todos los que delante de él esta-
ban.
20 Y llegóse Aod a él, el cual es-
taba sentado solo en una sala de
verano. Y Aod dijo: Tengo pala-
bra de Dios para ti. Él entonces
se levantó de la silla.
21 Mas Aod metió su mano iz-
quierda, y tomó el puñal de su
lado derecho, y metióselo por el
vientre;
22 De tal manera que la empuña-
dura entró también tras la hoja, y
la grosura encerró la hoja, que él
no sacó el puñal de su vientre: y
salió el estiércol.
23 Y saliendo Aod al patio, cerró
tras sí las puertas de la sala.
24 Y salido él, vinieron sus sier-
vos, los cuales viendo las puertas
de la sala cerradas, dijeron: Sin
duda él cubre sus pies en la sala
de verano.
25 Y habiendo esperado hasta
estar confusos, pues que él no
abría las puertas de la sala, toma-
ron la llave y abrieron: y he aquí
su señor caído en tierra muerto.
26 Mas entre tanto que ellos se
detuvieron, Aod se escapó, y pa-
sando los ídolos, salvóse en Sei-
rat.
27 Y como hubo entrado, tocó el
cuerno en el monte de Efraím, y
los hijos de Israel descendieron
con él del monte, y él *iba* delante
de ellos.
28 Entonces él les dijo: Seguidme,
porque el SEÑOR ha entregado
vuestros enemigos los Moabitas
en vuestras manos. Y descendie-
ron en pos de él, y tomaron los
vados del Jordán a Moab, y no
dejaron pasar a ninguno.
29 Y en aquel tiempo hirieron
de los Moabitas como diez mil
hombres, todos valientes y todos
hombres de guerra; no escapó
hombre.
30 Así quedó Moab sojuzgado
aquel día bajo la mano de Israel:
y reposó la tierra ochenta años.
31 Después de éste fue Samgar
hijo de Anat, el cual hirió seis-
cientos hombres de los Filisteos
con una aguijada de bueyes; y él
también salvó a Israel.

CAPÍTULO 4

MAS los hijos de Israel tornaron
a hacer lo malo en ojos del
SEÑOR, después de la muerte de
Aod.
2 Y el SEÑOR los vendió en mano
de Jabín rey de Canaán, el cual
reinó en Hazor: y el capitán de
su ejército se *llamaba* Sísara, y él
habitaba en Haroset de los Gen-
tiles.
3 Y los hijos de Israel clamaron
al SEÑOR, porque aquél tenía
nuevecientos carros herrados: y
había afligido en gran manera
a los hijos de Israel por veinte
años.
4 Y gobernaba en aquel tiempo a
Israel una mujer, Débora, profe-
tisa, esposa de Lapidot:
5 La cual Débora habitaba deba-
jo de una palma entre Ramá y
Betel, en el monte de Efraím: y
los hijos de Israel subían a ella
a juicio.
6 Y ella envió a llamar a Barac
hijo de Abinoam, de Cedes de

Neftalí, y díjole: ¿No te ha mandado el SEÑOR Dios de Israel, *diciendo*: Ve, y haz gente en el monte de Tabor, y toma contigo diez mil hombres de los hijos de Neftalí, y de los hijos de Zabulón:
7 Y yo atraeré a ti al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y entregarélo en tus manos?
8 Y Barac le respondió: Si tú fueres conmigo, yo iré: pero si no fueres conmigo, no iré.
9 Y ella dijo: Iré contigo; mas no será tu honra en el camino que vas; porque en mano de mujer venderá el SEÑOR a Sísara. Y levantándose Débora fue con Barac a Cedes.
10 Y juntó Barac a Zabulón y a Neftalí en Cedes, y subió con diez mil hombres a su mando, y Débora subió con él.
11 Y Heber Cineo, de los hijos de Hobab suegro de Moisés, se había apartado de los Cineos, y puesto su tienda hasta el valle de Zaananim, que está junto a Cedes.
12 Vinieron pues las nuevas a Sísara como Barac hijo de Abinoam había subido al monte de Tabor.
13 Y reunió Sísara todos sus carros, nuevecientos carros herrados, con todo el pueblo que con él estaba, desde Haroset de los Gentiles hasta el arroyo de Cisón.
14 Entonces Débora dijo a Barac: Levántate; porque este es el día en que el SEÑOR ha entregado a Sísara en tus manos. ¿No ha salido el SEÑOR delante de ti? Y Barac descendió del monte de Tabor, y diez mil hombres en pos de él.
15 Y el SEÑOR desbarató a Sísara, y a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac: y Sísara descendió del carro, y huyó a pie.
16 Mas Barac siguió los carros y el ejército hasta Haroset de los Gentiles, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno.
17 Y Sísara se acogió a pie a la tienda de Jael esposa de Heber Cineo; porque había paz entre Jabín rey de Hazor y la casa de Heber Cineo.
18 Y saliendo Jael a recibir a Sísara, díjole: Ven, señor mío, ven a mí, no tengas temor. Y él vino a ella a la tienda, y ella le cubrió con una manta.
19 Y él le dijo: Ruégote me des a beber una poca de agua, que tengo sed. Y ella abrió un odre de leche y dióle de beber, y tornóle a cubrir.
20 Y él le dijo: Estáte a la puerta de la tienda, y si alguien viniere, y te preguntare, diciendo: ¿Hay aquí alguno? tú responderás que no.
21 Y Jael, esposa de Heber, tomó una estaca de la tienda, y poniendo un mazo en su mano, vino a él calladamente, y metióle la estaca por las sienes, y enclavólo en la tierra, pues él estaba cargado de sueño y cansado; y *así* murió.
22 Y siguiendo Barac a Sísara, Jael salió a recibirlo, y díjole: Ven, y te mostraré al varón que tú buscas. Y él entró donde ella estaba, y he aquí Sísara yacía muerto con la estaca por la sien.
23 Así abatió Dios aquel día a Jabín, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel.
24 Y la mano de los hijos de Is-

rael comenzó a crecer y a fortificarse contra Jabín rey de Canaán, hasta que lo destruyeron.

CAPÍTULO 5

Y AQUEL día cantó Débora, con Barac, hijo de Abinoam, diciendo:
2 Porque ha vengado las injurias de Israel, porque el pueblo se ha ofrecido de su voluntad, load al SEÑOR.
3 Oid, reyes; estad, oh príncipes, atentos: yo cantaré al SEÑOR, cantaré *alabanzas* al SEÑOR Dios de Israel.
4 Cuando saliste de Seir, oh SEÑOR, cuando te apartaste del campo de Edom, la tierra tembló, y los cielos destilaron, y las nubes gotearon aguas.
5 Los montes se derritieron delante del SEÑOR, aqueste Sinaí, delante del SEÑOR Dios de Israel.
6 En los días de Samgar hijo de Anat, en los días de Jael, cesaron los caminos, y los que andaban por las sendas apartábanse por torcidos senderos.
7 Las aldeas habían cesado en Israel, habían decaído; hasta que yo Débora me levanté, me levanté madre en Israel.
8 En escogiendo nuevos dioses, la guerra estaba a las puertas: ¿se veía escudo o lanza entre cuarenta mil en Israel?
9 Mi corazón está por los príncipes de Israel, los que con buena voluntad se ofrecieron entre el pueblo: load al SEÑOR.
10 Vosotros los que cabalgáis en asnas blancas, los que presidís en juicio, y vosotros los que viajáis, hablad.
11 Lejos del ruido de los archeros, en los abrevaderos, allí repetirán las justicias del SEÑOR, las justicias de sus villas en Israel; entonces bajará el pueblo del SEÑOR a las puertas.
12 Despierta, despierta, Débora; despierta, despierta, profiere un cántico. Levántate, Barac, y lleva tus cautivos, hijo de Abinoam.
13 Entonces ha hecho que el que quedó del pueblo, señoree a los magníficos: el SEÑOR me hizo enseñorear sobre los fuertes.
14 De Efraím *salió* su raíz contra Amalec tras ti, Benjamín, contra tus pueblos; de Maquir descendieron príncipes, y de Zabulón los que solían manejar punzón de escribiente.
15 Príncipes también de Isacar fueron con Débora; y como Isacar, también Barac se puso a pie en el valle. De las divisiones de Rubén hubo grandes impresiones del corazón.
16 ¿Por qué te quedaste entre las majadas, para oír los balidos de los rebaños? De las divisiones de Rubén grandes fueron las disquisiciones del corazón.
17 Galaad se quedó de la otra parte del Jordán: y Dan ¿por qué se estuvo junto a los navíos? Mantúvose Aser a la ribera del mar, y quedóse en sus puertos.
18 El pueblo de Zabulón expuso su vida a la muerte, y Neftalí en las alturas del campo.
19 Vinieron reyes y pelearon: entonces pelearon los reyes de Canaán en Taanac, junto a las aguas de Meguido, mas no llevaron ganancia alguna de dinero.
20 Del cielo pelearon: las estrellas desde sus órbitas pelearon contra Sísara.
21 Barriólos el torrente de Cisón, el antiguo torrente, el torrente

de Cisón. Hollaste, oh alma mía,
con fortaleza.
22 Despalmáronse entonces las
pezuñas de los caballos por las
arremetidas, por los brincos de
sus valientes.
23 Maldecid a Meroz, dijo el
ángel del SEÑOR: maldecid seve-
ramente a sus moradores, porque
no vinieron en socorro al SEÑOR,
en socorro al SEÑOR contra los
fuertes.
24 Bendita sea entre las muje-
res Jael, esposa de Heber Cineo;
sobre las mujeres bendita sea en
la tienda.
25 Él pidió agua, y dióle ella
leche; en tazón de nobles le pre-
sentó manteca.
26 Su mano tendió a la estaca, y
su diestra al mazo de trabajado-
res; y majó a Sísara, hirió su ca-
beza, llagó y atravesó sus sienes.
27 A los pies de ella se encorvó,
cayó, quedó tendido: encorvóse
a los pies de ella, cayó: donde se
encorvó, allí mismo cayó muerto.
28 La madre de Sísara se asoma
a la ventana, y por entre las celo-
sías a voces dice: ¿Por qué se
detiene su carro, que no viene?
¿Por qué las ruedas de sus carros
se tardan?
29 Las más avisadas de sus damas
le respondían; y aun ella se res-
pondía a sí misma.
30 ¿No han hallado despojos, *y
los* están repartiendo? a cada uno
una moza, o dos: los despojos de
colores para Sísara, los despojos
bordados de colores: *la ropa* de
color bordada de ambos lados,
para los cuellos de *los que han to-
mado* los despojos.
31 Así perezcan todos tus enemi-
gos, oh SEÑOR: mas los que le
aman, sean como el sol cuando
nace en su fuerza. Y la tierra re-
posó cuarenta años.

CAPÍTULO 6

MAS los hijos de Israel hicie-
ron lo malo en los ojos del
SEÑOR; y el SEÑOR los entregó
en las manos de Madián por siete
años.
2 Y la mano de Madián prevaleció
contra Israel. Y los hijos de Israel,
por causa de los Madianitas, se
hicieron cuevas en los montes, y
cavernas, y lugares fuertes.
3 Pues como los de Israel habían
sembrado, subían los Madianitas,
y Amalecitas, y los orientales: su-
bían contra ellos;
4 Y asentando campo contra
ellos destruían los frutos de la
tierra, hasta llegar a Gaza; y no
dejaban qué comer en Israel, ni
ovejas, ni bueyes, ni asnos.
5 Porque subían ellos y sus gana-
dos, y venían con sus tiendas en
grande multitud como langosta,
que no había número en ellos ni
en sus camellos: así venían a la
tierra para devastarla.
6 Era pues Israel en gran manera
empobrecido por los Madianitas;
y los hijos de Israel clamaron al
SEÑOR.
7 Y cuando los hijos de Israel
hubieron clamado al SEÑOR, a
causa de los Madianitas,
8 El SEÑOR envió un varón pro-
feta a los hijos de Israel, el cual
les dijo: Así ha dicho el SEÑOR
Dios de Israel: Yo os hice salir de
Egipto, y os saqué de la casa de
servidumbre:
9 Yo os libré de mano de los
Egipcios, y de mano de todos los
que os afligieron, a los cuales
eché de delante de vosotros, y os
di su tierra;

10 Y díjeos: Yo soy el SEÑOR vuestro Dios; no temáis a los dioses de los Amorreos, en cuya tierra habitáis: mas no habéis obedecido a mi voz.

11 Y vino el ángel del SEÑOR, y sentóse debajo de la encina que está en Ofra, el cual era de Joas Abiezerita; y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para hacerlo esconder de los Madianitas.

12 Y el ángel del SEÑOR se le apareció, y díjole: el SEÑOR es contigo, varón esforzado.

13 Y Gedeón le respondió: Ah, SEÑOR mío, si el SEÑOR es con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todos sus milagros, que nuestros padres nos han contado, diciendo: ¿No nos sacó el SEÑOR de Egipto? Y ahora el SEÑOR nos ha desamparado, y nos ha entregado en mano de los Madianitas.

14 Y mirándole el SEÑOR, díjole: Ve con esta tu fortaleza, y salvarás a Israel de la mano de los Madianitas. ¿No te envío yo?

15 Entonces le respondió: Ah, Señor mío, ¿con qué tengo de salvar a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre.

16 Y el SEÑOR le dijo: Porque yo seré contigo, y herirás a los Madianitas como a un *solo* hombre.

17 Y él respondió: Yo te ruego, que si he hallado gracia delante de ti, me des señal de que tú has hablado conmigo.

18 Ruégote que no te vayas de aquí, hasta que a ti vuelva, y saque mi presente, y lo ponga delante de ti. Y él respondió: Yo esperaré hasta que vuelvas.

19 Y entrándose Gedeón aderezó un cabrito, y panes sin levadura de un efa de harina; y puso la carne en un canastillo, y el caldo en una olla, y sacándolo presentóselo debajo de aquella encina.

20 Y el ángel de Dios le dijo: Toma la carne, y los panes sin levadura, y ponlo sobre esta roca, y vierte el caldo. Y él lo hizo así.

21 Y extendiendo el ángel del SEÑOR el bordón que tenía en su mano, tocó con la punta en la carne y en los panes sin levadura; y subió fuego de la roca, el cual consumió la carne y los panes sin levadura. Y el ángel del SEÑOR desapareció de delante de él.

22 Y viendo Gedeón que era el ángel del SEÑOR, dijo: Ah, Señor DIOS, que he visto el ángel del SEÑOR cara a cara.

23 Y el SEÑOR le dijo: Paz a ti; no tengas temor, no morirás.

24 Y edificó allí Gedeón altar al SEÑOR, al que llamó Jehovásalom: *que* aun hasta hoy *está* en Ofra de los Abiezeritas.

25 Y aconteció que la misma noche le dijo el SEÑOR: Toma un toro del hato de tu padre, y otro toro de siete años, y derriba el altar de Baal que tu padre tiene, y corta también el bosque que está junto a él:

26 Y edifica altar al SEÑOR tu Dios en la cumbre de esta roca, en el lugar ordenado, y tomando el segundo toro, sacrifícalo en ofrenda quemada sobre la leña del bosque que habrás cortado.

27 Entonces Gedeón tomó diez hombres de sus siervos, e hizo como el SEÑOR le dijo. Mas temiendo hacerlo de día, por la familia de su padre y por los hombres de la ciudad, hízolo de noche.

28 Y a la mañana, cuando los de
la ciudad se levantaron, he aquí
que el altar de Baal estaba derri-
bado, y cortado el bosque que
junto a él estaba, y sacrificado
aquel segundo toro sobre el altar
edificado.
29 Y decíanse unos a otros:
¿Quién ha hecho esto? Y buscan-
do e inquiriendo, dijéronles: Ge-
deón hijo de Joas lo ha hecho.
Entonces los hombres de la ciu-
dad dijeron a Joas:
30 Saca fuera a tu hijo para que
muera, por cuanto ha derribado
el altar de Baal y ha cortado el
bosque que junto a él estaba.
31 Y Joas respondió a todos los
que estaban junto a él: ¿Tomaréis
vosotros la demanda por Baal?
¿le salvaréis vosotros? Cualquie-
ra que tomare la demanda por él,
que muera mañana. Si *es* un dios,
que contienda por sí mismo con
el que derribó su altar.
32 Y aquel día llamó *él* a Gedeón
Jerobaal; porque dijo: Pleitee
Baal contra el que derribó su
altar.
33 Y todos los Madianitas, y
Amalecitas, y orientales, se jun-
taron a una, y pasando asentaron
campo en el valle de Jezreel.
34 Y el Espíritu del SEÑOR se
envistió en Gedeón, y como éste
hubo tocado el cuerno, Abiezer
se juntó con él.
35 Y envió mensajeros por todo
Manasés, el cual también se
juntó con él: asimismo envió
mensajeros a Aser, y a Zabulón,
y a Neftalí, los cuales salieron a
encontrarles.
36 Y Gedeón dijo a Dios: Si has
de salvar a Israel por mi mano,
como has dicho,
37 He aquí que yo pondré un
vellón de lana en la era; y si el
rocío estuviere en el vellón sola-
mente, quedando seca toda la
otra tierra, entonces entenderé
que has de salvar a Israel por mi
mano, como lo has dicho.
38 Y aconteció así: porque como
se levantó de mañana, expri-
miendo el vellón sacó de él el
rocío, un vaso lleno de agua.
39 Mas Gedeón dijo a Dios: No se
encienda tu ira contra mí, si aun
hablare esta vez: solamente pro-
baré ahora otra vez con el vellón.
Ruégote que la sequedad sea sólo
en el vellón, y el rocío sobre la
tierra.
40 Y aquella noche lo hizo Dios
así: porque la sequedad fue sólo
en el vellón, y en toda la tierra
estuvo el rocío.

CAPÍTULO 7

LEVANTÁNDOSE pues de
mañana Jerobaal, el cual es
Gedeón, y todo el pueblo que es-
taba con él, asentaron el campo
junto a la fuente de Harod: y
tenía el campo de los Madianitas
al norte, de la otra parte del co-
llado de More, en el valle.
2 Y el SEÑOR dijo a Gedeón:
El pueblo que está contigo es
mucho para que yo dé a los Ma-
dianitas en su mano: porque no
se alabe Israel contra mí, dicien-
do: Mi mano me ha salvado.
3 Haz pues ahora pregonar, que
lo oiga el pueblo, diciendo: El
que teme y se estremece, madru-
gue y vuélvase desde el monte de
Galaad. Y volviéronse de los del
pueblo veintidós mil: y quedaron
diez mil.
4 Y el SEÑOR dijo a Gedeón: Aun
es mucho el pueblo; llévalos a
las aguas, y allí yo te los probaré;

y del que yo te dijere: Vaya este
contigo, vaya contigo: mas de
cualquiera que yo te dijere: Éste
no vaya contigo, el tal no vaya.
5 Entonces llevó el pueblo a las
aguas: y el SEÑOR dijo a Gedeón:
Cualquiera que lamiere las aguas
con su lengua como lame el
perro, aquél pondrás aparte; asi-
mismo cualquiera que se doblare
sobre sus rodillas para beber.
6 Y fue el número de los que la-
mieron las aguas, llegándola con
la mano a la boca, trescientos
hombres: y todo el resto del pue-
blo se dobló sobre sus rodillas
para beber las aguas.
7 Entonces el SEÑOR dijo a
Gedeón: Con estos trescientos
hombres que lamieron *el agua*
os salvaré, y entregaré a los Ma-
dianitas en tus manos: y váyase
toda la gente cada uno a su lugar.
8 Y tomada provisión para el
pueblo en sus manos, y sus boci-
nas, envió a todos los Israelitas
cada uno a su tienda, y retuvo a
aquellos trescientos hombres: y
tenía el campo de Madián abajo
en el valle.
9 Y aconteció que aquella noche
el SEÑOR le dijo: Levántate, y
desciende al campo; porque yo
lo he entregado en tus manos.
10 Y si tienes temor de descen-
der, baja tú con Fura tu criado
al campo,
11 Y oirás lo que hablan; y en-
tonces tus manos se esforzarán,
y descenderás al campo. Y él
descendió con Fura su criado al
principio de la gente de armas
que estaba en el campo.
12 Y Madián, y Amalec, y todos
los orientales, estaban tendi-
dos en el valle como langostas
en muchedumbre, y sus came-
llos eran innumerables, como la
arena que está a la ribera del mar
en multitud.
13 Y luego que llegó Gedeón, he
aquí que un hombre estaba con-
tando a su compañero un sueño,
diciendo: He aquí yo soñé un
sueño: que veía un pan de ceba-
da que rodaba hasta el campo de
Madián, y llegaba a las tiendas, y
las hería *de tal manera* que caían,
y las trastornaba de arriba abajo,
y las tiendas caían.
14 Y su compañero respondió, y
dijo: Esto no es otra cosa sino la
espada de Gedeón hijo de Joas,
varón de Israel: Dios ha entrega-
do en sus manos a los Madianitas
con todo el campo.
15 Y como Gedeón oyó la histo-
ria del sueño y su interpreta-
ción, adoró; y vuelto al campo
de Israel, dijo: Levantaos, que el
SEÑOR ha entregado el campo
de Madián en vuestras manos.
16 Y repartiendo los trescientos
hombres en tres escuadrones,
dio a cada uno de ellos bocinas
en sus manos, y cántaros vacíos
con teas ardiendo dentro de los
cántaros.
17 Y díjoles: Miradme a mí, y
haced como yo hiciere; he aquí
que cuando yo llegare al princi-
pio del campo, como yo hiciere,
así haréis vosotros.
18 Yo tocaré la bocina y todos los
que estarán conmigo; y vosotros
tocaréis entonces las bocinas al-
rededor de todo el campo, y di-
réis: ¡Por el SEÑOR y Gedeón!
19 Llegó pues Gedeón, y los cien
hombres que llevaba consigo, al
principio del campo, a la entrada
de la vela del medio, cuando aca-
baban de renovar los centinelas;
y tocaron las bocinas, y quebra-

ron los cántaros que llevaban en
sus manos:
20 Y los tres escuadrones tocaron las bocinas, y quebrando los cántaros tomaron en las manos izquierdas las teas, y en las derechas los cuernos con que tañian, y dieron grita: ¡La espada del SEÑOR y de Gedeón!
21 Y estuviéronse en sus lugares en derredor del campo: y todo el campo fue alborotado, y huyeron gritando.
22 Mas los trescientos tocaban las bocinas: y el SEÑOR puso la espada de cada uno contra su compañero en todo el campo. Y el ejército huyó hasta Bet-sita, hacia Cerera, y hasta el término de Abel-mehola en Tabat.
23 Y juntándose los de Israel, de Neftalí, y de Aser, y de todo Manasés, siguieron a los Madianitas.
24 Gedeón también envió mensajeros a todo el monte de Efraím, diciendo: Descended al encuentro de los Madianitas, y tomadles las aguas hasta Bet-bara y el Jordán. Y juntos todos los hombres de Efraím, tomaron las aguas de Bet-bara y el Jordán.
25 Y tomaron dos príncipes de los Madianitas, Oreb y Zeeb: y mataron a Oreb en la peña de Oreb, y a Zeeb *lo* mataron en el lagar de Zeeb: y después que siguieron a los Madianitas, trajeron las cabezas de Oreb y de Zeeb a Gedeón de la otra parte del Jordán.

CAPÍTULO 8

Y LOS de Efraím le dijeron: ¿Qué es esto que has hecho con nosotros, no llamándonos cuando ibas a la guerra contra Madián? Y reconviniéronlo fuertemente.
2 A los cuales él respondió: ¿Qué he hecho yo ahora como vosotros? ¿No es el rebusco de Efraím mejor que la vendimia de Abiezer?
3 Dios ha entregado en vuestras manos a Oreb y a Zeeb, príncipes de Madián: ¿y qué pude yo hacer como vosotros? Entonces el enojo de ellos contra él se aplacó, luego que él habló esta palabra.
4 Y vino Gedeón al Jordán para pasar, él y los trescientos hombres que traía consigo, cansados del alcance.
5 Y dijo a los de Sucot: Yo os ruego que deis a la gente que me sigue *algunos* bocados de pan; porque están cansados, y yo persigo a Zeba y a Zalmuna, reyes de Madián.
6 Y los principales de Sucot respondieron: ¿Está ya la mano de Zeba y Zalmuna en tu mano, para que hayamos nosotros de dar pan a tu ejército?
7 Y Gedeón dijo: Pues cuando el SEÑOR hubiere entregado en mi mano a Zeba y a Zalmuna, yo trillaré vuestra carne con espinas y abrojos del desierto.
8 Y de allí subió a Penuel, y hablóles las mismas palabras. Y los de Penuel le respondieron como habían respondido los de Sucot.
9 Y él habló también a los de Penuel, diciendo: Cuando yo tornare en paz, derribaré esta torre.
10 Y Zeba y Zalmuna estaban en Carcor, y con ellos su ejército de como quince mil hombres, todos los que habían quedado de todo el campo de los orientales: y los muertos *habían sido* ciento veinte mil hombres que sacaban espada.
11 Y subiendo Gedeón hacia los

que habitaban en tiendas, a la
parte oriental de Noba y de Jog-
bea, hirió el campo, porque esta-
ba el ejército sin recelo.
12 Y huyendo Zeba y Zalmuna,
él los siguió; y tomados los dos
reyes de Madián, Zeba y Zalmu-
na, espantó a todo el ejército.
13 Y Gedeón hijo de Joas volvió de
la batalla antes que el sol subiese;
14 Y tomó un mozo de los de
Sucot, y preguntándole, él le
dio por escrito los principales de
Sucot y sus ancianos, setenta y
siete varones.
15 Y entrando a los de Sucot,
dijo: He aquí a Zeba y a Zalmuna,
sobre los cuales me zaheristeis,
diciendo: ¿Está ya la mano de
Zeba y de Zalmuna en tu mano,
para que demos nosotros pan a
tus hombres cansados?
16 Y tomó a los ancianos de la
ciudad, y espinas y abrojos del
desierto, y castigó con ellos a los
de Sucot.
17 Asimismo derribó la torre de
Penuel, y mató a los de la ciudad.
18 Luego dijo a Zeba y a Zalmu-
na: ¿Qué manera de hombres
tenían aquellos que matasteis
en Tabor? Y ellos respondieron:
Como tú, tales eran aquellos ni
más ni menos, que parecían hijos
de rey.
19 Y él dijo: Mis hermanos eran,
hijos de mi madre: ¡Vive el
SEÑOR, que si los hubierais guar-
dado en vida, yo no os mataría!
20 Y dijo a Jeter su primogéni-
to: Levántate, y mátalos. Mas el
joven no desenvainó su espada,
porque tenía temor; que aun era
muchacho.
21 Entonces dijo Zeba y Zal-
muna: Levántate tú, y mátanos;
porque como es el varón, tal es
su valentía. Y Gedeón se levan-
tó, y mató a Zeba y a Zalmuna; y
tomó los adornos de lunetas que
sus camellos traían al cuello.
22 Y los Israelitas dijeron a Ge-
deón: Sé nuestro señor, tú, y tu
hijo, y tu nieto; pues que nos has
librado de mano de Madián.
23 Mas Gedeón respondió: No
reinaré yo sobre vosotros, ni rei-
nará mi hijo sobre vosotros: el
SEÑOR reinará sobre vosotros.
24 Y díjoles Gedeón: Deseo ha-
ceros una petición, que cada uno
me dé los zarcillos de su despojo.
(Porque traían zarcillos de oro,
que eran Ismaelitas.)
25 Y ellos respondieron: De buena
gana los daremos. Y tendiendo
una ropa de vestir, echó allí cada
uno los zarcillos de su despojo.
26 Y fue el peso de los zarcillos
de oro que él pidió, mil y sete-
cientos *siclos* de oro; sin las plan-
chas, y joyeles, y vestidos de
púrpura, que traían los reyes de
Madián, y sin los collares que
traían sus camellos al cuello.
27 Y Gedeón hizo de ellos un
efod, el cual hizo guardar en
su ciudad de Ofra: y todo Israel
fornicó tras de ese *efod* en aquel
lugar; y fue por tropiezo a Ge-
deón y a su casa.
28 Así fue humillado Madián
delante de los hijos de Israel, y
nunca más levantaron su cabeza.
Y reposó la tierra cuarenta años
en los días de Gedeón.
29 Y Jerobaal hijo de Joas fue, y
habitó en su casa.
30 Y tuvo Gedeón setenta hijos
que salieron de su muslo, porque
tuvo muchas esposas.
31 Y su concubina que estaba en
Siquem, también le parió un hijo;
y púsole por nombre Abimelec.

32 Y murió Gedeón hijo de Joas
en buena vejez, y fue sepultado
en el sepulcro de su padre Joas,
en Ofra de los Abiezeritas.
33 Y aconteció que como murió
Gedeón, los hijos de Israel torna-
ron, y fornicaron en pos de los
Baales, y se pusieron por dios a
Baal-berit.
34 Y no se acordaron los hijos de
Israel del SEÑOR su Dios, que los
había librado de todos sus ene-
migos alrededor:
35 Ni hicieron misericordia con
la casa de Jerobaal Gedeón, con-
forme a todo el bien que él había
hecho a Israel.

CAPÍTULO 9

Y FUESE Abimelec hijo de Je-
robaal a Siquem, a los her-
manos de su madre, y habló con
ellos, y con toda la familia de la
casa del padre de su madre, di-
ciendo:
2 Yo os ruego que habléis a oídos
de todos los de Siquem: ¿Qué te-
néis por mejor, que os señoreen
setenta hombres, todos los hijos
de Jerobaal; o que os señoree
un varón? Acordaos que yo soy
hueso vuestro, y carne vuestra.
3 Y hablaron por él los hermanos
de su madre a oídos de todos los
de Siquem todas estas palabras:
y el corazón de ellos se inclinó
en favor de Abimelec, porque de-
cían: Nuestro hermano es.
4 Y diéronle setenta *siclos* de plata
del templo de Baal-berit, con los
cuales Abimelec alquiló hombres
ociosos y vagabundos, que le si-
guieron.
5 Y viniendo a la casa de su padre
en Ofra, mató a sus hermanos los
hijos de Jerobaal, setenta varo-
nes, sobre una piedra: mas quedó
Jotam, el más pequeño hijo de
Jerobaal, que se escondió.
6 Y reunidos todos los de Siquem
con toda la casa de Milo, fueron
y eligieron a Abimelec por rey,
cerca de la llanura del pilar que
estaba en Siquem.
7 Y como se lo dijesen a Jotam,
fue y púsose en la cumbre del
monte de Gerizim, y alzando
su voz clamó, y díjoles: Oidme,
varones de Siquem; que Dios os
oiga.
8 Fueron los árboles a ungir rey
sobre sí, y dijeron a la oliva:
Reina sobre nosotros.
9 Mas la oliva respondió: ¿Tengo
de dejar mi pingüe jugo, con el
que por mi causa Dios y los hom-
bres son honrados, por ir a ser
grande sobre los árboles?
10 Y dijeron los árboles a la hi-
guera: Anda tú, reina sobre no-
sotros.
11 Y respondió la higuera:
¿Tengo de dejar mi dulzura y mi
buen fruto, por ir a ser grande
sobre los árboles?
12 Dijeron luego los árboles a la
vid: Pues ven tú, reina sobre no-
sotros.
13 Y la vid les respondió: ¿Tengo
de dejar mi mosto, que alegra a
Dios y a los hombres, por ir a ser
grande sobre los árboles?
14 Dijeron entonces todos los
árboles al escaramujo: Anda tú,
reina sobre nosotros.
15 Y el escaramujo respondió a
los árboles: Si en verdad me un-
gís por rey sobre vosotros, venid,
y aseguraos debajo de mi som-
bra: y si no, fuego salga del esca-
ramujo que devore los cedros del
Líbano.
16 Ahora pues, si con verdad y
con integridad habéis procedido

en hacer rey a Abimelec, y si lo
habéis hecho bien con Jerobaal y
con su casa, y si le habéis pagado
conforme a la obra de sus manos;
17 (Pues que mi padre peleó por
vosotros, y echó lejos su vida por
libraros de mano de Madián;
18 Y vosotros os levantasteis hoy
contra la casa de mi padre, y matasteis sus hijos, setenta varones,
sobre una piedra; y habéis puesto por rey sobre los de Siquem a
Abimelec, hijo de su criada, por
cuanto es vuestro hermano:)
19 Si con verdad y con integridad
habéis obrado hoy con Jerobaal
y con su casa, que gocéis de Abimelec, y él goce de vosotros.
20 Y si no, fuego salga de Abimelec, que consuma a los de Siquem
y a la casa de Milo; y fuego salga
de los de Siquem y de la casa de
Milo, que consuma a Abimelec.
21 Y huyó Jotam, y se fugó, y
fuese a Beer, y allí se estuvo por
causa de Abimelec su hermano.
22 Y después que Abimelec hubo
dominado sobre Israel tres años,
23 Envió Dios un espíritu malo
entre Abimelec y los hombres de
Siquem: que los de Siquem se levantaron contra Abimelec:
24 Para que el agravio de los setenta hijos de Jerobaal, y la sangre de ellos, viniera a ponerse
sobre Abimelec su hermano que
los mató, y sobre los hombres
de Siquem que corroboraron las
manos de él para matar a sus
hermanos.
25 Y pusiéronle los de Siquem
asechadores en las cumbres de
los montes, los cuales salteaban
a todos los que pasaban junto a
ellos por el camino; de lo que fue
dado aviso a Abimelec.
26 Y Gaal hijo de Ebed vino con
sus hermanos, y pasáronse a Siquem: y los de Siquem se confiaron en él.
27 Y saliendo al campo, vendimiaron sus viñas, y pisaron *la
uva*, e hicieron alegrías; y entrando en el templo de sus dioses, comieron y bebieron, y maldijeron
a Abimelec.
28 Y Gaal hijo de Ebed dijo:
¿Quién es Abimelec y qué es Siquem, para que nosotros a él sirvamos? ¿no es hijo de Jerobaal?
¿y *no es* Zebul su asistente? Servid
a los varones de Hemor padre de
Siquem: mas ¿por qué habíamos
de servir a él?
29 Fuérame dado este pueblo
bajo de mi mano, yo echaría
luego a Abimelec. Y decía a Abimelec: Aumenta tus escuadrones,
y sal.
30 Y Zebul asistente de la ciudad,
oyendo las palabras de Gaal hijo
de Ebed, encendióse su ira;
31 Y envió sagazmente mensajeros a Abimelec, diciendo: He
aquí que Gaal hijo de Ebed y sus
hermanos han venido a Siquem,
y he aquí, que han cercado la ciudad contra ti.
32 Levántate pues ahora de
noche, tú y el pueblo que está
contigo, y pon emboscada en el
campo:
33 Y por la mañana al salir del
sol te levantarás y acometerás
la ciudad: y él y el pueblo que
está con él saldrán contra ti, y
tú harás con él según que se te
ofrecerá.
34 Levantándose pues de noche
Abimelec y todo el pueblo que
con él estaba, pusieron emboscada contra Siquem con cuatro
compañías.
35 Y Gaal hijo de Ebed salió, y

púsose a la entrada de la puerta
de la ciudad: y Abimelec y todo
el pueblo que con él estaba, se
levantaron de la emboscada.
36 Y viendo Gaal el pueblo, dijo
a Zebul: He allí pueblo que des-
ciende de las cumbres de los
montes. Y Zebul le respondió: La
sombra de los montes te parece
hombres.
37 Mas Gaal tornó a hablar, y
dijo: He allí pueblo que descien-
de por medio de la tierra, y un
escuadrón viene camino de la
llanura de Meonenim.
38 Y Zebul le respondió: ¿Dónde
está ahora aquel tu hablar, di-
ciendo: Quién es Abimelec para
que le sirvamos? ¿No es este el
pueblo que tenías en poco? Sal
pues ahora, y pelea con él.
39 Y Gaal salió delante de los de
Siquem, y peleó contra Abimelec.
40 Mas persiguiólo Abimelec, de-
lante del cual él huyó; y cayeron
heridos muchos hasta la entrada
de la puerta.
41 Y Abimelec se quedó en
Aruma; y Zebul echó fuera a
Gaal y a sus hermanos, para que
no morasen en Siquem.
42 Y aconteció al siguiente día,
que el pueblo salió al campo: y
fue dado aviso a Abimelec.
43 El cual, tomando gente, repar-
tióla en tres compañías, y puso
emboscadas en el campo: y como
miró, he aquí el pueblo que salía
de la ciudad; y levantóse contra
ellos, e hiriólos:
44 Pues Abimelec y el escuadrón
que estaba con él, acometieron
con ímpetu, y pararon a la en-
trada de la puerta de la ciudad;
y las dos compañías acometie-
ron a todos los que estaban en el
campo, y los hirieron.
45 Y después de combatir Abi-
melec la ciudad todo aquel día,
tomóla, y mató el pueblo que en
ella estaba, y asoló la ciudad, y
sembróla de sal.
46 Como oyeron esto todos los
que estaban en la torre de Si-
quem, entráronse en la fortaleza
del templo del dios Berit.
47 Y fue dicho a Abimelec como
todos los de la torre de Siquem
estaban reunidos.
48 Entonces subió Abimelec al
monte de Salmón, él y toda la
gente que con él estaba; y tomó
Abimelec un hacha en su mano, y
cortó una rama de los árboles, y
levantándola púsosela sobre sus
hombros, diciendo al pueblo que
estaba con él: Lo que me veis a
mí que hago, haced vosotros
prestamente como yo.
49 Y *así* todo el pueblo cortó tam-
bién cada uno su rama, y siguie-
ron a Abimelec, y pusiéronlas
junto a la fortaleza, y prendieron
fuego con ellas a la fortaleza: por
manera que todos los de la torre
de Siquem murieron, como unos
mil hombres y mujeres.
50 Después Abimelec se fue a
Tebes; y puso cerco a Tebes, y
tomóla.
51 En medio de aquella ciudad
había una torre fuerte, a la cual
se retiraron todos los hombres y
mujeres, y todos los señores de
la ciudad; y cerrando tras sí *las
puertas*, subiéronse al piso alto de
la torre.
52 Y vino Abimelec a la torre, y
combatiéndola, llegóse a la puer-
ta de la torre para pegarle fuego.
53 Mas una mujer dejó caer un
pedazo de una rueda de molino
sobre la cabeza de Abimelec, y
quebróle los cascos.

54 Y luego llamó él a su escude-
ro, y díjole: Saca tu espada y má-
tame, porque no se diga de mí:
Una mujer lo mató. Y su escude-
ro le atravesó, y murió.
55 Y como los Israelitas vieron
muerto a Abimelec, fuéronse
cada uno a su casa.
56 Así pues pagó Dios a Abimelec
el mal que hizo contra su padre
matando a sus setenta hermanos.
57 Y aun todo el mal de los hom-
bres de Siquem tornó Dios sobre
sus cabezas: y la maldición de
Jotam, hijo de Jerobaal, vino
sobre ellos.

CAPÍTULO 10

Y DESPUÉS de Abimelec, le-
vantóse para librar a Israel,
Tola hijo de Púa, hijo de Dodo,
varón de Isacar, el cual habitaba
en Samir, en el monte de Efraím.
2 Y juzgó a Israel veintitrés años,
y murió, y fue sepultado en Samir.
3 Tras él se levantó Jair, Galaa-
dita, el cual juzgó a Israel veinti-
dós años.
4 Éste tuvo treinta hijos que ca-
balgaban sobre treinta asnos, y
tenían treinta villas, que se lla-
maron las villas de Jair hasta
hoy, las cuales están en la tierra
de Galaad.
5 Y murió Jair, y fue sepultado
en Camón.
6 Mas los hijos de Israel tornaron
a hacer lo malo en los ojos del
SEÑOR, y sirvieron a los Baales y
a Astarot, y a los dioses de Siria,
y a los dioses de Sidón, y a los
dioses de Moab, y a los dioses de
los hijos de Amón, y a los dio-
ses de los Filisteos: y dejaron al
SEÑOR, y no le sirvieron.
7 Y el SEÑOR se airó contra Is-
rael, y vendiólos en mano de los
Filisteos, y en mano de los hijos
de Amón:
8 Los cuales molieron y que-
brantaron a los hijos de Israel en
aquel tiempo dieciocho años, a
todos los hijos de Israel que esta-
ban de la otra parte del Jordán
en la tierra del Amorreo, que es
en Galaad.
9 Y los hijos de Amón pasaron el
Jordán para hacer también gue-
rra contra Judá, y contra Benja-
mín, y la casa de Efraím: y fue
Israel en gran manera afligido.
10 Y los hijos de Israel clamaron
al SEÑOR, diciendo: Nosotros
hemos pecado contra ti; porque
hemos dejado a nuestro Dios, y
servido a los Baales.
11 Y el SEÑOR respondió a los
hijos de Israel: ¿No habéis sido
oprimidos de Egipto, de los Amo-
rreos, de los Amonitas, de los Fi-
listeos,
12 De los de Sidón, de Amalec, y
de Maón, y clamando a mí os he
librado de sus manos?
13 Mas vosotros me habéis deja-
do, y habéis servido a dioses aje-
nos: por tanto, yo no os libraré
más.
14 Andad, y clamad a los dioses
que os habéis elegido, que os
libren en el tiempo de vuestra
aflicción.
15 Y los hijos de Israel respon-
dieron al SEÑOR: Hemos pecado;
haz tú con nosotros como bien te
pareciere: solamente que ahora
nos libres en este día.
16 Y quitaron de entre sí los dio-
ses ajenos, y sirvieron al SEÑOR:
y su alma fue angustiada a causa
del trabajo de Israel.
17 Y juntándose los hijos de
Amón, asentaron campo en Ga-
laad: juntáronse asimismo los

hijos de Israel, y asentaron su
campo en Mizpa.
18 Y los príncipes y el pueblo de
Galaad dijeron el uno al otro:
¿Quién será el que comenzará la
batalla contra los hijos de Amón?
él será cabeza sobre todos los
que habitan en Galaad.

CAPÍTULO 11

EXISTÍA entonces Jefté,
Galaadita, hombre valiente,
hijo de una ramera, al cual había
engendrado Galaad.
2 Y la esposa de Galaad *también*
le había parido hijos; los cuales
cuando fueron grandes, echaron fuera a Jefté, diciéndole: No
heredarás en la casa de nuestro
padre, porque eres bastardo.
3 Huyendo pues Jefté a causa de
sus hermanos, habitó en tierra de
Tob; y juntáronse con él hombres
ociosos, los cuales con él salían.
4 Y aconteció que después de algunos días los hijos de Amón hicieron guerra contra Israel:
5 Y como los hijos de Amón tenían guerra contra Israel, los
ancianos de Galaad fueron para
volver a Jefté de tierra de Tob;
6 Y dijeron a Jefté: Ven, y serás
nuestro capitán, para que peleemos con los hijos de Amón.
7 Y Jefté respondió a los ancianos de Galaad: ¿No me habéis
vosotros aborrecido, y me echasteis de la casa de mi padre? ¿por
qué pues venís ahora a mí cuando estáis en aflicción?
8 Y los ancianos de Galaad respondieron a Jefté: Por esta
misma causa tornamos ahora a ti,
para que vengas con nosotros, y
pelees contra los hijos de Amón,
y nos seas cabeza a todos los que
moramos en Galaad.
9 Jefté entonces dijo a los ancianos de Galaad: Si me volvéis
para que pelee contra los hijos de
Amón, y el SEÑOR los entregare
delante de mí, ¿seré yo vuestra
cabeza?
10 Y los ancianos de Galaad respondieron a Jefté: El SEÑOR oiga
entre nosotros, si no hiciéremos
como tú dices.
11 Entonces Jefté vino con los
ancianos de Galaad, y el pueblo
lo eligió por su cabeza y príncipe;
y Jefté habló todas sus palabras
delante del SEÑOR en Mizpa.
12 Y envió Jefté embajadores al
rey de los Amonitas, diciendo:
¿Qué tienes tú conmigo que has
venido a mí para hacer guerra en
mi tierra?
13 Y el rey de los Amonitas respondió a los embajadores de
Jefté: Por cuanto Israel tomó mi
tierra, cuando subió de Egipto,
desde Arnón hasta Jaboc y el
Jordán; por tanto, devuélvelas
ahora en paz.
14 Y Jefté tornó a enviar otros
embajadores al rey de los Amonitas,
15 Para decirle: Jefté ha dicho así:
Israel no tomó tierra de Moab, ni
tierra de los hijos de Amón:
16 Mas subiendo Israel de Egipto,
anduvo por el desierto hasta el
mar Bermejo, y llegó a Cades.
17 Entonces Israel envió embajadores al rey de Edom, diciendo:
Yo te ruego que me dejes pasar
por tu tierra. Mas el rey de Edom
no los escuchó. Envió también
al rey de Moab; el cual tampoco
quiso: quedóse por tanto Israel
en Cades.
18 Después, yendo por el desierto, rodeó la tierra de Edom y la
tierra de Moab, y viniendo por

el lado oriental de la tierra de
Moab, asentó su campo de esto-
tra parte de Arnón, y no entraron
por el término de Moab: porque
Arnón término es de Moab.
19 Y envió Israel embajadores a
Sehón rey de los Amorreos, rey
de Hesbón, diciéndole: Ruégote
que me dejes pasar por tu tierra
hasta mi lugar.
20 Mas Sehón no se fió de Israel
para darle paso por su término;
antes juntando Sehón toda su
gente, puso campo en Jaas, y
peleó contra Israel.
21 Empero el SEÑOR el Dios de
Israel entregó a Sehón y a todo
su pueblo en mano de Israel, y
venciólos: y poseyó Israel toda la
tierra del Amorreo que habitaba
en aquel país.
22 Poseyeron también todo el tér-
mino del Amorreo desde Arnón
hasta Jaboc, y desde el desierto
hasta el Jordán.
23 Así que el SEÑOR Dios de Is-
rael echó los Amorreos delante
de su pueblo Israel: ¿y lo has de
poseer tú?
24 Si Quemos tu dios te echa-
se alguno, ¿no lo poseerías tú?
Así poseeremos nosotros a todo
aquel que echó el SEÑOR nues-
tro Dios de delante de nosotros.
25 ¿Eres tú ahora en algo mejor
que Balac hijo de Sefor, rey de
Moab? ¿tuvo él cuestión contra
Israel, o hizo guerra contra ellos?
26 Cuando Israel ha estado habi-
tando por trescientos años a Hes-
bón y sus aldeas, a Aroer y sus
aldeas, y todas las ciudades que
están a los términos de Arnón,
¿por qué no las habéis reclamado
en ese tiempo?
27 Así que, yo nada he pecado
contra ti, mas tú haces mal con-
migo haciéndome guerra: el
SEÑOR, que es el juez, juzgue
hoy entre los hijos de Israel y los
hijos de Amón.
28 Mas el rey de los hijos de
Amón no atendió las razones de
Jefté que le envió.
29 Y el Espíritu del SEÑOR fue
sobre Jefté: y pasó por Galaad y
Manasés; y de allí pasó a Mizpa
de Galaad; y de Mizpa de Galaad
pasó a los hijos de Amón.
30 Y Jefté hizo voto al SEÑOR,
diciendo: Si entregares a los
Amonitas en mis manos,
31 Cualquiera que me saliere a
recibir de las puertas de mi casa,
cuando volviere de los Amoni-
tas en paz, será del SEÑOR, y le
ofreceré en ofrenda quemada.
32 Pasó pues Jefté a los hijos de
Amón para pelear contra ellos; y
el SEÑOR los entregó en su mano.
33 Y los hirió de grandísimo es-
trago desde Aroer hasta llegar a
Minit, veinte ciudades; y hasta
la vega de las viñas. Así fueron
domeñados los Amonitas delante
de los hijos de Israel.
34 Y volviendo Jefté a Mizpa a
su casa, he aquí que su hija le
salió a recibir con adufes y dan-
zas, y era la sola, la única suya;
no tenía fuera de ella otro hijo
ni hija.
35 Y como él la vio, rompió sus
vestidos diciendo: ¡Ay, hija mía!
de verdad me has abatido, y tú
eres de los que me afligen: por-
que yo he abierto mi boca al
SEÑOR, y no podré retractarme.
36 Ella entonces le respondió:
Padre mío, si has abierto tu boca
al SEÑOR, haz de mí como salió
de tu boca, pues que el SEÑOR
ha hecho venganza en tus enemi-
gos los hijos de Amón.

37 Y tornó a decir a su padre: Hágasme esto: déjame por dos meses que vaya y descienda por los montes, y llore mi virginidad, yo y mis compañeras.
38 Él entonces dijo: Ve. Y dejóla por dos meses. Y ella fue con sus compañeras, y lloró su virginidad por los montes.
39 Pasados los dos meses volvió a su padre, e hizo de ella conforme a su voto que había hecho. Y ella nunca conoció varón.
40 De aquí fue la costumbre en Israel que de año en año iban las doncellas de Israel a endechar a la hija de Jefté Galaadita, cuatro días en el año.

CAPÍTULO 12

Y JUNTÁNDOSE los varones de Efraím, pasaron hacia el norte, y dijeron a Jefté: ¿Por qué fuiste a hacer guerra contra los hijos de Amón, y no nos llamaste para que fuéramos contigo? Nosotros quemaremos a fuego tu casa contigo.
2 Y Jefté les respondió: Yo tuve, y mi pueblo, una gran contienda con los hijos de Amón, y os llamé, y no me defendisteis de sus manos.
3 Viendo pues que no me defendíais, puse mi alma en mi palma, y pasé contra los hijos de Amón, y el SEÑOR los entregó en mi mano: ¿por qué pues habéis subido hoy contra mí para pelear conmigo?
4 Y juntando Jefté a todos los varones de Galaad, peleó contra Efraím; y los de Galaad hirieron a Efraím, porque habían dicho: Vosotros sois fugitivos de Efraím, vosotros sois Galaaditas entre Efraím y Manasés.
5 Y los Galaaditas tomaron los vados del Jordán a Efraím; y era que, cuando alguno de los de Efraím que había huído, decía, ¿pasaré? los de Galaad le preguntaban: ¿Eres tú Efrateo? Si él respondía, No;
6 Entonces le decían: Ahora pues, di, Shibolet. Y él decía, Sibolet; porque no podía pronunciar de aquella suerte. Entonces le echaban mano, y le degollaban junto a los vados del Jordán. Y murieron entonces de los de Efraím cuarenta y dos mil.
7 Y Jefté juzgó a Israel seis años: luego murió Jefté Galaadita, y fue sepultado en *una de* las ciudades de Galaad.
8 Después de él juzgó a Israel Ibzan de Belem;
9 El cual tuvo treinta hijos y treinta hijas, las cuales casó fuera, y tomó de fuera treinta hijas para sus hijos: y juzgó a Israel siete años.
10 Y murió Ibzan, y fue sepultado en Belem.
11 Después de él juzgó a Israel Elón, Zabulonita, el cual juzgó a Israel diez años.
12 Y murió Elón, Zabulonita, y fue sepultado en Ajalón en la tierra de Zabulón.
13 Después de él juzgó a Israel Abdón hijo de Hilel, Piratonita.
14 Éste tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta asnos: y juzgó a Israel ocho años.
15 Y murió Abdón hijo de Hilel, Piratonita, y fue sepultado en Piratón, en la tierra de Efraím, en el monte de Amalec.

CAPÍTULO 13

Y LOS hijos de Israel tornaron a
hacer lo malo en los ojos del
SEÑOR; y el SEÑOR los entregó
en mano de los Filisteos, por cua-
renta años.
2 Y había un hombre de Sora, de
la tribu de Dan, el cual se llama-
ba Manoa; y su esposa era estéril,
que nunca había parido.
3 A *esta* mujer apareció el ángel
del SEÑOR, y díjole: He aquí que
tú eres estéril, y no has parido;
mas concebirás y parirás un hijo.
4 Ahora, pues, mira que ahora
no bebas vino, ni sidra, ni comas
cosa inmunda.
5 Porque tú te harás embaraza-
da, y parirás un hijo: y no subirá
navaja sobre su cabeza, porque
aquel niño será Nazareo a Dios
desde el vientre, y él comenzará
a salvar a Israel de mano de los
Filisteos.
6 Y la mujer vino y contólo a su
marido, diciendo: Un varón de
Dios vino a mí, cuyo aspecto era
como el aspecto de un ángel de
Dios, terrible en gran manera; y
no le pregunté de dónde ni quién
era, ni tampoco él me dijo su
nombre.
7 Y díjome: He aquí que tú con-
cebirás, y parirás un hijo: por
tanto, ahora no bebas vino, ni
sidra, ni comas cosa inmunda;
porque este niño desde el vientre
será Nazareo a Dios hasta el día
de su muerte.
8 Entonces oró Manoa al SEÑOR,
y dijo: Ah, SEÑOR mío, yo te
ruego que aquel varón de Dios
que enviaste, torne ahora a venir
a nosotros, y nos enseñe lo que
hayamos de hacer con el niño
que ha de nacer.
9 Y Dios oyó la voz de Manoa: y
el ángel de Dios volvió otra vez
a la mujer, estando ella en el
campo; mas su marido Manoa no
estaba con ella.
10 Y la mujer corrió prontamen-
te, y noticiólo a su marido, di-
ciéndole: Mira que se me ha apa-
recido aquel varón que vino a mí
el *otro* día.
11 Y levantóse Manoa, y siguió
a su esposa; y así que llegó al
varón, díjole: ¿Eres tú aquel
varón que hablaste a la mujer? Y
él dijo: Yo soy.
12 Entonces Manoa dijo: Cúmpla-
se pues tu palabra. ¿Qué orden
se tendrá con el niño, y qué ha
de hacer?
13 Y el ángel del SEÑOR res-
pondió a Manoa: La mujer se
guardará de todas las cosas que
yo le dije:
14 Ella no comerá cosa que pro-
ceda de vid *que da* vino; no be-
berá vino ni sidra, y no comerá
cosa inmunda: ha de guardar
todo lo que le mandé.
15 Entonces Manoa dijo al ángel
del SEÑOR: Ruégote permitas
que te detengamos, y aderezare-
mos un cabrito *que poner* delante
de ti.
16 Y el ángel del SEÑOR res-
pondió a Manoa: Aunque me de-
tengas no comeré de tu pan: mas
si quisieres hacer ofrenda que-
mada, sacrifícalo al SEÑOR. Y no
sabía Manoa que aquél fuese el
ángel del SEÑOR.
17 Entonces dijo Manoa al ángel
del SEÑOR: ¿Cómo es tu nombre,
para que cuando se cumpliere tu
palabra te honremos?
18 Y el ángel del SEÑOR res-
pondió: ¿Por qué preguntas por
mi nombre, que es oculto?
19 Y Manoa tomó un cabrito de

las cabras y un presente, y sacri-
ficólo sobre una peña al SEÑOR:
y *el ángel* hizo milagro a vista de
Manoa y de su esposa.
20 Porque aconteció que como
la llama subía del altar hacia el
cielo, el ángel del SEÑOR subió
en la llama del altar a vista de
Manoa y de su esposa, los cuales
se postraron en tierra sobre sus
rostros.
21 Y el ángel del SEÑOR no tornó
a aparecer a Manoa ni a su espo-
sa. Entonces conoció Manoa que
era el ángel del SEÑOR.
22 Y dijo Manoa a su esposa:
Ciertamente moriremos, porque
a Dios hemos visto.
23 Y su esposa le respondió: Si
el SEÑOR nos quisiera matar, no
tomara de nuestras manos una
ofrenda quemada y el presente,
ni nos hubiera mostrado todas
estas cosas, ni en tal tiempo nos
habría anunciado esto.
24 Y la mujer parió un hijo, y lla-
móle por nombre Samsón. Y el
niño creció, y el SEÑOR lo ben-
dijo.
25 Y el Espíritu del SEÑOR co-
menzó a manifestarse en él en
los campamentos de Dan, entre
Sora y Estaol.

CAPÍTULO 14

Y DESCENDIENDO Samsón a
Timnah, vio en Timnah una
mujer de las hijas de los Filisteos.
2 Y subió, y declarólo a su padre
y a su madre, diciendo: Yo he
visto en Timnah una mujer de
las hijas de los Filisteos: ruégoos
que me la toméis por esposa.
3 Y su padre y su madre le dije-
ron: ¿No hay mujer entre las
hijas de tus hermanos, ni en todo
mi pueblo, para que vayas tú a
tomar esposa de los Filisteos in-
circuncisos? Y Samsón respondió
a su padre: Tómamela *por esposa*,
porque ésta agradó a mis ojos.
4 Mas su padre y su madre no sa-
bían que esto venía del SEÑOR,
y que él buscaba ocasión contra
los Filisteos: porque en aquel
tiempo los Filisteos dominaban
sobre Israel.
5 Y Samsón descendió con su
padre y con su madre a Timnah:
y como llegaron a las viñas de
Timnah, he aquí un cachorro de
león que venía bramando hacia
él.
6 Y el Espíritu del SEÑOR cayó
sobre él, y despedazólo como
quien despedaza un cabrito, sin
tener nada en su mano: y no dio
a entender a su padre ni a su
madre lo que había hecho.
7 Vino pues, y habló a la mujer
que había agradado a Samsón.
8 Y volviendo después de algu-
nos días para tomarla, apartóse
para ver el cuerpo muerto del
león, y he aquí en el cuerpo del
león un enjambre de abejas, y *un*
panal de miel.
9 Y tomándolo en sus manos,
fuese comiéndolo por el camino:
y llegado que hubo a su padre y a
su madre, dióles también a ellos
que comiesen; mas no les descu-
brió que había tomado aquella
miel del cuerpo del león.
10 Vino pues su padre a la mujer,
y Samsón hizo allí banquete;
porque así solían hacer los man-
cebos.
11 Y como ellos le vieron, toma-
ron treinta compañeros que estu-
viesen con él;
12 A los cuales Samsón dijo: Yo
os propondré ahora un enigma,
el cual si en los siete días del

banquete vosotros me declarareis y descubriereis, yo os daré treinta sábanas y treinta mudas de vestidos.
13 Mas si no me lo supiereis declarar, vosotros me daréis las treinta sábanas y las treinta mudas de vestidos. Y ellos respondieron: Propónnos tu enigma, y lo oiremos.
14 Entonces les dijo: Del comedor salió comida, y del fuerte salió dulzura. Y ellos no pudieron declararle el enigma en tres días.
15 Y al séptimo día dijeron a la esposa de Samsón: Induce a tu marido a que nos declare este enigma, porque no te quememos a ti y a la casa de tu padre. ¿Habéisnos llamado aquí para poseernos?
16 Y lloró la esposa de Samsón delante de él, y dijo: Solamente me aborreces, y no me amas, pues que no me declaras el enigma que propusiste a los hijos de mi pueblo. Y él respondió: He aquí que ni a mi padre ni a mi madre lo he declarado; y ¿habíalo de declarar a ti?
17 Y ella lloró delante de él los siete días que ellos tuvieron banquete: mas al séptimo día él se *lo* declaró, porque le constriñó; y ella lo declaró a los hijos de su pueblo.
18 Y al séptimo día, antes que el sol se pusiese, los de la ciudad le dijeron: ¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león? Y él les respondió: Si no araseis con mi novilla, nunca hubierais descubierto mi enigma.
19 Y el Espíritu del SEÑOR cayó sobre él, y descendió a Ascalón, e hirió treinta hombres de ellos; y tomando sus despojos, dio las mudas de vestidos a los que habían explicado el enigma: y encendido en enojo fuese a casa de su padre.
20 Y la esposa de Samsón fue *dada* a su compañero, con el cual él *antes* se acompañaba.

CAPÍTULO 15

Y ACONTECIÓ después de algunos días, que en el tiempo de la siega del trigo, Samsón visitó a su esposa con un cabrito, diciendo: Entraré a mi esposa a la cámara. Mas el padre de ella no lo dejó entrar.
2 Y dijo el padre de ella: Persuadíme que la aborrecías, y díla a tu compañero. Mas su hermana menor, ¿no es más hermosa que ella? tómala, pues, en su lugar.
3 Y Samsón les respondió: Yo seré sin culpa esta vez para con los Filisteos, si mal les hiciere.
4 Y fue Samsón y cogió trescientas zorras, y tomando teas, y trabando aquéllas por las colas, puso entre cada dos colas una tea.
5 Después, encendiendo las teas, echó las *zorras* en los sembrados de los Filisteos, y quemó hacinas y mieses, y viñas y olivares.
6 Y dijeron los Filisteos: ¿Quién hizo esto? Y fueles dicho: Samsón, el yerno del Timnateo, porque le quitó su esposa y la dio a su compañero. Y vinieron los Filisteos, y quemaron a fuego a ella y a su padre.
7 Entonces Samsón les dijo: ¿Así lo habíais de hacer? mas yo me vengaré de vosotros, y después cesaré.
8 E hiriólos pierna y muslo con gran mortandad; y descendió, y

fijóse en la cueva de la peña de
Etam.
9 Y los Filisteos subieron y pu-
sieron campo en Judá, y ten-
diéronse por Lehi.
10 Y los varones de Judá les dije-
ron: ¿Por qué habéis subido con-
tra nosotros? Y ellos respondie-
ron: A prender a Samsón hemos
subido, para hacerle como él nos
ha hecho.
11 Y vinieron tres mil hombres
de Judá a la cueva de la peña de
Etam, y dijeron a Samsón: ¿No
sabes tú que los Filisteos domi-
nan sobre nosotros? ¿por qué nos
has hecho esto? Y él les respon-
dió: Yo les he hecho como ellos
me hicieron.
12 Ellos entonces le dijeron: No-
sotros hemos venido para pren-
derte, y entregarte en mano de
los Filisteos. Y Samsón les res-
pondió: Juradme que vosotros
no me mataréis.
13 Y ellos le respondieron, di-
ciendo: No, solamente te prende-
remos, y te entregaremos en sus
manos; mas no te mataremos.
Entonces le ataron con dos cuer-
das nuevas, e hiciéronle venir de
la peña.
14 Y así que vino hasta Lehi, los
Filisteos le salieron a recibir con
algazara: y el Espíritu del SEÑOR
cayó sobre él, y las cuerdas que
estaban en sus brazos se tor-
naron como lino quemado con
fuego, y las ataduras se cayeron
de sus manos.
15 Y hallando una quijada de
asno fresca, extendió la mano
y tomóla, e hirió con ella a mil
hombres.
16 Entonces Samsón dijo: Con
la quijada de un asno, un mon-
tón, dos montones; con la quija-
da de un asno herí mil hombres.
17 Y acabando de hablar, echó
de su mano la quijada, y llamó a
aquel lugar Ramat-lehi.
18 Y teniendo gran sed, clamó
luego al SEÑOR, y dijo: Tú has
dado esta gran salvación por
mano de tu siervo: ¿y moriré yo
ahora de sed, y caeré en mano de
los incircuncisos?
19 Entonces quebró Dios una
muela que estaba en la quijada,
y salieron de allí aguas, y bebió,
y recobró su espíritu, y reanimó-
se. Por tanto llamó su nombre *de
aquel lugar*, En-hacore, el cual es
en Lehi, hasta hoy.
20 Y juzgó a Israel en días de los
Filisteos veinte años.

CAPÍTULO 16

Y FUE Samsón a Gaza, y vio allí
una mujer ramera, y entró a
ella.
2 Y fue dicho a los de Gaza: Sam-
són es venido acá. Y cercáronlo,
y pusiéronle espías toda aquella
noche a la puerta de la ciudad: y
estuvieron callados toda aquella
noche, diciendo: Hasta la luz de
la mañana; entonces lo matare-
mos.
3 Mas Samsón durmió hasta la
media noche; y a la media noche
se levantó, y tomando las puer-
tas de la ciudad con sus dos pi-
lares y su cerrojo, echóselas al
hombro, y fuese, y subióse con
ellas a la cumbre del monte que
está delante de Hebrón.
4 Después de esto aconteció que
se enamoró de una mujer en el
valle de Sorec, la cual se llamaba
Dalila.
5 Y vinieron a ella los príncipes
de los Filisteos, y dijéronle: En-
gáñale y sabe en qué consiste su

grande fuerza, y cómo lo podríamos vencer, para que lo atemos y lo atormentemos; y cada uno de nosotros te dará mil y cien siclos de plata.
6 Y Dalila dijo a Samsón: Yo te ruego que me declares en qué consiste tu grande fuerza, y cómo podrás ser atado para ser atormentado.
7 Y respondióle Samsón: Si me ataren con siete mimbres verdes que aun no estén enjutos, entonces me debilitaré, y seré como cualquiera de los hombres.
8 Y los príncipes de los Filisteos le trajeron siete mimbres verdes que aun no se habían enjugado, y atóle con ellos.
9 Y estaban espías en casa de ella en una cámara. Entonces ella le dijo: ¡Samsón, los Filisteos sobre ti! Y él rompió los mimbres, como se rompe una cuerda de estopa cuando siente el fuego: y no se supo su fuerza.
10 Entonces Dalila dijo a Samsón: He aquí tú me has engañado, y me has dicho mentiras: descúbreme pues ahora, yo te ruego, cómo podrás ser atado.
11 Y él le dijo: Si me ataren fuertemente con cuerdas nuevas, con las cuales ninguna cosa se haya hecho, yo me debilitaré, y seré como cualquiera de los hombres.
12 Y Dalila tomó cuerdas nuevas, y atóle con ellas, y díjole: ¡Samsón, los Filisteos sobre ti! Y los espías estaban en una cámara. Mas él las rompió de sus brazos como un hilo.
13 Y Dalila dijo a Samsón: Hasta ahora me engañas, y tratas conmigo con mentiras. Descúbreme pues ahora cómo podrás ser atado. Él entonces le dijo: Si tejieres siete guedejas de mi cabeza con la tela.
14 Y ella hincó la estaca, y díjole: ¡Samsón, los Filisteos sobre ti! Mas despertando él de su sueño, arrancó la estaca del telar con la tela.
15 Y ella le dijo: ¿Cómo dices, Yo te amo, pues que tu corazón no está conmigo? Ya me has engañado tres veces, y no me has aún descubierto en qué está tu gran fuerza.
16 Y aconteció que, apretándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia.
17 Descubrióle pues todo su corazón, y díjole: Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy Nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y seré debilitado, y como todos los hombres.
18 Y viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los príncipes de los Filisteos, diciendo: Venid esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón. Y los príncipes de los Filisteos vinieron a ella, trayendo en su mano el dinero.
19 Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas; y llamado un hombre, rapóle siete guedejas de su cabeza, y comenzó a afligirlo, pues su fuerza se apartó de él.
20 Y díjole: ¡Samsón, los Filisteos sobre ti! Y luego que despertó él de su sueño, *se* dijo: Esta vez saldré como las otras, y me escaparé: no sabiendo que el SEÑOR ya se había de él apartado.
21 Mas los Filisteos echaron mano de él, y sacáronle los ojos, y le llevaron a Gaza; y le ataron

con cadenas de latón, para que moliese en la cárcel.
22 Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado.
23 Entonces los príncipes de los Filisteos se juntaron para ofrecer sacrificio a Dagón su dios, y para alegrarse; y dijeron: Nuestro dios entregó en nuestras manos a Samsón nuestro enemigo.
24 Y viéndolo el pueblo, loaron a su dios, diciendo: Nuestro dios entregó en nuestras manos a nuestro enemigo, y al destruidor de nuestra tierra, el cual había muerto a muchos de nosotros.
25 Y aconteció que, yéndose alegrando el corazón de ellos, dijeron: Llamad a Samsón, para que divierta delante de nosotros. Y llamaron a Samsón de la cárcel, y hacía de juguete delante de ellos; y pusiéronlo entre las columnas.
26 Y Samsón dijo al mozo que le guiaba de la mano: Acércame, y hazme tentar las columnas sobre que se sustenta la casa, para que me apoye sobre ellas.
27 Y la casa estaba llena de hombres y mujeres: y todos los príncipes de los Filisteos estaban allí; y en el alto piso había como tres mil hombres y mujeres, que estaban mirando el escarnio de Samsón.
28 Entonces clamó Samsón al SEÑOR, y dijo: Oh Señor DIOS, acuérdate ahora de mí, y esfuérzame, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los Filisteos, por mis dos ojos.
29 Asió luego Samsón las dos columnas del medio sobre las cuales se sustentaba la casa, y estribó en ellas, la una con la mano derecha, y la otra con la izquierda;
30 Y dijo Samsón: Muera yo con los Filisteos. Y estribando con esfuerzo, cayó la casa sobre los príncipes, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y fueron muchos más los que de ellos mató muriendo, que los que había muerto en su vida.
31 Y descendieron sus hermanos y toda la casa de su padre, y tomáronle, y lleváronle, y le sepultaron entre Sora y Estaol, en el sepulcro de su padre Manoa. Y él juzgó a Israel veinte años.

CAPÍTULO 17

HUBO un hombre del monte de Efraím, que se llamaba Micaía.
2 El cual dijo a su madre: Los mil y cien *siclos* de plata que te fueron hurtados, por lo que tú maldecías oyéndolo yo, he aquí que yo tengo este dinero: yo lo había tomado. Entonces la madre dijo: Bendito seas del SEÑOR, hijo mío.
3 Y luego que él hubo vuelto a su madre los mil y cien *siclos* de plata, su madre dijo: Yo he dedicado este dinero al SEÑOR de mi mano para ti, hijo mío, para que hagas una imagen de talla y de fundición: ahora pues, yo te lo devuelvo.
4 Mas volviendo él a su madre los dineros, tomó su madre doscientos *siclos* de plata, y diólos al fundidor: y él le hizo de ellos una imagen de talla y de fundición, la cual fue *puesta* en casa de Micaía.
5 Y tuvo este hombre Micaía casa de dioses, e hízose hacer efod y terafim, y consagró uno de sus hijos; y fuéle por sacerdote.

6 En estos días no había rey en
Israel: cada uno hacía como
mejor le parecía.
7 Y había un joven de Belem de
Judá, de la tribu de Judá, el cual
era Levita; y peregrinaba allí.
8 Este hombre se había partido
de la ciudad de Belem de Judá,
para ir a vivir donde hallase; y
llegando al monte de Efraím,
vino a casa de Micaía, para *de allí*
hacer su camino.
9 Y Micaía le dijo: ¿De dónde
vienes? Y el Levita le respondió:
Soy de Belem de Judá, y voy a
vivir donde hallare.
10 Entonces Micaía le dijo: Qué-
date en mi casa, y me serás en
lugar de padre y sacerdote; y yo
te daré diez *siclos* de plata por
año, y el ordinario de vestidos, y
tu comida. Y el Levita se quedó.
11 Acordó pues el Levita en
morar con aquel hombre, y él lo
tenía como a uno de sus hijos.
12 Y Micaía consagró al Levita, y
aquel joven le servía de sacerdo-
te, y estaba en casa de Micaía.
13 Y Micaía dijo: Ahora sé que el
SEÑOR me hará bien, pues que el
Levita es hecho mi sacerdote.

CAPÍTULO 18

EN aquellos días no había rey
en Israel. Y en aquellos días
la tribu de Dan buscaba posesión
para sí donde morase, porque
hasta entonces no le había caído
suerte entre las tribus de Israel
por heredad.
2 Y los hijos de Dan enviaron de
su tribu cinco hombres de sus
términos, hombres valientes, de
Sora y Estaol, para que recono-
ciesen y explorasen bien la tie-
rra; y dijéronles: Id y reconoced
la tierra. Éstos vinieron al monte
de Efraím, hasta la casa de Mi-
caía, y allí posaron.
3 Y como estaban cerca de la
casa de Micaía, reconocieron la
voz del joven Levita; y llegándo-
se allá, dijéronle: ¿Quién te ha
traído por acá? ¿y qué haces
aquí? ¿y qué tienes tú por aquí?
4 Y él les respondió: De esta y de
esta manera ha hecho conmigo
Micaía, y me ha tomado para que
sea su sacerdote.
5 Y ellos le dijeron: Pregunta
pues ahora a Dios, para que sepa-
mos si ha de prosperar nuestro
viaje que hacemos.
6 Y el sacerdote les respondió: Id
en paz, que vuestro viaje que ha-
céis es delante del SEÑOR.
7 Entonces aquellos cinco hom-
bres se partieron, y vinieron a
Lais: y vieron que el pueblo que
habitaba en ella estaba segu-
ro, ocioso y confiado, conforme
a la costumbre de los de Sidón;
no había nadie en aquella re-
gión que los perturbase en cosa
alguna para poseer aquel estado;
demás de esto, estaban lejos de
los Sidonios, y no tenían nego-
cios con nadie.
8 Volviendo pues ellos a sus her-
manos en Sora y Estaol, sus her-
manos les dijeron: ¿Qué hay? y
ellos respondieron:
9 Levantaos, subamos contra
ellos; porque nosotros hemos ex-
plorado la región, y hemos visto
que es muy buena: ¿y vosotros
os estáis quedos? no seáis pere-
zosos en poneros en marcha para
ir a poseer la tierra.
10 Cuando allá llegareis, ven-
dréis a una gente segura, y a una
tierra de ancho asiento; pues que
Dios la ha entregado en vues-
tras manos; lugar donde no hay

falta de cosa que sea en la tierra.
11 Y partiendo los de Dan de allí, de Sora y de Estaol, seiscientos hombres armados de armas de guerra,
12 Fueron y asentaron campo en Quiriat-jearim, en Judá; de donde aquel lugar fue llamado el campo de Dan, hasta hoy: está detrás de Quiriat-jearim.
13 Y pasando de allí al monte de Efraím, vinieron hasta la casa de Micaía.
14 Entonces aquellos cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra de Lais, dijeron a sus hermanos: ¿No sabéis como en estas casas hay efod y terafim, e imagen de talla y de fundición? Mirad pues lo que habéis de hacer.
15 Y llegándose allá, vinieron a la casa del joven Levita en casa de Micaía, y preguntáronle cómo estaba.
16 Y los seiscientos hombres, que eran de los hijos de Dan, estaban armados de sus armas de guerra a la entrada de la puerta.
17 Y subiendo los cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra, entraron allá, y tomaron la imagen de talla, y el efod, y el terafim, y la imagen de fundición, mientras estaba el sacerdote a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres armados de armas de guerra.
18 Entrando pues aquellos en la casa de Micaía, tomaron la imagen de talla, el efod, y el terafim, y la imagen de fundición. Y el sacerdote les dijo: ¿Qué hacéis vosotros?
19 Y ellos le respondieron: Calla, pon la mano sobre tu boca, y vente con nosotros, para que seas nuestro padre y sacerdote. ¿Es mejor que seas tú sacerdote en casa de un hombre solo, que de una tribu y familia de Israel?
20 Y alegróse el corazón del sacerdote; el cual tomando el efod y el terafim, y la imagen, vínose entre la gente.
21 Y ellos tornaron, y fuéronse; y pusieron los niños, y el ganado y el bagaje, delante de sí.
22 Y cuando ya se habían alejado de la casa de Micaía, los hombres que *habitaban* en las casas cercanas a la casa de Micaía, se juntaron, y siguieron a los hijos de Dan.
23 Y dando voces a los de Dan, éstos volvieron sus rostros, y dijeron a Micaía: ¿Qué tienes que has juntado tanta gente?
24 Y él respondió: Mis dioses que yo hice, que lleváis juntamente con el sacerdote, y os vais: ¿qué más me queda? ¿y a qué propósito me decís: Qué tienes?
25 Y los hijos de Dan le dijeron: No des voces tras nosotros, no sea que los de ánimo colérico os acometan, y pierdas también tu vida, y la vida de los tuyos.
26 Y yéndose los hijos de Dan su camino, y viendo Micaía que eran más fuertes que él, volvióse y regresó a su casa.
27 Y ellos llevando las cosas que había hecho Micaía, juntamente con el sacerdote que tenía, llegaron a Lais, al pueblo reposado y seguro; y metiéronlos a espada, y abrasaron la ciudad con fuego.
28 Y no hubo quien los defendiese, porque estaban lejos de Sidón, y no tenían comercio con nadie. Y *la ciudad* estaba en el valle que hay en Bet-rehob. Luego reedificaron la ciudad, y habitaron en ella.

29 Y llamaron el nombre de aquella ciudad Dan, conforme al nombre de Dan su padre, hijo de Israel, bien que antes se llamaba la ciudad Lais.

30 Y los hijos de Dan se levantaron imagen de talla; y Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Manasés, él y sus hijos fueron sacerdotes en la tribu de Dan, hasta el día de la transmigración de la tierra.

31 Y levantáronse la imagen de Micaía, la cual él había hecho, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo.

CAPÍTULO 19

EN aquellos días, cuando no había rey en Israel, hubo un Levita que moraba como peregrino en los lados del monte de Efraím, el cual se había tomado mujer concubina de Belem de Judá.

2 Y su concubina adulteró contra él, y fuese de él a casa de su padre, a Belem de Judá, y estuvo allá por tiempo de cuatro meses.

3 Levantóse su marido, y siguióla, para hablarle amorosamente y volverla, *llevando* consigo un criado suyo y un par de asnos; y ella le metió en la casa de su padre.

4 Y viéndole el padre de la moza, salióle a recibir gozoso; y detúvole su suegro, padre de la moza, y quedó en su casa tres días, comiendo y bebiendo, y reposando allí.

5 Y al cuarto día, como se levantaron de mañana, levantóse también el *Levita* para irse, y el padre de la moza dijo a su yerno: Conforta tu corazón con un bocado de pan, y después os iréis.

6 Y sentáronse ellos dos juntos, y comieron y bebieron. Y el padre de la moza dijo al varón: Yo te ruego que te quieras quedar aquí esta noche, y alegraráse tu corazón.

7 Y levantándose el varón para irse, el suegro le constriñó a que tornase y tuviese allí la noche.

8 Y al quinto día levantándose de mañana para irse, díjole el padre de la moza: Conforta ahora tu corazón. Y habiendo comido ambos a dos, detuviéronse hasta que ya declinaba el día.

9 Levantóse luego el varón para irse, él, y su concubina, y su criado. Entonces su suegro, el padre de la moza, le dijo: He aquí el día declina para ponerse *el sol*, ruégote que os estéis aquí la noche; he aquí que el día se acaba, ten aquí la noche, para que se alegre tu corazón; y mañana os levantaréis temprano a vuestro camino, y llegarás a tus tiendas.

10 Mas el hombre no quiso quedar allí la noche, sino que se levantó y partió, y llegó hasta enfrente de Jebus, que es Jerusalem, con su par de asnos aparejados, y con su concubina.

11 Y estando ya junto a Jebus, el día había declinado mucho: y dijo el criado a su señor: Ven ahora, y vámonos a esta ciudad de los Jebuseos, para que tengamos en ella la noche.

12 Y su señor le respondió: No iremos a ninguna ciudad de extranjeros, que no sea de los hijos de Israel: antes pasaremos hasta Gabaa. Y dijo a su criado:

13 Ven, lleguemos a uno de esos lugares, para tener la noche en Gabaa, o en Ramá.

14 Pasando pues, caminaron, y

púsoseles el sol junto a Gabaa,
que era de Benjamín.
15 Y apartáronse del camino
para entrar a tener allí la noche
en Gabaa; y entrando, sentáronse
en la plaza de la ciudad, porque
no hubo quien los acogiese
en casa para pasar la noche.
16 Y he aquí un hombre viejo,
que a la tarde venía del campo
de trabajar; el cual era del monte
de Efraím, y moraba como peregrino
en Gabaa, pero los moradores
de aquel lugar eran hijos
de Benjamín.
17 Y alzando el viejo los ojos, vio
a aquel viajante en la plaza de la
ciudad, y díjole: ¿A dónde vas, y
de dónde vienes?
18 Y él respondió: Pasamos de
Belem de Judá a los lados del
monte de Efraím, de donde yo
soy; y partí hasta Belem de Judá;
y voy a la casa del SEÑOR, y no
hay quien me reciba en casa,
19 Aunque nosotros tenemos
paja y de comer para nuestros
asnos, y también tenemos pan
y vino para mí y para tu sierva,
y para el criado que está con tu
siervo; de nada tenemos falta.
20 Y el hombre viejo dijo: Paz sea
contigo; tu necesidad toda sea solamente
a mi cargo, con tal que
no tengas la noche en la plaza.
21 Y metiéndolos en su casa, dio
de comer a sus asnos; y ellos se
lavaron los pies, y comieron y
bebieron.
22 Y cuando estaban gozosos, he
aquí, que los hombres de aquella
ciudad, hombres hijos de Belial,
cercan la casa, y batían las puertas,
diciendo al hombre viejo
dueño de la casa: Saca fuera el
hombre que ha entrado en tu
casa, para que lo conozcamos.
23 Y saliendo a ellos aquel varón,
amo de la casa, díjoles: No, hermanos
míos, ruégoos que no cometáis
este mal, pues que este
hombre ha entrado en mi casa,
no hagáis esta maldad.
24 He aquí mi hija virgen, y la
concubina de él: yo os las sacaré
ahora; humilladlas, y haced con
ellas como os pareciere, y no hagáis
a este hombre cosa tan infame.
25 Mas aquellos hombres no le
quisieron oír; por lo que tomando
aquel hombre su concubina,
sacósela fuera: y ellos la conocieron,
y abusaron de ella toda
la noche hasta la mañana, y dejáronla
cuando apuntaba el alba.
26 Y ya que amanecía, la mujer
vino, y cayó delante de la puerta
de la casa de aquel hombre
donde su señor estaba, hasta que
fue de día.
27 Y levantándose de mañana
su señor, abrió las puertas de la
casa, y salió para ir su camino,
y he aquí, la mujer su concubina
estaba tendida delante de la
puerta de la casa, con las manos
sobre el umbral.
28 Y él le dijo: Levántate, y vámonos.
Mas ella no respondió.
Entonces la levantó el varón, y
echándola sobre su asno, levantóse
y fuese a su lugar.
29 Y en llegando a su casa, toma
un cuchillo, y echa mano de su
concubina, y despedázala con
sus huesos en doce partes, y enviólas
por todos los términos de
Israel.
30 Y todo el que lo veía, decía:
Jamás se ha hecho ni visto tal
cosa, desde el tiempo que los
hijos de Israel subieron de la tierra
de Egipto hasta hoy. Considerad
esto, dad consejo, y hablad.

CAPÍTULO 20

ENTONCES salieron todos los
hijos de Israel, y reunióse la
congregación como un solo hom-
bre, desde Dan hasta Beerseba y
la tierra de Galaad, al SEÑOR en
Mizpa.
2 Y los principales de todo el
pueblo, de todas las tribus de Is-
rael, se hallaron presentes en la
reunión del pueblo de Dios, cua-
trocientos mil hombres de a pie
que sacaban espada.
3 Y los hijos de Benjamín oyeron
que los hijos de Israel habían su-
bido a Mizpa. Y dijeron los hijos
de Israel: Decid cómo fue esta
maldad.
4 Entonces el varón Levita, mari-
do de la mujer muerta, respon-
dió y dijo: Yo llegué a Gabaa
de Benjamín con mi concubina,
para tener allí la noche.
5 Y levantándose contra mí los de
Gabaa, cercaron sobre mí la casa
de noche, con idea de matarme,
y oprimieron mi concubina de tal
manera, que ella fue muerta.
6 Entonces tomando yo mi con-
cubina, cortéla en piezas, y en-
viélas por todo el término de la
posesión de Israel: por cuanto
han hecho maldad y crimen en
Israel.
7 He aquí que todos vosotros
los hijos de Israel *estáis presentes*;
daos aquí parecer y consejo.
8 Entonces todo el pueblo, como
un solo hombre, se levantó, y di-
jeron: Ninguno de nosotros irá
a su tienda, ni nos apartaremos
cada uno a su casa,
9 Mas ahora esto *será* lo que ha-
remos a Gabaa; contra ella *subi-
remos* por sorteo;
10 Y tomaremos diez hombres de
cada ciento por todas las tribus
de Israel, y de cada mil ciento, y
mil de cada diez mil, que lleven
bastimento para el pueblo que
ha de hacer, yendo contra Gabaa
de Benjamín, conforme a toda la
abominación que ha cometido en
Israel.
11 Y juntáronse todos los hom-
bres de Israel contra la ciudad,
ligados como un solo hombre.
12 Y las tribus de Israel enviaron
varones por toda la tribu de Ben-
jamín, diciendo: ¿Qué maldad es
ésta que ha sido hecha entre vo-
sotros?
13 Entregad pues ahora aquellos
hombres, hijos de Belial, que
están en Gabaa, para que los
matemos, y barramos el mal de
Israel. Mas los de Benjamín no
quisieron oír la voz de sus her-
manos los hijos de Israel;
14 Antes los de Benjamín se jun-
taron de las ciudades de Gabaa,
para salir a pelear contra los
hijos de Israel.
15 Y fueron contados en aquel
tiempo los hijos de Benjamín de
las ciudades, veintiséis mil hom-
bres que sacaban espada, sin los
que moraban en Gabaa, que fue-
ron por cuenta setecientos hom-
bres escogidos.
16 De toda aquella gente había
setecientos hombres escogidos,
que eran ambidextros, todos los
cuales tiraban una piedra con la
honda a un cabello, y no erraban.
17 Y fueron contados los varo-
nes de Israel, fuera de Benja-
mín, cuatrocientos mil hombres
que sacaban espada, todos estos
hombres de guerra.
18 Levantáronse luego los hijos
de Israel, y subieron a la casa de
Dios, y consultaron a Dios, di-
ciendo: ¿Quién subirá de noso-

tros el primero en la guerra contra los hijos de Benjamín? Y el SEÑOR respondió: Judá el primero.
19 Levantándose pues de mañana los hijos de Israel, pusieron campo contra Gabaa.
20 Y salieron los hijos de Israel a combatir contra Benjamín; y los varones de Israel ordenaron la batalla contra ellos junto a Gabaa.
21 Saliendo entonces de Gabaa los hijos de Benjamín, derribaron en tierra aquel día veintidós mil hombres de los hijos de Israel.
22 Mas reanimándose el pueblo, los varones de Israel tornaron a ordenar la batalla en el mismo lugar donde la habían ordenado el primer día.
23 Porque los hijos de Israel subieron, y lloraron delante del SEÑOR hasta la tarde, y consultaron con el SEÑOR, diciendo: ¿Tornaré a pelear con los hijos de Benjamín mi hermano? Y el SEÑOR les respondió: Subid contra él.
24 Los hijos pues de Israel se acercaron el siguiente día a los hijos de Benjamín.
25 Y aquel segundo día, saliendo Benjamín de Gabaa contra ellos, derribaron por tierra otros diez y ocho mil hombres de los hijos de Israel, todos los cuales sacaban espada.
26 Entonces subieron todos los hijos de Israel, y todo el pueblo, y vinieron a la casa de Dios; y lloraron, y sentáronse allí delante del SEÑOR, y ayunaron aquel día hasta la tarde; y sacrificaron holocaustos y pacíficos delante del SEÑOR.
27 Y los hijos de Israel preguntaron al SEÑOR, (porque el arca del pacto de Dios estaba allí en aquellos días,
28 Y Finees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, se presentaba delante de ella en aquellos días,) y dijeron: ¿Tornaré a salir en batalla contra los hijos de Benjamín mi hermano, o estaréme quedo? Y el SEÑOR dijo: Subid, que mañana yo lo entregaré en tu mano.
29 Y puso Israel emboscadas alrededor de Gabaa.
30 Subiendo entonces los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín el tercer día, ordenaron *la batalla* delante de Gabaa, como las otras veces.
31 Y saliendo los hijos de Benjamín contra el pueblo, alejados que fueron de la ciudad, comenzaron a herir *algunos* del pueblo, matando como las otras veces por los caminos, uno de los cuales sube a Betel, y el otro a Gabaa en el campo: *y mataron* unos treinta hombres de Israel.
32 Y los hijos de Benjamín decían: Vencidos son delante de nosotros, como antes. Mas los hijos de Israel decían: Huiremos, y los alejaremos de la ciudad hasta los caminos.
33 Entonces, levantándose todos los de Israel de su lugar, pusiéronse en orden en Baal-tamar: y también las emboscadas de Israel salieron de su lugar, del prado de Gabaa.
34 Y vinieron contra Gabaa diez mil hombres escogidos de todo Israel, y la batalla comenzó a agravarse: mas ellos no sabían que el mal se acercaba sobre ellos.
35 E hirió el SEÑOR a Benjamín delante de Israel; y mataron los

hijos de Israel aquel día veinti-
cinco mil y cien hombres de Ben-
jamín, todos los cuales sacaban
espada.
36 Y vieron los hijos de Benja-
mín que eran muertos; pues los
hijos de Israel habían dado lugar
a Benjamín, porque estaban con-
fiados en las emboscadas que ha-
bían puesto detrás de Gabaa.
37 Entonces las emboscadas aco-
metieron prestamente a Gabaa, y
se extendieron, y pasaron a espa-
da toda la ciudad.
38 Ya los Israelitas estaban con-
certados con las emboscadas,
que hiciesen mucho *fuego*, para
que subiese gran humo de la ciu-
dad.
39 Luego, pues, que los de Israel
se volvieron en la batalla, los de
Benjamín comenzaron a derri-
bar heridos de Israel unos trein-
ta hombres, y ya decían: Cierta-
mente ellos han caído delante
de nosotros, como en la primera
batalla.
40 Mas cuando la llama comen-
zó a subir de la ciudad, una co-
lumna de humo, Benjamín tornó
a mirar atrás; y he aquí que el
fuego de la ciudad subía al cielo.
41 Entonces revolvieron los hom-
bres de Israel, y los de Benjamín
se llenaron de temor: porque
vieron que el mal había venido
sobre ellos.
42 Volvieron, por tanto, espaldas
delante de Israel hacia el camino
del desierto; mas el escuadrón
los alcanzó, y los salidos de la
ciudad los mataban, *habiéndolos
encerrado* en medio de ellos.
43 *Así* envolvieron a los de Ben-
jamín, y los acosaron y hollaron
fácilmente hasta enfrente de
Gabaa hacia donde nace el sol.
44 Y cayeron de Benjamín diez
y ocho mil hombres, todos ellos
hombres de guerra.
45 Volviéndose luego, huyeron
hacia el desierto, a la peña de
Rimón, y de ellos rebuscaron
cinco mil hombres en los cami-
nos: fueron aún acosándolos
hasta Gidom, y mataron de ellos
dos mil hombres.
46 Así todos los que de Benjamín
murieron aquel día, fueron vein-
ticinco mil hombres que sacaban
espada, todos ellos hombres de
guerra.
47 Pero se volvieron y huyeron
al desierto a la peña de Rimón
seiscientos hombres, los cuales
estuvieron en la peña de Rimón
cuatro meses:
48 Y los hombres de Israel torna-
ron a los hijos de Benjamín, y
pasáronlos a espada, a hombres
y bestias en la ciudad, y todo lo
que fue hallado: asimismo pusie-
ron fuego a todas las ciudades
que hallaban.

CAPÍTULO 21

Y LOS varones de Israel habían
jurado en Mizpa, diciendo:
Ninguno de nosotros dará su hija
a los de Benjamín por esposa.
2 Y vino el pueblo a la casa de
Dios, y estuviéronse allí hasta la
tarde delante de Dios; y alzando
su voz hicieron gran llanto, y di-
jeron:
3 Oh SEÑOR Dios de Israel, ¿por
qué ha sucedido esto en Israel,
que falte hoy de Israel una tribu?
4 Y al día siguiente el pueblo se
levantó de mañana, y edificaron
allí altar, y ofrecieron holocaus-
tos y pacíficos.
5 Y dijeron los hijos de Israel:
¿Quién de todas las tribus de

Israel no subió a la congrega-
ción cerca del SEÑOR? Porque
se había hecho gran juramen-
to contra el que no subiese al
SEÑOR en Mizpa, diciendo: Su-
frirá muerte.
6 Y los hijos de Israel se arrepin-
tieron a causa de Benjamín su
hermano, y dijeron: Una tribu es
hoy cortada de Israel.
7 ¿Qué haremos en cuanto a es-
posas para los que han quedado?
Nosotros hemos jurado por el
SEÑOR que no les hemos de dar
nuestras hijas por esposas.
8 Y dijeron: ¿Hay alguno de las
tribus de Israel que no haya subi-
do al SEÑOR en Mizpa? Y halla-
ron que ninguno de Jabes-galaad
había venido al campo a la reu-
nión:
9 Porque el pueblo fue contado, y
no hubo allí varón de los mora-
dores de Jabes-galaad.
10 Entonces la congregación
envió allá doce mil hombres de
los más valientes, y mandáronles,
diciendo: Id y poned a espada a
los moradores de Jabes-galaad, y
las mujeres y niños.
11 Mas haréis de esta manera:
mataréis a todo varón, y a toda
mujer que hubiere conocido
ayuntamiento de varón.
12 Y hallaron de los moradores
de Jabes-galaad cuatrocientas
doncellas que no habían conoci-
do hombre en ayuntamiento de
varón, y trajéronlas al campo en
Silo, que es en la tierra de Ca-
naán.
13 Toda la congregación envió
luego a hablar a los hijos de Ben-
jamín que estaban en la peña de
Rimón, y llamáronlos en paz.
14 Y volvieron entonces los de
Benjamín; y diéronles por es-
posas las que habían guardado
vivas de las mujeres de Jabes-
galaad: mas no les bastaron éstas.
15 Y el pueblo tuvo dolor a causa
de Benjamín, de que el SEÑOR
hubiese hecho mella en las tribus
de Israel.
16 Entonces los ancianos de la
congregación dijeron: ¿Qué ha-
remos en cuanto a esposas para
los que han quedado, al ver que
las mujeres de Benjamín fueron
destruidas?
17 Y dijeron: La heredad de los
que han escapado *ha de ser* lo que
era de Benjamín, porque no sea
una tribu raída de Israel.
18 Nosotros empero, no les po-
demos dar esposas de nuestras
hijas, porque los hijos de Israel
han jurado, diciendo: Maldito el
que diere esposa a Benjamín.
19 Ahora bien, dijeron, he aquí
cada un año hay solemnidad del
SEÑOR en Silo, que está al norte
de Betel, y al lado oriental del
camino que sube de Betel a Si-
quem, y al sur de Lebona.
20 Y mandaron a los hijos de
Benjamín, diciendo: Id, y poned
emboscada en las viñas:
21 Y estad atentos: y cuando vie-
reis salir las hijas de Silo a bai-
lar en corros, vosotros saldréis
de las viñas, y arrebataréis cada
uno esposa para sí de las hijas de
Silo, y os iréis a tierra de Benja-
mín:
22 Y cuando vinieren los padres
de ellas o sus hermanos a de-
mandárnoslo, nosotros les dire-
mos: Tened piedad de nosotros
en lugar de ellos: pues que no-
sotros en la guerra no tomamos
mujeres para todos: que vosotros
no se las habéis dado, para que
ahora seáis culpables.

23 Y los hijos de Benjamín lo hicieron así; pues tomaron esposas conforme a su número, pillando de las que danzaban; y yéndose luego, tornáronse a su heredad, y reedificaron las ciudades, y habitaron en ellas.

24 Entonces los hijos de Israel se fueron también de allí, cada uno a su tribu y a su familia, saliendo de allí cada uno a su heredad.

25 En estos días no había rey en Israel: cada uno hacía lo recto delante de sus ojos.

El Libro de
RUT

CAPÍTULO 1

Y ACONTECIÓ en los días que
gobernaban los jueces, que
hubo hambre en la tierra. Y un
varón de Belem de Judá, fue a pe-
regrinar en los campos de Moab,
él y su esposa, y dos hijos suyos.
2 El nombre de aquel varón
era Elimelec, y el de su esposa
Noemi; y los nombres de sus
dos hijos eran, Mahalón y Qui-
lión, Efrateos de Belem de Judá.
Llegaron pues a los campos de
Moab, y asentaron allí.
3 Y murió Elimelec, marido de
Noemi, y quedó ella con sus dos
hijos;
4 Los cuales tomaron para sí es-
posas de Moab, el nombre de la
una Orfa, y el nombre de la otra
Rut; y habitaron allí unos diez
años.
5 Y murieron también los dos,
Mahalón y Quilión, quedando así
la mujer *desamparada* de sus dos
hijos y de su marido.
6 Entonces se levantó con sus
nueras, y volvióse de los cam-
pos de Moab: porque oyó en el
campo de Moab que el SEÑOR
había visitado a su pueblo para
darles pan.
7 Salió pues del lugar donde
había estado, y con ella sus dos
nueras, y comenzaron a caminar
para volverse a la tierra de Judá.
8 Y Noemi dijo a sus dos nue-
ras: Andad, volveos cada una a
la casa de su madre: el SEÑOR
haga con vosotras misericor-
dia, como la habéis hecho
con los muertos y conmigo.
9 Déos el SEÑOR que halléis
descanso, cada una en casa de
su marido: besólas luego, y ellas
lloraron a voz en grito.
10 Y dijéronle: Ciertamente
nosotras volveremos contigo a tu
pueblo.
11 Y Noemi respondió: Volveos,
hijas mías: ¿para qué habéis de ir
conmigo? ¿tengo yo más hijos en
el vientre, que puedan ser vues-
tros maridos?
12 Volveos, hijas mías, e idos;
que yo ya soy vieja para ser para
varón. Y aunque dijese: Esperan-
za tengo; y esta noche fuese con
varón, y aun pariese hijos;
13 ¿Habíais vosotras de esperar-
los hasta que fuesen grandes?
¿habías vosotras de quedaros
sin casar por amor de ellos? No,
hijas mías; que mayor amargura
tengo yo que vosotras, pues la
mano del SEÑOR ha salido con-
tra mí.
14 Mas ellas alzando otra vez su
voz, lloraron: y Orfa besó a su
suegra, mas Rut se quedó con
ella.
15 Y *Noemi* dijo: He aquí tu cuña-
da se ha vuelto a su pueblo y a
sus dioses; vuélvete tú tras ella.
16 Y Rut respondió: No me rue-
gues que te deje, y me aparte
de ti: porque donde quiera que
tú fueres, iré yo; y donde quiera
que vivieres, viviré. Tu pueblo
será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.
17 Donde tú murieres, moriré yo,
y allí seré sepultada: así me haga

el SEÑOR, y así me dé, que sólo la muerte hará separación entre mí y ti.
18 Y viendo *Noemi* que estaba tan resuelta a ir con ella, dejó de hablarle.
19 Anduvieron pues ellas dos hasta que llegaron a Belem: y aconteció que entrando en Belem, toda la ciudad se conmovió por razón de ellas, y decían: ¿No es ésta Noemi?
20 Y ella les respondía: No me llaméis Noemi, sino llamadme Mara: porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso.
21 Yo me fui llena, mas vacía me ha vuelto el SEÑOR. ¿Por qué me llamaréis Noemi, ya que el SEÑOR ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?
22 Así volvió Noemi y Rut Moabita su nuera con ella; volvió de los campos de Moab, y llegaron a Belem en el principio de la siega de las cebadas.

CAPÍTULO 2

Y TENÍA Noemi un pariente de su marido, varón poderoso y de hecho, de la familia de Elimelec, el cual se llamaba Booz.
2 Y Rut la Moabita dijo a Noemi: Ruégote que me dejes ir al campo, y cogeré espigas en pos de aquel a cuyos ojos hallare gracia. Y ella le respondió: Ve, hija mía.
3 Fue pues, y llegando, espigó en el campo en pos de los segadores: y aconteció por ventura, que la suerte del campo era de Booz, el cual era de la parentela de Elimelec.
4 Y he aquí que Booz vino de Belem, y dijo a los segadores: El SEÑOR sea con vosotros. Y ellos respondieron: El SEÑOR te bendiga.
5 Y Booz dijo a su criado el sobrestante de los segadores: ¿Cúya es esta moza?
6 Y el criado, sobrestante de los segadores, respondió y dijo: Es la moza de Moab, que volvió con Noemi de los campos de Moab;
7 Y ha dicho: Ruégote que me dejes coger y juntar tras los segadores entre las gavillas: entró pues, y está desde por la mañana hasta ahora, menos un poco que se detuvo en casa.
8 Entonces Booz dijo a Rut: Oye, hija mía, no vayas a espigar a otro campo, ni pases de aquí: y aquí estarás con mis mozas.
9 Mira bien al campo que segaren, y síguelas: porque yo he mandado a los mozos que no te toquen. Y si tuvieres sed, ve a los vasos, y bebe del *agua* que sacaren los mozos.
10 Ella entonces bajando su rostro inclinóse a tierra, y díjole: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que tú me reconozcas, siendo yo extranjera?
11 Y respondiendo Booz, díjole: Por cierto se me ha declarado todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a pueblo que no conociste antes.
12 El SEÑOR galardone tu obra, y tu remuneración sea llena por el SEÑOR Dios de Israel, que has venido para cubrirte debajo de sus alas.
13 Y ella dijo: señor mío, halle yo gracia delante de tus ojos; porque me has consolado, y porque has hablado al corazón de tu

sierva, no siendo yo como una
de tus criadas.
14 Y Booz le dijo a la hora de
comer: Allégate aquí, y come
del pan, y moja tu bocado en el
vinagre. Y sentóse ella junto a los
segadores, y él le dio del potaje,
y comió hasta que se hartó y le
sobró.
15 Levantóse luego para espigar.
Y Booz mandó a sus criados, di-
ciendo: Coja también espigas
entre las gavillas, y no la aver-
goncéis;
16 Antes echaréis a sabiendas de
los manojos, y la dejaréis que
coja, y no la reprendáis.
17 Y espigó en el campo hasta la
tarde, y desgranó lo que había
cogido, y fue como un efa de ce-
bada.
18 Y tomólo, y vínose a la ciu-
dad; y su suegra vio lo que había
cogido. Sacó también luego lo
que le había sobrado después de
harta, y dióselo.
19 Y díjole su suegra: ¿Dónde
has espigado hoy? ¿y dónde has
trabajado? bendito sea el que te
ha reconocido. Y ella declaró a
su suegra lo que le había aconte-
cido con aquél, y dijo: El nombre
del varón con quien hoy he tra-
bajado es Booz.
20 Y dijo Noemi a su nuera: Sea
él bendito del SEÑOR, pues que
no ha rehusado a los vivos la be-
nevolencia que tuvo para con los
finados. Díjole después Noemi:
Nuestro pariente es aquel varón,
y de nuestros redentores es.
21 Y Rut Moabita dijo: A más de
esto me ha dicho: Júntate con
mis criados, hasta que hayan
acabado toda mi siega.
22 Y Noemi respondió a Rut su
nuera: Mejor es, hija mía, que
salgas con sus criadas, que no
que te encuentren en otro campo.
23 Estuvo pues junta con las
mozas de Booz espigando, hasta
que la siega de las cebadas y la
de los trigos fue acabada; mas
con su suegra habitó.

CAPÍTULO 3

Y DÍJOLE su suegra Noemi:
Hija mía, ¿no te tengo de bus-
car descanso, que te sea bueno?
2 ¿No es Booz nuestro pariente,
con cuyas mozas tú has estado?
He aquí que él avienta esta noche
la parva de las cebadas.
3 Te lavarás pues, y te ungirás, y
vistiéndote tus vestidos, pasarás
a la era; mas no te darás a cono-
cer al varón hasta que él haya
acabado de comer y de beber.
4 Y cuando él se acostare, repara
tú el lugar donde él se acostará,
e irás, y descubrirás los pies, y te
acostarás allí; y él te dirá lo que
hayas de hacer.
5 Y le respondió: Haré todo lo
que tú me mandares.
6 Descendió pues a la era, e hizo
todo lo que su suegra le había
mandado.
7 Y como Booz hubo comido y
bebido, y su corazón estuvo con-
tento, retiróse a dormir a un lado
del montón. Entonces ella vino
calladamente, y descubrió los
pies, y acostóse.
8 Y aconteció, que a la media
noche se estremeció aquel hom-
bre, y palpó: y he aquí, la mujer
que estaba acostada a sus pies.
9 Entonces él dijo: ¿Quién eres?
Y ella respondió: Yo soy Rut tu
sierva: extiende el borde *de tu
capa* sobre tu sierva, por cuanto
eres pariente cercano.
10 Y él dijo: Bendita seas tú del

SEÑOR, hija mía; que has hecho mejor tu postrera gracia que la primera, no yendo tras los mancebos, sean pobres o ricos.
11 Ahora pues, no temas, hija mía: yo haré contigo lo que tú dijeres, pues que toda la puerta de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa.
12 Y ahora, aunque es cierto que yo soy pariente cercano, con todo eso hay pariente más cercano que yo.
13 Reposa esta noche, y cuando sea de día, si él te redimiere, bien, redímate; mas si él no te quisiere redimir, yo te redimiré, vive el SEÑOR. Descansa pues hasta la mañana.
14 Y después que reposó a sus pies hasta la mañana, levantóse, antes que nadie pudiese conocer a otro. Y él dijo: No se sepa que haya venido mujer a la era.
15 Después le dijo: Llega el lienzo que traes sobre ti, y ten de él. Y teniéndolo ella, él midió seis *medidas* de cebada, y púsoselas a cuestas: y vínose ella a la ciudad.
16 Así que vino a su suegra, ésta le dijo: ¿Qué pues, hija mía? Y declaróle ella todo lo que con aquel varón le había acontecido.
17 Y dijo: Estas seis *medidas* de cebada me dio, diciéndome: Porque no vayas vacía a tu suegra.
18 Entonces *Noemi* dijo: Reposa, hija mía, hasta que sepas cómo cae la cosa: porque aquel hombre no parará hasta que hoy concluya el negocio.

CAPÍTULO 4

Y BOOZ subió a la puerta y sentóse allí: y he aquí pasaba aquel pariente del cual había Booz hablado, y díjole: Eh, fulano, ven acá y siéntate. Y él vino, y sentóse.
2 Entonces él tomó diez varones de los ancianos de la ciudad, y dijo: Sentaos aquí. Y ellos se sentaron.
3 Luego dijo al pariente: Noemi, que ha vuelto del campo de Moab, vende una parte de las tierras que tuvo nuestro hermano Elimelec;
4 Y yo decidí hacértelo saber, y decirte que la tomes delante de los que están aquí sentados, y delante de los ancianos de mi pueblo. Si hubieres de redimir, redime; y si no quisieres redimir, decláramelo para que yo lo sepa: porque no hay otro que redima sino tú, y yo después de ti. Y él respondió: Yo redimiré.
5 Entonces replicó Booz: El mismo día que tomares las tierras de mano de Noemi, has de tomar también a Rut Moabita, esposa del difunto, para que suscites el nombre del muerto sobre su posesión.
6 Y respondió el pariente: No puedo redimir por mi parte, porque echaría a perder mi heredad: redime tú *usando de* mi derecho, porque yo no podré redimir.
7 Había ya de largo tiempo esta costumbre en Israel en la redención o contrato, que para la confirmación de cualquier negocio, el uno se quitaba el zapato y lo daba a su compañero: y este era el testimonio en Israel.
8 Entonces el pariente dijo a Booz: Tómalo tú. Y descalzó su zapato.
9 Y Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: Vosotros sois hoy testigos de que tomo todas las cosas que fueron de Elimelec, y

todo lo que fue de Quilión y de
Mahalón, de mano de Noemí;
10 Y que también tomo por mi
esposa a Rut Moabita, esposa de
Mahalón, para suscitar el nom-
bre del difunto sobre su heredad,
para que el nombre del muerto
no se borre de entre sus herma-
nos y de la puerta de su lugar.
Vosotros sois hoy testigos.
11 Y dijeron todos los del pue-
blo que estaban a la puerta con
los ancianos: Testigos somos.
El SEÑOR haga a la mujer que
entra en tu casa como a Raquel
y a Lea, las cuales dos edificaron
la casa de Israel; y tú seas ilustre
en Efrata, y tengas nombradía
en Belem:
12 Y de la simiente que el SEÑOR
te diere de aquesta moza, sea tu
casa como la casa de Fares, al
que parió Tamar a Judá.
13 Booz pues tomó a Rut, y ella
fue su esposa; y luego que entró
a ella, el SEÑOR le dio que conci-
biese y pariese un hijo.
14 Y las mujeres decían a Noemi:
Loado sea el SEÑOR, que hizo
que no te faltase hoy pariente,
cuyo nombre será nombrado en
Israel.
15 El cual será restaurador de
tu alma, y el que sustentará tu
vejez; pues que tu nuera, la cual
te ama y te vale más que siete
hijos, le ha parido.
16 Y tomando Noemi el hijo, pú-
solo en su regazo, y fuéle su ama.
17 Y las vecinas diciendo, a
Noemi ha nacido un hijo, le
pusieron nombre; y llamáron-
le Obed. Éste *es* padre de Isaí,
padre de David.
18 Y éstas *son* las generaciones
de Fares: Fares engendró a Hes-
rón;
19 Y Hesrón engendró a Ram, y
Ram engendró a Aminadab;
20 Y Aminadab engendró a Na-
hasón, y Nahasón engendró a
Salmón;
21 Y Salmón engendró a Booz, y
Booz engendró a Obed;
22 Y Obed engendró a Isaí, e Isaí
engendró a David.

El Primer Libro de
SAMUEL

CAPÍTULO 1

HUBO un varón de Ramataim
de Sofim, del monte de
Efraím, que se llamaba Elcana,
hijo de Jeroham, hijo de Eliú,
hijo de Tohu, hijo de Zuf, Efrateo.
2 Y tenía él dos esposas; el nom-
bre de la una era Ana, y el nom-
bre de la otra Penina. Y Penina
tenía hijos, mas Ana no los tenía.
3 Y subía aquel varón todos los
años de su ciudad, a adorar y sa-
crificar al SEÑOR de los ejércitos
en Silo, donde estaban dos hijos
de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes
del SEÑOR.
4 Y cuando venía el día, Elca-
na sacrificaba, y daba a Penina
su esposa, y a todos sus hijos y
a todas sus hijas, a cada uno su
parte.
5 Mas a Ana daba una parte esco-
gida; porque amaba a Ana, aun-
que el SEÑOR había cerrado su
matriz.
6 Y su competidora la irritaba,
enojándola y entristeciéndola,
porque el SEÑOR había cerrado
su matriz.
7 Y *así* hacía él cada año: cuando
subía a la casa del SEÑOR, eno-
jaba así a la otra; por lo cual ella
lloraba, y no comía.
8 Y Elcana su marido le dijo: Ana,
¿por qué lloras? ¿y por qué no
comes? ¿y por qué está afligido
tu corazón? ¿No te soy yo mejor
que diez hijos?
9 Y levantóse Ana después que
hubo comido y bebido en Silo;
y mientras el sacerdote Elí esta-
ba sentado en una silla junto a
un pilar del templo del SEÑOR,
10 Ella con amargura de alma
oró al SEÑOR, y lloró abundan-
temente.
11 E hizo voto, diciendo: Oh
SEÑOR de los ejércitos, si te
dignares mirar la aflicción de tu
sierva, y te acordares de mí, y
no te olvidares de tu sierva, mas
dieres a tu sierva un hijo varón,
yo lo dedicaré al SEÑOR todos
los días de su vida, y no subirá
navaja sobre su cabeza.
12 Y sucedió que como ella orase
largamente delante del SEÑOR,
Elí estaba observando la boca de
ella.
13 Mas Ana hablaba en su cora-
zón, y solamente se movían sus
labios, y su voz no se oía; y tú-
vola Elí por borracha.
14 Entonces le dijo Elí: ¿Hasta
cuándo estarás borracha?; apar-
ta de ti tu vino.
15 Y Ana le respondió, diciendo:
No, señor mío: mas yo soy una
mujer trabajada de espíritu: no
he bebido vino ni sidra, sino que
he derramado mi alma delante
del SEÑOR.
16 No tengas a tu sierva por
una hija de Belial: porque por
la magnitud de mis congojas y
de mi aflicción he hablado hasta
ahora.
17 Y Elí respondió, y dijo: Ve en
paz, y el Dios de Israel te otor-
gue la petición que le has hecho.
18 Y ella dijo: Halle tu sierva gra-
cia delante de tus ojos. Y fuese
la mujer su camino, y comió, y
su cara no estuvo más triste.

19 Y levantándose muy de mañana, adoraron delante del SEÑOR, y volviéronse, y vinieron a su casa en Ramá. Y Elcana conoció a Ana su esposa, y el SEÑOR se acordó de ella.
20 Y sucedió que corrido el tiempo, después de haber concebido Ana, parió un hijo, y púsole por nombre Samuel, *diciendo*: Por cuanto lo demandé al SEÑOR.
21 Después subió el varón Elcana, con toda su familia, a sacrificar al SEÑOR el sacrificio acostumbrado, y su voto.
22 Mas Ana no subió, sino dijo a su marido: *Yo no subiré* hasta que el niño sea destetado; para que lo lleve y sea presentado delante del SEÑOR, y se quede allá para siempre.
23 Y Elcana su marido le respondió: Haz lo que bien te pareciere; quédate hasta que lo destetes; solamente el SEÑOR cumpla su palabra. Y quedóse la mujer, y crió su hijo hasta que lo destetó.
24 Y después que lo hubo destetado, llevólo consigo, con tres becerros, y un efa de harina, y una vasija de vino, y trájolo a la casa del SEÑOR en Silo: y el niño era pequeño.
25 Y matando el becerro, trajeron el niño a Elí.
26 Y ella dijo: ¡Oh, señor mío! vive tu alma, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando al SEÑOR.
27 Por este niño oraba, y el SEÑOR me dio lo que le pedí.
28 Yo pues le vuelvo también al SEÑOR: todos los días que viviere, será del SEÑOR. Y adoró allí al SEÑOR.

CAPÍTULO 2

Y ANA oró y dijo: Mi corazón se regocija en el SEÑOR, mi cuerno es ensalzado en el SEÑOR; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salvación.
2 No hay santo como el SEÑOR: Porque no hay ninguno fuera de ti; Y no hay roca como el Dios nuestro.
3 No multipliquéis hablando grandezas, altanerías; cesen las palabras arrogantes de vuestra boca; porque el SEÑOR *es* un Dios de conocimiento, y a él toca el pesar las acciones.
4 Los arcos de los fuertes fueron quebrados, y los flacos se ciñeron de fortaleza.
5 Los hartos se alquilaron por pan: y cesaron los hambrientos: hasta parir siete la estéril, y la que tenía muchos hijos enfermó.
6 El SEÑOR mata, y él da vida: él hace descender al sepulcro, y hace subir.
7 El SEÑOR empobrece, y él enriquece: abate, y ensalza.
8 Él levanta del polvo al pobre, y al menesteroso ensalza del estiércol, para asentarlo con los príncipes; y hace que tengan por heredad asiento de honra: porque del SEÑOR son las columnas de la tierra, y él asentó sobre ellas el mundo.
9 Él guarda los pies de sus santos, mas los impíos perecen en tinieblas; Porque nadie será fuerte por *su* fuerza.
10 Delante del SEÑOR serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde el cielo: el SEÑOR juzgará los términos de la tierra, y dará fortaleza a su

Rey, y ensalzará el cuerno de su
Mesías.
11 Y Elcana se volvió a su casa
en Ramá; y el niño ministraba al
SEÑOR delante del sacerdote Elí.
12 Mas los hijos de Elí eran
hijos de Belial, y no conocían al
SEÑOR.
13 Y la costumbre de los sacer-
dotes con el pueblo era que,
cuando alguno ofrecía sacrifi-
cio, venía el criado del sacerdote
mientras la carne estaba a cocer,
trayendo en su mano un garfio de
tres ganchos;
14 Y hería con él en la caldera, o
en la olla, o en el caldero, o en el
pote; y todo lo que sacaba el gar-
fio, el sacerdote lo tomaba para
sí. De esta manera hacían a todo
Israelita que venía a Silo.
15 Asimismo, antes de quemar el
sebo, venía el criado del sacerdo-
te, y decía al que sacrificaba: Da
carne que ase para el sacerdote;
porque no tomará de ti carne co-
cida, sino cruda.
16 Y si le respondía el varón, que-
men luego el sebo hoy, y después
toma para ti tanta como desee tu
alma; él respondía: No, sino que
ahora mismo me la darás: y que
si no, yo la tomaré por fuerza.
17 Era pues el pecado de los
mozos muy grande delante del
SEÑOR; porque los hombres me-
nospreciaban los sacrificios del
SEÑOR.
18 Y el joven Samuel ministraba
delante del SEÑOR, vestido de
un efod de lino.
19 Y hacíale su madre una túni-
ca pequeña, y traíasela cada año,
cuando subía con su marido a
ofrecer el sacrificio acostumbra-
do.
20 Y Elí bendijo a Elcana y a
su esposa, diciendo: El SEÑOR
te dé simiente de esta mujer
en lugar de este préstamo que
hizo al SEÑOR. Y volviéronse a
su casa.
21 Y visitó el SEÑOR a Ana, y
concibió, y parió tres hijos, y dos
hijas. Y el joven Samuel crecía
delante del SEÑOR.
22 Elí empero era muy viejo, y
oía todo lo que sus hijos hacían a
todo Israel, y como se acostaban
con las mujeres que se juntaban
por tropas a la puerta del taber-
náculo de la congregación.
23 Y díjoles: ¿Por qué hacéis
cosas semejantes? Porque yo
oigo de todo este pueblo vues-
tros malos procederes.
24 No, hijos míos; porque no
es buena fama la que yo oigo:
que hacéis pecar al pueblo del
SEÑOR.
25 Si pecare el hombre contra el
hombre, los jueces le juzgarán;
mas si alguno pecare contra el
SEÑOR, ¿quién rogará por él?
Mas ellos no oyeron la voz de su
padre, porque el SEÑOR los que-
ría matar.
26 Y el joven Samuel iba cre-
ciendo, y adelantando delante
del SEÑOR y delante de los hom-
bres.
27 Y vino un varón de Dios a Elí,
y díjole: Así ha dicho el SEÑOR:
¿No me manifesté yo claramen-
te a la casa de tu padre, cuando
estaban en Egipto en casa de Fa-
raón?
28 ¿Y le escogí yo por mi sa-
cerdote entre todas las tribus
de Israel, para que ofreciese
sobre mi altar, y quemase per-
fume, y trajese efod delante
de mí? ¿y di yo a la casa de tu
padre todas las ofrendas hechas

por fuego de los hijos de Israel?
29 ¿Por qué habéis hollado mis
sacrificios y mis ofrendas, que
yo mandé *ofrecer* en el taberná-
culo; y has honrado a tus hijos
más que a mí, engordándoos de
lo principal de todas las ofrendas
de mi pueblo Israel?
30 Por tanto, el SEÑOR el Dios
de Israel dice: Yo había dicho
que tu casa y la casa de tu padre
andarían delante de mí perpetua-
mente; mas ahora ha dicho el
SEÑOR: Nunca yo tal haga, por-
que yo honraré a los que me
honran, y los que me tuvieren en
poco, serán viles.
31 He aquí vienen días, en que
cortaré tu brazo, y el brazo de
la casa de tu padre, que no haya
viejo en tu casa.
32 Y verás adversario en *mi* habi-
tación en todas las cosas en que
Dios hiciere bien a Israel; y en
ningún tiempo habrá viejo en tu
casa.
33 Y no te cortaré *del todo*
varón de mi altar, para hacer-
te marchitar tus ojos, y henchir
tu ánimo de dolor; mas toda
la cría de tu casa morirá en la
edad varonil.
34 Y te será por señal esto que
acontecerá a tus dos hijos, Ofni y
Finees: ambos morirán en un día.
35 Y yo me suscitaré un sacerdo-
te fiel, que haga conforme a mi
corazón y a mi alma; y yo le edi-
ficaré casa firme, y andará delan-
te de mi ungido todos los días.
36 Y será que el que hubiere que-
dado en tu casa, vendrá a pos-
trársele por un dinero de plata
y un bocado de pan, diciéndole:
Ruégote que me constituyas en
algún ministerio, para que coma
un bocado de pan.

CAPÍTULO 3

Y EL joven Samuel ministraba
al SEÑOR delante de Elí: y
la palabra del SEÑOR escaseaba
en aquellos días; no había visión
manifiesta.
2 Y aconteció un día, que estan-
do Elí acostado en su aposento,
cuando sus ojos comenzaban a
oscurecerse, que no podía ver,
3 Samuel estaba durmiendo en
el templo del SEÑOR, donde
el arca de Dios estaba: y antes
que la lámpara de Dios fuese
apagada,
4 El SEÑOR llamó a Samuel; y él
respondió: Heme aquí.
5 Y corriendo luego a Elí, dijo:
Heme aquí; ¿para qué me lla-
maste? Y Elí le dijo: Yo no he lla-
mado; vuélvete a acostar. Y él se
volvió, y acostóse.
6 Y el SEÑOR volvió a llamar otra
vez a Samuel. Y levantándose
Samuel vino a Elí, y dijo: Heme
aquí; ¿para qué me has llamado?
Y él dijo: Hijo mío, yo no he lla-
mado; vuelve, y acuéstate.
7 Y Samuel no había conocido
aún al SEÑOR, ni la palabra del
SEÑOR le había sido revelada.
8 El SEÑOR pues llamó la terce-
ra vez a Samuel. Y él levantán-
dose vino a Elí, y dijo: Heme
aquí; ¿para qué me has llama-
do? Entonces entendió Elí que el
SEÑOR llamaba al joven.
9 Y dijo Elí a Samuel: Ve, y
acuéstate: y si te llamare, dirás:
Habla, SEÑOR, que tu siervo oye.
Así se fue Samuel, y acostóse en
su lugar.
10 Y vino el SEÑOR, y paróse,
y llamó como las otras veces:
¡Samuel, Samuel! Entonces
Samuel dijo: Habla, que tu sier-
vo oye.

11 Y el SEÑOR dijo a Samuel: He
aquí haré yo una cosa en Israel,
que a quien la oyere, le retiñirán
ambos oídos.
12 Aquel día yo despertaré con-
tra Elí todas las cosas que he
dicho sobre su casa. En comen-
zando, acabaré también.
13 Y mostraréle que yo juzgaré
su casa para siempre, por la ini-
quidad que él sabe; porque sus
hijos se han envilecido, y él no
los ha estorbado.
14 Y por tanto yo he jurado a la
casa de Elí, que la iniquidad de
la casa de Elí no será expiada
jamás, ni con sacrificios ni con
ofrendas.
15 Y Samuel estuvo acostado
hasta la mañana, y abrió las
puertas de la casa del SEÑOR. Y
Samuel temía descubrir la visión
a Elí.
16 Llamando pues Elí a Samuel,
díjole: Hijo mío, Samuel. Y él
respondió: Heme aquí.
17 Y dijo: ¿Qué es la palabra que
te habló *el SEÑOR*?; ruégote que
no me la encubras: así te haga
Dios y así te añada, si me encu-
brieres palabra de todo lo que
habló contigo.
18 Y Samuel se lo manifestó todo,
sin encubrirle nada. Entonces él
dijo: El SEÑOR es; haga lo que
bien le pareciere.
19 Y Samuel creció, y el SEÑOR
fue con él, y no dejó caer a tierra
ninguna de sus palabras.
20 Y conoció todo Israel desde
Dan hasta Beer-sebah, que
Samuel era fiel profeta del
SEÑOR.
21 Así tornó el SEÑOR a apare-
cer en Silo: porque el SEÑOR se
manifestó a Samuel en Silo con
palabra del SEÑOR.

CAPÍTULO 4

Y LLEGÓ la palabra de Samuel a
todo Israel. Por aquel tiempo
salió Israel a encontrar en bata-
lla a los Filisteos, y asentó campo
junto a Eben-ezer, y los Filisteos
asentaron el suyo en Afec.
2 Y los Filisteos presentaron la
batalla a Israel; y trabándose el
combate, Israel fue vencido de-
lante de los Filisteos, los cua-
les hirieron en la batalla por el
campo como cuatro mil hombres.
3 Y vuelto que hubo el pueblo
al campamento, los ancianos de
Israel dijeron: ¿Por qué nos ha
herido hoy el SEÑOR delante de
los Filisteos? Traigamos a noso-
tros de Silo el arca del pacto del
SEÑOR, para que viniendo entre
nosotros nos salve de la mano de
nuestros enemigos.
4 Y envió el pueblo a Silo, y tra-
jeron de allá el arca del pacto
del SEÑOR de los ejércitos, que
estaba asentado entre los queru-
bines; y los dos hijos de Elí, Ofni
y Finees, estaban allí con el arca
del pacto de Dios.
5 Y aconteció que, como el arca
del pacto del SEÑOR vino al
campo, todo Israel dio grita con
tan grande júbilo, que la tierra
tembló.
6 Y cuando los Filisteos oyeron
la voz de júbilo, dijeron: ¿Qué
voz de gran júbilo es ésta en el
campo de los Hebreos? Y supie-
ron que el arca del SEÑOR había
venido al campo.
7 Y los Filisteos tuvieron miedo,
porque decían: Ha venido Dios al
campo. Y dijeron: ¡Ay de noso-
tros! pues antes de ahora no fue
así.
8 ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos li-
brará de las manos de estos dio-

ses fuertes? Éstos *son* los dioses
que hirieron a Egipto con toda
plaga en el desierto.
9 Esforzaos, oh Filisteos, y sed
hombres, porque no sirváis a los
Hebreos, como ellos os han ser-
vido a vosotros: sed hombres, y
pelead.
10 Pelearon pues los Filisteos,
e Israel fue vencido, y huyeron
cada cual a sus tiendas; y fue
hecha muy grande mortandad,
pues cayeron de Israel treinta
mil hombres de a pie.
11 Y el arca de Dios fue tomada,
y muertos los dos hijos de Elí,
Ofni y Finees.
12 Y corriendo de la batalla un
hombre de Benjamín, vino aquel
día a Silo, rotos sus vestidos y
tierra sobre su cabeza:
13 Y cuando llegó, he aquí Elí
que estaba sentado en una silla
atalayando junto al camino; por-
que su corazón estaba temblan-
do por causa del arca de Dios.
Llegado pues aquel hombre a la
ciudad, y dadas las nuevas, toda
la ciudad gritó.
14 Y como Elí oyó el estruendo
de la gritería, dijo: ¿Qué estruen-
do de alboroto es éste? Y aquel
hombre vino apriesa, y dio las
nuevas a Elí.
15 Era ya Elí de edad de noventa
y ocho años, y sus ojos se habían
entenebrecido, de modo que no
podía ver.
16 Dijo pues aquel hombre a Elí:
Yo vengo de la batalla, yo he es-
capado hoy del combate. Y él
dijo: ¿Qué ha acontecido, hijo
mío?
17 Y el mensajero respondió, y
dijo: Israel huyó delante de los
Filisteos, y también fue hecha
gran mortandad en el pueblo; y
también tus dos hijos, Ofni y Fi-
nees, son muertos, y el arca de
Dios fue tomada.
18 Y aconteció que como él hizo
mención del arca de Dios, *Elí*
cayó hacia atrás de la silla al lado
de la puerta, y quebrósele la cer-
viz, y murió: porque era hombre
viejo y pesado. Y había juzgado a
Israel cuarenta años.
19 Y su nuera, la esposa de Finees,
que estaba preñada, cercana al
parto, oyendo el rumor que el
arca de Dios era tomada, y muer-
tos su suegro y su marido, encor-
vóse y parió; porque sus dolores
se habían ya derramado por ella.
20 Y al tiempo que se moría, de-
cíanle las que estaban junto a
ella: No tengas temor, porque
has parido un hijo. Mas ella no
respondió, ni paró mientes.
21 Y llamó al niño Icabod, di-
ciendo: ¡Traspasada es la gloria
de Israel! por el arca de Dios que
fue tomada, y porque era muerto
su suegro, y su marido.
22 Dijo pues: Traspasada es la
gloria de Israel: porque el arca
de Dios fue tomada.

CAPÍTULO 5

Y LOS Filisteos, tomada el arca
de Dios, trajéronla desde
Eben-ezer a Asdod.
2 Y tomaron los Filisteos el arca
de Dios, y metiéronla en la casa
de Dagón, y pusiéronla junto a
Dagón.
3 Y el siguiente día los de Asdod
se levantaron de mañana, y he
aquí Dagón postrado en tierra
delante del arca del SEÑOR: y
tomaron a Dagón, y volviéronlo
a su lugar.
4 Y tornándose a levantar de
mañana el siguiente día, he aquí

que Dagón había caído postrado en tierra delante del arca del SEÑOR; y la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos *estaban* cortadas sobre el umbral, habiéndole quedado a Dagón *el tronco* solamente.
5 Por esta causa los sacerdotes de Dagón, y todos los que en el templo de Dagón entran, no pisan el umbral de Dagón en Asdod, hasta hoy.
6 Empero agravóse la mano del SEÑOR sobre los de Asdod, y destruyólos, e hiriólos con hemorroides en Asdod y en todos sus términos.
7 Y viendo esto los de Asdod, dijeron: No quede con nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano es dura sobre nosotros, y sobre nuestro dios Dagón.
8 Enviaron pues a juntar a sí todos los príncipes de los Filisteos, y dijeron: ¿Qué haremos del arca del Dios de Israel? Y ellos respondieron: Pásese el arca del Dios de Israel a Gat. Y pasaron *allá* el arca del Dios de Israel.
9 Y aconteció que como la hubieron pasado, la mano del SEÑOR fue contra la ciudad con grande quebrantamiento; e hirió los hombres de aquella ciudad desde el chico hasta el grande, que se llenaron de hemorroides en sus partes íntimas.
10 Entonces enviaron el arca de Dios a Ecrón. Y como el arca de Dios vino a Ecrón, los Ecronitas dieron voces diciendo: Han pasado a mí el arca del Dios de Israel por matarme a mí y a mi pueblo.
11 Y enviaron a juntar todos los príncipes de los Filisteos, diciendo: Despachad el arca del Dios de Israel, y tórnese a su lugar, y no mate a mí ni a mi pueblo: porque había quebrantamiento de muerte en toda la ciudad, y la mano de Dios se había allí agravado.
12 Y los que no morían, eran heridos de hemorroides; y el clamor de la ciudad subía al cielo.

CAPÍTULO 6

Y ESTUVO el arca del SEÑOR en la tierra de los Filisteos siete meses.
2 Entonces los Filisteos, llamando los sacerdotes y adivinos, preguntaron: ¿Qué haremos del arca del SEÑOR? Declaradnos cómo la hemos de tornar a enviar a su lugar.
3 Y ellos dijeron: Si enviáis el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía; mas le pagaréis la expiación: y entonces seréis sanos, y conoceréis por qué no se apartó de vosotros su mano.
4 Y ellos dijeron: ¿Y qué será la expiación que le pagaremos? Y ellos respondieron: *Conforme* al número de los príncipes de los Filisteos, cinco hemorroides de oro, y cinco ratones de oro, porque la misma plaga que todos tienen, tienen también vuestros príncipes.
5 Haréis pues las formas de vuestras hemorroides, y las formas de vuestros ratones que destruyen la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel: quizá aliviará su mano de sobre vosotros, y de sobre vuestros dioses, y de sobre vuestra tierra.
6 Mas ¿por qué endurecéis vuestro corazón, como los Egipcios y Faraón endurecieron sus corazones? Después que los hubo así tratado, ¿no los dejaron que se fuesen, y se fueron?

7 Haced pues ahora un carro nuevo, y tomad luego dos vacas que críen, a las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced tornar de detrás de ellas sus becerros a casa.
8 Tomaréis luego el arca del SEÑOR, y la pondréis sobre el carro; y poned en una caja al lado de ella las alhajas de oro que le pagáis en expiación: y la dejaréis que se vaya.
9 Y mirad: si sube por el camino de su término a Bet-semes, él nos ha hecho este mal *tan* grande; y si no, seremos ciertos que su mano no nos hirió, nos ha sido accidente.
10 Y aquellos hombres lo hicieron así; pues tomando dos vacas que criaban, unciéronlas al carro, y encerraron en casa sus becerros.
11 Luego pusieron el arca del SEÑOR sobre el carro, y la caja con los ratones de oro y con las formas de sus hemorroides.
12 Y las vacas se encaminaron por el camino de Bet-semes, e iban por un mismo camino andando y bramando, sin apartarse ni a diestra ni a siniestra: y los príncipes de los Filisteos fueron tras ellas hasta el término de Bet-semes.
13 Y los de Bet-semes segaban el trigo en el valle; y alzando sus ojos vieron el arca, y holgáronse cuando la vieron.
14 Y el carro vino al campo de Josué Bet-semita, y paró allí: porque allí había una gran piedra: y ellos cortaron la madera del carro, y ofrecieron las vacas en ofrenda quemada al SEÑOR.
15 Y los Levitas bajaron el arca del SEÑOR, y la caja que estaba junto a ella, en la cual estaban las alhajas de oro, y pusiéronlas sobre aquella gran piedra: y los hombres de Bet-semes, ofrecieron sacrificios y sacrificaron al SEÑOR en aquel día.
16 Lo cual viendo los cinco príncipes de los Filisteos, volviéronse a Ecrón el mismo día.
17 Éstas pues *son* las hemorroides de oro que pagaron los Filisteos al SEÑOR en expiación: por Asdod una, por Gaza una, por Ascalón una, por Gat una, por Ecrón una;
18 Y ratones de oro conforme al número de todas las ciudades de los Filisteos pertenecientes a los cinco príncipes, desde las ciudades fuertes hasta las aldeas sin muro; y hasta la gran piedra sobre la cual pusieron el arca del SEÑOR, *piedra que está* en el campo de Josué Bet-semita hasta hoy.
19 Entonces hirió *Dios* a los de Bet-semes, porque habían mirado en el arca del SEÑOR; hirió en el pueblo cincuenta mil y setenta hombres. Y el pueblo puso luto, porque el SEÑOR al pueblo había herido de tan gran plaga.
20 Y dijeron los de Bet-semes: ¿Quién podrá estar delante del SEÑOR el Dios santo? ¿y a quién subirá desde nosotros?
21 Y enviaron mensajeros a los de Quiriat-jearim, diciendo: Los Filisteos han vuelto el arca del SEÑOR: descended pues, y llevadla a vosotros.

CAPÍTULO 7

Y VINIERON los de Quiriat-jearim, y llevaron el arca del SEÑOR, y metiéronla en casa de Abinadab, *situada* en el collado;

y santificaron a Eleazar su hijo,
para que guardase el arca del
SEÑOR.
2 Y aconteció que desde el día
que llegó el arca a Quiriat-jea-
rim pasaron muchos días, veinte
años; y toda la casa de Israel la-
mentaba en pos del SEÑOR.
3 Y habló Samuel a toda la casa
de Israel, diciendo: Si de todo
vuestro corazón os volvéis al
SEÑOR, quitad los dioses ajenos
y a Astarot de entre vosotros, y
preparad vuestro corazón al
SEÑOR, y a sólo él servid, y os
librará de mano de los Filisteos.
4 Entonces los hijos de Israel qui-
taron a los Baales y a Astarot, y
sirvieron a solo el SEÑOR.
5 Y Samuel dijo: Juntad a todo
Israel en Mizpa, y yo oraré por
vosotros al SEÑOR.
6 Y juntándose en Mizpa, sacaron
agua, y derramáronla delante del
SEÑOR, y ayunaron aquel día, y
dijeron allí: Contra el SEÑOR
hemos pecado. Y juzgó Samuel a
los hijos de Israel en Mizpa.
7 Y oyendo los Filisteos que los
hijos de Israel estaban reunidos
en Mizpa, subieron los prínci-
pes de los Filisteos contra Israel:
lo cual como hubieron oído los
hijos de Israel, tuvieron temor de
los Filisteos.
8 Y dijeron los hijos de Israel a
Samuel: No ceses de clamar por
nosotros al SEÑOR nuestro Dios,
que nos guarde de mano de los
Filisteos.
9 Y Samuel tomó un cordero
de leche, y sacrificólo entero al
SEÑOR en ofrenda quemada: y
clamó Samuel al SEÑOR por Is-
rael, y el SEÑOR le oyó.
10 Y aconteció que estando
Samuel sacrificando la ofrenda
quemada, los Filisteos llegaron
para pelear con los hijos de Is-
rael. Mas el SEÑOR tronó aquel
día con grande estruendo sobre
los Filisteos, y desbaratólos, y
fueron vencidos delante de Israel.
11 Y saliendo los hijos de Israel
de Mizpa, siguieron a los Filis-
teos, hiriéndolos hasta abajo de
Bet-car.
12 Tomó luego Samuel una pie-
dra, y púsola entre Mizpa y Sen,
y púsole por nombre Eben-ezer,
diciendo: Hasta aquí nos ayudó
el SEÑOR.
13 Fueron pues los Filisteos hu-
millados, que no vinieron más al
término de Israel; y la mano del
SEÑOR fue contra los Filisteos
todo el tiempo de Samuel.
14 Y fueron restituídas a los hijos
de Israel las ciudades que los Fi-
listeos habían tomado a los Israe-
litas, desde Ecrón hasta Gat, con
sus términos: e Israel las libró de
mano de los Filisteos. Y hubo paz
entre Israel y el Amorreo.
15 Y juzgó Samuel a Israel todo
el tiempo que vivió.
16 Y todos los años iba y daba
vuelta a Betel, y a Gilgal, y a
Mizpa, y juzgaba a Israel en
todos estos lugares.
17 Volvíase después a Ramá, por-
que allí estaba su casa, y allí juz-
gaba a Israel; y edificó allí altar
al SEÑOR.

CAPÍTULO 8

Y ACONTECIÓ que habiendo
Samuel envejecido, puso sus
hijos por jueces sobre Israel.
2 Y el nombre de su hijo primo-
génito fue Joel, y el nombre del
segundo, Abia: fueron jueces en
Beer-sebah.
3 Mas no anduvieron los hijos

por los caminos de su padre, antes se ladearon tras la avaricia, recibiendo cohecho y pervirtiendo el derecho.
4 Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Samuel en Ramá,
5 Y dijéronle: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no van por tus caminos: por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como todas las gentes.
6 Y descontentó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos rey que nos juzgue. Y Samuel oró al SEÑOR.
7 Y dijo el SEÑOR a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te dijeren: porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos.
8 Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, que me han dejado y han servido a dioses ajenos, así hacen también contigo.
9 Ahora pues, oye su voz: mas protesta contra ellos declarándoles el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos.
10 Y dijo Samuel todas las palabras del SEÑOR al pueblo que le había pedido rey.
11 Dijo pues: Éste será el derecho del rey que hubiere de reinar sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y pondrálos en sus carros, y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro:
12 Y se elegirá capitanes de mil, y capitanes de cincuenta: *pondrálos* asimismo a que aren sus campos, y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros:
13 Tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras, y amasadoras.
14 Asimismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas, y vuestros buenos olivares, y los dará a sus siervos.
15 Él diezmará vuestras simientes y vuestras viñas, para dar a sus eunucos y a sus siervos.
16 Él tomará vuestros siervos, y vuestras siervas, y vuestros buenos mancebos, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras.
17 Diezmará también vuestro rebaño, y seréis sus siervos.
18 Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas el SEÑOR no os oirá en aquel día.
19 Empero el pueblo rechazó obedecer la voz de Samuel; antes dijeron: No, sino que habrá rey sobre nosotros:
20 Y nosotros seremos también como todas las gentes, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras.
21 Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y refiriólas en oídos del SEÑOR.
22 Y el SEÑOR dijo a Samuel: Oye su voz, y pon rey sobre ellos. Entonces dijo Samuel a los varones de Israel: Idos cada uno a su ciudad.

CAPÍTULO 9

Y HABÍA un varón de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis, hijo de Abiel, hijo de Seor, hijo de Becora, hijo de Afia, hijo de un hombre de Benjamín.
2 Y tenía él un hijo que se llamaba Saúl, mancebo y hermoso,

que entre los hijos de Israel no
había otro más hermoso que él;
del hombro arriba sobrepujaba a
cualquiera del pueblo.
3 Y habíanse perdido las asnas de
Cis, padre de Saúl; por lo que dijo
Cis a Saúl su hijo: Toma ahora
contigo alguno de los criados, y
levántate, y ve a buscar las asnas.
4 Y él pasó al monte de Efraím, y
de allí a la tierra de Salisa, y no
las hallaron. Pasaron luego por
la tierra de Saalim, y tampoco.
Después pasaron por la tierra de
Benjamín, y no las encontraron.
5 Y cuando vinieron a la tierra
de Zuf, Saúl dijo a su criado que
tenía consigo: Ven, volvámonos;
porque quizá mi padre, dejado el
cuidado de las asnas, estará congojado por nosotros.
6 Y él le respondió: He aquí ahora
hay en esta ciudad un hombre de
Dios, que es varón insigne: todas
las cosas que él dijere, sin duda
vendrán. Vamos pues allá: quizá
nos enseñará nuestro camino por
donde hayamos de ir.
7 Y Saúl respondió a su criado:
Vamos ahora: ¿mas qué llevaremos al varón? Porque el pan de
nuestras alforjas se ha acabado,
y no tenemos qué presentar al
varón de Dios: ¿qué tenemos?
8 Entonces tornó el criado a responder a Saúl, diciendo: He aquí
se halla en mi mano la cuarta
parte de un siclo de plata: esto
daré al varón de Dios, porque
nos declare nuestro camino.
9 (Antiguamente en Israel cuando un hombre iba a consultar a
Dios, decía así: Venid y vamos al
vidente: porque el que ahora se
llama profeta, antiguamente era
llamado vidente).
10 Dijo entonces Saúl a su criado: Bien dices; ea pues, vamos. Y
fueron a la ciudad donde estaba
el varón de Dios.
11 Y cuando subían por la cuesta de la ciudad, hallaron unas
mozas que salían para sacar agua,
a las cuales dijeron: ¿Está en este
lugar el vidente?
12 Y ellas respondiéndoles, dijeron: Sí; helo aquí delante de ti:
date pues priesa, porque hoy ha
venido a la ciudad en atención a
que el pueblo tiene hoy sacrificio
en el alto.
13 Y cuando entrareis en la ciudad, le encontraréis luego, antes
que suba al alto a comer; pues
el pueblo no comerá hasta que él
haya venido, por cuanto él haya
de bendecir el sacrificio, y después comerán los convidados.
Subid pues ahora, porque ahora
le hallaréis.
14 Ellos entonces subieron a la
ciudad; y cuando en medio de
la ciudad estuvieron, he aquí
Samuel que delante de ellos salía
para subir al alto.
15 Y un día antes que Saúl viniese, el SEÑOR había revelado al
oído de Samuel, diciendo:
16 Mañana a esta misma hora yo
enviaré a ti un varón de la tierra
de Benjamín, al cual ungirás por
príncipe sobre mi pueblo Israel,
y salvará mi pueblo de mano de
los Filisteos: pues yo he mirado a
mi pueblo, porque su clamor ha
llegado hasta mí.
17 Y luego que Samuel vio a Saúl,
el SEÑOR le dijo: He aquí éste es
el varón del cual te hablé; éste
regirá a mi pueblo.
18 Y llegando Saúl a Samuel
en medio de la puerta, díjole: Ruégote que me enseñes
dónde está la casa del vidente.

19 Y Samuel respondió a Saúl, y
dijo: Yo soy el vidente: sube delante de mí al alto, y comed hoy conmigo, y por la mañana te despacharé, y te descubriré todo lo que está en tu corazón.
20 Y de las asnas que se te perdieron hoy ha tres días, pierde cuidado de ellas, porque se han hallado. Mas ¿por quién es todo el deseo de Israel, sino por ti y por toda la casa de tu padre?
21 Y Saúl respondió, y dijo: ¿No
soy yo hijo de Benjamín, de las más pequeñas tribus de Israel? Y mi familia *¿no es* la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿por qué pues me has dicho cosa semejante?
22 Y trabando Samuel de Saúl y
de su criado, metiólos en la sala, y dióles lugar a la cabecera de los convidados, que eran como unos treinta hombres.
23 Y dijo Samuel al cocinero:
Trae acá la porción que te di, la cual te dije que guardases aparte.
24 Entonces alzó el cocinero una
espaldilla, con lo que estaba sobre ella, y púsola delante de Saúl. Y *Samuel* dijo: He aquí lo que estaba reservado: ponlo delante de ti, y come; porque de industria se guardó para ti, cuando dije: Yo he convidado al pueblo. Y Saúl comió aquel día con Samuel.
25 Y cuando hubieron descendi-
do del alto a la ciudad, él habló con Saúl en el terrado.
26 Y *al otro día* madrugaron: y
como al apuntar del alba, Samuel llamó a Saúl, *que estaba* en el terrado; y dijo: Levántate, para que te despache. Levantóse luego Saúl, y salieron fuera ambos, él y Samuel.
27 Y descendiendo ellos al cabo
de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: Di al mozo que vaya delante, (y adelantóse él); mas espera tú un poco para que te declare palabra de Dios.

CAPÍTULO 10

TOMANDO entonces Samuel una ampolla de aceite, derramóla sobre su cabeza, y besólo, y díjole: ¿No te ha ungido el SEÑOR por capitán sobre su heredad?
2 Hoy, después que te hayas
apartado de mí, hallarás dos hombres junto al sepulcro de Raquel, en el término de Benjamín, en Selsah, los cuales te dirán: Las asnas que habías ido a buscar, se han hallado; tu padre pues ha dejado ya el negocio de las asnas, si bien está angustioso por vosotros, diciendo: ¿Qué haré acerca de mi hijo?
3 Y como de allí te fueres más
adelante, y llegares a la llanura de Tabor, te saldrán al encuentro tres hombres que suben a Dios en Betel, llevando el uno tres cabritos, y el otro tres tortas de pan, y el tercero una vasija de vino:
4 Los cuales, luego que te hayan
saludado, te darán dos panes, los que tomarás de manos de ellos.
5 De allí vendrás al collado de
Dios donde está la guarnición de los Filisteos; y cuando entrares allá en la ciudad encontrarás una compañía de profetas que descienden del alto, y delante de ellos salterio, y adufe, y flauta, y arpa, y ellos profetizando:
6 Y el Espíritu del SEÑOR te arre-
batará, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre.
7 Y cuando te hubieren sobreve-
nido estas señales, haz lo que te

viniere a la mano, porque Dios es contigo.
8 Y bajarás delante de mí a Gilgal; y luego descenderé yo a ti para sacrificar holocaustos, e inmolar víctimas pacíficas. Espera siete días, hasta que yo venga a ti, y te enseñe lo que has de hacer.
9 Y fue que así como tornó él su hombro para partirse de Samuel, mudóle Dios su corazón; y todas estas señales acaecieron en aquel día.
10 Y cuando llegaron allá al collado, he aquí la compañía de los profetas *que venía* a encontrarse con él, y el Espíritu de Dios lo arrebató, y profetizó entre ellos.
11 Y aconteció que, cuando todos los que le conocían de ayer y de antes, vieron que, he aquí, él profetizaba con los profetas, el pueblo decía el uno al otro: ¿Qué ha sucedido al hijo de Cis? ¿Saúl también entre los profetas?
12 Y alguno de allí respondió, y dijo: ¿Y quién es el padre de ellos? Por esta causa se tornó en proverbio: ¿También Saúl entre los profetas?
13 Y cesó de profetizar, y llegó al alto.
14 Y un tío de Saúl dijo a él y a su criado: ¿Dónde fuisteis? Y él respondió: A buscar las asnas; y como vimos que no parecían, fuimos a Samuel.
15 Y dijo el tío de Saúl: Yo te ruego me declares qué os dijo Samuel.
16 Y Saúl respondió a su tío: Declarónos expresamente que las asnas habían parecido. Mas del negocio del reino, de que Samuel le había hablado, no le descubrió nada.
17 Y Samuel convocó el pueblo al SEÑOR en Mizpa;
18 Y dijo a los hijos de Israel: Así ha dicho el SEÑOR el Dios de Israel: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de mano de los Egipcios, y de mano de todos los reinos que os afligieron:
19 Mas vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios, que os guarda de todas vuestras aflicciones y angustias, y dijisteis: No, sino pon rey sobre nosotros. Ahora pues, poneos delante del SEÑOR por vuestras tribus y por vuestros millares.
20 Y haciendo allegar Samuel todas las tribus de Israel, fue tomada la tribu de Benjamín.
21 E hizo llegar la tribu de Benjamín por sus linajes, y fue tomada la familia de Matri; y *de ella* fue tomado Saúl hijo de Cis. Y le buscaron, mas no fue hallado.
22 Preguntaron pues otra vez al SEÑOR, si había aún de venir allí aquel varón. Y respondió el SEÑOR: He aquí que él está escondido entre el bagaje.
23 Entonces corrieron, y tomáronlo de allí, y puesto en medio del pueblo, desde el hombro arriba era más alto que todo el pueblo.
24 Y Samuel dijo a todo el pueblo: ¿Habéis visto al que ha elegido el SEÑOR, que no hay semejante a él en todo el pueblo? Entonces el pueblo clamó con alegría, diciendo: Viva el rey.
25 Samuel recitó luego al pueblo el derecho del reino, y escribiólo en un libro, el cual guardó delante del SEÑOR.
26 Y envió Samuel a todo el pueblo cada uno a su casa. Y Saúl también se fue a su casa en

Gabaa, y fueron con él el ejército, el corazón de los cuales Dios había tocado.
27 Pero los hijos de Belial dijeron: ¿Cómo nos ha de salvar éste? Y tuviéronle en poco, y no le trajeron presente: mas él disimuló.

CAPÍTULO 11

Y SUBIÓ Naas Amonita, y asentó campo contra Jabes de Galaad. Y todos los de Jabes dijeron a Naas: Haz pacto con nosotros, y te serviremos.
2 Y Naas Amonita les respondió: Con esta condición haré pacto con vosotros, que a cada uno de todos vosotros saque el ojo derecho, y ponga esta afrenta sobre todo Israel.
3 Entonces los ancianos de Jabes le dijeron: Danos siete días de plazo, para que enviemos mensajeros a todos los términos de Israel; y si nadie hubiere que nos defienda, saldremos a ti.
4 Y llegando los mensajeros a Gabaa de Saúl, dijeron estas palabras en oídos del pueblo; y todo el pueblo lloró a voz en grito.
5 Y he aquí Saúl que venía del campo, tras los bueyes; y dijo Saúl: ¿Qué tiene el pueblo, que lloran? Y contáronle las palabras de los hombres de Jabes.
6 Y el Espíritu de Dios arrebató a Saúl en oyendo estas palabras, y encendióse en ira en gran manera.
7 Y tomando un par de bueyes, cortólos en piezas, y enviólas por todos los términos de Israel por mano de mensajeros, diciendo: Cualquiera que no saliere en pos de Saúl y en pos de Samuel, así será hecho a sus bueyes. Y cayó temor del SEÑOR sobre el pueblo, y salieron como un solo hombre.
8 Y contólos en Bezec; y fueron los hijos de Israel trescientos mil, y treinta mil los hombres de Judá.
9 Y respondieron a los mensajeros que habían venido: Así diréis a los de Jabes de Galaad: Mañana en calentando el sol, tendréis salvamento. Y vinieron los mensajeros, y declaráronlo a los de Jabes, los cuales se holgaron.
10 Y los de Jabes dijeron: Mañana saldremos a vosotros, para que hagáis con nosotros todo lo que bien os pareciere.
11 Y el día siguiente dispuso Saúl el pueblo en tres escuadrones, y entraron en medio del real a la vela de la mañana, e hirieron a los Amonitas hasta que el día calentaba: y los que quedaron fueron dispersos, tal que no quedaron dos de ellos juntos.
12 El pueblo entonces dijo a Samuel: ¿Quiénes son los que decían: Reinará Saúl sobre nosotros? Dad*nos* esos hombres, y los mataremos.
13 Y Saúl dijo: No morirá hoy ninguno, porque hoy ha obrado el SEÑOR salvación en Israel.
14 Mas Samuel dijo al pueblo: Venid, vamos a Gilgal para que renovemos allí el reino.
15 Y fue todo el pueblo a Gilgal, e invistieron allí a Saúl por rey delante del SEÑOR en Gilgal. Y sacrificaron allí víctimas pacíficas delante del SEÑOR; y alegráronse mucho allí Saúl y todos los de Israel.

CAPÍTULO 12

Y DIJO Samuel a todo Israel: He aquí, yo he oído vuestra voz en todas las cosas que me habéis dicho, y os he puesto rey.

2 Ahora pues, he aquí vuestro rey
va delante de vosotros. Yo soy ya
viejo y cano: mas mis hijos están
con vosotros, y yo he andado de-
lante de vosotros desde mi moce-
dad hasta este día.
3 Aquí estoy; atestiguad contra
mí delante del SEÑOR y delan-
te de su ungido, si he tomado el
buey de alguno, o si he tomado el
asno de alguno, o si he calumnia-
do a alguien, o si he agraviado a
alguno, o si de alguien he toma-
do cohecho por el cual haya cu-
bierto mis ojos: y os satisfaré.
4 Entonces dijeron: Nunca nos
has calumniado, ni agraviado, ni
has tomado algo de mano de nin-
gún hombre.
5 Y él les dijo: el SEÑOR es tes-
tigo contra vosotros, y su un-
gido también es testigo en este
día, que no habéis hallado en mi
mano cosa ninguna. Y ellos res-
pondieron: Así es.
6 Entonces Samuel dijo al pue-
blo: el SEÑOR es quien hizo a
Moisés y a Aarón, y que sacó a
vuestros padres de la tierra de
Egipto.
7 Ahora pues, aguardad, y yo os
haré cargo delante del SEÑOR
de todas las justicias del SEÑOR,
que ha hecho con vosotros y con
vuestros padres.
8 Después que Jacob hubo entra-
do en Egipto y vuestros padres
clamaron al SEÑOR, el SEÑOR
envió a Moisés y a Aarón, los
cuales sacaron a vuestros padres
de Egipto, y los hicieron habitar
en este lugar.
9 Y cuando olvidaron al SEÑOR
su Dios, él los vendió en la mano
de Sísara, capitán del ejército de
Hasor, y en la mano de los Filis-
teos, y en la mano del rey de Moab,
los cuales les hicieron guerra.
10 Y ellos clamaron al SEÑOR, y
dijeron: Pecamos, que hemos de-
jado al SEÑOR, y hemos servido
a los Baales y a Astarot: líbranos
pues ahora de la mano de nues-
tros enemigos, y te serviremos.
11 Entonces el SEÑOR envió a
Jerobaal, y a Bedán, y a Jefté, y
a Samuel, y os libró de mano de
vuestros enemigos alrededor, y
habitasteis seguros.
12 Y habiendo visto que Naas
rey de los hijos de Amón venía
contra vosotros, me dijisteis: No,
sino rey reinará sobre nosotros;
siendo vuestro rey el SEÑOR
vuestro Dios.
13 Ahora pues, ved aquí vuestro
rey que habéis elegido, el cual
pedisteis; ya veis que el SEÑOR
ha puesto sobre vosotros rey.
14 Si temiereis al SEÑOR y le sir-
viereis, y obedeciereis su voz, y
no fuereis rebeldes a la palabra
del SEÑOR, así vosotros como
el rey que reina sobre vosotros,
seréis en pos del SEÑOR vuestro
Dios.
15 Mas si no oyereis la voz del
SEÑOR, y si fuereis rebeldes a
las palabras del SEÑOR, la mano
del SEÑOR será contra vosotros
como contra vuestros padres.
16 Esperad aún ahora, y mirad
esta gran cosa que el SEÑOR
hará delante de vuestros ojos.
17 ¿No es ahora la siega de los
trigos? Yo clamaré al SEÑOR, y
él dará truenos y aguas; para que
conozcáis y veáis que es grande
vuestra maldad que habéis hecho
en los ojos del SENOR, pidién-
doos rey.
18 Y Samuel clamó al SEÑOR; y
el SEÑOR dio truenos y aguas en
aquel día; y todo el pueblo temió

en gran manera al SEÑOR y a
Samuel.
19 Entonces dijo todo el pueblo
a Samuel: Ruega por tus siervos
al SEÑOR tu Dios, que no mura-
mos: porque a todos nuestros pe-
cados hemos añadido *este* mal de
pedir rey para nosotros.
20 Y Samuel respondió al pue-
blo, No temáis: vosotros habéis
cometido todo este mal; mas con
todo eso no os apartéis de en pos
del SEÑOR, sino servid al SEÑOR
con todo vuestro corazón:
21 No os apartéis en pos de las
vanidades, que no aprovechan ni
libran, porque son vanidades.
22 Pues el SEÑOR no desampa-
rará a su pueblo por su grande
nombre: porque el SEÑOR ha
querido haceros pueblo suyo.
23 Así que, no permita Dios que
peque yo contra el SEÑOR cesan-
do de rogar por vosotros; antes
yo os enseñaré por el camino
bueno y derecho.
24 Solamente temed al SEÑOR,
y servidle de verdad con todo
vuestro corazón, porque conside-
rad cuán grandes cosas ha hecho
por vosotros.
25 Mas si perseverareis en hacer
mal, vosotros y vuestro rey pere-
ceréis.

CAPÍTULO 13

HABÍA ya Saúl reinado un
año; y reinado que hubo dos
años sobre Israel,
2 Escogióse luego tres mil de Is-
rael: los dos mil estuvieron con
Saúl en Michmas y en el monte
de Betel, y los mil estuvieron con
Jonatán en Gabaa de Benjamín; y
envió a todo el otro pueblo cada
uno a sus tiendas.
3 Y Jonatán hirió la guarnición
de los Filisteos que había en el
collado, y oyéronlo los Filisteos.
E hizo Saúl tocar trompetas por
toda la tierra, diciendo: Oigan
los Hebreos.
4 Y todo Israel oyó que se decía:
Saúl ha herido la guarnición de
los Filisteos; y también que Israel
olía mal a los Filisteos. Y juntó-
se el pueblo en pos de Saúl en
Gilgal.
5 Entonces los Filisteos se junta-
ron para pelear con Israel, trein-
ta mil carros, y seis mil jinetes, y
pueblo como la arena que está a
la orilla del mar en multitud; y
subieron, y asentaron campo en
Michmas, al oriente de Betaven.
6 Mas los hombres de Israel, vién-
dose puestos en estrecho, (por-
que el pueblo estaba en aprieto),
escondióse el pueblo en cuevas,
en fosos, en peñascos, en rocas y
en cisternas.
7 Y algunos de los Hebreos pasa-
ron el Jordán a la tierra de Gad y
de Galaad: y Saúl se estaba aún
en Gilgal, y todo el pueblo iba
tras él temblando.
8 Y él esperó siete días, conforme
al plazo que Samuel *había dicho*;
pero Samuel no venía a Gilgal, y
el pueblo se le desertaba.
9 Entonces dijo Saúl: Traedme
ofrenda quemada y sacrificios
pacíficos. Y ofreció la ofrenda
quemada.
10 Y como él acababa de hacer
la ofrenda quemada, he aquí
Samuel que venía; y Saúl le salió
a recibir para saludarle.
11 Entonces Samuel dijo: ¿Qué
has hecho? Y Saúl respondió:
Porque ví que el pueblo se me
iba, y que tú no venías al plazo
de los días, y que los Filisteos es-
taban juntos en Michmas,

12 Me dije: Los Filisteos descenderán ahora contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor del SEÑOR. Esforcéme pues, y ofrecí ofrenda quemada.
13 Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento del SEÑOR tu Dios, que él te había intimado; porque ahora el SEÑOR hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre.
14 Mas ahora tu reino no será durable: el SEÑOR se ha buscado varón según su corazón, al cual el SEÑOR ha mandado que sea capitán sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que el SEÑOR te mandó.
15 Y levantándose Samuel, subió de Gilgal a Gabaa de Benjamín. Y Saúl contó la gente que se hallaba con él, como seiscientos hombres.
16 Saúl pues y Jonatán su hijo, y el pueblo que con ellos se hallaba, quedáronse en Gabaa de Benjamín: mas los Filisteos habían puesto su campo en Michmas.
17 Y salieron del campo de los Filisteos en correría tres escuadrones. El un escuadrón tiró por el camino de Ofra hacia la tierra de Sual.
18 El otro escuadrón marchó hacia Bet-horón, y el tercer escuadrón marchó hacia la región que mira al valle de Seboim hacia el desierto.
19 Y en toda la tierra de Israel no se hallaba herrero; porque los Filisteos habían dicho: Para que los Hebreos no hagan espada o lanza.
20 Y todos los de Israel descendían a los Filisteos cada cual a amolar su reja, su azadón, su hacha, o su sacho,
21 Pero aún tenían una lima para las rejas, y los azadones, y las horquillas, y las hachas, y para afilar las ahijadas.
22 Así aconteció que el día de la batalla no se halló espada ni lanza en mano de alguno de todo el pueblo que estaba con Saúl y con Jonatán, excepto Saúl y Jonatán su hijo, que las tenían.
23 Y la guarnición de los Filisteos salió al paso de Michmas.

CAPÍTULO 14

Y UN día aconteció, que Jonatán hijo de Saúl dijo a su criado que le traía las armas: Ven, y pasemos a la guarnición de los Filisteos, que está a aquel lado. Y no *lo* hizo saber a su padre.
2 Y Saúl estaba en el término de Gabaa, debajo de un granado que hay en Migrón, y el pueblo que estaba con él era como seiscientos hombres.
3 Y Ahías hijo de Ahitob, hermano de Icabod, hijo de Finees, hijo de Elí, sacerdote del SEÑOR en Silo, llevaba el efod; y no sabía el pueblo que Jonatán se hubiese ido.
4 Y entre los pasos por donde Jonatán procuraba pasar a la guarnición de los Filisteos, había una roca aguda de la una parte, y una roca aguda de la otra parte; la una se llamaba Boses y la otra Sene:
5 El un peñasco situado al norte hacia Michmas, y el otro al sur hacia Gabaa.
6 Dijo pues Jonatán a su criado que le traía las armas: Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos: quizá hará el SEÑOR por nosotros; que no es difícil al SEÑOR salvar con multitud o con poco número.

7 Y su paje de armas le respondió: Haz todo lo que tienes en tu corazón: ve, que aquí estoy contigo a tu voluntad.
8 Y Jonatán dijo: He aquí, nosotros pasaremos a los hombres, y nos mostraremos a ellos.
9 Si nos dijeren así: Esperad hasta que lleguemos a vosotros; entonces nos estaremos en nuestro lugar, y no subiremos a ellos.
10 Mas si nos dijeren así: Subid a nosotros: entonces subiremos, porque el SEÑOR los ha entregado en nuestras manos: y esto nos será por señal.
11 Mostráronse pues ambos a la guarnición de los Filisteos, y los Filisteos dijeron: He aquí los Hebreos, que salen de las cavernas en que se habían escondido.
12 Y los hombres de la guarnición respondieron a Jonatán y a su paje de armas, y dijeron: Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa. Entonces Jonatán dijo a su paje de armas: Sube tras mí, que el SEÑOR los ha entregado en la mano de Israel.
13 Y subió Jonatán *trepando* con sus manos y sus pies, y tras él su paje de armas; y los que caían delante de Jonatán, su paje de armas *que iba* tras él, los mataba.
14 Ésta fue la primera rota, en la cual Jonatán con su paje de armas, mataron como unos veinte hombres en el espacio de una media yugada.
15 Y hubo temblor en el real y por el campo, y entre toda la gente de la guarnición; y los que habían ido a hacer correrías, también ellos temblaron, y alborotóse la tierra: hubo pues gran consternación.
16 Y los centinelas de Saúl vieron desde Gabaa de Benjamín cómo la multitud estaba turbada, e iba *de una* parte *a otra*, y era deshecha.
17 Entonces Saúl dijo al pueblo que tenía consigo: Reconoced luego, y mirad quién haya ido de los nuestros. Y reconocido que hubieron, hallaron que faltaban Jonatán y su paje de armas.
18 Y Saúl dijo a Ahías: Trae el arca de Dios. Porque el arca de Dios estaba entonces con los hijos de Israel.
19 Y aconteció que estando aún hablando Saúl con el sacerdote, el alboroto que había en el campo de los Filisteos se aumentaba, e iba creciendo en gran manera. Entonces dijo Saúl al sacerdote: Detén tu mano.
20 Y juntando Saúl todo el pueblo que con él estaba, vinieron hasta *el lugar de* la batalla: y he aquí que la espada de cada uno era *vuelta* contra su compañero, y la mortandad *era* grande.
21 Y los Hebreos que habían estado con los Filisteos de tiempo antes, y habían venido con ellos de los alrededores al campo, también éstos *se volvieron* para ser con los Israelitas que estaban con Saúl y con Jonatán.
22 Asimismo todos los Israelitas que se habían escondido en el monte de Efraím, oyendo que los Filisteos huían, ellos también los persiguieron en aquella batalla.
23 Así salvó el SEÑOR a Israel aquel día. Y llegó el alcance hasta Bet-aven.
24 Pero los hombres de Israel fueron puestos en apuro aquel día; porque Saúl había conjurado al pueblo, diciendo: Cualquiera que comiere pan hasta la tarde,

hasta que haya tomado vengan-
za de mis enemigos, sea maldito.
Y todo el pueblo no había gusta-
do pan.
25 Y todo el *pueblo del* país llegó a
un bosque, donde había miel en
la superficie del campo.
26 Entró pues el pueblo en el
bosque, y he aquí que la miel co-
rría; mas ninguno hubo que lle-
gase la mano a su boca: porque
el pueblo temía el juramento.
27 Empero Jonatán no había
oído cuando su padre conjuró
al pueblo, y alargó la punta de
una vara que traía en su mano,
y mojóla en un panal de miel, y
llegó su mano a su boca; y sus
ojos fueron aclarados.
28 Entonces habló uno del pue-
blo, diciendo: Tu padre ha conju-
rado expresamente al pueblo,
diciendo: Maldito sea el hombre
que comiere hoy manjar. Y el
pueblo desfallecía.
29 Y respondió Jonatán: Mi
padre ha turbado el país. Ved
ahora cómo han sido aclarados
mis ojos, por haber gustado un
poco de esta miel:
30 ¿Cuánto más si el pueblo hu-
biera hoy comido del despojo de
sus enemigos que halló? ¿no se
habría hecho ahora mayor estra-
go en los Filisteos?
31 E hirieron aquel día a los
Filisteos desde Michmas hasta
Ajalón: mas el pueblo se cansó
mucho.
32 Tornóse por tanto el pueblo
al despojo, y tomaron ovejas y
vacas y becerros, y matáronlos
en tierra, y el pueblo comió con
sangre.
33 Y dándole de ello aviso a Saúl,
dijéronle: El pueblo peca contra
el SEÑOR comiendo con sangre.
Y él dijo: Vosotros habéis preva-
ricado; rodadme ahora acá una
grande piedra.
34 Y Saúl tornó a decir: Esparcíos
por el pueblo, y decidles que me
traigan cada uno su vaca, y cada
cual su oveja, y degolladlos aquí,
y comed; y no pecaréis contra el
SEÑOR comiendo con sangre. Y
trajo todo el pueblo cada cual por
su mano su vaca aquella noche, y
degollaron allí.
35 Y edificó Saúl altar al SEÑOR,
el cual altar fue el primero que
edificó al SEÑOR.
36 Y dijo Saúl: Descendamos de
noche contra los Filisteos, y los
saquearemos hasta la mañana, y
no dejaremos de ellos ninguno. Y
ellos dijeron: Haz lo que bien te
pareciere. Dijo luego el sacerdo-
te: Lleguémonos aquí a Dios.
37 Y Saúl consultó a Dios: ¿Des-
cenderé tras los Filisteos? ¿los
entregarás en mano de Israel?
Mas él no le dio respuesta aquel
día.
38 Entonces dijo Saúl: Llegaos
acá todos los principales del pue-
blo; y sabed y mirad por quién
ha sido hoy este pecado;
39 Porque vive el SEÑOR, que
salva a Israel, que si fuere en mi
hijo Jonatán, él morirá de cier-
to. Y no hubo en todo el pueblo
quien le respondiese.
40 Dijo luego a todo Israel: Vo-
sotros estaréis a un lado, y yo
y Jonatán mi hijo estaremos a
otro lado. Y el pueblo respondió
a Saúl: Haz lo que bien te pare-
ciere.
41 Entonces dijo Saúl al SEÑOR
Dios de Israel: Da perfección. Y
fueron tomados Jonatán y Saúl,
y el pueblo salió *libre*.
42 Y Saúl dijo: Echad *suerte* entre

mí y Jonatán mi hijo. Y fue tomado Jonatán.
43 Entonces Saúl dijo a Jonatán: Declárame qué has hecho. Y Jonatán se lo declaró, y dijo: Cierto que gusté con la punta de la vara que traía en mi mano, un poco de miel: ¿y he aquí he de morir?
44 Y Saúl respondió: Así me haga Dios y así me añada, que sin duda morirás, Jonatán.
45 Mas el pueblo dijo a Saúl: ¿Ha pues de morir Jonatán, el que ha hecho esta salvación grande en Israel? No lo permita Dios: como el SEÑOR vive, que no ha de caer un cabello de su cabeza en tierra, pues que ha obrado hoy con Dios. Así libró el pueblo a Jonatán, para que no muriese.
46 Y Saúl dejó de seguir a los Filisteos; y los Filisteos se fueron a su lugar.
47 Y ocupando Saúl el reino sobre Israel, hizo guerra a todos sus enemigos alrededor: contra Moab, contra los hijos de Amón, contra Edom, contra los reyes de Soba, y contra los Filisteos: y a donde quiera que se tornaba era vencedor.
48 Y reunió un ejército, e hirió a Amalec, y libró a Israel de mano de los que le robaban.
49 Y los hijos de Saúl fueron Jonatán, Isui, y Malquisúa. Y los nombres de sus dos hijas eran, el nombre de la mayor, Merab, y el de la menor, Mical.
50 Y el nombre de la esposa de Saúl era Ahinoam, hija de Aimaas. Y el nombre del general de su ejército era Abner, hijo de Ner tío de Saúl.
51 Porque Cis padre de Saúl, y Ner padre de Abner, fueron hijos de Abiel.
52 Y la guerra fue fuerte contra los Filisteos todo el tiempo de Saúl; y a cualquiera que Saúl veía hombre valiente y hombre de esfuerzo, juntábale consigo.

CAPÍTULO 15

Y SAMUEL dijo a Saúl: el SEÑOR me envió a que te ungiese por rey sobre su pueblo Israel: oye pues la voz de las palabras del SEÑOR.
2 Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos: Acuérdome de lo que hizo Amalec a Israel; que se le opuso en el camino, cuando subía de Egipto.
3 Ve pues, y hiere a Amalec, y destruiréis en él todo lo que tuviere: y no te apiades de él: mata hombres y mujeres, niños y mamantes, vacas y ovejas, camellos y asnos.
4 Saúl pues juntó el pueblo, y reconociólos en Telaim, doscientos mil de a pie, y diez mil hombres de Judá.
5 Y viniendo Saúl a la ciudad de Amalec, puso emboscada en el valle.
6 Y dijo Saúl al Cineo: Idos, apartaos, y salid de entre los de Amalec, para que no te destruya juntamente con él: pues que tú hiciste misericordia con todos los hijos de Israel, cuando subían de Egipto. Apartóse pues el Cineo de entre los de Amalec.
7 Y Saúl hirió a Amalec, desde Havila hasta llegar a Sur, que está a la frontera de Egipto.
8 Y tomó vivo a Agag rey de Amalec, mas a todo el pueblo mató a filo de espada.
9 Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas, y al ganado mayor, a los grue-

sos y a los carneros, y a todo lo
bueno: que no lo quisieron des-
truir: mas todo lo que era vil y
flaco destruyeron.
10 Y vino la palabra del SEÑOR a
Samuel, diciendo:
11 Pésame de haber puesto por
rey a Saúl, porque se ha vuelto
de en pos de mí, y no ha cum-
plido mis palabras. Y apesadum-
bróse Samuel, y clamó al SEÑOR
toda aquella noche.
12 Madrugó luego Samuel para ir
a encontrar a Saúl por la maña-
na; y fue dado aviso a Samuel,
diciendo: Saúl ha venido al Car-
mel, y he aquí él se ha levantado
un trofeo, y después volviendo,
ha pasado y descendido a Gilgal.
13 Vino pues Samuel a Saúl, y
Saúl le dijo: Bendito seas tú del
SEÑOR; yo he cumplido la pala-
bra del SEÑOR.
14 Samuel entonces dijo: ¿Pues
qué balido de ganados y brami-
do de bueyes es este que yo oigo
con mis oídos?
15 Y Saúl respondió: De Amalec
los han traído; porque el pueblo
perdonó a lo mejor de las ovejas
y de las vacas, para sacrificarlas
al SEÑOR tu Dios; pero lo demás
lo destruimos.
16 Entonces dijo Samuel a Saúl:
Déjame declararte lo que el
SEÑOR me ha dicho esta noche.
Y él le respondió: Di.
17 Y dijo Samuel: Siendo tú pe-
queño en tus ojos ¿no has sido
hecho cabeza a las tribus de Is-
rael, y el SEÑOR te ha ungido
por rey sobre Israel?
18 Y envióte el SEÑOR en jor-
nada, y dijo: Ve, y destruye los
pecadores de Amalec, y hazles
guerra hasta que los acabes.
19 ¿Por qué pues no has obede-
cido la voz del SEÑOR, sino que
vuelto al despojo, has hecho lo
malo en los ojos del SEÑOR?
20 Y Saúl respondió a Samuel:
Antes he oído la voz del SEÑOR,
y fui a la jornada que el SEÑOR
me envió, y he traído a Agag rey
de Amalec, y he destruído a los
Amalecitas:
21 Mas el pueblo tomó del des-
pojo ovejas y vacas, las primicias
del anatema, para sacrificarlas al
SEÑOR tu Dios en Gilgal.
22 Y Samuel dijo: ¿Tiene el
SEÑOR tanto contentamiento
con los holocaustos y víctimas,
como en obedecer a las palabras
del SEÑOR? Ciertamente el obe-
decer es mejor que los sacrificios;
y el prestar atención que el sebo
de los carneros:
23 Porque la rebelión *es como* el
pecado de hechicería, y como
iniquidad la idolatría y la obsti-
nación. Por cuanto tú has recha-
zado la palabra del SEÑOR, él
también te rechazó para que no
seas rey.
24 Entonces Saúl dijo a Samuel:
Yo he pecado; que he quebranta-
do el dicho del SEÑOR y tus pa-
labras: porque temí al pueblo, y
consentí a la voz de ellos. Perdo-
na pues ahora mi pecado,
25 Y vuelve conmigo para que
adore al SEÑOR.
26 Y Samuel respondió a Saúl:
No volveré contigo; porque des-
echaste la palabra del SEÑOR, y
el SEÑOR te ha desechado para
que no seas rey sobre Israel.
27 Y volviéndose Samuel para
irse, él echó mano de la orla de
su capa, y desgarróse.
28 Entonces Samuel le dijo:
el SEÑOR ha desgarrado hoy
de ti el reino de Israel, y lo ha

dado a tu prójimo mejor que tú.
29 Y también el Vencedor de Israel no mentirá, ni se arrepentirá: porque no es hombre para que se arrepienta.
30 Y él dijo: Yo he pecado: mas ruégote que me honres delante de los ancianos de mi pueblo, y delante de Israel; y vuelve conmigo para que adore al SEÑOR tu Dios.
31 Y volvió Samuel tras Saúl, y adoró Saúl al SEÑOR.
32 Después dijo Samuel: Traedme a Agag rey de Amalec. Y Agag vino a él delicadamente. Y dijo Agag: Ciertamente se pasó la amargura de la muerte.
33 Y Samuel dijo: Como tu espada dejó las mujeres sin hijos, así tu madre será sin hijo entre las mujeres. Entonces Samuel cortó en pedazos a Agag delante del SEÑOR en Gilgal.
34 Fuese luego Samuel a Ramá, y Saúl subió a su casa en Gabaa de Saúl.
35 Y nunca después vio Samuel a Saúl en toda su vida: y Samuel lloraba a Saúl: mas el SEÑOR se había arrepentido de haber puesto a Saúl por rey sobre Israel.

CAPÍTULO 16

Y DIJO el SEÑOR a Samuel: ¿Hasta cuándo has tú de llorar a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Hinche tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belem: porque de sus hijos me he provisto de rey.
2 Y dijo Samuel: ¿Cómo iré? Si Saúl lo entendiere, me matará. El SEÑOR respondió: Toma contigo una becerra de la vacada, y di: A sacrificar al SEÑOR he venido.
3 Y llama a Isaí al sacrificio, y yo te enseñaré lo que has de hacer; y ungirme has al que yo te dijere.
4 Hizo pues Samuel como le dijo el SEÑOR: y luego que él llegó a Belem, los ancianos de la ciudad le salieron a recibir con miedo, y dijeron: ¿Es pacífica tu venida?
5 Y él respondió: En paz vengo a sacrificar al SEÑOR; santificaos, y venid conmigo al sacrificio. Y santificando él a Isaí y a sus hijos, llamólos al sacrificio.
6 Y aconteció que como ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante del SEÑOR está su ungido.
7 Y el SEÑOR respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque *el SEÑOR mira* no lo que el hombre mira; pues que el hombre mira *lo que está* delante de sus ojos, mas el SEÑOR mira el corazón.
8 Entonces llamó Isaí a Abinadab, e hizole pasar delante de Samuel, el cual dijo: Ni a éste ha elegido el SEÑOR.
9 Hizo luego pasar Isaí a Sama. Y él dijo: Tampoco a éste ha elegido el SEÑOR.
10 E hizo pasar Isaí sus siete hijos delante de Samuel; mas Samuel dijo a Isaí: el SEÑOR no ha elegido a éstos.
11 Entonces dijo Samuel a Isaí: ¿Hanse acabado los mozos? Y él respondió: Aun queda el menor, y he aquí, apacienta él las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí: Envía por él, porque no nos asentaremos a la mesa hasta que él venga aquí.
12 Envió pues *por él*, e introdújolo; el cual era rubio, de hermoso parecer y de bello aspecto. Entonces el SEÑOR dijo:

Levántate y úngelo, que éste es.
13 Y Samuel tomó el cuerno del
aceite, y ungiólo de entre sus
hermanos: y desde aquel día en
adelante el Espíritu del SEÑOR
tomó a David. Levantóse luego
Samuel, y volvióse a Ramá.
14 Y el Espíritu del SEÑOR se
apartó de Saúl, y atormentába-
le el espíritu malo de parte del
SEÑOR.
15 Y los criados de Saúl le dije-
ron: He aquí ahora, que el es-
píritu malo de parte de Dios te
atormenta.
16 Diga pues nuestro señor a tus
siervos que están delante de ti,
que busquen alguno que sepa
tocar el arpa; para que cuando
fuere sobre ti el espíritu malo
de parte de Dios, él taña con su
mano, y tengas alivio.
17 Y Saúl respondió a sus cria-
dos: Buscadme pues ahora algu-
no que taña bien, y traédmelo.
18 Entonces uno de los criados
respondió, diciendo: He aquí
yo he visto a un hijo de Isaí de
Belem, que sabe tocar, y es va-
liente y vigoroso, y hombre de
guerra, prudente en sus palabras,
y hermoso, y el SEÑOR es con él.
19 Y Saúl envió mensajeros a
Isaí, diciendo: Envíame a David
tu hijo, el que está con las ovejas.
20 Y tomó Isaí un asno *cargado* de
pan, y una vasija de vino y un ca-
brito, y enviólo a Saúl por mano
de David su hijo.
21 Y viniendo David a Saúl, es-
tuvo delante de él: y amólo él
mucho, y fue hecho su escudero.
22 Y Saúl envió a decir a Isaí: Yo
te ruego que esté David conmi-
go; porque ha hallado gracia en
mis ojos.
23 Y cuando el espíritu *malo*
de parte de Dios era sobre Saúl,
David tomaba el arpa, y tañía
con su mano; y Saúl tenía refri-
gerio, y estaba mejor, y el espíri-
tu malo se apartaba de él.

CAPÍTULO 17

Y LOS Filisteos juntaron sus
ejércitos para la guerra, y
congregáronse en Soco, que es de
Judá, y asentaron el campo entre
Soco y Azeca, en Efesdamim.
2 Y también Saúl y los hombres
de Israel se juntaron, y asentaron
el campo en el valle de Elah, y
ordenaron la batalla contra los
Filisteos.
3 Y los Filisteos estaban sobre el
un monte de la una parte, e Is-
rael estaba sobre el otro monte
de la otra parte, y el valle entre
ellos:
4 Salió entonces un campeón del
campo de los Filisteos *que se puso*
entre los dos *campos*, el cual se
llamaba Goliat, de Gat, y tenía
de altura seis codos y un palmo.
5 Y traía un almete de latón en
su cabeza, e *iba* vestido con co-
razas de planchas: y era el peso
de la coraza cinco mil siclos de
latón:
6 Y sobre sus piernas traía gre-
bas de latón, y escudo de latón a
sus hombros.
7 El asta de su lanza era como un
enjullo de telar, y tenía el hierro
de su lanza seiscientos siclos de
hierro: e iba su escudero delante
de él.
8 Y paróse, y dio voces a los es-
cuadrones de Israel, diciéndo-
les: ¿Para qué salís a dar batalla?
¿no soy yo el Filisteo, y vosotros
los siervos de Saúl? Escoged de
entre vosotros un hombre que
venga contra mí:

9 Si él pudiere pelear conmigo, y me venciere, nosotros seremos vuestros siervos: y si yo pudiere más que él, y lo venciere, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis.
10 Y añadió el Filisteo: Hoy yo he desafiado el campo de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo.
11 Y oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del Filisteo, conturbáronse, y tuvieron gran miedo.
12 Y David era hijo de aquel hombre Efrateo de Belem de Judá, cuyo nombre era Isaí, el cual tenía ocho hijos; y era este hombre en el tiempo de Saúl, viejo, y de grande edad entre los hombres.
13 Y los tres hijos mayores de Isaí habían ido a seguir a Saúl en la guerra. Y los nombres de sus tres hijos que habían ido a la guerra, eran, Eliab el primogénito, el segundo Abinadab, y el tercero Sama.
14 Y David era el menor. Siguieron pues los tres mayores a Saúl.
15 Empero David había ido y vuelto de con Saúl, para apacentar las ovejas de su padre en Belem.
16 Venía pues aquel Filisteo por la mañana y a la tarde, y presentóse por cuarenta días.
17 Y dijo Isaí a David su hijo: Toma ahora para tus hermanos un efa de este grano tostado, y estos diez panes, y llévalo presto al campamento a tus hermanos.
18 Llevarás asimismo estos diez quesos de leche al capitán, y cuida de ver si tus hermanos están buenos, y toma prendas de ellos.
19 Y Saúl y ellos y todos los de Israel, estaban en el valle de Elah, peleando con los Filisteos.
20 Levantóse pues David de mañana, y dejando las ovejas al cuidado de un guarda, fuese con su carga, como Isaí le había mandado; y llegó al atrincheramiento del ejército, el cual había salido en ordenanza, y tocaba alarma para la pelea.
21 Porque así los Israelitas como los Filisteos estaban en ordenanza, escuadrón contra escuadrón.
22 Y David dejó de sobre sí la carga en mano del que guardaba el bagaje, y corrió al escuadrón; y llegado que hubo, preguntaba por sus hermanos, si estaban buenos.
23 Y estando él hablando con ellos, he aquí aquel campeón que se ponía en medio de los dos *campos,* que se llamaba Goliat, el Filisteo de Gat, salió de los escuadrones de los Filisteos, y habló las mismas palabras; las cuales oyó David.
24 Y todos los varones de Israel que veían aquel hombre, huían de su presencia, y tenían gran temor.
25 Y cada uno de los de Israel decía: ¿No habéis visto aquel hombre que ha salido? él se adelanta para provocar a Israel. Al que le venciere, el rey le enriquecerá con grandes riquezas, y le dará su hija, y hará franca la casa de su padre en Israel.
26 Entonces habló David a los que junto a él estaban, diciendo: ¿Qué harán al hombre que venciere a este Filisteo, y quitare el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este Filisteo incircunciso, para que provoque a los

escuadrones del Dios viviente?
27 Y el pueblo le respondió las
mismas palabras, diciendo: Así
se hará al hombre que lo vencie-
re.
28 Y oyéndole hablar Eliab su
hermano mayor con aquellos
hombres, Eliab se encendió en
ira contra David, y dijo: ¿Para
qué has descendido acá? ¿y a
quién has dejado aquellas pocas
ovejas en el desierto? Yo conoz-
co tu soberbia y la malicia de tu
corazón, que para ver la batalla
has venido.
29 Y David respondió: ¿Qué he
hecho yo ahora? ¿No *hay* una
causa?
30 Y apartándose de él hacia
otros, habló lo mismo; y respon-
diéronle los del pueblo como pri-
mero.
31 Y fueron oídas las palabras
que David había dicho, las cuales
como refiriesen delante de Saúl,
él lo hizo venir.
32 Y dijo David a Saúl: No des-
maye ninguno a causa de él; tu
siervo irá y peleará con este Fi-
listeo.
33 Y dijo Saúl a David: No po-
drás tú ir contra aquel Filisteo,
para pelear con él; porque tú
eres mozo, y él un hombre de
guerra desde su juventud.
34 Y David dijo a Saúl: Tu siervo
guardaba las ovejas de su padre,
y vino un león, y un oso, y tomó
algún cordero de la manada:
35 Y salí yo tras él, y lo herí, y *lo*
libré de su boca: y cuando se le-
vantó contra mí, yo *le* eché mano
de la quijada, y lo herí, y lo maté.
36 Tu siervo mató ambos el
león y el oso; pues este Filis-
teo incircunciso será como uno
de ellos, porque ha provoca-
do al ejército del Dios viviente.
37 Y añadió David: El SEÑOR
que me ha librado de las garras
del león y de las garras del oso,
él también me librará de la mano
de este Filisteo. Y dijo Saúl a
David: Ve, y el SEÑOR sea con-
tigo.
38 Y Saúl vistió a David de sus
ropas, y puso sobre su cabeza un
almete de latón, y armóle de co-
raza.
39 Y ciñó David su espada sobre
sus vestidos, y probó a andar,
porque nunca había probado. Y
dijo David a Saúl: Yo no puedo
andar con esto, porque nunca lo
practiqué. Y echando de sí David
aquellas cosas,
40 Tomó su cayado en su mano,
y escogióse cinco piedras lisas
del arroyo, y púsolas en el saco
pastoril y en el zurrón que traía,
y con su honda en su mano vase
hacia el Filisteo.
41 Y el Filisteo venía andando y
acercándose a David, y su escu-
dero delante de él.
42 Y como el Filisteo miró y vio
a David, túvole en poco; porque
era mancebo, y rubio, y de her-
moso parecer.
43 Y dijo el Filisteo a David: ¿Soy
yo perro para que vengas a mí
con palos? Y maldijo a David por
sus dioses.
44 Dijo luego el Filisteo a David:
Ven a mí, y daré tu carne a las
aves del cielo, y a las bestias del
campo.
45 Entonces dijo David al Filis-
teo: Tú vienes a mí con espada
y lanza y escudo; mas yo vengo
a ti en el nombre del SEÑOR de
los ejércitos, el Dios de los escua-
drones de Israel, que tú has pro-
vocado.

46 El SEÑOR te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y quitaré tu cabeza de ti: y daré hoy los cuerpos de los Filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra: y sabrá la tierra toda que hay Dios en Israel.
47 Y sabrá toda esta congregación que el SEÑOR no salva con espada y lanza; porque del SEÑOR es la guerra, y él os entregará en nuestras manos.
48 Y aconteció que, como el Filisteo se levantó para ir y llegarse contra David, David se dio priesa, y corrió al combate contra el Filisteo.
49 Y metiendo David su mano en el saco, tomó de allí una piedra, y tirósela con la honda, e hirió al Filisteo en la frente: y la piedra quedó hincada en la frente, y cayó en tierra sobre su rostro.
50 Así venció David al Filisteo con honda y piedra; e hirió al Filisteo y matólo, sin tener David espada en su mano.
51 Mas corrió David y púsose sobre el Filisteo, y tomando la espada de él, sacándola de su vaina, matólo, y cortóle con ella la cabeza. Y como los Filisteos vieron su gigante muerto, huyeron.
52 Y levantándose los de Israel y de Judá, dieron grita, y siguieron a los Filisteos hasta llegar al valle, y hasta las puertas de Ecrón. Y cayeron heridos de los Filisteos por el camino de Saraim, hasta Gat y Ecrón.
53 Tornando luego los hijos de Israel de seguir los Filisteos, despojaron su campamento.
54 Y David tomó la cabeza del Filisteo, y trájola a Jerusalem, mas puso sus armas en su tienda.
55 Y cuando Saúl vio a David que salía a encontrarse con el Filisteo, dijo a Abner general del ejército: Abner, ¿de quién es hijo aquel mancebo? Y Abner respondió:
56 Vive tu alma, oh rey, que no lo sé. Y el rey dijo: Pregunta pues de quién es hijo aquel mancebo.
57 Y cuando David volvía de matar al Filisteo, Abner lo tomó, y llevólo delante de Saúl, teniendo la cabeza del Filisteo en su mano.
58 Y díjole Saúl: Mancebo, ¿de quién eres hijo? Y David respondió: Yo soy hijo de tu siervo Isaí de Belem.

CAPÍTULO 18

Y ASÍ que él hubo acabado de hablar con Saúl, el alma de Jonatán fue ligada con el alma de David, y amólo Jonatán como a su alma.
2 Y Saúl le tomó aquel día, y no le dejó volver a casa de su padre.
3 E hicieron pacto Jonatán y David, porque él le amaba como a su alma.
4 Y Jonatán se desnudó la ropa que tenía sobre sí, y dióla a David, *y otras* ropas suyas, hasta su espada, y su arco, y su talabarte.
5 Y salía David a donde quiera que Saúl le enviaba, y portábase prudentemente. Hízolo por tanto Saúl capitán de gente de guerra, y era acepto en los ojos de todo el pueblo, y en los ojos de los criados de Saúl.
6 Y aconteció que como volvían ellos, cuando David tornó de matar al Filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel cantando, y con danzas,

con tamboriles, y con alegrías y
sonajas, a recibir al rey Saúl.
7 Y cantaban las mujeres que
danzaban, y decían: Saúl hirió
sus miles, y David sus diez miles.
8 Y enojóse Saúl en gran manera,
y desagradó esta palabra en sus
ojos, y dijo: A David dieron diez
miles, y a mí miles; no le falta
más que el reino.
9 Y desde aquel día Saúl miró de
través a David.
10 Otro día aconteció que el espíritu malo de parte de Dios
tomó a Saúl, y mostrábase en su
casa con trasportes de profeta: y
David tañía con su mano como
los otros días; y estaba una lanza
a mano de Saúl.
11 Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavaré a David en la pared.
Y dos veces se apartó de él David.
12 Mas Saúl se temía de David,
por cuanto el SEÑOR era con él,
y se había apartado de Saúl.
13 Apartólo pues Saúl de sí, e hízole capitán de mil; y salía y entraba delante del pueblo.
14 Y David se conducía prudentemente en todos sus negocios, y
el SEÑOR era con él.
15 Y viendo Saúl que se portaba
tan prudentemente, temíase de
él.
16 Mas todo Israel y Judá amaba
a David, porque él salía y entraba delante de ellos.
17 Y dijo Saúl a David: He aquí
yo te daré a Merab mi hija mayor
por esposa: solamente que me
seas hombre valiente, y hagas
las guerras del SEÑOR. Mas Saúl
decía: No será mi mano contra él,
mas la mano de los Filisteos será
contra él.
18 Y David respondió a Saúl:
¿Quién soy yo, o qué es mi vida,
o la familia de mi padre en Israel,
para ser yerno del rey?
19 Y venido el tiempo en que
Merab, hija de Saúl, se había de
dar a David, fue dada por esposa
a Adriel Meholatita.
20 Mas Mical la *otra* hija de Saúl
amaba a David; y fue dicho a
Saúl, lo cual plugo en sus ojos.
21 Y Saúl dijo: Yo se la daré, para
que le sea por lazo, y para que la
mano de los Filisteos sea contra
él. Dijo pues Saúl a David: Con la
otra serás mi yerno hoy.
22 Y mandó Saúl a sus criados:
Hablad en secreto a David, diciéndole: He aquí, el rey te ama,
y todos sus criados te quieren
bien; sé pues yerno del rey.
23 Y los criados de Saúl hablaron estas palabras a los oídos de
David. Y David dijo: ¿Os parece
a vosotros que es poco ser yerno
del rey, siendo yo un hombre
pobre y de ninguna estima?
24 Y los criados de Saúl le dieron
la respuesta diciendo: Tales palabras ha dicho David.
25 Y Saúl dijo: Decid así a David:
No está el contentamiento del
rey en el dote, sino en cien prepucios de Filisteos, para que sea
tomada venganza de los enemigos del rey. Mas Saúl pensaba
echar a David en manos de los
Filisteos.
26 Y como sus criados declararon a David estas palabras, plugo
la cosa en los ojos de David, para
ser yerno del rey. Y como el
plazo no era aún cumplido,
27 Levantóse David, y partióse
con su gente, e hirió doscientos
hombres de los Filisteos; y trajo
David los prepucios de ellos, y
entregáronlos todos al rey, para
que él fuese hecho yerno del rey.

Y Saúl le dio a su hija Mical por esposa.
28 Pero Saúl, viendo y considerando que el SEÑOR era con David, y que su hija Mical lo amaba,
29 Temióse más de David; y fue Saúl enemigo de David todos los días.
30 Y salían los príncipes de los Filisteos; y como ellos salían, portábase David más prudentemente que todos los siervos de Saúl: y era su nombre muy ilustre.

CAPÍTULO 19

Y HABLÓ Saúl a Jonatán su hijo, y a todos sus criados, para que matasen a David; mas Jonatán hijo de Saúl amaba a David en gran manera.
2 Y dio aviso a David, diciendo: Saúl mi padre procura matarte; por tanto mira ahora por ti hasta la mañana, y estáte en paraje oculto, y escóndete:
3 Y yo saldré y estaré junto a mi padre en el campo donde estuvieres: y hablaré de ti a mi padre, y te haré saber lo que notare.
4 Y Jonatán habló bien de David a Saúl su padre, y díjole: No peque el rey contra su siervo David, pues que ninguna cosa ha cometido contra ti: antes sus obras te han sido muy buenas;
5 Porque él puso su alma en su palma, e hirió al Filisteo, y el SEÑOR hizo una gran salvación a todo Israel. Tú lo viste, y te holgaste: ¿por qué pues pecarás contra la sangre inocente, matando a David sin causa?
6 Y oyendo Saúl la voz de Jonatán, juró: Vive el SEÑOR, que no morirá.
7 Llamando entonces Jonatán a David, declaróle todas estas palabras; y él mismo presentó a David a Saúl, y estuvo delante de él como antes.
8 Y tornó a hacerse guerra: y salió David y peleó contra los Filisteos, e hiriólos con grande estrago, y huyeron delante de él.
9 Y el espíritu malo de parte del SEÑOR fue sobre Saúl: y estando sentado en su casa tenía una lanza a mano, mientras David estaba tañendo con su mano.
10 Y Saúl procuró enclavar a David con la lanza en la pared; mas él se apartó de delante de Saúl, el cual hirió con la lanza en la pared; y David huyó, y escapóse aquella noche.
11 Saúl envió luego mensajeros a casa de David para que lo guardasen, y lo matasen a la mañana. Mas Mical su esposa lo descubrió a David, diciendo: Si no salvares tu vida esta noche, mañana serás muerto.
12 Y descolgó Mical a David por una ventana; y él se fue, y huyó, y escapóse.
13 Tomó luego Mical una estatua, y púsola sobre la cama, y acomodóle por cabecera una almohada de pelos de cabra, y cubrióla con una ropa.
14 Y cuando Saúl envió mensajeros que tomasen a David, ella respondió: Está enfermo.
15 Y tornó Saúl a enviar mensajeros para que viesen a David, diciendo: Traédmelo en la cama para que lo mate.
16 Y como los mensajeros entraron, he aquí la estatua estaba en la cama, y una almohada de pelos de cabra por cabecera.
17 Entonces Saúl dijo a Mical:

¿Por qué me has así engañado, y
has dejado escapar a mi enemi-
go? Y Mical respondió a Saúl:
Porque él me dijo: Déjame ir:
¿Por qué he de matarte?.
18 Huyó pues David, y escapóse,
y vino a Samuel en Ramá, y díjo-
le todo lo que Saúl había hecho
con él. Y fuéronse él y Samuel, y
moraron en Naiot.
19 Y fue dado aviso a Saúl, di-
ciendo: He aquí que David está
en Naiot en Ramá.
20 Y envió Saúl mensajeros que
trajesen a David, los cuales vie-
ron una compañía de profetas
que profetizaban, y a Samuel
que estaba *allí*, y los presidía. Y
fue el Espíritu de Dios sobre los
mensajeros de Saúl, y ellos tam-
bién profetizaron.
21 Y hecho que fue saber a Saúl,
él envió otros mensajeros, los
cuales también profetizaron. Y
Saúl volvió a enviar por tercera
vez mensajeros, y ellos también
profetizaron.
22 Entonces él mismo vino a
Ramá; y llegando al pozo gran-
de que está en Soco, preguntó
diciendo: ¿Dónde están Samuel
y David? Y fuéle respondido: He
aquí están en Naiot en Ramá.
23 Y fue allá a Naiot en Ramá;
y también vino sobre él el Espí-
ritu de Dios, e iba profetizando,
hasta que llegó a Naiot en Ramá.
24 Y él también se desnudó sus
vestidos, y profetizó igualmente
delante de Samuel, y cayó des-
nudo todo aquel día y toda aque-
lla noche. De aquí se dijo: ¿Tam-
bién Saúl entre los profetas?

CAPÍTULO 20

Y DAVID huyó de Naiot *que es*
en Ramá, y vínose delante de
Jonatán, y dijo: ¿Qué he hecho
yo? ¿cuál es mi maldad, o cuál
mi pecado contra tu padre, que
él busca mi vida?
2 Y él le dijo: no permita Dios; no
morirás. He aquí que mi padre
ninguna cosa hará, grande ni pe-
queña, que no me la descubra;
¿por qué pues me encubrirá mi
padre este negocio? No *será* así.
3 Y David volvió a jurar, dicien-
do: Tu padre sabe claramente
que yo he hallado gracia delante
de tus ojos, y dirá: No sepa esto
Jonatán, porque no tenga pesar:
y ciertamente, vive el SEÑOR y
vive tu alma, que apenas hay un
paso entre mí y la muerte.
4 Y Jonatán dijo a David: ¿Qué
discurre tu alma, y harélo por ti?
5 Y David respondió a Jonatán:
He aquí que mañana será nueva
luna, y yo acostumbro sentarme
con el rey a comer: mas tú deja-
rás que me esconda en el campo
hasta la tarde del tercer día.
6 Si tu padre hiciere mención de
mí, dirás: Rogóme mucho que lo
dejase ir presto a Belem su ciu-
dad, porque todos los de *su* linaje
tienen allá sacrificio aniversario.
7 Si él dijere, bien está, paz ten-
drá tu siervo; mas si se enojare,
sabe que la malicia es en él con-
sumada.
8 Harás pues misericordia con tu
siervo, ya que has traído tu sier-
vo a pacto del SEÑOR contigo: y
si maldad hay en mí mátame tú,
mas ¿Por qué has de llevarme a
tu padre?
9 Y Jonatán le dijo: Nunca tal te
suceda; antes bien, si yo enten-
diera ser consumada la malicia
de mi padre, para venir sobre ti,
¿no había yo de descubrírtelo?
10 Dijo entonces David a Jona-

tán: ¿Quién me dará aviso? o
¿qué si tu padre te respondiere
ásperamente?
11 Y Jonatán dijo a David: Ven,
salgamos al campo. Y salieron
ambos al campo.
12 Entonces dijo Jonatán a David:
Oh SEÑOR Dios de Israel, cuando
habré yo preguntado a mi padre
mañana a esta hora, o después
de mañana, y *él* apareciere bien
para con David, si entonces no
enviare a ti, y te lo descubriere;
13 El SEÑOR haga así a Jonatán,
y esto añada. Mas si a mi padre
pareciere bien hacerte mal, tam-
bién te lo descubriré, y te enviaré,
y te irás en paz: y sea el SEÑOR
contigo, como fue con mi padre.
14 Y si yo viviere, harás conmi-
go misericordia del SEÑOR, para
que no muera yo,
15 Y no quitarás por siempre tu
misericordia de mi casa, ni aun
cuando el SEÑOR haya cortado
a los enemigos de David uno por
uno de sobre la faz de la tierra.
16 Así hizo Jonatán pacto con la
casa de David, *diciendo*: Requié-
ralo el SEÑOR de la mano de los
enemigos de David.
17 Y tornó Jonatán a jurar a
David, porque le amaba, porque
le amaba como a su alma.
18 Díjole luego Jonatán: Mañana
es nueva luna, y tú serás echado
de menos, porque tu asiento es-
tará vacío.
19 Estarás pues tres días, y luego
descenderás, y vendrás al lugar
donde estabas escondido el día
de trabajo, y esperarás junto a la
piedra de Ezel;
20 Y yo tiraré tres saetas hacia
aquel lado, como ejercitándome
al blanco.
21 Y luego enviaré el criado *di-
ciéndole*: Ve, busca las saetas. Y si
dijere al mozo: He allí las saetas
más acá de ti, tómalas: tú ven-
drás, porque paz tienes, y nada
hay *de mal*, vive el SEÑOR.
22 Mas si yo dijere al mozo así:
He allí las saetas más allá de ti:
vete, porque el SEÑOR te ha en-
viado.
23 Y cuanto a las palabras que
yo y tú hemos hablado, sea el
SEÑOR entre mí y ti para siem-
pre.
24 David pues se escondió en el
campo, y venida que fue la nueva
luna, sentóse el rey a comer pan.
25 Y el rey se sentó en su silla,
como solía, en el asiento junto a
la pared, y Jonatán se levantó, y
sentóse Abner al lado de Saúl, y
el lugar de David estaba vacío.
26 Mas aquel día Saúl no dijo
nada, porque se decía: Habrále
acontecido algo, y no está lim-
pio; no estará purificado.
27 El día siguiente, el segundo
día de la nueva luna, aconteció
también que el asiento de David
estaba vacío. Y Saúl dijo a Jona-
tán su hijo: ¿Por qué no ha veni-
do a comer el hijo de Isaí hoy ni
ayer?
28 Y Jonatán respondió a Saúl:
David me pidió encarecidamente
le dejase ir hasta Belem.
29 Y dijo: Ruégote que me dejes
ir, porque tenemos sacrificio los
de nuestro linaje en la ciudad,
y mi hermano mismo me lo ha
mandado; por tanto, si he halla-
do gracia en tus ojos, haré una
escapada ahora, y visitaré a mis
hermanos. Por esto pues no ha
venido a la mesa del rey.
30 Entonces Saúl se enardeció
contra Jonatán, y díjole: Hijo
de la perversa y rebelde, ¿no sé

yo que tú has elegido al hijo de
Isaí para confusión tuya, y para
confusión de la vergüenza de tu
madre?
31 Porque todo el tiempo que el
hijo de Isaí viviere sobre la tie-
rra, ni tú serás firme, ni tu reino.
Envía pues ahora, y traémelo,
porque ha de morir.
32 Y Jonatán respondió a su
padre Saúl, y díjole: ¿Por qué
morirá? ¿qué ha hecho?
33 Entonces Saúl le arrojó una
lanza por herirlo: de donde en-
tendió Jonatán que su padre
estaba determinado a matar a
David.
34 Y levantóse Jonatán de la
mesa con exaltada ira, y no
comió pan el segundo día de la
nueva luna: porque tenía dolor a
causa de David, porque su padre
le había afrentado.
35 Al otro día de mañana, salió
Jonatán al campo, al tiempo
aplazado con David, y un mozo
pequeño con él.
36 Y dijo a su mozo: Corre y
busca las saetas que yo tirare. Y
como el muchacho iba corriendo,
él tiraba la saeta que pasara más
allá de él.
37 Y llegando el muchacho adon-
de estaba la saeta que Jonatán
había tirado, Jonatán dio voces
tras el muchacho, diciendo: ¿No
está la saeta más allá de ti?
38 Y tornó a gritar Jonatán tras
el muchacho: Date priesa, alige-
ra, no te pares. Y el muchacho de
Jonatán cogió las saetas, y víno-
se a su señor.
39 Empero ninguna cosa enten-
dió el muchacho: solamente Jo-
natán y David entendían el ne-
gocio.
40 Luego dio Jonatán sus armas
a su muchacho, y díjole: Vete y
llévalas a la ciudad.
41 Y luego que el muchacho se
hubo ido, se levantó David de
la parte del sur, e inclinóse tres
veces postrándose hasta la tierra:
y besándose el uno al otro, llo-
raron el uno con el otro, aunque
David lloró más.
42 Y Jonatán dijo a David: Vete
en paz, que ambos hemos jura-
do por el nombre del SEÑOR, di-
ciendo: el SEÑOR sea entre mí y
ti, entre mi simiente y la simien-
te tuya, para siempre. Y él se le-
vantó y fuese: y Jonatán se entró
en la ciudad.

CAPÍTULO 21

Y VINO David a Nob, a Ahime-
lec sacerdote: y sorprendióse
Ahimelec de su encuentro, y dí-
jole: ¿Cómo tú solo, y nadie con-
tigo?
2 Y respondió David al sacerdote
Ahimelec: El rey me encomendó
un negocio, y me dijo: Nadie
sepa cosa alguna de este negocio
a que yo te envío, y que yo te he
mandado; y yo señalé a los cria-
dos un cierto lugar.
3 Ahora pues, ¿qué tienes a
mano? dame cinco panes, o lo
que se hallare.
4 Y el sacerdote respondió a
David, y dijo: No tengo pan
común a la mano; solamente
tengo pan sagrado: mas *lo daré* si
los criados se han guardado ma-
yormente de mujeres.
5 Y David respondió al sacerdo-
te, y díjole: Cierto las mujeres
nos han sido reservadas desde
anteayer cuando salí, y los
vasos de los mozos fueron san-
tos, aunque el camino es profa-
no: cuanto más que hoy habrá

otro pan santificado en los vasos.
6 Así el sacerdote le dio *el pan*
sagrado, porque allí no había
otro pan que los panes de la pro-
posición, los cuales habían sido
quitados de delante del SEÑOR,
para que se pusiesen panes ca-
lientes el día que *los otros* fueron
quitados.
7 Aquel día estaba allí uno de los
siervos de Saúl detenido delante
del SEÑOR, el nombre del cual
era Doeg, Idumeo, principal de
los pastores de Saúl.
8 Y David dijo a Ahimelec: ¿No
tienes aquí a mano lanza o espa-
da? porque no tomé en mi mano
mi espada ni mis armas, por
cuanto el mandamiento del rey
era apremiante.
9 Y el sacerdote respondió: La es-
pada de Goliat el Filisteo, que tú
venciste en el valle de Elah, está
aquí envuelta en un velo detrás
del efod: si tú quieres tomarla,
tómala: porque aquí no hay otra
sino esa. Y dijo David: Ninguna
como ella: dámela.
10 Y levantándose David aquel
día, huyó de la presencia de Saúl,
y vínose a Aquís rey de Gat.
11 Y los siervos de Aquís le dije-
ron: ¿No es éste David, el rey de
la tierra? ¿no es éste a quien can-
taban en corros, diciendo: Hirió
Saúl sus miles, y David sus diez
miles?
12 Y David puso en su corazón
estas palabras, y tuvo gran temor
de Aquís rey de Gat.
13 Y mudó su habla delante de
ellos, y fingióse loco entre sus
manos, y escribía en las portadas
de las puertas, dejando correr su
saliva por su barba.
14 Y dijo Aquís a sus siervos: He
aquí estáis viendo un hombre de-
mente; ¿por qué lo habéis traído
a mí?
15 ¿Fáltanme a mí locos, para
que hayáis traído éste que hicie-
se del loco delante de mí? ¿había
de venir éste a mi casa?

CAPÍTULO 22

YYÉNDOSE David de allí, esca-
póse a la cueva de Adulam; lo
cual como oyeron sus hermanos
y toda la casa de su padre, vinie-
ron allí a él.
2 Y juntáronse con él todos los
afligidos, y todo el que estaba
adeudado, y todos los que se ha-
llaban en amargura de espíritu,
y fue hecho capitán de ellos: y
tuvo consigo como cuatrocientos
hombres.
3 Y fuese David de allí a Mizpa
de Moab, y dijo al rey de Moab:
Yo te ruego que mi padre y mi
madre estén con vosotros, hasta
que sepa lo que Dios hará de mí.
4 Trájolos pues a la presencia del
rey de Moab, y habitaron con él
todo el tiempo que David estuvo
en la fortaleza.
5 Y Gad profeta dijo a David: No
te estés en esta fortaleza, pártete,
y vete a tierra de Judá. Y David
se partió, y vino al bosque de
Haret.
6 Y oyó Saúl como había pareci-
do David, y los que estaban
con él. Estaba entonces Saúl en
Gabaa debajo de un árbol en
Ramá, y tenía su lanza en su
mano, y todos sus criados esta-
ban en derredor de él.
7 Y dijo Saúl a sus criados que es-
taban en derredor de él: Oid ahora,
hijos de Benjamín: ¿Os dará tam-
bién a todos vosotros el hijo de
Isaí tierras y viñas, y os hará a
todos tribunos y centuriones;

8 Que todos vosotros habéis conspirado contra mí, y no hay quien me descubra al oído como mi hijo ha hecho pacto con el hijo de Isaí, ni alguno de vosotros que se duela de mí, y me descubra como mi hijo ha levantado a mi siervo contra mí, para que me aceche, según *hace* hoy día?
9 Entonces Doeg Idumeo, que era superior entre los siervos de Saúl, respondió y dijo: Yo ví al hijo de Isaí que vino a Nob, a Ahimelec hijo de Ahitob;
10 El cual consultó por él al SEÑOR, y dióle provisión, y también le dio la espada de Goliat el Filisteo.
11 Y el rey envió por el sacerdote Ahimelec hijo de Ahitob, y por toda la casa de su padre, los sacerdotes que estaban en Nob: y todos vinieron al rey.
12 Y Saúl le dijo: Oye ahora, hijo de Ahitob. Y él dijo: Heme aquí, señor mío.
13 Y díjole Saúl: ¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí, cuando tú le diste pan y espada, y consultaste por él a Dios, para que se levantase contra mí y me acechase, como *lo hace* hoy día?
14 Entonces Ahimelec respondió al rey, y dijo: ¿Y quién entre todos tus siervos es tan fiel como David, yerno además del rey, y que va por tu mandado, y es ilustre en tu casa?
15 ¿He comenzado yo desde hoy a consultar por él a Dios? lejos sea de mí: no impute el rey cosa alguna a su siervo, ni a toda la casa de mi padre; porque tu siervo ninguna cosa sabe de este negocio, grande ni chica.
16 Y el rey dijo: Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre.
17 Entonces dijo el rey a la gente de su guardia que estaba alrededor de él: Cercad y matad a los sacerdotes del SEÑOR; porque también la mano de ellos es con David, pues sabiendo ellos que huía, no me lo descubrieron. Mas los siervos del rey no quisieron extender sus manos para matar a los sacerdotes del SEÑOR.
18 Entonces dijo el rey a Doeg: Vuelve tú, y arremete contra los sacerdotes. Y revolviéndose Doeg Idumeo, arremetió contra los sacerdotes, y mató en aquel día ochenta y cinco varones que vestían efod de lino.
19 Y a Nob, ciudad de los sacerdotes, puso a espada: así a hombres como a mujeres, niños y mamantes, bueyes y asnos y ovejas, *todo* a espada.
20 Mas uno de los hijos de Ahimelec hijo de Ahitob, que se llamaba Abiatar, escapó, y huyóse a David.
21 Y Abiatar notició a David como Saúl había muerto los sacerdotes del SEÑOR.
22 Y dijo David a Abiatar: Yo sabía que estando allí aquel día Doeg el Idumeo, él lo había de hacer saber a Saúl. Yo he dado ocasión contra todas las personas de la casa de tu padre.
23 Quédate conmigo, no temas: quien buscare mi vida, buscará también la tuya: bien que tú estarás conmigo guardado.

CAPÍTULO 23

Y DIERON aviso a David, diciendo: He aquí que los Filisteos combaten a Keila, y roban las eras.

2 Y David consultó al SEÑOR,
diciendo: ¿Iré a herir a estos Fi-
listeos? Y el SEÑOR respondió a
David: Ve, hiere a los Filisteos, y
libra a Keila.
3 Mas los que estaban con David
le dijeron: He aquí que noso-
tros aquí en Judá estamos con
miedo; ¿cuánto más si fuéremos
a Keila contra el ejército de los
Filisteos?
4 Entonces David volvió a con-
sultar al SEÑOR. Y el SEÑOR
le respondió, y dijo: Levántate,
desciende a Keila, que yo entre-
garé en tus manos a los Filisteos.
5 Partióse pues David con sus
hombres a Keila, y peleó contra
los Filisteos, y trajo antecogidos
sus ganados, e hiriólos con gran-
de estrago: y libró David a los de
Keila.
6 Y aconteció que, huyendo
Abiatar hijo de Ahimelec a David
a Keila, vino también con él el
efod.
7 Y fue dicho a Saúl que David
había venido a Keila. Entonces
dijo Saúl: Dios lo ha traído a mis
manos; porque él está encerrado,
habiéndose metido en ciudad
con puertas y cerraduras.
8 Y convocó Saúl todo el pueblo
a la batalla, para descender a
Keila, y poner cerco a David y a
los suyos.
9 Mas entendiendo David que
Saúl ideaba el mal contra él, dijo
a Abiatar sacerdote: Trae el efod.
10 Y dijo David: Oh SEÑOR Dios
de Israel, tu siervo tiene entendi-
do que Saúl trata de venir contra
Keila, a destruir la ciudad por
causa mía.
11 ¿Me entregarán los vecinos de
Keila en sus manos? ¿descenderá
Saúl, como tu siervo tiene oído?
Oh SEÑOR Dios de Israel, ruégo-
te que lo declares a tu siervo. Y
el SEÑOR dijo: *Sí*, descenderá.
12 Dijo luego David: ¿Me entre-
garán los vecinos de Keila a mí
y a mis hombres en manos de
Saúl? Y el SEÑOR respondió: Te
entregarán.
13 David entonces se levantó
con sus hombres, que eran como
seiscientos, y saliéronse de Keila,
y fuéronse de una parte a otra.
Y vino la nueva a Saúl de como
David se había escapado de
Keila; y dejó de salir.
14 Y David se estaba en el de-
sierto en peñas, y habitaba en
un monte en el desierto de Zif;
y buscábalo Saúl todos los días,
mas Dios no lo entregó en sus
manos.
15 Viendo pues David que Saúl
había salido en busca de su alma,
estábase él en el bosque en el de-
sierto de Zif.
16 Entonces se levantó Jonatán
hijo de Saúl, y vino a David en el
bosque, y confortó su mano en
Dios.
17 Y díjole: No temas, que no
te hallará la mano de Saúl mi
padre, y tú reinarás sobre Israel,
y yo seré segundo después de ti;
y aun Saúl mi padre así lo sabe.
18 Y entrambos hicieron pacto
delante del SEÑOR: y David se
quedó en el bosque, y Jonatán se
volvió a su casa.
19 Y subieron los de Zif a decir
a Saúl en Gabaa: ¿No está David
escondido en nuestra tierra en
las peñas del bosque, en el co-
llado de Haquila que está a la
mano derecha del desierto?
20 Por tanto, rey, desciende
ahora presto, según todo el
deseo de tu alma, y nosotros lo

entregaremos en la mano del rey.
21 Y Saúl dijo: Benditos seáis
vosotros del SEÑOR, que habéis
tenido compasión de mí:
22 Id pues ahora, apercibid aun,
considerad y ved su lugar donde
tiene el pie, y quién lo haya visto
allí; porque se me ha dicho que
él es en gran manera astuto.
23 Considerad pues, y conoced
todos los escondrijos donde
se oculta, y volved a mí con la
certidumbre, y yo iré con vosotros:
que si él estuviere en la tierra,
yo le buscaré entre todos los
millares de Judá.
24 Y ellos se levantaron, y se
fueron a Zif delante de Saúl. Mas
David y su gente estaban en el
desierto de Maón, en la llanura
que está a la diestra del desierto.
25 Y partióse Saúl con su gente
a buscarlo; pero fue dado aviso a
David, y descendió a una roca, y
quedóse en el desierto de Maón.
Lo cual como Saúl oyó, siguió a
David al desierto de Maón.
26 Y Saúl iba por el un lado del
monte, y David con los suyos por
el otro lado del monte: y dábase
priesa David para ir delante de
Saúl; mas Saúl y los suyos habían
encerrado a David y a su
gente para tomarlos.
27 Entonces vino un mensajero
a Saúl, diciendo: Ven luego, porque
los Filisteos han hecho una
irrupción en el país.
28 Volvióse por tanto Saúl de
perseguir a David, y partió contra
los Filisteos. Por esta causa
pusieron a aquel lugar por nombre
Sela-hama-lecot.
29 Entonces David subió de allí,
y habitó en los parajes fuertes en
Engadi.

CAPÍTULO 24

Y COMO Saúl volvió de los Filisteos,
diéronle aviso diciendo:
He aquí que David está en el
desierto de Engadi.
2 Y tomando Saúl tres mil hombres
escogidos de todo Israel, fue
en busca de David y de los suyos,
por las cumbres de los peñascos
de las cabras monteses.
3 Y como llegó a una majada
de ovejas en el camino, donde
había una cueva, entró Saúl en
ella a cubrir sus pies: y David y
los suyos estaban a los lados de
la cueva.
4 Entonces los de David le dijeron:
He aquí el día que te ha
dicho el SEÑOR: He aquí que entregó
tu enemigo en tus manos, y
harás con él como te pareciere. Y
levantóse David, y calladamente
cortó la orilla del manto de Saúl.
5 Después de lo cual el corazón
de David le golpeaba, porque
había cortado la orilla del manto
de Saúl.
6 Y dijo a los suyos: el SEÑOR me
guarde de hacer tal cosa contra
mi señor, el ungido del SEÑOR,
que yo extienda mi mano contra
él; porque es el ungido del
SEÑOR.
7 Así quebrantó David a los suyos
con palabras, y no les permitió
que se levantasen contra Saúl. Y
Saúl, saliendo de la cueva, fuese
su camino.
8 También David se levantó
después, y saliendo de la cueva
dio voces a las espaldas de Saúl,
diciendo: ¡Mi señor el rey! Y
como Saúl miró atrás, David inclinó
su rostro a tierra, e hizo
reverencia.
9 Y dijo David a Saúl: ¿Por qué
oyes las palabras de los que

dicen: Mira que David procura
tu mal?
10 He aquí han visto hoy tus ojos
como el SEÑOR te ha puesto hoy
en mis manos en la cueva: y dije-
ron que te matase, mas te perdo-
né, porque dije: No extenderé mi
mano contra mi señor, porque
ungido es del SEÑOR.
11 Y mira, padre mío, mira
aún la orilla de tu manto en mi
mano: porque yo corté la orilla
de tu manto, y no te maté. Cono-
ce pues, y ve que no hay mal ni
traición en mi mano, ni he peca-
do contra ti; con todo, tú andas a
caza de mi vida para quitármela.
12 Juzgue el SEÑOR entre mí y ti,
y véngueme de ti el SEÑOR: em-
pero mi mano no será contra ti.
13 Como dice el proverbio de los
antiguos: De los impíos saldrá la
impiedad: así que mi mano no
será contra ti.
14 ¿Tras quién ha salido el rey de
Israel? ¿a quién persigues? ¿a un
perro muerto? ¿a una pulga?
15 El SEÑOR pues será juez, y él
juzgará entre mí y ti. Él vea, y
sustente mi causa, y me defienda
de tu mano.
16 Y aconteció que, como David
acabó de decir estas palabras a
Saúl, Saúl dijo: ¿No es ésta la voz
tuya, hijo mío David? Y alzando
Saúl su voz lloró.
17 Y dijo a David: Más justo eres
tú que yo, que me has pagado
con bien, habiéndote yo pagado
con mal.
18 Tú has mostrado hoy que has
hecho conmigo bien; pues no
me has muerto, habiéndome el
SEÑOR puesto en tus manos.
19 Porque ¿quién hallará a su
enemigo, y lo dejará ir sano y
salvo? el SEÑOR te pague con
bien por lo que en este día has
hecho conmigo.
20 Y ahora, ciertamente yo sé
que tú has de reinar, y que el
reino de Israel ha de ser en tu
mano firme y estable,
21 Júrame pues ahora por el
SEÑOR, que no cortarás mi si-
miente después de mí, ni rae-
rás mi nombre de la casa de mi
padre.
22 Entonces David juró a Saúl. Y
fuese Saúl a su casa, y David y los
suyos se subieron al sitio fuerte.

CAPÍTULO 25

Y MURIÓ Samuel, y juntóse
todo Israel, y lo lloraron, y lo
sepultaron en su casa en Ramá. Y
levantóse David, y se fue al de-
sierto de Parán.
2 Y en Maón había un hombre
que tenía su hacienda en el Car-
melo, el cual era muy rico, que
tenía tres mil ovejas y mil cabras.
Y aconteció hallarse esquilando
sus ovejas en el Carmelo.
3 El nombre de aquel varón era
Nabal, y el nombre de su esposa,
Abigail. Y era aquella mujer de
buen entendimiento y de buena
gracia; mas el hombre era duro y
de malos hechos; y era del linaje
de Caleb.
4 Y oyó David en el desierto que
Nabal esquilaba sus ovejas.
5 Entonces envió David diez cria-
dos, y díjoles: Subid al Carmelo,
e id a Nabal, y saludadle en mi
nombre,
6 Y decidle así: Que vivas y sea
paz a ti, y paz a tu familia, y paz
a todo cuanto tienes.
7 Ha poco supe que tienes esqui-
ladores. Ahora, a los pastores
tuyos que han estado con noso-
tros, nunca les hicimos fuerza, ni

les faltó algo en todo el tiempo
que han estado en el Carmelo.
8 Pregunta a tus criados, que
ellos te lo dirán. Hallen por tanto
estos criados gracia en tus ojos,
pues que venimos en buen día:
ruégote que des lo que tuvieres
a mano a tus siervos, y a tu hijo
David.
9 Y como llegaron los criados
de David, dijeron a Nabal todas
estas palabras en nombre de
David, y callaron.
10 Y Nabal respondió a los cria-
dos de David, y dijo: ¿Quién es
David? ¿y quién es el hijo de Isaí?
Muchos siervos hay hoy que se
huyen de sus señores.
11 ¿He de tomar yo ahora mi pan,
mi agua, y mi víctima que he
preparado para mis esquiladores,
y la daré a hombres que no sé de
dónde son?
12 Y tornándose los criados de
David, volviéronse por su cami-
no, y vinieron y dijeron a David
todas estas palabras.
13 Entonces David dijo a sus
hombres: Cíñase cada uno su es-
pada. Y ciñóse cada uno su espa-
da: también David ciñó su espa-
da; y subieron tras David como
cuatrocientos hombres, y deja-
ron doscientos con el bagaje.
14 Y uno de los criados dio
aviso a Abigail esposa de Nabal,
diciendo: He aquí David envió
mensajeros del desierto que sa-
ludasen a nuestro amo, y él los
ha zaherido.
15 Mas aquellos hombres nos
han sido muy buenos, y nunca
nos han hecho fuerza, ni ningu-
na cosa nos ha faltado en todo
el tiempo que hemos conversado
con ellos, mientras hemos estado
en el campo.
16 Hannos sido por muro de día
y de noche, todos los días que
hemos estado con ellos apacen-
tando las ovejas.
17 Ahora pues, considera y ve lo
que has de hacer; que ya se ha
determinado el mal contra nues-
tro señor y contra toda su casa:
pues él es *tan* hijo de Belial, que
no hay quien que pueda hablarle.
18 Entonces Abigail tomó luego
doscientos panes, y dos cueros
de vino, y cinco ovejas guisadas,
y cinco medidas de grano tosta-
do, y cien hilos de uvas pasas, y
doscientos panes de higos secos,
y cargólo en asnos;
19 Y dijo a sus criados: Id delante
de mí, que yo os seguiré luego. Y
nada declaró a su marido Nabal.
20 Y sentándose sobre un asno,
descendió por una parte secreta
del monte, y he aquí David y los
suyos que venían frente a ella, y
ella les fue al encuentro.
21 Y David había dicho: Cierta-
mente en vano he guardado todo
lo que éste tiene en el desierto,
sin que nada le haya faltado de
todo cuanto es suyo; y él me ha
vuelto mal por bien.
22 Así haga Dios, y así añada a
los enemigos de David, que de
aquí a mañana no tengo de dejar
de todo lo que fuere suyo ni a un
meante a la pared.
23 Y como Abigail vio a David,
apeóse prestamente del asno, y
postrándose delante de David
sobre su rostro, inclinóse a tie-
rra;
24 Y echóse a sus pies, y dijo:
Señor mío, sobre mí sea el peca-
do; mas ruégote hable tu sierva
en tus oídos, y oye las palabras
de tu sierva.
25 Ruégote que mi señor no

haga caso a Nabal, aquel hombre de Belial; porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez está con él: mas yo tu sierva no vi a los jóvenes de mi señor, los cuales tú enviaste.
26 Ahora pues, señor mío, vive el SEÑOR y vive tu alma, que el SEÑOR te ha estorbado que vinieses a *derramar* sangre, y vengarte por tu propia mano. Sean pues como Nabal tus enemigos, y todos los que procuran mal contra mi señor.
27 Y ahora esta bendición que tu sierva ha traído a mi señor, dése a los criados que siguen a mi señor.
28 Y yo te ruego que perdones a tu sierva *esta* ofensa; pues el SEÑOR de cierto hará casa firme a mi señor, por cuanto mi señor hace las guerras del SEÑOR, y mal no se ha hallado en ti en tus días.
29 Bien que alguien se haya levantado a perseguirte y atentar a tu vida, con todo, el alma de mi señor será ligada en el fajo de vida con el SEÑOR Dios tuyo, y él arrojará el alma de tus enemigos como de en medio de la palma de una honda.
30 Y acontecerá que cuando el SEÑOR hiciere con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te mandare que seas caudillo sobre Israel,
31 Entonces, señor mío, no te será esto en tropiezo y turbación de corazón, el que hayas derramado sangre sin causa, o que mi señor se haya vengado por sí mismo. Guárdese pues mi señor, y cuando el SEÑOR hiciere bien a mi señor, acuérdate de tu sierva.
32 Y dijo David a Abigail: Bendito sea el SEÑOR Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases;
33 Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy el ir a *derramar* sangre, y a vengarme por mi propia mano:
34 Porque, de cierto vive el SEÑOR Dios de Israel que me ha defendido de hacerte mal, que si no te hubieras dado priesa en venirme al encuentro, de aquí a mañana no le quedara a Nabal meante a la pared.
35 Y recibió David de su mano lo que le había traído, y díjole: Sube en paz a tu casa, y mira que he oído tu voz, y he aceptado tu persona.
36 Y Abigail se vino a Nabal, y he aquí que él tenía banquete en su casa como banquete de rey: y el corazón de Nabal estaba alegre en él, y estaba muy borracho; por lo que ella no le declaró poco ni mucho, hasta que vino el día siguiente.
37 Pero a la mañana, cuando el vino había salido de Nabal, refirióle su esposa aquestas cosas; y se le amorteció el corazón, y quedóse como piedra.
38 Y pasados diez días el SEÑOR hirió a Nabal, y murió.
39 Y luego que David oyó que Nabal era muerto, dijo: Bendito sea el SEÑOR que juzgó la causa de mi afrenta *recibida* de la mano de Nabal, y ha preservado del mal a su siervo; y el SEÑOR ha tornado la malicia de Nabal sobre su propia cabeza. Después envió David a hablar a Abigail, para tomarla por su esposa.
40 Y los criados de David vinie-

ron a Abigail en el Carmelo, y hablaron con ella, diciendo: David nos ha enviado a ti, para tomarte por su esposa.
41 Y ella se levantó, e inclinó su rostro a tierra, diciendo: He aquí tu sierva, para que sea sierva que lave los pies de los siervos de mi señor.
42 Y levantándose luego Abigail con cinco mozas que la seguían, montóse en un asno, y siguió los mensajeros de David, y fue su esposa.
43 También tomó David a Ahinoam de Jezreel, y ambas a dos fueron sus esposas.
44 Porque Saúl había dado su hija Mical esposa de David, a Palti hijo de Lais, que era de Gallim.

CAPÍTULO 26

Y VINIERON los Zifeos a Saúl en Gabaa, diciendo: ¿No está David escondido en el collado de Haquila delante del desierto?
2 Saúl entonces se levantó, y descendió al desierto de Zif, llevando consigo tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David en el desierto de Zif.
3 Y asentó Saúl el campo en el collado de Haquila, que está delante del desierto junto al camino. Y estaba David en el desierto, y entendió que Saúl le seguía en el desierto.
4 David por tanto envió espías, y entendió por cierto que Saúl había venido.
5 Y levantóse David, y vino al sitio donde Saúl había asentado el campo; y miró David el lugar donde dormía Saúl, y Abner hijo de Ner, general de su ejército. Y estaba Saúl durmiendo en la trinchera, y el pueblo por el campo en derredor de él.
6 Entonces habló David, y requirió a Ahimelec Heteo, y a Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, diciendo: ¿Quién descenderá conmigo a Saúl al campo? Y dijo Abisai: Yo descenderé contigo.
7 David pues y Abisai vinieron al pueblo de noche: y he aquí Saúl que estaba tendido durmiendo en la trinchera, y su lanza hincada en tierra a su cabecera; y Abner y el pueblo estaban alrededor de él tendidos.
8 Entonces dijo Abisai a David: Hoy ha Dios entregado a tu enemigo en tus manos: ahora pues, herirélo luego con la lanza, *cosiéndole* con la tierra de un golpe, y no segundaré.
9 Y David respondió a Abisai: No le mates: porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del SEÑOR, y será inocente?
10 Dijo además David: Vive el SEÑOR, que si el SEÑOR no lo hiriere, o que su día llegue para que muera, o que descendiendo en batalla perezca,
11 Guárdeme el SEÑOR de extender mi mano contra el ungido del SEÑOR; empero toma ahora la lanza que está a su cabecera, y la botija del agua, y vámonos.
12 Llevóse pues David la lanza y la botija de agua de la cabecera de Saúl, y fuéronse; que no hubo nadie que viese, ni entendiese, ni velase, pues todos dormían: porque un profundo sueño *enviado* del SEÑOR había caído sobre ellos.
13 Y pasando David de la otra parte, púsose desviado en la cumbre del monte, habiendo grande distancia entre ellos;
14 Y dio voces David al pueblo,

y a Abner hijo de Ner, diciendo:
¿No respondes, Abner? Entonces
Abner respondió y dijo: ¿Quién
eres tú que das voces al rey?
15 Y dijo David a Abner: ¿No eres
varón tú? ¿y quién hay como tú
en Israel? ¿por qué pues no has
guardado al rey tu señor? que ha
entrado uno del pueblo a matar a
tu señor el rey.
16 Esto que has hecho, no está
bien. Vive el SEÑOR, que sois
dignos de muerte, que no habéis guardado a vuestro señor,
al ungido del SEÑOR. Mira pues
ahora dónde está la lanza del rey,
y la botija del agua que estaba a
su cabecera.
17 Y conociendo Saúl la voz de
David, dijo: ¿No es ésta tu voz,
hijo mío David? Y David respondió: Mi voz es, rey señor mío.
18 Y dijo: ¿Por qué persigue
así mi señor a su siervo? ¿qué
he hecho? ¿qué mal hay en mi
mano?
19 Ruego pues, que el rey mi
señor oiga ahora las palabras de
su siervo. Si el SEÑOR te incita
contra mí, acepte un sacrificio:
mas si fueren hijos de hombres,
malditos ellos en presencia del
SEÑOR, que me han echado hoy
para que no me junte en la heredad del SEÑOR, diciendo: Ve y
sirve a dioses ajenos.
20 No caiga pues ahora mi sangre en tierra delante del SEÑOR:
porque ha salido el rey de Israel
a buscar una pulga, así como
quien persigue una perdiz por
los montes.
21 Entonces dijo Saúl: He pecado: vuélvete, hijo mío David, que
ningún mal te haré más, pues
que mi vida ha sido estimada hoy
en tus ojos. He aquí, yo he hecho
neciamente, y he errado en gran
manera.
22 Y David respondió, y dijo: He
aquí la lanza del rey; pase acá
uno de los criados, y tómela.
23 Y el SEÑOR pague a cada uno
su justicia y su lealtad: que el
SEÑOR te había entregado hoy
en mi mano, mas yo no quise extender mi mano sobre el ungido
del SEÑOR.
24 Y he aquí, como tu vida ha
sido estimada hoy en mis ojos,
así sea mi vida estimada en los
ojos del SEÑOR, y me libre de
toda aflicción.
25 Y Saúl dijo a David: Bendito
eres tú, hijo mío David; sin duda
ejecutarás tú *grandes empresas,* y
prevalecerás. Entonces David se
fue su camino, y Saúl se volvió a
su lugar.

CAPÍTULO 27

Y DIJO David en su corazón: Al
fin seré muerto algún día por
la mano de Saúl: nada por tanto
me será mejor que fugarme a la
tierra de los Filisteos, para que
Saúl se deje de mí, y no me ande
buscando más por todos los términos de Israel, y así me escaparé de sus manos.
2 Levantóse pues David, y con
los seiscientos hombres que
tenía consigo pasóse a Aquís hijo
de Maoc, rey de Gat.
3 Y moró David con Aquís en Gat,
él y los suyos, cada uno con su
familia: David con sus dos esposas, Ahinoam Jezreelita, y Abigail, la *que fue* esposa de Nabal el
del Carmelo.
4 Y vino la nueva a Saúl que
David se había huído a Gat, y no
lo buscó más.
5 Y David dijo a Aquís: Si he ha-

llado ahora gracia en tus ojos,
séame dado lugar en algunas de
las ciudades de la tierra, donde
habite: porque ¿ha de morar tu
siervo contigo en la ciudad real?
6 Y Aquís le dio aquel día a Si-
clag. De aquí fue Siclag de los
reyes de Judá hasta hoy.
7 Y fue el número de los días que
David habitó en la tierra de los
Filisteos, un año y cuatro meses.
8 Y subía David con los suyos, y
hacían entradas en los Gesureos,
y en los Gerzeos, y en los Ama-
lecitas: porque estos habitaban
de largo tiempo la tierra, desde
como se va a Sur hasta la tierra
de Egipto.
9 Y hería David el país, y no de-
jaba a vida hombre ni mujer: y
llevábase las ovejas y las vacas
y los asnos y los camellos y las
ropas; y volvía, y veníase a Aquís.
10 Y decía Aquís: ¿Dónde habéis
corrido hoy? Y David decía: Al
sur de Judá, y al sur de Jerameel,
o contra el sur de Ceni.
11 Ni hombre ni mujer dejaba
a vida David, que viniese a Gat;
diciendo: Porque no den aviso
de nosotros, diciendo: Esto hizo
David. Y ésta era su costumbre
todo el tiempo que moró en tie-
rra de los Filisteos.
12 Y Aquís creía a David, dicien-
do así: Él se hace abominable en
su pueblo de Israel, y será siem-
pre mi siervo.

CAPÍTULO 28

Y ACONTECIÓ que en aquellos
días los Filisteos juntaron sus
campos para pelear contra Israel.
Y dijo Aquís a David: Sabe de
cierto que has de salir conmigo a
campaña, tú y los tuyos.
2 Y David respondió a Aquís: Sa-
brás pues lo que hará tu siervo. Y
Aquís dijo a David: Por tanto te
haré guarda de mi cabeza todos
los días.
3 Ya Samuel era muerto, y todo
Israel lo había lamentado, y
habíanle sepultado en Ramá, en
su ciudad. Y Saúl había echado
de la tierra los encantadores y
adivinos.
4 Pues como los Filisteos se
juntaron, vinieron y asentaron
campo en Sunam: y Saúl juntó
a todo Israel, y asentaron campo
en Gilboa.
5 Y cuando vio Saúl el campo de
los Filisteos, temió, y turbóse su
corazón en gran manera.
6 Y consultó Saúl al SEÑOR;
pero el SEÑOR no le respondió,
ni por sueños, ni por Urim, ni por
profetas.
7 Entonces Saúl dijo a sus cria-
dos: Buscadme una mujer que
tenga espíritu de hechicería, para
que yo vaya a ella, y por medio
de ella pregunte. Y sus criados le
respondieron: He aquí hay una
mujer en Endor que tiene espíri-
tu de hechicería.
8 Y disfrazóse Saúl, y púsose
otros vestidos, y fuese con dos
hombres, y vinieron a aquella
mujer de noche; y él dijo: Yo te
ruego que me adivines por el es-
píritu de hechicería, y me hagas
subir a quien yo te dijere.
9 Y la mujer le dijo: He aquí tú
sabes lo que Saúl ha hecho, cómo
ha separado de la tierra los he-
chiceros y los adivinos: ¿por qué
pues pones tropiezo a mi vida,
para hacerme matar?
10 Entonces Saúl le juró por el
SEÑOR, diciendo: Vive el SEÑOR,
que ningún mal te vendrá por
esto.

11 La mujer entonces dijo: ¿A
quién te haré venir? Y él respon-
dió: Hazme venir a Samuel.
12 Y viendo la mujer a Samuel,
clamó en alta voz, y habló aque-
lla mujer a Saúl, diciendo:
13 ¿Por qué me has engañado?
pues tú eres Saúl. Y el rey le dijo:
No temas. ¿Qué has visto? Y la
mujer respondió a Saúl: He visto
dioses que suben de la tierra.
14 Y él le dijo: ¿Cuál es su forma?
Y ella respondió: Un hombre
anciano viene, cubierto de un
manto. Saúl entonces entendió
que era Samuel, y humillando el
rostro a tierra, hizo gran reveren-
cia.
15 Y Samuel dijo a Saúl: ¿Por qué
me has inquietado haciéndome
venir? Y Saúl respondió: Estoy
muy congojado; pues los Filis-
teos pelean contra mí, y Dios se
ha apartado de mí, y no me res-
ponde más, ni por mano de pro-
fetas, ni por sueños: por esto te
he llamado, para que me decla-
res qué tengo de hacer.
16 Entonces Samuel dijo: ¿Y para
qué me preguntas a mí, habién-
dose apartado de ti el SEÑOR, y
es tu enemigo?
17 El SEÑOR pues ha hecho como
habló por medio de mí; pues ha
cortado el SEÑOR el reino de tu
mano, y lo ha dado a tu compa-
ñero David.
18 Como tú no obedeciste a la
voz del SEÑOR, ni cumpliste el
furor de su ira sobre Amalec, por
eso el SEÑOR te ha hecho esto
hoy.
19 Y el SEÑOR entregará a Is-
rael también contigo en manos
de los Filisteos: y mañana seréis
conmigo, tú y tus hijos: y aun
el campo de Israel entregará el
SEÑOR en manos de los Filisteos.
20 En aquel punto cayó Saúl en
tierra cuan grande era, y tuvo
gran temor por las palabras de
Samuel; que no quedó en él es-
fuerzo ninguno, porque en todo
aquel día y aquella noche no
había comido pan.
21 Entonces la mujer vino a Saúl,
y viéndole en grande manera tur-
bado, díjole: He aquí que tu cria-
da ha obedecido a tu voz, y he
puesto mi vida en mi mano, y he
oído las palabras que tú me has
dicho.
22 Ruégote pues, que tú también
oigas la voz de tu sierva: pondré
yo delante de ti un bocado de pan
que comas, para que te corrobo-
res, y vayas tu camino.
23 Y él lo rehusó, diciendo: No
comeré. Mas sus criados junta-
mente con la mujer le constriñe-
ron, y él los obedeció. Levantóse
pues del suelo, y sentóse sobre
una cama.
24 Y aquella mujer tenía en su
casa un ternero grueso, el cual
mató luego; y tomó harina y
amasóla, y coció de ella panes
sin levadura.
25 Y lo trajo delante de Saúl y de
sus criados; y luego que hubie-
ron comido, se levantaron, y par-
tieron aquella noche.

CAPÍTULO 29

Y LOS Filisteos juntaron todos
sus campos en Afec; e Israel
puso su campo junto a la fuente
que está en Jezreel.
2 Y cuando los príncipes de los
Filisteos pasaban revista a sus
compañías de a ciento y de a mil
hombres, David y sus hombres
iban en la retaguardia con Aquís.
3 Y dijeron los príncipes de los

Filisteos: ¿Qué hacen aquí estos
Hebreos? Y Aquís respondió a los
príncipes de los Filisteos: ¿No es
éste David, el siervo de Saúl rey
de Israel, que ha estado conmi-
go algunos días o algunos años, y
no he hallado cosa en él desde el
día que se pasó *a mí* hasta hoy?
4 Entonces los príncipes de los
Filisteos se enojaron contra él,
y los príncipes de los Filisteos
le dijeron: Envía a este hombre,
que se vuelva al lugar que le se-
ñalaste, y no venga con nosotros
a la batalla, no sea que en la ba-
talla se nos vuelva enemigo: por-
que ¿con qué cosa volvería *mejor*
a la gracia de su señor que con
las cabezas de estos hombres?
5 ¿No es este David de quien
cantaban en los corros, diciendo:
Saúl hirió sus miles, y David sus
diez miles?
6 Y Aquís llamó a David, y díjo-
le: Vive el SEÑOR, que tú has
sido recto, y que me ha pareci-
do bien tu salida y entrada en el
campo conmigo, y que ninguna
cosa mala he hallado en ti desde
el día que viniste a mí hasta hoy:
mas en los ojos de los príncipes
no agradas.
7 Vuélvete pues, y vete en paz; y
no hagas lo malo en los ojos de
los príncipes de los Filisteos.
8 Y David respondió a Aquís:
¿Qué he hecho? ¿qué has halla-
do en tu siervo desde el día que
estoy contigo hasta hoy, para
que yo no vaya y pelee contra los
enemigos de mi señor el rey?
9 Y Aquís respondió a David, y
dijo: Yo sé que tú eres bueno en
mis ojos, como un ángel de Dios;
mas los príncipes de los Filisteos
han dicho: No venga con noso-
tros a la batalla.
10 Levántate pues de mañana, tú
y los siervos de tu señor que han
venido contigo; y levantándoos
de mañana, luego al amanecer
partíos.
11 Y levantóse David de maña-
na, él y los suyos, para irse y vol-
verse a la tierra de los Filisteos; y
los Filisteos fueron a Jezreel.

CAPÍTULO 30

Y CUANDO David y los suyos
vinieron a Siclag el tercer día,
los de Amalec habían invadido el
sur y a Siclag, y habían desolado
a Siclag, y puéstola a fuego.
2 Y habíanse llevado cautivas a
las mujeres que estaban en ella,
desde el menor hasta el mayor;
mas a nadie habían muerto, sino
llevado, e ídose su camino.
3 Vino pues David con los suyos
a la ciudad, y he aquí que estaba
quemada a fuego, y sus esposas
y sus hijos e hijas llevadas cauti-
vas.
4 Entonces David y la gente que
con él estaba, alzaron su voz y
lloraron, hasta que les faltaron
las fuerzas para llorar.
5 Las dos esposas de David, Ahi-
noam Jezreelita y Abigail la *que
fue* esposa de Nabal del Carmelo,
también eran cautivas.
6 Y David fue muy angustiado,
porque el pueblo hablaba de
apedrearlo; porque todo el pue-
blo estaba con ánimo amargo,
cada uno por sus hijos y por sus
hijas: mas David se esforzó en el
SEÑOR su Dios.
7 Y dijo David al sacerdote Abia-
tar hijo de Ahimelec: Yo te ruego
que me acerques el efod. Y Abia-
tar acercó el efod a David.
8 Y David consultó al SEÑOR,
diciendo: ¿Seguiré esta tropa?

¿podréla alcanzar? Y él le dijo:
Síguela, que de cierto la alcanzarás, y sin falta librarás *la presa*.
9 Partióse pues David, él y los
seiscientos hombres que con él
estaban, y vinieron hasta el torrente de Besor, donde se quedaron algunos.
10 Y David siguió *el alcance* con
cuatrocientos hombres; porque
se quedaron atrás doscientos,
que cansados no pudieron pasar
el torrente de Besor.
11 Y hallaron en el campo un
hombre Egipcio, el cual trajeron
a David, y diéronle pan que comiese, y a beber agua;
12 Diéronle también un pedazo de masa de higos secos, y
dos hilos de pasas. Y luego que
comió, volvió en él su espíritu;
porque no había comido pan ni
bebido agua en tres días y tres
noches.
13 Y díjole David: ¿De quién
eres tú? ¿y de dónde eres? Y respondió el mozo Egipcio: Yo soy
siervo de un Amalecita, y dejóme mi amo hoy ha tres días, porque estaba enfermo;
14 Pues hicimos una incursión a
la parte del sur de los Cereteos, y
a Judá, y al sur de Caleb; y pusimos fuego a Siclag.
15 Y díjole David: ¿Me llevarás
tú a esa tropa? Y él dijo: Hazme
juramento por Dios que no me
matarás, ni me entregarás en las
manos de mi amo, y yo te llevaré
a esa tropa.
16 Llevólo pues: y he aquí que
estaban derramados sobre la faz
de toda aquella tierra, comiendo
y bebiendo y haciendo fiesta, por
toda aquella gran presa que habían tomado de la tierra de los Filisteos, y de la tierra de Judá.
17 E hiriólos David desde aquella mañana hasta la tarde del día
siguiente: y no escapó de ellos
ninguno, sino cuatrocientos
mancebos, que habían subido en
camellos y huyeron.
18 Y libró David todo lo que los
Amalecitas habían tomado: y asimismo libertó David a sus dos
esposas.
19 Y no les faltó cosa chica ni
grande, así de hijos como de
hijas, del robo, y de todas las
cosas que les habían tomado:
todo lo recobró David.
20 Tomó también David todas
las ovejas y ganados mayores; y
trayéndolo todo delante, decían:
Ésta *es* la presa de David.
21 Y vino David a los doscientos
hombres que habían quedado
cansados y no habían podido seguir a David, a los cuales habían
hecho quedar en el torrente de
Besor; y ellos salieron a recibir
a David, y al pueblo que con él
estaba. Y como David llegó a la
gente, saludóles con paz.
22 Entonces todos los malos y
hombres de Belial de entre los
que habían ido con David, respondieron y dijeron: Pues que
no fueron con nosotros, no les
daremos de la presa que hemos
quitado, sino a cada uno su esposa y sus hijos; los cuales tomen y
se vayan.
23 Y David dijo: No hagáis eso,
hermanos míos, de lo que nos
ha dado el SEÑOR; el cual nos
ha guardado, y ha entregado en
nuestras manos la tropa que vino
sobre nosotros.
24 ¿Y quién os escuchará en este
caso? porque igual parte ha de
ser la de los que vienen a la batalla, y la de los que quedan con el

bagaje: que partan juntamente.
25 Y desde aquel día en adelante
fue esto puesto por ley y ordenanza en Israel, hasta hoy.
26 Y como David llegó a Siclag,
envió de la presa a los ancianos de Judá, sus amigos, diciendo: He aquí una bendición para vosotros, de la presa de los enemigos del SEÑOR.
27 A los que estaban en Betel, y
en Ramot al sur, y a los que estaban en Jatir;
28 Y a los que estaban en Aroer,
y en Sifmot, y a los que estaban en Estemoa;
29 Y a los que estaban en Racal,
y a los que estaban en las ciudades de Jerameel, y a los que estaban en las ciudades del Cineo;
30 Y a los que estaban en Horma,
y a los que estaban en Corasán, y a los que estaban en Atac;
31 Y a los que estaban en Hebrón,
y en todos los lugares donde David había estado con los suyos.

CAPÍTULO 31

LOS Filisteos pues pelearon con Israel, y los de Israel huyeron delante de los Filisteos, y cayeron muertos en el monte de Gilboa.
2 Y siguiendo los Filisteos a Saúl
y a sus hijos, mataron a Jonatán, y a Abinadab, y a Malquisúa, hijos de Saúl.
3 Y agravóse la batalla sobre
Saúl, y le alcanzaron los flecheros; y quedó gravemente herido de los flecheros.
4 Entonces dijo Saúl a su escu-
dero: Saca tu espada, y pásame con ella, porque no vengan estos incircuncisos, y me pasen, y me escarnezcan. Mas su escudero no quería, porque tenía gran temor. Entonces tomó Saúl la espada, y echóse sobre ella.
5 Y viendo su escudero a Saúl
muerto, él también se echó sobre su espada, y murió con él.
6 Así murió Saúl en aquel día,
juntamente con sus tres hijos, y su escudero, y todos sus varones.
7 Y los de Israel que eran de la
otra parte del valle, y de la otra parte del Jordán, viendo que Israel había huído, y que Saúl y sus hijos eran muertos, dejaron las ciudades y huyeron; y los Filisteos vinieron y habitaron en ellas.
8 Y aconteció el siguiente día,
que viniendo los Filisteos a despojar los muertos, hallaron a Saúl y a sus tres hijos tendidos en el monte de Gilboa;
9 Y cortáronle la cabeza, y des-
nudáronle las armas; y enviaron a tierra de los Filisteos al contorno, para que lo noticiaran en el templo de sus ídolos, y por el pueblo.
10 Y pusieron sus armas en el
templo de Astarot, y colgaron su cuerpo en el muro de Bet-san.
11 Mas oyendo los de Jabes de
Galaad esto que los Filisteos hicieron a Saúl,
12 Todos los hombres valientes
se levantaron, y anduvieron toda aquella noche, y quitaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos del muro de Bet-san; y viniendo a Jabes, quemáronlos allí.
13 Y tomando sus huesos, sepul-
táronlos debajo de un árbol en Jabes, y ayunaron siete días.

El Segundo Libro de
SAMUEL

CAPÍTULO 1

Y ACONTECIÓ después de la
muerte de Saúl, que vuelto
David de la derrota de los Ama-
lecitas, estuvo dos días en Siclag:
2 Y al tercer día acaeció, que vino
uno del campo de Saúl, rotos sus
vestidos, y tierra sobre su cabeza:
y llegando a David, postróse en
tierra, e hizo reverencia.
3 Y preguntóle David: ¿De dónde
vienes? Y él respondió: Heme es-
capado del campo de Israel.
4 Y David le dijo: ¿Qué ha acon-
tecido? ruégote que me lo digas.
Y él respondió: El pueblo huyó de
la batalla, y también muchos del
pueblo cayeron y son muertos:
también Saúl y Jonatán su hijo
murieron.
5 Y dijo David a aquel mancebo
que le daba las nuevas: ¿Cómo
sabes que Saúl es muerto, y Jo-
natán su hijo?
6 Y el mancebo que le daba las
nuevas respondió: Casualmente
vine al monte de Gilboa, y hallé a
Saúl que estaba recostado sobre
su lanza, y venían tras él carros y
gente de a caballo.
7 Y como él miró atrás, vióme y
llamóme; y yo dije: Heme aquí.
8 Y él me dijo: ¿Quién eres tú? Y
yo le respondi: Soy Amalecita.
9 Y él me volvió a decir: Yo te
ruego que te pongas sobre mí, y
me mates, porque me toman an-
gustias, y toda mi alma está aún
en mí.
10 Yo entonces púseme sobre él,
y matélo, porque sabía que no
podía vivir después de su caída:
y tomé la corona que tenía en su
cabeza, y la ajorca que traía en
su brazo, y helas traído acá a mi
señor.
11 Entonces David trabando de
sus vestidos, rompiólos; y lo
mismo hicieron los hombres que
estaban con él.
12 Y lloraron y lamentaron, y
ayunaron hasta la tarde, por Saúl
y por Jonatán su hijo, y por el
pueblo del SEÑOR, y por la casa
de Israel: porque habían caído a
espada.
13 Y David dijo a aquel mancebo
que le había traído las nuevas:
¿De dónde eres tú? Y él respon-
dió: Yo soy hijo de un extranjero,
Amalecita.
14 Y díjole David: ¿Cómo no tu-
viste temor de extender tu mano
para matar al ungido del SEÑOR?
15 Entonces llamó David uno de
los mancebos, y díjole: Llega, y
mátalo. Y él lo hirió, y murió.
16 Y David le dijo: Tu sangre sea
sobre tu cabeza, pues que tu boca
atestiguó contra ti, diciendo: Yo
maté al ungido del SEÑOR.
17 Y endechó David a Saúl y a
Jonatán su hijo con esta endecha.
18 (Dijo también que enseñasen
al arco a los hijos de Judá. He
aquí que está escrito en el libro
del derecho:)
19 ¡Perecido ha la gloria de Israel
sobre tus montañas! ¡Cómo han
caído los valientes!
20 No lo denunciéis en Gat, no
deis las nuevas en las plazas de
Ascalón; porque no se alegren
las hijas de los Filisteos, porque

no salten de gozo las hijas de los
incircuncisos.
21 Montes de Gilboa, ni rocío
ni lluvia *caiga* sobre vosotros, ni
seáis tierras de ofrendas; porque
allí fue desechado el escudo de
los valientes, el escudo de Saúl,
como si no hubiera sido ungido
con aceite.
22 Sin sangre de muertos, sin
grosura de valientes, el arco de
Jonatán nunca volvió, ni la espa-
da de Saúl se tornó vacía.
23 Saúl y Jonatán, amados y que-
ridos en su vida, en su muerte
tampoco fueron apartados: más
ligeros que águilas, más fuertes
que leones.
24 Hijas de Israel, llorad sobre
Saúl, que os vestía de escarlata
en regocijos, que adornaba vues-
tras ropas con ornamentos de
oro.
25 ¡Cómo han caído los valientes
en medio de la batalla! ¡Jonatán,
muerto en tus alturas!
26 Angustia tengo por ti, herma-
no mío Jonatán, que me fuiste
muy agradable: más maravilloso
me fue tu amor, que el amor de
las mujeres.
27 ¡Cómo han caído los valientes,
y perecieron las armas de guerra!

CAPÍTULO 2

DESPUÉS de esto aconteció
que David consultó al
SEÑOR, diciendo: ¿Subiré a al-
guna de las ciudades de Judá? Y
el SEÑOR le respondió: Sube. Y
David tornó a decir: ¿A dónde
subiré? Y él le dijo: A Hebrón.
2 Y David subió allá, y con él sus
dos esposas, Ahinoam Jezreeli-
ta y Abigail, la *que fue* esposa de
Nabal del Carmelo.
3 Y llevó también David consigo
los hombres que con él habían
estado, cada uno con su familia;
los cuales moraron en las ciuda-
des de Hebrón.
4 Y vinieron los varones de Judá,
y ungieron allí a David por rey
sobre la casa de Judá. Y dieron
aviso a David, diciendo: Los de
Jabes de Galaad son los que se-
pultaron a Saúl.
5 Y envió David mensajeros a los
de Jabes de Galaad, diciéndo-
les: Benditos seáis vosotros del
SEÑOR, que habéis hecho esta
misericordia con vuestro señor
Saúl en haberle dado sepultura.
6 Ahora pues, el SEÑOR haga
con vosotros misericordia y ver-
dad; y yo también os haré bien
por esto que habéis hecho.
7 Esfuércense pues ahora vues-
tras manos, y sed valientes; pues
que muerto Saúl vuestro señor,
los de la casa de Judá me han
ungido por rey sobre ellos.
8 Mas Abner hijo de Ner, general
de ejército de Saúl, tomó a Isbo-
set hijo de Saúl, e hízolo pasar
al real:
9 Y alzólo por rey sobre Galaad,
y sobre Gesur, y sobre Jezreel, y
sobre Efraím, y sobre Benjamín,
y sobre todo Israel.
10 De cuarenta años era Isboset
hijo de Saúl, cuando comenzó a
reinar sobre Israel; y reinó dos
años. Pero la casa de Judá seguía
a David.
11 Y fue el número de los días
que David reinó en Hebrón sobre
la casa de Judá, siete años y seis
meses.
12 Y Abner hijo de Ner salió de
Mahanaim a Gabaón con los sier-
vos de Isboset hijo de Saúl.
13 Y Joab hijo de Sarvia, y los
siervos de David, salieron y en-

contráronlos junto al estanque de Gabaón: y como se juntaron, paráronse los unos de la una parte del estanque, y los otros de la otra.

14 Y dijo Abner a Joab: Levántense ahora los mancebos, y maniobren delante de nosotros. Y Joab respondió: Levántense.

15 Entonces se levantaron, y en número de doce, pasaron de Benjamín de la parte de Isboset hijo de Saúl; y doce de los siervos de David.

16 Y cada uno echó mano de la cabeza de su compañero, y *metióle* su espada por el costado, cayendo así a una; por lo que fue llamado aquel lugar, Helcatasurim, el cual está en Gabaón.

17 Y hubo aquel día una batalla muy recia, y Abner y los hombres de Israel fueron vencidos de los siervos de David.

18 Y estaban allí los tres hijos de Sarvia: Joab, y Abisai, y Asael. Este Asael era suelto de pies como un corzo del campo.

19 El cual Asael siguió a Abner, yendo tras de él sin apartarse a diestra ni a siniestra.

20 Y Abner miró atrás, y dijo: ¿No eres tú Asael? Y él respondió: Sí.

21 Entonces Abner le dijo: Apártate a la derecha o a la izquierda, y agárrate alguno de los mancebos, y toma para ti sus despojos. Pero Asael no quiso apartarse de en pos de él.

22 Y Abner tornó a decir a Asael: Apártate de en pos de mí, porque te heriré *derribándote* en tierra, y *después* ¿cómo levantaré mi rostro a tu hermano Joab?

23 Y no queriendo él irse, hirióle Abner con el regatón de la lanza por la quinta *costilla*, y salióle la lanza por las espaldas, y cayó allí, y murió en aquel mismo sitio. Y todos los que venían por aquel lugar donde Asael había caído y estaba muerto, se paraban.

24 Mas Joab y Abisai siguieron a Abner; y púsoseles el sol cuando llegaron al collado de Amma, que está delante de Gía, junto al camino del desierto de Gabaón.

25 Y juntáronse los hijos de Benjamín en un escuadrón con Abner, y paráronse en la cumbre del collado.

26 Y Abner dio voces a Joab, diciendo: ¿Consumirá la espada perpetuamente? ¿no sabes tú que al cabo se sigue amargura? ¿hasta cuándo no has de decir al pueblo que se vuelvan de seguir a sus hermanos?

27 Y Joab respondió: Vive Dios que si no hubieras hablado, ya desde esta mañana el pueblo hubiera dejado de seguir a sus hermanos.

28 Entonces Joab tocó el cuerno, y todo el pueblo se detuvo, y no siguió más a los de Israel, ni peleó más.

29 Y Abner y los suyos caminaron por la campiña toda aquella noche, y pasando el Jordán cruzaron por todo Bitrón, y llegaron a Mahanaim.

30 Joab también volvió de seguir a Abner, y juntando todo el pueblo, faltaron de los siervos de David diecinueve hombres, y Asael.

31 Mas los siervos de David hirieron de los de Benjamín y de los de Abner, trescientos y sesenta hombres, que murieron. Tomaron luego a Asael, y sepultáronlo en el sepulcro de su padre en Belem.

32 Y caminaron toda aquella
noche Joab y los suyos, y ama-
neciόles en Hebrón.

CAPÍTULO 3

Y HUBO larga guerra entre
la casa de Saúl y la casa de
David; mas David se iba fortifi-
cando, y la casa de Saúl iba en
disminución.
2 Y nacieron hijos a David en He-
brón: su primogénito fue Amón,
de Ahinoam Jezreelita;
3 Su segundo Chileab, de Abigail
la esposa de Nabal, el del Car-
melo; el tercero, Absalóm, hijo
de Maaca, hija de Talmai rey de
Gesur:
4 El cuarto, Adonías hijo de Ha-
guit; el quinto, Sefatías hijo de
Abital;
5 El sexto, Jetream, de Egla es-
posa de David. Éstos nacieron a
David en Hebrón.
6 Y como había guerra entre la
casa de Saúl y la de David, acon-
teció que Abner se esforzaba por
la casa de Saúl.
7 Y había Saúl tenido una concu-
bina que se llamaba Rispa, hija
de Aja. Y dijo *Isboset* a Abner:
¿Por qué has entrado a la concu-
bina de mi padre?
8 Y enojóse Abner en gran mane-
ra por las palabras de Isboset, y
dijo: ¿Soy yo cabeza de perros
respecto de Judá? Yo he hecho
hoy misericordia con la casa de
Saúl tu padre, con sus hermanos,
y con sus amigos, y no te he en-
tregado en las manos de David:
¿y tú me haces hoy cargo del pe-
cado de esta mujer?
9 Así haga Dios a Abner y así
le añada, si como ha jurado el
SEÑOR a David no hiciere yo así
con él,
10 Trasladando el reino de la
casa de Saúl, y confirmando
el trono de David sobre Israel
y sobre Judá, desde Dan hasta
Beer-sebah.
11 Y él no pudo responder pala-
bra a Abner, porque le temía.
12 Y envió Abner mensajeros
a David de su parte, diciendo:
¿Cúya es la tierra? Y que le dije-
sen: Haz pacto conmigo, y he
aquí que mi mano será contigo
para volver a ti a todo Israel.
13 Y *David* dijo: Bien; yo haré
contigo alianza: mas una cosa
te pido, y es, que no me vengas
a ver sin que primero traigas a
Mical la hija de Saúl, cuando vi-
nieres a verme.
14 Después de esto envió David
mensajeros a Isboset hijo de
Saúl, diciendo: Restitúyeme a mi
esposa Mical, la cual yo desposé
conmigo por cien prepucios de
Filisteos.
15 Entonces Isboset envió, y qui-
tóla a su marido Paltiel, hijo de
Lais.
16 Y su marido fue con ella, si-
guiéndola y llorando hasta Bahu-
rim. Y díjole Abner: Anda, vuél-
vete. Entonces él se volvió.
17 Y habló Abner con los ancia-
nos de Israel, diciendo: Ayer y
antes procurabais que David
fuese rey sobre vosotros;
18 Ahora, pues, hacedlo; porque
el SEÑOR ha hablado a David,
diciendo: Por la mano de mi sier-
vo David libraré a mi pueblo Is-
rael de mano de los Filisteos, y
de mano de todos sus enemigos.
19 Y habló también Abner a
los de Benjamín: y fue también
Abner a Hebrón a decir a David
todo el parecer de los de Israel y
de toda la casa de Benjamín.

20 Vino pues Abner a David en
Hebrón, y con él veinte hombres:
y David hizo banquete a Abner y
a los que con él habían venido.
21 Y dijo Abner a David: Yo me
levantaré e iré, y juntaré a mi
señor el rey a todo Israel, para
que hagan contigo alianza, y tú
reines como deseas. David despidió
luego a Abner, y él se fue
en paz.
22 Y he aquí los siervos de David
y Joab, que venían del campo, y
traían consigo gran presa. Mas
Abner no estaba con David en
Hebrón, que ya lo había él despedido,
y él se había ido en paz.
23 Y luego que llegó Joab y todo
el ejército que con él estaba, fue
dado aviso a Joab, diciendo:
Abner hijo de Ner ha venido al
rey, y él le ha despedido, y se fue
en paz.
24 Entonces Joab vino al rey, y
díjole: ¿Qué has hecho? He aquí
habíase venido Abner a ti; ¿por
qué pues lo dejaste que se fuese?
25 ¿Sabes tú que Abner hijo de
Ner ha venido para engañarte,
y a saber tu salida y tu entrada,
y por entender todo lo que tú
haces?
26 Y saliéndose Joab de con
David, envió mensajeros tras
Abner, los cuales le volvieron
desde el pozo de Sira, sin saberlo
David.
27 Y como Abner volvió a Hebrón,
apartólo Joab al medio
de la puerta, hablando con él
blandamente, y allí le hirió por
la quinta *costilla*, por la sangre de
Asael su hermano, y murió.
28 Cuando David supo después
esto, dijo: Limpio estoy yo y mi
reino, por el SEÑOR, para siempre,
de la sangre de Abner hijo de Ner.
29 Caiga sobre la cabeza de Joab,
y sobre toda la casa de su padre;
que nunca falte de la casa de
Joab quien padezca flujo, ni leproso,
ni quien ande con báculo,
ni quien muera a espada, ni
quien tenga falta de pan.
30 Joab pues y Abisai su hermano
mataron a Abner, porque él
había muerto a Asael, hermano
de ellos en la batalla de Gabaón.
31 Entonces dijo David a Joab, y
a todo el pueblo que con él estaba:
Romped vuestros vestidos, y
ceñíos de sacos, y haced duelo
delante de Abner. Y el rey iba
detrás del féretro.
32 Y sepultaron a Abner en Hebrón:
y alzando el rey su voz,
lloró junto al sepulcro de Abner;
y lloró también todo el pueblo.
33 Y endechando el rey al mismo
Abner, decía: ¿Murió Abner
como muere un villano?
34 Tus manos no estaban atadas,
ni tus pies ligados con grillos:
Caíste como los que caen delante
de malos hombres. Y todo el pueblo
volvió a llorar sobre él.
35 Y como todo el pueblo viniese
a dar de comer pan a David
siendo aún de día, David juró,
diciendo: Así me haga Dios y así
me añada, si antes que se ponga
el sol gustare yo pan, u otra cualquier
cosa.
36 Súpolo así todo el pueblo, y
plugo en sus ojos; porque todo lo
que el rey hacía parecía bien en
ojos de todo el pueblo.
37 Y todo el pueblo y todo Israel
entendieron aquel día, que no
había venido del rey que Abner
hijo de Ner muriese.
38 Y el rey dijo a sus siervos: ¿No
sabéis que ha caído hoy en Israel
un príncipe, y grande?

39 Y yo, el día de hoy, soy tierno aunque ungido rey; y estos hombres, los hijos de Sarvia, muy duros me son: el SEÑOR dé el pago al que mal hace, conforme a su malicia.

CAPÍTULO 4

LUEGO que oyó el hijo de Saúl que Abner había sido muerto en Hebrón, las manos se le descoyuntaron, y fue atemorizado todo Israel.
2 Y tenía el hijo de Saúl dos varones, los cuales eran capitanes de compañía, el nombre de uno era Baana, y el del otro Recab, hijos de Rimón Beerotita, de los hijos de Benjamín: (porque Beerot era contada con Benjamín;
3 Estos Beerotitas se habían huido a Gitaim, y habían sido peregrinos allí hasta entonces.)
4 Y Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo lisiado de los pies de edad de cinco años: que cuando la noticia *de la muerte* de Saúl y de Jonatán vino de Jezreel, tomóle su ama y huyó; y como iba huyendo con celeridad, cayó el *niño* y quedó cojo. Su nombre era Mefiboset.
5 Los hijos pues de Rimón Beerotita, Recab y Baana, fueron y entraron en el mayor calor del día en casa de Isboset, el cual estaba durmiendo en su cámara la siesta.
6 Entonces entraron ellos en medio de la casa *en hábito* de mercaderes de grano, y le hirieron en la quinta *costilla*. Escapáronse luego Recab y Baana su hermano;
7 Pues como entraron en la casa, estando él en su cama en su cámara de dormir, lo hirieron y mataron, y cortáronle la cabeza, y habiéndola tomado, caminaron toda la noche por el camino de la campiña.
8 Y trajeron la cabeza de Isboset a David en Hebrón, y dijeron al rey: He aquí la cabeza de Isboset hijo de Saúl tu enemigo, que procuraba matarte; y el SEÑOR ha vengado hoy a mi señor el rey, de Saúl y de su simiente.
9 Y David respondió a Recab y a su hermano Baana, hijos de Rimón Beerotita, y díjoles: Vive el SEÑOR que ha redimido mi alma de toda angustia,
10 Que cuando uno me dio nuevas, diciendo: He aquí Saúl es muerto imaginándose que traía buenas nuevas, yo lo prendí, y le maté en Siclag en pago de la nueva.
11 ¿Cuánto más a los malos hombres que mataron a un hombre justo en su casa, y sobre su cama? Ahora pues, ¿no tengo yo de demandar su sangre de vuestras manos, y quitaros de la tierra?
12 Entonces David mandó a los mancebos, y ellos los mataron, y cortáronles las manos y los pies, y colgáronlos sobre el estanque, en Hebrón. Luego tomaron la cabeza de Isboset, y enterráronla en el sepulcro de Abner en Hebrón.

CAPÍTULO 5

Y VINIERON todas las tribus de Israel a David en Hebrón, y hablaron, diciendo: He aquí nosotros somos tus huesos y tú carne.
2 Y aun ayer y antes, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, tú sacabas y volvías a Israel. Además el

SEÑOR te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás sobre Israel príncipe.
3 Vinieron pues todos los ancianos de Israel al rey en Hebrón, y el rey David hizo con ellos pacto en Hebrón delante del SEÑOR; y ungieron a David por rey sobre Israel.
4 Era David de treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años.
5 En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses: y en Jerusalem reinó treinta y tres años sobre todo Israel y Judá.
6 Entonces el rey y los suyos fueron a Jerusalem al Jebuseo que habitaba en la tierra; el cual habló a David, diciendo: Tú no entrarás acá, si no echares los ciegos y los cojos; diciendo: No entrará acá David.
7 Empero David tomó la fortaleza de Sión, la cual es la ciudad de David.
8 Y dijo David aquel día: Cualquiera que llegara hasta los canales, e hiriere al Jebuseo, y a los cojos y ciegos, a los cuales el alma de David aborrece, *él será capitán*. Por esto se dijo: Ciego ni cojo no entrará en casa.
9 Y David moró en la fortaleza y púsole por nombre la Ciudad de David: y edificó alrededor, desde Milo para adentro.
10 Y David iba creciendo y aumentándose, y el SEÑOR Dios de los ejércitos era con él.
11 E Hiram rey de Tiro envió también embajadores a David, y madera de cedro, y carpinteros, y canteros para los muros, los cuales edificaron la casa de David.
12 Y entendió David que el SEÑOR le había confirmado por rey sobre Israel, y que había ensalzado su reino por amor de su pueblo Israel.
13 Y tomó David más concubinas y esposas de Jerusalem después que vino de Hebrón, y naciéronle más hijos e hijas.
14 Éstos *son* los nombres de los que le nacieron en Jerusalem: Samúa, y Sobab, y Natán, y Salomón,
15 E Ibhar, y Elisua, y Nefeg, y Jafía,
16 Y Elisama, y Eliada, y Elifelet.
17 Y oyendo los Filisteos que habían ungido a David por rey sobre Israel, todos los Filisteos subieron a buscar a David: lo cual como David oyó, vino a la fortaleza.
18 Y vinieron los Filisteos, y extendiéronse por el valle de Refaim.
19 Entonces consultó David al SEÑOR, diciendo: ¿Iré contra los Filisteos? ¿los entregarás en mis manos? Y el SEÑOR respondió a David: Ve, porque ciertamente entregaré los Filisteos en tus manos.
20 Y vino David a Baal-perasim, y allí los venció David, y dijo: Rompió el SEÑOR mis enemigos delante de mí, como quien rompe aguas. Y por esto llamó el nombre de aquel lugar Baal-perasim.
21 Y dejaron allí sus ídolos, los cuales quemó David y los suyos.
22 Y los Filisteos tornaron a venir, y extendiéronse en el valle de Refaim.
23 Y consultando David al SEÑOR, él le respondió: No subas; mas rodéalos, y vendrás a ellos por delante de los morales:
24 Y cuando oyeres un estruendo

que irá por las copas de los mora-
les, entonces te moverás; porque
el SEÑOR saldrá delante de ti a
herir el campo de los Filisteos.
25 Y David lo hizo así, como el
SEÑOR se lo había mandado; e
hirió a los Filisteos desde Gabaa
hasta llegar a Gaza.

CAPÍTULO 6

Y DAVID tornó a juntar todos
los escogidos de Israel, trein-
ta mil.
2 Y levantóse David, y fue con
todo el pueblo que tenía consigo,
de Baal de Judá, para hacer pasar
de allí el arca de Dios, sobre la
cual era invocado el nombre del
SEÑOR de los ejércitos, que mora
en ella entre los querubines.
3 Y pusieron el arca de Dios sobre
un carro nuevo, y lleváronla de
la casa de Abinadab, que estaba
en Gabaa: y Uza y Ahio, hijos
de Abinadab, guiaban el carro
nuevo.
4 Y cuando lo llevaban de la
casa de Abinadab que estaba en
Gabaa, con el arca de Dios, Ahio
iba delante del arca.
5 Y David y toda la casa de Israel
danzaban delante del SEÑOR
con toda suerte de *instrumentos de*
madera de haya; con arpas, sal-
terios, adufes, flautas y címbalos.
6 Y cuando llegaron a la era de
Nacón, Uza extendió *su mano* al
arca de Dios, y túvola; porque
los bueyes daban sacudidas.
7 Y el furor del SEÑOR se encen-
dió contra Uza, y Dios hirióla allí
por *su* error, y cayó allí muerto
junto al arca de Dios.
8 Y entristecióse David por haber
herido el SEÑOR a Uza: y fue
llamado aquel lugar Pérez-Uza,
hasta hoy.
9 Y temiendo David al SEÑOR
aquel día, dijo: ¿Cómo ha de
venir a mí el arca del SEÑOR?
10 No quiso pues David traer a sí
el arca del SEÑOR a la ciudad de
David; mas llevóla David a casa
de Obed-edom Geteo.
11 Y estuvo el arca del SEÑOR
en casa de Obed-edom Geteo
tres meses: y bendijo el SEÑOR a
Obed-edom y a toda su casa.
12 Y fue dado aviso al rey David,
diciendo: el SEÑOR ha bendeci-
do la casa de Obed-edom, y todo
lo que tiene, a causa del arca de
Dios. Entonces David fue, y trajo
el arca de Dios de casa de Obed-
edom a la ciudad de David con
alegría.
13 Y como los que llevaban el
arca del SEÑOR habían andado
seis pasos, sacrificaban un buey
y *un carnero* grueso.
14 Y David saltaba con toda su
fuerza delante del SEÑOR; y
tenía vestido David un efod de
lino.
15 Así David y toda la casa de Is-
rael llevaban el arca del SEÑOR
con júbilo y sonido de trompeta.
16 Y como el arca del SEÑOR
llegó a la ciudad de David, acon-
teció que Mical hija de Saúl miró
desde una ventana, y vio al rey
David que saltaba con toda su
fuerza delante del SEÑOR: y me-
nosprecióle en su corazón.
17 Metieron pues el arca del
SEÑOR, y pusiéronla en su lugar
en medio de una tienda que
David le había tendido: y sacrifi-
có David holocaustos y pacíficos
delante del SEÑOR.
18 Y como David hubo acabado
de ofrecer los holocaustos y pací-
ficos, bendijo al pueblo en el nom-
bre del SEÑOR de los ejércitos.

19 Y repartió a todo el pueblo, y
a toda la multitud de Israel, así a
hombres como a mujeres, a cada
uno una torta de pan, y un pedazo de carne, y un frasco *de vino*. Y
fuese todo el pueblo, cada uno a
su casa.
20 Volvió luego David para bendecir su casa: y saliendo Mical a
recibir a David, dijo: ¡Cuán honrado ha sido hoy el rey de Israel,
desnudándose hoy delante de las
criadas de sus siervos, como se
desnudara un juglar!
21 Entonces David respondió a
Mical: Delante del SEÑOR, que
me eligió más bien que a tu
padre y a toda su casa, mandándome que fuese príncipe sobre el
pueblo del SEÑOR, sobre Israel,
danzaré delante del SEÑOR.
22 Y aun me haré más vil que
esta vez, y seré bajo a mis propios ojos; y delante de las criadas que dijiste, delante de ellas
seré honrado.
23 Y Mical hija de Saúl nunca
tuvo hijos hasta el día de su
muerte.

CAPÍTULO 7

Y ACONTECIÓ que, estando ya
el rey asentado en su casa,
después que el SEÑOR le había
dado reposo de todos sus enemigos en derredor,
2 Dijo el rey al profeta Natán:
Mira ahora, yo moro en edificios
de cedro, y el arca de Dios está
entre cortinas.
3 Y Natán dijo al rey: Anda, y
haz todo lo que está en tu corazón, que el SEÑOR es contigo.
4 Y aconteció aquella noche, que
vino la palabra del SEÑOR a
Natán, diciendo:
5 Ve y di a mi siervo David: Así
ha dicho el SEÑOR: ¿Tú me has
de edificar casa en que yo more?
6 Ciertamente no he habitado en
casas desde el día que saqué a
los hijos de Israel de Egipto hasta
hoy, sino que anduve en tienda y
en tabernáculo.
7 Y en todo cuanto he andado
con todos los hijos de Israel, ¿he
hablado palabra en alguna de
las tribus de Israel, a quien haya
mandado que apaciente mi pueblo de Israel, para decir: ¿Por
qué no me habéis edificado casa
de cedros?
8 Ahora pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos: Yo te tomé de la
majada, de detrás de las ovejas,
para que fueses príncipe sobre
mi pueblo, sobre Israel;
9 Y he sido contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he
talado todos tus enemigos, y te
he hecho nombre grande, como
el nombre de los grandes que son
en la tierra.
10 Además yo fijaré lugar a mi
pueblo Israel; yo lo plantaré, para
que habite en su lugar, y nunca
más sea removido, ni los inicuos
le aflijan más, como antes,
11 Desde el día que puse jueces
sobre mi pueblo Israel; y yo te daré
descanso de todos tus enemigos.
Asimismo el SEÑOR te hace saber,
que él te quiere hacer casa.
12 Y cuando tus días fueren cumplidos, y durmieres con tus padres, yo estableceré tu simiente
después de ti, la cual procederá
de tus entrañas, y aseguraré su
reino.
13 Él edificará casa a mi nombre,
y yo estableceré por siempre el
trono de su reino.
14 Yo le seré a él padre, y él me

será a mí hijo. Y si él hiciere mal,
yo le castigaré con vara de hom-
bres, y con azotes de hijos de
hombres;
15 Empero mi misericordia no se
apartará de él, como la aparté de
Saúl, al cual quité de delante de ti.
16 Y será establecida tu casa y tu
reino por siempre delante de tu
rostro; y tu trono será estableci-
do eternalmente.
17 Conforme a todas estas pala-
bras, y conforme a toda esta vi-
sión, así habló Natán a David.
18 Y entró el rey David, y púso-
se delante del SEÑOR, y dijo: Oh
Señor DIOS, ¿quién soy yo, y qué
es mi casa, para que tú me trai-
gas hasta aquí?
19 Y aun te ha parecido poco
esto, Oh Señor DIOS, pues que
también has hablado de la casa
de tu siervo en lo por venir. ¿Es
ése el modo de obrar del hombre,
Oh Señor DIOS?
20 ¿Y qué más puede añadir
David hablando contigo? Tú pues
conoces tu siervo, Señor DIOS.
21 Todas estas grandezas has
obrado por tu palabra y confor-
me a tu corazón, haciéndolas
saber a tu siervo.
22 Por tanto tú te has engrandeci-
do, oh SEÑOR Dios: por cuan-
to no hay como tú, ni hay Dios
fuera de ti, conforme a todo lo
que hemos oído con nuestros
oídos.
23 ¿Y quién como tu pueblo,
como Israel, en la tierra? una
gente por amor de la cual Dios
fuese a redimírsela por pueblo,
y le pusiese nombre, e hiciese
por vosotros, *oh Israel,* grandes
y espantosas obras en tu tie-
rra, por amor de tu pueblo, *oh
Dios*, que tú redimiste de Egip-
to, de las gentes y de sus dioses?
24 Porque tú te has confirmado a
tu pueblo Israel por pueblo tuyo
para siempre: y tú, oh SEÑOR,
fuiste a ellos por Dios.
25 Ahora pues, oh SEÑOR Dios, la
palabra que has hablado sobre tu
siervo y sobre su casa, establéce-
la por siempre, y haz conforme a
lo que has dicho.
26 Que sea engrandecido tu
nombre para siempre, y dígase:
el SEÑOR de los ejércitos es Dios
sobre Israel; y que la casa de tu
siervo David sea firme delante
de ti.
27 Porque tú, oh SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel, revelaste
al oído de tu siervo, diciendo: Yo
te edificaré casa. Por esto tu sier-
vo ha hallado en su corazón para
hacer delante de ti esta súplica.
28 Ahora pues, oh Señor DIOS,
tú eres Dios, y tus palabras serán
firmes, ya que has dicho a tu
siervo este bien.
29 Tenlo pues ahora a bien, y
bendice la casa de tu siervo, para
que perpetuamente permanez-
ca delante de ti: pues que tú, oh
Señor DIOS, lo has dicho, y con
tu bendición será bendita la casa
de tu siervo para siempre.

CAPÍTULO 8

DESPUÉS de esto aconteció,
que David hirió a los Filis-
teos, y los humilló: y tomó David
a Metegama de mano de los Fi-
listeos.
2 Hirió también a los de Moab,
y midiólos con cordel, haciéndo-
los echar por tierra; y midió con
dos cordeles para muerte, y un
cordel entero para vida; y fueron
los Moabitas siervos debajo de
tributo.

3 Asimismo hirió David a Ha-
dad-ezer hijo de Rehob, rey de
Soba, yendo él a recuperar su te-
rritorio hasta el río Eufrates.
4 Y tomó David de *ellos* mil *carros*,
y setecientos hombres de a caba-
llo, veinte mil hombres de pie; y
desjarretó David los caballos de
todos los carros, excepto cien ca-
rros de ellos que dejó.
5 Y vinieron los Siros de Damas-
co a dar ayuda a Hadad-ezer rey
de Soba; y David hirió de los
Siros veinte y dos mil hombres.
6 Puso luego David guarnición
en Siria de Damasco, y fueron
los Siros siervos de David sujetos
a tributo. Y el SEÑOR guardó a
David donde quiera que fue.
7 Y tomó David los escudos de
oro que traían los siervos de Ha-
dad-ezer, y llevólos a Jerusalem.
8 Asimismo de Beta y de Beerot,
ciudades de Hadad-ezer, tomó el
rey David gran copia de latón.
9 Entonces oyendo Toi, rey de
Hamat, que David había herido
todo el ejército de Hadad-ezer,
10 Envió Toi a Joram su hijo al
rey David, a saludarle pacífica-
mente y a bendecirle, porque
había peleado con Hadad-ezer y
lo había vencido: porque Toi era
enemigo de Hadad-ezer. Y *Joram*
llevaba en su mano vasos de
plata, y vasos de oro, y de latón;
11 Los cuales el rey David dedicó
al SEÑOR, con la plata y el oro
que tenía dedicado de todas las
naciones que había sometido:
12 De los Siros, de los Moabitas,
de los Amonitas, de los Filisteos,
de los Amalecitas, y del despojo
de Hadad-ezer hijo de Rehob, rey
de Soba.
13 Y ganó David fama cuando,
volviendo de la rota de los Siros,
hirió diez y ocho mil hombres en
el valle de la sal.
14 Y puso guarnición en Edom,
por toda Edom puso guarnición;
y todos los Idumeos fueron sier-
vos de David. Y el SEÑOR guar-
dó a David por donde quiera que
fue.
15 Y reinó David sobre todo Is-
rael; y hacía David derecho y jus-
ticia a todo su pueblo.
16 Y Joab hijo de Sarvia *era gene-
ral* de su ejército; y Josafat hijo
de Ahilud, canciller;
17 Y Sadoc hijo de Ahitud, y Ahi-
melec hijo de Abiatar, eran sa-
cerdotes; y Seraía era escriba;
18 Y Benahía hijo de Joiada, era
sobre los Cereteos y Peleteos; y
los hijos de David eran los prín-
cipes.

CAPÍTULO 9

Y DIJO David: ¿Ha quedado
alguno de la casa de Saúl, a
quien haga yo misericordia por
amor de Jonatán?
2 Y había un siervo de la casa
de Saúl, que se llamaba Siba, al
cual como llamaron que viniese
a David, el rey le dijo: ¿Eres tú
Siba? Y él respondió: Tu siervo.
3 Y el rey dijo: ¿No ha quedado
nadie de la casa de Saúl, a quien
haga yo misericordia de Dios?
Y Siba respondió al rey: Aun ha
quedado un hijo de Jonatán, li-
siado de los pies.
4 Entonces el rey le dijo: ¿Y ése
dónde está? Y Siba respondió al
rey: He aquí, está en casa de Ma-
quir hijo de Amiel, en Lodebar.
5 Y envió el rey David, y tomólo
de casa de Maquir hijo de Amiel,
de Lodebar.
6 Y venido Mefiboset, hijo de Jo-
natán hijo de Saúl, a David, pos-

tróse sobre su rostro, e hizo reverencia. Y dijo David: Mefiboset. Y él respondió: He aquí tu siervo.
7 Y díjole David: No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te haré volver todas las tierras de Saúl tu padre; y tú comerás siempre pan a mi mesa.
8 Y él inclinándose, dijo: ¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?
9 Entonces el rey llamó a Siba, siervo de Saúl, y díjole: Todo lo que fue de Saúl y de toda su casa, yo lo he dado al hijo de tu señor.
10 Tú pues le labrarás las tierras, tú con tus hijos, y tus siervos, y encerrarás *los frutos*, para que el hijo de tu señor tenga con qué mantenerse; y Mefiboset el hijo de tu señor comerá siempre pan a mi mesa. Y tenía Siba quince hijos y veinte siervos.
11 Y respondió Siba al rey: Conforme a todo lo que ha mandado mi señor el rey a su siervo, así lo hará tu siervo. Mefiboset, *dijo el rey*, comerá a mi mesa, como uno de los hijos del rey.
12 Y tenía Mefiboset un hijo pequeño, que se llamaba Micaías. Y toda la familia de la casa de Siba eran siervos de Mefiboset.
13 Y moraba Mefiboset en Jerusalem, porque comía siempre a la mesa del rey; y era cojo de ambos pies.

CAPÍTULO 10

DESPUÉS de esto aconteció, que murió el rey de los hijos de Amón: y reinó en lugar suyo Hanún su hijo.
2 Y dijo David: Yo haré misericordia con Hanún hijo de Naas, como su padre la hizo conmigo. Y envió David sus siervos a consolarlo por su padre. Mas llegados los siervos de David a la tierra de los hijos de Amón,
3 Los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún su señor: ¿Te parece que por honrar David a tu padre te ha enviado consoladores? ¿no ha enviado David sus siervos a ti por reconocer e inspeccionar la ciudad, para destruirla?
4 Entonces Hanún tomó los siervos de David, y rapóles la mitad de la barba, y cortóles los vestidos por la mitad hasta las nalgas, y despachólos.
5 Lo cual como fue hecho saber a David, envió a encontrarles, porque ellos estaban en extremo avergonzados; y el rey hizo decir*les*: Estaos en Jericó hasta que os vuelva a nacer la barba, y entonces regresaréis.
6 Y viendo los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a David, enviaron los hijos de Amón y tomaron a sueldo a los Siros de la casa de Rehob, y a los Siros de Soba, veinte mil hombres de a pie: y del rey de Maaca mil hombres, y de Istob doce mil hombres.
7 Lo cual como oyó David, envió a Joab con todo el ejército de los valientes.
8 Y saliendo los hijos de Amón, ordenaron sus escuadrones a la entrada de la puerta: mas los Siros de Soba, y de Rehob, y de Istob, y de Maaca, estaban de por sí en el campo.
9 Viendo pues Joab que había escuadrones delante y detrás de él, entresacó de todos los escogidos

de Israel, y púsose en orden contra los Siros.
10 Entregó luego lo que quedó del pueblo en mano de Abisai su hermano, y púsolo en orden para encontrar a los Amonitas.
11 Y dijo: Si los Siros me fueren superiores, tú me ayudarás; y si los hijos de Amón pudieren más que tú, yo te daré ayuda.
12 Esfuérzate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios: y haga el SEÑOR lo que bien le pareciere.
13 Y acercóse Joab, y el pueblo que con él estaba, para pelear con los Siros; mas ellos huyeron delante de él.
14 Entonces los hijos de Amón, viendo que los Siros habían huído, huyeron también ellos delante de Abisai, y entráronse en la ciudad. Y volvió Joab de los hijos de Amón, y vínose a Jerusalem.
15 Mas viendo los Siros que habían caído delante de Israel, tornáronse a juntar.
16 Y envió Hadad-ezer, y sacó los Siros que estaban de la otra parte del río, los cuales vinieron a Helam, llevando por jefe a Sobac general del ejército de Hadad-ezer.
17 Y como fue dado aviso a David, juntó a todo Israel, y pasando el Jordán vino a Helam: y los Siros se pusieron en orden contra David, y pelearon con él.
18 Mas los Siros huyeron delante de Israel: e hirió David de los Siros *la gente de* setecientos carros, y cuarenta mil hombres de a caballo: hirió también a Sobac general del ejército, y murió allí.
19 Viendo pues todos los reyes que asistían a Hadad-ezer, como habían ellos sido derrotados delante de Israel, hicieron paz con Israel, y sirviéronle; y de allí adelante temieron los Siros de socorrer a los hijos de Amón.

CAPÍTULO 11

Y ACONTECIÓ a la vuelta de un año, en el tiempo que salen los reyes *a la guerra*, que David envió a Joab, y a sus siervos con él, y a todo Israel; y destruyeron a los Amonitas, y pusieron cerco a Rabá: mas David se quedó en Jerusalem.
2 Y acaeció que levantándose David de su cama a la hora de la tarde, paseábase por el terrado de la casa real, cuando vio desde el terrado una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa.
3 Y envió David a preguntar por aquella mujer, y dijéronle: Aquella es Batseba hija de Eliam, esposa de Urías Heteo.
4 Y envió David mensajeros, y la tomó: y ella vino a él, y él se acostó con ella; pues ella estaba purificada de su inmundicia; y se volvió a su casa.
5 Y concibió la mujer, y enviólo a hacer saber a David, diciendo: Yo estoy embarazada.
6 Entonces David envió a decir a Joab: Envíame a Urías Heteo. Y enviólo Joab a David.
7 Y como Urías vino a él, preguntóle David por la salvación de Joab, y por la salvación del pueblo, y asimismo de la guerra.
8 Después dijo David a Urías: Desciende a tu casa, y lava tus pies. Y saliendo Urías de casa del rey, vino tras de él comida real.
9 Mas Urías durmió a la puerta de la casa del rey con todos los

siervos de su señor, y no descendió a su casa.
10 E hicieron saber esto a David, diciendo: Urías no ha descendido a su casa. Y dijo David a Urías: ¿No has venido de camino? ¿por qué pues no descendiste a tu casa?
11 Y Urías respondió a David: El arca, e Israel y Judá, están debajo de tiendas; y mi señor Joab, y los siervos de mi señor sobre la faz del campo: ¿y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y a dormir con mi esposa? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa.
12 Y David dijo a Urías: Estáte aquí aún hoy, y mañana te despacharé. Y quedóse Urías en Jerusalem aquel día y el siguiente.
13 Y David lo convidó, e hízole comer y beber delante de sí, hasta embriagarlo. Y él salió a la tarde a dormir en su cama con los siervos de su señor; mas no descendió a su casa.
14 Venida la mañana, escribió David a Joab una carta, la cual envió por mano de Urías.
15 Y escribió en la carta, diciendo: Poned a Urías delante de la fuerza de la batalla, y desamparadle, para que sea herido y muera.
16 Así sucedió que cuando Joab cercó la ciudad, puso a Urías en el lugar donde sabía que estaban los hombres más valientes.
17 Y saliendo luego los de la ciudad, pelearon con Joab, y cayeron algunos del pueblo de los siervos de David; y murió también Urías Heteo.
18 Entonces envió Joab, e hizo saber a David todos los negocios de la guerra.
19 Y mandó al mensajero, diciendo: Cuando acabares de contar al rey todos los negocios de la guerra,
20 Si el rey comenzare a enojarse, y te dijere: ¿Por qué os acercasteis a la ciudad peleando? ¿no sabíais lo que suelen arrojar del muro?
21 ¿Quién hirió a Abimelec hijo de Jerobaal? ¿no echó una mujer del muro un pedazo de una rueda de molino, y murió en Tebes? ¿por qué os llegasteis al muro? entonces tú le dirás: También tu siervo Urías Heteo es muerto.
22 Y fue el mensajero, y llegando, contó a David todas las cosas a que Joab le había enviado.
23 Y dijo el mensajero a David: Prevalecieron contra nosotros los hombres, que salieron a nosotros al campo, bien que nosotros les hicimos retroceder hasta la entrada de la puerta;
24 Pero los flecheros tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos de los siervos del rey; y murió también tu siervo Urías Heteo.
25 Y David dijo al mensajero: Dirás así a Joab: No tengas pesar de esto, que de igual y semejante manera suele consumir la espada: esfuerza la batalla contra la ciudad, hasta que la rindas. Y tú aliéntale.
26 Y oyendo la esposa de Urías que su marido Urías era muerto, hizo duelo por su marido.
27 Y pasado el luto, envió David y recogióla a su casa: y fue ella su esposa, y parióle un hijo. Mas esto que David había hecho, fue desagradable a los ojos del SEÑOR.

CAPÍTULO 12

Y ENVIÓ el SEÑOR a Natán a
David, el cual viniendo a él,
díjole: Había dos hombres en
una ciudad, el uno rico, y el otro
pobre.
2 El rico tenía numerosas ovejas
y vacas:
3 Mas el pobre no tenía más que
una sola cordera, que él había
comprado y criado, y que había
crecido con él y con sus hijos
juntamente, comiendo de su bo-
cado, y bebiendo de su vaso, y
durmiendo en su seno: y teníala
como a una hija.
4 Y vino uno de camino al hom-
bre rico; y él no quiso tomar de
sus ovejas y de sus vacas, para
guisar al caminante que le había
venido, sino que tomó la oveja de
aquel hombre pobre, y aderezóla
para aquél que le había venido.
5 Entonces se encendió el furor
de David en gran manera contra
aquel hombre, y dijo a Natán:
Vive el SEÑOR, que el que tal
hizo es digno de muerte.
6 Y que él debe pagar la cordera
con cuatro tantos, porque hizo
esta tal cosa, y no tuvo miseri-
cordia.
7 Entonces dijo Natán a David:
Tú eres aquel hombre. Así ha
dicho el SEÑOR, Dios de Israel:
Yo te ungí por rey sobre Israel, y
te libré de la mano de Saúl;
8 Yo te di la casa de tu señor,
y las esposas de tu señor en tu
seno: demás de esto te di la casa
de Israel y de Judá; y si esto es
poco, yo te añadiré tales y tales
cosas.
9 ¿Por qué pues tuviste en poco
la palabra del SEÑOR, haciendo
lo malo delante de sus ojos? A
Urías Heteo heriste a espada, y
tomaste por tu esposa a su espo-
sa, y a él mataste con la espada
de los hijos de Amón.
10 Por lo cual ahora no se apar-
tará jamás de tu casa la espada;
por cuanto me menospreciaste, y
tomaste la esposa de Urías Heteo
para que fuese tu esposa.
11 Así ha dicho el SEÑOR: He
aquí yo levantaré sobre ti el mal
de tu misma casa, y tomaré tus
esposas delante de tus ojos, y las
daré a tu prójimo, el cual yacerá
con tus esposas a la vista de este
sol.
12 Porque tú lo hiciste en secre-
to; mas yo haré esto delante de
todo Israel, y delante del sol.
13 Entonces dijo David a Natán:
Pequé contra el SEÑOR. Y Natán
dijo a David: También el SEÑOR
ha remitido tu pecado: no mori-
rás.
14 Mas por cuanto con este nego-
cio hiciste blasfemar a los enemi-
gos del SEÑOR, el hijo que te ha
nacido morirá ciertamente.
15 Y Natán se volvió a su casa.
Y el SEÑOR hirió al niño que la
esposa de Urías había parido a
David, y enfermó gravemente.
16 Entonces rogó David a Dios
por el niño; y ayunó David, reco-
gióse, y pasó la noche acostado
en tierra.
17 Y levantándose los ancianos
de su casa *fueron* a él para hacer-
lo levantar de tierra; mas él no
quiso, ni comió con ellos pan.
18 Y al séptimo día murió el niño;
pero sus siervos no osaban hacer-
le saber que el niño era muerto,
diciendo *entre sí*: Cuando el niño
aun vivía, le hablábamos, y no
quería oír nuestra voz: ¿pues
cuánto más mal le hará, si le
dijéremos que el niño es muerto?

19 Mas David viendo a sus siervos hablar entre sí, entendió que el niño era muerto; por lo que dijo David a sus siervos: ¿Es muerto el niño? Y ellos respondieron: Muerto es.
20 Entonces David se levantó de tierra, y lavóse y ungióse, y mudó sus ropas, y entró a la casa del SEÑOR, y adoró. Y después vino a su casa, y demandó, y pusiéronle pan, y comió.
21 Y dijéronle sus siervos: ¿Qué es esto que has hecho? Por el niño, viviendo aún, ayunabas y llorabas; y él muerto, levantástete y comiste pan.
22 Y él respondió: Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si DIOS tendrá compasión de mí, por manera que viva el niño?
23 Mas ahora que ya es muerto, ¿para qué tengo de ayunar? ¿podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí.
24 Y consoló David a Batseba su esposa, y entrando a ella, durmió con ella; y parió un hijo, y llamó su nombre Salomón, al cual amó el SEÑOR:
25 Que envió por mano de Natán profeta, y llamó su nombre Jedidiah, a causa del SEÑOR.
26 Y Joab peleaba contra Rabá de los hijos de Amón, y tomó la ciudad real.
27 Entonces envió Joab mensajeros a David, diciendo: Yo he peleado contra Rabá, y he tomado la ciudad de las aguas.
28 Junta pues ahora el pueblo que queda, y asienta campo contra la ciudad, y tómala; porque tomando yo la ciudad, no se llame de mi nombre.
29 Y juntando David todo el pueblo fue contra Rabá, y combatióla, y tomóla.
30 Y tomó la corona de su rey de su cabeza, la cual pesaba un talento de oro, y *tenía* piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Y trajo muy grande despojo de la ciudad.
31 Sacó además el pueblo que estaba en ella, y púsolo debajo de sierras, y de trillos de hierro, y de hachas de hierro; e hízolos pasar por hornos de ladrillos: y lo mismo hizo a todas las ciudades de los hijos de Amón. Volvióse luego David con todo el pueblo a Jerusalem.

CAPÍTULO 13

ACONTECIÓ después de esto, que teniendo Absalom hijo de David una hermana hermosa que se llamaba Tamar, enamoróse de ella Amnón hijo de David.
2 Y estaba Amnón angustiado hasta enfermar, por Tamar su hermana: porque por ser ella virgen, parecía a Amnón que sería cosa dificultosa hacerle algo.
3 Y Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David: y era Jonadab hombre muy astuto.
4 Y éste le dijo: Hijo del rey, ¿por qué de día en día vas así enflaqueciendo? ¿no me lo descubrirás a mí? Y Amnón le respondió: Yo amo a Tamar la hermana de Absalom mi hermano.
5 Y Jonadab le dijo: Acuéstate en tu cama, y finge que estás enfermo; y cuando tu padre viniere a visitarte, dile: Ruégote que venga mi hermana Tamar, para que me conforte con *alguna* comida, y aderece delante de mí alguna vianda, para que

viendo yo, la coma de su mano.
6 Acostóse pues Amnón, y fingió que estaba enfermo, y vino el rey a visitarle: y dijo Amnón al rey: Yo te ruego que venga mi hermana Tamar, y haga delante de mí dos hojuelas, que coma yo de su mano.
7 Y David envió a Tamar a su casa, diciendo: Ve ahora a casa de Amnón tu hermano, y hazle de comer.
8 Y fue Tamar a casa de su hermano Amnón, el cual estaba acostado; y tomó harina, y amasó e hizo hojuelas delante de él, y aderezólas.
9 Tomó luego la sartén, y sacólas delante de él: mas él no quiso comer. Y dijo Amnón: Echad fuera de aquí a todos. Y todos se salieron de allí.
10 Entonces Amnón dijo a Tamar: Trae la comida a la alcoba, para que yo coma de tu mano. Y tomando Tamar las hojuelas que había aderezado, llevólas a su hermano Amnón a la alcoba.
11 Y como ella se las puso delante para que comiese, él trabó de ella, diciéndole: Ven, hermana mía acuéstate conmigo.
12 Ella entonces le respondió: No, hermano mío, no me hagas fuerza; porque no se ha de hacer así con Israel. No hagas tal desacierto.
13 Porque, ¿dónde iría yo con mi deshonra? Y aun tú serías *estimado* como uno de los perversos en Israel. Ruégote pues ahora que hables al rey, que no me negará a ti.
14 Mas él no la quiso oír; antes pudiendo más que ella la forzó, y echóse con ella.
15 Aborrecióla luego Amnón de tan grande aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado. Y díjole Amnón: Levántate y vete.
16 Y ella le respondió: No es razón; mayor mal es éste de echarme, que el que me has hecho. Mas él no la quiso oír:
17 Antes llamando su criado que le servía dijo: Echame ésta allá fuera, y tras ella cierra la puerta.
18 Y tenía ella sobre sí una ropa de colores, traje que las hijas vírgenes de los reyes vestían. Echóla pues fuera su criado, y cerró la puerta tras ella.
19 Entonces Tamar tomó ceniza, y *esparcióla* sobre su cabeza, y rasgó la ropa de colores de que estaba vestida, y puestas sus manos sobre su cabeza, fuese gritando.
20 Y díjole su hermano Absalom: ¿Ha estado contigo tu hermano Amnón? Pues calla ahora, hermana mía: tu hermano es; no pongas tu corazón en este negocio. Y quedóse Tamar desconsolada en casa de Absalom su hermano.
21 Y luego que el rey David oyó todo esto, fue muy enojado.
22 Mas Absalom no habló con Amnón ni malo ni bueno; bien que Absalom aborrecía a Amnón, porque había forzado a Tamar su hermana.
23 Y aconteció pasados dos años, que Absalom tenía esquiladores en Bala-hasor, que está junto a Efraím; y convidó Absalom a todos los hijos del rey.
24 Y vino Absalom al rey, y díjole: He aquí, tu siervo tiene ahora esquiladores: yo ruego que venga el rey y sus siervos con tu siervo.
25 Y respondió el rey a Absalom:

No, hijo mío, no vamos todos, porque no te hagamos costa. Y aunque porfió con él, no quiso ir, mas bendíjolo.
26 Entonces dijo Absalom: Si no, ruégote que venga con nosotros Amnón mi hermano. Y el rey le respondió: ¿Para qué ha de ir contigo?
27 Y como Absalom lo importunase, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey.
28 Y había Absalom dado orden a sus criados, diciendo: Ahora bien, mirad cuando el corazón de Amnón estará alegre del vino, y en diciéndoos yo, herid a Amnón, entonces matadle, y no temáis; que yo os lo he mandado. Esforzaos pues, y sed valientes.
29 Y los criados de Absalom hicieron con Amnón como Absalom lo había mandado. Levantáronse luego todos los hijos del rey, y subieron todos en sus mulos, y huyeron.
30 Y estando aún ellos en el camino, llegó a David el rumor que decía: Absalom ha muerto a todos los hijos del rey, que ninguno de ellos ha quedado.
31 Entonces levantándose David, rasgó sus vestidos, y echóse en tierra, y todos sus criados, rasgados sus vestidos, estaban delante.
32 Y Jonadab, hijo de Simea hermano de David, habló y dijo: No diga mi señor que han muerto a todos los jóvenes hijos del rey, que sólo Amnón es muerto: porque en boca de Absalom estaba puesto desde el día que Amnón forzó a Tamar su hermana.
33 Por tanto, ahora no ponga mi señor el rey en su corazón *esa* voz que dice: Todos los hijos del rey son muertos: porque sólo Amnón es muerto.
34 Absalom huyó luego. Entre tanto, alzando sus ojos el mozo que estaba en atalaya, miró, y he aquí mucho pueblo que venía a sus espaldas por el camino de hacia el monte.
35 Y dijo Jonadab al rey: He allí los hijos del rey que vienen: es así como tu siervo ha dicho.
36 Y como él acabó de hablar, he aquí los hijos del rey que vinieron, y alzando su voz lloraron. Y también el mismo rey y todos sus siervos lloraron con muy grandes lamentos.
37 Mas Absalom huyó, y fuese a Talmai hijo de Amiud, rey de Gesur. Y *David* lloraba por su hijo todos los días.
38 Y después que Absalom huyó y se fue a Gesur, estuvo allá tres años.
39 Y el rey David deseó ver a Absalom: porque ya estaba consolado acerca de Amnón que era muerto.

CAPÍTULO 14

Y CONOCIENDO Joab hijo de Sarvia, que el corazón del rey estaba por Absalom,
2 Envió Joab a Tecoa, y tomó de allá una mujer astuta, y díjole: Yo te ruego que te enlutes, y te vistas de ropas de luto, y no te unjas con óleo, antes sé como mujer que ha mucho tiempo que trae luto por *algún* muerto;
3 Y entrando al rey, habla con él de esta manera. Y puso Joab las palabras en su boca.
4 Entró pues aquella mujer de Tecoa al rey, y postrándose en tierra sobre su rostro hizo reverencia, y dijo: Oh rey, salva.
5 Y el rey dijo: ¿Qué tienes? Y

ella respondió: Yo a la verdad
soy una mujer viuda y mi marido
es muerto.
6 Y tu sierva tenía dos hijos y los
dos riñeron en el campo; y no
habiendo quien los despartiese,
hirió el uno al otro, y matólo.
7 Y he aquí toda la parentela se
ha levantado contra tu sierva, di-
ciendo: Entrega al que mató a su
hermano, para que le hagamos
morir por la vida de su hermano
a quien él mató, y quitemos tam-
bién el heredero. Así apagarán
el ascua que me ha quedado, no
dejando a mi marido nombre ni
reliquia sobre la tierra.
8 Entonces el rey dijo a la mujer:
Vete a tu casa, que yo mandaré
acerca de ti.
9 Y la mujer de Tecoa dijo al rey:
Rey señor mío, la maldad sea
sobre mí y sobre la casa de mi
padre; mas el rey y su trono sin
culpa.
10 Y el rey dijo: Al que hablare
contra ti, tráelo a mí, que no te
tocará más.
11 Dijo ella entonces: Ruégo-
te, oh rey, que te acuerdes del
SEÑOR tu Dios, que no dejes a
los cercanos de la sangre aumen-
tar el daño con destruir a mi hijo.
Y él respondió: Vive el SEÑOR,
que no caerá ni un cabello de la
cabeza de tu hijo en tierra.
12 Y la mujer dijo: Ruégote que
hable tu criada una palabra a mi
señor el rey. Y él dijo: Habla.
13 Entonces la mujer dijo: ¿Por
qué pues piensas tú otro tanto
contra el pueblo de Dios? que
hablando el rey esta palabra, es
como culpado, por cuanto el rey
no hace volver a su fugitivo.
14 Porque de cierto morimos, y
somos como aguas derramadas
por tierra, que no pueden volver
a recogerse: ni Dios hace acep-
ción de persona, sino que arbitra
medio para que su desviado no
sea de él excluido.
15 Y que yo he venido ahora para
decir esto al rey mi señor, es
porque el pueblo me ha puesto
miedo. Mas tu sierva dijo: Habla-
ré ahora al rey: quizá él hará lo
que su sierva diga.
16 Pues el rey oirá, para librar a
su sierva de mano del hombre
que me quiere raer a mí, y a mi
hijo juntamente, de la heredad
de Dios.
17 Tu sierva pues dice: Que sea
ahora la respuesta de mi señor el
rey para descanso; pues que mi
señor el rey es como un ángel de
Dios para escuchar lo bueno y lo
malo. Así el SEÑOR tu Dios sea
contigo.
18 Entonces él respondió, y dijo
a la mujer: Yo te ruego que no
me encubras nada de lo que yo
te preguntare. Y la mujer dijo:
Hable mi señor el rey.
19 Y el rey dijo: ¿No ha sido la
mano de Joab contigo en todas
estas cosas? Y la mujer respon-
dió y dijo: Vive tu alma, rey
señor mío, que no hay que apar-
tarse a derecha ni a izquierda de
todo lo que mi señor el rey ha
hablado: porque tu siervo Joab,
él me mandó, y él puso en boca
de tu sierva todas estas palabras;
20 Y que trocara la forma de las
palabras, Joab tu siervo lo ha
hecho: mas mi señor es sabio,
conforme a la sabiduría de un
ángel de Dios, para conocer lo
que hay en la tierra.
21 Entonces el rey dijo a Joab:
He aquí yo hago esto: ve, y haz
volver al mozo Absalom.

22 Y Joab se postró en tierra sobre su rostro, e hizo reverencia, y después que bendijo al rey, dijo: Hoy ha entendido tu siervo que he hallado gracia en tus ojos, rey señor mío; pues que ha hecho el rey lo que su siervo ha dicho.

23 Levantóse luego Joab, y fue a Gesur, y volvió a Absalom a Jerusalem.

24 Mas el rey dijo: Váyase a su casa, y no vea mi rostro. Y volvióse Absalom a su casa, y no vio el rostro del rey.

25 Y no había en todo Israel hombre tan hermoso como Absalom, de alabar en gran manera: desde la planta de su pie hasta la mollera no había en él defecto.

26 Y cuando se cortaba el cabello, (lo cual hacía al fin de cada año, pues le causaba molestia, y por eso se lo cortaba), pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos de peso real.

27 Y Naciéronle a Absalom tres hijos, y una hija que se llamó Tamar, la cual era hermosa de ver.

28 Y estuvo Absalom por espacio de dos años en Jerusalem, y no vio la cara del rey.

29 Y mandó Absalom por Joab, para enviarlo al rey; mas no quiso venir a él; ni aunque envió por segunda vez, quiso él venir.

30 Entonces dijo a sus siervos: Bien sabéis las tierras de Joab junto a mi lugar, donde tiene sus cebadas; id, y pegadles fuego; y los siervos de Absalom pegaron fuego a las tierras.

31 Levantóse por tanto Joab, y vino a Absalom a su casa, y díjole: ¿Por qué han puesto fuego tus siervos a mis tierras?

32 Y Absalom respondió a Joab: He aquí, yo he enviado por ti, diciendo que vinieses acá, a fin de enviarte yo al rey a que le dijeses: ¿Para qué vine de Gesur? mejor me fuera estar aún allá. Vea yo ahora la cara del rey; y si hay en mí pecado, máteme.

33 Vino pues Joab al rey, e hízoselo saber. Entonces llamó a Absalom, el cual vino al rey, e inclinó su rostro a tierra delante del rey: y el rey besó a Absalom.

CAPÍTULO 15

ACONTECIÓ después de esto, que Absalom se hizo de carros y caballos, y cincuenta hombres que corriesen delante de él.

2 Y levantábase Absalom de mañana, y poníase a un lado del camino de la puerta; y a cualquiera que tenía pleito y venía al rey a juicio, Absalom le llamaba a sí, y decíale: ¿De qué ciudad eres? Y él respondía: Tu siervo es de una de las tribus de Israel.

3 Entonces Absalom le decía: Mira, tus palabras son buenas y justas: mas no tienes quien te oiga por el rey.

4 Y decía Absalom: ¡Quién me pusiera por juez en la tierra, para que viniesen a mí todos los que tienen pleito o negocio, que yo les haría justicia!

5 Y acontecía que, cuando alguno se llegaba para inclinarse a él, él extendía la mano, y lo tomaba, y lo besaba.

6 Y de esta manera hacía con todo Israel que venía al rey a juicio: y así robaba Absalom el corazón de los de Israel.

7 Y al cabo de cuarenta años aconteció que Absalom dijo al rey: Yo te ruego me permitas que vaya a Hebrón, a pagar mi

voto que he prometido al SEÑOR:
8 Porque tu siervo hizo voto cuando estaba en Gesur en Siria, diciendo: Si el SEÑOR me volviere a Jerusalem, yo serviré al SEÑOR.
9 Y el rey le dijo: Ve en paz. Y él se levantó, y se fue a Hebrón.
10 Empero envió Absalom espías por todas las tribus de Israel, diciendo: Cuando oyereis el sonido de la trompeta, diréis: Absalom reina en Hebrón.
11 Y fueron con Absalom doscientos hombres de Jerusalem *por él* convidados, los cuales iban en su sencillez, sin saber nada.
12 También envió Absalom por Ahitofel Gilonita, del consejo de David, a Gilo su ciudad, mientras hacía sus sacrificios. Y la conjuración vino a ser grande, pues se iba aumentando el pueblo con Absalom.
13 Y vino el aviso a David, diciendo: El corazón de todo Israel va tras Absalom.
14 Entonces David dijo a todos sus siervos que estaban con él en Jerusalem: Levantaos y huyamos, porque no podremos escapar delante de Absalom; daos priesa a partir, no sea que apresurándose él nos alcance, y arroje el mal sobre nosotros, y hiera la ciudad a filo de espada.
15 Y los siervos del rey dijeron al rey: He aquí, tus siervos están prestos a todo lo que nuestro señor el rey eligiere.
16 El rey entonces salió, con toda su familia en pos de él. Y dejó el rey diez mujeres concubinas para que guardasen la casa.
17 Salió pues el rey con todo el pueblo que le seguía, y paráronse en un lugar distante.
18 Y todos sus siervos pasaban a su lado, con todos los Cereteos y Peleteos; y todos los Geteos, seiscientos hombres que habían venido a pie desde Gat, iban delante del rey.
19 Y dijo el rey a Itai Geteo: ¿Para qué vienes tú también con nosotros? vuélvete y quédate con el rey; porque tú eres extranjero, y desterrado también de tu lugar.
20 ¿Ayer viniste, y téngote de hacer hoy que mudes lugar para ir con nosotros? Yo voy como voy: tú vuélvete, y haz volver a tus hermanos; en ti haya misericordia y verdad.
21 Y respondió Itai al rey, diciendo: Vive Dios, y vive mi señor el rey, que, o para muerte o para vida, donde mi señor el rey estuviere, allí estará también tu siervo.
22 Entonces David dijo a Itai: Ven *pues*, y pasa. Y pasó Itai Geteo, y todos sus hombres, y toda su familia.
23 Y todo el país lloró en alta voz; pasó luego toda la gente el torrente de Cedrón; asimismo pasó el rey, y todo el pueblo pasó, al camino que va al desierto.
24 Y he aquí, también *iba* Sadoc, y con él todos los Levitas que llevaban el arca del pacto de Dios; y asentaron el arca del pacto de Dios. Y subió Abiatar después que hubo acabado de salir de la ciudad todo el pueblo.
25 Pero dijo el rey a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad; que si yo hallare gracia en los ojos del SEÑOR, él me volverá, y me hará ver a ella y a su tabernáculo:
26 Y si dijere: No me agradas:

aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere.

27 Dijo aún el rey a Sadoc sacerdote: ¿No eres tú el vidente? Vuélvete en paz a la ciudad; y con vosotros vuestros dos hijos, tu hijo Ahimaas, y Jonatán hijo de Abiatar.

28 Mirad, yo me detendré en los campos del desierto, hasta que venga respuesta de vosotros que me dé aviso.

29 Entonces Sadoc y Abiatar volvieron el arca de Dios a Jerusalem; y estuviéronse allá.

30 Y David subió la cuesta de las olivas; y subió llorando, llevando la cabeza cubierta, y los pies descalzos. También todo el pueblo que tenía consigo cubrió cada uno su cabeza, y subieron llorando así como subían.

31 Y dieron aviso a David, diciendo: Ahitofel está entre los que conspiraron con Absalom. Entonces dijo David: Entontece ahora, oh SEÑOR, el consejo de Ahitofel.

32 Y como David llegó a la cumbre *del monte* para adorar allí a Dios, he aquí Husai Arquita que le salió al encuentro, trayendo rota su ropa, y tierra sobre su cabeza.

33 Y díjole David: Si pasares conmigo, serme has de carga;

34 Mas si volvieres a la ciudad, y dijeres a Absalom: Rey, yo seré tu siervo; como hasta aquí he sido siervo de tu padre, así seré ahora siervo tuyo, entonces tú me disiparás el consejo de Ahitofel.

35 ¿No estarán allí contigo Sadoc y Abiatar sacerdotes? Por tanto, todo lo que oyeres en la casa del rey, darás aviso de ello a Sadoc y a Abiatar sacerdotes.

36 Y he aquí que están con ellos sus dos hijos, Ahimaas el de Sadoc, y Jonatán el de Abiatar: por mano de ellos me enviaréis *aviso de* todo lo que oyereis.

37 Así se vino Husai amigo de David a la ciudad; y Absalom entró en Jerusalem.

CAPÍTULO 16

Y COMO David pasó un poco de la cumbre *del monte*, he aquí Siba, el criado de Mefiboset, que lo salía a recibir con un par de asnos enalbardados, y sobre ellos doscientos panes, y cien hilos de pasas, y cien *panes de higos* secos, y un cuero de vino.

2 Y dijo el rey a Siba: ¿Qué *es* esto? Y Siba respondió: Los asnos son para la familia del rey, en que suban; los panes y la pasa para los criados, que coman; y el vino, para que beban los que se cansaren en el desierto.

3 Y dijo el rey: ¿Dónde está el hijo de tu señor? Y Siba respondió al rey: He aquí él se ha quedado en Jerusalem, porque ha dicho: Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre.

4 Entonces el rey dijo a Siba: He aquí, sea tuyo todo lo que tiene Mefiboset. Y respondió Siba inclinándose: Rey señor mío, halle yo gracia delante de ti.

5 Y vino el rey David hasta Bahurim: y he aquí, salía uno de la familia de la casa de Saúl, el cual se llamaba Semei, hijo de Gera; y salía maldiciendo,

6 Y echando piedras contra David, y contra todos los siervos del rey David: y todo el pueblo, y todos los hombres valientes estaban a su diestra y a su siniestra.

7 Y así decía Semei, maldicién-

dole: Sal, sal, varón de sangres, y
hombre de Belial:
8 El SEÑOR te ha dado el pago
de toda la sangre de la casa de
Saúl, en lugar del cual tú has rei-
nado: mas el SEÑOR ha entrega-
do el reino en mano de tu hijo
Absalom; y hete aquí *sorprendido*
en tu maldad, porque eres varón
de sangres.
9 Entonces Abisai hijo de Sarvia,
dijo al rey: ¿Por qué maldice este
perro muerto a mi señor el rey?
Yo te ruego que me dejes pasar, y
quitaréle la cabeza.
10 Y el rey respondió: ¿Qué tengo
yo con vosotros, hijos de Sarvia?
Él maldice así, porque el SEÑOR
le ha dicho que maldiga a David:
¿quién pues le dirá: Por qué lo
haces así?
11 Y dijo David a Abisai y a todos
sus siervos: He aquí, mi hijo que
ha salido de mis entrañas, acecha
a mi vida: ¿cuánto más ahora un
hijo de Benjamín? Dejadle que
maldiga, que el SEÑOR se lo ha
dicho.
12 Quizá mirará el SEÑOR a mi
aflicción, y me dará el SEÑOR
bien por sus maldiciones de hoy.
13 Y como David y los suyos iban
por el camino, Semei iba por el
lado del monte delante de él, an-
dando y maldiciendo, y arrojan-
do piedras a él, y esparciendo
polvo.
14 Y el rey y todo el pueblo que
con él estaba, llegaron fatigados,
y descansaron allí.
15 Y Absalom y todo el pueblo,
los varones de Israel, entraron en
Jerusalem, y con él Ahitofel.
16 Y acaeció luego, que como
Husai Arquita amigo de David
hubo llegado a Absalom, díjole
Husai: Viva el rey, viva el rey.
17 Y Absalom dijo a Husai: ¿Éste
es tu agradecimiento para con tu
amigo? ¿por qué no fuiste con tu
amigo?
18 Y Husai respondió a Absa-
lom: No; antes al que eligiere el
SEÑOR y este pueblo y todos los
varones de Israel, de aquél seré
yo, y con aquél quedaré.
19 ¿Y a quién había yo de servir?
¿no es a su hijo? Como he servi-
do delante de tu padre, así seré
delante de ti.
20 Entonces dijo Absalom a Ahi-
tofel: Consultad qué haremos.
21 Y Ahitofel dijo a Absalom:
Entra a las concubinas de tu
padre, que él dejó para guardar
la casa; y todo el pueblo de Israel
oirá que te has hecho aborreci-
ble a tu padre, y así se esforzarán
las manos de todos los que *están*
contigo.
22 Entonces pusieron una tien-
da a Absalom sobre el terrado, y
entró Absalom a las concubinas
de su padre, en ojos de todo Is-
rael.
23 Y el consejo que daba Ahito-
fel en aquellos días, era como si
consultaran la palabra de Dios.
Tal era el consejo de Ahitofel, así
con David como con Absalom.

CAPÍTULO 17

ENTONCES Ahitofel dijo a
Absalom: Yo escogeré ahora
doce mil hombres, y me levanta-
ré, y seguiré a David esta noche;
2 Y daré sobre él cuando él es-
tará cansado y flaco de manos:
lo atemorizaré, y todo el pueblo
que está con él huirá, y heriré al
rey solo.
3 Así tornaré a todo el pueblo a
ti: y cuando ellos hubieren vuel-
to, (*pues* aquel hombre es el que

tú quieres) todo el pueblo estará
en paz.
4 Esta razón pareció bien a Ab-
salom y a todos los ancianos de
Israel.
5 Y dijo Absalom: Llama también
ahora a Husai Arquita, para que
asimismo oigamos lo que él dirá.
6 Y como Husai vino a Absalom,
hablóle Absalom, diciendo: Así
ha dicho Ahitofel; ¿seguiremos
su consejo, o no? Di tú.
7 Entonces Husai dijo a Absalom:
El consejo que ha dado esta vez
Ahitofel no es bueno.
8 Y añadió Husai: Tú sabes que
tu padre y los suyos son hombres
valientes, y que están con amar-
gura de ánimo, como la osa en
el campo cuando le han quitado
los hijos. Además, tu padre es
hombre de guerra, y no tendrá la
noche con el pueblo.
9 He aquí él estará ahora escon-
dido en alguna cueva, o en otro
lugar: y si al principio cayeren
algunos *de los tuyos*, oirálo quien
lo oyere, y dirá: El pueblo que
sigue a Absalom ha sido derrota-
do.
10 Así aun el hombre valiente,
cuyo corazón sea como corazón
de león, sin duda desmayará:
porque todo Israel sabe que tu
padre es hombre valiente, y que
los que están con él son esforza-
dos.
11 Aconsejo pues que todo Israel
se junte a ti, desde Dan hasta
Beerseba, en multitud como la
arena que está a la orilla del mar,
y que tú en persona vayas a la
batalla.
12 Entonces le acometeremos en
cualquier lugar que pudiere ha-
llarse, y daremos sobre él como
cuando el rocío cae sobre la tie-
rra, y ni uno dejaremos de él, y
de todos los que con él están.
13 Y si se recogiere en *alguna*
ciudad, todos los de Israel trae-
rán sogas a aquella ciudad, y la
arrastraremos hasta el arroyo,
que nunca más parezca piedra
de ella.
14 Entonces Absalom y todos
los de Israel dijeron: El consejo
de Husai Arquita es mejor que
el consejo de Ahitofel. Porque
había el SEÑOR ordenado que el
acertado consejo de Ahitofel se
frustrara, para que el SEÑOR hi-
ciese venir el mal sobre Absalom.
15 Dijo luego Husai a Sadoc y
a Abiatar sacerdotes: Así y así
aconsejó Ahitofel a Absalom y a
los ancianos de Israel: y de esta
manera aconsejé yo.
16 Por tanto enviad inmediata-
mente, y dad aviso a David, di-
ciendo: No quedes esta noche
en los campos del desierto, sino
pasa luego *el Jordán*, porque el
rey no sea consumido, y todo el
pueblo que con él está.
17 Y Jonatán y Ahimaas estaban
junto a la fuente de Rogel, por-
que no podían ellos mostrarse vi-
niendo a la ciudad; fue por tanto
una criada, y dióles el aviso: y
ellos fueron, y noticiáronlo al rey
David.
18 Empero fueron vistos por un
mozo, el cual dio cuenta a Absa-
lom: sin embargo los dos se die-
ron priesa a caminar, y llegaron
a casa de un hombre en Bahurim,
que tenía un pozo en su patio,
dentro del cual se metieron.
19 Y tomando la mujer *de la casa*
una manta, extendióla sobre la
boca del pozo, y tendió sobre
ella el grano trillado; y no se pe-
netró el negocio.

20 Llegando luego los criados de Absalom a la casa a la mujer, dijéronle: ¿Dónde están Ahimaas y Jonatán? Y la mujer les respondió: Ya han pasado el vado de las aguas. Y como ellos los buscaron y no los hallaron, volviéronse a Jerusalem.
21 Y después que ellos se hubieron ido, *estotros* salieron del pozo, y fuéronse, y dieron aviso al rey David; y dijéronle: Levantaos y daos priesa a pasar las aguas, porque Ahitofel ha dado tal consejo contra vosotros.
22 Entonces David se levantó, y todo el pueblo que con él estaba, y pasaron el Jordán antes que amaneciese; ni siquiera faltó uno que no pasase el Jordán.
23 Y Ahitofel, viendo que no se había puesto por obra su consejo, enalbardó su asno, y levantóse, y fuese a su casa en su ciudad; y después de disponer acerca de su casa, ahorcóse y murió, y fue sepultado en el sepulcro de su padre.
24 Y David llegó a Mahanaim, y Absalom pasó el Jordán con toda la gente de Israel.
25 Y Absalom constituyó a Amasa, sobre el ejército en lugar de Joab, el cual Amasa fue hijo de un varón de Israel llamado Itra, el cual había entrado a Abigail hija de Naas, hermana de Sarvia, madre de Joab.
26 Y asentó campo Israel con Absalom en tierra de Galaad.
27 Y luego que David llegó a Mahanaim, Sobi hijo de Naas de Rabá de los hijos de Amón, y Maquir hijo de Amiel de Lodebar, y Barzilai Galaadita de Rogelim,
28 Trajeron a David y al pueblo que estaba con él, camas, y tazas, y vasijas de barro, y trigo, y cebada, y harina, y *grano* tostado, habas, lentejas, y *garbanzos* tostados,
29 Miel, manteca, ovejas, y quesos de vacas, para que comiesen; porque dijeron: Aquel pueblo está hambriento, y cansado, y tendrá sed en el desierto.

CAPÍTULO 18

DAVID pues revistó el pueblo que tenía consigo, y puso sobre ellos tribunos y centuriones.
2 Y consignó la tercera parte del pueblo al mando de Joab, y *otra* tercera al mando de Abisai, hijo de Sarvia, hermano de Joab, y la otra tercera parte al mando de Itai Geteo. Y dijo el rey al pueblo: Yo también saldré con vosotros.
3 Mas el pueblo dijo: No saldrás; porque si nosotros huyéremos, no harán caso de nosotros; y aunque la mitad de nosotros muera, no harán caso de nosotros: mas tú ahora vales tanto como diez mil de nosotros. Será pues mejor que tú nos des ayuda desde la ciudad.
4 Entonces el rey les dijo: Yo haré lo que bien os pareciere. Y púsose el rey a la entrada de la puerta, mientras salía todo el pueblo de ciento en ciento y de mil en mil.
5 Y el rey mandó a Joab y a Abisai y a Itai, diciendo: Tratad benignamente por amor de mí al mozo Absalom. Y todo el pueblo oyó cuando dio el rey orden acerca de Absalom a todos los capitanes.
6 Salió pues el pueblo al campo contra Israel, y dióse la batalla en el bosque de Efraím;
7 Y allí cayó el pueblo de Israel

delante de los siervos de David, e
hízose allí en aquel día una gran
matanza de veinte mil hombres;
8 Y derramándose allí el ejército
por la faz de toda la tierra, fueron
más los que consumió el bosque
de los del pueblo, que los que
consumió la espada aquel día.
9 Y encontróse Absalom con los
siervos de David: e iba Absalom
sobre un mulo, y el mulo se entró
debajo de las ramas espesas de
una gran encina, y se le asió la
cabeza en la encina, y quedó
entre el cielo y la tierra; pues el
mulo en que iba pasó delante.
10 Y viéndolo uno, avisó a Joab,
diciendo: He aquí que he visto a
Absalom colgado de una encina.
11 Y Joab respondió al hombre
que le daba la nueva: Y viéndolo
tú, ¿por qué no le heriste luego
allí *echándole* a tierra? y sobre mí,
que te hubiera dado diez *siclos* de
plata, y un talabarte.
12 Y el hombre dijo a Joab: Aunque me importara en mis manos
mil *siclos* de plata, no extendiera
yo mi mano contra el hijo del rey;
porque nosotros lo oímos cuando
el rey te mandó a ti y a Abisai y
a Itai, diciendo: Mirad que ninguno toque en el joven Absalom.
13 Por otra parte, habría yo hecho
traición contra mi vida (pues que
al rey nada se le esconde), y tú
mismo estarías en contra.
14 Y respondió Joab: No es razón
que yo te ruegue. Y tomando tres
dardos en sus manos, hincólos
en el corazón de Absalom, que
aun estaba vivo en medio de la
encina.
15 Cercándolo luego diez mancebos escuderos de Joab, hirieron a Absalom, y acabáronle.
16 Entonces Joab tocó la corneta, y el pueblo se volvió de seguir
a Israel, porque Joab detuvo al
pueblo.
17 Tomando después a Absalom,
echáronle en un gran hoyo en el
bosque, y levantaron sobre él un
muy grande montón de piedras;
y todo Israel huyó, cada uno a
sus estancias.
18 Y había Absalom en su vida
tomado y levantádose una columna, la cual está en el valle
del rey; porque había dicho: Yo
no tengo hijo que conserve la
memoria de mi nombre. Y llamó
aquella columna de su nombre: y
así se llamó el Lugar de Absalom,
hasta hoy.
19 Entonces Ahimaas hijo de
Sadoc dijo: ¿Correré ahora, y
daré las nuevas al rey de cómo el
SEÑOR ha defendido su causa de
la mano de sus enemigos?
20 Y respondió Joab: Hoy no
llevarás las nuevas: las llevarás
otro día: no darás hoy la nueva,
porque el hijo del rey es muerto.
21 Y Joab dijo a Cusi: Ve tú, y
di al rey lo que has visto. Y Cusi
hizo reverencia a Joab, y corrió.
22 Entonces Ahimaas hijo de
Sadoc tornó a decir a Joab: Sea
lo que fuere, yo correré ahora
tras Cusi. Y Joab dijo: Hijo mío,
¿para qué has tú de correr, pues
que no se hallan nuevas para ti?
23 Mas *él respondió*: Sea lo que
fuere, yo correré. Entonces le
dijo: Corre. Corrió pues Ahimaas
por el camino de la llanura, y
pasó delante de Cusi.
24 Estaba David a la sazón sentado entre las dos puertas; y el
atalaya había ido al terrado de
sobre la puerta en el muro, y alzando sus ojos, miró, y vio a uno
que corría solo.

25 El atalaya dio luego voces, e
hízolo saber al rey. Y el rey dijo:
Si es solo, buenas nuevas trae. En
tanto que él venía acercándose,
26 Vio el atalaya otro que corría;
y dio voces el atalaya al portero,
diciendo: He aquí *otro* hombre
que corre solo. Y el rey dijo: Éste
también es mensajero.
27 Y el atalaya volvió a decir:
Paréceme el correr del primero
como el correr de Ahimaas hijo
de Sadoc. Y respondió el rey: Ese
es hombre de bien, y viene con
buena nueva.
28 Entonces Ahimaas dijo en alta
voz al rey: Paz. E inclinóse a tie-
rra delante del rey, y dijo: Bendi-
to sea el SEÑOR Dios tuyo, que
ha entregado a los hombres que
habían levantado sus manos con-
tra mi señor el rey.
29 Y el rey dijo: ¿El mozo Absa-
lom tiene paz? Y Ahimaas res-
pondió: Ví yo un grande alboroto
cuando envió Joab al siervo del
rey y a mí tu siervo; mas no sé
qué era.
30 Y el rey dijo: Pasa, y ponte
allí. Y él pasó, y paróse.
31 Y luego vino Cusi, y dijo: Re-
ciba nueva mi señor el rey, que
hoy el SEÑOR ha defendido tu
causa de la mano de todos los
que se habían levantado contra
ti.
32 El rey entonces dijo a Cusi: ¿El
mozo Absalom tiene paz? Y Cusi
respondió: Como aquel mozo
sean los enemigos de mi señor el
rey, y todos los que se levantan
contra ti para mal.
33 Entonces el rey se turbó, y
subióse a la sala de la puerta, y
lloró; y yendo, decía así: ¡Hijo
mío Absalom, hijo mío, hijo mío
Absalom! ¡Quién me diera que
muriera yo en lugar de ti, Absa-
lom, hijo mío, hijo mío!

CAPÍTULO 19

Y DIERON aviso a Joab: He
aquí el rey llora, y hace duelo
por Absalom.
2 Y volvióse aquel día la victoria
en luto para todo el pueblo; por-
que oyó decir el pueblo aquel día
que el rey tenía dolor por su hijo.
3 Entróse el pueblo aquel día en
la ciudad escondidamente, como
suele entrar a escondidas el pue-
blo avergonzado que ha huído de
la batalla.
4 Mas el rey, cubierto el rostro,
clamaba en alta voz: ¡Hijo mío
Absalom, Absalom, hijo mío, hijo
mío!
5 Y entrando Joab en casa al rey,
díjole: Hoy has avergonzado el
rostro de todos tus siervos, que
han hoy librado tu vida, y la vida
de tus hijos y de tus hijas, y la
vida de tus esposas, y la vida de
tus concubinas,
6 Amando a los que te aborre-
cen, y aborreciendo a los que te
aman: porque hoy has declarado
que nada te importan tus prínci-
pes y siervos; pues hoy echo de
ver que si Absalom viviera, bien
que nosotros todos estuviéramos
hoy muertos, entonces te conten-
taras.
7 Levántate pues ahora, y sal
fuera, y halaga a tus siervos: por-
que juro por el SEÑOR, que si no
sales, ni aun uno quede contigo
esta noche; y de esto te pesará
más que de todos los males que
te han sobrevenido desde tu mo-
cedad hasta ahora.
8 Entonces se levantó el rey, y
sentóse a la puerta; y fue declara-
do a todo el pueblo, diciendo: He

aquí el rey está sentado a la puer-
ta. Y vino todo el pueblo delante
del rey; mas Israel había huído,
cada uno a sus estancias.
9 Y todo el pueblo porfiaba en
todas las tribus de Israel, dicien-
do: El rey nos ha librado de
mano de nuestros enemigos, y él
nos ha salvado de mano de los
Filisteos; y ahora había huído de
la tierra por miedo de Absalom.
10 Y Absalom, a quien habíamos
ungido sobre nosotros, es muerto
en la batalla. ¿Por qué pues os
estáis ahora quedos en orden a
hacer volver al rey?
11 Y el rey David envió a Sadoc
y a Abiatar sacerdotes, diciendo:
Hablad a los ancianos de Judá,
y decidles: ¿Por qué seréis vo-
sotros los postreros en volver el
rey a su casa, ya que la palabra
de todo Israel ha venido al rey *de
volverle* a su casa?
12 Vosotros sois mis hermanos;
mis huesos y mi carne sois: ¿por
qué pues seréis vosotros los pos-
treros en volver al rey?
13 Asimismo diréis a Amasa:
¿No eres tú también hueso mío
y carne mía? Así me haga Dios, y
así me añada, si no fueres gene-
ral del ejército delante de mí
para siempre, en lugar de Joab.
14 Así inclinó el corazón de
todos los varones de Judá, como
el de un solo hombre, para que
enviasen *a decir* al rey: Vuelve tú,
y todos tus siervos.
15 Volvió pues el rey, y vino
hasta el Jordán. Y Judá vino a
Gilgal, a recibir al rey y pasarlo
el Jordán.
16 Y Semei hijo de Gera, hijo de
Benjamín, que era de Bahurim,
dióse priesa a venir con los hom-
bres de Judá a recibir al rey David;
17 Y con él venían mil hombres
de Benjamín; asimismo Siba
criado de la casa de Saúl, con sus
quince hijos y sus veinte siervos,
los cuales pasaron el Jordán de-
lante del rey.
18 Atravesó después la barca
para pasar la familia del rey, y
para hacer lo que le pluguiera.
Entonces Semei hijo de Gera se
postró delante del rey cuando él
había pasado el Jordán.
19 Y dijo al rey: No me impute
mi señor iniquidad, ni tengas
memoria de los males que tu
siervo hizo el día que mi señor
el rey salió de Jerusalem, para
guardarlos el rey en su corazón;
20 Porque yo tu siervo conozco
haber pecado, y he venido hoy el
primero de toda la casa de José,
para descender a recibir a mi
señor el rey.
21 Y Abisai hijo de Sarvia res-
pondió y dijo: ¿No ha de morir
por esto Semei, que maldijo al
ungido del SEÑOR?
22 David entonces dijo: ¿Qué te-
néis vosotros conmigo, hijos de
Sarvia, que me habéis de ser hoy
adversarios? ¿ha de morir hoy
alguno en Israel? ¿no conozco
yo que hoy soy rey sobre Israel?
23 Y dijo el rey a Semei: No mo-
rirás. Y el rey se lo juró.
24 También Mefiboset hijo de
Saúl descendió a recibir al rey:
no había lavado sus pies, ni había
cortado su barba, ni tampoco
había lavado sus vestidos, desde
el día que el rey salió hasta el día
que vino en paz.
25 Y luego que vino él a Jeru-
salem a recibir al rey, el rey le
dijo: Mefiboset, ¿Por qué no fuis-
te conmigo?
26 Y él dijo: Rey señor mío, mi

siervo me ha engañado; pues
había tu siervo dicho: Enalbar-
daré un asno, y subiré en él, e iré
al rey; porque tu siervo es cojo.
27 Empero él revolvió a tu siervo
delante de mi señor el rey; mas
mi señor el rey es como un ángel
de Dios: haz pues lo que bien te
pareciere.
28 Porque toda la casa de mi
padre era digna de muerte delan-
te de mi señor el rey, y tú pusiste
a tu siervo entre los convidados
de tu mesa. ¿Qué derecho pues
tengo aún para quejarme más
contra el rey?
29 Y el rey le dijo: ¿Para qué ha-
blas más palabras? Yo he deter-
minado que tú y Siba partáis las
tierras.
30 Y Mefiboset dijo al rey: Y aun
tómelas él todas, pues que mi
señor el rey ha vuelto en paz a
su casa.
31 También Barzilai Galaadita
descendió de Rogelim, y pasó el
Jordán con el rey, para acompa-
ñarle de la otra parte del Jordán.
32 Y era Barzilai muy viejo, de
ochenta años, el cual había dado
provisión al rey cuando estaba
en Mahanaim, porque era hom-
bre muy rico.
33 Y el rey dijo a Barzilai: Pasa
conmigo, y yo te daré de comer
conmigo en Jerusalem.
34 Mas Barzilai dijo al rey:
¿Cuántos son los días del tiempo
de mi vida, para que yo suba con
el rey a Jerusalem?
35 Yo soy hoy día de edad de
ochenta años, que ya no haré
diferencia entre lo bueno y lo
malo: ¿tomará gusto ahora tu
siervo en lo que comiere o bebie-
re? ¿oiré más la voz de los canto-
res y de las cantoras? ¿para qué,
pues, sería aún tu siervo molesto
a mi señor el rey?
36 Pasará tu siervo un poco el
Jordán con el rey: ¿por qué me
ha de dar el rey tan grande re-
compensa?
37 Yo te ruego que dejes volver
a tu siervo, y que muera en mi
ciudad, junto al sepulcro de mi
padre y de mi madre. He aquí tu
siervo Chimham; que pase él con
mi señor el rey, y hazle lo que
bien te pareciere.
38 Y el rey dijo: Pues pase con-
migo Chimham, y yo haré con él
como bien te parezca: y todo lo
que tú pidieres de mí, yo lo haré.
39 Y todo el pueblo pasó el Jor-
dán: y luego que el rey hubo
también pasado, el rey besó a
Barzilai, y bendíjolo; y él se vol-
vió a su casa.
40 El rey entonces pasó a Gilgal,
y con él pasó Chimham; y todo el
pueblo de Judá, con la mitad del
pueblo de Israel, pasaron al rey.
41 Y he aquí todos los varones
de Israel vinieron al rey, y le
dijeron: ¿Por qué los hombres
de Judá, nuestros hermanos, te
han llevado, y han hecho pasar
el Jordán al rey y a su familia, y
a todos los varones de David con
él?
42 Y todos los varones de Judá
respondieron a todos los de Is-
rael: Porque el rey es nuestro pa-
riente. Mas ¿por qué os enojáis
vosotros de eso? ¿hemos noso-
tros comido algo del rey? ¿hemos
recibido de él algún don?
43 Entonces respondieron los va-
rones de Israel, y dijeron a los de
Judá: Nosotros tenemos en el rey
diez partes, y en el mismo David
más que vosotros: ¿por qué pues
nos habéis tenido en poco? ¿no

hablamos nosotros primero en
volver a nuestro rey? Y el razonamiento de los varones de Judá
fue más fuerte que el de los varones de Israel.

CAPÍTULO 20

Y ACAECIÓ estar allí un hombre de Belial que se llamaba
Seba, hijo de Bichri, hombre de
Benjamín, el cual tocó la trompeta, y dijo: No tenemos nosotros
parte en David, ni heredad en el
hijo de Isaí: Israel, ¡Cada uno a
sus estancias!
2 Así se fueron de en pos de David
todos los hombres de Israel, y seguían a Seba hijo de Bichri: mas
los de Judá fueron adheridos a su
rey, desde el Jordán hasta Jerusalem.
3 Y luego que llegó David a su
casa en Jerusalem, tomó el rey
las diez mujeres concubinas que
había dejado para guardar la
casa, y púsolas en una casa en
guarda, y dióles de comer: pero
nunca más entró a ellas, sino que
quedaron encerradas hasta que
murieron en viudez de por vida.
4 Después dijo el rey a Amasa:
Júntame los varones de Judá
para dentro de tres días, y hállate tú aquí presente.
5 Fue pues Amasa a juntar a Judá;
pero detúvose más del tiempo
que le había sido señalado.
6 Y dijo David a Abisai: Seba hijo
de Bichri nos hará ahora más
mal que Absalom: toma pues tú
los siervos de tu señor, y ve tras
él, no sea que halle las ciudades
fortificadas, y se nos vaya de delante.
7 Entonces salieron en pos de él
los hombres de Joab, y los Cereteos y Peleteos, y todos los valientes: salieron de Jerusalem
para ir tras Seba hijo de Bichri.
8 Y estando ellos cerca de la
grande peña que está en Gabaón, salióles Amasa al encuentro. Ahora bien, la vestidura que
Joab tenía sobrepuesta estábale
ceñida, y sobre ella el cinto de
una daga pegada a sus lomos en
su vaina, de la que así como él
avanzó, cayóse aquélla.
9 Entonces Joab dijo a Amasa:
¿Tienes paz, hermano mío? Y
tomó Joab con la diestra la barba
de Amasa, para besarlo.
10 Y como Amasa no se cuidó
de la daga que Joab en la mano
tenía, hirióle éste con ella en la
quinta *costilla*, y derramó sus entrañas por tierra, y cayó muerto
sin darle segundo golpe. Después
Joab y su hermano Abisai fueron
en seguimiento de Seba hijo de
Bichri.
11 Y uno de los criados de Joab
se paró junto a él, diciendo:
Cualquiera que amare a Joab y a
David, vaya en pos de Joab.
12 Y Amasa se había revolcado
en la sangre en mitad del camino; y viendo aquel hombre que
todo el pueblo se paraba, apartó
a Amasa del camino al campo, y
echó sobre él una vestidura, porque veía que todos los que venían se paraban junto a él.
13 Luego, pues, que fue apartado del camino, pasaron todos los
que seguían a Joab, para ir tras
Seba hijo de Bichri.
14 Y él pasó por todas las tribus
de Israel hasta Abel y Bet-maaca y todo Barim: y juntáronse, y
siguiéronlo también.
15 Y vinieron y cercáronlo en
Abel de Bet-maaca, y pusieron baluarte contra la ciudad; y

puesto que fue al muro, todo el
pueblo que estaba con Joab tra-
bajaba por derribar la muralla.
16 Entonces una mujer sabia dio
voces en la ciudad, *diciendo*: Oid,
oid; ruégoos que digáis a Joab se
llegue a acá, para que yo hable
con él.
17 Y como él se acercó a ella,
dijo la mujer: ¿Eres tú Joab? Y él
respondió: Yo soy. Y ella le dijo:
Oye las palabras de tu sierva. Y
él respondió: Oigo.
18 Entonces tornó ella a hablar,
diciendo: Antiguamente solían
hablar, diciendo: Quien pregun-
tare, pregunte en Abel: y así con-
cluían.
19 Yo soy de las pacíficas y fieles
de Israel: y tú procuras destruir
una ciudad que es madre de Is-
rael: ¿por qué destruyes la here-
dad del SEÑOR?
20 Y Joab respondió, diciendo:
Nunca tal, nunca tal me acontez-
ca, que yo destruya ni deshaga.
21 La cosa no es así: mas un hom-
bre del monte de Efraím, que se
llama Seba hijo de Bichri, ha le-
vantado su mano contra el rey
David: entregad a ése solamente,
y me iré de la ciudad. Y la mujer
dijo a Joab: He aquí su cabeza te
será echada desde el muro.
22 La mujer fue luego a todo el
pueblo con su sabiduría; y ellos
cortaron la cabeza a Seba hijo de
Bichri, y echáronla a Joab. Y él
tocó la corneta, y esparciéron-
se de la ciudad, cada uno a su
estancia. Y Joab se volvió al rey
a Jerusalem.
23 Así quedó Joab sobre todo el
ejército de Israel; y Benaía hijo
de Joiada sobre los Cereteos y
Peleteos;
24 Y Adoram sobre los tributos;
y Josafat hijo de Ahillud, el can-
ciller;
25 Y Seba, escriba; y Sadoc y
Abiatar, sacerdotes;
26 E Ira Jaireo fue también un
jefe principal cerca de David.

CAPÍTULO 21

Y EN los días de David hubo
hambre por tres años con-
secutivos. Y David consultó al
SEÑOR, y el SEÑOR le dijo: Es
por Saúl, y por aquella casa de
sangre; porque mató a los Ga-
baonitas.
2 Entonces el rey llamó a los
Gabaonitas, y hablóles. (Los Ga-
baonitas no eran de los hijos de
Israel, sino del residuo de los
Amorreos, a los cuales los hijos
de Israel habían hecho juramen-
to: mas Saúl había procurado
matarlos con motivo de celo por
los hijos de Israel y de Judá.)
3 Dijo pues David a los Gabao-
nitas: ¿Qué os haré, y con qué
expiaré para que bendigáis a la
heredad del SEÑOR?
4 Y los Gabaonitas le respondie-
ron: No tenemos nosotros quere-
lla sobre plata ni sobre oro con
Saúl y con su casa: ni queremos
que muera hombre de Israel. Y él
les dijo: Lo que vosotros dijereis
os haré.
5 Y ellos respondieron al rey: De
aquel hombre que nos destruyó,
y que maquinó contra nosotros,
para extirparnos sin dejar *nada
de* nosotros en todo el término
de Israel;
6 Dénsenos siete varones de sus
hijos, para que los ahorquemos
al SEÑOR en Gabaa de Saúl, el
escogido del SEÑOR. Y el rey
dijo: Yo los daré.
7 Y perdonó el rey a Mefiboset,

hijo de Jonatán, hijo de Saúl,
por el juramento del SEÑOR que
hubo entre ellos, entre David y
Jonatán hijo de Saúl.
8 Mas tomó el rey dos hijos de
Rispa hija de Aja, los cuales ella
había parido a Saúl, *a saber*, a Ar-
moni y a Mefiboset; y cinco hijos
de Mical hija de Saúl, los cuales
ella había parido a Adriel, hijo
de Barzilai Meholatita;
9 Y entrególos en manos de los
Gabaonitas, y ellos los ahorcaron
en el monte delante del SEÑOR:
y murieron juntos aquellos siete,
los cuales fueron muertos en el
tiempo de la siega, en los prime-
ros días, en el principio de la
siega de las cebadas.
10 Tomando luego Rispa hija de
Aja un saco, tendióselo sobre
una roca, desde el principio de la
siega hasta que llovió sobre ellos
agua del cielo; y no dejó a ningu-
na ave del cielo asentarse sobre
ellos de día, ni bestias del campo
de noche.
11 Y fue dicho a David lo que
hacía Rispa hija de Aja, concubi-
na de Saúl.
12 Entonces David fue, y tomó
los huesos de Saúl y los huesos
de Jonatán su hijo, de los hom-
bres de Jabes de Galaad, que los
habían hurtado de la plaza de
Bet-san, donde los habían col-
gado los Filisteos, cuando deshi-
cieron los Filisteos a Saúl en Gil-
boa:
13 E hizo llevar de allí los huesos
de Saúl y los huesos de Jonatán
su hijo; y juntaron también los
huesos de los ahorcados.
14 Y sepultaron los huesos de
Saúl y los de su hijo Jonatán en
tierra de Benjamín, en Sela, en el
sepulcro de Cis su padre; e hicie-
ron todo lo que el rey había man-
dado. Después se aplacó Dios con
la tierra.
15 Y como los Filisteos tornaron
a hacer guerra a Israel, descen-
dió David y sus siervos con él,
y pelearon con los Filisteos: y
David se cansó.
16 En esto Isbi-benob, el cual era
de los hijos del gigante, y el peso
de cuya lanza era *de* trescientos
siclos de latón, y tenía él ceñida
una nueva *espada,* trató de herir
a David:
17 Mas Abisai hijo de Sarvia le
socorrió, e hirió al Filisteo, y
matólo. Entonces los hombres
de David le juraron, diciendo:
Nunca más de aquí adelante sal-
drás con nosotros a batalla, por-
que no apagues la lámpara de
Israel.
18 Otra segunda guerra hubo
después en Gob contra los Filis-
teos: entonces Sibecai Husatita
hirió a Saf, que era de los hijos
del gigante.
19 Otra guerra hubo en Gob con-
tra los Filisteos, en la cual El-
hanan, hijo de Jaare-oregim de
Belem, mató *al hermano de* Goliat
Geteo, el asta de cuya lanza era
como un enjullo de telar.
20 Después hubo otra guerra
en Gat, donde hubo un hombre
de grande altura, el cual tenía
doce dedos en las manos, y otros
doce en los pies, veinticuatro en
todos: y también era de los hijos
del gigante.
21 Éste desafió a Israel, y matólo
Jonatán, hijo de Sima hermano
de David.
22 Estos cuatro le habían naci-
do al gigante en Gat, los cuales
cayeron por la mano de David, y
por la mano de sus siervos.

CAPÍTULO 22

Y HABLÓ David al SEÑOR las
palabras de este cántico, el
día que el SEÑOR le había libra-
do de la mano de todos sus ene-
migos, y de la mano de Saúl.
2 Y dijo: el SEÑOR es mi roca, y
mi fortaleza, y mi libertador;
3 Dios de mi roca, en él confiaré:
mi escudo, y el cuerno de mi sal-
vación, mi torre alta, y mi refu-
gio, mi salvador; tú me salvarás
de la violencia.
4 Invocaré al SEÑOR, digno de
ser loado, y seré salvo de mis
enemigos.
5 Cuando me cercaron ondas de
muerte, y torrentes de hombres
impíos me atemorizaron,
6 Me rodearon los dolores del in-
fierno, y me tomaron descuidado
lazos de muerte.
7 Tuve angustia, invoqué al
SEÑOR, y clamé a mi Dios: Y él
oyó mi voz desde su templo; *llegó*
mi clamor a sus oídos.
8 La tierra se removió, y tembló;
los fundamentos del cielo fue-
ron movidos, y se estremecieron,
porque él se airó.
9 Subió humo de sus narices, y de
su boca fuego consumidor, por el
cual se encendieron carbones.
10 Y abajó los cielos, y descendió:
una oscuridad debajo de sus pies.
11 Subió sobre el querubín, y
voló: Aparecióse sobre las alas
del viento.
12 Puso tinieblas alrededor de sí
a modo de pabellones; aguas ne-
gras y espesas nubes.
13 Del resplandor de su presencia
se encendieron ascuas ardientes.
14 El SEÑOR tronó desde el cielo,
y el Altísimo dio su voz;
15 Arrojó saetas, y desbaratólos;
relampagueó, y consumiólos.
16 Entonces aparecieron los
manantiales del mar, y los fun-
damentos del mundo fueron des-
cubiertos, a la reprensión del
SEÑOR, al resoplido del aliento
de su nariz.
17 Extendió *su mano* de lo alto, y
arrebatóme, y sacóme de copio-
sas aguas.
18 Libróme de fuertes enemigos,
de aquellos que me aborrecían,
los cuales eran más fuertes que
yo.
19 Asaltáronme en el día de mi
calamidad; mas el SEÑOR fue mi
sostén.
20 Sacóme a anchura; libróme,
porque puso su voluntad en mí.
21 Remuneróme el SEÑOR con-
forme a mi justicia: y conforme
a la limpieza de mis manos, me
dio la paga.
22 Porque yo guardé los caminos
del SEÑOR, y no me aparté im-
píamente de mi Dios.
23 Porque delante de mí tengo
todas sus ordenanzas, y *atento*
a sus fueros, no me retiraré de
ellos.
24 Y fui íntegro para con él, y
guardéme de mi iniquidad.
25 Remuneróme por tanto el
SEÑOR conforme a mi justicia, y
conforme a mi limpieza delante
de sus ojos.
26 Con el bueno eres benigno, y
con el íntegro te muestras ínte-
gro;
27 Puro te mostrarás para con
el puro, mas con el perverso te
mostrarás rígido.
28 Y tú salvas al pueblo humil-
de; mas tus ojos sobre los altivos,
para abatirlos.
29 Porque tú eres mi lámpara, oh
SEÑOR: SEÑOR da luz a mis ti-
nieblas.

30 Porque en ti romperé ejércitos, y con mi Dios saltaré las murallas.
31 Dios, perfecto su camino: la palabra del SEÑOR purificada, escudo es de todos los que en él esperan.
32 Porque ¿qué Dios hay sino el SEÑOR? ¿o quién es una roca sino solo nuestro Dios?
33 Dios es mi fuerza y poder, y el que despeja perfectamente mi camino;
34 El que hace mis pies como de ciervas, y el que me asienta en mis alturas;
35 El que enseña mis manos para la pelea, y *da que* con mis brazos quiebre el arco de acero.
36 Tú me diste asimismo el escudo de tu salvación, y tu benignidad me ha acrecentado.
37 Tú ensanchaste mis pasos debajo de mí, para que no resbalen mis pies.
38 Perseguiré a mis enemigos, y quebrantarélos; y no me volveré hasta que los acabe.
39 Los consumiré, y los heriré, y no se levantarán; y caerán debajo de mis pies.
40 Ceñísteme de fortaleza para la batalla, y postraste debajo de mí los que contra mí se levantaron.
41 Tú me diste la cerviz de mis enemigos, de mis aborrecedores, y que yo los destruyese.
42 Miraron, y no hubo quien los librase; al SEÑOR, mas no les respondió.
43 Yo los desmenuzaré como polvo de la tierra; hollarélos como a lodo de las plazas, y los disiparé.
44 Tú me libraste de contiendas de pueblos: Tú me guardaste para que fuese cabeza de gentes: pueblos que no conocía, me sirvieron.
45 Los extraños titubeaban a mí: en oyendo, me obedecían.
46 Los extraños desfallecían, y temblaban en sus escondrijos.
47 El SEÑOR vive; y sea bendita mi roca; y sea ensalzado el Dios, la roca de mi salvación:
48 El Dios que me ha vengado, y sujeta los pueblos debajo de mí;
49 Y que me saca de entre mis enemigos: tú me sacaste en alto de entre los que se levantaron contra mí: librásteme del varón de iniquidades.
50 Por tanto yo te daré gracias, oh SEÑOR, entre las gentes, y cantaré alabanzas a tu nombre.
51 *Él es* la torre de salvación de su rey, y hace misericordia a su ungido, a David, y a su simiente, por siempre.

CAPÍTULO 23

ÉSTAS *son* las postreras palabras de David. Dijo David hijo de Isaí, dijo aquel varón que fue levantado alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce salmista de Israel:
2 El Espíritu del SEÑOR ha hablado por mí, y su palabra ha sido en mi lengua.
3 El Dios de Israel ha dicho, hablóme la Roca de Israel: El que gobierna entre los hombres *debe ser* justo, gobernando en temor de Dios.
4 Será como la luz de la mañana cuando sale el sol, de la mañana sin nubes; *cuando* la hierba de la tierra *brota* por medio del resplandor después de la lluvia.
5 No así mi casa para con Dios: sin embargo él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en

todas las cosas, y será guardado; bien que *toda* esta mi salvación, y todo *mi* deseo no *lo* haga él florecer todavía.
6 Mas los de Belial serán todos ellos como espinas arrancadas, las cuales nadie toma con la mano;
7 Sino que el que quiere tocar en ellas, ármase de hierro y de asta de lanza, y son quemadas en su lugar.
8 Éstos *son* los nombres de los valientes que tuvo David: El Tacmonita, que se sentaba en cátedra, principal de los capitanes: *era* éste Adino, Eznita, que blandiendo su lanza en una ocasión mató ochocientos hombres.
9 Después de éste, Eleazar, hijo de Dodo de Ahohi, fue de los tres valientes que estaban con David, cuando desafiaron a los Filisteos que se habían juntado allí a la batalla, y se retiraron los de Israel.
10 Éste, levantándose, hirió a los Filisteos hasta que su mano se cansó, y quedósele contraída a la espada. Aquel día el SEÑOR hizo gran salvación: y volvióse el pueblo en pos de él solamente a tomar el despojo.
11 Después de éste fue Sama, hijo de Age, Araita: que habiéndose juntado los Filisteos en una aldea, había allí una suerte de tierra llena de lentejas, y el pueblo había huído delante de los Filisteos:
12 Él entonces se paró en medio de la suerte de tierra, y defendióla, e hirió a los Filisteos; y el SEÑOR hizo una gran salvación.
13 Y tres de los treinta principales descendieron y vinieron en tiempo de la siega a David a la cueva de Adulam: y el campo de los Filisteos estaba en el valle de Refaim.
14 David entonces estaba en la fortaleza, y la guarnición de los Filisteos estaba en Belem.
15 Y David tuvo deseo, y dijo: ¡Quién me diera a beber del agua de la cisterna de Belem, que está a la puerta!
16 Entonces los tres valientes rompieron por el campo de los Filisteos, y sacaron agua de la cisterna de Belem, que estaba a la puerta; y tomaron, y trajéronla a David: mas él no la quiso beber, sino derramóla al SEÑOR, diciendo:
17 Lejos sea de mí, oh SEÑOR, que yo haga esto. *¿He de beber yo* la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida? Y no quiso beberla. Los tres valientes hicieron esto.
18 Y Abisai hermano de Joab, hijo de Sarvia, fue el principal de los tres; el cual alzó su lanza contra trescientos, que mató; y tuvo nombre entre los tres.
19 Él era el más aventajado de los tres, y el primero de ellos; mas no llegó a los tres *primeros*.
20 Después, Benaía hijo de Joiada, hijo de un varón esforzado, grande en hechos, de Cabseel. Éste mató dos hombres como leones de Moab: y él mismo descendió, e hirió un león en medio de un foso en el tiempo de la nieve:
21 También hirió él a un Egipcio, hombre *de grande* estatura: y tenía el Egipcio una lanza en su mano; mas descendió a él con un palo, y arrebató al Egipcio la lanza de la mano, y matólo con su propia lanza.

22 Esto hizo Benaía hijo de Joia-
da, y tuvo nombre entre los tres
valientes.
23 De los treinta fue el más aven-
tajado; pero no llegó a los tres
primeros. Y púsolo David sobre su
guardia.
24 Asael hermano de Joab fue
de los treinta; Elhaanan hijo de
Dodo de Belem;
25 Sama de Harodi, Elica de Ha-
rodi;
26 Heles de Palti, Hira hijo de
Iques, de Tecoa;
27 Abiezer de Anatot, Mebunai
de Husa;
28 Selmo de Hahoh, Maharai el
Netofatita;
29 Helec hijo de Baana, Netofati-
ta, Itai hijo de Ribai de Gabaa de
los hijos de Benjamín;
30 Benaía Piratonita, Hidai del
arroyo de Gaas;
31 Abi-albon de Arbat, Asmavet
de Barhum;
32 Elihaba de Saalbón, Jonatán
de los hijos de Jasén;
33 Sama de Arar, Ahiam hijo de
Sarar de Arar.
34 Elifelet hijo de Asbai hijo de
Maacati; Eliam hijo de Ahitofel
de Gelón;
35 Hesrai del Carmelo, Parai de
Arbi;
36 Igheal hijo de Natán de Soba,
Bani de Gadi;
37 Selec de Amón, Naharai de
Beerot, escudero de Joab hijo de
Sarvia;
38 Ira de Itri, Gareb de Itri;
39 Urías Heteo. Entre todos
treinta y siete.

CAPÍTULO 24

Y VOLVIÓ el furor del SEÑOR
a encenderse contra Israel, e
incitó a David contra ellos a que
dijese: Ve, cuenta a Israel y a
Judá.
2 Y dijo el rey a Joab, general
del ejército que tenía consigo:
Rodea todas las tribus de Israel,
desde Dan hasta Beerseba, y con-
tad el pueblo, para que yo sepa el
número de la gente.
3 Y Joab respondió al rey: Añada
el SEÑOR tu Dios al pueblo cien
veces tanto como son, y que lo
vea mi señor al rey; mas ¿para
qué quiere esto mi señor el rey?
4 Empero la palabra del rey pudo
más que Joab, y que los capita-
nes del ejército. Salió pues Joab,
con los capitanes del ejército, de
delante del rey, para contar el
pueblo de Israel.
5 Y pasando el Jordán asentaron
en Aroer, a la mano derecha de
la ciudad que está en medio de la
arroyada de Gad y junto a Jazer.
6 Después vinieron a Galaad, y
a la tierra baja de Absi: y de allí
vinieron a Danjaán y alrededor
de Sidón.
7 Y vinieron luego a la fortaleza
de Tiro, y a todas las ciudades de
los Heveos y de los Cananeos; y
salieron al sur de Judá, a Beer-
seba.
8 Y después que hubieron anda-
do toda la tierra, volvieron a Je-
rusalem al cabo de nueve meses
y veinte días.
9 Y Joab dio la cuenta del núme-
ro del pueblo al rey; y fueron los
de Israel ochocientos mil hom-
bres fuertes que sacaban espada;
y de los de Judá quinientos mil
hombres.
10 Y después que David hubo
contado el pueblo, punzóle su
corazón; y dijo David al SEÑOR:
Yo he pecado gravemente por
haber hecho *esto*; mas ahora, oh

SEÑOR, ruégote que quites el pecado de tu siervo, porque yo he obrado muy neciamente.
11 Y por la mañana, cuando David se hubo levantado, vino la palabra del SEÑOR a Gad profeta, vidente de David, diciendo:
12 Ve, y di a David: Así ha dicho el SEÑOR: Tres cosas te ofrezco: tú te escogerás una de ellas, la cual yo haga.
13 Vino pues Gad a David, e intimóle, y díjole: ¿Quieres que te vengan siete años de hambre en tu tierra? ¿o que huyas tres meses delante de tus enemigos, y que ellos te persigan? ¿o que tres días haya pestilencia en tu tierra? Piensa ahora, y mira qué responderé al que me ha enviado.
14 Entonces David dijo a Gad: En grande angustia estoy: ruego que caiga en la mano del SEÑOR, porque sus miseraciones son muchas, y que no caiga yo en manos de hombres.
15 Y envió el SEÑOR pestilencia a Israel desde la mañana hasta el tiempo señalado: y murieron del pueblo, desde Dan hasta Beerseba, setenta mil hombres.
16 Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalem para destruirla, el SEÑOR se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía el pueblo: Basta; detén ahora tu mano. Entonces el ángel del SEÑOR estaba junto a la era de Arauna Jebuseo.
17 Y David dijo al SEÑOR, cuando vio al ángel que hería al pueblo: Yo pequé, yo hice la maldad: ¿qué hicieron estas ovejas? Ruégote que tu mano se torne contra mí, y contra la casa de mi padre.
18 Y Gad vino a David aquel día, y díjole: Sube, y haz un altar al SEÑOR en la era de Arauna Jebuseo.
19 Y subió David, conforme al dicho de Gad, que el SEÑOR *le* había mandado.
20 Y mirando Arauna, vio al rey y a sus siervos que pasaban a él. Saliendo entonces Arauna, inclinóse delante del rey hacia tierra.
21 Y Arauna dijo: ¿Por qué viene mi señor el rey a su siervo? Y David respondió: Para comprar de ti la era, para edificar altar al SEÑOR, a fin de que la mortandad cese del pueblo.
22 Y Arauna dijo a David: Tome y sacrifique mi señor el rey lo que bien le pareciere; he aquí bueyes para la ofrenda quemada, y trillos y otros pertrechos de bueyes para leña:
23 Todas estas cosas dio Arauna, como rey, al rey. Y dijo Arauna al rey: El SEÑOR tu Dios te sea propicio.
24 Y el rey dijo a Arauna: No, sino por precio te lo compraré; porque no ofreceré al SEÑOR mi Dios holocaustos que no me cuesten nada. Entonces David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata.
25 Y edificó allí David un altar al SEÑOR, y sacrificó holocaustos y pacíficos; y el SEÑOR se aplacó con la tierra, y cesó la plaga de Israel.

El Primer Libro de los
REYES

CAPÍTULO 1

COMO el rey David era viejo, y
entrado en días, cubríanle de
vestidos, mas no se calentaba.
2 Dijéronle por tanto sus sier-
vos: Busquen a mi señor el rey
una moza virgen, para que esté
delante del rey, y lo abrigue, y
duerma a su lado, y calentará a
mi señor el rey.
3 Y buscaron una moza hermo-
sa por todo el término de Israel,
y hallaron a Abisag Sunamita, y
trajéronla al rey.
4 Y la moza era hermosa, la cual
calentaba al rey, y le servía: mas
el rey nunca la conoció.
5 Entonces Adonía hijo de Haguit
se levantó, diciendo: Yo reinaré.
E hízose de carros y gente de a
caballo, y cincuenta hombres
que corriesen delante de él.
6 Y su padre nunca lo entriste-
ció en todos sus días con decirle:
¿Por qué haces así? Y también
éste era de hermoso parecer; y
habíalo engendrado después de
Absalom.
7 Y tenía tratos con Joab hijo de
Sarvia, y con Abiatar sacerdote,
los cuales ayudaban a Adonía.
8 Mas Sadoc sacerdote, y Benaía
hijo de Joiada, y Natán profeta, y
Semei, y Reihi, y todos los gran-
des de David, no seguían a Ado-
nía.
9 Y matando Adonía ovejas y
vacas y *animales* engordados
junto a la peña de Zohelet, que
está cerca de la fuente de Rogel,
convidó a todos sus hermanos
los hijos del rey, y a todos los
varones de Judá, siervos del rey:
10 Mas no convidó a Natán pro-
feta, ni a Benaía, ni a los grandes,
ni a Salomón su hermano.
11 Y habló Natán a Batseba
madre de Salomón, diciendo:
¿No has oído que reina Adonía
hijo de Haguit, sin saberlo David
nuestro señor?
12 Ven pues ahora y toma mi con-
sejo, para que guardes tu vida, y
la vida de tu hijo Salomón.
13 Ve, y entra al rey David, y díle:
Rey señor mío, ¿no has tú jurado
a tu sierva, diciendo: Salomón tu
hijo reinará después de mí, y él
se sentará en mi trono? ¿por qué
pues reina Adonía?
14 Y estando tú aún hablando
con el rey, yo entraré tras ti, y
acabaré tus razones.
15 Entonces Batseba entró al rey
a la cámara: y el rey era muy
viejo; y Abisag Sunamita servía
al rey.
16 Y Batseba se inclinó, e hizo
reverencia al rey. Y el rey dijo:
¿Qué tienes?
17 Y ella le respondió: Señor
mío, tú juraste a tu sierva por el
SEÑOR tu Dios, *diciendo*: Salo-
món tu hijo reinará después de
mí, y él se sentará en mi trono;
18 Y he aquí ahora Adonía reina:
y tú, mi señor rey, ahora no lo
supiste.
19 Ha matado bueyes, y *animales*
engordados, y muchas ovejas, y ha
convidado a todos los hijos del rey,
y a Abiatar sacerdote, y a Joab ge-
neral del ejército; mas a Salomón
tu siervo no ha convidado.

20 Entre tanto, rey señor mío, los
ojos de todo Israel están sobre ti,
para que les declares quién se ha
de sentar en el trono de mi señor
el rey después de él.
21 De otra suerte acontecerá,
cuando mi señor el rey durmiere
con sus padres, que yo y mi hijo
Salomón seremos tenidos por
culpables.
22 Y estando aún hablando ella
con el rey, he aquí Natán profeta,
que vino.
23 Y dieron aviso al rey, diciendo: He aquí Natán profeta: el
cual como entró al rey, postróse delante del rey inclinando su
rostro a tierra.
24 Y dijo Natán: Rey señor mío,
¿has tú dicho: Adonía reinará
después de mí, y él se sentará en
mi trono?
25 Porque hoy ha descendido, y
ha matado bueyes, y *animales* engordados, y muchas ovejas, y ha
convidado a todos los hijos del
rey, y a los capitanes del ejército, y también a Abiatar sacerdote; y he aquí, están comiendo
y bebiendo delante de él, y han
dicho: ¡Viva el rey Adonía!
26 Mas ni a mí tu siervo, ni a
Sadoc sacerdote, ni a Benaía hijo
de Joiada, ni a Salomón tu siervo, ha convidado.
27 ¿Es este negocio ordenado por
mi señor el rey, sin haber declarado a tu siervo quién se había
de sentar en el trono de mi señor
el rey después de él?
28 Entonces el rey David respondió, y dijo: Llamadme a Batseba.
Y ella entró a la presencia del rey,
y púsose delante del rey.
29 Y el rey juró, diciendo: Vive
el SEÑOR, que ha redimido mi
alma de toda angustia,
30 Que como yo te he jurado por
el SEÑOR Dios de Israel, diciendo: Tu hijo Salomón reinará después de mí, y él se sentará en mi
trono en lugar mío; que así lo
haré hoy.
31 Entonces Batseba se inclinó al
rey, su rostro a tierra, y haciendo
reverencia al rey, dijo: Viva mi
señor el rey David para siempre.
32 Y el rey David dijo: Llamadme
a Sadoc sacerdote, y a Natán profeta, y a Benaía hijo de Joiada. Y
ellos entraron a la presencia del
rey.
33 Y el rey les dijo: Tomad con
vosotros los siervos de vuestro
señor, y haced subir a Salomón
mi hijo en mi mula, y llevadlo a
Gihón:
34 Y allí lo ungirán Sadoc sacerdote y Natán profeta por rey
sobre Israel; y tocaréis trompeta,
diciendo: ¡Viva el rey Salomón!
35 Después iréis vosotros detrás
de él, y vendrá y se sentará en mi
trono, y él reinará por mí; porque a él he ordenado para que
sea príncipe sobre Israel y sobre
Judá.
36 Entonces Benaía hijo de Joiada respondió al rey, y dijo: Amén.
Así *lo* diga el SEÑOR, Dios de mi
señor el rey.
37 De la manera que el SEÑOR ha
sido con mi señor el rey, así sea
con Salomón; y él haga mayor su
trono que el trono de mi señor el
rey David.
38 Y descendió Sadoc sacerdote,
y Natán profeta, y Benaía hijo de
Joiada, y los Cereteos y los Peleteos, e hicieron subir a Salomón
en la mula del rey David, y lleváronlo a Gihón.
39 Y tomando Sadoc sacerdote el
cuerno del aceite del tabernácu-

lo, ungió a Salomón: y tocaron trompeta, y dijo todo el pueblo: ¡Viva el rey Salomón!
40 Después subió todo el pueblo en pos de él, y cantaba la gente con flautas, y hacían grandes alegrías, que parecía que la tierra se hundía con el clamor de ellos.
41 Y oyólo Adonía, y todos los convidados que con él estaban, cuando ya habían acabado de comer. Y oyendo Joab el sonido de la trompeta, dijo: ¿Por qué se alborota la ciudad con estruendo?
42 Estando aún él hablando, he aquí Jonatán hijo de Abiatar sacerdote vino, al cual dijo Adonía: Entra, porque tú eres hombre de esfuerzo, y traerás buenas nuevas.
43 Y Jonatán respondió, y dijo a Adonía: Ciertamente nuestro señor el rey David ha hecho rey a Salomón:
44 Y el rey ha enviado con él a Sadoc sacerdote y a Natán profeta, y a Benaía hijo de Joiada, y también a los Cereteos y a los Peleteos, los cuales le hicieron subir en la mula del rey;
45 Y Sadoc sacerdote y Natán profeta lo han ungido en Gihón por rey: y de allá han subido con alegrías, y la ciudad está llena de estruendo. Éste es el alboroto que habéis oído.
46 Y también Salomón se ha sentado en el trono del reino.
47 Y aun los siervos del rey han venido a bendecir a nuestro señor el rey David, diciendo: Dios haga bueno el nombre de Salomón más que tu nombre, y haga mayor su trono que el tuyo. Y el rey adoró en la cama.
48 Y también el rey habló así: Bendito sea el SEÑOR Dios de Israel, que ha dado hoy quien se siente en mi trono, viéndolo mis ojos.
49 Ellos entonces se estremecieron, y levantáronse todos los convidados que estaban con Adonía, y fuese cada uno por su camino.
50 Mas Adonía, temiendo de la presencia de Salomón, levantóse y fuese, y cogió los cornijales del altar.
51 Y fue hecho saber a Salomón, diciendo: He aquí que Adonía tiene miedo del rey Salomón: pues ha cogido los cornijales del altar, diciendo: Júreme hoy el rey Salomón que no matará a espada a su siervo.
52 Y Salomón dijo: Si él fuere virtuoso, ni uno de sus cabellos caerá en tierra: mas si se hallare mal en él, morirá.
53 Y envió el rey Salomón, y trajéronlo del altar; y él vino, e inclinóse al rey Salomón. Y Salomón le dijo: Vete a tu casa.

CAPÍTULO 2

Y LLEGÁRONSE los días de David para morir, y mandó a Salomón su hijo, diciendo:
2 Yo voy el camino de toda la tierra: esfuérzate, y sé varón.
3 Guarda la ordenanza del SEÑOR tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, y sus derechos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que seas prosperado en todo lo que hicieres, y en todo aquello a que te tornares;
4 Para que confirme el SEÑOR la palabra que me habló, diciendo: Si tus hijos guardaren su camino, andando delante de mí con

verdad, de todo su corazón, y de
toda su alma, jamás, dice, faltará
a ti varón del trono de Israel.
5 Y ya sabes tú lo que me ha
hecho Joab hijo de Sarvia, lo que
hizo a dos generales del ejército
de Israel, a Abner hijo de Ner, y
a Amasa hijo de Jeter, los cuales
él mató, derramando en paz la
sangre de guerra, y poniendo la
sangre de guerra en su talabarte
que tenía sobre sus lomos, y en
sus zapatos que tenía en sus pies.
6 Tú pues harás conforme a tu
sabiduría; no dejarás descender
sus canas a la sepultura en paz.
7 Mas a los hijos de Barzilai Ga-
laadita harás misericordia, que
sean de los convidados a tu
mesa; porque ellos vinieron así a
mí, cuando iba huyendo de Absa-
lom tu hermano.
8 También tienes contigo a Semei
hijo de Gera, hijo de Benjamín,
de Bahurim, el cual me maldijo
con una maldición fuerte el día
que yo iba a Mahanaim. Mas él
mismo descendió a recibirme
al Jordán, y yo le juré por el
SEÑOR, diciendo: Yo no te mata-
ré a espada.
9 Empero ahora no lo absolverás:
que hombre sabio eres, y sabes
cómo te has de haber con él: y
harás descender sus canas con
sangre a la sepultura.
10 Y David durmió con sus pa-
dres, y fue sepultado en la ciu-
dad de David.
11 Los días que reinó David sobre
Israel fueron cuarenta años: siete
años reinó en Hebrón, y treinta y
tres años reinó en Jerusalem.
12 Y se sentó Salomón en el trono
de David su padre, y fue su reino
firme en gran manera.
13 Entonces Adonía hijo de Ha-
guit vino a Batseba madre de Sa-
lomón; y ella dijo: ¿Es tu venida
de paz? Y él respondió: *Sí*, de paz.
14 En seguida dijo: *Una* palabra
tengo que decirte. Y ella dijo: Di.
15 Y él dijo: Tú sabes que el reino
era mío, y que todo Israel había
puesto en mí su rostro, para que
yo reinara: mas el reino fue tras-
pasado, y vino a mi hermano;
porque por el SEÑOR era suyo.
16 Y ahora yo te hago una peti-
ción: no me hagas volver mi ros-
tro. Y ella le dijo: Habla.
17 Él entonces dijo: Yo te ruego
que hables al rey Salomón, (por-
que él no te hará volver tu ros-
tro), para que me dé a Abisag
Sunamita por esposa.
18 Y Batseba dijo: Bien; yo ha-
blaré por ti al rey.
19 Y vino Batseba al rey Salomón
para hablarle por Adonía. Y el
rey se levantó a recibirla, e incli-
nóse a ella, y volvió a sentarse en
su trono, e hizo poner una silla a
la madre del rey, la cual se sentó
a su diestra.
20 Y ella dijo: Una pequeña peti-
ción pretendo de ti; no me hagas
volver mi rostro. Y el rey le dijo:
Pide, madre mía, que yo no te
haré volver el rostro.
21 Y ella dijo: Dése Abisag Suna-
mita por esposa a tu hermano
Adonía.
22 Y el rey Salomón respondió, y
dijo a su madre: ¿Por qué pides
a Abisag Sunamita para Ado-
nía? Demanda también para él el
reino, porque él es mi hermano
mayor; y tiene también a Abiatar
sacerdote, y a Joab hijo de Sar-
via.
23 Y el rey Salomón juró por el
SEÑOR, diciendo: Así me haga
Dios y así me añada, que contra

su vida ha hablado Adonía esta
palabra.
24 Ahora pues, vive el SEÑOR,
que me ha confirmado y me ha
puesto sobre el trono de David
mi padre, y que me ha hecho
casa, como me había dicho, que
Adonía morirá hoy.
25 Entonces el rey Salomón
envió por mano de Benaía hijo
de Joiada, el cual dio sobre él, y
murió.
26 Y a Abiatar sacerdote dijo el
rey: Vete a Anatot a tus heredades, que tú eres digno de muerte;
mas no te mataré hoy, por cuanto has llevado el arca del Señor
DIOS delante de David mi padre,
y además has sido trabajado en
todas las cosas en que fue trabajado mi padre.
27 Así echó Salomón a Abiatar
del sacerdocio del SEÑOR, para
que se cumpliese la palabra del
SEÑOR que había dicho sobre la
casa de Eli en Silo.
28 Y vino la noticia hasta Joab:
porque también Joab se había
adherido a Adonía, si bien no
se había adherido a Absalom. Y
huyó Joab al tabernáculo del
SEÑOR, y asióse a los cornijales
del altar.
29 Y fue hecho saber a Salomón
que Joab había huído al tabernáculo del SEÑOR, y que estaba
junto al altar. Entonces envió
Salomón a Benaía hijo de Joiada,
diciendo: Ve, y da sobre él.
30 Y entró Benaía al tabernáculo del SEÑOR, y díjole: El rey ha
dicho que salgas. Y él dijo: No,
sino aquí moriré. Y Benaía volvió
con esta respuesta al rey, diciendo:
Así habló Joab, y así me respondió.
31 Y el rey le dijo: Haz como él
ha dicho; mátale y entiérralo, y
quita de mí y de la casa de mi
padre la sangre que Joab ha derramado injustamente.
32 Y el SEÑOR hará tornar su
sangre sobre su cabeza: que él
ha muerto dos varones más justos y mejores que él, a los cuales
mató a espada sin que mi padre
David supiese nada: a Abner hijo
de Ner, general del ejército de Israel, y a Amasa hijo de Jeter, general del ejército de Judá.
33 La sangre pues de ellos recaerá sobre la cabeza de Joab, y
sobre la cabeza de su simiente
para siempre: mas sobre David
y sobre su simiente, y sobre su
casa y sobre su trono, habrá
perpetuamente paz de parte del
SEÑOR.
34 Entonces Benaía hijo de Joiada subió y dio sobre él, y matólo;
y fue sepultado en su casa en el
desierto.
35 Y el rey puso en su lugar a Benaía hijo de Joiada sobre el ejército: y a Sadoc puso el rey por
sacerdote en lugar de Abiatar.
36 Después envió el rey, e hizo
venir a Semei, y díjole: Edifícate
una casa en Jerusalem, y mora
ahí, y no salgas de allá a una
parte ni a otra;
37 Porque sabe de cierto que el
día que salieres, y pasares el torrente de Cedrón, sin duda morirás, y tu sangre será sobre tu
cabeza.
38 Y Semei dijo al rey: La palabra
es buena; como el rey mi señor
ha dicho, así lo hará tu siervo. Y
habitó Semei en Jerusalem muchos días.
39 Pero pasados tres años, aconteció que se le huyeron a Semei
dos siervos a Aquís, hijo de
Maaca, rey de Gat. Y dieron

aviso a Semei, diciendo: He aquí
que tus siervos están en Gat.
40 Levantóse entonces Semei, y
enalbardó su asno, y fue a Gat,
a Aquís, a procurar sus siervos.
Fue pues Semei, y volvió sus sier-
vos de Gat.
41 Díjose luego a Salomón como
Semei había ido de Jerusalem
hasta Gat, y que había vuelto.
42 Entonces el rey envió, e hizo
venir a Semei, y díjole: ¿No te
conjuré yo por el SEÑOR, y te
protesté, diciendo: El día que sa-
lieres, y fueres acá o acullá, sabe
de cierto que has de morir? Y tú
me dijiste: La palabra es buena,
yo la obedezco.
43 ¿Por qué pues no guardaste el
juramento del SEÑOR, y el man-
damiento que yo te impuse?
44 Dijo además el rey a Semei:
Tú sabes todo el mal, el cual tu
corazón bien sabe, que cometiste
contra mi padre David; el SEÑOR
pues, ha tornado el mal sobre tu
cabeza.
45 Y el rey Salomón será bendi-
to, y el trono de David será
firme perpetuamente delante del
SEÑOR.
46 Entonces el rey mandó a Be-
naía hijo de Joiada, el cual salió
e hirióle; y murió. Y el reino fue
confirmado en la mano de Salo-
món.

CAPÍTULO 3

Y SALOMÓN hizo parentesco
con Faraón rey de Egipto,
porque tomó la hija de Faraón, y
trájola a la ciudad de David, entre
tanto que acababa de edificar su
casa, y la casa del SEÑOR, y los
muros de Jerusalem alrededor.
2 Hasta entonces el pueblo sacri-
ficaba en los altos; porque no
había casa edificada al nombre
del SEÑOR hasta aquellos tiem-
pos.
3 Mas Salomón amó al SEÑOR,
andando en los estatutos de su
padre David: solamente sacrifi-
caba y quemaba perfumes en los
altos.
4 E iba el rey a Gabaón, por-
que aquél era el alto principal, y
sacrificaba allí: mil holocaustos
sacrificaba Salomón sobre aquel
altar.
5 Y aparecióse el SEÑOR a Sa-
lomón en Gabaón una noche en
sueños, y díjo*le* Dios: Pide lo que
quisieres que yo te dé.
6 Y Salomón dijo: Tú hiciste gran
misericordia a tu siervo David
mi padre, según que él anduvo
delante de ti en verdad, en jus-
ticia, y con rectitud de corazón
para contigo: y tú le has guarda-
do esta tu grande misericordia,
que le diste hijo que se sentase
en su trono, como *sucede* en este
día.
7 Ahora pues, oh SEÑOR Dios
mío, tú has puesto a mí tu sier-
vo por rey en lugar de David mi
padre: y yo soy mozo pequeño,
que no sé cómo entrar ni salir.
8 Y tu siervo está en medio de
tu pueblo al cual tú escogiste; un
pueblo grande, que no se puede
contar ni numerar por su multi-
tud.
9 Da pues a tu siervo corazón en-
tendido para juzgar a tu pueblo,
para discernir entre lo bueno y lo
malo: porque ¿quién podrá go-
bernar este tu pueblo tan grande?
10 Y agradó al Señor que Salo-
món pidiese esto.
11 Y díjole Dios: Porque has de-
mandado esto, y no pediste para
ti muchos días ni pediste para ti

riquezas, ni pediste la vida de tus
enemigos, mas demandaste para
ti entendimiento para discernir
juicio;
12 He aquí lo he hecho conforme
a tus palabras: he aquí que te he
dado corazón sabio y entendido,
tanto que no haya habido antes
de ti otro como tú, ni después de
ti se levantará otro como tú.
13 Y aun también te he dado las
cosas que no pediste, riquezas
y gloria: tal, que entre los reyes
ninguno haya como tú en todos
tus días.
14 Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y
mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré
tus días.
15 Y como Salomón despertó,
vio que era sueño: y vino a Jerusalem, y presentóse delante
del arca del pacto del SEÑOR, y
sacrificó holocaustos, e hizo pacíficos; hizo también banquete a
todos sus siervos.
16 En aquella sazón vinieron dos
mujeres rameras al rey, y presentáronse delante de él.
17 Y dijo la una mujer: ¡Ah, señor
mío! yo y esta mujer morábamos
en una misma casa, y yo parí *estando* con ella en la casa.
18 Y aconteció al tercer día después que yo parí, que ésta parió
también, y morábamos nosotras
juntas; ninguno de fuera estaba
en casa, sino nosotras dos en la
casa.
19 Y una noche el hijo de esta
mujer murió, porque ella se acostó sobre él.
20 Y levantóse a media noche,
y tomó a mi hijo de junto a mí,
estando yo tu sierva durmiendo, y púsolo a su lado, y púsome a mi lado su hijo muerto.
21 Y como yo me levanté por la
mañana para dar el pecho a mi
hijo, he aquí que estaba muerto: mas observéle por la mañana,
y ví que no era mi hijo, que yo
había parido.
22 Entonces la otra mujer dijo:
No; mi hijo es el que vive, y tu
hijo es el muerto. Y la otra volvió
a decir: No; tu hijo es el muerto,
y mi hijo es el que vive. Así hablaban delante del rey.
23 El rey entonces dijo: Ésta dice:
Mi hijo es el que vive, y tu hijo es
el muerto: y la otra dice, No, mas
el tuyo es el muerto, y mi hijo es
el que vive.
24 Y dijo el rey: Traedme una
espada. Y trajeron al rey una espada.
25 En seguida el rey dijo: Partid
por medio el niño vivo, y dad la
mitad a la una, y la otra mitad a
la otra.
26 Entonces la mujer cuyo era el
hijo vivo, habló al rey (porque
sus entrañas se le conmovieron
por su hijo), y dijo: ¡Ah, señor
mío! dad a ésta el niño vivo, y no
lo matéis. Mas la otra dijo: Ni a
mí ni a ti; partidlo.
27 Entonces el rey respondió, y
dijo: Dad a aquélla el hijo vivo,
y no lo matéis: ella es su madre.
28 Y todo Israel oyó aquel juicio
que había dado el rey: y temieron al rey, porque vieron que
había en él sabiduría de Dios
para juzgar.

CAPÍTULO 4

FUE pues el rey Salomón rey
sobre todo Israel.
2 Y estos fueron los príncipes
que tuvo: Azarías hijo de Sadoc,
sacerdote;

3 Elioref y Ahía, hijos de Sisa, escribas; Josafat hijo de Ahilud, canciller;
4 Benaía hijo de Joiada era sobre el ejército; y Sadoc y Abiatar eran los sacerdotes;
5 Azaría hijo de Natán era sobre los gobernadores; Zabud hijo de Natán era principal *oficial*, amigo del rey;
6 Y Ahisar era mayordomo; y Adoniram hijo de Abda era sobre el tributo.
7 Y tenía Salomón doce gobernadores sobre todo Israel, los cuales mantenían al rey y a su casa. Cada uno de ellos estaba obligado a abastecer por un mes en el año.
8 Y estos son los nombres de ellos: el hijo de Hur en el monte de Efraím;
9 El hijo de Decar, en Macas, y en Saalbim, y en Bet-semes, y en Elón, y en Bet-hanan;
10 El hijo de Hesed, en Arubot; éste tenía también a Soco y toda la tierra de Hefer.
11 El hijo de Abinadab, en todos los términos de Dor: éste tenía por esposa a Tafat hija de Salomón;
12 Baana hijo de Ahilud, en Taanac y Meguido, y en toda Bet-san, que es cerca de Zaretán, por bajo de Jezreel, desde Bet-san hasta Abelmehola, y hasta la otra parte de Jocmeam;
13 El hijo de Geber, en Ramot de Galaad; éste tenía también las ciudades de Jair hijo de Manasés, las cuales estaban en Galaad; tenía *también* la provincia de Argob, que era en Basán, sesenta grandes ciudades con muro y cerraduras de latón;
14 Ahinadab hijo de Iddo, en Mahanaim;
15 Ahimaas en Neftalí; éste tomó también por esposa a Basemat hija de Salomón.
16 Baana hijo de Husai, en Aser y en Alot;
17 Josafat hijo de Parúa, en Isacar;
18 Semei hijo de Ela, en Benjamín;
19 Geber hijo de Uri, en la tierra de Galaad, la tierra de Sehón rey de los Amorreos, y de Og rey de Basán; *éste era* el único gobernador en *aquella* tierra.
20 Judá e Israel eran muchos, como la arena que está junto al mar en multitud, comiendo y bebiendo y alegrándose.
21 Y Salomón señoreaba sobre todos los reinos, desde el río de la tierra de los Filisteos hasta el término de Egipto: y traían presentes, y sirvieron a Salomón todos los días que vivió.
22 Y la despensa de Salomón era cada día treinta coros de flor de harina, y sesenta coros de harina,
23 Diez bueyes engordados, y veinte bueyes de pasto, y cien ovejas; sin los ciervos, cabras, búfalos, y aves engordadas.
24 Porque él señoreaba en toda la región que estaba de la otra parte del río, desde Tifsa hasta Gaza, sobre todos los reyes de la otra parte del río; y tuvo paz por todos lados en derredor suyo.
25 Y Judá e Israel vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera, desde Dan hasta Beerseba, todos los días de Salomón.
26 Tenía además de esto Salomón cuarenta mil caballos en sus caballerizas para sus carros, y doce mil jinetes.
27 Y estos gobernadores mante-

nían al rey Salomón, y a todos
los que a la mesa del rey Salo-
món venían, cada uno un mes; y
hacían que nada faltase.
28 Hacían también traer cebada
y paja para los caballos y para las
bestias de carga, al lugar donde
él estaba, cada uno conforme al
cargo que tenía.
29 Y dio Dios a Salomón sabidu-
ría, y prudencia muy grande, y
anchura de corazón como la
arena que está a la orilla del mar.
30 Que fue mayor la sabiduría
de Salomón que la de todos los
orientales, y que toda la sabidu-
ría de los Egipcios.
31 Y aun fue más sabio que
todos los hombres; más que Etán
Ezrahita, y que Emán y Calcol
y Darda, hijos de Mahol: y fue
nombrado entre todas las nacio-
nes de alrededor.
32 Y propuso tres mil proverbios;
y sus cantos fueron mil y cinco.
33 También disertó de los árbo-
les, desde el cedro del Líbano
hasta el hisopo que nace en la
pared. Asimismo disertó de los
animales, de las aves, de los rep-
tiles, y de los peces.
34 Y venían de todos los pueblos
a oír la sabiduría de Salomón, y
de todos los reyes de la tierra,
donde había llegado la fama de
su sabiduría.

CAPÍTULO 5

HIRAM rey de Tiro envió
también sus siervos a Salo-
món, luego que oyó que lo ha-
bían ungido por rey en lugar de
su padre: porque Hiram había
siempre amado a David.
2 Entonces Salomón envió a
decir a Hiram:
3 Tú sabes como mi padre David
no pudo edificar casa al nombre
del SEÑOR su Dios, por las gue-
rras que le cercaron, hasta que el
SEÑOR puso *sus enemigos* bajo las
plantas de sus pies.
4 Ahora el SEÑOR mi Dios me
ha dado reposo por todas partes;
que ni hay adversarios, ni mal
encuentro.
5 Yo por tanto he determinado
ahora edificar casa al nombre del
SEÑOR mi Dios, como el SEÑOR
lo habló a David mi padre, di-
ciendo: Tu hijo, que yo pondré
en lugar tuyo en tu trono, él edi-
ficará casa a mi nombre.
6 Manda pues ahora que me cor-
ten cedros del Líbano; y mis sier-
vos estarán con los tuyos, y yo
te daré por tus siervos el salario
que tú dijeres: porque tú sabes
bien que ninguno hay entre no-
sotros que sepa labrar la madera
como los Sidonios.
7 Y como Hiram oyó las palabras
de Salomón, se gozó en gran ma-
nera, y dijo: Bendito sea hoy el
SEÑOR, que dio hijo sabio a David
sobre este pueblo tan grande.
8 Y envió Hiram a decir a Salo-
món: He oído lo que me mandas-
te *a decir:* yo haré todo lo que te
pluguiere acerca de la madera de
cedro, y la madera de haya.
9 Mis siervos la llevarán desde el
Líbano al mar; y yo la pondré en
balsas por el mar hasta el lugar
que tú me señalares, y allí se des-
atará, y tú la tomarás: y tú harás
mi voluntad en dar de comer a
mi familia.
10 Dio pues Hiram a Salomón
madera de cedro y madera de
haya todo lo que quiso.
11 Y Salomón daba a Hiram
veinte mil coros de trigo para el
sustento de su familia, y veinte

coros de aceite limpio: esto daba
Salomón a Hiram cada un año.
12 Dio pues el SEÑOR a Salomón
sabiduría como le había dicho: y
hubo paz entre Hiram y Salomón,
e hicieron pacto entre ambos.
13 Y el rey Salomón impuso tri-
buto a todo Israel, y el tributo
fue de treinta mil hombres:
14 Los cuales enviaba al Líbano
de diez mil en diez mil, cada mes
por su turno, viniendo así a estar
un mes en el Líbano, y dos meses
en sus casas: y Adoniram estaba
sobre aquel tributo.
15 Tenía también Salomón se-
tenta mil que llevaban las cargas,
y ochenta mil cortadores en el
monte;
16 Sin los principales oficiales
de Salomón que estaban sobre la
obra, tres mil y trescientos, los
cuales tenían cargo del pueblo
que hacía la obra.
17 Y mandó el rey que trajesen
grandes piedras, piedras de pre-
cio, para los cimientos de la casa,
y piedras labradas.
18 Y los albañiles de Salomón y
los de Hiram, y los aparejadores,
cortaron y aparejaron la madera
y la cantería para labrar la casa.

CAPÍTULO 6

Y SUCEDIÓ en el año cuatro-
cientos ochenta después que
los hijos de Israel salieron de
Egipto, en el cuarto año del prin-
cipio del reino de Salomón sobre
Israel, en el mes de Zif, que es el
mes segundo, que él comenzó a
edificar la casa del SEÑOR.
2 La casa que el rey Salomón
edificó al SEÑOR, tuvo sesenta
codos de largo y veinte de ancho,
y treinta codos de alto.
3 Y el pórtico delante del tem-
plo de la casa, de veinte codos
de largo, según la anchura de
la casa, y su ancho *era* de diez
codos delante de la casa.
4 E hizo a la casa ventanas an-
chas y estrechas.
5 Edificó también junto al muro
de la casa aposentos alrededor,
contra las paredes de la casa en
derredor del templo y del lugar
santísimo: e hizo cámaras alrede-
dor.
6 El aposento de abajo era de
cinco codos de ancho, y el de en
medio de seis codos de ancho,
y el tercero de siete codos de
ancho: porque por de fuera había
hecho disminuciones a la casa en
derredor, para no trabar *las vigas*
de las paredes de la casa.
7 Y la casa cuando se edificó, fa-
bricáronla de piedras que traían
ya acabadas; de tal manera que
cuando la edificaban, ni mar-
tillos ni hachas se oyeron en la
casa, ni ningún otro instrumento
de hierro.
8 La puerta del aposento de en
medio estaba al lado derecho de
la casa: y subíase por un caracol
al de en medio, y del *aposento* de
en medio al tercero.
9 Labró pues la casa, y acabóla;
y cubrió la casa con artesonados
de cedro.
10 Y edificó asimismo el aposen-
to en derredor de toda la casa, de
altura de cinco codos, el cual se
apoyaba en la casa con maderas
de cedro.
11 Y vino la palabra del SEÑOR a
Salomón, diciendo:
12 Esta casa que tú edificas, si
anduvieres en mis estatutos, e
hicieres mis derechos, y guarda-
res todos mis mandamientos an-
dando en ellos, yo tendré firme

contigo mi palabra que hablé a
David tu padre;
13 Y habitaré en medio de los
hijos de Israel, y no dejaré a mi
pueblo Israel.
14 Así que, Salomón labró la casa,
y acabóla.
15 Y aparejó las paredes de la
casa por de dentro con tablas de
cedro, vistiéndola de madera por
dentro, desde el solado de la casa
hasta las paredes de la techum-
bre: cubrió también el pavimen-
to con madera de haya.
16 Asimismo hizo al cabo de la
casa un edificio de veinte codos
de tablas de cedro, desde el piso
hasta lo más alto; y fabricóse
en la casa un aposento, *que es* el
lugar santísimo.
17 Y la casa, a saber, el templo
de dentro, tenía cuarenta codos.
18 Y la casa estaba *cubierta* de
cedro por de dentro, y tenía enta-
lladuras de calabazas silvestres y
de botones de flores. Todo era
cedro; ninguna piedra se veía.
19 Y adornó el lugar santísimo
por de dentro en medio de la
casa, para poner allí el arca del
pacto del SEÑOR.
20 Y el lugar santísimo estaba en
la parte de adentro, el cual tenía
veinte codos de largo, y otros
veinte de ancho, y otros veinte
de altura; y vistiólo de oro pu-
rísimo: asimismo cubrió el altar
de cedro.
21 De suerte que vistió Salomón
de oro puro la casa por de den-
tro, y cerró la entrada del lugar
santísimo con cadenas de oro, y
vistiólo de oro.
22 Cubrió pues de oro toda la
casa hasta el cabo; y asimismo
vistió de oro todo el altar que es-
taba delante del lugar santísimo.
23 Hizo también en el lugar san-
tísimo dos querubines de madera
de oliva, cada uno de altura de
diez codos.
24 La una ala del querubín tenía
cinco codos, y la otra ala del que-
rubín otros cinco codos: así que
había diez codos desde la punta
de la una ala hasta la punta de
la otra.
25 Asimismo el otro querubín
tenía diez codos; porque ambos
querubines eran de un tamaño y
de una hechura.
26 La altura del uno era de diez
codos, y asimismo el otro.
27 Y puso estos querubines den-
tro de la casa de adentro: los cua-
les querubines extendían sus alas,
de modo que el ala del uno toca-
ba a la pared, y el ala del otro
querubín tocaba a la otra pared,
y las otras dos alas se tocaban la
una a la otra en la mitad de la
casa.
28 Y vistió de oro los querubines.
29 Y esculpió todas las paredes
de la casa alrededor de diversas
figuras, de querubines, de pal-
mas, y de botones de flores, por
de dentro y por de fuera.
30 Y cubrió de oro el piso de la
casa, de dentro y de fuera.
31 Y a la entrada del lugar santí-
simo hizo puertas de madera de
oliva; y el umbral y los postes
eran de cinco esquinas.
32 Las dos puertas *eran* de made-
ra de oliva; y entalló en ellas fi-
guras de querubines y de palmas
y de botones de flores, y cubrió-
las de oro: cubrió también de oro
los querubines y las palmas.
33 Igualmente hizo a la puerta
del templo postes de madera de
oliva cuadrados.
34 Pero las dos puertas eran de

madera de haya; y los dos lados
de la una puerta eran redondos,
y los otros dos lados de la otra
puerta *también* redondos.
35 Y entalló en ellas querubines
y palmas y botones de flores, y
cubriólas de oro ajustado a las
entalladuras.
36 Y edificó el atrio interior de
tres órdenes de piedras labradas,
y de un orden de vigas de cedro.
37 En el cuarto año, en el mes de
Zif, se echaron los cimientos de
la casa del SEÑOR:
38 Y en el undécimo año, en el
mes de Bul, que es el mes octavo,
fue acabada la casa con todas sus
pertenencias, y con todo lo necesario. Edificóla pues, en siete años.

CAPÍTULO 7

DESPUÉS edificó Salomón su
propia casa en trece años, y
acabóla toda.
2 Asimismo edificó la casa del
bosque del Líbano, la cual tenía
cien codos de longitud, y cincuenta codos de anchura, y treinta codos de altura, sobre cuatro
órdenes de columnas de cedro,
con vigas de cedro sobre las columnas.
3 Y estaba cubierta de tablas de
cedro arriba sobre las vigas, que
se apoyaban en cuarenta y cinco
columnas: cada hilera tenía quince *columnas*.
4 Y había tres órdenes de ventanas, una ventana contra la otra
en tres órdenes.
5 Y todas las puertas y postes
eran cuadrados: y las unas ventanas estaban frente a las otras en
tres órdenes.
6 También hizo un pórtico de columnas, que tenía de largo cincuenta codos, y treinta codos de
ancho; y aqueste pórtico *estaba*
delante de aquellas *otras*, con sus
columnas y maderos correspondientes.
7 Hizo asimismo el pórtico del
trono en que había de juzgar, el
pórtico del juicio, y vistiólo de
cedro de suelo a suelo.
8 Y en la casa en que él moraba,
había otro atrio dentro del pórtico, de obra semejante a ésta. Edificó también Salomón una casa
para la hija de Faraón, que había
tomado por esposa, de la misma
obra de aquel pórtico.
9 Todas aquellas *obras* fueron de
piedras de precio, cortadas y aserradas con sierras según las medidas, así por de dentro como por
de fuera, desde el cimiento hasta
los remates, y asimismo por de
fuera hasta el gran atrio.
10 La fundación *era* de piedras
costosas, de piedras grandes, de
piedras de diez codos, y de piedras de ocho codos.
11 De allí arriba eran también piedras de precio, labradas conforme
a sus medidas, y *obra* de cedro.
12 Y en el gran atrio alrededor
había tres órdenes de piedras labradas, y un orden de vigas de
cedro: y así el atrio interior de
la casa del SEÑOR, y el atrio de
la casa.
13 Y envió el rey Salomón, e hizo
venir de Tiro a Hiram,
14 Hijo de una viuda de la tribu
de Neftalí, y su padre había sido
de Tiro: trabajaba él en latón,
lleno de sabiduría y de entendimiento y saber en toda obra de
latón. Éste pues vino al rey Salomón, e hizo toda su obra.
15 Y vació dos columnas de latón,
la altura de cada cual era de diez
y ocho codos: y rodeaba a una y

a otra columna un hilo de doce
codos.
16 Hizo también dos capiteles de
fundición de latón, para que fue-
sen puestos sobre las cabezas de
las columnas: la altura de un ca-
pitel era de cinco codos, y la del
otro capitel de cinco codos.
17 Había trenzas a manera de
red, y unas cintas a manera de
cadenas, para los capiteles que *se
habían de poner* sobre las cabezas
de las columnas: siete para cada
capitel.
18 Y cuando hubo hecho las co-
lumnas, hizo también dos órde-
nes *de granadas* alrededor en el
un enredado, para cubrir los ca-
piteles que estaban en las cabe-
zas *de las columnas* con las gra-
nadas: y de la misma forma hizo
en el otro capitel.
19 Los capiteles que estaban
sobre las columnas en el pórtico,
tenían labor de flores por cuatro
codos.
20 Tenían también los capiteles
de sobre las dos columnas, dos-
cientas granadas en dos órdenes
alrededor en cada capitel, en-
cima del vientre del capitel, el
cual vientre estaba delante del
enredado.
21 Estas columnas erigió en el
pórtico del templo: y cuando
hubo alzado la columna de la
mano derecha, púsole por nom-
bre Jaquín: y alzando la columna
de la mano izquierda, llamó su
nombre Boaz.
22 Y *puso* en las cabezas de las
columnas labor *en forma* de azu-
cenas; y así se acabó la obra de
las columnas.
23 Hizo asimismo un mar de fun-
dición, de diez codos del un lado
al otro, perfectamente redondo:
su altura era de cinco codos, y
ceñíalo alrededor un cordón de
treinta codos.
24 Y cercaban aquel mar por de-
bajo de su labio en derredor unas
bolas como calabazas, diez en
cada codo, que ceñían el mar al-
rededor en dos órdenes, las cua-
les habían sido fundidas cuando
él fue fundido.
25 Y estaba *asentado* sobre doce
bueyes: tres miraban al norte, y
tres miraban al poniente, y tres
miraban al sur, y tres miraban
al oriente; sobre éstos se apo-
yaba el mar, y las traseras de
ellos estaban hacia la parte de
adentro.
26 El grueso *del mar* era de un
palmo, y su labio era labrado
como el labio de una copa, o de
flor de lis: y cabían en él dos mil
batos.
27 Hizo también diez basas de
latón, siendo la longitud de cada
basa de cuatro codos, y la an-
chura de cuatro codos, y de tres
codos la altura.
28 La obra de las basas era ésta:
tenían unas cintas, las cuales es-
taban entre molduras:
29 Y sobre aquellas cintas que
estaban entre las molduras, *figu-
ras* de leones, y de bueyes, y de
querubines; y sobre las molduras
de la basa, así encima como de-
bajo de los leones y de los bue-
yes, había unas añadiduras de
bajo relieve.
30 Cada basa tenía cuatro rue-
das de latón con mesas de latón;
y en sus cuatro esquinas había
unos hombrillos, los cuales *nací-
an* de fundición a cada un lado
de aquellas añadiduras, *para estar*
debajo de la fuente.
31 Y la boca *del pie* de la fuente

entraba un codo en el remate *que salía* para arriba de la basa; y era su boca redonda, de la hechura del *mismo* remate, y *éste* de codo y medio. Había también sobre la boca entalladuras con sus cintas, *las cuales eran* cuadradas, no redondas.
32 Las cuatro ruedas estaban debajo de las cintas, y los ejes de las ruedas *nacían* en la misma basa. La altura de cada rueda era de un codo y medio.
33 Y la hechura de las ruedas era como la hechura de las ruedas de un carro: sus ejes, sus rayos, y sus cubos, y sus cinchos, todo era de fundición.
34 Asimismo los cuatro hombrillos a las cuatro esquinas de cada basa: y los hombrillos eran de la misma basa.
35 Y en lo alto de la basa había medio codo de altura redondo por todas partes: y encima de la basa sus molduras y cintas, *las cuales eran* de ella misma.
36 E hizo en las tablas de las molduras, y en las cintas, entalladuras de querubines, y de leones, y de palmas, con proporción en el espacio de cada una, y alrededor otros adornos.
37 De esta forma hizo diez basas fundidas de una misma manera, de una misma medida, y de una misma entalladura.
38 Hizo también diez fuentes de latón: cada fuente contenía cuarenta batos, y cada una era de cuatro codos; y *asentó* una fuente sobre cada una de las diez basas.
39 Y puso las cinco basas a la mano derecha de la casa, y las otras cinco a la mano izquierda: y asentó el mar al lado derecho de la casa, al oriente, hacia el sur.
40 Asimismo hizo Hiram fuentes, y tenazas, y cuencos. Así acabó toda la obra que hizo a Salomón para la casa del SEÑOR:
41 *Es a saber*, dos columnas, y los vasos redondos de los capiteles que estaban en lo alto de las dos columnas; y dos redes que cubrían los dos vasos redondos de los capiteles que estaban sobre la cabeza de las columnas;
42 Y cuatrocientas granadas para las dos redes, dos órdenes de granadas en cada red, para cubrir los dos vasos redondos que estaban sobre las cabezas de las columnas;
43 Y las diez basas, y las diez fuentes sobre las basas;
44 Y un mar, y doce bueyes debajo del mar;
45 Y calderos, y paletas, y cuencos; y todos los vasos que Hiram hizo al rey Salomón, para la casa del SEÑOR, de latón acicalado.
46 Todo lo hizo fundir el rey en la llanura del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Sartán.
47 Y dejó Salomón sin inquirir el peso del latón de todos los vasos, por la grande multitud *de ellos*.
48 Entonces hizo Salomón todos los vasos que pertenecían a la casa del SEÑOR: un altar de oro, y una mesa sobre la cual estaban los panes de la proposición, también de oro;
49 Y cinco candeleros de oro purísimo a la mano derecha, y otros cinco a la izquierda, delante del lugar santísimo; con las flores, y las lámparas, y despabiladeras de oro;
50 Asimismo los cántaros, vasos, tazas, cucharillas, e incensarios, de oro purísimo; también de oro los quiciales de las puertas

de la casa de adentro, del lugar
santísimo, y los de las puertas
del templo.
51 Así se acabó toda la obra que
dispuso hacer el rey Salomón
para la casa del SEÑOR. Y metió
Salomón lo que David su padre
había dedicado, *es a saber*, plata,
y oro, y vasos, y púsolo *todo* en
guarda en las tesorerías de la
casa del SEÑOR.

CAPÍTULO 8

ENTONCES juntó Salomón los
ancianos de Israel, y a todas
las cabezas de las tribus, y a los
príncipes de las familias de los
hijos de Israel, al rey Salomón en
Jerusalem para traer el arca del
pacto del SEÑOR de la ciudad de
David, que es Sión.
2 Y se juntaron al rey Salomón
todos los varones de Israel en
el mes de Etanim, que es el mes
séptimo, en el día solemne.
3 Y vinieron todos los ancianos
de Israel, y los sacerdotes toma-
ron el arca.
4 Y llevaron el arca del SEÑOR,
y el tabernáculo de la congrega-
ción, y todos los vasos sagrados
que estaban en el tabernáculo;
los cuales llevaban los sacerdo-
tes y Levitas.
5 Y el rey Salomón, y toda la
congregación de Israel que a él
se había juntado, estaban con
él delante del arca, sacrificando
ovejas y bueyes, que por la mul-
titud no se podían contar ni nu-
merar.
6 Y los sacerdotes metieron el
arca del pacto del SEÑOR en su
lugar, en el santuario de la casa,
en el lugar santísimo, debajo de
las alas de los querubines.
7 Porque los querubines tenían
extendidas las alas sobre el lugar
del arca, y así cubrían los queru-
bines el arca y sus varas por enci-
ma.
8 E hicieron salir las varas; que
las cabezas de las varas se deja-
ban ver desde el santuario delan-
te del lugar santísimo, mas no se
veían desde afuera: y así se que-
daron hasta hoy.
9 En el arca ninguna cosa había
más de las dos tablas de piedra
que había allí puesto Moisés en
Horeb, donde el SEÑOR hizo
el pacto con los hijos de Israel,
cuando salieron de la tierra de
Egipto.
10 Y como los sacerdotes salieron
del santuario, la nube hinchió la
casa del SEÑOR.
11 Y los sacerdotes no pudieron
estar para ministrar por causa
de la nube; porque la gloria del
SEÑOR había henchido la casa
del SEÑOR.
12 Entonces dijo Salomón: el
SEÑOR ha dicho que él habitaría
en la oscuridad.
13 Yo he edificado casa por mo-
rada para ti, asiento en que tú
habites para siempre.
14 Y volviendo el rey su rostro,
bendijo a toda la congregación
de Israel; y toda la congregación
de Israel estaba en pie.
15 Y dijo: Bendito sea el SEÑOR
Dios de Israel, que habló de su
boca a David mi padre, y con su
mano lo ha cumplido, diciendo:
16 Desde el día que saqué mi
pueblo Israel de Egipto, no he
escogido ciudad de todas las tri-
bus de Israel para edificar casa
en la cual estuviese mi nombre,
aunque escogí a David para que
presidiese en mi pueblo Israel.
17 Y David mi padre tuvo en el

corazón edificar casa al nombre
del SEÑOR Dios de Israel.
18 Mas el SEÑOR dijo a David mi
padre: Cuanto a haber tú tenido
en el corazón edificar casa a mi
nombre, bien has hecho en tener
tal voluntad;
19 Empero tú no edificarás la
casa, sino tu hijo que saldrá de
tus lomos, él edificará casa a mi
nombre.
20 Y el SEÑOR ha verificado su
palabra que había dicho; que
me he levantado yo en lugar de
David mi padre, y heme sentado
en el trono de Israel, como
el SEÑOR había dicho, y he
edificado la casa al nombre del
SEÑOR Dios de Israel.
21 Y he puesto en ella lugar para
el arca, en la cual está el pacto
del SEÑOR, que él hizo con nuestros
padres cuando los sacó de la
tierra de Egipto.
22 Púsose luego Salomón delante
del altar del SEÑOR, en presencia
de toda la congregación
de Israel, y extendiendo sus
manos al cielo,
23 Dijo: SEÑOR Dios de Israel,
no hay Dios como tú, ni arriba
en el cielo ni abajo en la tierra,
que guardas el pacto y la misericordia
a tus siervos, los que
andan delante de ti de todo su
corazón;
24 Que has guardado a tu siervo
David mi padre lo que le dijiste:
dijístelo con tu boca, y con
tu mano lo has cumplido, como
aparece este día.
25 Ahora pues, SEÑOR Dios de
Israel, cumple a tu siervo David
mi padre lo que le prometiste,
diciendo: No faltará varón de ti
delante de mí, que se siente en
el trono de Israel, con tal que
tus hijos guarden su camino, que
anden delante de mí como tú has
delante de mí andado.
26 Ahora pues, oh Dios de Israel,
verifíquese tu palabra que dijiste
a tu siervo David mi padre.
27 Empero ¿es verdad que Dios
haya de morar sobre la tierra?
He aquí que el cielo y el cielo de
los cielos, no te pueden contener:
¿cuánto menos esta casa que yo
he edificado?
28 Con todo, tú atenderás a la
oración de tu siervo, y a su plegaria,
oh SEÑOR Dios mío, oyendo
propicio el clamor y oración
que tu siervo hace hoy delante
de ti:
29 Que estén tus ojos abiertos de
noche y de día sobre esta casa,
sobre este lugar del cual has
dicho: Mi nombre estará allí; y
que oigas la oración que tu siervo
hará en este lugar.
30 Oye pues la oración de tu siervo,
y de tu pueblo Israel; cuando
oraren en este lugar, también tú
lo oirás en el lugar de tu habitación,
desde el cielo: que oigas y
perdones.
31 Cuando alguno hubiere pecado
contra su prójimo, y le tomaren
juramento haciéndole jurar,
y viniere el juramento delante de
tu altar en esta casa;
32 Tú oirás desde el cielo, y
obrarás, y juzgarás a tus siervos,
condenando al impío, tornando
su proceder sobre su cabeza, y
justificando al justo para darle
conforme a su justicia.
33 Cuando tu pueblo Israel hubiere
caído delante de sus enemigos,
por haber pecado contra
ti, y a ti se volvieren, y confesaren
tu nombre, y oraren, y te rogaren
y suplicaren en esta casa;

34 Oyelos tú en el cielo, y perdona el pecado de tu pueblo Israel, y vuélvelos a la tierra que diste a sus padres.
35 Cuando el cielo se cerrare, y no lloviere, por haber ellos pecado contra ti, y te rogaren en este lugar, y confesaren tu nombre, y se volvieren del pecado, cuando los hubieres afligido;
36 Tú oirás en el cielo, y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, enseñándoles el buen camino en que anden; y darás lluvias sobre tu tierra, la cual diste a tu pueblo por heredad.
37 Cuando en la tierra hubiere hambre, o pestilencia, o tizoncillo, o niebla, o langosta, o pulgón: si sus enemigos los tuvieren cercados en la tierra de su domicilio; cualquiera plaga o enfermedad que sea;
38 Toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga de su corazón, y extendiere sus manos a esta casa;
39 Tú oirás en el cielo, en la habitación de tu morada, y perdonarás, y obrarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces; (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres;)
40 Para que te teman todos los días que vivieren sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres.
41 Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que hubiere venido de lejanas tierras a causa de tu nombre,
42 (Porque oirán de tu grande nombre, y de tu mano fuerte, y de tu brazo extendido;) y viniere a orar a esta casa;
43 Tú oirás en el cielo, en la habitación de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere a ti clamado: para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edifiqué.
44 Si tu pueblo saliere en batalla contra sus enemigos por el camino que tú los enviares, y oraren al SEÑOR hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que yo edifiqué a tu nombre,
45 Tú oirás en el cielo su oración y su súplica, y les harás derecho.
46 Si hubieren pecado contra ti, (porque no hay hombre que no peque) y tú estuvieres airado contra ellos, y los entregares delante del enemigo, para que los cautiven y lleven a tierra enemiga, sea lejos o cerca,
47 Y ellos volvieren en sí en la tierra donde fueren cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de los que los cautivaron, y dijeren: Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad;
48 Y si se arrepintieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti hacia su tierra, que tú diste a sus padres, *hacia* la ciudad que tú elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre;
49 Tú oirás en el cielo, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica, y les harás derecho;

50 Y perdonarás a tu pueblo que
había pecado contra ti, y todas
sus infracciones con que se habrán contra ti rebelado; y harás
que hayan de ellos misericordia
los que los hubieren llevado cautivos:
51 Porque ellos son tu pueblo y tu
heredad, que tú sacaste de Egipto,
de en medio del horno de hierro.
52 Que tus ojos estén abiertos
a la oración de tu siervo, y a la
plegaria de tu pueblo Israel, para
oirlos en todo aquello por lo que
te invocaren:
53 Pues que tú los apartaste para
ti por tu heredad de todos los
pueblos de la tierra, como lo dijiste por mano de Moisés tu siervo, cuando sacaste a nuestros
padres de Egipto, oh Señor DIOS.
54 Y fue, que como acabó Salomón de hacer al SEÑOR toda
esta oración y súplica, levantóse
de estar de rodillas delante del
altar del SEÑOR con sus manos
extendidas al cielo;
55 Y puesto en pie, bendijo a
toda la congregación de Israel,
diciendo en voz alta:
56 Bendito sea el SEÑOR, que ha
dado reposo a su pueblo Israel,
conforme a todo lo que él había
dicho; ninguna palabra de todas
sus promesas que expresó por
Moisés su siervo, ha faltado.
57 Sea con nosotros el SEÑOR
nuestro Dios, como fue con nuestros padres; y no nos desampare,
ni nos deje;
58 Incline nuestro corazón hacia
sí, para que andemos en todos
sus caminos, y guardemos sus
mandamientos y sus estatutos y
sus derechos, los cuales mandó a
nuestros padres.
59 Y que estas mis palabras con
que he orado delante del SEÑOR,
estén cerca del SEÑOR nuestro
Dios de día y de noche, para que
él proteja la causa de su siervo, y
de su pueblo Israel, cada cosa en
su tiempo;
60 A fin de que todos los pueblos
de la tierra sepan que el SEÑOR
es Dios, y que no hay otro.
61 Sea pues perfecto vuestro corazón para con el SEÑOR nuestro
Dios, andando en sus estatutos,
y guardando sus mandamientos,
como el día de hoy.
62 Entonces el rey, y todo Israel
con él, sacrificaron víctimas delante del SEÑOR.
63 Y sacrificó Salomón por sacrificios pacíficos, los cuales ofreció
al SEÑOR, veinte y dos mil bueyes, y ciento veinte mil ovejas.
Así dedicaron el rey y todos los
hijos de Israel la casa del SEÑOR.
64 Aquel mismo día santificó el
rey el medio del atrio que estaba delante de la casa del SEÑOR:
porque ofreció allí los holocaustos, y los presentes, y los sebos
de los pacíficos; por cuanto el
altar de latón que estaba delante del SEÑOR era pequeño, y no
cupieran en él los holocaustos, y
los presentes, y los sebos de los
pacíficos.
65 En aquel tiempo Salomón
hizo fiesta, y con él todo Israel,
una grande congregación desde
como entran en Hamat hasta el
río de Egipto, delante del SEÑOR
nuestro Dios, por siete días y
otros siete días, esto es, por catorce días.
66 Y el octavo día despidió al
pueblo: y ellos bendiciendo al
rey, se fueron a sus estancias
alegres y gozosos de corazón
por todos los beneficios que el

SEÑOR había hecho a David su
siervo, y a su pueblo Israel.

CAPÍTULO 9

Y COMO Salomón hubo acabado la obra de la casa del
SEÑOR, y la casa real, y todo lo
que Salomón quiso hacer,
2 El SEÑOR apareció a Salomón
la segunda vez, como le había
aparecido en Gabaón.
3 Y díjole el SEÑOR: Yo he oído
tu oración y tu ruego, que has
hecho en mi presencia. Yo he
santificado esta casa que tú has
edificado, para poner mi nombre
en ella para siempre; y en ella
estarán mis ojos y mi corazón
todos los días.
4 Y si tú anduvieres delante
de mí, como anduvo David tu
padre, en integridad de corazón
y en equidad, haciendo todas las
cosas que yo te he mandado, y
guardando mis estatutos y mis
derechos,
5 Yo afirmaré el trono de tu reino
sobre Israel para siempre, como
hablé a David tu padre, diciendo:
No faltará de ti varón en el trono
de Israel.
6 Mas si obstinadamente os apartareis de mí vosotros y vuestros
hijos, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que
yo he puesto delante de vosotros,
sino que fuereis y sirviereis a
dioses ajenos, y los adorareis;
7 Yo cortaré a Israel de sobre la
faz de la tierra que les he entregado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la echaré
de delante de mí, e Israel será
por proverbio y fábula a todos
los pueblos;
8 Y esta casa, *que*, estaba en *alta*
estima, cualquiera que pasare por
ella se pasmará, y silbará, y dirá:
¿Por qué ha hecho así el SEÑOR
a esta tierra, y a esta casa?
9 Y dirán: Por cuanto dejaron al
SEÑOR su Dios, que había sacado
a sus padres de tierra de Egipto,
y echaron mano a dioses ajenos,
y los adoraron, y los sirvieron:
por eso ha traído el SEÑOR sobre
ellos todo aqueste mal.
10 Y aconteció al cabo de veinte
años, en que Salomón había edificado las dos casas, la casa del
SEÑOR y la casa real,
11 (Para las cuales Hiram rey de
Tiro, había traído a Salomón madera de cedro y de haya, y cuanto oro él quiso), que el rey Salomón dio a Hiram veinte ciudades
en tierra de Galilea.
12 Y salió Hiram de Tiro para
ver las ciudades que Salomón le
había dado, y no le contentaron.
13 Y dijo: ¿Qué ciudades son
estas que me has dado, hermano? Y púsoles por nombre, la tierra de Cabul, hasta hoy.
14 Y había Hiram enviado al rey
ciento y veinte talentos de oro.
15 Y ésta es la razón del tributo
que el rey Salomón impuso para
edificar la casa del SEÑOR, y su
casa, y a Milo, y el muro de Jerusalem, y a Hasor, y Meguido, y
Gezer.
16 Faraón el rey de Egipto había
subido y tomado a Gezer, y quemádola, y había muerto los Cananeos que habitaban la ciudad,
y dádola en don a su hija la esposa de Salomón.
17 Restauró pues Salomón a
Gezer, y a la baja Bet-horón,
18 Y a Baalat, y a Tadmor en tierra del desierto;
19 Asimismo todas las ciudades
donde Salomón tenía municio-

nes, y las ciudades de los carros, y las ciudades de la gente de a caballo, y todo lo que Salomón deseó edificar en Jerusalem, en el Líbano, y en toda la tierra de su señorío.
20 A todos los pueblos que quedaron de los Amorreos, Heteos, Ferezeos, Heveos, Jebuseos, que no fueron de los hijos de Israel;
21 A sus hijos que quedaron en la tierra después de ellos, que los hijos de Israel no pudieron acabar, hizo Salomón que sirviesen con tributo hasta hoy.
22 Mas a ninguno de los hijos de Israel impuso Salomón servicio, sino que eran hombres de guerra, o sus criados, o sus príncipes, o sus capitanes, o comandantes de sus carros, o su gente de a caballo.
23 Y los que Salomón había hecho jefes y prepósitos sobre las obras, eran quinientos y cincuenta, los cuales estaban sobre el pueblo que trabajaba en aquella obra.
24 Y subió la hija de Faraón de la ciudad de David a su casa que *Salomón* le había edificado: entonces edificó él a Milo.
25 Y ofrecía Salomón tres veces cada un año holocaustos y pacíficos sobre el altar que él edificó al SEÑOR, y quemaba perfumes sobre el que estaba delante del SEÑOR, después que la casa fue acabada.
26 Hizo también el rey Salomón navíos en Ezión-geber, que es junto a Elat en la ribera del mar Bermejo, en la tierra de Edom.
27 Y envió Hiram en ellos a sus siervos, marineros y conocedores del mar, con los siervos de Salomón:
28 Los cuales fueron a Ofir, y tomaron de allí oro, cuatrocientos y veinte talentos, y trajéronlo al rey Salomón.

CAPÍTULO 10

Y OYENDO la reina de Seba la fama de Salomón en el nombre del SEÑOR, vino a probarle con preguntas.
2 Y vino a Jerusalem con muy grande comitiva, con camellos cargados de especias, y oro en grande abundancia, y piedras preciosas: y como vino a Salomón, propúsole todo lo que en su corazón tenía.
3 Y Salomón le declaró todas sus palabras: ninguna cosa se le escondió al rey, que no le declarase.
4 Y cuando la reina de Seba vio toda la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado,
5 Asimismo la comida de su mesa, el asiento de sus siervos, el estado y vestidos de los que le servían, sus maestresalas, y sus holocaustos que sacrificaba en la casa del SEÑOR, quedóse enajenada.
6 Y dijo al rey: Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría;
7 Mas yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto, que ni aun la mitad fue lo que se me dijo: es mayor tu sabiduría y bien que la fama que yo había oído.
8 Bienaventurados tus varones, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría.
9 El SEÑOR tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque el SEÑOR ha amado siempre a Is-

rael, y te ha puesto por rey, para
que hagas derecho y justicia.
10 Y dio ella al rey ciento y vein-
te talentos de oro, y muy mucha
especiería, y piedras preciosas:
nunca vino tan grande copia de
especias, como la reina de Seba
dio al rey Salomón.
11 La flota de Hiram que había
traído el oro de Ofir, traía tam-
bién de Ofir muy mucha madera
de algumim, y piedras preciosas.
12 Y de la madera de algumim
hizo el rey balaustres para la
casa del SEÑOR, y para las casas
reales, arpas también y salterios
para los cantores: nunca vino
tanta madera de algumim, ni se
ha visto hasta hoy.
13 Y el rey Salomón dio a la
reina de Seba todo lo que quiso,
y todo lo que pidió, además de
lo que Salomón le dio como de
mano del rey Salomón. Y ella se
volvió, y se fue a su tierra con
sus criados.
14 El peso del oro que Salomón
tenía de renta cada un año, era
seiscientos sesenta y seis talen-
tos de oro;
15 Sin *lo de* los mercaderes, y de
la contratación de especias, y de
todos los reyes de Arabia, y de
los principales de la tierra.
16 Hizo también el rey Salomón
doscientos paveses de oro exten-
dido: seiscientos *siclos* de oro
gastó en cada pavés.
17 Asimismo trescientos escudos
de oro extendido, en cada uno
de los cuales gastó tres libras de
oro: y púsolos el rey en la casa
del bosque del Líbano.
18 Hizo también el rey un gran
trono de marfil, el cual cubrió de
oro purísimo.
19 Seis gradas tenía el trono, y
lo alto de él era redondo por el
respaldo: y de la una parte y de
la otra tenía apoyos cerca del
asiento, junto a los cuales esta-
ban colocados dos leones.
20 Estaban también doce leones
puestos allí sobre las seis gradas,
de la una parte y de la otra: en
ningún otro reino se había hecho
trono semejante.
21 Y todos los vasos de beber del
rey Salomón eran de oro, y asi-
mismo toda la vajilla de la casa
del bosque del Líbano era de oro
fino: no había plata; en tiempo
de Salomón no era de estima.
22 Porque el rey tenía la flota *que
salía* al mar, a Tarsis, con la flota
de Hiram: una vez en cada tres
años venía la flota de Tarsis, y
traía oro, plata, marfil, simios y
pavos.
23 Así excedía el rey Salomón a
todos los reyes de la tierra en ri-
quezas y en sabiduría.
24 Toda la tierra procuraba *ver* la
cara de Salomón, para oír su sa-
biduría, la cual Dios había pues-
to en su corazón.
25 Y todos le llevaban cada
año sus presentes: vasos de oro,
vasos de plata, vestidos, armas,
aromas, caballos y acémilas.
26 Y juntó Salomón carros y
gente de a caballo; y tenía mil
cuatrocientos carros, y doce mil
jinetes, los cuales puso en las
ciudades de los carros, y con el
rey en Jerusalem.
27 Y puso el rey en Jerusalem
plata como piedras, y cedros
como los sicómoros que están
por los campos en abundancia.
28 Y sacaban caballos y lienzos
a Salomón de Egipto: porque la
compañía de los mercaderes del
rey compraban caballos y lienzos.

29 Y venía y salía de Egipto, el
carro por seiscientas piezas de
plata, y el caballo por ciento y
cincuenta; y así los sacaban por
mano de ellos todos los reyes de
los Heteos, y de Siria.

CAPÍTULO 11

EMPERO el rey Salomón amó,
a más de la hija de Faraón,
muchas mujeres extranjeras: a
las de Moab, a las de Amón, a las
de Idumea, a las de Sidón, y a las
Heteas;
2 Gentes de las cuales el SEÑOR
había dicho a los hijos de Israel:
No entraréis a ellas, ni ellas en-
trarán a vosotros; porque cier-
tamente harán inclinar vuestros
corazones tras sus dioses. A éstas
pues se juntó Salomón con amor.
3 Y tuvo setecientas esposas
princesas, y trescientas concubi-
nas; y sus esposas torcieron su
corazón.
4 Y ya que Salomón era viejo, sus
esposas inclinaron su corazón
tras dioses ajenos; y su corazón
no era perfecto con el SEÑOR
su Dios, como el corazón de su
padre David.
5 Porque Salomón siguió a As-
tarot, diosa de los Sidonios, y
a Milcom, abominación de los
Amonitas.
6 E hizo Salomón lo malo en los
ojos del SEÑOR, y no fue cum-
plidamente tras el SEÑOR como
David su padre.
7 Entonces edificó Salomón un
alto a Quemos, abominación de
Moab, en el monte que está en-
frente de Jerusalem; y a Moloc,
abominación de los hijos de
Amón.
8 Y así hizo para todas sus espo-
sas extranjeras, las cuales que-
maban perfumes, y sacrificaban
a sus dioses.
9 Y enojóse el SEÑOR contra Sa-
lomón, por cuanto estaba su co-
razón desviado del SEÑOR Dios
de Israel, que le había aparecido
dos veces,
10 Y le había mandado acerca de
esto, que no siguiese dioses aje-
nos: mas él no guardó lo que le
mandó el SEÑOR.
11 Y dijo el SEÑOR a Salomón:
Por cuanto ha habido esto en ti, y
no has guardado mi pacto y mis
estatutos que yo te mandé, rom-
peré el reino de ti, y lo entregaré
a tu siervo.
12 Empero no lo haré en tus días,
por amor de David tu padre:
romperélo de la mano de tu hijo.
13 Sin embargo no romperé todo
el reino, sino que daré una tribu
a tu hijo, por amor de David mi
siervo, y por amor de Jerusalem
que yo he elegido.
14 Y el SEÑOR suscitó un adver-
sario a Salomón, a Adad, Idumeo,
de la sangre real, el cual estaba
en Edom.
15 Porque cuando David estaba
en Edom, y subió Joab el general
del ejército a enterrar los muer-
tos, y mató a todos los varones
de Edom,
16 (Porque seis meses habitó
allí Joab, y todo Israel, hasta
que hubo acabado a todo el sexo
masculino en Edom;)
17 Entonces huyó Adad, y con
él algunos varones Idumeos de
los siervos de su padre, y fuese
a Egipto; era entonces Adad mu-
chacho pequeño.
18 Y levantáronse de Madián, y
vinieron a Parán; y tomando con-
sigo hombres de Parán, viniéron-
se a Egipto, a Faraón rey de Egip-

to, el cual le dio casa, y le señaló
alimentos, y aun le dio tierra.
19 Y halló Adad grande gracia
delante de Faraón, el cual le dio
por esposa a la hermana de su
esposa, a la hermana de la reina
Tahpenes.
20 Y la hermana de Tahpenes le
parió a su hijo Genubat, al cual
destetó Tahpenes dentro de la
casa de Faraón; y estaba Genu-
bat en casa de Faraón entre los
hijos de Faraón.
21 Y oyendo Adad en Egipto que
David había dormido con sus
padres, y que era muerto Joab
general del ejército, Adad dijo a
Faraón: Déjame ir a mi tierra.
22 Y respondióle Faraón: ¿Por
qué? ¿qué te falta conmigo, que
procuras irte a tu tierra? Y él res-
pondió: Nada; con todo, ruégote
que me dejes ir.
23 Despertóle también Dios por
adversario a Rezón, hijo de Elia-
da, el cual había huído de su amo
Adad-ezer, rey de Soba.
24 Y había juntado gente con-
tra él, y habíase hecho capitán
de una compañía, cuando David
deshizo a los *de Soba*. Después se
fueron a Damasco, y habitaron
allí, e hiciéronle rey en Damasco.
25 Y fue adversario a Israel todos
los días de Salomón; y fue otro
mal con el de Adad, porque abo-
rreció a Israel, y reinó sobre la
Siria.
26 Asimismo Jeroboam hijo de
Nabat, Efrateo de Sereda, siervo
de Salomón, (su madre se lla-
maba Serva, mujer viuda) alzó
su mano contra el rey.
27 Y la causa por qué éste
alzó mano contra el rey, fue
ésta: Salomón edificando a
Milo, cerró el portillo de la
ciudad de David su padre.
28 Y el varón Jeroboam era va-
liente y esforzado; y viendo Sa-
lomón al mancebo que era hom-
bre activo, encomendóle todo el
cargo de la casa de José.
29 Aconteció pues en aquel tiem-
po, que saliendo Jeroboam de Je-
rusalem, topóle en el camino el
profeta Ahías Silonita; y él esta-
ba cubierto con una capa nueva;
y estaban ellos dos solos en el
campo.
30 Y trabando Ahías de la capa
nueva que tenía sobre sí, rompió-
la en doce pedazos,
31 Y dijo a Jeroboam: Toma para
ti los diez pedazos; porque así
dijo el SEÑOR Dios de Israel: He
aquí que yo rompo el reino de
la mano de Salomón, y a ti daré
diez tribus;
32 (Y él tendrá una tribu, por
amor de David mi siervo, y por
amor de Jerusalem, ciudad que
yo he elegido de todas las tribus
de Israel:)
33 Por cuanto me han dejado, y
han adorado a Astarot diosa de
los Sidonios, y a Quemos dios de
Moab, y a Moloc dios de los hijos
de Amón; y no han andado en
mis caminos, para hacer lo recto
delante de mis ojos, y mis esta-
tutos, y mis derechos, como hizo
David su padre.
34 Empero no quitaré nada de
su reino de sus manos, sino que
lo retendré por caudillo todos
los días de su vida, por amor de
David mi siervo, al cual yo elegí,
y él guardó mis mandamientos y
mis estatutos:
35 Mas yo quitaré el reino de la
mano de su hijo, y darélo a ti, las
diez tribus.
36 Y a su hijo daré una tribu,

para que mi siervo David tenga
lámpara todos los días delante
de mí en Jerusalem, ciudad que
yo me elegí para poner en ella mi
nombre.
37 Yo pues te tomaré a ti, y tú
reinarás en todas las cosas que
deseare tu alma, y serás rey
sobre Israel.
38 Y será que, si prestares oído
a todas las cosas que te mandare,
y anduvieres en mis caminos, e
hicieres lo recto delante de mis
ojos, guardando mis estatutos y
mis mandamientos, como hizo
David mi siervo, yo seré contigo,
y te edificaré casa firme, como la
edifiqué a David, y yo te entre-
garé a Israel.
39 Y yo afligiré la simiente de
David a causa de esto, mas no
para siempre.
40 Procuró por tanto Salomón de
matar a Jeroboam, pero levan-
tándose Jeroboam, huyó a Egip-
to, a Sisac rey de Egipto, y estu-
vo en Egipto hasta la muerte de
Salomón.
41 Lo demás de los hechos de Sa-
lomón, y todas las cosas que hizo,
y su sabiduría, ¿no están escritas
en el libro de los hechos de Sa-
lomón?
42 Y los días que Salomón reinó
en Jerusalem sobre todo Israel,
fueron cuarenta años.
43 Y durmió Salomón con sus
padres, y fue sepultado en la ciu-
dad de su padre David: y reinó
en su lugar Roboam su hijo.

CAPÍTULO 12

Y FUE Roboam a Siquem; por-
que todo Israel había venido
a Siquem para hacerlo rey.
2 Y aconteció, que como lo oyó
Jeroboam hijo de Nabat, que
estaba en Egipto, porque había
huído de delante del rey Salo-
món, y habitaba en Egipto;
3 Enviaron y llamáronle. Vino
pues Jeroboam y toda la congre-
gación de Israel, y hablaron a
Roboam, diciendo:
4 Tu padre agravó nuestro yugo,
mas ahora tú disminuye *algo* de
la dura servidumbre de tu padre,
y del yugo pesado que puso sobre
nosotros, y te serviremos.
5 Y él les dijo: Idos, y de aquí a
tres días volved a mí. Y el pueblo
se fue.
6 Entonces el rey Roboam tomó
consejo con los ancianos que
habían estado delante de Salo-
món su padre cuando vivía, y
dijo: ¿Cómo aconsejáis vosotros
que responda a este pueblo?
7 Y ellos le hablaron, diciendo:
Si tú fueres hoy siervo de este
pueblo, y lo sirvieres, y respon-
diéndole buenas palabras les
hablares, ellos te servirán para
siempre.
8 Mas él, dejado el consejo de los
viejos que ellos le habían dado,
tomó consejo con los mancebos
que se habían criado con él, y es-
taban delante de él.
9 Y díjoles: ¿Cómo aconsejáis
vosotros que respondamos a este
pueblo, que me ha hablado, di-
ciendo: Disminuye *algo* del yugo
que tu padre puso sobre noso-
tros?
10 Entonces los mancebos que
se habían criado con él, le res-
pondieron, diciendo: Así habla-
rás a este pueblo que te ha dicho
estas palabras: Tu padre agravó
nuestro yugo; mas tú disminúye-
nos *algo*: así les hablarás: El
menor dedo de los míos es más
grueso que los lomos de mi padre.

11 Ahora pues, mi padre os cargó
de pesado yugo, mas yo añadiré
a vuestro yugo; mi padre os hirió
con azotes, mas yo os heriré con
escorpiones.
12 Y al tercer día vino Jeroboam
con todo el pueblo a Roboam;
según el rey lo había mandado,
diciendo: Volved a mí al tercer
día.
13 Y el rey respondió al pueblo
duramente, dejado el consejo de
los ancianos que ellos le habían
dado;
14 Y hablóles conforme al con-
sejo de los mancebos, diciendo:
Mi padre agravó vuestro yugo,
pero yo añadiré a vuestro yugo;
mi padre os hirió con azotes,
mas yo os heriré con escorpiones.
15 Y no oyó el rey al pueblo; por-
que era ordenación del SEÑOR,
para confirmar su palabra, que el
SEÑOR había hablado por medio
de Ahías Silonita a Jeroboam
hijo de Nabat.
16 Y cuando todo el pueblo vio
que el rey no les había oído, res-
pondióle estas palabras, dicien-
do: ¿Qué parte tenemos nosotros
con David? No tenemos heredad
en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus es-
tancias! ¡Provee ahora en tu casa,
David! Entonces Israel se fue a
sus estancias.
17 Mas reinó Roboam sobre los
hijos de Israel que moraban en
las ciudades de Judá.
18 Y el rey Roboam envió a Ado-
ram, que estaba sobre los tri-
butos; pero apedreóle todo Israel,
y murió. Entonces el rey Roboam
se esforzó a subir en un carro, y
huir a Jerusalem.
19 Así se apartó Israel de la casa
de David hasta hoy.
20 Y aconteció, que oyendo todo
Israel que Jeroboam había vuelto,
enviaron y llamáronle a la con-
gregación, e hiciéronle rey sobre
todo Israel, sin quedar tribu algu-
na que siguiese la casa de David,
sino sólo la tribu de Judá.
21 Y como Roboam vino a Jeru-
salem, juntó toda la casa de Judá
y la tribu de Benjamín, ciento y
ochenta mil hombres escogidos
de guerra, para hacer guerra a la
casa de Israel, y reducir el reino
a Roboam hijo de Salomón.
22 Mas vino la palabra de Dios a
Semeías varón de Dios, diciendo:
23 Habla a Roboam hijo de Sa-
lomón, rey de Judá, y a toda la
casa de Judá y de Benjamín, y a
los demás del pueblo, diciendo:
24 Así ha dicho el SEÑOR: No
vayáis, ni peleéis contra vuestros
hermanos los hijos de Israel; vol-
veos cada uno a su casa; porque
este negocio yo lo he hecho. Y
ellos oyeron la palabra de Dios, y
volviéronse, y fuéronse, confor-
me a la palabra del SEÑOR.
25 Y reedificó Jeroboam a Si-
quem en el monte de Efraím, y
habitó en ella; y saliendo de allí,
reedificó a Penuel.
26 Y dijo Jeroboam en su cora-
zón: Ahora se volverá el reino a
la casa de David,
27 Si este pueblo subiere a sacri-
ficar a la casa del SEÑOR en Je-
rusalem: porque el corazón de
este pueblo se convertirá a su
señor Roboam rey de Judá, y me
matarán a mí, y se tornarán a
Roboam rey de Judá.
28 Y habido consejo, hizo el rey
dos becerros de oro, y dijo al
pueblo: Demasiado os es subir a
Jerusalem: he aquí tus dioses, oh
Israel, que te hicieron subir de la
tierra de Egipto.

29 Y puso el uno en Betel, y el
otro puso en Dan.
30 Y esto fue *ocasión* de pecado;
porque el pueblo iba *a adorar* de-
lante del uno, hasta Dan.
31 Hizo también casa de altos, e
hizo sacerdotes de la clase del
pueblo, que no eran de los hijos
de Leví.
32 Entonces instituyó Jeroboam
solemnidad en el mes octavo, a
los quince del mes, conforme a
la solemnidad que *se celebraba* en
Judá; y sacrificó sobre un altar.
Así hizo en Betel, sacrificando
a los becerros que había hecho.
Ordenó también en Betel sacer-
dotes de los altos que él había
fabricado.
33 Sacrificó pues sobre el altar
que él había hecho en Betel, a
los quince del mes octavo, el mes
que él había inventado de su co-
razón; e hizo fiesta a los hijos de
Israel, y subió al altar para que-
mar perfumes.

CAPÍTULO 13

Y HE aquí que un varón de Dios
por palabra del SEÑOR vino
de Judá a Betel; y estando Jero-
boam al altar para quemar per-
fumes,
2 Él clamó contra el altar por pa-
labra del SEÑOR, y dijo: Altar,
altar, así ha dicho el SEÑOR:
He aquí que a la casa de David
nacerá un hijo, llamado Josías,
el cual sacrificará sobre ti a los
sacerdotes de los altos que que-
man sobre ti perfumes; y sobre
ti quemarán huesos de hombres.
3 Y aquel mismo día dio una señal,
diciendo: Ésta *es* la señal de que
el SEÑOR ha hablado: he aquí
que el altar se quebrará, y la ceni-
za que sobre él está se derramará.
4 Y como el rey Jeroboam oyó
la palabra del varón de Dios, que
había clamado contra el altar
de Betel, extendiendo su mano
desde el altar, dijo: ¡Prendedle!
Mas la mano que había extendi-
do contra él, se le secó, que no la
pudo tornar a sí.
5 Y el altar se rompió, y derra-
móse la ceniza del altar, confor-
me a la señal que el varón de
Dios había dado por palabra del
SEÑOR.
6 Entonces respondiendo el rey,
dijo al varón de Dios: Te pido que
ruegues a la faz del SEÑOR tu
Dios, y ora por mí, que mi mano
me sea restituída. Y el varón de
Dios oró a la faz del SEÑOR, y
la mano del rey se le recuperó y
tornóse como antes.
7 Y el rey dijo al varón de Dios:
Ven conmigo a casa, y comerás, y
yo te daré un presente.
8 Mas el varón de Dios dijo al rey:
Si me dieses la mitad de tu casa,
no iría contigo, ni comería pan
ni bebería agua en este lugar;
9 Porque así me está mandado
por palabra del SEÑOR, dicien-
do: No comas pan, ni bebas agua,
ni vuelvas por el camino que fue-
res.
10 Fuese pues por otro camino,
y no volvió por el camino por
donde había venido a Betel.
11 Moraba a la sazón en Betel un
viejo profeta, al cual vino su hijo,
y contóle todo lo que el varón de
Dios había hecho aquel día en
Betel: contáronle también a su
padre las palabras que había ha-
blado al rey.
12 Y su padre les dijo: ¿Por qué
camino fue? Y sus hijos le mos-
traron el camino por donde
se había tornado el varón de

Dios, que había venido de Judá.
13 Y él dijo a sus hijos: Enalbardadme el asno. Y ellos le enalbardaron el asno, y subió en él.
14 Y yendo tras el varón de Dios, hallóle que estaba sentado debajo de una encina, y díjole: ¿Eres tú el varón de Dios que viniste de Judá? Y él dijo: Yo soy.
15 Díjole entonces: Ven conmigo a casa, y come del pan.
16 Mas él respondió: No podré volver contigo, ni iré contigo; ni tampoco comeré pan ni beberé agua contigo en este lugar;
17 Porque por palabra del SEÑOR me ha sido dicho: No comas pan ni bebas agua allí, ni vuelvas por el camino que fueres.
18 Y el *otro* le dijo: Yo también soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado por palabra del SEÑOR, diciendo: Vuélvele contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua. *Empero* mintióle.
19 Entonces volvió con él, y comió del pan en su casa, y bebió del agua.
20 Y aconteció que, estando ellos a la mesa, vino la palabra del SEÑOR al profeta que le había hecho volver;
21 Y clamó al varón de Dios que había venido de Judá, diciendo: Así dijo el SEÑOR: Por cuanto has sido rebelde al dicho del SEÑOR, y no guardaste el mandamiento que el SEÑOR tu Dios te había prescrito,
22 Sino que volviste, y comiste del pan y bebiste del agua en el lugar donde *el SEÑOR* te había dicho no comieses pan ni bebieses agua, no entrará tu cuerpo en el sepulcro de tus padres.
23 Y como hubo comido del pan y bebido, el *profeta* que le había hecho volver le enalbardó un asno;
24 Y yéndose, topóle un león en el camino, y matóle; y su cuerpo estaba echado en el camino, y el asno estaba junto a él, y el león también estaba junto al cuerpo.
25 Y he aquí unos que pasaban, y vieron el cuerpo que estaba echado en el camino, y el león que estaba junto al cuerpo: y vinieron, y dijéronlo en la ciudad donde el viejo profeta habitaba.
26 Y oyéndolo el profeta que le había vuelto del camino, dijo: El varón de Dios es, que fue rebelde al dicho del SEÑOR: por tanto el SEÑOR le ha entregado al león, que le ha quebrantado y muerto, conforme a la palabra del SEÑOR que él le dijo.
27 Y habló a sus hijos, y díjoles: Enalbardadme un asno. Y ellos se lo enalbardaron.
28 Y él fue, y halló su cuerpo tendido en el camino, y el asno y el león estaban junto al cuerpo: el león no había comido el cuerpo, ni dañado al asno.
29 Y tomando el profeta el cuerpo del varón de Dios, púsolo sobre el asno, y llevóselo. Y el profeta viejo vino a la ciudad, para endecharle y enterrarle.
30 Y puso su cuerpo en su sepulcro; y endecháronle, *diciendo*: ¡Ay, hermano mío!
31 Y después que le hubieron enterrado, habló a sus hijos, diciendo: Cuando yo muriere, enterradme en el sepulcro en que está sepultado el varón de Dios; poned mis huesos junto a los suyos.
32 Porque sin duda vendrá lo que él dijo a voces por palabra del SEÑOR contra el altar que

está en Betel, y contra todas las casas de los altos que están en las ciudades de Samaria.
33 Después de esto no se tornó Jeroboam de su mal camino: antes volvió a hacer sacerdotes de los altos de la clase del pueblo, y quien quería se consagraba, y era de los sacerdotes de los altos.
34 Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam; por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra.

CAPÍTULO 14

EN aquel tiempo Abías hijo de Jeroboam cayó enfermo.
2 Y dijo Jeroboam a su esposa: Levántate ahora, disfrázate, porque no te conozcan que eres la esposa de Jeroboam, y ve a Silo; que allá está Ahías profeta, el que me dijo que yo había de ser rey sobre este pueblo.
3 Y toma en tu mano diez panes, y turrones, y una botija de miel, y ve a él; que te declare lo que ha de ser de este mozo.
4 Y la esposa de Jeroboam hízolo así; y levantóse, y fue a Silo, y vino a casa de Ahías. Y no podía ya ver Ahías, que sus ojos se habían oscurecido a causa de su vejez.
5 Mas el SEÑOR había dicho a Ahías: He aquí que la esposa de Jeroboam vendrá a consultarte por su hijo, que está enfermo: así y así le has de responder; pues será que cuando ella viniere, vendrá disimulada.
6 Y como Ahías oyó el sonido de sus pies cuando entraba por la puerta, dijo: Entra, esposa de Jeroboam; ¿por qué te finges otra? empero yo soy enviado a ti con revelación dura.
7 Ve, y di a Jeroboam: Así dijo el SEÑOR Dios de Israel: Por cuanto yo te levanté de en medio del pueblo, y te hice príncipe sobre mi pueblo Israel,
8 Y rompí el reino de la casa de David, y te lo entregué a ti; y tú no has sido como David mi siervo, que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo derecho delante de mis ojos;
9 Antes hiciste lo malo sobre todos los que han sido antes de ti: que fuiste y te hiciste dioses ajenos y de fundición para enojarme, y a mí me echaste tras tus espaldas:
10 Por tanto, he aquí que yo traigo mal sobre la casa de Jeroboam, y yo talaré de Jeroboam todo meante a la pared, así el guardado como el desamparado en Israel; y barreré la posteridad de la casa de Jeroboam, como es barrido el estiércol, hasta que sea acabada.
11 El que muriere *de los* de Jeroboam en la ciudad, le comerán los perros; y el que muriere en el campo, comerlo han las aves del cielo; porque el SEÑOR lo ha dicho.
12 Y tú levántate, y vete a tu casa; que en entrando tu pie en la ciudad, morirá el mozo.
13 Y todo Israel lo endechará, y le enterrarán; porque sólo él de los de Jeroboam entrará en sepultura; por cuanto se ha hallado en él alguna cosa buena del SEÑOR Dios de Israel, en la casa de Jeroboam.
14 Y el SEÑOR se levantará un rey sobre Israel, el cual talará la casa de Jeroboam

en este día; ¿y qué, si ahora?
15 Y el SEÑOR sacudirá a Israel,
al modo que la caña se agita en
las aguas: y él arrancará a Israel
de esta buena tierra que había
dado a sus padres, y esparcirálos
de la otra parte del río, por cuanto
han hecho sus bosques, enojando
al SEÑOR.
16 Y él entregará a Israel por los
pecados de Jeroboam, el cual
pecó, y ha hecho pecar a Israel.
17 Entonces la esposa de Jeroboam
se levantó, y se fue, y vino
a Tirsa: y entrando ella por el
umbral de la casa, el mozo murió.
18 Y enterráronlo, y endechólo
todo Israel, conforme a la palabra
del SEÑOR, que él había
hablado por mano de su siervo
Ahías profeta.
19 Los otros hechos de Jeroboam,
qué guerras hizo, y cómo reinó,
todo está escrito en el libro de las
historias de los reyes de Israel.
20 El tiempo que reinó Jeroboam
fueron veintidós años; y habiendo
dormido con sus padres, reinó
en su lugar Nadab su hijo.
21 Y Roboam hijo de Salomón
reinó en Judá. De cuarenta y un
años era Roboam cuando comenzó
a reinar, y diecisiete años
reinó en Jerusalem, ciudad que
el SEÑOR eligió de todas las tribus
de Israel, para poner allí su
nombre. El nombre de su madre
fue Naama, Amonita.
22 Y Judá hizo lo malo en los
ojos del SEÑOR, y enojáronle
más que todo lo que sus padres
habían hecho en sus pecados que
cometieron.
23 Porque ellos también se edificaron
altos, estatuas, y bosques,
en todo collado alto, y debajo de
todo árbol frondoso:
24 Y hubo también sodomitas en
la tierra, e hicieron conforme a
todas las abominaciones de las
gentes que el SEÑOR había echado
delante de los hijos de Israel.
25 Al quinto año del rey Roboam
subió Sisac rey de Egipto contra
Jerusalem.
26 Y tomó los tesoros de la casa
del SEÑOR, y los tesoros de la
casa real, y saqueólo todo: llevóse
también todos los escudos de
oro que Salomón había hecho.
27 Y en lugar de ellos hizo el rey
Roboam escudos de latón, y diólos
en manos de los capitanes de
los de la guardia, quienes custodiaban
la puerta de la casa real.
28 Y cuando el rey entraba en la
casa del SEÑOR, los de la guardia
los llevaban; y poníanlos *después*
en la cámara de los de la guardia.
29 Lo demás de los hechos de Roboam,
y todas las cosas que hizo,
¿no están escritas en las crónicas
de los reyes de Judá?
30 Y hubo guerra entre Roboam
y Jeroboam todos los días.
31 Y durmió Roboam con sus
padres, y fue sepultado con sus
padres en la ciudad de David. El
nombre de su madre fue Naama,
Amonita. Y reinó en su lugar
Abiam su hijo.

CAPÍTULO 15

EN el año dieciocho del rey Jeroboam hijo de Nabat,
Abiam comenzó a reinar sobre
Judá.
2 Reinó tres años en Jerusalem.
El nombre de su madre fue
Maaca, hija de Abisalom.
3 Y anduvo en todos los pecados
de su padre, que había éste
hecho antes de él; y no fue su corazón
perfecto con el SEÑOR su

Dios, como el corazón de David
su padre.
4 Mas por amor de David, dióle
el SEÑOR su Dios lámpara en Je-
rusalem, levantándole a su hijo
después de él, y sosteniendo a
Jerusalem:
5 Por cuanto David había hecho
lo recto ante los ojos del SEÑOR,
y de ninguna cosa que le manda-
se se había apartado en todos los
días de su vida, excepto el nego-
cio de Urías Heteo.
6 Y hubo guerra entre Roboam
y Jeroboam todos los días de su
vida.
7 Lo demás de los hechos de
Abiam, y todas las cosas que hizo,
¿no están escritas en el libro de
las crónicas de los reyes de Judá?
Y hubo guerra entre Abiam y Je-
roboam.
8 Y durmió Abiam con sus pa-
dres, y sepultáronlo en la ciudad
de David: y reinó Asa su hijo en
su lugar.
9 En el año veinte de Jeroboam
rey de Israel, Asa comenzó a rei-
nar sobre Judá.
10 Y reinó cuarenta y un años
en Jerusalem; el nombre de su
madre fue Maaca, hija de Abisa-
lom.
11 Y Asa hizo lo recto ante los
ojos del SEÑOR, como David su
padre.
12 Porque quitó los sodomitas de
la tierra, y quitó todos los ídolos
que sus padres habían hecho.
13 Y también privó a su madre
Maaca de ser reina, porque había
hecho un ídolo en un bosque.
Además deshizo Asa el ídolo de
su madre, y quemólo junto al to-
rrente de Cedrón.
14 Empero los altos no se quita-
ron: con todo, el corazón de Asa
fue perfecto para con el SEÑOR
toda su vida.
15 También metió en la casa del
SEÑOR lo que su padre había de-
dicado, y lo que él dedicó: oro, y
plata, y vasos.
16 Y hubo guerra entre Asa y
Baasa rey de Israel, todo el tiem-
po de ambos.
17 Y subió Baasa rey de Israel
contra Judá, y edificó a Ramá,
para no dejar salir ni entrar a
ninguno de Asa, rey de Judá.
18 Entonces tomando Asa toda la
plata y oro que había quedado en
los tesoros de la casa del SEÑOR,
y los tesoros de la casa real, en-
trególos en las manos de sus
siervos, y enviólos el rey Asa a
Ben-adad, hijo de Tabrimón, hijo
de Hezión, rey de Siria, el cual
residía en Damasco, diciendo:
19 Pacto *hay* entre mí y ti, y entre
mi padre y el tuyo: he aquí yo te
envío un presente de plata y oro:
ve, y rompe tu pacto con Baasa
rey de Israel, para que me deje.
20 Y Ben-adad consintió con el
rey Asa, y envió los príncipes
de los ejércitos que tenía contra
las ciudades de Israel, e hirió a
Ahión, y a Dan, y a Abel-bet-maa-
ca, y a toda Cineret, con toda la
tierra de Neftalí.
21 Y oyendo esto Baasa, dejó de
edificar a Ramá, y estúvose en
Tirsa.
22 Entonces el rey Asa convocó a
todo Judá, sin exceptuar ningu-
no; y quitaron de Ramá la piedra
y la madera con que Baasa edifi-
caba, y edificó el rey Asa con ello
a Gabaa de Benjamín, y a Mizpa.
23 Lo demás de todos los he-
chos de Asa, y toda su fortaleza,
y todas las cosas que hizo, y las
ciudades que edificó, ¿no está

todo escrito en el libro de las cró-
nicas de los reyes de Judá? Mas
en el tiempo de su vejez enfermó
de sus pies.
24 Y durmió Asa con sus padres,
y fue sepultado con sus padres
en la ciudad de David su padre: y
reinó en su lugar Josafat su hijo.
25 Y Nadab, hijo de Jeroboam,
comenzó a reinar sobre Israel
en el segundo año de Asa rey de
Judá; y reinó sobre Israel dos
años.
26 E hizo lo malo ante los ojos
del SEÑOR, andando en el cami-
no de su padre, y en sus pecados
con que hizo pecar a Israel.
27 Y Baasa hijo de Ahía, el cual
era de la casa de Isacar, hizo
conspiración contra él: e hirióle
Baasa en Gibetón, que era de los
Filisteos: porque Nadab y todo
Israel tenían cercado a Gibetón.
28 Matólo pues Baasa en el tercer
año de Asa rey de Judá, y reinó
en lugar suyo.
29 Y como él vino al reino, hirió
toda la casa de Jeroboam, sin
dejar alma viviente de *los de* Je-
roboam, hasta raerlo, conforme
a la palabra del SEÑOR que él
habló por su siervo Ahías Siloni-
ta;
30 Por los pecados de Jeroboam
que él había cometido, y con los
cuales hizo pecar a Israel; y por
su provocación con que provocó
a enojo al SEÑOR Dios de Israel.
31 Lo demás de los hechos de
Nadab, y todas las cosas que hizo,
¿no está todo escrito en el libro
de las crónicas de los reyes de
Israel?
32 Y hubo guerra entre Asa y
Baasa rey de Israel, todo el tiem-
po de ambos.
33 En el tercer año de Asa rey
de Judá, comenzó a reinar Baasa
hijo de Ahía sobre todo Israel en
Tirsa; y *reinó* veinticuatro años.
34 E hizo lo malo a los ojos del
SEÑOR, y anduvo en el camino
de Jeroboam, y en su pecado con
que hizo pecar a Israel.

CAPÍTULO 16

Y VINO la palabra del SEÑOR
a Jehú hijo de Hanani contra
Baasa, diciendo:
2 Pues que yo te levanté del polvo,
y te puse por príncipe sobre mi
pueblo Israel, y tú has andado
en el camino de Jeroboam, y has
hecho pecar a mi pueblo Israel,
provocándome a ira con sus pe-
cados;
3 He aquí yo barreré la posteri-
dad de Baasa, y la posteridad de
su casa: y pondré tu casa como la
casa de Jeroboam hijo de Nabat.
4 El que de Baasa fuere muerto
en la ciudad, le comerán los pe-
rros; y el que de él fuere muer-
to en el campo, comerlo han las
aves del cielo.
5 Lo demás de los hechos de
Baasa, y las cosas que hizo, y su
fortaleza, ¿no está todo escrito
en el libro de las crónicas de los
reyes de Israel?
6 Y durmió Baasa con sus padres,
y fue sepultado en Tirsa; y reinó
en su lugar Ela su hijo.
7 Empero la palabra del SEÑOR
por mano de Jehú profeta, hijo
de Hanani, había sido contra
Baasa y también contra su casa,
con motivo de todo lo malo
que hizo a los ojos del SEÑOR,
provocándole a ira con las obras
de sus manos, para que fuese
hecha como la casa de Jeroboam;
y porque lo había herido.
8 En el año veintiséis de Asa rey

de Judá, comenzó a reinar Ela
hijo de Baasa sobre Israel en
Tirsa; *y reinó* dos años.
9 E hizo conjuración contra él su
siervo Zimri, comandante de la
mitad de los carros. Y estando él
en Tirsa, bebiendo y embriagado
en casa de Arsa su mayordomo
en Tirsa,
10 Vino Zimri, y lo hirió y mató,
en el año veintisiete de Asa rey
de Judá; y reinó en lugar suyo.
11 Y luego que llegó a reinar y
estuvo sentado en su trono, hirió
toda la casa de Baasa, sin dejar
en ella meante a la pared, ni sus
parientes ni amigos.
12 Así rayó Zimri toda la casa de
Baasa, conforme a la palabra del
SEÑOR, que había proferido contra Baasa por medio del profeta
Jehú;
13 Por todos los pecados de
Baasa, y los pecados de Ela su
hijo, con que ellos pecaron e hicieron pecar a Israel, provocando
a enojo al SEÑOR Dios de Israel
con sus vanidades.
14 Los demás hechos de Ela, y
todas las cosas que hizo, ¿no está
todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?
15 En el año veintisiete de Asa
rey de Judá, comenzó a reinar Zimri, *y reinó* siete días en
Tirsa; y el pueblo había asentado
campo sobre Gibetón, ciudad de
los Filisteos.
16 Y el pueblo que estaba en el
campo oyó decir: Zimri ha hecho
conjuración, y ha muerto al rey.
Entonces todo Israel levantó el
mismo día por rey sobre Israel a
Omri, general del ejército, en el
campo.
17 Y subió Omri de Gibetón, y con
él todo Israel, y cercaron a Tirsa.
18 Mas viendo Zimri tomada la
ciudad, metióse en el palacio de
la casa real, y pegó fuego a la
casa consigo: así murió,
19 Por sus pecados que él había
cometido, haciendo lo malo a los
ojos del SEÑOR, y andando en
los caminos de Jeroboam, y en
su pecado que cometió, haciendo
pecar a Israel.
20 Los demás hechos de Zimri, y
su conspiración que formó, ¿no
está todo escrito en el libro de las
crónicas de los reyes de Israel?
21 Entonces el pueblo de Israel
fue dividido en dos partes: la
mitad del pueblo seguía a Tibni
hijo de Ginat, para hacerlo rey: y
la otra mitad seguía a Omri.
22 Mas el pueblo que seguía a
Omri, pudo más que el que seguía a Tibni hijo de Ginat; y
Tibni murió, y Omri fue rey.
23 En el año treinta y uno de Asa
rey de Judá, comenzó a reinar
Omri sobre Israel, *y reinó* doce
años: en Tirsa reinó seis años.
24 Y compró él de Semer el
monte de Samaria por dos talentos de plata, y edificó *en* el monte:
y llamó el nombre de la ciudad
que edificó, Samaria, del nombre
de Semer, señor *que fue* de aquel
monte.
25 Y Omri hizo lo malo a los ojos
del SEÑOR, e hizo peor que todos
los que habían sido antes de él:
26 Pues anduvo en todos los
caminos de Jeroboam hijo de
Nabat, y en su pecado con que
hizo pecar a Israel, provocando a
ira al SEÑOR Dios de Israel con
sus ídolos.
27 Lo demás de los hechos de
Omri, y todas las cosas que hizo,
y sus valentías que ejecutó, ¿no
está todo escrito en el libro de las

crónicas de los reyes de Israel?
28 Y Omri durmió con sus pa-
dres, y fue sepultado en Samaria;
y reinó en lugar suyo Acab, su
hijo.
29 Y comenzó a reinar Acab hijo
de Omri sobre Israel el año trein-
ta y ocho de Asa rey de Judá.
30 Y reinó Acab hijo de Omri
sobre Israel en Samaria veintidós
años. Y Acab hijo de Omri hizo lo
malo a los ojos del SEÑOR sobre
todos los que fueron antes de él;
31 Porque le fue ligera cosa andar
en los pecados de Jeroboam hijo
de Nabat, y tomó por esposa a
Jezabel hija de Etbaal rey de los
Sidonios, y fue y sirvió a Baal, y
lo adoró.
32 E hizo altar a Baal, en el tem-
plo de Baal que él edificó en Sa-
maria.
33 Hizo también Acab un bos-
que; y añadió Acab haciendo
provocar a ira al SEÑOR Dios de
Israel, más que todos los reyes de
Israel que antes de él habían sido.
34 En su tiempo Hiel de Betel
reedificó a Jericó. En Abiram su
primogénito echó el cimiento, y
en Segub su *hijo* postrero puso
sus puertas; conforme a la pala-
bra del SEÑOR que había habla-
do por Josué hijo de Nun.

CAPÍTULO 17

ENTONCES Elías Tisbita, que
era de los moradores de Ga-
laad, dijo a Acab: Vive el SEÑOR
Dios de Israel, delante del cual
estoy, que no habrá lluvia ni
rocío en estos años, sino por mi
palabra.
2 Y vino a él la palabra del
SEÑOR, diciendo:
3 Apártate de aquí, y vuélvete al
oriente, y escóndete en el arroyo
de Cherit, que está delante del
Jordán;
4 Y del arroyo beberás; y yo he
mandado a los cuervos que te
den allí de comer.
5 Y él fue, e hizo conforme a la
palabra del SEÑOR; pues se fue y
asentó junto al arroyo de Cherit,
que está antes del Jordán.
6 Y los cuervos le traían pan y
carne por la mañana, y pan y
carne a la tarde; y bebía del arro-
yo.
7 Pasados algunos días, secóse el
arroyo; porque no había llovido
sobre la tierra.
8 Y vino a él la palabra del
SEÑOR, diciendo:
9 Levántate, vete a Sarepta de
Sidón, y allí morarás: he aquí
yo he mandado allí a una mujer
viuda que te sustente.
10 Entonces él se levantó, y se
fue a Sarepta. Y como llegó a la
puerta de la ciudad, he aquí una
mujer viuda que estaba allí co-
giendo serojas; y él la llamó, y
díjole: Ruégote que me traigas
una poca de agua en un vaso,
para que beba.
11 Y yendo ella para traérsela, él
la volvió a llamar, y díjole: Rué-
gote que me traigas también un
bocado de pan en tu mano.
12 Y ella respondió: Vive el
SEÑOR Dios tuyo, que no tengo
pan cocido; que solamente un
puñado de harina tengo en la ti-
naja, y un poco de aceite en una
botija: y ahora cogía dos serojas,
para entrarme y aderezarlo para
mí y para mi hijo, y que lo coma-
mos, y nos muramos.
13 Y Elías le dijo: No hayas temor;
ve, haz como has dicho: empero
hazme a mí primero de ello una
pequeña torta, y tráemela; y des-

pués harás para ti y para tu hijo.
14 Porque el SEÑOR Dios de Israel ha dicho así: La tinaja de la harina no escaseará, ni se disminuirá la botija del aceite, hasta aquel día que el SEÑOR dará lluvia sobre la faz de la tierra.
15 Entonces ella fue, e hizo como le dijo Elías; y comió él, y ella y su casa, *muchos* días.
16 Y la tinaja de la harina no escaseó, ni menguó la botija del aceite, conforme a la palabra del SEÑOR que había dicho por Elías.
17 Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa, y la enfermedad fue tan grave, que no quedó en él resuello.
18 Y ella dijo a Elías: ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿has venido a mí para traer en memoria mis iniquidades, y para hacerme morir mi hijo?
19 Y él le dijo: Dame acá tu hijo. Entonces él lo tomó de su regazo, y llevólo a la cámara donde él estaba, y púsole sobre su cama;
20 Y clamando al SEÑOR, dijo: Oh SEÑOR Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa yo estoy hospedado has afligido, matándole su hijo?
21 Y midióse sobre el niño tres veces, y clamó al SEÑOR, y dijo: Oh SEÑOR Dios mío, ruégote que vuelva el alma de este niño a sus entrañas.
22 Y el SEÑOR oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a sus entrañas, y revivió.
23 Tomando luego Elías al niño, trájolo de la cámara a la casa, y diólo a su madre, y díjole Elías: Mira, tu hijo vive.
24 Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra del SEÑOR es verdad en tu boca.

CAPÍTULO 18

PASADOS muchos días, vino la palabra del SEÑOR a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab, y yo daré lluvia sobre la faz de la tierra.
2 Fue pues Elías a mostrarse a Acab. Había a la sazón grande hambre en Samaria.
3 Y Acab llamó a Abdías su mayordomo, el cual Abdías era en grande manera temeroso del SEÑOR;
4 Porque cuando Jezabel destruía a los profetas del SEÑOR, Abdías tomó cien profetas, los cuales escondió de cincuenta en cincuenta por cuevas, y sustentólos a pan y agua.
5 Y dijo Acab a Abdías: Ve por el país a todas las fuentes de aguas, y a todos los arroyos; que acaso hallaremos grama con que conservemos la vida a los caballos y a las acémilas, para que no nos quedemos sin bestias.
6 Y partieron entre sí el país para recorrerlo: Acab fue de por sí por un camino, y Abdías fue separadamente por otro.
7 Y yendo Abdías por el camino, topóse con Elías; y como le conoció, postróse sobre su rostro, y dijo: ¿No eres tú mi señor Elías?
8 Y él respondió: Yo soy; ve, di a tu amo: He aquí Elías.
9 Pero él dijo: ¿En qué he pecado, para que tú entregues tu siervo en mano de Acab para que me mate?
10 Vive el SEÑOR tu Dios, que no ha habido nación ni reino donde mi señor no haya enviado a buscarte; y respondiendo *ellos:* No está aquí, él ha conjurado a

reinos y naciones si no te han hallado.
11 ¿Y ahora tú dices: Ve, di a tu amo: Aquí está Elías?
12 Y acontecerá que, luego que yo me haya partido de ti, el Espíritu del SEÑOR te llevará donde yo no sepa; y viniendo yo, y dando las nuevas a Acab, y no hallándote él, me matará; y tu siervo teme al SEÑOR desde su mocedad.
13 ¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice, cuando Jezabel mataba a los profetas del SEÑOR: que escondí cien varones de los profetas del SEÑOR de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los mantuve a pan y agua?
14 ¿Y ahora dices tú: Ve, di a tu amo: Aquí está Elías: para que él me mate?
15 Y díjole Elías: Vive el SEÑOR de los ejércitos, delante del cual estoy, que hoy me mostraré a él.
16 Entonces Abdías fue a encontrarse con Acab, y dióle el aviso; y Acab vino a encontrarse con Elías.
17 Y como Acab vio a Elías, díjole Acab: ¿Eres tú el que alborotas a Israel?
18 Y él respondió: Yo no he alborotado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos del SEÑOR, y siguiendo a los Baales.
19 Envía pues ahora y júntame a todo Israel en el monte de Carmelo, y los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de los bosques, que comen de la mesa de Jezabel.
20 Entonces Acab envió a todos los hijos de Israel, y juntó los profetas en el monte de Carmelo.
21 Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si el SEÑOR es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra.
22 Y Elías tornó a decir al pueblo: Sólo yo he quedado profeta del SEÑOR; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos y cincuenta hombres.
23 Dénsenos pues dos bueyes, y escójanse ellos el uno, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña, mas no pongan fuego debajo; y yo aprestaré el otro buey, y pondrélo sobre leña, y ningún fuego pondré debajo.
24 Invocad luego vosotros en el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré en el nombre del SEÑOR: y el Dios que respondiere por fuego, ése sea Dios. Y todo el pueblo respondió, diciendo: Bien dicho.
25 Entonces Elías dijo a los profetas de Baal: Escogeos el un buey, y haced primero, pues que vosotros sois los más: e invocad en el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo.
26 Y ellos tomaron el buey que les fue dado, y aprestáronlo, e invocaron en el nombre de Baal desde la mañana hasta el medio día, diciendo: ¡Baal, respóndenos! Mas no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos andaban saltando cerca del altar que habían hecho.
27 Y aconteció al medio día, que Elías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, que dios es: quizá está conversando, o tiene algún empeño, o va de camino; acaso duerme, y despertará.

28 Y ellos clamaban a grandes voces, y sajábanse con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos.
29 Y como pasó el medio día, y ellos profetizaron hasta el *tiempo* del sacrificio del presente, y no *había* voz, ni quien respondiese ni escuchase;
30 Elías dijo entonces a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se llegó a él: y él reparó el altar del SEÑOR que estaba arruinado.
31 Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual vino la palabra del SEÑOR, diciendo, Israel será tu nombre;
32 Edificó con las piedras un altar en el nombre del SEÑOR: después hizo una reguera alrededor del altar, cuanto cupieran dos satos de simiente.
33 Compuso luego la leña, y cortó el buey en pedazos, y púsolo sobre la leña, y dijo: Henchid cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre la ofrenda quemada y sobre la leña.
34 Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; e hiciéronlo la tercera vez.
35 De manera que las aguas corrían alrededor del altar; y había también henchido de agua la reguera.
36 Y como llegó la hora de ofrecerse el sacrificio, llegóse el profeta Elías, y dijo: SEÑOR, Dios de Abraham, de Isaac, y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas.
37 Respóndeme, oh SEÑOR, respóndeme; para que conozca este pueblo que tú *eres* el SEÑOR Dios, y que tú volviste atrás el corazón de ellos.
38 Entonces cayó fuego del SEÑOR, el cual consumió la ofrenda quemada, y la leña, y las piedras, y el polvo, y aun lamió las aguas que estaban en la reguera.
39 Y viéndolo todo el pueblo, cayeron sobre sus rostros, y dijeron: ¡El SEÑOR es el Dios! ¡El SEÑOR es el Dios!
40 Y díjoles Elías: Prended a los profetas de Baal, que no escape ninguno. Y ellos los prendieron; y llevólos Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló.
41 Y entonces Elías dijo a Acab: Sube, come y bebe; porque una grande lluvia suena.
42 Y Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo; y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas.
43 Y dijo a su criado: Sube ahora, y mira hacia el mar. Y él subió, y miró, y dijo: No hay nada. Y él le volvió a decir: Vuelve siete veces.
44 Y a la séptima vez dijo: Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar. Y él dijo: Ve, y di a Acab: Unce y desciende, porque la lluvia no te ataje.
45 Y aconteció, estando en esto, que el cielo se oscureció con nubes y viento; y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab, vino a Jezreel.
46 Y la mano del SEÑOR fue sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y vino corriendo delante de Acab hasta llegar a Jezreel.

CAPÍTULO 19

Y ACAB dio la nueva a Jezabel
de todo lo que Elías había
hecho, de como había muerto a
espada a todos los profetas.
2 Entonces envió Jezabel a Elías
un mensajero, diciendo: Así me
hagan los dioses, y así me aña-
dan, si mañana a estas horas yo
no haya puesto tu persona como
la de uno de ellos.
3 Viendo pues *el peligro*, levan-
tóse y fuese por salvar su vida, y
vino a Beerseba, que es en Judá,
y dejó allí su criado.
4 Y él se fue por el desierto un
día de camino, y vino y sentóse
debajo de un enebro; y desean-
do morirse, dijo: Baste ya, oh
SEÑOR, quita mi alma; que no
soy yo mejor que mis padres.
5 Y echándose debajo del ene-
bro, quedóse dormido: y he aquí
luego un ángel que le tocó, y le
dijo: Levántate, come.
6 Entonces él miró, y he aquí a su
cabecera una torta cocida sobre
las ascuas, y un vaso de agua: y
comió y bebió, y volvióse a dor-
mir.
7 Y volviendo el ángel del SEÑOR
la segunda vez, tocóle, diciendo:
Levántate, come: porque el viaje
es demasiado para ti.
8 Levantóse pues, y comió y
bebió; y caminó con la fortale-
za de aquella comida cuarenta
días y cuarenta noches, hasta el
monte de Dios, Horeb.
9 Y allí se metió en una cueva,
donde tuvo la noche. Y *vino* a él
la palabra del SEÑOR, el cual le
dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?
10 Y él respondió: Sentido he un
vivo celo por el SEÑOR Dios de
los ejércitos; porque los hijos
de Israel han dejado tu alianza,
han derribado tus altares, y han
muerto a espada tus profetas: y
yo solo he quedado, y me buscan
para quitarme la vida.
11 Y él le dijo: Sal fuera, y ponte
en el monte delante del SEÑOR.
Y he aquí el SEÑOR que pasaba, y
un grande y poderoso viento que
rompía los montes, y quebraba
las peñas delante del SEÑOR:
mas el SEÑOR no estaba en el
viento. Y tras el viento un terre-
moto: mas el SEÑOR no estaba
en el terremoto.
12 Y tras el terremoto un fuego:
mas el SEÑOR no estaba en el
fuego. Y tras el fuego un silbo
apacible y delicado.
13 Y cuando lo oyó Elías, cubrió
su rostro con su manto, y salió,
y paróse a la puerta de la cueva.
Y he aquí llegó una voz a él, di-
ciendo: ¿Qué haces aquí, Elías?
14 Y él respondió: Sentido he un
vivo celo por el SEÑOR Dios de
los ejércitos; porque los hijos
de Israel han dejado tu alianza,
han derribado tus altares, y han
muerto a espada tus profetas: y
yo solo he quedado, y me buscan
para quitarme la vida.
15 Y díjole el SEÑOR: Ve, vuél-
vete por tu camino, por el desier-
to de Damasco: y llegarás, y un-
girás a Hazael por rey de Siria;
16 Y a Jehú hijo de Nimsi, ungi-
rás por rey sobre Israel; y a Eli-
seo hijo de Safat, de Abelmehula,
ungirás para que sea profeta en
lugar de ti.
17 Y será, que el que escapare
de la espada de Hazael, Jehú lo
matará; y el que escapare de la
espada de Jehú, Eliseo lo matará.
18 Y yo haré que queden en Is-
rael siete mil; todas rodillas
que no se encorvaron a Baal, y

bocas todas que no lo besaron.
19 Y partiéndose él de allí, halló
a Eliseo hijo de Safat, que araba
con doce yuntas delante de sí; y
él era uno de los doce *gañanes*. Y
pasando Elías por delante de él,
echó sobre él su manto.
20 Entonces dejando él los bue-
yes, vino corriendo en pos de
Elías, y dijo: Ruégote que me
dejes besar mi padre y mi madre,
y luego te seguiré. Y él le dijo: Ve,
vuelve: ¿qué te he hecho yo?
21 Y volvióse de en pos de él, y
tomó un par de bueyes, y matólos,
y con el arado de los bueyes coció
la carne de ellos, y dióla al pueblo
que comiesen. Después se levan-
tó, y fue tras Elías, y servíale.

CAPÍTULO 20

ENTONCES Ben-adad rey de
Siria juntó a todo su ejército,
y con él treinta y dos reyes, con
caballos y carros: y subió, y puso
cerco a Samaria, y combatióla.
2 Y envió mensajeros a la ciudad
a Acab rey de Israel, diciendo:
3 Así ha dicho Ben-adad: Tu plata
y tu oro es mío, y tus esposas y
tus hijos hermosos son míos.
4 Y el rey de Israel respondió, y
dijo: Como tú dices, rey señor
mío, yo soy tuyo, y todo lo que
tengo.
5 Y volviendo los mensajeros
otra vez, dijeron: Así dijo Ben-
adad: Yo te envié a decir: Tu
plata y tu oro, y tus esposas y tus
hijos me darás.
6 Además mañana a estas horas
enviaré yo a ti mis siervos, los
cuales escudriñarán tu casa, y las
casas de tus siervos; y tomarán
con sus manos, y llevarán todo lo
precioso que tuvieres.
7 Entonces el rey de Israel llamó
a todos los ancianos de la tierra,
y díjoles: Entended, y ved ahora
cómo éste no busca sino mal:
pues que ha enviado a mí por
mis esposas y mis hijos, y por mi
plata y por mi oro; y yo no se lo
he negado.
8 Y todos los ancianos y todo
el pueblo le respondieron: No
le obedezcas, ni hagas lo que te
pide.
9 Entonces él respondió a los em-
bajadores de Ben-adad: Decid al
rey mi señor: Haré todo lo que
mandaste a tu siervo al princi-
pio; mas esto no lo puedo hacer.
Y los embajadores fueron, y dié-
ronle la respuesta.
10 Y Ben-adad tornó a enviarle a
decir: Así me hagan los dioses, y
así me añadan, que el polvo de
Samaria no bastará a los puños
de todo el pueblo que me sigue.
11 Y el rey de Israel respondió, y
dijo: Decidle, que no se alabe el
que se ciñe, como el que ya se
desciñe.
12 Y como él oyó esta palabra,
estando bebiendo con los reyes
en las tiendas, dijo a sus siervos:
Poned. Y ellos pusieron contra la
ciudad.
13 Y he aquí un profeta se llegó a
Acab rey de Israel, y le dijo: Así
ha dicho el SEÑOR: ¿Has visto
esta grande multitud? he aquí yo
te la entregaré hoy en tu mano,
para que conozcas que yo soy el
SEÑOR.
14 Y respondió Acab: ¿Por *mano
de* quién? Y él dijo: Así ha dicho
el SEÑOR: Por *mano de* los criados
de los príncipes de las provincias.
Y dijo Acab: ¿Quién comenzará
la batalla? Y él respondió: Tú.
15 Entonces él reconoció los cria-
dos de los príncipes de las provin-

cias, los cuales fueron doscientos
treinta y dos. Luego reconoció
todo el pueblo, todos los hijos de
Israel, que *fueron* siete mil.
16 Y salieron a medio día. Y esta-
ba Ben-adad bebiendo, borracho
en las tiendas, él y los reyes, los
treinta y dos reyes que habían
venido en su ayuda.
17 Y los criados de los príncipes
de las provincias salieron los pri-
meros. Y había Ben-adad envia-
do quien le dio aviso, diciendo:
Han salido hombres de Samaria.
18 Él entonces dijo: Si han sali-
do por paz, tomadlos vivos; y si
han salido para pelear, tomadlos
vivos.
19 Salieron pues de la ciudad los
criados de los príncipes de las
provincias, y en pos de ellos el
ejército.
20 E hirió cada uno al que venía
contra sí: y huyeron los Siros, si-
guiéndolos los de Israel. Y el rey
de Siria, Ben-adad, se escapó en
un caballo con alguna gente de
caballería.
21 Y salió el rey de Israel, e hirió
la gente de a caballo, y los carros;
y deshizo los Siros con grande es-
trago.
22 Llegándose luego el profeta al
rey de Israel, le dijo: Ve, fortalé-
cete, y considera y mira lo que
has de hacer; porque pasado el
año, el rey de Siria ha de venir
contra ti.
23 Y los siervos del rey de Siria
le dijeron: Sus dioses son dioses
de los montes, por eso nos han
vencido; mas si peleáremos con
ellos en la llanura, *se verá* si no
los vencemos.
24 Haz pues así: Saca a los reyes
cada uno de su puesto, y pon ca-
pitanes en lugar de ellos.
25 Y tú, fórmate otro ejército
como el ejército que perdiste, ca-
ballos por caballos, y carros por
carros; luego pelearemos con
ellos en campo raso, y *veremos*
si no los vencemos. Y él les dio
oído, e hízolo así.
26 Pasado el año, Ben-adad pasó
revista los Siros, y vino a Afec a
pelear contra Israel.
27 Y los hijos de Israel fueron
también inspeccionados, y to-
mando provisiones fuéronles al
encuentro; y asentaron campo
los hijos de Israel delante de
ellos, como dos rebañuelos de
cabras; y los Siros henchían la
tierra.
28 Llegándose entonces el varón
de Dios al rey de Israel, hablóle
diciendo: Así dijo el SEÑOR: Por
cuanto los Siros han dicho, el
SEÑOR es Dios de los montes, no
Dios de los valles, yo entregaré
toda esta grande multitud en tu
mano, para que conozcáis que yo
soy el SEÑOR.
29 Siete días tuvieron asentado
campo los unos delante de los
otros, y al séptimo día se dio la
batalla: y mataron los hijos de Is-
rael de los Siros en un día cien
mil hombres de a pie.
30 Los demás huyeron a Afec, a
la ciudad: y el muro cayó sobre
veinte y siete mil hombres que
habían quedado. También Ben-
adad vino huyendo a la ciudad, y
escondíase de cámara en cámara.
31 Entonces sus siervos le dije-
ron: He aquí, hemos oído de los
reyes de la casa de Israel que son
reyes clementes: pongamos pues
ahora sacos en nuestros lomos, y
sogas en nuestras cabezas, y sal-
gamos al rey de Israel: por ven-
tura te salvará la vida.

32 Ciñeron pues sus lomos de sacos, y sogas a sus cabezas, y vinieron al rey de Israel, y dijéronle: Tu siervo Ben-adad dice: Ruégote que viva mi alma. Y él respondió: Si él vive aún, mi hermano es.
33 Esto tomaron aquellos hombres por buen agüero, y presto tomaron esta palabra de su boca, y dijeron: ¡Tu hermano Ben-adad! Y él dijo: Id, y traedle. Ben-adad entonces se presentó a Acab, y él le hizo subir en un carro.
34 Y díjole *Ben-adad*: Las ciudades que mi padre tomó al tuyo, yo las restituiré; y haz plazas en Damasco para ti, como mi padre las hizo en Samaria. Y yo, *dijo Acab*, te dejaré partir con esta alianza. Hizo pues con él alianza, y dejóle ir.
35 Entonces un varón de los hijos de los profetas dijo a su compañero por palabra del SEÑOR: Hiéreme ahora. Mas el *otro* varón no quiso herirle.
36 Y él le dijo: Por cuanto no has obedecido a la palabra del SEÑOR, he aquí en apartándote de mí, te herirá un león. Y como se apartó de él, topóle un león, e hirióle.
37 Encontróse luego con otro hombre, y díjole: Hiéreme ahora. Y el hombre le dio un golpe, e hízole una herida.
38 Y el profeta se fue, y púsose delante del rey en el camino, y disfrazóse con un velo sobre los ojos.
39 Y como el rey pasaba, él dio voces al rey, y dijo: Tu siervo salió entre la tropa: y he aquí apartándose uno trájome un hombre, diciendo: Guarda a este hombre, y si llegare a faltar, tu vida será por la suya, o pagarás un talento de plata.
40 Y como tu siervo estaba ocupado a una parte y a otra, él desapareció. Entonces el rey de Israel le dijo: Esa será tu sentencia: tú la has pronunciado.
41 Pero él se quitó de presto el velo de sobre sus ojos, y el rey de Israel conoció que era de los profetas.
42 Y él le dijo: Así ha dicho el SEÑOR: Por cuanto soltaste de la mano el hombre de mi anatema, tu vida será por la suya, y tu pueblo por el suyo.
43 Y el rey de Israel se fue a su casa triste y enojado, y llegó a Samaria.

CAPÍTULO 21

Y DESPUÉS de estas cosas, aconteció que Nabot el jezreelita tenía en Jezreel una viña junto al palacio de Acab rey de Samaria.
2 Y Acab habló a Nabot, diciendo: Dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana, junto a mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que ésta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero.
3 Y Nabot respondió a Acab: Guárdeme el SEÑOR de que yo te dé a ti la heredad de mis padres.
4 Y vínose Acab a su casa triste y enojado, por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: No te daré la heredad de mis padres. Y acostóse en su cama, y volvió su rostro, y no comió pan.
5 Y vino a él su esposa Jezabel, y díjole: ¿Por qué está tan triste tu espíritu, y no comes pan?
6 Y él respondió: Porque hablé

con Nabot de Jezreel, y díjele
que me diera su viña por dinero,
o que, si más quería, le daría *otra*
viña por ella; y él respondió: Yo
no te daré mi viña.
7 Y su esposa Jezabel le dijo:
¿Eres tú ahora rey sobre Israel?
Levántate, y come pan, y alégra-
te: yo te daré la viña de Nabot de
Jezreel.
8 Entonces ella escribió cartas en
nombre de Acab, y sellólas con
su anillo, y enviólas a los ancia-
nos y a los principales que mora-
ban en su ciudad con Nabot.
9 Y las cartas que escribió decían
así: Proclamad ayuno, y poned a
Nabot a la cabecera del pueblo;
10 Y poned dos hombres, hijos
de Belial, delante de él, que ates-
tigüen contra él, y digan: Tú has
blasfemado a Dios y al rey. Y en-
tonces sacadlo, y apedreadlo, y
muera.
11 Y los de su ciudad, los ancia-
nos y los principales que mora-
ban en su ciudad, lo hicieron
como Jezabel les mandó, confor-
me a lo escrito en las cartas que
ella les había enviado.
12 Y promulgaron ayuno, y asen-
taron a Nabot a la cabecera del
pueblo.
13 Vinieron entonces dos hom-
bres, hijos de Belial, y sentáron-
se delante de él: y aquellos
hombres de Belial atestiguaron
contra Nabot delante del pueblo,
diciendo: Nabot ha blasfemado a
Dios y al rey. Y sacáronlo fuera
de la ciudad, y apedreáronlo con
piedras, y murió.
14 Después enviaron a decir a Je-
zabel: Nabot ha sido apedreado
y muerto.
15 Y como Jezabel oyó que Nabot
había sido apedreado y muerto,
dijo a Acab: Levántate y posee la
viña de Nabot de Jezreel, que no
te la quiso dar por dinero; por-
que Nabot no vive, sino que es
muerto.
16 Y oyendo Acab que Nabot era
muerto, levantóse para descen-
der a la viña de Nabot de Jezreel,
para tomar posesión de ella.
17 Entonces vino la palabra del
SEÑOR a Elías Tisbita, diciendo:
18 Levántate, desciende a encon-
trarte con Acab rey de Israel, que
está en Samaria: he aquí él está
en la viña de Nabot, a la cual ha
descendido para tomar posesión
de ella.
19 Y hablarle has, diciendo: Así
ha dicho el SEÑOR: ¿No matas-
te y también has poseído? Y tor-
narás a hablarle, diciendo: Así
ha dicho el SEÑOR: En el mismo
lugar donde lamieron los perros
la sangre de Nabot, los perros la-
merán también tu sangre, la tuya
misma.
20 Y Acab dijo a Elías: ¿Me has
hallado, enemigo mío? Y él res-
pondió: Hete encontrado, por-
que te has vendido a mal hacer
delante del SEÑOR.
21 He aquí yo traigo mal sobre ti,
y barreré tu posteridad, y talaré
de Acab todo meante a la pared,
al guardado y al desamparado en
Israel:
22 Y yo pondré tu casa como la
casa de Jeroboam hijo de Nabat,
y como la casa de Baasa hijo de
Ahía; por la provocación con que
me provocaste a ira, y con que
has hecho pecar a Israel.
23 De Jezabel también ha habla-
do el SEÑOR, diciendo: Los pe-
rros comerán a Jezabel en la bar-
bacana de Jezreel.
24 El que de Acab fuere muer-

to en la ciudad, perros le comerán: y el que fuere muerto en el campo, comerlo han las aves del cielo.
25 (A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendiese a hacer lo malo a los ojos del SEÑOR; porque Jezabel su esposa lo incitaba.
26 Él fue en grande manera abominable, caminando en pos de los ídolos, conforme a todo lo que hicieron los Amorreos, a los cuales lanzó el SEÑOR delante de los hijos de Israel.)
27 Y acaeció cuando Acab oyó estas palabras, que rasgó sus vestidos, y puso saco sobre su carne, y ayunó, y durmió en saco, y anduvo humillado.
28 Entonces vino la palabra del SEÑOR a Elías Tisbita, diciendo:
29 ¿No has visto como Acab se ha humillado delante de mí? Pues por cuanto se ha humillado delante de mí, no traeré el mal en sus días: en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa.

CAPÍTULO 22

TRES años pasaron sin guerra entre los Siros e Israel.
2 Y aconteció al tercer año, que Josafat rey de Judá descendió al rey de Israel.
3 Y el rey de Israel dijo a sus siervos: ¿No sabéis que es nuestra Ramot de Galaad? y nosotros callamos en orden a tomarla de mano del rey de Siria.
4 Y dijo a Josafat: ¿Quieres venir conmigo a pelear contra Ramot de Galaad? Y Josafat respondió al rey de Israel: Como yo, así tú; y como mi pueblo, así tu pueblo; y como mis caballos, tus caballos.
5 Y dijo luego Josafat al rey de Israel: Yo te ruego que consultes hoy la palabra del SEÑOR.
6 Entonces el rey de Israel juntó los profetas, como cuatrocientos hombres, a los cuales dijo: ¿Iré a la guerra contra Ramot de Galaad, o la dejaré? Y ellos dijeron: Sube; porque el Señor la entregará en mano del rey.
7 Y dijo Josafat: ¿Hay aún aquí algún profeta del SEÑOR, por el cual consultemos?
8 Y el rey de Israel respondió a Josafat: Aun hay un varón por el cual podríamos consultar al SEÑOR, Micaías, hijo de Imla: mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal. Y Josafat dijo: No hable el rey así.
9 Entonces el rey de Israel llamó a un eunuco, y díjole: trae presto a Micaías hijo de Imla.
10 Y el rey de Israel y Josafat rey de Judá estaban sentados cada uno en su silla, vestidos de sus ropas *reales*, en la plaza junto a la entrada de la puerta de Samaria; y todos los profetas profetizaban delante de ellos.
11 Y Sedequías hijo de Quenaana se había hecho unos cuernos de hierro, y dijo: Así ha dicho el SEÑOR: Con éstos acornearás a los Siros hasta acabarlos.
12 Y todos los profetas profetizaban de la misma manera, diciendo: Sube a Ramot de Galaad, y serás prosperado; que el SEÑOR la dará en mano del rey.
13 Y el mensajero que había ido a llamar a Micaías, hablóle, diciendo: He aquí las palabras de los profetas a una boca *anuncian* al rey bien: sea ahora tu palabra conforme a la palabra de alguno de ellos, y anuncia bien.
14 Y Micaías respondió: Vive el

SEÑOR, que lo que el SEÑOR me
hablare, eso diré.
15 Vino pues al rey, y el rey le
dijo: Micaías, ¿iremos a pelear
contra Ramot de Galaad, o la
dejaremos? Y él le respondió:
Sube, que serás prosperado, y el
SEÑOR la entregará en mano del
rey.
16 Y el rey le dijo: ¿Hasta cuán-
tas veces he de conjurarte que
no me digas sino la verdad en el
nombre del SEÑOR?
17 Entonces él dijo: Yo ví a todo
Israel esparcido por los montes,
como ovejas que no tienen pas-
tor: y el SEÑOR dijo: Éstos no
tienen señor; vuélvase cada uno
a su casa en paz.
18 Y el rey de Israel dijo a Jo-
safat: ¿No te lo había yo dicho?
Ninguna cosa buena profetizará
él acerca de mí, sino solamente
mal.
19 Entonces él dijo: Oye pues pa-
labra del SEÑOR: Yo ví al SEÑOR
sentado en su trono, y todo el
ejército del cielo estaba junto a
él, a su diestra y a su siniestra.
20 Y el SEÑOR dijo: ¿Quién in-
ducirá a Acab, para que suba y
caiga en Ramot de Galaad? Y
uno decía de una manera; y otro
decía de otra.
21 Y salió un espíritu, y púsose
delante del SEÑOR, y dijo: Yo le
induciré.
22 Y el SEÑOR le dijo: ¿De qué
manera? Y él dijo: Yo saldré, y
seré espíritu de mentira en boca
de todos sus profetas. Y él dijo:
Inducirlo has, y prevalecerás; ve
pues, y hazlo así.
23 Y ahora, he aquí el SEÑOR
ha puesto espíritu de menti-
ra en la boca de todos estos
tus profetas, y el SEÑOR ha
decretado el mal acerca de ti.
24 Llegándose entonces Sede-
quías hijo de Quenaana, hirió a
Micaías en la mejilla, diciendo:
¿Por dónde se fue de mí el Espíri-
tu del SEÑOR para hablarte a ti?
25 Y Micaías respondió: He aquí
tú lo verás en aquel día, cuando
te irás metiendo de cámara en
cámara por esconderte.
26 Entonces el rey de Israel dijo:
Toma a Micaías, y vuélvelo a
Amón gobernador de la ciudad, y
a Joas hijo del rey;
27 Y dirás: Así ha dicho el rey:
Echad a éste en la cárcel, y man-
tenedle con pan de angustia y
con agua de aflicción, hasta que
yo vuelva en paz.
28 Y dijo Micaías: Si llegares a
volver en paz, el SEÑOR no ha
hablado por mí. En seguida dijo:
Oid, pueblos todos.
29 Subió pues el rey de Israel con
Josafat rey de Judá a Ramot de
Galaad.
30 Y el rey de Israel dijo a Jo-
safat: Yo me disfrazaré, y entra-
ré en la batalla: y tú vístete tus
vestidos. Y el rey de Israel se dis-
frazó, y entró en la batalla.
31 Mas el rey de Siria había man-
dado a sus treinta y dos capi-
tanes de los carros, diciendo: No
peleéis vosotros ni con grande ni
con chico, sino sólo contra el rey
de Israel.
32 Y como los capitanes de los
carros vieron a Josafat, dijeron:
Ciertamente éste es el rey de Is-
rael; y viniéronse a él para pe-
lear con él; mas el rey Josafat dio
voces.
33 Viendo entonces los capitanes
de los carros que no era el rey de
Israel, apartáronse de él.
34 Y un hombre disparando su

arco a la ventura, hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura; por lo que dijo él a su carretero: Toma la vuelta, y sácame del campo, que estoy herido.
35 Mas la batalla había arreciado aquel día, y el rey estuvo en su carro delante de los Siros, y a la tarde murió: y la sangre de la herida corría por el seno del carro.
36 Y a puesta del sol salió un pregón por el campo, diciendo: ¡Cada uno a su ciudad, y cada cual a su tierra!
37 Y murió pues el rey, y fue traído a Samaria; y sepultaron al rey en Samaria.
38 Y lavaron el carro en el estanque de Samaria; lavaron también sus armas; y los perros lamieron su sangre, conforme a la palabra del SEÑOR que había hablado.
39 Lo demás de los hechos de Acab, y todas las cosas que ejecutó, y la casa de marfil que hizo, y todas las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?
40 Y durmió Acab con sus padres, y reinó en su lugar Ocozías su hijo.
41 Y Josafat hijo de Asa comenzó a reinar sobre Judá en el cuarto año de Acab rey de Israel.
42 Y era Josafat de treinta y cinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalem. El nombre de su madre fue Azuba hija de Silai.
43 Y anduvo en todo el camino de Asa su padre, sin declinar de él, haciendo lo recto en los ojos del SEÑOR. Con todo eso los altos no fueron quitados; que el pueblo sacrificaba aun, y quemaba perfumes en los altos.
44 Y Josafat hizo paz con el rey de Israel.
45 Lo demás de los hechos de Josafat, y sus hazañas, y las guerras que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
46 Barrió también de la tierra el resto de los sodomitas que habían quedado en el tiempo de su padre Asa.
47 No había entonces rey en Edom; presidente había *en lugar de* rey.
48 Había Josafat hecho navíos en Tarsis, los cuales habían de ir a Ofir por oro; mas no fueron, porque se rompieron en Ezion-geber.
49 Entonces Ocozías hijo de Acab dijo a Josafat: Vayan mis siervos con los tuyos en los navíos. Mas Josafat no quiso.
50 Y durmió Josafat con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David su padre; y en su lugar reinó Joram su hijo.
51 Y Ocozías hijo de Acab comenzó a reinar sobre Israel en Samaria, el año diecisiete de Josafat rey de Judá; y reinó dos años sobre Israel.
52 E hizo lo malo en los ojos del SEÑOR, y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel:
53 Porque sirvió a Baal, y lo adoró, y provocó a ira al SEÑOR Dios de Israel, conforme a todas las cosas que su padre había hecho.

El Segundo Libro de los
REYES

CAPÍTULO 1

DESPUÉS de la muerte de Acab
rebelóse Moab contra Israel.
2 Y Ocozías cayó por las celosías
de una sala *de la casa* que tenía
en Samaria; y estando enfermo
envió mensajeros, y díjoles: Id, y
consultad a Baal-zebub dios de
Ecrón, si tengo de sanar de esta
mi enfermedad.
3 Entonces el ángel del SEÑOR
habló a Elías Tisbita, *diciendo:* Le-
vántate, y sube a encontrarte con
los mensajeros del rey de Sama-
ria, y les dirás: ¿No hay Dios en
Israel, que vosotros vais a consul-
tar a Baal-zebub dios de Ecrón?
4 Por tanto así ha dicho el
SEÑOR: Del lecho en que subis-
te no descenderás, antes morirás
ciertamente. Y Elías se fue.
5 Y como los mensajeros se vol-
vieron al rey, él les dijo: ¿Por
qué pues os habéis vuelto?
6 Y ellos le respondieron: Encon-
tramos un varón que nos dijo: Id,
y volveos al rey que os envió, y
decidle: Así ha dicho el SEÑOR:
¿No hay Dios en Israel, que tú
envías a consultar a Baal-zebub
dios de Ecrón? Por tanto, del
lecho en que subiste no descen-
derás, antes morirás de cierto.
7 Entonces él les dijo: ¿Qué há-
bito era el de aquel varón que
encontrasteis, y os dijo tales pa-
labras?
8 Y ellos le respondieron: Un
varón velloso, y ceñía sus lomos
con un cinto de cuero. Enton-
ces él dijo: Elías Tisbita es.
9 Y envió luego a él un capitán
de cincuenta con sus cincuenta,
el cual subió a él; y he aquí que
él estaba sentado en la cumbre
del monte. Y él le dijo: Varón
de Dios, el rey ha dicho que des-
ciendas.
10 Y Elías respondió, y dijo al
capitán de cincuenta: Si yo soy
varón de Dios, descienda fuego
del cielo, y consúmate con tus
cincuenta. Y descendió fuego del
cielo, que lo consumió a él y a
sus cincuenta.
11 Volvió el rey a enviar a él otro
capitán de cincuenta con sus cin-
cuenta; y hablóle, y dijo: Varón
de Dios, el rey ha dicho así: Des-
ciende presto.
12 Y respondióle Elías, y dijo: Si
yo soy varón de Dios, descienda
fuego del cielo, y consúmate con
tus cincuenta. Y descendió fuego
del cielo, que lo consumió a él y
a sus cincuenta.
13 Y volvió a enviar el tercer ca-
pitán de cincuenta con sus cin-
cuenta: y subiendo aquel tercer
capitán de cincuenta, hincóse de
rodillas delante de Elías, y rogó-
le, diciendo: Varón de Dios, rué-
gote que sea de valor delante de
tus ojos mi vida y la vida de estos
tus cincuenta siervos.
14 He aquí ha descendido fuego
del cielo, y ha consumido los dos
primeros capitanes de cincuenta,
con sus cincuenta; sea ahora mi
vida de valor delante de tus ojos.
15 Entonces el ángel del SEÑOR
dijo a Elías: Desciende con él; no
hayas de él miedo. Y él se levan-
tó, y descendió con él al rey.

16 Y díjole: Así ha dicho el SEÑOR: Pues que enviaste mensajeros a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón, ¿no hay Dios en Israel para consultar en su palabra? No descenderás, por tanto, del lecho en que subiste, antes morirás de cierto.
17 Y murió conforme a la palabra del SEÑOR que había hablado Elías: y reinó en su lugar Joram, en el segundo año de Joram, hijo de Josafat rey de Judá; porque *Ocozías* no tenía hijo.
18 Y lo demás de los hechos de Ocozías, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

CAPÍTULO 2

Y ACONTECIÓ que, cuando quiso el SEÑOR alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de Gilgal.
2 Y dijo Elías a Eliseo: Quédate ahora aquí, porque el SEÑOR me ha enviado a Betel. Y Eliseo dijo: Vive el SEÑOR, y vive tu alma, que no te dejaré. Descendieron pues a Betel.
3 Y saliendo a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Betel, dijéronle: ¿Sabes cómo el SEÑOR quitará hoy a tu señor de tu cabeza? Y él dijo: Sí, yo lo sé; callad.
4 Y Elías le volvió a decir: Eliseo, quédate aquí ahora, porque el SEÑOR me ha enviado a Jericó. Y él dijo: Vive el SEÑOR, y vive tu alma, que no te dejaré. Vinieron pues a Jericó.
5 Y llegáronse a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Jericó, y dijéronle: ¿Sabes cómo el SEÑOR quitará hoy a tu señor de tu cabeza? Y él respondió: Sí, yo lo sé; callad.
6 Y Elías le dijo: Ruégote que te quedes aquí, porque el SEÑOR me ha enviado al Jordán. Y él dijo: Vive el SEÑOR, y vive tu alma, que no te dejaré. Fueron pues ambos a dos.
7 Y vinieron cincuenta varones de los hijos de los profetas, y paráronse enfrente a lo lejos: y ellos dos se pararon junto al Jordán.
8 Tomando entonces Elías su manto, doblólo, e hirió las aguas, las cuales se apartaron a uno y a otro lado, y pasaron ambos en seco.
9 Y como hubieron pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieres que haga por ti, antes que sea quitado de contigo. Y dijo Eliseo: Ruégote que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí.
10 Y él le dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será así hecho; mas si no, no.
11 Y aconteció que, yendo ellos hablando, he aquí, un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos: y Elías subió al cielo en un torbellino.
12 Y viéndolo Eliseo, clamaba: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más le vio, y trabando de sus vestidos, rompiólos en dos partes.
13 Alzó luego el manto de Elías que se le había caído, y volvió, y paróse a la orilla del Jordán.
14 Y tomando el manto de Elías que se le había caído, hirió las aguas, y dijo: ¿Dónde está el SEÑOR, el Dios de Elías? Y así que hubo del mismo modo herido las aguas, apartáronse a uno

y a otro lado, y pasó Eliseo.
15 Y viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó de la otra parte, dijeron: El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y viniéronle a recibir, e inclináronse a él hasta la tierra.
16 Y dijéronle: He aquí hay con tus siervos cincuenta varones fuertes: vayan ahora y busquen a tu señor; quizá lo ha levantado el Espíritu del SEÑOR, y lo ha echado en algún monte o en algún valle. Y él les dijo: No enviéis.
17 Mas ellos le importunaron, hasta que avergonzándose dijo: Enviad. Entonces ellos enviaron cincuenta hombres, los cuales lo buscaron tres días, mas no lo hallaron.
18 Y cuando volvieron a él, que se había quedado en Jericó, él les dijo: ¿No os dije yo que no fueseis?
19 Y los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: He aquí, el asiento de esta ciudad es bueno, como mi señor ve; mas las aguas son malas, y la tierra enferma.
20 Entonces él dijo: Traedme una botija nueva, y poned en ella sal. Y trajéronsela.
21 Y saliendo él a los manaderos de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho el SEÑOR: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni esterilidad.
22 Y fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo.
23 Después subió de allí a Betel; y subiendo por el camino, salieron los muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡calvo, sube!
24 Y mirando él atrás, viólos, y maldíjolos en el nombre del SEÑOR. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos cuarenta y dos muchachos.
25 De allí fue al monte de Carmelo, y de allí volvió a Samaria.

CAPÍTULO 3

Y JORAM hijo de Acab comenzó a reinar en Samaria sobre Israel el año dieciocho de Josafat rey de Judá; y reinó doce años.
2 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR, aunque no como su padre y su madre; porque quitó las estatuas de Baal que su padre había hecho.
3 Mas allegóse a los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel; y no se apartó de ellos.
4 Entonces Mesa rey de Moab era propietario de ganados, y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y cien mil carneros con sus vellones.
5 Mas muerto Acab, el rey de Moab se rebeló contra el rey de Israel.
6 Y salió entonces de Samaria el rey Joram, e inspeccionó a todo Israel.
7 Y fue y envió a decir a Josafat rey de Judá: El rey de Moab se ha rebelado contra mí: ¿irás tú conmigo a la guerra contra Moab? Y él respondió: Iré, *porque* como yo, así tú; como mi pueblo, así tu pueblo; como mis caballos, así también tus caballos.
8 Y dijo: ¿Por qué camino iremos? Y él respondió: Por el camino del desierto de Idumea.
9 Partieron pues el rey de Israel, y el rey de Judá, y el rey de Idumea; y como anduvieron rodeando por el desierto siete días de camino, faltóles el agua para el

ejército, y para las bestias que
los seguían.
10 Entonces el rey de Israel dijo:
¡Ah! que ha llamado el SEÑOR
estos tres reyes para entregarlos
en manos de los Moabitas.
11 Mas Josafat dijo: ¿No hay
aquí profeta del SEÑOR, para
que consultemos al SEÑOR por
él? Y uno de los siervos del rey
de Israel respondió y dijo: Aqui
está Eliseo hijo de Safat, que
daba agua a manos a Elías.
12 Y Josafat dijo: Éste tendrá pa-
labra del SEÑOR. Y descendieron
a él el rey de Israel, y Josafat, y
el rey de Idumea.
13 Entonces Eliseo dijo al rey de
Israel: ¿Qué tengo yo contigo?
Ve a los profetas de tu padre, y a
los profetas de tu madre. Y el rey
de Israel le respondió: No: por-
que ha juntado el SEÑOR estos
tres reyes para entregarlos en
manos de los Moabitas.
14 Y Eliseo dijo: Vive el SEÑOR
de los ejércitos, en cuya presen-
cia estoy, que si no tuviese respe-
to al rostro de Josafat rey de
Judá, no mirara a ti, ni te viera.
15 Mas ahora traedme un tañe-
dor. Y mientras el tañedor toca-
ba, la mano del SEÑOR fue sobre
Eliseo.
16 Y dijo: Así ha dicho el SEÑOR:
Haced en este valle muchas ace-
quias.
17 Porque el SEÑOR ha dicho así:
No veréis viento, ni veréis lluvia,
y este valle será lleno de agua, y
beberéis vosotros, y vuestras bes-
tias, y vuestros ganados.
18 Y esto es cosa ligera en los
ojos del SEÑOR; dará también a
los Moabitas en vuestras manos.
19 Y vosotros heriréis a toda ciu-
dad fortalecida y a toda villa her-
mosa, y talaréis todo buen árbol,
y cegaréis todas las fuentes de
aguas, y destruiréis con piedras
toda tierra fértil.
20 Y aconteció que por la maña-
na, cuando se ofrece el sacrificio,
he aquí, vinieron aguas por el ca-
mino de Idumea, y la tierra fue
llena de aguas.
21 Y todos los de Moab, como
oyeron que los reyes subían a
pelear contra ellos, juntáronse
desde todos los que ceñían tala-
barte arriba, y pusiéronse en la
frontera.
22 Y como se levantaron por la
mañana, y lució el sol sobre las
aguas, vieron los de Moab desde
lejos las aguas rojas como san-
gre;
23 Y dijeron: ¡Esto *es* sangre! Los
reyes se han revuelto, y cada
uno ha muerto a su compañero.
Ahora pues, ¡Moab, a la presa!
24 Mas cuando llegaron al campo
de Israel, levantáronse los Israe-
litas e hirieron a los de Moab, los
cuales huyeron delante de ellos:
siguieron empero hiriendo toda-
vía a los de Moab.
25 Y asolaron las ciudades, y en
todas las heredades fértiles echó
cada uno su piedra, y las llena-
ron; cegaron también todas las
fuentes de las aguas, y derriba-
ron todos los buenos árboles;
hasta que en Kir-hareset sola-
mente dejaron sus piedras; por-
que los honderos la cercaron, y
la hirieron.
26 Y cuando el rey de Moab vio
que la batalla lo vencía, tomó
consigo setecientos hombres que
sacaban espada, para romper
contra el rey de Idumea: mas no
pudieron.
27 Entonces arrebató a su primo-

génito que había de reinar en su lugar, y sacrificóle en ofrenda quemada sobre el muro. Y hubo grande enojo en Israel; y retiráronse de él, y volviéronse a su tierra.

CAPÍTULO 4

UNA mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido es muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso del SEÑOR: y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos.

2 Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una botija de aceite.

3 Y él le dijo: Ve, y pide para ti vasos prestados de todos tus vecinos, vasos vacíos, no pocos.

4 Entra luego, y cierra la puerta tras ti y tras tus hijos; y echa en todos los vasos, y en estando uno lleno, ponlo aparte.

5 Y partióse la mujer de él, y cerró la puerta tras sí y tras sus hijos; y ellos le llegaban *los vasos*, y ella echaba *del aceite*.

6 Y como los vasos fueron llenos, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún *otro* vaso. Y él dijo: No hay más vasos. Entonces cesó el aceite.

7 Vino ella luego, y contólo al varón de Dios, *el cual* dijo: Ve, y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quedare.

8 Y aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí una mujer principal, la cual le constriñó a que comiese del pan: y cuando por allí pasaba, veníase a su casa a comer del pan.

9 Y ella dijo a su marido: He aquí ahora, yo entiendo que éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios.

10 Yo te ruego que hagas una pequeña cámara de paredes, y pongamos en ella cama, y mesa, y silla, y candelero, para que cuando viniere a nosotros, se recoja en ella.

11 Y aconteció que un día vino él por allí, y recogióse en aquella cámara, y durmió en ella.

12 Entonces dijo a Giezi su criado: Llama a esta Sunamita. Y como él la llamó, pareció ella delante de él.

13 Y dijo él a Giezi: Díle: He aquí tú has estado solícita por nosotros con todo este esmero: ¿qué quieres que haga por ti? ¿has menester que hable por ti al rey, o al general del ejército? Y ella respondió: Yo habito en medio de mi pueblo.

14 Y él dijo: ¿Qué pues haremos por ella? Y Giezi respondió: He aquí ella no tiene hijo, y su marido es viejo.

15 Dijo entonces: Llámala. Y él la llamó, y ella se paró a la puerta.

16 Y él le dijo: A este tiempo según el tiempo de la vida, abrazarás un hijo. Y ella dijo: No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva.

17 Mas la mujer concibió, y parió un hijo a aquel tiempo que Eliseo le había dicho, según el tiempo de la vida.

18 Y como el niño fue grande, aconteció que un día salió a su padre, a los segadores.

19 Y dijo a su padre: ¡Mi cabeza, mi cabeza! Y él dijo a un criado: Llévalo a su madre.

20 Y habiéndole él tomado, y tra-

ídolo a su madre, estuvo sentado
sobre sus rodillas hasta medio
día, y murióse.
21 Ella entonces subió, y púsolo
sobre la cama del varón de Dios,
y cerrándole *la puerta*, salióse.
22 Llamando luego a su marido,
díjole: Ruégote que envíes con-
migo a alguno de los criados y
una de las asnas, para que yo
vaya corriendo al varón de Dios,
y vuelva.
23 Y él dijo: ¿Para qué has de ir
a él hoy? No es nueva luna, ni
sábado. Y ella respondió: Paz.
24 Después hizo enalbardar una
borrica, y dijo al mozo: Guía
y anda; y no me hagas detener
para que suba, sino cuando yo te
lo dijere.
25 Partióse pues, y vino al varón
de Dios al monte del Carmelo. Y
cuando el varón de Dios la vio de
lejos, dijo a su criado Giezi: He
aquí la Sunamita:
26 Ruégote que vayas ahora co-
rriendo a recibirla, y díle: ¿Tie-
nes paz? ¿y tu marido, y tu hijo?
Y ella dijo: Paz.
27 Y luego que llegó al varón de
Dios en el monte, asió de sus pies.
Y llegóse Giezi para quitarla; mas
el varón de Dios le dijo: Déjala,
porque su alma está en amargu-
ra, y el SEÑOR me ha encubierto
el motivo, y no me lo ha revelado.
28 Y ella dijo: ¿Pedí yo hijo a mi
señor? ¿No dije yo, que no me
burlases?
29 Entonces dijo él a Giezi: Ciñe
tus lomos, y toma mi bordón en
tu mano, y ve; y si alguno te en-
contrare, no lo saludes; y si algu-
no te saludare, no le respondas: y
pondrás mi bordón sobre el ros-
tro del niño.
30 Y dijo la madre del niño: Vive
el SEÑOR, y vive tu alma, que no
te dejaré.
31 Él entonces se levantó, y si-
guióla. Y Giezi había ido delante
de ellos, y había puesto el bor-
dón sobre el rostro del niño, mas
ni tenía voz ni sentido; y así se
había vuelto para encontrar a
Eliseo; y declaróselo, diciendo:
El mozo no despierta.
32 Y venido Eliseo a la casa, he
aquí el niño que estaba tendido
muerto sobre su cama.
33 Entrando él entonces, cerró
la puerta sobre ambos, y oró al
SEÑOR.
34 Después subió, y echóse sobre
el niño, poniendo su boca sobre
la boca de él, y sus ojos sobre
sus ojos, y sus manos sobre las
manos suyas; así se tendió sobre
él, y calentóse la carne del joven.
35 Volviéndose luego, paséose
por la casa a una parte y a otra,
y después subió, y tendióse sobre
él; y el joven estornudó siete
veces, y abrió sus ojos.
36 Entonces llamó él a Giezi, y
díjole: Llama a esta Sunamita. Y
él la llamó. Y entrando ella, él le
dijo: Toma tu hijo.
37 Y así que ella entró, echóse a
sus pies, e inclinóse a tierra: des-
pués tomó su hijo, y salióse.
38 Y Eliseo se volvió a Gilgal.
Había entonces grande hambre
en la tierra. Y los hijos de los
profetas estaban con él, por lo
que dijo a su criado: Pon una
grande olla, y haz potaje para los
hijos de los profetas.
39 Y salió uno al campo a coger
hierbas, y halló una *como* parra
montés, y cogió de ella una fal-
dada de calabazas silvestres: y
volvió, y cortólas en la olla del
potaje: porque no sabía *lo que era*.

40 Echóse después para que co-
mieran los hombres; pero suce-
dió que comiendo ellos de aquel
guisado, dieron voces, diciendo:
¡Varón de Dios, la muerte en la
olla! Y no lo pudieron comer.
41 Él entonces dijo: Traed hari-
na. Y esparcióla en la olla, y dijo:
Echa de comer a la gente. Y no
hubo más mal en la olla.
42 Vino entonces un hombre de
Baal-salisa, el cual trajo al varón
de Dios panes de primicias, vein-
te panes de cebada, y trigo nuevo
en su espiga. Y él dijo: Da a la
gente para que coman.
43 Y respondió su servidor:
¿Cómo he de poner esto delante
de cien hombres? Mas él tornó
a decir: Da a la gente para que
coman, porque así ha dicho el
SEÑOR: Comerán, y sobrará.
44 Entonces él lo puso delante
de ellos, y comieron, y sobróles,
conforme a la palabra del SEÑOR.

CAPÍTULO 5

NAAMÁN, general del ejérci-
to del rey de Siria, era gran
varón delante de su señor, y en
alta estima, porque por medio de
él había dado el SEÑOR salva-
mento a la Siria. Era este hombre
valeroso en extremo, *pero* leproso.
2 Y de Siria habían salido cuadri-
llas, y habían llevado cautiva de
la tierra de Israel una muchacha;
la cual sirviendo a la esposa de
Naamán,
3 Dijo a su señora: Si rogase mi
señor al profeta que está en Sa-
maria, él lo sanaría de su lepra.
4 Y entrando *Naamán* a su señor,
declaróselo, diciendo: Así y así
ha dicho una muchacha que es
de la tierra de Israel.
5 Y díjole el rey de Siria: Anda,
ve, y yo enviaré letras al rey de
Israel. Partió pues él, llevando
consigo diez talentos de plata,
y seis mil *piezas* de oro, y diez
mudas de vestidos.
6 Tomó también letras para el
rey de Israel, que decían así:
Luego en llegando a ti estas le-
tras, sabe *por ellas* que yo envío a
ti mi siervo Naamán, para que lo
sanes de su lepra.
7 Y luego que el rey de Israel leyó
las cartas, rasgó sus vestidos, y
dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé
vida, para que éste envíe a mí a
que sane un hombre de su lepra?
Considerad ahora, y ved cómo
busca ocasión contra mí.
8 Y como Eliseo, varón de Dios
oyó que el rey de Israel había
rasgado sus vestidos, envió a
decir al rey: ¿Por qué has rasga-
do tus vestidos? Venga ahora a
mí, y sabrá que hay profeta en
Israel.
9 Y vino Naamán con sus caba-
llos y con su carro, y paróse a las
puertas de la casa de Eliseo.
10 Entonces Eliseo le envió un
mensajero, diciendo: Ve, y lá-
vate siete veces en el Jordán, y
tu carne se te restaurará, y serás
limpio.
11 Y Naamán se fue enojado, di-
ciendo: He aquí yo decía para mí:
Saldrá él luego, y estando en pie
invocará el nombre del SEÑOR
su Dios, y alzará su mano, *y toca-
rá* el lugar, y sanará la lepra.
12 Abana y Farfar, ríos de Damas-
co, ¿no son mejores que todas
las aguas de Israel? Si me lavare
en ellos, ¿no seré *también* lim-
pio? Y volvióse, y fuese enojado.
13 Mas sus criados se llegaron a
él, y habláronle, diciendo: Padre
mío, si el profeta te mandara al-

guna gran cosa, ¿no la hicieras?
¿cuánto más, diciéndote: Lávate,
y serás limpio?
14 Él entonces descendió, y zam-
bullóse siete veces en el Jordán,
conforme a la palabra del varón
de Dios: y su carne se volvió
como la carne de un niño, y fue
limpio.
15 Y volvió al varón de Dios, él y
toda su compañía, y púsose de-
lante de él, y dijo: He aquí ahora
conozco que no hay Dios en toda
la tierra, sino en Israel. Ruégote
que recibas *algún* presente de tu
siervo.
16 Mas él dijo: Vive el SEÑOR,
delante del cual estoy, que no *lo*
tomaré. E importunándole que
tomase, él nunca quiso.
17 Entonces Naamán dijo: Rué-
gote pues, ¿no se dará a tu siervo
una carga de un par de acémilas
de aquesta tierra? porque de aquí
adelante tu siervo no sacrificará
ofrenda quemada ni sacrificio a
otros dioses, sino al SEÑOR.
18 En esto perdone el SEÑOR a
tu siervo: que cuando mi señor
entrare en el templo de Rimón,
y para adorar en él se apoyare
sobre mi mano, si yo también me
inclinare en el templo de Rimón,
si en el templo de Rimón me in-
clino, el SEÑOR perdone en esto
a tu siervo.
19 Y él le dijo: Vete en paz. Pues,
se partió de él cierta distancia de
tierra.
20 Entonces Giezi, criado de Eli-
seo el varón de Dios, dijo *entre sí*:
He aquí mi señor estorbó a este
Siro Naamán, no tomando de su
mano las cosas que había traí-
do. Vive el SEÑOR, que correré
yo tras él, y tomaré de él alguna
cosa.
21 Y siguió Giezi a Naamán: y
como le vio Naamán que venía
corriendo tras él, apeóse del
carro para recibirle, y dijo: ¿Va
bien?
22 Y él dijo: Bien. Mi señor me
envía a decir: He aquí vinieron
a mí en esta hora del monte de
Efraím dos mancebos de los hijos
de los profetas: ruégote que les
des un talento de plata, y sendas
mudas de vestidos.
23 Y Naamán dijo: Ruégote que
tomes dos talentos. Y él le cons-
triñó, y ató dos talentos de plata
en dos sacos, y dos mudas de
vestidos, y púsolo a cuestas a dos
de sus criados, que lo llevasen
delante de él.
24 Y llegado que hubo a un lugar
secreto, él lo tomó de mano de
ellos, y guardólo en casa: luego
mandó a los hombres que se fue-
sen.
25 Y él entró, y púsose delante
de su señor. Y Eliseo le dijo: ¿De
dónde vienes, Giezi? Y él dijo: Tu
siervo no ha ido a ninguna parte.
26 Él entonces le dijo: ¿No fue
también mi corazón, cuando el
hombre volvió de su carro a reci-
birte? ¿es tiempo de tomar plata,
y de tomar vestidos, y olivares, y
viñas, y ovejas, y bueyes, y sier-
vos y siervas?
27 La lepra de Naamán se te pe-
gará a ti, y a tu simiente para
siempre. Y salió de delante de él
leproso, *blanco* como la nieve.

CAPÍTULO 6

LOS hijos de los profetas dijeron
a Eliseo: He aquí, el lugar en
que moramos contigo nos es es-
trecho.
2 Vamos ahora al Jordán, y to-
memos de allí cada uno una viga,

y hagámonos allí lugar en que
habitemos. Y él dijo: Andad.
3 Y dijo uno: Rogámoste que
quieras venir con tus siervos. Y
él respondió: Yo iré.
4 Fuese pues con ellos; y como
llegaron al Jordán, cortaron la
madera.
5 Y aconteció que derribando
uno un árbol, cayósele el hacha
en el agua; y dio voces, diciendo:
¡Ah, señor mío, que era empres-
tada!
6 Y el varón de Dios dijo: ¿Dónde
cayó? Y él le mostró el lugar. En-
tonces cortó él un palo, y echólo
allí; e hizo nadar el hierro.
7 Y dijo: Tómalo. Y él tendió la
mano, y tomólo.
8 Tenía el rey de Siria guerra
contra Israel, y consultando con
sus siervos, dijo: En tal y tal lugar
estará mi campamento.
9 Y el varón de Dios envió a
decir al rey de Israel: Mira que
no pases por tal lugar, porque los
Siros van allí.
10 Entonces el rey de Israel envió
a aquel lugar que el varón de
Dios había dicho y amonestá-
dole; y guardóse de allí, no una
vez ni dos.
11 Y el corazón del rey de Siria
fue turbado de esto; y llamando
a sus siervos, díjoles: ¿No me de-
clararéis vosotros quién de los
nuestros es del rey de Israel?
12 Entonces uno de los siervos
dijo: No, rey señor mío; sino que
el profeta Eliseo está en Israel, el
cual declara al rey de Israel las
palabras que tú hablas en tu más
secreta cámara.
13 Y él dijo: Id, y mirad dónde
está, para que yo envíe a tomar-
lo. Y fuéle dicho: He aquí él está
en Dotán.
14 Entonces envió el rey allá
caballos, y carros, y un grande
ejército, los cuales vinieron de
noche, y cercaron la ciudad.
15 Y levantándose de mañana el
que servía al varón de Dios, para
salir, he aquí el ejército que tenía
cercada la ciudad, con gente de
a caballo y carros. Entonces su
criado le dijo: ¡Ah, señor mío!
¿qué haremos?
16 Y él le respondió: No hayas
miedo: porque más son los que
están con nosotros que los que
están con ellos.
17 Y oró Eliseo, y dijo: Ruégote,
oh SEÑOR, que abras sus ojos
para que vea. Entonces el SEÑOR
abrió los ojos del mozo, y miró:
y he aquí que el monte estaba
lleno de caballos, y de carros de
fuego alrededor de Eliseo.
18 Y luego que los *Siros* descen-
dieron a él, oró Eliseo al SEÑOR,
y dijo: Ruégote que hieras a esta
gente con ceguedad. E hiriólos
con ceguedad, conforme al dicho
de Eliseo.
19 Después les dijo Eliseo: No es
éste el camino, ni es ésta la ciu-
dad; seguidme, que yo os guiaré
al hombre que buscáis. Y guiólos
a Samaria.
20 Y así que llegaron a Sama-
ria, dijo Eliseo: SEÑOR, abre los
ojos de éstos, para que vean. Y el
SEÑOR abrió sus ojos, y miraron,
y halláronse en medio de Samaria.
21 Y cuando el rey de Israel los
hubo visto, dijo a Eliseo: ¿Heri-
rélos, padre mío?
22 Y él le respondió: No los hie-
ras; ¿herirías tú a los que tomas-
te cautivos con tu espada y con
tu arco? Pon delante de ellos pan
y agua, para que coman y beban,
y se vuelvan a sus señores.

23 Entonces les fue aparejada grande comida: y como hubieron comido y bebido, enviólos, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron cuadrillas de Siria a la tierra de Israel.
24 Después de esto aconteció, que Ben-adad rey de Siria juntó todo su ejército, y subió, y puso cerco a Samaria.
25 Y hubo grande hambre en Samaria, teniendo ellos cerco sobre ella; tanto, que la cabeza de un asno era vendida por ochenta *piezas* de plata, y la cuarta de un cabo de estiércol de palomas por cinco *piezas* de plata.
26 Y pasando el rey de Israel por el muro, una mujer le dio voces, y dijo: Salva, rey señor mío.
27 Y él dijo: Si no te salva el SEÑOR, ¿de dónde te tengo de salvar yo? ¿del alfolí, o del lagar?
28 Y díjole el rey: ¿Qué tienes? Y ella respondió: Esta mujer me dijo: Da acá tu hijo, y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío.
29 Cocimos pues mi hijo, y le comimos. El día siguiente yo le dije: Da acá tu hijo, y comámoslo. Mas ella ha escondido su hijo.
30 Y como el rey oyó las palabras de aquella mujer, rasgó sus vestidos, y pasó *así* por el muro: y llegó a ver el pueblo el saco que traía interiormente sobre su carne.
31 Y él dijo: Así me haga Dios, y así me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat quedare sobre él hoy.
32 Estaba a la sazón Eliseo sentado en su casa, y con él estaban sentados los ancianos: y el rey envió a él un hombre. Mas antes que el mensajero viniese a él, dijo él a los ancianos: ¿No habéis visto como este hijo del homicida me envía a quitar la cabeza? Mirad pues, y cuando viniere el mensajero, cerrad la puerta, e impedidle la entrada: ¿no viene tras él el ruido de los pies de su amo?
33 Aun estaba él hablando con ellos, y he aquí el mensajero que descendía a él; y dijo: Ciertamente este mal del SEÑOR viene. ¿Para qué tengo de esperar más al SEÑOR?

CAPÍTULO 7

DIJO entonces Eliseo: Oid palabra del SEÑOR: Así dijo el SEÑOR: Mañana a estas horas *valdrá* el seah de flor de harina un siclo, y dos seah de cebada un siclo, a la puerta de Samaria.
2 Y un príncipe sobre cuya mano el rey se apoyaba, respondió al varón de Dios, y dijo: Si el SEÑOR hiciese ahora ventanas en el cielo, ¿sería esto así? Y él dijo: He aquí tú lo verás con tus ojos, mas no comerás de ello.
3 Y había cuatro hombres leprosos a la entrada de la puerta, los cuales dijeron el uno al otro: ¿Para qué nos estamos aquí hasta que muramos?
4 Si tratáremos de entrar en la ciudad, por el hambre que hay en la ciudad moriremos en ella; y si nos quedamos aquí, también moriremos. Vamos pues ahora, y pasémonos al ejército de los Siros: si ellos nos dieren la vida, viviremos; y si nos dieren la muerte, moriremos.
5 Levantáronse pues en el principio de la noche, para irse al campo de los Siros; y llegando a las primeras estancias de

los Siros, no había allí hombre.
6 Porque el Señor había hecho
que en el campo de los Siros se
oyese estruendo de carros, ruido
de caballos, y estrépito de gran-
de ejército; y dijéronse los unos
a los otros: He aquí el rey de Is-
rael ha pagado contra nosotros a
los reyes de los Heteos, y a los
reyes de los Egipcios, para que
vengan contra nosotros.
7 Y así se habían levantado y
huído al principio de la noche,
dejando sus tiendas, sus caballos,
sus asnos, y el campo como se
estaba; y habían huído por *salvar*
las vidas.
8 Y como los leprosos llegaron a
las primeras estancias, entráron-
se en una tienda, y comieron y
bebieron, y tomaron de allí plata,
y oro, y vestidos, y fueron, y es-
condiéronlo: y vueltos, entraron
en otra tienda, y de allí también
tomaron, y fueron, y escondieron.
9 Y dijéronse el uno al otro: No
hacemos bien: hoy es día de
buena nueva, y nosotros calla-
mos: y si esperamos hasta la luz
de la mañana, nos alcanzará la
maldad. Vamos pues ahora, en-
tremos, y demos la nueva en
casa del rey.
10 Y vinieron, y dieron voces a
los guardas de la puerta de la
ciudad, y declaráronles, dicien-
do: Nosotros fuimos al campo de
los Siros, y he aquí que no había
allí hombre, ni voz de hombre,
sino caballos atados, asnos tam-
bién atados, y el campo como se
estaba.
11 Y los porteros dieron voces, y
declaráronlo dentro, en el pala-
cio del rey.
12 Y levantóse el rey de noche, y
dijo a sus siervos: Yo os declara-
ré lo que nos han hecho los Siros.
Ellos saben que tenemos hambre,
y hanse salido de las tiendas y
escondídose en el campo, dicien-
do: Cuando hubieren salido de la
ciudad, los tomaremos vivos, y
entraremos en la ciudad.
13 Entonces respondió uno de
sus siervos, y dijo: Tomen ahora
cinco de los caballos que han
quedado en la ciudad, (porque
ellos también son como toda la
multitud de Israel que ha queda-
do en ella; también ellos son
como toda la multitud de Israel
que ha perecido;) y enviemos, y
veamos *qué hay*.
14 Tomaron pues dos caballos de
un carro, y envió el rey tras el
campo de los Siros, diciendo: Id,
y ved.
15 Y ellos fueron, y siguiéronlos
hasta el Jordán: y he aquí, todo
el camino estaba lleno de vesti-
dos y enseres que los Siros ha-
bían arrojado con la premura. Y
volvieron los mensajeros, e hicié-
ronlo saber al rey.
16 Entonces el pueblo salió, y sa-
quearon el campo de los Siros. Y
fue *vendido* un seah de flor de ha-
rina por un siclo, y dos seah de
cebada por un siclo, conforme a
la palabra del SEÑOR.
17 Y el rey puso a la puerta a
aquel señor sobre cuya mano él
se apoyaba: y atropellóle el pue-
blo a la entrada, y murió, confor-
me a lo que había dicho el varón
de Dios, lo que habló cuando el
rey descendió a él.
18 Aconteció pues de la mane-
ra que el varón de Dios había
hablado al rey, diciendo: Dos
seah de cebada por un siclo, y el
seah de flor de harina será *ven-*
dido por un siclo mañana a estas

horas, a la puerta de Samaria.
19 A lo cual aquel príncipe había
respondido al varón de Dios, di-
ciendo: Aunque el SEÑOR hicie-
se ventanas en el cielo, ¿pudiera
ser eso? Y él dijo: He aquí tú lo
verás con tus ojos, mas no come-
rás de ello.
20 Y vínole así; porque el pueblo
le atropelló a la entrada, y murió.

CAPÍTULO 8

Y HABLÓ Eliseo a aquella mujer
a cuyo hijo había hecho vivir,
diciendo: Levántate, vete tú y
toda tu casa a vivir donde pudie-
res; porque el SEÑOR ha llamado
el hambre, la cual vendrá tam-
bién sobre la tierra siete años.
2 Entonces la mujer se levantó,
e hizo como el varón de Dios le
dijo: y partióse ella con su fami-
lia, y vivió en tierra de los Filis-
teos siete años.
3 Y como fueron pasados los
siete años, la mujer volvió de la
tierra de los Filisteos: después
salió para clamar al rey por su
casa, y por sus tierras.
4 Y había el rey hablado con
Giezi, criado del varón de Dios,
diciéndole: Ruégote que me
cuentes todas las maravillas que
ha hecho Eliseo.
5 Y contando él al rey cómo había
hecho vivir a un muerto, he aquí
la mujer, a cuyo hijo había hecho
vivir, que clamaba al rey por su
casa y por sus tierras. Entonces
dijo Giezi: Rey señor mío, ésta es
la mujer, y éste es su hijo, al cual
Eliseo hizo vivir.
6 Y preguntando el rey a la mujer,
ella se lo contó. Entonces el rey
le dio un eunuco, diciéndole:
Hazle volver todas las cosas que
eran suyas, y todos los frutos de
las tierras desde el día que dejó
el país hasta ahora.
7 Eliseo se fue luego a Damasco,
y Ben-adad rey de Siria estaba
enfermo, al cual dieron aviso, di-
ciendo: El varón de Dios ha veni-
do aquí.
8 Y el rey dijo a Hazael: Toma
en tu mano un presente, y ve a
recibir al varón de Dios, y con-
sulta por él al SEÑOR, diciendo:
¿Tengo de sanar de esta enferme-
dad?
9 Tomó pues Hazael en su mano
un presente de todos los bienes
de Damasco, cuarenta camellos
cargados, y salióle a recibir: y
llegó, y púsose delante de él, y
dijo: Tu hijo Ben-adad, rey de
Siria, me ha enviado a ti, dicien-
do: ¿Tengo de sanar de esta en-
fermedad?
10 Y Eliseo le dijo: Ve, díle: Se-
guramente vivirás. Empero el
SEÑOR me ha mostrado que él
ha de morir ciertamente.
11 Y el varón de Dios le volvió el
rostro afirmadamente, y estúvo-
se así una gran pieza; y lloró el
varón de Dios.
12 Entonces díjole Hazael: ¿Por
qué llora mi señor? Y él respon-
dió: Porque sé el mal que has de
hacer a los hijos de Israel: a sus
fortalezas pegarás fuego, y a sus
mancebos matarás a espada, y
estrellarás a sus niños, y abrirás
a sus preñadas.
13 Y Hazael dijo: ¿Por qué? ¿es
tu siervo perro, que hará esta
gran cosa? Y respondió Eliseo: El
SEÑOR me ha mostrado que tú
has de ser rey de Siria.
14 Y él se partió de Eliseo, y vino
a su señor, el cual le dijo: ¿Qué te
ha dicho Eliseo? Y él respondió:
Díjome que seguramente vivirás.

15 El día siguiente tomó un paño
basto, y metiólo en agua, y tendiólo sobre el rostro de Benadad,
y murió: y reinó Hazael en su
lugar.
16 En el quinto año de Joram
hijo de Acab rey de Israel, y siendo Josafat rey de Judá, comenzó
a reinar Joram hijo de Josafat
rey de Judá.
17 De treinta y dos años era
cuando comenzó a reinar, y ocho
años reinó en Jerusalem.
18 Y anduvo en el camino de los
reyes de Israel, como hizo la casa
de Acab, porque una hija de Acab
fue su esposa: e hizo lo malo en
ojos del SEÑOR.
19 Con todo eso, el SEÑOR no
quiso cortar a Judá, por amor de
David su siervo, como le había
prometido darle lámpara de sus
hijos perpetuamente.
20 En su tiempo se rebeló Edom
de debajo de la mano de Judá, y
pusieron rey sobre sí.
21 Joram por tanto pasó a Seir, y
todos sus carros con él: y levantándose de noche hirió a los Idumeos, los cuales le habían cercado, y a los capitanes de los carros:
y el pueblo huyó a sus estancias.
22 Sustrájose no obstante Edom
de bajo la mano de Judá, hasta
hoy. Rebelóse además Libna en
el mismo tiempo.
23 Lo demás de los hechos de
Joram, y todas las cosas que hizo,
¿no está escrito en el libro de las
crónicas de los reyes de Judá?
24 Y durmió Joram con sus padres, y fue sepultado con sus
padres en la ciudad de David: y
reinó en lugar suyo Ocozías, su
hijo.
25 En el año doce de Joram hijo
de Acab rey de Israel, comenzó a
reinar Ocozías hijo de Joram rey
de Judá.
26 De veintidós años era Ocozías
cuando comenzó a reinar, y reinó
un año en Jerusalem. El nombre
de su madre fue Atalía hija de
Omri rey de Israel.
27 Y anduvo en el camino de la
casa de Acab, e hizo lo malo en
ojos del SEÑOR, como la casa
de Acab: porque era yerno de la
casa de Acab.
28 Y fue a la guerra con Joram
hijo de Acab a Ramot de Galaad,
contra Hazael rey de Siria; y los
Siros hirieron a Joram.
29 Y el rey Joram se volvió a
Jezreel, para curarse de las heridas que los Siros le hicieron delante de Ramot, cuando peleó
contra Hazael rey de Siria. Y descendió Ocozías hijo de Joram rey
de Judá, a visitar a Joram hijo
de Acab en Jezreel, porque estaba enfermo.

CAPÍTULO 9

ENTONCES el profeta Eliseo llamó a uno de los hijos de los profetas, y díjole: Ciñe tus lomos, y toma esta alcuza de aceite en tu mano, y ve a Ramot de Galaad.
2 Y cuando llegares allá, verás
allí a Jehú hijo de Josafat hijo
de Nimsi; y entrando, haz que se
levante de entre sus hermanos, y
mételo en la recámara.
3 Toma luego la alcuza de aceite, y derrámala sobre su cabeza,
y di: Así dijo el SEÑOR: Yo te
he ungido por rey sobre Israel. Y
abriendo la puerta, echa a huir, y
no esperes.
4 Fue pues el mozo, el mozo del
profeta, a Ramot de Galaad.
5 Y como él entró, he aquí los

príncipes del ejército que estaban sentados. Y él dijo: Príncipe, una palabra tengo que decirte. Y Jehú dijo: ¿A cuál de todos nosotros? Y él dijo: A ti, príncipe.
6 Y él se levantó, y entróse en casa; y el *otro* derramó el aceite sobre su cabeza, y díjole: Así dijo el SEÑOR Dios de Israel: Yo te he ungido por rey sobre el pueblo del SEÑOR, sobre Israel.
7 Y herirás la casa de Acab tu señor, para que yo vengue la sangre de mis siervos los profetas, y la sangre de todos los siervos del SEÑOR, de la mano de Jezabel.
8 Y perecerá toda la casa de Acab, y talaré de Acab todo meante a la pared, así al guardado como al desamparado en Israel.
9 Y yo pondré la casa de Acab como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahía.
10 Y a Jezabel comerán perros en el campo de Jezreel, y no habrá quien la sepulte. En seguida abrió la puerta, y echó a huir.
11 Después salió Jehú a los siervos de su señor, y dijéronle: ¿Hay paz? ¿para qué entró a ti aquel loco? Y él les dijo: Vosotros conocéis al hombre y sus palabras.
12 Y ellos dijeron: Mentira; decláranoslo ahora. Y él dijo: Así y así me habló, diciendo: Así ha dicho el SEÑOR: Yo te he ungido por rey sobre Israel.
13 Entonces tomaron prestamente su ropa, y púsola cada uno debajo de él en un trono alto, y tocaron corneta, y dijeron: Jehú es rey.
14 Así conjuró Jehú hijo de Josafat hijo de Nimsi, contra Joram. (Estaba Joram guardando a Ramot de Galaad con todo Israel, por causa de Hazael rey de Siria.
15 Habíase empero vuelto el rey Joram a Jezreel, para curarse de las heridas que los Siros le habían hecho, peleando contra Hazael rey de Siria.) Y Jehú dijo: Si es vuestra voluntad, ninguno escape de la ciudad, para ir a dar las nuevas en Jezreel.
16 Entonces Jehú cabalgó, y fuese a Jezreel, porque Joram estaba allí enfermo. También Ocozías rey de Judá había descendido a visitar a Joram.
17 Y el atalaya que estaba en la torre de Jezreel, vio la cuadrilla de Jehú, que venía, y dijo: Yo veo una compañía. Y Joram dijo: Toma uno de a caballo, y envía a reconocerlos, y que les diga: ¿Hay paz?
18 Fue pues el de a caballo a reconocerlos, y dijo: El rey dice así: ¿Hay paz? Y Jehú le dijo: ¿Qué tienes tú que ver con la paz? vuélvete tras mí. El atalaya dio luego aviso, diciendo: El mensajero llegó hasta ellos, y no vuelve.
19 Entonces envió otro de a caballo, el cual llegando a ellos, dijo: El rey dice así: ¿Hay paz? Y Jehú respondió: ¿Qué tienes tú que ver con la paz? vuélvete tras mí.
20 El atalaya volvió a decir: También éste llegó a ellos y no vuelve: mas el marchar *del que viene* es como el marchar de Jehú hijo de Nimsi, porque viene impetuosamente.
21 Entonces Joram dijo: Unce. Y uncido que fue su carro, salió Joram rey de Israel, y Ocozías rey de Judá, cada uno en su carro, y salieron a encontrar a Jehú, al cual hallaron en la heredad de Nabot de Jezreel.

22 Y en viendo Joram a Jehú, dijo: ¿Hay paz, Jehú? Y él respondió: ¿Qué paz, con las fornicaciones de Jezabel tu madre, y sus muchas hechicerías?
23 Entonces Joram volviendo la mano huyó, y dijo a Ocozías: ¡Traición, Ocozías!
24 Mas Jehú flechó su arco, e hirió a Joram entre las espaldas, y la saeta salió por su corazón, y cayó en su carro.
25 Dijo luego *Jehú* a Bidkar su capitán: Tómalo, y échalo a un cabo de la heredad de Nabot de Jezreel. Acuérdate que cuando tú y yo íbamos juntos con la gente de Acab su padre, el SEÑOR pronunció esta sentencia sobre él, diciendo:
26 Que yo he visto ayer las sangres de Nabot, y las sangres de sus hijos, dijo el SEÑOR; y tengo de darte la paga en esta heredad, dijo el SEÑOR. Tómalo pues ahora, y échalo en la heredad, conforme a la palabra del SEÑOR.
27 Y viendo esto Ocozías rey de Judá, huyó por el camino de la casa del huerto. Y siguiólo Jehú, diciendo: Herid también a éste en el carro. *Y le hirieron* a la subida de Gur, junto a Ibleam. Y él huyó a Meguido, y murió allí.
28 Y sus siervos le llevaron en un carro a Jerusalem, y allá le sepultaron con sus padres, en su sepulcro en la ciudad de David.
29 En el undécimo año de Joram hijo de Acab, comenzó a reinar Ocozías sobre Judá.
30 Vino después Jehú a Jezreel: y como Jezabel lo oyó, adornó sus ojos con alcohol, y atavió su cabeza, y asomóse a una ventana.
31 Y como entraba Jehú por la puerta, ella dijo: ¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su señor?
32 Alzando él entonces su rostro hacia la ventana, dijo: ¿Quién es conmigo? ¿quién? Y miraron hacia él dos o tres eunucos.
33 Y él *les* dijo: Echadla abajo. Y ellos la echaron: y parte de su sangre fue salpicada en la pared, y en los caballos; y él la atropelló.
34 Entró luego, y después que comió y bebió, dijo: Id ahora a ver a aquella maldita, y sepultadla; que es hija de rey.
35 Empero cuando fueron para sepultarla, no hallaron de ella más que la calavera, y los pies, y las palmas de las manos.
36 Y volvieron, y dijéronselo. Y él dijo: La palabra del SEÑOR es ésta, la cual él habló por mano de su siervo Elías Tisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel.
37 Y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel; de manera que nadie pueda decir: Ésta *es* Jezabel.

CAPÍTULO 10

Y TENÍA Acab en Samaria setenta hijos; y escribió letras Jehú, y enviólas a Samaria a los principales de Jezreel, a los ancianos y a los ayos de Acab, diciendo:
2 Luego en llegando esta carta, ya que con vosotros están los hijos de vuestro señor, y los que tenéis carros y caballos, la ciudad fortificada, y las armas,
3 Mirad *cuál es* el mejor y el más recto de los hijos de vuestro señor, y ponedlo en el trono de su padre, y pelead por la casa de vuestro señor.

4 Mas ellos tuvieron gran temor, y dijeron: He aquí dos reyes no pudieron resistirle, ¿cómo le resistiremos nosotros?
5 Y el mayordomo, y el presidente de la ciudad, y los ancianos, y los ayos, enviaron a decir a Jehú: Siervos tuyos somos, y haremos todo lo que nos mandares: no elegiremos por rey a ninguno; tú harás lo que bien te pareciere.
6 Él entonces les escribió la segunda vez, diciendo: Si sois míos, y queréis obedecerme, tomad las cabezas de los varones hijos de vuestro señor, y venid mañana a estas horas a mí a Jezreel. Y los hijos del rey, setenta varones, estaban con los principales de la ciudad, que los criaban.
7 Y como las letras llegaron a ellos, tomaron a los hijos del rey, y degollaron setenta varones, y pusieron sus cabezas en canastillos, y enviáronselas a Jezreel.
8 Y vino un mensajero que le dio las nuevas, diciendo: Traído han las cabezas de los hijos del rey. Y él le dijo: Ponedlas en dos montones a la entrada de la puerta hasta la mañana.
9 Venida la mañana, salió él, y estando en pie dijo a todo el pueblo: Vosotros sois justos: he aquí yo he conspirado contra mi señor, y lo he muerto: ¿mas quién ha muerto a todos estos?
10 Sabed ahora que de la palabra del SEÑOR que habló sobre la casa de Acab, nada caerá en tierra: y que el SEÑOR ha hecho lo que dijo por su siervo Elías.
11 Mató entonces Jehú a todos los que habían quedado de la casa de Acab en Jezreel, y a todos sus príncipes, y a todos sus familiares, y a sus sacerdotes, que no le quedó ninguno.
12 Y levantóse de allí, y vino a Samaria; y llegando él en el camino a una casa de esquileo de pastores,
13 Halló *allí* a los hermanos de Ocozías rey de Judá, y díjoles: ¿Quién sois vosotros? Y ellos dijeron: Somos hermanos de Ocozías, y hemos venido a saludar a los hijos del rey, y a los hijos de la reina.
14 Entonces él dijo: Prendedlos vivos. Y después que los tomaron vivos, degolláronlos junto al pozo de la casa de esquileo, cuarenta y dos varones, sin dejar ninguno de ellos.
15 Partiéndose luego de allí encontróse con Jonadab hijo de Recab; y después que lo hubo saludado, díjole: ¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo? Y Jonadab dijo: Lo es. Pues que lo es, dame la mano. Y él le dio su mano. Hízolo luego subir consigo en el carro.
16 Y díjole: Ven conmigo, y verás mi celo por el SEÑOR. Pusiéronlo pues en su carro.
17 Y luego que hubo *Jehú* llegado a Samaria, mató a todos los que habían quedado de Acab en Samaria, hasta extirparlos, conforme a la palabra del SEÑOR, que había hablado por Elías.
18 Y juntó Jehú todo el pueblo, y díjoles: Acab sirvió poco a Baal; mas Jehú lo servirá mucho.
19 Llamadme pues luego a todos los profetas de Baal, a todos sus siervos, y a todos sus sacerdotes; que no falte uno, porque tengo un gran sacrifico para Baal; cualquiera que faltare, no vivirá. Esto hacía Jehú con astucia, para destruir a los que honraban a Baal.

20 Y dijo Jehú: Santificad un día solemne a Baal. Y ellos convocaron.
21 Y envió Jehú por todo Israel, y vinieron todos los adoradores de Baal, que no faltó ninguno que no viniese. Y entraron en la casa de Baal, y la casa de Baal se llenó de cabo a cabo.
22 Entonces dijo al que *tenía* el cargo de las vestiduras: Saca vestiduras para todos los adoradores de Baal. Y él les sacó vestimentas.
23 Y entró Jehú con Jonadab hijo de Recab en la casa de Baal, y dijo a los adoradores de Baal: Mirad y ved que por dicha no haya aquí entre vosotros alguno de los siervos del SEÑOR, sino solo los adoradores de Baal.
24 Y como ellos entraron para hacer sacrificios y holocaustos, Jehú puso fuera ochenta hombres, y díjoles: Cualquiera que dejare vivo alguno de aquellos hombres que yo he puesto en vuestras manos, su vida será por la del otro.
25 Y después que acabaron ellos de hacer la ofrenda quemada, Jehú dijo a los de su guardia y a los capitanes: Entrad, y matadlos; que no escape ninguno. Y los hirieron a espada: y dejáronlos tendidos los de la guardia y los capitanes, y fueron hasta la ciudad de la casa de Baal.
26 Y sacaron las estatuas de la casa de Baal, y quemáronlas.
27 Y quebraron la estatua de Baal, y derribaron la casa de Baal, e hiciéronla letrina, hasta hoy.
28 Así extinguió Jehú a Baal de Israel.
29 Con todo eso Jehú no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel; *a saber*, de en pos de los becerros de oro que estaban en Betel y en Dan.
30 Y el SEÑOR dijo a Jehú: Por cuanto has hecho bien ejecutando lo recto delante de mis ojos, e hiciste a la casa de Acab conforme a todo lo que estaba en mi corazón, tus hijos se sentarán sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación.
31 Mas Jehú no cuidó de andar en la ley del SEÑOR Dios de Israel con todo su corazón, ni se apartó de los pecados de Jeroboam, el que había hecho pecar a Israel.
32 En aquellos días comenzó el SEÑOR a talar en Israel: e hiriólos Hazael en todos los términos de Israel,
33 Desde el Jordán al nacimiento del sol, toda la tierra de Galaad, de Gad, de Rubén, y de Manasés, desde Aroer que está junto al arroyo de Arnón, a Galaad y a Basán.
34 Lo demás de los hechos de Jehú, y todas las cosas que hizo, y toda su valentía, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?
35 Y durmió Jehú con sus padres, y sepultáronlo en Samaria: y reinó en su lugar Joacaz su hijo.
36 El tiempo que reinó Jehú sobre Israel en Samaria fue veintiocho años.

CAPÍTULO 11

YATALÍA madre de Ocozías, viendo que su hijo era muerto, levantóse, y destruyó toda la simiente real.
2 Pero tomando Josaba hija del rey Joram, hermana de Ocozías,

a Joas hijo de Ocozías, sacólo
furtivamente de entre los hijos
del rey, que se mataban, y ocul-
tólo de delante de Atalía, a él y
a su ama, en la cámara de las
camas, y *así* no lo mataron.
3 Y estuvo con ella escondido en
la casa del SEÑOR seis años: y
Atalía fue reina sobre el país.
4 Mas al séptimo año envió Joia-
da, y tomó centuriones, capi-
tanes, y gente de la guardia, y
metiólos consigo en la casa del
SEÑOR: e hizo con ellos liga, ju-
ramentándolos en la casa del
SEÑOR; y mostróles al hijo del
rey.
5 Y mandóles, diciendo: Esto es
lo que habéis de hacer: la tercera
parte de vosotros, los que entra-
rán el sábado, tendrán la guardia
de la casa del rey;
6 Y la *otra* tercera parte estará a
la puerta del sur, y la *otra* tercera
parte a la puerta del postigo de
los de la guardia: así guardaréis
la casa, para que no sea allanada.
7 Y las dos partes de vosotros,
es a saber, todos los que salen el
sábado, tendréis la guarda de la
casa del SEÑOR junto al rey.
8 Y estaréis alrededor del rey de
todas partes, teniendo cada uno
sus armas en las manos, y cual-
quiera que entrare dentro de
estos órdenes, sea muerto. Y ha-
béis de estar con el rey cuando
saliere, y cuando entrare.
9 Los centuriones pues, hicieron
todo como el sacerdote Joiada
les mandó: y tomando cada uno
los suyos, *es a saber*, los que ha-
bían de entrar el sábado, y los
que habían salido el sábado, vi-
niéronse a Joiada el sacerdote.
10 Y el sacerdote dio a los centu-
riones las picas y los escudos que
habían sido del rey David, que
estaban en la casa del SEÑOR.
11 Y los de la guardia se pusie-
ron *en orden*, teniendo cada uno
sus armas en sus manos, desde el
lado derecho de la casa hasta el
lado izquierdo, junto al altar y el
templo, en derredor del rey.
12 Sacando luego al hijo del
rey, púsole la corona y *le dio* tes-
timonio, e hiciéronle rey, y un-
gióle; y batieron las manos, y
dijeron: Dios salve al rey.
13 Y oyendo Atalía el estruendo
del pueblo que corría, entró al
pueblo en el templo del SEÑOR;
14 Y como miró, he aquí el rey
que estaba junto a la columna,
conforme a la costumbre, y los
príncipes y los trompeteros junto
al rey; y que todo el pueblo del
país hacía alegrías, y que tocaban
las trompetas. Entonces Atalía,
rasgando sus vestidos, clamó a
voz en grito: ¡Traición, traición!
15 Mas el sacerdote Joiada
mandó a los centuriones que
gobernaban el ejército, y díjo-
les: Sacadla fuera del recinto del
templo, y al que la siguiere, ma-
tadlo a espada, (Porque el sacer-
dote dijo que no la matasen en el
templo del SEÑOR.)
16 Diéronle pues lugar, y como
iba el camino por donde entran
los de a caballo a la casa del rey,
allí la mataron.
17 Entonces Joiada hizo pacto
entre el SEÑOR y el rey y el
pueblo, que serían pueblo del
SEÑOR: y asimismo entre el rey
y el pueblo.
18 Y todo el pueblo de la tierra
entró en el templo de Baal, y de-
rribáronlo: asimismo despeda-
zaron enteramente sus altares y
sus imágenes, y mataron a Matán

sacerdote de Baal delante de los
altares. Y el sacerdote puso guarnición sobre la casa del SEÑOR.
19 Después tomó los centuriones,
y capitanes, y los de la guardia,
y a todo el pueblo de la tierra, y
llevaron al rey desde la casa del
SEÑOR, y vinieron por el camino
de la puerta de los de la guardia
a la casa del rey; y sentóse el *rey*
sobre el trono de los reyes.
20 Y todo el pueblo de la tierra
hizo alegrías, y la ciudad estuvo
en reposo, habiendo sido Atalía
muerta a espada *junto* a la casa
del rey.
21 Era Joas de siete años cuando
comenzó a reinar.

CAPÍTULO 12

EN el séptimo año de Jehú comenzó a reinar Joas, y reinó cuarenta años en Jerusalem. El nombre de su madre fue Sibia, de Beerseba.
2 Y Joas hizo lo recto en ojos del
SEÑOR todo el tiempo que le dirigió el sacerdote Joiada.
3 Con todo eso los altos no se
quitaron; que aún sacrificaba y
quemaba el pueblo perfumes en
los altos.
4 Y Joas dijo a los sacerdotes:
Todo el dinero de las santificaciones que se suele traer a la casa
del SEÑOR, el dinero de los que
pasan *en cuenta*, el dinero por
las personas, cada cual según su
tasa, y todo el dinero que cada
uno de su propia voluntad mete
en la casa del SEÑOR,
5 Recíbanlo los sacerdotes, cada
uno de sus familiares, y reparen
los portillos del templo donde
quiera que se hallare abertura.
6 Pero el año veintitrés del rey
Joas, no habían aún reparado los
sacerdotes las aberturas del templo.
7 Llamando entonces el rey Joas
al sacerdote Joiada y a los sacerdotes, díjoles: ¿Por qué no reparáis las aberturas del templo?
Ahora pues, no toméis más el dinero de vuestros familiares, sino
dadlo para *reparar* las roturas del
templo.
8 Y los sacerdotes consintieron
en no tomar *más* dinero del pueblo, ni tener cargo de reparar las
aberturas del templo.
9 Mas el sacerdote Joiada tomó
un arca, e hízole en la tapa un
agujero, y púsola junto al altar,
a la mano derecha como se entra
en el templo del SEÑOR; y los sacerdotes que guardaban la puerta, ponían allí todo el dinero que
se metía en la casa del SEÑOR.
10 Y cuando veían que había
mucho dinero en el arca, venía el
notario del rey y el gran sacerdote, y contaban el dinero que hallaban en el templo del SEÑOR, y
guardábanlo.
11 Y daban el dinero suficiente
en mano de los que hacían la
obra, y de los que tenían el cargo
de la casa del SEÑOR; y ellos lo
expendían en *pagar* los carpinteros y maestros que reparaban la
casa del SEÑOR,
12 Y los albañiles y canteros; y
en comprar la madera y piedra
de cantería para reparar las aberturas de la casa del SEÑOR; y en
todo lo que se gastaba en la casa
para repararla.
13 Mas de aquel dinero que se
traía a la casa del SEÑOR, no se
hacían tazas de plata, ni salterios,
ni jofainas, ni trompetas; ni ningún otro vaso de oro ni de plata se
hacía para el templo del SEÑOR:

14 Porque lo daban a los que hacían la obra, y con él reparaban la casa del SEÑOR.
15 Y no se tomaba en cuenta a los hombres en cuyas manos el dinero era entregado, para que ellos lo diesen a los que hacían la obra: porque *lo* hacían ellos fielmente.
16 El dinero por el delito, y el dinero por los pecados, no se metía en la casa del SEÑOR; porque era de los sacerdotes.
17 Entonces subió Hazael rey de Siria, y peleó contra Gat, y tomóla: y puso Hazael su rostro para subir contra Jerusalem;
18 Por lo que tomó Joas rey de Judá todas las ofrendas que había dedicado Josafat, y Joram y Ocozías sus padres, reyes de Judá, y las que él había dedicado, y todo el oro que se halló en los tesoros de la casa del SEÑOR, y en la casa del rey, y enviólo a Hazael rey de Siria: y él se partió de Jerusalem.
19 Lo demás de los hechos de Joas, y todas las cosas que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
20 Y levantáronse sus siervos, y conspiraron en conjuración, y mataron a Joas en la casa de Milo, descendiendo él a Silla;
21 Pues Josacar hijo de Simeat, y Jozabad hijo de Somer, sus siervos, hiriéronle, y murió. Y sepultáronlo con sus padres en la ciudad de David, y reinó en su lugar Amasías su hijo.

CAPÍTULO 13

EN el año veintitrés de Joas hijo de Ocozías, rey de Judá, comenzó a reinar Joacaz hijo de Jehú sobre Israel en Samaria; *y reinó* diecisiete años.
2 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR, y siguió los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; y no se apartó de ellos.
3 Y encendióse el furor del SEÑOR contra Israel, y entrególos en mano de Hazael rey de Siria, y en mano de Ben-adad hijo de Hazael, por largo tiempo.
4 Mas Joacaz oró a la faz del SEÑOR, y el SEÑOR lo oyó: porque miró la aflicción de Israel, pues el rey de Siria los afligía.
5 (Y dio el SEÑOR salvador a Israel, y salieron de bajo la mano de los Siros; y habitaron los hijos de Israel en sus estancias, como antes.
6 Con todo eso no se apartaron de los pecados de la casa de Jeroboam, el que hizo pecar a Israel: en ellos anduvieron; y también el bosque permaneció en Samaria.)
7 Porque no le había quedado gente a Joacaz, sino cincuenta hombres de a caballo, y diez carros, y diez mil hombres de a pié; pues el rey de Siria los había destruído, y los había puesto como polvo para hollar.
8 Lo demás de los hechos de Joacaz, y todo lo que hizo, y sus valentías, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?
9 Y durmió Joacaz con sus padres, y sepultáronlo en Samaria: y reinó en su lugar Joas su hijo.
10 El año treinta y siete de Joas rey de Judá, comenzó a reinar Joas hijo de Joacaz sobre Israel en Samaria; *y reinó* dieciséis años.
11 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR: no se apartó de todos los pecados de Jeroboam hijo de

Nabat, el que hizo pecar a Israel;
en ellos anduvo.
12 Lo demás de los hechos de
Joas, y todas las cosas que hizo, y
su esfuerzo con que guerreó contra Amasías rey de Judá, ¿no está
escrito en el libro de las crónicas
de los reyes de Israel?
13 Y durmió Joas con sus padres, y sentóse Jeroboam sobre
su trono: y Joas fue sepultado en
Samaria con los reyes de Israel.
14 Estaba Eliseo enfermo de
aquella su enfermedad de que
murió. Y descendió a él Joas rey
de Israel, y llorando delante de
él, dijo: ¡Padre mío, padre mío,
carro de Israel y su gente de a
caballo!
15 Y díjole Eliseo: Toma un arco
y unas saetas. Tomóse él entonces un arco y unas saetas.
16 Y dijo *Eliseo* al rey de Israel:
Pon tu mano sobre el arco. Y
puso él su mano sobre el arco.
Entonces puso Eliseo sus manos
sobre las manos del rey,
17 Y dijo: Abre la ventana de
hacia el oriente. Y como él la
abrió dijo Eliseo: Tira. Y tirando él, dijo *Eliseo*: Saeta de
salvación del SEÑOR, y saeta
de salvación contra Siria: porque herirás a los Siros en Afec,
hasta consumirlos.
18 Y tornóle a decir: Toma las
saetas. Y luego que el rey de
Israel las hubo tomado, díjole:
Hiere la tierra. Y él hirió tres
veces, y cesó.
19 Entonces el varón de Dios,
enojado con él, le dijo: Al herir
cinco o seis veces, herirías a
Siria, hasta no quedar ninguno:
empero ahora tres veces herirás
a Siria.
20 Y murió Eliseo, y sepultáronlo. Entrado el año vinieron partidas de Moabitas a la tierra.
21 Y aconteció que al sepultar
unos un hombre, súbitamente
vieron una partida, y arrojaron al
hombre en el sepulcro de Eliseo:
y cuando llegó a tocar el muerto
los huesos de Eliseo, revivió, y
levantóse sobre sus pies.
22 Hazael pues, rey de Siria, afligió a Israel todo el tiempo de
Joacaz.
23 Mas el SEÑOR tuvo misericordia de ellos, y compadecióse
de ellos, y mirólos, por amor de
su pacto con Abraham, Isaac y
Jacob; y no quiso destruirlos ni
echarlos de delante de sí hasta
ahora.
24 Y murió Hazael rey de Siria,
y reinó en su lugar Ben-adad su
hijo.
25 Y volvió Joas hijo de Joacaz, y
tomó de mano de Ben-adad hijo
de Hazael, las ciudades que él
había tomado de mano de Joacaz
su padre en guerra. Tres veces lo
batió Joas, y restituyó las ciudades a Israel.

CAPÍTULO 14

EN el año segundo de Joas
hijo de Joacaz rey de Israel,
comenzó a reinar Amasías hijo
de Joas rey de Judá.
2 Cuando comenzó a reinar era
de veinticinco años, y veintinueve años reinó en Jerusalem: el
nombre de su madre fue Joadan,
de Jerusalem,
3 Y él hizo lo recto en ojos del
SEÑOR, aunque no como David
su padre: hizo conforme a todas
las cosas que había hecho Joas
su padre.
4 Con todo eso los altos no fueron quitados; que el pueblo aun

sacrificaba y quemaba perfumes
en los altos.
5 Y luego que el reino fue confir-
mado en su mano, hirió a sus
siervos, los que habían muerto al
rey su padre.
6 Mas no mató a los hijos de los
que le mataron, conforme a lo
que está escrito en el libro de la
ley de Moisés, donde el SEÑOR
mandó, diciendo: No matarán a
los padres por los hijos, ni a los
hijos por los padres: mas cada
uno morirá por su pecado.
7 Éste hirió asimismo diez mil
Idumeos en el valle de las Sali-
nas, y tomó a Sela por guerra, y
llamóla Jocteel, hasta hoy.
8 Entonces Amasías envió emba-
jadores a Joas, hijo de Joacaz
hijo de Jehú, rey de Israel, dicien-
do: Ven, y veámonos de rostro.
9 Y Joas rey de Israel envió a
Amasías rey de Judá esta res-
puesta: El cardillo que está en el
Líbano envió a decir al cedro que
está en el Líbano: Da tu hija por
esposa a mi hijo. Y pasaron las
bestias fieras que están en el Lí-
bano, y hollaron el cardillo.
10 Ciertamente has herido a
Edom, y tu corazón te ha enva-
necido: gloríate pues, mas estáte
en tu casa. ¿Y por qué te entro-
meterás en un mal, para que cai-
gas tú, y Judá contigo?
11 Mas Amasías no dio oídos; por
lo que subió Joas rey de Israel, y
viéronse de rostro él y Amasías
rey de Judá, en Bet-semes, que
es de Judá.
12 Y Judá cayó delante de Israel,
y huyeron cada uno a sus estan-
cias.
13 Además Joas rey de Israel
tomó a Amasías rey de Judá,
hijo de Joas hijo de Ocozías, en
Bet-semes: y vino a Jerusalem,
y rompió el muro de Jerusalem
desde la puerta de Efraím hasta
la puerta de la esquina, cuatro-
cientos codos.
14 Y tomó todo el oro y la plata,
y todos los vasos que fueron ha-
llados en la casa del SEÑOR, y en
los tesoros de la casa del rey, y
los hijos en rehenes, y volvióse
a Samaria.
15 Lo demás de los hechos de
Joas que ejecutó, y sus hazañas,
y cómo peleó contra Amasías rey
de Judá, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes
de Israel?
16 Y durmió Joas con sus padres,
y fue sepultado en Samaria con
los reyes de Israel; y reinó en su
lugar Jeroboam su hijo.
17 Y Amasías hijo de Joas rey de
Judá, vivió después de la muerte
de Joas hijo de Joacaz rey de Is-
rael, quince años.
18 Lo demás de los hechos de
Amasías, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes
de Judá?
19 E hicieron conspiración con-
tra él en Jerusalem, y él huyó a
Laquis; mas enviaron tras él a
Laquis, y allá lo mataron.
20 Trajéronlo luego sobre caba-
llos, y sepultáronlo en Jerusalem
con sus padres, en la ciudad de
David.
21 Entonces todo el pueblo de
Judá tomó a Azarías, que era de
diez y seis años, e hiciéronlo rey
en lugar de Amasías su padre.
22 Edificó él a Elat, y la restituyó
a Judá, después que el rey dur-
mió con sus padres.
23 El año quince de Amasías hijo
de Joas rey de Judá, comenzó
a reinar Jeroboam hijo de Joas

sobre Israel en Samaria; *y reinó*
cuarenta y un años.
24 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, y no se apartó de todos
los pecados de Jeroboam hijo de
Nabat, el que hizo pecar a Israel.
25 Él restituyó los términos de
Israel desde la entrada de Hamat
hasta el mar de la llanura, con-
forme a la palabra del SEÑOR
Dios de Israel, la cual había él
hablado por su siervo Jonás hijo
de Amitai, profeta que fue de
Gat-hefer.
26 Por cuanto el SEÑOR miró la
muy amarga aflicción de Israel;
que no había guardado ni desam-
parado, ni quien diese ayuda a
Israel;
27 Y el SEÑOR no había deter-
minado raer el nombre de Israel
de debajo del cielo: por tanto,
los salvó por mano de Jeroboam
hijo de Joas.
28 Y lo demás de los hechos de
Jeroboam, y todas las cosas que
hizo, y su valentía, y todas las
guerras que hizo, y cómo restitu-
yó a Judá en Israel a Damasco y
a Hamat, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes
de Israel?
29 Y durmió Jeroboam con sus
padres, los reyes de Israel, y
reinó en su lugar Zacarías su hijo.

CAPÍTULO 15

EN el año veintisiete de Jero-
boam, rey de Israel, comenzó
a reinar Azarías hijo de Amasías
rey de Judá.
2 Cuando comenzó a reinar era
de dieciséis años, y cincuenta y
dos años reinó en Jerusalem; el
nombre de su madre fue Jecolía,
de Jerusalem.
3 E hizo lo recto en ojos del SEÑOR,
conforme a todas las cosas que
su padre Amasías había hecho.
4 Con todo eso los altos no se
quitaron; que el pueblo sacrifica-
ba aún y quemaba perfumes en
los altos.
5 Mas el SEÑOR hirió al rey con
lepra, y fue leproso hasta el día
de su muerte, y habitó en casa
separada, y Jotam hijo del rey
tenía el cargo del palacio, gober-
nando al pueblo de la tierra.
6 Lo demás de los hechos de Aza-
rías, y todas las cosas que hizo,
¿no está escrito en el libro de las
crónicas de los reyes de Judá?
7 Y durmió Azarías con sus pa-
dres, y sepultáronlo con sus pa-
dres en la ciudad de David: y
reinó en su lugar Jotam su hijo.
8 En el año treinta y ocho de
Azarías rey de Judá, reinó Zaca-
rías hijo de Jeroboam sobre Is-
rael seis meses.
9 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, como habían hecho sus
padres: no se apartó de los peca-
dos de Jeroboam hijo de Nabat,
el que hizo pecar a Israel.
10 Contra él se conjuró Salum
hijo de Jabes, y lo hirió en pre-
sencia de su pueblo, y matólo, y
reinó en su lugar.
11 Lo demás de los hechos de Za-
carías, he aquí está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes
de Israel.
12 Y ésta *fue* la palabra del
SEÑOR que había hablado a
Jehú, diciendo: Tus hijos hasta la
cuarta generación se sentarán en
el trono de Israel. Y fue así.
13 Salum hijo de Jabes comenzó
a reinar en el año treinta y nueve
de Uzías rey de Judá, y reinó el
tiempo de un mes en Samaria;
14 Pues subió Manahem hijo de

Gadi, de Tirsa, y vino a Samaria,
e hirió a Salum hijo de Jabes en
Samaria, y matólo, y reinó en su
lugar.
15 Lo demás de los hechos de
Salum, y su conjuración con que
conspiró, he aquí está escrito en
el libro de las crónicas de los
reyes de Israel.
16 Entonces hirió Manahem a
Tifsa, y a todos los que estaban
en ella, y también sus términos
desde Tirsa; e hirióla porque no
le habían abierto; y abrió a todas
sus preñadas.
17 En el año treinta y nueve de
Azarías rey de Judá, reinó Ma-
nahem hijo de Gadi sobre Israel
diez años, en Samaria.
18 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR: no se apartó en todo su
tiempo de los pecados de Jero-
boam hijo de Nabat, el que hizo
pecar a Israel.
19 Y vino Pul rey de Asiria a la
tierra; y dio Manahem a Pul mil
talentos de plata porque le ayu-
dara a confirmarse en el reino.
20 E impuso Manahem este di-
nero sobre Israel, sobre todos los
poderosos y opulentos: de cada
uno cincuenta siclos de plata,
para dar al rey de Asiria, y el rey
de Asiria se volvió, y no se detu-
vo allí en la tierra.
21 Lo demás de los hechos de
Manahem, y todas las cosas que
hizo, ¿no está escrito en el libro
de las crónicas de los reyes de Is-
rael?
22 Y durmió Manahem con sus
padres, y reinó en su lugar Pe-
kaía su hijo.
23 En el año cincuenta de Aza-
rías rey de Judá, reinó Pekaía
hijo de Manahem sobre Israel en
Samaria, dos años.
24 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR: no se apartó de los peca-
dos de Jeroboam hijo de Nabat,
el que hizo pecar a Israel.
25 Y conspiró contra él Peka hijo
de Remalías, capitán suyo, e hi-
riólo en Samaria, en el palacio
de la casa real, en compañía de
Argob y de Arif, y con cincuenta
hombres de los hijos de los Ga-
laaditas; y matólo, y reinó en su
lugar.
26 Lo demás de los hechos de Pe-
kaía, y todas las cosas que hizo,
he aquí está escrito en el libro de
las crónicas de los reyes de Israel.
27 En el año cincuenta y dos de
Azarías rey de Judá, reinó Peka
hijo de Remalías sobre Israel en
Samaria; y reinó veinte años.
28 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR; no se apartó de los peca-
dos de Jeroboam hijo de Nabat,
el que hizo pecar a Israel.
29 En los días de Peka rey de Is-
rael, vino Tiglat-pileser rey de
los Asirios, y tomó a Ahión, Abel-
bet-maaca, y Janoa, y Cedes, y
Hasor, y Galaad, y Galilea, y
toda la tierra de Neftalí; y tras-
portólos a Asiria.
30 Y Oseas hijo de Ela hizo con-
juración contra Peka hijo de
Remalías, e hiriólo, y matólo, y
reinó en su lugar, a los veinte
años de Jotam hijo de Uzías.
31 Lo demás de los hechos de
Peka, y todo lo que hizo, he aquí
está escrito en el libro de las cró-
nicas de los reyes de Israel.
32 En el segundo año de Peka
hijo de Remalías rey de Israel,
comenzó a reinar Jotam hijo de
Uzías rey de Judá.
33 Cuando comenzó a reinar
era de veinticinco años, y reinó
dieciséis años en Jerusalem. El

nombre de su madre fue Jerusa hija de Sadoc.
34 Y él hizo lo recto en ojos del SEÑOR; hizo conforme a todas las cosas que había hecho su padre Uzías.
35 Con todo eso los altos no fueron quitados; que el pueblo sacrificaba aún, y quemaba perfumes en los altos. Edificó él la puerta más alta de la casa del SEÑOR.
36 Lo demás de los hechos de Jotam y todas las cosas que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
37 En aquel tiempo comenzó el SEÑOR a enviar contra Judá a Resín rey de Siria, y a Peka hijo de Remalías.
38 Y durmió Jotam con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David su padre: y reinó en su lugar Acaz su hijo.

CAPÍTULO 16

EN el año diecisiete de Peka hijo de Remalías, comenzó a reinar Acaz hijo de Jotam rey de Judá.
2 Cuando comenzó a reinar Acaz, era de veinte años, y reinó en Jerusalem dieciséis años; y no hizo lo recto en ojos del SEÑOR su Dios, como David su padre;
3 Antes anduvo en el camino de los reyes de Israel, y aun hizo pasar por el fuego a su hijo, según las abominaciones de las gentes que el SEÑOR echó de delante de los hijos de Israel.
4 Asimismo sacrificó, y quemó perfumes en los altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol umbroso.
5 Entonces Resín rey de Siria, y Peka hijo de Remalías rey de Israel, subieron a Jerusalem para hacer guerra, y cercar a Acaz; mas no pudieron tomarla.
6 En aquel tiempo Resín rey de Siria restituyó Elat a Siria, y echó a los Judíos de Elat; y los Siros vinieron a Elat, y habitaron allí hasta hoy.
7 Entonces Acaz envió embajadores a Tiglat-pileser rey de Asiria, diciendo: Yo soy tu siervo y tu hijo: sube, y defiéndeme de mano del rey de Siria, y de mano del rey de Israel, que se han levantado contra mí.
8 Y tomando Acaz la plata y el oro que se halló en la casa del SEÑOR, y en los tesoros de la casa real, envió al rey de Asiria un presente.
9 Y atendióle el rey de Asiria; pues subió el rey de Asiria contra Damasco, y tomóla, y trasportó los moradores a Kir, y mató a Resín.
10 Y fue el rey Acaz a encontrar a Tiglat-pileser rey de Asiria en Damasco; y visto que hubo el rey Acaz el altar que estaba en Damasco, envió a Urías sacerdote el diseño y el modelo del altar, conforme a toda su hechura.
11 Y Urías el sacerdote edificó el altar; conforme a todo lo que el rey Acaz había enviado de Damasco, así lo hizo el sacerdote Urías, entre tanto que el rey Acaz venía de Damasco.
12 Y luego que vino el rey de Damasco, y hubo visto el altar, acercóse el rey a él, y sacrificó en él;
13 Y encendió su ofrenda quemada, y su ofrenda, y derramó sus libaciones, y roció la sangre de sus pacíficos junto al altar.
14 Y el altar de latón que estaba delante del SEÑOR, hízolo acer-

car delante de la frontera de la
casa, entre el altar y el templo
del SEÑOR, y púsolo al lado del
altar hacia el norte.
15 Y mandó el rey Acaz al sacer-
dote Urías, diciendo: En el gran
altar encenderás la ofrenda que-
mada de la mañana y la ofrenda
de la tarde, y el sacrificio quema-
do del rey y su ofrenda, y asimis-
mo la ofrenda quemada de todo
el pueblo de la tierra y su ofrenda
y sus libaciones: y rociarás sobre
él toda la sangre de la ofrenda
quemada, y toda la sangre de sa-
crificio: y el altar de latón será
mío para preguntar *en él*.
16 E hizo el sacerdote Urías con-
forme a todas las cosas que el rey
Acaz le mandó.
17 Y cortó el rey Acaz las cintas
de las basas, y quitóles las fuen-
tes; quitó también el mar de
sobre los bueyes de latón que
estaban debajo de él, y púsolo
sobre el solado de piedra.
18 Asimismo la tienda del sábado
que habían edificado en la casa,
y el pasadizo de afuera del rey,
mudólos del templo del SEÑOR,
por causa del rey de Asiria.
19 Lo demás de los hechos de
Acaz que puso por obra, ¿no está
todo escrito en el libro de las cró-
nicas de los reyes de Judá?
20 Y durmió el rey Acaz con sus
padres y fue sepultado con sus
padres en la ciudad de David: y
reinó en su lugar Ezequías su hijo.

CAPÍTULO 17

EN el año duodécimo de Acaz
rey de Judá, comenzó a rei-
nar Oseas hijo de Ela en Samaria
sobre Israel; *y reinó* nueve años.
2 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, aunque no como los
reyes de Israel que antes de él
habían sido.
3 Contra éste subió Salmanasar
rey de los Asirios; y Oseas fue
hecho su siervo, y pagábale tri-
buto.
4 Mas el rey de Asiria halló que
Oseas hacía conjuración: porque
había enviado embajadores a So,
rey de Egipto, y no pagaba tribu-
to al rey de Asiria, como cada
año: por lo que el rey de Asiria le
detuvo, y le aprisionó en la casa
de la cárcel.
5 Y el rey de Asiria partió con-
tra todo el país, y subió contra
Samaria, y estuvo sobre ella tres
años.
6 En el año nueve de Oseas tomó
el rey de Asiria a Samaria, y tras-
portó a Israel a Asiria, y púsolos
en Hala, y en Habor, junto al río
de Gozán, y en las ciudades de
los Medos.
7 Porque como los hijos de Israel
pecasen contra el SEÑOR su Dios,
que los sacó de tierra de Egipto
de bajo la mano de Faraón rey
de Egipto, y temiesen a dioses
ajenos,
8 Y anduviesen en los estatutos
de las gentes que el SEÑOR había
lanzado delante de los hijos de
Israel, y *en los* de los reyes de Is-
rael, que hicieron;
9 Y como los hijos de Israel pa-
liasen cosas no rectas contra
el SEÑOR su Dios, edificándo-
se altos en todas sus ciudades,
desde las torres de las atalayas
hasta las ciudades fuertes,
10 Y se levantasen estatuas y
bosques en todo collado alto, y
debajo de todo árbol umbroso,
11 Y quemasen allí perfumes en
todos los altos, a la manera de
las gentes que había el SEÑOR

traspuesto delante de ellos, e
hiciesen cosas muy malas para
provocar a ira al SEÑOR,
12 Pues servían a los ídolos, de
los cuales el SEÑOR les había
dicho: Vosotros no habéis de
hacer esto;
13 Y el SEÑOR testificaba enton-
ces contra Israel y contra Judá,
por mano de todos los profetas,
y de todos los videntes, diciendo:
Volveos de vuestros malos cami-
nos, y guardad mis mandamien-
tos y mis estatutos, conforme a
todas las leyes que yo prescribí
a vuestros padres, y que os he
enviado por mano de mis siervos
los profetas.
14 Mas ellos no obedecieron,
antes endurecieron su cerviz,
como la cerviz de sus padres, los
cuales no creyeron en el SEÑOR
su Dios.
15 Y desecharon sus estatutos, y
su pacto que él había concertado
con sus padres, y sus testimonios
que él había protestado contra
ellos; y siguieron la vanidad, y
se hicieron vanos, y fueron en
pos de las gentes que estaban
alrededor de ellos, de las cuales
les había el SEÑOR mandado que
no hiciesen a la manera de ellas:
16 Y dejaron todos los manda-
mientos del SEÑOR su Dios, e hi-
ciéronse vaciadizos dos becerros,
y también bosques, y adoraron a
todo el ejército del cielo, y sirvie-
ron a Baal:
17 E hicieron pasar a sus hijos y a
sus hijas por fuego; y diéronse a
adivinaciones y agüeros, y entre-
gáronse a hacer lo malo en ojos
del SEÑOR, provocándole a ira.
18 El SEÑOR por tanto se airó
en gran manera contra Israel, y
quitólos de delante de su rostro;
que no quedó sino sólo la tribu
de Judá.
19 Mas ni aun Judá guardó los
mandamientos del SEÑOR su
Dios; antes anduvieron en los
estatutos de Israel, los cuales ha-
bían ellos hecho.
20 Y desechó el SEÑOR toda la
simiente de Israel, y afligiólos, y
entrególos en manos de saquea-
dores, hasta echarlos de su pre-
sencia.
21 Porque cortó a Israel de la
casa de David, y ellos se hicieron
rey a Jeroboam hijo de Nabat; y
Jeroboam rempujó a Israel de en
pos del SEÑOR, e hízoles come-
ter gran pecado.
22 Y los hijos de Israel anduvie-
ron en todos los pecados de Jero-
boam que él hizo, sin apartarse
de ellos;
23 Hasta tanto que el SEÑOR
quitó a Israel de delante de su
rostro, como lo había él dicho por
mano de todos los profetas sus
siervos: e Israel fue trasportado
de su tierra a Asiria, hasta hoy.
24 Y trajo el rey de Asiria gente
de Babilonia, y de Cuta, y de Ava,
y de Hamat, y de Sefarvaim, y
púsolos en las ciudades de Sa-
maria, en lugar de los hijos de
Israel; y poseyeron a Samaria, y
habitaron en sus ciudades.
25 Y aconteció al principio, cuan-
do comenzaron a habitar allí,
que no temiendo ellos al SEÑOR,
envió el SEÑOR contra ellos leo-
nes que los mataban.
26 Entonces dijeron ellos al rey
de Asiria: Las gentes que tú tras-
pasaste y pusiste en las ciudades
de Samaria, no saben la costum-
bre del Dios de aquella tierra, y
él ha echado leones en ellos, y he
aquí los matan, porque no saben

la costumbre del Dios de la tierra.
27 Y el rey de Asiria mandó, diciendo: Llevad allí a alguno de los sacerdotes que trajisteis de allá, y vayan y habiten allí, y enséñenles la costumbre del Dios del país.
28 Y vino uno de los sacerdotes que habían trasportado de Samaria, y habitó en Betel, y enseñóles cómo habían de temer al SEÑOR.
29 Mas cada nación se hizo sus dioses, y pusiéronlos en los templos de los altos que habían hecho los de Samaria; cada nación en su ciudad donde habitaba.
30 Los de Babilonia hicieron a Sucot-benot, y los de Cuta hicieron a Nergal, y los de Hamat hicieron a Asima;
31 Los Heveos hicieron a Nibhaz y a Tartac; y los de Sefarvaim quemaban sus hijos al fuego a Adramelec y a Anamelec, dioses de Sefarvaim.
32 Y temían al SEÑOR; e hicieron del pueblo bajo sacerdotes de los altos, quienes sacrificaban para ellos en los templos de los altos.
33 Temían al SEÑOR, y honraban a sus dioses, según la costumbre de las gentes de donde habían sido trasladados.
34 Hasta hoy hacen como primero; que ni temen al SEÑOR, ni guardan sus estatutos, ni sus ordenanzas, ni hacen según la ley y los mandamientos que prescribió el SEÑOR a los hijos de Jacob, al cual puso el nombre de Israel;
35 Con los cuales había el SEÑOR hecho pacto, y les mandó, diciendo: No temeréis a otros dioses, ni los adoraréis, ni les serviréis, ni les sacrificaréis:
36 Mas al SEÑOR, que os sacó de tierra de Egipto con grande poder y brazo extendido, a éste temeréis, y a éste adoraréis, y a éste haréis sacrificio.
37 Los estatutos y derechos y ley y mandamientos que os dio por escrito, cuidaréis siempre de ponerlos por obra, y no temeréis dioses ajenos.
38 Y no olvidaréis el pacto que hice con vosotros; ni temeréis dioses ajenos:
39 Mas temed al SEÑOR vuestro Dios, y él os librará de mano de todos vuestros enemigos.
40 Empero ellos no escucharon; antes hicieron según su costumbre antigua.
41 Así temieron al SEÑOR aquellas gentes, y juntamente sirvieron a sus ídolos: y también sus hijos y sus nietos, según que hicieron sus padres, así hacen hasta hoy.

CAPÍTULO 18

EN el tercer año de Oseas hijo de Ela rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías hijo de Acaz rey de Judá.
2 Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó en Jerusalem veintinueve años. El nombre de su madre *fue* Abi hija de Zacarías.
3 Hizo lo recto en ojos del SEÑOR, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.
4 Él quitó los altos, y quebró las imágenes, y taló los bosques, e hizo pedazos la serpiente de latón que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban perfumes los hijos de Israel; y llamóle por nombre Nehustán.
5 En el SEÑOR Dios de Israel

puso su esperanza: después ni
antes de él no hubo otro como él
en todos los reyes de Judá.
6 Porque se llegó al SEÑOR, y no
se apartó de él, sino que guardó
los mandamientos que el SEÑOR
prescribió a Moisés.
7 Y el SEÑOR fue con él; y en
todas las cosas a que salía pros-
peraba. Él se rebeló contra el rey
de Asiria, y no le sirvió.
8 Hirió también a los Filisteos
hasta Gaza y sus términos, desde
las torres de las atalayas hasta la
ciudad fortalecida.
9 En el cuarto año del rey
Ezequías, que era el año séptimo
de Oseas hijo de Ela rey de Israel,
subió Salmanasar rey de los Asi-
rios contra Samaria, y cercóla.
10 Y tomáronla al cabo de tres
años; *esto es*, en el sexto año de
Ezequías, el cual era el año no-
veno de Oseas rey de Israel, fue
Samaria tomada.
11 Y el rey de Asiria traspuso a
Israel a Asiria, y púsolos en Hala,
y en Habor, junto al río de Gozán,
y en las ciudades de los Medos:
12 Por cuanto no habían atendido
la voz del SEÑOR su Dios, antes
habían quebrantado su pacto; y
todas las cosas que Moisés sier-
vo del SEÑOR había mandado, ni
las habían escuchado, ni puesto
por obra.
13 Y a los catorce años del rey
Ezequías, subió Senaquerib rey
de Asiria contra todas las ciuda-
des fuertes de Judá, y tomólas.
14 Entonces Ezequías rey de
Judá envió a decir al rey de
Asiria en Laquis: Yo he pecado:
vuélvete de mí, y llevaré todo
lo que me impusieres. Y el rey
de Asiria impuso a Ezequías rey
de Judá trescientos talentos de
plata, y treinta talentos de oro.
15 Dio por tanto Ezequías toda la
plata que fue hallada en la casa
del SEÑOR, y en los tesoros de la
casa real.
16 Entonces descompuso Eze-
quías las puertas del templo del
SEÑOR, y los quiciales que el
mismo rey Ezequías había cubier-
to *de oro*, y diólo al rey de Asiria.
17 Después el rey de Asiria envió
al rey Ezequías, desde Laquis
contra Jerusalem, a Tartán y a
Rabsaris y a Rabsaces, con un
grande ejército: y subieron, y vi-
nieron a Jerusalem. Y habiendo
subido, vinieron y pararon junto
al conducto del estanque de arri-
ba, que es en el camino de la he-
redad del batanero.
18 Llamaron luego al rey, y salió
a ellos Eliacim hijo de Hilquías,
que era mayordomo, y Sebna es-
criba, y Joah hijo de Asaf, can-
ciller.
19 Y díjoles Rabsaces: Decid
ahora a Ezequías: Así dice el
gran rey de Asiria: ¿Qué confian-
za *es* ésta en que tú estás?
20 Dices, (por cierto palabras de
labios): Consejo *tengo* y esfuerzo
para la guerra. Mas ¿en qué con-
fías, que te has rebelado contra
mí?
21 He aquí tú confías ahora en
este bordón de caña cascada, en
Egipto, en el que si alguno se
apoyare, entraréle por la mano,
y se le pasará. Tal es Faraón rey
de Egipto, para todos los que en
él confían.
22 Y si me decís: Nosotros con-
fiamos en el SEÑOR nuestro Dios:
¿no es aquél cuyos altos y altares
ha quitado Ezequías, y ha dicho
a Judá y a Jerusalem: Delante de
este altar adoraréis en Jerusalem?

23 Por tanto, ahora yo te ruego que des rehenes a mi señor, el rey de Asiria, y yo te daré dos mil caballos, si tú pudieres dar jinetes para ellos.
24 ¿Cómo pues harás volver el rostro de un capitán el menor de los siervos de mi señor, aunque estés confiado en Egipto por sus carros y su gente de a caballo?
25 Además, ¿he venido yo ahora sin el SEÑOR a este lugar, para destruirlo? el SEÑOR me ha dicho: Sube a esta tierra, y destrúyela.
26 Entonces dijo Eliacim hijo de Hilquías, y Sebna y Joah, a Rabsaces: Ruégote que hables a tus siervos siriaco, porque nosotros lo entendemos, y no hables con nosotros judaico a oídos del pueblo que está sobre el muro.
27 Y Rabsaces les dijo: ¿Hame enviado mi señor a ti y a tu señor para decir estas palabras, y no antes a los hombres que están sobre el muro, para comer su propio estiércol, y beber su propia orina con vosotros?
28 Paróse luego Rabsaces, y clamó a gran voz en judaico, y habló, diciendo: Oid la palabra del gran rey, el rey de Asiria.
29 Así ha dicho el rey: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano.
30 Y no os haga Ezequías confiar en el SEÑOR, diciendo: De cierto nos librará el SEÑOR, y esta ciudad no será entregada en mano del rey de Asiria.
31 No oigáis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo paz, y salid a mí, y cada uno comerá de su vid, y de su higuera, y cada uno beberá las aguas de su pozo;
32 Hasta que yo venga, y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivas, de aceite, y de miel; y viviréis, y no moriréis. No oigáis a Ezequías, porque os engaña cuando dice: el SEÑOR nos librará.
33 *¿Acaso* alguno de los dioses de las gentes ha librado su tierra de la mano del rey de Asiria?
34 ¿Dónde está el dios de Hamat, y de Arfad? ¿dónde el dios de Sefarvaim, de Hena, y de Hiva? ¿pudieron éstos librar a Samaria de mi mano?
35 ¿Qué dios de todos los dioses de las provincias ha librado a su provincia de mi mano, para que libre el SEÑOR de mi mano a Jerusalem?
36 Y el pueblo calló, que no le respondieron palabra: porque había mandamiento del rey, el cual había dicho: No le respondáis.
37 Entonces Eliacim hijo de Hilquías, que *era* mayordomo, y Sebna el escriba, y Joah hijo de Asaf, canciller, vinieron a Ezequías, rotos *sus* vestidos, y recitáronle las palabras de Rabsaces.

CAPÍTULO 19

Y COMO el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestidos, y cubrióse de saco, y entróse en la casa del SEÑOR.
2 Y envió a Eliacim el mayordomo, y a Sebna escriba, y a los ancianos de los sacerdotes, vestidos de sacos a Isaías profeta hijo de Amós,
3 Que le dijesen: Así ha dicho Ezequías: Este día es día de angustia, y de reprensión, y de

blasfemia; porque los hijos han venido hasta la rotura, y la que pare no tiene fuerzas.
4 Quizá oirá el SEÑOR tu Dios todas las palabras de Rabsaces, al cual el rey de los Asirios su señor ha enviado para injuriar al Dios vivo, y a vituperar con palabras, las cuales el SEÑOR tu Dios ha oído: por tanto, eleva oración por el resto que aun se halla.
5 Vinieron pues los siervos del rey Ezequías a Isaías.
6 E Isaías les respondió: Así diréis a vuestro señor: Así ha dicho el SEÑOR: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria.
7 He aquí pondré yo en él un espíritu, y oirá rumor, y volveráse a su tierra: y yo haré que en su tierra caiga a espada.
8 Y regresando Rabsaces, halló al rey de Asiria combatiendo a Libna; porque había oído que se había partido de Laquis.
9 Y oyó decir de Tirhaca rey de Etiopía: He aquí es salido para hacerte guerra. Entonces volvió él, y envió embajadores a Ezequías, diciendo:
10 Así diréis a Ezequías rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, para decir: Jerusalem no será entregada en mano del rey de Asiria.
11 He aquí tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, destruyéndolas; ¿y has tú de escapar?
12 ¿Libráronlas los dioses de las gentes, que mis padres destruyeron, *es a saber*, Gozán, y Harán, y Resef, y los hijos de Edén que estaban en Telasar?
13 ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena, y de Hiva?
14 Y tomó Ezequías las letras de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa del SEÑOR, y extendiólas Ezequías delante del SEÑOR.
15 Y oró Ezequías delante del SEÑOR, diciendo: Oh SEÑOR Dios de Israel, que habitas entre los querubines, tú solo eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra.
16 Inclina, oh SEÑOR, tu oído, y oye; abre, oh SEÑOR, tus ojos, y mira: y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente.
17 Es verdad, oh SEÑOR, que los reyes de Asiria han destruído las gentes y sus tierras;
18 Y que pusieron en el fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera o piedra, y así los destruyeron.
19 Ahora pues, oh SEÑOR Dios nuestro, sálvanos, te suplico, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que tú solo, SEÑOR, eres Dios.
20 Entonces Isaías hijo de Amós envió a decir a Ezequías: Así ha dicho el SEÑOR, Dios de Israel: Lo que me rogaste acerca de Senaquerib rey de Asiria, he oído.
21 Ésta *es* la palabra que el SEÑOR ha hablado contra él: Hate menospreciado, hate escarnecido la virgen hija de Sión; ha movido su cabeza detrás de ti la hija de Jerusalem.
22 ¿A quién has injuriado y a quién has blasfemado? ¿y contra quién has hablado alto, y has alzado en alto tus ojos?

Contra el Santo de Israel.
23 Por mano de tus mensajeros
has proferido injuria contra el SEÑOR, y has dicho: Con la multitud de mis carros he subido a las cumbres de los montes, a las cuestas del Líbano; y cortaré sus altos cedros, sus hayas escogidas; y entraré a la morada de su término, al monte de su Carmel.
24 Yo he cavado y bebido las
aguas ajenas, y he secado con las plantas de mis pies todos los ríos de lugares bloqueados.
25 ¿Nunca has oído que mucho
tiempo ha yo lo hice, y de días antiguos lo he formado? Y ahora lo he hecho venir, y fue para desolación de ciudades fuertes en montones de ruinas.
26 Y sus moradores, cortos de
manos, quebrantados y confusos, fueron cual hierba del campo, como legumbre verde, y heno de los tejados, que antes que venga a madurez es seco.
27 Yo he sabido tu asentarte, tu
salir y tu entrar, y tu furor contra mí.
28 Por cuanto te has airado con-
tra mí, y tu estruendo ha subido a mis oídos, yo por tanto pondré mi anzuelo en tus narices, y mi bocado en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste.
29 Y esto te será por señal
Ezequías: Este año comerás lo que nacerá de suyo, y el segundo año lo que nacerá de suyo; y el tercer año haréis sementera, y segaréis, y plantaréis viñas, y comeréis el fruto de ellas.
30 Y lo que hubiere escapado, lo
que habrá quedado de la casa de Judá, tornará a echar raíz abajo, y hará fruto arriba.
31 Porque saldrá de Jerusalem
un remanente, y los que escaparán, del monte de Sión: el celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto.
32 Por tanto, el SEÑOR dice así
del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella escudo, ni será echado contra ella baluarte.
33 Por el camino que vino se vol-
verá, y no entrará en esta ciudad, dice el SEÑOR.
34 Porque yo ampararé a esta
ciudad para salvarla, por amor de mí, y por amor de David mí siervo.
35 Y aconteció que la misma
noche salió el ángel del SEÑOR, e hirió en el campo de los Asirios ciento ochenta y cinco mil; y como se levantaron por la mañana, he aquí los cuerpos de los muertos.
36 Entonces Senaquerib, rey de
Asiria se partió, y se fue y tornó a Nínive, donde se estuvo.
37 Y aconteció que, estando él
adorando en el templo de Nisroc su dios, Adramelec y Saresar sus hijos lo hirieron a espada; y huyéronse a tierra de Ararat. Y reinó en su lugar Esarhadón su hijo.

CAPÍTULO 20

EN aquellos días cayó Ezequías enfermo de muerte, y vino a él Isaías profeta hijo de Amós, y díjole: El SEÑOR dice así: Dispón de tu casa, porque has de morir, y no vivirás.
2 Entonces volvió él su rostro a
la pared, y oró al SEÑOR, y dijo:
3 Ruégote, oh SEÑOR, ruégote
hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad e

integro corazón, y que he hecho
las cosas que te agradan. Y lloró
Ezequías con gran lloro.
4 Y antes que Isaías saliese hasta
la mitad del patio, vino la palabra del SEÑOR a Isaías, diciendo:
5 Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice el
SEÑOR, el Dios de David tu
padre: Yo he oído tu oración, y
he visto tus lágrimas: he aquí yo
te sano; al tercer día subirás a la
casa del SEÑOR.
6 Y añadiré a tus días quince
años, y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y
ampararé esta ciudad por amor
de mí, y por amor de David mi
siervo.
7 Y dijo Isaías: Tomad masa de
higos. Y tomándola, pusieron
sobre la llaga, y sanó.
8 Y Ezequías había dicho a
Isaías: ¿Qué señal tendré de que
el SEÑOR me sanará, y que subiré a la casa del SEÑOR al tercer
día?
9 Y respondió Isaías: Esta señal
tendrás del SEÑOR, de que hará
el SEÑOR esto que ha dicho:
¿Avanzará la sombra diez grados,
o retrocederá diez grados?
10 Y Ezequías respondió: Fácil
cosa es que la sombra decline
diez grados: pero, que la sombra
vuelva atrás diez grados.
11 Entonces el profeta Isaías
clamó al SEÑOR; e hizo volver la
sombra por los grados que había
descendido en el reloj de Acaz,
diez grados atrás.
12 En aquel tiempo Berodachbaladán hijo de Baladán, rey de
Babilonia, envió letras y presentes a Ezequías, porque había
oído que Ezequías había caído
enfermo.
13 Y Ezequías los oyó, y mostróles toda la casa de las cosas preciosas, plata, oro, y especiería, y
preciosos ungüentos; y la casa de
sus armas, y todo lo que había en
sus tesoros: ninguna cosa quedó
que Ezequías no les mostrase, así
en su casa como en todo su señorío.
14 Entonces el profeta Isaías vino
al rey Ezequías, y díjole: ¿Qué
dijeron aquellos varones, y de
dónde vinieron a ti? Y Ezequías
le respondió: De lejanas tierras
han venido, de Babilonia.
15 Y él le volvió a decir: ¿Qué
vieron en tu casa? Y Ezequías
respondió: Vieron todo lo que
había en mi casa; nada quedó en
mis tesoros que no les mostrase.
16 Entonces Isaías dijo a Ezequías:
Oye palabra del SEÑOR:
17 He aquí vienen días, en que
todo lo que está en tu casa, y
todo lo que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a
Babilonia, sin quedar nada, dijo
el SEÑOR.
18 Y de tus hijos que saldrán de
ti, que habrás engendrado, tomarán; y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.
19 Entonces Ezequías dijo a
Isaías: La palabra del SEÑOR que
has hablado, es buena. Después
dijo: ¿Mas no habrá paz y verdad
en mis días?
20 Lo demás de los hechos de
Ezequías, y todo su vigor, y cómo
hizo el estanque, y el conducto, y
metió las aguas en la ciudad, ¿no
está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
21 Y durmió Ezequías con sus
padres, y reinó en su lugar Manasés su hijo.

CAPÍTULO 21

DE doce años era Manasés
cuando comenzó a reinar,
y reinó en Jerusalem cincuenta
y cinco años: el nombre de su
madre fue Hepsiba.
2 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, según las abominacio-
nes de las gentes que el SEÑOR
había echado delante de los hijos
de Israel.
3 Porque él volvió a edificar
los altos que Ezequías su padre
había derribado, y levantó alta-
res a Baal, e hizo bosque, como
había hecho Acab rey de Israel: y
adoró a todo el ejército del cielo,
y sirvió a aquellas cosas.
4 Asimismo edificó altares en
la casa del SEÑOR, de la cual el
SEÑOR había dicho: Yo pondré
mi nombre en Jerusalem.
5 Y edificó altares para todo el
ejército del cielo en los dos atrios
de la casa del SEÑOR.
6 Y pasó a su hijo por fuego, y
observó los tiempos, y fue agore-
ro, e instituyó hechiceros y adi-
vinos, multiplicando así el hacer
lo malo en ojos del SEÑOR, para
provocarlo a ira.
7 Y puso una entalladura del bos-
que que él había hecho, en la casa
de la cual había el SEÑOR dicho
a David y a Salomón su hijo: Yo
pondré mi nombre para siempre
en esta casa, y en Jerusalem, a
la cual escogí de todas las tribus
de Israel:
8 Y no volveré a hacer que el pie
de Israel sea movido de la tie-
rra que di a sus padres, con tal
que guarden y hagan conforme
a todas las cosas que yo les he
mandado, y conforme a toda
la ley que mi siervo Moisés les
mandó.
9 Mas ellos no escucharon; y Ma-
nasés los indujo a que hiciesen
más mal que las gentes que el
SEÑOR destruyó delante de los
hijos de Israel.
10 Y habló el SEÑOR por mano
de sus siervos los profetas, di-
ciendo:
11 Por cuanto Manasés rey de
Judá ha hecho estas abominacio-
nes, y ha hecho más mal que todo
lo que hicieron los Amorreos que
fueron antes de él, y también ha
hecho pecar a Judá en sus ídolos;
12 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR el Dios de Israel: He aquí
yo traigo tal mal sobre Jerusalem
y sobre Judá, que el que lo oyere,
le retiñirán ambos oídos.
13 Y extenderé sobre Jerusalem
el cordel de Samaria, y el plomo
de la casa de Acab: y yo limpiaré
a Jerusalem como se limpia una
escudilla, que después que la han
limpiado, la vuelven sobre su faz.
14 Y desampararé el remanen-
te de mi heredad, y entregarlo
he en manos de sus enemigos;
y serán para saco y para robo a
todos sus adversarios;
15 Por cuanto han hecho lo malo
en mis ojos, y me han provoca-
do a ira, desde el día que sus
padres salieron de Egipto hasta
hoy.
16 Fuera de esto, derramó Ma-
nasés mucha sangre inocente en
gran manera, hasta henchir a Je-
rusalem de cabo a cabo: además
de su pecado con que hizo pecar
a Judá, para que hiciese lo malo
en ojos del SEÑOR.
17 Lo demás de los hechos de Ma-
nasés, y todas las cosas que hizo,
y su pecado que cometió, ¿no
está todo escrito en el libro de
las crónicas de los reyes de Judá?

18 Y durmió Manasés con sus
padres, y fue sepultado en el
huerto de su casa, en el huer-
to de Uza; y reinó en su lugar
Amón su hijo.
19 De veinte y dos años era
Amón cuando comenzó a reinar,
y reinó dos años en Jerusalem. El
nombre de su madre fue Mesale-
met hija de Harus de Jotba.
20 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, como había hecho Ma-
nasés su padre.
21 Y anduvo en todos los cami-
nos en que su padre anduvo, y
sirvió a las inmundicias a las
cuales había servido su padre, y
a ellas adoró;
22 Y dejó al SEÑOR el Dios de
sus padres, y no anduvo en el ca-
mino del SEÑOR.
23 Y los siervos de Amón cons-
piraron contra él, y mataron al
rey en su casa.
24 Entonces el pueblo de la tie-
rra hirió a todos los que habían
conspirado contra el rey Amón;
y puso el pueblo de la tierra por
rey en su lugar a Josías su hijo.
25 Lo demás de los hechos de
Amón, que efectuara, ¿no está
todo escrito en el libro de las cró-
nicas de los reyes de Judá?
26 Y fue sepultado en su sepul-
cro en el huerto de Uza, y reinó
en su lugar Josías su hijo.

CAPÍTULO 22

CUANDO Josías comenzó a
reinar era de ocho años, y
reinó en Jerusalem treinta y un
años. El nombre de su madre fue
Idida hija de Adaía de Boscat.
2 E hizo lo recto en ojos del
SEÑOR, y anduvo en todo el
camino de David su padre, sin
apartarse a diestra ni a siniestra.
3 Y a los dieciocho años del
rey Josías, fue que envió el rey
a Safán hijo de Azalía, hijo de
Mesulam, escriba, a la casa del
SEÑOR, diciendo:
4 Ve a Hilquías, sumo sacerdote:
díle que recoja el dinero que se
ha metido en la casa del SEÑOR,
que han juntado del pueblo los
guardianes de la puerta,
5 Y que lo pongan en manos de
los que hacen la obra, que tienen
cargo de la casa del SEÑOR, y
que lo entreguen a los que hacen
la obra de la casa del SEÑOR,
para reparar las aberturas de la
casa:
6 A los carpinteros, a los maes-
tros y albañiles, para comprar
madera y piedra de cantería para
reparar la casa;
7 Y que no se les cuente el dinero
cuyo manejo se les confiare, por-
que ellos proceden con fidelidad.
8 Entonces dijo el sumo sacerdo-
te Hilquías a Safán escriba: El
libro de la ley he hallado en la
casa del SEÑOR. E Hilquías dio
el libro a Safán, y leyólo.
9 Viniendo luego Safán escriba
al rey, dio al rey la respuesta, y
dijo: Tus siervos han juntado el
dinero que se halló en el templo,
y lo han entregado en poder de
los que hacen la obra, que tienen
cargo de la casa del SEÑOR.
10 Asimismo Safán escriba decla-
ró al rey, diciendo: Hilquías el
sacerdote me ha dado un libro. Y
leyólo Safán delante del rey.
11 Y cuando el rey hubo oído las
palabras del libro de la ley, rasgó
sus vestidos.
12 Luego mandó el rey a Hil-
quías el sacerdote, y a Ahicam
hijo de Safán, y a Acbor hijo de
Micaías, y a Safán escriba, y a

Asaía siervo del rey, diciendo:
13 Id, y preguntad al SEÑOR por
mí, y por el pueblo, y por todo
Judá, acerca de las palabras de
este libro que se ha hallado: porque grande ira del SEÑOR es la
que ha sido encendida contra nosotros, por cuanto nuestros padres no escucharon las palabras
de este libro, para hacer conforme a todo lo que nos fue escrito.
14 Entonces fue Hilquías el sacerdote, y Ahicam y Acbor y Safán y
Asaía, a Hulda profetisa, esposa
de Salum hijo de Ticva hijo de
Araas, guarda de las vestiduras,
la cual moraba en Jerusalem en
la segunda parte *de la ciudad*, y
hablaron con ella.
15 Y ella les dijo: Así ha dicho el
SEÑOR el Dios de Israel: Decid al
varón que os envió a mí:
16 Así dijo el SEÑOR: He aquí
yo traigo mal sobre este lugar,
y sobre los que en él moran, *a saber*, todas las palabras del libro
que ha leído el rey de Judá:
17 Por cuanto me dejaron a mí, y
quemaron perfumes a dioses ajenos, provocándome a ira en toda
obra de sus manos; y mi furor se
ha encendido contra este lugar, y
no se apagará.
18 Mas al rey de Judá que os ha
enviado para que preguntaseis al
SEÑOR, diréis así: Así ha dicho
el SEÑOR el Dios de Israel: *Por cuanto* oíste las palabras *del libro*,
19 Y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante del
SEÑOR, cuando oíste lo que yo
he pronunciado contra este lugar
y contra sus moradores, que vendrían a ser asolados y malditos,
y rasgaste tus vestidos, y lloraste
en mi presencia, también yo te
he oído, dice el SEÑOR.
20 Por tanto, he aquí yo te recogeré con tus padres, y tú serás
recogido a tu sepulcro en paz, y
no verán tus ojos todo el mal que
yo traigo sobre este lugar. Y ellos
dieron al rey la respuesta.

CAPÍTULO 23

ENTONCES el rey envió, y juntaron a él todos los ancianos de Judá y de Jerusalem.
2 Y subió el rey a la casa del
SEÑOR con todos los varones de
Judá, y con todos los moradores
de Jerusalem, con los sacerdotes
y profetas y con todo el pueblo,
desde el más chico hasta el más
grande; y leyó, oyéndolo ellos,
todas las palabras del libro del
pacto que había sido hallado en
la casa del SEÑOR.
3 Y poniéndose el rey en pie junto
a la columna, hizo pacto delante
del SEÑOR, de que irían en pos del
SEÑOR, y guardarían sus mandamientos, y sus testimonios, y sus
estatutos, con todo el corazón y
con toda el alma, y que cumplirían las palabras del pacto que
estaban escritas en aquel libro. Y
todo el pueblo confirmó el pacto.
4 Entonces mandó el rey al sumo
sacerdote Hilquías, y a los sacerdotes de segundo orden, y a los
guardianes de la puerta, que
sacasen del templo del SEÑOR
todos los vasos que habían sido
hechos para Baal, y para el bosque, y para toda la milicia del
cielo; y quemólos fuera de Jerusalem en el campo de Cedrón, e
hizo llevar las cenizas de ellos a
Betel.
5 Y quitó a los Camoreos, que
habían puesto los reyes de Judá
para que quemasen perfumes en
los altos en las ciudades de Judá,

y en los alrededores de Jerusalem; y asimismo a los que quemaban perfumes a Baal, al sol y a la luna, y a los signos, y a todo el ejército del cielo.
6 Hizo también sacar el bosque fuera de la casa del SEÑOR, fuera de Jerusalem, al torrente de Cedrón, y quemólo en el torrente de Cedrón, y tornólo en polvo, y echó el polvo de él sobre los sepulcros de los hijos del pueblo.
7 Además derribó las casas de los sodomitas que estaban en la casa del SEÑOR, en las cuales tejían las mujeres pabellones para el bosque.
8 E hizo venir todos los sacerdotes de las ciudades de Judá, y profanó los altos donde los sacerdotes quemaban perfumes, desde Gabaa hasta Beerseba; y derribó los altares de las puertas que estaban a la entrada de la puerta de Josué, gobernador de la ciudad, que estaban a la mano izquierda, a la puerta de la ciudad.
9 Empero los sacerdotes de los altos no subían al altar del SEÑOR en Jerusalem, mas comían panes sin levadura entre sus hermanos.
10 Asimismo profanó a Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, porque ninguno pasase su hijo o su hija por fuego a Moloc.
11 Quitó también los caballos que los reyes de Judá habían dedicado al sol a la entrada del templo del SEÑOR, junto a la cámara de Natán-melec eunuco, el cual tenía cargo de los ejidos; y quemó al fuego los carros del sol.
12 Derribó además el rey los altares que estaban sobre la techumbre de la sala de Acaz, que los reyes de Judá habían hecho, y los altares que había hecho Manasés en los dos atrios de la casa del SEÑOR; y de allí corrió, y arrojó el polvo en el torrente de Cedrón.
13 Asimismo profanó el rey los altos que estaban delante de Jerusalem, a la mano derecha del monte de la corrupción, los cuales Salomón rey de Israel había edificado a Astarot, abominación de los Sidonios, y a Quemos abominación de Moab, y a Milcom abominación de los hijos de Amón.
14 Y quebró las estatuas, y taló los bosques, e hinchió el lugar de ellos de huesos de hombres.
15 Igualmente el altar que estaba en Betel, y el alto que había hecho Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel, aquel altar y el alto destruyó; y quemó el alto, y lo tornó en polvo, y puso fuego al bosque.
16 Y volvióse Josías, y viendo los sepulcros que estaban allí en el monte, envió y sacó los huesos de los sepulcros, y quemólos sobre el altar para contaminarlo, conforme a la palabra del SEÑOR que había profetizado el varón de Dios, el cual había anunciado estos negocios.
17 Y después dijo: ¿Qué título es este que veo? Y los de la ciudad le respondieron: *Éste es* el sepulcro del varón de Dios que vino de Judá, y profetizó estas cosas que tú has hecho sobre el altar de Betel.
18 Y él dijo: Dejadlo; ninguno mueva sus huesos: y así fueron preservados sus huesos, y los huesos del profeta que había venido de Samaria.
19 Y todas las casas de los altos que estaban en las ciudades de Samaria, las cuales habían hecho

los reyes de Israel para provocar a ira *al SEÑOR*, quitólas también Josías, e hizo de ellas como había hecho en Betel.
20 Mató además sobre los altares a todos los sacerdotes de los altos que allí estaban, y quemó sobre ellos huesos de hombres, y volvióse a Jerusalem.
21 Entonces mandó el rey a todo el pueblo, diciendo: Haced la pascua al SEÑOR vuestro Dios, conforme a lo que está escrito en el libro de esta alianza.
22 No fue hecha tal pascua desde los tiempos de los jueces que gobernaron a Israel, ni en todos los tiempos de los reyes de Israel, y de los reyes de Judá.
23 A los diez y ocho años del rey Josías fue hecha aquella pascua al SEÑOR en Jerusalem.
24 Asimismo barrió Josías los hechiceros, los adivinos, y las imágenes, y los ídolos, y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalem, para cumplir las palabras de la ley que estaban escritas en el libro que el sacerdote Hilquías había hallado en la casa del SEÑOR.
25 No hubo tal rey antes de él, que se convirtiese al SEÑOR de todo su corazón, y de toda su alma, y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro tal.
26 Con todo eso, no se volvió el SEÑOR del ardor de su grande ira, con que se había encendido su enojo contra Judá, por todas las provocaciones con que Manasés le había irritado.
27 Y dijo el SEÑOR: También he de quitar de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y abominaré a esta ciudad que había escogido, a Jerusalem, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre será allí.
28 Lo demás de los hechos de Josías, y todas las cosas que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
29 En aquellos días Faraón Necao rey de Egipto subió contra el rey de Asiria al río Eufrates, y salió contra él el rey Josías; pero aquél, así que le vio, matólo en Meguido.
30 Y sus siervos lo pusieron en un carro, y trajéronlo muerto de Meguido a Jerusalem, y sepultáronlo en su sepulcro. Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías, y ungiéronle, y pusiéronlo por rey en lugar de su padre.
31 De veintitrés años era Joacaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalem. El nombre de su madre fue Amutal, hija de Jeremías de Libna.
32 Y él hizo lo malo en ojos del SEÑOR, conforme a todas las cosas que sus padres habían hecho.
33 Y echólo preso Faraón Necao en Ribla en la provincia de Hamat, reinando él en Jerusalem; e impuso sobre la tierra una multa de cien talentos de plata, y uno de oro.
34 Entonces Faraón Necao puso por rey a Eliacim hijo de Josías, en lugar de Josías su padre, y mudóle el nombre en el de Joacim; y tomó a Joacaz, y llevólo a Egipto, y murió allí.
35 Y Joacim pagó a Faraón la plata y el oro; mas hizo apreciar la tierra para dar el dinero con-

forme al mandamiento de Faraón, sacando la plata y oro del pueblo de la tierra, de cada uno según la estimación *de su hacienda*, para dar a Faraón Necao.
36 De veinticinco años era Joacim cuando comenzó a reinar, y once años reinó en Jerusalem. El nombre de su madre fue Zebuda hija de Pedaia, de Ruma.
37 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR, conforme a todas las cosas que sus padres habían hecho.

CAPÍTULO 24

EN su tiempo subió Nabucodonosor rey de Babilonia, al cual sirvió Joacim tres años; volvióse luego, y se rebeló contra él.
2 El SEÑOR empero envió contra él tropas de Caldeos, y tropas de Siros, y tropas de Moabitas, y tropas de Amonitas; los cuales envió contra Judá para que la destruyesen, conforme a la palabra del SEÑOR que había hablado por sus siervos los profetas.
3 Ciertamente vino esto contra Judá por dicho del SEÑOR, para quitarla de su presencia, por los pecados de Manasés, conforme a todo lo que hizo;
4 Asimismo por la sangre inocente que derramó, pues hinchió a Jerusalem de sangre inocente: el SEÑOR por tanto, no quiso perdonar.
5 Lo demás de los hechos de Joacim, y todas las cosas que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
6 Y durmió Joacim con sus padres, y reinó en su lugar Joaquín su hijo.
7 Y nunca más el rey de Egipto salió de su tierra: porque el rey de Babilonia le tomó todo lo que era suyo, desde el río de Egipto hasta el río de Eufrates.
8 De dieciocho años era Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó en Jerusalem tres meses. El nombre de su madre fue Neusta hija de Elnatán, de Jerusalem.
9 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR, conforme a todas las cosas que había hecho su padre.
10 En aquel tiempo subieron los siervos de Nabucodonosor rey de Babilonia contra Jerusalem, y la ciudad fue cercada.
11 Vino también Nabucodonosor rey de Babilonia contra la ciudad, cuando sus siervos la tenían cercada.
12 Entonces salió Joaquín rey de Judá al rey de Babilonia, él, y su madre, y sus siervos, y sus príncipes, y sus oficiales: y prendiólo el rey de Babilonia en el octavo año de su reinado.
13 Y sacó de allí todos los tesoros de la casa del SEÑOR, y los tesoros de la casa real, y quebró en piezas todos los vasos de oro que había hecho Salomón rey de Israel en la casa del SEÑOR, como el SEÑOR había dicho.
14 Y llevó en cautiverio a toda Jerusalem, a todos los príncipes, y a todos los hombres valientes, hasta diez mil cautivos, y a todos los oficiales y herreros; que no quedó nadie, excepto los pobres del pueblo de la tierra.
15 Asimismo trasportó a Joaquín a Babilonia, y a la madre del rey, y a las esposas del rey, y a sus oficiales, y a los poderosos de la tierra; cautivos los llevó de Jerusalem a Babilonia.
16 A todos los hombres de guerra, *que fueron* siete mil, y a los oficia-

les y herreros, *que fueron* mil, y a
todos los valientes para hacer la
guerra, llevó cautivos el rey de
Babilonia.
17 Y el rey de Babilonia puso por
rey en lugar de Joaquín a Mata-
nías su tío, y mudóle el nombre
en el de Sedequías.
18 De veintiún años era Sede-
quías cuando comenzó a reinar,
y reinó en Jerusalem once años.
El nombre de su madre fue Amu-
tal hija de Jeremías, de Libna.
19 E hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, conforme a todo lo que
había hecho Joacim.
20 Fue pues la ira del SEÑOR
contra Jerusalem y Judá, hasta
que los echó de su presencia. Y
Sedequías se rebeló contra el rey
de Babilonia.

CAPÍTULO 25

Y ACONTECIÓ a los nueve
años de su reinado, en el
mes décimo, a los diez del mes,
que Nabucodonosor rey de Ba-
bilonia vino con todo su ejército
contra Jerusalem, y cercóla; y
levantaron contra ella ingenios
alrededor.
2 Y estuvo la ciudad cercada
hasta el undécimo año del rey
Sedequías.
3 A los nueve *días* del *cuarto* mes
prevaleció el hambre en la ciu-
dad, que no hubo pan para el
pueblo de la tierra.
4 Abierta ya la ciudad, *huyeron*
de noche todos los hombres de
guerra por el camino de la puer-
ta que estaba entre los dos muros,
junto a los huertos del rey, estan-
do los Caldeos alrededor de la
ciudad; *y el rey* se fue camino de
la campiña.
5 Y el ejército de los Caldeos si-
guió al rey, y tomólo en las lla-
nuras de Jericó, habiéndose es-
parcido de él todo su ejército.
6 Tomado pues el rey, trajéron-
le al rey de Babilonia a Ribla, y
profirieron contra él sentencia.
7 Y degollaron a los hijos de Se-
dequías en presencia suya; y a
Sedequías sacaron los ojos, y
atado con cadenas de latón lle-
váronlo a Babilonia.
8 En el mes quinto, a los siete del
mes, siendo el año diecinueve de
Nabucodonosor rey de Babilonia,
vino a Jerusalem Nabuzaradán,
capitán de los de la guardia, sier-
vo del rey de Babilonia.
9 Y quemó la casa del SEÑOR, y
la casa del rey, y todas las casas
de Jerusalem; y todas las casas
de los príncipes quemó a fuego.
10 Y todo el ejército de los Cal-
deos que estaba *con* el capitán de
la guardia, derribó los muros de
Jerusalem alrededor.
11 Y a los del pueblo que habían
quedado en la ciudad, y a los que
se habían juntado al rey de Babi-
lonia, y a los que habían quedado
del vulgo, trasportólo Nabuzara-
dán, capitán de los de la guardia.
12 Mas de los pobres de la tierra
dejó Nabuzaradán, capitán de
los de la guardia, para que labra-
sen las viñas y las tierras.
13 Y quebraron los Caldeos las
columnas de latón que estaban
en la casa del SEÑOR, y las basas,
y el mar de latón que estaba en
la casa del SEÑOR, y llevaron el
latón de ello a Babilonia.
14 Lleváronse también los calde-
ros, y las paletas, y las tenazas, y
los cucharones, y todos los vasos
de latón con que ministraban.
15 Incensarios, cuencos, los que
de oro, en oro, y los que de plata,

en plata, *todo* lo llevó el capitán
de los de la guardia;
16 Las dos columnas, un mar, y las
basas que Salomón había hecho
para la casa del SEÑOR: no había
peso el latón de todos estos vasos.
17 La altura de la una columna
era diez y ocho codos y tenía en-
cima un capitel de latón, y la al-
tura del capitel era de tres codos;
y sobre el capitel había un enre-
dado y granadas alrededor, todo
de latón: y semejante *obra* había
en la otra columna con el enre-
dado.
18 Tomó entonces el capitán de
los de la guardia a Saraías primer
sacerdote, y a Sofonías segundo
sacerdote, y tres guardas de la
vajilla;
19 Y de la ciudad tomó un eunu-
co, el cual era maestre de campo,
y cinco varones de los continuos
del rey, que se hallaron en la ciu-
dad; y al principal escriba del
ejército, que hacía la reseña de
la gente del país: y sesenta varo-
nes del pueblo de la tierra, que
se hallaron en la ciudad.
20 Éstos tomó Nabuzaradán, ca-
pitán de los de la guardia, y lle-
vólos a Ribla al rey de Babilonia.
21 Y el rey de Babilonia los hirió
y mató en Ribla, en tierra de
Hamat. Así fue trasportado Judá
de sobre su tierra.
22 Y al pueblo que Nabucodo-
nosor rey de Babilonia dejó en
tierra de Judá, puso por gober-
nador a Gedalías, hijo de Ahicam
hijo de Safán.
23 Y oyendo todos los príncipes
del ejército, ellos y su gente, que
el rey de Babilonia había puesto
por gobernador a Gedalías, vi-
niéronse a él en Mizpa, *es a saber*,
Ismael hijo de Natánías, y Joha-
nán hijo de Carea, y Saraía hijo
de Tanhumet Netofatita, y Jaa-
zanías hijo de Maacati, ellos con
los suyos.
24 Entonces Gedalías les hizo ju-
ramento, a ellos y a los suyos, y
díjoles: No temáis de *ser* siervos
de los Caldeos; habitad en la tie-
rra, y servid al rey de Babilonia,
y os irá bien.
25 Mas en el mes séptimo vino
Ismael hijo de Natánías, hijo de
Elisama, de la estirpe real, y con
él diez varones, e hirieron a Ge-
dalías, y murió: y también a los
Judíos y Caldeos que estaban con
él en Mizpa.
26 Y levantándose todo el pueblo,
desde el menor hasta el mayor,
con los capitanes del ejército,
fuéronse a Egipto por temor de
los Caldeos.
27 Y aconteció a los treinta y
siete años de la trasportación de
Joaquín rey de Judá, en el mes
duodécimo, a los veinte y siete
del mes, que Evil-merodac rey de
Babilonia, en el primer año de
su reinado, levantó la cabeza de
Joaquín rey de Judá, *sacándolo* de
la casa de la cárcel;
28 Y hablóle bien, y puso su
asiento sobre el asiento de los
reyes que con él estaban en Ba-
bilonia.
29 Y mudóle los vestidos de su
prisión, y comió siempre delante
de él todos los días de su vida.
30 Y fuéle diariamente dada su
comida de parte del rey de conti-
nuo, todos los días de su vida.

El Primer Libro de
CRÓNICAS

CAPÍTULO 1
ADAM, Set, Enos,
2 Cainán, Mahalaleel, Jared,
3 Enoc, Matusalem, Lamec,
4 Noé, Sem, Cam, y Jafet.
5 Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Dadai, Javán, Tubal, Mesec, y Tiras.
6 Los hijos de Gomer: Askenaz, Rifat, y Togarma.
7 Los hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim, y Dodanim.
8 Los hijos de Cam: Cus, Misraim, Fut, y Canaán.
9 Los hijos de Cus: Seba, Havila, Sabta, Raema, y Sabteca. Y los hijos de Raema: Seba y Dedán.
10 Cus engendró a Nimrod: éste comenzó a ser poderoso en la tierra.
11 Misraim engendró a Ludim, Ananim, Laabim, Naftuhim,
12 Patrusim y Casluim: de éstos salieron los Filisteos, y los Caftoreos.
13 Canaán engendró a Sidón, su primogénito;
14 Y al Heteo, y al Jebuseo, y al Amorreo, y al Gergeseo;
15 Y al Heveo, y al Araceo, y al Sineo;
16 Al Aradeo, y al Samareo, y al Hamateo.
17 Los hijos de Sem: Elam, Asur, Arfaxad, Lud, Aram, Hus, Hul, Geter, y Mesec.
18 Arfaxad engendró a Sela, y Sela engendró a Heber.
19 Y a Heber nacieron dos hijos: el nombre del uno fue Peleg, por cuanto en sus días fue dividida la tierra; y el nombre de su hermano fue Joctán.
20 Y Joctán engendró a Elmodad, Selef, Hazarmavet, y Jera,
21 A Adoram también, a Uzal, Dicla,
22 Hebal, Abimael, Seba,
23 Ofir, Havila, y Jobab: todos hijos de Joctán.
24 Sem, Arfaxad, Sela,
25 Heber, Peleg, Reu,
26 Serug, Nacor, Taré,
27 Y Abram, el cual es Abraham.
28 Los hijos de Abraham: Isaac e Ismael.
29 Y estas son sus descendencias: el primogénito de Ismael, Nabaiot; después Cedar, Adbeel, Misam,
30 Misma, Duma, Massa, Hadad, Tema,
31 Jetur, Nafis, y Cedema. Éstos son los hijos de Ismael.
32 Ahora los hijos de Cetura, concubina de Abraham: ella parió a Zimram, Jocsán, Medán, Madián, Isbac, y a Súa. Los hijos de Jocsán: Seba y Dedán.
33 Los hijos de Madián: Efa, Efer, Enoc, Abida, y Eldaa; todos estos fueron hijos de Cetura.
34 Y Abraham engendró a Isaac: y los hijos de Isaac *fueron* Esaú e Israel.
35 Los hijos de Esaú: Elifaz, Rehuel, Jeus, Jalam, y Cora.
36 Los hijos de Elifaz: Temán, Omar, Zefi, Gatam, Quenaz, Timna, y Amalec.
37 Los hijos de Rehuel: Nahat, Zera, Sama, y Miza.
38 Los hijos de Seir: Lotán, Sobal, Zibeón, Ana, Disón, Eser, y Disán.

39 Los hijos de Lotán: Hori, y Homam: y Timna fue hermana de Lotán.
40 Los hijos de Sobal: Alian, Manahac, Ebal, Zefi y Onan. Los hijos de Sibehom: Aia y Ana.
41 Disón fue hijo de Ana: y los hijos de Disón; Hamrán, Hesbán, Itrán y Querán.
42 Los hijos de Eser: Bilham, Zaaván, y Jaacán. Los hijos de Disán: Hus y Arán.
43 Y estos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinase rey sobre los hijos de Israel: Belah, hijo de Beor; y el nombre de su ciudad fue Dinaba.
44 Y muerto Belah, reinó en su lugar Jobab, hijo de Zera, de Bosra.
45 Y muerto Jobab, reinó en su lugar Husam, de la tierra de los Temanitas.
46 Muerto Husam, reinó en su lugar Adad hijo de Bedad, el cual hirió a Madián en la campaña de Moab: y el nombre de su ciudad fue Avit.
47 Muerto Adad, reinó en su lugar Samla, de Masreca.
48 Muerto también Samla, reinó en su lugar Saúl, de Rehobot, que está junto al río.
49 Y muerto Saúl, reinó en su lugar Baal-hanán hijo de Acbor.
50 Y muerto Baal-hanán, reinó en su lugar Adad, el nombre de cuya ciudad fue Pai; y el nombre de su esposa Meetabel, hija de Matred, y ésta de Mezaab.
51 Muerto Adad, sucedieron los duques en Edom: el duque Timna, el duque Alia, el duque Jetet,
52 El duque Oholibama, el duque Ela, el duque Pinón,
53 El duque Quenaz, el duque Temán, el duque Mibzar,
54 El duque Magdiel, el duque Iram. Éstos *fueron* los duques de Edom.

CAPÍTULO 2

ÉSTOS *son* los hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón,
2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad, y Aser.
3 Los hijos de Judá: Er, Onán, y Sela. *Estos* tres le nacieron de la hija de Sua, Cananea. Y Er, primogénito de Judá, fue malo delante del SEÑOR; y matólo.
4 Y Tamar su nuera le parió a Fares y a Zara. Todos los hijos de Judá fueron cinco.
5 Los hijos de Fares: Hesrón y Hamul.
6 Y los hijos de Zara: Zimri, Etán, Hemán, y Calcol, y Darda; en todos cinco.
7 Hijo de Carmi fue Acán, el que alborotó a Israel, porque prevaricó en el anatema.
8 Azaría fue hijo de Etán.
9 Los hijos que nacieron a Hesrón: Jerameel, Ram, y Quelubai.
10 Y Ram engendró a Aminadab; y Aminadab engendró a Nahasón, príncipe de los hijos de Judá;
11 Y Nahasón engendró a Salma, y Salma engendró a Booz;
12 Y Booz engendró a Obed, y Obed engendró a Isaí;
13 E Isaí engendró a Eliab, su primogénito, y el segundo Abinadab, y Sima el tercero;
14 El cuarto Natanael, el quinto Radai;
15 El sexto Osem, el séptimo David:
16 De los cuales Sarvia y Abigail fueron hermanas. Los hijos de Sarvia fueron tres: Abisai, Joab, y Asael.

17 Abigail engendró a Amasa, cuyo padre fue Jeter Ismaelita.
18 Caleb hijo de Hesrón engendró a Jeriot de su esposa Azuba. Y los hijos de ella fueron Jeser, Sobad, y Ardón.
19 Y muerta Azuba, tomó Caleb por esposa a Efrata, la cual le parió a Hur.
20 Y Hur engendró a Uri, y Uri engendró a Bezaleel.
21 Después entró Hersón a la hija de Maquir padre de Galaad, la cual tomó siendo él de sesenta años, y ella le parió a Segub.
22 Y Segub engendró a Jair, el cual tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galaad.
23 Y Gesur y Aram tomaron las ciudades de Jair de ellos, y a Kenat con sus aldeas, sesenta lugares. Todos estos *fueron de* los hijos de Maquir padre de Galaad.
24 Y muerto Hesrón en Caleb de Efrata, Abia esposa de Hesrón le parió a Asur padre de Tecoa.
25 Y los hijos de Jerameel primogénito de Hesrón fueron Ram su primogénito, Buna, Orem, Osem, y Ahías.
26 Y tuvo Jerameel otra esposa llamada Atara, que fue madre de Onam.
27 Y los hijos de Ram primogénito de Jerameel fueron Maas, Jamín, y Acar.
28 Y los hijos de Onam fueron Samai, y Jada. Los hijos de Samai: Nadab, y Abisur.
29 Y el nombre de la esposa de Abisur fue Abihail, la cual le parió a Abán, y a Molib.
30 Y los hijos de Nadab: Seled y Apaim. Y Seled murió sin hijos.
31 E Isi fue hijo de Apaim; y Sesam, hijo de Isi; e hijo de Sesam, Alai.
32 Los hijos de Jada hermano de Samai: Jeter y Jonatán. Y murió Jeter sin hijos.
33 Y los hijos de Jonatán: Pelet, y Zaza. Éstos fueron los hijos de Jerameel.
34 Y Sesán no tuvo hijos, sino hijas. Y Sesán tuvo un siervo egipcio que se llamaba Jarha.
35 Y Sesán dio su hija a Jarha su siervo por esposa; y ella le parió a Atai.
36 Y Atai engendró a Natán, y Natán engendró a Zabad:
37 Y Zabad engendró a Eflal, y Eflal engendró a Obed;
38 Y Obed engendró a Jehú, y Jehú engendró a Azarías;
39 Y Azarías engendró a Heles, y Heles engedró a Elasa;
40 Elasa engendró a Sismai, y Sismai engendró a Salum;
41 Y Salum engendró a Jecamía, y Jecamía engendró a Elisama.
42 Los hijos de Caleb hermano de Jerameel fueron Mesa su primogénito, que fue el padre de Zif; y los hijos de Maresa padre de Hebrón.
43 Y los hijos de Hebrón: Core, y Tapúa, y Recem, y Sema.
44 Y Sema engendró a Raham, padre de Jorcaam; y Recem engendró a Samai.
45 Maón fue hijo de Samai, y Maón padre de Bet-zur.
46 Y Efa, concubina de Caleb, le parió a Harán, y a Mosa, y a Gazez. Y Harán engendró a Gazez.
47 Y los hijos de Jahdai: Regem, Jotam, Gesán, Pelet, Efa, y Saaf.
48 Maaca, concubina de Caleb, le parió a Sebet, y a Tirana.
49 Y también le parió a Saaf padre de Madmana, y a Seva padre de Macbena, y padre de

Ghiba. Y Acsa *fue* hija de Caleb.
50 Éstos fueron los hijos de Caleb, hijo de Hur, primogénito de Efrata: Sobal, padre de Quiriat-jearim;
51 Salma, padre de Belem; Haref, padre de Bet-gader.
52 Y los hijos de Sobal padre de Quiriat-jearim fueron Haroeh, la mitad de los Manahetitas.
53 Y las familias de Quiriat-jearim fueron los Itritas, y los Futeos, y los Samatitas, y los Misraiteos; de los cuales salieron los Soratitas, y los Estaolitas.
54 Los hijos de Salma: Betlehem, y los Netofatitas, *los cuales son* las coronas de la casa de Joab, y de la mitad de los Manahetitas, los Soraitas.
55 Y las familias de los escribas, que moraban en Jabes, fueron los Tirateos, Simateos, Sucateos; los cuales son los Cineos que vinieron de Hamat, padre de la casa de Recab.

CAPÍTULO 3

ÉSTOS fueron los hijos de David, que le nacieron en Hebrón: Amnón el primogénito, de Ahinoam Jezreelita; el segundo, Daniel, de Abigail de Carmelo;
2 El tercero, Absalom, hijo de Maaca hija de Talmai rey de Gesur; el cuarto, Adonías hijo de Haguit;
3 El quinto, Sefatías, de Abital; el sexto, Itream, de Egla su esposa.
4 Estos seis le nacieron en Hebrón, donde reinó siete años y seis meses: y en Jerusalem reinó treinta y tres años.
5 Estos cuatro le nacieron en Jerusalem: Sima, Sobab, Natán, y Salomón, de Bet-sua hija de Amiel.
6 Y *otros* nueve: Ibaar, Elisama, y Elifelet,
7 Noga, Nefeg, y Jafía.
8 Elisama, Eliada, y Elifelet.
9 Todos estos fueron los hijos de David, sin los hijos de las concubinas. Y Tamar fue hermana de ellos.
10 Hijo de Salomón fue Roboam, cuyo hijo *fue* Abía, del cual *fue* hijo Asa, cuyo hijo *fue* Josafat;
11 De quien *fue* hijo Joram, cuyo hijo *fue* Ocozías, hijo del cual *fue* Joas;
12 Del cual *fue* hijo Amasías, cuyo hijo *fue* Azarías, e hijo de éste Jotam;
13 E hijo del cual *fue* Acaz, del que *fue* hijo Ezequías, cuyo hijo *fue* Manasés;
14 Del cual *fue* hijo Amón, cuyo hijo *fue* Josías.
15 Y los hijos de Josías: Johanán su primogénito, el segundo Joacim, el tercero Sedequías, el cuarto Salum.
16 Los hijos de Joacim: Jeconías su hijo, hijo del cual *fue* Sedequías.
17 Y los hijos de Jeconías: Asir, Salatiel su hijo,
18 Malquiram, Pedaía, Seneaser, y Jecamía, Hosama, y Nedabía.
19 Y los hijos de Pedaía: Zorobabel, y Simi. Y los hijos de Zorobabel: Mesulam, Hananías, y Selomit su hermana.
20 Y Hasuba, Ohel, y Berequías, Hasadía, y Jusabhesed, cinco.
21 Los hijos de Hananías: Pelatías, y Jesaías, hijo de Refaías, hijo de Arnán, hijo de Obdías, hijo de Secanías.
22 Hijo de Secanías *fue* Semaías; y los hijos de Semaías: Hatús, Igheal, Barias, Nearías, y Safat; seis.

23 Los hijos de Nearías *fueron*
estos tres: Elienai, Ezequías, y
Azricam.
24 Los hijos de Elienai *fueron*
estos siete: Odavias, Eliasib, Pe-
laías, Acub, Johanán, Dalaías, y
Anani.

CAPÍTULO 4

LOS hijos de Judá: Fares,
Hesrón, Carmi, Hur, y Sobal.
2 Y Reaías hijo de Sobal, engen-
dró a Jahat; y Jahat engendró a
Ahumai y a Laad. Éstas *son* las
familias de los Zoratitas.
3 Y éstas son las del padre de
Etam: Jezreel, Isma, e Ibdas. Y el
nombre de su hermana fue Has-
lelponi.
4 Y Penuel *fue* padre de Gedor, y
Ezer padre de Husa. Éstos *fueron*
los hijos de Hur, primogénito de
Efrata, padre de Belem.
5 Y Asur padre de Tecoa tuvo dos
esposas, *a saber*, Helea, y Naara.
6 Y Naara le parió a Auzam, y
a Hefer, a Temeni, y a Ahastari.
Éstos *fueron* los hijos de Naara.
7 Y los hijos de Helea: Zeret, Je-
sohar, Etnán.
8 Y Cos engendró a Anob, y a So-
beba, y la familia de Aharhel hijo
de Arum.
9 Y Jabes fue más ilustre que
sus hermanos, al cual su madre
llamó Jabes, diciendo: Por cuan-
to le parí en dolor.
10 E invocó Jabes al Dios de Is-
rael, diciendo: ¡Oh si me dieras
bendición, y ensancharas mi tér-
mino, y si tu mano fuera conmi-
go, y me libraras de mal, que no
me dañe! E hizo Dios que le vi-
niese lo que pidió.
11 Y Caleb hermano de Sua en-
gendró a Maquir, el cual fue
padre de Estón.
12 Y Estón engendró a Betrafa,
a Pasea, y a Tehina, padre de la
ciudad de Naas: estos son los va-
rones de Reca.
13 Los hijos de Cenes: Otoniel,
y Seraiah. Los hijos de Otoniel:
Hatat,
14 Y Meonotai, el cual engen-
dró a Ofra: y Seraiah engendró a
Joab, padre de *los habitantes* en el
valle *llamado de* Carisim, porque
fueron artífices.
15 Los hijos de Caleb hijo de Je-
fone: Iru, Ela, y Naham; e hijo de
Ela, *fue* Cenez.
16 Los hijos de Jaleleel: Zip, Zifas,
Tirias, y Asareel.
17 Y los hijos de Ezra: Jeter,
Mered, Efer, y Jalón: también
engendró a Mariam, y Samai, y a
Isba, padre de Estemoa.
18 Y su esposa Judaía le parió a
Jered padre de Gedor, y a Heber
padre de Soco, y a Icutiel padre
de Zanoa. Éstos *fueron* los hijos
de Betia hija de Faraón, con la
cual casó Mered.
19 Y los hijos de la esposa de
Odías, hermana de Naham, *fue-
ron* el padre de Keila de Garmi, y
Estemoa de Maacati.
20 Y los hijos de Simón: Amnón,
y Rina, hijo de Hanán, y Tilón. Y
los hijos de Isi: Zohet, y BenZo-
het.
21 Los hijos de Sela, hijo de Judá:
Er, padre de Leca, y Laada, padre
de Maresa, y de la familia de la
casa del oficio del lino en la casa
de Asbea;
22 Y Joacim, y los varones de
Cozeba, y Joas, y Saraf, los cua-
les dominaron en Moab, y Jasu-
bi-lehem, que son palabras anti-
guas.
23 Éstos *fueron* alfareros y se ha-
llaban en medio de plantíos y

cercados, los cuales moraron allá
con el rey para su obra.
24 Los hijos de Simeón: Nemuel,
Jamín, Jarib, Zera, Saúl;
25 También Salum su hijo, Mib-
sam su hijo, y Misma su hijo.
26 Los hijos de Misma: Hamuel
su hijo, Zacur su hijo, y Simi su
hijo.
27 Los hijos de Simi fueron diez
y seis, y seis hijas: mas sus her-
manos no tuvieron muchos hijos,
ni multiplicaron toda su familia
como los hijos de Judá.
28 Y habitaron en Beerseba, y en
Molada, y en Hasar-sual,
29 Y en Bala, y en Esem, y en
Tolad,
30 Y en Betuel, y en Horma, y en
Siclag.
31 Y en Bet-marcabot, y en Ha-
sasusim, y en Bet-birai, y en Saa-
raim. Éstas *fueron* sus ciudades
hasta el reino de David.
32 Y sus aldeas fueron Etam, Ain,
Rimón, y Toquén, y Asán, cinco
pueblos;
33 Y todas sus aldeas que *esta-
ban* en contorno de estas ciuda-
des hasta Baal. Ésta *fue* su habi-
tación, y ésta su descendencia.
34 Y Mesobab, y Jamlec, y Josías
hijo de Amasías;
35 Joel, y Jehú hijo de Josibias,
hijo de Seraíah, hijo de Aziel;
36 Y Elienai, Jacoba, Jesohaía,
Asaías, Adiel, Jesimiel, Benaías;
37 Y Ziza hijo de Sifi, hijo de
Allón, hijo de Jedaía, hijo de
Simri, hijo de Semaías.
38 Éstos por *sus* nombres *son* los
principales que vinieron en sus
familias, y que fueron multipli-
cados en gran manera en las
casas de sus padres.
39 Y llegaron hasta la entrada de
Gador hasta el oriente del valle,
buscando pastos para sus gana-
dos.
40 Y hallaron gruesos y buenos
pastos, y tierra ancha y espacio-
sa, y quieta y reposada, porque
los de Cam la habitaban de antes.
41 Y éstos que han sido escritos
por *sus* nombres, vinieron en días
de Ezequías rey de Judá, y des-
barataron sus tiendas y estancias
que allí hallaron, y destruyé-
ronlos, hasta hoy, y habitaron
allí en lugar de ellos; por cuanto
había allí pastos para sus ganados.
42 Y asimismo quinientos hom-
bres de ellos, de los hijos de Si-
meón, se fueron al monte de Seir,
llevando por capitanes a Pelatía,
y a Nearías, y a Refaías, y a Uziel,
hijos de Isi;
43 E hirieron al resto que había
escapado de Amalec, y habitaron
allí hasta hoy.

CAPÍTULO 5

Y LOS hijos de Rubén, primo-
génito de Israel, (porque él
era el primogénito, mas como
violó el lecho de su padre, sus de-
rechos de primogenitura fueron
dados a los hijos de José, hijo de
Israel; y no fue contado por pri-
mogénito.
2 Porque Judá fue el mayorazgo
sobre sus hermanos, y el prínci-
pe de ellos; mas el derecho de
primogenitura fue de José.)
3 *Fueron pues* los hijos de Rubén,
primogénito de Israel: Enoc, Falú,
Esrón y Carmi.
4 Los hijos de Joel: Semaías su
hijo, Gog su hijo, Simi su hijo;
5 Micaía su hijo, Recaía su hijo,
Baal su hijo;
6 Beera su hijo, el cual fue
trasportado por Tiglat-pilne-
ser rey de los Asirios. Éste

era principal de los Rubenitas.
7 Y sus hermanos por sus familias, cuando eran contados en sus descendencias, tenían por príncipes a Jeiel y a Zacarías.
8 Y Bela hijo de Azaz, hijo de Sema, hijo de Joel, habitó en Aroer hasta Nebo y Baal-meón.
9 Habitó también desde el oriente hasta la entrada del desierto desde el río Eufrates: porque tenía muchos ganados en la tierra de Galaad.
10 Y en los días de Saúl trajeron guerra contra los Agarenos, los cuales cayeron en su mano; y ellos habitaron en sus tiendas sobre toda la *tierra* oriental de Galaad.
11 Y los hijos de Gad habitaron enfrente de ellos en la tierra de Basán hasta Salca.
12 Y Joel fue el principal en Basán, el segundo Safán, luego Janai, después Safat.
13 Y sus hermanos, según las familias de sus padres, fueron Micael, Mesulam, Seba, Jorai, Jacán, Zia, y Heber; *en todos* siete.
14 Éstos *fueron* los hijos de Abihail hijo de Huri, hijo de Jaroa, hijo de Galaad, hijo de Micael, hijo de Jesiaí, hijo de Jahdo, hijo de Buz.
15 También Ahí, hijo de Abdiel, hijo de Guni, *fue* principal en la casa de sus padres.
16 Los cuales habitaron en Galaad, en Basán, y en sus aldeas, y en todos los ejidos de Sarón hasta salir de ellos.
17 Todos estos fueron contados por sus generaciones en días de Jotam rey de Judá, y en días de Jeroboam rey de Israel.
18 Los hijos de Rubén, y de Gad, y la media tribu de Manasés, hombres valientes, hombres que traían escudo y espada, que entesaban arco, y diestros en guerra, en cuarenta y cuatro mil setecientos y sesenta que salían a batalla.
19 Y tuvieron guerra con los Agarenos, y Jetur, y Nafis, y Nodab.
20 Y fueron ayudados contra ellos, y los Agarenos se dieron en sus manos, y todos los que con ellos estaban; porque clamaron a Dios en la guerra, y fueles favorable, porque esperaron en él.
21 Y tomaron sus ganados, cincuenta mil camellos, y doscientas cincuenta mil ovejas, dos mil asnos, y cien mil personas.
22 Y cayeron muchos heridos, porque la guerra era de Dios; y habitaron en sus lugares hasta la transmigración.
23 Y los hijos de la media tribu de Manasés habitaron en la tierra, desde Basán hasta Baal-Hermón, y Senir y el monte de Hermón, multiplicados en gran manera.
24 Y éstas fueron las cabezas de las casas de sus padres: Efer, Isi, y Eliel, Azriel, y Jeremías, y Odavia, y Jadiel, hombres valientes y de esfuerzo, varones de nombre, y cabeceras de las casas de sus padres.
25 Mas se rebelaron contra el Dios de sus padres, y fornicaron siguiendo los dioses de los pueblos de la tierra, a los cuales Dios había destruido de delante de ellos.
26 Por lo cual el Dios de Israel excitó el espíritu de Pul rey de los Asirios, y el espíritu de Tiglat-pilneser rey de los Asirios, el cual trasportó a los Rubenitas y Gaditas y a la media tribu de Manasés, y llevólos a Halad, y a

Habor y a Ara, y al río de Gozán,
hasta hoy.

CAPÍTULO 6

LOS hijos de Leví: Gersón, Coat,
y Merari.
2 Los hijos de Coat: Amram,
Izhar, Hebrón y Uziel.
3 Los hijos de Amram: Aarón,
Moisés, y Mariam. Los hijos de
Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar, e
Itamar.
4 Eleazar engendró a Finees, y
Finees engendró a Abisua:
5 Y Abisua engendró a Buqui, y
Buqui engendró a Uzi;
6 Y Uzi engendró a Zeraías, y Ze-
raías engendró a Meraiot;
7 Y Meraiot engendró a Amarías,
y Amarías engendró a Ahitob;
8 Y Ahitob engendró a Sadoc, y
Sadoc engendró a Ahimaas;
9 Y Ahimaas engendró a Azarías,
y Azarías engendró a Johanan;
10 Y Johanan engendró a Aza-
rías, el que tuvo el sacerdocio en
la casa que Salomón edificó en
Jerusalem;
11 Y Azarías engendró a Amarías,
y Amarías engendró a Ahitob;
12 Y Ahitob engendró a Sadoc, y
Sadoc engendró a Salum;
13 Y Salum engendró a Hilquías,
e Hilquías engendró a Azarías;
14 Y Azarías engendró a Seraíah,
y Seraíah, engendró a Josadec.
15 Y Josadec fue *cautivo* cuando
el SEÑOR trasportó a Judá y a
Jerusalem por mano de Nabuco-
donosor.
16 Los hijos de Leví: Gersón,
Coat, y Merari.
17 Y estos son los nombres de los
hijos de Gersón: Libni, y Simi.
18 Los hijos de Coat: Amram,
Izhar, Hebrón, y Uziel.
19 Los hijos de Merari: Mahali,
y Musi. Éstas *son* las familias de
Leví, según sus descendencias.
20 Gersón: Libni su hijo, Jahat su
hijo, Zima su hijo.
21 Joab su hijo, Iddo su hijo,
Zera su hijo, Jeatrai su hijo.
22 Los hijos de Coat: Aminadab
su hijo, Coré su hijo, Asir su hijo,
23 Elcana su hijo, Ebiasaf su hijo,
Asir su hijo,
24 Tahat su hijo, Uriel su hijo,
Uzías su hijo, y Saúl su hijo.
25 Los hijos de Elcana: Amasai,
Ahimot, y Elcana.
26 Los hijos de Elcana: Zofai su
hijo, Nahat su hijo,
27 Eliab su hijo, Jeroham su hijo,
Elcana su hijo.
28 Los hijos de Samuel: el pri-
mogénito Vasni, y Abías.
29 Los hijos de Merari: Mahali,
Libni su hijo, Simi su hijo, Uza
su hijo,
30 Sima su hijo, Haggía su hijo,
Asaías su hijo.
31 Y estos son a los que David
dio cargo de las cosas de la músi-
ca de la casa del SEÑOR, después
que el arca tuvo reposo:
32 Los cuales servían delante de
la tienda del tabernáculo de la
congregación en cantares, hasta
que Salomón edificó la casa del
SEÑOR en Jerusalem: después
estuvieron en su ministerio
segun su costumbre.
33 Éstos pues con sus hijos asis-
tían: de los hijos de Coat, Hemán
cantor, hijo de Joel, hijo de
Samuel;
34 Hijo de Elcana, hijo de Jero-
ham, hijo de Eliel, hijo de Toa;
35 Hijo de Zuf, hijo de Elcana,
hijo de Mahat, hijo de Amasai;
36 Hijo de Elcana, hijo de Joel,
hijo de Azarías, hijo de Sofonías;
37 Hijo de Tahat, hijo de Asir,

hijo de Ebiasaf, hijo de Core;
38 Hijo de Izhar, hijo de Coat, hijo de Leví, hijo de Israel.
39 Y su hermano Asaf, el cual estaba a su mano derecha: Asaf, hijo de Berequías, hijo de Sima;
40 Hijo de Micael, hijo de Baasías, hijo de Malquías;
41 Hijo de Etni, hijo de Zera, hijo de Adaia;
42 Hijo de Etán, hijo de Zima, hijo de Simi;
43 Hijo de Jahat, hijo de Gersón, hijo de Leví.
44 Mas los hijos de Merari sus hermanos estaban a la mano siniestra, *es a saber,* Etán hijo de Quisi, hijo de Abdi, hijo de Maluc;
45 Hijo de Hasabías, hijo de Amasías, hijo de Hilquías;
46 Hijo de Amasai, hijo de Bani, hijo de Semer;
47 Hijo de Mahali, hijo de Musi, hijo de Merari, hijo de Leví.
48 Y sus hermanos los Levitas fueron puestos sobre todo el ministerio del tabernáculo de la casa de Dios.
49 Mas Aarón y sus hijos ofrecían perfume sobre el altar de la ofrenda quemada, y sobre el altar del perfume, en toda la obra del lugar santísimo, y para hacer las expiaciones sobre Israel, conforme a todo lo que Moisés siervo de Dios había mandado.
50 Y los hijos de Aarón son estos, Eleazar su hijo, Finees su hijo, Abisua su hijo;
51 Buqui su hijo, Uzi su hijo, Zeraías su hijo;
52 Meraiot su hijo, Amarías su hijo, Ahitob su hijo;
53 Sadoc su hijo, Ahimaas su hijo.
54 Y estas son sus habitaciones, conforme a sus domicilios y sus términos, *las* de los hijos de Aarón por las familias de los Coatitas, porque de ellos fue la suerte:
55 Les dieron pues a Hebrón en tierra de Judá, y sus ejidos alrededor de ella.
56 Mas el territorio de la ciudad y sus aldeas se dieron a Caleb, hijo de Jefone.
57 Y a los hijos de Aarón dieron las ciudades de Judá de acogimiento, *es a saber,* a Hebrón, y a Libna con sus ejidos; a Jatir, y Estemoa con sus ejidos,
58 Y a Hilem con sus ejidos, y a Debir con sus ejidos:
59 A Asán con sus ejidos, y a Bet-semes con sus ejidos:
60 Y de la tribu de Benjamín, a Geba con sus ejidos, y a Alemet con sus ejidos, y a Anatot con sus ejidos. Todas sus ciudades fueron trece ciudades, *repartidas* por sus linajes.
61 A los hijos de Coat, que quedaron de su parentela, *dieron* diez ciudades de la media tribu de Manasés por suerte.
62 Y a los hijos de Gersón, por sus linajes, *dieron* de la tribu de Isacar, y de la tribu de Aser, y de la tribu de Neftalí, y de la tribu de Manasés en Basán, trece ciudades.
63 Y a los hijos de Merari, por sus linajes, de la tribu de Rubén, y de la tribu de Gad, y de la tribu de Zabulón, *se dieron* por suerte doce ciudades.
64 Y dieron los hijos de Israel a los Levitas ciudades con sus ejidos.
65 Y dieron por suerte de la tribu de los hijos de Judá, y de la tribu de los hijos de Simeón, y de la

tribu de los hijos de Benjamín, las ciudades que nombraron por sus nombres.
66 Y a los linajes de los hijos de Coat *dieron* ciudades con sus términos de la tribu de Efraím.
67 Y diéronles las ciudades de acogimiento, a Siquem con sus ejidos en el monte de Efraím, y a Gezer con sus ejidos,
68 Y a Jocmeam con sus ejidos, y a Bet-horón con sus ejidos,
69 Y a Ajalón con sus ejidos, y a Gat-rimón con sus ejidos.
70 De la media tribu de Manasés, a Aner con sus ejidos, y a Bilam con sus ejidos, para los del linaje de los hijos de Coat que habían quedado.
71 Y a los hijos de Gersón *dieron* de la familia de la media tribu de Manasés, a Golan en Basán con sus ejidos y a Astarot con sus ejidos;
72 Y de la tribu de Isacar, a Cedes con sus ejidos, a Daberat con sus ejidos,
73 Y a Ramot con sus ejidos, y a Anem con sus ejidos;
74 Y de la tribu de Aser, a Masal con sus ejidos, y a Abdón con sus ejidos,
75 Y a Ucoc con sus ejidos, y a Rehob con sus ejidos;
76 Y de la tribu de Neftalí, a Cedes en Galilea con sus ejidos, y a Amón con sus ejidos, a Quiriat-jearim con sus ejidos.
77 Y a los hijos de Merari que habían quedado, *dieron* de la tribu de Zabulón a Rimón con sus ejidos, y a Tabor con sus ejidos;
78 Y de la otra parte del Jordán de Jericó, al oriente del Jordán, *dieron*, de la tribu de Rubén, a Beser en el desierto con sus ejidos; y a Jasa con sus ejidos,
79 Y a Cademot con sus ejidos, y a Mefaat con sus ejidos;
80 Y de la tribu de Gad, a Ramot en Galaad con sus ejidos, y a Mahanaim con sus ejidos,
81 Y a Hesbón con sus ejidos, y a Jacer con sus ejidos.

CAPÍTULO 7

LOS hijos de Isacar, cuatro: Tola, Fúa, Jabsub, y Simrón.
2 Los hijos de Tola: Uzi, Refaías, Jeriel, Jamai, Jibsam y Samuel, cabezas en las familias de sus padres. De Tola fueron contados por sus linajes en el tiempo de David, veintidós mil seiscientos hombres muy valerosos.
3 Hijo de Uzi fue Izrahías; y los hijos de Izrahías: Micael, Obadías, Joel, e Isías: todos, cinco príncipes.
4 Y había con ellos en sus linajes, por las familias de sus padres, treinta y seis mil *hombres* de guerra: por que tuvieron muchas esposas e hijos.
5 Y sus hermanos por todas las familias de Isacar, contados todos por sus genealogías, eran ochenta y siete mil *hombres* valientes en extremo.
6 Los *hijos* de Benjamín fueron tres: Bela, Bequer, y Jediael.
7 Los hijos de Bela: Esbon, Uzi, Uziel, Jerimot, e Iri; cinco cabezas de casas de linajes, hombres de gran valor, y de cuya descendencia fueron contados veintidós mil treinta y cuatro.
8 Los hijos de Bequer: Zemira, Joas, Eliezer, Elienai, Omri, Jerimot, Abías, Anatot y Alemet; todos estos fueron hijos de Bequer.
9 Y contados por sus descendencias, por sus linajes, los que eran

cabezas de sus familias, *resulta-*
ron veinte mil y doscientos hom-
bres de grande esfuerzo.
10 Hijo de Jediael fue Bilhán; y
los hijos de Bilhán: Jebús, Benja-
mín, Aod, Quenaana, Zetán, Tar-
sis, y Ahisahar.
11 Todos estos fueron hijos de
Jediael, cabezas de familias,
hombres muy valerosos, dieci-
siete mil y doscientos que salían
a combatir en la guerra.
12 Y Suppim y Hupim fueron
hijos de Hir: y Husim, hijo de
Aher.
13 Los hijos de Neftalí: Jaoel,
Guni, Jezer, y Salum, hijos de
Bilha.
14 Los hijos de Manasés: Asriel,
el cual le parió su concubina la
Sira: (la cual también le parió a
Maquir, padre de Galaad:
15 Y Maquir tomó por esposa
la hermana de Hupim y Suppim,
cuya hermana tuvo por nombre
Maaca:) y el nombre del segundo
fue Zelofehad. Y Zelofehad tuvo
hijas.
16 Y Maaca esposa de Maquir le
parió un hijo, y llamóle Peres;
y el nombre de su hermano fue
Seres, cuyos hijos fueron Ulam y
Recem.
17 Hijo de Ulam fue Bedán. Éstos
fueron los hijos de Galaad, hijo
de Maquir, hijo de Manasés.
18 Y su hermana Hamolequet
parió a Isod, y a Abiezer, y Ma-
hala.
19 Y los hijos de Semida fueron
Ahián, Siquem, Likhi, y Aniam.
20 Los hijos de Efraím: Sute-
la, Bered su hijo, su hijo Tahat,
Elada su hijo, Tahat su hijo,
21 Y Zabad su hijo, y Sutela su
hijo, y Ezer, y Elad; mas los hijos
de Gat, naturales de *aquella* tie-
rra, los mataron porque vinieron
a tomarles sus ganados.
22 Y Efraím su padre hizo duelo
por muchos días, y vinieron sus
hermanos a consolarlo.
23 Entrando él después a su es-
posa, ella concibió, y parió un
hijo, al cual puso por nombre
Bería; por cuanto había estado
en aflicción en su casa
24 Y su hija fue Seera, la cual
edificó a Bet-horón la baja y la
alta, y a Uzen-seera.
25 Hijo de este *Bería* fue Refa, y
Resef, y Tela su hijo, y Taán su
hijo,
26 Laadán su hijo, Amiud su hijo,
Elisama su hijo,
27 Nun su hijo, Josué su hijo.
28 Y la heredad y habitación de
ellos fue Betel con sus aldeas: y
hacia el oriente Naarán, y a la
parte del occidente Gezer y sus
aldeas: asimismo Siquem con sus
aldeas, hasta Asa y sus aldeas;
29 Y a la parte de los hijos de
Manasés, Bet-seán con sus aldeas,
Taanac con sus aldeas, Meguido
con sus aldeas, Dor con sus al-
deas. En estos *lugares* habitaron
los hijos de José, hijo de Israel.
30 Los hijos de Aser: Imna, Isua,
Isui, Bería, y su hermana Sera.
31 Los hijos de Bería: Heber, y
Malquiel, el cual fue padre de
Birzabit.
32 Y Heber engendró a Jaflet,
Semer, Hotam, y Sua hermana
de ellos.
33 Los hijos de Jaflet: Pasac,
Bimhal, y Asvat. Aquestos los
hijos de Jaflet.
34 Y los hijos de Semer: Ahi,
Roega, Jehúba, y Aram.
35 Los hijos de Helem su herma-
no: Zofa, Imna, Selles, y Amal.
36 Los hijos de Zofa: Sua,

Harnafer, Sual, Beri, Imra,
37 Beser, Hod, Sama, Silsa, Itrán
y Beera.
38 Los hijos de Jeter: Jefone,
Pispa, y Ara.
39 Y los hijos de Ulla: Ara, y Ha-
niel, y Resia.
40 Todos estos *fueron* hijos de
Aser, cabezas de familias pater-
nas, escogidos, hombres de gran
valor, cabezas de príncipes. Y el
número por sus linajes entre los
aptos para la guerra *y* la batalla
fue veintiséis mil hombres.

CAPÍTULO 8

BENJAMÍN engendró a Bela su
primogénito, Asbel el segun-
do, Ara el tercero,
2 Noha el cuarto, y Rafa el quin-
to.
3 Y los hijos de Bela fueron Adar,
Gera, Abiud,
4 Abisua, Naamán, Ahoa,
5 Y Gera, Sefufán, y Huram.
6 Y estos son los hijos de Ehud,
estos las cabezas de padres que
habitaron en Gabaa, y fueron
trasportados a Manahat:
7 *Es a saber:* Naamán, Ahías, y
Gera: éste los trasportó, y engen-
dró a Uza, y a Ahihud.
8 Y Saharaim engendró hijos en
la provincia de Moab, después
que dejó a Husim y a Baara que
eran sus esposas.
9 Engendró pues de Hodes su es-
posa, a Jobab, Sibias, Mesa, Mal-
cam,
10 Jeus, Soquías, y Mirma. Éstos
son sus hijos, cabezas de familias.
11 Mas de Husim engendró a
Abitob, y a Elpaal.
12 Y los hijos de Elpaal: Heber,
Misam, y Semeb, (el cual edificó
a Ono, y a Lod con sus aldeas,)
13 Berías también, y Sema, que
fueron las cabezas de las familias
de los moradores de Ajalón, los
cuales echaron a los moradores
de Gat;
14 Y Ahío, Sasac, Jeremot;
15 Zebadías, Arad, Heder;
16 Micael, Ispa, y Joa, hijos de
Berías;
17 Y Zebadías, Mesulam, Hizqui,
Heber;
18 Ismari, Izlia, y Jobab, hijos de
Elpaal.
19 Y Jacim, Zicri, Zabdi;
20 Elienai, Ziletai, Eliel;
21 Adaías, Baraías, y Simrat,
hijos de Simi;
22 E Ispán, Heber, Eliel;
23 Adón, Zicri, Hanán;
24 Hananía, Belam, Anatotías;
25 Ifdaías, y Peniel, hijos de
Sasac;
26 Y Samseri, Seharías, Atalía;
27 Jaarsías, Elías, Zicri, hijos de
Jeroham.
28 Éstos *fueron* jefes principales
de familias por sus linajes, y ha-
bitaron en Jerusalem.
29 Y en Gabaón habitaron Abiga-
baón, la esposa del cual se llamó
Maaca:
30 Y su hijo primogénito, Abdón,
luego Zur, Quis, Baal, Nadab,
31 Gedor, Ahíe, y Zequer.
32 Y Miclot engendró a Simea.
Éstos también habitaron con sus
hermanos en Jerusalem, enfren-
te de ellos.
33 Y Ner engendró a Cis, y Cis
engendró a Saúl, y Saúl engen-
dró a Jonatán, Malquisúa, Abina-
dab, y Esbaal.
34 Hijo de Jonatán fue Merib-
baal, y Merib-baal engendró a
Micaía.
35 Los hijos de Micaía: Pitón,
Melec, Taarea y Ahaz.
36 Y Ahaz engendró a Joada; y

Joada engendró a Alemet, y a
Azmavet, y a Zimri; y Zimri en-
gendró a Mosa;
37 Y Mosa engendró a Bina, hijo
del cual fue Rafa, hijo del cual
fue Elasa, cuyo hijo *fue* Asel.
38 Y los hijos de Asel fueron
seis, cuyos nombres son Azricam,
Bocru, Ismael, Searías, Obadías,
y Hanán: todos estos fueron hijos
de Asel.
39 Y los hijos de Esec su herma-
no: Ulam su primogénito, Jehus
el segundo, Elifelet el tercero.
40 Y fueron los hijos de Ulam
hombres valientes y vigorosos,
flecheros diestros, los cuales tu-
vieron muchos hijos y nietos,
ciento y cincuenta. Todos estos
fueron de los hijos de Benjamín.

CAPÍTULO 9

Y CONTADO todo Israel por el
orden de los linajes, fueron
escritos en el libro de los reyes
de Israel y de Judá, *que* fueron
trasportados a Babilonia por su
rebelión.
2 Los primeros moradores que
entraron en sus posesiones en
sus ciudades, fueron así de Israel,
como de los sacerdotes, Levitas,
y Netineos.
3 Y habitaron en Jerusalem de
los hijos de Judá, de los hijos de
Benjamín, de los hijos de Efraím
y Manasés:
4 Urai hijo de Amiud, hijo de
Omri, hijo de Imrai, hijo de Bani,
de los hijos de Fares hijo de Judá.
5 Y de Siloni, Asaías el primogé-
nito, y sus hijos.
6 Y de los hijos de Zara, Jehuel y
sus hermanos, seiscientos noven-
ta.
7 Y de los hijos de Benjamín:
Sallu hijo de Mesulam, hijo
de Odavía, hijo de Asenua;
8 E Ibnías hijo de Jeroham, y Ela
hijo de Uzi, hijo de Micri; y Me-
sulam hijo de Sefatías, hijo de
Rehuel, hijo de Ibnías.
9 Y sus hermanos por sus linajes
fueron nuevecientos cincuenta y
seis. Todos estos hombres fueron
cabezas de familia en las casas
de sus padres.
10 Y de los sacerdotes: Jedaía,
Joiarib, Jaquín;
11 Y Azarías hijo de Hilquías,
hijo de Mesulam, hijo de Sadoc,
hijo de Meraiot, hijo de Ahitob,
príncipe de la casa de Dios;
12 Y Adaías hijo de Jeroham,
hijo de Pasur, hijo de Malquías;
y Masai hijo de Adiel, hijo de
Jazera, hijo de Mesulam, hijo de
Mesilemit, hijo de Imer;
13 Y sus hermanos, cabezas de las
casas de sus padres, *en número de*
mil setecientos sesenta, hombres
de grande eficacia en la obra del
ministerio en la casa de Dios.
14 Y de los Levitas: Semeías, hijo
de Hasub, hijo de Azricam, hijo
de Hasabías de los hijos de Me-
rari;
15 Y Bacbacar, Heres, y Galal, y
Matanías hijo de Micaía, hijo de
Zicri, hijo de Asaf;
16 Y Obadías hijo de Semeías,
hijo de Galal, hijo de Jedutún: y
Berequías hijo de Asa, hijo de El-
cana, el cual habitó en las aldeas
de los Netofatitas.
17 Y los porteros: Salum, Acub,
Talmon, Ahiman, y sus herma-
nos. Salum era el jefe.
18 Y hasta ahora entre las cuadri-
llas de los hijos de Leví *han sido*
estos los porteros en la puerta
del rey *que está* al oriente.
19 Y Salum hijo de Core, hijo de
Ebiasaf, hijo de Corah, y sus her-

manos los Coraitas por la casa
de su padre, tuvieron cargo de la
obra del ministerio, guardando
las puertas del tabernáculo; y sus
padres fueron sobre la cuadrilla
del SEÑOR guardas de la entrada.
20 Y Finees hijo de Eleazar fue
antes capitán sobre ellos, *siendo*
el SEÑOR con él.
21 Y Zacarías hijo de Meselemia
era portero de la puerta del tabernáculo de la congregación.
22 Todos estos, escogidos para
guardas en las puertas, eran doscientos doce cuando fueron contados por el orden de sus linajes
en sus villas, a los cuales constituyó en su oficio David y Samuel
el vidente.
23 Así ellos y sus hijos eran porteros por sus turnos a las puertas de la casa del SEÑOR, y de la
casa del tabernáculo.
24 Y estaban los porteros a los
cuatro vientos, al oriente, al
occidente, al septentrión, y al
sur.
25 Y sus hermanos que estaban
en sus aldeas, venían cada siete
días por sus tiempos con ellos.
26 Porque cuatro principales de
los porteros Levitas estaban en el
oficio, y tenían cargo de las cámaras, y de los tesoros de la casa
de Dios.
27 Éstos moraban alrededor de
la casa de Dios, porque tenían
cargo de la guardia, y el de abrir
aquélla todas las mañanas.
28 Algunos de estos tenían cargo
de los vasos del ministerio, los
cuales se metían por cuenta, y
por cuenta se sacaban.
29 Y otros de ellos tenían cargo
de la vajilla, y de todos los
vasos del santuario, y de la harina, y del vino, y del aceite, y
del incienso, y de los aromas.
30 Y algunos de los hijos de los
sacerdotes hacían los ungüentos
aromáticos.
31 Y Matatías, uno de los Levitas,
primogénito de Salum Coraita,
tenía cargo de las cosas que se
hacían en sartén.
32 Y algunos de los hijos de
Coat, y de sus hermanos, tenían
el cargo de los panes de la proposición, los cuales ponían por
orden cada sábado.
33 Y de estos había cantores,
principales de familias de los Levitas, *los cuales estaban en sus* cámaras exentos; porque de día y
de noche estaban en *aquella* obra.
34 Éstos *eran* jefes de familias de
los Levitas por sus linajes, jefes
que habitaban en Jerusalem.
35 Y en Gabaón habitaban Jehiel
padre de Gabaón, el nombre de
cuya esposa era Maaca;
36 Y su hijo primogénito Abdón,
luego Sur, Quis, Baal, Ner, Nadab;
37 Gedor, Ahio, Zacarías, y Miclot.
38 Y Miclot engendró a Samaán.
Y estos habitaban también en
Jerusalem con sus hermanos enfrente de ellos.
39 Y Ner engendró a Cis, y Cis
engendró a Saúl, y Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab, y Esbaal.
40 E hijo de Jonatán fue Meribbaal, y Merib-baal engendró a
Micaía.
41 Y los hijos de Micaía: Pitón,
Melec, Tarea, y Ahaz.
42 Ahaz engendró a Jara, y Jara
engendró a Alemet, Azmavet, y
Zimri: y Zimri engendró a Mosa;
43 Y Mosa engendró a Bina, cuyo
hijo fue Refaías, del que fue hijo
Elasa, cuyo hijo fue Asel.

44 Y Asel tuvo seis hijos, los
nombres de los cuales son: Azricam, Bocru, Ismael, Seraía, Obadías, y Hanán: estos fueron los hijos de Asel.

CAPÍTULO 10

LOS Filisteos pelearon con Israel; y huyeron delante de ellos los Israelitas, y cayeron heridos en el monte de Gilboa.
2 Y los Filisteos siguieron a Saúl
y a sus hijos; y mataron los Filisteos a Jonatán, y a Abinadab, y a Malquisúa, hijos de Saúl.
3 Y agravóse la batalla sobre
Saúl, y le alcanzaron los flecheros, y fue de los flecheros herido.
4 Entonces dijo Saúl a su escude-
ro: Saca tu espada, y pásame con ella, porque no vengan estos incircuncisos, y hagan escarnio de mí; mas su escudero no quiso, porque tenía gran miedo. Entonces Saúl tomó la espada, y echóse sobre ella.
5 Y como su escudero vio a Saúl
muerto, él también se echó sobre su espada, y matóse.
6 Así murió Saúl, y sus tres hijos;
y toda su casa murió juntamente con él.
7 Y viendo todos los de Israel
que *habitaban* en el valle, que habían huído, y que Saúl y sus hijos eran muertos, dejaron sus ciudades, y huyeron: y vinieron los Filisteos, y habitaron en ellas.
8 Y sucedió que viniendo el día
siguiente los Filisteos a despojar los muertos, hallaron a Saúl y a sus hijos tendidos en el monte de Gilboa.
9 Y luego que le hubieron desnu-
dado, tomaron su cabeza y sus armas, y enviáronlo *todo* a la tierra de los Filisteos por todas partes, para que fuese denunciado a sus ídolos y al pueblo.
10 Y pusieron sus armas en el
templo de su dios, y colgaron la cabeza en el templo de Dagón.
11 Y oyendo todos los de Jabes
de Galaad lo que los Filisteos habían hecho de Saúl,
12 Levantáronse todos los hom-
bres valientes, y tomaron el cuerpo de Saúl, y los cuerpos de sus hijos, y trajéronlos a Jabes; y enterraron sus huesos debajo de la encina en Jabes, y ayunaron siete días.
13 Así murió Saúl por su rebe-
lión con que prevaricó contra el SEÑOR, contra la palabra del SEÑOR, la cual no guardó; y porque consultó *al que tenía* espíritu de hechicería, preguntándo*le*,
14 Y no consultó al SEÑOR: por
esta causa lo mató, y traspasó el reino a David, hijo de Isaí.

CAPÍTULO 11

ENTONCES todo Israel se juntó a David en Hebrón, diciendo: He aquí nosotros somos tu hueso y tu carne.
2 Y además antes de ahora, aun
mientras Saúl reinaba, tú sacabas y metías a Israel. También el SEÑOR tu Dios te ha dicho: Tú apacentarás mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel mi pueblo.
3 Y vinieron todos los ancianos
de Israel al rey en Hebrón, y David hizo con ellos pacto delante del SEÑOR; y ungieron a David por rey sobre Israel, conforme a la palabra del SEÑOR por mano de Samuel.
4 Entonces se fue David con
todo Israel a Jerusalem, la cual es Jebus; y allí era el Jebu-

seo habitador de aquella tierra.
5 Y los moradores de Jebus dijeron a David: No entrarás acá. Mas David tomó la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David.
6 Y David había dicho: El que primero hiriere al Jebuseo, será cabeza y jefe. Entonces Joab hijo de Sarvia subió el primero, y fue hecho jefe.
7 Y David habitó en la fortaleza, y por esto le llamaron la ciudad de David.
8 Y edificó la ciudad alrededor, desde Milo hasta la cerca: y Joab reparó el resto de la ciudad.
9 Y David iba adelantando y creciendo, y el SEÑOR de los ejércitos era con él.
10 Éstos *son* los principales de los valientes que David tuvo, y los que le ayudaron en su reino, con todo Israel, para hacerle rey sobre Israel, conforme a la palabra del SEÑOR.
11 Y este es el número de los valientes que David tuvo: Jasobam, hacmonita, caudillo de los treinta, el cual blandió su lanza una vez contra trescientos, a los cuales mató.
12 Tras de éste fue Eleazar hijo de Dodo, Ahohita, el cual era de los tres valientes.
13 Éste estuvo con David en Pasdamim, estando allí juntos en batalla los Filisteos: y había *allí* una suerte de tierra llena de cebada, y huyendo el pueblo delante de los Filisteos,
14 Pusiéronse ellos en medio de la haza, y la defendieron, y vencieron a los Filisteos; y favoreciólos el SEÑOR con grande salvamento.
15 Y tres de los treinta principales descendieron a la peña a David, a la cueva de Adulam, estando el campo de los Filisteos en el valle de Refaim.
16 Y David estaba entonces en la fortaleza, y había a la sazón guarnición de Filisteos en Belem.
17 David deseó entonces, y dijo: ¡Quién me diera a beber de las aguas del pozo de Belem, que está a la puerta!
18 Y aquellos tres rompieron por el campo de los Filisteos, y sacaron agua del pozo de Belem, que está a la puerta, y tomaron y trajéronla a David: mas él no la quiso beber, sino que la derramó al SEÑOR, y dijo:
19 Guárdeme mi Dios de hacer esto: ¿había yo de beber la sangre de estos varones con sus vidas, que con *peligro de* sus vidas la han traído? Y no la quiso beber. Esto hicieron aquellos tres valientes.
20 Y Abisai, hermano de Joab, era cabeza de los tres, el cual blandió su lanza sobre trescientos, a los cuales hirió; y fue entre los tres nombrado.
21 De los tres fue más ilustre que los *otros* dos, y fue el principal de ellos: mas no llegó a los tres *primeros*.
22 Benaías hijo de Joiada, hijo de varón valiente, de grandes hechos, de Cabseel: él mató a dos hombres como leones de Moab: también descendió, y mató un león en mitad de un foso en tiempo de nieve.
23 El mismo venció a un Egipcio, hombre de cinco codos de estatura: y el Egipcio traía una lanza como un enjullo de tejedor; mas él descendió a él con un bastón, y arrebató al Egipcio la lanza de la mano, y matólo con su misma lanza.

24 Esto hizo Benaía hijo de Joiada, y fue nombrado entre los tres valientes.
25 Y fue el más honrado de los treinta, mas no llegó a los tres *primeros*. A este puso David sobre su guardia.
26 Y los valientes de los ejércitos: Asael hermano de Joab, y Elhanán hijo de Dodo de Belem;
27 Samot de Arori, Heles Pelonita;
28 Ira hijo de Iques Tecoita, Abiezer Anatotita;
29 Sibecai Husatita, Ilai Ahohita;
30 Maharai el Netofatita, Heled hijo de Baana el Netofatita;
31 Itai hijo de Ribai de Gabaa de los hijos de Benjamín, Benaías el Piratonita;
32 Hurai del río Gaas, Abiel Arbatita;
33 Azmavet Baharumita, Eliaba Saalbonita;
34 Los hijos de Asem Gizonita, Jonatán hijo de Sajé Hararita;
35 Ahiam hijo de Sacar Ararita, Elifal hijo de Ur;
36 Hefer Mequeratita, Ahía Pelonita;
37 Hesro Carmelita, Nahari hijo de Ezbai;
38 Joel hermano de Natán, Mibhar hijo de Agrai;
39 Selec Amonita, Naarai Berotita, escudero de Joab hijo de Sarvia;
40 Ira Itreo, Yared Itreo;
41 Urías Heteo, Zabad hijo de Ahli;
42 Adina hijo de Siza Rubenita, príncipe de los Rubenitas, y con él treinta;
43 Hanán hijo de Maaca, y Josafat Mitnita;
44 Uzías Astarotita, Sama y Jehiel hijos de Hotam Arorita;
45 Jediael hijo de Simri, y Joha su hermano, Tizita;
46 Eliel de Mahaví, Jeribai y Josabia hijos de Elnaam, e Itma Moabita;
47 Eliel, y Obed, y Jaasiel de Mesobia.

CAPÍTULO 12

ÉSTOS son los que vinieron a David a Siclag, estando él aún encerrado por causa de Saúl hijo de Cis, y eran de los valientes ayudadores de la guerra.
2 Estaban armados de arcos, y usaban de ambas manos en tirar piedras con honda, y saetas con arco. De los hermanos de Saúl de Benjamín:
3 El principal Ahiezer, después Joas, hijos de Semaa Gabaatita; y Jeziel, y Pelet, hijos de Azmavet, y Beracah, y Jehú Anatotita;
4 E Ismaías Gabaonita, valiente entre los treinta, y más que los treinta; y Jeremías, Jahaziel, Joanán, Jozabad Gederatita,
5 Eluzai, y Jeremot, Bealías, Semarías, y Sefatías el Harufita;
6 Elcana, e Isías, y Azareel, y Joezer, y Jasobam, de Coré;
7 Y Joela, y Zebadías, hijos de Jeroham de Gedor.
8 También de los de Gad se huyeron a David, *estando* en la fortaleza en el desierto, muy valientes hombres de guerra para pelear, dispuestos *a hacerlo* con escudo y pavés: sus rostros como rostros de leones, y ligeros como las cabras monteses.
9 Eser el primero, Obadías el segundo, Eliab el tercero,
10 Mismana el cuarto, Jeremías el quinto,
11 Atai el sexto, Eliel el séptimo,
12 Johanán el octavo, Elzabad el noveno,

13 Jeremías el décimo, Macbani
el undécimo.
14 Éstos *fueron* capitanes del
ejército de los hijos de Gad. El
menor tenía cargo de cien hom-
bres, y el mayor de mil.
15 Éstos pasaron el Jordán en el
mes primero, cuando había sali-
do sobre todas sus riberas; e hi-
cieron huir a todos los de los va-
lles al oriente y al poniente.
16 Asimismo algunos de los hijos
de Benjamín y de Judá vinieron
a David a la fortaleza.
17 Y David salió a ellos, y les
habló diciendo: Si habéis venido
a mí para paz y para ayudarme,
mi corazón será unido con voso-
tros; mas si para entregarme a
mis enemigos, siendo mis manos
sin iniquidad, véalo el Dios de
nuestros padres, y lo reprenda.
18 Entonces se envistió el espíri-
tu en Amasai, príncipe de treinta,
y dijo: Por ti, oh David, y contigo,
oh hijo de Isaí. Paz, paz contigo,
y paz con tus ayudadores; pues
que también tu Dios te ayuda. Y
David los recibió, y púsolos entre
los capitanes de la cuadrilla.
19 También se pasaron a David
algunos de Manasés, cuando
vino con los Filisteos a la batalla
contra Saúl, aunque no les ayu-
daron; porque los sátrapas de los
Filisteos, habido consejo, lo des-
pidieron, diciendo: Con nuestras
cabezas se pasará a su señor Saúl.
20 Así que viniendo él a Siclag,
se pasaron a él de los de Mana-
sés, Adnas, y Jozabad, y Jediaiel
y Micael, y Jozabad, y Eliú, y Zi-
letai, príncipes de millares de los
de Manasés.
21 Éstos ayudaron a David con-
tra aquella compañía; porque
todos ellos eran hombres valien-
tes, y fueron capitanes en el ejér-
cito.
22 Porque entonces todos los
días venía ayuda a David, hasta
hacerse un grande ejército, como
ejército de Dios.
23 Y este es el número de los
principales que estaban a punto
de guerra, y vinieron a David en
Hebrón, para traspasarle el reino
de Saúl, conforme a la palabra
del SEÑOR:
24 De los hijos de Judá que traían
escudo y lanza, seis mil y ocho-
cientos, a punto de guerra.
25 De los hijos de Simeón, va-
lientes y esforzados hombres
para la guerra, siete mil y ciento.
26 De los hijos de Leví, cuatro
mil y seiscientos;
27 Asimismo Joiada, príncipe de
los del linaje de Aarón, y con él
tres mil y setecientos;
28 Y Sadoc, mancebo valiente y
esforzado, con veinte y dos de
los principales de la casa de su
padre.
29 De los hijos de Benjamín her-
manos de Saúl, tres mil; porque
aun en aquel tiempo muchos de
ellos tenían la parte de la casa de
Saúl.
30 Y de los hijos de Efraím, vein-
te mil y ochocientos, muy valien-
tes, varones ilustres en las casas
de sus padres.
31 De la media tribu de Manasés,
diez y ocho mil, los cuales fue-
ron tomados por lista para venir
a poner a David por rey.
32 Y de los hijos de Isacar, dos-
cientos principales, entendidos
en los tiempos, y que sabían lo
que Israel debía hacer, cuyo
dicho seguían todos sus herma-
nos.
33 Y de Zabulón cincuenta mil,

que salían a campaña a punto de
guerra, con todas armas de gue-
rra, dispuestos a pelear sin do-
blez de corazón.
34 Y de Neftalí mil capitanes, y
con ellos treinta y siete mil con
escudo y lanza.
35 De los de Dan, dispuestos a
pelear, veinte y ocho mil y seis-
cientos.
36 Y de Aser, a punto de guerra
y aparejados a pelear, cuarenta
mil.
37 Y de la otra parte del Jordán,
de los Rubenitas y de los de Gad
y de la media tribu de Manasés,
ciento y veinte mil con toda suer-
te de armas de guerra.
38 Todos estos hombres de gue-
rra, dispuestos para guerrear,
vinieron con corazón perfecto a
Hebrón, para poner a David por
rey sobre todo Israel; asimismo
todos los demás de Israel estaban
de un mismo ánimo para poner a
David por rey.
39 Y estuvieron allí con David
tres días comiendo y bebiendo,
porque sus hermanos habían pre-
venido para ellos.
40 Y también los que les eran
vecinos, hasta Isacar y Zabulón
y Neftalí, trajeron pan en asnos,
y camellos, y mulos, y bueyes;
y provisión de harina, masas de
higos, y pasas, vino y aceite, bue-
yes y ovejas en abundancia, por-
que en Israel había alegría.

CAPÍTULO 13

ENTONCES David tomó conse-
jo con los capitanes de mi-
llares y de cientos, y con todos
los jefes.
2 Y dijo David a toda la congre-
gación de Israel: Si os parece
bien y del SEÑOR nuestro Dios,
enviaremos a todas partes *a lla-
mar* nuestros hermanos que han
quedado en todas las tierras de
Israel, y a los sacerdotes y Levi-
tas *que están* con ellos en sus ciu-
dades y ejidos que se junten con
nosotros;
3 Y traigamos el arca de nuestro
Dios a nosotros, porque desde el
tiempo de Saúl no hemos hecho
caso de ella.
4 Y dijo toda la congregación
que se hiciese así, porque la cosa
parecía bien a todo el pueblo.
5 Entonces juntó David a todo
Israel, desde Sihor de Egipto
hasta entrar en Hamat, para que
trajesen el arca de Dios de Qui-
riat-jearim.
6 Y subió David con todo Israel
a Baala de Quiriat-jearim, que
es en Judá, para pasar de allí el
arca del SEÑOR Dios que habi-
ta entre los querubines, sobre la
cual su nombre es invocado.
7 Y lleváronse el arca de Dios de
la casa de Abinadab en un carro
nuevo; y Uza y su hermano guia-
ban el carro.
8 Y David y todo Israel ha-
cían alegrías delante de Dios
con todas sus fuerzas, con can-
ciones, arpas, salterios, tam-
boriles, címbalos y trompetas.
9 Y como llegaron a la era de
Quidón, Uza extendió su mano
al arca para tenerla, porque los
bueyes se desmandaban.
10 Y el furor del SEÑOR se encen-
dió contra Uza, e hirióle, porque
había extendido su mano al arca:
y murió allí delante de Dios.
11 Y David tuvo pesar, porque
el SEÑOR había hecho rotura en
Uza; por lo que llamó aquel lugar
Pérez-Uza, hasta hoy.
12 Y David temió a Dios aquel

día, y dijo: ¿Cómo he de traer a
mi casa el arca de Dios?
13 Y no trajo David el arca a su
casa en la ciudad de David, sino
llevóla a casa de Obed-edom
Geteo.
14 Y el arca de Dios estuvo en
casa de Obed-edom, en su casa,
tres meses: y bendijo el SEÑOR
la casa de Obed-edom, y todas
las cosas que tenía.

CAPÍTULO 14

E HIRAM rey de Tiro envió
embajadores a David, y madera de cedro, y albañiles y carpinteros, que le edificasen una casa.
2 Y entendió David que el
SEÑOR lo había confirmado por
rey sobre Israel, y que había ensalzado su reino sobre su pueblo
Israel.
3 Entonces David tomó también
esposas en Jerusalem y aun engendró David hijos e hijas.
4 Y estos son los nombres de los
que le nacieron en Jerusalem:
Samua, Sobab, Natán, Salomón,
5 Ibhar, Elisua, Elifelet,
6 Noga, Nefeg, Jafía,
7 Elisama, Beel-iada y Elifelet.
8 Y oyendo los Filisteos que
David había sido ungido por rey
sobre todo Israel, subieron todos
los Filisteos en busca de David. Y
como David lo oyó, salió contra
ellos.
9 Y vinieron los Filisteos, y extendiéronse por el valle de Refaim.
10 Entonces David consultó a
Dios, diciendo: ¿Subiré contra
los Filisteos? ¿los entregarás en
mi mano? Y el SEÑOR le dijo:
Sube, que yo los entregaré en tus
manos.
11 Subieron pues a Baal-perasim, y allí los hirió David. Dijo
luego David: Dios rompió mis
enemigos por mi mano, como se
rompen las aguas. Por esto llamaron el nombre de aquel lugar
Baal-perasim.
12 Y dejaron allí sus dioses, y
David dijo que los quemasen al
fuego.
13 Y volviendo los Filisteos a extenderse por el valle,
14 David volvió a consultar a
Dios, y Dios le dijo: No subas tras
ellos, sino rodéalos, para venir a
ellos por delante de los morales;
15 Y así que oyeres venir un estruendo por las copas de los morales, sal luego a la batalla: porque Dios saldrá delante de ti, y
herirá el campo de los Filisteos.
16 Hizo pues David como Dios le
mandó, e hirieron el campo de
los Filisteos desde Gabaón hasta
Gezer.
17 Y la fama de David fue divulgada por todas aquellas tierras: y
puso el SEÑOR temor de David
sobre todas las gentes.

CAPÍTULO 15

HIZO también casas para sí en
la ciudad de David, y labró
un lugar para el arca de Dios, y
tendióle una tienda.
2 Entonces dijo David: El arca de
Dios no debe ser traída sino por
los Levitas; porque a ellos ha elegido el SEÑOR para que lleven el
arca del SEÑOR, y le sirvan perpetuamente.
3 Y juntó David a todo Israel en
Jerusalem, para que pasasen el
arca del SEÑOR a su lugar, el
cual le había él preparado.
4 Juntó también David a los hijos
de Aarón y a los Levitas:
5 De los hijos de Coat, Uriel el

principal, y sus hermanos, ciento y veinte;
6 De los hijos de Merari, Asaías el principal, y sus hermanos, doscientos y veinte;
7 De los hijos de Gersón, Joel el principal, y sus hermanos, ciento y treinta;
8 De los hijos de Elisafán, Semeías el principal, y sus hermanos, doscientos;
9 De los hijos de Hebrón, Eliel el principal, y sus hermanos, ochenta;
10 De los hijos de Uziel, Aminadab el principal, y sus hermanos, ciento y doce.
11 Y llamó David a Sadoc y a Abiatar, sacerdotes, y a los Levitas, Uriel, Asaías, Joel, Semeías, Eliel, y Aminadab;
12 Y díjoles: Vosotros que sois los principales de padres entre los Levitas, santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y pasad el arca del SEÑOR Dios de Israel al *lugar* que le he preparado;
13 Pues por no *haberlo hecho así* vosotros la primera vez, el SEÑOR nuestro Dios hizo en nosotros rotura, por cuanto no le buscamos según la ordenanza.
14 Así los sacerdotes y los Levitas se santificaron para traer el arca del SEÑOR Dios de Israel.
15 Y los hijos de los Levitas trajeron el arca de Dios puesta sobre sus hombros en las barras, como lo había mandado Moisés conforme a la palabra del SEÑOR.
16 Asimismo dijo David a los principales de los Levitas, que constituyesen de sus hermanos cantores, con instrumentos de música, con salterios, y arpas, y címbalos, que resonasen, y alzasen la voz con alegría.
17 Y los Levitas constituyeron a Hemán hijo de Joel; y de sus hermanos, a Asaf hijo de Berequías; y de los hijos de Merari y de sus hermanos, a Etán hijo de Cusaías;
18 Y con ellos a sus hermanos del segundo orden, a Zacarías, Ben y Jaaziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Benaías, Maasías, y Matitías, Elifelehu, Micnías, Obededom, y Jehiel, los porteros.
19 Así Hemán, Asaf, y Etán, que eran cantores, sonaban con címbalos de latón.
20 Y Zacarías, Jaaziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Maasías, y Benaías, con salterios sobre Alamot.
21 Y Matitías, Elifelehu, Micnías, Obed-edom, Jehiel, y Azazías, *cantaban* con arpas en la octava sobresaliendo.
22 Y Quenanías, principal de los Levitas, estaba para la entonación; pues él presidía en el canto, porque era entendido.
23 Y Berequías y Elcana eran porteros del arca.
24 Y Sebanías, Josafat, Natanael, Amasai, Zacarías, Benaías, y Eliezer, sacerdotes, tocaban las trompetas delante del arca de Dios: Obed-edom y Jehías eran también porteros del arca.
25 David pues y los ancianos de Israel, y los capitanes de millares, fueron a traer el arca del pacto del SEÑOR, de casa de Obededom, con alegría.
26 Y ayudando Dios a los Levitas que llevaban el arca del pacto del SEÑOR, sacrificaban siete novillos y siete carneros.
27 Y David iba vestido de lino fino y también todos los Levitas que llevaban el arca, y asimis-

mo los cantores; y Quenanías *era*
maestro de canto entre los cantores.
Llevaba también David sobre
sí un efod de lino.
28 De esta manera llevaba
todo Israel el arca del pacto del
SEÑOR, con júbilo y sonido de
bocinas, y trompetas, y címbalos,
y al son de salterios y arpas.
29 Y como el arca del pacto
del SEÑOR llegó a la ciudad de
David, Mical, hija de Saúl, mirando
por una ventana, vio al
rey David que saltaba y bailaba;
y menospreciólo en su corazón.

CAPÍTULO 16

ASÍ trajeron el arca de Dios, y
asentáronla en medio de la
tienda que David había tendido
para ella: y ofrecieron holocaustos
y pacíficos delante de Dios.
2 Y como David hubo acabado de
ofrecer las ofrendas quemadas y
los pacíficos, bendijo al pueblo
en el nombre del SEÑOR.
3 Y repartió a todo Israel, así a
hombres como a mujeres, a cada
uno una torta de pan, y una pieza
de carne, y un frasco de vino.
4 Y puso delante del arca del
SEÑOR ministros de los Levitas,
para recordar, y dar gracias, y
alabar al SEÑOR Dios de Israel:
5 Asaf el primero, el segundo
después de él Zacarías, Jeiel, Semiramot,
Jehiel, Matitías, Eliab,
Benaías, Obed-edom, y Jehiel,
con sus instrumentos de salterios
y arpas; mas Asaf hacía sonido
con címbalos:
6 Benaías también y Jahaziel,
sacerdotes, continuamente con
trompetas delante del arca del
pacto de Dios.
7 Entonces, en aquel día, dio
David principio a dar gracias al
SEÑOR por mano de Asaf y de
sus hermanos:
8 Confesad al SEÑOR, invocad
su nombre, haced notorias en los
pueblos sus obras.
9 Cantad a él, cantadle salmos:
hablad de todas sus maravillas.
10 Gloriaos en su santo nombre;
alégrese el corazón de los que
buscan al SEÑOR.
11 Buscad al SEÑOR y su fortaleza;
buscad su rostro continuamente.
12 Haced memoria de sus maravillas
que ha obrado, de sus prodigios,
y de los juicios de su boca,
13 Oh vosotros, simiente de Israel
su siervo, hijos de Jacob, sus
escogidos.
14 El SEÑOR, él es nuestro Dios;
sus juicios en toda la tierra.
15 Haced memoria de su pacto
perpetuamente, y de la palabra
que él mandó en mil generaciones;
16 *Del pacto* que concertó con
Abraham, y de su juramento a
Isaac;
17 El cual confirmó a Jacob por
estatuto, y a Israel por pacto
sempiterno,
18 Diciendo: A ti daré la tierra de
Canaán, suerte de vuestra herencia;
19 Cuando erais pocos en número,
pocos y peregrinos en ella;
20 Y andaban de nación en nación,
y de un reino a otro pueblo.
21 No permitió que nadie los
oprimiese: antes por amor de
ellos castigó a los reyes.
22 No toquéis, *dijo*, a mis ungidos,
ni hagáis mal a mis profetas.
23 Cantad al SEÑOR, toda la tierra,
anunciad de día en día su
salvación.
24 Cantad entre las gentes su

gloria, y en todos los pueblos sus
maravillas.
25 Porque grande es el SEÑOR, y
digno de ser grandemente loado,
y de ser temido sobre todos los
dioses.
26 Porque todos los dioses de los
pueblos son nada: mas el SEÑOR
hizo los cielos.
27 Poderío y hermosura delante
de él; fortaleza y alegría en su
morada.
28 Atribuid al SEÑOR, oh fami-
lias de los pueblos, atribuid al
SEÑOR gloria y potencia.
29 Tributad al SEÑOR la gloria
debida a su nombre: traed ofren-
da, y venid delante de él; pos-
traos delante del SEÑOR en la
hermosura de su santidad *de vida*.
30 Temed en su presencia, toda
la tierra: el mundo será aún esta-
blecido, para que no se conmue-
va.
31 Alégrense los cielos, y gócese
la tierra, y digan en las naciones:
Reina el SEÑOR.
32 Resuene el mar, y la plenitud
de ella: alégrese el campo, y todo
lo que contiene.
33 Entonces cantarán los árbo-
les de los bosques delante del
SEÑOR, porque viene a juzgar la
tierra.
34 Dad gracias al SEÑOR, porque
es bueno; porque su misericordia
es eterna.
35 Y decid: Sálvanos, oh Dios,
salvación nuestra: júntanos, y
líbranos de las gentes, para que
demos gracias a tu santo nombre,
y nos gloriemos en tus alabanzas.
36 Bendito sea el SEÑOR Dios de
Israel, de eternidad a eternidad.
Y dijo todo el pueblo, Amén: y
alabó al SEÑOR.
37 Y dejó allí, delante del arca
del pacto del SEÑOR, a Asaf y a
sus hermanos, para que minis-
trasen de continuo delante del
arca, cada cosa en su día:
38 Y a Obed-edom y a sus her-
manos, sesenta y ocho; y a Obed-
edom hijo de Jedutún, y a Asa,
por porteros:
39 Asimismo a Sadoc el sacerdo-
te, y a sus hermanos los sacerdo-
tes, delante del tabernáculo del
SEÑOR en el alto que estaba en
Gabaón,
40 Para que sacrificasen conti-
nuamente, a mañana y tarde, ho-
locaustos al SEÑOR en el altar de
la ofrenda quemada, conforme a
todo lo que está escrito en la ley
del SEÑOR, que él prescribió a
Israel;
41 Y con ellos a Hemán y a Je-
dutún, y los otros escogidos de-
clarados por sus nombres, para
dar gracias al SEÑOR, porque es
eterna su misericordia;
42 Con ellos a Hemán y a Jedutún
con trompetas y címbalos para
tañer, y con *otros* instrumentos
de música de Dios; y a los hijos
de Jedutún, por porteros.
43 Y todo el pueblo se fue cada
uno a su casa; y David se volvió
para bendecir su casa.

CAPÍTULO 17

Y ACONTECIÓ que morando
David en su casa, dijo David
al profeta Natán: He aquí yo ha-
bito en casa de cedro, y el arca
del pacto del SEÑOR debajo de
cortinas.
2 Y Natán dijo a David: Haz todo
lo que está en tu corazón, porque
Dios es contigo.
3 En aquella misma noche fue
palabra de Dios a Natán, dicien-
do:

4 Ve y di a David mi siervo: Así
ha dicho el SEÑOR: Tú no me
edificarás casa en que habite:
5 Porque no he habitado en casa
alguna desde el día que saqué a
Israel hasta hoy; antes estuve de
tienda en tienda, y de tabernácu-
lo en *tabernáculo*.
6 En todo cuanto anduve con
todo Israel ¿hablé una palabra a
alguno de los jueces de Israel, a
los cuales mandé que apacenta-
sen mi pueblo, para decirles: Por
qué no me edificáis una casa de
cedro?
7 Por tanto, ahora dirás a mi sier-
vo David: Así dijo el SEÑOR de
los ejércitos: Yo te tomé de la
majada, de detrás del ganado,
para que fueses príncipe sobre
mi pueblo Israel;
8 Y he sido contigo en todo cuan-
to has andado, y he talado a
todos tus enemigos de delante de
ti, y hete hecho grande nombre,
como el nombre de los grandes
que son en la tierra.
9 Asimismo he dispuesto lugar a
mi pueblo Israel, y lo he planta-
do para que habite por sí, y que
no sea más conmovido: ni los
hijos de iniquidad lo consumirán
más, como antes,
10 Y desde el tiempo que puse
los jueces sobre mi pueblo Israel;
mas humillaré a todos tus enemi-
gos. Hágote además saber que el
SEÑOR te ha de edificar casa.
11 Y será que, cuando tus días
fueren cumplidos para irte con
tus padres, levantaré tu simiente
después de ti, la cual será de tus
hijos, y afirmaré su reino.
12 Él me edificará casa, y yo con-
firmaré su trono eternalmente.
13 Yo le seré por padre, y él me
será por hijo: y no quitaré de él
mi misericordia, como la quité
de aquel que fue antes de ti;
14 Mas yo lo confirmaré en mi
casa y en mi reino eternalmente;
y su trono será firme para siem-
pre.
15 Conforme a todas estas pala-
bras, y conforme a toda esta vi-
sión, así habló Natán a David.
16 Y entró el rey David, y estu-
vo delante del SEÑOR, y dijo: Oh
SEÑOR Dios, ¿quién soy yo, y
cuál es mi casa, que me has traí-
do hasta este lugar?
17 Y aun esto, oh Dios, te ha pare-
cido poco, pues que has hablado
de la casa de tu siervo para más
lejos, y me has mirado como a
un hombre excelente, oh SEÑOR
Dios.
18 ¿Qué más puede añadir David
pidiendo de ti para glorificar a tu
siervo? mas tú conoces a tu sier-
vo.
19 Oh SEÑOR, por amor de tu
siervo y según tu corazón, has
hecho toda esta grandeza, para
hacer notorias todas *tus* grande-
zas.
20 Oh SEÑOR, no hay semejante
a ti, ni hay Dios sino tú, según
todas las cosas que hemos oído
con nuestros oídos.
21 ¿Y qué gente hay en la tierra
como tu pueblo Israel, cuyo Dios
fuese y se redimiera un pueblo,
para hacerte nombre con grande-
zas y maravillas, echando las
gentes de delante de tu pueblo,
que tú rescataste de Egipto?
22 Tú has constituído a tu pueblo
Israel por pueblo tuyo para siem-
pre; y tú, SEÑOR, has venido a
ser su Dios.
23 Ahora pues, SEÑOR, la pala-
bra que has hablado acerca de
tu siervo y de su casa, sea firme

para siempre, y haz como has
dicho.
24 Permanezca pues, y sea en-
grandecido tu nombre para
siempre, a fin de que se diga: El
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel, es Dios para Israel. Y sea
la casa de tu siervo David firme
delante de ti.
25 Porque tú, Dios mío, revelaste
al oído a tu siervo que le has de
edificar casa; por eso ha hallado
tu siervo *motivo* de orar delante
de ti.
26 Ahora pues, SEÑOR, tú eres el
Dios que has hablado de tu sier-
vo este bien;
27 Y ahora has querido bende-
cir la casa de tu siervo, para que
permanezca perpetuamente de-
lante de ti: porque tú, oh SEÑOR,
la has bendecido, y será bendita
para siempre.

CAPÍTULO 18

DESPUÉS de estas cosas
aconteció que David hirió
a los Filisteos, y los humilló; y
tomó a Gat y sus villas de mano
de los Filisteos.
2 También hirió a Moab; y los
Moabitas fueron siervos de David
trayéndole presentes.
3 Asimismo hirió David a Ada-
rezer rey de Soba, en Hamat,
yendo él a asegurar su dominio
al río de Eufrates.
4 Y tomóles David mil carros, y
siete mil de a caballo, y veinte
mil hombres de a pie: y desjarre-
tó David los caballos de todos los
carros, excepto los de cien carros
que dejó.
5 Y viniendo los Siros de Damas-
co en ayuda de Adarezer rey de
Soba, David hirió de los Siros
veintidós mil hombres.
6 Y puso David *guarnición* en
Siria la de Damasco, y los Siros
fueron hechos siervos de David,
trayéndole presentes: porque el
SEÑOR salvaba a David donde
quiera que iba.
7 Tomó también David los escu-
dos de oro que llevaban los sier-
vos de Adarezer, y trájolos a Je-
rusalem.
8 Asimismo de Tibhat y de Cun
ciudades de Adarezer, tomó
David muchísimo latón, de que
Salomón hizo el mar de latón,
las columnas, y vasos de latón.
9 Y oyendo Tou rey de Hamat,
que David había deshecho todo
el ejército de Adarezer, rey de
Soba,
10 Envió a Adoram su hijo al rey
David, a saludarle y a bendecirle
por haber peleado con Adarezer,
y haberle vencido; porque Tou
tenía guerra con Adarezer. *Envió-
le* también toda suerte de vasos
de oro, de plata y de latón;
11 Los cuales el rey David dedicó
al SEÑOR, con la plata y oro que
había tomado de todas las nacio-
nes, de Edom, de Moab, de los
hijos de Amón, de los Filisteos, y
de Amalec.
12 A más de esto Abisai hijo de
Sarvia hirió en el valle de la Sal
dieciocho mil Idumeos.
13 Y puso guarnición en Edom,
y todos los Idumeos fueron sier-
vos de David: porque el SEÑOR
guardaba a David donde quiera
que iba.
14 Y reinó David sobre todo Is-
rael, y hacía juicio y justicia a
todo su pueblo.
15 Y Joab hijo de Sarvia era ge-
neral del ejército; y Josafat hijo
de Ahilud, canciller;
16 Y Sadoc hijo de Ahitob, y Abi-

melec hijo de Abiatar, eran sacerdotes; y Sausa, secretario;
17 Y Benaías hijo de Joiada era sobre los Cereteos y Peleteos; y los hijos de David *eran* los príncipes cerca del rey.

CAPÍTULO 19

DESPUÉS de estas cosas aconteció que murió Naas rey de los hijos de Amón, y reinó en su lugar su hijo.
2 Y dijo David: Haré misericordia con Hanán hijo de Naas, porque también su padre hizo conmigo misericordia. Así David envió embajadores que lo consolasen de la muerte de su padre. Mas venidos los siervos de David en la tierra de los hijos de Amón a Hanán, para consolarle,
3 Los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanán: ¿A tu parecer honra David a tu padre, que te ha enviado consoladores? ¿no vienen antes sus siervos a ti para escudriñar, e inquirir, y reconocer la tierra?
4 Entonces Hanán tomó los siervos de David, y rapólos, y cortóles los vestidos por medio, hasta las nalgas, y despachólos.
5 Fuéronse pues, y dada que fue la nueva a David de aquellos varones, él envió a recibirlos, porque estaban muy afrentados. E hízoles decir el rey: Estaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y entonces volveréis.
6 Y viendo los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a David, Hanán y los hijos de Amón enviaron mil talentos de plata, para tomar a sueldo carros y gente de a caballo de Siria de los ríos, y de la Siria de Maaca, y de Soba.
7 Y tomaron a sueldo treinta y dos mil carros, y al rey de Maaca y a su pueblo, los cuales vinieron y asentaron su campo delante de Medeba. Y juntáronse también los hijos de Amón de sus ciudades, y vinieron a la guerra.
8 Oyéndolo David, envió a Joab con todo el ejército de los hombres valientes.
9 Y los hijos de Amón salieron, y ordenaron su tropa a la entrada de la ciudad; y los reyes que habían venido, estaban por sí en el campo.
10 Y viendo Joab que el escuadrón estaba contra él delante y a las espaldas, escogió de todos los más aventajados que había en Israel, y ordenó su escuadrón contra los Sirios.
11 Puso luego el resto de la gente en mano de Abisai su hermano, ordenándolos en batalla contra los Amonitas.
12 Y dijo: Si los Siros fueren más fuertes que yo, tú me salvarás; y si los Amonitas fueren más fuertes que tú, yo te salvaré.
13 Esfuérzate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga el SEÑOR lo que bien le pareciere.
14 Acercóse luego Joab y el pueblo que tenía consigo, para pelear contra los Siros; mas ellos huyeron delante de él.
15 Y los hijos de Amón, viendo que los Siros habían huído, huyeron también ellos delante de Abisai su hermano, y entráronse en la ciudad. Entonces Joab se volvió a Jerusalem.
16 Y viendo los Siros que habían caído delante de Israel, enviaron embajadores, y trajeron a los Siros que estaban de la otra parte del río, cuyo capitán era Sofac,

general del ejército de Adarezer.
17 Luego que fue dado aviso a
David, juntó a todo Israel, y pasando el Jordán vino a ellos, y
ordenó contra ellos su ejército.
Y como David hubo ordenado su
tropa contra ellos, pelearon con
él los Siros.
18 Mas el Siro huyó delante de
Israel; y mató David de los Siros
siete mil *hombres de los* carros, y
cuarenta mil hombres de a pie:
asimismo mató a Sofac, general
del ejército.
19 Y viendo los Siros de Adarezer
que habían caído delante de Israel, concertaron paz con David,
y fueron sus siervos; y nunca más
quiso el Siro ayudar a los hijos
de Amón.

CAPÍTULO 20

Y ACONTECIÓ a la vuelta del año, en el tiempo que suelen los reyes salir *a la guerra*, que Joab sacó las fuerzas del ejército, y destruyó la tierra de los hijos de Amón, y vino y cerró a Rabá. Mas David estaba en Jerusalem: y Joab batió a Rabá, y destruyóla.
2 Y tomó David la corona de su
rey de encima de su cabeza, y hallóla de peso de un talento de oro,
y había en ella piedras preciosas;
y fue puesta sobre la cabeza de
David. Y Además de esto sacó de
la ciudad un muy gran despojo.
3 Sacó también al pueblo que *estaba* en ella, y cortólos con sierras, y con trillos de hierro, y
segures. Lo mismo hizo David a
todas las ciudades de los hijos de
Amón. Y volvióse David con todo
el pueblo a Jerusalem.
4 Después de esto aconteció que
se levantó guerra en Gezer con
los Filisteos; e hirió Sibecai Husatita a Sippai, del linaje de los
gigantes; y fueron humillados.
5 Y volvióse a levantar guerra
con los Filisteos; e hirió Elhanán
hijo de Jair a Lahmi, hermano
de Goliat Geteo, el asta de cuya
lanza era como un enjullo de tejedores.
6 Y volvió a haber guerra en
Gat, donde hubo un hombre de
grande estatura, el cual tenía seis
dedos *en pies y manos, en todos*
veinticuatro: y también era hijo
de Rafa.
7 Denostó él a Israel, mas hiriólo
Jonatán, hijo de Sima hermano
de David.
8 Éstos fueron hijos de Rafa en
Gat, los cuales cayeron por mano
de David y de sus siervos.

CAPÍTULO 21

MAS Satanás se levantó contra Israel, e incitó a David a que contase a Israel.
2 Y dijo David a Joab y a los príncipes del pueblo: Id, contad a Israel desde Beerseba hasta Dan, y
traedme el número de ellos para
que yo lo sepa.
3 Y dijo Joab: Añada el SEÑOR a
su pueblo cien veces otros tantos.
Rey señor mío, ¿no son todos
estos siervos de mi señor? ¿para
qué procura mi señor esto, que
será pernicioso a Israel?
4 Mas el mandamiento del rey
pudo más que Joab. Salió por
tanto Joab, y fue por todo Israel;
y volvió a Jerusalem, y dio la
cuenta del número del pueblo a
David.
5 Y hallóse *en* todo Israel que sacaban espada, once veces cien
mil; y de Judá cuatrocientos y
setenta mil hombres que sacaban
espada.

6 Entre estos no fueron contados
los Levitas, ni los hijos de Benja-
mín, porque Joab abominaba el
mandamiento del rey.
7 Asimismo desagradó este nego-
cio a los ojos de Dios, e hirió a
Israel.
8 Y dijo David a Dios: He pecado
gravemente en hacer esto: ruégo-
te que hagas pasar la iniquidad
de tu siervo, porque yo he hecho
muy locamente.
9 Y habló el SEÑOR a Gad, vi-
dente de David, diciendo:
10 Ve, y habla a David, y díle: Así
ha dicho el SEÑOR: Tres cosas te
propongo; escoge de ellas una
que yo haga contigo.
11 Y viniendo Gad a David, díjo-
le: Así ha dicho el SEÑOR:
12 Escógete, o tres años de ham-
bre; o ser por tres meses deshe-
cho delante de tus enemigos, y
que la espada de tus adversarios
te alcance; o por tres días la espa-
da del SEÑOR y pestilencia en la
tierra, y que el ángel del SEÑOR
destruya en todo el término de
Israel: mira pues qué he de res-
ponder al que me ha enviado.
13 Entonces David dijo a Gad:
Estoy en grande angustia: ruego
que yo caiga en la mano del
SEÑOR; porque sus misericor-
dias son muchas en extremo, y
que no caiga yo en manos de
hombres.
14 Así el SEÑOR dio pestilencia
en Israel, y cayeron de Israel se-
tenta mil hombres.
15 Y envió el SEÑOR el ángel a
Jerusalem para destruirla: pero
estando él destruyendo, miró el
SEÑOR, y arrepintióse de aquel
mal, y dijo al ángel que des-
truía: Basta ya; detén tu mano.
Y el ángel del SEÑOR estaba
junto a la era de Ornán Jebuseo.
16 Y alzando David sus ojos, vio
al ángel del SEÑOR, que estaba
entre el cielo y la tierra, teniendo
una espada desnuda en su mano,
extendida contra Jerusalem. En-
tonces David y los ancianos se
postraron sobre sus rostros, cu-
biertos de sacos.
17 Y dijo David a Dios: ¿No soy
yo el que hizo contar el pueblo?
Yo mismo soy el que pequé, y
ciertamente he hecho mal; mas
estas ovejas, ¿qué han hecho? Oh
SEÑOR Dios mío, sea ahora tu
mano contra mí, y contra la casa
de mi padre, y no haya plaga en
tu pueblo.
18 Y el ángel del SEÑOR ordenó a
Gad que dijese a David, que subie-
se y construyese un altar al SEÑOR
en la era de Ornán Jebuseo.
19 Entonces David subió, con-
forme a la palabra de Gad que
le había dicho en nombre del
SEÑOR.
20 Y volviéndose Ornán vio al
ángel; por lo que se escondieron
cuatro hijos suyos que con él es-
taban. Y Ornán trillaba el trigo.
21 Y viniendo David a Ornán,
miró éste, y vio a David: y salien-
do de la era, postróse en tierra a
David.
22 Entonces dijo David a Ornán:
Dame *este* lugar de la era, en que
edifique un altar al SEÑOR, y dá-
melo por *su* cabal precio, para
que cese la plaga del pueblo.
23 Y Ornán respondió a David:
Tómalo para ti, y haga mi señor
el rey lo que bien le pareciere: y
aun los bueyes daré para ofren-
das quemadas, y los trillos para
leña, y trigo para el presente: yo
lo doy todo.
24 Entonces el rey David dijo

a Ornán: No, sino que efectivamente la compraré por *su* justo precio: porque no tomaré para el SEÑOR lo que es tuyo, ni sacrificaré ofrendas quemadas que nada me cuesten.
25 Y dio David a Ornán por el lugar seiscientos siclos de oro por peso.
26 Y edificó allí David un altar al SEÑOR, en el que ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos, e invocó al SEÑOR, el cual le respondió por fuego del cielo en el altar de la ofrenda quemada.
27 Y como el SEÑOR habló al ángel, él volvió su espada a la vaina.
28 Entonces viendo David que el SEÑOR le había oído en la era de Ornán Jebuseo, sacrificó allí.
29 Y el tabernáculo del SEÑOR que Moisés había hecho en el desierto, y el altar de la ofrenda quemada, estaban entonces en el alto de Gabaón:
30 Mas David no pudo ir allá a consultar a Dios, porque estaba espantado a causa de la espada del ángel del SEÑOR.

CAPÍTULO 22

Y DIJO David: Ésta *es* la casa del SEÑOR Dios, y este es el altar de la ofrenda quemada para Israel.
2 Después mandó David que se juntasen los extranjeros que estaban en la tierra de Israel, y señaló de ellos canteros que labrasen piedras para edificar la casa de Dios.
3 Asimismo aparejó David mucho hierro para la clavazón de las puertas, y para las junturas; y mucho latón sin peso, y madera de cedro sin cuenta.
4 Porque los Sidonios y Tirios habían traído a David madera de cedro innumerable.
5 Y dijo David: Salomón mi hijo es muchacho y tierno, y la casa que se ha de edificar al SEÑOR ha de ser magnífica por excelencia, para nombre y honra en todas las tierras; ahora pues yo le aparejaré *lo necesario*. Y preparó David antes de su muerte en grande abundancia.
6 Llamó entonces David a Salomón su hijo, y mandóle que edificase casa al SEÑOR Dios de Israel.
7 Y dijo David a Salomón: Hijo mío, en mi corazón tuve el edificar templo al nombre del SEÑOR mi Dios.
8 Mas vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo: Tú has derramado mucha sangre, y has traído grandes guerras: no edificarás casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí:
9 He aquí, un hijo te nacerá, el cual será varón de reposo, porque yo le daré quietud de todos sus enemigos en derredor; por tanto su nombre será Salomón; y yo daré paz y reposo sobre Israel en sus días:
10 Él edificará casa a mi nombre, y él me será a mí por hijo, y yo le seré por padre; y afirmaré el trono de su reino sobre Israel para siempre.
11 Ahora pues, hijo mío, sea contigo el SEÑOR, y seas prosperado, y edifiques casa al SEÑOR tu Dios, como él ha dicho de ti.
12 Y el SEÑOR te dé entendimiento y prudencia, y él te dé mandamientos para Israel; y que tú guardes la ley del SEÑOR tu Dios.

13 Entonces serás prosperado, si cuidares de poner por obra los estatutos y derechos que el SEÑOR mandó a Moisés para Israel. Esfuérzate pues, y cobra ánimo; no temas, ni desmayes.
14 He aquí, yo en mi estrechez he prevenido para la casa del SEÑOR cien mil talentos de oro, y un millar de millares de talentos de plata: no tiene peso el latón ni el hierro, porque es mucho. Asimismo he aprestado madera y piedra, a lo cual tú añadirás.
15 Tú tienes contigo muchos oficiales, canteros, albañiles, y carpinteros, y todo hombre experto en toda obra.
16 Del oro, de la plata, del latón, y del hierro, no hay número. Levántate *pues*, y a la obra; que el SEÑOR será contigo.
17 Asimismo mandó David a todos los principales de Israel que diesen ayuda a Salomón su hijo, *diciendo*:
18 ¿No es con vosotros el SEÑOR vuestro Dios, el cual os ha dado quietud de todas partes? porque él ha entregado en mi mano los moradores de la tierra, y la tierra ha sido sujetada delante del SEÑOR, y delante de su pueblo.
19 Poned, *pues*, ahora vuestros corazones y vuestras almas en buscar al SEÑOR vuestro Dios; y levantaos, y edificad el santuario del SEÑOR Dios, para traer el arca del pacto del SEÑOR, y los santos vasos de Dios, a la casa edificada al nombre del SEÑOR.

CAPÍTULO 23

SIENDO pues David ya viejo y lleno de días, hizo a Salomón su hijo rey sobre Israel.
2 Y juntando a todos los principales de Israel, y a los sacerdotes y Levitas,
3 Fueron contados los Levitas de treinta años arriba; y fue el número de ellos por sus cabezas, contados uno a uno, treinta y ocho mil.
4 De éstos, veinticuatro mil para dar prisa a la obra de la casa del SEÑOR; y gobernadores y jueces, seis mil;
5 Además cuatro mil porteros; y cuatro mil para alabar al SEÑOR, *dijo David*, con los instrumentos que he hecho para rendir alabanzas.
6 Y repartiólos David en órdenes conforme a los hijos de Leví, Gersón y Coat y Merari.
7 Los hijos de Gersón: Ladán, y Simi.
8 Los hijos de Ladán, tres: Jehiel el primero, después Zetam y Joel.
9 Los hijos de Simi, tres: Selomit, Haziel, y Arán. Éstos *fueron* los príncipes de las familias de Ladán.
10 Y los hijos de Simi: Jahat, Zinat, Jeus, y Berías. Estos cuatro *fueron* los hijos de Simi.
11 Jahat era el primero, Zinat el segundo; mas Jeus y Berías no multiplicaron *en* hijos, por lo cual fueron contados por una familia.
12 Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón, y Uziel, ellos cuatro.
13 Los hijos de Amram: Aarón y Moisés. Y Aarón fue apartado para ser dedicado a las más santas cosas, él y sus hijos para siempre, para que quemasen perfumes delante del SEÑOR, y le ministrasen, y bendijesen en su nombre, para siempre.
14 Y los hijos de Moisés, varón

de Dios, fueron contados en la
tribu de Leví.
15 Los hijos de Moisés fueron
Gersón y Eliezer.
16 Hijo de Gersón fue Sebuel el
primero.
17 E hijo de Eliezer fue Rehabía
el primero. Y Eliezer no tuvo
otros hijos; mas los hijos de Re-
había fueron muchos.
18 Hijo de Izhar fue Selomit el
primero.
19 Los hijos de Hebrón: Jería el
primero, Amarías el segundo, Ja-
haziel el tercero, y Jecamán el
cuarto.
20 Los hijos de Uziel: Micaía el
primero, e Isía el segundo.
21 Los hijos de Merari: Mahali y
Musi. Los hijos de Mahali: Elea-
zar y Cis.
22 Y murió Eleazar sin hijos, mas
tuvo hijas; y los hijos de Cis, sus
hermanos, las tomaron *por espo-
sas*.
23 Los hijos de Musi: Mahali,
Eder y Jerimot, ellos tres.
24 Éstos *son* los hijos de Leví en
las familias de sus padres, cabe-
ceras de familias en sus delinea-
ciones, contados por sus nom-
bres, por sus cabezas, los cuales
hacían obra en el ministerio de
la casa del SEÑOR, de veinte
años arriba.
25 Porque David dijo: el SEÑOR
Dios de Israel ha dado reposo a
su pueblo Israel, y el habitar en
Jerusalem para siempre.
26 Y también los Levitas no lle-
varán más el tabernáculo, y todos
sus vasos para su ministerio.
27 Así que, conforme a las pos-
treras palabras de David, fue la
cuenta de los hijos de Leví de
veinte años arriba.
28 Y estaban bajo la mano de los
hijos de Aarón, para ministrar en
la casa del SEÑOR, en los atrios
y en las cámaras, y en la purifi-
cación de toda cosa santificada,
y en la *demás* obra del ministerio
de la casa de Dios;
29Asimismo para los panes de la
proposición, y para la flor de la
harina para el sacrificio, y para
las hojuelas sin levadura, y para
la *fruta* de sartén, y para lo tosta-
do, y para toda medida y cuenta;
30 Y para que asistiesen cada
mañana todos los días para dar
gracias y alabar al SEÑOR, y asi-
mismo a la tarde;
31 Y para ofrecer todos los holo-
caustos al SEÑOR los sábados,
nuevas lunas, y solemnidades,
por la cuenta y forma que te-
nían, continuamente delante del
SEÑOR.
32 Y para que tuviesen la guarda
del tabernáculo de la congrega-
ción, y la guarda del santuario, y
las órdenes de los hijos de Aarón
sus hermanos, en el ministerio
de la casa del SEÑOR.

CAPÍTULO 24

TAMBIÉN los hijos de Aarón
tuvieron sus repartimientos.
Los hijos de Aarón: Nadab, Abiú,
Eleazar e Itamar.
2 Mas Nadab y Abiú murieron
antes que su padre, y no tuvieron
hijos: Eleazar e Itamar tuvieron
el sacerdocio.
3 Y David los repartió, *siendo*
Sadoc de los hijos de Eleazar, y
Ahimelec de los hijos de Itamar,
por sus turnos en su ministerio.
4 Y los hijos de Eleazar fueron
hallados, cuanto a sus principa-
les varones, muchos más que los
hijos de Itamar; y repartiéronlos
así: De los hijos de Eleazar había

dieciséis cabezas de familias paternas; y de los hijos de Itamar por las familias de sus padres, ocho.
5 Repartiéronlos pues por suerte los unos con los otros: porque de los hijos de Eleazar y de los hijos de Itamar hubo príncipes del santuario, y príncipes de *la casa* de Dios.
6 Y Semeías escriba, hijo de Natanael, de los Levitas, escribiólos delante del rey y de los príncipes, y delante de Sadoc el sacerdote, y de Ahimelec hijo de Abiatar, y de los príncipes de las familias de los sacerdotes y Levitas: y adscribían una familia a Eleazar, y a Itamar otra.
7 Y la primera suerte salió por Joiarib, la segunda por Jedaía;
8 La tercera por Harim, la cuarta por Seorim;
9 La quinta por Malquías, la sexta por Miamim;
10 La séptima por Cos, la octava por Abías;
11 La novena por Jesúa, la décima por Secanías;
12 La undécima por Eliasib, la duodécima por Jacim;
13 La décimatercia por Uppa, la décimacuarta por Isebeab;
14 La décimaquinta por Bilga, la décimasexta por Imer;
15 La décimaséptima por Hezir, la décimaoctava por Afses;
16 La décimanona por Petaías, la vigésima por Hezeciel;
17 La vigésimaprima por Jaquín, la vigésimasegunda por Hamul;
18 La vigésimatercia por Delaía, la vigésimacuarta por Maazía.
19 Éstos *fueron* contados en su ministerio, para que entrasen en la casa del SEÑOR, conforme a su ordenanza, bajo el mando de Aarón su padre, de la manera que le había mandado el SEÑOR el Dios de Israel.
20 Y de los hijos de Leví que quedaron: Subael, de los hijos de Amram; y de los hijos de Subael, Jehedías.
21 En cuanto a Rehabía: de los hijos de Rehabía, el primero *era* Isías.
22 De los Ishareos, Selemot; e hijo de Selemot, Jahat.
23 Y de los hijos *de Hebrón*: Jeria *el primero*, el segundo Amarías, el tercero Jahaziel, el cuarto Jecamán.
24 Hijo de Uziel, Micaía; e hijo de Micaía, Samir.
25 Hermano de Micaía, Isía; e hijo de Isía, Zacarías.
26 Los hijos de Merari: Mahali y Musi; hijo de Jaazia, Beno.
27 Los hijos de Merari por Jaazia: Beno, y Soam, y Zacur e Ibri.
28 Y de Mahali, Eleazar, el cual no tuvo hijos.
29 En cuanto a Cis: el hijo de Cis, *era* Jerameel.
30 Los hijos de Musi: Maheli, y Eder y Jerimot. Éstos *fueron* los hijos de los Levitas conforme a las casas de sus familias.
31 Éstos también echaron suertes, como sus hermanos los hijos de Aarón, delante del rey David, y de Sadoc y de Ahimelec, y de los príncipes de las familias de los sacerdotes y Levitas: el principal de los padres igualmente que el menor de sus hermanos.

CAPÍTULO 25

ASIMISMO David y los príncipes del ejército apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, y de Hemán, y de Jedutún, los cuales profetizasen con arpas,

salterios, y címbalos: y el número de ellos fue, de hombres *idóneos* para la obra de su ministerio respectivo:
2 De los hijos de Asaf: Zacur, y José, y Netanías, y Asareela, hijos de Asaf, bajo la dirección de Asaf, el cual profetizaba a la orden del rey.
3 De Jedutún: los hijos de Jedutún, Gedalías, y Zeri, y Jesaías, Hasabías, y Matitías, seis, bajo la mano de su padre Jedutún, el cual profetizaba con arpa, para dar gracias y alabar al SEÑOR.
4 De Hemán: los hijos de Hemán, Buquía, Matanías, Uziel, Sebuel, Jerimot, Hananías, Hanani, Eliata, Gidalti, Romamti-ezer, Josbecasa, Maloti, Otir, y Mahaziot.
5 Todos estos fueron hijos de Hemán, vidente del rey en palabras de Dios, para ensalzar el cuerno. Y dio Dios a Hemán catorce hijos y tres hijas.
6 Y todos estos estaban bajo la dirección de su padre en la música, en la casa del SEÑOR, con címbalos, salterios y arpas, para el ministerio del templo de Dios, por disposición del rey *acerca* de Asaf, de Jedutún, y de Hemán.
7 Y el número de ellos con sus hermanos instruídos en música del SEÑOR, todos los aptos, fue doscientos ochenta y ocho.
8 Y echaron suertes para los turnos *del servicio, entrando* el pequeño con el grande, lo mismo el maestro que el discípulo.
9 Y la primera suerte salió por Asaf, a José: la segunda a Gedalías, quien con sus hermanos e hijos fueron doce;
10 La tercera a Zacur, con sus hijos y sus hermanos, doce;
11 La cuarta a Isri, con sus hijos y sus hermanos, doce;
12 La quinta a Netanías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
13 La sexta a Buquía, con sus hijos y sus hermanos, doce;
14 La séptima a Jesarela, con sus hijos y sus hermanos, doce;
15 La octava a Jesahías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
16 La novena a Matanías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
17 La décima a Simi, con sus hijos y sus hermanos, doce;
18 La undécima a Azareel, con sus hijos y sus hermanos, doce;
19 La duodécima a Hasabías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
20 La décimatercia a Subael, con sus hijos y sus hermanos, doce;
21 La décimacuarta a Matitías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
22 La décimaquinta a Jerimot, con sus hijos y sus hermanos, doce;
23 La décimasexta a Hananías, con sus hijos y sus hermanos, doce;
24 La décimaséptima a Josbecasa, con sus hijos y sus hermanos, doce;
25 La décima octava a Hanani, con sus hijos y sus hermanos, doce;
26 La décimanona a Maloti, con sus hijos y sus hermanos, doce;
27 La vigésima a Eliata, con sus hijos y sus hermanos, doce;
28 La vigésimaprima a Otir, con sus hijos y sus hermanos, doce;
29 La vigésimasegunda a Gidalti, con sus hijos y sus hermanos, doce;
30 La vigésimatercia a Mahaziot, con sus hijos y sus hermanos, doce;
31 La vigésimacuarta a Romamti-

ezer, con sus hijos y sus hermanos, doce.

CAPÍTULO 26

CUANTO a los repartimientos de los porteros: De los Coraitas: Meselemia hijo de Coré, de los hijos de Asaf.
2 Los hijos de Meselemia: Zacarías el primogénito, Jediael el segundo, Zebadías el tercero, Jatnael el cuarto;
3 Elam el quinto, Johanam el sexto, Elienai el séptimo.
4 Los hijos de Obed-edom: Semeías el primogénito, Jozabad el segundo, Joab el tercero, el cuarto Sacar, el quinto Natanael;
5 El sexto Anmiel, el séptimo Isacar, el octavo Peultai: porque Dios había bendecido a Obed-edom.
6 También de Semeías su hijo nacieron hijos que fueron señores sobre la casa de sus padres; porque eran varones muy valerosos.
7 Los hijos de Semeías: Otni, Rafael, Obed, Elzabad, y sus hermanos, hombres esforzados; asimismo Eliú, y Samaquías.
8 Todos estos de los hijos de Obed-edom: ellos con sus hijos y sus hermanos, hombres robustos y fuertes para el ministerio; sesenta y dos, de Obed-edom.
9 Y los hijos de Meselemia y sus hermanos, dieciocho hombres valientes.
10 De Hosa, de los hijos de Merari: Simri el principal, (aunque no era el primogénito, mas su padre lo puso para que fuese cabeza;)
11 El segundo Hilquías, el tercero Tebelías, el cuarto Zacarías: todos los hijos de Hosa y sus hermanos fueron trece.
12 Entre estos *se hizo* la distribución de los porteros, *alternando* los principales de los varones en la guardia con sus hermanos, para servir en la casa del SEÑOR.
13 Y echaron suertes, el pequeño con el grande, por las casas de sus padres, para cada puerta.
14 Y cayó la suerte al oriente a Selemía. Y a Zacarías su hijo, consejero entendido, metieron en las suertes: y salió la suerte suya al norte.
15 Y por Obed-edom, al sur; y por sus hijos, la casa de la consulta.
16 Por Suppim y Hosa al occidente, con la puerta de Salequet al camino de la subida, guardia contra guardia.
17 Al oriente seis Levitas, al norte cuatro de día; al sur cuatro de día; y a la casa de la consulta, de dos en dos.
18 En la cámara de los vasos al occidente, cuatro al camino, y dos en la cámara.
19 Éstos *son* los repartimientos de los porteros, hijos de los Coraitas, y de los hijos de Merari.
20 Y de los Levitas, Ahías tenía cargo de los tesoros de la casa de Dios, y de los tesoros de las cosas santificadas.
21 *Cuanto* a los hijos de Ladán, hijos de Gersón: de Ladán, los príncipes de las familias de Ladán *fueron* Gersón, y Jehieli.
22 Los hijos de Jehieli, Zetán y Joel su hermano, tuvieron cargo de los tesoros de la casa del SEÑOR.
23 Acerca de los Amramitas, de los Isharitas, de los Hebronitas, y de los Uzielitas,
24 Sebuel hijo de Gersón, hijo de Moisés, era principal sobre los tesoros.

25 En orden a su hermano
Eliezer, hijo de éste *era* Rehabía,
hijo de éste Isaías, hijo de éste
Joram, hijo de éste Zicri, del que
fue hijo Selomit.
26 Este Selomit y sus hermanos
tenían cargo de todos los tesoros de todas las cosas santificadas, que había consagrado el rey
David, y los príncipes de las familias, y los capitanes de millares y de cientos, y los jefes del
ejército;
27 De lo que habían consagrado
de las guerras y de los despojos,
para reparar la casa del SEÑOR.
28 Asimismo todas las cosas que
había consagrado Samuel vidente, y Saúl hijo de Cis, y Abner
hijo de Ner, y Joab hijo de Sarvia: y todo lo que cualquiera consagraba, estaba bajo la mano de
Selomit y de sus hermanos.
29 De los Isharitas, Quenanías
y sus hijos eran gobernadores y
jueces sobre Israel en las obras
de fuera.
30 De los Hebronitas, Hasabías y
sus hermanos, hombres de vigor,
mil y setecientos, gobernaban a
Israel de la otra parte del Jordán,
al occidente, en toda la obra del
SEÑOR, y en el servicio del rey.
31 De los Hebronitas, Jerías era
el principal entre los Hebronitas según las generaciones de
sus padres. En el año cuarenta
del reinado de David éstos fueron buscados, y halláronse entre
ellos hombres fuertes y valientes
en Jazer de Galaad.
32 Y sus hermanos, hombres
valientes, eran dos mil y setecientos, cabezas de familias, los
cuales el rey David constituyó
sobre los Rubenitas, Gaditas, y
sobre la media tribu de Manasés,
para todas las cosas de Dios, y
los negocios del rey.

CAPÍTULO 27

Y LOS hijos de Israel según su
número, *a saber*, príncipes de
familias, tribunos, centuriones
y oficiales de los que servían al
rey en todos los negocios de las
divisiones que entraban y salían
cada mes en todos los meses del
año, eran en cada división veinte
y cuatro mil.
2 Sobre la primera división del
primer mes estaba Jasobam hijo
de Zabdiel; y había en su división veinte y cuatro mil.
3 De los hijos de Fares *fue* él jefe
de todos los capitanes de las
compañías del primer mes.
4 Sobre la división del segundo
mes estaba Dodai Ahohita: y Miclot *era* mayor general en su división, en la que también había
veinte y cuatro mil.
5 El jefe de la tercera división
para el tercer mes era Benaías,
hijo de Joiada sumo sacerdote; y
en su división había veinte y cuatro mil.
6 Este Benaías era valiente entre
los treinta y sobre los treinta; y
en su división estaba Amisabad
su hijo.
7 El cuarto *jefe* para el cuarto
mes era Asael hermano de Joab,
y después de él Zebadías su hijo;
y en su división había veinte y
cuatro mil.
8 El quinto jefe para el quinto
mes era Samhut Izrita: y en su división había veinte y cuatro mil.
9 El sexto para el sexto mes era
Hira hijo de Iques, de Tecoa; y en
su división veinte y cuatro mil.
10 El séptimo para el séptimo
mes era Heles Pelonita, de los

hijos de Efraím; y en su división
veinte y cuatro mil.
11 El octavo para el octavo mes
era Sibecai Husatita, de Zarahi;
y en su división veinte y cuatro
mil.
12 El noveno para el noveno mes
era Abiezer Anatotita, de los Ben-
jamitas; y en su división veinte y
cuatro mil.
13 El décimo para el décimo mes
era Maharai Netofatita, de Zara-
hi; y en su división veinte y cua-
tro mil.
14 El undécimo para el undéci-
mo mes era Benaías Piratonita,
de los hijos de Efraím; y en su
división veinte y cuatro mil.
15 El duodécimo para el duodé-
cimo mes era Heldai Netofatita,
de Otoniel; y en su división vein-
te y cuatro mil.
16 Asimismo sobre las tribus
de Israel: el jefe de los Rubeni-
tas era Eliezer hijo de Zicri; de
los Simeonitas, Sefatías, hijo de
Maaca:
17 De los Levitas, Hasabías hijo
de Camuel; de los Aaronitas,
Sadoc;
18 De Judá, Eliú, uno de los her-
manos de David; de los de Isacar,
Omri hijo de Micael:
19 De los de Zabulón, Ismaías
hijo de Abdías; de los de Neftalí,
Jerimot hijo de Azriel;
20 De los hijos de Efraím, Oseas
hijo de Azazía; de la media tribu
de Manasés, Joel hijo de Pedaía;
21 De la otra media tribu de Ma-
nasés en Galaad, Iddo hijo de Za-
carías; de los de Benjamín, Jaa-
ciel hijo de Abner;
22 Y de Dan, Azarael hijo de Je-
roam. Éstos *fueron* los jefes de las
tribus de Israel.
23 Y no tomó David el número
de los que eran de veinte años
abajo, por cuanto el SEÑOR
había dicho que él había de mul-
tiplicar a Israel como las estre-
llas de los cielos.
24 Joab hijo de Sarvia había co-
menzado a contar, mas no acabó,
pues por esto vino la ira sobre Is-
rael: y *así* el número no fue pues-
to en el registro de las crónicas
del rey David.
25 Y Azmavet hijo de Adiel tenía
cargo de los tesoros del rey; y de
los tesoros de los campos, y de
las ciudades, y de las aldeas y
castillos, Jonatán hijo de Uzías;
26 Y de los que trabajaban en la
labranza de las tierras, Ezri hijo
de Quelub;
27 Y de las viñas Simi Ramatita;
y del fruto de las viñas para las
bodegas, Zabdías Sifmita;
28 Y de los olivares y sicómoros
que había en las campiñas, Baal-
hanan Gederita; y de los almace-
nes del aceite, Joas;
29 De las vacas que pastaban en
Sarón, Sitrai Saronita; y de las
vacas que estaban en los valles,
Safat hijo de Adlai;
30 Y de los camellos, Obil Ismae-
lita; y de las asnas, Jedías Mero-
notita;
31 Y de las ovejas, Jaziz Aga-
reno. Todos estos eran su-
perintendentes de la hacienda
del rey David.
32 Y Jonatán, tío de David, era
consejero, varón prudente y es-
criba; y Jehiel hijo de Hacmoni
estaba con los hijos del rey.
33 Y también Ahitofel era con-
sejero del rey; y Husai Arquita
amigo del rey.
34 Después de Ahitofel era Joiada
hijo de Benaías, y Abiatar. Y Joab
era el general del ejército del rey.

CAPÍTULO 28

Y JUNTÓ David en Jerusalem
a todos los principales de
Israel, los príncipes de las tri-
bus, y los jefes de las divisiones
que servían al rey, los tribunos
y centuriones, con los superin-
tendentes de toda la hacienda y
posesión del rey, y sus hijos, con
los eunucos, los poderosos, y
todos sus hombres valientes.
2 Y levantándose el rey David,
puesto en pie dijo: Oidme, her-
manos míos, y pueblo mío. Yo
tenía en propósito edificar una
casa, para que en ella reposara
el arca del pacto del SEÑOR, y
para el estrado de los pies de
nuestro Dios; y había ya apresta-
do *todo* para edificar.
3 Mas Dios me dijo: Tú no edifi-
carás casa a mi nombre: porque
eres hombre de guerra, y has de-
rramado mucha sangre.
4 Empero el SEÑOR el Dios de Is-
rael me eligió de toda la casa de
mi padre, para que perpetuamen-
te fuese rey sobre Israel: porque
a Judá escogió por caudillo, y
de la casa de Judá la familia de
mi padre; y de entre los hijos de
mi padre agradóse de mí para
ponerme por rey sobre todo Is-
rael;
5 Y de todos mis hijos (porque
el SEÑOR me ha dado muchos
hijos,) eligió a mi hijo Salomón
para que se siente en el trono del
reino del SEÑOR sobre Israel.
6 Y me ha dicho: Salomón tu
hijo, él edificará mi casa y mis
atrios: porque a éste me he esco-
gido por hijo, y yo le seré a él
por padre.
7 Asimismo yo confirmaré su
reino para siempre, si él se esfor-
zare a poner por obra mis man-
damientos y mis juicios, como
aqueste día.
8 Ahora pues, delante de los ojos
de todo Israel, congregación del
SEÑOR, y en oídos de nuestro
Dios, guardad e inquirid todos
los preceptos del SEÑOR vuestro
Dios, para que poseáis la buena
tierra, y la dejéis por heredad a
vuestros hijos después de voso-
tros perpetuamente.
9 Y tú, Salomón, hijo mío, cono-
ce al Dios de tu padre, y sírve-
le con corazón perfecto, y con
ánimo voluntario; porque el
SEÑOR escudriña los corazones
de todos, y entiende toda imagi-
nación de los pensamientos. Si
tú le buscares, lo hallarás; mas si
lo dejares, él te desechará para
siempre.
10 Mira, *pues,* ahora que el
SEÑOR te ha elegido para que
edifiques casa para santuario:
esfuérzate, y haz*la*.
11 Entonces David dio a Salomón
su hijo el modelo del pórtico, y
de sus casas, y de sus tesorerías,
y de sus salas, y de sus recáma-
ras, y del lugar del propiciatorio.
12 Asimismo el modelo de todas
las cosas que tenía por el espíri-
tu, para los atrios de la casa del
SEÑOR, y para todas las cáma-
ras en derredor, para los tesoros
de la casa de Dios, y para los te-
soros de las cosas santificadas:
13 También para los órdenes de
los sacerdotes y de los Levitas, y
para toda la obra del ministerio
de la casa del SEÑOR, y para
todos los vasos del ministerio de
la casa del SEÑOR.
14 Y *dio* oro por peso para *lo
de* oro, para todos los vasos
de cada servicio: y plata por
peso para todos los vasos, para

todos los vasos de cada servicio.
15 *Oro* por peso para los candeleros de oro, y para sus candilejas; por peso el oro para cada candelero y sus candilejas: y para los candeleros de plata, *plata* por peso para el candelero y sus candilejas, conforme al servicio de cada candelero.
16 Asimismo *dio* oro por peso para las mesas de la proposición, para cada mesa: del mismo modo plata para las mesas de plata:
17 También oro puro para los garfios y para las palanganas, y para los incensarios, y para los tazones de oro, para cada tazón por peso; y para los tazones de plata, por peso para cada tazón:
18 Además, oro puro por peso para el altar del perfume, y oro para el modelo del carro de los querubines, que con las alas extendidas cubrían el arca del pacto del SEÑOR.
19 Todas estas cosas, *dijo David*, se me han representado por la mano del SEÑOR que me hizo entender todas las obras del modelo.
20 Dijo más David a Salomón su hijo: Anímate y esfuérzate, y ponlo por obra; no temas, ni desmayes, porque el SEÑOR Dios, mi Dios, será contigo: él no te dejará, ni te desamparará, hasta que acabes toda la obra para el servicio de la casa del SEÑOR.
21 He aquí los órdenes de los sacerdotes y de los Levitas, para todo el ministerio de la casa de Dios, serán contigo en toda la obra: asimismo todos los voluntarios e inteligentes para cualquiera especie de industria; y los príncipes, y todo el pueblo para *ejecutar* todas tus órdenes.

CAPÍTULO 29

DESPUÉS dijo el rey David a toda la congregación: A solo Salomón mi hijo ha elegido Dios; él es joven y tierno, y la obra grande; porque la casa no es para hombre, sino para el SEÑOR Dios.
2 Yo empero con todas mis fuerzas he preparado para la casa de mi Dios, oro para las cosas de oro, y plata para las cosas de plata, y latón para las de latón, y hierro para las de hierro, y madera para las de madera, y piedras de ónix, y piedras preciosas, y piedras negras, y piedras de diversos colores, y toda suerte de piedras preciosas, y piedras de mármol en abundancia.
3 A más de esto, por cuanto tengo mi gusto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata *que,* además de todas las cosas que he aprestado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios;
4 *A saber,* tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata afinada para cubrir las paredes de las casas:
5 Oro pues para las cosas de oro, y plata para las cosas de plata, y para toda la obra de manos de los oficiales. ¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria al SEÑOR?
6 Entonces los príncipes de las familias, y los príncipes de las tribus de Israel, tribunos y centuriones, con los superintendentes de la hacienda del rey, ofrecieron de su voluntad;
7 Y dieron para el servicio de la casa de Dios cinco mil talentos de oro y diez mil sueldos, y diez mil talentos de plata, y dieciocho

mil talentos de latón, y cinco mil
talentos de hierro.
8 Y todo el que se halló con piedras preciosas, diólas para el tesoro de la casa del SEÑOR, en
mano de Jehiel Gersonita.
9 Y holgóse el pueblo de haber
contribuído de su voluntad; porque con entero corazón ofrecieron al SEÑOR voluntariamente.
10 Asimismo holgóse mucho el
rey David, y bendijo al SEÑOR
delante de toda la congregación;
y dijo David: Bendito seas tú, oh
SEÑOR, Dios de Israel nuestro
padre, de uno a otro siglo.
11 Tuya es, oh SEÑOR, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en
el cielo y en la tierra *son tuyas*.
Tuyo, oh SEÑOR, es el reino, y
la altura sobre todos *los que están*
por cabeza.
12 Las riquezas y la gloria están
delante de ti, y tú señoreas a
todos: y en tu mano está la potencia y la fortaleza, y en tu mano
la grandeza y fuerza de todas las
cosas.
13 Ahora pues, Dios nuestro, nosotros te damos gracias, y alabamos tu glorioso nombre.
14 Porque ¿quién soy yo, y quién
es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad
cosas semejantes? porque todo
es tuyo, y *lo recibido* de tu mano
te damos.
15 Porque nosotros, extranjeros
y advenedizos somos delante de
ti, como todos nuestros padres; y
nuestros días cual sombra sobre
la tierra, y no *dan* espera.
16 Oh SEÑOR Dios nuestro, toda
esta abundancia que hemos
apestado para edificar casa a tu
santo nombre, de tu mano es, y
todo es tuyo.
17 Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la
rectitud te agrada: por eso yo con
rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto,
y ahora he visto con alegría que
tu pueblo, que aquí se ha hallado
ahora, ha dado para ti espontáneamente.
18 Oh SEÑOR Dios de Abraham,
de Isaac, y de Israel, nuestros
padres, conserva perpetuamente
esta voluntad del corazón de tu
pueblo, y encamina su corazón a ti.
19 Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que
guarde tus mandamientos, tus
testimonios y tus estatutos, y
para que haga todas las cosas, y
te edifique la casa para la cual yo
he hecho el apresto.
20 Después dijo David a toda la
congregación: Bendecid ahora al
SEÑOR vuestro Dios. Entonces
toda la congregación bendijo al
SEÑOR Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante del
SEÑOR, y del rey.
21 Y sacrificaron víctimas al
SEÑOR, y ofrecieron al SEÑOR
holocaustos el día siguiente, mil
becerros, mil carneros, mil corderos con sus libaciones, y muchos sacrificios por todo Israel.
22 Y comieron y bebieron delante del SEÑOR aquel día con gran
gozo; y dieron la segunda vez la
investidura del reino a Salomón
hijo de David, y ungiéronlo al
SEÑOR por príncipe, y a Sadoc
por sacerdote.
23 Y sentóse Salomón por rey en
el trono del SEÑOR en lugar de
David su padre, y fue prosperado; y obedecióle todo Israel.

24 Y todos los príncipes y poderosos, y todos los hijos del rey David, prestaron homenaje al rey Salomón.
25 Y el SEÑOR engrandeció en extremo a Salomón a los ojos de todo Israel, y dióle gloria del reino, cual ningún rey la tuvo antes de él en Israel.
26 Así reinó David hijo de Isaí sobre todo Israel.
27 Y el tiempo que reinó sobre Israel fue cuarenta años. Siete años reinó en Hebrón, y treinta y tres reinó en Jerusalem.
28 Y murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas, y de gloria: y reinó en su lugar Salomón su hijo.
29 Y los hechos del rey David, primeros y postreros, están escritos en el libro de *las crónicas de* Samuel vidente, y en las crónicas del profeta Natán, y en las crónicas de Gad vidente,
30 Con todo *lo relativo* a su reinado, y su poder, y los tiempos que pasaron sobre él, y sobre Israel, y sobre todos los reinos de aquellas tierras.

El Segundo Libro de
CRÓNICAS

CAPÍTULO 1
Y SALOMÓN hijo de David fue
afirmado en su reino; y el
SEÑOR su Dios fue con él, y le
engrandeció sobremanera.
2 Y llamó Salomón a todo Israel,
tribunos, centuriones, y jueces, y
a todos los príncipes de todo Is-
rael, cabezas de familias.
3 Y fue Salomón, y con él toda la
congregación, al alto que había
en Gabaón; porque allí estaba el
tabernáculo de la congregación
de Dios, que Moisés siervo del
SEÑOR había hecho en el desierto.
4 Mas David había traído el arca
de Dios de Quiriat-jearim al
lugar que él le había preparado;
porque él le había tendido una
tienda en Jerusalem.
5 Asimismo el altar de latón que
había hecho Bezaleel hijo de Uri,
hijo de Hur, estaba allí delante
del tabernáculo del SEÑOR, al
cual fueron a consultar Salomón
y la congregación.
6 Subió pues Salomón allá delan-
te del SEÑOR, al altar de latón
que estaba en el tabernáculo de
la congregación, y ofreció sobre
él mil holocaustos.
7 Y aquella noche apareció Dios
a Salomón, y díjole: Demanda lo
que quisieres que yo te dé.
8 Y Salomón dijo a Dios: Tú has
hecho con David mi padre gran-
de misericordia, y a mí me has
puesto por rey en lugar suyo.
9 Confírmese pues ahora, oh
SEÑOR Dios, tu palabra *dada* a
David mi padre; porque tú me
has puesto por rey sobre un pue-
blo en muchedumbre como el
polvo de la tierra.
10 Dame ahora sabiduría y co-
nocimiento, para salir y entrar
delante de este pueblo: porque
¿quién podrá juzgar este tu pue-
blo tan grande?
11 Y dijo Dios a Salomón: Por
cuanto esto fue en tu corazón,
que no pediste riquezas, hacien-
da, o gloria, ni el alma de los que
te quieren mal, ni pediste mu-
chos días, sino que has pedido
para ti sabiduría y conocimiento
para juzgar mi pueblo, sobre el
cual te he puesto por rey,
12 Sabiduría y conocimiento te
es dada; y también te daré ri-
quezas, hacienda, y gloria, cual
nunca hubo en los reyes que han
sido antes de ti, ni después de ti
habrá tal.
13 Y volvió Salomón a Jerusalem
del alto que estaba en Gabaón,
de delante del tabernáculo de la
congregación; y reinó sobre Is-
rael.
14 Y juntó Salomón carros y
gente de a caballo; y tuvo mil y
cuatrocientos carros, y doce mil
jinetes, los cuales puso en las
ciudades de los carros, y con el
rey en Jerusalem.
15 Y puso el rey plata y oro en
Jerusalem como piedras, y cedro
como sicómoros que *hay* en los
campos en abundancia.
16 Y sacaban caballos y lienzos
finos de Egipto para Salomón;
pues por contrato tomaban *allí*
los mercaderes del rey caballos
y lienzos.

17 Y subían, y sacaban de Egipto,
un carro por seiscientas piezas
de plata, y un caballo por cien-
to y cincuenta: y así se sacaban
por medio de ellos para todos los
reyes de los Heteos, y para los
reyes de Siria.

CAPÍTULO 2

DETERMINÓ pues Salomón
edificar casa al nombre del
SEÑOR, y *otra* casa para su reino.
2 Y contó Salomón setenta mil
hombres que llevasen cargas, y
ochenta mil hombres que corta-
sen en el monte, y tres mil y seis-
cientos que los gobernasen.
3 Y envió a decir Salomón a
Hiram rey de Tiro: *Haz conmigo*
como hiciste con David mi padre,
enviándole cedros para que edi-
ficara para sí casa en que morase.
4 He aquí yo tengo que edificar
casa al nombre del SEÑOR mi
Dios, para consagrársela, para
quemar perfumes aromáticos
delante de él, y para la coloca-
ción continua de los panes de la
proposición, y para holocaustos
a mañana y tarde, y los sábados,
y nuevas lunas, y festividades del
SEÑOR nuestro Dios; lo cual ha
de ser perpetuo en Israel.
5 Y la casa que tengo que edifi-
car, ha de ser grande: porque
el Dios nuestro es grande sobre
todos los dioses.
6 Mas ¿quién será tan poderoso
que le edifique casa? El cielo y
el cielo de los cielos no le pue-
den contener; ¿quién pues soy
yo, que le edifique casa, sino
para quemar perfumes delante
de él?
7 Envíame pues ahora un hom-
bre hábil, que sepa trabajar en
oro, y en plata, y en latón, y en
hierro, en púrpura, y en grana, y
en cárdeno, y que sepa esculpir
con los maestros que están con-
migo en Judá y en Jerusalem, los
cuales previno mi padre.
8 Envíame también madera de
cedro, de ciprés, de algumim,
del Líbano: porque yo sé que tus
siervos entienden de cortar ma-
dera en el Líbano; y he aquí, mis
siervos irán con los tuyos,
9 Para que me apresten mucha
madera, porque la casa que
tengo de edificar ha de ser gran-
de y portentosa.
10 Y he aquí para los operarios
tus siervos, cortadores de la ma-
dera, he dado veinte mil coros de
trigo en grano, y veinte mil coros
de cebada, y veinte mil batos de
vino, y veinte mil batos de aceite.
11 Entonces Hiram rey de Tiro
respondió por letras, las que
envió a Salomón: Porque el
SEÑOR amó a su pueblo, te ha
puesto por rey sobre ellos.
12 Y además decía Hiram: Bendi-
to sea el SEÑOR el Dios de Israel,
que hizo el cielo y la tierra, y que
dio al rey David hijo sabio, en-
tendido, cuerdo y prudente, que
edifique casa al SEÑOR, y casa
para su reino.
13 Yo pues te he enviado un hom-
bre hábil y entendido, *que fue* de
Hiram mi padre,
14 Hijo de una mujer de las hijas
de Dan, y su padre fue de Tiro; el
cual sabe trabajar en oro, y plata,
y latón, y hierro, en piedra y en
madera, en púrpura y en cárdeno
en lino y en carmesí; asimismo
para esculpir todas figuras, y
sacar toda suerte de diseño que
se le propusiere, y *estar* con tus
hombres peritos, y con los de mi
señor David tu padre.

15 Ahora pues, enviará mi señor a sus siervos el trigo y cebada, y aceite y vino, que ha dicho;
16 Y nosotros cortaremos en el Líbano la madera que hubieres menester, y te la traeremos en balsas por el mar hasta Jope, y tú la harás llevar hasta Jerusalem.
17 Y contó Salomón todos los hombres extranjeros que estaban en la tierra de Israel, después de haberlos ya contado David su padre, y fueron hallados ciento cincuenta y tres mil seiscientos.
18 Y señaló de ellos setenta mil para llevar cargas, y ochenta mil que cortasen en el monte, y tres mil y seiscientos por sobrestantes para hacer trabajar al pueblo.

CAPÍTULO 3

Y COMENZÓ Salomón a edificar la casa del SEÑOR en Jerusalem, en el monte Moria que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán Jebuseo.
2 Y comenzó a edificar en el mes segundo, a dos *del mes*, en el cuarto año de su reinado.
3 Éstas *son las medidas de que* Salomón fundó el edificio de la casa de Dios. La primera medida fue, la longitud de sesenta codos; y la anchura de veinte codos.
4 El pórtico que estaba en la delantera de la longitud, era de veinte codos al frente del ancho de la casa, y su altura de ciento y veinte: y cubriólo por dentro de oro puro.
5 Y techó la casa mayor con madera de ciprés, la cual cubrió de buen oro, e hizo resaltar sobre ella palmas y cadenas.
6 Cubrió también la casa de piedras preciosas por excelencia: y el oro era oro de Parvaim.
7 Así cubrió la casa, sus vigas, sus umbrales, sus paredes, y sus puertas, con oro; y esculpió querubines por las paredes.
8 Hizo asimismo la casa del lugar santísimo, cuya longitud era de veinte codos según el ancho del frente de la casa, y su anchura de veinte codos: y cubrióla de buen oro que ascendía a seiscientos talentos.
9 Y el peso de los clavos tuvo cincuenta siclos de oro. Cubrió también de oro las salas.
10 Y dentro del lugar santísimo hizo dos querubines de forma de niños, los cuales cubrieron de oro.
11 El largo de las alas de los querubines era de veinte codos: porque la una ala era de cinco codos: la cual llegaba hasta la pared de la casa; y la otra ala de cinco codos, la cual llegaba al ala del otro querubín.
12 De la misma manera la una ala del otro querubín era de cinco codos: la cual llegaba hasta la pared de la casa; y la otra ala era de cinco codos, que tocaba al ala del otro querubín.
13 *Así* las alas de estos querubines estaban extendidas por veinte codos: y ellos estaban en pie con los rostros hacia la casa.
14 Hizo también el velo de cárdeno, púrpura, carmesí y lino, e hizo resaltar en él querubines.
15 Delante de la casa hizo dos columnas de treinta y cinco codos de longitud, con sus capiteles encima, de cinco codos.
16 Hizo asimismo cadenas *como hizo* en el lugar santísimo, y pú-

solas sobre los capiteles de las
columnas: e hizo cien granadas,
las cuales puso en las cadenas.
17 Y asentó las columnas delante
del templo, la una a la mano derecha, y la otra a la izquierda; y a
la de la mano derecha llamó Jaquín, y a la de la izquierda, Boaz.

CAPÍTULO 4

HIZO además un altar de latón de veinte codos de longitud, y veinte codos de anchura, y diez codos de altura.
2 También hizo un mar de fundición, el cual tenía diez codos de un borde al otro borde, enteramente redondo: su altura era de cinco codos, y una línea de treinta codos lo ceñía alrededor.
3 Y debajo de él había figuras de bueyes que lo circundaban, diez en cada codo todo alrededor: eran dos órdenes de bueyes fundidos juntamente con el mar.
4 Y estaba asentado sobre doce bueyes, tres de los cuales miraban al septentrión, y tres al occidente, y tres al sur, y tres al oriente: y el mar asentaba sobre ellos, y todas sus traseras estaban a la parte de adentro.
5 Y tenía de grueso un palmo, y el borde era de la hechura del borde de una copa, o flor de lis. Y hacía tres mil batos.
6 Hizo también diez fuentes, y puso cinco a la derecha y cinco a la izquierda, para lavar y limpiar en ellas la obra de la ofrenda quemada; mas el mar era para lavarse los sacerdotes en él.
7 Hizo asimismo diez candeleros de oro según su forma, los cuales puso en el templo, cinco a la derecha, y cinco a la izquierda.
8 Además hizo diez mesas y púsolas en el templo, cinco a la derecha, y cinco a la izquierda: igualmente hizo cien tazones de oro.
9 A más de esto hizo el atrio de los sacerdotes, y el gran atrio, y las portadas del atrio, y cubrió las puertas de ellas de latón.
10 Y asentó el mar al lado derecho hacia el oriente, enfrente del sur.
11 Hizo también Hiram calderos, y palas, y tazones; y acabó Hiram la obra que hacía al rey Salomón para la casa de Dios;
12 Dos columnas, y los cordones, los capiteles sobre las cabezas de las dos columnas, y dos redes para cubrir las dos bolas de los capiteles que estaban encima de las columnas;
13 Cuatrocientas granadas en las dos redecillas, dos órdenes de granadas en cada redecilla, para que cubriesen las dos bolas de los capiteles que estaban encima de las columnas.
14 Hizo también las basas, sobre las cuales asentó las fuentes;
15 Un mar, y doce bueyes debajo de él;
16 Y calderos, y palas, y garfios; y todos sus enseres hizo Hiram su padre al rey Salomón para la casa del SEÑOR, de latón purísimo.
17 Y fundiólos el rey en los llanos del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Seredat.
18 Y Salomón hizo todos estos vasos en grande abundancia, porque no pudo ser hallado el peso del latón.
19 Así hizo Salomón todos los vasos para la casa de Dios, y el altar de oro, y las mesas sobre las cuales se ponían

los panes de la proposición;
20 Asimismo los candeleros y sus
candilejas, de oro puro, para que
las encendiesen delante del lugar
santísimo conforme a la costum-
bre.
21 Y las flores, y las lamparillas,
y las despabiladeras *se hicieron* de
oro, de oro perfecto;
22 También los platillos, y las
jofainas, y las cucharas, y los in-
censarios, de oro puro. Cuanto a
la entrada de la casa, sus puertas
interiores para el lugar santísimo,
y las puertas de la casa del tem-
plo, de oro.

CAPÍTULO 5

Y ACABADA que fue toda la
obra que hizo Salomón para
la casa del SEÑOR, metió Salo-
món *en ella* las cosas que David
su padre había dedicado; y puso
la plata, y el oro, y todos los
vasos, en los tesoros de la casa
de Dios.
2 Entonces Salomón juntó en Je-
rusalem los ancianos de Israel, y
todos los príncipes de las tribus,
las cabezas de las familias de los
hijos de Israel, para que trajesen
el arca del pacto del SEÑOR de
la ciudad de David, que es Sión.
3 Y juntáronse al rey todos los
varones de Israel, a la solemni-
dad del mes séptimo.
4 Y vinieron todos los ancianos
de Israel, y tomaron los Levitas
el arca:
5 Y llevaron el arca, y el taberná-
culo de la congregación, y todos
los vasos del santuario que esta-
ban en el tabernáculo: los sacer-
dotes y los Levitas los llevaron.
6 Y el rey Salomón, y toda la con-
gregación de Israel que se había
a él reunido delante del arca, sa-
crificaron ovejas y bueyes, que
por la multitud no se pudieron
contar ni numerar.
7 Y los sacerdotes metieron el
arca del pacto del SEÑOR en su
lugar, en el lugar santísimo de la
casa, en el lugar santísimo, bajo
las alas de los querubines:
8 Pues los querubines extendían
las alas sobre el asiento del arca,
y cubrían los querubines por en-
cima así el arca como sus barras.
9 E hicieron salir fuera las barras,
de modo que se viesen los extre-
mos de las barras del arca delan-
te del lugar santísimo, pero no se
veían desde fuera: y allí estuvie-
ron hasta hoy.
10 En el arca no había sino las
dos tablas que Moisés había
puesto en Horeb, con las cuales
el SEÑOR había hecho pacto con
los hijos de Israel, después que
salieron de Egipto.
11 Y como los sacerdotes salie-
ron del santuario, (porque todos
los sacerdotes que se hallaron
habían sido santificados, y no
guardaban sus veces;
12 Y los Levitas cantores, todos
los de Asaf, los de Hemán, y los
de Jedutún, juntamente con sus
hijos y sus hermanos, vestidos de
lino fino, estaban con címbalos
y salterios y arpas al oriente del
altar; y con ellos ciento veinte sa-
cerdotes que tocaban trompetas:)
13 Sonaban pues las trompetas,
y cantaban con la voz todos a
una, para alabar y dar gracias
al SEÑOR: y cuando alzaban la
voz con trompetas y címbalos e
instrumentos de música, cuan-
do alababan al SEÑOR, *dicien-
do*: Porque es bueno, porque su
misericordia es para siempre:
la casa se llenó entonces de

una nube, la casa del SEÑOR.
14 Y no podían los sacerdotes
estar para ministrar, por causa
de la nube; porque la gloria del
SEÑOR había henchido la casa
de Dios.

CAPÍTULO 6

ENTONCES dijo Salomón: el
SEÑOR ha dicho que él habi-
taría en la oscuridad.
2 Yo pues he edificado una casa
de morada para ti, y una habita-
ción en que mores para siempre.
3 Y volviendo el rey su rostro,
bendijo a toda la congregación
de Israel: y toda la congregación
de Israel estaba en pie.
4 Y él dijo: Bendito sea el SEÑOR
Dios de Israel, el cual con su
mano ha cumplido lo que habló
por su boca a David mi padre, di-
ciendo:
5 Desde el día que saqué mi pue-
blo de la tierra de Egipto, ningu-
na ciudad he elegido de todas
las tribus de Israel para edificar
casa donde estuviese mi nombre,
ni he escogido varón que fuese
príncipe sobre mi pueblo Israel.
6 Mas a Jerusalem he elegido
para que en ella esté mi nombre,
y a David he elegido para que
fuese sobre mi pueblo Israel.
7 Y David mi padre tuvo en el co-
razón edificar casa al nombre del
SEÑOR Dios de Israel.
8 Mas el SEÑOR dijo a David mi
padre: Respecto a haber tenido
en tu corazón edificar casa a mi
nombre, bien has hecho en haber
tenido esto en tu corazón.
9 Empero tú no edificarás la
casa, sino tu hijo que saldrá de
tus lomos, él edificará casa a mi
nombre.
10 Y el SEÑOR ha cumplido su
palabra que había dicho; pues
levantéme yo en lugar de David
mi padre, y heme sentado en el
trono de Israel, como el SEÑOR
había dicho; y he edificado casa
al nombre del SEÑOR Dios de Is-
rael.
11 Y en ella he puesto el arca, en
la cual está el pacto del SEÑOR
que concertó con los hijos de Is-
rael.
12 Púsose luego *Salomón* delan-
te del altar del SEÑOR, en pre-
sencia de toda la congregación
de Israel, y extendió sus manos.
13 Porque Salomón había hecho
un púlpito de latón, de cinco
codos de largo, y de cinco
codos de ancho, y de altura de
tres codos, y lo había puesto en
medio del atrio: y púsose sobre
él, e hincóse de rodillas delante
de toda la congregación de Israel,
y extendiendo sus manos al cielo,
dijo:
14 Oh SEÑOR Dios de Israel, no
hay Dios semejante a ti en el
cielo ni en la tierra, que guardas
el pacto y la misericordia a tus
siervos que caminan delante de
ti de todo su corazón;
15 Que has guardado a tu siervo
David mi padre lo que le dijiste:
tú lo dijiste de tu boca, mas con
tu mano lo has cumplido, como
parece este día.
16 Ahora pues, oh SEÑOR Dios de
Israel, guarda a tu siervo David
mi padre lo que le has prometido,
diciendo: No faltará de ti varón
delante de mí, que se siente en el
trono de Israel, a condición que
tus hijos guarden su camino, an-
dando en mi ley, como tú delan-
te de mí has andado.
17 Ahora pues, oh SEÑOR Dios
de Israel, verifíquese tu pala-

bra que dijiste a tu siervo David.
18 Mas ¿es verdad que Dios ha de habitar con el hombre en la tierra? He aquí, el cielo y el cielo de los cielos no pueden contenerte: ¿cuánto menos esta casa que he edificado?
19 Mas tú mirarás a la oración de tu siervo, y a su ruego, oh SEÑOR Dios mío, para oír el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti.
20 Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste, Mi nombre estará allí; que oigas la oración con que tu siervo ora en este lugar.
21 Asimismo que oigas el ruego de tu siervo, y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hicieren oración, que tú oirás desde el cielo, desde el lugar de tu morada: que oigas y perdones.
22 Si alguno pecare contra su prójimo, y él le pidiere juramento haciéndole jurar, y el juramento viniere delante de tu altar en esta casa,
23 Tú oirás desde el cielo, y obrarás, y juzgarás a tus siervos, dando la paga al impío, tornándole su proceder sobre su cabeza, y justificando al justo en darle conforme a su justicia.
24 Si tu pueblo Israel cayere delante de los enemigos, por haber prevaricado contra ti, y se convirtieren, y confesaren tu nombre, y rogaren delante de ti en esta casa,
25 Tú oirás desde los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y los volverás a la tierra que diste a ellos y a sus padres.
26 Si el cielo se cerrare, que no haya lluvia por haber pecado contra ti, si oraren a ti en este lugar, y confesaren tu nombre, y se convirtieren de sus pecados, cuando los afligieres,
27 Tú *los* oirás en el cielo, y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, y les enseñarás el buen camino para que anden en él, y darás lluvia sobre tu tierra, la cual diste por heredad a tu pueblo.
28 Y si hubiere hambre en la tierra, o si hubiere pestilencia, si hubiere tizoncillo o añublo, langosta o pulgón; o si los cercaren sus enemigos en la tierra de su domicilio; cualquiera plaga o enfermedad que sea;
29 Toda oración y todo ruego que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cualquiera que conociere su llaga y su dolor en su corazón, si extendiere sus manos a esta casa,
30 Tú oirás desde el cielo, desde el lugar de tu habitación, y perdonarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, habiendo conocido su corazón; (porque sólo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres;)
31 Para que te teman y anden en tus caminos, todos los días que vivieren sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres.
32 Y también al extranjero que no fuere de tu pueblo Israel, que hubiere venido de lejanas tierras a causa de tu grande nombre, y de tu mano fuerte, y de tu brazo extendido, si vinieren, y oraren en esta casa,
33 Tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y harás conforme a todas las cosas por las cuales hubiere clamado a

ti el extranjero; para que todos
los pueblos de la tierra conoz-
can tu nombre, y te teman como
tu pueblo Israel, y sepan que tu
nombre es invocado sobre esta
casa que he edificado yo.
34 Si tu pueblo saliere a la guerra
contra sus enemigos por el cami-
no que tú los enviares, y oraren a
ti hacia esta ciudad que tú elegis-
te, hacia la casa que he edificado
a tu nombre,
35 Tú oirás desde los cielos su
oración y su ruego, y ampararás
su derecho.
36 Si pecaren contra ti, (pues no
hay hombre que no peque,) y te
airares contra ellos, y los entre-
gares delante de sus enemigos,
para que los que los tomaren los
lleven cautivos a tierra de enemi-
gos, lejos o cerca,
37 Y ellos volvieren en sí en la
tierra donde fueren llevados cau-
tivos; si se convirtieren, y oraren
a ti en la tierra de su cautividad,
y dijeren: Pecamos, hemos hecho
inicuamente, impíamente hemos
obrado;
38 Si se convirtieren a ti de todo
su corazón y de toda su alma en
la tierra de su cautividad, donde
los hubieren llevado cautivos, y
oraren hacia su tierra que tú diste
a sus padres, hacia la ciudad que
tu elegiste, y hacia la casa que he
edificado a tu nombre;
39 Tú oirás desde los cielos,
desde el lugar de tu morada, su
oración y su ruego, y ampararás
su causa, y perdonarás a tu pue-
blo que pecó contra ti.
40 Ahora pues, oh Dios mío, rué-
gote estén abiertos tus ojos, y
atentos tus oídos a la oración en
este lugar.
41 Oh SEÑOR Dios, levántate
ahora para *habitar en* tu reposo,
tú y el arca de tu fortaleza; sean,
oh SEÑOR Dios, vestidos de sal-
vación tus sacerdotes, y gocen de
bien tus santos.
42 Oh SEÑOR Dios, no hagas
volver el rostro de tu ungido:
acuérdate de las misericordias
de David tu siervo.

CAPÍTULO 7

Y COMO Salomón acabó de
orar, el fuego descendió del
cielo, y consumió la ofrenda que-
mada y las víctimas; y la gloria
del SEÑOR hinchió la casa.
2 Y no podían entrar los sacerdo-
tes en la casa del SEÑOR, porque
la gloria del SEÑOR había hen-
chido la casa del SEÑOR.
3 Y como vieron todos los hijos
de Israel descender el fuego y la
gloria del SEÑOR sobre la casa,
cayeron en tierra sobre sus ros-
tros en el pavimento, y adoraron,
confesando al SEÑOR, *diciendo:*
Porque es bueno, porque su mi-
sericordia es para siempre.
4 Entonces el rey y todo el pue-
blo sacrificaron víctimas delante
del SEÑOR.
5 Y ofreció el rey Salomón en sa-
crificio veinte y dos mil bueyes, y
ciento y veinte mil ovejas; y así
dedicaron la casa de Dios el rey y
todo el pueblo.
6 Y los sacerdotes asistían en
su ministerio; y los Levitas con
los instrumentos de música del
SEÑOR, los cuales había hecho
el rey David para confesar al
SEÑOR, que su misericordia *es*
para siempre; cuando David ala-
baba por mano de ellos. Asimis-
mo los sacerdotes tañían trompe-
tas delante de ellos, y todo Israel
estaba en pie.

7 También santificó Salomón el medio del atrio que estaba delante de la casa del SEÑOR, por cuanto había ofrecido allí los holocaustos, y los sebos de los pacíficos; porque en el altar de latón que Salomón había hecho, no podían caber los holocaustos, y el presente, y los sebos.
8 Entonces hizo Salomón fiesta siete días, y con él todo Israel, una grande congregación, desde la entrada de Hamat hasta el arroyo de Egipto.
9 Al octavo día hicieron convocación, porque habían hecho la dedicación del altar en siete días, y habían celebrado la solemnidad por siete días.
10 Y a los veintitrés del mes séptimo envió al pueblo a sus estancias, alegres y gozosos de corazón por los beneficios que el SEÑOR había hecho a David, y a Salomón, y a su pueblo Israel.
11 Acabó pues Salomón la casa del SEÑOR, y la casa del rey: y todo lo que Salomón tuvo en voluntad de hacer en la casa del SEÑOR y en su casa, fue prosperado.
12 Y apareció el SEÑOR a Salomón de noche, y díjole: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio.
13 Si yo cerrare el cielo, que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo;
14 Si se humillare mi pueblo, sobre los cuales mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde el cielo, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.
15 Ahora estarán abiertos mis ojos, y atentos mis oídos, a la oración en este lugar:
16 Pues que ahora he elegido y santificado esta casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre.
17 Y tú, si anduvieres delante de mí, como anduvo David tu padre, e hicieres todas las cosas que yo te he mandado, y guardares mis estatutos y mis derechos,
18 Yo confirmaré el trono de tu reino, como concerté con David tu padre, diciendo: No faltará varón de ti que domine en Israel.
19 Mas si vosotros os volviereis, y dejareis mis estatutos y mis preceptos que os he propuesto, y fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis,
20 Yo los arrancaré de mi tierra que les he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la echaré de delante de mí, y pondréla por proverbio y fábula en todos los pueblos.
21 Y esta casa que habrá sido ilustre, será espanto a todo el que pasare, y dirá: ¿Por qué ha hecho así el SEÑOR a esta tierra y a esta casa?
22 Y se responderá: Por cuanto dejaron al SEÑOR Dios de sus padres, el cual los sacó de la tierra de Egipto, y han abrazado dioses ajenos, y los adoraron y sirvieron: por eso él ha traído todo este mal sobre ellos.

CAPÍTULO 8

Y ACONTECIÓ que al cabo de veinte años que Salomón había edificado la casa del SEÑOR y su casa,
2 Reedificó Salomón las ciuda-

des que Hiram le había dado, y
estableció en ellas a los hijos de
Israel.
3 Después vino Salomón a Hamat
de Soba, y la tomó.
4 Y edificó a Tadmor en el desier-
to, y todas las ciudades de muni-
ciones que edificó en Hamat.
5 Asimismo reedificó a Bet-ho-
rón la de arriba, y a Bet-horón la
de abajo, ciudades fortificadas,
de muros, puertas, y barras;
6 Y a Baalat, y a todas las villas
de munición que Salomón tenía;
también todas las ciudades de
los carros y las de la gente de a
caballo; y todo lo que Salomón
quiso edificar en Jerusalem, y en
el Líbano, y en toda la tierra de
su señorío.
7 Y a todo el pueblo que había
quedado de los Heteos, Amo-
rreos, Ferezeos, Heveos, y Jebu-
seos, que no eran de Israel,
8 Los hijos de los que habían
quedado en la tierra después de
ellos, a los cuales los hijos de
Israel no destruyeron del todo,
hizo Salomón tributarios hasta
hoy.
9 Y de los hijos de Israel no puso
Salomón siervos en su obra; por-
que eran hombres de guerra, y
sus príncipes y sus capitanes, y
comandantes de sus carros, y su
gente de a caballo.
10 Y tenía Salomón doscientos
y cincuenta principales de los
gobernadores, los cuales manda-
ban en aquella gente.
11 Y pasó Salomón a la hija de
Faraón, de la ciudad de David
a la casa que él le había edifi-
cado; porque dijo: Mi esposa no
morará en la casa de David rey
de Israel, porque aquellas *ha-
bitaciones* donde ha entrado el
arca del SEÑOR, son sagradas.
12 Entonces ofreció Salomón
holocaustos al SEÑOR sobre el
altar del SEÑOR, que había él
edificado delante del pórtico,
13 Para que ofreciesen cada cosa
en su día, conforme al manda-
miento de Moisés, en los sába-
dos, en las nuevas lunas, y en las
solemnidades, tres veces en el
año, *a saber*, en la fiesta de los
panes ázimos, en la fiesta de las
semanas, y en la fiesta de los ta-
bernáculos.
14 Y constituyó los repartimien-
tos de los sacerdotes en sus ofi-
cios, conforme a la ordenación
de David su padre; y los Levitas
por sus órdenes, para que alaba-
sen y ministrasen delante de los
sacerdotes, cada cosa en su día;
asimismo los porteros por su
orden a cada puerta: porque así
lo había mandado David, varón
de Dios.
15 Y no salieron del mandamien-
to del rey, cuanto a los sacer-
dotes y Levitas, y los tesoros, y
todo negocio:
16 Porque toda la obra de Salo-
món estaba preparada desde el
día en que la casa del SEÑOR
fue fundada hasta que se acabó,
hasta que la casa del SEÑOR fue
acabada del todo.
17 Entonces Salomón fue a
Esion-geber, y a Elot, a la costa
del mar en la tierra de Edom.
18 Porque Hiram le había envia-
do navíos por mano de sus sier-
vos, y marineros conocedores
del mar, los cuales fueron con
los siervos de Salomón a Ofir, y
tomaron de allá cuatrocientos y
cincuenta talentos de oro, y los
trajeron al rey Salomón.

CAPÍTULO 9

Y OYENDO la reina de Seba la fama de Salomón, vino a Jerusalem con una muy grande compañía, con camellos cargados de aroma, y oro en abundancia, y piedras preciosas, para tentar a Salomón con preguntas difíciles. Y luego que vino a Salomón, habló con él todo lo que en su corazón tenía.
2 Pero Salomón le contestó todas sus preguntas: y ninguna cosa quedó que Salomón no le declarase.
3 Y viendo la reina de Seba la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado,
4 Y las viandas de su mesa, y el asiento de sus siervos, y el estado de sus criados, y los vestidos de ellos, sus maestresalas y sus vestidos, y su subida por donde subía a la casa del SEÑOR, no quedó más espíritu en ella.
5 Y dijo al rey: Verdad es lo que había oído en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría;
6 Mas yo no creía las palabras de ellos, hasta que he venido, y mis ojos han visto: y he aquí que ni aun la mitad de la grandeza de tu sabiduría me había sido dicha; porque tú sobrepujas la fama que yo había oído.
7 Bienaventurados tus hombres, y dichosos estos tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría.
8 El SEÑOR tu Dios sea bendito, el cual se ha agradado en ti para ponerte sobre su trono por rey del SEÑOR tu Dios: por cuanto tu Dios amó a Israel para establecerlo por siempre, por eso te ha puesto por rey sobre ellos, para que hagas juicio y justicia.
9 Y dio al rey ciento y veinte talentos de oro, y gran copia de aromas, y piedras preciosas: nunca hubo tales aromas como los que dio la reina de Seba al rey Salomón.
10 También los siervos de Hiram y los siervos de Salomón, que habían traído el oro de Ofir, trajeron madera de algumim, y piedras preciosas.
11 E hizo el rey de la madera de algumim gradas en la casa del SEÑOR, y en las casas reales, y arpas y salterios para los cantores: nunca en tierra de Judá se había visto *madera* semejante.
12 Y el rey Salomón dio a la reina de Seba todo lo que ella quiso y le pidió, más de lo que había traído al rey. Después se volvió y fuese a su tierra con sus siervos.
13 Y el peso de oro que venía a Salomón cada un año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro,
14 Sin lo que traían los mercaderes y negociantes; y también todos los reyes de Arabia y los príncipes de la tierra traían oro y plata a Salomón.
15 Hizo también el rey Salomón doscientos paveses de oro de martillo, cada uno de los cuales tenía seiscientos *siclos* de oro labrado:
16 Asimismo trescientos escudos de oro batido, teniendo cada escudo trescientos *siclos* de oro: y púsolos el rey en la casa del bosque del Líbano.
17 Hizo además el rey un gran trono de marfil, y cubriólo de oro puro.
18 Y había seis gradas al trono, con un estrado de oro al mismo, y brazos de la una parte y de la

otra al lugar del asiento, y dos
leones que estaban junto a los
brazos.
19 Había también allí doce leo-
nes sobre las seis gradas de la
una parte y de la otra. Jamás fue
hecho otro semejante en reino
alguno.
20 Toda la vajilla del rey Salo-
món era de oro, y toda la vajilla
de la casa del bosque del Líbano,
de oro puro. En los días de Salo-
món la plata no era de estima.
21 Porque la flota del rey iba a
Tarsis con los siervos de Hiram,
y cada tres años solían venir las
naves de Tarsis, y traían oro,
plata, marfil, simios, y pavos.
22 Y excedió el rey Salomón a
todos los reyes de la tierra en ri-
queza y en sabiduría.
23 Y todos los reyes de la tierra
procuraban *ver* el rostro de Salo-
món, por oír su sabiduría, que
Dios había puesto en su corazón:
24 Y de éstos cada uno traía su
presente, vasos de plata, vasos
de oro, vestidos, armas, aromas,
caballos y acémilas, todos los
años.
25 Tuvo también Salomón cuatro
mil caballerizas para los caballos
y carros, y doce mil jinetes, los
cuales puso en las ciudades de
los carros, y con el rey en Jeru-
salem.
26 Y tuvo señorío sobre todos los
reyes desde el río hasta la tierra
de los Filisteos, y hasta el térmi-
no de Egipto.
27 Y puso el rey plata en Jeru-
salem como piedras, y cedros
como los sicómoros que *hay* por
las campiñas en abundancia.
28 Sacaban también caballos
para Salomón, de Egipto y de
todas las provincias.
29 Lo demás de los hechos de Sa-
lomón, primeros y postreros, ¿no
está todo escrito en los libros de
Natán profeta, y en la profecía
de Ahías Silonita, y en las profe-
cías del vidente Iddo contra Jero-
boam hijo de Nabat?
30 Y reinó Salomón en Jerusalem
sobre todo Israel cuarenta años.
31 Y durmió Salomón con sus
padres, y sepultáronlo en la ciu-
dad de David su padre: y reinó
en su lugar Roboam su hijo.

CAPÍTULO 10

Y ROBOAM fue a Siquem por-
que en Siquem se había jun-
tado todo Israel para hacerlo rey.
2 Y como lo oyó Jeroboam hijo
de Nabat, el cual estaba en Egip-
to, donde había huído a causa del
rey Salomón, volvió de Egipto.
3 Y enviaron y llamáronle. Vino
pues Jeroboam, y todo Israel, y
hablaron a Roboam, diciendo:
4 Tu padre agravó nuestro yugo:
afloja tú, pues, ahora *algo* de la
dura servidumbre, y del grave
yugo con que tu padre nos apre-
mió, y te serviremos.
5 Y él les dijo: Volved a mí de
aquí a tres días. Y el pueblo se
fue.
6 Entonces el rey Roboam tomó
consejo con los viejos, que habí-
an estado delante de Salomón
su padre cuando vivía, y díjoles:
¿Cómo aconsejáis vosotros que
responda a este pueblo?
7 Y ellos le hablaron, diciendo:
Si te condujeres humanamente
con este pueblo, y los agradares,
y les hablares buenas palabras,
ellos te servirán perpetuamente.
8 Mas él, dejando el consejo que
le dieron los viejos, tomó conse-
jo con los mancebos que se ha-

bían criado con él, y que delante
de él asistían;
9 Y díjoles: ¿Qué aconsejáis vo-
sotros que respondamos a este
pueblo, que me ha hablado, di-
ciendo: Alivia *algo* del yugo que
tu padre puso sobre nosotros?
10 Entonces los mancebos que se
habían criado con él, le hablaron,
diciendo: Así dirás al pueblo que
te ha hablado diciendo, tu padre
agravó nuestro yugo, mas tú des-
cárganos: así les dirás: Lo más
menudo mío es más grueso que
los lomos de mi padre.
11 Así que, mi padre os cargó de
grave yugo, y yo añadiré a vues-
tro yugo: mi padre os castigó con
azotes, y yo con escorpiones.
12 Vino pues Jeroboam con todo
el pueblo a Roboam al tercer día:
según el rey les había mandado
diciendo: Volved a mí de aquí a
tres días.
13 Y respondióles el rey áspera-
mente; pues dejó el rey Roboam
el consejo de los viejos,
14 Y hablóles conforme al con-
sejo de los mancebos, diciendo:
Mi padre agravó vuestro yugo,
y yo añadiré a vuestro yugo: mi
padre os castigó con azotes, y yo
con escorpiones.
15 Y no escuchó el rey al pueblo;
porque la causa era de Dios, para
cumplir el SEÑOR su palabra que
había hablado, por Ahías Siloni-
ta, a Jeroboam hijo de Nabat.
16 Y viendo todo Israel que el
rey no les había oído, respon-
dió el pueblo al rey, diciendo:
¿Qué parte tenemos nosotros con
David, ni herencia en el hijo de
Isaí? ¡Israel, cada uno a sus es-
tancias! ¡David, mira ahora por
tu casa! Así se fue todo Israel a
sus estancias.
17 Mas reinó Roboam sobre los
hijos de Israel que habitaban en
las ciudades de Judá.
18 Envió luego el rey Roboam a
Adoram, que tenía cargo de los
tributos; pero le apedrearon los
hijos de Israel, y murió. Enton-
ces se esforzó el rey Roboam, y
subiendo en un carro huyó a Je-
rusalem.
19 Así se apartó Israel de la casa
de David hasta hoy.

CAPÍTULO 11

Y COMO vino Roboam a Jeru-
salem, juntó la casa de Judá
y de Benjamín, ciento y ochenta
mil hombres escogidos de guerra,
para pelear contra Israel y volver
el reino a Roboam.
2 Mas vino la palabra del SEÑOR
a Semeías varón de Dios, diciendo:
3 Habla a Roboam hijo de Salo-
món, rey de Judá, y a todos los
Israelitas en Judá y Benjamín, di-
ciéndoles:
4 Así ha dicho el SEÑOR: No su-
báis ni peleéis contra vuestros
hermanos; vuélvase cada uno a
su casa, porque yo he hecho este
negocio. Y ellos obedecieron la
palabra del SEÑOR, y tornáronse,
y no fueron contra Jeroboam.
5 Y habitó Roboam en Jerusalem,
y edificó ciudades para fortificar
a Judá.
6 Y edificó a Belem, y a Etam, y
a Tecoa,
7 Y a Bet-sur, y a Soco, y a Adu-
lam,
8 Y a Gat, y a Maresa, y a Zif,
9 Y a Adoraim, y a Laquis, y a
Azeca,
10 Y a Sora, y a Ajalón, y a He-
brón, que eran en Judá y en Ben-
jamín, ciudades fuertes.
11 Fortificó también las fortale-

zas, y puso en ellas capitanes, y
vituallas, y vino, y aceite;
12 Y en todas las ciudades, escu-
dos y lanzas. Fortificólas pues en
gran manera, y Judá y Benjamín
le estaban sujetos.
13 Y los sacerdotes y Levitas que
estaban en todo Israel, se junta-
ron a él de todos sus términos.
14 Porque los Levitas dejaban sus
ejidos y sus posesiones, y se ve-
nían a Judá y a Jerusalem: pues
Jeroboam y sus hijos los echaban
del ministerio del SEÑOR.
15 Y él se hizo sacerdotes para
los altos, y para los demonios, y
para los becerros que él había
hecho.
16 Tras aquellos acudieron tam-
bién de todas las tribus de Israel
los que habían puesto su corazón
en buscar al SEÑOR Dios de Is-
rael; y viniéronse a Jerusalem
para sacrificar al SEÑOR, el Dios
de sus padres.
17 Así fortificaron el reino de
Judá, y confirmaron a Roboam
hijo de Salomón, por tres años;
porque tres años anduvieron en
el camino de David y de Salomón.
18 Y tomóse Roboam por esposa
a Mahalat, hija de Jerimot hijo
de David, y a Abihail, hija de
Eliab hijo de Esaí.
19 La cual le parió hijos: a Jeus, y
a Samaria, y a Zaham.
20 Después de ella tomó a Maaca
hija de Absalom, la cual le parió
a Abías, a Atai, Ziza, y Selomit.
21 Mas Roboam amó a Maaca
hija de Absalom sobre todas sus
esposas y concubinas; porque
tomó diez y ocho esposas y se-
senta concubinas, y engendró
veintiocho hijos y sesenta hijas.
22 Y puso Roboam a Abías hijo
de Maaca por cabeza y príncipe
de sus hermanos, porque *quería*
hacerle rey.
23 E hízole instruir, y esparció
todos sus hijos por todas las tie-
rras de Judá y de Benjamín, y
por todas las ciudades fuertes, y
dióles vituallas en abundancia, y
pidió muchas esposas.

CAPÍTULO 12

Y COMO Roboam hubo confir-
mado el reino, dejó la ley del
SEÑOR, y con él todo Israel.
2 Y en el quinto año del rey Ro-
boam subió Sisac rey de Egipto
contra Jerusalem, (por cuan-
to se habían rebelado contra el
SEÑOR,)
3 Con mil y doscientos carros,
y con sesenta mil hombres de a
caballo: mas el pueblo que venía
con él de Egipto, no tenía núme-
ro; *a saber*, de Libios, Sukienos, y
Etíopes.
4 Y tomó las ciudades fuertes de
Judá, y llegó hasta Jerusalem.
5 Entonces vino Semeías profe-
ta a Roboam y a los príncipes de
Judá, que estaban reunidos en
Jerusalem por causa de Sisac, y
díjoles: Así ha dicho el SEÑOR:
Vosotros me habéis dejado, y yo
también os he dejado en manos
de Sisac.
6 Y los príncipes de Israel y el rey
se humillaron, y dijeron: Justo es
el SEÑOR.
7 Y como vio el SEÑOR que se ha-
bían humillado, vino la palabra
del SEÑOR a Semeías, diciendo:
Hanse humillado; no los destrui-
ré; antes los salvaré en breve, y
no se derramará mi ira contra Je-
rusalem por mano de Sisac.
8 Empero serán sus siervos; para
que sepan qué es servirme a mí, y
servir a los reinos de las naciones.

9 Subió pues Sisac rey de Egipto a Jerusalem, y tomó los tesoros de la casa del SEÑOR, y los tesoros de la casa del rey; todo lo llevó: y tomó los paveses de oro que Salomón había hecho.
10 Y en lugar de ellos hizo el rey Roboam paveses de latón, y entrególos en manos de los jefes de la guardia, los cuales custodiaban la entrada de la casa del rey.
11 Y cuando el rey iba a la casa del SEÑOR, venían los de la guardia, y traíanlos, y *después* los volvían a la cámara de la guardia.
12 Y como él se humilló, la ira del SEÑOR se apartó de él, para no destruirlo del todo: y también en Judá las cosas fueron bien.
13 Fortificado pues Roboam, reinó en Jerusalem: y era Roboam de cuarenta y un años cuando comenzó a reinar, y diecisiete años reinó en Jerusalem, ciudad que escogió el SEÑOR de todas las tribus de Israel, para poner en ella su nombre. Y el nombre de su madre fue Naama Amonita.
14 E hizo lo malo, porque no apercibió su corazón para buscar al SEÑOR.
15 Y las cosas de Roboam, primeras y postreras, ¿no están escritas en los libros de Semeías profeta y de Iddo vidente, en la cuenta de los linajes? Y entre Roboam y Jeroboam hubo perpetua guerra.
16 Y durmió Roboam con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David: y reinó en su lugar Abías su hijo.

CAPÍTULO 13

A LOS dieciocho años del rey Jeroboam, reinó Abías sobre Judá.
2 Y reinó tres años en Jerusalem. El nombre de su madre fue Micaía hija de Uriel de Gabaa. Y hubo guerra entre Abías y Jeroboam.
3 Entonces ordenó Abías batalla con un ejército de cuatrocientos mil hombres de guerra valerosos y escogidos: y Jeroboam ordenó batalla contra él con ochocientos mil hombres escogidos, fuertes y valerosos.
4 Y levantóse Abías sobre el monte de Semaraim, que es en los montes de Efraím, y dijo: Oidme, Jeroboam y todo Israel.
5 ¿No sabéis vosotros, que el SEÑOR Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos en pacto de sal?
6 Pero Jeroboam hijo de Nabat, siervo de Salomón hijo de David, se levantó y rebeló contra su señor.
7 Y se allegaron a él hombres vanos, hijos de Belial, los cuales hicieron fuertes contra Roboam hijo de Salomón, cuando Roboam era joven y tierno de corazón, y no podía hacer frente a ellos.
8 Y ahora vosotros tratáis de fortificaros contra el reino del SEÑOR en mano de los hijos de David, porque sois muchos, y tenéis con vosotros los becerros de oro que Jeroboam os hizo por dioses.
9 ¿No echasteis vosotros a los sacerdotes del SEÑOR, a los hijos de Aarón, y a los Levitas, y os habéis hecho sacerdotes a la manera de los pueblos de *otras* tierras, para que cualquiera venga a consagrarse con un becerro y siete carneros, y así sea sacerdote de los que no son dioses?

10 Mas en cuanto a nosotros, el SEÑOR *es* nuestro Dios, y no le hemos dejado: y los sacerdotes que ministran al SEÑOR *son* los hijos de Aarón, y los Levitas en la obra;
11 Los cuales queman al SEÑOR los holocaustos cada mañana y cada tarde, y los perfumes aromáticos; y ponen los panes sobre la mesa limpia, y el candelero de oro con sus candilejas para que ardan cada tarde: porque nosotros guardamos la ordenanza del SEÑOR nuestro Dios; mas vosotros le habéis dejado.
12 Y he aquí Dios está con nosotros por cabeza, y sus sacerdotes con las trompetas del júbilo para que suenen contra vosotros. Oh hijos de Israel, no peleéis contra el SEÑOR el Dios de vuestros padres, porque no os sucederá bien.
13 Pero Jeroboam hizo girar una emboscada para venir a ellos por la espalda: y *estando* así delante de ellos, la emboscada estaba a espaldas de Judá.
14 Y como miró Judá, he aquí que tenía batalla delante y a las espaldas; por lo que clamaron al SEÑOR, y los sacerdotes tocaron las trompetas.
15 Entonces los de Judá alzaron grita; y así que ellos alzaron grita, Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá:
16 Y huyeron los hijos de Israel delante de Judá, y Dios los entregó en sus manos.
17 Y Abías y su gente hacían en ellos gran mortandad; y cayeron heridos de Israel quinientos mil hombres escogidos.
18 Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo: mas los hijos de Judá se fortificaron, porque se apoyaban en el SEÑOR el Dios de sus padres.
19 Y siguió Abías a Jeroboam, y tomóle *algunas* ciudades, a Betel con sus aldeas, a Jesana con sus aldeas, y a Efraím con sus aldeas.
20 Y nunca más tuvo Jeroboam poderío en los días de Abías: e hirióle el SEÑOR, y murió.
21 Empero se fortificó Abías; y tomó catorce esposas, y engendró veintidós hijos, y dieciséis hijas.
22 Lo demás de los hechos de Abías, sus caminos y sus negocios, está escrito en la historia de Iddo profeta.

CAPÍTULO 14

Y DURMIÓ Abías con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David. Y reinó en su lugar su hijo Asa, en cuyos días tuvo sosiego el país por diez años.
2 E hizo Asa lo bueno y lo recto en los ojos del SEÑOR su Dios.
3 Porque quitó los altares del *culto* ajeno, y los altos; quebró las imágenes, y taló los bosques;
4 Y mandó a Judá que buscasen al SEÑOR el Dios de sus padres, y pusiesen por obra la ley y sus mandamientos.
5 Quitó asimismo de todas las ciudades de Judá los altos y las imágenes, y estuvo el reino quieto delante de él.
6 Y edificó ciudades fuertes en Judá, por cuanto había paz en la tierra, y no había guerra contra él en aquellos tiempos; porque el SEÑOR le había dado reposo.
7 Dijo por tanto a Judá: Edifiquemos estas ciudades, y cerquémoslas de muros con torres, puertas, y barras, ya que la tierra

es nuestra: porque hemos busca-
do al SEÑOR nuestro Dios, hé-
mosle buscado, y él nos ha dado
reposo de todas partes. Edifica-
ron pues, y fueron prosperados.
8 Tuvo también Asa ejército que
traía escudos y lanzas: de Judá
trescientos mil, y de Benjamín
doscientos y ochenta mil que
traían escudos y flechaban arcos;
todos hombres diestros.
9 Y salió contra ellos Zera Etíope
con un ejército de mil millares,
y trescientos carros; y vino hasta
Maresa.
10 Entonces salió Asa contra él, y
ordenaron la batalla en el valle
de Sefata junto a Maresa.
11 Y clamó Asa al SEÑOR su
Dios, y dijo: SEÑOR, no tienes
tú más con el grande que con el
que ninguna fuerza tiene, para
dar ayuda. Ayúdanos, oh SEÑOR
Dios nuestro, porque en ti nos
apoyamos, y en tu nombre ve-
nimos contra este ejército. Oh
SEÑOR, tú eres nuestro Dios; no
prevalezca contra ti el hombre.
12 Y el SEÑOR deshizo los Etíopes
delante de Asa y delante de Judá;
y huyeron los Etíopes.
13 Y Asa, y el pueblo que con él
estaba, los siguió hasta Gerar:
y cayeron los Etíopes hasta no
quedar en ellos aliento; porque
fueron deshechos delante del
SEÑOR y de su ejército. Y *les* to-
maron muy grande despojo.
14 Batieron también todas las
ciudades alrededor de Gerar,
porque el terror del SEÑOR fue
sobre ellos; y saquearon todas
las ciudades, porque había en
ellas gran despojo.
15 Asimismo dieron sobre las
cabañas de los ganados, y traje-
ron muchas ovejas y came-
llos, y volviéronse a Jerusalem.

CAPÍTULO 15

Y FUE el Espíritu de Dios sobre
Azarías hijo de Oded;
2 Y salió al encuentro a Asa, y
díjole: Oidme, Asa, y todo Judá
y Benjamín: el SEÑOR es con
vosotros, si vosotros fuereis con
él: y si le buscareis, será hallado
de vosotros; mas si le dejareis, él
también os dejará.
3 Muchos días ha estado Israel
sin verdadero Dios y sin sacerdo-
te, y sin enseñador y sin ley:
4 Mas cuando en su tribulación
se convirtieron al SEÑOR Dios
de Israel, y le buscaron, él fue
hallado de ellos.
5 En aquellos tiempos no hubo
paz, ni para el que entraba, ni
para el que salía, sino muchas
aflicciones sobre todos los habi-
tadores de las tierras.
6 Y la una gente destruía a la
otra, y una ciudad a otra ciudad:
porque Dios los conturbó con
todas calamidades.
7 Esforzaos pues vosotros, y no
desfallezcan vuestras manos; que
salario hay para vuestra obra.
8 Y cuando oyó Asa estas pala-
bras, y la profecía de Oded el
profeta, fue confortado, y quitó
las abominaciones de toda la tie-
rra de Judá y de Benjamín, y de
las ciudades que él había tomado
en el monte de Efraím; y repa-
ró el altar del SEÑOR que estaba
delante del pórtico del SEÑOR.
9 Después hizo juntar a todo Judá
y Benjamín, y con ellos los extran-
jeros de Efraím, y de Manasés, y
de Simeón: porque muchos de Is-
rael se habían pasado a él, viendo
que el SEÑOR su Dios era con él.
10 Juntáronse pues en Jerusalem

en el mes tercero del año déci-
moquinto del reinado de Asa.
11 Y en aquel mismo día sacrifi-
caron al SEÑOR, de los despojos
que habían traído, setecientos
bueyes y siete mil ovejas.
12 Y entraron en concierto de
que buscarían al SEÑOR el Dios
de sus padres, de todo su cora-
zón y de toda su alma;
13 Y que cualquiera que no bus-
case al SEÑOR el Dios de Israel,
muriese, grande o pequeño, hom-
bre o mujer.
14 Y juraron al SEÑOR con gran
voz y júbilo, a son de trompetas
y de bocinas:
15 Del cual juramento todos los
de Judá se alegraron; porque de
todo su corazón lo juraban, y de
toda su voluntad lo buscaban: y
fue hallado de ellos; y dióles el
SEÑOR reposo de todas partes.
16 Y aun a Maaca madre del rey
Asa, él *mismo* la depuso de su
dignidad, porque había hecho
un ídolo en el bosque: y Asa des-
hizo su ídolo, y lo desmenuzó, y
quemó en el torrente de Cedrón.
17 Mas con todo eso los altos no
eran quitados de Israel, aunque
el corazón de Asa fue perfecto
mientras vivió.
18 Y metió en la casa de Dios lo
que su padre había dedicado, y
lo que él había consagrado, plata
y oro y vasos.
19 Y no hubo guerra hasta los
treinta y cinco años del reinado
de Asa.

CAPÍTULO 16

EN el año treinta y seis del rei-
nado de Asa, subió Baasa rey
de Israel contra Judá, y edificó a
Ramá, para no dejar salir ni entrar
a ninguno al rey Asa, rey de Judá.
2 Entonces sacó Asa la plata y el
oro de los tesoros de la casa del
SEÑOR y de la casa real, y envió
a Ben-adad rey de Siria, que esta-
ba en Damasco, diciendo:
3 *Haya* pacto entre mí y ti, como
hubo entre mi padre y tu padre;
he aquí yo te he enviado plata y
oro, para que vengas y deshagas
el pacto que tienes con Baasa rey
de Israel, a fin de que se retire
de mí.
4 Y consintió Ben-adad con el rey
Asa, y envió los capitanes de sus
ejércitos a las ciudades de Israel:
y batieron a Ion, Dan, y Abel-
maim, y las ciudades fuertes de
Neftalí.
5 Y oyendo esto Baasa, cesó de
edificar a Ramá, y dejó su obra.
6 Entonces el rey Asa tomó a
todo Judá, y lleváronse de Ramá
la piedra y madera con que
Baasa edificaba, y con ella edifi-
có a Gibaa y Mizpa.
7 En aquel tiempo vino Hanani
vidente a Asa rey de Judá, y díjo-
le: Por cuanto te has apoyado en
el rey de Siria, y no te apoyaste
en el SEÑOR tu Dios, por eso el
ejército del rey de Siria ha esca-
pado de tus manos.
8 Los Etíopes y los Libios, ¿no
eran un ejército numerosísimo,
con carros y muy mucha gente
de a caballo? con todo, porque
te apoyaste en el SEÑOR, él los
entregó en tus manos.
9 Porque los ojos del SEÑOR re-
corren toda la tierra, para corro-
borar a los que tienen corazón
perfecto para con él. Locamente
has hecho en esto; porque de aquí
adelante habrá guerra contra ti.
10 Y enojado Asa contra el viden-
te, echólo en la casa de la cárcel,
porque fue en extremo conmo-

vido a causa de esto. Y oprimió
Asa en aquel tiempo algunos del
pueblo.
11 Mas he aquí, los hechos de
Asa, primeros y postreros, están
escritos en el libro de los reyes
de Judá y de Israel.
12 Y el año treinta y nueve de su
reinado enfermó Asa de los pies
para arriba, y en su enfermedad
no buscó al SEÑOR, sino a los
médicos.
13 Y durmió Asa con sus padres,
y murió en el año cuarenta y uno
de su reinado.
14 Y sepultáronlo en sus sepul-
cros que él había hecho para sí
en la ciudad de David; y pusié-
ronlo en una litera, la cual hin-
chieron de aromas y diversas
materias odoríferas, preparadas
por obra de perfumadores; e hi-
ciéronle una quema muy grande.

CAPÍTULO 17

Y REINÓ en su lugar Josafat su
hijo, el cual prevaleció con-
tra Israel.
2 Y puso ejército en todas las ciu-
dades fuertes de Judá, y colocó
gente de guarnición, en tierra de
Judá, y asimismo en las ciuda-
des de Efraím que su padre Asa
había tomado.
3 Y fue el SEÑOR con Josafat,
porque anduvo en los primeros
caminos de David su padre, y no
buscó a los Baales;
4 Sino que buscó al Dios de su
padre, y anduvo en sus manda-
mientos, y no según las obras de
Israel.
5 El SEÑOR por tanto confirmó
el reino en su mano, y todo Judá
dio a Josafat presentes; y tuvo
riquezas y gloria en abundancia.
6 Y animóse su corazón en los
caminos del SEÑOR, y quitó los
altos y los bosques de Judá.
7 Al tercer año de su reinado
envió sus príncipes Ben-hail,
Obdías, Zacarías, Natániel y Mi-
caías, para que enseñasen en las
ciudades de Judá;
8 Y con ellos a los Levitas, Se-
meías, Netanías, Zebadías, y
Asael, y Semiramot, y Jonatán, y
Adonías, y Tobías, y Tobadonías,
Levitas; y con ellos a Elisama y a
Joram, sacerdotes.
9 Y enseñaron en Judá, tenien-
do consigo el libro de la ley del
SEÑOR, y rodearon por todas las
ciudades de Judá enseñando al
pueblo.
10 Y cayó el pavor del SEÑOR
sobre todos los reinos de las tie-
rras que estaban alrededor de
Judá; que no osaron hacer gue-
rra contra Josafat.
11 Y traían de los Filisteos pre-
sentes a Josafat, y tributos de
plata. Los Arabes también le tra-
jeron ganados, siete mil y sete-
cientos carneros y siete mil y se-
tecientos machos de cabrío.
12 Iba pues Josafat creciendo al-
tamente: y edificó en Judá for-
talezas y ciudades de depósitos.
13 Tuvo además muchas obras
en las ciudades de Judá, y hom-
bres de guerra muy valientes en
Jerusalem.
14 Y este es el número de ellos
según las casas de sus padres: en
Judá, jefes de los millares: el ge-
neral Adna, y con él trescientos
mil hombres muy esforzados;
15 Después de él, el jefe Johanán,
y con él doscientos y ochenta mil:
16 Tras éste, Amasías hijo de Zicri,
el cual se había ofrecido volunta-
riamente al SEÑOR, y con él dos-
cientos mil hombres valientes;

17 De Benjamín, Eliada, hombre
muy valeroso, y con él doscientos mil armados de arco y escudo;
18 Tras éste, Jozabad, y con él
ciento y ochenta mil apercibidos para la guerra.
19 Éstos eran siervos del rey, sin
los que había el rey puesto en las ciudades de guarnición por toda Judea.

CAPÍTULO 18

TENÍA pues Josafat riquezas y gloria en abundancia, y trabó parentesco con Acab.
2 Y después de algunos años descendió a Acab a Samaria; por lo que mató Acab muchas ovejas y bueyes para él, y para la gente que con él *venía*: y persuadióle que fuese *con él* a Ramot de Galaad.
3 Y dijo Acab rey de Israel a Josafat rey de Judá: ¿Quieres venir conmigo a Ramot de Galaad? Y él respondió: Como yo, así también tú; y como tu pueblo, así también mi pueblo: *iremos* contigo a la guerra.
4 Además dijo Josafat al rey de Israel: Ruégote que consultes hoy la palabra del SEÑOR.
5 Entonces el rey de Israel juntó cuatrocientos profetas, y díjoles: ¿Iremos a la guerra contra Ramot de Galaad, o estaréme yo quieto? Y ellos dijeron: Sube, que Dios los entregará en mano del rey.
6 Mas Josafat dijo: ¿Hay aún aquí algún profeta del SEÑOR, para que por él preguntemos?
7 Y el rey de Israel respondió a Josafat: Aun hay aquí un hombre por el cual podemos preguntar al SEÑOR: mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre mal. Éste *es* Micaías, hijo de Imla. Y respondió Josafat: No hable así el rey.
8 Entonces el rey de Israel llamó un eunuco, y díjole: Haz venir luego a Micaías hijo de Imla.
9 Y el rey de Israel y Josafat rey de Judá, estaban sentados cada uno en su trono, vestidos de sus ropas; y estaban sentados en la era a la entrada de la puerta de Samaria, y todos los profetas profetizaban delante de ellos.
10 Y Sedequías hijo de Quenaana se había hecho cuernos de hierro, y decía: Así ha dicho el SEÑOR: Con estos acornearás a los Siros hasta destruirlos del todo.
11 De esta manera profetizaban también todos los profetas, diciendo: Sube a Ramot de Galaad, y sé prosperado; porque el SEÑOR la entregará en mano del rey.
12 Y el mensajero que había ido a llamar a Micaías, le habló, diciendo: He aquí las palabras de los profetas a una boca *anuncian* al rey bienes; yo pues te ruego que tu palabra sea como la de uno de ellos, que hables bien.
13 Y dijo Micaías: Vive el SEÑOR, que lo que mi Dios me dijere, eso hablaré. Y vino al rey.
14 Y el rey le dijo: Micaías, ¿iremos a pelear contra Ramot de Galaad, o estaréme yo quieto? Y él respondió: Subid, que seréis prosperados, que serán entregados en vuestras manos.
15 Y el rey le dijo: ¿Hasta cuántas veces te conjuraré por el nombre del SEÑOR que no me hables sino la verdad?
16 Entonces él dijo: He visto a todo Israel derramado por los montes como ovejas sin pastor:

y dijo el SEÑOR: Éstos no tienen
señor; vuélvase cada uno en paz
en su casa.
17 Y el rey de Israel dijo a Josafat:
¿No te había yo dicho que no me
profetizaría bien, sino mal?
18 Entonces él dijo: Oid pues pa-
labra del SEÑOR: Yo he visto al
SEÑOR sentado en su trono, y
todo el ejército del cielo estaba a
su mano derecha y a su izquier-
da.
19 Y el SEÑOR dijo: ¿Quién in-
ducirá a Acab rey de Israel, para
que suba y caiga en Ramot de
Galaad? Y uno decía así, y otro
decía de otra manera.
20 Mas salió un espíritu, que se
puso delante del SEÑOR, y dijo:
Yo le induciré. Y el SEÑOR le
dijo: ¿De qué modo?
21 Y él dijo: Saldré y seré espíri-
tu de mentira en la boca de todos
sus profetas. Y *el SEÑOR* dijo: In-
cita, y también prevalece: sal, y
hazlo así.
22 Y he aquí ahora ha puesto el
SEÑOR espíritu de mentira en la
boca de estos tus profetas; mas el
SEÑOR ha decretado el mal acer-
ca de ti.
23 Entonces Sedequías hijo de
Quenaana se llegó a él, e hirió
a Micaías en la mejilla, y dijo:
¿Por qué camino se apartó de mí
el Espíritu del SEÑOR para ha-
blarte a ti?
24 Y Micaías respondió: He aquí
tú lo verás aquel día, cuando te
entrarás de cámara en cámara
para esconderte.
25 Entonces el rey de Israel dijo:
Tomad a Micaías, y volvedlo a
Amón gobernador de la ciudad, y
a Joas hijo del rey.
26 Y diréis: El rey ha dicho así:
Poned a éste en la cárcel, y sus-
tentadle con pan de aflicción y
agua de angustia, hasta que yo
vuelva en paz.
27 Y Micaías dijo: Si tú volvieres
en paz, el SEÑOR no ha hablado
por mí. Dijo además: Oid*lo*, pue-
blos todos.
28 Subió pues el rey de Israel, y
Josafat rey de Judá, a Ramot de
Galaad.
29 Y dijo el rey de Israel a Jo-
safat: Yo me disfrazaré para en-
trar en la batalla: mas tú vístete
tus vestidos. Y disfrazóse el rey
de Israel, y entró en la batalla.
30 Había el rey de Siria manda-
do a los capitanes de los carros
que tenía consigo, diciendo: No
peleéis con chico ni con grande,
sino sólo con el rey de Israel.
31 Y como los capitanes de los
carros vieron a Josafat, dijeron:
Éste *es* el rey de Israel. Y cercá-
ronlo para pelear; mas Josafat
clamó, y ayudólo el SEÑOR, y
apartólos Dios de él:
32 Pues viendo los capitanes de
los carros que no era el rey de
Israel, desistieron de acosarle.
33 Mas disparando uno el arco a
la ventura, hirió al rey de Israel
entre las junturas y el coselete. El
entonces dijo al carretero: Vuel-
ve tu mano, y sácame del campo,
porque estoy mal herido.
34 Y arreció la batalla aquel día,
por lo que estuvo el rey de Israel
en pie en el carro enfrente de los
Siros hasta la tarde; mas murió a
puestas del sol.

CAPÍTULO 19

Y JOSAFAT rey de Judá se vol-
vió en paz a su casa en Jeru-
salem.
2 Y salióle al encuentro Jehú el
vidente, hijo de Hanani, y dijo al

rey Josafat: ¿Al impío das ayuda,
y amas a los que aborrecen al
SEÑOR? Pues la ira de la presen-
cia del SEÑOR será sobre ti por
ello.
3 Empero se han hallado en ti
buenas cosas, porque cortaste de
la tierra los bosques, y has aper-
cibido tu corazón a buscar a Dios.
4 Habitó pues Josafat en Jeru-
salem; mas daba vuelta y salía al
pueblo, desde Beerseba hasta el
monte de Efraím, y reducíalos al
SEÑOR el Dios de sus padres.
5 Y puso en la tierra jueces en
todas las ciudades fuertes de
Judá, por todos los lugares.
6 Y dijo a los jueces: Mirad lo
que hacéis: porque no juzgáis en
lugar de hombre, sino en lugar
del SEÑOR, el cual *está* con voso-
tros en el negocio del juicio.
7 Sea pues con vosotros el temor
del SEÑOR; guardad y haced:
porque en el SEÑOR nuestro Dios
no hay iniquidad, ni acepción de
personas, ni recibir cohecho.
8 Y puso también Josafat en Je-
rusalem *algunos* de los Levitas y
sacerdotes, y de los padres de
familias de Israel, para el juicio
del SEÑOR y para las causas. Y
volviéronse a Jerusalem.
9 Y mandóles, diciendo: Proce-
deréis asimismo con temor del
SEÑOR, con verdad, y con cora-
zón íntegro.
10 En cualquier causa que vinie-
re a vosotros de vuestros herma-
nos que habitan en las ciudades,
entre sangre y sangre, entre ley
y precepto, estatutos y derechos,
habéis de amonestarles que no
pequen contra el SEÑOR, porque
no venga ira sobre vosotros y
sobre vuestros hermanos. Obran-
do así no pecaréis.
11 Y he aquí Amarías sacerdote
será el que os presida en todo ne-
gocio del SEÑOR; y Zebadías hijo
de Ismael, príncipe de la casa de
Judá, en todos los negocios del
rey; también los Levitas serán
oficiales en presencia de voso-
tros. Esforzaos pues, y obrad;
que el SEÑOR será con el bueno.

CAPÍTULO 20

PASADAS estas cosas, acon-
teció que los hijos de Moab
y de Amón, y con ellos *otros* de
los Amonitas, vinieron contra Jo-
safat a la guerra.
2 Y acudieron, y dieron aviso a
Josafat, diciendo: Contra ti viene
una grande multitud de la otra
parte del mar, y de la Siria; y
he aquí ellos están en Hasasón-
tamar, que es Engedi.
3 Entonces él tuvo temor; y puso
Josafat su rostro para consultar
al SEÑOR, e hizo pregonar ayuno
a todo Judá.
4 Y juntáronse los de Judá para
pedir *socorro* al SEÑOR: y tam-
bién de todas las ciudades de
Judá vinieron a pedir al SEÑOR.
5 Púsose entonces Josafat en pie
en la congregación de Judá y de
Jerusalem, en la casa del SEÑOR,
delante del atrio nuevo;
6 Y dijo: Oh SEÑOR Dios de nues-
tros padres, ¿no eres tú Dios en
el cielo, y te enseñoreas en todos
los reinos de las Gentes? ¿no está
en tu mano tal fuerza y potencia,
que no hay quien te resista?
7 Dios nuestro, ¿no echaste tú
los moradores de aquesta tierra
delante de tu pueblo Israel, y la
diste a la simiente de Abraham
tu amigo para siempre?
8 Y ellos han habitado en ella,
y te han edificado en ella san-

tuario a tu nombre, diciendo:
9 Si mal viniere sobre nosotros, o
espada de castigo, o pestilencia,
o hambre, presentarnos hemos
delante de esta casa, y delante
de ti, (porque tu nombre está en
esta casa,) y de nuestras tribulaciones clamaremos a ti, y tú nos
oirás y salvarás.
10 Ahora pues, he aquí los hijos
de Amón y de Moab, y *los del*
monte de Seir, cuya *tierra* no permitiste que pasase Israel cuando
venía de la tierra de Egipto, sino
que se apartase de ellos, y no los
destruyesen;
11 He aquí ellos nos dan el pago,
viniendo a echarnos de tu heredad, que tú nos diste a poseer.
12 ¡Oh Dios nuestro! ¿no los juz-
garás tú? porque en nosotros no
hay fuerza contra tan grande
multitud que viene contra nosotros: no sabemos lo que hemos
de hacer, mas a ti *volvemos* nuestros ojos.
13 Y todo Judá estaba en pie de-
lante del SEÑOR, con sus niños,
y sus esposas, y sus hijos.
14 Y estaba allí Jahaziel hijo de
Zacarías, hijo de Benaías, hijo de
Jeiel, hijo de Matanías, Levita de
los hijos de Asaf, sobre el cual
vino el Espíritu del SEÑOR en
medio de la congregación;
15 Y dijo: Oid, Judá todo, y voso-
tros moradores de Jerusalem,
y tú, rey Josafat. El SEÑOR os
dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta tan
grande multitud; porque no es
vuestra la guerra, sino de Dios.
16 Mañana descenderéis contra
ellos: he aquí que ellos subirán
por la cuesta de Sis, y los hallaréis junto al arroyo, antes del desierto de Jeruel.
17 No habrá para qué vosotros
peleéis en este *caso*: paraos, estad
quedos, y ved la salvación del
SEÑOR con vosotros. Oh Judá y
Jerusalem, no temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos,
que el SEÑOR será con vosotros.
18 Entonces Josafat se inclinó
rostro por tierra, y asimismo
todo Judá y los moradores de Jerusalem se postraron delante del
SEÑOR, y adoraron al SEÑOR.
19 Y levantáronse los Levitas de
los hijos de Coat y de los hijos
de Coré, para alabar al SEÑOR el
Dios de Israel a grande y alta voz.
20 Y como se levantaron por la
mañana, salieron por el desierto
de Tecoa. Y mientras ellos salían, Josafat estando en pie, dijo:
Oidme, Judá y moradores de Jerusalem. Creed al SEÑOR vuestro Dios, y seréis seguros; creed
a sus profetas, y seréis prosperados.
21 Y habido consejo con el pue-
blo, puso a algunos que cantasen
al SEÑOR, y alabasen la hermosura de la santidad, mientras que
salía la gente armada, y dijesen:
Glorificad al SEÑOR, porque su
misericordia es para siempre.
22 Y como comenzaron con
clamor y con alabanza, puso el
SEÑOR contra los hijos de Amón,
de Moab, y del monte de Seir, las
emboscadas *de ellos mismos* que
venían contra Judá, y matáronse
los unos a los otros:
23 Pues los hijos de Amón y
Moab se levantaron contra los
del monte de Seir, para matarlos
y destruirlos; y como hubieron
acabado a los del monte de Seir,
cada cual ayudó a la destrucción
de su compañero.
24 Y luego que vino Judá a la ata-

laya del desierto, miraron hacia
la multitud; mas he aquí yacían
ellos en tierra muertos, que nin-
guno había escapado.
25 Viniendo entonces Josafat y
su pueblo a despojarlos, hallaron
en ellos muchas riquezas entre
los cadáveres, así vestidos como
preciosos enseres, los cuales to-
maron para sí, tantos, que no los
podían llevar: tres días duró el
despojo, porque era mucho.
26 Y al cuarto día se juntaron en
el valle de Beracah; porque allí
bendijeron al SEÑOR, y por esto
llamaron el nombre de aquel pa-
raje el valle de Beracah, hasta
hoy.
27 Y todo Judá y los de Jeru-
salem, y Josafat a la cabeza de
ellos, volvieron para tornarse a
Jerusalem con gozo, porque el
SEÑOR les había dado gozo de
sus enemigos.
28 Y vinieron a Jerusalem con
salterios, arpas, y bocinas, a la
casa del SEÑOR.
29 Y fue el pavor de Dios sobre
todos los reinos de aquella tierra,
cuando oyeron que el SEÑOR
había peleado contra los enemi-
gos de Israel.
30 Y el reino de Josafat tuvo re-
poso; porque su Dios le dio repo-
so de todas partes.
31 Así reinó Josafat sobre Judá:
de treinta y cinco años era cuan-
do comenzó a reinar, y reinó
veinte y cinco años en Jerusalem.
El nombre de su madre fue Azuba,
hija de Silhi.
32 Y anduvo en el camino de
Asa su padre, sin apartarse de él,
haciendo lo recto en los ojos del
SEÑOR.
33 Con todo eso los altos no eran
quitados; que el pueblo aun no
había enderezado su corazón al
Dios de sus padres.
34 Lo demás de los hechos de
Josafat, primeros y postreros, he
aquí están escritos en las pala-
bras de Jehú hijo de Hanani, del
cual es hecha mención en el libro
de los reyes de Israel.
35 Pasadas estas cosas, Josafat
rey de Judá trabó amistad con
Ocozías rey de Israel, el cual fue
dado a la impiedad:
36 E hizo con él compañía para
aparejar navíos que fuesen a Tar-
sis; y construyeron los navíos en
Esion-geber.
37 Entonces Eliezer hijo de Doda-
va de Mareosah, profetizó contra
Josafat, diciendo: Por cuanto has
hecho compañía con Ocozías, el
SEÑOR destruirá tus obras. Y los
navíos se rompieron, y no pudie-
ron ir a Tarsis.

CAPÍTULO 21

Y DURMIÓ Josafat con sus pa-
dres, y sepultáronlo con sus
padres en la ciudad de David. Y
reinó en su lugar Joram su hijo.
2 Éste tuvo hermanos, hijos de
Josafat, a Azarías, Jehiel, Zaca-
rías, Azarías, Micael, y Sefatías.
Todos estos fueron hijos de Jo-
safat rey de Israel.
3 Y su padre les había dado mu-
chos dones de oro y de plata, y
cosas preciosas, y ciudades fuer-
tes en Judá; mas había dado el
reino a Joram, porque él era el
primogénito.
4 Fue pues elevado Joram al
reino de su padre; y luego que
se hizo fuerte, mató a espada a
todos sus hermanos, y asimismo
algunos de los príncipes de Israel.
5 Joram era de treinta y dos
años cuando comenzó a reinar,

y reinó ocho años en Jerusalem.
6 Y anduvo en el camino de los
reyes de Israel, como hizo la casa
de Acab; porque tenía por esposa
la hija de Acab, e hizo lo malo en
ojos del SEÑOR.
7 Mas el SEÑOR no quiso destruir la casa de David, a causa
del pacto que con David había
hecho, y porque le había dicho
que le daría lámpara a él y a sus
hijos perpetuamente.
8 En los días de éste se rebeló
la Idumea, para no estar bajo el
poder de Judá, y pusieron rey
sobre sí.
9 Entonces pasó Joram con sus
príncipes, y consigo todos sus
carros; y levantóse de noche, e
hirió a los Idumeos que le habían
cercado, y a todos los comandantes de sus carros.
10 Con todo eso Edom quedó rebelado, sin estar bajo la mano de
Judá hasta hoy. También se rebeló en el mismo tiempo Libna
para no estar bajo su mano; por
cuanto él había dejado al SEÑOR
el Dios de sus padres.
11 Demás de esto hizo altos en
los montes de Judá, e hizo que
los moradores de Jerusalem fornicasen, y a ello impelió a Judá.
12 Y viniéronle letras del profeta
Elías, que decían: EL SEÑOR, el
Dios de David tu padre, ha dicho
así: Por cuanto no has andado en
los caminos de Josafat tu padre,
ni en los caminos de Asa, rey de
Judá,
13 Antes has andado en el camino de los reyes de Israel, y has
hecho que fornicase Judá, y los
moradores de Jerusalem, como
fornicó la casa de Acab; y además has muerto a tus hermanos, a la familia de tu padre,
los cuales eran mejores que tú:
14 He aquí el SEÑOR herirá tu
pueblo de una grande plaga, y a
tus hijos y a tus esposas, y a toda
tu hacienda;
15 Y a ti con muchas enfermedades, con enfermedad de tus
entrañas, hasta que las entrañas
se te salgan a causa de la enfermedad de cada día.
16 Entonces despertó el SEÑOR
contra Joram el espíritu de los
Filisteos, y de los Arabes que estaban junto a los Etíopes;
17 Y subieron contra Judá, e invadieron la tierra, y tomaron toda la
hacienda que hallaron en la casa
del rey, y a sus hijos, y a sus esposas; que no le quedó hijo, sino
Joacaz el menor de sus hijos.
18 Después de todo esto el SEÑOR
lo hirió en las entrañas de una
enfermedad incurable.
19 Y aconteció que, pasando un
día tras otro, al fin, al cabo de
dos años, las entrañas se le salieron con la enfermedad, muriendo así de enfermedad muy
penosa. Y no le hizo quema su
pueblo, como las había hecho a
sus padres.
20 Cuando comenzó a reinar era
de treinta y dos años, y reinó en
Jerusalem ocho años; y fuese sin
ser deseado. Y sepultáronlo en la
ciudad de David, mas no en los
sepulcros de los reyes.

CAPÍTULO 22

Y LOS moradores de Jerusalem hicieron rey en lugar suyo a Ocozías su hijo menor: porque la tropa había venido con los Arabes al campo, había muerto a todos los mayores; por lo cual reinó Ocozías, hijo de Joram rey de Judá.

2 Cuando Ocozías comenzó a reinar era de cuarenta y dos años, y reinó un año en Jerusalem. El nombre de su madre fue Atalía, hija de Omri.
3 También él anduvo en los caminos de la casa de Acab: porque su madre le aconsejaba a obrar impíamente.
4 Hizo pues lo malo en ojos del SEÑOR, como la casa de Acab; porque después de la muerte de su padre, ellos le aconsejaron para su perdición.
5 Y él anduvo en los consejos de ellos, y fue a la guerra con Joram hijo de Acab, rey de Israel, contra Hazael rey de Siria, a Ramot de Galaad, donde los Siros hirieron a Joram.
6 Y se volvió para curarse en Jezreel de las heridas que le habían hecho en Ramá, peleando con Hazael rey de Siria. Y descendió Azarías hijo de Joram, rey de Judá, a visitar a Joram hijo de Acab, en Jezreel, porque allí estaba enfermo.
7 Esto empero *venía* de Dios, para que Ocozías fuese hollado viniendo a Joram: porque siendo venido, salió con Joram contra Jehú hijo de Nimsi, al cual el SEÑOR había ungido para que talase la casa de Acab.
8 Y sucedió que, haciendo juicio Jehú con la casa de Acab, halló a los príncipes de Judá, y a los hijos de los hermanos de Ocozías, que servían a Ocozías, y matólos.
9 Y buscando a Ocozías, el cual se había escondido en Samaria, tomáronlo, y trajéronlo a Jehú, y le mataron; y diéronle sepultura, porque dijeron: Es hijo de Josafat, el cual buscó al SEÑOR de todo su corazón. Y la casa de Ocozías no tenía fuerzas para poder retener el reino.
10 Entonces Atalía madre de Ocozías, viendo que su hijo era muerto, levantóse y destruyó toda la simiente real de la casa de Judá.
11 Empero Josabet, hija del rey, tomó a Joas hijo de Ocozías, y arrebatólo de entre los hijos del rey, que mataban, y guardóle a él y a su ama en la cámara de los lechos. Así pues lo escondió Josabet, hija del rey Joram, esposa de Joiada el sacerdote, (porque ella era hermana de Ocozías), de delante de Atalía, y no lo mataron.
12 Y estuvo con ellos escondido en la casa de Dios seis años. Entre tanto Atalía reinaba en el país.

CAPÍTULO 23

MAS el séptimo año se animó Joiada, y tomó consigo en pacto a los centuriones, Azarías hijo de Jeroam, y a Ismael hijo de Johanán, y a Azarías hijo de Obed, y a Maasías hijo de Adaías, y a Elisafat hijo de Zicri;
2 Los cuales rodeando por Judá, juntaron los Levitas de todas las ciudades de Judá, y a los príncipes de las familias de Israel, y vinieron a Jerusalem.
3 Y toda la congregación hizo pacto con el rey en la casa de Dios. Y él les dijo: He aquí el hijo del rey, el cual reinará, como el SEÑOR lo tiene dicho de los hijos de David.
4 Lo que habéis de hacer es: la tercera parte de vosotros, los que entran el sábado, estarán de porteros con los sacerdotes y los Levitas;
5 Y la tercera parte, a la casa del

rey; y la tercera parte, a la puer-
ta del fundamento: y todo el pue-
blo estará en los patios de la casa
del SEÑOR.
6 Y ninguno entre en la casa del
SEÑOR, sino los sacerdotes y
Levitas que sirven: éstos entra-
rán, porque están consagrados;
y todo el pueblo hará la guardia
del SEÑOR.
7 Y los Levitas rodearán al rey
por todas partes, y cada uno
tendrá sus armas en la mano;
y cualquiera que entrare en la
casa, muera: y estaréis con el rey
cuando entrare, y cuando saliere.
8 Y los Levitas y todo Judá lo hi-
cieron todo como lo había man-
dado el sacerdote Joiada: y tomó
cada uno los suyos, los que en-
traban el sábado, y los que salían
el sábado: porque el sacerdote
Joiada no dio licencia a las com-
pañías.
9 Dio también el sacerdote Joia-
da a los centuriones las lanzas,
paveses y escudos que habían
sido del rey David, que estaban
en la casa de Dios;
10 Y puso en orden a todo el pue-
blo, teniendo cada uno su espada
en la mano, desde el rincón dere-
cho del templo hasta el izquier-
do, hacia el altar y la casa, en
derredor del rey por todas partes.
11 Entonces sacaron al hijo del
rey, y pusiéronle la corona y *le
dieron* el testimonio, e hiciéronle
rey; y Joiada y sus hijos le ungie-
ron, diciendo luego: ¡Viva el rey!
12 Y como Atalía oyó el estruen-
do de la gente que corría, y de
los que bendecían al rey, vino al
pueblo a la casa del SEÑOR;
13 Y mirando, vio al rey que es-
taba junto a su columna a la en-
trada, y los príncipes y las trom-
petas junto al rey, y que todo el
pueblo de la tierra hacía alegrías,
y sonaban bocinas, y cantaban
con instrumentos de música
los que sabían alabar. Entonces
Atalía rasgó sus vestidos, y dijo:
¡Conjuración, conjuración!
14 Y sacando el sacerdote Joiada
los centuriones y capitanes del
ejército, díjoles: Sacadla fuera
del recinto; y el que la siguiere,
muera a espada: porque el sacer-
dote había mandado que no la
matasen en la casa del SEÑOR.
15 Ellos pues le echaron mano, y
luego que hubo ella pasado la en-
trada de la puerta de los caballos
de la casa del rey, allí la mataron.
16 Y Joiada hizo pacto entre sí y
todo el pueblo y el rey, que se-
rían pueblo del SEÑOR.
17 Después de esto entró todo el
pueblo en el templo de Baal, y de-
rribáronlo, y también sus altares;
e hicieron pedazos sus imágenes,
y mataron delante de los altares
a Matán, sacerdote de Baal.
18 Luego ordenó Joiada los ofi-
cios en la casa del SEÑOR bajo la
mano de los sacerdotes y Levitas,
según David los había distribuí-
do en la casa del SEÑOR, para
ofrecer al SEÑOR los holocaus-
tos, como está escrito en la ley
de Moisés, con gozo y cantares,
conforme a la ordenación de
David.
19 Puso también porteros a las
puertas de la casa del SEÑOR,
para que por ninguna vía entrase
ningún inmundo.
20 Tomó después los centurio-
nes, y los principales, y los que
gobernaban el pueblo; y a todo
el pueblo de la tierra, y llevó
al rey de la casa del SEÑOR; y
viniendo hasta el medio de la

puerta mayor de la casa del rey, sentaron al rey sobre el trono del reino.
21 Y todo el pueblo del país hizo alegrías: y la ciudad estuvo quieta, muerto que hubieron a Atalía a espada.

CAPÍTULO 24

DE siete años era Joas cuando comenzó a reinar, y cuarenta años reinó en Jerusalem. El nombre de su madre fue Sibia, de Beerseba.
2 E hizo Joas lo recto en ojos del SEÑOR todos los días de Joiada el sacerdote.
3 Y tomó para él Joiada dos esposas; y engendró hijos e hijas.
4 Después de esto aconteció que Joas tuvo voluntad de reparar la casa del SEÑOR.
5 Y juntó los sacerdotes y los Levitas, y díjoles: Salid por las ciudades de Judá, y juntad dinero de todo Israel, para que cada año sea reparada la casa de vuestro Dios; y vosotros poned diligencia en el negocio. Mas los Levitas no pusieron diligencia.
6 Por lo cual el rey llamó a Joiada el principal, y díjole: ¿Por qué no has procurado que los Levitas traigan de Judá y de Jerusalem al tabernáculo del testimonio, la ofrenda que impuso Moisés siervo del SEÑOR, y de la congregación de Israel?
7 Porque los hijos de Atalía, aquella mujer inicua, habían destruído la casa de Dios, y además habían gastado en los Baales todas las cosas santificadas de la casa del SEÑOR.
8 Mandó pues el rey que hiciesen un arca, la cual pusieron fuera a la puerta de la casa del SEÑOR;
9 E hicieron pregonar en Judá y en Jerusalem, que trajesen al SEÑOR la ofrenda que Moisés siervo de Dios había impuesto a Israel en el desierto.
10 Y todos los príncipes y todo el pueblo se holgaron: y traían, y echaban en el arca hasta henchirla.
11 Y como venía el tiempo para llevar el arca al magistrado del rey por mano de los Levitas, cuando veían que había mucho dinero, venía el escriba del rey, y el que estaba puesto por el sumo sacerdote, y llevaban el arca, y vaciábanla, y volvíanla a su lugar: y así lo hacían de día en día, y recogían mucho dinero;
12 El cual daba el rey y Joiada a los que hacían la obra del servicio de la casa del SEÑOR, y tomaban canteros y carpinteros que reparasen la casa del SEÑOR, y artífices en hierro y latón para componer la casa del SEÑOR.
13 Hacían pues los oficiales la obra, y por sus manos fue la obra restaurada, y restituyeron la casa de Dios a su condición, y la consolidaron.
14 Y cuando hubieron acabado, trajeron lo que quedaba del dinero al rey y a Joiada, e hicieron de él vasos para la casa del SEÑOR, vasos para el servicio, morteros, cucharas, vasos de oro y de plata. Y sacrificaban holocaustos continuamente en la casa del SEÑOR todos los días de Joiada.
15 Mas Joiada envejeció, y murió lleno de días: de ciento y treinta años era cuando murió.
16 Y sepultáronlo en la ciudad de David con los reyes, por cuanto había hecho bien con Israel, y para con Dios, y con su casa.

17 Muerto Joiada, vinieron los
príncipes de Judá, e hicieron
acatamiento al rey; y el rey los
oyó.
18 Y desampararon la casa del
SEÑOR el Dios de sus padres, y
sirvieron a los bosques y a las
imágenes esculpidas; y la ira
vino sobre Judá y Jerusalem por
este su pecado.
19 Y envióles profetas, para que
los redujesen al SEÑOR, los cuales
les protestaron: mas ellos no
los escucharon.
20 Y el Espíritu de Dios envistió
a Zacarías, hijo de Joiada el
sacerdote, el cual estando sobre
el pueblo, les dijo: Así ha dicho
Dios: ¿Por qué quebrantáis los
mandamientos del SEÑOR? No
os vendrá bien de ello; porque
por haber dejado al SEÑOR, él
también os dejará.
21 Mas ellos hicieron conspiración
contra él, y cubriéronle de
piedras por mandato del rey, en
el patio de la casa del SEÑOR.
22 No tuvo pues memoria el rey
Joas de la misericordia que su
padre Joiada había hecho con él,
antes matóle su hijo; el cual dijo
al morir: el SEÑOR lo vea, y lo
requiera.
23 A la vuelta del año subió contra
él el ejército de Siria; y vinieron
a Judá y a Jerusalem, y destruyeron
en el pueblo a todos
los principales de él, y enviaron
todos sus despojos al rey a Damasco.
24 Porque *aunque* el ejército de
Siria había venido con pocos
hombres, el SEÑOR les entregó
en sus manos un ejército muy
numeroso; por cuanto habían dejado
al SEÑOR el Dios de sus padres.
Y con Joas hicieron juicios.
25 Y yéndose de él *los Siros*, dejáronlo
en muchas enfermedades;
y conspiraron contra él sus
siervos a causa de las sangres de
los hijos de Joiada el sacerdote,
e hiriéronle en su cama, y murió:
y sepultáronle en la ciudad de
David, mas no lo sepultaron en
los sepulcros de los reyes.
26 Los que conspiraron contra
él fueron Zabad, hijo de Simeat
Amonita, y Jozabad, hijo de
Simrit Moabita.
27 De sus hijos, y de la multiplicación
que hizo de las rentas, y
de la instauración de la casa de
Dios, he aquí está escrito en la
historia del libro de los reyes. Y
reinó en su lugar Amasías su hijo.

CAPÍTULO 25

DE veinticinco años era Amasías
cuando comenzó a reinar,
y veintinueve años reinó
en Jerusalem: el nombre de su
madre fue Joadan, de Jerusalem.
2 Hizo él lo recto en los ojos del
SEÑOR aunque no de perfecto
corazón.
3 Y luego que fue confirmado en
el reino, mató a sus siervos que
habían muerto al rey su padre;
4 Mas no mató a los hijos de ellos,
según lo que está escrito en la
ley en el libro de Moisés, donde
el SEÑOR mandó, diciendo: No
morirán los padres por los hijos,
ni los hijos por los padres; mas
cada uno morirá por su pecado.
5 Juntó luego Amasías a Judá, y
con arreglo a las familias púsoles
tribunos y centuriones por todo
Judá y Benjamín; y tomólos por
lista de veinte años arriba, y fueron
hallados en ellos trescientos
mil escogidos para salir a la guerra,
que tenían lanza y escudo.

6 Y de Israel tomó a sueldo cien mil hombres valientes, por cien talentos de plata.
7 Mas un varón de Dios vino a él, diciéndole: Rey, no vaya contigo el ejército de Israel; porque el SEÑOR no es con Israel, *ni* con todos los hijos de Efraím.
8 Pero si tú vas, *si lo* haces, y te esfuerzas para pelear, Dios te hará caer delante de los enemigos; porque en Dios está la fortaleza, o para ayudar, o para derribar.
9 Y Amasías dijo al varón de Dios: ¿Qué pues se hará de cien talentos que he dado al ejército de Israel? Y el varón de Dios respondió: Del SEÑOR es darte mucho más que esto.
10 Entonces Amasías apartó el escuadrón de la gente que había venido a él de Efraím, para que se fuesen a sus casas: y ellos se enojaron grandemente contra Judá, y volviéronse a sus casas encolerizados.
11 Esforzándose entonces Amasías, sacó su pueblo, y vino al valle de la Sal: e hirió de los hijos de Seir diez mil.
12 Y los hijos de Judá tomaron vivos *otros* diez mil, los cuales llevaron a la cumbre de un peñasco, y de allí los despeñaron, y todos se hicieron pedazos.
13 Empero los del escuadrón que Amasías había despedido, porque no fuesen con él a la guerra, derramáronse sobre las ciudades de Judá, desde Samaria hasta Bet-horón, e hirieron de ellos tres mil, y tomaron un grande despojo.
14 Regresando luego Amasías de la matanza de los Idumeos, trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, y púsoselos para sí por dioses, y encorvóse delante de ellos, y quemóles perfumes.
15 Encendióse por tanto el furor del SEÑOR contra Amasías, y envió a él un profeta, que le dijo: ¿Por qué has buscado los dioses de gente, que no libraron a su pueblo de tus manos?
16 Y aconteció que cuando él le habló, *el rey* le respondió: ¿Hante puesto a ti por consejero del rey? Desiste; ¿por qué quieres que te maten? Y al cesar, el profeta dijo luego: Yo sé que Dios ha determinado destruirte, porque has hecho esto, y no obedeciste a mi consejo.
17 Y Amasías rey de Judá, habido su consejo, envió a decir a Joas, hijo de Joacaz hijo de Jehú, rey de Israel: Ven, y veámonos cara a cara.
18 Entonces Joas rey de Israel envió a decir a Amasías rey de Judá: El cardo que estaba en el Líbano, envió al cedro que estaba en el Líbano, diciendo: Da tu hija a mi hijo por esposa. Y he aquí que las bestias fieras que estaban en el Líbano, pasaron, y hollaron el cardo.
19 Tú dices: He aquí he herido a Edom; y tu corazón se enaltece para gloriarte: ahora estáte en tu casa; ¿para qué te entrometes en mal, para caer tú y Judá contigo?
20 Mas Amasías no quiso oír; porque esto *venía* de Dios, que los quería entregar en manos *de sus enemigos*, por cuanto habían buscado los dioses de Edom.
21 Subió pues Joas rey de Israel, y viéronse cara a cara él y Amasías rey de Judá, en Bet-semes, la cual es de Judá.
22 Pero cayó Judá delante de Is-

rael, y huyó cada uno a su estancia.
23 Y Joas rey de Israel prendió
en Bet-semes a Amasías rey de
Judá, hijo de Joas hijo de Joacaz,
y llevólo a Jerusalem: y derribó
el muro de Jerusalem desde la
puerta de Efraím hasta la puerta
del ángulo, cuatrocientos codos.
24 Asimismo *tomó* todo el oro y
plata, y todos los vasos que se ha-
llaron en la casa de Dios en casa
de Obed-edom, y los tesoros de
la casa del rey, y los hijos de los
príncipes, y volvióse a Samaria.
25 Y vivió Amasías hijo de Joas,
rey de Judá, quince años después
de la muerte de Joas hijo de Joa-
caz rey de Israel.
26 Lo demás de los hechos de
Amasías, primeros y postreros,
¿no está escrito en el libro de los
reyes de Judá y de Israel?
27 Desde aquel tiempo que Ama-
sías se apartó del SEÑOR, maqui-
naron contra él conjuración en
Jerusalem; y habiendo él huído a
Laquis, enviaron tras él a Laquis,
y allá lo mataron;
28 Y trajéronlo en caballos, y se-
pultáronlo con sus padres en la
ciudad de Judá.

CAPÍTULO 26

ENTONCES todo el pueblo de
Judá tomó a Uzías, el cual
era de diez y seis años, y pusié-
ronlo por rey en lugar de Ama-
sías su padre.
2 Edificó él a Elot, y la restituyó
a Judá después que el rey dur-
mió con sus padres.
3 De diez y seis años era Uzías
cuando comenzó a reinar, y cin-
cuenta y dos años reinó en Jeru-
salem. El nombre de su madre
fue Jecolía, de Jerusalem.
4 E hizo lo recto en los ojos del
SEÑOR, conforme a todas las
cosas que había hecho Amasías
su padre.
5 Y persistió en buscar a Dios en
los días de Zacarías, entendido
en visiones de Dios; y en estos
días que él buscó al SEÑOR, él le
prosperó.
6 Y salió, y peleó contra los Fi-
listeos, y rompió el muro de Gat,
y el muro de Jabnia, y el muro
de Asdod; y edificó ciudades en
Asdod, y en la tierra de los Filis-
teos.
7 Y dióle Dios ayuda contra los
Filisteos, y contra los Arabes que
habitaban en Gur-baal, y contra
los Meunitas.
8 Y dieron los Amonitas pre-
sentes a Uzías, y divulgóse su
nombre hasta la entrada de Egip-
to; porque se había hecho alta-
mente poderoso.
9 Edificó también Uzías torres
en Jerusalem, junto a la puerta
del ángulo, y junto a la puerta
del valle, y junto a las esquinas;
y fortificólas.
10 Asimismo edificó torres en el
desierto, y abrió muchas cister-
nas: porque tuvo muchos gana-
dos, así en los valles como en las
vegas; y viñas, y labranzas, así
en los montes como en los llanos
fértiles; porque era amigo de la
agricultura.
11 Tuvo también Uzías escua-
drones de guerreros, los cuales
salían a la guerra en ejército,
según que estaban por lista hecha
por mano de Jehiel escriba y de
Maasías gobernador, y por mano
de Hananías, uno de los prínci-
pes del rey.
12 Todo el número de los jefes
de familias, valientes y esforza-
dos, era dos mil y seiscientos.

13 Y bajo la mano de éstos estaba el ejército de guerra, de trescientos siete mil y quinientos guerreros poderosos y fuertes para ayudar al rey contra los enemigos.
14 Y aprestóles Uzías para todo el ejército, escudos, lanzas, almetes, coseletes, arcos, y hondas de tirar piedras.
15 E hizo en Jerusalem máquinas por industria de ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras, y su fama se extendió lejos, porque se ayudó maravillosamente, hasta hacerse fuerte.
16 Mas cuando fue fortificado, su corazón se enalteció hasta corromperse; porque se rebeló contra el SEÑOR su Dios, entrando en el templo del SEÑOR para quemar sahumerios en el altar del perfume.
17 Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes del SEÑOR, de los valientes.
18 Y pusiéronse contra el rey Uzías, y dijéronle: No a ti, oh Uzías, el quemar perfume al SEÑOR, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo: sal del santuario, por que has prevaricado, y no te será para gloria delante del SEÑOR Dios.
19 Y airóse Uzías, que tenía el perfume en la mano para quemarlo; y en esta su ira contra los sacerdotes, la lepra le salió en la frente delante de los sacerdotes en la casa del SEÑOR, junto al altar del perfume.
20 Y miróle Azarías el sumo sacerdote, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; e hiciéronle salir apriesa de aquel lugar; y él también se dio priesa a salir, porque el SEÑOR lo había herido.
21 Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó en una casa apartada, leproso, por lo que había sido separado de la casa del SEÑOR; y Jahatam su hijo tuvo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra.
22 Lo demás de los hechos de Uzías, primeros y postreros, escribiólo Isaías profeta, hijo de Amós.
23 Y durmió Uzías con sus padres, y sepultáronlo con sus padres en el campo de los sepulcros reales; porque dijeron: Leproso es. Y reinó Jahatam su hijo en lugar suyo.

CAPÍTULO 27

DE veinticinco años era Jahatam cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó en Jerusalem. El nombre de su madre fue Jerusa, hija de Sadoc.
2 E hizo lo recto en ojos del SEÑOR, conforme a todas las cosas que había hecho Uzías su padre, salvo que no entró en el templo del SEÑOR. Y el pueblo falseaba aún.
3 Edificó él la puerta mayor de la casa del SEÑOR, y en el muro de la fortaleza edificó mucho.
4 Además edificó ciudades en las montañas de Judá, y labró palacios y torres en los bosques.
5 También tuvo él guerra con el rey de los hijos de Amón, a los cuales venció; y diéronle los hijos de Amón en aquel año cien talentos de plata, y diez mil

coros de trigo, y diez mil de cebada. Esto le dieron los hijos de Amón, y lo mismo en el segundo año, y en el tercero.
6 Así que Jahatam fue fortificado, porque preparó sus caminos delante del SEÑOR su Dios.
7 Lo demás de los hechos de Jahatam, y todas sus guerras, y sus caminos, he aquí está escrito en el libro de los reyes de Israel y de Judá.
8 Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y dieciséis reinó en Jerusalem.
9 Y durmió Jahatam con sus padres, y sepultáronlo en la ciudad de David; y reinó en su lugar Acaz su hijo.

CAPÍTULO 28

DE veinte años era Acaz cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó en Jerusalem: mas no hizo lo recto en ojos del SEÑOR, como David su padre.
2 Antes anduvo en los caminos de los reyes de Israel, y además hizo imágenes de fundición a los Baales.
3 Quemó también perfume en el valle de los hijos de Hinom, y quemó sus hijos por fuego, conforme a las abominaciones de las gentes que el SEÑOR había echado delante de los hijos de Israel.
4 Asimismo sacrificó y quemó perfumes en los altos, y en los collados, y debajo de todo árbol espeso.
5 Por lo cual el SEÑOR su Dios lo entregó en manos del rey de los Siros, los cuales le derrotaron, y cogieron de él una grande presa, que llevaron a Damasco. Fue también entregado en manos del rey de Israel, el cual lo batió con gran mortandad.
6 Porque Peca hijo de Remalías mató en Judá en un día ciento y veinte mil, todos hombres valientes; por cuanto habían dejado al SEÑOR el Dios de sus padres.
7 Asimismo Zicri, hombre poderoso de Efraím, mató a Maasías hijo del rey, y a Azricam su mayordomo, y a Elcana, segundo después del rey.
8 Tomaron también cautivos los hijos de Israel de sus hermanos doscientos mil, mujeres, muchachos, y muchachas, a más de haber saqueado de ellos un gran despojo, el cual trajeron a Samaria.
9 Había entonces allí un profeta del SEÑOR, que se llamaba Oded, el cual salió delante del ejército cuando entraba en Samaria, y díjoles: He aquí el SEÑOR el Dios de vuestros padres, por el enojo contra Judá, los ha entregado en vuestras manos; y vosotros los habéis muerto con ira, que hasta el cielo ha llegado.
10 Y ahora habéis determinado sujetar a vosotros a Judá y a Jerusalem por siervos y siervas: mas ¿no habéis vosotros pecado contra el SEÑOR vuestro Dios?
11 Oidme pues ahora, y volved a enviar los cautivos que habéis tomado de vuestros hermanos: porque el SEÑOR está airado contra vosotros.
12 Levantáronse entonces algunos varones de los principales de los hijos de Efraím, Azarías hijo de Johanán, y Berequías hijo de Mesilemot, y Ezequías hijo de Salum, y Amasa hijo de Hadlai, contra los que venían de la guerra.
13 Y dijéronles: No metáis acá

a los cautivos; porque mientras
hemos ofendido contra el SEÑOR,
vosotros tratáis de añadir sobre
nuestros pecados y sobre nues-
tras culpas; porque es grande
nuestro delito, y *hay* ira feroz
sobre Israel.
14 Entonces el ejército dejó los
cautivos y la presa delante de los
príncipes y de toda la congrega-
ción.
15 Y levantáronse los varones
nombrados, y tomaron los cauti-
vos, y vistieron del despojo a los
que de ellos estaban desnudos;
vistiéronlos y calzáronlos, y dié-
ronles de comer y de beber, y un-
giéronlos, y condujeron en asnos
a todos los flacos, y lleváronlos
hasta Jericó, ciudad de las pal-
mas, cerca de sus hermanos; y
ellos se volvieron a Samaria.
16 En aquel tiempo envió *a pedir*
el rey Acaz a los reyes de Asiria
que le ayudasen:
17 Porque a más de esto, los Idu-
meos habían venido y herido a
los de Judá, y habían llevado
cautivos.
18 Asimismo los Filisteos se ha-
bían derramado por las ciudades
de la llanura, y al sur de Judá, y
habían tomado a Bet-semes, a
Ajalón, Gederot, y Soco con sus
aldeas, Timna también con sus
aldeas, y Gimzo con sus aldeas; y
habitaban en ellas.
19 Porque el SEÑOR había humi-
llado a Judá por causa de Acaz
rey de Israel: por cuanto él había
desnudado a Judá, y rebeládose
gravemente contra el SEÑOR.
20 Y vino contra él Tilgat-pilne-
ser, rey de los Asirios: pues
lo redujo a estrechez, y no lo
fortificó.
21 Aunque despojó Acaz la casa
del SEÑOR, y la casa real, y las
de los príncipes, para dar al rey
de los Asirios, con todo eso él no
le ayudó.
22 Además el rey Acaz en el tiem-
po que *aquél* le apuraba, añadió
prevaricación contra el SEÑOR;
23 Porque sacrificó a los dioses
de Damasco que le habían heri-
do, y dijo: Pues que los dioses de
los reyes de Siria les ayudan, yo
también sacrificaré a ellos para
que me ayuden; bien que fueron
éstos su ruina, y la de todo Israel.
24 A más de eso recogió Acaz los
vasos de la casa de Dios, y que-
brólos, y cerró las puertas de la
casa del SEÑOR, e hízose altares
en Jerusalem en todos los rinco-
nes.
25 Hizo también altos en todas
las ciudades de Judá, para que-
mar perfumes a los dioses ajenos,
provocando así a ira al SEÑOR el
Dios de sus padres.
26 Lo demás de sus hechos, y
todos sus caminos primeros y
postreros, he aquí ello está escri-
to en el libro de los reyes de Judá
y de Israel.
27 Y durmió Acaz con sus padres,
y sepultáronlo en la ciudad de Je-
rusalem: mas no le metieron en
los sepulcros de los reyes de Is-
rael; y reinó en su lugar Ezequías
su hijo.

CAPÍTULO 29

Y EZEQUÍAS comenzó a reinar
siendo de veinticinco años, y
reinó veintinueve años en Jeru-
salem. El nombre de su madre
fue Abía, hija de Zacarías.
2 E hizo lo recto en ojos del
SEÑOR, conforme a todas las
cosas que había hecho David su
padre.

3 En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa del SEÑOR, y las reparó.
4 E hizo venir los sacerdotes y Levitas, y juntólos en la plaza oriental.
5 Y díjoles: Oidme, Levitas, y santificaos ahora, y santificaréis la casa del SEÑOR el Dios de vuestros padres, y sacaréis del santuario la inmundicia.
6 Porque nuestros padres se han rebelado, y han hecho lo malo en ojos del SEÑOR nuestro Dios; que le dejaron, y apartaron sus ojos del tabernáculo del SEÑOR, y le volvieron las espaldas.
7 Y aun cerraron las puertas del pórtico, y apagaron las lámparas; no quemaron perfume, ni sacrificaron holocausto en el santuario al Dios de Israel.
8 Por tanto la ira del SEÑOR ha venido sobre Judá y Jerusalem, y los ha entregado a turbación, y a execración y escarnio, como veis vosotros con vuestros ojos.
9 Y he aquí nuestros padres han caído a espada, nuestros hijos y nuestras hijas y nuestras esposas son cautivas por esto.
10 Ahora pues, yo he determinado hacer pacto con el SEÑOR el Dios de Israel, para que aparte de nosotros la ira de su furor.
11 Hijos míos, no os engañéis ahora, porque el SEÑOR os ha escogido a vosotros para que estéis delante de él, y le sirváis, y seáis sus ministros, y le queméis perfume.
12 Entonces los Levitas se levantaron, Mahat hijo de Amasai, y Joel hijo de Azarías, de los hijos de Coat; y de los hijos de Merari, Cis hijo de Abdi, y Azarías hijo de Jehaleleel; y de los hijos de Gersón, Joah hijo de Zima, y Edén hijo de Joah;
13 Y de los hijos de Elisafán, Simri y Jehiel; y de los hijos de Asaf, Zacarías y Matanías;
14 Y de los hijos de Hemán, Jehiel y Simi; y de los hijos de Jedutún, Semeías y Uziel.
15 Éstos juntaron a sus hermanos, y santificáronse, y entraron, conforme al mandamiento del rey y las palabras del SEÑOR, para limpiar la casa del SEÑOR.
16 Y entrando los sacerdotes dentro de la casa del SEÑOR para limpiarla, sacaron toda la inmundicia que hallaron en el templo del SEÑOR, al atrio de la casa del SEÑOR; la cual tomaron los Levitas, para sacarla fuera al torrente de Cedrón.
17 Y comenzaron a santificar el primero del mes primero, y a los ocho del mismo mes vinieron al pórtico del SEÑOR: y santificaron la casa del SEÑOR en ocho días, y en el dieciséis del mes primero acabaron.
18 Luego pasaron al rey Ezequías, y dijéronle: Ya hemos limpiado toda la casa del SEÑOR, el altar de la ofrenda quemada, y todos sus instrumentos, y la mesa de la proposición con todos sus utensilios.
19 Asimismo hemos preparado y santificado todos los vasos que en su prevaricación había maltratado el rey Acaz, cuando reinaba: y he aquí están delante del altar del SEÑOR.
20 Y levantándose de mañana el rey Ezequías reunió los principales de la ciudad, y subió a la casa del SEÑOR.
21 Y presentaron siete novillos, siete carneros, siete corderos, y

siete machos de cabrío, para ex-
piación por el reino, por el san-
tuario y por Judá. Y dijo a los
sacerdotes hijos de Aarón, que
los ofreciesen sobre el altar del
SEÑOR.
22 Mataron pues los bueyes, y
los sacerdotes tomaron la sangre,
y rociáronla sobre el altar; mata-
ron luego los carneros, y rocia-
ron la sangre sobre el altar; asi-
mismo mataron los corderos, y
rociaron la sangre sobre el altar.
23 Hicieron después llegar los
machos cabríos de la expiación
delante del rey y de la congrega-
ción, y pusieron sobre ellos sus
manos:
24 Y los sacerdotes los mataron, y
expiando *esparcieron* la sangre de
ellos sobre el altar, para recon-
ciliar a todo Israel: porque por
todo Israel mandó el rey *hacer* la
ofrenda quemada y la expiación.
25 Puso también Levitas en la
casa del SEÑOR con címbalos,
y salterios, y arpas, conforme
al mandamiento de David, y de
Gad vidente del rey, y de Natán
profeta: porque aquel manda-
miento fue por mano del SEÑOR,
por mano de sus profetas.
26 Y los Levitas estaban con
los instrumentos de David, y
los sacerdotes con trompetas.
27 Entonces mandó Ezequías sa-
crificar la ofrenda quemada en el
altar; y al tiempo que comenzó la
ofrenda quemada, comenzó tam-
bién el cántico del SEÑOR, con
las trompetas y los instrumentos
de David rey de Israel.
28 Y toda la congregación adora-
ba, y los cantores cantaban, y los
trompeteros sonaban las trompe-
tas; todo hasta acabarse la ofren-
da quemada.
29 Y como acabaron de ofrecer,
inclinóse el rey, y todos los que
con él estaban, y adoraron.
30 Entonces el rey Ezequías y los
príncipes dijeron a los Levitas
que alabasen al SEÑOR por las
palabras de David y de Asaf vi-
dente: y ellos alabaron con gran-
de alegría, e inclinándose adora-
ron.
31 Y respondiendo Ezequías dijo:
Vosotros os habéis consagrado
ahora al SEÑOR; llegaos pues,
y traed sacrificios y ofrendas en
acción de gracias a la casa del
SEÑOR. Y la congregación trajo
sacrificios y ofrendas en acción
de gracias; y todo liberal de co-
razón, holocaustos.
32 Y fue el número de los holo-
caustos que trajo la congrega-
ción, setenta bueyes, cien carne-
ros, doscientos corderos; todo
para una ofrenda quemada al
SEÑOR.
33 Y las ofrendas fueron seis-
cientos bueyes, y tres mil ovejas.
34 Mas los sacerdotes eran pocos,
y no podían bastar a desollar
los holocaustos; y así sus her-
manos los Levitas les ayudaron
hasta que acabaron la obra, y
hasta que los sacerdotes se santi-
ficaron: porque los Levitas tuvie-
ron mayor prontitud de corazón
para santificarse, que los sacer-
dotes.
35 Así pues hubo gran multitud
de holocaustos, con sebos de pa-
cíficos, y libaciones de cada ho-
locausto. Y quedó ordenado el
servicio de la casa del SEÑOR.
36 Y alegróse Ezequías, y todo el
pueblo, de que Dios hubiese pre-
parado el pueblo; porque la cosa
fue prestamente hecha.

CAPÍTULO 30

ENVIÓ también Ezequías por
todo Israel y Judá, y escribió
letras a Efraím y Manasés, que
viniesen a Jerusalem a la casa
del SEÑOR, para celebrar la pas-
cua al SEÑOR Dios de Israel.
2 Y había el rey tomado consejo
con sus príncipes, y con toda la
congregación en Jerusalem, para
celebrar la pascua en el mes se-
gundo:
3 Porque entonces no la podían
celebrar, por cuanto no había su-
ficientes sacerdotes santificados,
ni el pueblo estaba junto en Je-
rusalem.
4 Esto agradó al rey y a toda la
multitud.
5 Y determinaron hacer pasar
pregón por todo Israel, desde
Beerseba hasta Dan, para que
viniesen a celebrar la pascua al
SEÑOR Dios de Israel, en Jeru-
salem: porque en mucho tiempo
no la habían celebrado al modo
que está escrito.
6 Fueron pues correos con letras
de mano del rey y de sus prínci-
pes por todo Israel y Judá, como
el rey lo había mandado, y decí-
an: Hijos de Israel, volveos al
SEÑOR el Dios de Abraham, de
Isaac, y de Israel, y él se volverá
al remanente que ha quedado de
la mano de los reyes de Asiria.
7 No seáis como vuestros padres
y como vuestros hermanos, que
se rebelaron contra el SEÑOR el
Dios de sus padres, y él los entre-
gó a desolación, como vosotros
veis.
8 No endurezcáis pues ahora
vuestra cerviz como vuestros pa-
dres: dad la mano al SEÑOR, y
venid a su santuario, el cual él
ha santificado para siempre; y
servid al SEÑOR vuestro Dios, y
la ira de su furor se apartará de
vosotros.
9 Porque si os volviereis al
SEÑOR, vuestros hermanos y
vuestros hijos hallarán miseri-
cordia delante de los que los tie-
nen cautivos, y volverán a esta
tierra: porque el SEÑOR vuestro
Dios es clemente y misericordio-
so, y no volverá de vosotros su
rostro, si vosotros os volviereis a
él.
10 Pasaron pues los correos de
ciudad en ciudad por la tierra de
Efraím y Manasés, hasta Zabu-
lón: mas se reían y burlaban de
ellos.
11 Con todo eso, algunos hom-
bres de Aser, de Manasés, y de
Zabulón, se humillaron, y vinie-
ron a Jerusalem.
12 En Judá también fue la mano
de Dios para darles un corazón
para cumplir el mensaje del rey
y de los príncipes, conforme a la
palabra del SEÑOR.
13 Y juntóse en Jerusalem mucha
gente para celebrar la solemni-
dad de los ázimos en el mes se-
gundo; una vasta congregación.
14 Y levantándose, quitaron los
altares que había en Jerusalem;
quitaron también todos los alta-
res de perfumes, y echáron-
los en el torrente de Cedrón.
15 Entonces sacrificaron la pas-
cua, a los catorce del mes segun-
do; y los sacerdotes y los Levitas
se santificaron con vergüenza, y
trajeron los holocaustos a la casa
del SEÑOR.
16 Y pusiéronse en su orden con-
forme a su costumbre, conforme a
la ley de Moisés varón de Dios; los
sacerdotes rociaban la sangre *que*
recibían de manos de los Levitas:

17 Porque había muchos en la
congregación que no estaban
santificados, y por eso los Levitas
sacrificaban la pascua por todos
los que no se habían limpiado,
para santificarlos al SEÑOR.
18 Porque una gran multitud del
pueblo de Efraím y Manasés, y
de Isacar y Zabulón, no se habían
purificado, y comieron la pascua
no conforme a lo que está escrito.
Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: El SEÑOR, que es bueno,
sea propicio a todo aquel que ha
apercibido su corazón para buscar a Dios,
19 Al SEÑOR el Dios de sus padres, aunque no *esté purificado*
según la purificación del santuario.
20 Y oyó el SEÑOR a Ezequías, y
sanó al pueblo.
21 Así celebraron los hijos de Israel que se hallaron en Jerusalem,
la solemnidad de los panes sin levadura por siete días con grande
gozo: y alababan al SEÑOR todos
los días los Levitas y los sacerdotes, *cantando* con instrumentos
de fortaleza al SEÑOR.
22 Y habló Ezequías al corazón
de todos los Levitas que tenían
buen conocimiento del SEÑOR. Y
comieron en la solemnidad por
siete días, ofreciendo sacrificios
pacíficos, y haciendo confesión
al SEÑOR el Dios de sus padres.
23 Y toda aquella multitud determinó que celebrasen otros siete
días; y celebraron otros siete
días con alegría.
24 Porque Ezequías rey de Judá
había dado a la congregación
mil novillos y siete mil ovejas;
y también los príncipes dieron a la congregación mil novillos y diez mil ovejas: y muchos sacerdotes se santificaron.
25 Alegróse pues toda la congregación de Judá, como también
los sacerdotes y Levitas, y toda la
congregación que había venido
de Israel; asimismo los extranjeros que habían venido de la tierra de Israel, y los que habitaban
en Judá.
26 E hiciéronse grandes alegrías
en Jerusalem: porque desde los
días de Salomón hijo de David
rey de Israel, no había habido
cosa tal en Jerusalem.
27 Levantándose después los sacerdotes y Levitas, bendijeron al
pueblo: y la voz de ellos fue oída,
y su oración llegó a la habitación
de su santuario, al cielo.

CAPÍTULO 31

HECHAS todas estas cosas,
todos los de Israel que se habían hallado allí, salieron por las
ciudades de Judá, y quebraron
las estatuas y destruyeron los
bosques, y derribaron los altos y
los altares por todo Judá y Benjamín, y también en Efraím y Manasés, hasta acabarlo todo. Después volviéronse todos los hijos
de Israel, cada uno a su posesión
y a sus ciudades.
2 Y arregló Ezequías los repartimientos de los sacerdotes y de los
Levitas conforme a sus órdenes,
cada uno según su oficio, los sacerdotes y los Levitas para ofrendas quemadas y pacíficos, para el
ministerio, y para dar gracias, y
para alabar en las puertas de los
reales del SEÑOR.
3 La contribución del rey de
su hacienda, *era* holocaustos
a mañana y tarde, y holocaustos para los sábados, nuevas
lunas, y solemnidades, como

está escrito en la ley del SEÑOR.
4 Mandó también al pueblo que
habitaba en Jerusalem, que diesen la porción a los sacerdotes y
Levitas, para que se esforzasen
en la ley del SEÑOR.
5 Y como este edicto fue divulgado, los hijos de Israel dieron
muchas primicias de grano, vino,
aceite, miel, y de todos los frutos
de la tierra: trajeron asimismo
los diezmos de todas las cosas en
abundancia.
6 También los hijos de Israel y
de Judá, que habitaban en las
ciudades de Judá, dieron del
mismo modo los diezmos de las
vacas y de las ovejas: y trajeron
los diezmos de lo santificado, de
las cosas que habían consagrado
al SEÑOR su Dios, y pusiéronlos
por montones.
7 En el mes tercero comenzaron
a fundar aquellos montones, y en
el mes séptimo acabaron.
8 Y Ezequías y los príncipes vinieron a ver los montones, y bendijeron al SEÑOR, y a su pueblo
Israel.
9 Y preguntó Ezequías a los sacerdotes y a los Levitas acerca de
los montones.
10 Y respondióle Azarías, sumo
sacerdote, de la casa de Sadoc,
y dijo: Desde que comenzaron
a traer la ofrenda a la casa del
SEÑOR, hemos comido y saciádonos, y nos ha sobrado mucho:
porque el SEÑOR ha bendecido
su pueblo, y ha quedado esta
muchedumbre.
11 Entonces mandó Ezequías que
preparasen cámaras en la casa
del SEÑOR; y prepparáronlas.
12 Y metieron las primicias y
diezmos y las cosas consagradas,
fielmente; y dieron cargo de ello
a Conanías Levita, el principal, y
Simi su hermano fue el segundo.
13 Y Jehiel, Azazías, Nahat, Asael,
Jerimot, Josabad, Eliel, Ismaquías, Mahat, y Benaías, fueron
sobrestantes bajo la mano de Conanías y de Simi su hermano, por
mandamiento del rey Ezequías y
de Azarías, príncipe de la casa de
Dios.
14 Y Coré hijo de Imna Levita,
portero al oriente, tenía cargo
de las limosnas de Dios, y de
las ofrendas del SEÑOR que se
daban, y de todo lo que se santificaba.
15 Y a su mano estaba Edén, Miniamín, Jesúa, Semaías, Amarías, y Secanías, en las ciudades
de los sacerdotes, para dar con
fidelidad a sus hermanos *sus partes* conforme a sus órdenes, así al
mayor como al menor:
16 A más de los varones anotados por sus linajes, de tres años
arriba, a todos los que entraban
en la casa del SEÑOR, su porción
diaria por su ministerio, según
sus oficios y clases;
17 También a los que eran contados entre los sacerdotes por las
familias de sus padres, y a los
Levitas de edad de veinte años
arriba, conforme a sus oficios y
órdenes;
18 Eran inscritos en las genealogías con todos sus niños, y sus esposas, y sus hijos e hijas, por toda
la congregación; porque con fidelidad se santificaban en santidad.
19 Del mismo modo en orden a
los hijos de Aarón, sacerdotes,
que estaban en los ejidos de sus
ciudades, por todas las ciudades,
los varones nombrados *tenían cargo* de dar sus porciones a todos
los varones de los sacerdotes, y

a todo el linaje de los Levitas.
20 De esta manera hizo Ezequías en todo Judá: y ejecutó lo bueno, recto, y verdadero, delante del SEÑOR su Dios.
21 En todo cuanto comenzó en el servicio de la casa de Dios, y en la ley y mandamientos, buscó a su Dios, e hízolo de todo corazón, y fue prosperado.

CAPÍTULO 32

DESPUÉS de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib rey de los Asirios, entró en Judá, y asentó campo contra las ciudades fuertes, y determinó de tomarlas por asalto.
2 Viendo pues Ezequías la venida de Senaquerib, y su aspecto de combatir a Jerusalem,
3 Tuvo su consejo con sus príncipes y con sus valerosos, sobre cegar las fuentes de las aguas que estaban fuera de la ciudad; y ellos le apoyaron.
4 Juntóse pues mucho pueblo, y cegaron todas las fuentes, y el arroyo que derrama por en medio del territorio, diciendo: ¿Por qué han de hallar los reyes de Asiria muchas aguas cuando vinieren?
5 Alentóse así *Ezequías*, y edificó todos los muros caídos, e hizo alzar las torres, y otro muro por de fuera: fortificó además a Milo en la ciudad de David, e hizo muchas espadas y paveses.
6 Y puso capitanes de guerra sobre el pueblo, e hízolos reunir así en la plaza de la puerta de la ciudad, y hablóles al corazón de ellos, diciendo:
7 Esforzaos y confortaos; no temáis, ni hayáis miedo del rey de Asiria, ni de toda su multitud que con él *viene*; porque más son con nosotros que con él.
8 Con él es el brazo de carne, mas con nosotros el SEÑOR nuestro Dios para ayudarnos, y pelear nuestras batallas. Y afirmóse el pueblo sobre las palabras de Ezequías rey de Judá.
9 Después de esto Senaquerib rey de los Asirios, estando él sobre Laquis y con él toda su potencia, envió sus siervos a Jerusalem, para decir a Ezequías rey de Judá, y a todos los de Judá que estaban en Jerusalem:
10 Así ha dicho Senaquerib rey de los Asirios: ¿En quién confiáis vosotros para estar cercados en Jerusalem?
11 ¿No os engaña Ezequías para entregaros a muerte, a hambre, y a sed, diciendo: el SEÑOR nuestro Dios nos librará de la mano del rey de Asiria?
12 ¿No es Ezequías el que ha quitado sus altos y sus altares, y dijo a Judá y a Jerusalem: Delante de este solo altar adoraréis, y sobre él quemaréis perfume?
13 ¿No habéis sabido lo que yo y mis padres hemos hecho a todos los pueblos de la tierra? ¿Pudieron los dioses de las gentes de las tierras librar su tierra de mi mano?
14 ¿Qué *dios* hubo de todos los dioses de aquellas gentes que destruyeron mis padres, que pudiese salvar su pueblo de mis manos? ¿Por qué podrá vuestro Dios libraros de mi mano?
15 Ahora pues, no os engañe Ezequías, ni os persuada tal cosa, ni le creáis; que si ningún dios de todas aquellas naciones y reinos pudo librar su pueblo de mis manos, y de las manos de mis

padres, ¿cuánto menos vuestro
Dios os podrá librar de mi mano?
16 Y otras cosas hablaron sus
siervos contra el Dios el SEÑOR,
y contra su siervo Ezequías.
17 Además de todo esto escri-
bió letras en que blasfemaba al
SEÑOR el Dios de Israel, y habla-
ba contra él, diciendo: Como los
dioses de las gentes de los países
no pudieron librar su pueblo de
mis manos, tampoco el Dios de
Ezequías librará al suyo de mis
manos.
18 Y clamaron a gran voz en ju-
daico al pueblo de Jerusalem
que estaba en los muros, para es-
pantarlos y ponerles temor, para
tomar la ciudad.
19 Y hablaron contra el Dios de
Jerusalem, como contra los dio-
ses de los pueblos de la tierra,
obra de manos de hombres.
20 Mas el rey Ezequías, y el pro-
feta Isaías hijo de Amós, oraron
por esto, y clamaron al cielo.
21 Y el SEÑOR envió un ángel, el
cual hirió a todo valiente y esfor-
zado, y a los jefes y capitanes en
el campo del rey de Asiria. Vol-
vióse por tanto con vergüenza
de rostro a su tierra; y entrando
en el templo de su dios, allí lo
mataron a espada los que habían
salido de sus entrañas.
22 Así salvó el SEÑOR a Ezequías
y a los moradores de Jerusalem
de las manos de Senaquerib rey
de Asiria, y de las manos de
todos: y preservólos de todas
partes.
23 Y muchos trajeron ofrenda al
SEÑOR a Jerusalem, y a Ezequías
rey de Judá, ricos dones; y fue
muy grande delante de todas las
gentes después de esto.
24 En aquel tiempo Ezequías en-
fermó de muerte: y oró al SEÑOR,
el cual le respondió, y dióle una
señal.
25 Mas Ezequías no pagó con-
forme al bien que le había sido
hecho: antes se enalteció su
corazón, y fue la ira contra él, y
contra Judá y Jerusalem.
26 Empero Ezequías, después de
haberse engreído su corazón, se
humilló, él y los moradores de
Jerusalem; y no vino sobre ellos
la ira del SEÑOR en los días de
Ezequías.
27 Y tuvo Ezequías riquezas y
gloria mucha en gran manera; e
hízose de tesoros de plata y oro,
de piedras preciosas, de aromas,
de escudos, y de todas alhajas de
desear;
28 Asimismo depósitos para las
rentas del grano, del vino, y acei-
te; establos para toda suerte de
bestias, y majadas para los gana-
dos.
29 Hízose también ciudades, y
hatos de ovejas y de vacas en
gran copia; porque Dios le había
dado mucha hacienda.
30 Este Ezequías tapó los mana-
deros de las aguas de Gihón la
de arriba, y encaminólas abajo al
occidente de la ciudad de David.
Y fue prosperado Ezequías en
todo lo que hizo.
31 Empero en *lo de* los embaja-
dores de los príncipes de Babilo-
nia, que enviaron a él para saber
del prodigio que había acaecido
en aquella tierra, Dios lo dejó,
para probarle, para hacer cono-
cer todo lo que estaba en su co-
razón.
32 Lo demás de los hechos de
Ezequías, y de sus misericordias,
he aquí todo está escrito en la
profecía de Isaías profeta, hijo de

Amós, en el libro de los reyes de
Judá y de Israel.
33 Y durmió Ezequías con sus
padres, y sepultáronlo en los más
insignes sepulcros de los hijos de
David, honrándole en su muerte
todo Judá y los de Jerusalem: y
reinó en su lugar Manasés su hijo.

CAPÍTULO 33

DE doce años era Manasés
cuando comenzó a reinar, y
cincuenta y cinco años reinó en
Jerusalem.
2 Mas hizo lo malo en ojos del
SEÑOR, conforme a las abomi-
naciones de las gentes que había
echado el SEÑOR delante de los
hijos de Israel:
3 Porque él reedificó los altos
que Ezequías su padre había de-
rribado, y levantó altares a los
Baales, e hizo bosques, y adoró
a todo el ejército del cielo, y a
él sirvió.
4 Edificó también altares en la
casa del SEÑOR, de la cual había
dicho el SEÑOR: En Jerusalem
será mi nombre perpetuamente.
5 Edificó asimismo altares a todo
el ejército del cielo en los dos
atrios de la casa del SEÑOR.
6 Y pasó sus hijos por fuego en el
valle de los hijos de Hinom; y ob-
servaba los tiempos, miraba en
agüeros, era dado a adivinacio-
nes, y consultaba hechiceros y
encantadores: subió de punto en
hacer lo malo en ojos del SEÑOR,
para irritarle.
7 A más de esto puso una ima-
gen de fundición que hizo, en
la casa de Dios, de la cual había
dicho Dios a David y a Salomón
su hijo: En esta casa y en Jeru-
salem, la cual yo elegí sobre
todas las tribus de Israel, pon-
dré mi nombre para siempre:
8 Y nunca más quitaré el pie de
Israel de la tierra que yo entre-
gué a vuestros padres, a condi-
ción que guarden y hagan todas
las cosas que yo les he mandado,
toda la ley, estatutos, y ordenan-
zas, por mano de Moisés.
9 Hizo pues Manasés desviarse a
Judá y a los moradores de Jeru-
salem, para hacer más mal que
las gentes que el SEÑOR destru-
yó delante de los hijos de Israel.
10 Y habló el SEÑOR a Manasés
y a su pueblo, mas ellos no escu-
charon:
11 Por lo cual el SEÑOR trajo
contra ellos los generales del
ejército del rey de los Asirios, los
cuales aprisionaron con grillos
a Manasés, y atado con cadenas
lleváronlo a Babilonia.
12 Mas luego que fue puesto en
angustias, oró ante el SEÑOR su
Dios, humillado grandemente en
la presencia del Dios de sus pa-
dres.
13 Y habiendo a él orado, fue
atendido; pues que oyó su ora-
ción, y volviólo a Jerusalem, a su
reino. Entonces conoció Manasés
que el SEÑOR era Dios.
14 Después de esto edificó el
muro de afuera de la ciudad de
David, al occidente de Gihón, en
el valle, a la entrada de la puerta
del pescado, y cercó a Ofel, y al-
zólo muy alto; y puso capitanes
de ejército en todas las ciudades
fuertes por Judá.
15 Asimismo quitó los dioses
ajenos, y el ídolo de la casa del
SEÑOR, y todos los altares que
había edificado en el monte de la
casa del SEÑOR y en Jerusalem,
y echólos fuera de la ciudad.
16 Reparó luego el altar del

SEÑOR, y sacrificó sobre él sacrificios pacíficos y de alabanza; y mandó a Judá que sirviesen al SEÑOR Dios de Israel.
17 Empero el pueblo aun sacrificaba en los altos, bien que al SEÑOR su Dios.
18 Lo demás de los hechos de Manasés, y su oración a su Dios, y las palabras de los videntes que le hablaron en nombre del SEÑOR el Dios de Israel, he aquí todo está escrito en el libro de los reyes de Israel.
19 Su oración también, y cómo fue oído, todos sus pecados, y su prevaricación, los lugares donde edificó altos y había puesto bosques e ídolos antes que se humillase, he aquí estas cosas están escritas en las palabras de los videntes.
20 Y durmió Manasés con sus padres, y sepultáronlo en su casa: y reinó en su lugar Amón su hijo.
21 De veinte y dos años era Amón cuando comenzó a reinar, y dos años reinó en Jerusalem.
22 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR, como había hecho Manasés su padre: porque a todos los ídolos que su padre Manasés había hecho, sacrificó y sirvió Amón.
23 Mas nunca se humilló delante del SEÑOR, como se humilló Manasés su padre: antes aumentó el pecado.
24 Y conspiraron contra él sus siervos, y matáronlo en su casa.
25 Mas el pueblo de la tierra hirió a todos los que habían conspirado contra el rey Amón; y el pueblo de la tierra puso por rey en su lugar a Josías su hijo.

CAPÍTULO 34

DE ocho años era Josías cuando comenzó a reinar, y treinta y un años reinó en Jerusalem.
2 Éste hizo *lo* recto en ojos del SEÑOR, y anduvo en los caminos de David su padre, sin apartarse a la diestra ni a la siniestra.
3 A los ocho años de su reinado, siendo aún muchacho, comenzó a buscar al Dios de David su padre; y a los doce años comenzó a limpiar a Judá y a Jerusalem de los altos, bosques, esculturas, e imágenes de fundición.
4 Y derribaron delante de él los altares de los Baales, e hizo pedazos las imágenes del sol, que estaban puestas encima; despedazó también los bosques, y las esculturas y estatuas de fundición, y desmenuzólas, y esparció *el polvo* sobre los sepulcros de los que las habían sacrificado.
5 Quemó además los huesos de los sacerdotes sobre sus altares, y limpió a Judá y a Jerusalem.
6 *Lo mismo hizo* en las ciudades de Manasés, Efraím, y Simeón, hasta en Neftalí, con sus lugares asolados alrededor.
7 Y como hubo derribado los altares y los bosques, y quebrado y desmenuzado las esculturas, y destruído todos los ídolos por toda la tierra de Israel, volvióse a Jerusalem.
8 A los dieciocho años de su reinado, después de haber limpiado la tierra, y la casa, envió a Safán hijo de Asalías, y a Maasías gobernador de la ciudad, y a Joah hijo de Joacaz, canciller, para que reparasen la casa del SEÑOR su Dios.
9 Los cuales vinieron a Hilquías, gran sacerdote, y dieron el dine-

ro que había sido metido en la casa de Dios, que los Levitas que guardaban la puerta habían recogido de mano de Manasés y de Efraím y de todo el remanente de Israel, y de todo Judá y Benjamín, habiéndose después vuelto a Jerusalem.
10 Y entregáronlo en mano de los que hacían la obra, que eran sobrestantes en la casa del SEÑOR; los cuales lo daban a los que hacían la obra y trabajaban en la casa del SEÑOR, para reparar y restaurar el templo.
11 Daban asimismo a los oficiales y albañiles para que comprasen piedra de cantería, y madera para las junturas, y para entabladura de las casas, las cuales habían destruído los reyes de Judá.
12 Y estos hombres procedían con fidelidad en la obra: y eran sus gobernadores Jahat y Abdías, Levitas de los hijos de Merari; y Zacarías y Mesulam de los hijos de Coat, para que activasen *la obra*; y de los Levitas, todos los entendidos en instrumentos de música.
13 También *velaban* sobre los ganapanes, y *eran* sobrestantes de los que se ocupaban en cualquier clase de obra; y de los Levitas había escribas, gobernadores, y porteros.
14 Y al sacar el dinero que había sido metido en la casa del SEÑOR, Hilquías el sacerdote halló el libro de la ley del SEÑOR dada por mano de Moisés.
15 Y dando cuenta Hilquías, dijo a Safán escriba: Yo he hallado el libro de la ley en la casa del SEÑOR.
Y dio Hilquías el libro a Safán.
16 Y Safán lo llevó al rey, y contóle el negocio, diciendo: Tus siervos han cumplido todo lo que les fue dado a cargo.
17 Han reunido el dinero que se halló en la casa del SEÑOR, y lo han entregado en mano de los comisionados, y en mano de los que hacen la obra.
18 A más de esto, declaró Safán escriba al rey, diciendo: El sacerdote Hilquías me dio un libro. Y leyó Safán en él delante del rey.
19 Y luego que el rey oyó las palabras de la ley, rasgó sus vestidos;
20 Y mandó a Hilquías y a Ahicam hijo de Safán, y a Abdón hijo de Micaía, y a Safán escriba, y a Asaía siervo del rey, diciendo:
21 Andad, y consultad al SEÑOR por mí, y por el remanente de Israel y de Judá, acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es el furor del SEÑOR que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra del SEÑOR, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro.
22 Entonces Hilquías y los del rey fueron a Hulda profetisa, esposa de Salum, hijo de Ticvat, hijo de Hasra, guarda de las vestimentas, la cual moraba en Jerusalem en la casa de la doctrina; y dijéronle las palabras dichas.
23 Y ella respondió: el SEÑOR Dios de Israel dice así: Decid al varón que os ha enviado a mí,
24 Así dice el SEÑOR: He aquí yo traigo mal sobre este lugar, y sobre los moradores de él, *es decir* todas las maldiciones que están escritas en el libro que leyeron delante del rey de Judá:
25 Por cuanto me han dejado, y

han sacrificado a dioses ajenos, provocándome a ira en todas las obras de sus manos; por tanto mi furor destilará sobre este lugar, y no se apagará.
26 Mas al rey de Judá, que os ha enviado a consultar al SEÑOR, así le diréis: el SEÑOR el Dios de Israel ha dicho así: *Por cuanto* oíste las palabras *del libro*,
27 Y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar, y sobre sus moradores, y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice el SEÑOR.
28 He aquí que yo te recogeré con tus padres, y serás recogido a tu sepulcro en paz, y tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar, y sobre los moradores de él. Y ellos refirieron al rey la respuesta.
29 Entonces el rey envió y juntó todos los ancianos de Judá y de Jerusalem.
30 Y subió el rey a la casa del SEÑOR, y con él todos los varones de Judá, y los moradores de Jerusalem, y los sacerdotes, y los Levitas, y todo el pueblo desde el mayor hasta el más pequeño; y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa del SEÑOR.
31 Y estando el rey en pie en su sitio, hizo pacto delante del SEÑOR de caminar en pos del SEÑOR, y de guardar sus mandamientos, sus testimonios, y sus estatutos, de todo su corazón y de toda su alma, poniendo por obra las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro.
32 E hizo que se obligaran *a ello* todos los que estaban en Jerusalem y en Benjamín: y los moradores de Jerusalem hicieron conforme al pacto de Dios, del Dios de sus padres.
33 Y quitó Josías todas las abominaciones de todas las tierras de los hijos de Israel, e hizo a todos los que se hallaron en Israel que sirviesen al SEÑOR su Dios. No se apartaron de en pos del SEÑOR el Dios de sus padres, todo el tiempo que él vivió.

CAPÍTULO 35

Y JOSÍAS hizo pascua al SEÑOR en Jerusalem, y sacrificaron la pascua a los catorce del mes primero.
2 Y puso a los sacerdotes en sus empleos, y confirmólos en el ministerio de la casa del SEÑOR.
3 Y dijo a los Levitas que enseñaban a todo Israel, y que estaban dedicados al SEÑOR: Poned el arca del santuario en la casa que edificó Salomón hijo de David, rey de Israel, para que no la carguéis más sobre los hombros. Ahora serviréis al SEÑOR vuestro Dios, y a su pueblo Israel.
4 Apercibíos según las familias de vuestros padres, por vuestros órdenes, conforme a la prescripción de David rey de Israel, y de Salomón su hijo.
5 Estad en el santuario según la distribución de las familias de vuestros hermanos los hijos del pueblo, y *según* la división de la familia de los Levitas.
6 Sacrificad luego la pascua: y después de santificaros, apercibid a vuestros hermanos, para que hagan conforme a la palabra del SEÑOR *dada* por mano de Moisés.

7 Y ofreció el rey Josías a los del
pueblo ovejas, corderos, y cabritos de los rebaños, en número de treinta mil, y tres mil bueyes, todo para la pascua, para todos los que se hallaron presentes: esto de la hacienda del rey.
8 También sus príncipes ofrecieron con liberalidad al pueblo, y a los sacerdotes y Levitas. Hilquías, Zacarías y Jehiel, príncipes de la casa de Dios, dieron a los sacerdotes para hacer la pascua dos mil seiscientas *ovejas*, y trescientos bueyes.
9 Asimismo Conanías, y Semeías y Natanael sus hermanos, y Hasabías, Jehiel, y Josabad, príncipes de los Levitas, dieron a los Levitas para los sacrificios de la pascua cinco mil *ovejas*, y quinientos bueyes.
10 Aprestado así el servicio, los sacerdotes se colocaron en sus puestos, y asimismo los Levitas en sus órdenes, conforme al mandamiento del rey.
11 Y sacrificaron la pascua; y rociaban los sacerdotes *la sangre tomada* de mano de los Levitas, y los Levitas desollaban.
12 Tomaron luego las ofrendas quemadas, para dar conforme a los repartimientos por las familias de los del pueblo, a fin de que ofreciesen al SEÑOR, según está escrito en el libro de Moisés: y asimismo *tomaron* de los bueyes.
13 Y asaron la pascua al fuego según la costumbre: mas lo que había sido santificado *lo* cocieron en ollas, en calderos, y calderas, y repartiéron*lo* prestamente a todo el pueblo.
14 Y después aderezaron para sí y para los sacerdotes; porque los sacerdotes, hijos de Aarón, estuvieron ocupados hasta la noche en el sacrificio de los holocaustos y de los sebos; por tanto, los Levitas aderezaron para sí, y para los sacerdotes hijos de Aarón.
15 Asimismo los cantores hijos de Asaf estaban en su puesto, conforme al mandamiento de David, de Asaf y de Hemán, y de Jedutún vidente del rey; también los porteros estaban a cada puerta; y no era menester que se apartasen de su ministerio, porque sus hermanos los Levitas aparejaban para ellos.
16 Así fue aprestado todo el servicio del SEÑOR en aquel día, para hacer la pascua, y sacrificar los holocaustos sobre el altar del SEÑOR, conforme al mandamiento del rey Josías.
17 Y los hijos de Israel que se hallaron allí, hicieron la pascua en aquel tiempo, y la solemnidad de los panes sin levadura, por siete días.
18 Nunca tal pascua fue hecha en Israel desde los días de Samuel el profeta; ni ningún rey de Israel hizo pascua tal como la que hizo el rey Josías, y los sacerdotes y Levitas, y todo Judá e Israel, los que se hallaron allí, juntamente con los moradores de Jerusalem.
19 Esta pascua fue celebrada en el año dieciocho del rey Josías.
20 Después de todas estas cosas, luego de haber Josías preparado la casa, Necao rey de Egipto subió a hacer guerra en Carquemis junto a Eufrates; y salió Josías contra él.
21 Y él le envió embajadores, diciendo: ¿Qué tenemos yo y tú, rey de Judá? Yo no vengo contra ti hoy, sino contra la casa que me hace guerra: y Dios dijo que

me apresurase. Déjate de *meterte* con Dios, que es conmigo, no te destruya.
22 Mas Josías no volvió su rostro de él, antes disfrazóse para darle batalla, y no atendió a las palabras de Necao, *que eran* de boca de Dios; y vino a darle la batalla en el campo de Meguido.
23 Y los archeros tiraron contra el rey Josías; y dijo el rey a sus siervos: Quitadme de aquí, porque estoy herido gravemente.
24 Entonces sus siervos lo quitaron de aquel carro, y pusiéronle en *otro* segundo carro que tenía, y lleváronle a Jerusalem, y murió; y sepultáronle en los sepulcros de sus padres. Y todo Judá y Jerusalem hizo duelo por Josías.
25 Y endechó Jeremías por Josías, y todos los cantores y cantoras recitan sus lamentaciones sobre Josías hasta hoy; y las dieron por norma *para endechar* en Israel, las cuales están escritas en las Lamentaciones.
26 Lo demás de los hechos de Josías, y sus piadosas obras, conforme a lo que está escrito en la ley del SEÑOR,
27 Y sus hechos, primeros y postreros, he aquí está escrito en el libro de los reyes de Israel y de Judá.

CAPÍTULO 36

ENTONCES el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías, e hiciéronle rey en lugar de su padre en Jerusalem.
2 De veinte y tres años era Joacaz cuando comenzó a reinar, y tres meses reinó en Jerusalem.
3 Y el rey de Egipto lo quitó de Jerusalem, y condenó la tierra en cien talentos de plata y uno de oro.
4 Y constituyó el rey de Egipto a su hermano Eliacim por rey sobre Judá y Jerusalem, y mudóle el nombre en Joacim; y a Joacaz su hermano tomó Necao, y llevólo a Egipto.
5 Cuando comenzó a reinar Joacim era de veinte y cinco años, y reinó once años en Jerusalem: e hizo lo malo en ojos del SEÑOR su Dios.
6 Y subió contra él Nabucodonosor rey de Babilonia, y atado con cadenas lo llevó a Babilonia.
7 También llevó Nabucodonosor a Babilonia de los vasos de la casa del SEÑOR, y púsolos en su templo en Babilonia.
8 Lo demás de los hechos de Joacim, y las abominaciones que hizo, y lo que en él se halló, he aquí está escrito en el libro de los reyes de Israel y de Judá: y reinó en su lugar Joaquín su hijo.
9 De ocho años era Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses y diez días en Jerusalem: e hizo lo malo en ojos del SEÑOR.
10 A la vuelta del año el rey Nabucodonosor envió, e hízolo llevar a Babilonia *juntamente* con los vasos preciosos de la casa del SEÑOR; y constituyó a Sedequías su hermano por rey sobre Judá y Jerusalem.
11 De veinte y un años era Sedequías cuando comenzó a reinar, y once años reinó en Jerusalem.
12 E hizo lo malo en ojos del SEÑOR su Dios, y no se humilló delante de Jeremías profeta, *que le hablaba* de parte del SEÑOR.
13 Rebelóse asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado por Dios; y endureció su cerviz, y obstinó su corazón, para no volverse al SEÑOR el Dios de Israel.

14 Y también todos los príncipes de los sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la prevaricación, siguiendo todas las abominaciones de las gentes, y contaminando la casa del SEÑOR, la cual él había santificado en Jerusalem.
15 Y el SEÑOR el Dios de sus padres envió a ellos por mano de sus mensajeros, levantándose de mañana y enviando: porque él tenía misericordia de su pueblo, y de su habitación.
16 Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió el furor del SEÑOR contra su pueblo, y que no hubo remedio.
17 Por lo cual trajo contra ellos al rey de los Caldeos, que mató a espada sus mancebos en la casa de su santuario, sin perdonar joven, ni doncella, ni viejo, ni decrépito; todos los entregó en sus manos.
18 Asimismo todos los vasos de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa del SEÑOR, y los tesoros del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia.
19 Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalem, y consumieron al fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus vasos deseables.
20 Los que quedaron de la espada, pasáronlos a Babilonia; y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los Persas;
21 Para que se cumpliese la palabra del SEÑOR por la boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado sus sábados: porque todo el tiempo de su asolamiento guardó el sábado, hasta que los setenta años fueron cumplidos.
22 Mas al primer año de Ciro rey de los Persas, para que se cumpliese la palabra del SEÑOR por boca de Jeremías, el SEÑOR excitó el espíritu de Ciro rey de los Persas, el cual hizo pasar pregón por todo su reino, y también por escrito, diciendo:
23 Así dice Ciro rey de los Persas: el SEÑOR, el Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra; y él me ha encargado que le edifique casa en Jerusalem, que es en Judá. ¿Quién de vosotros hay de todo su pueblo? el SEÑOR su Dios sea con él, y suba.

El Libro de
ESDRAS

CAPÍTULO 1

Y EN el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra del SEÑOR por boca de Jeremías, excitó el SEÑOR el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pasar pregón por todo su reino, y también por escrito, diciendo:
2 Así ha dicho Ciro rey de Persia: el SEÑOR Dios del cielo me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalem, que está en Judá.
3 ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él, y suba a Jerusalem que está en Judá, y edifique la casa al SEÑOR Dios de Israel, (él es el Dios,) la cual está en Jerusalem.
4 Y a cualquiera que hubiere quedado de todos los lugares donde peregrinare, los hombres de su lugar le ayuden con plata, y oro, y hacienda, y con bestias; con dones voluntarios para la casa de Dios, la cuál está en Jerusalem.
5 Entonces se levantaron las cabezas de las familias de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y Levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa del SEÑOR, la cual está en Jerusalem.
6 Y todos los que estaban en sus alrededores confortaron las manos de ellos con vasos de plata y de oro, con hacienda y bestias, y con cosas preciosas, a más de lo que se ofreció voluntariamente.
7 Y el rey Ciro sacó los vasos de la casa del SEÑOR, que Nabucodonosor había traspasado de Jerusalem, y puesto en la casa de sus dioses.
8 Sacólos pues Ciro rey de Persia, por mano de Mitrídates tesorero, el cual los dio por cuenta a Sesbasar príncipe de Judá.
9 Y ésta es la cuenta de ellos: treinta tazones de oro, mil tazones de plata, veinte y nueve cuchillos,
10 Treinta tazas de oro, cuatrocientas y diez otras tazas de plata, y mil otros vasos.
11 Todos los vasos de oro y de plata, cinco mil y cuatrocientos. Todos los hizo llevar Sesbasar con los que subieron del cautiverio de Babilonia a Jerusalem.

CAPÍTULO 2

Y ÉSTOS *son* los hijos de la provincia que subieron de la cautividad, de la transmigración que Nabucodonosor rey de Babilonia hizo traspasar a Babilonia, y que volvieron a Jerusalem y a Judá, cada uno a su ciudad:
2 Los cuales vinieron con Zorobabel, Jesúa, Nehemías, Seraías, Reelaías, Mardoqueo, Bilsán, Mispar, Bigvai, Rehum *y* Baana. La cuenta de los varones del pueblo de Israel:
3 Los hijos de Paros, dos mil ciento setenta y dos;
4 Los hijos de Sefatías, trescientos setenta y dos;
5 Los hijos de Ara, setecientos setenta y cinco;

6 Los hijos de Pahat-moab, de los hijos de Jesúa *y* de Joab, dos mil ochocientos y doce;
7 Los hijos de Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro;
8 Los hijos de Zatu, novecientos cuarenta y cinco;
9 Los hijos de Zacai, setecientos y sesenta;
10 Los hijos de Bani, seiscientos cuarenta y dos;
11 Los hijos de Bebai, seiscientos veinte y tres;
12 Los hijos de Azgad, mil doscientos veinte y dos;
13 Los hijos de Adonicam, seiscientos sesenta y seis;
14 Los hijos de Bigvai, dos mil cincuenta y seis;
15 Los hijos de Adin, cuatrocientos cincuenta y cuatro;
16 Los hijos de Ater, de Ezequías, noventa y ocho;
17 Los hijos de Besai, trescientos veinte y tres;
18 Los hijos de Jora, ciento y doce;
19 Los hijos de Hasum, doscientos veinte y tres;
20 Los hijos de Gibar, noventa y cinco;
21 Los hijos de Belem, ciento veinte y tres;
22 Los varones de Netofa, cincuenta y seis;
23 Los varones de Anatot, ciento veinte y ocho;
24 Los hijos de Asmavet, cuarenta y dos;
25 Los hijos de Quiriat-jearim, Gefira, y Beerot, setecientos cuarenta y tres;
26 Los hijos de Ramá y Gabaa, seiscientos veinte y uno;
27 Los varones de Michmas, ciento veinte y dos;
28 Los varones de Betel y Hai, doscientos veinte y tres;
29 Los hijos de Nebo, cincuenta y dos;
30 Los hijos de Magbis, ciento cincuenta y seis;
31 Los hijos del otro Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro;
32 Los hijos de Harim, trescientos y veinte;
33 Los hijos de Lod, Hadid, y Ono, setecientos veinte y cinco;
34 Los hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco;
35 Los hijos de Senaa, tres mil seiscientos y treinta;
36 Los sacerdotes: los hijos de Jedaía, de la casa de Jesúa, novecientos setenta y tres;
37 Los hijos de Imer, mil cincuenta y dos;
38 Los hijos de Pasur, mil doscientos cuarenta y siete;
39 Los hijos de Harim, mil diez y siete.
40 Los Levitas: los hijos de Jesúa y de Cadmiel, de los hijos de Odovías, setenta y cuatro.
41 Los cantores: los hijos de Asaf, ciento veinte y ocho.
42 Los hijos de los porteros: los hijos de Salum, los hijos de Ater, los hijos de Talmón, los hijos de Acub, los hijos de Hatita, los hijos de Sobai; *en* todos, ciento treinta y nueve.
43 Los Netineos: los hijos de Siha, los hijos de Hasufa, los hijos de Tabaot,
44 Los hijos de Queros, los hijos de Siaa, los hijos de Padón;
45 Los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba, los hijos de Acub;
46 Los hijos de Hagab, los hijos de Samlai, los hijos de Hanán;
47 Los hijos de Gidel, los hijos de Gaher, los hijos de Reaía;
48 Los hijos de Resin, los hijos de Necoda, los hijos de Gazam;

49 Los hijos de Uza, los hijos de Pasea, los hijos de Besai;
50 Los hijos de Asena, los hijos de Meunim, los hijos de Nefusim;
51 Los hijos de Bacbuc, los hijos de Hacusa, los hijos de Harhur;
52 Los hijos de Bazlut, los hijos de Mehida, los hijos de Harsa;
53 Los hijos de Barcos, los hijos de Sisera, los hijos de Tema;
54 Los hijos de Nesía, los hijos de Hatifa.
55 Los hijos de los siervos de Salomón: los hijos de Sotai, los hijos de Soferet, los hijos de Peruda;
56 Los hijos de Jaala, los hijos de Darcón, los hijos de Gidel;
57 Los hijos de Sefatías, los hijos de Hatil, los hijos de Poqueret-hazebaim, los hijos de Ami.
58 Todos los Netineos, e hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.
59 Y estos fueron los que subieron de Tel-mela, Tel-harsa, Querub, Adán, e Imer, los cuales no pudieron mostrar la casa de sus padres, ni su linaje, si eran de Israel:
60 Los hijos de Delaía, los hijos de Tobías, los hijos de Necoda, seiscientos cincuenta y dos.
61 Y de los hijos de los sacerdotes: los hijos de Abaía, los hijos de Cos, los hijos de Barzilai, el cual tomó esposa de las hijas de Barzilai Galaadita, y fue llamado del nombre de ellas.
62 Éstos buscaron su registro de genealogías, y no fue hallado; y fueron echados del sacerdocio.
63 Y el Tirsata les dijo que no comiesen de las cosas más santas, hasta que hubiese sacerdote con Urim y Tumim.
64 Toda la congregación, unida como un *solo hombre*, era de cuarenta y dos mil trescientos y sesenta,
65 Sin sus siervos y siervas, los cuales eran siete mil trescientos treinta y siete: y tenían doscientos cantores y cantoras.
66 Sus caballos eran setecientos treinta y seis; sus mulos, doscientos cuarenta y cinco;
67 Sus camellos, cuatrocientos treinta y cinco; asnos, seis mil setecientos y veinte.
68 Y algunos de las cabezas de los padres, cuando vinieron a la casa del SEÑOR la cual estaba en Jerusalem, ofrecieron voluntariamente para la casa de Dios, para levantarla en su asiento.
69 Según sus fuerzas dieron al tesorero de la obra sesenta y un mil dracmas de oro, y cinco mil libras de plata, y cien túnicas sacerdotales.
70 Y habitaron los sacerdotes, y los Levitas, y *los* del pueblo, y los cantores, y los porteros y los Netineos, en sus ciudades; y todo Israel en sus ciudades.

CAPÍTULO 3

Y LLEGADO el mes séptimo, y *ya* los hijos de Israel en las ciudades, juntóse el pueblo como un solo hombre en Jerusalem.
2 Entonces se levantó Jesúa hijo de Josadec, y sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel hijo de Sealtiel, y sus hermanos, y edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer sobre él holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés varón de Dios.
3 Y asentaron el altar sobre sus basas, bien que tenían miedo de los pueblos de las tierras, y ofrecieron sobre él holocaustos al

SEÑOR, holocaustos a la mañana y a la tarde.
4 Hicieron asimismo la solemnidad de los tabernáculos, como está escrito, y holocaustos cada día por cuenta, conforme a la costumbre, cada cosa en su día;
5 Y a más de esto, la ofrenda quemada continua, y las nuevas lunas, y todas las fiestas santificadas del SEÑOR, y todo *sacrificio* espontáneo, *toda* ofrenda voluntaria al SEÑOR.
6 Desde el primer día del mes séptimo comenzaron a ofrecer holocaustos al SEÑOR; mas el templo del SEÑOR no estaba aún fundado.
7 Y dieron dinero a los carpinteros y oficiales; asimismo comida y bebida y aceite a los Sidonios y Tirios, para que trajesen madera de cedro del Líbano al mar de Jope, conforme a la voluntad de Ciro rey de Persia acerca de esto.
8 Y en el año segundo de su venida a la casa de Dios en Jerusalem, en el mes segundo, comenzaron Zorobabel hijo de Sealtiel, y Jesúa hijo de Josadec, y los otros sus hermanos, los sacerdotes y los Levitas, y todos los que habían venido de la cautividad a Jerusalem; y pusieron a los Levitas de veinte años arriba para que tuviesen cargo de la obra de la casa del SEÑOR.
9 Jesúa también, sus hijos y sus hermanos, Cadmiel y sus hijos, hijos de Judá, como un *solo hombre* asistían para dar priesa a los que hacían la obra en la casa de Dios: los hijos de Henadad, sus hijos y sus hermanos, Levitas.
10 Y cuando los albañiles del templo del SEÑOR echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes vestidos de *sus ropas,* con trompetas, y a Levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen al SEÑOR, según ordenanza de David rey de Israel.
11 Y cantaban, alabando y dando gracias al SEÑOR, *y decían:* Porque es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel. Y todo el pueblo aclamaba con grande júbilo, alabando al SEÑOR, porque a la casa del SEÑOR se echaba el cimiento.
12 Y muchos de los sacerdotes y de los Levitas y de las cabezas de los padres, ancianos que habían visto la casa primera, viendo fundar esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos *otros* daban grandes gritos de alegría.
13 Y no podía discernir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro del pueblo: porque clamaba el pueblo con grande júbilo, y oíase el ruido hasta de lejos.

CAPÍTULO 4

Y OYENDO los enemigos de Judá y de Benjamín, que los *venidos* de la cautividad edificaban el templo del SEÑOR Dios de Israel,
2 Llegáronse a Zorobabel, y a las cabezas de los padres, y dijéronles: Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscaremos a vuestro Dios, y a él sacrificamos desde los días de Esar-hadón rey de Asiria, que nos hizo subir aquí.
3 Y dijóles Zorobabel, y Jesúa, y las demás cabezas de los padres de Israel: No nos conviene edificar con vosotros casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos *la* edificaremos al SEÑOR Dios de

Israel, como nos mandó el rey
Ciro, rey de Persia.
4 Mas el pueblo de la tierra debi-
litaba las manos del pueblo de
Judá, y los arredraban de edifi-
car.
5 Cohecharon además contra
ellos consejeros para disipar su
consejo, todo el tiempo de Ciro
rey de Persia, y hasta el reinado
de Darío rey de Persia.
6 Y en el reinado de Asuero, en
el principio de su reinado, escri-
bieron acusaciones contra los
moradores de Judá y de Jeru-
salem.
7 Y en días de Artajerjes, Bislam,
Mitridates, Tabeel, y los demás
sus compañeros, escribieron a
Artajerjes rey de Persia; y la es-
critura de la carta estaba hecha
en siriaco, y declarada en siriaco.
8 Rehum canciller, y Simsai se-
cretario, escribieron una carta
contra Jerusalem al rey Artajer-
jes, como se sigue.
9 Entonces Rehum canciller, y
Simsai secretario, y los demás
sus compañeros, los Dineos, y los
Aparsaqueos, Tarpelitas, Afar-
seos, los Erqueos, los Babilonios,
Susasqueos, Dieveos, y Elamitas;
10 Y los demás pueblos que el
grande y glorioso Asnappar tras-
portó, e hizo habitar en las ciuda-
des de Samaria, y los demás de la
otra parte del río, etcétera, *escri-
bieron.*
11 Éste *es* el traslado de la carta
que enviaron: Al rey Artajerjes:
Tus siervos de la otra parte del
río, etcétera.
12 Sea notorio al rey, que los Ju-
díos que subieron de ti a noso-
tros, vinieron a Jerusalem; y
edifican la ciudad rebelde y
mala, y han erigido los muros;
y compuesto los fundamentos.
13 Ahora, notorio sea al rey, que
si aquella ciudad fuere reedifica-
da, y los muros fueren estableci-
dos, el tributo, pecho, y rentas no
darán, y el catastro de los reyes
será menoscabado.
14 Ya pues que estamos manteni-
dos de palacio, no nos es justo
ver el menosprecio del rey:
hemos enviado por tanto, y hé-
cho*lo* saber al rey,
15 Para que busque en el libro de
las historias de nuestros padres;
y hallarás en el libro de las histo-
rias, y sabrás que esta ciudad
es ciudad rebelde, y perjudicial
a los reyes y a las provincias, y
que de tiempo antiguo forman
en medio de ella rebeliones; por
lo que esta ciudad fue destruída.
16 Hacemos saber al rey, que si
esta ciudad fuere edificada, y eri-
gidos sus muros, la parte allá del
río no será tuya.
17 El rey envió *esta* respuesta a
Rehum canciller, y a Simsai se-
cretario, y a los demás sus com-
pañeros que habitan en Samaria,
y a los demás de la parte allá del
río: Paz, etc.
18 La carta que nos enviasteis
claramente fue leída delante de
mí.
19 Y por mí fue dado manda-
miento, y buscaron, y hallaron
que aquella ciudad de tiempo an-
tiguo se levanta contra los reyes,
y se rebela, y se forma en ella se-
dición:
20 Y que reyes fuertes hubo en
Jerusalem, quienes señorearon
en todo *lo que está* a la parte allá
del río; y que tributo, y pecho, y
rentas se les daba.
21 Ahora *pues* dad orden que
cesen aquellos hombres, y no sea

esa ciudad edificada, hasta que por mí sea dado mandamiento.
22 Y mirad bien que no hagáis error en esto: ¿por qué habrá de crecer el daño para perjuicio de los reyes?
23 Entonces, cuando el traslado de la carta del rey Artajerjes fue leído delante de Rehum, y de Simsai secretario, y sus compañeros, fueron prestamente a Jerusalem a los Judíos, e hiciéronles cesar con poder y fuerza.
24 Cesó entonces la obra de la casa de Dios, la cual estaba en Jerusalem: y cesó hasta el año segundo del reinado de Darío rey de Persia.

CAPÍTULO 5

Y PROFETIZARON Haggeo profeta, y Zacarías hijo de Iddo, profetas, a los Judíos que estaban en Judá y en Jerusalem *yendo* en nombre del Dios de Israel a ellos.
2 Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Sealtiel, y Jesúa hijo de Josadec; y comenzaron a edificar la casa de Dios que estaba en Jerusalem; y con ellos los profetas de Dios que les ayudaban.
3 En aquel tiempo vino a ellos Tatnai, capitán de la parte allá del río, y Setar-boznai y sus compañeros, y dijéronles así: ¿Quién os dio mandamiento para edificar esta casa, y restablecer estos muros?
4 Entonces les dijimos en orden a esto cuáles eran los nombres de los varones que edificaban este edificio.
5 Mas los ojos de su Dios fueron sobre los ancianos de los Judíos, y no les hicieron cesar hasta que el negocio viniese a Darío: y entonces respondieron por carta sobre esto.
6 Traslado de la carta que Tatnai, capitán de la parte allá del río, y Setar-boznai, y sus compañeros los Aparsaqueos, que estaban a la parte allá del río, enviaron al rey Darío.
7 Enviáronle carta, y de esta manera estaba escrito en ella: Al rey Darío toda paz.
8 Sea notorio al rey, que fuimos a la provincia de Judea, a la casa del gran Dios, la cual se edifica de piedra de mármol; y los maderos son puestos en las paredes, y la obra se hace apriesa, y prospera en sus manos.
9 Entonces preguntamos a los ancianos, diciéndoles así: ¿Quién os dio mandamiento para edificar esta casa, y para restablecer estos muros?
10 Y también les preguntamos sus nombres para hacértelo saber, para escribirte los nombres de los varones que estaban por cabezas de ellos.
11 Y respondiéronnos, diciendo así: Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y reedificamos la casa que ya muchos años antes había sido edificada, la cual edificó y fundó el gran rey de Israel.
12 Mas después que nuestros padres ensañaron al Dios del cielo, él los entregó en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, Caldeo, el cual destruyó esta casa, e hizo trasportar el pueblo a Babilonia.
13 Empero el primer año de Ciro rey de Babilonia, el *mismo* rey Ciro dio mandamiento para que esta casa de Dios fuese edificada.
14 Y también los vasos de oro y de plata de la casa de Dios, que

Nabucodonosor había sacado del templo que estaba en Jerusalem, y los había metido en el templo de Babilonia, el rey Ciro los sacó del templo de Babilonia, y fueron entregados a Sesbasar, al cual había puesto por gobernador;
15 Y le dijo: Toma estos vasos, ve y ponlos en el templo que está en Jerusalem; y la casa de Dios sea edificada en su lugar.
16 Entonces este Sesbasar vino, y puso los fundamentos de la casa de Dios que estaba en Jerusalem, y desde entonces hasta ahora se edifica, y aun no está acabada.
17 Y ahora, si al rey parece bien, búsquese en la casa de los tesoros del rey que está allí en Babilonia, si es así que por el rey Ciro había sido dado mandamiento para edificar esta casa de Dios en Jerusalem, y envíenos *a decir* la voluntad del rey sobre esto.

CAPÍTULO 6

ENTONCES el rey Darío dio mandamiento, y buscaron en la casa de los libros, donde guardaban los tesoros allí en Babilonia.
2 Y fue hallado en Acmeta, en el palacio que está en la provincia de Media, un libro, dentro del cual estaba escrito así: Memoria:
3 En el año primero del rey Ciro, el *mismo* rey Ciro dio mandamiento acerca de la casa de Dios que estaba en Jerusalem, que fuese la casa edificada para lugar en que sacrifiquen sacrificios, y que sus paredes fuesen cubiertas; su altura de sesenta codos, y de sesenta codos su anchura;
4 Los órdenes, tres de piedra de mármol, y un orden de madera nueva: y que el gasto sea dado de la casa del rey.
5 Y también los vasos de oro y de plata de la casa de Dios, que Nabucodonosor sacó del templo que estaba en Jerusalem y los pasó a Babilonia, sean devueltos y vayan al templo que está en Jerusalem, a su lugar, y sean puestos en la casa de Dios.
6 Ahora pues, Tatnai, jefe del lado allá del río, Setar-boznai, y sus compañeros los Aparsaqueos que estáis a la otra parte del río, apartaos de ahí.
7 Dejad la obra de la casa de este Dios al principal de los Judíos, y a sus ancianos, para que edifiquen la casa de este Dios en su lugar.
8 Y por mí es dado mandamiento de lo que habéis de hacer con los ancianos de estos Judíos, para edificar esta casa de Dios: que de la hacienda del rey, que tiene del tributo de la parte allá del río, los gastos sean dados luego a aquellos varones, para que no cesen.
9 Y lo que fuere necesario, becerros y carneros y corderos, para holocaustos al Dios del cielo, trigo, sal, vino y aceite, conforme a lo que dijeren los sacerdotes que están en Jerusalem, déseles cada un día sin obstáculo alguno;
10 Para que ofrezcan olores de holganza al Dios del cielo, y oren por la vida del rey y por sus hijos.
11 También es dado por mí mandamiento, que cualquiera que mudare este decreto, sea derribado un madero de su casa, y enhiesto, sea colgado en él: y su casa sea hecha muladar por esto.
12 Y el Dios que hizo habitar allí su nombre, destruya todo rey y pueblo que pusiere su mano para

mudar o destruir esta casa de
Dios, la cual está en Jerusalem.
Yo Darío puse el decreto: sea
hecho prestamente.
13 Entonces Tatnai, gobernador
del otro lado del río, y Setar-
boznai, y sus compañeros, hicie-
ron prestamente según el rey
Darío había enviado.
14 Y los ancianos de los Judíos
edificaban y prosperaban, con-
forme a la profecía de Haggeo
profeta, y de Zacarías hijo de
Iddo. Edificaron pues, y acaba-
ron, por el mandamiento del
Dios de Israel, y por el manda-
miento de Ciro, y de Darío, y de
Artajerjes rey de Persia.
15 Y esta casa fue acabada al ter-
cer día del mes de Adar, que era
el sexto año del reinado del rey
Darío.
16 Y los hijos de Israel, los sacer-
dotes y los Levitas, y los demás
que habían venido de la traspor-
tación, hicieron la dedicación de
esta casa de Dios con gozo.
17 Y ofrecieron en la dedicación
de esta casa de Dios cien bece-
rros, doscientos carneros, cuatro-
cientos corderos; y machos de
cabrío en expiación por todo Is-
rael, doce, conforme al número
de las tribus de Israel.
18 Y pusieron a los sacerdotes en
sus clases, y a los Levitas en sus
divisiones, sobre la obra de Dios
que está en Jerusalem, conforme
a lo escrito en el libro de Moisés.
19 Y los de la transmigración hi-
cieron la pascua a los catorce del
mes primero.
20 Porque los sacerdotes y los
Levitas se habían purificado a
una; todos fueron limpios: y sa-
crificaron la pascua por todos los
de la transmigración, y por sus
hermanos los sacerdotes, y por sí
mismos.
21 Y comieron los hijos de Israel
que habían vuelto de la transmi-
gración, y todos los que se habían
apartado a ellos de la inmundicia
de las gentes de la tierra, para
buscar al SEÑOR Dios de Israel.
22 Y celebraron la solemnidad de
los panes ázimos siete días con
regocijo, por cuanto el SEÑOR
los había alegrado, y converti-
do el corazón del rey de Asiria
a ellos, para esforzar sus manos
en la obra de la casa de Dios, del
Dios de Israel.

CAPÍTULO 7

PASADAS estas cosas, en el rei-
nado de Artajerjes rey de Per-
sia, Esdras, hijo de Seraías, hijo
de Azarías, hijo de Hilquías,
2 Hijo de Salum, hijo de Sadoc,
hijo de Ahitob,
3 Hijo de Amarías, hijo de Aza-
rías, hijo de Meraiot,
4 Hijo de Zeraías, hijo de Uzi,
hijo de Buqui,
5 Hijo de Abisue, hijo de Finees,
hijo de Eleazar, hijo de Aarón,
primer sacerdote:
6 Este Esdras subió de Babilonia,
el cual era escriba diligente en
la ley de Moisés, que el SEÑOR
Dios de Israel había dado; y con-
cedióle el rey, según la mano del
SEÑOR su Dios sobre él, todo lo
que pidió.
7 Y subieron *con él* a Jerusalem
de los hijos de Israel, y de los sa-
cerdotes, y Levitas, y cantores, y
porteros, y Netineos, en el sépti-
mo año del rey Artajerjes.
8 Y llegó a Jerusalem en el mes
quinto, el año séptimo del rey.
9 Porque el *día* primero del pri-
mer mes fue el principio de la

partida de Babilonia, y al primero del mes quinto llegó a Jerusalem, según la buena mano de su Dios sobre él.
10 Porque Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley del SEÑOR, y para hacer y enseñar a Israel mandamientos y juicios.
11 Y este es el traslado de la carta que dio el rey Artajerjes a Esdras, sacerdote escriba, escriba de las palabras mandadas del SEÑOR, y de sus estatutos a Israel:
12 Artajerjes, rey de los reyes, a Esdras el sacerdote, escriba de la ley del Dios del cielo: *Paz* perfecta: salud.
13 Por mí es dado mandamiento, que cualquiera que quisiere en mi reino, del pueblo de Israel y de sus sacerdotes y Levitas, ir contigo a Jerusalem, vaya.
14 Porque de parte del rey y de sus siete consultores eres enviado a visitar a Judea y a Jerusalem, conforme a la ley de tu Dios que está en tu mano;
15 Y a llevar la plata y el oro que el rey y sus consultores voluntariamente ofrecen al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalem;
16 Y toda la plata y el oro que hallares en toda la provincia de Babilonia, con las ofrendas voluntarias del pueblo y de los sacerdotes, que de su voluntad ofrecieren para la casa de su Dios que está en Jerusalem.
17 Comprarás pues prestamente con esta plata becerros, carneros, corderos, con sus presentes y sus libaciones, y los ofrecerás sobre el altar de la casa de vuestro Dios que está en Jerusalem.
18 Y lo que a ti y a tus hermanos pluguiere hacer de la otra plata y oro, hacedlo conforme a la voluntad de vuestro Dios.
19 Y los vasos que te son entregados para el servicio de la casa de tu Dios, los restituirás delante de Dios en Jerusalem.
20 Y lo demás necesario para la casa de tu Dios que te fuere menester dar, daráslo de la casa de los tesoros del rey.
21 Y por mí el rey Artajerjes es dado mandamiento a todos los tesoreros que están al otro lado del río, que todo lo que os demandare Esdras sacerdote, escriba de la ley del Dios del cielo, concédase*le* luego,
22 Hasta cien talentos de plata, y hasta cien coros de trigo, y hasta cien batos de vino, y hasta cien batos de aceite; y sal sin tasa.
23 Todo lo que es mandado por el Dios del cielo, sea hecho prestamente para la casa del Dios del cielo: pues, ¿por qué habría de ser su ira contra el reino del rey y de sus hijos?
24 Y a vosotros os hacemos saber, que a todos los sacerdotes y Levitas, cantores, porteros, Netineos y ministros de la casa de Dios, ninguno pueda imponerles tributo, o pecho, o renta.
25 Y tú, Esdras, conforme a la sabiduría de tu Dios que tienes, pon jueces y gobernadores, que gobiernen a todo el pueblo que está del otro lado del río, a todos los que tienen noticia de las leyes de tu Dios; y al que no la tuviere, le enseñaréis.
26 Y cualquiera que no hiciere la ley de tu Dios, y la ley del rey, prestamente sea juzgado, o a muerte, o a desarraigo, o a pena de la hacienda, o a prisión.

27 Bendito el SEÑOR, Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa del SEÑOR que está en Jerusalem.
28 E inclinó hacia mí *su* misericordia delante del rey y de sus consultores, y de todos los príncipes poderosos del rey. Y yo, confortado según la mano del SEÑOR mi Dios sobre mí, junté los principales de Israel para que subiesen conmigo.

CAPÍTULO 8

Y ÉSTOS *son* las cabezas de sus familias, y genealogía de aquellos que subieron conmigo de Babilonia, reinando el rey Artajerjes:
2 De los hijos de Finees, Gersón; de los hijos de Itamar, Daniel; de los hijos de David, Hatús;
3 De los hijos de Secanías y de los hijos de Paros, Zacarías, y con él, en la línea de varones, ciento y cincuenta;
4 De los hijos de Pahat-moab, Elienai, hijo de Zarahi, y con él doscientos varones;
5 De los hijos de Secanías, el hijo de Jahaziel, y con él trescientos varones;
6 De los hijos de Adín, Ebed, hijo de Jonatán, y con él cincuenta varones;
7 De los hijos de Elam, Jesaías, hijo de Atalías, y con él setenta varones;
8 Y de los hijos de Sefatías, Zebadías, hijo de Micael, y con él ochenta varones;
9 De los hijos de Joab, Obadías, hijo de Jehiel, y con él doscientos diez y ocho varones;
10 Y de los hijos de Selomit, el hijo de Josifías, y con él ciento y sesenta varones;
11 Y de los hijos de Bebai, Zacarías, hijo de Bebai, y con él veintiocho varones;
12 Y de los hijos de Azgad, Johanán, hijo de Catán, y con él ciento y diez varones;
13 Y de los hijos de Adonicam, los postreros, cuyos nombres son estos, Elifelet, Jeiel, y Semaías, y con ellos sesenta varones;
14 Y de los hijos de Bigvai, Utai y Zabud, y con ellos sesenta varones.
15 Y juntélos junto al río que viene a Ahava, y reposamos allí tres días: y habiendo buscado entre el pueblo y entre los sacerdotes, no hallé allí de los hijos de Leví.
16 Entonces despaché a Eliezer, y a Ariel, y a Semaías, y a Elnatán, y a Jarib, y a Elnatán, y a Natán, y a Zacarías, y a Mesulam, principales; asimismo a Joiarib y a Elnatán, hombres doctos;
17 Y enviélos a Iddo, jefe en el lugar de Casipia, y puse en boca de ellos las palabras que habían de hablar a Iddo, y a sus hermanos los Netineos en el lugar de Casipia, para que nos trajesen ministros para la casa de nuestro Dios.
18 Y trajéronnos, según la buena mano de nuestro Dios sobre nosotros, un varón entendido de los hijos de Mahalí, hijo de Leví, hijo de Israel; y a Serabías con sus hijos y sus hermanos, dieciocho;
19 Y a Hasabías, y con él a Isaía de los hijos de Merari, a sus hermanos y a sus hijos, veinte;
20 Y de los Netineos, a quienes David con los príncipes puso para el ministerio de los Levi-

tas, doscientos y veinte Netineos: todos los cuales fueron declarados por sus nombres.
21 Y publiqué ayuno allí junto al río de Ahava, para afligirnos delante de nuestro Dios, para solicitar de él camino derecho para nosotros, y para nuestros niños, y para toda nuestra hacienda.
22 Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino: porque habíamos hablado al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan; mas su fortaleza y su furor sobre todos los que le dejan.
23 Ayunamos pues, y pedimos a nuestro Dios sobre esto, y él nos fue propicio.
24 Aparté luego doce de los principales de los sacerdotes, a Serebías y a Hasabías, y con ellos diez de sus hermanos;
25 Y peséles la plata, y el oro, y los vasos, la ofrenda que para la casa de nuestro Dios habían ofrecido el rey, y sus consultores, y sus príncipes, y todos los que se hallaron en Israel.
26 Pesé pues en manos de ellos seiscientos y cincuenta talentos de plata, y vasos de plata por cien talentos, y cien talentos de oro;
27 Además veinte tazones de oro, de mil dracmas; y dos vasos de metal limpio muy bueno, preciados como el oro.
28 Y díjeles: Vosotros sois consagrados al SEÑOR, y santos los vasos; y la plata y el oro ofrenda voluntaria al SEÑOR, Dios de nuestros padres.
29 Velad, y guardadlos, hasta que los peséis delante de los príncipes de los sacerdotes y Levitas, y de los jefes de los padres de Israel en Jerusalem, en las cámaras de la casa del SEÑOR.
30 Los sacerdotes pues y Levitas recibieron el peso de la plata y del oro y de los vasos, para traerlo a Jerusalem a la casa de nuestro Dios.
31 Y partimos del río de Ahava el doce del mes primero, para ir a Jerusalem: y la mano de nuestro Dios fue sobre nosotros, el cual nos libró de mano de enemigo y de asechador en el camino.
32 Y llegamos a Jerusalem, y reposamos allí tres días.
33 Al cuarto día fue luego pesada la plata, y el oro, y los vasos, en la casa de nuestro Dios, por mano de Meremot hijo de Urías sacerdote, y con él Eleazar hijo de Finees; y con ellos Jozabad hijo de Jesúa, y Noadías hijo de Binúi, Levitas;
34 Por cuenta y por peso todo: y se apuntó todo aquel peso en aquel tiempo.
35 Los que habían venido de la cautividad, los hijos de la transmigración, ofrecieron holocaustos al Dios de Israel, doce becerros por todo Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos, doce machos cabríos por expiación: todo en holocausto al SEÑOR.
36 Y dieron los despachos del rey a sus gobernadores y capitanes del otro lado del río, los cuales favorecieron al pueblo y a la casa de Dios.

CAPÍTULO 9

Y ACABADAS estas cosas, los príncipes se llegaron a mí, diciendo: El pueblo de Israel, y los sacerdotes y Levitas, no se han apartado de los pueblos de las

tierras, de los Cananeos, Heteos,
Ferezeos, Jebuseos, Amonitas, y
Moabitas, Egipcios, y Amorreos,
haciendo conforme a sus abominaciones.
2 Porque han tomado de sus
hijas para sí y para sus hijos, y la
simiente santa ha sido mezclada
con los pueblos de las tierras; y
la mano de los príncipes y de los
gobernadores ha sido la primera
en esta prevaricación.
3 Lo cual oyendo yo, rasgué mi
vestido y mi manto, y arranqué
de los cabellos de mi cabeza y de
mi barba, y sentéme atónito.
4 Y juntáronse a mí todos los
temerosos de las palabras del
Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los de la transmigración; mas yo estuve sentado
atónito hasta el sacrificio de la
tarde.
5 Y al sacrificio de la tarde levantéme de mi aflicción; y habiendo
rasgado mi vestido y mi manto,
postréme de rodillas, y extendí
mis palmas al SEÑOR mi Dios;
6 Y dije: Dios mío, confuso y
avergonzado estoy para levantar,
oh Dios mío, mi rostro a ti: porque nuestras iniquidades se han
multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido
hasta los cielos.
7 Desde los días de nuestros padres hasta este día estamos en
grande culpa; y por nuestras
iniquidades nosotros, nuestros
reyes, y nuestros sacerdotes,
hemos sido entregados en manos
de los reyes de las tierras, a espada, a cautiverio, y a robo, y a
confusión de rostro, como hoy
día.
8 Y ahora como por un breve
momento fue la misericordia del
SEÑOR nuestro Dios, para hacer
que nos quedase un resto libre, y
para darnos estaca en el lugar de
su santuario, a fin de alumbrar
nuestros ojos nuestro Dios, y darnos una poca de vida en nuestra
servidumbre.
9 Porque siervos éramos: mas en
nuestra servidumbre no nos desamparó nuestro Dios, antes inclinó sobre nosotros misericordia
delante de los reyes de Persia,
para que *se* nos diese vida para
alzar la casa de nuestro Dios, y
para hacer restaurar sus asolamientos, y para darnos vallado
en Judá y en Jerusalem.
10 Mas ahora, ¿qué diremos, oh
Dios nuestro, después de esto?
porque nosotros hemos dejado
tus mandamientos,
11 Los cuales prescribiste por
mano de tus siervos los profetas,
diciendo: La tierra a la cual entráis para poseerla, tierra inmunda es a causa de la inmundicia de
los pueblos de aquellas regiones,
por las abominaciones de que la
han henchido de uno a otro extremo con su inmundicia.
12 Ahora pues, no daréis vuestras hijas a los hijos de ellos, ni
sus hijas tomaréis para vuestros
hijos, ni procuraréis su paz ni
su bien para siempre; para que
seáis corroborados, y comáis el
bien de la tierra, y la dejéis por
heredad a vuestros hijos para
siempre.
13 Mas después de todo lo que
nos ha sobrevenido a causa de
nuestras malas obras, y a causa
de nuestro grande delito, ya que
tú nuestro Dios nos has castigado
menos de lo que nuestras iniquidades *merecen*, y nos has dado *tal*
liberación como ésta;

14 ¿Hemos de volver a infringir
tus mandamientos, y a emparentar con los pueblos de estas abominaciones? ¿No te ensañarías contra nosotros hasta consumirnos, sin que quedara remanente ni escapatoria?
15 Oh SEÑOR Dios de Israel, tú
eres justo: pues que hemos quedado algunos salvos, como este día, henos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible subsistir en tu presencia a causa de esto.

CAPÍTULO 10

Y ORANDO Esdras y confesando, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, juntóse a él una muy grande multitud de Israel, hombres y mujeres y niños; y lloraba el pueblo con gran llanto.
2 Entonces respondió Secanías
hijo de Jehiel, de los hijos de Elam, y dijo a Esdras: Nosotros hemos prevaricado contra nuestro Dios, pues tomamos esposas extranjeras de los pueblos de la tierra: mas hay aún esperanza para Israel sobre esto.
3 Ahora pues hagamos pacto
con nuestro Dios, que echaremos todas las esposas y los nacidos de ellas, según el consejo del SEÑOR, y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios: y hágase conforme a la ley.
4 Levántate, porque a ti toca
el negocio, y nosotros seremos contigo; esfuérzate, y ponlo por obra.
5 Entonces se levantó Esdras, y
juramentó a los príncipes de los sacerdotes y de los Levitas, y a todo Israel, que harían conforme a esto; y ellos juraron.
6 Levantóse luego Esdras de delante la casa de Dios, y fuese a la cámara de Johanán hijo de Eliasib: e ido allá, no comió pan ni bebió agua, porque se entristeció sobre la prevaricación de los de la transmigración.
7 E hicieron pasar pregón por
Judá y por Jerusalem a todos los hijos de la transmigración, que se juntasen en Jerusalem:
8 Y que el que no viniera dentro
de tres días, conforme al acuerdo de los príncipes y de los ancianos, perdiese toda su hacienda, y él fuese apartado de la compañía de los de la transmigración.
9 Así todos los hombres de Judá
y de Benjamín se reunieron en Jerusalem dentro de tres días, a los veinte del mes, el cual era el mes noveno; y sentóse todo el pueblo en la plaza de la casa de Dios, temblando con motivo de aquel negocio, y a causa de las lluvias.
10 Y levantóse Esdras el sacer-
dote, y díjoles: Vosotros habéis prevaricado, por cuanto tomasteis esposas extrañas, añadiendo *así* sobre el pecado de Israel.
11 Ahora pues, dad gloria al
SEÑOR Dios de vuestros padres, y haced su voluntad, y apartaos de los pueblos de las tierras, y de las esposas extranjeras.
12 Y respondió todo aquel con-
curso, y dijeron en alta voz: Así se haga conforme a tu palabra.
13 Mas el pueblo es mucho, y el
tiempo lluvioso, y no hay fuerza para estar en la calle: ni la obra es de un día ni de dos, porque somos muchos los que hemos prevaricado en este negocio.
14 Estén ahora nuestros prínci-
pes, los de toda la congregación;

y todos aquellos que en nuestras
ciudades hubieren tomado espo-
sas extranjeras, vengan a tiem-
pos aplazados, y con ellos los
ancianos de cada ciudad, y los
jueces de ellas, hasta que aparte-
mos de nosotros el furor de la ira
de nuestro Dios sobre esto.
15 Fueron pues puestos sobre
este negocio Jonatán hijo de
Asael, y Jaazías hijo de Tikvah;
y Mesulam y Sabetai, Levitas, les
ayudaron.
16 E hicieron así los hijos de la
transmigración. Y apartados que
fueron luego Esdras sacerdote, y
los varones cabezas de familias
en la casa de sus padres, todos
ellos por sus nombres, sentáron-
se el primer día del mes décimo
para inquirir el negocio.
17 Y concluyeron, con todos
aquellos que habían tomado es-
posas extranjeras, al primer día
del mes primero.
18 Y de los hijos de los sacer-
dotes que habían tomado espo-
sas extranjeras, fueron hallados
estos: De los hijos de Jesúa hijo
de Josadec, y de sus hermanos:
Maasías, y Eliezer, y Jarib, y Ge-
dalías;
19 Y dieron su mano *en promesa*
de echar sus esposas, y *ofrecieron*
como culpados un carnero de los
rebaños por su delito.
20 Y de los hijos de Imer: Hanani
y Zebadías.
21 Y de los hijos de Harim:
Maasías, y Elías, y Semeías, y Je-
hiel, y Uzías.
22 Y de los hijos de Pasur: Elie-
nai, Maasías, Ismael, Natanael,
Jozabad, y Elasa.
23 Y de los hijos de los Levitas:
Jozabad, y Simi, Kelaía (este es
Kelita), Petaías, Judá y Eliezer.
24 Y de los cantores, Eliasib; y de
los porteros: Selum, y Telem, y Uri.
25 Asimismo de Israel: De los
hijos de Paros: Ramía, y Jezías, y
Malquías, y Miamim, y Eleazar, y
Malquías, y Benaías.
26 Y de los hijos de Elam: Mata-
nías, Zacarías, y Jehiel, y Abdi, y
Jeremot, y Elía.
27 Y de los hijos de Zatu: Elienai,
Eliasib, Matanías, y Jeremot, y
Zabab, y Aziza.
28 Y de los hijos de Bebai: Joha-
nán, Hananías, Zabai, Atlai.
29 Y de los hijos de Bani: Mesu-
lam, Maluc, y Adaías, Jasub, y
Seal, y Ramot.
30 Y de los hijos de Pahat-moab:
Adna, y Quelal, Benaías, Maasías,
Matanías, Besaleel, Binúi y Ma-
nasés.
31 Y de los hijos de Harim:
Eliezer, Isías, Malquías, Semeía,
Simeón,
32 Benjamín, Maluc, Semarías.
33 De los hijos de Hasum: Mate-
nai, Matata, Zabad, Elifelet, Jere-
mai, Manasés, Sami.
34 De los hijos de Bani: Maadi,
Amram y Uel,
35 Benaías, Bedías, Quelú,
36 Vanías, Meremot, Eliasib,
37 Matanías, Matenai, y Jaasai,
38 Y Bani, y Binúi, Simi,
39 Y Selemías y Natán y Adaías,
40 Macnadbai, Sasai, Sarai,
41 Azareel, y Selamías, Semarías,
42 Salum, Amarías, José.
43 Y de los hijos de Nebo: Jehiel,
Matitías, Zabad, Zebina, Jadau, y
Joel, Benaías.
44 Todos estos habían tomado
esposas extranjeras; y había es-
posas de ellos que habían parido
hijos.

EL LIBRO DE

NEHEMÍAS

CAPÍTULO 1

PALABRAS de Nehemías, hijo
de Hacalías. Y acaeció en el
mes de Quisleu, en el año veinte,
estando yo en Susán, capital del
reino,
2 Que vino Hanani, uno de mis
hermanos, él y ciertos varones
de Judá, y preguntéles por los
Judíos que habían escapado, que
habían quedado de la cautividad,
y por Jerusalem.
3 Y dijéronme: El remanente,
los que quedaron de la cautivi-
dad allí en la provincia, están en
gran mal y afrenta, y el muro de
Jerusalem derribado, y sus puer-
tas quemadas a fuego.
4 Y sucedió que, como yo oí estas
palabras, sentéme y lloré, y enlu-
téme por algunos días, y ayuné y
oré delante del Dios del cielo.
5 Y dije: Ruégote, oh SEÑOR,
Dios del cielo, fuerte, grande, y
terrible, que guarda el pacto y la
misericordia a los que le aman y
guardan sus mandamientos;
6 Esté ahora atento tu oído, y tus
ojos abiertos, para oír la oración
de tu siervo, que yo hago ahora
delante de ti día y noche, por los
hijos de Israel tus siervos; y con-
fieso los pecados de los hijos de
Israel que hemos contra ti come-
tido; sí, yo y la casa de mi padre
hemos pecado.
7 En extremo nos hemos corrom-
pido contra ti, y no hemos guar-
dado los mandamientos, y esta-
tutos y juicios, que mandaste a
Moisés tu siervo.
8 Acuérdate ahora de la palabra
que ordenaste a Moisés tu siervo,
diciendo: Vosotros prevaricaréis,
y yo os esparciré por los pueblos:
9 Mas os volveréis a mí, y guar-
daréis mis mandamientos, y los
pondréis por obra. Si fuere vues-
tro lanzamiento hasta el cabo
del cielo, de allí os juntaré; y
traerlos he al lugar que escogí
para hacer habitar allí mi nom-
bre.
10 Ellos pues son tus siervos y tu
pueblo, los cuales redimiste con
tu gran fortaleza, y con tu mano
fuerte.
11 Ruégote, oh Señor, esté ahora
atento tu oído a la oración de tu
siervo, y a la oración de tus siervos,
quienes desean temer tu nombre:
y ahora concede hoy próspero su-
ceso a tu siervo, y dale gracia de-
lante de aquel varón. Porque yo
servía de copero al rey.

CAPÍTULO 2

Y SUCEDIÓ en el mes de Nisán,
en el año veinte del rey Arta-
jerjes, que estando ya el vino de-
lante de él, tomé el vino, y dílo al
rey. Y como yo no había estado
antes triste en su presencia,
2 Díjome el rey: ¿Por qué está
triste tu rostro, pues no estás
enfermo? No es esto sino que-
branto de corazón. Entonces
temí en gran manera.
3 Y dije al rey: El rey viva para
siempre. ¿Cómo no estará triste
mi rostro, cuando la ciudad, casa
de los sepulcros de mis padres,
está desierta, y sus puertas con-
sumidas del fuego?

4 Y díjome el rey: ¿Qué cosa
pides? Entonces oré al Dios del
cielo,
5 Y dije al rey: Si al rey place, y
si agrada tu siervo delante de ti,
que me envíes a Judá, a la ciu-
dad de los sepulcros de mis pa-
dres, y la reedificaré.
6 Entonces el rey me dijo, (y la
reina estaba sentada junto a él):
¿Hasta cuándo será tu viaje, y
cuándo volverás? Y plugo al rey
enviarme, después que yo le se-
ñalé tiempo.
7 Además dije al rey: Si al rey
place, dénseme cartas para los
gobernadores de la otra parte del
río, que me franqueen el paso
hasta que llegue a Judá;
8 Y carta para Asaf, guarda del
bosque del rey, a fin que me dé
madera para enmaderar los por-
tales del palacio de la casa, y
para el muro de la ciudad, y la
casa donde entraré. Y otorgóme-
lo el rey, según la benéfica mano
de mi Dios sobre mí.
9 Y vine luego a los gobernadores
de la otra parte del río, y les di
las cartas del rey. Y el rey envió
conmigo capitanes del ejército y
gente de a caballo.
10 Y oyéndolo Sanbalat Horonita,
y Tobías, el siervo Amonita, dis-
gustóles en extremo que viniese
alguno para procurar el bien de
los hijos de Israel.
11 Llegué pues a Jerusalem, y es-
tado que hube allí tres días,
12 Levantéme de noche, yo y
unos pocos varones conmigo, y
no declaré a hombre alguno lo
que Dios había puesto en mi co-
razón que hiciese en Jerusalem;
ni había bestia conmigo, excepto
la cabalgadura en que cabalgaba.
13 Y salí de noche por la puerta
del valle hacia la fuente del dra-
gón y a la puerta del muladar;
y consideré los muros de Jeru-
salem que estaban derribados, y
sus puertas que estaban consu-
midas del fuego.
14 Pasé luego a la puerta de la
fuente, y al estanque del rey; mas
no había lugar por donde pasase
la cabalgadura en que iba.
15 Y subí por el torrente de noche,
y consideré el muro, y regresan-
do entré por la puerta del valle, y
volvíme.
16 Y no sabían los magistrados
dónde yo había ido, ni qué había
hecho; ni hasta entonces lo había
yo declarado a los Judíos y sacer-
dotes, ni a los nobles y magistra-
dos, ni a los demás que hacían
la obra.
17 Díjeles pues: Vosotros veis el
mal en que estamos, que Jeru-
salem está desierta, y sus puer-
tas consumidas del fuego: venid,
y edifiquemos el muro de Jeru-
salem, y no seamos más en opro-
bio.
18 Entonces les declaré cómo la
mano de mi Dios era buena sobre
mí, y asimismo las palabras del
rey, que me había dicho. Y dije-
ron: Levantémonos, y edifique-
mos. Así esforzaron sus manos
para bien.
19 Mas habiéndolo oído Sanba-
lat Horonita, y Tobías el siervo
Amonita, y Gesem el Árabe, es-
carnecieron de nosotros, y nos
despreciaron, diciendo: ¿Qué es
esto que hacéis vosotros? ¿os re-
beláis contra el rey?
20 Y volvíles respuesta, y dí-
jeles: El Dios del cielo, él nos
prosperará, y nosotros sus sier-
vos nos levantaremos y edifica-
remos: que vosotros no tenéis

parte, ni derecho, ni memoria en Jerusalem.

CAPÍTULO 3

Y LEVANTÓSE Eliasib el gran sacerdote con sus hermanos los sacerdotes, y edificaron la puerta de las ovejas. Ellos aparejaron y levantaron sus puertas hasta la torre de Meah, apareјáronla hasta la torre de Hananeel.
2 Y junto a ella edificaron los varones de Jericó: y luego edificó Zacur hijo de Imri.
3 Y los hijos de Senaa edificaron la puerta del pescado: ellos la enmaderaron, y levantaron sus puertas, con sus cerraduras y sus cerrojos.
4 Y junto a ellos restauró Meremot hijo de Urías, hijo de Cos: y al lado de ellos, restauró Mesulam hijo de Berequías, hijo de Mesezabeel. Junto a ellos restauró Sadoc hijo de Baana.
5 E inmediato a ellos restauraron los Tecoitas; mas sus grandes no prestaron su cerviz a la obra de su SEÑOR.
6 Y la puerta vieja restauraron Joiada hijo de Pasea, y Mesulam hijo de Besodías: ellos la enmaderaron, y levantaron sus puertas, con sus cerraduras y sus cerrojos.
7 Junto a ellos restauró Melatías Gabaonita, y Jadón Meronotita, varones de Gabaón y de Mizpa, por la silla del gobernador de la otra parte del río.
8 Y junto a ellos restauró Uziel hijo de Harhaía, de los plateros; junto al cual restauró también Hananías, hijo de *un* perfumador. Así dejaron *reparado* a Jerusalem hasta el muro ancho.
9 Junto a ellos restauró también Repaías hijo de Hur, príncipe de la mitad de la región de Jerusalem.
10 Asimismo restauró junto a ellos, y frente a su casa, Jedaías hijo de Harumaf; y junto a él restauró Hatús hijo de Hasbanías.
11 Malquías hijo de Harim y Hasub hijo de Pahat-moab, restauraron la otra medida, y la torre de los Hornos.
12 Junto a ellos restauró Salum hijo de Lohes, príncipe de la mitad de la región de Jerusalem, él con sus hijas.
13 La puerta del valle la restauró Hanún con los moradores de Zanoa: ellos la reedificaron, y levantaron sus puertas, con sus cerraduras y sus cerrojos, y mil codos en el muro hasta la puerta del muladar.
14 Y reedificó la puerta del muladar, Malquías hijo de Recab, príncipe de la provincia de Bet-haquerem: él la reedificó, y levantó sus puertas, sus cerraduras y sus cerrojos.
15 Y Salum hijo de Col-hoze, príncipe de la región de Mizpa, restauró la puerta de la Fuente: él la reedificó, y la enmaderó, y levantó sus puertas, sus cerraduras y sus cerrojos, y el muro del estanque de Selah hacia la huerta del rey, y hasta las gradas que descienden de la ciudad de David.
16 Después de él restauró Nehemías hijo de Azbuc, príncipe de la mitad de la región de Bet-sur, hasta delante de los sepulcros de David, y hasta el estanque labrado, y hasta la casa de los Valientes.
17 Tras él restauraron los Levitas, Rehum hijo de Bani; junto a él

restauró Asabías, príncipe de la mitad de la región de Ceila en su región.
18 Después de él restauraron sus hermanos, Bavvai hijo de Henadad, príncipe de la mitad de la región de Ceila.
19 Y junto a él restauró Ezer hijo de Jesúa, príncipe de Mizpa, la otra medida frente a la subida de la armería de la esquina.
20 Después de él se enfervorizó a restaurar Baruc hijo de Zacai la otra medida, desde la esquina hasta la puerta de la casa de Eliasib gran sacerdote.
21 Tras él restauró Meremot hijo de Urías hijo de Cos la otra medida, desde la entrada de la casa de Eliasib, hasta el cabo de la casa de Eliasib.
22 Después de él restauraron los sacerdotes, los varones de la campiña.
23 Después de ellos restauraron Benjamín y Hasub, frente a su casa: y después de estos restauró Azarías, hijo de Maasías hijo de Ananías, cerca de su casa.
24 Después de él restauró Binúi hijo de Henadad la otra medida, desde la casa de Azarías hasta la revuelta, y hasta la esquina.
25 Paal hijo de Uzai, enfrente de la esquina y la torre alta que sale de la casa del rey, que está en el patio de la cárcel. Después de él, Pedaía hijo de Paros.
26 (Y los Netineos estuvieron en Ofel hasta enfrente de la puerta de las Aguas al oriente, y la torre que sobresalía.)
27 Después de él restauraron los Tecoitas la otra medida, enfrente de la grande torre que sobresale, hasta el muro de Ofel.
28 Desde la puerta de los Caballos restauraron los sacerdotes, cada uno enfrente de su casa.
29 Después de ellos restauró Sadoc hijo de Imer, enfrente de su casa: y después de él restauró Semaías hijo de Secanías, guarda de la puerta oriental.
30 Tras él restauró Hananías hijo de Selemías, y Anún hijo sexto de Salaf, la otra medida. Después de él restauró Mesulam, hijo de Berequías, enfrente de su cámara.
31 Después de él restauró Malquías hijo del platero, hasta la casa de los Netineos y de los tratantes, enfrente de la puerta del Juicio, y hasta la sala de la esquina.
32 Y entre la sala de la esquina hasta la puerta de las ovejas, restauraron los plateros y los tratantes.

CAPÍTULO 4

Y SUCEDIÓ que como oyó Sanbalat que nosotros edificábamos el muro, encolerizóse y enojóse en gran manera, e hizo escarnio de los Judíos.
2 Y habló delante de sus hermanos y del ejército de Samaria, y dijo: ¿Qué hacen estos débiles Judíos? ¿hanles de permitir? ¿han de sacrificar? ¿han de acabar en un día? ¿han de resucitar de los montones del polvo las piedras que fueron quemadas?
3 Y estaba junto a él Tobías Amonita, el cual dijo: Aun lo que ellos edifican, si subiere una zorra derribará su muro de piedra.
4 Oye, oh Dios nuestro, que somos en menosprecio, y vuelve el baldón de ellos sobre su cabeza, y dalos en presa en la tierra de su cautiverio:
5 Y no cubras su iniquidad, ni su pecado sea raído delante de tu

rostro; porque se airaron contra
los que edificaban.
6 Edificamos pues el muro, y
toda la muralla fue junta hasta
su mitad: y el pueblo tuvo corazón para obrar.
7 Mas acaeció que oyendo Sanbalat y Tobías, y los Arabes, y los Amonitas, y los de Asdod, que los muros de Jerusalem eran reparados, porque ya los portillos comenzaban a cerrarse, encolerizáronse mucho;
8 Y conspiraron todos a una para venir a combatir a Jerusalem, y a hacerle daño.
9 Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche.
10 Y dijo Judá: Las fuerzas de los acarreadores se han enflaquecido, y el escombro es mucho, y no podemos edificar el muro.
11 Y nuestros enemigos dijeron: No sepan, ni vean, hasta que entremos en medio de ellos, y los matemos, y hagamos cesar la obra.
12 Sucedió empero, que como vinieron los Judíos que habitaban entre ellos, nos dieron aviso diez veces de todos los lugares de donde volvían a nosotros.
13 Entonces puse por los bajos del lugar, detrás del muro, en las alturas de los peñascos, puse el pueblo por familias con sus espadas, con sus lanzas, y con sus arcos.
14 Después miré, y levantéme, y dije a los principales y a los magistrados, y al resto del pueblo: No temáis delante de ellos: acordaos del Señor grande y terrible, y pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos y por vuestras hijas, por vuestras esposas y por vuestras casas.
15 Y sucedió que como oyeron nuestros enemigos que lo habíamos entendido, Dios disipó el consejo de ellos, y volvímonos todos al muro, cada uno a su obra.
16 Mas sucedió que desde aquel día la mitad de los mancebos trabajaba en la obra, y la otra mitad de ellos tenía lanzas y escudos, y arcos, y corazas; y los príncipes estaban tras toda la casa de Judá.
17 Los que edificaban en el muro, y los que llevaban cargas y los que cargaban, con la una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada.
18 Porque los que edificaban, cada uno tenía su espada ceñida a sus lomos, y así edificaban: y el que tocaba la trompeta estaba junto a mí.
19 Y dije a los principales, y a los magistrados y al resto del pueblo: La obra es grande y larga, y nosotros estamos apartados en el muro, lejos los unos de los otros:
20 En el lugar donde oyereis la voz de la trompeta, reuníos allí a nosotros: nuestro Dios peleará por nosotros.
21 Nosotros pues trabajábamos en la obra; y la mitad de ellos tenían lanzas desde la subida del alba hasta salir las estrellas.
22 También dije entonces al pueblo: Cada uno con su criado se quede dentro de Jerusalem, y hágannos de noche centinela, y de día a la obra.
23 Y ni yo, ni mis hermanos, ni mis mozos, ni la gente de guardia que me seguía, desnudamos nuestro vestido: cada uno se des-

nudaba *solamente* para lavarse.

CAPÍTULO 5

ENTONCES fue grande el clamor del pueblo y de sus esposas contra los Judíos sus hermanos.
2 Y había quien decía: Nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas, somos muchos: hemos por tanto tomado grano para comer y vivir.
3 Y había quienes decían: Hemos empeñado nuestras tierras, y nuestras viñas, y nuestras casas, para comprar grano en el hambre.
4 Y había quienes decían: Hemos tomado prestado dinero para el tributo del rey, sobre nuestras tierras y viñas.
5 Ahora bien, nuestra carne es como la carne de nuestros hermanos, nuestros hijos como sus hijos: y he aquí que nosotros sujetamos nuestros hijos y nuestras hijas a servidumbre, y hay algunas de nuestras hijas sujetas: mas no hay facultad en nuestras manos para rescatarlas, porque nuestras tierras y nuestras viñas son de otros.
6 Y enojéme en gran manera cuando oí su clamor y estas palabras.
7 Meditél*o* entonces para conmigo, y reprendí a los principales y a los magistrados, y díjeles: ¿Tomáis cada uno usura de vuestros hermanos? Y convoqué contra ellos una grande junta.
8 Y díjeles: Nosotros rescatamos a nuestros hermanos Judíos que habían sido vendidos a las gentes, conforme a la facultad que *había* en nosotros: ¿y vosotros aun vendéis a vuestros hermanos, y serán vendidos a nosotros? Y callaron, que no tuvieron qué responder.
9 Y dije: No es bien lo que hacéis, ¿no andaréis en temor de nuestro Dios, por *no ser* el oprobio de las gentes enemigas nuestras?
10 También yo, y mis hermanos, y mis criados, les hemos prestado dinero y grano: relevémosles ahora de este gravamen.
11 Ruégoos que les devolváis hoy sus tierras, sus viñas, sus olivares, y sus casas, y la centésima parte del dinero y grano, del vino y del aceite que demandáis de ellos.
12 Y dijeron: Devolveremos, y nada les demandaremos; haremos así como tú dices. Entonces convoqué los sacerdotes, y juramentélos que harían conforme a esto.
13 Además sacudí mi vestido, y dije: Así sacuda Dios de su casa y de su trabajo a todo hombre que no cumpliere esto, y así sea sacudido y vacío. Y respondió toda la congregación: ¡Amén! Y alabaron al SEÑOR. Y el pueblo hizo conforme a esto.
14 También desde el día que me mandó *el rey* que fuese gobernador de ellos en la tierra de Judá, desde el año veinte del rey Artajerjes hasta el año treinta y dos, doce años, ni yo ni mis hermanos comimos el pan del gobernador.
15 Mas los primeros gobernadores que fueron antes de mí, cargaron al pueblo, y tomaron de ellos por el pan y por el vino sobre cuarenta siclos de plata: a más de esto, sus criados se enseñoreaban sobre el pueblo; pero yo no hice así, a causa del temor de Dios.
16 También en la obra de este muro instauré *mi parte*, y no

compramos heredad: y todos mis
criados juntos estaban allí a la
obra.
17 Además ciento y cincuenta
hombres de los Judíos y magis-
trados, y los que venían a noso-
tros de las gentes que están en
nuestros contornos, estaban a mi
mesa.
18 Y lo que se aderezaba para
cada día era un buey, seis ove-
jas escogidas, y aves también se
aparejaban para mí, y cada diez
días vino en toda abundancia: y
con todo esto nunca requerí el
pan del gobernador, porque la
servidumbre de este pueblo era
grave.
19 Acuérdate de mí para bien,
Dios mio, y de todo lo que hice a
este pueblo.

CAPÍTULO 6

Y FUE que habiendo oído San-
balat, y Tobías, y Gesem el
Árabe, y los demás nuestros ene-
migos, que había yo edificado
el muro, y que no quedaba en
él portillo, (aunque hasta aquel
tiempo no había puesto en las
puertas las hojas,)
2 Sanbalat y Gesem enviaron a
decirme: Ven, y compongámo-
nos juntos en *alguna de* las aldeas
en el campo de Ono. Mas ellos
habían pensado hacerme mal.
3 Y enviéles mensajeros, dicien-
do: Yo hago una grande obra,
y no puedo ir; porque cesaría
la obra, dejándola yo para ir a
vosotros.
4 Y enviaron a mí con el mismo
asunto por cuatro veces, y yo les
respondí de la misma manera.
5 Envió entonces Sanba-
lat a mí su criado, a *decir* lo
mismo por quinta vez, con
una carta abierta en su mano,
6 En la cual estaba escrito: Hase
oído entre las gentes, y Gasmu lo
dice, que tú y los Judíos pensáis
rebelaros; y que por eso edificas
tú el muro, con la mira, según
estas palabras, de ser tú su rey;
7 Y que has puesto profetas que
prediquen de ti en Jerusalem, di-
ciendo: ¡Rey en Judá! Y ahora
serán oídas del rey las tales pala-
bras: ven por tanto, y consulte-
mos juntos.
8 Entonces envié yo a decirle: No
hay tal cosa como dices, sino que
de tu corazón tú lo inventas.
9 Porque todos ellos nos ponían
miedo, diciendo: Debilitaránse
las manos de ellos en la obra, y
no será hecha. Esfuerza pues mis
manos, *oh Dios*.
10 Vine luego en secreto a casa
de Semaías hijo de Delaías, hijo
de Mehetabeel, porque él estaba
encerrado; el cual *me* dijo: Junté-
monos en la casa de Dios dentro
del templo, y cerremos las puer-
tas del templo, porque vienen
para matarte; sí, esta noche ven-
drán a matarte.
11 Entonces dije: ¿Un hombre
como yo ha de huir? ¿y quién,
que como yo fuera, entraría al
templo para salvar la vida? No
entraré.
12 Y entendí que Dios no lo
había enviado, sino que hablaba
aquella profecía contra mí, por-
que Tobías y Sanbalat le habían
alquilado por salario.
13 Porque sobornado fue para
hacerme temer así, y que pecase,
y les sirviera de mal nombre con
que fuera yo infamado.
14 Acuérdate, Dios mío, de To-
bías y de Sanbalat, conforme
a estas sus obras, y también de

Noadías profetisa, y de los otros
profetas que hacían por ponerme
miedo.
15 Acabóse pues el muro el vein-
ticinco *del mes* de Elul, en cin-
cuenta y dos días.
16 Y como *lo* oyeron todos nues-
tros enemigos, temieron todas
las gentes que estaban en nues-
tros alrededores, y abatiéronse
mucho sus ojos, y conocieron
que por nuestro Dios había sido
hecha esta obra.
17 Asimismo en aquellos días
iban muchas cartas de los princi-
pales de Judá a Tobías, y las de
Tobías venían a ellos.
18 Porque muchos en Judá se
habían conjurado con él, porque
era yerno de Secanías hijo de
Ara; y Johanán su hijo había to-
mado la hija de Mesulam, hijo de
Berequías.
19 También contaban delante de
mí sus buenas obras, y referíanle
mis palabras. Y enviaba Tobías
cartas para atemorizarme.

CAPÍTULO 7

Y LUEGO que el muro fue edi-
ficado, y asenté las puertas, y
fueron señalados porteros y can-
tores y Levitas,
2 Mandé a mi hermano Hanani, y
a Hananías, príncipe del palacio
de Jerusalem, (porque era éste,
como varón de verdad y temero-
so de Dios, sobre muchos;)
3 Y díjeles: No se abran las puer-
tas de Jerusalem hasta que ca-
liente el sol: y aun ellos presentes,
cierren las puertas, y atrancad. Y
señalé guardas de los moradores
de Jerusalem, cada cual en su
guardia, y cada uno delante de
su casa.
4 Y la ciudad era espaciosa y gran-
de, pero poco pueblo dentro de
ella, y no había casas reedificadas.
5 Y puso Dios en mi corazón
que juntase los principales, y los
magistrados, y el pueblo, para
que fuesen empadronados por
el orden de sus linajes: y hallé el
libro de la genealogía de los que
habían subido antes, y encontré
en él escrito:
6 Éstos *son* los hijos de la pro-
vincia que subieron de la cautivi-
dad, de la transmigración que
hizo pasar Nabucodonosor rey
de Babilonia, y que volvieron a
Jerusalem y a Judá, cada uno a
su ciudad;
7 Los cuales vinieron con Zoro-
babel, Jesúa, Nehemías, Azarías,
Raamías, Nahamani, Mardoqueo,
Bilsán, Misperet, Bigvai, Nehum,
Baana. La cuenta de los varones
del pueblo de Israel:
8 Los hijos de Paros, dos mil
ciento setenta y dos;
9 Los hijos de Sefatías, tres-
cientos setenta y dos;
10 Los hijos de Ara, seiscientos
cincuenta y dos;
11 Los hijos de Pahat-moab, de
los hijos de Jesúa y de Joab, dos
mil ochocientos dieciocho;
12 Los hijos de Elam, mil dos-
cientos cincuenta y cuatro;
13 Los hijos de Zatu, ochocientos
cuarenta y cinco;
14 Los hijos de Zacai, setecientos
y sesenta;
15 Los hijos de Binúi, seiscientos
cuarenta y ocho;
16 Los hijos de Bebai, seiscientos
veintiocho;
17 Los hijos de Azgad, dos mil
seiscientos veintidós;
18 Los hijos de Adonicam, seis-
cientos sesenta y siete;
19 Los hijos de Bigvai,

dos mil sesenta y siete;
20 Los hijos de Adín, seiscientos cincuenta y cinco;
21 Los hijos de Ater, de Ezequías, noventa y ocho;
22 Los hijos de Hasum, trescientos veintiocho;
23 Los hijos de Besai, trescientos veinticuatro;
24 Los hijos de Harif, ciento doce;
25 Los hijos de Gabaón, noventa y cinco;
26 Los varones de Belem y de Netofa, ciento ochenta y ocho;
27 Los varones de Anatot, ciento veintiocho;
28 Los varones de Bet-Azmavet, cuarenta y dos;
29 Los varones de Quiriat-jearim, Cefira y Beerot, setecientos cuarenta y tres;
30 Los varones de Ramá y de Gebaa, seiscientos veintiuno;
31 Los varones de Michmas, ciento veintidós;
32 Los varones de Betel y de Ai, ciento veintitrés;
33 Los varones de la otra Nebo, cincuenta y dos;
34 Los hijos de la otra Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro;
35 Los hijos de Harim, trescientos y veinte;
36 Los hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco;
37 Los hijos de Lod, de Hadid, y Ono, setecientos veintiuno;
38 Los hijos de Senaa, tres mil novecientos y treinta.
39 Sacerdotes: los hijos de Jedaías, de la casa de Jesúa, novecientos setenta y tres;
40 Los hijos de Imer, mil cincuenta y dos;
41 Los hijos de Pasur, mil doscientos cuarenta y siete;
42 Los hijos de Harim, mil diez y siete.
43 Levitas: los hijos de Jesúa, de Cadmiel, de los hijos de Odevía, setenta y cuatro.
44 Cantores: los hijos de Asaf, ciento cuarenta y ocho.
45 Porteros: los hijos de Salum, los hijos de Ater, los hijos de Talmón, los hijos de Acub, los hijos de Hatita, los hijos de Sobai, ciento treinta y ocho.
46 Netineos: los hijos de Siha, los hijos de Hasufa, los hijos de Tabaot,
47 Los hijos de Queros, los hijos de Siaa, los hijos de Padón,
48 Los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba, los hijos de Salmai,
49 Los hijos de Hanán, los hijos de Gidel, los hijos de Gahar,
50 Los hijos de Rehaía, los hijos de Resín, los hijos de Necoda,
51 Los hijos de Gazam, los hijos de Uza, los hijos de Pasea,
52 Los hijos de Besai, los hijos de Meunim, los hijos de Nefisesim,
53 Los hijos de Bacbuc, los hijos de Hacufa, los hijos de Harhur,
54 Los hijos de Baslit, los hijos de Mehida, los hijos de Harsa,
55 Los hijos de Barcos, los hijos de Sísera, los hijos de Tema,
56 Los hijos de Nesía, los hijos de Hatifa.
57 Los hijos de los siervos de Salomón: los hijos de Sotai, los hijos de Soferet, los hijos de Perida,
58 Los hijos de Jahala, los hijos de Darcón, los hijos de Gidel,
59 Los hijos de Sefatías, los hijos de Hatil, los hijos de Poqueret-hazebaim, los hijos de Amón.
60 Todos los Netineos, e hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.

61 Y estos son los que subieron
de Tel-melah, Tel-harsa, Que-
rub, Adón, e Imer, los cuales no
pudieron mostrar la casa de sus
padres, ni su linaje, si eran de Is-
rael:
62 Los hijos de Delaía, los hijos
de Tobías, los hijos de Necoda,
seiscientos cuarenta y dos.
63 Y de los sacerdotes: los hijos
de Habaías, los hijos de Cos, los
hijos de Barzilai, el cual tomó es-
posa de las hijas de Barzilai Ga-
laadita, y se llamó del nombre de
ellas.
64 Éstos buscaron su registro de
genealogías, y no se halló; y fue-
ron echados del sacerdocio.
65 Y díjoles el Tirsata que no co-
miesen de las cosas más santas,
hasta que hubiese sacerdote con
Urim y Tumim.
66 La congregación toda junta
era *de* cuarenta y dos mil tres-
cientos y sesenta,
67 Sin sus siervos y siervas, que
eran siete mil trescientos trein-
ta y siete; y entre ellos había
doscientos cuarenta y cinco can-
tores y cantoras.
68 Sus caballos, setecientos
treinta y seis; sus mulos, dos-
cientos cuarenta y cinco;
69 Camellos, cuatrocientos trein-
ta y cinco; asnos, seis mil sete-
cientos y veinte.
70 Y algunos de los príncipes de
las familias dieron para la obra.
El Tirsata dio para el tesoro mil
dracmas de oro, cincuenta tazo-
nes, y quinientas treinta vestidu-
ras sacerdotales.
71 Y de los príncipes de las fami-
lias dieron para el tesoro de la
obra, veinte mil dracmas de oro,
y dos mil y doscientas libras de
plata.
72 Y lo que dio el resto del pue-
blo fue veinte mil dracmas de
oro, y dos mil libras de plata, y
sesenta y siete vestiduras sacer-
dotales.
73 Y habitaron los sacerdotes y
los Levitas, y los porteros, y los
cantores, y los del pueblo, y los
Netineos, y todo Israel, en sus
ciudades. Y venido el mes sépti-
mo, los hijos de Israel estaban en
sus ciudades.

CAPÍTULO 8

YJUNTÓSE todo el pueblo
como un solo hombre en
la plaza que está delante de la
puerta de las Aguas, y dijeron a
Esdras el escriba, que trajese el
libro de la ley de Moisés, la cual
mandó el SEÑOR a Israel.
2 Y Esdras el sacerdote, trajo la
ley delante de la congregación,
así de hombres como de muje-
res, y de todo entendido para
escuchar, el primer día del mes
séptimo.
3 Y leyó en el *libro* delante de la
plaza que está delante de la puer-
ta de las Aguas, desde el alba
hasta el medio día, en presencia
de hombres y mujeres y entendi-
dos; y los oídos de todo el pueblo
estaban *atentos* al libro de la ley.
4 Y Esdras el escriba estaba sobre
un púlpito de madera, que habían
hecho para ello; y junto a él esta-
ban Matitías, y Sema, y Anías, y
Urías, e Hilquías, y Maasías, a
su mano derecha; y a su mano
izquierda, Pedaía, Misael, y Mal-
quías, y Hasum, y Hasbedana,
Zacarías, y Mesulam.
5 Abrió pues Esdras el libro a
ojos de todo el pueblo, (por-
que estaba más alto que todo
el pueblo); y como lo abrió,

todo el pueblo se puso en pie.
6 Bendijo entonces Esdras al
SEÑOR, Dios grande. Y todo
el pueblo respondió, ¡Amén!
¡Amén! alzando sus manos; y
humilláronse, y adoraron al
SEÑOR inclinados a tierra.
7 Y Jesúa, y Bani, y Serebías,
Jamín, Acub, Sabetai, Odías,
Maasías, Celita, Azarías, Jozabed,
Hanán, Pelaía, Levitas, hacían
entender al pueblo la ley: y el
pueblo *estaba* en su lugar.
8 Y leían en el libro de la ley de
Dios claramente, y ponían el sen-
tido, de modo que entendiesen la
lectura.
9 Y Nehemías el Tirsata, y el
sacerdote Esdras, escriba, y los
Levitas que hacían entender al
pueblo, dijeron a todo el pueblo:
Día santo es al SEÑOR nuestro
Dios; no os entristezcáis, ni llo-
réis: porque todo el pueblo llora-
ba oyendo las palabras de la ley.
10 Díjoles luego: Id, comed gro-
suras, y bebed *vino* dulce, y en-
viad porciones a los que no tie-
nen prevenido; porque día santo
es a nuestro Señor: y no os
entristezcáis, porque el gozo del
SEÑOR es vuestra fuerza.
11 Los Levitas pues, hacían ca-
llar a todo el pueblo, diciendo:
Callad, que es día santo, y no os
entristezcáis.
12 Y todo el pueblo se fue a comer
y a beber, y a enviar porciones, y
a gozar de grande alegría, por-
que habían entendido las pala-
bras que les habían enseñado.
13 Y el día siguiente se juntaron
los príncipes de las familias de
todo el pueblo, sacerdotes, y Le-
vitas, a Esdras escriba, para en-
tender las palabras de la ley.
14 Y hallaron escrito en la ley
que el SEÑOR había mandado
por mano de Moisés, que habita-
sen los hijos de Israel en cabañas
en la solemnidad del mes sépti-
mo;
15 Y que hiciesen saber, y pasar
pregón por todas sus ciudades y
por Jerusalem, diciendo: Salid al
monte, y traed ramos de oliva, y
ramos de pino, y ramos de arra-
yán, y ramos de palmas, y ramos
de *todo* árbol espeso, para hacer
cabañas como está escrito.
16 Salió pues el pueblo, y traje-
ron, e hiciéronse cabañas, cada
uno sobre su terrado, y en sus pa-
tios, y en los patios de la casa de
Dios, y en la plaza de la puerta
de las Aguas, y en la plaza de la
puerta de Efraím.
17 Y toda la congregación que
volvió de la cautividad hicieron
cabañas, y en cabañas habitaron;
porque desde los días de Josué
hijo de Nun hasta aquel día, no
habían hecho así los hijos de Is-
rael. Y hubo alegría muy grande.
18 Y leyó *Esdras* en el libro de
la ley de Dios cada día, desde el
primer día hasta el postrero; e
hicieron la solemnidad por siete
días, y al octavo día congrega-
ción, según la manera.

CAPÍTULO 9

Y EL día veinticuatro del mismo
mes se juntaron los hijos de
Israel en ayuno, y con sacos, y
tierra sobre sí.
2 Y habíase ya apartado la si-
miente de Israel de todos los
extranjeros; y estando *en pie*,
confesaron sus pecados, y las ini-
quidades de sus padres.
3 Y puestos de pie en su lugar,
leyeron en el libro de la ley del
SEÑOR su Dios la cuarta parte

del día, y la cuarta parte confesa-
ron y adoraron al SEÑOR su Dios.
4 Levantáronse luego sobre la
grada de los Levitas, Jesúa y
Bani, Cadmiel, Sebanías, Buni,
Serebías, Bani y Quenani, y cla-
maron en voz alta al SEÑOR su
Dios.
5 Y dijeron los Levitas, Jesúa y
Cadmiel, Bani, Hosabnías, Sere-
bías, Odaías, Sebanías *y* Petaías:
Levantaos, bendecid al SEÑOR
vuestro Dios desde la eternidad
hasta la eternidad: y bendigan
el nombre tuyo, glorioso y alto
sobre toda bendición y alabanza.
6 Tú, Oh SEÑOR, eres solo; tú
hiciste el cielo, el cielo de los
cielos, y toda su milicia, la tie-
rra y todo lo que está en ella,
los mares y todo lo que hay en
ellos; y tú vivificas todas estas
cosas, y los ejércitos del cielo
te adoran.
7 Tú eres, Oh SEÑOR, el Dios que
escogiste a Abram, y lo sacaste
de Ur de los Caldeos, y pusístele
el nombre Abraham;
8 Y hallaste fiel su corazón
delante de ti, e hiciste con él
pacto para darle la tierra del Ca-
naneo, del Heteo, y del Amorreo,
y del Ferezeo, y del Jebuseo, y
del Gergeseo, para darla a su
simiente: y cumpliste tu palabra,
porque eres justo.
9 Y miraste la aflicción de nues-
tros padres en Egipto, y oíste el
clamor de ellos en el mar Berme-
jo;
10 Y diste señales y maravillas
en Faraón, y en todos sus siervos,
y en todo el pueblo de su tierra;
porque sabías que habían hecho
soberbiamente contra ellos; e
hicístete nombre grande, como
este día.
11 Y dividiste el mar delante de
ellos, y pasaron por medio de ella
en seco; y a sus perseguidores
echaste en los profundos, como
una piedra en grandes aguas.
12 Y con columna de nube los
guiaste de día, y con columna de
fuego de noche, para alumbrar-
les el camino por donde habían
de ir.
13 Y sobre el monte de Sinaí des-
cendiste, y hablaste con ellos
desde el cielo, y dísteles juicios
rectos, leyes verdaderas, y esta-
tutos y mandamientos buenos:
14 Y notificásteles el sábado
tuyo santo, y les prescribiste, por
mano de Moisés tu siervo, man-
damientos y estatutos y ley.
15 Y dísteles pan del cielo en su
hambre, y en su sed les sacaste
aguas de la roca; y dijísteles que
entrasen a poseer la tierra, por
la cual alzaste tu mano que se la
habías de dar.
16 Mas ellos y nuestros padres
hicieron soberbiamente, y endu-
recieron su cerviz, y no escucha-
ron tus mandamientos,
17 Y rehusaron obedecer, ni se
acordaron de tus maravillas que
habías hecho con ellos; antes
endurecieron su cerviz, y en su
rebelión pensaron poner caudillo
para volverse a su servidumbre.
Tú empero, eres Dios de perdo-
nes, clemente y piadoso, tardo
para la ira, y de mucha miseri-
cordia, que no los dejaste.
18 Además, cuando hicieron para
sí becerro de fundición, y dije-
ron: Éste *es* tu Dios que te hizo
subir de Egipto; y cometieron
grandes abominaciones;
19 Tú, con todo, por tus muchas
misericordias no los abandonas-
te en el desierto: la columna de

nube no se apartó de ellos de día,
para guiarlos por el camino, ni
la columna de fuego de noche,
para alumbrarles el camino por
el cual habían de ir.
20 Y diste tu espíritu bueno para
enseñarlos, y no retiraste tu
maná de su boca, y agua les diste
en su sed.
21 Y sustentástelos cuarenta
años en el desierto; de ninguna
cosa tuvieron necesidad: sus vestidos no se envejecieron, ni se
hincharon sus pies.
22 Y dísteles reinos y pueblos, y
los distribuiste por cantones: y
poseyeron la tierra de Sehón, y
la tierra del rey de Hesbón, y la
tierra de Og rey de Basán.
23 Y multiplicaste sus hijos como
las estrellas del cielo, y metísteles en la tierra, de la cual habías
dicho a sus padres que habían de
entrar a poseerla.
24 Y los hijos vinieron y poseyeron la tierra, y humillaste delante de ellos a los moradores del
país, a los Cananeos, los cuales
entregaste en su mano, y a sus
reyes, y a los pueblos de la tierra,
para que hiciesen de ellos a su
voluntad.
25 Y tomaron ciudades fortalecidas, y tierra pingüe, y heredaron
casas llenas de todo bien, cisternas hechas, viñas y olivares, y
muchos árboles de comer; y comieron, y hartáronse, y engrosáronse, y deleitáronse en tu
grande bondad.
26 Empero *te* irritaron, y rebeláronse contra ti, y echaron tu ley
tras sus espaldas, y mataron tus
profetas que protestaban contra
ellos para convertirlos a ti; e hicieron grandes abominaciones.
27 Y entregástelos en mano de
sus enemigos, los cuales los
afligieron: y en el tiempo de su
tribulación clamaron a ti, y tú
desde el cielo los oíste; y según
tus muchas miseraciones les
dabas salvadores, que los salvasen de mano de sus enemigos.
28 Mas en teniendo reposo, se
volvían a hacer lo malo delante
de ti; por lo cual los dejaste en
mano de sus enemigos, que se
enseñorearon de ellos: pero convertidos clamaban otra vez a ti, y
tú desde el cielo los oías, y según
tus miseraciones muchas veces
los libraste.
29 Y protestásteles que se volviesen a tu ley; mas ellos hicieron
soberbiamente, y no oyeron tus
mandamientos, sino que pecaron contra tus juicios, los cuales
si el hombre hiciere, en ellos vivirá; y dieron hombro renitente,
y endurecieron su cerviz, y no
escucharon.
30 Y alargaste sobre ellos muchos años, y protestásteles con
tu espíritu por mano de tus profetas, mas no escucharon; por lo
cual los entregaste en mano de
los pueblos de la tierra.
31 Empero por tus muchas misericordias no los consumiste, ni
los dejaste; porque eres Dios clemente y misericordioso.
32 Ahora pues, Dios nuestro,
Dios grande, fuerte, terrible, que
guardas el pacto y la misericordia, no sea tenido en poco delante de ti todo el trabajo que nos
ha alcanzado a nuestros reyes,
a nuestros príncipes, a nuestros
sacerdotes, y a nuestros profetas, y a nuestros padres, y a todo
tu pueblo, desde los días de los
reyes de Asiria hasta este día.
33 Tú empero eres justo en todo

lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo:
34 Y nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes, y nuestros padres, no pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a tus testimonios, con que les protestabas.
35 Y ellos en su reino y en tu mucho bien que les diste, y en la tierra espaciosa y pingüe que entregaste delante de ellos, no te sirvieron, ni se convirtieron de sus malas obras.
36 He aquí que hoy somos siervos, henos aquí, siervos en la tierra que diste a nuestros padres para que comiesen sus frutos y su bien.
37 Y se multiplica su fruto para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados, quienes se enseñorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestras bestias, conforme a su voluntad, y estamos en grande angustia.
38 A causa pues de todo eso nosotros hacemos fiel *pacto*, y *lo* escribimos, signado de nuestros príncipes, de nuestros Levitas, y de nuestros sacerdotes.

CAPÍTULO 10

Y LOS que firmaron fueron, Nehemías el Tirsata, hijo de Hacalías, y Sedequías,
2 Seraías, Azarías, Jeremías,
3 Pasur, Amarías, Malquías,
4 Hatús, Sebanías, Maluc,
5 Harim, Meremot, Obadías,
6 Daniel, Ginatón, Baruc,
7 Mesulam, Abías, Miamín,
8 Maazías, Bilgai, Semeías: estos, sacerdotes.
9 Y Levitas: Jesúa hijo de Azanías, Binúi de los hijos de Henadad, Cadmiel;
10 Y sus hermanos Sebanías, Odaía, Celita, Pelaías, Hanán;
11 Micaías, Rehob, Hasabías,
12 Zacur, Serebías, Sebanías,
13 Odaía, Bani, Beninu.
14 Cabezas del pueblo: Paros, Pahat-moab, Elam, Zatu, Bani,
15 Buni, Azgad, Bebai,
16 Adonías, Bigvai, Adín,
17 Ater, Ezekías, Azur,
18 Odaía, Hasum, Besai,
19 Arif, Anatot, Nebai,
20 Magpías, Mesulam, Hezir,
21 Mesezabeel, Sadoc, Jadua,
22 Pelatías, Hanán, Anaías,
23 Hoseas, Hananías, Asub,
24 Lohes, Pilha, Sobec,
25 Rehum, Hasabna, Maaseías,
26 Y Ahijas, Hanán, Anan,
27 Maluc, Harim, Baana.
28 Y el resto del pueblo, los sacerdotes, Levitas, porteros, y cantores, Netineos, y todos los que se habían apartado de los pueblos de las tierras a la ley de Dios, sus esposas, sus hijos y sus hijas, y todo el que tenía conocimiento y entendimiento,
29 Se adhirieron a sus hermanos, sus principales, y entraron en una maldición, y en un juramento de que andarían en la ley de Dios, que fue dada por mano de Moisés siervo de Dios, y que guardarían y cumplirían todos los mandamientos del SEÑOR nuestro Señor, y sus juicios y sus estatutos;
30 Y que no daríamos nuestras hijas a los pueblos de la tierra, ni tomaríamos sus hijas para nuestros hijos.
31 Asimismo, que si los pueblos de la tierra trajesen a vender

mercaderías y comestibles en día
de sábado, nada tomaríamos de
ellos en sábado, ni en día santifi-
cado; y que dejaríamos el año
séptimo, con remisión de toda
deuda.
32 Impusímonos además por ley
el cargo de contribuir cada año
con la tercera parte de un siclo,
para la obra de la casa de nuestro
Dios;
33 Para el pan de la proposición,
y para la ofrenda continua, y
para la ofrenda quemada conti-
nua, de los sábados, y de las nue-
vas lunas, y de las festividades, y
para las santificaciones y sacrifi-
cios por el pecado para expiar a
Israel, y para toda la obra de la
casa de nuestro Dios.
34 Echamos también las suertes,
los sacerdotes, los Levitas, y el
pueblo, acerca de la ofrenda de
la leña, para traerla a la casa de
nuestro Dios, según las casas de
nuestros padres, en los tiempos
determinados cada un año, para
quemar sobre el altar del SEÑOR
nuestro Dios, como está escrito
en la ley.
35 Y que cada año traeríamos las
primicias de nuestra tierra, y las
primicias de todo fruto de todo
árbol, a la casa del SEÑOR:
36 Asimismo los primogénitos de
nuestros hijos y de nuestras bes-
tias, como está escrito en la ley; y
que traeríamos los primogénitos
de nuestras vacas y de nuestras
ovejas a la casa de nuestro Dios,
a los sacerdotes que ministran en
la casa de nuestro Dios:
37 *Que* traeríamos también las
primicias de nuestras masas, y
nuestras ofrendas, y del fruto de
todo árbol, del vino y del aceite,
a los sacerdotes, a las cámaras de
la casa de nuestro Dios, y el diez-
mo de nuestra tierra a los Levi-
tas; y que los Levitas recibirían
las décimas de nuestras labores
en todas las ciudades:
38 Y que estaría el sacerdote hijo
de Aarón con los Levitas, cuan-
do los Levitas recibirían el diez-
mo: y que los Levitas llevarían el
diezmo del diezmo a la casa de
nuestro Dios, a las cámaras en la
casa del tesoro.
39 Porque a las cámaras han
de llevar los hijos de Israel y
los hijos de Leví la ofrenda del
grano, del vino, y del aceite; y
allí estarán los vasos del santua-
rio, y los sacerdotes que minis-
tran, y los porteros, y los canto-
res; y no abandonaremos la casa
de nuestro Dios.

CAPÍTULO 11

Y HABITARON los príncipes
del pueblo en Jerusalem; mas
el resto del pueblo echó suertes
para traer uno de diez que mora-
se en Jerusalem, ciudad santa, y
las nueve partes en las *otras* ciu-
dades.
2 Y bendijo el pueblo a todos los
varones que voluntariamente se
ofrecieron a morar en Jerusalem.
3 Y estos son los principales de
la provincia que moraron en Je-
rusalem; mas en las ciudades de
Judá habitaron cada uno en su
posesión en sus ciudades, de Is-
rael, de los sacerdotes, y Levitas,
y Netineos, y de los hijos de los
siervos de Salomón.
4 En Jerusalem pues habitaron
de los hijos de Judá, y de los
hijos de Benjamín. De los hijos
de Judá: Ataías, hijo de Uzías,
hijo de Zacarías, hijo de Ama-
rías, hijo de Sefatías, hijo de Ma-

halaleel, de los hijos de Fares;
5 Y Maasías hijo de Baruc, hijo
de Colhoze, hijo de Hazaías, hijo
de Adaías, hijo de Joiarib, hijo
de Zacarías, hijo de Siloni.
6 Todos los hijos de Fares que
moraron en Jerusalem, fueron
cuatrocientos setenta y ocho
hombres fuertes.
7 Y estos son los hijos de Benja-
mín: Salú hijo de Mesulam, hijo
de Joed, hijo de Pedaías, hijo de
Colaías, hijo de Maaseías, hijo de
Itiel, hijo de Jesaía.
8 Y tras él, Gabai, Salai, nove-
cientos veintiocho.
9 Y Joel hijo de Zicri, era pre-
fecto de ellos, y Jehudas hijo de
Senua, el segundo de la ciudad.
10 De los sacerdotes: Jedaías hijo
de Joiarib, Jaquín,
11 Seraías hijo de Hilquías, hijo
de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo
de Meraiot, hijo de Ahitub, prín-
cipe de la casa de Dios,
12 Y sus hermanos los que hacían
la obra de la casa, ochocientos
veintidós: y Adaías hijo de Je-
roham, hijo de Pelalías, hijo de
Amsi, hijo de Zacarías, hijo de
Pasur, hijo de Malquías,
13 Y sus hermanos, príncipes de
familias, doscientos cuarenta y
dos: y Amasai hijo de Azarael,
hijo de Azai, hijo de Mesilemot,
hijo de Imer,
14 Y sus hermanos, hombres de
grande vigor, ciento veintiocho:
jefe de los cuales era Zabdiel,
hijo de Gedolím.
15 Y de los Levitas: Semaías hijo
de Hasub, hijo de Azricam, hijo
de Hasabías, hijo de Buni;
16 Y Sabetai y Jozabad, de los
principales de los Levitas, so-
brestantes de la obra exterior de
la casa de Dios;
17 Y Matanías hijo de Micaías,
hijo de Zabdi, hijo de Asaf, el
principal, el que empezaba las
alabanzas y acción de gracias
al tiempo de la oración; y Ba-
cbucías el segundo de entre
sus hermanos; y Abda hijo de
Samua, hijo de Galal, hijo de
Jedutún.
18 Todos los Levitas en la santa
ciudad fueron doscientos ochen-
ta y cuatro.
19 Y los porteros, Acub, Talmón,
y sus hermanos, guardas en las
puertas, ciento setenta y dos.
20 Y el resto de Israel, de los sa-
cerdotes, de los Levitas, en todas
las ciudades de Judá, cada uno
en su heredad.
21 Y los Netineos habitaban en
Ofel; y Siha y Gispa eran sobre
los Netineos.
22 Y el prepósito de los Levitas
en Jerusalem era Uzi hijo de
Bani, hijo de Hasabías, hijo de
Matanías, hijo de Micaías de los
cantores los hijos de Asaf, sobre
la obra de la casa de Dios.
23 Porque había mandamiento
del rey acerca de ellos, y deter-
minación acerca de los cantores
para cada día.
24 Y Petaías hijo de Mesezabel,
de los hijos de Zerah hijo de
Judá, estaba a la mano del rey en
todo negocio del pueblo.
25 Y tocante a las aldeas y sus
tierras, algunos de los hijos de
Judá habitaron en Quiriat-arba y
sus aldeas, y en Dibón y sus alde-
as, y en Jecabseel y sus aldeas;
26 Y en Jesúa, Moladah, y en
Bet-pelet;
27 Y en Hasar-sual, y en Beerse-
ba, y en sus aldeas;
28 Y en Siclag, y en Mecona, y en
sus aldeas;

29 Y en En-Rimón, y en Soreah y en Jarmut;
30 Zanoah, Adulam, y en sus aldeas; en Laquis y sus tierras, Azeca y sus aldeas. Y habitaron desde Beerseba hasta el valle de Hinom.
31 Y los hijos de Benjamín desde Geba *habitaron* en Michmas, y Aía, y en Betel y sus aldeas;
32 En Anatot, Nob, Ananiah;
33 Hasor, Ramá, Gitaim;
34 Hadid, Seboim, Nebalat;
35 Lod, y Ono, valle de los artífices.
36 Y algunos de los Levitas, en los repartimientos de Judá y de Benjamín.

CAPÍTULO 12

Y ÉSTOS *son* los sacerdotes y Levitas que subieron con Zorobabel hijo de Sealtiel, y con Jesúa: Seraías, Jeremías, Esdras,
2 Amarías, Maluc, Hartus,
3 Secanías, Rehum, Meremot,
4 Iddo, Ginato, Abías,
5 Miamín, Maadías, Bilga,
6 Semaías, y Joiarib, Jedaías,
7 Salum, Amoc, Hilquías, Jedaías. Éstos *eran* los príncipes de los sacerdotes y sus hermanos en los días de Jesúa.
8 Y los Levitas: Jesúa, Binúi, Cadmiel, Serebías, Judá, *y* Matanías, que con sus hermanos *oficiaba* en los himnos.
9 Y Bacbucías y Uni, sus hermanos, cada cual en su ministerio.
10 Y Jesúa engendró a Joiacim, y Joiacim engendró a Eliasib, y Eliasib engendró a Joiada,
11 Y Joiada engendró a Jonatán, y Jonatán engendró a Jadúa.
12 Y en los días de Joiacim los sacerdotes cabezas de familias fueron: de Seraías, Meraías; de Jeremías, Hananías;
13 De Esdras, Mesulam; de Amarías, Johanán;
14 De Maluc, Jonatán; de Sebanías, José;
15 De Harim, Adna; de Meraiot, Helcai;
16 De Iddo, Zacarías; de Ginetón, Mesulam;
17 De Abías, Zicri; de Miniamín, de Moadías, Piltai;
18 De Bilga, Samúa; de Semaías, Jonatán;
19 De Joiarib, Matenai; de Jedaías, Uzi;
20 De Salai, Calai; de Amoc, Eber;
21 De Hilquías, Hasabías; de Jedaías, Natanael.
22 Los Levitas en días de Eliasib, de Joiada, y de Johanán y Jadúa, fueron escritos por cabezas de familias; también los sacerdotes, hasta el reinado de Darío el Persa.
23 Los hijos de Leví, cabezas de familias, fueron escritos en el libro de las crónicas hasta los días de Johanán, hijo de Eliasib.
24 Los cabezas de los Levitas: Hasabías, Serebías, y Jesúa hijo de Cadmiel, y sus hermanos delante de ellos, para alabar y para rendir gracias, conforme al estatuto de David varón de Dios, guardando su turno.
25 Matanías, y Bacbucías, Obadías, Mesulam, Talmón, Acub, guardas, eran porteros para la guardia a las entradas de las puertas.
26 Éstos *fueron* en los días de Joiacim, hijo de Jesúa, hijo de Josadac, y en los días del gobernador Nehemías, y del sacerdote Esdras, escriba.

27 Y a la dedicación del muro de
Jerusalem buscaron a los Levitas
de todos sus lugares, para traer-
los a Jerusalem, para hacer la de-
dicación con regocijo y con ac-
ciones de gracias y con cánticos,
con címbalos, salterios y cítaras.
28 Y fueron reunidos los hijos de
los cantores, así de la campiña
alrededor de Jerusalem como de
las aldeas de Netofati;
29 Y de la casa de Gilgal, y de los
campos de Geba, y de Azmavet;
porque los cantores se habían
edificado aldeas alrededor de Je-
rusalem.
30 Y se purificaron los sacerdo-
tes y los Levitas; y purificaron al
pueblo, y las puertas, y el muro.
31 Hice luego subir a los prín-
cipes de Judá sobre el muro, y
puse dos grandes *compañías que*
daban gracias; *el uno* a la mano
derecha sobre el muro hacia la
puerta del muladar.
32 E iba tras de ellos Osaías, y
la mitad de los príncipes de Judá,
33 Y Azarías, Esdras y Mesulam,
34 Judá y Benjamín, y Semaías,
y Jeremías;
35 Y de los hijos de los sacerdo-
tes *iban* con trompetas, Zacarías
hijo de Jonatán, hijo de Semaías,
hijo de Matanías, hijo de Micaías,
hijo de Zacur, hijo de Asaf;
36 Y sus hermanos Semaías, y
Azarael, Milalai, Gilalai, Maai,
Natanael, Judá y Hanani, con los
instrumentos músicos de David
varón de Dios; y Esdras escriba,
delante de ellos.
37 Y a la puerta de la Fuente, en
derecho delante de ellos, subie-
ron por las gradas de la ciudad
de David, por la subida del muro,
desde la casa de David hasta la
puerta de las Aguas al oriente.
38 Y la otra *compañía que daba*
gracias iba del lado opuesto, y yo
en pos de *ellos*, con la mitad del
pueblo sobre el muro, desde la
torre de los hornos hasta el muro
ancho;
39 Y desde la puerta de Efraím
hasta la puerta vieja, y a la puer-
ta del pescado, y la torre de
Hananeel, y la torre de Hamat,
hasta la puerta de las ovejas: y
pararon en la puerta de la cárcel.
40 Así pararon las dos *compañías*
que daban gracias en la casa de
Dios; y yo, y la mitad de los ma-
gistrados conmigo;
41 Y los sacerdotes, Eliacim,
Maaseías, Miniamín, Micaías,
Elienai, Zacarías, y Hananías,
con trompetas;
42 Y Maaseías, y Semeías, y Elea-
zar, y Uzi, y Johanán, y Malquías,
y Elam, y Ezer. Y los cantores
cantaban alto, e Israhía *era* el
prefecto.
43 Y sacrificaron aquel día gran-
des sacrificios, y se gozaron;
porque Dios los había recreado
con grande contentamiento: ale-
gráronse también las esposas y
muchachos; y el alborozo de Je-
rusalem fue oído de lejos.
44 Y en aquel día fueron puestos
varones sobre las cámaras de los
tesoros, de las ofrendas, de las
primicias, y de los diezmos, para
juntar en ellas, de los campos de
las ciudades, las porciones lega-
les para los sacerdotes y Levitas:
porque era grande el gozo de
Judá con respecto a los sacerdo-
tes y Levitas que asistían.
45 Y habían guardado la obser-
vancia de su Dios, y la observan-
cia de la expiación, como
también los cantores y los por-
teros, conforme al estatuto de

David y de Salomón su hijo.
46 Porque desde el tiempo de
David y de Asaf, ya de antiguo,
había príncipes de cantores, y
cántico y alabanza, y acción de
gracias a Dios.
47 Y todo Israel en días de Zo-
robabel, y en días de Nehemías,
daba raciones a los cantores y a
los porteros, cada cosa en su día:
consagraban asimismo *sus por-
ciones* a los Levitas, y los Levitas
consagraban *parte* a los hijos de
Aarón.

CAPÍTULO 13

AQUEL día se leyó en el libro
de Moisés oyéndolo el pue-
blo, y fue hallado en él escrito,
que los Amonitas y Moabitas no
debían entrar jamás en la con-
gregación de Dios;
2 Por cuanto no salieron a reci-
bir a los hijos de Israel con pan y
agua, antes alquilaron a Balaam
contra ellos, para que los maldi-
jera: mas nuestro Dios volvió la
maldición en bendición.
3 Y fue que, como oyeron la ley,
apartaron de Israel toda mistura.
4 Y antes de esto, Eliasib sacer-
dote, siendo superintendente de
la cámara de la casa de nuestro
Dios, había emparentado con To-
bías,
5 Y le había hecho una grande
cámara, en la cual guardaban
antes las ofrendas, y el perfume,
y los vasos, y el diezmo del grano,
y del vino y del aceite, que esta-
ba mandado *dar* a los Levitas, a
los cantores, y a los porteros; y la
ofrenda de los sacerdotes.
6 Mas a todo esto, yo no esta-
ba en Jerusalem; porque el año
treinta y dos de Artajerjes rey
de Babilonia, vine al rey; y al
cabo de días fui enviado del rey.
7 Y venido a Jerusalem, entendí
el mal que había hecho Eliasib
en atención a Tobías, haciendo
para él cámara en los patios de
la casa de Dios.
8 Y dolióme en gran manera; y
eché todas las alhajas de la casa
de Tobías fuera de la cámara;
9 Y dije que limpiasen las cáma-
ras, e hice volver allí las alhajas
de la casa de Dios, las ofrendas y
el perfume.
10 Entendí asimismo que las par-
tes de los Levitas no se les habían
dado; y que los Levitas y cantores
que hacían el servicio se habían
huido cada uno a su heredad.
11 Y reprendí a los magistrados,
y dije: ¿Por qué está la casa de
Dios abandonada? Y juntélos, y
púselos en su lugar.
12 Y todo Judá trajo el diezmo
del grano, del vino y del aceite, a
los almacenes.
13 Y puse por sobrestantes de
ellos a Selemías sacerdote, y a
Sadoc escriba, y de los Levitas, a
Pedaías; y a mano de ellos Hanán
hijo de Zacur, hijo de Matanías:
pues que eran tenidos por fieles,
y de ellos era el repartir a sus
hermanos.
14 Acuérdate de mí, oh Dios, en
orden a esto, y no raigas mis mi-
sericordias que hice en la casa de
mi Dios, y en sus observancias.
15 En aquellos días ví en Judá al-
gunos que pisaban en lagares el
sábado, y que acarreaban haces,
y cargaban asnos con vino, y
también de uvas, de higos, y toda
suerte de carga, y traían a Jeru-
salem en día de sábado; y protes-
téles acerca del día que vendían
el mantenimiento.
16 También estaban en ella Ti-

rios que traían pescado y toda
mercadería, y vendían en sábado
a los hijos de Judá en Jerusalem.
17 Y reprendí a los señores de
Judá, y díjeles: ¿Qué mala cosa
es esta que vosotros hacéis, pro-
fanando así el día del sábado?
18 ¿No hicieron así vuestros pa-
dres, y trajo nuestro Dios sobre
nosotros todo este mal, y sobre
esta ciudad? ¿y vosotros añadís
ira sobre Israel profanando el sá-
bado?
19 Sucedió pues, que cuando iba
oscureciendo a las puertas de Je-
rusalem antes del sábado, dije
que se cerrasen las puertas, y or-
dené que no las abriesen hasta
después del sábado; y puse a las
puertas algunos de mis criados,
para que en día de sábado no en-
trasen carga.
20 Y quedáronse fuera de Jeru-
salem una y dos veces los nego-
ciantes, y los que vendían toda
especie de mercancía.
21 Y protestéles, y díjeles: ¿Por
qué os quedáis vosotros delante
del muro? Si lo hacéis otra vez,
os echaré mano. Desde entonces
no vinieron en sábado.
22 Y dije a los Levitas que se pu-
rificasen, y viniesen a guardar
las puertas, para santificar el día
del sábado. También por esto
acuérdate de mí, Dios mío, y per-
dóname según la muchedumbre
de tu misericordia.
23 Ví asimismo en aquellos días
Judíos que habían tomado esposas
de Asdod, Amonitas, y Moabitas:
24 Y sus hijos la mitad hablaban
asdod, y conforme a la lengua de
cada pueblo; que no sabían ha-
blar judaico.
25 Y reñí con ellos, y maldíjelos,
y herí algunos de ellos, y arran-
quéles los cabellos, y juramenté-
los, *diciendo*: No daréis vuestras
hijas a sus hijos, y no tomaréis
de sus hijas para vuestros hijos,
o para vosotros.
26 ¿No pecó por esto Salomón,
rey de Israel? Bien que en mu-
chas gentes no hubo rey como él,
que era amado de su Dios y Dios
lo había puesto por rey sobre
todo Israel, aun a él hicieron
pecar las mujeres extranjeras.
27 ¿Y obedeceremos a vosotros
para cometer todo este mal tan
grande de prevaricar contra
nuestro Dios, tomando esposas
extranjeras?
28 Y uno de los hijos de Joiada,
hijo de Eliasib el gran sacerdote,
era yerno de Sanbalat Horonita:
ahuyentélo por tanto de mí.
29 Acuérdate de ellos, Dios mío,
contra los que contaminan el
sacerdocio, y el pacto del sacer-
docio y de los Levitas.
30 Limpiélos pues de todo ex-
tranjero, y puse a los sacerdotes
y Levitas por *sus* clases, a cada
uno en su obra;
31 Y para la ofrenda de la leña
en los tiempos señalados, y para
las primicias. Acuérdate de mí,
Dios mío, para bien.

El Libro de
ESTER

CAPÍTULO 1

Y ACONTECIÓ en los días de
Asuero, (el Asuero que reinó
desde la India hasta la Etiopía
sobre ciento veinte y siete pro-
vincias,)
2 Que en aquellos días, asentado
que fue el rey Asuero en la silla
de su reino, la cual estaba en
Susán capital del reino,
3 En el tercer año de su reinado
hizo banquete a todos sus prínci-
pes y siervos, teniendo delante
de él la fuerza de Persia y de
Media, gobernadores y príncipes
de provincias,
4 Para mostrar él las riquezas de
la gloria de su reino, y el lustre
de la magnificencia de su poder,
por muchos días, ciento y ochen-
ta días.
5 Y cumplidos estos días, hizo el
rey banquete por siete días en el
patio del huerto del palacio real
a todo el pueblo, desde el mayor
hasta el menor que se halló en
Susán capital del reino.
6 *El pabellón era de* blanco, verde,
y cárdeno, tendido sobre cuerdas
de lino y púrpura en sortijas de
plata y columnas de mármol: los
reclinatorios de oro y de plata,
sobre losado de pórfido y de már-
mol, y de alabastro y de jacinto.
7 Y daban a beber en vasos de
oro, y vasos diferentes unos de
otros, y mucho vino real, confor-
me a la facultad del rey.
8 Y la bebida fue según esta ley:
Que nadie constriñese; porque
así lo había mandado el rey a
todos los mayordomos de su
casa; que se hiciese según la vo-
luntad de cada uno.
9 Asimismo la reina Vasti hizo
banquete de mujeres, en la casa
real del rey Asuero.
10 El séptimo día, estando el
corazón del rey alegre del vino,
mandó a Mehumán, y a Bizta, y
a Harbona, y a Bigta, y a Aba-
gta, y a Zetar, y a Carcas, siete
eunucos que servían delante del
rey Asuero,
11 Que trajesen a la reina Vasti
delante del rey con la corona
regia, para mostrar a los pueblos
y a los príncipes su hermosura;
porque era linda de aspecto.
12 Mas la reina Vasti no quiso
comparecer a la orden del rey,
enviada por mano de los eunucos;
y enojóse el rey mucho, y encen-
dióse en él su ira.
13 Preguntó entonces el rey a los
sabios que sabían los tiempos,
(porque así era la costumbre del
rey para con todos los que sabían
la ley y el derecho;
14 Y estaban junto a él, Carse-
na, y Setar, y Admata, y Tarsis,
y Meres, y Marsena, y Memu-
cán, siete príncipes de Persia y
de Media que veían la cara del
rey, y se sentaban los primeros
del reino:)
15 Qué se había de hacer según la
ley con la reina Vasti, por cuanto
no había cumplido la orden del
rey Asuero, *enviada* por mano de
los eunucos.
16 Y dijo Memucán delante del
rey y de los príncipes: No sola-
mente contra el rey ha pecado

la reina Vasti, sino contra todos
los príncipes, y contra todos los
pueblos que hay en todas las pro-
vincias del rey Asuero.
17 Porque este hecho de la reina
pasará a noticia de todas las mu-
jeres, para hacerles tener en poca
estima a sus maridos, diciendo:
El rey Asuero mandó traer delan-
te de sí a la reina Vasti, y ella no
vino.
18 Y entonces dirán *esto* las seño-
ras de Persia y de Media que oye-
ren el hecho de la reina, a todos
los príncipes del rey: y *habrá*
mucho menosprecio y enojo.
19 Si parece bien al rey, salga
mandamiento real delante de
él, y escríbase entre las leyes de
Persia y de Media, y no sea tras-
pasado: Que no venga más Vasti
delante del rey Asuero: y dé el
rey su reino a su compañera que
sea mejor que ella.
20 Y el mandamiento que hará
el rey será oído en todo su reino,
aunque es grande, y todas las es-
posas darán honra a sus maridos,
desde el mayor hasta el menor.
21 Y plugo esta palabra en ojos
del rey y de los príncipes, e hizo
el rey conforme al dicho de Me-
mucán;
22 Pues envió letras a todas las
provincias del rey, a cada provin-
cia conforme a su escribir, y a
cada pueblo conforme a su len-
guaje, *diciendo* que todo hombre
fuese señor en su casa; y háblese
esto según la lengua de su pueblo.

CAPÍTULO 2

PASADAS estas cosas, sosega-
da ya la ira del rey Asuero,
acordóse de Vasti, y de lo que
hizo, y de lo que fue sentenciado
contra ella.
2 Y dijeron los criados del rey,
sus oficiales: Busquen al rey
mozas vírgenes de buen parecer;
3 Y ponga el rey personas en
todas las provincias de su reino,
que junten todas las mozas vír-
genes de buen parecer en Susán
residencia regia, en la casa de
las mujeres, al cuidado de Hegai,
eunuco del rey, guarda de las
mujeres, dándoles sus atavíos;
4 Y la moza que agradare a los
ojos del rey, reine en lugar de
Vasti. Y la cosa plugo en ojos del
rey, e hízolo así.
5 Había un varón Judío en Susán
residencia regia, cuyo nombre
era Mardoqueo, hijo de Jair, hijo
de Simi, hijo de Cis, del linaje de
Benjamín;
6 El cual había sido trasportado
de Jerusalem con los cautivos
que fueron llevados con Jeco-
nías rey de Judá, a quien hizo
trasportar Nabucodonosor rey de
Babilonia.
7 Y había criado a Hadasa, que
es Ester, hija de su tío, porque
no tenía padre ni madre; y era
moza de hermosa forma y de
buen parecer; y como su padre y
su madre murieron, Mardoqueo
la había tomado por hija suya.
8 Sucedió pues, que como se di-
vulgó el mandamiento del rey y
su acuerdo, y siendo reunidas
muchas mozas en Susán residen-
cia regia, a cargo de Hegai, fue
tomada también Ester para casa
del rey, al cuidado de Hegai,
guarda de las mujeres.
9 Y la moza agradó en sus ojos, y
halló gracia delante de él; por lo
que hizo darle prestamente sus
atavíos y sus raciones, dándole
también siete convenientes don-
cellas de la casa del rey; y pasóla

con sus doncellas a lo mejor de
la casa de las mujeres.
10 Ester no declaró su pueblo ni
su nacimiento; porque Mardo-
queo le había mandado que no
lo declarase.
11 Y cada día Mardoqueo se pa-
seaba delante del patio de la casa
de las mujeres, por saber cómo
iba a Ester, y qué se hacía de ella.
12 Y como llegaba el tiempo de
cada una de las mozas para venir
al rey Asuero, al cabo de haber
estado ya doce meses conforme
a la ley acerca de las mujeres
(porque así se cumplía el tiempo
de sus atavíos, *esto es*, seis meses
con óleo de mirra, y seis meses
con cosas aromáticas y afeites de
mujeres),
13 Entonces la moza venía así al
rey: todo lo que ella decía se le
daba, para venir con ello de la
casa de las mujeres hasta la casa
del rey.
14 Ella venía a la tarde, y a la
mañana se volvía a la casa se-
gunda de las mujeres, al cargo de
Saasgaz eunuco del rey, guarda
de las concubinas: no venía más
al rey, salvo si el rey la quería, y
era llamada por nombre.
15 Y llegado que fue el tiempo de
Ester, hija de Abihail tío de Mar-
doqueo, que él se había tomado
por hija, para venir al rey, ningu-
na cosa procuró sino lo que dijo
Hegai eunuco del rey, guarda de
las mujeres: y ganaba Ester la
gracia de todos los que la veían.
16 Fue pues Ester llevada al rey
Asuero a su casa real en el mes
décimo, que es el mes de Tebet,
en el año séptimo de su reinado.
17 Y el rey amó a Ester sobre
todas las mujeres, y halló gracia
y benevolencia delante de él más
que todas las vírgenes; y puso la
corona real en su cabeza, e hízo-
la reina en lugar de Vasti.
18 Hizo luego el rey gran ban-
quete a todos sus príncipes y
siervos, el banquete de Ester; y
alivió a las provincias, e hizo y
dio mercedes conforme a la fa-
cultad real.
19 Y cuando se juntaban las vír-
genes la segunda vez, Mardo-
queo estaba puesto a la puerta
del rey.
20 Y Ester, según le tenía man-
dado Mardoqueo, no había de-
clarado su nación ni su pueblo;
porque Ester hacía lo que decía
Mardoqueo, como cuando con él
se educaba.
21 En aquellos días, estando
Mardoqueo sentado a la puer-
ta del rey, enojáronse Bigtán y
Teres, dos eunucos del rey, de la
guardia de la puerta, y procura-
ban poner mano en el rey Asuero.
22 Mas entendido que fue esto
por Mardoqueo, él lo denunció a
la reina Ester, y Ester lo dijo al
rey en nombre de Mardoqueo.
23 Hízose entonces indagación
de la cosa, y fue hallada cierta;
por tanto, entrambos fueron col-
gados en una horca. Y escribióse
el caso en el libro de las cosas de
los tiempos delante del rey.

CAPÍTULO 3

DESPUÉS de estas cosas, el rey
Asuero engrandeció a Amán
hijo de Amadata Agageo, y ensal-
zólo, y puso su silla sobre todos
los príncipes que estaban con él.
2 Y todos los siervos del rey
que estaban a la puerta del rey,
se arrodillaban e inclinaban a
Amán, porque así se lo había
mandado el rey; pero Mardoqueo,

ni se arrodillaba ni se humillaba.
3 Y los siervos del rey que estaban a la puerta, dijeron a Mardoqueo: ¿Por qué traspasas el mandamiento del rey?
4 Y aconteció que, hablándole cada día de esta manera, y no escuchándolos él, denunciáronlo a Amán, por ver si las palabras de Mardoqueo se mantendrían; porque ya él les había declarado que era Judío.
5 Y vio Amán que Mardoqueo ni se arrodillaba ni se humillaba delante de él; y llenóse de ira.
6 Mas tuvo en poco meter mano en solo Mardoqueo; que ya le había declarado el pueblo de Mardoqueo: y procuró Amán destruir a todos los Judíos que había en el reino de Asuero, al pueblo de Mardoqueo.
7 En el mes primero, que es el mes de Nisán, en el año duodécimo del rey Asuero, fue echada Pur, esto es, la suerte, delante de Amán, de día en día y de mes en mes; *y salió* el mes duodécimo, que es el mes de Adar.
8 Y dijo Amán al rey Asuero: Hay un pueblo esparcido y dividido entre los pueblos en todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de *las de* todo pueblo, y no observan las leyes del rey; y al rey no *viene* provecho de dejarlos.
9 Si place al rey, escríbase que sean destruídos; y yo pesaré diez mil talentos de plata en manos de los que manejan la hacienda, para que sean traídos a los tesoros del rey.
10 Entonces el rey quitó su anillo de su mano, y diólo a Amán hijo de Amadata Agageo, enemigo de los Judíos,
11 Y díjole: La plata propuesta sea para ti, y asimismo el pueblo, para que hagas de él lo que bien te pareciere.
12 Entonces fueron llamados los escribanos del rey en el mes primero, a trece del mismo, y fue escrito conforme a todo lo que mandó Amán, a los príncipes del rey, y a los capitanes que estaban sobre cada provincia, y a los príncipes de cada pueblo, a cada provincia según su escritura, y a cada pueblo según su lengua: en nombre del rey Asuero fue escrito, y signado con el anillo del rey.
13 Y fueron enviadas letras por mano de los correos a todas las provincias del rey, para destruir, y matar, y exterminar a todos los Judíos, desde el niño hasta el viejo, niños y mujeres en un día, en el trece del mes duodécimo, que es el mes de Adar, y para apoderarse de su despojo.
14 La copia del escrito que se diese por mandamiento en cada provincia, fue publicada a todos los pueblos, a fin de que estuviesen apercibidos para aquel día.
15 Y salieron los correos de priesa por mandato del rey, y el edicto fue dado en Susán capital del reino. Y el rey y Amán estaban sentados a beber, y la ciudad de Susán estaba conmovida.

CAPÍTULO 4

LUEGO que supo Mardoqueo todo lo que se había hecho, rasgó sus vestidos, y vistióse de saco y de ceniza, y fuese por medio de la ciudad clamando con grande y amargo clamor.
2 Y vino hasta delante de la puerta del rey: porque no era lícito pasar adentro de la puer-

ta del rey con vestido de saco.
3 Y en cada provincia y lugar
donde el mandamiento del rey y
su decreto llegaba, tenían los Ju-
díos grande luto, y ayuno, y lloro,
y lamentación: saco y ceniza era
la cama de muchos.
4 Y vinieron las doncellas de
Ester y sus eunucos, y dijéron-
selo: y la reina tuvo gran dolor, y
envió vestidos para hacer vestir
a Mardoqueo, y hacerle quitar el
saco de sobre él; mas él no los
recibió.
5 Entonces Ester llamó a Atac,
uno de los eunucos del rey, que
él había hecho estar delante de
ella, y mandólo a Mardoqueo,
con orden de saber qué era aque-
llo, y por qué.
6 Salió pues Atac a Mardoqueo, a
la plaza de la ciudad que estaba
delante de la puerta del rey.
7 Y Mardoqueo le declaró todo lo
que le había acontecido, y dióle
noticia de la plata que Amán
había dicho que pesaría para los
tesoros del rey por razón de los
Judíos, para destruirlos.
8 Dióle también la copia de la
escritura del decreto que había
sido dado en Susán para que fue-
sen destruídos, a fin de que la
mostrara a Ester y se lo declarase,
y le encargara que fuese al rey a
suplicarle, y a pedir delante de él
por su pueblo.
9 Y vino Atac, y contó a Ester las
palabras de Mardoqueo.
10 Entonces Ester dijo a Atac, y
mandóle *decir* a Mardoqueo:
11 Todos los siervos del rey, y el
pueblo de las provincias del rey
saben, que cualquier hombre o
mujer que entra al rey al patio
de adentro sin ser llamado, por
una sola ley ha de morir: salvo
aquel a quien el rey extendiere el
cetro de oro, el cual vivirá: y yo
no he sido llamada para entrar al
rey estos treinta días.
12 Y dijeron a Mardoqueo las pa-
labras de Ester.
13 Entonces dijo Mardoqueo que
respondiesen a Ester: No pienses
en tu alma, que escaparás en la
casa del rey más que todos los
Judíos:
14 Porque si absolutamente ca-
llares en este tiempo, respiro y
libertación tendrán los Judíos de
otra parte; mas tú y la casa de tu
padre pereceréis. ¿Y quién sabe
si has llegado al reino, para un
tiempo como este?
15 Y Ester dijo que respondiesen
a Mardoqueo:
16 Ve, y junta a todos los Judíos
que se hallan en Susán, y ayunad
por mí, y no comáis ni bebáis en
tres días, noche ni día: yo tam-
bién con mis doncellas ayunaré
igualmente, y así entraré al rey,
aunque no sea conforme a la ley;
y si perezco, que perezca.
17 Entonces se fue Mardoqueo, e
hizo conforme a todo lo que le
mandó Ester.

CAPÍTULO 5

Y ACONTECIÓ que al tercer día
se vistió Ester su vestido real,
y púsose en el patio de adentro
de la casa del rey, enfrente del
aposento del rey: y estaba el
rey sentado en su solio regio en
el aposento real, enfrente de la
puerta del aposento.
2 Y fue que, como vio a la
reina Ester que estaba en el
patio, ella obtuvo gracia en
sus ojos; y el rey extendió a
Ester el cetro de oro que tenía
en la mano. Entonces se llegó

Ester, y tocó la punta del cetro.
3 Y dijo el rey: ¿Qué tienes, reina Ester? ¿y cuál es tu petición? Hasta la mitad del reino, se te dará.
4 Y Ester dijo: Si al rey place, venga hoy el rey con Amán al banquete que le he hecho.
5 Y respondió el rey: Daos priesa, *llamad* a Amán, para hacer lo que Ester ha dicho. Vino pues el rey con Amán al banquete que Ester dispuso.
6 Y dijo el rey a Ester en el banquete del vino: ¿Cuál es tu petición, y te será otorgada? ¿Cuál es tu demanda? Aunque sea la mitad del reino, te será concedida.
7 Entonces respondió Ester, y dijo: Mi petición y mi demanda es:
8 Si he hallado gracia en los ojos del rey, y si place al rey otorgar mi petición y hacer mi demanda, que venga el rey con Amán al banquete que les dispondré; y mañana haré conforme a lo que el rey ha mandado.
9 Y salió Amán aquel día contento y alegre de corazón; pero como vio a Mardoqueo a la puerta del rey, que no se levantaba ni se movía de su lugar, llenóse contra Mardoqueo de ira.
10 Mas refrenóse Amán, y vino a su casa, y envió, e hizo venir sus amigos, y a Zeres su esposa.
11 Y refirióles Amán la gloria de sus riquezas, y la multitud de sus hijos, y todas las cosas con que el rey le había engrandecido, y con que le había ensalzado sobre los príncipes y siervos del rey.
12 Y añadió Amán: También la reina Ester a ninguno hizo venir con el rey al banquete que ella dispuso, sino a mí: y aun para mañana soy convidado de ella con el rey.
13 Mas todo esto nada me sirve cada vez que veo al judío Mardoqueo sentado a la puerta del rey.
14 Y díjole Zeres su esposa, y todos sus amigos: Hagan una horca alta de cincuenta codos, y mañana di al rey que cuelguen a Mardoqueo en ella; y entra con el rey al banquete alegre. Y plugó la cosa en los ojos de Amán, e hizo preparar la horca.

CAPÍTULO 6

AQUELLA noche se le fue el sueño al rey, y dijo que le trajesen el libro de las memorias de las cosas de los tiempos: y leyéronlas delante del rey.
2 Y hallóse escrito que Mardoqueo había denunciado de Bigtán y de Teres, dos eunucos del rey, de la guarda de la puerta, que habían procurado meter mano en el rey Asuero.
3 Y dijo el rey: ¿Qué honra o que distinción se hizo a Mardoqueo por esto? Y respondieron los servidores del rey, sus oficiales: Nada se ha hecho con él.
4 Entonces dijo el rey: ¿Quién está en el patio? Y Amán había venido al patio de afuera de la casa del rey, para decir al rey que hiciese colgar a Mardoqueo en la horca que él le tenía preparada.
5 Y los servidores del rey le respondieron: He aquí Amán está en el patio. Y el rey dijo: Entre.
6 Entró pues Amán, y el rey le dijo: ¿Qué se hará al hombre cuya honra desea el rey? Y dijo Amán en su corazón: ¿A quién deseará el rey hacer honra más que a mí?

7 Y respondió Amán al rey: Al
varón cuya honra desea el rey,
8 Traigan el vestido real de que
el rey se viste, y el caballo en que
el rey cabalga, y la corona real
que está puesta en su cabeza;
9 Y den el vestido y el caballo en
mano de alguno de los príncipes
más nobles del rey, y vistan a
aquel varón cuya honra desea el
rey, y llévenlo en el caballo por
la plaza de la ciudad, y prego-
nen delante de él: Así se hará al
varón cuya honra desea el rey.
10 Entonces el rey dijo a Amán:
Date priesa, toma el vestido y
el caballo, como tú has dicho, y
hazlo así con el judío Mardoqueo,
que se sienta a la puerta del rey;
no omitas nada de todo lo que
has dicho.
11 Y Amán tomó el vestido y el
caballo, y vistió a Mardoqueo, y
llevólo a caballo por la plaza de
la ciudad, e hizo pregonar delan-
te de él: Así se hará al varón cuya
honra desea el rey.
12 Después de esto Mardoqueo
se volvió a la puerta del rey, y
Amán se fue corriendo a su casa,
apesadumbrado y cubierta su ca-
beza.
13 Contó luego Amán a Zeres
su esposa, y a todos sus amigos,
todo lo que le había acontecido:
y dijéronle sus sabios, y Zeres su
esposa: Si de la simiente de los
Judíos es el Mardoqueo, delante
de quien has comenzado a caer,
no lo vencerás; antes caerás por
cierto delante de él.
14 Aún estaban ellos hablando
con él, cuando los eunucos del
rey llegaron apresurados, para
hacer venir a Amán al banquete
que Ester había dispuesto.

CAPÍTULO 7

VINO pues el rey con Amán a
beber con la reina Ester.
2 Y también el segundo día dijo
el rey a Ester en el convite del
vino: ¿Cuál es tu petición, reina
Ester, y se te concederá? ¿Cuál
es pues tu demanda? Aunque sea
la mitad del reino, pondráse por
obra.
3 Entonces la reina Ester res-
pondió y dijo: Oh rey, si he halla-
do gracia en tus ojos, y si al rey
place, séame dada mi vida por
mi petición, y mi pueblo por mi
demanda.
4 Porque vendidos estamos yo y
mi pueblo, para ser destruídos,
para ser muertos y exterminados.
Y si para siervos y siervas fuéra-
mos vendidos, callárame, bien
que el enemigo no compensara
el daño del rey.
5 Y respondió el rey Asuero, y
dijo a la reina Ester: ¿Quién es,
y dónde está, aquél a quien ha
henchido su corazón para obrar
así?
6 Y Ester dijo: El enemigo y ad-
versario es este malvado Amán.
Entonces se turbó Amán delante
del rey y de la reina.
7 Levantóse luego el rey del ban-
quete del vino en su furor, *y se
fue* al huerto del palacio: y que-
dóse Amán para procurar de la
reina Ester por su vida; porque
vio que estaba resuelto para él el
mal de parte del rey.
8 Volvió después el rey del huer-
to del palacio al aposento del
banquete del vino, y Amán había
caído sobre el lecho en que esta-
ba Ester. Entonces dijo el rey:
¿También para forzar la reina,
estando conmigo en casa? Como
esta palabra salió de la boca

del rey, el rostro de Amán fue
cubierto.
9 Y dijo Harbona, uno de los eu-
nucos de delante del rey: He aquí
también la horca de cincuenta
codos de altura que hizo Amán
para Mardoqueo, el cual había
hablado bien por el rey, está en
casa de Amán. Entonces el rey
dijo: Colgadlo en ella.
10 Así colgaron a Amán en la
horca que él había hecho apare-
jar para Mardoqueo; y apaciguó-
se la ira del rey.

CAPÍTULO 8

EL mismo día dio el rey Asue-
ro a la reina Ester la casa de
Amán enemigo de los Judíos; y
Mardoqueo vino delante del rey,
porque Ester le declaró lo que
era respecto de ella.
2 Y quitóse el rey su anillo que
había vuelto a tomar de Aman, y
diólo a Mardoqueo. Y Ester puso
a Mardoqueo sobre la casa de
Amán.
3 Volvió luego Ester a hablar de-
lante del rey, y echóse a sus pies,
llorando y rogándole que hiciese
nula la maldad de Amán Agageo,
y su designio que había formado
contra los Judíos.
4 Entonces extendió el rey a Ester
el cetro de oro, y Ester se levantó,
y púsose en pie delante del rey.
5 Y dijo: Si place al rey, y si he
hallado gracia delante de él, y si
la cosa es recta delante del rey,
y agradable yo en sus ojos, sea
escrito para revocar las letras del
designio de Amán hijo de Ama-
data Agageo, que escribió para
destruir a los Judíos que están en
todas las provincias del rey.
6 Porque ¿cómo podré yo ver el
mal que alcanzará a mi pueblo?
¿cómo podré yo ver la destruc-
ción de mi nación?
7 Y respondió el rey Asuero a
la reina Ester, y a Mardoqueo
Judío: He aquí yo he dado a Ester
la casa de Amán, y a él han col-
gado en la horca, por cuanto ex-
tendió su mano contra los Judíos.
8 Escribid pues vosotros a los Ju-
díos como bien os pareciere en
el nombre del rey, y sellad*lo* con
el anillo del rey; porque la escri-
tura que se escribe en nombre
del rey, y se sella con el anillo
del rey, no es para revocarla.
9 Entonces fueron llamados los
escribanos del rey en el mes ter-
cero, que es Siván, a veintitrés
del mismo; y escribióse conforme
a todo lo que mandó Mardoqueo,
a los Judíos, y a los sátrapas, y a
los capitanes, y a los príncipes de
las provincias que había desde
la India hasta la Etiopía, cien-
to veintisiete provincias; a cada
provincia según su escribir, y a
cada pueblo conforme a su len-
gua, a los Judíos también confor-
me a su escritura y lengua.
10 Y escribió en nombre del rey
Asuero, y selló con el anillo del
rey, y envió letras por correos de
a caballo, montados en dromeda-
rios, *y* en mulos hijos de yeguas;
11 *Con intimación* de que el rey
concedía a los Judíos que esta-
ban en todas las ciudades, que se
juntasen y estuviesen *a la defensa*
de su vida, *prontos* a destruir, y
matar, y acabar con todo ejército
de pueblo o provincia que vinie-
se contra ellos, *aun* niños y muje-
res, y su despojo para presa,
12 En un mismo día en todas las
provincias del rey Asuero, en el
trece del mes duodécimo, que es
el mes de Adar.

13 La copia de la escritura que había de darse por ordenanza en cada provincia, para que fuese manifiesta a todos los pueblos, *decía* que los Judíos estuviesen apercibidos para aquel día, para vengarse de sus enemigos.
14 Los correos pues, cabalgando en dromedarios *y* en mulos, salieron apresurados y constreñidos por el mandamiento del rey: y la ley fue dada en Susán capital del reino.
15 Y salió Mardoqueo de delante del rey con vestido real de cárdeno y blanco, y una gran corona de oro, y un manto de lino y púrpura: y la ciudad de Susán se alegró y regocijó.
16 Los Judíos tuvieron luz y alegría, y gozo y honra.
17 Y en cada provincia y en cada ciudad donde llegó el mandamiento del rey, los Judíos tuvieron alegría y gozo, banquete y día de placer. Y muchos de los pueblos de la tierra se hacían Judíos, porque el temor de los Judíos había caído sobre ellos.

CAPÍTULO 9

Y EN el mes duodécimo, que es el mes de Adar, a trece del mismo, en el que tocaba se ejecutase el mandamiento del rey y su ley, el mismo día en que esperaban los enemigos de los Judíos enseñorearse de ellos, fue lo contrario; porque los Judíos se enseñorearon de los que los aborrecían.
2 Los Judíos se juntaron en sus ciudades en todas las provincias del rey Asuero, para meter mano sobre los que habían procurado su mal: y nadie se puso delante de ellos, porque el temor de ellos había caído sobre todos los pueblos.
3 Y todos los príncipes de las provincias, y los virreyes, y capitanes, y oficiales del rey, ensalzaban a los Judíos; porque el temor de Mardoqueo había caído sobre ellos.
4 Porque Mardoqueo era grande en la casa del rey, y su fama iba por todas las provincias; pues el varón Mardoqueo iba engrandeciéndose.
5 E hirieron los Judíos a todos sus enemigos con plaga de espada, y de mortandad, y de perdición; e hicieron en sus enemigos a su voluntad.
6 Y en Susán capital del reino, mataron y destruyeron los Judíos a quinientos hombres.
7 Mataron entonces a Parsandata, y a Dalfón, y a Aspata,
8 Y a Porata y a Ahalía, y a Aridata,
9 Y a Parmasta, y a Arisai, y a Aridai, y a Vaizata,
10 Diez hijos de Amán hijo de Amadata, enemigo de los Judíos: mas en la presa no metieron su mano.
11 El mismo día vino la cuenta de los muertos en Susán residencia regia, delante del rey.
12 Y dijo el rey a la reina Ester: En Susán, capital del reino, han muerto los Judíos y destruído a quinientos hombres, y a diez hijos de Amán; ¿qué habrán hecho en las otras provincias del rey? ¿Cuál pues es tu petición, y te será concedida? ¿o qué más es tu demanda, y será hecho?
13 Y respondió Ester: Si place al rey, concédase también mañana a los Judíos en Susán, que hagan conforme a la ley de hoy; y que

cuelguen en la horca a los diez hijos de Amán.
14 Y mandó el rey que se hiciese así: y dióse la orden en Susán, y colgaron a los diez hijos de Amán.
15 Y los Judíos que estaban en Susán, se juntaron también el catorce del mes de Adar, y mataron en Susán trescientos hombres: mas en la presa no metieron su mano.
16 En cuanto a los otros Judíos que estaban en las provincias del rey, también se juntaron y pusiéronse *en defensa* de su vida, y tuvieron reposo de sus enemigos, y mataron de sus contrarios setenta y cinco mil; mas en la presa no metieron su mano.
17 En el día trece del mes de Adar *fue esto;* y reposaron en el día catorce del mismo, e hiciéronlo día de banquete y de alegría.
18 Mas los Judíos que estaban en Susán se juntaron en el trece y en el catorce del mismo *mes;* y al quince del mismo reposaron, e hicieron aquel *día* día de banquete y de regocijo.
19 Por tanto los Judíos aldeanos que habitan en las villas sin muro, hacen a los catorce del mes de Adar el día de alegría y de banquete, y buen día, y de enviar porciones cada uno a su vecino.
20 Y escribió Mardoqueo estas cosas, y envió letras a todos los Judíos que estaban en todas las provincias del rey Asuero, cercanos y distantes,
21 Ordenándoles que celebrasen el día décimocuarto del mes de Adar, y el décimoquinto del mismo, cada un año,
22 Como días en que los Judíos tuvieron reposo de sus enemigos, y el mes que se les tornó de tristeza en alegría, y de luto en día bueno; que los hiciesen días de banquete y de gozo, y de enviar porciones cada uno a su vecino, y dádivas a los pobres.
23 Y los Judíos aceptaron hacer, según habían comenzado, lo que les escribió Mardoqueo.
24 Porque Amán hijo de Amadata, Agageo, enemigo de todos los Judíos, había ideado contra los Judíos para destruirlos, y echó Pur, que quiere decir suerte, para consumirlos y acabar con ellos.
25 Mas como Ester vino a la presencia del rey, él intimó por carta: El perverso designio que aquél trazó contra los Judíos, recaiga sobre su cabeza; y cuélguenlo a él y a sus hijos en la horca.
26 Por esto llamaron a estos días Purim, del nombre Pur. Por todas las palabras pues de esta carta, y por lo que ellos vieron sobre esto, y lo que llegó a su noticia,
27 Establecieron y tomaron los Judíos sobre sí, y sobre su simiente, y sobre todos los allegados a ellos, y no será traspasado, el celebrar estos dos días según está escrito en orden a ellos, y conforme a su tiempo cada un año;
28 Y que estos dos días serían en memoria, y celebrados en todas las naciones, y familias, y provincias, y ciudades. Estos días de Purim no pasarán de entre los Judíos, y la memoria de ellos no cesará de su simiente.
29 Y la reina Ester hija de Abihail, y Mardoqueo Judío, escribieron

con toda autoridad, para confirmar esta segunda carta de Purim.
30 Y envió *Mardoqueo* letras a todos los Judíos, a las ciento veintisiete provincias del rey Asuero, con palabras de paz y de verdad,
31 Para confirmar estos días de Purim en sus tiempos señalados, según les había constituído Mardoqueo Judío y la reina Ester, y como habían ellos tomado sobre sí y sobre su simiente, *para conmemorar* el fin de los ayunos y de su clamor.
32 Y el mandamiento de Ester confirmó estas palabras *dadas* acerca de Purim, y escribióse en el libro.

CAPÍTULO 10

Y EL rey Asuero impuso tributo sobre la tierra y las islas del mar.
2 Y toda la obra de su fortaleza, y de su valor, y la declaración de la grandeza de Mardoqueo, con que el rey le engrandeció, ¿no está escrito en el libro de los anales de los reyes de Media y de Persia?
3 Porque Mardoqueo Judío fue segundo después del rey Asuero, y grande entre los Judíos, y acepto a la multitud de sus hermanos, procurando el bien de su pueblo, y hablando paz para toda su simiente.

EL LIBRO DE

JOB

CAPÍTULO 1

HUBO un varón en tierra de
Uz, llamado Job; y era este
hombre perfecto y recto, y teme-
roso de Dios, y apartado del mal.
2 Y naciéronle siete hijos y tres
hijas.
3 Y su hacienda era siete mil
ovejas, y tres mil camellos, y
quinientas yuntas de bueyes, y
quinientas asnas, y muchísimos
criados: y era aquel varón gran-
de más que todos los Orientales.
4 E iban sus hijos y hacían ban-
quetes en sus casas, cada uno en
su día; y enviaban a llamar sus
tres hermanas, para que comie-
sen y bebiesen con ellos.
5 Y acontecía que, habiendo pa-
sado en turno los días del convite,
Job enviaba y santificábalos, y
levantábase de mañana y ofrecía
holocaustos conforme al número
de todos ellos. Porque decía Job:
Quizá habrán pecado mis hijos, y
habrán blasfemado a Dios en sus
corazones. De esta manera hacía
todos los días.
6 Y un día vinieron los hijos de
Dios a presentarse delante del
SEÑOR, y vino también Satanás
entre ellos.
7 Y dijo el SEÑOR a Satanás: ¿De
dónde vienes? Y respondiendo
Satanás al SEÑOR, dijo: De rode-
ar la tierra, y de andar por ella.
8 Y el SEÑOR dijo a Satanás:
¿No has considerado a mi siervo
Job, que no hay otro como él en
la tierra, varón perfecto y recto,
temeroso de Dios, y apartado de
mal?
9 Y respondiendo Satanás al
SEÑOR, dijo: ¿Teme Job a Dios
de balde?
10 ¿No le has tú cercado a él, y
a su casa, y a todo lo que tiene
en derredor? Al trabajo de sus
manos has dado bendición; por
tanto su hacienda ha crecido
sobre la tierra.
11 Mas extiende ahora tu mano,
y toca a todo lo que tiene, *y verás*
si no te blasfema en tu rostro.
12 Y dijo el SEÑOR a Satanás: He
aquí, todo lo que tiene está en tu
mano: solamente no pongas tu
mano sobre él. Y salióse Satanás
de delante del SEÑOR.
13 Y un día aconteció que sus
hijos e hijas comían y bebían
vino en casa de su hermano el
primogénito,
14 Y vino un mensajero a Job,
que le dijo: Estando arando los
bueyes, y las asnas paciendo
cerca de ellos,
15 Acometieron los Sabeos, y to-
máronlos, e hirieron a los mozos
a filo de espada: solamente esca-
pé yo para traerte las nuevas.
16 Aun estaba éste hablando,
y vino otro que dijo: Fuego de
Dios cayó del cielo, que quemó
las ovejas y los mozos, y los con-
sumió: solamente escapé yo solo
para traerte las nuevas.
17 Todavía estaba éste hablando,
y vino otro que dijo: Los Caldeos
hicieron tres escuadrones, y die-
ron sobre los camellos, y tomá-
ronlos, e hirieron a los mozos a
filo de espada; y solamente esca-
pé yo solo para traerte las nuevas.

18 Entre tanto que éste hablaba,
vino otro que dijo: Tus hijos y tus
hijas estaban comiendo y bebiendo
vino en casa de su hermano el
primogénito;
19 Y he aquí un gran viento que
vino del lado del desierto, e hirió
las cuatro esquinas de la casa, y
cayó sobre los mozos, y murieron;
y solamente escapé yo solo
para traerte las nuevas.
20 Entonces Job se levantó, y
rasgó su manto, y trasquiló su cabeza,
y cayendo en tierra adoró;
21 Y dijo: Desnudo salí del vientre
de mi madre, y desnudo tornaré
allá. El SEÑOR dio, y el
SEÑOR quitó: sea el nombre del
SEÑOR bendito.
22 En todo esto no pecó Job, ni
atribuyó a Dios despropósito alguno.

CAPÍTULO 2

Y OTRO día aconteció que vinieron
los hijos de Dios para
presentarse delante del SEÑOR,
y Satanás vino también entre
ellos presentándose delante del
SEÑOR.
2 Y dijo el SEÑOR a Satanás: ¿De
dónde vienes? Respondió Satanás
al SEÑOR, y dijo: De rodear
la tierra, y de andar por ella.
3 Y el SEÑOR dijo a Satanás:
¿No has considerado a mi siervo
Job, que no hay otro como él en
la tierra, varón perfecto y recto,
temeroso de Dios y apartado de
mal, y que aun retiene su integridad,
habiéndome tú incitado
contra él, para que lo arruinara
sin causa?
4 Y respondiendo Satanás dijo al
SEÑOR: Piel por piel, todo lo que
el hombre tiene dará por su vida.
5 Mas extiende ahora tu mano, y
toca a su hueso y a su carne, *y
verás* si no te blasfema en tu rostro.
6 Y el SEÑOR dijo a Satanás: He
aquí, él está en tu mano; mas
guarda su vida.
7 Y salió Satanás de delante del
SEÑOR, e hirió a Job de una maligna
sarna desde la planta de su
pie hasta la mollera de su cabeza.
8 Y tomaba una teja para rascarse
con ella, y estaba sentado en
medio de ceniza.
9 Díjole entonces su esposa:
¿Aun retienes tú tu integridad?
Maldice a Dios, y muérete.
10 Y él le dijo: Como suele hablar
cualquiera de las mujeres fatuas,
has hablado. También recibimos
el bien de Dios, ¿y el mal no recibiremos?
En todo esto no pecó
Job con sus labios.
11 Y tres amigos de Job, Elifaz Temanita,
y Bildad Suhita, y Zofar
Nahamatita, luego que oyeron
todo este mal que le había sobrevenido,
vinieron cada uno de su
lugar; porque habían concertado
de venir juntos a condolecerse
de él, y a consolarle.
12 Los cuales alzando los ojos
desde lejos, no lo conocieron, y
lloraron a voz en grito; y cada
uno de ellos rasgó su manto, y
esparcieron polvo sobre sus cabezas
hacia el cielo.
13 Así se sentaron con él en tierra
por siete días y siete noches,
y ninguno le hablaba palabra,
porque veían que el dolor era
muy grande.

CAPÍTULO 3

DESPUÉS de esto abrió Job su
boca, y maldijo su día.
2 Y exclamó Job, y dijo:
3 Perezca el día en que yo nací,

y la noche que se dijo: Varón es concebido.
4 Sea aquel día sombrío, y Dios no cuide de él desde arriba, ni claridad sobre él resplandezca.
5 Aféenlo tinieblas y sombra de muerte; repose sobre él nublado, que lo haga horrible como caliginoso día.
6 Ocupe la oscuridad aquella noche; no sea contada entre los días del año, ni venga en el número de los meses.
7 ¡Oh si fuere aquella noche solitaria, que no viniera canción alguna en ella!
8 Maldíganla los que maldicen al día, los que se aprestan para levantar su llanto.
9 Oscurézcanse las estrellas de su alba; espere la luz, y no venga, ni vea los párpados de la mañana:
10 Por cuanto no cerró las puertas del vientre donde yo estaba, ni escondió de mis ojos la miseria.
11 ¿Por qué no morí yo desde la matriz? *¿Por qué no* entregué el espíritu al salir del vientre?
12 ¿Por qué me previnieron las rodillas? ¿y para qué las tetas que mamase?
13 Pues que ahora yaciera yo, y reposara; durmiera, y entonces tuviera reposo,
14 Con los reyes y con los consejeros de la tierra, que edifican para sí los desiertos;
15 O con los príncipes que poseían el oro, que henchían sus casas de plata.
16 O ¿por qué no fui escondido como aborto, como los pequeñitos que nunca vieron luz?
17 Allí los impíos dejan el perturbar, y allí descansan los de cansadas fuerzas.
18 Allí asimismo reposan los cautivos; no oyen la voz del exactor.
19 Allí están el chico y el grande; y el siervo libre de su señor.
20 ¿Por qué se da luz al trabajado, y vida a los de alma en amargura,
21 Que esperan la muerte, y ella no llega, aunque la buscan más que tesoros;
22 Que se alegran sobremanera, y se gozan, cuando hallan el sepulcro?
23 *¿Por qué* al hombre que no sabe por donde vaya, y al cual Dios ha encerrado?
24 Pues antes que mi pan viene mi suspiro; y mis gemidos corren como aguas.
25 Porque el temor que me espantaba me ha venido, y hame acontecido lo que temía.
26 No he tenido paz, no me aseguré, ni me estuve reposado; víname no obstante turbación.

CAPÍTULO 4

Y RESPONDIÓ Elifaz el Temanita, y dijo:
2 Si probáremos a hablarte, serte ha molesto; mas ¿quién podrá detener las palabras?
3 He aquí, tú enseñabas a muchos, y las manos flacas corroborabas;
4 Al que vacilaba, enderezaban tus palabras, y esforzabas las rodillas que decaían.
5 Mas ahora que *el mal* sobre ti ha venido, te es duro; y cuando ha llegado hasta ti, te turbas.
6 ¿Es este tu temor, tu confianza, tu esperanza, y la perfección de tus caminos?
7 Recapacita ahora, ¿quién que fuera inocente se perdiera? y ¿en

dónde los rectos fueron cortados?
8 Como yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan.
9 Perecen por el aliento de Dios, y por el espíritu de su furor son consumidos.
10 El rugido del león, y la voz del león, y los dientes de los leoncillos son quebrantados.
11 El león viejo perece por falta de presa, y los hijos del león son esparcidos.
12 El negocio también me era a mí oculto; mas mi oído ha percibido algo de ello.
13 En imaginaciones de visiones nocturnas, cuando el sueño cae sobre los hombres,
14 Sobrevínome un espanto y un temblor, que estremeció todos mis huesos:
15 Y un espíritu pasó por delante de mí, que hizo se erizara el pelo de mi carne.
16 Se paró, pero no podía discernir la forma de la misma: una imagen *estaba* delante de mis ojos, *hubo* silencio, y oí una voz, *diciendo*:
17 ¿Será el hombre mortal más justo que Dios? ¿Será el varón más puro que el que lo hizo?
18 He aquí que en sus siervos no confía, y notó necedad en sus ángeles;
19 ¡Cuánto más en los que habitan en casas de lodo, cuyo fundamento está en el polvo, y que serán quebrantados de la polilla!
20 De la mañana a la tarde son quebrantados, y se pierden para siempre, sin haber quien lo considere.
21 ¿Su hermosura, no se pierde con ellos mismos? Mueren, y sin sabiduría.

CAPÍTULO 5

AHORA pues da voces, si habrá quien te responda; ¿y a cuál de los santos te volverás?
2 Es cierto que al necio la ira lo mata, y al codicioso consume la envidia.
3 Yo he visto al necio que echaba raíces, y en la misma hora maldije su habitación.
4 Sus hijos estarán lejos de la salvación, y en la puerta serán quebrantados, y no habrá quien los libre.
5 Su mies comerán los hambrientos, y sacaránla de entre las espinas, y los sedientos beberán su hacienda.
6 Porque la iniquidad no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra.
7 Empero como las centellas se levantan para volar por *el aire*, así el hombre nace para la aflicción.
8 Ciertamente yo buscaría a Dios, y depositaría en él mis negocios:
9 El cual hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas que no tienen cuento:
10 Que da la lluvia sobre la faz de la tierra, y envía las aguas por los campos:
11 Que pone los humildes en altura, y los enlutados son levantados a salvación:
12 Que frustra los pensamientos de los astutos, para que sus manos no hagan nada:
13 Que prende a los sabios en la astucia de ellos, y el consejo de los perversos es entontecido;
14 De día se topan con tinieblas, y en mitad de día andan a tientas como de noche:
15 Y libra de la espada al pobre, de la boca de los impíos, y de la mano violenta;

16 Pues es esperanza al menesteroso, y la iniquidad cerrará su boca.
17 He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga: por tanto no menosprecies la corrección del Todopoderoso.
18 Porque él es el que hace la llaga, y él la vendará: él hiere, y sus manos curan.
19 En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal.
20 En el hambre te redimirá de la muerte, y en la guerra de las manos de la espada.
21 Del azote de la lengua serás encubierto; ni temerás de la destrucción cuando viniere.
22 De la destrucción y del hambre te reirás, y no temerás de las bestias del campo:
23 Pues aun con las piedras del campo tendrás tu concierto, y las bestias del campo te serán pacíficas.
24 Y sabrás que hay paz en tu tienda; y visitarás tu morada, y no pecarás.
25 Asimismo echarás de ver que tu simiente es mucha, y tu prole como la hierba de la tierra.
26 Y vendrás en la vejez a la sepultura, como el montón de trigo que se coge a su tiempo.
27 He aquí lo que hemos inquirido, lo cual es así: óyelo, y juzga tú para contigo.

CAPÍTULO 6

Y RESPONDIÓ Job y dijo:
2 ¡Oh si pesasen al justo mi queja y mi tormento, y se alzasen igualmente en balanza!
3 Porque pesaría aquél más que la arena del mar: y por tanto mis palabras son cortadas.
4 Porque las saetas del Todopoderoso están en mí, cuyo veneno bebe mi espíritu; y terrores de Dios me combaten.
5 ¿Acaso gime el asno montés junto a la hierba? ¿muge el buey junto a su pasto?
6 ¿Comeráse lo desabrido sin sal? ¿o habrá gusto en la clara del huevo?
7 Las cosas que mi alma no quería tocar, por los dolores son mi comida.
8 ¡Quién me diera que viniese mi petición, y que Dios *me* otorgase lo que espero;
9 Y que pluguiera a Dios quebrantarme; que soltara su mano, y me deshiciera!
10 Y sería aún mi consuelo, si me asaltase con dolor sin dar más tregua, que yo no he escondido las palabras del Santo.
11 ¿Cuál es mi fortaleza para esperar aún? ¿y cuál mi fin para dilatar mi vida?
12 ¿Es mi fortaleza la de las piedras? ¿o mi carne, es de latón?
13 ¿No me ayudo cuanto puedo, y el poder me falta del todo?
14 El atribulado es consolado de su compañero: mas hase abandonado el temor del Todopoderoso.
15 Mis hermanos han mentido cual arroyo: pasáronse como corrientes impetuosas,
16 Que están escondidas por la helada, y encubiertas con nieve;
17 Que al tiempo del calor son deshechas, y en calentándose, desaparecen de su lugar;
18 Apártanse de la senda de su rumbo, van menguando y piérdense.
19 Miraron los caminantes de Temán, los caminantes de Saba esperaron en ellas:

20 *Mas* fueron avergonzados por su esperanza; porque vinieron hasta ellas, y halláronse confusos.
21 Ahora ciertamente como ellas sois vosotros: que habéis visto el tormento, y teméis.
22 ¿Os he dicho yo: Traedme, y pagad por mí de vuestra hacienda;
23 Y libradme de la mano del opresor, y redimidme del poder de los violentos?
24 Enseñadme, y yo callaré: y hacedme entender en qué he errado.
25 ¡Cuán fuertes son las palabras de rectitud! Mas ¿qué reprende el que reprende de vosotros?
26 ¿Pensáis censurar palabras, y los discursos de un desesperado, que son como el viento?
27 También os arrojáis sobre el huérfano, y hacéis hoyo delante de vuestro amigo.
28 Ahora pues, si queréis, mirad en mí, y *ved* si miento delante de vosotros.
29 Tornad ahora, y no haya iniquidad; volved aún *a considerar* mi justicia en esto.
30 ¿Hay iniquidad en mi lengua? ¿No puede mi paladar discernir las cosas depravadas?

CAPÍTULO 7

CIERTAMENTE tiempo *limitado* tiene el hombre sobre la tierra, y sus días son como los días del jornalero.
2 Como el siervo anhela la sombra, y como el jornalero espera *el reposo* de su trabajo:
3 Así poseo yo meses de vanidad, y noches de trabajo me dieron por cuenta.
4 Cuando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré? Y mide *mi corazón* la noche, y estoy lleno de devaneos hasta el alba.
5 Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo; mi piel hendida y abominable.
6 Y mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza.
7 Acuérdate que mi vida es viento, y que mis ojos no volverán a ver el bien.
8 Los ojos de los que me ven, no me verán más: tus ojos sobre mí, y dejaré de ser.
9 La nube se consume, y se va: así el que desciende al sepulcro no subirá;
10 No tornará más a su casa, ni su lugar le conocerá más.
11 Por tanto yo no reprimiré mi boca; hablaré en la angustia de mi espíritu, y quejaréme con la amargura de mi alma.
12 ¿Soy yo el mar, o ballena, que me pongas guarda?
13 Cuando digo: Mi cama me consolará, mi cama atenuará mis quejas;
14 Entonces me quebrantarás con sueños, y me turbarás con visiones.
15 Y así mi alma tuvo por mejor el ahogamiento, y *quiso* la muerte más que mis huesos.
16 Aburríme: no he de vivir yo para siempre; déjame, pues que mis días son vanidad.
17 ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas, y que pongas sobre él tu corazón,
18 Y lo visites todas las mañanas, y todos los momentos lo pruebes?
19 ¿Hasta cuándo no me dejarás, ni me soltarás hasta que trague mi saliva?
20 Pequé, ¿qué te haré, oh Guar-

da de los hombres? ¿por qué me has puesto contrario a ti, y que a mí mismo sea pesado?
21 ¿Y por qué no quitas mi rebelión, y perdonas mi iniquidad? porque ahora dormiré en el polvo, y si me buscares de mañana, ya no seré.

CAPÍTULO 8

Y RESPONDIÓ Bildad Suhita, y dijo:
2 ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y las palabras de tu boca serán *como* un viento fuerte?
3 ¿Acaso pervertirá Dios el derecho, o el Todopoderoso pervertirá la justicia?
4 Si tus hijos pecaron contra él, él los echó en el lugar de su pecado.
5 Si tú de mañana buscares a Dios, y rogares al Todopoderoso;
6 Si fueres limpio y derecho, cierto luego se despertará sobre ti, y hará próspera la morada de tu justicia.
7 Y tu principio habrá sido pequeño, y tu postrimería acrecerá en gran manera.
8 Porque pregunta ahora a la edad pasada, y disponte para inquirir de sus padres de ellos;
9 Pues nosotros somos de ayer, y no sabemos, siendo nuestros días sobre la tierra como sombra.
10 ¿No te enseñarán ellos, te dirán, y de su corazón sacarán palabras?
11 ¿Crece el junco sin lodo? ¿crece el prado sin agua?
12 Aun él en su verdor no será cortado, y antes de toda hierba se secará.
13 Tales son los caminos de todos los que olvidan a Dios: y la esperanza del impío perecerá:
14 Porque su esperanza será cortada, y su confianza es casa de araña.
15 Apoyaráse él sobre su casa, mas no permanecerá en pie; atendráse a ella, mas no se afirmará.
16 *A manera de un árbol*, está verde delante del sol, y sus renuevos salen sobre su huerto;
17 Vanse entretejiendo sus raíces junto a *una* fuente, y enlazándose hasta un lugar pedregoso.
18 Si le arrancaren de su lugar, este negarále entonces, *diciendo:* Nunca te vi.
19 Ciertamente éste será el gozo de su camino; y de la tierra de donde se *traspusiere*, nacerán otros.
20 He aquí, Dios no aborrece al perfecto, ni toma la mano de los malignos.
21 Aun henchirá tu boca de risa, y tus labios de júbilo.
22 Los que te aborrecen, serán vestidos de confusión; y la habitación de los impíos perecerá.

CAPÍTULO 9

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 Ciertamente yo conozco que es así: ¿y cómo se justificará el hombre con Dios?
3 Si quisiere contender con él, no le podrá responder a una *cosa* de mil.
4 Él es sabio de corazón, y poderoso en fortaleza, ¿quién se endureció contra él, y quedó en paz?
5 Que arranca los montes con su furor, y no conocen quién los trastornó:
6 Que remueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus columnas:
7 Que manda al sol, y no sale; y sella las estrellas:

8 El que extiende solo los cielos,
y anda sobre las alturas del mar:
9 El que hizo el Arcturo, y el
Orión, y las Pléyadas, y los luga-
res secretos del sur:
10 El que hace cosas grandes e
incomprensibles, y maravillosas,
sin número.
11 He aquí que él pasará delante
de mí, y yo no lo veré; y pasará,
y no lo entenderé.
12 He aquí, arrebatará; ¿Quién
le hará restituir? ¿Quién le dirá,
qué haces?
13 Dios no tornará atrás su ira, y
debajo de él se encorvan los que
ayudan a los soberbios.
14 ¿Cuánto menos le responderé
yo, y hablaré con él palabras es-
tudiadas?
15 Que aunque fuese yo justo, no
responderé; antes habré de rogar
a mi juez.
16 Que si yo le invocase, y él me
respondiese, aun no creeré que
haya escuchado mi voz.
17 Porque me ha quebrado con
tempestad, y ha aumentado mis
heridas sin causa.
18 No me ha concedido que tome
mi aliento; mas hame hartado de
amarguras.
19 Si *habláremos* de *su* potencia,
fuerte por cierto es; si de juicio,
¿quién me emplazará?
20 Si yo me justificare, me con-
denará mi boca; si *me dijere* per-
fecto, esto me hará inicuo.
21 *Bien que yo fuese* íntegro, no
conozco mi alma: reprocharé mi
vida.
22 Una cosa resta que yo diga: Al
perfecto y al impío él los consu-
me.
23 Si azote mata de presto, ríese
de la prueba de los inocentes.
24 La tierra es entregada en
manos de los impíos, y él cubre
el rostro de sus jueces. Si no *es él*,
¿quién es? ¿dónde está?
25 Mis días han sido más ligeros
que un correo; huyeron, y no
vieron el bien.
26 Pasaron cual navíos veloces:
como el águila que se arroja a la
comida.
27 Si digo: Olvidaré mi queja,
dejaré mi aburrimiento, y esfor-
zaréme:
28 Contúrbanme todos mis tra-
bajos; sé que no me darás por
libre.
29 Yo soy impío, ¿para qué tra-
bajaré en vano?
30 Aunque me lave con aguas de
nieve, y limpie mis manos con la
misma limpieza,
31 Aun me hundirás en el hoyo,
y mis propios vestidos me abo-
minarán.
32 Porque no es hombre como
yo, para que yo le responda, y
vengamos juntamente a juicio.
33 No hay entre nosotros árbitro
que ponga su mano sobre noso-
tros ambos.
34 Quite de sobre mí su vara, y
su terror no me espante.
35 Entonces hablaré, y no le te-
meré: porque así no estoy en mí
mismo.

CAPÍTULO 10

ESTÁ mi alma aburrida de mi
vida: daré yo suelta a mi
queja sobre mí, hablaré con
amargura de mi alma.
2 Diré a Dios: no me condenes;
hazme entender por qué pleiteas
conmigo.
3 ¿Parécete bien que oprimas,
que deseches la obra de tus
manos, y que resplandezcas
sobre el consejo de los impíos?

4 ¿Tienes tú ojos de carne? ¿ves
tú como ve el hombre?
5 ¿Son tus días como los días
del hombre, o tus años como los
tiempos humanos,
6 Para que inquieras mi iniqui-
dad, y busques mi pecado,
7 Sobre saber tú que no soy
impío, y que no hay quien de tu
mano libre?
8 Tus manos me formaron y me
compusieron todo en contorno:
¿y así me deshaces?
9 Acuérdate ahora que como a
lodo me diste forma: ¿y en polvo
me has de tornar?
10 ¿No me fundiste como leche, y
como un queso me cuajaste?
11 Vestísteme de piel y carne, y
cubrísteme de huesos y nervios.
12 Vida y misericordia me con-
cediste, y tu visitación guardó mi
espíritu.
13 Y estas cosas tienes guarda-
das en tu corazón; yo sé que esto
está cerca de ti.
14 Si pequé, tú me has observado,
y no me limpias de mi iniquidad.
15 Si fuere malo, ¡ay de mí! y si
fuere justo, no levantaré mi cabe-
za, estando lleno de deshonra, y
de verme afligido.
16 Y subirá de punto, *pues* me
cazas como a león, y tornas a
hacer en mí maravillas.
17 Renuevas contra mí tus plagas,
y aumentas conmigo tu furor, re-
mudándose sobre mí ejércitos.
18 ¿Por qué me sacaste de la ma-
triz? ¡Oh, que yo hubiera entre-
gado el espíritu, y ningún ojo me
hubiera visto!
19 Fuera, como si nunca hubiera
sido, llevado desde el vientre a la
sepultura.
20 ¿No son mis días poca
cosa? Cesa pues, y déjame,
para que me conforte un poco.
21 Antes que vaya para no vol-
ver, a la tierra de tinieblas y de
sombra de muerte;
22 Tierra de oscuridad, lóbre-
ga como sombra de muerte, sin
orden, y que aparece como *la* os-
curidad *misma*.

CAPÍTULO 11

Y RESPONDIÓ Zofar Nahamati-
ta, y dijo:
2 ¿Las muchas palabras no han
de tener respuesta? ¿y el hombre
parlero será justificado?
3 ¿Harán tus falacias callar a los
hombres? ¿y harás escarnio, y no
habrá quien te avergüence?
4 Tú dices: Mi doctrina es pura, y
yo soy limpio delante de tus ojos.
5 Mas ¡oh quién diera que Dios
hablara, y abriera sus labios con-
tigo,
6 Y que te declarara los arcanos
de la sabiduría, que *son* de doble
valor que la hacienda! Conocerías
entonces que Dios te ha castiga-
do menos que tu iniquidad me-
rece.
7 ¿Alcanzarás tú el rastro de
Dios? ¿Llegarás tú a la perfec-
ción del Todopoderoso?
8 Es tan alto como el cielo: ¿qué
harás? Es más profundo que el
infierno: ¿cómo lo conocerás?
9 Su dimensión es más larga que
la tierra, y más ancha que el mar.
10 Si cortare, o encerrare, o jun-
tare, ¿quién podrá contrarrestar-
le?
11 Porque él conoce a los hom-
bres vanos: ve asimismo la ini-
quidad, ¿y no hará caso?
12 El hombre vano se hará enten-
dido, aunque nazca como el po-
llino del asno montés.
13 Si tú apercibieres tu corazón,

y extendieres a él tus manos;
14 Si alguna iniquidad hubiere
en tu mano, y la echares de ti, y
no consintieres que more maldad
en tus tabernáculos;
15 Entonces levantarás tu rostro
limpio de mancha, y serás fuerte
y no temerás:
16 Y olvidarás tu trabajo, o te
acordarás de él como de aguas
que pasaron:
17 Y en mitad de la siesta se le-
vantará bonanza; resplandecerás,
y serás como la mañana:
18 Y confiarás, que habrá espe-
ranza; y cavarás, y dormirás
seguro:
19 Y te acostarás, y no habrá
quien te espante: y muchos te ro-
garán.
20 Mas los ojos de los malos se
consumirán, y no tendrán refu-
gio; y su esperanza será agonía
del alma.

CAPÍTULO 12

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 Ciertamente que vosotros
sois el pueblo; y con vosotros
morirá la sabiduría.
3 También tengo yo seso como
vosotros; no soy yo menos que
vosotros: ¿y quién habrá que no
pueda decir otro tanto?
4 Yo soy uno de quien su amigo
se mofa, que invoca a Dios, y él
le responde: con todo, el justo y
perfecto es escarnecido.
5 Aquel cuyos pies van a resbalar,
es como una lámpara despreciada
de aquel que está a sus anchuras.
6 Prosperan los tabernáculos de
los ladrones, y los que provocan
a Dios viven seguros; en cuyas
manos él ha puesto *cuanto tienen.*
7 Y en efecto, pregunta ahora a
las bestias, que ellas te enseña-
rán; y a las aves del cielo, que
ellas te lo mostrarán:
8 O habla a la tierra, que ella te
enseñará; los peces del mar te *lo*
declararán también.
9 ¿Qué cosa de todas estas no en-
tiende que la mano del SEÑOR la
hizo?
10 En su mano está el alma de
todo viviente, y el hálito de todo
ser humano.
11 Ciertamente el oído distingue
las palabras, y el paladar gusta
las viandas.
12 En los viejos está la sabidu-
ría, y en la larga edad el entendi-
miento.
13 Con Dios está la sabiduría y la
fortaleza; suyo es el consejo y el
entendimiento.
14 He aquí, él derribará, y no
será edificado: encerrará al hom-
bre, y no habrá quien le abra.
15 He aquí, él detiene las aguas,
y se secan; él las envía, y trastor-
nan la tierra.
16 Con él está la fortaleza y la
existencia; suyo es el que yerra,
y el que hace errar.
17 Él hace andar a los consejeros
desnudos *de consejo*, y hace enlo-
quecer a los jueces.
18 Él suelta la atadura de los tira-
nos, y ata el cinto a sus lomos.
19 Él lleva despojados a los prín-
cipes, y trastorna a los poderosos.
20 Él impide el labio a los que
dicen verdad, y quita a los ancia-
nos el consejo.
21 Él derrama menosprecio
sobre los príncipes, y enflaquece
la fuerza de los esforzados.
22 Él descubre las profundidades
de las tinieblas, y saca a luz la
sombra de muerte.
23 Él multiplica las naciones, y
él las destruye: él esparce las

naciones, y las torna a recoger.
24 Él quita el seso de las cabezas
del pueblo de la tierra, y háceles
que se pierdan vagueando sin camino:
25 Van a tientas como en tinieblas y sin luz, y los hace errar
como borrachos.

CAPÍTULO 13

HE aquí que todas estas cosas han visto mis ojos, y oído y
entendido de por sí mis oídos.
2 Como vosotros lo sabéis, lo sé
yo; no soy menos que vosotros.
3 Mas yo hablaría con el Todopoderoso, y querría razonar con Dios.
4 Que ciertamente vosotros sois
fraguadores de mentira; sois
todos vosotros médicos nulos.
5 Quiera Dios que callarais del
todo, porque os fuera sabiduría.
6 Oid ahora mi razonamiento, y
estad atentos a los argumentos
de mis labios.
7 ¿Habéis de hablar iniquidad
por Dios? ¿habéis de hablar por
él engaño?
8 ¿Habéis de hacer acepción de
su persona? ¿habéis de pleitear
vosotros por Dios?
9 ¿Sería bueno que él os escudriñase? ¿os burlaréis de él como
quien se burla de algún hombre?
10 Él os reprochará de seguro, si
solapadamente hacéis acepción
de personas.
11 De cierto su alteza os había
de espantar, y su pavor había de
caer sobre vosotros.
12 Vuestras memorias serán comparadas a la ceniza, y vuestros
cuerpos como cuerpos de lodo.
13 Escuchadme, y hablaré yo, y
véngame después lo que viniere.
14 ¿Por qué quitaré yo mi
carne con mis dientes, y pondré mi alma en mi mano?
15 He aquí, aunque me matare,
en él esperaré; empero defenderé delante de él mis caminos.
16 Y él mismo me será salvación,
porque no entrará en su presencia el hipócrita.
17 Oid con atención mi razonamiento, y mi denunciación con
vuestros oídos.
18 He aquí ahora, si yo me apercibiere a juicio, sé que seré justificado.
19 ¿Quién es el que pleiteará
conmigo? porque si ahora yo callara, fenecería.
20 A lo menos dos cosas no hagas
conmigo; entonces no me esconderé de tu rostro:
21 Aparta de mí tu mano, y no
me asombre tu terror.
22 Llama luego, y yo responderé;
o yo hablaré, y respóndeme tú.
23 ¿Cuántas iniquidades y pecados tengo yo? hazme entender
mi prevaricación y mi pecado.
24 ¿Por qué escondes tu rostro, y
me cuentas por tu enemigo?
25 ¿A la hoja arrebatada has de
quebrantar? ¿y a una arista seca
has de perseguir?
26 ¿Por qué escribes contra mí
amarguras, y me haces cargo de
los pecados de mi mocedad?
27 Pones además mis pies en el
cepo, y guardas todos mis caminos, imprimiéndolo a las raíces
de mis pies.
28 Y el *cuerpo mío* se va gastando
como de carcoma, como vestido
que se come de polilla.

CAPÍTULO 14

EL hombre nacido de mujer, corto de días, y lleno de sinsabores:
2 Que sale como una flor y es

cortado; y huye como la sombra,
y no permanece.
3 ¿Y sobre éste abres tus ojos, y
me traes a juicio contigo?
4 ¿Quién hará limpio de inmun-
do? Nadie.
5 Ciertamente sus días están de-
terminados, y el número de sus
meses está cerca de ti: tú le pu-
siste términos, de los cuales no
pasará.
6 Si tú lo dejares, él dejará *de ser:*
entre tanto deseará, como el jor-
nalero, su día.
7 Porque si el árbol fuere corta-
do, aún queda de él esperanza;
retoñecerá aún, y sus renuevos
no faltarán.
8 Si se envejeciere en la tierra su
raíz, y su tronco fuere muerto en
el polvo,
9 Al percibir el agua reverdecerá,
y hará copa como planta.
10 Mas el hombre morirá, y será
cortado; y perecerá el hombre,
¿y dónde estará él?
11 Las aguas del mar se fueron, y
agotóse el río, secóse.
12 Así el hombre yace, y no se
tornará a levantar: hasta que no
haya cielos no despertarán, ni se
levantarán de su sueño.
13 ¡Oh quién me diera que me es-
condieses en el sepulcro, que me
encubrieras hasta apaciguarse tu
ira, que me pusieses plazo, y de
mí te acordaras!
14 Si el hombre muriere, *¿volve-
rá* a vivir? Todos los días de mi
edad esperaré, hasta que venga
mi mutación.
15 Aficionado a la obra de tus
manos, llamarás, y yo te respon-
deré.
16 Pues ahora me cuentas los
pasos, y no das tregua a mi pecado.
17 Tienes sellada en saco mi pre-
varicación, y coacervas mi ini-
quidad.
18 Y ciertamente el monte que
cae se deshace, y las peñas son
traspasadas de su lugar;
19 Las piedras son desgastadas
con el agua impetuosa, que se
lleva el polvo de la tierra: de tal
manera haces tú perecer la espe-
ranza del hombre.
20 Para siempre serás más fuerte
que él, y él se va; demudarás su
rostro, y enviaráslo.
21 Sus hijos serán honrados, y él
no lo sabrá; o serán humillados,
y no entenderá de ellos.
22 Mas su carne sobre él se do-
lerá, y entristecerse ha en él su
alma.

CAPÍTULO 15

Y RESPONDIÓ Elifaz Temanita,
y dijo:
2 ¿Si proferirá el sabio vano co-
nocimiento, y henchirá su vien-
tre de viento solano?
3 ¿Disputará con palabras inúti-
les, y con razones sin provecho?
4 Tú también disipas el temor, y
menoscabas la oración delante
de Dios.
5 Porque tu boca declaró tu ini-
quidad, pues has escogido el ha-
blar de los astutos.
6 Tu boca te condenará, y no yo;
y tus labios testificarán contra ti.
7 ¿Naciste tú primero que Adam?
¿o fuiste formado antes que los
collados?
8 ¿Oíste tú el secreto de Dios,
que detienes en ti solo la sabidu-
ría?
9 ¿Qué sabes tú que no sepamos?
¿qué entiendes que no se halle en
nosotros?
10 Entre nosotros también hay
cano, también hay viejo mucho

mayor en días que tu padre.
11 ¿En tan poco tienes las conso-
laciones de Dios? ¿tienes acaso
alguna cosa oculta cerca de ti?
12 ¿Por qué te enajena tu cora-
zón, y por qué guiñan tus ojos,
13 Pues haces frente a Dios con
tu espíritu, y sacas *tales* palabras
de tu boca?
14 ¿Qué cosa es el hombre para
que sea limpio, y que se justifi-
que el nacido de mujer?
15 He aquí que en sus santos no
confía, y ni los cielos son limpios
delante de sus ojos:
16 ¿Cuánto menos el hombre
abominable y vil, que bebe la
iniquidad como agua?
17 Escúchame; yo te mostraré y
te contaré lo que he visto:
18 (Lo que los sabios nos conta-
ron de sus padres, y no lo encu-
brieron;
19 A los cuales solos fue dada
la tierra, y no pasó extraño por
medio de ellos:)
20 Todos los días del impío, él
es atormentado de dolor, y el
número de años es escondido al
violento.
21 Estruendos espantosos hay
en sus oídos; en la paz le vendrá
quien lo asuele.
22 Él no creerá que ha de volver
de las tinieblas, y está mirando a
la espada.
23 Desasosegado a comer siem-
pre, sabe que le está aparejado
día de tinieblas.
24 Tribulación y angustia le
asombrarán, y esforzaránse con-
tra él como un rey apercibido
para la batalla.
25 Por cuanto él extendió su
mano contra Dios, y se esforzó
contra el Todopoderoso,
26 Él le acometerá en la cerviz,
en lo grueso de las hombreras de
sus escudos:
27 Porque cubrió su rostro con
su gordura, e hizo pliegues sobre
los ijares;
28 Y habitó las ciudades asola-
das, las casas inhabitadas, que
estaban puestas en montones.
29 No enriquecerá, ni será firme
su potencia, ni extenderá por la
tierra su hermosura.
30 No se escapará de las tinie-
blas: la llama secará sus ramos, y
con el aliento de su boca perece-
rá.
31 No confíe el iluso en la vani-
dad; porque ella será su recom-
pensa.
32 Él será cortado antes de su
tiempo, y sus renuevos no rever-
decerán.
33 Él perderá su agraz como la
vid, y derramará su flor como la
oliva.
34 Porque la sociedad de los hi-
pócritas será asolada, y fuego
consumirá los tabernáculos de
soborno.
35 Concibieron dolor, y parieron
iniquidad; y las entrañas de ellos
meditan engaño.

CAPÍTULO 16

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 Muchas veces he oído cosas
como éstas: consoladores moles-
tos sois todos vosotros.
3 ¿Tendrán fin las palabras ven-
tosas? o ¿qué te animará a res-
ponder?
4 También yo hablaría como vo-
sotros. Oh que vuestra alma es-
tuviera en lugar de mi alma, que
yo os tendría compañía en las pa-
labras, y sobre vosotros movería
mi cabeza.
5 *Mas* yo os alentaría con mis

palabras, y la consolación de
mis labios apaciguaría *el dolor*
vuestro.
6 Si hablo, mi dolor no cesa; y si
dejo *de hablar*, no se aparta de mí.
7 Empero ahora me ha fatigado:
has tú asolado toda mi compañía.
8 Tú me has arrugado; testigo es
mi flacura, que se levanta contra
mí para testificar en mi rostro.
9 Su furor *me* destrizó, y me ha
sido contrario: crujió sus dientes
contra mí; contra mí aguzó sus
ojos mi enemigo.
10 Abrieron contra mí su boca;
hirieron mis mejillas con afrenta;
contra mí se juntaron todos.
11 Hame entregado Dios al men-
tiroso, y en las manos de los im-
píos me hizo estremecer.
12 Próspero estaba, y desmenu-
zóme: y arrebatóme por la cerviz,
y despedazóme, y púsome por
blanco suyo.
13 Cercáronme sus flecheros,
partió mis riñones, y no perdonó:
mi hiel derramó por tierra.
14 Quebrantóme de quebranto
sobre quebranto; corrió contra
mí como un gigante.
15 Yo cosí saco sobre mi piel, y
cargué mi cabeza de polvo.
16 Mi rostro está enlodado con
lloro, y mis párpados entenebre-
cidos:
17 A pesar de no haber iniquidad
en mis manos, y de haber sido mi
oración pura.
18 ¡Oh tierra! no cubras mi san-
gre, y no haya lugar a mi clamor.
19 Mas he aquí que en el cielo
está mi testigo, y mi testimonio
en las alturas.
20 Disputadores *son* mis amigos:
mas a Dios destilarán mis ojos.
21 ¡Quiera Dios qué pudie-
se disputar el hombre con
Dios, como con su prójimo!
22 Mas los años contados ven-
drán, y yo iré el camino por
donde no volveré.

CAPÍTULO 17

MI aliento está corrompido,
acórtanse mis días, y me
está aparejado el sepulcro.
2 No hay conmigo sino escarne-
cedores, en cuya acrimonia se
detienen mis ojos.
3 Pon ahora, dame fianza para
litigar contigo: ¿quién tocará
ahora mi mano?
4 Porque *a éstos* has tú escondi-
do su corazón de entendimiento:
por tanto, no *los* ensalzarás.
5 El que denuncia lisonjas a sus
prójimos, los ojos de sus hijos
desfallezcan.
6 Él me ha puesto por parábola
de pueblos, y delante *de ellos* he
sido como tamboril.
7 Y mis ojos se oscurecieron de
desabrimiento, y mis pensamien-
tos todos son como sombra.
8 Los rectos se maravillarán de
esto, y el inocente se levantará
contra el hipócrita.
9 No obstante, proseguirá el justo
su camino, y el limpio de manos
aumentará la fuerza.
10 Mas volved todos vosotros, y
venid ahora, que no hallaré entre
vosotros sabio.
11 Pasáronse mis días, fueron
arrancados mis pensamientos,
los designios de mi corazón.
12 Pusieron la noche por día, y la
luz se acorta delante de las tinie-
blas.
13 Si yo espero, el sepulcro es mi
casa: haré mi cama en las tinie-
blas.
14 A la corrupción he dicho:
Mi padre eres tú; a los gusa-

nos: Mi madre y mi hermana.
15 ¿Dónde pues estará ahora
mi esperanza? y mi esperanza
¿quién la verá?
16 A los rincones del abismo
descenderán, y juntamente descansarán en el polvo.

CAPÍTULO 18

Y RESPONDIÓ Bildad Suhita, y dijo:
2 ¿Cuándo pondréis fin a las palabras? Entended, y después hablemos.
3 ¿Por qué somos tenidos por bestias, y en vuestros ojos somos viles?
4 Oh tú, que despedazas tu alma con tu furor, ¿será dejada la tierra por tu causa, y serán traspasadas de su lugar las peñas?
5 Ciertamente la luz de los impíos será apagada, y no resplandecerá la centella de su fuego.
6 La luz se oscurecerá en su tienda, y apagaráse sobre él su lámpara.
7 Los pasos de su pujanza serán acortados, y precipitarálo su mismo consejo.
8 Porque red será echada en sus pies, y sobre red andará.
9 Lazo prenderá *su* calcañar: afirmaráse la trampa contra él.
10 Su cuerda está escondida en la tierra, y su torzuelo sobre la senda.
11 De todas partes lo asombrarán temores, y haránle huir desconcertado.
12 Su fuerza será hambrienta, y a su lado estará aparejado quebrantamiento.
13 El primogénito de la muerte comerá los ramos de su piel, y devorará sus miembros.
14 Su confianza será arrancada de su tienda, y haràle esto llevar al rey de los espantos.
15 En su tienda morará como si no fuese suya: piedra azufre será esparcida sobre su morada.
16 Abajo se secarán sus raíces, y arriba serán cortadas sus ramas.
17 Su memoria perecerá de la tierra, y no tendrá nombre por las calles.
18 De la luz será lanzado a las tinieblas, y echado fuera del mundo.
19 No tendrá hijo ni nieto en su pueblo, ni quien *le* suceda en sus moradas.
20 Sobre su día se espantarán los por venir, como ocupó el pavor a los que fueron antes.
21 Ciertamente tales son las moradas del impío, y este será el lugar del que no conoció a Dios.

CAPÍTULO 19

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 ¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con palabras?
3 Ya me habéis vituperado diez veces: ¿no os avergonzáis de descomediros delante de mí?
4 Sea así que realmente haya yo errado, conmigo se quedará mi yerro.
5 Mas si vosotros os engrandeciereis contra mí, y adujereis contra mí mi oprobio,
6 Sabed ahora que Dios me ha trastornado, y traído en derredor su red sobre mí.
7 He aquí yo clamaré agravio, y no seré oído: daré voces, y no habrá juicio.
8 Cercó de vallado mi camino, y no pasaré; y sobre mis veredas puso tinieblas.
9 Hame despojado de mi gloria,

y quitado la corona de mi cabeza.
10 Arruinóme por todos lados, y
perezco; y ha hecho pasar mi es-
peranza como árbol *arrancado*.
11 E hizo inflamar contra mí su
furor, y contóme para sí entre
sus enemigos.
12 Vinieron sus ejércitos a una,
y trillaron sobre mí su camino, y
asentaron campo en derredor de
mi tienda.
13 Hizo alejar de mí mis herma-
nos, y positivamente se extraña-
ron de mí mis conocidos.
14 Mis parientes se detuvieron,
y mis conocidos se olvidaron de
mí.
15 Los moradores de mi casa y
mis criadas me tuvieron por ex-
traño: forastero fui yo en sus ojos.
16 Llamé a mi siervo, y no res-
pondió; de mi propia boca le su-
plicaba.
17 Mi aliento vino a ser extraño
a mi esposa, aunque por los hijos
de mis entrañas *le* rogaba.
18 Aun los muchachos me me-
nospreciaron: en levantándome,
hablaban contra mí.
19 Todos mis confidentes me abo-
rrecieron; y los que yo amaba, se
tornaron contra mí.
20 Mi cuero y mi carne se pega-
ron a mis huesos; y he escapado
con la piel de mis dientes.
21 Oh vosotros mis amigos, tened
compasión de mí, tened compa-
sión de mí; porque la mano de
Dios me ha tocado.
22 ¿Por qué me perseguís como
Dios, y no os hartáis de mis car-
nes?
23 ¡Quién diese ahora que mis
palabras fuesen escritas! ¡quién
diese que se escribieran en un
libro!
24 ¡Que con cincel de hierro y
con plomo fuesen en la roca es-
culpidas para siempre!
25 Yo sé *que* mi Redentor vive, y
que él se parará sobre la tierra en
el *día* final.
26 Y después que mi piel sea des-
echa y *los gusanos* destruyan este
cuerpo aun en mi carne he de ver
a Dios;
27 Al cual yo tengo de ver por
mí, y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mis riñones se consuman
dentro de mí.
28 Mas debierais decir: ¿Por qué
lo perseguimos? ya que la raíz
del negocio en mí se halla.
29 Temed vosotros delante de la
espada; porque *sobreviene* el furor
de la espada *a causa* de las injus-
ticias, para que sepáis que hay
un juicio.

CAPÍTULO 20

Y RESPONDIÓ Zofar Nahamati-
ta, y dijo:
2 Por cierto mis pensamientos
me hacen responder, y por tanto
me apresuro.
3 La reprensión de mi censura he
oído, y háceme responder el es-
píritu de mi entendimiento.
4 ¿No sabes esto que fue siempre,
desde el tiempo que fue puesto el
hombre sobre la tierra,
5 Que la alegría de los impíos es
breve, y el gozo del hipócrita por
un momento?
6 Si subiere su altivez hasta los
cielos, y su cabeza tocare en las
nubes,
7 Con su estiércol perecerá para
siempre: los que le hubieren
visto, dirán: ¿Qué es de él?
8 Como sueño volará, y no será
hallado: y disiparáse como vi-
sión nocturna.
9 El ojo que le habrá visto, nunca

más le verá; ni su lugar le echará
más de ver.
10 Sus hijos pobres andarán rogando; y sus manos tornarán lo
que él robó.
11 Sus huesos están llenos de sus
mocedades, y con él serán sepultados en el polvo.
12 Si el mal se endulzó en su
boca, si lo ocultaba debajo de su
lengua;
13 Si le parecía bien, y no lo dejaba, mas antes lo detenía entre su
paladar;
14 Su comida se mudará en sus
entrañas, hiel de áspides será
dentro de él.
15 Devoró riquezas, mas vomitarálas; de su vientre las sacará
Dios.
16 Veneno de áspides chupará;
matarálo lengua de víbora.
17 No verá los arroyos, los ríos,
los torrentes de miel y de manteca.
18 Restituirá el trabajo conforme
a la hacienda que tomó; y no tragará, ni gozará.
19 Por cuanto quebrantó y desamparó a los pobres, robó casas,
y no las edificó;
20 Por tanto, no sentirá él sosiego en su vientre, ni salvará nada
de lo que codiciaba.
21 No quedó nada que no comiese: por tanto su bien no será
durable.
22 Cuando fuere lleno su bastimento, tendrá angustia: las
manos todas de los malvados
vendrán sobre él.
23 Cuando se pusiere a henchir
su vientre, *Dios* enviará sobre él
el furor de su ira, y harála llover
sobre él y sobre su comida.
24 Huirá de las armas de hierro,
y el arco de acero le atravesará.
25 Desenvainará y sacará *saeta*
de su aljaba, y relumbrante pasará por su hiel: sobre él vendrán
terrores.
26 Todas tinieblas están guardadas para sus secretos: fuego no
soplado lo devorará; su sucesor
será quebrantado en su tienda.
27 El cielo descubrirá su iniquidad, y la tierra se levantará contra él.
28 Los renuevos de su casa serán
trasportados; serán derramados
en el día de su furor.
29 Ésta *es* la porción que Dios
apareja al hombre impío, y la
heredad que Dios le señala por
su palabra.

CAPÍTULO 21

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 Oid atentamente mi palabra, y sea esto vuestros consuelos.
3 Soportadme, y yo hablaré; y
después que hubiere hablado, escarneced.
4 ¿Hablo yo a algún hombre? y
¿por qué no se ha de angustiar
mi espíritu?
5 Miradme, y espantaos, y poned
la mano sobre la boca.
6 Aun yo mismo, cuando me
acuerdo, me asombro, y toma
temblor mi carne.
7 ¿Por qué viven los impíos, y
se envejecen, y aun crecen en
riquezas?
8 Su simiente con ellos, compuesta delante de ellos; y sus renuevos delante de sus ojos.
9 Sus casas seguras de temor, ni
hay azote de Dios sobre ellos.
10 Sus vacas conciben, no abortan; paren sus vacas, y no malogran su cría.
11 Salen sus chiquitos como manada, y sus hijos andan saltando.

12 Al son de tamboril y de cítara saltan, y se huelgan al son del órgano.
13 Gastan sus días en bien, y en un momento descienden a la sepultura.
14 Dicen pues a Dios: Apártate de nosotros, que no queremos el conocimiento de tus caminos.
15 ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿y de qué nos aprovechará que oremos a él?
16 He aquí que su bien no está en mano de ellos: el consejo de los impíos lejos esté de mí.
17 ¡Oh cuántas veces la lámpara de los impíos es apagada, y viene sobre ellos su quebranto, *y Dios* en su ira les reparte dolores!
18 Serán como la paja delante del viento, y como el tamo que arrebata el torbellino.
19 Dios guardará para sus hijos su violencia; y le dará su pago, para que conozca.
20 Verán sus ojos su quebranto, y beberá de la ira del Todopoderoso.
21 Porque ¿qué deleite tendrá él de su casa después de sí, siendo cortado el número de sus meses?
22 ¿Enseñará alguien a Dios conocimiento, juzgando él a los que están elevados?
23 Éste morirá en el vigor de su hermosura, todo quieto y pacífico.
24 Sus pechos están llenos de leche, y sus huesos serán regados de tuétano.
25 Y estotro morirá en amargura de su alma, y no habiendo comido jamás con gusto.
26 Igualmente yacerán ellos en el polvo, y gusanos los cubrirán.
27 He aquí, yo conozco vuestros pensamientos, y las imaginaciones que contra mí forjáis.
28 Porque decís: ¿Qué es de la casa del príncipe, y qué de la tienda de las moradas de los impíos?
29 ¿No habéis preguntado a los que pasan por los caminos, por cuyas señas no negaréis,
30 Que el malo es reservado para el día de la destrucción? Presentados serán en el día de la ira.
31 ¿Quién le denunciará en su cara su camino? Y de lo que él hizo, ¿quién le dará el pago?
32 Porque llevado será él al sepulcro, y en la tumba permanecerá.
33 Los terrones del valle le serán dulces; y tras de él será llevado todo hombre, y antes de él *han ido* innumerables.
34 ¿Cómo pues me consoláis en vano, viniendo a parar vuestras respuestas en falacia?

CAPÍTULO 22

Y RESPONDIÓ Elifaz Temanita, y dijo:
2 ¿Traerá el hombre provecho a Dios, porque el sabio sea provechoso a sí mismo?
3 ¿Tiene su contentamiento el Todopoderoso en que tú seas justificado, o provecho de que tú hagas perfectos tus caminos?
4 ¿Castigaráte acaso, o vendrá contigo a juicio porque te teme?
5 Por cierto tu malicia es grande, y tus maldades no tienen fin.
6 Porque sacaste prenda a tus hermanos sin causa, e hiciste desnudar las ropas de los desnudos.
7 No diste de beber agua al cansado, y detuviste el pan al hambriento.
8 Empero el hombre pudiente

tuvo la tierra; y habitó en ella el
distinguido.
9 Las viudas enviaste vacías, y
los brazos de los huérfanos fue-
ron quebrados.
10 Por tanto hay lazos alrededor
de ti, y te turba espanto repenti-
no;
11 O tinieblas, porque no veas; y
abundancia de agua te cubre.
12 ¿No está Dios en la altura
del cielo? Mira lo encumbrado
de las estrellas, cuán elevadas
están.
13 ¿Y dirás tú: Qué sabe Dios?
¿cómo juzgará por medio de la
oscuridad?
14 Las nubes son su escondedero,
y no ve; y por el circuito del cielo
se pasea.
15 ¿Quieres tú guardar la senda
antigua, que pisaron los hombres
perversos?
16 Los cuales fueron cortados
antes de tiempo, cuyo fundamen-
to fue como un río derramado:
17 Que decían a Dios: Apártate
de nosotros. ¿Y qué les había
hecho el Todopoderoso?
18 Habíales él henchido sus casas
de bienes. Sea empero el consejo
de ellos lejos de mí.
19 Verán los justos y se gozarán;
y el inocente los escarnecerá, *di-
ciendo*:
20 Fue cortada nuestra sustancia,
habiendo consumido el fuego el
resto de ellos.
21 Amístate ahora con él, y ten-
drás paz; y por ello te vendrá
bien.
22 Toma ahora la ley de su boca,
y pon sus palabras en tu corazón.
23 Si te tornares al Todopodero-
so, serás edificado; alejarás de
tus tabernáculos la iniquidad;
24 Y tendrás más oro que tierra,
y como piedras de arroyos oro de
Ofir;
25 Y el Todopoderoso será tu de-
fensa, y tendrás plata a monto-
nes.
26 Porque entonces te deleitarás
en el Todopoderoso, y alzarás a
Dios tu rostro.
27 Orarás a él, y él te oirá; y tú
pagarás tus votos.
28 Determinarás asimismo una
cosa, y serte ha firme; y sobre tus
caminos resplandecerá luz.
29 Cuando fueren abatidos, dirás
tú: Ensalzamiento *habrá*: y *Dios*
salvará al humilde de ojos.
30 Él libertará la isla del inocen-
te; y por la limpieza de tus manos
será librada.

CAPÍTULO 23

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 Hoy también hablaré con
amargura; que es más grave mi
llaga que mi gemido.
3 ¡Quién me diera el saber dónde
hallar *a Dios*! yo iría hasta su
silla.
4 Ordenaría juicio delante de él,
y henchiría mi boca de argumen-
tos.
5 Yo sabría lo que él me respon-
dería, y entendería lo que me di-
jese.
6 ¿Pleitearía conmigo con gran-
deza de fuerza? No: antes él la
pondría en mí.
7 Allí el justo razonaría con él:
y escaparía para siempre de mi
juez.
8 He aquí yo iré al oriente, y no
lo *hallaré*; y al occidente, y no lo
percibiré:
9 Si al norte él obrare, yo no lo
veré; al sur se esconderá, y no lo
veré.
10 Mas él conoció mi camino:

probaráme, y saldré como oro.
11 Mis pies tomaron su rastro; guardé su camino, y no me aparté.
12 Ni me aparté del mandamiento de sus labios; he estimado las palabras de su boca más que mi *comida* necesaria.
13 Empero si él *se determina* en una cosa ¿quién lo apartará? *Lo que* su alma desea, *esto* hace.
14 Él pues acabará lo que ha determinado de mí: y muchas cosas como éstas hay en él.
15 Por lo cual yo me espanto en su presencia: consideraré, y temerélo.
16 Dios ha enervado mi corazón, y hame turbado el Todopoderoso.
17 ¿Por qué no fui yo cortado delante de las tinieblas, y cubrió con oscuridad mi rostro?

CAPÍTULO 24

PUESTO que no son ocultos los tiempos al Todopoderoso, ¿por qué los que le conocen no ven sus días?
2 Traspasan los linderos, roban los ganados con violencia, y apaciéntanlos.
3 Llévanse el asno de los huérfanos; prenden el buey de la viuda.
4 Hacen apartar del camino a los menesterosos: y todos los pobres de la tierra se esconden.
5 He aquí, como asnos monteses en el desierto, salen a su obra madrugando para robar; el desierto es mantenimiento de sus hijos.
6 En el campo siegan su pasto, y los impíos vendimian la viña *ajena*.
7 Al desnudo hacen dormir sin ropa, y que en el frío no tenga cobertura.
8 Con las avenidas de los montes se mojan, y abrazan las peñas sin tener abrigo.
9 Quitan el pecho a los huérfanos, y de sobre el pobre toman la prenda.
10 Al desnudo hacen andar sin vestido, y a los hambrientos quitan los hacecillos.
11 De dentro de sus paredes exprimen el aceite, pisan los lagares, y mueren de sed.
12 De la ciudad gimen los hombres, y claman las almas de los heridos de muerte: mas Dios no puso estorbo.
13 Ellos son los que, rebeldes a la luz, nunca conocieron sus caminos, ni estuvieron en sus veredas.
14 A la luz se levanta el matador, mata al pobre y al necesitado, y de noche es como ladrón.
15 El ojo del adúltero está aguardando la noche, diciendo: No me verá nadie: y esconde su rostro.
16 En las tinieblas minan las casas, que de día para sí señalaron; no conocen la luz.
17 Porque la mañana es a todos ellos como sombra de muerte; si son conocidos, terrores de sombra de muerte *los toman*.
18 Son instables más que la superficie de las aguas; su porción es maldita en la tierra; no andarán por el camino de las viñas.
19 La sequía y el calor arrebatan las aguas de la nieve; y el sepulcro a los pecadores.
20 Olvidaráse de ellos el seno materno; de ellos sentirán los gusanos dulzura; nunca más habrá de ellos memoria, y como un árbol serán los impíos quebrantados.
21 A la mujer estéril que no paría, afligió; y a la viuda nunca hizo bien.
22 Mas a los fuertes adelantó con su poder: levantóse, y

no se da por segura la vida.
23 Le dieron a crédito, y se afirmó: sus ojos están sobre los caminos de ellos.
24 Fueron ensalzados por un poco, mas desaparecen, y son abatidos como cada cual: serán encerrados, y cortados como cabezas de espigas.
25 Y si no, ¿quién me desmentirá ahora, o reducirá a nada mis palabras?

CAPÍTULO 25

Y RESPONDIÓ Bildad Suhita, y dijo:
2 El señorío y el temor están con él: él hace paz en sus alturas.
3 ¿Tienen sus ejércitos número? ¿y sobre quién no está su luz?
4 ¿Cómo pues se justificará el hombre con Dios? ¿y cómo será limpio el que nace de mujer?
5 He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos:
6 ¿Cuánto menos el hombre que es un gusano, y el hijo de hombre, *también* gusano?

CAPÍTULO 26

Y RESPONDIÓ Job, y dijo:
2 ¿En qué ayudaste al que no tiene fuerza? ¿has amparado al brazo sin fortaleza?
3 ¿En qué aconsejaste al que no tiene sabiduría, y qué plenitud de conocimiento has dado a conocer?
4 ¿A quién has anunciado palabras, y cuyo es el espíritu que de ti sale?
5 Cosas inanimadas son formadas debajo de las aguas, y los habitantes de ellas.
6 El infierno está desnudo delante de él, y no tiene cobertura la destrucción.
7 Extiende el alquilón sobre vacío, cuelga la tierra sobre nada.
8 Ata las aguas en sus nubes, y las nubes no se rompen debajo de ellas.
9 Él restriñe la faz de su trono, y sobre él extiende su nube.
10 Él cercó con término la superficie de las aguas, hasta el fin de la luz y las tinieblas.
11 Las columnas del cielo tiemblan, y se espantan de su reprensión.
12 Él rompe el mar con su poder, y con su entendimiento hiere la hinchazón *suya*.
13 Por su espíritu adornó los cielos; su mano formó la serpiente tortuosa.
14 He aquí, éstas *son* partes de sus caminos: ¡mas cuán poco hemos oído de él! Porque el estruendo de sus fortalezas, ¿quién lo detendrá?

CAPÍTULO 27

Y REASUMIÓ Job su discurso, y dijo:
2 Como Dios vive, el cual ha apartado mi causa, y el Omnipotente, *quien* amargó mi alma,
3 Que todo el tiempo que mi alma estuviere en mí, y *hubiere* hálito de Dios en mis narices,
4 Mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua pronunciará engaño.
5 Nunca tal acontezca que yo os justifique: hasta morir no quitaré de mí mi integridad.
6 Mi justicia tengo asida, y no la cederé: no *me* reprochará mi corazón en el tiempo de mi vida.
7 Sea como el impío mi enemigo,

y como el inicuo mi adversario.
8 Porque ¿cuál es la esperanza del hipócrita, por mucho que hubiere robado, cuando Dios arrebatare su alma?
9 ¿Oirá Dios su clamor cuando la tribulación sobre él viniere?
10 ¿Deleitaráse en el Todopoderoso? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?
11 Yo os enseñaré en orden a la mano de Dios: no esconderé lo que hay para con el Todopoderoso.
12 He aquí que todos vosotros lo habéis visto: ¿por qué pues os desvanecéis con fantasía?
13 Ésta *es* para con Dios la suerte del hombre impío, y la herencia que los violentos han de recibir del Todopoderoso.
14 Si sus hijos fueren multiplicados, serán para la espada; y sus pequeños no se hartarán de pan;
15 Los que le quedaren, en muerte serán sepultados; y no llorarán sus viudas.
16 Si amontonare plata como polvo, y si preparare ropa como lodo;
17 Habrála él preparado, mas el justo se vestirá, y el inocente repartirá la plata.
18 Edificó su casa como la polilla, y cual cabaña que el guarda hizo.
19 El rico dormirá, mas no será recogido: abrirá sus ojos, mas él no será.
20 Asirán de él terrores como aguas: torbellino lo arrebatará de noche.
21 Lo antecogerá el solano, y partirá; y tempestad lo arrebatará del lugar suyo.
22 *Dios* pues descargará sobre él, y no perdonará: hará él por huir de su mano.
23 Batirán sus manos sobre él, y desde su lugar le silbarán.

CAPÍTULO 28

CIERTAMENTE la plata tiene sus veneros, y el oro lugar *donde* se forma.
2 El hierro se saca del polvo, y de la piedra es fundido el latón.
3 A las tinieblas puso término, y examina todo a la perfección, las piedras *que hay* en la oscuridad y en la sombra de muerte.
4 Brota el torrente de junto al morador, *aguas* que el pie había olvidado: sécanse luego, vanse del hombre.
5 De la tierra nace el pan, y debajo de ella estará como convertida en fuego.
6 Lugar hay cuyas piedras son zafiro, y sus polvos de oro.
7 Senda que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vio:
8 Nunca la pisaron animales fieros, ni león pasó por ella.
9 En el pedernal puso su mano, y trastornó los montes de raíz.
10 De los peñascos cortó ríos, y sus ojos vieron todo lo preciado.
11 Detuvo los ríos en su nacimiento, e hizo salir a luz lo escondido.
12 Empero ¿dónde se hallará la sabiduría? ¿y dónde está el lugar de la prudencia?
13 No conoce su valor el hombre, ni se halla en la tierra de los vivientes.
14 El abismo dice: No está en mí: y el mar dijo: Ni conmigo.
15 No se dará por oro, ni su precio será a peso de plata.
16 No puede ser apreciada con oro de Ofir, ni con ónix precioso, ni con zafiro.
17 El oro no se le igualará, ni el

diamante; ni se trocará por vaso
de oro fino.
18 De coral ni de perlas no se
hará mención: la sabiduría es
mejor que los rubíes.
19 No se igualará con ella esme-
ralda de Etiopía; no se podrá
apreciar con oro fino.
20 ¿De dónde pues vendrá la sa-
biduría? ¿y dónde está el lugar
del entendimiento?
21 Porque encubierta está a los
ojos de todo viviente, y a toda
ave del cielo es oculta.
22 La destrucción y la muerte
dijeron: Su fama hemos oído con
nuestros oídos.
23 Dios entiende el camino de
ella, y él conoce su lugar.
24 Porque él mira hasta los fines
de la tierra, y ve debajo de todo
el cielo.
25 Al dar peso al viento, y poner
las aguas por medida;
26 Cuando él hizo ley a la lluvia,
y camino al relámpago de los
truenos;
27 Entonces la veía él, y la mani-
festaba; preparóla y descubrióla
también.
28 Y dijo al hombre: He aquí que
el temor del Señor es la sabidu-
ría, y el apartarse del mal el en-
tendimiento.

CAPÍTULO 29

Y VOLVIÓ Job a tomar su pro-
pósito, y dijo:
2 ¡Quién me tornase como en los
meses pasados, como en los días
que Dios me guardaba,
3 Cuando hacía resplandecer su
candela sobre mi cabeza, a la luz
de la cual yo caminaba en la os-
curidad;
4 Como fue en los días de mi
mocedad, cuando el secreto
de Dios estaba en mi tienda;
5 Cuando aún el Todopoderoso
estaba conmigo, y mis hijos alre-
dedor de mí;
6 Cuando lavaba yo mis caminos
con manteca, y la roca me derra-
maba ríos de aceite!
7 Cuando salía a la puerta a jui-
cio, y en la plaza hacía preparar
mi asiento,
8 Los mozos me veían, y se es-
condían; y los viejos se levan-
taban, y estaban en pie;
9 Los príncipes detenían sus pa-
labras, ponían la mano sobre su
boca;
10 La voz de los principales se
ocultaba, y su lengua se pegaba
a su paladar:
11 Cuando los oídos que me oían,
me llamaban bienaventurado, y
los ojos que me veían, me daban
testimonio:
12 Porque libraba al pobre que
gritaba, y al huérfano que care-
cía de ayudador.
13 La bendición del que se iba a
perder venía sobre mí; y al cora-
zón de la viuda daba alegría.
14 Me vestía de justicia, y ella
me vestía; como un manto y una
diadema *era* mi juicio.
15 Yo era ojos al ciego, y pies al
cojo.
16 A los menesterosos era padre;
y de la causa que no entendía,
me informaba con diligencia:
17 Y quebraba los colmillos del
inicuo, y de sus dientes hacía sol-
tar la presa.
18 Y decía yo: En mi nido mo-
riré, y como arena multiplicaré
días.
19 Mi raíz estaba abierta junto a
las aguas, y en mis ramas perma-
necía el rocío.
20 Mi honra se renovaba en mí,

y mi arco se corroboraba en mi
mano.
21 Oíanme, y esperaban; y calla-
ban a mi consejo.
22 Tras mi palabra no replicaban,
y mi razón destilaba sobre ellos.
23 Y esperábanme como a la llu-
via, y abrían su boca *como* a la
lluvia tardía.
24 Si me reía con ellos, no lo cre-
ían: y no abatían la luz de mi ros-
tro.
25 Calificaba yo el camino de
ellos, y sentábame en cabecera;
y moraba como rey en el ejército,
como el que consuela llorosos.

CAPÍTULO 30

MAS ahora los más mozos de
días que yo, se ríen de mí;
cuyos padres yo desdeñara po-
nerlos con los perros de mi ga-
nado.
2 ¿Y de qué me *serviría* la fuerza
de sus manos, cuyo vigor ha pe-
recido?
3 Por causa de la pobreza y del
hambre *andaban* solos; huían a la
soledad, a lugar tenebroso, aso-
lado y desierto.
4 Que cogían malvas entre los ar-
bustos, y raíces de enebro para
calentarse.
5 Eran echados de entre *las gen-
tes*, y todos les daban grita como
al ladrón.
6 Habitaban en las barrancas de
los arroyos, en las cavernas de la
tierra, y en las rocas.
7 Bramaban entre las matas, y se
reunían debajo de las espinas.
8 Hijos de viles, y hombres sin
nombre, más bajos que la misma
tierra.
9 Y ahora yo soy su canción, y he
sido hecho su refrán.
10 Abomínanme, aléjanse de mí,
y aun de mi rostro no detuvieron
su saliva.
11 Porque *Dios* desató mi cuer-
da, y me afligió, por eso se des-
enfrenaron delante de mi rostro.
12 A la mano derecha se levanta-
ron los jóvenes; empujaron mis
pies, y sentaron contra mí las
vías de su ruina.
13 Mi senda desbarataron, apro-
vecháronse de mi quebrantamien-
to, contra los cuales no hubo
ayudador.
14 Vinieron como por porti-
llo ancho, revolviéronse a *mi*
calamidad.
15 Hanse revuelto turbaciones
sobre mí; combatieron como
viento mi alma, y mi salud pasó
como nube.
16 Y ahora mi alma está derra-
mada en mí; días de aflicción me
han aprehendido.
17 De noche taladra sobre mí mis
huesos, y mis pulsos no reposan.
18 Con la grande copia *de materia*
mi vestidura está demudada; cí-
ñeme como el cuello de mi túnica.
19 Derribóme en el lodo, y soy
semejante al polvo y a la ceniza.
20 Clamo a ti, y no me oyes; pre-
séntome, y no me atiendes.
21 Haste tornado cruel para mí:
con la fortaleza de tu mano me
amenazas.
22 Levantásteme, e hicísteme
cabalgar sobre el viento, y disol-
viste mi sustancia.
23 Porque yo sé que me llevarás
a la muerte; y a la casa determi-
nada a todo viviente.
24 Mas él no extenderá la mano
para el sepulcro; aunque clamen
en su destrucción.
25 ¿No lloré yo al afligido? Y mi
alma ¿no se entristeció sobre el
menesteroso?

26 Cuando esperaba yo el bien,
entonces vino el mal; y cuando
esperaba luz, la oscuridad vino.
27 Mis entrañas hierven, y no re-
posan; días de aflicción me han
sobrecogido.
28 Denegrido ando, y no por el
sol: levantádome he en la congre-
gación, y clamado.
29 He venido a ser hermano de
los dragones, y compañero de los
búhos.
30 Mi piel está denegrida sobre
mí, y mis huesos se secaron con
ardentía.
31 Y hase tornado mi arpa en
luto, y mi órgano en voz de
lamentadores.

CAPÍTULO 31

HICE pacto con mis ojos:
¿cómo pues había yo de
pensar en virgen?
2 Porque ¿qué galardón *me daría*
de arriba Dios, y qué heredad el
Todopoderoso de las alturas?
3 ¿No hay quebrantamiento para
el impío, y extrañamiento para
los que obran iniquidad?
4 ¿No ve él mis caminos, y cuen-
ta todos mis pasos?
5 Si anduve con mentira, y si mi
pie se apresuró a engaño,
6 Péseme Dios en balanzas de
justicia, y conocerá mi integri-
dad.
7 Si mis pasos se apartaron del
camino, y si mi corazón se fue
tras mis ojos, y si algo se apegó a
mis manos,
8 Siembre yo, y otro coma, y mis
verduras sean arrancadas.
9 Si fue mi corazón engañado
acerca de mujer, y si estuve ace-
chando a la puerta de mi prójimo:
10 Muela para otro mi esposa, y
sobre ella otros se encorven.
11 Porque es maldad e iniquidad,
que han de castigar los jueces.
12 Porque es fuego que devoraría
hasta el sepulcro, y desarraigaría
toda mi hacienda.
13 Si hubiera tenido en poco el
derecho de mi siervo y de mi
sierva, cuando ellos pleitearan
conmigo,
14 ¿Qué haría yo cuando Dios se
levantase? y cuando él visitara,
¿qué le respondería yo?
15 El que en el vientre me hizo a
mí, ¿no lo hizo a él también? ¿y
no fue uno el que nos formó en
la matriz?
16 Si estorbé el contento de los
pobres, e hice desfallecer los ojos
de la viuda;
17 Y si comí mi bocado solo, y no
comió de él el huérfano;
18 (Porque desde mi mocedad
creció conmigo como con padre,
y desde el vientre de mi madre
fui guía de la viuda;)
19 Si he visto que pereciera algu-
no sin vestido, y al menesteroso
sin cobertura;
20 Si no me bendijeron sus lomos,
y del vellón de mis ovejas se ca-
lentaron;
21 Si alcé contra el huérfano mi
mano, aunque viese que me ayu-
darían en la puerta;
22 Mi espalda se caiga de mi
hombro, y mi brazo sea quebra-
do de mi canilla.
23 Porque temí el castigo de Dios,
contra cuya alteza yo no tendría
poder.
24 Si puse en oro mi esperanza,
y dije al oro: Mi confianza *eres*
tú;
25 Si me alegré de que mi ha-
cienda se multiplicase, y de que
mi mano hallase mucho;
26 Si he mirado al sol cuando

resplandecía, y a la luna cuando
iba hermosa,
27 Y mi corazón se engañó en se-
creto, y mi boca besó mi mano:
28 Esto también fuera maldad
juzgada; porque habría negado
al Dios soberano.
29 Si me alegré en el quebranta-
miento del que me aborrecía, y
me regocijé cuando le halló el
mal;
30 (Que ni aun entregué al peca-
do mi paladar, pidiendo maldi-
ción para su alma;)
31 Cuando mis domésticos decí-
an: ¡Quién nos diese de su carne!
nunca nos hartaríamos.
32 El extranjero no tenía fuera
la noche; mis puertas abría al
caminante.
33 Si encubrí como Adam mi
transgresión, escondiendo en mí
seno mi iniquidad;
34 Porque quebrantaba a la
gran multitud, y el menosprecio
de las familias me atemorizó, y
callé, y no salí de mi puerta:
35 ¡Oh que uno me oyese! He
aquí mi deseo *es que* el Todopo-
deroso me respondiese, y que
mi adversario hubiese escrito
un libro.
36 Ciertamente yo lo llevaría
sobre mi hombro, y me lo ataría
en lugar de corona.
37 Yo le contaría el número de
mis pasos, y como príncipe me
llegaría a él.
38 Si mi tierra clama contra mí,
y lloran todos sus surcos;
39 Si comí su sustancia sin dine-
ro, o afligí el alma de sus due-
ños;
40 En lugar de trigo me nazcan
abrojos, y espinas en lugar de
cebada. Acábanse las palabras
de Job.

CAPÍTULO 32

Y CESARON estos tres varones
de responder a Job, por cuan-
to él era justo en sus ojos.
2 Entonces Eliú hijo de Baraquel,
Buzita, de la familia de Ram, se
enojó con furor contra Job: eno-
jóse con furor, por cuanto justifi-
caba su vida más que a Dios.
3 Enojóse asimismo con furor
contra sus tres amigos, porque
no hallaban qué responder, aun-
que habían condenado a Job.
4 Y Eliú había esperado a Job en
la disputa, porque eran más vie-
jos de días que él.
5 Empero viendo Eliú que no
había respuesta en la boca de
aquellos tres varones, su furor se
encendió.
6 Y respondió Eliú hijo de Ba-
raquel, Buzita, y dijo: Yo soy
menor de días y vosotros viejos;
he tenido por tanto miedo, y te-
mido declararos mi opinión.
7 Yo decía: Los días hablarán, y
la muchedumbre de años decla-
rará sabiduría.
8 Ciertamente espíritu hay en el
hombre, e inspiración del Todo-
poderoso los hace que entiendan.
9 No los grandes son los sabios,
ni los viejos entienden el dere-
cho.
10 Por tanto yo dije: Escuchad-
me; declararé yo también mi sa-
biduría.
11 He aquí yo he esperado a
vuestras razones, he escuchado
vuestros argumentos, en tanto
que buscabais palabras.
12 Os he pues prestado atención,
y he aquí que no hay de vosotros
quien redarguya a Job, y respon-
da a sus razones.
13 Porque no digáis: Noso-
tros hemos hallado sabiduría:

lanzólo Dios, no el hombre.
14 Ahora bien, Job no enderezó a
mí sus palabras, ni yo le respon-
deré con vuestras razones.
15 Espantáronse, no respondie-
ron más; fuéronseles los razona-
mientos.
16 Yo pues he esperado, porque
no hablaban, antes pararon, y no
respondieron más.
17 Por eso yo también responde-
ré mi parte, también yo declara-
ré mi juicio.
18 Porque lleno estoy de pala-
bras, y el espíritu de mi vientre
me constriñe.
19 De cierto mi vientre está como
el vino que no tiene respiradero,
y se rompe como odres nuevos.
20 Hablaré pues y respiraré; abri-
ré mis labios, y responderé.
21 No haré ahora acepción de
personas, ni usaré con hombre
de lisonjeros títulos.
22 Porque no sé hablar lisonjas:
de otra manera en breve mi Hace-
dor me consuma.

CAPÍTULO 33

POR tanto, Job, oye ahora mis
razones, y escucha todas mis
palabras.
2 He aquí yo abriré ahora mi
boca, y mi lengua hablará en mi
garganta.
3 Mis razones *declararán* la rec-
titud de mi corazón, y mis labios
proferirán conocimiento puro.
4 El Espíritu de Dios me hizo, y
la inspiración del Todopoderoso
me dio vida.
5 Si pudieres, respóndeme; dis-
pón *tus palabras*, está delante de
mí.
6 Heme aquí a mí en lugar de
Dios, conforme a tu dicho: de
lodo soy yo también formado.
7 He aquí que mi terror no te es-
pantará, ni mi mano se agravará
sobre ti.
8 De cierto tú dijiste a oídos míos,
y yo oí la voz de tus palabras *que
decían*:
9 Yo soy limpio y sin defecto; y
soy inocente, y no hay maldad
en mí.
10 He aquí que él buscó acha-
ques contra mí, y me tiene por
su enemigo;
11 Puso mis pies en el cepo, y
guardó todas mis sendas.
12 He aquí en esto no has habla-
do justamente: yo te responderé
que mayor es Dios que el hom-
bre.
13 ¿Por qué tomaste pleito con-
tra él? Porque él no da cuenta de
ninguna de sus razones.
14 Sin embargo, en una o en dos
maneras habla Dios; *mas el hombre*
no entiende.
15 Por sueño de visión nocturna,
cuando el sueño profundo cae
sobre los hombres, cuando se
adormecen sobre el lecho;
16 Entonces revela al oído de los
hombres, y les señala su consejo;
17 Para quitar al hombre de *su*
obra, y apartar del varón la so-
berbia.
18 Detendrá su alma de la fosa, y
su vida de que pase a espada.
19 También sobre su cama es cas-
tigado con dolor fuerte en todos
sus huesos,
20 Que le hace que su vida abo-
rrezca el pan, y su alma la comi-
da suave.
21 Su carne desfallece sin verse,
y sus huesos, que antes no se
veían, aparecen.
22 Y su alma se acerca al sepul-
cro, y su vida a los que causan la
muerte.

23 Si tuviera cerca de él un men-
sajero, algún intérprete, uno es-
cogido de entre mil, para anun-
ciar al hombre su deber;
24 Que le diga que *Dios* tuvo de
él misericordia, que lo libró de
descender al hoyo, que halló res-
cate:
25 Enterneceráse su carne más
que de niño, volverá a los días
de su mocedad.
26 Orará a Dios, y le amará, y
verá su faz con júbilo: y él resti-
tuirá al hombre su justicia.
27 Él mira sobre los hombres; y
el que dijere: Pequé, y pervertí lo
recto, y no me ha aprovechado;
28 *Dios* redimirá su alma, que
no pase al sepulcro, y su vida se
verá en luz.
29 He aquí, todas estas cosas
hace Dios dos y tres veces con el
hombre;
30 Para apartar su alma del se-
pulcro, y para iluminarlo con la
luz de los vivientes.
31 Escucha, Job, y óyeme; calla,
y yo hablaré.
32 Que si tuvieres razones, res-
póndeme: habla, porque yo te
quiero justificar.
33 Y si no, óyeme tú a mí; calla,
y enseñarte he sabiduría.

CAPÍTULO 34

ADEMÁS respondió Eliú, y
dijo:
2 Oid, sabios, mis palabras; y vo-
sotros que tenéis conocimiento,
estadme atentos.
3 Porque el oído prueba las pala-
bras, como el paladar gusta para
comer.
4 Escojamos para nosotros el jui-
cio, conozcamos entre nosotros
cuál *sea* lo bueno:
5 Porque Job ha dicho: Yo soy
justo, y Dios me ha quitado mi
derecho.
6 ¿He de mentir yo contra mi
razón? Mi saeta es gravosa sin
haber yo prevaricado.
7 ¿Qué hombre hay como Job,
que bebe el escarnio como agua?
8 Y va en compañía con los que
obran iniquidad, y anda con los
hombres maliciosos.
9 Porque ha dicho: De nada ser-
virá al hombre el conformar su
voluntad con Dios.
10 Por tanto, varones de enten-
dimiento, oídme: Lejos esté de
Dios la impiedad, y del Todopo-
deroso la iniquidad.
11 Porque él pagará al hombre
según su obra, y él le hará hallar
conforme a su camino.
12 Sí, por cierto, Dios no hará
injusticia, y el Todopoderoso no
pervertirá el derecho.
13 ¿Quién visitó por él la tierra?
¿y quién puso en orden todo el
mundo?
14 Si él pusiese sobre el *hombre*
su corazón, y recogiese así su es-
píritu y su aliento,
15 Toda carne perecería junta-
mente, y el hombre se tornaría
en polvo.
16 Si pues *hay en ti* entendi-
miento, oye esto: escucha la voz
de mis palabras.
17 ¿Enseñorearáse el que abo-
rrece juicio? ¿y condenarás tú al
que es tan justo?
18 ¿Hase de decir al rey: Perver-
so; y a los príncipes: Impíos?
19 *¿Cuánto menos a* aquel que no
hace acepción de personas de
príncipes, ni el rico es de él más
respetado que el pobre? porque
todos son obras de sus manos.
20 En un momento morirán, y a
media noche se alborotarán los

pueblos, y pasarán, y sin mano
será quitado el poderoso.
21 Porque sus ojos están sobre
los caminos del hombre, y ve
todos sus pasos.
22 No hay tinieblas ni sombra de
muerte donde se encubran los
que obran maldad.
23 No carga pues él al hombre
más *de lo justo*, para que vaya con
Dios a juicio.
24 Él quebrantará a los fuertes
sin pesquisa, y hará estar otros
en su lugar.
25 Por tanto él hará notorias
las obras de ellos, cuando los
trastornará en la noche, y serán
quebrantados.
26 Como a malos los herirá en
lugar donde sean vistos:
27 Por cuanto así se apartaron de
él, y no consideraron todos sus
caminos;
28 Haciendo venir delante de él
el clamor del pobre, y que oiga el
clamor de los necesitados.
29 Y si él diere reposo, ¿quién
inquietará? si escondiere el ros-
tro, ¿quién lo mirará? *Esto* sobre
una nación, y lo mismo sobre un
hombre;
30 Haciendo que no reine el
hombre hipócrita para vejacio-
nes del pueblo.
31 De seguro conviene se diga
a Dios: Llevado he ya *castigo*, no
más ofenderé:
32 Enséñame tú lo que yo no veo:
que si hice mal, no lo haré más.
33 *¿Ha de ser eso* según tu mente?
Él te retribuirá, ora rehúses, ora
aceptes, y no yo: di si no, lo que
tú sabes.
34 Los hombres de entendimien-
to dirán conmigo, y el hombre
sabio me oirá.
35 Job no habla con conocimien-
to, y sus palabras no *son* con sa-
biduría.
36 Deseo yo que Job sea probado
ampliamente, a causa de sus res-
puestas por los hombres inicuos.
37 Porque a su pecado añadió
impiedad: bate las manos entre
nosotros, y contra Dios multipli-
ca sus palabras.

CAPÍTULO 35

Y PROCEDIENDO Eliú en su ra-
zonamiento, dijo:
2 ¿Piensas ser conforme a dere-
cho esto *que* dijiste: Más justo soy
yo que Dios?
3 Porque dijiste: ¿Qué ventaja
sacarás tú de ello? ¿o qué prove-
cho tendré de mi pecado?
4 Yo te responderé razones, y a
tus compañeros contigo.
5 Mira a los cielos, y ve, y consi-
dera que las nubes son más altas
que tú.
6 Si pecares, ¿qué habrás hecho
contra él? y si tus rebeliones se
multiplicaren, ¿qué le harás tú?
7 Si fueres justo, ¿qué le darás a
él? ¿o qué recibirá de tu mano?
8 Al hombre como tú *dañará* tu
impiedad, y al hijo del hombre
aprovechará tu justicia.
9 A causa de la multitud de las
violencias clamarán, y se lamen-
tarán por el poderío de los gran-
des.
10 Y ninguno dice: ¿Dónde está
Dios mi Hacedor, que da cancio-
nes en la noche,
11 Que nos enseña más que a las
bestias de la tierra, y nos hace sa-
bios más que las aves del cielo?
12 Allí clamarán, y él no oirá, por
la soberbia de los malos.
13 Ciertamente Dios no oirá la
vanidad, ni la mirará el Todopo-
deroso.

14 Aunque más digas, No lo mirará; haz juicio delante de él, y en él espera.

15 Mas ahora, porque en su ira no visita, ni conoce con rigor,

16 Por eso Job abrió su boca vanamente, y multiplica palabras sin conocimiento.

CAPÍTULO 36

Y AÑADIÓ Eliú, y dijo:

2 Espérame un poco, y enseñarte he; porque todavía *tengo* razones en orden a Dios.

3 Tomaré mi conocimiento de lejos, y atribuiré justicia a mi Hacedor.

4 Porque de cierto no *son* mentira mis palabras; contigo *está* el que es perfecto en *su* conocimiento.

5 He aquí que Dios es grande, mas no desestima a nadie; es poderoso en fuerza de sabiduría.

6 No otorgará vida al impío y a los afligidos dará su derecho.

7 No quitará sus ojos del justo; antes bien con los reyes los pondrá en solio para siempre, y serán ensalzados.

8 Y si estuvieren prendidos en grillos, y aprisionados en las cuerdas de aflicción,

9 Él les dará a conocer la obra de ellos, y que prevalecieron sus rebeliones.

10 Despierta además el oído de ellos para la corrección, y díce*les* que se conviertan de la iniquidad.

11 Si obedecieren, y *le* sirvieren, acabarán sus días en prosperidad, y sus años en deleites.

12 Mas si no obedecieren, serán pasados a espada, y perecerán sin conocimiento.

13 Empero los hipócritas de corazón lo irritarán más, y no clamarán cuando él los atare.

14 Fallecerá el alma de ellos en su mocedad, y su vida entre los sodomitas.

15 Al pobre librará de su pobreza, y en la aflicción despertará su oído.

16 Asimismo te apartaría de la boca de la angustia a lugar espacioso, *libre* de todo apuro; y te asentará mesa llena de grosura.

17 Mas tú has llenado el juicio del impío, *en vez* de sustentar el juicio y la justicia.

18 Por lo cual *teme* que *en su* ira no te quite con golpe, el cual no puedas apartar de ti con gran rescate.

19 ¿Hará él estima de tus riquezas, ni del oro, ni de todas las fuerzas del poder?

20 No anheles la noche, en que desaparecen los pueblos de su lugar.

21 Guárdate, no tornes a la iniquidad; pues ésta escogiste más bien que la aflicción.

22 He aquí que Dios es excelso con su potencia; ¿qué enseñador semejante a él?

23 ¿Quién le ha prescrito su camino? ¿y quién *le* dirá: Iniquidad has hecho?

24 Acuérdate de engrandecer su obra, la cual contemplan los hombres.

25 Los hombres todos la ven; mírala el hombre de lejos.

26 He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos; ni se puede rastrear el número de sus años.

27 Él reduce las gotas de las aguas, al derramarse la lluvia según el vapor;

28 Las cuales destilan las nubes, goteando en abundancia sobre los hombres.

29 ¿Quién podrá tampoco com-
prender la extensión de las
nubes, y el sonido estrepitoso de
su pabellón?
30 He aquí que sobre él extiende
su luz, y cobija *con ella* las raíces
del mar.
31 Bien que por esos medios cas-
tiga a los pueblos, a la multitud
da comida.
32 Con las nubes encubre la luz,
y mándale *no brillar*, interpo-
niendo *aquéllas*.
33 Tocante a ella anunciará *el*
trueno, su compañero, *que hay*
acumulación de ira sobre el que
se eleva.

CAPÍTULO 37

A ESTO también se espanta mi
corazón, y salta de su lugar.
2 Oíd atentamente su voz terri-
ble, y el sonido que sale de su
boca.
3 Debajo de todo el cielo lo diri-
ge, y su luz hasta los fines de la
tierra.
4 Después de ella bramará el so-
nido, tronará él con la voz de
su magnificencia; y aunque sea
oída su voz, no los detiene.
5 Tronará Dios maravillosamen-
te con su voz; él hace grandes
cosas, que nosotros no entende-
mos.
6 Porque a la nieve dice: Des-
ciende a la tierra; también a la
llovizna, y a los aguaceros de su
fortaleza.
7 Así hace retirarse a todo hom-
bre, para que los hombres todos
reconozcan su obra.
8 La bestia se entrará en su es-
condrijo, y estaráse en sus mo-
radas.
9 Del sur viene el torbellino, y el
frío de los vientos del norte.
10 Por el soplo de Dios se da el
hielo, y las anchas aguas son
constreñidas.
11 Regando también llega a disi-
par la densa nube, y con su luz
esparce la niebla.
12 Asimismo por sus designios
se revuelven las nubes en derre-
dor, para hacer sobre la faz del
mundo, en la tierra, lo que él les
mandara.
13 Unas veces por azote, otras
por causa de su tierra, otras por
misericordia las hará parecer.
14 Escucha esto, Job; repósate, y
considera las maravillas de Dios.
15 ¿Supiste tú cuándo Dios las
ponía en concierto, y hacía le-
vantar la luz de su nube?
16 ¿Has tú conocido las diferen-
cias de las nubes, las maravillas
del perfecto en conocimiento?
17 ¿Cómo están calientes tus
ropas, cuando él aquieta la tierra
por *el viento* del sur?
18 ¿Extendiste tú el cielo con él,
firme como un espejo sólido?
19 Muéstranos qué le hemos de
decir; *porque* nosotros no pode-
mos componer *las ideas* a causa
de las tinieblas.
20 ¿Será preciso contarle cuando
yo hablaré? Por más que el hom-
bre razone, quedará como abis-
mado.
21 He aquí aún: no se puede
mirar la luz esplendente en las
nubes, luego que pasa el viento
y los limpia,
22 Viniendo de la parte del norte
la dorada claridad. En Dios hay
una majestad terrible.
23 Él *es* Todopoderoso, al cual no
alcanzamos, grande en potencia;
y en juicio y en multitud de justi-
cia no afligirá.
24 Temerlo han por tanto los

hombres: él no mira a los sabios
de corazón.

CAPÍTULO 38

Y RESPONDIÓ el SEÑOR a Job
desde un torbellino, y dijo:
2 ¿Quién es ése que oscurece el
consejo con palabras sin conoci-
miento?
3 Ahora ciñe como varón tus
lomos; yo te preguntaré y hazme
saber tú.
4 ¿Dónde estabas cuando yo fun-
daba la tierra? házme*lo* saber, si
tienes entendimiento.
5 ¿Quién ordenó sus medidas, si
lo sabes? ¿o quién extendió sobre
ella cordel?
6 ¿Sobre qué están fundadas sus
basas? ¿o quién puso su piedra
angular,
7 Cuando las estrellas todas del
alba alababan, y se regocijaban
todos los hijos de Dios?
8 ¿Quién encerró con puertas el
mar, cuando se derramaba por
fuera *como* saliendo de madre;
9 Cuando puse yo nubes por ves-
tidura suya, y por su faja oscuri-
dad.
10 Y establecí sobre ella mi de-
creto, y le puse puertas y cerrojo,
11 Y dije: Hasta aquí vendrás, y
no pasarás adelante, y ahí parará
la hinchazón de tus ondas?
12 ¿Has tú mandado a la maña-
na en tus días? ¿has mostrado al
alba su lugar,
13 Para que ocupe los fines de la
tierra, y que sean sacudidos de
ella los impíos?
14 Trasmúdase como lodo bajo
de sello, y viene a estar como *con*
vestidura:
15 Mas la luz de los impíos es
quitada de ellos, y el brazo enal-
tecido es quebrantado.
16 ¿Has entrado tú hasta los pro-
fundos del mar, y has andado es-
cudriñando el abismo?
17 ¿Hante sido descubiertas
las puertas de la muerte, y has
visto las puertas de la sombra de
muerte?
18 ¿Has tú considerado hasta las
anchuras de la tierra? Declara si
sabes todo esto.
19 ¿Por dónde va el camino a
la habitación de la luz, y dónde
está el lugar de las tinieblas?
20 ¿Si llevarás tú *ambas cosas* a
sus términos, y entenderás las
sendas de su casa?
21 ¿Sabíaslo tú porque hubieses
ya nacido, o *porque es* grande el
número de tus días?
22 ¿Has tú entrado en los tesoros
de la nieve, o has visto los teso-
ros del granizo,
23 Lo cual tengo yo reservado
para el tiempo de angustia, para
el día de la guerra y de la bata-
lla?
24 ¿Por qué camino se reparte la
luz, y se esparce el viento solano
sobre la tierra?
25 ¿Quién repartió conducto al
turbión, y camino a los relámpa-
gos y truenos,
26 Haciendo llover sobre la tie-
rra deshabitada, sobre el desier-
to, donde no hay hombre,
27 Para hartar la *tierra* desierta
e inculta, y para hacer brotar la
tierna hierba?
28 ¿Tiene la lluvia padre? ¿o
quién engendró las gotas del
rocío?
29 ¿De qué vientre salió el hielo?
y la escarcha del cielo, ¿quién la
engendró?
30 Las aguas se endurecen a ma-
nera de piedra, y se congela la
faz del profundo.

31 ¿Podrás tú impedir las delicias de las Pléyades, o desatarás las ligaduras del Orión?
32 ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones, o guiarás el Arcturo con sus hijos?
33 ¿Supiste tú las ordenanzas del cielo? ¿dispondrás tú de su potestad en la tierra?
34 ¿Alzarás tú a las nubes tu voz, para que te cubra muchedumbre de aguas?
35 ¿Enviarás tú los relámpagos, para que ellos vayan? ¿y diránte ellos: Henos aquí?
36 ¿Quién puso la sabiduría en el interior? ¿o quién dio al corazón entendimiento?
37 ¿Quién puede contar las nubes con sabiduría? o los odres del cielo, ¿quién los hace parar,
38 Cuando el polvo se ha convertido en dureza, y los terrones se han pegado unos con otros?
39 ¿Cazarás tú la presa para el león? ¿y saciarás el hambre de los leoncillos,
40 Cuando están echados en las cuevas, o se están en sus guaridas para acechar?
41 ¿Quién preparó al cuervo su alimento, cuando sus pollos claman a Dios, bullendo de un lado a otro por carecer de comida?

CAPÍTULO 39

¿SABES tú el tiempo en que paren las cabras monteses? ¿o miraste tú las ciervas cuando están pariendo?
2 ¿Contaste tú los meses de su preñez, y sabes el tiempo cuando han de parir?
3 Encórvanse, hacen salir sus hijos, pasan sus dolores.
4 Sus hijos están sanos, crecen con el pasto: salen y no vuelven a ellas.
5 ¿Quién echó libre al asno montés, y quién soltó sus ataduras?
6 Al cual yo puse casa en la soledad, y sus moradas en lugares estériles.
7 Búrlase de la multitud de la ciudad: no oye las voces del arriero.
8 Lo oculto de los montes es su pasto, y anda buscando todo lo que está verde.
9 ¿Querrá el unicornio servirte a ti, ni quedar a tu pesebre?
10 ¿Atarás tú al unicornio con su coyunda para el surco? ¿Labrará los valles en pos de ti?
11 ¿Confiarás tú en él, por ser grande su fortaleza, y le fiarás tu labor?
12 ¿Fiarás de él que te tornará tu simiente, y que la allegará en tu era?
13 *¿Diste tú* hermosas alas al pavo real, o alas y plumas al avestruz?
14 El cual desampara en la tierra sus huevos, y sobre el polvo los calienta,
15 Y olvídase de que los pisará el pie, y que los quebrará bestia del campo.
16 Endurécese para con sus hijos, como si no fuesen suyos, no temiendo que su trabajo haya sido en vano:
17 Porque le privó Dios de sabiduría, y no le dio entendimiento.
18 Luego que se levanta en alto, búrlase del caballo y de su jinete.
19 ¿Diste tú al caballo la fortaleza? ¿vestiste tú su cerviz de relincho?
20 ¿Le intimidarás tú como a alguna langosta? El resoplido de su nariz es formidable:
21 Escarba la tierra, alégrase en

su fuerza, sale al encuentro de
las armas:
22 Hace burla del espanto, y no
teme, ni vuelve el rostro delante
de la espada.
23 Contra él suena la aljaba, el
hierro de la lanza y de la pica:
24 Y él con ímpetu y furor escar-
ba la tierra, sin importarle el so-
nido de la bocina;
25 *Antes como* que dice entre los
clarines: ¡Ea!, y desde lejos huele
la batalla, el grito de los capita-
nes, y la vocería.
26 ¿Vuela el gavilán por tu in-
dustria, y extiende hacia el sur
sus alas?
27 ¿Se remonta el águila por tu
mandamiento, y pone en alto su
nido?
28 Ella habita y está en la roca,
en la cumbre de la roca, en lugar
seguro.
29 Desde allí acecha la comida:
sus ojos observan de muy lejos.
30 Sus pollos chupan la sangre: y
donde hubiere cadáveres, allí está.

CAPÍTULO 40

AMÁS de eso respondió el
SEÑOR a Job, y dijo:
2 ¿Es sabiduría contender con el
Todopoderoso? El que disputa
con Dios, responda a esto.
3 Y respondió Job al SEÑOR, y
dijo:
4 He aquí que yo soy vil, ¿qué
te responderé? Mi mano pongo
sobre mi boca.
5 Una vez hablé, y no responde-
ré: aun dos veces, mas no torna-
ré a hablar.
6 Entonces respondió el SEÑOR
a Job desde la oscuridad, y dijo:
7 Cíñete ahora como varón tus
lomos; yo te preguntaré, y explí-
came.
8 ¿Invalidarás tú también mi jui-
cio? ¿me condenarás a mí, para
justificarte a ti?
9 ¿Tienes tú brazo como Dios? ¿y
tronarás tú con voz como él?
10 Atavíate ahora de majestad y
de alteza: y vístete de honra y de
hermosura.
11 Esparce furores de tu ira: y
mira a todo soberbio, y abátelo.
12 Mira a todo soberbio, y humí-
llalo, y quebranta a los impíos en
su asiento.
13 Encúbrelos a todos en el polvo,
venda sus rostros en la oscuridad;
14 Y yo también te confesaré que
podrá salvarte tu diestra.
15 He aquí ahora behemot, al
cual yo hice contigo; hierba
come como buey.
16 He aquí ahora que su fuerza
está en sus lomos, y su fortaleza
en el ombligo de su vientre.
17 Su cola mueve como un cedro,
y los nervios de sus genitales son
entretejidos.
18 Sus huesos son fuertes *como*
latón, y sus miembros como ba-
rras de hierro.
19 Él es la cabeza de los caminos de
Dios: el que lo hizo, puede hacer
que su espada a él se acerque.
20 Ciertamente los montes pro-
ducen hierba para él: y toda bes-
tia del campo retoza allá.
21 Echaráse debajo de las som-
bras, en lo oculto de las cañas, y
de los lugares húmedos.
22 Los árboles sombríos lo cu-
bren con su sombra; los sauces
del arroyo lo cercan.
23 He aquí que él tomará el río
sin inmutarse: y confíase que el
Jordán pasará por su boca.
24 ¿Tomarálo alguno por sus
ojos en armadijos, y horadará su
nariz?

CAPÍTULO 41

¿SACARÁS tú al leviatán con
el anzuelo, o con la cuerda
que le echares en su lengua?
2 ¿Pondrás tú garfio en sus nari-
ces, y horadarás con espinas su
quijada?
3 ¿Multiplicará él ruegos para
contigo? ¿hablaráte él lisonjas?
4 ¿Hará concierto contigo para
que lo tomes por siervo perpetuo?
5 ¿Jugarás tú con él como con
pájaro, o lo atarás para tus niñas?
6 ¿Harán de él banquete los com-
pañeros? ¿partiránlo entre los
mercaderes?
7 ¿Podrás tú llenarle el cuero de
garrochas, o con arpón de pesca-
dores su cabeza?
8 Pon tu mano sobre él; te acor-
darás de la batalla, y nunca más
tornarás.
9 He aquí que la esperanza acer-
ca de él será burlada: porque aun
a su sola vista se desmayarán.
10 Nadie hay tan osado que lo
despierte: ¿quién pues podrá
estar delante de mí?
11 ¿Quién me ha anticipado,
para que yo restituya? *Todo lo que
hay* debajo del cielo es mío.
12 Yo no callaré sus miembros,
ni lo de sus fuerzas y la gracia de
su disposición.
13 ¿Quién descubrirá la delante-
ra de su vestidura? ¿quién se lle-
gará a él con freno doble?
14 ¿Quién abrirá las puertas de
su rostro? Los órdenes de sus
dientes espantan.
15 *Sus* escamas *son su* orgullo, ce-
rrados entre sí estrechamente.
16 El uno se junta con el otro,
que viento no entra entre ellos.
17 Pegado está el uno con el otro,
están trabados entre sí, que no se
pueden apartar.
18 Con sus estornudos encienden
lumbre, y sus ojos son como los
párpados del alba.
19 De su boca salen hachas de
fuego, centellas de fuego proce-
den.
20 De sus narices sale humo,
como de una olla o caldero que
hierve.
21 Su aliento enciende los carbo-
nes, y de su boca sale llama.
22 En su cerviz mora la fortaleza,
y espárcese el desaliento delante
de él.
23 Las partes momias de su carne
están apretadas: están en él fir-
mes, y no se mueven.
24 Su corazón es firme como una
piedra, y fuerte como la muela
de abajo.
25 De su grandeza tienen temor
los fuertes, y a causa de su desfa-
llecimiento hacen por purificar-
se.
26 Cuando alguno lo alcanzare,
ni espada, ni lanza, ni dardo, ni
coselete durará.
27 El hierro estima por pajas, y
el latón por leño podrido.
28 Saeta no le hace huir; las pie-
dras de honda se le tornan aris-
tas.
29 Tiene toda arma por hojaras-
cas, y del blandir de la pica se
burla.
30 Por debajo *tiene* agudas con-
chas; imprime *su* agudez en el
suelo.
31 Hace hervir como una olla la
profunda mar, y tórnala como
una olla de ungüento.
32 En pos de sí hace resplande-
cer la senda, que parece que el
abismo *sea* cano.
33 No hay sobre la tierra su se-
mejante, hecho para nada temer.
34 Mira toda cosa alta: él *es* rey

sobre todos los hijos de la soberbia.

CAPÍTULO 42

Y RESPONDIÓ Job al SEÑOR, y dijo:
2 Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
3 ¿Quién es el que oscurece el consejo sin conocimiento? por tanto yo denunciaba lo que no entendía; cosas que me eran ocultas, y que no las sabía.
4 Oye, te ruego, y hablaré: te preguntaré, y tú me enseñarás.
5 De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.
6 Por tanto *me* aborrezco, y me arrepiento en el polvo y en la ceniza.
7 Y aconteció que después que habló el SEÑOR estas palabras a Job, el SEÑOR dijo a Elifaz Temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros: porque no habéis hablado por mí lo recto, como mi siervo Job.
8 Ahora pues, tomaos siete becerros y siete carneros, y andad a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado por mí con rectitud, como mi siervo Job.
9 Fueron pues Elifaz Temanita, y Bildad Suhita, y Zofar Nahamatita, e hicieron como el SEÑOR les dijo: y el SEÑOR atendió a Job.
10 Y mudó el SEÑOR la aflicción de Job, orando él por sus amigos: y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job.
11 Y vinieron a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y condoliéronse de él, y consoláronle de todo aquel mal que sobre él había el SEÑOR traído; y cada uno de ellos le dio una pieza de moneda, y un zarcillo de oro.
12 Y bendijo el SEÑOR la postrimería de Job más que su principio; porque tuvo catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes, y mil asnas.
13 Y tuvo siete hijos y tres hijas.
14 Y llamó el nombre de la una, Jemimah, y el nombre de la segunda, Cesiah, y el nombre de la tercera, Keren-hapuc.
15 Y no se hallaron mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra: y dióles su padre herencia entre sus hermanos.
16 Y después de esto vivió Job ciento y cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.
17 Murió pues Job viejo, y lleno de días.

EL LIBRO DE LOS
SALMOS

SALMO 1

BIENAVENTURADO el varón
que no anduvo en consejo de
malos, ni estuvo en camino de
pecadores, ni en silla de escarne-
cedores se ha sentado;
2 Antes en la ley del SEÑOR está
su delicia, y en su ley medita de
día y de noche.
3 Y será como el árbol plantado
junto a arroyos de aguas, que da
su fruto en su tiempo, y su hoja
no cae; y todo lo que hace, pros-
perará.
4 No así los malos: sino como el
tamo que arrebata el viento.
5 Por tanto no se levantarán los
malos en el juicio, ni los pecado-
res en la congregación de los jus-
tos.
6 Porque el SEÑOR conoce el ca-
mino de los justos; mas el cami-
no de los malos perecerá.

SALMO 2

¿POR qué se amotinan las gen-
tes, y los pueblos imaginan
cosas vanas?
2 Estarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos
contra el SEÑOR, y contra su un-
gido, *diciendo*:
3 Rompamos sus coyundas, y
echemos de nosotros sus cuerdas.
4 El que mora en los cielos se
reirá; el Señor se burlará de ellos.
5 Entonces hablará a ellos en su
furor, y turbarálos con su ira.
6 Yo empero he puesto mi rey
sobre Sión, monte de mi santi-
dad.
7 Yo publicaré el decreto: el
SEÑOR me ha dicho: Mi Hijo
eres tú; yo te engendré hoy.
8 Pídeme, y te daré por heredad
las gentes, y por posesión tuya
los términos de la tierra.
9 Quebrantarlos has con vara de
hierro: como vaso de alfarero los
desmenuzarás.
10 Y ahora, reyes, entended: ad-
mitid corrección, jueces de la tie-
rra.
11 Servid al SEÑOR con temor, y
alegraos con temblor.
12 Besad al Hijo, porque no se
enoje, y perezcáis en el camino,
cuando se encendiere un poco su
furor. Bienaventurados todos los
que en él confían.

SALMO 3

*Salmo de David, cuando huía de
delante de Absalom su hijo.*

¡OH SEÑOR, cuánto se han mul-
tiplicado mis enemigos! mu-
chos se levantan contra mí.
2 Muchos dicen de mi alma: No
hay para él salvación en Dios.
Selah.
3 Mas tú, oh SEÑOR, eres escudo
alrededor de mí: mi gloria, y el
que ensalza mi cabeza.
4 Con mi voz clamé al SEÑOR, y
él me respondió desde el monte
de su santidad. Selah.
5 Yo me acosté, y dormí, y des-
perté; porque el SEÑOR me sos-
tuvo.
6 No temeré de diez millares de
pueblos, que pusieren cerco con-
tra mí.
7 Levántate, oh SEÑOR; sálva-
me, Dios mío: porque tú heriste

a todos mis enemigos en la quijada; los dientes de los malos quebrantaste.
8 La salvación *pertenece* al SEÑOR: sobre tu pueblo será tu bendición. Selah.

SALMO 4

Al Músico principal: sobre Neginot: Salmo de David.

RESPÓNDEME cuando clamo, oh Dios de mi justicia: *estando* en angustia, tú me hiciste ensanchar: ten misericordia de mí, y oye mi oración.
2 Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo volveréis mi honra en infamia, amaréis la vanidad, y buscaréis la mentira? Selah.
3 Sabed pues, que el SEÑOR hizo apartar al pío para sí: el SEÑOR oirá cuando yo a él clamare.
4 Temblad, y no pequéis: conversad en vuestro corazón sobre vuestra cama, y desistid. Selah.
5 Ofreced sacrificios de justicia, y confiad en el SEÑOR.
6 Muchos dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh SEÑOR, la luz de tu rostro.
7 Tú diste alegría en mi corazón, más que *tienen ellos* en el tiempo que se multiplicó su grano y su mosto.
8 En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, SEÑOR, me harás estar confiado.

SALMO 5

Al Músico principal: sobre Nehilot: Salmo de David.

ESCUCHA, oh SEÑOR, mis palabras; considera la meditación mía.
2 Está atento a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré.
3 Oh SEÑOR, de mañana oirás mi voz; de mañana *me* presentaré a ti, y esperaré.
4 Porque tú no eres un Dios que ame la maldad: el malo no habitará junto a ti.
5 No estarán los insensatos delante de tus ojos: aborreces a todos los que obran iniquidad.
6 Destruirás a los que hablan mentira: al hombre de sangres y de engaño abominará el SEÑOR.
7 Y yo en la multitud de tu misericordia entraré en tu casa: adoraré hacia el templo de tu santidad en tu temor.
8 Guíame, oh SEÑOR, en tu justicia a causa de mis enemigos; endereza delante de mí tu camino.
9 Porque no hay en su boca rectitud: sus entrañas son pravedades; sepulcro abierto su garganta: con su lengua lisonjearán.
10 Desbarátalos, oh Dios; caigan de sus consejos: por la multitud de sus rebeliones échalos, porque se rebelaron contra ti.
11 Y alegrarse han todos los que en ti confían; para siempre darán voces de júbilo, porque tú los defiendes: y en ti se regocijarán los que aman tu nombre.
12 Porque tú, oh SEÑOR, bendecirás al justo; lo cercarás de benevolencia como *con* un escudo.

SALMO 6

Al Músico principal: en Neginot sobre Seminit: Salmo de David.

OH SEÑOR, no me reprendas en tu furor, ni me castigues con tu ira.
2 Ten misericordia de mí, oh SEÑOR, porque yo estoy debilitado: Sáname, oh SEÑOR, porque mis huesos están conmovidos.

3 Mi alma asimismo está muy
conturbada: y tú, oh SEÑOR,
¿hasta cuándo?
4 Vuelve, oh SEÑOR, libra mi
alma; sálvame por tu misericor-
dia.
5 Porque en la muerte no hay
memoria de ti: ¿quién te dará
gracias en el sepulcro?
6 Heme consumido a fuerza de
gemir: todas las noches inundo
mi lecho, riego mi estrado con
mis lágrimas.
7 Mis ojos están carcomidos de
descontento; hanse envejecido a
causa de todos mis angustiado-
res.
8 Apartaos de mí, todos los obra-
dores de iniquidad; porque el
SEÑOR ha oído la voz de mi lloro.
9 El SEÑOR ha oído mi ruego; ha
recibido el SEÑOR mi oración.
10 Se avergonzarán, y turbarán-
se mucho todos mis enemigos;
volveránse y serán avergonzados
subitáneamente.

SALMO 7

Sigaión de David, que cantó al SEÑOR sobre las palabras de Cus, hijo de Benjamín.

OH SEÑOR Dios mío, en ti he
confiado: sálvame de todos
los que me persiguen, y líbrame;
2 No sea que arrebate mi alma,
cual león que despedaza, sin que
haya quien libre.
3 Oh SEÑOR Dios mío, si yo he
hecho esto, si hay en mis manos
iniquidad;
4 Si di mal pago al pacífico con-
migo, (hasta he libertado al que
sin causa era mi enemigo;)
5 Persiga el enemigo mi alma,
y alcánce*la*; y pise en tierra mi
vida, y mi honra ponga en el
polvo. Selah
6 Levántate, oh SEÑOR, con tu
furor; álzate a causa de las iras
de mis angustiadores, y despier-
ta en favor mío el juicio *que* man-
daste.
7 Y te rodeará concurso de pue-
blo; por cuyo amor vuélvete
luego a *levantar* en alto.
8 El SEÑOR juzgará los pueblos:
júzgame, oh SEÑOR, conforme a
mi justicia y conforme a mi inte-
gridad.
9 Consúmase ahora la malicia de
los inicuos, y establece al justo;
pues el Dios justo prueba los co-
razones y los riñones.
10 Mi escudo está en Dios, que
salva a los rectos de corazón.
11 Dios es el que juzga al justo:
Y Dios está airado todos los días
contra el impío.
12 Si no se convirtiere, él afila-
rá su espada: armado tiene ya su
arco, y lo ha preparado.
13 Asimismo ha aparejado para
él armas de muerte; ha labrado
sus saetas para los que persiguen.
14 He aquí ha tenido parto de
iniquidad: concibió perversidad,
y parió mentira.
15 Pozo ha cavado, y ahondádo-
lo; y en la fosa que hizo caerá.
16 Su trabajo se tornará sobre su
cabeza, y su agravio descenderá
sobre su mollera.
17 Alabaré yo al SEÑOR confor-
me a su justicia, y cantaré al
nombre del SEÑOR el Altísimo.

SALMO 8

Al Músico principal: sobre Gitit: Salmo de David.

OH SEÑOR, Señor nuestro,
¡cuán grande es tu nombre
en toda la tierra, que has puesto
tu gloria sobre los cielos!
2 De la boca de los chiquitos y

de los que maman, fundaste la
fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer cesar al enemigo,
y al que se venga.
3 Cuando veo tus cielos, obra de
tus dedos, la luna y las estrellas
que tú formaste:
4 *Digo*: ¿Qué es el hombre, para
que tengas de él memoria, y el
hijo del hombre, que lo visites?
5 Pues le has hecho poco menor
que los ángeles, y coronástelo de
gloria y de lustre.
6 Hicístelo enseñorear de las
obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies:
7 Ovejas, y bueyes, todo ello; y
asimismo las bestias del campo;
8 Las aves del cielo, y los peces
del mar; todo cuanto pasa por
los senderos del mar.
9 Oh SEÑOR, Señor nuestro,
¡cuán grande es tu nombre en
toda la tierra!

SALMO 9

Al Músico principal: sobre Mutlaben: Salmo de David.

TE alabaré, oh SEÑOR, con
todo mi corazón; contaré
todas tus maravillas.
2 Alegraréme y regocijaréme en
ti: cantaré a tu nombre, oh Altísimo;
3 Por haber sido mis enemigos
vueltos atrás: caerán y perecerán
delante de ti.
4 Porque has hecho mi juicio y
mi causa: sentástete en silla juzgando justicia.
5 Reprendiste gentes, destruiste
al malo, raíste el nombre de ellos
para siempre jamás.
6 Oh enemigo, acabados son
para siempre los asolamientos;
y las ciudades que derribaste, su
memoria pereció con ellas.
7 Mas el SEÑOR permanecerá
para siempre: dispuesto ha su
trono para juicio.
8 Y él juzgará el mundo con justicia; y juzgará los pueblos con
rectitud.
9 Y será el SEÑOR refugio al
pobre, refugio para el tiempo de
angustia.
10 Y en ti confiarán los que conocen tu nombre; por cuanto tú, oh
SEÑOR, no desamparaste a los
que te buscaron.
11 Cantad alabanzas al SEÑOR,
que habita en Sión: declarad
entre los pueblos sus obras.
12 Porque demandando la sangre
se acordó de ellos: No se olvidó
del clamor de los pobres.
13 Ten misericordia de mí, oh
SEÑOR: Mira mi aflicción *que padezco* de los que me aborrecen, tú
que me levantas de las puertas
de la muerte;
14 Porque cuente yo todas tus
alabanzas en las puertas de la
hija de Sión, y me goce en tu salvación.
15 Hundiéronse las gentes en la
fosa que hicieron; en la red que
escondieron fue tomado su pie.
16 El SEÑOR fue conocido *en* el
juicio que hizo; en la obra de sus
manos fue enlazado el malo. Higaion. Selah.
17 Los malos serán trasladados al
infierno, *y* todas las naciones que
se olvidan de Dios.
18 Porque no para siempre será
olvidado el pobre; ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente.
19 Levántate, oh SEÑOR; no se
fortalezca el hombre; sean juzgadas las gentes delante de ti.
20 Pon, oh SEÑOR, temor en
ellos: conozcan las gentes que

son no más que hombres. Selah.

SALMO 10

¿POR qué estás lejos, oh SEÑOR,
y te escondes en el tiempo de
la tribulación?
2 Con arrogancia el malo persi-
gue al pobre: serán cogidos en
los artificios que han ideado.
3 Por cuanto se alaba el malo del
deseo de su alma, y bendice al
codicioso *a quien* el SEÑOR abo-
rrece.
4 El malo, por la altivez de su
rostro, no busca *a Dios*: no hay
Dios *en* todos sus pensamientos.
5 Sus caminos son viciosos en
todo tiempo: tus juicios *los tiene*
muy lejos de su vista: Echa boca-
nadas en *orden* a todos sus ene-
migos.
6 Dice en su corazón: No seré
movido en ningún tiempo, ni
jamás *me alcanzará* el infortunio.
7 Llena está su boca de maldición,
y de engaños y fraude: debajo de
su lengua, vejación y maldad.
8 Está en las guaridas de las alde-
as: en los escondrijos mata al
inocente: sus ojos están acechan-
do al pobre.
9 Acecha en oculto, como el león
desde su cama: acecha para arre-
batar al pobre: arrebata al pobre
trayéndolo a su red.
10 Encógese, agáchase, y caen
en sus fuerzas muchos desdicha-
dos.
11 Dice en su corazón: Dios está
olvidado, ha encubierto su ros-
tro; nunca lo verá.
12 Levántate, oh SEÑOR; Oh
Dios, alza tu mano, no te olvides
de los pobres.
13 ¿Por qué irrita el malo a Dios?
En su corazón ha dicho que no *lo*
inquirirás.
14 Tú *lo* tienes visto: porque tú
miras el trabajo, y la vejación,
para vengar*le* por tu mano: a ti se
acoge el pobre, tú eres el amparo
del huérfano.
15 Quebranta el brazo del malo:
del maligno buscarás su maldad,
hasta que ninguna halles.
16 SEÑOR, Rey eterno y perpe-
tuo: de su tierra fueron destruí-
das las gentes.
17 El deseo de los humildes oíste,
oh SEÑOR: tú dispones su cora-
zón, y haces atento tu oído;
18 Para juzgar al huérfano y al
pobre, a fin de que no vuelva
más a hacer violencia el hombre
de la tierra.

SALMO 11

Al Músico principal: Salmo de David.

EN el SEÑOR he confiado;
¿cómo decís a mi alma: Esca-
pa al monte *como* ave?
2 Porque he aquí, los malos fle-
charon el arco, apercibieron sus
saetas sobre la cuerda, para asae-
tear en oculto a los rectos de co-
razón.
3 Si fueren destruidos los funda-
mentos, ¿qué podrá hacer el
justo?
4 El SEÑOR en el templo de su
santidad: el trono del SEÑOR
está en el cielo: sus ojos ven, sus
párpados examinan a los hijos de
los hombres.
5 El SEÑOR prueba al justo; em-
pero al malo y al que ama la vio-
lencia, su alma aborrece.
6 Sobre los malos lloverá lazos;
fuego y azufre, con horrible tem-
pestad, será la porción de la copa
de ellos.
7 Porque el justo SEÑOR ama
la justicia: al recto mirará su
rostro.

SALMO 12

Al Músico principal: sobre Seminit: Salmo de David.

SALVA, oh SEÑOR, porque se acabaron los piadosos: porque se han acabado los fieles de entre los hijos de los hombres.

2 Mentira habla cada uno con su prójimo; con labios lisonjeros, con corazón doble hablan.

3 Destruirá el SEÑOR todos los labios lisonjeros, la lengua que habla grandezas;

4 Que dijeron: Por nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios están con nosotros: ¿quién nos es señor?

5 Por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos, ahora me levantaré, dice el SEÑOR: pondrélos en salvo del que contra ellos se engríe.

6 Las palabras del SEÑOR, *son* palabras puras; *como* plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.

7 Tú, oh SEÑOR, las guardarás; las preservarás de aquesta generación por siempre.

8 Cercando andan los malos, mientras son exaltados los más viles de los hijos de los hombres.

SALMO 13

Al Músico principal: Salmo de David.

¿HASTA cuándo, oh SEÑOR? ¿me olvidarás para siempre? ¿hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?

2 ¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma, con ansiedad en mi corazón cada día? ¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?

3 Mira, óyeme, oh SEÑOR Dios mío: alumbra mis ojos, porque no duerma en muerte;

4 Porque no diga mi enemigo, Vencílo: y mis enemigos se alegrarán, si yo resbalare.

5 Mas yo en tu misericordia he confiado: alegraráse mi corazón en tu salvación.

6 Cantaré al SEÑOR, porque me ha hecho bien.

SALMO 14

Al Músico principal: Salmo de David.

DIJO el necio en su corazón: No hay Dios. Corrompiéronse, hicieron obras abominables; no hay quien haga bien.

2 El SEÑOR miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, por ver si había algún entendido, que buscara a Dios.

3 Todos declinaron, juntamente se han corrompido: no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno.

4 ¿No tienen conocimiento todos los que obran iniquidad? que devoran a mi pueblo *como* si pan comiesen, y al SEÑOR no invocan.

5 Allí temblaron de espanto; porque Dios está con la nación de los justos.

6 El consejo del pobre habéis escarnecido, por cuanto el SEÑOR es su esperanza.

7 ¡Quién diese de Sión la salvación de Israel! En tornando el SEÑOR la cautividad de su pueblo, se gozará Jacob, y alegraráse Israel.

SALMO 15

Salmo de David.

SEÑOR, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿quién morará en el monte de tu santidad?

2 El que anda en integridad, y obra justicia, y habla verdad en su corazón.

3 El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni contra su prójimo acoge oprobio alguno.
4 Aquel a cuyos ojos es menospreciado el vil; mas honra a los que temen al SEÑOR: y habiendo jurado en daño suyo, no por eso muda.
5 Quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente tomó cohecho. El que hace estas cosas, no será movido por siempre.

SALMO 16

Mictam de David.

GUÁRDAME, oh Dios, porque en ti he confiado.
2 Dijiste, *oh alma mía*, al SEÑOR: Tú eres el Señor: mi bien a ti no *aprovecha*;
3 *Sino* a los santos que están en la tierra, y a los íntegros: toda mi afición en ellos.
4 Multiplicaránse los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro *dios*: no ofreceré yo sus libaciones de sangre, ni en mis labios tomaré sus nombres.
5 El SEÑOR es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentarás mi suerte.
6 Las cuerdas me cayeron en lugares agradables, y es hermosa la heredad que me ha tocado.
7 Bendeciré al SEÑOR que me aconseja: aun en las noches me enseñan mis riñones.
8 Al SEÑOR he puesto siempre delante de mí: porque está a mi diestra no seré conmovido.
9 Alegróse por tanto mi corazón, y se gozó mi gloria: también mi carne reposará segura.
10 Porque no dejarás mi alma en el infierno; ni permitirás que tu santo vea corrupción.
11 Me mostrarás la senda de la vida: abundancia de alegrías hay con tu rostro; deleites en tu diestra por siempre.

SALMO 17

Oración de David.

OYE, oh SEÑOR, justicia; está atento a mi clamor; escucha mi oración hecha sin labios de engaño.
2 De delante de tu rostro salga mi juicio; vean tus ojos la rectitud.
3 Tú has probado mi corazón, hasme visitado de noche; me has apurado, y nada inicuo hallaste: Heme propuesto que mi boca no ha de propasarse.
4 Para las obras humanas, por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor.
5 Sustenta mis pasos en tus caminos, porque mis pies no resbalen.
6 Yo te he invocado, por cuanto tú me oirás, oh Dios: inclina a mí tu oído, escucha mi palabra.
7 Muestra tus estupendas misericordias, tú que salvas a los que en ti confían de los que se levantan contra tu diestra.
8 Guárdame como lo negro de la niñeta del ojo, escóndeme con la sombra de tus alas,
9 De delante de los malos que me oprimen, de mis enemigos que me cercan por la vida.
10 Cerrados están con su grosura; con su boca hablan soberbiamente.
11 Nuestros pasos nos han cercado ahora: puestos tienen sus ojos para echar*nos* por tierra.
12 Parecen al león que desea hacer presa, y al leoncillo que está escondido.
13 Levántate, oh SEÑOR; prevén

su encuentro, póstrale: libra mi
alma del malo con tu espada;
14 De los hombres con tu mano,
oh SEÑOR, de los hombres del
mundo, cuya parte es en *esta* vida,
y cuyo vientre hinches de tu te-
soro: hartan *sus* hijos, y dejan el
resto a sus chiquitos.
15 Yo en justicia veré tu rostro:
seré saciado cuando despertare a
tu semejanza.

SALMO 18

Al Músico principal: Salmo de David, siervo del SEÑOR, el cual profirió al SEÑOR las palabras de este cántico el día que le libró el SEÑOR de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl. Entonces dijo:

AMARTE he, oh SEÑOR, forta-
leza mía.
2 SEÑOR, roca mía y castillo mío,
y mi libertador; Dios mío, fuerte
mío, en él confiaré; escudo mío,
y el cuerno de mi salvación, mi
torre alta.
3 Invocaré al SEÑOR, digno de
ser alabado, y seré salvo de mis
enemigos.
4 Cercáronme dolores de muerte,
y torrentes de hombres impíos
me atemorizaron.
5 Dolores del infierno me rodea-
ron, previniéronme lazos de
muerte.
6 En mi angustia invoqué al
SEÑOR, y clamé a mi Dios: él
oyó mi voz desde su templo, y
mi clamor llegó delante de él, a
sus oídos.
7 Y la tierra fue conmovida y
tembló; y moviéronse los funda-
mentos de los montes, y se estre-
mecieron, porque se indignó él.
8 Humo subió de su nariz, y de
su boca consumidor fuego; car-
bones fueron por él encendidos.
9 Y bajó los cielos, y descendió; y
oscuridad debajo de sus pies.
10 Y cabalgó sobre un querubín,
y voló: voló sobre las alas del
viento.
11 Puso tinieblas por escondede-
ro suyo, su pabellón en derredor
de sí; oscuridad de aguas, nubes
de los cielos.
12 Por el resplandor delante de
él, sus nubes pasaron; granizo y
carbones ardientes.
13 Y tronó en los cielos el SEÑOR,
y el Altísimo dio su voz; granizo
y carbones de fuego.
14 Y envió sus saetas, y desbara-
tólos; y echó relámpagos, y los
destruyó.
15 Y aparecieron las honduras
de las aguas, y descubriéronse
los cimientos del mundo, a tu re-
prensión, oh SEÑOR, por el soplo
del viento de tu nariz.
16 Envió desde lo alto; tomóme,
sacóme de las muchas aguas.
17 Libróme de mi poderoso ene-
migo, y de los que me aborrecían,
aunque eran ellos más fuertes
que yo.
18 Asaltáronme en el día de mi
quebranto: mas el SEÑOR fue mi
apoyo.
19 Y sacóme a anchura: libróme,
porque se agradó de mí.
20 Hame pagado el SEÑOR con-
forme a mi justicia: conforme a
la limpieza de mis manos me ha
vuelto.
21 Porque yo he guardado los ca-
minos del SEÑOR, y no me apar-
té impíamente de mi Dios.
22 Pues todos sus juicios estuvie-
ron delante de mí, y no eché de
mí sus estatutos.
23 Y fui íntegro para con él, y
cauteléme de mi maldad.
24 Pagóme pues el SEÑOR con-

forme a mi justicia; conforme a
la limpieza de mis manos delan-
te de sus ojos.
25 Con el misericordioso te mos-
trarás misericordioso, y recto
para con el hombre íntegro.
26 Limpio te mostrarás para con
el limpio, y severo serás para con
el perverso.
27 Y tú salvarás al pueblo humil-
de, y humillarás los ojos altivos.
28 Tú pues alumbrarás mi lám-
para: el SEÑOR mi Dios alum-
brará mis tinieblas.
29 Pues por ti he corrido a través
de una tropa; y por mi Dios he
saltado sobre un muro.
30 Dios, perfecto su camino: es
acendrada la palabra del SEÑOR:
escudo es a todos los que en él
confían.
31 Porque ¿qué Dios hay fuera
del SEÑOR? ¿y qué roca fuera de
nuestro Dios?
32 Dios es el que me ciñe de fuer-
za, e hizo perfecto mi camino;
33 Quien pone mis pies como *pies*
de ciervas, e hízome estar sobre
mis alturas;
34 Quien enseña mis manos para
la batalla, y será quebrado con
mis brazos el arco de acero.
35 Dísteme asimismo el escudo
de tu salvación: y tu diestra me
sustentó, y tu benignidad me ha
acrecentado.
36 Ensanchaste mis pasos debajo
de mí, y no titubearon mis rodi-
llas.
37 Perseguido he mis enemigos,
y alcancélos, y no volví hasta
acabarlos.
38 Helos herido, y no podrán le-
vantarse: cayeron debajo de mis
pies.
39 Pues me ceñiste de fortale-
za para la pelea; has agobia-
do mis enemigos debajo de mí.
40 Y dísteme la cerviz de mis
enemigos, y destruí a los que me
aborrecían.
41 Clamaron, y no hubo quien
salvase: *aun* al SEÑOR, mas no
los oyó.
42 Y molílos como polvo delante
del viento; esparcílos como lodo
de las calles.
43 Librásteme de contiendas de
pueblo: pusísteme por cabecera
de gentes: pueblo que yo no co-
nocía, me sirvió.
44 Así que hubo oído, me obede-
ció; los hijos de extraños me
mintieron;
45 Los extraños flaquearon, y
tuvieron miedo desde sus ence-
rramientos.
46 Viva el SEÑOR, y sea bendita
mi roca; y ensalzado sea el Dios
de mi salvación:
47 El Dios que me da las ven-
ganzas, y sujetó pueblos a mí.
48 Mi libertador de mis enemi-
gos: hicísteme también superior
de mis adversarios; librásteme
de varón violento.
49 Por tanto yo te daré gracias
entre las gentes, oh SEÑOR, y
cantaré a tu nombre.
50 El cual engrandece las salu-
des de su rey, y hace misericor-
dia a su ungido, a David y a su
simiente, para siempre.

SALMO 19

Al Músico principal: Salmo de David.

LOS cielos declaran la gloria de
Dios, y el firmamento denun-
cia la obra de sus manos.
2 Un día emite palabra a *otro* día,
y *una* noche a *otra* noche muestra
conocimiento.
3 No hay dicho, ni palabras, ni es
oída su voz.

4 Por toda la tierra salió su hilo,
y al cabo del mundo sus palabras.
En ellos puso tabernáculo para el
sol.
5 Y él, como un novio que sale de
su tálamo, alégrase cual gigante
para correr el camino.
6 Del cabo del cielo *es* su salida,
y su giro hasta la extremidad de
ellos: y no hay quien se esconda
de su calor.
7 La ley del SEÑOR es perfecta,
que convierte el alma: el testimo-
nio del SEÑOR, fiel, que hace
sabio al simple.
8 Los preceptos del SEÑOR son
rectos, que alegran el corazón: el
mandamiento del SEÑOR, puro,
que alumbra los ojos.
9 El temor del SEÑOR, limpio,
que permanece por siempre; los
juicios del SEÑOR son verdad,
todos justos.
10 Deseables son más que el oro,
y más que mucho oro afinado;
y dulces más que miel, y que la
que destila del panal.
11 Tu siervo es además amones-
tado con ellos: en guardarlos hay
grande galardón.
12 Los errores, ¿quién los enten-
derá? Líbrame de los que *me* son
ocultos.
13 Detén asimismo a tu siervo de
las soberbias; que no se enseño-
reen de mí: entonces seré íntegro,
y estaré limpio de gran rebelión.
14 Sean gratos los dichos de mi
boca y la meditación de mi cora-
zón delante de ti, oh SEÑOR, for-
taleza mía, y redentor mío.

SALMO 20

Al Músico principal: Salmo de David.

OIGATE el SEÑOR en el día de
conflicto; defiéndate el
nombre del Dios de Jacob.
2 Envíete ayuda desde el santua-
rio, y desde Sión te sostenga.
3 Haga memoria de todas tus
ofrendas, y reduzca a ceniza tu
holocausto. Selah
4 Déte conforme a tu corazón, y
cumpla todo tu consejo.
5 Nosotros nos alegraremos por
tu salvación, y alzaremos pen-
dón en el nombre de nuestro
Dios: cumpla el SEÑOR todas tus
peticiones.
6 Ahora echo de ver que el
SEÑOR guarda a su ungido: Oi-
rálo desde el cielo de su santidad,
con la fuerza de la salvación de
su diestra.
7 Éstos *confían* en carros, y aqué-
llos en caballos: mas nosotros del
nombre del SEÑOR nuestro Dios
tendremos memoria.
8 Ellos arrodillaron, y cayeron;
mas nosotros nos levantamos, y
nos enhestamos.
9 Salva, SEÑOR: que el Rey nos
oiga el día que lo invocáremos.

SALMO 21

Al Músico principal: Salmo de David.

ALEGRARÁSE el rey en tu
fortaleza, oh SEÑOR; y en tu
salvación se gozará mucho.
2 El deseo de su corazón le diste,
y no le negaste lo que sus labios
pronunciaron. Selah
3 Pues le has salido al encuentro
con bendiciones de bien: corona
de oro fino has puesto sobre su
cabeza.
4 Vida te pidió, y dístele largura
de días por siempre jamás.
5 Grande es su gloria en tu salva-
ción: honra y majestad has pues-
to sobre él.
6 Porque lo has bendecido para
siempre; llenástelo de alegría
con tu rostro.

7 Por cuanto el rey confía en el
SEÑOR, y por la misericordia del
Altísimo, no será conmovido.
8 Alcanzará tu mano a todos tus
enemigos; tu diestra alcanzará a
los que te aborrecen.
9 Ponerlos has como horno de
fuego en el tiempo de tu ira: el
SEÑOR los deshará en su furor, y
fuego los consumirá.
10 Su fruto destruirás de la tierra,
y su simiente de entre los hijos
de los hombres.
11 Porque trazaron el mal contra
ti: fraguaron maquinaciones, *mas*
no prevalecerán.
12 Pues tú los pondrás en fuga,
cuando aparejares en tus cuerdas
las saetas contra sus rostros.
13 Ensálzate, oh SEÑOR, con tu
fortaleza: cantaremos y alabaremos tu poderío.

SALMO 22

Al Músico principal, sobre Ajelet-sahar: Salmo de David.

DIOS mío, Dios mío, ¿por qué
me has dejado? *¿por qué*
estás lejos de mi salvación, y de
las palabras de mi clamor?
2 Dios mío, clamo de día, y no
oyes; y de noche, y no hay para
mí silencio.
3 Tú empero eres santo, tú que
habitas *entre* las alabanzas de Israel.
4 En ti esperaron nuestros padres: esperaron, y tú los libraste.
5 Clamaron a ti, y fueron librados: esperaron en ti, y no se
avergonzaron.
6 Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y
desecho del pueblo.
7 Todos los que me ven, escarnecen de mí; estiran los labios, menean la cabeza, *diciendo*:
8 Remítese al SEÑOR, líbrelo;
sálvele, puesto que en él se complacía.
9 Empero tú eres el que me sacó
del vientre, el que me haces esperar *desde que estaba* a los pechos de mi madre.
10 Sobre ti fui echado desde la
matriz: desde el vientre de mi
madre, tú eres mi Dios.
11 No te alejes de mí, porque la
angustia está cerca; porque no
hay quien ayude.
12 Hanme rodeado muchos toros;
fuertes toros de Basán me han
cercado.
13 Abrieron sobre mí su boca,
como león rapante y rugiente.
14 Heme escurrido como aguas,
y todos mis huesos se descoyuntaron: mi corazón fue como cera,
desliéndose en medio de mis entrañas.
15 Secóse como un tiesto mi
vigor, y mi lengua se pegó a mi
paladar; y me has puesto en el
polvo de la muerte.
16 Porque perros me han rodeado, hame cercado cuadrilla de
malignos: horadaron mis manos
y mis pies.
17 Contar puedo todos mis huesos; ellos miran, considéranme.
18 Partieron entre sí mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.
19 Mas tú, oh SEÑOR, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate
para mi ayuda.
20 Libra de la espada mi alma;
del poder del perro mi única.
21 Sálvame de la boca del león, y
óyeme *librándome* de los cuernos
de los unicornios.
22 Anunciaré tu nombre a mis
hermanos: en medio de la congregación te alabaré.
23 Los que teméis al SEÑOR, ala-

badle; glorificadle, simiente toda
de Jacob; y temed de él, vosotros,
simiente toda de Israel.
24 Porque no menospreció ni
abominó la aflicción del afligido,
ni de él escondió su rostro; Sino
que cuando clamó a él, oyóle.
25 De ti será mi alabanza en la
grande congregación; mis votos
pagaré delante de los que le
temen.
26 Comerán los pobres, y serán
saciados: alabarán al SEÑOR los
que le buscan: vivirá vuestro co-
razón para siempre.
27 Acordarse han, y volveránse
al SEÑOR todos los términos de
la tierra; y se humillarán delan-
te de ti todas las familias de las
naciones.
28 Porque del SEÑOR es el reino;
y él se enseñoreará de las naciones.
29 Comerán y adorarán todos los
poderosos de la tierra: postrarán-
se delante de él todos los que
descienden al polvo, si bien nin-
guno puede conservar la vida a
su propia alma.
30 Una simiente le servirá; será
ella contada por una generación
al Señor.
31 Vendrán, y anunciarán al pue-
blo que naciere, su justicia que él
hizo.

SALMO 23

Salmo de David.

EL SEÑOR *es* mi pastor; nada
me faltará.
2 En lugares de delicados pastos
me hace yacer: junto a aguas de
reposo me lleva.
3 Restaura mi alma; me guía por
sendas de justicia por amor de su
nombre.
4 Aunque ande en el valle de la
sombra de muerte, no temeré
mal alguno; porque tú *estás* con-
migo: tu vara y tu cayado me in-
funden aliento.
5 Aderezas mesa delante de mí
en presencia de mis enemigos:
unges mi cabeza con aceite: mi
copa está rebosando.
6 Ciertamente el bien y la mise-
ricordia me seguirán todos los
días de mi vida: y en la casa del
SEÑOR moraré por siempre.

SALMO 24

Salmo de David.

DEL SEÑOR es la tierra y su
plenitud; el mundo, y los
que en él habitan.
2 Porque él la fundó sobre los
mares, y la estableció sobre los
ríos.
3 ¿Quién subirá al monte del
SEÑOR? ¿y quién estará en el
lugar de su santidad?
4 El limpio de manos, y puro de
corazón: el que no ha elevado su
alma a la vanidad, ni jurado con
engaño.
5 Él recibirá bendición del
SEÑOR, y justicia del Dios de
salvación.
6 Tal es la generación de los que
le buscan, de los que buscan tu
rostro, oh *Dios de* Jacob. Selah.
7 Alzad, oh puertas, vuestras ca-
bezas, y alzaos vosotras, puertas
eternas, y entrará el Rey de glo-
ria.
8 ¿Quién es este Rey de gloria?
el SEÑOR el fuerte y valiente, el
SEÑOR el poderoso en batalla.
9 Alzad, oh puertas, vuestras ca-
bezas, y alzaos vosotras, puertas
eternas, y entrará el Rey de glo-
ria.
10 ¿Quién es este Rey de gloria?
el SEÑOR de los ejércitos, él es el
Rey de la gloria. Selah.

SALMO 25

Salmo de David.

A TI, oh SEÑOR, levantaré mi
alma.
2 Dios mío, en ti confío; no sea
yo avergonzado, no se alegren de
mí mis enemigos.
3 Ciertamente ninguno de cuan-
tos en ti esperan será confundi-
do: serán avergonzados los que
se rebelan sin causa.
4 Muéstrame, oh SEÑOR, tus ca-
minos; enséñame tus sendas.
5 Encamíname en tu verdad, y
enséñame; porque tú eres el Dios
de mi salvación: en ti he espera-
do todo el día.
6 Acuérdate, oh SEÑOR, de tus
conmiseraciones y de tus miseri-
cordias, que son perpetuas.
7 De los pecados de mi mocedad,
y de mis rebeliones, no te acuer-
des; conforme a tu misericordia
acuérdate de mí, por tu bondad,
oh SEÑOR.
8 Bueno y recto es el SEÑOR: por
tanto él enseñará a los pecadores
el camino.
9 Encaminará a los humildes por
el juicio, y enseñará a los mansos
su carrera.
10 Todas las sendas del SEÑOR
son misericordia y verdad, para
los que guardan su pacto y sus
testimonios.
11 Por amor de tu nombre, oh
SEÑOR, perdonarás también mi
pecado; porque es grande.
12 ¿Quién es el hombre que teme
al SEÑOR? Él le enseñará el ca-
mino que ha de escoger.
13 Su alma reposará en el bien, y
su simiente heredará la tierra.
14 El secreto del SEÑOR es para
los que le temen; y a ellos hará
conocer su pacto.
15 Mis ojos están siempre hacia
el SEÑOR; porque él sacará mis
pies de la red.
16 Mírame, y ten misericordia de
mí; porque estoy solo y afligido.
17 Las angustias de mi corazón
se han aumentado: sácame de
mis congojas.
18 Mira mi aflicción y mi trabajo:
y perdona todos mis pecados.
19 Mira mis enemigos, que se
han multiplicado, y con odio vio-
lento me aborrecen.
20 Guarda mi alma, y líbrame:
no sea yo avergonzado, porque
en ti confié.
21 Integridad y rectitud me pre-
serven; porque en ti espero.
22 Redime, oh Dios, a Israel de
todas sus angustias.

SALMO 26

Salmo de David.

JÚZGAME, oh SEÑOR, porque
yo en mi integridad he anda-
do: confiado he asimismo en el
SEÑOR, no vacilaré.
2 Pruébame, oh SEÑOR, y sondé-
ame: examina mis riñones y mi
corazón.
3 Porque tu misericordia está de-
lante de mis ojos, y en tu verdad
ando.
4 No me he sentado con hombres
de falsedad; ni entré con los *que*
andan encubiertamente.
5 Aborrecí la reunión de los ma-
lignos, y con los impíos nunca
me senté.
6 Lavaré en inocencia mis manos,
y andaré alrededor de tu altar,
oh SEÑOR:
7 Para exclamar con voz de ac-
ción de gracias, y para contar
todas tus maravillas.
8 SEÑOR, la habitación de tu
casa he amado, y el lugar del ta-
bernáculo de tu gloria.

9 No juntes con los pecadores mi
alma, ni con los hombres de sangres mi vida:
10 En cuyas manos está el mal, y
su diestra está llena de sobornos.
11 Yo empero andaré en mi integridad: redímeme, y ten misericordia de mí.
12 Mi pie ha estado en rectitud:
en las congregaciones bendeciré
al SEÑOR.

SALMO 27

Salmo de David.

EL SEÑOR es mi luz y mi salvación: ¿de quién temeré? el
SEÑOR es la fortaleza de mi vida:
¿de quién he de atemorizarme?
2 Cuando se allegaron contra mí
los malignos, mis angustiadores
y mis enemigos, para comer mis
carnes, ellos tropezaron y cayeron.
3 Aunque se asiente campo contra mí, no temerá mi corazón:
aunque contra mí se levante guerra, yo en esto confío.
4 Una cosa he demandado al
SEÑOR, ésta buscaré: que esté yo
en la casa del SEÑOR todos los
días de mi vida, para contemplar
la hermosura del SEÑOR, y para
inquirir en su templo.
5 Porque él me esconderá en su
tabernáculo en el día del mal;
ocultaráme en lo reservado de
su pabellón; pondráme en alto
sobre una roca.
6 Y luego ensalzará mi cabeza
sobre mis enemigos en derredor
de mí: y yo sacrificaré en su tabernáculo sacrificios de júbilo:
cantaré y salmearé al SEÑOR.
7 Oye, oh SEÑOR, mi voz *con que
a ti* clamo; y ten misericordia de
mí, respóndeme.
8 Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré,
oh SEÑOR.
9 No escondas tu rostro de mí,
no apartes con ira a tu siervo: mi
ayuda has sido; no me dejes y no
me desampares, oh Dios de mi
salvación.
10 Aunque mi padre y mi madre
me dejaran, el SEÑOR con todo
me recogerá.
11 Enséñame, oh SEÑOR, tu camino, y guíame por senda de rectitud, a causa de mis enemigos.
12 No me entregues a la voluntad
de mis enemigos; porque se han
levantado contra mí testigos falsos, y los que respiran crueldad.
13 *Hubiera yo desmayado,* si no
creyese que tengo de ver la bondad del SEÑOR en la tierra de los
vivientes.
14 Aguarda al SEÑOR; esfuérzate,
y aliéntese tu corazón: sí, espera
al SEÑOR.

SALMO 28

Salmo de David.

A TI clamaré, oh SEÑOR, roca
mía: no guardas silencio
conmigo; no sea que estando tú
callado conmigo, yo venga a ser
como los que descienden al hoyo.
2 Oye la voz de mis ruegos, cuando clamo a ti, cuando alzo mis
manos hacia el templo de tu santidad.
3 No me arrebates a una con los
malos, y con los que hacen iniquidad: los cuales hablan paz
con sus prójimos, y la maldad
está en su corazón.
4 Dales conforme a su obra, y
conforme a la malicia de sus hechos: dales conforme a la obra de
sus manos, dales su paga.
5 Porque no atendieron a las
obras del SEÑOR, ni al hecho de

sus manos, derribarálos, y no los
edificará.
6 Bendito el SEÑOR, que oyó la
voz de mis ruegos.
7 El SEÑOR es mi fortaleza y mi
escudo: en él esperó mi corazón,
y fui ayudado; por lo que se gozó
mi corazón, y con mi canción le
alabaré.
8 El SEÑOR es su fuerza, y la for-
taleza de las saludes de su ungi-
do.
9 Salva a tu pueblo, y bendice a
tu heredad; y pastoréalos y ensál-
zalos para siempre.

SALMO 29

Salmo de David.

DAD al SEÑOR, oh hijos de
fuertes, dad al SEÑOR la glo-
ria y la fortaleza.
2 Dad al SEÑOR la gloria debida
a su nombre: Adorad al SEÑOR
en la hermosura de la santidad.
3 Voz del SEÑOR sobre las aguas:
hizo tronar el Dios de gloria: el
SEÑOR sobre las muchas aguas.
4 Voz del SEÑOR con potencia;
voz del SEÑOR con gloria.
5 Voz del SEÑOR que quebranta
los cedros; y quebrantó el SEÑOR
los cedros del Líbano.
6 E hízolos saltar como becerros;
al Líbano y al Sirión como hijos
de unicornios.
7 Voz del SEÑOR que derrama
llamas de fuego.
8 Voz del SEÑOR que hará tem-
blar el desierto; hará temblar el
SEÑOR el desierto de Cades.
9 Voz del SEÑOR que hará estar
de parto a las ciervas, y desnuda-
rá las breñas: y en su templo
todos los suyos le dicen gloria.
10 El SEÑOR preside en el dilu-
vio, y asentóse el SEÑOR por rey
para siempre.
11 El SEÑOR dará fortaleza a su
pueblo: el SEÑOR bendecirá a su
pueblo en paz.

SALMO 30

Salmo cantado en la dedicación de la Casa: Salmo de David.

GLORIFICARTE he, oh SEÑOR;
porque me has ensalzado, y
no hiciste a mis enemigos ale-
grarse de mí.
2 Oh SEÑOR Dios mío, a ti clamé,
y me sanaste.
3 Oh SEÑOR, hiciste subir mi
alma del sepulcro, dísteme vida,
para que no descendiese a la se-
pultura.
4 Cantad al SEÑOR, vosotros sus
santos, y dadle gracias a la me-
moria de su santidad.
5 Porque un momento será su
furor; mas en su voluntad está
la vida: por la noche durará el
lloro, mas a la mañana *vendrá* la
alegría.
6 Y dije yo en mi prosperidad:
No seré jamás conmovido;
7 Porque tú, SEÑOR, por tu bene-
volencia has asentado mi monte
con fortaleza. Escondiste tu ros-
tro, fui conturbado.
8 A ti, oh SEÑOR, clamaré; y al
SEÑOR suplicaré.
9 ¿Qué provecho hay en mi
sangre, cuando yo descienda
al hoyo? ¿te alabará el polvo?
¿anunciará tu verdad?
10 Oye, oh SEÑOR, y ten mise-
ricordia de mí: SEÑOR, sé tú mi
ayudador.
11 Has tornado mi endecha en
baile; desataste mi saco, y ceñís-
teme de alegría.
12 Por tanto a ti cantaré alaban-
zas, gloria *mía*, y no estaré calla-
do. Oh SEÑOR Dios mío, te daré
gracias para siempre.

SALMO 31

Al Músico principal: Salmo de David.

EN ti, oh SEÑOR, he esperado;
no sea yo confundido para
siempre: líbrame en tu justicia.
2 Inclina a mí tu oído, líbrame
presto; séme por roca de fortale-
za, por casa fuerte para salvar-
me.
3 Porque tú eres mi roca y mi
fortaleza; y por tu nombre me
guiarás, y me encaminarás.
4 Me sacarás de la red que han
escondido para mí; porque tú
eres mi fortaleza.
5 En tu mano encomiendo mi
espíritu: tú me has redimido, oh
SEÑOR, Dios de verdad.
6 Aborrecí a los que esperan en
vanidades ilusorias; mas yo en
el SEÑOR he esperado.
7 Me gozaré y alegraré en tu mi-
sericordia; porque has visto mi
aflicción; has conocido mi alma
en las angustias:
8 Y no me encerraste en mano
del enemigo; hiciste estar mis
pies en anchura.
9 Ten misericordia de mí, oh
SEÑOR, que estoy en angustia:
hanse consumido de pesar mis
ojos, mi alma, y mis entrañas.
10 Porque mi vida se va gastan-
do de dolor, y mis años de suspi-
rar: hase enflaquecido mi fuerza
a causa de mi iniquidad, y mis
huesos se han consumido.
11 De todos mis enemigos he
sido oprobio, y de mis vecinos
en gran manera, y horror a mis
conocidos: los que me veían
fuera, huían de mí.
12 He sido olvidado de *su* cora-
zón como un muerto: soy como
un vaso quebrado.
13 Porque he oído afrenta de
muchos; miedo por todas par-
tes, cuando consultaban juntos
contra mí, e ideaban quitarme
la vida.
14 Mas yo en ti confié, oh
SEÑOR: yo dije: Dios mío eres
tú.
15 En tu mano están mis tiem-
pos: líbrame de la mano de mis
enemigos, y de mis perseguido-
res.
16 Haz resplandecer tu rostro
sobre tu siervo: sálvame por tu
misericordia.
17 No sea yo confundido, oh
SEÑOR, ya que te he invocado;
sean corridos los impíos, estén
mudos en el sepulcro.
18 Enmudezcan los labios men-
tirosos, que hablan contra el
justo cosas duras, con soberbia
y menosprecio.
19 ¡Cuán grande es tu bien, que
has guardado para los que te
temen, que has obrado para los
que esperan en ti, delante de los
hijos de los hombres!
20 Los esconderás en el secreto
de tu rostro de las arrogancias
del hombre: los pondrás en un
tabernáculo a cubierto de con-
tención de lenguas.
21 Bendito el SEÑOR, porque
ha hecho maravillosa su miseri-
cordia para conmigo en ciudad
fuerte.
22 Y decía yo en mi premura:
Cortado soy de delante de tus
ojos: tú empero oíste la voz de
mis ruegos, cuando a ti clamaba.
23 Amad al SEÑOR todos
vosotros sus santos: a los fie-
les guarda el SEÑOR, y paga
abundantemente al que obra
con soberbia.
24 Esforzaos todos vosotros los
que esperáis en el SEÑOR, y
tome vuestro corazón aliento.

SALMO 32

Salmo de David: Masquil.

BIENAVENTURADO aquel cuyas transgresiones *son* perdonadas, *cuyos* pecados son cubiertos.
2 Bienaventurado el hombre a quien no imputa el SEÑOR la iniquidad, y en cuyo espíritu no hay supercherία.
3 Mientras callé, envejeciéronse mis huesos en mi gemir todo el día.
4 Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; volvióse mi verdor en sequedades de estío. Selah.
5 Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones al SEÑOR; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah.
6 Por esto orará a ti todo santo en el tiempo de poder hallarte: ciertamente en la inundación de muchas aguas no llegarán éstas a él.
7 Tú eres mi refugio; me preservarás de angustia; con cánticos de liberación me rodearás. Selah.
8 Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar: te guiaré con mis ojos.
9 No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento: con cabestro y con freno su boca ha de ser reprimida, para que no lleguen a ti.
10 Muchos dolores para el impío; mas el que espera en el SEÑOR, lo cercará misericordia.
11 Alegraos en el SEÑOR, y gozaos, justos: y cantad todos vosotros los rectos de corazón.

SALMO 33

ALEGRAOS, justos, en el SEÑOR: a los rectos es hermosa la alabanza.
2 Celebrad al SEÑOR con arpa: cantadle con salterio y decacordio.
3 Cantadle canción nueva: hacedlo bien tañendo con júbilo.
4 Porque recta es la palabra del SEÑOR, y toda su obra con verdad *hecha*.
5 Él ama justicia y juicio: de la misericordia del SEÑOR está llena la tierra.
6 Por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca.
7 Él junta como en un montón las aguas del mar: él pone en depósitos los abismos.
8 Tema al SEÑOR toda la tierra: teman de él todos los habitadores del mundo.
9 Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.
10 El SEÑOR hace nulo el consejo de las gentes, y frustra las maquinaciones de los pueblos.
11 El consejo del SEÑOR permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.
12 Bienaventurada la gente de que el SEÑOR es su Dios; el pueblo a quien escogió por heredad para sí.
13 Desde el cielo miró el SEÑOR; vio a todos los hijos de los hombres:
14 Desde la morada de su asiento miró sobre todos los moradores de la tierra.
15 Él formó el corazón de todos ellos; él considera todas sus obras.
16 El rey no es salvo con la multitud del ejército: no escapa el valiente por la mucha fuerza.
17 Vanidad es el caballo para sal-

varse: por la grandeza de su fuer-
za no librará.
18 He aquí, el ojo del SEÑOR
sobre los que le temen, sobre los
que esperan en su misericordia;
19 Para librar sus almas de la
muerte, y para darles vida en el
hambre.
20 Nuestra alma esperó al
SEÑOR; nuestra ayuda y nuestro
escudo es él.
21 Por tanto en él se alegrará
nuestro corazón porque en su
santo nombre hemos confiado.
22 Sea tu misericordia, oh
SEÑOR, sobre nosotros, como es-
peramos en ti.

SALMO 34

Salmo de David, cuando mudó su semblante delante de Abimelec, y él lo echó, y fuese.

BENDECIRÉ al SEÑOR en todo
tiempo; su alabanza *será*
siempre en mi boca.
2 En el SEÑOR se gloriará mi
alma: oiránlo los mansos, y se
alegrarán.
3 Engrandeced al SEÑOR conmigo,
y ensalcemos su nombre a una.
4 Busqué al SEÑOR, y él me oyó,
y libróme de todos mis temores.
5 A él miraron y fueron alumbra-
dos: y sus rostros no se avergon-
zaron.
6 Este pobre clamó, y oyóle el
SEÑOR, y librólo de todas sus
angustias.
7 El ángel del SEÑOR acampa en
derredor de los que le temen, y
los defiende.
8 Gustad, y ved que *es* bueno
el SEÑOR: bienaventurado *es* el
hombre *que* confía en él.
9 Temed al SEÑOR, vosotros sus
santos; porque no hay falta para
los que le temen.
10 Los leoncillos necesitaron, y
tuvieron hambre, pero los que
buscan al SEÑOR, no tendrán
falta de ningún bien.
11 Venid, hijos, oídme; el temor
del SEÑOR os enseñaré.
12 ¿Quién es el hombre que
desea vida, que codicia días para
ver bien?
13 Guarda tu lengua de mal, y
tus labios de hablar engaño.
14 Apártate del mal, y haz el
bien; busca la paz, y síguela.
15 Los ojos del SEÑOR están
sobre los justos, y *atentos* sus
oídos al clamor de ellos.
16 La ira del SEÑOR contra los
que mal hacen, para cortar de la
tierra la memoria de ellos.
17 Clamaron *los justos*, y el SEÑOR
oyó, y librólos de todas sus an-
gustias.
18 Cercano está el SEÑOR a los
quebrantados de corazón; y sal-
vará a los contritos de espíritu.
19 Muchas son las aflicciones del
justo; mas de todas ellas le libra-
rá el SEÑOR.
20 Él guarda todos sus huesos; ni
uno de ellos será quebrantado.
21 Matará al malo la maldad; y
los que aborrecen al justo serán
asolados.
22 El SEÑOR redime el alma de
sus siervos; y no serán asolados
cuantos en él confían.

SALMO 35

Salmo de David.

DISPUTA, oh SEÑOR, con los
que contra mí contienden;
pelea con los que me combaten.
2 Echa mano al escudo y al pavés,
y levántate en mi ayuda.
3 Y saca la lanza, cierra contra
mis perseguidores; di a mi alma:
Yo *soy* tu salvación.

4 Avergüéncense y confúndanse
los que buscan mi alma: vuelvan
atrás, y sean avergonzados los
que mi mal intentan.
5 Sean como el tamo delante del
viento; y el ángel del SEÑOR *los*
acose.
6 Sea su camino oscuridad y res-
baladeros; y el ángel del SEÑOR
los persiga.
7 Porque sin causa escondieron
para mí su red en un hoyo; sin
causa hicieron *hoyo* para mi alma.
8 Véngale el quebrantamiento
que no sepa, y su red que escon-
dió lo prenda: con quebranta-
miento en ella caiga.
9 Y gócese mi alma en el SEÑOR;
y alégrese en su salvación.
10 Todos mis huesos dirán:
SEÑOR, ¿quién como tú, que li-
bras al afligido del más fuerte
que él, y al pobre y menesteroso
del que le despoja?
11 Levantáronse testigos falsos;
demandáronme lo que no sabía;
12 Volviéronme mal por bien,
para abatir a mi alma.
13 Mas yo, cuando ellos enfer-
maron, me vestí de saco; afligí
con ayuno mi alma, y mi oración
se revolvía en mi seno.
14 Como por mi compañero,
como por mi hermano andaba;
como el que trae luto por madre,
enlutado me humillaba.
15 Pero ellos se alegraron en mi
adversidad, y se juntaron; juntá-
ronse contra mí gentes despre-
ciables, y yo no lo entendía: des-
pedazábanme, y no cesaban;
16 Con los lisonjeros escarnece-
dores truhanes, crujiendo sobre
mí sus dientes.
17 Señor, ¿hasta cuándo verás *esto?*
Recobra mi alma de sus quebran-
tamientos, mi única de los leones.
18 Te daré gracias en la grande
congregación; te alabaré entre
numeroso pueblo.
19 No se alegren de mí mis ene-
migos injustos: ni los que me abo-
rrecen sin causa hagan del ojo.
20 Porque no hablan paz; y con-
tra los mansos de la tierra pien-
san palabras engañosas.
21 Y ensancharon sobre mí su
boca; dijeron: ¡Ea, ea, nuestros
ojos *lo* han visto!
22 Tú lo has visto, oh SEÑOR; no
calles: Oh SEÑOR, de mí no te
alejes.
23 Muévete y despierta para mi
juicio, para mi causa, Dios mío y
Señor mío.
24 Júzgame conforme a tu justi-
cia, oh SEÑOR Dios mío; y no se
alegren de mí.
25 No digan en su corazón: ¡Ea,
alma nuestra! No digan: ¡Hémos-
lo devorado!
26 Avergüencense, y sean con-
fundidos a una los que de mi
mal se alegran: vístanse de ver-
güenza y de confusión los que se
engrandecen contra mí.
27 Canten y alégrense los que
están a favor de mi justa causa,
y digan siempre: Sea ensalzado
el SEÑOR, que ama la paz de su
siervo.
28 Y mi lengua hablará de tu jus-
ticia, y de tu loor todo el día.

SALMO 36

Al Músico principal: Salmo de David, siervo del SEÑOR.

LA iniquidad del impío me dice
al corazón: No hay temor de
Dios delante de sus ojos.
2 Lisonjéase, por tanto, en sus
propios ojos, hasta que su iniqui-
dad sea hallada aborrecible.
3 Las palabras de su boca son ini-

quidad y fraude; no quiso entender para bien hacer.
4 Iniquidad piensa sobre su cama; está en camino no bueno, el mal no aborrece.
5 Oh SEÑOR, hasta los cielos es tu misericordia; tu verdad hasta las nubes.
6 Tu justicia como los montes de Dios, tus juicios abismo grande: oh SEÑOR, al hombre y al animal conservas.
7 ¡Cuán ilustre, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas.
8 Serán completamente saciados de la grosura de tu casa; y tú los harás beber del río de tus delicias.
9 Porque contigo está el manantial de la vida: en tu luz veremos la luz.
10 Extiende tu misericordia a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón.
11 No venga contra mí pie de soberbia; y mano de impíos no me mueva.
12 Allí cayeron los obradores de iniquidad; fueron rempujados, y no pudieron levantarse.

SALMO 37

Salmo de David.

NO te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.
2 Porque como hierba serán presto cortados, y decaerán como verdor de renuevo.
3 Espera en el SEÑOR, y haz bien; vivirás en la tierra, y en verdad serás alimentado.
4 Pon asimismo tu delicia en el SEÑOR, y él te dará las peticiones de tu corazón.
5 Encomienda al SEÑOR tu camino, y espera en él; y él hará.
6 Y exhibirá tu justicia como la luz, y tus derechos como el mediodía.
7 Calla al SEÑOR, y espera en él: no te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades.
8 Déjate de la ira, y depón el enojo: no te excites en manera alguna a hacer lo malo.
9 Porque los malignos serán talados, mas los que esperan en el SEÑOR, ellos heredarán la tierra.
10 Pues de aquí a poco no será el malo: y contemplarás sobre su lugar, y no parecerá.
11 Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.
12 Maquina el impío contra el justo, y cruje sobre él sus dientes.
13 El Señor se reirá de él; porque ve que viene su día.
14 Los impíos desenvainaron espada, y entesaron su arco, para derribar al pobre y al menesteroso, para matar a los de recto proceder.
15 La espada de ellos entrará en su mismo corazón, y su arco será quebrado.
16 Mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores.
17 Porque los brazos de los impíos serán quebrados: mas el que sostiene a los justos es el SEÑOR.
18 Conoce el SEÑOR los días de los perfectos: y la heredad de ellos será para siempre.
19 No serán avergonzados en el mal tiempo; y en los días de hambre serán hartos.
20 Mas los impíos perecerán, y los enemigos del SEÑOR como la

grasa de los carneros serán consumidos: se disiparán como humo.
21 El impío toma prestado, y no paga; mas el justo tiene misericordia, y da.
22 Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán talados.
23 Por el SEÑOR son ordenados los pasos del hombre, y aprueba su camino.
24 Cuando cayere, no quedará postrado; porque el SEÑOR sostiene su mano.
25 Mozo fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su simiente que mendigue pan.
26 En todo tiempo tiene misericordia, y presta; y su simiente es para bendición.
27 Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre.
28 Porque el SEÑOR ama el juicio, y no desampara sus santos: para siempre serán guardados; mas la simiente de los impíos será extirpada.
29 Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella.
30 La boca del justo hablará sabiduría; y su lengua proferirá juicio.
31 La ley de su Dios está en su corazón; por tanto sus pasos no vacilarán.
32 Acecha el impío al justo, y procura matarlo.
33 El SEÑOR no lo dejará en sus manos, ni lo condenará cuando le juzgaren.
34 Espera en el SEÑOR, y guarda su camino, y él te ensalzará para heredar la tierra: cuando serán talados los pecadores, lo verás.
35 Ví yo al impío sumamente ensalzado, y que se extendía como un laurel verde.
36 Empero pasóse, y he aquí no parece; y busquélo, y no fue hallado.
37 Considera al íntegro, y mira al justo: que la postrimería de cada uno de ellos es paz.
38 Mas los transgresores fueron todos a una destruídos: la postrimería de los impíos fue talada.
39 Pero la salvación de los justos es del SEÑOR, y él es su fortaleza en el tiempo de angustia.
40 Y el SEÑOR los ayudará, y los librará: y libertarálos de los impíos, y los salvará, por cuanto en él esperaron.

SALMO 38

Salmo de David, para recordar.

OH SEÑOR, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira.
2 Porque tus saetas descendieron a mí, y sobre mí ha caído tu mano.
3 No hay sanidad en mi carne a causa de tu ira; ni hay paz en mis huesos a causa de mi pecado.
4 Porque mis iniquidades han pasado mi cabeza: como carga pesada se han agravado sobre mí.
5 Pudriéronse, corrompiéronse mis llagas, a causa de mi locura.
6 Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día.
7 Porque mis lomos están llenos de ardor, y *no hay* sanidad en mi carne.
8 Estoy debilitado y molido en gran manera; bramo a causa de la conmoción de mi corazón.
9 Señor, delante de ti están todos mis deseos; y mi suspiro no te es oculto.
10 Mi corazón está acongojado, hame dejado mi vigor; y aun la

misma luz de mis ojos no está
conmigo.
11 Mis amigos y mis compañe-
ros se quitaron de delante de mi
plaga; y mis cercanos se pusie-
ron lejos.
12 Y los que buscan mi vida
arman lazos; y los que procuran
mi mal hablan iniquidades, e
imaginan engaños todo el día.
13 Mas yo, como *si fuera* sordo,
no oía; *y estaba* como un mudo,
que no abre su boca.
14 Fui pues como un hombre que
no oye, y que en su boca no tiene
reprensiones.
15 Porque en ti, oh SEÑOR, espe-
ré yo: tú responderás, oh Señor
Dios mío.
16 Porque dije: Que no se alegren
de mí: cuando mi pie resbalaba,
sobre mí se engrandecían.
17 Empero yo estoy a pique de
claudicar, y mi dolor está delan-
te de mí continuamente.
18 Por tanto denunciaré mi mal-
dad; congojaréme por mi pecado.
19 Porque mis enemigos están
vivos *y* fuertes: y hanse aumenta-
do los que me aborrecen sin
causa:
20 Y pagando mal por bien me
son contrarios, por seguir yo lo
bueno.
21 No me desampares, oh SEÑOR:
Dios mío, no te alejes de mí.
22 Apresúrate a ayudarme, oh
Señor, mi salvación.

SALMO 39

Al Músico principal, a Jedutún:
Salmo de David.

YO dije: Atenderé a mis cami-
nos, para no pecar con mi len-
gua: guardaré mi boca con freno,
en tanto que el impío fuere con-
tra mí.
2 Enmudecí con silencio, calléme
aun respecto de lo bueno: y exci-
tóse mi dolor.
3 Enardecióse mi corazón dentro
de mí; encendióse fuego en mi
meditación, y *así* hablé con mi
lengua:
4 Hazme saber, SEÑOR, mi fin, y
cuál *sea* la medida de mis días;
para que sepa yo cuán frágil soy.
5 He aquí diste a mis días térmi-
no corto, y mi edad es como
nada delante de ti: ciertamente
es completa vanidad todo hom-
bre que vive. Selah.
6 Ciertamente en tinieblas anda
el hombre; ciertamente en vano
se inquieta: junta, y no sabe
quién lo allegará.
7 Y ahora, Señor, ¿qué esperaré?
Mi esperanza en ti está.
8 Líbrame de todas mis rebelio-
nes; no me pongas por escarnio
del insensato.
9 Enmudecí, no abrí mi boca;
porque tú lo hiciste.
10 Quita de sobre mí tu plaga; de
la guerra de tu mano soy consu-
mido.
11 Con castigos sobre el pecado
corriges al hombre, y haces con-
sumirse como de polilla su gran-
deza: ciertamente vanidad es
todo hombre. Selah.
12 Oye mi oración, oh SEÑOR, y
escucha mi clamor: no calles a
mis lágrimas; porque peregrino
soy para contigo, y advenedizo,
como todos mis padres.
13 Déjame, y tomaré fuerzas,
antes que me vaya y no sea más.

SALMO 40

Al Músico principal: Salmo de David.

ESPERÉ pacientemente al
SEÑOR, e inclinóse a mí, y
oyó mi clamor.

2 E hízome sacar de un abismo
de miseria, del lodo cenagoso; y
puso mis pies sobre una roca, y
estableció mis pasos.
3 Puso luego en mi boca canción
nueva, alabanza a nuestro Dios.
Verán esto muchos, y temerán, y
esperarán en el SEÑOR.
4 Bienaventurado el hombre que
puso al SEÑOR por su confianza,
y no mira a los soberbios, ni a los
que declinan a la mentira.
5 Aumentado has tú, oh SEÑOR
Dios mío, tus maravillas; y tus
pensamientos para con nosotros,
no te los podremos contar: si yo
anunciare y hablare de ellos, no
pueden ser enarrados.
6 Sacrificio y presente no te
agrada; has abierto mis oídos;
holocausto y expiación no has
demandado.
7 Entonces dije: He aquí, vengo;
en el envoltorio del libro está es-
crito de mí:
8 El hacer tu voluntad, Dios mío,
hame agradado; y tu ley *está* den-
tro de mi corazón.
9 He predicado justicia en gran-
de congregación: he aquí no de-
tuve mis labios, oh SEÑOR, tú *lo*
sabes.
10 No encubrí tu justicia dentro
de mi corazón: tu fidelidad y tu
salvación he declarado: no ocul-
té tu misericordia y tu verdad en
grande congregación.
11 Tú, oh SEÑOR, no apar-
tes de mí tus misericordias: tu
misericordia y tu verdad me
guarden siempre.
12 Porque me han cercado males
hasta no *haber* cuento: hanme
comprendido mis maldades, y no
puedo levantar la vista: hanse au-
mentado más que los cabellos de
mi cabeza, y mi corazón me falta.
13 Quieras, oh SEÑOR, librarme;
SEÑOR, apresúrate a socorrerme.
14 Sean avergonzados y confu-
sos a una los que buscan mi alma
para cortarla: vuelvan atrás y
avergüéncense los que mi mal
desean.
15 Sean asolados en pago de su
afrenta los que me dicen: ¡Ea, ea!
16 Gócense y alégrense en ti
todos los que te buscan; y digan
siempre los que aman tu salva-
ción: el SEÑOR sea ensalzado.
17 Aunque afligido yo y necesi-
tado, el Señor pensará de mí: mi
ayuda y mi libertador eres tú;
Dios mío, no te tardes.

SALMO 41

Al Músico principal: Salmo de David.

BIENAVENTURADO el que
piensa en el pobre: en el día
malo lo librará el SEÑOR.
2 El SEÑOR lo guarde, y le dé
vida: sea bienaventurado en la
tierra, y no lo entregues a la vo-
luntad de sus enemigos.
3 El SEÑOR lo sustentará sobre
el lecho del dolor: mullirás toda
su cama en su enfermedad.
4 Yo dije: SEÑOR, ten miseri-
cordia de mí; sana mi alma, por-
que contra ti he pecado.
5 Mis enemigos dicen mal de mí
preguntando: ¿Cuándo morirá, y
perecerá su nombre?
6 Y si venía a ver*me*, hablaba
mentira: su corazón se amonto-
naba iniquidad; y salido fuera,
hablába*la*.
7 Reunidos murmuraban contra
mí todos los que me aborrecían:
contra mí pensaban mal, *diciendo
de mí:*
8 Cosa pestilencial, *dicen,* se le ha
pegado; y el que cayó en cama,
no volverá a levantarse.

9 Aun el hombre de mi paz, en
quien yo confiaba, el que de mi
pan comía, alzó contra mí el cal-
cañar.
10 Mas tú, oh SEÑOR, ten miseri-
cordia de mí, y hazme levantar, y
daréles el pago.
11 En esto habré conocido que te
he agradado, que mi enemigo no
se holgará de mí.
12 En cuanto a mí, en mi integri-
dad me has sustentado, y me has
hecho estar delante de ti para
siempre.
13 Bendito sea el SEÑOR, el Dios
de Israel, por siempre jamás.
Amén y Amén.

SALMO 42

Al Músico principal:
Masquil a los hijos de Coré.

COMO el ciervo brama por las
corrientes de las aguas, así
clama por ti, oh Dios, el alma mía.
2 Mi alma tiene sed de Dios, del
Dios vivo: ¡cuándo vendré, y pa-
receré delante de Dios!
3 Fueron mis lágrimas mi pan
de día y de noche, mientras me
dicen todos los días: ¿Dónde está
tu Dios?
4 Acordaréme de estas cosas, y
derramaré sobre mí mi alma:
cuando pasaré en el número, iré
con ellos hasta la casa de Dios,
con voz de alegría y de alabanza,
haciendo fiesta la multitud.
5 ¿Por qué te abates, oh alma
mía, y te conturbas en mí? Es-
pera a Dios; porque aún le tengo
de alabar por las saludes de su
presencia.
6 Dios mío, mi alma está en mí
abatida: acordaréme por tanto
de ti desde tierra del Jordán, y de
los Hermonitas, desde el monte
de Mizhar.
7 Un abismo llama a otro a la voz
de tus canales: todas tus ondas y
tus olas han pasado sobre mí.
8 De día mandará el SEÑOR su
misericordia, y de noche su can-
ción será conmigo, y oración al
Dios de mi vida.
9 Diré a Dios: roca mía, ¿por qué
te has olvidado de mí? ¿por qué
andaré yo enlutado por la opre-
sión del enemigo?
10 Mientras se están quebrantan-
do mis huesos, mis enemigos me
afrentan, diciéndome cada día:
¿Dónde está tu Dios?
11 ¿Por qué te abates, oh alma
mía, y por qué te conturbas en
mí? Espera a Dios; porque aún le
tengo de alabar; *él es* salvación
de mi rostro, y el Dios mío.

SALMO 43

JÚZGAME, oh Dios, y aboga mi
causa: líbrame de gente impía,
del hombre de engaño e iniquidad.
2 Pues que tú eres el Dios de mi
fortaleza, ¿por qué me has des-
echado? ¿por qué andaré enluta-
do por la opresión del enemigo?
3 Envía tu luz y tu verdad: éstas
me guiarán, me conducirán al
monte de tu santidad, y a tus ta-
bernáculos.
4 Y entraré al altar de Dios, al
Dios alegría de mi gozo; y alaba-
réte con arpa, oh Dios, Dios mío.
5 ¿Por qué te abates, oh alma
mía, y por qué te conturbas en
mí? Espera a Dios; porque aún le
tengo de alabar; *él es* salud de mi
rostro, y el Dios mío.

SALMO 44

Al Músico principal:
de los hijos de Coré: Masquil.

OH Dios, con nuestros oídos
hemos oído, nuestros padres

nos han contado, la obra que hi-
ciste en sus días, en los tiempos
antiguos.
2 Tú con tu mano echaste las
gentes, y los plantaste a ellos;
afligiste los pueblos, y los arro-
jaste.
3 Porque no se apoderaron de la
tierra por su espada, ni su brazo
los libró; sino tu diestra, y tu
brazo, y la luz de tu rostro, por-
que te complaciste en ellos.
4 Tú, oh Dios, eres mi rey: manda
saludes a Jacob.
5 Por medio de ti sacudiremos a
nuestros enemigos: En tu nom-
bre atropellaremos a nuestros
adversarios.
6 Porque no confiaré en mi arco,
ni mi espada me salvará.
7 Pues tú nos has guardado de
nuestros enemigos, y has aver-
gonzado a los que nos aborrecían.
8 En Dios nos gloriaremos todo
tiempo, y para siempre loaremos
tu nombre. Selah.
9 Empero *nos* has desechado, y
nos has hecho avergonzar; y no
sales en nuestros ejércitos.
10 Nos hiciste retroceder del ene-
migo, y saqueáron*nos* para sí los
que nos aborrecían.
11 Pusístenos como a ovejas para
comida, y esparcístenos entre las
gentes.
12 Has vendido tu pueblo de
balde, y no pujaste en sus pre-
cios.
13 Pusístenos por vergüenza a
nuestros vecinos, por escarnio y
por burla a los que nos rodean.
14 Pusístenos por proverbio
entre las gentes, por movimiento
de cabeza en los pueblos.
15 Cada día mi vergüenza está
delante de mí, y cúbreme la con-
fusión de mi rostro,
16 Por la voz del que *me* vitupe-
ra y deshonra, por razón del ene-
migo y del que se venga.
17 Todo esto nos ha venido, y no
nos hemos olvidado de ti; y no
hemos faltado a tu pacto.
18 No se ha vuelto atrás nuestro
corazón, ni tampoco se han apar-
tado nuestros pasos de tus cami-
nos.
19 Cuando nos quebrantaste en
el lugar de los dragones, y nos
cubriste con sombra de muerte,
20 Si nos hubiésemos olvidado
del nombre de nuestro Dios, o
alzado nuestras manos a dios
ajeno,
21 ¿No demandaría Dios esto?
porque él conoce los secretos del
corazón.
22 Empero por tu causa nos
matan cada día; somos tenidos
como ovejas para el matadero.
23 Despierta; ¿por qué duermes,
oh Señor? Despierta, no te alejes
para siempre.
24 ¿Por qué escondes tu rostro, y
te olvidas de nuestra aflicción, y
de la opresión nuestra?
25 Porque nuestra alma está ago-
biada hasta el polvo: nuestro
vientre está pegado con la tierra.
26 Levántate para ayudarnos, y
redímenos por tu misericordia.

SALMO 45

Al Músico principal: sobre Sosanim:
para los hijos de Coré: Masquil:
Canción de amores.

REBOSA mi corazón palabra
buena: refiero yo al Rey mis
obras: mi lengua es pluma de es-
cribiente muy ligero.
2 Haste hermoseado más que los
hijos de los hombres; la gracia se
derramó en tus labios: por tanto
Dios te ha bendecido para siempre.

3 Cíñete tu espada sobre el muslo,
oh valiente, con tu gloria y con
tu majestad.
4 Y en tu gloria sé prosperado:
cabalga sobre palabra de verdad,
y de humildad, *y* de justicia; y tu
diestra te enseñará cosas terri-
bles.
5 Tus saetas agudas *con que* cae-
rán pueblos debajo de ti, *penetra-
rán* en el corazón de los enemi-
gos del Rey.
6 Tu trono, oh Dios, eterno y
para siempre: vara de justicia la
vara de tu reino.
7 Amaste la justicia y aborrecis-
te la maldad: por tanto te ungió
Dios, el Dios tuyo, con óleo de
gozo sobre tus compañeros.
8 Mirra, áloe, y casia *exhalan*
todos tus vestidos: en estancias
de marfil te han recreado.
9 Hijas de reyes entre tus ilus-
tres: está la reina a tu diestra con
oro de Ofir.
10 Oye, hija, y mira, e inclina
tu oído; y olvida tu pueblo, y la
casa de tu padre;
11 Y deseará el rey tu hermosura:
e inclínate a él, porque él es tu
Señor.
12 Y las hijas de Tiro v*endrán* con
presente; implorarán tu favor los
ricos del pueblo.
13 Toda ilustre es de dentro la
hija del rey: de brocado de oro
es su vestido.
14 Con *vestidos* bordados será lle-
vada al rey; vírgenes en pos de
ella: sus compañeras serán traí-
das a ti.
15 Serán traídas con alegría y
gozo: entrarán en el palacio del
rey.
16 En lugar de tus padres serán
tus hijos, a quienes harás prínci-
pes en toda la tierra.
17 Haré *perpetua* la memoria de
tu nombre en todas las genera-
ciones: por lo cual te alabarán
los pueblos eternamente y para
siempre.

SALMO 46

Al Músico principal: de los hijos de Coré: Salmo sobre Alamot.

DIOS es nuestro amparo y for-
taleza, nuestro pronto auxi-
lio en las tribulaciones.
2 Por tanto no temeremos aun-
que la tierra sea removida; aun-
que se traspasen los montes al
corazón del mar.
3 Bramarán, turbaránse sus
aguas; temblarán los montes a
causa de su braveza. Selah.
4 Del río sus conductos alegrarán
la ciudad de Dios, el santuario de
los tabernáculos del Altísimo.
5 Dios está en medio de ella; no
será conmovida: Dios la ayudará
al clarear la mañana.
6 Bramaron las gentes, titubea-
ron los reinos; dio él su voz, de-
rritióse la tierra.
7 El SEÑOR de los ejércitos es
con nosotros; nuestro refugio es
el Dios de Jacob. Selah.
8 Venid, ved las obras del SEÑOR,
que ha puesto asolamientos en la
tierra.
9 Que hace cesar las guerras
hasta los fines de la tierra: que
quiebra el arco, corta la lanza, y
quema los carros en el fuego.
10 Estad quietos, y conoced que
yo *soy* Dios: ensalzado he de ser
entre las gentes, ensalzado seré
en la tierra.
11 El SEÑOR de los ejércitos es
con nosotros; nuestro refugio es
el Dios de Jacob. Selah.

SALMO 47

Al Músico principal:
de los hijos de Coré: Salmo.

PUEBLOS todos, batid las manos; aclamad a Dios con voz de júbilo.
2 Porque el SEÑOR el Altísimo es terrible; Rey grande sobre toda la tierra.
3 Él sujetará a los pueblos debajo de nosotros, y a las gentes debajo de nuestros pies.
4 Él nos elegirá nuestras heredades; la hermosura de Jacob, al cual amó. Selah.
5 Subió Dios con júbilo, el SEÑOR con sonido de trompeta.
6 Cantad a Dios, cantad: cantad a nuestro Rey, cantad.
7 Porque Dios es el Rey de toda la tierra: cantad con el entendimiento.
8 Reina Dios sobre las gentes: Dios está sentado sobre el trono de su santidad.
9 Los príncipes de los pueblos se juntaron al pueblo del Dios de Abraham: porque de Dios son los escudos de la tierra; él es muy ensalzado.

SALMO 48

Canción: Salmo de los hijos de Coré.

GRANDE es el SEÑOR y digno de ser en gran manera alabado, en la ciudad de nuestro Dios, en el monte de su santidad.
2 Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra es el monte de Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey.
3 Dios en sus palacios es conocido por refugio.
4 Porque he aquí los reyes de la tierra se reunieron; pasaron todos.
5 Y viéndola ellos así, maravilláronse, se turbaron, diéronse priesa *a huir*.
6 Tomólos allí temblor; dolor, como a mujer que pare.
7 Con viento solano quiebras tú las naves de Tarsis.
8 Como *lo* oímos, así hemos visto en la ciudad del SEÑOR de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios: la establecerá Dios por siempre. Selah.
9 Esperamos tu misericordia, oh Dios, en medio de tu templo.
10 Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor hasta los fines de la tierra: de justicia está llena tu diestra.
11 Alegraráse el monte de Sión; se gozarán las hijas de Judá por tus juicios.
12 Andad alrededor de Sión, y rodeadla: contad sus torres.
13 Poned vuestro corazón a su antemuro, mirad sus palacios; para que lo contéis a la generación venidera.
14 Porque este Dios es Dios nuestro eternalmente y para siempre: él nos capitaneará hasta la muerte.

SALMO 49

Al Músico principal:
Salmo para los hijos de Coré.

OID esto, pueblos todos; escuchad, habitadores todos del mundo:
2 Así los plebeyos como los nobles, el rico y el pobre juntamente.
3 Mi boca hablará sabiduría; y el pensamiento de mi corazón entendimiento.
4 Acomodaré a ejemplos mi oído: declararé con el arpa mi enigma.
5 ¿Por qué he de temer en los días de adversidad, cuando la

iniquidad de mis insidiadores me
cercare?
6 Los que confían en sus hacien-
das, y en la muchedumbre de sus
riquezas se jactan,
7 Ninguno de *ellos* podrá en ma-
nera alguna redimir al hermano,
ni dar a Dios su rescate.
8 (Porque la redención de su
alma es de gran precio, y no se
hará jamás;)
9 Que viva adelante para siem-
pre, *y* no vea la corrupción.
10 Pues se ve que mueren los sa-
bios, así como el necio y el bruto
perecen, y dejan a otros sus ri-
quezas.
11 En su interior *tienen* que sus
casas *serán* eternas, y sus habita-
ciones para generación y genera-
ción: llamaron sus tierras de sus
nombres.
12 Mas el hombre no permane-
cerá en honra: es semejante a las
bestias que perecen.
13 Este su camino es su locura:
con todo, corren sus descendien-
tes por el dicho de ellos. Selah.
14 Como rebaños serán puestos
en la sepultura; la muerte se ce-
bará en ellos; y los rectos se ense-
ñorearán de ellos por la mañana:
y se consumirá su bien parecer
en el sepulcro de su morada.
15 Empero Dios redimirá mi alma
del poder de la sepultura, porque
él me recibirá. Selah.
16 No temas cuando se enriquece
alguno, cuando aumenta la glo-
ria de su casa;
17 Porque en muriendo no lleva-
rá nada, ni descenderá tras él su
gloria.
18 Si bien mientras viviere, dirá
dichosa a su alma: y tú serás
loado cuando bien te tratares.
19 Entrará a la generación de sus
padres: no verán luz para siempre.
20 El hombre en honra que no
entiende, semejante es a las bes-
tias que perecen.

SALMO 50

Salmo de Asaf.

EL Dios poderoso, el SEÑOR,
ha hablado, y convocado la
tierra desde el nacimiento del sol
hasta donde se pone.
2 De Sión, perfección de hermo-
sura, ha Dios resplandecido.
3 Vendrá nuestro Dios, y no ca-
llará: fuego consumirá delante
de él, y en derredor suyo habrá
tempestad grande.
4 Convocará a los cielos de arri-
ba, y a la tierra, para juzgar a su
pueblo.
5 Juntadme mis santos; los que
hicieron conmigo pacto con sa-
crificio.
6 Y denunciarán los cielos su
justicia; porque Dios es el juez.
Selah.
7 Oye, pueblo mío, y hablaré: *es-
cucha,* Israel, y testificaré contra
ti: Yo *soy* Dios, el Dios tuyo.
8 No te reprenderé sobre tus sa-
crificios, ni por tus holocaustos,
que delante de mí están siempre.
9 No tomaré de tu casa becerros,
ni machos cabríos de tus apris-
cos.
10 Porque mía es toda bestia del
bosque, y el ganado sobre milla-
res de collados.
11 Conozco todas las aves de los
montes, y en mi poder están las
fieras del campo.
12 Si yo tuviese hambre, no te
lo diría a ti: porque mío es el
mundo y su plenitud.
13 ¿Tengo de comer yo carne de
toros, o de beber sangre de ma-
chos cabríos?

14 Ofrece a Dios sacrificio de acción de gracias, y paga tus votos al Altísimo.
15 E invócame en el día de la angustia: te libraré, y tú me honrarás.
16 Mas al impío dice Dios: ¿Qué tienes tú que declarar mis estatutos, y que tomar mi pacto en tu boca?
17 Pues que tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras.
18 Si veías al ladrón, tú corrías con él; y con los adúlteros era tu parte.
19 Tu boca metías en mal, y tu lengua componía engaño.
20 Tomabas asiento, *y* hablabas contra tu hermano; contra el hijo de tu madre ponías infamia.
21 Estas cosas hiciste, y yo he callado: pensabas que de cierto sería yo como tú: yo te argüiré, y pondré*las* delante de tus ojos.
22 Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios; no sea que arrebate, sin que nadie libre.
23 El que sacrifica alabanza me honrará: y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios.

SALMO 51

Al Músico principal: Salmo de David, cuando después que entró a Batseba, vino a él Natán el profeta.

TEN piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia: conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.
2 Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado.
3 Porque yo reconozco mis rebeliones; y mi pecado está siempre delante de mí.
4 A ti, a ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos: porque seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio.
5 He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.
6 He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo: y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
7 Purifícame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré emblanquecido más que la nieve.
8 Hazme oír gozo y alegría: y se recrearán los huesos que has abatido.
9 Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades.
10 Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí.
11 No me eches de delante de ti; y no quites de mí tu santo espíritu.
12 Vuélveme el gozo de tu salvación; y el espíritu libre me sustente.
13 *Entonces* enseñaré a los prevaricadores tus caminos; y los pecadores se convertirán a ti.
14 Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación: cantará mi lengua tu justicia.
15 Oh Señor, abre mis labios: y publicará mi boca tu alabanza.
16 Porque no quieres tú sacrificio, que yo daría; no quieres holocausto.
17 Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.
18 Haz bien con tu benevolencia a Sión: edifica los muros de Jerusalem.
19 Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, la ofren-

da quemada y ofrenda del todo quemada: entonces ofrecerán sobre tu altar becerros.

SALMO 52

Al Músico principal: Masquil de David, cuando vino Doeg Iduméo y dio cuenta a Saúl, diciéndole: David ha venido a casa de Ahimelec.

¿POR qué te glorías de maldad, oh poderoso? La misericordia de Dios es continua.
2 Agravios maquina tu lengua: como navaja amolada hace engaño.
3 Amaste el mal más que el bien; la mentira más que hablar justicia. Selah.
4 Has amado toda suerte de palabras perniciosas, engañosa lengua.
5 Por tanto Dios te derribará para siempre: te asolará y te arrancará de tu morada, y te desarraigará de la tierra de los vivientes. Selah.
6 Y verán los justos, y temerán; y reiránse de él, *diciendo*:
7 He aquí el hombre que no puso a Dios por su fortaleza, sino que confió en la multitud de sus riquezas, y se mantuvo en su maldad.
8 Mas yo estoy como oliva verde en la casa de Dios: en la misericordia de Dios confío para siempre y eternalmente.
9 Te alabaré para siempre por *lo* que has hecho: y esperaré en tu nombre, porque es bueno, delante de tus santos.

SALMO 53

Al Músico principal: sobre Mahalat: Masquil de David.

DIJO el necio en su corazón: No hay Dios. Corrompiéronse e hicieron abominable maldad: no hay quien haga bien.
2 Dios desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, por ver si hay algún entendido que busque a Dios.
3 Cada uno se había vuelto atrás; todos se habían corrompido: no hay quien haga bien, no hay ni aun uno.
4 ¿No tienen conocimiento todos esos que obran iniquidad? que comen a mi pueblo *como si* comiesen pan: a Dios no han invocado.
5 Allí se sobresaltaron de pavor donde no había miedo: porque Dios ha esparcido los huesos del que asentó campo contra ti: los avergonzaste, porque Dios los desechó.
6 ¡Oh que de Sión saliera la salvación de Israel! En volviendo Dios la cautividad de su pueblo, gozarse ha Jacob, y alegraráse Israel.

SALMO 54

Al Músico principal: en Neginot: Masquil de David, cuando vinieron los Zifeos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido en nuestra tierra?

OH Dios, sálvame por tu nombre, y júzgame por tu poder.
2 Oh Dios, oye mi oración; escucha las razones de mi boca.
3 Porque extraños se han levantado contra mí, y fuertes buscan mi alma: no han puesto a Dios delante de sí. Selah.
4 He aquí, Dios es el que me ayuda; el Señor es con los que sostienen mi alma.
5 Él volverá el mal a mis enemigos: córtalos por tu verdad.
6 Voluntariamente sacrificaré a ti; alabaré tu nombre,

oh SEÑOR, porque es bueno.
7 Porque me ha librado de toda
angustia, y en mis enemigos vieron mis ojos *mi deseo*.

SALMO 55

Al Músico principal: en Neginot: Masquil de David.

ESCUCHA, oh Dios, mi oración, y no te escondas de mi súplica.
2 Estáme atento, y respóndeme: clamo en mi oración, y levanto el grito,
3 A causa de la voz del enemigo, por la opresión del impío; porque echaron sobre mí iniquidad, y con furor me han amenazado.
4 Mi corazón está doloroso dentro de mí, y terrores de muerte sobre mí han caído.
5 Temor y temblor vinieron sobre mí, y terror me ha cubierto.
6 Y dije: ¡Oh que me diera alas como de paloma! volaría yo, y descansaría.
7 Ciertamente huiría lejos: moraría en el desierto. Selah.
8 Apresuraríame a escapar del viento tempestuoso, de la tempestad.
9 Deshace, oh Señor, divide la lengua de ellos; porque he visto violencia y rencilla en la ciudad.
10 Día y noche la rodean sobre sus muros; e iniquidad y trabajo hay en medio de ella.
11 Agravios hay en medio de ella, y el fraude y engaño no se apartan de sus plazas.
12 Porque no me afrentó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, porque me hubiera ocultado de él:
13 Mas tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi guía, y mi familiar:
14 Que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, a la casa de Dios andábamos en compañía.
15 Condenados sean a muerte, desciendan vivos al infierno: porque maldades hay en su compañía, entre ellos.
16 Yo a Dios clamaré; y el SEÑOR me salvará.
17 Tarde y mañana y a medio día oraré y clamaré; y él oirá mi voz.
18 Él ha redimido en paz mi alma de la guerra contra mí; pues fueron contra mí muchos.
19 Dios oirá, y los quebrantará luego, el que desde la antigüedad permanece. Selah. Por cuanto no se mudan, ni temen a Dios.
20 Extendió sus manos contra sus pacíficos: violó su pacto.
21 Ablandan más que manteca su boca, pero guerra hay en su corazón: suavizan sus palabras más que el aceite, mas ellas son espadas.
22 Echa sobre el SEÑOR tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo.
23 Mas tú, oh Dios, harás descender aquéllos al pozo de la sepultura: los hombres sanguinarios y engañadores no demediarán sus días: empero yo confiaré en ti.

SALMO 56

Al Músico principal: sobre la paloma silenciosa en paraje muy distante. Mictam de David, cuando los Filisteos le prendieron en Gat.

TEN misericordia de mí, oh Dios, porque me devoraría el hombre: me oprime combatiéndome cada día.
2 Apúranme mis enemigos cada día; porque muchos son los que pelean contra mí, oh Altísimo.

3 En el día que temo, yo en ti
confío.
4 En Dios alabaré su palabra:
en Dios he confiado, no temeré
lo que la carne me hiciere.
5 Todos los días me contristan
mis palabras; contra mí son
todos sus pensamientos para
mal.
6 Reúnense, escóndense, miran
ellos atentamente mis pasos,
esperando mi vida.
7 ¿Escaparán ellos por la
iniquidad? Oh Dios, derriba en
tu furor los pueblos.
8 Mis huídas has tú contado:
pon mis lágrimas en tu redoma:
¿no están ellas en tu libro?
9 Serán luego vueltos atrás mis
enemigos el día que yo clama-
re: en esto conozco que Dios es
por mí.
10 En Dios alabaré *su* palabra;
en el SEÑOR alabaré *su* palabra.
11 En Dios he confiado: no te-
meré lo que me hará el hombre.
12 Sobre mí, oh Dios, están tus
votos: te tributaré alabanzas.
13 Porque has librado mi vida
de la muerte, y mis pies de
caída, para que ande delante de
Dios en la luz de los que viven.

SALMO 57

Al Músico principal: sobre No destruyas: Mictam de David, cuando huyó de delante de Saúl a la cueva.

TEN misericordia de mí, oh
Dios, ten misericordia de
mí; porque en ti ha confiado
mi alma, y en la sombra de tus
alas me ampararé, hasta que
pasen los quebrantos.
2 Clamaré al Dios Altísimo, al
Dios que me favorece.
3 Él enviará desde el cielo, y me
salvará de la infamia del que me
apura. Selah. Dios enviará su
misericordia y su verdad.
4 Mi vida está entre leones; estoy
echado entre hijos de hombres
encendidos: sus dientes son lan-
zas y saetas, y su lengua espada
aguda.
5 Sé exaltado sobre los cielos,
oh Dios; *sea* tu gloria sobre toda
la tierra.
6 Red han armado a mis pasos;
hase abatido mi alma: hoyo han
cavado delante de mí; en medio
de él han caído. Selah.
7 Pronto está mi corazón, oh
Dios, mi corazón está dispuesto:
cantaré, y daré alabanzas.
8 Despierta, oh gloria mía; des-
pierta, salterio y arpa: levantaré-
me temprano.
9 Alabarte he entre los pueblos,
oh Señor; cantaré de ti entre
las naciones.
10 Porque grande es hasta los
cielos tu misericordia, y hasta
las nubes tu verdad.
11 Sé exaltado sobre los cie-
los, oh Dios; *sea* tu gloria sobre
toda la tierra.

SALMO 58

Al Músico principal: sobre No destruyas: Mictam de David.

OH congregación, ¿pronun-
ciáis en verdad justicia?
¿juzgáis rectamente, hijos de
los hombres?
2 Antes con el corazón obráis
iniquidades: hacéis pesar la
violencia de vuestras manos en
la tierra.
3 Enajenáronse los impíos
desde la matriz; descarriáron-
se desde el vientre, hablando
mentira.
4 Veneno tienen semejante
al veneno de la serpiente: *son*

como áspid sordo que cierra su
oído;
5 Que no oye la voz de los que
encantan, por más hábil que el
encantador sea.
6 Oh Dios, quiebra sus dien-
tes en sus bocas: quiebra, oh
SEÑOR, las muelas de los leon-
cillos.
7 Córranse como aguas que se
van de suyo: en entesando sus
saetas, luego sean hechas peda-
zos.
8 Pasen ellos como el caracol
que se deslíe: *como* el abortivo
de mujer, no vean el sol.
9 Antes que vuestras ollas sien-
tan las espinas, así vivos, así
airados, los arrebatará él con
tempestad.
10 Alegraráse el justo cuando
viere la venganza: sus pies la-
vará en la sangre del impío.
11 Entonces dirá el hombre:
Ciertamente hay fruto para el
justo; ciertamente hay Dios
que juzga en la tierra.

SALMO 59

Al Músico principal: sobre No destruyas: Mictam de David, cuando envió Saúl, y guardaron la casa para matarlo.

LÍBRAME de mis enemigos,
oh Dios mío: ponme en
salvo de los que contra mí se
levantan.
2 Líbrame de los que obran ini-
quidad, y sálvame de hombres
sanguinarios.
3 Porque he aquí están acechan-
do mi vida: hanse juntado con-
tra mí fuertes, no por falta mía,
ni pecado mío, oh SEÑOR.
4 Sin delito *mío* corren y se
aperciben: despierta para venir
a mi encuentro, y mira.
5 Y tú oh SEÑOR, Dios de los
ejércitos, Dios de Israel, des-
pierta para visitar todas las
gentes: no hayas misericordia
de todos los que se rebelan con
iniquidad. Selah.
6 Volveránse a la tarde, ladra-
rán como perros, y rodearán la
ciudad.
7 He aquí proferirán con su
boca; espadas *están* en sus la-
bios, porque *dicen*: ¿Quién oye?
8 Mas tú, oh SEÑOR, te reirás
de ellos, te burlarás de todos
los paganos.
9 De su fuerza esperaré yo en
ti: porque Dios es mi defensa.
10 El Dios de mi misericordia
me prevendrá: Dios me hará
ver en mis enemigos *mi deseo*.
11 No los matarás, porque mi
pueblo no se olvide: hazlos
vagar con tu fortaleza; y abá-
telos, oh Señor, escudo nuestro,
12 *Por* el pecado de su boca,
por la palabra de sus labios; y
sean presos por su soberbia, y
por la maldición y mentira que
profieren.
13 Acábalos con furor, acábalos,
y no sean: y sepan que Dios do-
mina en Jacob hasta los fines
de la tierra. Selah.
14 Vuelvan pues a la tarde, y
ladren como perros, y rodeen
la ciudad.
15 Anden ellos errantes para
hallar que comer: y si no se sa-
ciaren, murmuren.
16 Yo empero cantaré tu for-
taleza, y loaré de mañana tu
misericordia: porque has sido
mi amparo y refugio en el día
de mi angustia.
17 Fortaleza mía, a ti cantaré;
porque eres Dios de mi amparo,
Dios de mi misericordia.

SALMO 60

Al Músico principal: sobre Susan-Edut: Mictam de David, para enseñar, cuando tuvo guerra contra Aram-Naharaim y contra Aram de Soba, y volvió Joab, e hirió de Edom en el valle de las Salinas doce mil.

OH Dios, tú nos has desechado, nos disipaste; te has airado: vuélvete a nosotros.
2 Hiciste temblar la tierra, abrístela: sana sus quiebras, porque titubea.
3 Has hecho ver a tu pueblo duras cosas: hicístenos beber el vino de agitación.
4 Has dado a los que te temen bandera que alcen por la verdad. Selah.
5 Para que se libren tus amados, salva con tu diestra, y óyeme.
6 Dios pronunció por su santuario; yo me alegraré; partiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.
7 Mío es Galaad, y mío es Manasés; y Efraím es la fortaleza de mi cabeza; Judá, mi legislador;
8 Moab, la vasija de mi lavatorio; sobre Edom echaré mi zapato: haz júbilo sobre mí, oh Filistea.
9 ¿Quién me llevará a la ciudad fortalecida? ¿quién me llevará hasta Idumea?
10 Ciertamente, tú, oh Dios, *que* nos habías desechado; y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos.
11 Danos socorro contra el enemigo, que vana es la salvación de los hombres.
12 En Dios haremos proezas; y él hollará nuestros enemigos.

SALMO 61

Al Músico principal: sobre Neginot: Salmo de David.

OYE, oh Dios, mi clamor; a mi oración atiende.
2 Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare llévame a la roca más alta que yo.
3 Porque tú has sido mi refugio, y torre de fortaleza delante del enemigo.
4 Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre: estaré seguro bajo la cubierta de tus alas. Selah.
5 Porque tú, oh Dios, has oído mis votos, has dado heredad a los que temen tu nombre.
6 Días sobre días añadirás al rey: sus años serán como generación y generación.
7 Estará para siempre delante de Dios: misericordia y verdad prepara que lo conserven.
8 Así cantaré tu nombre para siempre, pagando mis votos cada día.

SALMO 62

Al Músico principal: a Jedutún: Salmo de David.

EN Dios solamente está acallada mi alma: de él *viene* mi salvación.
2 Él sólo es mi roca, y mi salvación; *es* mi refugio, no seré movido mucho.
3 ¿Hasta cuándo maquinaréis contra un hombre? Pereceréis todos vosotros, *caeréis* como pared acostada, como cerca ruinosa.
4 Solamente consultan de arrojarle de su grandeza; aman la mentira, con su boca bendicen, pero maldicen en sus entrañas. Selah.
5 Alma mía, en Dios solamente reposa; porque de él es mi esperanza.
6 Él solo es mi roca y mi salvación: *es* mi refugio, no seré movido.

7 En Dios está mi salvación y mi
gloria: en Dios está la roca de mi
fortaleza, y mi refugio.
8 Esperad en él en todo tiempo,
oh pueblos; derramad delante de
él vuestro corazón: Dios es nues-
tro amparo. Selah.
9 Por cierto, vanidad son los
hijos de los hombres, mentira
los hijos de varón: pesándolos a
todos igualmente en la balanza,
serán menos que la vanidad.
10 No confiéis en la violencia, ni
en la rapiña; no os envanezcáis:
si se aumentare la hacienda, no
pongáis el corazón *en ella*.
11 Una vez habló Dios; dos veces
he oído esto: Que de Dios es la
fortaleza.
12 Y de ti, oh Señor, es la miseri-
cordia: porque tú pagas a cada
uno conforme a su obra.

SALMO 63

Salmo de David, estando en el desierto de Judá.

OH Dios, Dios mío eres tú: le-
vantaréme a ti de mañana:
mi alma tiene sed de ti, mi carne
te desea, en tierra de sequedad y
transida sin aguas;
2 Para ver tu fortaleza y tu gloria,
así como te he mirado en el san-
tuario.
3 Porque mejor es tu misericordia
que la vida: mis labios te alabarán.
4 Así te bendeciré en mi vida: en
tu nombre alzaré mis manos.
5 Como de meollo y de grosura
será saciada mi alma; y con la-
bios de júbilo te alabará mi boca,
6 Cuando me acordaré de ti en
mi lecho, *cuando* meditaré de ti
en las velas de la noche.
7 Porque has sido mi socorro; y
así en la sombra de tus alas me
regocijaré.
8 Está mi alma apegada a ti: tu
diestra me ha sostenido.
9 Mas los que para destrucción
buscaron mi alma, caerán en los
sitios bajos de la tierra.
10 Destruiránlos a filo de espada;
serán porción de las zorras.
11 Empero el rey se alegrará en
Dios; será alabado cualquiera
que por él jura: porque la boca
de los que hablan mentira, será
cerrada.

SALMO 64

Al Músico principal: Salmo de David.

ESCUCHA, oh Dios, mi voz en
mi oración: guarda mi vida
del miedo del enemigo.
2 Escóndeme del secreto consejo
de los malignos; de la conspira-
ción de los que obran iniquidad:
3 Que amolaron su lengua como
espada, *y* armaron *por* su saeta
palabra amarga;
4 Para asaetear a escondidas al
íntegro: de improviso lo asaete-
an, y no temen.
5 Se animan *en* su inicuo desig-
nio, tratan de esconder los lazos,
y dicen: ¿Quién los ha de ver?
6 Inquieren iniquidades, hacen
una investigación exacta; y el
íntimo pensamiento de cada uno
de ellos, así como el corazón, *es*
profundo.
7 Mas Dios los herirá con saeta;
de repente serán sus plagas.
8 Y harán caer sobre sí sus mis-
mas lenguas: se espantarán todos
los que los vieren.
9 Y temerán todos los hombres,
y anunciarán la obra de Dios, y
entenderán su hecho.
10 Alegraráse el justo en el
SEÑOR, y confiaráse en él; y se
gloriarán todos los rectos de co-
razón.

SALMO 65

Al Músico principal: Salmo:
Cántico de David.

A TI es plácida la alabanza en
Sión, oh Dios: y a ti se paga-
rán los votos.
2 Tú oyes la oración: a ti vendrá
toda carne.
3 Palabras de iniquidades me so-
brepujaron: *mas* nuestras rebe-
liones tú las perdonarás.
4 Bienaventurado el que tú esco-
gieres, e hicieres llegar *a ti*, para
que habite en tus atrios: seremos
saciados del bien de tu casa, de
tu santo templo.
5 Con tremendas cosas, en justi-
cia, nos responderás tú, oh Dios
de nuestra salvación, esperanza
de todos los términos de la tierra,
y de los más remotos *confines* del
mar.
6 *Tú*, el que establece los montes
con su potencia, ceñido de valen-
tía:
7 El que amansa el estruendo de
los mares, el estruendo de sus
ondas, y el alboroto de las gentes.
8 Por tanto los habitadores de los
fines *de la tierra* temen de tus ma-
ravillas. Tú haces alegrar las sa-
lidas de la mañana y de la tarde.
9 Visitas la tierra, y la riegas: en
gran manera la enriqueces con el
río de Dios, lleno de aguas: pre-
paras el grano de ellos, cuando
así la dispones.
10 Haces que se empapen sus sur-
cos, haces descender sus canales:
ablándasla con lluvias, bendices
sus renuevos.
11 Tú coronas el año de tus bien-
es; y tus nubes destilan grosura.
12 Destilan sobre las estancias
del desierto; y los collados se
ciñen de alegría.
13 Vístense los llanos de mana-
das, y los valles se cubren de
grano: dan voces de júbilo, y aun
cantan.

SALMO 66

Al Músico principal: Cántico: Salmo.

ACLAMAD a Dios con alegría,
toda la tierra:
2 Cantad la gloria de su nombre:
poned gloria *en* su alabanza.
3 Decid a Dios: ¡Cuán terribles
tus obras! Por lo grande de tu
fortaleza te mentirán tus enemi-
gos.
4 Toda la tierra te adorará, y can-
tará a ti; cantarán a tu nombre.
Selah.
5 Venid, y ved las obras de Dios,
terrible en hechos sobre los hijos
de los hombres.
6 Volvió el mar en seco; por
el río pasaron a pie; allí en él
nos alegramos.
7 Él se enseñorea con su fortale-
za para siempre: sus ojos atala-
yan sobre las gentes: los rebel-
des no serán ensalzados. Selah.
8 Bendecid, pueblos, a nuestro
Dios, y haced oír la voz de su
alabanza.
9 Él *es el* que puso nuestra alma
en vida, y no permitió que nues-
tros pies resbalasen.
10 Porque tú nos probaste, oh
Dios: ensayástenos como se afina
la plata.
11 Nos metiste en la red; pusiste
apretura en nuestros lomos.
12 Hombres hiciste subir sobre
nuestra cabeza; entramos en
fuego y en aguas, y sacástenos a
abundancia.
13 Entraré en tu casa con holo-
caustos: te pagaré mis votos,
14 Que pronunciaron mis labios,
y habló mi boca, cuando angus-
tiado estaba.

15 Holocaustos de cebados te
ofreceré, con perfume de carne-
ros: sacrificaré bueyes y machos
cabríos. Selah.
16 Venid, oid todos los que te-
méis a Dios, y contaré lo que ha
hecho a mi alma.
17 A él clamé con mi boca, y en-
salzado fue con mi lengua.
18 Si en mi corazón hubiese yo
mirado a la iniquidad, el Señor
no *me* oyera.
19 Mas ciertamente *me* oyó Dios;
atendió a la voz de mi súplica.
20 Bendito Dios, que no echó *de*
sí mi oración, ni de mí su miseri-
cordia.

SALMO 67

Al Músico principal: en Neginot:
Salmo: Cántico.

DIOS tenga misericordia de no-
sotros, y nos bendiga; haga
resplandecer su rostro sobre no-
sotros; Selah.
2 Para que sea conocido en la tie-
rra tu camino, en todas las gen-
tes tu salvación.
3 Alábente los pueblos, oh Dios;
alábente los pueblos todos.
4 Alégrense y gócense las gentes;
porque juzgarás los pueblos con
equidad, y pastorearás las nacio-
nes en la tierra. Selah.
5 Alábente los pueblos, oh Dios:
todos los pueblos te alaben.
6 La tierra dará su fruto: nos ben-
decirá Dios, el Dios nuestro.
7 Bendíganos Dios, y témanlo
todos los fines de la tierra.

SALMO 68

Al Músico principal:
Salmo de David: Canción.

LEVÁNTESE Dios, sean esparci-
dos sus enemigos, y huyan de
su presencia los que le aborrecen.
2 Como es lanzado el humo, los
lanzarás: como se derrite la cera
delante del fuego, así perecerán
los impíos delante de Dios.
3 Mas los justos se alegrarán: go-
zarse han delante de Dios, y sal-
tarán de alegría.
4 Cantad a Dios, cantad alaban-
zas a su nombre: ensalzad al que
cabalga sobre los cielos por su
nombre JAH, y alegraos delante
de él.
5 Padre de huérfanos y defensor
de viudas, es Dios en la morada
de su santuario:
6 El Dios que hace habitar en
familia los solos; que saca a los
aprisionados con grillos: mas los
rebeldes habitan en sequedad.
7 Oh Dios, cuando tú saliste de-
lante de tu pueblo, cuando andu-
viste por el desierto; Selah:
8 La tierra tembló; también des-
tilaron los cielos a la presencia
de Dios: aquel Sinaí *tembló* de-
lante de Dios, del Dios de Israel.
9 Abundante lluvia esparciste,
oh Dios, a tu heredad; y cuando
se cansó, tú la recreaste.
10 Los que son de tu grey han
morado en ella: por tu bondad,
oh Dios, has provisto al pobre.
11 El Señor dio la palabra: gran-
de *era* la compañía de los que *la*
publicaban.
12 Huyeron, huyeron reyes de
ejércitos; y las que se quedaban
en casa partían los despojos.
13 Bien que fuisteis echados entre
los tiestos, *seréis como* las alas de
la paloma cubierta de plata, y
sus plumas con amarillez de oro.
14 Cuando esparció el Todopo-
deroso los reyes en ella, emblan-
queciose *ésta* como la nieve en
Salmón.
15 Monte de Dios es el monte de

Basán; monte alto el de Basán.
16 ¿Por qué os levantáis, oh montes altos? Este monte amó Dios para su asiento; ciertamente el SEÑOR habitará *en él* para siempre.
17 Los carros de Dios son veinte mil, *y más* millares de ángeles. El Señor entre ellos, *como* en Sinaí, *así* en el santuario.
18 Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres, y también *para* los rebeldes, para que habite *entre ellos* el SEÑOR Dios.
19 Bendito el Señor; cada día nos colma *de beneficios* el Dios de nuestra salvación. Selah.
20 Nuestro Dios *es* el Dios de salvación; y de DIOS el Señor es el librar de la muerte.
21 Ciertamente Dios herirá la cabeza de sus enemigos, la cabelluda mollera del que camina en sus pecados.
22 El Señor dijo: De Basán haré volver, *te* haré volver de los profundos del mar:
23 Porque tu pie se enrojecerá de sangre de tus enemigos, y de ella la lengua de tus perros.
24 Vieron tus caminos, oh Dios; los caminos de mi Dios, de mi Rey, en el santuario.
25 Los cantores iban delante, los tañedores detrás; en medio, las doncellas con adufes.
26 Bendecid a Dios en congregaciones: al Señor, *vosotros de* la fuente de Israel.
27 Allí estaba el joven Benjamín señoreador de ellos, los príncipes de Judá en su congregación, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí.
28 Tu Dios ha ordenado tu fuerza; confirma, oh Dios, lo que has obrado en nosotros.
29 Por razón de tu templo en Jerusalem los reyes te ofrecerán dones.
30 Reprime la reunión de gentes armadas, la multitud de toros con los becerros de los pueblos, *hasta que todos* se sometan con *sus* piezas de plata: disipa los pueblos que se complacen en la guerra.
31 Vendrán príncipes de Egipto; Etiopía apresurará sus manos a Dios.
32 Reinos de la tierra, cantad a Dios, Oh cantad alabanzas al Señor; Selah.
33 Al que cabalga sobre los cielos de los cielos que son de antiguo: he aquí a su voz dará voz de fortaleza.
34 Atribuid fortaleza a Dios: sobre Israel es su magnificencia, y su poder está en las nubes.
35 Terrible *eres*, oh Dios, desde tus santuarios: el Dios de Israel, él da fortaleza y vigor a *su* pueblo. Bendito Dios.

SALMO 69

Al Músico principal: sobre Sosanim: Salmo de David.

SÁLVAME, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma.
2 Estoy hundido en cieno profundo, donde no hay pie: he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado.
3 Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios.
4 Hanse aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa; hanse fortalecido mis enemigos, los que me destruyen sin por qué: he

venido pues a pagar lo que no he
tomado.
5 Oh Dios, tú sabes mi locura; y
mis delitos no te son ocultos.
6 No sean avergonzados por
mi causa los que te esperan, oh
Señor DIOS de los ejércitos; no
sean confusos por mí los que te
buscan, oh Dios de Israel.
7 Porque por amor de ti he sufri-
do afrenta; confusión ha cubier-
to mi rostro.
8 He sido extrañado de mis her-
manos, y extraño a los hijos de
mi madre.
9 Porque me consumió el celo
de tu casa; y las afrentas de los
que te vituperaban, cayeron
sobre mí.
10 Y lloré *afligiendo* con ayuno
mi alma; y esto me ha sido por
afrenta.
11 Puse además saco por mi ves-
tido; y vine a serles por prover-
bio.
12 Hablaban contra mí los que
se sentaban a la puerta, y *me
zaherían* en las canciones de los
bebedores de sidra.
13 Empero yo *enderezaba* mi ora-
ción a ti, oh SEÑOR, al tiempo de
tu buena voluntad: Oh Dios, por
la multitud de tu misericordia,
por la verdad de tu salvación,
óyeme.
14 Sácame del lodo, y no sea yo
sumergido: sea yo libertado de
los que me aborrecen, y del pro-
fundo de las aguas.
15 No me anegue el ímpetu de
las aguas, ni me suerba la hondu-
ra, ni el pozo cierre sobre mí su
boca.
16 Oyeme, oh SEÑOR, porque
apacible es tu misericordia; mí-
rame conforme a la multitud de
tus miseraciones.
17 Y no escondas tu rostro de tu
siervo; porque estoy angustiado;
apresúrate, óyeme.
18 Acércate a mi alma, redímela:
líbrame a causa de mis enemigos.
19 Tú sabes mi afrenta, y mi con-
fusión, y mi oprobio: delante de
ti están todos mis enemigos.
20 La afrenta ha quebrantado mi
corazón, y estoy acongojado: y
esperé quien se compadeciese de
mí, y no lo hubo: y consoladores,
y ninguno hallé.
21 Pusiéronme además hiel por
comida, y en mi sed me dieron a
beber vinagre.
22 Sea su mesa delante de ellos
por lazo, y *lo que es* para bien por
tropiezo.
23 Sean oscurecidos sus ojos
para ver, y haz siempre titubear
sus lomos.
24 Derrama sobre ellos tu ira, y
el furor de tu enojo los alcance.
25 Sea su palacio asolado: en sus
tiendas no haya morador.
26 Porque persiguieron al que tú
heriste; y cuentan del dolor de
los que tú llagaste.
27 Pon maldad sobre su maldad,
y no entren en tu justicia.
28 Sean raídos del libro de los
vivientes, y no sean escritos con
los justos.
29 Y yo afligido y dolorido, tu
salvación, oh Dios, me defende-
rá.
30 Alabaré yo el nombre de Dios
con cántico, ensalzarélo con ac-
ción de gracias.
31 Y agradará al SEÑOR más que
sacrificio de buey, o becerro que
echa cuernos y pezuñas.
32 Veránlo los humildes, y se
gozarán; buscad a Dios, y vivirá
vuestro corazón.
33 Porque el SEÑOR oye a los

menesterosos, y no menosprecia
a sus prisioneros.
34 Alábenlo el cielo y la tierra,
los mares, y todo lo que se mueve
en ellos.
35 Porque Dios guardará a Sión, y
reedificará las ciudades de Judá;
y habitarán allí, y la poseerán.
36 Y la simiente de sus siervos
la heredará, y los que aman su
nombre habitarán en ella.

SALMO 70

Al Músico principal: Salmo de David, para conmemorar.

OH Dios, *acude* a librarme;
apresúrate, oh SEÑOR, a socorrerme.
2 Sean avergonzados y confu-
sos los que buscan mi vida; sean
vueltos atrás y avergonzados los
que mi mal desean.
3 Sean vueltos, en pago de su
afrenta *hecha*, los que dicen: ¡Ah!
¡ah!
4 Gócense y alégrense en ti todos
los que te buscan; y digan siem-
pre los que aman tu salvación:
Engrandecido sea Dios.
5 Yo estoy afligido y meneste-
roso; apresúrate a mí, oh Dios:
ayuda mía y mi libertador eres
tú; oh SEÑOR, no te detengas.

SALMO 71

EN ti, oh SEÑOR, he esperado;
no sea yo confuso para siempre.
2 Hazme escapar, y líbrame en tu
justicia: inclina tu oído y sálva-
me.
3 Séme por peña de estancia,
adonde recurra yo continuamen-
te: mandado has que yo sea
salvo; porque tú eres mi roca, y
mi fortaleza.
4 Dios mío, líbrame de la mano
del impío, de la mano del perver-
so y violento.
5 Porque tú, oh Señor DIOS, eres
mi esperanza: seguridad mía
desde mi juventud.
6 Por ti he sido sustentado desde
el vientre: de las entrañas de mi
madre tú fuiste el que me sacas-
te: de ti será siempre mi alaban-
za.
7 Como prodigio he sido a mu-
chos; y tú mi refugio fuerte.
8 Sea llena mi boca de tu alaban-
za, de tu gloria todo el día.
9 No me deseches en el tiempo
de la vejez; cuando mi fuerza se
acabare, no me desampares.
10 Porque mis enemigos han tra-
tado de mí; y los que acechan mi
alma, consultaron juntamente.
11 Diciendo: Dios lo ha dejado:
perseguid y tomadle, porque no
hay quien le libre.
12 Oh Dios, no te alejes de mí:
Dios mío, acude presto a mi so-
corro.
13 Sean avergonzados, fallezcan
los adversarios de mi alma; sean
cubiertos de vergüenza y de con-
fusión los que mi mal buscan.
14 Mas yo siempre esperaré, y
añadiré sobre toda tu alabanza.
15 Mi boca publicará tu justicia y
tu salvación todo el día, aunque
no sé el número *de ellas*.
16 Vendré a las valentías del
Señor DIOS: haré memoria de
sola tu justicia.
17 Oh Dios, enseñásteme desde
mi mocedad; y hasta ahora he
manifestado tus maravillas.
18 Y aun hasta la vejez y las
canas, oh Dios, no me desampa-
res, hasta que denuncie tu brazo
a la posteridad, tus valentías a
todos los que han de venir.
19 Y tu justicia, oh Dios, hasta lo

excelso; porque has hecho gran-
des cosas: oh Dios, ¿quién como
tú?
20 Tú, que me has hecho ver mu-
chas angustias y males, volverás
a darme vida, y de nuevo me
levantarás de los abismos de la
tierra.
21 Aumentarás mi grandeza, y
volverás a consolarme.
22 Asimismo yo te alabaré con
instrumento de salterio, oh Dios
mío: tu verdad cantaré yo a ti en
el arpa, oh Santo de Israel.
23 Mis labios cantarán cuando a
ti salmeare, y mi alma, a la cual
redimiste.
24 Mi lengua hablará también de
tu justicia todo el día: por cuan-
to fueron avergonzados, porque
fueron confusos los que mi mal
procuraban.

SALMO 72

Para Salomón.

OH Dios, da tus juicios al rey,
y tu justicia al hijo del rey.
2 Él juzgará tu pueblo con justi-
cia, y tus afligidos con juicio.
3 Los montes llevarán paz al pue-
blo, y los collados justicia.
4 Juzgará los afligidos del pue-
blo, salvará los hijos del menes-
teroso, y quebrantará al violento.
5 Temerte han mientras duren el
sol y la luna, por generación de
generaciones.
6 Descenderá como la lluvia
sobre la hierba cortada; como el
rocío que destila *sobre* la tierra.
7 Florecerá en sus días justicia, y
muchedumbre de paz, hasta que
no haya luna.
8 Y dominará de mar a mar, y
desde el río hasta los cabos de la
tierra.
9 Delante de él se postrarán los
Etíopes; y sus enemigos lamerán
la tierra.
10 Los reyes de Tarsis y de las
islas traerán presentes: los reyes
de Sheba y de Seba ofrecerán
dones.
11 Y arrodillarse han a él todos
los reyes; le servirán todas las
gentes.
12 Porque él librará al meneste-
roso que clamare, y al afligido
que no tuviere quien le socorra.
13 Tendrá misericordia del pobre
y del menesteroso, y salvará las
almas de los pobres.
14 De engaño y de violencia re-
dimirá sus almas; y la sangre de
ellos será preciosa en sus ojos.
15 Y vivirá, y darásele del oro de
Seba; y oraráse por él continua-
mente; todo el día se le bendeci-
rá.
16 Será *echado* un puño de grano
en tierra, en las cumbres de
los montes; su fruto hará ruido
como el Líbano, y los de la ciu-
dad florecerán como la hierba de
la tierra.
17 Será su nombre para siempre,
perpetuaráse su nombre mien-
tras el sol dure: y benditas serán
en él todas las gentes: llamarlo
han bienaventurado.
18 Bendito el SEÑOR Dios, el
Dios de Israel, que solo hace ma-
ravillas.
19 Y bendito su nombre glorioso
para siempre: y toda la tierra sea
llena de su gloria. Amén y Amén.
20 Acábanse las oraciones de
David, hijo de Isaí.

SALMO 73

Salmo de Asaf.

CIERTAMENTE bueno es Dios
a Israel, a los limpios de co-
razón.

2 Mas yo, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos.
3 Porque tuve envidia de los insensatos, viendo la prosperidad de los impíos.
4 Porque no hay ataduras para su muerte; antes su fortaleza está entera.
5 No están ellos en el trabajo humano; ni son azotados con *los otros* hombres.
6 Por tanto soberbia los corona: cúbrense de vestido de violencia.
7 Sus ojos están salidos de gruesos: logran con creces los antojos del corazón.
8 Soltáronse, y hablan con maldad de *hacer* violencia; hablan con altanería.
9 Ponen contra los cielos su boca, y su lengua pasea la tierra.
10 Por eso su pueblo vuelve aquí, y aguas de lleno les son exprimidas.
11 Y dicen: ¿Cómo sabe Dios? ¿y hay conocimiento en el Altísimo?
12 He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas.
13 Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia;
14 Pues he sido azotado todo el día, *y empezaba* mi castigo por las mañanas.
15 Si dijera yo, Discurriré de esa suerte; he aquí habría negado la nación de tus hijos:
16 Pensaré pues para saber esto: es a mis ojos *duro* trabajo,
17 Hasta que venido al santuario de Dios, entenderé la postrimería de ellos.
18 Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer.
19 ¡Cómo han sido asolados! ¡cuán en un punto! Acabáronse, fenecieron con turbaciones.
20 Como sueño del que despierta, así, oh Señor, cuando despertares, menospreciarás sus apariencias.
21 Desazonóse a la verdad mi corazón, y en mis riñones sentía punzadas.
22 Mas yo era ignorante, y no entendía: Era como una bestia delante de ti.
23 Con todo, yo siempre estuve contigo: trabaste de mi mano derecha.
24 Hasme guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria.
25 ¿A quién tengo yo en el cielo *si no a ti*? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
26 Mi carne y mi corazón desfallecen: *mas* la fortaleza de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.
27 Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán: tú cortarás a todo aquel que fornicando, de ti *se aparta*.
28 Y en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien: he puesto en el Señor DIOS mi esperanza, para contar todas tus obras.

SALMO 74

Masquil de Asaf.

¿POR qué, oh Dios, *nos* has desechado para siempre? ¿Por qué ha humeado tu furor contra las ovejas de tu dehesa?
2 Acuérdate de tu congregación, que adquiriste de antiguo, *cuando* redimiste la vara de tu heredad; este monte de Sión, donde has habitado.
3 Levanta tus pies a los asola-

mientos eternos: a todo enemigo
que ha hecho mal en el santuario.
4 Tus enemigos han bramado
en medio de tus sinagogas: han
puesto sus divisas por señas.
5 *Cualquiera* se hacía famoso
según que había levantado el
hacha sobre los gruesos maderos.
6 Y ahora con hachas y martillos
han quebrado todas sus entalla-
duras.
7 Han puesto a fuego tus santua-
rios, han profanado el tabernácu-
lo de tu nombre *echándolo* a tierra.
8 Dijeron en su corazón: Des-
truyámoslos de una vez; han
quemado todas las sinagogas de
Dios en la tierra.
9 No vemos ya nuestras señales:
no hay más profeta; ni con noso-
tros hay quien sepa hasta cuándo.
10 ¿Hasta cuándo, oh Dios, el
angustiador *nos* afrentará? ¿Ha
de blasfemar el enemigo perpe-
tuamente tu nombre?
11 ¿Por qué retraes tu mano, y tu
diestra? *¿por qué* la escondes den-
tro de tu seno?
12 Empero Dios es mi rey ya de
antiguo; el que obra salvación en
medio de la tierra.
13 Tú hendiste el mar con tu for-
taleza: quebrantaste cabezas de
dragones en las aguas.
14 Tú magullaste las cabezas del
Leviatán; dístelo por comida al
pueblo del desierto.
15 Tú abriste fuente y río; tú se-
caste ríos impetuosos.
16 Tuyo es el día, tuya también
es la noche: tú aparejaste la luna
y el sol.
17 Tú estableciste todos los tér-
minos de la tierra: el verano y el
invierno tú los formaste.
18 Acuérdate de esto: que el
enemigo ha dicho afrentas, oh
SEÑOR, y que el pueblo insen-
sato ha blasfemado tu nombre.
19 No entregues a las bestias el
alma de tu tórtola: y no olvides
para siempre la congregación de
tus afligidos.
20 Mira al pacto: porque las te-
nebrosidades de la tierra llenas
están de habitaciones de violen-
cia.
21 No vuelva avergonzado el
abatido: el afligido y el meneste-
roso alabarán tu nombre.
22 Levántate, oh Dios, aboga tu
causa: acuérdate de cómo el in-
sensato te injuria cada día.
23 No olvides las voces de tus
enemigos: el alboroto de los que
se levantan contra ti sube conti-
nuamente.

SALMO 75

Al Músico principal: sobre No destruyas:
Salmo de Asaf: Cántico.

GRACIAS te damos, oh Dios,
gracias te damos; que cerca-
no está tu nombre, cuentan tus
maravillas.
2 Cuando yo recibiere la congre-
gación, yo juzgaré rectamente.
3 Arruinábase la tierra y sus mo-
radores: yo sostengo sus colum-
nas. Selah.
4 Dije a los insensatos: No os in-
fatuéis; y a los impíos: No levan-
téis el cuerno:
5 No levantéis en alto vuestro
cuerno; no habléis con cerviz er-
guida.
6 Porque ni de oriente, ni de oc-
cidente, ni del desierto *viene* el
ensalzamiento.
7 Mas Dios es el juez: a éste abate,
y a aquel ensalza.
8 Porque la copa está en la mano
del SEÑOR, y el vino es tinto,
lleno de mistura; y él derra-

ma del mismo: ciertamente sus
heces chuparán y beberán todos
los impíos de la tierra.
9 Mas yo anunciaré siempre, can-
taré alabanzas al Dios de Jacob.
10 Y quebraré todos los cuernos
de los pecadores: los cuernos del
justo serán ensalzados.

SALMO 76

Al Músico principal: sobre Neginot:
Salmo de Asaf: Canción.

DIOS es conocido en Judá: en
Israel es grande su nombre.
2 Y en Salem está su tabernáculo,
y su habitación en Sión.
3 Allí quebró las saetas del arco,
el escudo, y la espada, y *tren* de
guerra. Selah.
4 Ilustre eres tú; fuerte, más que
los montes de caza.
5 Los fuertes de corazón fueron
despojados, durmieron su sueño;
y nada hallaron en sus manos
todos los varones fuertes.
6 A tu reprensión, oh Dios de
Jacob, el carro y el caballo fue-
ron entorpecidos.
7 Tú, terrible eres tú: ¿y quién pa-
rará delante de ti, en comenzan-
do tu ira?
8 Desde el cielo hiciste oír juicio;
la tierra tuvo temor y quedó sus-
pensa,
9 Cuando Dios se levantó al jui-
cio, para salvar a todos los man-
sos de la tierra. Selah.
10 Ciertamente la ira del hom-
bre te acarreará alabanza: tú
reprimirás el resto de las iras.
11 Prometed, y pagad al SEÑOR
vuestro Dios: todos los que están
alrededor de él, traigan presen-
tes al Terrible.
12 Cortará él el espíritu de los
príncipes: terrible es a los reyes
de la tierra.

SALMO 77

Al Músico principal: para Jedutún:
Salmo de Asaf.

CON mi voz clamé a Dios, a
Dios clamé, y él me escuchó.
2 Al Señor busqué en el día de mi
angustia: mi mal corría de noche,
y no cesaba: mi alma rehusaba
consuelo.
3 Acordábame de Dios, y grita-
ba: quejábame, y desmayaba mi
espíritu. Selah.
4 Tenías los párpados de mis
ojos: estaba yo quebrantado, y
no hablaba.
5 Consideraba los días desde el
principio, los años de la antigüe-
dad.
6 Acordábame de mis canciones
de noche; meditaba con mi cora-
zón, y mi espíritu inquiría.
7 ¿Desechará el Señor para siem-
pre, y no volverá más a amar?
8 ¿Hase acabado para siempre
su misericordia? ¿Hase acabado
la palabra suya para generación
y generación?
9 ¿Ha olvidado Dios el tener mi-
sericordia? ¿Ha encerrado con
ira sus piedades? Selah.
10 Y dije: Enfermedad mía es
ésta; *traeré pues a la memoria* los
años de la diestra del Altísimo.
11 Acordaréme de las obras del
SEÑOR: sí, haré yo memoria de
tus maravillas antiguas.
12 Y meditaré en todas tus obras,
y hablaré de tus hechos.
13 Oh Dios, en santidad es tu ca-
mino: ¿qué Dios grande como el
Dios nuestro?
14 Tú eres el Dios que hace ma-
ravillas: tú hiciste notoria en los
pueblos tu fortaleza.
15 Con tu brazo redimiste a tu
pueblo, a los hijos de Jacob y de
José. Selah.

16 Viéronte las aguas, oh Dios;
viéronte las aguas, temieron; y
temblaron los abismos.
17 Las nubes echaron inundacio-
nes de aguas; tronaron los cielos,
y discurrieron tus rayos.
18 La voz de tu trueno *estaba* en
el cielo; los relámpagos alum-
braron el mundo; estremecióse y
tembló la tierra.
19 En el mar fue tu camino, y tus
sendas en las muchas aguas; y
tus pisadas no fueron conocidas.
20 Condujiste a tu pueblo como
ovejas, por mano de Moisés y de
Aarón.

SALMO 78

Masquil de Asaf.

ESCUCHA, pueblo mío, mi ley:
inclinad vuestro oído a las
palabras de mi boca.
2 Abriré mi boca en parábola;
hablaré cosas reservadas de anti-
guo:
3 Las cuales hemos oído y enten-
dido; que nuestros padres nos *las*
contaron.
4 No las encubriremos a sus hijos,
contando a la generación venide-
ra las alabanzas del SEÑOR, y su
fortaleza, y sus maravillas que
hizo.
5 Él estableció testimonio en
Jacob, y puso ley en Israel; la
cual mandó a nuestros padres
que la notificasen a sus hijos;
6 Para que *lo* sepa la generación
venidera, y los hijos que nacerán;
y *los que* se levantarán, *lo* cuenten
a sus hijos;
7 A fin de que pongan en Dios
su confianza, y no se olviden de
las obras de Dios, y guarden sus
mandamientos:
8 Y no sean como sus padres,
generación contumaz y rebelde;
Generación que no apercibió su
corazón, ni fue fiel para con Dios
su espíritu.
9 Los hijos de Efraím armados,
flecheros, volvieron *las espaldas*
el día de la batalla.
10 No guardaron el pacto de Dios,
ni quisieron andar en su ley:
11 Antes se olvidaron de sus
obras, y de sus maravillas que les
había mostrado.
12 Delante de sus padres hizo
maravillas en la tierra de Egipto,
en el campo de Zoán.
13 Rompió el mar, e hízolos
pasar; e hizo estar las aguas
como en un montón.
14 Y llevólos de día con nube, y
toda la noche con resplandor de
fuego.
15 Hendió las peñas en el desier-
to: y dióles a beber como de
grandes abismos;
16 Pues sacó de la roca corrien-
tes, e hizo descender aguas como
ríos.
17 Empero aun tornaron a pecar
contra él, enojando en la soledad
al Altísimo.
18 Pues tentaron a Dios en su
corazón, pidiendo comida a su
gusto.
19 Y hablaron contra Dios, di-
ciendo: ¿Podrá Dios aparejar
mesa en el desierto?
20 He aquí ha herido la roca, y
corrieron aguas, y arroyos salie-
ron ondeando. ¿Podrá también
dar pan? ¿Aparejará carne a su
pueblo?
21 Por tanto oyó el SEÑOR, e in-
dignóse: y encendióse el fuego
contra Jacob, y el furor subió
también contra Israel;
22 Por cuanto no habían creído
a Dios, ni habían confiado en su
salvación:

23 A pesar de que mandó a las
nubes de arriba, y abrió las puer-
tas del cielo,
24 E hizo llover sobre ellos maná
para comer, y dióles trigo del cielo.
25 Pan de ángeles comió el hom-
bre: envióles comida en abundan-
cia.
26 Movió el solano en el cielo, y
trajo con su poder el viento del
sur.
27 E hizo llover sobre ellos carne
como polvo, y aves de alas como
arena del mar.
28 E hizolas caer en medio de su
campo, alrededor de sus tiendas.
29 Y comieron, y hartáronse
mucho: cumplióles pues su deseo.
30 No habían quitado de sí su
deseo, aun estaba su vianda en su
boca,
31 Cuando vino sobre ellos el furor
de Dios, y mató los más robustos
de ellos, y derribó los escogidos
de Israel.
32 Con todo esto pecaron aún, y
no dieron crédito a sus maravillas.
33 Consumió por tanto en nada
sus días, y sus años en la tribula-
ción.
34 Si los mataba, entonces bus-
caban a Dios; entonces se volvían
solícitos en busca suya.
35 Y acordábanse que Dios era su
roca, y el Dios Altísimo su reden-
tor.
36 Mas le lisonjeaban con su boca,
y con su lengua le mentían:
37 Pues sus corazones no eran rec-
tos con él, ni estuvieron firmes en
su pacto.
38 Empero él misericordioso, per-
donaba la maldad, y no *los* des-
truía: y abundó para apartar su ira,
y no despertó todo su enojo.
39 Y acordóse que eran carne;
soplo que va y no vuelve.
40 ¡Cuántas veces lo ensañaron
en el desierto, lo enojaron en la
soledad!
41 Y volvían, y tentaban a Dios,
y ponían límite al Santo de Israel.
42 No se acordaron de su mano,
del día que los redimió de angus-
tia;
43 Cuando puso en Egipto sus
señales, y sus maravillas en el
campo de Zoán;
44 Y volvió sus ríos en sangre, y
sus corrientes, porque no bebie-
sen.
45 Envió entre ellos una mistu-
ra de moscas que los comían, y
ranas que los destruyeron.
46 Dio también al pulgón sus fru-
tos, y sus trabajos a la langosta.
47 Sus viñas destruyó con grani-
zo, y sus sicómoros con escarcha;
48 Y entregó al pedrisco sus bes-
tias, y al fuego sus ganados.
49 Envió sobre ellos el furor de
su saña, ira y enojo y angustia,
con misión de malos ángeles.
50 Dispuso el camino a su furor;
no eximió la vida de ellos de la
muerte, sino que entregó su vida
a la mortandad.
51 E hirió a todo primogénito en
Egipto, las primicias de las fuer-
zas en los tabernáculos de Cam.
52 Empero hizo salir a su pueblo
como ovejas, y llevólos por el de-
sierto, como un rebaño.
53 Y guiólos con seguridad, que
no tuvieron miedo; y el mar cu-
brió a sus enemigos.
54 Metiólos después en los tér-
minos de su santuario, en este
monte que ganó su mano derecha.
55 Y echó las gentes de delante
de ellos, y repartióles una heren-
cia con cuerdas; e hizo habitar
en sus moradas a las tribus de
Israel.

56 Mas tentaron y enojaron al Dios Altísimo, y no guardaron sus testimonios;
57 Sino que se volvieron, y se rebelaron como sus padres: volviéronse como arco engañoso.
58 Y enojáronlo con sus altos, y provocáronlo a celo con sus esculturas.
59 Oyólo Dios, y enojóse, y en gran manera aborreció a Israel.
60 Dejó por tanto el tabernáculo de Silo, la tienda *en que* habitó entre los hombres;
61 Y dio en cautividad su fortaleza, y su gloria en mano del enemigo.
62 Entregó también su pueblo a espada, y airóse contra su heredad.
63 El fuego devoró sus mancebos, y sus vírgenes no fueron loadas en cantos nupciales.
64 Sus sacerdotes cayeron a espada, y sus viudas no lamentaron.
65 Entonces despertó el Señor a la manera del que ha dormido, como un valiente que grita excitado del vino:
66 E hirió a sus enemigos en las partes posteriores: dióles perpetua afrenta.
67 Y desechó el tabernáculo de José, y no escogió la tribu de Efraím.
68 Sino que escogió la tribu de Judá, el monte de Sión, al cual amó.
69 Y edificó su santuario a manera de eminencia, como la tierra que cimentó para siempre.
70 Y eligió a David su siervo, y tomólo de las majadas de las ovejas:
71 De tras las paridas lo trajo, para que apacentase a Jacob su pueblo, y a Israel su heredad.
72 Y apacentólos con entereza de su corazón; y pastoreólos con la pericia de sus manos.

SALMO 79

Salmo de Asaf.

OH Dios, vinieron las gentes a tu heredad; el templo de tu santidad han contaminado; pusieron a Jerusalem en montones.
2 Dieron los cuerpos de tus siervos por comida a las aves del cielo; la carne de tus santos a las bestias de la tierra.
3 Derramaron su sangre como agua en los alrededores de Jerusalem; y no hubo quien *los* enterrase.
4 Somos afrentados de nuestros vecinos, escarnecidos y burlados de los que están en nuestros alrededores.
5 ¿Hasta cuándo, oh SEÑOR? ¿Has de estar airado para siempre? ¿Arderá como fuego tu celo?
6 Derrama tu ira sobre las gentes que no te conocen, y sobre los reinos que no invocan tu nombre.
7 Porque han consumido a Jacob, y su morada han asolado.
8 No recuerdes contra nosotros las iniquidades antiguas: anticípennos presto tus misericordias, porque estamos muy abatidos.
9 Ayúdanos, oh Dios, salvación nuestra, por la gloria de tu nombre: y líbranos, y expía nuestros pecados por amor de tu nombre.
10 Porque dirán las gentes: ¿Dónde está su Dios? Sea notoria en las gentes, delante de nuestros ojos, la venganza de la sangre de tus siervos, que fue derramada.
11 Entre ante tu acatamiento el gemido de los presos: conforme

a la grandeza de tu brazo preserva a los sentenciados a muerte.
12 Y torna a nuestros vecinos en su seno siete tantos de su infamia, con que te han deshonrado, oh Señor.
13 Y nosotros, pueblo tuyo, y ovejas de tu dehesa, te daremos gracias para siempre: de generación en generación cantaremos tus alabanzas.

SALMO 80

Al Músico principal: sobre Sosanim Edut: Salmo de Asaf.

OH Pastor de Israel, escucha: tú que pastoreas como a ovejas a José, que estás entre querubines, resplandece.
2 Despierta tu valentía delante de Efraím, y de Benjamín, y de Manasés, y ven a salvarnos.
3 Oh Dios, haznos tornar; y haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.
4 Oh SEÑOR Dios de los ejércitos, ¿Hasta cuándo humearás tú contra la oración de tu pueblo?
5 Dísteles a comer pan de lágrimas, y dísteles a beber lágrimas en gran abundancia.
6 Pusístenos por contienda a nuestros vecinos: y nuestros enemigos se burlan entre sí.
7 Oh Dios de los ejércitos, haznos tornar; y haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.
8 Hiciste venir una vid de Egipto: echaste las gentes, y plantástela.
9 Limpiaste *sitio* delante de ella, e hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra.
10 Los montes fueron cubiertos de su sombra; y sus sarmientos *como* cedros de Dios.
11 Extendió sus vástagos hasta el mar, y hasta el río sus mugrones.
12 ¿Por qué aportillaste sus vallados, y la vendimian todos los que pasan por el camino?
13 Estropeóla el puerco montés, y pacióla la bestia del campo.
14 Oh Dios de los ejércitos, vuelve ahora: mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña,
15 Y la planta que plantó tu diestra, y el renuevo que para ti corroboraste.
16 Quemada a fuego está, asolada: perezcan por la reprensión de tu rostro.
17 Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, sobre el hijo del hombre que para ti corroboraste.
18 Así no nos volveremos de ti: vida nos darás, e invocaremos tu nombre.
19 Oh SEÑOR Dios de los ejércitos, haznos tornar; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.

SALMO 81

Al Músico principal: sobre Gitit: Salmo de Asaf.

CANTAD a Dios, fortaleza nuestra: al Dios de Jacob celebrad con júbilo.
2 Tomad la canción, y tañed el adufe, el arpa agradable con el salterio.
3 Tocad la trompeta en la nueva luna, en el día señalado, en el día de nuestra solemnidad.
4 Porque estatuto es de Israel, ordenanza del Dios de Jacob.
5 Por testimonio en José lo ha constituído, cuando salió por la tierra de Egipto; *donde* oí lenguaje que no entendía.
6 Aparté su hombro de debajo de la carga; sus manos se quitaron de vasijas de barro.
7 En la angustia clamaste, y yo te libré: te respondí en el secre-

to del trueno; te probé sobre las
aguas de Meriba. Selah.
8 Oye, pueblo mío, y te protesta-
ré, Israel, si me oyeres,
9 No habrá en ti dios ajeno, ni
adorarás a dios extraño.
10 Yo *soy* el SEÑOR tu Dios, que
te hice subir de la tierra de Egip-
to: ensancha tu boca, y henchirla
he.
11 Mas mi pueblo no oyó mi voz,
e Israel no me quiso a mí.
12 Dejélos por tanto a la dureza
de su corazón: caminaron en sus
propios consejos.
13 ¡Oh, si me hubiera oído mi
pueblo, si en mis caminos hubie-
ra Israel andado!
14 En una nada habría yo derri-
bado sus enemigos, y vuelto mi
mano sobre sus adversarios.
15 Los aborrecedores del SEÑOR
se le hubieran sometido; y el
tiempo de ellos fuera para siem-
pre.
16 *Y Dios* lo hubiera mantenido
de grosura de trigo: y de miel de
la roca te hubiera saciado.

SALMO 82

Salmo de Asaf.

DIOS está en la congregación
de los poderosos; en medio
de los dioses juzga.
2 ¿Hasta cuándo juzgaréis injus-
tamente, y aceptaréis las perso-
nas de los impíos? Selah.
3 Defended al pobre y al huérfa-
no: haced justicia al afligido y al
menesteroso.
4 Librad al afligido y al necesita-
do: libradlo de mano de los impí-
os.
5 No saben, no entienden, andan
en tinieblas: vacilan todos los ci-
mientos de la tierra.
6 Yo dije: Vosotros sois dioses, e
hijos todos vosotros del Altísimo.
7 Empero como hombres mori-
réis, y caeréis como cualquiera
de los tiranos.
8 Levántate, oh Dios, juzga la tie-
rra: porque tú heredarás en todas
las gentes.

SALMO 83

Canción: Salmo de Asaf.

OH Dios, no tengas silencio:
no calles, oh Dios, ni te estés
quieto.
2 Porque he aquí que braman tus
enemigos; y tus aborrecedores
han alzado cabeza.
3 Contra tu pueblo han consul-
tado astutamente, y han entrado
en consejo contra tus escondidos.
4 Han dicho: Venid, y cortémos-
los de ser pueblo, y no haya más
memoria del nombre de Israel.
5 Por esto han conspirado de co-
razón a una, contra ti han hecho
liga;
6 Los tabernáculos de los Idu-
meos y de los Ismaelitas, Moab y
los Agarenos;
7 Gebal, y Amón, y Amalec; los
Filisteos con los habitadores de
Tiro.
8 También Asur se ha juntado
con ellos: son por brazo a los
hijos de Lot. Selah.
9 Hazles como a Madián; como a
Sísara, como a Jabín en el arroyo
de Cisón;
10 Que perecieron en Endor, fue-
ron hechos *como* estiércol para la
tierra.
11 Pon a ellos y a sus capitanes
como a Oreb y como a Zeeb; y
como a Zeba y como a Zalmuna,
a todos sus príncipes;
12 Que han dicho: Heredemos
para nosotros las moradas de
Dios.

13 Dios mío, ponlos como a torbellinos; como a hojarascas delante del viento.
14 Como fuego que quema el monte, como llama que abrasa las breñas.
15 Persíguelos así con tu tempestad, y asómbralos con tu torbellino.
16 Llena sus rostros de vergüenza; y busquen tu nombre, oh SEÑOR.
17 Sean afrentados y turbados para siempre; y sean deshonrados, y perezcan:
18 Y conozcan *todos* que tú, cuyo nombre *es* JEHOVÁ, tú solo *eres* el Altísimo sobre toda la tierra.

SALMO 84

Al Músico principal: sobre Gitit: Salmo para los hijos de Coré.

¡CUÁN amables son tus tabernáculos, oh SEÑOR de los ejércitos!
2 Anhela y aun desfallece mi alma por los atrios del SEÑOR: mi corazón y mi carne claman al Dios vivo.
3 Aun el gorrión halla casa, y la golondrina nido para sí, donde ponga sus pollos en tus altares, oh SEÑOR de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío.
4 Bienaventurados los que habitan en tu casa: perpetuamente te alabarán. Selah.
5 Bienaventurado el hombre que tiene su fortaleza en ti; en cuyo corazón están *tus* caminos.
6 Atravesando el valle de Baca pónenle por fuente, cuando la lluvia llena los estanques.
7 Irán de fortaleza en fortaleza, verán a Dios en Sión.
8 Oh SEÑOR Dios de los ejércitos, oye mi oración: escucha, oh Dios de Jacob. Selah.
9 Mira, oh Dios, escudo nuestro, y pon los ojos en el rostro de tu ungido.
10 Porque mejor es un día en tus atrios que mil *fuera de ellos:* escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad.
11 Porque sol y escudo es el SEÑOR Dios: gracia y gloria dará el SEÑOR: no quitará el bien a los que en integridad andan.
12 Oh SEÑOR de los ejércitos, bienaventurado el hombre que en ti confía.

SALMO 85

Al Músico principal: Salmo para los hijos de Coré.

FUISTE propicio a tu tierra, oh SEÑOR: volviste la cautividad de Jacob.
2 Perdonaste la iniquidad de tu pueblo; todos los pecados de ellos cubriste. Selah.
3 Dejaste toda tu saña: te volviste de la ira de tu furor.
4 Vuélvenos, oh Dios, salvación nuestra, y haz cesar tu ira de sobre nosotros.
5 ¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación?
6 ¿No volverás tú a darnos vida, y tu pueblo se alegrará en ti?
7 Muéstranos, oh SEÑOR, tu misericordia, y danos tu salvación.
8 Escucharé lo que hablará DIOS el Señor: porque hablará paz a su pueblo y a sus santos, para que no se conviertan a la locura.
9 Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen; para que habite la gloria en nuestra tierra.
10 La misericordia y la verdad

se encontraron: la justicia y la
paz se besaron.
11 La verdad brotará de la tie-
rra; y la justicia mirará desde el
cielo.
12 El SEÑOR dará también el
bien; y nuestra tierra dará su
fruto.
13 La justicia irá delante de él; y
sus pasos pondrá en camino.

SALMO 86

Oración de David.

INCLINA, oh SEÑOR, tu oído, y
óyeme; porque estoy afligido y
menesteroso.
2 Guarda mi alma, porque soy
pío: salva tú, oh Dios mío, a tu
siervo que en ti confía.
3 Ten misericordia de mí, oh
Señor: porque a ti clamo todo el
día.
4 Alegra el alma de tu siervo:
porque a ti, oh Señor, levanto mi
alma.
5 Porque tú, Señor, eres bueno y
perdonador, y grande en miseri-
cordia para con todos los que te
invocan.
6 Escucha, oh SEÑOR, mi ora-
ción, y está atento a la voz de
mis ruegos.
7 En el día de mi angustia te lla-
maré: porque tú me respondes.
8 Oh Señor, ninguno hay como
tú entre los dioses, *ni obras* que
igualen tus obras.
9 Todas las gentes que hiciste
vendrán y se humillarán delante
de ti, oh Señor; y glorificarán tu
nombre.
10 Porque tú eres grande, y hace-
dor de maravillas: tú solo eres
Dios.
11 Enséñame, oh SEÑOR, tu
camino; caminaré yo en tu
verdad: consolida mi cora-
zón para que tema tu nombre.
12 Te alabaré, oh Señor Dios
mío, con todo mi corazón; y glo-
rificaré tu nombre para siempre.
13 Porque tu misericordia es
grande para conmigo; y has li-
brado mi alma del infierno mas
profundo.
14 Oh Dios, soberbios se levan-
taron contra mí, y conspiración
de fuertes ha buscado mi alma, y
no te pusieron delante de sí.
15 Mas tú, oh Señor, Dios mise-
ricordioso y clemente, lento para
la ira, y grande en misericordia
y verdad;
16 Mírame, y ten misericordia de
mí: da tu fortaleza a tu siervo, y
guarda al hijo de tu sierva.
17 Haz conmigo señal para bien,
y veánla los que me aborrecen,
y sean avergonzados; porque tú,
SEÑOR, me ayudaste, y me con-
solaste.

SALMO 87

A los hijos de Coré: Salmo: Canción.

SU cimiento es en montes de
santidad.
2 Ama el SEÑOR las puertas de
Sión más que todas las moradas
de Jacob.
3 Cosas ilustres son dichas de ti,
ciudad de Dios. Selah.
4 Yo me acordaré de Rahab y de
Babilonia entre los que me cono-
cen: he aquí Filistea, y Tiro, con
Etiopía: este nació allá.
5 Y de Sión se dirá: Éste y aquél
han nacido en ella; y fortificarála
el mismo Altísimo.
6 El SEÑOR contará cuando se
escribieren los pueblos: Éste
nació allí. Selah.
7 Y cantores y tañedores *en ella
dirán:* Todas mis fuentes estarán
en ti.

SALMO 88

Canción: Salmo para los hijos de Coré: al Músico principal: para cantar sobre Mahalat; Masquil de Hemán Ezrahita.

OH SEÑOR, Dios de mi salvación, día y noche clamo delante de ti.
2 Entre mi oración en tu presencia: inclina tu oído a mi clamor.
3 Porque mi alma está harta de males, y mi vida cercana al sepulcro.
4 Soy contado con los que descienden al hoyo, soy como hombre sin fuerza:
5 Libre entre los muertos, como los matados que yacen en el sepulcro, que no te acuerdas más de ellos, y que son cortados de tu mano.
6 Hazme puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en honduras.
7 Sobre mí se ha acostado tu ira, y me has afligido con todas tus ondas. Selah.
8 Has alejado de mí mis conocidos: hasme puesto por abominación a ellos: encerrado estoy, y no puedo salir.
9 Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción: hete llamado, oh SEÑOR, cada día; he extendido a ti mis manos.
10 ¿Harás tú milagro a los muertos? ¿Levantaránse los muertos para alabarte? Selah.
11 ¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en la perdición?
12 ¿Será conocida en las tinieblas tu maravilla, ni tu justicia en la tierra del olvido?
13 Mas yo a ti he clamado, oh SEÑOR; y de mañana mi oración te previno.
14 ¿Por qué, oh SEÑOR, desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?
15 Yo soy afligido y menesteroso: desde la mocedad he llevado tus terrores, he estado medroso.
16 Sobre mí han pasado tus iras; tus espantos me han cortado.
17 Hanme rodeado como aguas de continuo; hanme cercado a una.
18 Has alejado de mí el enemigo y el compañero; y mis conocidos *se esconden* en la tiniebla.

SALMO 89

Masquil de Etán Ezrahita.

LAS misericordias del SEÑOR cantaré perpetuamente: en generación y generación haré notoria tu verdad con mi boca.
2 Porque dije: Para siempre será edificada misericordia; en los mismos cielos apoyarás tu verdad.
3 Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo: *diciendo.*
4 Para siempre confirmaré tu simiente, y edificaré tu trono por todas las generaciones. Selah.
5 Y celebrarán los cielos tu maravilla, oh SEÑOR; tu verdad también en la congregación de los santos.
6 Porque ¿quién en el cielo se igualará con el SEÑOR? ¿quién será semejante al SEÑOR entre los hijos de los potentados?
7 Dios es muy formidable en la asamblea de los santos, y para ser reverenciado por todos *cuantos están* alrededor suyo.
8 Oh SEÑOR Dios de los ejércitos, ¿quién *es* SEÑOR fuerte como tú? tu fidelidad está en torno de ti.
9 Tú tienes dominio sobre la bravura del mar: cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.

10 Tú quebrantaste a Rahab como a un muerto: con el brazo de tu fortaleza esparciste a tus enemigos.
11 Tuyos los cielos, tuya también la tierra: el mundo y su plenitud, tú lo fundaste.
12 Al norte y al sur tú los creaste: Tabor y Hermón cantarán en tu nombre.
13 Tuyo el brazo con valentía; fuerte es tu mano, ensalzada tu diestra.
14 Justicia y juicio son el asiento de tu trono: misericordia y verdad van delante de tu rostro.
15 Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte: andarán, oh SEÑOR, a la luz de tu rostro.
16 En tu nombre se alegrarán todo el día; y en tu justicia serán ensalzados.
17 Porque tú eres la gloria de su fortaleza; y por tu buena voluntad ensalzarás nuestro cuerno.
18 Porque el SEÑOR es nuestro escudo; y nuestro rey es el Santo de Israel.
19 Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: Yo he puesto el socorro sobre valiente; he ensalzado *un* escogido de mi pueblo.
20 Hallé a David mi siervo; ungílo con el aceite de mi santidad.
21 Mi mano será firme con él, mi brazo también lo fortificará.
22 No lo avasallará enemigo, ni hijo de iniquidad lo quebrantará.
23 Mas yo quebrantaré delante de él a sus enemigos, y heriré a sus aborrecedores.
24 Y mi verdad y mi misericordia serán con él; y en mi nombre será ensalzado su cuerno.
25 Asimismo pondré su mano en el mar, y en los ríos su diestra.
26 Él me llamará: Mi padre eres tú, mi Dios, y la roca de mi salvación.
27 Yo también le pondré *por* primogénito, alto sobre los reyes de la tierra.
28 Para siempre le conservaré mi misericordia; y mi pacto será firme con él.
29 Y pondré su simiente para siempre, y su trono como los días del cielo.
30 Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios;
31 Si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos;
32 Entonces visitaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades.
33 Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad.
34 No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios.
35 Una vez he jurado por mi santidad, que no mentiré a David.
36 Su simiente será para siempre, y su trono como el sol delante de mí.
37 Como la luna será firme para siempre, y *como* un testigo fiel en el cielo. Selah.
38 Mas tú desechaste y menospreciaste a tu ungido; y te has airado *con él*.
39 Rompiste el pacto de tu siervo; has profanado su corona *hasta* la tierra.
40 Aportillaste todos sus vallados; has quebrantado sus fortalezas.
41 Menoscabáronle todos los que pasaron por el camino: es oprobio a sus vecinos.
42 Has ensalzado la diestra de sus enemigos; has alegrado a todos sus adversarios.

43 Embotaste asimismo el filo de su espada, y no lo levantaste en la batalla.
44 Hiciste cesar su brillo, y echaste su trono por tierra.
45 Has acortado los días de su juventud; hasle cubierto de afrenta. Selah.
46 ¿Hasta cuándo, oh SEÑOR? ¿te esconderás para siempre? ¿arderá tu ira como el fuego?
47 Acuérdate de cuán corto sea mi tiempo: ¿por qué habrás creado en vano a todos los hijos del hombre?
48 ¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿librarás su vida del poder del sepulcro? Selah.
49 Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que juraste a David por tu verdad?
50 Señor, acuérdate del oprobio de tus siervos; *oprobio que* llevo yo en mi seno de muchos pueblos.
51 Porque tus enemigos, oh SEÑOR, han deshonrado, porque tus enemigos han deshonrado los pasos de tu ungido.
52 Bendito el SEÑOR para siempre. Amén, y Amén.

SALMO 90

Oración de Moisés varón de Dios.

SEÑOR, tú nos has sido refugio de generación y en generación.
2 Antes que naciesen las montañas y formases la tierra y el mundo, y desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios.
3 Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: Convertíos, hijos de los hombres.
4 Porque mil años delante de tus ojos, son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche.
5 Háceslos pasar como avenida de aguas; son como sueño; como la hierba que crece en la mañana:
6 En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca.
7 Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos conturbados.
8 Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro.
9 Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; acabamos nuestros años como un pensamiento.
10 Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo; porque es cortado presto, y volamos.
11 ¿Quién conoce la fortaleza de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido?
12 Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría.
13 Vuélvete, oh SEÑOR: ¿hasta cuándo? Y aplácate para con tus siervos.
14 Sácianos presto de tu misericordia: y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días.
15 Alégranos conforme a los días que nos afligiste, y los años que vimos mal.
16 Aparezca en tus siervos tu obra, y tu gloria sobre sus hijos.
17 Y sea la hermosura del SEÑOR nuestro Dios sobre nosotros: y confirma en nosotros la obra de nuestras manos, sí, confirma tú la obra de nuestras manos.

SALMO 91

EL que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Todopoderoso.

2 Diré yo al SEÑOR: Esperanza
mía, y castillo mío; mi Dios, en
él confiaré.
3 Y él te librará del lazo del caza-
dor: de la peste destruidora.
4 Con sus plumas te cubrirá, y
debajo de sus alas estarás segu-
ro: escudo y adarga es su verdad.
5 No tendrás temor de espanto
nocturno, ni de saeta que vuele
de día;
6 Ni de pestilencia que ande en
oscuridad, ni de mortandad que
en medio del día destruya.
7 Caerán a tu lado mil, y diez mil
a tu diestra: *mas* a ti no llegará.
8 Ciertamente con tus ojos mira-
rás, y verás la recompensa de los
impíos.
9 Porque tú has puesto al SEÑOR,
que es mi refugio, al Altísimo por
tu habitación,
10 No te sobrevendrá mal, ni
plaga tocará tu morada.
11 Pues que a sus ángeles man-
dará acerca de ti, que te guarden
en todos tus caminos.
12 En las manos te llevarán, por-
que tu pie no tropiece en piedra.
13 Sobre el león y el áspid pisa-
rás; hollarás al cachorro del león
y al dragón.
14 Por cuanto en mí ha puesto su
voluntad, yo también lo libraré:
pondrélo en alto, por cuanto ha
conocido mi nombre.
15 Me invocará, y yo le respon-
deré: con él estaré yo en la angus-
tia: lo libraré, y le glorificaré.
16 Saciarélo de larga vida, y mos-
traréle mi salvación.

SALMO 92

Salmo:

Canción para el día del Sábado.

BUENO es dar gracias al
SEÑOR, y cantar alaban-
zas a tu nombre, oh Altísimo;
2 Anunciar por la mañana tu mi-
sericordia, y tu verdad en las no-
ches,
3 En el decacordio y en el salte-
rio, en tono suave con el arpa.
4 Por cuanto me has alegrado,
oh SEÑOR, con tus obras; en las
obras de tus manos me gozo.
5 ¡Cuán grandes son tus obras,
oh SEÑOR! Muy profundos son
tus pensamientos.
6 El hombre bruto no sabe, y el
necio no entiende esto:
7 Que brotan los impíos como
la hierba, y florecen todos los
que obran iniquidad, para ser
destruídos para siempre.
8 Mas tú, SEÑOR, para siempre
eres Altísimo.
9 Porque he aquí tus enemigos,
oh SEÑOR, porque he aquí, pere-
cerán tus enemigos; serán disipa-
dos todos los que obran maldad.
10 Empero tú ensalzarás mi cuer-
no como *el de* unicornio: seré un-
gido con aceite fresco.
11 Y mirarán mis ojos sobre mis
enemigos: oirán mis oídos de los
que se levantaron contra mí, de
los malignos.
12 El justo florecerá como la
palma: crecerá como cedro en el
Líbano.
13 Plantados en la casa del
SEÑOR, en los atrios de nuestro
Dios florecerán.
14 Aun en la vejez fructificarán;
estarán vigorosos y verdes;
15 Para anunciar que el SEÑOR
mi roca es recto, y que en él no
hay injusticia.

SALMO 93

EL SEÑOR reina, vistióse de
magnificencia, vistióse el
SEÑOR, ciñóse de fortaleza; es-

tableció también el mundo, que
no se moverá.
2 Firme es tu trono desde entonces: tú eres eternalmente.
3 Alzaron los ríos, oh SEÑOR, alzaron los ríos su sonido; alzaron los ríos sus ondas.
4 El SEÑOR en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, *más que* las recias ondas del mar.
5 Tus testimonios son muy firmes: la santidad conviene a tu casa, oh SEÑOR, por siempre jamás.

SALMO 94

OH SEÑOR Dios de las venganzas; Oh Dios, a quien pertenece la venganza, muéstrate.
2 Ensálzate, oh Juez de la tierra: da el pago a los soberbios.
3 ¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh SEÑOR, se gozarán los impíos?
4 ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que obran iniquidad?
5 A tu pueblo, oh SEÑOR, quebrantan, y a tu heredad afligen.
6 A la viuda y al extranjero matan, y a los huérfanos quitan la vida.
7 Y dijeron: No verá el SEÑOR, ni entenderá el Dios de Jacob.
8 Entended, brutos del pueblo; y vosotros necios, ¿cuándo seréis sabios?
9 El que plantó el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?
10 El que castiga las gentes, ¿no reprenderá? *¿no sabrá* el que enseña al hombre el conocimiento?
11 El SEÑOR conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad.
12 Bienaventurado el hombre a quien tú, oh SEÑOR, castigares, y en tu ley lo instruyeres;
13 Para tranquilizarle en los días de aflicción, en tanto que para el impío se cava el hoyo.
14 Porque no dejará el SEÑOR su pueblo, ni desamparará su heredad;
15 Sino que el juicio será vuelto a justicia, y en pos de ella irán todos los rectos de corazón.
16 ¿Quién se levantará por mí contra los malignos? ¿Quién estará por mí contra los que obran iniquidad?
17 Si no me ayudara el SEÑOR, presto morara mi alma en el silencio.
18 Cuando yo decía: Mi pie resbala: tu misericordia, oh SEÑOR, me sustentaba.
19 En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma.
20 ¿Juntaráse contigo el trono de iniquidades, que forma agravio en el mandamiento?
21 Pónense en corros contra el alma del justo, y condenan la sangre inocente.
22 Mas el SEÑOR me ha sido por refugio; y mi Dios es la roca de mi refugio.
23 Y él hará tornar sobre ellos su iniquidad, y los destruirá por su propia maldad; los talará el SEÑOR nuestro Dios.

SALMO 95

VENID, celebremos alegremente al SEÑOR: cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación.
2 Entraremos en su presencia con acciones de gracias; aclamémosle con salmos.

3 Porque el SEÑOR es Dios gran-
de; y Rey grande sobre todos los
dioses.
4 Porque en su mano están las
profundidades de la tierra, y las
alturas de los montes son suyas.
5 Suyo también el mar, pues él
la hizo; y sus manos formaron la
seca.
6 Venid, adoremos y postrémo-
nos; arrodillémonos delante del
SEÑOR nuestro hacedor.
7 Porque él es nuestro Dios; no-
sotros el pueblo de su dehesa, y
ovejas de su mano. Si hoy oye-
reis su voz,
8 No endurezcáis vuestro cora-
zón como en Meriba, como el día
de Masa en el desierto;
9 Donde me tentaron vuestros
padres, probáronme, y vieron mi
obra.
10 Cuarenta años estuve disgus-
tado con la nación, y dije: Pueblo
es que divaga de corazón, y no
han conocido mis caminos.
11 Por tanto juré en mi furor que
no entrarían en mi reposo.

SALMO 96

CANTAD al SEÑOR canción
nueva; cantad al SEÑOR,
toda la tierra.
2 Cantad al SEÑOR, bendecid su
nombre: proclamad de día en día
su salvación.
3 Proclamad entre las naciones
su gloria, en todos los pueblos
sus maravillas.
4 Porque grande es el SEÑOR, y
digno de suprema alabanza; te-
rrible sobre todos los dioses.
5 Porque todos los dioses de
los pueblos son ídolos: mas el
SEÑOR hizo los cielos.
6 Alabanza y magnificen-
cia delante de él: fortale-
za y gloria en su santuario.
7 Dad al SEÑOR, oh familias de
los pueblos, dad al SEÑOR la glo-
ria y la fortaleza.
8 Dad al SEÑOR la honra debida
a su nombre: tomad presentes, y
venid a sus atrios.
9 Adorad al SEÑOR en la hermo-
sura de *su* santuario: temed de-
lante de él, toda la tierra.
10 Decid en las gentes: el SEÑOR
reinó, también estableció el
mundo, no será conmovido: Juz-
gará a los pueblos en justicia.
11 Alégrense los cielos, y góce-
se la tierra: brame el mar y su
plenitud.
12 Regocíjese el campo, y todo lo
que en él está: entonces todos los
árboles del bosque rebosarán de
contento,
13 Delante del SEÑOR que vino:
porque vino a juzgar la tierra.
Juzgará al mundo con justicia, y
a los pueblos con su verdad.

SALMO 97

EL SEÑOR reinó: regocíjese la
tierra: alégrense las muchas
islas.
2 Nube y oscuridad alrededor de
él: justicia y juicio son el asiento
de su trono.
3 Fuego irá delante de él, y abra-
sará en derredor sus enemigos.
4 Sus relámpagos alumbraron el
mundo: la tierra vio, y estreme-
cióse.
5 Los montes se derritieron como
cera delante del SEÑOR, delante
del Señor de toda la tierra.
6 Los cielos denunciaron su jus-
ticia, y todos los pueblos vieron
su gloria.
7 Avergüéncense todos los que
sirven a las imágenes de talla,
los que se alaban de los ídolos:

los dioses todos a él se encorven.
8 Oyó Sión, y alegróse; y las hijas de Judá, oh SEÑOR, se gozaron por tus juicios.
9 Porque tú, SEÑOR, eres alto sobre toda la tierra: eres muy ensalzado sobre todos los dioses.
10 Los que al SEÑOR amáis, aborreced el mal: guarda él las almas de sus santos; de mano de los impíos los libra.
11 Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón.
12 Alegraos, justos, en el SEÑOR: y dad gracias a la memoria de su santidad.

SALMO 98

CANTAD al SEÑOR canción nueva; porque ha hecho maravillas: su diestra lo ha salvado, y su santo brazo.
2 El SEÑOR ha hecho notoria su salvación: en ojos de las gentes ha descubierto su justicia.
3 Hase acordado de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel: todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios.
4 Cantad alegres al SEÑOR, toda la tierra; levantad la voz, y aplaudid, y salmead.
5 Salmead al SEÑOR con arpa; con arpa y voz de cántico.
6 Aclamad con trompetas y sonidos de bocina delante del SEÑOR, el Rey.
7 Brame el mar y su plenitud; el mundo y los que en él habitan;
8 Los ríos batan las manos; los montes todos hagan regocijo,
9 Delante del SEÑOR; porque vino a juzgar la tierra: juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.

SALMO 99

EL SEÑOR reinó, temblarán los pueblos: él está sentado sobre los querubines, conmoveráse la tierra.
2 El SEÑOR en Sión es grande, y ensalzado sobre todos los pueblos.
3 Alaben tu nombre grande y tremendo: él es santo.
4 Y la gloria del rey ama el juicio: tú confirmas la rectitud; tú has hecho en Jacob juicio y justicia.
5 Ensalzad al SEÑOR nuestro Dios, y encorvaos al estrado de sus pies: él es santo.
6 Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocaron su nombre; invocaban al SEÑOR, y él les respondía.
7 En columna de nube hablaba con ellos: guardaban sus testimonios, y el estatuto que les había dado.
8 Oh SEÑOR Dios nuestro, tú les respondías: tú les fuiste un Dios perdonador, y vengador de sus obras.
9 Ensalzad al SEÑOR nuestro Dios, y adorad al monte de su santidad; porque el SEÑOR nuestro Dios *es* santo.

SALMO 100

Salmo de alabanza.

CANTAD alegres al SEÑOR, todas las tierras.
2 Servid al SEÑOR con alegría: venid ante su acatamiento con regocijo.
3 Reconoced que el SEÑOR él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado.
4 Entrad en sus puertas con acción de gracias, en sus atrios con alabanza: dadle gracias, bendecid su nombre.

5 Porque el SEÑOR es bueno:
por siempre *es* su misericordia, y
su verdad por todas las generaciones.

SALMO 101

Salmo de David.

MISERICORDIA y juicio cantaré: a ti cantaré yo, oh SEÑOR.
2 Entenderé en el camino de la
perfección cuando vinieres a mí:
en integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa.
3 No pondré delante de mis ojos
cosa perversa: aborrezco la obra
de los que se desvían: ninguno *de
ellos* se allegará a mí.
4 Corazón perverso se apartará
de mí; no conoceré al malvado.
5 Al que solapadamente infama
a su prójimo, yo le cortaré; no
sufriré al de ojos altaneros, y de
corazón vanidoso.
6 Mis ojos *pondré* en los fieles de
la tierra, para que estén conmigo:
el que anduviere en el camino de
la perfección, éste me servirá.
7 No habitará dentro de mi casa
el que hace fraude: el que habla
mentiras no se afirmará delante
de mis ojos.
8 Por las mañanas cortaré a todos
los impíos de la tierra; para extirpar de la ciudad del SEÑOR a
todos los que obraren iniquidad.

SALMO 102

Oración del pobre, cuando estuviere angustiado, y delante del SEÑOR derramare su lamento.

OH SEÑOR, oye mi oración, y venga mi clamor a ti.
2 No escondas de mí tu rostro:
en el día de mi angustia inclina a
mí tu oído; el día que *te* invocare,
apresúrate a responderme.
3 Porque mis días se han consumido como humo; y mis huesos
cual tizón están quemados.
4 Mi corazón fue herido, y secóse
como la hierba; por lo cual me
olvidé de comer mi pan.
5 Por la voz de mi gemido mis
huesos se han pegado a mi carne.
6 Soy semejante al pelícano del
desierto; soy como el búho de las
soledades.
7 Velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado.
8 Cada día me afrentan mis enemigos; los que se enfurecen contra mí, hanse contra mí conjurado.
9 Por lo que como la ceniza a
manera de pan, y mi bebida mezclo con lloro,
10 A causa de tu enojo y de tu
ira; pues me alzaste, y me has
arrojado.
11 Mis días son como la sombra
que se va; y heme secado como
la hierba.
12 Mas tú, oh SEÑOR, permanecerás por siempre, y tu memoria
para generación y generación.
13 Tú levantándote, tendrás misericordia de Sión; porque el
tiempo de tener misericordia de
ella, porque el plazo es llegado.
14 Porque tus siervos aman sus
piedras, y del polvo de ella tienen compasión.
15 Entonces temerán las gentes
el nombre del SEÑOR, y todos
los reyes de la tierra tu gloria;
16 Por cuanto el SEÑOR habrá
edificado a Sión, y en su gloria
será visto;
17 Habrá mirado a la oración de
los solitarios, y no habrá desechado el ruego de ellos.
18 Escribirse ha esto para la generación venidera: y el pueblo

que se creará, alabará al SEÑOR.
19 Porque miró de lo alto de su santuario; el SEÑOR miró del cielo a la tierra,
20 Para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte;
21 Porque cuenten en Sión el nombre del SEÑOR, y su alabanza en Jerusalem,
22 Cuando los pueblos se congregaren en uno, y los reinos, para servir al SEÑOR.
23 Él afligió mi fuerza en el camino; acortó mis días.
24 Dije: Dios mío, no me cortes en el medio de mis días: por generación de generaciones son tus años.
25 Tú fundaste la tierra antiguamente, y los cielos son obra de tus manos.
26 Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como un vestido se envejecerán; como una ropa de vestir los mudarás, y serán mudados:
27 Mas tú eres el mismo, y tus años no se acabarán.
28 Los hijos de tus siervos habitarán, y su simiente será establecida delante de ti.

SALMO 103

Salmo de David.

BENDICE, alma mía al SEÑOR; y *bendigan* todas mis entrañas su santo nombre.
2 Bendice, alma mía, al SEÑOR, y no olvides ninguno de sus beneficios.
3 Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias;
4 El que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias;
5 El que sacia de bien tu boca *de modo* que te rejuvenezcas como el águila.
6 El SEÑOR el que hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia.
7 Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras.
8 Misericordioso y clemente es el SEÑOR; lento para la ira, y grande en misericordia.
9 No contenderá para siempre, ni para siempre guardará *el enojo*.
10 No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades; ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados.
11 Porque como la altura del cielo sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen.
12 Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.
13 Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el SEÑOR de los que le temen.
14 Porque él conoce nuestra condición; acuérdase que somos polvo.
15 El hombre, como la hierba son sus días: florece como la flor del campo.
16 Que pasó el viento por ella, y pereció: y su lugar no la conoce más.
17 Mas la misericordia del SEÑOR desde el siglo y hasta el siglo sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos;
18 Sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra.
19 El SEÑOR estableció en los cielos su trono; y su reino domina sobre todos.

20 Bendecid al SEÑOR, vosotros
sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra,
obedeciendo a la voz de su precepto.
21 Bendecid al SEÑOR, vosotros
todos sus ejércitos, ministros
suyos, que hacéis su voluntad.
22 Bendecid al SEÑOR, vosotras todas sus obras, en todos los
lugares de su señorío. Bendice,
alma mía, al SEÑOR.

SALMO 104

BENDICE, alma mía, al SEÑOR.
Oh SEÑOR Dios mío, mucho
te has engrandecido; haste vestido de gloria y de magnificencia.
2 El que se cubre de luz como de
vestidura, que extiende los cielos
como una cortina;
3 Que establece sus aposentos
entre las aguas; el que pone las
nubes por su carroza, el que anda
sobre las alas del viento;
4 El que hace a sus ángeles espíritus, sus ministros fuego flameante.
5 *Él* fundó la tierra sobre sus
basas; no será jamás removida.
6 Con el abismo, como con vestido, la cubriste; sobre los montes
estaban las aguas.
7 A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron;
8 Subieron los montes, descendieron los valles, al lugar que tú
les fundaste.
9 Pusísteles término, el cual no
traspasarán; ni volverán a cubrir
la tierra.
10 *Tú eres* el que envías las fuentes por los arroyos; van entre los
montes.
11 Abrevan a todas las bestias
del campo: quebrantan su sed los
asnos montaraces.
12 Junto a aquellos habitarán las
aves del cielo; entre las ramas
dan voces.
13 El que riega los montes desde
sus aposentos: del fruto de sus
obras se sacia la tierra.
14 El que hace producir el heno
para las bestias, y la hierba para
el servicio del hombre; sacando
el pan de la tierra.
15 Y el vino que alegra el corazón del hombre, y el aceite que
hace lucir el rostro, y el pan que
sustenta el corazón del hombre.
16 Llénanse de *jugo* los árboles
del SEÑOR, los cedros del Líbano
que él plantó.
17 Allí anidan las aves; en las
hayas *hace* su casa la cigüeña.
18 Los montes altos para las cabras monteses; las peñas, madrigueras para los conejos.
19 Hizo la luna para los tiempos:
el sol conoce su ocaso.
20 Pone las tinieblas, y es la
noche: en ella corretean todas
las bestias de la selva.
21 Los leoncillos braman a la
presa, y para buscar de Dios su
comida.
22 Sale el sol, recógense, y échanse en sus cuevas.
23 Sale el hombre a su hacienda,
y a su labranza hasta la tarde.
24 ¡Cuán muchas son tus obras,
oh SEÑOR! Hiciste todas ellas
con sabiduría: la tierra está llena
de tus beneficios.
25 *Asimismo* esta gran mar y
ancha de términos: en ella pescados sin número, animales pequeños y grandes.
26 Allí andan navíos; allí este Leviatán que hiciste para que jugase en ella.
27 Todos ellos esperan en ti, para
que les des su comida a su tiempo.

28 Les das, recogen; abres tu mano, hártanse de bien.
29 Escondes tu rostro, túrbanse: les quitas el espíritu, dejan de vivir, y tórnanse en su polvo.
30 Envías tu espíritu, son creados: y renuevas la faz de la tierra.
31 Sea la gloria del SEÑOR para siempre; alégrese el SEÑOR en sus obras;
32 El cual mira a la tierra, y ella tiembla; toca los montes, y humean.
33 Al SEÑOR cantaré en mi vida: a mi Dios salmearé mientras viviere.
34 Serme ha suave hablar de él: yo me alegraré en el SEÑOR.
35 Sean consumidos de la tierra los pecadores, y los impíos dejen de ser. Bendice, alma mía, al SEÑOR. Aleluya.

SALMO 105

DAD gracias al SEÑOR, invocad su nombre: haced notorias sus obras en los pueblos.
2 Cantadle, cantadle salmos: hablad de todas sus maravillas.
3 Gloriaos en su santo nombre: alégrese el corazón de los que buscan al SEÑOR.
4 Buscad al SEÑOR, y su fortaleza: buscad siempre su rostro.
5 Acordaos de sus maravillas que hizo, de sus prodigios y de los juicios de su boca,
6 Oh vosotros, simiente de Abraham su siervo, hijos de Jacob, sus escogidos.
7 Él es el SEÑOR nuestro Dios; en toda la tierra son sus juicios.
8 Acordóse para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones,
9 La cual concertó con Abraham; y de su juramento a Isaac.
10 Y establecióla a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno,
11 Diciendo: A ti daré la tierra de Canaán *por* cordel de vuestra heredad.
12 *Esto* siendo ellos pocos hombres en número, y extranjeros en ella.
13 Y anduvieron de gente en gente, de un reino a otro pueblo.
14 No consintió que hombre los agraviase; y por causa de ellos castigó los reyes.
15 No toquéis, *dijo*, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas.
16 Y llamó al hambre sobre la tierra, y quebrantó todo mantenimiento de pan.
17 Envió un varón delante de ellos, a José, *que* fue vendido por siervo.
18 Afligieron sus pies con grillos; en hierro fue puesta su persona.
19 Hasta la hora que llegó su palabra, el dicho del SEÑOR le probó.
20 Envió el rey, y soltóle; el señor de los pueblos, y desatóle.
21 Púsolo por señor de su casa, y por enseñoreador en toda su posesión;
22 Para que reprimiera a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría.
23 Después entró Israel en Egipto, y Jacob fue extranjero en la tierra de Cam.
24 Y multiplicó su pueblo en gran manera, e hízolo fuerte más que sus enemigos.
25 Volvió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo, para que contra sus siervos pensasen mal.
26 Envió a su siervo Moisés, *y* a Aarón al cual escogió.

27 Pusieron en ellos las palabras
de sus señales, y sus prodigios en
la tierra de Cam.
28 Echó tinieblas, e hizo oscuri-
dad; y no fueron rebeldes a su
palabra.
29 Volvió sus aguas en sangre, y
mató sus pescados.
30 Produjo su tierra ranas, *aun*
en las cámaras de sus reyes.
31 Dijo, y vinieron enjambres de
moscas, y piojos en todo su tér-
mino.
32 Volvió en su tierra sus lluvias
en granizo, y en fuego de llama-
radas.
33 E hirió sus viñas y sus higue-
ras, y quebró los árboles de su
término.
34 Dijo, y vinieron langostas, y
pulgón sin número;
35 Y comieron toda la hierba de
su país, y devoraron el fruto de
su tierra.
36 Hirió además a todos los pri-
mogénitos en su tierra, el princi-
pio de toda su fuerza.
37 Y sacólos con plata y oro; y
no hubo en sus tribus enfermo.
38 Egipto se alegró de que salie-
ran; porque su terror había caído
sobre ellos.
39 Extendió una nube por cu-
bierta, y fuego para alumbrar la
noche.
40 Pidieron, e hizo venir codor-
nices; y saciólos de pan del cielo.
41 Abrió la roca, y fluyeron
aguas; corrieron por los secada-
les *como* un río.
42 Porque se acordó de su santa
palabra, *dada* a Abraham su siervo.
43 Y sacó a su pueblo con gozo;
con júbilo a sus escogidos.
44 Y dióles las tierras de las gen-
tes; y las labores de las naciones
heredaron:
45 Para que guardasen sus esta-
tutos, y observasen sus leyes.
Alabad al SEÑOR.

SALMO 106

ALABAD al SEÑOR. Dad gra-
cias al SEÑOR, porque *él* es
bueno; porque para siempre *es* su
misericordia.
2 ¿Quién expresará las valentías
del SEÑOR? *¿quién* contará sus
alabanzas?
3 Dichosos los que guardan jui-
cio, los que hacen justicia en
todo tiempo.
4 Acuérdate de mí, oh SEÑOR,
según tu benevolencia para con tu
pueblo: visítame con tu salvación;
5 Para que yo vea el bien de tus
escogidos, para que me goce en
la alegría de tu gente, y me glo-
ríe con tu heredad.
6 Pecamos con nuestros padres,
hicimos iniquidad, hicimos im-
piedad.
7 Nuestros padres en Egipto no
entendieron tus maravillas; no
se acordaron de la muchedum-
bre de tus misericordias; sino
que se rebelaron junto al mar, en
el mar Bermejo.
8 Salvólos empero por amor de
su nombre, para hacer notoria su
fortaleza.
9 Y reprendió al mar Bermejo, y
secólo; e hízoles ir por el abismo,
como por un desierto.
10 Y salvólos de mano del ene-
migo, y rescatólos de mano del
adversario.
11 Y cubrieron las aguas a sus
enemigos: no quedó uno de ellos.
12 Entonces creyeron a sus pala-
bras, y cantaron su alabanza.
13 Apresuráronse, olvidáronse
de sus obras; no esperaron en su
consejo.

14 Y desearon con ansia en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad.
15 Y él les dio lo que pidieron; mas envió flaqueza en sus almas.
16 Tomaron después celo contra Moisés en el campo, y contra Aarón el santo del SEÑOR.
17 Abrióse la tierra, y tragó a Datán, y cubrió la compañía de Abiram.
18 Y encendióse el fuego en su compañía; la llama quemó los impíos.
19 Hicieron becerro en Horeb, y adoraron a una imagen de fundición.
20 Así trocaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba.
21 Olvidaron al Dios de su salvación, que había hecho grandezas en Egipto;
22 Maravillas en la tierra de Cam, cosas formidables sobre el mar Bermejo.
23 Y trató de destruirlos, a no haberse puesto Moisés su escogido al portillo delante de él, a fin de apartar su ira, para que no *los* destruyese.
24 Empero aborrecieron la tierra deseable: no creyeron a su palabra;
25 Antes murmuraron en sus tiendas, y no oyeron la voz del SEÑOR.
26 Por lo que alzó su mano a ellos, en orden a postrarlos en el desierto,
27 Y humillar su simiente entre las gentes, y esparcirlos por las tierras.
28 Allegáronse asimismo a Baalpeor, y comieron los sacrificios de los muertos.
29 Y ensañaron *a Dios* con sus obras, y desarrollóse la mortandad en ellos.
30 Entonces se levantó Finees, e hizo juicio; y se detuvo la plaga.
31 Y fuéle contado a justicia de generación en generación para siempre.
32 También le irritaron en las aguas de Meriba: e hizo mal a Moisés por causa de ellos;
33 Porque provocaron su espíritu, de modo que él habló imprudentemente con sus labios.
34 No destruyeron los pueblos que el SEÑOR les dijo;
35 Antes se mezclaron con las gentes, y aprendieron sus obras,
36 Y sirvieron a sus ídolos; los cuales les fueron por ruina.
37 Y sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios;
38 Y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que sacrificaron a los ídolos de Canaán: y la tierra fue contaminada con sangre.
39 Contamináronse así con sus obras, y fornicaron con sus hechos.
40 Encendióse por tanto el furor del SEÑOR sobre su pueblo, y abominó su heredad:
41 Y entrególos en poder de las gentes, y enseñoreáronse de ellos los que los aborrecían.
42 Y sus enemigos los oprimieron, y fueron quebrantados debajo de su mano.
43 Muchas veces los libró; mas ellos se rebelaron a su consejo, y fueron humillados por su maldad.
44 Él con todo, miraba cuando estaban en angustia, y oía su clamor:
45 Y acordábase de su pacto con ellos, y arrepentíase conforme a

la muchedumbre de sus misera-
ciones.
46 Hizo asimismo que tuviesen
de ellos misericordia todos los
que los tenían cautivos.
47 Sálvanos, oh SEÑOR Dios
nuestro, y recógenos de entre las
naciones, para que demos gra-
cias a tu santo nombre, para que
nos gloriemos en tus alabanzas.
48 Bendito el SEÑOR Dios de Is-
rael, desde la eternidad y hasta
la eternidad: Y diga todo el pue-
blo, Amén. Aleluya.

SALMO 107

DAD gracias al SEÑOR, por-
que él es bueno; porque para
siempre *es* su misericordia.
2 Díganlo los redimidos del
SEÑOR, los que ha redimido del
poder del enemigo,
3 Y los ha congregado de las tie-
rras, del oriente y del occidente,
del norte y del mar.
4 Anduvieron perdidos por el
desierto, por la soledad sin
camino, no hallando ciudad de
población.
5 Hambrientos y sedientos, su
alma desfallecía en ellos.
6 Habiendo empero clamado al
SEÑOR en su angustia, librólos
de sus aflicciones:
7 Y dirigiólos por camino dere-
cho, para que viniesen a ciudad
de población.
8 ¡Oh que alaben al SEÑOR *por*
su bondad, y sus maravillas para
con los hijos de los hombres!
9 Porque sació al alma meneste-
rosa, y llenó de bien al alma
hambrienta.
10 Los que moraban en tinieblas
y sombra de muerte, aprisiona-
dos en aflicción y en hierros;
11 Por cuanto fueron rebeldes
a las palabras de Dios, y abo-
rrecieron el consejo del Altísimo.
12 Por lo que quebrantó él con
trabajo sus corazones, cayeron y
no hubo quien *les* ayudase;
13 Luego que clamaron al SEÑOR
en su angustia, librólos de sus
aflicciones.
14 Sacólos de las tinieblas y de la
sombra de muerte, y rompió sus
prisiones.
15 ¡Oh que alaben al SEÑOR *por*
su bondad, y sus maravillas para
con los hijos de los hombres!
16 Porque quebrantó las puertas
de latón, y desmenuzó los cerro-
jos de hierro.
17 Los insensatos, a causa del ca-
mino de su rebelión y a causa de
sus maldades, fueron afligidos.
18 Su alma abominó toda vianda,
y llegaron hasta las puertas de la
muerte.
19 Mas clamaron al SEÑOR en su
angustia, y salvólos de sus aflic-
ciones.
20 Envió su palabra, y curólos, y
librólos de su ruina.
21 ¡Oh que alaben al SEÑOR *por*
su bondad, y sus maravillas para
con los hijos de los hombres!
22 Y sacrifiquen sacrificios de ac-
ción de gracias, y publiquen sus
obras con júbilo.
23 Los que descienden al mar en
navíos, y hacen negocio en las
muchas aguas,
24 Ellos han visto las obras del
SEÑOR, y sus maravillas en el
profundo.
25 Él dijo, e hizo saltar el viento
de la tempestad, que levanta sus
ondas.
26 Suben al cielo, descienden a
los abismos: sus almas se derri-
ten con el mal.
27 Tiemblan, y titubean como

borrachos, y todo su conocimien-
to es perdido.
28 Claman empero al SEÑOR
en su angustia, y líbralos de sus
aflicciones.
29 Hace parar la tempestad en so-
siego, y se apaciguan sus ondas.
30 Alégranse luego porque se re-
posaron; y él los guía al puerto
que deseaban.
31 ¡Oh que alaben al SEÑOR *por*
su bondad, y sus maravillas para
con los hijos de los hombres!
32 Y ensálcenlo en la congrega-
ción del pueblo; y en consistorio
de ancianos lo alaben.
33 Él vuelve los ríos en desierto,
y los manantiales de las aguas
en secadales;
34 La tierra fructífera en sala-
dos, por la maldad de los que la
habitan.
35 Vuelve el desierto en estan-
ques de aguas, y la tierra seca en
manantiales.
36 Y allí aposenta a los ham-
brientos, y disponen ciudad
para habitación;
37 Y siembran campos, y plan-
tan viñas, y rinden crecido fruto.
38 Y los bendice, y se multipli-
can en gran manera; y no dismi-
nuye sus bestias.
39 Y luego son menoscabados y
abatidos a causa de tiranía, de
males y congojas.
40 Él derrama menosprecio sobre
los príncipes, y les hace andar
errados, vagabundos, sin camino:
41 Y levanta al pobre de la mise-
ria, y hace *multiplicar* las fami-
lias como *rebaños* de ovejas.
42 Vean los rectos, y alégrense;
y toda maldad cierre su boca.
43 ¿Quién es sabio y guarda-
rá estas cosas, y entenderá las
misericordias del SEÑOR?

SALMO 108

Canción: Salmo de David.

MI corazón está dispuesto,
oh Dios; cantaré y salmea-
ré todavía en mi gloria.
2 Despiértate, salterio y arpa:
despertaré al alba.
3 Te alabaré, oh SEÑOR, entre
los pueblos; a ti cantaré alaban-
zas entre las naciones.
4 Porque grande más que los
cielos es tu misericordia, y
hasta las nubes tu verdad.
5 Ensálzate, oh Dios, sobre los
cielos; y sobre toda la tierra tu
gloria.
6 Para que sean librados tus
amados, salva con tu diestra y
respóndeme.
7 Dios habló por su santuario:
alegraréme, repartiré a Siquem,
y mediré el valle de Sucot.
8 Mío es Galaad, mío es Mana-
sés; y Efraím es la fortaleza de
mi cabeza; Judá es mi legisla-
dor;
9 Moab, la vasija de mi lavato-
rio: sobre Edom echaré mi za-
pato; regocijaréme sobre Filis-
tea.
10 ¿Quién me guiará a la ciudad
fortalecida? ¿quién me guiará
hasta Idumea?
11 Ciertamente tú, oh Dios, que
nos habías desechado; y no salí-
as, oh Dios, con nuestros ejérci-
tos.
12 Danos socorro en la angus-
tia: porque vana es la ayuda del
hombre.
13 En Dios haremos proezas: y él
hollará nuestros enemigos.

SALMO 109

Al Músico principal: Salmo de David.

OH Dios de mi alabanza, no
calles;

2 Porque boca de impío y boca de engañador se han abierto sobre mí: han hablado de mí con lengua mentirosa,

3 Y con palabras de odio me rodearon; y pelearon contra mí sin causa.

4 En pago de mi amor me han sido adversarios: mas yo oraba.

5 Y pusieron contra mí mal por bien, y odio por amor.

6 Pon sobre él al impío: y Satanás esté a su diestra.

7 Cuando fuere juzgado, salga impío; y su oración sea para pecado.

8 Sean sus días pocos: tome otro su oficio.

9 Sean sus hijos huérfanos, y su esposa viuda.

10 Y anden sus hijos vagabundos, y mendiguen; y procuren *su pan lejos* de sus desolados hogares.

11 Enrede el acreedor todo lo que tiene, y extraños saqueen su trabajo.

12 No tenga quien le haga misericordia; ni haya quien tenga compasión de sus huérfanos.

13 Su posteridad sea talada; en segunda generación sea raído su nombre.

14 Venga en memoria cerca del SEÑOR la maldad de sus padres, y el pecado de su madre no sea borrado.

15 Estén siempre delante del SEÑOR, y él corte de la tierra su memoria.

16 Por cuanto no se acordó de hacer misericordia, y persiguió al hombre afligido y menesteroso y quebrantado de corazón, para matar*lo*.

17 Y amó la maldición, y vínole; y no quiso la bendición, y ella se alejó de él.

18 Y vistióse de maldición como de su vestido, y entró como agua en sus entrañas, y como aceite en sus huesos.

19 Séale como vestido con que se cubra, y en lugar de cinto con que se ciña siempre.

20 Éste *sea* el pago de parte del SEÑOR de los que me calumnian, y de los que hablan mal contra mi alma.

21 Y tú, oh DIOS Señor, haz conmigo por amor de tu nombre: líbrame, porque tu misericordia es buena.

22 Porque yo estoy afligido y necesitado; y mi corazón está herido dentro de mí.

23 Me voy como la sombra cuando declina; soy sacudido como langosta.

24 Mis rodillas están debilitadas a causa del ayuno, y mi carne desfallecida por falta de gordura.

25 Yo he sido para ellos objeto de oprobio; mirábanme, y meneaban su cabeza.

26 Ayúdame, oh SEÑOR Dios mío: sálvame conforme a tu misericordia.

27 Y entiendan que ésta es tu mano; *que* tú, SEÑOR, has hecho esto.

28 Maldigan ellos, y bendice tú: levántense, mas sean avergonzados, y regocíjese tu siervo.

29 Sean vestidos de ignominia los que me calumnian; y sean cubiertos de su confusión como con manto.

30 Yo alabaré al SEÑOR en gran manera con mi boca, y le loaré en medio de muchos.

31 Porque él se pondrá a la diestra del pobre, para librar su alma de los que le juzgan.

SALMO 110

Salmo de David.

EL SEÑOR dijo a mi Señor:
Siéntate a mi diestra, en
tanto que pongo tus enemigos
por estrado de tus pies.
2 La vara de tu fortaleza enviará
el SEÑOR desde Sión: domina en
medio de tus enemigos.
3 Tu pueblo *serálo* de buena vo-
luntad en el día de tu poder, en la
hermosura de la santidad: desde
el seno de la aurora, tienes tú el
rocío de tu juventud.
4 Juró el SEÑOR, y no se arre-
pentirá: Tú eres sacerdote para
siempre según el orden de Mel-
quisedec.
5 El Señor a tu diestra herirá a
los reyes en el día de su furor.
6 Juzgará en las gentes, llenará-
las de cadáveres: herirá las cabe-
zas en muchas tierras.
7 Del arroyo beberá en el cami-
no: por lo cual levantará cabeza.

SALMO 111

Aleluya.

ALABARÉ al SEÑOR con todo
el corazón, en la compañía y
congregación de los rectos.
2 Grandes son las obras del
SEÑOR; buscadas de todos los
que las quieren.
3 Gloria y hermosura es su obra;
y su justicia permanece para
siempre.
4 Hizo memorables sus maravi-
llas: clemente y misericordioso
es el SEÑOR.
5 Dio mantenimiento a los que le
temen; para siempre se acordará
de su pacto.
6 El poder de sus obras anunció
a su pueblo, dándole la heredad
de las gentes.
7 Las obras de sus manos son ver-
dad y juicio: seguros son todos
sus mandamientos;
8 Establecidos por siempre jamás,
hechos en verdad y en rectitud.
9 Redención ha enviado a su
pueblo; para siempre ha ordena-
do su pacto: santo y terrible es
su nombre.
10 El temor del SEÑOR es el
principio de la sabiduría: buen
entendimiento tienen cuantos
ponen aquéllos por obra: su loor
permanece por siempre.

SALMO 112

Aleluya.

BIENAVENTURADO el hombre
que teme al SEÑOR, *y* en sus
mandamientos se deleita en gran
manera.
2 Su simiente será poderosa en la
tierra: la generación de los rec-
tos será bendita.
3 Hacienda y riquezas hay en
su casa; y su justicia permanece
para siempre.
4 Resplandeció en las tinieblas
luz a los rectos: *es* clemente, y
misericordioso, y justo.
5 El hombre de bien tiene mise-
ricordia y presta; gobierna sus
cosas con juicio.
6 Por lo cual no resbalará para
siempre: en memoria eterna será
el justo.
7 De mala fama no tendrá temor:
su corazón está apercibido, con-
fiado en el SEÑOR.
8 Asentado está su corazón, no
temerá, hasta que vea en sus ene-
migos *su deseo*.
9 Esparce, da a los pobres: su jus-
ticia permanece para siempre; su
cuerno será ensalzado en gloria.
10 Verálo el impío, y se despechará;
crujirá los dientes, y se repudrirá:
perecerá el deseo de los impíos.

SALMO 113

Aleluya.

ALABAD, siervos del SEÑOR,
alabad el nombre del SEÑOR.
2 Sea el nombre del SEÑOR ben-
dito, desde ahora y para siempre.
3 Desde el nacimiento del sol
hasta donde se pone, sea alabado
el nombre del SEÑOR.
4 Alto sobre todas las naciones
es el SEÑOR; sobre los cielos su
gloria.
5 ¿Quién como el SEÑOR nues-
tro Dios, que ha enaltecido su
habitación,
6 Que se humilla a mirar en el
cielo y en la tierra?
7 Él levanta del polvo al pobre, y
al menesteroso alza del estiércol,
8 Para hacerlos sentar con los
príncipes, con los príncipes de su
pueblo.
9 Él hace habitar en familia a la
estéril, gozosa *en ser* madre de
hijos. Alabad al SEÑOR.

SALMO 114

CUANDO salió Israel de Egipto,
la casa de Jacob de un pue-
blo de lengua extraña;
2 Judá fue su consagrada here-
dad, Israel su señorío.
3 El mar vio, y huyó; el Jordán se
volvió atrás.
4 Los montes saltaron como car-
neros: los collados como corderi-
tos.
5 ¿Qué tuviste, oh mar, que huis-
te? ¿y tú, oh Jordán, que te vol-
viste atrás?
6 Oh montes, ¿por qué saltasteis
como carneros, *y* vosotros, colla-
dos, como corderitos?
7 A la presencia del Señor tiem-
bla la tierra, a la presencia del
Dios de Jacob;
8 El cual tornó la roca en estan-
que de aguas, y en fuente de
aguas el pedernal.

SALMO 115

NO a nosotros, oh SEÑOR, no
a nosotros, sino a tu nombre
da gloria; por tu misericordia,
por tu verdad.
2 Por qué dirán las gentes:
¿Dónde está ahora su Dios?
3 Y nuestro Dios está en los cie-
los: todo lo que quiso ha hecho.
4 Sus ídolos son plata y oro, obra
de manos de hombres.
5 Tienen boca, mas no hablan;
tienen ojos, mas no ven;
6 Orejas tienen, mas no oyen;
tienen narices, mas no huelen;
7 Manos tienen, mas no palpan;
tienen pies, mas no andan; ni ha-
blan con su garganta.
8 Como ellos son los que los
hacen; cualquiera que en ellos
confía.
9 Oh Israel, confía en el SEÑOR:
él es su ayuda y su escudo.
10 Casa de Aarón, confiad en el
SEÑOR: él es su ayuda y su es-
cudo.
11 Los que teméis al SEÑOR, con-
fiad en el SEÑOR: él es su ayuda
y su escudo.
12 El SEÑOR se acordó de noso-
tros: nos bendecirá: bendecirá a
la casa de Israel; bendecirá a la
casa de Aarón.
13 Bendecirá a los que temen al
SEÑOR; a chicos y a grandes.
14 Acrecentará el SEÑOR *ben-
dición* sobre vosotros; sobre vo-
sotros y sobre vuestros hijos.
15 Benditos vosotros del SEÑOR,
que hizo el cielo y la tierra.
16 El cielo, *aun* los cielos, *son* del
SEÑOR: mas ha dado la tierra a
los hijos de los hombres.
17 No alabarán los muertos al

SEÑOR, ni cuantos descienden al
silencio;
18 Mas nosotros bendeciremos al
SEÑOR, desde ahora para siem-
pre. Aleluya.

SALMO 116

AMO al SEÑOR, pues ha oído
mi voz y mis súplicas.
2 Porque ha inclinado a mí su
oído, invocaré*le* por tanto en
todos mis días.
3 Rodeáronme los dolores de la
muerte, me encontraron las an-
gustias del infierno: angustia y
dolor había yo hallado.
4 Entonces invoqué el nombre
del SEÑOR, *diciendo*: Libra ahora,
oh SEÑOR, mi alma.
5 Clemente es el SEÑOR y justo;
sí, misericordioso es nuestro
Dios.
6 El SEÑOR guarda a los since-
ros: estaba yo postrado, y salvó-
me.
7 Vuelve, oh alma mía, a tu repo-
so; porque el SEÑOR te ha hecho
bien.
8 Pues tú has librado mi alma de
la muerte, mis ojos de lágrimas,
y mis pies de desbarrar.
9 Andaré delante del SEÑOR en
la tierra de los vivientes.
10 Creí; por tanto hablé, estando
afligido en gran manera.
11 Y dije en mi apresuramiento:
Todo hombre es mentiroso.
12 ¿Qué pagaré al SEÑOR por
todos sus beneficios para conmi-
go?
13 Tomaré la copa de la salva-
ción, e invocaré el nombre del
SEÑOR.
14 Ahora pagaré mis votos al
SEÑOR delante de todo su pue-
blo.
15 Estimada es en los ojos del
SEÑOR la muerte de sus santos.
16 Oh SEÑOR, que yo soy tu sier-
vo, yo tu siervo, hijo de tu sierva:
rompiste mis prisiones.
17 Te ofreceré sacrificio de ac-
ción de gracias, e invocaré el
nombre del SEÑOR.
18 Al SEÑOR pagaré ahora mis
votos delante de todo su pueblo;
19 En los atrios de la casa del
SEÑOR, en medio de ti, oh Jeru-
salem. Aleluya.

SALMO 117

ALABAD al SEÑOR, naciones
todas; pueblos todos, ala-
badle.
2 Porque ha engrandecido sobre
nosotros su misericordia; y la
verdad del SEÑOR *es* para siem-
pre. Aleluya.

SALMO 118

DAD gracias al SEÑOR, por-
que es bueno; porque para
siempre *es* su misericordia.
2 Diga ahora Israel: Que para
siempre *es* su misericordia.
3 Diga ahora la casa de Aarón:
Que para siempre *es* su miseri-
cordia.
4 Digan ahora los que temen al
SEÑOR: Que para siempre *es* su
misericordia.
5 Desde la angustia invoqué
al SEÑOR; y respondióme el
SEÑOR, *poniéndome* en anchura.
6 El SEÑOR está por mí: no te-
meré lo que me pueda hacer el
hombre.
7 El SEÑOR está por mí entre
los que me ayudan: por tanto yo
veré *mi deseo* en los que me abo-
rrecen.
8 Mejor *es* confiar en el SEÑOR
que confiar en el hombre.
9 Mejor *es* confiar en el SEÑOR

que confiar en los príncipes.
10 Todas las gentes me cercaron:
en nombre del SEÑOR, que yo
los romperé.
11 Cercáronme y asediáronme:
en nombre del SEÑOR, que yo
los romperé.
12 Cercáronme como abejas; fue-
ron apagados como fuegos de
espinos: en nombre del SEÑOR,
que yo los romperé.
13 Empujásteme con violencia
para que cayese: empero ayudó-
me el SEÑOR.
14 Mi fortaleza y mi canción es
el SEÑOR; y él me ha sido por
salvación.
15 Voz de júbilo y de salvación
hay en los tabernáculos de los
justos: la diestra del SEÑOR hace
proezas.
16 La diestra del SEÑOR sublime:
la diestra del SEÑOR hace valen-
tías.
17 No moriré, sino que viviré, y
contaré las obras del SEÑOR.
18 Castigóme gravemente el
SEÑOR: mas no me entregó a la
muerte.
19 Abridme las puertas de la jus-
ticia: entraré por ellas, alabaré al
SEÑOR.
20 Esta puerta del SEÑOR, por
ella entrarán los justos.
21 Te alabaré, porque me has
oído, y me fuiste por salvación.
22 La piedra que desecharon los
edificadores, ha venido a ser ca-
beza del ángulo.
23 De parte del SEÑOR es esto:
es maravilla en nuestros ojos.
24 Éste es el día que hizo el
SEÑOR nos gozaremos y ale-
graremos en él.
25 Oh SEÑOR, salva ahora, te
ruego: oh SEÑOR, ruégote hagas
prosperar ahora.
26 Bendito el que viene en nom-
bre del SEÑOR: desde la casa del
SEÑOR os bendecimos.
27 Dios es el SEÑOR que nos ha
resplandecido: atad víctimas con
cuerdas a los cuernos del altar.
28 Mi Dios eres tú, y a ti alabaré:
Dios mío, a ti ensalzaré.
29 Dad gracias al SEÑOR porque
es bueno; Porque para siempre *es*
su misericordia.

SALMO 119

ALEF

BIENAVENTURADOS los per-
fectos de camino; los que
andan en la ley del SEÑOR.
2 Bienaventurados los que guar-
dan sus testimonios, y con todo
el corazón le buscan:
3 Pues no hacen iniquidad los
que andan en sus caminos.
4 Tú encargaste que sean muy
guardados tus mandamientos.
5 ¡Quiera Dios qué fuesen orde-
nados mis caminos a guardar tus
estatutos!
6 Entonces no sería yo avergon-
zado, cuando atendiese a todos
tus mandamientos.
7 Te alabaré con rectitud de
corazón, cuando aprendiere los
juicios de tu justicia.
8 Tus estatutos guardaré: no me
dejes enteramente.

Bet

9 ¿Con qué limpiará el joven su
camino? Con guardar tu palabra.
10 Con todo mi corazón te he
buscado: no me dejes divagar de
tus mandamientos.
11 En mi corazón he guardado
tus dichos, para no pecar contra
ti.
12 Bendito tú, oh SEÑOR: ensé-
ñame tus estatutos.

13 Con mis labios he contado
todos los juicios de tu boca.
14 Heme gozado en el camino de
tus testimonios, como sobre toda
riqueza.
15 En tus mandamientos meditaré, y fijaré mi vista en tus caminos.
16 Recrearéme en tus estatutos:
no me olvidaré de tus palabras.

GIMEL

17 Haz bien a tu siervo; que viva
y guarde tu palabra.
18 Abre mis ojos, y miraré las
maravillas de tu ley.
19 Advenedizo soy yo en la tierra: no encubras de mí tus mandamientos.
20 Quebrantada está mi alma de
desear tus juicios en todo tiempo.
21 Destruiste a los soberbios
malditos, que se desvían de tus
mandamientos.
22 Aparta de mí oprobio y menosprecio; porque tus testimonios he guardado.
23 Príncipes también se sentaron
y hablaron contra mí: *mas* tu siervo meditaba en tus estatutos.
24 Pues tus testimonios son mis
deleites, y mis consejeros.

DALET

25 Pegóse al polvo mi alma: vivifícame según tu palabra.
26 Mis caminos *te* conté, y me
has respondido: enséñame tus
estatutos.
27 Hazme entender el camino de
tus mandamientos, y hablaré de
tus maravillas.
28 Deshácese mi alma de ansiedad: susténtame según tu palabra.
29 Aparta de mí camino de mentira; y hazme la gracia de tu ley.
30 Escogí el camino de la verdad;
he puesto tus juicios *delante de mí*.
31 Allegádome he a tus testimonios; oh SEÑOR, no me avergüences.
32 Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanchares mi corazón.

HE

33 Enséñame, oh SEÑOR, el camino de tus estatutos, y guardarélo hasta el fin.
34 Dame entendimiento, y guardaré tu ley; y la observaré de
todo corazón.
35 Hazme ir en la senda de tus
mandamientos; porque en ella
tengo mi voluntad.
36 Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia.
37 Aparta mis ojos, que no vean
la vanidad; avívame en tu camino.
38 Confirma tu palabra a tu siervo, que te teme.
39 Quita de mí el oprobio que he
temido: porque buenos son tus
juicios.
40 He aquí yo he anhelado tus
mandamientos: vivifícame en tu
justicia.

VAV

41 Y venga a mí tu misericordia,
oh SEÑOR; tu salvación, conforme a tu dicho.
42 Y daré por respuesta a mi
avergonzador, que en tu palabra
he confiado.
43 Y no quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad;
porque a tu juicio espero.
44 Y guardaré tu ley siempre, por
siempre jamás.
45 Y andaré en anchura, porque
busqué tus mandamientos.
46 Y hablaré de tus testimonios
delante de los reyes, y no me
avergonzaré.

47 Y deleitaréme en tus mandamientos, que he amado.
48 Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé; y meditaré en tus estatutos.

ZAYIN

49 Acuérdate de la palabra *dada* a tu siervo, en la cual me has hecho esperar.
50 Ésta es mi consuelo en mi aflicción: porque tu palabra me ha vivificado.
51 Los soberbios se burlaron mucho de mí: *mas* no me he apartado de tu ley.
52 Acordéme, oh SEÑOR, de tus juicios antiguos, y consoléme.
53 Horror se apoderó de mí, a causa de los impíos que dejan tu ley.
54 Cánticos me fueron tus estatutos en la mansión de mis peregrinaciones.
55 Acordéme en la noche de tu nombre, oh SEÑOR, y guardé tu ley.
56 Esto tuve, porque guardaba tus mandamientos.

CHET

57 Mi porción, oh SEÑOR, dije, será guardar tus palabras.
58 Tu presencia supliqué de todo corazón: ten misericordia de mí según tu palabra.
59 Consideré mis caminos, y torné mis pies a tus testimonios.
60 Apresuréme, y no me retardé en guardar tus mandamientos.
61 Compañía de impíos me han robado: *mas* no me he olvidado de tu ley.
62 A media noche me levantaré para darte gracias por tus justos juicios.
63 Compañero soy yo de todos los que te temieren y guardaren tus mandamientos.
64 De tu misericordia, oh SEÑOR, está llena la tierra: enséñame tus estatutos.

TET

65 Bien has hecho con tu siervo, oh SEÑOR, conforme a tu palabra.
66 Enséñame buen juicio y conocimiento; porque tus mandamientos he creído.
67 Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra.
68 Bueno eres tú, y bienhechor: enséñame tus estatutos.
69 Contra mí forjaron mentira los soberbios: *mas* yo guardaré de todo corazón tus mandamientos.
70 Engrasóse el corazón de ellos como sebo; mas yo en tu ley me he deleitado.
71 Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos.
72 Mejor me es la ley de tu boca, que millares de oro y plata.

JOD

73 Tus manos me hicieron y me formaron: dame entendimiento, y aprenderé tus mandamientos.
74 Los que te temen, me verán, y se alegrarán; porque en tu palabra he esperado.
75 Conozco, oh SEÑOR, que tus juicios son justicia, y que conforme a tu fidelidad me afligiste.
76 Sea ahora tu misericordia para consolarme, conforme a lo que has dicho a tu siervo.
77 Vengan a mí tus misericordias, y viva; porque tu ley es mi deleite.
78 Sean avergonzados los sober-

bios, porque sin causa me han
calumniado: yo empero, medita-
ré en tus mandamientos.
79 Tórnense a mí los que te
temen y conocen tus testimonios.
80 Sea mi corazón íntegro en tus
estatutos; porque no sea yo aver-
gonzado.

KAF

81 Desfallece mi alma por tu sal-
vación, esperando en tu palabra.
82 Desfallecieron mis ojos por tu
palabra, diciendo: ¿Cuándo me
consolarás?
83 Porque estoy como el odre al
humo; mas no he olvidado tus
estatutos.
84 ¿Cuántos son los días de tu
siervo? ¿cuándo harás juicio
contra los que me persiguen?
85 Los soberbios me han cavado
hoyos; mas no *obran* según tu ley.
86 Todos tus mandamientos *son*
fieles: sin causa me persiguen;
ayúdame.
87 Casi me han echado por tie-
rra: mas yo no he dejado tus
mandamientos.
88 Vivifícame conforme a tu mi-
sericordia; y guardaré los tes-
timonios de tu boca.

LAMED

89 Por siempre, oh SEÑOR, es es-
tablecida tu palabra en el cielo.
90 Por generación y generación
es tu verdad: tú estableciste la
tierra, y persevera.
91 Por tu ordenación perseveran
hasta hoy *las cosas creadas*; por-
que todas ellas te sirven.
92 Si tu ley no hubiese sido mis
delicias, ya en mi aflicción hu-
biera perecido.
93 Nunca jamás me olvidaré de
tus mandamientos; porque con
ellos me has vivificado.
94 Tuyo soy yo, guárdame; por-
que he buscado tus mandamientos.
95 Los impíos me han aguardado
para destruirme: *mas* yo entende-
ré en tus testimonios.
96 A toda perfección he visto fin:
ancho sobremanera es tu manda-
miento.

MEM

97 ¡Oh cuánto amo yo tu ley!
todo el día es ella mi meditación.
98 Me has hecho más sabio que
mis enemigos con tus manda-
mientos; porque me son eternos.
99 Tengo más entendimiento que
todos mis maestros; porque tus
testimonios *son* mi meditación.
100 Más que los viejos he enten-
dido, porque he guardado tus
mandamientos.
101 De todo mal camino contuve
mis pies, para guardar tu palabra.
102 No me aparté de tus juicios;
porque tú me enseñaste.
103 ¡Cuán dulces son a mi pala-
dar tus palabras! más que la miel
a mi boca.
104 De tus mandamientos he ad-
quirido entendimiento: por tanto
he aborrecido todo camino de
mentira.

NUN

105 Lámpara es a mis pies tu pa-
labra, y lumbrera a mi camino.
106 Juré y ratifiqué el guardar
los juicios de tu justicia.
107 Afligido estoy en gran mane-
ra: oh SEÑOR, vivifícame confor-
me a tu palabra.
108 Ruégote, oh SEÑOR, te sean
agradables los sacrificios volun-
tarios de mi boca; Y enséñame
tus juicios.
109 De continuo está mi alma en
mi mano: mas no me he olvidado
de tu ley.

110 Pusiéronme lazo los impíos: empero yo no me desvié de tus mandamientos.
111 Por heredad he tomado tus testimonios para siempre; porque son el gozo de mi corazón.
112 Mi corazón incliné a poner por obra tus estatutos de continuo, hasta el fin.

SAMEC

113 Los pensamientos vanos aborrezco; mas amo tu ley.
114 Mi escondedero y mi escudo eres tú: en tu palabra he esperado.
115 Apartaos de mí, malignos; pues yo guardaré los mandamientos de mi Dios.
116 Susténtame conforme a tu palabra, y viviré: y no me avergüences de mi esperanza.
117 Sosténme, y seré salvo; y deleitaréme siempre en tus estatutos.
118 Hollaste a todos los que se desvían de tus estatutos: porque mentira es su engaño.
119 Como escorias hiciste consumir a todos los impíos de la tierra: por tanto yo he amado tus testimonios.
120 Mi carne se ha extremecido por temor de ti; y de tus juicios tengo miedo.

AIN

121 Juicio y justicia he hecho; no me dejes a mis opresores.
122 Responde por tu siervo para bien: no me hagan violencia los soberbios.
123 Mis ojos desfallecieron por tu salvación, y por el dicho de tu justicia.
124 Haz con tu siervo según tu misericordia, y enséñame tus estatutos.
125 Tu siervo soy yo, dame entendimiento; para que sepa tus testimonios.
126 Tiempo es de hacer, oh SEÑOR; disipado han tu ley.
127 Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro.
128 Por eso todos los mandamientos de todas las cosas estimé rectos: aborrecí todo camino de mentira.

PE

129 Maravillosos son tus testimonios: por tanto los ha guardado mi alma.
130 La entrada de tus palabras da luz; da entendimiento a los simples.
131 Mi boca abrí y suspiré; porque deseaba tus mandamientos.
132 Mírame, y ten misericordia de mí, como acostumbras con los que aman tu nombre.
133 Ordena mis pasos con tu palabra; y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.
134 Redímeme de la violencia de los hombres; y guardaré tus mandamientos.
135 Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo; y enséñame tus estatutos.
136 Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley.

TZADI

137 Justo eres tú, oh SEÑOR, y rectos tus juicios.
138 Tus testimonios, *que* has recomendado, *son* rectos y muy fieles.
139 Mi celo me ha consumido; porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras.
140 Sumamente pura es tu

palabra; y la ama tu siervo.
141 Pequeño soy yo y desecha-
do; *mas* no me he olvidado de tus
mandamientos.
142 Tu justicia es justicia eterna,
y tu ley la verdad.
143 Aflicción y angustia me ha-
llaron: *mas* tus mandamientos
fueron mis deleites.
144 Justicia eterna son tus testi-
monios; dame entendimiento, y
viviré.

COF

145 Clamé con todo mi cora-
zón; respóndeme, oh SEÑOR, y
guardaré tus estatutos.
146 A ti clamé; sálvame, y guar-
daré tus testimonios.
147 Anticipéme al alba, y clamé:
esperé en tu palabra.
148 Previnieron mis ojos las vigi-
lias de la noche, para meditar en
tus dichos.
149 Oye mi voz conforme a tu
misericordia; oh SEÑOR, vivifí-
came conforme a tu juicio.
150 Acercáronse a la maldad los
que *me* persiguen; alejáronse de
tu ley.
151 Cercano estás tú, oh SEÑOR;
y todos tus mandamientos son
verdad.
152 En cuanto a tus testimonios,
desde los tiempos antiguos, he
conocido que los has fundado
por siempre.

RESH

153 Mira mi aflicción, y líbrame;
porque de tu ley no me he olvi-
dado.
154 Aboga mi causa, y redíme-
me: vivifícame con tu dicho.
155 Lejos está de los impíos la
salvación; porque no buscan tus
estatutos.
156 Muchas son tus misericor-
dias, oh SEÑOR: vivifícame con-
forme a tus juicios.
157 Muchos son mis perseguido-
res y mis enemigos; *mas* de tus
testimonios no me he apartado.
158 Veía a los prevaricadores, y
carcomíame; porque no guarda-
ban tus palabras.
159 Mira, oh SEÑOR, que amo
tus mandamientos: vivifícame
conforme a tu misericordia.
160 Tu palabra es verdad desde
el principio; y eterno *es* todo jui-
cio de tu justicia.

SIN

161 Príncipes me han perseguido
sin causa; mas mi corazón tuvo
temor de tus palabras.
162 Gózome yo en tu palabra,
como el que halla muchos des-
pojos.
163 La mentira aborrezco y abo-
mino: tu ley amo.
164 Siete veces al día te alabo
sobre los juicios de tu justicia.
165 Grande paz tienen los que
aman tu ley; y nada los ofenderá.
166 Tu salvación he esperado, oh
SEÑOR; y tus mandamientos he
puesto por obra.
167 Mi alma ha guardado tus tes-
timonios, y helos amado en gran
manera.
168 Guardado he tus manda-
mientos y tus testimonios; por-
que todos mis caminos están de-
lante de ti.

TAU

169 Acérquese mi clamor delan-
te de ti, oh SEÑOR: dame enten-
dimiento conforme a tu palabra.
170 Venga mi oración delante de
ti: líbrame conforme a tu dicho.
171 Mis labios rebosarán alaban-
za, cuando me enseñares tus es-
tatutos.

172 Hablará mi lengua tus dichos; porque todos tus mandamientos son justicia.
173 Sea tu mano en mi socorro; porque tus mandamientos he escogido.
174 Deseado he tu salvación, oh SEÑOR; y tu ley es mi delicia.
175 Viva mi alma y alábete; y tus juicios me ayuden.
176 Yo anduve errante como oveja extraviada; busca a tu siervo; porque no me he olvidado de tus mandamientos.

SALMO 120

Cántico gradual.

AL SEÑOR llamé estando en angustia, y él me respondió.
2 Libra mi alma, oh SEÑOR, de labio mentiroso, de la lengua fraudulenta.
3 ¿Qué te dará, o qué te aprovechará, oh lengua engañosa?
4 Agudas saetas de valiente, con brasas de enebro.
5 ¡Ay de mí, que peregrino en Mesec, y habito entre las tiendas de Kedar!
6 Mucho se detiene mi alma con los que aborrecen la paz.
7 Yo soy pacífico: mas ellos, así que hablo, *me* hacen guerra.

SALMO 121

Cántico gradual.

ALZARÉ mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro.
2 Mi socorro *viene* del SEÑOR, que hizo el cielo y la tierra.
3 No dará tu pie al resbaladero; ni se dormirá el que te guarda.
4 He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel.
5 El SEÑOR es tu guardador: El SEÑOR es tu sombra a tu mano derecha.
6 El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche.
7 El SEÑOR te preservará de todo mal: él preservará tu alma.
8 El SEÑOR preservará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre.

SALMO 122

Cántico gradual: de David.

YO me alegré con los que me decían: A la casa del SEÑOR iremos.
2 Nuestros pies estuvieron en tus puertas, oh Jerusalem;
3 Jerusalem, que se ha edificado como una ciudad que está bien unida entre sí.
4 Y allá suben las tribus, las tribus del SEÑOR, *como* testimonio a Israel, para dar gracias al nombre del SEÑOR.
5 Porque allá están las sillas del juicio, las sillas de la casa de David.
6 Pedid la paz de Jerusalem: sean prosperados los que te aman.
7 Haya paz en tu antemuro, *y* descanso en tus palacios.
8 Por amor de mis hermanos y mis compañeros hablaré ahora paz de ti.
9 A causa de la casa del SEÑOR nuestro Dios, buscaré bien para ti.

SALMO 123

Cántico gradual.

ATI que habitas en los cielos, alcé mis ojos.
2 He aquí como los ojos de los siervos *miran* a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora; así nuestros ojos *miran* al SEÑOR nuestro Dios, hasta que haya misericordia de nosotros.

3 Ten misericordia de nosotros, oh SEÑOR, ten misericordia de nosotros; porque estamos muy hartos de menosprecio.
4 Muy harta está nuestra alma del escarnio de los holgados, y del menosprecio de los soberbios.

SALMO 124

Cántico gradual: de David.

A NO haber estado el SEÑOR por nosotros, diga ahora Israel;
2 A no haber estado el SEÑOR por nosotros, cuando se levantaron contra nosotros los hombres,
3 Vivos nos habrían entonces tragado, cuando se encendió su furor en nosotros.
4 Entonces nos habrían inundado las aguas; sobre nuestra alma hubiera pasado el torrente:
5 Hubieran entonces pasado sobre nuestra alma las aguas soberbias.
6 Bendito el SEÑOR, que no nos dio por presa a sus dientes.
7 Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los cazadores: quebróse el lazo, y escapamos nosotros.
8 Nuestro socorro es en el nombre del SEÑOR, que hizo el cielo y la tierra.

SALMO 125

Cántico gradual.

LOS que confían en el SEÑOR son como el monte de Sión que no deslizará: estará para siempre.
2 Como Jerusalem tiene montes alrededor de ella, así el SEÑOR alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre.
3 Porque no reposará la vara de la impiedad sobre la suerte de los justos; porque no extiendan los justos sus manos a la iniquidad.
4 Haz bien, oh SEÑOR, a los buenos, y a los que son rectos en sus corazones.
5 Mas a los que se apartan tras sus perversidades, el SEÑOR los llevará con los que obran iniquidad: y paz sea sobre Israel.

SALMO 126

Cántico gradual.

CUANDO el SEÑOR hiciere tornar la cautividad de Sión, seremos como los que sueñan.
2 Entonces nuestra boca se henchirá de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces dirán entre las gentes: Grandes cosas ha hecho el SEÑOR con éstos.
3 Grandes cosas ha hecho el SEÑOR con nosotros; estaremos alegres.
4 Haz volver nuestra cautividad oh SEÑOR, como los arroyos en el sur.
5 Los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán.
6 El que lleva la preciosa simiente, andando y llorando, volverá sin duda con regocijo, trayendo sus gavillas.

SALMO 127

Cántico gradual: para Salomón.

SI el SEÑOR no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican: si el SEÑOR no guardare la ciudad, en vano vela la guarda.
2 Por demás os es el madrugar a levantaros, el veniros tarde a reposar, el comer pan de dolores: pues que a su amado dará *Dios* el sueño.
3 He aquí, los hijos *son* herencia del SEÑOR: *y* el fruto

del vientre *es su* recompensa.
4 Como saetas en mano del valiente, así son los hijos *habidos* en la juventud.
5 Bienaventurado el hombre que hinchió su aljaba de ellos: no será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta.

SALMO 128

Cántico gradual.

BIENAVENTURADO todo aquel que teme al SEÑOR, que anda en sus caminos.
2 Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado tú, y tendrás bien.
3 Tu esposa será como parra que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivas alrededor de tu mesa.
4 He aquí que así será bendito el hombre que teme al SEÑOR.
5 Bendígate el SEÑOR desde Sión, y veas el bien de Jerusalem todos los días de tu vida.
6 Y veas los hijos de tus hijos, y la paz sobre Israel.

SALMO 129

Cántico gradual.

MUCHO me han angustiado desde mi juventud, puede decir ahora Israel;
2 Mucho me han angustiado desde mi juventud; mas no prevalecieron contra mí.
3 Sobre mis espaldas araron los aradores: hicieron largos surcos.
4 El SEÑOR es justo; cortó las coyundas de los impíos.
5 Serán avergonzados y vueltos atrás todos los que aborrecen a Sión.
6 Serán como la hierba de los tejados, que se seca antes que crezca:
7 De la cual no hinchió segador su mano, ni sus brazos el que hace gavillas.
8 Ni dijeron los que pasaban: Bendición del SEÑOR sea sobre vosotros; os bendecimos en el nombre del SEÑOR.

SALMO 130

Cántico gradual.

DE los profundos, oh SEÑOR, a ti clamo.
2 Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica.
3 SEÑOR, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, estaría en pie?
4 Empero hay perdón cerca de ti, para que seas temido.
5 Esperé yo al SEÑOR, esperó mi alma; en su palabra he esperado.
6 Mi alma *espera* al Señor *más que* los centinelas a la mañana, *más que* los vigilantes a la mañana.
7 Espere Israel al SEÑOR; porque en el SEÑOR hay misericordia. Y abundante redención con él.
8 Y él redimirá a Israel de todos sus pecados.

SALMO 131

Cántico gradual: de David.

SEÑOR, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas para mí demasiado sublimes.
2 En verdad que me he comportado y he acallado mi alma, como un niño destetado de su madre: como un niño destetado está mi alma.
3 Espera, oh Israel, en el SEÑOR desde ahora y para siempre.

SALMO 132

Cántico gradual.

ACUÉRDATE, oh SEÑOR, de
David, y de toda su aflicción;
2 Que juró él al SEÑOR, prome-
tió al Fuerte de Jacob:
3 No entraré en la morada de mi
casa, ni subiré sobre el lecho de
mi estrado;
4 No daré sueño a mis ojos, ni a
mis párpados adormecimiento.
5 Hasta que halle lugar para el
SEÑOR, una habitación para el
poderoso *Dios* de Jacob.
6 He aquí, en Efrata oímos de
ella: hallamósla en los campos
del bosque.
7 Entraremos en sus tabernácu-
los; adoraremos al estrado de sus
pies.
8 Levántate, oh SEÑOR, a tu re-
poso; tú y el arca de tu fortaleza.
9 Tus sacerdotes se vistan de jus-
ticia, y regocíjense tus santos.
10 Por amor de David tu siervo
no vuelvas de tu ungido el rostro.
11 En verdad juró el SEÑOR a
David, no se apartará de ellos:
Del fruto de tu vientre pondré
sobre tu trono.
12 Si tus hijos guardaren mi
pacto, y mi testimonio que yo
les enseñaré, sus hijos también
se sentarán sobre tu trono para
siempre.
13 Porque el SEÑOR ha elegido
a Sión; deseóla por habitación
para sí.
14 Éste *es* mi reposo para siem-
pre: aquí habitaré, porque la he
deseado.
15 A su mantenimiento daré ben-
dición: sus pobres saciaré de pan.
16 Asimismo vestiré a sus sacer-
dotes de salvación, y sus santos
darán voces de júbilo.
17 Allí haré reverdecer el cuerno
de David: he prevenido lámpara
a mi ungido.
18 A sus enemigos vestiré de con-
fusión: mas sobre él florecerá su
corona.

SALMO 133

Cántico gradual: de David.

¡MIRAD cuán bueno y cuán
agradable es habitar los herma-
nos juntos en unidad!
2 Es como el buen óleo sobre la
cabeza, el cual desciende sobre
la barba, la barba de Aarón, y
que baja hasta el borde de sus
vestiduras;
3 Como el rocío de Hermón, que
desciende sobre los montes de
Sión: porque allí envía el SEÑOR
bendición, y vida eterna.

SALMO 134

Cántico gradual.

MIRAD, bendecid al SEÑOR,
vosotros todos los siervos
del SEÑOR, los que en la casa del
SEÑOR estáis por las noches.
2 Alzad vuestras manos al san-
tuario, y bendecid al SEÑOR.
3 Bendígate el SEÑOR desde
Sión, el cual ha hecho el cielo y
la tierra.

SALMO 135

Aleluya.

ALABAD el nombre del SEÑOR;
alabadle, siervos del SEÑOR;
2 Los que estáis en la casa del
SEÑOR, en los atrios de la casa
de nuestro Dios.
3 Alabad al SEÑOR, porque es
bueno el SEÑOR: cantad alaban-
zas a su nombre, porque *es* agra-
dable.
4 Porque el SEÑOR ha escogido
a Jacob para sí, a Israel por su
tesoro peculiar.

5 Porque yo sé que el SEÑOR
es grande, y el Señor nuestro,
mayor que todos los dioses.
6 Todo lo que quiso el SEÑOR,
ha hecho en el cielo y en la tie-
rra, en los mares y en todos los
abismos.
7 Él hace subir las nubes del cabo
de la tierra; él hizo los relámpa-
gos para la lluvia; Él saca los
vientos de sus tesoros.
8 Él *es el* que hirió los primogé-
nitos de Egipto, desde el hombre
hasta la bestia.
9 Envió señales y prodigios en
medio de ti, oh Egipto, sobre Fa-
raón, y sobre todos sus siervos.
10 El que hirió muchas gentes, y
mató reyes poderosos:
11 A Sehón rey Amorreo, y a Og
rey de Basán, y a todos los reinos
de Canaán.
12 Y dio la tierra de ellos en he-
redad, en heredad a Israel su
pueblo.
13 Oh SEÑOR, eterno es tu nom-
bre; tu memoria, oh SEÑOR para
generación y generación.
14 Porque juzgará el SEÑOR su
pueblo, y arrepentiráse sobre sus
siervos.
15 Los ídolos de las gentes son
plata y oro, obra de manos de
hombres.
16 Tienen boca, y no hablan; tie-
nen ojos, y no ven;
17 Tienen orejas, y no oyen; tam-
poco hay aliento en sus bocas.
18 Como ellos son los que los
hacen; todos los que en ellos
confían.
19 Casa de Israel, bendecid al
SEÑOR: casa de Aarón, bendecid
al SEÑOR:
20 Casa de Leví, bendecid al
SEÑOR: los que teméis al SEÑOR,
bendecid al SEÑOR:
21 Bendito de Sión el SEÑOR,
que mora en Jerusalem. Aleluya.

SALMO 136

DAD gracias al SEÑOR, por-
que es bueno; porque para
siempre *es* su misericordia.
2 Dad gracias al Dios de los dio-
ses, porque para siempre *es* su
misericordia.
3 Dad gracias al Señor de los se-
ñores, porque para siempre *es* su
misericordia.
4 Al solo que hace grandes mara-
villas, porque para siempre *es* su
misericordia.
5 Al que hizo los cielos con en-
tendimiento, porque para siem-
pre *es* su misericordia.
6 Al que tendió la tierra sobre las
aguas, porque para siempre *es* su
misericordia;
7 Al que hizo las grandes lumi-
narias, porque para siempre *es* su
misericordia;
8 El sol para que dominase en el
día, porque para siempre *es* su
misericordia;
9 La luna y las estrellas para que
dominasen en la noche, porque
para siempre *es* su misericordia.
10 Al que hirió a Egipto en sus
primogénitos, porque para siem-
pre *es* su misericordia.
11 Al que sacó a Israel de en
medio de ellos, porque para
siempre *es* su misericordia;
12 Con mano fuerte, y brazo ex-
tendido, porque para siempre *es*
su misericordia.
13 Al que dividió el mar Bermejo
en partes, porque para siempre
es su misericordia;
14 E hizo pasar a Israel por medio
de él, porque para siempre *es* su
misericordia;
15 Y arrojó a Faraón y a su ejér-

cito en el mar Bermejo, porque
para siempre *es* su misericordia.
16 Al que pastoreó a su pueblo
por el desierto, porque para
siempre *es* su misericordia.
17 Al que hirió grandes reyes,
porque para siempre *es* su mise-
ricordia;
18 Y mató reyes poderosos, por-
que para siempre *es* su miseri-
cordia;
19 A Sehón rey Amorreo, porque
para siempre *es* su misericordia,
20 Y a Og rey de Basán, porque
para siempre *es* su misericordia;
21 Y dio la tierra de ellos en he-
redad, porque para siempre *es* su
misericordia;
22 En heredad a Israel su siervo,
porque para siempre *es* su mise-
ricordia.
23 Él es el que en nuestro aba-
timiento se acordó de nosotros,
porque para siempre *es* su mise-
ricordia;
24 Y nos rescató de nuestros ene-
migos, porque para siempre *es* su
misericordia.
25 Él da mantenimiento a toda
carne, porque para siempre *es* su
misericordia.
26 Dad gracias al Dios del cielo:
porque para siempre *es* su mise-
ricordia.

SALMO 137

JUNTO a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos, y aun
llorábamos, acordándonos de
Sión.
2 Sobre los sauces en medio de
ella colgamos nuestras arpas.
3 Y los que allí nos habían lleva-
do cautivos nos pedían que can-
tásemos, y los que nos habían
desolado nos *pedían* alegría, *di-
ciendo*:
4 Cantadnos algunos de los him-
nos de Sión. ¿Cómo cantaremos
canción del SEÑOR en tierra de
extraños?
5 Si me olvidare de ti, oh Jeru-
salem, mi diestra sea olvidada.
6 Mi lengua se pegue a mi pala-
dar, si de ti no me acordare; si
no ensalzare a Jerusalem como
preferente asunto de mi alegría.
7 Acuérdate, oh SEÑOR, de los
hijos de Edom en el día de Jeru-
salem; quienes decían: Arrasadla,
arrasadla hasta los cimientos.
8 Hija de Babilonia destruída,
bienaventurado el que te diere el
pago de lo que tú nos hiciste.
9 Bienaventurado el que tomará
y estrellará tus niños contra las
piedras.

SALMO 138

Salmo de David.

ALABARTE he con todo mi
corazón: delante de los dio-
ses te cantaré alabanzas.
2 Adoraré hacia tu santo templo,
y alabaré tu nombre por tu mise-
ricordia y tu verdad: porque has
magnificado tu palabra sobre
todo tu nombre.
3 En el día que clamé, me res-
pondiste; esforzásteme con forta-
leza en mi alma.
4 Confesarte han, oh SEÑOR,
todos los reyes de la tierra, cuan-
do habrán oído los dichos de tu
boca.
5 Y cantarán de los caminos del
SEÑOR: que la gloria del SEÑOR
es grande.
6 Porque el alto SEÑOR atiende
al humilde; mas al altivo mira de
lejos.
7 Si anduviere yo en medio de la
angustia, tú me vivificarás: con-
tra la ira de mis enemigos exten-

derás tu mano, y salvaráme tu
diestra.
8 El SEÑOR perfeccionará *lo
que* me toca: tu misericordia, oh
SEÑOR, *es* para siempre; no desampares las obras de tus manos.

SALMO 139

Al Músico principal: Salmo de David.

OH SEÑOR, tú me has examinado y conocido.
2 Tú has conocido mi sentarme
y mi levantarme, has entendido
desde lejos mis pensamientos.
3 Mi senda y mi acostarme has
rodeado, y estás impuesto en
todos mis caminos.
4 Pues aún no está la palabra en
mi lengua, y he aquí, oh SEÑOR,
tú la sabes toda.
5 Detrás y delante me guarneciste, y sobre mí pusiste tu mano.
6 Más maravilloso es el conocimiento que mi capacidad; alto es,
no puedo comprenderlo.
7 ¿Adónde me iré de tu espíritu?
¿y adónde huiré de tu presencia?
8 Si subiere al cielo, allí estás
tú: y si en el infierno hiciere mi
cama, he aquí allí tú estás.
9 Si tomare las alas del alba, y
habitare en el extremo del mar,
10 Aun allí me guiará tu mano, y
me asirá tu diestra.
11 Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la
noche resplandecerá tocante a
mí.
12 Aun las tinieblas no encubren
de ti, y la noche resplandece
como el día: lo mismo *te son* las
tinieblas que la luz.
13 Porque tú poseiste mis riñones; cubrísteme en el vientre de
mi madre.
14 Te alabaré; porque asombrosamente y admirablemente
soy hecho: maravillosas son tus
obras, y mi alma lo sabe muy
bien.
15 No fue encubierto de ti mi
cuerpo, cuando en oculto fui formado, y entretejido en lo más
profundo de la tierra.
16 Mi embrión vieron tus ojos, y
en tu libro estaban escritos todos
mis miembros que fueron luego
formados, cuando aún no había
ni uno de ellos.
17 Así que ¡cuán preciosos me
son, oh Dios, tus pensamientos!
¡cuán grande es la suma de ellos!
18 Si los cuento, multiplícanse
más que la arena: despierto, y
aún estoy contigo.
19 De cierto, oh Dios, matarás
al impío; apartaos pues de mí,
hombres sanguinarios.
20 Porque blasfemias dicen ellos
contra ti: tus enemigos toman en
vano *tu nombre*.
21 ¿No tengo en odio, oh SEÑOR,
a los que te aborrecen, y me conmuevo contra tus enemigos?
22 Aborrézcolos con perfecto
odio; téngolos por enemigos.
23 Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón: pruébame y reconoce mis pensamientos:
24 Y ve si hay en mí camino de
perversidad, y guíame en el camino eterno.

SALMO 140

Al Músico principal: Salmo de David.

LÍBRAME, oh SEÑOR, de
hombre malo: guárdame de
hombre violento;
2 Los cuales maquinan males en
el corazón, cada día urden contiendas.
3 Aguzaron su lengua como la
serpiente; veneno de áspid hay
debajo de sus labios. Selah.

4 Guárdame, oh SEÑOR, de
manos del impío, presérvame del
hombre injurioso; que han pen-
sado de trastornar mis pasos.
5 Hanme escondido lazo y cuer-
das los soberbios; han tendido
red junto a la senda; me han
puesto lazos. Selah.
6 He dicho al SEÑOR: Dios mío
eres tú; escucha, oh SEÑOR, la
voz de mis ruegos.
7 Oh DIOS el Señor, fortaleza de
mi salvación, tú has cubierto mi
cabeza en el día de la batalla.
8 No des, oh SEÑOR, al impío sus
deseos; no saques adelante su
pensamiento, *que no* se ensober-
bezca. Selah.
9 En cuanto a los que por todas
partes me rodean, la maldad de
sus propios labios cubrirá su ca-
beza.
10 Caerán sobre ellos brasas ar-
dientes: serán lanzados en el
fuego, en profundos abismos de
donde no se levanten.
11 El hombre deslenguado no
será firme en la tierra: el mal ca-
zará al hombre injusto para de-
rribarle.
12 Yo sé que hará el SEÑOR el
juicio del afligido, el juicio de los
menesterosos.
13 Ciertamente los justos darán
gracias a tu nombre; los rectos
morarán en tu presencia.

SALMO 141

Salmo de David.

SEÑOR, a ti he clamado; apre-
súrate a mí; escucha mi voz,
cuando te invocare.
2 Sea enderezada mi oración de-
lante de ti como un perfume, el
don de mis manos como la ofren-
da de la tarde.
3 Pon, oh SEÑOR, guarda a mi
boca: guarda la puerta de mis la-
bios.
4 No dejes que se incline mi co-
razón a cosa mala, a hacer obras
impías con los que obran iniqui-
dad, y no coma yo de sus deleites.
5 Que el justo me castigue, *será*
un favor, y que me reprenda *será*
un excelente bálsamo *que* no me
herirá la cabeza: así que aun mi
oración *tendrán* en sus calamida-
des.
6 Serán derribados en lugares
peñascosos sus jueces, y oirán
mis palabras, que son suaves.
7 Como quien hiende y rompe la
tierra, son esparcidos nuestros
huesos a la boca de la sepultura.
8 Por tanto a ti, oh DIOS el Señor,
miran mis ojos: en ti he confiado,
no desampares mi alma.
9 Guárdame de los lazos que me
han tendido, y de los armadijos
de los que obran iniquidad.
10 Caigan los impíos a una en sus
redes, mientras yo pasaré ade-
lante.

SALMO 142

Masquil de David: Oración que hizo cuando estaba en la cueva.

CON mi voz clamaré al SEÑOR,
con mi voz pediré al SEÑOR
misericordia.
2 Delante de él derramaré mi
querella; delante de él denuncia-
ré mi angustia.
3 Cuando mi espíritu se angus-
tiaba dentro de mí, tú conociste
mi senda. En el camino en que
andaba, me escondieron lazo.
4 Miraba a la mano derecha, y
observaba; mas no había quien
me conociese; no tuve refugio,
no había quien cuidara por mi
alma.
5 Clamé a ti, oh SEÑOR, dije: Tú

eres mi esperanza, y mi porción
en la tierra de los vivientes.
6 Escucha mi clamor, que estoy
muy afligido; líbrame de los que
me persiguen, porque son más
fuertes que yo.
7 Saca mi alma de la cárcel para
que alabe tu nombre: me rodea-
rán los justos, porque tú me serás
propicio.

SALMO 143

Salmo de David.

OH SEÑOR, oye mi oración,
escucha mis ruegos: respón-
deme por tu verdad, por tu jus-
ticia.
2 Y no entres en juicio con tu
siervo; porque no se justificará
delante de ti ningún viviente.
3 Porque ha perseguido el enemi-
go mi alma; ha postrado en tie-
rra mi vida; hame hecho habitar
en tinieblas como los ya muertos.
4 Y mi espíritu se angustió den-
tro de mí; pasmóse mi corazón.
5 Acordéme de los días antiguos;
meditaba en todas tus obras; re-
flexionaba en las obras de tus
manos.
6 Extendí mis manos a ti; mi
alma a ti como la tierra sedienta.
Selah.
7 Respóndeme presto, oh SEÑOR
que desmaya mi espíritu: no es-
condas de mí tu rostro, y venga
yo a ser semejante a los que des-
cienden a la sepultura.
8 Hazme oír por la mañana tu
misericordia, porque en ti he
confiado: hazme saber el camino
por donde ande, porque a ti he
alzado mi alma
9 Líbrame de mis enemigos, oh
SEÑOR: a ti me acojo.
10 Enséñame a hacer tu voluntad,
porque tú eres mi Dios: tu buen
espíritu me guíe a tierra de rec-
titud.
11 Por tu nombre, oh SEÑOR me
vivificarás: por tu justicia, saca-
rás mi alma de angustia.
12 Y por tu misericordia disipa-
rás mis enemigos, y destruirás
todos los adversarios de mi alma:
porque yo soy tu siervo.

SALMO 144

Salmo de David.

BENDITO sea el SEÑOR, mi
fortaleza, que enseña mis
manos a la batalla, y mis dedos
a la guerra:
2 Misericordia mía y mi fortaleza,
mi torre alta y mi libertador, es-
cudo mío, en quien he confiado;
el que sujeta mi pueblo delante
de mí.
3 Oh SEÑOR, ¿qué es el hom-
bre, para que de él conozcas? ¿o
el hijo del hombre, para que lo
estimes?
4 El hombre es semejante a la va-
nidad: sus días son como la som-
bra que pasa.
5 Oh SEÑOR, inclina tus cielos
y desciende: toca los montes, y
humeen.
6 Despide relámpagos, y disípa-
los; envía tus saetas, y contúrba-
los.
7 Envía tu mano desde lo alto; re-
dímeme, y sácame de las muchas
aguas, de la mano de los hijos de
extraños;
8 Cuya boca habla vanidad, y su
diestra es diestra de mentira.
9 Oh Dios, a ti cantaré canción
nueva: con salterio, con decacor-
dio cantaré a ti.
10 Tú, el que da salvación a los
reyes, el que redime a David su
siervo de maligna espada.
11 Redímeme, y sálvame de

mano de los hijos extraños, cuya boca habla vanidad, y su diestra es diestra de mentira.
12 Que nuestros hijos sean como plantas crecidas en su juventud; nuestras hijas como las esquinas labradas a manera de *las de* un palacio;
13 Nuestros graneros llenos, provistos de toda suerte *de grano*; nuestros ganados, que paran a millares y diez millares en nuestras plazas:
14 *Que* nuestros bueyes estén fuertes para el trabajo; *que* no *tengamos* asalto, ni *que hacer* salida, ni grito de alarma en nuestras plazas.
15 Bienaventurado el pueblo que tiene esto: bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el SEÑOR.

SALMO 145

Salmo de alabanza: de David.

ENSALZARTE he, mi Dios, mi Rey; y bendeciré tu nombre por siglo y para siempre.
2 Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre por siglo y para siempre.
3 Grande es el SEÑOR y digno de suprema alabanza: y su grandeza es inescrutable.
4 Generación a generación narrará tus obras, y anunciarán tus valentías.
5 Hablaré de la gloriosa honra de tu majestad, y de tus maravillosas obras.
6 Y la terribilidad de tus valentías dirán los hombres; y yo recontaré tu grandeza.
7 Reproducirán la memoria de la muchedumbre de tu bondad, y cantarán tu justicia.
8 Clemente y misericordioso es el SEÑOR, lento para la ira, y grande en misericordia.
9 Bueno es el SEÑOR para con todos; y sus misericordias sobre todas sus obras.
10 Alábente, oh SEÑOR, todas tus obras; y tus santos te bendigan.
11 La gloria de tu reino digan, y hablen de tu fortaleza;
12 Para notificar a los hijos de los hombres sus valentías, y la gloria de la magnificencia de su reino.
13 Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en toda generación y generación.
14 Sostiene el SEÑOR a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos.
15 Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida en su tiempo.
16 Abres tu mano, y colmas de bendición a todo viviente.
17 Justo es el SEÑOR en todos sus caminos, y santo en todas sus obras.
18 Cercano está el SEÑOR a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras.
19 Cumplirá el deseo de los que le temen; oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.
20 El SEÑOR guarda a todos los que le aman; empero destruirá a todos los impíos.
21 La alabanza del SEÑOR hablará mi boca; y bendiga toda carne su santo nombre por siglo y para siempre.

SALMO 146

Aleluya.

ALABA, oh alma mía, al SEÑOR.
2 Alabaré al SEÑOR en mi vida: cantaré alabanzas a mi Dios mientras viviere.

3 No confiéis en los príncipes, ni
en hijo de hombre, porque no
hay en él salvación.
4 Saldrá su espíritu, tornaráse en
su tierra: en aquel día perecerán
sus pensamientos.
5 Bienaventurado aquel en cuya
ayuda es el Dios de Jacob, cuya
esperanza es en el SEÑOR su
Dios:
6 El cual hizo el cielo y la tierra,
el mar, y todo lo que en ellos hay;
que guarda verdad por siempre;
7 Que hace derecho a los agra-
viados; que da pan a los ham-
brientos: el SEÑOR suelta a los
aprisionados;
8 El SEÑOR abre *los ojos* a los cie-
gos; el SEÑOR levanta a los caí-
dos; el SEÑOR ama a los justos.
9 El SEÑOR guarda a los extran-
jeros; al huérfano y a la viuda le-
vanta; y el camino de los impíos
trastorna.
10 Reinará el SEÑOR para siem-
pre; tu Dios, oh Sión, por genera-
ción y generación. Aleluya.

SALMO 147

ALABAD al SEÑOR, porque
es bueno cantar alabanzas a
nuestro Dios; porque agradable y
hermosa es la alabanza.
2 El SEÑOR edifica a Jerusalem;
a los echados de Israel recogerá.
3 Él sana a los quebrantados de
corazón, y liga sus heridas.
4 Él cuenta el número de las es-
trellas; a todas ellas llama por
sus nombres.
5 Grande *es* el SEÑOR nuestro, y
de gran poder; y su entendimien-
to *es* infinito.
6 El SEÑOR ensalza a los humil-
des; humilla los impíos hasta la
tierra.
7 Cantad al SEÑOR con acción
de gracias: cantad alabanzas con
arpa a nuestro Dios.
8 Él *es* el que cubre el cielo de
nubes, el que prepara la lluvia
para la tierra, el que hace a los
montes producir hierba.
9 Él da a la bestia su manteni-
miento, *y* a los hijos de los cuer-
vos que claman.
10 No toma contentamiento en la
fortaleza del caballo, ni se com-
place en las piernas del hombre.
11 Complácese el SEÑOR en los
que le temen, y en los que espe-
ran en su misericordia.
12 Alaba al SEÑOR, Jerusalem;
alaba a tu Dios, Sión.
13 Porque fortificó los cerrojos
de tus puertas; bendijo a tus
hijos dentro de ti.
14 Él pone en tu término la paz;
te hará saciar de grosura de trigo.
15 Él envía su palabra a la tierra;
muy presto corre su palabra.
16 Él da la nieve como lana,
derrama la escarcha como ceniza.
17 Él echa su hielo como peda-
zos: delante de su frío ¿quién es-
tará?
18 Envía su palabra, y los derrite:
hace soplar su viento, y fluyen
las aguas.
19 Él manifiesta sus palabras a
Jacob, sus estatutos y sus juicios
a Israel.
20 No ha hecho esto con ningu-
na otra nación; y en cuanto a sus
juicios, no los conocieron. Ala-
bad al SEÑOR.

SALMO 148

Aleluya.

ALABAD al SEÑOR desde los
cielos: alabadle en las alturas.
2 Alabadle, vosotros todos sus
ángeles: alabadle, vosotros todos
sus ejércitos.

3 Alabadle, sol y luna: alabadle,
vosotras todas, lucientes estre-
llas.
4 Alabadle, cielos de los cielos, y
las aguas que están sobre los cie-
los.
5 Alaben el nombre del SEÑOR;
porque él mandó, y fueron crea-
dos.
6 Y las hizo ser para siempre por
los siglos; púso*les* ley que no será
quebrantada.
7 Alabad al SEÑOR, de la tierra
los dragones y todos los abismos;
8 El fuego y el granizo, la nieve y
el vapor, el viento de tempestad
que ejecuta su palabra;
9 Los montes y todos los colla-
dos; el árbol de fruto, y todos los
cedros;
10 La bestia y todo animal; repti-
les y volátiles;
11 Los reyes de la tierra y todos
los pueblos; los príncipes y todos
los jueces de la tierra;
12 Los mancebos y también las
doncellas; los viejos y los niños,
13 Alaben el nombre del SEÑOR,
porque sólo su nombre es eleva-
do; su gloria es sobre la tierra y
el cielo.
14 Él ensalzó el cuerno de su
pueblo; alában*le* todos sus santos,
los hijos de Israel, el pueblo a él
cercano. Alabad al SEÑOR.

SALMO 149

Alabad al SEÑOR.

CANTAD al SEÑOR canción
nueva: su alabanza *sea* en la
congregación de los santos.
2 Alégrese Israel en su Hacedor:
los hijos de Sión se gocen en su
Rey.
3 Alaben su nombre con corro:
con adufe y arpa a él canten.
4 Porque el SEÑOR toma con-
tentamiento con su pueblo: her-
moseará a los humildes con sal-
vación.
5 Gozarse han los píos con glo-
ria: cantarán sobre sus camas.
6 Ensalzamientos de Dios *mo-
dularán* en sus gargantas, y es-
padas de dos filos *habrá* en sus
manos;
7 Para hacer venganza de las
gentes, y castigo en los pueblos;
8 Para aprisionar sus reyes en
grillos, y sus nobles con cadenas
de hierro;
9 Para ejecutar en ellos el juicio
escrito: gloria *será* ésta para todos
sus santos. Alabad al SEÑOR.

SALMO 150

Alabad al SEÑOR.

ALABAD a Dios en su santua-
rio: alabadle en el firma-
mento de su poder.
2 Alabadle por sus poderosos he-
chos: alabadle conforme a la mu-
chedumbre de su grandeza.
3 Alabadle a son de trompeta:
alabadle con salterio y arpa.
4 Alabadle con pandero y danza:
alabadle con cuerdas y órgano.
5 Alabadle con címbalos reso-
nantes: alabadle con címbalos de
júbilo.
6 Todo lo que respira alabe al
SEÑOR. Alabad al SEÑOR.

Los

PROVERBIOS

CAPÍTULO 1

LOS proverbios de Salomón,
hijo de David, rey de Israel:
2 Para entender sabiduría y la
instrucción; para conocer las pa-
labras de entendimiento;
3 Para recibir la instrucción de
sabiduría, justicia, y juicio y
equidad;
4 Para dar sagacidad a los sim-
ples, y a los jóvenes conocimien-
to y discreción.
5 Oirá el sabio, y aumentará el
saber; y el hombre de entendi-
miento adquirirá consejos sabios;
6 Para entender proverbio y
declaración; palabras de sabios,
y sus dichos oscuros.
7 El temor del SEÑOR *es el* prin-
cipio del conocimiento: *pero* los
insensatos desprecian la sabidu-
ría y la instrucción.
8 Oye, hijo mío, la instrucción de
tu padre, y no desprecies la ley
de tu madre:
9 Porque adorno de gracia serán
a tu cabeza, y collares a tu cuello.
10 Hijo mío, si los pecadores te
incitaren, no consientas.
11 Si dijeren: Ven con nosotros,
pongamos asechanzas para *derra-
mar* sangre, acechemos secreta-
mente al inocente;
12 Los tragaremos vivos como el
sepulcro, y enteros, como los que
caen al abismo;
13 Hallaremos todas riquezas
preciosas, henchiremos nuestras
casas de despojos;
14 Echa tu suerte entre nosotros;
tengamos todos una bolsa:
15 Hijo mío, no andes en cami-
no con ellos; aparta tu pie de sus
veredas:
16 Porque sus pies correrán al
mal, y hacen prisa para derramar
sangre.
17 Porque en vano está tendida la
red ante los ojos de toda ave;
18 Y ellos a su *propia* sangre
ponen asechanzas, y acechan se-
cretamente por sus *propias* vidas.
19 Tales *son* las sendas de todo
el que es dado a la codicia, *que*
quita la vida de sus poseedores.
20 La sabiduría clama de fuera,
da su voz en las calles:
21 Clama ella en los principales
lugares de concurso; en las entra-
das de las puertas de la ciudad
dice sus razones *diciendo*:
22 ¿Hasta cuándo, oh simples,
amaréis la simpleza, y los bur-
ladores desearán el burlar, y los
insensatos aborrecerán el conoci-
miento?
23 Volveos a mi reprensión: he
aquí yo os derramaré mi espíritu,
y os haré saber mis palabras.
24 Por cuanto he llamado, y no
quisisteis; he extendido mi mano,
y no hubo quien escuchase;
25 Antes desechasteis todo con-
sejo mío, y mi reprensión no qui-
sisteis:
26 También yo me reiré en vues-
tra calamidad, y me burlaré cuan-
do *os* viniere lo que teméis;
27 Cuando viniere como una des-
trucción lo que teméis, y vuestra
calamidad llegare como un tor-
bellino; cuando sobre vosotros
viniere tribulación y angustia.
28 Entonces me llamarán, y no

respondereé; buscarme han de
mañana, y no me hallarán:
29 Por cuanto aborrecieron el co-
nocimiento, y no escogieron el
temor del SEÑOR,
30 Ni quisieron nada mi consejo,
y menospreciaron toda repren-
sión mía:
31 Comerán pues del fruto de su
propio camino, y se hartarán de
sus propios consejos.
32 Porque el descarrío de los igno-
rantes los matará, y la prosperi-
dad de los necios los destruirá.
33 Mas el que me oyere, habita-
rá confiadamente, y vivirá repo-
sado, sin temor de mal.

CAPÍTULO 2

HIJO mío, si recibieres mis
palabras, y mis mandamien-
tos guardares dentro de ti.
2 Para que inclines tu oído a la
sabiduría; *si* inclinares tu cora-
zón al entendimiento;
3 Si clamares por el conocimien-
to, *y* por el entendimiento dieres
tu voz;
4 Si como a la plata lo buscares,
y lo escudriñares como a tesoros;
5 Entonces entenderás el temor
del SEÑOR, y hallarás el conoci-
miento de Dios.
6 Porque el SEÑOR da la sabi-
duría, y de su boca *viene* el cono-
cimiento y el entendimiento.
7 Él atesora de sólida sabiduría
para los rectos: *es* escudo a los
que caminan rectamente.
8 *Es* el que guarda las veredas del
juicio, y preserva el camino de
sus santos.
9 Entonces entenderás justicia,
juicio, y equidad, y todo buen ca-
mino.
10 Cuando la sabiduría entrare
en tu corazón, y el conocimien-
to fuere agradable a tu alma,
11 La discreción te preservará, te
guardará el entendimiento:
12 Para librarte del camino del
hombre malo, de los hombres que
hablan perversidades;
13 Que dejan las sendas derechas,
por andar en caminos tenebrosos;
14 Que se regocijan haciendo
mal, *y* que se deleitan en las
perversidades de los malos;
15 Cuyas veredas *son* torcidas, y
torcidos sus caminos.
16 Para librarte de la mujer ex-
traña, *aun* de la ajena que halaga
con sus palabras;
17 Que desampara el príncipe de
su mocedad, y se olvida del pacto
de su Dios.
18 Por lo cual su casa está incli-
nada a la muerte, y sus veredas
hacia los muertos:
19 Todos los que a ella entraren,
no volverán, ni tomarán las vere-
das de la vida.
20 Para que andes por el camino
de los buenos, y guardes las vere-
das de los justos.
21 Porque los rectos habitarán la
tierra, y los perfectos permanece-
rán en ella;
22 Mas los impíos serán cortados
de la tierra, y los transgresores
serán de ella desarraigados.

CAPÍTULO 3

HIJO mío, no te olvides de mi
ley; y tu corazón guarde mis
mandamientos:
2 Porque largura de días, y años
de vida y paz te añadirán.
3 Misericordia y verdad no te
desamparen; átalas a tu cuello,
escríbelas en la tabla de tu cora-
zón:
4 Así hallarás gracia y buen
entendimiento en los ojos

de Dios y de los hombres.
5 Confía en el SEÑOR de todo tu
corazón, y no estribes en tu en-
tendimiento.
6 Reconócelo en todos tus cami-
nos, y él enderezará tus veredas.
7 No seas sabio en tus propios
ojos: teme al SEÑOR, y apártate
del mal;
8 Porque será medicina a tu om-
bligo, y tuétano a tus huesos.
9 Honra al SEÑOR de tu sustan-
cia, y de las primicias de todos
tus frutos;
10 Así serán llenos tus graneros
con abundancia, y tus lagares
rebosarán de mosto.
11 No deseches, hijo mío, el cas-
tigo del SEÑOR; ni te fatigues de
su corrección:
12 Porque el SEÑOR al que ama
castiga, como el padre al hijo *a
quien* quiere.
13 Bienaventurado *es* el hombre
que halla la sabiduría, y que ob-
tiene el entendimiento:
14 Porque su mercadería *es* mejor
que la mercadería de la plata, y
sus frutos más que el oro fino.
15 Más preciosa *es* que los rubíes;
y todo lo que puedes desear, no
se puede comparar a ella.
16 Largura de días *está* en su
mano derecha *y*; en su izquierda
riquezas y honra.
17 Sus caminos *son* caminos de-
leitosos, y todas sus veredas paz.
18 Ella *es* árbol de vida a los que
de ella toman: y bienaventurados
son todos los que la retienen.
19 El SEÑOR con sabiduría ha
fundado la tierra; estableció los
cielos con entendimiento.
20 Con su conocimiento se par-
tieron los abismos, y destilan el
rocío las nubes.
21 Hijo mío, no se aparten *estas
cosas* de tus ojos; guarda la ley y
el consejo;
22 Así serán vida a tu alma, y
gracia a tu cuello.
23 Entonces andarás por tu cami-
no confiadamente, y tu pie no
tropezará.
24 Cuando te acostares, no ten-
drás temor; sino que te acostarás,
y tu sueño será suave.
25 No tendrás temor de pavor
repentino, ni de la desolación de
los impíos cuando viniere:
26 Porque el SEÑOR será tu con-
fianza, y él preservará tu pie de
ser preso.
27 No detengas el bien a quien
es debido, cuando tuvieres poder
para hacerlo.
28 No digas a tu prójimo: Ve, y
vuelve, y mañana *te* daré; cuando
tienes contigo.
29 No pienses mal contra tu pró-
jimo, estando él confiado de ti.
30 No pleitees con alguno sin
razón, si él no te ha hecho agra-
vio.
31 No envidies al hombre injusto,
ni escojas alguno de sus caminos.
32 Porque el perverso *es* abomi-
nado del SEÑOR: mas su secreto
es con los justos.
33 La maldición del SEÑOR *está*
en la casa del impío; mas él ben-
dice la morada de los justos.
34 Ciertamente él escarnece a los
escarnecedores, y a los humildes
dará gracia.
35 Los sabios heredarán honra:
mas los necios sostendrán igno-
minia.

CAPÍTULO 4

OID, hijos, la doctrina de un
padre, y estad atentos para
que conozcáis entendimiento.
2 Porque os doy buena doc-

trina; no desamparéis mi ley.
3 Porque yo fui hijo de mi padre,
delicado y único delante de mi
madre.
4 También él me enseñó, y me
dijo: Retenga tu corazón mis pa-
labras; guarda mis mandamien-
tos, y vivirás:
5 Adquiere sabiduría, adquiere
entendimiento; ni te olvides ni
te apartes de las palabras de mi
boca;
6 No la dejes, y ella te guardará;
ámala, y ella te conservará.
7 Sabiduría *es* la cosa principal:
por esto adquiere sabiduría: y ante
toda tu posesión adquiere enten-
dimiento.
8 Engrandécela, y ella te engran-
decerá: ella te honrará, cuando
tú la abrazares.
9 Adorno de gracia dará a tu ca-
beza: corona de gloria te entre-
gará.
10 Oye, oh hijo mío, y recibe mis
razones; y se te multiplicarán
años de vida.
11 Por el camino de la sabiduría
te he enseñado, y por veredas de-
rechas te he hecho andar.
12 Cuando anduvieres no se es-
trecharán tus pasos; y si corrieres,
no tropezarás.
13 Retén la instrucción, no *la*
dejes; guárdala, porque ella *es* tu
vida.
14 No entres por la senda de los
impíos, ni vayas por el camino de
los malos.
15 Desampárala, no pases por
ella; apártate de ella, pasa.
16 Porque no duermen ellos, si
no han hecho mal; y pierden su
sueño, si no han hecho caer *a al-
guno.*
17 Porque comen pan de maldad,
y beben vino de robos.
18 Mas la senda de los justos *es*
como la luz de la aurora, que va
en aumento hasta el día perfecto.
19 El camino de los impíos *es*
como la oscuridad: no saben en
qué tropiezan.
20 Hijo mío, está atento a mis
palabras; inclina tu oído a mis
dichos.
21 No se aparten de tus ojos;
guárdalas en medio de tu cora-
zón.
22 Porque *son* vida a los que las
hallan, y medicina a toda su
carne.
23 Guarda tu corazón con toda
diligencia; porque de él *son* los
asuntos de la vida.
24 Aparta de ti la perversidad de
la boca, y aleja de ti la iniquidad
de labios.
25 Tus ojos miren lo recto, y tus
párpados en derechura delante
de ti.
26 Examina la senda de tus pies,
y todos tus caminos sean estable-
cidos.
27 No te apartes a diestra, ni a
siniestra: aparta tu pie del mal.

CAPÍTULO 5

HIJO mío, está atento a mi
sabiduría, *y* a mi entendi-
miento inclina tu oído;
2 Para que guardes consejo, y tus
labios conserven el conocimiento.
3 Porque los labios de la mujer
extraña destilan *como* miel, y su
paladar *es* más suave que el acei-
te:
4 Mas su fin es amargo como el
ajenjo, agudo como espada de
dos filos.
5 Sus pies descienden a la muer-
te; sus pasos conducen al infier-
no:
6 Para que no consideres el cami-

no de vida, sus caminos son inestables, no *los* conocerás.
7 Ahora pues, hijos, oídme, y no os apartéis de las palabras de mi boca.
8 Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa;
9 Porque no des a los extraños tu honor, y tus años a cruel;
10 Porque no se harten los extraños de tu fuerza, y tus trabajos *estén* en casa del extraño;
11 Y gimas al final, cuando se consumiere tu carne y tu cuerpo,
12 Y digas: ¡Cómo aborrecí la instrucción, y mi corazón menospreció la reprensión;
13 Y no obedecí la voz de mis maestros, y a los que me instruían no incliné mi oído!
14 Casi en todo mal estuve, en medio de la congregación y la asamblea.
15 Bebe el agua de tu propia cisterna, y los raudales de tu propio pozo.
16 Derrámense por de fuera tus fuentes, en las calles los ríos de aguas.
17 Sean para ti solo, y no para los extraños contigo.
18 Sea bendito tu manantial; y alégrate con la esposa de tu mocedad.
19 *Como* cierva amada y graciosa corza, sus pechos te satisfagan en todo tiempo; y en su amor recréate siempre.
20 ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la ajena, y abrazarás el seno de la extraña?
21 Pues que los caminos del hombre *están* ante los ojos del SEÑOR, y él considera todas sus veredas.
22 Prenderán al impío sus propias iniquidades, y detenido será con las cuerdas de su pecado.
23 Él morirá por falta de instrucción; y errará por la grandeza de su locura.

CAPÍTULO 6

HIJO mío, si salieres fiador por tu amigo, si tocaste tu mano por el extraño,
2 Enlazado eres con las palabras de tu boca, y preso con las palabras de tu boca.
3 Haz esto ahora, hijo mío, y líbrate, ya que has caído en la mano de tu prójimo: ve, humíllate, y asegúrate de tu amigo.
4 No des sueño a tus ojos, ni a tus párpados adormecimiento.
5 Escápate como el corzo de la mano *del cazador*, y como el ave de la mano del parancero.
6 Ve a la hormiga, oh perezoso, considera sus caminos, y sé sabio;
7 La cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor,
8 Prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.
9 Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿cuándo te levantarás de tu sueño?
10 Un poco de sueño, un poco de dormitar, y cruzar por un poco las manos para dormir:
11 Así vendrá tu pobreza como caminante, y tu necesidad como hombre de escudo.
12 El hombre perverso, el hombre depravado, anda en perversidad de boca;
13 Guiña de sus ojos, habla con sus pies, hace señas con sus dedos;
14 Perversidades *hay* en su corazón, anda pensando mal en todo tiempo; siembra discordia.
15 Por tanto su calamidad vendrá de repente; súbitamente será

quebrantado, y no *habrá* remedio.
16 Estas seis *cosas* aborrece el SEÑOR, y aun siete *son* una abominación a él:
17 Los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente,
18 El corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal,
19 El testigo falso *que* habla mentiras, y el que siembra discordias entre los hermanos.
20 Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la ley de tu madre:
21 Átalos siempre en tu corazón, enlázalos a tu cuello.
22 Te guiarán cuando anduvieres; cuando durmieres te guardarán; hablarán contigo *cuando* despertares.
23 Porque el mandamiento *es* una lámpara, y la ley *es* luz; y camino de vida *son* las reprensiones de la instrucción:
24 Para que te guarden de la mala mujer, de la blandura de la lengua de la extraña.
25 No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus párpados:
26 Porque a causa de la mujer ramera *es reducido el hombre* a un bocado de pan; y la adúltera caza la vida preciosa.
27 ¿Tomará el hombre fuego en su seno, sin que sus vestidos se quemen?
28 ¿Andará el hombre sobre las brasas, sin que sus pies se quemen?
29 Así el que entrare a la esposa de su prójimo; no será inocente cualquiera que la tocare.
30 No tienen en poco al ladrón, cuando hurtare para saciar su alma teniendo hambre:
31 Pero *si* es hallado, restaurará los siete tantos, dará toda la sustancia de su casa.
32 *Pero* el que comete adulterio con una mujer, es falto de entendimiento: destruye su propia alma el *que* tal hace.
33 Plaga y vergüenza hallará; y su reproche nunca será raído.
34 Porque los celos *son* el furor del hombre, y no perdonará en el día de la venganza.
35 No aceptará ningún rescate; ni querrá *perdonar*, aunque multipliques los dones.

CAPÍTULO 7

HIJO mío, guarda mis palabras, y atesora contigo mis mandamientos.
2 Guarda mis mandamientos, y vivirás; y mi ley como las niñas de tus ojos.
3 Lígalos a tus dedos; escríbelos en la tabla de tu corazón.
4 Di a la sabiduría: Tú *eres* mi hermana; y llama al entendimiento *tu* pariente:
5 Para que te guarden de la mujer ajena, y de la extraña que lisonjea con sus palabras.
6 Porque mirando yo por la ventana de mi casa, por mi celosía,
7 Vi entre los simples, discerní entre los jóvenes, un mancebo falto de entendimiento,
8 El cual pasaba por la calle, junto a la esquina de aquella, e iba camino de su casa,
9 A la tarde del día, ya que oscurecía, en la oscuridad y tiniebla de la noche.
10 Y he aquí, una mujer que le sale al encuentro *con* atavío de ramera, astuta de corazón,
11 Ella *es* alborotadora y rencillo-

sa, sus pies no pueden estar en
casa;
12 Ahora *está* de fuera, ahora en
las calles, acechando por todas
las esquinas.
13 Y traba de él, y bésalo; y des-
vergonzó su rostro, y díjole:
14 *Tengo* sacrificios de paz con-
migo, hoy he pagado mis votos;
15 Por tanto salí para encontrarte,
buscando diligentemente tu ros-
tro, y te he hallado.
16 He ataviado mi cama con cu-
biertas de tapicería, con *obras* en-
talladas, con lino fino de Egipto.
17 He sahumado mi cámara con
mirra, áloes, y cinamomo.
18 Ven, embriaguémonos de
amores hasta la mañana; alegré-
monos en amores.
19 Porque el marido no *está* en
casa, hase ido a un largo viaje:
20 El saco de dinero llevó en su
mano; el día señalado volverá a
su casa.
21 Rindiólo con la mucha suavi-
dad de sus palabras, obligóle con
la blandura de sus labios.
22 Se va en pos de ella inmedia-
tamente, como va el buey al de-
golladero, y como el necio a las
prisiones para ser castigado;
23 Como el ave que se apresura
al lazo, y no sabe que *es* contra su
vida, hasta que la saeta traspasó
su hígado.
24 Ahora pues, hijos, oídme, y
estad atentos a las palabras de mi
boca.
25 No se aparte a sus caminos tu
corazón; no yerres en sus vere-
das.
26 Porque a muchos ha hecho
caer heridos; y aun los *hombres*
más fuertes han sido muertos por
ella.
27 Camino al infierno *es* su casa,
que desciende a las cámaras de
la muerte.

CAPÍTULO 8

¿NO clama la sabiduría, y da su
voz el entendimiento?
2 En los altos cabezos, junto al
camino, a las encrucijadas de las
veredas se para;
3 En el lugar de las puertas, a la
entrada de la ciudad, a la entrada
de las puertas da voces:
4 Oh hombres, a vosotros clamo;
y mi voz *es* a los hijos de los hom-
bres.
5 Entended, simples, discreción;
y vosotros, insensatos, sed de un
corazón entendido.
6 Oid, porque hablaré cosas ex-
celentes; y abriré mis labios para
cosas rectas.
7 Porque mi boca hablará verdad,
y la impiedad *es* una abomina-
ción a mis labios.
8 En justicia *son* todas las pala-
bras de mi boca; no *hay* en ellas
cosa perversa ni torcida.
9 Todas ellas *son* rectas al que
entiende, y razonables a los que
hallan conocimiento.
10 Recibid mi instrucción, y no
plata; y conocimiento antes que
el oro escogido.
11 Porque mejor *es* la sabiduría
que los rubíes; y todas las cosas
que se pueden desear, no son de
comparar con ella.
12 Yo, la sabiduría, habito con
la prudencia, y hallo el conoci-
miento de los consejos.
13 El temor del SEÑOR *es* abo-
rrecer el mal; la soberbia y la
arrogancia, y el mal camino y la
boca perversa, aborrezco.
14 Mío *es* el consejo y la sana sa-
biduría; Yo *soy* entendimiento;
tengo la fortaleza.

15 Por mí reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia.
16 Por mí gobiernan los príncipes, y nobles, *aun* todos los jueces de la tierra.
17 Yo amo a los que me aman; y me hallan los que madrugando me buscan.
18 Las riquezas y la honra *están* conmigo; sólidas riquezas, y justicia.
19 Mejor *es* mi fruto que el oro, y que el oro refinado; y mi rédito *mejor* que la plata escogida.
20 Por vereda de justicia guío, por en medio de sendas de juicio;
21 Para hacer heredar sustancia a los que me aman, y yo hincharé sus tesoros.
22 El SEÑOR me poseía en el principio de su camino, ya de antiguo, antes de sus obras.
23 Eternalmente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra.
24 Cuando *no habían* los abismos fui engendrada; cuando *no habían* las fuentes de las muchas aguas.
25 Antes que los montes fuesen fundados, antes de los collados, fui yo engendrada:
26 No había él aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo.
27 Cuando él preparaba los cielos, allí *estaba* yo; cuando señalaba por compás la faz del abismo;
28 Cuando establecía las nubes arriba, cuando fortificaba las fuentes del abismo;
29 Cuando dio al mar su término, y a las aguas, que no pasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra;
30 Entonces con él estaba yo ordenándolo todo; y fui *su* delicia de día en día, regocijándome siempre delante de él.
31 Huélgome en la parte habitable de su tierra; y mis delicias *fueron* con los hijos de los hombres.
32 Ahora pues, hijos, oídme: y bienaventurados *son los que* guardaren mis caminos.
33 Oíd el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis.
34 Bienaventurado *es* el hombre que me oye, velando a mis puertas cada día, guardando los umbrales de mis entradas.
35 Porque el que me hallare, hallará la vida, y alcanzará el favor del SEÑOR.
36 Mas el que peca contra mí, defrauda su propia alma: todos los que me aborrecen, aman la muerte.

CAPÍTULO 9

LA sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas;
2 Mató sus bestias, templó su vino, y puso su mesa.
3 Envió sus criadas; sobre lo más alto de la ciudad clamó:
4 Cualquiera *que es* simple, venga acá. *Para los* faltos de entendimiento dijo:
5 Venid, comed mi pan, y bebed del vino *que* yo he templado.
6 Dejad las simplezas, y vivid; y andad por el camino del entendimiento.
7 El que reprende al escarnecedor, recibe vergüenza para sí: y el que reprende al impío, *recibe* su mancha.
8 No reprendas al escarnecedor, porque no te aborrezca: reprende al sabio, y te amará.
9 Da *instrucción* al sabio, y será más sabio: enseña al justo, y acrecerá su saber.

10 El temor del SEÑOR *es* el principio de la sabiduría; y el conocimiento del Santo *es* entendimiento.
11 Porque por mí tus días serán multiplicados, y los años de tu vida serán aumentados.
12 Si fueres sabio, para ti lo serás: mas si fueres escarnecedor, pagarás tú solo.
13 La mujer loca *es* alborotadora; *es* simple y no sabe nada.
14 Siéntase en una silla a la puerta de su casa, en lo alto de la ciudad,
15 Para llamar a los que pasan por el camino, que van por sus caminos derechos.
16 Cualquiera *que es* simple, ven acá; y *para* aquel que quiere entendimiento, ella le dice:
17 Las aguas hurtadas son dulces, y el pan *comido* en oculto es agradable.
18 Y no saben que allí *están* los muertos; *y que* sus convidados *están* en los profundos del infierno.

CAPÍTULO 10

LOS proverbios de Salomón. El hijo sabio alegra al padre; pero el hijo necio *es* tristeza de su madre.
2 Los tesoros de maldad no serán de provecho: mas la justicia libra de muerte.
3 El SEÑOR no dejará padecer hambre al alma del justo: mas arrojará la sustancia de los impíos.
4 La mano negligente hace pobre: pero la mano de los diligentes enriquece.
5 El que recoge en el verano *es* hijo sabio: *pero* el que duerme en el tiempo de la siega *es* hijo que avergüenza.
6 Bendiciones *están* sobre la cabeza del justo: pero violencia cubrirá la boca de los impíos.
7 La memoria del justo *será* bendita: pero el nombre de los impíos se pudrirá.
8 El sabio de corazón recibirá los mandamientos: pero el necio que habla locuras caerá.
9 El que camina en integridad, anda confiado: pero el que pervierte sus caminos, será descubierto.
10 El que guiña del ojo acarrea tristeza; pero el necio de labios será castigado.
11 Vena de vida *es* la boca del justo: pero violencia cubrirá la boca de los impíos.
12 El odio despierta rencillas: pero la caridad cubrirá todos los pecados.
13 En los labios del entendido se halla sabiduría: pero la vara *es* para la espalda del falto de entendimiento.
14 Los sabios guardan el conocimiento: pero la boca del necio es calamidad cercana.
15 Las riquezas del rico *son* su ciudad fuerte; la destrucción de los pobres *es* su pobreza.
16 La obra del justo *es* para vida; pero el fruto del impío *es* para pecado.
17 El camino de vida *es* del que guarda la instrucción: pero el que deja la reprensión, yerra.
18 El que encubre el odio *tiene* labios mentirosos, y el que habla calumnia, *es* necio.
19 En las muchas palabras no falta pecado: pero el que refrena sus labios *es* sabio.
20 La lengua del justo *es como* plata escogida: pero el entendimiento de los impíos *es* como nada.

21 Los labios del justo alimentan a muchos: pero los necios por falta de entendimiento mueren.
22 La bendición del SEÑOR es la que enriquece, y no añade tristeza con ella.
23 El hacer mal *es* como diversión al insensato; pero el hombre de entendimiento tiene sabiduría.
24 A lo que el impío teme, eso le vendrá: pero a los justos les será dado lo que desean.
25 Como pasa el torbellino, así el malo no permanece: pero el justo, *es* fundamento perpetuo.
26 Como el vinagre a los dientes, y como el humo a los ojos, así *es* el perezoso a los que lo envían.
27 El temor del SEÑOR aumentará los días: pero los años de los impíos serán acortados.
28 La esperanza de los justos *es* alegría; mas la expectativa de los impíos perecerá.
29 El camino del SEÑOR *es* fortaleza al recto: pero destrucción a los que hacen iniquidad.
30 El justo nunca jamás será removido: pero los impíos no habitarán la tierra.
31 La boca del justo producirá sabiduría: pero la lengua perversa será cortada.
32 Los labios del justo saben lo que es aceptable: pero la boca de los impíos *habla* perversidades.

CAPÍTULO 11

EL peso falso abominación es al SEÑOR: pero la pesa justa *es* su delicia.
2 *Cuando* viene la soberbia, viene también la deshonra: pero con los humildes *es* la sabiduría.
3 La integridad de los rectos los encaminará: mas destruirá a los pecadores la perversidad de ellos.
4 No aprovecharán las riquezas en el día de la ira: mas la justicia librará de muerte.
5 La justicia del perfecto enderezará su camino: mas el impío por su impiedad caerá.
6 La justicia de los rectos los librará: mas los pecadores en su pecado serán presos.
7 Cuando muere el hombre impío, perece *su* expectativa; y la expectativa de los malos perecerá.
8 El justo es librado de la tribulación: mas el impío viene en lugar suyo.
9 El hipócrita con *su* boca daña a su prójimo: mas los justos son librados con el conocimiento.
10 En el bien de los justos la ciudad se alegra: mas cuando los impíos perecen, *hay* fiestas.
11 Por la bendición de los rectos la ciudad será engrandecida: mas por la boca de los impíos ella será trastornada.
12 El que carece de entendimiento, menosprecia a su prójimo: mas el hombre prudente calla.
13 El que anda en chismes, descubre el secreto: mas el de espíritu fiel encubre el asunto.
14 Donde no hay consejo sabio, cae el pueblo: mas en la multitud de consejeros *hay* seguridad.
15 Con ansiedad será afligido el que fiare al extraño: mas el que aborreciere las fianzas *vivirá* confiado.
16 La mujer graciosa tendrá honra: y los fuertes tendrán riquezas.
17 A su alma hace bien el hombre misericordioso: mas el cruel atormenta su carne.
18 El impío hace obra falsa: mas el que sembrare justicia, tendrá galardón firme.

19 Como la justicia *es* para vida, así el que sigue el mal *es* para su muerte.
20 Abominación *son* al SEÑOR los perversos de corazón: pero los rectos en *su* camino le *son* agradables.
21 *Aunque llegue* la mano a la mano, el malo no quedará sin castigo: mas la simiente de los justos será librada.
22 *Como* zarcillo de oro en la nariz del puerco, *es* la mujer hermosa y apartada de razón.
23 El deseo de los justos *es* solamente bien: *mas* la expectativa de los impíos *es* enojo.
24 Hay quienes reparten, y les es añadido más: y *hay* quienes son escasos más de lo que es justo, mas *vienen* a pobreza.
25 El alma liberal será engordada: y el que saciare, él también será saciado.
26 Al que retiene el grano, el pueblo lo maldecirá: mas bendición *será* sobre la cabeza del que *lo* vende.
27 El que procura diligentemente el bien, busca favor: mas el que busca el mal, vendrále.
28 El que confía en sus riquezas, caerá: mas los justos reverdecerán como ramos.
29 El que turba su propia casa heredará viento; y el necio *será* siervo del sabio de corazón.
30 El fruto del justo *es* árbol de vida: y el que gana almas, *es* sabio.
31 Ciertamente el justo será recompensado en la tierra: mucho más el impío y el pecador.

CAPÍTULO 12

EL que ama la instrucción ama el conocimiento: mas el que aborrece la reprensión, *es* bruto.
2 El bueno alcanzará favor del SEÑOR: mas él condenará al hombre de malos pensamientos.
3 El hombre no se afirmará por medio de la impiedad: mas la raíz de los justos no será movida.
4 La mujer virtuosa corona *es* de su marido: mas ella que avergüenza *es* como carcoma en sus huesos.
5 Los pensamientos de los justos *son* rectitud; *mas* los consejos de los impíos *son* engaño.
6 Las palabras de los impíos *son* para acechar la sangre: mas la boca de los rectos los librará.
7 Trastornados son los impíos, y no *son* más: mas la casa de los justos permanecerá.
8 Según su sabiduría es alabado el hombre: mas el perverso de corazón será en menosprecio.
9 Mejor *es el que es* menospreciado y tiene servidores, que el que se precia, y carece de pan.
10 El justo atiende a la vida de su bestia: mas las entrañas de los impíos *son* crueles.
11 El que labra su tierra, se hartará de pan: mas el que sigue los vagabundos *es* falto de entendimiento.
12 Desea el impío la red de los malos: mas la raíz de los justos dará *fruto*.
13 El impío es enredado en la prevaricación de *sus* labios: mas el justo saldrá de la tribulación.
14 El hombre será satisfecho de bien del fruto de *su* boca: y la paga de las manos del hombre le será dada.
15 El camino del necio *es* derecho en sus propios ojos: mas el que obedece al consejo *es* sabio.
16 El necio luego al punto da a conocer su ira: mas el que disi-

mula la injuria es prudente.
17 *El que* habla verdad, declara
justicia; mas el testigo mentiroso,
engaño.
18 Hay quienes hablan como
dando estocadas de espada: mas
la lengua de los sabios *es* medici-
na.
19 El labio de verdad permane-
cerá para siempre: mas la lengua
de mentira sólo por un momento.
20 Engaño *hay* en el corazón de
los que maquinan mal: pero *hay*
gozo para ellos que aconsejan
paz.
21 Ninguna adversidad acontece-
rá al justo: mas los impíos serán
llenos de mal.
22 Los labios mentirosos *son*
abominación al SEÑOR: mas
los obradores de verdad *son* su
contentamiento.
23 El hombre prudente encubre
el conocimiento: mas el corazón
de los necios proclama la nece-
dad.
24 La mano de los diligentes se
enseñoreará: mas la negligencia
será tributaria.
25 El cuidado congojoso en el co-
razón del hombre, lo abate; mas
la buena palabra lo alegra.
26 El justo *es* más excelente que
su prójimo: mas el camino de los
impíos les hace errar.
27 El perezoso no asará lo que
ha cazado: mas la substancia del
hombre diligente *es* preciosa.
28 En el camino de la justicia *está*
la vida; y *en* la senda de *su* vereda
no *hay* muerte.

CAPÍTULO 13

EL hijo sabio *escucha* la instruc-
ción de su padre: mas el bur-
lador no escucha la reprensión.
2 Del fruto de *su* boca el hombre
comerá bien: mas el alma de los
prevaricadores *comerá* violencia.
3 El que guarda su boca guarda
su alma: *mas* el que mucho abre
sus labios tendrá calamidad.
4 Desea, y nada *alcanza* el alma
del perezoso: mas el alma de los
diligentes será engordada.
5 El justo aborrece la palabra de
mentira: mas el impío se hace
odioso e infame.
6 La justicia guarda al de perfec-
to camino: mas la impiedad tras-
tornará al pecador.
7 Hay quienes se hacen ricos, y
no *tienen* nada: y *hay* quienes se
hacen pobres, y *tienen* muchas ri-
quezas.
8 El rescate de la vida del hombre
son sus riquezas: pero el pobre no
oye reprensión.
9 La luz de los justos se alegrará:
mas apagaráse la lámpara de los
impíos.
10 Sólo por la soberbia viene la
contienda: mas con los avisados
está la sabiduría.
11 Disminuiránse las riquezas de
vanidad: empero multiplicará el
que allega con su mano.
12 La esperanza que se prolon-
ga, es tormento del corazón: mas
árbol de vida *es* el deseo cumpli-
do.
13 El que menosprecia la pala-
bra, perecerá por ello: mas el que
teme el mandamiento, será re-
compensado.
14 La ley del sabio *es* manantial
de vida, para apartarse de los
lazos de la muerte.
15 El buen entendimiento conci-
liará gracia: mas el camino de los
prevaricadores *es* duro.
16 Todo *hombre* prudente obra
con conocimiento: mas el necio
manifestará *su* necedad.

17 El mal mensajero caerá en mal: mas el embajador fiel *es* salud.
18 Pobreza y vergüenza *tendrá* el que menosprecia el consejo: mas el que guarda la corrección, será honrado.
19 El deseo cumplido deleita el alma: pero apartarse del mal *es* abominación a los necios.
20 El que anda con los sabios, sabio será; mas el que se allega a los necios, será quebrantado.
21 Mal perseguirá a los pecadores: mas a los justos les será bien retribuído.
22 El bueno dejará herederos a los hijos de los hijos; y el haber del pecador, para el justo *está* guardado.
23 En el barbecho de los pobres *hay* mucho pan: mas piérdese por falta de juicio.
24 El que detiene el castigo, a su hijo aborrece: mas el que lo ama, madruga a castigarlo.
25 El justo come hasta saciar su alma: mas el vientre de los impíos tendrá necesidad.

CAPÍTULO 14

LA mujer sabia edifica su casa: mas la necia con sus manos la derriba.
2 El que camina en su rectitud teme al SEÑOR: mas *el que es* perverso en sus caminos lo menosprecia.
3 En la boca del necio *está* la vara de la soberbia: mas los labios de los sabios los guardarán.
4 Sin bueyes el granero *está* limpio: mas por la fuerza del buey *hay* abundancia de pan.
5 El testigo verdadero no mentirá: mas el testigo falso hablará mentiras.
6 Busca el escarnecedor la sabiduría, y no *la halla*: mas el conocimiento al hombre entendido *es* fácil.
7 Vete de delante del hombre necio, porque *en él* no advertirás labios de conocimiento.
8 La sabiduría del prudente *está* en entender su camino: mas la indiscreción de los necios *es* engaño.
9 Los necios se mofan del pecado: mas entre los rectos *hay* favor.
10 El corazón conoce la amargura de su alma; y extraño no se entrometerá en su alegría.
11 La casa de los impíos será asolada: mas florecerá la tienda de los rectos.
12 Hay camino que al hombre parece derecho; empero su fin *son* caminos de muerte.
13 Aun en la risa tendrá dolor el corazón; y el término de la alegría *es* congoja.
14 De sus caminos será hastiado el descarriado de corazón: y el hombre de bien *estará contento* del *suyo*.
15 El simple cree a toda palabra: mas el prudente mira bien sus pasos.
16 El sabio teme, y se aparta del mal: mas el necio se enoja, y está confiado.
17 *El que* presto se enoja, hará locura: y el hombre de malos designios será aborrecido.
18 Los simples heredarán necedad: mas los prudentes se coronarán de conocimiento.
19 Los malos se inclinarán delante de los buenos, y los impíos a las puertas del justo.
20 El pobre es odioso aun a su amigo: pero el rico *tiene* muchos amigos.
21 Peca el que menosprecia a su

prójimo: mas el que tiene misericordia de los pobres, *es* bienaventurado.
22 ¿No yerran los que piensan mal? Misericordia empero y verdad *alcanzarán* los que piensan bien.
23 En toda labor hay fruto: mas la palabra de los labios solamente empobrece.
24 Las riquezas de los sabios son su corona: *pero es* infatuación la insensatez de los necios.
25 El testigo verdadero libra las almas: mas el engañoso hablará mentiras.
26 En el temor del SEÑOR *está* la fuerte confianza; y sus hijos tendrán lugar de refugio.
27 El temor del SEÑOR *es* manantial de vida, para apartarse de los lazos de la muerte.
28 En la multitud de pueblo *está* la gloria del rey: y en la falta de pueblo *es* la destrucción del príncipe.
29 *El que* tarde se aira, *es* grande de entendimiento: mas el corto de espíritu engrandece el desatino.
30 El corazón apacible *es* vida para el cuerpo: mas la envidia, pudrimiento de los huesos.
31 El que oprime al pobre, afrenta a su Hacedor: mas el que tiene misericordia del pobre, lo honra.
32 Por su maldad será lanzado el impío: mas el justo en su muerte tiene esperanza.
33 En el corazón del entendido reposa la sabiduría; pero *lo que está* en medio de los necios, se da a conocer.
34 La justicia engrandece la nación: mas el pecado *es* afrenta de las naciones.
35 La benevolencia del rey *es* para con el ministro entendido: mas su enojo *contra* el que *lo* avergüenza.

CAPÍTULO 15

LA blanda respuesta quita la ira: mas la palabra áspera hace subir el furor.
2 La lengua de los sabios adornará el conocimiento: mas la boca de los necios hablará sandeces.
3 Los ojos del SEÑOR están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos.
4 La sana lengua *es* árbol de vida: mas la perversidad en ella *es* quebrantamiento de espíritu.
5 El necio menosprecia la instrucción de su padre: mas el que guarda la corrección, es prudente.
6 En la casa del justo *hay* gran provisión; empero turbación en las ganancias del impío.
7 Los labios de los sabios esparcen conocimiento: pero el corazón de los necios no lo *hace* así.
8 El sacrificio de los impíos *es* abominación al SEÑOR: mas la oración de los rectos *es* su gozo.
9 Abominación *es* al SEÑOR el camino del impío: mas él ama al que sigue justicia.
10 La reconvención *es* molesta al que deja el camino: *y* el que aborreciere la corrección, morirá.
11 El infierno y la perdición *están* delante del SEÑOR: ¡cuánto más los corazones de los hombres!
12 El escarnecedor no ama al que le reprende; ni se allega a los sabios.
13 El corazón alegre hermosea el rostro: mas por el dolor de corazón el espíritu se quebranta.
14 El corazón entendido busca el conocimiento: mas la boca de los necios pace necedad.

15 Todos los días del afligido *son* trabajosos: mas el de corazón contento *tiene* un convite continuo.
16 Mejor *es* lo poco con el temor del SEÑOR, que el gran tesoro donde hay turbación.
17 Mejor *es* la comida de legumbres donde hay amor, que de buey engordado donde hay odio.
18 El hombre iracundo mueve contiendas: mas *el que* tarda en enojarse, apacigua la rencilla.
19 El camino del perezoso *es* como seto de espinos: mas la vereda de los rectos *es* aplanada.
20 El hijo sabio alegra al padre: mas el hombre necio menosprecia a su madre.
21 La necedad *es* alegría al falto de sabiduría: mas el hombre entendido enderezará su proceder.
22 Los propósitos son frustrados donde no hay consejo; mas en la multitud de consejeros se afirman.
23 El hombre se alegra con la respuesta de su boca: y la palabra *dicha* a su tiempo, ¡cuán buena *es*!
24 El camino de la vida *es* hacia arriba al sabio, para apartarse del infierno abajo.
25 El SEÑOR asolará la casa de los soberbios: mas él afirmará el término de la viuda.
26 Abominación *son* al SEÑOR los pensamientos del malo: mas *las palabras* de los puros *son* agradables.
27 Alborota su casa el codicioso: mas el que aborrece las dádivas vivirá.
28 El corazón del justo piensa para responder: mas la boca de los impíos derrama malas cosas.
29 Lejos *está* el SEÑOR de los impíos: mas él oye la oración de los justos.
30 La luz de los ojos alegra el corazón; *y* la buena fama engorda los huesos.
31 La oreja que escucha la corrección de vida, entre los sabios morará.
32 El que tiene en poco la disciplina, menosprecia su alma: mas el que escucha la corrección, adquiere entendimiento.
33 El temor del SEÑOR *es* instrucción del conocimiento: y delante de la honra *está* la humildad.

CAPÍTULO 16

DEL hombre son las preparaciones del corazón: mas del SEÑOR *es* la respuesta de la lengua.
2 Todos los caminos del hombre *son* limpios en su opinión: mas el SEÑOR pesa los espíritus.
3 Encomienda al SEÑOR tus obras, y tus pensamientos serán establecidos.
4 Todas *las cosas* ha hecho el SEÑOR por sí mismo, y aun al impío para el día malo.
5 Abominación *es* al SEÑOR todo altivo de corazón: *aunque esté* mano sobre mano, no será reputado inocente.
6 Con misericordia y verdad se corrige el pecado: y con el temor del SEÑOR se apartan del mal *los hombres*.
7 Cuando los caminos del hombre son agradables al SEÑOR, aun a sus enemigos hace estar en paz con él.
8 Mejor *es* lo poco con justicia, que la muchedumbre de frutos sin derecho.
9 El corazón del hombre piensa su camino: mas el

SEÑOR endereza sus pasos.
10 Sentencia divina *está* en los labios del rey: en juicio no prevaricará su boca.
11 Peso y balanzas justas *son* del SEÑOR: obra suya *son* todas las pesas de la bolsa.
12 Abominación *es* a los reyes hacer impiedad: porque con justicia será afirmado el trono.
13 Los labios justos *son* el contentamiento de los reyes; y aman al que habla lo recto.
14 La ira del rey *es como* mensajero de muerte: mas el hombre sabio la evitará.
15 En la alegría del rostro del rey *está* la vida; y su benevolencia *es* como nube de lluvia tardía.
16 ¡Cuánto mejor *es* adquirir sabiduría que oro! ¡y adquirir entendimiento vale más que la plata!
17 El camino de los rectos *es* apartarse del mal: el que guarda su camino preserva su alma.
18 Antes de la destrucción *es* la soberbia; y antes de la caída la altivez de espíritu.
19 Mejor *es* humillar el espíritu con los humildes, que partir despojos con los soberbios.
20 El entendido en la palabra, hallará el bien: y el que confía en el SEÑOR, él *es* bienaventurado.
21 El sabio de corazón es llamado entendido: y la dulzura de labios aumentará la doctrina.
22 Manantial de vida *es* el entendimiento al que lo posee: mas la erudición de los necios *es* necedad.
23 El corazón del sabio hace prudente su boca; y con sus labios aumenta la doctrina.
24 *Como* panal de miel *son* las palabras agradables: dulces al alma y salud a los huesos.
25 Hay camino que parece derecho al hombre, mas el fin *son* caminos de muerte.
26 El alma del que trabaja, trabaja para sí; porque su boca le constriñe.
27 El hombre perverso cava el mal; y en sus labios *hay* como llama de fuego.
28 El hombre perverso levanta contienda; y el chismoso aparta los mejores amigos.
29 El hombre violento lisonjea a su prójimo, y le hace andar por el camino no bueno:
30 Cierra sus ojos para pensar perversidades; mueve sus labios, efectúa el mal.
31 Corona de honra *es* la vejez, *si* se hallare en el camino de justicia.
32 Mejor *es el que* tarde se aira que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.
33 La suerte se echa en el seno: mas del SEÑOR *es* el juicio de ella.

CAPÍTULO 17

MEJOR es un bocado seco, y en paz, que la casa de contienda llena de víctimas.
2 El siervo prudente se enseñoreará del hijo que deshonra, y entre los hermanos partirá la herencia.
3 El crisol para la plata, y la hornaza para el oro: mas el SEÑOR prueba los corazones.
4 El malo está atento al labio inicuo; y el mentiroso escucha a la lengua detractora.
5 El que escarnece al pobre, afrenta a su Hacedor: y el que se alegra en la calamidad, no quedará sin castigo.

6 Corona de los viejos *son* los
hijos de los hijos; y la gloria de
los hijos *son* sus padres.
7 No conviene al necio la altilo-
cuencia: ¡cuánto menos al prínci-
pe el labio mentiroso!
8 Piedra preciosa *es* el cohecho
en ojos de sus dueños: a donde
quiera que se vuelve, da prospe-
ridad.
9 El que cubre la prevaricación,
busca amistad: mas el que reite-
ra la palabra, aparta a los *mejores*
amigos.
10 Aprovecha la reprensión al
hombre entendido, más que cien
azotes al necio.
11 El malo no busca sino rebe-
lión; y mensajero cruel será con-
tra él enviado.
12 Mejor es que se encuentre un
hombre con una osa a la cual han
robado sus cachorros, que con un
fatuo en su necedad.
13 El que da mal por bien, no se
apartará el mal de su casa.
14 El que comienza la pendencia
es como quien suelta las aguas:
deja pues la porfía, antes que se
enmarañe.
15 El que justifica al impío, y el
que condena al justo, ambos a
dos *son* abominación al SEÑOR.
16 ¿De qué sirve el precio en la
mano del necio para comprar sa-
biduría, visto que no *tiene* el co-
razón *para ello*?
17 En todo tiempo ama el amigo;
y el hermano es nacido para los
tiempos de adversidad.
18 El hombre falto de entendi-
miento toca la mano, fiando a
otro delante de su amigo.
19 La prevaricación ama el que
ama pleito; *y* el que alza su por-
tada, quebrantamiento busca.
20 El perverso de corazón nunca
hallará bien: y el que revuelve
con su lengua, caerá en mal.
21 El que engendra al necio, para
su tristeza *lo engendra*: y el padre
del fatuo no se alegrará.
22 El corazón alegre hace bien
como medicina: mas el espíritu
quebrantado seca los huesos.
23 El impío toma dádiva del seno,
para pervertir las sendas del jui-
cio.
24 En el rostro del entendido *apa-
rece* la sabiduría: mas los ojos del
necio *vagan* hasta el cabo de la
tierra.
25 El hijo necio es enojo a su
padre, y amargura a la que lo en-
gendró.
26 Ciertamente no es bueno con-
denar al justo, ni herir a los prín-
cipes que hacen lo recto.
27 El que tiene conocimiento de-
tiene sus palabras; *y* el hombre
de entendimiento es de un espí-
ritu excelente.
28 Aun el necio cuando calla, es
contado por sabio: *y* el que cierra
sus labios *es* entendido.

CAPÍTULO 18

ATRAVÉS de deseo, un hombre
habiéndose separado, busca
y se entremete con toda sabiduría.
2 No toma placer el necio en el
entendimiento, sino en lo que su
corazón se descubre.
3 Cuando viene el impío, *luego*
viene también el menosprecio, y
con el deshonrador la afrenta.
4 *Como* aguas profundas *son* las
palabras de la boca del hombre; *y*
como arroyo revertiente, la fuen-
te de la sabiduría.
5 No *es* bueno tener respeto a la
persona del impío, para hacer
caer al justo de *su* derecho.
6 Los labios del necio vienen con

pleito; y su boca a cuestiones
llama.
7 La boca del necio *es* quebran-
tamiento para sí, y sus labios *son*
lazos para su alma.
8 Las palabras del chismoso pare-
cen blandas, y descienden hasta
lo más profundo del vientre.
9 También el que es negligente
en su obra es hermano del hom-
bre disipador.
10 Torre fuerte es el nombre del
SEÑOR: a él correrá el justo, y
será levantado.
11 Las riquezas del rico *son* la ciu-
dad de su fortaleza, y como un
muro alto en su imaginación.
12 Antes de la destrucción se
eleva el corazón del hombre, y
antes de la honra *está* la humil-
dad.
13 El que responde palabra antes
de oír, le *es* necedad y vergüenza.
14 El espíritu del hombre soporta-
rá su enfermedad: mas ¿quién so-
portará al espíritu angustiado?
15 El corazón del prudente ad-
quiere conocimiento; y el oído de
los sabios busca el conocimiento.
16 El presente del hombre le en-
sancha *el camino*, y le lleva delan-
te de los grandes.
17 El primero en su propia causa
parece justo; pero su vecino viene
y le sondea.
18 La suerte pone fin a los pleitos,
y decide entre los poderosos.
19 El hermano ofendido *es más di-
fícil ganar* que una ciudad fuerte;
y *sus* contiendas *son* como cerro-
jos de un palacio.
20 Del fruto de la boca del hombre
se hartará su vientre; *y* hartaráse
del producto de sus labios.
21 La muerte y la vida *están* en
poder de la lengua; y el que la
ama comerá de sus frutos.
22 El que halla esposa halla el
bien, y alcanza la benevolencia
del SEÑOR.
23 El pobre habla con ruegos;
mas el rico responde durezas.
24 El hombre *que tiene* amigos,
ha de mostrarse amigo: y hay
un amigo más cercano *que* un
hermano.

CAPÍTULO 19

MEJOR *es* el pobre que cami-
na en su integridad, que *el*
de perversos labios y necio.
2 Asimismo, no *es* bueno que el
alma *esté* sin conocimiento, y el
que se apresura con *sus* pies peca.
3 La insensatez del hombre tuer-
ce su camino; y contra el SEÑOR
se aira su corazón.
4 Las riquezas allegan muchos
amigos: mas el pobre, de su
amigo es apartado.
5 El testigo falso no quedará sin
castigo; y *el que* habla mentiras
no escapará.
6 Muchos rogarán el favor del
príncipe: mas cada uno *es* amigo
del hombre que da regalos.
7 Todos los hermanos del pobre
le aborrecen: ¡cuánto más sus
amigos se alejarán de él! buscará
la palabra y no la hallará.
8 El que adquiere sabiduría, ama
su alma: el que guarda el entendi-
miento, hallará el bien.
9 El testigo falso no quedará sin
castigo; y *el que* habla mentiras,
perecerá.
10 No conviene al necio el delei-
te: ¡cuánto menos al siervo ser
señor de los príncipes!
11 El entendimiento del hombre
detiene su furor; y su gloria *es*
pasar por alto la transgresión.
12 Como el rugido del cachorro
de león *es* la ira del rey; y su favor

es como el rocío sobre la hierba.
13 Dolor *es* para su padre el hijo
necio; y gotera continua *son* las
contiendas de la esposa.
14 La casa y las riquezas herencia
son de los padres: mas la esposa
prudente *es* del SEÑOR.
15 La pereza hace caer en sueño
profundo; y el alma negligente
hambreará.
16 El que guarda el mandamiento,
guarda su alma: *mas* el que me-
nospreciare sus caminos, morirá.
17 Al SEÑOR empresta el que se
compadece del pobre, y lo que ha
dado, se lo volverá a pagar.
18 Castiga a tu hijo en tanto que
hay esperanza; mas no se excite
tu alma para destruirlo.
19 El de grande ira sufrirá la pena:
porque aun si lo librares, todavía
tendrás que volverlo a hacer.
20 Escucha el consejo, y recibe la
corrección, para que seas sabio
en tu vejez.
21 Muchos designios *hay* en el
corazón del hombre; mas el con-
sejo del SEÑOR permanecerá.
22 Contentamiento *es* a los hom-
bres hacer misericordia: pero
mejor *es* el pobre que el mentiro-
so.
23 El temor del SEÑOR *es* para
vida; y *con él* vivirá el *hombre*,
lleno de reposo; no será visitado
de mal.
24 El perezoso esconde su mano
en *su* seno: aun a su boca no la
llevará.
25 Hiere al escarnecedor, y el
simple se hará avisado; y redar-
guye al que tiene entendimiento,
y él entenderá conocimiento.
26 El que roba a *su* padre y ahu-
yenta a *su* madre, es hijo que
causa vergüenza y trae deshonra.
27 Cesa, hijo mío, de oír la ins-
trucción *que causa* a errar de las
palabras de conocimiento.
28 El testigo perverso se burla del
juicio; y la boca de los impíos de-
vora la iniquidad.
29 Aparejados están juicios para
los escarnecedores, y azotes para
los cuerpos de los insensatos.

CAPÍTULO 20

EL vino *es* escarnecedor, la
bebida fuerte *es* alborota-
dora; y cualquiera que por ello
errare, no es sabio.
2 Como rugido de cachorro de
león *es* el terror del rey: *quien* lo
provoca a enfurecerse, peca *con-
tra* su propia alma.
3 Honra *es* del hombre dejarse de
contienda: mas todo insensato se
envolverá *en ella*.
4 El perezoso no ara a causa del
invierno; pedirá pues en la siega,
y nada *tendrá*.
5 *Como* aguas profundas *es* el
consejo en el corazón del hom-
bre: mas el hombre entendido lo
sacará.
6 Muchos hombres proclaman
cada uno su bondad: mas hombre
fiel, ¿quién lo hallará?
7 El justo que camina en su inte-
gridad, bienaventurados *serán* sus
hijos después de él.
8 El rey que se sienta en el trono
de juicio, con su mirar disipa
todo mal.
9 ¿Quién podrá decir: Yo he lim-
piado mi corazón, limpio estoy
de mi pecado?
10 Pesas diversas *y* medidas
diversas, abominación *son* al
SEÑOR ambas cosas.
11 Aun el muchacho es conocido
por sus hechos, si su obra *fuere*
limpia y recta.
12 El oído que oye, y el ojo que

ve, ambas cosas ha igualmente
hecho el SEÑOR.
13 No ames el sueño, porque no
te empobrezcas; abre tus ojos, *y*
te hartarás de pan.
14 El que compra dice: Nada vale,
nada vale: mas cuando se va se
alaba.
15 Hay oro y multitud de rubíes:
mas los labios de conocimiento
son joya preciosa.
16 Quítale su ropa al que salió
por fiador del extraño; y tómale
prenda *al que fía* la extraña.
17 Sabroso *es* al hombre el pan
de engaño; mas después su boca
será llena de cascajo.
18 *Todo* pensamiento se establece
por consejo, y con buen consejo
hará tu guerra.
19 El que anda en chismes descu-
bre los secretos: no te entrometas,
pues, con el que lisonjea con sus
labios.
20 El que maldice a su padre o a
su madre, su lámpara será apaga-
da en oscuridad tenebrosa.
21 Una herencia *puede ser* adqui-
rida de prisa al principio, pero su
postrimería no será bendita.
22 No digas, yo me vengaré; *mejor*
espera al SEÑOR, y él te salvará.
23 Abominación *son* al SEÑOR
las pesas diversas; y la balanza
falsa no *es* buena.
24 Del SEÑOR *son* los pasos del
hombre: ¿cómo pues entenderá
el hombre su camino?
25 Lazo *es* al hombre el devorar
lo santo, e inquirir después de los
votos.
26 El rey sabio esparce los impíos,
y sobre ellos hace tornar la rueda.
27 Candela del SEÑOR *es* el espí-
ritu del hombre, que escudriña lo
secreto del vientre.
28 Misericordia y verdad guar-
dan al rey; y con misericordia
sustenta su trono.
29 La gloria de los jóvenes *es* su
fortaleza, y la hermosura de los
viejos *es* la vejez.
30 Lo amoratado de las heridas
purifica la maldad; así también
las llagas lo más íntimo del vien-
tre.

CAPÍTULO 21

COMO los ríos de las aguas, así
está el corazón del rey en la
mano del SEÑOR: a todo lo que
quiere lo inclina.
2 Todo camino del hombre *es*
recto en sus propios ojos: mas el
SEÑOR pesa los corazones.
3 Hacer justicia y juicio *es* al
SEÑOR más agradable que sacri-
ficio.
4 Altivez de ojos, y orgullo de co-
razón, *y* el labrar de los impíos,
son pecado.
5 Los pensamientos del diligente
ciertamente *tienden* a abundan-
cia; mas todo presuroso, cierta-
mente *va* a pobreza.
6 Allegar tesoros con lengua de
mentira, *es* vanidad desatentada
de aquellos que buscan la muerte.
7 La rapiña de los impíos los des-
truirá; porque rehúsan hacer jui-
cio.
8 El camino del hombre *es* tor-
cido y extraño: mas la obra del
puro *es* recta.
9 Mejor *es* vivir en un rincón del
terrado, que con la mujer renci-
llosa en espaciosa casa.
10 El alma del impío desea mal:
su prójimo no halla favor en sus
ojos.
11 Cuando el escarnecedor es cas-
tigado, el simple se hace sabio; y
cuando se amonestare al sabio,
aprenderá conocimiento.

12 El justo considera sabiamente
la casa del impío, *mas Dios* tras-
torna los malos por *su* maldad.
13 El que cierra su oído al clamor
del pobre, también él clamará, y
no será oído.
14 El presente en secreto amansa
el furor, y el don en el seno, la
fuerte ira.
15 Alegría *es* al justo hacer juicio;
mas destrucción *vendrá* a los que
practican iniquidad.
16 El hombre que se extravía del
camino del entendimiento, per-
manecerá en la compañía de los
muertos.
17 Hombre necesitado *será* el que
ama el deleite: y el que ama el
vino y ungüentos no enriquecerá.
18 El impío *será* el rescate por el
justo, y por los rectos, el trans-
gresor.
19 Mejor *es* morar en tierra del
desierto, que con la mujer renci-
llosa e iracunda.
20 Tesoro codiciable y aceite *hay*
en la casa del sabio; mas el hom-
bre insensato lo disipa.
21 El que sigue la justicia y la mi-
sericordia, halla la vida, la justi-
cia, y la honra.
22 El sabio escala la ciudad de los
poderosos, y derriba la fortaleza
en que confiaba.
23 El que guarda su boca y su len-
gua, su alma guarda de angustias.
24 Soberbio, presuntuoso *y* escar-
necedor, *es* el nombre del que
obra con orgullosa saña.
25 El deseo del perezoso le mata,
porque sus manos rehúsan tra-
bajar.
26 Hay quien todo el día codicia
con avaricia: mas el justo da, y
no desperdicia.
27 El sacrificio de los impíos *es*
abominación: ¿cuánto más ofre-
ciéndolo con mente malvada?
28 El testigo mentiroso perecerá:
mas el hombre que oye, habla
continuamente.
29 El hombre impío endurece su
rostro: mas el recto ordena sus
caminos.
30 No *hay* sabiduría, ni enten-
dimiento, ni consejo, contra el
SEÑOR.
31 El caballo *es* preparado para
el día de la batalla: mas la seguri-
dad es del SEÑOR.

CAPÍTULO 22

DE más estima *es* el *buen* nom-
bre que las muchas riquezas;
y la buena gracia más que la plata
y el oro.
2 El rico y el pobre se encon-
traron: el SEÑOR *es* hacedor de
todos ellos.
3 El prudente percibe el mal, y
escóndese: mas los simples pasan,
y son castigados.
4 Por la humildad *y* el temor del
SEÑOR *son* riquezas, y honra, y
vida.
5 Espinas *y* lazos *hay* en el cami-
no del perverso: el que guarda su
alma se alejará de ellos.
6 Instruye al niño en el camino
que debe seguir: y cuando fuere
viejo no se apartará de él.
7 El rico se enseñoreará de los
pobres; y el que toma prestado,
siervo *es* del que empresta.
8 El que sembrare iniquidad, va-
nidad segará: y consumiráse la
vara de su ira.
9 El ojo misericordioso será ben-
dito, porque dio de su pan al
pobre.
10 Echa fuera al escarnecedor, y
saldrá la contienda, y cesará el
pleito y la afrenta.
11 El que ama la pureza de cora-

zón, *por* la gracia de sus labios su
amigo *será* el rey.
12 Los ojos del SEÑOR preservan
el conocimiento; mas él trastorna
las palabras de los transgresores.
13 Dice el perezoso: El león *está*
fuera; en mitad de las calles seré
muerto.
14 Fosa profunda *es* la boca de
la mujer extraña: aquel contra el
cual estuviere el SEÑOR airado,
caerá en ella.
15 La necedad *está* ligada en el
corazón del muchacho; *mas* la
vara de la corrección la hará ale-
jar de él.
16 El que oprime al pobre para
acrecentar sus *riquezas,* y el que
da al rico, ciertamente *vendrá* a
pobreza.
17 Inclina tu oído, y oye las pala-
bras de los sabios, y pon tu cora-
zón a mi conocimiento:
18 Porque *es* cosa deleitable, si
las guardares en tus entrañas; y
que juntamente sean ordenadas
en tus labios.
19 Para que tu confianza sea en el
SEÑOR, te *las* he hecho saber hoy
a ti también.
20 ¿No te he escrito cosas exce-
lentes en consejos y conocimien-
to,
21 Para hacerte saber la certi-
dumbre de las palabras de ver-
dad, para que puedas responder
palabras de verdad a los que a ti
enviaren?
22 No robes al pobre, porque *es*
pobre, ni quebrantes en la puerta
al afligido:
23 Porque el SEÑOR juzgará la
causa de ellos, y despojará el
alma de aquellos que los despo-
jaren.
24 No hagas amistad con el
hombre iracundo, ni te acom-
pañes con el hombre furioso;
25 Para que no aprendas sus
maneras, y tomes lazo para tu
alma.
26 No estés entre *los* que estre-
chan la mano, *ni* entre los que
fían por deudas.
27 Si no tuvieres para pagar, ¿por
qué han de quitar tu cama de de-
bajo de ti?
28 No remuevas el término anti-
guo que pusieron tus padres.
29 ¿Has visto hombre diligente
en su obra? delante de los reyes
estará; no estará delante de los
hombres viles.

CAPÍTULO 23

CUANDO te sentares a comer
con algún gobernante, consi-
dera bien lo que *está* delante de
ti;
2 Y pon cuchillo a tu garganta, si
tienes gran apetito.
3 No codicies sus manjares deli-
cados, porque *es* pan engañoso.
4 No trabajes por ser rico; cesa de
tu propia sabiduría.
5 ¿Has de poner tus ojos en las
riquezas, siendo ningunas? por-
que hacerse han alas, como alas
de águila, y volarán al cielo.
6 No comas pan de *hombre de* mal
ojo, ni codicies sus manjares:
7 Porque como piensa en su co-
razón, tal *es* él. Come y bebe, te
dirá; mas su corazón no *está* con-
tigo.
8 Vomitarás la parte que tú co-
miste, y perderás tus suaves pa-
labras.
9 No hables a oídos del necio;
porque menospreciará la sabidu-
ría de tus palabras.
10 No remuevas el término anti-
guo, ni entres en la heredad de
los huérfanos:

11 Porque su redentor *es* poderoso, el cual juzgará la causa de ellos contra ti.
12 Aplica tu corazón a la instrucción, y tus oídos a las palabras de conocimiento.
13 No rehuses la corrección del muchacho: *porque* si lo hirieres con vara, no morirá.
14 Tú lo herirás con vara, y librarás su alma del infierno.
15 Hijo mío, si tu corazón fuere sabio, también a mí se me alegrará el corazón;
16 Mis entrañas también se alegrarán, cuando tus labios hablaren cosas rectas.
17 No tenga tu corazón envidia de los pecadores, antes *persevera* en el temor del SEÑOR todo tiempo:
18 Porque ciertamente hay fin, y tu esperanza no será cortada.
19 Oye tú, hijo mío, y sé sabio, y endereza tu corazón al camino.
20 No estés con los bebedores de vino, ni con los comilones de carne:
21 Porque el borracho y el glotón empobrecerán: y el sueño hará vestir *al hombre* vestidos rotos.
22 Escucha a tu padre, que te engendró; y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies.
23 Compra la verdad, y no *la* vendas; *también* la sabiduría, la instrucción, y el entendimiento.
24 Mucho se regocijará el padre del justo: y el que engendra a un *niño* sabio se gozará con él.
25 Alégrense tu padre y tu madre, y gócese la que te engendró.
26 Hijo mío, dame tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos.
27 Porque sima profunda *es* la ramera, y pozo angosto la mujer extraña.
28 También ella, como robador, acecha, y multiplica entre los hombres los prevaricadores.
29 ¿Para quién será el ay? ¿para quién la tristeza? ¿para quién las rencillas? ¿para quién las quejas? ¿para quién las heridas en balde? ¿para quién lo amoratado de los ojos?
30 Para los que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura.
31 No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa, *cuando* se mueve suavemente;
32 *Mas* al fin como serpiente pica, y como áspid da dolor:
33 Tus ojos mirarán a las mujeres extrañas, y tu corazón hablará perversidades.
34 Y serás como el que yace en medio del mar, o como el que está en la punta de un mastelero.
35 *Y dirás*: Hiriéronme, y no me dolió; azotáronme, y no lo sentí; ¿cuándo despertaré? aun lo tornaré a buscar.

CAPÍTULO 24

NO tengas envidia de los hombres malos, ni desees estar con ellos:
2 Porque su corazón estudia destrucción, e iniquidad hablan sus labios.
3 Con sabiduría se edificará la casa, y con entendimiento se establecerá:
4 Y con conocimiento se henchirán las cámaras de todo bien preciado y agradable.
5 El hombre sabio *es* fuerte; el hombre de conocimiento aumenta la fuerza.
6 Por el consejo sabio harás tu

guerra: y en la multitud de consejeros *hay* seguridad.
7 La sabiduría *está* demasiado alta para el necio: en la puerta no abrirá él su boca.
8 Al que piensa hacer el mal, le llamarán hombre de malos pensamientos.
9 El pensamiento del necio *es* pecado: y abominación *es* a los hombres el escarnecedor.
10 *Si* desmayares en el día de adversidad, tu fuerza *es* pequeña.
11 Si dejares de librar *a los que son* tomados para la muerte, y *a los que son* llevados al degolladero;
12 Si dijeres: ¿Ciertamente no lo supimos?; ¿no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, ¿*No* dará él a *cada* hombre según sus obras?
13 Come, hijo mío, de la miel, porque *es* buena, y del panal *que es* dulce a tu paladar:
14 Tal *será* el conocimiento de la sabiduría a tu alma: si *la* hallares tendrá recompensa, y al fin tu expectativa no será cortada.
15 Oh impío, no aceches la tienda del justo, no saquees su cámara:
16 Porque siete veces cae el justo, y se torna a levantar; mas los impíos caerán en el mal.
17 Cuando cayere tu enemigo, no te regocijes; y cuando tropezare, no se alegre tu corazón:
18 Para que el SEÑOR no *lo* mire, y le desagrade, y aparte de sobre él su ira.
19 No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los impíos;
20 Porque no será galardonado el *hombre* malo, y la lámpara de los impíos será apagada.
21 Teme al SEÑOR, hijo mío, y al rey; *y* no te entremetas con los inconstantes:
22 Porque su calamidad se levantará de repente; y la ruina de ambos, ¿quién lo sabe?
23 También estas *cosas pertenecen* a los sabios. Tener respeto a personas en el juicio no es bueno.
24 El que dijere al malo, Justo *eres*, los pueblos lo maldecirán, y le aborrecerán las naciones:
25 Mas los que *le* reprenden, serán agradables, y sobre ellos vendrá bendición de bien.
26 Besados serán los labios del que responde palabras rectas.
27 Prepara tu obra afuera, y disponla en tu campo; y después edifica tu casa.
28 No seas sin causa testigo contra tu prójimo; y *no* engañes con tus labios.
29 No digas: Como me hizo, así le haré; daré el pago al hombre según su obra.
30 Pasé junto a la heredad del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento;
31 Y he aquí que por toda ella habían ya crecido espinas, y ortigas habían ya cubierto su haz, y su cerca de piedra estaba ya destruída.
32 Y miré, y *lo* puse en mi corazón: *lo* vi, y recibí instrucción.
33 Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir;
34 Así vendrá como caminante tu necesidad, y tu pobreza como hombre armado.

CAPÍTULO 25

TAMBIÉN estos *son* proverbios de Salomón, los cuales copia-

ron los varones de Ezequías, rey
de Judá.
2 Gloria de Dios *es* encubrir la pa-
labra; mas honra del rey *es* escu-
driñar la palabra.
3 Para la altura del cielo, y para
la profundidad de la tierra, y
para el corazón de los reyes, no
hay investigación.
4 Quita las escorias de la plata, y
saldrá vaso al fundidor.
5 Aparta al impío de la presencia
del rey, y su trono será estableci-
do en justicia.
6 No te alabes delante del rey, ni
estés en el lugar de los grandes:
7 Porque mejor es que se te diga:
Sube acá, y no que seas humi-
llado delante del príncipe que
miraron tus ojos.
8 No salgas apresuradamente en
pleito, no sea que *no sepas* qué
hacer al fin, después que tu próji-
mo te haya avergonzado.
9 Trata tu causa con tu prójimo
y no descubras el secreto a otro:
10 No sea que te deshonre el que
lo oyere, y tu infamia no pueda
repararse.
11 *Como* manzanas de oro en fi-
guras de plata *es* una palabra
dicha oportunamente.
12 *Como* zarcillo de oro y joyel de
oro fino, *así es* el que reprende al
sabio que tiene oído dócil.
13 Como frío de nieve en tiem-
po de la siega, *así es* el mensajero
fiel a los que lo envían: porque al
alma de su señor da refrigerio.
14 El que se jacta de vana libera-
lidad, *es como* nubes y vientos sin
lluvia.
15 Con larga paciencia se aplaca
el príncipe; y la lengua blanda
quebranta los huesos.
16 ¿Hallaste la miel? come lo
que te basta; no sea que te
hartes de ella, y la vomites.
17 Detén tu pie de la casa de tu
vecino, porque hastiado de ti no
te aborrezca.
18 Martillo y espada y saeta
aguda, *es* el hombre que habla
contra su prójimo falso testimo-
nio.
19 *Como* diente quebrado y pie
resbalador, *es* la confianza en el
infiel en tiempo de angustia.
20 El que canta canciones al cora-
zón afligido, *es como* el que quita
la ropa en tiempo de frío, o el que
sobre el jabón *echa* vinagre.
21 Si tu enemigo tuviere hambre,
dale de comer pan; y si tuviere
sed, dale de beber agua:
22 Porque ascuas amontonarás
sobre su cabeza, y el SEÑOR te
lo pagará.
23 El viento del norte ahuyenta
la lluvia, así el rostro airado la
lengua detractora.
24 Mejor *es* estar en un rincón de
casa, que con la mujer rencillosa
en espaciosa casa.
25 *Como* el agua fría al alma se-
dienta, así *son* las buenas nuevas
de lejanas tierras.
26 *Como* fuente turbia y manan-
tial corrompido, *es* el justo que
cae delante del impío.
27 Comer mucha miel no *es*
bueno: asimismo el buscar su
propia gloria *no es* gloria.
28 *Como* una ciudad derribada *y*
sin muros, *es* el hombre que no
tiene control de su propio espíritu.

CAPÍTULO 26

COMO la nieve en el verano, y
la lluvia en la siega, así con-
viene al necio la honra.
2 Como el ave en su vagar, y como
la golondrina en su vuelo, así la
maldición sin causa nunca vendrá.

3 El látigo para el caballo, y el cabestro para el asno, y la vara para la espalda del necio.
4 No respondas al necio conforme a su necedad, para que no seas tú también como él.
5 Responde al necio según su necedad, para que no se estime sabio en su opinión.
6 El que envía mensaje por mano de un necio, *así es* el que se corta los pies *y* bebe su daño.
7 Las piernas del cojo no son iguales; así *es* la parábola en la boca de los necios.
8 Como quien liga la piedra en la honda, así *es* el que da honra al necio.
9 *Como* espinas hincadas en mano del embriagado, así *es* la parábola en la boca de los necios.
10 El *Dios* grande que formó todas *las cosas*; recompensa ambos al necio, y a los transgresores.
11 Como perro que vuelve a su vómito, así el necio que repite su necedad.
12 ¿Has visto hombre sabio en su opinión? más esperanza *hay* del necio que de él.
13 Dice el perezoso: El león *está* en el camino; el león *está* en las calles.
14 *Como* la puerta gira sobre sus quicios: así *hace* el perezoso sobre su cama.
15 Esconde el perezoso su mano en *su* seno; cánsase de tornarla a su boca.
16 El perezoso *es* más sabio en su propia opinión que siete hombres que pueden dar razón.
17 El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno, es *como* el que toma al perro por las orejas.
18 Como el que enloquece, y echa llamas y saetas y muerte,
19 Tal *es* el hombre *que* engaña a su prójimo, y dice: ¿Acaso no estaba yo bromeando?
20 Sin leña se apaga el fuego: y donde no *hay* chismoso, cesa la contienda.
21 El carbón para brasas, y la leña para el fuego: así *es* el hombre rencilloso para encender contienda.
22 Las palabras del chismoso *son* como heridas, y ellas entran hasta lo más íntimo del vientre.
23 *Como* escoria de plata echada sobre el tiesto, *son* los labios enardecidos y el corazón malo.
24 El que odia disimula con sus labios; mas en su interior pone engaño.
25 Cuando hablare amigablemente, no le creas; porque siete abominaciones *hay* en su corazón.
26 *Al que* encubre el odio con disimulo; su malicia será descubierta en la congregación.
27 El que cavare sima, caerá en ella: y el que revuelva la piedra, a él volverá.
28 La lengua falsa aborrece *a los que son* afligidos por ella; y la boca lisonjera acarrea ruina.

CAPÍTULO 27

NO te jactes del día de mañana; porque no sabes qué traerá de sí el día.
2 Que te alabe otro, y no tu propia boca; el ajeno, y no tus propios labios.
3 Pesada *es* la piedra, y la arena pesa; mas la ira del necio *es* más pesada que ambas cosas.
4 Cruel *es* la ira, e impetuoso *es* el furor; mas ¿quién puede parar delante de la envidia?

5 Mejor *es* reprensión manifiesta
que amor oculto.
6 Fieles *son* las heridas de un
amigo; pero engañosos *son* los
besos del que aborrece.
7 El alma saciada desprecia el
panal de miel; pero al alma ham-
brienta todo lo amargo es dulce.
8 Como ave que se va de su nido,
así *es* el hombre que se va de su
lugar.
9 El ungüento y el perfume ale-
gran el corazón: así *hace* la dul-
zura del amigo al hombre por el
consejo prudente.
10 No dejes a tu amigo, ni al
amigo de tu padre; ni entres en
casa de tu hermano el día de tu
aflicción: *porque* mejor *es* el veci-
no cerca que el hermano lejano.
11 Sé sabio, hijo mío, y alegra mi
corazón, para que yo pueda res-
ponder al que me deshonrare.
12 El prudente percibe el mal, *y*
escóndese; *mas* los simples pasan,
y llevan el daño.
13 Quítale su ropa al que salió
fiador por el extraño; y al que
fió por la mujer extraña, tómale
prenda.
14 El que bendice a su amigo en
alta voz, madrugando de maña-
na, por maldición se le contará.
15 Gotera continua en tiempo de
lluvia, y la mujer rencillosa, son
semejantes:
16 El que la esconde, esconde el
viento: y el aceite en su mano de-
recha *que* clama.
17 Hierro con hierro se aguza; y
el hombre aguza el rostro de su
amigo.
18 El que guarda la higuera co-
merá su fruto; así el que atiende
a su señor, será honrado.
19 Como en el agua el rostro *co-
rresponde* al rostro, así el cora-
zón del hombre al hombre.
20 El infierno y la destrucción
nunca se hartan: así los ojos del
hombre nunca se sacian.
21 *Como* el crisol *prueba* la plata,
y la hornaza el oro; así *es* al hom-
bre la boca del que lo alaba.
22 Aunque majes al necio en un
mortero entre granos de trigo a
pisón majados, *aún* no se quitará
de él su necedad.
23 Sé diligente en conocer el es-
tado de tus ovejas; *y* mira bien a
tus rebaños:
24 Porque las riquezas no *son*
para siempre; ¿Y *permanecerá* la
corona para perpetuas generacio-
nes?
25 Saldrá la grama, aparecerá la
hierba, y segaránse las hierbas de
los montes.
26 Los corderos *son* para tus
vestidos, y los cabritos *son* para el
precio del campo:
27 Y *tendrá* abundancia de leche
de las cabras para tu manteni-
miento, y para mantenimiento
de tu casa, y para sustento de tus
criadas.

CAPÍTULO 28

HUYEN los impíos sin que
nadie les persiga: pero los
justos están confiados como un
león.
2 Por la transgresión de la tierra
sus príncipes *son* muchos: pero
por un hombre de entendimien-
to *y* de conocimiento el estado *de
ella* será prolongado.
3 El hombre pobre que oprime a
los pobres, *es como* lluvia torren-
cial que deja sin pan.
4 Los que dejan la ley, alaban a
los impíos: mas los que guardan
la ley, contenderán con ellos.
5 Los hombres malos no entien-

den el juicio: mas los que buscan
al SEÑOR, entienden todas *las*
cosas.
6 Mejor *es* el pobre que camina
en su integridad, que *el que es*
perverso *en sus* caminos, aunque
sea rico.
7 El que guarda la ley *es* hijo pru-
dente: mas el que es compañe-
ro de glotones, avergüenza a su
padre.
8 El que por usura y ganancia in-
justa aumenta sus riquezas, para
el que se compadece del pobre
las allega.
9 El que aparta su oído para no
oír la ley, su oración aun será
abominable.
10 El que hace errar a los justos
por el mal camino, él caerá en su
propia sima: mas los rectos po-
seerán los bienes.
11 El hombre rico *es* sabio en su
propia opinión: mas el pobre que
tiene entendimiento lo examina-
rá.
12 Cuando los justos se alegran,
hay grande gloria; mas cuan-
do los impíos son levantados, el
hombre se esconde.
13 El que encubre sus pecados,
no prosperará: mas el que *los*
confiesa y se aparta, alcanzará
misericordia.
14 Bienaventurado *es* el hom-
bre que siempre está temeroso:
mas el que endurece su corazón,
caerá en el mal.
15 *Como* león rugiente y oso ham-
briento, *así es* el príncipe impío
sobre el pueblo pobre.
16 El príncipe falto de entendi-
miento *es* un gran opresor: *mas* el
que aborrece la avaricia, prolon-
gará *sus* días.
17 El hombre que hace violencia
con sangre de *cualquier* persona,
huirá hasta la fosa, y nadie le de-
tendrá.
18 El que en integridad camina,
será salvo; pero *el que es* perverso
en sus caminos caerá al instante.
19 El que labra su tierra, se har-
tará de pan: mas el que sigue a
los ociosos, se hartará de pobreza.
20 El hombre fiel abundará en
bendiciones: mas el que se apre-
sura a enriquecer, no será ino-
cente.
21 Tener acepción de personas,
no *es* bueno: hasta por un bocado
de pan prevaricará el hombre.
22 El que se apresura a ser rico *es*
de mal ojo, y no considera que le
ha de venir pobreza.
23 El que reprende al hombre,
hallará después mayor gracia que
el que lisonjea con la lengua.
24 El que roba a su padre o a su
madre, y dice que no *es* transgre-
sión, compañero *es* de un des-
truidor.
25 El altivo de corazón susci-
ta contiendas: mas el que en el
SEÑOR confía, será prosperado.
26 El que confía en su propio co-
razón es necio; mas el que cami-
na en sabiduría, será salvo.
27 El que da al pobre, no tendrá
pobreza: mas el que cubre sus
ojos, tendrá muchas maldiciones.
28 Cuando los impíos son levan-
tados, se esconden los hombres:
mas cuando perecen, los justos se
multiplican.

CAPÍTULO 29

EL hombre que reprendido
muchas veces endurece *su*
cerviz, de repente será destrui-
do, y sin remedio.
2 Cuando los justos están
en autoridad, el pueblo se
alegra: mas cuando domi-

na el impío, el pueblo gime.
3 El hombre que ama la sabiduría,
alegra a su padre: mas el que es
compañero de rameras, desperdicia *sus* bienes.
4 El rey por el juicio establece la
tierra: mas el que recibe regalos
la destruirá.
5 El hombre que lisonjea a su
prójimo, red tiende delante de
sus pasos.
6 En la prevaricación del hombre
malo *hay* lazo: mas el justo cantará y se alegrará.
7 Conoce el justo la causa de los
pobres: *mas* el impío no entiende
sabiduría.
8 Los hombres escarnecedores
enlazan la ciudad: mas los sabios
apartan la ira.
9 *Si* el hombre sabio contendiere
con el necio, que se enoje o que
se ría, no *tendrá* reposo.
10 Los hombres sanguinarios
aborrecen al recto: mas los justos
procuran su alma.
11 El necio revela todo lo que
hay en su mente; mas el sabio lo
guarda hasta después.
12 Si el gobernante presta atención a la palabra mentirosa, todos
sus siervos *son* impíos.
13 El pobre y el usurero se encontraron: el SEÑOR alumbra los
ojos de ambos.
14 El rey que juzga fielmente a
los pobres, su trono será establecido para siempre.
15 La vara y la corrección dan
sabiduría: mas el muchacho dejado *a sí mismo*, avergonzará a su
madre.
16 Cuando los impíos se multiplican, mucha es la transgresión;
mas los justos verán la caída de
ellos.
17 Corrige a tu hijo, y te dará descanso, sí, dará deleite a tu alma.
18 Donde no *hay* visión el pueblo
perece: mas el que guarda la ley,
es bienaventurado.
19 El siervo no será corregido por
palabras: porque aunque entienda, no responderá.
20 ¿Has visto hombre ligero en
sus palabras? más esperanza *hay*
del necio que de él.
21 El que delicadamente cría a su
siervo desde su niñez, a la postre
éste vendrá a ser *su* hijo.
22 El hombre iracundo levanta
contiendas; y el furioso abunda
en transgresión.
23 La soberbia del hombre le
abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra.
24 El compañero del ladrón
aborrece su propia alma; pues
oye la maldición, y no *lo* denuncia.
25 El temor del hombre pondrá
lazo: mas el que confía en el
SEÑOR estará seguro.
26 Muchos buscan el favor del
príncipe: mas del SEÑOR *viene* el
juicio de *cada* uno.
27 Abominación *es* a los justos el
hombre inicuo; y el de caminos
rectos *es* abominación al impío.

CAPÍTULO 30

PALABRAS de Agur, hijo de
Jaqué, la profecía que el hombre habló a Itiel, aún a Itiel y a
Ucal.
2 Ciertamente más bruto *soy* yo
que *cualquier* hombre, y no tengo
entendimiento de hombre.
3 Ni aprendí sabiduría, ni tengo
conocimiento del santo.
4 ¿Quién ha subido al cielo, y
ha descendido? ¿quién encerró
los vientos en sus puños? ¿quién
ató las aguas en un paño? ¿quién

estableció todos los términos de
la tierra? ¿cuál *es* su nombre, y el
nombre de su hijo, si sabes?
5 Toda palabra de Dios *es* pura; él
es escudo a los que en él confían.
6 No añadas a sus palabras, para
que no te reprenda, y seas halla-
do mentiroso.
7 Dos *cosas* te he demandado;
no me *las* niegues antes que yo
muera.
8 Vanidad y palabra mentirosa
aparta de mí. No me des pobreza
ni riquezas; manténme del pan
que he menester;
9 No sea que me harte, y *te* nie-
gue, y diga, ¿Quién es el SEÑOR?
Y porque siendo pobre, hurte, y
blasfeme el nombre de mi Dios.
10 No acuses al siervo ante su
señor, no sea que te maldiga, y
seas hallado culpable.
11 *Hay* generación *que* maldice a
su padre, y a su madre no bendi-
ce.
12 *Hay* generación *que es* pura en
sus propios ojos, y *aún* no ha sido
lavada de su inmundicia.
13 *Hay* generación cuyos ojos son
altivos, y cuyos párpados son al-
zados.
14 *Hay* generación cuyos dientes
son como espadas, y sus muelas
como cuchillos, para devorar a
los pobres de la tierra, y de *entre*
los hombres a los menesterosos.
15 La sanguijuela tiene dos hijas
clamando, da, da. Tres *cosas* hay
que nunca se hartan; *aun* la cuar-
ta nunca dice: Basta:
16 El sepulcro, y la matriz estéril,
la tierra que no *se* harta de aguas,
y el fuego que nunca dice: Basta.
17 El ojo *que* escarnece a *su*
padre, y menosprecia obede-
cer a *su* madre, los cuervos
lo saquen de la arroyada, y
tráguenlo los hijos del águila.
18 Tres cosas me son demasiado
maravillosas; aun tampoco sé la
cuarta:
19 El camino del águila en el aire;
el camino de la serpiente sobre
la roca; el camino de la nave en
medio del mar; y el camino del
hombre con la doncella.
20 Tal es el camino de la mujer
adúltera: come, y limpia su boca,
y dice: No he hecho maldad.
21 Por tres *cosas* se alborota la
tierra, y la cuarta no puede sufrir:
22 Por el siervo cuando reina; y
por el necio cuando se harta de
pan;
23 Por una *mujer* odiosa cuando
se casa; y por la sierva cuando
hereda a su señora.
24 Cuatro *cosas son* de las más pe-
queñas de la tierra, mas las mis-
mas *son* más sabias que los sabios:
25 Las hormigas no *son* pueblo
fuerte, todavía en el verano pre-
paran su comida;
26 Los conejos *son* pueblo débil,
todavía ponen su casa en las
rocas;
27 Las langostas no tienen rey,
todavía salen todas acuadrilla-
das;
28 La araña, ase con las manos, y
está en palacios de reyes.
29 Tres *cosas* hay de hermoso
andar, y la cuarta pasea muy
bien:
30 El león *que es* el más fuerte
entre todas las bestias, que no
torna atrás por nadie;
31 El lebrel ceñido de lomos; asi-
mismo el macho cabrío; y un rey
contra el cual ninguno se levanta.
32 Si neciamente has procura-
do enaltecerte, o si has pensado
hacer el mal, *pon* tu mano sobre
tu boca.

33 Ciertamente el que exprime la
leche, sacará manteca; y el que
recio se suena la nariz, sacará
sangre: y el que provoca la ira,
causará contienda.

CAPÍTULO 31

LAS palabras del rey Lemuel; la
profecía con que le enseñó su
madre.
2 ¿Qué, hijo mío? ¿y qué, hijo de
mi vientre? ¿y qué, hijo de mis
votos?
3 No des a las mujeres tu fuerza,
ni tus caminos a lo que es para
destruir los reyes.
4 No *es* para los reyes, oh Lemuel,
no *es* de los reyes beber vino, ni
para los príncipes la bebida fuerte.
5 Porque bebiendo olviden la ley,
y perviertan el juicio de todos los
hijos afligidos.
6 Dad la bebida fuerte al desfalle-
cido, y el vino a los de corazones
afligidos:
7 Que beban, y olvídense de su
necesidad, y de su miseria no se
acuerden más.
8 Abre tu boca por el mudo, en la
causa de todos los que están des-
tinados a destrucción.
9 Abre tu boca, juzga justamen-
te, y defiende la causa del pobre
y del menesteroso.
10 Mujer virtuosa, ¿quién la ha-
llará? porque su valor es más alto
que el de los rubíes.
11 El corazón de su marido con-
fía en ella, así que él no tendrá
necesidad de despojo.
12 Daråle ella bien y no mal,
todos los días de su vida.
13 Busca lana y lino, y con propia
voluntad trabaja con sus manos.
14 Ella es como navío de merca-
der: trae su pan de lejos.
15 Se levanta aun de noche, y da
comida a su familia, y porción a
sus criadas.
16 Considera un campo, y lo com-
pra; y planta viña del fruto de sus
manos.
17 Ella ciñe sus lomos de fuerza,
y fortalece sus brazos.
18 Percibe que *es* buena su merca-
dería: su lámpara no se apaga de
noche.
19 Aplica sus manos al huso, y
sus manos toman la rueca.
20 Extiende su mano al pobre,
aún extiende sus manos al
menesteroso.
21 No tiene temor de la nieve por
su familia, porque toda su familia
está vestida de ropas escarlatas.
22 Ella se hace tapices; de lino
fino y púrpura es su vestido.
23 Conocido es su marido en las
puertas, cuando se sienta con los
ancianos de la tierra.
24 Ella hace telas, y *las* vende; y
da cintas al mercader.
25 Fuerza y honor *son* su vesti-
dura; y se regocijará en el tiempo
por venir.
26 Abre su boca con sabiduría:
y la ley de clemencia *está* en su
lengua.
27 Considera bien los caminos
de su casa, y no come el pan de
balde.
28 Se levantan sus hijos, y la lla-
man bienaventurada; y su mari-
do *también* la alaba.
29 Muchas hijas han sido virtuo-
sas; mas tú las sobrepasas a todas.
30 Engañoso *es* el favor, y vana
la hermosura: *mas* la mujer *que*
teme al SEÑOR, será alabada.
31 Dadle el fruto de sus manos, y
alábenla en las puertas sus pro-
pias obras.

el Predicador o

ECLESIASTÉS

CAPÍTULO 1

PALABRAS del Predicador, hijo
de David, rey en Jerusalem.
2 Vanidad de vanidades, dijo el
Predicador; vanidad de vanida-
des, todo vanidad.
3 ¿Qué provecho tiene el hom-
bre de todo su trabajo con que se
afana debajo del sol?
4 Generación va, y generación
viene: mas la tierra siempre per-
manece.
5 Y sale el sol, y pónese el sol,
y con deseo vuelve a su lugar
donde torna a nacer.
6 El viento tira hacia el sur, y
rodea al norte; va girando de
continuo, y a sus giros torna el
viento de nuevo.
7 Los ríos todos van al mar, y el
mar no se hinche; al lugar de
donde los ríos vinieron, allí tor-
nan para correr de nuevo.
8 Todas las cosas andan en
trabajo *más* que el hombre pueda
decir: ni los ojos viendo se har-
tan de ver, ni los oídos se hin-
chen de oír.
9 Lo que fue, *es* lo mismo que
será; y lo que ha sido hecho *es* lo
mismo que se hará: y nada *hay*
nuevo debajo del sol.
10 ¿Hay algo de que se pueda
decir: He aquí esto es nuevo? Ya
fue en los siglos que nos han pre-
cedido.
11 No hay memoria de lo que
precedió, ni tampoco de lo que
sucederá habrá memoria en los
que serán después.
12 Yo el Predicador fui rey sobre
Israel en Jerusalem.
13 Y di mi corazón a inquirir y
buscar con sabiduría sobre todo
lo que se hace debajo del cielo:
este penoso trabajo dio Dios a
los hijos de los hombres, en que
se ocupen.
14 Yo miré todas las obras que se
hacen debajo del sol; y he aquí,
todo ello es vanidad y aflicción
de espíritu.
15 Lo torcido no se puede ende-
rezar; y lo falto no puede contar-
se.
16 Hablé yo con mi corazón, di-
ciendo: He aquí hállome yo en-
grandecido, y he crecido en sabi-
duría sobre todos los que fueron
antes de mí en Jerusalem; y mi
corazón ha percibido muche-
dumbre de sabiduría y conoci-
miento.
17 Y di mi corazón a conocer la
sabiduría, y también a entender
las locuras y los desvaríos: cono-
cí que aun esto era aflicción de
espíritu.
18 Porque en la mucha sabidu-
ría hay mucha molestia; y quien
añade conocimiento, añade aflic-
ción.

CAPÍTULO 2

DIJE yo en mi corazón: Ven
ahora, te probaré con alegría,
y gozarás de bienes. Mas he aquí
esto también era vanidad.
2 A la risa dije: Enloqueces; y al
placer: ¿De qué sirve esto?
3 Propuse en mi corazón agasa-
jar mi carne con vino, y que an-
duviese mi corazón en sabidu-
ría, con retención de la necedad,

hasta ver cuál fuese el bien de
los hijos de los hombres, en el
cual se ocuparan debajo del cielo
todos los días de su vida.
4 Engrandecí mis obras, edifi-
quéme casas, plantéme viñas;
5 Híceme huertos y jardines, y
planté en ellos árboles de todos
frutos;
6 Híceme estanques de aguas,
para regar de ellos el bosque
donde los árboles crecían.
7 Poseí siervos y siervas, y tuve
hijos de familia; también tuve
posesión grande de vacas y ove-
jas, sobre todos los que fueron
antes de mí en Jerusalem;
8 Alleguéme también plata y oro,
y tesoro peculiar de reyes y de
provincias; híceme de cantores
y cantoras, y los deleites de los
hijos de los hombres, instrumen-
tos músicos y de todas suertes.
9 Y fui engrandecido, y aumenta-
do más que todos los que fueron
antes de mí en Jerusalem: a más
de esto perseveró conmigo mi sa-
biduría.
10 No negué a mis ojos ninguna
cosa que desearan, ni aparté mi
corazón de placer alguno, por-
que mi corazón gozó de todo mi
trabajo: y ésta fue mi parte de
toda mi faena.
11 Miré yo luego todas las obras
que habían hecho mis manos, y
el trabajo que tomé para hacer-
las: y he aquí, todo vanidad y
aflicción de espíritu, y no hay
provecho debajo del sol.
12 Después torné yo a mirar para
ver la sabiduría y los desvaríos y
la necedad; (porque ¿qué hom-
bre *hay* que *pueda* seguir al rey *en*
lo que ya hicieron?)
13 Y he visto que la sabidu-
ría sobrepuja a la necedad,
como la luz a las tinieblas.
14 El sabio tiene sus ojos en su
cabeza, mas el necio anda en ti-
nieblas: empero también entendí
yo que un mismo suceso acae-
cerá al uno que al otro.
15 Entonces dije yo en mi cora-
zón: Como sucederá al necio me
sucederá también a mí: ¿para
qué pues he trabajado hasta
ahora por hacerme más sabio? Y
dije en mi corazón, que también
esto era vanidad.
16 Porque ni del sabio ni del
necio habrá memoria para siem-
pre; pues en los días venideros
ya todo será olvidado, y también
morirá el sabio como el necio.
17 Aborrecí por tanto la vida;
porque la obra que se hace deba-
jo del sol me era fastidiosa; por
cuanto todo es vanidad y aflic-
ción de espíritu.
18 Yo asimismo aborrecí todo mi
trabajo que había puesto por obra
debajo del sol; el cual dejaré a
otro que vendrá después de mí.
19 Y ¿quién sabe si será sabio, o
necio, el que se enseñoreará de
todo mi trabajo en que yo me
afané, y en que ocupé debajo del
sol mi sabiduría? Esto también
es vanidad.
20 Tornéme por tanto a desespe-
ranzar mi corazón acerca de todo
el trabajo en que me afané, y en
que había ocupado debajo del sol
mi sabiduría.
21 ¡Que el hombre trabaje con
sabiduría, y con conocimiento, y
con rectitud, y que haya de dar
su hacienda a hombre que nunca
trabajó en ello! También es esto
vanidad y mal grande.
22 Porque ¿qué tiene el hom-
bre de todo su trabajo, y fa-
tiga de su corazón, con que

debajo del sol él se afanara?
23 Porque todos sus días *no* son
sino dolores, y sus trabajos molestias: aun de noche su corazón no reposa. Esto también es vanidad.
24 No hay cosa mejor para el hombre *sino* que coma y beba, y que su alma vea el bien de su trabajo. También tengo yo visto que esto es de la mano de Dios.
25 Porque ¿quién comerá, y quién se cuidará, mejor que yo?
26 Porque al hombre que le agrada, *Dios* le da sabiduría y conocimiento y gozo: mas al pecador da trabajo, el que allegue y amontone, para que dé al que agrada a Dios. También esto es vanidad y aflicción de espíritu.

CAPÍTULO 3

PARA todas las cosas hay sazón, y todo lo que se quiere debajo del cielo, *tiene su* tiempo:
2 Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;
3 Tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar;
4 Tiempo de llorar, y tiempo de reir; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;
5 Tiempo de esparcir las piedras, y tiempo de allegar las piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse de abrazar;
6 Tiempo de agenciar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de arrojar;
7 Tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar;
8 Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.
9 ¿Qué provecho tiene el que trabaja en lo que trabaja?
10 Yo he visto el trabajo que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que en él se ocupasen.
11 Todo lo hizo hermoso en su tiempo: y aun el mundo dio en su corazón, de tal manera que no alcance el hombre la obra de Dios desde el principio hasta el cabo.
12 Yo he conocido que no hay mejor para ellos, que alegrarse, y hacer bien en su vida:
13 Y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor.
14 Yo sé que todo lo que Dios hace, eso será por siempre: sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y hácelo Dios, para que delante de él teman los hombres.
15 Aquello que fue, ya es: y lo que ha de ser, fue ya; y Dios requiere lo que pasó.
16 Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí la impiedad; y en lugar de la justicia, allí la iniquidad.
17 Y dije yo en mi corazón: Al justo y al impío juzgará Dios; porque allí hay tiempo a todo lo que se quiere y sobre todo lo que se hace.
18 Dije en mi corazón, en orden a la condición de los hijos de los hombres, que Dios los probaría, para que así echaran de ver ellos mismos que son *semejantes* a las bestias.
19 Porque el suceso de los hijos de los hombres, y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bes-

tia: porque todo es vanidad.

20 Todo va a un lugar: todo es hecho del polvo, y todo se tornará en el mismo polvo.

21 ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?

22 Así que he visto que no *hay* cosa mejor que alegrarse el hombre con lo que hiciere; porque ésta *es* su porción: porque ¿quién lo traerá para que vea lo que ha de ser después de él?

CAPÍTULO 4

Y TORNÉME yo, y ví todas las violencias que se hacen debajo del sol: y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador.

2 Y alabé yo los finados que ya murieron, más que los vivientes que hasta ahora están vivos.

3 Y *tuve* por mejor que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen.

4 Visto he asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras mueve la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu.

5 El necio dobla sus manos y come su carne.

6 Mas vale el un puño lleno con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu.

7 Yo me torné otra vez, y ví vanidad debajo del sol.

8 Está un hombre solo y sin sucesor; que ni tiene hijo ni hermano; mas nunca cesa de trabajar, ni sus ojos se hartan de sus riquezas, *ni se pregunta:* ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad, y duro trabajo.

9 Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo.

10 Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero: mas ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante.

11 También si dos durmieren juntos, se calentarán; mas ¿cómo se calentará uno *solo*?

12 Y si alguno prevaleciere contra el uno, dos estarán contra él; y cordón de tres dobleces no presto se rompe.

13 Mejor es el muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y fatuo que no sabe ser aconsejado.

14 Porque de la cárcel salió para reinar; mientras el nacido en su reino se hizo pobre.

15 Ví todos los vivientes debajo del sol caminando con el muchacho sucesor, que estará en lugar de aquél.

16 No tiene fin todo el pueblo que fue antes de ellos: tampoco los que vendrán después estarán con él contentos. Y esto es también vanidad y aflicción de espíritu.

CAPÍTULO 5

CUANDO fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para dar el sacrificio de los necios: porque no saben que hacen mal.

2 No te des priesa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la

tierra: por tanto, sean pocas tus palabras.
3 Porque de la mucha ocupación viene el sueño, y de la multitud de las palabras la voz del necio.
4 Cuando a Dios hicieres un voto, no tardes en pagarlo; porque *él* no se agrada de los insensatos: paga lo que has prometido.
5 Mejor *es* que no hagas un voto, a que prometas y no pagues.
6 No sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne; ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué *harás que* Dios se aire a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?
7 Donde los sueños *son* en multitud, también *lo son* las vanidades y muchas las palabras; mas tú teme a Dios.
8 Si violencias de pobres, y extorsión de derecho y de justicia vieres en la provincia, no te maravilles de esta licencia; porque alto está mirando sobre alto, y *uno* más alto *está* sobre ellos.
9 Además el provecho de la tierra es para todos: el rey *mismo* está sujeto a los campos.
10 El que ama el dinero, no se hartará de dinero; y el que ama el mucho *tener*, no *sacará* fruto. También esto es vanidad.
11 Cuando los bienes se aumentan, también se aumentan sus comedores. ¿Qué bien, pues, tendrá su dueño, sino ver*los* con sus ojos?
12 Dulce es el sueño del trabajador, ora coma mucho o poco; mas al rico no le deja dormir la abundancia.
13 Hay una trabajosa enfermedad que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas de sus dueños para su mal;
14 Las cuales se pierden en malas ocupaciones, y a los hijos que engendraron nada les queda en la mano.
15 Como salió del vientre de su madre, desnudo, así se vuelve, tornando como vino; y nada tuvo de su trabajo para llevar en su mano.
16 Éste también *es* un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar al viento?
17 Demás de esto, todos los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho enojo y dolor y miseria.
18 He aquí pues el bien que yo he visto: Que lo bueno *es* comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado; porque ésta *es* su porción.
19 Asimismo, a todo hombre a quien Dios dio riquezas y hacienda, y le dio también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce su trabajo; esto es don de Dios.
20 Porque no se acordará mucho de los días de su vida; pues Dios le responderá con alegría de su corazón.

CAPÍTULO 6

HAY un mal que he visto debajo del sol, y muy común entre los hombres:
2 Hombre a quien Dios dio riquezas, y hacienda, y honra, y nada le falta de todo lo que su alma desea; mas Dios no le dio facultad de comer de ello, sino que los extraños se lo comen. Esto vanidad es, y enfermedad trabajosa.
3 Si el hombre engendrare ciento,

y viviere muchos años, y los días
de su edad fueren numerosos; si
su alma no se hartó del bien, y
también careció de sepultura, yo
digo que el abortivo es mejor
que él.
4 Porque en vano vino, y a tinie-
blas va, y con tinieblas será cu-
bierto su nombre.
5 Aunque no haya visto el sol, ni
conocido *nada*, más reposo tiene
éste que aquél.
6 Porque si viviere *aquel* mil años
dos veces, si no ha gozado del
bien, cierto todos van a un lugar.
7 Todo el trabajo del hombre es
para su boca, y con todo eso su
alma no se harta.
8 Porque ¿qué más tiene el sabio
que el necio? ¿qué *más* tiene el
pobre que supo caminar entre
los vivos?
9 Más vale vista de ojos que
deseo que pasa. Y también esto
es vanidad y aflicción de espíritu.
10 El que es, ya su nombre ha
sido nombrado; y se sabe que es
hombre, y que no podrá conten-
der con el que es más fuerte que
él.
11 Ciertamente las muchas pala-
bras multiplican la vanidad.
¿Qué más tiene el hombre?
12 Porque ¿quién sabe cuál es el
bien del hombre en la vida, todos
los días de la vida de su vanidad,
los cuales él pasa como sombra?
Porque ¿quién enseñará al hom-
bre qué será después de él debajo
del sol?

CAPÍTULO 7

MEJOR *es* un buen nombre
que el ungüento precioso; y
el día de la muerte que el día del
nacimiento.
2 Mejor es ir a la casa del luto
que a la casa del banquete: por-
que aquello es el fin de todos los
hombres; y el que vive lo pondrá
en su corazón.
3 Mejor es el enojo que la risa:
porque con la tristeza del rostro
se enmendará el corazón.
4 El corazón de los sabios, en la
casa del luto; mas el corazón de
los insensatos, en la casa del pla-
cer.
5 Mejor es oír la reprensión del
sabio, que la canción de los ne-
cios.
6 Porque la risa del necio es
como el estrépito de las espinas
debajo de la olla. Y también esto
es vanidad.
7 Ciertamente la opresión hace
enloquecer al sabio: y el presen-
te corrompe el corazón.
8 Mejor es el fin del negocio que
su principio: mejor es el sufri-
do de espíritu que el altivo de
espíritu.
9 No te apresures en tu espíritu a
enojarte: porque la ira en el seno
de los necios reposa.
10 Nunca digas: ¿Qué es la causa
que los tiempos pasados fueron
mejores que éstos? Porque nunca
de esto preguntarás con sabidu-
ría.
11 Bueno es el conocimiento con
herencia; y más a los que ven el
sol.
12 Porque escudo es el conoci-
miento, y escudo es el dinero:
mas la sabiduría excede en que
da vida a sus poseedores.
13 Mira la obra de Dios; porque
¿quién podrá enderezar lo que él
torció?
14 En el día del bien goza del
bien; y en el día del mal conside-
ra. Dios también hizo esto delan-
te de lo otro, porque el hom-

bre no halle nada tras de él.
15 Todo esto he visto en los días
de mi vanidad. Justo hay que pe-
rece por su justicia, y hay impío
que por su maldad alarga *sus días*.
16 No seas demasiado justo, ni
seas sabio con exceso: ¿por qué
te destruirás?
17 No hagas mal mucho, ni seas
insensato: ¿por qué morirás
antes de tu tiempo?
18 Bueno es que tomes esto, y
también de estotro no apartes tu
mano; porque el que a Dios teme,
saldrá con todo.
19 La sabiduría fortifica al sabio
más que diez poderosos la ciu-
dad en que fueron.
20 Ciertamente no hay hombre
justo en la tierra, que haga bien
y nunca peque.
21 Ni tampoco apliques tu co-
razón a todas las palabras que
se dicen; para que no oigas a tu
siervo cuando te maldice:
22 Porque tu corazón sabe, como
tú también dijiste mal de otros
muchas veces.
23 Todas estas cosas probé con
sabiduría, diciendo: Hacerme he
sabio: mas ella se alejó de mí.
24 Lejos está lo que fue; y lo muy
profundo ¿quién lo hallará?
25 Yo he rodeado con mi corazón
por saber, y examinar, e inquirir
la sabiduría, y la razón; y por co-
nocer la maldad de la insensatez,
y el desvarío del error;
26 Y yo he hallado más amarga
que la muerte la mujer, la cual
es redes, y lazos su corazón; sus
manos *como* ligaduras. El que
agrada a Dios escapará de ella;
mas el pecador será preso en ella.
27 He aquí, esto he hallado, dice
el Predicador, *pesando* las cosas
una por una para hallar la razón;
28 Lo que aun busca mi alma, y
no encuentro: un hombre entre
mil he hallado; mas mujer de
todas éstas nunca hallé.
29 He aquí, solamente he halla-
do esto: que Dios hizo al hombre
recto, mas ellos buscaron mu-
chas cuentas.

CAPÍTULO 8

¿QUIÉN como el sabio? ¿y
quién *como* el que sabe la de-
claración de las cosas? La sabi-
duría del hombre hará relucir su
rostro, y mudaráse la tosquedad
de su semblante.
2 Yo *te aconsejo* que guardes el
mandamiento del rey y la pala-
bra del juramento de Dios.
3 No te apresures a irte de delan-
te de él, ni en cosa mala persis-
tas; porque él hará todo lo que
quisiere:
4 Donde está la palabra del rey,
hay poder. ¿Y quién le dirá: Qué
haces?
5 El que guarda el mandamiento
no experimentará mal; y el tiem-
po y el juicio conoce el corazón
del sabio.
6 Porque para todo lo que quisie-
res hay tiempo y juicio; mas el
trabajo del hombre es grande
sobre él;
7 Porque no sabe lo que ha de
ser; y el cuándo haya de ser,
¿quién se lo enseñará?
8 No hay hombre que tenga po-
testad sobre el espíritu para rete-
ner el espíritu, ni potestad sobre
el día de la muerte: y no *valen*
armas en *tal* guerra; ni la impie-
dad librará al que la posee.
9 Todo esto he visto, y puesto
he mi corazón en todo lo que
debajo del sol se hace: hay tiem-
po en que el hombre se enseño-

rea del hombre para mal suyo.
10 Esto vi también: que los impíos sepultados vinieron aún *en memoria*; mas los que partieron del lugar santo, fueron luego puestos en olvido en la ciudad donde con rectitud habían obrado. Esto también es vanidad.
11 Por cuanto la sentencia contra la mala obra no se ejecuta enseguida, entonces el corazón de los hijos de los hombres está en ellos entregado para hacer mal.
12 Bien que el pecador haga mal cien veces, y le sea dilatado *el castigo*, con todo yo también sé que los que a Dios temen tendrán bien, los que temieren ante su presencia;
13 Y que el impío no tendrá bien, ni le serán prolongados los días, *que son* como sombra; por cuanto no temió delante de la presencia de Dios.
14 Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como *si hicieran* obras de impíos; y hay impíos a quienes acaece como *si hicieran* obras de justos. Digo que esto también es vanidad.
15 Por tanto alabé yo la alegría; que no tiene el hombre bien debajo del sol, sino que coma y beba, y se alegre; y que esto se le quede de su trabajo los días de su vida que Dios le dio debajo del sol.
16 Yo pues di mi corazón a conocer sabiduría, y a ver la faena que se hace sobre la tierra; (porque hay quien ni de noche ni de día ve sueño en sus ojos;)
17 Y he visto todas las obras de Dios, que el hombre no puede alcanzar la obra que debajo del sol se hace; por mucho que trabaje el hombre buscándola, no la hallará: aunque diga el sabio que la sabe, no por eso podrá alcanzarla.

CAPÍTULO 9

CIERTAMENTE dado he mi corazón a todas estas cosas, para declarar todo esto: que los justos y los sabios, y sus obras, están en la mano de Dios; y que no sabe el hombre ni el amor ni el odio por todo lo que *pasa* delante de él.
2 Todo acontece de la misma manera a todos: un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno y al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica: como el bueno, así el que peca; el que jura, como el que teme el juramento.
3 Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que todos tengan un mismo suceso, y también que el corazón de los hijos de los hombres esté lleno de mal, y de enloquecimiento en su corazón durante su vida: y después, a los muertos.
4 Aún hay esperanza para todo aquél que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.
5 Porque los que viven saben que han de morir: más los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido.
6 También su amor, y su odio y su envidia, feneció ya: ni tiene ya más parte en el siglo, en todo lo que se hace debajo del sol.
7 Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón: porque tus obras ya son agradables a Dios.
8 En todo tiempo sean blancos

tus vestidos, y nunca falte ungüento sobre tu cabeza.
9 Goza de la vida con la esposa que amas, todos los días de la vida de tu vanidad, que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol.
10 Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay obra, ni industria, ni conocimiento, ni sabiduría.
11 Tornéme, y ví debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los entendidos las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontece a todos.
12 Porque el hombre tampoco conoce su tiempo: como los peces que son presos en la mala red, y como las aves que se prenden en lazo, así son enlazados los hijos de los hombres en el tiempo malo, cuando cae de repente sobre ellos.
13 También vi esta sabiduría debajo del sol, la cual me parece grande:
14 Una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella; y viene contra ella un gran rey, y cércala, y edifica contra ella grandes baluartes:
15 Y hállase en ella un hombre pobre, sabio, el cual libra la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel pobre hombre.
16 Entonces dije yo: Mejor es la sabiduría que la fortaleza; aunque el conocimiento del pobre sea menospreciado, y no sean escuchadas sus palabras.
17 Las palabras del sabio con reposo son oídas, más que el clamor del señor entre los necios.
18 Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; mas un pecador destruye mucho bien.

CAPÍTULO 10

LAS moscas muertas hacen heder *y* dar mal olor el ungüento del perfumador: *así* un poco de necedad, al estimado por sabiduría *y* honra.
2 El corazón del sabio está a su mano derecha; mas el corazón del necio a su mano izquierda.
3 Y aun mientras va el necio por el camino, fálta*le* su cordura, y dice a todos, *que* es necio.
4 Si el espíritu del príncipe se exaltare contra ti, no dejes tu lugar; porque la lenidad hará cesar grandes ofensas.
5 Hay un mal que debajo del sol he visto, a manera de error emanado del príncipe:
6 La necedad está colocada en grandes alturas, y los ricos están sentados en lugar bajo.
7 Ví siervos en caballos, y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra.
8 El que hiciere el hoyo caerá en él; y el que aportillare el vallado, morderále la serpiente.
9 El que mudare las piedras, trabajo tendrá en ellas: el que cortare la leña, en ella peligrará.
10 Si se embotare el hierro, y su filo no fuere amolado, hay que añadir entonces más fuerza: empero excede la bondad de la sabiduría.
11 Muerde la serpiente cuando no está encanta-

da, y el lenguaraz no es mejor.
12 Las palabras de la boca del sabio son gracia; mas los labios del necio causan su propia ruina.
13 El principio de las palabras de su boca es necedad; y el fin de su charla nocivo desvarío.
14 El necio multiplica palabras: no sabe hombre lo que ha de ser; ¿y quién le hará saber lo que después de él será?
15 El trabajo de los necios los fatiga; porque no saben por dónde ir a la ciudad.
16 ¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es muchacho, y tus príncipes comen de mañana!
17 ¡Bienaventurada, tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles, y tus príncipes comen a su hora, por refección, y no por el beber!
18 Por la pereza se cae la techumbre, y por flojedad de manos se llueve la casa.
19 Por el placer se hace el convite, y el vino alegra los vivos: y el dinero responde a todo.
20 Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en los secretos de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra.

CAPÍTULO 11

ECHA tu pan sobre las aguas; que después de muchos días lo hallarás.
2 Reparte a siete, y aun a ocho: porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.
3 Si las nubes fueren llenas de agua, sobre la tierra la derramarán: y si el árbol cayere al sur, o al norte, al lugar que el árbol cayere, allí quedará.
4 El que al viento mira, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará.
5 Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o como *se crían* los huesos en el vientre de la mujer preñada, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.
6 Por la mañana siembra tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano: porque tú no sabes cuál es lo mejor, si esto o lo otro, o si ambas a dos cosas son buenas.
7 Suave ciertamente es la luz, y agradable a los ojos ver el sol:
8 Mas si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos hubiere gozado alegría; si después trajere a la memoria los días de las tinieblas, que serán muchos, todo lo que *le* habrá pasado, *dirá haber sido* vanidad.
9 Alégrate, mancebo, en tu mocedad, y tome placer tu corazón en los días de tu juventud; y anda en los caminos de tu corazón, y en la vista de tus ojos: mas sabe, que sobre todas estas cosas te traerá Dios a juicio.
10 Quita pues el enojo de tu corazón, y aparta el mal de tu carne: porque la mocedad y la juventud son vanidad.

CAPÍTULO 12

Y ACUÉRDATE de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los malos días, y lleguen los años, de los cuales digas, No tengo en ellos contentamiento;
2 Antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y las nubes se tornen tras la lluvia:
3 Cuando temblarán los guardas de la casa, y se encorvarán los

hombres fuertes, y cesarán las muelas, porque han disminuído, y se oscurecerán los que miran por las ventanas;
4 Y las puertas de afuera se cerrarán, por la bajeza de la voz de la muela; y levantaráse a la voz del ave, y todas las hijas de canción serán humilladas;
5 *Cuando* también temerán de lo alto, y los tropezones en el camino; y florecerá el almendro, y se agravará la langosta, y perderáse el apetito: porque el hombre va a la casa de su siglo, y los endechadores andarán en derredor por la plaza:
6 Antes que la cadena de plata se quiebre, y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda sea rota sobre el pozo;
7 Y el polvo se torne a la tierra, como era, y el espíritu se vuelva a Dios que lo dio.
8 Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo vanidad.
9 Y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó conocimiento al pueblo; e hizo escuchar, e hizo escudriñar, y compuso muchos proverbios.
10 Procuró el predicador hallar palabras agradables: y *lo que estaba* escrito *era* recto, *aun* palabra de verdad.
11 Las palabras de los sabios son como aguijones; y como clavos hincados, *las* de los maestros de las congregaciones, dadas por un Pastor.
12 Ahora, hijo mío, a más de esto, sé avisado. No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio aflicción es de la carne.
13 El fin de todo el discurso oído *es este*: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.
14 Porque Dios traerá toda obra a juicio, *el cual se hará* sobre toda cosa oculta, buena o mala.

EL CANTAR DE LOS
CANTARES
DE SALOMÓN

CAPÍTULO 1

CANCIÓN de canciones, la cual es de Salomón.
2 ¡Oh si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino.
3 Por el olor de tus suaves ungüentos, (ungüento derramado es tu nombre,) por eso las vírgenes te aman.
4 Llévame en pos de ti, correremos. Metióme el rey en sus cámaras: nos gozaremos y alegraremos en ti; acordarémonos de tus amores más que del vino: los rectos te aman.
5 Morena soy, oh hijas de Jerusalem, mas codiciable; como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.
6 No miréis en que soy morena, porque el sol me miró. Los hijos de mi madre se airaron contra mí, hiciéronme guarda de viñas; Y mi viña, que era mía, no guardé.
7 Hazme saber, o tú a quien ama mi alma, dónde repastas, dónde haces tener majada al medio día: Porque, ¿por qué había yo de estar como vagueando tras los rebaños de tus compañeros?
8 Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres, sal, yéndote por las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.
9 A yegua de los carros de Faraón te he comparado, amada mía.
10 Hermosas son tus mejillas entre los pendientes, tu cuello entre los collares.
11 Zarcillos de oro te haremos, con clavos de plata.
12 Mientras que el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor.
13 Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos.
14 Racimo de cofer en las viñas de Engadi es para mí mi amado.
15 He aquí que tú eres hermosa, amada mía; He aquí que eres bella: tus ojos de paloma.
16 He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y suave: nuestro lecho también florido.
17 Las vigas de nuestra casa son de cedro, *y* de ciprés los artesonados.

CAPÍTULO 2

YO soy la rosa de Sarón, y el lirio de los valles.
2 Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre las hijas.
3 Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos: bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce en mi paladar.
4 Llevóme a la cámara del vino, y su bandera sobre mí fue amor.
5 Sustentadme con frascos, corroboradme con manzanas; porque estoy enferma de amor.
6 Su izquierda *esté* debajo de mi cabeza, y su derecha me abrace.
7 Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalem, por las gamas y por las ciervas del campo, que no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera.

8 ¡La voz de mi amado! He aquí
él viene saltando sobre los mon-
tes, brincando sobre los collados.
9 Mi amado es semejante al
gamo, o al cabrito de los cier-
vos. Helo aquí, está tras nuestra
pared, mirando por las ventanas,
mostrándose por las rejas.
10 Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amada mía, her-
mosa mía, y vente.
11 Porque he aquí ha pasado el
invierno, hase mudado, la lluvia
se fue;
12 Hanse mostrado las flores en
la tierra, el tiempo de la canción
es venido, y en nuestro país se ha
oído la voz de la tórtola;
13 La higuera ha echado sus higos
verdes, y las vides en cierne die-
ron olor: levántate, oh amada
mía, hermosa mía, y vente.
14 Paloma mía, que estás en
los agujeros de la peña, en lo
escondido de escarpados parajes,
muéstrame tu rostro, hazme oír
tu voz; Porque dulce es la voz
tuya, y hermoso tu aspecto.
15 Cazadnos las zorras, las zo-
rras pequeñas, que echan a per-
der las viñas; pues que nuestras
viñas están en cierne.
16 Mi amado es mío, y yo suya;
él apacienta entre lirios.
17 Hasta que apunte el día, y
huyan las sombras, tórna-
te, amado mío; sé semejante al
gamo, o al cabrito de los ciervos,
sobre los montes de Beter.

CAPÍTULO 3

POR las noches busqué en mi
lecho al que ama mi alma:
busquélo, y no lo hallé.
2 Levantaréme ahora, y rodea-
ré por la ciudad; por las calles y
por las plazas buscaré al que ama
mi alma: busquélo, y no lo hallé.
3 Halláronme los guardas que
rondan la ciudad, *y díjeles*: ¿Ha-
béis visto al que ama mi alma?
4 Pasando de ellos un poco, hallé
luego al que mi alma ama: trabé
de él, y no lo dejé, hasta que lo
metí en casa de mi madre, y en
la cámara de la que me engendró.
5 Yo os conjuro, oh hijas de Je-
rusalem, por las gamas y por las
ciervas del campo, que no des-
pertéis ni hagáis velar al amor,
hasta que quiera.
6 ¿Quién es ésta que sube del de-
sierto como columnita de humo,
sahumada de mirra y de incienso,
y de todos polvos aromáticos?
7 He aquí es la litera de Salomón:
sesenta valientes la rodean, de
los fuertes de Israel.
8 Todos ellos tienen espadas,
diestros en la guerra; cada uno
su espada sobre su muslo, por los
temores de la noche.
9 El rey Salomón se hizo una ca-
rroza de madera del Líbano.
10 Sus columnas hizo de plata,
su respaldo de oro, su cielo de
grana, su interior enlosado de
amor, por las hijas de Jerusalem.
11 Salid, oh hijas de Sión, y ved
al rey Salomón con la corona con
que le coronó su madre el día de
su desposorio, y el día del gozo
de su corazón.

CAPÍTULO 4

HE aquí que tú eres hermosa;
amada mía, he aquí que tú
eres hermosa; tus ojos entre tus
guedejas *como* de paloma; tus ca-
bellos como manada de cabras,
que se muestran desde el monte
de Galaad.
2 Tus dientes, como manadas de
trasquiladas *ovejas*, que suben del

lavadero, todas con crías mellizas, y ninguna entre ellas estéril.
3 Tus labios, como un hilo de
grana, y tu habla hermosa; tus sienes, como cachos de granada a la parte adentro de tus guedejas.
4 Tu cuello, como la torre de
David, edificada para muestra; mil escudos están colgados de ella, todos escudos de valientes.
5 Tus dos pechos, como gemelos
de gacela, que apacienta entre lirios.
6 Hasta que apunte el día y huyan
las sombras, iréme al monte de la mirra, y al collado del incienso.
7 Toda tú eres hermosa, amada
mía, y en ti no hay mancha.
8 Conmigo del Líbano, oh espo-
sa, conmigo ven del Líbano: mira desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos.
9 Prendiste mi corazón, hermana,
esposa *mía*; has preso mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello.
10 ¡Cuán hermosos son tus amo-
res, hermana, esposa *mía!* ¡cuánto mejores que el vino tus amores, y el olor de tus ungüentos que todas las especias aromáticas!
11 *Como* panal de miel desti-
lan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.
12 Huerto cerrado *eres*, mi her-
mana, esposa *mía*; fuente cerrada, fuente sellada.
13 Tus renuevos paraíso de gra-
nados, con frutos suaves, de cofer y nardos,
14 Nardo y azafrán, caña aromá-
tica y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias.
15 Fuente de huertos, pozo de
aguas vivas, que corren del Líbano.
16 Levántate, viento del norte,
y ven, viento del sur: sopla mi huerto, despréndanse sus aromas. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta.

CAPÍTULO 5

YO vine a mi huerto, oh hermana, esposa *mía:* cogido he mi mirra y mis aromas; he comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido. Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados.
2 Yo dormía, pero mi corazón
velaba: la voz de mi amado que llamaba: Abreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está llena de rocío, mis cabellos de las gotas de la noche.
3 Heme desnudado mi ropa;
¿cómo la tengo de vestir? He lavado mis pies; ¿cómo los tengo de ensuciar?
4 Mi amado metió su mano por
el agujero, y mis entrañas se conmovieron dentro de mí.
5 Yo me levanté para abrir a mi
amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que corría sobre las aldabas del candado.
6 Abrí yo a mi amado; Mas mi
amado se había ido, había ya pasado: y tras su hablar salió mi alma: busquélo, y no lo hallé; llamélo, y no me respondió.
7 Halláronme los guardas que
rondan la ciudad: hiriéron-

me, llagáronme, quitáronme mi
manto de encima los guardas de
los muros.
8 Yo os conjuro, oh hijas de Je-
rusalem, si hallareis a mi amado,
que le hagáis saber cómo de
amor estoy enferma.
9 ¿Qué es tu amado más que
otro amado, oh la más hermosa
de todas las mujeres? ¿Qué es tu
amado más que *otro* amado, que
así nos conjuras?
10 Mi amado es blanco y rubio,
señalado entre diez mil.
11 Su cabeza, *como* oro finísi-
mo; sus cabellos crespos, negros
como el cuervo.
12 Sus ojos, como palomas junto
a los arroyos de las aguas, que se
lavan con leche, y a la perfección
colocados.
13 Sus mejillas, como una era de
especias aromáticas, *como* fra-
gantes flores: sus labios, *como* li-
rios que destilan mirra que tras-
ciende.
14 Sus manos, *como* anillos de
oro engastados de jacintos: su
vientre, *como* claro marfil cubier-
to de zafiros.
15 Sus piernas, *como* columnas de
mármol fundadas sobre basas de
fino oro: su aspecto como el Lí-
bano, escogido como los cedros.
16 Su paladar, dulcísimo: y todo
él codiciable. Tal es mi amado,
tal es mi amigo, oh hijas de Je-
rusalem.

CAPÍTULO 6

¿DÓNDE se ha ido tu amado,
oh la más hermosa de todas
las mujeres? ¿Adónde se apartó
tu amado, y le buscaremos con-
tigo?
2 Mi amado descendió a su huer-
to, a las eras de los aromas, para
apacentar en los huertos, y para
coger los lirios.
3 Yo soy de mi amado, y mi
amado es mío: el apacienta entre
los lirios.
4 Hermosa eres tú, oh amada mía,
como Tirsa; de desear, como Je-
rusalem; imponente como ejérci-
tos en orden.
5 Aparta tus ojos de delante de
mí, porque ellos me vencieron.
Tu cabello es como manada de
cabras, que se muestran en Ga-
laad.
6 Tus dientes, como manada de
ovejas que suben del lavadero,
todas con crías mellizas, y estéril
no hay entre ellas.
7 Como cachos de granada son
tus sienes entre tus guedejas.
8 Sesenta son las reinas, y ochen-
ta las concubinas, y las vírgenes
sin cuento:
9 *Mas* una es la paloma mía, la
perfecta mía; única es a su madre,
escogida a la que la engendró.
Viéronla las hijas, y llamáronla
bienaventurada; las reinas y las
concubinas, y la alabaron.
10 ¿Quién es ésta que se mues-
tra como el alba, hermosa como
la luna, esclarecida como el sol,
imponente como ejércitos en
orden?
11 Al huerto de los nogales des-
cendí a ver los frutos del valle, *y*
para ver si brotaban las vides, si
florecían los granados.
12 No lo supe: hame mi alma
hecho *como* los carros de Amina-
dab.
13 Tórnate, tórnate, oh Sulami-
ta; tórnate, tórnate, y te mirare-
mos. ¿Qué veréis en la Sulamita?
Como la reunión de dos campa-
mentos.

CAPÍTULO 7

¡CUÁN hermosos son tus pies en
los calzados, oh hija de prínci-
pe! Los contornos de tus muslos
son como joyas, obra de mano
de excelente maestro.
2 Tu ombligo, *como* una taza re-
donda, que no le falta bebida. Tu
vientre, *como* montón de trigo,
cercado de lirios.
3 Tus dos pechos, como gemelos
de gacela.
4 Tu cuello, como torre de mar-
fil; tus ojos, *como* las pesqueras
de Hesbón junto a la puerta de
Batrabim; tu nariz, como la torre
del Líbano, que mira hacia Da-
masco.
5 Tu cabeza encima de ti, como
el Carmelo; y el cabello de tu ca-
beza, como la púrpura del rey li-
gada en los corredores.
6 ¡Qué hermosa eres, y cuán
suave, oh amor deleitoso!
7 Y tu estatura es semejante a la
palma, y tus pechos a los raci-
mos!
8 Yo dije: Subiré a la palma, asiré
sus ramos: y tus pechos serán
ahora como racimos de vid, y el
olor de tu boca como de manza-
nas;
9 Y tu paladar como el buen vino,
que se entra a mi amado suave-
mente, y hace hablar los labios
de los viejos.
10 Yo soy de mi amado, y con-
migo tiene su contentamiento.
11 Ven, oh amado mío, salgamos
al campo, moremos en las aldeas.
12 Levantémonos de mañana a
las viñas; veamos si brotan las
vides, si se abre el cierne, si han
florecido los granados; allí te
daré mis amores.
13 Las mandrágoras han dado
olor, y a nuestras puertas hay
toda suerte de dulces frutas, nue-
vas y añejas, que para ti, oh
amado mío, he guardado.

CAPÍTULO 8

¡OH quién te me diese como her-
mano que mamó los pechos de
mi madre; *de modo* que te halle
yo fuera, y te bese, y no me me-
nosprecien!
2 Yo te llevaría, te metiera en
casa de mi madre: tú me enseña-
rías, y yo te hiciera beber vino
adobado del mosto de mis grana-
das.
3 Su izquierda *esté* debajo de mi
cabeza, y su derecha me abrace.
4 Conjúroos, oh hijas de Jeru-
salem, que no despertéis, ni ha-
gáis velar al amor, hasta que
quiera.
5 ¿Quién es ésta que sube del de-
sierto, recostada sobre su amado?
Debajo de un manzano te desper-
té: allí tuvo tu madre dolores, allí
tuvo dolores la que te parió.
6 Ponme como un sello sobre tu
corazón, como una marca sobre
tu brazo: porque fuerte es como
la muerte el amor; duro como el
sepulcro el celo: sus brasas, bra-
sas de fuego, fuerte llama.
7 Las muchas aguas no podrán
apagar el amor, ni lo ahogarán
los ríos. Si diese el hombre toda
la hacienda de su casa por este
amor, de cierto lo menosprecia-
ran.
8 Tenemos una pequeña herma-
na, que no tiene pechos: ¿Qué
haremos a nuestra hermana
cuando de ella se hablare?
9 Si ella es muro, edificaremos
sobre él un palacio de plata: y si
fuere puerta, la guarneceremos
con tablas de cedro.
10 Yo soy muro, y mis pechos

como torres, desde que fui en sus
ojos como la que halla paz.
11 Salomón tuvo una viña en Ba-
al-hamón, la cual entregó a guar-
das, cada uno de los cuales debía
traer mil *monedas* de plata por su
fruto.
12 Mi viña, que es mía, está de-
lante de mí: las mil serán tuyas,
oh Salomón, y doscientas, de los
que guardan su fruto.
13 Oh tú la que moras en los
huertos, los compañeros escu-
chan tu voz: házmela oír.
14 Huye, amado mío; y sé seme-
jante al gamo, o al cervatillo,
sobre las montañas de los aro-
mas.

El Libro del Profeta
ISAÍAS

CAPÍTULO 1

VISIÓN de Isaías hijo de Amoz,
la cual vio sobre Judá y Je-
rusalem, en días de Uzías, Jotam,
Acaz y Ezequías, reyes de Judá.
2 Oid, oh cielos, y escucha tú, tie-
rra; porque habla el SEÑOR: Crié
hijos, y engrandecílos, y ellos se
rebelaron contra mí.
3 El buey conoce a su dueño, y
el asno el pesebre de su señor:
Israel no conoce, mi pueblo no
tiene entendimiento.
4 ¡Oh gente pecadora, pueblo
cargado de maldad, generación
de malignos, hijos depravados!
Dejaron al SEÑOR, provocaron
a ira al SANTO de Israel, torná-
ronse atrás.
5 ¿Para qué habéis de ser casti-
gados aún? todavía os rebelaréis.
Toda cabeza está enferma, y todo
corazón doliente.
6 Desde la planta del pie hasta
la cabeza no hay en él cosa ilesa,
sino herida, hinchazón y podrida
llaga: no están curadas, ni venda-
das, ni suavizadas con aceite.
7 Vuestra tierra está destruí-
da, vuestras ciudades puestas a
fuego, vuestra tierra delante de
vosotros comida de extranjeros,
y asolada como asolamiento de
extraños.
8 Y queda la hija de Sión como
choza en viña, y como cabaña en
melonar, como ciudad asolada.
9 Si el SEÑOR de los ejércitos
no nos hubiese dejado un rema-
nente, como Sodoma fuéramos, y
semejantes a Gomorra.
10 Príncipes de Sodoma, oid la
palabra del SEÑOR; escuchad la
ley de nuestro Dios, pueblo de
Gomorra.
11 ¿Para qué a mí, dice el SEÑOR,
la multitud de vuestros sacrifi-
cios? Lleno estoy de holocaustos
de carneros, y de sebo de anima-
les gruesos: no quiero sangre de
bueyes, ni de ovejas, ni de ma-
chos cabríos.
12 ¿Quién demandó esto de vues-
tras manos, cuando vinieseis a
presentaros delante de mí, para
hollar mis atrios?
13 No me traigáis más vano pre-
sente: el perfume me es abomi-
nación: luna nueva y sábado,
el convocar asambleas, no las
puedo sufrir: son iniquidad vues-
tras solemnidades.
14 Vuestras lunas nuevas y vues-
tras solemnidades aborrece mi
alma: me son gravosas; cansado
estoy de llevarlas.
15 Cuando extendiereis vuestras
manos, yo esconderé de vosotros
mis ojos: asimismo cuando mul-
tiplicareis la oración, yo no oiré:
llenas están de sangre vuestras
manos.
16 Lavad, limpiaos; quitad la ini-
quidad de vuestras obras de ante
mis ojos; dejad de hacer lo malo:
17 Aprended a hacer bien; bus-
cad juicio, restituid al agraviado,
oid en derecho al huérfano, am-
parad a la viuda.
18 Venid luego, dirá el SEÑOR,
y estemos a cuenta: si vuestros
pecados fueren como la grana,
como la nieve serán emblanque-
cidos: si fueren rojos como el

carmesí, vendrán a ser como *blanca* lana.
19 Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra:
20 Si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada: porque la boca del SEÑOR lo ha dicho.
21 ¿Cómo te has tornado ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de juicio, en ella habitó equidad; mas ahora, homicidas.
22 Tu plata se ha tornado escorias, tu vino mezclado *está* con agua.
23 Tus príncipes, rebeldes y compañeros de ladrones: todos aman las dádivas, y van tras las recompensas: no oyen en juicio al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda.
24 Por tanto, dice el Señor, el SEÑOR de los ejércitos, el Fuerte de Israel: Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos, vengaréme de mis adversarios:
25 Y volveré mi mano sobre ti, y limpiaré hasta lo más puro tus escorias, y quitaré todo tu estaño:
26 Y restituiré tus jueces como al principio, y tus consejeros como de primero: entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel.
27 Sión con juicio será rescatada, y los convertidos de ella con justicia.
28 Mas los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y los que dejan al SEÑOR serán consumidos.
29 Entonces os avergonzarán las encinas que amasteis, y os afrentarán los huertos que escogisteis.
30 Porque seréis como la encina que se le cae la hoja, y como huerto que le faltan las aguas.
31 Y el fuerte será como estopa, y lo que hizo como centella; y ambos serán encendidos juntamente, y no habrá quien apague.

CAPÍTULO 2

LO que vio Isaías, hijo de Amoz, tocante a Judá y a Jerusalem.
2 Y acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del SEÑOR por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes.
3 Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del SEÑOR, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del SEÑOR.
4 Y juzgará entre las gentes, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces: no alzará espada gente contra gente, ni se ensayarán más para la guerra.
5 Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz del SEÑOR.
6 Ciertamente tú has dejado tu pueblo, la casa de Jacob, porque son henchidos de oriente, y de agoreros, como los Filisteos; y en hijos ajenos descansan.
7 Su tierra está llena de plata y oro, sus tesoros no tienen fin. También está su tierra llena de caballos; ni sus carros tienen número.
8 Además está su tierra llena de ídolos, y a la obra de sus manos se han arrodillado, a lo que fabricaron sus dedos.
9 Y hase inclinado el hombre vil, y el varón se ha humillado: por tanto no los perdonarás.

10 Entra en la roca, escóndete en
el polvo, de la presencia espan-
tosa del SEÑOR y del resplandor
de su majestad.
11 La altivez de los ojos del hom-
bre será abatida, y la soberbia de
los hombres será humillada; y el
SEÑOR solo será ensalzado en
aquel día.
12 Porque día del SEÑOR de los
ejércitos vendrá sobre todo so-
berbio y altivo, y sobre todo en-
salzado; y será abatido:
13 Y sobre todos los cedros del
Líbano altos y sublimes, y sobre
todas las encinas de Basán;
14 Y sobre todos los montes altos,
y sobre todos los collados levan-
tados;
15 Y sobre toda torre alta, y sobre
todo muro fuerte;
16 Y sobre todas las naves de
Tarsis, y sobre todas pinturas
preciadas.
17 Y la altivez del hombre será
abatida, y la soberbia de los
hombres será humillada; y solo
el SEÑOR será ensalzado en
aquel día.
18 Y quitará totalmente los ído-
los.
19 Y meteránse en las cavernas
de las peñas, y en las aberturas
de la tierra, por la presencia
espantosa del SEÑOR, y por el
resplandor de su majestad, cuan-
do se levantare él para herir la
tierra.
20 Aquel día arrojará el hom-
bre, a los topos y murciélagos,
sus ídolos de plata y sus ídolos
de oro, que le hicieron para que
adorase;
21 Y se entrarán en las hendidu-
ras de las rocas y en las cavernas
de las peñas, por la presencia for-
midable del SEÑOR, y por el res-
plandor de su majestad, cuando
se levantare para herir la tierra.
22 Dejaos del hombre, cuyo háli-
to está en su nariz; porque ¿de
qué es él estimado?

CAPÍTULO 3

PORQUE he aquí que el Señor,
el SEÑOR de los ejércitos
quita de Jerusalem y de Judá el
sustentador y el fuerte, todo sus-
tento de pan y todo socorro de
agua;
2 El valiente y el hombre de gue-
rra, el juez y el profeta, el pru-
dente y el anciano;
3 El capitán de cincuenta, y el
hombre de respeto, y el conseje-
ro, y el artífice excelente, y el
hábil orador.
4 Y pondréles mozos por prínci-
pes, y muchachos serán sus seño-
res.
5 Y el pueblo hará violencia los
unos a los otros, cada cual contra
su vecino: el mozo se levantará
contra el viejo, y el villano con-
tra el noble.
6 Cuando alguno trabare de su
hermano, de la familia de su
padre, *y le dijere*, que vestir tie-
nes, tú serás nuestro príncipe, y
sea en tu mano esta ruina;
7 Él jurará aquel día, diciendo:
No tomaré ese cuidado; porque
en mi casa ni hay pan, ni qué
vestir: no me hagáis príncipe del
pueblo.
8 Pues arruinada está Jerusalem,
y Judá ha caído; porque la len-
gua de ellos y sus obras han sido
contra el SEÑOR, para irritar los
ojos de su majestad.
9 La apariencia del rostro de
ellos los convence: que como So-
doma predican su pecado, no lo
disimulan. ¡Ay del alma de ellos!

porque allegaron mal para sí.
10 Decid al justo que *le irá* bien:
porque comerá de los frutos de
sus manos.
11 ¡Ay del impío! mal *le irá*: por-
que según las obras de sus manos
le será pagado.
12 Los exactores de mi pueblo
son muchachos, y mujeres se en-
señorearon de él. Pueblo mío, los
que te guían te engañan, y tuer-
cen la carrera de tus caminos.
13 El SEÑOR está en pie para li-
tigar, y está para juzgar los pue-
blos.
14 El SEÑOR vendrá a juicio con-
tra los ancianos de su pueblo y
contra sus príncipes; porque vo-
sotros habéis devorado la viña,
y el despojo del pobre está en
vuestras casas.
15 ¿Qué pensáis vosotros que
majáis mi pueblo, y moléis las
caras de los pobres? dice el Señor
DIOS de los ejércitos.
16 Asimismo dice el SEÑOR: Por
cuanto las hijas de Sión se enso-
berbecen, y andan cuellierguidas
y los ojos descompuestos; cuan-
do andan van danzando, y ha-
ciendo son con los pies:
17 Por tanto, pelará el Señor la
mollera de las hijas de Sión, y el
SEÑOR descubrirá sus vergüen-
zas.
18 Aquel día quitará el Señor el
atavío de los calzados, y las rede-
cillas, y las lunetas;
19 Los collares, y los joyeles, y
los brazaletes;
20 Las escofietas, y los atavíos
de las piernas, los partidores del
pelo, los pomitos de olor, y los
zarcillos;
21 Los anillos, y los joyeles de las
narices;
22 Las ropas de remuda, los man-
toncillos, los velos, y los alfileres;
23 Los espejos, los pañizuelos,
las gasas, y los tocados.
24 Y será que en lugar de los per-
fumes aromáticos vendrá hedion-
dez; y desgarrón en lugar de cinta;
y calvez en lugar de la compos-
tura del cabello; y en lugar de faja
ceñimiento de saco; y quemadura
en vez de hermosura.
25 Tus varones caerán a espada,
y tu fuerza en la guerra.
26 Sus puertas se entristecerán y
enlutarán, y ella, desamparada,
sentaráse en tierra.

CAPÍTULO 4

Y ECHARÁN mano de un hom-
bre siete mujeres en aquel
tiempo, diciendo: Nosotras co-
meremos de nuestro pan, y nos
vestiremos de nuestras ropas;
solamente sea llamado tu nom-
bre sobre nosotras, quita nuestro
oprobio.
2 En aquel tiempo el renuevo del
SEÑOR será para hermosura y
gloria, y el fruto de la tierra para
grandeza y honra, a los librados
de Israel.
3 Y acontecerá que el que queda-
re en Sión, y el que fuere deja-
do en Jerusalem, será llamado
santo; todos los que en Jerusalem
están escritos entre los vivientes;
4 Cuando el Señor lavare las in-
mundicias de las hijas de Sión,
y limpiare las sangres de Jeru-
salem de en medio de ella, con
espíritu de juicio y con espíritu
de ardimiento.
5 Y creará el SEÑOR sobre toda
la morada del monte de Sión, y
sobre los lugares de sus convoca-
ciones, nube y oscuridad de día,
y de noche resplandor de fuego
que eche llamas: porque sobre

toda gloria *habrá* cobertura.
6 Y habrá sombrajo para sombra contra el calor del día, para acogida y escondedero contra el turbión y contra el aguacero.

CAPÍTULO 5

AHORA cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en un recuesto, lugar fértil.
2 Habíala cercado, y despedregádola, y plantádola de vides escogidas: había edificado en medio de ella una torre, y también asentado un lagar en ella; y esperaba que llevase uvas, y llevó uvas silvestres.
3 Ahora pues, vecinos de Jerusalem y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña.
4 ¿Qué más se había de hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que llevase uvas, ha llevado uvas silvestres?
5 Os mostraré pues ahora lo que haré yo a mi viña: Quitaréle su vallado, y será para ser consumida; aportillaré su cerca, y será para ser hollada;
6 Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerá el cardo y las espinas: y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella.
7 Ciertamente la viña del SEÑOR de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta suya deleitosa. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor.
8 ¡Ay de los que juntan casa con casa, y allegan heredad a heredad hasta acabar el término! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?
9 *Ha llegado* a mis oídos de parte del SEÑOR de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar asoladas, sin morador las grandes y hermosas.
10 Y diez huebras de viña producirán un zaque, y treinta modios de simiente darán tres modios.
11 ¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende!
12 Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas, y vino; y no miran la obra del SEÑOR, ni consideran la obra de sus manos.
13 Por tanto mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento: y su gloria pereció de hambre, y su multitud se secó de sed.
14 Por eso ensanchó su interior el infierno, y sin medida abrió su boca; y en él descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que se gozaba.
15 Y el hombre vil será humillado, y el varón será abatido, y bajados serán los ojos de los altivos.
16 Mas el SEÑOR de los ejércitos será ensalzado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia.
17 Y los corderos serán apacentados según su costumbre; y extraños comerán las gruesas desamparadas.
18 ¡Ay de los que traen la iniquidad con cuerdas de vanidad, y el pecado como con coyundas de carreta,
19 Los cuales dicen: Venga ya, apresúrese su obra, y veamos: acérquese, y venga el consejo del Santo de Israel, para que lo sepamos!

20 ¡Ay de los que a lo malo dicen
bueno, y a lo bueno malo; que
hacen de la luz tinieblas, y de
las tinieblas luz; que ponen lo
amargo por dulce, y lo dulce por
amargo!
21 ¡Ay de los sabios en sus ojos, y
de los que son prudentes delante
de sí mismos!
22 ¡Ay de los que son valientes
para beber vino, y hombres fuer-
tes para mezclar bebida;
23 Los que dan por justo al impío
por cohechos, y al justo quitan
su justicia!
24 Por tanto, como la lengua del
fuego consume las aristas, y la
llama devora la paja, así será su
raíz como pudrimiento, y su flor se
desvanecerá como polvo: porque
desecharon la ley del SEÑOR de los
ejércitos, y abominaron la palabra
del Santo de Israel.
25 Por esta causa se encendió
el furor del SEÑOR contra su
pueblo, y extendió contra él su
mano, e hirióle; y se estremecie-
ron los montes, y sus cadáveres
fueron arrojados en medio de las
calles. Con todo esto no ha cesa-
do su furor, antes está su mano
todavía extendida.
26 Y alzará pendón a gentes de
lejos, y silbará al *que está* en el
cabo de la tierra; y he aquí que
vendrá pronto y velozmente.
27 No habrá entre ellos cansado,
ni que vacile; ninguno se dormi-
rá ni le tomará sueño; a ningu-
no se le desatará el cinto de los
lomos, ni se le romperá la correa
de sus zapatos.
28 Sus saetas amoladas, y todos
sus arcos entesados; las pezuñas
de sus caballos parecerán como
de pedernal, y las ruedas *de sus
carros* como torbellino.
29 Su rugido como de león; ru-
girá a manera de leoncillos, re-
chinará los dientes, y arrebatará
la presa; la apañará, y nadie *se la*
quitará.
30 Y bramará sobre él en aquel
día como bramido del mar: en-
tonces mirará hacia la tierra, y he
aquí tinieblas de tribulación, y en
sus cielos se oscurecerá la luz.

CAPÍTULO 6

EN el año que murió el rey
Uzías vi yo al Señor sentado
sobre un trono alto y sublime, y
sus faldas henchían el templo.
2 Y encima de él estaban serafi-
nes: cada uno tenía seis alas; con
dos cubrían sus rostros, y con
dos cubrían sus pies, y con dos
volaban.
3 Y el uno al otro daba voces,
diciendo: Santo, Santo, Santo,
SEÑOR de los ejércitos: toda la
tierra está llena de su gloria.
4 Y los quiciales de las puertas se
estremecieron con la voz del que
clamaba, y la casa se hinchió de
humo.
5 Entonces dije: ¡Ay de mí! que
soy muerto; que siendo hombre
inmundo de labios, y habitando
en medio de pueblo que tiene
labios inmundos, han visto mis
ojos al Rey, el SEÑOR de los ejér-
citos.
6 Y voló hacia mí uno de los se-
rafines, teniendo en su mano un
carbón encendido, tomado del
altar con unas tenazas:
7 Y tocando con él sobre mi boca,
dijo: He aquí que esto tocó tus
labios, y es quitada tu culpa, y
limpio tu pecado.
8 Después oí la voz del Señor,
que decía: ¿A quién enviaré, y
quién nos irá? Entonces respon-

dí yo: Heme aquí, envíame a mí.
9 Y dijo: Anda, y di a este pueblo:
Oid bien, y no entendáis; ved por
cierto, mas no comprendáis.
10 Engruesa el corazón de aques-
te pueblo, y agrava sus oídos, y
ciega sus ojos; porque no vea con
sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni
su corazón entienda, ni se con-
vierta, y haya para él sanidad.
11 Y yo dije: ¿Hasta cuándo,
Señor? Y respondió él: Hasta que
las ciudades estén asoladas, y sin
morador, ni hombre en las casas,
y la tierra sea tornada en desierto;
12 Hasta que el SEÑOR hubiere
echado lejos los hombres, y mul-
tiplicare en medio de la tierra la
desamparada.
13 Pues aun quedará en ella una
décima parte, y volverá, bien
que habrá sido asolada: como el
olmo y como la encina, de los
cuales en la tala queda el tron-
co, así *será* el tronco de ella la si-
miente santa.

CAPÍTULO 7

ACONTECIÓ en los días de
Acaz hijo de Jotam, hijo de
Uzías, rey de Judá, que Rezín rey
de Siria, y Peka hijo de Remalías,
rey de Israel, subieron a Jeru-
salem para combatirla; mas no
la pudieron tomar.
2 Y vino la nueva a la casa de
David, diciendo: Siria se ha con-
federado con Efraím. Y estre-
meciósele el corazón, y el cora-
zón de su pueblo, como se
estremecen los árboles del monte
a causa del viento.
3 Entonces dijo el SEÑOR a
Isaías: Sal ahora al encuen-
tro de Acaz, tú, y Sear-jasub tu
hijo, al cabo del conducto de la
Pesquera de arriba, en el cami-
no de la heredad del Lavador,
4 Y díle: Guarda, y repósate; no
temas, ni se enternezca tu cora-
zón a causa de estos dos cabos de
tizón que humean, por el furor
de la ira de Rezín y del Siro, y
del hijo de Remalías.
5 Por haber acordado maligno
consejo contra ti el Siro, con
Efraím y con el hijo de Remalías,
diciendo:
6 Vamos contra Judá, y la des-
pertaremos, y la partiremos entre
nosotros, y pondremos en medio
de ella por rey al hijo de Tabeel:
7 El Señor DIOS dice así: No sub-
sistirá, ni será.
8 Porque la cabeza de Siria es
Damasco, y la cabeza de Damas-
co, Rezín: y dentro de sesenta y
cinco años Efraím será quebran-
tado hasta dejar de ser pueblo.
9 Entretanto la cabeza de Efraím
es Samaria, y la cabeza de Sa-
maria el hijo de Remalías. Si vo-
sotros no creyereis, de cierto no
permaneceréis.
10 Y habló más el SEÑOR a Acaz,
diciendo:
11 Pide para ti señal del SEÑOR
tu Dios, demandándola en lo
profundo, o arriba en lo alto.
12 Y respondió Acaz: No pediré,
y no tentaré al SEÑOR.
13 Dijo entonces *Isaías*: Oid ahora
casa de David. ¿Os es poco el ser
molestos a los hombres, sino que
también lo seáis a mi Dios?
14 Por tanto el mismo Señor os
dará señal: He aquí que una vir-
gen concebirá, y parirá hijo, y
llamará su nombre Emmanuel.
15 Comerá manteca y miel, para
que sepa desechar lo malo y es-
coger lo bueno.
16 Porque antes que el niño sepa
desechar lo malo y escoger lo

bueno, la tierra que tú aborreces
será dejada de sus dos reyes.
17 El SEÑOR hará venir sobre ti,
y sobre tu pueblo, y sobre la casa
de tu padre, días cuales nunca vi-
nieron desde el día que Efraím se
apartó de Judá, *es a saber*, al rey
de Asiria.
18 Y acontecerá que aquel día
silbará el SEÑOR a la mosca que
está en el fin de los ríos de Egip-
to, y a la abeja que está en la tie-
rra de Asiria.
19 Y vendrán, y se asentarán
todos en los valles desiertos, y en
las cavernas de las piedras, y en
todos los zarzales, y en todas las
matas.
20 En aquel día raerá el Señor
con navaja alquilada, con los *que
habitan* de la otra parte del río, *a
saber*, con el rey de Asiria, cabeza
y pelos de los pies; y aun la barba
también quitará.
21 Y acontecerá en aquel tiempo,
que críe un hombre una vaca y
dos ovejas;
22 Y será que a causa de la abun-
dancia de leche que darán, co-
merá manteca: pues manteca y
miel comerá el que quedare en
medio de la tierra.
23 Acontecerá también en aquel
tiempo, que el lugar donde había
mil vides que valían mil *siclos* de
plata, será para los espinos y car-
dos.
24 Con saetas y arco irán allá;
porque toda la tierra será espi-
nos y cardos.
25 Y a todos los montes que se
cavaban con azada, no llegará
allá el temor de los espinos y de
los cardos: mas serán para pasto
de bueyes, y para ser hollados de
los ganados.

CAPÍTULO 8

Y DÍJOME el SEÑOR: Tómate
un rollo grande, y escribe en
él con pluma de hombre tocante
a Maher-salal-has-baz.
2 Y junté conmigo por testigos
fieles a Urías sacerdote, y a Zaca-
rías hijo de Jeberequías.
3 Y juntéme con la profetisa, la
cual concibió, y parió un hijo.
Y díjome el SEÑOR: Ponle por
nombre Maher-salal-has-baz.
4 Porque antes que el niño tenga
conocimento *para* decir, Padre
mío, y Madre mía, será quitada
la fuerza de Damasco y los des-
pojos de Samaria, en la presen-
cia del rey de Asiria.
5 Otra vez tornó el SEÑOR a ha-
blarme, diciendo:
6 Por cuanto desechó este pue-
blo las aguas de Siloé, que co-
rren mansamente, y holgóse con
Rezín y con el hijo de Remalías;
7 He aquí por tanto que el Señor
hace subir sobre ellos aguas de
ríos, impetuosas y muchas, *a
saber*, al rey de Asiria con todo su
poder; el cual subirá sobre todos
sus ríos, y pasará sobre todas sus
riberas:
8 Y pasando hasta Judá, inunda-
rá, y sobrepujará, y llegará hasta
la garganta; y extendiendo sus
alas, llenará la anchura de tu tie-
rra, oh Emmanuel.
9 Juntaos, pueblos, y seréis que-
brantados; oid todos los que
sois de lejanas tierras: poneos
a punto, y seréis quebrantados;
apercibíos, y seréis quebranta-
dos.
10 Tomad consejo, y será deshe-
cho; proferid palabra, y no será
firme: porque Dios con nosotros.
11 Porque el SEÑOR me dijo de
esta manera con mano fuerte, y

enseñóme que no caminase por
el camino de este pueblo, diciendo:
12 No digáis, Conjuración, a
todas las cosas a que este pueblo
dice, Conjuración; ni temáis lo
que temen, ni tengáis miedo.
13 Al SEÑOR de los ejércitos, a él
santificad: sea él vuestro temor,
y él sea vuestro miedo.
14 Entonces él será por santuario;
mas a las dos casas de Israel por
piedra de tropiezo, y por roca de
escándalo, y por lazo y por red al
morador de Jerusalem.
15 Y muchos tropezarán entre
ellos, y caerán, y serán quebrantados:
enredaránse, y serán presos.
16 Ata el testimonio, sella la ley
entre mis discípulos.
17 Esperaré pues al SEÑOR, el
cual escondió su rostro de la casa
de Jacob, y a él aguardaré.
18 He aquí, yo y los hijos que
me dio el SEÑOR, por señales y
prodigios en Israel, de parte del
SEÑOR de los ejércitos que mora
en el monte de Sión.
19 Y si os dijeren: Preguntad a
los hechiceros y a los adivinos,
que susurran hablando, *respon-
ded*: ¿No consultará el pueblo a
su Dios? *¿Apelará* por los vivos a
los muertos?
20 ¡A la ley y al testimonio! Si no
dijeren conforme a esto, es porque
no les ha amanecido.
21 Y pasarán por él fatigados y
hambrientos, y acontecerá que
teniendo hambre, se enojarán y
maldecirán a su rey y a su Dios,
levantando el rostro en alto.
22 Y mirarán a la tierra, y he aquí
tribulación y tiniebla, oscuridad
y angustia; y serán sumidos en
las tinieblas.

CAPÍTULO 9

AUNQUE no *será esta* oscuridad tal como la aflicción que
le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a
la tierra de Zabulón, y a la tierra de Neftalí; y después cuando
agravaron por la vía del mar, de esa parte del Jordán, en Galilea
de las gentes.
2 El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz: los que moraban
en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.
3 Aumentando la gente, no aumentaste la alegría. Alegraránse
delante de ti como se alegran en la siega, como se gozan cuando
reparten despojos.
4 Porque tú quebraste su pesado
yugo, y la vara de su hombro, y
el cetro de su exactor, como en el
día de Madián.
5 Porque toda batalla de quien
pelea *es* con estruendo, y con revolcamiento de vestidura en sangre:
mas esto será para quema, y pábulo del fuego.
6 Porque un niño nos es nacido,
hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro: y llamaráse
su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.
7 Lo dilatado de *su* imperio y la
paz no tendrán término, sobre el
trono de David, y sobre su reino,
disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde
ahora para siempre. El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto.
8 El SEÑOR envió palabra a
Jacob, y cayó en Israel.
9 Y *la* sabrá el pueblo, todo él,
Efraím y los moradores de Samaria, que con soberbia y con altivez de corazón dicen:

10 Los ladrillos cayeron, mas edi-
ficaremos de cantería; cortaron
los sicómoros, mas cedros pon-
dremos en su lugar.
11 Empero el SEÑOR ensalzará
los enemigos de Rezín contra él,
y juntará sus enemigos;
12 De oriente los Siros, y los Fi-
listeos de poniente; y con toda
la boca se tragarán a Israel. Ni
con todo eso ha cesado su furor,
antes todavía su mano extendida.
13 Mas el pueblo no se convirtió
al que lo hería, ni buscaron al
SEÑOR de los ejércitos.
14 Y el SEÑOR cortará de Israel
cabeza y cola, ramo y caña en un
mismo día.
15 El viejo y venerable de rostro
es la cabeza: el profeta que ense-
ña mentira, este *es* cola.
16 Porque los gobernadores de
este pueblo son engañadores; y
sus gobernados, perdidos.
17 Por tanto, el Señor no tomará
contentamiento en sus mancebos,
ni de sus huérfanos y viudas ten-
drá misericordia: porque todos
son falsos y malignos, y toda
boca habla despropósitos. Con
todo esto no ha cesado su furor,
antes todavía su mano extendida.
18 Porque la maldad se encendió
como fuego, cardos y espinas de-
vorará; y encenderáse en lo es-
peso de la breña, y serán alzados
como humo.
19 Por la ira del SEÑOR de los
ejércitos se oscureció la tierra, y
será el pueblo como pábulo del
fuego: el hombre no tendrá pie-
dad de su hermano.
20 *Cada uno* hurtará a la mano
derecha, y tendrá hambre; y co-
merá a la izquierda, y no se har-
tará: cada cual comerá la carne
de su brazo:
21 Manasés a Efraím, y Efraím
a Manasés, y entrambos contra
Judá. Ni con todo esto ha cesado
su furor, antes todavía extendida
su mano.

CAPÍTULO 10

¡AY de los que establecen leyes
injustas, y determinando pres-
criben tiranía,
2 Por apartar del juicio a los po-
bres, y por quitar el derecho a
los afligidos de mi pueblo; por
despojar las viudas, y robar los
huérfanos!
3 ¿Y qué haréis en el día de la
visitación? ¿y a quién os acoge-
réis que os ayude, cuando vinie-
re de lejos el asolamiento? ¿y en
dónde dejaréis vuestra gloria?
4 Sin mí se inclinarán entre los
presos, y entre los muertos cae-
rán. Ni con todo esto ha cesado
su furor, antes todavía extendida
su mano.
5 Oh Asur, vara y bastón de mi
furor: en su mano *he puesto* mi ira.
6 Mandaréle contra una gente
fementida, y sobre el pueblo de
mi ira le enviaré, para que quite
despojos, y arrebate presa, y que
lo ponga a ser hollado como lodo
de las calles.
7 Aunque él no lo pensará así, ni
su corazón lo imaginará de esta
manera; sino que su pensamien-
to será desarraigar y cortar gen-
tes no pocas.
8 Porque él dice: Mis príncipes
¿no son todos reyes?
9 ¿No es Calno como Carquemis,
Hamat como Arfad, y Samaria
como Damasco?
10 Como halló mi mano los rei-
nos de los ídolos, *siendo* sus imá-
genes más que Jerusalem y Sa-
maria;

11 Como hice a Samaria y a sus
ídolos, ¿no haré también así a Je-
rusalem y a sus ídolos?
12 Mas acontecerá que después
que el Señor hubiere acabado
toda su obra en el monte de Sión,
y en Jerusalem, visitaré sobre el
fruto de la soberbia del corazón
del rey de Asiria, y sobre la glo-
ria de la altivez de sus ojos.
13 Porque dijo: Con la fortaleza
de mi mano *lo* he hecho, y con
mi sabiduría; porque he sido
prudente: y quité los términos de
los pueblos, y saqueé sus tesoros,
y derribé como valientes los que
estaban sentados:
14 Y halló mi mano como nido
las riquezas de los pueblos; y
como se cogen los huevos deja-
dos, *así* me apoderé yo de toda la
tierra; y no hubo quien moviese
ala, o abriese boca y graznase.
15 ¿Gloriaráse el hacha contra el
que con ella corta? ¿se ensober-
becerá la sierra contra el que la
mueve? como si el bordón se le-
vantase contra los que lo levan-
tan; como si se levantase la vara:
¿no *es* leño?
16 Por tanto el Señor, el Señor
de los ejércitos enviará flaqueza
sobre sus gordos; y debajo de su
gloria encenderá encendimiento,
como ardor de fuego.
17 Y la luz de Israel será por
fuego, y su Santo por llama que
abrase y consuma en un día sus
cardos y sus espinas.
18 La gloria de su bosque y de su
campo fértil consumirá, desde el
alma hasta la carne: y vendrá a
ser como abanderado en derrota.
19 Y los árboles que quedaren en
su bosque, serán en número que
un niño los pueda contar.
20 Y acontecerá en aquel tiempo,
que el remanente quedado de Is-
rael, y los que hubieren quedado
de la casa de Jacob, nunca más
estriben sobre el que los hirió;
sino que se apoyarán con verdad
en el SEÑOR Santo de Israel.
21 El remanente volverá, el
remanente de Jacob, al Dios
poderoso.
22 Porque si tu pueblo, oh Israel,
fuere como las arenas del mar, el
remanente de él volverá: la des-
trucción acordada rebosará justi-
cia.
23 Pues el Señor DIOS de los
ejércitos hará consumación y fe-
necimiento en medio de la tierra.
24 Por tanto el Señor DIOS de
los ejércitos dice así: Pueblo mío,
morador de Sión, no temas de
Asur. Con vara te herirá, y con-
tra ti alzará su palo, a la manera
de Egipto:
25 Mas de aquí a muy poco tiem-
po, se acabará el furor y mi enojo,
para fenecimiento de ellos.
26 Y levantará el SEÑOR de los
ejércitos azote contra él, cual la
matanza de Madián en la peña
de Oreb: y alzará su vara sobre
el mar, *según hizo* por la vía de
Egipto.
27 Y acaecerá en aquel tiempo,
que su carga será quitada de tu
hombro, y su yugo de tu cerviz,
y el yugo se empodrecerá por
causa de la unción.
28 Vino hasta Ajad, pasó hasta
Migrón; en Michmas contará su
ejército:
29 Pasaron el vado; alojaron en
Geba: Ramá tembló; Gabaa de
Saúl huyó.
30 Grita en alta voz, hija de
Galim; haz que se oiga hacia Lais,
pobrecilla Anatot.
31 Madmena se alborotó: los mo-

radores de Gebim se juntarán.
32 Aun *vendrá* día cuando repo-
sará en Nob: alzará su mano al
monte de la hija de Sión, al colla-
do de Jerusalem.
33 He aquí el Señor, el SEÑOR
de los ejércitos desgajará el ramo
con fortaleza: y los de grande al-
tura serán cortados, y los altos
serán humillados.
34 Y cortará con hierro la espe-
sura del bosque, y el Líbano
caerá con fortaleza.

CAPÍTULO 11

Y SALDRÁ una vara del tronco
de Isaí, y un vástago retoñará
de sus raíces.
2 Y reposará sobre él el espíritu
del SEÑOR; espíritu de sabiduría
y de entendimiento, espíritu de
consejo y de fortaleza, espíritu
de conocimiento y de temor del
SEÑOR.
3 Y haråle entender diligente-
mente en el temor del SEÑOR.
No juzgará según la vista de sus
ojos, ni argüirá por lo que oye-
ren sus oídos;
4 Sino que juzgará con justicia
a los pobres, y argüirá con equi-
dad por los mansos de la tierra: y
herirá la tierra con la vara de su
boca, y con el soplo de sus labios
matará al impío.
5 Y será la justicia cinto de sus
lomos, y la fidelidad ceñidor de
sus riñones.
6 Morará el lobo con el cordero,
y el leopardo con el cabrito se
acostará: el becerro y el león y la
bestia doméstica andarán juntos,
y un niño los pastoreará.
7 La vaca y la osa pacerán, sus
crías se echarán juntas; y el león
como el buey comerá paja.
8 Y el niño de teta se entreten-
drá sobre la cueva del áspid, y
el recién destetado extenderá su
mano sobre la caverna de la ví-
bora.
9 No harán mal ni dañarán en
todo mi santo monte; porque la
tierra será llena del conocimien-
to del SEÑOR, como cubren el
mar las aguas.
10 Y acontecerá en aquel tiempo
que la raíz de Isaí, la cual estará
puesta por pendón a los pueblos,
será buscada de los Gentiles; y su
holganza será gloria.
11 Asimismo acontecerá en aquel
tiempo, que el Señor tornará a
poner otra vez su mano para po-
seer el remanente de su pueblo
que fueron dejadas de Asiria, y
de Egipto, y de Patros, y de Etio-
pía, y de Persia, y de Caldea, y de
Hamat, y de las Islas del mar.
12 Y levantará pendón a las gen-
tes, y juntará los desterrados de
Israel, y reunirá los esparcidos
de Judá de los cuatro cantones
de la tierra.
13 Y se disipará la envidia de
Efraím, y los enemigos de Judá
serán talados. Efraím no tendrá
envidia contra Judá, ni Judá afli-
girá a Efraím;
14 Mas volarán sobre los hom-
bros de los Filisteos al occiden-
te, meterán también a saco a los
del oriente: Edom y Moab les
servirán, y los hijos de Amón les
darán obediencia.
15 Y secará el SEÑOR la lengua
del mar de Egipto; y con su fuer-
te viento agitará su mano sobre
el río, y herirálo en *sus* siete bra-
zos, y hará que pasen *por él* con
zapatos.
16 Y habrá camino para el rema-
nente de su pueblo, el que quedó
de Asiria, de la manera que lo

hubo para Israel el día que subió
de la tierra de Egipto.

CAPÍTULO 12

Y DIRÁS en aquel día: Cantaré
a ti, oh SEÑOR: pues *aunque*
te enojaste contra mí, tu furor se
apartó, y me has consolado.
2 He aquí, Dios *es* mi salvación;
confiaré, y no temeré; porque el
SEÑOR JEHOVÁ *es* mi fortaleza y
mi canción; el cual también se ha
hecho mi salvación.
3 Sacaréis aguas con gozo de la
fuente de la salvación.
4 Y diréis en aquel día: Cantad
al SEÑOR, aclamad su nombre,
haced célebres en los pueblos sus
obras, recordad que su nombre
es engrandecido.
5 Cantad al SEÑOR; porque ha
hecho cosas magníficas: *sea* sabi-
do esto por toda la tierra.
6 Regocíjate y canta, oh morado-
ra de Sión: porque grande es en
medio de ti el Santo de Israel.

CAPÍTULO 13

CARGA de Babilonia, que vio
Isaías, hijo de Amoz.
2 Levantad bandera sobre un alto
monte; alzad la voz a ellos, alzad
la mano, para que entren por
puertas de príncipes.
3 Yo mandé a mis santificados,
asimismo llamé a mis valientes
para mi ira, a los que se alegran
con mi gloria.
4 Murmullo de multitud en los
montes, como de mucho pueblo;
murmullo de ruido de reinos, de
gentes reunidas: el SEÑOR de los
ejércitos ordena las tropas de la
batalla.
5 Vienen de lejana tierra, de lo
postrero del cielo, el SEÑOR y
los instrumentos de su furor,
para destruir toda la tierra.
6 Aullad, porque cerca está el día
del SEÑOR; vendrá como asola-
miento del Todopoderoso.
7 Por tanto, se enervarán todas
las manos, y desleiráse todo co-
razón de hombre:
8 Y se llenarán de terror; angus-
tias y dolores los comprenderán;
tendrán dolores como mujer de
parto; pasmaráse cada cual *al*
mirar a su compañero; sus ros-
tros, rostros de llamas.
9 He aquí el día del SEÑOR viene,
crudo, y de saña y ardor de ira,
para tornar la tierra en soledad, y
raer de ella sus pecadores.
10 Por lo cual las estrellas del
cielo y sus luceros no derrama-
rán su lumbre; y el sol se oscure-
cerá en naciendo, y la luna no
echará su resplandor.
11 Y visitaré la maldad sobre el
mundo, y sobre los impíos su ini-
quidad; y haré que cese la arro-
gancia de los soberbios, y abatiré
la altivez de los fuertes.
12 Haré más precioso que el oro
fino al varón, y más que el oro de
Ofir al hombre.
13 Porque haré estremecer los
cielos, y la tierra se moverá de
su lugar, en la indignación del
SEÑOR de los ejércitos, y en el
día de la ira de su furor.
14 Y será que como corza amon-
tada, y como oveja sin pastor,
cada cual mirará hacia su pueblo,
y cada uno huirá a su tierra.
15 Cualquiera que fuere hallado,
será alanceado; y cualquiera que
a ellos se juntare, caerá a espada.
16 Sus niños serán estrellados
delante de ellos; sus casas serán
saqueadas, y forzadas sus espo-
sas.
17 He aquí que yo despierto con-

tra ellos a los Medos, que no curarán de la plata, ni codiciarán oro.
18 Y con arcos tirarán a los niños, y no tendrán misericordia de fruto de vientre, ni su ojo perdonará a hijos.
19 Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los Caldeos, será como Sodoma y Gomorra, cuando las trastornó Dios.
20 Nunca más será habitada, ni se morará en ella de generación en generación; ni hincará allí tienda el Arabe, ni pastores tendrán allí majada:
21 Sino que reposarán allí bestias fieras del desierto; y sus casas se llenarán de animales horribles; allí habitarán búhos, y allí saltarán faunos.
22 Y en sus palacios gritarán gatos cervales, y dragones en sus casas de deleite: y abocado está a venir su tiempo, y sus días no se alargarán.

CAPÍTULO 14

PORQUE el SEÑOR tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá a Israel, y les hará reposar en su tierra: y a ellos se unirán extranjeros, y allegaránse a la familia de Jacob.
2 Y los tomarán los pueblos, y traeránlos a su lugar: y la casa de Israel los poseerá por siervos y criadas en la tierra del SEÑOR: y cautivarán a los que los cautivaron, y señorearán a los que los oprimieron.
3 Y será en el día que el SEÑOR te diera reposo de tu trabajo, y de tu temor, y de la dura servidumbre en que te hicieron servir,
4 Que levantarás este proverbio sobre el rey de Babilonia, y dirás: ¡Cómo paró el exactor, *cómo* cesó la ciudad codiciosa del oro!
5 Quebrantó el SEÑOR el bastón de los impíos, el cetro de los señores;
6 Al que con ira hería los pueblos de llaga permanente, el cual se enseñoreaba de las gentes con furor, y las perseguía con crueldad.
7 Descansó, sosegó toda la tierra: cantaron alabanza.
8 Aun los cipreses se regocijan de ti, y los cedros del Líbano, *diciendo*: Desde que tú pereciste, no ha subido cortador contra nosotros.
9 El infierno abajo se conmueve por tu causa, para recibirte a tu venida; despierta por ti a los muertos *aun* los grandes de la tierra; hizo levantar de sus tronos a todos los reyes de las naciones.
10 Todos ellos darán voces, y te dirán: ¿Tú también enfermaste como nosotros, *y* como nosotros fuiste?
11 Descendió al sepulcro tu soberbia, y el sonido de tus vihuelas: gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán.
12 ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! *¡Cómo* fuiste cortado por tierra, tú que debilitabas las naciones!
13 Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte;
14 Sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.
15 Mas tú, derribado serás al infierno, a los lados del abismo.

16 Inclinarse han hacia ti los que
te vieren, te considerarán *dicien-
do*: ¿Es este aquel varón que
hacía temblar la tierra, que tras-
tornaba los reinos;
17 Que puso el mundo como un
desierto, que asoló sus ciudades;
que a sus presos nunca abrió la
cárcel?
18 Todos los reyes de las gentes,
todos ellos yacen con honra cada
uno en su casa.
19 Mas tú echado eres de tu se-
pulcro como tronco abominable,
como vestido de muertos pasa-
dos a espada, que descendieron
al fondo de la sepultura; como
cuerpo muerto hollado.
20 No serás contado con ellos en
la sepultura: porque tú destruiste
tu tierra, mataste tu pueblo. No
será nombrada para siempre la
simiente de los malignos.
21 Aparejad sus hijos para el ma-
tadero por la maldad de sus pa-
dres: no se levanten, ni posean
la tierra, ni hinchan la faz del
mundo con ciudades.
22 Porque yo me levantaré sobre
ellos, dice el SEÑOR de los ejér-
citos, y raeré de Babilonia el
nombre y el remanente, hijo y
nieto, dice el SEÑOR.
23 Y convertiréla en posesión de
erizos, y en lagunas de agua; y la
barreré con escobas de destruc-
ción, dice el SEÑOR de los ejér-
citos.
24 El SEÑOR de los ejércitos juró,
diciendo: Ciertamente se hará de
la manera que lo he pensado, y
será confirmado como lo he de-
terminado:
25 Que quebrantaré al Asirio
en mi tierra, y en mis mon-
tes lo hollaré; y su yugo será
apartado de ellos, y su carga
será quitada de su hombro.
26 Éste *es* el consejo que está
acordado sobre toda la tierra; y
ésta, la mano extendida sobre
todas las gentes.
27 Porque el SEÑOR de los ejér-
citos ha determinado: ¿y quién
invalidará? Y su mano extendida,
¿quién la hará tornar?
28 En el año que murió el rey
Acaz fue esta carga:
29 No te alegres tú, Filistea toda,
por haberse quebrado la vara del
que te hería; porque de la raíz de
la serpiente saldrá el áspid, y de
su fruto, serpiente ardiente vola-
dora.
30 Y los primogénitos de los po-
bres serán apacentados, y los
menesterosos se acostarán segu-
ramente: mas yo haré morir
de hambre tu raíz, y mataré tu
remanente.
31 Aúlla, oh puerta; clama, oh
ciudad; disuelta estás toda tú, Fi-
listea: porque humo vendrá del
norte, no quedará uno solo en
sus asambleas.
32 ¿Y qué se responderá a los
mensajeros de la gentilidad? Que
el SEÑOR fundó a Sión, y que a
ella se acogerán los afligidos de
su pueblo.

CAPÍTULO 15

CARGA de Moab. Cierto, de
noche fue destruída Armoab,
fue puesta en silencio. Cierto, de
noche fue destruída Kir-Moab,
reducida a silencio.
2 Subió a Bayit y a Dibón, luga-
res altos, a llorar; sobre Nebo
y sobre Medeba aullará Moab:
toda cabeza de ella será raída, y
toda barba se mesará.
3 Ceñiránse de sacos en sus pla-
zas: en sus terrados y en sus ca-

lles aullarán todos, descendiendo en llanto.
4 Hesbón y Eleale gritarán, hasta Jahas se oirá su voz: por lo que aullarán los armados de Moab, lamentaráse el alma de cada uno de por sí.
5 Mi corazón dará gritos por Moab; sus fugitivos *huirán* hasta Zoar, *como* novilla de tres años. Por la cuesta de Luhit subirán llorando, y levantarán grito de quebrantamiento por el camino de Horonaim.
6 Las aguas de Nimrim serán consumidas, y secaráse la hierba, marchitaránse los retoños, todo verdor perecerá.
7 Por tanto las riquezas que habrán adquirido, y las que habrán reservado, llevaránlas al torrente de los sauces.
8 Porque el llanto rodeó los términos de Moab; hasta Eglaim *llegó* su alarido, y hasta Beerelim su clamor.
9 Y las aguas de Dimón se henchirán de sangre: porque yo pondré sobre Dimón añadiduras, leones a los que escaparen de Moab, y al remanente de la tierra.

CAPÍTULO 16

ENVIAD cordero al gobernador de la tierra, desde Sela del desierto al monte de la hija de Sión.
2 Y será que cual ave espantada que se huye de su nido, así serán las hijas de Moab en los vados de Arnón.
3 Reúne consejo, haz juicio; pon tu sombra en medio del día como la noche: esconde los desterrados, no entregues a los que andan errantes.
4 Moren contigo mis desterrados, oh Moab; séles escondedero de la presencia del destruidor: porque el atormentador fenecerá, el destruidor tendrá fin, el hollador será consumido de sobre la tierra.
5 Y dispondráse trono en misericordia; y sobre él se sentará firmemente, en el tabernáculo de David, quien juzgue y busque el juicio, y apresure la justicia.
6 Oído hemos la soberbia de Moab, por extremo soberbio; su soberbia y su arrogancia, y su altivez; mas sus mentiras no serán firmes.
7 Por tanto aullará Moab, todo él aullará: gemiréis por los fundamentos de Kir-hareset, en gran manera heridos.
8 Porque los campos de Hesbón fueron talados, y las vides de Sibma; señores de gentes hollaron sus *generosos* sarmientos; habían llegado hasta Jazer, y extendídose por el desierto; extendiéronse sus plantas, pasaron el mar.
9 Por lo cual lamentaré con lloro de Jazer la viña de Sibma; embriagarte hé de mis lágrimas, oh Hesbón y Eleale: porque sobre tus cosechas y sobre tu siega caerá la algazara.
10 Quitado es el gozo y la alegría del campo fértil; en las viñas no cantarán, ni se regocijarán; no pisará vino en los lagares el pisador: la canción he hecho cesar.
11 Por tanto mis entrañas sonarán como arpa acerca de Moab, y mi interior en orden a Kir-hareset.
12 Y acaecerá, que cuando Moab pareciere que está cansado sobre los altos, entonces vendrá a su santuario a orar, y no le valdrá.

13 Ésta *es* la palabra que pronun-
ció el SEÑOR sobre Moab desde
aquel tiempo.
14 Empero ahora el SEÑOR ha
hablado, diciendo: Dentro de
tres años, como años de mozo de
soldada, será abatida la gloria de
Moab, con toda su grande multi-
tud: y el remanente será poco,
pequeño, y débil.

CAPÍTULO 17

CARGA de Damasco. He aquí
Damasco dejó de ser ciudad,
y será montón de ruina.
2 Las ciudades de Aroer desam-
paradas, en majadas se tornarán;
dormirán allí, y no habrá quien
los espante.
3 Y cesará el socorro de Efraím,
y el reino de Damasco; y el re-
manente de Siria, será como la
gloria de los hijos de Israel, dice
el SEÑOR de los ejércitos.
4 Y será que en aquel tiempo la
gloria de Jacob se atenuará, y
enflaqueceráse la grosura de su
carne.
5 Y será como cuando el sega-
dor coge la mies, y con su brazo
siega las espigas: será también
como el que coge espigas en el
valle de Refaim.
6 Y quedarán en él rebuscos,
como cuando sacuden el aceitu-
no, dos o tres granos en la punta
del ramo, cuatro o cinco en sus
ramas fructíferas, dice el SEÑOR
Dios de Israel.
7 En aquel día mirará el hombre
a su Hacedor, y sus ojos contem-
plarán al Santo de Israel.
8 Y no mirará a los altares que
hicieron sus manos, ni mirará a
lo que hicieron sus dedos, ni a
los bosques, ni a las imágenes
del sol.
9 En aquel día las ciudades de su
fortaleza serán como los frutos
que quedan en los pimpollos y en
las ramas, las cuales fueron deja-
das a causa de los hijos de Israel;
y habrá asolamiento.
10 Porque te olvidaste del Dios
de tu salvación, y no te acordas-
te de la roca de tu fortaleza; por
tanto plantarás plantas hermosas,
y sembrarás sarmiento extraño.
11 El día que las plantares, las
harás crecer, y harás que tu si-
miente brote de mañana; mas la
cosecha será arrebatada en el día
del coger, y del dolor desespera-
do.
12 ¡Ay! multitud de muchos
pueblos que harán ruido como
estruendo del mar: y murmullo
de naciones hará alboroto como
murmurio de muchas aguas.
13 Los pueblos harán estrépito
a manera de ruido de grandes
aguas: mas *Dios* le reprenderá,
y huirá lejos; será ahuyentado
como el tamo de los montes de-
lante del viento, y como el polvo
delante del torbellino.
14 Al tiempo de la tarde he aquí
turbación; y antes de la mañana
ya no es. Ésta es la parte de los
que nos huellan, y la suerte de
los que nos saquean.

CAPÍTULO 18

¡AY de la tierra que hace som-
bra con las alas, que está tras
los ríos de Etiopía;
2 Que envía mensajeros por el
mar, y en navíos de junco sobre
las aguas! Andad, ligeros mensa-
jeros, a la gente tirada y repela-
da, al pueblo asombroso desde su
principio y después; gente harta
de esperar y hollada, cuya tierra
destruyeron los ríos.

3 Vosotros, todos los moradores
del mundo y habitantes de la tierra, cuando levantará bandera en los montes, la veréis; y oiréis cuando tocará trompeta.
4 Porque el SEÑOR me dijo así: Reposaréme, y miraré desde mi morada, como sol claro después de la lluvia, como nube de rocío en el calor de la tierra.
5 Porque antes de la siega, cuando el fruto fuere perfecto, y pasada la flor fueren madurando los frutos, entonces podará con podaderas los ramitos, y cortará y quitará las ramas.
6 Y serán dejados todos a las aves de los montes, y a las bestias de la tierra; sobre ellos tendrán el verano las aves, e invernarán todas las bestias de la tierra.
7 En aquel tiempo será traído presente al SEÑOR de los ejércitos, el pueblo tirado y repelado, pueblo asombroso desde su principio y después; gente harta de esperar y hollada, cuya tierra destruyeron los ríos; al lugar del nombre del SEÑOR de los ejércitos, al monte de Sión.

CAPÍTULO 19

CARGA de Egipto. He aquí que el SEÑOR monta sobre una ligera nube, y entrará en Egipto; y los ídolos de Egipto se moverán delante de él, y desleiráse el corazón de los Egipcios en medio de ellos.
2 Y revolveré Egipcios contra Egipcios, y cada uno peleará contra su hermano, cada uno contra su prójimo: ciudad contra ciudad, y reino contra reino.
3 Y el espíritu de Egipto se desvanecerá en medio de él, y destruiré su consejo; y buscarán a sus ídolos, a sus encantadores, a sus hechiceros y a sus adivinos.
4 Y entregaré a Egipto en manos de un señor cruel; y rey violento se enseñoreará de ellos, dice el Señor el SEÑOR de los ejércitos.
5 Y las aguas del mar faltarán, y el río se agotará y secará.
6 Y alejaránse los ríos, se agotarán y secarán las corrientes de los fosos: la caña y el carrizo serán cortados.
7 Las verduras de junto al río, de junto a la ribera del río, y toda sementera del río, se secarán, se perderán, y no serán.
8 Los pescadores también se entristecerán; y harán duelo todos los que echan anzuelo en el río, y desfallecerán los que extienden red sobre las aguas.
9 Los que labran lino fino, y los que tejen redes, serán confundidos;
10 Porque todas sus redes serán rotas: y se entristecerán todos los que hacen viveros para peces.
11 Ciertamente *son* necios los príncipes de Zoán; el consejo de los prudentes consejeros de Faraón, se ha desvanecido. ¿Cómo diréis a Faraón: Yo *soy* hijo de los sabios, e hijo de los reyes antiguos?
12 ¿Dónde están ahora aquellos tus prudentes? Dígante ahora, o hágante saber qué es lo que el SEÑOR de los ejércitos ha determinado sobre Egipto.
13 Hanse desvanecido los príncipes de Zoán, se han engañado los príncipes de Nof: engañaron a Egipto las esquinas de sus familias.
14 El SEÑOR mezcló espíritu perverso en medio de él; e hicieron errar a Egipto en toda su obra,

como desatina el borracho en su
vómito.
15 Y no aprovechará a Egipto
cosa que haga la cabeza o la cola,
el ramo o el junco.
16 En aquel día serán los Egip-
cios como mujeres; porque se
asombrarán y temerán, en la
presencia de la mano alta del
SEÑOR de los ejércitos, que él ha
de levantar sobre ellos.
17 Y la tierra de Judá será de
espanto a Egipto; todo hombre
que de ella se acordare se asom-
brará, por causa del consejo que
el SEÑOR de los ejércitos acordó
sobre aquél.
18 En aquel día habrá cinco ciu-
dades en la tierra de Egipto que
hablen la lengua de Canaán, y
que juren por el SEÑOR de los
ejércitos: una será llamada la
ciudad de destrucción.
19 En aquel tiempo habrá altar
para el SEÑOR en medio de la
tierra de Egipto, y el trofeo del
SEÑOR junto a su término.
20 Y será por señal y por testi-
monio al SEÑOR de los ejércitos
en la tierra de Egipto: porque al
SEÑOR clamarán a causa de sus
opresores, y él les enviará salva-
dor y príncipe que los libre.
21 Y el SEÑOR será conocido de
Egipto, y los de Egipto conocerán
al SEÑOR en aquel día; y harán
sacrificio y oblación; y harán
votos al SEÑOR, y *los* cumplirán.
22 Y herirá el SEÑOR a Egipto,
herirá y sanará; y se convertirán
al SEÑOR, y les será clemente, y
los sanará.
23 En aquel tiempo habrá una
calzada de Egipto a Asiria, y Asi-
rios entrarán en Egipto, y Egip-
cios en Asiria; y los Egipcios ser-
virán con los Asirios.
24 En aquel tiempo, Israel será ter-
cero con Egipto y con Asiria; *será*
bendición en medio de la tierra;
25 Porque el SEÑOR de los ejér-
citos los bendecirá, diciendo:
Bendito el pueblo mío Egipto, y
el Asirio obra de mis manos, e Is-
rael mi heredad.

CAPÍTULO 20

EN el año que vino Tartán a
Asdod, cuando le envió Sar-
gón rey de Asiria, y peleó contra
Asdod y la tomó;
2 En aquel tiempo habló el
SEÑOR por Isaías hijo de Amoz,
diciendo: Ve, y quita el saco de
tus lomos, y descalza los zapatos
de tus pies. E hízolo así, andando
desnudo y descalzo.
3 Y dijo el SEÑOR: De la manera
que anduvo mi siervo Isaías des-
nudo y descalzo tres años, señal
y pronóstico sobre Egipto y sobre
Etiopía;
4 Así llevará el rey de Asiria la
cautividad de Egipto y la trans-
migración de Etiopía, de mozos
y de viejos, desnuda y descalza, y
descubiertas las nalgas para ver-
güenza de Egipto.
5 Y se turbarán y avergonzarán
de Etiopía su esperanza, y de
Egipto su gloria.
6 Y dirá en aquel día el morador
de esta isla: Mirad qué tal fue
nuestra esperanza, donde nos
acogimos por socorro para ser
libres de la presencia del rey de
Asiria: ¿y cómo escaparemos?

CAPÍTULO 21

CARGA del desierto del mar.
Como los torbellinos que
pasan por el desierto de la región
del sur, *así* vienen de la tierra ho-
rrenda.

2 Visión dura me ha sido mostrada. El prevaricador prevarica, y el destructor destruye. Sube, Persa; cerca, Medo. Todo su gemido hice cesar.
3 Por tanto mis lomos se han llenado de dolor; angustias se apoderaron de mí, como angustias de mujer de parto: agobiéme oyendo, y al ver heme espantado.
4 Pasmóse mi corazón, el horror me ha intimidado; la noche de mi deseo se me tornó en espanto.
5 Pon la mesa, mira del atalaya, come, bebe: levantaos, príncipes, ungid el escudo.
6 Porque el Señor me dijo así: Ve, pon centinela que haga saber lo que viere.
7 Y vio un carro de un par de caballeros, un carro de asno, y un carro de camello. Luego miró muy más atentamente.
8 Y gritó como un león: SEÑOR, sobre la atalaya estoy yo continuamente de día, y las noches enteras sobre mi guarda:
9 Y he aquí este carro de hombres viene, un par de caballeros. Después habló, y dijo: Cayó, cayó Babilonia; y todos los ídolos de sus dioses quebrantó en tierra.
10 Trilla mía, y paja de mi era: os he dicho lo que oí del SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel.
11 Carga de Duma. Danme voces de Seir: Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?
12 El guarda respondió: La mañana viene, y después la noche: si preguntareis, preguntad; volved, venid.
13 Carga sobre Arabia. En el monte tendréis la noche en Arabia, oh caminantes de Dedanim.
14 Salid a encontrar al sediento; llevadle aguas, moradores de tierra de Tema, socorred con su pan al que huye.
15 Porque de la presencia de las espadas huyen, de la presencia de la espada desnuda, de la presencia del arco entesado, de la presencia del peso de la batalla.
16 Porque así me ha dicho el Señor: De aquí a un año, semejante a años de mozo de soldada, toda la gloria de Cedar será desecha;
17 Y las reliquias del número de los valientes flecheros, hijos de Cedar, serán apocadas: porque el SEÑOR Dios de Israel lo ha dicho.

CAPÍTULO 22

CARGA del valle de la visión. ¿Qué tienes ahora, que toda tú te has subido sobre los terrados?
2 Tú, llena de alborotos, ciudad turbulenta, ciudad alegre; tus muertos no son muertos a espada, ni muertos en guerra.
3 Todos tus príncipes juntos huyeron del arco, fueron atados: todos los que en ti se hallaron, fueron atados juntamente, *aunque* lejos se habían huído.
4 Por esto dije: Dejadme, lloraré amargamente; no os afanéis por consolarme de la destrucción de la hija de mi pueblo.
5 Porque día es de alboroto, y de huella, y de fatiga por el Señor DIOS de los ejércitos en el valle de la visión, para derribar el muro, y *dar* grita al monte.
6 Y Elam tomó aljaba en carro de hombres y de caballeros; y Kir descubrió escudo.
7 Y acaeció que tus hermosos valles fueron llenos de carros, y los de a caballo acamparon a la puerta.

8 Y desnudó la cobertura de Judá;
y miraste en aquel día hacia la
casa de armas del bosque.
9 Y visteis las roturas de la ciu-
dad de David, que se multiplica-
ron; y recogisteis las aguas de la
pesquera de abajo.
10 Y contasteis las casas de Jeru-
salem, y derribasteis casas para
fortificar el muro.
11 E hicisteis foso entre los dos
muros con las aguas de la pes-
quera vieja: y no tuvisteis respe-
to al que la hizo, ni mirasteis de
lejos al que la labró.
12 Por tanto el Señor DIOS de
los ejércitos llamó en este día a
llanto y a endechas, a mesar y a
vestir saco.
13 Y he aquí gozo y alegría, ma-
tando vacas y degollando ovejas,
comer carne y beber vino, *dicien-
do*: Comamos y bebamos, que
mañana moriremos.
14 Esto fue revelado a mis oídos
de parte del SEÑOR de los ejér-
citos: Que este pecado no os será
perdonado hasta que muráis, dice
el Señor DIOS de los ejércitos.
15 El Señor DIOS de los ejércitos
dice así: Ve, entra a este tesorero,
a Sebna el mayordomo, *y díle*:
16 ¿Qué tienes tú aquí, o a quién
tienes tú aquí, que labraste aquí
sepulcro para ti, *como* el que en
lugar alto labra su sepultura, o
el que esculpe para sí morada en
una peña?
17 He aquí que el SEÑOR te tras-
portará en duro cautiverio, y de
cierto te cubrirá *el rostro*.
18 Te echará a rodar con ímpetu,
como a bola por tierra larga de
términos: allá morirás, y allá es-
tarán los carros de tu gloria, oh
vergüenza de la casa de tu señor.
19 Y arrojarte he de tu lugar,
y de tu puesto te empujaré.
20 Y será que, en aquel día, lla-
maré a mi siervo Eliacim, hijo de
Hilquías;
21 Y vestirélo de tus vestiduras, y
le fortaleceré con tu talabarte, y
entregaré en sus manos tu potes-
tad; y será padre al morador de
Jerusalem, y a la casa de Judá.
22 Y pondré la llave de la casa de
David sobre su hombro; y abrirá,
y nadie cerrará; cerrará, y nadie
abrirá.
23 E hincarélo como clavo en
lugar firme; y será por asiento de
honra a la casa de su padre.
24 Y colgarán de él toda la honra
de la casa de su padre, los hijos y
los nietos, todos los vasos meno-
res, desde los vasos de beber
hasta todos los instrumentos de
música.
25 En aquel día, dice el SEÑOR
de los ejércitos, el clavo hinca-
do en lugar firme será quitado, y
será quebrado y caerá; y la carga
que sobre él se puso, se echará a
perder; porque el SEÑOR habló.

CAPÍTULO 23

CARGA de Tiro. Aullad naves
de Tarsis, porque destruída
es hasta no quedar casa, ni en-
trada: de la tierra de Quitim les
es revelado.
2 Callad, moradores de la isla,
mercader de Sidón, que pasando
el mar te henchían.
3 Su provisión era de las semen-
teras *que crecen* con las muchas
aguas del Nilo, de la mies del río.
Fue también feria de gentes.
4 Avergüénzate, Sidón, porque el
mar, la fortaleza del mar habló,
diciendo: Nunca estuve de parto,
ni parí, ni crié mancebos, ni le-
vanté vírgenes.

5 En llegando la fama a Egipto,
tendrán dolor de las nuevas de
Tiro.
6 Pasaos a Tarsis; aullad, moradores de la isla.
7 ¿No era ésta vuestra *ciudad* alegre, su antigüedad de muchos días? Sus pies la llevarán a peregrinar lejos.
8 ¿Quién decretó esto sobre Tiro la coronada, cuyos negociantes eran príncipes, cuyos mercaderes eran los nobles de la tierra?
9 El SEÑOR de los ejércitos lo decretó, para envilecer la soberbia de toda gloria; y para abatir todos los ilustres de la tierra.
10 Pasa cual río de tu tierra, oh hija de Tarsis; porque no tendrás ya más fortaleza.
11 Extendió su mano sobre el mar, hizo temblar los reinos: el SEÑOR mandó sobre Canaán que sus fuerzas sean debilitadas.
12 Y dijo: No te alegrarás más, oh tú, oprimida virgen hija de Sidón. Levántate para pasar a Quitim; y aun allí no tendrás reposo.
13 Mira la tierra de los Caldeos; este pueblo no era; Asur la fundó para los que habitaban en el desierto: levantaron sus fortalezas, edificaron sus palacios; él la convirtió en ruinas.
14 Aullad, naves de Tarsis; porque destruída es vuestra fortaleza.
15 Y acontecerá en aquel día, que Tiro será puesta en olvido por setenta años, como días de un rey. Después de los setenta años, cantará Tiro canción como de ramera.
16 Toma arpa, y rodea la ciudad, oh ramera olvidada: haz buena melodía, reitera la canción, porque tornes en memoria.
17 Y acontecerá, que al fin de los setenta años visitará el SEÑOR a Tiro: y tornaráse a su ganancia, y otra vez fornicará con todos los reinos de la tierra sobre la faz de la tierra.
18 Mas su negociación y su ganancia será consagrada al SEÑOR: no se guardará ni se atesorará, porque su negociación será para los que estuvieren delante del SEÑOR, para que coman hasta hartarse, y vistan honradamente.

CAPÍTULO 24

HE aquí que el SEÑOR vacía la tierra, y la desnuda, y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores.
2 Y será como el pueblo, tal el sacerdote; como el siervo, tal su señor; como la criada, tal su señora; tal el que compra, como el que vende; tal el que da emprestado, como el que toma prestado; tal el que da a logro, como el que lo recibe.
3 Del todo será vaciada la tierra, y enteramente saqueada; porque el SEÑOR ha pronunciado esta palabra.
4 Destruyóse, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra.
5 Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno.
6 Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y se disminuyeron los hombres.
7 Perdióse el vino, enfermó la vid, gimieron todos los que eran alegres de corazón.

8 Cesó el regocijo de los pandero
ros, acabóse el estruendo de los
que se huelgan, paró la alegría
del arpa.
9 No beberán vino con cantar: la
bebida será amarga a los que la
bebieren.
10 Quebrantada está la ciudad de
la vanidad; toda casa se ha cerra-
do, porque no entre nadie.
11 Voces sobre el vino en las pla-
zas; todo gozo se oscureció, des-
terróse la alegría de la tierra.
12 En la ciudad quedó soledad,
y con asolamiento fue herida la
puerta.
13 Porque así será en medio de la
tierra, en medio de los pueblos,
como aceituno sacudido, como
rebuscos acabada la vendimia.
14 Éstos alzarán su voz, can-
tarán gozosos en la grandeza
del SEÑOR, desde el mar darán
voces.
15 Glorificad por esto al SEÑOR
en los valles: en islas del mar sea
nombrado el SEÑOR Dios de Is-
rael.
16 De lo postrero de la tierra
oímos cánticos: Gloria al justo. Y
yo dije: ¡Mi flaqueza, mi flaque-
za, ay de mí! Prevaricadores han
prevaricado; y han prevaricado
con prevaricación de desleales.
17 Terror y sima y lazo sobre ti,
oh morador de la tierra.
18 Y acontecerá que el que huirá
de la voz del terror, caerá en
la sima; y el que saliere de en
medio de la sima, será preso del
lazo: porque de lo alto se abrie-
ron ventanas, y temblarán los
fundamentos de la tierra.
19 Quebrantaráse del todo la tie-
rra, enteramente desmenuzada
será la tierra, en gran manera
será la tierra conmovida.
20 Temblará la tierra vacilando
como un borracho, y será remo-
vida como una choza; y agrava-
ráse sobre ella su pecado, y caerá,
y nunca más se levantará.
21 Y acontecerá en aquel día, que
el SEÑOR visitará sobre el ejérci-
to sublime en lo alto, y sobre los
reyes de la tierra *que hay* sobre
la tierra.
22 Y serán amontonados como
se amontonan encarcelados en
mazmorra, y en prisión queda-
rán encerrados, y serán visitados
después de muchos días.
23 La luna se avergonzará, y
el sol se confundirá, cuando el
SEÑOR de los ejércitos reinare
en el monte de Sión, y en Jeru-
salem, y delante de sus ancianos
fuere glorioso.

CAPÍTULO 25

OH SEÑOR, tú eres mi Dios: te
ensalzaré, alabaré tu nom-
bre; porque has hecho maravi-
llas, los consejos antiguos, la
verdad firme.
2 Que tornaste la ciudad en mon-
tón, la ciudad fuerte en ruina: el
alcázar de los extraños que no
sea ciudad, ni nunca jamás sea
reedificada.
3 Por esto te dará gloria el pue-
blo fuerte, te temerá la ciudad de
gentes robustas.
4 Porque fuiste fortaleza al pobre,
fortaleza al menesteroso en su
aflicción, amparo contra el tur-
bión, sombra contra el calor: por-
que el ímpetu de los violentos es
como turbión contra frontispicio.
5 Como el calor en lugar seco, *así*
humillarás el orgullo de los ex-
traños; y como calor debajo de
nube, harás marchitar el pimpo-
llo de los robustos.

6 Y el SEÑOR de los ejércitos
hará en este monte a todos los
pueblos convite de engordados,
convite de purificados, de grue-
sos tuétanos, de purificados lí-
quidos.
7 Y deshará en este monte la
máscara de la cobertura con que
están cubiertos todos los pueblos,
y la cubierta que está extendida
sobre todas las gentes.
8 Tragará la muerte para siem-
pre; y enjugará el Señor DIOS
toda lágrima de todos los rostros:
y quitará la afrenta de su pue-
blo de toda la tierra: porque el
SEÑOR lo ha dicho.
9 Y se dirá en aquel día: He aquí
éste es nuestro Dios, le hemos
esperado, y nos salvará: éste es
el SEÑOR a quien hemos espera-
do, nos gozaremos y nos alegra-
remos en su salvación.
10 Porque la mano del SEÑOR
reposará en este monte, y Moab
será trillado debajo de él, como
es trillada la paja en el muladar.
11 Y extenderá su mano por en
medio de él, como la extiende
el nadador para nadar: y abatirá
su soberbia con los miembros de
sus manos:
12 Y allanará la fortaleza de tus
altos muros: la humillará y echa-
rá a tierra, hasta el polvo.

CAPÍTULO 26

EN aquel día cantarán este
cantar en tierra de Judá:
Fuerte ciudad tenemos: salvación
puso *Dios* por muros y antemuro.
2 Abrid las puertas, y entrará
la gente justa, guardadora de
verdades.
3 Tú *le* guardarás en perfecta paz,
cuya mente en *ti* persevera; por-
que en ti se ha confiado.
4 Confiad en el SEÑOR por
siempre: porque en el SEÑOR
JEHOVÁ *está* la fortaleza eterna.
5 Porque derribó los que moraban
en lugar sublime: humilló la ciu-
dad ensalzada, humillóla hasta la
tierra, derribóla hasta el polvo.
6 Hollarála pie, los pies del afli-
gido, los pasos de los menestero-
sos.
7 El camino del justo es rectitud:
Tú, Recto, pesas el camino del
justo.
8 También en el camino de tus
juicios, oh SEÑOR, te hemos es-
perado: a tu nombre y a tu me-
moria es el deseo del alma.
9 Con mi alma te he deseado
en la noche; y en tanto que me
durare el espíritu en medio de
mí, madrugaré a buscarte: por-
que luego que hay juicios tuyos
en la tierra, los moradores del
mundo aprenden justicia.
10 Alcanzará piedad el impío, y
no aprenderá justicia; en tierra
de rectitud hará iniquidad, y no
mirará a la majestad del SEÑOR.
11 SEÑOR, bien que se levante tu
mano, no ven: verán *al cabo*, y se
avergonzarán los que envidian a
tu pueblo; y a tus enemigos fuego
los consumirá.
12 SEÑOR, tú nos depararás paz;
porque también obraste en noso-
tros todas nuestras obras.
13 Oh SEÑOR Dios nuestro, seño-
res se han enseñoreado de noso-
tros fuera de ti; mas en ti sola-
mente nos acordaremos de tu
nombre.
14 Muertos *son*, no vivirán: han
fallecido, no resucitarán: por-
que los visitaste, y destruiste, y
deshiciste toda su memoria.
15 Añadiste al pueblo, oh SEÑOR,
añadiste al pueblo: hicístete glo-

rioso: extendístel*o hasta* todos los
términos de la tierra.
16 SEÑOR, en la tribulación te
buscaron: derramaron oración
cuando los castigaste.
17 Como la preñada *cuando* se
acerca el parto gime, y da gritos
con sus dolores, así hemos sido
delante de ti, oh SEÑOR.
18 Concebimos, tuvimos dolores
de parto, parimos como viento:
salvación ninguna hicimos en la
tierra, ni cayeron los moradores
del mundo.
19 Tus muertos vivirán; *junto con*
mi cuerpo muerto resucitarán
¡Despertad y cantad, moradores
del polvo! porque tu rocío, *cual*
rocío de hortalizas; y la tierra
echará los muertos.
20 Anda, pueblo mío, éntrate en
tus aposentos, cierra tras ti tus
puertas; escóndete un poquito,
por un momento, en tanto que
pasa la ira.
21 Porque he aquí que el SEÑOR
sale de su lugar, para visitar la
maldad del morador de la tierra
contra él; y la tierra descubrirá
sus sangres, y no más encubrirá
sus muertos.

CAPÍTULO 27

EN aquel día el SEÑOR castigará con su espada dura,
grande y fuerte, sobre Leviatán,
serpiente veloz, y sobre Leviatán
serpiente tortuosa; y matará al
dragón que está en el mar.
2 En aquel día cantad de la viña
del vino rojo.
3 Yo el SEÑOR la guardo, cada
momento la regaré; guardaréla
de noche y de día, porque nadie
la visite.
4 No hay en mí enojo. ¿Quién
pondrá contra mí en batalla espinas y cardos? Yo los hollaré, quemarélos juntamente.
5 ¿O forzará *alguien* mi fortaleza?
Haga conmigo paz, *sí*, haga paz
conmigo.
6 Días vendrán cuando Jacob
echará raíces, florecerá y echará renuevos Israel, y la faz del
mundo se henchirá de fruto.
7 ¿Acaso ha sido herido como
quien lo hirió? ¿o ha sido muerto
como los que lo mataron?
8 Con medida la castigarás en
sus vástagos. Él reprime su recio
viento en el día del aire solano.
9 De esta manera pues será purgada la iniquidad de Jacob; y éste
será todo el fruto, la remoción de
su pecado, cuando tornare todas
las piedras del altar como piedras de cal desmenuzadas, y no
se levantarán los bosques, ni las
imágenes del sol.
10 Porque la ciudad fortalecida será asolada, la morada será
desamparada y dejada como un
desierto: allí se apacentará el
becerro, allí tendrá su majada, y
acabará sus ramas.
11 Cuando sus ramas se secaren,
serán quebradas; mujeres vendrán a encenderlas: porque aquél
no es pueblo de entendimiento;
por tanto su Hacedor no tendrá
de él misericordia, ni se compadecerá de él el que lo formó.
12 Y acontecerá en aquel día,
que herirá el SEÑOR desde el
álveo del río hasta el torrente de
Egipto, y vosotros, hijos de Israel,
seréis reunidos uno a uno.
13 Acontecerá también en aquel
día, que se tañerá con gran trompeta, y vendrán los que habían
sido esparcidos en la tierra de
Asiria, y los que habían sido
echados en tierra de Egipto, y

adorarán al SEÑOR en el monte
santo, en Jerusalem.

CAPÍTULO 28

¡AY de la corona de soberbia, de
los ebrios de Efraím, y de la flor
caduca de la hermosura de su
gloria, que está sobre la cabeza
del valle fértil de los aturdidos
del vino!
2 He aquí el Señor tiene un fuer-
te y poderoso: como turbión de
granizo y como torbellino tras-
tornador; como ímpetu de recias
aguas que inundan, con fuerza
derriba a tierra.
3 Con los pies será hollada la
corona de soberbia de los borra-
chos de Efraím;
4 Y será la flor caduca de la her-
mosura de su gloria que está
sobre la cabeza del valle fértil,
como la fruta temprana, la pri-
mera del verano, la cual, en vién-
dola el que la mira, se la traga
tan luego como la tiene a mano.
5 En aquel día el SEÑOR de los
ejércitos será por corona de glo-
ria y diadema de hermosura a las
reliquias de su pueblo;
6 Y por espíritu de juicio al que
se sentare en juicio, y por fortale-
za a los que harán tornar la bata-
lla hasta la puerta.
7 Mas también éstos erraron con
el vino, y con la bebida fuerte
se entontecieron; el sacerdote y
el profeta erraron con la bebida
fuerte, fueron trastornados del
vino, aturdiéronse con la bebida
fuerte, erraron en la visión, tro-
pezaron *en* el juicio.
8 Porque todas las mesas están
llenas de vómito y suciedad,
hasta no *haber* lugar *limpio*.
9 ¿A quién se enseñará conoci-
miento, o a quién se hará enten-
der doctrina? ¿A los quitados de
la leche? ¿a los arrancados de los
pechos?
10 Porque mandamiento tras
mandamiento, mandato sobre
mandato, renglón tras renglón,
línea sobre línea, un poquito allí,
otro poquito allá:
11 Porque en lengua de tartamu-
dos, y en extraña lengua hablará
a este pueblo,
12 A los cuales él dijo: Éste *es* el
reposo: dad reposo al cansado; y
éste es el refrigerio: mas no qui-
sieron oír.
13 La palabra pues del SEÑOR
les será mandamiento tras man-
damiento, mandato sobre man-
dato, renglón tras renglón, línea
sobre línea, un poquito allí, otro
poquito allá; que vayan y caigan
de espaldas, y sean quebranta-
dos, y enlazados, y presos.
14 Por tanto, varones burladores,
que estáis enseñoreados sobre
este pueblo que está en Jeru-
salem, oid la palabra del SEÑOR.
15 Porque habéis dicho: Concier-
to tenemos hecho con la muer-
te, e hicimos acuerdo con el in-
fierno; cuando pasare el turbión
del azote, no llegará a nosotros,
porque hemos puesto nuestro re-
fugio en la mentira, y debajo la
falsedad nos hemos escondido:
16 Por tanto, el Señor DIOS dice
así: He aquí que yo fundo en
Sión una piedra, piedra de forta-
leza, de esquina, de precio, de
cimiento estable: el que creyere,
no se apresure.
17 Y ajustaré el juicio a cordel, y
a nivel la justicia; y granizo ba-
rrerá la acogida de la mentira, y
aguas arrollarán el escondrijo.
18 Y será anulado vuestro con-
cierto con la muerte, y vuestro

acuerdo con el infierno no será
firme: cuando pasare el turbión
del azote, seréis de él hollados.
19 Luego que comenzare a pasar,
él os arrebatará; porque de
mañana de mañana pasará, de
día y de noche; y será que el es-
panto solamente haga entender
lo oído.
20 Porque la cama *es tan* angosta
que no basta, y la cubierta estre-
cha para recoger.
21 Porque el SEÑOR se levantará
como en el monte Perasim, como
en el valle de Gabaón se enojará;
para hacer su obra, su extraña
obra, y para hacer su operación,
su extraña operación.
22 Ahora pues, no os burléis,
porque no se aprieten más vues-
tras ataduras: porque consuma-
ción y acabamiento sobre toda la
tierra he oído del Señor DIOS de
los ejércitos.
23 Estad atentos, y oid mi voz;
estad atentos, y oid mi dicho.
24 El que ara para sembrar,
¿arará todo el día; romperá y
quebrará los terrones de la tierra?
25 Después que hubiere iguala-
do su superficie, ¿no derramará
la neguilla, sembrará el comino,
pondrá el trigo por su orden, y la
cebada en su señal, y la avena en
su término?
26 Porque su Dios le instruye, y
le enseña a juicio;
27 Que la neguilla no se trillará
con trillo, ni sobre el comino ro-
dará rueda de carreta; sino que
con un palo se sacude la neguilla,
y el comino con una vara.
28 El pan se trilla; mas no siem-
pre lo trillará, ni lo comprimirá
con la rueda de su carreta, ni lo
quebrantará con los dientes *de su
trillo*.
29 También esto salió del SEÑOR
de los ejércitos, para hacer mara-
villoso el consejo y engrandecer
la sabiduría.

CAPÍTULO 29

¡AY de Ariel, ciudad donde habi-
tó David! Añadid un año a otro,
mátense víctimas.
2 Mas yo pondré a Ariel en apre-
tura, y será desconsolada y triste;
y será a mí como Ariel.
3 Porque asentaré campo contra
ti en derredor, y te combatiré
con ingenios, y levantaré contra
ti baluartes.
4 Entonces serás humillada, ha-
blarás desde la tierra, y tu habla
saldrá del polvo; y será tu voz de
la tierra como de uno que tiene
espíritu de hechicería, y tu habla
susurrará desde el polvo.
5 Y la muchedumbre de tus ex-
tranjeros será como polvo menu-
do, y la multitud de los fuertes
como tamo que pasa; y será re-
pentinamente, en un momento.
6 Del SEÑOR de los ejércitos
serás visitada con truenos y con
terremotos y con gran ruido, con
torbellino y tempestad, y llama
de fuego consumidor.
7 Y será como sueño de visión
nocturna la multitud de todas las
gentes que pelearán contra Ariel,
y todos los que pelearán contra
ella y sus ingenios, y los que la
pondrán en apretura.
8 Y será como el que tiene
hambre y sueña, y parece que
come; mas cuando despier-
ta, su alma está vacía; o como
el que tiene sed y sueña, y pa-
rece que bebe; mas cuando se
despierta, hállase cansado, y su
alma sedienta: así será la multi-
tud de todas las gentes que pe-

learán contra el monte de Sión.
9 Deteneos y maravillaos; ofuscaos y cegad; embriagaos, y no de vino; titubead, y no de sidra.
10 Porque el SEÑOR extendió sobre vosotros espíritu de sueño profundo, y cerró vuestros ojos: cubrió vuestros profetas, y vuestros principales videntes.
11 Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado.
12 Y si se diere el libro al que no sabe leer, diciéndole: Lee ahora esto; él dirá: No sé leer.
13 Dice pues el Señor: Porque este pueblo se *me* acerca con su boca, y con sus labios me honra, mas su corazón alejó de mí, y su temor para conmigo fue enseñado por mandamiento de hombres:
14 Por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá el entendimiento de sus prudentes.
15 ¡Ay de los que se esconden del SEÑOR, encubriendo el consejo, y sus obras son en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce?
16 Vuestra subversión ciertamente será reputada como el barro del alfarero. ¿La obra dirá de su hacedor, No me hizo; y dirá el vaso de aquel que lo ha formado, No entendió?
17 ¿No será tornado de aquí a muy poco tiempo el Líbano en Carmelo, y el Carmelo será estimado por bosque?
18 Y en aquel tiempo los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas.
19 Entonces los humildes crecerán en alegría en el SEÑOR, y los pobres de los hombres se gozarán en el Santo de Israel.
20 Porque el violento será acabado, y el escarnecedor será consumido: serán talados todos los que madrugaban a la iniquidad.
21 Los que hacían pecar al hombre en palabra; los que armaban lazo al que reprendía en la puerta, y torcieron lo justo en vanidad.
22 Por tanto, el SEÑOR que redimió a Abraham, dice así a la casa de Jacob: No será ahora confundido Jacob, ni su rostro se pondrá pálido;
23 Porque verá a sus hijos, obra de mis manos en medio de sí, que santificarán mi nombre; y santificarán al Santo de Jacob, y temerán al Dios de Israel.
24 Y los errados de espíritu aprenderán entendimiento, y los murmuradores aprenderán doctrina.

CAPÍTULO 30

¡AY de los hijos rebeldes, dice el SEÑOR, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu, añadiendo pecado a pecado!
2 Pártense para descender a Egipto, y no han preguntado mi boca; para fortificarse con la fuerza de Faraón, y poner su esperanza en la sombra de Egipto.
3 Mas la fortaleza de Faraón se os tornará en vergüenza, y el amparo en la sombra de Egipto en confusión.
4 Cuando estarán sus príncipes en Zoán, y sus embajado-

res habrán llegado a Hanes,
5 Se avergonzarán todos del pue-
blo que no les aprovechará, ni
los socorrerá, ni les traerá prove-
cho; antes *les será* para vergüen-
za, y aun para oprobio.
6 Carga de las bestias del sur:
Por tierra de tribulación y de an-
gustia, de donde salen la leona
y el león, la víbora y la serpien-
te que vuela, llevan sobre lomos
de jumentos sus riquezas, y sus
tesoros sobre corcovas de came-
llos, a un pueblo que no *les* será
de provecho.
7 Ciertamente Egipto en vano
e inútilmente dará ayuda; por
tanto yo le di voces, que su forta-
leza *sería* estarse quietos.
8 Ve pues ahora, y escribe esta *vi-
sión* en una tabla delante de ellos,
y asiéntala en un libro, para que
quede hasta el postrero día, por
siempre jamás.
9 Que este pueblo es rebelde,
hijos mentirosos, hijos que no
quisieron oír la ley del SEÑOR;
10 Que dicen a los videntes: No
veáis; y a los profetas: No nos
profeticéis lo recto, decidnos
cosas halagüeñas, profetizad
mentiras;
11 Dejad el camino, apartaos de
la senda, haced cesar de nuestra
presencia al Santo de Israel.
12 Por tanto el Santo de Israel
dice así: Porque desechasteis esta
palabra, y confiasteis en violen-
cia y en iniquidad, y en ello os
habéis apoyado;
13 Por tanto os será este peca-
do como *pared* abierta que se va
a caer, *y como* corcova en alto
muro, cuya caída viene súbita y
repentinamente.
14 Y quebrarálo como se quiebra
un vaso de alfarero, *que* sin mise-
ricordia lo hacen menuzos; tanto,
que entre los pedazos no se halla
tiesto para traer fuego del hogar,
o para coger agua de la poza.
15 Porque así dijo el Señor DIOS,
el Santo de Israel: En descanso y
en reposo seréis salvos; en quie-
tud y en confianza será vuestra
fortaleza. Y no quisisteis,
16 Sino que dijisteis: No, antes
huiremos en caballos: por tanto
vosotros huiréis. Sobre ligeros
cabalgaremos: por tanto serán li-
geros vuestros perseguidores.
17 Un millar *huirá* a la amenaza
de uno; a la amenaza de cinco
huiréis vosotros *todos*; hasta que
quedéis como mástil en la cum-
bre de un monte, y como bande-
ra sobre cabezo.
18 Empero el SEÑOR esperará
para tener piedad de vosotros, y
por tanto será ensalzado tenien-
do de vosotros misericordia: por-
que el SEÑOR es Dios de juicio:
bienaventurados todos los que le
esperan.
19 Ciertamente el pueblo mora-
rá en Sión, en Jerusalem: nunca
más llorarás; el que tiene miseri-
cordia se apiadará de ti; en oyen-
do la voz de tu clamor te respon-
derá.
20 Bien que os dará el Señor pan
de congoja y agua de angustia,
con todo, tus enseñadores nunca
más te serán quitados, sino que
tus ojos verán tus enseñadores.
21 Entonces tus oídos oirán a tus
espaldas palabra que diga: Éste
es el camino, andad por él; y no
echéis a la mano derecha, ni tam-
poco torzáis a la mano izquierda.
22 Entonces profanarás la cober-
tura de tus esculturas de plata, y
la vestidura de tu vaciadizo de
oro: las apartarás como *trapo* de

menstruo: ¡Sal fuera! les dirás.
23 Entonces él te dará lluvia a tu sementera, cuando la tierra sembrares; y pan del fruto de la tierra; y será abundante y pingüe; tus ganados en aquel tiempo serán apacentados en anchas dehesas.
24 Tus bueyes y tus asnos que labran la tierra, comerán grano limpio, el cual será aventado con pala y criba.
25 Y sobre todo monte alto, y sobre todo collado subido, habrá ríos y corrientes de aguas el día de la gran matanza, cuando caerán las torres.
26 Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días, el día que soldará el SEÑOR la quebradura de su pueblo, y curará la llaga de su herida.
27 He aquí que el nombre del SEÑOR viene de lejos: su rostro encendido, y grave de sufrir; sus labios llenos de ira, y su lengua como fuego que consume;
28 Y su aliento, cual torrente que inunda: llegará hasta el cuello, para zarandear las gentes con criba de destrucción; y el freno *estará* en las quijadas de los pueblos, haciéndo*les* errar.
29 Vosotros tendréis canción, como en noche en que se celebra pascua; y alegría de corazón, como el que va con flauta para venir al monte del SEÑOR, al Fuerte de Israel.
30 Y el SEÑOR hará oír su voz potente, y hará ver el descender de su brazo, con furor de rostro, y llama de fuego consumidor; con dispersión, con avenida, y piedra de granizo.
31 Porque Asur que hirió con palo, con la voz del SEÑOR será quebrantado.
32 Y en todo paso habrá madero fundado, que el SEÑOR hará hincar sobre él con tamboriles y vihuelas, cuando con batallas de altura peleará contra ellos.
33 Porque Tofet ya de tiempo está ordenado; para el rey también está preparado; lo ha hecho profundo y ancho: su pira es de fuego y mucha leña; el soplo del SEÑOR, como torrente de azufre, lo enciende.

CAPÍTULO 31

¡AY de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en caballeros, porque son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan al SEÑOR!
2 Mas él también es sabio, y traerá el mal, y no retirará sus palabras. Levantaráse pues contra la casa de los malignos, y contra el auxilio de los obradores de iniquidad.
3 Y los Egipcios hombres son, y no Dios; y sus caballos carne, y no espíritu: de manera que en extendiendo el SEÑOR su mano, caerá el ayudador, y caerá el ayudado, y todos ellos desfallecerán a una.
4 Porque el SEÑOR me dijo a mí de esta manera: Como el león y el cachorro del león ruge sobre su presa, y si se llega contra él cuadrilla de pastores, no temerá por sus voces, ni se acobardará por el tropel de ellos: así el SEÑOR de los ejércitos descenderá a pelear por el monte de Sión, y por su collado.

5 Como las aves que vuelan, así
amparará el SEÑOR de los ejér-
citos a Jerusalem, defendiendo
también *él la* librará, *y* pasando
sobre *ella* él la preservará.
6 Convertíos a aquel contra
quien los hijos de Israel profun-
damente se rebelaron.
7 Porque en aquel día arrojará el
hombre sus ídolos de plata, y sus
ídolos de oro, que para vosotros
han hecho vuestras manos peca-
doras.
8 Entonces caerá el Asur por es-
pada, no de varón; y consumirálo
espada, no de hombre; y huirá
de la presencia de la espada, y
sus mancebos serán tributarios.
9 Y de miedo pasará su fortaleza,
y sus príncipes tendrán pavor de
la bandera, dice el SEÑOR, cuyo
fuego está en Sión, y su horno en
Jerusalem.

CAPÍTULO 32

HE aquí que en justicia reina-
rá un rey, y príncipes presi-
dirán en juicio.
2 Y será aquel varón como escon-
dedero contra el viento, y como
acogida contra el turbión; como
arroyos de aguas en tierra de se-
quedad, como sombra de gran
roca en tierra calurosa.
3 No se ofuscarán entonces los
ojos de los que ven, y los oídos
de los oyentes oirán atentos.
4 Y el corazón de los necios en-
tenderá el conocimiento, y la
lengua de los tartamudos será
desenvuelta para hablar clara-
mente.
5 El mezquino nunca más será
llamado liberal, ni será dicho ge-
neroso el avariento.
6 Porque el mezquino hablará
mezquindades, y su corazón fa-
bricará iniquidad, para hacer la
impiedad y para hablar escarnio
contra el SEÑOR, dejando vacía
el alma hambrienta, y quitando
la bebida al sediento.
7 Cierto los avaros malas medi-
das *tienen*: él maquina pensa-
mientos para enredar a los sim-
ples con palabras cautelosas, y
para hablar en juicio *contra* el
pobre.
8 Mas el liberal pensará liberali-
dades, y por liberalidades subirá.
9 Mujeres reposadas, levantaos,
oid mi voz; confiadas, escuchad
mi razón.
10 Días y años tendréis espanto,
oh confiadas; porque la vendi-
mia faltará, y la cosecha no acu-
dirá.
11 Temblad, oh reposadas; tur-
baos, oh confiadas: despojaos,
desnudaos, ceñid los lomos *con
saco.*
12 Sobre los pechos lamentarán
por los campos deleitosos, por la
vid fértil.
13 Sobre la tierra de mi pueblo
subirán espinas y cardos; y aun
sobre todas las casas de placer en
la ciudad de alegría.
14 Porque los palacios serán de-
siertos, la multitud de la ciudad
cesará: las torres y fortalezas se
tornarán cuevas para siempre,
donde huelguen asnos monteses,
y ganados hagan majada:
15 Hasta que sobre nosotros sea
derramado espíritu de lo alto, y
el desierto se torne en campo
labrado, y el campo labrado sea
estimado por bosque.
16 Y habitará el juicio en el de-
sierto, y en el campo labrado
asentará la justicia.
17 Y el efecto de la justicia será
paz; y la labor de justicia, re-

poso y seguridad para siempre.
18 Y mi pueblo habitará en morada de paz, y en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.
19 Y el granizo, cuando descendiere, *será* en los montes; y la ciudad será del todo abatida.
20 Dichosos vosotros los que sembráis sobre todas aguas, y metéis *en ellas* el pie de buey y de asno.

CAPÍTULO 33

¡AY de ti, el que saqueas, y nunca fuiste saqueado; el que haces deslealtad, bien que nadie contra ti la hizo! Cuando acabares de saquear, serás tú saqueado; y cuando acabares de hacer deslealtad, haráse contra ti.
2 Oh SEÑOR, ten misericordia de nosotros, a ti hemos esperado: tú, brazo de ellos en la mañana, sé también nuestra salvación en tiempo de la tribulación.
3 Los pueblos huyeron a la voz del estruendo; las gentes fueron esparcidas por tus levantamientos.
4 Mas vuestra presa será cogida como cuando cogen las orugas: correrá sobre ellos como de una a otra parte corren las langostas.
5 Será ensalzado el SEÑOR, el cual mora en las alturas: llenó a Sión de juicio y de justicia.
6 Y *reinarán* en tus tiempos la sabiduría y el conocimiento, y la fuerza de la salvación: el temor del SEÑOR *será* su tesoro.
7 He aquí que sus embajadores darán voces afuera; los mensajeros de paz llorarán amargamente.
8 Las calzadas están desechas, cesaron los caminantes: anulado ha el pacto, aborreció las ciudades, tuvo en nada los hombres.
9 Enlutóse, enfermó la tierra: el Líbano se avergonzó, y fue cortado: hase tornado Sarón como desierto; y Basán y Carmel fueron sacudidos.
10 Ahora me levantaré, dice el SEÑOR; ahora seré ensalzado, ahora seré engrandecido.
11 Concebisteis hojarascas, aristas pariréis: el soplo de vuestro fuego os consumirá.
12 Y los pueblos serán como cal quemada: como espinas cortadas serán quemados con fuego.
13 Oid, los que estáis lejos, lo que he hecho; y vosotros los cercanos, conoced mi potencia.
14 Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿quién de nosotros habitará con las llamas eternas?
15 El que camina en justicia, y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos por no recibir cohecho, el que tapa su oreja por no oír sangres, el que cierra sus ojos por no ver cosa mala:
16 Éste habitará en las alturas: fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento; se *le* dará su pan, y sus aguas serán ciertas.
17 Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos.
18 Tu corazón imaginará el espanto, *y dirá*: ¿Qué es del escriba? ¿qué del pesador? ¿qué del que pone en lista las casas más insignes?
19 No verás a aquel pueblo espantable, pueblo de lengua oscura de entender, de lengua tartamuda que no comprendas.
20 Mira a Sión, ciudad de nues-

tras solemnidades: tus ojos verán a Jerusalem, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota.
21 Porque ciertamente allí será el SEÑOR para con nosotros fuerte, lugar de ríos, de arroyos muy anchos, por el cual no andará galera, ni por él pasará grande navío.
22 Porque el SEÑOR es nuestro juez, el SEÑOR es nuestro legislador, el SEÑOR es nuestro Rey, él mismo nos salvará.
23 Tus cuerdas se aflojaron; no afirmaron su mástil, ni entesaron la vela: repartiráse entonces presa de muchos despojos: los cojos arrebatarán presa.
24 No dirá el morador: Estoy enfermo: el pueblo que morare en ella será absuelto de pecado.

CAPÍTULO 34

GENTES, allegaos a oír; y escuchad, pueblos. Oiga la tierra y lo que la hinche, el mundo y todo lo que él produce.
2 Porque el SEÑOR está airado sobre todas las gentes, e irritado sobre todo el ejército de ellas: destruirálas y entregarálas al matadero.
3 Y los muertos de ellas serán arrojados, y de sus cadáveres se levantará hedor; y los montes se desleirán por la sangre de ellos.
4 Y todo el ejército del cielo se corromperá, y plegarse han los cielos como un libro: y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera.
5 Porque en el cielo se embriagará mi espada: he aquí que descenderá sobre Edom en juicio, y sobre el pueblo de mi anatema.
6 Llena está de sangre la espada del SEÑOR, engrasada está de grosura, de sangre de corderos y de cabritos, de grosura de riñones de carneros: porque el SEÑOR tiene sacrificios en Bosra, y grande matanza en tierra de Edom.
7 Y con ellos vendrán abajo unicornios, y toros con becerros; y su tierra se embriagará de sangre, y su polvo se engrasará de grosura.
8 Porque es día de venganza del SEÑOR, año de retribuciones en el pleito de Sión.
9 Y sus arroyos se tornarán en pez, y su polvo en azufre, y su tierra en pez ardiente.
10 No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo: de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella.
11 Y la poseerán el pelícano y el mochuelo, la lechuza y el cuervo morarán en ella: y extenderáse sobre ella cordel de destrucción, y niveles de asolamiento.
12 Llamarán a sus príncipes, príncipes sin reino: y todos sus grandes serán nada.
13 En sus alcázares crecerán espinas, y ortigas y cardos en sus fortalezas; y serán morada de dragones, patio para los pollos de los avestruces.
14 Las bestias fieras del desierto se encontrarán con las fieras de la isla, y el fauno gritará a su compañero: la lechuza también tendrá allí asiento, y hallará para sí reposo.
15 Allí anidará el cuclillo, conservará *sus huevos,* y sacará *sus pollos,* y juntarálos debajo de sus alas: también se ayuntarán allí

buitres, cada uno con su compañera.
16 Inquirid en el libro del SEÑOR, y leed si faltó alguno de ellos: ninguno faltó con su compañera; porque su boca mandó, y reuniólos su mismo espíritu.
17 Y él les echó las suertes, y su mano les repartió con cordel: para siempre la tendrán por heredad, de generación en generación morarán allí.

CAPÍTULO 35

ALEGRARSE han el desierto y la soledad: el yermo se gozará, y florecerá como la rosa.
2 Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo: la gloria del Líbano le será dada, la hermosura de Carmel y de Sarón. Ellos verán la gloria del SEÑOR, la hermosura del Dios nuestro.
3 Fortaleced las manos débiles, afirmad las rodillas endebles.
4 Decid a los de corazón apocado: Confortaos, no temáis: he aquí que vuestro Dios viene *con* venganza, *con* pago; el mismo Dios vendrá, y os salvará.
5 Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán.
6 Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.
7 El lugar seco será *tornado* en estanque, y el secadal en manaderos de aguas; en la habitación de dragones, en su cama, será lugar de cañas y de juncos.
8 Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará por él inmundo; y *habrá* para ellos en él quien los acompañe, de tal manera que los insensatos no yerren.
9 No habrá allí león, ni bestia fiera subirá por él, ni allí se hallará, para que caminen los redimidos.
10 Y los redimidos del SEÑOR volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas: y retendrán el gozo y alegría, y huirá la tristeza y el gemido.

CAPÍTULO 36

ACONTECIÓ en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib rey de Asiria subió contra todas las ciudades fuertes de Judá, y tomólas.
2 Y el rey de Asiria envió a Rabsaces con grande ejército desde Laquis a Jerusalem al rey Ezequías: y asentó el campo a los caños de la pesquera de arriba, en el camino de la heredad del Lavador.
3 Y salió a él Eliacim hijo de Hilquías mayordomo, y Sebna, escriba, y Joah hijo de Asaf, canciller.
4 A los cuales dijo Rabsaces: Ahora pues, diréis a Ezequías: El gran rey, el rey de Asiria, dice así: ¿Qué confianza es ésta en que confías?
5 Digo, *alegas tú*, (empero palabras vanas) *que tengo* consejo y fortaleza para la guerra. Ahora bien, ¿en quién confías que te rebelas contra mí?
6 He aquí que confías en este bordón de caña frágil, en Egipto, sobre el cual si alguien se apoyare, entrarásele por la mano, y se la atravesará. Tal es Faraón rey de Egipto para con todos los que en él confían.

7 Y si me dijeres, en el SEÑOR
nuestro Dios confiamos; ¿no es
éste aquel cuyos altos y cuyos al-
tares hizo quitar Ezequías, y dijo
a Judá y a Jerusalem: Delante de
este altar adoraréis?
8 Ahora pues yo te ruego que des
rehenes al rey de Asiria mi señor,
y yo te daré dos mil caballos, si
pudieres tú dar caballeros que
cabalguen sobre ellos.
9 ¿Cómo pues harás volver el
rostro de un capitán de los más
pequeños siervos de mi señor,
aunque estés confiado en Egipto
por sus carros y hombres de a ca-
ballo?
10 ¿Y por ventura vine yo ahora
a esta tierra para destruirla sin el
SEÑOR? El SEÑOR me dijo: Sube
a esta tierra para destruirla.
11 Entonces dijo Eliacim, y Sebna
y Joah a Rabsaces: Rogámoste
que hables a tus siervos en len-
gua siriaca, porque nosotros la
entendemos: y no hables con no-
sotros en lengua judáica, oyén-
dolo el pueblo que está sobre el
muro.
12 Y dijo Rabsaces: ¿Envióme
mi señor a ti y a tu señor, a que
dijese estas palabras, *y* no a los
hombres que están sobre el muro,
para comer su propio estiércol y
beber su propia orina con voso-
tros?
13 Púsose luego en pie Rabsaces,
y gritó a grande voz en lengua
judáica, diciendo: Oid las pala-
bras del gran rey, el rey de Asiria.
14 El rey dice así: No os engañe
Ezequías, porque no os podrá li-
brar.
15 Ni os haga Ezequías confiar
en el SEÑOR, diciendo: Cier-
tamente el SEÑOR nos libra-
rá: no será entregada esta ciu-
dad en manos del rey de Asiria.
16 No escuchéis a Ezequías: por-
que el rey de Asiria dice así:
Haced conmigo paz, y salid a mí;
y coma cada uno de su viña, y
cada uno de su higuera, y beba
cada cual las aguas de su pozo;
17 Hasta que yo venga y os lleve
a una tierra como la vuestra, tie-
rra de grano y de vino, tierra de
pan y de viñas.
18 Mirad no os engañe Ezequías
diciendo: el SEÑOR nos librará.
¿Libraron los dioses de las gentes
cada uno a su tierra de la mano
del rey de Asiria?
19 ¿Dónde está el dios de Hamat
y de Arfad? ¿dónde está el dios
de Sefarvaim? ¿libraron a Sama-
ria de mi mano?
20 ¿Qué dios hay entre los dioses
de estas tierras, que haya librado
su tierra de mi mano, para que el
SEÑOR libre de mi mano a Jeru-
salem?
21 Mas callaron, y no le respon-
dieron palabra; porque el rey así
lo había mandado, diciendo: No
le respondáis.
22 Entonces Eliacim hijo de Hil-
quías mayordomo, y Sebna escri-
ba, y Joah hijo de Asaf canciller,
vinieron a Ezequías rotos sus
vestidos, y contáronle las pala-
bras de Rabsaces.

CAPÍTULO 37

ACONTECIÓ pues, que el rey
Ezequías, oído esto, rasgó
sus vestidos, y cubierto de saco
vino a la casa del SEÑOR.
2 Y envió a Eliacim mayordomo,
y a Sebna escriba, y a los ancia-
nos de los sacerdotes, cubiertos
de sacos, a Isaías profeta, hijo de
Amoz.
3 Los cuales le dijeron: Ezequías

dice así: Día de angustia, de reprensión y de blasfemia, es este día: porque los hijos han llegado hasta la rotura, y no hay fuerza en la que pare.
4 Quizá oirá el SEÑOR tu Dios las palabras de Rabsaces, al cual envió el rey de Asiria su señor a blasfemar al Dios vivo, y a reprender con las palabras que oyó el SEÑOR tu Dios: alza pues oración tú por el remanente que aún ha quedado.
5 Vinieron pues los siervos de Ezequías a Isaías.
6 Y díjoles Isaías: Diréis así a vuestro señor: Así dice el SEÑOR: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria.
7 He aquí que yo doy en él un espíritu, y oirá un rumor, y volveráse a su tierra: y yo haré que en su tierra caiga a espada.
8 Vuelto pues Rabsaces, halló al rey de Asiria que batía a Libna; porque ya había oído que se había apartado de Laquis.
9 Mas oyendo decir de Tirhakah rey de Etiopía: He aquí que ha salido para hacerte guerra: en oyéndolo, envió mensajeros a Ezequías, diciendo:
10 Diréis así a Ezequías rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, diciendo: Jerusalem no será entregada en mano del rey de Asiria.
11 He aquí que tú oíste lo que hicieron los reyes de Asiria a todas las tierras, que las destruyeron; ¿y escaparás tú?
12 ¿Libraron los dioses de las gentes a los que destruyeron mis antepasados, a Gozán, y Harán, Rezef, y a los hijos de Edén que moraban en Telasar?
13 ¿Dónde está el rey de Hamat, y el rey de Arfad, el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Henah, y de Hivah?
14 Y tomó Ezequías las cartas de mano de los mensajeros, y leyólas; y subió a la casa del SEÑOR, y las extendió delante del SEÑOR.
15 Entonces Ezequías oró al SEÑOR, diciendo:
16 Oh SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios sobre todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra.
17 Inclina, oh SEÑOR, tu oído, y oye; abre, oh SEÑOR, tus ojos, y mira: y oye todas las palabras de Senaquerib, el cual ha enviado a blasfemar al Dios viviente.
18 Ciertamente, SEÑOR, los reyes de Asiria destruyeron todas las tierras y sus comarcas,
19 Y entregaron los dioses de ellos al fuego: porque no eran dioses, sino obra de manos de hombre, leño y piedra: por eso los deshicieron.
20 Ahora pues, oh SEÑOR Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres el SEÑOR.
21 Entonces Isaías hijo de Amoz, envió a decir a Ezequías: el SEÑOR Dios de Israel dice así: Acerca de lo que me rogaste sobre Senaquerib rey de Asiria,
22 Esto es lo que el SEÑOR habló de él: Hate menospreciado, y ha hecho escarnio de ti la virgen hija de Sión: meneó su cabeza a tus espaldas la hija de Jerusalem.
23 ¿A quién injuriaste y a quién blasfemaste? ¿contra quién has alzado tu voz, y levantado tus

ojos en alto? Contra el Santo de
Israel.
24 Por mano de tus siervos de-
nostaste al Señor, y dijiste: Yo
con la multitud de mis carros su-
biré a las alturas de los montes,
a las laderas del Líbano; cortaré
sus altos cedros, sus hayas esco-
gidas; vendré después a lo alto
de su límite, al monte de su Car-
mel.
25 Yo cavé, y bebí las aguas; y
con las pisadas de mis pies seca-
ré todos los ríos de lugares atrin-
cherados.
26 ¿No has oído decir que de
mucho tiempo ha yo lo hice, que
de días antiguos lo he formado?
Helo hecho venir ahora, y será
para destrucción de ciudades
fuertes en montones de ruinas.
27 Y sus moradores, cortos de
manos, quebrantados y confusos,
serán como grama del campo y
hortaliza verde, como hierba de
los tejados, que antes de sazón se
seca.
28 Conocido he tu estado, tu sali-
da y tu entrada, y tu furor contra
mí.
29 Porque contra mí te airaste,
y tu estruendo ha subido a mis
oídos: pondré pues mi anzuelo
en tu nariz, y mi freno en tus la-
bios, y haréte tornar por el cami-
no por donde viniste.
30 Y esto te será por señal: Come-
rás este año lo que nace de suyo,
y el año segundo lo que nace de
suyo: y el año tercero sembraréis
y segaréis, y plantaréis viñas, y
comeréis su fruto.
31 Y el remanente de la casa de
Judá que hubiere escapado, vol-
verá a echar raíz abajo, y hará
fruto arriba.
32 Porque de Jerusalem saldrá
un remanente, y del monte de
Sión ellos que escaparon. El celo
del SEÑOR de los ejércitos hará
esto.
33 Por tanto, así dice el SEÑOR
acerca del rey de Asiria: No en-
trará en esta ciudad, ni echará
saeta en ella: no vendrá delante
de ella escudo, ni será echado
contra ella baluarte.
34 Por el camino que vino se tor-
nará, y no entrará en esta ciudad,
dice el SEÑOR:
35 Pues yo ampararé a esta ciu-
dad para salvarla por amor de mí,
y por amor de David mi siervo.
36 Y salió el ángel del SEÑOR,
e hirió ciento ochenta y cinco
mil en el campo de los Asirios: y
cuando se levantaron por la ma-
ñana, he aquí que todo era cuer-
pos de muertos.
37 Entonces Senaquerib rey de
Asiria partiéndose se fue, y vol-
vióse, e hizo su morada en Níni-
ve.
38 Y acaeció, que estando oran-
do en el templo de Nisroc su dios,
Adramelec y Sarezer, sus hijos,
le hirieron a espada, y huyeron a
la tierra de Ararat; y reinó en su
lugar Esar-hadón su hijo.

CAPÍTULO 38

EN aquellos días cayó Ezequías
enfermo para morir. Y vino a
él Isaías profeta, hijo de Amoz, y
díjole: El SEÑOR dice así: Orde-
na tu casa, porque tú morirás, y
no vivirás.
2 Entonces volvió Ezequías su
rostro a la pared, e hizo oración
al SEÑOR.
3 Y dijo: Oh SEÑOR, ruégote te
acuerdes ahora que he andado
delante de ti en verdad y con ín-
tegro corazón, y que he hecho lo

que ha sido agradable delante de tus ojos. Y lloró Ezequías con gran lloro.
4 Entonces vino la palabra del SEÑOR a Isaías, diciendo:
5 Ve, y di a Ezequías: el SEÑOR Dios de David tu padre dice así: Tu oración he oído, y visto tus lágrimas: he aquí que yo añado a tus días quince años.
6 Y te libraré, y a esta ciudad, de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé.
7 Y esto te será señal de parte del SEÑOR, que el SEÑOR hará esto que ha dicho:
8 He aquí que yo vuelvo atrás la sombra de los grados, que ha descendido en el reloj de Acaz por el sol, diez grados. Y el sol fue tornado diez grados atrás, por los cuales había ya descendido.
9 Escritura de Ezequías rey de Judá, de cuando enfermó y sanó de su enfermedad.
10 Yo dije: En el medio de mis días iré a las puertas del sepulcro: privado soy del resto de mis años.
11 Dije: No veré al SEÑOR, al SEÑOR en la tierra de los vivientes: ya no veré más al hombre con los moradores del mundo.
12 Mi morada ha sido movida y traspasada de mí, como tienda de pastor. Como el tejedor corté mi vida; cortaráme con la enfermedad; me consumirás entre el día y la noche.
13 Contaba yo hasta la mañana. Como un león molió todos mis huesos: de la mañana a la noche me acabarás.
14 Como la grulla y como la golondrina me quejaba; gemía como la paloma: alzaba en lo alto mis ojos: oh SEÑOR, violencia padezco; confórtame.
15 ¿Qué diré? El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho. Andaré recapacitando en la amargura de mi alma todos los años de mi vida.
16 Oh Señor, sobre ellos vivirán *tus piedades*, y a todos *diré consistir* en ellas la vida de mi espíritu; pues tú me restablecerás, y me harás que viva.
17 He aquí amargura grande me *sobrevino* en la paz: mas en tu amor libraste mi alma del hoyo de corrupción: porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados.
18 Porque el sepulcro no te celebrará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al hoyo esperarán tu verdad.
19 El que vive, el que vive, éste te confesará, como yo hoy: el padre hará notoria tu verdad a los hijos.
20 El SEÑOR *estaba listo* para salvarme; por tanto cantaremos mis cantos con los instrumentos en la casa del SEÑOR todos los días de nuestra vida.
21 Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará.
22 Había asimismo dicho Ezequías: ¿Qué señal tendré de que he de subir a la casa del SEÑOR?

CAPÍTULO 39

EN aquel tiempo Merodac-baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías; porque había oído que había estado enfermo, y que había convalecido.
2 Y holgóse con ellos Ezequías, y enseñóles la casa de su tesoro, plata y oro, y especierías, y un-

güentos preciosos, y toda su casa
de armas, y todo lo que se pudo
hallar en sus tesoros: no hubo
cosa en su casa y en todo su seño-
río, que Ezequías no les mostrase.
3 Entonces Isaías profeta vino
al rey Ezequías, y díjole: ¿Qué
dicen estos hombres, y de dónde
han venido a ti? Y Ezequías res-
pondió: De tierra muy lejos han
venido a mí, de Babilonia.
4 Dijo entonces: ¿Qué han visto
en tu casa? Y dijo Ezequías: Todo
lo que hay en mi casa han visto,
y ninguna cosa hay en mis teso-
ros que no les haya mostrado.
5 Entonces dijo Isaías a Ezequías:
Oye palabra del SEÑOR de los
ejércitos:
6 He aquí, vienen días en que
será llevado a Babilonia todo lo
que hay en tu casa, y lo que tus
padres han atesorado hasta hoy:
ninguna cosa quedará, dice el
SEÑOR.
7 De tus hijos que hubieren sali-
do de ti, y que engendraste, to-
marán, y serán eunucos en el pa-
lacio del rey de Babilonia.
8 Y dijo Ezequías a Isaías: La
palabra del SEÑOR que has ha-
blado, es buena. Y añadió: A lo
menos, haya paz y verdad en mis
días.

CAPÍTULO 40

CONSOLAOS, consolaos, pueblo
mío, dice vuestro Dios.
2 Hablad al corazón de Jeru-
salem: decidle a voces que su
tiempo es ya cumplido, que
su pecado es perdonado; que
doble ha recibido de la mano del
SEÑOR por todos sus pecados.
3 Voz que clama en el desier-
to: Preparad el camino del
SEÑOR: enderezad calzada en
el desierto para nuestro Dios.
4 Todo valle sea alzado, y bájese
todo monte y collado; y lo torci-
do se enderece, y lo áspero se
allane.
5 Y manifestaráse la gloria del
SEÑOR, y toda carne juntamente
la verá; que la boca del SEÑOR
habló.
6 Voz que decía: Da voces. Y *yo*
respondí: ¿Qué tengo de decir
a voces? Toda carne es hierba,
y toda su gloria como flor del
campo:
7 La hierba se seca, y la flor se
cae; porque el espíritu del SEÑOR
sopló en ella: ciertamente hierba
es el pueblo.
8 Sécase la hierba, cáese la flor:
mas la palabra del Dios nuestro
permanece por siempre.
9 Oh Sión, que proclama buenas
nuevas, súbete sobre un monte
alto; Oh Jerusalem, que procla-
ma buenas nuevas, levanta con
fuerza tu voz; levánta*la*, no
temas; Di a las ciudades de Judá:
¡He aquí el Dios vuestro!;
10 He aquí que el Señor DIOS
vendrá con fortaleza, y su brazo
se enseñoreará: he aquí que su
salario viene con él, y su obra
delante de su rostro.
11 Como pastor apacentará su
rebaño; en su brazo cogerá los
corderos, y en su seno los lleva-
rá; pastoreará suavemente las
paridas.
12 ¿Quién midió las aguas con
su puño, y aderezó el cielo con
su palmo, y con tres dedos allegó
el polvo de la tierra, y pesó los
montes con balanza, y con peso
los collados?
13 ¿Quién enseñó al Espíritu del
SEÑOR, o le aconsejo enseñán-
dole?

14 ¿A quién demandó consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó conocimiento, o le mostró la senda del entendimiento?
15 He aquí que las naciones son reputadas como la gota de un acetre, y como el orín del peso: he aquí que hace desaparecer las islas como polvo.
16 Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio.
17 Como nada son todas las gentes delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es.
18 ¿A qué pues haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?
19 El artífice apareja la imagen de talla, el platero le extiende el oro, y le funde cadenas de plata.
20 El pobre escoge, para ofrecerle, madera que no se corrompa; búscase un maestro sabio, que le haga una imagen de talla que no se mueva.
21 ¿No sabéis? ¿No habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio? ¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó?
22 Él está asentado sobre el globo de la tierra, cuyos moradores son como langostas: él extiende los cielos como una cortina, tiéndelos como una tienda para morar:
23 Él torna en nada los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana.
24 Como si nunca fueran plantados, como si nunca fueran sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra; así que sopla en ellos se secan, y el torbellino los lleva como hojarascas.
25 ¿A qué pues me haréis semejante, o seré asimilado? dice el Santo.
26 Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas: él saca por cuenta su ejército: a todas llama por sus nombres; ninguna faltará: *tal* es la grandeza de su fuerza, y *su* poder y virtud.
27 ¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino es escondido del SEÑOR, y de mi Dios pasó mi juicio?
28 ¿No has sabido?, ¿No has oído? *que* el Dios eterno, el SEÑOR, el Creador de los términos de la tierra, no se desmaya, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento es inescudriñable.
29 Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.
30 Los mancebos se fatigan y se cansan, los mozos flaquean y caen:
31 Mas los que esperan al SEÑOR tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.

CAPÍTULO 41

ESCUCHADME, islas, y esfuércense los pueblos; alléguense, y entonces hablen: estemos juntamente a juicio.
2 ¿Quién despertó del oriente al justo, lo llamó para que le siguiese, entregó delante de él naciones, e hízolo enseñorear de reyes; entrególos a su espada como polvo, y a su arco como hojarascas arrebatadas?
3 Siguiólos, pasó en paz por

camino por donde sus pies nunca
habían entrado.
4 ¿Quién obró e hizo esto?
¿Quién llama las generaciones
desde el principio? Yo el SEÑOR,
el primero, y yo mismo con los
postreros.
5 Las islas vieron, y tuvieron
temor; los términos de la tierra
se espantaron: congregáronse, y
vinieron.
6 Cada cual ayudó a su vecino;
y a su hermano dijo: Esfuérzate.
7 El carpintero animó al plate-
ro, y el que alisa con martillo al
que batía en el yunque, diciendo:
Buena está la soldadura; y afir-
mólo con clavos, porque no se
moviese.
8 Mas tú, Israel, siervo mío eres;
tú, Jacob, a quien yo escogí, si-
miente de Abraham mi amigo.
9 Porque te tomé de los extremos
de la tierra, y de sus principales
te llamé, y te dije: Mi siervo eres
tú; te escogí, y no te deseché.
10 No temas, que YO *soy* conti-
go; no desmayes, que YO *soy* tu
Dios que te esfuerzo: ciertamen-
te te ayudaré, ciertamente te sus-
tentaré con la diestra de mi justi-
cia.
11 He aquí que todos los que se
airan contra ti, serán avergonza-
dos y confundidos: serán como
nada y perecerán, los que con-
tienden contigo.
12 Los buscarás, y no los hallarás,
los que tienen contienda contigo;
serán como nada, y como cosa
que no es, aquellos que te hacen
guerra.
13 Porque yo el SEÑOR *soy* tu
Dios, que te ase de tu mano dere-
cha, y te dice: No temas, yo te
ayudé.
14 No temas, gusano de Jacob,
oh vosotros los pocos de Israel;
yo te socorrí, dice el SEÑOR, y tu
Redentor el Santo de Israel.
15 He aquí que yo te he puesto por
trillo, trillo nuevo, lleno de dien-
tes: trillarás montes y los mole-
rás, y collados tornarás en tamo.
16 Los aventarás, y los llevará el
viento, y esparcirálos el torbelli-
no. Tú empero te regocijarás
en el SEÑOR, te gloriarás en el
Santo de Israel.
17 Los afligidos y menesterosos
buscan las aguas, que no hay;
secóse de sed su lengua; yo el
SEÑOR los oiré, yo el Dios de Is-
rael no los desampararé.
18 En los altos abriré ríos, y fuen-
tes en mitad de los llanos: torna-
ré el desierto en estanques de
aguas, y en manaderos de aguas
la tierra seca.
19 Daré en el desierto cedros, es-
pinos, arrayanes, y olivas; pon-
dré en la soledad hayas, olmos, y
álamos juntamente;
20 Porque vean y conozcan, y
adviertan y entiendan todos, que
la mano del SEÑOR hace esto, y
que el Santo de Israel lo creó.
21 Alegad por vuestra causa, dice
el SEÑOR: exhibid vuestros fun-
damentos, dice el Rey de Jacob.
22 Traigan, y anúnciennos lo que
ha de venir: dígannos lo que ha
pasado desde el principio, y pon-
dremos nuestro corazón en ello:
sepamos también su postrimería,
y hacednos entender lo que ha de
venir.
23 Dadnos nuevas de lo que ha
de ser después, para que sepa-
mos que vosotros sois dioses; o a
lo menos haced bien, o mal, para
que tengamos qué contar, y jun-
tamente nos maravillemos.
24 He aquí que vosotros sois de

nada, y vuestras obras de vanidad; abominación el que os escoge.
25 Del norte desperté uno, y vendrá; del nacimiento del sol llamará en mi nombre: y hollará príncipes como lodo, y como pisa el barro el alfarero.
26 ¿Quién lo anunció desde el principio, para que sepamos; o de tiempo atrás, y diremos: *Es* justo? Cierto, no hay quien anuncie, sí, no hay quien enseñe, ciertamente no hay quien oiga vuestras palabras.
27 *Yo soy* el primero que he enseñado estas cosas a Sión, y a Jerusalem daré un portador de alegres nuevas.
28 Miré, y no había ninguno; *y pregunté* de estas cosas, y ningún consejero hubo: preguntéles, y no respondieron palabra.
29 He aquí, todos iniquidad, y las obras de ellos nada: viento y vanidad son sus vaciadizos.

CAPÍTULO 42

HE aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento: he puesto sobre él mi espíritu, dará juicio a los Gentiles.
2 No clamará, ni alzará, ni hará oír su voz en las plazas.
3 No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare: sacará el juicio a verdad.
4 No se cansará, ni desmayará, hasta que ponga en la tierra juicio; y las islas esperarán su ley.
5 Así dice Dios el SEÑOR, el Creador de los cielos, y el que los extiende; el que extiende la tierra y sus verduras; el que da respiración al pueblo que *mora* sobre ella, y espíritu a los que por ella andan:
6 Yo el SEÑOR te he llamado en justicia, y te tendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto del pueblo, por luz de los Gentiles;
7 Para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que están de asiento en tinieblas.
8 Yo el SEÑOR: este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.
9 Las cosas primeras he aquí vinieron, y yo anuncio nuevas cosas: antes que salgan a luz, yo os las haré notorias.
10 Cantad al SEÑOR un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra; los que descendéis al mar, y lo que la hinche, las islas y los moradores de ellas.
11 Alcen *la voz* el desierto y sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar: canten los moradores de la roca, y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo.
12 Den gloria al SEÑOR, y prediquen sus loores en las islas.
13 El SEÑOR saldrá como gigante, y como hombre de guerra despertará celo: gritará, voceará, esforzaráse sobre sus enemigos.
14 Desde el antiguo he callado, tenido he silencio, y heme detenido: daré voces como la que está de parto; asolaré y devoraré juntamente.
15 Tornaré en soledad montes y collados, haré secar toda su hierba; los ríos tornaré en islas, y secaré los estanques.
16 Y guiaré los ciegos por camino que no sabían, haréles pisar por las sendas que no habían conocido; delante de ellos tornaré las tinieblas en luz, y los rodeos en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé.

17 Serán vueltos atrás y en extre-
mo confundidos, los que confían
en las esculturas, y dicen a las
estatuas de fundición: Vosotros
sois nuestros dioses.
18 Sordos, oid; y vosotros ciegos,
mirad para ver.
19 ¿Quién ciego, sino mi siervo?
¿quién sordo, como mi mensaje-
ro, que envié? ¿quién ciego como
el perfecto, y ciego como el sier-
vo del SEÑOR,
20 Que ve muchas cosas y no
advierte, que abre los oídos y no
oye?
21 El SEÑOR se complació por
amor de su justicia en magnificar
la ley y engrandecerla.
22 Mas este es pueblo saqueado
y hollado, todos ellos enlazados
en cavernas y escondidos en cár-
celes: son puestos a saco, y no
hay quien libre; hollados, y no
hay quien diga, Restituid.
23 ¿Quién de vosotros oirá esto?
¿quién atenderá y escuchará en
orden al porvenir?
24 ¿Quién dio a Jacob en presa,
y entregó a Israel a saqueadores?
¿No fue el SEÑOR, contra quien
pecamos? y no quisieron andar
en sus caminos, ni oyeron su ley.
25 Por tanto derramó sobre él el
furor de su ira, y fuerza de gue-
rra; púsole fuego de todas partes,
empero no entendió; y encendió-
le, mas no ha parado mientes.

CAPÍTULO 43

Y AHORA, así dice el SEÑOR
que te creó, oh Jacob, y el
que te formó, oh Israel: No temas,
porque yo te he redimido; *te* he
llamado por tu nombre; mío eres
tú.
2 Cuando pasares por las aguas,
yo seré contigo; y por los ríos, no
te anegarán. Cuando pasares por
el fuego, no te quemarás, ni la
llama arderá en ti.
3 Porque yo el SEÑOR Dios tuyo,
el Santo de Israel, *soy* tu Salva-
dor: a Egipto he dado por tu res-
cate, a Etiopía y a Seba por ti.
4 Porque en mis ojos fuiste de
grande estima, fuiste honorable,
y yo te amé: daré pues hombres
por ti, y naciones por tu alma.
5 No temas, porque yo soy conti-
go; del oriente traeré tu genera-
ción, y del occidente te recogeré.
6 Diré al norte: Da acá; y al sur:
No detengas: trae de lejos mis
hijos, y mis hijas de los términos
de la tierra,
7 A cada uno que es llamado de
mi nombre; y le he creado para
mi gloria, yo le he formado, sí,
yo le he hecho.
8 Sacad al pueblo ciego que tiene
ojos, y a los sordos que tienen
oídos.
9 Congréguense a una todas las
gentes, y júntense todos los pue-
blos: ¿quién de ellos hay que
nos dé nuevas de esto, y que nos
haga oír las cosas primeras? Pre-
senten sus testigos, y justifíquen-
se; oigan, y digan: Verdad.
10 Vosotros sois mis testigos,
dice el SEÑOR, y mi siervo que
yo escogí; para que me conoz-
cáis y creáis, y entendáis que yo
mismo soy; antes de mí no fue
formado Dios, ni lo será después
de mí.
11 Yo, yo el SEÑOR; y fuera de
mí no hay quien salve.
12 Yo anuncié, y salvé, e hice oír,
y no hubo entre vosotros extraño.
Vosotros pues sois mis testigos,
dice el SEÑOR, que yo *soy* Dios.
13 Aun antes que hubiera día,
yo *soy* ÉL; y no hay quien de mi

mano libre: yo haré y, ¿quién lo
estorbará?
14 Así dice el SEÑOR, Redentor
vuestro, el Santo de Israel: Por
vosotros envié a Babilonia, e hice
descender fugitivos todos ellos, y
clamor de Caldeos en las naves.
15 Yo el SEÑOR, Santo vuestro,
Creador de Israel, vuestro Rey.
16 Así dice el SEÑOR, el que da
camino en el mar, y senda en las
aguas impetuosas;
17 El que saca carro y caballo,
ejército y fuerza; caen juntamen-
te para no levantarse; quedan
extinguidos, como pábilo quedan
apagados.
18 No os acordéis de las cosas pa-
sadas, ni traigáis a memoria las
cosas antiguas.
19 He aquí que yo hago cosa
nueva: presto saldrá a luz: ¿no la
sabréis? Otra vez pondré camino
en el desierto, y ríos en la sole-
dad.
20 La bestia del campo me hon-
rará, los dragones, y los pollos
del avestruz: porque daré aguas
en el desierto, ríos en la soledad,
para que beba mi pueblo, mi es-
cogido.
21 Este pueblo he formado para
mí; mis alabanzas publicará.
22 Y no me invocaste a mí, oh
Jacob; antes de mí te cansaste,
oh Israel.
23 No me trajiste a mí los ani-
males de tus holocaustos, ni a mí
me honraste con tus sacrificios:
no te hice servir con presente, ni
te hice fatigar con perfume.
24 No compraste para mí caña
aromática por dinero, ni me sa-
ciaste con la grosura de tus sacri-
ficios; antes me hiciste servir en
tus pecados, me has fatigado con
tus maldades.
25 Yo, yo soy el que borro tus
rebeliones por amor de mí; y no
me acordaré de tus pecados.
26 Hazme acordar, entremos en
juicio juntamente; relata tú para
abonarte.
27 Tu primer padre pecó, y tus en-
señadores prevaricaron contra mí.
28 Por tanto, yo profané los prín-
cipes del santuario, y puse por
anatema a Jacob, y por oprobio
a Israel.

CAPÍTULO 44

AHORA pues oye, Jacob, sier-
vo mío, y *tú*, Israel, a quien
yo escogí.
2 Así dice el SEÑOR, Hacedor
tuyo, y el que te formó desde el
vientre, el cual te ayudará: No
temas, siervo mío Jacob, y tú, Je-
surún, a quien yo escogí.
3 Porque yo derramaré aguas
sobre el secadal, y ríos sobre la
tierra árida: mi espíritu derrama-
ré sobre tu generación, y mi ben-
dición sobre tus renuevos:
4 Y brotarán entre hierba, como
sauces junto a las riberas de las
aguas.
5 Éste dirá: Yo *soy* del SEÑOR;
el otro se llamará del nombre
de Jacob; y otro escribirá con su
mano, al SEÑOR, y se apellidará
con el nombre de Israel.
6 Así dice el SEÑOR, Rey de Is-
rael, y su Redentor, el SEÑOR de
los ejércitos: Yo el primero, y yo
el postrero, y fuera de mí no hay
Dios.
7 ¿Y quién llamará como yo, y
denunciará esto, y lo ordenará
por mí, desde que hice el pue-
blo antiguo? Anúncienles lo que
viene, y lo que está por venir.
8 No temáis, ni os amedrentéis:
¿no te lo hice oír desde antiguo,

y te lo dije? Luego vosotros sois
mis testigos. ¿Hay un Dios fuera
de mí? No hay fuerte: no conoz-
co *ninguno*.
9 Los formadores de imágenes
de talla, todos ellos son vanidad,
y lo más precioso de ellos para
nada es útil; y ellos mismos para
su confusión son testigos, que
ellos ni ven ni entienden.
10 ¿Quién formó un dios, o quién
fundó una estatua que para nada
es de provecho?
11 He aquí que todos sus compa-
ñeros serán avergonzados; por-
que los mismos artífices son de
los hombres. Todos ellos se jun-
tarán, estarán, se asombrarán, y
serán avergonzados a una.
12 El herrero *tomará* la tena-
za, obrará en las ascuas, darále
forma con los martillos, y traba-
jará en ella con la fuerza de su
brazo: tiene luego hambre, y le
faltan las fuerzas; no beberá
agua, y se desmaya.
13 El carpintero tiende la regla,
señala aquélla con almagre, lá-
brala con los cepillos, dale figura
con el compás, hácela en forma
de varón, a semejanza de hom-
bre hermoso, para estar en casa.
14 Cortaráse cedros, y toma ci-
prés y encina, y entre los árboles
del bosque se esfuerza; plantará
pino, que se críe con la lluvia.
15 De él se servirá luego el hom-
bre para quemar, y tomará de
ellos para calentarse; encenderá
también *el horno*, y cocerá panes;
hará además un dios, y lo adora-
rá; fabricará un ídolo, y arrodi-
llaráse delante de él.
16 Parte del *leño* quemará en
el fuego; con parte de él come-
rá carne, aderezará asado, y se
saciará; después se calentará, y
dirá: ¡Oh! heme calentado, he
visto el fuego;
17 Y torna su sobrante en un
dios, en su escultura; humíllase
delante de ella, adórala, y ruéga-
le diciendo: Líbrame, que mi dios
eres tú.
18 No supieron ni entendieron:
porque encostrados están sus
ojos para no ver, y su corazón
para no entender.
19 Ninguno considera en su cora-
zón, ni tiene conocimiento ni en-
tendimiento para decir: Parte de
esto quemé en el fuego, y sobre
sus brasas cocí pan, asé carne,
y comíla; ¿he de tornar en una
abominación lo restante de ello?
¿delante de un tronco de árbol
tengo de humillarme?
20 De ceniza se apacienta; su co-
razón engañado le desvía, para
que no libre su alma, ni diga:
¿No hay una mentira a mi mano
derecha?
21 Acuérdate de estas cosas, oh
Jacob, e Israel, pues que tú mi
siervo eres: Yo te formé; siervo
mío eres tú: Israel, no me olvides.
22 Yo deshice como a nube tus
rebeliones, y como a niebla tus
pecados: tórnate a mí, porque yo
te redimí.
23 Cantad loores, oh cielos, por-
que el SEÑOR lo hizo; gritad con
júbilo, lugares bajos de la tierra;
prorrumpid, montes, en alaban-
za; bosque, y todo árbol que en
él está: porque el SEÑOR redi-
mió a Jacob, y en Israel será glo-
rificado.
24 Así dice el SEÑOR, tu Re-
dentor, y formador tuyo desde
el vientre: Yo el SEÑOR, que lo
hago todo, que extiendo solo los
cielos, que extiendo la tierra por
mí mismo;

25 Que deshago las señales de
los adivinos, y enloquezco a los
agoreros; que hago tornar atrás
los sabios, y convierto en locura
su conocimiento;
26 Que despierta la palabra de
su siervo, y cumple el consejo
de sus mensajeros; que dice a Jerusalem: Serás habitada; y a las
ciudades de Judá: Reedificadas
serán, y sus ruinas levantaré;
27 Que dice al profundo: Sécate,
y tus ríos haré secar;
28 Que dice de Ciro: *Es* mi pastor,
y cumplirá todo lo que yo quiero,
en diciendo a Jerusalem: Serás
edificada; y al templo: Serás fundado.

CAPÍTULO 45

ASÍ dice el SEÑOR a su ungido,
a Ciro, al cual tomé yo por
su mano derecha, para sujetar
gentes delante de él y desatar
lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no
se cerrarán:
2 Yo iré delante de ti, y enderezaré las tortuosidades; quebrantaré puertas de latón, y cerrojos
de hierro haré pedazos;
3 Y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados; para que sepas que yo soy el
SEÑOR, el Dios de Israel, que te
pongo nombre.
4 Por amor de mi siervo Jacob,
y de Israel mi escogido, te llamé
por tu nombre; púsete sobrenombre, aunque no me conociste.
5 Yo *soy* el SEÑOR, y ninguno
más *hay,* no *hay* Dios fuera de mí.
Yo te ceñiré, aunque tú no me
conociste;
6 Para que se sepa desde el nacimiento del sol, y desde donde
se pone, que no hay más que yo;
yo el SEÑOR, y ninguno más que
yo:
7 Que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo
el mal. Yo, el SEÑOR, que hago
todo esto.
8 Rociad, cielos, de arriba, y las
nubes destilen la justicia; ábrase
la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar
juntamente. Yo el SEÑOR lo he
creado.
9 ¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡el tiesto con los tiestos de
la tierra! ¿Dirá el barro al que lo
labra: Qué haces; o tu obra: No
tiene manos?
10 ¡Ay del que dice al padre: ¿Por
qué engendraste? y a la mujer:
¿Por qué pariste?
11 Así dice el SEÑOR, el Santo
de Israel, y su Formador: Preguntadme de las cosas por venir;
mandadme acerca de mis hijos, y
acerca de la obra de mis manos.
12 Yo hice la tierra, y creé sobre
ella al hombre. Yo, mis manos,
extendieron los cielos, y a todo
su ejército mandé.
13 Yo lo desperté en justicia, y
enderezaré todos sus caminos;
él edificará mi ciudad, y soltará
mis cautivos, no por precio ni
por dones, dice el SEÑOR de los
ejércitos.
14 Así dice el SEÑOR: El trabajo de Egipto, las mercaderías de
Etiopía, y los Sabeos, hombres
agigantados, se pasarán a ti, y
serán tuyos; irán en pos de ti, pasarán con grillos: a ti harán reverencia, y a ti suplicarán, *diciendo*:
Cierto, en ti está Dios, y no hay
otro fuera de Dios.
15 Verdaderamente tú eres Dios
que te encubres, oh Dios de Israel, el Salvador.

16 Confusos y avergonzados
serán todos ellos; irán con afren-
ta todos los fabricadores de imá-
genes.
17 Israel es salvo en el SEÑOR
con salvación eterna; no os aver-
gonzaréis, ni os afrentaréis, por
todos los siglos.
18 Porque así dice el SEÑOR, que
creó los cielos; él solo es Dios,
el que formó la tierra, el que la
hizo y la estableció; no la creó en
vano, para que fuese habitada la
formó: Yo el SEÑOR, y ninguno
más que yo.
19 No hablé en escondido, en
lugar de tierra de tinieblas; no
dije a la generación de Jacob:
En vano me buscáis. Yo soy el
SEÑOR que hablo justicia, que
anuncio rectitud.
20 Reuníos, y venid; acercaos,
todos los *que habéis* escapado
de las naciones. No tienen cono-
cimiento aquellos que erigen el
madero de su imagen esculpida,
y los que ruegan a un dios que no
puede salvar.
21 Publicad, y haced llegar, y
entren todos en consulta: ¿quién
hizo oír esto desde el principio,
y lo tiene dicho desde entonces,
sino yo el SEÑOR? Y no hay más
Dios que yo; Dios justo y Salva-
dor: ningún otro fuera de mí.
22 Mirad a mí, y sed salvos, todos
los términos de la tierra: porque
yo soy Dios, y no hay más.
23 Por mí mismo hice juramento,
de mi boca salió palabra en jus-
ticia, y no será revocada: que a
mí se doblará toda rodilla, jurará
toda lengua.
24 Y diráse de mí: Ciertamen-
te en el SEÑOR está la justi-
cia y la fuerza: a él vendrán, y
todos los que contra él se enar-
decen, serán avergonzados.
25 En el SEÑOR será justificada
y se gloriará toda la generación
de Israel.

CAPÍTULO 46

POSTRÓSE Bel, abatióse Nebo;
sus simulacros fueron *puestos*
sobre bestias, y sobre animales
de carga: os llevarán cargados de
vosotros, carga penosa.
2 Fueron humillados, fueron aba-
tidos juntamente; no pudieron
escaparse de la carga, sino que
tuvieron ellos mismos que ir en
cautiverio.
3 Oidme, oh casa de Jacob, y
todo el remanente de la casa de
Israel, los que sois traídos *por mí*
desde el vientre, los que sois lle-
vados desde la matriz.
4 Y hasta la vejez yo mismo, y
hasta las canas *os* soportaré yo:
yo hice, yo llevaré, yo soportaré
y guardaré.
5 ¿A quién me asemejáis, y me
igualáis, y me comparáis, para
que sea semejante?
6 Sacan oro del talego, y pesan
plata con balanzas, alquilan un
platero para hacer un dios de
ello; humíllanse y adoran.
7 Echanselo sobre los hombros,
llévanlo, y asiéntanlo en su lugar;
allí se está, y no se mueve de su
sitio. Danle voces, y tampoco
responde, ni libra de la tribula-
ción.
8 Acordaos de esto, y sed hom-
bres; traedlo a *vuestra* memoria,
¡Oh vosotros transgresores!.
9 Acordaos de las cosas pasadas
desde el siglo; porque yo soy
Dios, y no hay más Dios, y nada
hay a mí semejante;
10 Que anuncio lo por venir
desde el principio, y desde anti-

guo lo que aun no era hecho; que
digo: Mi consejo permanecerá, y
haré todo lo que quisiere;
11 Que llamo desde el oriente al
ave, y de tierra lejana al varón
de mi consejo. Yo hablé, y lo
haré venir: he*lo* pensado, y tam-
bién lo haré.
12 Oidme, duros de corazón, que
estáis lejos de la justicia.
13 Haré que se acerque mi justi-
cia, no se alejará: y mi salvación
no se detendrá. Y pondré salva-
ción en Sión, y mi gloria en Israel.

CAPÍTULO 47

DESCIENDE, y siéntate en el
polvo, virgen hija de Babi-
lonia, siéntate en la tierra sin
trono, hija de los Caldeos: que
nunca más te llamarán tierna y
delicada.
2 Toma el molino, y muele hari-
na: descubre tus guedejas, des-
nuda la pierna, descubre el
muslo, pasa los ríos.
3 Será descubierta tu desnudez,
y tu vergüenza será vista: toma-
ré venganza, y no *te* encontraré
como hombre.
4 Nuestro Redentor, el SEÑOR
de los ejércitos es su nombre, el
Santo de Israel.
5 Siéntate, calla, y entra en tinie-
blas, hija de los Caldeos: porque
nunca más te llamarán señora de
reinos.
6 Enojéme contra mi pueblo,
profané mi heredad, y entregué-
los en tu mano: no les hiciste mi-
sericordias; sobre el viejo agra-
vaste mucho tu yugo.
7 Y dijiste: Para siempre seré se-
ñora: y no has pensado en esto,
ni te acordaste de tu postrimería.
8 Oye pues ahora esto, delicada,
la que está sentada confiadamen-
te, la que dice en su corazón: Yo
soy, y fuera de mí no hay más;
no quedaré viuda, ni conoceré
orfandad.
9 Estas dos cosas te vendrán de
repente en un mismo día, orfan-
dad y viudez: en toda su perfec-
ción vendrán sobre ti, por la mul-
titud de tus adivinanzas, y por la
copia de tus muchos agüeros.
10 Porque te confiaste en tu mal-
dad, diciendo: Nadie me ve. Tu
sabiduría y tu mismo conoci-
miento te engañaron, y dijiste en
tu corazón: Yo, y no más.
11 Vendrá pues sobre ti mal,
cuyo nacimiento no sabrás: caerá
sobre ti quebrantamiento, el cual
no podrás remediar: y destruc-
ción que no sabrás, vendrá de
repente sobre ti.
12 Estáte ahora en tus encanta-
mientos, y con la multitud de tus
agüeros, en los cuales te fatigas-
te desde tu niñez; quizá podrás
mejorarte, quizá te fortificarás.
13 Haste fatigado en la multitud
de tus consejos. Parezcan ahora
y defiéndante los astrólogos, los
contempladores de las estrellas,
los que contaban los meses, para
pronosticar lo que vendrá sobre
ti.
14 He aquí que serán como tamo;
fuego los quemará, no salvarán
sus vidas del poder de la llama;
no quedará brasa para calentarse,
ni lumbre a la cual se sienten.
15 Así te serán aquellos con quienes
te latigaste, tus negociantes desde
tu niñez: cada uno echará por su
camino, no habrá quien te salve.

CAPÍTULO 48

OID esto, casa de Jacob, que
os llamáis del nombre de
Israel, los que salieron de las

aguas de Judá, los que juran en
el nombre del SEÑOR, y hacen
memoria del Dios de Israel, mas
no en verdad ni en justicia:
2 Porque de la santa ciudad se
nombran, y en el Dios de Israel
confían: su nombre, el SEÑOR
de los ejércitos.
3 Lo que pasó, ya antes lo dije; y
de mi boca salió; publiquélo, hí-
celo presto, y vino a ser.
4 Porque conozco que eres duro,
y nervio de hierro tu cerviz, y tu
frente de latón,
5 Díjetelo ya días há; antes que
viniese te lo enseñé, porque no
dijeses: Mi ídolo lo hizo, mis es-
tatuas de escultura y de fundi-
ción mandaron estas cosas.
6 Oístelo, vístelo todo; ¿y no
lo anunciaréis vosotros? Ahora
pues te he hecho oír nuevas y
ocultas cosas que tú no sabías.
7 Ahora han sido creadas, no en
días pasados; ni antes de este
día las habías oído, porque no
digas: He aquí que yo lo sabía.
8 Sí, nunca lo habías oído, ni
nunca lo habías conocido;
ciertamente no se abrió antes
tu oreja; porque sabía que des-
leal habías de desobedecer, por
tanto te llamé rebelde desde el
vientre.
9 Por amor de mi nombre dilata-
ré mi furor, y para alabanza mía
te daré largas, para no talarte.
10 He aquí te he purificado, y no
como a plata; hete escogido en
horno de aflicción.
11 Por mí, por amor de mí lo
haré, para que no sea amancilla-
do *mi nombre*, y mi honra no la
daré a otro.
12 Oyeme, Jacob, y *tú,* Israel,
llamado de mí: Yo mismo, yo el
primero, yo también el postrero.
13 Mi mano fundó también la
tierra, y mi mano derecha midió
los cielos con el palmo; en lla-
mándolos yo, comparecen jun-
tos.
14 Juntaos todos vosotros, y oid.
¿Quién hay entre ellos que anun-
cie estas cosas? el SEÑOR lo
amó, el cual ejecutará su volun-
tad en Babilonia, y su brazo en
los Caldeos.
15 Yo, yo hablé, y le llamé, y le
traje; por tanto será prosperado
su camino.
16 Allegaos a mí, oid esto; desde
el principio no hablé en escondi-
do; desde que la cosa se hizo, es-
tuve allí: y ahora el Señor DIOS
me envió, y su Espíritu.
17 Así ha dicho el SEÑOR, Re-
dentor tuyo, el Santo de Israel;
Yo el SEÑOR Dios tuyo, que te
enseña provechosamente, que
te encamina por el camino que
andas.
18 ¡Oh qué hubieras tú atendi-
do a mis mandamientos! fuera
entonces tu paz como un río, y
tu justicia como las ondas del
mar.
19 Fuera como la arena tu si-
miente, y los renuevos de tus en-
trañas como las pedrezuelas de
ella; nunca su nombre fuera cor-
tado, ni raído de mi presencia.
20 Salid de Babilonia, huid de
entre los Caldeos; dad nuevas de
esto con voz de alegría, publi-
cadlo, llevadlo hasta lo postrero
de la tierra: decid: Redimió el
SEÑOR a Jacob su siervo.
21 Y no tuvieron sed cuando los
llevó por los desiertos; hízoles
correr agua de la roca; cortó la
roca, y corrieron aguas.
22 No hay paz para los malos,
dijo el SEÑOR.

CAPÍTULO 49

OIDME, islas, y escuchad, pueblos lejanos: el SEÑOR me llamó desde el vientre; desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria.
2 Y puso mi boca como espada aguda, cubrióme con la sombra de su mano; y púsome por saeta limpia, guardóme en su aljaba:
3 Y díjome: Mi siervo eres, oh Israel, que en ti me gloriaré.
4 Yo empero dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mi fortaleza; mas mi juicio está delante del SEÑOR, y mi recompensa con mi Dios.
5 Ahora pues, dice el SEÑOR, el que me formó desde el vientre por su siervo, para que convierta a él a Jacob. Bien que Israel no se juntará, con todo, estimado seré en los ojos del SEÑOR, y el Dios mío será mi fortaleza.
6 Y dijo: Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures los preservados de Israel: también te daré por luz a los Gentiles, para que seas mi salvación hasta los fines de la tierra.
7 Así dice el SEÑOR, Redentor de Israel, el Santo suyo, al menospreciado de alma, al abominado de las gentes, al siervo de los tiranos: Verán reyes, y levantaránse príncipes, y adorarán por el SEÑOR; porque fiel *es* el Santo de Israel, el cual te escogió.
8 Así dijo el SEÑOR: En hora de contentamiento te oí, y en el día de salvación te ayudé: y guardarte he, y te daré por pacto del pueblo, para que levantes la tierra, para que heredes asoladas heredades;
9 Para que digas a los presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Manifestaos. En los caminos serán apacentados, y en todas las cumbres serán sus pastos.
10 No tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá; porque el que tiene de ellos misericordia los guiará, y los conducirá a manaderos de aguas.
11 Y tornaré camino todos mis montes, y mis calzadas serán levantadas.
12 He aquí estos vendrán de lejos; y he aquí estotros del norte y del occidente, y estotros de la tierra de los Sineos.
13 Cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra; y prorrumpid en alabanzas, oh montes: porque el SEÑOR ha consolado su pueblo, y de sus pobres tendrá misericordia.
14 Mas Sión dijo: Dejóme el SEÑOR, y mi Señor se olvidó de mí.
15 ¿Olvidaráse la mujer de lo que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti.
16 He aquí que en las palmas te tengo esculpida: delante de mí están siempre tus muros.
17 Tus edificadores vendrán aprisa; tus destruidores y tus asoladores saldrán de ti.
18 Alza tus ojos alrededor, y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti. Vivo yo, dice el SEÑOR, que de todos, como de vestidura de honra, serás vestida; y de ellos serás ceñida como novia.
19 Porque tus asolamientos, y tus ruinas, y tu tierra desierta, ahora será angosta por la multitud de

los moradores; y tus destruidores
serán apartados lejos.
20 Aun los hijos de tu orfandad
dirán a tus oídos: Angosto es
para mí este lugar; apártate por
amor de mí, para que yo more.
21 Y dirás en tu corazón: ¿Quién
me engendró estos? porque yo
deshijada estaba y sola, peregri-
na y desterrada: ¿quién pues crió
éstos? He aquí yo estaba dejada
sola: éstos ¿dónde estaban?
22 Así dijo el Señor DIOS: He
aquí, yo alzaré mi mano a los
Gentiles, y a los pueblos levan-
taré mi bandera; y traerán en
brazos tus hijos, y tus hijas serán
traídas en hombros.
23 Y reyes serán tus ayos, y sus
reinas tus amas *de leche*; el rostro
inclinado a tierra te adorarán, y
lamerán el polvo de tus pies: y
conocerás que yo soy el SEÑOR,
que no se avergonzarán los que
me esperan.
24 ¿Será quitada la presa al va-
liente? o ¿libertaráse la cauti-
vidad legítima?
25 Así empero dice el SEÑOR:
Cierto, la cautividad será quitada
al valiente, y la presa del robus-
to será librada; y tu pleito yo lo
pleitearé, y yo salvaré a tus hijos.
26 Y a los que te despojaron haré
comer sus carnes, y con su san-
gre serán embriagados como con
vino; y conocerá toda carne que
yo el SEÑOR soy Salvador tuyo, y
Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob.

CAPÍTULO 50

ASÍ dijo el SEÑOR: ¿Qué es
de la carta de divorcio de
vuestra madre, con la cual yo
la repudié? ¿o quiénes son mis
acreedores, a quienes os he yo
vendido? He aquí que por vues-
tras iniquidades sois vendidos, y
por vuestras transgresiones fue
repudiada vuestra madre:
2 Porque vine, y nadie pareció;
llamé, y nadie respondió. ¿Ha lle-
gado a acortarse mi mano, para
no redimir? ¿no hay en mí poder
para librar? He aquí que con mi
reprensión hago secar el mar;
torno los ríos en desierto, hasta
pudrirse sus peces, y morirse de
sed por falta de agua.
3 Visto de oscuridad los cielos, y
torno *como* saco su cobertura.
4 El Señor DIOS me dio lengua
de sabios, para saber hablar en
sazón palabra al cansado; des-
pertará de mañana, despertará-
me de mañana oído, para que
oiga como los sabios.
5 El Señor DIOS me abrió el oído,
y yo no fui rebelde, ni me torné
atrás.
6 Di mi cuerpo a los heridores,
y mis mejillas a los que *me* me-
saban el cabello: no escondí mi
rostro de las injurias y esputos.
7 Porque el Señor DIOS me ayu-
dará; por tanto no me avergoncé:
por eso puse mi rostro como un
pedernal, y sé que no seré aver-
gonzado.
8 Cercano está de mí el que me
justifica; ¿quién contenderá con-
migo? juntémonos. ¿Quién es el
adversario de mi causa? acérque-
se a mí.
9 He aquí que el Señor DIOS me
ayudará; ¿quién hay que me con-
dene? He aquí que todos ellos
como ropa de vestir se envejece-
rán; los comerá polilla.
10 ¿Quién hay entre vosotros que
teme al SEÑOR, y oye la voz de su
siervo? el que anda en tinieblas y
carece de luz, confíe en el nombre
del SEÑOR, y apóyese en su Dios.

11 He aquí que todos vosotros en-
cendéis fuego, y estáis cercados de
centellas: andad a la luz de vues-
tro fuego, y a las centellas que en-
cendisteis. De mi mano os vendrá
esto; en dolor seréis sepultados.

CAPÍTULO 51

OIDME, los que seguís justicia,
los que buscáis al SEÑOR:
mirad a la roca de donde fuisteis
cortados, y a la caverna de la fosa
de donde fuisteis arrancados.
2 Mirad a Abraham vuestro
padre, y a Sara que os parió; por-
que solo lo llamé, y bendíjelo, y
multipliquélo.
3 Ciertamente consolará el
SEÑOR a Sión: consolará todas
sus soledades, y tornará su de-
sierto como Edén, y su soledad
como huerto del SEÑOR; hallar-
se ha en ella alegría y gozo, ac-
ción de gracias y voz de melodía.
4 Estad atentos a mí, pueblo mío,
y oidme, nación mía; porque de
mí saldrá la ley, y mi juicio des-
cubriré para luz de pueblos.
5 Cercana está mi justicia, sali-
do ha mi salvación, y mis brazos
juzgarán a los pueblos: a mí es-
perarán las islas, y en mi brazo
pondrán su esperanza.
6 Alzad a los cielos vuestros
ojos, y mirad abajo a la tierra:
porque los cielos serán deshe-
chos como humo, y la tierra se
envejecerá como ropa de vestir,
y de la misma manera perecerán
sus moradores: mas mi salvación
será por siempre, mi justicia no
perecerá.
7 Oidme, los que conocéis justi-
cia, pueblo en cuyo corazón está
mi ley. No temáis afrenta de
hombre, ni desmayéis por sus
denuestos.
8 Porque como a vestidura los
comerá polilla, como a lana los
comerá gusano; mas mi justicia
permanecerá por siempre, y mi
salvación por generación a gene-
ración.
9 Despiértate, despiértate, vís-
tete de fortaleza, oh brazo del
SEÑOR; despiértate como en el
tiempo antiguo, en los siglos pa-
sados. ¿No eres tú el que cortó a
Rahab, y el que hirió al dragón?
10 ¿No eres tú el que secó el mar,
las aguas del grande abismo; el
que al profundo del mar tornó
en camino, para que pasasen los
redimidos?
11 Cierto, tornarán los redimi-
dos del SEÑOR, volverán a Sión
cantando, y gozo perpetuo será
sobre sus cabezas: poseerán gozo
y alegría, y el dolor y el gemido
huirán.
12 Yo, yo soy vuestro consolador.
¿Quién eres tú para que tengas
temor del hombre, que es mor-
tal, del hijo del hombre, que por
heno será contado?
13 Y haste ya olvidado del SEÑOR
tu Hacedor, que extendió los cie-
los y fundó la tierra; y todo el día
temiste continuamente del furor
del que aflige, cuando se dispo-
nía para destruir: mas ¿en dónde
está el furor del que aflige?
14 El preso se da prisa para ser
suelto, por no morir en la maz-
morra, ni que le falte su pan.
15 Empero yo el SEÑOR, que
parto el mar, y suenan sus ondas,
soy tu Dios, cuyo nombre es el
SEÑOR de los ejércitos.
16 Y en tu boca he puesto mis
palabras, y con la sombra de mi
mano te cubrí, para que plantase
los cielos y fundase la tierra, y que
dijese a Sión: Pueblo mío eres tú.

17 Despierta, despierta, levánta-
te, oh Jerusalem, que bebiste de
la mano del SEÑOR la copa de
su furor; las heces de la copa de
aturdimiento bebiste, y chupaste.
18 De todos los hijos que parió,
no hay quien la gobierne; ni
quien la tome por su mano de
todos los hijos que crió.
19 Estas dos cosas te han acaeci-
do; ¿quién se dolerá de ti?
asolamiento y quebrantamien-
to, hambre y espada. ¿Quién te
consolará?
20 Tus hijos desmayaron, estu-
vieron tendidos en las encrucija-
das de todos los caminos, como
buey montaraz en la red, llenos
del furor del SEÑOR, de la ira del
Dios tuyo.
21 Oye pues ahora esto, misera-
ble, ebria, y no de vino:
22 Así dice tu Señor, el SEÑOR
y tu Dios, el cual pleitea por su
pueblo: He aquí he quitado de
tu mano la copa de aturdimien-
to, la hez de la copa de mi furor;
nunca más lo beberás:
23 Y ponerlo he en mano de tus
angustiadores, que dijeron a tu
alma: Encórvate, y pasaremos. Y
tú pusiste tu cuerpo como tierra,
y como camino, a los que pasan.

CAPÍTULO 52

DESPIERTA, despierta, vístete
tu fortaleza, oh Sión; víste-
te tu ropa de hermosura, oh Je-
rusalem, ciudad santa: porque
nunca más acontecerá que venga
a ti incircunciso ni inmundo.
2 Sacúdete del polvo; levántate
y siéntate, Jerusalem; suéltate de
las ataduras de tu cuello, cautiva
hija de Sión.
3 Porque así dice el SEÑOR: De
balde fuisteis vendidos; por tanto,
sin dinero seréis rescatados.
4 Porque así dijo el Señor DIOS:
Mi pueblo descendió a Egipto
en tiempo pasado, para peregri-
nar allá; y el Asur lo cautivó sin
razón.
5 Y ahora ¿qué a mí aquí, dice
el SEÑOR, ya que mi pueblo sea
llevado sin por qué? Y los que en
él se enseñorean, lo hacen aullar,
dice el SEÑOR, y continuamente
es blasfemado mi nombre todo el
día.
6 Por tanto, mi pueblo sabrá mi
nombre por esta causa en aquel
día: porque yo mismo que hablo,
he aquí estaré presente.
7 ¡Cuán hermosos sobre las mon-
tañas son los pies de aquel que
trae buenas nuevas, del que pu-
blica la paz, que trae buenas
nuevas de bien, que publica sal-
vación, que dice a Sión: Tu Dios
reina!
8 ¡Voz de tus atalayas! alzarán
la voz, juntamente darán voces
de júbilo; porque ojo a ojo verán
que el SEÑOR vuelve a traer a
Sión.
9 Cantad alabanzas, alegraos
juntamente, soledades de Jeru-
salem: porque el SEÑOR ha con-
solado su pueblo, a Jerusalem ha
redimido.
10 El SEÑOR desnudó el brazo
de su santidad ante los ojos de
todas las gentes; y todos los tér-
minos de la tierra verán la salva-
ción del Dios nuestro.
11 Apartaos, apartaos, salid de
ahí, no toquéis cosa inmunda;
salid de en medio de ella; lim-
piaos los que lleváis los vasos del
SEÑOR.
12 Porque no saldréis apresura-
dos, ni iréis huyendo; porque el
SEÑOR irá delante de vosotros, y

os congregará el Dios de Israel.
13 He aquí que mi siervo será
prosperado, será engrandecido y
ensalzado, y será muy sublimado.
14 Como se pasmaron de ti muchos, en tanta manera fue desfigurado de los hombres su parecer; y su hermosura más que la de los hijos de los hombres.
15 Empero él rociará muchas
gentes: los reyes cerrarán sobre él sus bocas; porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído.

CAPÍTULO 53

¿QUIÉN ha creído a nuestro anuncio? ¿y a quién ha sido revelado el brazo del SEÑOR?
2 Pues crecerá delante de él
como una planta tierna, y como una raíz de tierra seca: no tiene forma ni hermosura: y cuando lo veamos, no hay atractivo para que le deseemos.
3 Despreciado y desechado entre
los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.
4 Ciertamente llevó él nuestras
enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.
5 Mas él herido fue por nuestras
transgresiones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su herida somos nosotros sanados.
6 Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su propio camino: mas el SEÑOR cargó en él la iniquidad de todos nosotros.
7 Él fue oprimido y afligido, mas
no abrió su boca: como cordero él es llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudece, así no abre su boca.
8 De la cárcel y del juicio fue quitado; y su generación ¿quién la contará? Porque cortado fue de la tierra de los vivientes; por la transgresión de mi pueblo fue herido.
9 Y dispúsose con los impíos su
sepultura, mas con los ricos en su muerte; porque nunca hizo él violencia, ni hubo engaño en su boca.
10 Aún le complació al SEÑOR
herirlo, sujetándo*le* a padecimiento. Cuando hubiere puesto su alma en expiación por el pecado, él verá *su* simiente, prolongará *sus* días, y el placer del SEÑOR será en su mano prosperada.
11 Del trabajo de su alma verá y
quedará satisfecho; con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y él llevará las iniquidades de ellos.
12 Por tanto yo le daré una porción con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su alma hasta la muerte, y fue contado con los transgresores, y él llevó sobre si el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores.

CAPÍTULO 54

ALÉGRATE, oh estéril, la que no paría; levanta canción, y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto: porque más son los hijos de la dejada que los de la casada, ha dicho el SEÑOR.
2 Ensancha el sitio de tu tienda, y
extiende las cortinas de tus habi-

taciones; no seas escasa; alarga
tus cuerdas, y fortifica tus estacas.
3 Porque a la mano derecha y a
la mano izquierda has de crecer;
y tu simiente heredará los Gentiles, y habitarán las ciudades asoladas.
4 No temas que no serás avergonzada; y no te avergüences,
que no serás afrentada: antes, te
olvidarás de la vergüenza de tu
mocedad, y de la afrenta de tu
viudez no tendrás más memoria.
5 Porque tu marido es tu Hacedor; el SEÑOR de los ejércitos
es su nombre: y tu Redentor, el
Santo de Israel; Dios de toda la
tierra será llamado.
6 Porque como a mujer dejada
y triste de espíritu te llamó el
SEÑOR, y *como* a esposa moza que
es repudiada, dijo el Dios tuyo.
7 Por un pequeño momento te
dejé; mas te recogeré con grandes misericordias.
8 Con un poco de ira escondí
mi rostro de ti por un momento;
mas con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo tu Redentor el SEÑOR.
9 Porque esto me será *como* las
aguas de Noé; que juré que
nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti,
ni te reñiré.
10 Porque los montes se moverán,
y los collados temblarán; mas no
se apartará de ti mi misericordia,
ni el pacto de mi paz vacilará,
dijo el SEÑOR, el que tiene misericordia de ti.
11 Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que
yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré.
12 Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de
piedras de carbunclo, y todo tu
término de piedras de buen gusto.
13 Y todos tus hijos serán enseñados del SEÑOR; y multiplicará
la paz de tus hijos.
14 Con justicia serás adornada;
estarás lejos de opresión, porque
no temerás; y de temor, porque
no se acercará a ti.
15 Si alguno conspirare contra ti,
será sin mí: el que contra ti conspirare, delante de ti caerá.
16 He aquí yo he creado al herrero que sopla las ascuas en el
fuego, y que saca la herramienta
para su obra; y yo he creado al
destruidor para destruir.
17 Toda herramienta que fuere
fabricada contra ti, no prosperará; y tú condenarás toda lengua
que se levantare contra ti en
juicio. Ésta es la heredad de los
siervos del SEÑOR, y su justicia
de por mí, dijo el SEÑOR.

CAPÍTULO 55

A TODOS los sedientos: Venid
a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad, y
comed. Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche.
2 ¿Por qué gastáis el dinero no
en pan, y vuestro trabajo no en
abundancia? Oidme atentamente, y comed del bien, y deleitaráse vuestra alma con grosura.
3 Inclinad vuestros oídos, y venid
a mí; oid, y vivirá vuestra alma;
y haré con vosotros pacto eterno,
las misericordias firmes a David.
4 He aquí, que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por
maestro a las naciones.
5 He aquí, llamarás a gente que
no conociste, y gentes que no
te conocieron correrán a ti; por

causa del SEÑOR tu Dios, y del
Santo de Israel que te ha honrado.
6 Buscad al SEÑOR mientras
puede ser hallado, llamadle en
tanto que está cercano.
7 Deje el impío su camino, y el
hombre inicuo sus pensamientos;
y vuélvase al SEÑOR, el cual
tendrá de él misericordia, y al
Dios nuestro, el cual será amplio
en perdonar.
8 Porque mis pensamientos no
son vuestros pensamientos, ni
vuestros caminos mis caminos,
dijo el SEÑOR.
9 Como son más altos los cielos
que la tierra, así son mis caminos
más altos que vuestros caminos,
y mis pensamientos más que
vuestros pensamientos.
10 Porque como desciende del
cielo la lluvia, y la nieve, y no
vuelve allá, sino que harta la
tierra, y la hace germinar y producir,
y da simiente al que siembra,
y pan al que come:
11 Así será mi palabra que sale
de mi boca: no volverá a mí
vacía, antes hará lo que yo quiero,
y será prosperada en aquello
para que la envié.
12 Porque con alegría saldréis, y
con paz seréis vueltos; los montes
y los collados levantarán canción
delante de vosotros, y todos
los árboles del campo darán palmadas
de aplauso.
13 En lugar de la zarza crecerá
haya, y en lugar de la ortiga crecerá
arrayán: y será al SEÑOR
por nombre, por señal eterna
que nunca será raída.

CAPÍTULO 56

ASÍ dijo el SEÑOR: Guardad
derecho, y haced justicia:
porque cercana está mi salvación
para venir, y mi justicia para manifestarse.
2 Bienaventurado el hombre que
esto hiciere, y el hijo del hombre
que esto abrazare: que guarda
el sábado de profanarlo, y que
guarda su mano de hacer todo
mal.
3 Y el hijo del extranjero, allegado
al SEÑOR, no hable diciendo:
Apartaráme totalmente el SEÑOR
de su pueblo. Ni diga el eunuco:
He aquí yo soy árbol seco.
4 Porque así dijo el SEÑOR a
los eunucos que guardaren mis
sábados, y escogieren lo que yo
quiero, y abrazaren mi pacto:
5 Yo les daré lugar en mi casa
y dentro de mis muros, y nombre
mejor que *el* de hijos e hijas;
nombre perpetuo les daré que
nunca perecerá.
6 Y a los hijos de los extranjeros
que se llegaren al SEÑOR para
ministrarle, y que amaren el
nombre del SEÑOR para ser sus
siervos: a todos los que guardaren
el sábado de profanarlo, y
abrazaren mi pacto,
7 Yo los llevaré al monte de mi
santidad, y los recrearé en mi
casa de oración; sus holocaustos
y sus sacrificios serán aceptos
sobre mi altar; porque mi casa,
casa de oración será llamada de
todos los pueblos.
8 Dice el Señor DIOS, el que
junta los echados de Israel: Aun
juntaré sobre él sus congregados.
9 Todas las bestias del campo,
todas las bestias del monte, venid
a devorar.
10 Sus atalayas ciegos son, todos
ellos ignorantes; todos ellos perros
mudos, no pueden ladrar; soñolientos,
echados, aman el dormir.
11 Y esos perros ansiosos no co-

nocen abundancia; y los mismos pastores no supieron entender: todos ellos miran a sus caminos, cada uno a su provecho, *cada uno* por su cabo.
12 Venid, *dicen,* tomaré vino, embriaguémonos de sidra; y será el día de mañana como este, o mucho más excelente.

CAPÍTULO 57

PERECE el justo, y no hay quien pare mientes; y los píos son recogidos, y no hay quien entienda que delante de la aflicción es recogido el justo.
2 Entrará en la paz; descansarán en sus lechos *todos* los que andan delante de *Dios.*
3 Mas vosotros llegaos acá, hijos de la agorera, generación de adúltero y de fornicaria.
4 ¿De quién os habéis mofado? ¿contra quién ensanchasteis la boca, y alargasteis la lengua? ¿No sois vosotros hijos rebeldes, simiente mentirosa,
5 Que os enfervorizáis con los ídolos debajo de todo árbol umbroso, que sacrificáis los hijos en los valles, debajo de los peñascos?
6 En las pulimentadas *piedras* del valle está tu parte; ellas, ellas son tu suerte; y a ellas derramaste libación, y ofreciste presente. ¿No me tengo de vengar de estas cosas?
7 Sobre el monte alto y empinado pusiste tu cama: allí también subiste a hacer sacrificio.
8 Y tras la puerta y el umbral pusiste tu recuerdo: porque a otro que a mí te descubriste, y subiste, y ensanchaste tu cama, e hiciste con ellos pacto: amaste su cama donde quiera que la veías.
9 Y fuiste al rey con ungüento, y multiplicaste tus perfumes, y enviaste tus embajadores lejos, y te abatiste hasta el infierno.
10 En la multitud de tus caminos te cansaste, mas no dijiste: No hay remedio; hallaste la vida de tu mano, por tanto no te arrepentiste.
11 ¿Y de quién te asustaste y temiste, que has faltado a la fe, y no te has acordado de mí, ni te vino al pensamiento? ¿No he yo disimulado desde tiempos antiguos, y nunca me has temido?
12 Yo publicaré tu justicia y tus obras, que no te aprovecharán.
13 Cuando clamares, líbrente tus allegados; empero a todos ellos llevará el viento, un soplo los arrebatará; mas el que en mí espera, tendrá la tierra por heredad, y poseerá el monte de mi santidad.
14 Y dirá: Allanad, allanad; barred el camino, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo.
15 Porque así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados.
16 Porque no tengo de contender para siempre, ni para siempre me he de enojar: pues decaería ante mí el espíritu, y las almas que yo he criado.
17 Por la iniquidad de su codicia me enojé y heríle, escondí *mi rostro* y ensañéme; y fue él rebelde por el camino de su corazón.
18 Visto he sus caminos, y le sanaré, y le pastorearé, y daréle

consolaciones, a él y a sus enlu-
tados.
19 Yo creo el fruto de labios: Paz,
paz al lejano y al cercano, dice el
SEÑOR; y sanarélo.
20 Mas los impíos son como el
mar en tempestad, que no puede
estarse quieta, y sus aguas arro-
jan cieno y lodo.
21 No hay paz, dijo mi Dios, para
los impíos.

CAPÍTULO 58

CLAMA a voz en cuello, no te
detengas; alza tu voz como
trompeta, y anuncia a mi pueblo
su rebelión, y a la casa de Jacob
su pecado.
2 Que me buscan cada día, y
quieren saber mis caminos,
como gente que hubiese obrado
justicia, y que no hubiese dejado
el derecho de su Dios: pregún-
tanme derechos de justicia, y
quieren acercarse a Dios.
3 *Dicen:* ¿Por qué ayunamos, y
tú no lo ves? *¿Por qué* afligimos
nuestras almas, y tú no te das por
entendido? He aquí que en el día
de vuestro ayuno halláis placer,
y demandáis todo vuestro traba-
jo.
4 He aquí que para contiendas y
debates ayunáis, y para herir con
el puño inicuamente; no ayunéis
como hoy, para que vuestra voz
sea oída en lo alto.
5 ¿Es tal el ayuno que yo esco-
gí, que de día aflija el hombre
su alma, que encorve su cabe-
za como junco, y haga cama de
saco y de ceniza? ¿Llamaréis
esto ayuno, y día agradable al
SEÑOR?
6 ¿No es antes el ayuno que yo
escogí, desatar las ligaduras de
impiedad, deshacer los haces de
opresión, y dejar ir libres a los
quebrantados, y que rompáis
todo yugo?
7 ¿No es que partas tu pan con el
hambriento, y a los pobres erran-
tes metas en casa; que cuando
vieres al desnudo, lo cubras, y no
te escondas de tu carne?
8 Entonces nacerá tu luz como el
alba, y tu salvación se dejará ver
presto; e irá tu justicia delante
de ti, y la gloria del SEÑOR será
tu retaguardia.
9 Entonces invocarás, y oirte
ha el SEÑOR; clamarás, y dirá
él: Heme aquí. Si quitares de en
medio de ti el yugo, el extender
el dedo, y hablar vanidad;
10 Y si derramares tu alma al
hambriento, y saciares el alma
afligida, en las tinieblas nacerá
tu luz, y tu oscuridad será como
el mediodía;
11 Y el SEÑOR te pastoreará
siempre, y en las sequías hartará
tu alma, y engordará tus huesos;
y serás como huerta de riego, y
como manadero de aguas, cuyas
aguas nunca faltan.
12 Y edificarán los de ti los de-
siertos antiguos; los cimientos de
generación y generación levanta-
rás: y serás llamado reparador de
portillos, restaurador de calzadas
para habitar.
13 Si retrajeres del sábado tu
pie, de hacer tu voluntad en mi
día santo; y al sábado llamares
deleitoso, el santo del SEÑOR,
honorable; y lo honrares, no an-
dando en tus propios caminos, ni
buscando tu propia voluntad, ni
hablando *tus propias* palabras:
14 Entonces te deleitarás en el
SEÑOR; y yo te haré subir sobre
las alturas de la tierra, y te daré
a comer la heredad de Jacob tu

padre: porque la boca del SEÑOR
lo ha hablado.

CAPÍTULO 59

HE aquí que no se ha acortado
la mano del SEÑOR para
salvar, ni hase agravado su oído
para oír:
2 Mas vuestras iniquidades han
hecho división entre vosotros y
vuestro Dios, y vuestros pecados
han hecho ocultar su rostro de
vosotros, para no oír.
3 Porque vuestras manos están
contaminadas de sangre, y vues-
tros dedos de iniquidad; vuestros
labios pronuncian mentira, habla
maldad vuestra lengua.
4 No hay quien clame por la
justicia, ni quien juzgue por la
verdad: confían en vanidad, y
hablan vanidades; conciben tra-
bajo, y paren iniquidad.
5 Ponen huevos de áspides, y
tejen telas de arañas: el que co-
miere de sus huevos, morirá; y *si*
lo apretaren, saldrá una víbora.
6 Sus telas no servirán para ves-
tir, ni de sus obras serán cubier-
tos: sus obras son obras de ini-
quidad, y obra de rapiña está en
sus manos.
7 Sus pies corren al mal, y se
apresuran para derramar la san-
gre inocente; sus pensamientos,
pensamientos de iniquidad, des-
trucción y quebrantamiento en
sus caminos.
8 No conocieron camino de paz,
ni hay derecho en sus caminos:
sus veredas son torcidas; cual-
quiera que por ellas fuere, no co-
nocerá paz.
9 Por esto se alejó de noso-
tros el juicio, y no nos alcan-
zó justicia: esperamos luz, y
he aquí tinieblas; resplando-
res, y andamos en oscuridad.
10 Palpamos la pared como cie-
gos, y andamos a tiento como sin
ojos; tropezamos al medio día
como de noche; estamos en os-
curos lugares como muertos.
11 Aullamos como osos todos
nosotros, y gemimos lastimera-
mente como palomas: esperamos
juicio, y no lo hay; salvación, y
alejóse de nosotros.
12 Porque nuestras rebeliones se
han multiplicado delante de ti, y
nuestros pecados han atestiguado
contra nosotros: porque con no-
sotros están nuestras iniquidades,
y conocemos nuestros pecados:
13 El prevaricar y mentir contra
el SEÑOR, y tornar de en pos de
nuestro Dios; el hablar calumnia
y rebelión, concebir y proferir de
corazón palabras de mentira.
14 Y el derecho se retiró, y la
justicia se puso lejos: porque la
verdad tropezó en la plaza, y la
equidad no pudo venir.
15 Y la verdad fue detenida; y el
que se apartó del mal, fue pues-
to en presa: y viólo el SEÑOR, y
desagradó en sus ojos, porque
pereció el derecho.
16 Y vio que no había hombre,
y maravillóse que no hubiera
quien se interpusiese; y salvólo
su brazo, y afirmóle su misma
justicia.
17 Pues de justicia se vistió como
de loriga, con capacete de salva-
ción en su cabeza: y vistióse de
vestido de venganza por vestidu-
ra, y cubrióse de celo como de
manto,
18 Como para retribuir, como
para retornar ira a sus enemigos,
y dar el pago a sus adversarios: el
pago dará a las islas.
19 Y temerán desde el occidente

el nombre del SEÑOR, y desde el
nacimiento del sol su gloria: por-
que vendrá el enemigo como río,
mas el Espíritu del SEÑOR levan-
tará bandera contra él.
20 Y vendrá el Redentor a Sión,
y a los que se volvieren de la ini-
quidad en Jacob, dice el SEÑOR.
21 Y este será mi pacto con
ellos, dijo el SEÑOR: El espíritu
mío que está sobre ti, y mis pa-
labras que puse en tu boca, no
faltarán de tu boca, ni de la boca
de tu simiente, ni de la boca de
la simiente de tu simiente, dijo
el SEÑOR, desde ahora y para
siempre.

CAPÍTULO 60

LEVÁNTATE, resplandece; que
ha venido tu lumbre, y la glo-
ria del SEÑOR ha nacido sobre ti.
2 Porque he aquí que tinieblas
cubrirán la tierra, y oscuridad
los pueblos: mas sobre ti nacerá
el SEÑOR, y sobre ti será vista su
gloria.
3 Y andarán los Gentiles a tu luz,
y los reyes al resplandor de tu
nacimiento.
4 Alza tus ojos en derredor, y
mira: todos estos se han juntado,
vinieron a ti: tus hijos vendrán
de lejos, y tus hijas sobre el lado
serán criadas.
5 Entonces verás y resplandece-
rás; y se maravillará y ensancha-
rá tu corazón, que se haya vuelto
a ti la multitud del mar, y la for-
taleza de los Gentiles haya veni-
do a ti.
6 Multitud de camellos te cubri-
rá, dromedarios de Madián y de
Efa; vendrán todos los de Seba;
traerán oro e incienso, y publica-
rán alabanzas del SEÑOR.
7 Todo el ganado de Cedar será
juntado para ti: carneros de Ne-
baiot te serán servidos: serán
ofrecidos con agrado sobre mi
altar, y glorificaré la casa de mi
gloria.
8 ¿Quiénes son estos que vuelan
como nubes, y como palomas a
sus ventanas?
9 Ciertamente a mí esperarán las
islas, y las naves de Tarsis desde
el principio, para traer tus hijos
de lejos, su plata y su oro con
ellos, al nombre del SEÑOR tu
Dios, y al Santo de Israel, que te
ha glorificado.
10 Y los hijos de los extranjeros
edificarán tus muros, y sus reyes
te servirán; porque en mi ira te
herí, mas en mi buena voluntad
tendré de ti misericordia.
11 Tus puertas estarán de conti-
nuo abiertas; no se cerrarán de
día ni de noche; para que sea tra-
ída a ti fortaleza de los Gentiles,
y sus reyes conducidos.
12 Porque la gente o el reino que
no te sirviere, perecerá; y del
todo serán asoladas.
13 La gloria del Líbano vendrá
a ti, hayas, pinos, y bojes junta-
mente, para decorar el lugar de
mi santuario; y yo honraré el
lugar de mis pies.
14 Y vendrán a ti humillados los
hijos de los que te afligieron, y a
las pisadas de tus pies se encor-
varán todos los que te escarnecí-
an, y llamarte han Ciudad del
SEÑOR, Sión del Santo de Israel.
15 En lugar de que has sido des-
echada y aborrecida, y que no
había quien por ti pasase, poner-
te he en gloria eterna, gozo de
generación y generación.
16 Y mamarás la leche de los
Gentiles, el pecho de los reyes
mamarás; y conocerás que yo el

SEÑOR soy el Salvador tuyo, y
Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob.
17 En vez de latón traeré oro, y
por hierro plata, y por madera
latón, y en lugar de piedras hie-
rro; y pondré paz *por* tu tributo, y
justicia *por* tus exactores.
18 Nunca más se oirá en tu tie-
rra violencia, destrucción ni que-
brantamiento en tus términos;
mas a tus muros llamarás Salva-
ción, y a tus puertas Alabanza.
19 El sol nunca más te servirá de
luz para el día, ni el resplandor
de la luna te alumbrará; sino que
el SEÑOR te será por luz perpe-
tua, y el Dios tuyo por tu gloria.
20 No se pondrá jamás tu sol, ni
menguará tu luna: porque te será
el SEÑOR por luz perpetua, y los
días de tu luto serán acabados.
21 Y tu pueblo, todos ellos serán
justos, para siempre heredarán
la tierra; renuevos de mi plantío,
obra de mis manos, para glorifi-
carme.
22 El pequeño será por mil; el
menor, por gente fuerte. Yo el
SEÑOR a su tiempo haré que
esto sea presto.

CAPÍTULO 61

EL Espíritu del Señor DIOS *es*
sobre mí, porque me ungió el
SEÑOR; hame enviado a predi-
car buenas nuevas a los mansos,
a vendar a los quebrantados de
corazón, a publicar libertad a los
cautivos, y *a los* presos abertura
de la cárcel;
2 A promulgar año de la buena
voluntad del SEÑOR, y día de
venganza del Dios nuestro; a
consolar a todos los enlutados;
3 A ordenar a Sión a los enluta-
dos, para darles gloria en lugar
de ceniza, óleo de gozo en lugar
del luto, manto de alegría en
lugar del espíritu angustiado; y
serán llamados árboles de justi-
cia, plantío del SEÑOR, para glo-
ria suya.
4 Y edificarán los desiertos anti-
guos, y levantarán los asolamien-
tos primeros, y restaurarán las
ciudades asoladas, los asola-
mientos de muchas generaciones.
5 Y estarán extranjeros, y apa-
centarán vuestras ovejas, y los
extraños serán vuestros labrado-
res y vuestros viñadores.
6 Y vosotros seréis llamados sa-
cerdotes del SEÑOR, ministros
del Dios nuestro seréis dichos:
comeréis las riquezas de los Gen-
tiles, y con su gloria seréis subli-
mes.
7 En lugar de vuestra doble
confusión, y de vuestra deshon-
ra, os alabarán en sus heredades;
por lo cual en sus tierras posee-
rán doblado, y tendrán perpetuo
gozo.
8 Porque yo el SEÑOR *soy* ama-
dor del derecho, aborrecedor del
latrocinio para holocausto; por
tanto estableceré en verdad su
obra, y haré con ellos pacto per-
petuo.
9 Y la simiente de ellos será co-
nocida entre los Gentiles, y sus
renuevos en medio de los pue-
blos; todos los que los vieren,
los conocerán, que son simiente
bendita del SEÑOR.
10 En gran manera me gozaré
en el SEÑOR, mi alma se alegra-
rá en mi Dios; porque me vistió
de vestidos de salvación, rodeó-
me de manto de justicia, como a
novio me atavió, y como a novia
compuesta de sus joyas.
11 Porque como la tierra produce
su renuevo, y como el huerto hace

brotar su simiente, así el Señor DIOS hará brotar justicia y alabanza delante de todas las gentes.

CAPÍTULO 62

POR amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalem no he de parar, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha.
2 Entonces verán los Gentiles tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca del SEÑOR nombrará.
3 Y serás corona de gloria en la mano del SEÑOR, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo.
4 Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Asolamiento; sino que serás llamada Hefziba, y tu tierra, Beulah; porque el amor del SEÑOR *será* en ti, y tu tierra será casada.
5 Pues como el mancebo se casa con la virgen, se casarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo.
6 Sobre tus muros, oh Jerusalem, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis del SEÑOR, no ceséis,
7 Ni le deis tregua, hasta que confirme, y hasta que ponga a Jerusalem en alabanza en la tierra.
8 Juró el SEÑOR por su mano derecha, y por el brazo de su fortaleza: Que jamás daré tu trigo por comida a tus enemigos, ni beberán los extraños el vino que tú trabajaste:
9 Mas los que lo allegaron lo comerán, y alabarán al SEÑOR; y los que lo cogieron, lo beberán en los atrios de mi santuario.
10 Pasad, pasad por las puertas; barred el camino al pueblo; allanad, allanad la calzada, quitad las piedras, alzad pendón a los pueblos.
11 He aquí que el SEÑOR hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sión: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra.
12 Y llamarles han Pueblo Santo, Redimidos del SEÑOR; y a ti te llamarán Ciudad Buscada, no desamparada.

CAPÍTULO 63

¿QUIÉN es éste que viene de Edom, de Bosra con vestidos bermejos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar.
2 ¿Por qué es bermejo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar?
3 Pisado he yo solo el lagar, y de los pueblos nadie fue conmigo: pisélos con mi ira, y hollélos con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y ensucié todas mis ropas.
4 Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos es venido.
5 Y miré, y no había quien ayudara, y maravilléme que no hubiera quien sustentase: y salvóme mi brazo, y sostúvome mi ira.
6 Y con mi ira hollé los pueblos, y embriaguélos de mi furor, y derribé a tierra su fortaleza.
7 De las misericordias del SEÑOR haré memoria, de las alabanzas

del SEÑOR, conforme a todo lo
que el SEÑOR nos ha dado, y de
la grandeza de su beneficencia
hacia la casa de Israel, que les ha
hecho según sus misericordias, y
según la multitud de sus misera-
ciones.
8 Porque dijo: Ciertamente mi
pueblo son, hijos que no mien-
ten; y fue su Salvador.
9 En toda angustia de ellos él fue
angustiado, y el ángel de su faz
los salvó: en su amor y en su cle-
mencia los redimió, y los trajo,
y los levantó todos los días del
siglo.
10 Mas ellos fueron rebeldes, e
hicieron enojar su Espíritu Santo;
por lo cual se les volvió enemigo,
y él mismo peleó contra ellos.
11 Empero acordóse de los días
antiguos, de Moisés *y* de su pue-
blo, *diciendo:* ¿Dónde está el que
les hizo subir del mar con el pas-
tor de su rebaño? ¿dónde el que
puso en medio de él su Espíritu
Santo?
12 ¿El que *los* guió por la dies-
tra de Moisés con el brazo de su
gloria; el que rompió las aguas
delante de ellos, haciéndose así
nombre perpetuo?
13 ¿El que los condujo por los
abismos, como un caballo por el
desierto, sin que tropezaran?
14 El Espíritu del SEÑOR los
pastoreó, como a una bestia que
desciende al valle; así pastoreas-
te tu pueblo, para hacerte nom-
bre glorioso.
15 Mira desde el cielo y contem-
pla desde la morada de tu santi-
dad y de tu gloria: ¿dónde
está tu celo, y tu fortaleza, la
conmoción de tus entrañas y
de tus miseraciones para con-
migo? ¿hanse estrechado?
16 Tú empero eres nuestro padre,
si bien Abraham nos ignora, e Is-
rael no nos conoce: tú, oh SEÑOR,
eres nuestro padre; nuestro Re-
dentor perpetuo *es* tu nombre.
17 ¿Por qué, oh SEÑOR, nos has
hecho errar de tus caminos, y
endureciste nuestro corazón a
tu temor? Vuélvete por amor de
tus siervos, por las tribus de tu
heredad.
18 Por poco tiempo *lo* poseyó el
pueblo de tu santidad: nuestros
enemigos han hollado tu santua-
rio.
19 Hemos venido a ser como
aquellos de quienes nunca te
enseñoreaste, sobre los cuales
nunca fue llamado tu nombre.

CAPÍTULO 64

¡OH si rompieses los cielos, *y*
descendieras, *y* a tu presencia
se escurriesen los montes,
2 Como fuego abrasador de fun-
diciones, fuego que hace hervir
las aguas, para que hicieras noto-
rio tu nombre a tus enemigos, y
las gentes temblasen a tu presen-
cia!
3 Cuando, haciendo terriblezas
cuales nunca esperábamos, des-
cendiste, fluyeron los montes de-
lante de ti.
4 Ni nunca oyeron, ni oídos per-
cibieron, ni ojo ha visto, oh Dios,
fuera de ti, que hiciese por el que
en él espera.
5 Saliste al encuentro al que con
alegría obraba justicia, a los que
se acordaban de ti en tus cami-
nos: he aquí, tú te enojaste por-
que pecamos; en esos *tus caminos*
hay perpetuidad, y seremos sal-
vos.
6 Si bien todos nosotros somos
como suciedad, y todas nuestras

justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.
7 Y nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para tenerte; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades.
8 Ahora pues, oh SEÑOR, tú *eres* nuestro padre; nosotros lodo, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos, todos nosotros.
9 No te aires, oh SEÑOR, sobremanera, ni tengas perpetua memoria de la iniquidad: he aquí mira ahora, pueblo tuyo *somos* todos nosotros.
10 Tus santas ciudades están desiertas, Sión es un desierto, Jerusalem una soledad.
11 La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras cosas preciosas han sido destruídas.
12 ¿Te estarás quieto, oh SEÑOR, sobre estas cosas? ¿callarás, y nos afligirás sobremanera?

CAPÍTULO 65

FUI buscado de los que no preguntaban *por mí*; fui hallado de los que no me buscaban. Dije a gente que no invocaba mi nombre: Heme aquí, heme aquí.
2 Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos;
3 Pueblo que en mi cara me provoca de continuo a ira, sacrificando en huertos, y ofreciendo perfume sobre ladrillos;
4 Que se quedan en los sepulcros, y en los desiertos tienen la noche; que comen carne de puerco, y en sus ollas hay caldo de cosas inmundas;
5 Que dicen: Estáte en tu lugar, no te llegues a mí, que soy más santo que tú: éstos son humo en mi furor, fuego que arde todo el día.
6 He aquí que escrito está delante de mí; no callaré, antes retornaré, y daré el pago en su seno,
7 *Por* vuestras iniquidades, y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice el SEÑOR, los cuales hicieron perfume sobre los montes, y sobre los collados me afrentaron: por tanto yo les mediré su obra antigua en su seno.
8 Así dice el SEÑOR: Como *si alguno* hallase mosto en un racimo, y dijese: No lo desperdicies, que bendición hay en él; así haré yo por mis siervos, que no lo destruiré todo.
9 Mas sacaré simiente de Jacob, y de Judá heredero de mis montes; y mis escogidos poseerán por heredad la tierra, y mis siervos habitarán allí.
10 Y será Sarón para habitación de ovejas, y el valle de Acor para majada de vacas, a mi pueblo que me buscó.
11 Empero vosotros los que dejáis al SEÑOR, que olvidáis el monte de mi santidad, que ponéis mesa para la Fortuna, y suministráis libaciones para el Destino;
12 Yo también os destinaré a la espada, y todos vosotros os arrodillaréis al degolladero: por cuanto llamé, y no respondisteis; hablé, y no oisteis; sino que hicisteis lo malo delante de mis

ojos, y escogisteis lo que a mí
desagrada.
13 Por tanto así dijo el Señor
DIOS: He aquí que mis siervos
comerán, y vosotros tendréis
hambre; he aquí que mis sier-
vos beberán, y vosotros tendréis
sed; he aquí que mis siervos se
alegrarán, y vosotros seréis aver-
gonzados;
14 He aquí que mis siervos can-
tarán por júbilo del corazón, y
vosotros clamaréis por el dolor
del corazón, y por el quebranta-
miento de espíritu aullaréis.
15 Y dejaréis vuestro nombre por
maldición a mis escogidos, y el
Señor DIOS te matará; y a sus
siervos llamará por otro nombre.
16 El que se bendijere en la tie-
rra, en el Dios de verdad se ben-
decirá; y el que jurare en la tie-
rra, por el Dios de verdad jurará;
porque las angustias primeras
serán olvidadas, y serán cubier-
tas de mis ojos.
17 Porque he aquí que yo creo
nuevos cielos y nueva tierra: y
de lo primero no habrá memoria,
ni más vendrá al pensamiento.
18 Mas os gozaréis y os alegra-
réis por siempre jamás en lo que
yo creo: porque he aquí que yo
creo a Jerusalem alegría, y a su
pueblo gozo.
19 Y alegraréme con Jerusalem,
y gozaréme con mi pueblo; y
nunca más se oirán en ella voz
de lloro, ni voz de clamor.
20 No habrá más allí niño de días,
ni viejo que sus días no cumpla:
porque el niño morirá de cien
años, y el pecador de cien años,
será maldito.
21 Y edificarán casas, y mora-
rán en ellas; plantarán viñas,
y comerán el fruto de ellas.
22 No edificarán, y otro mora-
rá; no plantarán, y otro comerá:
porque según los días de los ár-
boles serán los días de mi pueblo,
y mis escogidos perpetuarán las
obras de sus manos.
23 No trabajarán en vano, ni
parirán para maldición; porque
son simiente de los benditos del
SEÑOR, y sus descendientes con
ellos.
24 Y será que antes que clamen,
responderé yo; aun estando ellos
hablando, yo habré oído.
25 El lobo y el cordero serán
apacentados juntos, y el león co-
merá paja como el buey; y a la
serpiente el polvo será su comi-
da. No afligirán, ni harán mal
en todo mi santo monte, dijo el
SEÑOR.

CAPÍTULO 66

EL SEÑOR dijo así: El cielo es
mi solio, y la tierra estrado
de mis pies: ¿dónde está la casa
que me habréis de edificar, y
dónde este lugar de mi reposo?
2 Mi mano hizo todas estas cosas,
y *así* todas estas cosas fueron,
dice el SEÑOR: más a aquél mi-
raré que es pobre y humilde de
espíritu, y que tiembla a mi pala-
bra.
3 El que sacrifica buey, como si
matase un hombre; el que sacrifi-
ca oveja, como si degollase un
perro; el que ofrece presente,
como si ofreciese sangre de puerco;
el que ofrece perfume, como si
bendijese a un ídolo. Y pues es-
cogieron sus caminos, y su alma
amó sus abominaciones.
4 También yo escogeré sus escar-
nios, y traeré sobre ellos lo que
temieron; porque llamé, y nadie
respondió; hablé, y no oyeron;

antes hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que a mí desagrada.

5 Oid palabra del SEÑOR, vosotros los que tembláis a su palabra: Vuestros hermanos los que os aborrecen, y os niegan por causa de mi nombre, dijeron: Glorifíquese el SEÑOR. Mas él se mostrará con alegría vuestra, y ellos serán confundidos.

6 Voz de alboroto de la ciudad, voz del templo, voz del SEÑOR que da el pago a sus enemigos.

7 Antes que estuviese de parto, parió; antes que le viniesen dolores, parió hijo.

8 ¿Quién oyó cosa semejante? ¿quién vio cosa tal? ¿parirá la tierra en un día? ¿nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sión estuvo de parto, parió sus hijos.

9 ¿Yo que hago parir, no pariré? dijo el SEÑOR. ¿Yo que hago engendrar, seré detenido? dice el Dios tuyo.

10 Alegraos con Jerusalem, y gozaos con ella, todos los que la amáis: llenaos con ella de gozo, todos los que os enlutáis por ella:

11 Para que maméis y os saciéis de los pechos de sus consolaciones; para que ordeñéis, y os deleitéis con el resplandor de su gloria.

12 Porque así dice el SEÑOR: He aquí que yo extiendo sobre ella paz como un río, y la gloria de los Gentiles como un arroyo que sale de madre; y mamaréis, y sobre el lado seréis traídos, y sobre las rodillas seréis regalados.

13 Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalem tomaréis consuelo.

14 Y veréis, y alegraráse vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba: y la mano del SEÑOR para con sus siervos será conocida, y se airará contra sus enemigos.

15 Porque he aquí que el SEÑOR vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para tornar su ira en furor, y su reprensión en llama de fuego.

16 Porque el SEÑOR juzgará con fuego y con su espada a toda carne: y los muertos del SEÑOR serán multiplicados.

17 Los que se santifican y los que se purifican en los huertos, unos tras otros, los que comen carne de puerco, y abominación, y ratón; juntamente serán talados, dice el SEÑOR.

18 Porque yo *entiendo* sus obras y sus pensamientos: *tiempo* vendrá para juntar todas las gentes y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria.

19 Y pondré entre ellos señal, y enviaré de los escapados de ellos a las gentes, a Tarsis, a Pul y Lud, que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las islas apartadas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre los Gentiles.

20 Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, *por* presente al SEÑOR, en caballos, en carros, en literas, y en mulos, y en camellos, a mi santo monte de Jerusalem, dice el SEÑOR, al modo que los hijos de Israel traen el presente en vasos limpios a la casa del SEÑOR.

21 Y tomaré también de ellos para sacerdotes y Levitas, dice el SEÑOR.

22 Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago, permanecen delante de mí, dice el SEÑOR, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre.
23 Y será que de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrá toda carne a adorar delante de mí, dijo el SEÑOR.
24 Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí: porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará; y serán abominables a toda carne.

El Libro del Profeta
JEREMÍAS

CAPÍTULO 1

LAS palabras de Jeremías hijo
de Hilquías, de los sacerdotes
que estuvieron en Anatot, en tie-
rra de Benjamín.
2 La palabra del SEÑOR que vino
a él en los días de Josías hijo de
Amón, rey de Judá, en el año dé-
cimotercio de su reinado.
3 Fue asimismo en días de Joa-
cim hijo de Josías, rey de Judá,
hasta el fin del año undécimo de
Sedequías hijo de Josías, rey de
Judá, hasta la cautividad de Je-
rusalem en el mes quinto.
4 Vino pues la palabra del SEÑOR
a mí, diciendo:
5 Antes que te formase en el
vientre te conocí, y antes que sa-
lieses de la matriz te santifiqué,
te di por profeta a las gentes.
6 Y yo dije: ¡Ah Señor DIOS! He
aquí, no sé hablar, porque soy
niño.
7 Y díjome el SEÑOR: No digas,
soy niño; porque a todo lo que
te enviaré irás tú, y dirás todo lo
que te mandaré.
8 No temas delante de ellos, por-
que contigo soy para librarte,
dice el SEÑOR.
9 Y extendió el SEÑOR su mano,
y tocó sobre mi boca; y díjome el
SEÑOR: He aquí he puesto mis
palabras en tu boca.
10 Mira que te he puesto en este
día sobre gentes y sobre reinos,
para arrancar y para destruir, y
para arruinar y para derribar, y
para edificar y para plantar.
11 Y la palabra del SEÑOR vino
a mí, diciendo: ¿Qué ves tú, Je-
remías? Y dije: Yo veo una vara
de almendro.
12 Y díjome el SEÑOR: Bien has
visto; porque yo apresuro mi pa-
labra para ponerla por obra.
13 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR segunda vez, dicien-
do: ¿Qué ves tú? Y dije: Yo veo
una olla que hierve; y su faz *está*
hacia el norte.
14 Y díjome el SEÑOR: Del norte
se soltará el mal sobre todos los
moradores de la tierra.
15 Porque he aquí que yo convo-
co todas las familias de los rei-
nos del norte, dice el SEÑOR; y
vendrán, y pondrá cada uno su
asiento a la entrada de las puer-
tas de Jerusalem, y junto a todos
sus muros en derredor, y en
todas las ciudades de Judá.
16 Y a causa de toda su malicia,
proferiré mis juicios contra los
que me dejaron, e incensaron a
dioses extraños, y adoraron a las
obras de sus propias manos.
17 Tú pues, ciñe tus lomos, y te
levantarás, y les hablarás todo lo
que te mandaré: no temas delan-
te de ellos, porque no te haga yo
quebrantar delante de ellos.
18 Porque he aquí que yo te he
puesto en este día como ciudad
fortalecida, y como columna de
hierro, y como muro de latón
sobre toda la tierra, a los reyes
de Judá, a sus príncipes, a sus
sacerdotes, y al pueblo de la tie-
rra.
19 Y pelearán contra ti, mas no
te vencerán; porque yo soy conti-
go, dice el SEÑOR, para librarte.

CAPÍTULO 2

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Anda, y clama a los oídos de
Jerusalem, diciendo: Así dice el
SEÑOR: Heme acordado de ti, de
la misericordia de tu mocedad,
del amor de tu desposorio, cuan-
do andabas en pos de mí en el
desierto, en tierra no sembrada.
3 Santidad *era* Israel al SEÑOR,
primicias de sus nuevos frutos.
Todos los que le devoran peca-
rán; mal vendrá sobre ellos, dice
el SEÑOR.
4 Oid la palabra del SEÑOR, casa
de Jacob, y todas las familias de
la casa de Israel.
5 Así dijo el SEÑOR: ¿Qué mal-
dad hallaron en mí vuestros pa-
dres, que se alejaron de mí, y se
fueron tras la vanidad, y torná-
ronse vanos?
6 Y no dijeron: ¿Dónde está el
SEÑOR, que nos hizo subir de tie-
rra de Egipto, que nos hizo andar
por el desierto, por una tierra
desierta y despoblada, por tie-
rra seca y de sombra de muerte,
por una tierra por la cual no pasó
varón, ni allí habitó hombre?
7 Y os metí en tierra de Carmelo,
para que comieseis su fruto y su
bien: mas entrasteis, y contami-
nasteis mi tierra, e hicisteis mi
heredad abominable.
8 Los sacerdotes no dijeron:
¿Dónde está el SEÑOR? y los que
tenían la ley no me conocieron; y
los pastores se rebelaron contra
mí, y los profetas profetizaron en
Baal, y anduvieron tras lo que no
aprovecha.
9 Por tanto entraré aún en jui-
cio con vosotros, dijo el SEÑOR,
y con los hijos de vuestros hijos
pleitearé.
10 Porque pasad a las islas de
Quitim y mirad; y enviad a Cedar,
y considerad cuidadosamente, y
ved si se ha hecho cosa semejan-
te a ésta:
11 Si *alguna* gente ha mudado *sus*
dioses, bien que ellos no son dio-
ses. Pero mi pueblo ha trocado su
gloria por lo que no aprovecha.
12 Espantaos, cielos, sobre esto
y horrorizaos; desolaos en gran
manera, dijo el SEÑOR.
13 Porque dos males ha hecho mi
pueblo: dejáronme a mí, fuente
de agua viva, por cavar para sí
cisternas, cisternas rotas que no
detienen aguas.
14 ¿Es Israel siervo? ¿es esclavo?
¿por qué ha sido *dado* en presa?
15 Los cachorros de los leones
bramaron sobre él, dieron su
voz; y pusieron su tierra en sole-
dad; quemadas están sus ciuda-
des, sin morador.
16 Aun los hijos de Nof y de Ta-
fnes te quebrantaron la mollera.
17 ¿No te acarreó esto tu dejar al
SEÑOR tu Dios, cuando te hacía
andar por camino?
18 Ahora pues, ¿qué tienes tú en
el camino de Egipto, para que
bebas agua del Nilo? ¿y qué tie-
nes tú en el camino de Asiria,
para que bebas agua del río?
19 Tu maldad te castigará, y tu
apartamiento te condenará: sabe
pues y ve cuán malo y amargo es
tu dejar al SEÑOR tu Dios, y fal-
tar mi temor en ti, dice el Señor
DIOS de los ejércitos.
20 Porque desde muy atrás he
quebrado tu yugo, y roto tus ata-
duras; y dijiste: No serviré. Con
todo eso, sobre todo collado alto
y debajo de todo árbol umbroso,
corrías tú, oh ramera.
21 Y yo te planté de buen vidue-

ño, simiente verdadera toda ella: ¿cómo pues te me has tornado sarmientos de vid extraña?

22 Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, tu pecado está sellado delante de mí, dijo el Señor DIOS.

23 ¿Cómo dices: No soy inmunda, nunca anduve tras los Baales? Mira tu proceder en el valle, conoce lo que has hecho, dromedaria ligera que frecuentas sus carreras;

24 Asna montés acostumbrada al desierto, que respira como quiere; ¿de su ocasión quién la detendrá? Todos los que la buscaren no se cansarán; hallaránla en su mes.

25 Defiende tus pies de andar descalzos, y tu garganta de la sed. Mas dijiste: Hase perdido la esperanza; en ninguna manera: porque extraños he amado, y tras ellos tengo de ir.

26 Como se avergüenza el ladrón cuando es tomado, así se avergonzarán la casa de Israel, ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes, y sus profetas;

27 Que dicen al leño: Mi padre eres tú; y a la piedra: Tú me has engendrado: pues me volvieron la cerviz, y no el rostro; y en el tiempo de su trabajo dicen: Levántate, y líbranos.

28 ¿Y dónde están tus dioses que hiciste para ti? Levántense, a ver si te podrán librar en el tiempo de tu aflicción: porque según el número de tus ciudades, oh Judá, fueron tus dioses.

29 ¿Por qué porfías conmigo? Todos vosotros prevaricasteis contra mí, dice el SEÑOR.

30 Por demás he azotado vuestros hijos; no han recibido corrección. Espada devoró vuestros profetas como león destrozador.

31 ¡Oh generación! ved vosotros la palabra del SEÑOR. ¿He sido yo a Israel soledad, o tierra de tinieblas? ¿Por qué ha dicho mi pueblo: Señores somos; nunca más vendremos a ti?

32 ¿Olvídase la virgen de su atavío, o la desposada de sus sartales? mas mi pueblo se ha olvidado de mí por días que no tienen número.

33 ¿Por qué abonas tu camino para hallar amor, pues aun a las malvadas enseñaste tus caminos?

34 Aun en tus faldas se halló la sangre de las almas de los pobres, de los inocentes: no la hallé en excavación, sino en todas estas cosas.

35 Y dices: Porque soy inocente, de cierto su ira se apartó de mí. He aquí yo entraré en juicio contigo, porque dijiste: No he pecado.

36 ¿Para qué discurres tanto, mudando tus caminos? También serás avergonzada de Egipto, como fuiste avergonzada de Asiria.

37 También saldrás de él con tus manos sobre tu cabeza: porque el SEÑOR deshechó tus confianzas, y en ellas no tendrás buen suceso.

CAPÍTULO 3

DICEN: Si alguno dejare su esposa, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿no será tal tierra del todo amancillada? Tú pues has fornicado con muchos amigos; mas vuélvete a mí, dijo el SEÑOR.

2 Alza tus ojos a los altos, y ve en qué lugar no te hayas publica-

do: para ellos te sentabas en los caminos, como Árabe en el desierto; y con tus fornicaciones y con tu malicia has contaminado la tierra.
3 Por esta causa las aguas han sido detenidas, y faltó la lluvia de la tarde; y has tenido frente de mala mujer, ni quisiste tener vergüenza.
4 A lo menos desde ahora, ¿no clamarás a mí, Padre mío, guiador de mi juventud?
5 ¿Guardará *su enojo* para siempre? ¿eternalmente lo guardará? He aquí que has hablado y hecho cuantas maldades pudiste.
6 Y díjome el SEÑOR en días del rey Josías: ¿Has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Vase ella sobre todo monte alto y debajo de todo árbol umbroso, y allí fornica.
7 Y dije después que hizo todo esto: Vuélvete a mí; mas no se volvió. Y vio la rebelde su hermana Judá.
8 Y ví, que por todas estas causas en las cuales cometió adulterio la rebelde Israel, le había despedido, y dándole carta de divorcio; aun no tuvo temor su hermana Judá, sino también se fue y se prostituyó.
9 Y sucedió que por la liviandad de su fornicación la tierra fue contaminada, y adulteró con la piedra y con el leño.
10 Y con todo esto, la rebelde su hermana Judá no se tornó a mí de todo su corazón, sino mentirosamente, dice el SEÑOR.
11 Y díjome el SEÑOR: Justificado ha su alma la rebelde Israel en comparación de la desleal Judá.
12 Ve, y clama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice el SEÑOR; no haré caer mi ira sobre vosotros: porque misericordioso soy yo, dice el SEÑOR, no guardaré para siempre *el enojo*.
13 Conoce empero tu maldad, porque contra el SEÑOR tu Dios has prevaricado, y tus caminos has derramado a los extraños debajo de todo árbol umbroso, y no oíste mi voz, dice el SEÑOR.
14 Convertíos, hijos rebeldes, dice el SEÑOR, porque yo soy vuestro esposo: y os tomaré uno de una ciudad, y dos de una familia, y os introduciré en Sión;
15 Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten de conocimiento y de entendimiento.
16 Y acontecerá, que cuando os multiplicareis y creciereis en la tierra, en aquellos días, dice el SEÑOR, no se dirá más: Arca del pacto del SEÑOR; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la visitarán, ni se hará más.
17 En aquel tiempo llamarán a Jerusalem Trono del SEÑOR, y todas las gentes se congregarán a ella en el nombre del SEÑOR en Jerusalem: ni andarán más tras la dureza de su corazón malvado.
18 En aquellos tiempos irán de la casa de Judá a la casa de Israel, y vendrán juntamente de tierra del norte a la tierra que hice heredar a vuestros padres.
19 Yo empero dije: ¿Cómo te pondré por hijos, y te daré la tierra deseable, la rica heredad de los ejércitos de las gentes? Y dije: Padre mío me llamarás, y no te apartarás de en pos de mí.
20 Mas como la esposa quiebra la fe de su compañero, así preva-

ricasteis contra mí, oh casa de
Israel, dice el SEÑOR.
21 Voz sobre las alturas fue oída,
llanto de los ruegos de los hijos
de Israel; porque han torcido su
camino, del SEÑOR su Dios se
han olvidado.
22 Convertíos, hijos rebeldes, sa-
naré vuestras rebeliones. He aquí
nosotros venimos a ti; porque tú
eres el SEÑOR nuestro Dios.
23 Ciertamente en vano *se espera
la salvación* de los collados, *y* de
la multitud de los montes: verda-
deramente la salvación de Israel
está en el SEÑOR nuestro Dios.
24 Confusión consumió el tra-
bajo de nuestros padres desde
nuestra mocedad; sus ovejas, sus
vacas, sus hijos y sus hijas.
25 Yacemos en nuestra confu-
sión, y nuestra afrenta nos cubre:
porque pecamos contra el SEÑOR
nuestro Dios, nosotros y nuestros
padres, desde nuestra juventud y
hasta este día; y no hemos escucha-
do la voz del SEÑOR nuestro Dios.

CAPÍTULO 4

SI te has de convertir, oh Israel,
dice el SEÑOR, conviértete a
mí; y si quitares de delante de mí
tus abominaciones, no andarás
de acá para allá.
2 Y jurarás, *diciendo*, Vive el
SEÑOR, con verdad, con juicio, y
con justicia: y bendecirse han en
él las gentes, y en él se gloriarán.
3 Porque así dice el SEÑOR a *todo*
varón de Judá y de Jerusalem:
Haced barbecho para vosotros, y
no sembréis sobre espinas.
4 Circuncidaos al SEÑOR, y qui-
tad los prepucios de vuestro co-
razón, varones de Judá y mora-
dores de Jerusalem; no sea que
mi ira salga como fuego, y se en-
cienda y no haya quien apague,
por la malicia de vuestras obras.
5 Denunciad en Judá, y haced
oír en Jerusalem, y decid: Sonad
trompeta en la tierra. Pregonad,
juntad, y decid: Reuníos, y entré-
monos en las ciudades fuertes.
6 Alzad bandera en Sión, juntaos,
no os detengáis; porque yo hago
venir mal del norte, y quebranta-
miento grande.
7 El león sube de su guarida, y
el destruidor de los Gentiles ha
partido; salido ha de su asiento
para poner tu tierra en soledad;
tus ciudades serán asoladas, y
sin morador.
8 Por esto vestíos de saco, ende-
chad y aullad; porque la ira del
SEÑOR no se ha apartado de no-
sotros.
9 Y será en aquel día, dice el
SEÑOR, que desfallecerá el cora-
zón del rey, y el corazón de los
príncipes, y los sacerdotes esta-
rán atónitos, y se maravillarán
los profetas.
10 Entonces dije yo: ¡Ah, Señor
DIOS! verdaderamente en gran
manera has engañado a este pue-
blo y a Jerusalem, diciendo: Paz
tendréis; pues que la espada ha
venido hasta el alma.
11 En aquel tiempo se dirá de
este pueblo y de Jerusalem:
Viento seco de las alturas del de-
sierto vino a la hija de mí pueblo,
no para aventar, ni para limpiar.
12 Viento más vehemente que
estos vendrá a mí: y ahora yo ha-
blaré juicios con ellos.
13 He aquí que subirá como nube,
y su carro como torbellino: más
ligeros con sus caballos que las
águilas. ¡Ay de nosotros, porque
dados somos a saco!
14 Lava de la malicia tu cora-

zón, oh Jerusalem, para que seas salva. ¿Hasta cuándo dejarás estar en medio de ti los pensamientos de iniquidad?
15 Porque la *voz se oye* del que trae las nuevas desde Dan, y del que hace oír la calamidad desde el monte de Efraím.
16 Decid a las gentes: he aquí, haced oír sobre Jerusalem: Guardas vienen de tierra lejana, y darán su voz sobre las ciudades de Judá.
17 Como las guardas de las heredades, estuvieron sobre ella en derredor, porque se rebeló contra mí, dice el SEÑOR.
18 Tu camino y tus obras te hicieron esto, ésta tu maldad: por lo cual amargura penetrará hasta tu corazón.
19 ¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las telas de mi corazón: mi corazón ruge dentro de mí; no callaré; porque voz de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra.
20 Quebrantamiento sobre quebrantamiento es llamado; porque toda la tierra es destruída: en un punto son destruídas mis tiendas, en un momento mis cortinas.
21 ¿Hasta cuándo tengo de ver bandera, tengo de oír voz de trompeta?
22 Porque mi pueblo es necio; no me conocieron; ellos son hijos ignorantes y sin entendimiento; sabios para mal hacer, y para bien hacer no tienen conocimiento.
23 Miré la tierra, y he aquí que estaba sin forma y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz.
24 Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruídos.
25 Miré, y no parecía hombre, y todas las aves de los cielos se habían ido.
26 Miré, y he aquí el Carmelo desierto, y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia del SEÑOR, a la presencia del furor de su ira.
27 Porque así dijo el SEÑOR: Toda la tierra será asolada; mas no haré consumación.
28 Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque hablé, pensé, y no me arrepentí, ni me tornaré de ello.
29 Del estruendo de la gente de a caballo y de los flecheros huyó toda la ciudad; entráronse en las espesuras de los bosques, y subiéronse en peñascos; todas las ciudades fueron desamparadas, y no quedó en ellas morador alguno.
30 Y tú, destruída, ¿qué harás? Bien que te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, en vano te engalanas; menospreciáronte los amadores, buscarán tu alma.
31 Porque voz oí como de mujer que está de parto, angustia como de primeriza; voz de la hija de Sión que lamenta y extiende sus manos, *diciendo*: ¡Ay ahora de mí! que mi alma desmaya a causa de los matadores.

CAPÍTULO 5

DISCURRID por las plazas de Jerusalem, y mirad ahora, y sabed, y buscad en sus plazas si halláis un hombre, si hay alguno que haga juicio, que busque verdad; y yo la perdonaré.
2 Y si dijeren: Vive el SEÑOR; por tanto juran mentira.

3 Oh SEÑOR, ¿no miran tus ojos a la verdad? Azotástelos, y no les dolió; consumístelos, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que una roca, no quisieron tornarse.
4 Yo empero dije: Por cierto ellos son pobres, enloquecido han, pues no conocen el camino del SEÑOR, el juicio de su Dios.
5 Irme he a los grandes, y hablaréles; porque ellos conocen el camino del SEÑOR, el juicio de su Dios. Ciertamente ellos también quebraron el yugo, rompieron las coyundas.
6 Por tanto, león del monte los matará, destruirálos lobo del desierto, leopardo acechará sobre sus ciudades; cualquiera que de ellas saliere, será despedazado porque sus transgresiones se han multiplicado, hanse aumentado sus deslealtades.
7 ¿Cómo te he de perdonar por esto? Sus hijos me dejaron, y juraron por lo que no es Dios. Saciélos, y adulteraron, y en casa de ramera se juntaron en compañías.
8 Como caballos bien hartos fueron a la mañana, cada cual relinchaba a la esposa de su prójimo.
9 ¿No había de hacer visitación sobre esto? dijo el SEÑOR. De una gente como ésta ¿no se había de vengar mi alma?
10 Escalad sus muros, y destruid; mas no hagáis consumación: quitad las almenas de sus muros, porque no son del SEÑOR.
11 Porque resueltamente se rebelaron contra mí la casa de Israel y la casa de Judá, dice el SEÑOR.
12 Negaron al SEÑOR, y dijeron: Él no es, y no vendrá mal sobre nosotros, ni veremos espada ni hambre;
13 Antes los profetas serán como viento, y no hay en ellos palabra; así se hará a ellos.
14 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR Dios de los ejércitos: Porque hablasteis esta palabra, he aquí yo pongo en tu boca mis palabras por fuego, y a este pueblo por leños, y los consumirá.
15 He aquí, os traeré sobre vosotros una nación muy lejos de ti, oh casa de Israel, dice el SEÑOR; *es* una nación poderosa, *es* una nación antigua, una nación cuya lengua no conocéis, ni entendéis lo que hablaren.
16 Su aljaba como sepulcro abierto, todos valientes.
17 Y comerá tu mies y tu pan, *que* habían de comer tus hijos y tus hijas; comerá tus ovejas y tus vacas, comerá tus viñas y tus higueras; y tus ciudades fuertes en que tú confías, tornará en nada a espada.
18 Empero en aquellos días, dice el SEÑOR, no os acabaré del todo.
19 Y será que cuando dijereis: ¿Por qué hizo el SEÑOR el Dios nuestro con nosotros todas estas cosas? entonces les dirás: De la manera que me dejasteis a mí, y servisteis a dioses ajenos en vuestra tierra, así serviréis a extraños en tierra ajena.
20 Denunciad esto en la casa de Jacob, y haced que esto se oiga en Judá, diciendo:
21 Oid ahora esto, pueblo necio y sin entendimiento, que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen:
22 ¿A mí no temeréis? dice el SEÑOR; ¿no os amedrentaréis a mi presencia, que al mar por

ordenación eterna, la cual no
quebrantará, puse arena por tér-
mino? Se levantarán tempesta-
des, mas no prevalecerán; bra-
marán sus ondas, mas no lo
pasarán.
23 Empero este pueblo tiene co-
razón falso y rebelde; tornáronse
y fuéronse.
24 Y no dijeron en su corazón:
Temamos ahora al SEÑOR Dios
nuestro, que da lluvia temprana
y tardía en su tiempo; los tiem-
pos establecidos de la siega nos
guarda.
25 Vuestras iniquidades han es-
torbado estas cosas; y vuestros
pecados apartaron de vosotros el
bien.
26 Porque fueron hallados en mi
pueblo impíos; acechaban como
quien pone lazos; pusieron tram-
pa para tomar hombres.
27 Como jaula llena de pájaros,
así están sus casas llenas de en-
gaño: así se hicieron grandes y
ricos.
28 Engordaron y pusiéronse lus-
trosos, y sobrepujaron los hechos
del malo: no juzgaron la causa,
la causa del huérfano; con todo
hiciéronse prósperos, y la causa
de los pobres no juzgaron.
29 ¿No tengo de visitar sobre
esto? dice el SEÑOR; ¿y de tal
gente no se vengará mi alma?
30 Cosa espantosa y fea es hecha
en la tierra:
31 Los profetas profetizaron
mentira, y los sacerdotes dirigían
por manos de ellos; y mi pueblo
así lo quiso. ¿Qué pues haréis a
su fin?

CAPÍTULO 6

HUID, hijos de Benjamín, de
en medio de Jerusalem, y
tocad bocina en Tecoa, y alzad
por señal humo sobre Bet-haque-
rem: porque del norte se ha visto
mal, y quebrantamiento grande.
2 A *mujer* hermosa y delicada
comparé a la hija de Sión.
3 A ella vendrán pastores y sus
rebaños; junto a ella en derredor
pondrán sus tiendas; cada uno
apacentará a su parte.
4 Denunciad guerra contra ella:
levantaos y subamos al mediodía.
¡Ay de nosotros! que va cayendo
ya el día, que las sombras de la
tarde se han extendido.
5 Levantaos, y subamos de noche,
y destruyamos sus palacios.
6 Porque así dijo el SEÑOR de
los ejércitos: Cortad árboles, y
extended baluarte junto a Jeru-
salem: ésta es la ciudad que toda
ella ha de ser visitada; violencia
hay en medio de ella.
7 Como la fuente nunca cesa de
manar sus aguas, así nunca cesa
de manar su malicia; injusticia
y robo se oye en ella; continua-
mente en mi presencia, enferme-
dad y herida.
8 Corrígete, Jerusalem, porque
no se aparte mi alma de ti, por-
que no te torne desierta, tierra
no habitada.
9 Así dice el SEÑOR de los ejér-
citos: Del todo rebuscarán como
a vid el remanente de Israel:
torna tu mano como vendimia-
dor a los cestos.
10 ¿A quién tengo de hablar y
amonestar, para que oigan? He
aquí que sus orejas son incircun-
cisas, y no pueden escuchar; he
aquí que la palabra del SEÑOR
les es cosa vergonzosa, no la
aman.
11 Por tanto estoy lleno de la
ira del SEÑOR, trabajado he por

contenerme; derramaréla sobre
los niños en la calle, y sobre la re-
unión de los jóvenes juntamente;
porque el marido también será
preso con la esposa, el viejo con
el lleno de días.
12 Y sus casas serán traspasadas
a otros, sus heredades y también
sus esposas; porque extenderé
mi mano sobre los moradores de
la tierra, dice el SEÑOR.
13 Porque desde el más chico
de ellos hasta el más grande de
ellos, cada uno sigue la avaricia;
y desde el profeta hasta el sacer-
dote, todos son engañadores.
14 Y curan el quebrantamiento
de la hija de mi pueblo con li-
viandad, diciendo: Paz, paz; y no
hay paz.
15 ¿Hanse avergonzado de haber
hecho abominación? No por cier-
to, no se han avergonzado, ni
aun saben tener vergüenza: por
tanto caerán entre los que cae-
rán; caerán cuando los visitaré,
dice el SEÑOR.
16 Así dijo el SEÑOR: Paraos en
los caminos, y mirad, y pregun-
tad por las sendas antiguas, cuál
sea el buen camino, y andad
por él, y hallaréis descanso para
vuestra alma. Mas dijeron: No
andaremos.
17 Desperté también sobre voso-
tros atalayas, *que dijesen:* Escu-
chad a la voz de la trompeta. Y
dijeron ellos: No escucharemos.
18 Por tanto oid, gentes, y cono-
ce, oh conjunto de ellas.
19 Oye, tierra. He aquí yo traigo
mal sobre este pueblo, el fruto de
sus pensamientos; porque no es-
cucharon a mis palabras, y abo-
rrecieron mi ley.
20 ¿A qué viene para mí este in-
cienso de Seba, y la buena caña
olorosa de tierra lejana? Vues-
tros holocaustos no son a mi
voluntad, ni vuestros sacrificios
me dan gusto.
21 Por tanto el SEÑOR dice esto:
He aquí yo pongo a este pueblo
tropiezos, y caerán en ellos los
padres y los hijos juntamente, el
vecino y su cercano perecerán.
22 Así ha dicho el SEÑOR: He
aquí que viene pueblo de tierra
del norte, y gente grande se le-
vantará de los cantones de la tie-
rra.
23 Arco y escudo arrebatarán;
crueles son, que no tendrán
misericordia; sonará la voz de
ellos como el mar, y montarán a
caballo como hombres dispues-
tos para la guerra, contra ti, oh
hija de Sión.
24 Su fama oímos, y nuestras
manos se descoyuntaron; apode-
róse de nosotros angustia, dolor
como de mujer que pare.
25 No salgas al campo, ni andes
por camino; porque espada de
enemigo *y* temor *hay* por todas
partes.
26 Hija de mi pueblo, cíñete de
saco, y revuélcate en ceniza;
hazte luto como por hijo único,
llanto de amarguras: porque
presto vendrá sobre nosotros el
destruidor.
27 Por fortaleza te he puesto en
mi pueblo, por torre: conocerás
pues, y examinarás el camino de
ellos.
28 Todos ellos príncipes rebeldes,
andan con engaño; son latón y
hierro: todos ellos son corrupto-
res.
29 Quemóse el fuelle, del fuego
se ha consumido el plomo: por
demás fundió el fundidor, pues
los malos no son arrancados.

30 Plata desechada los llamarán,
porque el SEÑOR los desechó.

CAPÍTULO 7

PALABRA que fue del SEÑOR
a Jeremías, diciendo:
2 Ponte a la puerta de la casa del
SEÑOR, y predica allí esta pala-
bra, y di: Oid palabra del SEÑOR,
todo Judá, los que entráis por
estas puertas para adorar al
SEÑOR.
3 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: Mejo-
rad vuestros caminos y vuestras
obras, y os haré morar en este
lugar.
4 No fiéis en palabras de menti-
ra, diciendo: Templo del SEÑOR,
templo del SEÑOR, templo del
SEÑOR es éste.
5 Mas si mejorareis cumplida-
mente vuestros caminos y vues-
tras obras; si con exactitud hicie-
reis derecho entre el hombre y su
prójimo,
6 Ni oprimiéreis al peregrino, al
huérfano, y a la viuda, ni en este
lugar derramáreis la sangre ino-
cente, ni anduviéreis en pos de
dioses ajenos para mal vuestro;
7 Os haré morar en este lugar, en
la tierra que di a vuestros padres
para siempre.
8 He aquí vosotros os confiáis
en palabras de mentira, que no
aprovechan.
9 ¿Hurtando, matando, y adulte-
rando, y jurando falso, e incen-
sando a Baal, y andando tras dio-
ses extraños que no conocísteis,
10 Vendréis y os pondréis delan-
te de mí en esta casa sobre la cual
es invocado mi nombre, y diréis:
Librados somos: para hacer todas
estas abominaciones?
11 ¿Es cueva de ladrones delante
de vuestros ojos esta casa, sobre
la cual es invocado mi nombre?
He aquí que también yo veo, dice
el SEÑOR.
12 Andad empero ahora a mi
lugar que fue en Silo, donde hice
que morase mi nombre al princi-
pio, y ved lo que le hice por la
maldad de mi pueblo Israel.
13 Ahora pues, por cuanto habéis
vosotros hecho todas estas obras,
dice el SEÑOR, y bien que os
hablé, madrugando para hablar,
no oísteis, y os llamé, y no res-
pondísteis;
14 Haré también a esta casa sobre
la cuál es invocado mi nombre,
en la que vosotros confiáis, y a
éste lugar que di a vosotros y a
vuestros padres, como hice a Silo:
15 Que os echaré de mi presen-
cia como eché a todos vuestros
hermanos, a toda la generación
de Efraím.
16 Tú pues, no ores por este pue-
blo, ni levantes por ellos clamor
ni oración, ni me ruegues; por-
que no te oiré.
17 ¿No ves lo que estos hacen en
las ciudades de Judá y en las ca-
lles de Jerusalem?
18 Los hijos cogen la leña, y los
padres encienden el fuego, y las
mujeres amasan la masa, para
hacer tortas a la reina del cielo y
para hacer ofrendas a dioses aje-
nos, por provocarme a ira.
19 ¿Provocaránme ellos a ira,
dice el SEÑOR, y no más bien
obran ellos mismos para confu-
sión de sus rostros?
20 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: He aquí que mi furor
y mi ira se derrama sobre este
lugar, sobre los hombres, sobre
los animales, sobre los árboles
del campo, y sobre los frutos de

la tierra; y encenderáse, y no se
apagará.
21 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: Añadid
vuestros holocaustos sobre vues-
tros sacrificios, y comed carne.
22 Porque no hablé yo con vues-
tros padres, ni les mandé el día
que los saqué de la tierra de
Egipto, acerca de holocaustos y
de víctimas:
23 Mas esto les mandé, diciendo:
Obedeced mi voz, y seré a voso-
tros por Dios, y vosotros me se-
réis por pueblo; y andad en todo
camino que os mandare, para
que os vaya bien.
24 Y no oyeron ni inclinaron su
oído; antes caminaron en *sus* con-
sejos, en la dureza de su corazón
malvado, y fueron hacia atrás y
no hacia adelante,
25 Desde el día que vuestros pa-
dres salieron de la tierra de Egip-
to hasta hoy. Y os envié a todos
los profetas mis siervos, cada día
madrugando y enviándolos:
26 Mas no me oyeron ni inclina-
ron su oído; antes endurecieron
su cerviz, e hicieron peor que sus
padres.
27 Tú pues les dirás todas estas
palabras, mas no te oirán; aun
los llamarás, y no te responderán.
28 Les dirás por tanto: Ésta es la
gente que no obedeció la voz del
SEÑOR su Dios, ni tomó correc-
ción; perdióse la fe, y de la boca
de ellos fue cortada.
29 Trasquila tu cabello, y arrója-
lo, y levanta llanto sobre las altu-
ras; porque el SEÑOR ha aborre-
cido y dejado la nación de su ira.
30 Porque los hijos de Judá han
hecho lo malo ante mis ojos dice
el SEÑOR; pusieron sus abomi-
naciones en la casa sobre la cual
mi nombre fue invocado, aman-
cillándola.
31 Y han edificado los altos de
Tofet, que es en el valle del hijo
de Hinom, para quemar al fuego
sus hijos y sus hijas, cosa que yo
no les mandé, ni subió en mi co-
razón.
32 Por tanto, he aquí vendrán
días, ha dicho el SEÑOR, que no
se diga más, Tofet, ni valle del
hijo de Hinom, sino Valle de la
Matanza; y serán enterrados en
Tofet, por no haber lugar.
33 Y serán los cuerpos muertos
de este pueblo para comida de
las aves del cielo y de las bestias
de la tierra; y no habrá quien las
espante.
34 Y haré cesar de las ciudades
de Judá, y de las calles de Je-
rusalem, voz de gozo y voz de
alegría, voz de esposo y voz de
esposa; porque la tierra será en
desolación.

CAPÍTULO 8

EN aquel tiempo, dice el
SEÑOR, sacarán los huesos
de los reyes de Judá, y los hue-
sos de sus príncipes, y los huesos
de los sacerdotes, y los huesos de
los profetas, y los huesos de los
moradores de Jerusalem, fuera
de sus sepulcros;
2 Y los esparcirán al sol, y a la
luna, y a todo el ejército del cielo,
a quien amaron, y a quienes sir-
vieron, y en pos de quienes andu-
vieron, y a quienes preguntaron,
y a quienes adoraron. No serán
recogidos, ni enterrados: serán
por muladar sobre la faz de la
tierra.
3 Y escogeráse la muerte antes
que la vida por todo el resto que
quedare de esta mala generación

en todos los lugares a donde los
arrojaré yo a los que quedaren,
dice el SEÑOR de los ejércitos.
4 Les dirás asimismo: Así ha
dicho el SEÑOR: ¿El que cae, no
se levanta? ¿el que se desvía, no
torna *a camino?*
5 ¿Por qué es este pueblo de Je-
rusalem rebelde con rebeldía
perpetua? Abrazaron el engaño,
no han querido volverse.
6 Escuché y oí; no hablan dere-
cho, no hay hombre que se arre-
pienta de su mal, diciendo: ¿Qué
he hecho? Cada cual se volvió
a su carrera, como caballo que
arremete con ímpetu a la batalla.
7 Aun la cigüeña en el cielo co-
noce su tiempo, y la tórtola y la
grulla y la golondrina guardan
el tiempo de su venida; mas mi
pueblo no conoce el juicio del
SEÑOR.
8 ¿Cómo decís: Nosotros somos
sabios, y la ley del SEÑOR es con
nosotros? Ciertamente, he aquí
que en vano se cortó la pluma,
por demás *fueron* los escribas.
9 Los sabios se avergonzaron, es-
pantáronse y fueron presos: he
aquí que aborrecieron la palabra
del SEÑOR; ¿y qué sabiduría tie-
nen?
10 Por tanto daré a otros sus es-
posas, y sus heredades a quien
las posea: porque desde el chico
hasta el grande cada uno sigue la
avaricia, desde el profeta hasta
el sacerdote todos hacen engaño.
11 Y curaron el quebrantamiento
de la hija de mi pueblo con li-
viandad, diciendo: Paz, paz; y no
hay paz.
12 ¿Hanse avergonzado de haber
hecho abominación? Por cierto
no se han corrido de vergüenza,
ni supieron avergonzarse; caerán
por tanto entre los que cayeren,
cuando los visitaré: caerán, dice
el SEÑOR.
13 Cortarélos de por junto, dice
el SEÑOR. No habrá uvas en la
vid, ni higos en la higuera, y cae-
ráse la hoja; y lo que les he dado
pasará de ellos.
14 ¿Sobre qué nos aseguramos?
Juntaos, y entrémonos en las ciu-
dades fuertes, y allí reposaremos:
porque el SEÑOR nuestro Dios
nos ha hecho callar, y dádonos a
beber bebida de hiel, porque pe-
camos contra el SEÑOR.
15 Esperamos paz, y no hubo
bien; día de cura, y he aquí tur-
bación.
16 Desde Dan se oyó el bufido de
sus caballos: del sonido de los
relinchos de sus fuertes tembló
toda la tierra; y vinieron y devo-
raron la tierra y su abundancia,
ciudad y moradores de ella.
17 Porque he aquí que yo envío
sobre vosotros serpientes, víbo-
ras, contra los cuales no hay
encantamiento; y os morderán,
dice el SEÑOR.
18 A causa de mi fuerte dolor mi
corazón desfallece en mí.
19 He aquí voz del clamor de la
hija de mi pueblo, que viene de la
tierra lejana: ¿No está el SEÑOR
en Sión? ¿no está en ella su Rey?
¿Por qué me hicieron airar con
sus imágenes de talla, con vani-
dades ajenas?
20 Pasóse la siega, acabóse el ve-
rano, y nosotros no hemos sido
salvos.
21 Quebrantado estoy por el
quebrantamiento de la hija de
mi pueblo; entenebrecido estoy,
espanto me ha arrebatado.
22 ¿No hay bálsamo en Galaad?
¿no hay allí médico? ¿Por qué

pues no hubo medicina para la
hija de mi pueblo?

CAPÍTULO 9

¡OH si mi cabeza se tornase
aguas, y mis ojos fuentes de
aguas, para que llore día y noche
los muertos de la hija de mi pue-
blo!
2 ¡Oh quién me diese en el desier-
to un mesón de caminantes, para
que dejase mi pueblo, y de ellos
me apartase! Porque todos ellos
son adúlteros, congregación de
prevaricadores.
3 E hicieron que su lengua, *como*
su arco, tirase mentira; y no se
fortalecieron por verdad en la
tierra: porque de mal en mal
procedieron, y me han descono-
cido, dice el SEÑOR.
4 Guárdese cada uno de su com-
pañero, ni en ningún hermano
tenga confianza: porque todo
hermano engaña con falacia, y
todo compañero anda con false-
dades.
5 Y cada uno engaña a su com-
pañero, y no hablan verdad:
enseñaron su lengua a hablar
mentira, se ocupan de hacer per-
versamente.
6 Tu morada es en medio de
engaño; de muy engañadores
no quisieron conocerme, dice el
SEÑOR.
7 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos: He aquí
que yo los fundiré, y los ensaya-
ré; porque ¿cómo he de hacer
por la hija de mi pueblo?
8 Saeta afilada es la lengua de
ellos; engaño habla; con su boca
habla paz con su amigo, pero
dentro de su corazón pone sus
asechanzas.
9 ¿No los tengo de visitar sobre
estas cosas? dice el SEÑOR. ¿De
tal gente no se vengará mi alma?
10 Sobre los montes levanta-
ré lloro y lamentación, y llanto
sobre las moradas del desierto;
porque desolados fueron hasta
no quedar quien pase, ni oye-
ron bramido de ganado: desde
las aves de los cielos y hasta las
bestias de la tierra huyeron, y se
fueron.
11 Y pondré a Jerusalem en mon-
tones, por morada de dragones;
y pondré las ciudades de Judá
en asolamiento, que no quede
morador.
12 ¿Quién es varón sabio que en-
tienda esto? ¿y a quién habló la
boca del SEÑOR, para que pueda
declararlo? ¿Por qué causa la tie-
rra ha perecido, ha sido asolada
como desierto, que no hay quien
pase?
13 Y dijo el SEÑOR: Porque deja-
ron mi ley, la cual di delante de
ellos, y no obedecieron a mi voz,
ni caminaron conforme a ella;
14 Antes se fueron tras la imagi-
nación de su corazón, y en pos
de los Baales que les enseñaron
sus padres:
15 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel: He aquí que a este pueblo
yo les daré a comer ajenjos, y les
daré a beber aguas de hiel.
16 Y los esparciré entre gentes
que no conocieron ellos ni sus
padres; y enviaré espada en pos
de ellos, hasta que yo los acabe.
17 Así dice el SEÑOR de los ejér-
citos: Considerad, y llamad pla-
ñideras que vengan; y enviad por
las sabias que vengan:
18 Y dense prisa, y levanten llanto
sobre nosotros, y córranse nues-
tros ojos en lágrimas, y nuestros

párpados en aguas se destilen.
19 Porque voz de endecha fue
oída de Sión: ¡Cómo hemos
sido destruídos! en gran mane-
ra hemos sido confundidos. ¿Por
qué dejamos la tierra? ¿por qué
nos han echado *de sí* nuestras mo-
radas?
20 Oíd pues, oh mujeres, palabra
del SEÑOR, y vuestro oído reciba
la palabra de su boca; y enseñad
endechas a vuestras hijas, y cada
una a su amiga, lamentación.
21 Porque la muerte ha subido
por nuestras ventanas, ha en-
trado en nuestros palacios; para
talar los niños de las calles, los
mancebos de las plazas.
22 Habla: Así ha dicho el SEÑOR:
Los cuerpos de los hombres
muertos caerán como estiércol
sobre la faz del campo, y como
manojo tras el segador, que no
hay quien lo recoja.
23 Así dice el SEÑOR: No se glo-
ríe el sabio en su sabiduría, ni en
su fuerza se gloríe el fuerte, ni el
rico se gloríe en sus riquezas.
24 Mas alábese en esto el que se
hubiere de alabar: en entender-
me y conocerme, que yo soy el
SEÑOR, que hago misericordia,
juicio, y justicia en la tierra: por-
que estas cosas quiero, dice el
SEÑOR.
25 He aquí que vienen días, dice
el SEÑOR, y visitaré sobre todo
circuncidado, y sobre todo incir-
cunciso:
26 A Egipto, y a Judá, y a Edom,
y a los hijos de Amón y de Moab,
y a todos los arrinconados en el
postrer rincón, que moran en el
desierto; porque todas las gentes
tienen prepucio, y toda la casa
de Israel tiene prepucio en el co-
razón.

CAPÍTULO 10

OÍD la palabra que el SEÑOR
ha hablado sobre vosotros,
oh casa de Israel.
2 Así dijo el SEÑOR: No apren-
dáis el camino de las gentes, ni
de las señales del cielo tengáis
temor, aunque las gentes las
teman.
3 Porque las ordenanzas de los
pueblos son vanidad: porque
leño del monte cortaron, obra de
manos de artífice con azuela.
4 Con plata y oro lo engalanan;
con clavos y martillo lo afirman,
para que no se salga.
5 Como palma lo igualan, y no
hablan; son llevados, porque no
pueden andar. No tengáis temor
de ellos; porque ni pueden hacer
mal, ni para hacer bien tienen
poder.
6 No hay semejante a ti, oh
SEÑOR; grande tú, y grande tu
nombre en fortaleza.
7 ¿Quién no te temerá, oh Rey de
las gentes? porque a ti compete
ello; porque entre todos los sa-
bios de las gentes, y en todos sus
reinos, no hay semejante a ti.
8 Y todos se embrutecen, y
entontecen: doctrina de vanida-
des *es* el leño.
9 Traerán plata extendida de
Tarsis, y oro de Ufaz; obrará el
artífice, y las manos del fundi-
dor; vestiránlos de cárdeno y de
púrpura: obra de peritos es todo.
10 Mas el SEÑOR Dios es la ver-
dad; él es Dios vivo y Rey eterno:
a su ira tiembla la tierra, y las
gentes no pueden sufrir su saña.
11 Les diréis así: Los dioses que
no hicieron los cielos ni la tierra,
perezcan de la tierra y de debajo
de estos cielos.
12 El que hizo la tierra con su po-

tencia, el que puso en orden el
mundo con su saber, y extendió
los cielos con su prudencia;
13 A su voz se da muchedumbre
de aguas en los cielos, y hace
subir las nubes de lo postrero
de la tierra; hace los relámpagos
con la lluvia, y saca el viento de
sus depósitos.
14 Todo hombre se embrutece
en *su* conocimiento; avergüén-
cese de su vaciadizo todo fundi-
dor: porque mentira es su obra
de fundición, y no hay espíritu
en ellos;
15 Vanidad son, obra de escar-
nios: en el tiempo de su visita-
ción perecerán.
16 No es como ellos la suerte de
Jacob: porque él es el Formador
de todo, e Israel es la vara de su
herencia: el SEÑOR de los ejér-
citos es su nombre.
17 Recoge de las tierras tus mer-
caderías, la que moras en lugar
fuerte.
18 Porque así ha dicho el SEÑOR:
He aquí que esta vez arrojaré con
honda los moradores de la tierra,
y he de afligirlos, para que *lo* ha-
llen.
19 ¡Ay de mí, por mi quebranta-
miento! mi llaga es muy doloro-
sa. Yo empero dije: Ciertamente
enfermedad mía es esta, y debo
sufrirla.
20 Mi tienda es destruída, y
todas mis cuerdas están rotas:
mis hijos fueron sacados de mí, y
perecieron: no hay ya más quien
extienda mi tienda, ni quien le-
vante mis cortinas.
21 Porque los pastores se embru-
tecieron, y no buscaron al
SEÑOR: por tanto no prosperara-
ron, y todo su rebaño se esparció.
22 He aquí que voz de fama viene,
y alboroto grande de la tierra del
norte, para tornar en soledad
todas las ciudades de Judá, en
morada de dragones.
23 Conozco, oh SEÑOR, que el
hombre no es señor de su cami-
no, ni del hombre que camina es
ordenar sus pasos.
24 Castígame, oh SEÑOR, mas
con juicio; no con tu furor, por-
que no me aniquiles.
25 Derrama tu enojo sobre las
gentes que no te conocen, y sobre
las naciones que no invocan tu
nombre: porque se comieron a
Jacob, y lo devoraron, y le han
consumido, y asolado su morada.

CAPÍTULO 11

PALABRA que fue del SEÑOR,
a Jeremías, diciendo:
2 Oid las palabras de este pacto,
y hablad a todo varón de Judá, y
a todo morador de Jerusalem.
3 Y les dirás tú: Así dijo el SEÑOR
Dios de Israel: Maldito el varón
que no obedeciere las palabras
de este pacto,
4 El cual mandé a vuestros pa-
dres el día que los saqué de la
tierra de Egipto, del horno de
hierro, diciéndoles: Obedeced mi
voz, y ejecutad aquéllas, confor-
me a todo lo que os mando, y me
seréis por pueblo, y yo seré a vo-
sotros por Dios;
5 Para que confirme el juramento
que hice a vuestros padres, que
les daría la tierra que corre leche
y miel, como este día. Y respondí,
y dije: Amén, oh SEÑOR.
6 Y el SEÑOR me dijo: Pregona
todas estas palabras en las ciu-
dades de Judá y en las calles de
Jerusalem, diciendo: Oid las pa-
labras de este pacto, y ponedlas
por obra.

7 Porque con eficacia protesté
a vuestros padres el día que los
hice subir de la tierra de Egipto
hasta el día de hoy, madrugando
y protestando, diciendo: Obede-
ced mi voz.
8 Mas no oyeron, ni inclinaron
su oído, antes se fueron cada
uno tras la imaginación de su co-
razón malvado: por tanto, trae-
ré sobre ellos todas las palabras
de este pacto, el cual mandé que
cumpliesen, y no lo cumplieron.
9 Y díjome el SEÑOR: Conjura-
ción se ha hallado en los varones
de Judá, y en los moradores de
Jerusalem.
10 Hanse vuelto a las maldades
de sus primeros padres, los cua-
les no quisieron escuchar mis pa-
labras, antes se fueron tras dio-
ses ajenos para servirles; la casa
de Israel y la casa de Judá invali-
daron mi pacto, el cual había yo
concertado con sus padres.
11 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: He aquí yo traigo sobre
ellos mal del que no podrán salir;
y clamarán a mi, y no los oiré.
12 E irán las ciudades de Judá y
los moradores de Jerusalem, y
clamarán a los dioses a quienes
queman ellos inciensos, los cua-
les no los podrán salvar en el
tiempo de su mal.
13 Porque según el número de
tus ciudades fueron tus dioses,
oh Judá; y según el número de
tus calles, oh Jerusalem, pusis-
teis los altares de ignominia, al-
tares para ofrecer sahumerios a
Baal.
14 Tú pues, no ores por este pue-
blo, ni levantes por ellos clamor ni
oración; porque yo no oiré el día
que en su aflicción a mí clamaren.
15 ¿Qué tiene mi amado en mi
casa, habiendo hecho abomina-
ciones muchas? Y las carnes san-
tas pasarán de sobre ti, porque
en tu maldad te gloriaste.
16 Oliva verde, hermosa en fruto
y en parecer, llamó el SEÑOR tu
nombre. A la voz de gran palabra
hizo encender fuego sobre ella, y
quebraron sus ramas.
17 Pues el SEÑOR de los ejérci-
tos, que te plantó, ha pronuncia-
do mal contra ti, a causa de la
maldad de la casa de Israel y de
la casa de Judá, que hicieron a sí
mismos, provocándome a ira con
incensar a Baal.
18 Y el SEÑOR me *ha* dado co-
nocimiento, y conocílo: entonces
me hiciste ver sus obras.
19 Y yo como cordero inocente
que llevan a degollar, pues no
entendía que maquinaban contra
mí designios, *diciendo:* Destruya-
mos el árbol con su fruto, y cor-
témoslo de la tierra de los vivien-
tes, y no haya más memoria de
su nombre.
20 Mas, oh SEÑOR de los ejér-
citos, que juzgas justicia, que
sondas los riñones y el corazón,
vea yo tu venganza de ellos: por-
que a ti he descubierto mi causa.
21 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR de los varones de Anatot,
que buscan tu alma, diciendo: No
profetices en nombre del SEÑOR,
y no morirás a nuestras manos:
22 Así pues ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos: He aquí que yo
los visito; los mancebos morirán
a espada; sus hijos y sus hijas
morirán de hambre;
23 Y no quedará remanente de
ellos: porque yo traeré mal sobre
los varones de Anatot, año de su
visitación.

CAPÍTULO 12

JUSTO eres tú, oh SEÑOR, aunque yo contigo dispute: hablaré empero juicios contigo. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, *y* tienen bien todos los que se portan deslealmente?
2 Plantástelos, y echaron raíces; progresaron, e hicieron fruto; cercano estás tú en sus bocas, mas lejos de sus riñones.
3 Tú empero, oh SEÑOR, me conoces; vísteme, y probaste mi corazón para contigo: arráncalos como a ovejas para el degolladero, y señálalos para el día de la matanza.
4 ¿Hasta cuándo estará desierta la tierra, y marchita la hierba de todo el campo? Por la maldad de los que en ella moran, faltaron los ganados, y las aves; porque dijeron: No verá él nuestras postrimerías.
5 Si corriste con los de a pié, y te cansaron, ¿cómo contenderás con los caballos? Y *si* en la tierra de paz estabas quieto, ¿cómo harás en la hinchazón del Jordán?
6 Porque aun tus hermanos y la casa de tu padre, aun ellos se levantaron contra ti, aun ellos dieron voces en pos de ti. No los creas, cuando bien te hablaren.
7 He dejado mi casa, desamparé mi heredad, entregado he lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos.
8 Fue para mí mi heredad como león en breña: contra mí dio su voz; por tanto la aborrecí.
9 Mi heredad *es* para mí *como* ave moteado, *están* contra ella aves en derredor. Venid, reuníos todas las bestias del campo, venid a devorar.
10 Muchos pastores han destruído mi viña, hollaron mi heredad, tornaron en desierto y soledad mi heredad preciosa.
11 Fue puesta en asolamiento, *y* lloró sobre mí, asolada: fue asolada toda la tierra, porque no hubo hombre que mirase.
12 Sobre todos los lugares altos del desierto vinieron disipadores: porque la espada del SEÑOR devorará desde el un extremo de la tierra hasta el otro extremo: no habrá paz para ninguna carne.
13 Sembraron trigo, y segarán espinas; tuvieron la heredad, mas no aprovecharon nada: se avergonzarán de vuestros frutos, a causa de la ardiente ira del SEÑOR.
14 Así dijo el SEÑOR contra todos mis malos vecinos, que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel: He aquí que yo los arrancaré de su tierra, y arrancaré de en medio de ellos la casa de Judá.
15 Y será que, después que los hubiere arrancado, tornaré y tendré misericordia de ellos, y harélos volver cada uno a su heredad, y cada cual a su tierra.
16 Y será que, si cuidadosamente aprendieren los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre, *diciendo*, Vive el SEÑOR, así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal; ellos serán prosperados en medio de mi pueblo.
17 Mas si no obedecieren, arrancaré a la tal gente, sacándola de raíz, y destruyendo, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 13

ASÍ me dijo el SEÑOR: Ve, y cómprate un cinto de lino, y

cíñelo sobre tus lomos, y no lo
meterás en agua.
2 Y compré el cinto conforme a
la palabra del SEÑOR, y púselo
sobre mis lomos.
3 Y vino a mí segunda vez la pa-
labra del SEÑOR, diciendo:
4 Toma el cinto que compraste,
que está sobre tus lomos, y le-
vántate, y ve al Eufrates, y es-
cóndelo allá en la concavidad de
una peña.
5 Fui pues, y escondílo junto al
Eufrates, como el SEÑOR me
mandó.
6 Y sucedió que al cabo de mu-
chos días me dijo el SEÑOR: Le-
vántate, y ve al Eufrates, y toma
de allí el cinto que te mandé es-
condieses allá.
7 Entonces fui al Eufrates, y cavé,
y tomé el cinto del lugar donde lo
había escondido; y he aquí que el
cinto se había podrido; para nin-
guna cosa era bueno.
8 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
9 Así ha dicho el SEÑOR: Así haré
podrir la soberbia de Judá, y la
mucha soberbia de Jerusalem,
10 A este pueblo malo, que no
quieren oír mis palabras, que
andan en las imaginaciones de
su corazón, y se fueron en pos
de dioses ajenos para servirles,
y para adorarlos; y vendrá a ser
como este cinto, que para ningu-
na cosa es bueno.
11 Porque como el cinto se junta
a los lomos del hombre, así hice
juntar a mí toda la casa de Israel
y toda la casa de Judá, dice el
SEÑOR, para que me fuesen por
pueblo y por fama, y por alaban-
za y por honra: empero no escu-
charon.
12 Les dirás pues esta palabra:
Así ha dicho el SEÑOR, Dios de
Israel: Henchiráse de vino todo
odre. Y ellos te dirán: ¿No sabe-
mos que todo odre se henchirá
de vino?
13 Entonces les has de decir: Así
ha dicho el SEÑOR: He aquí que
yo lleno de embriaguez todos los
moradores de esta tierra, y a los
reyes *de la estirpe* de David que
se sientan sobre su trono, y a los
sacerdotes y profetas, y a todos
los moradores de Jerusalem;
14 Y quebrantarélos el uno con
el otro, los padres con los hijos
juntamente, dice el SEÑOR: no
perdonaré, ni tendré piedad ni
misericordia, para no destruirlos.
15 Escuchad y oid; no os elevéis:
pues el SEÑOR ha hablado.
16 Dad gloria al SEÑOR Dios
vuestro, antes que haga venir ti-
nieblas, y antes que vuestros pies
tropiecen en montes de oscuri-
dad, y esperéis luz, y os la torne
sombra de muerte y tinieblas.
17 Mas si no oyereis esto, en
secreto llorará mi alma a causa
de *vuestra* soberbia; y llorando
amargamente, se desharán mis
ojos en lágrimas, porque el reba-
ño del SEÑOR fue cautivo.
18 Di al rey y a la reina: Humi-
llaos, sentaos *en tierra*; porque
la corona de vuestra gloria ba-
jará de vuestras cabezas.
19 Las ciudades del sur fueron
cerradas, y no hubo quien las
abriese: toda Judá será llevada
en cautiverio, llevada en cau-
tiverio será toda ella.
20 Alzad vuestros ojos, y ved los
que vienen del norte: ¿dónde
está el rebaño que te fue dado, la
grey de tu gloria?
21 ¿Qué dirás cuando te visita-
rá? porque tú los enseñaste *a ser*

príncipes *y* cabeza sobre ti. ¿No
te tomarán dolores como a mujer
que pare?
22 Cuando dijeres en tu cora-
zón: ¿Por qué me ha sobreveni-
do esto? Por la enormidad de tu
maldad fueron descubiertas tus
faldas, fueron desnudos tus cal-
cañares.
23 ¿Podrá el etíope mudar su
piel, o el leopardo sus manchas?
Entonces así también podréis vo-
sotros hacer bien, estando habi-
tuados a hacer mal.
24 Por tanto yo los esparciré,
como tamo que pasa, al viento
del desierto.
25 Ésta es tu suerte, la porción de
tus medidas de parte mía, dice el
SEÑOR; porque te olvidaste de
mí, y confiaste en la mentira.
26 Yo pues descubriré también
tus faldas delante de tu cara, y se
manifestará tu ignominia.
27 Tus adulterios, tus relinchos,
la maldad de tu fornicación sobre
los collados: en el mismo campo
vi tus abominaciones. ¡Ay de ti,
Jerusalem! ¿No serás al cabo
limpia? ¿hasta cuándo todavía?

CAPÍTULO 14

PALABRA del SEÑOR que vino
a Jeremías, con motivo de la
sequía.
2 Enlutóse Judá, y sus puertas se
despoblaron: oscureciéronse en
tierra, y subió el clamor de Je-
rusalem.
3 Y los principales de ellos envia-
ron sus criados al agua: vinieron
a las lagunas, y no hallaron agua:
volviéronse con sus vasos vacíos;
se avergonzaron, confundiéron-
se, y cubrieron sus cabezas.
4 Porque se resquebrajó la tierra
a causa de no llover en el país;
confusos los labradores, cubrie-
ron sus cabezas.
5 Y aun las ciervas en los campos
parían, y dejaban *la cría*, porque
no había hierba.
6 Y los asnos monteses se ponían
en los altos, aspiraban el viento
como los dragones; sus ojos se
ofuscaron, porque no había hier-
ba.
7 Si nuestras iniquidades testifi-
can contra nosotros, oh SEÑOR,
haz por amor de tu nombre; por-
que nuestras rebeliones se han
multiplicado, contra ti pecamos.
8 Oh esperanza de Israel, Guar-
dador suyo en el tiempo de la
aflicción, ¿por qué has de ser
como peregrino en la tierra, y
como caminante que se aparta
para tener la noche?
9 ¿Por qué has de ser como hom-
bre atónito, y como valiente
que no puede librar? tú empero
estás entre nosotros, oh SEÑOR,
y sobre nosotros es invocado tu
nombre; no nos desampares.
10 Así ha dicho el SEÑOR a este
pueblo: Así amaron moverse, ni
detuvieron sus pies: por tanto, el
SEÑOR no los tiene en voluntad;
acordaráse ahora de la maldad
de ellos, y visitará sus pecados.
11 Y díjome el SEÑOR: No rue-
gues por este pueblo para bien.
12 Cuando ayunaren, yo no oiré
su clamor, y cuando ofrecieren
holocausto y ofrenda, no lo acep-
taré; antes los consumiré con es-
pada, y con hambre, y con pes-
tilencia.
13 Entonces dije yo: ¡Ah, Señor
DIOS! he aquí que los profetas
les dicen: No veréis espada, ni
habrá hambre en vosotros, sino
que en este lugar os daré paz ver-
dadera.

14 Díjome entonces el SEÑOR:
Falso profetizan los profetas en
mi nombre: no los envié, ni les
mandé, ni les hablé: visión men-
tirosa, y adivinación, y vanidad,
y engaño de su corazón os profe-
tizan.
15 Por tanto así ha dicho el
SEÑOR sobre los profetas que
profetizan en mi nombre, los
cuales yo no envié, y que dicen,
espada ni hambre no habrá en
esta tierra: Con espada y con
hambre serán consumidos esos
profetas.
16 Y el pueblo a quien profetizan,
echado será en las calles de Je-
rusalem por hambre y por espa-
da; y no habrá quien los entierre,
ellos, y sus esposas, y sus hijos, y
sus hijas; y sobre ellos derrama-
ré su maldad.
17 Decirles has, pues, esta pala-
bra: Córranse mis ojos en lágri-
mas noche y día, y no cesen; por-
que de gran quebrantamiento es
quebrantada la virgen hija de mi
pueblo, de plaga muy recia.
18 Si salgo al campo, he aquí
muertos a espada; y si me entro
en la ciudad, he aquí enfermos de
hambre: porque también el pro-
feta como el sacerdote anduvie-
ron rodeando en la tierra, y no
conocieron.
19 ¿Has desechado enteramente
a Judá? ¿ha aborrecido tu alma a
Sión? ¿Por qué nos hiciste herir
sin que nos quede cura? Espera-
mos paz, y no hubo bien; tiempo
de cura, y he aquí turbación.
20 Reconocemos, oh SEÑOR,
nuestra impiedad, la iniquidad
de nuestros padres: porque con-
tra ti hemos pecado.
21 Por amor de tu nombre no *nos*
deseches, ni trastornes el trono
de tu gloria: acuérdate, no invali-
des tu pacto con nosotros.
22 ¿Hay entre las vanidades de
los Gentiles quien haga llover?
¿y darán los cielos lluvias? ¿No
eres tú, oh SEÑOR nuestro Dios?
en ti pues esperamos; pues tú hi-
ciste todas estas cosas.

CAPÍTULO 15

Y DÍJOME el SEÑOR: Si Moisés
y Samuel se pusieran delante
de mí, mi voluntad no será con
este pueblo: échalos de delante
de mí, y salgan.
2 Y será que si te preguntaren:
¿A dónde saldremos? les dirás:
Así ha dicho el SEÑOR: El que a
muerte, a muerte; y el que a es-
pada, a espada; y el que a ham-
bre, a hambre; y el que a cautivi-
dad, a cautividad.
3 Y enviaré sobre ellos cuatro
géneros, dice el SEÑOR: espada
para matar, y perros para despe-
dazar, y aves del cielo y bestias
de la tierra, para devorar y para
disipar.
4 Y entregarélos a ser agitados
por todos los reinos de la tie-
rra, a causa de Manasés hijo de
Ezequías rey de Judá, por lo que
hizo en Jerusalem.
5 Porque ¿quién tendrá compa-
sión de ti, oh Jerusalem? ¿o quién
se entristecerá por tu causa? ¿o
quién ha de venir a preguntar
por tu paz?
6 Tú me dejaste, dice el SEÑOR,
atrás te volviste: por tanto yo ex-
tenderé sobre ti mi mano, y te
destruiré; estoy cansado de arre-
pentirme.
7 Y aventélos con aventador
hasta las puertas de la tierra;
desahijé, desbaraté mi pueblo;
no se tornaron de sus caminos.

8 Sus viudas se multiplicaron
más que la arena del mar; traje
contra ellos destruidor a medio
día sobre la madre *y* los hijos;
sobre la ciudad hice que de re-
pente cayesen terrores.
9 Enflaquecióse la que parió
siete; llenóse de dolor su alma; su
sol se le puso siendo aún de día;
fue avergonzada y llena de con-
fusión: y lo que de ella quedare,
entregarélo a espada delante de
sus enemigos, dice el SEÑOR.
10 ¡Ay de mí, madre mía, que
me has engendrado hombre de
contienda y hombre de discordia
a toda la tierra! Nunca les di a
logro, ni lo tomé de ellos; *y* todos
me maldicen.
11 Dijo el SEÑOR: De cierto, será
bien con tu remanente; de cierto
haré que el enemigo te salga a
recibir en el tiempo trabajoso, y
en el tiempo de angustia.
12 ¿Quebrará el hierro al hierro
de la parte del norte, y al acero?
13 Tus riquezas y tus tesoros
daré a saco sin ningún precio,
por todos tus pecados, y en todos
tus términos;
14 Y *te* haré pasar a tus enemi-
gos en tierra que no conoces:
porque fuego se ha encendido
en mi furor, y arderá sobre vo-
sotros.
15 Tú lo sabes, oh SEÑOR; acuér-
date de mí, y visítame, y vén-
game de mis enemigos. No me
tomes en la prolongación de tu
enojo: sabes que por amor de ti
sufro afrenta.
16 Halláronse tus palabras, y yo
las comí; y tu palabra me fue por
gozo y por alegría de mi cora-
zón: porque tu nombre se invocó
sobre mí, oh SEÑOR Dios de los
ejércitos.
17 No me senté en compañía de
burladores, ni me engreí a causa
de tu profecía; sentéme solo, por-
que me llenaste de desabrimien-
to.
18 ¿Por qué fue perpetuo mi
dolor, y mi herida desahuciada
no admitió cura? ¿Serás para mí
como *cosa* ilusoria, como aguas
que no son estables?
19 Por tanto así dijo el SEÑOR: Si
te convirtieres, yo te repondré, y
delante de mí estarás; y si sacares
lo precioso de lo vil, serás como
mi boca. Conviértanse ellos a ti,
y tú no te conviertas a ellos.
20 Y te daré para este pueblo por
fuerte muro de latón, y pelearán
contra ti, y no te vencerán: por-
que yo estoy contigo para guar-
darte y para defenderte, dice el
SEÑOR.
21 Y librarte he de la mano de los
malos, y te redimiré de la mano
de los fuertes.

CAPÍTULO 16

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 No tomarás para ti esposa, ni
tendrás hijos ni hijas en este
lugar.
3 Porque así ha dicho el SEÑOR
acerca de los hijos y de las hijas
que nacieren en este lugar, y de
sus madres que los parieren, y de
los padres que los engendraren
en esta tierra:
4 De dolorosas enfermedades mo-
rirán; no serán plañidos ni ente-
rrados: serán por muladar sobre
la faz de la tierra: y con espada
y con hambre serán consumidos,
y sus cuerpos serán para comida
de las aves del cielo y de las bes-
tias de la tierra.
5 Porque así ha dicho el SEÑOR:

No entres en casa de luto, ni
vayas a lamentar, ni los consue-
les: porque yo he quitado mi paz
de este pueblo, dice el SEÑOR,
mi misericordia y piedades.
6 Y morirán en esta tierra gran-
des y chicos: no se enterrarán, ni
los plañirán, ni se arañarán, ni se
mesarán por ellos;
7 Ni por ellos partirán *pan* por
luto, para consolarlos de *sus*
muertos; ni les darán a beber
copa de consolaciones por su
padre o por su madre.
8 Asimismo no entres en casa de
convite, para sentarte con ellos a
comer o a beber.
9 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
He aquí que yo haré cesar en este
lugar, delante de vuestros ojos
y en vuestros días, toda voz de
gozo y toda voz de alegría, toda
voz de esposo y toda voz de es-
posa.
10 Y acontecerá que cuando
anunciares a este pueblo todas
estas cosas, te dirán ellos: ¿Por
qué habló el SEÑOR sobre noso-
tros todo este mal tan grande? ¿y
qué maldad es la nuestra, o qué
pecado *es* el nuestro, que come-
tiéramos contra el SEÑOR nues-
tro Dios?
11 Entonces les dirás: Porque
vuestros padres me dejaron, dice
el SEÑOR, y anduvieron en pos
de dioses ajenos, y los sirvieron,
y los adoraron, y me dejaron a
mí, y no guardaron mi ley;
12 Y vosotros habéis hecho peor
que vuestros padres; porque he
aquí que vosotros camináis cada
uno tras la imaginación de su
malvado corazón, no oyéndome
a mí.
13 Por tanto, yo os haré echar
de esta tierra a tierra que ni vo-
sotros ni vuestros padres habéis
conocido, y allá serviréis a dioses
ajenos de día y de noche; porque
no os mostraré clemencia.
14 Empero he aquí vienen días,
dice el SEÑOR, que no se dirá
más: Vive el SEÑOR, que hizo
subir a los hijos de Israel de tie-
rra de Egipto;
15 Sino: Vive el SEÑOR, que hizo
subir a los hijos de Israel de la
tierra del norte, y de todas las
tierras a donde los había arro-
jado: y volverélos a su tierra, la
cual di a sus padres.
16 He aquí que yo envío muchos
pescadores, dice el SEÑOR, y los
pescarán; y después enviaré mu-
chos cazadores, y los cazarán de
todo monte, y de todo collado, y
de las cavernas de los peñascos.
17 Porque mis ojos están sobre
todos sus caminos, los cuales no
se me ocultaron, ni su maldad se
esconde de la presencia de mis
ojos.
18 Mas primero pagaré al doble
su iniquidad y su pecado; porque
contaminaron mi tierra con los
cuerpos muertos de sus abomi-
naciones, y de sus abominacio-
nes llenaron mi heredad.
19 Oh SEÑOR, fortaleza mía, y
fuerza mía, y refugio mío en el
tiempo de la aflicción; a ti ven-
drán los Gentiles desde los ex-
tremos de la tierra, y dirán:
Ciertamente mentira poseyeron
nuestros padres, vanidad, y no
hay en ellos provecho.
20 ¿Ha de hacer el hombre dio-
ses para sí? mas ellos no son dio-
ses.
21 Por tanto, he aquí, les enseña-
ré de esta vez, enseñarles he mi
mano y mi fortaleza, y sabrán

que mi nombre es el SEÑOR.

CAPÍTULO 17

EL pecado de Judá escrito está
con cincel de hierro, *y* con
punta de diamante: esculpido
está en la tabla de su corazón, y
en los lados de vuestros altares;
2 Cuando sus hijos se acuerdan
de sus altares y de sus bosques,
junto a los árboles verdes y en
los collados altos.
3 ¡Oh mi montaña! tu hacienda
en el campo y todos tus tesoros
daré a saco, por el pecado de tus
altos en todos tus términos.
4 Y habrá en ti cesación de tu he-
redad, la cual yo te di, y te haré
servir a tus enemigos en tierra
que no conociste; porque fuego
habéis encendido en mi furor,
para siempre arderá.
5 Así ha dicho el SEÑOR: Maldi-
to el varón que confía en el hom-
bre, y pone carne por su brazo, y
su corazón se aparta del SEÑOR.
6 Pues será como la retama en el
desierto, y no verá cuando vinie-
re el bien; sino que morará en las
securas en el desierto, en tierra
salada y deshabitada.
7 Bendito el varón que se fía en
el SEÑOR, y cuya confianza es el
SEÑOR.
8 Porque él será como el árbol
plantado junto a las aguas, que
junto a la corriente echará sus
raíces, y no verá cuando viniere
el calor, sino que su hoja estará
verde; y en el año de sequía no se
fatigará, ni dejará de hacer fruto.
9 Engañoso es el corazón más
que todas las cosas, y perverso;
¿quién lo conocerá?
10 Yo el SEÑOR, que escudriño el
corazón, que pruebo los riñones,
para dar a cada uno según su ca-
mino, según el fruto de sus obras.
11 Como la perdiz que cubre *hue-
vos* y no incuba, es el que allega
riquezas, y no con justicia; en
medio de sus días las dejará, y
en su postrimería será insensato.
12 Trono de gloria, excelso desde
el principio, *es* el lugar de nues-
tro santuario.
13 ¡Oh SEÑOR, esperanza de Is-
rael! todos los que te dejan, serán
avergonzados; y los que de mí
se apartan, serán escritos en el
polvo; porque dejaron al SEÑOR,
manantial de aguas vivas.
14 Sáname, oh SEÑOR, y seré
sano; sálvame, y seré salvo: por-
que tú eres mi alabanza.
15 He aquí que ellos me dicen:
¿Dónde está la palabra del
SEÑOR? venga ahora.
16 Mas yo no me entrometí a ser
pastor en pos de ti, ni deseé día
de calamidad, tú lo sabes. Lo que
de mi boca ha salido, fue en tu
presencia.
17 No me seas tú por espanto:
esperanza mía eres tú en el día
malo.
18 Avergüéncense los que me
persiguen, y no me avergüence
yo; asómbrense ellos, y yo no
me asombre: trae sobre ellos día
malo, y quebrántalos con doble
quebrantamiento.
19 Así me ha dicho el SEÑOR: Ve,
y ponte a la puerta de los hijos
del pueblo, por la cual entran y
salen los reyes de Judá, y a todas
las puertas de Jerusalem,
20 Y diles: Oid la palabra del
SEÑOR, reyes de Judá, y todo
Judá, y todos los moradores de
Jerusalem que entráis por estas
puertas.
21 Así ha dicho el SEÑOR: Guar-
daos por vuestras vidas, y no

traigáis carga en el día del sába-
do, para meter por las puertas de
Jerusalem;
22 Ni saquéis carga de vuestras
casas en el día del sábado, ni ha-
gáis obra alguna: mas santificad
el día del sábado, como mandé a
vuestros padres;
23 Mas ellos no oyeron, ni incli-
naron su oído, antes endurecie-
ron su cerviz, por no oír, ni reci-
bir corrección.
24 Será empero, si vosotros me
obedeciereis, dice el SEÑOR, no
metiendo carga por las puertas
de esta ciudad en el día del sába-
do, sino que santificaréis el día
del sábado, no haciendo en él
ninguna obra;
25 Que entrarán por las puertas
de esta ciudad, en carros y en ca-
ballos, los reyes y los príncipes
que se sientan sobre el trono de
David, ellos y sus príncipes, los
varones de Judá, y los moradores
de Jerusalem: y esta ciudad será
habitada para siempre.
26 Y vendrán de las ciudades de
Judá, y de los alrededores de Je-
rusalem, y de tierra de Benjamín,
y de los campos, y del monte, y
del sur, trayendo holocausto y
sacrificio, y ofrenda e incienso, y
trayendo sacrificio de alabanza a
la casa del SEÑOR.
27 Mas si no me oyereis para san-
tificar el día del sábado, y para
no traer carga ni meterla por las
puertas de Jerusalem en día de sá-
bado, yo haré encender fuego en
sus puertas, y consumirá los pala-
cios de Jerusalem, y no se apagará.

CAPÍTULO 18

LA palabra que fue a Jeremías
del SEÑOR, diciendo:
2 Levántate, y vete a casa del al-
farero, y allí te haré oír mis pa-
labras.
3 Y descendí a casa del alfarero,
y he aquí que él hacía obra sobre
la rueda.
4 Y el vaso que él hacia de barro
se quebró en la mano del alfare-
ro; y tornó e hízolo otro vaso,
según que al alfarero pareció
mejor hacerlo.
5 Entonces vino a mí la palabra
del SEÑOR, diciendo:
6 ¿No podré yo hacer de voso-
tros como este alfarero, oh casa
de Israel, dice el SEÑOR? He aquí
que como el barro en la mano del
alfarero, así sois vosotros en mi
mano, oh casa de Israel.
7 En un instante hablaré con-
tra gentes y contra reinos, para
arrancar, y disipar, y destruir.
8 Empero si esas gentes se con-
virtieren de su maldad, de que
habré hablado, yo me arrepen-
tiré del mal que había pensado
hacerles.
9 Y en un instante hablaré de la
gente y del reino, para edificar y
para plantar;
10 Pero si hiciere lo malo delante
de mis ojos, no obedeciendo mi
voz, arrepentiréme del bien que
había determinado hacerle.
11 Ahora pues habla luego a todo
hombre de Judá, y a los morado-
res de Jerusalem, diciendo: Así
ha dicho el SEÑOR: He aquí que
yo dispongo mal contra vosotros,
y trazo contra vosotros designios:
conviértase ahora cada uno de su
mal camino, y mejorad vuestros
caminos y vuestras obras.
12 Y dijeron: Es por demás: por-
que en pos de nuestras imagina-
ciones hemos de ir, y hemos de
hacer cada uno el pensamiento
de su malvado corazón.

13 Por tanto, así dijo el SEÑOR:
Preguntad ahora a las gentes,
quién tal haya oído. Gran feal-
dad ha hecho la virgen de Israel.
14 ¿Faltará la nieve del Líbano
de la roca del campo? ¿faltarán
las aguas frías que corren de leja-
nas tierras?
15 Porque mi pueblo me ha olvi-
dado, incensando a la vanidad,
les han hecho tropezar en sus
caminos *de* las sendas antiguas,
para que caminen en sendas, *en*
un camino hollado;
16 Para poner su tierra en desola-
ción, y en silbos perpetuos; todo
aquel que pasare por ella se ma-
ravillará, y meneará su cabeza.
17 Como viento solano los espar-
ciré delante del enemigo; mos-
traréles las espaldas, y no el ros-
tro, en el día de su perdición.
18 Y dijeron: Venid, y tracemos
maquinaciones contra Jeremías;
porque la ley no faltará del sacer-
dote, ni consejo del sabio, ni pa-
labra del profeta. Venid e hirá-
moslo de lengua, y no miremos a
todas sus palabras.
19 Oh SEÑOR, mira por mí, y oye
la voz de los que contienden con-
migo.
20 ¿Se da mal por bien, para que
hayan cavado hoyo a mi alma?
Acuérdate que me puse delante
de ti para hablar bien por ellos,
para apartar de ellos tu ira.
21 Por tanto entrega sus hijos al
hambre, y derrama su *sangre* por
medio de la espada; y *sean* sus
esposas privadas de sus hijos, y
sean viudas; y sus maridos sean
puestos a muerte, y sus jóvenes
sean muertos a espada en la gue-
rra.
22 Oigase clamor de sus casas,
cuando trajeres sobre ellos ejér-
cito de repente: porque cavaron
hoyo para prenderme, y a mis
pies han escondido lazos.
23 Mas tú, oh SEÑOR, conoces
todo su consejo contra mí para
muerte; no perdones su maldad,
ni borres su pecado de delante
de tu rostro: y tropiecen delante
de ti; haz *así* con ellos en el tiem-
po de tu furor.

CAPÍTULO 19

ASÍ dijo el SEÑOR: Ve, y
compra una vasija de barro
del alfarero, y *lleva contigo* de los
ancianos del pueblo, y de los an-
cianos de los sacerdotes;
2 Y saldrás al valle del hijo de
Hinom, que está a la entrada de
la puerta oriental, y publicarás
allí las palabras que yo te habla-
ré.
3 Dirás pues: Oid palabra del
SEÑOR, oh reyes de Judá, y mo-
radores de Jerusalem. Así dice el
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel: He aquí que yo traigo mal
sobre este lugar, tal que quien lo
oyere, le retiñan los oídos.
4 Porque me dejaron, y enajena-
ron este lugar, y ofrecieron en
él perfumes a dioses ajenos, los
cuales no habían ellos conoci-
do, ni sus padres, ni los reyes de
Judá; y llenaron este lugar de
sangre de inocentes;
5 Y edificaron alto a Baal, para
quemar con fuego sus hijos en
holocaustos al mismo Baal; cosa
que no les mandé, ni hablé, ni
me vino al pensamiento.
6 Por tanto, he aquí vienen días,
dice el SEÑOR, que este lugar no
se llamará más Tofet, ni Valle del
hijo de Hinom, sino Valle de la
Matanza.
7 Y desvaneceré el consejo de

Judá y de Jerusalem en este
lugar; y haréles caer a espada
delante de sus enemigos, y en
las manos de los que buscan sus
almas; y daré sus cuerpos para
comida de las aves del cielo y de
las bestias de la tierra:
8 Y pondré a esta ciudad por
espanto y silbo: todo aquel que
pasare por ella se maravillará, y
silbará sobre todas sus plagas.
9 Y haréles comer la carne de sus
hijos y la carne de sus hijas; y
cada uno comerá la carne de su
amigo, en el cerco y en el apuro
con que los estrecharán sus ene-
migos y los que buscan sus almas.
10 Y quebrarás la vasija ante los
ojos de los varones que van con-
tigo,
11 Y les dirás: Así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos: Así que-
brantaré a este pueblo y a esta
ciudad, como quien quiebra un
vaso de alfarero, que no puede
más restaurarse; y en Tofet se
enterrarán, porque no habrá otro
lugar para enterrar.
12 Así haré a este lugar, dice el
SEÑOR, y a sus moradores, po-
niendo esta ciudad como Tofet.
13 Y las casas de Jerusalem, y las
casas de los reyes de Judá, serán
como el lugar de Tofet inmundas,
por todas las casas sobre cuyos
tejados ofrecieron perfumes a
todo el ejército del cielo, y ver-
tieron libaciones a dioses ajenos.
14 Y volvió Jeremías de Tofet, a
donde le envió el SEÑOR a pro-
fetizar, y paróse en el atrio de la
casa del SEÑOR, y dijo a todo el
pueblo:
15 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: He aquí
yo traigo sobre esta ciudad y
sobre todas sus villas todo el mal
que hablé contra ella: porque
han endurecido su cerviz, para
no oír mis palabras.

CAPÍTULO 20

Y PASUR sacerdote, hijo de
Imer, que presidía por prín-
cipe en la casa del SEÑOR, oyó
a Jeremías que profetizaba estas
palabras.
2 E hirió Pasur a Jeremías pro-
feta, y púsole en el cepo que
estaba a la puerta de Benjamín
en lo alto, la cual *conducía* a la
casa del SEÑOR.
3 Y el día siguiente Pasur sacó a
Jeremías del cepo. Díjole enton-
ces Jeremías: El SEÑOR no ha
llamado tu nombre Pasur, sino
Magormisabib.
4 Porque así ha dicho el SEÑOR:
He aquí yo te pondré en espan-
to a ti, y a todos los que bien te
quieren, y caerán por la espada
de sus enemigos, y tus ojos lo
verán: y a todo Judá entregaré
en mano del rey de Babilonia, y
los llevará cautivos a Babilonia,
y herirálos a espada.
5 Entregaré asimismo toda la
sustancia de esta ciudad, y todo
su trabajo, y todas sus cosas pre-
ciosas; y daré todos los tesoros
de los reyes de Judá en manos de
sus enemigos, y los saquearán, y
los tomarán, y llevaránlos a Ba-
bilonia.
6 Y tú, Pasur, y todos los mora-
dores de tu casa iréis cautivos, y
entrarás en Babilonia, y allí mo-
rirás, y serás allá enterrado, tu,
y todos los que bien te quieren,
a los cuales has profetizado con
mentira.
7 Alucinásteme, oh SEÑOR, y há-
llome frustrado: más fuerte fuis-
te que yo, y vencísteme: cada día

he sido escarnecido; cada cual se
burla de mí.
8 Porque desde que hablo, doy
voces, grito, violencia y destrucción: porque la palabra del
SEÑOR me ha sido para afrenta
y escarnio cada día.
9 Y dije: No me acordaré más de
él, ni hablaré más en su nombre:
empero fue en mi corazón como
un fuego ardiente metido en mis
huesos, trabajé por sufrirlo, y no
pude.
10 Porque oí la murmuración de
muchos, temor de todas partes:
Denunciad, y denunciaremos.
Todos mis amigos miraban si
claudicaría. Quizá se engañará,
decían, y prevaleceremos contra
él, y tomaremos de él nuestra
venganza.
11 Mas el SEÑOR está conmigo como poderoso gigante; por
tanto los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán; serán
avergonzados en gran manera,
porque no prosperarán; *tendrán*
perpetua confusión que jamás
será olvidada.
12 Oh SEÑOR de los ejércitos,
que sondas los justos, que ves los
riñones y el corazón, vea yo tu
venganza de ellos; porque a ti he
descubierto mi causa.
13 Cantad al SEÑOR, load al
SEÑOR: porque librado ha el
alma del pobre de mano de los
malignos.
14 Maldito el día en que nací: el
día en que mi madre me parió no
sea bendito.
15 Maldito el hombre que dio
nuevas a mi padre, diciendo,
Hijo varón te ha nacido, haciéndole alegrarse así mucho.
16 Y sea el tal hombre como las
ciudades que asoló el SEÑOR, y
no se arrepintió: y oiga gritos de
mañana, y voces al medio día;
17 Porque no me mató en el vientre, y mi madre me hubiera sido
mi sepulcro, y su vientre concebimiento perpetuo.
18 ¿Para qué salí del vientre?
¿para ver trabajo y dolor, y que
mis días se gastasen en afrenta?

CAPÍTULO 21

PALABRA que vino a Jeremías
del SEÑOR, cuando el rey Sedequías envió a él a Pasur hijo de
Malquías, y a Sofonías sacerdote,
hijo de Maasías, que le dijesen:
2 Pregunta ahora por nosotros
al SEÑOR; porque Nabucodonosor rey de Babilonia hace guerra
contra nosotros: quizá el SEÑOR
hará con nosotros según todas
sus maravillas, y aquél se irá de
sobre nosotros.
3 Y Jeremías les dijo: Diréis así a
Sedequías:
4 Así ha dicho el SEÑOR Dios
de Israel: He aquí yo vuelvo las
armas de guerra que están en
vuestras manos, y con que vosotros peleáis con el rey de Babilonia; y los Caldeos que os tienen
cercados fuera de la muralla, yo
los juntaré en medio de esta ciudad.
5 Y pelearé contra vosotros con
mano alzada y con brazo fuerte,
y con furor, y enojo, e ira grande:
6 Y heriré los moradores de esta
ciudad; y los hombres y las bestias morirán de pestilencia grande.
7 Y después, así dice el SEÑOR,
entregaré a Sedequías rey de
Judá, y a sus criados, y al pueblo,
y a los que quedaren en la ciudad de la pestilencia, y de la espada, y del hambre, en mano de

Nabucodonosor rey de Babilonia, y en mano de sus enemigos, y en mano de los que buscan sus almas; y él los herirá a filo de espada; no los perdonará, ni los recibirá a merced, ni tendrá de ellos misericordia.
8 Y a este pueblo dirás: Así ha
dicho el SEÑOR: He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte.
9 El que se quedare en esta
ciudad, morirá a espada, o de hambre, o pestilencia: mas el que saliere, y se pasare a los Caldeos que os tienen cercados, vivirá, y su vida le será por despojo.
10 Porque mi rostro he puesto
contra esta ciudad para mal, y no para bien, dice el SEÑOR: en mano del rey de Babilonia será entregada, y quemarála a fuego.
11 Y a la casa del rey de Judá
dirás: Oid palabra del SEÑOR.
12 Casa de David, así dijo el
SEÑOR: Juzgad de mañana juicio, y librad al oprimido de mano del opresor; porque mi ira no salga como fuego, y se encienda, y no *haya* quien apague, por la maldad de vuestras obras.
13 He aquí yo contra ti, morado-
ra del valle de la peña de la llanura, dice el SEÑOR: los que decís: ¿Quién subirá contra nosotros? ¿y quién entrará en nuestras moradas?
14 Yo os visitaré conforme al
fruto de vuestras obras, dice el SEÑOR, y haré encender fuego en su breña, y consumirá todo lo que está alrededor de ella.

CAPÍTULO 22

ASÍ dijo el SEÑOR: Desciende a la casa del rey de Judá, y habla allí esta palabra,
2 Y di: Oye palabra del SEÑOR,
oh rey de Judá que estás sentado sobre el trono de David, tú, y tus criados, y tu pueblo que entran por estas puertas.
3 Así ha dicho el SEÑOR: Haced
juicio y justicia, y librad al oprimido de mano del opresor, y no engañéis ni robéis al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, ni derraméis sangre inocente en este lugar.
4 Porque si efectivamente hicie-
reis esta palabra, los reyes que en lugar de David se sienten sobre su trono, entrarán montados en carros y en caballos por las puertas de esta casa, ellos, y sus criados, y su pueblo.
5 Mas si no oyereis estas palabras,
por mí he jurado, dice el SEÑOR, que esta casa será desierta.
6 Porque así ha dicho el SEÑOR
sobre la casa del rey de Judá: Galaad eres tú para mí, *y* cabeza del Líbano: *empero* de cierto te pondré en soledad, *y* ciudades deshabitadas.
7 Y señalaré contra ti disipado-
res, cada uno con sus armas; y cortarán tus cedros escogidos, y los echarán en el fuego.
8 Y muchas gentes pasarán junto
a esta ciudad, y dirán cada uno a su compañero: ¿Por qué lo hizo así el SEÑOR con esta grande ciudad?
9 Y dirán: Porque dejaron el
pacto del SEÑOR su Dios, y adoraron dioses ajenos, y les sirvieron.
10 No lloréis al muerto, ni de él
os condolezcáis: llorad amarga-

mente por el que va; porque no
volverá jamás, ni verá la tierra
donde nació.
11 Porque así ha dicho el SEÑOR,
de Salum hijo de Josías, rey de
Judá, que reina por Josías su
padre, que salió de este lugar: No
volverá acá más;
12 Antes morirá en el lugar adon-
de lo llevaron cautivo, y no verá
más esta tierra.
13 ¡Ay del que edifica su casa y
no en justicia, y sus salas y no en
juicio, sirviéndose de su prójimo
de balde, y no dándole *el salario*
de su trabajo!
14 Que dice: Edificaré para mí
casa espaciosa, y airosas salas; y
le abre ventanas, y la cubre de
cedro, y la pinta de bermellón.
15 ¿Reinarás porque te rodeas
de cedro? ¿no comió y bebió tu
padre, e hizo juicio y justicia, y
entonces le fue bien?
16 Él juzgó la causa del afligido
y del menesteroso, y entonces
estuvo bien. ¿No es esto cono-
cerme a mí? dice el SEÑOR.
17 Mas tus ojos y tu corazón no
son sino a tu avaricia, y a derra-
mar la sangre inocente, y a opre-
sión, y a hacer agravio.
18 Por tanto así ha dicho el
SEÑOR, de Joacim hijo de Jo-
sías, rey de Judá: No lo llora-
rán, *diciendo:* ¡Ay hermano mío!
y ¡ay hermana! ni lo lamentarán,
diciendo: ¡Ay señor! ¡ay su gran-
deza!
19 En sepultura de asno será en-
terrado, arrastrándole y echán-
dole fuera de las puertas de Je-
rusalem.
20 Sube al Líbano, y clama, y en
Basán da tu voz, y grita hacia
todas partes; porque todos tus
enamorados son quebrantados.
21 Hete hablado en tus prosperi-
dades; mas dijiste: No oiré. Éste
fue tu camino desde tu juven-
tud, que nunca oíste mi voz.
22 A todos tus pastores pace-
rá el viento, y tus enamorados
irán en cautiverio: entonces te
avergonzarás y te confundirás a
causa de toda tu malicia.
23 Habitaste en el Líbano, hicis-
te tu nido en los cedros: ¡cómo
gemirás cuando te vinieren
dolores, dolor como de mujer
que está de parto!
24 Vivo yo, dice el SEÑOR, que
si Conías hijo de Joacím rey de
Judá fuese anillo en mi mano
diestra, aun de allí te arrancaré;
25 Y te entregaré en mano de
los que buscan tu alma, y en
mano de aquellos cuya vista
temes; sí, en mano de Nabuco-
donosor rey de Babilonia, y en
mano de los Caldeos.
26 Y hacerte he llevar cautivo,
a ti, y a tu madre que te parió, a
tierra ajena en que no nacisteis;
y allá moriréis.
27 Y a la tierra a la cual levan-
tan ellos su alma para tornar,
allá no volverán.
28 ¿Es este hombre Conías un
ídolo vil quebrado? ¿es vaso
con quien nadie se deleita?
¿Por qué fueron arrojados, él y
su generación, y echados a tie-
rra que no habían conocido?
29 ¡Tierra, tierra, tierra! oye
palabra del SEÑOR.
30 Así dice el SEÑOR: Escribid
este hombre privado de hijos,
hombre que no prosperará en
sus días: porque ningún hom-
bre de su simiente prosperará,
para sentarse sobre el trono de
David, y gobernar más sobre
Judá.

CAPÍTULO 23

¡AY de los pastores que desperdician y derraman las ovejas de mi majada! dice el SEÑOR.
2 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros derramasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis visitado: he aquí yo visito sobre vosotros la maldad de vuestras obras, dice el SEÑOR.
3 Y yo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán, y se multiplicarán.
4 Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se asombrarán, ni serán menoscabadas, dice el SEÑOR.
5 He aquí que vienen días, dice el SEÑOR, en los cuales levantaré a David un Renuevo justo, y un Rey reinará y prosperará, y hará juicio y justicia en la tierra.
6 En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado: y éste *será* su nombre que le llamarán: EL SEÑOR, JUSTICIA NUESTRA.
7 Por tanto, he aquí que vienen días, dice el SEÑOR, y no dirán más: Vive el SEÑOR que hizo subir los hijos de Israel de la tierra de Egipto;
8 Sino: Vive el SEÑOR que hizo subir y trajo la simiente de la casa de Israel de tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había yo echado; y habitarán en su tierra.
9 A causa de los profetas mi corazón está quebrantado en medio de mí, todos mis huesos tiemblan; estuve como hombre borracho, y como hombre a quien dominó el vino, delante del SEÑOR y delante de las palabras de su santidad.
10 Porque la tierra está llena de adúlteros: porque a causa del juramento la tierra está desierta; las cabañas del desierto se secaron; la carrera de ellos fue mala, y su fortaleza no derecha.
11 Porque así el profeta como el sacerdote son fingidos: aun en mi casa hallé su maldad, dice el SEÑOR.
12 Por tanto, como resbaladeros en oscuridad les será su camino: serán empujados, y caerán en él: porque yo traeré mal sobre ellos, año de su visitación, dice el SEÑOR.
13 Y en los profetas de Samaria he visto desatinos: profetizaban en Baal, e hicieron errar a mi pueblo Israel.
14 Y en los profetas de Jerusalem he visto torpezas: cometían adulterios, y andaban en mentiras, y esforzaban las manos de los malos, para que ninguno se convirtiese de su malicia: fuéronme todos ellos como Sodoma, y sus moradores como Gomorra.
15 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos contra aquellos profetas: He aquí que yo les hago comer ajenjos, y les haré beber aguas de hiel; porque de los profetas de Jerusalem salió la hipocresía sobre toda la tierra.
16 Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan: os hacen desvanecer; hablan visión de su corazón, no de la boca del SEÑOR.
17 Dicen atrevidamente a los que me irritan: el SEÑOR dijo: Paz tendréis; y a cualquiera que

anda tras la imaginación de su
corazón, dijeron: No vendrá mal
sobre vosotros.
18 Porque ¿quién estuvo en el se-
creto del SEÑOR, y vio, y oyó su
palabra? ¿quién estuvo atento a
su palabra, y oyó?
19 He aquí que la tempestad del
SEÑOR saldrá con furor; y la tem-
pestad que está aparejada, caerá
sobre la cabeza de los malos.
20 No se apartará el furor del
SEÑOR, hasta tanto que haya
hecho, y hasta tanto que haya
cumplido los pensamientos de su
corazón: en lo postrero de los días
lo entenderéis cumplidamente.
21 No envié yo aquellos profetas,
y ellos corrían: yo no les hablé, y
ellos profetizaban.
22 Y si ellos hubieran estado en
mi secreto, también hubieran
hecho oír mis palabras a mi pue-
blo; y les hubieran hecho volver
de su mal camino, y de la mal-
dad de sus obras.
23 ¿Soy yo Dios de poco acá, dice
el SEÑOR, y no Dios de mucho
ha?
24 ¿Ocultaráse alguno, dice el
SEÑOR, en escondrijos que yo
no lo vea? ¿No hincho yo, dice el
SEÑOR, el cielo y la tierra?
25 Yo he oído lo que aquellos
profetas dijeron profetizando
mentira en mi nombre, diciendo:
Soñé, soñé.
26 ¿Hasta cuándo será esto en el
corazón de los profetas que pro-
fetizan mentira, y que profetizan
el engaño de su corazón?
27 ¿No piensan como hacen a
mi pueblo olvidarse de mi nom-
bre con sus sueños que cada uno
cuenta a su compañero, al modo
que sus padres se olvidaron de
mi nombre por Baal?
28 El profeta con quien fuere
sueño, cuente sueño; y aquel a
quien fuere mi palabra, cuente
mi palabra verdadera. ¿Qué *tiene
que ver* la paja con el trigo? dice
el SEÑOR.
29 ¿No es mi palabra como el
fuego, dice el SEÑOR, y como
martillo que quebranta la roca?
30 Por tanto, he aquí yo contra
los profetas, dice el SEÑOR, que
hurtan mis palabras cada uno de
su más cercano.
31 He aquí yo contra los profetas,
dice el SEÑOR, que endulzan sus
lenguas, y dicen: Él ha dicho.
32 He aquí yo contra los que pro-
fetizan sueños mentirosos, dice
el SEÑOR, y contáronlos, e hi-
cieron errar a mi pueblo con sus
mentiras y con sus lisonjas: y
yo no los envié, ni les mandé; y
ningún provecho hicieron a este
pueblo, dice el SEÑOR.
33 Y cuando te preguntare este
pueblo, o el profeta, o el sacerdo-
te, diciendo: ¿Qué es la carga del
SENOR? les dirás: ¿Qué carga?
Os dejaré, ha dicho el SEÑOR.
34 Y el profeta, y el sacerdote,
o el pueblo, que dijere: Carga
del SEÑOR; yo enviaré castigo
sobre tal hombre y sobre su casa.
35 Así diréis cada cual a su com-
pañero, y cada cual a su her-
mano: ¿Qué ha respondido el
SEÑOR, y qué habló el SEÑOR?
36 Y nunca más os vendrá a la
memoria *decir:* Carga del SEÑOR:
porque la palabra de cada uno le
será por carga; pues pervertis-
teis las palabras del Dios vivien-
te, del SEÑOR de los ejércitos,
Dios nuestro.
37 Así dirás al profeta: ¿Qué
te respondió el SEÑOR, y qué
habló el SEÑOR?

38 Mas si dijereis: Carga del SEÑOR: por eso el SEÑOR dice así: Porque dijisteis esta palabra, Carga del SEÑOR, habiendo enviado a deciros: No digáis, Carga del SEÑOR:
39 Por tanto, he aquí que yo os echaré en olvido, y os arrancaré de mi presencia, y a la ciudad que os di a vosotros y a vuestros padres;
40 Y pondré sobre vosotros afrenta perpetua, y eterna confusión que nunca borrará el olvido.

CAPÍTULO 24

MOSTRÓME el SEÑOR, y he aquí dos cestas de higos puestas delante del templo del SEÑOR, después de haber llevado cautivo Nabucodonosor rey de Babilonia a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y a los príncipes de Judá, y a los oficiales y herreros de Jerusalem, y haberlos llevado a Babilonia.
2 La una cesta tenía higos muy buenos, como brevas; y la otra cesta tenía higos muy malos, que no se podían comer de malos.
3 Y díjome el SEÑOR: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y dije: Higos, higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que de malos no se pueden comer.
4 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
5 Así ha dicho el SEÑOR Dios de Israel: Como a estos buenos higos, así conoceré a los llevados a cautiverio de Judá, a los cuales eché de este lugar a tierra de Caldeos, para bien.
6 Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y volverélos a esta tierra; y los edificaré, y no los destruiré: plantarélos, y no los arrancaré.
7 Y les daré corazón para que me conozcan, que yo soy el SEÑOR: y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón.
8 Y como los malos higos, que de malos no se pueden comer, así, ha dicho el SEÑOR, daré a Sedequías rey de Judá, y a sus príncipes, y al resto de Jerusalem que quedaron en esta tierra, y que moran en la tierra de Egipto.
9 Y darélos por escarnio, por mal a todos los reinos de la tierra: por infamia, y por ejemplo, y por refrán, y por maldición a todos los lugares adonde yo los arrojaré.
10 Y enviaré sobre ellos espada, hambre, y pestilencia, hasta que sean acabados de sobre la tierra que les di a ellos y a sus padres.

CAPÍTULO 25

PALABRA que fue a Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, el cual es el año primero de Nabucodonosor rey de Babilonia;
2 La cual habló Jeremías profeta a todo el pueblo de Judá, y a todos los moradores de Jerusalem, diciendo:
3 Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí la palabra del SEÑOR, y os he hablado, madrugando y dando aviso; mas no oisteis.
4 Y envió el SEÑOR a vosotros todos sus siervos los profetas, madrugando y enviándolos; mas no oisteis, ni inclinasteis vuestro oído para escuchar,
5 Cuando decían: Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y

morad en la tierra que os dio el
SEÑOR, a vosotros y a vuestros
padres para siempre;
6 Y no vayáis en pos de dioses
ajenos para servirles, ni para
adorarles, ni me provoquéis a ira
con la obra de vuestras manos; y
no os haré mal.
7 Empero no me habéis oído,
dice el SEÑOR, para provocar-
me a ira con la obra de vuestras
manos para mal vuestro.
8 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos: Por cuanto no
habéis oído mis palabras,
9 He aquí enviaré yo, y tomaré
todos los linajes del norte, dice el
SEÑOR, y a Nabucodonosor rey
de Babilonia, mi siervo, y trae-
rélos contra esta tierra, y contra
sus moradores, y contra todas
estas naciones en derredor; y los
destruiré, y pondrélos por escar-
nio, y por silbo, y en soledades
perpetuas.
10 Y haré que perezca de entre
ellos voz de gozo y voz de ale-
gría, voz de desposado y voz de
desposada, ruido de muelas, y
luz de lámpara.
11 Y toda esta tierra será puesta
en soledad, en espanto; y servi-
rán estas gentes al rey de Babilo-
nia setenta años.
12 Y será que, cuando fueren
cumplidos los setenta años, visi-
taré sobre el rey de Babilonia y
sobre aquella gente su maldad,
ha dicho el SEÑOR, y sobre la
tierra de los Caldeos; y pondréla
en desiertos para siempre.
13 Y traeré sobre aquella tierra
todas mis palabras que he habla-
do contra ella, con todo lo que
está escrito en este libro, profeti-
zado por Jeremías contra todas
gentes.
14 Porque se servirán también
de ellos muchas gentes, y reyes
grandes; y yo les pagaré confor-
me a sus hechos, y conforme a la
obra de sus manos.
15 Porque así me dijo el SEÑOR
Dios de Israel: Toma de mi mano
la copa del vino de este furor,
y da a beber de ella a todas las
gentes a las cuales yo te envío.
16 Y beberán, y temblarán, y en-
loquecerán delante de la espada
que yo envío entre ellos.
17 Y tomé la copa de la mano del
SEÑOR, y di de beber a todas las
gentes a las cuales me envió el
SEÑOR:
18 A Jerusalem, a las ciudades de
Judá, y a sus reyes, y a sus prín-
cipes, para ponerlos en soledad,
en escarnio, y en silbo, y en mal-
dición, como este día;
19 A Faraón rey de Egipto, y a
sus siervos, a sus príncipes, y a
todo su pueblo;
20 Y a toda la mezcla de gente, y
a todos los reyes de tierra de Hus,
y a todos los reyes de tierra de
Palestina, y a Ascalón, y Gaza, y
Ecrón, y al remanente de Asdod;
21 A Edom, y Moab, y a los hijos
de Amón;
22 Y a todos los reyes de Tiro, y
a todos los reyes de Sidón, y a los
reyes de las islas que están de ese
lado del mar;
23 Y a Dedán, y Tema, y Buz, y
a todos los que están al cabo del
mundo;
24 Y a todos los reyes de Arabia,
y a todos los reyes de pueblos
mezclados que habitan en el de-
sierto;
25 Y a todos los reyes de Zimri,
y a todos los reyes de Elam, y a
todos los reyes de Media;
26 Y a todos los reyes del norte,

los de cerca y los de lejos, los
unos con los otros; y a todos
los reinos de la tierra que están
sobre la faz de la tierra: y el rey
de Sesac beberá después de ellos.
27 Les dirás, pues: Así ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos, Dios
de Israel: Bebed, y embriagaos, y
vomitad, y caed, y no os levan-
téis delante de la espada que yo
envío entre vosotros.
28 Y será que, si no quieren
tomar la copa de tu mano para
beber, les dirás tú: Así ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos: Habéis
de beber.
29 Porque he aquí, que a la ciu-
dad sobre la cual es invocado mi
nombre yo comienzo a hacer mal;
¿y vosotros seréis absueltos? No
seréis absueltos: porque espada
traigo sobre todos los moradores
de la tierra, dice el SEÑOR de los
ejércitos.
30 Tú pues, profetizarás a ellos
todas estas palabras, y les dirás:
el SEÑOR bramará desde lo alto,
y desde la morada de su santidad
dará su voz: enfurecido rugirá
sobre su morada; canción de la-
gareros cantará contra todos los
moradores de la tierra.
31 Llegó el estruendo hasta el
cabo de la tierra; porque juicio
del SEÑOR con las gentes: él es
el Juez de toda carne; entrega-
rá los impíos a espada, dice el
SEÑOR.
32 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: He aquí que el mal sale
de gente en gente, y grande tem-
pestad se levantará de los fines
de la tierra.
33 Y serán muertos del SEÑOR
en aquel día desde el un cabo de
la tierra hasta el otro cabo; no se
endecharán, ni se recogerán, ni
serán enterrados; como estiércol
serán sobre la faz de la tierra.
34 Aullad, pastores, y clamad; y
revolcaos *en el polvo*, mayorales
del rebaño; porque cumplidos
son vuestros días para ser voso-
tros degollados y esparcidos, y
caeréis como vaso de codicia.
35 Y acabaráse la huída de los
pastores, y el escape de los ma-
yorales del rebaño.
36 ¡Voz de la grita de los pasto-
res, y aullido de los mayorales
del rebaño! porque el SEÑOR
asoló sus majadas.
37 Y las majadas quietas serán
taladas por el furor de la ira del
SEÑOR.
38 Dejó cual leoncillo su guari-
da; pues asolada fue la tierra de
ellos por la ira del opresor, y por
el furor de su saña.

CAPÍTULO 26

EN el principio del reinado
de Joacim hijo de Josías, rey
de Judá, vino esta palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR: Ponte
en el atrio de la casa del SEÑOR,
y habla a todas las ciudades de
Judá, que vienen para adorar en
la casa del SEÑOR, todas las pa-
labras que yo te mandé les habla-
ses; no retengas palabra.
3 Quizá oirán, y se tornarán cada
uno de su mal camino; y arrepen-
tiréme yo del mal que pienso ha-
cerles por la maldad de sus obras.
4 Les dirás pues: Así ha dicho el
SEÑOR: Si no me oyereis para
andar en mi ley, la cual di delan-
te de vosotros,
5 Para atender a las palabras de
mis siervos los profetas que yo
os envío, madrugando en enviar-
los, a los cuales no habéis oído;

6 Yo pondré esta casa como Silo,
y daré esta ciudad en maldición a
todas las gentes de la tierra.
7 Y los sacerdotes, los profetas,
y todo el pueblo, oyeron a Jere-
mías hablar estas palabras en la
casa del SEÑOR.
8 Y fue que, acabando de hablar
Jeremías todo lo que el SEÑOR
le había mandado que hablase a
todo el pueblo, los sacerdotes y
los profetas y todo el pueblo le
echaron mano, diciendo: De cier-
to morirás.
9 ¿Por qué has profetizado en
nombre del SEÑOR, diciendo:
Esta casa será como Silo, y esta
ciudad será asolada hasta no
quedar morador? Y juntóse todo
el pueblo contra Jeremías en la
casa del SEÑOR.
10 Y los príncipes de Judá oye-
ron estas cosas, y subieron de
casa del rey a la casa del SEÑOR;
y sentáronse en la entrada de la
puerta nueva del SEÑOR.
11 Entonces hablaron los sacer-
dotes y los profetas a los prínci-
pes y a todo el pueblo, diciendo:
En pena de muerte ha incurrido
este hombre; porque profetizó
contra esta ciudad, como voso-
tros habéis oído con vuestros
oídos.
12 Y habló Jeremías a todos los
príncipes y a todo el pueblo, di-
ciendo: el SEÑOR me envió a
que profetizase contra esta casa
y contra esta ciudad, todas las
palabras que habéis oído.
13 Y ahora, mejorad vuestros
caminos y vuestras obras, y obe-
deced la voz del SEÑOR vuestro
Dios, y arrepentiráse el SEÑOR
del mal que ha hablado contra
vosotros.
14 En lo que a mí toca, he aquí
estoy en vuestras manos: haced
de mí como mejor y más recto os
pareciere.
15 Mas sabed de cierto que, si me
matareis, sangre inocente echa-
réis sobre vosotros, y sobre esta
ciudad, y sobre sus moradores:
porque en verdad el SEÑOR me
envió a vosotros para que dijese
todas estas palabras en vuestros
oídos.
16 Y dijeron los príncipes y todo
el pueblo a los sacerdotes y pro-
fetas: No ha incurrido este hom-
bre en pena de muerte, porque
en nombre del SEÑOR nuestro
Dios nos ha hablado.
17 Entonces se levantaron ciertos
de los ancianos de la tierra, y ha-
blaron a toda la junta del pueblo,
diciendo:
18 Miqueas de Morasti profeti-
zó en tiempo de Ezequías rey
de Judá, diciendo: Así ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos: Sión
será arada como campo, y Jeru-
salem vendrá a ser montones, y
el monte del templo en cumbres
de bosque.
19 ¿Matáronlo luego Ezequías
rey de Judá y todo Judá? ¿no
temió al SEÑOR, y oró en pre-
sencia del SEÑOR, y el SEÑOR
se arrepintió del mal que había
hablado contra ellos? ¿Haremos
pues nosotros tan grande mal
contra nuestras almas?
20 Hubo también un hombre
que profetizaba en nombre
del SEÑOR, Urías, hijo de Se-
maías de Quiriat-jearim, el cual
profetizó contra esta ciudad y
contra esta tierra, conforme a
todas las palabras de Jeremías:
21 Y oyó sus palabras el rey Joa-
cim, y todos sus grandes, y todos
sus príncipes, y el rey procuró

de matarle; lo cual entendiendo
Urías, tuvo temor, y huyó, y me-
tióse en Egipto:
22 Y el rey Joacim envió hom-
bres a Egipto, a Elnatán hijo de
Acbor, y otros hombres con él, a
Egipto;
23 Los cuales sacaron a Urías de
Egipto, y lo trajeron al rey Joa-
cim, e hirióla a espada, y echó
su cuerpo en los sepulcros del
vulgo.
24 La mano empero de Ahicam
hijo de Safán era con Jeremías,
porque no lo entregasen en las
manos del pueblo para matarlo.

CAPÍTULO 27

EN el principio del reinado de
Joacim hijo de Josías, rey de
Judá, vino del SEÑOR esta pala-
bra a Jeremías, diciendo:
2 El SEÑOR me ha dicho así:
Hazte coyundas y yugos, y pon-
los sobre tu cuello;
3 Y los enviarás al rey de Edom,
y al rey de Moab, y al rey de los
hijos de Amón, y al rey de Tiro, y
al rey de Sidón, por mano de los
embajadores que vienen a Jeru-
salem a Sedequías, rey de Judá.
4 Y les mandarás que digan a sus
señores: Así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
Así habéis de decir a vuestros se-
ñores:
5 Yo hice la tierra, el hombre
y las bestias que están sobre la
faz de la tierra, con mi grande
potencia y con mi brazo extendi-
do, y díla a quien me plugo.
6 Y ahora yo he dado todas estas
tierras en mano de Nabucodono-
sor rey de Babilonia, mi siervo, y
aun las bestias del campo le he
dado para que le sirvan.
7 Y todas las gentes le servirán
a él, y a su hijo, y al hijo de su
hijo, hasta que venga también el
tiempo de su misma tierra; y le
servirán muchas gentes y reyes
grandes.
8 Y será, que la gente y el reino
que no sirviere a Nabucodonosor
rey de Babilonia, y que no pusie-
re su cuello debajo del yugo del
rey de Babilonia, con espada y
con hambre y con pestilencia
visitaré a la tal gente, dice el
SEÑOR, hasta que los acabe yo
por su mano.
9 Y vosotros no prestéis oído a
vuestros profetas, ni a vuestros
adivinos, ni a vuestros sueños, ni
a vuestros agoreros, ni a vues-
tros encantadores, que os hablan
diciendo: No serviréis al rey de
Babilonia.
10 Porque ellos os profetizan
mentira, para haceros alejar de
vuestra tierra, y para que yo os
arroje y perezcáis.
11 Mas la gente que sometiere su
cuello al yugo del rey de Babilo-
nia, y le sirviere, haréla dejar en
su tierra, dice el SEÑOR, y labra-
rála, y morará en ella.
12 Y hablé también a Sedequías
rey de Judá conforme a todas
estas palabras, diciendo: Some-
ted vuestros cuellos al yugo del
rey de Babilonia, y servid a él y a
su pueblo, y vivid.
13 ¿Por qué moriréis, tú y tu
pueblo, a espada, de hambre, y
pestilencia, según ha dicho el
SEÑOR a la gente que no sirviere
al rey de Babilonia?
14 No oigáis las palabras de los
profetas que os hablan, diciendo:
No serviréis al rey de Babilonia;
porque os profetizan mentira.
15 Porque yo no los envié, dice
el SEÑOR, y ellos profetizan fal-

samente en mi nombre, para
que yo os arroje, y perezcáis,
vosotros y los profetas que os
profetizan.
16 También a los sacerdotes y
a todo este pueblo hablé, diciendo: Así ha dicho el SEÑOR:
No oigáis las palabras de vuestros profetas que os profetizan
diciendo: He aquí que los vasos
de la casa del SEÑOR volverán
de Babilonia ahora presto; porque os profetizan mentira.
17 No los oigáis; servid al rey
de Babilonia, y vivid: ¿por qué
ha de ser desierta esta ciudad?
18 Y si ellos son profetas, y si
es con ellos palabra del SEÑOR,
oren ahora al SEÑOR de los
ejércitos, que los vasos que han
quedado en la casa del SEÑOR
y en la casa del rey de Judá y
en Jerusalem, no vayan a Babilonia.
19 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos de aquellas columnas, y del mar, y de las
basas, y del resto de los vasos
que quedan en esta ciudad,
20 Que no quitó Nabucodonosor
rey de Babilonia, cuando llevó
cautivo de Jerusalem a Babilonia a Jeconías hijo de Joacim,
rey de Judá, y a todos los nobles de Judá y de Jerusalem:
21 Así pues ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel,
acerca de los vasos que quedaron en la casa del SEÑOR, y en
la casa del rey de Judá, y en Jerusalem:
22 A Babilonia serán transportados, y allí estarán hasta el
día en que yo los visitaré, dice
el SEÑOR; y después los haré
subir, y restituirélos a este
lugar.

CAPÍTULO 28

Y ACONTECIÓ en el mismo
año, en el principio del reinado de Sedequías rey de Judá,
en el año cuarto, en el quinto
mes, que Hananías, hijo de Azur,
profeta que era de Gabaón, me
habló en la casa del SEÑOR delante de los sacerdotes y de todo
el pueblo, diciendo:
2 Así habló el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel, diciendo:
Quebranté el yugo del rey de Babilonia.
3 Dentro de dos años de días tornaré a este lugar todos los vasos
de la casa del SEÑOR, que Nabucodonosor, rey de Babilonia,
llevó de este lugar para meterlos
en Babilonia;
4 Y yo tornaré a este lugar a Jeconías hijo de Joacim, rey de
Judá, y a todos los cautivos de
Judá que entraron en Babilonia,
dice el SEÑOR; porque yo quebrantaré el yugo del rey de Babilonia.
5 Entonces respondió Jeremías
profeta a Hananías profeta, delante de los sacerdotes y delante
de todo el pueblo que estaba en
la casa del SEÑOR.
6 Y dijo Jeremías profeta: Amén,
así lo haga el SEÑOR. Confirme
el SEÑOR tus palabras, con las
cuales profetizaste que los vasos
de la casa del SEÑOR, y todos los
llevados cautivos, han de ser tornados de Babilonia a este lugar.
7 Con todo eso, oye ahora esta
palabra que yo hablo en tus
oídos y en los oídos de todo el
pueblo:
8 Los profetas que fueron antes
de mí y antes de ti en tiempos
pasados, profetizaron sobre muchas tierras y grandes reinos, de

guerra, y de aflicción, y de pes-
tilencia.
9 El profeta que profetizó de paz,
cuando sobreviniere la palabra
del profeta, será conocido el pro-
feta que el SEÑOR en verdad lo
envió.
10 Entonces Hananías profeta
quitó el yugo del cuello de Jere-
mías profeta, y quebrólo.
11 Y habló Hananías en presen-
cia de todo el pueblo, diciendo:
Así ha dicho el SEÑOR: De esta
manera quebraré el yugo de Na-
bucodonosor, rey de Babilonia,
del cuello de todas las gentes
dentro de dos años de días. Y
fuese Jeremías su camino.
12 Y después que Hananías pro-
feta quebró el yugo del cuello de
Jeremías profeta, vino la palabra
del SEÑOR a Jeremías, diciendo:
13 Ve, y habla a Hananías, di-
ciendo: Así ha dicho el SEÑOR:
Yugos de madera quebraste, mas
en vez de ellos harás yugos de
hierro.
14 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
Yugo de hierro puse sobre el cue-
llo de todas estas gentes, para
que sirvan a Nabucodonosor rey
de Babilonia, y han de servirle; y
aun también le he dado las bes-
tias del campo.
15 Entonces dijo el profeta Jere-
mías a Hananías profeta: Ahora
oye, Hananías; el SEÑOR no te
envió, y tú has hecho confiar a
este pueblo en mentira.
16 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: He aquí que yo te envío
de sobre la faz de la tierra: mori-
rás en este año, porque hablaste
rebelión contra el SEÑOR.
17 Y en el mismo año murió Ha-
nanías en el mes séptimo.

CAPÍTULO 29

Y ÉSTAS *son* las palabras de la
carta que Jeremías profeta
envió de Jerusalem a los ancia-
nos que habían quedado de los
transportados cautivos, y a los
sacerdotes y profetas, y a todo el
pueblo que Nabucodonosor llevó
cautivo de Jerusalem a Babilo-
nia:
2 (Después que salió el rey Jeco-
nías y la reina, y los del palacio,
y los príncipes de Judá y de Jeru-
salem, y los artífices, y los inge-
nieros de Jerusalem;)
3 Por mano de Elasa hijo de
Safán, y de Jemarías hijo de Hil-
quías, (los cuales envió Sede-
quías rey de Judá a Babilonia, a
Nabucodonosor rey de Babilo-
nia,) diciendo:
4 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel, a todos
los de la cautividad que hice
transportar de Jerusalem a Babi-
lonia:
5 Edificad casas, y morad; y plan-
tad huertos, y comed del fruto de
ellos;
6 Casaos, y engendrad hijos e
hijas; dad esposas a vuestros
hijos, y dad maridos a vuestras
hijas, para que paran hijos e
hijas; y multiplicaos ahí, y no os
hagáis pocos.
7 Y procurad la paz de la ciudad
a la cual os hice ser llevados cau-
tivos, y rogad por ella al SEÑOR;
porque en su paz tendréis voso-
tros paz.
8 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
No os engañen vuestros profe-
tas que están entre vosotros, ni
vuestros adivinos; ni miréis a
vuestros sueños que soñáis.
9 Porque falsamente os profeti-

zan ellos en mi nombre: no los
envié, ha dicho el SEÑOR.
10 Porque así dijo el SEÑOR:
Cuando en Babilonia se cum-
plieren los setenta años, yo os
visitaré, y despertaré sobre voso-
tros mi buena palabra, para tor-
naros a este lugar.
11 Porque yo sé los pensamien-
tos que tengo acerca de vosotros,
dice el SEÑOR, pensamientos de
paz, y no de mal, para daros el
fin que esperáis.
12 Entonces me invocaréis, e
iréis y oraréis a mí, y yo os oiré:
13 Y me buscaréis y hallaréis,
porque me buscaréis de todo
vuestro corazón.
14 Y seré hallado de vosotros,
dice el SEÑOR, y tornaré vues-
tra cautividad, y os juntaré de
todas las gentes, y de todos los
lugares adonde os arrojé, dice el
SEÑOR; y os haré volver al lugar
de donde os hice ser llevados.
15 Mas habéis dicho: el SEÑOR
nos ha suscitado profetas en Ba-
bilonia.
16 Así empero ha dicho el SEÑOR,
del rey que está sentado sobre el
trono de David, y de todo el pue-
blo que mora en esta ciudad, de
vuestros hermanos que no salie-
ron con vosotros en cautiverio;
17 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: He aquí envío yo con-
tra ellos espada, hambre, y pesti-
lencia, y pondrélos como los
malos higos, que de malos no se
pueden comer.
18 Y perseguirélos con espada,
con hambre y con pestilencia; y
darélos por escarnio a todos los
reinos de la tierra, por maldición
y por espanto, y por silbo y por
afrenta a todas las gentes a las
cuales los habré arrojado;
19 Porque no oyeron mis pala-
bras, dice el SEÑOR, que les
envié por mis siervos los profe-
tas, madrugando en enviarlos;
y no habéis escuchado, dice el
SEÑOR.
20 Oid pues la palabra del SEÑOR,
vosotros todos los del cautiverio
que eché de Jerusalem a Babilo-
nia.
21 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel, acerca
de Acab hijo de Colías, y acer-
ca de Sedequías hijo de Maasías,
quienes os profetizan en mi
nombre falsamente: He aquí los
entrego yo en mano de Nabuco-
donosor rey de Babilonia, y él los
herirá delante de vuestros ojos;
22 Y todos los cautivos de Judá
que están en Babilonia, toma-
rán de ellos maldición, diciendo:
Póngate el SEÑOR como a Sede-
quías y como a Acab, los cuales
asó al fuego el rey de Babilonia.
23 Porque hicieron maldad en Is-
rael, y cometieron adulterio con
las esposas de sus prójimos, y
falsamente hablaron en mi nom-
bre palabra que no les mandé; lo
cual yo sé, y soy testigo, dice el
SEÑOR.
24 Y a Semaías de Nehelam ha-
blarás, diciendo:
25 Así habló el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel, dicien-
do: Por cuanto enviaste letras en
tu nombre a todo el pueblo que
está en Jerusalem, y a Sofonías
sacerdote hijo de Maasías, y a
todos los sacerdotes, diciendo:
26 El SEÑOR te ha puesto por sa-
cerdote en lugar de Joiada sacer-
dote, para que presidáis en la casa
del SEÑOR sobre todo hombre
furioso y profetizante, ponién-
dolo en el calabozo y en el cepo.

27 ¿Por qué pues no has ahora reprendido a Jeremías de Anatot, que os profetiza *falsamente?*
28 Porque por eso nos envió a decir en Babilonia: Largo va *el cautiverio*: edificad casas, y morad; plantad huertos, y comed el fruto de ellos.
29 Y Sofonías sacerdote había leído esta carta a oídos de Jeremías profeta.
30 Y vino la palabra del SEÑOR a Jeremías, diciendo:
31 Envía a decir a toda la transmigración: Así ha dicho el SEÑOR de Semaías de Nehelam: Porque os profetizó Semaías, y yo no lo envié, y os hizo confiar en mentira:
32 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR: He aquí que yo visito sobre Semaías de Nehelam, y sobre su generación: no tendrá varón que more entre este pueblo, ni verá aquel bien que haré yo a mi pueblo, dice el SEÑOR: porque contra el SEÑOR ha hablado rebelión.

CAPÍTULO 30

PALABRA que fue a Jeremías del SEÑOR, diciendo:
2 Así habló el SEÑOR Dios de Israel, diciendo: Escríbete en un libro todas las palabras que te he hablado.
3 Porque he aquí que vienen días, dice el SEÑOR, en que tornaré la cautividad de mi pueblo Israel y Judá, ha dicho el SEÑOR, y harélos volver a la tierra que di a sus padres, y la poseerán.
4 Éstas pues *son* las palabras que habló el SEÑOR acerca de Israel y de Judá.
5 Porque así ha dicho el SEÑOR: Hemos oído voz de temblor: espanto, y no paz.
6 Preguntad ahora, y mirad si pare el varón: porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus lomos, como mujer de parto y hanse tornado pálidos todos los rostros.
7 ¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; mas de ella será librado.
8 Y será en aquel día, dice el SEÑOR de los ejércitos, que yo quebraré su yugo de tu cuello, y romperé tus coyundas, y extraños no lo volverán más a poner en servidumbre,
9 Sino que servirán al SEÑOR su Dios, y a David su rey, el cual les levantaré.
10 Tú pues, siervo mío Jacob, no temas, dice el SEÑOR, ni te atemorices, Israel: porque he aquí que yo soy el que te salvo de lejos, y a tu simiente de la tierra de su cautividad; y Jacob tornará, y descansará y sosegará, y no habrá quien le espante.
11 Porque yo soy contigo, dice el SEÑOR, para salvarte: y haré consumación en todas las gentes entre las cuales te esparcí; en ti empero no haré consumación, sino que te castigaré con juicio, y no te talaré del todo.
12 Porque así ha dicho el SEÑOR: Desahuciado es tu quebrantamiento, y dificultosa tu llaga.
13 No hay quien juzgue tu causa para salvación: no hay para ti eficaces medicamentos.
14 Todos tus enamorados te olvidaron; no te buscan; porque de herida de enemigo te herí, con azote de cruel, a causa de la muchedumbre de tu maldad, y de la multitud de tus pecados.

15 ¿Por qué gritas a causa de tu herida? Incurable es tu dolor: por causa de la grandeza de tu iniquidad, y por tus muchos pecados te he hecho esto.
16 Empero serán consumidos todos los que te consumen; y todos tus afligidores, todos irán en cautiverio; y hollados serán los que te hollaron, y a todos los que hicieron presa de ti daré en presa.
17 Mas yo haré venir sanidad para ti, y te sanaré de tus heridas, dice el SEÑOR; porque Arrojada te llamaron, *diciendo:* Ésta es Sión, a la que nadie busca.
18 Así ha dicho el SEÑOR: He aquí yo hago tornar la cautividad de las tiendas de Jacob, y de sus tiendas tendré misericordia; y la ciudad será edificada sobre su collado, y el templo será asentado según su forma.
19 Y saldrá de ellos acción de gracias, y voz de gente que está en regocijo: y los multiplicaré, y no serán disminuídos; multiplicarélos, y no serán menoscabados.
20 Y serán sus hijos como de primero, y su congregación delante de mí será confirmada; y visitaré a todos sus opresores.
21 Y de él será su fuerte, y de en medio de él saldrá su enseñoreador; y haréle llegar cerca, y acercaráse a mí: porque ¿quién es aquel que ablandó su corazón para llegarse a mí? dice el SEÑOR.
22 Y me seréis por pueblo, y yo seré vuestro Dios.
23 He aquí, la tempestad del SEÑOR sale con furor, la tempestad que se apareja; sobre la cabeza de los impíos reposará.
24 No se volverá la ira del enojo del SEÑOR, hasta que haya hecho y cumplido los pensamientos de su corazón: en el fin de los días entenderéis esto.

CAPÍTULO 31

EN aquel tiempo, dice el SEÑOR, yo seré por Dios a todos los linajes de Israel, y ellos me serán a mí por pueblo.
2 Así ha dicho el SEÑOR: Halló gracia en el desierto el pueblo, los que escaparon de la espada, yendo *yo* para hacer hallar reposo a Israel.
3 El SEÑOR se manifestó a mí ya mucho tiempo há, *diciendo:* Con amor eterno te he amado; por tanto te soporté con misericordia.
4 Aun te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel: todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en corro de danzantes.
5 Aun plantarás viñas en los montes de Samaria: plantarán los plantadores, y harán común uso *de ellas.*
6 Porque habrá día en que clamarán los guardas en el monte de Efraím: Levantaos, y subamos a Sión, al SEÑOR nuestro Dios.
7 Porque así ha dicho el SEÑOR: Regocijaos en Jacob con alegría, y dad voces de júbilo a la cabeza de gentes; haced oír, alabad, y decid: Oh SEÑOR, salva tu pueblo, el remanente de Israel.
8 He aquí yo los vuelvo de tierra del norte, y los juntaré de los fines de la tierra, y entre ellos ciegos y cojos, la mujer preñada y la parida juntamente; en grande compañía tornarán acá.
9 Irán con lloro, mas con misericordias los haré volver, y harélos andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual

no tropezarán: porque soy a Israel por padre, y Efraím es mi primogénito.
10 Oid palabra del SEÑOR, oh gentes, y hacedlo saber en las islas que están lejos, y decid: El que esparció a Israel lo juntará y guardará, como pastor a su ganado.
11 Porque el SEÑOR redimió a Jacob, redimiólo de mano del más fuerte que él.
12 Y vendrán, y harán alabanzas en lo alto de Sión, y correrán al bien del SEÑOR, al pan, y al vino, y al aceite, y al ganado de las ovejas y de las vacas; y su alma será como huerto de riego, ni nunca más tendrán dolor.
13 Entonces la virgen se holgará en la danza, los mozos y los viejos juntamente; y su lloro tornaré en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor.
14 Y el alma del sacerdote embriagaré de grosura, y será mi pueblo saciado de mi bien, dice el SEÑOR.
15 Así ha dicho el SEÑOR: Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo: Raquel que lamenta por sus hijos, no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron.
16 Así ha dicho el SEÑOR: Reprime tu voz del llanto, y tus ojos de las lágrimas; porque salario hay para tu obra, dice el SEÑOR, y volverán de la tierra del enemigo.
17 Esperanza también hay para tu fin, dice el SEÑOR, y los hijos volverán a su término.
18 Escuchando, he oído a Efraím que se lamentaba: Azotásteme, y fui castigado como novillo indómito: conviérteme y seré convertido; porque tú eres el SEÑOR mi Dios.
19 Porque después que me convertí, tuve arrepentimiento, y después que me conocí, herí el muslo: avergoncéme y confundíme, porque llevé la afrenta de mis mocedades.
20 ¿No es Efraím hijo precioso para mí? ¿no es niño delicioso? pues desde que hablé de él, heme acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él: apiadado, tendré de él misericordia, dice el SEÑOR.
21 Establécete señales, ponte majanos altos; nota atentamente la calzada, el camino por donde viniste: vuélvete, virgen de Israel, vuélvete a estas tus ciudades.
22 ¿Hasta cuándo andarás errante, oh hija contumaz? porque el SEÑOR ha creado una cosa nueva sobre la tierra: una mujer rodeará al varón.
23 Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel: Aun dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo convertiré su cautiverio: el SEÑOR te bendiga, oh morada de justicia, oh monte santo.
24 Y morarán allí Judá, y también en todas sus ciudades labradores, y los que van con rebaño.
25 Porque habré embriagado el alma cansada, y henchido toda alma entristecida.
26 En esto me desperté, y ví, y mi sueño me fue sabroso.
27 He aquí vienen días, dice el SEÑOR, en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de hombre y de simiente de animal.
28 Y será que, como tuve cuidado de ellos para arrancar y derri-

bar, y trastornar y perder, y afligir, así tendré cuidado de ellos para edificar y plantar, dice el SEÑOR.
29 En aquellos días no dirán más: Los padres comieron las uvas agraces, y los dientes de los hijos tienen la dentera.
30 Sino que cada cual morirá por su maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agraces, tendrán la dentera.
31 He aquí que vienen días, dice el SEÑOR, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Jacob y la casa de Judá:
32 No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, bien que fui yo un marido para ellos, dice el SEÑOR:
33 Mas éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el SEÑOR: Daré mi ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones; y seré yo a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.
34 Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al SEÑOR: porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el SEÑOR: porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.
35 Así ha dicho el SEÑOR, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche; que parte el mar y braman sus ondas; el SEÑOR de los ejércitos es su nombre:
36 Si estas leyes faltaren delante de mí, dice el SEÑOR, también la simiente de Israel faltará para no ser nación delante de mí todos los días.
37 Así ha dicho el SEÑOR: Si el cielo arriba se puede medir, y buscarse abajo los fundamentos de la tierra, también yo desecharé toda la simiente de Israel por todo lo que hicieron, dice el SEÑOR.
38 He aquí que vienen días, dice el SEÑOR, y la ciudad será edificada al SEÑOR, desde la torre de Hananeel hasta la puerta del rincón.
39 Y saldrá más adelante el cordel de la medida delante de él sobre el collado de Gareb, y rodeará a Goa.
40 Y todo el valle de los cuerpos muertos y de la ceniza, y todas las llanuras hasta el arroyo de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los caballos al oriente, será santo al SEÑOR: no será arrancada, ni destruída más para siempre.

CAPÍTULO 32

PALABRA que vino a Jeremías, del SEÑOR el año décimo de Sedequías rey de Judá, que fue el año décimo octavo de Nabucodonosor.
2 Y entonces el ejército del rey de Babilonia tenía cercada a Jerusalem; y el profeta Jeremías estaba preso en el patio de la cárcel que estaba en la casa del rey de Judá.
3 Pues Sedequías rey de Judá lo había preso, diciendo: ¿Por qué profetizas tú diciendo: Así ha dicho el SEÑOR: He aquí yo entrego esta ciudad en mano del rey de Babilonia, y tomarála;
4 Y Sedequías rey de Judá no escapará de la mano de los Caldeos,

sino que de cierto será entregado
en mano del rey de Babilonia, y
hablará con él boca a boca, y sus
ojos verán sus ojos;
5 Y hará llevar a Sedequías a Ba-
bilonia, y allá estará hasta que
yo le visite, dice el SEÑOR: si
peleareis con los Caldeos, no os
sucederá bien?
6 Y dijo Jeremías: La palabra del
SEÑOR vino a mí, diciendo:
7 He aquí que Hanameel, hijo de
Salum tu tío, viene a ti, diciendo:
Cómprame mi heredad que está
en Anatot; porque tú tienes dere-
cho a ella para comprarla.
8 Y vino a mi Hanameel, hijo de
mi tío, conforme a la palabra del
SEÑOR, al patio de la cárcel, y
díjome: Compra ahora mi here-
dad que está en Anatot, en tie-
rra de Benjamín, porque tuyo es
el derecho de la herencia, y a ti
compete la redención: cómprala
para ti. Entonces conocí que era
palabra del SEÑOR.
9 Y compré la heredad de Hana-
meel, hijo de mi tío, la cual esta-
ba en Anatot, y peséle el dinero:
diecisiete siclos de plata.
10 Y escribí la carta, y selléla, e
hice atestiguar a testigos, y pesé
el dinero con balanza.
11 Tomé luego la carta de venta,
sellada *según* el derecho y cos-
tumbre, y el traslado abierto.
12 Y di la carta de venta a Baruc
hijo de Nerías, hijo de Maasías,
delante de Hanameel el *hijo* de
mi tío, y delante de los testigos
que habían suscrito en la carta
de venta, delante de todos los
Judíos que estaban en el patio de
la cárcel.
13 Y di orden a Baruc delante de
ellos, diciendo:
14 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: Toma
estas cartas, esta carta de venta,
la sellada, y ésta la carta abier-
ta, y ponlas en un vaso de barro,
para que se guarden muchos días.
15 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
Aun se comprarán casas, y here-
dades, y viñas en esta tierra.
16 Y después que di la carta de
venta a Baruc hijo de Nerías, oré
al SEÑOR, diciendo:
17 ¡Oh Señor DIOS! he aquí que
tú hiciste el cielo y la tierra con
tu gran poder, y con tu brazo
extendido, ni hay nada que sea
difícil para ti:
18 Que haces misericordia en
millares, y vuelves la maldad de
los padres en el seno de sus hijos
después de ellos: Dios grande,
poderoso, el SEÑOR de los ejér-
citos es su nombre:
19 Grande en consejo, y magní-
fico en hechos: porque tus ojos
están abiertos sobre todos los
caminos de los hijos de los hom-
bres, para dar a cada uno según
sus caminos, y según el fruto de
sus obras:
20 Que pusiste señales y porten-
tos en tierra de Egipto hasta este
día, y en Israel, y entre los hom-
bres; y te has hecho nombre cual
es este día;
21 Y sacaste tu pueblo Israel de
tierra de Egipto con señales y por-
tentos, y con mano fuerte y brazo
extendido, con terror grande;
22 Y dísteles esta tierra, de la
cual juraste a sus padres que se
la darías, tierra que mana leche
y miel:
23 Y entraron, y poseyéronla:
mas no oyeron tu voz, ni andu-
vieron en tu ley; nada hicieron
de lo que les mandaste hacer;

por tanto has hecho venir sobre
ellos todo este mal.
24 He aquí que con arietes han
acometido la ciudad para tomarla; y la ciudad va a ser entregada en mano de los Caldeos que
pelean contra ella, a causa de
la espada, y del hambre y de la
pestilencia: ha pues venido a ser
lo que tú dijiste, y he aquí tú lo
estás viendo.
25 ¡Oh Señor DIOS! ¿y me has
tú dicho: Cómprate la heredad
por dinero, y pon testigos; bien
que la ciudad sea entregada en
manos de los Caldeos?
26 Y vino la palabra del SEÑOR a
Jeremías, diciendo:
27 He aquí que yo soy el SEÑOR,
Dios de toda carne; ¿encubriráseme a mí alguna cosa?
28 Por tanto así ha dicho el
SEÑOR: He aquí voy a entregar
esta ciudad en mano de los Caldeos, y en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y la tomará:
29 Y vendrán los Caldeos que
combaten esta ciudad, y la pondrán a fuego, y la abrasarán, asimismo las casas sobre cuyas azoteas ofrecieron perfumes a Baal
y derramaron libaciones a dioses
ajenos, para provocarme a ira.
30 Porque los hijos de Israel y
los hijos de Judá no han hecho
sino lo malo delante de mis ojos
desde su juventud: porque los
hijos de Israel no han hecho más
que provocarme a ira con la obra
de sus manos, dice el SEÑOR.
31 Por manera que para enojo
mío y para ira mía me ha sido
esta ciudad, desde el día que la
edificaron hasta hoy, para que
la haga quitar de mi presencia;
32 Por toda la maldad de los
hijos de Israel y de los hijos de
Judá, que han hecho para enojarme, ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes, y sus profetas, y los varones de Judá, y los
moradores de Jerusalem.
33 Y volviéronme la cerviz, y no
el rostro: y cuando los enseñaba,
madrugando y enseñando, no escucharon para recibir corrección:
34 Antes asentaron sus abominaciones en la casa sobre la cual es
invocado mi nombre, contaminándola.
35 Y edificaron altares a Baal,
los cuales están en el valle del
hijo de Hinom, para hacer pasar
por el fuego sus hijos y sus hijas
a Moloc; lo cual no les mandé,
ni me vino al pensamiento que
hiciesen esta abominación, para
hacer pecar a Judá.
36 Y con todo, ahora así dice
el SEÑOR Dios de Israel, a esta
ciudad, de la cual decís vosotros,
Entregada será en mano del rey
de Babilonia a espada, a hambre,
y a pestilencia:
37 He aquí que yo los juntaré
de todas las tierras a las cuales
los eché con mi furor, y con mi
enojo y saña grande; y los haré
tornar a este lugar, y harélos habitar seguramente;
38 Y me serán por pueblo, y yo
seré a ellos por Dios.
39 Y daréles un corazón, y un
camino, para que me teman perpetuamente, para que hayan bien
ellos, y sus hijos después de ellos.
40 Y haré con ellos pacto eterno,
que no tornaré atrás de hacerles
bien, y pondré mi temor en el
corazón de ellos, para que no se
aparten de mí.
41 Y alegraréme con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en
esta tierra en verdad, de todo

mi corazón y de toda mi alma.
42 Porque así ha dicho el SEÑOR: Como traje sobre este pueblo todo este grande mal, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo.
43 Y poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: Está desierta, sin hombres y sin animales; es entregada en manos de los Caldeos.
44 Heredades comprarán por dinero, y harán carta, y la sellarán, y pondrán testigos, en tierra de Benjamín y en los contornos de Jerusalem, y en las ciudades de Judá: y en las ciudades de las montañas, y en las ciudades de las campiñas, y en las ciudades del sur: porque yo haré tornar su cautividad, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 33

Y VINO la palabra del SEÑOR a Jeremías la segunda vez, estando él aún preso en el patio de la cárcel, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR que la hizo, el SEÑOR que la formó para establecerla; el SEÑOR es su nombre:
3 Clama a mí, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y dificultosas que tú no sabes.
4 Porque así ha dicho el SEÑOR, Dios de Israel, acerca de las casas de esta ciudad, y de las casas de los reyes de Judá, derribadas con arietes y con hachas:
5 (Porque vinieron para pelear con los Caldeos, para henchirlas de cuerpos de hombres muertos, a los cuales herí yo con mi furor y con mi ira, pues que escondí mi rostro de esta ciudad, a causa de toda su malicia:)
6 He aquí que yo le hago subir sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad.
7 Y haré volver la cautividad de Judá, y la cautividad de Israel, y edificarélos como al principio.
8 Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra mí pecaron, y con que contra mí se rebelaron.
9 Y seráme a mí por nombre de gozo, de alabanza y de gloria, entre todas las gentes de la tierra, que habrán oído todo el bien que yo les hago; y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré.
10 Así ha dicho el SEÑOR: En este lugar, del cual decís que está desierto sin hombres y sin animales, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalem, que están asoladas sin hombre y sin morador y sin animal, tiene de oirse aún,
11 Voz de gozo y voz de alegría, voz de desposado y voz de desposada, voz de los que digan: Alabad al SEÑOR de los ejércitos, porque el SEÑOR es bueno, porque para siempre *es* su misericordia; *voz* de los que traigan sacrificio de alabanza a la casa del SEÑOR. Porque tornaré a traer la cautividad de la tierra como al principio, ha dicho el SEÑOR.
12 Así dice el SEÑOR de los ejércitos: En este lugar desierto, sin hombre y sin animal, y en todas sus ciudades, aun habrá cabañas de pastores que hagan tener majada a ganados.
13 En las ciudades de las montañas, en las ciudades de los campos, y en las ciudades del sur, y en

tierra de Benjamín, y alrededor
de Jerusalem y en las ciudades
de Judá, aun pasarán ganados
por las manos de los contadores,
ha dicho el SEÑOR.
14 He aquí vienen días, dice el
SEÑOR, en que yo confirmaré la
palabra buena que he hablado a
la casa de Israel y a la casa de
Judá.
15 En aquellos días y en aquel
tiempo haré brotar a David Re-
nuevo de justicia, y hará juicio y
justicia en la tierra.
16 En aquellos días Judá será
salvo, y Jerusalem habitará segu-
ramente, y esto es lo que la lla-
marán: el SEÑOR, justicia nues-
tra.
17 Porque así ha dicho el SEÑOR:
No faltará a David varón que se
siente sobre el trono de la casa
de Israel;
18 Y de los sacerdotes y Levitas
no faltará varón de mi presencia
que ofrezca holocausto, y en-
cienda presente, y que haga sa-
crificio todos los días.
19 Y vino la palabra del SEÑOR a
Jeremías, diciendo:
20 Así ha dicho el SEÑOR: Si
pudieres invalidar mi concierto
con el día y mi concierto con la
noche, por manera que no haya
día ni noche a su tiempo,
21 Podráse también invalidar mi
pacto con mi siervo David, para
que deje de tener hijo que reine
sobre su trono, y con los Levi-
tas y sacerdotes, mis ministros.
22 Como no puede ser contado el
ejército del cielo, ni la arena del
mar se puede medir, así multipli-
caré la simiente de David mi
siervo, y los Levitas que a mí mi-
nistran.
23 Y vino la palabra del
SEÑOR a Jeremías, diciendo:
24 ¿No has echado de ver lo que
habla este pueblo diciendo: Dos
familias que el SEÑOR escogiera
ha desechado? y han tenido en
poco mi pueblo, hasta no tener-
los más por nación.
25 Así ha dicho el SEÑOR: Si no
permaneciere mi concierto con el
día y la noche, si yo no he puesto
las leyes del cielo y la tierra,
26 También desecharé la simien-
te de Jacob, y de David mi sier-
vo, para no tomar de su simiente
quien sea señor sobre la simiente
de Abraham, de Isaac, y de Jacob.
Porque haré volver su cautividad,
y tendré de ellos misericordia.

CAPÍTULO 34

PALABRA que vino a Jeremías
del SEÑOR (cuando Nabuco-
donosor rey de Babilonia, y todo
su ejército, y todos los reinos de
la tierra del señorío de su mano,
y todos los pueblos, peleaban
contra Jerusalem, y contra todas
sus ciudades,) diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR Dios de
Israel: Ve, y habla a Sedequías rey
de Judá, y dile: Así ha dicho el
SEÑOR: He aquí entregaré yo esta
ciudad en mano del rey de Babi-
lonia, y la abrasaré con fuego:
3 Y no escaparás tú de su mano,
sino que de cierto serás preso, y
en su mano serás entregado; y
tus ojos verán los ojos del rey
de Babilonia, y te hablará boca
a boca, y en Babilonia entrarás.
4 Con todo eso, oye palabra del
SEÑOR, Sedequías rey de Judá:
Así ha dicho el SEÑOR de ti: No
morirás a espada;
5 En paz morirás, y conforme
a las quemas de tus padres, los
reyes primeros que fueron antes

de ti, así quemarán por ti, y te
endecharán *diciendo*, ¡Ay, señor!;
porque yo he hablado la palabra,
dice el SEÑOR.
6 Y habló Jeremías profeta a Se-
dequías rey de Judá todas estas
palabras en Jerusalem.
7 Y el ejército del rey de Babi-
lonia peleaba contra Jerusalem,
y contra todas las ciudades de
Judá que habían quedado, contra
Laquis, y contra Azeca; porque
de las ciudades fuertes de Judá
éstas habían quedado.
8 Palabra que fue a Jeremías del
SEÑOR, después que Sedequías
hizo concierto con todo el pue-
blo en Jerusalem, para promul-
garles libertad:
9 Que cada uno dejase su sier-
vo, y cada uno su sierva, hebreo
y hebrea, libres; que ninguno
usase de los Judíos sus hermanos
como de siervos.
10 Y como oyeron todos los prín-
cipes, y todo el pueblo que ha-
bían venido en el concierto de
dejar cada uno su siervo y cada
uno su sierva libres, que ninguno
usase más de ellos como de sier-
vos, obedecieron, y dejáronlos.
11 Mas después se arrepintieron,
e hicieron tornar los siervos y las
siervas que habían dejado libres,
y sujetáronlos por siervos y por
siervas.
12 Y vino la palabra del SEÑOR
a Jeremías, de parte del SEÑOR,
diciendo:
13 Así dice el SEÑOR Dios de Is-
rael: Yo hice pacto con vuestros
padres el día que los saqué de
tierra de Egipto, de casa de sier-
vos, diciendo:
14 Al cabo de siete años dejaréis
cada uno a su hermano hebreo
que te fuere vendido; te servirá
pues seis años, y lo enviarás libre
de ti: mas vuestros padres no me
oyeron, ni inclinaron su oído.
15 Y vosotros os habíais hoy con-
vertido, y hecho lo recto delan-
te de mis ojos, anunciando cada
uno libertad a su prójimo; y ha-
bíais hecho concierto en mi pre-
sencia, en la casa sobre la cual es
invocado mi nombre:
16 Pero os habéis vuelto y profa-
nado mi nombre, y habéis torna-
do a tomar cada uno su siervo y
cada uno su sierva, que habíais
dejado libres a su voluntad; y los
habéis sujetado a seros siervos y
siervas.
17 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: Vosotros no me habéis
oído en promulgar cada uno li-
bertad a su hermano, y cada uno
a su compañero: he aquí que
yo os promulgo libertad, dice el
SEÑOR, a espada y a pestilencia
y a hambre; y os pondré en remo-
ción a todos los reinos de la tierra.
18 Y entregaré a los hombres que
traspasaron mi pacto, que no han
llevado a efecto las palabras del
pacto que celebraron en mi pre-
sencia dividiendo en dos partes
el becerro y pasando por medio
de ellas:
19 A los príncipes de Judá y a los
príncipes de Jerusalem, a los eu-
nucos y a los sacerdotes, y a todo
el pueblo de la tierra, que pasa-
ron entre las partes del becerro,
20 Entregarélos en mano de sus
enemigos y en mano de los que
buscan su alma; y sus cuerpos
muertos serán para comida de
las aves del cielo, y de las bestias
de la tierra.
21 Y a Sedequías rey de Judá, y a
sus príncipes, entregaré en mano
de sus enemigos, y en mano de

los que buscan su alma, y en mano del ejército del rey de Babilonia, que se fueron de vosotros.
22 He aquí, mandaré yo, dice el SEÑOR, y harélos volver a esta ciudad, y pelearán contra ella, y la tomarán, y la abrasarán a fuego; y reduciré a soledad las ciudades de Judá, hasta no quedar morador.

CAPÍTULO 35

PALABRA que vino a Jeremías del SEÑOR en días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, diciendo:
2 Ve a casa de los Recabitas, y habla con ellos, e introdúcelos en la casa del SEÑOR, en una de las cámaras, y dales a beber vino.
3 Tomé entonces a Jaazanías hijo de Jeremías, hijo de Habasinías, y a sus hermanos, y a todos sus hijos, y a toda la familia de los Recabitas;
4 Y metílos en la casa del SEÑOR, en la cámara de los hijos de Hanán, hijo de Igdalías, varón de Dios, la cual estaba junto a la cámara de los príncipes, que estaba sobre la cámara de Maasías hijo de Salum, guarda de los vasos.
5 Y puse delante de los hijos de la familia de los Recabitas tazas y copas llenas de vino, y díjeles: Bebed vino.
6 Mas ellos dijeron: No beberemos vino; porque Jonadab hijo de Recab nuestro padre nos mandó, diciendo: No beberéis jamás vino vosotros ni vuestros hijos:
7 Ni edificaréis casa, ni sembraréis sementera, ni plantaréis viña, ni la tendréis: mas moraréis en tiendas todos vuestros días, para que viváis muchos días sobre la faz de la tierra donde vosotros peregrináis.
8 Y nosotros hemos obedecido a la voz de Jonadab nuestro padre, hijo de Recab, en todas las cosas que nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días, nosotros, ni nuestras esposas, ni nuestros hijos, ni nuestras hijas;
9 Y de no edificar casas para nuestra morada, y de no tener viña, ni heredad, ni sementera.
10 Moramos pues en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab nuestro padre.
11 Sucedió, empero, que cuando Nabucodonosor rey de Babilonia subió a la tierra, dijimos: Venid, y entrémonos en Jerusalem, de delante del ejército de los Caldeos y de delante del ejército de los de Siria: y en Jerusalem nos quedamos.
12 Y vino la palabra del SEÑOR a Jeremías, diciendo:
13 Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel: Ve, y di a los varones de Judá, y a los moradores de Jerusalem: ¿No recibiréis instrucción para obedecer a mis palabras? dice el SEÑOR.
14 Fue firme la palabra de Jonadab hijo de Recab, el cual mandó a sus hijos que no bebiesen vino, y no lo han bebido hasta hoy, por obedecer al mandamiento de su padre; y yo os he hablado a vosotros, madrugando y hablando, y no me habéis oído.
15 Y envié a vosotros a todos mis siervos los profetas, madrugando y enviándolos a decir: Tornaos ahora cada uno de su mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis tras dioses ajenos para servirles, y viviréis en la tierra

que di a vosotros y a vuestros pa-
dres: mas no inclinasteis vuestro
oído, ni me oísteis.
16 Ciertamente los hijos de Jona-
dab, hijo de Recab, tuvieron por
firme el mandamiento que les
dio su padre; mas este pueblo no
me ha obedecido.
17 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR Dios de los ejércitos, Dios
de Israel: He aquí traeré yo sobre
Judá y sobre todos los morado-
res de Jerusalem todo el mal que
contra ellos he hablado: porque
les hablé, y no oyeron; llamélos,
y no han respondido.
18 Y dijo Jeremías a la familia
de los Recabitas: Así ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos, Dios
de Israel: Porque obedecisteis al
mandamiento de Jonadab vues-
tro padre, y guardasteis todos
sus mandamientos, e hicisteis
conforme a todas las cosas que
os mandó;
19 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel: No faltará varón de Jona-
dab, hijo de Recab, que esté en
mi presencia todos los días.

CAPÍTULO 36

Y ACONTECIÓ en el cuarto año
de Joacim hijo de Josías, rey
de Judá, que vino esta palabra a
Jeremías, del SEÑOR, diciendo:
2 Tómate un rollo de libro, y
escribe en él todas las palabras
que te he hablado contra Israel
y contra Judá, y contra todas las
gentes, desde el día que *comencé*
a hablarte, desde los días de Jo-
sías hasta hoy.
3 Quizá oirá la casa de Judá
todo el mal que yo pienso ha-
cerles, para volverse cada uno
de su mal camino, y yo perdo-
naré su maldad y su pecado.
4 Y llamó Jeremías a Baruc hijo
de Nerías, y escribió Baruc de
boca de Jeremías, en un rollo de
libro, todas las palabras que el
SEÑOR le había hablado.
5 Después mandó Jeremías a
Baruc, diciendo: Yo estoy preso,
no puedo entrar en la casa del
SEÑOR:
6 Entra tú pues, y lee de este
rollo que escribiste de mi boca,
las palabras del SEÑOR en oídos
del pueblo, en la casa del SEÑOR,
el día del ayuno; y las leerás
también en oídos de todo Judá
que vienen de sus ciudades.
7 Quizá caerá oración de ellos en
la presencia del SEÑOR, y torna-
ráse cada uno de su mal camino;
porque grande es el furor y la ira
que ha expresado el SEÑOR con-
tra este pueblo.
8 Y Baruc hijo de Nerías hizo
conforme a todas las cosas que
le mandó Jeremías profeta, le-
yendo en el libro las palabras del
SEÑOR en la casa del SEÑOR.
9 Y aconteció en el año quinto
de Joacim hijo de Josías, rey de
Judá, en el mes noveno, que pro-
mulgaron ayuno en la presencia
del SEÑOR, a todo el pueblo de
Jerusalem, y a todo el pueblo que
venía de las ciudades de Judá a
Jerusalem.
10 Y Baruc leyó en el libro las
palabras de Jeremías en la casa
del SEÑOR, en la cámara de Ge-
marías hijo de Safán escriba, en
el atrio de arriba, a la entrada
de la puerta nueva de la casa del
SEÑOR, en oídos del pueblo.
11 Y Micaías hijo de Gemarías,
hijo de Safán, habiendo oído
del libro todas las palabras del
SEÑOR,

12 Descendió a la casa del rey,
a la cámara del secretario, y he
aquí que todos los príncipes esta-
ban allí sentados, *a saber:* Elisa-
ma secretario, y Delaías hijo de
Semeías, y Elnatán hijo de Acbor,
y Gemarías hijo de Safán, y Sede-
quías hijo de Ananías, y todos los
príncipes.
13 Y contóles Micaías todas las
palabras que había oído leyen-
do Baruc en el libro en oídos del
pueblo.
14 Entonces enviaron todos los
príncipes a Jehudí hijo de Ne-
tanías, hijo de Selemías, hijo de
Cusi, para que dijese a Baruc:
Toma el rollo en que leíste a
oídos del pueblo, y ven. Y Baruc,
hijo de Nerías, tomó el rollo en
su mano, y vino a ellos.
15 Y dijéronle: Siéntate ahora, y
léelo en nuestros oídos. Y leyó
Baruc en sus oídos.
16 Y sucedió que, como oyeron
todas aquellas palabras, cada
uno se volvió espantado a su
compañero, y dijeron a Baruc:
Sin duda contaremos al rey todas
estas palabras.
17 Preguntaron luego a Baruc,
diciendo: Cuéntanos ahora cómo
escribiste de boca de Jeremías
todas estas palabras.
18 Y Baruc les dijo: Él me dictaba
de su boca todas estas palabras, y
yo escribía con tinta en el libro.
19 Entonces dijeron los prínci-
pes a Baruc: Ve, y escóndete tú
y Jeremías, y nadie sepa dónde
estáis.
20 Y entraron al rey al atrio, ha-
biendo depositado el rollo en la
cámara de Elisama secretario;
y contaron en los oídos del rey
todas estas palabras.
21 Y envió el rey a Jehudí a que
tomase el rollo, el cual lo tomó
de la cámara de Elisama secreta-
rio, y leyó en él Jehudí en oídos
del rey, y en oídos de todos los
príncipes que junto al rey esta-
ban.
22 Y el rey estaba en la casa de
invierno en el mes noveno, y
había un brasero ardiendo delan-
te de él;
23 Y sucedió que, como Jehudí
hubo leído tres o cuatro planas,
rasgólo con una espada de escri-
banía, y echólo en el fuego que
había en el brasero, hasta que
todo el rollo se consumió sobre
el fuego que en el brasero había.
24 Y no tuvieron temor, ni rasga-
ron sus vestidos, el rey y todos
sus siervos que oyeron todas
estas palabras.
25 Y aunque Elnatán y Delaías
y Gemarías rogaron al rey que
no quemase aquel rollo, no los
quiso oír:
26 Antes mandó el rey a Jerame-
el hijo de Amelec, y a Seraías hijo
de Azriel, y a Selemías hijo de
Abdeel, que prendiesen a Baruc
el escribiente y a Jeremías pro-
feta; mas el SEÑOR los escondió.
27 Y vino la palabra del SEÑOR
a Jeremías, después que el rey
quemó el rollo, las palabras que
Baruc había escrito de boca de
Jeremías, diciendo:
28 Vuelve a tomar otro rollo, y
escribe en él todas las palabras
primeras, que estaban en el pri-
mer rollo que quemó Joacim, el
rey de Judá.
29 Y dirás a Joacim rey de Judá:
Así ha dicho el SEÑOR: Tú que-
maste este rollo, diciendo: ¿Por
qué escribiste en él, diciendo: De
cierto vendrá el rey de Babilonia,
y destruirá esta tierra, y hará que

no queden en ella hombres ni animales?

30 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR, en orden a Joacim rey de Judá: No tendrá quien se siente sobre el trono de David; y su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche.

31 Y visitaré sobre él, y sobre su simiente, y sobre sus siervos, su maldad; y traeré sobre ellos, y sobre los moradores de Jerusalem, y sobre los varones de Judá, todo el mal que les he dicho y no escucharon.

32 Y tomó Jeremías otro rollo, y diólo a Baruc hijo de Nerías escriba; y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joacim rey de Judá; y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes.

CAPÍTULO 37

Y REINÓ el rey Sedequías hijo de Josías, en lugar de Conías hijo de Joacim, al cual Nabucodonosor rey de Babilonia había constituído por rey en la tierra de Judá.

2 Mas no obedeció él, ni sus siervos, ni el pueblo de la tierra a las palabras del SEÑOR, que dijo por el profeta Jeremías.

3 Y envió el rey Sedequías a Jucal hijo de Selemías, y a Sofonías hijo de Maasías sacerdote, para que dijesen al profeta Jeremías: Ruega ahora por nosotros al SEÑOR nuestro Dios.

4 Y Jeremías entraba y salía en medio del pueblo; porque no lo habían puesto en la casa de la cárcel.

5 Y como el ejército de Faraón hubo salido de Egipto, y vino la fama de ellos a oídos de los Caldeos que tenían cercada a Jerusalem, partiéronse de Jerusalem.

6 Entonces vino la palabra del SEÑOR a Jeremías profeta, diciendo:

7 Así ha dicho el SEÑOR Dios de Israel: Diréis así al rey de Judá, que os envió a mí para que me preguntaseis: He aquí que el ejército de Faraón que había salido en vuestro socorro, se volvió a su tierra en Egipto.

8 Y tornarán los Caldeos, y combatirán esta ciudad, y la tomarán, y la pondrán a fuego.

9 Así ha dicho el SEÑOR: No engañéis vuestras almas, diciendo: Sin duda los Caldeos se han ido de nosotros: porque no se irán.

10 Porque aun cuando hirieseis todo el ejército de los Caldeos que pelean con vosotros, y quedasen de ellos hombres alanceados, cada uno se levantará de su tienda, y pondrán esta ciudad a fuego.

11 Y aconteció que, como el ejército de los Caldeos se fue de Jerusalem a causa del ejército de Faraón,

12 Salíase de Jerusalem Jeremías para irse a tierra de Benjamín, para apartarse de allí en medio del pueblo.

13 Y cuando fue a la puerta de Benjamín, estaba allí un prepósito que se llamaba Irías, hijo de Selemías, hijo de Hananías, el cual prendió a Jeremías profeta, diciendo: tú te retiras a los Caldeos.

14 Y Jeremías dijo: Falso: no me retiro a los Caldeos. Mas él no lo escuchó, antes prendió Irías a Jeremías, y llevólo delante de los príncipes.

15 Y los príncipes se airaron con-

tra Jeremías, y azotáronle, y pu-
siéronle en prisión en la casa de
Jonatán escriba, porque aquélla
habían hecho casa de cárcel.
16 Entró pues Jeremías en la casa
de la mazmorra, y en las camari-
llas. Y habiendo estado allá Jere-
mías por muchos días,
17 El rey Sedequías envió, y sa-
cóle; *y* preguntóle el rey escon-
didamente en su casa, y dijo:
¿Hay palabra del SEÑOR? Y Je-
remías dijo: Hay. Y dijo más: En
mano del rey de Babilonia serás
entregado.
18 Dijo también Jeremías al rey
Sedequías: ¿En qué pequé contra
ti, y contra tus siervos, y contra
este pueblo, para que me pusie-
seis en la casa de la cárcel?
19 ¿Y dónde están vuestros
profetas que os profetizaban, di-
ciendo: No vendrá el rey de Babi-
lonia contra vosotros, ni contra
esta tierra?
20 Ahora pues, oye, te ruego, oh
rey mi señor: caiga ahora mi sú-
plica delante de ti, y no me hagas
volver a casa de Jonatán escriba,
porque no me muera allí.
21 Entonces dio orden el rey Se-
dequías, y depositaron a Jere-
mías en el patio de la cárcel, ha-
ciéndole dar una torta de pan al
día, de la plaza de los Panaderos,
hasta que todo el pan de la ciu-
dad se gastase. Y quedó Jeremías
en el patio de la cárcel.

CAPÍTULO 38

Y OYÓ Sefatías hijo de Matán,
y Gedalías hijo de Pasur, y
Jucal hijo de Selemías, y Pasur
hijo de Malquías, las palabras
que Jeremías hablaba a todo el
pueblo, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR: El que
se quedare en esta ciudad morirá
a espada, o de hambre, o de pes-
tilencia; mas el que saliere a los
Caldeos vivirá, pues su vida le
será por despojo, y vivirá.
3 Así ha dicho el SEÑOR: De cier-
to será entregada esta ciudad en
mano del ejército del rey de Ba-
bilonia, y tomarála.
4 Y dijeron los príncipes al rey:
Muera ahora este hombre; por-
que de esta manera hace desma-
yar las manos de los hombres de
guerra que han quedado en esta
ciudad, y las manos de todo el
pueblo, hablándoles tales pala-
bras; porque este hombre no
busca la paz de este pueblo, sino
el mal.
5 Y dijo el rey Sedequías: Helo
ahí, en vuestras manos está; que
el rey no podrá contra vosotros
nada.
6 Entonces tomaron ellos a Je-
remías, e hiciéronlo echar en la
mazmorra de Malquías hijo de
Amelec, que estaba en el patio de
la cárcel; y metieron a Jeremías
con sogas. Y en la mazmorra no
había agua, sino cieno; y hundió-
se Jeremías en el cieno.
7 Y oyendo Ebed-melec, hombre
etíope, eunuco que estaba en
casa del rey, que habían puesto
a Jeremías en la mazmorra, y es-
tando sentado el rey a la puerta
de Benjamín,
8 Ebed-melec salió de la casa del
rey, y habló al rey, diciendo:
9 Mi señor el rey, mal hicieron
estos varones en todo lo que
han hecho con Jeremías profe-
ta, al cual hicieron echar en la
mazmorra; porque allí se morirá
de hambre, pues no hay más pan
en la ciudad.
10 Entonces mandó el rey al

mismo Ebed-melec Etíope, diciendo: Toma en tu poder treinta hombres de aquí, y haz sacar a Jeremías profeta de la mazmorra, antes que muera.
11 Y tomó Ebed-melec en su poder hombres, y entró a la casa del rey al *lugar* debajo de la tesorería, y tomó de allí trapos viejos, traídos, viejos, y andrajosos, y echólos a Jeremías con sogas en la mazmorra.
12 Y dijo Ebed-melec Etíope a Jeremías: Pon ahora esos trapos viejos, traídos, y rotos, bajo los sobacos de tus brazos, debajo de las sogas. Y lo hizo así Jeremías.
13 De este modo sacaron a Jeremías con sogas, y subiéronlo de la mazmorra; y quedó Jeremías en el patio de la cárcel.
14 Después envió el rey Sedequías, e hizo traer a sí a Jeremías profeta a la tercera entrada que estaba en la casa del SEÑOR. Y dijo el rey a Jeremías: Pregúntote una palabra, no me encubras ninguna cosa.
15 Y Jeremías dijo a Sedequías: Si te lo denunciare, ¿no es verdad que me matarás? y si te diere consejo, no has de escucharme.
16 Y juró el rey Sedequías en secreto a Jeremías, diciendo: Vive el SEÑOR que nos hizo esta alma, que no te mataré, ni te entregaré en mano de estos varones que buscan tu alma.
17 Entonces dijo Jeremías a Sedequías: Así ha dicho el SEÑOR Dios de los ejércitos, Dios de Israel: Si salieres luego a los príncipes del rey de Babilonia, tu alma vivirá, y esta ciudad no será puesta a fuego; y vivirás tú y tu casa;
18 Mas si no salieres a los príncipes del rey de Babilonia, esta ciudad será entregada en mano de los Caldeos, y la pondrán a fuego, y tú no escaparás de sus manos.
19 Y dijo el rey Sedequías a Jeremías: Témome a causa de los Judíos que se han adherido a los Caldeos, que no me entreguen en sus manos y me escarnezcan.
20 Y dijo Jeremías: No te entregarán. Obedece, te ruego, la voz del SEÑOR que yo te hablo, y tendrás bien, y vivirá tu alma.
21 Mas si no quisieres salir, ésta es la palabra que me ha mostrado el SEÑOR:
22 Y he aquí que todas las mujeres que han quedado en casa del rey de Judá, serán sacadas a los príncipes del rey de Babilonia; y ellas mismas dirán: Te han engañado, y prevalecido contra ti tus amigos; atollaron en el cieno tus pies, se volvieron atrás.
23 Sacarán pues, todas tus mujeres y tus hijos a los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que por mano del rey de Babilonia serás preso, y a esta ciudad quemará a fuego.
24 Y dijo Sedequías a Jeremías: Nadie sepa estas palabras, y no morirás.
25 Y si los príncipes oyeren que yo he hablado contigo, y vinieren a ti y te dijeren: Decláranos ahora qué hablaste con el rey, no nos lo encubras, y no te mataremos; asimismo qué te dijo el rey;
26 Les dirás: Supliqué al rey que no me hiciese tornar a casa de Jonatán porque no me muriese allí.
27 Y vinieron luego todos los príncipes a Jeremías, y preguntáronle: y él les respondió conforme a todo lo que el rey le

había mandado. Con esto se dejaron de él, porque el negocio no se había oído.
28 Y quedó Jeremías en el patio de la cárcel hasta el día que fue tomada Jerusalem; y *allí* estaba cuando Jerusalem fue tomada.

CAPÍTULO 39

EN el noveno año de Sedequías rey de Judá, en el mes décimo, vino Nabucodonosor rey de Babilonia con todo su ejército contra Jerusalem, y cercáronla.
2 Y en el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto, a los nueve del mes, fue rota la ciudad;
3 Y entraron todos los príncipes del rey de Babilonia, y asentaron a la puerta del medio: Nergal-sarezer, Samgar-nebo, Sarsechim, y Rabsaris, Nergal-sarezer, Rabmag, y todos los demás príncipes del rey de Babilonia.
4 Y sucedió que viéndolos Sedequías, rey de Judá, y todos los hombres de guerra, huyeron, y saliéronse de noche de la ciudad por el camino de la huerta del rey, por la puerta entre los dos muros: y salió *el rey* por el camino del desierto.
5 Mas el ejército de los Caldeos los siguió, y alcanzaron a Sedequías en los llanos de Jericó; y tomáronle, e hiciéronle subir a Nabucodonosor rey de Babilonia, a Ribla, en tierra de Hamat, y sentencióle.
6 Y degolló el rey de Babilonia los hijos de Sedequías a su presencia en Ribla, haciendo asimismo degollar el rey de Babilonia a todos los nobles de Judá.
7 Y sacó los ojos al rey Sedequías, y aprisionóle con grillos para llevarle a Babilonia.
8 Y los Caldeos pusieron a fuego la casa del rey y las casas del pueblo, y derribaron los muros de Jerusalem.
9 Y el resto del pueblo que había quedado en la ciudad, y los que se habían a él adherido, con todo el remanente del pueblo que había quedado, los llevó cautivos a Babilonia Nabuzaradán, capitán de la guardia.
10 Empero Nabuzaradán, capitán de la guardia, hizo quedar en tierra de Judá del vulgo de los pobres que no tenían nada, y dióles entonces viñas y heredades.
11 Y Nabucodonosor había ordenado a Nabuzaradán capitán de la guardia, acerca de Jeremías, diciendo:
12 Tómale, y mira por él, y no le hagas mal ninguno; antes harás con él como él te dijere.
13 Envió por tanto Nabuzaradán capitán de la guardia, y Nabusazbán, Rabsaris, y Nergal-sarezer, y Rabmag, y todos los príncipes del rey de Babilonia;
14 Enviaron entonces, y tomaron a Jeremías del patio de la cárcel, y entregáronlo a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, para que lo sacase a casa: y vivió entre el pueblo.
15 Y había venido la palabra del SEÑOR a Jeremías, estando preso en el patio de la cárcel, diciendo:
16 Ve, y habla a Ebed-melec Etíope, diciendo: Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí traigo yo mis palabras sobre esta ciudad para mal, y no para bien; y vendrán a ser en aquel día a presencia tuya.
17 Mas en aquel día yo te libraré, dice el SEÑOR, y no serás entre-

gado en mano de aquellos de quienes tú temes.
18 Porque ciertamente te libraré, y no caerás a espada, sino que tu vida te será por despojo, porque tuviste confianza en mí, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 40

PALABRA que vino a Jeremías del SEÑOR, después que Nabuzaradán capitán de la guardia le envió desde Ramá, cuando le tomó estando atado con esposas entre toda la transmigración de Jerusalem y de Judá que iban cautivos a Babilonia.
2 Tomó pues el capitán de la guardia a Jeremías, y díjole: el SEÑOR tu Dios habló este mal contra este lugar;
3 Y halo traído y hecho el SEÑOR según que había dicho: porque pecasteis contra el SEÑOR, y no oísteis su voz, por eso os ha venido esto.
4 Y ahora yo te he soltado hoy de las esposas que *tenías* en tus manos. Si te está bien venir conmigo a Babilonia, ven, y yo miraré por ti; mas si no te está bien venir conmigo a Babilonia, déjalo: mira, toda la tierra está delante de ti; ve a donde mejor y más cómodo te pareciere ir.
5 Y aun no se había él vuelto, cuando *le dijo*: Vuélvete a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, al cual el rey de Babilonia ha puesto sobre todas las ciudades de Judá, y vive con él en medio del pueblo: o ve a donde te pareciere más cómodo de ir. Y dióle el capitán de la guardia presentes y dones, y despidióle.
6 Fuese entonces Jeremías a Gedalías hijo de Ahicam, a Mizpa, y moró con él en medio del pueblo que había quedado en la tierra.
7 Y como oyeron todos los príncipes del ejército que estaba por el campo, ellos y sus hombres, que el rey de Babilonia había puesto a Gedalías hijo de Ahicam sobre la tierra, y que le había encomendado los hombres, y las mujeres, y los niños, y los pobres de la tierra, que no fueron llevados cautivos a Babilonia;
8 Vinieron luego a Gedalías en Mizpa, es a saber, Ismael hijo de Netanías, y Johanán y Jonatán hijos de Carea, y Seraías hijo de Tanhumet, y los hijos de Efi Netofatita, y Jezanías hijo de Maacati, ellos y sus hombres.
9 Y juróles Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, a ellos y a sus hombres, diciendo: No tengáis temor de servir a los Caldeos: habitad en la tierra, y servid al rey de Babilonia, y tendréis bien.
10 Y he aquí que yo habito en Mizpa, para estar delante de los Caldeos que vendrán a nosotros; mas vosotros, coged el vino, y el pan, y el aceite, y ponedlo en vuestros almacenes, y quedaos en vuestras ciudades que habéis tomado.
11 Asimismo todos los Judíos que estaban en Moab, y entre los hijos de Amón, y en Edom, y los que estaban en todas las tierras, cuando oyeron decir como el rey de Babilonia había dejado un remanente en la Judea, y que había puesto sobre ellos a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán,
12 Todos estos Judíos tornaron entonces de todas las partes adonde habían sido echados, y vinieron a tierra de Judá, a Gedalías en Mizpa; y cogieron vino

y muchísima fruta de verano.
13 Y Johanán, hijo de Carea, y
todos los príncipes de la gente
de guerra que estaban en el
campo, vinieron a Gedalías en
Mizpa,
14 Y dijéronle: ¿No sabes de cier-
to como Baalis, rey de los hijos
de Amón, ha enviado a Ismael
hijo de Netanías, para matarte?
Mas Gedalías hijo de Ahicam no
los creyó.
15 Entonces Johanán hijo de
Carea habló a Gedalías en secre-
to, en Mizpa, diciendo: Yo iré
ahora, y heriré a Ismael hijo de
Netanías, y hombre no lo sabrá:
¿por qué te ha de matar, y todos
los Judíos que se han recogido a
ti se derramarán, y perecerá el
remanente de Judá?
16 Pero Gedalías hijo de Ahicam
dijo a Johanán hijo de Carea:
No hagas esto, porque falso es
lo que tú dices de Ismael.

CAPÍTULO 41

Y ACONTECIÓ en el mes sépti-
mo, que vino Ismael hijo de
Netanías, hijo de Elisama, de la
simiente real, y *algunos* príncipes
del rey, y diez hombres con él,
a Gedalías hijo de Ahicam en
Mizpa; y comieron pan juntos
allí en Mizpa.
2 Y levantóse Ismael hijo de Ne-
tanías, y los diez hombres que
con él estaban, e hirieron a es-
pada a Gedalías hijo de Ahicam,
hijo de Safán, matando así a
aquel a quien el rey de Babilo-
nia había puesto sobre la tierra.
3 Asimismo hirió Ismael a todos
los Judíos que estaban con él,
con Gedalías en Mizpa, y a los
soldados Caldeos que allí se ha-
llaron.
4 Sucedió además, un día des-
pués que mató a Gedalías, cuan-
do nadie lo sabía aún,
5 Que venían unos hombres de
Siquem y de Silo y de Samaria,
ochenta hombres, raída la barba,
y rotas las ropas, y arañados, y
traían en sus manos ofrenda y
perfume para llevar a la casa del
SEÑOR.
6 Y de Mizpa salióles al encuen-
tro, llorando, Ismael hijo de Ne-
tanías: y aconteció que como los
encontró, díjoles: Venid a Geda-
lías, hijo de Ahicam.
7 Y fue que cuando llegaron al
medio de la ciudad, Ismael hijo
de Netanías los degolló, *y echólos*
en medio de un aljibe, él y los
hombres que con él estaban.
8 Mas entre aquellos fueron ha-
llados diez hombres que dijeron
a Ismael: No nos mates; porque
tenemos en el campo tesoros
de trigos, y cebadas, y aceite, y
miel. Y dejólos, y no los mató
entre sus hermanos.
9 Y el aljibe en que echó Ismael
todos los cuerpos de los hombres
que hirió por causa de Gedalías,
era el mismo que había hecho el
rey Asa por causa de Baasa, rey
de Israel: llenólo de muertos Is-
mael, hijo de Netanías.
10 Después llevó Ismael cautivo
a todo el resto del pueblo que
estaba en Mizpa; a las hijas del
rey, y a todo el pueblo que en
Mizpa había quedado, el cual
había Nabuzaradán capitán de
la guardia encargado a Gedalías
hijo de Ahicam. Llevólos pues
cautivos Ismael hijo de Netanías,
y se fue para pasarse a los hijos
de Amón.
11 Y oyó Johanán hijo de Carea,
y todos los príncipes de la gente

de guerra que estaban con él,
todo el mal que había hecho Is-
mael, hijo de Netanías.
12 Entonces tomaron todos los
hombres, y fueron a pelear con
Ismael hijo de Netanías, y hallá-
ronlo junto a Aguas-muchas, que
es en Gabaón.
13 Y aconteció que como todo
el pueblo que estaba con Ismael
vio a Johanán hijo de Carea, y a
todos los príncipes de la gente de
guerra que estaban con él, se ale-
graron.
14 Y todo el pueblo que Ismael
había traído cautivo de Mizpa,
tornáronse, y volvieron, y fué-
ronse a Johanán hijo de Carea.
15 Mas Ismael hijo de Netanías
se escapó delante de Johanán
con ocho hombres, y se fue a los
hijos de Amón.
16 Y Johanán hijo de Carea, y
todos los príncipes de la gente de
guerra que con él estaban, toma-
ron todo el remanente del pue-
blo que habían recobrado de Is-
mael hijo de Netanías, de Mizpa,
después que hirió a Gedalías hijo
de Ahicam: hombres de guerra, y
mujeres, y niños, y los eunucos
que Johanán había hecho tornar
de Gabaón;
17 Y fueron y habitaron en
Gerut-quimam, que es cerca de
Belem, a fin de partir y meterse
en Egipto,
18 Por causa de los Caldeos: por-
que temían de ellos, por haber
herido Ismael hijo de Netanías a
Gedalías hijo de Ahicam, al cual
el rey de Babilonia había puesto
sobre la tierra.

CAPÍTULO 42

Y LLEGÁRONSE todos los ofi-
ciales de la gente de guerra,
y Johanán hijo de Carea, y Je-
zanías hijo de Osaía, y todo el
pueblo desde el menor hasta el
mayor,
2 Y dijeron a Jeremías profeta:
Caiga ahora nuestro ruego delan-
te de ti, y ruega por nosotros al
SEÑOR tu Dios, por todo este re-
manente, (pues hemos quedado
unos pocos de muchos, como nos
ven tus ojos,)
3 Para que el SEÑOR tu Dios nos
enseñe camino por donde vaya-
mos, y lo que hemos de hacer.
4 Y Jeremías profeta les dijo: Ya
he oído. He aquí que voy a orar
al SEÑOR vuestro Dios, como ha-
béis dicho; y será que todo lo que
el SEÑOR os respondiere, os en-
señaré: no os reservaré palabra.
5 Y ellos dijeron a Jeremías: el
SEÑOR sea entre nosotros testi-
go de la verdad y de la lealtad, si
no hiciéremos conforme a todo
aquello para lo cual el SEÑOR tu
Dios te enviare a nosotros.
6 Ora sea bueno, ora malo, a la
voz del SEÑOR nuestro Dios, al
cual te enviamos, obedeceremos;
para que, obedeciendo a la voz
del SEÑOR nuestro Dios, tenga-
mos bien.
7 Y aconteció que al cabo de diez
días vino la palabra del SEÑOR a
Jeremías.
8 Y llamó a Johanán hijo de
Carea, y a todos los oficiales de
la gente de guerra que con él es-
taban, y a todo el pueblo desde el
menor hasta el mayor;
9 Y díjoles: Así ha dicho el
SEÑOR Dios de Israel, al cual me
enviasteis para que hiciese caer
vuestros ruegos en su presencia:
10 Si os quedareis quietos en esta
tierra, os edificaré, y no os des-
truiré; os plantaré, y no os arran-

caré: porque arrepentido estoy
del mal que os he hecho.
11 No temáis de la presencia del
rey de Babilonia, del cual tenéis
temor; no temáis de su presencia,
ha dicho el SEÑOR, porque con
vosotros estoy yo para salvaros y
libraros de su mano:
12 Y os daré misericordias, y tendrá misericordia de vosotros, y
os hará tornar a vuestra tierra.
13 Mas si dijereis: No moraremos
en esta tierra, no obedeciendo
así a la voz del SEÑOR vuestro
Dios,
14 Y diciendo: No, antes nos entraremos en tierra de Egipto, en
la cual no veremos guerra, ni
oiremos sonido de trompeta, ni
tendremos hambre de pan, y allá
moraremos:
15 Ahora por eso, oid la palabra
del SEÑOR, remanente de Judá:
Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: Si vosotros volviereis vuestros rostros
para entrar en Egipto, y entrareis
para peregrinar allá,
16 Será que la espada que teméis, os alcanzará allí en tierra
de Egipto, y el hambre de que tenéis temor, allá en Egipto se os
pegará; y allí moriréis.
17 Será pues, que todos los hombres que tornaren sus rostros
para entrarse en Egipto, para
peregrinar allí, morirán a espada,
de hambre, y de pestilencia: no
habrá de ellos quien quede vivo,
ni quien escape delante del mal
que traeré yo sobre ellos.
18 Porque así dice el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
Como se derramó mi ira y mi
furor sobre los moradores de Jerusalem, así se derramará mi ira
sobre vosotros, cuando entrareis en Egipto; y seréis por execración y por espanto, y por maldición y por oprobio; y no veréis
más este lugar.
19 El SEÑOR habló sobre vosotros, oh remanente de Judá: No
entréis en Egipto: sabed por cierto que os aviso hoy.
20 ¿Por qué hicisteis errar vuestras almas? porque vosotros me
enviasteis al SEÑOR vuestro
Dios, diciendo: Ora por nosotros
al SEÑOR nuestro Dios; y conforme a todas las cosas que el
SEÑOR nuestro Dios dijere,háznoslo saber así, y lo pondremos
por obra.
21 Y os lo he denunciado hoy, y
no habéis obedecido a la voz del
SEÑOR vuestro Dios, ni a todas
las cosas por las cuales me envió
a vosotros.
22 Ahora pues sabed de cierto que a espada, y de hambre y
pestilencia, moriréis en el lugar
donde deseasteis entrar para peregrinar allí.

CAPÍTULO 43

Y ACONTECIÓ que como Jeremías acabó de hablar a todo
el pueblo todas las palabras del
SEÑOR Dios de ellos, todas estas
palabras por las cuales el SEÑOR
Dios de ellos le había enviado a
ellos mismos,
2 Dijo Azarías hijo de Osaías, y
Johanán hijo de Carea, y todos
los varones soberbios dijeron a
Jeremías: Mentira dices; no te ha
enviado el SEÑOR nuestro Dios
para decir: No entréis en Egipto
a peregrinar allí.
3 Sino que Baruc hijo de Nerías
te incita contra nosotros, para
entregarnos en mano de los
Caldeos, para matarnos y para

llevarnos cautivos a Babilonia.
4 No obedeció pues Johanán hijo
de Carea, y todos los oficiales
de la gente de guerra, y todo el
pueblo, a la voz del SEÑOR para
quedarse en tierra de Judá;
5 Antes tomó Johanán hijo de
Carea, y todos los oficiales de la
gente de guerra, a todo el rema-
nente de Judá, que de todas las
gentes adonde habían sido echa-
dos habían vuelto para morar en
tierra de Judá:
6 A hombres, y mujeres, y niños,
y a las hijas del rey, y a toda
alma que había dejado Nabuza-
radán capitán de la guardia con
Gedalías hijo de Ahicam hijo de
Safán, y a Jeremías profeta, y a
Baruc hijo de Nerías;
7 Y entraron en tierra de Egipto;
porque no obedecieron a la voz
del SEÑOR: y llegaron hasta Ta-
fnes.
8 Y vino la palabra del SEÑOR a
Jeremías en Tafnes, diciendo:
9 Toma con tu mano piedras
grandes, y cúbrelas de barro en
un horno de ladrillos que está a
la puerta de la casa de Faraón en
Tafnes, a vista de hombres Ju-
díos;
10 Y diles: Así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos, Dios de Israel:
He aquí que yo envío, y tomaré
a Nabucodonosor rey de Babilo-
nia, mi siervo, y pondré su trono
sobre estas piedras que he escon-
dido, y tenderá su dosel sobre
ellas.
11 Y vendrá, y herirá la tierra
de Egipto: los que a muerte, a
muerte, y los que a cautiverio, a
cautiverio, y los que a espada, a
espada.
12 Y pondrá fuego a las casas de
los dioses de Egipto; y las que-
mará, y a ellos llevará cautivos;
y él se vestirá la tierra de Egipto,
como el pastor se viste su capa, y
saldrá de allá en paz.
13 Además, quebrará las estatuas
de Bet-semes, que es en tierra de
Egipto, y las casas de los dioses
de Egipto quemará a fuego.

CAPÍTULO 44

PALABRA que fue a Jeremías
acerca de todos los Judíos
que moraban en la tierra de
Egipto, que moraban en Migdol,
y en Tafnes, y en Nof, y en tierra
de Patros, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, Dios de Israel: Voso-
tros habéis visto todo el mal que
traje sobre Jerusalem y sobre
todas las ciudades de Judá: y he
aquí que ellas están el día de hoy
asoladas, y ni hay en ellas mora-
dor;
3 A causa de la maldad de ellos
que cometieron para hacerme
enojar, yendo a ofrecer sahume-
rios, honrando dioses ajenos que
ellos no habían conocido, ni vo-
sotros, ni vuestros padres.
4 Y envié a vosotros a todos mis
siervos los profetas, madrugando
y enviándolos, diciendo: No ha-
gáis ahora esta cosa abominable
que yo aborrezco.
5 Mas no oyeron ni inclinaron su
oído para convertirse de su mal-
dad, para no ofrecer sahumerios
a dioses ajenos.
6 Derramóse por tanto mi saña y
mi furor, y encendióse en las ciu-
dades de Judá y en las calles de
Jerusalem, y tornáronse en sole-
dad y en destrucción, como hoy.
7 Ahora pues, así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel: ¿Por qué hacéis tan gran-

de mal contra vuestras almas, para ser talados varón y mujer, niño y mamante, de en medio de Judá, sin que os quede residuo alguno;
8 Haciéndome enojar con las obras de vuestras manos, ofreciendo sahumerios a dioses ajenos en la tierra de Egipto, adonde habéis entrado para morar, de suerte que os acabéis, y seáis por maldición y por oprobio a todas las gentes de la tierra?
9 ¿Os habéis olvidado de las maldades de vuestros padres, y de las maldades de los reyes de Judá, y de las maldades de sus esposas, y de vuestras maldades, y de las maldades de vuestras esposas, que hicieron en tierra de Judá y en las calles de Jerusalem?
10 No se han morigerado hasta el día de hoy, ni han tenido temor, ni han caminado en mi ley, ni en mis estatutos que puse delante de vosotros y delante de vuestros padres.
11 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo pongo mi rostro en vosotros para mal, y para destruir a todo Judá.
12 Y tomaré el remanente de Judá que pusieron sus rostros para entrar en tierra de Egipto para morar allí, y en tierra de Egipto serán todos consumidos, caerán a espada, serán consumidos de hambre, a espada y hambre morirán desde el más pequeño hasta el mayor; y serán por execración, y por espanto, y por maldición, y por oprobio.
13 Pues visitaré a los que moran en tierra de Egipto, como visité a Jerusalem, con espada, y con hambre, y con pestilencia.
14 Y del remanente de Judá que entraron en tierra de Egipto para morar allí, no habrá quien escape, ni quien quede vivo, para volver a la tierra de Judá, por la cual suspiran ellos por volver para habitar allí: porque no volverán sino los que escaparen.
15 Entonces todos los que sabían que sus esposas habían ofrecido sahumerios a dioses ajenos, y todas las mujeres que estaban presentes, una gran concurrencia, y todo el pueblo que habitaba en tierra de Egipto, en Patros, respondieron a Jeremías, diciendo:
16 La palabra que nos has hablado en nombre del SEÑOR, no oímos de ti:
17 Antes pondremos ciertamente por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer sahumerios a la reina del cielo, y derramándole libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalem, y fuimos hartos de pan, y estuvimos alegres, y no vimos mal alguno.
18 Mas desde que cesamos de ofrecer sahumerios a la reina del cielo, y de derramarle libaciones, nos falta todo, y a espada y a hambre somos consumidos.
19 Y cuando ofrecimos sahumerios a la reina del cielo, y le derramamos libaciones, ¿hicímosle nosotras tortas para tributarle culto, y le derramamos libaciones, sin nuestros maridos?
20 Y habló Jeremías a todo el pueblo, a los hombres y a las mujeres, y a todo el vulgo que le había respondido esto, diciendo:

21 ¿No se ha acordado el SEÑOR,
y no ha venido a su memoria el
sahumerio que ofrecisteis en las
ciudades de Judá, y en las pla-
zas de Jerusalem, vosotros y
vuestros padres, vuestros reyes y
vuestros príncipes, y el pueblo de
la tierra?
22 Y no pudo sufrir más el
SEÑOR, a causa de la maldad
de vuestras obras, a causa de
las abominaciones que habíais
hecho: por tanto vuestra tierra
fue en asolamiento, y en espanto,
y en maldición, hasta no quedar
morador, como hoy.
23 Porque ofrecisteis sahumerios,
y pecasteis contra el SEÑOR, y no
obedecisteis a la voz del SEÑOR,
ni anduvisteis en su ley, ni en sus
estatutos, ni en sus testimonios:
por tanto ha venido sobre voso-
tros este mal, como hoy.
24 Y dijo Jeremías a todo el pue-
blo, y a todas las mujeres: Oid
palabra del SEÑOR, todos los de
Judá que estáis en tierra de Egip-
to:
25 Así ha hablado el SEÑOR de
los ejércitos, Dios de Israel, di-
ciendo: Vosotros y vuestras es-
posas proferisteis con vuestras
bocas, y con vuestras manos lo
ejecutasteis, diciendo: Cumpli-
remos efectivamente nuestros
votos que hicimos, de ofrecer
sahumerios a la reina del cielo y
de derramarle libaciones: confir-
máis a la verdad vuestros votos,
y ponéis vuestros votos por obra.
26 Por tanto, oid palabra del
SEÑOR, todo Judá que habitáis
en tierra de Egipto: He aquí he
jurado por mi grande nombre,
dice el SEÑOR, que mi nombre
no será más invocado en toda la
tierra de Egipto por boca de nin-
gún hombre de Judá, diciendo:
Vive el Señor DIOS.
27 He aquí que yo velo sobre
ellos para mal, y no para bien;
y todos los hombres de Judá que
están en tierra de Egipto, serán
consumidos a espada y de ham-
bre, hasta que perezcan del todo.
28 Y los pocos hombres que esca-
paren de la espada, volverán de
tierra de Egipto a tierra de Judá,
y todo el remanente de Judá, que
ha entrado en Egipto a morar allí,
sabrá pues la palabra de quién
ha de permanecer: si la mía, o la
suya.
29 Y esto tendréis por señal, dice
el SEÑOR, de que en este lugar
os visito, para que sepáis que de
cierto permanecerán mis pala-
bras para mal sobre vosotros.
30 Así ha dicho el SEÑOR: He
aquí que yo entrego a Faraón
Hofra rey de Egipto en mano de
sus enemigos, y en mano de los
que buscan su alma, como en-
tregué a Sedequías rey de Judá
en mano de Nabucodonosor rey
de Babilonia, su enemigo, y que
buscaba su alma.

CAPÍTULO 45

PALABRA que habló Jeremías
profeta a Baruc hijo de Nerías,
cuando escribía en el libro estas
palabras de boca de Jeremías, el
año cuarto de Joacim hijo de Jo-
sías, rey de Judá, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR Dios de
Israel, a ti, oh Baruc:
3 Tú dijiste: ¡Ay de mí ahora!
porque me ha añadido el SEÑOR
tristeza sobre mi dolor; trabajé
en mi gemido, y no he hallado
descanso.
4 Así le has de decir: Así ha dicho
el SEÑOR: He aquí que yo des-

truyo los que edifiqué, y arranco
los que planté, y toda esta tierra.
5 ¿Y tú buscas para ti grandezas?
No busques; porque he aquí que
yo traigo mal sobre toda carne,
ha dicho el SEÑOR, y a ti te daré
tu vida por despojo en todos los
lugares adonde fueres.

CAPÍTULO 46

PALABRA del SEÑOR que vino
a Jeremías profeta, contra los
Gentiles.
2 En orden a Egipto: contra el
ejército de Faraón Necao rey de
Egipto, que estaba cerca del río
Eufrates en Carquemis, al cual
hirió Nabucodonosor rey de Babilonia el año cuarto de Joacim
hijo de Josías, rey de Judá.
3 Aparejad escudo y pavés, y
venid a la guerra.
4 Uncid caballos, y subid, vosotros los caballeros, y poneos con
capacetes; limpiad las lanzas,
vestíos de lorigas.
5 ¿Por qué los vi medrosos, tornando atrás? y sus valientes fueron deshechos, y huyeron a más
huir sin volver a mirar atrás:
miedo de todas partes, dice el
SEÑOR.
6 No huya el ligero, ni el valiente
escape; al norte junto a la ribera
del Eufrates tropezaron y cayeron.
7 ¿Quién es éste que como río
sube, y cuyas aguas se mueven
como ríos?
8 Egipto como río se hincha, y
las aguas se mueven como ríos,
y dijo: Subiré, cubriré la tierra,
destruiré la ciudad y los que en
ella moran.
9 Subid, caballos, y alborotaos,
carros; y salgan los valientes: los
etíopes y los de Libia que toman
escudo, y los lidios que toman y
entesan arco.
10 Mas ese día será al Señor DIOS
de los ejércitos día de venganza,
para vengarse de sus enemigos:
y la espada devorará y se hartará, y se embriagará de la sangre
de ellos: porque sacrificio será al
Señor DIOS de los ejércitos, en
tierra del norte junto al río Eufrates.
11 Sube a Galaad, y toma bálsamo, virgen hija de Egipto: por
demás multiplicarás medicinas;
no hay cura para ti.
12 Las gentes oyeron tu afrenta, y
tu clamor hinchió la tierra: porque fuerte se encontró con fuerte,
y cayeron ambos juntos.
13 Palabra que habló el SEÑOR a
Jeremías profeta acerca de la venida de Nabucodonosor, rey de
Babilonia, para herir la tierra de
Egipto:
14 Denunciad en Egipto, y haced
saber en Migdol: haced saber
también en Nof y en Tafnes;
decid: Para, y apercíbete; porque
espada ha de devorar tu comarca.
15 ¿Por qué ha sido derribado tu
fuerte? no se pudo tener, porque
el SEÑOR lo rempujó.
16 Multiplicó los caídos, y cada
uno cayó sobre su compañero, y
dijeron: Levántate y volvámonos
a nuestro pueblo, y a la tierra de
nuestro nacimiento, de delante
de la espada vencedora.
17 Allí gritaron: Faraón rey de
Egipto, *rey de* revuelta: dejó pasar
el tiempo señalado.
18 Vivo yo, dice el Rey, cuyo
nombre es el SEÑOR de los
ejércitos, que como Tabor
entre los montes, y como Carmelo en el mar, así vendrá.
19 Hazte vasos de transmigra-

ción, moradora hija de Egipto;
porque Nof será por yermo, y
será asolado hasta no quedar
morador.
20 Becerra hermosa Egipto; *mas*
viene destrucción, del norte
viene.
21 Sus soldados también en
medio de ella como engordados becerros: que también ellos
se volvieron, huyeron todos sin
pararse: porque vino sobre ellos
el día de su quebrantamiento, el
tiempo de su visitación.
22 Su voz saldrá como de serpiente; porque con ejército vendrán, y con hachas vienen a ella
como cortadores de leña.
23 Cortaron su bosque, dice el
SEÑOR, porque no podrán ser
contados; porque serán más que
langostas, ni tendrán número.
24 Avergonzóse la hija de Egipto; entregada será en mano del
pueblo del norte.
25 El SEÑOR de los ejércitos,
Dios de Israel, ha dicho: He aquí
que yo visito el pueblo de Amón
de No, y a Faraón y a Egipto, y
a sus dioses y a sus reyes; así a
Faraón como a los que en él confían.
26 Y entregarélos en mano de
los que buscan su alma, y en
mano de Nabucodonosor rey
de Babilonia, y en mano de sus
siervos: mas después será habitada como en los días pasados,
dice el SEÑOR.
27 Y tú no temas, siervo mío
Jacob, y no desmayes, Israel;
porque he aquí que yo te salvo
de lejos, y a tu simiente de la
tierra de su cautividad. Y volverá Jacob, y descansará y será
prosperado, y no habrá quien lo
espante.
28 Tú, siervo mío Jacob, no
temas, dice el SEÑOR; porque
yo soy contigo: porque haré consumación en todas las gentes a
las cuales te habré echado; mas
en ti no haré consumación, sino
que te castigaré con juicio, y no
te talaré del todo.

CAPÍTULO 47

PALABRA del SEÑOR que vino
a Jeremías profeta acerca de
los Filisteos, antes que Faraón
hiriese a Gaza.
2 Así ha dicho el SEÑOR: He
aquí que suben aguas del norte,
y tornaránse en torrente, e
inundarán la tierra y su plenitud, ciudades y moradores de
ellas; y los hombres clamarán,
y aullará todo morador de la
tierra.
3 Por el sonido de las pezuñas
de sus fuertes, por el alboroto
de sus carros, por el estruendo
de sus ruedas, los padres no miraron a los hijos por la flaqueza
de las manos;
4 A causa del día que viene
para destrucción de todos los
Filisteos, para talar a Tiro, y
a Sidón, a todo ayudador que
quedó vivo: porque el SEÑOR
destruirá a los Filisteos, al remanente de la isla de Caftor.
5 Sobre Gaza vino mesadura,
Ascalón fue cortada, y el remanente de su valle: ¿hasta cuándo te arañarás?
6 Oh espada del SEÑOR, ¿hasta
cuándo no reposarás? Métete
en tu vaina, reposa y sosiega.
7 ¿Cómo reposarás? pues que
el SEÑOR lo ha enviado contra
Ascalón, y a la ribera del mar,
allí lo puso.

CAPÍTULO 48

ACERCA de Moab. Así ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos,
Dios de Israel: ¡Ay de Nebo! que
fue destruída, fue avergonzada;
Quiriataim fue tomada; fue con-
fusa Misgab, y desmayó.
2 No se alabará ya más Moab;
contra Hesbón maquinaron mal,
diciendo: Venid, y quitémosla
de entre las gentes. También tú,
Madmén, serás cortada; espada
irá tras ti.
3 ¡Voz de clamor de Horonaim,
destrucción y gran quebranta-
miento!
4 Moab fue quebrantada; hicie-
ron que se oyese el clamor de sus
pequeños.
5 Porque a la subida de Luhit
con lloro subirá el que llora; por-
que a la bajada de Horonaim los
enemigos oyeron clamor de que-
branto.
6 Huid, salvad vuestra vida, y
sed como retama en el desierto.
7 Pues por cuanto confiaste en
tus haciendas, en tus tesoros, tú
también serás tomada: y Quemos
saldrá en cautiverio, los sacerdo-
tes y sus príncipes juntamente.
8 Y vendrá destruidor a cada una
de las ciudades, y ninguna ciu-
dad escapará: arruinaráse tam-
bién el valle, y será destruída
la campiña, como ha dicho el
SEÑOR.
9 Dad alas a Moab, para que
volando se vaya; pues serán de-
siertas sus ciudades hasta no
quedar en ellas morador.
10 Maldito el que hiciere enga-
ñosamente la obra del SEÑOR, y
maldito el que detuviere su espa-
da de la sangre.
11 Quieto estuvo Moab desde su
mocedad, y sobre sus heces ha
estado él reposado, y no fue tra-
segado de vaso en vaso, ni nunca
fue en cautiverio: por tanto
quedó su sabor en él, y su olor
no se ha trocado.
12 Por eso, he aquí que vienen
días, ha dicho el SEÑOR, en que
yo le enviaré derramadores que
le derramarán; y vaciarán sus
vasos, y romperán sus odres.
13 Y avergonzaráse Moab de
Quemos, a la manera que la casa
de Israel se avergonzó de Betel,
su confianza.
14 ¿Cómo diréis: Somos valien-
tes, y robustos hombres para la
guerra?
15 Destruído fue Moab, y sus
ciudades asoló, y sus escogidos
mancebos descendieron al dego-
lladero, ha dicho el Rey, cuyo
nombre es el SEÑOR de los ejér-
citos.
16 Cercano está el quebranta-
miento de Moab para venir, y su
mal se apresura mucho.
17 Compadeceos de él todos
los que estáis alrededor suyo; y
todos los que sabéis su nombre,
decid: ¿Cómo se quebró la vara
de fortaleza, el báculo de hermo-
sura?
18 Desciende de la gloria, siénta-
te en seco, moradora hija de
Dibón; porque el destruidor de
Moab subió contra ti, disipó tus
fortalezas.
19 Párate en el camino, y mira, oh
moradora de Aroer: pregunta a la
que va huyendo, y a la que esca-
pó, dile: ¿Qué ha acontecido?
20 Avergonzóse Moab, porque
fue quebrantado: aullad y cla-
mad: denunciad en Arnón que
Moab es destruído.
21 Y que vino juicio sobre la tie-
rra de la campiña; sobre Holón,

y sobre Jahzah, y sobre Mefaat,
22 Y sobre Dibón, y sobre Nebo,
y sobre Bet-diblataim,
23 Y sobre Quiriataim, y sobre
Bet-gamul, y sobre Bet-meon,
24 Y sobre Queriot, y sobre Bosra,
y sobre todas las ciudades de tierra de Moab, las de lejos y las de cerca.
25 Cortado es el cuerno de Moab,
y su brazo quebrantado, dice el SEÑOR.
26 Embriagadlo, porque contra
el SEÑOR se engrandeció; y revuélquese Moab sobre su vómito,
y sea también él por escarnio.
27 ¿Y no te fue a ti Israel por escarnio, como si lo tomaran entre ladrones? porque desde que de él hablaste, tú te has movido.
28 Desamparad las ciudades, y
habitad en peñascos, oh moradores de Moab; y sed como la paloma que hace nido detrás de la boca de la caverna.
29 Oído hemos la soberbia de
Moab, que es muy soberbio: su hinchazón y su orgullo, y su altivez y la altanería de su corazón.
30 Yo conozco, dice el SEÑOR,
su cólera; mas no tendrá efecto: sus mentiras no han de aprovechar*le*.
31 Por tanto yo aullaré sobre
Moab, y sobre todo Moab haré clamor, y sobre los hombres de Kirheres gemiré.
32 Con lloro de Jazer lloraré por
ti, oh vid de Sibma: tus sarmientos pasaron el mar, llegaron hasta el mar de Jazer: sobre tu agosto y sobre tu vendimia vino destruidor.
33 Y será cortada la alegría y el
regocijo de los campos labrados, y de la tierra de Moab: y haré cesar el vino de los lagares: no pisarán con canción; la canción no será canción.
34 El clamor, desde Hesbón hasta
Eleale; hasta Jaaz dieron su voz: desde Zoar hasta Horonaim, becerra de tres años: porque también las aguas de Nimrin serán destruídas.
35 Y haré cesar de Moab, dice el
SEÑOR, quien sacrifique en altar, y quien ofrezca sahumerio a sus dioses.
36 Por tanto, mi corazón reso-
nará como flautas por causa de Moab, asimismo resonará mi corazón a modo de flautas por los hombres de Kirheres: porque perecieron las riquezas que había hecho.
37 Porque en toda cabeza habrá
calva, y toda barba será raída; sobre todas manos rasguños, y sacos sobre todos los lomos.
38 Sobre todas las techumbres
de Moab y en sus calles, todo él será llanto; porque yo quebranté a Moab como a vaso que no agrada, dice el SEÑOR.
39 Aullad: ¡Cómo ha sido que-
brantado! ¡cómo volvió la cerviz Moab, y fue avergonzado! Y fue Moab en escarnio y en espanto a todos los que están en sus alrededores.
40 Porque así ha dicho el SEÑOR:
He aquí que como águila volará, y extenderá sus alas a Moab.
41 Tomadas son las ciudades, y
tomadas son las fortalezas; y será aquel día el corazón de los valientes de Moab como el corazón de mujer en angustias.
42 Y Moab será destruído para
dejar de ser pueblo: porque se engrandeció contra el SEÑOR.
43 Miedo y hoyo y lazo sobre ti, oh
morador de Moab, dice el SEÑOR.

44 El que huyere del miedo,
caerá en el hoyo; y el que saliere del hoyo, será preso del lazo:
porque yo traeré sobre él, sobre
Moab, año de su visitación, dice
el SEÑOR.
45 A la sombra de Hesbón se pararon los que huían de la fuerza; mas salió fuego de Hesbón,
y llama de en medio de Sihón, y
quemó el rincón de Moab, y la
mollera de los hijos revoltosos.
46 ¡Ay de ti, Moab! pereció el
pueblo de Quemos: porque tus
hijos fueron presos para cautividad, y tus hijas para cautiverio.
47 Empero haré tornar el cautiverio de Moab en lo postrero
de los tiempos, dice el SEÑOR.
Hasta aquí es el juicio de Moab.

CAPÍTULO 49

DE los hijos de Amón. Así ha
dicho el SEÑOR: ¿No tiene
hijos Israel? ¿No tiene heredero?
¿Por qué tomó como por heredad
el rey de ellos a Gad, y su pueblo
habitó en sus ciudades?
2 Por tanto, he aquí vienen
días, ha dicho el SEÑOR, en que
haré oír en Rabá de los hijos de
Amón clamor de guerra; y será
puesta en montón de asolamiento, y sus ciudades serán puestas a fuego, e Israel tomará por
heredad a los que los tomaron a ellos, ha dicho el SEÑOR.
3 Aúlla, oh Hesbón, porque destruída es Hai; clamad, hijas de
Rabá, vestíos de sacos, endechad,
y rodead por los vallados, porque
el rey de ellos fue en cautiverio,
sus sacerdotes y sus príncipes
juntamente.
4 ¿Por qué te glorías de los valles? Tu valle se deshizo, oh hija
contumaz, la que confía en sus
tesoros, *la que dice:* ¿Quién vendrá contra mí?
5 He aquí yo traigo sobre ti espanto, dice el Señor DIOS de los
ejércitos, de todos tus alrededores; y seréis lanzados cada uno
en derechura de su rostro, y no
habrá quien recoja al errante.
6 Y después de esto haré tornar la cautividad de los hijos de
Amón, dice el SEÑOR.
7 De Edom. Así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos: ¿No hay
más sabiduría en Temán? ¿ha perecido el consejo en los sabios?
¿corrompióse su sabiduría?
8 Huid, volveos, escondeos en
simas para estar, oh moradores
de Dedán; porque el quebrantamiento de Esaú traeré sobre él, al
tiempo que lo tengo de visitar.
9 Si vendimiadores vinieran contra ti, ¿no dejarán rebuscos? Si
ladrones de noche, tomarán lo
que hubieren menester.
10 Mas yo desnudaré a Esaú,
descubriré sus escondrijos, y no
podrá esconderse: será destruída
su simiente, y sus hermanos, y
sus vecinos; y no será.
11 Deja tus huérfanos, yo los
criaré; y en mí se confiarán tus
viudas.
12 Porque así ha dicho el SEÑOR:
He aquí que los que no estaban
condenados a beber de la copa,
beberán ciertamente; ¿y serás tú
absuelto del todo? No serás absuelto, sino que de cierto beberás.
13 Porque por mí he jurado, dice
el SEÑOR, que en asolamiento,
en oprobio, en soledad, y en maldición, será Bosra; y todas sus
ciudades serán en asolamientos
perpetuos.
14 La fama oí, que del SEÑOR

había sido enviado mensajero
a las gentes, *diciendo:* Juntaos, y
venid contra ella, y levantaos a
la batalla.
15 Porque he aquí que peque-
ño te he puesto entre las gentes,
menospreciado entre los hom-
bres.
16 Tu arrogancia te engañó, y la
soberbia de tu corazón, tú que
habitas en cavernas de peñas,
que tienes la altura del monte:
aunque alces como águila tu
nido, de allí te haré descender,
dice el SEÑOR.
17 Y será Edom en asolamiento:
todo aquel que pasare por ella se
espantará, y silbará sobre todas
sus plagas.
18 Como el trastornamiento de
Sodoma y de Gomorra, y de sus
ciudades vecinas, dice el SEÑOR,
no morará allí nadie, ni la habi-
tará hijo de hombre.
19 He aquí que como león subi-
rá de la hinchazón del Jordán
contra la bella *y* robusta; por-
que muy pronto harélo correr de
sobre ella, y al que fuere escogi-
do la encargaré; porque ¿Quién
es semejante a mí? ¿y quién me
emplazará? ¿y quién será aquel
pastor que me podrá resistir?
20 Por tanto, oid el consejo del
SEÑOR, que ha acordado sobre
Edom; y sus pensamientos, que
ha resuelto sobre los moradores
de Temán. Ciertamente los más
pequeños del hato los arrastra-
rán, y destruirán sus moradas
con ellos.
21 Del estruendo de la caída de
ellos la tierra tembló, y el grito
de su voz se oyó en el mar Ber-
mejo.
22 He aquí que como águila subi-
rá y volará, y extenderá sus alas
sobre Bosra: y el corazón de los
valientes de Edom será en aquel
día como el corazón de mujer en
angustias.
23 Acerca de Damasco. Confun-
dióse Hamat, y Arfad, porque
oyeron malas nuevas: derritié-
ronse en aguas de desmayo, no
pueden sosegarse.
24 Desmayóse Damasco, volvió-
se para huir, y tomóle temblor:
angustia y dolores le tomaron,
como de mujer que está de parto.
25 ¡Cómo dejaron a la ciudad de
alabanza, ciudad de mi gozo!
26 Por tanto, sus mancebos cae-
rán en sus plazas, y todos los
hombres de guerra morirán en
aquel día, ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos.
27 Y haré encender fuego en el
muro de Damasco, y consumirá
las casas de Ben-hadad.
28 De Cedar y de los reinos de
Hasor, los cuales hirió Nabuco-
donosor rey de Babilonia. Así
ha dicho el SEÑOR: Levantaos,
subid contra Cedar, y destruid
los hijos de oriente.
29 Sus tiendas y sus ganados to-
marán: sus cortinas, y todos sus
vasos, y sus camellos, tomarán
para sí; y llamarán contra ellos
miedo alrededor.
30 Huid, trasponeos muy lejos,
meteos en simas para estar, oh
moradores de Hasor, dice el
SEÑOR; porque tomó consejo
contra vosotros Nabucodonosor
rey de Babilonia, y contra voso-
tros ha formado designio.
31 Levantaos, subid a gente
pacífica, que vive confiadamen-
te, dice el SEÑOR, que ni tienen
puertas ni cerrojos, que viven so-
litarios.
32 Y serán sus camellos por presa,

y la multitud de sus ganados por despojo; y esparcirélos por todos vientos, echados hasta el postrer rincón; y de todos sus lados les traeré su ruina, dice el SEÑOR.
33 Y Hasor será morada de dragones, soledad para siempre: ninguno morará allí, ni la habitará hijo de hombre.
34 Palabra del SEÑOR que vino a Jeremías profeta acerca de Elam, en el principio del reinado de Sedequías rey de Judá, diciendo:
35 Así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos: He aquí que yo quiebro el arco de Elam, principio de su fortaleza.
36 Y traeré sobre Elam los cuatro vientos de los cuatro puntos del cielo, y aventarélos a todos estos vientos; ni habrá gente adonde no vengan extranjeros de Elam.
37 Y haré que Elam se intimide delante de sus enemigos, y delante de los que buscan su alma; y traeré sobre ellos mal, y el furor de mi enojo, dice el SEÑOR; y enviaré en pos de ellos espada hasta que los acabe.
38 Y pondré mi silla en Elam, y destruiré de allí rey y príncipe, dice el SEÑOR.
39 Mas acontecerá en lo postrero de los días, que haré tornar la cautividad de Elam, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 50

PALABRA que habló el SEÑOR contra Babilonia, contra la tierra de los Caldeos, por mano de Jeremías profeta.
2 Denunciad en las gentes, y haced saber; levantad también bandera: publicad, y no encubráis; decid: Tomada es Babilonia, Bel es confundido, deshecho es Merodac; confundidas son sus esculturas, quebrados son sus ídolos.
3 Porque subió contra ella gente del norte, la cual pondrá su tierra en asolamiento, y no habrá ni hombre ni animal que en ella more: moviéronse, se fueron.
4 En aquellos días y en aquel tiempo, dice el SEÑOR, vendrán los hijos de Israel, ellos y los hijos de Judá juntamente; e irán andando y llorando, y buscarán al SEÑOR su Dios.
5 Preguntarán por el camino de Sión, hacia donde *volverán* sus rostros, *diciendo:* Venid, y juntaos al SEÑOR con pacto eterno, que jamás se ponga en olvido.
6 Ovejas perdidas fueron mi pueblo: sus pastores las hicieron errar, por los montes las descarriaron: anduvieron de monte en collado, olvidáronse de sus majadas.
7 Todos los que los hallaban, los comían; y decían sus enemigos: No pecaremos, porque ellos pecaron al SEÑOR morada de justicia, al SEÑOR, esperanza de sus padres.
8 Huid de en medio de Babilonia, y salid de la tierra de los Caldeos, y sed como los mansos delante del ganado.
9 Porque he aquí que yo suscito y hago subir contra Babilonia reunión de grandes pueblos de la tierra del norte; y desde allí se aparejarán contra ella, y será tomada: sus flechas como de valiente diestro, que no se tornará en vano.
10 Y la Caldea será para presa: todos los que la saquearen, saldrán hartos, dice el SEÑOR.
11 Porque os alegrasteis, por-

que os gozasteis destruyendo mi
heredad, porque os henchisteis
como becerra de renuevos, y re-
linchasteis como caballos;
12 Vuestra madre se avergonzó
mucho, afrentóse la que os en-
gendró: he aquí será la postrera
de las gentes: desierto, sequedad,
y páramo.
13 Por la ira del SEÑOR no será
habitada, sino que asolada será
toda ella; todo hombre que pasa-
re por Babilonia se asombrará, y
silbará sobre todas sus plagas.
14 Apercibíos contra Babilonia
alrededor, todos los que entesáis
arco; tirad contra ella, no escati-
méis las saetas: porque pecó con-
tra el SEÑOR.
15 Gritad contra ella en derre-
dor; dio su mano; caído han sus
fundamentos, derribados son sus
muros; porque venganza es del
SEÑOR. Tomad venganza de ella;
haced con ella como ella hizo.
16 Talad de Babilonia sembrador,
y el que tiene hoz en tiempo de la
siega: delante de la espada opre-
sora cada uno volverá el rostro
hacia su pueblo, cada uno huirá
hacia su tierra.
17 Ganado descarriado es Israel;
leones lo amontonaron: el rey de
Asiria lo devoró el primero; este
Nabucodonosor rey de Babilonia
lo deshuesó el postrero.
18 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos, Dios
de Israel: He aquí que yo visito
al rey de Babilonia y a su tierra,
como visité al rey de Asiria.
19 Y volveré a traer a Israel a su
morada, y pacerá en el Carme-
lo y en Basán; y en el monte de
Efraím y de Galaad se hartará su
alma.
20 En aquellos días y en aquel
tiempo, dice el SEÑOR, la mal-
dad de Israel será buscada, y no
parecerá; y los pecados de Judá,
y no se hallarán: porque perdo-
naré a los que yo hubiere dejado.
21 Sube contra la tierra de Me-
rataim, contra ella, y contra los
moradores de Pekod: destruye
y mata en pos de ellos, dice el
SEÑOR, y haz conforme a todo
lo que yo te he mandado.
22 Estruendo de guerra en la tie-
rra, y quebrantamiento grande.
23 ¡Cómo fue cortado y quebra-
do el martillo de toda la tierra!
¡cómo se tornó Babilonia en de-
sierto entre las gentes!
24 Púsete lazos, y aun fuiste to-
mada, oh Babilonia, y tú no lo su-
piste: fuiste hallada, y aun presa,
porque provocaste al SEÑOR.
25 Abrió el SEÑOR su tesoro,
y sacó los instrumentos de su
furor: porque ésta *es* obra del
Señor DIOS de los ejércitos, en la
tierra de los Caldeos.
26 Venid contra ella desde el
cabo *de la tierra*: abrid sus alma-
cenes: hacedla montones, y des-
truidla: no le quede remanente.
27 Matad todos sus novillos;
vayan al matadero: ¡ay de ellos!
que venido es su día, el tiempo
de su visitación.
28 Voz de los que huyen y esca-
pan de la tierra de Babilonia,
para dar las nuevas en Sión de
la venganza del SEÑOR nuestro
Dios, de la venganza de su tem-
plo.
29 Haced juntar sobre Babilonia
flecheros, a todos los que ente-
san arco; asentad campo sobre
ella alrededor; no escape de ella
ninguno: pagadle según su obra;
conforme a todo lo que ella hizo,
haced con ella: porque contra el

SEÑOR se ensoberbeció, contra
el Santo de Israel.
30 Por tanto sus mancebos cae-
rán es sus plazas, y todos sus
hombres de guerra serán talados
en aquel día, dice el SEÑOR.
31 He aquí yo contra ti, oh sober-
bio, dice el Señor DIOS de los
ejércitos: porque tu día es veni-
do, el tiempo en que te visitaré.
32 Y el soberbio tropezará y caerá,
y no tendrá quien lo levante: y
encenderé fuego en sus ciudades,
y quemaré todos sus alrededores.
33 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Oprimidos fueron los
hijos de Israel y los hijos de Judá
juntamente: y todos los que los
tomaron cautivos, se los retuvie-
ron; no los quisieron soltar.
34 El Redentor de ellos es el
Fuerte; el SEÑOR de los ejérci-
tos es su nombre: de cierto abo-
gará la causa de ellos, para hacer
quietar la tierra, y turbar los mo-
radores de Babilonia.
35 Espada sobre los Caldeos, dice
el SEÑOR, y sobre los moradores
de Babilonia, y sobre sus prínci-
pes, y sobre sus sabios.
36 Espada sobre los adivinos, y
se atontarán; espada sobre sus
valientes, y serán quebrantados.
37 Espada sobre sus caballos, y
sobre sus carros, y sobre todo
el vulgo que está en medio de
ella, y serán como mujeres: es-
pada sobre sus tesoros, y serán
saqueados.
38 Sequedad sobre sus aguas, y
secaránse: porque tierra es de es-
culturas, y en ídolos enloquecen.
39 Por tanto, allí morarán bes-
tias monteses con lobos, mora-
rán también en ella pollos de
avestruz: y no más será pobla-
da para siempre, ni se habitará
de generación en generación.
40 Como en el trastornamiento
de Dios a Sodoma y a Gomorra
y a sus ciudades vecinas, dice el
SEÑOR, no morará allí hombre,
ni hijo de hombre la habitará.
41 He aquí viene un pueblo del
norte; y una nación grande, y
muchos reyes se levantarán de
los lados de la tierra.
42 Arco y lanza manejarán; serán
crueles, y no tendrán compasión;
su voz sonará como el mar, y
montarán sobre caballos: aperci-
birse han como hombre a la pelea,
contra ti, oh hija de Babilonia.
43 Oyó su fama el rey de Ba-
bilonia, y sus manos se desco-
yuntaron: angustia le tomó, dolor
como de mujer de parto.
44 He aquí que como león subirá
de la hinchazón del Jordán a la
morada fuerte: porque muy pron-
to le haré correr de sobre ella, y
al que fuere escogido la encarga-
ré: porque ¿Quién es semejante a
mí? ¿y quién me emplazará? ¿o
quién será aquel pastor que me
podrá resistir?
45 Por tanto, oid el consejo del
SEÑOR, que ha acordado sobre
Babilonia, y sus pensamientos
que ha formado sobre la tierra de
los Caldeos: Ciertamente los más
pequeños del hato los arrastra-
rán, y destruirán sus moradas
con ellos.
46 Del grito de la toma de Babi-
lonia la tierra tembló, y el cla-
mor se oyó entre las gentes.

CAPÍTULO 51

ASÍ ha dicho el SEÑOR: He
aquí que yo levanto sobre
Babilonia, y sobre sus morado-
res que se levantan contra mí, un
viento destruidor.

2 Y enviaré a Babilonia aventadores que la avienten, y vaciarán su tierra; porque serán contra ella de todas partes en el día del mal.
3 *Diré* al flechero que entesa su arco, y al que se pone orgulloso con su loriga: No perdonéis a sus mancebos, destruid todo su ejército.
4 Y caerán muertos en la tierra de los Caldeos, y alanceados en sus calles.
5 Porque Israel y Judá no han enviudado de su Dios, el SEÑOR de los ejércitos, aunque su tierra fue llena de pecado contra el Santo de Israel.
6 Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su alma, porque no perezcáis a causa de su maldad: porque el tiempo es de venganza del SEÑOR; darále su pago.
7 Copa de oro fue Babilonia en la mano del SEÑOR, que embriaga toda la tierra: de su vino bebieron las gentes; aturdiéronse por tanto las naciones.
8 En un momento cayó Babilonia, y despedazóse: aullad sobre ella; tomad bálsamo para su dolor, quizá sanará.
9 Curamos a Babilonia, y no ha sanado: dejadla, y vámonos cada uno a su tierra; porque llegado ha hasta el cielo su juicio, y alzádose hasta las nubes.
10 El SEÑOR sacó a luz nuestras justicias: venid, y contemos en Sión la obra del SEÑOR nuestro Dios.
11 Limpiad las saetas, embrazad los escudos: despertado ha el SEÑOR el espíritu de los reyes de Media; porque contra Babilonia es su pensamiento para destruirla; porque venganza es del SEÑOR, venganza de su templo.
12 Levantad bandera sobre los muros de Babilonia, reforzad la guardia, poned centinelas, disponed celadas; porque deliberó el SEÑOR, y aun pondrá en efecto lo que ha dicho sobre los moradores de Babilonia.
13 La que moras entre muchas aguas, rica en tesoros, venido ha tu fin, la medida de tu codicia.
14 El SEÑOR de los ejércitos juró por su vida, *diciendo:* Yo te llenaré de hombres como de langostas, y levantarán contra ti gritería.
15 Él *es el* que hizo la tierra por su poder, el que estableció el mundo por su sabiduría, y extendió el cielo por su entendimiento;
16 El que da con su voz muchedumbre de aguas en los cielos, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; él hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus tesoros.
17 Todo hombre se ha embrutecido por *su* conocimiento: avergüénzase todo artífice de la escultura, porque mentira es su vaciadizo, que no tiene espíritu.
18 Vanidad son, obra de irrisiones; en el tiempo de su visitación perecerán.
19 No es como ellos la parte de Jacob: porque él es el formador de todo; e *Israel* es la vara de su heredad: el SEÑOR de los ejércitos es su nombre.
20 Martillo me sois, y armas de guerra; y por medio de ti quebrantaré gentes, y por medio de ti desharé reinos;
21 Y por tu medio quebrantaré caballos y sus cabalgadores, y por medio de ti quebrantaré

carros y los que en ellos suben;
22 Asimismo por tu medio quebrantaré hombres y mujeres, y por medio de ti quebrantaré viejos y mozos, y por tu medio quebrantaré mancebos y vírgenes:
23 También quebrantaré por medio de ti al pastor y a su manada: quebrantaré por tu medio a labradores y sus yuntas; y duques y príncipes quebrantaré por medio de ti.
24 Y pagaré a Babilonia y a todos los moradores de Caldea, todo el mal de ellos que hicieron en Sión delante de vuestros ojos, dice el SEÑOR.
25 He aquí yo contra ti, oh monte destruidor, dice el SEÑOR, que destruiste toda la tierra; y extenderé mi mano sobre ti, y te haré rodar de las peñas, y te tornaré monte quemado.
26 Y nadie tomará de ti piedra para esquina, ni piedra para cimiento; porque perpetuos asolamientos serás, ha dicho el SEÑOR.
27 Alzad bandera en la tierra, tocad trompeta en las naciones, apercibid gentes contra ella; juntad contra ella los reinos de Ararat, de Mini, y de Askenaz; señalad contra ella capitán, haced subir caballos como langostas erizadas.
28 Apercibid contra ella gentes; a reyes de Media, a sus capitanes, y a todos sus príncipes, y a toda la tierra de su señorío.
29 Y temblará la tierra, y afligiráse; porque confirmado es contra Babilonia todo el pensamiento del SEÑOR, para poner la tierra de Babilonia en soledad, y que no haya morador.
30 Los valientes de Babilonia dejaron de pelear, estuviéronse en sus fuertes: faltóles su fortaleza, tornáronse como mujeres: encendiéronse sus casas, quebráronse sus cerrojos.
31 Correo se encontrará con correo, mensajero se encontrará con mensajero, para noticiar al rey de Babilonia que su ciudad es tomada por todas partes:
32 Y los vados fueron tomados, y los carrizos fueron quemados a fuego, y consternáronse los hombres de guerra.
33 Porque así ha dicho el SEÑOR de los ejércitos, Dios de Israel: La hija de Babilonia es como parva; tiempo es ya de trillarla: de aquí a poco le vendrá el tiempo de la siega.
34 Comióme, desmenuzóme Nabucodonosor rey de Babilonia; paróme *como* vaso vacío, tragóme como dragón, hinchió su vientre de mis delicadezas, y echóme.
35 Sobre Babilonia la violencia contra mí y mi carne, dirá la moradora de Sión; y mi sangre sobre los moradores de Caldea, dirá Jerusalem.
36 Por tanto, así ha dicho el SEÑOR: He aquí que yo juzgo tu causa y haré tu venganza; y secaré su mar, y haré que quede seca su corriente.
37 Y será Babilonia para montones, morada de dragones, espanto y silbo, sin morador.
38 A una rugirán como leones; como cachorros de leones bramarán.
39 En su calor les pondré sus banquetes; y haréles que se embriaguen, para que se alegren, y duerman eterno sueño, y no despierten, dice el SEÑOR.
40 Hacerlos he traer como corde-

ros al matadero, como carneros
con cabritos.
41 ¡Cómo fue presa Sesac, y fue
tomada la que era alabada por
toda la tierra! ¡Cómo fue Babilo-
nia por espanto entre las gentes!
42 Subió el mar sobre Babilonia;
de la multitud de sus ondas fue
cubierta.
43 Sus ciudades fueron asoladas,
la tierra seca y desierta, tierra
que no morará en ella nadie, ni
pasará por ella hijo de hombre.
44 Y visitaré a Bel en Babilonia,
y sacaré de su boca lo que ha tra-
gado: y no vendrán más a él gen-
tes; y el muro de Babilonia caerá.
45 Salid de en medio de ella,
pueblo mío, y salvad cada uno
su alma de la ira del furor del
SEÑOR.
46 Y porque no desmaye vuestro
corazón, y temáis a causa de la
fama que se oirá por la tierra, en
un año vendrá la fama, y después
en otro año el rumor, y la violen-
cia en la tierra, y el enseñoreador
sobre el que enseñorea.
47 Por tanto, he aquí vienen días
que yo visitaré las esculturas de
Babilonia, y toda su tierra será
avergonzada, y todos sus muer-
tos caerán en medio de ella.
48 Y el cielo y la tierra, y todo
lo que está en ellos, darán ala-
banzas sobre Babilonia: porque
del norte vendrán sobre ella des-
truidores, dice el SEÑOR.
49 Pues que Babilonia fue causa
que cayesen muertos de Israel,
también de Babilonia caerán
muertos de toda la tierra.
50 Los que escapasteis de la es-
pada, andad, no os detengais;
acordaos por muchos días del
SEÑOR, y acordaos de Jerusalem.
51 Estamos avergonzados, por-
que oímos la afrenta: confusión
cubrió nuestros rostros, porque
vinieron extranjeros contra los
santuarios de la casa del SEÑOR.
52 Por tanto, he aquí vienen días,
dice el SEÑOR, que yo visitaré
sus esculturas, y en toda su tierra
gemirán los heridos.
53 Si subiese Babilonia al cielo, y
si fortaleciere en lo alto su fuer-
za, de mí vendrán a ella destrui-
dores, dice el SEÑOR.
54 ¡Sonido de grito de Babilonia,
y quebrantamiento grande de la
tierra de los Caldeos!
55 Porque el SEÑOR destruye
a Babilonia, y quitará de ella el
mucho estruendo; y bramarán
sus ondas, como muchas aguas
será el sonido de la voz de ellos:
56 Porque vino destruidor con-
tra ella, contra Babilonia, y sus
valientes fueron presos, el arco
de ellos fue quebrado: porque
el SEÑOR Dios de retribuciones,
dará la paga.
57 Y embriagaré sus príncipes
y sus sabios, sus capitanes y sus
nobles y sus fuertes; y dormirán
sueño eterno y no despertarán,
dice el Rey, cuyo nombre es el
SEÑOR de los ejércitos.
58 Así ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos: El muro ancho de
Babilonia será derribado entera-
mente, y sus altas puertas serán
quemadas a fuego; y en vano
trabajarán pueblos y gentes en el
fuego, y se cansarán.
59 Palabra que envió Jeremías
profeta a Seraías hijo de Nerías,
hijo de Maasías, cuando iba con
Sedequías rey de Judá a Babilo-
nia, el cuarto año de su reinado.
Y era Seraías el principal cama-
rero.
60 Escribió pues Jeremías en un

libro todo el mal que había de
venir sobre Babilonia, todas las
palabras que están escritas con-
tra Babilonia.
61 Y dijo Jeremías a Seraías:
Cuando llegares a Babilonia, y
vieres y leyeres todas estas cosas,
62 Dirás: Oh SEÑOR, tú has
dicho contra este lugar que lo
habías de talar, hasta no quedar
en él morador, ni hombre ni ani-
mal, sino que para siempre ha de
ser asolado.
63 Y será que cuando acabares
de leer este libro, le atarás una
piedra, y lo echarás en medio del
Eufrates;
64 Y dirás: Así será anegada Ba-
bilonia, y no se levantará del mal
que yo traigo sobre ella; y serán
rendidos. Hasta aquí son las pa-
labras de Jeremías.

CAPÍTULO 52

ERA Sedequías de edad de
veintiún años cuando comen-
zó a reinar, y reinó once años en
Jerusalem. Su madre se llamaba
Hamutal, hija de Jeremías, de
Libna.
2 E hizo lo malo en los ojos del
SEÑOR, conforme a todo lo que
hizo Joacim.
3 Y a causa de la ira del SEÑOR
contra Jerusalem y Judá, fue el
llegar a echarlos de su presencia:
y rebelóse Sedequías contra el
rey de Babilonia.
4 Aconteció por tanto a los nueve
años de su reinado, en el mes dé-
cimo, a los diez días del mes, que
vino Nabucodonosor rey de Babi-
lonia, él y todo su ejército, con-
tra Jerusalem, y contra ella asen-
taron campo, y de todas partes
edificaron contra ella baluartes.
5 Y estuvo cercada la ciudad
hasta el undécimo año del rey
Sedequías.
6 En el mes cuarto, a los nueve
del mes, prevaleció el hambre
en la ciudad, hasta no haber pan
para el pueblo de la tierra.
7 Y fue entrada la ciudad, y todos
los hombres de guerra huyeron, y
saliéronse de la ciudad de noche
por el camino de postigo de entre
los dos muros, que había cerca
del jardín del rey, y fuéronse por
el camino del desierto, estando
aún los Caldeos junto a la ciudad
alrededor.
8 Y el ejército de los Caldeos si-
guió al rey, y alcanzaron a Sede-
quías en los llanos de Jericó; y
esparcióse de él todo su ejército.
9 Entonces prendieron al rey, e
hiciéronle venir al rey de Babi-
lonia, a Ribla en tierra de Hamat,
donde pronunció contra él sen-
tencia.
10 Y degolló el rey de Babilonia
a los hijos de Sedequías delante
de sus ojos, y también degolló a
todos los príncipes de Judá en
Ribla.
11 A Sedequías empero sacó los
ojos, y le aprisionó con grillos, e
hízolo el rey de Babilonia llevar
a Babilonia; y púsolo en la casa
de la cárcel hasta el día en que
murió.
12 Y en el mes quinto, a los diez
del mes, que era el año diecinue-
ve del reinado de Nabucodono-
sor, rey de Babilonia, vino a Je-
rusalem Nabuzaradán, capitán
de la guardia, que solía estar de-
lante del rey de Babilonia.
13 Y quemó la casa del SEÑOR, y
la casa del rey, y todas las casas
de Jerusalem; y abrasó con fuego
todo grande edificio.
14 Y todo el ejército de los Cal-

deos, que venía con el capitán
de la guardia, destruyó todos los
muros de Jerusalem en derredor.
15 E hizo llevar cautivos Nabuzaradán, capitán de la guardia, los pobres del pueblo, y toda la otra gente vulgar que en la ciudad habían quedado, y los fugitivos que se habían huído al rey de Babilonia, y todo el resto de la multitud vulgar.
16 Mas de los pobres del país dejó Nabuzaradán, capitán de la guardia, para viñadores y labradores.
17 Y los Caldeos quebraron las columnas de latón que estaban en la casa del SEÑOR, y las basas, y el mar de latón que estaba en la casa del SEÑOR, y llevaron todo el latón a Babilonia.
18 Lleváronse también los calderos, y los badiles, y los salterios, y las bacías, y los cazos, y todos los vasos de latón con que se servían.
19 Y las copas, e incensarios, y tazones, y ollas, y candeleros, y escudillas, y tazas: lo que de oro de oro, y lo que de plata de plata, se llevó el capitán de la guardia.
20 Las dos columnas, un mar, y doce bueyes de latón que estaban debajo de las basas, que había hecho el rey Salomón en la casa del SEÑOR: no se podía pesar el latón de todos estos vasos.
21 Cuanto a las columnas, la altura de la columna era de dieciocho codos, y un hilo de doce codos la rodeaba: y su grueso era de cuatro dedos, *y* hueca.
22 Y el capitel de latón que había sobre ella, era de altura de cinco codos, con una red y granadas en el capitel alrededor, todo de latón; y lo mismo era lo de la segunda columna con sus granadas.
23 Había noventa y seis granadas en cada orden: todas ellas eran ciento sobre la red alrededor.
24 Tomó también el capitán de la guardia a Seraías principal sacerdote, y a Sofonías segundo sacerdote, y tres guardas del atrio.
25 Y de la ciudad tomó un eunuco que era capitán sobre los hombres de guerra, y siete hombres de los continuos del rey, que se hallaron en la ciudad; y al principal secretario de la milicia, que revistaba el pueblo de la tierra para la guerra; y sesenta hombres del vulgo del país, que se hallaron dentro de la ciudad.
26 Tomólos pues Nabuzaradán, capitán de la guardia, y llevólos al rey de Babilonia a Ribla.
27 Y el rey de Babilonia los hirió, y los mató en Ribla en tierra de Hamat. Así fue Judá trasportado de su tierra.
28 Éste *es* el pueblo que Nabucodonosor llevó cautivo: En el año séptimo, tres mil veintitrés Judíos:
29 En el año dieciocho de Nabucodonosor, llevó cautivos de Jerusalem ochocientas treinta y dos personas:
30 El año veintitrés de Nabucodonosor, llevó cautivos Nabuzaradán capitán de la guardia, setecientas cuarenta y cinco personas de los Judíos: todas las personas fueron cuatro mil seiscientas.
31 Y acaeció que en el año treinta y siete de la cautividad de Joaquín rey de Judá, en el mes duodécimo, a los veinticinco del mes, Evil-merodac, rey de Babilonia, en el año *primero* de su reinado, alzó la cabeza de Joaquín rey de

Judá, y sacólo de la casa de la
cárcel;
32 Y habló con él amigablemen-
te, e hizo poner su silla sobre las
sillas de los reyes que estaban
con él en Babilonia.
33 Hízole mudar también los
vestidos de su prisión, y comía
pan delante de él siempre todos
los días de su vida.
34 Y continuamente se le daba ra-
ción por el rey de Babilonia, cada
cosa en su día por todos los de su
vida, hasta el día de su muerte.

LAS

LAMENTACIONES

DE JEREMÍAS

CAPÍTULO 1

¡CÓMO está sentada sola la ciu-
dad populosa! La grande entre
las naciones se ha vuelto como
viuda, la señora de provincias es
hecha tributaria.
2 Amargamente llora en la noche,
y sus lágrimas en sus mejillas; no
tiene quien la consuele de todos
sus amantes: todos sus amigos la
traicionaron, volviéronsele ene-
migos.
3 Fuese Judá, a causa de la aflic-
ción y de la grandeza de servi-
dumbre; ella moró entre las gen-
tes, y no halló descanso: todos
sus perseguidores la alcanzaron
entre estrechuras.
4 Las calzadas de Sión tienen luto,
porque no hay quien venga a las
solemnidades; todas sus puertas
están asoladas, sus sacerdotes
gimen, sus vírgenes afligidas, y
ella tiene amargura.
5 Sus enemigos han sido hechos
cabeza, sus aborrecedores fueron
prosperados; porque el SEÑOR
la afligió por la multitud de sus
rebeliones: sus niños fueron en
cautividad delante del enemigo.
6 Fuese de la hija de Sión toda
su hermosura: sus príncipes fue-
ron como ciervos que no hallan
pasto, y anduvieron sin fortaleza
delante del perseguidor.
7 Jerusalem, cuando cayó su pue-
blo en mano del enemigo y no
hubo quien le ayudase, se acor-
dó de los días de su aflicción, y
de sus rebeliones, y de todas sus
cosas deseables que tuvo desde
los tiempos antiguos: miráronla
los enemigos, y escarnecieron de
sus sábados.
8 Pecado cometió Jerusalem; por
lo cual ella ha sido removida:
todos los que la honraban la han
menospreciado, porque vieron
su vergüenza; y ella suspira, y se
vuelve atrás.
9 Sus inmundicias en sus faldas;
no se acordó de su postrimería:
por tanto ella ha descendido
maravillosamente, no tiene con-
solador. Mira, oh SEÑOR, mi
aflicción, porque el enemigo se
ha engrandecido.
10 Extendió su mano el enemi-
go a todas sus cosas preciosas;
y ella ha visto entrar en su san-
tuario las gentes, de las cuales
mandaste que no entrasen en tu
congregación.
11 Todo su pueblo buscó su pan
suspirando; dieron por la co-
mida todas sus cosas preciosas,
para entretener la vida. Mira, oh
SEÑOR, y ve que estoy abatida.
12 ¿No os conmueve a cuantos
pasáis por el camino? Mirad, y
ved si hay dolor como mi dolor
que me ha venido; porque el
SEÑOR me ha angustiado en el
día de la ira de su furor.
13 Desde lo alto envió fuego en
mis huesos, el cual se enseñoreó:
ha extendido red a mis pies, tor-
nóme atrás, púsome asolada, y
que siempre tenga dolor.
14 El yugo de mis rebeliones está
ligado por su mano, enlazadas
han subido sobre mi cerviz: ha
hecho caer mis fuerzas: hame
entregado el Señor en sus manos,

contra quienes no podré levantarme.
15 El Señor ha hollado todos mis
fuertes en medio de mí; llamó
contra mí compañía para quebrantar mis mancebos: como
lagar ha pisado el Señor a la virgen hija de Judá.
16 Por esta causa yo lloro; mis
ojos, mis ojos fluyen aguas; porque se alejó de mí consolador
que dé reposo a mi alma: mis
hijos son destruídos, porque el
enemigo prevaleció.
17 Sión extendió sus manos,
no tiene quien la consuele; el
SEÑOR dio mandamiento contra Jacob, que sus enemigos lo
cercasen: Jerusalem fue en abominación entre ellos.
18 El SEÑOR es justo; que yo
contra su boca me rebelé. Oid
ahora, pueblos todos, y ved mi
dolor: mis vírgenes y mis mancebos fueron en cautiverio.
19 Di voces a mis amadores, mas
ellos me han engañado; mis sacerdotes y mis ancianos en la
ciudad perecieron, buscando comida para sí con que entretener
su alma.
20 Mira, oh SEÑOR, que estoy
atribulada: mis entrañas rugen,
mi corazón está trastornado en
medio de mí; porque me rebelé desaforadamente: de fuera
deshijó la espada, de dentro parece una muerte.
21 Oyeron que gemía, y no hay
consolador para mí: todos mis
enemigos han oído mi mal, se
han holgado de que tú lo hiciste.
Harás venir el día que has anunciado, y serán como yo.
22 Entre delante de ti toda su maldad, y haz con ellos como hiciste
conmigo por todas mis rebeliones: porque muchos son mis suspiros, y mi corazón está doloroso.

CAPÍTULO 2

¡CÓMO oscureció el Señor en su
furor a la hija de Sión! Derribó
del cielo a la tierra la hermosura de Israel, y no se acordó del
estrado de sus pies en el día de
su ira.
2 Destruyó el Señor, y no perdonó; destruyó en su furor todas las
tiendas de Jacob: echó por tierra
las fortalezas de la hija de Judá,
deslustró el reino y sus príncipes.
3 Cortó con el furor de su ira
todo el cuerno de Israel; hizo
volver atrás su diestra delante
del enemigo; y encendióse en
Jacob como llama de fuego que
ha devorado en contorno.
4 Entesó su arco como enemigo,
afirmó su mano derecha como
adversario, y mató toda cosa hermosa a la vista: en la tienda de la
hija de Sión derramó como fuego
su enojo.
5 Fue el Señor como enemigo,
destruyó a Israel; destruyó todos
sus palacios, disipó sus fortalezas: y multiplicó en la hija de
Judá la tristeza y lamento.
6 Y quitó su tienda como de un
huerto, destruyó el lugar de su
congregación: el SEÑOR ha hecho
olvidar en Sión solemnidades y
sábados, y ha desechado en el
furor de su ira rey y sacerdote.
7 Desechó el Señor su altar, menospreció su santuario, ha entregado en mano del enemigo los
muros de sus palacios: dieron
grita en la casa del SEÑOR como
en día de fiesta.
8 El SEÑOR determinó destruir
el muro de la hija de Sión; extendió el cordel, no retrajo su mano

de destruir: Hizo pues, que se
lamentara el antemuro y el muro;
fueron destruídos juntamente.
9 Sus puertas fueron echadas por
tierra, destruyó y quebrantó sus
cerrojos: su rey y sus príncipes
están entre los Gentiles donde
no hay ley; sus profetas tampoco
hallaron visión del SEÑOR.
10 Sentáronse en tierra, callaron
los ancianos de la hija de Sión;
echaron polvo sobre sus cabezas,
ciñéronse de saco; las vírgenes
de Jerusalem bajaron sus cabe-
zas a tierra.
11 Mis ojos desfallecieron de lá-
grimas, rugieron mis entrañas,
mi hígado se derramó por tierra
por el quebrantamiento de la hija
de mi pueblo, cuando desfallecía
el niño y el que mamaba, en las
plazas de la ciudad.
12 Decían a sus madres: ¿Dónde
está el trigo y el vino? Desfalle-
cían como heridos en las calles
de la ciudad, derramando sus
almas en el regazo de sus madres.
13 ¿Qué testigo te traeré, o a
quién te haré semejante, hija de
Jerusalem? ¿A quién te compara-
ré para consolarte, oh virgen hija
de Sión? Porque grande es tu
quebrantamiento como el mar:
¿quién te medicinará?
14 Tus profetas vieron para ti va-
nidad y locura; y no descubrie-
ron tu pecado para estorbar tu
cautiverio, sino que te predica-
ron vanas profecías y extravíos.
15 Todos los que pasaban por
el camino, batieron las manos
sobre ti; silbaron, y movieron
sus cabezas sobre la hija de Jeru-
salem, *diciendo:* ¿Es ésta la ciudad
que decían de perfecta hermosu-
ra, el gozo de toda la tierra?
16 Todos tus enemigos abrieron
sobre ti su boca, silbaron, y re-
chinaron los dientes; dijeron:
Devoremos: cierto éste es el día
que esperábamos; lo hemos ha-
llado, vímoslo.
17 El SEÑOR ha hecho lo que
tenía determinado, ha cumplido
su palabra que él había mandado
desde tiempo antiguo: destruyó,
y no perdonó; y alegró sobre ti
al enemigo, y enalteció el cuerno
de tus adversarios.
18 El corazón de ellos clama-
ba al Señor: Oh muro de la hija
de Sión, echa lágrimas como un
arroyo día y noche; no descanses,
ni cesen las niñas de tus ojos.
19 Levántate, da voces en la
noche, en el principio de las
velas; derrama como agua tu
corazón ante la presencia del
Señor; alza tus manos a él por la
vida de tus pequeñitos, que des-
fallecen de hambre en las entra-
das de todas las calles.
20 Mira, oh SEÑOR, y considera
a quién has hecho así. ¿Han de
comer las mujeres su fruto, los
pequeñitos de sus crías? ¿Han de
ser muertos en el santuario del
Señor el sacerdote y el profeta?
21 Niños y viejos yacían por tie-
rra en las calles; mis vírgenes y
mis mancebos cayeron a espada:
mataste en el día de tu furor, de-
gollaste, no perdonaste.
22 Has llamado, como a día de so-
lemnidad, mis temores de todas
partes; y en el día del furor del
SEÑOR no hubo quien escapase
ni quedase vivo: los que crié y
mantuve, mi enemigo los acabó.

CAPÍTULO 3

YO soy el hombre que ha visto
aflicción en la vara de su
enojo.

2 Guióme y llevóme en tinieblas, mas no en luz.
3 Ciertamente contra mí volvió y revolvió su mano todo el día.
4 Hizo envejecer mi carne y mi piel; quebrantó mis huesos.
5 Edificó contra mí, y cercóme de tósigo y de trabajo.
6 Asentóme en oscuridades, como los ya muertos de mucho tiempo.
7 Cercóme por todos lados, y no puedo salir; agravó mis grillos.
8 Aun cuando clamé y di voces, cerró *los oídos a* mi oración.
9 Cercó mis caminos con piedra tajada, torció mis senderos.
10 Como oso que acecha fue para mí, como león en escondrijos.
11 Torció mis caminos, y despedazóme; tornóme asolado.
12 Su arco entesó, y púsome como blanco a la saeta.
13 Hizo entrar en mis riñones las saetas de su aljaba.
14 Fui escarnio a todo mi pueblo, canción de ellos todos los días.
15 Hartóme de amarguras, embriagóme de ajenjos.
16 Quebróme los dientes con cascajo, cubrióme de ceniza.
17 Y mi alma se alejó de la paz, olvidéme del bien.
18 Y dije: Pereció mi fortaleza, y mi esperanza del SEÑOR.
19 Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la hiel.
20 Tendrálo aún en memoria mi alma, porque en mí está humillada.
21 Esto reduciré a mi corazón, por lo cual esperaré.
22 *Es por* la misericordia del SEÑOR que no somos consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.
23 Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.
24 Mi parte es el SEÑOR, dijo mi alma; por tanto en él esperaré.
25 Bueno es el SEÑOR a los que en él esperan, al alma que le buscare.
26 Bueno es esperar en silencio la salvación del SEÑOR.
27 Bueno es al hombre, si llevare el yugo desde su mocedad.
28 Sentaráse solo, y callará, porque lo llevó sobre sí.
29 Pondrá su boca en el polvo, por si quizá hay esperanza.
30 Dará la mejilla al que le hiriere; hartaráse de afrenta.
31 Porque el Señor no desechará para siempre:
32 Antes si afligiere, también se compadecerá según la multitud de sus misericordias.
33 Porque no aflige ni congoja de su corazón a los hijos de los hombres.
34 Desmenuzar bajo de sus pies todos los encarcelados de la tierra,
35 Hacer apartar el derecho del hombre ante la presencia del Altísimo,
36 Trastornar al hombre en su causa, el Señor no lo sabe.
37 ¿Quién *será* aquel que diga, que vino *algo* que el Señor no mandó?
38 ¿De la boca del Altísimo no saldrá malo y bueno?
39 ¿Por qué murmura el hombre viviente, el hombre en su pecado?
40 Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos al SEÑOR.
41 Levantemos nuestros corazones con las manos a Dios en los cielos.

42 Nosotros nos hemos rebelado, y fuimos desleales; tú no perdonaste.
43 Desplegaste la ira, y nos perseguiste; mataste, no perdonaste.
44 Te cubriste de nube, porque no pasase la oración *nuestra*.
45 Raedura y abominación nos tornaste en medio de los pueblos.
46 Todos nuestros enemigos abrieron sobre nosotros su boca.
47 Temor y lazo fue para nosotros, asolamiento y quebrantamiento.
48 Ríos de aguas echan mis ojos, por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo.
49 Mis ojos destilan, y no cesan, porque no hay alivio,
50 Hasta que el SEÑOR mire y vea desde el cielo.
51 Mis ojos contristaron mi alma, por todas las hijas de mi ciudad.
52 Mis enemigos me dieron caza como a ave, sin por qué.
53 Ataron mi vida en mazmorra, pusieron piedra sobre mí.
54 Aguas de avenida vinieron sobre mi cabeza; yo dije: Muerto soy.
55 Invoqué tu nombre, oh SEÑOR, desde la cárcel profunda.
56 Oíste mi voz; no escondas tu oído a mi clamor, para mi respiro.
57 Acercástete el día que te invoqué: dijiste: No temas.
58 Abogaste, oh Señor, la causa de mi alma; redimiste mi vida.
59 Tú has visto, oh SEÑOR, mi agravio; defiende mi causa.
60 Tú has visto toda su venganza; todos sus pensamientos contra mí.
61 Tú has oído el oprobio de ellos, oh SEÑOR, todas sus maquinaciones contra mí;
62 Los dichos de los que contra mí se levantaron, y su designio contra mí todo el día.
63 Su sentarse, y su levantarse mira: yo soy su canción.
64 Dales el pago, oh SEÑOR, según la obra de sus manos.
65 Dales ansia de corazón, tu maldición a ellos.
66 Persíguelos en tu furor, y quebrántalos de debajo de los cielos, oh SEÑOR.

CAPÍTULO 4

¡CÓMO se ha oscurecido el oro! ¡*Cómo* el buen oro se ha demudado! Las piedras del santuario están esparcidas por las encrucijadas de todas las calles.
2 Los hijos de Sión, preciados y estimados más que el oro puro, ¡cómo son tenidos por vasos de barro, obra de manos de alfarero!
3 Aun los monstruos marinos sacan la teta, dan de mamar a sus chiquitos: la hija de mi pueblo es cruel, como los avestruces en el desierto.
4 La lengua del niño de teta, de sed se pegó a su paladar: los chiquitos pidieron pan, y no hubo quien se lo partiese.
5 Los que comían delicadamente, asolados fueron en las calles; los que se criaron en carmesí, abrazaron los estercoleros.
6 Y aumentóse la iniquidad de la hija de mi pueblo más que el pecado de Sodoma, que fue trastornada en un momento, y no asentaron sobre ella compañías.
7 Sus Nazareos fueron blancos más que la nieve, más lustrosos que la leche, su compostura más rubicunda que los rubíes, más bellos que el zafiro:

8 Oscura más que la negrura es la forma de ellos; no los conocen por las calles: su piel está pegada a sus huesos, seca como un palo.
9 Más dichosos fueron los muertos a espada que los muertos del hambre; porque éstos murieron poco a poco por falta de los frutos de la tierra.
10 Las manos de las mujeres piadosas cocieron a sus hijos; fuéronles comida en el quebrantamiento de la hija de mi pueblo.
11 Cumplió el SEÑOR su enojo, derramó el ardor de su ira; y encendió fuego en Sión, que consumió sus fundamentos.
12 Nunca los reyes de la tierra, ni todos los que habitan en el mundo, creyeron que el enemigo y el adversario entrara por las puertas de Jerusalem.
13 *Es* por los pecados de sus profetas, por las maldades de sus sacerdotes, que derramaron en medio de ella la sangre de los justos.
14 Titubearon como ciegos en las calles, fueron contaminados en sangre, de modo que no pudiesen tocar a sus vestiduras.
15 Apartaos ¡inmundos!, les gritaban, apartaos, apartaos, no toquéis. Cuando huyeron y fueron dispersos, dijeron entre las gentes: Nunca más morarán *aquí*.
16 La ira del SEÑOR los apartó, no los mirará más: no respetaron la faz de los sacerdotes, ni tuvieron compasión de los viejos.
17 Aun nos han desfallecido nuestros ojos tras nuestro vano socorro: en nuestra esperanza aguardamos gente que no puede salvar.
18 Cazaron nuestros pasos, que no anduviésemos por nuestras calles: acercóse nuestro fin, cumpliéronse nuestros días; porque nuestro fin vino.
19 Ligeros fueron nuestros perseguidores más que las águilas del cielo: sobre los montes nos persiguieron, en el desierto nos pusieron emboscadas.
20 El resuello de nuestras narices, el ungido del SEÑOR, de quien habíamos dicho, a su sombra tendremos vida entre las gentes, fue preso en sus hoyos.
21 Gózate y alégrate, hija de Edom, la que habitas en tierra de Hus: aun hasta ti pasará la copa; embriagarte has, y vomitarás.
22 Cumplido es tu castigo, oh hija de Sión: nunca más te hará trasportar. Visitará tu iniquidad, oh hija de Edom; descubrirá tus pecados.

CAPÍTULO 5

ACUÉRDATE, oh SEÑOR, de lo que nos ha sucedido: ve y mira nuestro oprobio.
2 Nuestra heredad se ha vuelto a extraños, nuestras casas a forasteros.
3 Huérfanos somos sin padre, nuestras madres como viudas.
4 Nuestra agua bebemos por dinero; nuestra leña por precio compramos.
5 Persecución padecemos sobre nuestra cerviz: nos cansamos, y no hay para nosotros reposo.
6 Al Egipcio y al Asirio dimos la mano, para saciarnos de pan.
7 Nuestros padres pecaron, y son muertos; y nosotros llevamos sus iniquidades.
8 Siervos se enseñorearon de nosotros; no hubo quien de su mano nos librase.
9 Con peligro de nuestras vidas

traíamos nuestro pan delante de
la espada del desierto.
10 Nuestra piel se ennegreció
como un horno a causa del ardor
del hambre.
11 Violaron a las mujeres en Sión,
a las vírgenes en las ciudades de
Judá.
12 A los príncipes colgaron por
su mano; no respetaron el rostro
de los viejos.
13 Llevaron los mozos a moler, y
los muchachos desfallecieron en
la leña.
14 Los ancianos cesaron de la
puerta, los mancebos de sus can-
ciones.
15 Cesó el gozo de nuestro cora-
zón; nuestro corro se tornó en
luto.
16 Cayó la corona de nuestra ca-
beza: ¡ay ahora de nosotros! por-
que pecamos.
17 Por esto fue entristecido nues-
tro corazón, por esto se entene-
brecieron nuestros ojos:
18 Por el monte de Sión que está
asolado; zorras andan en él.
19 Mas tú, oh SEÑOR, permanece-
rás para siempre: tu trono de ge-
neración en generación.
20 ¿Por qué te olvidarás para
siempre de nosotros, y nos deja-
rás por largos días?
21 Vuélvenos, oh SEÑOR, a ti, y
nos volveremos: renueva nues-
tros días como al principio.
22 Porque repeliendo nos has
desechado; te has airado contra
nosotros en gran manera.

El Libro del Profeta
EZEQUIEL

CAPÍTULO 1
Y FUE *que* a los treinta años, en
el *mes* cuarto, a cinco del mes,
estando yo en medio de los trasportados junto al río de Quebar,
los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios.
2 A los cinco del mes, que fue en
el quinto año de la transmigración del rey Joaquín,
3 Vino la palabra del SEÑOR a
Ezequiel sacerdote, hijo de Buzi,
en la tierra de los Caldeos, junto
al río de Quebar; fue allí sobre él
la mano del SEÑOR.
4 Y miré, y he aquí un viento tempestuoso venía del norte,
una gran nube, con un fuego envolvente, y en derredor suyo un
resplandor, y en medio del fuego
una cosa que parecía como de
ámbar,
5 Y en medio de ella, la semejanza de cuatro seres vivientes. Y
este era su parecer: había en
ellos semejanza de hombre.
6 Y cada uno tenía cuatro rostros,
y cuatro alas.
7 Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies
como la planta de pie de becerro;
y centelleaban a manera de latón
bruñido.
8 Y debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus rostros y sus alas por
los cuatro lados.
9 Con las alas se juntaban el uno
al otro. No se volvían cuando
andaban; cada uno caminaba en
derecho de su rostro.
10 Y la figura de sus rostros era
rostro de hombre; y rostro de
león a la parte derecha en los
cuatro; y a la izquierda rostro
de buey en los cuatro; asimismo había en los cuatro rostro de
águila.
11 *Tales eran* sus rostros; y *tenían* sus alas extendidas por encima, cada uno dos, las cuales se
juntaban; y las otras dos cubrían
sus cuerpos.
12 Y cada uno iba derecho hacia
adelante: hacia donde el espíritu había de ir, iban; cuando iban,
no se volvían.
13 Cuanto a la semejanza de los
seres vivientes, su parecer era
como de carbones de fuego encendidos, como parecer de hachones *encendidos:* discurría entre
los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos.
14 Y los seres vivientes corrían y
tornaban a semejanza de relámpagos.
15 Y estando yo mirando los seres
vivientes, he aquí una rueda en
la tierra junto a los seres vivientes, a sus cuatro caras.
16 Y el parecer de las ruedas y
su obra semejábase al color del
topacio. Y las cuatro tenían una
misma semejanza: su apariencia
y su obra como rueda en medio
de rueda.
17 Cuando andaban, se movían
sobre sus cuatro costados: no se
volvían cuando andaban.
18 Y sus cercos eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro.

19 Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos: y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban.
20 Hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; hacia donde era el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas.
21 Cuando ellos andaban, andaban ellas; y cuando ellos se paraban, se paraban ellas; asimismo cuando se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas.
22 Y sobre las cabezas de cada ser viviente aparecía firmamento a manera de cristal maravilloso, extendido encima sobre sus cabezas.
23 Y debajo del firmamento estaban las alas de ellos derechas la una a la otra; a cada uno dos, y otras dos con que se cubrían sus cuerpos.
24 Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Todopoderoso, como ruido de muchedumbre, como la voz de un ejército. Cuando se paraban, aflojaban sus alas.
25 Y cuando se paraban *y* aflojaban sus alas, oíase voz de arriba del firmamento que había sobre sus cabezas.
26 Y sobre el firmamento que había sobre sus cabezas, *veíase* la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él.
27 Y vi apariencia como de ámbar, como apariencia de fuego dentro de ella en contorno, por el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, ví que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor.
28 Cual parece el arco que está en la nube en el día de lluvia, así era el parecer del resplandor alrededor. Ésta fue la visión de la semejanza de la gloria del SEÑOR. Y luego que yo la hube visto, caí sobre mi rostro, y oí voz de uno que hablaba.

CAPÍTULO 2

Y DÍJOME: Hijo del hombre, está sobre tus pies, y hablaré contigo.
2 Y entró el espíritu en mí luego que me habló, y afirmóme sobre mis pies, y oía al que me hablaba.
3 Y díjome: Hijo del hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes que se rebelaron contra mí: ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día.
4 Yo pues te envío a hijos de duro rostro y de empedernido corazón; y les dirás: Así ha dicho el Señor DIOS.
5 Acaso ellos escuchen; y si no escucharen, (porque son una rebelde familia,) siempre conocerán que hubo profeta entre ellos.
6 Y tú, hijo del hombre, no temas de ellos, ni tengas miedo de sus palabras, aunque te *hallas* entre zarzas y espinas, y tú moras con escorpiones: no tengas miedo de sus palabras, ni temas delante de ellos, porque son casa rebelde.
7 Les hablarás pues mis palabras, escuchen o dejen de escu-

char; porque son muy rebeldes.
8 Mas tú, hijo del hombre, oye
lo que yo te hablo; no seas tú rebelde como la casa rebelde: abre
tu boca, y come lo que yo te doy.
9 Y miré, y he aquí una mano me
fue enviada, y en ella había un
rollo de libro.
10 Y extendiólo delante de mí, y
estaba escrito delante y detrás: y
había escritas en él endechas, y
lamentación, y ayes.

CAPÍTULO 3

Y DÍJOME: Hijo del hombre,
come lo que hallares; come
este rollo, y ve y habla a la casa
de Israel.
2 Y abrí mi boca, e hízome comer
aquel rollo.
3 Y díjome: Hijo del hombre, haz
a tu vientre que coma, e hinche
tus entrañas de este rollo que
yo te doy. Y comílo, y fue en mi
boca dulce como miel.
4 Díjome luego: Hijo del hombre,
ve y entra a la casa de Israel, y
habla a ellos con mis palabras.
5 Porque no eres enviado a pueblo de habla profunda ni de lengua difícil, sino a la casa de Israel.
6 No a muchos pueblos de profunda habla ni de lengua difícil,
cuyas palabras no entiendas; y si
a ellos te enviara, ellos te oyeran.
7 Mas la casa de Israel no te querrán oír, porque no me quieren
oír a mí: porque toda la casa
de Israel son tiesos de frente, y
duros de corazón.
8 He aquí he hecho yo tu rostro
fuerte contra los rostros de ellos,
y tu frente fuerte contra su frente.
9 Como diamante, más fuerte
que pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni tengas miedo
delante de ellos, porque es casa
rebelde.
10 Y díjome: Hijo del hombre,
toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye
con tus oídos.
11 Y ve, y entra a los trasportados, a los hijos de tu pueblo, y les
hablarás y les dirás: Así ha dicho
el Señor DIOS; escuchen, o dejen
de escuchar.
12 Y levantóme el espíritu, y oí
detrás de mí una voz de grande estruendo, *que decía:* Bendita
sea la gloria del SEÑOR desde su
lugar.
13 *Oí* también el sonido de las
alas de los seres vivientes que
se juntaban la una con la otra,
y el sonido de las ruedas delante de ellos, y sonido de grande
estruendo.
14 Levantóme pues el espíritu, y
me tomó; y fui en amargura, en
la indignación de mi espíritu:
mas la mano del SEÑOR era fuerte sobre mí.
15 Y vine a los trasportados en
Tel-abib, que moraban junto al
río de Quebar, y asenté donde
ellos estaban asentados, y allí
permanecí siete días atónito
entre ellos.
16 Y aconteció que al cabo de los
siete días vino a mí la palabra
del SEÑOR, diciendo:
17 Hijo del hombre, yo te he
puesto por atalaya a la casa de
Israel: oirás pues tú la palabra de
mi boca, y amonestarlos has de
mi parte.
18 Cuando yo dijere al impío: De
cierto morirás: y tú no le amonestares, ni le hablares, para
que el impío sea apercibido de
su mal camino, a fin de que viva,
el impío morirá por su maldad,

mas su sangre demandaré de tu
mano.
19 Y si tú amonestares al impío,
y él no se convirtiere de su impiedad, y de su mal camino, él
morirá por su maldad, y tú habrás librado tu alma.
20 Y cuando el justo se apartare
de su justicia, e hiciere maldad,
y pusiere yo tropiezo delante de
él, él morirá, porque tú no le
amonestaste; en su pecado morirá, y sus justicias que había
hecho no vendrán en memoria;
mas su sangre demandaré de tu
mano.
21 Y si al justo amonestares
para que el justo no peque, y no
pecare, de cierto vivirá, porque
fue amonestado; y tú habrás librado tu alma.
22 Y fue allí la mano del SEÑOR
sobre mí, y díjome: Levántate,
y sal al campo, y allí hablaré
contigo.
23 Y levantéme, y salí al campo:
y he aquí que allí estaba la gloria del SEÑOR, como la gloria
que había visto junto al río de
Quebar: y caí sobre mi rostro.
24 Entonces entró espíritu en
mí, y afirmóme sobre mis pies, y
hablóme, y díjome: Entra, y enciérrate dentro de tu casa.
25 Y tú, oh hijo del hombre, he
aquí que pondrán sobre ti cuerdas, y con ellas te ligarán, y no
saldrás entre ellos.
26 Y haré que se pegue tu lengua a tu paladar, y estarás mudo,
y no serás a ellos varón que reprende: porque son casa rebelde.
27 Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca, y les dirás:
Así ha dicho el Señor DIOS: El
que oye, oiga; y el que cesa,
cese: porque casa rebelde son.

CAPÍTULO 4

Y TÚ, hijo del hombre, tómate
un adobe, y ponlo delante de
ti, y diseña sobre él la ciudad de
Jerusalem:
2 Y pondrás contra ella cerco, y
edificarás contra ella fortaleza,
y sacarás contra ella baluarte, y
asentarás delante de ella campo,
y pondrás contra ella arietes alrededor.
3 Tómate también una plancha
de hierro, y ponla en lugar de
muro de hierro entre ti y la ciudad: afirmarás luego tu rostro
contra ella, y será en lugar de
cerco, y la sitiarás. Es señal a la
casa de Israel.
4 Y tú dormirás sobre tu lado
izquierdo, y pondrás sobre él la
maldad de la casa de Israel: el
número de los días que dormirás
sobre él, llevarás sobre ti la maldad de ellos.
5 Yo te he dado los años de su
maldad por el número de los
días, trescientos y noventa días:
y llevarás la maldad de la casa
de Israel.
6 Y cumplidos estos, dormirás
sobre tu lado derecho segunda
vez, y llevarás la maldad de la
casa de Judá cuarenta días: día
por año, día por año te lo he
dado.
7 Y al cerco de Jerusalem afirmarás tu rostro, y descubierto tu
brazo, profetizarás contra ella.
8 Y he aquí he puesto sobre ti
cuerdas, y no te tornarás del
un lado al otro lado, hasta que
hayas cumplido los días de tu
cerco.
9 Y tú toma para ti trigo, y cebada, y habas, y lentejas, y mijo, y
avena, y ponlo en una vasija, y
hazte pan de ello el número de

los días que durmieres sobre tu
lado: trescientos y noventa días
comerás de él.
10 Y la comida que has de comer
será por peso de veinte siclos al día:
de tiempo a tiempo lo comerás.
11 Y beberás el agua por medida,
la sexta parte de un hin: de tiem-
po a tiempo beberás.
12 Y comerás pan de cebada co-
cido debajo de la ceniza; y lo
cocerás a vista de ellos con los
estiércoles que salen del hombre.
13 Y dijo el SEÑOR: Así comerán
los hijos de Israel su pan inmun-
do, entre los Gentiles a donde los
lanzaré yo.
14 Y dije: ¡Ah Señor DIOS! he
aquí que mi alma no es inmun-
da ni nunca desde mi mocedad
hasta este tiempo comí cosa mor-
tecina ni despedazada, ni nunca
en mi boca entró carne inmunda.
15 Y respondióme: He aquí te doy
estiércoles de bueyes en lugar de
los estiércoles de hombre, y dis-
pondrás tu pan con ellos.
16 Díjome luego: Hijo del hom-
bre, he aquí quebrantaré el sos-
tén del pan en Jerusalem, y co-
merán el pan por peso, y con
angustia; y beberán el agua por
medida, y con espanto.
17 Porque les faltará el pan y el
agua, y se espantarán los unos
con los otros, y se consumirán
por su maldad.

CAPÍTULO 5

Y TÚ, hijo del hombre, tómate
un cuchillo agudo, una nava-
ja de barbero toma, y hazla pasar
sobre tu cabeza y tu barba: tóma-
te después un peso de balanza, y
reparte los pelos.
2 Una tercera parte quemarás
con fuego en medio de la ciudad,
cuando se cumplieren los días
del cerco; y tomarás una tercera
parte, y herirás con cuchillo alre-
dedor de ella; y una tercera parte
esparcirás al viento, y yo desen-
vainaré espada en pos de ellos.
3 Tomarás también de allí unos
pocos por cuenta, y los atarás en
el canto de tu ropa.
4 Y tomarás otra vez de ellos, y
los echarás en mitad del fuego, y
en el fuego los quemarás: de allí
saldrá el fuego en toda la casa de
Israel.
5 Así ha dicho el Señor DIOS:
Ésta *es* Jerusalem: púsela en
medio de las naciones y de las
tierras alrededor de ella.
6 Y ella mudó mis juicios y mis
ordenanzas en impiedad más
que las naciones, y más que las
tierras que están alrededor de
ella; porque desecharon mis jui-
cios y mis mandamientos, y no
anduvieron en ellos.
7 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: ¿Por haberos multiplicado
más que a las naciones que están
alrededor de vosotros, no habéis
andado en mis mandamientos,
ni habéis guardado mis leyes? Ni
aun según las leyes de las gentes
que están alrededor de vosotros
habéis hecho.
8 Así pues ha dicho el Señor
DIOS: He aquí yo contra ti; sí, yo,
y haré juicios en medio de ti a los
ojos de las naciones.
9 Y haré en ti lo que nunca hice,
ni jamás haré cosa semejante, a
causa de todas tus abominacio-
nes.
10 Por eso los padres comerán
a los hijos en medio de ti, y los
hijos comerán a sus padres; y
haré en ti juicios, y esparciré a
todos vientos todo tu remanente.

11 Por tanto, vivo yo, dice el
Señor DIOS, ciertamente por
haber violado mi santuario con
todas tus abominaciones, *te* que-
brantaré yo también: mi ojo no
perdonará, ni tampoco tendré yo
misericordia.
12 Una tercera parte de ti morirá
de pestilencia, y de hambre será
consumida en medio de ti; y una
tercera parte caerá a espada alre-
dedor de ti; y una tercera parte
esparciré a todos los vientos, y
tras ellos desenvainaré espada.
13 Y cumpliráse mi furor, y haré
que repose en ellos mi enojo, y
tomaré satisfacción: y sabrán
que yo el SEÑOR he hablado en
mi celo, cuando habré cumplido
en ellos mi enojo.
14 Y te tornaré en desierto y en
oprobio entre las naciones que
están alrededor de ti, a los ojos
de todo transeúnte.
15 Y serás oprobio, y escarnio, y
escarmiento, y espanto a las na-
ciones que están alrededor de ti,
cuando yo hiciere en ti juicios
en furor e indignación, y en re-
prensiones de ira. Yo el SEÑOR
he hablado.
16 Cuando arrojare yo sobre ellos
las perniciosas saetas del hambre,
que serán para destrucción, las
cuales enviaré para destruiros,
entonces aumentaré el hambre
sobre vosotros, y quebrantaré
entre vosotros el arrimo del pan.
17 Enviaré pues sobre vosotros
hambre, y malas bestias que te
destruyan; y pestilencia y sangre
pasarán por ti; y meteré sobre ti
espada. Yo el SEÑOR he hablado.

CAPÍTULO 6

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, pon tu rostro
hacia los montes de Israel, y pro-
fetiza contra ellos.
3 Y dirás: Montes de Israel, oid
palabra del Señor DIOS: Así ha
dicho el Señor DIOS a los mon-
tes y a los collados, a los arroyos
y a los valles: He aquí que yo, yo
haré venir sobre vosotros espada,
y destruiré vuestros altos.
4 Y vuestros altares serán asola-
dos, y vuestras imágenes del sol
serán quebradas: y haré que cai-
gan vuestros muertos delante de
vuestros ídolos.
5 Y pondré los cuerpos muertos
de los hijos de Israel delante de
sus ídolos; y vuestros huesos es-
parciré en derredor de vuestros
altares.
6 En todas vuestras habitacio-
nes las ciudades serán desiertas,
y los altos serán asolados, para
que sean asolados y se hagan
desiertos vuestros altares; y que-
brados serán vuestros ídolos, y
cesarán; y vuestras imágenes del
sol serán destruídas, y vuestras
obras serán deshechas.
7 Y los muertos caerán en medio
de vosotros; y sabréis que soy el
SEÑOR.
8 Mas dejaré un remanente de
modo que tengáis entre las na-
ciones, algunos que escapen de
la espada, cuando seáis espar-
cidos por las tierras.
9 Y los que de vosotros escapa-
ren, se acordarán de mí entre
las naciones entre las cuales
serán cautivos: porque yo me
quebranté a causa de su cora-
zón fornicario, que se apartó de
mí, y a causa de sus ojos, que
fornicaron tras sus ídolos: y se
avergonzarán de sí mismos, a
causa de los males que hicie-

ron en todas sus abominaciones.
10 Y sabrán que yo soy el SEÑOR:
no en vano dije que les había de
hacer este mal.
11 Así ha dicho el Señor DIOS:
Hiere con tu mano, y huella con
tu pie, y di: ¡Ay de los males de la
casa de Israel por todas las abo-
minaciones! porque con espada,
y con hambre, y con pestilencia
caerán.
12 El que estuviere lejos, morirá
de pestilencia; y el que estuviere
cerca, caerá a espada; y el que
quedare, y fuere cercado, morirá
de hambre: así cumpliré en ellos
mi enojo.
13 Y sabréis que yo soy el SEÑOR,
cuando sus muertos estarán en
medio de sus ídolos, en derre-
dor de sus altares, en todo colla-
do alto, y en todas las cumbres
de los montes, y debajo de todo
árbol sombrío, y debajo de toda
encina espesa, lugares donde die-
ron olor suave a todos sus ídolos.
14 Y extenderé mi mano sobre
ellos, y tornaré la tierra asolada
y desierta, más que el desierto
hacia Diblat, en todas sus habi-
taciones: y conocerán que yo soy
el SEÑOR.

CAPÍTULO 7

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Y tú, hijo del hombre, así ha
dicho el Señor DIOS a la tierra de
Israel: El fin, el fin viene sobre
los cuatro cantones de la tierra.
3 Ahora será el fin sobre ti, y en-
viaré sobre ti mi furor, y te juz-
garé según tus caminos; y pondré
sobre ti todas tus abominaciones.
4 Y mi ojo no te perdonará, ni
tendré misericordia; antes pon-
dré sobre ti tus caminos, y en
medio de ti estarán tus abomina-
ciones; y sabréis que yo soy el
SEÑOR.
5 Así ha dicho el Señor DIOS: Un
mal, he aquí que viene un mal.
6 Viene el fin, el fin viene: hase
despertado contra ti; he aquí que
viene.
7 La mañana viene para ti, oh
morador de la tierra; el tiempo
viene, cercano está el día; día de
alboroto, y no de alegría sobre
los montes.
8 Ahora presto derramaré mi ira
sobre ti, y cumpliré en ti mi furor,
y te juzgaré según tus caminos; y
pondré sobre ti tus abominacio-
nes.
9 Y mi ojo no perdonará, ni ten-
dré misericordia: según tus cami-
nos pondré sobre ti, y en medio
de ti serán tus abominaciones; y
sabréis que yo el SEÑOR soy el
que hiero.
10 He aquí el día, he aquí que
viene: ha salido la mañana; flore-
cido ha la vara, ha reverdecido la
soberbia.
11 La violencia se ha levantado
en vara de impiedad; ninguno
quedará de ellos, ni de su multi-
tud, ni uno de los suyos; ni habrá
quien de ellos se lamente.
12 El tiempo es venido, acercó-
se el día: el que compra, no se
huelgue, y el que vende, no llore:
porque la ira está sobre toda su
multitud.
13 Porque el que vende no torna-
rá a lo vendido, aunque queden
vivos: porque la visión sobre
toda su multitud no será cancela-
da; y ninguno podrá, a causa de
su iniquidad, amparar su vida.
14 Tocarán trompeta, y apareja-
rán todas las cosas, y no habrá
quien vaya a la batalla: porque

mi ira está sobre toda su multi-
tud.
15 De fuera espada, de dentro
pestilencia y hambre: el que
estuviere en el campo morirá a
espada; y al que estuviere en la
ciudad, consumirálo hambre y
pestilencia.
16 Y los que escaparen de ellos,
huirán y estarán sobre los mon-
tes como palomas de los valles,
gimiendo todos cada uno por su
iniquidad.
17 Todas manos serán descoyun-
tadas, y declinarán como aguas
todas rodillas.
18 Ceñirse han también de sacos,
y cubrirálos temblor; y en todo
rostro habrá confusión, y en
todas sus cabezas peladura.
19 Arrojarán su plata por las ca-
lles, y su oro será desechado; su
plata ni su oro, no podrá librar-
los en el día del furor del SEÑOR;
no saciarán su alma, ni henchi-
rán sus entrañas: porque ha sido
tropiezo para su maldad.
20 Por cuanto la gloria de su or-
namento pusieron en soberbia, e
hicieron en ella imágenes de sus
abominaciones, de sus estatuas:
por eso se la torné a ellos en ale-
jamiento;
21 Y en mano de extraños la en-
tregué para ser saqueada, y en
despojo a los impíos de la tierra,
y la contaminarán.
22 Y apartaré de ellos mi rostro,
y violarán mi *lugar* secreto; pues
entrarán en él destruidores, y le
profanarán.
23 Haz una cadena: porque la
tierra está llena de juicios de
sangres, y la ciudad está llena de
violencia.
24 Traeré por tanto los más
malos de las naciones, los cuales
poseerán sus casas; y haré cesar
la soberbia de los poderosos, y
sus santuarios serán profanados.
25 Destrucción viene; y buscarán
la paz, y no la habrá.
26 Quebrantamiento vendrá
sobre quebrantamiento, y rumor
será sobre rumor; y buscarán
respuesta del profeta, mas la ley
perecerá del sacerdote, y el con-
sejo de los ancianos.
27 El rey se enlutará, y el prínci-
pe se vestirá de asolamiento, y
las manos del pueblo de la tie-
rra serán conturbadas: según su
camino haré con ellos, y con los
juicios de ellos los juzgaré; y sa-
brán que yo soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 8

Y ACONTECIÓ en el sexto año,
en el *mes* sexto, a los cinco del
mes, que estaba yo sentado en
mi casa, y los ancianos de Judá
estaban sentados delante de mí,
y allí cayó sobre mí la mano del
Señor DIOS.
2 Y miré, y he aquí una semejan-
za que parecía de fuego: desde
donde parecían sus lomos para
abajo, fuego; y desde sus lomos
arriba parecía como resplandor,
como la vista de ámbar.
3 Y aquella semejanza extendió
la mano, y tomóme por las gue-
dejas de mi cabeza; y el espíritu
me alzó entre el cielo y la tierra,
y llevóme en visiones de Dios
a Jerusalem, a la entrada de la
puerta de adentro que mira hacia
el norte, donde estaba la habi-
tación de la imagen del celo, la
que hacía celar.
4 Y he aquí que allí estaba la glo-
ria del Dios de Israel, como la
visión que yo había visto en el
campo.

5 Y díjome: Hijo del hombre,
alza ahora tus ojos hacia el lado
del norte. Y alcé mis ojos hacia
el lado del norte, y he aquí al
norte, junto a la puerta del
altar, la imagen del celo en la
entrada.
6 Díjome entonces: Hijo del hom-
bre, ¿no ves lo que éstos hacen,
las grandes abominaciones que
la casa de Israel hace aquí, para
alejarme de mi santuario? Mas
vuélvete aún, y verás abomina-
ciones mayores.
7 Y llevóme a la entrada del atrio,
y miré, y he aquí en la pared un
agujero.
8 Y díjome: Hijo del hombre,
cava ahora en la pared. Y cavé
en la pared, y he aquí una puerta.
9 Díjome luego: Entra, y ve las
malvadas abominaciones que
éstos hacen allí.
10 Entré pues, y miré, y he aquí
imágenes de todas serpientes,
y animales de abominación, y
todos los ídolos de la casa de Is-
rael, que estaban pintados en la
pared alrededor.
11 Y delante de ellos estaban
setenta varones de los ancianos
de la casa de Israel, y Jaazanías
hijo de Safán estaba en medio de
ellos, cada uno con su incensario
en su mano; y del sahumerio
subía espesura de niebla.
12 Y me dijo: Hijo del hombre,
¿has visto las cosas que los ancia-
nos de la casa de Israel hacen en
tinieblas, cada uno en sus cáma-
ras *pintadas* de imágenes? porque
dicen ellos: el SEÑOR no nos ve;
el SEÑOR ha dejado la tierra.
13 Díjome después: Vuélvete aún,
verás abominaciones mayores
que hacen éstos.
14 Y llevóme a la entrada de la
puerta de la casa del SEÑOR, que
está al norte; y he aquí mujeres
que estaban allí sentadas ende-
chando a Tamuz.
15 Luego me dijo: ¿No ves, hijo
del hombre? Vuélvete aún, verás
abominaciones mayores que
éstas.
16 Y metióme en el atrio de aden-
tro de la casa del SEÑOR: y he
aquí junto a la entrada del tem-
plo del SEÑOR, entre la entrada
y el altar, como veinticinco varo-
nes, sus espaldas *vueltas* al tem-
plo del SEÑOR y sus rostros al
oriente, y adoraban el sol hacia
el oriente.
17 Y díjome: ¿No has visto, hijo
del hombre? ¿Es cosa liviana
para la casa de Judá hacer las
abominaciones que hacen aquí?
Después que han llenado la tie-
rra con violencia, y me provoca-
ron a ira; he aquí que ponen el
ramo a sus narices.
18 Pues también yo haré en mi
furor; no perdonará mi ojo, ni
tendré misericordia, y gritarán a
mis oídos con gran voz, y no los
oiré.

CAPÍTULO 9

Y CLAMÓ en mis oídos con
gran voz, diciendo: Los visi-
tadores de la ciudad han llegado,
y cada uno *trae* en su mano su
instrumento para destruir.
2 Y he aquí que seis varones ve-
nían del camino de la puerta de
arriba que está vuelta al norte, y
cada uno *traía* en su mano su ins-
trumento para destruir. Y entre
ellos había un varón vestido de
lienzos, el cual traía a su cintu-
ra una escribanía de escribano;
y entrados, paráronse junto al
altar de latón.

3 Y la gloria del Dios de Israel se alzó de sobre el querubín sobre el cual había estado, al umbral de la casa: y él llamó al varón vestido de lienzos, que tenía a su cintura la escribanía de escribano.
4 Y díjole el SEÑOR: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, y pon una marca en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella.
5 Y a los otros dijo a mis oídos: Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia.
6 Matad viejos, mozos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario. Comenzaron pues desde los varones ancianos que estaban delante del templo.
7 Y díjoles: Contaminad la casa, y henchid los atrios de muertos: salid. Y salieron, e hirieron en la ciudad.
8 Y aconteció que, habiéndolos herido, yo quedé y postréme sobre mi rostro, y clamé, y dije: ¡Ah, Señor DIOS! ¿has de destruir todo el resto de Israel derramando tu furor sobre Jerusalem?
9 Y díjome: La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera, pues la tierra está llena de sangres, y la ciudad está llena de perversidad; porque han dicho: Dejado ha el SEÑOR la tierra, y el SEÑOR no ve.
10 Así pues, yo, mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia: el camino de ellos tornaré sobre su cabeza.
11 Y he aquí que el varón vestido de lienzos, que tenía la escribanía a su cintura, respondió una palabra diciendo: Hecho he conforme a todo lo que me mandaste.

CAPÍTULO 10

Y MIRÉ, y he aquí en el firmamento que había sobre la cabeza de los querubines como una piedra de zafiro, que parecía como semejanza de un trono que se mostró sobre ellos.
2 Y habló al varón vestido de lienzos, y díjole: Entra en medio de las ruedas debajo de los querubines, e hinche tus manos de carbones encendidos de entre los querubines, y derrama sobre la ciudad. Y entró a vista mía.
3 Y los querubines estaban a la mano derecha de la casa cuando este varón entró; y la nube henchía el atrio de adentro.
4 Y la gloria del SEÑOR se levantó del querubín al umbral de la puerta; y la casa fue llena de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria del SEÑOR.
5 Y el estruendo de las alas de los querubines se oía hasta el atrio de afuera, como la voz del Dios Todopoderoso cuando habla.
6 Y aconteció que, como mandó al varón vestido de lienzos, diciendo: Toma fuego de entre las ruedas, de entre los querubines, él entró, y paróse entre las ruedas.
7 Y un querubín extendió su mano de entre los querubines al fuego que estaba entre los querubines, y tomó, y puso en las palmas del que estaba vestido de lienzos, el cual lo tomó y salióse.
8 Y apareció en los querubines la

figura de una mano humana debajo de sus alas.
9 Y miré, y he aquí cuatro ruedas junto a los querubines, junto a cada querubín una rueda; y el aspecto de las ruedas era como el de piedra de Tarsis.
10 Cuanto al parecer de ellas, las cuatro eran de una forma, como si estuviera una en medio de otra.
11 Cuando andaban, sobre sus cuatro costados andaban: no se tornaban cuando andaban, sino que al lugar adonde se volvía el primero, en pos de él iban; ni se tornaban cuando andaban.
12 Y toda su carne, y sus costillas, y sus manos, y sus alas, y las ruedas, lleno estaba de ojos alrededor en sus cuatro ruedas.
13 A las ruedas, oyéndolo yo, se les gritaba: ¡Rueda!
14 Y cada uno tenía cuatro rostros. El primer rostro era de querubín; el segundo rostro, de hombre; el tercer rostro, de león; el cuarto rostro, de águila.
15 Y levantáronse los querubines; este es el ser viviente que ví en el río de Quebar.
16 Y cuando andaban los querubines, andaban las ruedas junto con ellos; y cuando los querubines alzaban sus alas para levantarse de la tierra, las ruedas también no se volvían de junto a ellos.
17 Cuando se paraban ellos, parábanse ellas, y cuando ellos se alzaban, alzábanse con ellos: porque el espíritu de los seres vivientes estaba en ellas.
18 Y la gloria del SEÑOR se salió de sobre el umbral de la casa, y paró sobre los querubines.
19 Y alzando los querubines sus alas, levantáronse de la tierra delante de mis ojos: cuando ellos salieron, también las ruedas al lado de ellos: y paráronse a la entrada de la puerta oriental de la casa del SEÑOR, y la gloria del Dios de Israel estaba arriba sobre ellos.
20 Éste *era* el ser viviente que ví debajo del Dios de Israel en el río de Quebar; y conocí que eran querubines.
21 Cada uno tenía cuatro rostros, y cada uno cuatro alas, y figuras de manos humanas debajo de sus alas.
22 Y la figura de sus rostros era la de los rostros que ví junto al río de Quebar, su *mismo* parecer y su ser; cada uno caminaba en derecho de su rostro.

CAPÍTULO 11

Y EL espíritu me elevó, y metióme por la puerta oriental de la casa del SEÑOR, la cual mira hacia el oriente: y he aquí a la entrada de la puerta veinticinco varones, entre los cuales ví a Jaazanías hijo de Azur, y a Pelatías hijo de Benaías, príncipes del pueblo.
2 Y díjome: Hijo del hombre, estos son los hombres que maquinan perversidad, y dan en esta ciudad mal consejo;
3 Los cuales dicen: No *será* tan presto; edifiquemos casas: ésta *será* la caldera, y nosotros la carne.
4 Por tanto profetiza contra ellos, profetiza, hijo del hombre.
5 Y cayó sobre mí el Espíritu del SEÑOR, y díjome: Di: Así ha dicho el SEÑOR: Así habéis hablado, oh casa de Israel; pues yo he conocido las cosas que suben en vuestra mente.

6 Habéis multiplicado vuestros
muertos en esta ciudad, y habéis
henchido de muertos sus calles.
7 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Vuestros muertos
que habéis puesto en medio de
ella, ellos son la carne, y ella es
la caldera; mas yo os sacaré a
vosotros de en medio de ella.
8 Espada habéis temido, y espada traeré sobre vosotros, dice el
Señor DIOS.
9 Y os sacaré de en medio de
ella, y os entregaré en manos
de extraños, y yo haré juicios en
vosotros.
10 A espada caeréis; en el término de Israel os juzgaré, y sabréis
que yo soy el SEÑOR.
11 Ésta no os será por caldera, ni
vosotros seréis en medio de ella
la carne: en el término de Israel
os tengo de juzgar.
12 Y sabréis que yo soy el SEÑOR:
porque no habéis andado en mis
ordenanzas, ni habéis hecho mis
juicios, sino según los juicios de
las gentes que están en vuestros
alrededores habéis hecho.
13 Y aconteció que, estando yo
profetizando, Pelatías hijo de
Benaías murió. Entonces caí
sobre mi rostro, y clamé con
grande voz, y dije: ¡Ah, Señor
DIOS! ¿harás tú consumación
del remanente de Israel?
14 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
15 Hijo del hombre, tus hermanos, tus hermanos, los hombres
de tu parentesco y toda la casa
de Israel, toda ella *son aquellos*
a quienes dijeron los moradores de Jerusalem: Alejaos del
SEÑOR; a nosotros es dada la
tierra en posesión.
16 Por tanto di: Así ha dicho
el Señor DIOS: Aunque los he
echado lejos entre las gentes, y
los he esparcido por las tierras,
con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras a
donde llegaren.
17 Di por tanto: Así ha dicho el
Señor DIOS: Yo os recogeré de
los pueblos, y os allegaré de las
tierras en las cuales estáis esparcidos, y os daré la tierra de
Israel.
18 Y vendrán allá, y quitarán de
ella todas sus torpezas, y todas
sus abominaciones.
19 Y darles he un corazón, y espíritu nuevo daré en sus entrañas; y quitaré el corazón de
piedra de su carne, y daréles
corazón de carne;
20 Para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis juicios y
los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.
21 Mas a aquellos cuyo corazón
anda tras el deseo de sus torpezas y de sus abominaciones,
yo tornaré su camino sobre sus
cabezas, dice el Señor DIOS.
22 Después alzaron los querubines sus alas, y las ruedas en pos
de ellos; y la gloria del Dios de
Israel estaba sobre ellos encima.
23 Y la gloria del SEÑOR se fue
de en medio de la ciudad, y paró
sobre el monte que está al oriente de la ciudad.
24 Luego me levantó el espíritu, y volvióme a llevar en visión
del Espíritu de Dios a la tierra
de los Caldeos, a los trasportados. Y partióse de mí la visión
que había visto.
25 Y hablé a los trasportados
todas las palabras del SEÑOR
que él me había mostrado.

CAPÍTULO 12

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, tú habitas en
medio de casa rebelde, los cua-
les tienen ojos para ver, y no ven,
tienen oídos para oír, y no oyen;
porque son casa rebelde.
3 Por tanto tú, hijo del hombre,
hazte aparejos de marcha, y pár-
tete de día delante de sus ojos;
y te pasarás de tu lugar a otro
lugar a vista de ellos, por si tal
vez atienden, porque son casa re-
belde.
4 Y sacarás tus aparejos, como
aparejos de partida, de día delan-
te de sus ojos: mas tú saldrás por
la tarde a vista de ellos, como
quien sale para partirse.
5 Delante de sus ojos horadarás
la pared, y saldrás por ella.
6 Delante de sus ojos los llevarás
sobre tus hombros, de noche los
sacarás; cubrirás tu rostro, y no
mirarás la tierra: porque en señal
te he dado a la casa de Israel.
7 Y yo hice así como me fue man-
dado: saqué mis aparejos de día,
como aparejos de partida, y a la
tarde horadé la pared a mano;
salí de noche, y llevélos sobre los
hombros a vista de ellos.
8 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR por la mañana, diciendo:
9 Hijo del hombre, ¿no te ha
dicho la casa de Israel, aquella
casa rebelde: ¿Qué haces?
10 Diles: Así ha dicho el Señor
DIOS: Al príncipe en Jerusalem
es esta carga, y a toda la casa de
Israel que está en medio de ellos.
11 Diles: Yo soy vuestra señal:
como yo hice, así les harán a
ellos: al pasar a otro país irán en
cautiverio.
12 Y al príncipe que está en
medio de ellos llevarán a cuestas
de noche, y saldrán; horadarán
la pared para sacarlo por ella;
cubrirá su rostro para no ver con
sus ojos la tierra.
13 Mas yo extenderé mi red sobre
él, y será preso en mi malla, y
harélo llevar a Babilonia, a tierra
de Caldeos; mas no la verá, y allá
morirá.
14 Y a todos los que estuvieren
alrededor de él para su ayuda, y
a todas sus compañías esparciré
a todo viento, y desenvainaré
espada en pos de ellos.
15 Y sabrán que yo soy el SEÑOR,
cuando los esparciere entre las
gentes, y los derramare por la
tierra.
16 Y haré que de ellos queden
pocos en número, de la espada,
y del hambre, y de la pestilen-
cia, para que cuenten todas sus
abominaciones entre las gentes
adonde llegaren; y sabrán que yo
soy el SEÑOR.
17 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
18 Hijo del hombre, come tu pan
con temblor, y bebe tu agua con
estremecimiento y con anhelo;
19 Y dirás al pueblo de la tierra:
Así ha dicho el Señor DIOS sobre
los moradores de Jerusalem, y
sobre la tierra de Israel: Su pan
comerán con temor, y con es-
panto beberán su agua; porque
su tierra será asolada de su mul-
titud, por la maldad de todos los
que en ella moran.
20 Y las ciudades habitadas serán
asoladas, y la tierra será desierta;
y sabréis que yo soy el SEÑOR.
21 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
22 Hijo del hombre, ¿qué refrán
es este que tenéis vosotros en la

tierra de Israel, diciendo: Prolongarse han los días, y perecerá toda visión?

23 Díles por tanto: Así ha dicho el Señor DIOS: Haré cesar este refrán, y no repetirán más este dicho en Israel. Díles pues: Se han acercado aquellos días, y la palabra de toda visión.

24 Porque no habrá más alguna visión vana, ni habrá adivinación de lisonjeros en medio de la casa de Israel.

25 Porque yo el SEÑOR hablaré; cumpliráse la palabra que yo hablaré; no se dilatará más: antes en vuestros días, oh casa rebelde, hablaré palabra, y cumpliréla, dice el Señor DIOS.

26 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:

27 Hijo del hombre, he aquí que los de la casa de Israel dicen: La visión que éste ve es para muchos días, y para lejanos tiempos profetiza éste.

28 Díles por tanto: Así ha dicho el Señor DIOS: No se dilatarán más todas mis palabras: cumpliráse la palabra que yo hablaré, dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 13

Y VINO a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:

2 Hijo del hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y di a los que profetizan de su corazón: Oid palabra del SEÑOR.

3 Así ha dicho el Señor DIOS: ¡Ay de los profetas insensatos, que andan en pos de su propio espíritu, y nada vieron!

4 Como zorras en los desiertos fueron tus profetas, oh Israel.

5 No habéis subido a los portillos, ni echasteis vallado en la casa de Israel, estando en la batalla en el día del SEÑOR.

6 Vieron vanidad y adivinación de mentira. Dicen: Ha dicho el SEÑOR; y el SEÑOR no los envió: y hacen esperar que se confirme la palabra.

7 ¿No habéis visto visión vana, y no habéis dicho adivinación de mentira, por cuanto decís, dijo el SEÑOR; no habiendo yo hablado?

8 Por tanto, así ha dicho el Señor DIOS: Por cuanto vosotros habéis hablado vanidad, y habéis visto mentira, por tanto, he aquí yo contra vosotros, dice el Señor DIOS.

9 Y será mi mano contra los profetas que ven vanidad, y adivinan mentira: no serán en la congregación de mi pueblo, ni serán escritos en el libro de la casa de Israel, ni a la tierra de Israel volverán; y sabréis que yo soy el Señor DIOS.

10 Por tanto, y por cuanto engañaron a mi pueblo, diciendo, paz; no habiendo paz; y el uno edificaba la pared, y he aquí que los otros la encostraban con lodo suelto;

11 Di a los encostradores con lodo suelto, que caerá; vendrá lluvia inundante, y daré piedras de granizo que la hagan caer, y viento tempestuoso la romperá.

12 Y he aquí, cuando la pared habrá caído, ¿no os dirán: Dónde está la embarradura con que encostrasteis?

13 Por tanto, así ha dicho el Señor DIOS: Y haré que la rompa viento tempestuoso con mi ira, y lluvia inundante vendrá con mi furor, y piedras de granizo con enojo para consumir.

14 Así desbarataré la pared que
vosotros encostrasteis con lodo
suelto, y echaréla a tierra, y será
descubierto su cimiento, y caerá,
y seréis consumidos en medio
de ella; y sabréis que yo soy el
SEÑOR.
15 Cumpliré así mi furor en la
pared y en los que la encostra-
ron con lodo suelto; y os diré: No
existe la pared, ni aquellos que la
encostraron,
16 Los profetas de Israel que pro-
fetizan a Jerusalem, y ven para
ella visión de paz, no habiendo
paz, dice el Señor DIOS.
17 Y tú, hijo del hombre, pon tu
rostro a las hijas de tu pueblo
que profetizan de su corazón, y
profetiza contra ellas,
18 Y di: Así ha dicho el Señor
DIOS: ¡Ay de aquellas que cosen
almohadillas a todos codos de
manos, y hacen veletes sobre la
cabeza de toda edad para cazar
las almas! ¿Habéis de cazar las
almas de mi pueblo, para mante-
ner así vuestra propia vida?
19 ¿Y habéis de profanarme entre
mi pueblo por puñados de ceba-
da y por pedazos de pan, matan-
do las almas que no mueren, y
dando vida a las almas que no
vivirán, mintiendo a mi pueblo
que escucha la mentira?
20 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: He aquí yo contra
vuestras almohadillas, con que
cazáis ahí las almas volando; yo
las arrancaré de vuestros brazos,
y dejaré las almas, las almas que
cazáis volando.
21 Romperé asimismo vuestros
veletes, y libraré mi pueblo de
vuestra mano, y no estarán más
en vuestra mano para caza; y sa-
bréis que yo soy el SEÑOR.
22 Por cuanto entristecisteis con
mentira el corazón del justo, al
cual yo no entristecí, y esforzas-
teis las manos del impío, para
que no se apartase de su mal ca-
mino, infundiéndole ánimo;
23 Por tanto no veréis vanidad,
ni más adivinaréis adivinación;
y libraré mi pueblo de vuestra
mano; y sabréis que yo soy el
SEÑOR.

CAPÍTULO 14

Y VINIERON a mí algunos de
los ancianos de Israel, y sen-
táronse delante de mí.
2 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
3 Hijo del hombre, estos hom-
bres han puesto sus ídolos en su
corazón, y establecido el tropie-
zo de su maldad delante de su
rostro: ¿acaso he de ser yo verda-
deramente consultado por ellos?
4 Háblales por tanto, y díles: Así
ha dicho el Señor DIOS: Cual-
quier hombre de la casa de Israel
que hubiere puesto sus ídolos en
su corazón, y establecido el tro-
piezo de su maldad delante de su
rostro, y viniere al profeta, yo el
SEÑOR responderé al que vinie-
re en la multitud de sus ídolos;
5 Para tomar a la casa de Israel
en su corazón, que se han aparta-
do de mí todos ellos en sus ídolos.
6 Por tanto di a la casa de Israel:
Así dice el Señor DIOS: Arrepen-
tíos, y volveos de vuestros ídolos,
y apartad vuestro rostro de todas
vuestras abominaciones.
7 Porque cualquier hombre de la
casa de Israel, y de los extranje-
ros que moran en Israel, que se
hubiere apartado de andar en
pos de mí, y hubiere puesto sus
ídolos en su corazón, y estable-

cido delante de su rostro el tropiezo de su maldad, y viniere al profeta para preguntarle por mí, yo el SEÑOR le responderé por mí mismo:
8 Y pondré mi rostro contra aquel hombre, y le pondré por señal y por fábula, y yo lo cortaré de entre mi pueblo; y sabréis que yo soy el SEÑOR.
9 Y el profeta, cuando fuere engañado y hablare palabra, yo el SEÑOR engañé al tal profeta; y extenderé mi mano sobre él, y raeréle de en medio de mi pueblo de Israel.
10 Y llevarán su maldad: como la maldad del que pregunta, así será la maldad del profeta;
11 Para que no yerren más la casa de Israel de en pos de mí: ni más se contaminen en todas sus rebeliones, y me sean por pueblo, y yo les sea por Dios, dice el Señor DIOS.
12 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
13 Hijo del hombre, cuando la tierra pecare contra mí rebelándose pérfidamente, y extendiere yo mi mano sobre ella, y le quebrantare el arrimo del pan, y enviare en ella hambre, y talare de ella hombres y bestias;
14 Si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel, y Job, ellos por su justicia librarán su alma, dice el Señor DIOS.
15 Y si hiciere pasar malas bestias por la tierra, y la asolaren, y fuere desolada que no haya quien pase a causa de las bestias,
16 Y estos tres varones estuvieren en medio de ella, vivo yo, dice el Señor DIOS, ni a sus hijos ni a sus hijas librarán; ellos solos serán libres, y la tierra será asolada.
17 O si yo trajere espada sobre la tierra, y dijere: Espada, pasa por la tierra; e hiciere talar de ella hombres y bestias,
18 Y estos tres varones estuvieren en medio de ella, vivo yo, dice el Señor DIOS, no librarán sus hijos ni sus hijas; ellos solos serán libres.
19 O si pestilencia enviare sobre esa tierra, y derramare mi ira sobre ella en sangre, para talar de ella hombres y bestias,
20 Y estuvieren en medio de ella Noé, Daniel, y Job, vivo yo, dice el Señor DIOS, no librarán hijo ni hija; ellos por su justicia librarán su alma.
21 Por lo cual así ha dicho el Señor DIOS: ¿Cuánto más, si mis cuatro malos juicios, espada, y hambre, y mala bestia, y pestilencia, enviare contra Jerusalem, para talar de ella hombres y bestias?
22 Sin embargo, he aquí quedará en ella un remanente, hijos e hijas, que serán llevados fuera: he aquí que ellos vendrán a vosotros, y veréis su camino y sus hechos; y tomaréis consolación del mal que hice venir sobre Jerusalem, de todas las cosas que traje sobre ella.
23 Y consolaros han cuando viereis su camino y sus hechos, y conoceréis que no sin causa hice todo lo que habré hecho en ella, dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 15

Y VINO a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, ¿qué es el palo de la vid más que todo palo? ¿qué es el sarmiento entre los árboles del bosque?

3 ¿Tomarán de él madera para
hacer alguna obra? ¿tomarán de
él una estaca para colgar de ella
algún vaso?
4 He aquí, que es puesto en el
fuego para ser consumido; sus
dos cabos consumió el fuego, y
la parte del medio se quemó;
¿aprovechará para obra alguna?
5 He aquí que cuando estaba
entero no era para obra alguna:
¿cuánto menos después que el
fuego lo hubiere consumido, y
fuere quemado? ¿será más para
alguna obra?
6 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: Como el palo de la vid
entre los árboles del bosque, el
cual di al fuego para que lo con-
suma, así haré a los moradores
de Jerusalem.
7 Y pondré mi rostro contra
ellos; de fuego salieron, y fuego
los consumirá; y sabréis que yo
soy el SEÑOR, cuando pusiere mi
rostro contra ellos.
8 Y tornaré la tierra en asola-
miento, por cuanto cometieron
prevaricación, dice el Señor
DIOS.

CAPÍTULO 16

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, notifica a Je-
rusalem sus abominaciones,
3 Y di: Así ha dicho el Señor
DIOS sobre Jerusalem: Tu habi-
tación y tu raza fue de la tierra
de Canaán; tu padre Amorreo, y
tu madre Hetea.
4 Y cuanto a tu nacimiento, el
día que naciste no fue cortado
tu ombligo, ni fuiste lavada con
aguas para atemperarte, ni sala-
da con sal, ni fuiste envuelta con
fajas.
5 No hubo ojo que se compade-
ciese de ti, para hacerte algo de
esto, teniendo de ti misericordia;
sino que fuiste echada sobre la
haz del campo, con menosprecio
de tu vida, en el día que naciste.
6 Y yo pasé junto a ti, y te ví
sucia en tus sangres, y díjete: En
tus sangres, vive; vive, díjete, en
tus sangres.
7 En millares como la hierba del
campo te puse, y fuiste aumenta-
da y engrandecida, y viniste a
ser adornada grandemente; los
pechos te crecieron, y tu pelo
brotó; mas tú estabas desnuda y
descubierta.
8 Y pasé yo junto a ti, y te miré,
y he aquí que tu tiempo era tiem-
po de amores; extendí mi manto
sobre ti, y cubrí tu desnudez; y
díte juramento, y entré en con-
cierto contigo, dice el Señor
DIOS, y fuiste mía:
9 Y te lavé con agua, y lavé tus
sangres de encima de ti, y ungíte
con aceite;
10 Y te vestí de bordado, y te
calcé de tejón, y ceñíte de lino, y
te vestí de seda.
11 Y te atavié con ornamentos, y
puse ajorcas en tus brazos, y co-
llar a tu cuello;
12 Y puse joyas sobre tu frente, y
zarcillos en tus orejas, y corona
de hermosura en tu cabeza.
13 Y fuiste adornada de oro y
de plata, y tu vestido fue lino, y
seda, y bordado; comiste flor de
harina de trigo, y miel, y aceite;
y fuiste hermoseada en extremo,
y has prosperado hasta reinar.
14 Y salióte nombradía entre las
gentes a causa de tu hermosura;
porque era perfecta, a causa de
mi hermosura que yo puse sobre
ti, dice el Señor DIOS.

15 Mas confiaste en tu hermosu-
ra, y fornicaste a causa de tu
nombradía, y derramaste tus for-
nicaciones a cuantos pasaron;
suya eras.
16 Y tomaste de tus vestidos, e
hicístete diversos altos lugares, y
fornicaste en ellos: *cosa semejante*
no vendrá, ni será *así*.
17 Tomaste asimismo los vasos
de tu hermosura de mi oro y de
mi plata, que yo te había dado, e
hicístete imágenes de hombre, y
fornicaste con ellas.
18 Y tomaste tus vestidos de di-
versos colores, y cubrístelas; y
mi aceite y mi perfume pusiste
delante de ellas.
19 Mi pan también, que yo te
había dado, la flor de la harina, y
el aceite, y la miel, con que yo te
mantuve, pusiste delante de ellas
para olor suave; y fue *así,* dice el
Señor DIOS.
20 Demás de esto, tomaste tus
hijos y tus hijas que me habías
engendrado, y los sacrificaste
a ellas para consumación. ¿Es
poco, *esto* de tus fornicaciones?
21 Y sacrificaste mis hijos, y dís-
telos a ellas para que los hiciesen
pasar *por el fuego*.
22 Y con todas tus abominacio-
nes y tus fornicaciones no te has
acordado de los días de tu moce-
dad, cuando estabas desnuda y
descubierta, cuando estabas en-
vuelta en tu sangre.
23 Y sucedió que después de toda
tu maldad (¡ay, ay de ti! dice el
Señor DIOS,)
24 Edificástete alto, y te hiciste
altar en todas las plazas:
25 En toda cabeza de camino edi-
ficaste tu altar, y tornaste abo-
minable tu hermosura, y abriste
tus piernas a cuantos pasaban, y
multiplicaste tus fornicaciones.
26 Y fornicaste con los hijos de
Egipto, tus vecinos, de grandes
carnes; y aumentaste tus fornica-
ciones para enojarme.
27 Por tanto, he aquí *que yo* ex-
tendí sobre ti mi mano, y dis-
minuí tu provisión ordinaria, y
te entregué a la voluntad de las
hijas de los Filisteos que te abo-
rrecen, las cuales se avergüenzan
de tu camino deshonesto.
28 Fornicaste también con los
hijos de Asur por no haberte
hartado; y fornicaste con ellos, y
tampoco te hartaste.
29 Multiplicaste asimismo tu for-
nicación en la tierra de Canaán y
de los Caldeos: ni tampoco con
esto te hartaste.
30 ¡Cuán inconstante es tu cora-
zón, dice el Señor DIOS, habien-
do hecho todas estas cosas, obras
de una poderosa ramera,
31 Edificando tus altares en ca-
beza de todo camino, y hacien-
do tus altares en todas las plazas!
Y no fuiste semejante a ramera,
menospreciando el salario,
32 *Sino como* mujer adúltera, por
cuanto *que* en lugar de su marido
recibe a ajenos.
33 A todas las rameras dan dones;
mas tú diste tus dones a todos tus
enamorados; y les diste presen-
tes, porque entrasen a ti de todas
partes por tus fornicaciones.
34 Y ha sido en ti al contrario
de las mujeres en tus fornicacio-
nes, ni nunca después de *ti será*
así fornicado; porque en dar tú
dones, y no ser dados dones a ti,
ha sido al contrario.
35 Por tanto, ramera, oye pala-
bra del SEÑOR:
36 Así ha dicho el Señor DIOS:
Por cuanto han sido descubiertas

tus vergüenzas, y tu confusión ha sido manifestada a tus enamorados en tus fornicaciones, y a los ídolos de tus abominaciones, y en la sangre de tus hijos, los cuales les diste;
37 Por tanto, he aquí que yo junto todos tus enamorados con los cuales tomaste placer, y todos los que amaste, con todos los que aborreciste; y reunirélos contra ti alrededor, y descubriréles tu vergüenza, y verán toda tu torpeza.
38 Y yo te juzgaré por las leyes de las adúlteras, y de las que derraman sangre; y te daré en sangre de ira y de celo.
39 Y te entregaré en mano de ellos: y destruirán tu alto, y derribarán tus altares, y te harán desnudar de tus ropas, y se llevarán los vasos de tu gloria, y te dejarán desnuda y descubierta.
40 Y harán subir contra ti una multitud, y te apedrearán con piedras, y te atravesarán con sus espadas.
41 Y quemarán tus casas a fuego, y harán en ti juicios a ojos de muchas mujeres; y hacerte he cesar de ser ramera, ni tampoco darás más don.
42 Y haré reposar mi ira sobre ti, y apartaráse de ti mi celo, y descansaré de más enojarme.
43 Por cuanto no te acordaste de los días de tu mocedad, y me provocaste a ira en todo esto, por eso, he aquí yo también he tornado tu camino sobre tu cabeza, dice el Señor DIOS; pues ni aun has pensado sobre todas tus abominaciones.
44 He aquí que todo proverbista hará de ti proverbio, diciendo: Como la madre, tal su hija.
45 Hija de tu madre eres tú, que desechó a su marido y a sus hijos; y hermana de tus hermanas eres tú, que desecharon a sus maridos y a sus hijos: vuestra madre fue Hetea, y vuestro padre Amorreo.
46 Y tu hermana mayor es Samaria con sus hijas, la cual habita a tu mano izquierda; y tu hermana la menor que tú *es* Sodoma con sus hijas, la cual habita a tu mano derecha.
47 Y aun no anduviste en sus caminos, ni hiciste según sus abominaciones; antes, como *si esto fuera* poco y muy poco, te corrompiste más que ellas en todos tus caminos.
48 Vivo yo, dice el Señor DIOS, Sodoma tu hermana, con sus hijas, no ha hecho como hiciste tú y tus hijas.
49 He aquí que ésta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, abundancia de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no corroboró la mano del afligido y del menesteroso.
50 Y ensoberbeciéronse, e hicieron abominación delante de mí, y quitélas como ví *bueno*.
51 Y Samaria no cometió ni la mitad de tus pecados; porque tú multiplicaste tus abominaciones más que ellas, y has justificado a tus hermanas con todas tus abominaciones que hiciste.
52 Tú también, que juzgaste a tus hermanas, lleva tu vergüenza en tus pecados que hiciste más abominables que ellas: más justas son que tú: avergüénzate pues tú también, y lleva tu confusión, pues que has justificado a tus hermanas.
53 Yo pues haré tornar sus cautivos, los cautivos de Sodoma y de

sus hijas, y los cautivos de Samaria y de sus hijas, y los cautivos de tus cautiverios entre ellas,
54 Para que tú lleves tu confusión, y te avergüences de todo lo que has hecho, siéndoles tú motivo de consuelo.
55 Y tus hermanas, Sodoma con sus hijas y Samaria con sus hijas, volverán a su primer estado; tú también y tus hijas volveréis a vuestro primer estado.
56 Sodoma, tu hermana, no fue nombrada en tu boca en el tiempo de tus soberbias,
57 Antes que tu maldad se descubriese, como en el tiempo de la vergüenza de las hijas de Siria y de todas las hijas de los Filisteos alrededor, que te menosprecian en contorno.
58 Tú has llevado tu enormidad y tus abominaciones, dice el SEÑOR.
59 Empero así ha dicho el Señor DIOS: ¿Haré yo contigo como tú hiciste, que menospreciaste el juramento para invalidar el pacto?
60 Antes yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu mocedad, y te confirmaré un pacto sempiterno.
61 Y acordarte has de tus caminos y te avergonzarás, cuando recibirás a tus hermanas, las mayores que tú con las menores que tú, las cuales yo te daré por hijas, mas no por tu pacto.
62 Y confirmaré mi pacto contigo, y sabrás que yo soy el SEÑOR;
63 Para que te acuerdes, y te avergüences, y nunca más abras la boca a causa de tu vergüenza, cuando me aplacare para contigo de todo lo que hiciste, dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 17

Y VINO a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, propón una figura, y compón una parábola a la casa de Israel.
3 Y dirás: Así ha dicho el Señor DIOS: Una grande águila, de grandes alas y de largos miembros, llena de plumas de diversos colores, vino al Líbano, y tomó el cogollo del cedro:
4 Arrancó el principal de sus renuevos, y llevólo a la tierra de mercaderes, y púsolo en la ciudad de los negociantes.
5 Tomó también de la simiente de la tierra, y púsola en un campo bueno para sembrar, plantóla junto a grandes aguas, púsola como un sauce.
6 Y brotó, e hízose una vid de mucha rama, baja de estatura, que sus ramas la miraban, y sus raíces estaban debajo de ella: así que se hizo una vid, y arrojó sarmientos, y echó mugrones.
7 Y fue otra grande águila, de grandes alas y de muchas plumas; y he aquí que esta vid juntó cerca de ella sus raíces, y extendió hacia ella sus ramos, para ser regada por ella por los surcos de su plantío.
8 En un buen campo, junto a muchas aguas fue plantada, para que hiciese ramos y llevase fruto, y para que fuese vid robusta.
9 Di: Así ha dicho el Señor DIOS: ¿Será prosperada? ¿No arrancará sus raíces, y destruirá su fruto, y secaráse? Todas las hojas de su lozanía secará, y no con gran brazo, ni con mucha gente, arrancándola de sus raíces.
10 Y he aquí que plantada está ella: ¿Será prosperada? ¿No se

secará del todo cuando el viento
solano la tocare? En los surcos
de su verdor se secará.
11 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
12 Di ahora a la casa rebelde:
¿No habéis entendido qué significan estas cosas? Díles: He aquí
que el rey de Babilonia vino a
Jerusalem, y tomó tu rey y sus
príncipes, y llevólos consigo a
Babilonia.
13 Tomó también de la simiente
del reino, e hizo con él pacto, y
trájole a juramento; y tomó los
fuertes de la tierra,
14 Para que el reino fuese abatido
y no se levantase, sino que guardase su pacto, y estuviese en el.
15 Rebelóse empero contra él enviando sus embajadores a Egipto, para que le diese caballos y
mucha gente. ¿Será prosperado,
escapará, el que estas cosas hizo?
¿y el que rompió el pacto, podrá
huir?
16 Vivo yo, dice el Señor DIOS,
que morirá en medio de Babilonia, en el lugar del rey que le
hizo reinar, cuyo juramento menospreció, y cuyo pacto con él
hecho rompió.
17 Y no con grande ejército, ni
con mucha compañía hará con él
Faraón en la batalla, cuando funden baluarte y edifiquen bastiones para cortar muchas vidas.
18 Pues menospreció el juramento, para invalidar el concierto, cuando he aquí que había
dado su mano, e hizo todas estas
cosas, no escapará.
19 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Vivo yo, que el juramento mío que menospreció, y
mi concierto que ha invalidado,
tornaré sobre su cabeza.
20 Y extenderé sobre él mi red, y
será preso en mi malla; y hacerlo
he venir a Babilonia, y allí estaré
a juicio con él, por su prevaricación con que contra mí se ha rebelado.
21 Y todos sus fugitivos con todos
sus escuadrones caerán a espada,
y los que quedaren serán esparcidos a todo viento; y sabréis que
yo el SEÑOR he hablado.
22 Así ha dicho el Señor DIOS:
Y tomaré yo del cogollo de aquel
alto cedro, y pondrélo: del principal de sus renuevos cortaré un
tallo, y plantarlo he yo sobre el
monte alto y sublime;
23 En el monte alto de Israel
lo plantaré, y alzará ramos, y
llevará fruto, y haráse magnífico cedro; y habitarán debajo de
él todas las aves, toda cosa que
vuela habitará a la sombra de sus
ramos.
24 Y sabrán todos los árboles del
campo que yo el SEÑOR abatí el
árbol sublime, levanté el árbol
bajo, hice secar el árbol verde, e
hice reverdecer el árbol seco. Yo
el SEÑOR hablé e hice.

CAPÍTULO 18

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 ¿Qué pensáis vosotros, vosotros que usáis este refrán sobre
la tierra de Israel, diciendo: Los
padres comieron el agraz, y los
dientes de los hijos tienen la
dentera?
3 Vivo yo, dice el Señor DIOS,
que nunca más tendréis *por qué*
usar este refrán en Israel.
4 He aquí que todas las almas son
mías; como el alma del padre, así
el alma del hijo es mía; el alma
que pecare, esa morirá.

5 Y el hombre que fuere justo, e
hiciere juicio y justicia;
6 Que no comiere sobre los mon-
tes, ni alzare sus ojos a los ídolos
de la casa de Israel, ni violare la
esposa de su prójimo, ni llegare
a la mujer menstruosa,
7 Ni oprimiere a ninguno; al deu-
dor tornare su prenda, no come-
tiere robo, diere de su pan al
hambriento, y cubriere al desnu-
do con vestido,
8 No diere a logro, ni recibiere
aumento; de la maldad retrajere
su mano, *e* hiciere juicio de ver-
dad entre hombre y hombre,
9 En mis ordenanzas caminare,
y guardare mis derechos para
hacer verdad, éste es justo: éste
vivirá, dice el Señor DIOS.
10 Mas si engendrare hijo ladrón,
derramador de sangre, o que
haga alguna cosa de éstas,
11 Y que no haga las otras; antes
comiere sobre los montes, o vio-
lare la esposa de su prójimo,
12 Al pobre y menesteroso opri-
miere, cometiere robos, no torna-
re la prenda, o alzare sus ojos a
los ídolos, *e* hiciere abominación,
13 Diere a usura, y recibiere au-
mento: ¿vivirá éste? No vivirá.
Todas estas abominaciones hizo;
de cierto morirá; su sangre será
sobre él.
14 Pero si *éste* engendrare hijo, el
cual viere todos los pecados que
su padre hizo, y viéndolos no hi-
ciere según ellos:
15 No comiere sobre los montes,
ni alzare sus ojos a los ídolos de
la casa de Israel; la esposa de su
prójimo no violare,
16 Ni oprimiere a nadie; la prenda
no empeñare, ni cometiere robos;
al hambriento diere de su pan, y
cubriere de vestido al desnudo;
17 Apartare su mano del pobre,
usura ni aumento no recibiere;
hiciere mis derechos, y anduviere
en mis ordenanzas, éste no mori-
rá por la maldad de su padre; de
cierto vivirá.
18 Su padre, por cuanto hizo
agravio, despojó violentamente
al hermano, e hizo en medio de
su pueblo lo que no es bueno, he
aquí que él morirá por su iniqui-
dad.
19 Y si dijereis: ¿Por qué el hijo
no llevará por el pecado de su
padre? Porque el hijo hizo jui-
cio y justicia, guardó todas mis
ordenanzas, y las hizo, de cierto
vivirá.
20 El alma que pecare, esa mori-
rá: el hijo no llevará por el peca-
do del padre, ni el padre llevará
por el pecado del hijo: la justi-
cia del justo será sobre él, y la
impiedad del impío será sobre él.
21 Mas el impío, si se apartare
de todos sus pecados que hizo, y
guardare todas mis ordenanzas,
e hiciere juicio y justicia, de cier-
to vivirá; no morirá.
22 Todas sus rebeliones que co-
metió, no le serán recordadas: en
su justicia que hizo vivirá.
23 ¿Tengo yo placer alguno en la
muerte del impío? dice el Señor
DIOS: ¿No deseo antes que se
convierta de sus caminos, y viva?
24 Mas si el justo se apartare de
su justicia, y cometiere maldad,
e hiciere conforme a todas las
abominaciones que el impío hizo,
¿vivirá él? Todas las justicias que
hizo no vendrán en memoria;
por su rebelión con que prevari-
có, y por su pecado que cometió,
por ello morirá.
25 Y si dijereis: No es derecho
el camino del SEÑOR: oid ahora,

casa de Israel: ¿No es derecho mi
camino? ¿no son vuestros caminos torcidos?
26 Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello: por su iniquidad que hizo, morirá.
27 Y apartándose el impío de su impiedad que hizo, y haciendo juicio y justicia, hará vivir su alma.
28 Porque miró, y apartóse de todas sus prevaricaciones que hizo, de cierto vivirá, no morirá.
29 Si aun dijere la casa de Israel: No es derecho el camino del SEÑOR: ¿No son derechos mis caminos, casa de Israel? Cierto, vuestros caminos no son derechos.
30 Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice el Señor DIOS. Arrepentíos, y volveos de todas vuestras iniquidades; y no os será la iniquidad causa de ruina.
31 Echad de vosotros todas vuestras iniquidades con que habéis prevaricado, y haceos corazón nuevo y espíritu nuevo. ¿Y por qué moriréis, casa de Israel?
32 Que no quiero la muerte del que muere, dice el Señor DIOS; convertíos pues, y viviréis.

CAPÍTULO 19

Y TÚ levanta endecha sobre los príncipes de Israel.
2 Y dirás: ¡Cómo se echó entre los leones tu madre la leona! entre los leoncillos crió sus cachorros.
3 E hizo subir uno de sus cachorros: vino a ser leoncillo, y aprendió a prender presa, y a devorar hombres.
4 Y las gentes oyeron de él: fue tomado con el lazo de ellas, y lleváronlo con grillos a la tierra de Egipto.
5 Y viendo ella que había esperado mucho tiempo, y que se perdía su esperanza, tomó otro de sus cachorros, y púsolo por leoncillo.
6 Y él andaba entre los leones; hízose leoncillo, aprendió a hacer presa, devoró hombres.
7 Y conoció sus viudas, y asoló sus ciudades; y la tierra fue asolada, y su abundancia, a la voz de su rugido.
8 Y dieron sobre él las gentes de las provincias de su alrededor, y extendieron sobre él su red; fue preso en su hoyo.
9 Y pusiéronlo en cárcel con cadenas, y lleváronlo al rey de Babilonia; metiéronlo en fortalezas, para que su voz no se oyese más sobre los montes de Israel.
10 Tu madre fue como una vid en tu sangre, plantada junto a las aguas, haciendo fruto y echando vástagos a causa de las muchas aguas.
11 Y ella tuvo varas fuertes para cetros de señores; y levantóse su estatura por encima entre las ramas, y fue vista en su altura, y con la multitud de sus sarmientos.
12 Empero fue arrancada con ira, derribada en tierra, y viento solano secó su fruto; fueron quebradas y secáronse sus varas fuertes; consumiólas el fuego.
13 Y ahora está plantada en el desierto, en tierra de sequedad y de aridez.
14 Y ha salido fuego de la vara de sus ramos, ha consumido su fruto, y no ha quedado en ella vara fuerte, cetro para enseñorear. Endecha es esta, y de endecha servirá.

CAPÍTULO 20

Y ACONTECIÓ en el año séptimo, en el *mes* quinto, a los diez del mes, *que* vinieron algunos de los ancianos de Israel a consultar al SEÑOR, y sentáronse delante de mí.
2 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
3 Hijo del hombre, habla a los ancianos de Israel, y díles: Así ha dicho el Señor DIOS: ¿A consultarme venís vosotros? Vivo yo, que yo no os responderé, dice el Señor DIOS.
4 ¿Quieres tú juzgarlos? ¿los quieres juzgar tú, hijo del hombre? Notifícales las abominaciones de sus padres;
5 Y díles: Así ha dicho el Señor DIOS: El día que escogí a Israel, y que alcé mi mano por la simiente de la casa de Jacob, y que fui conocido de ellos en la tierra de Egipto, cuando alcé mi mano a ellos, diciendo: Yo soy el SEÑOR vuestro Dios;
6 Aquel día que les alcé mi mano, que los sacaría de la tierra de Egipto a la tierra que les había proveído, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras;
7 Entonces les dije: Cada uno eche de si las abominaciones de sus ojos, y no os contaminéis en los ídolos de Egipto. Yo soy el SEÑOR vuestro Dios.
8 Mas ellos se rebelaron contra mí, y no quisieron obedecerme: no echó de sí cada uno las abominaciones de sus ojos, ni dejaron los ídolos de Egipto; y dije que derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en medio de la tierra de Egipto.
9 Con todo, a causa de mi nombre, porque no se infamase en los ojos de las gentes en medio de las cuales estaban, en cuyos ojos fui conocido de ellos, hice para sacarlos de tierra de Egipto.
10 Saquélos pues de la tierra de Egipto, y trájelos al desierto;
11 Y díles mis ordenanzas, y declaréles mis derechos, los cuales el hombre que los hiciere, vivirá en ellos.
12 Y díles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el SEÑOR que los santifico.
13 Mas rebeláronse contra mí la casa de Israel en el desierto; no anduvieron en mis ordenanzas, y desecharon mis derechos, los cuales el hombre que los hiciere, vivirá en ellos; y mis sábados profanaron en gran manera; dije, por tanto, que había de derramar sobre ellos mi ira en el desierto para consumirlos.
14 Pero en atención a mi nombre hice porque no se infamase a la vista de las gentes, delante de cuyos ojos los saqué.
15 Y también yo les alcé mi mano en el desierto, que no los metería en la tierra que les di, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras;
16 Porque desecharon mis derechos, y no anduvieron en mis ordenanzas, y mis sábados profanaron: porque tras sus ídolos iba su corazón.
17 Con todo los perdonó mi ojo, no matándolos, ni los consumí en el desierto;
18 Antes dije en el desierto a sus hijos: No andéis en los estatutos de vuestros padres, ni guardéis sus leyes, ni os contaminéis en sus ídolos.

19 Yo soy el SEÑOR vuestro Dios;
andad en mis estatutos, y guar-
dad mis juicios, y ponedlos por
obra:
20 Y santificad mis sábados, y
sean por señal entre mí y voso-
tros, para que sepáis que yo soy
el SEÑOR vuestro Dios.
21 Y los hijos se rebelaron contra
mí: no anduvieron en mis orde-
nanzas, ni guardaron mis dere-
chos para ponerlos por obra, los
cuales el hombre que los cum-
pliere, vivirá en ellos; profana-
ron mis sábados. Dije entonces
que derramaría mi ira sobre
ellos, para cumplir mi enojo en
ellos en el desierto.
22 Mas retraje mi mano, y en
atención a mi nombre hice por-
que no se infamase a vista de las
naciones, delante de cuyos ojos
los saqué.
23 Y también les alcé yo mi
mano en el desierto, que los es-
parciría entre las naciones, y que
los aventaría por las tierras;
24 Porque no pusieron por obra
mis derechos, y desecharon mis
ordenanzas, y profanaron mis
sábados, y tras los ídolos de sus
padres se les fueron sus ojos.
25 Por eso yo también les di or-
denanzas no buenas, y derechos
por los cuales no viviesen;
26 Y contaminélos en sus ofren-
das cuando hacían pasar *por el
fuego* todo primogénito, para que
los desolase, a fin de que supie-
sen que yo soy el SEÑOR.
27 Por tanto, hijo del hombre,
habla a la casa de Israel, y díles:
Así ha dicho el Señor DIOS: Aun
en esto me afrentaron vuestros
padres cuando cometieron con-
tra mí rebelión.
28 Porque yo los metí en la tie-
rra sobre la cual había alzado
mi mano que les había de dar, y
miraron a todo collado alto, y a
todo árbol espeso, y allí sacrifi-
caron sus víctimas, y allí presen-
taron la irritación de sus ofren-
das, allí pusieron también el olor
de su suavidad, y allí derrama-
ron sus libaciones.
29 Y yo les dije: ¿Qué es ese alto
adonde vosotros vais? Y fue lla-
mado su nombre Bamah hasta el
día de hoy.
30 Di, pues, a la casa de Israel:
Así ha dicho el Señor DIOS: ¿No
os contamináis vosotros a la ma-
nera de vuestros padres, y for-
nicáis tras sus abominaciones?
31 Porque ofreciendo vuestras
ofrendas, haciendo pasar vues-
tros hijos por el fuego, os habéis
contaminado con todos vuestros
ídolos hasta hoy: ¿y he de res-
ponderos yo, casa de Israel? Vivo
yo, dice el Señor DIOS, que no os
responderé.
32 Y no ha de ser lo que habéis
pensado, porque vosotros decís:
Seamos como las naciones, como
las familias de las naciones, sir-
viendo a la madera y a la piedra.
33 Vivo yo, dice el Señor DIOS,
que con mano fuerte, y brazo
extendido, y enojo derramado,
tengo de reinar sobre vosotros:
34 Y os sacaré de entre los pue-
blos, y os juntaré de las tierras
en que estáis esparcidos, con
mano fuerte, y brazo extendido,
y enojo derramado:
35 Y os he de traer al desierto de
pueblos, y allí litigaré con voso-
tros cara a cara.
36 Como litigué con vuestros pa-
dres en el desierto de la tierra de
Egipto, así litigaré con vosotros,
dice el Señor DIOS.

37 Y os haré pasar bajo de vara y
os traeré en vínculo de concierto;
38 Y apartaré de entre vosotros
los rebeldes, y los que se rebelaron contra mí: de la tierra de sus destierros los sacaré, y a la tierra de Israel no vendrán; y sabréis que yo soy el SEÑOR.
39 Y vosotros, oh casa de Israel, así ha dicho el Señor DIOS: Andad cada uno tras sus ídolos, y servidles, pues que a mí no me obedecéis; y no profanéis más mi santo nombre con vuestras ofrendas, y con vuestros ídolos.
40 Empero en mi santo monte, en el alto monte de Israel, dice el Señor DIOS, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra: allí los querré, y allí demandaré vuestras ofrendas, y las primicias de vuestros dones, con todas vuestras cosas consagradas.
41 En olor de suavidad os aceptaré, cuando os hubiere sacado de entre los pueblos, y os hubiere juntado de las tierras en que estáis esparcidos; y seré santificado en vosotros a los ojos de las naciones.
42 Y sabréis que yo soy el SEÑOR, cuando os hubiere metido en la tierra de Israel, en la tierra por la cual alcé mi mano que la daría a vuestros padres.
43 Y allí os acordaréis de vuestros caminos, y de todos vuestros hechos en que os contaminasteis; y seréis confusos en vuestra misma presencia por todos vuestros pecados que cometisteis.
44 Y sabréis que yo soy el SEÑOR cuando hiciere con vosotros por amor de mi nombre, no según vuestros caminos malos, ni según vuestras perversas obras, oh casa de Israel, dice el Señor DIOS.
45 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
46 Hijo del hombre, pon tu rostro hacia el sur, y derrama *tu palabra* hacia la parte del sur, y profetiza contra el bosque del campo del sur.
47 Y dirás al bosque del sur: Oye palabra del SEÑOR: Así ha dicho el Señor DIOS: He aquí que yo enciendo en ti fuego, el cual consumirá en ti todo árbol verde, y todo árbol seco: no se apagará la llama del fuego; y serán quemados en ella todos rostros, desde el sur hasta el norte.
48 Y verá toda carne que yo el SEÑOR lo encendí; no se apagará.
49 Y dije: ¡Ah, Señor DIOS! ellos dicen de mí: ¿No profiere éste parábolas?

CAPÍTULO 21

Y VINO a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, pon tu rostro contra Jerusalem, y derrama *palabra* sobre los santuarios, y profetiza sobre la tierra de Israel;
3 Y dirás a la tierra de Israel: Así ha dicho el SEÑOR: He aquí, que yo contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y talaré de ti al justo y al impío.
4 Y por cuanto he de talar de ti al justo y al impío, por tanto, mi espada saldrá de su vaina contra toda carne, desde el sur hasta el norte:
5 Y sabrá toda carne que yo el SEÑOR saqué mi espada de su vaina; no volverá más.
6 Y tú, hijo del hombre, gime con quebrantamiento de lomos, y con amargura; gime delante de los ojos de ellos.
7 Y será, que cuando te dijeren:

¿Por qué gimes tú? dirás: Por la
fama que viene; y todo corazón
se desleirá, y todas manos se debilitarán,
y angustiaráse todo espíritu,
y todas rodillas se irán en
aguas: he aquí que viene, y hacerse
ha, dice el Señor DIOS.
8 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
9 Hijo del hombre, profetiza, y
di: Así ha dicho el Señor DIOS:
Di: La espada, la espada está afilada,
y aun acicalada;
10 Para degollar víctimas está
afilada, acicalada está para que
relumbre. ¿Hemos de alegrarnos?
A la vara de mi hijo *viene*
menospreciando todo árbol.
11 Y dióla a acicalar para tenerla
a mano: la espada está afilada,
y acicalada está ella, para
entregarla en mano del matador.
12 Clama y aúlla, oh hijo del
hombre; porque ésta *será* sobre
mi pueblo, *será* ella sobre todos
los príncipes de Israel. Temores
de espada serán a mi pueblo: por
tanto, hiere el muslo;
13 Porque está probado. ¿Y qué,
si la *espada* desprecia aun el
cetro? El no será *más*, dice el
Señor DIOS.
14 Tú pues, hijo del hombre, profetiza
y bate una mano con otra,
y dóblese la espada la tercera
vez, la espada de muertos: ésta
es espada de gran matanza que
los penetrará,
15 Para que el corazón desmaye,
y los estragos se multipliquen:
en todas las puertas de ellos he
puesto espanto de espada. ¡Ah!
dispuesta está para que relumbre,
y aderezada para degollar.
16 Ponte a una parte, ponte a la
diestra, o ponte a la siniestra, hacia
donde tu rostro se determinare.
17 Y yo también batiré mi mano
con mi mano, y haré reposar mi
ira. Yo el SEÑOR he hablado.
18 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
19 Y tú, hijo del hombre, señálate
dos caminos por donde venga
la espada del rey de Babilonia:
de una misma tierra salgan
ambos: y echa mano *a la suerte:*
en el principio del camino de la
ciudad lo harás.
20 El camino señalarás por
donde venga la espada a Rabá de
los hijos de Amón, y a Judá contra
Jerusalem la fuerte.
21 Porque el rey de Babilonia se
paró en una encrucijada, al principio
de dos caminos, para tomar
adivinación: acicaló saetas, consultó
en ídolos, miró el hígado.
22 La adivinación fue a su mano
derecha, sobre Jerusalem, para
poner capitanes, para abrir la
boca a la matanza, para levantar
la voz en grito, para poner ingenios
contra las puertas, para fundar
baluarte, y edificar fuerte.
23 Y seráles como adivinación
mentirosa en sus ojos, por estar
juramentados con juramento a
ellos: mas él trae a la memoria la
maldad, para prenderlos.
24 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Por cuanto habéis
hecho venir en memoria vuestras
maldades, manifestando vuestras
traiciones, y descubriendo
vuestros pecados en todas vuestras
obras; por cuanto habéis venido
en memoria, seréis tomados
a mano.
25 Y tú, profano e impío príncipe
de Israel, cuyo día vino en el
tiempo de la consumación de la
maldad,
26 Así ha dicho el Señor DIOS:

Depón la diadema, quita la corona: ésta no *será* más ésta: al bajo alzaré, y al alto abatiré.
27 Del revés, del revés, del revés la tornaré; y no será ésta más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y *se* la entregaré.
28 Y tú, hijo del hombre, profetiza, y di: Así ha dicho el Señor DIOS sobre los hijos de Amón, y su oprobio. Dirás pues: La espada, la espada está desenvainada para degollar; acicalada para consumir con resplandor.
29 Te profetizan vanidad, adivínante mentira, para entregarte con los cuellos de los malos sentenciados a muerte, cuyo día vino en tiempo de la consumación de la maldad.
30 ¿Tornaréla a su vaina? En el lugar donde fuiste creado, en la tierra de tu nacimiento, te tengo de juzgar.
31 Y derramaré sobre ti mi ira: el fuego de mi enojo haré encender sobre ti, y te entregaré en mano de hombres brutales, artífices de destrucción.
32 Del fuego serás para ser consumido; tu sangre será en medio de la tierra; no habrá más memoria de ti: porque yo el SEÑOR he hablado.

CAPÍTULO 22

Y VINO a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
2 Y tú, hijo del hombre, ¿No juzgarás tú, no juzgarás tú a la ciudad derramadora de sangre, y le mostrarás todas sus abominaciones?
3 Dirás, pues: Así ha dicho el Señor DIOS: ¡Ciudad derramadora de sangre en medio de sí, para que venga su hora, y que hizo ídolos contra sí misma para contaminarse!
4 En tu sangre que derramaste has pecado, y te has contaminado en tus ídolos que hiciste; y has hecho acercar tus días, y has llegado a tus años: por tanto te he dado en oprobio a las gentes, y en escarnio a todas las tierras.
5 Las que están cerca, y las que están lejos de ti, se reirán de ti, amancillada de fama, *y* de grande turbación.
6 He aquí que los príncipes de Israel, cada uno según su poder, fueron en ti para derramar sangre.
7 Al padre y a la madre despreciaron en ti: al extranjero trataron con calumnia en medio de ti: al huérfano y a la viuda despojaron en ti.
8 Mis santuarios menospreciaste, y mis sábados has profanado.
9 Calumniadores hubo en ti para derramar sangre; y sobre los montes comieron en ti: hicieron en medio de ti suciedades.
10 La desnudez del padre descubrieron en ti; la inmunda de menstruo forzaron en ti.
11 Y cada uno hizo abominación con la esposa de su prójimo; y cada uno contaminó su nuera torpemente; y cada uno forzó en ti a su hermana, hija de su padre.
12 Precio recibieron en ti para derramar sangre; usura y logro tomaste, y a tus prójimos defraudaste con violencia: olvidástete de mí, dice el Señor DIOS.
13 Y he aquí, que herí mi mano a causa de tu avaricia que cometiste, y a causa de tus sangres que fueron en medio de ti.
14 ¿Estará firme tu corazón? ¿tus manos serán fuertes en los días

que obraré yo contra ti? Yo el
SEÑOR he hablado, y harélo.
15 Y yo te esparciré por las gen-
tes, y te aventaré por las tierras;
y haré fenecer de ti tu inmundi-
cia.
16 Y tomarás heredad en ti a los
ojos de las gentes; y sabrás que
yo soy el SEÑOR.
17 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
18 Hijo del hombre, la casa de
Israel se me ha tornado en esco-
ria: todos ellos son latón, y esta-
ño, y hierro, y plomo, en medio
del horno; escorias de plata se
tornaron.
19 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Por cuanto todos
vosotros os habéis tornado en es-
corias, por tanto, he aquí que yo
os junto en medio de Jerusalem.
20 Como quien junta plata y
latón y hierro y plomo y estaño
en medio del horno, para encen-
der fuego en él para fundir; así
os juntaré en mi furor y en mi ira,
y haré reposar, y os fundiré.
21 Yo os juntaré y soplaré sobre
vosotros en el fuego de mi furor,
y en medio de él seréis fundidos.
22 Como se funde la plata en
medio del horno, así seréis fundi-
dos en medio de él; y sabréis que
yo el SEÑOR habré derramado
mi enojo sobre vosotros.
23 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
24 Hijo del hombre, di a ella: Tú
no eres tierra limpia, ni rociada
con lluvia en el día del furor.
25 La conjuración de sus profe-
tas en medio de ella, como león
rugiendo que arrebata presa:
devoraron almas, tomaron ha-
ciendas y honra, aumentaron
sus viudas en medio de ella.
26 Sus sacerdotes violentaron mi
ley, y contaminaron mis santua-
rios: entre lo santo y lo profano
no hicieron diferencia, ni distin-
guieron entre inmundo y limpio;
y de mis sábados escondieron
sus ojos, y yo era profanado en
medio de ellos.
27 Sus príncipes en medio de
ella como lobos que arrebataban
presa, derramando sangre, para
destruir las almas, para pábulo
de su avaricia.
28 Y sus profetas revocaban con
lodo suelto, profetizándoles va-
nidad, y adivinándoles mentira,
diciendo: Así ha dicho el Señor
DIOS; y el SEÑOR no había ha-
blado.
29 El pueblo de la tierra usaba
de opresión, y cometía robo, y
al afligido y menesteroso hacían
violencia, y al extranjero oprimí-
an sin derecho.
30 Y busqué de ellos hombre que
hiciese vallado, y que se pusiese
al portillo delante de mí por la
tierra, para que yo no la destru-
yese; y no *lo* hallé.
31 Por tanto, derramé sobre
ellos mi ira; con el fuego de mi
ira los consumí: torné el camino
de ellos sobre su cabeza, dice el
Señor DIOS.

CAPÍTULO 23

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, hubo dos mu-
jeres, hijas de una madre,
3 Las cuales fornicaron en Egip-
to; en sus mocedades fornicaron.
Allí fueron apretados sus pechos,
y allí fueron estrujadas las tetas
de su virginidad.
4 Y llamábanse, la mayor, Aho-
lah, y su hermana, Aholibah;

las cuales fueron mías, y parie-
ron hijos e hijas. Y llamáronse,
Samaria, Aholah; y Jerusalem,
Aholibah.
5 Y Aholah cometió fornicación
en mi poder: y prendóse de sus
amantes, los Asirios sus vecinos,
6 Vestidos de cárdeno, capitanes
y príncipes, mancebos todos de
codiciar, caballeros que andaban
a caballo.
7 Y puso sus fornicaciones con
ellos, con todos los más escogi-
dos de los hijos de los Asirios, y
con todos aquellos de quienes se
enamoró: contaminóse con todos
los ídolos de ellos.
8 Y no dejó sus fornicaciones
de Egipto: porque con ella se
echaron en su mocedad, y ellos
estrujaron las tetas de su virgini-
dad, y derramaron sobre ella su
fornicación.
9 Por lo cual la entregué en mano
de sus amantes, en mano de los
hijos de los Asirios, de quienes se
había enamorado.
10 Ellos descubrieron sus ver-
güenzas, tomaron sus hijos y sus
hijas, y a ella mataron a espada:
y vino a ser de nombre entre las
mujeres, pues en ella hicieron
juicios.
11 Y viólo su hermana Aholibah,
y estragó su amor más que ella;
y sus fornicaciones, más que las
fornicaciones de su hermana.
12 Enamoróse de los hijos de los
Asirios, *sus* vecinos, capitanes y
príncipes, vestidos en perfección,
caballeros que andaban a caballo,
todos ellos mancebos de codiciar.
13 Y ví que se había contamina-
do: un camino *era* el de ambas.
14 Y aumentó sus fornicacio-
nes: pues cuando vio hombres
pintados en la pared, imágenes
de Caldeos pintadas de color,
15 Ceñidos de talabartes por sus
lomos, y tiaras pintadas en sus
cabezas, teniendo todos ellos pa-
recer de capitanes, a la manera
de los hombres de Babilonia, na-
cidos en tierra de Caldeos,
16 Enamoróse de ellos en vién-
dolos, y envióles mensajeros a la
tierra de los Caldeos.
17 Y entraron a ella los hombres
de Babilonia a la cama de los
amores, y contamináronla con
su fornicación; y ella también se
contaminó con ellos, y su deseo
se hartó de ellos.
18 Así hizo patentes sus fornica-
ciones, y descubrió sus vergüen-
zas: por lo cual mi alma se hartó
de ella, como se había ya harta-
do mi alma de su hermana.
19 Aun multiplicó sus fornica-
ciones trayendo en memoria los
días de su mocedad, en los cua-
les había fornicado en la tierra
de Egipto.
20 Y enamoróse de sus rufianes,
cuya carne es como carne de
asnos, y cuyo flujo como flujo de
caballos.
21 Así tornaste a la memoria la
suciedad de tu mocedad, cuando
estrujaron tus tetas en Egipto por
los pechos de tu mocedad.
22 Por tanto, Aholibah, así ha
dicho el Señor DIOS: He aquí que
yo despierto tus amantes contra
ti, de los cuales se hartó tu deseo,
y yo les haré venir contra ti en
derredor;
23 Los de Babilonia, y todos los
Caldeos, mayordomos, y prínci-
pes, y capitanes, todos los de
Asiria con ellos: mancebos todos
ellos de codiciar, capitanes y
príncipes, nobles y principales,
que montan a caballo todos ellos.

24 Y vendrán sobre ti carros, carretas, y ruedas, y multitud de pueblos. Escudos, y paveses, y capacetes pondrán contra ti en derredor; y yo daré el juicio delante de ellos, y por sus leyes te juzgarán.
25 Y pondré mi celo contra ti, y obrarán contigo con furor; quitarte han tu nariz y tus orejas; y tu remanente caerá a espada. Ellos tomarán tus hijos y tus hijas, y tu remanente será consumido por el fuego.
26 Y te desnudarán de tus vestidos, y tomarán los vasos de tu gloria.
27 Y haré cesar de ti tu suciedad, y tu fornicación de la tierra de Egipto: ni más levantarás a ellos tus ojos, ni nunca más te acordarás de Egipto.
28 Porque así ha dicho el Señor DIOS: He aquí, yo te entrego en mano de aquellos que tú aborreciste, en mano de aquellos de los cuales se hartó tu deseo:
29 Los cuales obrarán contigo con odio, y tomarán todo lo que tú trabajaste, y te dejarán desnuda y descubierta: y descubriráse la torpeza de tus fornicaciones, y tu suciedad, y tus fornicaciones.
30 Estas cosas se harán contigo, porque fornicaste en pos de las gentes, con las cuales te contaminaste en sus ídolos.
31 En el camino de tu hermana anduviste: yo pues pondré su copa en tu mano.
32 Así ha dicho el Señor DIOS: Beberás la honda y ancha copa de tu hermana; de ti se mofarán las gentes, y te escarnecerán: de grande cabida es.
33 Serás llena de embriaguez y de dolor por la copa de soledad y de asolamiento, por la copa de tu hermana Samaria.
34 Lo beberás pues, y lo agotarás, y quebrarás sus tiestos; y tus pechos arrancarás; porque yo he hablado, dice el Señor DIOS.
35 Por tanto, así ha dicho el Señor DIOS: Por cuanto te has olvidado de mí, y me has echado tras tus espaldas, por eso, lleva tú también tu suciedad y tus fornicaciones.
36 Y díjome el SEÑOR: Hijo del hombre, ¿No juzgarás tú a Aholah, y a Aholibah, y les denunciarás sus abominaciones?
37 Porque han adulterado, y hay sangre en sus manos, y han fornicado con sus ídolos; y aun sus hijos que me habían engendrado, hicieron pasar *por el fuego*, quemándolos.
38 Aun esto más me hicieron: contaminaron mi santuario en aquel día, y profanaron mis sábados;
39 Pues habiendo sacrificado sus hijos a sus ídolos, entrábanse en mi santuario el mismo día para contaminarlo: y he aquí, así hicieron en medio de mi casa.
40 Y cuanto más, que enviaron por hombres que vienen de lejos, a los cuales había sido enviado mensajero: y he aquí vinieron; y por amor de ellos te lavaste, y alcoholaste tus ojos, y te ataviaste con adornos:
41 Y te sentaste sobre suntuoso estrado, y fue adornada mesa delante de él, y sobre ella pusiste mi perfume y mi óleo.
42 Y oyóse en ella voz de compañía en holganza: y con los varones fueron traídos de la gente común los Sabeos del desierto; y pusieron manillas sobre sus

manos, y coronas de gloria sobre
sus cabezas.
43 Y dije a la envejecida en adul-
terios: Sus prostituciones cum-
plirán ellos ahora, y ella *con ellos*:
44 Porque han venido a ella como
quien viene a mujer ramera: así
vinieron a Aholah y a Aholibah,
mujeres depravadas.
45 Por tanto, hombres justos las
juzgarán por la ley de las adúlte-
ras, y por la ley de las que derra-
man sangre: porque son adúlte-
ras, y sangre hay en sus manos.
46 Por lo que así ha dicho el
Señor DIOS: Yo haré subir contra
ellas compañías, las entregaré a
turbación y a rapiña;
47 Y la compañía *de gentes* las
apedreará con piedras, y las acu-
chillará con sus espadas: mata-
rán a sus hijos y a sus hijas, y sus
casas consumirán con fuego.
48 Y haré cesar la depravación
de la tierra, y escarmentarán
todas las mujeres, y no harán
según vuestra torpeza.
49 Y sobre vosotras pondrán
vuestra obscenidad, y llevaréis
los pecados de vuestros ídolos; y
sabréis que yo soy el Señor DIOS.

CAPÍTULO 24

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR en el noveno año, en
el mes décimo, a los diez del mes,
diciendo:
2 Hijo del hombre, escríbete el
nombre de este día: el rey de Ba-
bilonia se puso sobre Jerusalem
este mismo día.
3 Y habla a la casa de rebelión por
parábola, y díles: Así ha dicho el
Señor DIOS: Pon una olla, ponla,
y echa también en ella agua:
4 Junta sus piezas en ella; todas
buenas piezas, pierna y espalda;
hínchela de huesos escogidos.
5 Toma una oveja escogida; y
también enciende los huesos de-
bajo de ella; haz que hierva bien;
coced también sus huesos dentro
de ella.
6 Pues así ha dicho el Señor
DIOS: ¡Ay de la ciudad de san-
gres, de la olla cuya hez está en
ella, y cuya hez no sale de ella!
Por sus piezas, por sus piezas sá-
cala; no caiga sobre ella suerte.
7 Porque su sangre fue en medio
de ella: sobre una roca alisada la
puso; no la derramó sobre la tie-
rra para que fuese cubierta con
polvo.
8 Habiendo, *pues*, hecho subir
la ira para hacer venganza, yo
pondré su sangre sobre una roca,
para que no sea cubierta.
9 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: ¡Ay de la ciudad de san-
gres! Pues también haré yo gran
hoguera,
10 Multiplicando la leña, encen-
diendo el fuego, para consumir
la carne, y hacer la salsa; y los
huesos serán quemados:
11 Asentando después la *olla*
vacía sobre sus brasas, para que
se caldee, y se queme su latón, y
se funda en ella su suciedad, *y* se
consuma su hez.
12 En fraude se cansó, y no salió
de ella su mucha hez. En fuego
será su hez.
13 En tu suciedad perversa *pade-
cerás:* porque te limpié, y tú no te
limpiaste de tu suciedad: nunca
más te limpiarás, hasta que yo
haga reposar mi ira sobre ti.
14 Yo el SEÑOR he hablado;
vendrá, y harélo. No me torna-
ré atrás, ni tendré misericor-
dia, ni me arrepentiré: según
tus caminos y tus obras te

juzgarán, dice el Señor DIOS.
15 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
16 Hijo del hombre, he aquí que
yo te quito de golpe el deseo de
tus ojos: no endeches, ni llores,
ni corran tus lágrimas.
17 Reprime el suspirar, no hagas
luto de mortuorios: ata tu bonete
sobre ti, y pon tus zapatos en tus
pies, y no te cubras con rebozo,
ni comas pan de hombres.
18 Y hablé al pueblo por la maña-
na, y a la tarde murió mi esposa:
y a la mañana hice como me fue
mandado.
19 Y díjome el pueblo: ¿No nos
enseñarás qué nos *significan* estas
cosas que tú haces?
20 Y yo les dije: La palabra del
SEÑOR vino a mí, diciendo:
21 Di a la casa de Israel: Así ha
dicho el Señor DIOS: He aquí yo
profano mi santuario, la gloria
de vuestra fortaleza, el deseo de
vuestros ojos, y el regalo de vues-
tra alma: vuestros hijos y vues-
tras hijas que dejasteis, caerán a
espada.
22 Y haréis de la manera que yo
hice: no os cubriréis con rebozo,
ni comeréis pan de hombres;
23 Y vuestros bonetes estarán
sobre vuestras cabezas, y vues-
tros zapatos en vuestros pies: no
endecharéis ni lloraréis, sino que
os consumiréis a causa de vues-
tras maldades, y gemiréis unos
con otros.
24 Ezequiel pues os será por
señal; según todas las cosas que
él hizo, haréis: en viniendo esto,
entonces sabréis que yo soy el
Señor DIOS.
25 Y tú, hijo del hombre, el día
que yo quitaré de ellos su fortale-
za, el gozo de su gloria, el deseo
de sus ojos, y el cuidado de sus
almas, sus hijos y sus hijas,
26 Este día vendrá a ti *un* esca-
pado para traer las nuevas.
27 En aquel día se abrirá tu boca
para hablar con el escapado, y ha-
blarás, y no estarás más mudo; y
les serás por señal, y sabrán que
yo soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 25

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, pon tu rostro
hacia los hijos de Amón, y pro-
fetiza sobre ellos.
3 Y dirás a los hijos de Amón: Oid
palabra del Señor DIOS. Así ha
dicho el Señor DIOS: Por cuanto
dijiste ¡Ea! acerca de mi santua-
rio que fue profanado, y sobre la
tierra de Israel que fue asolada,
y sobre la casa de Judá, porque
fueron en cautiverio;
4 Por tanto, he aquí, yo te entre-
go a los Orientales por heredad,
y pondrán en ti sus apriscos, y
colocarán en ti sus tiendas: ellos
comerán tus sementeras, y bebe-
rán tu leche.
5 Y pondré a Rabá por habita-
ción de camellos, y a los hijos de
Amón por majada de ovejas; y
sabréis que yo soy el SEÑOR.
6 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: Por cuanto tú batiste tus
manos, y pateaste, y te gozaste
del alma en todo tu menosprecio
sobre la tierra de Israel;
7 Por tanto, he aquí yo extenderé
mi mano sobre ti, y te entregaré
a las gentes para ser saqueada; y
yo te cortaré de entre los pueblos,
y te destruiré de entre las tierras:
te raeré; y sabrás que yo soy el
SEÑOR.
8 Así ha dicho el Señor DIOS: Por

cuanto dijo Moab y Seir: He aquí
la casa de Judá es como todas las
gentes;
9 Por tanto, he aquí yo abro el
lado de Moab desde las ciudades,
desde sus ciudades que están en
su confín, las tierras deseables
de Bet-jesimot, y Baal-meón, y
Quiriataim,
10 A los hijos del oriente contra
los hijos de Amón; y entregaré-
la por heredad para que no haya
más memoria de los hijos de
Amón entre las gentes.
11 También en Moab haré juicios;
y sabrán que yo soy el SEÑOR.
12 Así ha dicho el Señor DIOS:
Por lo que hizo Edom toman-
do venganza de la casa de Judá,
pues delinquieron en extremo, y
se vengaron de ellos;
13 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Yo también exten-
deré mi mano sobre Edom, y ta-
laré de ella hombres y bestias, y
la asolaré: desde Temán y Dedán
caerán a espada.
14 Y pondré mi venganza en
Edom por la mano de mi pueblo
Israel; y harán en Edom según
mi enojo y según mi ira: y cono-
cerán mi venganza, dice el Señor
DIOS.
15 Así ha dicho el Señor DIOS:
Por lo que hicieron los Filisteos
con venganza, cuando se venga-
ron con despecho de ánimo, des-
truyendo por antiguas enemista-
des;
16 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: He aquí yo extiendo mi
mano sobre los Filisteos, y talaré
los Cereteos, y destruiré el rema-
nente de la ribera del mar.
17 Y haré en ellos grandes ven-
ganzas con reprensiones de ira;
y sabrán que yo soy el SEÑOR,
cuando diere mi venganza en
ellos.

CAPÍTULO 26

Y ACONTECIÓ en el undéci-
mo año, en el primero del
mes, *que* vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, por cuanto
dijo Tiro sobre Jerusalem: Ea,
bien: quebrantada es la *que era*
puerta de las naciones: a mí se
volvió: seré llena; ella desierta:
3 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí yo contra ti, oh
Tiro, y haré subir contra ti mu-
chas gentes, como el mar hace
subir sus ondas.
4 Y demolerán los muros de Tiro,
y derribarán sus torres: y raeré
de ella su polvo, y la dejaré como
una roca lisa.
5 Tendedero de redes será en
medio del mar, porque yo he ha-
blado, dice el Señor DIOS: y será
saqueada de las gentes.
6 Y sus hijas que están en el
campo, serán muertas a espada;
y sabrán que yo soy el SEÑOR.
7 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí que del norte
traigo yo contra Tiro a Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, rey
de reyes, con caballos, y carros,
y caballeros, y compañías, y
mucho pueblo.
8 Tus hijas que *están* en el campo
matará a espada; y pondrá con-
tra ti ingenios, y fundará contra
ti baluarte, y afirmará contra ti
escudo.
9 Y pondrá contra ella arietes,
contra tus muros, y tus torres
destruirá con sus martillos.
10 Por la multitud de sus caba-
llos te cubrirá el polvo de ellos:
con el estruendo de los caballe-

ros, y de las ruedas, y de los ca-
rros, temblarán tus muros, cuan-
do entrare por tus puertas como
por portillos de ciudad destruída.
11 Con las pezuñas de sus caba-
llos hollará todas tus calles; a tu
pueblo matará a espada, y las
estatuas de tu fortaleza caerán a
tierra.
12 Y robarán tus riquezas, y sa-
quearán tus mercaderías: y arrui-
narán tus muros, y tus casas pre-
ciosas destruirán; y pondrán tus
piedras y tu madera y tu polvo
en medio de las aguas.
13 Y haré cesar el estrépito de
tus canciones, y no se oirá más el
son de tus vihuelas.
14 Y te pondré como una roca
lisa: tendedero de redes serás; ni
nunca más serás edificada: por-
que yo el SEÑOR he hablado,
dice el Señor DIOS.
15 Así ha dicho el Señor DIOS
a Tiro: ¿No se estremecerán las
islas al estruendo de tu caída,
cuando gritarán los heridos,
cuando se hará la matanza en
medio de ti?
16 Entonces todos los príncipes
del mar descenderán de sus si-
llas, y se quitarán sus mantos, y
desnudarán sus bordadas ropas:
de espanto se vestirán, sentarán-
se sobre la tierra, y temblarán a
cada momento, y estarán sobre
ti atónitos.
17 Y levantarán sobre ti ende-
chas, y te dirán: ¿Cómo pereciste
tú, poblada en los mares, ciudad
que fue alabada, que fue fuerte
en el mar, ella y sus habitantes,
que ponían su espanto a todos
sus moradores?
18 Ahora se estremecerán las
islas en el día de tu caída, sí,
las islas que están en el mar
se espantarán de tu salida.
19 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: Yo te tornaré ciudad aso-
lada, como las ciudades que no
se habitan; haré subir sobre ti el
abismo, y las muchas aguas te
cubrirán.
20 Y te haré descender con los
que descienden al abismo, con
el pueblo antiguo: y te pondré
en lo más bajo de la tierra, como
los desiertos antiguos, con los
que descienden al abismo, para
que nunca más seas poblada; y
yo daré gloria en la tierra de los
vivientes.
21 Yo te tornaré en espanto, y no
serás: y serás buscada, y nunca
más serás hallada, dice el Señor
DIOS.

CAPÍTULO 27

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Y tú, hijo del hombre, levanta
endechas sobre Tiro.
3 Y dirás a Tiro, que está asenta-
da a las entradas del mar, mer-
cadera de los pueblos de muchas
islas: Así ha dicho el Señor DIOS:
Tiro, tú has dicho: Yo soy de per-
fecta hermosura.
4 En el corazón de las mares
están tus términos: los que te edi-
ficaron, completaron tu belleza.
5 De hayas del monte Senir te fa-
bricaron todas las tillas: tomaron
cedros del Líbano para hacerte el
mástil.
6 De encinas de Basán hicieron
tus remos: compañía de Asirios
hicieron tus bancos de marfil de
las islas de Quitim.
7 De fino lino bordado de Egipto
fue tu cortina, para que te sirvie-
se de vela; de cárdeno y grana de
las islas de Elisah fue tu pabellón.

8 Los moradores de Sidón y de
Arvad fueron tus remeros: tus sabios, oh Tiro, estaban en ti; ellos fueron tus pilotos.
9 Los ancianos de Gebal y sus
sabios repararon tus hendiduras: todas las galeras del mar y los remeros de ellas fueron en ti para negociar tus negocios.
10 Persas y Lidios, y los de Fut,
fueron en tu ejército tus hombres de guerra: escudos y capacetes colgaron en ti; ellos te dieron tu honra.
11 Y los hijos de Arvad con tu
ejército estuvieron sobre tus muros alrededor, y los Gamadeos en tus torres: sus escudos colgaron sobre tus muros alrededor; ellos completaron tu hermosura.
12 Tarsis tu mercadera a causa
de la multitud de todas riquezas en plata, hierro, estaño, y plomo, dio en tus ferias.
13 Grecia, Tubal, y Mesec, tus
mercaderes, con hombres y con vasos de latón, dieron en tus ferias.
14 De la casa de Togarma, caba-
llos y caballeros y mulos, dieron en tu mercado.
15 Los hijos de Dedán eran tus
negociantes: muchas islas *tomaban* mercadería de tu mano; cuernos de marfil y pavos te dieron en presente.
16 Siria fue tu mercadera por la
multitud de tus labores: con perlas, y púrpura, y vestidos bordados, y linos finos, y corales, y rubíes, dio en tus ferias.
17 Judá, y la tierra de Israel, eran
tus mercaderes: con trigos de Minit y Panag, y miel, y aceite, y resina, dieron en tu mercado.
18 Damasco, tu mercadera por
la multitud de tus labores, por la abundancia de todas riquezas, con vino de Helbón, y lana blanca.
19 Asimismo Dan y el errante
Javán dieron en tus ferias, *para negociar* en tu mercado de hierro labrado, mirra destilada, y caña aromática.
20 Dedán fue tu mercadera con
paños preciosos para carros.
21 Arabia y todos los prínci-
pes de Cedar, mercaderes de tu mano en corderos, y carneros, y machos cabríos: en estas cosas fueron tus mercaderes.
22 Los mercaderes de Seba y de
Raama *fueron* tus mercaderes: con lo principal de toda especiería, y toda piedra preciosa, y oro, ocupaban en tus ferias.
23 Harán, y Cane, y Edén, los
mercaderes de Seba, de Asiria, y Quilmad, contigo contrataban.
24 Estos tus mercaderes negocia-
ban contigo en varias cosas: en mantos de jacinto, y bordados, y en cajas de ropas preciosas, enlazadas con cordones, y en madera de cedro.
25 Las naves de Tarsis, tus cua-
drillas, fueron en tu negociación: y fuiste llena, y fuiste multiplicada en gran manera en medio de los mares.
26 En muchas aguas te engolfa-
ron tus remeros: viento solano te quebrantó en medio de los mares.
27 Tus riquezas, y tus mercaderí-
as, y tu negociación, tus remeros, y tus pilotos, los reparadores de tus hendiduras, y los agentes de tus negocios, y todos tus hombres de guerra que hay en ti, con toda tu compañía que en medio de ti se halla, caerán en medio de los mares el día de tu caída.
28 Al estrépito de las voces de

tus marineros temblarán los
arrabales.
29 Y descenderán de sus naves
todos los que toman remo; reme-
ros, y todos los pilotos del mar se
pararán en tierra:
30 Y harán oír su voz sobre ti, y
gritarán amargamente, y echa-
rán polvo sobre sus cabezas, y se
revolcarán en la ceniza.
31 Y haránse por ti calva, y se ce-
ñirán de sacos, y endecharán por
ti endechas amargas, con amar-
gura de alma.
32 Y levantarán sobre ti ende-
chas en sus lamentaciones, y
endecharán sobre ti *diciendo:*
¿Quién como Tiro, como la des-
truída en medio del mar?
33 Cuando tus mercaderías salí-
an de las naves, hartabas muchos
pueblos: los reyes de la tierra en-
riqueciste con la multitud de tus
riquezas y de tus contrataciones.
34 En el tiempo que serás que-
brantada de los mares en los pro-
fundos de las aguas, tu comercio
y toda tu compañía caerán en
medio de ti.
35 Todos los moradores de las
islas se maravillarán sobre ti, y
sus reyes temblarán de espanto:
inmutaránse en sus rostros.
36 Los mercaderes en los pue-
blos silbarán sobre ti: vendrás a
ser espanto, y dejarás de ser para
siempre.

CAPÍTULO 28

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, di al prínci-
pe de Tiro: Así ha dicho el Señor
DIOS: Por cuanto se enalteció tu
corazón, y dijiste: Yo *soy* un dios;
en la silla de Dios estoy sentado
en medio de los mares (siendo tú
hombre y no Dios); y has pues-
to tu corazón como corazón de
Dios:
3 He aquí que tú eres más sabio
que Daniel; no hay secreto que te
sea oculto;
4 Con tu sabiduría y con tu enten-
dimiento te has juntado riquezas,
y has adquirido oro y plata en tus
tesoros;
5 Con la grandeza de tu sabiduría
en tu mercadería has multiplica-
do tus riquezas; y a causa de
tus riquezas se ha enaltecido tu
corazón.
6 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: Por cuanto pusiste tu cora-
zón como corazón de Dios,
7 Por tanto, he aquí yo traigo
sobre ti extraños, los fuertes de
las gentes, que desenvainarán
sus espadas contra la hermosura
de tu sabiduría, y ensuciarán tu
esplendor.
8 A la huesa te harán descen-
der, y morirás de las muertes de
los que mueren en medio de los
mares.
9 ¿Hablarás delante de tu mata-
dor, diciendo: Yo soy Dios? Tú,
hombre eres, y no Dios, en la
mano de tu matador.
10 De muerte de incircuncisos
morirás por mano de extraños:
porque yo he hablado, dice el
Señor DIOS.
11 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
12 Hijo del hombre, levanta en-
dechas sobre el rey de Tiro, y
dile: Así ha dicho el Señor DIOS:
Tú eres el sello de perfección,
lleno de sabiduría, y perfecto en
hermosura.
13 En Edén, en el huerto de Dios
estuviste: toda piedra preciosa
fue tu cobertura; el sardio, el to-

pacio, y el diamante, el berilo,
el ónix, y el jaspe, el zafiro, la
esmeralda, y el carbunclo, y oro,
los primores de tus tamboriles
y pífanos estuvieron preparados
en ti en el día que fuiste creado.
14 Tú, *eras* el querubín ungido
que cubre: y yo te puse; en el
santo monte de Dios estuviste;
en medio de piedras de fuego has
andado.
15 Perfecto eras en todos tus
caminos desde el día que fuiste
creado, hasta que se halló en ti
iniquidad.
16 A causa de la multitud de tu
mercadería fuiste lleno de vio-
lencia, y pecaste: por lo que yo te
arrojaré como profano del monte
de Dios, y te destruiré de en
medio de las piedras del fuego,
oh querubín cubridor.
17 Enaltecióse tu corazón a causa
de tu hermosura, corrompiste tu
sabiduría a causa de tu resplan-
dor: yo te arrojaré por tierra; de-
lante de los reyes te pondré para
que miren en ti.
18 Por la multitud de tus malda-
des, y por la iniquidad de tu
mercadería ensuciaste tus san-
tuarios: yo pues saco fuego de en
medio de ti, el cual te consume,
y te pondré por ceniza sobre la
tierra a los ojos de todos los que
te miran.
19 Todos los que te conocen de
entre los pueblos, se maravilla-
rán sobre ti: en espanto serás, y
para siempre dejarás de ser.
20 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
21 Hijo del hombre, pon tu ros-
tro hacia Sidón, y profetiza con-
tra ella;
22 Y dirás: Así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí yo contra ti, oh
Sidón, y en medio de ti seré glo-
rificado: y sabrán que yo soy el
SEÑOR, cuando hiciere en ella
juicios, y en ella me santificare.
23 Y enviaré a ella pestilencia y
sangre en sus plazas; y caerán
muertos en medio de ella, con
espada contra ella alrededor; y
sabrán que yo soy el SEÑOR.
24 Y nunca más será a la casa de
Israel espino que le punce, ni es-
panto que le dé dolor, en todos
los alrededores de los que los
menosprecian; y sabrán que yo
soy el SEÑOR.
25 Así ha dicho el Señor DIOS:
Cuando juntare la casa de Israel
de los pueblos entre los cuales
están esparcidos, entonces me
santificaré en ellos a los ojos de
las gentes, y habitarán en su tie-
rra, la cual di a mi siervo Jacob.
26 Y habitarán en ella seguros,
y edificarán casas, y plantarán
viñas, y habitarán confiadamen-
te, cuando yo haré juicios en
todos los que los despojan en sus
alrededores; y sabrán que yo soy
el SEÑOR su Dios.

CAPÍTULO 29

EN el año décimo, en el *mes*
décimo, a los doce del mes,
vino a mí la palabra del SEÑOR,
diciendo:
2 Hijo del hombre, pon tu rostro
contra Faraón rey de Egipto, y
profetiza contra él y contra todo
Egipto.
3 Habla, y di: Así ha dicho el
Señor DIOS: He aquí yo contra
ti, Faraón rey de Egipto, el gran
dragón que yace en medio de sus
ríos, el cual dijo: Mío es mi río, y
yo me lo hice.
4 Yo pues, pondré anzuelos en
tus mejillas, y pegaré los peces

de tus ríos a tus escamas, y te
sacaré de en medio de tus ríos,
y todos los peces de tus ríos saldrán pegados a tus escamas.
5 Y dejaréte en el desierto, a ti
y a todos los peces de tus ríos:
sobre la faz del campo caerás; no
serás recogido, ni serás juntado:
a las bestias de la tierra y a las
aves del cielo te he dado por comida.
6 Y sabrán todos los moradores
de Egipto que yo soy el SEÑOR,
por cuanto fueron bordón de
caña a la casa de Israel.
7 Cuando te tomaron con la
mano, te quebraste, y les rompiste todo el hombro: y cuando se
recostaron sobre ti, te quebraste,
y los deslomaste enteramente.
8 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí que yo traigo contra ti espada, y talaré de ti hombres y bestias.
9 Y la tierra de Egipto será asolada y desierta: y sabrán que yo
soy el SEÑOR: porque dijo: Mi
río, y yo lo hice.
10 Por tanto, he aquí yo contra
ti, y contra tus ríos; y pondré la
tierra de Egipto en asolamientos
de la soledad del desierto, desde
Migdol hasta Seveneh, hasta el
término de Etiopía.
11 No pasará por ella pie de
hombre, ni pie de bestia pasará por ella; ni será habitada por
cuarenta años.
12 Y pondré a la tierra de Egipto en soledad entre las tierras
asoladas, y sus ciudades entre
las ciudades destruidas estarán
asoladas por cuarenta años: y esparciré a Egipto entre las gentes,
y aventarélos por las tierras.
13 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: Al fin de cuarenta años
juntaré a Egipto de los pueblos
entre los cuales fueren esparcidos:
14 Y tornaré a traer los cautivos
de Egipto, y los volveré a la tierra de Patros, a la tierra de su
habitación; y allí serán un reino
bajo.
15 En comparación de los otros
reinos será humilde; ni más se
alzará sobre las gentes: porque
yo los disminuiré, para que no se
enseñoreen en las gentes.
16 Y no será más a la casa de
Israel por confianza, que haga
acordar el pecado, mirando en
pos de ellos; y sabrán que yo soy
el Señor DIOS.
17 Y aconteció en el año veinte
y siete, en el *mes* primero, al primero del mes, que vino a mí la
palabra del SEÑOR, diciendo:
18 Hijo del hombre, Nabucodonosor rey de Babilonia hizo a su
ejército prestar grande servicio
contra Tiro. Toda cabeza se encalveció, y pelóse todo hombro;
y ni para él ni para su ejército
hubo paga de Tiro, por el servicio que prestó contra ella.
19 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: He aquí que yo doy
a Nabucodonosor, rey de Babilonia, la tierra de Egipto; y él tomará su multitud, y cogerá sus
despojos, y arrebatará su presa,
y habrá paga para su ejército.
20 Por su trabajo con que sirvió
contra ella le he dado la tierra
de Egipto: porque trabajaron por
mí, dice el Señor DIOS.
21 En aquel tiempo haré reverdecer el cuerno a la casa de Israel,
y te daré apertura de boca en
medio de ellos; y sabrán que yo
soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 30

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, profetiza, y
di: Así ha dicho el Señor DIOS:
Aullad: ¡Ay del día!
3 Porque cerca está el día, cerca
está el día del SEÑOR; día de nu-
blado, día de las gentes será.
4 Y vendrá espada a Egipto, y
habrá miedo en Etiopía, cuando
caerán heridos en Egipto; y to-
marán su multitud, y serán des-
truídos sus fundamentos.
5 Etiopía, y Libia, y Lidia, y todo
el conjunto de pueblo, y Cub, y
los hijos de la tierra de la liga,
caerán con ellos a espada.
6 Así ha dicho el SEÑOR: Tam-
bién caerán los que sostienen a
Egipto, y la altivez de su fortale-
za caerá: desde Migdol hasta Se-
veneh caerán en él a espada, dice
el Señor DIOS.
7 Y serán asolados entre las tie-
rras asoladas, y sus ciudades
serán entre las ciudades desiertas.
8 Y sabrán que yo soy el SEÑOR,
cuando pusiere fuego a Egipto, y
fueren quebrantados todos sus
ayudadores.
9 En aquel tiempo saldrán men-
sajeros de delante de mí en naví-
os, a espantar a Etiopía la confia-
da, y tendrán espanto como en
el día de Egipto: porque he aquí
viene.
10 Así ha dicho el Señor DIOS:
Haré cesar la multitud de Egipto
por mano de Nabucodonosor, rey
de Babilonia.
11 Él, y con él su pueblo, los más
fuertes de las gentes, serán traí-
dos a destruir la tierra: y desen-
vainarán sus espadas sobre
Egipto, y henchirán la tierra de
muertos.
12 Y secaré los ríos, y entregaré
la tierra en manos de malos, y
destruiré la tierra y su plenitud
por mano de extranjeros: yo el
SEÑOR he hablado.
13 Así ha dicho el Señor DIOS:
Destruiré también las imágenes,
y haré cesar los ídolos de Nof; y
no habrá más príncipe de la tie-
rra de Egipto, y en la tierra de
Egipto pondré temor.
14 Y asolaré a Patros, y pondré
fuego a Zoán, y haré juicios en
No.
15 Y derramaré mi ira sobre Sin,
fortaleza de Egipto, y talaré la
multitud de No.
16 Y pondré fuego a Egipto; Sin
tendrá gran dolor, y No será des-
trozada, y Nof tendrá continuas
angustias.
17 Los mancebos de Avén y de
Pibeset caerán a espada; y ellas
irán en cautiverio.
18 Y en Tafnes será cerrado el
día, cuando quebrantaré yo allí
las barras de Egipto, y cesará en
ella la soberbia de su fortaleza:
nublado la cubrirá, y los morado-
res de sus aldeas irán en cautive-
rio.
19 Haré pues juicios en Egipto y
sabrán que yo soy el SEÑOR.
20 Y aconteció en el año undéci-
mo, en el *mes* primero, a los siete
del mes, que vino a mí la palabra
del SEÑOR, diciendo:
21 Hijo del hombre, quebranta-
do he el brazo de Faraón rey de
Egipto; y he aquí que no ha sido
vendado poniéndo*le* medicinas,
poniéndole faja para ligarlo, a
fin de vigorizarle para que pueda
tener espada.
22 Por tanto, así ha dicho el
Señor DIOS: Heme aquí contra
Faraón rey de Egipto, y quebraré

sus brazos, el fuerte y el fracturado, y haré que la espada se le caiga de la mano.
23 Y esparciré los Egipcios entre las gentes, y aventarélos por las tierras.
24 Y fortificaré los brazos del rey de Babilonia, y pondré mi espada en su mano; mas quebraré los brazos de Faraón, y delante de aquél gemirá con gemidos de herido de muerte.
25 Fortificaré pues los brazos del rey de Babilonia, y los brazos de Faraón caerán; y sabrán que yo soy el SEÑOR, cuando yo pusiere mi espada en la mano del rey de Babilonia, y él la extendiere sobre la tierra de Egipto.
26 Y esparciré los Egipcios entre las gentes, y los aventaré por las tierras; y sabrán que yo soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 31

Y ACONTECIÓ en el año undécimo, en el *mes* tercero, al primero del mes, que vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, di a Faraón rey de Egipto, y a su pueblo: ¿A quién te comparaste en tu grandeza?
3 He aquí era el Asirio cedro en el Líbano, hermoso en ramas, y umbroso con sus ramos, y de grande altura, y su copa estaba entre densas ramas.
4 Las aguas lo hicieron crecer, encumbrólo el abismo: sus ríos iban alrededor de su pie, y a todos los árboles del campo enviaba sus corrientes.
5 Por tanto, se encumbró su altura sobre todos los árboles del campo, y multiplicáronse sus ramos, y a causa de las muchas aguas se alargaron sus ramas que había echado.
6 En sus ramas hacían nido todas las aves del cielo, y debajo de su ramaje parían todas las bestias del campo, y a su sombra habitaban muchas gentes.
7 Hízose, pues, hermoso en su grandeza con la extensión de sus ramas; porque su raíz estaba junto a muchas aguas.
8 Los cedros no lo cubrieron en el huerto de Dios: las hayas no fueron semejantes a sus ramas, ni los castaños fueron semejantes a sus ramos: ningún árbol en el huerto de Dios fue semejante a él en su hermosura.
9 Hícelo hermoso con la multitud de sus ramas; y todos los árboles de Edén, que estaban en el huerto de Dios, tuvieron de él envidia.
10 Por tanto, así dijo el Señor DIOS: Por cuanto te encumbraste en altura, y puso su cumbre entre densas ramas, y su corazón se elevó con su altura,
11 Yo lo entregaré en mano del fuerte de las gentes, que de cierto le manejará: por su impiedad lo he arrojado.
12 Y le cortarán extraños, los fuertes de las gentes, y lo abandonarán: sus ramas caerán sobre los montes y por todos los valles, y por todas las arroyadas de la tierra serán quebrados sus ramos; e iránse de su sombra todos los pueblos de la tierra, y lo dejarán.
13 Sobre su ruina habitarán todas las aves del cielo, y sobre sus ramas estarán todas las bestias del campo:
14 Para que no se eleven en su altura los árboles todos de las aguas, ni levanten su cumbre entre las espesuras, ni en sus ramas se

paren por su altura todos los que
beben aguas: porque todos serán
entregados a muerte, a la tierra
baja, en medio de los hijos de los
hombres, con los que descienden
a la huesa.
15 Así ha dicho el Señor DIOS: El
día que descendió a la sepultura,
hice hacer luto, hice cubrir por él
el abismo, y detuve sus ríos, y las
muchas aguas fueron detenidas:
y al Líbano cubrí de tinieblas por
él, y todos los árboles del campo
se desmayaron.
16 Del estruendo de su caída hice
temblar las naciones, cuando lo
hice descender al infierno con
todos los que descienden al abis-
mo; y todos los árboles de Edén,
los escogidos, y los mejores del
Líbano, todos los que beben
aguas, tomarán consolación en
las partes más bajas de la tierra.
17 Ellos también descendieron
con él al infierno, con los muer-
tos a espada, los que fueron su
brazo, los que habitaban bajo su
sombra en medio de las naciones.
18 ¿A quién te has comparado así
en gloria y en grandeza entre los
árboles de Edén? Pues derribado
serás con los árboles de Edén en
la tierra baja: entre los incircun-
cisos yacerás, con los muertos a
espada. Éste *es* Faraón y todo su
pueblo, dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 32

Y ACONTECIÓ en el año duo-
décimo, en el mes duodéci-
mo, al primero del mes, que vino
a mí la palabra del SEÑOR, di-
ciendo:
2 Hijo del hombre, levanta ende-
chas sobre Faraón rey de Egipto,
y díle: A leoncillo de gentes eres
semejante, y *eres* como una ba-
llena en los mares: que secabas
tus ríos, y enturbiabas las aguas
con tus pies, y hollabas sus ribe-
ras.
3 Así dice el Señor DIOS: Yo ex-
tenderé sobre ti mi red con una
compañía de muchos pueblos, y
te harán subir en mi red.
4 Y te dejaré en tierra, te echa-
ré sobre la faz del campo, y haré
que se asienten sobre ti todas las
aves del cielo, y hartaré de ti las
bestias de toda la tierra.
5 Y pondré tus carnes sobre los
montes, y henchiré los valles de
tu altura.
6 Y regaré de tu sangre la tierra
donde nadas, hasta los montes; y
los arroyos se henchirán de ti.
7 Y cuando te habré muerto,
cubriré el cielo, y haré entene-
brecer sus estrellas: el sol cubriré
con nublado, y la luna no hará
resplandecer su luz.
8 Todas las lumbreras de luz haré
entenebrecer en el cielo por ti, y
pondré tinieblas sobre tu tierra,
dice el Señor DIOS.
9 Y entristeceré el corazón de
muchos pueblos, cuando lleva-
ré tu quebrantamiento sobre las
gentes, por las tierras que no co-
nociste.
10 Y haré atónitos sobre ti mu-
chos pueblos, y sus reyes ten-
drán a causa de ti horror gran-
de, cuando haré resplandecer mi
espada delante de sus rostros; y
todos se sobresaltarán en sus áni-
mos a cada momento en el día de
tu caída.
11 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: La espada del rey de Babi-
lonia vendrá sobre ti.
12 Con espadas de fuertes haré
caer tu pueblo; todos ellos serán
los fuertes de las gentes: y des-

truirán la soberbia de Egipto, y
toda su multitud será deshecha.
13 Todas sus bestias destruiré de
sobre las muchas aguas: ni más
las enturbiará pie de hombre, ni
pezuña de bestias las enturbia-
rán.
14 Entonces haré asentarse sus
aguas, y haré ir sus ríos como
aceite, dice el Señor DIOS.
15 Cuando asolaré la tierra de
Egipto, y la tierra fuere asolada
de su plenitud, cuando heriré a
todos los que en ella moran, sa-
brán que yo soy el SEÑOR.
16 Ésta *es* la endecha, y cantar-
la han: las hijas de las gentes
la cantarán: endecharán sobre
Egipto, y sobre toda su multitud,
dice el Señor DIOS.
17 Y aconteció en el año duodé-
cimo, a los quince del mes, que
vino a mí la palabra del SEÑOR,
diciendo:
18 Hijo del hombre, endecha
sobre la multitud de Egipto, y
despéñalo a él, y a las villas de
las gentes fuertes, en la tierra de
los profundos, con los que des-
cienden al abismo.
19 Porque eres tan hermoso, des-
ciende, y yace con los incircunci-
sos.
20 Entre los muertos a espada
caerán: a la espada es entregado:
traedlo a él y a todos sus pueblos.
21 De en medio del infierno ha-
blarán a él los fuertes de los fuer-
tes, con los que le ayudaron, que
descendieron, y yacen con los in-
circuncisos muertos a espada.
22 Allí Asur con toda su compa-
ñía: en derredor de él están sus
sepulcros: todos ellos cayeron
muertos a espada.
23 Sus sepulcros fueron puestos
a los lados de la fosa, y su com-
pañía está por los alrededores de
su sepulcro: todos ellos cayeron
muertos a espada, los cuales pu-
sieron miedo en la tierra de los
vivientes.
24 Allí Elam, y toda su multitud
por los alrededores de su sepul-
cro: todos ellos cayeron muer-
tos a espada, los cuales descen-
dieron incircuncisos a los más
profundos lugares de la tierra,
porque pusieron su terror en la
tierra de los vivientes, mas lle-
varon su confusión con los que
descienden al sepulcro.
25 En medio de los muertos le
pusieron cama con toda su multi-
tud: a sus alrededores están sus
sepulcros: todos ellos incircunci-
sos muertos a espada, porque fue
puesto su espanto en la tierra de
los vivientes, mas llevaron su
confusión con los que descien-
den al sepulcro: él fue puesto en
medio de los muertos.
26 Allí Mesec, y Tubal, y toda su
multitud: sus sepulcros en sus al-
rededores: todos ellos incircun-
cisos muertos a espada, porque
habían dado su terror en la tierra
de los vivientes.
27 Y no yacerán con los fuertes
que cayeron de los incircuncisos,
los cuales descendieron al infier-
no con sus armas de guerra, y
pusieron sus espadas debajo de
sus cabezas: mas sus pecados es-
tarán sobre sus huesos, porque
fueron terror de fuertes en la tie-
rra de los vivientes.
28 Tú pues serás quebrantado
entre los incircuncisos, y yacerás
con los muertos a espada.
29 Allí Idumea, sus reyes y todos
sus príncipes, los cuales con su
fortaleza fueron puestos con los
muertos a espada: ellos yacerán

con los incircuncisos, y con los
que descienden al sepulcro.
30 Allí los príncipes del norte,
todos ellos, y todos los de Sidón,
que con su terror descendieron
con los muertos, avergonzados
de su fortaleza, yacen también
incircuncisos con los muertos a
espada, y llevaron su confusión
con los que descienden al sepul-
cro.
31 A éstos verá Faraón, y conso-
laráse sobre toda su multitud;
Faraón muerto a espada, y todo
su ejército, dice el Señor DIOS.
32 Porque yo puse mi terror en la
tierra de los vivientes, también
yacerá entre los incircuncisos
con los muertos a espada, Faraón
y toda su multitud, dice el Señor
DIOS.

CAPÍTULO 33

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, habla a
los hijos de tu pueblo, y díles:
Cuando trajere yo espada sobre
la tierra, y el pueblo de la tierra
tomare un hombre de sus térmi-
nos, y se lo pusiere por atalaya,
3 Y él viere venir la espada sobre
la tierra, y tocare corneta, y avi-
sare al pueblo;
4 Cualquiera que oyere el soni-
do de la corneta, y no se aper-
cibiere, y viniendo la espada lo
tomare, su sangre será sobre su
cabeza.
5 El sonido de la corneta oyó, y
no se apercibió; su sangre será
sobre él: mas el que se aperci-
biere, librará su alma.
6 Pero si el atalaya viere venir
la espada, y no tocare la corneta,
y el pueblo no se apercibiere, y
viniendo la espada, tomare de él
alguno; él por causa de su peca-
do fue tomado, mas demandaré
su sangre de mano del atalaya.
7 Tú pues, hijo del hombre, yo
te he puesto por atalaya a la
casa de Israel, y oirás la palabra
de mi boca, y los apercibirás de
mi parte.
8 Diciendo yo al impío: Impío,
de cierto morirás; si tú no habla-
res para que se guarde el impío
de su camino, el impío morirá
por su pecado, mas su sangre yo
la demandaré de tu mano.
9 Y si tú avisares al impío de su
camino para que de él se aparte,
y él no se apartare de su camino,
por su pecado morirá él, y tú li-
braste tu vida.
10 Tú pues, hijo del hombre,
di a la casa de Israel: Vosotros
habéis hablado así, diciendo:
Nuestras rebeliones y nuestros
pecados están sobre nosotros, y
a causa de ellos somos consumi-
dos: ¿Cómo pues viviremos?
11 Díles: Vivo yo, dice el Señor
DIOS, que no quiero la muerte
del impío, sino que se torne el
impío de su camino, y que viva.
Volveos, volveos de vuestros
malos caminos: ¿Y por qué mo-
riréis, oh casa de Israel?
12 Y tú, hijo del hombre, di a los
hijos de tu pueblo: La justicia
del justo no lo librará el día que
se rebelare; y la impiedad del
impío no le será estorbo el día
que se volviere de su impiedad;
y el justo no podrá vivir por su
justicia el día que pecare.
13 Diciendo yo al justo: De cier-
to vivirá, y él confiado en su jus-
ticia hiciere iniquidad, todas sus
justicias no vendrán en memo-
ria, sino que morirá por su ini-
quidad que hizo.

14 Y diciendo yo al impío: De
cierto morirás; si él se volviere
de su pecado, e hiciere juicio y
justicia,
15 Si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, caminare en las ordenanzas de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá.
16 No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido: hizo juicio y justicia; vivirá ciertamente.
17 Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recta la vía del SEÑOR: la vía de ellos *es la que* no es recta.
18 Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello.
19 Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere juicio y justicia, vivirá por ello.
20 Y dijisteis: No es recta la vía del SEÑOR. Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos.
21 Y aconteció en el año duodécimo de nuestro cautiverio, en el *mes* décimo, a los cinco del mes, que vino a mí un escapado de Jerusalem, diciendo: La ciudad ha sido herida.
22 Y la mano del SEÑOR había sido sobre mí la tarde antes que el escapado viniese, y había abierto mi boca, hasta que vino a mí por la mañana; y abrió mi boca, y no más estuve callado.
23 Y vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo:
24 Hijo del hombre, los que habitan aquellos desiertos en la tierra de Israel, hablando dicen: Abraham era uno, y poseyó la tierra: pues nosotros somos muchos; a nosotros es dada la tierra en posesión.
25 Por tanto, díles: Así dice el Señor DIOS: ¿Con sangre comeréis, y a vuestros ídolos alzaréis vuestros ojos, y sangre derramaréis, y poseeréis vosotros la tierra?
26 Estuvisteis sobre vuestras espadas, hicisteis abominación, y contaminasteis cada cual la esposa de su prójimo: ¿Y habréis de poseer la tierra?
27 Les dirás así: Así ha dicho el Señor DIOS: Vivo yo, que los que están en aquellos asolamientos caerán a espada, y al que está sobre la faz del campo entregaré a las bestias que lo devoren; y los que están en las fortalezas y en las cuevas, de pestilencia morirán.
28 Y pondré la tierra en desierto y en soledad, y cesará la soberbia de su fortaleza; y los montes de Israel serán asolados, que no haya quien pase.
29 Y sabrán que yo soy el SEÑOR, cuando pusiere la tierra en soledad y desierto, por todas las abominaciones que han hecho.
30 Y tú, hijo del hombre, los hijos de tu pueblo se mofan de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno con el otro, cada uno con su hermano, diciendo: Venid ahora, y oid qué palabra sale del SEÑOR.
31 Y vendrán a ti como viene el pueblo, y se estarán delante de ti como mi pueblo, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra: antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia.
32 Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, gracioso

de voz y que canta bien: y oirán
tus palabras, mas no las pondrán
por obra.
33 Empero cuando ello viniere
(he aquí viene), sabrán que hubo
profeta entre ellos.

CAPÍTULO 34

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y diles a los pastores: Así ha dicho el Señor DIOS: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores los rebaños?
3 Coméis la leche, y os vestís de la lana: la gruesa degolláis, no apacentáis las ovejas.
4 No corroborasteis las flacas, ni curasteis la enferma: no ligasteis la perniquebrada, ni tornasteis la amontada, ni buscasteis la perdida; sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia;
5 Y están derramadas por falta de pastor; y fueron para ser comidas de toda bestia del campo, y fueron esparcidas.
6 Y anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto: y en toda la faz de la tierra fueron derramadas mis ovejas, y no hubo quien buscase, ni quien requiriese.
7 Por tanto, pastores, oid palabra del SEÑOR:
8 Vivo yo, ha dicho el Señor DIOS, que por cuanto mi rebaño fue para ser robado, y mis ovejas fueron para ser comidas de toda bestia del campo, sin pastor; ni mis pastores buscaron mis ovejas, sino que los pastores se apacentaron a sí mismos, y no apacentaron mis ovejas;
9 Por tanto, oh pastores, oid palabra del SEÑOR:
10 Así ha dicho el Señor DIOS: He aquí, yo a los pastores; y requeriré mis ovejas de su mano, y haréles dejar de apacentar las ovejas: ni los pastores se apacentarán más a sí mismos; pues yo libraré mis ovejas de sus bocas, y no les serán más por comida.
11 Porque así ha dicho el Señor DIOS: He aquí, yo, yo requeriré mis ovejas, y las reconoceré.
12 Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad.
13 Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras: y las meteré en su tierra, y las apacentaré en los montes de Israel por las riberas, y en todas las habitaciones del país.
14 En buenos pastos las apacentaré, y en los altos montes de Israel será su majada: allí dormirán en buena majada, y en pastos gruesos serán apacentadas sobre los montes de Israel.
15 Yo apacentaré mis ovejas, y yo les haré tener majada, dice el Señor DIOS.
16 Yo buscaré la perdida, y tornaré la amontada, y ligaré la perniquebrada, y corroboraré la enferma: mas a la gruesa y a la fuerte destruiré. Yo las apacentaré en juicio.
17 Mas vosotras, ovejas mías, así ha dicho el Señor DIOS: He aquí yo juzgo entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos.
18 ¿Os es poco que comáis los

buenos pastos, sino que holléis
con vuestros pies lo que de vues-
tros pastos queda; y que bebien-
do las aguas sentadas, holléis
además con vuestros pies las que
quedan?
19 Y mis ovejas comen lo hollado
de vuestros pies, y beben lo que
con vuestros pies habéis hollado.
20 Por tanto, así les dice el Señor
DIOS: He aquí, yo, yo juzgaré
entre la oveja gruesa y la oveja
flaca,
21 Por cuanto rempujasteis con
el lado y con el hombro, y acor-
neasteis con vuestros cuernos a
todas las flacas, hasta que las es-
parcisteis fuera.
22 Yo salvaré a mis ovejas, y
nunca más serán en rapiña; y
juzgaré entre oveja y oveja.
23 Y despertaré sobre ellas un
pastor, y él las apacentará; a mi
siervo David: él las apacentará, y
él les será por pastor.
24 Yo el SEÑOR les seré por Dios,
y mi siervo David príncipe en
medio de ellos. Yo el SEÑOR he
hablado.
25 Y estableceré con ellos pacto
de paz, y haré cesar de la tierra
las malas bestias; y habitarán en
el desierto seguramente, y dor-
mirán en los bosques.
26 Y daré a ellas, y a los alrede-
dores de mi collado, bendición;
y haré descender la lluvia en
su tiempo, lluvias de bendición
serán.
27 Y el árbol del campo dará su
fruto, y la tierra dará su fruto, y
estarán sobre su tierra segura-
mente; y sabrán que yo soy el
SEÑOR, cuando quebrare las co-
yundas de su yugo, y los librare
de mano de los que se sirven de
ellos.
28 Y no serán más presa de las
gentes, ni las bestias de la tierra
las devorarán; sino que habi-
tarán seguramente, y no habrá
quien espante;
29 Y despertaréles una plan-
ta por nombre, y no más serán
consumidos de hambre en la tie-
rra, ni serán más avergonzados
de las gentes.
30 Y sabrán que yo su Dios el
SEÑOR soy con ellos, y ellos son
mi pueblo, la casa de Israel, dice
el Señor DIOS.
31 Y vosotras, ovejas mías, ove-
jas de mi pasto, hombres sois, y
yo vuestro Dios, dice el Señor
DIOS.

CAPÍTULO 35

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
2 Hijo del hombre, pon tu rostro
hacia el monte de Seir, y profeti-
za contra él,
3 Y díle: Así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí yo contra ti, oh
monte de Seir, y extenderé mi
mano contra ti, y te pondré en
asolamiento y en soledad.
4 A tus ciudades asolaré, y tú
serás asolado; y sabrás que yo
soy el SEÑOR.
5 Por cuanto tuviste enemistades
perpetuas, y derramaste *sangre*
de los hijos de Israel con el poder
de la espada en el tiempo *que su*
iniquidad *tuvo* fin;
6 Por tanto, vivo yo, dice el Señor
DIOS, que a sangre te diputaré, y
sangre te perseguirá: y pues la
sangre no aborreciste, sangre te
perseguirá.
7 Y pondré al monte de Seir en
asolamiento y en soledad, y cor-
taré de él pasante y volviente.
8 Y henchiré sus montes de sus

muertos: en tus collados, y en
tus valles, y en todos tus arroyos,
caerán ellos muertos a espada.
9 Yo te pondré en asolamientos
perpetuos, y tus ciudades nunca
más se restaurarán; y sabréis que
yo soy el SEÑOR.
10 Por cuanto dijiste: Las dos
naciones y las dos tierras serán
mías, y las poseeremos, estando
allí el SEÑOR;
11 Por tanto, vivo yo, dice el
Señor DIOS, yo haré conforme
a tu ira, y conforme a tu celo
con que procediste, a causa de
tus enemistades con ellos: y seré
conocido en ellos, cuando te juz-
garé.
12 Y sabrás que yo el SEÑOR he
oído todas tus injurias que profe-
riste contra los montes de Israel,
diciendo: Destruídos son, nos
son dados a devorar.
13 Y os engrandecisteis contra
mí con vuestra boca, y multipli-
casteis contra mí vuestras pala-
bras. Yo lo oí.
14 Así ha dicho el Señor DIOS:
Alegrándose toda la tierra, yo te
haré soledad.
15 Como te alegraste sobre la he-
redad de la casa de Israel, por-
que fue asolada, así te haré a ti:
asolado será el monte de Seir, y
toda Idumea, toda ella; y sabrán
que yo soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 36

Y TÚ, hijo del hombre, profeti-
za sobre los montes de Israel,
y di: Montes de Israel, oid pala-
bra del SEÑOR:
2 Así ha dicho el Señor DIOS: Por
cuanto el enemigo dijo sobre vo-
sotros: ¡Ea! también las alturas
perpetuas nos han sido por here-
dad;
3 Profetiza por tanto, y di: Así
ha dicho el Señor DIOS: Pues por
cuanto asolándoos y tragándoos
de todas partes, para que fueseis
heredad a las otras gentes, se os
ha hecho andar en boca de len-
guas, y *ser* el oprobio de los pue-
blos,
4 Por tanto, montes de Israel, oid
palabra del Señor DIOS: Así ha
dicho el Señor DIOS a los mon-
tes y a los collados, a los arroyos
y a los valles, a las ruinas y aso-
lamientos, y a las ciudades des-
amparadas, que fueron puestas
a saco y en escarnio a las otras
gentes alrededor;
5 Por eso, así ha dicho el Señor
DIOS: He hablado por cierto en
el fuego de mi celo contra las
demás gentes, y contra toda Idu-
mea, que se disputaron mi tierra
por heredad con alegría de todo
corazón, con enconamiento de
ánimo, para que sus expelidos
fuesen presa.
6 Por tanto, profetiza sobre la
tierra de Israel, y di a los montes
y a los collados, y a los arroyos y
a los valles: Así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí, en mi celo y en
mi furor he hablado, por cuanto
habéis llevado el oprobio de las
gentes.
7 Por lo cual así ha dicho el Señor
DIOS: Yo he alzado mi mano, que
las gentes que os están alrededor
han de llevar su afrenta.
8 Mas vosotros, oh montes de Is-
rael, daréis vuestros ramos, y lle-
varéis vuestro fruto a mi pueblo
Israel; porque cerca están para
venir.
9 Porque heme aquí a vosotros,
y a vosotros me volveré, y seréis
labrados y sembrados.
10 Y haré multiplicar sobre voso-

tros hombres a toda la casa de
Israel, toda ella; y las ciudades
han de ser habitadas, y serán edificadas las ruinas.
11 Y multiplicaré sobre vosotros
hombres y bestias, y serán multiplicados y crecerán: y os haré
morar como solíais antiguamente, y os haré más bien que en
vuestros principios; y sabréis que
yo soy el SEÑOR.
12 Y haré andar hombres sobre
vosotros, a mi pueblo Israel; y te
poseerán, y les serás por heredad,
y nunca más les matarás los hijos.
13 Así ha dicho el Señor DIOS:
Por cuanto dicen de vosotros:
Comedora de hombres, y matadora de los hijos de tus gentes
has sido:
14 Por tanto, no devorarás más
hombres, y nunca más matarás
los hijos a tus gentes, dice el
Señor DIOS.
15 Y nunca más te haré oír injuria de gentes, ni más llevarás denuestos de pueblos, ni harás más
morir los hijos a tus gentes, dice
el Señor DIOS.
16 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
17 Hijo del hombre, morando en
su tierra la casa de Israel, la contaminaron con sus caminos y con
sus obras: como inmundicia de
menstruosa fue su camino delante de mí.
18 Y derramé mi ira sobre ellos
por las sangres que derramaron
sobre la tierra; porque con sus
ídolos la contaminaron.
19 Y esparcílos por las gentes, y
fueron aventados por las tierras:
conforme a sus caminos y conforme a sus obras los juzgué.
20 Y entrados a las gentes a donde
fueron, profanaron mi santo
nombre, diciéndose de ellos:
Éstos *son* pueblo del SEÑOR, y de
su tierra de él han salido.
21 Y he tenido lástima en atención a mi santo nombre, el cual
profanó la casa de Israel entre
las gentes a donde fueron.
22 Por tanto, di a la casa de Israel:
Así ha dicho el Señor DIOS: No
lo hago por vosotros, oh casa de
Israel sino por causa de mi santo
nombre, el cual profanasteis vosotros entre las gentes a donde
habéis llegado.
23 Y santificaré mi grande nombre profanado entre las gentes,
el cual profanasteis vosotros en
medio de ellas; y sabrán las gentes que yo soy el SEÑOR, dice el
Señor DIOS, cuando fuere santificado en vosotros delante de sus
ojos.
24 Y yo os tomaré de las gentes,
y os juntaré de todas las tierras, y
os traeré a vuestro país.
25 Y rociaré sobre vosotros agua
limpia, y seréis limpiados de
todas vuestras inmundicias; y de
todos vuestros ídolos os limpiaré.
26 Y os daré corazón nuevo, y
pondré espíritu nuevo dentro de
vosotros; y quitaré de vuestra
carne el corazón de piedra, y os
daré corazón de carne.
27 Y pondré dentro de vosotros
mi espíritu, y haré que andéis en
mis mandamientos, y guardéis
mis derechos, y los pongáis por
obra.
28 Y habitaréis en la tierra que
di a vuestros padres; y vosotros
me seréis por pueblo, y yo seré a
vosotros por Dios.
29 Y os guardaré de todas vuestras inmundicias; y llamaré al
trigo, y lo multiplicaré, y no os
daré hambre.

30 Multiplicaré asimismo el fruto
de los árboles, y el fruto de los
campos, porque nunca más reci-
báis oprobio de hambre entre las
gentes.
31 Y os acordaréis de vuestros
malos caminos, y de vuestras
obras que no fueron buenas; y os
avergonzaréis de vosotros mis-
mos por vuestras iniquidades, y
por vuestras abominaciones.
32 No lo hago por vosotros, dice
el Señor DIOS, séaos notorio:
avergonzaos y confundíos de
vuestras iniquidades, casa de Is-
rael.
33 Así ha dicho el Señor DIOS:
El día que os limpiaré de todas
vuestras iniquidades, haré tam-
bién habitar las ciudades, y las
asoladas serán edificadas.
34 Y la tierra asolada será labra-
da, en lugar de haber sido asola-
da en ojos de todos los que pasa-
ron;
35 Los cuales dijeron: Esta tie-
rra asolada fue como huerto de
Edén; y estas ciudades desiertas
y asoladas y arruinadas, fortale-
cidas estuvieron.
36 Y las gentes que fueron deja-
das en vuestros alrededores, sa-
brán que yo edifiqué las derri-
badas, y planté las asoladas: yo
el SEÑOR he hablado, y harélo.
37 Así ha dicho el Señor DIOS:
Aun seré solicitado de la casa de
Israel, para hacerles esto: multi-
plicarélos de hombres a modo de
rebaños.
38 Como las ovejas santas, como
las ovejas de Jerusalem en sus
solemnidades, así las ciudades
desiertas serán llenas de rebaños
de hombres; y sabrán que yo soy
el SEÑOR.

CAPÍTULO 37

Y LA mano del SEÑOR fue
sobre mí, y sacóme en el es-
píritu del SEÑOR, y púsome en
medio de un campo que estaba
lleno de huesos.
2 E hízome pasar cerca de ellos
por todo alrededor: y he aquí
que eran muchísimos sobre la faz
del campo, y por cierto secos en
gran manera.
3 Y díjome: Hijo del hombre,
¿Vivirán estos huesos? Y dije: Oh
Señor DIOS, tú lo sabes.
4 Díjome entonces: Profetiza
sobre estos huesos, y díles: Hue-
sos secos, oid palabra del SEÑOR.
5 Así ha dicho el Señor DIOS a
estos huesos: He aquí, yo hago
entrar aliento en vosotros, y vi-
viréis.
6 Y pondré nervios sobre voso-
tros, y haré subir sobre voso-
tros carne, y os cubriré de piel,
y pondré en vosotros aliento, y
viviréis; y sabréis que yo soy el
SEÑOR.
7 Profeticé pues, como me fue
mandado; y hubo un ruido mien-
tras yo profetizaba, y he aquí un
temblor, y los huesos se llegaron
cada hueso a su hueso.
8 Y miré, y he aquí nervios sobre
ellos, y la carne subió, y la piel
cubrió por encima de ellos: mas
no había en ellos aliento.
9 Y díjome: Profetiza al viento,
profetiza, hijo del hombre, y di
al viento: Así ha dicho el Señor
DIOS: Aliento, ven de los cua-
tro vientos, y sopla sobre estos
muertos, y vivirán.
10 Y profeticé como me había
mandado, y entró aliento en
ellos, y vivieron, y estuvieron
sobre sus pies, un ejército gran-
de en extremo.

11 Díjome luego: Hijo del hom-
bre, todos estos huesos son la
casa de Israel. He aquí, ellos
dicen: Nuestros huesos se seca-
ron, y pereció nuestra esperanza,
y somos del todo talados.
12 Por tanto profetiza, y díles:
Así ha dicho el Señor DIOS: He
aquí, yo abro vuestros sepulcros,
pueblo mío, y os haré subir de
vuestras sepulturas, y os traeré a
la tierra de Israel.
13 Y sabréis que yo soy el SEÑOR,
cuando abriere vuestros sepul-
cros, y os sacare de vuestras se-
pulturas, pueblo mío.
14 Y pondré mi espíritu en voso-
tros, y viviréis, y os haré reposar
sobre vuestra tierra; y sabréis
que yo el SEÑOR hablé, y lo hice,
dice el SEÑOR.
15 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
16 Tú, hijo del hombre, tómate
ahora un palo, y escribe en él: A
Judá, y a los hijos de Israel sus
compañeros. Toma después otro
palo, y escribe en él: A José, palo
de Efraím, y a toda la casa de Is-
rael sus compañeros.
17 Júntalos luego el uno con el
otro, para que sean en uno, y
serán uno en tu mano.
18 Y cuando te hablaren los hijos
de tu pueblo, diciendo: ¿No nos
enseñarás qué te *propones* con
eso?
19 Díles: Así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí, yo tomo el palo
de José que está en la mano de
Efraím, y a las tribus de Israel
sus compañeros, y pondrélos con
él, con el palo de Judá, y harélos
un palo, y serán uno en mi mano.
20 Y los palos sobre que escri-
bieres, estarán en tu mano delan-
te de sus ojos;
21 Y les dirás: Así ha dicho el
Señor DIOS: He aquí, yo tomo
a los hijos de Israel de entre las
gentes a las cuales fueron, y los
juntaré de todas partes, y los
traeré a su tierra:
22 Y los haré una nación en la
tierra, en los montes de Israel; y
un rey será a todos ellos por rey:
y nunca más serán dos naciones,
ni nunca más serán divididos en
dos reinos:
23 Ni más se contaminarán con
sus ídolos, y con sus abomina-
ciones, y con todas sus rebelio-
nes: y los salvaré de todas sus
habitaciones en las cuales peca-
ron, y los limpiaré; y me serán
por pueblo, y yo a ellos por Dios.
24 Y mi siervo David será rey
sobre ellos, y a todos ellos será
un pastor: y andarán en mis dere-
chos, y mis ordenanzas guarda-
rán, y las pondrán por obra.
25 Y habitarán en la tierra que di
a mi siervo Jacob, en la cual ha-
bitaron vuestros padres; en ella
habitarán ellos, y sus hijos, y los
hijos de sus hijos para siempre; y
mi siervo David les será príncipe
para siempre.
26 Y concertaré con ellos pacto
de paz, perpetuo pacto será con
ellos: y los asentaré, y los multi-
plicaré, y pondré mi santuario
entre ellos para siempre.
27 Y estará en ellos mi taberná-
culo, y seré a ellos por Dios, y
ellos me serán por pueblo.
28 Y sabrán las gentes que yo el
SEÑOR santifico a Israel, estan-
do mi santuario entre ellos para
siempre.

CAPÍTULO 38

Y VINO a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:

2 Hijo del hombre, pon tu rostro
contra Gog en tierra de Magog,
príncipe de la cabecera de Mesec
y Tubal, y profetiza sobre él,
3 Y di: Así ha dicho el Señor
DIOS: He aquí, yo a ti, oh Gog,
príncipe de la cabecera de Mesec
y Tubal.
4 Y yo te haré volver, y pondré
anzuelos en tus quijadas, y te
sacaré a ti, y a todo tu ejército,
caballos y caballeros, todos ellos
vestidos de toda *armadura*, gran
compañía *con* paveses y escudos,
todos ellos empuñando espadas:
5 Persia, y Etiopía, y Libia con
ellos; todos ellos con escudos y
almetes:
6 Gomer, y todas sus compañías;
la casa de Togarma, a los lados
del norte, y todas sus compañías;
pueblos muchos contigo.
7 Aparéjate, y apercíbete, tú,
y toda tu compañía que se ha
reunido a ti, y séles por guarda.
8 De aquí a muchos días serás tú
visitado: al cabo de años vendrás
a la tierra salvada de la espada,
recogida de muchos pueblos, a
los montes de Israel, que siem-
pre fueron para asolamiento:
mas fue sacada de las naciones,
y todos ellos morarán confiada-
mente.
9 Y subirás tú, vendrás como
tempestad; como nublado para
cubrir la tierra serás tú, y todas
tus compañías, y muchos pue-
blos contigo.
10 Así ha dicho el Señor DIOS:
Y será en aquel día, que subirán
palabras en tu corazón, y conce-
birás mal pensamiento;
11 Y dirás: Subiré contra tierra
de aldeas, iré a *gentes* reposadas,
y que habitan confiadamente:
todos ellos habitan sin muros,
no tienen cerrojos ni puertas:
12 Para arrebatar despojos y
para tomar presa; para tornar tu
mano sobre las *tierras* desiertas
ya pobladas, y sobre el pueblo
recogido de las gentes, que hace
de ganados y posesiones, que
mora en el ombligo de la tierra.
13 Seba, y Dedán, y los merca-
deres de Tarsis, y todos sus leon-
cillos, te dirán: ¿Has venido a
arrebatar despojos? ¿has reu-
nido tu compañía para tomar
presa, para quitar plata y oro,
para tomar ganados y posesiones,
para tomar grandes despojos?
14 Por tanto profetiza, hijo del
hombre, y di a Gog: Así ha dicho
el Señor DIOS: En aquel tiempo,
cuando mi pueblo Israel habitará
seguramente, ¿No lo sabrás tú?
15 Y vendrás de tu lugar, de las
partes del norte, tú y muchos
pueblos contigo, todos ellos a ca-
ballo, grande compañía y pode-
roso ejército:
16 Y subirás contra mi pueblo Is-
rael como nublado para cubrir la
tierra; será al cabo de los días: y
te traeré sobre mi tierra, para que
las gentes me conozcan, cuando
fuere santificado en ti, oh Gog,
delante de sus ojos.
17 Así ha dicho el Señor DIOS:
¿No eres tú aquél de quien hablé
yo en tiempos pasados por mis
siervos los profetas de Israel, los
cuales profetizaron en aquellos
tiempos que yo te había de traer
sobre ellos?
18 Y será en aquel tiempo, cuan-
do vendrá Gog contra la tierra
de Israel, dijo el Señor DIOS, que
subirá mi ira en mi enojo.
19 Porque he hablado en mi celo,
y en el fuego de mi ira: Que en
aquel tiempo habrá gran tem-

blor sobre la tierra de Israel;
20 Que los peces del mar, y las
aves del cielo, y las bestias del
campo, y toda serpiente que
anda arrastrando sobre la tierra,
y todos los hombres que están
sobre la faz de la tierra, temblarán a mi presencia; y se arruinarán los montes, y los vallados
caerán, y todo muro caerá a tierra.
21 Y en todos mis montes llamaré contra él espada, dice el Señor
DIOS: la espada de cada cual será
contra su hermano.
22 Y yo litigaré con él con pestilencia y con sangre; y haré llover
sobre él, y sobre sus compañías,
y sobre los muchos pueblos que
están con él, impetuosa lluvia, y
piedras de granizo, fuego y azufre.
23 Y seré engrandecido y santificado, y seré conocido en ojos de
muchas gentes; y sabrán que yo
soy el SEÑOR.

CAPÍTULO 39

TÚ pues, hijo del hombre, profetiza contra Gog, y di: Así ha
dicho el Señor DIOS: He aquí yo
contra ti, oh Gog, príncipe de la
cabecera de Mesec y Tubal:
2 Y te quebrantaré, y te sextaré,
y te haré subir de las partes del
norte, y te traeré sobre los montes de Israel;
3 Y sacaré tu arco de tu mano izquierda, y derribaré tus saetas de
tu mano derecha.
4 Sobre los montes de Israel caerás tú, y todas tus compañías, y
los pueblos que fueron contigo: a
toda ave y a toda cosa que vuela,
y a las bestias del campo, te he
dado por comida.
5 Sobre la faz del campo caerás:
porque yo he hablado, dice el
Señor DIOS.
6 Y enviaré fuego sobre Magog, y
sobre los que moran seguramente en las islas; y sabrán que yo
soy el SEÑOR.
7 Y haré notorio mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel,
y nunca más dejaré amancillar
mi santo nombre; sabrán las
gentes que yo soy el SEÑOR, el
Santo en Israel.
8 He aquí, vino y fue, dice el
Señor DIOS: este es el día del
cual he hablado.
9 Y los moradores de las ciudades de Israel saldrán, y encenderán y quemarán armas, y escudos, y paveses, arcos y saetas,
y bastones de mano, y lanzas: y
las quemarán en fuego por siete
años.
10 Y no traerán leña del campo,
ni cortarán de los bosques, sino
que quemarán las armas en el
fuego: y despojarán a sus despojadores, y robarán a los que los
robaron, dice el Señor DIOS.
11 Y será en aquel tiempo, que
yo daré a Gog lugar para sepultura allí en Israel, el valle de los
que pasan al oriente del mar, y
obstruirá el paso a los transeuntes, pues allí enterrarán a Gog y
a toda su multitud: y lo llamarán,
el Valle de Hamón-gog.
12 Y la casa de Israel los estará
enterrando por siete meses, para
limpiar la tierra:
13 Enterrarlos ha todo el pueblo
de la tierra: y será para ellos célebre el día que yo fuere glorificado, dice el Señor DIOS.
14 Y tomarán hombres de jornal,
los cuales vayan por el país con
los que viajaren, para enterrar
a los que quedaron sobre la faz

de la tierra, a fin de limpiarla: al
cabo de siete meses harán el re-
conocimiento.
15 Y pasarán los que irán por el
país, y el que viere los huesos de
algún hombre, edificará junto
a ellos un mojón, hasta que los
entierren los sepultureros en el
valle de Hamón-gog.
16 Y también el nombre de la
ciudad será Hamonah: y limpia-
rán la tierra.
17 Y tú, hijo del hombre, así ha
dicho el Señor DIOS: Di a las aves,
a todo volátil, y a toda bestia del
campo: Juntaos, y venid: reuníos
de todas partes a mi víctima que
os sacrifico, un sacrificio grande
sobre los montes de Israel, y co-
meréis carne y beberéis sangre.
18 Comeréis carne de fuertes, y
beberéis sangre de príncipes de
la tierra; de carneros, de corde-
ros, de machos de cabrío, de bue-
yes, de toros, engordados todos
en Basán.
19 Y comeréis gordura hasta har-
taros, y beberéis hasta embriaga-
ros sangre, de mi sacrificio que
yo os sacrifiqué.
20 Y os hartaréis sobre mi mesa,
de caballos, y de caballeros fuer-
tes, y de todos hombres de gue-
rra, dice el Señor DIOS.
21 Y pondré mi gloria entre las
gentes, y todas las gentes verán
mi juicio que habré hecho, y mi
mano que sobre ellos puse.
22 Y de aquel día en adelante
sabrá la casa de Israel que yo soy
el SEÑOR su Dios.
23 Y sabrán las gentes que la
casa de Israel fue llevada cau-
tiva por su pecado; por cuan-
to se rebelaron contra mí, y yo
escondí de ellos mi rostro, y
entreguélos en mano de sus ene-
migos, y cayeron todos a espada.
24 Conforme a su inmundicia y
conforme a sus rebeliones hice
con ellos: y de ellos escondí mi
rostro.
25 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS: Ahora volveré la cautivi-
dad de Jacob, y tendré miseri-
cordia de toda la casa de Israel, y
celaré por mi santo nombre.
26 Y ellos sentirán su vergüen-
za, y toda su rebelión con que
prevaricaron contra mí, cuando
habitaren en su tierra segura-
mente, y no habrá quien los es-
pante;
27 Cuando los volveré de los pue-
blos, y los juntaré de las tierras
de sus enemigos, y fuere santifi-
cado en ellos en ojos de muchas
gentes.
28 Y sabrán que yo soy el SEÑOR
su Dios, cuando después de ha-
berlos hecho pasar a las gentes,
los juntaré sobre su tierra, sin
dejar más allá ninguno de ellos.
29 Ni esconderé más de ellos mi
rostro; porque habré derramado
de mi Espíritu sobre la casa de
Israel, dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 40

EN el año veinticinco de
nuestro cautiverio, al princi-
pio del año, a los diez del mes,
a los catorce años después que
la ciudad fue herida, en aquel
mismo día fue sobre mí la mano
del SEÑOR, y llevóme allá.
2 En visiones de Dios me llevó
a la tierra de Israel, y púsome
sobre un monte muy alto, sobre
el cual había como edificio de
una ciudad al sur.
3 Y llevóme allí, y he aquí un
varón, cuyo aspecto era como as-
pecto de latón, y tenía un cordel

de lino en su mano, y una caña
de medir: y él estaba a la puerta.
4 Y hablóme aquel varón, *dicien-
do:* Hijo del hombre, mira con tus
ojos, y oye con tus oídos, y pon
tu corazón a todas las cosas que
te muestro; porque para que yo
te las mostrase eres traído aquí.
Cuenta todo lo que ves a la casa
de Israel.
5 Y he aquí, un muro fuera de
la casa: y la caña de medir que
aquel varón tenía en la mano,
era de seis codos, de a codo y
palmo: y midió la anchura del
edificio de una caña, y la altura,
de otra caña.
6 Después vino a la puerta que
daba cara hacia el oriente, y
subió por sus gradas, y midió
el un poste de la puerta, de una
caña en anchura, y el otro poste
de otra caña en ancho.
7 Y cada cámara tenía una caña
de largo, y una caña de ancho;
y entre las cámaras había cinco
codos en ancho; y cada poste de
la puerta junto a la entrada de la
puerta por dentro, una caña.
8 Midió asimismo la entrada de
la puerta por de dentro, una caña.
9 Midió luego la entrada del por-
tal, de ocho codos, y sus postes
de dos codos; y la puerta del por-
tal estaba por de dentro.
10 Y la puerta de hacia el oriente
tenía tres cámaras de cada parte,
todas tres de una medida: tam-
bién de una medida los portales
de cada parte.
11 Y midió la anchura de la en-
trada de la puerta, de diez codos;
la longitud del portal, de trece
codos.
12 Y el espacio de delante de las
cámaras, de un codo de la una
parte, y de otro codo de la otra; y
cada cámara tenía seis codos de
una parte, y seis codos de otra.
13 Y midió la puerta desde el
techo de la una cámara hasta
el techo de la otra, veinticinco
codos de anchura, puerta contra
puerta.
14 E hizo los postes de sesenta
codos, *cada* poste del atrio y del
portal por todo alrededor.
15 Y desde la delantera de la
puerta de la entrada hasta la de-
lantera de la entrada de la puerta
de dentro, cincuenta codos.
16 Y había ventanas estrechas en
las cámaras, y en sus portales por
de dentro de la puerta alrededor,
y asimismo en los corredores; y
las ventanas estaban alrededor
por de dentro; y en cada poste
había palmas.
17 Llevóme luego al atrio exte-
rior, y he aquí, había cámaras, y
solado hecho al atrio en derre-
dor: treinta cámaras había alre-
dedor en aquel atrio.
18 Y el solado al lado de las puer-
tas, en proporción a la longitud
de los portales, *era* el solado más
bajo.
19 Y midió la anchura desde la
delantera de la puerta de abajo
hasta la delantera del atrio inte-
rior por de fuera, de cien codos
hacia el oriente y el norte.
20 Y de la puerta que estaba
hacia el norte en el atrio exterior,
midió su longitud y su anchura.
21 Y sus cámaras eran tres de una
parte, y tres de otra; y sus postes
y sus arcos eran como la medida
de la puerta primera: cincuenta
codos su longitud, y veinticinco
su anchura.
22 Y sus ventanas, y sus arcos, y
sus palmas, eran conforme a la
medida de la puerta que estaba

hacia el oriente; y subían a ella
por siete gradas; y delante de
ellas estaban sus arcos.
23 Y la puerta del atrio interior
estaba enfrente de la puerta al
norte; y *así* al oriente: y midió de
puerta a puerta cien codos.
24 Llevóme después hacia el sur,
y he aquí una puerta hacia el sur:
y midió sus portales y sus arcos
conforme a estas medidas.
25 Y tenía sus ventanas y sus
arcos alrededor, como las venta-
nas: la longitud era de cincuenta
codos, y la anchura de veinticin-
co codos.
26 Y sus gradas eran de siete pel-
daños, con sus arcos delante de
ellas; y tenía palmas, una de una
parte, y otra de la otra, en sus
postes.
27 Y había puerta de hacia el
sur del atrio interior: y midió de
puerta a puerta hacia el sur cien
codos.
28 Metióme después en el atrio
de adentro a la puerta del sur, y
midió la puerta del sur conforme
a estas medidas.
29 Y sus cámaras, y sus postes, y
sus arcos, eran conforme a estas
medidas; y tenía sus ventanas y
sus arcos alrededor: la longitud
era de cincuenta codos, y de
veinticinco codos la anchura.
30 Y los arcos alrededor eran
de veinticinco codos de largo, y
cinco codos de ancho.
31 Y sus arcos caían afuera al
atrio, con palmas en sus postes;
y sus gradas eran de ocho escalo-
nes.
32 Y llevóme al atrio interior
hacia el oriente, y midió la puer-
ta conforme a estas medidas.
33 Y eran sus cámaras, y sus pos-
tes, y sus arcos, conforme a estas
medidas: y tenía sus ventanas y
sus arcos alrededor: la longitud
era de cincuenta codos, y la an-
chura de veinticinco codos.
34 Y sus arcos caían afuera al
atrio, con palmas en sus postes
de una parte y otra: y sus gradas
eran de ocho escalones.
35 Llevóme luego a la puerta del
norte, y midió conforme a estas
medidas:
36 Sus cámaras, y sus postes, y
sus arcos, y sus ventanas alrede-
dor: la longitud era de cincuenta
codos, y de veinticinco codos el
ancho.
37 Y sus postes caían fuera al
atrio, con palmas a cada uno de
sus postes de una parte y otra: y
sus gradas eran de ocho pelda-
ños.
38 Y había allí una cámara, y su
puerta con postes de portales;
allí lavarán la ofrenda quemada.
39 Y en la entrada de la puerta
había dos mesas de la una parte,
y otras dos de la otra, para dego-
llar sobre ellas la ofrenda quema-
da, y la expiación, y el sacrificio
por el pecado.
40 Y al lado por de fuera de las
gradas, a la entrada de la puerta
del norte, había dos mesas; y al
otro lado que estaba a la entrada
de la puerta, dos mesas.
41 Cuatro mesas de la una parte,
y cuatro mesas de la otra parte
al lado de la puerta; ocho mesas,
sobre las cuales degollarán.
42 Y las cuatro mesas para la
ofrenda quemada eran de piedras
labradas, de un codo y medio
de longitud, y codo y medio de
ancho, y de altura de un codo:
sobre éstas pondrán las herra-
mientas con que degollarán la
ofrenda quemada y el sacrificio.

43 Y dentro, ganchos de un palmo, dispuestos por todo alrededor; y sobre las mesas la carne de la ofrenda.
44 Y fuera de la puerta interior, en el atrio de adentro que estaba al lado de la puerta del norte, estaban las cámaras de los cantores, las cuales miraban hacia el sur: una estaba al lado de la puerta del oriente que miraba hacia el norte.
45 Y díjome: Esta cámara que mira hacia el sur es de los sacerdotes que tienen la guarda del templo.
46 Y la cámara que mira hacia el norte es de los sacerdotes que tienen la guarda del altar: estos son los hijos de Sadoc, los cuales son llamados de los hijos de Levi al SEÑOR, para ministrarle.
47 Y midió el atrio, cien codos de longitud, y la anchura de cien codos cuadrados; y el altar estaba delante de la casa.
48 Y llevóme al pórtico del templo, y midió cada poste del pórtico, cinco codos de una parte, y cinco codos de otra; y la anchura de la puerta tres codos de una parte, y tres codos de otra.
49 La longitud del pórtico veinte codos, y la anchura once codos, al cual subían por gradas: y había columnas junto a los postes, una de un lado, y otra de otro.

CAPÍTULO 41

METIÓME luego en el templo, y midió los postes, *siendo* el ancho seis codos de una parte, y seis codos de otra, que era la anchura del tabernáculo.
2 Y la anchura de la puerta era de diez codos; y los lados de la puerta, de cinco codos de una parte, y cinco de otra. Y midió su longitud de cuarenta codos, y la anchura de veinte codos.
3 Y pasó al interior, y midió cada poste de la puerta de dos codos; y la puerta de seis codos; y la anchura de la entrada de siete codos.
4 Midió también su longitud, de veinte codos, y la anchura de veinte codos, delante del templo: y díjome: Éste *es* el lugar santísimo.
5 Después midió el muro de la casa, de seis codos; y de cuatro codos la anchura de las cámaras, en torno de la casa alrededor.
6 Y las cámaras eran cámara sobre cámara, treinta y tres por orden; y entraban *modillones* en la pared de la casa alrededor, sobre los que las cámaras estribasen, y no estribasen en la pared de la casa.
7 Y había mayor anchura y vuelta en las cámaras a lo más alto; el caracol de la casa subía muy alto alrededor *por de dentro* de la casa: por tanto la casa *tenía más* anchura arriba; y de la cámara baja se subía a la alta por la del medio.
8 Y miré la altura de la casa alrededor: los cimientos de las cámaras eran una caña entera de seis codos de grandor.
9 Y la anchura de la pared de afuera de las cámaras era de cinco codos, y el espacio que quedaba de las cámaras de la casa por de dentro.
10 Y entre las cámaras había anchura de veinte codos por todos lados alrededor de la casa.
11 Y la puerta de cada cámara salía al espacio que quedaba; una puerta hacia el norte, y otra

puerta hacia el sur: y la anchura
del espacio que quedaba era de
cinco codos por todo alrededor.
12 Y el edificio que estaba delan-
te del apartamiento al lado de
hacia el occidente era de setenta
codos; y la pared del edificio, de
cinco codos de anchura alrede-
dor, y noventa codos de largo.
13 Y midió la casa, cien codos de
largo: y el apartamiento, y el edi-
ficio, y sus paredes, de longitud
de cien codos;
14 Y la anchura de la delantera
de la casa, y del apartamiento al
oriente, de cien codos.
15 Y midió la longitud del edifi-
cio que estaba delante del aparta-
miento que había detrás de él, y
las cámaras de una parte y otra,
cien codos; y el templo de dentro,
y los portales del atrio.
16 Los umbrales, y las ventanas
estrechas, y las cámaras, tres
en derredor a la parte delantera,
todo cubierto de madera alrede-
dor desde el suelo hasta las ven-
tanas; y las ventanas *también* cu-
biertas.
17 Encima de sobre la puerta,
y hasta la casa de dentro, y de
fuera, y por toda la pared en de-
rredor de dentro y por de fuera,
tomó medidas.
18 Y estaba labrada con querubi-
nes y palmas: entre querubín y
querubín una palma: y cada que-
rubín tenía dos rostros:
19 Un rostro de hombre hacia la
palma de la una parte, y rostro
de león hacia la palma de la otra
parte, por toda la casa alrededor.
20 Desde el suelo hasta encima
de la puerta había labrados que-
rubines y palmas, y por toda la
pared del templo.
21 Cada poste del templo era
cuadrado, y la delantera del san-
tuario *era* como la *otra* delantera.
22 La altura del altar de madera
era de tres codos, y su longitud
de dos codos; y sus esquinas, y
su superficie, y sus paredes, eran
de madera. Y díjome: Ésta es la
mesa que está delante del SEÑOR.
23 Y el templo y el santuario te-
nían dos portadas.
24 Y en cada portada había dos
puertas, dos puertas que se volví-
an: dos puertas en la una porta-
da, y otras dos en la otra.
25 Y en las puertas del templo
había labrados de querubines y
palmas, así como estaban hechos
en las paredes, y grueso madero
sobre la delantera de la entrada
por de fuera.
26 Y había ventanas estrechas, y
palmas de una y otra parte por
los lados de la entrada, y de la
casa, y por las vigas.

CAPÍTULO 42

SACÓME luego al atrio de
afuera hacia el norte, y lle-
vóme a la cámara que estaba
delante del espacio que quedaba
enfrente del edificio de hacia el
norte.
2 Por delante de la puerta del
norte su longitud era de cien
codos, y la anchura de cincuenta
codos.
3 Frente a los veinte codos que
había en el atrio de adentro, y
enfrente del solado que había en
al atrio exterior, estaban las cá-
maras, las unas enfrente de las
otras en tres pisos.
4 Y delante de las cámaras había
un corredor de diez codos de
ancho a la parte de adentro, con
viaje de un codo; y sus puertas
hacia el norte.

5 Y las cámaras más altas eran más estrechas; porque las galerías quitaban de ellas más que de las bajas y de las de en medio del edificio:

6 Porque estaban en tres pisos, y no tenían columnas como las columnas de los atrios: por tanto, eran más estrechas que las de abajo y las del medio desde el suelo.

7 Y el muro que estaba afuera enfrente de las cámaras, hacia el atrio exterior delante de las cámaras, tenía cincuenta codos de largo.

8 Porque la longitud de las cámaras del atrio de afuera era de cincuenta codos: y delante de la fachada del templo había cien codos.

9 Y debajo de las cámaras estaba la entrada al lado oriental, para entrar en él desde el atrio de afuera.

10 A lo largo del muro del atrio hacia el oriente, enfrente de la lonja, y delante del edificio, había cámaras.

11 Y el corredor que había delante de ellas era semejante al de las cámaras que estaban hacia el norte, conforme a su longitud, asimismo su anchura, y todas sus salidas; conforme a sus puertas, y conforme a sus entradas.

12 Y conforme a las puertas de las cámaras que estaban hacia el sur, tenía una puerta al principio del camino, del camino delante del muro hacia el oriente a los que entran.

13 Y díjome: Las cámaras del norte y las del sur, que están delante de la lonja, son cámaras santas, en las cuales los sacerdotes que se acercan al SEÑOR comerán las santas ofrendas: allí pondrán las ofrendas santas, y el presente, y la expiación, y el *sacrificio por* el pecado: porque el lugar es santo.

14 Cuando los sacerdotes entraren, no saldrán del lugar santo al atrio de afuera, sino que allí dejarán sus vestimentas con que ministrarán, porque son santas; y vestiránse otros vestidos, y así se allegarán a lo que es del pueblo.

15 Y luego que acabó las medidas de la casa de adentro, sacóme por el camino de la puerta que miraba hacia el oriente, y midiólo todo alrededor.

16 Midió el lado oriental con la caña de medir, quinientas cañas de la caña de medir en derredor.

17 Midió al lado del norte, quinientas cañas de la caña de medir alrededor.

18 Midió al lado del sur, quinientas cañas de la caña de medir.

19 Rodeó al lado del occidente, y midió quinientas cañas de la caña de medir.

20 A los cuatro lados lo midió; tuvo el muro todo alrededor quinientas cañas de longitud, y quinientas cañas de anchura, para hacer separación entre el santuario y el lugar profano.

CAPÍTULO 43

LLEVÓME luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente;

2 Y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía de hacia el oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria.

3 Y la visión que vi era como la visión, como aquella visión que

vi cuando vine para destruir la
ciudad: y las visiones eran como
la visión que ví junto al río de
Quebar; y caí sobre mi rostro.
4 Y la gloria del SEÑOR entró
en la casa por la vía de la puerta
que daba cara al oriente.
5 Y alzóme el espíritu, y metió-
me en el atrio de adentro; y he
aquí que la gloria del SEÑOR
hinchió la casa.
6 Y oí uno que me hablaba desde
la casa: y un varón estaba junto
a mí.
7 Y díjome: Hijo del hombre, *este*
es el lugar de mi trono, y el lugar
de las plantas de mis pies, en el
cual habitaré entre los hijos de
Israel para siempre: y nunca más
contaminará la casa de Israel
mi santo nombre, ni ellos ni sus
reyes, con sus fornicaciones, y
con los cuerpos muertos de sus
reyes en sus altares:
8 Y poniendo ellos su umbral
junto a mi umbral, y su poste
junto a mi poste, y *no más que*
pared entre mí y ellos, contami-
naron mi santo nombre con sus
abominaciones que hicieron:
consumílos por tanto en mi furor.
9 Ahora echarán lejos de mí su
fornicación, y los cuerpos muer-
tos de sus reyes, y habitaré en
medio de ellos para siempre.
10 Tú, hijo del hombre, muestra
a la casa de Israel esta casa, y
avergüéncense de sus pecados, y
midan el modelo.
11 Y si se avergonzaren de todo
lo que han hecho, hazles enten-
der la figura de la casa, y su
traza, y sus salidas y sus entradas,
y todas sus formas, y todas sus
descripciones, y todas sus confi-
guraciones, y todas sus leyes: y
descríbelo delante de sus ojos,
para que guarden toda su forma,
y todas sus reglas, y las pongan
por obra.
12 Ésta *es* la ley de la casa: Sobre
la cumbre del monte, todo su
término alrededor *será* santísimo.
He aquí que ésta *es* la ley de la
casa.
13 Y éstas *son* las medidas del
altar por codos (el codo de a
codo y palmo). El seno, de un
codo, y de un codo el ancho; y su
remate por su borde alrededor,
de un palmo. Éste *será* el fondo
alto del altar.
14 Y desde el seno de sobre el
suelo hasta el lugar de abajo, dos
codos, y la anchura de un codo:
y desde el lugar menor hasta el
lugar mayor, cuatro codos, y la
anchura de un codo.
15 Y el altar, de cuatro codos, y
encima del altar, cuatro cuernos.
16 Y el altar *tenía* doce *codos* de
largo, y doce de ancho, cuadrado
a sus cuatro lados.
17 Y el área, de catorce codos de
longitud, y catorce de anchura
en sus cuatro lados, y de medio
codo el borde alrededor: y el
seno de un codo por todos lados;
y sus gradas estaban al oriente.
18 Y díjome: Hijo del hombre, así
ha dicho el Señor DIOS: Éstas *son*
las ordenanzas del altar el día
en que será hecho, para ofrecer
sobre él holocausto, y para rociar
sobre él sangre.
19 Darás a los sacerdotes Levi-
tas que son del linaje de Sadoc,
que se allegan a mí, dice el Señor
DIOS, para ministrarme, un be-
cerro de la vacada para expia-
ción.
20 Y tomarás de su sangre, y pon-
drás en los cuatro cuernos del
altar, y en las cuatro esquinas del

área, y en el borde alrededor: así
lo limpiarás y purificarás.
21 Tomarás luego el becerro de
la expiación, y lo quemarás conforme a la ley de la casa, fuera
del santuario.
22 Y al segundo día ofrecerás
un macho de cabrío sin defecto,
para expiación; y purificarán el
altar como lo purificaron con el
becerro.
23 Cuando acabares de expiar,
ofrecerás un becerro de la vacada sin defecto, y un carnero sin
tacha de la manada:
24 Y los ofrecerás delante del
SEÑOR, y los sacerdotes echarán
sal sobre ellos, y los ofrecerán en
holocausto al SEÑOR.
25 Por siete días sacrificarán un
macho cabrío cada día en expiación; asimismo sacrificarán el
becerro de la vacada y un carnero sin tacha del rebaño.
26 Por siete días expiarán el altar,
y lo purificarán, y ellos se consagrarán sus manos.
27 Y acabados estos días, al octavo día, y en adelante, sacrificarán los sacerdotes sobre el altar
vuestros holocaustos y vuestros
pacíficos; y me seréis aceptos,
dice el Señor DIOS.

CAPÍTULO 44

Y TORNÓME hacia la puerta de afuera del santuario, la cual
mira hacia el oriente; y estaba
cerrada.
2 Y díjome el SEÑOR: Esta puerta
ha de estar cerrada: no se abrirá,
ni entrará por ella hombre, porque el Señor DIOS de Israel entró
por ella; estará por tanto cerrada.
3 Para el príncipe; el príncipe,
él se sentará en ella para comer
pan delante del SEÑOR: por el
camino de la entrada de la puerta entrará, y por el camino de
ella saldrá.
4 Y llevóme hacia la puerta del
norte por delante de la casa, y
miré, y he aquí, la gloria del
SEÑOR había henchido la casa
del SEÑOR: y caí sobre mi rostro.
5 Y díjome el SEÑOR: Hijo del
hombre, pon tu corazón, y mira
con tus ojos, y oye con tus oídos
todo lo que yo hablo contigo
sobre todas las ordenanzas de
la casa del SEÑOR, y todas sus
leyes: y pon tu corazón a las entradas de la casa, y a todas las
salidas del santuario.
6 Y dirás a los rebeldes, a la casa
de Israel: Así ha dicho el Señor
DIOS: Básteos de todas vuestras
abominaciones, oh casa de Israel;
7 De haber vosotros traído extranjeros, incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne,
para estar en mi santuario, para
contaminar mi casa; de haber
ofrecido mi pan, la grosura y la
sangre: e invalidaron mi pacto
por todas vuestras abominaciones:
8 Y no guardasteis el ordenamiento de mis santificaciones, sino
que os pusisteis guardas de mi
ordenanza en mi santuario.
9 Así ha dicho el Señor DIOS:
Ningún hijo de extranjero, incircunciso de corazón e incircunciso de carne, entrará en mi
santuario, de todos los hijos de
extranjeros que están entre los
hijos de Israel.
10 Y los Levitas que se apartaron
lejos de mí cuando Israel erró, el
cual se desvió de mí en pos de
sus ídolos, llevarán su iniquidad.
11 Y serán ministros en mi santuario, porteros a las puertas de

la casa, y sirvientes en la casa:
ellos matarán la ofrenda quema-
da y la víctima al pueblo, y ellos
estarán delante de ellos para ser-
virles.
12 Por cuanto les sirvieron de-
lante de sus ídolos, y fueron a la
casa de Israel por tropezadero
de maldad; por tanto, he alzado
mi mano acerca de ellos, dice el
Señor DIOS, que llevarán su ini-
quidad.
13 No serán allegados a mí para
serme sacerdotes, ni se llegarán
a ninguna de mis santificaciones,
a las santidades de santidades;
sino que llevarán su vergüenza, y
sus abominaciones que hicieron.
14 Pondrélos, pues, por guardas
de la guarda de la casa en todo
su servicio, y en todo lo que en
ella hubiere de hacerse.
15 Mas los sacerdotes Levitas,
hijos de Sadoc, que guardaron
el ordenamiento de mi santua-
rio, cuando los hijos de Israel
se desviaron de mí, ellos serán
allegados a mí para ministrar-
me, y delante de mí estarán para
ofrecerme la grosura y la sangre,
dice el Señor DIOS.
16 Ellos entrarán en mi santuario,
y ellos se allegarán a mi mesa
para ministrarme, y guardarán
mi ordenamiento.
17 Y será que cuando entraren
por las puertas del atrio interior,
se vestirán de vestimentas de
lino: no asentará sobre ellos lana,
cuando ministraren en las puer-
tas del atrio de adentro, y en el
interior.
18 Tiaras de lino tendrán en sus
cabezas, y pañetes de lino en sus
lomos: no se ceñirán para sudar.
19 Y cuando salieren al atrio de
afuera, al atrio de afuera al pue-
blo, se desnudarán de sus vesti-
mentas con que ministraron, y
las dejarán en las cámaras del
santuario, y se vestirán de otros
vestidos: así no santificarán el
pueblo con sus vestimentas.
20 Y no raparán su cabeza, ni de-
jarán crecer el cabello; sino que
lo recortarán trasquilando sus
cabezas.
21 Y ninguno de los sacerdotes
beberá vino cuando hubieren de
entrar en el atrio interior.
22 Ni viuda, ni repudiada se to-
marán por esposas; sino que to-
marán vírgenes del linaje de la
casa de Israel, o viuda que fuere
viuda de sacerdote.
23 Y enseñarán a mi pueblo a
hacer diferencia entre lo santo
y lo profano, y les enseñarán a
discernir entre lo limpio y lo no
limpio.
24 Y en el pleito ellos estarán
para juzgar; conforme a mis de-
rechos lo juzgarán: y mis leyes y
mis decretos guardarán en todas
mis solemnidades, y santificarán
mis sábados.
25 Y a hombre muerto no entra-
rá para contaminarse; mas sobre
padre, o madre, o hijo, o hija,
hermano, o hermana que no
haya tenido marido, se contami-
nará.
26 Y después de su purificación,
le contarán siete días.
27 Y el día que entrare al santua-
rio, al atrio de adentro, para mi-
nistrar en el santuario, ofrecerá
su expiación, dice el Señor DIOS.
28 Y será a ellos por heredad: yo
seré su heredad; y no les daréis
posesión en Israel: yo soy su po-
sesión.
29 El presente, y la expiación, y
el sacrificio por el pecado, come-

rán; y toda cosa dedicada en Is-
rael, será de ellos.
30 Y las primicias de todos los
primeros de todo, y toda ofren-
da de todo lo que se ofreciere de
todas vuestras ofrendas, será de
los sacerdotes: daréis asimismo
las primicias de todas vuestras
masas al sacerdote, para que
haga reposar la bendición en
vuestras casas.
31 Ninguna cosa mortecina, ni
desgarrada, así de aves como de
animales, comerán los sacerdotes.

CAPÍTULO 45

Y CUANDO partiereis por suer-
tes la tierra en heredad, apar-
taréis una suerte para el SEÑOR
que le consagréis en la tierra, de
longitud de veinticinco mil *cañas*
y diez mil de ancho: esto será
santificado en todo su término
alrededor.
2 De esto serán para el santuario
quinientas de *longitud,* y quinien-
tas *de ancho*, en cuadro alrede-
dor; y cincuenta codos en derre-
dor para sus ejidos.
3 Y de esta medida medirás en
longitud veinticinco mil *cañas*, y
en anchura diez mil, en lo cual
estará el santuario, el santuario
de santuarios.
4 Lo consagrado de esta tierra
será para los sacerdotes minis-
tros del santuario, que se llegan
para ministrar al SEÑOR: y se-
ráles lugar para casas, y lugar
santo para el santuario.
5 Asimismo veinticinco mil de
longitud, y diez mil de anchura,
lo cual será para los Levitas mi-
nistros de la casa, en posesión,
con veinte cámaras.
6 Y para la posesión de la ciu-
dad daréis cinco mil de anchu-
ra y veinticinco mil de longitud,
delante de lo que se apartó para
el santuario: será para toda la
casa de Israel.
7 Y *la parte* del príncipe *será* junto
al apartamiento del santuario, de
la una parte y de la otra, y junto a
la posesión de la ciudad, delante
del apartamiento del santuario, y
delante de la posesión de la ciu-
dad, desde el rincón occidental
hacia el occidente, hasta el rin-
cón oriental hacia el oriente: y la
longitud será de la una parte a la
otra, desde el rincón del occiden-
te hasta el rincón del oriente.
8 Esta tierra tendrá por posesión
en Israel, y nunca más mis prín-
cipes oprimirán a mi pueblo: y
darán la tierra a la casa de Israel
por sus tribus.
9 Así ha dicho el Señor DIOS:
Básteos, oh príncipes de Israel:
dejad la violencia y la rapiña:
haced juicio y justicia; quitad
vuestras imposiciones de sobre
mi pueblo, dice el Señor DIOS.
10 Peso de justicia, y efa de jus-
ticia, y bato de justicia, tendréis.
11 El efa y el bato serán de una
misma medida: que el bato tenga
la décima parte del homer, y la
décima parte del homer el efa:
la medida de ellos será según el
homer.
12 Y el siclo será de veinte geras:
veinte siclos, con veinticinco si-
clos, y quince siclos, os serán
una mina.
13 Ésta *es* la ofrenda que ofre-
ceréis: la sexta parte de un efa de
homer del trigo, y la sexta parte
de un efa de homer de la cebada.
14 Y la ordenanza del aceite *será*
que *ofreceréis* un bato de acei-
te, *que es* la décima parte de un
coro: diez batos *harán* un homer;

porque diez batos *son* un homer.
15 Y un cordero del rebaño de
doscientos, de los gruesos de Is-
rael, para sacrificio, y para ho-
locausto y para pacíficos, para
expiación por ellos, dice el Señor
DIOS.
16 Todo el pueblo de la tierra
será *obligado* a esta ofrenda para
el príncipe de Israel.
17 Mas del príncipe será el *dar*
ofrendas quemadas, y el sacrifi-
cio, y la libación, en las solemni-
dades, y en las lunas nuevas, y en
los sábados, y en todas las fiestas
de la casa de Israel: él dispondrá
la expiación, y el presente, y el
holocausto, y los pacíficos, para
expiar la casa de Israel.
18 Así ha dicho el Señor DIOS: El
mes primero, al primero del mes,
tomarás un becerro sin defecto
de la vacada, y expiarás el san-
tuario.
19 Y el sacerdote tomará de la
sangre de la expiación, y pon-
drá sobre los postes de la casa, y
sobre los cuatro ángulos del área
del altar, y sobre los postes de las
puertas del atrio de adentro.
20 Así harás el séptimo del mes
por los errados y engañados; y
expiarás la casa.
21 El *mes* primero, a los catorce
días del mes, tendréis la pascua,
fiesta de siete días: comeráse pan
sin levadura.
22 Y aquel día el príncipe sacrifi-
cará por sí, y por todo el pueblo
de la tierra, un becerro por el pe-
cado.
23 Y en los siete días de solemni-
dad hará holocausto al SEÑOR,
siete becerros y siete carneros
sin defecto, cada día de los siete
días; y por el pecado un macho
cabrío cada día.
24 Y con cada becerro ofrecerá
presente de un efa, y con cada
carnero un efa; y por cada efa un
hin de aceite.
25 En el *mes* séptimo, a los quin-
ce del mes, en la fiesta, hará
como en estos siete días, cuanto
a la expiación, y cuanto al holo-
causto, y cuanto al presente, y
cuanto al aceite.

CAPÍTULO 46

ASÍ ha dicho el Señor DIOS: La
puerta del atrio de adentro
que mira al oriente, estará cerra-
da los seis días de trabajo, y el
día del sábado se abrirá: abriráse
también el día de la nueva luna.
2 Y el príncipe entrará por el ca-
mino del portal de la puerta de
afuera, y estará al umbral de la
puerta, mientras los sacerdotes
harán su holocausto y sus pacífi-
cos, y adorará a la entrada de la
puerta: después saldrá; mas no se
cerrará la puerta hasta la tarde.
3 Asimismo adorará el pueblo de
la tierra delante del SEÑOR, a la
entrada de la puerta, en los sába-
dos y en las nuevas lunas.
4 Y el holocausto que el prínci-
pe ofrecerá al SEÑOR el día del
sábado, será seis corderos sin de-
fecto, y un carnero sin tacha:
5 Y *por* presente un efa con cada
carnero; y con cada cordero un
presente, don de su mano, y un
hin de aceite con el efa.
6 Mas el día de la nueva luna, un
becerro sin tacha de la vacada, y
seis corderos, y un carnero: de-
berán ser sin defecto.
7 Y hará presente de un efa con
el becerro, y un efa con cada car-
nero: mas con los corderos, con-
forme a su facultad; y un hin de
aceite por cada efa.

8 Y cuando el príncipe entrare,
entrará por el camino del portal
de la puerta: y por el mismo ca-
mino saldrá.
9 Mas cuando el pueblo de la tie-
rra entrare delante del SEÑOR
en las fiestas, el que entrare por
la puerta del norte, saldrá por la
puerta del sur; y el que entrare
por la puerta del sur, saldrá por
la puerta del norte: no volverá
por la puerta por donde entró,
sino que saldrá por *la de* enfren-
te de ella.
10 Y el príncipe, cuando ellos
entraren, él entrará en medio de
ellos: y cuando ellos salieren, él
saldrá.
11 Y en las fiestas y en las solem-
nidades será el presente un efa
con cada becerro, y un efa con
cada carnero; y con los corderos,
lo que le pareciere; y un hin de
aceite con cada efa.
12 Mas cuando el príncipe libre-
mente hiciere holocausto o
pacíficos al SEÑOR, abriránle
la puerta que mira al oriente, y
hará su holocausto y sus pacífi-
cos, como hace en el día del sá-
bado: después saldrá; y cerrarán
la puerta después que saliere.
13 Y sacrificarás al SEÑOR cada
día en holocausto un cordero de
un año sin defecto, cada maña-
na lo sacrificarás.
14 Y con él harás todas las maña-
nas presente *de* la sexta parte de
un efa, y la tercera parte de un
hin de aceite para mezclar con
la flor de harina: presente para
el SEÑOR continuamente por
estatuto perpetuo.
15 Ofrecerán pues el cordero, y
el presente y el aceite, todas las
mañanas en holocausto conti-
nuo.
16 Así ha dicho el Señor DIOS:
Si el príncipe diere algún don de
su heredad a alguno de sus hijos,
será de ellos; posesión de ellos
será por herencia.
17 Mas si de su heredad diere
don a alguno de sus siervos,
será de él hasta el año de liber-
tad, y volverá al príncipe; mas
su herencia será de sus hijos.
18 Y el príncipe no tomará nada
de la herencia del pueblo, por
no defraudarlos de su posesión:
de lo que él posee dará herencia
a sus hijos; para que mi pueblo
no sea echado cada uno de su
posesión.
19 Metióme después por la en-
trada que estaba hacia la puerta,
a las cámaras santas de los sa-
cerdotes, las cuales miraban al
norte, y había allí un lugar a los
lados del occidente.
20 Y díjome: Éste *es* el lugar
donde los sacerdotes cocerán el
sacrificio por el pecado y la ex-
piación: allí cocerán el presente,
por no sacarlo al atrio de afuera
para santificar al pueblo.
21 Luego me sacó al atrio de
afuera, y llevóme por los cuatro
rincones del atrio; y en cada rin-
cón había un patio.
22 En los cuatro rincones del
atrio había patios juntos de cua-
renta codos de longitud, y trein-
ta de anchura: tenían una *misma*
medida todos cuatro a los rinco-
nes.
23 Y había una pared alrededor
de ellos, alrededor de todos cua-
tro, y chimeneas hechas abajo
alrededor de las paredes.
24 Y díjome: Éstos *son* los apo-
sentos de los cocineros, donde
los servidores de la casa cocerán
el sacrificio del pueblo.

CAPÍTULO 47

HÍZOME tornar luego a la
entrada de la casa; y he aquí
aguas que salían de debajo del
umbral de la casa hacia el orien-
te: porque la fachada de la casa
estaba al oriente: y las aguas des-
cendían de debajo, hacia el lado
derecho de la casa, al sur del
altar.
2 Y sacóme por el camino de la
puerta del norte, e hízome rodear
por el camino fuera de la puer-
ta, por de fuera al camino de la
que mira al oriente: y he aquí las
aguas que salían al lado derecho.
3 Y saliendo el varón hacia el
oriente, *tenía* un cordel en su
mano; y midió mil codos, e hízo-
me pasar por las aguas hasta los
tobillos.
4 Y midió *otros* mil, e hízome
pasar por las aguas hasta las
rodillas. Midió luego *otros* mil, e
hízome pasar por las aguas hasta
los lomos.
5 Y midió *otros* mil, e *iba ya* el
arroyo que yo no podía pasar:
porque las aguas se habían alza-
do, *y* el arroyo no se podía pasar
sino a nado.
6 Y díjome: ¿Has visto, hijo del
hombre? Después me llevó, e
hízome tornar por la ribera del
arroyo.
7 Y tornando yo, he aquí en la
ribera del arroyo había muchísi-
mos árboles de la una parte y de
la otra.
8 Y díjome: Estas aguas salen a
la región del oriente, y descende-
rán a la llanura, y entrarán en el
mar: *y* entradas en el mar, recibi-
rán sanidad las aguas.
9 Y será que toda alma viviente
que nadare por donde quiera que
entraren estos dos arroyos, vivi-
rá: y habrá muchísimos peces por
haber entrado allá estas aguas, y
recibirán sanidad; y vivirá todo
lo que entrare en este arroyo.
10 Y será que junto a él esta-
rán pescadores; y desde En-gadi
hasta En-eglaim será tendedero
de redes: en su género será su
pescado como el pescado de la
gran mar, mucho en gran mane-
ra.
11 Sus charcos y sus lagunas no
se sanarán; quedarán para sali-
nas.
12 Y junto al arroyo, en su ribe-
ra de una parte y de otra, crece-
rá todo árbol de comer: su hoja
nunca caerá, ni faltará su fruto: a
sus meses madurará, porque sus
aguas salen del santuario: y su
fruto será para comer, y su hoja
para medicina.
13 Así ha dicho el Señor DIOS:
Éste *es* el término en que parti-
réis la tierra en heredad entre
las doce tribus de Israel: José *dos*
partes.
14 Y la heredaréis así los unos
como los otros: por ella alcé mi
mano que la había de dar a vues-
tros padres: por tanto, esta tierra
os caerá en heredad.
15 Y este será el término de la
tierra hacia la parte del norte:
desde la gran mar, camino de
Hetlón viniendo a Sedad;
16 Hamat, Berota, Sibrahim, que
está entre el término de Damas-
co y el término de Hamat; Ha-
zar-haticón, que es el término de
Haurán.
17 Y será el término del norte
desde el mar de Haser-enón al
término de Damasco al norte, y
al término de Hamat al lado del
norte.
18 Al lado del oriente, por medio

de Haurán y de Damasco, y de
Galaad, y de la tierra de Israel, al
Jordán: *esto* mediréis de término
hasta el mar del oriente.
19 Y al lado del sur, hacia el sur,
desde Tamar hasta las aguas de
las rencillas; desde Cades y el
arroyo hasta la gran mar: y esto
será el lado austral, al sur.
20 Y al lado del occidente la gran
mar será el término hasta en de-
recho para venir a Hamat: este
será el lado del occidente.
21 Partiréis, pues, esta tierra
entre vosotros por las tribus de
Israel.
22 Y será que echaréis sobre ella
suertes por herencia para voso-
tros, y para los extranjeros que
peregrinan entre vosotros, que
entre vosotros han engendrado
hijos: y los tendréis como natura-
les entre los hijos de Israel; echa-
rán suertes con vosotros para he-
redarse entre las tribus de Israel.
23 Y será que en la tribu en que
peregrinare el extranjero, allí le
daréis su heredad, ha dicho el
Señor DIOS.

CAPÍTULO 48

Y ÉSTOS *son* los nombres de
las tribus: Desde la extremi-
dad septentrional por la vía de
Hetlón viniendo a Hamat, Ha-
ser-enón, al término de Damasco,
al norte, al término de Hamat:
tendrá Dan una *parte*, siendo sus
extremidades al oriente y al oc-
cidente.
2 Y junto al término de Dan,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Aser una *parte*.
3 Y junto al término de Aser,
desde el lado oriental hasta la
parte del mar, Neftalí, otra.
4 Y junto al término de Neftalí,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Manasés, otra.
5 Y junto al término de Manasés,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Efraím, otra.
6 Y junto al término de Efraím,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Rubén, otra.
7 Y junto al término de Rubén,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Judá, otra.
8 Y junto al término de Judá,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, será la suerte
que apartaréis de veinticinco mil
cañas de anchura, y de longitud
como cualquiera de las otras par-
tes, *es a saber*, desde la parte del
oriente hasta la parte del mar; y
el santuario estará en medio de
ella.
9 La suerte que apartaréis para el
SEÑOR, será de longitud de vein-
ticinco mil *cañas*, y de diez mil de
ancho.
10 Y allí será la suerte santa de
los sacerdotes, de veinticinco mil
cañas al norte, y de diez mil de
anchura al occidente, y de diez
mil de ancho al oriente, y de
veinticinco mil de longitud al
sur: y el santuario del SEÑOR es-
tará en medio de ella.
11 Los sacerdotes santificados de
los hijos de Sadoc, que guarda-
ron mi observancia, que no erra-
ron cuando erraron los hijos de
Israel, como erraron los Levitas,
12 Ellos tendrán *por suerte*, apar-
tada en la partición de la tierra,
la parte santísima, junto al tér-
mino de los Levitas.
13 Y la de los Levitas, al lado del
término de los sacerdotes, será
de veinticinco mil *cañas* de lon-
gitud, y de diez mil de anchura:
toda la longitud de veinticinco

mil, y la anchura de diez mil.
14 No venderán de ello, ni
permutarán, ni traspasarán las
primicias de la tierra: porque es
cosa consagrada al SEÑOR.
15 Y las cinco mil *cañas* de an-
chura que quedan de las veinti-
cinco mil, serán profanas, para
la ciudad, para habitación y
para ejido; y la ciudad estará en
medio.
16 Y éstas *serán* sus medidas: a
la parte del norte cuatro mil y
quinientas *cañas*, y a la parte del
sur cuatro mil y quinientas, y a
la parte del oriente cuatro mil y
quinientas, y a la parte del occi-
dente cuatro mil y quinientas.
17 Y el ejido de la ciudad será al
norte de doscientas y cincuen-
ta *cañas*, y al sur de doscientas
y cincuenta, y al oriente de dos-
cientas y cincuenta, y de dos-
cientas y cincuenta al occidente.
18 Y lo que quedare de longitud
delante de la suerte santa, diez
mil *cañas* al oriente y diez mil al
occidente, que será *lo que queda-
rá* de la suerte santa, será para
sembrar para los que sirven a la
ciudad.
19 Y los que servirán a la ciudad,
serán de todas las tribus de Israel.
20 Todo el apartado de veinticin-
co mil *cañas* por veinticinco mil
en cuadro, apartaréis por suerte
para el santuario, y para la pose-
sión de la ciudad.
21 Y del príncipe será lo que
quedare de la una parte y de la
otra de la suerte santa, y de la
posesión de la ciudad, *es a saber*,
delante de las veinticinco mil
cañas de la suerte hasta el térmi-
no oriental, y al occidente delan-
te de las veinticinco mil hasta el
término occidental, delante de
las partes *dichas* será del prínci-
pe: y suerte santa será; y el san-
tuario de la casa estará en medio
de ella.
22 Y desde la posesión de los Le-
vitas, y desde la posesión de la
ciudad, en medio estará lo que
pertenecerá al príncipe. Entre
el término de Judá y el término
de Benjamín estará *la suerte* del
príncipe.
23 Cuanto a las demás tribus,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, *tendrá* Benjamín
una parte.
24 Y junto al término de Benja-
mín, desde la parte del oriente
hasta la parte del mar, Simeón,
otra.
25 Y junto al término de Simeón,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Isacar, otra.
26 Y junto al término de Isacar,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Zabulón, otra.
27 Y junto al término de Zabulón,
desde la parte del oriente hasta
la parte del mar, Gad, otra.
28 Y junto al término de Gad, a
la parte del sur, hacia el sur, será
el término desde Tamar hasta
las aguas de las rencillas, y *desde*
Cades *y* el arroyo hasta la gran
mar.
29 Ésta *es* la tierra que partiréis
por suertes en heredad a las tri-
bus de Israel, y éstas *son* sus por-
ciones, ha dicho el Señor DIOS.
30 Y éstas *son* las salidas de la
ciudad a la parte del norte, cua-
tro mil y quinientas *cañas* por
medida.
31 Y las puertas de la ciu-
dad serán según los nombres
de las tribus de Israel: tres
puertas al norte: la puerta de
Rubén, una; la puerta de Judá,

otra; la puerta de Leví, otra.
32 Y a la parte del oriente cuatro mil y quinientas *cañas*, y tres puertas: la puerta de José, una; la puerta de Benjamín, otra; la puerta de Dan, otra.
33 Y a la parte del sur, cuatro mil y quinientas *cañas* por medida, y tres puertas: la puerta de Simeón, una; la puerta de Isacar, otra; la puerta de Zabulón, otra.
34 Y a la parte del occidente cuatro mil y quinientas *cañas*, y sus tres puertas: la puerta de Gad, una; la puerta de Aser, otra; la puerta de Neftalí, otra.
35 En derredor tendrá dieciocho mil *cañas*. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será, El SEÑOR *está* allí.

EL LIBRO DE
DANIEL

CAPÍTULO 1

EN el año tercero del reinado
de Joacim rey de Judá, vino
Nabucodonosor rey de Babilonia
a Jerusalem, y cercóla.
2 Y el Señor entregó en sus
manos a Joacim rey de Judá, y
parte de los vasos de la casa de
Dios, y trájolos a tierra de Sinar,
a la casa de su dios: y metió los
vasos en la casa del tesoro de su
dios.
3 Y dijo el rey a Aspenaz, prínci-
pe de sus eunucos, que trajese de
los hijos de Israel, del linaje real
de los príncipes,
4 Muchachos en quienes no hu-
biese tacha alguna, y de buen pa-
recer, y enseñados en toda sabi-
duría, y sabios en conocimiento,
y entendidos en la ciencia, e idó-
neos para estar en el palacio del
rey; y que les enseñase las letras
y la lengua de los Caldeos.
5 Y señalóles el rey ración para
cada día de la ración de la comi-
da del rey, y del vino de su beber:
que los criase tres años, para que
al fin de ellos estuviesen delante
del rey.
6 Y fueron entre ellos, de los
hijos de Judá, Daniel, Ananías,
Misael y Azarías:
7 A los cuales el príncipe de los
eunucos puso nombres: y puso
a Daniel, Beltsasar; y a Ananías,
Sadrac; y a Misael, Mesac; y a
Azarías, Abed-nego.
8 Y Daniel propuso en su cora-
zón de no contaminarse en la
ración de la comida del rey, ni
en el vino de su beber: pidió por
tanto al príncipe de los eunucos
de no contaminarse.
9 (Y puso Dios a Daniel en gracia
y en buena voluntad con el prín-
cipe de los eunucos.)
10 Y dijo el príncipe de los eunu-
cos a Daniel: Tengo temor de mi
señor el rey, que señaló vuestra
comida y vuestra bebida; pues
luego que él habrá visto vuestros
rostros más tristes que los de los
muchachos que son semejantes a
vosotros, condenaréis para con el
rey mi cabeza.
11 Entonces dijo Daniel a Melsar,
que estaba puesto por el prínci-
pe de los eunucos sobre Daniel,
Ananías, Misael, y Azarías:
12 Prueba, te ruego, tus siervos
diez días, y dennos legumbres a
comer, y agua a beber.
13 Parezcan luego delante de ti
nuestros rostros, y los rostros de
los muchachos que comen de la
ración de la comida del rey; y
según que vieres, harás con tus
siervos.
14 Consintió pues con ellos en
esto, y probó con ellos diez días.
15 Y al cabo de los diez días pare-
ció el rostro de ellos mejor y más
nutrido de carne, que los otros
muchachos que comían de la ra-
ción de la comida del rey.
16 Así fue que Melsar tomaba
la ración de la comida de ellos,
y el vino de su beber, y dábales
legumbres.
17 Y a estos cuatro muchachos
dióles Dios conocimiento y en-
tendimiento en todas letras y sa-
biduría: mas Daniel tuvo entendi-

miento en toda visión y sueños.
18 Pasados pues los días al fin
de los cuales había dicho el rey
que los trajesen, el príncipe de
los eunucos los trajo delante de
Nabucodonosor.
19 Y el rey habló con ellos, y no
fue hallado entre todos ellos otro
como Daniel, Ananías, Misael, y
Azarías: y así estuvieron delante
del rey.
20 Y en todo asunto de sabiduría y entendimiento que el rey
les demandó, hallólos diez veces
mejores que todos los magos y
astrólogos que había en todo su
reino.
21 Y fue Daniel hasta el año primero del rey Ciro.

CAPÍTULO 2

Y EN el segundo año del reinado de Nabucodonosor, soñó
Nabucodonosor sueños, y perturbóse su espíritu, y su sueño se
huyó de él.
2 Y mandó el rey llamar magos,
astrólogos, y encantadores, y
Caldeos, para que mostrasen al
rey sus sueños. Vinieron pues, y
se presentaron delante del rey.
3 Y el rey les dijo: He soñado un
sueño, y mi espíritu se ha perturbado por saber el sueño.
4 Entonces hablaron los Caldeos
al rey en lengua aramea: Rey,
para siempre vive: di el sueño a
tus siervos, y mostraremos la declaración.
5 Respondió el rey y dijo a los
Caldeos: El negocio se me fue: si
no me mostráis el sueño y su declaración, seréis hechos cuartos,
y vuestras casas serán puestas
por muladares.
6 Y si mostrareis el sueño y su
declaración, recibiréis de mis
dones y mercedes y grande
honra: por tanto, mostradme el
sueño y su declaración.
7 Respondieron la segunda vez,
y dijeron: Diga el rey el sueño a
sus siervos, y mostraremos su declaración.
8 El rey respondió, y dijo: Yo conozco ciertamente que vosotros
ponéis dilaciones, porque veis
que el negocio se me ha ido.
9 Si no me mostráis el sueño, una
sola sentencia será de vosotros.
Ciertamente preparáis respuesta
mentirosa y perversa que decir
delante de mí, entre tanto que
se muda el tiempo: por tanto,
decidme el sueño, para que yo
entienda que me podéis mostrar
su declaración.
10 Los Caldeos respondieron
delante del rey, y dijeron: No
hay hombre sobre la tierra que
pueda declarar el negocio del
rey: demás de esto, ningún rey,
príncipe, ni señor, preguntó cosa
semejante a ningún mago, ni astrólogo, ni Caldeo.
11 Finalmente, el negocio que el
rey demanda, es singular, ni hay
quien lo pueda declarar delante
del rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne.
12 Por esto el rey con ira y con
grande enojo, mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia.
13 Y publicóse el mandamiento,
y los sabios eran llevados a la
muerte; y buscaron a Daniel y a
sus compañeros para matarlos.
14 Entonces Daniel habló con
consejo y sabiduría a Arioc, capitán de los de la guarda del rey,
que había salido para matar los
sabios de Babilonia.
15 Habló y dijo a Arioc capitán

del rey: ¿Qué es la causa que este
mandamiento se publica de parte
del rey tan apresuradamente?
Entonces Arioc declaró el nego-
cio a Daniel.
16 Y Daniel entró, y pidió al rey
que le diese tiempo, y que él
mostraría al rey la declaración.
17 Fuese luego Daniel a su casa, y
declaró el negocio a Ananías, Mi-
sael, y Azarías, sus compañeros,
18 Para demandar misericordias
del Dios del cielo sobre este mis-
terio, y que Daniel y sus compa-
ñeros no pereciesen con los otros
sabios de Babilonia.
19 Entonces el arcano fue revela-
do a Daniel en visión de noche;
por lo cual bendijo Daniel al
Dios del cielo.
20 Y Daniel respondió, y dijo:
Sea bendito el nombre de Dios
por siempre jamás: porque suya
es la sabiduría y la fortaleza:
21 Y él es el que muda los tiem-
pos y las oportunidades: quita
reyes, y pone reyes: da la sabidu-
ría a los sabios, y el conocimien-
to a los entendidos:
22 Él revela lo profundo y lo es-
condido: conoce lo que *está* en
tinieblas, y la luz mora con él.
23 A ti, oh Dios de mis padres,
te doy gracias y te alabo, que
me diste sabiduría y fortaleza, y
ahora me enseñaste lo que te pe-
dimos; pues nos has enseñado el
negocio del rey.
24 Después de esto Daniel entró
a Arioc, al cual el rey había pues-
to para matar a los sabios de
Babilonia; fue, y díjole así: No
mates a los sabios de Babilonia:
llévame delante del rey, que yo
mostraré al rey la declaración.
25 Entonces Arioc llevó pres-
tamente a Daniel delante del
rey, y díjole así: Un varón de
los trasportados de Judá he ha-
llado, el cual declarará al rey la
interpretación.
26 Respondió el rey, y dijo a Da-
niel, al cual llamaban Beltsasar:
¿Podrás tú hacerme entender el
sueño que ví, y su declaración?
27 Daniel respondió delante del
rey, y dijo: El misterio que el rey
demanda, ni sabios, ni astrólo-
gos, ni magos, ni adivinos lo pue-
den enseñar al rey.
28 Mas hay un Dios en el cielo, el
cual revela los misterios, y él ha
hecho saber al rey Nabucodono-
sor lo que ha de acontecer a cabo
de días. Tu sueño, y las visiones
de tu cabeza sobre tu cama, es
esto:
29 Tú, oh rey, en tu cama subie-
ron tus pensamientos por saber
lo que había de ser en lo por
venir; y el que revela los miste-
rios te mostró lo que ha de ser.
30 Y a mí ha sido revelado este
misterio, no por sabiduría que
en mí haya más que en todos los
vivientes, sino para que yo noti-
fique al rey la declaración, y que
entendieses los pensamientos de
tu corazón.
31 Tú, oh rey, veías, y he aquí
una grande imagen. Esta imagen,
que era muy grande, y cuya glo-
ria era muy sublime, estaba en
pie delante de ti, y su aspecto era
terrible.
32 La cabeza de esta imagen era
de fino oro; sus pechos y sus bra-
zos, de plata; su vientre y sus
muslos, de latón;
33 Sus piernas, de hierro; sus
pies, en parte de hierro, y en
parte de barro cocido.
34 Estabas mirando, hasta que
una piedra fue cortada, no con

mano, la cual hirió a la imagen
en sus pies de hierro y de barro
cocido, y los desmenuzó.
35 Entonces fue también desme-
nuzado el hierro, el barro cocido,
el latón, la plata y el oro, y se
tornaron como tamo de las eras
del verano: y levantólos el vien-
to, y nunca más se les halló lugar.
Mas la piedra que hirió a la ima-
gen, fue hecha un gran monte,
que hinchió toda la tierra.
36 Éste *es* el sueño: la declara-
ción de él diremos también en
presencia del rey.
37 Tú, oh rey, eres rey de reyes;
porque el Dios del cielo te ha
dado reino, potencia, y fortaleza,
y majestad.
38 Y dondequiera que habiten
hijos de hombres, las bestias del
campo y las aves del cielo él ha
entregado en tu mano, y te ha
hecho enseñorear sobre todo
ello: tú *eres* esta cabeza de oro.
39 Y después de ti se levantará
otro reino menor que tú; y otro
tercer reino de latón, el cual se
enseñoreará de toda la tierra.
40 Y el reino cuarto será fuerte
como hierro; y como el hierro
desmenuza y doma todas las
cosas, y como el hierro que que-
branta todas estas cosas, desme-
nuzará y quebrantará.
41 Y lo que viste de los pies y los
dedos, en parte de barro cocido
de alfarero, y en parte de hierro,
el reino será dividido; mas habrá
en él *algo* de fortaleza de hierro,
según que viste el hierro mezcla-
do con el tiesto de barro.
42 Y *por ser* los dedos de los pies
en parte de hierro, y en parte
de barro cocido, en parte será el
reino fuerte, y en parte será frágil.
43 Cuanto a aquello que viste,
el hierro mezclado con tiesto de
barro, mezclaránse con simiente
humana, mas no se pegarán el
uno con el otro, como el hierro
no se mistura con el tiesto.
44 Y en los días de estos reyes, le-
vantará el Dios del cielo un reino
que nunca jamás se corromperá:
y no será dejado a otro pueblo
este reino; *el cual* desmenuzará y
consumirá todos estos reinos, y
él permanecerá para siempre.
45 De la manera que viste que
del monte fue cortada una piedra,
no con manos, la cual desmenu-
zó al hierro, al latón, al tiesto, a
la plata, y al oro; el gran Dios
ha mostrado al rey lo que ha de
acontecer en lo por venir: y el
sueño es verdadero, y fiel su de-
claración.
46 Entonces el rey Nabucodono-
sor cayó sobre su rostro, y humi-
llóse a Daniel, y mandó que le sa-
crificasen presentes y perfumes.
47 El rey habló a Daniel, y dijo:
Ciertamente que el Dios vuestro
es Dios de dioses, y el SEÑOR de
los reyes, y el descubridor de los
misterios, pues pudiste revelar
este arcano.
48 Entonces el rey engrande-
ció a Daniel, y le dio muchos
y grandes dones, y púsolo por
gobernador de toda la provincia
de Babilonia, y por príncipe de
los gobernadores sobre todos los
sabios de Babilonia.
49 Y Daniel solicitó del rey, y
él puso sobre los negocios de la
provincia de Babilonia a Sadrac,
Mesac, y Abed-nego: y Daniel es-
taba a la puerta del rey.

CAPÍTULO 3

EL REY Nabucodonosor hizo
una estatua de oro, la altura

de la cual era de sesenta codos,
su anchura de seis codos: levan-
tóla en el campo de Dura, en la
provincia de Babilonia.
2 Y envió el rey Nabucodonosor
a juntar los grandes, los asisten-
tes y capitanes, oidores, recepto-
res, los del consejo, presidentes,
y a todos los gobernadores de las
provincias, para que viniesen a
la dedicación de la estatua que el
rey Nabucodonosor había levan-
tado.
3 Fueron pues reunidos los gran-
des, los asistentes y capitanes,
los oidores, receptores, los del
consejo, los presidentes, y todos
los gobernadores de las provin-
cias, a la dedicación de la estatua
que el rey Nabucodonosor había
levantado: y estaban en pie de-
lante de la estatua que había le-
vantado el rey Nabucodonosor.
4 Y el pregonero pregonaba en
alta voz: Mándase a vosotros, oh
pueblos, naciones, y lenguas,
5 En oyendo el son de la bocina,
del pífano, del tamboril, del arpa,
del salterio, de la zampoña, y de
todo instrumento músico, os pos-
traréis y adoraréis la estatua de
oro que el rey Nabucodonosor ha
levantado:
6 Y cualquiera que no se postra-
re y adorare, en la misma hora
será echado dentro de un horno
de fuego ardiendo.
7 Por lo cual, en oyendo todos
los pueblos el son de la bocina,
del pífano, del tamboril, del arpa,
del salterio, de la zampoña, y de
todo instrumento músico, todos
los pueblos, naciones, y lenguas,
se postraron, y adoraron la esta-
tua de oro que el rey Nabucodo-
nosor había levantado.
8 Por esto en el mismo tiempo
algunos varones Caldeos se lle-
garon, y denunciaron de los Ju-
díos.
9 Hablando y diciendo al rey Na-
bucodonosor: Rey, para siempre
vive.
10 Tú, oh rey, pusiste ley que
todo hombre en oyendo el son de
la bocina, del pífano, del tambo-
ril, del arpa, del salterio, de la
zampoña, y de todo instrumento
músico, se postrase y adorase la
estatua de oro:
11 Y el que no se postrase y ado-
rase, fuese echado dentro de un
horno de fuego ardiendo.
12 Hay unos varones Judíos, los
cuales pusiste tú sobre los nego-
cios de la provincia de Babilo-
nia; Sadrac, Mesac, y Abed-nego:
estos varones, oh rey, no han
hecho cuenta de ti; ni adoran tus
dioses, no adoran la estatua de
oro que tú levantaste.
13 Entonces Nabucodonosor dijo
con ira y con enojo que trajesen
a Sadrac, Mesac, y Abed-nego. Al
punto fueron traídos estos varo-
nes delante del rey.
14 Habló Nabucodonosor, y díjo-
les: ¿Es verdad Sadrac, Mesac, y
Abed-nego, que vosotros no hon-
ráis a mis dioses, ni adoráis la
estatua de oro que he levantado?
15 Ahora pues, ¿estáis prestos
para que en oyendo el son de la
bocina, del pífano, del tambo-
ril, del arpa, del salterio, de la
zampoña, y de todo instrumen-
to músico, os postréis, y adoréis
la estatua que he hecho? Porque
si no la adorareis, en la misma
hora seréis echados en medio de
un horno de fuego ardiendo: ¿y
qué dios será aquel que os libre
de mis manos?
16 Sadrac, Mesac, y Abed-nego

respondieron y dijeron al rey
Nabucodonosor: No cuidamos de
responderte sobre este negocio.
17 He aquí nuestro Dios a quien
honramos, puede librarnos del
horno de fuego ardiendo; y de tu
mano, oh rey, nos librará.
18 Y si no, sepas, oh rey, que tus
dioses no adoraremos, ni tampo-
co honraremos la estatua que
has levantado.
19 Entonces Nabucodonosor fue
lleno de ira, y demudóse la figura
de su rostro sobre Sadrac, Mesac,
y Abed-nego: *así* habló, y ordenó
que el horno se encendiese siete
veces tanto de lo que cada vez
solía.
20 Y mandó a hombres muy vi-
gorosos que *tenía* en su ejército,
que atasen a Sadrac, Mesac, y
Abed-nego, para echarlos en el
horno de fuego ardiendo.
21 Entonces estos varones fue-
ron atados con sus mantos, y sus
calzas, y sus turbantes, y sus ves-
tidos, y fueron echados dentro
del horno de fuego ardiendo.
22 Y porque la palabra del rey
daba priesa, y había procura-
do que se encendiese mucho, la
llama del fuego mató a aque-
llos que habían alzado a Sadrac,
Mesac, y Abed-nego.
23 Y estos tres varones, Sadrac,
Mesac, y Abed-nego, cayeron
atados dentro del horno de fuego
ardiendo.
24 Entonces el rey Nabucodono-
sor se espantó, y levantóse aprie-
sa, y habló, y dijo a los de su con-
sejo: ¿No echaron tres varones
atados dentro del fuego? Ellos
respondieron y dijeron al rey: Es
verdad, oh rey.
25 Respondió él y dijo: He aquí
que yo veo cuatro varones suel-
tos, que se pasean en medio del
fuego, y ningún daño hay en
ellos: y el parecer del cuarto es
semejante al Hijo de Dios.
26 Entonces Nabucodonosor
se acercó a la puerta del horno
de fuego ardiendo, y habló y
dijo: Sadrac, Mesac, y Abed-ne-
go, siervos del alto Dios, salid y
venid. Entonces Sadrac, Mesac, y
Abed-nego, salieron de en medio
del fuego.
27 Y juntáronse los grandes, los
gobernadores, los capitanes, y los
del consejo del rey, para mirar
estos varones, como el fuego no
se enseñoreó de sus cuerpos, ni
cabello de sus cabezas fue que-
mado, ni sus ropas se mudaron,
ni olor de fuego había pasado
por ellos.
28 Nabucodonosor habló y dijo:
Bendito el Dios de ellos, de Sa-
drac, Mesac, y Abed-nego, que
envió su ángel, y libró sus sier-
vos que esperaron en él, y el
mandamiento del rey mudaron,
y entregaron sus cuerpos antes
que sirviesen ni adorasen otro
dios que su Dios.
29 Por mí pues se pone decreto,
que todo pueblo, nación, o len-
gua, que dijere blasfemia con-
tra el Dios de Sadrac, Mesac, y
Abed-nego, sea descuartizado,
y su casa sea puesta por mula-
dar; por cuanto no hay Dios que
pueda librar como éste.
30 Entonces el rey engrandeció
a Sadrac, Mesac, y Abed-nego en
la provincia de Babilonia.

CAPÍTULO 4

NABUCODONOSOR rey, a
todos los pueblos, naciones,
y lenguas, que moran en toda la
tierra: Paz os sea multiplicada:

2 Las señales y milagros que el
alto Dios ha hecho conmigo, con-
viene que yo las publique.
3 ¡Cuán grandes son sus señales,
y cuán potentes sus maravillas!
Su reino, reino sempiterno, y su
señorío hasta generación y gene-
ración.
4 Yo Nabucodonosor estaba quie-
to en mi casa, y floreciente en mi
palacio.
5 Ví un sueño que me espantó, y
las imaginaciones y visiones de
mi cabeza me turbaron en mi
cama.
6 Por lo cual yo puse manda-
miento para hacer venir delante
de mí todos los sabios de Babilo-
nia, que me mostrasen la decla-
ración del sueño.
7 Y vinieron magos, astrólo-
gos, Caldeos, y adivinos: y dije
el sueño delante de ellos, mas
nunca me mostraron su declara-
ción;
8 Hasta tanto que entró delante
de mí Daniel, cuyo nombre es
Beltsasar, como el nombre de mi
dios, y en el cual hay espíritu de
los dioses santos, y dije el sueño
delante de él, *diciendo:*
9 Beltsasar, príncipe de los
magos, ya que he entendido que
hay en ti espíritu de los dioses
santos, y que ningún misterio se
te esconde, exprésame las visio-
nes de mi sueño que he visto, y
su declaración.
10 *Aquestas* las visiones de mi ca-
beza en mi cama: Parecíame que
veía un árbol en medio de la tie-
rra, cuya altura era grande.
11 Crecía este árbol, y hacíase
fuerte, y su altura llegaba hasta
el cielo, y su vista hasta el cabo
de toda la tierra.
12 Su follaje *era* hermoso, y su
fruto en abundancia, y para
todos había en él mantenimien-
to. Debajo de él se ponían a la
sombra las bestias del campo, y
en sus ramas hacían morada las
aves del cielo, y se mantenía de
él toda carne.
13 Veía en las visiones de mi ca-
beza en mi cama, y he aquí que
un vigilante y santo descendía
del cielo.
14 Y clamaba fuertemente y decía
así: Derribad el árbol, y cortad
sus ramas, quitadle su follaje, y
dispersad su fruto: váyanse las
bestias que están debajo de él, y
las aves de sus ramas.
15 Mas la cepa de sus raíces deja-
réis en la tierra, y con atadura de
hierro y de latón entre la hierba
del campo; y sea mojado con el
rocío del cielo, y su parte con las
bestias en la hierba de la tierra.
16 Su corazón sea mudado de co-
razón de hombre, y séale dado
corazón de bestia, y pasen sobre
él siete tiempos.
17 La sentencia es por decreto de
los vigilantes, y por dicho de los
santos la demanda: para que co-
nozcan los vivientes que el Altísi-
mo se enseñorea del reino de los
hombres, y que a quien él quie-
re lo da, y constituye sobre él al
más bajo de los hombres.
18 Yo el rey Nabucodonosor he
visto este sueño. Tú pues, Belt-
sasar, dirás la declaración de él,
porque todos los sabios de mi
reino nunca pudieron mostrarme
su interpretación: mas tú puedes,
porque hay en ti espíritu de los
dioses santos.
19 Entonces Daniel, cuyo nombre
era Beltsasar, estuvo callando
casi una hora, y sus pensamien-
tos lo espantaban: El rey habló, y

dijo: Beltsasar, el sueño ni su de-
claración no te espante. Respon-
dió Beltsasar, y dijo: señor mío,
el sueño sea para tus enemigos, y
su declaración para los que mal
te quieren.
20 El árbol que viste, que crecía
y se hacía fuerte, y que su altura
llegaba hasta el cielo, y su vista
por toda la tierra;
21 Y cuyo follaje *era* hermoso, y
su fruto en abundancia, y que
para todos había mantenimiento
en él; debajo del cual moraban las
bestias del campo, y en sus ramas
habitaban las aves del cielo,
22 Tú mismo eres, oh rey, que
creciste, y te hiciste fuerte, pues
creció tu grandeza, y ha llegado
hasta el cielo, y tu señorío hasta
el cabo de la tierra.
23 Y cuanto a lo que vio el rey,
un vigilante y santo que descen-
día del cielo, y decía: Cortad el
árbol y destruidlo: mas la cepa
de sus raíces dejaréis en la tie-
rra, y con atadura de hierro y de
latón en la hierba del campo; y
sea mojado con el rocío del cielo,
y su parte sea con las bestias del
campo, hasta que pasen sobre él
siete tiempos:
24 Ésta *es* la declaración, oh rey,
y la sentencia del Altísimo, que
ha venido sobre el rey mi señor:
25 Que te echarán de entre los
hombres, y con las bestias del
campo será tu morada, y con
hierba del campo te apacentarán
como a los bueyes, y con rocío
del cielo serás bañado; y siete
tiempos pasarán sobre ti, hasta
que entiendas que el Altísimo
se enseñorea en el reino de los
hombres, y que a quien él quisie-
re lo dará.
26 Y lo que dijeron, que dejasen
en la tierra la cepa de las raíces
del mismo árbol, *significa que* tu
reino se te quedará firme, luego
que entiendas que el señorío es
en los cielos.
27 Por tanto, oh rey, aprueba mi
consejo, y redime tus pecados
con justicia, y tus iniquidades
con misericordias para con los
pobres; que tal vez será eso una
prolongación de tu tranquilidad.
28 Todo aquesto vino sobre el
rey Nabucodonosor.
29 A cabo de doce meses, andán-
dose paseando sobre el palacio
del reino de Babilonia,
30 Habló el rey, y dijo: ¿No es
ésta la gran Babilonia, que yo
edifiqué para casa del reino, con
la fuerza de mi poder, y para glo-
ria de mi grandeza?
31 Aun estaba la palabra en la
boca del rey, cuando cae una voz
del cielo: A ti dicen, rey Nabuco-
donosor; el reino es traspasado
de ti:
32 Y de entre los hombres te
echan, y con las bestias del
campo será tu morada, y como
a los bueyes te apacentarán: y
siete tiempos pasarán sobre ti,
hasta que conozcas que el Altí-
simo se enseñorea en el reino de
los hombres, y a quien él quisie-
re lo da.
33 En la misma hora se cumplió
la palabra sobre Nabucodonosor,
y fue echado de entre los hom-
bres; y comía hierba como los
bueyes, y su cuerpo se bañaba
con el rocío del cielo, hasta que
su pelo creció como de águila, y
sus uñas como de aves.
34 Mas al fin del tiempo yo Na-
bucodonosor alcé mis ojos al
cielo, y mi entendimiento me
fue vuelto; y bendije al Altísimo,

y alabé y glorifiqué al que vive
para siempre; porque su seño-
río es sempiterno, y su reino por
todas las edades.
35 Y todos los moradores de la
tierra por nada son contados: y
en el ejército del cielo, y en los
habitantes de la tierra, hace
según su voluntad: ni hay quien
estorbe su mano, y le diga: ¿Qué
haces?
36 En el mismo tiempo mi senti-
do me fue vuelto, y la majestad
de mi reino, mi dignidad y mi
grandeza volvieron a mí, y mis
gobernadores y mis grandes me
buscaron; y fui restituído a mi
reino, y mayor grandeza me fue
añadida.
37 Ahora yo Nabucodonosor
alabo, engrandezco y glorifico al
Rey del cielo, porque todas sus
obras son verdad, y sus caminos
juicio; y humillar puede a los
que andan con soberbia.

CAPÍTULO 5

EL REY Belsasar hizo un gran
banquete a mil de sus prín-
cipes, y en presencia de los mil
bebía vino.
2 Belsasar, con el gusto del vino,
mandó que trajesen los vasos de
oro y de plata que Nabucodo-
nosor su padre había traído del
templo de Jerusalem; para que
bebiesen con ellos el rey y sus
príncipes, sus esposas y sus con-
cubinas.
3 Entonces fueron traídos los
vasos de oro que habían traído
del templo de la casa de Dios que
estaba en Jerusalem, y bebieron
con ellos el rey y sus príncipes,
sus esposas y sus concubinas.
4 Bebieron vino, y alabaron a los
dioses de oro y de plata, de latón,
de hierro, de madera, y de pie-
dra.
5 En aquella misma hora salieron
unos dedos de mano de hombre,
y escribían delante del candele-
ro sobre lo encalado de la pared
del palacio real, y el rey veía la
palma de la mano que escribía.
6 Entonces el rey se demudó de
su color, y sus pensamientos lo
turbaron, y desatáronse las ceñi-
duras de sus lomos, y sus rodillas
se batían la una con la otra.
7 El rey clamó en alta voz que
hiciesen venir magos, Caldeos,
y adivinos. Habló el rey, y dijo
a los sabios de Babilonia: Cual-
quiera que leyere esta escritura,
y me mostrare su declaración,
será vestido de púrpura, y tendrá
collar de oro a su cuello; y en el
reino se enseñoreará el tercero.
8 Entonces fueron introducidos
todos los sabios del rey, y no pu-
dieron leer la escritura, ni mos-
trar al rey su declaración.
9 Entonces el rey Belsasar fue
muy turbado, y se le mudaron
sus colores y alteráronse sus
príncipes.
10 La reina, por las palabras del
rey y de sus príncipes, entró a la
sala del banquete. Y habló la reina,
y dijo: Rey, para siempre vive, no
te asombren tus pensamientos, ni
tus colores se demuden:
11 En tu reino hay un varón, en
el cual *mora* el espíritu de los
dioses santos; y en los días de tu
padre se halló en él luz y enten-
dimiento y sabiduría, como la
sabiduría de los dioses: al cual
el rey Nabucodonosor, tu padre,
el rey constituyó príncipe sobre
todos los magos, astrólogos, Cal-
deos, y adivinos:
12 Por cuanto fue hallado en él

mayor espíritu, y conocimiento, y entendimiento, interpretando sueños, y declarando preguntas, y deshaciendo dudas, *es a saber,* en Daniel; al cual el rey puso por nombre Beltsasar. Llámese pues ahora a Daniel, y él mostrará la declaración.
13 Entonces Daniel fue traído delante del rey. Y habló el rey, y dijo a Daniel: ¿Eres tú aquel Daniel de los hijos de la cautividad de Judá, que mi padre trajo de Judea?
14 Yo he oído de ti que el espíritu de los dioses santos está en ti, y que en ti se halló luz, y entendimiento y mayor sabiduría.
15 Y ahora fueron traídos delante de mí, sabios, astrólogos, que leyesen esta escritura, y me mostrasen su interpretación: pero no han podido mostrar la declaración del negocio.
16 Yo pues he oído de ti que puedes declarar las dudas, y desatar dificultades. Si ahora pudieres leer esta escritura, y mostrarme su interpretación, serás vestido de púrpura, y collar de oro tendrás en tu cuello, y en el reino serás el tercer señor.
17 Entonces Daniel respondió, y dijo delante del rey: Tus dones sean para ti, y tus presentes dalos a otro. La escritura yo la leeré al rey, y le mostraré la declaración.
18 El altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino, y la grandeza, y la gloria, y la honra:
19 Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones, y lenguas, temblaban y temían delante de él. Los que él quería mataba, y daba vida a los que quería: engrandecía a los que quería, y a los que quería humillaba.
20 Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en altivez, fue depuesto del trono de su reino, y traspasaron de él la gloria:
21 Y fue echado de entre los hijos de los hombres; y su corazón fue puesto con las bestias, y con los asnos monteses fue su morada. Hierba le hicieron comer, como a buey, y su cuerpo fue bañado con el rocío del cielo, hasta que conoció que el altísimo Dios se enseñorea del reino de los hombres, y que pondrá sobre él al que quisiere.
22 Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto:
23 Antes contra el SEÑOR del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus príncipes, tus esposas y tus concubinas, bebisteis vino en ellos: demás de esto, a dioses de plata y de oro, de latón, de hierro, de madera, y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben, diste alabanza: y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste.
24 Entonces de su presencia fue enviada la palma de la mano que esculpió esta escritura.
25 Y la escritura que esculpió es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN.
26 La declaración del negocio es: MENE: Contó Dios tu reino, y halo rematado.
27 TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto.
28 PERES: Tu reino fue rompido, y es dado a Medos y Persas.
29 Entonces, mandándolo Belsasar, vistieron a Daniel de púr-

pura, y en su cuello fue puesto un collar de oro, y pregonaron de él que fuese el tercer señor en el reino.
30 La misma noche fue muerto Belsasar, rey de los Caldeos.
31 Y Darío de Media tomó el reino, *siendo* de sesenta y dos años.

CAPÍTULO 6

PARECIÓ bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte gobernadores, que estuviesen en todo el reino.
2 Y sobre ellos tres presidentes, de los cuales Daniel *era* primero, a quienes estos gobernadores diesen cuenta, para que el rey no recibiese daño.
3 Entonces el mismo Daniel fue preferido sobre los presidentes y príncipes, porque *había* en él un espíritu excelente; y el rey pensaba de ponerlo sobre todo el reino.
4 Entonces los presidentes y gobernadores buscaban ocasiones contra Daniel por parte del reino; mas no podían hallar alguna ocasión o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue en él hallado.
5 Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna, si no la hallamos contra él en la ley de su Dios.
6 Entonces estos gobernadores y presidentes se juntaron delante del rey, y le dijeron así: Rey Darío, para siempre vive:
7 Todos los presidentes del reino, magistrados, gobernadores, grandes y capitanes, han acordado por consejo promulgar un real edicto, y confirmarlo, que cualquiera que demandare petición de cualquier dios u hombre en el espacio de treinta días, sino de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones.
8 Ahora, oh rey, confirma el edicto, y firma la escritura, para que no se pueda mudar, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no se revoca.
9 Firmó pues el rey Darío la escritura y el edicto.
10 Y Daniel, cuando supo que la escritura estaba firmada, entróse en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que estaban hacia Jerusalem, hincábase de rodillas tres veces al día, y oraba, y confesaba delante de su Dios, como lo solía hacer antes.
11 Entonces se juntaron aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando delante de su Dios.
12 Llegáronse luego, y hablaron delante del rey acerca del edicto real: ¿No has confirmado edicto que cualquiera que pidiere a cualquier dios u hombre en el espacio de treinta días, excepto a ti, oh rey, fuese echado en el foso de los leones? Respondió el rey y dijo: Verdad es, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no se abroga.
13 Entonces respondieron y dijeron delante del rey: Daniel que es de los hijos de la cautividad de los Judíos, no ha hecho cuenta de ti, oh rey, ni del edicto que confirmaste; antes tres veces al día hace su petición.
14 El rey entonces, oyendo el negocio, pesóle en gran manera, y sobre Daniel puso cuidado para librarlo; y hasta puestas del sol trabajó para librarle.

15 Empero aquellos hombres se
reunieron cerca del rey, y dijeron
al rey: Sepas, oh rey, que es ley
de Media y de Persia, que ningún
decreto u ordenanza que el rey
confirmare pueda mudarse.
16 Entonces el rey mandó, y tra-
jeron a Daniel, y echáronle en el
foso de los leones. Y hablando el
rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a
quien tú continuamente sirves,
él te libre.
17 Y fue traída una piedra, y
puesta sobre la puerta del foso,
la cual selló el rey con su anillo,
y con el anillo de sus príncipes,
porque el acuerdo acerca de Da-
niel no se mudase.
18 Fuese luego el rey a su pala-
cio, y acostóse ayuno; ni instru-
mentos de música fueron traídos
delante de él, y se le fue el sueño.
19 El rey, por tanto, se levantó
muy de mañana, y fue apriesa al
foso de los leones:
20 Y llegándose cerca del foso
llamó a voces a Daniel con voz
triste: y hablando el rey dijo a
Daniel: Daniel, siervo del Dios
viviente, el Dios tuyo, a quien tú
continuamente sirves ¿te ha po-
dido librar de los leones?
21 Entonces habló Daniel con el
rey: Oh rey, para siempre vive.
22 El Dios mío envió su ángel, el
cual cerró la boca de los leones,
para que no me hiciesen mal:
porque delante de él se halló en
mi justicia: y aun delante de ti,
oh rey, yo no he hecho lo que no
debiese.
23 Entonces se alegró el rey en
gran manera a causa de él, y
mandó sacar a Daniel del foso: y
fue Daniel sacado del foso, y nin-
guna lesión se halló en él, por-
que creyó en su Dios.
24 Y mandándolo el rey fueron
traídos aquellos hombres que ha-
bían acusado a Daniel, y fueron
echados en el foso de los leones,
ellos, sus hijos, y sus esposas; y
aun no habían llegado al suelo
del foso, cuando los leones se
apoderaron de ellos, y quebran-
taron todos sus huesos.
25 Entonces el rey Darío escribió
a todos los pueblos, naciones, y
lenguas, que habitan en toda la
tierra: Paz os sea multiplicada:
26 De parte mía es puesta orde-
nanza, que en todo el señorío de
mi reino todos teman y tiemblen
de la presencia del Dios de Da-
niel: porque él es el Dios viviente
y permanente por todos los siglos,
y su reino *tal* que no será deshe-
cho, y su señorío hasta el fin.
27 Que salva y libra, y hace seña-
les y maravillas en el cielo y en
la tierra; el cual libró a Daniel
del poder de los leones.
28 Y este Daniel fue prosperado
durante el reinado de Darío, y
durante el reinado de Ciro, Persa.

CAPÍTULO 7

EN el primer año de Belsasar
rey de Babilonia, vio Daniel
un sueño y visiones de su cabe-
za en su cama: luego escribió el
sueño, y notó la suma de los ne-
gocios.
2 Habló Daniel y dijo: Veía yo
en mi visión de noche, y he aquí
que los cuatro vientos del cielo
combatían en la gran mar.
3 Y cuatro bestias grandes, dife-
rentes la una de la otra, subían
del mar.
4 La primera era como león, y
tenía alas de águila. Yo estaba
mirando hasta tanto que sus alas
fueron arrancadas, y fue quitada

de la tierra; y púsose enhiesta
sobre los pies a manera de hom-
bre, y fuéle dado corazón de
hombre.
5 Y he aquí otra segunda bes-
tia, semejante a un oso, la cual
se puso al un lado, y tenía en su
boca tres costillas entre sus dien-
tes; y fuéle dicho así: Levántate,
traga carne mucha.
6 Después de esto yo miraba, y
he aquí otra, semejante a un
leopardo, y tenía cuatro alas de
ave en sus espaldas: tenía tam-
bién esta bestia cuatro cabezas; y
fuéle dado dominio.
7 Después de esto miraba yo en
las visiones de la noche, y he
aquí la cuarta bestia, espantosa
y terrible, y en grande manera
fuerte; la cual tenía unos dien-
tes grandes de hierro: devora-
ba y desmenuzaba, y las sobras
hollaba con sus pies: y era muy
diferente de todas las bestias que
habían sido antes de ella, y tenía
diez cuernos.
8 Estando yo contemplando los
cuernos, he aquí que otro cuer-
no pequeño subía entre ellos, y
delante de él fueron arrancados
tres cuernos de los primeros; y
he aquí, en este cuerno había
ojos como ojos de hombre, y una
boca que hablaba grandezas.
9 Estuve mirando hasta que fue-
ron puestos tronos: y el Anciano
de días se sentó, cuyo vestido era
blanco como la nieve, y el pelo
de su cabeza como lana pura; su
trono llama de fuego, sus ruedas
fuego ardiente.
10 Un río de fuego procedía
y salía de delante de él: mi-
llares de millares le servían,
y millones de millones asis-
tían delante de él: el Juez se
sentó, y los libros se abrieron.
11 Yo entonces miraba a causa
de la voz de las grandes palabras
que hablaba el cuerno; miraba
hasta tanto que mataron la bes-
tia, y su cuerpo fue deshecho, y
entregado para ser quemado en
el fuego.
12 Habían también quitado a las
otras bestias su señorío, y les
había sido dada prolongación de
vida hasta cierto tiempo.
13 Miraba yo en la visión de la
noche, y he aquí como el Hijo de
hombre venía con las nubes del
cielo, y llegó hasta el Anciano de
días, e hiciéronle llegar delante
de él.
14 Y le fue dado dominio, y glo-
ria, y reino, para que todos los
pueblos, naciones y lenguas le
sirvieran; su dominio, *es* domi-
nio eterno, que nunca pasará, y
su reino que no será destruido.
15 Mi espíritu fue turbado, yo
Daniel, en medio de mi cuerpo,
y las visiones de mi cabeza me
asombraron.
16 Lleguéme a uno de los que
asistían, y preguntéle la verdad
acerca de todo esto. Y hablóme,
y declaróme la interpretación de
las cosas.
17 Estas grandes bestias, las cua-
les son cuatro, cuatro reyes son,
que se levantarán en la tierra.
18 Después tomarán el reino los
santos del Altísimo, y poseerán
el reino hasta siempre, y eterna-
mente por siempre jamás.
19 Entonces tuve deseo de saber
la verdad acerca de la cuarta
bestia, que tan diferente era de
todas las otras, espantosa en
gran manera, que tenía dientes
de hierro, y sus uñas de latón,
que devoraba y desmenuzaba, y

las sobras hollaba con sus pies:
20 Asimismo acerca de los diez
cuernos que tenía en su cabeza, y
del otro que había subido, de delante del cual habían caído tres:
y este mismo cuerno tenía ojos,
y boca que hablaba grandezas, y
su parecer mayor que el de sus
compañeros.
21 Y veía yo que este cuerno
hacía guerra contra los santos, y
los vencía,
22 Hasta tanto que vino el Anciano de días, y se dio el juicio
a los santos del Altísimo; y vino
el tiempo, y los santos poseyeron
el reino.
23 Dijo así: La cuarta bestia será
un cuarto reino en la tierra, el
cual será más grande que todos
los otros reinos, y a toda la tierra
devorará, y la hollará y la despedazará.
24 Y los diez cuernos *significan*
que de aquel reino se levantarán
diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será mayor que
los primeros, y a tres reyes derribará.
25 Y hablará palabras contra el
Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en
mudar los tiempos y la ley: y entregados serán en su mano hasta
tiempo, y tiempos, y el medio de
un tiempo.
26 Empero se sentará el juez, y
quitaránle su señorío, para que
sea destruído y arruinado hasta
el extremo;
27 Y que el reino, y el señorío, y
la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al
pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno,
y todos los señoríos le servirán y
obedecerán.
28 Hasta aquí fue el fin de la plática. Yo Daniel, mucho me turbaron mis pensamientos, y mi rostro se me mudó: mas guardé en
mi corazón el negocio.

CAPÍTULO 8

EN el año tercero del reinado
del rey Belsasar, me apareció
una visión a mí, Daniel, después
de aquella que me había aparecido antes.
2 Ví en visión, (y aconteció cuando ví, que yo estaba en Susán,
que es cabecera del reino en la
provincia de Persia;) ví pues en
visión, estando junto al río Ulai,
3 Y alcé mis ojos, y miré, y he
aquí un carnero que estaba delante del río, el cual tenía dos
cuernos: y aunque eran altos, el
uno era más alto que el otro; y el
más alto subió a la postre.
4 Ví que el carnero hería con los
cuernos al poniente, al norte, y al
sur, y que ninguna bestia podía
parar delante de él, ni *había*
quien escapase de su mano: y
hacía conforme a su voluntad, y
engrandecíase.
5 Y estando yo considerando, he
aquí un macho de cabrío venía
de la parte del poniente sobre
la haz de toda la tierra, el cual
no tocaba la tierra: y tenía aquel
macho de cabrío un cuerno notable entre sus ojos:
6 Y vino hasta el carnero que
tenía los dos cuernos, al cual
había yo visto que estaba delante
del río, y corrió contra él con la
ira de su fortaleza.
7 Y vilo que llegó junto al carnero, y levantóse contra él, e hiriólo, y quebró sus dos cuernos,
porque en el carnero no había
fuerzas para parar delante de él:

derribólo por tanto en tierra, y
hollólo; ni hubo quien librase al
carnero de su mano.
8 Y engrandecióse en gran mane-
ra el macho de cabrío; y estan-
do en su mayor fuerza, aquel
gran cuerno fue quebrado, y en
su lugar subieron otros cuatro
maravillosos hacia los cuatro
vientos del cielo.
9 Y del uno de ellos salió un
cuerno pequeño, el cual cre-
ció mucho al sur, y al oriente, y
hacia la *tierra* deseable.
10 Y engrandecióse hasta el ejér-
cito del cielo; y parte del ejército
y de las estrellas echó por tierra,
y las holló.
11 Aun contra el príncipe de la
fortaleza se engrandeció, y por
él fue quitado el continuo *sacrifi-
cio*, y el lugar de su santuario fue
echado por tierra.
12 Y el ejército fué*le* entregado a
causa de la prevaricación sobre
el continuo *sacrificio*: y echó por
tierra la verdad, e hizo *cuanto
quiso*, y sucedióle prósperamente.
13 Y oí un santo que hablaba; y
otro de los santos dijo a aquél
que hablaba: ¿Hasta cuándo du-
rará la visión del continuo *sacrifi-
cio*, y la prevaricación asoladora
que pone el santuario y el ejérci-
to para ser hollados?
14 Y él me dijo: Hasta dos mil y
trescientos *días de* tarde y maña-
na; y el santuario será purificado.
15 Y acaeció que estando yo Da-
niel considerando la visión, y
buscando su entendimiento, he
aquí, como una semejanza de
hombre se puso delante de mí.
16 Y oí una voz de hombre entre
las riberas de Ulai, que gritó y dijo:
Gabriel, enseña la visión a éste.
17 Vino luego cerca de donde
yo estaba; y con su venida me
asombré, y caí sobre mi rostro.
Empero él me dijo: Entiende,
hijo del hombre, porque al tiem-
po se cumplirá la visión.
18 Y estando él hablando conmi-
go, caí dormido en tierra sobre
mi rostro: y él me tocó, e hízome
estar en pie.
19 Y dijo: He aquí yo te enseñaré
lo que ha de venir en el fin de la
ira: porque al tiempo se cumplirá:
20 Aquel carnero que viste, que
tenía cuernos, son los reyes de
Media y de Persia.
21 Y el macho cabrío es el rey de
Javán: y el cuerno grande que
tenía entre sus ojos *es* el rey pri-
mero.
22 Y que fue quebrado y suce-
dieron cuatro en su lugar, *signifi-
ca que* cuatro reinos sucederán de
la nación, mas no en la fortaleza
de él.
23 Y al cabo del imperio de éstos,
cuando se cumplirán los preva-
ricadores, levantaráse un rey
altivo de rostro, y entendido en
enigmas.
24 Y su poder se fortalecerá, mas
no con fuerza suya; y destruirá
maravillosamente, y prosperará;
y hará *arbitrariamente*, y destruirá
fuertes y al pueblo de los santos.
25 Y con su sagacidad hará pros-
perar el engaño en su mano; y
en su corazón se engrandecerá,
y con paz destruirá a muchos: y
contra el príncipe de los prínci-
pes se levantará; mas sin mano
será quebrantado.
26 Y la visión de la tarde y la
mañana que está dicha, es verda-
dera: y tú guarda la visión, por-
que es para muchos días.
27 Y yo Daniel fui quebrantado,
y estuve enfermo algunos días: y

cuando convalecí, hice el negocio del rey; mas estaba espantado acerca de la visión, y no había quien la entendiese.

CAPÍTULO 9

EN el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los Medos, el cual fue puesto por rey sobre el reino de los Caldeos;
2 En el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años, del cual habló el SEÑOR al profeta Jeremías, que había de concluir la asolación de Jerusalem en setenta años.
3 Y volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, en ayuno, y cilicio, y ceniza.
4 Y oré al SEÑOR mi Dios, y confesé, y dije: Oh Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos;
5 Hemos pecado, hemos hecho iniquidad, hemos obrado impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus juicios.
6 No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, y a nuestros príncipes, a nuestros padres, y a todo el pueblo de la tierra.
7 Tuya es, Oh Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy a todo hombre de Judá, y a los moradores de Jerusalem, y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos, en todas las tierras a donde los has echado a causa de su rebelión con que contra ti se rebelaron.
8 Oh Señor, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes, y de nuestros padres; porque contra ti pecamos.
9 Del Señor nuestro Dios es el tener misericordia, y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado;
10 Y no obedecimos a la voz del SEÑOR nuestro Dios, para andar en sus leyes, las cuales puso él delante de nosotros por mano de sus siervos los profetas.
11 Y todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz: por lo cual ha fluído sobre nosotros la maldición, y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios; porque contra él pecamos.
12 Y él ha verificado su palabra que habló sobre nosotros, y sobre nuestros jueces que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan grande mal; que nunca fue hecho debajo del cielo como el que fue hecho en Jerusalem.
13 Según está escrito en la ley de Moisés, todo aqueste mal vino sobre nosotros: y no hemos rogado a la faz del SEÑOR nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades, y entender tu verdad.
14 Veló por tanto el SEÑOR sobre el mal, y trájolo sobre nosotros; porque justo es el SEÑOR nuestro Dios en todas sus obras que hizo, porque no obedecimos a su voz.
15 Ahora pues, Oh Señor nuestro Dios, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste nombre cual en este día; hemos pecado, impíamente hemos hecho.

16 Oh SEÑOR, según todas tus justicias, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalem, tu santo monte: porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalem y tu pueblo dados son en oprobio a todos en derredor nuestro.
17 Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del SEÑOR.
18 Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestros asolamientos, y la ciudad sobre la cual es llamado tu nombre: porque no derramamos nuestros ruegos ante tu acatamiento *confiados* en nuestras justicias, sino en tus muchas miseraciones.
19 Oye, oh Señor; Oh Señor, perdona; presta oído, oh Señor, y haz; no pongas dilación, por amor de ti mismo, oh Dios mío: porque tu nombre es llamado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.
20 Aun estaba hablando, y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante del SEÑOR mi Dios por el monte santo de mi Dios;
21 Aun estaba hablando en oración, y aquel varón Gabriel, al cual había visto en visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde.
22 E hízome entender, y habló conmigo, y dijo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento.
23 Al principio de tus ruegos salió la palabra, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres *varón* de deseos. Entiende pues la palabra, y entiende la visión.
24 Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, y concluir el pecado, y expiar la iniquidad; y para traer la justicia de los siglos, y sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos.
25 Sepas pues y entiendas, que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalem hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; tornaráse a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.
26 Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y no por sí: y el pueblo de un príncipe que ha de venir, destruirá a la ciudad y el santuario; con inundación será el fin de ella, y hasta el fin de la guerra será talada con asolamientos.
27 Y en otra semana confirmará el pacto a muchos, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda: después con la muchedumbre de las abominaciones *será* el desolar, y *esto* hasta una entera consumación; y lo determinado será derramado sobre el desolador.

CAPÍTULO 10

EN el tercer año de Ciro rey de Persia, fue revelada palabra a Daniel, cuyo nombre era Beltsasar; y la palabra era verdadera, mas el tiempo fijado era largo: él empero comprendió la palabra, y tuvo entendimiento de la visión.
2 En aquellos días yo Daniel me

contristé por espacio de tres se-
manas.
3 No comí pan delicado, ni entró
carne ni vino en mi boca, ni me
unté con ungüento, hasta que se
cumplieron tres semanas de días.
4 Y a los veinte y cuatro días del
mes primero estaba yo a la orilla
del gran río Hidekel;
5 Y alzando mis ojos miré, y he
aquí un varón vestido de lienzos,
y ceñidos sus lomos de oro de
Ufaz:
6 Y su cuerpo era como *piedra
de* Tarsis, y su rostro parecía un
relámpago, y sus ojos como an-
torchas de fuego, y sus brazos y
sus pies como de color de latón
resplandeciente, y la voz de sus
palabras como la voz de ejército.
7 Y sólo yo, Daniel, vi aquella vi-
sión, y no la vieron los hombres
que estaban conmigo; sino que
cayó sobre ellos un gran temor, y
huyeron, y escondiéronse.
8 Quedé pues yo solo, y ví esta
gran visión, y no quedó en mí
esfuerzo; antes mi fuerza se me
trocó en desmayo, sin retener
vigor alguno.
9 Empero oí la voz de sus pala-
bras: y oyendo la voz de sus pala-
bras, estaba yo adormecido sobre
mi rostro, y mi rostro en tierra.
10 Y, he aquí, una mano me tocó,
e hizo que me moviese sobre mis
rodillas, y sobre las palmas de
mis manos.
11 Y díjome: Daniel, varón de
deseos, está atento a las palabras
que te hablaré, y levántate sobre
tus pies; porque a ti he sido en-
viado ahora. Y estando hablan-
do conmigo esto, yo estaba tem-
blando.
12 Y díjome: Daniel, no temas:
porque desde el primer día que
diste tu corazón a entender, y
a afligirte en la presencia de tu
Dios, fueron oídas tus palabras;
y a causa de tus palabras yo soy
venido.
13 Mas el príncipe del reino de
Persia se puso contra mí veintiún
días: y he aquí, Miguel, uno de
los principales príncipes, vino
para ayudarme, y yo quedé allí
con los reyes de Persia.
14 Soy pues venido para hacerte
saber lo que ha de venir a tu pue-
blo en los postreros días; porque
la visión es aún para días.
15 Y estando hablando conmigo
semejantes palabras, puse mis
ojos en tierra, y enmudecí.
16 Mas he aquí, como una seme-
janza de hijo de hombre tocó mis
labios. Entonces abrí mi boca, y
hablé, y dije a aquel que esta-
ba delante de mí: SEÑOR mío,
con la visión se revolvieron mis
dolores sobre mí, y no me quedó
fuerza.
17 ¿Cómo pues podrá el siervo
de mi señor hablar con este mi
señor? porque al instante me
faltó la fuerza, y no me ha que-
dado aliento.
18 Y aquella como semejanza de
hombre me tocó otra vez, y me
confortó;
19 Y díjome: Varón de deseos, no
temas: paz a ti; ten buen ánimo,
y aliéntate. Y hablando él conmi-
go cobré yo vigor, y dije: Hable
mi señor, porque me has fortale-
cido.
20 Y dijo: ¿Sabes por qué he ve-
nido a ti? Porque luego tengo de
volver para pelear con el prín-
cipe de los Persas; y en saliendo
yo, luego viene el príncipe de
Grecia.
21 Empero yo te declararé lo

que está escrito en la Escritura
de verdad: y ninguno hay que se
esfuerce conmigo en estas cosas,
sino Miguel vuestro príncipe.

CAPÍTULO 11

Y EN el año primero de Darío
el de Media, yo estuve para
animarlo y fortalecerlo.
2 Y ahora yo te mostraré la ver-
dad. He aquí que aun habrá tres
reyes en Persia, y el cuarto se
hará de grandes riquezas más
que todos; y fortificándose con
sus riquezas, despertará a todos
contra el reino de Javán.
3 Levantaráse luego un rey va-
liente, el cual se enseñoreará
sobre gran dominio, y hará su
voluntad.
4 Pero cuando se haya levantado,
será quebrantado su reino, y re-
partido por los cuatro vientos del
cielo; y no a sus descendientes,
ni según el señorío con que él se
enseñoreó: porque su reino será
arrancado, y para otros fuera de
aquellos.
5 Y haráse fuerte el rey del sur:
mas *uno* de los príncipes de aquél
le sobrepujará, y se hará podero-
so; su señorío será grande seño-
río.
6 Y al cabo de años se concerta-
rán, y la hija del rey del sur
vendrá al rey del norte para
hacer los conciertos. Empero
ella no podrá retener la fuerza
del brazo: ni permanecerá él, ni
su brazo; porque será entregada
ella, y los que la habían traído,
asimismo su hijo, y los que es-
taban de parte de ella en aquel
tiempo.
7 Mas del renuevo de sus raíces
se levantará uno sobre su silla, y
vendrá con ejército, y entrará en
la fortaleza del rey del norte, y
hará en ellos *a su arbitrio*, y pre-
dominará.
8 Y aun los dioses de ellos, con
sus príncipes, con sus vasos pre-
ciosos de plata y de oro, llevará
cautivos a Egipto: y por años se
mantendrá él contra el rey del
norte.
9 Así entrará en el reino el rey
del sur, y volverá a su tierra.
10 Mas los hijos de aquél se aira-
rán, y reunirán multitud de gran-
des ejércitos: y vendrá a gran
priesa, e inundará, y pasará, y
tornará, y llegará con ira hasta
su fortaleza.
11 Por lo cual se enfurecerá el rey
del sur, y saldrá, y peleará con el
mismo rey del norte; y pondrá
en campo gran multitud, y toda
aquella multitud será entregada
en su mano.
12 Y la multitud se ensoberbece-
rá, elevaráse su corazón, y derri-
bará muchos millares; mas no
prevalecerá.
13 Y el rey del norte volverá a
poner en campo mayor multitud
que primero, y a cabo del tiempo
de años vendrá a gran priesa con
grande ejército y con muchas ri-
quezas.
14 Y en aquellos tiempos se le-
vantarán muchos contra el rey
del sur; e hijos de disipadores
de tu pueblo se levantarán para
confirmar la profecía, y caerán.
15 Vendrá pues el rey del norte,
y fundará baluartes, y tomará la
ciudad fuerte; y los brazos del
sur no podrán permanecer, ni su
pueblo escogido, ni habrá forta-
leza que pueda resistir.
16 Y el que vendrá contra él,
hará según su voluntad, ni habrá
quien se le pueda parar delante;

y estará en la tierra deseable, la cual será consumida en su poder.
17 Pondrá luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél cosas rectas, y daràle una hija de mujeres para trastornarla: mas no estará ni será por él.
18 Volverá después su rostro a las islas, y tomará muchas; mas un príncipe le hará parar su afrenta, y aun tornará sobre él su oprobio.
19 Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra: mas tropezará y caerá, y no parecerá más.
20 Entonces se levantará uno que hará pasar exactor por la gloria del reino; mas en pocos días será quebrantado, no en enojo, ni en batalla.
21 Y le sucederá en su lugar un vil, al cual no darán la honra del reino: vendrá empero con paz, y tomará el reino con halagos.
22 Y con los brazos de inundación serán inundados delante de él, y serán quebrantados; y aun también el príncipe del pacto.
23 Y después de los conciertos con él, él hará engaño, y subirá, y saldrá vencedor con poca gente.
24 Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; presa, y despojos, y riquezas repartirá a sus soldados; y contra las fortalezas formará sus designios: y *esto* por tiempo.
25 Y despertará sus fuerzas y su corazón contra el rey del sur con grande ejército: y el rey del sur se moverá a la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición.
26 Aun los que comerán su pan, le quebrantarán; y su ejército será destruído, y caerán muchos muertos.
27 Y el corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa tratarán mentira: mas no servirá de nada, porque el plazo aún no es llegado.
28 Y volveráse a su tierra con grande riqueza, y su corazón *será* contra el pacto santo: hará pues, y volveráse a su tierra.
29 Al tiempo señalado tornará al sur; mas no será la postrera *venida* como la primera.
30 Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristará, y se volverá, y enojaráse contra el pacto santo, y hará: volveráse pues, y pensará en los que habrán desamparado el santo pacto.
31 Y serán puestos brazos de su parte; y contaminarán el santuario de fortaleza, y quitarán el continuo *sacrificio*, y pondrán la abominación espantosa.
32 Y con lisonjas hará pecar a los violadores del pacto: mas el pueblo que conoce a su Dios, se esforzará y hará *proezas*.
33 Y los sabios del pueblo darán sabiduría a muchos: y caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo, por días.
34 Y en su caer serán ayudados de pequeño socorro: y muchos se juntarán a ellos con lisonjas.
35 Y *algunos* de los entendidos caerán para ser purificados, y limpiados, y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto *hay* plazo.
36 Y el rey hará según su vo-

luntad; y se ensoberbecerá, y se
engrandecerá sobre todo dios: y
contra el Dios de los dioses ha-
blará maravillas, y será prospe-
rado, hasta que sea consumada
la ira: porque hecha está deter-
minación.
37 Y del Dios de sus padres no se
cuidará, ni del amor de las muje-
res: ni se cuidará de dios alguno,
porque sobre todo se engrande-
cerá.
38 Mas honrará en su lugar al
dios de las fuerzas, dios que sus
padres no conocieron: honraràlo
con oro, y plata, y piedras pre-
ciosas, y con cosas de gran pre-
cio.
39 Y con el dios ajeno que cono-
cerá, hará a los baluartes de las
fuerzas crecer en gloria: y hará-
los enseñorear sobre muchos, y
por interés repartirá la tierra.
40 Empero al cabo del tiempo el
rey del sur se acorneará con él; y
el rey del norte levantará contra
él como tempestad, con carros y
gente de a caballo, y muchos na-
víos; y entrará por las tierras, e
inundará, y pasará.
41 Y vendrá a la tierra desea-
ble, y muchas *provincias* caerán;
mas éstas escaparán de su mano:
Edom, y Moab, y lo primero de
los hijos de Amón.
42 Asimismo extenderá su mano
a las *otras* tierras, y no escapará
el país de Egipto.
43 Y se apoderará de los teso-
ros de oro y plata, y de todas
las cosas preciosas de Egipto, de
Libia, y Etiopía por donde pasa-
rá.
44 Mas nuevas de oriente y del
norte lo espantarán; y saldrá con
grande ira para destruir y matar
muchos.
45 Y plantará los tabernáculos
de su palacio entre los mares, en
el monte deseable del santuario;
y vendrá hasta su fin, y no ten-
drá quien le ayude.

CAPÍTULO 12

Y EN aquel tiempo se levantará
Miguel, el gran príncipe que
está por los hijos de tu pueblo;
y será tiempo de angustia, cual
nunca fue después que hubo
gente hasta entonces: mas en
aquel tiempo será libertado tu
pueblo, todos los que se hallaren
escritos en el libro.
2 Y muchos de los que duermen
en el polvo de la tierra serán des-
pertados, unos para vida eterna,
y otros para vergüenza y confu-
sión perpetua.
3 Y los que fueren sabios
resplandecerán como el resplan-
dor del firmamento; y los que
volvieren muchos a la justicia,
como las estrellas a perpetua
eternidad.
4 Tú empero Daniel, cierra las
palabras y sella el libro hasta el
tiempo del fin: pasarán muchos,
y multiplicaráse el conocimiento.
5 Y yo, Daniel, miré, y he aquí
otros dos que estaban, el uno de
esta parte a la orilla del río, y el
otro de la otra parte a la orilla
del río.
6 Y dijo uno al varón vestido
de lienzos, que estaba sobre las
aguas del río: ¿Cuándo será el fin
de estas maravillas?
7 Y oía al varón vestido de lien-
zos, que estaba sobre las aguas
del río, el cual alzó su diestra y
su siniestra al cielo, y juró por el
Viviente en los siglos, que será
por tiempo, tiempos, y la mitad.
Y cuando se acabare el esparci-

miento del escuadrón del pueblo
santo, todas estas cosas serán
cumplidas.
8 Y yo oí, mas no entendí. Y dije:
Oh Señor mío, ¿qué será el cum-
plimiento de estas cosas?
9 Y dijo: Anda, Daniel, que estas
palabras están cerradas y selladas
hasta el tiempo del cumplimien-
to.
10 Muchos serán limpios, y em-
blanquecidos, y purificados; mas
los impíos obrarán impíamente,
y ninguno de los impíos enten-
derá, pero entenderán los sabios.
11 Y desde el tiempo que fuere
quitado el continuo *sacrificio*
hasta la abominación espantosa,
habrá mil doscientos y noventa
días.
12 Bienaventurado el que espe-
rare, y llegare hasta mil trescien-
tos treinta y cinco días.
13 Y tú irás al fin, y reposarás, y
te levantarás en tu suerte al fin
de los días.

El Libro de

OSEAS

CAPÍTULO 1

PALABRA del SEÑOR que
vino a Oseas hijo de Beeri,
en días de Ozías, Jahatán, Acaz,
y Ezequías, reyes de Judá, y en
días de Jeroboam hijo de Joas,
rey de Israel.
2 El principio de la palabra
del SEÑOR con Oseas. Y dijo
el SEÑOR a Oseas: Ve, tómate
una esposa fornicaria, e hijos de
fornicaciones: porque la tierra se
dará a fornicar apartándose del
SEÑOR.
3 Fue pues, y tomó a Gomer hija
de Diblaim, la cual concibió y le
parió un hijo.
4 Y díjole el SEÑOR: Ponle por
nombre Jezreel; porque de aquí
a poco yo visitaré las sangres de
Jezreel sobre la casa de Jehú, y
haré cesar el reino de la casa de
Israel.
5 Y acaecerá que en aquel día
quebraré yo el arco de Israel en
el valle de Jezreel.
6 Y concibió aún, y parió una
hija. Y díjole *Dios:* Ponle por
nombre Lo-ruhama: porque no
más tendré misericordia de la
casa de Israel, sino que los quita-
ré del todo.
7 Mas de la casa de Judá tendré
misericordia, y salvarélos por el
SEÑOR su Dios: y no los salva-
ré por arco, ni por espada, ni por
batalla, ni por caballos ni por ca-
balleros.
8 Y después de haber destetado a
Lo-ruhama, concibió y parió un
hijo.
9 Y dijo *Dios*: Ponle por nombre
Lo-ammi: porque vosotros no
sois mi pueblo, ni yo seré vues-
tro *Dios*.
10 Con todo será el número de
los hijos de Israel como la arena
del mar, que ni se puede medir
ni contar. Y será, que donde se
les ha dicho: Vosotros no sois mi
pueblo, les será dicho: Sois hijos
del Dios viviente.
11 Y los hijos de Judá y de Israel
serán congregados en uno, y le-
vantarán para sí una cabeza, y
subirán de la tierra: porque el
día de Jezreel será grande.

CAPÍTULO 2

DECID a vuestros hermanos,
Ammi, y a vuestras herma-
nas, Ruhama:
2 Pleitead con vuestra madre,
pleitead; porque ella no es mi
esposa, ni yo su marido; quite
pues sus fornicaciones de su ros-
tro, y sus adulterios de entre sus
pechos;
3 No sea que yo la despoje des-
nuda, y la haga tornar como
el día en que nació, y la ponga
como un desierto, y la deje como
tierra seca, y la mate de sed.
4 Ni tendré misericordia de sus
hijos: porque son hijos de forni-
caciones.
5 Porque su madre fornicó; la
que los engendró fue avergonza-
da; porque dijo: Iré tras mis
amantes, que me dan mi pan y
mi agua, mi lana y mi lino, mi
aceite y mi bebida.
6 Por tanto, he aquí yo cerco tu
camino con espinas, y la cercaré

con seto, y no hallará sus caminos.
7 Y seguirá sus amantes, y no los
alcanzará; buscarálos, y no los hallará. Entonces dirá: Iré, y volvéreme a mi primer marido; porque mejor me iba entonces que ahora.
8 Y ella no reconoció que yo le
daba el trigo, y el vino, y el aceite, y que les multipliqué la plata y el oro con que hicieron a Baal.
9 Por tanto yo tornaré, y tomaré
mi trigo a su tiempo, y mi vino a su sazón, y quitaré mi lana y mi lino *que había dado* para cubrir su desnudez.
10 Y ahora descubriré yo su locu-
ra delante de los ojos de sus amantes, y nadie la librará de mi mano.
11 Y haré cesar todo su gozo, sus
fiestas, sus nuevas lunas y sus sábados, y todas sus festividades.
12 Y haré talar sus vides y sus
higueras, de que ha dicho: Mi salario me son, que me han dado mis amantes. Y reducirélas a un matorral, y las comerán las bestias del campo.
13 Y visitaré sobre ella los tiem-
pos de los Baales, a los cuales incensaba, y adornábase de sus zarcillos y de sus joyeles, e íbase tras sus amantes olvidada de mí, dice el SEÑOR.
14 Empero he aquí, yo la induci-
ré, y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón.
15 Y daréle sus viñas desde allí,
y el valle de Acor por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto.
16 Y será que en aquel tiempo,
dice el SEÑOR, me llamarás Marido mío, y nunca más me llamarás Baali.
17 Porque quitaré de su boca los
nombres de los Baales, y nunca más serán mentados por sus nombres.
18 Y haré por ellos concierto en
aquel tiempo con las bestias del campo, y con las aves del cielo, y con las serpientes de la tierra: y quebraré arco, y espada, y batalla de la tierra, y harélos dormir seguros.
19 Y te desposaré conmigo para
siempre; desposarte he conmigo en justicia, y juicio, y misericordia, y miseraciones.
20 Y te desposaré conmigo en fe,
y conocerás al SEÑOR.
21 Y será que en aquel tiempo
responderé, dice el SEÑOR, yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra;
22 Y la tierra responderá al trigo,
y al vino, y al aceite, y ellos responderán a Jezreel.
23 Y la sembraré para mí en la
tierra; y tendré misericordia de la que no obtuvo misericordia; y diré al *que* no *era* mi pueblo: Tú *eres* mi pueblo, y él dirá: *Tú eres* mi Dios.

CAPÍTULO 3

Y DÍJOME otra vez el SEÑOR: Ve, ama una mujer amada de *su* compañero, aunque adúltera, como el amor del SEÑOR para con los hijos de Israel; los cuales miran a dioses ajenos, y aman frascos de vino.
2 Compréla entonces para mí
por quince *dineros* de plata, y un homer y medio de cebada;
3 Y díjele: Tú estarás por mía
muchos días: no fornicarás, ni tomarás *otro* varón; así yo también estaré por ti.

4 Porque muchos días estarán los
hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin estatua, y sin efod, y sin terafim.
5 Después volverán los hijos de
Israel, y buscarán al SEÑOR su Dios, y a David su rey; y temerán al SEÑOR y a su bondad en el fin de los días.

CAPÍTULO 4

OID palabra del SEÑOR, hijos de Israel, porque el SEÑOR pleitea con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra.
2 Perjurar, y mentir, y matar, y
hurtar y adulterar prevalecieron, y sangres se tocaron con sangres.
3 Por lo cual, se enlutará la tie-
rra, y extenuaráse todo morador de ella, con las bestias del campo, y las aves del cielo: y aun los peces del mar fallecerán.
4 Ciertamente hombre no con-
tienda ni reprenda a hombre, porque tu pueblo es como los que resisten al sacerdote.
5 Caerás por tanto en el día, y
caerá también contigo el profeta de noche; y a tu madre talaré.
6 Mi pueblo es destruido por
falta de conocimiento: porque tú has desechado el conocimiento, yo también te desecharé a ti, para que no seas mi sacerdote: y pues que olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos.
7 Conforme a su grandeza así
pecaron contra mí: trocaré su honra en afrenta.
8 Comen del pecado de mi pue-
blo, y en su maldad levantan su alma.
9 Tal será el pueblo como el sa-
cerdote: y visitaré sobre él sus caminos, y pagaréle conforme a sus obras.
10 Y comerán, mas no se har-
tarán; fornicarán, mas no se aumentarán: porque dejaron de atender al SEÑOR.
11 Fornicación, y vino, y mosto
quitan el corazón.
12 Mi pueblo a su madero pre-
gunta, y su palo le responde: porque espíritu de fornicaciones lo engañó, y fornicaron dejando a su Dios.
13 Sobre las cabezas de los mon-
tes sacrificaron, e incensaron sobre los collados, debajo de encinas, y álamos, y olmos que tuviesen buena sombra: por tanto, vuestras hijas fornicarán, y adulterarán vuestras nueras.
14 No visitaré sobre vuestras
hijas cuando fornicaren, ni sobre vuestras nueras cuando adulteraren: porque ellos ofrecen con las rameras, y con las malas mujeres sacrifican: por tanto, el pueblo sin entendimiento caerá.
15 Si fornicares tú, Israel, a lo
menos no peque Judá: y no entréis en Gilgal, ni subáis a Betaven; ni juréis, Vive el SEÑOR.
16 Porque como becerra cerrera
se apartó Israel: ¿apacentarálos ahora el SEÑOR como a carneros en anchura?
17 Efraím es dado a ídolos; dé-
jalo.
18 Su bebida se corrompió; for-
nicaron pertinazmente: sus príncipes amaron las dádivas, afrenta *de ellos*.
19 Atóla el viento en sus alas, y
de sus sacrificios serán avergonzados.

CAPÍTULO 5

SACERDOTES, oid esto, y estad
atentos, casa de Israel; y casa
del rey, escuchad: porque a vosotros es el juicio, pues habéis sido
lazo en Mizpa, y red extendida
sobre Tabor.
2 Y haciendo víctimas han bajado hasta el profundo: por tanto
yo seré la corrección de todos
ellos.
3 Yo conozco a Efraím, e Israel
no me es escondido; porque
ahora, oh Efraím, has fornicado,
y se ha contaminado Israel.
4 No pondrán sus pensamientos
en volverse a su Dios, porque
espíritu de fornicación está en
medio de ellos, y no conocen al
SEÑOR.
5 Y la soberbia de Israel le desmentirá en su cara: e Israel y
Efraím tropezarán en su pecado: tropezará también Judá con
ellos.
6 Con sus ovejas y con sus vacas
andarán buscando al SEÑOR, y
no le hallarán; apartóse de ellos.
7 Contra el SEÑOR prevaricaron,
porque hijos extraños han engendrado: ahora los devorará un
mes con sus heredades.
8 Tocad bocina en Gabaa, trompeta en Ramá: sonad tambor en
Bet-aven: tras ti, oh Benjamín.
9 Efraím será asolado el día del
castigo: en las tribus de Israel
hice conocer verdad.
10 Los príncipes de Judá fueron
como los que traspasan mojones:
derramaré sobre ellos como agua
mi ira.
11 Efraím es vejado, quebrantado
en juicio, porque quiso andar en
pos de mandamientos *injustos*.
12 Yo pues seré como polilla a Efraím, y como carcoma a la casa de Judá.
13 Y verá Efraím su enfermedad,
y Judá su llaga: irá entonces
Efraím al Asur, y enviará al rey
Jareb; mas él no os podrá sanar,
ni os curará la llaga.
14 Porque yo seré como león a
Efraím, y como cachorro de león
a la casa de Judá: yo, yo arrebataré, y andaré; tomaré, y no
habrá quien liberte.
15 Andaré, y tornaré a mi lugar
hasta que conozcan su pecado, y
busquen mi rostro. En su angustia madrugarán a mí.

CAPÍTULO 6

VENID y volvámonos al SEÑOR:
que él arrebató, y nos curará;
hirió, y nos vendará.
2 Nos dará vida después de dos
días: al tercer día nos resucitará,
y viviremos delante de él.
3 Y conoceremos, y proseguiremos en conocer al SEÑOR: como
el alba está aparejada su salida, y
vendrá a nosotros como la lluvia,
como la lluvia tardía y temprana
a la tierra.
4 ¿Qué haré a ti, Efraím? ¿Qué
haré a ti, oh Judá? La piedad
vuestra es como la nube de la
mañana, y como el rocío que de
madrugada viene.
5 Por esta causa corté con los
profetas, con las palabras de mi
boca los maté; y tus juicios serán
como luz que sale.
6 Porque misericordia quise, y
no sacrificio; y conocimiento de
Dios más que holocaustos.
7 Mas ellos, como Adam, traspasaron el pacto: allí prevaricaron
contra mí.
8 Galaad, ciudad de obradores de
iniquidad, ensuciada de sangre.
9 Y como ladrones que esperan

a un hombre, así la compañía de
sacerdotes mata en el camino
por consenso; porque ponen en
efecto la abominación.
10 En la casa de Israel he visto
suciedad: allí fornicó Efraím, se
contaminó Israel:
11 También Judá puso en ti *una*
planta, habiendo yo vuelto la
cautividad de mi pueblo.

CAPÍTULO 7

ESTANDO yo curando a Israel,
descubrióse la iniquidad de
Efraím, y las maldades de Samaria;
porque obraron engaño:
y viene el ladrón, y el salteador
despoja de fuera.
2 Y no dicen en su corazón que
tengo en la memoria toda su
maldad: ahora los rodearán sus
obras; delante de mí están.
3 Con su maldad alegran al rey, y
a los príncipes con sus mentiras.
4 Todos ellos adúlteros; son
como horno encendido por el
hornero, *el cual* cesará de avivar
después que esté hecha la masa,
hasta que esté leuda.
5 El día de nuestro rey los príncipes
lo hicieron enfermar con
vasos de vino: extendió su mano
con los escarnecedores.
6 Porque aplicaron su corazón,
semejante a un horno, a sus artificios:
toda la noche duerme su
hornero; a la mañana está encendido
como llama de fuego.
7 Todos ellos arden como un
horno, y devoraron a sus jueces:
cayeron todos sus reyes: no hay
entre ellos quien a mí clame.
8 Efraím se envolvió con los pueblos;
Efraím fue torta no vuelta.
9 Comieron extraños su sustancia,
y él no lo supo; y aun vejez se ha esparcido
por él, y él no lo entendió.
10 Y la soberbia de Israel testificará
contra él en su cara: y no se
tornaron al SEÑOR su Dios, ni lo
buscaron con todo esto.
11 Y fue Efraím como paloma
incauta, sin entendimiento: llamarán
a Egipto, acudirán al Asirio.
12 Cuando fueren, extenderé
sobre ellos mi red, hacerlos he
caer como aves del cielo; castigarélos
conforme a lo que se ha
oído en sus congregaciones.
13 ¡Ay de ellos! porque se apartaron
de mí: destrucción sobre
ellos, porque contra mí se rebelaron;
yo los redimí, y ellos hablaron
contra mí mentiras.
14 Y no clamaron a mí con su corazón
cuando aullaron sobre sus
camas, para el trigo y el mosto se
congregaron, rebeláronse contra
mí.
15 Y yo *los* ceñí, esforcé sus brazos,
y contra mí pensaron mal.
16 Tornáronse, mas no al Altísimo:
fueron como arco engañoso:
cayeron sus príncipes a espada
por la soberbia de su lengua: éste
será su escarnio en la tierra de
Egipto.

CAPÍTULO 8

PON a tu boca trompeta. *Vendrá*
como águila contra la
casa del SEÑOR, porque traspasaron
mi pacto, y se rebelaron
contra mi ley.
2 A mí clamará Israel: Dios mío,
te hemos conocido.
3 Israel desamparó el bien: enemigo
lo perseguirá.
4 Ellos hicieron reyes, mas no
por mí; constituyeron príncipes,
mas yo no lo supe: de su plata y
de su oro hicieron ídolos para sí,
para ser talados.

5 Tu becerro, oh Samaria, te hizo
alejar; encendióse mi enojo contra ellos, hasta que no pudieron
alcanzar inocencia.
6 Porque de Israel es, y artífice lo
hizo; que no es Dios: por lo que
en pedazos será deshecho el becerro de Samaria.
7 Porque sembraron viento, y
torbellino segarán: no tendrán
mies, ni el fruto hará harina; si
la hiciere, extraños la tragarán.
8 Será tragado Israel: presto serán
entre los Gentiles como vaso
en que no hay contentamiento.
9 Porque ellos subieron a Asiria,
asno montés para sí solo: Efraím
con salario alquiló amantes.
10 Aunque alquilen a las gentes,
ahora las juntaré; y serán un
poco afligidos por la carga del
rey y de los príncipes.
11 Porque multiplicó Efraím altares para pecar, tuvo altares para
pecar.
12 Escribíle las grandezas de mi
ley, *y* fueron tenidas por cosas
ajenas.
13 En los sacrificios de mis dones
sacrificaron carne, y comieron:
no los quiso el SEÑOR: ahora
se acordará de su iniquidad, y
visitará su pecado; ellos se tornarán a Egipto.
14 Olvidó pues Israel a su Hacedor, y edificó templos, y Judá
multiplicó ciudades fuertes: mas
yo meteré fuego en sus ciudades,
el cual devorará sus palacios.

CAPÍTULO 9

NO te alegres, oh Israel, hasta saltar de gozo como los pueblos, pues has fornicado *apartándote* de tu Dios: amaste salario
por todas las eras de trigo.
2 La era y el lagar no los mantendrán; les fallará el mosto.
3 No quedarán en la tierra del
SEÑOR, sino que volverá Efraím
a Egipto, y a Asiria, donde comerán vianda inmunda.
4 No derramarán vino al SEÑOR,
ni él tomará contento en sus
sacrificios; como pan de enlutados les serán a ellos: todos
los que comieren de él, serán
inmundos. Será pues el pan de
ellos para sí mismos; no entrará
en la casa del SEÑOR.
5 ¿Qué haréis el día de la solemnidad, y el día de la fiesta del
SEÑOR?
6 Porque, he aquí se fueron
ellos a causa de la destrucción:
Egipto los recogerá, Memfis los
enterrará: espino poseerá por heredad lo deseable de su plata, ortiga crecerá en sus tabernáculos.
7 Vinieron los días de la visitación, vinieron los días de la paga;
conoceráIo Israel: necio el profeta, insensato el varón de espíritu,
a causa de la multitud de tu maldad, y grande odio.
8 Atalaya *es* Efraím para con mi
Dios: el profeta *es* lazo de cazador en todos sus caminos, odio
en la casa de su Dios.
9 Llegaron al profundo, corrompiéronse, como en los días de
Gabaa: ahora se acordará de su
iniquidad; visitará su pecado.
10 Como uvas en el desierto hallé
a Israel: como la fruta temprana
de la higuera en su principio ví
a vuestros padres. Ellos entraron
a Baal-peor, y se apartaron para
vergüenza, e hiciéronse abominables como aquello que amaron.
11 Efraím, cual ave volará su
gloria desde el nacimiento, aun
desde el vientre y desde la concepción.

12 Y si llegaren a grandes sus
hijos, quitarélos de entre los
hombres, porque ¡ay de ellos
también, cuando de ellos me
apartare!
13 Efraím, según veo, es seme-
jante a Tiro, asentada en lugar
delicioso: mas Efraím sacará sus
hijos al matador.
14 Dales, oh SEÑOR, lo que les
has de dar: dales matriz expelien-
te, y enjutos pechos.
15 Toda la maldad de ellos *fue* en
Gilgal; allí, pues, les tomé aver-
sión: por la malicia de sus obras
echarélos de mi casa; no los
amaré más; todos sus príncipes
son rebeldes.
16 Efraím fue herido, secóse su
cepa, no hará más fruto: aunque
engendren, yo mataré lo desea-
ble de su vientre.
17 Mi Dios los desechará, porque
ellos no le oyeron; y andarán
errantes entre las gentes.

CAPÍTULO 10

ES Israel una frondosa viña,
haciendo fruto para sí: con-
forme a la multiplicación de su
fruto multiplicó altares, confor-
me a la bondad de su tierra au-
mentaron sus estatuas.
2 Dividióse su corazón. Ahora
serán hallados culpables: él que-
brantará sus altares, asolará sus
estatuas.
3 Porque dirán ahora: No tene-
mos rey, porque no temimos al
SEÑOR: ¿y qué haría el rey por
nosotros?
4 Han hablado palabras jurando
en vano al hacer pacto: por tanto,
el juicio florecerá como ajenjo
en los surcos del campo.
5 Por las becerras de Bet-aven
serán atemorizados los morado-
res de Samaria: porque su pueblo
lamentará a causa del *becerro*, y
sus sacerdotes que en él se rego-
cijaban por su gloria, la cual será
disipada.
6 Y aun será él llevado a Asiria
en presente al rey Jareb: Efraím
será avergonzado, e Israel será
confuso de su consejo.
7 De Samaria fue cortado su rey
como la espuma sobre la superfi-
cie de las aguas.
8 Y los altares de Avén serán
destruídos, el pecado de Israel;
crecerá sobre sus altares espino
y cardo. Y dirán a los montes:
Cubridnos; y a los collados: Caed
sobre nosotros.
9 Desde los días de Gabaa has
pecado, oh Israel: allí estuvieron:
no los tomó la batalla en Gabaa
contra los inicuos.
10 Y los castigaré como deseo: y
pueblos se juntarán sobre ellos
cuando serán atados en sus dos
surcos.
11 Efraím es becerra domada,
amadora del trillar; mas yo pasa-
ré sobre su lozana cerviz: yo haré
llevar *yugo* a Efraím; arará Judá,
quebrará sus terrones Jacob.
12 Sembrad para vosotros en
justicia, segad para vosotros en
misericordia; arad para vosotros
barbecho: porque es el tiempo
de buscar al SEÑOR, hasta que
venga y os enseñe justicia.
13 Habéis arado impiedad, se-
gasteis iniquidad: comeréis fruto
de mentira: porque confiaste en
tu camino, en la multitud de tus
fuertes.
14 Por tanto, en tus pueblos
se levantará alboroto, y todas
tus fortalezas serán destruídas,
como destruyó Salmán a Bet-ar-
bel el día de la batalla: la madre

fue arrojada sobre los hijos.
15 Así hará a vosotros Betel por
la maldad de vuestra maldad: en
la mañana será del todo cortado
el rey de Israel.

CAPÍTULO 11

CUANDO Israel era muchacho,
yo lo amé, y de Egipto llamé
a mi hijo.
2 Como los llamaban, así ellos se
iban de su presencia; a los Baales
sacrificaban, y a las esculturas
ofrecían sahumerios.
3 Yo con todo eso guiaba en pies
al mismo Efraím, tomándolos de
sus brazos; y no conocieron que
yo los cuidaba.
4 Con cuerdas humanas los traje,
con cuerdas de amor; y fui para
ellos como los que alzan el yugo
de sobre sus mejillas, y llegué
hacia él la comida.
5 No tornará a tierra de Egipto,
antes el mismo Asur será su rey,
porque no se quisieron convertir.
6 Y caerá espada sobre sus ciu-
dades, y consumirá sus aldeas;
consumirálas a causa de sus con-
sejos.
7 Entre tanto, está mi pueblo ad-
herido a la rebelión contra mí:
aunque lo llaman al Altísimo,
ninguno absolutamente quiere
ensalzar*le*.
8 ¿Cómo tengo de dejarte, oh
Efraím? ¿he de entregarte yo,
Israel? ¿cómo podré yo hacerte
como Adma, ni ponerte como a
Zeboim? Mi corazón se revuelve
dentro de mí, inflámanse todas
mis conmiseraciones.
9 No ejecutaré el furor de mi
ira, no volveré para destruir a
Efraím: porque Dios soy, y no
hombre; el Santo en medio de ti:
y no entraré en la ciudad.
10 En pos del SEÑOR caminarán:
él rugirá como león: cual león
rugirá él de cierto, y los hijos se
moverán azorados del occidente.
11 Como ave se moverán veloz-
mente de Egipto, y de la tierra de
Asiria como paloma; y pondrélos
en sus casas, dice el SEÑOR.
12 Cercóme Efraím con mentira,
y la casa de Israel con engaño:
mas Judá aún domina con Dios,
y es fiel con los santos.

CAPÍTULO 12

EFRAÍM se apacienta del
viento, y sigue al solano:
mentira y destrucción aumenta
continuamente; porque hicieron
pacto con los Asirios, y aceite se
lleva a Egipto.
2 Pleito tiene el SEÑOR con Judá
para visitar a Jacob conforme a
sus caminos: pagarále conforme
a sus obras.
3 En el vientre tomó por el calca-
ñar a su hermano, y con su forta-
leza venció al ángel.
4 Venció al ángel, y prevaleció;
lloró, y rogóle: en Betel le halló,
y allí habló con nosotros.
5 Mas el SEÑOR es Dios de los ejér-
citos: el SEÑOR es su memorial.
6 Tú pues, conviértete a tu Dios:
guarda misericordia y juicio, y
en tu Dios espera siempre.
7 *Es* mercader *que* tiene en su
mano peso falso, amador de
opresión.
8 Y dijo Efraím: Ciertamente yo
he enriquecido, hallado he rique-
zas para mí: nadie hallará en mí
iniquidad, ni pecado en todos
mis trabajos.
9 Empero yo soy el SEÑOR tu Dios
desde la tierra de Egipto: aun te
haré morar en tabernáculos, como
en los días de la fiesta solemne.

10 Y hablado he a los profetas,
y yo aumenté la profecía, y por
mano de los profetas puse seme-
janzas.
11 ¿Es Galaad iniquidad? Cier-
tamente vanidad han sido: en
Gilgal sacrificaron bueyes: y aún
son sus altares como montones
en los surcos del campo.
12 Mas Jacob huyó a tierra de
Aram, y sirvió Israel por esposa,
y por esposa fue pastor.
13 Y por profeta hizo subir el
SEÑOR a Israel de Egipto, y por
profeta fue guardado.
14 Enojado ha Efraím *a Dios* con
amarguras; por tanto, sus san-
gres se derramarán sobre él, y su
Señor le pagará su oprobio.

CAPÍTULO 13

CUANDO Efraím hablaba,
hubo temor; fue ensalzado en
Israel; mas pecó en Baal, y murió.
2 Y ahora añadieron a su pecado,
y de su plata se han hecho según
su entendimiento, estatuas de
fundición, ídolos, toda obra de
artífices; acerca de los cuales
dicen a los hombres que sacrifi-
can, que besen los becerros.
3 Por tanto serán como la niebla
de la mañana, y como el rocío de
la madrugada que se pasa; como
el tamo que la tempestad arroja
de la era, y como el humo que de
la chimenea sale.
4 Mas yo soy el SEÑOR tu Dios
desde la tierra de Egipto: no co-
nocerás pues Dios fuera de mí, ni
otro Salvador sino a mí.
5 Yo te conocí en el desierto, en
tierra seca.
6 En sus pastos se hartaron, har-
táronse, y ensoberbecióse su
corazón: por esta causa se olvi-
daron de mí.
7 Por tanto, yo seré para ellos
como león; como un leopardo en
el camino los espiaré.
8 Como oso que ha perdido los
hijos los encontraré, y romperé
las telas de su corazón, y allí los
devoraré como león: bestia del
campo los despedazará.
9 Te perdiste, oh Israel, mas en
mí *está* tu ayuda.
10 ¿Dónde está tu rey, para que
te guarde con todas tus ciuda-
des? ¿y tus jueces, de los cuales
dijiste: Dame rey y príncipes?
11 Díte rey en mi furor, y quitélo
en mi ira.
12 Atada está la maldad de
Efraím; su pecado está guardado.
13 Dolores de mujer de parto le
vendrán: es un hijo ignorante,
que *de otra manera* no estuviera
tanto tiempo en el rompimiento
de los hijos.
14 Yo los rescataré de la mano
del sepulcro; de la muerte los
redimiré: Oh muerte, yo seré
tus plagas; Oh sepulcro, yo seré
tu destrucción: Arrepentimiento
será escondido de mis ojos.
15 Aunque él fructificará entre
los hermanos, vendrá el solano,
viento del SEÑOR, subiendo de
la parte del desierto, y secarse ha
su vena, y secaráse su manadero:
él saqueará el tesoro de todas las
preciosas alhajas.
16 Samaria será asolada, porque
se rebeló contra su Dios: cae-
rán a espada: sus niños serán
estrellados, y sus preñadas serán
abiertas.

CAPÍTULO 14

CONVIÉRTETE, oh Israel, al
SEÑOR tu Dios: porque por
tu pecado has caído.
2 Tomad con vosotros palabras,

y convertíos al SEÑOR, y decidle:
Quita toda iniquidad, y recíbe-
nos con gracia, y daremos bece-
rros de nuestros labios.
3 No nos librará Asur; no subi-
remos sobre caballos, ni nunca
más diremos a la obra de nues-
tras manos: Dioses nuestros: por-
que en ti el huérfano alcanzará
misericordia.
4 Yo medicinaré su rebelión,
amarélos de voluntad: porque mi
furor se apartó de ellos.
5 Yo seré a Israel como rocío; él
florecerá como lirio, y extenderá
sus raíces como el Líbano.
6 Extenderse han sus ramos, y
será su gloria como la de la oliva,
y olerá como el Líbano.
7 Volverán, y se sentarán bajo
de su sombra: serán vivificados
como trigo, y florecerán como la
vid: su olor, como de vino del Lí-
bano.
8 Efraím *dirá:* ¿Qué más tendré
ya con los ídolos? Yo lo oiré, y
miraré; yo *seré a él* como la haya
verde: de mí será hallado tu fruto.
9 ¿Quién es sabio para que en-
tienda esto, y prudente para
que lo sepa? Porque los cami-
nos del SEÑOR son derechos, y
los justos andarán por ellos:
mas los rebeldes en ellos caerán.

El Libro de

JOEL

CAPÍTULO 1

PALABRA del SEÑOR que vino
a Joel hijo de Petuel.
2 Oid esto, viejos, y escuchad,
todos los moradores de la tierra.
¿Ha acontecido esto en vuestros
días, o en los días de vuestros pa-
dres?
3 De esto contaréis a vuestros
hijos, y vuestros hijos a sus hijos,
y sus hijos a la otra generación.
4 Lo que quedó de la oruga comió
la langosta, y lo que quedó de la
langosta comió el pulgón; y el re-
voltón comió lo que del pulgón
había quedado.
5 Despertad, borrachos, y llorad;
aullad todos los que bebéis vino,
a causa del mosto, porque os es
quitado de vuestra boca.
6 Porque gente subió a mi tierra,
fuerte y sin número; sus dientes,
dientes de león, y sus muelas, de
león.
7 Asoló mi vid, y descortezó mi
higuera: del todo la desnudó
y derribó: sus ramas quedaron
blancas.
8 Llora tú como moza vestida de
saco por el marido de su juventud.
9 Pereció el presente y la liba-
ción de la casa del SEÑOR: los
sacerdotes ministros del SEÑOR
hicieron luto.
10 El campo fue destruído, enlu-
tóse la tierra; porque el trigo fue
destruído, se secó el mosto, per-
dióse el aceite.
11 Confundíos, labradores, au-
llad, viñeros, por el trigo y la
cebada; porque se perdió la mies
del campo.
12 Secóse la vid, y pereció la
higuera, el granado también, la
palma, y el manzano; secáron-
se todos los árboles del campo;
por lo cual se secó el gozo de los
hijos de los hombres.
13 Ceñíos y lamentad, sacerdo-
tes; aullad, ministros del altar;
venid, dormid en sacos, minis-
tros de mi Dios: porque quitado
es de la casa de vuestro Dios el
presente y la libación.
14 Pregonad ayuno, llamad a
congregación; congregad los an-
cianos y todos los moradores de
la tierra en la casa del SEÑOR
vuestro Dios, y clamad al SEÑOR.
15 ¡Ay del día! porque cercano
está el día del SEÑOR, y vendrá
como destrucción por el Todopo-
deroso.
16 ¿No es quitado el manteni-
miento de delante de nuestros
ojos, la alegría y el placer de la
casa de nuestro Dios?
17 El grano se pudrió debajo de
sus terrones, los bastimentos fue-
ron asolados, los alfolíes destruí-
dos; porque se secó el trigo.
18 ¡Cuánto gimieron las bestias!
¡cuán turbados anduvieron los
hatos de los bueyes, porque no
tuvieron pastos! también fueron
asolados los rebaños de las ove-
jas.
19 A ti, oh SEÑOR, clamaré:
porque fuego consumió los pas-
tos del desierto, y llama abrasó
todos los árboles del campo.
20 Las bestias del campo brama-
rán también a ti; porque se seca-
ron los arroyos de las aguas, y

fuego consumió las praderías del
desierto.

CAPÍTULO 2

TOCAD trompeta en Sión, y
pregonad en mi santo monte:
tiemblen todos los moradores de
la tierra; porque viene el día del
SEÑOR, porque está cercano.
2 Día de tinieblas y de oscuridad,
día de nube y de sombra, que
sobre los montes se derrama como
el alba: un pueblo grande y fuer-
te: nunca jamás fue semejante, ni
después de él será jamás en años
de generación en generación.
3 Delante de él consumirá fuego,
tras de él abrasará llama; como
el huerto de Edén será la tierra
delante de él, y detrás de él *como*
desierto asolado; ni tampoco
habrá quien de él escape.
4 Su parecer, como parecer de
caballos; y como gente de a ca-
ballo correrán.
5 Como estruendo de carros sal-
tarán sobre las cumbres de los
montes; como sonido de llama
de fuego que consume hojaras-
cas, como fuerte pueblo apareja-
do para la batalla.
6 Delante de él temerán los pue-
blos, pondránse mustios todos
los semblantes.
7 Como valientes correrán, como
hombres de guerra subirán la
muralla; y cada cual irá en sus
caminos, y no torcerán sus sen-
das.
8 Ninguno apretará a su compa-
ñero, cada uno irá por su carrera;
y aun cayendo sobre la espada
no se herirán.
9 Irán por la ciudad, correrán por
el muro, subirán por las casas,
entrarán por las ventanas a ma-
nera de ladrones.
10 Delante de él temblará la tie-
rra, se estremecerán los cielos: el
sol y la luna se oscurecerán, y las
estrellas retraerán su resplandor.
11 Y el SEÑOR dará su voz de-
lante de su ejército: porque mu-
chos son sus reales y fuertes, que
ponen en efecto su palabra: por-
que grande es el día del SEÑOR,
y muy terrible; ¿y quién lo podrá
sufrir?
12 Por eso pues ahora, dice el
SEÑOR, convertíos a mí con
todo vuestro corazón, con ayuno
y lloro y llanto.
13 Y lacerad vuestro corazón, y
no vuestros vestidos; y convertí-
os al SEÑOR vuestro Dios; por-
que misericordioso es y clemen-
te, tardo para la ira, y grande en
misericordia, y que se arrepiente
del castigo.
14 ¿Quién sabe si volverá y se
apiadará, y dejará bendición tras
de él, presente y libación para el
SEÑOR Dios vuestro?
15 Tocad trompeta en Sión, pre-
gonad ayuno, llamad a congrega-
ción.
16 Reunid el pueblo, santificad
la reunión, juntad los viejos,
congregad los niños y los que
maman: salga de su cámara el
novio, y de su tálamo la novia.
17 Entre la entrada y el altar, llo-
ren los sacerdotes, ministros del
SEÑOR, y digan: Perdona, oh
SEÑOR, a tu pueblo, y no pongas
en oprobio tu heredad, para que
las gentes se enseñoreen de ella.
¿Por qué han de decir entre los
pueblos: Dónde está su Dios?
18 Y el SEÑOR celará su tierra, y
perdonará su pueblo.
19 Y responderá el SEÑOR, y dirá
a su pueblo: He aquí yo os envío
pan, y mosto, y aceite, y seréis

saciados de ellos: y nunca más
os pondré en oprobio entre las
gentes.
20 Y haré alejar de vosotros al
ejército del norte, y echarélo en
la tierra seca y desierta: su faz
será hacia el mar oriental, y su
fin al mar occidental, y exhalará
su hedor; y subirá su pudrición,
porque hizo grandes cosas.
21 Tierra, no temas; alégrate y
gózate: porque el SEÑOR ha de
hacer grandes cosas.
22 Animales del campo, no te-
máis; porque los pastos del de-
sierto reverdecerán, porque los
árboles llevarán su fruto, la hi-
guera y la vid darán sus frutos.
23 Vosotros también, hijos de
Sión, alegraos y gozaos en el
SEÑOR vuestro Dios; porque os
ha dado la primera lluvia arregla-
damente, y hará descender sobre
vosotros lluvia temprana y tardía
como al principio.
24 Y las eras se henchirán de
trigo, y los lagares rebosarán de
vino y aceite.
25 Y os restituiré los años que
comió la oruga, la langosta, el
pulgón, y el revoltón; mi grande
ejército que envié contra voso-
tros.
26 Y comeréis hasta saciaros, y
alabaréis el nombre del SEÑOR
vuestro Dios, el cual hizo mara-
villas con vosotros: y nunca jamás
será mi pueblo avergonzado.
27 Y conoceréis que en medio de
Israel estoy yo, y que yo soy el
SEÑOR vuestro Dios, y no hay
otro: y mi pueblo nunca jamás
será avergonzado.
28 Y será que después de esto,
derramaré mi espíritu sobre toda
carne, y profetizarán vuestros
hijos y vuestras hijas; vuestros
viejos soñarán sueños, y vuestros
mancebos verán visiones.
29 Y aun también sobre los sier-
vos y sobre las siervas derramaré
mi espíritu en aquellos días.
30 Y mostraré prodigios en los
cielos y en la tierra, sangre, y
fuego, y columnas de humo.
31 El sol se tornará en tinieblas,
y la luna en sangre, antes que
venga el día grande y espantoso
del SEÑOR.
32 Y será que cualquiera que
invocare el nombre del SEÑOR,
será salvo: porque en el monte
de Sión y en Jerusalem habrá
salvación, como el SEÑOR ha
dicho, y en el remanente, al cual
el SEÑOR habrá llamado.

CAPÍTULO 3

PORQUE he aquí que en aque-
llos días, y en aquel tiempo
en que haré tornar la cautividad
de Judá y de Jerusalem,
2 Juntaré todas las gentes, y
harélas descender al valle de Jo-
safat, y allí entraré en juicio con
ellos a causa de mi pueblo, y de
Israel mi heredad, a los cuales
esparcieron entre las naciones, y
partieron mi tierra:
3 Y echaron suertes sobre mi pue-
blo, y a los niños dieron por una
ramera, y vendieron las niñas
por vino para beber.
4 Y también, ¿qué tengo yo con
vosotras, Tiro y Sidón, y todos
los términos de Filistea? ¿Que-
réis vengaros de mí? Y si de mí
os vengáis, bien pronto haré yo
recaer la paga sobre vuestra ca-
beza.
5 Porque habéis llevado mi plata
y mi oro, y mis cosas preciosas
y hermosas metisteis en vuestros
templos:

6 Y vendisteis los hijos de Judá y
los hijos de Jerusalem a los hijos
de los Griegos, por alejarlos de
sus términos.
7 He aquí los levantaré yo del
lugar donde los vendisteis, y volveré
vuestra paga sobre vuestra
cabeza:
8 Y venderé vuestros hijos y
vuestras hijas en la mano de los
hijos de Judá, y ellos los venderán
a los Sabeos, nación apartada;
porque el SEÑOR ha hablado.
9 Pregonad esto entre los Gentiles,
proclamad guerra, despertad
a los valientes, lléguense, vengan
todos los hombres de guerra.
10 Haced espadas de vuestros
azadones, lanzas de vuestras
hoces; diga el flaco: Fuerte soy.
11 Juntaos y venid, gentes todas
de alrededor, y congregaos: haz
venir allí, oh SEÑOR, tus fuertes.
12 Las gentes se despierten, y
suban al valle de Josafat: porque
allí me sentaré para juzgar todas
las gentes de alrededor.
13 Echad la hoz, porque la mies
está ya madura. Venid, descended;
porque el lagar está lleno,
rebosan las lagaretas: porque
mucha es la maldad de ellos.
14 Muchos pueblos en el valle de
la decisión: porque cercano está
el día del SEÑOR en el valle de
la decisión.
15 El sol y la luna se oscurecerán,
y las estrellas retraerán su
resplandor.
16 Y el SEÑOR rugirá desde Sión,
y dará su voz desde Jerusalem, y
temblarán los cielos y la tierra:
mas el SEÑOR será la esperanza
de su pueblo, y la fortaleza de los
hijos de Israel.
17 Y conoceréis que yo soy el
SEÑOR vuestro Dios, que habito
en Sión, monte de mi santidad: y
será Jerusalem santa, y extraños
no pasarán más por ella.
18 Y será en aquel tiempo, que
los montes destilarán mosto, y
los collados fluirán leche, y por
todos los arroyos de Judá correrán
aguas: y saldrá una fuente de
la casa del SEÑOR, y regará el
valle de Sitim.
19 Egipto será destruído, y Edom
será vuelto en asolado desierto,
por la injuria hecha a los hijos
de Judá: porque derramaron en
su tierra la sangre inocente.
20 Mas Judá para siempre será
habitada, y Jerusalem en generación
y generación.
21 Y limpiaré la sangre de los
que no limpié; y el SEÑOR morará
en Sión.

EL LIBRO DE
AMÓS

CAPÍTULO 1

LAS palabras de Amós, que fue entre los pastores de Tecoa, las cuales vio acerca de Israel en días de Uzías rey de Judá, y en días de Jeroboam hijo de Joas rey de Israel, dos años antes del terremoto.

2 Y dijo: el SEÑOR rugirá desde Sión, y dará su voz desde Jerusalem; y las estancias de los pastores se enlutarán, y secaráse la cumbre del Carmelo.

3 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de Damasco, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque trillaron a Galaad con trillos de hierro.

4 Y meteré fuego en la casa de Hazael, y consumirá los palacios de Ben-hadad.

5 Y quebraré la barra de Damasco, y cortaré a los moradores del valle de Avén, y al que segura el cetro de la casa de Edén: y el pueblo de Siria será trasportado a cautiverio en Kir, dice el SEÑOR.

6 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de Gaza, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque llevó cautiva toda la cautividad, para entregarlos a Edom.

7 Y meteré fuego en el muro de Gaza, y quemará sus palacios.

8 Y talaré los moradores de Azoto, y los gobernadores de Ascalón: y tornaré mi mano sobre Ecrón, y las reliquias de los Filisteos perecerán, ha dicho el Señor DIOS.

9 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de Tiro, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque entregaron la cautividad entera a Edom, y no se acordaron del concierto de hermanos.

10 Y meteré fuego en el muro de Tiro, y consumirá sus palacios.

11 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de Edom, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque persiguió a espada a su hermano, y rompió sus conmiseraciones; y con su furor le ha robado siempre, y ha perpetuamente guardado el enojo.

12 Y meteré fuego en Temán, y consumirá los palacios de Bosra.

13 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de los hijos de Amón, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque abrieron las preñadas de Galaad, para ensanchar su término.

14 Y encenderé fuego en el muro de Rabá, y consumirá sus palacios con estruendo en día de batalla, con tempestad en día tempestuoso:

15 Y su rey irá en cautiverio, él y sus príncipes todos, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 2

ASÍ ha dicho el SEÑOR: Por tres pecados de Moab, y por el cuarto, no desviaré su castigo; porque quemó los huesos del rey de Idumea *hasta tornarlos* en cal.

2 Y meteré fuego en Moab, y consumirá los palacios de Queriot: y morirá Moab en alboroto, en estrépito y sonido de trompeta.

3 Y quitaré el juez de en medio de él, y mataré con él a todos

sus príncipes, dice el SEÑOR.
4 Así ha dicho el SEÑOR: Por
tres pecados de Judá, y por el
cuarto, no desviaré su castigo;
porque menospreciaron la ley
del SEÑOR, y no guardaron sus
ordenanzas; e hiciéronlos errar
sus mentiras, en pos de las cua-
les anduvieron sus padres.
5 Meteré por tanto fuego en Judá,
el cual consumirá los palacios de
Jerusalem.
6 Así ha dicho el SEÑOR: Por tres
pecados de Israel, y por el cuarto,
no desviaré su castigo: porque
vendieron por dinero al justo, y
al pobre por un par de zapatos:
7 Que anhelan porque haya polvo
de tierra sobre la cabeza de los
pobres, y tuercen el camino de
los humildes: y el hombre y su
padre entraron a la *misma* moza,
profanando mi santo nombre.
8 Y sobre las ropas empeñadas se
acuestan junto a cualquier altar;
y el vino de los penados beben en
la casa de sus dioses.
9 Y yo destruí delante de ellos al
Amorreo, cuya altura era como
la altura de los cedros, y fuerte
como una encina; y destruí su
fruto arriba, sus raíces abajo.
10 Y yo os hice a vosotros subir
de la tierra de Egipto, y os traje
por el desierto cuarenta años,
para que poseyeseis la tierra del
Amorreo.
11 Y levanté de vuestros hijos
para profetas, y de vuestros man-
cebos para que fuesen Nazareos.
¿No es esto así, dice el SEÑOR,
hijos de Israel?
12 Mas vosotros disteis de beber
vino a los Nazareos; y a los pro-
fetas mandasteis, diciendo: No
profeticéis.
13 Pues he aquí, yo *os* apretaré en
vuestro lugar, como se aprieta el
carro lleno de haces;
14 Y la huída perecerá del ligero,
y el fuerte no esforzará su fuerza,
ni el valiente librará su vida;
15 Y el que toma el arco no resis-
tirá, ni escapará el ligero de pies,
ni el que cabalga en caballo sal-
vará su vida.
16 El esforzado entre esforzados
huirá desnudo aquel día, dice el
SEÑOR.

CAPÍTULO 3

OID esta palabra que ha habla-
do el SEÑOR contra vosotros,
hijos de Israel, contra toda la fa-
milia que hice subir de la tierra
de Egipto. Dice así:
2 A vosotros solamente he cono-
cido de todas las familias de la
tierra; por tanto visitaré contra
vosotros todas vuestras malda-
des.
3 ¿Andarán dos juntos, si no es-
tuvieren de acuerdo?
4 ¿Rugirá el león en el monte sin
hacer presa? ¿dará el leoncillo su
bramido desde su morada, si no
prendiere?
5 ¿Caerá el ave en el lazo en la
tierra, sin haber armador? ¿alza-
ráse el lazo de la tierra, si no se
ha prendido algo?
6 ¿Tocaráse la trompeta en la
ciudad, y no se alborotará el pue-
blo? ¿habrá algún mal en la ciu-
dad, el cual el SEÑOR no haya
hecho?
7 Porque no hará nada el Señor
DIOS, sin que revele su secreto a
sus siervos los profetas.
8 Rugiendo el león, ¿quién no
temerá? hablando el Señor DIOS,
¿quién no profetizará?
9 Haced pregonar sobre los pala-
cios de Azoto, y sobre los pala-

cios de tierra de Egipto, y decid:
Reuníos sobre los montes de Samaria, y ved muchas opresiones en medio de ella, y violencias en medio de ella.
10 Y no saben hacer lo recto, dice el SEÑOR, atesorando rapiñas y despojos en sus palacios.
11 Por tanto, el Señor DIOS ha dicho así: Un enemigo *habrá* aún por todos lados de la tierra, y derribará de ti tu fortaleza, y tus palacios serán saqueados.
12 Así ha dicho el SEÑOR: De la manera que el pastor libra de la boca del león dos piernas, o la punta de una oreja, así escaparán los hijos de Israel que moran en Samaria en el rincón de la cama, y al canto del lecho.
13 Oid y protestad en la casa de Jacob, ha dicho el Señor DIOS de los ejércitos:
14 Que el día que visitaré las rebeliones de Israel sobre él, visitaré también sobre los altares de Betel; y serán cortados los cuernos del altar, y caerán a tierra.
15 Y heriré la casa del invierno con la casa del verano, y las casas de marfil perecerán; y muchas casas serán arruinadas, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 4

OID esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís los pobres, que quebrantáis los menesterosos, que decís a sus señores: Traed, y beberemos.
2 El Señor DIOS juró por su santidad: He aquí, vienen días sobre vosotros en que os llevará en anzuelos, y a vuestros descendientes en barquillos de pescador.
3 Y saldrán por los portillos la una en pos de la otra, y seréis echadas del palacio, dice el SEÑOR.
4 Id a Betel, y prevaricad; en Gilgal aumentad la rebelión, y traed de mañana vuestros sacrificios, y vuestros diezmos cada tres años;
5 Y ofreced sacrificio en acción de gracias con leudo, y pregonad, publicad ofrendas voluntarias; pues que así lo queréis, hijos de Israel, dice el Señor DIOS.
6 Yo también os di limpieza de dientes en todas vuestras ciudades, y falta de pan en todos vuestros pueblos: mas no os tornasteis a mí, dice el SEÑOR.
7 Y también yo os detuve la lluvia tres meses antes de la siega: e hice llover sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no hice llover: sobre una parte llovió; la parte sobre la cual no llovió, secóse.
8 Y venían dos o tres ciudades a una ciudad para beber agua, y no se hartaban: con todo no os tornasteis a mí, dice el SEÑOR.
9 Os herí con viento solano y oruga; vuestros muchos huertos y vuestras viñas, y vuestros higuerales y vuestros olivares comió la langosta: pero nunca os tornasteis a mí, dice el SEÑOR.
10 Envié entre vosotros mortandad al modo que en Egipto: maté a espada vuestros mancebos, con cautiverio de vuestros caballos; e hice subir el hedor de vuestros reales hasta vuestras narices: empero no os tornasteis a mí, dice el SEÑOR.
11 Trastornéos, como cuando Dios trastornó a Sodoma y a Gomorra, y fuisteis como tizón escapado del fuego: mas no os tornasteis a mí, dice el SEÑOR.
12 Por tanto, de esta manera haré

a ti, oh Israel: y porque te he de
hacer esto, aparéjate para venir
al encuentro a tu Dios, oh Israel.
13 Porque he aquí, el que forma
los montes, y crea el viento, y
denuncia al hombre su pensamiento; el que hace a las tinieblas mañana, y pasa sobre las alturas de la tierra; el SEÑOR, Dios
de los ejércitos, es su nombre.

CAPÍTULO 5

OID esta palabra, porque yo
levanto endecha sobre vosotros, casa de Israel.
2 Cayó la virgen de Israel, no
más podrá levantarse; dejada fue
sobre su tierra, no hay quien la
levante.
3 Porque así ha dicho el Señor
DIOS: La ciudad que sacaba mil,
quedará con ciento; y la que sacaba ciento, quedará con diez, en
la casa de Israel.
4 Empero así dice el SEÑOR a la
casa de Israel: Buscadme, y viviréis;
5 Y no busquéis a Betel, ni entreis en Gilgal, ni paséis a Beerseba: porque Gilgal será llevada
en cautiverio, y Betel será deshecha.
6 Buscad al SEÑOR, y vivid; no
sea que hienda, como fuego, a la
casa de José, y la consuma, sin
haber en Betel quien lo apague.
7 Los que convierten en ajenjo el
juicio, y dejan en tierra la justicia,
8 *Miren* al que hace el Arcturo
y el Orión, y las tinieblas vuelve en mañana, y hace oscurecer
el día en noche; el que llama a
las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra: el
SEÑOR es su nombre:
9 Que da esfuerzo al despojador
sobre el fuerte, y que el despojador venga contra la fortaleza.
10 Ellos aborrecieron en la puerta al reprensor, y al que hablaba
lo recto abominaron.
11 Por tanto, pues que vejáis al
pobre y recibís de él carga de
trigo; edificasteis casas de sillares, mas no las habitaréis; plantasteis hermosas viñas, mas no
beberéis el vino de ellas.
12 Porque sabido he vuestras
muchas rebeliones, y vuestros
grandes pecados: que afligen al
justo, y reciben cohecho, y a los
pobres en la puerta hacen perder
su causa.
13 Por tanto, el prudente en tal
tiempo calla, porque el tiempo es
malo.
14 Buscad lo bueno, y no lo malo,
para que viváis; porque así el
Señor DIOS de los ejércitos será
con vosotros, como decís.
15 Aborreced el mal, y amad el
bien, y poned juicio en la puerta:
quizá el SEÑOR, Dios de los ejércitos, tendrá piedad del remanente de José.
16 Por tanto, así ha dicho el Señor
DIOS de los ejércitos, el SEÑOR:
En todas las plazas habrá llanto,
y en todas las calles dirán, ¡Ay!
¡ay! y al labrador llamarán a
lloro, y a endecha a los que endechar supieren.
17 Y en todas las viñas habrá
llanto; porque pasaré por medio
de ti, dice el SEÑOR.
18 ¡Ay de los que desean el día
del SEÑOR! ¿para qué queréis
este día del SEÑOR? *Será de* tinieblas, y no luz:
19 Como el que huye de delante del
león, y se topa con el oso; o si entrare en casa y arrimare su mano a
la pared, y le muerda la serpiente.

20 ¿No será el día del SEÑOR tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?
21 Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me darán buen olor vuestras asambleas.
22 Y si me ofreciereis holocaustos y vuestros presentes, no los recibiré; ni miraré a los pacíficos de vuestros engordados.
23 Quita de mí la multitud de tus cantares, que no escucharé la melodía de tus instrumentos.
24 Antes corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo.
25 ¿Habéisme ofrecido sacrificios y presentes en el desierto en cuarenta años, casa de Israel?
26 Mas llevabais el tabernáculo de vuestro Moloc y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis.
27 Hareos pues trasportar más allá de Damasco, ha dicho el SEÑOR, cuyo nombre es Dios de los ejércitos.

CAPÍTULO 6

¡AY de los reposados en Sión, y de los confiados en el monte de Samaria, nombrados principales entre las mismas naciones, las cuales vendrán sobre ellos, oh casa de Israel!
2 Pasad a Calne, y mirad; y de allí id a la gran Hamat; descended luego a Gat de los Filisteos: *ved* si *son* aquellos reinos mejores que estos reinos, si su término *es* mayor que vuestro término.
3 Vosotros que dilatáis el día malo, y acercáis la silla de iniquidad;
4 Duermen en camas de marfil, y se extienden sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los becerros de en medio del engordadero;
5 Gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos músicos, como David;
6 Beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José.
7 Por tanto, ahora pasarán en el principio de los que a cautividad pasaren, y se acercará el clamor de los extendidos.
8 El Señor DIOS juró por su alma, el Señor DIOS de los ejércitos ha dicho: Tengo en abominación la grandeza de Jacob, y aborrezco sus palacios: y la ciudad y su plenitud entregaré al enemigo.
9 Y acontecerá que si diez hombres quedaren en una casa, morirán.
10 Y su tío tomará a cada uno, y quemarále para sacar los huesos de casa; y dirá al que estará en los rincones de la casa: ¿Hay aún alguno contigo? Y dirá: No. Y dirá aquél: Calla, que no *podemos* hacer mención del nombre del SEÑOR.
11 Porque he aquí, el SEÑOR mandará, y herirá con hendiduras la casa mayor, y la casa menor con aberturas.
12 ¿Correrán los caballos sobre la roca? ¿ararán *en ellas* con vacas? ¿por qué habéis vosotros tornado el juicio en veneno, y el fruto de justicia en ajenjo?
13 Vosotros que os alegráis en nada, que decís: ¿No nos hemos adquirido potencia con nuestra fortaleza?
14 Pues he aquí, levantaré yo sobre vosotros, oh casa de Israel, dice el Señor DIOS de los ejércitos, gente que os oprimirá

desde la entrada de Hamat hasta
el arroyo del desierto.

CAPÍTULO 7

ASÍ me ha mostrado el Señor
DIOS: y he aquí, él formaba
langostas al principio que co-
menzaba a crecer el heno tardío;
y he aquí, era el heno tardío des-
pués de las siegas del rey.
2 Y acaeció que como acabó de
comer la hierba de la tierra, yo
dije: Oh Señor DIOS, perdona
ahora; ¿quién levantará a Jacob?
porque es pequeño.
3 Arrepintióse el SEÑOR de esto:
No será, dijo el SEÑOR.
4 El Señor DIOS me mostró así: y
he aquí, llamaba para juzgar por
fuego el Señor DIOS; y consumió
un gran abismo, y consumió una
parte *de la tierra*.
5 Y dije: Oh Señor DIOS, cesa
ahora; ¿quién levantará a Jacob?
porque es pequeño.
6 Arrepintióse el SEÑOR de esto:
No será esto tampoco, dijo el
Señor DIOS.
7 Enseñóme así: he aquí, el
SEÑOR estaba sobre un muro
hecho a plomo, y en su mano
una plomada de albañil.
8 El SEÑOR entonces me dijo:
¿Qué ves, Amós? Y dije: Una
plomada de albañil. Y el SEÑOR
dijo: He aquí, yo pongo plomada
de albañil en medio de mi pue-
blo Israel: No le pasaré más:
9 Y los altares de Isaac serán des-
truidos, y los santuarios de Israel
serán asolados; y levantaréme
con espada sobre la casa de Je-
roboam.
10 Entonces Amasías sacerdo-
te de Betel envió a decir a Je-
roboam, rey de Israel: Amós se
ha conjurado contra ti en medio
de la casa de Israel: la tierra no
puede sufrir todas sus palabras.
11 Porque así ha dicho Amós: Je-
roboam morirá a espada, e Israel
pasará de su tierra en cautiverio.
12 Y Amasías dijo a Amós: Vi-
dente, vete, y huye a tierra de
Judá, y come allá tu pan, y profe-
tiza allí:
13 Y no profetices más en Betel,
porque es santuario del rey, y ca-
becera del reino.
14 Entonces respondió Amós, y
dijo a Amasías: Yo no *era* profeta,
ni *era* hijo de profeta, sino que
era boyero, y cogedor de fruta de
sicómoro:
15 Y el SEÑOR me tomó de tras
el ganado, y díjome el SEÑOR:
Ve, y profetiza a mi pueblo Israel.
16 Ahora pues, oye palabra del
SEÑOR. Tú dices: No profetices
contra Israel, ni hables contra la
casa de Isaac:
17 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: Tu esposa fornicará en
la ciudad, y tus hijos y tus hijas
caerán a espada, y tu tierra será
partida por suertes; y tú morirás
en tierra inmunda, e Israel será
traspasado de su tierra.

CAPÍTULO 8

ASÍ me ha mostrado el Señor
DIOS: y he aquí un canastillo
de fruta de verano.
2 Y dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije:
Un canastillo de fruta de verano.
Y díjome el SEÑOR: Venido ha el
fin sobre mi pueblo Israel; no le
pasaré más.
3 Y los cantores del templo
aullarán en aquel día, dice
el Señor DIOS; muchos serán
los cuerpos muertos; en todo
lugar echados serán en silencio.
4 Oid esto, los que tragáis a los

menesterosos, y arruináis los po-
bres de la tierra,
5 Diciendo: ¿Cuándo pasará la
nueva luna, para que vendamos
los granos; y el sábado, para que
expongamos el trigo, achicando
la medida, y engrandeciendo el
precio, y falseando las balanzas
con engaño;
6 Para comprar los pobres por
dinero, y los necesitados por un
par de zapatos, y venderemos las
aechaduras del trigo?
7 El SEÑOR juró por la gloria
de Jacob: No me olvidaré para
siempre de todas sus obras.
8 ¿No se ha de estremecer la tie-
rra sobre esto? ¿y todo habitador
de ella no llorará? y subirá toda
como un río, y será arrojada, y
hundiráse como el río de Egipto.
9 Y acaecerá en aquel día, dice
el Señor DIOS, que haré que se
ponga el sol al mediodía, y la tie-
rra cubriré de tinieblas en el día
claro.
10 Y tornaré vuestras fiestas en
lloro, y todos vuestros cantares
en endechas; y haré poner saco
sobre todos lomos, y peladura
sobre toda cabeza; y tornaréla
como en llanto de unigénito, y
su postrimería como día amargo.
11 He aquí vienen días, dice el
Señor DIOS, en los cuales envia-
ré hambre a la tierra, no hambre
de pan, ni sed de agua, sino de
oír palabra del SEÑOR.
12 E irán errantes de mar a mar:
desde el norte hasta el oriente
discurrirán buscando palabra del
SEÑOR, y no la hallarán.
13 En aquel tiempo las doncellas
hermosas y los mancebos des-
mayarán de sed.
14 Los que juran por el pecado
de Samaria, y dicen, Vive tu Dios
de Dan: y, Vive el camino de
Beerseba: caerán, y nunca más
se levantarán.

CAPÍTULO 9

VI al SEÑOR que estaba sobre
el altar, y dijo: Hiere el um-
bral, y estremézcanse las puertas:
y córtales en piezas la cabeza de
todos; y el postrero de ellos ma-
taré a espada: no habrá de ellos
quien se fugue, ni quien escape.
2 Aunque cavasen hasta el infier-
no, de allá los tomará mi mano; y
si subieren hasta el cielo, de allá
los haré descender.
3 Y si se escondieren en la cum-
bre del Carmelo, allí los buscaré
y los tomaré; y aunque se escon-
dieren de delante de mis ojos en
el profundo del mar, allí man-
daré a la serpiente, y morderálos.
4 Y si fueren en cautiverio, de-
lante de sus enemigos, allí man-
daré la espada, y los matará; y
pondré sobre ellos mis ojos para
mal, y no para bien.
5 El Señor DIOS de los ejércitos
es el que toca la tierra, y se derre-
tirá, y llorarán todos los que en
ella moran: y subirá toda como
un río, y hundiráse luego como
el río de Egipto.
6 Él edificó en el cielo sus gra-
das, y ha establecido su expan-
sión sobre la tierra: él llama las
aguas del mar, y sobre la faz de
la tierra las derrama: El SEÑOR
es su nombre.
7 Hijos de Israel, ¿no me sois
vosotros, dice el SEÑOR, como
hijos de Etíopes? ¿no hice yo
subir a Israel de la tierra de Egip-
to, y a los Filisteos de Caftor, y
de Kir a los Arameos?
8 He aquí los ojos del Señor DIOS
están contra el reino pecador, y

yo lo asolaré de la faz de la tie-
rra: mas no destruiré del todo la
casa de Jacob, dice el SEÑOR.
9 Porque he aquí yo mandaré, y
haré que la casa de Israel sea za-
randeada entre todas las gentes,
como se zarandea *el grano* en un
harnero, y no cae un granito en
la tierra.
10 A espada morirán todos los
pecadores de mi pueblo, que
dicen: No se acercará, ni nos al-
canzará el mal.
11 En aquel día yo levantaré el
tabernáculo de David, caído, y
cerraré sus portillos, y levantaré
sus ruinas, y edificarélo como en
el tiempo pasado;
12 Para que aquellos sobre los
cuales es llamado mi nombre,
posean el resto de Idumea, y
a todas las naciones, dice el
SEÑOR que hace esto.
13 He aquí vienen días, dice el
SEÑOR, en que el que ara alcan-
zará al segador, y el pisador de
las uvas al que lleva la simiente;
y los montes destilarán mosto, y
todos los collados se derretirán.
14 Y tornaré el cautiverio de mi
pueblo Israel, y edificarán ellos
las ciudades asoladas, y las habi-
tarán; y plantarán viñas, y bebe-
rán el vino de ellas; y harán
huertos, y comerán el fruto de
ellos.
15 Pues los plantaré sobre su tie-
rra, y nunca más serán arranca-
dos de su tierra que yo les di, ha
dicho el Señor DIOS tuyo.

El Libro de
ABDÍAS

CAPÍTULO 1

VISIÓN de Abdías. Así dice el Señor DIOS cuanto a Edom: Oído hemos el pregón del SEÑOR, y mensajero es enviado a las gentes. Levantaos, y levantémonos contra ella en batalla.
2 He aquí, pequeño te he hecho entre las gentes; abatido eres tú en gran manera.
3 La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que moras en las hendiduras de las peñas, en tu altísima morada; que dices en tu corazón; ¿Quién me derribará a tierra?
4 Aunque te enaltecieres como el águila, y aunque entre las estrellas pusieres tu nido, de ahí te derribaré, dice el SEÑOR.
5 Si ladrones vinieran a ti, o robadores de noche (¡cómo has sido destruído!) ¿no hurtarían lo que les bastase? Pues si entraran a ti vendimiadores, ¿No dejarían algún rebusco?
6 ¡Cómo fueron escudriñadas *las cosas de* Esaú! sus cosas escondidas fueron buscadas.
7 Hasta el término te hicieron llegar todos tus aliados; te han engañado tus pacíficos, prevalecieron contra ti; *los que comían* tu pan, pusieron el lazo debajo de ti: no hay en él entendimiento.
8 ¿No haré que perezcan en aquel día, dice el SEÑOR, los sabios de Edom, y la prudencia del monte de Esaú?
9 Y tus valientes, oh Temán, serán quebrantados; porque todo hombre será talado del monte de Esaú por el estrago.
10 Por la injuria de tu hermano Jacob te cubrirá vergüenza, y serás talado para siempre.
11 El día que estando tú delante, llevaban extraños cautivo su ejército, y los extraños entraban por sus puertas, y echaban suertes sobre Jerusalem, tú también eras como uno de ellos.
12 Pues no debiste tú estar mirando en el día de tu hermano, el día en que fue extrañado: no te habías de haber alegrado de los hijos de Judá en el día que se perdieron, ni habías de ensanchar tu boca en el día de la angustia:
13 No habías de haber entrado por la puerta de mi pueblo en el día de su quebrantamiento; no, no habías tú de haber mirado su mal el día de su quebranto, ni haber echado *mano* a sus bienes el día de su calamidad.
14 Tampoco habías de haberte parado en las encrucijadas, para matar los que de ellos escapasen; ni habías tú de haber entregado los que quedaban en el día de angustia.
15 Porque cercano está el día del SEÑOR sobre todas las gentes: como tú hiciste se hará contigo: tu galardón volverá sobre tu cabeza.
16 De la manera que vosotros bebisteis en mi santo monte, beberán todas las gentes de

continuo: beberán, y engullirán,
y serán como si no hubieran sido.
17 Mas en el monte de Sión habrá
salvamento, y será santidad, y la
casa de Jacob poseerá sus pose-
siones.
18 Y la casa de Jacob será fuego,
y la casa de José será llama, y la
casa de Esaú estopa, y los que-
marán, y los consumirán; ni aun
remanente quedará en la casa de
Esaú, porque el SEÑOR lo habló.
19 Y los del sur poseerán el monte
de Esaú, y los llanos de los Filis-
teos; poseerán también los cam-
pos de Efraím, y los campos de
Samaria; y Benjamín a Galaad.
20 Y los cautivos de aqueste ejér-
cito de los hijos de Israel *poseerán*
lo de los Cananeos hasta Sarepta;
y los cautivos de Jerusalem, que
están en Sefarad, poseerán las
ciudades del sur.
21 Y vendrán salvadores al monte
de Sión para juzgar al monte de
Esaú; y el reino será del SEÑOR.

El Libro de

JONÁS

CAPÍTULO 1

Y VINO la palabra del SEÑOR a
Jonás, hijo de Amitai, dicien-
do:
2 Levántate, y ve a Nínive, ciu-
dad grande, y pregona contra
ella; porque su maldad ha subido
delante de mí.
3 Y Jonás se levantó para huir
de la presencia del SEÑOR a Tar-
sis, y descendió a Jope; y halló
un navío que partía para Tarsis;
y pagando su pasaje entró en él,
para irse con ellos a Tarsis de de-
lante del SEÑOR.
4 Mas el SEÑOR hizo levantar
un gran viento en el mar, e hízo-
se una *tan* gran tempestad en el
mar, que pensóse se rompería la
nave.
5 Y los marineros tuvieron miedo,
y cada uno llamaba a su dios: y
echaron al mar los enseres que
había en la nave, para descargar-
la de ellos. Jonás empero se había
bajado a los lados del buque, y se
había echado a dormir.
6 Y el maestre de la nave se llegó
a él, y le dijo: ¿Qué tienes, dor-
milón? Levántate, y clama a tu
Dios; quizá él tendrá compasión
de nosotros, y no pereceremos.
7 Y dijeron cada uno a su com-
pañero: Venid, y echemos suer-
tes, para saber por quién nos ha
venido este mal. Y echaron suer-
tes, y la suerte cayó sobre Jonás.
8 Entonces le dijeron ellos: De-
cláranos ahora por qué nos ha
venido este mal. ¿Qué oficio tie-
nes, y de dónde vienes? ¿cuál es
tu tierra, y de qué pueblo eres?
9 Y él les respondió: Hebreo soy,
y temo al SEÑOR, Dios del cielo,
que hizo el mar y la tierra.
10 Y aquellos hombres temieron
sobremanera, y dijéronle: ¿Por
qué has hecho esto? Porque ellos
entendieron que huía de delante
del SEÑOR, porque se lo había
declarado.
11 Y dijéronle: ¿Qué te haremos,
para que el mar se nos quiete?
porque el mar iba *a más*, y se em-
bravecía.
12 Él les respondió: Tomadme, y
echadme al mar, y el mar se os
quietará: porque yo sé que por
mí ha venido esta grande tem-
pestad sobre vosotros.
13 Y aquellos hombres trabaja-
ron por tornar la nave a tierra;
mas no pudieron, porque el mar
iba *a más*, y se embravecía sobre
ellos.
14 Entonces clamaron al SEÑOR,
y dijeron: Rogámoste ahora, oh
SEÑOR, que no perezcamos no-
sotros por la vida de aqueste
hombre, ni pongas sobre noso-
tros la sangre inocente: porque
tú, oh SEÑOR, has hecho como
has querido.
15 Y tomaron a Jonás, y echá-
ronlo al mar; y el mar se quietó
de su furia.
16 Y temieron aquellos hombres
al SEÑOR con gran temor; y
ofrecieron sacrificio al SEÑOR, y
prometieron votos.
17 Mas el SEÑOR había preve-
nido un gran pez que tragase a
Jonás: y estuvo Jonás en el vien-
tre del pez tres días y tres noches.

CAPÍTULO 2

Y ORÓ Jonás desde el vientre
del pez al SEÑOR su Dios.
2 Y dijo: Clamé de mi aflicción
al SEÑOR, y él me oyó; del vien-
tre del infierno clamé, y mi voz
oiste.
3 Me echaste en el profundo, en
medio de los mares, y me rodeó
la corriente; todas tus ondas y
tus olas pasaron sobre mí.
4 Y yo dije: Echado soy de delan-
te de tus ojos: Mas aun veré tu
santo templo.
5 Las aguas me rodearon hasta el
alma, rodeóme el abismo; la ova
se enredó a mi cabeza.
6 Descendí a las raíces de los
montes; la tierra *echó* sus cerra-
duras sobre mí para siempre:
mas tú sacaste mi vida de la co-
rrupción, oh SEÑOR Dios mío.
7 Cuando mi alma desfallecía en
mí, acordéme del SEÑOR; y mi
oración entró hasta ti en tu santo
templo.
8 Los que guardan las vanidades
ilusorias, su misericordia aban-
donan.
9 Yo empero con voz de grati-
tud te sacrificaré; pagaré lo que
prometí. La salvación *pertenece* al
SEÑOR.
10 Y mandó el SEÑOR al pez, y
vomitó a Jonás en tierra.

CAPÍTULO 3

Y VINO la palabra del SEÑOR
segunda vez a Jonás, diciendo:
2 Levántate, y ve a Nínive, aque-
lla gran ciudad, y predica en ella
el mensaje que yo te diré.
3 Y levantóse Jonás, y fue a Ní-
nive, conforme a la palabra del
SEÑOR. Y era Nínive ciudad so-
bremanera grande, de tres días
de camino.
4 Y comenzó Jonás a entrar por la
ciudad, camino de un día, y pre-
gonaba diciendo: De aquí a cua-
renta días Nínive será destruida.
5 Y los hombres de Nínive cre-
yeron a Dios, y pregonaron
ayuno, y vistiéronse de sacos
desde el mayor de ellos hasta el
menor de ellos.
6 Y llegó el negocio hasta el rey
de Nínive, y levantóse de su silla,
y echó de sí su vestido, y cubrió-
se de saco, y se sentó sobre ceni-
za.
7 E hizo pregonar y anunciar en
Nínive, por mandado del rey y
de sus grandes, diciendo: Hom-
bres y animales, bueyes y ovejas,
no gusten cosa alguna, no se les
dé alimento, ni beban agua:
8 Y que se cubran de saco los
hombres y los animales, y cla-
men a Dios fuertemente: y con-
viértase cada uno de su mal ca-
mino, de la rapiña que está en
sus manos.
9 ¿Quién sabe si se volverá y
arrepentirá Dios, y se apartará
del furor de su ira, y no perecere-
mos?
10 Y vio Dios lo que hicieron,
que se convirtieron de su mal ca-
mino: y arrepintióse del mal que
había dicho les había de hacer, y
no lo hizo.

CAPÍTULO 4

PERO Jonás se apesadumbró
en extremo, y enojóse.
2 Y oró al SEÑOR, y dijo: Ahora,
oh SEÑOR, ¿no es esto lo que yo
decía estando aún en mi tierra?
Por eso me precaví huyendo a
Tarsis: porque sabía yo que tú eres
Dios clemente y piadoso, tardo a
enojarte, y de grande misericor-
dia, y que te arrepientes del mal.

3 Ahora pues, oh SEÑOR, ruégote que me mates; porque mejor me es la muerte que la vida.
4 Y el SEÑOR le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto?
5 Y salióse Jonás de la ciudad, y asentó hacia el oriente de la ciudad, e hízose allí una choza, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué sería de la ciudad.
6 Y preparó el SEÑOR Dios una calabacera, la cual creció sobre Jonás para que hiciese sombra sobre su cabeza, y le defendiese de su mal: y Jonás se alegró grandemente por la calabacera.
7 Mas Dios preparó un gusano al venir la mañana del día siguiente, el cual hirió a la calabacera, y secóse.
8 Y acaeció que al salir el sol, preparó Dios un recio viento solano; y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y desmayábase, y se deseaba la muerte, diciendo: Mejor sería para mí la muerte que mi vida.
9 Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? Y él respondió: Mucho me enojo, hasta la muerte.
10 Y dijo el SEÑOR: Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció:
11 ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella grande ciudad donde hay más de ciento y veinte mil personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda, y muchos animales?

El Libro de
MIQUEAS

CAPÍTULO 1

PALABRA del SEÑOR que
vino a Miqueas de Morasti en
días de Jotam, Acaz, y Ezequías,
reyes de Judá: lo que vio sobre
Samaria y Jerusalem.
2 Oid, pueblos todos: está atenta,
tierra, y todo lo que en ella hay:
y el Señor DIOS, el Señor desde
su santo templo sea testigo con-
tra vosotros.
3 Porque he aquí, el SEÑOR sale
de su lugar, y descenderá, y ho-
llará sobre las alturas de la tierra.
4 Y debajo de él se derretirán los
montes, y los valles se hendirán
como la cera delante del fuego,
como las aguas que corren por
un precipicio.
5 Todo esto por la rebelión de
Jacob, y por los pecados de la
casa de Israel. ¿Cuál es la rebe-
lión de Jacob? ¿no es Samaria?
¿Y cuáles son los excelsos de
Judá? ¿no es Jerusalem?
6 Pondré pues a Samaria en ma-
janos de heredad, en tierra de
viñas; y derramaré sus piedras
por el valle, y descubriré sus fun-
damentos.
7 Y todas sus estatuas serán des-
pedazadas, y todos sus dones
serán quemados en fuego, y aso-
laré todos sus ídolos; porque de
dones de rameras los juntó, y a
dones de rameras volverán.
8 Por tanto lamentaré y aullaré,
y andaré despojado y desnudo;
haré gemido como de dragones,
y lamento como de avestruces.
9 Porque su llaga es dolorosa,
que llegó hasta Judá; llegó hasta
la puerta de mi pueblo, hasta
Jerusalem.
10 No lo digáis en Gat, ni llo-
réis mucho: revuélcate en el
polvo en la casa de Afra.
11 Pásate desnuda con
vergüenza, oh moradora de
Safir: la moradora de Saanán
no salió al llanto de Bet-esel:
tomará de vosotros su tar-
danza.
12 Porque la moradora de
Marot tuvo dolor por el bien;
por cuanto el mal descendió
del SEÑOR hasta la puerta de
Jerusalem.
13 Unce al carro dromedarios,
oh moradora de Laquis, que
fuiste principio de pecado a
la hija de Sión; porque en ti
se inventaron las rebeliones
de Israel.
14 Por tanto, tú darás dones
a Moreset-Gat: las casas de
Aczib serán en mentira a los
reyes de Israel.
15 Aun te traeré heredero,
oh moradora de Maresah: la
gloria de Israel vendrá hasta
Adulam.
16 Mésate y trasquílate por
los hijos de tus delicias: en-
sancha tu calva como águila;
porque fueron trasportados
de ti.

CAPÍTULO 2

¡AY de los que piensan ini-
quidad, y de los que fabri-
can el mal en sus camas!
Cuando viene la mañana
lo ponen en obra, porque

tienen en su mano el poder.
2 Y codiciaron las heredades, y
robáronlas: y casas, y las toma-
ron: oprimieron al hombre y a su
casa, al hombre y a su heredad.
3 Por tanto, así ha dicho el
SEÑOR: He aquí, yo pienso sobre
esta familia un mal, del cual no
sacaréis vuestros cuellos, ni an-
daréis erguidos; porque el tiem-
po será malo.
4 En aquel tiempo se levantará
sobre vosotros refrán, y se ende-
chará endecha de lamentación,
diciendo: Del todo fuimos des-
truídos; ha cambiado la parte
de mi pueblo. ¡Cómo nos quitó
nuestros campos! dio, repartió-
los *a otros*.
5 Por tanto, no tendrás quien
eche cordel para suerte en la
congregación del SEÑOR.
6 No profeticéis, *dicen* a los que
profetizan; no les profeticen que
los ha de comprender vergüenza.
7 La que te dices casa de Jacob,
¿hase acortado el espíritu del
SEÑOR? ¿son éstas sus obras?
¿Mis palabras no hacen bien al
que camina derechamente?
8 El que ayer era mi pueblo, se
ha levantado como enemigo: tras
las vestiduras quitasteis las capas
atrevidamente a los que pasaban,
como los que vuelven de la guerra.
9 A las mujeres de mi pueblo
echasteis fuera de las casas de
sus delicias: a sus niños quitas-
teis mi perpetua alabanza.
10 Levantaos, y andad, pues éste
no *es vuestro* reposo; porque está
contaminado, *os* destruirá, y de
grande destrucción.
11 Si alguno que ande en el es-
píritu y falsedad mintiere, *di-
ciendo:* Yo te profetizaré de
vino y de bebida fuerte; este
tal será profeta a este pueblo.
12 De cierto te reuniré todo, oh
Jacob: recogeré ciertamente el
resto de Israel: pondrélo junto
como ovejas de Bosra, como
rebaño en mitad de su majada:
harán estruendo por *la multitud
de* los hombres.
13 Subirá rompedor delante de
ellos; romperán y pasarán la
puerta, y saldrán por ella: y su
rey pasará delante de ellos, y a la
cabeza de ellos el SEÑOR.

CAPÍTULO 3

Y DIJE: Oid ahora, príncipes de
Jacob, y cabezas de la casa de
Israel: ¿No *pertenecía* a vosotros
saber el derecho?
2 Que aborrecen lo bueno y aman
lo malo, que les quitan su piel y
su carne de sobre los huesos;
3 Que comen asimismo la carne
de mi pueblo, y les desuellan su
piel de sobre ellos, y les quebran-
tan sus huesos y los rompen,
como para el caldero, y como
carnes en olla.
4 Entonces clamarán al SEÑOR y
no les responderá; antes escon-
derá de ellos su rostro en aquel
tiempo, por cuanto hicieron mal-
vadas obras.
5 Así ha dicho el SEÑOR acerca
de los profetas que hacen errar a
mi pueblo, que muerden con sus
dientes, y claman, Paz, y al que
no les diere que coman, aplazan
contra él batalla:
6 Por tanto, de la profecía se os
hará noche, y oscuridad del adi-
vinar; y sobre los profetas se
pondrá el sol, y el día se entene-
brecerá sobre ellos.
7 Y serán avergonzados los profe-
tas, y confundiránse los adivinos;
y ellos todos cubrirán su labio,

porque no hay respuesta de Dios.
8 Yo empero estoy lleno de fuerza del espíritu del SEÑOR, y de juicio, y de fortaleza, para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado.
9 Oid ahora esto, cabezas de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo el derecho;
10 Que edificáis a Sión con sangre, y a Jerusalem con injusticia;
11 Sus cabezas juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y apóyanse en el SEÑOR diciendo: ¿No está el SEÑOR entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros.
12 Por tanto, a causa de vosotros será Sión arada como campo, y Jerusalem será majanos, y el monte de la casa como cumbres de breñal.

CAPÍTULO 4

Y ACONTECERÁ en los postreros tiempos, que el monte de la casa del SEÑOR será constituído por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él pueblos.
2 Y vendrán muchas gentes, y dirán: Venid, y subamos al monte del SEÑOR, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarános en sus caminos, y andaremos por sus veredas: porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del SEÑOR.
3 Y juzgará entre muchos pueblos, y corregirá fuertes gentes hasta muy lejos: y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces: no alzará espada gente contra gente, ni más se ensayarán para la guerra.
4 Y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien amedrente: porque la boca del SEÑOR de los ejércitos lo ha hablado.
5 Bien que todos los pueblos anduvieren cada uno en el nombre de sus dioses, nosotros con todo andaremos en el nombre del SEÑOR nuestro Dios para siempre y eternalmente.
6 En aquel día, dice el SEÑOR, juntaré la coja, y recogeré la amontada, y a la que afligí;
7 Y pondré a la coja para sucesión, y a la descarriada para nación robusta: y el SEÑOR reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora para siempre.
8 Y tú, oh torre del rebaño, la fortaleza de la hija de Sión vendrá hasta ti: y el señorío primero, el reino vendrá a la hija de Jerusalem.
9 Ahora ¿por qué gritas tanto? ¿No hay rey en ti? ¿Pereció tu consejero, que te ha tomado dolor como de mujer de parto?
10 Duélete y gime, hija de Sión como mujer de parto; porque ahora saldrás de la ciudad, y morarás en el campo, y llegarás hasta Babilonia: allí serás librada, allí te redimirá el SEÑOR de la mano de tus enemigos.
11 Ahora empero se han juntado muchas gentes contra ti, y dicen: Sea profanada, y vean nuestros ojos *su deseo* sobre Sión.
12 Mas ellos no conocieron los pensamientos del SEÑOR, ni entendieron su consejo: por lo cual los juntó como gavillas en la era.
13 Levántate y trilla, hija de

Sión, porque tu cuerno tornaré de hierro, y tus pezuñas de latón, y desmenuzarás muchos pueblos; y consagrarás al SEÑOR sus robos, y sus riquezas al Señor de toda la tierra.

CAPÍTULO 5

REÚNETE ahora en bandas, oh hija de bandas: nos han sitiado: con vara herirán sobre la quijada al juez de Israel.
2 Mas tú, Belem Efrata, *aunque*
eres pequeña entre los millares de Judá, *aun* de ti me saldrá el *que* será gobernador en Israel; cuyas salidas *han sido* desde la antigüedad, desde la eternidad.
3 Empero los dejará hasta el tiempo que para la que ha de parir; y el resto de sus hermanos se tornará con los hijos de Israel.
4 Y estará, y apacentará con fortaleza del SEÑOR, con grandeza del nombre del SEÑOR su Dios: y asentarán; porque ahora será engrandecido hasta los fines de la tierra.
5 Y éste será *nuestra* paz. Cuando el Asirio viniere a nuestra tierra, y cuando pisare nuestros palacios, entonces levantaremos contra él siete pastores, y ocho hombres principales;
6 Y comerán la tierra de Asiria a espada, y la tierra de Nimrod con sus espadas; y nos librará del Asirio, cuando viniere contra nuestra tierra y hollare nuestros términos.
7 Y será el residuo de Jacob en medio de muchos pueblos, como el rocío del SEÑOR, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no esperan varón, ni aguardan a hijos de hombres.
8 Asimismo será el resto de Jacob
entre los Gentiles, en medio de muchos pueblos, como el león entre las bestias de la montaña, como el cachorro del león entre las manadas de las ovejas, el cual si pasare, y hollare, y arrebatare, no hay quien escape.
9 Tu mano se alzará sobre tus enemigos, y todos tus adversarios serán talados.
10 Y acontecerá en aquel día, dice el SEÑOR, que haré matar tus caballos de en medio de ti, y haré destruir tus carros.
11 Haré también destruir las ciudades de tu tierra, y arruinaré todas tus fortalezas.
12 Asimismo destruiré de tu mano las hechicerías, y no se hallarán en ti agoreros.
13 Y haré destruir tus esculturas y tus imágenes de en medio de ti, y nunca más te inclinarás a la obra de tus manos;
14 Y arrancaré tus bosques de en medio de ti, y destruiré tus ciudades.
15 Y con ira y con furor haré venganza en las gentes que no escucharon.

CAPÍTULO 6

OID ahora lo que dice el SEÑOR: Levántate, pleitea con los montes, y oigan los collados tu voz.
2 Oid, montes, y fuertes fundamentos de la tierra, el pleito del SEÑOR: porque tiene el SEÑOR pleito con su pueblo, y altercará con Israel.
3 Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he molestado? Responde contra mí.
4 Porque yo te hice subir de la tierra de Egipto, y de la casa de siervos te redimí; y envié delan-

te de ti a Moisés, y a Aarón, y a
Miriam.
5 Pueblo mío, acuérdate ahora
qué aconsejó Balac rey de Moab,
y qué le respondió Balaam, hijo
de Beor, desde Sitim hasta Gilgal,
para que conozcas las justicias
del SEÑOR.
6 ¿Con qué prevendré al SEÑOR,
y adoraré al alto Dios? ¿vendré
ante él con holocaustos, con be-
cerros de un año?
7 ¿Agradaráse el SEÑOR de mi-
llares de carneros, o de diez
mil arroyos de aceite? ¿daré mi
primogénito por mi rebelión, el
fruto de mi vientre por el pecado
de mi alma?
8 Oh hombre, él te ha declarado
qué sea lo bueno, y qué pide de
ti el SEÑOR: solamente hacer jui-
cio, y amar misericordia, y humi-
llarte para andar con tu Dios.
9 La voz del SEÑOR clama a la
ciudad, y el sabio mirará a tu
nombre. Oid la vara, y a quien la
establece.
10 ¿Hay aún en casa del impío
tesoros de impiedad, y medida
escasa que es detestable?
11 ¿Seré limpio con peso falso, y
con bolsa de engañosas pesas?
12 Con lo cual sus ricos se hin-
chieron de rapiña, y sus morado-
res hablaron mentira, y su len-
gua engañosa en su boca.
13 Por eso yo también te enfla-
queceré hiriéndote, asolándote
por tus pecados.
14 Tú comerás, y no te hartarás;
y tu abatimiento será en medio
de ti: tú cogerás, mas no salva-
rás; y lo que salvares, lo entrega-
ré yo a la espada.
15 Tú sembrarás, mas no sega-
rás: pisarás aceitunas, mas
no te ungirás con el aceite; y
mosto, mas no beberás el vino.
16 Porque los mandamientos de
Omri se han guardado, y toda
obra de la casa de Acab; y en
los consejos de ellos anduvisteis,
para que yo te diese en asola-
miento, y tus moradores para ser
silbados. Llevaréis por tanto el
oprobio de mi pueblo.

CAPÍTULO 7

¡AY de mí! que he venido a ser
como cuando han cogido los
frutos del verano, como cuan-
do han rebuscado después de la
vendimia, *que* no *queda* racimo
para comer; mi alma deseó pri-
meros frutos.
2 Faltó el misericordioso de la
tierra, y ninguno hay recto entre
los hombres: todos acechan a la
sangre; cada cual arma red a su
hermano.
3 Para completar la maldad con
sus manos, el príncipe demanda,
y el juez *juzga* por recompensa; y
el grande habla el antojo de su
alma, y lo confirman.
4 El mejor de ellos es como el
cambrón; el más recto, *como* zar-
zal: el día de tus atalayas, tu visi-
tación, viene; ahora será su con-
fusión.
5 No creáis en amigo, ni confiéis
en príncipe: de la que duerme a
tu lado, guarda, no abras tu boca.
6 Porque el hijo deshonra al
padre, la hija se levanta contra
la madre, la nuera contra su sue-
gra: y los enemigos del hombre
son los de su casa.
7 Yo empero al SEÑOR esperaré,
esperaré al Dios de mi salvación:
el Dios mío me oirá.
8 Tú, enemiga mía, no te huel-
gues de mí: porque aunque caí,
he de levantarme; aunque more

en tinieblas, el SEÑOR será mi
luz.
9 La ira del SEÑOR soportaré,
porque pequé contra él, hasta
que juzgue mi causa y haga mi
juicio; él me sacará a luz; veré
su justicia.
10 Y mi enemiga verá, y la cubri-
rá vergüenza: la que me decía:
¿Dónde está el SEÑOR tu Dios?
Mis ojos la verán; ahora será ho-
llada como lodo de las calles.
11 El día en que se edificarán tus
muros, aquel día será alejado el
mandamiento.
12 En ese día vendrán hasta ti
desde Asiria y las ciudades fuer-
tes, y desde las ciudades fuertes
hasta el río, y de mar a mar, y de
monte a monte.
13 Y la tierra con sus moradores
será asolada por el fruto de sus
obras.
14 Apacienta tu pueblo con tu
cayado, el rebaño de tu he-
redad, que mora solo en la
montaña en medio del Car-
melo: pazcan en Basán y Ga-
laad, como en el tiempo pasado.
15 Yo les mostraré maravillas
como el día que saliste de Egipto.
16 Las gentes verán, y se aver-
gonzarán de todas sus valentías;
pondrán la mano sobre su boca,
ensordecerán sus oídos.
17 Lamerán el polvo como la ser-
piente; como reptiles de la tierra,
vendrán temblando de sus ence-
rramientos: despavorirse han del
SEÑOR nuestro Dios, y temerán
a causa de ti.
18 ¿Qué Dios como tú, que per-
donas la maldad, y olvidas el
pecado del resto de su heredad?
No retuvo para siempre su enojo,
porque es amador de misericor-
dia.
19 Él tornará, él tendrá miseri-
cordia de nosotros; él sujetará
nuestras iniquidades, y echará
en los profundos del mar todos
nuestros pecados.
20 Otorgarás a Jacob la verdad,
y a Abraham la misericordia,
que tú juraste a nuestros padres
desde tiempos antiguos.

El Libro de

NAHUM

CAPÍTULO 1

CARGA de Nínive. Libro de la
visión de Nahum, el elcosita.
2 Dios celoso y vengador es el
SEÑOR; vengador es el SEÑOR,
y SEÑOR de ira; el SEÑOR, que
se venga de sus adversarios, y
que guarda *enojo* para sus enemigos.
3 El SEÑOR es tardo para la ira,
y grande en poder, y no tendrá *al
culpado* por inocente. El SEÑOR
marcha entre la tempestad y turbión, y las nubes son el polvo de
sus pies.
4 Él reprende al mar, y lo hace
secar, y agosta todos los ríos:
Basán desfallece, y el Carmelo, y
la flor del Líbano desfallece.
5 Los montes tiemblan de él, y los
collados se deslíen; y la tierra se
abrasa a su presencia, y el mundo,
y todos los que en él habitan.
6 ¿Quién permanecerá delante
de su ira? ¿y quién quedará en
pié en el furor de su enojo? Su
ira se derrama como fuego, y por
él se hienden las peñas.
7 Bueno es el SEÑOR para fortaleza en el día de la angustia; y
conoce a los que en él confían.
8 Mas con inundación impetuosa
hará consumación de su lugar, y
tinieblas perseguirán a sus enemigos.
9 ¿Qué imagináis contra el
SEÑOR? Él hará consumación: la
tribulación no se levantará dos
veces.
10 Porque como espinas entretejidas, mientras se embriagarán
los borrachos, serán consumidos
como las estopas llenas de sequedad.
11 De ti salió el que imagina mal
contra el SEÑOR, un consejero
impío.
12 Así ha dicho el SEÑOR: Aunque reposo tengan, y sean tantos, así serán talados, y él pasará.
Bien que te he afligido, no más
te afligiré.
13 Porque ahora quebraré su
yugo de sobre ti, y romperé tus
coyundas.
14 Mas acerca de ti mandará el
SEÑOR, que nunca más sea sembrado alguno de tu nombre: de
la casa de tu dios talaré escultura
y estatua de fundición, haréla tu
sepulcro; porque fuiste vil.
15 He aquí sobre los montes los
pies del que trae buenas nuevas,
del que pregona la paz. Celebra,
oh Judá, tus fiestas, cumple tus
votos: porque nunca más pasará
por ti el impío; pereció del todo.

CAPÍTULO 2

SUBIÓ destruidor contra ti:
guarda la fortaleza, mira el
camino, fortifica los lomos, fortalece mucho la fuerza.
2 Porque el SEÑOR restituirá la
gloria de Jacob como la gloria
de Israel; porque vaciadores los
vaciaron, y estropearon sus mugrones.
3 El escudo de sus valientes será
bermejo, los varones de *su* ejército vestidos de grana: el carro
como fuego de hachas; el día que
se aparejará, temblarán las hayas.
4 Los carros se precipitarán a las

plazas, discurrirán por las calles:
su aspecto como hachas encendidas; correrán como relámpagos.
5 Acordaráse él de sus valientes; andando tropezarán; se apresurarán a su muro, y la cubierta se aparejará.
6 Las puertas de los ríos se abrirán, y el palacio será destruido.
7 Y la reina fue cautiva; mandarle han que suba, y sus criadas la llevarán gimiendo como palomas, batiendo sus pechos.
8 Y fue Nínive de tiempo antiguo como estanque de aguas; mas ellos huyen: Parad, parad; y ninguno mira.
9 Saquead plata, saquead oro: no hay fin de las riquezas *y* suntuosidad de todo ajuar de codicia.
10 Vacía, y agotada, y despedazada está, y el corazón derretido: batimiento de rodillas, y dolor en todos riñones, y los rostros de todos tomarán negrura.
11 ¿Qué es de la morada de los leones, y de la majada de los cachorros de los leones, donde se recogía el león, y la leona, y los cachorros del león, y no había quien les pusiese miedo?
12 El león arrebataba en abundancia para sus cachorros, y ahogaba para sus leonas, y henchía de presa sus cavernas, y de robo sus moradas.
13 Heme aquí contra ti, dice el SEÑOR de los ejércitos. Encenderé y *reduciré* a humo *tus* carros, y espada devorará tus leoncillos; y raeré de la tierra tu robo, y nunca más se oirá voz de tus embajadores.

CAPÍTULO 3

¡AY de la ciudad de sangres, toda llena de mentira y de rapiña, sin apartarse *de ella* el pillaje!
2 Sonido de látigo, y estruendo de movimiento de ruedas; y caballo atropellador, y carro saltador;
3 Caballero enhiesto, y resplandor de espada, y resplandor de lanza; y multitud de muertos, y multitud de cadáveres; y de sus cadáveres no habrá fin, y en sus cadáveres tropezarán:
4 A causa de la multitud de las fornicaciones de la ramera de hermosa gala, maestra de brujerías, que vende las gentes con sus fornicaciones, y los pueblos con sus hechizos.
5 Heme aquí contra ti, dice el SEÑOR de los ejércitos, y descubriré tus faldas en tu cara, y mostraré a las gentes tu desnudez, y a los reinos tu vergüenza.
6 Y echaré sobre ti suciedades, y te afrentaré, y te pondré como estiércol.
7 Y será que todos los que te vieren, se apartarán de ti, y dirán: Nínive es asolada: ¿quién se compadecerá de ella? ¿dónde te buscaré consoladores?
8 ¿Eres tú mejor que No la populosa, que estaba asentada entre ríos, cercada de aguas, cuyo baluarte era el mar, *y* del mar su muralla?
9 Etiopía era su fortaleza, y Egipto *lo era* sin límite; Put y Libia fueron en tu ayuda.
10 También ella fue llevada en cautiverio: también sus chiquitos fueron estrellados en las encrucijadas de todas las calles; y sobre sus varones echaron suertes, y todos sus magnates fueron aprisionados con grillos.
11 Tú también serás embriagada, serás encerrada; tú también buscarás fortaleza a causa del enemigo.

12 Todas tus fortalezas cual hi-
gueras con brevas; que si las sa-
cuden, caen en la boca del que
las ha de comer.
13 He aquí, tu pueblo será como
mujeres en medio de ti: las puer-
tas de tu tierra se abrirán de par
en par a tus enemigos: fuego
consumirá tus barras.
14 Provéete de agua para el cerco,
fortifica tus fortalezas; entra en
el lodo, pisa el barro, fortifica el
horno.
15 Allí te consumirá el fuego, te
talará la espada, te devorará como
pulgón: multiplícate como langos-
ta, multiplícate como langosta.
16 Multiplicaste tus mercaderes
más que las estrellas del cielo:
el pulgón hizo presa, y voló.
17 Tus príncipes serán como lan-
gostas, y tus grandes como lan-
gostas de langostas que se sien-
tan en vallados en día de frío:
salido el sol se mudan, y no se
conoce el lugar donde estuvie-
ron.
18 Durmieron tus pastores, oh
rey de Asiria, reposaron tus va-
lientes: tu pueblo se derramó por
los montes, y no hay quien lo
junte.
19 No hay cura para tu quebra-
dura; tu herida se encrudeció:
todos los que oyeron tu fama,
batirán las manos sobre ti, por-
que ¿sobre quién no pasó conti-
nuamente tu malicia?

El Libro de

HABACUC

CAPÍTULO 1

LA carga que vio Habacuc
profeta.
2 ¿Hasta cuándo, oh SEÑOR, cla-
maré, y no oirás; *y* daré voces a
ti a causa de la violencia, y no
salvarás?
3 ¿Por qué me haces ver iniqui-
dad, y haces que mire molestia,
y saco y violencia delante de mí,
habiendo además quien levante
pleito y contienda?
4 Por lo cual la ley es debilitada,
y el juicio no sale verdadero: por
cuanto el impío asedia al justo,
por eso sale torcido el juicio.
5 Mirad en las gentes, y ved, y
maravillaos pasmosamente; por-
que obra será hecha en vuestros
días, que aun cuando se os conta-
re, no la creeréis.
6 Porque he aquí, yo levanto los
Caldeos, gente amarga y presu-
rosa, que camina por la anchura
de la tierra para poseer las habi-
taciones ajenas.
7 Espantosa es y terrible: de ella
misma saldrá su derecho y su
grandeza.
8 Y serán sus caballos más lige-
ros que tigres, y más agudos que
lobos de tarde; y sus jinetes se
multiplicarán: vendrán de lejos
sus caballeros, y volarán como
águilas que se apresuran a la co-
mida.
9 Toda ella vendrá a la presa: de-
lante de sus caras viento solano;
y juntará cautivos como arena.
10 Y escarnecerá de los reyes,
y de los príncipes hará burla:
reiráse de toda fortaleza, y
amontonará polvo, y la tomará.
11 Luego mudará *su* mente, y pa-
sará adelante, y ofenderá *impu-
tando* ésta su potencia a su dios.
12 ¿No eres tú desde la eternidad,
oh SEÑOR, Dios mío, Santo mío?
No moriremos. Oh SEÑOR, para
juicio lo pusiste; y tú, oh roca, lo
fundaste para castigar.
13 Muy limpio eres de ojos para
ver el mal, ni puedes ver el agra-
vio: ¿por qué ves los menospre-
ciadores, y callas cuando destru-
ye el impío al más justo que él.
14 Y haces que sean los hombres
como los peces del mar, como
reptiles que no tienen señor?
15 Sacará a todos con anzuelo,
cogerálos con su red, y juntará-
los en su aljerife: por lo cual se
holgará y hará alegrías.
16 Por esto hará sacrificios a su
red, y ofrecerá sahumerios a su
aljerife: porque con ellos engor-
dó su porción, y engrasó su co-
mida.
17 ¿Vaciará por eso su red, o
tendrá piedad de matar gentes
continuamente?

CAPÍTULO 2

SOBRE mi guarda estaré, y
sobre la fortaleza afirmaré el
pie, y atalayaré para ver qué ha-
blará en mí, y qué tengo de res-
ponder a mi pregunta.
2 Y el SEÑOR me respondió, y
dijo: Escribe la visión, y declára-
la en tablas, para que corra el
que leyere en ella.
3 Aunque la visión *tardará* aún
por tiempo, mas al fin hablará,

y no mentirá: aunque se tardare,
espéralo, que sin duda vendrá;
no tardará.
4 He aquí se enorgullece aquel
cuya alma no es derecha en él:
mas el justo por su fe vivirá.
5 Y también, por cuanto peca por
el vino, *es* un hombre soberbio, y
no permanecerá: que ensancha
como el infierno su alma, y es
como la muerte, que no se harta:
antes junta a sí todas las nacio-
nes, y amontona a sí todos los
pueblos.
6 ¿No han de levantar todos estos
sobre él parábola, y sarcasmos
contra él? Y dirán: ¡Ay del que
multiplicó lo que no era suyo! ¿Y
hasta cuándo había de amonto-
nar sobre sí espeso lodo?
7 ¿No se levantarán de repente
los que te han de morder, y se
despertarán los que te han de
quitar de tu lugar, y serás a ellos
por rapiña?
8 Porque tú has despojado mu-
chas gentes, todos los otros pue-
blos te despojarán; a causa de las
sangres humanas, y robos de la
tierra, de las ciudades y de todos
los que moraban en ellas.
9 ¡Ay del que codicia maligna
codicia para su casa, por poner
en alto su nido, por escaparse del
poder del mal!
10 Tomaste consejo vergonzoso
para tu casa, asolaste muchos
pueblos, y has pecado contra tu
alma.
11 Porque la piedra clamará
desde el muro, y la tabla del en-
maderado le responderá.
12 ¡Ay del que edifica la ciudad
con sangres, y del que funda la
villa con iniquidad!
13 ¿No es esto del SEÑOR de los
ejércitos? Los pueblos pues tra-
bajarán para el fuego, y las gen-
tes se fatigarán en vano.
14 Porque la tierra será llena de
conocimiento de la gloria del
SEÑOR, como las aguas cubren
el mar.
15 ¡Ay del que da de beber a su
prójimo, que *le* acercas tu odre y
embriagas, para mirar su desnu-
dez!
16 Haste llenado de deshonra
más que de honra: bebe tú tam-
bién, y será descubierto tu prepu-
cio; la copa de la mano derecha
del SEÑOR volverá sobre ti, y
vómito de afrenta sobre tu gloria.
17 Porque la rapiña del Líbano
caerá sobre ti, y la destrucción
de las fieras lo quebrantará; a
causa de las sangres humanas, y
del robo de la tierra, de las ciu-
dades, y de todos los que en ellas
moraban.
18 ¿De qué sirve la escultura
que esculpió el que la hizo? ¿la
estatua de fundición, que enseña
mentira, para que haciendo imá-
genes mudas confíe el hacedor
en su obra?
19 ¡Ay del que dice al palo: Des-
piértate; y a la piedra muda: Le-
vántate! ¿Podrá él enseñar? He
aquí él está cubierto de oro y plata,
y no hay dentro de él aliento.
20 Mas el SEÑOR *está* en su santo
templo: calle delante de él toda
la tierra.

CAPÍTULO 3

ORACIÓN de Habacuc profeta,
sobre Sigionot.
2 Oh SEÑOR, oído he tu pala-
bra, y temí: Oh SEÑOR, aviva tu
obra en medio de los tiempos, en
medio de los tiempos hazla co-
nocer; en la ira acuérdate de la
misericordia.

3 Dios vendrá de Temán, y el
Santo del monte de Parán. Selah.
Su gloria cubrió los cielos, y la
tierra se llenó de su alabanza.
4 Y el resplandor fue como la
luz; rayos brillantes salían de su
mano; y allí estaba escondida su
fortaleza.
5 Delante de su rostro iba mortandad, y a sus pies salían carbones encendidos.
6 Paróse, y midió la tierra: miró,
e hizo temblar las gentes; y los
montes antiguos fueron desmenuzados, los collados antiguos se
humillaron a él. Sus caminos son
eternos.
7 He visto las tiendas de Cusán
en aflicción; las tiendas de la tierra de Madián temblaron.
8 ¿Airóse el SEÑOR contra los
ríos? ¿contra los ríos fue tu enojo?
¿tu ira contra el mar, cuando subiste sobre tus caballos, y sobre
tus carros de salvación?
9 Descubrióse enteramente tu
arco, los juramentos a las tribus,
palabra *segura*. Selah. Hendiste la
tierra con ríos.
10 Viéronte, y tuvieron temor los
montes: pasó la inundación de
las aguas: el abismo dio su voz,
la hondura alzó sus manos.
11 El sol y la luna se pararon en
su estancia: a la luz de tus saetas
anduvieron, y al resplandor de tu
fulgente lanza.
12 Con ira hollaste la tierra,
con furor trillaste las gentes.
13 Saliste para salvar tu pueblo,
para salvar con tu ungido. Traspasaste la cabeza de la casa del
impío, desnudando el cimiento
hasta el cuello. Selah.
14 Horadaste con sus báculos las
cabezas de sus villas, que como
tempestad acometieron para derramarme: su orgullo era como
para devorar al pobre encubiertamente.
15 Hiciste camino en el mar a tus
caballos, por montón de grandes
aguas.
16 Oí, y tembló mi vientre; a la
voz se batieron mis labios; pudrición se entró en mis huesos, y en
mi asiento me estremecí; si bien
estaré quieto en el día de la angustia, cuando suba al pueblo el
que lo invadirá con sus tropas.
17 Aunque la higuera no florecerá, ni en las vides habrá frutos;
mentirá la obra de la oliva, y los
labrados no darán mantenimiento, *y* las ovejas serán quitadas de
la majada, y no habrá vacas en
los corrales;
18 Con todo, yo me alegraré en el
SEÑOR, y me gozaré en el Dios
de mi salvación.
19 El SEÑOR Dios es mi fortaleza,
el cual pondrá mis pies como de
ciervas, y me hará andar sobre
mis alturas. Al jefe de los cantores sobre mis instrumentos de
cuerdas.

El Libro de
SOFONÍAS

CAPÍTULO 1

PALABRA del SEÑOR que vino a Sofonías hijo de Cusi, hijo de Gedalías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías, en días de Josías hijo de Amón, rey de Judá.
2 Destruiré del todo todas las cosas de sobre la faz de la tierra, dice el SEÑOR.
3 Destruiré los hombres y las bestias; destruiré las aves del cielo, y los peces del mar, y las piedras de tropiezo con los impíos; y talaré los hombres de sobre la faz de la tierra, dice el SEÑOR.
4 Y extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los moradores de Jerusalem, y exterminaré de este lugar el remanente de Baal, y el nombre de los Chemarim con los sacerdotes;
5 Y a los que se inclinan sobre los terrados al ejército del cielo; y a los que se inclinan jurando por el SEÑOR y jurando por Milcom;
6 Y a los que tornan atrás de en pos del SEÑOR; y a los que no buscaron al SEÑOR, ni preguntaron por él.
7 Calla en la presencia del Señor DIOS, porque el día del SEÑOR está cercano; porque el SEÑOR ha aparejado sacrificio, prevenido a sus convidados.
8 Y será que en el día del sacrificio del SEÑOR, haré visitación sobre los príncipes, y sobre los hijos del rey, y sobre todos los que visten vestido extranjero.
9 Asimismo haré visitación en aquel día sobre todos los que saltan la puerta, los que hinchen de robo y de engaño las casas de sus señores.
10 Y habrá en aquel día, dice el SEÑOR, voz de clamor desde la puerta del pescado, y aullido desde la segunda, y grande quebrantamiento desde los collados.
11 Aullad, moradores de Mactes, porque todo el pueblo mercader es destruido; talados son todos los que traían dinero.
12 Y será en aquel tiempo, que yo escudriñaré a Jerusalem con candelas, y haré visitación sobre los hombres que están sentados sobre sus heces, los cuales dicen en su corazón: El SEÑOR ni hará bien ni mal.
13 Será por tanto saqueada su hacienda, y sus casas asoladas: y edificarán casas, mas no las habitarán; y plantarán viñas, mas no beberán el vino de ellas.
14 Cercano está el día grande del SEÑOR, cercano y muy presuroso; voz amarga del día del SEÑOR; gritará allí el valiente.
15 Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento,
16 Día de trompeta y de algazara, sobre las ciudades fuertes, y sobre las altas torres.
17 Y atribularé los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra el SEÑOR: y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol.
18 Ni su plata ni su oro podrá

librarlos en el día de la ira del
SEÑOR; pues toda la tierra será
consumida con el fuego de su
celo: porque ciertamente consu-
mación apresurada hará con
todos los moradores de la tierra.

CAPÍTULO 2

CONGREGAOS y meditad,
gente no amable,
2 Antes que se cumpla el decre-
to, y el día se pase como el tamo;
antes que venga sobre vosotros el
furor de la ira del SEÑOR, antes
que el día de la ira del SEÑOR
venga sobre vosotros.
3 Buscad al SEÑOR todos los hu-
mildes de la tierra, que pusisteis
en obra su juicio; buscad justicia,
buscad mansedumbre: quizás
seréis guardados en el día del
enojo del SEÑOR.
4 Porque Gaza será desampara-
da, y Ascalón asolada: saquearán
a Asdod en el medio día, y Ecrón
será desarraigada.
5 ¡Ay de los que moran a la parte
del mar, la nación de Cheretim!
La palabra del SEÑOR *es* contra
vosotros, oh Canaán, tierra de Fi-
listeos, y yo te destruiré hasta no
quedar morador.
6 Y será la parte del mar por mo-
radas de cabañas de pastores, y
corrales de ovejas.
7 Y será aquella parte para el
resto de la casa de Judá; allí apa-
centarán: en las casas de Ascalón
dormirán a la noche; porque el
SEÑOR su Dios los visitará, y tor-
nará sus cautivos.
8 Yo he oído las afrentas de Moab,
y los denuestos de los hijos de
Amón con que deshonraron a
mi pueblo, y se engrandecieron
sobre su término.
9 Por tanto, vivo yo, dice el
SEÑOR de los ejércitos, Dios de
Israel, que Moab será como So-
doma, y los hijos de Amón como
Gomorra: campo de ortigas, y
mina de sal, y asolamiento per-
petuo: el remanente de mi pue-
blo los saqueará, y el remanente
de mi gente los heredará.
10 Esto les vendrá por su sober-
bia, porque afrentaron, y se en-
grandecieron contra el pueblo
del SEÑOR de los ejércitos.
11 Terrible será el SEÑOR contra
ellos, porque enervará a todos
los dioses de la tierra; y cada uno
desde su lugar se inclinará a él,
todas las islas de las gentes.
12 Vosotros también los de Etio-
pía seréis muertos con mi espada.
13 Y extenderá su mano sobre
el norte, y destruirá al Asirio, y
pondrá a Nínive en asolamiento,
y en secadal como un desierto.
14 Y rebaños de ganado harán en
ella majada, todas las bestias de
las gentes; el onocrótalo también
y el erizo dormirán en sus um-
brales: *su* voz cantará en las ven-
tanas; asolación será en las puer-
tas, porque su *enmaderamiento de*
cedro será descubierto.
15 Ésta *es* la ciudad alegre que
estaba confiada, la que decía en
su corazón: Yo, y no más. ¡Cómo
fue en asolamiento, en cama de
bestias! Cualquiera que pasare
junto a ella silbará, meneará su
mano.

CAPÍTULO 3

¡AY de la ciudad ensuciada *y*
contaminada *y* opresora!
2 No escuchó la voz, ni recibió
la disciplina: no se confió en el
SEÑOR, no se acercó a su Dios.
3 Sus príncipes en medio de ella
son leones rugientes: sus jue-

ces, lobos de tarde que no dejan
hueso para la mañana:
4 Sus profetas, livianos, hombres
prevaricadores: sus sacerdotes
contaminaron el santuario, false-
aron la ley.
5 El SEÑOR justo en medio de
ella, no hará iniquidad: de maña-
na sacará a luz su juicio, nunca
falta: mas el perverso no tiene
vergüenza.
6 Hice talar gentes; sus castillos
están asolados; hice desiertas
sus calles, hasta no quedar quien
pase: sus ciudades están asoladas
hasta no quedar hombre, hasta
no quedar morador.
7 Dije: Ciertamente me temerás,
recibirás corrección; y no será
su habitación derruída por todo
aquello sobre que los visité. Mas
ellos se levantaron de mañana y
corrompieron todas sus obras.
8 Por tanto, esperadme, dice el
SEÑOR, al día que me levantaré
al despojo: porque mi determina-
ción es reunir las gentes, juntar
los reinos, para derramar sobre
ellos mi enojo, todo el furor de mi
ira; porque del fuego de mi celo
será consumida toda la tierra.
9 Por entonces volveré yo a los
pueblos un lenguaje puro, para
que todos invoquen el nom-
bre del SEÑOR, para que de un
consentimiento le sirvan.
10 De esa parte de los ríos de
Etiopía, mis suplicantes, la hija
de mis esparcidos, me traerán
ofrenda.
11 En aquel día no serás avergon-
zada por ninguna de tus obras
con que te rebelaste contra mí;
porque entonces quitaré de en
medio de ti los que se alegran
en tu soberbia, y nunca más te
ensoberbecerás del monte de mi
santidad.
12 Y dejaré en medio de ti un
pueblo humilde y pobre, los cua-
les esperarán en el nombre del
SEÑOR.
13 El resto de Israel no hará ini-
quidad, ni dirá mentira, ni en
boca de ellos se hallará lengua
engañosa: porque ellos serán
apacentados y dormirán, y no
habrá quien los espante.
14 Canta, oh hija de Sión: da
voces de júbilo, oh Israel; góza-
te y regocíjate de todo corazón,
hija de Jerusalem.
15 El SEÑOR ha apartado tus
juicios, ha echado fuera tus ene-
migos: el SEÑOR es Rey de Israel
en medio de ti; nunca más verás
mal.
16 En aquel tiempo se dirá a Je-
rusalem: No temas: Sión, no se
debiliten tus manos.
17 El SEÑOR en medio de ti,
poderoso, él salvará; gozaráse
sobre ti con alegría, callará de
amor, se regocijará sobre ti con
cantar.
18 Reuniré a los fastidiados por
causa del *largo* tiempo; tuyos
fueron; *para quienes* el oprobio de
ella era una carga.
19 He aquí, en aquel tiempo yo
apremiaré a todos tus opresores;
y salvaré la coja, y recogeré la
descarriada; y pondrélos por ala-
banza y por renombre en todo
país de confusión.
20 En aquel tiempo yo os traeré,
en aquel tiempo os reuniré yo;
pues os daré por renombre y por
alabanza entre todos los pueblos
de la tierra, cuando tornaré vues-
tros cautivos delante de vuestros
ojos, dice el SEÑOR.

El Libro de

HAGGEO

CAPÍTULO 1

EN el año segundo del rey
Darío en el mes sexto, en el
primer día del mes, vino la pa-
labra del SEÑOR, por mano del
profeta Haggeo, a Zorobabel hijo
de Sealtiel, gobernador de Judá,
y a Josué hijo de Josadac, gran
sacerdote, diciendo:
2 El SEÑOR de los ejércitos habla
así, diciendo: Este pueblo dice:
No es aún venido el tiempo, el
tiempo de que la casa del SEÑOR
sea reedificada.
3 Vino pues la palabra del SEÑOR
por mano del profeta Haggeo, di-
ciendo:
4 ¿Es para vosotros tiempo, para
vosotros, de morar en vuestras
casas enmaderadas, y esta casa
está desierta?
5 Pues así ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos: Pensad bien sobre
vuestros caminos.
6 Sembráis mucho, y encerráis
poco; coméis, y no os hartáis;
bebéis, y no os saciáis; os vestís,
y no os calentáis; y el que anda
a jornal recibe su jornal en trapo
horadado.
7 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Meditad sobre vuestros
caminos.
8 Subid al monte, y traed made-
ra, y reedificad la casa; y pondré
en ella mi voluntad, y seré hon-
rado, ha dicho el SEÑOR.
9 Buscáis mucho, y halláis poco;
y encerráis en casa, y soplo en
ello. ¿Por qué? dice el SEÑOR
de los ejércitos. Por cuanto mi
casa está desierta, y cada uno de
vosotros corre a su propia casa.
10 Por eso se detuvo del cielo
sobre vosotros el rocío, y la tie-
rra detuvo sus frutos.
11 Y llamé la sequedad sobre
esta tierra, y sobre los montes, y
sobre el trigo, y sobre el vino, y
sobre el aceite, y sobre todo lo
que la tierra produce, y sobre los
hombres y sobre las bestias, y
sobre todo trabajo de manos.
12 Y oyó Zorobabel hijo de Seal-
tiel, y Josué hijo de Josadac, gran
sacerdote, y todo el demás pue-
blo, la voz del SEÑOR su Dios, y
las palabras del profeta Haggeo,
como lo había enviado el SEÑOR
el Dios de ellos; y temió el pue-
blo delante del SEÑOR.
13 Entonces Haggeo, enviado del
SEÑOR, habló por mandato del
SEÑOR, al pueblo, diciendo: Yo
soy con vosotros, dice el SEÑOR.
14 Y despertó el SEÑOR el espí-
ritu de Zorobabel hijo de Sealtiel,
gobernador de Judá, y el espíritu
de Josué hijo de Josadac, gran
sacerdote, y el espíritu de todo el
resto del pueblo; y vinieron e hi-
cieron obra en la casa del SEÑOR
de los ejércitos, su Dios,
15 En el día veinte y cuatro del
mes sexto, en el segundo año del
rey Darío.

CAPÍTULO 2

EN el *mes* séptimo, a los veinte
y uno *del mes*, vino la palabra
del SEÑOR por mano del profeta
Haggeo, diciendo:
2 Habla ahora a Zorobabel hijo
de Sealtiel, gobernador de Judá,

y a Josué hijo de Josadac, gran
sacerdote, y al resto del pueblo,
diciendo:
3 ¿Quién ha quedado entre voso-
tros que haya visto esta casa en
su primera gloria, y cual ahora
la veis? ¿No es ella como nada
delante de vuestros ojos?
4 Pues ahora, Zorobabel, esfuér-
zate, dice el SEÑOR; esfuérzate
también Josué, hijo de Josadac,
gran sacerdote; y cobra ánimo,
pueblo todo de la tierra, dice el
SEÑOR, y obrad: porque yo soy
con vosotros, dice el SEÑOR de
los ejércitos.
5 *Según* el pacto que concerté
con vosotros a vuestra salida de
Egipto, así mi espíritu estará en
medio de vosotros: no temáis.
6 Porque así dice el SEÑOR de
los ejércitos: De aquí a poco aun
haré yo temblar los cielos y la
tierra, y el mar y la seca:
7 Y haré temblar a todas las gen-
tes, y vendrá el Deseado de todas
las gentes; y henchiré esta casa
de gloria, ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos.
8 Mía es la plata, y mío el oro,
dice el SEÑOR de los ejércitos.
9 La gloria de aquesta casa pos-
trera será mayor que la de la
primera, ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos; y daré paz en este
lugar, dice el SEÑOR de los ejér-
citos.
10 A veinticuatro del noveno *mes*,
en el segundo año de Darío, vino
la palabra del SEÑOR por mano
del profeta Haggeo, diciendo:
11 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Pregunta ahora a los
sacerdotes acerca de la ley, di-
ciendo:
12 Si llevare alguno las carnes sa-
gradas en la falda de su ropa, y
con el vuelo *de ella* tocare el pan,
o la vianda, o el vino, o el aceite,
o cualquier otra comida, ¿será
santificado? Y respondieron los
sacerdotes, y dijeron: No.
13 Y dijo Haggeo: Si un inmun-
do a causa de cuerpo muerto to-
care alguna cosa de éstas, ¿será
inmunda? Y respondieron los
sacerdotes, y dijeron: Inmunda
será.
14 Y respondió Haggeo y dijo:
Así es este pueblo, y esta gente,
delante de mí, dice el SEÑOR,
y asimismo toda obra de sus
manos; y todo lo que aquí ofre-
cen es inmundo.
15 Ahora pues, poned vuestro co-
razón desde este día en adelante,
antes que pusiesen piedra sobre
piedra en el templo del SEÑOR:
16 Antes que fuesen *estas cosas,*
venían al montón de veinte *hane-
gas*, y había diez; venían al lagar
para sacar cincuenta *cántaros* del
lagar, y había veinte.
17 Os herí con viento solano, y
con tizoncillo, y con granizo en
toda obra de vuestras manos;
mas no os *convertisteis* a mí, dice
el SEÑOR.
18 Pues poned ahora vuestro co-
razón desde este día en adelan-
te, desde el día veinticuatro del
noveno *mes*, desde el día que se
echó el cimiento al templo del
SEÑOR; poned vuestro corazón.
19 ¿Aun no está la simiente en el
granero? Ni la vid, ni la higuera,
ni el granado, ni el árbol de la
oliva ha todavía florecido: mas
desde aqueste día daré bendi-
ción.
20 Y vino otra vez la palabra del
SEÑOR a Haggeo, a los veinti-
cuatro del mismo mes, diciendo:
21 Habla a Zorobabel, goberna-

dor de Judá, diciendo: Yo haré
temblar los cielos y la tierra;
22 Y trastornaré el trono de los
reinos, y destruiré la fuerza del
reino de las gentes; y trastornaré
el carro, y los que en él suben; y
vendrán abajo los caballos, y los
que en ellos montan, cada cual
por la espada de su hermano.
23 En aquel día, dice el SEÑOR
de los ejércitos, te tomaré, oh
Zorobabel, hijo de Sealtiel, sier-
vo mío, dice el SEÑOR, y ponerte
he como anillo de sellar: porque
yo te escogí, dice el SEÑOR de
los ejércitos.

El Libro de

ZACARÍAS

CAPÍTULO 1

EN el mes octavo, en el año
segundo de Darío, vino la pa-
labra del SEÑOR a Zacarías, hijo
de Berequías, hijo de Iddo el pro-
feta, diciendo:
2 Enojóse el SEÑOR con ira con-
tra vuestros padres.
3 Por lo tanto diles a ellos: Así ha
dicho el SEÑOR de los ejércitos:
Volveos a mí, dice el SEÑOR de
los ejércitos, y yo me volveré a
vosotros, ha dicho el SEÑOR de
los ejércitos.
4 No seáis como vuestros padres,
a los cuales dieron voces los pri-
meros profetas, diciendo: Así ha
dicho el SEÑOR de los ejércitos:
Volveos ahora de vuestros malos
caminos, y *de* vuestras malas
obras: pero no escucharon, ni me
atendieron, dice el SEÑOR.
5 Vuestros padres, ¿dónde *están*?
y los profetas ¿han de vivir para
siempre?
6 Pero mis palabras y mis orde-
nanzas que mandé a mis siervos
los profetas, ¿no alcanzaron a
vuestros padres? Y se volvieron
ellos y dijeron: Como el SEÑOR
de los ejércitos pensó tratarnos
conforme a nuestros caminos, y
conforme a nuestras obras, así lo
hizo con nosotros.
7 A los veinticuatro del mes
undécimo, que *es* el mes de Sebat,
en el año segundo de Darío, vino
la palabra del SEÑOR a Zacarías,
hijo de Berequías, hijo de Iddo el
profeta, diciendo:
8 Ví de noche, y he aquí un varón
que cabalgaba sobre un caballo
bermejo, el cual estaba entre los
mirtos que *había* en la hondura;
y detrás de él *había* caballos ber-
mejos, overos, y blancos.
9 Entonces dije: ¿Qué *son* éstos,
señor mío? Y díjome el ángel que
hablaba conmigo: Yo te enseñaré
qué *son* éstos.
10 Y aquel varón que estaba
entre los mirtos respondió, y
dijo: Éstos *son los* que el SEÑOR
ha enviado a recorrer la tierra.
11 Y ellos respondieron a aquel
ángel del SEÑOR que estaba entre
los mirtos, y dijeron: Hemos
recorrido la tierra, y he aquí toda
la tierra está reposada y quieta.
12 Y respondió el ángel del
SEÑOR, y dijo: Oh SEÑOR de
los ejércitos, ¿hasta cuándo no
tendrás piedad de Jerusalem, y
de las ciudades de Judá, con las
cuales has estado airado por es-
pacio de setenta años?
13 Y el SEÑOR respondió al
ángel que hablaba conmigo, *con*
buenas palabras *y* palabras con-
soladoras.
14 Y díjome el ángel que hablaba
conmigo: Clama diciendo: Así ha
dicho el SEÑOR de los ejércitos:
Celé a Jerusalem y a Sión con
gran celo:
15 Y con grande enojo estoy aira-
do contra las gentes *que están* re-
posadas; porque yo estaba eno-
jado un poco, y ellos ayudaron
para la aflicción.
16 Por tanto, así dice el SEÑOR:
Yo me he vuelto a Jerusalem con
misericordias; en ella será edifi-
cada mi casa, dice el SEÑOR de

los ejércitos, y la plomada será
tendida sobre Jerusalem.
17 Clama aún, diciendo: Así dice
el SEÑOR de los ejércitos: Aún
serán ensanchadas mis ciudades
por la prosperidad; y aún consolará el SEÑOR a Sión, y escogerá
todavía a Jerusalem.
18 Después alcé mis ojos, y miré,
y he aquí cuatro cuernos.
19 Y dije al ángel que hablaba
conmigo: ¿Qué *son* éstos? Y respondióme: Éstos *son* los cuernos
que aventaron a Judá, a Israel, y
a Jerusalem.
20 Mostróme luego el SEÑOR
cuatro carpinteros.
21 Entonces yo dije: ¿Qué vienen éstos a hacer? Y él habló,
diciendo: Éstos *son* los cuernos
que dispersaron a Judá, tanto
que ninguno alzó su cabeza; mas
éstos han venido para hacerlos
temblar, para derribar los cuernos de los gentiles, que alzaron
su cuerno sobre la tierra de Judá
para dispersarla.

CAPÍTULO 2

ALCÉ después mis ojos, y miré
y he aquí un varón que tenía
en su mano un cordel de medir.
2 Y díjele: ¿A dónde vas? Y él me
respondió: A medir a Jerusalem,
para ver cuánta *es* su anchura, y
cuánta su longitud.
3 Y he aquí, salía aquel ángel que
hablaba conmigo, y otro ángel le
salió al encuentro,
4 Y díjole: Corre, habla a este
mozo, diciendo: Sin muros será
habitada Jerusalem a causa de
la multitud de los hombres, y del
ganado en medio de ella.
5 Yo seré para ella, dice el SEÑOR,
muro de fuego en derredor, y seré
por gloria en medio de ella.
6 Eh, eh, huid de la tierra del
norte, dice el SEÑOR, pues por
los cuatro vientos del cielo os esparcí, dice el SEÑOR.
7 Oh Sión, la que moras *con* la
hija de Babilonia, escápate.
8 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos: Después de la
gloria me enviará él a las gentes
que os despojaron: porque el que
os toca, toca a la niña de su ojo.
9 Porque he aquí yo alzo mi
mano sobre ellos, y serán despojo a sus siervos, y sabréis que el
SEÑOR de los ejércitos me envió.
10 Canta y alégrate, hija de Sión:
porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho el
SEÑOR.
11 Y muchas naciones se unirán
al SEÑOR en aquel día, y serán
mi pueblo, y moraré en medio
de ti; y entonces conocerás que
el SEÑOR de los ejércitos me ha
enviado a ti.
12 Y el SEÑOR poseerá a Judá su
heredad en la tierra santa, y escogerá aún a Jerusalem.
13 Calle toda carne delante del
SEÑOR, porque él se ha levantado de su santa morada.

CAPÍTULO 3

Y MOSTRÓME a Josué, el gran
sacerdote, el cual estaba delante del ángel del SEÑOR; y Satanás estaba a su mano derecha
para resistirle.
2 Y dijo el SEÑOR a Satanás: El
SEÑOR te reprenda, oh Satanás;
Sí, el SEÑOR que ha escogido a
Jerusalem, te reprenda. ¿No *es*
éste un tizón arrebatado del incendio?
3 Y Josué estaba vestido de vestimentas viles, y estaba delante
del ángel.

4 Y él respondió y habló a los que
estaban delante de sí, diciendo:
Quitadle esas vestimentas viles.
Y a él dijo: Mira que he hecho
pasar tu iniquidad de ti, y te ves-
tiré con cambio de ropa.
5 Y yo dije: Pongan mitra limpia
sobre su cabeza. Y pusieron una
mitra limpia sobre su cabeza, y
vistiéronle de ropas. Y el ángel
del SEÑOR estaba en pie.
6 Y el ángel del SEÑOR protestó
al mismo Josué, diciendo:
7 Así dice el SEÑOR de los ejér-
citos: Si anduvieres por mis cami-
nos, y si guardares mi ordenanza,
también tú gobernarás mi casa,
también tú guardarás mis atrios,
y entre estos que aquí están te
daré plaza.
8 Escucha pues ahora, Josué
gran sacerdote, tú, y tus amigos
que se sientan delante de ti; por-
que *son* varones admirables: He
aquí, yo traigo a mi siervo, el RE-
NUEVO.
9 Porque he aquí aquella piedra
que puse delante de Josué; sobre
esta única piedra *habrán* siete
ojos: he aquí, yo grabaré su es-
cultura, dice el SEÑOR de los
ejércitos, y quitaré el pecado de
la tierra en un día.
10 En aquel día, dice el SEÑOR
de los ejércitos, cada uno de vo-
sotros llamará a su vecino debajo
de la vid, y debajo de la higuera.

CAPÍTULO 4

Y VOLVIÓ el ángel que hablaba
conmigo, y despertóme como
un hombre que es despertado de
su sueño.
2 Y díjome: ¿Qué ves? Y yo dije:
He mirado, y he aquí un cande-
lero todo *de* oro, con un tazón
encima, y sus siete lámparas en-
cima; y siete tubos para las lám-
paras que *están* encima de él;
3 Y sobre él dos olivos, el uno al
lado derecho del tazón, y el otro
al *lado* izquierdo.
4 Entonces contesté, y hablé a
aquel ángel que hablaba con-
migo, diciendo: ¿Qué *son* éstos,
señor mío?
5 Y el ángel que hablaba conmi-
go respondió, y díjome: ¿No
sabes qué son éstos? Y dije: No,
señor mío.
6 Entonces respondió y habló-
me, diciendo: Ésta *es* la palabra
del SEÑOR a Zorobabel, en que
se dice: No con fuerza, ni con
poder, sino con mi espíritu, dice
el SEÑOR de los ejércitos.
7 ¿Quién *eres* tú, oh gran monta-
ña? Delante de Zorobabel *serás
reducido* a llanura; y él sacará la
piedra angular *con* aclamacio-
nes: Gracia, gracia a ella.
8 Y vino la palabra del SEÑOR a
mí, diciendo:
9 Las manos de Zorobabel echa-
rán el fundamento a esta casa,
y sus manos la acabarán; y
conocerás que el SEÑOR de los
ejércitos me envió a vosotros.
10 Porque, ¿quién ha menospre-
ciado el día de las pequeñeces?
Pues se alegrarán, y verán la
plomada en la mano de Zoro-
babel. Esos siete *son* los ojos del
SEÑOR que recorren por toda la
tierra.
11 Entonces respondí, y díjele:
¿Qué *son* estos dos olivos al *lado*
derecho del candelero, y a su
lado izquierdo?
12 Respondí aún de nuevo, y dí-
jele: ¿Qué *son estas* dos ramas
de olivos que por medio de dos
tubos de oro vierten de sí *aceite
como* oro?

13 Y respondióme, diciendo:
¿No sabes qué *son* éstas? Y dije:
SEÑOR mío, no.
14 Entonces él dijo: Éstos *son* los
dos ungidos que están delante
del SEÑOR de toda la tierra.

CAPÍTULO 5

Y TORNÉME, y alcé mis ojos, y
miré, y he aquí un rollo que
volaba.
2 Y díjome: ¿Qué ves? Y respondí: Veo un rollo que vuela,
de veinte codos de largo, y diez
codos de ancho.
3 Díjome entonces: Ésta *es* la
maldición que sale sobre la faz
de toda la tierra; porque todo
aquel que hurta será desarraigado *como* en este lado según ello;
y todo aquel que jura será desarraigado *como* en ese lado según
ello.
4 Yo la saqué, dice el SEÑOR de
los ejércitos, y vendrá a la casa
del ladrón, y a la casa del que
jura falsamente en mi nombre;
y permanecerá en medio de su
casa, y consumiirála, con sus enmaderamientos y sus piedras.
5 Y salió aquel ángel que hablaba
conmigo, y díjome: Alza ahora
tus ojos, y ve qué *es* esto que sale.
6 Y dije: ¿Qué *es*? Y él dijo: Éste
es un efa que sale. Además dijo:
Ésta *es* la semejanza de ellos en
toda la tierra.
7 Y he aquí, fue levantado un
talento de plomo, y ésta *es* una
mujer que estaba asentada en
medio del efa.
8 Y él dijo: Ésta *es* la maldad; y
echóla dentro del efa, y echó la
masa de plomo en su boca.
9 Alcé luego mis ojos, y miré, y
he aquí dos mujeres que salían, y
traían viento en sus alas, y tenían
alas como de cigüeña, y alzaron
el efa entre la tierra y el cielo.
10 Y dije al ángel que hablaba
conmigo: ¿A dónde llevan el efa?
11 Y él me dijo: Para que le sea
edificada casa en tierra de Sinar:
y será establecida y puesta allí
sobre su propia base.

CAPÍTULO 6

Y TORNÉME, y alcé mis ojos y
miré, y he aquí cuatro carros
que salían de entre dos montes;
y aquellos montes eran de latón.
2 En el primer carro había caballos bermejos, y el segundo carro
caballos negros,
3 Y en el tercer carro caballos
blancos, y en el cuarto carro
caballos overos y rucios rodados.
4 Respondí entonces, y dije al
ángel que conmigo hablaba:
SEÑOR mío, ¿qué es esto?
5 Y el ángel me respondió, y díjome: Éstos son los cuatro vientos
de los cielos, que salen de donde
están delante del SEÑOR de toda
la tierra.
6 En el que estaban los caballos
negros, salieron hacia la tierra
del norte: y los blancos salieron
tras ellos; y los overos salieron
hacia la tierra del sur.
7 Y los rucios salieron, y se afanaron por ir a recorrer la tierra.
Y dijo: Id, recorred la tierra. Y
recorrieron la tierra.
8 Luego me llamó, y hablóme
diciendo: Mira, los que salieron
hacia la tierra del norte hicieron
reposar mi espíritu en la tierra
del norte.
9 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR, diciendo:
10 Toma de los del cautiverio, de
Heldai, y de Tobías, y de Jedaía,
los cuales volvieron de Babilo-

nia; y vendrás tú en aquel día, y
entrarás en casa de Josías hijo de
Sefanías;
11 Tomarás pues plata y oro, y
harás coronas, y las pondrás
en la cabeza del gran sacerdote
Josué, hijo de Josadac;
12 Y le hablarás, diciendo: Así ha
hablado el SEÑOR de los ejércitos,
diciendo: He aquí el varón
cuyo nombre es RENUEVO, el
cual brotará de su lugar, y edificará
el templo del SEÑOR:
13 Él edificará el templo del
SEÑOR, y él llevará gloria, y se
sentará y dominará en su trono, y
será sacerdote en su solio; y consejo
de paz será entre ambos a dos.
14 Y Helem, y Tobías, y Jedaía,
y Hen, hijo de Sefanías, tendrán
coronas por memorial en el templo
del SEÑOR.
15 Y los que están lejos vendrán
y edificarán en el templo
del SEÑOR, y conoceréis que el
SEÑOR de los ejércitos me ha
enviado a vosotros. Y será *esto,*
si oyereis obedientes la voz del
SEÑOR vuestro Dios.

CAPÍTULO 7

Y ACONTECIÓ en el año cuarto
del rey Darío, que vino la
palabra del SEÑOR a Zacarías a
los cuatro del mes noveno, que
es Quisleu;
2 Cuando fue enviado a la casa
de Dios, Saraser, con Regem-melec
y sus hombres, a implorar el
favor del SEÑOR,
3 Y a hablar a los sacerdotes que
estaban en la casa del SEÑOR de
los ejércitos, y a los profetas, diciendo:
¿Lloraremos en el mes
quinto? ¿haremos abstinencia
como hemos hecho ya algunos
años?
4 Vino pues a mí la palabra del
SEÑOR de los ejércitos, diciendo:
5 Habla a todo el pueblo del
país, y a los sacerdotes, diciendo:
Cuando ayunasteis y llorasteis
en el quinto y en el séptimo *mes*
estos setenta años, ¿habéis ayunado
para mí?
6 Y cuando coméis y bebéis, ¿no
coméis y bebéis para vosotros?
7 ¿No *oiréis* las palabras que proclamó
el SEÑOR por medio de los
profetas primeros, cuando Jerusalem
estaba habitada y próspera,
y sus ciudades en sus alrededores,
y el sur y la campiña estaban habitados?
8 Y vino la palabra del SEÑOR a
Zacarías, diciendo:
9 Así habló el SEÑOR de los ejércitos,
diciendo: Juzgad juicio
verdadero, y haced misericordia
y piedad cada cual con su hermano:
10 No oprimáis a la viuda, ni al
huérfano, ni al extranjero, ni al
pobre; ni ninguno maquinéis mal
en su corazón contra su hermano.
11 Empero no quisieron escuchar,
antes dieron hombro rebelado, y
agravaron sus oídos para no oír:
12 Y pusieron su corazón como
diamante, para no oír la ley ni
las palabras que el SEÑOR de los
ejércitos enviaba por su espíritu,
por mano de los profetas primeros:
fue, por tanto, hecho grande
castigo por el SEÑOR de los ejércitos.
13 Y aconteció que como él
clamó, y no escucharon, así ellos
clamaron, y yo no escuché, dice
el SEÑOR de los ejércitos;
14 Antes los esparcí con torbellino
por todas las gentes que ellos no
conocían, y la tierra fue desolada

tras de ellos, sin quedar quien
fuese ni viniese; pues tornaron en
asolamiento el país deseable.

CAPÍTULO 8

Y VINO *a mí* la palabra del
SEÑOR de los ejércitos, diciendo:
2 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Yo he celado a Sión
con grande celo, y con grande
ira la celé.
3 Así dice el SEÑOR: Yo he restituído a Sión, y moraré en medio
de Jerusalem: y Jerusalem se
llamará Ciudad de Verdad, y el
monte del SEÑOR de los ejércitos, Monte de Santidad.
4 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Aun han de morar viejos y viejas en las plazas de Jerusalem, y cada cual con bordón
en su mano por la multitud de
los días.
5 Y las calles de la ciudad serán
llenas de muchachos y muchachas, que jugarán en las calles.
6 Así dice el SEÑOR de los ejércitos: Si esto parecerá dificultoso
a los ojos del resto de este pueblo
en aquellos días, ¿también será
dificultoso delante de mis ojos?
dice el SEÑOR de los ejércitos.
7 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: He aquí, yo salvo mi
pueblo de la tierra del oriente, y
de la tierra donde se pone el sol;
8 Y traerélos, y habitarán en
medio de Jerusalem; y me serán
por pueblo, y yo seré a ellos por
Dios con verdad y con justicia.
9 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Esfuércense vuestras
manos, de vosotros los que oís
en estos días estas palabras de la
boca de los profetas, desde el día
que se echó el cimiento a la casa
del SEÑOR de los ejércitos, para
edificar el templo.
10 Porque antes de estos días no
ha habido paga de hombre, ni
paga de bestia, ni hubo paz alguna para entrante ni para saliente,
a causa del enemigo: y yo dejé
todos los hombres, cada cual
contra su compañero.
11 Mas ahora no *lo haré* con el
resto de este pueblo como en
aquellos días pasados, dice el
SEÑOR de los ejércitos.
12 Porque *habrá* simiente de paz;
la vid dará su fruto, y dará su producto la tierra, y los cielos darán
su rocío; y haré que el resto de
este pueblo posea todo esto.
13 Y será que como fuisteis maldición entre las gentes, oh casa de
Judá y casa de Israel, así os salvaré, y seréis bendición. No temáis,
mas esfuércense vuestras manos.
14 Porque así ha dicho el SEÑOR
de los ejércitos: Como pensé haceros mal cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice el
SEÑOR de los ejércitos, y no me
arrepentí;
15 Así tornando he pensado de
hacer bien a Jerusalem y a la
casa de Judá en estos días: no
temáis.
16 Éstas *son* las cosas que habéis
de hacer: Hablad verdad cada
cual con su prójimo; juzgad en
vuestras puertas verdad y juicio
de paz:
17 Y ninguno de vosotros maquinéis mal en su corazón contra su prójimo, ni améis juramento falso: porque todas éstas
son cosas que aborrezco, dice el
SEÑOR.
18 Y vino a mí la palabra del
SEÑOR de los ejércitos, diciendo:
19 Así ha dicho el SEÑOR de los

ejércitos: El ayuno del cuarto *mes*,
y el ayuno del quinto, y el ayuno
del séptimo, y el ayuno del déci-
mo, se tornarán a la casa de Judá
en gozo y alegría, y en festivas
solemnidades. Amad pues ver-
dad y paz.
20 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: Aun vendrán pueblos, y
moradores de muchas ciudades;
21 Y vendrán los moradores de
la una a la otra, y dirán: Vamos a
implorar el favor del SEÑOR, y a
buscar al SEÑOR de los ejércitos.
Yo también iré.
22 Y vendrán muchos pueblos
y fuertes naciones a buscar al
SEÑOR de los ejércitos en Jeru-
salem, y a implorar el favor del
SEÑOR.
23 Así ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos: En aquellos días *acon-
tecerá* que diez hombres de todas
las lenguas de las gentes, traba-
rán de la falda de un Judío, di-
ciendo: Iremos con vosotros,
porque hemos oído que Dios está
con vosotros.

CAPÍTULO 9

CARGA de la palabra del
SEÑOR contra tierra de Ha-
drac, y de Damasco su reposo:
porque al SEÑOR están vueltos
los ojos de los hombres, y de
todas las tribus de Israel.
2 Y también Hamat tendrá tér-
mino en ella; Tiro y Sidón, aun-
que muy sabia sea.
3 Bien que Tiro se edificó forta-
leza, y amontonó plata como
polvo, y oro como lodo de las
calles,
4 He aquí, el SEÑOR la empo-
brecerá, y herirá en el mar su
fortaleza, y ella será consumida
de fuego.
5 Ascalón verá, y temerá; Gaza
también, y se dolerá en gran ma-
nera: asimismo Ecrón, porque su
esperanza será confundida; y de
Gaza perecerá el rey, y Ascalón
no será habitada.
6 Y habitará en Asdod un extran-
jero, y yo talaré la soberbia de
los Filisteos;
7 Y quitaré sus sangres de su
boca, y sus abominaciones de sus
dientes, y quedarán ellos tam-
bién para nuestro Dios, y serán
como capitanes en Judá, y Ecrón
como el Jebuseo.
8 Y seré real de ejército a mi
casa, a causa del que va y del
que viene: y no pasará más sobre
ellos angustiador; porque ahora
miré con mis ojos.
9 Alégrate mucho, oh hija de
Sión; da voces de júbilo, oh hija
de Jerusalem: he aquí, tu Rey
vendrá a ti, justo y salvador, hu-
milde, y cabalgando sobre un
asno, y sobre un pollino hijo de
asna.
10 Y de Efraím destruiré los ca-
rros, y los caballos de Jerusalem;
y los arcos de guerra serán que-
brados: y hablará paz a las gen-
tes; y su señorío será de mar a
mar, y desde el río hasta los fines
de la tierra.
11 Y tú también por la sangre de
tu pacto serás salva; yo he saca-
do tus presos del aljibe en que no
hay agua.
12 Tornaos a la fortaleza, oh pre-
sos de esperanza: hoy también os
anuncio que os daré doblado.
13 Porque entesado he para
mí a Judá *como* arco, henchí a
Efraím; y despertaré tus hijos,
oh Sión, contra tus hijos, oh
Grecia, y te pondré como espa-
da de valiente.

14 Y el SEÑOR será visto sobre
ellos, y su dardo saldrá como relámpago: y el Señor DIOS tocará trompeta, e irá como torbellinos del sur.
15 El SEÑOR de los ejércitos los
amparará, y ellos devorarán, y sujetarán a las piedras de la honda, y beberán, y harán estrépito como *tomados* del vino; y se llenarán como cuenco, o como los lados del altar.
16 Y los salvará en aquel día el
SEÑOR su Dios como a rebaño de su pueblo: porque serán engrandecidos en su tierra como piedras de corona.
17 Porque ¡cuánta es su bondad,
y cuánta su hermosura! El trigo alegrará a los mancebos, y el vino a las doncellas.

CAPÍTULO 10

PEDID al SEÑOR lluvia en la sazón tardía: el SEÑOR hará relámpagos, y os dará lluvia abundante, y hierba en el campo a cada uno.
2 Porque las imágenes han hablado vanidad, y los adivinos han visto mentira, y han hablado sueños vanos, en vano consuelan: por lo cual se fueron ellos como ovejas, fueron humillados porque no *tuvieron* pastor.
3 Contra los pastores se ha encendido mi enojo, y castigaré los machos de cabrío: mas el SEÑOR de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y tornarálos como su caballo de honor en la guerra.
4 De él saldrá el ángulo, de él la clavija, de él el arco de la guerra, de él también todo apremiador.
5 Y serán como valientes, que en la batalla pisan *al enemigo* en el lodo de las calles; y pelearán, porque el SEÑOR *será* con ellos; y los que cabalgan en caballos serán avergonzados.
6 Porque yo fortificaré la casa de Judá, y guardaré la casa de José; y harélos volver, porque de ellos tendré piedad; y serán como si no los hubiera desechado; porque yo soy el SEÑOR su Dios, que los oiré.
7 Y será Efraím como valiente, y alegraráse su corazón como de vino: sus hijos también verán y se alegrarán; su corazón se gozará en el SEÑOR.
8 Yo les silbaré y los juntaré, porque los he redimido; y serán multiplicados como fueron multiplicados.
9 Bien que los sembraré entre los pueblos, aun en lejanos países se acordarán de mí; y vivirán con sus hijos, y tornarán.
10 Porque yo los tornaré de la tierra de Egipto, y los recogeré de la Asiria; y traerélos a la tierra de Galaad y del Líbano, y no les bastará.
11 Y la tribulación pasará por el mar, y en el mar herirá las ondas, y se secarán todas las honduras del río: y la soberbia del Asirio será derribada, y se perderá el cetro de Egipto.
12 Y yo los fortificaré en el SEÑOR, y caminarán en su nombre, dice el SEÑOR.

CAPÍTULO 11

OH Líbano, abre tus puertas, y queme fuego tus cedros.
2 Aúlla, oh ciprés, porque el cedro cayó, porque los magníficos son talados. Aullad, encinas de Basán, porque el fuerte monte es derribado.

3 Voz de aullido de pastores, porque su magnificencia es asolada; estruendo de rugidos de cachorros de leones, porque la soberbia del Jordán es destruída.
4 Así ha dicho el SEÑOR mi Dios: Apacienta las ovejas de la matanza;
5 A las cuales mataban sus compradores, y no se tenían por culpables; y el que las vendía, decía: Bendito sea el SEÑOR, que he enriquecido; ni sus pastores tenían piedad de ellas.
6 Por tanto, no más tendré piedad de los moradores de la tierra, dice el SEÑOR: porque he aquí, yo entregaré los hombres, cada cual en mano de su compañero, y en mano de su rey; y quebrantarán la tierra, y yo no libraré de sus manos.
7 Apacenté pues las ovejas de la matanza, es a saber, los pobres del rebaño. Y me tomé dos cayados; al uno puse por nombre Gracia, y al otro Ataduras; y apacenté las ovejas.
8 E hice matar tres pastores en un mes, y mi alma se angustió por ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí.
9 Y dije: No os apacentaré; la que muriere, muera; y la que se perdiere, se pierda; y las que quedaren, que cada una coma la carne de su compañera.
10 Tomé luego mi cayado Gracia, y quebrélo, para deshacer mi pacto que concerté con todos los pueblos.
11 Y fue deshecho en ese día, y así conocieron los pobres del rebaño que miran a mí, que era palabra del SEÑOR.
12 Y díjeles: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron para mi salario treinta *piezas* de plata.
13 Y díjome el SEÑOR: Échalo al alfarero, hermoso precio con que me han apreciado. Y tomé las treinta *piezas* de plata, y echélas al alfarero en la casa del SEÑOR.
14 Quebré luego el otro mi cayado Ataduras, para romper la hermandad entre Judá e Israel.
15 Y díjome el SEÑOR: Toma aún los aperos de un pastor insensato;
16 Porque, he aquí, levantaré un pastor en la tierra, *quien* no visitará a ellas que están cortadas, ni buscará la pequeña, ni curará la perniquebrada, ni alimentará la que está sola; sino que comerá la carne de la gruesa, y despedazará sus uñas.
17 ¡Ay del pastor inútil que deja el rebaño! La espada *será* sobre su brazo, y sobre su ojo derecho; y su brazo será secado del todo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido.

CAPÍTULO 12

CARGA de la palabra del SEÑOR acerca de Israel. El SEÑOR, que extiende los cielos, y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho:
2 He aquí, yo pongo a Jerusalem por copa de temblor a todos los pueblos de alrededor cuando estén en el sitio contra Judá y contra Jerusalem.
3 Y será en aquel día, que yo pondré a Jerusalem por piedra pesada a todos los pueblos: todos los que se la cargaren, serán despedazados, bien que todas las gentes de la tierra se juntarán contra ella.

4 En aquel día, dice el SEÑOR,
heriré con aturdimiento a todo
caballo, y con locura al que en él
sube; mas sobre la casa de Judá
abriré mis ojos, y a todo caballo
de los pueblos heriré con ceguera.
5 Y los capitanes de Judá dirán
en su corazón: Mi fuerza son los
moradores de Jerusalem en el
SEÑOR de los ejércitos su Dios.
6 En aquel día pondré los capitanes de Judá como un brasero de
fuego en leña, y como una hacha
de fuego en gavillas; y consumirán a diestra y a siniestra todos
los pueblos alrededor: y Jerusalem será otra vez habitada en
su lugar, en Jerusalem.
7 Y librará el SEÑOR las tiendas
de Judá primero, porque la gloria
de la casa de David y del morador de Jerusalem no se engrandezca sobre Judá.
8 En aquel día el SEÑOR defenderá al morador de Jerusalem: y
el que entre ellos fuere flaco, en
aquel tiempo será como David;
y la casa de David como ángeles,
como el ángel del SEÑOR delante de ellos.
9 Y será que en aquel día yo
procuraré quebrantar todas las
gentes que vinieren contra Jerusalem.
10 Y derramaré sobre la casa de
David, y sobre los moradores de
Jerusalem, espíritu de gracia y de
oración; y mirarán a mí, a quien
traspasaron, y harán llanto sobre
él, como llanto sobre unigénito,
afligiéndose sobre él como quien
se aflige sobre primogénito.
11 En aquel día habrá gran llanto
en Jerusalem, como el llanto de
Adadrimón en el valle de Meguido.
12 Y la tierra lamentará, cada
linaje de por sí; el linaje de la
casa de David por sí, y sus esposas por sí; el linaje de la casa
de Natán por sí, y sus esposas
por sí;
13 El linaje de la casa de Leví por
sí, y sus esposas por sí; el linaje
de Simei por sí, y sus esposas por
sí;
14 Todos los otros linajes, los linajes por sí, y sus esposas por sí.

CAPÍTULO 13

EN aquel tiempo habrá manantial abierto para la casa de
David y para los moradores de
Jerusalem, para el pecado y la
inmundicia.
2 Y será en aquel día, dice el
SEÑOR de los ejércitos, que talaré de la tierra los nombres de las
imágenes, y nunca más vendrán
en memoria: y también haré
talar de la tierra los profetas, y
espíritu de inmundicia.
3 Y será que cuando alguno más
profetizare, diránle su padre y su
madre que lo engendraron: No
vivirás, porque has hablado mentira en el nombre del SEÑOR: y
su padre y su madre que lo engendraron, le alancearán cuando
profetizare.
4 Y será en aquel tiempo, que
todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profetizaren; ni nunca más se vestirán
de manto velloso para mentir.
5 Y dirá: No soy profeta; labrador soy de la tierra: porque *esto*
aprendí del hombre desde mi juventud.
6 Y le preguntarán: ¿Qué heridas
son éstas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en
casa de mis amigos.

7 Levántate, oh espada, sobre el
pastor, y sobre el hombre compa-
ñero mío, dice el SEÑOR de los
ejércitos. Hiere al pastor, y se de-
rramarán las ovejas: mas tornaré
mi mano sobre los chiquitos.
8 Y acontecerá en toda la tierra,
dice el SEÑOR, que las dos par-
tes serán taladas en ella, y se per-
derán; mas la tercera quedará en
ella.
9 Y meteré en el fuego la ter-
cera parte, y los refinaré como
se refina la plata, y los probaré
como se prueba el oro. Invoca-
rán mi nombre, y yo les oiré, y
diré: Pueblo mío; y ellos dirán:
El SEÑOR *es* mi Dios.

CAPÍTULO 14

HE aquí, el día del SEÑOR
viene, y tus despojos serán
repartidos en medio de ti.
2 Porque yo reuniré todas las
gentes en batalla contra Jeru-
salem; y la ciudad será tomada, y
saqueadas serán las casas, y for-
zadas las mujeres: y la mitad de
la ciudad irá en cautiverio, mas
el resto del pueblo no será talado
de la ciudad.
3 Después saldrá el SEÑOR, y pe-
leará con aquellas gentes, como
peleó el día de la batalla.
4 Y afirmaránse sus pies en aquel
día sobre el monte de las Olivas,
que está en frente de Jerusalem a
la parte de oriente: y el monte de
las Olivas se partirá por medio
de sí hacia el oriente y hacia el
occidente, *haciendo* un muy gran-
de valle; y la mitad del monte se
apartará hacia el norte, y la otra
mitad hacia el sur.
5 Y huiréis al valle de los mon-
tes; porque el valle de los mon-
tes llegará hasta Hasal; y huiréis
de la manera que huisteis por
causa del terremoto en los días
de Uzías, rey de Judá: y vendrá
el SEÑOR mi Dios, y con él todos
los santos.
6 Y acontecerá que en ese día no
habrá luz clara, ni oscura.
7 Y será un día, el cual es cono-
cido del SEÑOR, que ni será día
ni noche; mas acontecerá que al
tiempo de la tarde habrá luz.
8 Acontecerá también en aquel
día, que saldrán de Jerusalem
aguas vivas; la mitad de ellas
hacia el mar oriental, y la otra
mitad hacia el mar occidental, en
verano y en invierno.
9 Y el SEÑOR será rey sobre toda
la tierra. En aquel día el SEÑOR
será uno, y uno su nombre.
10 Y toda la tierra se tornará
como llanura desde Gabaa hasta
Rimón al sur de Jerusalem: y
ésta será enaltecida, y habitarse
ha en su lugar desde la puerta
de Benjamín hasta el lugar de la
puerta primera, hasta la puerta
de los rincones; y desde la torre
de Hananeel hasta los lagares del
rey.
11 Y morarán en ella, y nunca
más será anatema; sino que será
Jerusalem habitada confiada-
mente.
12 Y ésta será la plaga con que
herirá el SEÑOR a todos los pue-
blos que pelearon contra Jeru-
salem: la carne de ellos se disol-
verá estando ellos sobre sus pies,
y se consumirán sus ojos en sus
cuencas, y su lengua se les des-
hará en su boca.
13 Y acontecerá en aquel día que
habrá en ellos gran quebranta-
miento del SEÑOR; porque tra-
bará cada uno de la mano de su
compañero, y su mano echará

contra la mano de su compañe-
ro.
14 Y Judá también peleará en
Jerusalem. Y serán reunidas las
riquezas de todas las gentes de
alrededor: oro, y plata, y ropas
de vestir, en grande abundancia.
15 Y tal como esto será la plaga
de los caballos, de los mulos, de
los camellos, de los asnos, y de
todas las bestias que estuvieren
en aquellos campamentos.
16 Y todos los que quedaren de
las gentes que vinieron contra
Jerusalem subirán de año en año
a adorar al Rey, el SEÑOR de los
ejércitos, y a celebrar la fiesta de
los tabernáculos.
17 Y acontecerá, que los de las
familias de la tierra que no subie-
ren a Jerusalem a adorar al Rey,
el SEÑOR de los ejércitos, no
vendrá sobre ellos lluvia.
18 Y si la familia de Egipto no
subiere, y no viniere, sobre ellos
no *habrá lluvia*; vendrá la plaga
con que el SEÑOR herirá las gen-
tes que no subieren a celebrar la
fiesta de los tabernáculos.
19 Éste será el castigo de Egipto,
y el castigo de todas las nacio-
nes que no subieren a celebrar la
fiesta de los tabernáculos.
20 En aquel tiempo estará sobre
las campanillas de los caballos:
SANTIDAD AL SEÑOR; y las ollas
en la casa del SEÑOR serán como
los tazones delante del altar.
21 Y será toda olla en Jerusalem
y en Judá santidad al SEÑOR de
los ejércitos: y todos los que sa-
crificaren, vendrán y tomarán
de ellas, y cocerán en ellas: y no
habrá más Cananeo alguno en la
casa del SEÑOR de los ejércitos
en aquel tiempo.

El Libro de
MALAQUÍAS

CAPÍTULO 1

CARGA de la palabra del
SEÑOR contra Israel, por
mano de Malaquías.
2 Yo os he amado, dice el SEÑOR;
y dijisteis: ¿En qué nos amaste?
¿No era Esaú hermano de Jacob,
dice el SEÑOR, y amé a Jacob,
3 Y a Esaú aborrecí, y torné sus
montes en asolamiento, y su posesión para los dragones del desierto?
4 Cuando Edom dijere: Nos
hemos empobrecido, mas tornemos a edificar lo arruinado; así
ha dicho el SEÑOR de los ejércitos: Ellos edificarán, y yo destruiré: y les llamarán provincia
de impiedad, y pueblo contra
quien el SEÑOR se airó para
siempre.
5 Y vuestros ojos lo verán, y diréis: Sea el SEÑOR engrandecido
sobre la provincia de Israel.
6 El hijo honra al padre, y el siervo a su señor: si pues soy yo padre,
¿Qué es de mi honra? y si soy
señor, ¿qué es de mi temor?, dice
el SEÑOR de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué
hemos menospreciado tu nombre?
7 Que ofrecéis sobre mi altar pan
inmundo. Y dijisteis: ¿En qué
te hemos amancillado? En que
decís: La mesa del SEÑOR es despreciable.
8 Y cuando ofrecéis el *animal*
ciego para sacrificar, ¿No es
malo? asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es
malo? Preséntalo pues a tu príncipe: ¿acaso se agradará de ti, o
le serás acepto? dice el SEÑOR
de los ejércitos.
9 Ahora pues, orad a la faz de
Dios que tenga piedad de nosotros: esto de vuestra mano vino:
¿Le seréis agradables? dice el
SEÑOR de los ejércitos.
10 ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o
alumbre mi altar de balde? Yo
no recibo contentamiento en
vosotros, dice el SEÑOR de los
ejércitos, ni de vuestra mano me
será agradable el presente.
11 Porque desde donde el sol
nace hasta donde se pone, es
grande mi nombre entre los Gentiles; y en todo lugar se ofrece
a mi nombre perfume, y ofrenda pura: porque grande es mi
nombre entre las gentes, dice el
SEÑOR de los ejércitos.
12 Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es
la mesa del SEÑOR; y cuando
hablan *que* su alimento es despreciable.
13 Habéis además dicho: ¡Oh qué
trabajo! y lo desechasteis, dice el
SEÑOR de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo,
y presentasteis ofrenda. ¿Seráme
acepto eso de vuestra mano?
dice el SEÑOR.
14 Maldito el engañoso, que tiene
macho en su rebaño, y promete,
y sacrifica lo dañado al SEÑOR:
porque yo soy Gran Rey, dice
el SEÑOR de los ejércitos, y mi
nombre es formidable entre las
gentes.

CAPÍTULO 2

AHORA pues, oh sacerdotes, a
vosotros es este mandamien-
to.
2 Si no oyereis, y si no acordareis
dar gloria a mi nombre, ha dicho
el SEÑOR de los ejércitos, envia-
ré maldición sobre vosotros, y
maldeciré vuestras bendiciones;
y aun las he maldecido, porque
no lo ponéis en vuestro corazón.
3 He aquí, yo os daño la semen-
tera, y esparciré el estiércol sobre
vuestros rostros, el estiércol de
vuestras solemnidades, y con él
seréis removidos.
4 Y sabréis que yo os envié este
mandamiento, para que fuese
mi pacto con Leví, ha dicho el
SEÑOR de los ejércitos.
5 Mi pacto fue con él de vida y
de paz, las cuales cosas yo le di
por el temor; porque me temió,
y delante de mi nombre estuvo
humillado.
6 La Ley de verdad estuvo en su
boca, e iniquidad no fue hallada
en sus labios: en paz y en justi-
cia anduvo conmigo, y a muchos
hizo apartar de la iniquidad.
7 Porque los labios de los sacer-
dotes han de guardar el conoci-
miento, y de su boca buscarán
la ley; porque mensajero es del
SEÑOR de los ejércitos.
8 Mas vosotros os habéis aparta-
do del camino; habéis hecho tro-
pezar a muchos en la ley; habéis
corrompido el pacto de Leví, dice
el SEÑOR de los ejércitos.
9 Por tanto, yo también os torné
viles y bajos a todo el pueblo,
según que vosotros no habéis
guardado mis caminos, y en la
ley tenéis acepción de personas.
10 ¿No tenemos todos un *mismo*
padre? ¿No nos ha creado un
mismo Dios? ¿Por qué menos-
preciaremos cada uno a su her-
mano, quebrantando el pacto de
nuestros padres?
11 Prevaricó Judá, y en Israel y
en Jerusalem ha sido cometida
abominación; porque Judá ha
profanado la santidad del SEÑOR
que amó, y casádose con hija de
dios extraño.
12 El SEÑOR talará de los taber-
náculos de Jacob al hombre que
hiciere esto, al que vela, y al que
responde, y al que ofrece presen-
te al SEÑOR de los ejércitos.
13 Y esta otra vez haréis cubrir
el altar del SEÑOR de lágrimas,
de llanto, y de clamor; así que
no miraré más a presente, para
aceptarlo con gusto de vuestra
mano.
14 Mas diréis: ¿Por qué? Porque
el SEÑOR ha atestiguado entre ti
y la esposa de tu mocedad, contra
la cual tú has sido desleal, siendo
ella tu compañera, y la esposa de
tu pacto.
15 Pues qué ¿No hizo él uno *solo*
aunque tenía la abundancia del
espíritu? ¿Y por qué uno? Para
que procurara una simiente de
Dios. Guardaos pues en vuestros
espíritus, y contra la esposa de
vuestra mocedad no seáis deslea-
les.
16 Porque el SEÑOR, el Dios de
Israel ha dicho que él aborrece
que sea repudiada; y cubra la
iniquidad con su vestido, dijo
el SEÑOR de los ejércitos. Guar-
daos pues en vuestros espíritus, y
no seáis desleales.
17 Habéis hecho cansar al SEÑOR
con vuestras palabras. Y di-
réis: ¿En qué le hemos cansado?
Cuando decís: Cualquiera que
mal hace agrada al SEÑOR, y en

los tales toma contentamiento:
de otra manera, ¿Dónde está el
Dios de juicio?

CAPÍTULO 3

HE aquí, yo enviaré mi mensajero, el cual preparará el
camino delante de mí: y repentinamente vendrá a su templo el
SEÑOR a quien buscáis; es decir,
y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha
dicho el SEÑOR de los ejércitos.
2 ¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá
estar cuando él se mostrará? Porque él es como fuego purificador,
y como jabón de lavadores.
3 Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los
hijos de Leví, los afinará como a
oro y como a plata; y ofrecerán
al SEÑOR ofrenda con justicia.
4 Y será suave al SEÑOR la ofrenda de Judá y de Jerusalem, como
en los días pasados, y como en
los años antiguos.
5 Y llegarme he a vosotros a juicio: y seré pronto testigo contra
los hechiceros y adúlteros; y contra los que juran mentira, y los
que detienen el salario del jornalero, de la viuda, y del huérfano,
y los que hacen agravio al extranjero, no teniendo temor de mí,
dice el SEÑOR de los ejércitos.
6 Porque yo el SEÑOR, no me
mudo; y así vosotros, hijos de
Jacob, no habéis sido consumidos.
7 Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis
leyes, y no las guardasteis. Tornaos a mí, y yo me tornaré a vosotros, ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué
hemos de tornar?
8 ¿Robará el hombre a Dios? Pues
vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado?
Los diezmos y las primicias.
9 Malditos sois con maldición,
porque vosotros, la nación toda,
me habéis robado.
10 Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en
mi casa; y probadme ahora en
esto, dice el SEÑOR de los ejércitos, si no os abriré las ventanas del cielo, y derramaré sobre
vosotros bendición hasta que
sobreabunde.
11 Increparé también por vosotros al devorador, y no os corromperá el fruto de la tierra; ni
vuestra vid en el campo abortará,
dice el SEÑOR de los ejércitos.
12 Y todas las gentes os dirán
bienaventurados; porque seréis
tierra deseable, dice el SEÑOR
de los ejércitos.
13 Vuestras palabras han prevalecido contra mí, dice el SEÑOR.
Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado
contra ti?
14 Habéis dicho: Por demás es
servir a Dios: ¿Y qué aprovecha
que guardemos su ley, y que andemos tristes delante del SEÑOR
de los ejércitos?
15 Decimos pues ahora, que
bienaventurados los soberbios, y
también que los que hacen impiedad son los prosperados: bien
que tentaron a Dios, escaparon.
16 Entonces los que temen al
SEÑOR hablaron cada uno a su
compañero; y el SEÑOR escuchó
y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que
temen al SEÑOR, y para los que
piensan en su nombre.
17 Y ellos serán míos, dice el
SEÑOR de los ejércitos, en aquel
día cuando yo prepare mis joyas:

y los perdonaré como un hombre
perdona a su hijo que le sirve.
18 Entonces os tornaréis, y echa-
réis de ver la diferencia entre el
justo y el malo, entre el que sirve
a Dios y el que no le sirve.

CAPÍTULO 4

PORQUE he aquí, viene el día
ardiente como un horno; y
todos los soberbios, y todos los
que hacen maldad, serán estopa;
y aquel día que vendrá, los abra-
sará, ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos, el cual no les dejará ni
raíz ni rama.
2 Mas a vosotros los que teméis
mi nombre, nacerá el Sol de jus-
ticia, y en sus alas *traerá* salva-
ción: y saldréis, y saltaréis como
becerros de la manada.
3 Y hollaréis a los malos, los cua-
les serán ceniza bajo las plantas
de vuestros pies, en el día que yo
hago, ha dicho el SEÑOR de los
ejércitos.
4 Acordaos de la ley de Moisés
mi siervo, al cual encargué en
Horeb ordenanzas y leyes para
todo Israel.
5 He aquí, yo os envío a Elías el
profeta, antes que venga el día
del SEÑOR grande y terrible.
6 Él convertirá el corazón de los
padres a los hijos, y el corazón
de los hijos a los padres: no sea
que yo venga, y con destrucción
hiera la tierra.

FIN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento de nuestro Señor Dios y Salvador Jesu Cristo

Valera 1602 Purificada

Antigua Versión de Cipriano de Valera 1602
Fielmente traducida y revisada al castellano del
Texto Recibido griego y cotejada posteriormente
con diversas traducciones castellanas

Edición Letra Grande (2019)

Obra llevada a cabo por la:

Iglesia Bautista Bíblica de la Gracia
Apartado 209 - Santa Catarina, N.L. - México 66350
www.MaravillosaGracia.com

Publicada por:



www.Valera1602.org

El Evangelio Según
MATEO

CAPÍTULO 1

EL LIBRO de la generación de
Jesu Cristo, hijo de David,
hijo de Abraham.
2 Abraham engendró a Isaac: e
Isaac engendró a Jacob: y Jacob
engendró a Judá y a sus hermanos:
3 Y Judá engendró de Tamar a
Fares y a Zara: y Fares engendró
a Esrom: y Esrom engendró a
Aram:
4 Y Aram engendró a Aminadab:
y Aminadab engendró a Naasón:
y Naasón engendró a Salmón:
5 Y Salmón engendró de Rahâb
a Booz: y Booz engendró de Rut
a Obed: y Obed engendró a Isaí:
6 E Isaí engendró al rey David: y
el rey David engendró a Salomón
de la *que fue esposa* de Urías:
7 Y Salomón engendró a Roboam:
y Roboam engendró a Abía: y
Abía engendró a Asa:
8 Y Asa engendró a Josafat: y Jo-
safat engendró a Joram: y Joram
engendró a Ozías:
9 Y Ozías engendró a Joatam: y
Joatam engendró a Acaz: y Acaz
engendró a Ezequías:
10 Y Ezequías engendró a Mana-
sés: y Manasés engendró a Amón:
y Amón engendró a Josías:
11 Y Josías engendró a Jeconías
y a sus hermanos en el tiempo de
la transmigración a Babilonia:
12 Y después de la transmigra-
ción a Babilonia, Jeconías engen-
dró a Salatiel: y Salatiel engen-
dró a Zorobabel:
13 Y Zorobabel engendró a Abiud:
y Abiud engendró a Eliaquim: y
Eliaquim engendró a Azor:
14 Y Azor engendró a Sadoc:
y Sadoc engendró a Aquim; y
Aquim engendró a Eliud;
15 Y Eliud engendró a Eleazar;
y Eleazar engendró a Matán: y
Matán engendró a Jacob:
16 Y Jacob engendró a José ma-
rido de María, de la cual nació
Jesús, el cual es llamado el Cristo.
17 De manera que todas las ge-
neraciones desde Abraham hasta
David *son* catorce generaciones: y
desde David hasta la transmigra-
ción a Babilonia, catorce genera-
ciones: y desde la transmigración
de Babilonia hasta Cristo, cator-
ce generaciones.
18 Y el nacimiento de Jesu Cris-
to fue así: Que estando María su
madre desposada con José, antes
que se juntasen, se halló haber
concebido del Espíritu Santo.
19 Y José su marido, como era
justo, y no quisiese exponerla a
la infamia, quiso dejarla secreta-
mente.
20 Y pensando él en estas cosas,
he aquí el ángel del Señor le apa-
reció en sueños, diciendo: José,
hijo de David, no temas de reci-
bir a María tu esposa; porque lo
que en ella es engendrado, del
Espíritu Santo es.
21 Y ella parirá un hijo, y llama-
rás su nombre JESÚS: porque él
salvará a su pueblo de sus peca-
dos.
22 Todo esto fue hecho para que
se cumpliese lo que había hablado
el Señor, por el profeta diciendo:
23 He aquí una virgen concebi-
rá y parirá un hijo, y llamarán su

nombre Emmanuel, que interpre-
tado es: Dios con nosotros.
24 Y despertado José del sueño,
hizo como el ángel del Señor le
había mandado, y tomó consigo
a su esposa.
25 Y no la conoció hasta que parió
a su Hijo primogénito: y llamó su
nombre JESÚS.

CAPÍTULO 2

Y CUANDO fue nacido Jesús en
Belem de Judea en los días
del rey Herodes, he aquí hombres
sabios vinieron del oriente a Je-
rusalem,
2 Diciendo: ¿Dónde está el que
es nacido Rey de los Judíos? Por-
que su estrella hemos visto en el
oriente, y venimos a adorarle.
3 Y oyendo *esto* el rey Herodes, se
turbó, y toda Jerusalem con él.
4 Y habiendo convocado todos
los principales sacerdotes, y los
escribas del pueblo, les preguntó
dónde había de nacer el Cristo.
5 Y ellos le dijeron: En Belem de
Judea; porque así está escrito por
el profeta:
6 Y tú, Belem, tierra de Judá, no
eres la más pequeña entre los
príncipes de Judá; porque de ti
saldrá un Gobernador, que regirá
a mi pueblo Israel.
7 Entonces Herodes, habiendo
llamado a los sabios en secreto,
inquirió de ellos diligentemente
el tiempo del aparecimiento de la
estrella;
8 Y enviándoles a Belem, dijo:
Andad allá, y buscad con diligen-
cia por el niño; y cuando le hu-
bieres hallado, hacédme*lo* saber,
para que yo también vaya y le
adore.
9 Y ellos, habiendo oído al rey, se
fueron: y he aquí, que la estrella
que habían visto en el oriente, iba
delante de ellos, hasta que llegan-
do, se puso sobre donde estaba el
niño.
10 Y viendo ellos la estrella, se
regocijaron mucho de gran gozo.
11 Y entrando en la casa, vieron al
niño con su madre María, y pos-
trándose, le adoraron; y abriendo
sus tesoros, le ofrecieron dones,
oro e incienso y mirra.
12 Y siendo avisados por Dios en
un sueño que no volviesen a He-
rodes, se volvieron a su tierra por
otro camino.
13 Y después que ellos hubieron
partido, he aquí, el ángel del
Señor aparece en un sueño a José,
diciendo: Levántate, y toma al
niño y a su madre, y huye a Egip-
to, y estáte allá hasta que yo te
lo diga; porque ha de acontecer,
que Herodes buscará al niño para
destruirle.
14 Y levantándose él, tomó al
niño y a su madre de noche, y se
fue a Egipto;
15 Y estuvo allá hasta la muerte
de Herodes: para que se cumplie-
se lo que había hablado el Señor,
por el profeta, que dijo: De Egip-
to llamé a mi Hijo.
16 Herodes entonces, cuando se
vio burlado de los hombres sa-
bios, se enfureció mucho, y envió,
y mató todos los niños que había
en Belem y en todos sus términos,
de edad de dos años abajo, con-
forme al tiempo que había inqui-
rido diligentemente de los sabios.
17 Entonces se cumplió lo que
había hablado por el profeta Je-
remías, diciendo:
18 Una voz fue oída en Ramá,
lamentación, y lloro y gemido
grande: Raquel que llora *por* sus
hijos; y no quiso ser consolada,
porque no son.
19 Mas habiendo muerto Herodes,

he aquí un ángel del Señor apare-
ce en un sueño a José en Egipto,
20 Diciendo: Levántate, y toma al
niño y a su madre, y vete a tie-
rra de Israel; que muertos son los
que buscaban la vida del niño.
21 Entonces él se levantó, y tomó
al niño y a su madre, y vínose a
tierra de Israel.
22 Mas cuando él oyó que Arque-
lao reinaba en Judea en lugar de
Herodes su padre, tuvo temor de
ir allá; mas avisado por Dios en
un sueño, se fue a las partes de
Galilea.
23 Y vino, y habitó en una ciu-
dad que se llama Nazaret: para
que se cumpliese lo que fue dicho
por los profetas, que será llamado
Nazareno.

CAPÍTULO 3

Y EN aquellos días vino Juan el
Bautista predicando en el de-
sierto de Judea,
2 Y diciendo: Arrepentíos, que el
reino del cielo está cerca.
3 Porque éste es aquel del cual
fue dicho por el profeta Isaías, di-
ciendo: La voz del que clama en
el desierto: Aparejad el camino
del Señor, enderezad sus veredas.
4 Y el mismo Juan tenía sus ves-
tidos de pelos de camellos, y una
cinta de cuero alrededor de sus
lomos; y su comida era langostas
y miel silvestre.
5 Entonces salía a él Jerusalem, y
toda Judea, y toda la provincia de
al derredor del Jordán,
6 Y eran bautizados por él en el
Jordán, confesando sus pecados.
7 Y viendo él muchos de los Fa-
riseos y de los Saduceos, que
venían a su bautismo, les decía:
¡Generación de víboras! ¿quién
os ha enseñado a huir de la ira
venidera?
8 Haced pues frutos dignos de
arrepentimiento.
9 Y no penséis decir dentro de vo-
sotros mismos: A Abraham tene-
mos por padre: porque yo os digo,
que puede Dios levantar hijos a
Abraham aun de estas piedras.
10 Y ya también el hacha está
puesta a la raíz de los árboles;
por tanto todo árbol que no hace
buen fruto, es cortado y echado
en el fuego.
11 Yo a la verdad os bautizo en
agua para arrepentimiento; mas
el que viene en pos de mí, más
poderoso es que yo; los zapatos
del cual yo no soy digno de lle-
var; él os bautizará con el Espíri-
tu Santo, y *con* fuego:
12 Cuyo aventador *está* en su
mano, y limpiará su era: y reco-
gerá su trigo en el alfolí, y que-
mará la paja en fuego que nunca
se apagará.
13 Entonces Jesús vino de Galilea
a Juan al Jordán, para ser bauti-
zado de él.
14 Mas Juan le resistía mucho,
diciendo: tengo necesidad de ser
bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí?
15 Empero respondiendo Jesús le
dijo: Deja ahora; porque así nos
conviene cumplir toda justicia.
Entonces le dejó.
16 Y Jesús después que fue bau-
tizado, subió inmediatamente del
agua; y he aquí los cielos le fue-
ron abiertos, y vio al Espíritu de
Dios que descendía como paloma,
y venía sobre él.
17 Y he aquí una voz del cielo que
decía: Éste es mi Hijo muy amado,
en el cual yo estoy muy agradado.

CAPÍTULO 4

ENTONCES Jesús fue llevado
por el Espíritu al desierto,
para ser tentado del diablo.

2 Y cuando hubo ayunado cua-
renta días y cuarenta noches, des-
pués tuvo hambre.
3 Y llegándose a él el tentador,
dijo: Si tú eres el Hijo de Dios, di
que estas piedras se hagan pan.
4 Mas él respondiendo, dijo: Es-
crito está: No sólo de pan vivirá
el hombre, mas de toda palabra
que sale de la boca de Dios.
5 Entonces el diablo le lleva a la
santa ciudad, y le pone sobre el
pináculo del templo,
6 Y le dice: Si tú eres el Hijo de
Dios, échate *de aquí* abajo; porque
escrito está: Que a sus ángeles
te encargará; y te alzarán en *sus*
manos, para que nunca tropieces
tu pie contra una piedra.
7 Jesús le dijo: Otra vez está es-
crito: No tentarás al Señor tu Dios.
8 Otra vez le lleva el diablo a un
monte muy alto, y le muestra
todos los reinos del mundo, y la
gloria de ellos,
9 Y le dice: Y te daré todas estas
cosas, si postrado me adorares.
10 Entonces Jesús le dice: Vete,
Satanás, porque escrito está: Al
Señor tu Dios adorarás y a él sólo
servirás.
11 Entonces el diablo le deja: y
he aquí los ángeles llegaron y le
servían.
12 Mas cuando Jesús hubo oído
que Juan era preso, se retiró a
Galilea;
13 Y dejando a Nazaret, vino y
habitó en Capernaum, que está
junto al mar, en los confines de
Zabulón y de Neftalí:
14 Para que se cumpliese lo que
fue dicho por el profeta Isaías,
que dice:
15 La tierra de Zabulón, y la tie-
rra de Neftalí, camino del mar, de
la otra parte del Jordán, Galilea
de los Gentiles;
16 El pueblo que estaba asentado
en tinieblas, vio gran luz; y a los
asentados en región y sombra de
muerte, luz les esclareció.
17 Desde entonces comenzó Jesús
a predicar, y a decir: Arrepentíos,
que el reino del cielo está cerca.
18 Y andando Jesús junto al mar
de Galilea, vio a dos hermanos,
Simón, que es llamado Pedro, y
Andrés su hermano, que echaban
una red en el mar; porque eran
pescadores.
19 Y díceles: Venid en pos de mí, y
haceros he pescadores de hombres.
20 Ellos entonces, dejando inme-
diatamente las redes, le siguieron.
21 Y pasando de allí vio otros
dos hermanos, Jacobo, *hijo* de Ze-
bedeo, y a Juan su hermano, en
una nave con Zebedeo, su padre,
que remendaban sus redes; y los
llamó.
22 Y ellos, dejando inmediata-
mente la nave, y a su padre, le
siguieron.
23 Y rodeaba Jesús a toda Gali-
lea, enseñando en las sinagogas
de ellos, y predicando el evan-
gelio del reino, y sanando toda
enfermedad y toda dolencia en el
pueblo.
24 Y corría su fama por toda la
Siria; y traían a él todos los que
tenían mal: los tomados de diver-
sas enfermedades y tormentos, y
los endemoniados, y lunáticos, y
paralíticos, y los sanaba.
25 Y le seguían grandes multitu-
des de gentes de Galilea y *de* De-
cápolis *y de* Jerusalem y *de* Judea
y *de* la otra parte del Jordán.

CAPÍTULO 5

YVIENDO las multitudes, subió
en el monte; y cuando se
hubo sentado, se llegaron a él sus
discípulos.

2 Y abriendo su boca, les enseña-
ba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres en
espíritu: porque de ellos es el
reino del cielo.
4 Bienaventurados los que lloran:
porque ellos serán consolados.
5 Bienaventurados los mansos:
porque ellos heredarán la tierra.
6 Bienaventurados los que tienen
hambre y sed de justicia: porque
ellos serán hartos.
7 Bienaventurados los misericor-
diosos: porque ellos alcanzarán
misericordia.
8 Bienaventurados los puros de
corazón: porque ellos verán a
Dios.
9 Bienaventurados los pacificado-
res: porque ellos serán llamados
hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que pa-
decen persecución por causa de
la justicia: porque de ellos es el
reino del cielo.
11 Bienaventurados sois cuando
os vituperaren y *os* persiguieren,
y dijeren toda mala palabra con-
tra vosotros por mi causa, min-
tiendo.
12 Regocijaos y alegraos; porque
vuestro galardón *es* grande en el
cielo: que así persiguieron a los
profetas que fueron antes de vo-
sotros.
13 Vosotros sois la sal de la tie-
rra: pero si la sal perdiere su
sabor ¿con qué será salada? no
vale más para nada, sino que sea
echada fuera y sea hollada de los
hombres.
14 Vosotros sois la luz del mundo:
La ciudad asentada sobre el
monte no se puede esconder.
15 Ni encienden el candil y lo
ponen debajo de un almud, sino
sobre el candelero, y alumbra a
todos los que están en casa.
16 Así resplandezca vuestra luz
delante de los hombres, para que
vean vuestras obras buenas, y
glorifiquen a vuestro Padre que
está en el cielo.
17 No penséis que yo he venido
para destruir la ley o los profetas:
no soy venido para destruir, sino
para cumplir.
18 Porque de cierto os digo, *que*
hasta que pase el cielo y la tierra,
ni una jota ni un tilde pasará de
la ley, hasta que todas las cosas
sean cumplidas.
19 De manera que cualquiera que
quebrantare uno de estos man-
damientos muy pequeños, y así
enseñare a los hombres, muy pe-
queño será llamado en el reino
del cielo: mas cualquiera que *los*
hiciere y enseñare, éste será lla-
mado grande en el reino del cielo.
20 Porque os digo, que si vues-
tra justicia no fuera mayor que la
de los escribas y de los Fariseos,
de ningún modo entraréis en el
reino del cielo.
21 Habéis oído que fue dicho por
los antiguos: No matarás; mas
cualquiera que matare, estará ex-
puesto a juicio.
22 Yo pues os digo, que cualquie-
ra que se enojare sin causa con su
hermano, estará expuesto a jui-
cio; y cualquiera que dijere a su
hermano, Raca, estará expuesto
al concilio; y cualquiera que a *su*
hermano dijere: Necio, estará ex-
puesto al fuego del infierno.
23 Por tanto, si trajeres tu presen-
te al altar, y allí te acordares que
tu hermano tiene algo contra ti,
24 Deja allí tu presente delante
del altar, y ve, reconcíliate pri-
mero con tu hermano, y entonces
ven y ofrece tu presente.
25 Ponte de acuerdo con tu ad-
versario presto, entre tanto que

estás con él en el camino; porque
no acontezca que el adversario
te entregue al juez, y el juez te
entregue al oficial, y seas echado
en prisión.
26 De cierto te digo, que no sal-
drás de allí, hasta que pagues el
último cuadrante.
27 Habéis oído que fue dicho
por los antiguos: No cometerás
adulterio:
28 Mas yo os digo, que cualquie-
ra que mira a una mujer para
codiciarla, ya ha cometido adul-
terio con ella en su corazón.
29 Por tanto, si tu ojo derecho
te escandalizare, sácalo, y écha-
lo de ti, que mejor te es que pe-
rezca uno de tus miembros, que
no que todo tu cuerpo sea lan-
zado en el infierno.
30 Y si tu mano derecha te es-
candalizare, córtala, y échala
de ti: que mejor te es que perez-
ca uno de tus miembros, y no
que todo tu cuerpo sea lanzado
al infierno.
31 También ha sido dicho:
Cualquiera que repudiare a su
esposa, dele carta de divorcio:
32 Mas yo os digo, que el que
repudiare a su esposa, a no ser
por causa de fornicación, hace
que ella cometa adulterio; y el
que se casare con la repudiada,
comete adulterio.
33 Habéis oído que fue dicho a
los antiguos: No te perjurarás;
mas pagarás al Señor tus jura-
mentos.
34 Yo pues os digo: no juréis en
ninguna manera: ni por el cielo,
porque es el trono de Dios;
35 Ni por la tierra, porque es el
estrado de sus pies; ni por Jeru-
salem, porque es la ciudad del
gran Rey.
36 Ni por tu cabeza jurarás,
porque no puedes hacer un ca-
bello blanco o negro.
37 Mas sea vuestro hablar: sí,
sí; no, no; porque lo que es más
de esto, de mal procede.
38 Habéis oído que fue dicho:
Ojo por ojo, y diente por diente.
39 Mas yo os digo: que no resis-
táis al mal; antes a cualquiera
que te diere un bofetón en tu
mejilla derecha, vuélvele tam-
bién la otra;
40 Y al que quisiere ponerte a
pleito y quitarte tu túnica, dé-
jale también la capa;
41 Y a cualquiera que te forzare
a ir una milla, ve con él dos.
42 Al que te pidiere, dale; y al
que quisiere tomar de ti presta-
do, no le rehuses.
43 Habéis oído que fue dicho:
Amarás a tu prójimo, y aborre-
cerás a tu enemigo.
44 Mas yo os digo: Amad a
vuestros enemigos, bendecid a
los que os maldicen, haced bien
a los que os aborrecen, y orad
por los que os ultrajan y os per-
siguen;
45 Para que seáis hijos de vues-
tro Padre que está en el cielo:
que hace que su sol salga sobre
malos y buenos; y envía lluvia
sobre justos e injustos.
46 Porque si amareis a los que
os aman, ¿qué galardón ten-
dréis? ¿No hacen también así
los publicanos?
47 Y si saludareis a vuestros
hermanos solamente, ¿qué ha-
céis de más? ¿No hacen tam-
bién así los publicanos?
48 Sed pues vosotros perfectos,
como vuestro Padre que está en
el cielo es perfecto.

CAPÍTULO 6

MIRAD que no hagáis vuestra limosna delante de los hombres, para que seáis mirados de ellos: de otra manera no tenéis galardón de vuestro Padre que está en el cielo.
2 Pues cuando haces limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados de los hombres: de cierto os digo, tienen su galardón.
3 Mas cuando tú haces limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha;
4 Que sea tu limosna en secreto: y tu Padre que ve en secreto, él te recompensará en lo público.
5 Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas, y en las esquinas de las calles de pie, para que sean vistos de los hombres. De cierto os digo que tienen su galardón.
6 Mas tú, cuando orares, entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará en lo público.
7 Mas cuando oréis, no uséis vanas repeticiones como los paganos; que piensan que por su parlería serán oídos.
8 No seáis pues semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de que cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.
9 Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en el cielo, Sea santificado tu nombre.
10 Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad en la tierra, como en el cielo.
11 Danos hoy nuestro pan cotidiano.
12 Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
13 Y no nos metas en tentación, mas líbranos de mal: porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por siempre. Amén.
14 Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial.
15 Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.
16 Y cuando ayunáis, no seáis como los hipócritas, de un rostro triste: que demudan sus caras para parecer a los hombres que ayunan: de cierto os digo, ellos tienen su galardón.
17 Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara,
18 Para no parecer a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo secreto: y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará en lo público.
19 No atesoréis para vosotros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;
20 Mas atesoraos para vosotros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan, ni hurtan.
21 Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.
22 La luz del cuerpo es el ojo: así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso.
23 Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la luz que en ti hay son

tinieblas, ¡cuán grandes *serán* las
mismas tinieblas!
24 Ninguno puede servir a dos se-
ñores; porque o aborrecerá al uno
y amará al otro, o se allegará al
uno y menospreciará al otro: No
podéis servir a Dios y a mammón.
25 Por tanto os digo: No os acon-
gojéis por vuestra vida, que ha-
béis de comer, o que habéis de
beber, ni por vuestro cuerpo, que
habéis de vestir: ¿La vida no es
más que el alimento, y el cuerpo
que el vestido?
26 Mirad a las aves del cielo, que
no siembran, ni siegan, ni reco-
gen en alfolíes; y vuestro Padre
celestial las alimenta. ¿No sois
vosotros mucho mejores que
ellas?
27 ¿Mas quién de vosotros, por
mucho que se acongoje, podrá
añadir a su estatura un codo?
28 Y por el vestido ¿por qué os
acongojáis? considerad los lirios
del campo, como crecen; no tra-
bajan, ni hilan;
29 Mas os digo, que ni aun Salo-
món con toda su gloria fue vesti-
do así como uno de ellos.
30 Y si la hierba del campo que
hoy es, y mañana es echada en el
horno, Dios la viste así, ¿no *hará*
mucho más a vosotros, Oh voso-
tros de poca fe?
31 No os acongojéis, pues, di-
ciendo: ¿Qué comeremos? o
¿Qué beberemos? o ¿Qué nos
vestiremos?
32 Porque los Gentiles buscan
todas estas cosas: porque vuestro
Padre celestial sabe que de todas
estas cosas tenéis necesidad.
33 Mas buscad primeramente
el reino de Dios y su justicia, y
todas estas cosas os serán añadi-
das.
34 Así que, no os acongojéis por
el día de mañana; porque el día
de mañana traerá su congoja.
Basta al día su propio mal.

CAPÍTULO 7

NO juzguéis, para que no seáis
juzgados.
2 Porque con el juicio con que
juzgáis, seréis juzgados; y con la
medida que medís, os será medi-
do.
3 Y ¿por qué miras la mota que
está en el ojo de tu hermano, y
no consideras la viga que está en
tu ojo?
4 O ¿cómo dirás a tu hermano:
Déjame sacar de tu ojo la mota, y
he aquí la viga en tu ojo?
5 ¡Hipócrita! saca primero la
viga de tu ojo, y entonces verás
claramente para sacar la mota
del ojo de tu hermano.
6 No deis lo que es santo a los
perros; ni echéis vuestras perlas
delante de los puercos; porque
no las rehuellen con sus pies, y
vuelvan, y os despedacen.
7 Pedid, y se os dará; buscad, y
hallaréis; llamad, y se os abrirá.
8 Porque cualquiera que pide, re-
cibe; y el que busca, halla; y al
que llama, se le abrirá.
9 ¿Qué hombre hay de vosotros,
a quien si su hijo pidiere pan, le
dará una piedra?
10 ¿O si *le* pidiere un pez, le dará
una serpiente?
11 Pues si vosotros, siendo malos,
sabéis dar buenas dádivas a vues-
tros hijos, vuestro Padre que está
en el cielo, ¿cuánto más dará
buenas cosas a los que le piden?
12 Así que, todas las cosas que
querríais que los hombres hicie-
sen con vosotros, así también
haced vosotros con ellos; por-

que ésta es la ley y los profetas.
13 Entrad por la puerta estrecha:
porque ancha *es* la puerta, y es-
pacioso el camino que lleva a
perdición, y los que entran por él
son muchos.
14 Porque la puerta *es* estrecha, y
angosto el camino que lleva a la
vida, y pocos son los que lo hallan.
15 Guardaos de los falsos profe-
tas, que vienen a vosotros con
vestidos de ovejas, mas de den-
tro son lobos rapaces.
16 Por sus frutos los conoceréis.
¿Cógense uvas de los espinos, o
higos de los abrojos?
17 Así, todo árbol bueno hace
buenos frutos; mas el árbol co-
rrompido hace malos frutos.
18 No puede el buen árbol hacer
malos frutos, ni el árbol corrom-
pido hacer buenos frutos.
19 Todo árbol que no hace buen
fruto es cortado y echado en el
fuego.
20 Así que, por sus frutos los co-
noceréis.
21 No todo el que me dice: Señor,
Señor, entrará en el reino del
cielo: sino el que hiciere la vo-
luntad de mi Padre que está en
el cielo.
22 Muchos me dirán en aquel
día: Señor, Señor, ¿no profetiza-
mos en tu nombre, y en tu nom-
bre echamos demonios, y en tu
nombre hicimos muchas maravi-
llas?
23 Y entonces les diré claramen-
te: Nunca os conocí; apartaos de
mí, vosotros que obráis maldad.
24 Pues, todo aquel que oye estas
mis palabras, y las hace, compa-
rarle he al varón prudente, que
edificó su casa sobre la roca;
25 Y descendió la lluvia, y vinie-
ron los ríos, y soplaron los vien-
tos, y acometieron aquella casa;
y no cayó: porque estaba funda-
da sobre la roca.
26 Y todo aquel que oye estas mis
palabras y no las hace, será se-
mejante al varón insensato, que
edificó su casa sobre la arena;
27 Y descendió la lluvia, y vi-
nieron los ríos, y soplaron los
vientos, e hicieron ímpetu contra
aquella casa y cayó, y su caída
fue grande.
28 Y aconteció que cuando Jesús
hubo acabado estas palabras, las
gentes se espantaban de su doc-
trina;
29 Porque les enseñaba como
quien tiene autoridad, y no como
los escribas.

CAPÍTULO 8

CUANDO hubo descendido del
monte, seguíanle grandes
multitudes.
2 Y he aquí un leproso vino, y le
adoró, diciendo: Señor, si quisie-
res, puedes limpiarme.
3 Y extendiendo Jesús la mano,
le tocó, diciendo: Quiero; sé lim-
pio. Y al instante su lepra fue
limpiada.
4 Y Jesús le dice: Mira, no *lo*
digas a nadie; mas ve, muéstrate
al sacerdote, y ofrece el presente
que mandó Moisés, en testimo-
nio a ellos.
5 Y cuando Jesús hubo entrado
en Capernaum, vino a él un cen-
turión, rogándole,
6 Y diciendo: Señor, mi siervo
está echado en casa paralítico,
gravemente atormentado.
7 Y Jesús le dijo: Yo vendré y le
sanaré.
8 Y respondió el centurión, y
dijo: Señor, no soy digno que en-
tres debajo de mi techo; mas so-

lamente di la palabra, y mi sier-
vo será sano.
9 Porque también yo soy hombre
bajo de autoridad; y tengo solda-
dos bajo de mí mismo: y digo a
éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y
viene; y a mi siervo: Haz esto, y
lo hace.
10 Y oyéndolo Jesús, se maravi-
lló, y dijo a los que *le* seguían: De
cierto os digo, que ni aun en Is-
rael he hallado tanta fe.
11 Y yo os digo que vendrán mu-
chos del oriente y del occidente, y
se asentarán con Abraham, e Isaac,
y Jacob, en el reino del cielo:
12 Mas los hijos del reino serán
echados en las tinieblas de afue-
ra: allí será el llanto y el crujir de
dientes.
13 Entonces Jesús dijo al centu-
rión: Ve, y como creíste *así* sea
hecho contigo. Y su siervo fue
sano en aquella misma hora.
14 Y vino Jesús a casa de Pedro,
y vio a su suegra echada en la
cama, y con fiebre.
15 Y tocó su mano, y la fiebre la
dejó: y ella se levantó, y les servía.
16 Y cuando la tarde fue venida,
trajeron a él muchos endemonia-
dos; y echó fuera a los espíritus
con la palabra, y sanó a todos los
que estaban enfermos;
17 Para que se cumpliese lo que
fue dicho por el profeta Isaías,
diciendo: Él mismo tomó nues-
tras flaquezas, y llevó *nuestras*
enfermedades.
18 Y viendo Jesús grandes multi-
tudes alrededor de sí, mandó que
se fuesen al otro lado.
19 Y cierto escriba vino y le dijo:
Maestro, seguirte he donde quie-
ra que fueres.
20 Y Jesús le dice: Las zorras tie-
nen cuevas, y las aves del cielo
nidos; mas el Hijo del hombre no
tiene donde recostar *su* cabeza.
21 Y otro de sus discípulos le
dijo: Señor, permíteme que vaya
primero, y entierre a mi padre.
22 Mas Jesús le dijo: Sígueme, y
deja que los muertos entierren a
sus muertos.
23 Y cuando él hubo entrado en
una nave, sus discípulos le si-
guieron.
24 Y, he aquí, se levantó una tor-
menta grande en el mar, tanto
que la nave era cubierta de las
ondas; mas él dormía.
25 Y sus discípulos vinieron a él,
y le despertaron, diciendo: Señor,
sálvanos, perecemos.
26 Y él les dice: ¿Por qué estáis
temerosos, oh hombres de poca
fe? Entonces, levantado, repren-
dió a los vientos y al mar; y fue
grande bonanza.
27 Y los hombres se maravillaron,
diciendo: ¿Qué hombre es éste,
que aun los vientos y el mar le
obedecen?
28 Y cuando él llegó al otro lado
en la región de los Gergesenos,
le vinieron al encuentro dos en-
demoniados que salían de los
sepulcros, fieros en gran mane-
ra, así que nadie podía pasar por
aquel camino.
29 Y he aquí clamaron, diciendo:
¿Qué tenemos que ver contigo,
Jesús, Hijo de Dios? ¿Eres veni-
do acá para atormentarnos antes
de tiempo?
30 Y estaba lejos de ellos un hato
de muchos puercos paciendo.
31 Y los demonios le rogaban, di-
ciendo: Si nos echas, permítenos
que vayamos en aquel hato de
puercos.
32 Y él les dijo: Id. Y ellos salidos,
se fueron al hato de los puercos:

y, he aquí, todo el hato de los
puercos se precipitó de un des-
peñadero en el mar; y perecieron
en las aguas.
33 Y los porqueros huyeron, e
idos a la ciudad, contaron todas
las cosas, y lo que había pasado
con los endemoniados.
34 Y, he aquí, toda la ciudad
salió a encontrar a Jesús: y cuan-
do le vieron, *le* rogaban que se
fuese de sus términos.

CAPÍTULO 9

Y ENTRADO en la nave, pasó a
la otra parte, y vino a su pro-
pia ciudad.
2 Y he aquí le trajeron a un pa-
ralítico echado en *una* cama: y
viendo Jesús la fe de ellos, dijo al
paralítico: ten buen ánimo hijo;
tus pecados te son perdonados.
3 Y he aquí, ciertos de los es-
cribas decían dentro de sí: Éste
blasfema.
4 Y viendo Jesús sus pensamien-
tos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en
vuestros corazones?
5 ¿Cuál cosa es más fácil, decir:
Los pecados te son perdonados;
o decir: Levántate, y anda?
6 Pues para que sepáis que el Hijo
del hombre tiene potestad en la
tierra de perdonar pecados, (dice
entonces al paralítico:) Levánta-
te, toma tu cama, y vete a tu casa.
7 Y él se levantó y se fue a su casa.
8 Y las gentes, viéndo*lo*, se ma-
ravillaron, y glorificaron a Dios,
que había dado tal potestad a los
hombres.
9 Y pasando Jesús de allí, vio a
un hombre que estaba sentado al
banco de los tributos, el cual se
llamaba Mateo; y dícele: Sígue-
me. Y se levantó, y le siguió.
10 Y aconteció que estando él
sentado a la mesa en la casa, he
aquí que muchos publicanos y
pecadores, que habían venido, se
sentaron juntamente a la mesa
con Jesús y sus discípulos.
11 Y viendo *esto* los Fariseos, di-
jeron a sus discípulos: ¿Por qué
come vuestro Maestro con los
publicanos y pecadores?
12 Y oyéndo*lo* Jesús, les dijo: Los
que están sanos no tienen ne-
cesidad de médico, sino los que
están enfermos.
13 Andad, antes aprended que
cosa es: Misericordia quiero, y
no sacrificio: Porque no he veni-
do a llamar a los justos, sino a
los pecadores a arrepentimiento.
14 Entonces los discípulos de
Juan vienen a él, diciendo: ¿Por
qué nosotros y los Fariseos ayu-
namos muchas veces, y tus discí-
pulos no ayunan?
15 Y les dijo Jesús: ¿Pueden los
hijos del tálamo tener luto entre
tanto que el desposado está con
ellos? Mas vendrán días cuan-
do el desposado será quitado *de*
ellos, y entonces ayunarán.
16 Nadie echa remiendo de paño
nuevo en vestido viejo; porque
el tal remiendo tira del vestido, y
se hace peor rotura.
17 Ni echan vino nuevo en cue-
ros viejos: de otra manera los
cueros se rompen, y el vino se
derrama, y se pierden los cueros;
mas echan el vino nuevo en cue-
ros nuevos; y lo uno y lo otro se
conserva juntamente.
18 Hablando él estas cosas a ellos,
he aquí cierto príncipe vino, y le
adoró, diciendo: Mi hija es muer-
ta poco ha: mas ven y pon tu
mano sobre ella, y vivirá.
19 Y se levantó Jesús, y le siguió,
y sus discípulos.

20 Y he aquí una mujer enfer-
ma de flujo de sangre doce años
había, llegándose por detrás,
tocó la fimbria de su vestido:
21 Porque decía entre sí: Si tocare
solamente su vestido, seré sana.
22 Mas Jesús volviéndose, y mi-
rándola, dijo: Ten ánimo, hija, tu
fe te ha sanado. Y la mujer fue
sana desde aquella hora.
23 Y cuando Jesús vino a la casa
del príncipe, y vio los tañedores
de flautas, y la gente que hacía
bullicio,
24 Díceles: Apartaos, porque la
doncella no es muerta, sino que
duerme. Y se burlaban de él.
25 Y cuando la gente fue echa-
da fuera, entró, y la tomó de la
mano, y la doncella se levantó.
26 Y salió esta fama por toda
aquella tierra.
27 Y cuando partió Jesús de allí,
le siguieron dos ciegos, dando
voces y diciendo: Ten misericor-
dia de nosotros, Hijo de David.
28 Y habiendo entrado en la casa,
vinieron a él los ciegos; y Jesús
les dice: ¿Creéis que puedo hacer
esto? Ellos dicen: Sí, Señor.
29 Entonces tocó los ojos de
ellos, diciendo: Según a vuestra
fe os sea hecho.
30 Y los ojos de ellos fueron
abiertos. Y Jesús les encargó ri-
gurosamente, diciendo: Mirad
que nadie *lo* sepa.
31 Mas ellos salidos, divulgaron
su fama por toda aquella tierra.
32 Y saliendo ellos, he aquí, le
trajeron un hombre mudo, ende-
moniado.
33 Y echado fuera el demonio,
el mudo habló; y las gentes se
maravillaron, diciendo: Nunca
ha sido vista cosa semejante en
Israel.
34 Mas los Fariseos decían: Por
el príncipe de los demonios echa
fuera los demonios.
35 Y andaba Jesús por todas las
ciudades y aldeas, enseñando en
las sinagogas de ellos, y predi-
cando el evangelio del reino, y
sanando toda enfermedad y toda
dolencia en el pueblo.
36 Y viendo las multitudes, tuvo
compasión de ellas; que eran fa-
tigadas y esparcidas como ovejas
que no tienen pastor.
37 Entonces dice a sus discípu-
los: A la verdad la mies es mucha,
mas los obreros pocos.
38 Rogad, pues, al Señor de la
mies, que envíe obreros a su mies.

CAPÍTULO 10

Y LLAMANDO a sí sus doce
discípulos, les dio potestad
contra los espíritus inmundos,
para que los echasen fuera, y sa-
nasen toda enfermedad y toda
dolencia.
2 Y los nombres de los doce
apóstoles son estos: El primero,
Simón, que es llamado Pedro, y
Andrés su hermano; Jacobo, *hijo*
de Zebedeo, y Juan su hermano;
3 Felipe, y Bartolomé; Tomás, y
Mateo el publicano; Jacobo, *hijo*
de Alfeo, y Lebeo, que tenía el
sobrenombre de Tadeo;
4 Simón el Cananeo, y Judas Is-
cariote, que también le entregó.
5 Estos doce envió Jesús, a los
cuales dio mandamiento, dicien-
do: Por el camino de los Gentiles
no iréis, y en ciudad de Samari-
tanos no entréis:
6 Mas id antes a las ovejas perdi-
das de la casa de Israel.
7 Y yendo, predicad, diciendo: El
reino del cielo está cerca.
8 Sanad enfermos, limpiad lepro-

sos, resucitad muertos, echad fuera
demonios: gratuitamente habéis
recibido, gratuitamente dad.
9 No proveáis oro, ni plata, ni
latón en vuestras bolsas;
10 Ni alforja para el camino, ni
dos ropas de vestir, ni zapatos, ni
bordón; porque el obrero digno
es de su alimento.
11 Mas en cualquier ciudad, o
aldea donde entrareis, buscad
quién sea en ella digno, y quedad
allí hasta que salgáis.
12 Y entrando en la casa, saludadla.
13 Y si la casa fuera digna, que
vuestra paz venga sobre ella;
mas si no fuere digna, que vuestra paz vuelva sobre vosotros.
14 Y cualquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras,
cuando salgáis de aquella casa o
ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.
15 De cierto os digo: Será más tolerable a la tierra de Sodoma y
de Gomorra en el día del juicio,
que a aquella ciudad.
16 He aquí, yo os envío como
ovejas en medio de lobos: sed
pues prudentes como serpientes,
y sencillos como palomas.
17 Y guardaos de los hombres: porque os entregarán a los concilios,
y en sus sinagogas os azotarán.
18 Y aun ante gobernadores y
reyes seréis llevados por causa
de mí, para testimonio contra
ellos y los Gentiles,
19 Mas cuando os entregaren, no
os acongojéis cómo o qué habéis
de hablar porque en aquella hora
os será dado que habléis.
20 Porque no sois vosotros los
que habláis, sino el Espíritu de
vuestro Padre que habla en vosotros.
21 Y el hermano entregará al
hermano a la muerte, y el padre
al hijo; y los hijos se levantarán
contra los padres, y los harán
morir.
22 Y seréis aborrecidos de todos
por causa de mi nombre; mas el
que perseverare hasta el fin, éste
será salvo.
23 Mas cuando os persiguieren
en esta ciudad, huid a otra: porque de cierto os digo, *que* no acabaréis de andar todas las ciudades de Israel, antes que venga el
Hijo del hombre.
24 El discípulo no es sobre el
maestro, ni el siervo sobre su
señor.
25 Bástele al discípulo que sea
como su maestro, y al siervo
como su señor: Si al padre de la
familia han llamado Beelzebub,
¿cuánto más a los de su casa?
26 Así que, no les temáis; porque nada hay encubierto, que no
haya de ser revelado; ni oculto,
que no haya de saberse.
27 Lo que yo os digo en tinieblas,
decid*lo* en la luz; y lo que oís al
oído predicad*lo* desde los tejados.
28 Y no tengáis temor a los que
matan el cuerpo, mas al alma
no pueden matar: temed antes a
aquel que puede destruir ambos
el alma y el cuerpo en el infierno.
29 ¿No se venden dos pajarillos por un cuadrante? Y uno de
ellos no caerá a tierra sin vuestro
Padre.
30 Y aun hasta los cabellos de
vuestra cabeza están todos contados.
31 Por tanto no temáis, más
valéis vosotros que muchos pajarillos.
32 Pues cualquiera que me confesare delante de los hombres, le

confesaré yo también delante de
mi Padre, que está en el cielo.
33 Mas cualquiera que me negare
delante de los hombres, le
negaré yo también delante de mi
Padre, que está en el cielo.
34 No penséis que he venido
para meter paz en la tierra: no
vine para meter paz, sino espada.
35 Porque he venido para poner
en disensión al hombre contra su
padre, y a la hija contra su madre,
y a la nuera contra su suegra.
36 Y los enemigos del hombre
serán los de su propia casa.
37 El que ama a padre o a madre
más que a mí, no es digno de mí;
y el que ama a hijo o a hija más
que a mí, no es digno de mí.
38 Y el que no toma su cruz y
sigue en pos de mí, no es digno
de mí.
39 El que hallare su vida, la perderá;
y el que perdiere su vida
por causa de mí, la hallará.
40 El que os recibe a vosotros, a
mí recibe; y el que a mí me recibe,
recibe al que me envió.
41 El que recibe a un profeta en
nombre de profeta, galardón de
profeta recibirá; y el que recibe a
un justo en nombre de justo, galardón
de justo recibirá.
42 Y cualquiera que diere a uno
de estos pequeñitos una copa de
agua fría solamente, en nombre
de discípulo, de cierto os digo,
que no perderá su galardón.

CAPÍTULO 11

Y ACONTECIÓ, que cuando
Jesús hubo acabado de dar
mandamientos a sus doce discípulos,
se partió de allí para enseñar
y predicar en las ciudades
de ellos.
2 Y cuando Juan hubo oído en la
prisión las obras de Cristo, envióle
dos de sus discípulos,
3 Y díjole: ¿Eres tú el que había
de venir, o esperaremos a otro?
4 Y respondiendo Jesús, les dijo:
Id, y haced saber a Juan estas
cosas que oís y veis:
5 Los ciegos reciben vista, y los
cojos andan; los leprosos son
limpiados, y los sordos oyen; los
muertos son resucitados, y a los
pobres es predicado el evangelio.
6 Y bienaventurado es el que no
fuere escandalizado en mí.
7 Y como ellos se iban, comenzó
Jesús a decir de Juan a las multitudes:
¿Qué salisteis a ver al desierto?
¿una caña que es meneada
del viento?
8 O ¿qué salisteis a ver? ¿un
hombre vestido de ropas delicadas?
He aquí, los que traen *ropas*
delicadas, en las casas de los
reyes están.
9 Mas ¿qué salisteis a ver? ¿profeta?
Ciertamente os digo, y más
excelente que un profeta.
10 Porque éste es de quien está
escrito: He aquí, yo envío mi
mensajero delante de tu faz, que
aparejará tu camino delante de ti.
11 De cierto os digo, que entre
los que son nacidos de mujeres
no se ha levantado otro mayor
que Juan el Bautista; mas el que
es menor en el reino del cielo,
mayor es que él.
12 Y desde los días de Juan el
Bautista hasta ahora, el reino del
cielo sufre violencia, y los violentos
lo arrebatan.
13 Porque todos los profetas y la
ley hasta Juan profetizaron.
14 Y si queréis recibir*lo*, él es
aquel Elías que había de venir.
15 El que tiene oídos para oír, oiga.
16 Mas ¿a quién compararé esta

generación? Es semejante a los
niños que se sientan en las plazas,
y dan voces a sus compañeros,
17 Y dicen: Os tañimos flauta, y
no bailasteis; os endechamos, y
no lamentasteis.
18 Porque vino Juan ni comien-
do ni bebiendo, y dicen: Demo-
nio tiene.
19 Vino el Hijo del hombre co-
miendo y bebiendo, y dicen: He
aquí un hombre comilón, y bebe-
dor de vino, amigo de publicanos
y de pecadores. Mas la sabiduría
es justificada de sus hijos.
20 Entonces comenzó a reconve-
nir a las ciudades en las cuales
habían sido hechos los más de
sus milagros, porque no se ha-
bían arrepentido, *diciendo*:
21 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti,
Betsaida! porque si en Tiro y en
Sidón se hubieran hecho los mi-
lagros que han sido hechos en
vosotras, ya mucho ha que se
hubieran arrepentido en cilicio y
ceniza.
22 Por tanto os digo, *que* a Tiro
y a Sidón será más tolerable *el
castigo* en el día del juicio, que a
vosotras.
23 Y tú, Capernaum, que eres
ensalzada hasta el cielo, hasta
el infierno serás abatida; porque
si en Sodoma se hubieran hecho
los milagros que han sido hechos
en ti, hubiera permanecido hasta
el día de hoy.
24 Por tanto yo os digo, será más
tolerable para la tierra de Sodo-
ma en el día del juicio que a ti.
25 En aquel tiempo, respondien-
do Jesús, dijo: Gracias te doy,
oh Padre, Señor del cielo y de la
tierra, porque escondiste estas
cosas de los sabios y prudentes,
y las has revelado a los niños.
26 Sí, Padre, porque así agradó
a tus ojos.
27 Todas las cosas me son entre-
gadas por mi Padre: y ninguno
conoce al Hijo, sino el Padre; ni
nadie conoce al Padre, sino el
Hijo, y aquel a quien el Hijo *le*
quisiere revelar.
28 Venid a mí todos los que es-
táis trabajados, y cargados, que
yo os haré descansar.
29 Tomad mi yugo sobre voso-
tros, y aprended de mí, que yo
soy manso y humilde de cora-
zón; y hallaréis descanso para
vuestras almas.
30 Porque mi yugo es suave, y li-
gera mi carga.

CAPÍTULO 12

EN aquel tiempo iba Jesús por
los sembrados en sábado; y
sus discípulos tenían hambre, y
comenzaron a coger espigas, y a
comer.
2 Mas viéndolo los Fariseos, le
dijeron: He aquí, tus discípulos
hacen lo que no es lícito hacer
en sábado.
3 Pero él les dijo: ¿No habéis
leído qué hizo David, teniendo
hambre él y los que estaban con él:
4 Cómo entró en la casa de Dios,
y comió los panes de la proposi-
ción, que no le era lícito comer,
ni a los que estaban con él, sino
a sólo los sacerdotes?
5 O ¿no habéis leído en la ley,
que los sábados en el templo los
sacerdotes profanan el sábado, y
son sin culpa?
6 Pues yo os digo que *uno* mayor
que el templo está aquí.
7 Mas si supieseis qué significa:
Misericordia quiero, y no sacri-
ficio, no condenaríais a los sin
culpa.

8 Porque el Hijo del hombre es
Señor aun del sábado.
9 Y habiendo partido de allí, vino
a la sinagoga de ellos.
10 Y, he aquí, estaba un hombre
que tenía la mano seca; y ellos le
preguntaron, diciendo: ¿Es lícito
curar en sábado? por acusarle.
11 Y él les dijo: ¿Qué hombre
habrá de vosotros, que tenga una
oveja, y si cayere ésta en una
fosa en sábado, no le eche mano,
y *la* levante?
12 ¿Pues cuánto más vale un
hombre que una oveja? Así que,
lícito es en los sábados hacer
bien.
13 Entonces dice a aquel hombre:
Extiende tu mano. Y él *la* exten-
dió, y le fue restituida sana como
la otra.
14 Entonces salieron los Fari-
seos y tomaron consejo contra él,
como podrían destruirle.
15 Mas sabiéndolo Jesús, se apar-
tó de allí: y le siguieron grandes
multitudes, y sanó a todos.
16 Y él les mandó que no le des-
cubriesen;
17 Para que se cumpliese lo que
estaba dicho por el profeta Isaías,
que dice:
18 He aquí mi siervo, al cual he
escogido; mi amado, en el cual
se agrada mi alma: Pondré mi es-
píritu sobre él, y a los Gentiles
anunciará juicio.
19 No contenderá, ni voceará: ni
nadie oirá en las calles su voz:
20 La caña cascada no quebrará,
y el pábilo que humea no apaga-
rá, hasta que saque a victoria el
juicio.
21 Y en su nombre esperarán los
Gentiles.
22 Entonces fue traído a él un
endemoniado, ciego y mudo, y le
sanó; de tal manera, que el ciego
y mudo hablaba y veía.
23 Y todo el pueblo estaba ató-
nito, y decía: ¿No es éste el hijo
de David?
24 Mas los Fariseos, oyéndo*lo*,
decían: Éste no echa fuera los
demonios, sino por Beelzebub,
príncipe de los demonios.
25 Y Jesús, como sabía los pen-
samientos de ellos, les dijo: Todo
reino dividido contra sí mismo,
es desolado; y toda ciudad o casa
dividida contra sí misma, no per-
manecerá.
26 Y si Satanás echa fuera a Sa-
tanás, contra sí mismo está divi-
dido; ¿cómo, pues, permanecerá
su reino?
27 Y si yo por Beelzebub echo
fuera los demonios, ¿vuestros
hijos por quién *los* echan? Por
tanto, ellos serán vuestros jueces.
28 Mas si por el Espíritu de Dios
yo echo fuera los demonios, cier-
tamente ha llegado a vosotros el
reino de Dios.
29 Porque, ¿cómo puede algu-
no entrar a la casa del hombre
fuerte, y saquear sus alhajas, si
primero no prendiere al hombre
fuerte? y entonces saqueará su casa.
30 El que no es conmigo, contra
mí es; y el que conmigo no reco-
ge, desparrama.
31 Por tanto os digo: Todo peca-
do y blasfemia será perdonado
a los hombres: mas la blasfemia
contra el Espíritu *Santo* no será
perdonada a los hombres.
32 Y cualquiera que dijere una
palabra contra el Hijo del hom-
bre, le será perdonado: mas cual-
quiera que dijere contra el Espí-
ritu Santo, no le será perdonado,
ni en este mundo, ni en el venidero.
33 O haced el árbol bueno, y su

fruto bueno; o haced el árbol co-
rrompido y su fruto corrompido;
porque por el fruto es conocido
el árbol.
34 ¡Oh generación de víboras!
¿cómo podéis hablar bien, sien-
do malos? porque de la abundan-
cia del corazón habla la boca.
35 El hombre bueno del buen
tesoro del corazón saca buenas
cosas: y el hombre malo del mal
tesoro saca malas cosas.
36 Mas yo os digo, que toda pala-
bra ociosa que hablaren los hom-
bres, de ella darán cuenta en el
día del juicio.
37 Porque por tus palabras serás
justificado, y por tus palabras
serás condenado.
38 Entonces respondieron ciertos
de los escribas y de los Fariseos,
diciendo: Maestro, deseamos ver
de ti señal.
39 Mas él respondió, y les dijo:
La generación mala y adúltera
demanda señal; mas señal no le
será dada, sino la señal de Jonás
el profeta.
40 Porque como estuvo Jonás
en el vientre de la ballena tres
días y tres noches, así estará el
Hijo del hombre en el corazón de
la tierra tres días y tres noches.
41 Los varones de Nínive se le-
vantarán en juicio con esta gene-
ración, y la condenarán; porque
ellos se arrepintieron a la predi-
cación de Jonás; y he aquí, *uno*
mayor que Jonás en este lugar.
42 La reina del sur se levantará
en juicio con esta generación, y
la condenará; porque vino de los
fines de la tierra para oír la sabi-
duría de Salomón: y he aquí, *uno*
mayor que Salomón en este lugar.
43 Cuando el espíritu inmundo
ha salido del hombre, anda por
lugares secos, buscando reposo,
y no lo halla,
44 Entonces dice: Me volveré a
mi casa de donde salí: Y cuando
viene, *la* halla desocupada, barri-
da y adornada.
45 Entonces va, y toma consigo
otros siete espíritus más malva-
dos que él mismo, y entrados,
moran allí; y el postrer *estado* de
aquel hombre es peor que el pri-
mero. Así también acontecerá a
esta generación malvada.
46 Y estando él aún hablando al
pueblo, he aquí *su* madre y sus
hermanos estaban de pie fuera,
que le querían hablar.
47 Y le dijo uno: He aquí tu
madre y tus hermanos están de
pie fuera, que te quieren hablar.
48 Y respondiendo él al que le
decía *esto*, dijo: ¿Quién es mi
madre y quiénes son mis herma-
nos?
49 Y extendiendo su mano hacia
sus discípulos, dijo: He aquí mi
madre y mis hermanos.
50 Porque todo aquel que hiciere
la voluntad de mi Padre que está
en el cielo, éste es mi hermano, y
hermana, y madre.

CAPÍTULO 13

EN aquel día, salido Jesús de
casa, se sentó junto al mar.
2 Y se allegaron a él grandes
multitudes, de tal manera que
entró él en una nave y se sentó,
y toda la multitud estaba de pie
en la ribera.
3 Y les habló muchas cosas por
parábolas, diciendo: He aquí, un
sembrador salió a sembrar.
4 Y sembrando, parte *de la simien-
te* cayó junto al camino; y vinie-
ron las aves, y la devoraron.
5 Y parte cayó en lugares pedre-

gosos, donde no tenía mucha tie-
rra; y nació pronto, porque no
tenía profundidad de tierra:
6 Mas en saliendo el sol, se quemó;
y porque no tenía raíz se secó.
7 Y parte cayó entre las espinas;
y las espinas crecieron, y la aho-
garon.
8 Y parte cayó en buena tierra, y
dio fruto, uno de a ciento, y otro
de a sesenta, y otro de a treinta.
9 Quien tiene oídos para oír, oiga.
10 Y vinieron los discípulos y le
dijeron: ¿Por qué les hablas por
parábolas?
11 Y él respondiendo, les dijo:
Porque a vosotros es dado saber
los misterios del reino del cielo;
mas a ellos no es dado.
12 Porque a cualquiera que tiene,
se le dará, y tendrá más; mas al
que no tiene, aun lo que tiene le
será quitado.
13 Por eso les hablo por pará-
bolas; porque viendo no ven, y
oyendo no oyen, ni entienden.
14 Así que se cumple en ellos la
profecía de Isaías, que dice: De
oído oiréis, y no entenderéis; y
viendo veréis, y no percibiréis.
15 Porque el corazón de este
pueblo está engrosado, y de los
oídos oyen pesadamente, y han
cerrado sus ojos: para que no
vean de los ojos, y oigan de los
oídos, y del corazón entiendan, y
se conviertan, y *yo* los sane.
16 Mas bienaventurados vues-
tros ojos, porque ven; y vuestros
oídos, porque oyen.
17 Porque de cierto os digo, que
muchos profetas y justos desea-
ron ver lo que *vosotros* veis, y no
lo vieron: y oír lo que *vosotros* oís,
y no *lo* oyeron.
18 Oíd, pues vosotros la parábola
del sembrador:
19 Cuando alguno oye la palabra
del reino, y no la entiende, viene
el malo, y arrebata lo que fue
sembrado en su corazón: Éste es
el que recibió la simiente junto
al camino.
20 Y el que fue sembrado en lu-
gares pedregosos, éste es el que
oye la palabra, y al instante la
recibe con gozo,
21 Y no tiene raíz en sí mismo,
mas dura poco tiempo; porque
venida la aflicción o la persecu-
ción por causa de la palabra, al
instante se escandaliza.
22 El que recibió la simiente
entre las espinas, éste es el que
oye la palabra; y el afán de este
mundo y el engaño de las rique-
zas, ahogan la palabra, y se hace
sin fruto.
23 Mas el que recibió la simien-
te en buena tierra, éste es el que
oye y entiende la palabra, que
también da el fruto: y lleva uno
a ciento, y otro a sesenta, y otro
a treinta.
24 Otra parábola les propuso, di-
ciendo: El reino del cielo es seme-
jante a un hombre que siembra
buena simiente en su campo.
25 Pero mientras los hombres
dormían, vino su enemigo, y sem-
bró cizaña entre el trigo, y se fue.
26 Y cuando la hierba salió, e
hizo fruto, entonces la cizaña
apareció también.
27 Y los siervos del padre de
la familia vinieron y le dijeron:
Señor, ¿no sembraste buena si-
miente en tu campo? ¿Pues de
dónde tiene cizaña?
28 Y él les dijo: Un hombre ene-
migo ha hecho esto. Y los siervos
le dijeron: ¿Pues quieres que va-
yamos, y la cojamos?
29 Y él dijo: No: porque cogien-

do la cizaña, no arranquéis tam-
bién con ella el trigo.
30 Dejad crecer juntamente lo
uno y lo otro hasta la siega; y al
tiempo de la siega yo diré a los
segadores: Recoged primero la
cizaña, y atadla en manojos para
quemarla; mas el trigo allegadlo
en mi alfolí.
31 Otra parábola les propuso,
diciendo: El reino del cielo es
semejante al grano de mostaza,
que un hombre tomó y lo sembró
en su campo:
32 El cual a la verdad es el más
pequeño de todas las simientes;
mas cuando ha crecido, es el
mayor de *todas* las hortalizas; y
se hace árbol, de modo que vie-
nen las aves del cielo y posan en
sus ramas.
33 Otra parábola les dijo: El
reino del cielo es semejante a la
levadura, que tomó una mujer, y
escondió en tres medidas de ha-
rina, hasta que todo fue leudado.
34 Todas estas cosas habló Jesús
en parábolas a la multitud; y
nada les habló sin parábolas:
35 Para que se cumpliese lo que
fue dicho por el profeta, que dice:
Abriré en parábolas mi boca; pro-
nunciaré cosas escondidas desde
la fundación del mundo.
36 Entonces Jesús despidió las
multitudes y entró en la casa; y
vinieron a él sus discípulos, di-
ciendo: Decláranos la parábola
de la cizaña del campo.
37 Y respondiendo él, les dijo: El
que siembra la buena simiente es
el Hijo del hombre;
38 El campo es el mundo; la
buena simiente son los hijos del
reino, y la cizaña son los hijos
del malo;
39 El enemigo que la sembró, es
el diablo; la siega es el fin del
mundo, y los segadores son los
ángeles.
40 De manera que como es co-
gida la cizaña, y quemada en
el fuego, así será el fin de este
mundo.
41 Enviará el Hijo del hombre
sus ángeles, y cogerán de su
reino todos los escándalos, y los
que hacen iniquidad;
42 Y los echarán en el horno del
fuego: allí será el lloro y el crujir
de dientes.
43 Entonces los justos resplande-
cerán como el sol en el reino de
su Padre: El que tiene oídos para
oír, oiga.
44 Otra vez el reino del cielo es
semejante al tesoro escondido
en el campo el cual habiéndolo
hallado un hombre lo escondió,
y por el gozo de él, va y vende
todo lo que tiene, y compra aquel
campo.
45 Otra vez el reino del cielo es
semejante a un hombre tratante,
que busca buenas perlas;
46 El cual, habiendo hallado una
preciosa perla, fue y vendió todo
lo que tenía, y la compró.
47 Otra vez, el reino del cielo es
semejante a una red, que echada
en el mar, recoge de toda clase:
48 La cual cuando fue llena, la
sacaron a la orilla; y sentados,
cogieron lo bueno en vasijas, y
lo malo echaron fuera.
49 Así será en el fin del mundo:
vendrán los ángeles, y apartarán
a los malos de entre los justos,
50 Y los echarán en el horno del
fuego: allí será el lloro y el crujir
de dientes.
51 Díceles Jesús: ¿Habéis enten-
dido todas estas cosas? Ellos le
dicen: Sí, Señor.

52 Y él les dijo: Por tanto todo escriba instruido en el reino del cielo, es semejante al hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.
53 Y aconteció *que* cuando acabó Jesús estas parábolas, se fue de allí.
54 Y venido a su tierra, les enseñó en la sinagoga de ellos, de tal manera que ellos estaban atónitos, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría, y *estas* maravillas?
55 ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo y Joses, y Simón, y Judas?
56 ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste estas cosas?
57 Y se escandalizaban en él. Mas Jesús les dijo: No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa.
58 Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

CAPÍTULO 14

EN aquel tiempo Herodes el Tetrarca oyó la fama de Jesús,
2 Y dijo a sus criados: Éste es Juan el Bautista: él ha resucitado de entre los muertos, y por eso los poderes obran en él.
3 Porque Herodes había prendido a Juan, y le había aprisionado y puesto en la cárcel, por causa de Herodías, esposa de Felipe su hermano;
4 Porque Juan le decía: No te es lícito tenerla.
5 Y quería matarle, mas tenía miedo de la multitud; porque le tenían como a profeta.
6 Y celebrándose el día del nacimiento de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes.
7 Por lo cual él prometió con juramento de darle todo lo que pidiese.
8 Y ella, instruída primero de su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.
9 Entonces el rey se entristeció; mas por el juramento, y por los que estaban juntamente a la mesa, mandó que se *le* diese.
10 Y enviando, degolló a Juan en la cárcel.
11 Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la doncella; y *ella* la presentó a su madre.
12 Y sus discípulos vinieron, y tomaron el cuerpo, y le enterraron; y fueron y se lo dijeron a Jesús.
13 Y cuando Jesús lo oyó, se apartó de allí en una nave, a un lugar desierto, apartado: y cuando el pueblo *lo* oyó, le siguió a pie de las ciudades.
14 Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y fue movido a compasión de ellos, y sanó a los enfermos de ellos.
15 Y cuando fue la tarde del día, se llegaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y el tiempo es ya pasado: envía las multitudes, que se vayan por las aldeas, y compren para sí de comer.
16 Mas Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer.
17 Y ellos dijeron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces.
18 Y él les dijo: Traédmelos acá.
19 Y mandando a las multitudes sentarse sobre la hierba, y tomando los cinco panes y los dos

peces, alzando los ojos al cielo,
bendijo, y partió y dio los panes
a sus discípulos, y los discípulos
a las multitudes.
20 Y comieron todos, y se harta-
ron; y alzaron lo que sobró de los
pedazos, doce canastos llenos.
21 Y los que comieron fueron
varones como cinco mil, sin las
mujeres y muchachos.
22 Y Jesús hizo a sus discípu-
los entrar inmediatamente en la
nave, e ir delante de él al otro
lado entre tanto que él despedía
las multitudes.
23 Y despedidas las multitudes,
subió a un monte apartado a
orar: Y cuando vino la tarde del
día, estaba allí solo.
24 Y la nave estaba ya en medio
del mar, atormentada de las
ondas; porque el viento era con-
trario.
25 Mas a la cuarta vela de la
noche, Jesús fue a ellos andando
sobre el mar.
26 Y cuando los discípulos lo vie-
ron andar sobre el mar, se tur-
baron, diciendo: Es un espíritu. Y
dieron voces de miedo.
27 Mas Jesús les habló inmedia-
tamente, diciendo: estad de buen
ánimo, yo soy; no tengáis miedo.
28 Mas le respondió Pedro, y
dijo: Señor, si tú eres, manda
que yo venga a ti sobre las aguas.
29 Y él dijo: Ven. Y descendiendo
Pedro de la nave, anduvo sobre
las aguas para ir a Jesús.
30 Mas viendo el viento fuerte,
tuvo miedo; y comenzándose
a hundir, dio voces, diciendo:
Señor, sálvame.
31 Y al instante Jesús, extendien-
do la mano, trabó de él, y le dice:
Oh tú de poca fe, ¿por qué du-
daste?
32 Y cuando ellos entraron en la
nave, el viento cesó.
33 Entonces los que estaban en
la nave, vinieron, y le adoraron,
diciendo: Verdaderamente tú
eres el Hijo de Dios.
34 Y habiendo pasado a la otra
parte, vinieron a la tierra de Ge-
nezaret.
35 Y cuando los varones de aquel
lugar tuvieron conocimiento de
él, enviaron por toda aquella tie-
rra al derredor, y trajeron a él
todos los enfermos.
36 Y le rogaban que solamente
tocasen el borde de su manto; y
todos los que *lo* tocaron, fueron
sanados.

CAPÍTULO 15

ENTONCES llegaron a Jesús
ciertos escribas y Fariseos de
Jerusalem, diciendo:
2 ¿Por qué tus discípulos trans-
greden la tradición de los ancia-
nos? porque no lavan sus manos
cuando comen pan.
3 Y él respondiendo, les dijo:
¿Por qué también vosotros trans-
gredís el mandamiento de Dios
por vuestra tradición?
4 Porque Dios mandó, diciendo:
Honra a tu padre y a tu madre,
y, el que maldijere a padre o a
madre, muera de muerte.
5 Mas vosotros decís: Cualquiera
que dijere al padre o a la madre:
Toda ofrenda mía a ti aprovecha-
rá;
6 Y no honrare a su padre o a su
madre. Así habéis invalidado el
mandamiento de Dios por vues-
tra tradición.
7 Hipócritas, bien profetizó de
vosotros Isaías, diciendo:
8 Este pueblo con su boca se
acerca a mí y con *sus* labios me

honra; mas su corazón lejos está
de mí.
9 Mas en vano me adoran en-
señando *como* doctrinas manda-
mientos de hombres.
10 Y habiendo llamado a sí la
multitud, les dijo: Oíd y entended.
11 No lo que entra en la boca
contamina al hombre, mas lo
que sale de la boca, esto conta-
mina al hombre.
12 Entonces llegándose sus discí-
pulos, le dijeron: ¿Sabes que los
Fariseos oyendo esta palabra se
escandalizaron?
13 Mas respondiendo él, dijo:
Toda planta que no plantó mi
Padre celestial, será desarraiga-
da.
14 Dejadlos: son ciegos guías
de ciegos; y si el ciego guiare al
ciego, ambos caerán en el hoyo.
15 Y respondiendo Pedro, le dijo:
Decláranos esta parábola.
16 Y Jesús dijo: ¿También voso-
tros sois aún sin entendimiento?
17 ¿No entendéis aún, que todo
lo que entra en la boca, va al
vientre, y es echado en la letrina?
18 Mas las cosas que salen de la
boca, del corazón salen; y esto
contamina al hombre.
19 Porque del corazón salen los
malos pensamientos, homicidios,
adulterios, fornicaciones, hurtos,
falsos testimonios, blasfemias.
20 Estas *cosas* son las que conta-
minan al hombre; mas el comer
con las manos no lavadas no
contamina al hombre.
21 Y saliendo Jesús de allí, se fue
a las partes de Tiro y de Sidón.
22 Y he aquí una mujer Cananea,
que había salido de aquellos tér-
minos, clamábale diciendo: Oh
Señor, Hijo de David, ten mise-
ricordia de mí; mi hija es mala-
mente atormentada del demonio.
23 Mas él no respondió palabra.
Y llegándose sus discípulos, le ro-
garon, diciendo: Envíala, que da
voces tras nosotros.
24 Y él respondiendo, dijo: No
soy enviado sino a las ovejas per-
didas de la casa de Israel.
25 Entonces ella vino, y le adoró,
diciendo: Señor, socórreme.
26 Y respondiendo él, dijo: No es
bien tomar el pan de los hijos, y
echar*lo* a los perrillos.
27 Y ella dijo: Sí Señor; pero aun
los perros comen de las migajas
que caen de la mesa de sus señores.
28 Entonces respondiendo Jesús,
le dijo: Oh mujer, grande *es* tu fe:
sea hecho contigo como quieres.
Y fue sana su hija desde aquella
hora.
29 Y partido Jesús de allí, vino
junto al mar de Galilea: y subien-
do en un monte, se sentó allí.
30 Y llegaron a él grandes multi-
tudes, que tenían consigo cojos,
ciegos, mudos, mancos, y otros
muchos y los echaron a los pies
de Jesús, y los sanó:
31 De tal manera que las multitu-
des se maravillaron, viendo ha-
blar los mudos, los mancos sanos,
andar los cojos, ver los ciegos: y
glorificaron al Dios de Israel.
32 Entonces Jesús llamando a sus
discípulos, dijo: Tengo compa-
sión por la multitud, que ya *hace*
tres días *que* perseveran conmigo,
y no tienen que comer; y enviar-
los ayunos no quiero, porque no
desmayen en el camino.
33 Y sus discípulos le dicen:
¿Dónde tenemos nosotros tantos
panes en el desierto, que harte-
mos tan gran multitud?
34 Y Jesús les dice: ¿Cuántos
panes tenéis? Y ellos dijeron:

Siete, y unos pocos pececillos.
35 Y mandó a las multitudes que
se sentasen en tierra.
36 Y tomó los siete panes y los
peces, dio gracias, y partiólos, y
dio a sus discípulos; y los discí-
pulos a la multitud.
37 Y comieron todos, y se harta-
ron: y alzaron lo que sobró de los
pedazos, siete canastos llenos.
38 Y eran los que habían comido,
cuatro mil varones, además las
mujeres y los niños.
39 Y despidiendo las multitudes,
entró en una nave: y vino a los
términos de Magdala.

CAPÍTULO 16

Y VINIERON los Fariseos y los
Saduceos, y tentándole, le pe-
dían que les mostrase una señal
del cielo.
2 Mas él respondiendo, les dijo:
Cuando es la tarde del día, decís:
Buen tiempo *hará;* porque el cielo
tiene arreboles.
3 Y a la mañana: Hoy *habrá* tem-
pestad; porque tiene arreboles el
cielo sombrío. Oh hipócritas, que
sabéis discernir la faz del cielo;
¿Y en las señales de los tiempos
no podéis?
4 La generación mala y adúlte-
ra busca señal; mas señal no le
será dada, sino la señal de Jonás
el profeta. Y dejándoles se fue.
5 Y venidos sus discípulos al
otro lado, se habían olvidado de
tomar pan.
6 Y Jesús les dijo: Mirad, y guar-
daos de la levadura de los Fari-
seos y de los Saduceos.
7 Y ellos razonaban entre sí mis-
mos, diciendo: *Esto es* porque no
tomamos pan.
8 Y conociéndolo Jesús, les dijo:
Oh vosotros de poca fe, ¿por qué
razonáis entre vosotros, porque
no tomasteis pan?
9 ¿No entendéis aún, ni os acor-
dáis de los cinco panes de los
cinco mil *varones*, y cuántos ca-
nastos tomasteis?
10 ¿Ni de los siete panes *entre*
cuatro mil, cuántos canastos to-
masteis?
11 ¿Cómo es que no entendéis
que no por el pan os dije, que os
guardaseis de la levadura de los
Fariseos y de los Saduceos?
12 Entonces entendieron que no
les había dicho que se guardasen
de levadura de pan, sino de la
doctrina de los Fariseos, y de los
Saduceos.
13 Y cuando Jesús vino a las
partes de Cesarea de Filipo, pre-
guntó a sus discípulos, diciendo:
¿Quién dicen los hombres que yo
el Hijo del hombre soy?
14 Y ellos dijeron: Unos, Juan el
Bautista; y otros, Elías; y otros, Je-
remías, o alguno de los profetas.
15 Díceles él: ¿Pero vosotros,
quién decís que yo soy?
16 Y respondiendo Simón Pedro,
dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del
Dios viviente.
17 Y respondiendo Jesús, le dijo:
Bienaventurado eres, Simón, hijo
de Jonás; porque no te lo reveló
carne ni sangre, sino mi Padre
que está en el cielo.
18 Y yo también te digo, que
tú eres Pedro, y sobre esta roca
edificaré mi iglesia; y las puer-
tas del infierno no prevalecerán
contra ella.
19 Y a ti daré las llaves del reino
del cielo; y todo lo que ligares en
la tierra será ligado en el cielo; y
todo lo que desatares en la tierra
será desatado en el cielo.
20 Entonces mandó a sus discí-

pulos que a nadie dijesen que él
era Jesús el Cristo.
21 Desde aquel tiempo comenzó
Jesús a declarar a sus discípulos,
que era necesario ir él a Jerusalem, y padecer muchas cosas
de los ancianos, y de los principales de los sacerdotes, y de los
escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.
22 Y Pedro, tomándole aparte,
comenzó a reprenderle, diciendo: Señor, ten compasión de ti: en
ninguna manera esto te acontezca.
23 Entonces él, volviéndose, dijo
a Pedro: Ponte detrás de mí, Satanás; escándalo me eres; porque
no entiendes lo que *es* de Dios
sino lo que *es* de los hombres.
24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en
pos de mí, niéguese a sí mismo, y
tome su cruz, y sígame.
25 Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá, y
cualquiera que perdiere su vida
por causa de mí, la hallará.
26 Porque ¿De qué aprovecha al
hombre, si ganare todo el mundo,
y perdiere su alma? ¿O, qué recompensa dará el hombre por su
alma?
27 Porque el Hijo del hombre
vendrá en la gloria de su Padre
con sus ángeles; y entonces recompensará a cada uno conforme a sus obras.
28 De cierto os digo: *que* hay algunos de los que están de pie
aquí, que no gustarán la muerte,
hasta que hayan visto al Hijo del
hombre viniendo en su reino.

CAPÍTULO 17

Y DESPUÉS de seis días, Jesús
toma a Pedro, y a Jacobo, y
a Juan su hermano, y los lleva
arriba a un monte alto aparte:
2 Y fue transfigurado delante de
ellos; y resplandeció su rostro
como el sol, y sus vestidos fueron
blancos como la luz.
3 Y he aquí, les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.
4 Entonces respondiendo Pedro,
dijo a Jesús: Señor, bueno es que
nosotros estemos aquí: si quieres,
hagamos aquí tres tabernáculos;
para ti uno, y uno para Moisés, y
uno para Elías.
5 Y estando aun hablando él, he
aquí, una nube resplandeciente
los cubrió; y, he aquí una voz
de la nube, que decía: Éste es mi
Hijo amado, en el cual estoy muy
complacido: a él oíd.
6 Y cuando los discípulos oyeron
esto, cayeron sobre sus rostros, y
temieron en gran manera.
7 Mas Jesús llegando, les tocó, y
dijo: Levantaos, y no temáis.
8 Y cuando alzaron sus ojos, a
nadie vieron, sino sólo a Jesús.
9 Y cuando descendían del
monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis a nadie la visión,
hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.
10 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué pues
dicen los escribas que es menester que Elías venga primero?
11 Y respondiendo Jesús, les dijo:
A la verdad, Elías vendrá primero, y restituirá todas las cosas.
12 Mas os digo, que Elías es ya
venido, y no le conocieron; antes
hicieron en él todo lo que quisieron: Así también el Hijo del hombre padecerá de ellos.
13 Los discípulos entonces entendieron, que les hablaba de Juan
el Bautista.
14 Y cuando ellos fueron veni-

dos a la multitud, vino a él cierto
hombre hincándosele de rodillas,
y diciendo,
15 Señor, ten misericordia de
mi hijo, que es lunático, y padece malamente; porque muchas
veces cae en el fuego, y muchas
en el agua.
16 Y le traje a tus discípulos, y no
le pudieron sanar.
17 Y respondiendo Jesús, dijo:
¡Oh generación incrédula y perversa! ¿hasta cuándo estaré con
vosotros? ¿hasta cuándo os sufriré? Traédmele acá.
18 Y reprendió Jesús al demonio,
y salió de él; y el muchacho fue
sano desde aquella hora.
19 Entonces, vinieron los discípulos a Jesús aparte, y dijeron:
¿Por qué nosotros no le pudimos
echar fuera?
20 Y Jesús les dijo: Por vuestra
incredulidad; porque de cierto os
digo, que si tuviereis fe como un
grano de mostaza, diréis a este
monte: Pásate de aquí allá: y se
pasará: y nada os será imposible.
21 Mas este género no sale sino
por oración y ayuno.
22 Y estando ellos en Galilea,
les dijo Jesús: El Hijo del hombre será entregado en manos de
hombres,
23 Y le matarán; mas al tercer
día será resucitado. Y *ellos* se entristecieron en gran manera.
24 Y cuando fueron venidos a
Capernaum, vinieron a Pedro los
que recibían las dos dracmas y
dijeron: ¿No paga vuestro maestro las dos dracmas?
25 Él dice: Sí. Y cuando él entró
en la casa, Jesús le previno, diciendo: ¿Qué te parece, Simón?
Los reyes de la tierra, ¿de quién
reciben los tributos, o censo?
¿de sus hijos o de los extraños?
26 Pedro le dice: De los extraños.
Dícele Jesús: Luego libres son los
hijos.
27 Mas porque no los escandalicemos, ve al mar, y echa el
anzuelo, y el primer pez que viniere, tómale, y abierta su boca,
hallarás un estatero, tómala y
dásela a ellos por mí, y por ti.

CAPÍTULO 18

EN aquel tiempo vinieron los
discípulos a Jesús, diciendo:
¿Quién es el mayor en el reino
del cielo?
2 Y llamando Jesús a un niño, le
puso en medio de ellos,
3 Y dijo: De cierto os digo, que si
no os convirtiereis, y os hiciereis
como niños, no entraréis en el
reino del cielo.
4 Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el
mayor en el reino del cielo.
5 Y cualquiera que recibiere a un
tal niño en mi nombre, a mí recibe.
6 Y cualquiera que escandalizare
a alguno de estos pequeños que
creen en mí, mejor le sería que le
fuera colgada del cuello una piedra de molino de asno, y fuese
anegado en el profundo del mar.
7 ¡Ay del mundo por los escándalos! porque menester es que
vengan escándalos; mas ¡ay de
aquel hombre por el cual viene
el escándalo!
8 Por tanto, si tu mano o tu pie
te escandaliza, córtalos y écha*los*
de ti; mejor te es entrar cojo o
manco en la vida, que teniendo
dos manos o dos pies ser echado
en el fuego eterno.
9 Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y écha*lo* de ti: que mejor te es
entrar con un ojo en la vida, que

teniendo dos ojos ser echado en
el infierno de fuego.
10 Mirad no menospreciéis a uno
de estos pequeños; porque os
digo que sus ángeles en el cielo
ven siempre el rostro de mi Padre
que está en el cielo.
11 Porque el Hijo del hombre
es venido para salvar lo que se
había perdido.
12 ¿Qué os parece? Si tuviese
algún hombre cien ovejas, y se
descarriase una de ellas, ¿no iría
por los montes, dejadas las no-
venta y nueve, a buscar la que se
había descarriado?
13 Y si aconteciese hallarla, de
cierto os digo, que más se goza
de aquélla, que de las noventa y
nueve que no se descarriaron.
14 De la misma manera no es la
voluntad de vuestro Padre que
está en el cielo, que perezca uno
de estos pequeños.
15 Por tanto, si tu hermano pe-
care contra ti, ve, y redargúyele
entre ti y él solo: si te oyere, ga-
nado has a tu hermano.
16 Mas si no *te* oyere, toma aún
contigo uno o dos, para que en
boca de dos o de tres testigos
conste toda palabra.
17 Y si no oyere a ellos, di*lo* a la
iglesia; y si no oyere a la iglesia
tenle por un pagano y un publi-
cano.
18 De cierto os digo *que* todo lo
que ligareis en la tierra, será li-
gado en el cielo; y todo lo que
desatareis en la tierra, será desa-
tado en el cielo.
19 Otra vez os digo, que si dos
de vosotros convinieren sobre la
tierra, tocante a cualquiera cosa
que pidieren, les será hecho por
mi Padre que está en el cielo.
20 Porque donde están dos o tres
congregados en mi nombre, allí
estoy yo en medio de ellos.
21 Entonces Pedro, llegándose
a él, dijo: Señor, ¿cuántas veces
perdonaré a mi hermano que
pecare contra mí? ¿hasta siete
veces?
22 Jesús le dice: no te digo hasta
siete, mas aun hasta setenta
veces siete.
23 Por lo cual, el reino del cielo
es semejante a un hombre rey,
que quiso hacer cuentas a sus
siervos.
24 Y comenzando a hacer cuen-
tas, le fue traído uno que le debía
diez mil talentos.
25 Mas no teniendo él de que
pagar, mandó el señor que fuese
vendido él, y su esposa y sus
hijos, y todo lo que tenía, y que
fuese pagado.
26 Entonces aquel siervo postra-
do, le adoraba diciendo: Señor,
ten paciencia conmigo, y yo te
pagaré todo.
27 El señor de aquel siervo, mo-
vido a compasión, le soltó y le
perdonó la deuda.
28 Pero saliendo aquel siervo,
halló a uno de sus consiervos,
que le debía cien denarios; y
asiendo de él, le ahogaba, dicien-
do: Págame lo que debes.
29 Entonces su consiervo, cayó
a sus pies y le rogaba diciendo:
Ten paciencia conmigo, y te lo
pagaré todo.
30 Mas él no quiso, sino fue, y le
echó en la cárcel hasta que paga-
se la deuda.
31 Y viendo sus consiervos lo que
pasaba, se entristecieron en gran
manera, y viniendo, declararon a
su señor todo lo que había pasado.
32 Entonces llamándole su señor,
le dice: Oh siervo malvado, toda

aquella deuda te perdoné, por-
que me rogaste:
33 ¿No te convenía también a ti
tener compasión de tu consiervo,
como también tuve compasión
de ti?
34 Entonces su señor, enojado,
le entregó a sus verdugos, hasta
que pagase todo lo que debía.
35 Así también hará con vosotros
mi Padre celestial, si no perdona-
reis de vuestros corazones cada
uno a su hermano sus ofensas.

CAPÍTULO 19

Y ACONTECIÓ *que* cuando Jesús
hubo acabado estas palabras,
se partió de Galilea, y vino a los tér-
minos de Judea, pasado el Jordán.
2 Y le siguieron grandes multitu-
des, y los sanó allí.
3 Y vinieron a él los Fariseos,
tentándole, y diciéndole: ¿Es lí-
cito al hombre repudiar a su es-
posa por cualquiera causa?
4 Y él respondiendo, les dijo:
¿No habéis leído que el que *los*
hizo al principio, varón y hem-
bra los hizo,
5 Y dijo: Por esta causa, el hombre
dejará padre y madre, y se unirá
a su esposa, y serán dos en una
carne?
6 Así que no son ya más dos, sino
una carne. Por tanto lo que Dios
juntó, no lo aparte el hombre.
7 Dícenle: ¿Por qué, pues, Moi-
sés mandó dar carta de divorcio,
y repudiarla?
8 Díceles: Por la dureza de vues-
tro corazón Moisés os permitió
repudiar a vuestras esposas; mas
al principio no fue así.
9 Y yo os digo, que cualquiera
que repudiare a su esposa, si no
fuere por causa de fornicación, y
se casare con otra, comete adul-
terio: y el que se casare con la
repudiada comete adulterio.
10 Dícenle sus discípulos: Si así
es la condición del hombre con
su esposa, no conviene casarse.
11 Mas él les dijo: No todos son
capaces de recibir este dicho,
sino *aquellos* a quienes es dado.
12 Porque hay eunucos que nacie-
ron así del vientre de su madre;
y hay eunucos, que fueron he-
chos eunucos por los hombres;
y hay eunucos, que se hicieron a
sí mismos eunucos por causa del
reino del cielo. El que puede re-
cibir*lo*, recíba*lo*.
13 Entonces le fueron traídos
unos niños, para que pusiese las
manos sobre ellos, y orase; y los
discípulos les reprendieron.
14 Mas Jesús dijo: Dejad a los
niños, y no les impidáis de venir
a mí; porque de los tales es el
reino del cielo.
15 Y habiendo puesto sobre ellos
las manos, se partió de allí.
16 Y he aquí, uno llegándose, le
dijo: Maestro bueno, ¿qué bien
haré, para tener la vida eterna?
17 Y él le dijo: ¿Por qué me dices
bueno? Ninguno *es* bueno sino
uno, *es a saber,* Dios: Mas si quie-
res entrar en la vida, guarda los
mandamientos.
18 Dícele: ¿Cuáles? Y Jesús dijo:
No matarás: No cometerás adul-
terio: No hurtarás: No dirás falso
testimonio:
19 Honra a tu padre y a *tu* madre:
Y, amarás a tu prójimo como a ti
mismo.
20 Dícele el mancebo: Todo esto
guardé desde mi mocedad: ¿Qué
aún me falta?
21 Jesús le dijo: Si quieres ser
perfecto, anda, vende lo que tie-
nes, y da a los pobres, y tendrás

tesoro en el cielo; y ven, sígueme.
22 Mas cuando el mancebo oyó
esta palabra, se fue triste; porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que el rico difícilmente entrará en el reino del cielo.
24 Otra vez os digo: más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el reino de Dios.
25 Sus discípulos, oyendo *estas cosas,* se espantaron en gran manera, diciendo: ¿Quién pues podrá ser salvo?
26 Y mirándo*los* Jesús, les dijo: Esto es imposible para con los hombres, mas para con Dios todo es posible.
27 Entonces respondiendo Pedro, le dijo: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿Qué pues tendremos?
28 Y Jesús les dijo: De cierto os digo, que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel.
29 Y todo aquel que ha dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces tanto, y heredará la vida eterna.
30 Mas muchos *que son* primeros serán postreros, y los postreros primeros.

CAPÍTULO 20

PORQUE el reino del cielo es semejante a un hombre, padre de familia, que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña.
2 Y cuando hubo concertado con los obreros por un denario al día, los envió a su viña.
3 Y saliendo cerca de la hora tercera, vio otros que estaban de pie en la plaza ociosos,
4 Y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron.
5 Salió otra vez cerca de la sexta hora y de la hora novena, e hizo lo mismo.
6 Y saliendo cerca de la hora undécima, halló otros que estaban de pie ociosos, y les dice: ¿Por qué estáis de pie aquí todo el día ociosos?
7 Ellos le dicen: Porque nadie nos ha contratado. Díceles: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que fuere justo.
8 Y cuando fue la tarde del día, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros.
9 Y viniendo los que *habían ido* cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario.
10 Y viniendo también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario.
11 Y cuando *lo* recibieron, murmuraban contra el padre de la familia,
12 Diciendo: Estos postreros *sólo* han trabajado una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga, y el calor del día.
13 Y él respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿No te concertaste conmigo por un denario?
14 Toma lo *que es* tuyo, y vete:

mas yo quiero dar a este postrero
como a ti.
15 ¿No me es lícito a mí hacer
lo que quiero con lo mío? ¿O
es malo tu ojo, porque yo soy
bueno?
16 Así los primeros serán pos-
treros, y los postreros primeros:
porque muchos son llamados,
mas pocos escogidos.
17 Y subiendo Jesús a Jerusalem,
tomó sus doce discípulos aparte
en el camino, y les dijo:
18 He aquí subimos a Jerusalem,
y el Hijo del hombre será entre-
gado a los príncipes de los sacer-
dotes y a los escribas, y le conde-
narán a muerte;
19 Y le entregarán a los Gentiles
para que *le* escarnezcan, y azo-
ten, y crucifiquen; mas al tercer
día resucitará.
20 Entonces se llegó a él la madre
de los hijos de Zebedeo con sus
hijos, adorándole, y pidiéndole
cierta cosa.
21 Y él le dijo: ¿Qué quieres? Ella
le dijo: Di que se asienten estos
dos hijos míos, el uno a tu mano
derecha, y el otro a la izquierda,
en tu reino.
22 Entonces Jesús respondien-
do, dijo: No sabéis lo que pedís:
¿Podéis beber de la copa que yo
tengo que beber, y ser bautiza-
dos con el bautismo en que yo
soy bautizado? Ellos le dicen:
Podemos.
23 Él les dice: A la verdad de mi
copa beberéis, y seréis bautiza-
dos con el bautismo en que yo
soy bautizado; mas sentaros a mi
mano derecha y a mi izquierda,
no es mío darlo, sino a aquellos
para quienes está aparejado por
mi Padre.
24 Y cuando los diez oyeron *esto,*
se enojaron con los dos herma-
nos.
25 Mas Jesús, los llamó a sí, y
dijo: Vosotros sabéis que los
príncipes de los Gentiles se en-
señorean sobre ellos; y los que
son grandes ejercen sobre ellos
autoridad.
26 Mas entre vosotros no será
así; sino el que quisiere entre vo-
sotros hacerse grande, será vues-
tro servidor;
27 Y el que quisiere entre voso-
tros ser el primero, será vuestro
siervo:
28 Así como el Hijo del hom-
bre no vino para ser servido,
sino para servir, y para dar su
vida en rescate por muchos.
29 Y saliendo ellos de Jericó, le
seguía una gran multitud.
30 Y he aquí, dos ciegos sentados
junto al camino, cuando oyeron
que Jesús pasaba, clamaron, di-
ciendo: Oh Señor, Hijo de David,
ten misericordia de nosotros.
31 Y la multitud les reprendía
para que callasen; mas ellos cla-
maban más, diciendo: Oh Señor,
Hijo de David, ten misericordia
de nosotros.
32 Y Jesús se paró, y los llamó, y
dijo: ¿Qué queréis *que* os haga?
33 Ellos le dicen: Señor, que sean
abiertos nuestros ojos.
34 Entonces Jesús, teniéndoles
misericordia, tocó los ojos de
ellos, y al instante sus ojos reci-
bieron la vista; y le siguieron.

CAPÍTULO 21

Y CUANDO se acercaron a Je-
rusalem, y vinieron a Betfagé,
al monte de las Olivas, entonces
Jesús envió dos discípulos,
2 Diciéndoles: Id a la aldea que
está delante de vosotros, e inme-

diatamente hallaréis una asna
atada, y un pollino con ella: des-
atad*la,* y traédme*los*.
3 Y si alguno os dijere algo,
decid: El Señor los ha menester;
e inmediatamente los dejará.
4 Y todo esto fue hecho, para que
se cumpliese lo que fue dicho por
el profeta, diciendo:
5 Decid a la hija de Sión: He aquí,
tu Rey viene a ti, manso, y senta-
do sobre una asna, y un pollino,
hijo de asna.
6 Y los discípulos fueron, e hicie-
ron como Jesús les mandó.
7 Y trajeron el asna y el pollino, y
pusieron sobre ellos sus mantos;
y *le* sentaron sobre ellos.
8 Y muy gran multitud de gente
tendían sus mantos en el camino;
y otros cortaban ramos de los ár-
boles, y *los* tendían por el camino.
9 Y las multitudes que iban de-
lante, y las que iban detrás acla-
maban, diciendo: ¡Hosanna al
Hijo de David! ¡Bendito el que
viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en las alturas!
10 Y cuando él hubo entrado en
Jerusalem, toda la ciudad fue
conmovida, diciendo: ¿Quién es
éste?
11 Y las multitudes decían: Éste
es Jesús, el profeta de Nazaret de
Galilea.
12 Y entró Jesús en el templo de
Dios, y echó fuera todos los que
vendían y compraban en el tem-
plo, y trastornó las mesas de los
cambiadores de dinero, y las si-
llas de los que vendían palomas.
13 Y les dice: Escrito está: Mi
casa, casa de oración será llama-
da; mas vosotros cueva de ladro-
nes la habéis hecho.
14 Y vinieron a él ciegos y cojos
en el templo, y los sanó.
15 Mas cuando los príncipes de
los sacerdotes y los escribas, vie-
ron las maravillas que hacía, y a
los muchachos clamando en el
templo, y diciendo: Hosanna al
Hijo de David: se indignaron,
16 Y le dijeron: ¿Oyes lo que
éstos dicen? Y Jesús les dice: Sí:
¿Nunca leisteis: De la boca de los
niños y de los que maman per-
feccionaste la alabanza?
17 Y dejándolos, se salió fuera de
la ciudad a Betania; y posó allí.
18 Y por la mañana volviendo a
la ciudad, tuvo hambre.
19 Y viendo una higuera cerca del
camino, vino a ella, y no halló
nada en ella, sino hojas solamen-
te; y le dijo: Nunca más nazca de
ti fruto para siempre. E inmedia-
tamente la higuera se secó.
20 Entonces viendo esto los dis-
cípulos, maravillados decían:
¡Cómo se secó tan pronto la
higuera!
21 Y respondiendo Jesús, les dijo:
De cierto os digo, que si tuviereis
fe, y no dudareis, no sólo haréis
esto de la higuera: mas también
si a este monte dijereis: Quitate y
échate en el mar, será hecho.
22 Y todo lo que pidiereis en ora-
ción, creyendo, *lo* recibiréis.
23 Y cuando vino al templo, los
príncipes de los sacerdotes y los
ancianos del pueblo vinieron
a él, cuando estaba enseñando,
diciendo: ¿Con qué autoridad
haces esto? ¿Y quién te dio esta
autoridad?
24 Y respondiendo Jesús, les
dijo: Yo también os preguntaré
una cosa; la cual si me dijereis,
también yo os diré con qué auto-
ridad hago esto.
25 El bautismo de Juan, ¿de
dónde era? ¿Del cielo, o de los

hombres? Ellos entonces razo-
naron entre sí, diciendo: Si dijé-
remos: Del cielo, nos dirá: ¿Por
qué pues no lo creísteis?
26 Y si dijéremos: De los hom-
bres, tememos al pueblo, porque
todos tienen a Juan por profeta.
27 Y respondiendo a Jesús, dije-
ron: No sabemos. Y él también
les dijo: Ni yo os diré con que
autoridad hago estas cosas.
28 Mas, ¿qué os parece? Un hom-
bre tenía dos hijos, y llegando al
primero, le dijo: Hijo, ve hoy a
trabajar en mi viña.
29 Y respondiendo él, dijo: No
quiero; mas después, arrepenti-
do, fue.
30 Y llegando al segundo, le dijo
de la misma manera; y respon-
diendo él, dijo: Yo, señor, voy. Y
no fue.
31 ¿Cuál de los dos hizo la vo-
luntad del padre? Dicen ellos: El
primero. Díceles Jesús: De cierto
os digo, que los publicanos y las
rameras os van delante de voso-
tros al reino de Dios.
32 Porque vino a vosotros Juan
en camino de justicia, y no lo
creísteis; y los publicanos y las
rameras le creyeron; y vosotros,
habiendo visto *esto,* no os arre-
pentisteis después para creerle.
33 Oíd otra parábola: fue cierto
hombre, padre de familia, el cual
plantó una viña; y la cercó de va-
llado, y cavó en ella lagar, y edi-
ficó una torre, y la dio a renta a
labradores, y se partió lejos.
34 Y cuando se acercó el tiempo
de los frutos, envió sus siervos a
los labradores, para que recibie-
sen sus frutos.
35 Mas los labradores, tomando
los siervos, al uno hirieron, y al
otro mataron, y al otro apedrearon.
36 Envió otra vez a otros siervos,
más que los primeros; e hicieron
con ellos de la misma manera.
37 Y a la postre les envió su hijo,
diciendo: Tendrán respeto a mi
hijo.
38 Mas los labradores, cuando
vieron al hijo, dijeron entre sí:
Éste es el heredero; venid, maté-
mosle, y tomemos su heredad.
39 Y tomándole, le echaron fuera
de la viña, y *le* mataron.
40 Pues cuando viniere el señor
de la viña, ¿qué hará a aquellos
labradores?
41 Dícenle *ellos:* A los malos des-
truirá malamente, y *su* viña dará
a renta a otros labradores, que
le paguen el fruto a sus tiempos.
42 Díceles Jesús: ¿Nunca leísteis
en las Escrituras: La piedra que
desecharon los edificadores, ésta
es puesta por cabeza del ángu-
lo: Por el Señor es hecho esto, y
es cosa maravillosa en nuestros
ojos?
43 Por tanto os digo, que el reino
de Dios será quitado de vosotros,
y será dado a gente que haga los
frutos de él.
44 Y el que cayere sobre esta pie-
dra, será quebrantado; y sobre
quien *ella* cayere, pulverizarle ha.
45 Y oyendo los príncipes de los
sacerdotes y los Fariseos sus pa-
rábolas, entendieron que habla-
ba de ellos.
46 Y buscando cómo echarle
mano, temieron al pueblo; por-
que le tenían por profeta.

CAPÍTULO 22

Y RESPONDIENDO Jesús, les
volvió a hablar en parábolas,
diciendo:
2 El reino del cielo es se-
mejante a un hombre rey,

que hizo bodas a su hijo;
3 Y envió a sus siervos a llamar a
los convidados a las bodas; mas
no quisieron venir.
4 Volvió a enviar otros siervos,
diciendo: Decid a los convidados:
He aquí, mi comida he aparejado,
mis toros y animales engordados
son muertos, y todo está apareja-
do: venid a las bodas.
5 Mas ellos no hicieron caso, y se
fueron, uno a su labranza, y otro
a sus negocios;
6 Y otros, tomando a sus siervos,
afrentáronlos y matáronlos.
7 Y cuando el rey oyó *esto,* fue
airado; y envió sus ejércitos
y destruyó a aquellos homici-
das, y puso a fuego su ciudad.
8 Entonces dice a sus siervos: Las
bodas a la verdad están apareja-
das; mas los que eran llamados,
no eran dignos.
9 Id pues a las salidas de los ca-
minos, y llamad a las bodas a
cuantos hallareis.
10 Y saliendo los siervos por los
caminos, juntaron todos los que
hallaron, juntamente malos y
buenos: y las bodas fueron llenas
de convidados.
11 Y cuando entró el rey para ver
los convidados, vio allí un hom-
bre no vestido de vestidura de
boda.
12 Y le dice: Amigo, ¿cómo en-
traste acá no teniendo vestido de
boda? Y él enmudeció.
13 Entonces el rey dijo a los
que servían: Atadle de pies y de
manos tomadle, y echadle en las
tinieblas de afuera: allí será el
lloro y el crujir de dientes.
14 Porque muchos son llamados,
mas pocos escogidos.
15 Entonces se fueron y con-
sultaron los Fariseos, cómo le
tomarían en *alguna* palabra.
16 Y envían a él sus discípulos
con los Herodianos, diciendo:
Maestro, sabemos que eres ver-
dadero, y que enseñas el camino
de Dios en verdad, y que no te
cuidas de nadie, porque no tie-
nes acepción de persona de hom-
bres:
17 Dinos pues, ¿qué te parece?
¿Es lícito dar tributo a César, o no?
18 Mas Jesús, conociendo su ma-
licia, *les* dice: ¿Por qué me ten-
táis, hipócritas?
19 Mostradme la moneda del tri-
buto. Y ellos le presentaron un
denario.
20 Entonces les dice: ¿Cúya es
esta imagen y la inscripción?
21 Ellos le dicen: De César. Y les
dice: Dad pues a César lo que es del
César, y a Dios lo que es de Dios.
22 Y oyendo *esto,* se maravilla-
ron; y dejáronle, y se fueron.
23 En aquel día vinieron a él los
Saduceos, que dicen que no hay
resurrección, y le preguntaron,
24 Diciendo: Maestro, Moisés
dijo: Si alguno muriere sin hijos,
su hermano se case con su espo-
sa, y levantará simiente a su her-
mano.
25 Hubo, pues, entre nosotros
siete hermanos: y el primero se
casó, y murió; no teniendo si-
miente, dejó su esposa a su her-
mano.
26 De la misma manera también
el segundo, y el tercero, hasta los
siete.
27 Y después de todos murió
también la mujer.
28 En la resurrección pues, ¿cúya
de los siete será la esposa? por-
que todos la tuvieron.
29 Entonces respondiendo Jesús,
les dijo: Vosotros erráis no sa-

biendo las Escrituras, ni el poder
de Dios.
30 Porque en la resurrección, ni
se casan, ni se dan en casamien-
to; mas son como los ángeles de
Dios en el cielo.
31 Y de la resurrección de los
muertos, ¿no habéis leído lo que
es dicho por Dios a vosotros, que
dice:
32 Yo soy el Dios de Abraham,
y el Dios de Isaac, y el Dios de
Jacob? Dios no es Dios de los
muertos, sino de los vivos.
33 Y oyendo *esto* las multitudes,
estaban atónitos de su doctrina.
34 Entonces los Fariseos, oyen-
do que había cerrado la boca a
los Saduceos, se juntaron a una;
35 Y preguntó uno de ellos, doc-
tor de la ley, tentándole y diciendo:
36 Maestro, ¿cuál *es* el manda-
miento grande de la ley?
37 Y Jesús le dijo: Amarás al
Señor tu Dios de todo tu corazón,
y de toda tu alma, y de toda tu
mente.
38 Éste es el primero y el grande
mandamiento.
39 Y el segundo *es* semejante a
éste: Amarás a tu prójimo como
a ti mismo.
40 De estos dos mandamientos
depende toda la ley y los profe-
tas.
41 Y estando juntos los Fariseos,
Jesús les preguntó,
42 Diciendo: ¿Qué os parece del
Cristo? ¿De quién es hijo? Dícen-
le *ellos:* De David.
43 Él les dice: Pues, ¿cómo David
en espíritu le llama Señor, di-
ciendo:
44 Dijo el Señor a mi Señor: Sién-
tate a mi diestra, entre tanto que
pongo tus enemigos por estrado
de tus pies?
45 Pues si David le llama Señor,
¿cómo es su hijo?
46 Y nadie le podía responder pa-
labra: ni osó alguno desde aquel
día preguntarle más.

CAPÍTULO 23

ENTONCES Jesús habló a la
multitud y a sus discípulos,
2 Diciendo: Sobre la cátedra de
Moisés se sientan los escribas y
los Fariseos:
3 Así que, todo lo que os dijeren
que guardéis, guardad*lo* y haced-
lo; mas no hagáis conforme a sus
obras, porque dicen, y no hacen.
4 Porque atan cargas pesadas, y
difíciles de llevar, y *las* ponen
sobre los hombros de los hom-
bres; mas ni aun con su dedo las
quieren mover.
5 Antes, todas sus obras hacen
para ser mirados de los hombres;
porque ensanchan sus filacte-
rias, y extienden los flecos de sus
mantos,
6 Y aman los primeros asientos
en las cenas, y las primeras sillas
en las sinagogas;
7 Y las salutaciones en las plazas,
y ser llamados de los hombres
Rabí, Rabí.
8 Pero vosotros, no seáis llama-
dos Rabí: porque uno es vuestro
Maestro, *es a saber* el Cristo, y
todos vosotros sois hermanos.
9 Y vuestro padre no llaméis a
nadie sobre la tierra; porque uno
es vuestro Padre, el cual está en
el cielo.
10 Ni seáis llamados maestros:
porque uno es vuestro Maestro,
es a saber el Cristo.
11 Mas el que es el mayor de vo-
sotros, será vuestro siervo.
12 Porque el que se ensalza-
re, será humillado; y el que

se humillare, será ensalzado.
13 Mas ¡ay de vosotros, escribas
y Fariseos, hipócritas! porque
cerráis el reino del cielo delante
de los hombres; que ni vosotros
entráis, ni a los que entran dejáis
entrar.
14 ¡Ay de vosotros, escribas y Fa-
riseos, hipócritas! porque devo-
ráis las casas de las viudas, y por
pretexto hacéis larga oración:
por esto recibiréis más grave
condenación.
15 ¡Ay de vosotros, escribas y
Fariseos, hipócritas! porque ro-
deáis el mar y la tierra por hacer
un prosélito; y cuando fuere
hecho, le hacéis hijo del infierno
dos veces más que vosotros.
16 ¡Ay de vosotros, guías ciegos!
que decís: Cualquiera que jurare
por el templo, es nada; mas cual-
quiera que jurare por el oro del
templo, deudor es.
17 ¡Insensatos y ciegos! porque,
¿cuál es mayor, el oro, o el tem-
plo que santifica al oro?
18 Y, cualquiera que jurare por
el altar, es nada; mas cualquie-
ra que jurare por el don que está
sobre él, deudor es.
19 ¡Insensatos y ciegos! porque
¿cuál es mayor, el don, o el altar
que santifica al don?
20 Pues el que jurare por el altar,
jura por él, y por todas las cosas
que *están* sobre él.
21 Y el que jurare por el templo,
jura por él, y por aquél que mora
en él;
22 Y el que jurare por el cielo,
jura por el trono de Dios, y por
aquél que está sentado sobre él.
23 ¡Ay de vosotros, escribas y
Fariseos, hipócritas! porque diez-
máis la menta y el eneldo y el co-
mino, y habéis dejado lo que es
lo más grave de la ley, *es a saber,*
el juicio y la misericordia y la
fe. Esto era menester hacer, y no
dejar lo otro.
24 ¡Guías ciegos! que coláis el
mosquito, mas tragáis el camello.
25 ¡Ay de vosotros, escribas y
Fariseos, hipócritas! porque lim-
piáis lo de fuera de la copa y del
plato; mas de dentro estáis lle-
nos de robo y de exceso.
26 ¡Fariseo ciego! limpia prime-
ro dentro de la copa y del plato,
para que también lo *que está* de
fuera se haga limpio.
27 ¡Ay de vosotros, escribas y
Fariseos, hipócritas! porque sois
semejantes a sepulcros blan-
queados, que de fuera, a la ver-
dad, parecen hermosos, mas de
dentro están llenos de huesos de
muertos y de toda suciedad.
28 Así también vosotros de fuera,
a la verdad, parecéis justos a los
hombres; mas de dentro, llenos
estáis de hipocresía e iniquidad.
29 ¡Ay de vosotros, escribas y
Fariseos, hipócritas! porque edi-
ficáis los sepulcros de los profe-
tas, y adornáis los monumentos
de los justos,
30 Y decís: Si fuéramos en los
días de nuestros padres, no hu-
biéramos sido sus compañeros
en la sangre de los profetas.
31 Así que, testimonio dais a vo-
sotros mismos, que sois hijos de
aquellos que mataron a los profetas.
32 Vosotros también henchid la
medida de vuestros padres.
33 ¡Serpientes, generación de ví-
boras! ¿cómo escaparéis la con-
denación del infierno?
34 Por tanto, he aquí, yo envío a
vosotros profetas, y sabios, y es-
cribas: y de ellos, a *unos* mataréis
y crucificaréis; y a *otros* de ellos

azotaréis en vuestras sinagogas,
y perseguiréis de ciudad en ciu-
dad:
35 Para que venga sobre vosotros
toda la sangre justa que se ha de-
rramado sobre la tierra, desde la
sangre de Abel el justo, hasta la
sangre de Zacarías, hijo de Bara-
quías, al cual matasteis entre el
templo y el altar.
36 De cierto os digo: todas estas
cosas vendrán sobre esta genera-
ción.
37 ¡Oh Jerusalem, Jerusalem,
que matas a los profetas, y ape-
dreas a los que son enviados a ti!
¡cuántas veces quise juntar tus
hijos, como la gallina junta sus
pollos debajo de las alas, y no
quisiste!
38 He aquí, vuestra casa os es de-
jada desierta.
39 Porque yo os digo, que desde
ahora no me veréis, hasta que di-
gáis: Bendito el que viene en el
nombre del Señor.

CAPÍTULO 24

Y SALIDO Jesús del templo,
íbase; y se llegaron sus dis-
cípulos, para mostrarle los edifi-
cios del templo.
2 Y Jesús les dijo: ¿No veis todas
estas cosas? De cierto os digo,
que no será dejada aquí piedra
sobre piedra, que no sea derriba-
da.
3 Y estando sentado él en el
monte de las Olivas, se llegaron
a él los discípulos aparte, dicien-
do: Dinos, ¿cuándo serán estas
cosas? ¿y qué señal *habrá* de tu
venida, y del fin del mundo?
4 Y respondiendo Jesús, les dijo:
Mirad que nadie os engañe.
5 Porque vendrán muchos en
mi nombre, diciendo: Yo soy el
Cristo; y a muchos engañarán.
6 Y oiréis de guerras, y rumo-
res de guerras: mirad *que* no os
turbéis; porque es menester que
todo *esto* acontezca; mas aún no
es el fin.
7 Porque se levantará nación con-
tra nación, y reino contra reino;
y serán pestilencias, y hambres, y
terremotos en diversos lugares.
8 Y todas estas cosas, *serán* prin-
cipio de dolores.
9 Entonces os entregarán para
ser afligidos, y os matarán; y se-
réis aborrecidos de todas las na-
ciones, por causa de mi nombre.
10 Y muchos entonces serán es-
candalizados; y se entregarán
unos a otros, y unos a otros se
aborrecerán.
11 Y muchos falsos profetas se le-
vantarán y engañarán a muchos.
12 Y por haberse multiplicado la
iniquidad, el amor de muchos se
resfriará.
13 Mas el que perseverare hasta
el fin, éste será salvo.
14 Y será predicado este evange-
lio del reino en todo el mundo,
por testimonio a todas las nacio-
nes, y entonces vendrá el fin.
15 Por tanto, cuando viereis la
abominación de desolación, que
fue dicha por Daniel el profeta,
estar en pie en el lugar santo, (el
que lee, entienda),
16 Entonces los que *estuvieren* en
Judea, huyan a los montes;
17 Y el que está sobre la techum-
bre, no descienda a tomar algo
de su casa;
18 Y el que está en el campo, no
vuelva atrás a tomar sus ropas.
19 Mas ¡ay de las preñadas, y de
las que den de mamar en aque-
llos días!
20 Orad, pues, que vuestra huída

no sea en invierno, ni en día de
sábado.
21 Porque habrá entonces grande
tribulación, cual no fue desde el
principio del mundo hasta ahora,
ni será jamás.
22 Y si aquellos días no fuesen
acortados, ninguna carne sería
salva; mas por causa de los escogi-
dos, aquellos días serán acortados.
23 Entonces, si alguien os dijere:
He aquí *está* el Cristo, o allí, *no lo*
creáis.
24 Porque se levantarán falsos
cristos, y falsos profetas; y darán
señales grandes y prodigios; de
tal manera que engañarán, si
fuese posible, aun a los escogidos.
25 He aquí, os lo he dicho antes.
26 Así que, si os dijeren: He aquí,
en el desierto está; no salgáis:
He aquí en los aposentos; *no lo*
creáis.
27 Porque como el relámpago
que sale del oriente y se muestra
hasta el occidente, así será tam-
bién la venida del Hijo del hom-
bre.
28 Porque donde quiera que es-
tuviere el cuerpo muerto, allí se
juntarán también las águilas.
29 E inmediatamente después de
la tribulación de aquellos días, el
sol se oscurecerá, y la luna no
dará su luz y las estrellas caerán
del cielo, y los poderes de los cie-
los serán conmovidos.
30 Y entonces se aparecerá la
señal del Hijo del hombre en
el cielo; y entonces lamentarán
todas las tribus de la tierra, y
verán al Hijo del hombre venir
en las nubes del cielo, con poder
y gran gloria.
31 Y enviará a sus ángeles con
gran voz de trompeta, y juntarán
sus escogidos de los cuatro vien-
tos, del un cabo del cielo hasta
el otro.
32 De la higuera aprended la pa-
rábola: Cuando ya su rama está
tierna, y las hojas brotan, sabéis
que el verano *está* cerca.
33 Así también vosotros, cuando
viereis todas estas cosas, sabed
que está cerca, a las puertas.
34 De cierto os digo, que no pa-
sará esta generación hasta que
todas estas cosas sean cumplidas.
35 El cielo y la tierra pasarán,
mas mis palabras no pasarán.
36 Mas de aquel día y hora nadie
sabe, ni aun los ángeles del cielo,
sino mi Padre solo.
37 Mas como los días de Noé, así
será la venida del Hijo del hombre.
38 Porque como en los días antes
del diluvio estaban comiendo y
bebiendo, casándose y dando en
casamiento, hasta el día en que
Noé entró en el arca,
39 Y no conocieron hasta que
vino el diluvio y los llevó a todos,
así será también la venida del
Hijo del hombre.
40 Entonces estarán dos en el
campo; el uno será tomado, y el
otro será dejado:
41 Dos *mujeres* moliendo a un
molino; la una será tomada, y la
otra será dejada.
42 Velad pues, porque no sabéis
a que hora ha de venir vuestro
Señor.
43 Esto empero sabed, que si el
padre de la familia supiese a cuál
vela el ladrón había de venir, ve-
laría, y no dejaría minar su casa.
44 Por tanto, también vosotros
estad apercibidos; porque el Hijo
del hombre ha de venir a la hora
que no pensáis.
45 ¿Quién pues es el siervo fiel y
prudente, al cual su señor puso

sobre su familia para que les dé
alimento a tiempo?
46 Bienaventurado aquel siervo,
al cual, cuando su señor viniere,
le hallare haciendo así.
47 De cierto os digo, que sobre
todos sus bienes le pondrá.
48 Mas si aquel siervo malo di-
jere en su corazón: Mi señor se
tarda en venir;
49 Y comenzare a herir sus com-
pañeros, y aun a comer y beber
con los borrachos;
50 Vendrá el señor de aquel sier-
vo el día que *él* no espera, y a la
hora que *él* no sabe,
51 Y le cortará por medio y pon-
drá su parte con los hipócritas: allí
será el lloro, y el crujir de dientes.

CAPÍTULO 25

ENTONCES el reino del cielo
será semejante a diez vírge-
nes, que tomando sus lámparas,
salieron a recibir al desposado.
2 Y cinco de ellas eran prudentes,
y cinco insensatas.
3 Las que eran insensatas, to-
mando sus lámparas, no toma-
ron aceite consigo.
4 Mas las prudentes tomaron
aceite en sus vasos, juntamente
con sus lámparas.
5 Y tardándose el desposado, ca-
becearon todas, y se durmieron.
6 Y a la media noche fue oído un
clamor: He aquí, el desposado
viene, salid a recibirle.
7 Entonces todas aquellas vírge-
nes se levantaron, y aderezaron
sus lámparas.
8 Y las insensatas dijeron a las
prudentes: Dadnos de vuestro
aceite, porque nuestras lámparas
se apagan.
9 Mas las prudentes respondie-
ron, diciendo: *No,* para que no
nos falte a nosotras y a vosotras:
id antes a los que venden, y com-
prad para vosotras mismas.
10 Y entre tanto que ellas fueron
a comprar, vino el desposado; y
las que estaban apercibidas, en-
traron con él a las bodas: y fue
cerrada la puerta.
11 Y después vinieron también
las otras vírgenes, diciendo:
Señor, Señor, ábrenos.
12 Mas respondiendo él, dijo: De
cierto os digo, *que* no os conozco.
13 Velad, pues, porque no sa-
béis el día ni la hora en la cual
el Hijo del hombre ha de venir.
14 Porque *el reino del cielo* es como
un hombre que partiéndose lejos,
llamó a sus propios siervos, y les
entregó sus bienes.
15 Y a uno dio cinco talentos, y
al otro dos, y al otro uno: a cada
uno conforme a su facultad; y se
partió inmediatamente lejos.
16 Entonces el que había recibi-
do cinco talentos, se fue, negoció
con ellos, e hizo otros cinco ta-
lentos.
17 Semejantemente también el
que *había recibido* dos, ganó tam-
bién él otros dos.
18 Mas el que había recibido uno,
fue, y cavó en la tierra, y escon-
dió el dinero de su señor.
19 Y después de mucho tiempo,
viene el señor de aquellos sier-
vos, y hace cuentas con ellos.
20 Y llegando el que había reci-
bido cinco talentos, trajo otros
cinco talentos, diciendo: Señor,
cinco talentos me entregaste; he
aquí, otros cinco talentos he ga-
nado con ellos.
21 Y su señor le dijo: Bien hecho,
buen siervo y fiel: sobre poco has
sido fiel, sobre mucho te pondré:
entra en el gozo de tu señor.

22 Y llegando también el que
había recibido dos talentos, dijo:
Señor, dos talentos me entregas-
te; he aquí, otros dos talentos he
ganado con ellos.
23 Su señor le dijo: Bien hecho,
buen siervo y fiel: sobre poco has
sido fiel, sobre mucho te pondré:
entra en el gozo de tu señor.
24 Y llegando también el que
había recibido un talento, dijo:
Señor, yo te conocía que eres
hombre duro, que siegas donde
no sembraste, y recoges donde
no esparciste:
25 Y tuve miedo, y fui y escon-
dí tu talento en la tierra: he aquí,
tienes lo *que es* tuyo.
26 Mas respondiendo su señor, le
dijo: Mal siervo y perezoso, sa-
bías que siego donde no sembré,
y que recojo donde no esparcí:
27 Por tanto te convenía dar mi
dinero a los banqueros, y vinien-
do yo, recibiera lo *que es* mío con
usura.
28 Quitadle pues el talento, y
dad*lo* al que tiene diez talentos.
29 Porque a todo aquel que tiene
le será dado y tendrá en abun-
dancia: mas al que no tiene, aun
lo que tiene le será quitado.
30 Y al siervo inútil echadle en
las tinieblas de afuera: allí será el
llorar, y el crujir de dientes.
31 Cuando el Hijo del hombre
vendrá en su gloria, y todos los
santos ángeles con él, entonces se
sentará sobre el trono de su gloria.
32 Y serán juntadas delante de
él todas las naciones, y los apar-
tará los unos de los otros, como
aparta el pastor *sus* ovejas de los
cabritos;
33 Y pondrá las ovejas a su dere-
cha, y los cabritos a la izquierda.
34 Entonces el Rey dirá a los
que *estarán* a su derecha: Venid,
benditos de mi Padre, heredad
el reino aparejado para vosotros
desde la fundación del mundo:
35 Porque tuve hambre, y me
disteis de comer: tuve sed, y me
disteis de beber: fui extranjero, y
me recogisteis:
36 Desnudo, y me cubristeis: es-
tuve enfermo, y me visitasteis:
estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.
37 Entonces los justos le respon-
derán, Diciendo: Señor, ¿cuándo
te vimos hambriento, y *te* dimos
de comer? ¿o sediento, y te dimos
de beber?
38 ¿Cuándo te vimos extranjero,
y *te* recogimos? ¿o desnudo, y *te*
cubrimos?
39 ¿O cuándo te vimos enfermo,
o en la cárcel, y vinimos a ti?
40 Y respondiendo el Rey, les
dirá: De cierto os digo, que en
cuanto *lo* hicisteis a uno de estos
mis hermanos pequeñitos, a mí
lo hicisteis.
41 Entonces dirá también a los
que *estarán* a la izquierda: Apar-
taos de mí malditos, al fuego
eterno, que está aparejado para
el diablo y sus ángeles;
42 Porque tuve hambre, y no me
disteis de comer: tuve sed, y no
me disteis de beber:
43 Fui extranjero, y no me reco-
gisteis; desnudo, y no me cubris-
teis; enfermo, y en la cárcel, y no
me visitasteis.
44 Entonces también ellos le
responderán, diciendo: Señor,
¿cuándo te vimos hambriento, o
sediento, o extranjero, o desnu-
do, o enfermo, o en la cárcel, y
no te servimos?
45 Entonces les responderá, di-
ciendo: De cierto os digo, *que* en
cuanto no *lo* hicisteis a uno de

estos pequeñitos, ni a mí *lo* hicis-
teis.
46 Y éstos irán al castigo eterno,
y los justos a la vida eterna.

CAPÍTULO 26

Y ACONTECIÓ que, cuando
hubo acabado Jesús todas
estas palabras, dijo a sus discí-
pulos:
2 Vosotros sabéis que dentro de
dos días se hace la pascua, y el
Hijo del hombre es entregado
para ser crucificado.
3 Entonces los príncipes de los
sacerdotes, y los escribas, y los
ancianos del pueblo se juntaron
en el palacio del sumo sacerdote,
el cual se llamaba Caifás.
4 Y tuvieron consejo para pren-
der por engaño a Jesús, y matar*le*.
5 Mas decían: No en *el día de* la
fiesta, porque no se haga alboro-
to en el pueblo.
6 Y estando Jesús en Betania, en
casa de Simón el leproso,
7 Vino a él una mujer, con un
vaso de alabastro de ungüento de
gran precio, y lo derramó sobre
la cabeza de él, estando sentado
a *la mesa:*
8 Lo cual viendo sus discípulos,
se indignaron, diciendo: ¿Para
qué este desperdicio?
9 Porque este ungüento se podía
vender por gran precio, y darse a
los pobres.
10 Y entendiéndo*lo* Jesús, les
dijo: ¿Por qué dais pena a la
mujer? porque ha hecho buena
obra para conmigo.
11 Porque siempre tenéis pobres
con vosotros, mas a mí no siem-
pre me tenéis.
12 Porque echando ella este un-
güento sobre mi cuerpo, para se-
pultarme *lo* ha hecho.
13 De cierto os digo, *que* donde-
quiera que este evangelio fuere
predicado en todo el mundo,
también será dicho para memo-
ria de ella, lo que ésta ha hecho.
14 Entonces uno de los doce, que
se llamaba Judas Iscariote, fue a
los príncipes de los sacerdotes,
15 Y *les* dijo: ¿Qué me queréis dar,
y yo os lo entregaré? Y ellos le
señalaron treinta piezas de plata.
16 Y desde entonces buscaba
oportunidad para entregarle.
17 Y el primer *día de la fiesta* de
los panes sin levadura, vinieron
los discípulos a Jesús, diciéndo-
le: ¿Dónde quieres que te adere-
cemos para comer la pascua?
18 Y él dijo: Id a la ciudad a tal
hombre, y decidle: El Maestro
dice: Mí tiempo está cerca; en tu
casa haré la pascua con mis dis-
cípulos.
19 Y los discípulos hicieron como
Jesús les mandó, y aderezaron la
pascua.
20 Y venida la tarde del día, es-
taba sentado a la mesa con los
doce.
21 Y estando comiendo ellos,
dijo: De cierto os digo, que uno
de vosotros me ha de entregar.
22 Y ellos entristecidos en gran
manera, comenzaron cada uno
de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor?
23 Entonces él respondiendo,
dijo: El que mete la mano con-
migo en el plato, éste me ha de
entregar.
24 A la verdad el Hijo del hombre
va, como está escrito de él; mas
¡ay de aquel hombre por quien
el Hijo del hombre es entregado!
bueno le fuera al tal hombre no
haber nacido.
25 Entonces respondiendo Judas,
que le entregaba, dijo: ¿Quizá

soy yo, Maestro? Dícele: Tú *lo*
has dicho.
26 Y estando comiendo ellos,
tomó Jesús el pan, y *lo* bendijo,
y *lo* partió, y dio a los discípulos,
y dijo: Tomad, comed: esto es mi
cuerpo.
27 Y tomando la copa, y dando
gracias, dióles, diciendo: Bebed
de ella todos.
28 Porque esto es mi sangre del
nuevo testamento, la cual es de-
rramada por muchos para remi-
sión de los pecados.
29 Y os digo, *que* desde ahora
no beberé más de este fruto de
la vid, hasta aquel día, cuando
lo beba nuevo con vosotros en el
reino de mi Padre.
30 Y cuando hubieron cantado
un himno, salieron al monte de
las Olivas.
31 Entonces Jesús les dice: Todos
vosotros seréis escandalizados
en mí esta noche; porque escrito
está: Heriré al pastor, y serán es-
parcidas las ovejas de la manada.
32 Mas después que haya resu-
citado, iré delante de vosotros a
Galilea.
33 Y respondiendo Pedro, le dijo:
Aunque todos sean escandaliza-
dos en ti, yo nunca seré escan-
dalizado.
34 Jesús le dice: De cierto te digo
que esta noche, antes de que el
gallo cante, me negarás tres veces.
35 Dícele Pedro: Aunque me sea
menester morir contigo, no te
negaré. Y todos los discípulos di-
jeron lo mismo.
36 Entonces viene Jesús con ellos
a un lugar que se llama Getsema-
ní, y dice a los discípulos: Sentaos
aquí, hasta que vaya allí y ore.
37 Y tomando a Pedro, y a los
dos hijos de Zebedeo, comenzó a
entristecerse, y a angustiarse en
gran manera.
38 Entonces él les dice: Mi alma
está muy triste hasta la muerte:
quedaos aquí, y velad conmigo.
39 Y yéndose un poco más ade-
lante, se postró sobre su rostro,
orando, y diciendo: Oh Padre
mío, si es posible pase de mí esta
copa: empero no como yo quiero,
mas como tú.
40 Y viene a los discípulos, y los
halla durmiendo; y dice a Pedro:
¡Qué! ¿No habéis podido velar
conmigo una hora?
41 Velad y orad, para que no en-
tréis en tentación: el espíritu a la
verdad está presto, mas la carne
débil.
42 Se fue otra vez, por segunda
vez, y oró, diciendo: Oh Padre
mío, si no puede esta copa pasar
de mí sin que yo la beba, hágase
tu voluntad.
43 Y vino, y los halló otra vez
durmiendo; porque los ojos de
ellos eran agravados.
44 Y dejándolos fue otra vez, y
oró tercera vez, diciendo las mis-
mas palabras.
45 Entonces viene a sus discí-
pulos, y les dice: Dormid ya, y
descansad: he aquí ha llegado la
hora, y el Hijo del hombre es en-
tregado en manos de pecadores.
46 Levantaos, vamos: he aquí, se
acerca el que me entrega.
47 Y estando él aún hablando, he
aquí Judas, uno de los doce, vino,
y con él una grande multitud con
espadas y palos, de parte de los
príncipes de los sacerdotes, y de
los ancianos del pueblo.
48 Y el que le entregaba les había
dado señal diciendo: Al que yo
besare, aquél es: prendedle.
49 Y llegándose inmediatamente

a Jesús, dijo: ¡Salve, Maestro! Y
le besó.
50 Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a
qué vienes? Entonces llegaron, y
echaron mano a Jesús, y le prendieron.
51 Y, he aquí, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la
mano, sacó su espada, e hiriendo
a un siervo del sumo sacerdote,
le cortó su oreja.
52 Entonces Jesús le dice: Vuelve tu espada a su lugar; porque
todos los que tomaren espada, a
espada perecerán.
53 O ¿piensas tú que yo no
puedo ahora orar a mi Padre, y
él me daría más de doce legiones
de ángeles?
54 Mas ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, que así es
menester que sea hecho?
55 En aquella hora dijo Jesús a la
multitud: ¿Como a ladrón habéis
salido con espadas y con palos a
prenderme? cada día me sentaba con vosotros enseñando en el
templo, y no me prendisteis.
56 Mas todo esto fue hecho para
que se cumplan las Escrituras de
los profetas. Entonces todos los
discípulos, dejándole, huyeron.
57 Y los que habían prendido
a Jesús, le llevaron a Caifás el
sumo sacerdote, donde los escribas y los ancianos estaban juntados.
58 Mas Pedro le seguía de lejos
hasta el palacio del sumo sacerdote; y entrado dentro, se estaba
sentado con los siervos, para ver
el fin.
59 Y los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, y todo el
concilio, buscaban algún falso
testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte;
60 Y no hallaban: y aunque muchos testigos falsos vinieron, no
lo hallaron. Mas a la postre vinieron dos testigos falsos,
61 Que dijeron: Éste dijo: Puedo
destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días.
62 Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes
nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?
63 Mas Jesús callaba. Y respondiendo el sumo sacerdote, le dijo:
Te conjuro por el Dios viviente,
que nos digas, si eres tú el Cristo,
el Hijo de Dios.
64 Jesús le dice: Tú *lo* has dicho.
Y aun os digo, que desde ahora
habéis de ver al Hijo del hombre
sentado a la diestra de poder, y
viniendo en las nubes del cielo.
65 Entonces el sumo sacerdote
rasgó sus vestiduras, diciendo:
Blasfemado ha: ¿qué más necesidad tenemos de testigos? He
aquí, ahora habéis oído su blasfemia.
66 ¿Qué os parece? Y respondiendo ellos, dijeron: Culpado es
de muerte.
67 Entonces le escupieron en su
rostro, y le herían a puñadas y
otros le dieron de bofetadas,
68 Diciendo: Profetízanos, Cristo,
¿quién es el que te ha herido?
69 Y Pedro entretanto estaba sentado fuera en el patio; y se llegó
a él una criada, diciendo: tú también estabas con Jesús el Galileo.
70 Mas él negó delante de todos,
diciendo: No sé lo que dices.
71 Y cuando salió al pórtico, le
vio otra, y dijo a los que estaban
allí: También éste estaba con
Jesús de Nazaret.
72 Y negó otra vez con juramento: No conozco al hombre.

73 Y después de un poco se lle-
garon los que por allí estaban
de pie, y dijeron a Pedro: Verda-
deramente también tú eres uno
de ellos; porque aun tu habla te
hace manifiesto.
74 Entonces comenzó a echarse
maldiciones, y a jurar, *diciendo:*
No conozco al hombre. Y al ins-
tante el gallo cantó.
75 Y se acordó Pedro de la pala-
bra de Jesús, que le dijo: Antes
que cante el gallo, me negarás
tres veces. Y saliéndose fuera,
lloró amargamente.

CAPÍTULO 27

Y VENIDA la mañana, tomaron
consejo todos los príncipes
de los sacerdotes, y los ancianos
del pueblo, contra Jesús, para
entregarle a muerte.
2 Y le llevaron atado, y le entre-
garon a Poncio Pilato gobernador.
3 Entonces Judas, el que le había
entregado, viendo que era con-
denado, volvió arrepentido las
treinta piezas de plata a los prín-
cipes de los sacerdotes, y a los
ancianos,
4 Diciendo: Yo he pecado entre-
gando la sangre inocente. Mas
ellos dijeron: ¿Qué *se nos da* a no-
sotros? Viéraslo tú.
5 Y arrojando las piezas de plata
al templo, se partió, y fue, y se
ahorcó.
6 Y los príncipes de los sacerdo-
tes, tomando las piezas de plata,
dijeron: No es lícito echarlas en
el tesoro, porque es precio de
sangre.
7 Y tomando consejo, compraron
con ellas el campo del alfarero,
por sepultura para los extranje-
ros.
8 Por lo cual fue llamado aquel
campo, el campo de sangre hasta
el día de hoy.
9 Entonces se cumplió lo que fue
dicho por el profeta Jeremías,
diciendo: Y tomaron las treinta
piezas de plata, precio del apre-
ciado, que fue apreciado por los
hijos de Israel;
10 Y las dieron para comprar el
campo del alfarero, como me or-
denó el Señor.
11 Y Jesús estaba de pie delante
del gobernador, y el gobernador
le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el
rey de los judíos? Y Jesús le dijo:
Tú *lo* dices.
12 Y siendo acusado por los prín-
cipes de los sacerdotes, y por los
ancianos, nada respondió.
13 Pilato entonces le dice: ¿No oyes
cuántas cosas testifican contra ti?
14 Y no le respondió ni una pala-
bra; de tal manera que el gober-
nador se maravillaba mucho.
15 Y en *el día de* la fiesta acos-
tumbraba el gobernador soltar al
pueblo un preso, cual quisiesen.
16 Y tenían entonces un preso
famoso que se llamaba Barrabás.
17 Pues, habiéndose juntado
ellos, les dijo Pilato: ¿Cuál que-
réis que os suelte? ¿a Barrabás, o
a Jesús que es llamado Cristo?
18 Porque sabía que por envidia
le habían entregado.
19 Y estando él sentado en el tri-
bunal, su esposa envió a él, di-
ciendo: No tengas que ver con
aquel justo; porque hoy he pade-
cido muchas cosas en sueños por
causa de él.
20 Mas los príncipes de los sacer-
dotes y los ancianos, persuadie-
ron a la multitud que pidiese a
Barrabás, y destruyese a Jesús.
21 Y respondiendo el gobernador
les dijo: ¿Cuál de los dos queréis

que os suelte? Y ellos dijeron: A
Barrabás.
22 Pilato les dijo: ¿Qué pues haré
con Jesús el que es llamado Cris-
to? Dícenle todos: Sea crucificado.
23 Y el gobernador les dijo: Pues
¿qué mal ha hecho? Mas ellos al-
zaban más el grito, diciendo: Sea
crucificado.
24 Y viendo Pilato que nada
aprovechaba, antes se hacía más
alboroto, tomando agua lavó las
manos delante del pueblo, di-
ciendo: Inocente soy yo de la san-
gre de este justo: vedlo vosotros.
25 Y respondiendo todo el pue-
blo, dijo: Su sangre *sea* sobre no-
sotros, y sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó a Barrabás;
y habiendo azotado a Jesús, *le*
entregó para ser crucificado.
27 Entonces los soldados del
gobernador llevaron a Jesús al
pretorio y juntaron a él toda la
compañía.
28 Y desnudándole, echáronle
encima un manto de grana.
29 Y habiendo tejido una corona
de espinas, la pusieron sobre su
cabeza, y una caña en su mano
derecha; e hincando la rodilla de-
lante de él, hacían burla de él, di-
ciendo: ¡Salve, Rey de los Judíos!
30 Y escupiendo en él, tomaron
la caña, y le herían en la cabeza.
31 Y después que le hubieron
escarnecido, le desnudaron el
manto, y le vistieron de sus vesti-
dos, y le llevaron para crucificar*le*.
32 Y saliendo, hallaron a un
hombre Cireneo, que se llamaba
Simón: a éste cargaron para que
llevase su cruz.
33 Y cuando llegaron al lugar
que se llama Gólgota, que quiere
decir, el lugar de la Calavera,
34 Le dieron a beber vinagre
mezclado con hiel; y cuando lo
hubo gustado, no quiso beberlo.
35 Y después que le hubieron
crucificado, repartieron sus ves-
tidos, echando suertes: para que
se cumpliese lo que fue dicho por el
profeta: Se repartieron mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.
36 Y sentados allí, le vigilaban.
37 Y pusieron sobre su cabeza
la acusación contra él escrita:
ÉSTE ES JESÚS EL REY DE LOS
JUDÍOS.
38 Entonces fueron crucificados
con él dos ladrones, uno a la de-
recha, y otro a la izquierda.
39 Y los que pasaban, le injuria-
ban, meneando sus cabezas,
40 Y diciendo: Tú, el que destru-
yes el templo, y en tres días *lo* ree-
dificas, sálvate a ti mismo: Si eres
Hijo de Dios, desciende de la cruz.
41 De esta manera también los
príncipes de los sacerdotes, es-
carneciendo con los escribas y
los ancianos, decían:
42 A otros salvó, a sí mismo no
se puede salvar: Si es el Rey de
Israel, descienda ahora de la
cruz, y le creeremos.
43 Confió en Dios: líbrele ahora
si le quiere; porque ha dicho: Soy
Hijo de Dios.
44 Lo mismo también le zaherían
los ladrones que estaban crucifi-
cados con él.
45 Y desde la hora de sexta fue-
ron tinieblas sobre toda la tierra
hasta la hora novena.
46 Y cerca de la hora novena,
Jesús exclamó con gran voz, di-
ciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani?
esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por
qué me has desamparado?
47 Y algunos de los que estaban
de pie allí, oyéndolo, decían: A
Elías llama éste.

48 E inmediatamente, corriendo
uno de ellos, tomó una esponja, y
la hinchió de vinagre, y poniéndo*la* en una caña, le daba para
que bebiese.
49 Y los otros decían: Deja, veamos si vendrá Elías a salvarle.
50 Mas Jesús, habiendo otra vez
clamado con grande voz, entregó el espíritu.
51 Y he aquí, el velo del templo
se rompió en dos, de alto a bajo:
y la tierra tembló, y las rocas se
hendieron;
52 Y los sepulcros se abrieron; y
muchos cuerpos de santos, que
habían dormido, se levantaron.
53 Y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron
a la santa ciudad, y aparecieron
a muchos.
54 Y el centurión, y los que estaban con él vigilando a Jesús,
visto el terremoto, y las cosas
que habían sido hechas, temieron en gran manera, diciendo:
Verdaderamente el Hijo de Dios
era éste.
55 Y estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido de Galilea a
Jesús, sirviéndole:
56 Entre las cuales era María
Magdalena, y María madre de
Jacobo y de Joses, y la madre de
los hijos de Zebedeo.
57 Y cuando fue la tarde del día,
vino un hombre rico de Arimatea,
llamado José, el cual también
era discípulo de Jesús.
58 Éste llegó a Pilato, y pidió el
cuerpo de Jesús: Entonces Pilato
mandó que el cuerpo se *le* diese.
59 Y tomando José el cuerpo, lo
envolvió en una sábana limpia,
60 Y lo puso en un sepulcro
suyo nuevo, que había labrado
en la roca; y revuelta una grande
piedra a la puerta del sepulcro,
se fue.
61 Y estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas
delante del sepulcro.
62 Y el siguiente día, que es después de la preparación, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos a Pilato,
63 Diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo,
viviendo aún: Después de tres
días resucitaré.
64 Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el tercer día; porque no vengan sus discípulos de
noche, y le hurten, y digan al
pueblo: Resucitó de los muertos;
y será el postrer error peor que el
primero.
65 Pilato les dijo: La guardia tenéis: id, asegurad*lo* como sabéis.
66 Ellos, pues, se fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la
piedra y poniendo la guardia.

CAPÍTULO 28

EN el fin del sábado, así como iba amaneciendo el primer *día* de la semana, vino María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro.
2 Y he aquí, fue hecho un gran
terremoto: porque el ángel del
Señor, descendió del cielo y vino
y revolvió la piedra de la puerta,
y estaba sentado sobre ella.
3 Y su aspecto era como relámpago,
y su vestido blanco como la nieve.
4 Y los guardas temblaron del
miedo de él, y fueron vueltos
como muertos.
5 Y respondiendo el ángel, dijo a
las mujeres: No temáis vosotras;
porque yo sé que buscáis a Jesús,
el que fue crucificado.

6 No está aquí; porque es resu-
citado, como dijo. Venid, ved
el lugar donde estaba puesto el
Señor.
7 E id presto, decid a sus discí-
pulos que es resucitado de los
muertos: y, he aquí, él va delante
de vosotros a Galilea; allí le ve-
réis; he aquí, os *lo* he dicho.
8 Y saliendo ellas prestamente
del sepulcro con temor y gran
gozo, fueron corriendo a dar las
nuevas a sus discípulos.
9 Y mientras iban a dar las nue-
vas a sus discípulos, he aquí,
Jesús les sale al encuentro, di-
ciendo: ¡Salve! Y ellas se llega-
ron, y abrazaron sus pies, y le
adoraron.
10 Entonces Jesús les dice: No
temáis: id, dad las nuevas a mis
hermanos, para que vayan a Ga-
lilea, y allá me verán.
11 Y yendo ellas, he aquí unos de
la guardia vinieron a la ciudad, y
dieron aviso a los principales de
los sacerdotes de todas las cosas
que habían acontecido.
12 Y juntados con los ancianos,
y habido consejo, dieron mucho
dinero a los soldados,
13 Diciendo: Decid: Sus discípu-
los vinieron de noche, y le hurta-
ron, estando nosotros dormidos.
14 Y si esto fuere oído del gober-
nador, nosotros le persuadire-
mos, y os haremos seguros.
15 Y ellos, tomando el dinero hi-
cieron como habían sido instrui-
dos; y este dicho ha sido divulgado
entre los judíos hasta el día de hoy.
16 Mas los once discípulos se fue-
ron a Galilea, al monte, donde
Jesús les había mandado.
17 Y cuando le vieron, le adora-
ron: mas algunos dudaban.
18 Y llegando Jesús, les habló,
diciendo: Toda potestad me es
dada en el cielo y en la tierra.
19 Por tanto id, enseñad a todas
las naciones, bautizándoles en el
nombre del Padre, y del Hijo, y
del Espíritu Santo:
20 Enseñándoles que guarden
todas las cosas que os he man-
dado: y he aquí, yo estoy con vo-
sotros todos los días, hasta el fin
del mundo. Amén.

El Evangelio Según
MARCOS

CAPÍTULO 1

PRINCIPIO del evangelio de Jesu Cristo, el Hijo de Dios.
2 Como está escrito en los profetas: He aquí, yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que apareje tu camino delante de ti.
3 La voz de uno que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor; haced derechas sus veredas.
4 Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para remisión de pecados.
5 Y salía a él toda la provincia de Judea, y los de Jerusalem; y eran todos bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.
6 Y Juan estaba vestido de pelos de camello, y con un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre.
7 Y predicaba, diciendo: Viene en pos de mí el que es más poderoso que yo, del cual no soy digno yo de encorvarme a desatar la correa de sus zapatos.
8 Yo a la verdad os he bautizado en agua; mas él os bautizará con el Espíritu Santo.
9 Y aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán.
10 E inmediatamente, subiendo del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma, que descendía sobre él.
11 Y vino una voz del cielo, *que decía:* Tú eres mi Hijo amado; en quien estoy muy agradado.
12 E inmediatamente el Espíritu le impele al desierto.
13 Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, siendo tentado de Satanás; y estaba con las fieras; y los ángeles le servían.
14 Mas después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios,
15 Y diciendo: el tiempo es cumplido; y el reino de Dios está cerca: Arrepentíos, y creed al evangelio.
16 Y andando junto al mar de Galilea, vio a Simón, y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.
17 Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.
18 Y dejando inmediatamente sus redes, le siguieron.
19 Y pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo, *hijo* de Zebedeo, y a Juan su hermano, también ellos en la nave, que remendaban las redes.
20 E inmediatamente los llamó; y ellos dejando a su padre Zebedeo en la nave con los jornaleros, fueron en pos de él.
21 Y entraron en Capernaum; e inmediatamente en el día de sábado, él entró en la sinagoga y enseñaba.
22 Y estaban atónitos de su doctrina; porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.
23 Y había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, el cual dio voces,

24 Diciendo: ¡Ah!, déja*nos* ¿Qué
tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Te conozco quién eres, el Santo de Dios.
25 Y Jesús le reprendió, diciendo: Enmudece, y sal de él.
26 Y haciéndole pedazos, el espíritu inmundo, y clamando a gran voz, salió de él.
27 Y todos se maravillaron, de tal manera que inquirían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina *es* ésta, que con autoridad aun a los espíritus inmundos manda, y le obedecen?
28 Y al instante se divulgó su fama por todo el país alrededor de la Galilea.
29 E inmediatamente saliendo de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y de Andrés, con Jacobo y Juan.
30 Pero la suegra de Simón estaba acostada con calentura; y le dijeron inmediatamente de ella.
31 Entonces llegando *él*, la tomó de su mano y la levantó; e inmediatamente la dejó la calentura, y les servía.
32 Y cuando fue la tarde, cuando el sol se puso, traían a él todos los que tenían enfermedades, y endemoniados;
33 Y toda la ciudad se juntó a la puerta.
34 Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba a los demonios hablar porque le conocían.
35 Y levantándose muy de mañana, aún muy de noche, salió, y se fue a un lugar muy desierto, y allí oraba.
36 Y le siguió Simón, y los que estaban con él.
37 Y hallándole, le dicen: Todos te buscan.
38 Y les dice: Vamos a las aldeas vecinas, para que predique también allí; porque para esto he venido.
39 Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios.
40 Y un leproso vino a él, rogándole; e hincándose de rodillas, y diciéndole: Si quieres puedes limpiarme.
41 Y Jesús, movido de compasión, extendió la mano, y le tocó, y le dice: Quiero, sé limpio.
42 Y habiendo él dicho esto, inmediatamente la lepra se fue de él, y fue limpio.
43 Y le encargó estrechamente, y le envió inmediatamente,
44 Y le dice: Mira, no digas a nadie nada; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu limpieza lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.
45 Mas él salió, y comenzó a publicarlo mucho, y a divulgar el negocio de manera que ya Jesús no podía entrar manifiestamente en la ciudad, mas estaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.

CAPÍTULO 2

Y ENTRÓ otra vez en Capernaum después de *algunos* días; y se oyó que estaba en casa.
2 E inmediatamente se allegaron muchos, que ya no cabían ni aun al contorno de la puerta; y les predicaba la palabra.
3 Entonces vienen a él trayendo un paralítico, que era llevado de cuatro.
4 Y como no podían llegar a él a causa de la multitud, destecha-

ron el techo donde estaba, y habiéndo*lo* destechado, bajaron el lecho en que el paralítico estaba echado.
5 Y cuando Jesús vio la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados.
6 Y estaban allí sentados ciertos de los escribas, los cuales razonaban en sus corazones,
7 ¿Por qué habla éste blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?
8 Y conociendo inmediatamente Jesús en su espíritu que razonaban esto dentro de sí, les dijo: ¿Por qué razonáis estas cosas en vuestros corazones?
9 ¿Cuál es más fácil, decir al paralítico: *Tus* pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, y toma tu lecho, y anda?
10 Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados, (dice al paralítico:)
11 A ti digo: Levántate, y toma tu lecho, y vete a tu casa.
12 Y él se levantó inmediatamente, y tomando el lecho, se salió delante de todos, de manera que todos quedaron atónitos, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca tal hemos visto.
13 Y volvió a salir al mar, y toda la multitud venía a él, y les enseñaba.
14 Y pasando, vio a Leví, *hijo* de Alfeo, sentado al banco de los públicos tributos, y le dice: Sígueme. Y levantándose, le siguió.
15 Y aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores se sentaban también juntamente con Jesús y sus discípulos: porque había muchos, y le seguían.
16 Y los escribas y los Fariseos, viéndole comer con publicanos, y con pecadores, dijeron a sus discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con publicanos y pecadores?
17 Y oyéndo*les* Jesús, les dice: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. No he venido a llamar a los justos, mas los pecadores a arrepentimiento.
18 Y los discípulos de Juan, y *los* de los Fariseos ayunaban; y vienen, y le dicen: ¿Por qué los discípulos de Juan, y *los* de los Fariseos ayunan; y tus discípulos no ayunan?
19 Y Jesús les dice: ¿Pueden ayunar los que están de bodas, cuando el desposado está con ellos? Entre tanto que tienen consigo al desposado no pueden ayunar.
20 Mas vendrán días; cuando el desposado será quitado de ellos, y entonces en aquellos días ayunarán.
21 Nadie cose remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera el mismo remiendo nuevo tira del viejo, y se hace peor rotura.
22 Ni nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y se derrama el vino, y los odres se pierden; mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.
23 Y aconteció, que pasando él por los sembrados en sábado, sus discípulos andando comenzaron a arrancar espigas.
24 Entonces los Fariseos le dijeron: He aquí, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?
25 Y él les dijo: ¿Nunca leísteis qué hizo David cuando tuvo ne-

cesidad, y tuvo hambre, él y los
que estaban con él?
26 ¿Cómo entró en la casa de
Dios, en tiempo de Abiatar el
sumo sacerdote, y comió los
panes de la proposición, de los
cuales no es lícito comer sino a
los sacerdotes, y aún dio a los
que estaban con él?
27 Díjoles también: El sábado por
causa del hombre fue hecho; no
el hombre por causa del sábado.
28 Así que el Hijo del hombre
Señor es también del sábado.

CAPÍTULO 3

Y OTRA vez entró en la sinagoga; y había allí un hombre
que tenía una mano seca.
2 Y le acechaban, si en sábado le
sanaría, para acusarle.
3 Entonces dijo al hombre que
tenía la mano seca: Levántate en
medio.
4 Y les dice: ¿Es lícito hacer bien
en sábados, o hacer mal? ¿salvar la
vida, o matar? Mas ellos callaban.
5 Y mirándolos en derredor con
enojo, siendo entristecido por la
dureza de sus corazones, dice al
hombre: Extiende tu mano. Y él
la extendió, y su mano fue restituida sana como la otra.
6 Y salidos los Fariseos, inmediatamente tomaron consejo con
los Herodianos contra él, cómo
le podrían destruir.
7 Mas Jesús se apartó al mar con
sus discípulos; y le siguió una
gran multitud de Galilea, y de
Judea,
8 Y de Jerusalem, y de Idumea, y
de la otra parte del Jordán. Y de
los alrededores de Tiro y de Sidón,
grande multitud, oyendo cuán
grandes cosas hacía, vinieron a él.
9 Y dijo a sus discípulos que una
navecilla le estuviese siempre
apercibida, por causa de la multitud, para que no le oprimiesen.
10 Porque había sanado a muchos, de tal manera que caían
sobre él, cuantos tenían plagas,
por tocarle.
11 Y los espíritus inmundos, al
verle, se postraban delante de él,
y daban voces, diciendo: Tú eres
el Hijo de Dios.
12 Mas él les reprendía mucho
que no le manifestasen.
13 Y subió a un monte, y llamó *a
sí* los que él quiso; y vinieron a él.
14 Y ordenó a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos
a predicar,
15 Y que tuviesen potestad de
sanar enfermedades, y de echar
fuera demonios:
16 A Simón, al cual puso por sobrenombre Pedro;
17 Y a Jacobo, *hijo* de Zebedeo, y
a Juan hermano de Jacobo; y les
puso por sobrenombre Boanerges, que es, Hijos del trueno;
18 Y a Andrés, y a Felipe, y a Bartolomé, y a Mateo, y a Tomás, y
a Jacobo *hijo* de Alfeo, y a Tadeo,
y a Simón el Cananeo,
19 Y a Judas Iscariote, el que le
entregó. Y vinieron a una casa.
20 Y otra vez se juntó la multitud, de tal manera que ellos ni
aun podían comer pan.
21 Y cuando *lo* oyeron los suyos,
vinieron para prenderle; porque
decían: Está fuera de sí.
22 Y los escribas que habían descendido de Jerusalem, decían
que tenía a Beelzebub, y que
por el príncipe de los demonios
echaba fuera los demonios.
23 Y llamándoles, les dijo por
parábolas: ¿Cómo puede Satanás
echar fuera a Satanás?

24 Y si un reino contra sí mismo
fuere dividido, no puede perma-
necer el tal reino.
25 Y si una casa fuere dividida
contra sí misma, no puede per-
manecer la tal casa.
26 Y si Satanás se levantare con-
tra sí mismo, y fuere dividido, no
puede permanecer; mas tiene fin.
27 Nadie puede saquear los bienes
del hombre fuerte entrando en su
casa, si antes no atare al hombre
fuerte; y entonces saqueará su
casa.
28 De cierto os digo *que* todos
los pecados serán perdonados a
los hijos de los hombres, y las
blasfemias cualesquiera con que
blasfemaren:
29 Mas cualquiera que blasfema-
re contra el Espíritu Santo, no
tiene perdón por siempre; mas
está expuesto a condenación
eterna.
30 Porque decían: Tiene espíritu
inmundo.
31 Vienen pues sus hermanos y
su madre, y estando de pie afue-
ra, enviaron a él llamándole.
32 Y la multitud estaba sentada
alrededor de él, y le dijeron: He
aquí, tu madre y tus hermanos te
buscan fuera.
33 Y él les respondió, diciendo:
¿Quién es mi madre, y mis her-
manos?
34 Y mirando al derredor a los
que estaban sentados en derre-
dor de él, dijo: He aquí mi madre,
y mis hermanos.
35 Porque cualquiera que hiciere
la voluntad de Dios, éste es mi her-
mano, y mi hermana, y mi madre.

CAPÍTULO 4

Y OTRA vez comenzó a enseñar
junto al mar, y se allegó a él
una gran multitud; tanto que en-
trándose él en un barco, se sentó
en el mar, y toda la multitud es-
taba en tierra junto al mar.
2 Y les enseñaba por parábolas
muchas cosas, y les decía en su
doctrina:
3 Oíd: He aquí, el sembrador
salió a sembrar.
4 Y aconteció que al sembrar, que
una parte cayó junto al camino;
y vinieron las aves del cielo, y la
devoraron.
5 Y otra parte cayó en pedrega-
les, donde no tenía mucha tierra;
y nació inmediatamente, porque
no tenía la tierra profunda.
6 Mas salió el sol, se quemó; y
por cuanto no tenía raíz se secó.
7 Y otra parte cayó en espinas; y
crecieron las espinas, y la ahoga-
ron, y no dio fruto.
8 Y otra parte cayó en buena tie-
rra, y dio fruto, que subió y cre-
ció; y llevó uno a treinta, y otro
a sesenta, y otro a ciento.
9 Y les decía: El que tiene oídos
para oír, oiga.
10 Y cuando estuvo solo le pre-
guntaron, los que estaban alrede-
dor de él con los doce, de la parábola.
11 Y él les decía: A vosotros es
dado saber el misterio del reino
de Dios; mas a los que están fuera,
todas las cosas se les hacen por
parábolas;
12 Para que viendo, vean y no
perciban; y oyendo, oigan y no
entiendan: porque alguna vez no
se conviertan, y les sean perdo-
nados *sus* pecados.
13 Y les dijo: ¿No sabéis esta pa-
rábola? ¿Cómo pues entenderéis
todas las parábolas?
14 El sembrador siembra la palabra.
15 Y éstos son los de junto al ca-
mino: en los que la palabra es

sembrada; mas después que la
oyeron, inmediatamente viene
Satanás, y quita la palabra que
fue sembrada en sus corazones.
16 Y asimismo éstos son los que
son sembrados en pedregales;
los que cuando han oído la pa-
labra, inmediatamente la reciben
con gozo;
17 Y no tienen raíz en sí mismos,
antes son temporales; que en le-
vantándose la tribulación, o la per-
secución por causa de la palabra,
inmediatamente se escandalizan.
18 Y éstos son los que son sem-
brados entre espinas, los que
oyen la palabra;
19 Mas los afanes de este mundo,
y el engaño de las riquezas, y las
concupiscencias que hay en las
otras cosas entrando, ahogan la
palabra, y se hace infructuosa.
20 Y éstos son los que fueron
sembrados en buena tierra; los
que oyen la palabra y *la* reciben,
y hacen fruto, uno a treinta, otro
a sesenta, otro a ciento.
21 Y les decía: ¿Acaso se trae la
candela debajo de un almud, o
debajo de la cama? ¿No *la trae*
para ser puesta en el candelero?
22 Porque no hay nada oculto
que no haya de ser manifestado;
ni secreto, que no haya de venir
en descubierto.
23 Si alguno tiene oídos para oír,
oiga.
24 Y les decía: Mirad lo que oís:
Con la medida que medís, os será
medido, y será añadido a voso-
tros los que oís.
25 Porque al que tiene, le será
dado; y al que no tiene, aun lo
que tiene le será quitado.
26 Decía más: Así es el reino de
Dios, como si un hombre echase
simiente en la tierra;
27 Y durmiese, y se levantase de
noche y de día, y la simiente bro-
tase y creciese sin saber él como.
28 Porque la tierra de suyo fruc-
tifica, primero hierba, luego es-
piga, después grano lleno en la
espiga;
29 Y cuando el fruto fuere pro-
ducido, inmediatamente él mete
la hoz, porque la siega es llegada.
30 También decía: ¿A qué hare-
mos semejante el reino de Dios?
¿o con qué comparación le com-
pararemos?
31 *Es* como el grano de mosta-
za, que cuando es sembrado en
la tierra, es el más pequeño de
todas las simientes que hay en la
tierra;
32 Mas cuando fuere sembra-
do, sube, y se hace la mayor de
todas las legumbres, y hace gran-
des ramas, de tal manera que las
aves del cielo puedan posar de-
bajo de su sombra.
33 Y con muchas tales parábolas
les hablaba la palabra, conforme
a lo que podían oír.
34 Y sin parábola no les hablaba;
mas cuando estaban solos, decla-
raba todas las cosas a sus discí-
pulos.
35 Y les dijo aquel día, cuando
fue tarde: Pasemos al otro lado.
36 Y enviada la multitud, le to-
maron así como estaba, en la
nave, y había también con él
otros barquitos.
37 Y se levantó una grande tem-
pestad de viento, y echaba las
ondas en la nave, de tal manera
que ya se llenaba.
38 Y él estaba en la popa, dur-
miendo sobre una almohada; y
le despertaron, y le dicen: ¿Maes-
tro, no tienes cuidado que perez-
camos?

39 Y levantándose, reprendió al
viento, y dijo al mar: Calla, en-
mudece. Y cesó el viento; y fue
hecha grande bonanza.
40 Y a ellos dijo: ¿Por qué estáis
tan temerosos? ¿Cómo es que no
tenéis fe?
41 Y temieron con gran temor, y
decían el uno al otro: ¿Quién es
éste, que aun el viento y el mar
le obedecen?

CAPÍTULO 5

Y VINIERON a la otra parte del
mar a la provincia de los Ga-
darenos.
2 Y cuando él salió de la nave, in-
mediatamente le salió al encuen-
tro un hombre de los sepulcros,
con un espíritu inmundo,
3 Que tenía *su* morada en los se-
pulcros, y nadie le podía tener
atado, ni aun con cadenas,
4 Porque muchas veces había
sido atado con grillos y cadenas,
mas las cadenas habían sido he-
chas pedazos por él, y los grillos
desmenuzados; y nadie le podía
dominar.
5 Y siempre de día y de noche
estaba en los montes y en los se-
pulcros dando voces, e hiriéndo-
se a sí mismo con piedras.
6 Y cuando vio a Jesús de lejos,
corrió, y le adoró.
7 Y clamando a gran voz, dijo:
¿Qué tengo yo que ver contigo,
Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te
conjuro por Dios que no me ator-
mentes.
8 Porque le decía: Sal fuera de
este hombre, espíritu inmundo.
9 Y le preguntó: ¿Cómo te lla-
mas? Y respondió, diciendo: Le-
gión me llamo; porque somos
muchos.
10 Y le rogaba mucho que no los
echase fuera de aquella provincia.
11 Y estaba allí cerca de los mon-
tes una grande manada de puer-
cos paciendo.
12 Y le rogaron todos aquellos
demonios, diciendo: Envíanos a
los puercos para que entremos
en ellos.
13 Y les permitió inmediatamen-
te Jesús; y saliendo aquellos es-
píritus inmundos, entraron en
los puercos; y la manada se pre-
cipitó con impetuosidad por un
despeñadero en el mar; y eran
como dos mil, y se ahogaron en
el mar.
14 Y los que apacentaban los
puercos huyeron, y dieron aviso
a la ciudad y en los campos. Y sa-
lieron para ver que era aquello
que había acontecido.
15 Y vienen a Jesús, y ven al que
había sido endemoniado, y que
había tenido la legión, sentado
y vestido, y en su juicio cabal: y
tuvieron miedo.
16 Y los que *lo* habían visto, con-
táronles cómo había acontecido
al endemoniado, y de los puer-
cos.
17 Y comenzaron a rogarle que
se fuese de los términos de ellos.
18 Y cuando fue entrado él en la
nave, el que había estado ende-
moniado, le rogaba que le dejase
estar con él.
19 Mas Jesús no le permitió, sino
le dijo: Vete a tu casa a los tuyos,
y cuéntales cuán grandes cosas el
Señor ha hecho contigo, y *cómo*
ha tenido misericordia de ti.
20 Y él se fue, y comenzó a pu-
blicar en Decápolis cuán grandes
cosas Jesús había hecho con él; y
todos se maravillaban.
21 Y cuando Jesús hubo pasado
otra vez en una nave a la otra

parte, se allegó a él una gran
multitud; y estaba junto al mar.
22 Y, he aquí, viene uno de los
príncipes de la sinagoga, llama-
do Jairo; y cuando le vio, se pos-
tró a sus pies,
23 Y le rogaba mucho, diciendo:
Mi hija está a la muerte: Ven y
pon las manos sobre ella, para
que sea salva, y vivirá.
24 Y *Jesús* fue con él, y le siguió
mucha gente, y le apretaban.
25 Y cierta mujer que estaba con
flujo de sangre doce años hacía,
26 Y había sufrido muchas cosas
de muchos médicos, y había gasta-
do todo lo que tenía, y nada había
aprovechado, antes le iba peor,
27 Cuando oyó de Jesús, vino
entre el gentío por detrás y tocó
su vestido.
28 Porque decía: Si *yo* tocare tan
solamente su vestido, seré salva.
29 E inmediatamente la fuen-
te de su sangre se secó; y sintió
en *su* cuerpo que estaba sana de
aquella plaga.
30 E inmediatamente Jesús, co-
nociendo en sí mismo la virtud
que había salido de él, volvién-
dose entre el gentío, dijo: ¿Quién
ha tocado mis vestidos?
31 Y le dijeron sus discípulos:
Ves que la multitud te aprieta, y
dices: ¿Quién me ha tocado?
32 Y *él* miraba alrededor por ver
a la que había hecho esto.
33 Entonces la mujer, temiendo y
temblando, sabiendo lo que en sí
había sido hecho, vino y se pos-
tró delante de él, y le dijo toda
la verdad.
34 Y él le dijo: Hija, tu fe te ha
hecho salva; ve en paz, y sé sana
de tu azote.
35 Hablando aún él, vinieron del
príncipe de la sinagoga, dicien-
do: Tu hija es muerta: ¿para qué
fatigas más al Maestro?
36 Mas Jesús, al instante que
oyó la palabra que se decía, dijo
al príncipe de la sinagoga: No
temas, cree solamente.
37 Y no permitió que alguno vi-
niese tras él, sino Pedro, y Jaco-
bo, y Juan hermano de Jacobo.
38 Y viene a casa del príncipe de
la sinagoga, y ve el alboroto, y
los que lloraban y gemían mucho.
39 Y entrado, les dice: ¿Por qué
os alborotáis, y lloráis? La mu-
chacha no está muerta, sino que
duerme.
40 Y hacían burla de él; mas él,
echados fuera todos, toma al padre
y a la madre de la muchacha, y a los
que estaban con él, y entra donde
estaba la muchacha echada.
41 Y tomando la mano de la mu-
chacha, le dice: Talita cumi; que
interpretado es: Muchacha, a ti
te digo, levántate.
42 E inmediatamente la mucha-
cha se levantó, y andaba; porque
era de doce años: Y se espanta-
ron de grande espanto.
43 Mas él les encargó estrecha-
mente que nadie lo supiese; y
mandó que diesen a ella de comer.

CAPÍTULO 6

Y SALIÓ de allí, y vino a su tie-
rra, y le siguen sus discípulos.
2 Y llegado el sábado, comenzó
a enseñar en la sinagoga; y mu-
chos oyéndo*le*, estaban atónitos,
diciendo: ¿De dónde tiene éste
estas cosas? ¿Y qué sabiduría *es*
ésta que le es dada, que tales mi-
lagros son hechos por sus manos?
3 ¿No es éste el carpintero, hijo
de María, hermano de Jacobo, y
de Joses, y de Judas, y de Simón?
¿No están también aquí con no-

sotros sus hermanas? Y se escan-
dalizaban en él.
4 Mas Jesús les decía: No hay
profeta sin honor sino en su tierra,
y entre sus parientes, y en su casa.
5 Y no pudo hacer allí ningún mi-
lagro: sino que sanó unos pocos
enfermos, poniendo sobre ellos
las manos.
6 Y estaba maravillado de la in-
credulidad de ellos. Y rodeaba las
aldeas de alrededor, enseñando.
7 Y llamó a los doce, y comenzó
a enviarlos de dos en dos: y les
dio potestad sobre los espíritus
inmundos.
8 Y les mandó que no llevasen
nada para el camino, sino sola-
mente un bordón; ni alforja, ni
pan, ni dinero en la bolsa;
9 Mas que calzasen sandalias; y
no vistiesen dos ropas.
10 Y les decía: Dondequiera que
entréis en una casa, quedad allí
hasta que salgáis de aquel lugar.
11 Y todos aquellos que no os re-
cibieren, ni os oyeren, saliendo
de allí, sacudid el polvo que está
debajo de vuestros pies, en testi-
monio contra ellos. De cierto os
digo que será más tolerable para
Sodoma y Gomorra en el día del
juicio, que de aquella ciudad.
12 Y salidos ellos, predicaban
que se arrepintiesen los hombres.
13 Y echaban fuera muchos de-
monios, y ungían con aceite a
muchos enfermos, y sanaban.
14 Y oyó el rey Herodes *de él,*
(porque su nombre era hecho no-
torio,) y dijo: Juan el Bautista ha
resucitado de los muertos, y por
tanto, los poderes obran en él.
15 Otros decían: Elías es. Y otros
decían: Profeta es, o como uno
de los profetas.
16 Mas cuando *lo* oyó Herodes,
dijo: Éste es Juan el que yo dego-
llé: él ha resucitado de los muertos.
17 Porque Herodes mismo había
enviado y prendido a Juan, y lo
había encadenado en la cárcel
por causa de Herodías, esposa
de Felipe su hermano; porque se
había casado con ella.
18 Porque Juan decía a Herodes:
No te es lícito tener la esposa de
tu hermano.
19 Por tanto Herodías le tenía
ojeriza, y deseaba matarle, mas
no podía;
20 Porque Herodes temía a Juan,
conociéndole por varón justo y
santo, y le tenía respeto: y ha-
biéndolo oído, hacía muchas
cosas; y le oía de buena gana.
21 Y habiendo venido un día
oportuno, en que Herodes, en
la fiesta del día de su nacimien-
to, hacía cena a sus príncipes y
capitanes, y a los principales de
Galilea,
22 Y cuando la hija de la misma
Herodías entró y danzó, y agra-
dó a Herodes, y a los que estaban
con él a la mesa, el rey dijo a la
doncella: Pídeme lo que quisie-
res, que yo te *lo* daré.
23 Y le juró: Todo lo que me pi-
dieres te daré, hasta la mitad de
mi reino.
24 Y saliendo fuera ella, dijo a su
madre: ¿Qué pediré? Y ella dijo:
La cabeza de Juan el Bautista.
25 Y ella entró inmediatamente
con prisa al rey, y pidió diciendo:
Quiero que ahora mismo me des
en un plato la cabeza de Juan el
Bautista.
26 Y el rey se entristeció mucho;
mas a causa del juramento, y de
los que estaban con él a la mesa,
no la quiso desechar.
27 E inmediatamente el rey, en-

viando a un verdugo, mandó que
fuese traída su cabeza: y él fue, y
le degolló en la cárcel,
28 Y trajo su cabeza en un plato,
y la dio a la doncella, y la donce-
lla la dio a su madre.
29 Y cuando sus discípulos oye-
ron *esto*, vinieron y tomaron su
cuerpo y lo pusieron en un sepul-
cro.
30 Y los apóstoles se juntaron a
Jesús, y le contaron todo lo que
habían hecho, y lo que habían
enseñado.
31 Y *él* les dijo: Venid vosotros
mismos aparte a un lugar desier-
to, y reposad un poco: porque
eran muchos los que iban y ve-
nían, que ni aun tenían tiempo
de comer.
32 Y se fueron en una nave a un
lugar desierto aparte.
33 Y la gente los vio partir, y mu-
chos le conocieron; y de todas
las ciudades corrieron allá a pie,
y llegaron antes que ellos, y se
juntaron a él.
34 Y Jesús cuando salió, vio
grandes multitudes de gente, y
tuvo compasión de ellos porque
eran como ovejas que no tenían
pastor; y comenzó a enseñarles
muchas cosas.
35 Y cuando ya fue el día muy
tarde, sus discípulos llegaron a él,
diciendo: El lugar es desierto y el
día *es* ya muy entrado,
36 Envíalos para que vayan a los
cortijos y aldeas de alrededor, y
compren para sí pan, porque no
tienen qué comer.
37 Y respondiendo él, les dijo:
Dadles de comer vosotros. Y le
dijeron: ¿Iremos a comprar dos-
cientos denarios de pan, y les da-
remos de comer?
38 Y él les dice: ¿Cuántos panes
tenéis? Id, y vedlo. Y cuando lo su-
pieron, dicen: Cinco, y dos peces.
39 Y les mandó que hiciesen sen-
tar a todos por compañías sobre
la hierba verde.
40 Y se sentaron por grupos, de
ciento en ciento, y de cincuenta
en cincuenta.
41 Y tomados los cinco panes y
los dos peces, mirando al cielo,
bendijo, y partió los panes, y dio
a sus discípulos para que los pu-
siesen delante de ellos: Y los dos
peces repartió entre todos.
42 Y comieron todos, y se har-
taron.
43 Y alzaron de los pedazos doce
canastos llenos, y de los peces.
44 Y eran los que comieron de
los panes como cinco mil varo-
nes.
45 E inmediatamente hizo a sus
discípulos entrar en la nave, e
ir delante de él a la otra parte a
Betsaida, entre tanto que él des-
pedía la multitud.
46 Y cuando los hubo despedido,
se fue al monte a orar.
47 Y cuando llegó la tarde, la
nave estaba en medio del mar, y
él solo en tierra.
48 Y viólos fatigarse remando,
porque el viento les era contra-
rio: y cerca de la cuarta vela de
la noche, vino a ellos andando
sobre el mar, y quería pasarlos
de largo.
49 Mas cuando ellos lo vieron
andar sobre el mar, pensaron que
era un espíritu, y dieron voces;
50 Porque todos le veían, y se tur-
baron. E inmediatamente habló
con ellos, y les dijo: Tened buen
animo; Yo soy, no temáis.
51 Y subió a ellos en la nave,
y el viento cesó, y estaban
entre sí mismos sobre mane-

ra atónitos, y se maravillaban:
52 Porque *aún* no entendían *el milagro* de los panes; porque sus corazones estaban endurecidos.
53 Y cuando fueron a la otra parte, vinieron a tierra de Genezaret, y tomaron puerto.
54 Y saliendo ellos de la nave, inmediatamente le conocieron,
55 Y corriendo por toda aquella región de alrededor, comenzaron a traer en lechos a los que estaban enfermos, a donde oían que estaba.
56 Y donde quiera que entraba, en aldeas, o ciudades, o campos, ponían en las plazas los que estaban enfermos, y le rogaban que tocasen siquiera el borde de su vestido, y todos los que le tocaban quedaban sanos.

CAPÍTULO 7

Y SE juntaron a él los Fariseos, y ciertos de los escribas que habían venido de Jerusalem;
2 Y cuando vieron a algunos de sus discípulos comer pan con manos inmundas, que quiere decir, no lavadas, los condenaban.
3 Porque los Fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen.
4 Y *volviendo* de la plaza, si no se lavaren, no comen. Y otras muchas cosas hay que han recibido para guardar, *como* el lavar de las copas, y de los jarros, y de los vasos de latón, y de las mesas.
5 Entonces le preguntaron los Fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, mas comen pan sin lavar las manos?
6 Y respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón lejos está de mí.
7 Mas en vano me adoran, enseñando *como* doctrinas, mandamientos de hombres.
8 Porque dejando el mandamiento de Dios, os guardáis la tradición de los hombres: *como* el lavar de los jarros y de las copas; y hacéis muchas otras cosas semejantes a éstas.
9 Y les decía: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición.
10 Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y: El que maldijere al padre o a la madre muera de muerte.
11 Mas vosotros decís: Si el hombre dijere a su padre o a *su* madre: *Es* Corbán (que quiere decir, don mío) a ti aprovechará; *quedará libre*.
12 Y no le dejáis más hacer nada por su padre o por su madre;
13 Invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que disteis: y muchas cosas hacéis semejantes a éstas.
14 Y cuando hubo llamado a sí toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended:
15 Nada hay fuera del hombre que entrando en él, le pueda contaminar; mas lo que sale de él, aquello es lo que contamina al hombre.
16 Si alguno tiene oídos para oír, oiga.
17 Y cuando él fue entrado en casa, apartado de la multitud, le preguntaban sus discípulos de la parábola.
18 Y les dice: ¿Así también voso-

tros sois sin entendimiento? ¿No
entendéis que todo lo de fuera
que entra en el hombre, no le
puede contaminar;
19 Porque no entra en su corazón,
sino en el vientre, y sale a la le-
trina, purgando todas las viandas?
20 Y decía, lo que del hombre
sale, aquello contamina al hom-
bre.
21 Porque de dentro, del corazón
de los hombres, salen los malos
pensamientos, adulterios, forni-
caciones, homicidios,
22 Hurtos, avaricias, maldades,
engaño, lascivia, ojo maligno,
blasfemia, soberbia, insensatez.
23 Todas estas maldades de den-
tro salen, y contaminan al hom-
bre.
24 Y levantándose de allí, se
fue a los términos de Tiro y de
Sidón, y entrando en una casa,
quiso que nadie *lo* supiese; mas
no pudo esconderse.
25 Porque una mujer, cuya hija
tenía un espíritu inmundo, luego
que oyó de él, vino y se echó a
sus pies.
26 Y la mujer era Griega, Sirofe-
nisa de nación, y le rogaba que
echase fuera de su hija al demo-
nio.
27 Mas Jesús le dijo: Deja pri-
mero hartarse los hijos: por-
que no es bien tomar el pan de
los hijos y echar*lo* a los perros.
28 Y respondió ella, y le dijo: Sí,
Señor; pero los perros debajo de
la mesa, comen de las migajas de
los hijos.
29 Entonces le dice: Por esta pa-
labra, ve; el demonio ha salido
de tu hija.
30 Y cuando llegó a su casa, halló
que el demonio había salido, y
a la hija echada sobre la cama.
31 Y volviendo a salir de los tér-
minos de Tiro y de Sidón, vino al
mar de Galilea, por en medio de
los términos de Decápolis.
32 Y le traen un sordo y tartamu-
do, y le ruegan que le ponga la
mano encima.
33 Y tomándole aparte de la mul-
titud, metió sus dedos en las ore-
jas de él, y escupiendo, tocó su
lengua;
34 Y mirando al cielo, gimió, y
dijo: Efata: es decir: Sé abierto.
35 Y al instante fueron abiertos
sus oídos, y fue desatada la li-
gadura de su lengua, y hablaba
bien.
36 Y les mandó que no le dije-
sen a nadie; mas cuanto más les
mandaba, tanto más y más *lo* pu-
blicaban.
37 Y estaban sobremanera atóni-
tos, diciendo: Bien lo ha hecho
todo: hace a los sordos oír, y a
los mudos hablar.

CAPÍTULO 8

EN aquellos días, como hubo
una muy grande multitud, y
no tenían que comer, Jesús llamó
a sus discípulos, y les dijo:
2 Tengo compasión de la multi-
tud, porque ya hace tres días que
están conmigo, y no tienen que
comer:
3 Y si los envío en ayunas a sus
casas, desmayarán en el camino;
porque algunos de ellos han ve-
nido de lejos.
4 Y sus discípulos le respondie-
ron: ¿De dónde podrá alguien
hartar a éstos de pan aquí en el
desierto?
5 Y les preguntó: ¿Cuántos panes
tenéis? Y ellos dijeron: siete.
6 Entonces mandó a la multitud
que se sentasen sobre la tierra; y

tomando los siete panes, habiendo dado gracias, *los* partió, y dio a sus discípulos para que *los* pusiesen delante: y *los* pusieron delante a la multitud.
7 Tenían también unos pocos pececillos: y habiendo bendecido, dijo que también *se* los pusiesen delante.
8 Y comieron, y se hartaron: y levantaron de los pedazos que habían sobrado, siete canastos.
9 Y eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió.
10 Y entrando inmediatamente en una nave con sus discípulos, vino a las partes de Dalmanuta.
11 Y vinieron los Fariseos, y comenzaron a altercar con él, pidiéndole señal del cielo, tentándole.
12 Y él, gimiendo profundamente en su espíritu, dice: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo, que no se dará señal a esta generación.
13 Y dejándoles, volvió a entrar a la nave, y se fue al otro lado.
14 Y *los discípulos* se habían olvidado de tomar pan, y no tenían sino un pan consigo en la nave.
15 Y les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los Fariseos, y *de* la levadura de Herodes.
16 Y razonaban entre sí, diciendo: Es porque no tenemos pan.
17 Y cuando Jesús *lo* entendió, les dice: ¿Qué razonáis, porque no tenéis pan? ¿No consideráis, ni entendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón?
18 ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no os acordáis?
19 Cuando yo partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántos canastos llenos de los pedazos alzasteis? Y ellos le dicen: doce.
20 Y cuando los siete *panes* entre cuatro mil, ¿cuántos canastos llenos de los pedazos alzasteis? Y ellos dijeron: Siete.
21 Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?
22 Y viene a Betsaida; y le traen un ciego, y le ruegan que le tocase.
23 Entonces, tomando al ciego de la mano, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, y poniéndole las manos encima, le preguntó si veía algo.
24 Y él, alzando los ojos dijo: Veo los hombres como árboles que andan.
25 Luego le puso otra vez las manos sobre sus ojos, y le hizo que mirase; y quedó restituido, y veía claramente a todos.
26 Y le envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni *lo* digas a nadie en la aldea.
27 Y salió Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que yo soy?
28 Y ellos respondieron: Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros: uno de los profetas.
29 Entonces él les dice: ¿Y vosotros, quién decís que yo soy? Y respondiendo Pedro, le dice: Tú eres el Cristo.
30 Y mandóles con rigor que a ninguno dijesen esto de él.
31 Y comenzó a enseñarles, que era menester que el Hijo del hombre padeciese mucho, y fuese desechado de los ancianos, y *de* los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y ser muerto, y

resucitar después de tres días.
32 Y claramente decía esta pala-
bra. Entonces Pedro le tomó, y le
comenzó a reprender.
33 Mas él, volviéndose, y miran-
do a sus discípulos, reprendió a
Pedro, diciendo: Ponte detrás de
mí, Satanás; porque no sabes las
cosas que son de Dios, sino las
que son de los hombres.
34 Y llamando a la multitud con
sus discípulos les dijo: Cualquie-
ra que quisiere venir en pos de
mí, niéguese a sí mismo, y tome
su cruz, y sígame.
35 Porque el que quisiere salvar
su vida, la perderá; y el que per-
diere su vida por causa de mí y
del evangelio, éste la salvará.
36 Porque ¿qué aprovechará al
hombre si ganare todo el mundo,
y perdiere su alma?
37 ¿O qué recompensa dará el
hombre por su alma?
38 Porque el que se avergonzare
de mí y de mis palabras en esta
generación adúltera y pecadora,
el Hijo del hombre también se
avergonzará de él, cuando venga
en la gloria de su Padre con los
santos ángeles.

CAPÍTULO 9

Y LES dijo: De cierto os digo,
que hay algunos de los que
están de pie aquí, que no gusta-
rán la muerte, hasta que hayan
visto el reino de Dios que viene
con poder.
2 Y seis días después tomó Jesús
a Pedro, y a Jacobo, y a Juan, y
los sacó aparte solos a un monte
alto; y fue transfigurado delante
de ellos.
3 Y sus vestidos fueron vueltos
resplandecientes, muy blancos,
como la nieve; tanto que ningún
lavador en la tierra los puede
blanquear.
4 Y les apareció Elías con Moisés,
que hablaban con Jesús.
5 Y Pedro respondiendo, dice
a Jesús: Maestro, bueno es que
estemos aquí, y hagamos tres
tabernáculos: uno para ti, y uno
para Moisés, y uno para Elías.
6 Porque no sabía lo que decía,
que estaban espantados.
7 Y vino una nube que los asom-
bró, y una voz de la nube que
decía: Éste es mi Hijo amado: a
él oíd.
8 Y repentinamente, cuando ha-
bían mirado al derredor, no vie-
ron más a nadie consigo, sino a
Jesús solo.
9 Y descendiendo ellos del monte,
les mandó que a nadie dijesen
las cosas que habían visto, sino
cuando el Hijo del hombre hu-
biese resucitado de los muertos.
10 Y *ellos* retuvieron la palabra en
sí mismos, preguntando entre sí
qué sería aquello de resucitar de
los muertos.
11 Y le preguntaron, diciendo:
¿Qué es lo que los escribas dicen,
que es menester que Elías venga
primero?
12 Y respondiendo él, les dijo:
Elías a la verdad vendrá prime-
ro, y restituirá todas las cosas;
y como está escrito del Hijo del
hombre: que padezca mucho, y
sea tenido en nada.
13 Empero os digo que Elías es
venido, y le hicieron todo lo que
quisieron, como está escrito de
él.
14 Y cuando vino a los discípulos,
vio una grande multitud al derre-
dor de ellos, y los escribas que
disputaban con ellos.
15 E inmediatamente toda la

multitud, viéndole, se espantó, y
corriendo a *él*, le saludaron.
16 Y preguntó a los escribas:
¿Qué disputáis con ellos?
17 Y respondiendo uno de la mul-
titud, dijo: Maestro, traje mi hijo
a ti, que tiene un espíritu mudo,
18 El cual, dondequiera que le
toma, le despedaza, y echa es-
pumarajos, y cruje los dientes, y
se va secando; y dije a tus discí-
pulos que le echasen fuera, y no
pudieron.
19 Y respondiendo él, le dice:
¡Oh generación incrédula! ¿hasta
cuándo estaré con vosotros?
¿hasta cuándo os tengo de sufrir?
Traédmelo a mí.
20 Y se lo trajeron a él; y cuando
le vio, inmediatamente el espíri-
tu le despedazaba; y cayendo en
tierra se revolcaba, echando es-
pumarajos.
21 Y preguntó a su padre: ¿Cuán-
to tiempo ha que le aconteció
esto? Y él dijo: Desde niño:
22 Y muchas veces le echa en el
fuego, y en aguas, para destruir-
le; mas, si puedes algo, ayúdanos,
teniendo compasión de nosotros.
23 Y Jesús le dijo: Si puedes
creer, al que cree todo *es* posible.
24 E inmediatamente el padre
del muchacho, clamando con
lágrimas dijo: Señor, yo creo:
ayuda mi incredulidad.
25 Y cuando Jesús vio que la
multitud concurría, reprendió al
espíritu inmundo, diciéndole: Es-
píritu mudo y sordo, yo te mando,
sal de él, y no entres más en él.
26 Entonces *el espíritu* clamando,
y despedazándole mucho, salió;
y *él* quedó como muerto, de ma-
nera que muchos decían: Muerto
está.
27 Mas Jesús tomándole de la
mano, le enderezó, y se levantó.
28 Y cuando él se entró en casa,
sus discípulos le preguntaron
aparte: ¿Por qué nosotros no pu-
dimos echarle fuera?
29 Y les dijo: Este género con
nada puede salir, sino con ora-
ción y ayuno.
30 Y salidos de allí, caminaron
por Galilea; y no quería que
nadie *lo* supiese.
31 Porque enseñaba a sus dis-
cípulos, y les decía: El Hijo del
hombre es entregado en manos
de hombres, y le matarán; y des-
pués de muerto, resucitará al ter-
cer día.
32 Mas ellos no entendían esta
palabra, y tenían miedo de pre-
guntarle.
33 Y vino a Capernaum; y cuan-
do estuvo en casa, les preguntó:
¿Qué disputabais entre vosotros
en el camino?
34 Mas ellos callaron; porque los
unos con los otros habían dispu-
tado en el camino, quién *había de*
ser el mayor.
35 Entonces sentándose, llamó
a los doce, y les dice: Si alguno
quiere ser el primero, será el pos-
trero de todos, y el servidor de
todos.
36 Y tomando a un niño, púso-
lo en medio de ellos; y tomán-
dole en sus brazos, les dice:
37 El que recibiere en mi nombre
uno de los tales niños, a mí reci-
be; y el que a mí recibe, no me
recibe a mí, sino al que me envió.
38 Y le respondió Juan, diciendo:
Maestro, hemos visto a uno, que
en tu nombre echaba fuera los
demonios, el cual no nos sigue; y
se lo prohibimos, porque no nos
sigue.
39 Y Jesús le dijo: No se lo pro-

hibáis; porque ninguno hay que
haga milagro en mi nombre que
ligeramente pueda decir mal de
mí.
40 Porque el que no es contra no-
sotros, por nosotros es.
41 Porque cualquiera que os
diere una copa de agua en mi
nombre, porque sois de Cristo,
de cierto os digo, que no perderá
su galardón.
42 Y cualquiera que escandaliza-
re a uno de estos pequeñitos que
creen en mí, mejor le sería que le
fuere puesta al cuello una piedra
de molino, y que fuese echado en
el mar.
43 Y si tu mano te escandaliza-
re, córtala: mejor te es entrar en
la vida manco, que teniendo dos
manos ir al infierno, al fuego que
no puede ser apagado:
44 Donde su gusano no muere, y
su fuego nunca se apaga.
45 Y si tu pie te escandalizare,
córtale: mejor te es entrar en
la vida cojo, que teniendo dos
pies ser echado en el infierno, al
fuego que no puede ser apagado;
46 Donde el gusano de ellos
no muere, y su fuego nunca se
apaga.
47 Y si tu ojo te escandalizare,
sácalo: mejor te es entrar en el
reino de Dios con un ojo, que
teniendo dos ojos ser echado al
fuego del infierno:
48 Donde el gusano de ellos no
muere, y el fuego nunca se apaga.
49 Porque todos serán salados
con fuego, y todo sacrificio será
salado con sal.
50 Buena *es* la sal; mas si la sal
perdiere su sabor, ¿con qué la
sazonaréis? Tened en vosotros
mismos sal; y tened paz los unos
con los otros.

CAPÍTULO 10

Y LEVANTÁNDOSE de allí,
vino a los términos de Judea
por la otra parte del Jordán; y
volvió la multitud a juntarse a él;
y volviólos a enseñar como acos-
tumbraba.
2 Y llegándose los Fariseos, le
preguntaron, ¿Es lícito al marido
repudiar a *su* esposa? Tentándole.
3 Mas él respondiendo, les dijo:
¿Qué os mandó Moisés?
4 Y ellos dijeron: Moisés permi-
tió escribir carta de divorcio, y
repudiar*la*.
5 Y respondiendo Jesús, les dijo:
Por la dureza de vuestro corazón
os escribió este mandamiento.
6 Pero desde el principio de la
creación, varón y hembra los
hizo Dios.
7 Por esto dejará el hombre a su
padre y a su madre, y se juntará
a su esposa.
8 Y los dos serán hechos una
carne: así que no son más dos,
sino una carne.
9 Pues lo que Dios juntó, no *lo*
aparte el hombre.
10 Y en casa volvieron los discí-
pulos a preguntarle de lo mismo.
11 Y les dice: Cualquiera que re-
pudiare a su esposa, y se casare
con otra, comete adulterio con-
tra ella:
12 Y si la mujer repudiare a su
marido, y se casare con otro, ella
comete adulterio.
13 Y le traían niños para que los
tocase; y los discípulos repren-
dían a los que *los* traían.
14 Mas cuando Jesús *lo* vio se in-
dignó, y les dijo: Dejad venir a
mí los niños, y no se los vedéis; por-
que de los tales es el reino de Dios.
15 De cierto os digo, que el que
no recibiere el reino de Dios

como un niño, en ninguna manera entrará en él.
16 Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.
17 Y cuando fue salido al camino, llegóse uno corriendo, y arrodillándose delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿Qué haré para heredar la vida eterna?
18 Y Jesús le dijo: ¿Porqué me llamas bueno? Ninguno *hay* bueno, sino sólo uno, *que es* Dios.
19 Sabes los mandamientos: No adulteres, No mates, No hurtes, No digas falso testimonio, No defraudes, Honra a tu padre y a tu madre.
20 Y él respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto he guardado desde mi mocedad.
21 Entonces Jesús mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: ve, todo lo que tienes vende, y da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, toma tu cruz, y sígueme.
22 Mas él, entristecido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Entonces Jesús, mirando al derredor, dice a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!
24 Y los discípulos se espantaron de sus palabras. Mas Jesús respondiendo otra vez, les dice: ¡Hijos, cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en las riquezas!
25 Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el reino de Dios.
26 Y ellos estaban sobre manera atónitos, diciendo dentro de sí: ¿Y quién puede ser salvo?
27 Y Jesús mirándolos, dice: Para los hombres *es* imposible; mas para Dios, no: porque todas las cosas son posibles para Dios.
28 Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros hemos dejado todas las cosas, y te hemos seguido.
29 Y respondiendo Jesús, dijo: De cierto os digo, que ninguno hay que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio,
30 Que no reciba cien tantos ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, y tierras, con persecuciones; y en el mundo venidero, vida eterna.
31 Empero muchos primeros serán postreros, y postreros primeros.
32 Y estaban en el camino subiendo a Jerusalem; y Jesús iba delante de ellos, y se espantaban, y le seguían con miedo. Y volviendo a tomar a los doce, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer:
33 He aquí, subimos a Jerusalem, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los Gentiles;
34 Y le escarnecerán, y le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.
35 Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se llegan a él, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos.
36 Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga?
37 Y ellos le dijeron: Danos que en tu gloria nos sentemos el uno

a tu diestra, y el otro a tu siniestra.
38 Mas Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo en que yo soy bautizado?
39 Y ellos le dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: A la verdad la copa que yo bebo, beberéis; y con el bautismo en que yo soy bautizado, seréis bautizados;
40 Mas sentaros a mi diestra, y a mi siniestra, no es mío darlo, sino a los que está aparejado.
41 Y cuando *lo* oyeron los diez, comenzaron a indignarse de Jacobo y de Juan.
42 Mas Jesús llamándolos, les dice: Sabéis que los que se ven ser príncipes sobre los Gentiles, se enseñorean sobre ellos; y los que entre ellos son grandes, tienen autoridad sobre ellos.
43 Mas no será así entre vosotros, antes cualquiera que quisiere hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor:
44 Y cualquiera de vosotros que quisiere hacerse el primero, será siervo de todos.
45 Porque el Hijo del hombre tampoco vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos.
46 Y vienen a Jericó: y saliendo él de Jericó, con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando.
47 Y cuando oyó que era Jesús de Nazaret, comenzó a dar voces, y decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.
48 Y muchos le reprendían, para que callase; mas él daba mayores voces: Hijo de David, ten misericordia de mí.
49 Y Jesús se paró, y mandó que fuese llamado. Y llaman al ciego, diciéndole: Ten confianza: levántate, *que* te llama.
50 Él entonces echando a un lado su capa, se levantó, y vino a Jesús.
51 Y respondiendo Jesús, le dice: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: Señor, que reciba la vista.
52 Y Jesús le dijo: Ve; tu fe te ha sanado. E inmediatamente recibió su vista, y seguía a Jesús en el camino.

CAPÍTULO 11

Y CUANDO llegaron cerca de Jerusalem, a Betfagé, y a Betania, al monte de las Olivas, él envía dos de sus discípulos,
2 Y les dice: Id a la aldea que está delante de vosotros, y tan pronto que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, sobre el cual ningún hombre se ha sentado; desatadle, y traed*le*.
3 Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? Decid que el Señor lo ha menester; e inmediatamente lo enviará acá.
4 Y fueron, y hallaron el pollino atado a la puerta fuera, entre dos caminos; y le desatan.
5 Y ciertos de los que estaban de pie allí, les dijeron: ¿Qué hacéis desatando el pollino?
6 Ellos entonces les dijeron como Jesús había mandado; y los dejaron.
7 Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus vestidos, y *él* se sentó sobre él.
8 Y muchos tendían sus vestidos en el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y *las* tendían en el camino.
9 Y los que iban delante, y los que seguían detrás, daban voces,

diciendo: ¡Hosanna! Bendito el
que viene en el nombre del Señor.
10 Bendito *sea* el reino de nues-
tro padre David, que viene en el
nombre del Señor: ¡Hosanna en
las alturas!
11 Y entró Jesús en Jerusalem, y
en el templo; y habiendo mira-
do al derredor todas las cosas, y
siendo ya tarde, se salió a Beta-
nia con los doce.
12 Y el día siguiente, cuando sa-
lieron de Betania, tuvo hambre.
13 Y viendo de lejos una higue-
ra, que tenía hojas, vino a *ver*
si quizá hallaría en ella algo, y
cuando vino a ella, nada halló
sino hojas; porque *aún* no era
tiempo de higos.
14 Y Jesús respondiendo, dijo
a la higuera: Nunca más nadie
coma de ti fruto por siempre. Y
lo oyeron sus discípulos.
15 Vienen pues a Jerusalem; y
entrando Jesús en el templo,
comenzó a echar fuera a los
que vendían y compraban en el
templo; y trastornó las mesas
de los cambiadores de dinero,
y las sillas de los que vendían
palomas;
16 Y no consentía que nadie lle-
vase *cualquier* vaso por el templo.
17 Y enseñaba, diciéndoles: ¿No
está escrito, que mi casa, casa de
oración será llamada de todas las
naciones? mas vosotros la habéis
hecho cueva de ladrones.
18 Y oyéron*lo* los escribas y los
príncipes de los sacerdotes, y
procuraban cómo le destruirían;
porque le tenían miedo, por
cuanto toda la multitud estaba
atónita por su doctrina.
19 Mas cuando fue tarde, él salió
de la ciudad.
20 Y pasando por la mañana, vie-
ron que la higuera se había seca-
do desde las raíces.
21 Entonces Pedro acordándose,
le dice: Maestro, he aquí, la hi-
guera que maldijiste se ha secado.
22 Y respondiendo Jesús, les
dice: Tened fe en Dios.
23 Porque de cierto os digo que
cualquiera que dijere a este
monte: Quítate, y échate en el
mar, y no dudare en su corazón,
mas creyere que será hecho lo que
dice, lo que dijere le será hecho.
24 Por tanto os digo, que todo lo
que orando pidiereis, creed que
lo recibiréis, y *lo* tendréis.
25 Y cuando estuviereis de pie
orando, perdonad, si tenéis algo
contra alguno, para que vuestro
Padre que *está* en el cielo, os per-
done a vosotros vuestras ofensas.
26 Porque si vosotros no perdo-
nareis, tampoco vuestro Padre
que *está* en el cielo os perdonará
vuestras ofensas.
27 Y vienen otra vez a Jeru-
salem; y andando él por el tem-
plo, vienen a él los príncipes de
los sacerdotes, y los escribas, y
los ancianos.
28 Y le dicen: ¿Con qué autori-
dad haces estas cosas? ¿Y quién
te ha dado esta autoridad para
hacer estas cosas?
29 Y Jesús, respondiendo, les
dijo: Yo os preguntaré también
una palabra, y respondedme, y
os diré con que autoridad hago
estas cosas:
30 El bautismo de Juan, ¿era del
cielo, o de los hombres? Respon-
dedme.
31 Y ellos razonaban dentro de sí,
diciendo: Si dijéremos, del cielo,
dirá: ¿Por qué pues, no le creísteis?
32 Pero si dijéremos, de los hom-
bres, tememos al pueblo; porque

todos tenían de Juan, que verda-
deramente era profeta.
33 Y respondiendo, dicen a
Jesús: No sabemos. Y respon-
diendo Jesús, les dice: Tampo-
co yo os diré con que autoridad
hago estas cosas.

CAPÍTULO 12

Y COMENZÓ a hablarles por
parábolas: Plantó cierto hom-
bre una viña, y *la* cercó con va-
llado, y cavó un lagar, y edificó
una torre, y la arrendó a labrado-
res, y se partió lejos.
2 Y al tiempo envió un siervo a
los labradores, para que recibie-
se de los labradores del fruto de
la viña.
3 Mas ellos, tomándo*le,* le hirie-
ron, y *le* enviaron vacío.
4 Y volvió a enviarles otro siervo;
mas ellos apedreándole, *le* hirie-
ron en la cabeza, y volvieron a
enviar*le* afrentado.
5 Y volvió a enviar otro, y a aquél
mataron; y a otros muchos, hi-
riendo a unos y matando a otros.
6 Teniendo, pues, aún un hijo
suyo muy amado, le envió tam-
bién a ellos el postrero, diciendo:
Porque tendrán en reverencia a
mi hijo.
7 Mas aquellos labradores dije-
ron entre sí: Éste es el heredero;
venid, matémosle, y la heredad
será nuestra.
8 Y tomándole, *le* mataron, y
echaron fuera de la viña.
9 ¿Qué, pues, hará el señor de la
viña? Vendrá, y destruirá a estos
labradores, y dará su viña a otros.
10 ¿Ni aun esta Escritura habéis
leído: La piedra que desecharon
los edificadores, ésta es puesta
por cabeza del ángulo:
11 Por el Señor ha sido hecho
esto, y es cosa maravillosa en
nuestros ojos?
12 Y procuraban prenderle; mas
temían a la multitud, porque en-
tendían que decía contra ellos
aquella parábola; y dejándole, se
fueron.
13 Y envían a él ciertos de los Fa-
riseos y de los Herodianos, para
que le tomasen en *alguna* palabra.
14 Y venidos ellos, le dicen:
Maestro, sabemos que eres ver-
dadero, y no te cuidas de nadie;
porque no miras a la apariencia
de hombres, antes en verdad en-
señas el camino de Dios: ¿Es líci-
to dar tributo a César, o no?
15 ¿Daremos, o no daremos? Mas
él, como entendía la hipocresía
de ellos, les dijo: ¿Por qué me
tentáis? Traedme un denario
para que *lo* vea.
16 Y ellos *se lo* trajeron. Y les dice:
¿Cúya *es* esta imagen, y esta ins-
cripción? Y ellos le dijeron: De
César.
17 Y respondiendo Jesús, les dijo:
Dad lo *que es* de César, a César; y
lo *que es* de Dios, a Dios. Y se ma-
ravillaron de él.
18 Entonces vienen a él los Sa-
duceos, que dicen que no hay
resurrección, y le preguntaron,
diciendo:
19 Maestro, Moisés nos escribió,
que si el hermano de alguno mu-
riese, y dejase esposa, y no deja-
se hijos, que su hermano tome su
esposa, y levante simiente a su
hermano.
20 Fueron pues siete hermanos;
y el primero tomó esposa; y mu-
riendo, no dejó simiente.
21 Y la tomó el segundo, y murió,
y ni aquel tampoco dejó simiente;
y el tercero, de la misma manera.
22 Y la tomaron los siete; y tam-

poco dejaron simiente: a la postre murió también la mujer.
23 En la resurrección, pues, cuando resucitaren, ¿esposa de cuál de ellos será? porque los siete la tuvieron por esposa.
24 Entonces respondiendo Jesús, les dice: ¿No erráis por eso, porque no sabéis las Escrituras, ni el poder de Dios?
25 Porque cuando resucitarán de los muertos, no se casan, ni se dan en matrimonio; mas son como los ángeles que están en el cielo.
26 Y de los muertos que hayan de resucitar, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, como le habló Dios en el zarzal, diciendo: Yo *soy* el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?
27 Él no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos: así que vosotros erráis mucho.
28 Y llegándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos?
29 Y Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos *es*: Oye, Oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.
30 Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas; éste *es* el primer mandamiento.
31 Y el segundo *es* semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.
32 Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él;
33 Y que amarle de todo corazón, y de todo entendimiento, y de toda el alma, y de todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, más es que todos los holocaustos y sacrificios.
34 Y Jesús, cuando vio que respondió sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle.
35 Y respondiendo Jesús decía, enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?
36 Porque David mismo dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Asiéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.
37 Pues David mismo le llama Señor, ¿de dónde *pues* es su hijo? Y el pueblo común le oía de buena gana.
38 Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que quieren andar con ropas largas, y *aman* las salutaciones en las plazas,
39 Y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas:
40 Que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Éstos recibirán mayor condenación.
41 Y estando sentado Jesús delante del arca de las ofrendas, miraba como el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho.
42 Y vino cierta viuda pobre, y echó dos blancas que es un cuadrante.
43 Entonces llamando a sus discípulos, les dice: De cierto os digo, que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca;
44 Porque todos *ellos* han echado de lo que les sobra; mas ésta de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.

CAPÍTULO 13

Y SALIENDO del templo le dice
uno de sus discípulos: Maestro,
mira que piedras, y que edificios.
2 Y Jesús respondiendo, le dijo:
¿Ves estos grandes edificios? no
quedará piedra sobre piedra que
no sea derribada.
3 Y estando sentado en el monte
de las Olivas delante del templo,
le preguntaron aparte Pedro, y
Jacobo, y Juan, y Andrés:
4 Dinos, ¿cuándo serán estas cosas?
¿y qué señal *habrá* cuando todas las
cosas han de ser cumplidas?
5 Y Jesús respondiéndoles, comenzó a decir: Mirad que nadie
os engañe:
6 Porque vendrán muchos en mi
nombre, diciendo: Yo soy *el Cristo*; y engañarán a muchos.
7 Mas cuando oyereis de guerras,
y de rumores de guerras, no os
turbéis; porque es menester que
suceda *así;* mas aún no *será* el fin.
8 Porque nación se levantará
contra nación, y reino contra
reino; y habrá terremotos en diversos lugares, y habrá hambres,
y alborotos: principios de dolores *serán* estos.
9 Mas vosotros, mirad por vosotros; porque os entregarán a
los concilios; y en las sinagogas
seréis azotados; y delante de gobernadores y de reyes seréis llevados por causa de mí, por testimonio contra ellos.
10 Y es menester que el evangelio sea publicado primero a todas
las naciones.
11 Y cuando os llevaren entregándoos, no premeditéis que
habéis de decir, ni *lo* penséis;
mas lo que os fuere dado en
aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que
habláis, sino el Espíritu Santo.
12 Y entregará a la muerte el hermano al hermano, y el padre al
hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir.
13 Y seréis aborrecidos de todos
por mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.
14 Empero cuando viereis la abominación de desolación, de que
habló el profeta Daniel, estando
de pie donde no debe, (el que lee,
entienda,) entonces los que *estuvieren* en Judea huyan a los montes;
15 Y el que estuviere sobre el terrado, no descienda a la casa, ni
entre para tomar algo de su casa;
16 Y el que estuviere en el campo,
no torne atrás *a* tomar su capa.
17 Mas ¡ay de las preñadas, y de las
que amamanten en aquellos días!
18 Orad pues que no acontezca
vuestra huida en invierno.
19 Porque *en* aquellos días habrá
aflicción, cual nunca fue desde el
príncipio de la creación que creó
Dios, hasta este tiempo, ni habrá
jamás.
20 Y si el Señor no hubiese
acortado aquellos días, ninguna
carne sería salva; mas por causa
de los escogidos, que él escogió,
acortó aquellos días.
21 Y entonces si alguno os dijere:
He aquí, aquí *está* Cristo; o, He
aquí, allí *está*, no *le* creáis;
22 Porque se levantarán falsos
Cristos y falsos profetas; y darán
señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los
escogidos.
23 Mas vosotros mirad: he aquí, os
lo he dicho antes todas las cosas.
24 Empero en aquellos días, después de aquella tribulación, el
sol se oscurecerá, y la luna no
dará su luz.

25 Y las estrellas del cielo caerán,
y los poderes que *están* en el cielo
serán conmovidos.
26 Y entonces verán al Hijo del
hombre, que vendrá en las nubes
con grande poder y gloria.
27 Y entonces enviará sus ánge-
les, y juntará sus escogidos de los
cuatro vientos, desde el un cabo
de la tierra hasta el cabo del cielo.
28 De la higuera aprended la
parábola: Cuando su rama ya se
hace tierna, y brota hojas, sabéis
que el verano está cerca.
29 Así también vosotros, cuando
viereis hacerse estas cosas, cono-
ced que está cerca a las puertas.
30 De cierto os digo, que no pa-
sará esta generación, sin que
todas estas cosas sean hechas.
31 El cielo y la tierra pasarán, mas
mis palabras nunca jamás pasarán.
32 Empero de aquel día, y de
aquella hora, nadie sabe; ni aun
los ángeles que están en el cielo,
ni el Hijo, sino el Padre.
33 Mirad, velad, y orad; porque
no sabéis cuando el tiempo es.
34 *Porque el Hijo del hombre es*
como el hombre que partiéndo-
se lejos, dejó su casa, y dio a sus
siervos su autoridad, y a cada
uno su obra, y al portero mandó
que velase.
35 Velad pues, porque no sabéis
cuando el señor de la casa vendrá;
a la tarde, o a la media noche, o
al canto del gallo, o a la mañana:
36 Para que cuando viniere de
repente, no os halle durmiendo.
37 Y lo que a vosotros digo, a
todos digo: Velad.

CAPÍTULO 14

Y DOS días después era *la fiesta*
de la pascua, y de los panes
sin levadura: y los príncipes de
los sacerdotes y los escribas bus-
caban como le prenderían por
engaño, y *le* matarían.
2 Mas decían: No en *el día de* la
fiesta, porque no se haga alboro-
to del pueblo.
3 Y estando él en Betania en casa
de Simón el leproso, y sentado a
la mesa, vino una mujer tenien-
do un vaso de alabastro de un-
güento de nardo puro de mucho
precio, quebrando el alabastro, *se*
lo derramó sobre su cabeza.
4 Y hubo algunos que se indigna-
ron dentro de sí, y dijeron: ¿Para
qué se ha hecho este desperdicio
de ungüento?
5 Porque podía esto ser vendido
por más de trescientos denarios,
y darse a los pobres. Y murmura-
ban contra ella.
6 Mas Jesús dijo: Dejadla ¿Por
qué la molestáis? buena obra me
ha hecho.
7 Porque siempre tenéis los po-
bres con vosotros, y cuando qui-
siereis, les podéis hacer bien;
mas a mí no siempre me tenéis.
8 Ésta, lo que pudo hizo; se ha
anticipado para ungir mi cuerpo
para la sepultura.
9 De cierto os digo, que donde
quiera que fuere predicado este
evangelio en todo el mundo,
también *esto* que ha hecho ésta,
será dicho para memoria de ella.
10 Y Judas Iscariote, uno de los
doce, fue a los príncipes de los
sacerdotes, para entregársele.
11 Y ellos oyéndo*lo* se gozaron, y
prometieron que le darían dine-
ro. Y buscaba oportunidad como
le entregaría.
12 Y el primer día de los panes
sin levadura, cuando sacrifica-
ban la pascua, sus discípulos le
dicen: ¿Dónde quieres que vaya-

mos a preparar*te* para que comas
la pascua?
13 Y envía dos de sus discípulos,
y les dice: Id a la ciudad, y os en-
contrará un hombre que lleva un
cántaro de agua, seguidle;
14 Y donde entrare, decid al
padre de la familia: El Maestro
dice: ¿Dónde está el aposento
donde tengo de comer la pascua
con mis discípulos?
15 Y él os mostrará un gran ce-
nadero alto aparejado, aderezad
para nosotros allí.
16 Y fueron sus discípulos, y vi-
nieron a la ciudad, y hallaron
como les había dicho, y apareza-
ron la pascua.
17 Y llegada la tarde, viene con
los doce.
18 Y estando ellos sentados co-
miendo, Jesús dijo: De cierto os
digo, que uno de vosotros, que
come conmigo, me ha de entregar.
19 Entonces ellos comenzaron
a entristecerse, y a decirle cada
uno por sí: ¿*Seré* yo? y el otro:
¿*Seré* yo?
20 Y él respondiendo, les dijo: *Es*
uno de los doce, que moja con-
migo en el plato.
21 A la verdad el Hijo del hombre
va, como está de él escrito; mas
¡ay de aquel hombre por quien
el Hijo del hombre es entregado!
Bueno le fuera, si no hubiera na-
cido el tal hombre.
22 Y estando ellos comiendo,
tomó Jesús pan, y bendiciendo,
lo partió y les dio, y dijo: Tomad,
comed, esto es mi cuerpo.
23 Y tomando la copa, habiendo
dado gracias, les dio; y bebieron
de ella todos.
24 Y les dijo: Esto es mi sangre
del nuevo testamento, que por
muchos es derramada.
25 De cierto os digo, que no be-
beré más del fruto de la vid hasta
aquel día, cuando lo beberé
nuevo en el reino de Dios.
26 Y cuando hubieron cantado
un himno, se salieron al monte
de las Olivas.
27 Jesús entonces les dice: Todos
seréis escandalizados en mí esta
noche, porque escrito está: Heri-
ré al pastor, y serán dispersas las
ovejas.
28 Mas después que haya resu-
citado, iré delante de vosotros a
Galilea.
29 Entonces Pedro le dijo: Aun-
que todos sean escandalizados,
mas no yo.
30 Y le dice Jesús: De cierto te
digo, que hoy, en esta noche,
antes que el gallo haya cantado
dos veces, me negarás tres veces.
31 Mas él con más vehemen-
cia decía: Si me fuere menes-
ter morir contigo, no te negaré.
También todos decían lo mismo.
32 Y vienen al lugar que se llama
Getsemaní, y dice a sus discípulos:
Sentaos aquí, entre tanto que oro.
33 Y toma consigo a Pedro y a
Jacobo, y a Juan, y comenzó a
entristecerse, y a angustiarse en
gran manera.
34 Y les dice: Del todo está triste
mi alma hasta la muerte: esperad
aquí, y velad.
35 Y yéndose un poco adelante,
se postró en tierra, y oró, que si
fuese posible, pasase de él aque-
lla hora;
36 Y dijo: Abba, Padre, todas las
cosas son a ti posibles: aparta de
mí esta copa; empero no lo que
yo quiero, sino lo que tú quieres.
37 Y vino, y los halló durmiendo;
y dice a Pedro: ¿Simón, duermes?
¿No has podido velar una hora?

38 Velad, y orad, para que no en-
tréis en tentación: el espíritu a la
verdad *está* presto, mas la carne
débil.
39 Y volviéndose a ir, oró, y dijo
las mismas palabras.
40 Y cuando volvió, los halló
otra vez durmiendo; porque los
ojos de ellos estaban cargados, y
no sabían qué responderle.
41 Y vino la tercera vez, y les
dice: Dormid ya, y descansad.
Basta, la hora es venida; he aquí,
el Hijo del hombre es entregado
en manos de pecadores.
42 Levantaos, vamos: he aquí, el
que me entrega se acerca.
43 Y de repente, aún hablando él,
vino Judas, que era uno de los
doce, y con él gran multitud con
espadas y palos, de parte de los
príncipes de los sacerdotes, y de
los escribas, y de los ancianos.
44 Y el que le entregaba les había
dado una señal, diciendo: Al que
yo besare, aquél es: prendedle, y
llevad*le* seguramente.
45 Y cuando vino, se llegó inme-
diatamente a él, y dice: Maestro,
Maestro. Y le besó.
46 Entonces ellos echaron en él
sus manos, y le prendieron.
47 Y uno de los que estaban de
pie allí, sacando la espada, hirió
al siervo del sumo sacerdote, y le
cortó la oreja.
48 Y respondiendo Jesús, les dijo:
¿Cómo a ladrón, habéis salido con
espadas y *con* palos a tomarme?
49 Cada día estaba con vosotros
enseñando en el templo, y no me
prendisteis. Mas *es así* para que
se cumplan las Escrituras.
50 Entonces dejándole todos, hu-
yeron.
51 Y un cierto mancebo le seguía,
cubierto de una sábana sobre *su*
cuerpo desnudo, y los mancebos
le prendieron.
52 Mas él, dejando la sábana, se
huyó de ellos desnudo.
53 Y trajeron a Jesús al sumo sa-
cerdote; y se juntaron a él todos
los príncipes de los sacerdotes, y
los ancianos, y los escribas.
54 Pedro empero le siguió de
lejos hasta dentro del palacio del
sumo sacerdote; y estaba senta-
do con los siervos, y calentándo-
se al fuego.
55 Y los príncipes de los sacerdotes,
y todo el concilio, buscaban testi-
monio contra Jesús, para entregar-
le a la muerte; mas no hallaban.
56 Porque muchos decían falso
testimonio contra él; mas sus tes-
timonios no concertaban.
57 Entonces levantándose cier-
tos, dieron falso testimonio con-
tra él, diciendo:
58 Nosotros le hemos oído decir:
Yo destruiré este templo, que es
hecho de manos, y en tres días
edificaré otro hecho sin manos.
59 Mas ni aun así se concertaba
el testimonio de ellos.
60 El sumo sacerdote entonces,
levantándose en medio, pregun-
tó a Jesús, diciendo: ¿No respon-
des nada? ¿Qué atestiguan éstos
contra ti?
61 Mas él callaba, y nada respon-
dió. El sumo sacerdote le volvió
a preguntar, y le dice: ¿Eres tú el
Cristo, el Hijo del Bendito?
62 Y Jesús le dijo: Yo soy; y ve-
réis al Hijo del hombre asentado
a la diestra de poder, y viniendo
en las nubes del cielo.
63 Entonces el sumo sacerdo-
te, rompiendo sus vestidos, dijo:
¿Qué necesidad tenemos más de
testigos?
64 Oído habéis la blasfemia: ¿Qué

os parece? Y ellos todos le con-
denaron ser culpado de muerte.
65 Y algunos comenzaron a es-
cupir en él, y a cubrir su rostro, y
a darle bofetadas, y decirle: Pro-
fetiza. Y los siervos le herían de
bofetadas.
66 Y estando Pedro abajo en el
palacio, vino una de las criadas
del sumo sacerdote;
67 Y cuando vio a Pedro que se
calentaba, mirándole, dice: Y tú,
con Jesús de Nazaret estabas.
68 Mas él negó, diciendo: No *le*
conozco, no sé, ni entiendo lo
que tú dices. Y se salió fuera a la
entrada, y cantó el gallo.
69 Y la criada viéndole otra vez,
comenzó a decir a los que estaban
de pie allí: Éste es *uno* de ellos.
70 Mas él negó otra vez. Y poco
después otra vez los que esta-
ban de pie allí, dijeron a Pedro:
Verdaderamente *tú* eres de ellos;
porque eres Galileo, y tu habla es
semejante.
71 Y él comenzó a maldecir y a
jurar, *diciendo:* No conozco a ese
hombre de que habláis.
72 Y el gallo cantó la segunda vez;
y Pedro se acordó de la palabra
que Jesús le había dicho: Antes
que el gallo cante dos veces, me
negarás tres veces; y pensando
en esto comenzó a llorar.

CAPÍTULO 15

E INMEDIATAMENTE por la mañana, habiendo hecho
consejo los sumos sacerdotes
con los ancianos, y los escribas, y
todo el concilio, llevaron a Jesús
atado, y *le* entregaron a Pilato.
2 Y le preguntó Pilato: ¿Eres tú el
Rey de los Judíos? Y respondien-
do él, le dijo: Tú *lo* dices.
3 Y le acusaban los príncipes de
los sacerdotes de muchas cosas:
mas él no respondió nada.
4 Y le preguntó otra vez Pilato,
diciendo: ¿No respondes nada?
Mira de cuántas cosas atestiguan
contra ti.
5 Mas Jesús ni aun con eso res-
pondió; de manera que Pilato se
maravillaba.
6 Empero en *el día de* la fiesta les
soltaba un preso, cualquiera que
pidiesen.
7 Y había *uno* que se llamaba Ba-
rrabás, el cual estaba preso con
los sediciosos, que habían come-
tido homicidio en una sedición.
8 Y la multitud, dando voces, co-
menzó a pedir *que les hiciese* como
siempre les había hecho.
9 Mas Pilato les respondió, di-
ciendo: ¿Queréis que os suelte al
Rey de los Judíos?
10 Porque él sabía que por envi-
dia le habían entregado los prín-
cipes de los sacerdotes.
11 Mas los principes de los sa-
cerdotes incitaron a la multitud,
que les soltase antes a Barrabás.
12 Y respondiendo Pilato, les
dice otra vez: ¿Qué pues queréis
que haga del que llamáis Rey de
los Judíos?
13 Y ellos volvieron a dar voces:
Crucifícale.
14 Mas Pilato les decía: ¿Pues,
qué mal ha hecho? Y ellos daban
mayores voces: Crucifícale.
15 Y Pilato, queriendo contentar
al pueblo, les soltó a Barrabás, y
entregó a Jesús, después de azo-
tar*le*, para que fuese crucificado.
16 Entonces los soldados le lle-
varon dentro de la sala, que es
el Pretorio; y convocaron toda la
cohorte,
17 Y le visten de púrpura, y le ponen
una corona tejida de espinas;

18 Y comenzaron a saludarle:
¡Salve, Rey de los Judíos!
19 Y le herían su cabeza con una
caña, y escupían en él, e hincan-
do las rodillas, le adoraban.
20 Y cuando le hubieron escarne-
cido, le desnudaron de la púrpu-
ra, y le vistieron sus propios ves-
tidos; y le sacan para crucificarle.
21 Y constriñeron a uno que pa-
saba, Simón Cireneo, padre de
Alejandro y de Rufo, que venía del
campo, para que llevase su cruz.
22 Y le llevan al lugar de Gólgota,
que interpretado es: Lugar de la
Calavera.
23 Y le dieron a beber vino mez-
clado con mirra; mas él no *lo* tomó.
24 Y cuando le hubieron cruci-
ficado, repartieron sus vestidos,
echando suertes sobre ellos, qué
llevaría cada uno.
25 Y era la hora tercera, y le cru-
cificaron.
26 Y el título escrito de su causa
era, EL REY DE LOS JUDÍOS.
27 Y crucificaron con él dos la-
drones, uno a su mano derecha,
y otro a su mano izquierda.
28 Y se cumplió la Escritura que
dice: Y con los transgresores fue
contado.
29 Y los que pasaban le denos-
taban, meneando sus cabezas, y
diciendo: ¡Ah! Tú que destruyes
el templo de Dios, y en tres días
lo edificas:
30 Sálvate a ti mismo, y descien-
de de la cruz.
31 Y de esta manera también los
príncipes de los sacerdotes es-
carneciendo, decían unos a otros,
con los escribas: A otros salvó, a
sí mismo no se puede salvar.
32 Que el Cristo, el Rey de Israel,
descienda ahora de la cruz, para
que veamos y creamos. También
los que estaban crucificados con
él le denostaban.
33 Y cuando vino la hora de
sexta, fueron hechas tinieblas
sobre toda la tierra, hasta la hora
novena.
34 Y a la hora novena, exclamó
Jesús a gran voz, diciendo: Eloi,
Eloi, ¿lama sabactani? que inter-
pretado, es: Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has desamparado?
35 Y oyéndo*lo* unos de los que es-
taban de pie allí, decían: He aquí,
a Elías llama.
36 Y corrió uno, e hinchiendo de
vinagre una esponja, y poniéndo-
la en una caña, le dio de beber,
diciendo: Dejad, veamos si ven-
drá Elías a quitarle.
37 Mas Jesús, dando una grande
voz, expiró.
38 Entonces el velo del templo se
rasgó en dos de arriba a abajo.
39 Y cuando el centurión que es-
taba de pie delante de él, vio que
expiró así clamando, dijo: Ver-
daderamente este hombre era el
Hijo de Dios.
40 Y también estaban *algunas*
mujeres mirando de lejos: entre
las cuales era María Magdale-
na, y María madre de Jacobo el
menor y de Joses, y Salomé;
41 (Las cuales también, cuando
él estaba en Galilea, le seguían, y
le servían;) y otras muchas que
juntamente con él habían subido
a Jerusalem.
42 Y cuando fue la tarde, porque
era la preparación, esto es, el día
antes del sábado,
43 José de Arimatea, consejero
noble, que también él esperaba
el reino de Dios, vino, y osada-
mente entró a Pilato, y pidió el
cuerpo de Jesús.
44 Y Pilato se maravilló, si ya

fuese muerto; y llamando a *sí* al
centurión, le preguntó, si era ya
muerto.
45 Y cuando *lo* supo del centu-
rión, dio el cuerpo a José.
46 Y él compró una sábana, y ba-
jándole, le envolvió en la sábana,
y le puso en un sepulcro cavado
en una roca; y revolvió una pie-
dra a la puerta del sepulcro.
47 Y María Magdalena, y María
madre de Joses, miraban dónde
le ponían.

CAPÍTULO 16

Y CUANDO pasó el sábado,
María Magdalena, y María
madre de Jacobo, y Salomé, com-
praron especias aromáticas, para
venir a ungirle.
2 Y muy de mañana, el pri-
mer *día* de la semana, vienen
al sepulcro, a la salida del sol.
3 Y decían entre sí: ¿Quién nos
revolverá la piedra de la puerta
del sepulcro?
4 Y cuando miraron, vieron la
piedra revuelta; porque era muy
grande.
5 Y entrando en el sepulcro, vieron
un mancebo sentado a la mano de-
recha cubierto de una ropa larga
y blanca; y se espantaron.
6 Mas él les dice: No tengáis
miedo; buscáis a Jesús de Naza-
ret, que fue crucificado; resucita-
do ha, no está aquí: he aquí el
lugar donde le pusieron.
7 Mas id, decid a sus discípulos
y a Pedro, que él va antes que
vosotros a Galilea: allí le veréis,
como os dijo.
8 Y ellas se fueron prestamente
huyendo del sepulcro; porque les
había tomado temblor y espanto;
ni decían nada a nadie; porque
tenían miedo.
9 Mas cuando *Jesús* resucitó por
la mañana, el primer *día* de la
semana, apareció primeramente
a María Magdalena, de la cual
había echado siete demonios.
10 *Y* yendo ella, lo hizo saber a
los que habían estado con él, *que
estaban* tristes y llorando.
11 Y ellos, cuando oyeron que
vivía, y que había sido visto de
ella, no lo creyeron.
12 Mas después de estas cosas se
apareció en otra forma a dos de
ellos que iban caminando, yendo
al campo.
13 Y ellos fueron, y *lo* hicieron
saber a los otros; mas ni aun a
ellos creyeron.
14 Finalmente se apareció a los
once, estando sentados a la mesa;
y les zahirió su incredulidad y la
dureza de corazón, porque no
habían creído a los que le habían
visto resucitado.
15 Y les dijo: Id por todo el mundo,
y predicad el evangelio a toda
criatura.
16 El que creyere, y fuere bauti-
zado, será salvo; mas el que no
creyere, será condenado.
17 Y estas señales seguirán a
los que creyeren: En mi nombre
echarán fuera demonios; habla-
rán nuevas lenguas:
18 Alzarán serpientes; y si bebie-
ren cosa mortífera, no les daña-
rá: sobre los enfermos pondrán
las manos, y sanarán.
19 Y el Señor, después que les
hubo hablado, fue recibido arri-
ba en el cielo, y se asentó a la
diestra de Dios.
20 Y ellos, saliendo, predicaron
en todas partes, obrando con
ellos el Señor, y confirmando la
palabra con las señales que se
seguían. Amén.

El Evangelio Según
LUCAS

CAPÍTULO 1

PUESTO que muchos han intentado a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros son ciertamente creídas,
2 Como nos las entregaron los que desde el principio las vieron con sus propios ojos, y fueron ministros de la palabra;
3 Hame parecido bueno también a mí, después de haber entendido perfectamente todas las cosas desde el principio con diligencia, escribírte*las* por orden, *oh* muy excelentísimo Teófilo,
4 Para que conozcas la certeza de las cosas en las cuales has sido enseñado.
5 Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, cierto sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; y su esposa, era de las hijas de Aarón, el nombre de ella *era* Elisabet.
6 Y eran ambos justos delante de Dios, andando en todos los mandamientos y estatutos del Señor sin reprensión.
7 Y no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran avanzados en sus días.
8 Y aconteció que administrando Zacarías el sacerdocio delante de Dios en el orden de su clase,
9 Conforme a la costumbre del sacerdocio, salió en suerte a encender incienso, entrando en el templo del Señor.
10 Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso.
11 Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso.
12 Y cuando *lo* vio Zacarías, se turbó, y cayó temor sobre él.
13 Mas el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu esposa Elisabet te parirá un hijo, y llamarás su nombre Juan;
14 Y tendrás gozo y alegría, y muchos se gozarán de su nacimiento.
15 Porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni bebida fermentada; y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre.
16 Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios de ellos.
17 Y él irá delante de él en el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los rebeldes a la prudencia de los justos, para aparejar al Señor pueblo perfecto.
18 Y dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? porque yo soy viejo, y mi esposa avanzada en días.
19 Y respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy de pie delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a darte estas buenas nuevas.
20 Y he aquí, serás mudo, y no podrás hablar, hasta el día que esto sea hecho; por cuanto no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.
21 Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban que

él se tardase tanto en el templo.
22 Y cuando salió, no les podía hablar; y entendieron que había visto visión en el templo; y él les hablaba por señas; y quedó mudo.
23 Y aconteció, que cumplidos los días de su ministerio, se vino a su casa.
24 Y después de aquellos días concibió su esposa Elisabet, y se escondió por cinco meses, diciendo:
25 Porque el Señor me hizo esto en los días en que miró para quitar mi afrenta entre los hombres.
26 Y al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado de Dios a una ciudad de Galilea, que se llama Nazaret,
27 A una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen *era* María.
28 Y entrando el ángel a donde *estaba* ella, dijo: ¡Salve, altamente favorecida! el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.
29 Mas ella, cuando *le* vio, se turbó de su palabra, y pensaba qué salutación fuese ésta.
30 Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.
31 Y he aquí, que concebirás en el vientre, y parirás un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.
32 Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios el trono de David su padre;
33 Y reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y de su reino no habrá fin.
34 Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? porque no conozco varón.
35 Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.
36 Y, he aquí, Elisabet tu parienta, también ella ha concebido un hijo en su vejez; y éste es el sexto mes a ella que era llamada la estéril;
37 Porque ninguna cosa es imposible para Dios.
38 Y María dijo: He aquí la sierva del Señor, hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se partió de ella.
39 Y en aquellos días levantándose María, fue a la montaña con priesa a una ciudad de Judá.
40 Y entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet.
41 Y aconteció, que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo,
42 Y exclamó con gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.
43 ¿Y de dónde esto a mí, que venga la madre de mi Señor a mí?
44 Porque he aquí, luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.
45 Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirán las cosas que le fueron dichas *de parte* del Señor.
46 Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor:
47 Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.
48 Porque ha mirado la bajeza de su sierva; porque, he aquí, desde ahora me llamarán bienaven-

turada todas las generaciones.
49 Porque el que es poderoso ha
hecho grandes cosas conmigo; y
santo *es* su nombre,
50 Y su misericordia *es* de gene-
ración a generación a los que le
temen.
51 Hizo valentía con su brazo:
esparció los soberbios en la ima-
ginación de su corazón.
52 Derribó los poderosos de los
tronos, y ensalzó a los humildes.
53 A los hambrientos hinchió de
bienes; y a los ricos envió vacíos.
54 Socorrió a Israel su siervo,
acordándose de *su* misericordia,
55 Como habló a nuestros pa-
dres, a Abraham y a su simiente
por siempre.
56 Y se quedó María con ella como
tres meses; y se volvió a su casa.
57 Y a Elisabet se le cumplió el
tiempo de parir, y parió un hijo.
58 Y oyeron los vecinos y los pa-
rientes que el Señor había hecho
grande misericordia con ella, y
se alegraron con ella.
59 Y aconteció, que al octavo día
vinieron para circuncidar al niño,
y le llamaban del nombre de su
padre, Zacarías.
60 Y respondiendo su madre,
dijo: No; sino Juan será llamado.
61 Y le dijeron: nadie hay en tu
parentela que se llame por este
nombre.
62 Y hablaron por señas a su
padre, cómo le quería llamar.
63 Y pidiendo una tablilla, escri-
bió, diciendo: Juan es su nombre.
Y todos se maravillaron.
64 E inmediatamente fue abier-
ta su boca, y *suelta* su lengua, y
habló bendiciendo a Dios.
65 Y vino temor sobre todos
los vecinos de ellos; y en toda
la montaña de Judea fueron
divulgadas todas estas cosas.
66 Y todos los que *las* oían, *las*
guardaban en su corazón, dicien-
do: ¿Quién será este niño? Y la
mano del Señor era con él.
67 Y Zacarías su padre fue lleno
del Espíritu Santo, y profetizó,
diciendo:
68 Bendito el Señor Dios de Is-
rael, que ha visitado y redimido
a su pueblo.
69 Y nos ensalzó el cuerno de
salvación en la casa de David su
siervo;
70 Como habló por boca de sus
santos profetas, que fueron desde
el principio del mundo:
71 Que nosotros seríamos salvos
de nuestros enemigos, y de mano
de todos los que nos aborrecen:
72 Para hacer misericordia con
nuestros padres, y acordarse de
su santo pacto:
73 Del juramento que juró a
Abraham nuestro padre,
74 Que nos daría él; que librados
de las manos de nuestros enemi-
gos, le serviríamos sin temor,
75 En santidad y justicia delante
de él, todos los días de nuestra
vida.
76 Y tú, niño, profeta del Altísi-
mo serás llamado; porque irás
delante de la faz del Señor, para
aparejar sus caminos;
77 Para dar conocimiento de sal-
vación a su pueblo para remisión
de sus pecados,
78 Por las entrañas de misericor-
dia de nuestro Dios, con que el
alba de lo alto nos visitó,
79 Para dar luz a los que están
sentados en tinieblas y *en* som-
bra de muerte; para guiar nues-
tros pies por camino de paz.
80 Y el niño crecía, y era fortale-
cido en espíritu, y estuvo en los

desiertos hasta el día que se mostró a Israel.

CAPÍTULO 2

Y ACONTECIÓ en aquellos días que salió un edicto de parte de Augusto César, para que todo el mundo fuera empadronado.
2 Este empadronamiento primero fue hecho, siendo Cirenio gobernador de la Siria.
3 E iban todos para ser empadronados cada uno a su propia ciudad.
4 Y José también subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belem, por cuanto era de la casa y familia de David;
5 Para ser empadronado, con María su esposa desposada con él, la cual estaba encinta.
6 Y aconteció que estando ellos allí, los días en que ella había de parir se cumplieron.
7 Y parió a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en el pesebre; porque no había lugar para ellos en el mesón.
8 Y había en la misma región pastores que vivían en los campos, y guardaban las velas de la noche sobre su rebaño.
9 Y, he aquí, el ángel del Señor vino sobre ellos, y la gloria del Señor resplandeció en derredor de ellos, y tuvieron gran temor.
10 Mas el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí os traigo nuevas de gran gozo, que será a todo el pueblo:
11 Que os es nacido hoy en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo el Señor.
12 Y esto os *será por* señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en el pesebre.
13 Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de ejércitos celestiales, que alababan a Dios, y decían:
14 Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y a los hombres buena voluntad.
15 Y aconteció, que como los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores dijeron los unos a los otros: Pasemos ya hasta Belem y veamos esta cosa que ha sucedido, la cual el Señor nos ha manifestado.
16 Y vinieron con prisa, y hallaron a María, y a José, y al niño acostado en el pesebre.
17 Y cuando lo hubieron visto, hicieron notoria la palabra que les había sido dicha del niño.
18 Y todos los que *lo* oyeron, se maravillaron de las cosas que los pastores les decían.
19 Mas María guardaba todas estas cosas ponderándo*las* en su corazón.
20 Y se volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como les había sido dicho.
21 Y cuando fueron cumplidos ocho días para circuncidar al niño, llamaron su nombre JESÚS, el cual fue así llamado por el ángel antes que él fuese concebido en el vientre.
22 Y cuando fueron cumplidos los días de la purificación de ella conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalem para presentar*le* al Señor,
23 (Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz, será llamado santo al Señor;)
24 Y para ofrecer sacrificio, con-

forme a lo que está dicho en la
ley del Señor, un par de tórtolas,
o dos palominos.
25 Y, he aquí, había un hombre
en Jerusalem, llamado Simeón, y
este hombre, justo y piadoso, es-
peraba la consolación de Israel; y
el Espíritu Santo era sobre él.
26 Y le había sido revelado por
el Espíritu Santo, que no vería la
muerte antes que viese al Cristo
del Señor.
27 Y vino por el Espíritu al tem-
plo. Y cuando metieron al niño
Jesús sus padres en el templo,
para hacer por él conforme a la
costumbre de la ley,
28 Entonces él le tomó en sus
brazos, y bendijo a Dios, y dijo:
29 Ahora despides, Señor, a tu
siervo, conforme a tu palabra, en
paz:
30 Porque han visto mis ojos tu
salvación,
31 La cual has aparejado ante la
faz de todos los pueblos:
32 Luz para revelación a los Gen-
tiles, y la gloria de tu pueblo Israel.
33 Y José y su madre estaban
maravillados de las cosas que se
decían de él.
34 Y los bendijo Simeón, y dijo
a su madre María: He aquí, que
este *niño* es puesto para caída y
para levantamiento de muchos
en Israel, y para señal a la que
será contradicho;
35 (Y una espada traspasará tam-
bién tu propia alma) para que
sean revelados los pensamientos
de muchos corazones.
36 Estaba también *allí* Ana, pro-
fetisa, hija de Fanuel, de la tribu
de Aser; la cual era *ya* de grande
edad, y había vivido con su mari-
do siete años desde su virginidad.
37 Y *era* viuda de como ochenta
y cuatro años, que no se apartaba
del templo, en ayunos y oracio-
nes sirviendo de noche y de día.
38 Y ésta, sobreviniendo en la
misma hora, también daba gra-
cias al Señor, y hablaba de él a
todos los que esperaban la reden-
ción en Jerusalem.
39 Y cuando ellos hubieron cum-
plido todas las cosas según la ley
del Señor, se volvieron a Galilea,
a su ciudad de Nazaret.
40 Y el niño crecía, y se fortalecía
en espíritu, lleno de sabiduría, y
la gracia de Dios era sobre él.
41 Y sus padres iban todos los
años a Jerusalem en la fiesta de
la pascua.
42 Y cuando él fue de doce años,
ellos subieron a Jerusalem con-
forme a la costumbre de la fiesta.
43 Y acabados los días, volvien-
do ellos, se quedó el niño Jesús
en Jerusalem, sin saber*lo* José y
su madre.
44 Y pensando que estaba en la
compañía, anduvieron camino
de un día; y le buscaban entre los
parientes y entre los conocidos.
45 Y cuando no le hallasen, vol-
vieron a Jerusalem, buscándole.
46 Y aconteció, que tres días
después le hallaron en el templo,
sentado en medio de los docto-
res, oyéndoles, y preguntándoles.
47 Y todos los que le oían, esta-
ban atónitos de su entendimien-
to y respuestas.
48 Y cuando le vieron se mara-
villaron; y le dijo su madre: Hijo,
¿por qué nos has hecho así? He
aquí, tu padre y yo te hemos bus-
cado con dolor.
49 Entonces *él* les dijo: ¿Por qué
me buscabais? ¿No sabíais que es
menester que yo estuviese en el
negocio de mi Padre?

50 Mas ellos no entendieron las palabras que les habló.
51 Y descendió con ellos, y vino a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.
52 Y Jesús crecía en sabiduría, y en estatura, y en favor para con Dios y de los hombres.

CAPÍTULO 3

Y EN el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia;
2 Siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.
3 Y él vino por toda la tierra al derredor del Jordán, predicando el bautismo de arrepentimiento para remisión de pecados;
4 Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus sendas.
5 Todo valle se henchirá, y todo monte y collado se abajará; y lo torcido será enderezado, y los caminos ásperos allanados;
6 Y verá toda carne la salvación de Dios.
7 Y decía a las multitudes que salían para ser bautizados por él: ¡Oh generación de víboras! ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?
8 Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir en vosotros mismos: Por padre tenemos a Abraham; porque os digo, que puede Dios, aun de estas piedras, levantar hijos a Abraham.
9 Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol pues que no hace buen fruto, es cortado, y echado en el fuego.
10 Y las multitudes le preguntaban, diciendo: ¿Pues, qué haremos?
11 Y respondiendo, les dice: el que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo.
12 Y vinieron también publicanos para ser bautizados, y le dijeron: ¿Maestro, qué haremos nosotros?
13 Y él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado.
14 Y le preguntaron también los soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dice: No hagáis violencia a nadie, ni calumniéis; y sed contentos con vuestros salarios.
15 Y estando el pueblo esperando, y pensando todos de Juan en sus corazones, si él fuese el Cristo,
16 Respondió Juan, diciendo a todos: Yo, a la verdad, os bautizo en agua; mas viene uno que es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego;
17 Cuyo aventador *está* en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su alfolí; mas quemará la paja en fuego que nunca se apagará.
18 Y exhortando también otras muchas cosas, predicaba el evangelio al pueblo.
19 Entonces Herodes el tetrarca, siendo reprendido por él a causa

de Herodías, esposa de Felipe su
hermano, y de todas las malda-
des que había hecho Herodes,
20 Añadió también esto sobre
todo, que encerró a Juan en *la*
cárcel.
21 Y aconteció, que cuando todo
el pueblo fue bautizado, también
Jesús fue bautizado; y orando, el
cielo se abrió,
22 Y descendió el Espíritu Santo
en forma corporal, como palo-
ma, sobre él, y vino una voz del
cielo que decía: Tú eres mi Hijo
amado, en ti me complazco.
23 Y el mismo Jesús comenzaba
a ser como de treinta años, sien-
do (como se creía,) hijo de José,
que fue *hijo* de Elí,
24 Que fue el *hijo* de Matat, que
fue de Leví, que fue el *hijo* de
Melqui, que fue el *hijo* de Jana,
que fue el *hijo* de José,
25 Que fue el *hijo* de Matatías,
que fue el *hijo* de Amós, que fue
el *hijo* de Nahum, que fue el *hijo*
de Esli, que fue el *hijo* de Nagai,
26 Que fue el *hijo* de Maat, que
fue el *hijo* de Matatías, que fue el
hijo de Semei, que fue el *hijo* de
José, que fue el *hijo* de Judá,
27 Que fue el *hijo* de Joana, que
fue el *hijo* de Rhesa, que fue el
hijo de Zorobabel, que fue el *hijo*
de Salatiel, que fue el *hijo* de Neri,
28 Que fue el *hijo* de Melqui, que
fue el *hijo* de Abdi, que fue el *hijo*
de Cosam, que fue el *hijo* de El-
modam, que fue el *hijo* de Er,
29 Que fue el *hijo* de Joses, que
fue el *hijo* de Eliezer, que fue el
hijo de Joreim, que fue el *hijo* de
Matat, que fue el *hijo* de Leví,
30 Que fue el *hijo* de Simeón, que
fue el *hijo* de Judá, que fue el *hijo*
de José, que fue el *hijo* de Jonán,
que fue el *hijo* de Eliaquim,
31 Que fue el *hijo* de Melea, que
fue el *hijo* de Menán, que fue el
hijo de Matata, que fue el *hijo* de
Natán, que fue el *hijo* de David,
32 Que fue el *hijo* de Isaí, que fue
el *hijo* de Obed, que fue el *hijo* de
Booz, que fue el *hijo* de Salmón,
que fue el *hijo* de Naasón,
33 Que fue el *hijo* de Aminadab,
que fue el *hijo* de Aram, que fue
el *hijo* de Esrom, que fue el *hijo*
de Fares, que fue el *hijo* de Judá,
34 Que fue el *hijo* de Jacob, que
fue el *hijo* de Isaac, que fue el *hijo*
de Abraham, que fue el *hijo* de
Tara, que fue el *hijo* de Nacor,
35 Que fue el *hijo* de Serug, que
fue el *hijo* de Ragau, que fue el
hijo de Peleg, que fue el *hijo* de
Heber, que fue el *hijo* de Sala,
36 Que fue el *hijo* de Cainán, que
fue el *hijo* de Arfaxad, que fue
el *hijo* de Sem, que fue el *hijo* de
Noé, que fue el *hijo* de Lamec,
37 Que fue el *hijo* de Matusalem,
que fue el *hijo* de Enoc, que fue
el *hijo* de Jared, que fue el *hijo* de
Maleleel, que fue el *hijo* de Cainán,
38 Que fue el *hijo* de Enós, que
fue el *hijo* de Set, que fue el *hijo*
de Adam, que fue el *hijo* de Dios.

CAPÍTULO 4

Y JESÚS, lleno del Espíritu
Santo, volvió del Jordán, y
fue llevado por el Espíritu al de-
sierto,
2 Por cuarenta días siendo tenta-
do del diablo. Y no comió nada
en aquellos días: los cuales pasa-
dos, después tuvo hambre.
3 Entonces el diablo le dijo: Si
eres Hijo de Dios, di a esta pie-
dra que se haga pan.
4 Y Jesús respondió, dicien-
do: Escrito está: Que no con
pan sólo vivirá el hombre,

mas con toda palabra de Dios.
5 Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró todos los reinos de la tierra habitada en un momento de tiempo.
6 Y le dijo el diablo: A ti daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí ha sido entregada, y a quien quiero la doy.
7 Tú, pues, si adorares delante de mí, serán todos tuyos.
8 Y respondiendo Jesús, le dijo: Vete para atrás de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.
9 Y le llevó a Jerusalem, y le puso sobre las almenas del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo.
10 Porque escrito está: *Que* a sus ángeles te encomendará, para que te guarden;
11 Y *que* en *sus* manos te llevarán, para que no hieras tu pie en piedra.
12 Y respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios.
13 Y acabada toda la tentación, el diablo se partió de él por algún tiempo.
14 Y Jesús volvió en poder del Espíritu a Galilea, y salió la fama de él por toda la región de al derredor.
15 Y él enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado de todos.
16 Y vino a Nazaret, donde había sido criado, y entró, conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó a leer.
17 Y le fue dado el libro del profeta Isaías; y cuando abrió el libro, halló el lugar donde estaba escrito:
18 El Espíritu del Señor *es* sobre mí, por cuanto me ha ungido para predicar el evangelio a los pobres; Me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; Para predicar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista, para poner en libertad a los oprimidos;
19 Para predicar el año aceptable del Señor.
20 Y cerrando el libro, lo dio al ministro, y se sentó: y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.
21 Y comenzó a decirles: Hoy es cumplida esta Escritura en vuestros oídos.
22 Y todos le daban testimonio, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?
23 Y les dijo: Sin duda me diréis esta parábola: Médico, cúrate a ti mismo: de tantas cosas que hemos oído haber sido hechas en Capernaum, haz también aquí en tu tierra.
24 Y dijo: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su tierra.
25 Mas en verdad os digo, *que* muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, cuando hubo grande hambre por toda la tierra:
26 Mas a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta de Sidón, a una mujer viuda.
27 Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; mas ninguno de ellos fue limpio, sino Naamán el Siro.
28 Entonces todos en la sinagoga fueron llenos de ira, oyendo estas cosas.

29 Y levantándose, le echaron
fuera de la ciudad, y le llevaron
hasta la cumbre del monte sobre
el cual la ciudad de ellos estaba
edificada, para despeñarle.
30 Mas él, pasando por medio de
ellos, se fue.
31 Y descendió a Capernaum,
ciudad de Galilea, y allí les ense-
ñaba en los sábados.
32 Y estaban atónitos de su doc-
trina; porque su palabra era con
potestad.
33 Y estaba en la sinagoga un
hombre que tenía un espíritu de
un demonio inmundo, el cual ex-
clamó a gran voz,
34 Diciendo: Déjanos, ¿qué te-
nemos nosotros que ver contigo,
Jesús de Nazaret? ¿Has venido a
destruirnos? Yo te conozco quién
eres, el Santo de Dios.
35 Y Jesús le reprendió, diciendo:
Enmudece, y sal de él. Entonces el
demonio, derribándole en medio,
salió de él; y no le hizo daño alguno.
36 Y cayó espanto sobre todos, y
hablaban unos a otros, diciendo:
¿Qué palabra *es* ésta, que con au-
toridad y poder manda a los espí-
ritus inmundos, y salen?
37 Y la fama de él se divulgaba
de todas partes por todos los lu-
gares de la comarca.
38 Y levantándose de la sinagoga,
se entró en casa de Simón: Y la sue-
gra de Simón estaba con una gran-
de fiebre; y le rogaron por ella.
39 Y estando cerca de ella, re-
prendió a la fiebre, y la fiebre la
dejó. Y levantándose ella inme-
diatamente, les servía.
40 Y poniéndose el sol, todos los
que tenían enfermos de diversas
enfermedades, los traían a él; y
él, poniendo las manos sobre
cada uno de ellos, los sanaba.
41 Y salían también demonios de
muchos, dando voces, y dicien-
do: Tú eres el Cristo, el Hijo de
Dios; mas *él* reprendiéndo*les* no
les dejaba hablar; porque sabían
que él era el Cristo.
42 Y siendo ya de día salió, y se
fue a un lugar desierto; y las gen-
tes le buscaban, y vinieron hasta
él; y le detenían para que no se
apartase de ellos.
43 Y él les dijo: También a otras
ciudades es menester que yo
predique el evangelio del reino de
Dios; porque para esto soy enviado.
44 Y predicaba en las sinagogas
de Galilea.

CAPÍTULO 5

Y ACONTECIÓ, que estando él
de pie junto al lago de Ge-
nezaret, la multitud se agolpaba
sobre él para oír la palabra de
Dios.
2 Y vio dos naves que estaban
cerca de la orilla del lago; y los
pescadores, habiendo descendi-
do de ellas, lavaban *sus* redes.
3 Y entrado en una de estas naves,
la cual era de Simón, le rogó que
la desviase de tierra un poco; y
sentándose, enseñaba desde la
nave al pueblo.
4 Y cuando cesó de hablar, dijo
a Simón: Entra en alta mar, y
echad vuestras redes para pescar.
5 Y respondiendo Simón, le dijo:
Maestro, habiendo trabajado
toda la noche, nada hemos toma-
do; mas en tu palabra echaré la red.
6 Y habiéndolo hecho, encerra-
ron gran multitud de peces, que
su red se rompía.
7 E hicieron señas a los com-
pañeros que estaban en la otra
nave, que viniesen a ayudarles; y
vinieron, y llenaron ambas naves

de tal manera que se hundían.
8 Cuando Simón Pedro lo vio, se
derribó a las rodillas de Jesús, diciendo: apártate de mí, Oh Señor,
porque soy hombre pecador.
9 Porque temor le había rodeado,
y a todos los que estaban con él, por la presa de los peces que habían tomado:
10 Y asimismo a Jacobo y a Juan,
hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas: desde ahora pescarás hombres.
11 Y cuando trajeron a tierra las
naves, dejándolo todo, le siguieron.
12 Y aconteció que estando en
cierta ciudad, he aquí, un hombre lleno de lepra, el cual viendo a Jesús, postrándose sobre el rostro, le rogó, diciendo: Señor, si quisieres, puedes limpiarme.
13 Entonces, extendiendo la
mano, le tocó diciendo: Quiero: sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él.
14 Y él le mandó que no lo dijese
a nadie: Mas ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu limpieza, como mandó Moisés, por testimonio a ellos.
15 Empero, tanto más se exten-
día su fama; y se juntaban grandes multitudes a oír y ser sanados por él de sus enfermedades.
16 Mas él se apartaba a los de-
siertos, y oraba.
17 Y aconteció cierto día, que él
estaba enseñando, y Fariseos y doctores de la ley estaban sentados, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea, y de Jerusalem; y el poder del Señor estaba *allí* para sanarlos.
18 Y he aquí, unos hombres, que
traían en un lecho un hombre que estaba paralítico; y buscaban *por donde* meterle, y poner*le* delante de él.
19 Y no hallando por dónde me-
terle a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho en medio, delante de Jesús;
20 El cual, viendo la fe de ellos,
le dice: Hombre, tus pecados te son perdonados.
21 Entonces los escribas y los Fa-
riseos comenzaron a razonar, diciendo: ¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?
22 Jesús entonces, conociendo
los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo: ¿Qué razonáis en vuestros corazones?
23 ¿Cuál es más fácil; decir: Tus
pecados te son perdonados, o decir: Levántate, y anda?
24 Pues porque sepáis que el
Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados, (dice al paralítico), A ti digo: Levántate, toma tu lecho; y vete a tu casa.
25 Y al instante, levantándose
en presencia de ellos, y tomando aquello en que estaba echado, se fue a su casa, glorificando a Dios.
26 Y tomó espanto a todos, y glo-
rificaban a Dios; y fueron llenos de temor, diciendo: Hemos visto cosas maravillosas hoy.
27 Y después de estas cosas salió;
y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos, y le dijo: Sígueme.
28 Y dejadas todas cosas, levan-
tándose, le siguió.
29 Y Leví hizo un gran banquete
en su casa, y había mucha compañía de publicanos, y de otros, que estaban sentados a la mesa con ellos.

30 Y los escribas y los Fariseos
murmuraban contra sus discípu-
los, diciendo: ¿Por qué coméis y
bebéis con los publicanos y pe-
cadores?
31 Y respondiendo Jesús, les
dijo: Los que están sanos no ne-
cesitan médico, sino los que están
enfermos.
32 No he venido a llamar a los
justos, sino a los pecadores a
arrepentimiento.
33 Entonces ellos le dijeron: ¿Por
qué los discípulos de Juan ayu-
nan muchas veces, y hacen ora-
ciones, y asimismo los de los Fa-
riseos; mas tus discípulos comen
y beben?
34 Y él les dijo: ¿Podéis hacer
que los que están de bodas ayu-
nen, entre tanto que el desposa-
do está con ellos?
35 Empero vendrán días cuando
el desposado les será quitado;
entonces ayunarán en aquellos
días.
36 Y les decía también una pa-
rábola: Nadie pone remiendo de
paño nuevo en vestido viejo: de
otra manera el nuevo rompe, y
al viejo no conviene remiendo
nuevo.
37 Y nadie echa vino nuevo en
odres viejos: de otra manera el
vino nuevo romperá los odres, y
el vino se derramará, y los odres
se perderán.
38 Mas el vino nuevo en odres
nuevos se ha de echar; y lo uno y
lo otro se conserva.
39 Y ninguno que bebiere el viejo,
quiere inmediatamente el nuevo;
porque dice: El viejo es mejor.

CAPÍTULO 6

Y ACONTECIÓ que el segundo
sábado después del primero,
que él pasaba por los sembra-
dos, y sus discípulos arrancaban
espigas, y comían, estregándo*las*
entre las manos.
2 Y ciertos de los Fariseos les di-
jeron: ¿Por qué hacéis lo que no
es lícito hacer en los sábados?
3 Y respondiendo Jesús, les dijo:
¿Ni aun esto habéis leído, lo que
hizo David cuando tuvo hambre,
él, y los que con él estaban?
4 ¿Cómo entró en la casa de Dios,
y tomó los panes de la proposi-
ción, y comió, y dio también a
los que estaban con él; los cua-
les no era lícito comer, sino sola-
mente a los sacerdotes?
5 Y les decía: El Hijo del hombre
es Señor aun del sábado.
6 Y aconteció también en otro
sábado, que él entró en la sina-
goga y enseñaba; y estaba allí un
hombre que tenía la mano dere-
cha seca.
7 Y le acechaban los escribas y
los Fariseos, si sanaría en sábado,
por hallar de qué le acusasen.
8 Mas él sabía los pensamientos
de ellos; y dijo al hombre que
tenía la mano seca: Levántate, y
ponte de pie en medio. Y él le-
vantándose, se puso de pie.
9 Entonces Jesús les dijo: Pre-
guntaros he una cosa: ¿Es lícito
en sábados hacer bien, o hacer
mal? ¿salvar la vida, o destruir*la*?
10 Y mirándolos a todos en derre-
dor, dijo al hombre: Extiende tu
mano, y él lo hizo así, y su mano
fue restituida sana como la otra.
11 Y ellos fueron llenos de furor,
y hablaban los unos a los otros
qué harían a Jesús.
12 Y aconteció en aquellos días,
que fue a orar en un monte, y
pasó toda la noche orando a Dios.
13 Y cuando fue de día, llamó a

sus discípulos; y escogió doce de
ellos, los cuales también llamó
Apóstoles:
14 A Simón, (al cual también
llamó Pedro,) y a Andrés su her-
mano, Jacobo y Juan, Felipe y
Bartolomé,
15 Mateo y Tomás, y Jacobo,
hijo de Alfeo, y Simón, el que se
llama Zelote,
16 Judas *hermano* de Jacobo, y
Judas Iscariote, que también fue
el traidor.
17 Y descendió con ellos, y se
paró en un lugar llano; y la com-
pañía de sus discípulos, y una
grande multitud de pueblo de
toda Judea, y de Jerusalem, y de
la costa de Tiro y de Sidón, que
habían venido a oirle, y para ser
sanados de sus enfermedades;
18 Y los que habían sido ator-
mentados de espíritus inmundos;
y eran sanos.
19 Y toda la multitud procura-
ba de tocarle; porque salía de él
poder, y sanaba a todos.
20 Y alzando él los ojos sobre sus
discípulos, decía: Bienaventura-
dos los pobres; porque vuestro
es el reino de Dios.
21 Bienaventurados los que
ahora tenéis hambre; porque se-
réis hartos. Bienaventurados los
que ahora lloráis; porque reiréis.
22 Bienaventurados sois cuando
los hombres os aborrecieren, y
cuando os apartaren *de sí*, y *os* de-
nostaren, y desecharen vuestro
nombre como malo, por causa
del Hijo del hombre.
23 Gozaos en aquel día, y sal-
tad de gozo; porque, he aquí,
vuestro galardón *es* grande en el
cielo; porque así hacían sus pa-
dres a los profetas.
24 Mas ¡ay de vosotros, ricos!
porque tenéis vuestro consuelo.
25 ¡Ay de vosotros, los que estáis
hartos! porque tendréis hambre.
¡Ay de vosotros, los que ahora
reís! porque lamentaréis y llora-
réis.
26 ¡Ay de vosotros, cuando todos
los hombres dijeren bien de vo-
sotros! porque así hacían sus pa-
dres a los falsos profetas.
27 Mas a vosotros los que oís,
digo: Amad a vuestros enemigos,
haced bien a los que os aborrecen;
28 Bendecid a los que os maldi-
cen; y orad por los que os calum-
nian.
29 Y al que te hiriere en *una* me-
jilla, dale también la otra; y del
que te quitare la capa, no *le* impi-
das *llevar* la túnica también.
30 Y a cualquiera que te pidiere,
da, y al que tomare lo que *es* tuyo,
no *se lo* vuelvas a pedir.
31 Y como queréis que os hagan
los hombres, hacedles también
vosotros así:
32 Porque si amáis a los que os
aman, ¿qué gracias tendréis?
porque también los pecadores
aman a los que los aman.
33 Y si hiciereis bien a los que
os hacen bien, ¿qué gracias ten-
dréis? porque también los peca-
dores hacen lo mismo.
34 Y si prestareis a *aquellos* de
quienes esperáis recibir, ¿qué
gracias tendréis? porque también
los pecadores prestan a los peca-
dores, para recibir otro tanto.
35 Amad pues a vuestros enemi-
gos; y haced bien, y emprestad,
no esperando de ello nada; y
será vuestro galardón grande, y
seréis hijos del Altísimo; porque
él es benigno *aun* para con los in-
gratos y los malos.
36 Sed pues misericordiosos,

como también vuestro Padre es
misericordioso.
37 No juzguéis, y no seréis juz-
gados: no condenéis, y no seréis
condenados: perdonad, y seréis
perdonados:
38 Dad, y se os dará; medida
buena, apretada, remecida, y re-
bosando darán en vuestro seno;
porque con la misma medida que
midiereis, os será vuelto a medir.
39 Y les decía una parábola:
¿Puede el ciego guiar al ciego?
¿no caerán ambos en el hoyo?
40 El discípulo no es sobre su
maestro; mas cualquiera que fuere
como su maestro, será perfecto.
41 ¿Y por qué miras la mota que
está en el ojo de tu hermano, y la
viga que *está* en tu propio ojo no
consideras?
42 ¿O cómo puedes decir a tu
hermano: Hermano, deja, echa-
ré fuera la mota que está en tu
ojo, no mirando tú la viga que
está en tu ojo? Hipócrita, echa
fuera primero de tu ojo la viga; y
entonces mirarás de echar fuera
la paja que está en el ojo de tu
hermano.
43 Porque no es buen árbol el
que hace malos frutos; ni árbol
malo el que hace buen fruto.
44 Porque cada árbol por su pro-
pio fruto es conocido: que no
cogen higos de las espinas, ni
vendimian uvas de las zarzas.
45 El buen hombre del buen teso-
ro de su corazón saca lo bueno; y
el mal hombre del mal tesoro de
su corazón saca lo malo; porque
de la abundancia del corazón
habla la boca.
46 ¿Y por qué me llamáis, Señor,
Señor, y no hacéis lo que digo?
47 Todo aquel que viene a mí, y
oye mis palabras, y las hace, *yo*
os enseñaré a quién es semejante.
48 Semejante es a un hombre
que edificó una casa, que cavó
y ahondó, y puso el fundamento
sobre la roca; y cuando vino la
creciente, el río dio con ímpetu
en aquella casa, mas no la pudo
menear; porque estaba fundada
sobre la roca.
49 Mas el que oye, y no hace,
semejante es a un hombre que
edificó su casa sobre tierra sin
fundamento; en la cual el río dio
con ímpetu, e inmediatamente
cayó; y fue grande la ruina de
aquella casa.

CAPÍTULO 7

Y CUANDO acabó todas sus
palabras en oídos del pueblo,
entró en Capernaum.
2 Y el siervo de cierto centurión,
al cual tenía él en estima, estaba
enfermo y a punto de morir.
3 Y cuando oyó de Jesús, envió a
él los ancianos de los Judíos, ro-
gándole que viniese y sanase a su
siervo.
4 Y cuando ellos vinieron a Jesús,
rogáronle con diligencia, dicién-
dole: Porque es digno de conce-
derle esto:
5 Que ama nuestra nación, y él
nos edificó una sinagoga.
6 Y Jesús fue con ellos: y cuando
él estuvo ya no lejos de la casa,
envió el centurión amigos a él,
diciéndole: Señor, no te molestes,
que no soy digno de que entres
debajo de mi techo:
7 Por lo cual ni aun me tuve por
digno de venir a ti; mas di la pa-
labra, y mi siervo será sano.
8 Porque también yo soy hombre
puesto bajo autoridad, que tengo
debajo de mí soldados; y digo a
éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y

viene; y a mi siervo: Haz esto, y
lo hace.
9 Lo cual oyendo Jesús, se maravilló de él, y vuelto, dijo a las multitudes que le seguían: Os digo ni aun en Israel he hallado tanta fe.
10 Y vueltos a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.
11 Y aconteció el día siguiente, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y gran compañía.
12 Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí, que sacaban un difunto, hijo único de su madre, y ella era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.
13 Y cuando el Señor la vio, fue movido a compasión de ella, y le dice: No llores.
14 Y se acercó, y tocó el féretro; y los que *le* llevaban, se pararon. Y dijo: Mancebo, a ti digo, levántate.
15 Y volvióse a sentar el que había sido muerto, y comenzó a hablar; y le dio a su madre.
16 Y tomó a todos temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Que profeta grande se ha levantado entre nosotros; y, que Dios ha visitado a su pueblo.
17 Y salió esta fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.
18 Y los discípulos de Juan le contaron todas estas cosas.
19 Y llamó Juan dos de sus discípulos, y *les* envió a Jesús, diciendo: ¿Eres tú aquél que había de venir, o esperaremos a otro?
20 Y cuando los varones vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, diciendo: ¿Eres tú aquél que había de venir, o esperaremos a otro?
21 Y en la misma hora sanó a muchos de enfermedades, y de plagas, y de espíritus malos; y a muchos ciegos dio la vista.
22 Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, contad a Juan de lo que habéis visto y oído: Que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres es predicado el evangelio.
23 Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí.
24 Y cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan a las gentes: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿una caña que es meneada del viento?
25 Mas ¿qué salisteis a ver? ¿un hombre cubierto de vestidos delicados? He aquí, que los que están en vestido precioso, y viven en delicias, en los palacios de los reyes están.
26 Mas ¿qué salisteis a ver? ¿un profeta? De cierto os digo, y aun más que profeta.
27 Éste es de quien está escrito: He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz, el cual aparejará tu camino delante de ti.
28 Porque *yo* os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; empero el que es menor en el reino de Dios es mayor que él.
29 Y todo el pueblo que le oyó, y los publicanos, justificaron a Dios, siendo bautizados con el bautismo de Juan.
30 Mas los Fariseos, y los doctores de la ley, desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados por él.

31 Y dijo el Señor: ¿A quién, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes?

32 Semejantes son a los niños sentados en la plaza, y que dan voces los unos a los otros, y dicen: Os tañimos con flautas, y no bailasteis: os endechamos, y no llorasteis.

33 Porque Juan el Bautista vino no comiendo pan, ni bebiendo vino, y vosotros decís: Demonio tiene.

34 El Hijo del hombre es venido comiendo y bebiendo, y decís: He aquí un hombre glotón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores.

35 Mas la sabiduría es justificada de todos sus hijos.

36 Y le rogaba uno de los Fariseos, que comiese con él. Y entrando en la casa del Fariseo, se sentó a la mesa.

37 Y he aquí una mujer en la ciudad que era pecadora, cuando supo que estaba a la mesa en la casa de aquel Fariseo, trajo un vaso de alabastro de ungüento,

38 Y estando a sus pies por detrás llorando, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y *los* limpiaba con los cabellos de su cabeza; y besaba sus pies, y *los* ungía con el ungüento.

39 Y cuando vio *esto* el Fariseo que le había convidado, habló en sí, diciendo: Éste, si fuera profeta, conocería quién y qué clase *es* la mujer que le toca; que es pecadora.

40 Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dice: Di, Maestro.

41 Cierto acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta.

42 Y no teniendo ellos de que pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de éstos le amará más?

43 Y respondiendo Simón, dijo: Pienso que *aquél* al cual perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado.

44 Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y *los* ha limpiado con los cabellos de su cabeza.

45 No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.

46 No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con ungüento mis pies.

47 Por lo cual te digo, *que* sus muchos pecados son perdonados, porque amó mucho; mas al que se perdona poco, poco ama.

48 Y a ella dijo: Los pecados te son perdonados.

49 Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados?

50 Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.

CAPÍTULO 8

Y ACONTECIÓ después, que él caminaba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios; y los doce con él,

2 Y ciertas mujeres que habían sido curadas de los malos espíritus, y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido siete demonios;

3 Y Juana, esposa de Chuza, mayordomo de Herodes; y Susana,

y otras muchas que le servían de
sus bienes.
4 Y cuando se juntó una grande
multitud, y los que estaban en
cada ciudad vinieron a él, dijo
por una parábola:
5 Un sembrador salió a sembrar
su simiente; y sembrando, una
parte cayó junto al camino, y fue
hollada, y las aves del cielo la de-
voraron.
6 Y otra *parte* cayó sobre la roca;
y nacida, se secó, porque no tenía
humedad.
7 Y otra *parte* cayó entre espinas;
y naciendo las espinas juntamen-
te, la ahogaron.
8 Y otra *parte* cayó en buena tie-
rra; y cuando fue nacida, llevó
fruto a ciento por uno. Diciendo
estas cosas clamaba: El que tiene
oídos para oír, oiga.
9 Y sus discípulos le preguntaron,
qué era esta parábola.
10 Y él dijo: A vosotros es dado
conocer los misterios del reino
de Dios; mas a los otros por pa-
rábolas, para que viendo no vean,
y oyendo no entiendan.
11 Es pues ésta la parábola: La
simiente es la palabra de Dios.
12 Y los de junto al camino, éstos
son los que oyen; y después
viene el diablo, y quita la palabra
de su corazón, para que no crean
y sean salvos.
13 Y los de sobre la roca, *son*
los que cuando oyen, reciben la
palabra con gozo; mas éstos no
tienen raíces; que por un tiempo
creen, y en el tiempo de la tenta-
ción se apartan.
14 Y la que cayó en espinas, éstos
son los que oyeron; mas yéndose,
son ahogados de los afanes y de
las riquezas y de los pasatiempos
de la vida, y no llevan fruto.
15 Y la que en buena tierra, éstos
son los que con corazón bueno y
recto retienen la palabra oída, y
llevan fruto en paciencia.
16 Ninguno cuando ha encendido
una candela la cubre con un vaso,
o *la* pone debajo de la cama; mas
la pone en un candelero, para
que los que entran, vean la luz.
17 Porque no hay cosa oculta,
que no haya de ser manifestada;
ni *cosa* escondida, que no haya de
ser conocida, y de venir en pú-
blico.
18 Mirad pues como oís; porque
a cualquiera que tuviere, le será
dado; y a cualquiera que no tu-
viere, aun lo que parece tener le
será quitado.
19 Entonces vinieron a él su
madre y hermanos, y no podían
llegar a él por causa de la mul-
titud.
20 Y le fue dado aviso, diciendo:
Tu madre, y tus hermanos están
de pie fuera, queriendo verte.
21 Mas él respondiendo, les
dijo: Mi madre y mis hermanos
son éstos que oyen la palabra de
Dios, y la hacen.
22 Y aconteció un día que él entró
en una nave con sus discípulos, y
les dijo: Pasemos a la otra parte
del lago; y se partieron.
23 Y navegando ellos, él se dur-
mió. Y descendió una tempes-
tad de viento en el lago; y se
llenaban *de agua*, y peligraban.
24 Y llegándose a él le desperta-
ron, diciendo: ¡Maestro, maestro,
que perecemos! Y despertando él,
reprendió al viento y a la tem-
pestad del agua; y cesaron, y fue
hecha grande bonanza.
25 Y les dijo: ¿Dónde está vues-
tra fe? Y ellos temiendo, queda-
ron maravillados, diciendo los

unos a los otros: ¿Quién es éste,
que aun a los vientos y al agua
manda, y le obedecen?
26 Y navegaron a la tierra de los
Gadarenos, que está delante de
Galilea.
27 Y saliendo él a tierra, le salió
al encuentro de la ciudad cierto
hombre que tenía demonios ya
de mucho tiempo; y no vestía
ropa ninguna, ni moraba en casa,
sino en los sepulcros.
28 El cual, cuando vio a Jesús ex-
clamó, y postróse delante de él, y
dijo a gran voz: ¿Qué tengo yo
que ver contigo, Jesús, Hijo del
Dios Altísimo? Ruégote que no
me atormentes.
29 (Porque mandaba al espíritu
inmundo que saliese del hombre;
porque ya de muchos tiempos le
arrebataba; y le guardaban preso
con cadenas y grillos; mas rom-
piendo las prisiones era impelido
del demonio por los desiertos.)
30 Y le preguntó Jesús, diciendo:
¿Qué nombre tienes? Y él le dijo:
Legión; porque muchos demo-
nios habían entrado en él.
31 Y le rogaban que no les man-
dase que fuesen al abismo.
32 Y había allí un hato de mu-
chos puercos que pacían en el
monte, y le rogaron que los deja-
se entrar en ellos; y los dejó.
33 Y salidos los demonios del
hombre, entraron en los puercos;
y el hato de ellos se arrojó con
impetuosidad por un despeñade-
ro en el lago, y se ahogó.
34 Y cuando los que los apacen-
taban vieron lo que había acon-
tecido, huyeron; y yendo, dieron
aviso en la ciudad y por los cam-
pos.
35 Y salieron a ver lo que había
acontecido, y vinieron a Jesús; y
hallaron sentado al hombre del
cual habían salido los demonios,
vestido, y en su juicio cabal, a los
pies de Jesús; y tuvieron temor.
36 Y también, los que *lo* habían
visto, les contaron de que ma-
nera el endemoniado había sido
sanado.
37 Entonces toda la multitud de
la tierra de los Gadarenos al de-
rredor le rogaron, que se retira-
se de ellos; porque tenían gran
temor. Y él subiendo en la nave
se volvió.
38 Y aquel hombre, del cual ha-
bían salido los demonios, le rogó
para estar con él; mas Jesús le
despidió, diciendo:
39 Vuélvete a tu casa, y cuen-
ta cuán grandes cosas ha hecho
Dios contigo. Y él se fue, publi-
cando por toda la ciudad cuán
grandes cosas había Jesús hecho
con él.
40 Y aconteció que volviendo
Jesús, la multitud le recibió *con
gozo*; porque todos le esperaban.
41 Y he aquí un varón, llamado
Jairo, el cual también era prínci-
pe de la sinagoga, vino, y cayen-
do a los pies de Jesús, le rogaba
que entrase en su casa;
42 Porque tenía una hija única,
como de doce años, y ella se es-
taba muriendo. Y yendo, le apre-
taba la gente.
43 Y una mujer que tenía flujo
de sangre ya hacía doce años, la
cual había gastado en médicos
toda su hacienda, y de ninguno
había podido ser curada,
44 Llegándose por detrás, tocó el
borde de su vestido; y al instante
se estancó el flujo de su sangre.
45 Entonces Jesús dijo: ¿Quién
es el que me ha tocado? Y negan-
do todos, dijo Pedro y los que

estaban con él: Maestro, la mul-
titud te aprieta y oprime, y dices
¿Quién *es* el que me ha tocado?
46 Y Jesús dijo: Me ha tocado
alguien; porque yo he conocido
que ha salido poder de mí.
47 Entonces, cuando la mujer vio
que no se había escondido, vino
temblando, y postrándose delan-
te de él, le declaró delante de
todo el pueblo la causa porque le
había tocado, y como al instante
había sido sanada.
48 Y él le dijo: Confía hija, tu fe
te ha sanado: ve en paz.
49 Estando aún él hablando,
vino uno *de casa* del príncipe de
la sinagoga diciéndole: Tu hija es
muerta: no molestes al Maestro.
50 Y oyéndo*lo* Jesús, le respon-
dió, diciendo: No temas: cree so-
lamente, y será salva.
51 Y entrado en casa, no dejó
entrar a nadie, sino a Pedro, y a
Jacobo, y a Juan, y al padre y a
la madre de la muchacha.
52 Y lloraban todos, y hacían la-
mentación por ella. Y él dijo: No
lloréis: no es muerta, mas duerme.
53 Y hacían burla de él, sabiendo
que estaba muerta.
54 Y él, echados todos fuera, y
tomándola de la mano, clamó,
diciendo: Muchacha, levántate.
55 Entonces su espíritu volvió, y
se levantó inmediatamente; y él
mandó que le diesen de comer.
56 Y sus padres estaban atóni-
tos: a los cuales él mandó, que
a nadie dijesen lo que había sido
hecho.

CAPÍTULO 9

LLAMANDO a sus doce discípu-
los, les dio poder y autoridad
sobre todos los demonios, y para
sanar enfermedades.
2 Y los envió para predicar el
reino de Dios, y para sanar los
enfermos.
3 Y les dijo: No toméis nada para
el camino, ni bordones, ni alfor-
ja, ni pan, ni dinero, ni tengáis
dos vestidos cada uno.
4 Y en cualquiera casa que entra-
reis, quedad allí, y salid de allí.
5 Y todos los que no os recibie-
ren, saliéndoos de aquella ciudad,
aun el polvo sacudid de vuestros
pies en testimonio contra ellos.
6 Y saliendo ellos, rodeaban por
todas las aldeas, predicando el
evangelio, y sanando por todas
partes.
7 Y oyó Herodes el tetrarca todas
las cosas que hacía, y estaba en
duda, porque decían algunos:
Que Juan había resucitado de los
muertos;
8 Y otros: Que Elías había apare-
cido; y otros: Que algun profeta
de los antiguos había resucitado.
9 Y dijo Herodes: A Juan yo le
degollé: ¿quién pues será éste,
de quién yo oigo tales cosas? Y
procuraba verle.
10 Y vueltos los apóstoles, le con-
taron todas las cosas que habían
hecho. Y tomándolos, se retiró
aparte a un lugar desierto de la
ciudad que se llamaba Betsaida.
11 Y cuando las gentes *lo* supie-
ron, le siguieron; y él les recibió,
y les hablaba del reino de Dios, y
sanaba a los que tenían necesi-
dad de ser curados.
12 Y el día había comenzado a
declinar; y llegándose los doce,
le dijeron: Despide la multitud,
para que yendo a las aldeas y
campos de alrededor, se alber-
guen y hallen viandas; porque
aquí estamos en lugar desierto.
13 Y les dijo: Dadles vosotros de

comer. Y dijeron ellos: No tenemos más de cinco panes y dos peces, a no ser que vayamos nosotros a comprar viandas para toda esta gente.
14 Y eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos: Hacedlos sentar por grupos de cincuenta en cincuenta.
15 Y así lo hicieron, haciéndolos sentar a todos.
16 Entonces él tomó los cinco panes, y los dos peces, y mirando al cielo los bendijo, y partió, y dio a sus discípulos para que pusiesen delante de la multitud.
17 Y comieron todos, y se hartaron; y alzaron lo que les sobró, doce canastos de pedazos.
18 Y aconteció, que estando él solo orando, estaban con él los discípulos, y les preguntó, diciendo: ¿Quién dicen las gentes que yo soy?
19 Y ellos respondieron, y dijeron: Juan el Bautista; y otros: Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado.
20 Y él les dijo: ¿Mas vosotros, quién decís que yo soy? Entonces respondiendo Simón Pedro, dijo: El Cristo de Dios.
21 Entonces él amonestándolos, *les* mandó que a nadie dijesen esto,
22 Diciendo: Es menester que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.
23 Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame.
24 Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá; y cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, éste la salvará.
25 Porque ¿qué aprovecha al hombre, si ganare todo el mundo, y se pierda él a sí mismo, o se destruye a sí mismo?
26 Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este tal el Hijo del hombre se avergonzará cuando vendrá en su gloria, y del Padre, y de los santos ángeles.
27 Y os digo de verdad, que hay algunos de los que están de pie aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios.
28 Y aconteció, como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, y a Juan, y a Jacobo, y subió a un monte a orar.
29 Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra; y su vestido blanco y resplandeciente.
30 Y, he aquí, dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés, y Elías,
31 Que aparecieron en gloria, y hablaban de su fallecimiento, el cual él había de cumplir en Jerusalem.
32 Y Pedro y los que estaban con él, estaban cargados de sueño; y como despertaron, vieron su gloria, y a los dos varones que estaban de pie con él.
33 Y aconteció, que apartándose ellos de él, Pedro dice a Jesús: Maestro, bien es que nos estemos aquí; y hagamos tres tabernáculos, uno para ti, y uno para Moisés, y uno para Elías; no sabiendo lo que se decía.
34 Y estando él hablando esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor, entrando ellos en la nube.

35 Y vino una voz de la nube,
que decía: Éste es mi Hijo amado,
a él oíd.
36 Y pasada aquella voz, Jesús
fue hallado solo; y ellos callaron,
y por aquellos días no dijeron
nada a nadie de lo que habían
visto.
37 Y aconteció el día siguien-
te, que descendiendo ellos del
monte, un gran gentío le salió al
encuentro;
38 Y, he aquí, que un hombre
de la multitud clamó, diciendo:
Maestro; ruégote que veas a mi
hijo, el único que tengo.
39 Y, he aquí, un espíritu le toma,
y de repente da voces; y le despe-
daza de modo que echa espuma,
y apenas se aparta de él quebran-
tándole.
40 Y rogué a tus discípulos que
le echasen fuera, y no pudieron.
41 Y respondiendo Jesús, dijo:
¡Oh generación incrédula y per-
versa! ¿hasta cuándo tengo de
estar con vosotros, y os sufriré?
Trae tu hijo acá.
42 Y como aún se acercaba, el
demonio le derribó, y *le* despeda-
zó; mas Jesús reprendió al espíri-
tu inmundo, y sanó al muchacho,
y le volvió a su padre.
43 Y todos estaban atónitos del
gran poder de Dios. Y mientras
que todos se maravillaban de
todas las cosas que Jesús hacía,
él dijo a sus discípulos:
44 Poned vosotros en vuestros
oídos estas palabras; porque ha
de acontecer que el Hijo del hom-
bre será entregado en manos de
hombres.
45 Mas ellos no entendían esta
palabra; y les era encubierta para
que no la entendiesen, y temían
de preguntarle de esta palabra.
46 Entonces entraron en disputa,
cuál de ellos sería el mayor.
47 Mas Jesús, viendo los pen-
samientos del corazón de ellos,
tomó un niño, y le puso junto a
sí,
48 Y les dijo: Cualquiera que re-
cibiere este niño en mi nombre,
a mí recibe; y cualquiera que
me recibiere a mí, recibe al que
me envió; porque el que fuere el
menor entre todos vosotros, éste
será grande.
49 Entonces respondiendo Juan,
dijo: Maestro, hemos visto a uno
que echaba fuera demonios en tu
nombre, y se lo vedamos, porque
no sigue con nosotros.
50 Jesús le dijo: No se lo vedéis,
porque el que no es contra noso-
tros, por nosotros es.
51 Y aconteció *que* cuando se
cumplió el tiempo en que había
de ser recibido arriba, él afirmó
su rostro para ir a Jerusalem.
52 Y envió mensajeros delante
de sí, los cuales fueron y entra-
ron en una ciudad de los Sama-
ritanos, a fin de preparar para él.
53 Mas no le recibieron, porque
su rostro era de hombre que iba
a Jerusalem.
54 Y cuando sus discípulos Ja-
cobo y Juan vieron *esto*, dijeron:
Señor, ¿quieres que mandemos
que descienda fuego del cielo, y
los consuma, como también hizo
Elías?
55 Entonces volviendo él, les re-
prendió, diciendo: Vosotros no
sabéis de qué espíritu sois:
56 Porque el Hijo del hombre no
es venido para destruir las vidas
de los hombres, sino para salvar-
las. Y se fueron a otra aldea.
57 Y aconteció que yendo ellos,
uno le dijo en el camino: Señor, *yo*

te seguiré donde quiera que fueres.
58 Y le dijo Jesús: Las zorras tie-
nen cuevas, y las aves del cielo
nidos; mas el Hijo del hombre no
tiene donde recline *su* cabeza.
59 Y él dijo a otro: Sígueme. Mas
él dijo: Señor, déjame que prime-
ro vaya, y entierre a mi padre.
60 Y Jesús le dijo: Deja los muertos
que entierren a sus muertos; mas
tú ve, y predica el reino de Dios.
61 Entonces también dijo otro:
Seguirte he, Señor: mas déjame
que me despida primero de los
que están en mi casa.
62 Y Jesús le dijo: Ninguno que
poniendo su mano al arado mi-
rare atrás, es apto para el reino
de Dios.

CAPÍTULO 10

DESPUÉS de estas cosas, de-
signó el Señor aun otros se-
tenta, a los cuales envió de dos
en dos delante de su faz, a toda
ciudad y lugar a donde él había
de venir.
2 Y les decía: La mies a la verdad
es mucha, mas los obreros pocos;
por tanto, rogad al Señor de la
mies que envíe obreros a su mies.
3 Andad, he aquí, yo os envío como
a corderos en medio de lobos.
4 No llevéis bolsa, ni alforja, ni
zapatos; y a nadie saludéis en el
camino.
5 En cualquier casa donde entra-
reis, primeramente decid: Paz *sea*
a esta casa.
6 Y si hubiere allí el hijo de paz,
vuestra paz reposará sobre él; y
si no, se volverá a vosotros.
7 Y posad en aquella misma casa,
comiendo y bebiendo lo que os
dieren; porque el obrero digno
es de su salario. No os paséis de
casa en casa.
8 Y en cualquier ciudad donde
entrareis, y os recibieren, comed
lo que os pusieren delante;
9 Y sanad a los enfermos que en
ella hubiere, y decidles: se ha
acercado a vosotros el reino de
Dios.
10 Mas en cualquier ciudad
donde entrareis, y no os reci-
bieren, saliendo por sus calles,
decid:
11 Aun el polvo que se nos ha
pegado de vuestra ciudad sacu-
dimos contra vosotros: esto em-
pero sabed que el reino de Dios
se ha acercado a vosotros.
12 Y os digo, que será más tole-
rable para Sodoma en aquel día,
que aquella ciudad.
13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti,
Betsaida! que si en Tiro, y en
Sidón se hubieran hecho los mi-
lagros que han sido hechos en
vosotras, ya tiempo ha, que sen-
tados en cilicio y ceniza, se hu-
bieran arrepentido:
14 Por tanto, será más tolerable
para Tiro y Sidón que para voso-
tras en el juicio.
15 Y tú, Capernaum, que hasta el
cielo eres ensalzada, hasta el in-
fierno serás abatida.
16 El que a vosotros oye, a mí
oye; y el que a vosotros desecha,
a mí desecha; y el que a mí des-
echa, desecha al que me envió.
17 Y volvieron los setenta con
gozo, diciendo: Señor, aun los
demonios se nos sujetan por tu
nombre.
18 Y les dijo: Yo veía a Satanás,
como un rayo caer del cielo.
19 He aquí, yo os doy potestad
de hollar sobre las serpientes, y
sobre los escorpiones, y sobre
todo el poder del enemigo, y
nada de ningún modo os dañará:

20 Empero no os regocijéis en
esto, de que los espíritus se os
sujeten; mas antes regocijaos de
que vuestros nombres están es-
critos en el cielo.
21 En aquella misma hora Jesús
se alegró en espíritu, y dijo: Te
doy gracias, oh Padre, Señor del
cielo y de la tierra, que escondis-
te estas cosas a los sabios y pru-
dentes, y las has revelado a los
pequeños: sí, Padre, porque así
te agradó.
22 Todas las cosas me son entre-
gadas de mi Padre; y nadie sabe
quién es el Hijo, sino el Padre; ni
quién es el Padre, sino el Hijo, y
a quien el Hijo *le* quisiere revelar.
23 Y vuelto particularmente a *sus*
discípulos, dijo: Bienaventura-
dos los ojos que ven lo que voso-
tros veis;
24 Porque os digo, que muchos
profetas y reyes desearon ver lo
que vosotros veis, y no *lo* vieron;
y oír lo que oís, y no *lo* oyeron.
25 Y he aquí, cierto doctor de la
ley se levantó, tentándole, y di-
ciendo: Maestro, ¿qué haré para
heredar la vida eterna?
26 Y él dijo: ¿Qué está escrito en
la ley? ¿Cómo lees?
27 Y él respondiendo, dijo: Ama-
rás al Señor tu Dios de todo tu
corazón, y de toda tu alma, y de
todas tus fuerzas, y de toda tu
mente; y a tu prójimo como a ti
mismo.
28 Y le dijo: Bien has respondido:
haz esto, y vivirás.
29 Mas él, queriéndose justificar
a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién
es mi prójimo?
30 Y respondiendo Jesús, dijo:
Cierto hombre descendía de
Jerusalem a Jericó, y cayó en
manos de ladrones, los cuales le
despojaron, e hiriéndo*le*, se fue-
ron, dejándo*le* medio muerto.
31 Y aconteció, que descendió
cierto sacerdote por el mismo
camino; y viéndole, se pasó del
otro lado.
32 Y asimismo un Levita, llegan-
do cerca de aquel lugar, y mirán-
do*le*, se pasó del otro lado.
33 Y cierto Samaritano que iba
su camino, viniendo cerca de él,
y viéndole, fue movido a compa-
sión;
34 Y llegándose, le vendó las he-
ridas, echándole aceite y vino; y
poniéndole sobre su propia ca-
balgadura, le llevó al mesón, y
cuidó de él.
35 Y al otro día partiéndose, sacó
dos denarios, y *le* dio al mesone-
ro, y le dijo: Cuida de él; y todo
lo que de más gastares, yo cuan-
do vuelva, te lo pagaré.
36 ¿Quién, pues, de estos tres
te parece que fue el prójimo de
aquél que cayó entre ladrones?
37 Y él dijo: El que usó de mise-
ricordia con él. Entonces Jesús le
dijo: Ve, y haz tú lo mismo.
38 Y aconteció, que yendo, entró
él en cierta aldea: y cierta mujer
llamada Marta, le recibió en su
casa.
39 Y ésta tenía una hermana que
se llamaba María, la cual sentán-
dose a los pies de Jesús, oía su
palabra.
40 Marta empero se distraía en
muchos servicios; y sobrevinien-
do, dijo: Señor, ¿no tienes cui-
dado que mi hermana me deja
servir sola? Dile, pues, que me
ayude.
41 Respondiendo Jesús entonces,
le dijo: Marta, Marta, cuidado-
sa estás, y con las muchas cosas
estás turbada:

42 Empero una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

CAPÍTULO 11

Y ACONTECIÓ que estando él orando en cierto lugar, cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.
2 Y les dijo: Cuando orareis, decid: Padre nuestro, que estás en el cielo, sea tu nombre santificado. Venga tu reino: sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra.
3 El pan nuestro de cada día dános*lo* hoy.
4 Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación; mas líbranos del mal.
5 Les dijo también: Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes,
6 Porque un amigo mío es venido a mí de camino, y no tengo que ponerle delante;
7 Y él de dentro respondiendo, diga: No me seas molesto: la puerta está ya cerrada, y mis niños están conmigo en la cama: no puedo levantarme, y darte.
8 Dígoos, que aunque no se levante a darle por ser su amigo, cierto por su importunidad se levantará, y le dará todo lo que habrá menester.
9 Y yo os digo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis, tocad, y os será abierto.
10 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se abre.
11 ¿Y cuál padre de vosotros, si su hijo le pidiere pan, le dará una piedra? o, si un pescado, ¿en lugar de pescado, le dará una serpiente?
12 O, si *le* pidiere un huevo, ¿le dará un escorpión?
13 Pues, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le pidieren de él?
14 Y estaba echando fuera un demonio, el cual era mudo: y aconteció que salido fuera el demonio, el mudo habló, y las gentes se maravillaron.
15 Y algunos de ellos decían: Por Beelzebub, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios.
16 Y otros, tentándo*le*, pedían de él una señal del cielo.
17 Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo es asolado; y casa contra casa cae.
18 Y si también Satanás está dividido contra sí, ¿cómo permanecerá su reino? porque decís, que por Beelzebub echo yo fuera los demonios.
19 Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebub, ¿vuestros hijos, por quién *los* echan fuera? Por tanto ellos serán vuestros jueces.
20 Mas si con el dedo de Dios yo echo fuera los demonios, cierto el reino de Dios es llegado a vosotros.
21 Cuando un hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee.
22 Mas cuando otro más fuerte que él sobreviniere, y le venciere, *le* toma todas sus armas en que confiaba, y reparte sus despojos.
23 El que no es conmigo, contra

mí es; y el que conmigo no reco-
ge, desparrama.
24 Cuando el espíritu inmundo
saliere del hombre, anda por lu-
gares secos, buscando reposo, y
no hallándo*lo*, dice: Me volveré a
mi casa, de donde salí.
25 Y viniendo, *la* halla barrida y
adornada.
26 Entonces va, y toma otros
siete espíritus peores que él, y
entrados, moran allí; y lo postre-
ro del tal hombre es peor que lo
primero.
27 Y aconteció, que diciendo él
estas cosas, cierta mujer de la
multitud, levantando la voz, le
dijo: Bienaventurado el vientre que
te trajo, y los pechos que mamaste.
28 Y él dijo: Antes bienaventu-
rados los que oyen la palabra de
Dios, y la guardan.
29 Y cuando las multitudes se
juntaban, comenzó a decir: Esta
generación mala es: señal busca,
mas señal no le será dada, sino la
señal de Jonás el profeta.
30 Porque como Jonás fue señal
a los Ninivitas, así también será
el Hijo del hombre a esta gene-
ración.
31 La reina del Sur se levanta-
rá en juicio con los hombres de
esta generación, y los condenará;
porque vino de los fines de la tie-
rra a oír la sabiduría de Salomón;
y, he aquí, *hay uno* mayor que Sa-
lomón en este lugar.
32 Los hombres de Nínive se le-
vantarán en juicio con esta ge-
neración, y la condenarán; por-
que a la predicación de Jonás se
arrepintieron; y, he aquí, *hay uno*
mayor que Jonás en este lugar.
33 Ninguno enciende la candela
y la pone en lugar oculto, ni de-
bajo del almud, sino en el can-
delero, para que los que entran
vean la luz.
34 La luz del cuerpo es el ojo: por
tanto, cuando tu ojo fuere senci-
llo, también todo tu cuerpo será
lleno de luz; mas cuando fuere
malo, también tu cuerpo *será* te-
nebroso.
35 Mira pues, que la luz que en ti
hay, no sea tinieblas.
36 Así que *siendo* todo tu cuer-
po resplandeciente, no teniendo
alguna parte de tinieblas, será
todo luminoso como cuando el
resplandor de una candela te
alumbra.
37 Y estando él hablando, le rogó
cierto Fariseo que comiese con
él: y entró y se sentó a la mesa.
38 Y el Fariseo, cuando *lo* vio, se
maravilló de que no se lavó antes
de comer.
39 Y el Señor le dijo: Ahora voso-
tros los Fariseos lo de fuera de la
copa y del plato limpiáis; mas lo
que está dentro de vosotros, está
lleno de rapiña y de maldad.
40 Insensatos ¿el que hizo lo de
fuera, no hizo también lo de dentro?
41 Empero de lo que tenéis, dad
limosna; y, he aquí, todas las
cosas os son limpias.
42 Mas ¡ay de vosotros Fariseos!
que diezmáis la menta, y la ruda,
y toda hortaliza; mas el juicio y
el amor de Dios pasáis de largo.
Empero estas cosas era menester
hacer, y no dejar las otras.
43 ¡Ay de vosotros Fariseos! que
amáis las primeras sillas en las
sinagogas, y las salutaciones en
las plazas.
44 ¡Ay de vosotros, escribas y Fa-
riseos, hipócritas! que sois como
sepulcros que no parecen, y los
hombres que andan encima no *lo*
saben.

45 Y respondiendo uno de los
doctores de la ley, le dice: Maes-
tro, cuando dices esto, también
nos afrentas a nosotros.
46 Y él dijo: ¡Ay de vosotros
también, doctores de la ley! que
cargáis los hombres con cargas
que no pueden llevar; mas vo-
sotros, ni aun con un dedo to-
cáis las cargas.
47 ¡Ay de vosotros! que edifi-
cáis los sepulcros de los profe-
tas, y los mataron vuestros pa-
dres.
48 Ciertamente dais testimonio
que consentís en los hechos de
vuestros padres; porque a la
verdad ellos los mataron, mas
vosotros edificáis sus sepulcros.
49 Por tanto la sabiduría de
Dios también dijo: Enviaré a
ellos profetas y apóstoles, y de
ellos a *unos* matarán, y a *otros*
perseguirán.
50 Para que de esta generación
sea demandada la sangre de
todos los profetas, que ha sido
derramada desde la fundación
del mundo:
51 Desde la sangre de Abel,
hasta la sangre de Zacarías, que
pereció entre el altar y el tem-
plo: De cierto os digo, será de-
mandada de esta generación.
52 ¡Ay de vosotros, doctores de
la ley! porque habéis quitado la
llave del conocimiento: voso-
tros mismos no entrasteis, y a
los que entraban impedisteis.
53 Y diciéndoles estas cosas,
los escribas y los Fariseos co-
menzaron a apretar*le* en gran
manera, y a provocarle a que
hablase de muchas cosas,
54 Acechándole, y procurando
de cazar algo de su boca para
acusarle.

CAPÍTULO 12

EN ESTO habiéndose juntado
una innumerable multitud de
gente, de modo que unos a otros
se hollaban, comenzó a decir a
sus discípulos: Primeramente
guardaos de la levadura de los
Fariseos, que es hipocresía.
2 Porque nada hay encubierto,
que no haya de ser revelado; ni
oculto, que no haya de ser sabi-
do.
3 Por tanto, las cosas que dijis-
teis en tinieblas, en la luz serán
oídas; y lo que hablasteis al oído
en los aposentos, será pregonado
desde los tejados.
4 Mas os digo, amigos míos: No
temáis a los que matan el cuerpo,
y después de esto no tienen más
que puedan hacer;
5 Mas *yo* os enseñaré a quién
temáis: Temed a aquel que des-
pués que hubiere matado, tiene
potestad de echar en el infierno:
de cierto os digo: A éste temed.
6 ¿No se venden cinco pajarillos
por dos blancas? y ni uno de ellos
está olvidado delante de Dios.
7 Y aun los cabellos de vuestra
cabeza, todos están contados. No
temáis pues: de más estima sois
vosotros que muchos pajarillos.
8 Pero os digo que todo aquel
que me confesare delante de los
hombres, también el Hijo del
hombre le confesará delante de
los ángeles de Dios.
9 Mas el que me negare delante
de los hombres, será negado de-
lante de los ángeles de Dios.
10 Y todo aquel que dice pala-
bra contra el Hijo del hombre, le
será perdonado; mas al que blas-
femare contra el Espíritu Santo,
no *le* será perdonado.
11 Y cuando os trajeren a las

sinagogas, y a *los* magistrados
y potestades, no os acongojéis
cómo, o qué hayáis de responder,
o qué hayáis de decir.
12 Porque el Espíritu Santo os
enseñará en la misma hora lo
que será menester decir.
13 Y le dijo uno de la compañía:
Maestro, di a mi hermano que
parta conmigo la herencia.
14 Mas él le dijo: Hombre, ¿quién
me puso por juez, o partidor
sobre vosotros?
15 Y les dijo: Mirad, y guardaos
de avaricia; porque la vida del
hombre no consiste en la abun-
dancia de los bienes que posee.
16 Y les dijo una parábola, dicien-
do: La heredad de cierto hombre
rico había llevado muchos frutos;
17 Y él pensaba dentro de sí, di-
ciendo: ¿Qué haré, no tengo
donde pueda recoger mis frutos?
18 Y dijo: Esto haré: derribaré
mis alfolíes, y los edificaré ma-
yores; y allí recogeré todos mis
frutos y mis bienes;
19 Y diré a mi alma: Alma, mu-
chos bienes tienes en depósi-
to para muchos años: repósate,
come, bebe, huélgate.
20 Y díjole Dios: ¡Insensato! Esta
noche vuelven a pedir tu alma; ¿y
lo que has provisto, de quién será?
21 Así *es* el que hace para sí teso-
ro, y no es rico en Dios.
22 Y dijo a sus discípulos: Por
tanto os digo: No os acongojéis
de vuestra vida, qué comeréis; ni
del cuerpo, qué vestiréis.
23 La vida es más que la comida,
y el cuerpo, *más* que el vestido.
24 Considerad los cuervos, que
ni siembran, ni siegan: que ni
tienen almacén, ni alfolí; y Dios
los alimenta. ¿Cuánto de más es-
tima sois vosotros que las aves?
25 ¿Quién de vosotros acongo-
jándose, podrá añadir a su esta-
tura un codo?
26 Pues si no podéis aun lo que
es menos, ¿por qué os acongojáis
de lo demás?
27 Considerad los lirios, como
crecen: no labran, ni hilan; y os
digo, que ni Salomón con toda
su gloria se vistió como uno de
ellos.
28 Y si así viste Dios a la hier-
ba, que hoy está en el campo, y
mañana es echada en el horno,
¿cuánto más a vosotros, Oh vo-
sotros de poca fe?
29 Vosotros, pues, no busquéis
qué hayáis de comer, o qué ha-
yáis de beber, y no seáis de
mente dudosa;
30 Porque todas estas cosas las
gentes del mundo las buscan; y
vuestro Padre sabe que habéis
menester estas cosas.
31 Mas antes buscad el reino de
Dios, y todas estas cosas os serán
añadidas.
32 No temáis, oh rebaño peque-
ño, porque al Padre ha placido
daros el reino.
33 Vended lo que poseéis, y dad
limosna: haceos bolsas que no se
envejecen, tesoro en los cielos
que nunca falte: donde ladrón no
llega, ni polilla corrompe.
34 Porque donde está vuestro te-
soro, allí también estará vuestro
corazón.
35 Estén ceñidos vuestros lomos,
y *vuestras* luces encendidas;
36 Y vosotros, semejantes a
hombres que esperan cuando su
señor ha de volver de las bodas;
para que cuando viniere y tocare,
inmediatamente le abran.
37 Bienaventurados aquellos
siervos, los cuales, cuando el

señor viniere, hallare velando:
de cierto os digo, que *él* se ceñirá,
y hará que se sienten a la mesa, y
vendrá a servirles.
38 Y aunque venga a la segunda
vela, y aunque venga a la tercera
vela, y *los* hallare así, bienaven-
turados son los tales siervos.
39 Esto empero sabed, que si su-
piese el padre de familia a qué
hora había de venir el ladrón,
velaría ciertamente, y no dejaría
minar su casa.
40 Vosotros, pues, también estad
apercibidos; porque a la hora
que no pensáis, el Hijo del hom-
bre vendrá.
41 Entonces Pedro le dijo: Señor,
¿dices esta parábola a nosotros,
o también a todos?
42 Y dijo el Señor: ¿Quién es el
mayordomo fiel y prudente, al
cual el señor pondrá sobre su fa-
milia, para que en tiempo *les* dé
su ración?
43 Bienaventurado aquel siervo,
al cual, cuando el señor viniere,
hallare haciendo así.
44 En verdad os digo, que él le
pondrá sobre todos sus bienes.
45 Mas si el tal siervo dijere en
su corazón: Mi señor se tarda de
venir, y comenzare a herir los
siervos y las criadas, y a comer, y
a beber, y a embriagarse,
46 Vendrá el señor de aquel sier-
vo el día que él no espera, y a la
hora que él no sabe; y le apar-
tará, y pondrá su suerte con los
incrédulos.
47 Porque el siervo que supo
la voluntad de su señor, y no *se*
apercibió, ni hizo conforme a su
voluntad, será azotado mucho.
48 Mas el que no la supo, e hizo
cosas dignas de ser azotado, será
azotado poco, porque a cualquie-
ra que fue dado mucho, mucho
será vuelto a demandar de él; y
al que encomendaron mucho,
más será de él pedido.
49 Yo soy venido a meter fuego
en la tierra, ¿y qué quiero, si ya
está encendido?
50 Empero de un bautismo tengo
de ser bautizado, ¡y cómo me an-
gustio hasta que sea cumplido!
51 ¿Pensáis que yo soy venido a
dar paz en la tierra? Os digo, No;
sino antes división.
52 Porque estarán de aquí ade-
lante cinco en una casa divididos,
tres contra dos, y dos contra tres.
53 El padre estará dividido con-
tra el hijo, y el hijo contra el
padre: la madre contra la hija, y
la hija contra la madre: la suegra
contra su nuera, y la nuera con-
tra su suegra.
54 Y decía también al pueblo:
Cuando veis la nube que sale del
poniente, inmediatamente decís:
Agua viene; y es así.
55 Y cuando sopla el viento del
sur, decís: Habrá calor; y lo hay.
56 ¡Hipócritas! Sabéis discernir
la faz del cielo y de la tierra, ¿y
este tiempo, cómo no lo discernís?
57 ¿Mas por qué aun de voso-
tros mismos no juzgáis lo que es
justo?
58 Pues cuando vas al magistra-
do con tu adversario, procura en
el camino de librarte de él, por-
que no te traiga al juez, y el juez
te entregue al oficial, y el oficial
te meta en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allá
hasta que hayas pagado hasta la
última blanca.

CAPÍTULO 13

Y EN este mismo tiempo esta-
ban allí unos que le contaban

de los Galileos, cuya sangre Pi-
lato había mezclado con sus sa-
crificios.
2 Y respondiendo Jesús, les dijo:
¿Pensáis que estos Galileos, por-
que han padecido tales cosas,
fueron más pecadores que todos
los Galileos?
3 Yo os digo, que no: antes si no
os arrepintiereis, todos perece-
réis igualmente.
4 O aquellos diez y ocho, sobre los
cuales cayó la torre en Siloé, y los
mató, ¿pensáis que ellos fueron
más pecadores que todos los hom-
bres que habitan en Jerusalem?
5 Yo os digo, que no, antes si no
os arrepintiereis, todos perece-
réis igualmente.
6 Y decía esta parábola: Cierto
hombre tenía una higuera plan-
tada en su viña; y vino a buscar
fruto en ella, y no halló.
7 Y dijo al viñero: He aquí, tres
años ha que vengo a buscar fruto
en esta higuera, y no *lo* hallo;
córtala, ¿por qué hará inútil aun
la tierra?
8 Él entonces respondiendo, le
dijo: Señor, déjala aún este año,
hasta que yo haya cavado alrede-
dor de ella y echádole estiércol.
9 Y si hiciere fruto, *bien*; y si no,
la cortarás después.
10 Y estaba enseñando en una de
las sinagogas en el sábado.
11 Y, he aquí, había una mujer
que tenía un espíritu de enfer-
medad diez y ocho años, y anda-
ba agobiada, así que en ninguna
manera podía enderezarse.
12 Y cuando Jesús la vio, *la* llamó,
y le dijo: Mujer, libre eres de tu
enfermedad.
13 Y puso las manos sobre ella, y
al instante se enderezó, y glorifi-
caba a Dios.
14 Y respondiendo el príncipe de
la sinagoga, indignado de que
Jesús hubiese curado en sábado,
dijo al pueblo: Seis días hay en
que es menester obrar: en éstos
pues venid, y sed curados; y no
en día de sábado.
15 Entonces el Señor le respon-
dió, y dijo: Hipócrita, cada uno
de vosotros ¿no desata en sábado
su buey, o *su* asno del pesebre, y
le lleva a beber?
16 Y a esta hija de Abraham, que
he aquí, Satanás la había ligado
diez y ocho años, ¿no convino
desatarla de esta ligadura en día
de sábado?
17 Y diciendo él estas cosas, se
avergonzaban todos sus adversa-
rios: y todo el pueblo se regoci-
jaba de todas las cosas gloriosas
que eran por él hechas.
18 Y decía: ¿A qué es semejante
el reino de Dios, y a qué le com-
pararé?
19 Semejante es al grano de la
mostaza, que un hombre tomó, y
lo echó en su huerto; y creció, y
fue hecho árbol grande, y las aves
del cielo posaron en sus ramas.
20 Y otra vez dijo: ¿A qué com-
pararé el reino de Dios?
21 Semejante es a la levadura,
que tomó una mujer y la escon-
dió en tres medidas de harina
hasta que todo fue leudado.
22 Y pasaba por todas las ciuda-
des y aldeas enseñando, y cami-
nando a Jerusalem.
23 Y le dijo uno: Señor, ¿son
pocos los que sean salvos? Y él
les dijo:
24 Porfiad a entrar por la puerta
angosta; porque *yo* os digo, que
muchos procurarán de entrar, y
no podrán.
25 Después que el padre de fa-

milia se levantare, y cerrare la
puerta, y comenzareis a estar de
pie afuera, y tocar a la puerta, di-
ciendo: Señor, Señor, ábrenos; y
respondiendo él, os dirá: No os
conozco de dónde seáis.
26 Entonces comenzaréis a decir:
Delante de ti hemos comido y be-
bido, y en nuestras plazas ense-
ñaste.
27 Y os dirá: Dígoos, que no os
conozco de dónde seáis: apar-
taos de mí todos los obreros de
iniquidad.
28 Allí será el lloro y el cru-
jir de dientes, cuando viereis a
Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y
a todos los profetas en el reino
de Dios, y vosotros ser echados
fuera.
29 Y vendrán del oriente, y *del*
occidente, y del norte, y *del* sur,
y se sentarán en el reino de Dios.
30 Y, he aquí, hay postreros, que
serán primeros; y hay primeros,
que serán postreros.
31 Aquel mismo día llegaron
ciertos Fariseos, diciéndole: Sal,
y vete de aquí; porque Herodes
te quiere matar.
32 Y les dijo: Id, y decid a aque-
lla zorra: He aquí, echo fuera de-
monios y acabo sanidades hoy y
mañana, y al tercer *día* soy con-
sumado.
33 Empero es menester que hoy,
y mañana, y pasado mañana ca-
mine; porque no es posible que
un profeta perezca fuera de Je-
rusalem.
34 ¡Oh Jerusalem, Jerusalem,
que matas los profetas, y ape-
dreas los que son enviados a ti,
cuántas veces quise juntar tus
hijos, como la gallina a sus po-
lluelos debajo de *sus* alas, y no
quisiste!
35 He aquí, os es dejada vues-
tra casa desierta; y de cierto os
digo que no me veréis, hasta que
venga *tiempo* cuando digáis: Ben-
dito el que viene en nombre del
Señor.

CAPÍTULO 14

Y ACONTECIÓ que entrado en
casa de un príncipe de los
Fariseos un sábado a comer pan,
ellos le acechaban.
2 Y, he aquí, cierto hombre hi-
drópico estaba delante de él.
3 Y respondiendo Jesús, habló a
los doctores de la ley, y a los Fa-
riseos, diciendo: ¿Es lícito sanar
en sábado?
4 Y ellos callaron. Entonces él to-
mándo*le*, le sanó, y le envió.
5 Y él les respondió diciendo: ¿A
quién de vosotros si le cayere el
asno, o el buey en un pozo, no le
sacará inmediatamente en día de
sábado?
6 Y no le podían replicar a estas
cosas.
7 Y propuso una parábola a
los convidados, cuando obser-
vó como escogían los primeros
asientos a la mesa, diciéndoles:
8 Cuando fueres convidado de
alguno a bodas, no te asientes en
el primer lugar; porque podrá ser
que otro más honrado que tú sea
convidado de él;
9 Y viniendo el que te convidó a
ti y a él, te diga: Da lugar a éste;
y entonces comiences con ver-
güenza a tener el postrer lugar.
10 Mas cuando fueres convida-
do, ve, y asiéntate en el postrer
lugar; porque cuando viniere el
que te convidó, te diga: Amigo,
sube más arriba: entonces ten-
drás gloria delante de los que
juntamente se asientan a la mesa.

11 Porque cualquiera que se en-
salza, será humillado, y el que se
humilla, será ensalzado.
12 Y decía también al que le
había convidado: Cuando haces
comida o cena, no llames a tus
amigos, ni a tus hermanos, ni
a tus parientes, ni a *tus* vecinos
ricos; porque también ellos no
te vuelvan a convidar, y te sea
hecha recompensa.
13 Mas cuando haces un banque-
te, llama a los pobres, los man-
cos, los cojos, los ciegos;
14 Y serás bienaventurado; por-
que ellos no te pueden recom-
pensar; mas te será recompen-
sado en la resurrección de los
justos.
15 Y oyendo esto uno de los que
juntamente estaban sentados a la
mesa, le dijo: Bienaventurado el
que comerá pan en el reino de
Dios.
16 Él entonces le dijo: Cierto
hombre hizo una grande cena, y
convidó a muchos.
17 Y a la hora de la cena envió
a su siervo a decir a los convi-
dados: Venid, que ya todo está
aparejado.
18 Y comenzaron todos a una a
excusarse. El primero le dijo: He
comprado una hacienda, y he me-
nester de salir y verla; te ruego
que me tengas por excusado.
19 Y el otro dijo: He comprado
cinco yuntas de bueyes, y voy a
probarlos: ruégote que me ten-
gas por excusado.
20 Y el otro dijo: Me he casado; y
por tanto no puedo venir.
21 Y vuelto el siervo, hizo saber
estas cosas a su señor. Entonces
el padre de familia, enojado dijo
a su siervo: Ve presto por las pla-
zas, y por las calles de la ciudad,
y trae acá los pobres, y mancos, y
cojos, y ciegos.
22 Y dijo el siervo: Señor, hecho es
como mandaste, y aún hay lugar.
23 Y dijo el señor al siervo: Ve
por los caminos, y por los va-
llados, y fuérza*los* a entrar, para
que se llene mi casa.
24 Porque yo os digo, que ningu-
no de aquellos varones que fue-
ron llamados, gustará mi cena.
25 Y grandes multitudes iban
con él; y volviéndose les dijo:
26 Si alguno viene a mí, y no
aborrece a su padre, y madre, y
esposa, e hijos, y hermanos, y
hermanas, y aun también su pro-
pia vida, no puede ser mi discí-
pulo.
27 Y cualquiera que no lleva su
cruz, y viene en pos de mí, no
puede ser mi discípulo.
28 Porque ¿cuál de vosotros,
queriendo edificar una torre, no
cuenta primero sentado y haga
cuenta de los gastos, si tiene *lo
que ha menester* para acabar*la*?
29 Porque después que haya
puesto el fundamento, y no
pueda acabar*la*, todos los que
lo vieren, no comiencen a hacer
burla de él,
30 Diciendo: Este hombre co-
menzó a edificar, y no pudo aca-
bar.
31 ¿O cuál rey, habiendo de ir
a hacer guerra contra otro rey,
sentándose primero no consulta
si puede salir al encuentro con
diez mil al que viene contra él
con veinte mil?
32 De otra manera, cuando el
otro está aún lejos, le envía una
embajada, y le pide condiciones
de paz.
33 Así pues, cualquiera de voso-
tros que no renuncia a todas las

cosas que posee, no puede ser mi
discípulo.
34 Buena *es* la sal; mas si la sal
perdiere su sabor, ¿con qué será
salada?
35 Ni para la tierra, ni para el
muladar es buena: fuera la echan.
El que tiene oídos para oír, oiga.

CAPÍTULO 15

Y SE llegaban a él todos los pu-
blicanos, y pecadores a oirle.
2 Y murmuraban los Fariseos y
los escribas, diciendo: Éste a los
pecadores recibe, y con ellos
come.
3 Y él les habló esta parábola, di-
ciendo:
4 ¿Qué hombre de vosotros, te-
niendo cien ovejas, si perdiere
una de ellas, no deja las noventa
y nueve en el desierto, y va a *bus-
car* la que se perdió, hasta que la
halle?
5 Y cuando *la* ha hallado *la* pone
sobre sus hombros gozoso;
6 Y cuando viene a casa, junta
a *sus* amigos, y a *sus* vecinos, di-
ciéndoles: Gozaos conmigo, por-
que he hallado mi oveja que se
había perdido.
7 Os digo, que así habrá más gozo
en el cielo sobre un pecador que
se arrepiente, que sobre noventa
y nueve justos, que no tienen ne-
cesidad de arrepentimiento.
8 ¿O qué mujer que tiene diez
dracmas, si perdiere la una drac-
ma, no enciende la candela, y
barre la casa, y busca con dili-
gencia hasta hallar*la*?
9 Y cuando *la* hubiere hallado,
junta *sus* amigas y *sus* vecinas, di-
ciendo: Gozaos conmigo; porque
he hallado la dracma que había
perdido.
10 Así os digo, que hay gozo de-
lante de los ángeles de Dios por
un pecador que se arrepiente.
11 Y dijo: Cierto hombre tenía
dos hijos;
12 Y el más mozo de ellos dijo a
su padre: Padre, dame la parte de
la hacienda que *me* pertenece. Y
él les repartió *sus* bienes.
13 Y después de no muchos días,
juntándolo todo el hijo menor, se
partió lejos, a un país apartado;
y allí desperdició su hacienda vi-
viendo disolutamente.
14 Y después que lo hubo todo
malgastado, vino una grande
hambre en aquella tierra, y co-
menzóle a faltar.
15 Y fue, y se llegó a uno de los
ciudadanos de aquella tierra, el
cual le envió a sus campos, para
que apacentase los puercos.
16 Y deseaba henchir su vientre
de las algarrobas que comían los
puercos; mas nadie le daba.
17 Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuán-
tos jornaleros en casa de mi
padre tienen abundancia de pan,
y yo aquí perezco de hambre!
18 Me levantaré, e iré a mi padre,
y le diré: Padre, pecado he contra
el cielo, y contra ti:
19 Ya no soy digno de ser llama-
do tu hijo: hazme como a uno de
tus jornaleros.
20 Y se levantó y vino a su padre.
Y cuando aún estaba lejos, le vio
su padre, y fue movido con com-
pasión, y corrió, echóse sobre su
cuello, y le besó.
21 Y el hijo le dijo: Padre, peca-
do he contra el cielo, y contra ti,
ya no soy digno de ser llamado
tu hijo.
22 Mas el padre dijo a sus sier-
vos: Sacad el principal vestido,
y vestidle; y poned anillo en su
mano, y zapatos en *sus* pies;

23 Y traed el becerro gordo, y
mata*dle*; y comamos, y alegré-
monos;
24 Porque éste mi hijo muerto
era, y ha revivido: se había per-
dido, y es hallado. Y comenzaron
a alegrarse.
25 Y su hijo mayor estaba en el
campo, el cual cuando vino, y
llegó cerca de la casa, oyó la mú-
sica y las danzas;
26 Y llamando a uno de los sier-
vos, le preguntó qué eran esas
cosas.
27 Y él le dijo: Tu hermano es
venido; y tu padre ha muerto el
becerro gordo, porque lo ha re-
cobrado sano y salvo.
28 Entonces él se enojó, y no
quería entrar. Salió por tanto su
padre, y le rogaba.
29 Mas él respondiendo, dijo al
padre: He aquí, tantos años *ha*
que te sirvo, y nunca transgredí
tu mandamiento, y nunca me has
dado un cabrito para alegrarme
con mis amigos;
30 Mas cuando vino éste tu hijo,
que ha devorado tu hacienda
con rameras, le has matado el
becerro gordo.
31 Él entonces le dijo: Hijo, tú
siempre estás conmigo, y todas
mis cosas son tuyas;
32 Mas era necesario tener ale-
gría y gozarnos; porque éste tu
hermano muerto era, y revivió:
se había perdido, y es hallado.

CAPÍTULO 16

Y DECÍA también a sus discípu-
los: Había cierto hombre rico,
el cual tenía un mayordomo; y
éste fue acusado delante de él,
de que había disipado sus bienes.
2 Y le llamó, y le dijo: ¿Qué *es*
esto *que* oigo de ti? da cuenta de
tu mayordomía; porque ya no
podrás más ser mayordomo.
3 Entonces el mayordomo dijo
dentro de sí: ¿Qué haré? que
mi señor me quita la mayordo-
mía. Cavar, no puedo: mendigar,
tengo vergüenza.
4 Yo sé lo que haré, para que
cuando fuere quitado de la ma-
yordomía, me reciban en sus
casas.
5 Y llamando a cada uno de los
deudores de su señor, dijo al pri-
mero: ¿Cuánto debes a mi señor?
6 Y él dijo: Cien barriles de acei-
te. Y le dijo: Toma tu obligación,
y siéntate presto, y escribe cin-
cuenta.
7 Después dijo a otro: ¿Y tú,
cuánto debes? Y él dijo: Cien
coros de trigo. Y él le dijo: Toma
tu obligación, y escribe ochenta.
8 Y alabó el señor al mayordomo
injusto, por haber hecho pruden-
temente; porque los hijos de este
mundo más prudentes son en su
generación que los hijos de luz.
9 Y yo os digo: Haceos amigos de
las riquezas de injusticia, para
que cuando faltareis, os reciban
en las moradas eternas.
10 El que es fiel en lo muy poco,
también en lo más es fiel; y el
que en lo muy poco es injusto,
también en lo más es injusto.
11 Pues si en la riqueza injusta
no fuisteis fieles, ¿lo que es ver-
dadero, quién os lo confiará?
12 Y si en lo ajeno no fuisteis fie-
les, ¿lo que es vuestro, quién os
lo dará?
13 Ningún siervo puede servir a
dos señores; porque, o aborrece-
rá al uno, y amará al otro, o se
allegará al uno, y menospreciará
al otro. No podéis servir a Dios, y
a las riquezas.

14 Y oían también los Fariseos
todas estas cosas, los cuales eran
avaros; y se burlaban de él.
15 Y él les dijo: Vosotros sois los
que os justificáis a vosotros mis-
mos delante de los hombres; mas
Dios conoce vuestros corazones;
porque lo que los hombres tienen
en alto precio, delante de Dios es
abominación.
16 La ley y los profetas *fueron*
hasta Juan: desde entonces el
reino de Dios es predicado, y todos
hacen fuerza para *entrar* en él.
17 Empero más fácil cosa es pasar
el cielo y la tierra, que caer una
tilde de la ley.
18 Cualquiera que repudia a su
esposa, y se casa con otra, come-
te adulterio; y el que se casa con
la repudiada del marido, comete
adulterio.
19 Y había cierto hombre rico,
que se vestía de púrpura y de
lino finísimo, y en suntuosidad
vivía alegremente cada día.
20 Había también cierto mendi-
go llamado Lázaro, el cual estaba
echado a la puerta de él, lleno de
llagas,
21 Y deseando hartarse de las
migajas que caían de la mesa del
rico; y aun los perros venían, y le
lamían las llagas.
22 Y aconteció, que murió el
mendigo, y fue llevado por los
ángeles al seno de Abraham; y
murió también el rico, y fue se-
pultado.
23 Y en el infierno, alzó sus ojos,
estando en tormentos, y ve a
Abraham lejos, y a Lázaro en su
seno.
24 Entonces él, dando voces, dijo:
Padre Abraham, ten misericordia
de mí, y envía a Lázaro que moje
la punta de su dedo en agua, y
refresque mi lengua; porque soy
atormentado en esta llama.
25 Mas dijo Abraham: Hijo,
acuérdate que recibiste tus bie-
nes en tu vida, y Lázaro también
males; mas ahora él es consola-
do, y tú eres atormentado.
26 Y además de todo esto, una
grande sima está establecida
entre nosotros y vosotros, así
que los que quisieren pasar de
aquí a vosotros, no pueden, ni de
allá pasar acá.
27 Entonces dijo: Ruégote pues,
padre, que le envíes a la casa de
mi padre;
28 Porque tengo cinco hermanos;
para que les testifique; porque
no vengan ellos también a este
lugar de tormento.
29 Y Abraham le dice: A Moisés,
y a los profetas tienen, óiganlos;
30 Pero él dijo: No, padre Abra-
ham; mas si alguno fuere a ellos
de los muertos se arrepentirán.
31 Mas él le dijo: Si no oyen a
Moisés, y a los profetas, tampoco
se persuadirán, aunque alguno se
resucitare de entre los muertos.

CAPÍTULO 17

Y DIJO a los discípulos: Impo-
sible es que no vengan escán-
dalos; mas ¡ay *de aquél* por quien
vienen!
2 Mejor le sería, si una piedra de
molino de asno le fuere puesta al
cuello, y fuese echado en el mar,
que escandalizar a uno de estos
pequeñitos.
3 Mirad por vosotros. Si pecare
contra ti tu hermano, reprénde-
le; y si se arrepintiere, perdónale.
4 Y si siete veces al día pecare
contra ti, y siete veces al día se
volviere a ti, diciendo: me arre-
piento: perdónale.

5 Y dijeron los apóstoles al Señor:
Auméntanos la fe.
6 Y el Señor dijo: Si tuvieses fe
como un grano de mostaza, di-
ríais a este sicómoro: Desarrái-
gate, y plántate en el mar, y os
obedecería.
7 ¿Mas cuál de vosotros tiene un
siervo que ara, o apacienta gana-
do, que vuelto del campo le diga
en seguida: Pasa, siéntate a la
mesa?
8 ¿No le dice antes: Adereza
que cene yo, y cíñete, y sírveme
hasta que haya comido y bebi-
do; y después de esto, come tú
y bebe?
9 ¿Da gracias al siervo porque
hizo lo que le había sido manda-
do? Pienso que no.
10 Así también vosotros, cuando
hubiereis hecho todo lo que os es
mandado, decid: Siervos inútiles
somos; porque lo que debíamos
de hacer, hicimos.
11 Y aconteció que yendo él a
Jerusalem, pasaba por medio de
Samaria, y de Galilea.
12 Y entrando en cierta aldea, vi-
niéronle al encuentro diez hom-
bres leprosos, los cuales se para-
ron de lejos;
13 Y alzaron la voz, diciendo:
Jesús, Maestro, ten misericordia
de nosotros.
14 Y cuando él *los* vio, les dijo:
Id, mostraos a los sacerdotes. Y
aconteció, que yendo ellos, fue-
ron limpios.
15 Y uno de ellos, cuando se vio
que era limpio, volvió, glorifi-
cando a Dios a gran voz,
16 Y se derribó sobre *su* rostro a
sus pies, dandole gracias; y éste
era Samaritano.
17 Y respondiendo Jesús, dijo:
¿No son diez los que fueron lim-
pios? ¿Y los nueve, dónde *están*?
18 ¿No fue hallado quien volvie-
se, y diese gloria a Dios, sino este
extranjero?
19 Y le dijo: Levántate, vete: tu fe
te ha salvado.
20 Y preguntado de los Fariseos,
cuándo había de venir el reino
de Dios, les respondió, y dijo: El
reino de Dios no vendrá con ob-
servación;
21 Ni dirán: Helo aquí, o helo
allí; porque, he aquí, el reino de
Dios dentro de vosotros está.
22 Y dijo a los discípulos: Ven-
drán días, cuando desearéis ver
uno de los días del Hijo del hom-
bre, y no *lo* veréis.
23 Y os dirán: Helo aquí, o helo
allí. No vayáis tras *ellos*, ni *los* sigáis.
24 Porque como el relámpago,
relampagueando desde una *parte*
debajo del cielo, resplandece
hasta la otra debajo del cielo, así
también será el Hijo del hombre
en su día.
25 Mas primero es menester que
padezca muchas cosas, y sea re-
probado de esta generación.
26 Y como fue en los días de Noé,
así también será en los días del
Hijo del hombre:
27 Comían, bebían, se casaban,
se daban en casamiento, hasta
el día que entró Noé en el arca;
y vino el diluvio, y destruyó a
todos.
28 Asimismo también como fue
en los días de Lot: comían, be-
bían, compraban, vendían, plan-
taban, edificaban;
29 Mas el día que Lot salió de
Sodoma, llovió del cielo fuego y
azufre, y destruyó a todos:
30 Como esto será el día en que
el Hijo del hombre será revelado.
31 En aquel día, el que estuvie-

re en el tejado, y sus alhajas en
casa, no descienda a tomarlas; y
el que en el campo, asimismo no
vuelva atrás.
32 Acordaos de la esposa de Lot.
33 Cualquiera que procurare sal-
var su vida, la perderá; y cual-
quiera que la perdiere, la salvará.
34 Os digo *que* en aquella noche
estarán dos en una cama: el uno
será tomado, y el otro será dejado.
35 Dos estarán moliendo juntas:
la una será tomada, y la otra será
dejada.
36 Dos estarán en el campo: el
uno será tomado, y el otro será
dejado.
37 Y respondiéndole, le dicen:
¿Dónde, Señor? Y él les dijo:
Donde *estuviere* el cuerpo, allá se
juntarán también las águilas.

CAPÍTULO 18

Y LES decía también una pa-
rábola, que es menester orar
siempre, y no desalentarse,
2 Diciendo: Había cierto juez en
una ciudad, el cual ni temía a
Dios, ni respetaba a hombre.
3 Había también en aquella ciu-
dad una viuda, y ella venía a él,
diciendo: Véngame de mi adver-
sario.
4 Mas él no quiso por *algún* tiem-
po: empero después de esto, dijo
dentro de sí: Aunque no temo a
Dios, ni tengo respeto a hombre;
5 Todavía, porque esta viuda me
es molesta, le vengaré; porque
no venga siempre y al fin me
muela.
6 Y dijo el Señor: Oíd lo que dice
el juez injusto.
7 ¿Y no hará Dios venganza por
sus escogidos, que claman a él
día y noche, aunque sea longáni-
mo acerca de ellos?
8 Yo os digo que hará presto la
venganza para ellos. Empero el
Hijo del hombre, cuando viniere,
¿hallará la fe en la tierra?
9 Y dijo también esta parábola a
ciertos que confiaban en sí mis-
mos que eran justos, y menos-
preciaban a los otros:
10 Dos hombres subieron al tem-
plo a orar, el uno Fariseo, y el
otro publicano.
11 El Fariseo puesto en pie, oraba
consigo mismo de esta manera:
Dios, te doy gracias, que no soy
como los otros hombres, ladro-
nes, injustos, adúlteros; ni aun
como este publicano;
12 Ayuno dos veces a la semana:
doy diezmos de todo lo que poseo.
13 Mas el publicano estando de
pie lejos, no quería ni aun alzar
los ojos al cielo; mas hería su
pecho, diciendo: Dios, ten mise-
ricordia de mí, pecador.
14 Os digo que éste descendió a
su casa justificado *en vez* del otro;
porque cualquiera que se ensalza,
será humillado; y el que se humi-
lla, será ensalzado.
15 Y traían también a él niños
para que les tocase, lo cual vién-
dolo *sus* discípulos, les reprendían.
16 Mas Jesús llamándolos, dijo:
Dejad los niños venir a mí, y no
los impidáis; porque de tales es
el reino de Dios.
17 De cierto os digo, que cual-
quiera que no recibiere el reino
de Dios como un niño, no entrará
en él.
18 Y le preguntó cierto príncipe,
diciendo: ¿Maestro bueno, qué
haré para heredar la vida eterna?
19 Y Jesús le dijo: ¿Por qué me
llamas bueno? ninguno *hay*
bueno, sino sólo Dios.
20 Los mandamientos sabes: No

cometerás adulterio, no matarás,
no hurtarás, no darás falso testi-
monio, honra a tu padre y a tu
madre.
21 Y él dijo: Todas estas cosas he
guardado desde mi juventud.
22 Y Jesús oído esto, le dijo: Aún
una cosa te falta: todo lo que tie-
nes, véndelo, y da a los pobres, y
tendrás tesoros en el cielo; y ven,
sígueme.
23 Entonces él, oídas estas cosas,
se entristeció sobre manera, por-
que era muy rico.
24 Y viendo Jesús que se había
entristecido mucho, dijo: ¡Cuán
dificultosamente entrarán en el
reino de Dios los que tienen ri-
quezas!
25 Porque más fácil cosa es en-
trar un camello por un ojo de
una aguja, que un rico entrar en
el reino de Dios.
26 Y los que *lo* oían, dijeron: ¿Y
quién puede ser salvo?
27 Y él les dijo: Las cosas que son
imposibles para los hombres, son
posibles para Dios.
28 Entonces Pedro dijo: He aquí,
nosotros hemos dejado todo, y te
hemos seguido.
29 Y él les dijo: De cierto os digo,
que nadie hay que haya dejado
casa, o padres, o hermanos, o es-
posa, o hijos, por el reino de Dios,
30 Que no haya de recibir mucho
más en este tiempo, y en el
mundo venidero la vida eterna.
31 Y tomando a los doce, les dijo:
He aquí, subimos a Jerusalem, y
serán cumplidas todas las cosas
que fueron escritas por los profe-
tas del Hijo del hombre.
32 Porque será entregado a los
Gentiles, y será escarnecido, e
injuriado, y escupido;
33 Y después que *le* hubieren
azotado, le matarán; mas al ter-
cer día resucitará.
34 Mas ellos nada de estas cosas
entendían, y esta palabra les era
encubierta; y no entendían lo
que se decía.
35 Y aconteció, que acercándo-
se él a Jericó, cierto ciego estaba
sentado junto al camino mendi-
gando,
36 El cual como oyó la multitud
que pasaba, preguntaba qué era
aquello.
37 Y le dijeron que Jesús de Na-
zaret pasaba.
38 Entonces dio voces, diciendo:
Jesús, Hijo de David, ten miseri-
cordia de mí.
39 Y los que iban delante, le re-
prendían para que callase; empe-
ro él clamaba mucho más: Hijo
de David, ten misericordia de mí.
40 Jesús entonces parándose,
mandó traerle a sí. Y cuando él
llegó, le preguntó,
41 Diciendo: ¿Qué quieres que te
haga? Y él dijo: Señor, que reci-
ba la vista.
42 Y Jesús le dijo: Recibe la vista:
tu fe te ha salvado.
43 Y al instante recibió la vista,
y le seguía, glorificando a Dios;
y todo el pueblo, cuando lo vio,
dio alabanza a Dios.

CAPÍTULO 19

Y *JESÚS*, habiendo entrado, iba
pasando por Jericó.
2 Y he aquí un varón llamado Za-
queo, el cual era príncipe de los
publicanos, y era rico;
3 Y procuraba ver a Jesús quién
fuese; mas no podía a causa de
la multitud, porque era pequeño
de estatura.
4 Y corriendo delante, se subió
en un árbol sicómoro, para verle;

porque había de pasar por allí.
5 Y cuando vino a aquel lugar
Jesús, mirando hacia arriba, le
vio, y le dijo: Zaqueo, date priesa,
desciende; porque hoy es menes-
ter que pose en tu casa.
6 Entonces él descendió a priesa,
y le recibió gozoso.
7 Y viendo *esto* todos, murmura-
ban, diciendo que había entrado
a posar con un hombre pecador.
8 Entonces Zaqueo, puesto en
pie, dijo al Señor: He aquí, Señor,
la mitad de mis bienes doy a los
pobres; y si en algo he defrauda-
do a alguno, *se lo* vuelvo con los
cuatro tantos.
9 Y Jesús le dijo: Hoy ha veni-
do la salvación a esta casa; por
cuanto también él es hijo de
Abraham.
10 Porque el Hijo del hombre es
venido a buscar, y a salvar lo que
se había perdido.
11 Y oyendo ellos estas cosas,
prosiguiendo él, dijo una pará-
bola, por cuanto estaba cerca de
Jerusalem; y porque ellos pensa-
ban que inmediatamente había de
ser manifestado el reino de Dios.
12 Dijo pues: Cierto hombre
noble se partió a una tierra lejos,
a tomar para sí un reino, y volver.
13 Y llamados diez siervos suyos,
les dio diez minas, y les dijo: Ne-
gociad entre tanto que vengo.
14 Empero sus ciudadanos le
aborrecían; y enviaron tras de
él una embajada, diciendo: No
queremos que éste reine sobre
nosotros.
15 Y aconteció, que vuelto él, ha-
biendo tomado el reino, mandó
llamar a sí a aquellos siervos a
los cuales había dado el dinero,
para saber lo que había ganado
cada uno negociando.
16 Y vino el primero, diciendo:
Señor, tu mina ha ganado diez
minas.
17 Y él le dijo: Está bien, buen
siervo: pues que en lo poco has
sido fiel, ten autoridad sobre
diez ciudades.
18 Y vino el segundo, diciendo:
Señor, tu mina ha hecho cinco
minas.
19 Y asimismo a éste dijo: Tu
también sé sobre cinco ciudades.
20 Y vino otro, diciendo: Señor,
he aquí tu mina, la cual he teni-
do guardada en un pañizuelo:
21 Porque tuve miedo de ti, pues
que eres hombre severo: tomas
lo que no pusiste, y siegas lo que
no sembraste.
22 Entonces él le dijo: Mal sier-
vo, por tu boca te juzgo: sabías
que yo era hombre severo, que
tomo lo que no puse, y que siego
lo que no sembré;
23 ¿Por qué pues no diste mi di-
nero al banco; y yo viniendo lo
demandara con usura?
24 Y dijo a los que estaban de pie
allí: Quitadle la mina, y dad*la* al
que tiene las diez minas.
25 (Y ellos le dijeron: Señor,
tiene diez minas.)
26 Porque yo os digo que a cual-
quiera que tuviere, le será dado;
mas al que no tuviere, aun lo que
tiene le será quitado.
27 Mas a aquellos mis enemigos,
que no querían que yo reinase
sobre ellos, traed*los* acá, y ma-
tad*los* delante de mí.
28 Y dicho esto, iba delante su-
biendo a Jerusalem.
29 Y aconteció, cuando llegó
cerca de Betfagé, y de Betania, al
monte que se llama de las Olivas,
envió dos de sus discípulos,
30 Diciendo: Id a la aldea *que está*

delante, en la cual como entra-
reis, hallaréis un pollino atado,
en el cual ningún hombre jamás
se ha sentado: desatadle, y traed-
le acá.
31 Y si alguien os preguntare:
¿Por qué *le* desatáis? le diréis así:
Porque el Señor le ha menester.
32 Y fueron los que habían sido en-
viados, y hallaron como él les dijo.
33 Y desatando ellos el pollino,
sus dueños les dijeron: ¿Por qué
desatáis el pollino?
34 Y ellos dijeron: Porque el
Señor le ha menester.
35 Y le trajeron a Jesús; y echan-
do *ellos* sus ropas sobre el pollino,
pusieron encima a Jesús.
36 Y yendo él, tendían sus vesti-
dos por el camino.
37 Y cuando llegaban ya cerca de
la bajada del monte de las Olivas,
toda la multitud de los discípu-
los, regocijándose, comenzaron
a alabar a Dios a gran voz por
todos los milagros que habían
visto,
38 Diciendo: Bendito el rey que
viene en nombre del Señor: paz
en *el* cielo, y gloria en las alturas.
39 Entonces algunos de los Fari-
seos de entre la multitud le di-
jeron: Maestro, reprende a tus
discípulos.
40 Y él respondiendo, les dijo:
Os digo que si éstos callaren, las
piedras clamarán.
41 Y cuando llegó cerca, viendo
la ciudad, lloró sobre ella,
42 Diciendo: ¡Oh, si tú conocie-
ses, aun tú, a lo menos en este tu
día, las cosas que *pertenecen* a tu
paz! mas ahora están encubier-
tas de tus ojos.
43 Porque vendrán días sobre ti,
que tus enemigos te cercarán con
trinchera; y te pondrán cerco, y
de todas partes te pondrán en es-
trecho;
44 Y te derribarán a tierra; y a
tus hijos dentro de ti; y no deja-
rán en ti piedra sobre piedra; por
cuanto no conociste el tiempo de
tu visitación.
45 Y entrando en el templo, co-
menzó a echar fuera a todos los
que vendían y compraban en él,
46 Diciéndoles: Escrito está: Mi
casa, casa de oración es; mas vo-
sotros la habéis hecho cueva de
ladrones.
47 Y enseñaba cada día en el
templo; mas los príncipes de los
sacerdotes, y los escribas, y los
príncipes del pueblo procuraban
destruirle.
48 Y no hallaban qué hacer*le*,
porque todo el pueblo estaba
pendiente oyéndole.

CAPÍTULO 20

Y ACONTECIÓ un día, que en-
señando él al pueblo en el
templo, y predicando el evange-
lio, sobrevinieron los príncipes
de los sacerdotes, y los escribas,
con los ancianos,
2 Y le hablaron, diciendo: Dinos
¿con qué autoridad haces estas
cosas? ¿o quién es el que te ha
dado esta autoridad?
3 Y respondiendo, él les dijo:
Preguntaros he yo también una
cosa; respondedme:
4 El bautismo de Juan, ¿era del
cielo, o de los hombres?
5 Mas ellos razonaban dentro de
sí, diciendo: Si dijéremos: Del
cielo; dirá: ¿Por qué, pues, no le
creísteis?
6 Y si dijéremos: De los hombres,
todo el pueblo nos apedreará;
porque están ciertos que Juan
era un profeta.

7 Y respondieron que no sabían
de dónde *era*.
8 Entonces Jesús les dijo: Ni yo
os digo tampoco con qué autori-
dad hago yo estas cosas.
9 Y comenzó a decir al pueblo
esta parábola: Cierto hombre
plantó una viña, y la arrendó
a labradores, y se ausentó por
mucho tiempo.
10 Y al tiempo oportuno, envió
un siervo a los labradores, para
que le diesen del fruto de la viña;
pero los labradores le golpearon
y *le* enviaron vacío.
11 Y volvió a enviar otro siervo;
y ellos a éste también le golpea-
ron, y *le* afrentaron, y *le* enviaron
vacío.
12 Y volvió a enviar al tercer
siervo; y también a éste hirieron
y echaron fuera.
13 Entonces el señor de la viña
dijo: ¿Qué haré? enviaré mi hijo
amado: quizá cuando a éste vie-
ren, *le* tendrán respeto.
14 Mas los labradores, viéndole,
razonaron entre sí, diciendo: Éste
es el heredero: venid, matémosle,
para que la herencia sea nuestra.
15 Y echándole fuera de la viña,
le mataron: ¿Qué pues les hará el
señor de la viña?
16 Vendrá, y destruirá a estos la-
bradores; y dará su viña a otros.
Y cuando ellos *lo* oyeron, dijeron:
¡No lo permita Dios!
17 Mas él mirándolos, dijo: ¿Qué
pues es esto que está escrito: La
piedra que desecharon los edifi-
cadores, ésta es puesta por cabe-
za del ángulo?
18 Cualquiera que cayere sobre
aquella piedra será quebrantado;
mas sobre el que ella cayere, pul-
verizarle ha.
19 Y procuraban los príncipes
de los sacerdotes y los escribas
echarle mano en aquella hora,
mas tuvieron miedo del pueblo;
porque entendieron que contra
ellos había dicho esta parábola.
20 Y acechándo*le* enviaron es-
pías que se fingiesen justos, para
tomarle en sus palabras, para
que así le entregasen al poder y
a la autoridad del gobernador:
21 Y ellos le preguntaron, dicien-
do: Maestro, sabemos que dices
y enseñas rectamente; y que no
tienes respeto a la persona *de
nadie*, antes enseñas el camino
de Dios con verdad.
22 ¿Nos es lícito dar tributo a
César, o no?
23 Mas él, entendiendo la astu-
cia de ellos, les dijo: ¿Por qué me
tentáis?
24 Mostradme un denario. ¿De
quién tiene la imagen, y la ins-
cripción? Y respondiendo dije-
ron: De César.
25 Entonces les dijo: Pues dad a
César las cosas que son de César;
y las cosas que son de Dios, a Dios.
26 Y no pudieron reprender sus
palabras delante del pueblo:
antes maravillados de su res-
puesta, callaron.
27 Y llegándose ciertos de los Sa-
duceos, los cuales niegan haber
resurrección, le preguntaron,
28 Diciendo: Maestro, Moisés
nos escribió: Si el hermano de
alguno muriere teniendo esposa,
y muriere sin hijos, que su her-
mano tome su esposa, y levante
simiente a su hermano.
29 Fueron pues siete hermanos; y
el primero tomó esposa, y murió
sin hijos.
30 Y el segundo la tomó como es-
posa, el cual también murió sin
hijos.

31 Y la tomó el tercero: asimis-
mo también todos siete; y no de-
jaron simiente y murieron.
32 Y a la postre de todos murió
también la mujer.
33 En la resurrección, pues, ¿es-
posa de cuál de ellos será? porque
los siete la tuvieron por esposa.
34 Entonces respondiendo Jesús,
les dijo: Los hijos de este mundo
se casan, y se dan en casamiento;
35 Mas los que fueron tenidos
por dignos de obtener aquel
mundo, y de la resurrección de
los muertos, ni se casan, ni se
dan en casamiento.
36 Porque no pueden ya más
morir; porque son iguales a los
ángeles, y son hijos de Dios, sien-
do hijos de la resurrección.
37 Y que los muertos hayan de
resucitar, Moisés aun lo enseñó
junto a la zarza, cuando llama al
Señor: Dios de Abraham, y Dios
de Isaac, y Dios de Jacob.
38 Pues no es Dios de los muer-
tos, sino de los vivos: porque
todos viven para él.
39 Y respondiéndole ciertos de
los escribas, dijeron: Maestro,
bien has dicho.
40 Y no osaron más preguntarle
algo.
41 Y él les dijo: ¿Cómo dicen que
el Cristo es Hijo de David?
42 Y David mismo dice en el libro
de los Salmos: Dijo el Señor a mi
Señor: Asiéntate a mi diestra,
43 Hasta que ponga tus enemi-
gos por estrado de tus pies.
44 Así que David le llama Señor,
¿cómo pues es su hijo?
45 Y oyéndolo todo el pueblo,
dijo a sus discípulos:
46 Guardaos de los escribas, que
quieren andar con ropas largas, y
aman las salutaciones en las pla-
zas, y las primeras sillas en las si-
nagogas, y los primeros asientos
en las cenas:
47 Que devoran las casas de las
viudas, fingiendo larga oración:
éstos recibirán mayor condena-
ción.

CAPÍTULO 21

Y ALZANDO los ojos, vio a los
ricos que echaban sus ofren-
das en el arca del tesoro.
2 Y vio también a cierta viuda
pobre, que echaba allí dos blancas.
3 Y dijo: De verdad os digo, que
esta viuda pobre echó más que
todos.
4 Porque todos éstos, de lo que
les sobra echaron para las ofren-
das de Dios; mas ésta de su po-
breza echó todo el sustento que
tenía.
5 Y a unos que decían del templo,
que estaba adornado de hermo-
sas piedras y dones, dijo:
6 *De* estas cosas que veis, días
vendrán, en que no quedará piedra
sobre piedra que no sea derribada.
7 Y le preguntaron, diciendo:
Maestro, ¿cuándo será esto? ¿Y
que señal *habrá* cuándo estas
cosas hayan de comenzar a ser
hechas?
8 Él entonces dijo: Mirad, no
seáis engañados; porque vendrán
muchos en mi nombre, diciendo:
Yo soy el *Cristo*; y el tiempo está
cerca: por tanto no vayáis en pos
de ellos.
9 Empero cuando oyereis de
guerras y sediciones, no os es-
pantéis; porque es menester que
estas cosas acontezcan primero;
mas no inmediato *será* el fin.
10 Entonces les dijo: Se levanta-
rá nación contra nación, y reino
contra reino;

11 Y habrá grandes terremotos
en diversos lugares, y hambres, y
pestilencias; y habrá espantos y
grandes señales del cielo.
12 Mas antes de todas estas cosas
os echaran mano, y perseguirán,
entregándoos a las sinagogas y a
las cárceles, trayéndoos ante los
reyes, y a los gobernadores, por
causa de mi nombre.
13 Y os será esto para testimonio.
14 Tened pues fijo en vuestros
corazones de no pensar antes
cómo hayáis de responder.
15 Porque yo os daré boca y sa-
biduría, a la cual no podrán con-
tradecir ni resistir, todos vues-
tros adversarios.
16 Mas seréis entregados aun por
vuestros padres, y hermanos, y
parientes, y amigos; y matarán a
algunos de vosotros.
17 Y seréis aborrecidos de todos,
por causa de mi nombre.
18 Mas un pelo de vuestra cabeza
no perecerá.
19 En vuestra paciencia poseed
vuestras almas.
20 Y cuando viereis a Jerusalem
cercada de ejércitos, sabed enton-
ces que está cerca su desolación.
21 Entonces los que estuvieren
en Judea, huyan a los montes; y
los que estuvieren en medio de
ella, váyanse; y los que en las
otras regiones, no entren en ella.
22 Porque estos son días de
venganza, para que se cumplan
todas las cosas que están escritas.
23 Mas, ¡ay de las preñadas, y de
las que crían en aquellos días! por-
que habrá apretura grande sobre
la tierra, e ira sobre este pueblo.
24 Y caerán a filo de espada, y
serán llevados cautivos por todas
las naciones; y Jerusalem será
hollada de los Gentiles, hasta
que los tiempos de los Gentiles
sean cumplidos.
25 Y habrá señales en el sol, y en
la luna, y en las estrellas; y en la
tierra angustia de naciones, con
perplejidad; el mar y las ondas
bramando;
26 Desmayándose los hombres a
causa del temor y la expectación
de las cosas que sobrevendrán a
toda la tierra; porque los poderes
del cielo serán conmovidos.
27 Y entonces verán al Hijo del
hombre, que vendrá en una nube
con poder y gran gloria.
28 Y cuando estas cosas comen-
zaren a hacerse, mirad en alto y
levantad vuestras cabezas; por-
que vuestra redención está cerca.
29 Y les dijo una parábola: Mirad
la higuera, y todos los árboles:
30 Cuando ya brotan, viéndolos,
de vosotros mismos sabéis que el
verano está ya cerca:
31 Así también vosotros, cuando
viereis hacerse estas cosas, sabed
que está cerca el reino de Dios.
32 De cierto os digo, que no pa-
sará esta generación, hasta que
todo sea hecho.
33 El cielo y la tierra pasarán,
mas mis palabras no pasarán.
34 Y mirad por vosotros, que
vuestros corazones no sean car-
gados de glotonería y embria-
guez, y de los afanes de esta vida,
y venga de repente sobre voso-
tros aquel día.
35 Porque como un lazo vendrá
sobre todos los que moran sobre
la faz de toda la tierra.
36 Velad, pues, orando a todo
tiempo, que seáis hechos dignos
de escapar todas estas cosas que
han de venir, y de estar en pie
delante del Hijo del hombre.
37 Y enseñaba de día en el tem-

plo; y de noche saliendo, estábase en el monte que se llama de las Olivas.
38 Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oirle en el templo.

CAPÍTULO 22

Y ESTABA cerca el día de la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua.
2 Y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas procuraban cómo le matarían; mas tenían miedo del pueblo.
3 Entonces entró Satanás en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce.
4 Y fue, y habló con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se le entregaría.
5 Los cuales se holgaron, y concertaron de darle dinero.
6 Y prometió, y buscaba oportunidad para entregarle a ellos sin estar presente la multitud.
7 Y vino el día de los panes sin levadura, en el cual era menester matar la pascua.
8 Y envió a Pedro, y a Juan, diciendo: Id, aparejadnos la pascua, para que comamos.
9 Y ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que *la* aparejemos?
10 Y él les dijo: He aquí cuando entrareis en la ciudad, os encontrará un hombre que lleva un cántaro con agua: seguidle hasta la casa donde entrare;
11 Y decid al padre de la familia de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde tengo de comer la pascua con mis discípulos?
12 Entonces él os mostrará un gran cenadero alto aderezado, aparejad*la* allí.
13 Y yendo ellos halláronlo todo como les había dicho; y aparejaron la pascua.
14 Y cuando fue hora, se sentó a *la mesa*; y con él los doce apóstoles.
15 Y les dijo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca.
16 Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplido en el reino de Dios.
17 Y tomó la copa, y dio gracias, y dijo: Tomad esto y dividid*lo* entre vosotros.
18 Porque os digo, que no beberé del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga.
19 Y tomó pan, y dio gracias, y *lo* partió, y les dio, diciendo: Éste es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.
20 Asimismo también la copa, después que hubo cenado, diciendo: Esta copa *es* el nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama.
21 Pero he aquí, la mano del que me entrega, *está* conmigo en la mesa.
22 Y a la verdad el Hijo del hombre va según lo que ha sido determinado; empero ¡ay de aquel hombre por el cual es entregado!
23 Ellos entonces comenzaron a preguntar entre sí, cuál de ellos sería el que había de hacer esto.
24 Y hubo también entre ellos una contienda, quién de ellos parecía ser el mayor.
25 Pero él les dijo: Los reyes de los Gentiles se enseñorean de ellos; y los que sobre ellos tienen autoridad, son llamados bienhechores:
26 Mas vosotros, no así: antes el que es mayor entre vosotros, sea como el más mozo; y el que

es principal, como el que sirve.
27 Porque ¿cuál *es* mayor, el que
se asienta a la mesa, o el que
sirve? ¿No *es* el que se asienta a
la mesa? mas yo soy entre voso-
tros como el que sirve.
28 Empero vosotros sois los que
habéis permanecido conmigo en
mis tentaciones:
29 Yo pues os ordeno un reino,
como mi Padre me lo ordenó a mí;
30 Para que comáis y bebáis en
mi mesa en mi reino; y os asen-
téis sobre tronos juzgando a las
doce tribus de Israel.
31 Dijo también el Señor: Simón,
Simón, he aquí Satanás os ha pe-
dido para zarandearos como a
trigo;
32 Mas yo he rogado por ti que
tu fe no falte; y tú cuando te con-
viertas, confirma a tus hermanos.
33 Y él le dijo: Señor, dispuesto
estoy a ir contigo, tanto a *la* cár-
cel, como a *la* muerte.
34 Y él dijo: Pedro, te digo que el
gallo no cantará hoy, antes que
tú niegues tres veces que me co-
noces.
35 Y a ellos dijo: Cuando os envié
sin bolsa, y sin alforja, y sin za-
patos, ¿os faltó algo? Y ellos di-
jeron: Nada.
36 Entonces les dijo: Pues ahora,
el que tiene bolsa, tóme*la*; y tam-
bién *su* alforja; y el que no tiene
espada, venda su capa y cómprela.
37 Porque os digo, que aún es
menester que se cumpla en mí
aquello que está escrito: Y con
los transgresores fue contado;
porque lo que *está escrito* de mí,
su cumplimiento tiene.
38 Entonces ellos dijeron: Señor,
he aquí, dos espadas *hay* aquí. Y
él les dijo: Basta.
39 Y saliendo, se fue, según su
costumbre, al monte de las Oli-
vas; y sus discípulos también le
siguieron.
40 Y cuando llegó a aquel lugar,
les dijo: Orad para que no entréis
en tentación.
41 Y él se apartó de ellos como
un tiro de piedra; y puesto de ro-
dillas, oró,
42 Diciendo: Padre, si quieres,
pasa esta copa de mí, empero no
se haga mi voluntad, mas la tuya.
43 Y le apareció un ángel del
cielo esforzándole.
44 Y estando en agonía, oraba
más intensamente; y fue su sudor
como gotas grandes de sangre,
que descendían hasta la tierra.
45 Y cuando se levantó de la ora-
ción, y vino a sus discípulos, los
halló durmiendo de tristeza.
46 Y les dijo: ¿Por qué dormís?
Levantaos, y orad que no entréis
en tentación.
47 Y estando él aún hablando, he
aquí una multitud; y el que se
llamaba Judas, uno de los doce,
iba delante de ellos, y se acercó
a Jesús para besarlo.
48 Entonces Jesús le dijo: ¿Judas,
con un beso entregas al Hijo del
hombre?
49 Y viendo los de en derredor de
él lo que iba a suceder, le dijeron:
Señor, ¿heriremos con espada?
50 Y uno de ellos hirió al criado
del sumo sacerdote, y le quitó la
oreja derecha.
51 Y respondiendo Jesús, dijo:
Dejad hasta aquí. Y tocando su
oreja, le sanó.
52 Entonces dijo Jesús a los prín-
cipes de los sacerdotes, y a los ca-
pitanes del templo, y a los ancia-
nos que habían venido contra él:
¿Cómo contra un ladrón habéis
salido con espadas y con palos?

53 Cuando yo estaba con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas ésta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas.
54 Entonces lo prendieron, y *le* trajeron, y metiéronle en casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos.
55 Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose todos juntos, se sentó también Pedro entre ellos.
56 Pero cierta criada lo vio que estaba sentado al fuego, puestos los ojos en él, dijo: Y éste con él era.
57 Entonces él lo negó, diciendo: Mujer, no le conozco.
58 Y un poco después viéndole otro, dijo: Y tú de ellos eras. Y Pedro dijo: Hombre, no soy.
59 Y como una hora pasada, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él; porque es Galileo.
60 Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y en el mismo instante, estando aún él hablando, el gallo cantó.
61 Y el Señor volvió, y miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que el gallo cante me negarás tres veces.
62 Y saliendo fuera Pedro, lloró amargamente.
63 Y los hombres que tenían a Jesús, le escarnecían, hiriéndo*le*.
64 Y vendándole los ojos, le herían el rostro, y preguntábanle, diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te hirió?
65 Y decían otras muchas cosas blasfemando contra él.
66 Y cuando fue de día, se juntaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y le trajeron a su concilio,
67 Diciendo: ¿Eres tú el Cristo? dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere, no creeréis;
68 Y también si *os* preguntare, no me responderéis, ni *me* soltaréis;
69 Mas desde ahora el Hijo del hombre se asentará a la diestra del poder de Dios.
70 Y dijeron todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que yo soy.
71 Y ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos *lo* hemos oído de su propia boca.

CAPÍTULO 23

Y LEVANTÁNDOSE toda la multitud de ellos, lleváronle a Pilato.
2 Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado pervirtiendo la nación, e impidiendo dar tributo a César, diciendo que él mismo es Cristo un Rey.
3 Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Y respondiéndole él, dijo: Tú *lo* dices.
4 Y Pilato dijo a los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Ninguna culpa hallo en este hombre.
5 Mas ellos porfiaban, diciendo: Él alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.
6 Entonces Pilato, oyendo de Galilea, preguntó si el hombre era Galileo.
7 Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, el cual también estaba en Jerusalem en aquellos días.
8 Y Herodes, viendo a Jesús, se gozó mucho; porque había mucho que le deseaba ver; por-

que había oído de él muchas
cosas; y tenía esperanza que le
vería hacer algún milagro.
9 Y le preguntaba con muchas
palabras; mas él nada le respondió.
10 Y estaban de pie los príncipes
de los sacerdotes, y los escribas
acusándole con gran vehemencia.
11 Mas Herodes con sus soldados
le menospreció, y escarneció,
vistiéndole de una ropa espléndida;
y le volvió a enviar a Pilato.
12 Y fueron hechos amigos entre
sí Pilato y Herodes en el mismo
día; porque antes eran enemigos
entre sí.
13 Entonces Pilato, convocando
los príncipes de los sacerdotes, y
los magistrados, y el pueblo,
14 Les dijo: Me habéis presentado
a éste por hombre que pervierte
al pueblo; y, he aquí, yo
preguntando delante de vosotros,
no he hallado ninguna culpa en
este hombre de aquellas de que
le acusáis.
15 Y ni aun Herodes; porque os
envié a él; y he aquí, ninguna
cosa digna de muerte ha hecho.
16 Le castigaré pues, y le soltaré.
17 (Y tenía necesidad de soltarles
uno en la fiesta.)
18 Y toda la multitud dio voces
a una, diciendo: Quita a éste, y
suéltanos a Barrabás:
19 (El cual había sido echado
en la cárcel por cierta sedición
hecha en la ciudad, y una muerte.)
20 Y les habló otra vez Pilato,
queriendo soltar a Jesús.
21 Mas ellos volvían a dar voces,
diciendo: Crucifíca*le*, Crucifícale.
22 Y él les dijo la tercera vez:
¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho
éste? ninguna culpa de muerte
he hallado en él: le castigaré
pues, y *le* soltaré.
23 Mas ellos instaban a grandes
voces, pidiendo que fuese crucificado;
y las voces de ellos, y de
los príncipes de los sacerdotes
prevalecieron;
24 Entonces Pilato juzgó que se
hiciese lo que ellos pedían.
25 Y les soltó a aquel que había
sido echado en la cárcel por sedición
y muerte, al cual habían
pedido; mas entregó a Jesús a la
voluntad de ellos.
26 Y llevándole, tomaron a un
Simón, Cireneo, que venía del
campo, y le pusieron encima la
cruz para que *la* llevase en pos
de Jesús.
27 Y le seguía grande multitud
de pueblo, y de mujeres, las cuales
le lloraban, y lamentaban.
28 Mas Jesús, vuelto a ellas, les
dijo: Hijas de Jerusalem, no lloréis
por mí; mas llorad por vosotras
mismas, y por vuestros hijos.
29 Porque, he aquí, que vendrán
días, en que dirán: Bienaventuradas
las estériles, y los vientres
que no parieron, y los pechos
que no dieron de mamar.
30 Entonces comenzarán a decir
a los montes: Caed sobre nosotros;
y a los collados: Cubridnos.
31 Porque si en el árbol verde
hacen estas cosas, ¿en el seco,
qué se hará?
32 Y llevaban también con él
otros dos, malhechores, a matar
con él.
33 Y cuando vinieron al lugar
que se llama Calvario, le crucificaron
allí; y a los malhechores,
uno a la derecha, y otro a la izquierda.
34 Mas Jesús decía: Padre, perdónalos;
porque no saben lo que
hacen. Y partiendo sus vestidos,
echaron suertes.

35 Y el pueblo estaba de pie mi-
rando: y los príncipes también,
con ellos, se burlaban *de él,* di-
ciendo: A otros salvó: sálvese a sí
mismo, si él es el Cristo, el esco-
gido de Dios.
36 Escarnecían de él también los
soldados, llegándose, y ofrecién-
dole vinagre,
37 Y diciendo: Si tú eres el Rey
de los Judíos, sálvate a ti mismo.
38 Y había también una inscrip-
ción escrita sobre él con letras
Griegas, y Latinas, y Hebraicas:
ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.
39 Y uno de los malhechores que
estaban colgados, le injuriaba,
diciendo: Si tú eres el Cristo, sál-
vate a ti mismo, y a nosotros.
40 Y respondiendo el otro, le
reprendió, diciendo: ¿Ni aun
tú temes a Dios, estando en la
misma condenación?
41 Y nosotros, a la verdad, jus-
tamente, por que recibimos lo
que merecieron nuestros hechos;
mas éste ningún mal hizo.
42 Y decía a Jesús: Señor, acuér-
date de mí cuando vinieres en tu
reino.
43 Entonces Jesús le dijo: De
cierto te digo, que hoy estarás
conmigo en el paraíso.
44 Y era como la hora de sexta,
y fueron hechas tinieblas sobre
toda la tierra hasta la hora no-
vena.
45 Y el sol se oscureció, y el velo
del templo se rompió por medio.
46 Entonces Jesús, clamando
a gran voz, dijo: Padre, en tus
manos encomiendo mi espíritu.
Y habiendo dicho esto, expiró.
47 Y cuando el centurión vio lo
que había acontecido, dio gloria
a Dios, diciendo: Verdaderamen-
te este hombre era justo.
48 Y toda la multitud de los que
estaban presentes a este espectá-
culo, viendo lo que había acon-
tecido, se volvían hiriendo sus
pechos.
49 Mas todos sus conocidos, y
las mujeres que le habían segui-
do desde Galilea, estaban de pie
lejos mirando estas cosas.
50 Y, he aquí, un varón llamado
José, el cual era consejero, varón
bueno, y justo:
51 (el cual no había consentido
en el consejo ni en los hechos de
ellos), de Arimatea, ciudad de
los Judíos: el cual también espe-
raba el reino de Dios.
52 Éste llegó a Pilato, y pidió el
cuerpo de Jesús.
53 Y bajándolo lo envolvió en
una sábana, y lo puso en un se-
pulcro que era labrado en piedra,
en el cual aún ninguno había
sido puesto.
54 Y era día de la preparación, y
el sábado amanecía.
55 Y también las mujeres que ha-
bían venido con él de Galilea, le
siguieron, y vieron el sepulcro y
cómo fue puesto su cuerpo.
56 Y vueltas, aparejaron especias
y ungüentos; y reposaron el sá-
bado, conforme al mandamiento.

CAPÍTULO 24

MAS el primer día de la se-
mana, muy de mañana vi-
nieron al sepulcro, trayendo las
especias que habían aparejado; y
ciertas *otras* con ellas.
2 Y hallaron la piedra revuelta
del sepulcro.
3 Y entrando, no hallaron el
cuerpo del Señor Jesús.
4 Y aconteció, que estando ellas
sumamente perplejas por esto,
he aquí, dos varones que se pa-

raron junto a ellas, vestidos de
vestiduras resplandecientes.
5 Y teniendo ellas miedo, y ba-
jando el rostro a tierra, les dije-
ron: ¿Por qué buscáis entre los
muertos al que vive?
6 No está aquí, sino que ha re-
sucitado: acordaos de como os
habló, cuando aún estaba en Ga-
lilea,
7 Diciendo: Es menester que el
Hijo del hombre sea entregado
en manos de hombres pecadores,
y que sea crucificado, y resucite
al tercer día,
8 Entonces ellas se acordaron de
sus palabras,
9 Y volvieron del sepulcro, y die-
ron nuevas de todas estas cosas a
los once, y a todos los demás.
10 Y eran María Magdalena, y
Juana, y María, *madre* de Jaco-
bo, y otras *que estaban* con ellas,
las que decían estas cosas a los
apóstoles.
11 Mas a ellos les parecían como
locura las palabras de ellas; y no
las creyeron.
12 Mas Pedro se levantó y corrió
al sepulcro; y bajándose vio los
lienzos echados aparte, y se fue
maravillado entre sí de lo que
había acontecido.
13 Y, he aquí, dos de ellos iban el
mismo día a una aldea que esta-
ba de Jerusalem sesenta estadios,
llamada Emaús.
14 E iban hablando entre sí de
todas aquellas cosas que habían
acaecido.
15 Y aconteció, que yendo hablan-
do entre sí, y preguntándose el
uno al otro, Jesús mismo se acer-
có, e iba con ellos juntamente.
16 Mas los ojos de ellos eran de-
tenidos, para que no le conocie-
sen.
17 Y les dijo: ¿Qué pláticas *son*
estas que tratáis entre vosotros
andando, y estáis tristes?
18 Y respondiendo el uno, que se
llamaba Cleofas, le dijo: ¿Tú sólo
extranjero eres en Jerusalem,
que no has sabido las cosas que
en ella han acontecido estos días?
19 Entonces él les dijo: ¿Qué
cosas? Y ellos le dijeron: De
Jesús de Nazaret, el cual fue
varón profeta, poderoso en obra
y en palabra, delante de Dios y
de todo el pueblo;
20 Y cómo le entregaron los prín-
cipes de los sacerdotes, y nues-
tros magistrados, a condenación
de muerte, y le crucificaron.
21 Mas nosotros esperábamos
que él era el que había de redi-
mir a Israel: y ahora sobre todo
esto, hoy es el tercer día desde
que esto ha acontecido.
22 Mas con esto, ciertas muje-
res de nuestra compañía nos han
vuelto atónitos, las cuales muy
de mañana fueron al sepulcro;
23 Y no hallando su cuerpo, vi-
nieron, diciendo que también ha-
bían visto visión de ángeles, los
cuales dijeron que él vive.
24 Y fueron ciertos de los nues-
tros al sepulcro, y hallaron ser
así como las mujeres habían
dicho; mas a él no le vieron.
25 Entonces él les dijo: ¡Oh in-
sensatos, y tardíos de corazón
para creer a todo lo que los pro-
fetas han dicho!
26 ¿No era menester que el Cris-
to padeciera estas cosas, y que
entrara en su gloria?
27 Y comenzando desde Moisés,
y *de* todos los profetas, les decla-
raba en todas las Escrituras las
cosas tocantes a él.
28 Y se acercaron a la aldea a

donde iban; y él hizo como que
iba más lejos.
29 Mas ellos le detuvieron por
fuerza, diciendo: Quédate con
nosotros, porque se hace tarde, y
está ya declinando el día. Y entró
para quedarse con ellos.
30 Y aconteció, que estando sen-
tado a la mesa con ellos, toman-
do el pan, bendijo, y *lo* partió, y
les dio.
31 Entonces fueron abiertos los
ojos de ellos, y le conocieron;
más él se desapareció de los ojos
de ellos.
32 Y decían el uno al otro: ¿No
ardía nuestro corazón en noso-
tros, mientras nos hablaba en el
camino, y cuando nos abría las
Escrituras?
33 Y levantándose en la misma
hora, tornáronse a Jerusalem, y
hallaron a los once congregados,
y a los que estaban con ellos,
34 Que decían: Resucitado ha el
Señor verdaderamente, y ha apa-
recido a Simón.
35 Entonces ellos contaban las
cosas que *les habían acontecido* en
el camino, y como había sido co-
nocido de ellos en el partir del pan.
36 Y entre tanto que ellos habla-
ban estas cosas, Jesús mismo se
puso de pie en medio de ellos, y
les dijo: Paz a vosotros.
37 Entonces ellos espantados y
asombrados, pensaban que veían
algún espíritu.
38 Mas él les dijo: ¿Por qué estáis
turbados, y suben pensamientos
a vuestros corazones?
39 Mirad mis manos y mis pies,
que yo mismo soy. Palpad, y ved;
que el espíritu ni tiene carne ni
huesos, como veis que yo tengo.
40 Y cuando hubo dicho esto,
les mostró *sus* manos y *sus* pies.
41 Y aún no creyéndolo ellos de
gozo, y maravillados, les dijo:
¿Tenéis aquí algo de comer?
42 Entonces ellos le presentaron
parte de un pez asado, y un panal
de miel.
43 Y tomó*lo*, y comió delante de
ellos:
44 Y él les dijo: Éstas *son* las pa-
labras que os hablé, estando aún
con vosotros: Que era menes-
ter que se cumpliesen todas las
cosas que están escritas en la ley
de Moisés, y *en* los profetas, y *en*
los Salmos de mí.
45 Entonces les abrió su entendi-
miento, para que entendiesen las
Escrituras.
46 Y les dijo: Así está escrito, y
así fue menester que el Cristo pa-
deciese, y resucitase de los muer-
tos al tercer día;
47 Y que se predicase en su nom-
bre arrepentimiento, y remisión
de pecados, a todas las naciones,
comenzando de Jerusalem.
48 Y vosotros sois testigos de
estas cosas.
49 Y, he aquí, yo enviaré la pro-
mesa de mi Padre sobre voso-
tros; mas vosotros quedaos en la
ciudad de Jerusalem, hasta que
seáis investidos de poder de lo
alto.
50 Y los sacó fuera hasta Betania,
y alzando sus manos, los bendijo.
51 Y aconteció, que bendicién-
doles, se fue de ellos, y era lleva-
do arriba al cielo.
52 Y ellos, después de haberle
adorado, se volvieron a Jeru-
salem con gran gozo:
53 Y estaban siempre en el tem-
plo, alabando y bendiciendo a
Dios. Amén.

El Evangelio Según
JUAN

CAPÍTULO 1

EN el principio era la Palabra,
y la Palabra era con Dios, y la
Palabra era Dios.
2 Él era en el principio con Dios.
3 Todas las cosas por él fueron
hechas; y sin él nada de lo que es
hecho, fue hecho.
4 En él era la vida; y la vida era
la Luz de los hombres.
5 Y la Luz en las tinieblas res-
plandece; y las tinieblas no la
comprendieron.
6 Fue un hombre enviado de
Dios, el cual se llamaba Juan.
7 Éste vino por testimonio, para
que diese testimonio de la Luz,
para que por él todos creyesen.
8 Él no era la Luz; mas fue *envia-
do* para que diese testimonio de
la Luz.
9 *Aquél* era la Luz verdadera,
que alumbra a todo hombre que
viene en este mundo.
10 En el mundo estaba, y el
mundo fue hecho por él, y el
mundo no le conoció.
11 A lo suyo vino, y los suyos no
le recibieron.
12 Mas a todos los que le reci-
bieron, dióles potestad de ser
hechos hijos de Dios, a los que
creen en su nombre:
13 Los cuales nacieron, no de
sangre, ni de voluntad de la
carne, ni de voluntad de hombre,
sino de Dios.
14 Y la Palabra fue hecha carne,
y habitó entre nosotros (y vimos
su gloria, gloria como del unigé-
nito del Padre), lleno de gracia y
de verdad.
15 Juan dio testimonio de él, y
clamó, diciendo: Éste era aquél
de quien yo decía: El que viene
tras mí es preferido antes que yo;
porque era primero que yo.
16 Y de su plenitud todos noso-
tros hemos recibido, y gracia por
gracia.
17 Porque la ley fue dada por
Moisés, *mas* la gracia y la verdad
vino por Jesu Cristo.
18 Nadie jamás ha visto a Dios;
el unigénito Hijo que está en el
seno del Padre, él *lo* ha declara-
do.
19 Y éste es el testimonio de
Juan, cuando los Judíos envia-
ron de Jerusalem sacerdotes y
Levitas, que le preguntasen: ¿Tú,
quién eres?
20 Y confesó, y no negó; mas
confesó: Yo no soy el Cristo.
21 Y le preguntaron: ¿Qué pues?
¿Eres tú Elias? Dijo: No soy. ¿Eres
tú el profeta? Y respondió: No.
22 Entonces ellos le dijeron:
¿Quién eres? para que poda-
mos dar una respuesta a los que
nos enviaron. ¿Qué dices de ti
mismo?
23 Él dijo: Yo *soy* la voz del que
clama en el desierto: Enderezad
el camino del Señor, como dijo
el profeta Isaías.
24 Y los que habían sido envia-
dos eran de los Fariseos.
25 Y ellos le preguntaron, y le di-
jeron: ¿Por qué pues bautizas, si
tú no eres el Cristo, ni Elías, ni
aquel profeta?
26 Juan les respondió, dicien-
do: Yo bautizo en agua; mas en

medio de vosotros está de pie
uno, a quien vosotros no conocéis:
27 Éste es el que viniendo des-
pués de mí, el cual es preferido
antes que yo, del cual yo no soy
digno de desatar la correa de za-
pato.
28 Estas cosas fueron hechas en
Betábara de la otra parte del Jor-
dán, donde Juan estaba bauti-
zando.
29 El siguiente día ve Juan a
Jesús que venía a él, y dice: He
aquí el Cordero de Dios, que
quita el pecado del mundo.
30 Éste es aquel de quien yo dije:
Tras mí viene un varón el cual es
preferido antes que yo, porque
era primero que yo.
31 Y yo no le conocía; mas para
que fuese manifestado a Israel,
por eso vine yo bautizando en agua.
32 Y Juan dio testimonio, dicien-
do: Vi al Espíritu descendiendo
del cielo como paloma, y reposó
sobre él.
33 Y yo no le conocía; mas el que
me envió a bautizar en agua, éste
me dijo: Sobre aquel que vieres
descender el Espíritu, y reposar
sobre él, éste es el que bautiza
con el Espíritu Santo.
34 Y yo vi, y di testimonio, que
éste es el Hijo de Dios.
35 El siguiente día otra vez estaba
Juan de pie, y dos de sus discípulos.
36 Y mirando a Jesús que andaba
por allí, dice: He aquí el Cordero
de Dios.
37 Y oyéronle los dos discípulos
hablar, y siguieron a Jesús.
38 Entonces Jesús se volvió y
viéndoles que le seguían, les dice:
¿Qué buscáis? Y ellos le dijeron:
Rabí, (que interpretado, quiere
decir, Maestro), ¿dónde moras?
39 Díceles: Venid, y ved. Vinie-
ron, y vieron donde moraba; y
quedáronse con él aquel día;
porque era como la hora décima.
40 Uno de los dos que habían
oído a Juan, y le siguieron, era
Andrés, hermano de Simón Pedro.
41 Éste halla primero a su pro-
pio hermano Simón, y le dice:
Hemos hallado al Mesías, que in-
terpretado es, el Cristo.
42 Y le trajo a Jesús. Y mirándole
Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo
de Jonás: tú serás llamado Cefas,
que interpretado es, Piedra.
43 El día siguiente quiso Jesús ir
a Galilea, y halla a Felipe; y le
dice: Sígueme.
44 Y Felipe era de Betsaida, la
ciudad de Andrés y de Pedro.
45 Felipe halla a Natanael, y le
dice: Hemos hallado a aquel de
quien escribió Moisés en la ley, y
los profetas: Jesús de Nazaret, el
hijo de José.
46 Y le dijo Natanael: ¿De Na-
zaret puede salir alguna cosa
buena? Dícele Felipe: Ven, y ve.
47 Jesús vio venir a sí a Natanael,
y dice de él: He aquí un verda-
dero Israelita, en el cual no hay
engaño.
48 Dícele Natanael: ¿De dónde
me conoces? Respondióle Jesús,
y le dijo: Antes que Felipe te lla-
mara, cuando estabas debajo de
la higuera, te vi.
49 Respondió Natanael, y le dijo:
Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú
eres el Rey de Israel.
50 Respondió Jesús, y le dijo:
¿Porque te dije: Te vi debajo de
la higuera, crees? cosas mayores
que éstas verás.
51 Y le dice: De cierto, de cier-
to os digo: De aquí adelante
veréis el cielo abierto, y los án-
geles de Dios subiendo y descen-

diendo sobre el Hijo del hombre.

CAPÍTULO 2

Y AL tercer día hubo una boda
en Caná de Galilea; y estaba
allí la madre de Jesús.
2 Y fue también llamado Jesús, y
sus discípulos a la boda.
3 Y cuando faltó el vino, la madre
de Jesús le dijo: No tienen vino.
4 Y le dice Jesús: ¿Qué tengo yo
que ver contigo mujer? Aún no
ha venido mi hora.
5 Su madre dice a los que servían:
Haced todo lo que él os dijere.
6 Y estaban puestas allí seis tinajas de piedra para agua, conforme a la purificación de los Judíos, que cabía en cada una dos
o tres cántaros.
7 Díceles Jesús: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron
hasta arriba.
8 Y díceles: Sacad ahora, y llevad
al maestresala. Y lleváronselo.
9 Y cuando el maestresala gustó
el agua hecha vino, y no sabía
de dónde era (mas lo sabían los
siervos que habían sacado el
agua), el maestresala llama al
desposado,
10 Y le dice: Todo hombre pone
primero el buen vino; y cuando
han bebido bien, entonces lo que
es peor; *mas* tú has guardado el
buen vino hasta ahora.
11 Este principio de milagros
hizo Jesús en Caná de Galilea, y
manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.
12 Después de esto descendió
a Capernaum, él, y su madre, y
sus hermanos, y sus discípulos,
y estuvieron allí no muchos días.
13 Y estaba cerca la pascua de los
Judíos, y subió Jesús a Jerusalem.
14 Y halló en el templo a los que
vendían bueyes, y ovejas, y palomas, y a los cambiadores de dinero sentados.
15 Y cuando hubo hecho un azote
de cuerdas, echólos a todos del
templo, y las ovejas, y los bueyes,
y derramó los dineros de los cambiadores, y trastornó las mesas.
16 Y a los que vendían las palomas dijo: Quitad de aquí estas
cosas, y no hagáis la casa de mi
Padre casa de mercadería.
17 Entonces se acordaron sus
discípulos que estaba escrito: El
celo de tu casa me ha comido.
18 Y los Judíos respondieron, y
le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, siendo así que tú haces estas
cosas?
19 Respondió Jesús, y les dijo:
Destruid este templo, y en tres
días yo lo levantaré.
20 Dijeron luego los Judíos: En
cuarenta y seis años fue este
templo edificado, ¿Y tú en tres
días lo levantarás?
21 Mas él hablaba del templo de
su cuerpo.
22 Por tanto cuando resucitó de
los muertos, sus discípulos se
acordaron que les había dicho
esto, y creyeron a la Escritura,
y a la palabra que Jesús había
dicho.
23 Y estando él en Jerusalem en
la pascua, en *el día de* la fiesta,
muchos creyeron en su nombre,
viendo los milagros que hacía.
24 Mas el mismo Jesús no se confiaba a sí mismo de ellos, porque
él conocía a todos,
25 Y no tenía necesidad que
nadie le diese testimonio del
hombre; porque él sabía lo que
había en el hombre.

CAPÍTULO 3

Y HABÍA un hombre de los Fa-
riseos que se llamaba Nicode-
mo, príncipe de los Judíos.
2 Éste vino a Jesús de noche, y
le dijo: Rabí, nosotros sabemos
que tú eres un maestro venido de
Dios; porque nadie puede hacer
estos milagros que tú haces, si no
estuviere Dios con él.
3 Respondió Jesús, y le dijo: De
cierto, de cierto te digo, que
el que no naciere otra vez, no
puede ver el reino de Dios.
4 Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede
el hombre nacer, siendo viejo?
¿puede entrar segunda vez en el
vientre de su madre, y nacer?
5 Respondió Jesús: De cierto, de
cierto te digo, que el que no na-
ciere de agua y del Espíritu, no
puede entrar en el reino de Dios.
6 Lo que es nacido de la carne,
carne es; y lo que es nacido del
Espíritu, espíritu es.
7 No te maravilles de que te dije:
Os es menester nacer otra vez.
8 El viento de donde quiere
sopla; y oyes su sonido, mas ni
sabes de dónde viene, ni a dónde
va: así es todo aquel que es naci-
do del Espíritu.
9 Respondió Nicodemo, y le dijo:
¿Cómo pueden estas cosas hacerse?
10 Respondió Jesús, y le dijo:
¿Tú eres un maestro de Israel, y
no sabes estas cosas?
11 De cierto, de cierto te digo, que
lo que sabemos hablamos; y testifi-
camos lo que hemos visto, y voso-
tros no recibís nuestro testimonio.
12 Si os he dicho cosas terrenales,
y no creéis: ¿cómo creeréis, si os
dijere cosas celestiales?
13 Y nadie subió al cielo, sino
el que descendió del cielo,
es a saber, el Hijo del hom-
bre, que está en el cielo.
14 Y como Moisés levantó la ser-
piente en el desierto, así también
es menester que el Hijo del hom-
bre sea levantado;
15 Para que todo aquel que en él
cree, no perezca, mas tenga vida
eterna.
16 Porque de tal manera amó
Dios al mundo, que dio a su Hijo
unigénito; para que todo aquel
que en él cree, no perezca, mas
tenga vida eterna.
17 Porque no envió Dios a su
Hijo al mundo, para condenar al
mundo; sino para que el mundo
sea salvo por él.
18 El que en él cree, no es conde-
nado; mas el que no cree, ya es
condenado; porque no ha creído
en el nombre del unigénito Hijo
de Dios.
19 Y ésta es la condenación, que
la luz ha venido al mundo, y los
hombres amaron más las tinie-
blas que la luz; porque sus obras
eran malas.
20 Porque todo aquel que hace
lo malo, aborrece la luz, y no
viene a la luz, porque sus obras
no sean redargüidas.
21 Mas el que obra verdad, viene
a la luz, para que sus obras sean
manifiestas, que son hechas en
Dios.
22 Después de estas cosas, vino
Jesús y sus discípulos a la tierra
de Judea; y estaba allí con ellos,
y bautizaba.
23 Y estaba bautizando también
Juan en Enón junto a Salim, por-
que había allí muchas aguas; y
venían, y eran bautizados.
24 Porque aún Juan no había
sido echado en la cárcel.
25 Y se movió una cuestión entre
algunos de los discípulos de Juan y

los Judíos acerca de la purificación.
26 Y vinieron a Juan, y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán, del cual tú diste testimonio, he aquí, éste bautiza, y todos vienen a él.
27 Respondió Juan, y dijo: No puede el hombre recibir nada si no le fuere dado del cielo.
28 Vosotros mismos me sois testigos que dije: Yo no soy el Cristo; mas soy enviado delante de él.
29 El que tiene la desposada, es el desposado; mas el amigo del desposado, que está de pie y le oye, se goza grandemente de la voz del desposado. Así, pues, este mi gozo es cumplido.
30 Es menester que él crezca, mas que yo disminuya.
31 El que de arriba viene, sobre todos es: el que es de la tierra, terreno es, y cosas terrenas habla: el que viene del cielo, sobre todos es.
32 Y lo que ha visto y oído, esto testifica; y nadie recibe su testimonio.
33 El que ha recibido su testimonio, ha puesto su sello a esto, que Dios es verdadero;
34 Porque el que Dios ha enviado, las palabras de Dios habla; porque no *le* da Dios el Espíritu por medida.
35 El Padre ama al Hijo, y le ha dado todas las cosas en su mano.
36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que no cree al Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él.

CAPÍTULO 4

CUANDO, pues, el Señor supo que los Fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan,
2 (Aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos,)
3 Dejó a Judea, y se fue otra vez a Galilea.
4 Y era menester que pasase por Samaria.
5 Vino pues a una ciudad de Samaria que se llama Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a José su hijo.
6 Y estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, se sentó así sobre el pozo. Era como la hora de sexta.
7 Viene una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dice: Dame de beber.
8 (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.)
9 Y la mujer Samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo Judío, me pides a mí de beber, que soy mujer Samaritana? Porque los Judíos no se tratan con los Samaritanos.
10 Respondió Jesús, y le dijo: Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber: tú pedirías de él, y él te daría agua viva.
11 La mujer le dice: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?
12 ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual él bebió, y sus hijos, y sus ganados?
13 Respondió Jesús, y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;
14 Mas el que bebiere del agua que yo le daré, por siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él fuente de agua, que salte para vida eterna.
15 La mujer le dice: Señor, dame

esta agua, para que yo no tenga
sed, ni venga acá a sacar*la*.
16 Jesús le dice: Ve, llama a tu
marido, y ven acá.
17 Respondió la mujer, y le dijo:
No tengo marido. Dícele Jesús:
Bien has dicho: No tengo marido;
18 Porque cinco maridos has te-
nido; y el que ahora tienes, no
es tu marido: esto has dicho con
verdad.
19 Dícele la mujer: Señor paréce-
me que tú eres profeta.
20 Nuestros padres adoraron en
este monte, y vosotros decís que
en Jerusalem es el lugar donde
es menester adorar.
21 Dícele Jesús: Mujer, créeme,
que la hora viene, cuando voso-
tros ni en este monte, ni en Jeru-
salem adoraréis al Padre.
22 Vosotros adoráis lo que no sa-
béis: nosotros adoramos lo que
sabemos; porque la salvación es
de los Judíos.
23 Mas la hora viene, y ahora es,
cuando los verdaderos adorado-
res adorarán al Padre en espíritu
y en verdad; porque también el
Padre tales busca que le adoren.
24 Dios *es* un Espíritu, y los que
le adoran, es menester que *le*
adoren en espíritu y en verdad.
25 Dícele la mujer: Yo sé que
el Mesías ha de venir, el cual se
llama Cristo: cuando él viniere,
nos declarará todas las cosas.
26 Dícele Jesús: Yo soy, que
hablo contigo.
27 Y en esto vinieron sus discí-
pulos, y se maravillaron de que
hablaba con la mujer; mas nin-
guno dijo: ¿Qué buscas? o ¿Por
qué hablas con ella?
28 Entonces la mujer dejó su
cántaro, y fue a la ciudad, y dice
a los hombres:
29 Venid, ved a un hombre que
me ha dicho todo cuanto he
hecho: ¿no es éste el Cristo?
30 Entonces salieron de la ciu-
dad, y venían a él.
31 Entre tanto los discípulos le
rogaban, diciendo: Rabí, come.
32 Y él les dijo: Yo tengo comida
que comer, que vosotros no sabéis.
33 Entonces los discípulos de-
cían el uno al otro: ¿Le ha traído
alguien de comer?
34 Díceles Jesús: Mi comida es
que yo haga la voluntad del que
me envió, y que acabe su obra.
35 ¿No decís vosotros, que aún
hay cuatro meses y viene la
siega? He aquí, yo os digo: Alzad
vuestros ojos, y mirad los cam-
pos; porque ya están blancos
para la siega.
36 Y el que siega recibe salario, y
allega fruto para vida eterna; para
que también se goce juntamente
el que siembra y el que siega.
37 Porque en esto es el dicho ver-
dadero: Que uno es el que siem-
bra, y otro es el que siega.
38 Yo os he enviado a segar lo
que vosotros no labrasteis: otros
labraron, y vosotros habéis en-
trado en sus labores.
39 Y muchos de los Samaritanos
de aquella ciudad creyeron en él
por la palabra de la mujer que
daba testimonio: Él me dijo todo
cuanto he hecho.
40 Así que, cuando vinieron los
Samaritanos a él, le rogaron que
se quedase allí; y se quedó allí
dos días.
41 Y creyeron muchos más por la
palabra de él.
42 Y decían a la mujer: Ya no
creemos por tu dicho; porque
nosotros mismos *le* hemos oído;
y sabemos, que verdaderamente

éste es el Cristo, el Salvador del
mundo.
43 Y después de dos días salió de
allí, y fuese a Galilea.
44 Porque Jesús mismo dio tes-
timonio, que el profeta no tiene
honra en su propia tierra.
45 Y cuando vino a Galilea, los
Galileos le recibieron, habiendo
visto todas las cosas que él hizo
en Jerusalem en la fiesta; por-
que también ellos habían ido a la
fiesta.
46 Vino pues Jesús otra vez a
Caná de Galilea, donde había
hecho el vino del agua. Y había
un cierto cortesano, cuyo hijo es-
taba enfermo en Capernaum.
47 Éste, cuando oyó que Jesús
venía de Judea a Galilea, fue a
él, y le rogaba que descendiese,
y sanase su hijo; porque estaba a
punto de morir.
48 Entonces Jesús le dijo: Si no
viereis señales y maravillas, no
creeréis.
49 El cortesano le dijo: Señor, des-
ciende antes que mi hijo muera.
50 Dícele Jesús: Ve, tu hijo vive.
Creyó el hombre a la palabra que
Jesús le dijo, y se fue.
51 Y como él iba ya descendien-
do, sus criados le salieron a reci-
bir, y *le* dieron nuevas, diciendo:
Tu hijo vive.
52 Entonces él les preguntó a
qué hora comenzó a estar mejor;
y le dijeron: Ayer a la séptima
hora le dejó la fiebre.
53 El padre entonces supo, que
aquella hora *era* cuando Jesús le
dijo: Tu hijo vive; y creyó él, y
toda su casa.
54 Este segundo milagro volvió
Jesús a hacer cuando vino de
Judea a Galilea.

CAPÍTULO 5

DESPUÉS de estas cosas, había
una fiesta de los Judíos, y
subió Jesús a Jerusalem.
2 Y hay en Jerusalem junto a la
puerta de las ovejas un estanque,
que en lengua Hebrea es llamado
Betesda, el cual tiene cinco pór-
ticos.
3 En éstos estaba echada una
grande multitud de enfermos,
ciegos, cojos, secos, que estaban
esperando el movimiento del agua;
4 Porque un ángel descendía a
cierto tiempo al estanque, y re-
volvía el agua; y el que primero
entraba en el estanque, después
del movimiento del agua, queda-
ba sano de cualquier enfermedad
que tuviese.
5 Y estaba allí cierto hombre,
que había treinta y ocho años
que estaba enfermo.
6 Cuando Jesús le vio estar echa-
do, y supo que ya por mucho
tiempo había estado *enfermo*, dí-
cele: ¿Quieres ser sano?
7 Y el enfermo le respondió:
Señor, no tengo hombre que
cuando el agua fuere revuelta,
me meta en el estanque; porque
entre tanto que yo vengo, des-
ciende otro antes que yo.
8 Dícele Jesús: Levántate, toma
tu lecho, y anda.
9 Y al instante aquel hombre fue
sano, y tomó su lecho, y andaba;
y era sábado aquel día.
10 Entonces los Judíos decían a
aquel que había sido sanado: Sába-
do es, no te es lícito llevar *tu* lecho.
11 Respondióles: El que me sanó,
él mismo me dijo: Toma tu lecho,
y anda.
12 Y le preguntaron entonces:
¿Quién es el hombre que te dijo:
Toma tu lecho, y anda?

13 Y el que había sido sanado, no
sabía quién fuese; porque Jesús
se había apartado de la multitud
que estaba en *aquel* lugar.
14 Después le halló Jesús en el
templo, y le dijo: He aquí, has
sido sanado: no peques más, por-
que no te venga alguna cosa peor.
15 El hombre se fue y dio aviso a
los Judíos, que Jesús era el que
le había sanado.
16 Y por esta causa los Judíos
perseguían a Jesús, y procura-
ban matarle, porque hacía estas
cosas en sábado.
17 Y Jesús les respondió: Mi Padre
hasta ahora obra, y yo obro.
18 Por esto pues, tanto más pro-
curaban los Judíos matarle; por-
que no sólo quebrantaba el sába-
do, mas también decía que Dios
era su propio Padre, haciéndose
igual a Dios.
19 Respondió pues Jesús, y les
dijo: De cierto, de cierto os digo:
No puede el Hijo hacer nada de
sí mismo, sino lo que viere hacer
al Padre; porque todo lo que él
hace, esto también hace el Hijo
igualmente.
20 Porque el Padre ama al Hijo, y
le muestra todas las cosas que él
hace; y mayores obras que éstas
le mostrará, para que vosotros os
maravilléis.
21 Porque como el Padre levan-
ta los muertos, y *les* da vida, así
también el Hijo da vida a los que
él quiere.
22 Porque el Padre a nadie juzga,
mas todo el juicio ha dado al Hijo;
23 Para que todos honren al Hijo,
así como honran al Padre: el que
no honra al Hijo, no honra al
Padre que le envió.
24 De cierto, de cierto os digo:
El que oye mi palabra, y cree al
que me envió, tiene vida eterna;
y no vendrá a condenación, mas
ha pasado de muerte a vida.
25 De cierto, de cierto os digo:
Que vendrá la hora, y ahora es,
cuando los muertos oirán la voz
del Hijo de Dios; y los que oye-
ren, vivirán.
26 Porque como el Padre tiene
vida en sí mismo, así dio tam-
bién al Hijo que tuviese vida en
sí mismo.
27 Y también le dio autoridad de
hacer juicio, porque es el Hijo
del hombre.
28 No os maravilléis de esto;
porque vendrá hora, en la cual
todos los que están en los sepul-
cros oirán su voz;
29 Y saldrán; los que hicieron
bien, a resurrección de vida, y
los que hicieron mal, a resurrec-
ción de condenación.
30 Yo no puedo de mí mismo
hacer nada: como oigo, juzgo;
y mi juicio es justo, porque no
busco mi propia voluntad, mas la
voluntad del Padre que me envió.
31 Si yo doy testimonio de mí
mismo, mi testimonio no es ver-
dadero.
32 Otro es el que da testimonio
de mí; y yo sé que el testimonio
que él testifica de mí es verdadero.
33 Vosotros enviasteis a Juan, y
él dio testimonio a la verdad.
34 Empero yo no recibo el tes-
timonio de hombre: mas digo
estas cosas, para que vosotros
seáis salvos.
35 Él era antorcha que ardía, y
alumbraba; y vosotros quisisteis
regocijaros por un poco en su luz.
36 Mas yo tengo mayor testimo-
nio que *el* de Juan; porque las
obras que el Padre me dio que
cumpliese, las mismas obras que

yo hago, dan testimonio de mí,
que el Padre me haya enviado.
37 Y el Padre mismo, que me
envió, ha dado testimonio de mí.
Vosotros nunca habéis oído su
voz, ni habéis visto su parecer,
38 Ni tenéis su palabra perma-
neciendo en vosotros; porque al
que él envió, a éste vosotros no
creéis.
39 Escudriñad las Escrituras;
porque a vosotros os parece, que
en ellas tenéis la vida eterna; y
ellas son las que dan testimonio
de mí;
40 Y no queréis venir a mí, para
que tengáis vida.
41 Gloria de los hombres no re-
cibo.
42 Mas yo os conozco, que no te-
néis el amor de Dios en vosotros
mismos.
43 Yo soy venido en nombre de
mi Padre, y no me recibís: si otro
viniere en su propio nombre, a
aquél recibiréis.
44 ¿Cómo podéis vosotros creer,
los que recibís gloria los unos de
los otros, y no buscáis la gloria
que de sólo Dios *viene*?
45 No penséis que yo os he de
acusar delante del Padre: hay
quien os acusa, *es a saber*, Moisés,
en quien vosotros esperáis.
46 Porque si vosotros hubieseis
creído a Moisés, me habríais
creído a mí: porque de mí escri-
bió él.
47 Pero si a sus escritos no creéis,
¿Cómo creeréis a mis palabras?

CAPÍTULO 6

DESPUÉS de estas cosas, se fue
Jesús a la otra parte del mar
de Galilea, que es *el mar* de Ti-
berias.
2 Y seguíale grande multitud,
porque veían sus milagros que
hacía en los enfermos.
3 Subió pues Jesús a un monte,
y se sentó allí con sus discípulos.
4 Y estaba cerca la pascua, la
fiesta de los Judíos.
5 Y cuando alzó Jesús los ojos,
y vio que había venido a él una
grande multitud, dice a Felipe:
¿De dónde compraremos pan
para que coman éstos?
6 Mas esto decía probándole;
porque él sabía lo que había de
hacer.
7 Respondióle Felipe: Doscientos
denarios de pan no les bastarán,
para que cada uno de ellos tome
un poco.
8 Dícele uno de sus discípu-
los, Andrés, hermano de Simón
Pedro:
9 Un muchacho está aquí que
tiene cinco panes de cebada y
dos pececillos; ¿Mas qué es esto
entre tantos?
10 Entonces Jesús dijo: Haced
sentar los hombres. Y había
mucha hierba en aquel lugar; y
se sentaron como en número de
cinco mil varones.
11 Y tomó Jesús aquellos panes,
y habiendo dado gracias, repar-
tió a los discípulos, y los discí-
pulos a los que estaban sentados;
y asimismo de los peces cuanto
querían.
12 Y cuando estuvieron hartos,
dijo a sus discípulos: Recoged los
pedazos que han sobrado, por-
que no se pierda nada.
13 Recogieron, pues, y llenaron
doce canastos de pedazos de los
cinco panes de cebada, que so-
braron a los que habían comido.
14 Aquellos hombres entonces,
cuando vieron el milagro que
Jesús había hecho, decían: Éste

verdaderamente es el profeta,
que había de venir al mundo.
15 Entendiendo entonces Jesús,
que habían de venir para arrebatarle, y hacerle rey, volvió a retirarse a un monte, él solo.
16 Y cuando se hizo tarde, descendieron sus discípulos al mar,
17 Y entrando en una nave, iban atravesando el mar hacia Capernaum. Y era ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos.
18 Y el mar se comenzó a levantar con un gran viento que soplaba.
19 Y cuando hubieron navegado como veinte y cinco, o treinta estadios, ven a Jesús que andaba sobre el mar, y se acercaba a la nave; y tuvieron miedo.
20 Mas él les dijo: Yo soy: no tengáis miedo.
21 Entonces ellos le recibieron de buena gana en la nave, y la nave llegó inmediatamente a la tierra donde iban.
22 El día siguiente, cuando la gente que estaba de pie al otro lado del mar vio que no había allí otra navecilla sino una, en la cual se habían entrado sus discípulos, y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la navecilla, sino que sus discípulos se habían ido solos;
23 Y que otras navecillas habían venido de Tiberias, cerca del lugar donde habían comido el pan, después de haber el Señor dado gracias;
24 Cuando vio pues la gente que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, ellos mismos también entraron en las navecillas, y vinieron a Capernaum buscando a Jesús.
25 Y cuando lo hubieron hallado
de la otra parte del mar, dijéronle: Rabí, ¿cuándo llegaste acá?
26 Respondióles Jesús, y dijo: De cierto, de cierto os digo, que me buscáis, no porque visteis los milagros, mas porque comisteis de los panes y fuisteis hartos.
27 Trabajad, no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del hombre os dará; porque a éste selló Dios el Padre.
28 Entonces le dijeron; ¿Qué haremos para que obremos las obras de Dios?
29 Respondió Jesús, y les dijo; Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él envió.
30 Dijéronle entonces; ¿Qué señal pues haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obras tú?
31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.
32 Entonces Jesús les dijo: De cierto de cierto os digo, no os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.
33 Porque el pan de Dios es aquel que desciende del cielo, y da vida al mundo.
34 Entonces le dijeron: Señor, danos siempre este pan.
35 Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.
36 Mas yo os dije, que también me habéis visto y no creéis.
37 Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ninguna manera le echaré fuera.
38 Porque he descendido del

cielo, no para hacer mi voluntad,
sino la voluntad de aquél que me
envió.
39 Y ésta es la voluntad del
Padre que me envió: Que de todo
lo que me ha dado no pierda yo
nada, sino que lo resucite en el
día postrero.
40 Y ésta es la voluntad de aquél
que me envió: Que todo aquel
que ve al Hijo, y cree en él, tenga
vida eterna; y yo le resucitaré en
el día postrero.
41 Murmuraban entonces de él
los Judíos, porque había dicho:
Yo soy el pan que descendí del
cielo.
42 Y decían: ¿No es éste Jesús, el
hijo de José cuyo padre y madre
nosotros conocemos? ¿Cómo
pues dice éste: Yo he descendido
del cielo?
43 Jesús pues respondió, y les
dijo: No murmuréis entre vosotros.
44 Ninguno puede venir a mí, si
el Padre que me envió, no le trajere;
y yo le resucitaré en el día
postrero.
45 Escrito está en los profetas: Y
serán todos enseñados de Dios:
Así que, todo aquel que ha oído,
y ha aprendido del Padre, viene
a mí.
46 No que alguno haya visto al
Padre, sino aquel que es de Dios,
éste ha visto al Padre.
47 De cierto, de cierto os digo: El
que cree en mí, tiene vida eterna.
48 Yo soy el pan de vida.
49 Vuestros padres comieron el
maná en el desierto, y son muertos.
50 Éste es el pan que desciende
del cielo, para que el que de él
comiere, no muera.
51 Yo soy el pan vivo que descendí
del cielo: si alguno comiere
de este pan, vivirá por siempre;
y el pan que yo daré es mi
carne, la cual yo daré por la vida
del mundo.
52 Entonces los Judíos altercaban
entre sí, diciendo: ¿Cómo
puede este hombre darnos *su*
carne a comer?
53 Jesús les dijo entonces: De
cierto, de cierto os digo: Si no coméis
la carne del Hijo del hombre,
y bebéis su sangre, no tenéis
vida en vosotros.
54 El que come mi carne, y bebe
mi sangre, tiene vida eterna; y yo
le resucitaré en el día postrero.
55 Porque mi carne es verdaderamente
comida, y mi sangre es
verdaderamente bebida.
56 El que come mi carne, y bebe
mi sangre, en mí permanece, y
yo en él.
57 Como me envió el Padre viviente,
y yo vivo por el Padre, así
también el que me come, él también
vivirá por mí.
58 Éste es el pan que descendió
del cielo: no como vuestros padres
que comieron el maná, y
son muertos: el que come de este
pan, vivirá eternamente.
59 Estas cosas dijo en la sinagoga,
enseñando en Capernaum.
60 Entonces muchos de sus discípulos
oyendo *esto,* dijeron: Dura es
esta palabra, ¿Quién la puede oír?
61 Pero sabiendo Jesús en sí
mismo que sus discípulos murmuraban
de esto, les dijo: ¿Esto
os escandaliza?
62 ¿Pues *qué* si viereis al Hijo del
hombre subir a donde estaba primero?
63 El espíritu es el que da vida:
la carne de nada aprovecha: las
palabras que yo os hablo, espíritu
son, y vida son.

64 Mas hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús desde el principio sabía quiénes eran los que no habían de creer, y quién le había de entregar.

65 Y decía: Por eso os he dicho: Que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado de mi Padre.

66 Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban más con él.

67 Dijo, pues, Jesús a los doce: ¿Queréis vosotros iros también?

68 Respondióle entonces Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? tú tienes las palabras de vida eterna.

69 Y nosotros creemos y conocemos, que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

70 Jesús les respondió: ¿No os he yo escogido doce, y el uno de vosotros es diablo?

71 Y hablaba de Judas Iscariote, *hijo* de Simón; porque éste era el que le había de entregar, el cual era uno de los doce.

CAPÍTULO 7

Y DESPUÉS de estas cosas andaba Jesús en Galilea; porque no quería andar en Judea, porque los Judíos procuraban de matarle.

2 Y estaba cerca la fiesta de los Judíos, *llamada*, de los tabernáculos.

3 Dijéronle pues sus hermanos: Pásate de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces;

4 Porque ninguno hace las cosas en secreto, y procura él mismo ser conocido en público. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo.

5 Porque ni aun sus hermanos creían en él.

6 Díceles entonces Jesús: Mi tiempo aún no es venido; mas vuestro tiempo siempre es presto.

7 No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.

8 Subid vosotros a esta fiesta: yo no subo aún a esta fiesta; porque mi tiempo no es aún cumplido.

9 Y habiéndoles dicho estas cosas, se quedó en Galilea.

10 Mas cuando sus hermanos hubieron subido, entonces él también subió a la fiesta, no públicamente, mas como en secreto.

11 Entonces los Judíos le buscaban en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél?

12 Y había grande murmullo acerca de él entre el pueblo; porque unos decían: Buen hombre es; y otros decían; No, antes engaña al pueblo.

13 Mas ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo de los Judíos.

14 Y al medio de la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba.

15 Y maravillábanse los Judíos, diciendo: ¿Cómo sabe este hombre letras, no habiendo aprendido?

16 Respondióles Jesús, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me envió.

17 Si alguno quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si es de Dios, o *si* yo hablo de mí mismo.

18 El que habla de sí mismo, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia.

19 ¿No os dio Moisés la ley; y ninguno de vosotros guarda la ley? ¿Por qué me procuráis matar?

20 Respondió el pueblo, y dijo:

Demonio tienes: ¿Quién te pro-
cura matar?
21 Jesús respondió, y les dijo:
Una obra hice, y vosotros todos
os maravilláis.
22 Por eso Moisés os dio la cir-
cuncisión, (no porque sea de
Moisés, sino de los padres,) y en
sábado circuncidáis al hombre.
23 Si recibe el hombre la circun-
cisión en sábado, para que la ley
de Moisés no sea quebrantada,
¿Os enojáis conmigo porque en
sábado hice sano todo un hombre?
24 No juzguéis según lo que pa-
rece, mas juzgad justo juicio.
25 Decían entonces unos de los
de Jerusalem: ¿No es éste al que
buscan para matarle?
26 Y he aquí, habla públicamen-
te, y no le dicen nada: ¿No saben
ciertamente los príncipes, que
éste es verdaderamente el Cristo?
27 Mas éste, nosotros sabemos
de dónde es; empero cuando vi-
niere el Cristo, nadie sabrá de
dónde es.
28 Entonces clamaba Jesús en el
templo enseñando, y diciendo:
Y a mí me conocéis, y sabéis de
dónde yo soy; y no he venido de
mí mismo; mas el que me envió
es verdadero, al cual vosotros no
conocéis.
29 Empero yo le conozco; por-
que de él yo soy, y él me envió.
30 Entonces procuraban pren-
derle; mas ninguno echó sobre
él la mano, porque aún no había
venido su hora.
31 Y del pueblo, muchos cre-
yeron en él, y decían: El Cristo,
cuando viniere, ¿hará más mila-
gros que los que éste ha hecho?
32 Los Fariseos oyeron al pueblo
que murmuraba de él estas cosas;
y los príncipes de los sacerdotes,
y los Fariseos enviaron oficiales
que le prendiesen.
33 Y Jesús les dijo: Aún un poco
de tiempo estoy con vosotros, y
después voy al que me envió.
34 Me buscaréis, y no *me* halla-
réis; y donde yo estoy, vosotros
no podéis venir.
35 Entonces los Judíos dijeron
entre sí: ¿Dónde se ha de ir éste
que no le hallaremos? ¿Irá a los
dispersos entre los Gentiles, y
enseñará a los Gentiles?
36 ¿Qué dicho es éste que dijo:
Me buscaréis, y no *me* hallaréis;
y donde yo estoy, vosotros no po-
déis venir?
37 En el último y grande día de
la fiesta, Jesús se puso de pie, y
clamaba, diciendo: Si alguno
tiene sed, venga a mí, y beba.
38 El que cree en mí, como dice
la Escritura, de su vientre corre-
rán ríos de agua viva.
39 (Y esto dijo del Espíritu, que
habían de recibir los que creye-
sen en él; porque aún no había
sido *dado* el Espíritu Santo, por-
que Jesús aún no había sido glo-
rificado.)
40 Entonces muchos del pueblo
cuando oyeron este dicho, de-
cían: Verdaderamente éste es el
Profeta.
41 Otros decían: Éste es el Cristo.
Algunos empero decían: ¿De Ga-
lilea ha de venir el Cristo?
42 ¿No ha dicho la Escritura:
Que de la simiente de David, y
de la aldea de Belem, de donde
era David, vendrá el Cristo?
43 Así que había disensión entre
el pueblo a causa de él.
44 Y algunos de ellos le querían
prender; mas ninguno le echó
sobre él las manos.
45 Y los oficiales vinieron a los

príncipes de los sacerdotes, y a
los Fariseos; y ellos les dijeron:
¿Por qué no le trajisteis?
46 Los oficiales respondieron:
Nunca así ha hablado hombre,
como este hombre.
47 Entonces los Fariseos les res-
pondieron: ¿Sois también voso-
tros engañados?
48 ¿Ha creído en él alguno de los
príncipes, o de los Fariseos?
49 Mas esta gente común que no
sabe la ley, malditos son.
50 Díceles Nicodemo, (el que
vino a Jesús de noche, el cual era
uno de ellos:)
51 ¿Juzga nuestra ley a hombre
alguno, si primero no le oye, y
sabe lo que hace?
52 Respondieron y dijéronle:
¿Eres tú también de Galilea?
Escudriña, y ve, que de Galilea
nunca se levantó profeta.
53 Y se fue cada uno a su casa.

CAPÍTULO 8

Y JESÚS se fue al monte de las
Olivas.
2 Y muy de mañana vino otra vez
al templo y todo el pueblo vino a
él, y sentado él los enseñaba.
3 Y entonces los escribas y los
Fariseos traen a él una mujer to-
mada en adulterio; y poniéndola
en medio,
4 Dícenle: Maestro, esta mujer ha
sido tomada en el hecho mismo
adulterando.
5 Y en la ley Moisés nos mandó
apedrear a las tales: ¿Tú, pues,
qué dices?
6 Mas esto decían tentándole,
para poderle acusar; empero
Jesús, inclinado hacia abajo, es-
cribía en la tierra con el dedo,
como si no *los oyera*.
7 Y como perseverasen pregun-
tándole, enderezóse, y les dijo:
El que de vosotros es sin peca-
do arroje primero contra ella la
piedra.
8 Y volviéndose a inclinar hacia
abajo, escribía en tierra.
9 Oyendo pues ellos *esto,* y re-
prendidos por su propia con-
ciencia, salíanse uno a uno, co-
menzando desde los más viejos,
hasta los postreros, y quedó solo
Jesús, y la mujer que estaba de
pie en medio.
10 Y enderezándose Jesús, y no
viendo a nadie más que a la
mujer, le dijo: ¿Mujer, dónde
están los que te acusaban? ¿Nin-
guno te ha condenado?
11 Y ella dijo: Señor, ninguno.
Entonces Jesús le dijo: Ni yo te
condeno: vete, y no peques más.
12 Y hablóles Jesús otra vez, di-
ciendo: Yo soy la luz del mundo:
el que me sigue, no andará en
tinieblas; mas tendrá la luz de
vida.
13 Entonces los Fariseos le dije-
ron: Tú de ti mismo das testimo-
nio: tu testimonio no es verdadero.
14 Respondió Jesús, y les dijo:
Aunque yo doy testimonio de mí
mismo, mi testimonio es verda-
dero; porque sé de dónde vine, y
a dónde voy; mas vosotros no sa-
béis de dónde vengo, y a dónde
voy.
15 Vosotros según la carne juz-
gáis; mas yo no juzgo a nadie.
16 Mas si yo juzgo, mi juicio
es verdadero; porque no soy yo
solo, sino yo, y el Padre que me
envió.
17 También está escrito en vues-
tra ley, que el testimonio de dos
hombres es verdadero.
18 Yo soy el que doy testimonio
de mí mismo; y da testimonio

de mí el Padre que me envió.
19 Entonces le decían: ¿Dónde
está tu Padre? Respondió Jesús:
Ni a mí *me* conocéis, ni a mi
Padre. Si a mí me conocieseis, a
mi Padre también conoceríais.
20 Estas palabras habló Jesús en
el lugar del tesoro, enseñando
en el templo; y nadie le prendió,
porque aún no había venido su
hora.
21 Y díjoles otra vez Jesús: Yo me
voy, y me buscaréis, y en vuestro
pecado moriréis: a donde yo voy,
vosotros no podéis venir.
22 Decían entonces los Judíos:
¿Hase de matar a sí mismo, por-
que dice: A donde yo voy, voso-
tros no podéis venir?
23 Y les decía: Vosotros sois de
abajo, yo soy de arriba: vosotros
sois de este mundo, yo no soy de
este mundo.
24 Por eso os dije, que moriríais
en vuestros pecados; porque si
no creyereis que yo soy, en vues-
tros pecados moriréis.
25 Y decíanle: ¿Tú, quién eres?
Entonces Jesús les dijo: El que al
principio también os he dicho.
26 Muchas cosas tengo que decir,
y que juzgar de vosotros; mas el
que me envió, es verdadero; y yo
lo que he oído de él, esto hablo
en el mundo.
27 Mas no entendieron que él les
hablaba del Padre.
28 Díjoles pues Jesús: Cuando le-
vantareis al Hijo del hombre, en-
tonces conoceréis que yo soy, y
que nada hago de mí mismo; mas
como mi Padre me enseñó, esto
hablo.
29 Y el que me envió, conmigo
está, no me ha dejado solo el
Padre; porque hago siempre las
cosas que le agradan a él.
30 Hablando él estas cosas, mu-
chos creyeron en él.
31 Entonces decía Jesús a los
Judíos que le habían creído: Si
vosotros permanecéis en mi pa-
labra, sois verdaderamente mis
discípulos;
32 Y conoceréis la verdad, y la
verdad os hará libres.
33 Y respondiéronle: Simiente
de Abraham somos, y jamás ser-
vimos a nadie: ¿Cómo dices tú:
Seréis hechos libres?
34 Jesús les respondió: De cierto,
de cierto os digo, que todo aquel
que hace pecado, es siervo del
pecado.
35 Y el siervo no queda en casa
por siempre; *mas* el Hijo queda
por siempre.
36 Así que, si el Hijo os hiciera li-
bres, seréis verdaderamente libres.
37 Yo sé que sois simiente de
Abraham; mas procuráis matar-
me, porque mi palabra no tiene
lugar en vosotros.
38 Yo, lo que he visto con mi Padre,
hablo; y vosotros lo que habéis
visto con vuestro padre, hacéis.
39 Respondieron, y dijéronle:
Nuestro padre es Abraham. Dí-
celes Jesús: Si fuerais hijos de
Abraham, las obras de Abraham
haríais.
40 Empero ahora procuráis ma-
tarme, hombre que os ha habla-
do la verdad, la cual he oído de
Dios: no hizo esto Abraham.
41 Vosotros hacéis las obras de
vuestro padre. Dijéronle pues:
Nosotros no somos nacidos de
fornicación: un solo Padre tene-
mos, *que es* Dios.
42 Jesús entonces les dijo: Si
vuestro Padre fuera Dios, cierta-
mente me amaríais a mí; porque
yo de Dios he salido, y he venido;

que no he venido de mí mismo,
mas él me envió.
43 ¿Por qué no entendéis mi len-
guaje? porque no podéis oír mi
palabra.
44 Vosotros de *vuestro* padre el
diablo sois, y los deseos de vues-
tro padre queréis hacer: Él, ho-
micida era desde el principio; y
no permaneció en la verdad; por-
que no hay verdad en él. Cuan-
do habla mentira, de suyo habla;
porque es mentiroso, y padre de
mentira.
45 Y porque yo *os* digo la verdad,
no me creéis.
46 ¿Quién de vosotros me re-
darguye de pecado? Y si digo la
verdad, ¿Por qué vosotros no me
creéis?
47 El que es de Dios, las palabras
de Dios oye: *las cuales* por tanto
no oís vosotros, porque no sois
de Dios.
48 Respondieron entonces los
Judíos, y dijéronle: ¿No decimos
bien nosotros, que tú eres Sama-
ritano, y *que* tienes demonio?
49 Respondió Jesús: Yo no tengo
demonio; antes honro a mi Padre,
y vosotros me deshonráis.
50 Y yo no busco mi gloria: hay
quien *la* busque, y juzgue.
51 De cierto, de cierto os digo, si
alguno guardare mi palabra, no
verá muerte por siempre.
52 Entonces los Judíos le dije-
ron: Ahora conocemos que tie-
nes demonio: Abraham murió,
y los profetas; y tú dices: El que
guardare mi palabra, no gustará
muerte por siempre.
53 ¿Eres tú mayor que nuestro
padre Abraham, el cual murió? y
los profetas murieron: ¿Quién te
haces a ti mismo?
54 Respondió Jesús: Si yo me
glorifico a mí mismo, mi gloria
es nada: mi Padre es el que me
glorifica: el que vosotros decís,
que es vuestro Dios.
55 Mas no le habéis conocido: yo
empero le conozco; y si dijere
que no le conozco, seré como vo-
sotros, mentiroso; mas le conoz-
co, y guardo su palabra.
56 Abraham vuestro padre se re-
gocijó por ver mi día; y *lo* vio, y
se regocijó.
57 Dijéronle entonces los Judíos:
Aún no tienes cincuenta años; ¿Y
has visto a Abraham?
58 Díjoles Jesús: De cierto, de
cierto os digo, antes que Abra-
ham fuese, Yo soy.
59 Tomaron entonces piedras
para arrojarle; mas Jesús se en-
cubrió, y se salió del templo,
atravesando por medio de ellos,
y así pasó.

CAPÍTULO 9

Y PASANDO *Jesús*, vio a un hom-
bre ciego desde *su* nacimiento.
2 Y preguntáronle sus discípulos,
diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste
o sus padres, para que naciese
ciego?
3 Respondió Jesús: Ni éste pecó,
ni sus padres: sino para que las
obras de Dios se manifiesten en
él.
4 Es menester que yo obre las
obras de aquél que me envió,
entre tanto que el día dura: la
noche viene, cuando nadie puede
obrar.
5 Entre tanto que estoy en el
mundo, Yo soy la luz del mundo.
6 Habiendo dicho esto, escupió
en tierra; e hizo lodo de la saliva,
y untó con el lodo sobre los ojos
del ciego,
7 Y le dijo: Ve, lávate en el estan-

que de Siloé, que interpretado es,
Enviado. Se fue pues, y se lavó, y
vino viendo.
8 Entonces los vecinos, y los que
antes le habían visto que era
ciego, decían: ¿No es éste el que
se sentaba, y mendigaba?
9 Otros decían: Éste es; y otros:
Se le parece; *mas* él decía: Yo soy.
10 Por esto le decían: ¿Cómo te
fueron abiertos los ojos?
11 Respondió él, y dijo: Aquel
hombre que se llama Jesús, hizo
lodo, y me untó los ojos, y me
dijo: Ve al estanque de Siloé, y
lávate; y yo fui, y me lavé, y re-
cibí la vista.
12 Entonces le dijeron: ¿Dónde
está aquél? Dice *él*: No sé.
13 Llévanle a los Fariseos, al que
antes había sido ciego.
14 Y era sábado cuando Jesús
había hecho el lodo, y le había
abierto los ojos.
15 Y volviéronle a preguntar
también los Fariseos, de qué ma-
nera había recibido la vista. Él
les dijo: Púsome lodo sobre los
ojos, y me lavé, y veo.
16 Entonces unos de los Fariseos
le decían: Este hombre no es de
Dios, porque no guarda el sába-
do. Y otros decían: ¿Cómo puede
un hombre pecador hacer tales mi-
lagros? Y había división entre ellos.
17 Vuelven a decir al ciego: ¿Tú,
qué dices del que te abrió los
ojos? Y él dijo: Que es un profeta.
18 Mas los Judíos no creían de él,
que había sido él ciego, y hubie-
se recibido la vista, hasta que lla-
maron a los padres del que había
recibido la vista.
19 Y preguntáronles, diciendo:
¿Es éste vuestro hijo, el que vo-
sotros decís, que nació ciego?
¿Cómo, pues, ve ahora?
20 Respondiéronles sus padres,
y dijeron: Sabemos que éste es
nuestro hijo, y que nació ciego:
21 Mas cómo vea ahora, no *lo* sa-
bemos; o quién le haya abierto
los ojos, nosotros no *lo* sabemos:
él tiene edad, preguntadle a él, él
hablará por sí mismo.
22 Esto dijeron sus padres, por-
que tenían miedo de los Judíos;
porque ya los Judíos habían con-
cluido que si alguno confesase
que él era Cristo, que fuese echa-
do fuera de la sinagoga.
23 Por eso dijeron sus padres:
Edad tiene, preguntad*le* a él.
24 Así que volvieron a llamar al
hombre que había sido ciego, y
le dijeron: Da gloria a Dios: no-
sotros sabemos que este hombre
es pecador.
25 Entonces él respondió, y dijo:
Si es pecador *o no*, yo no *lo* sé:
una cosa sé, que habiendo yo
sido ciego, ahora veo.
26 Y volviéronle a decir: ¿Qué te
hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?
27 Respondióles: Ya os *lo* he
dicho, y no *lo* habéis oído: ¿Por
qué *lo* queréis otra vez oír? ¿Que-
réis también vosotros haceros
sus discípulos?
28 Entonces le injuriaron, y di-
jeron: Tú eres su discípulo; mas
nosotros discípulos de Moisés
somos.
29 Nosotros sabemos que a Moi-
sés habló Dios; *mas* éste no sabe-
mos de dónde es.
30 Respondióles el hombre, y les
dijo: Cierto maravillosa cosa es
ésta, que vosotros no sabéis de
dónde sea, y *a mí* me abrió los ojos.
31 Y sabemos que Dios no oye a
los pecadores; mas si alguno es
adorador de Dios, y hace su vo-
luntad, a éste oye.

32 Desde el principio del mundo
no fue oído, que abriese alguno
los ojos de uno que nació ciego.
33 Si este hombre no fuera de
Dios, no pudiera hacer nada.
34 Respondieron, y le dijeron: En
pecados eres nacido todo; ¿y tú
nos enseñas? Y echáronle fuera.
35 Oyó Jesús que le habían echa-
do fuera; y hallándole, le dijo:
¿Tú crees en el Hijo de Dios?
36 Respondió él, y dijo: ¿Quién
es, Señor, para que crea en él?
37 Y díjole Jesús: Ya le has visto,
y el que habla contigo, él es.
38 Y él dijo: Creo, Señor. Y le adoró.
39 Y dijo Jesús: Yo, para juicio
he venido a este mundo, para
que los que no ven, vean; y para
que los que ven, sean cegados.
40 Y oyeron esto *algunos* de los
Fariseos que estaban con él, y le
dijeron: ¿Somos nosotros tam-
bién ciegos?
41 Díjoles Jesús: Si fuerais ciegos,
no tuvierais pecado; mas ahora
decís: Vemos; por tanto vuestro
pecado permanece.

CAPÍTULO 10

DE cierto, de cierto os digo,
que el que no entra por la
puerta en el aprisco de las ovejas,
mas sube por otra parte, el tal la-
drón es y robador.
2 Mas el que entra por la puerta,
el pastor de las ovejas es.
3 A éste abre el portero, y las
ovejas oyen su voz; y a sus pro-
pias ovejas él llama por nombre,
y las saca fuera.
4 Y cuando saca fuera sus pro-
pias ovejas, va delante de ellas, y
las ovejas le siguen; porque co-
nocen su voz.
5 Mas al extraño no seguirán,
antes huirán de él; porque no
conocen la voz de los extraños.
6 Esta parábola les dijo Jesús;
mas ellos no entendieron qué era
lo que les decía.
7 Volvióles pues Jesús a decir:
De cierto, de cierto os digo, que
yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos los que antes de mí vi-
nieron, ladrones son y robadores,
mas no los oyeron las ovejas.
9 Yo soy la puerta: el que por mí
entrare, será salvo; y entrará, y
saldrá, y hallará pastos.
10 El ladrón no viene sino para
hurtar, y matar, y destruir: yo he
venido para que tengan vida, y
para que *la* tengan en abundancia.
11 Yo soy el buen Pastor: el buen
pastor su vida da por las ovejas.
12 Mas el asalariado, y que no es
el pastor, cuyas no son propias
las ovejas, ve al lobo que viene, y
deja las ovejas, y huye; y el lobo
arrebata, y dispersa las ovejas.
13 Así que el asalariado huye,
porque es asalariado, y no tiene
cuidado de las ovejas.
14 Yo soy el buen Pastor; y co-
nozco mis *ovejas*, y soy conocido
de las mías,
15 Como el Padre me conoce a
mí, así yo también conozco al
Padre; y pongo mi vida por las
ovejas.
16 También tengo otras ovejas
que no son de este redil: aqué-
llas también he de traer, y oirán
mi voz; y habrá un rebaño, y un
pastor.
17 Por eso me ama mi Padre,
porque yo pongo mi vida, para
volverla a tomar.
18 Nadie la quita de mí, mas yo
la pongo de mí mismo, tengo po-
testad para ponerla, y tengo po-
testad para volverla a tomar. Este
mandamiento recibí de mi Padre.

19 Y volvió a haber división entre
los Judíos por estas palabras.
20 Y muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está loco: ¿para
qué le oís?
21 Decían otros: Estas palabras no
son de endemoniado: ¿Puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?
22 Y hacíase la fiesta de la dedicación en Jerusalem, y era invierno.
23 Y Jesús andaba en el templo
por el pórtico de Salomón.
24 Y rodeáronle los Judíos, y le
dijeron: ¿Hasta cuándo traes suspensa nuestra alma? Si tú eres el
Cristo, dínoslo abiertamente.
25 Respondióles Jesús: Os dije, y
vosotros no creéis: las obras que
yo hago en nombre de mi Padre,
éstas dan testimonio de mí.
26 Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como
os he dicho.
27 Mis ovejas oyen mi voz, y yo
las conozco, y ellas me siguen;
28 Y yo les doy vida eterna, y no
perecerán por siempre, ni nadie
las arrebatará de mi mano.
29 Mi Padre que me *las* dio,
mayor que todos es; y nadie *las*
puede arrebatar de la mano de
mi Padre.
30 Yo y *mi* Padre somos uno.
31 Entonces volvieron a tomar
piedras los Judíos, para apedrearle.
32 Respondióles Jesús: Muchas
buenas obras os he mostrado de
mi Padre, ¿Por cuál obra de ellas
me apedreáis?
33 Respondiéronle los Judíos, diciendo: Por la buena obra no te
apedreamos, sino por la blasfemia; y porque tú, siendo hombre,
te haces Dios.
34 Respondióles Jesús: ¿No está
escrito en vuestra ley: Yo dije:
dioses sois?
35 Si llamó dioses a aquellos, a
los cuales vino la palabra de
Dios, y la Escritura no puede ser
quebrantada,
36 ¿A quien el Padre santificó, y
envió al mundo, vosotros decís:
Tú blasfemas; porque dije: Yo
soy el Hijo de Dios?
37 Si no hago obras de mi Padre,
no me creáis.
38 Mas si *las* hago, aunque a mí
no creáis, creed a las obras, para
que conozcáis y creáis, que el
Padre *es* en mí, y yo en él.
39 Y procuraban otra vez prenderle; mas él se salió de sus manos.
40 Y se fue otra vez de la otra
parte del Jordán, a aquel lugar
donde primero había estado bautizando Juan, y se estuvo allí.
41 Y muchos venían a él, y decían: Juan a la verdad ningún
milagro hizo; mas todo lo que
Juan dijo de éste, era verdad.
42 Y muchos creyeron allí en él.

CAPÍTULO 11

ESTABA entonces enfermo
cierto *hombre llamado* Lázaro,
de Betania, la aldea de María y
de Marta su hermana.
2 (Era María la que ungió al Señor
con ungüento, y limpió sus pies
con sus cabellos, cuyo hermano
Lázaro estaba enfermo.)
3 Enviaron pues sus hermanas a él, diciendo: Señor, he
aquí, el que amas está enfermo.
4 Y oyéndo*lo* Jesús, dijo: Esta
enfermedad no es para muerte,
sino por la gloria de Dios, para
que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.
5 Y amaba Jesús a Marta, y a su
hermana, y a Lázaro.

6 Cuando oyó, pues, que estaba
enfermo, entonces se quedó dos
días más en aquel lugar donde
estaba.
7 Entonces, después de esto, dijo
a *sus* discípulos: Vamos a Judea
otra vez.
8 Dícenle *sus* discípulos: Rabí,
ahora procuraban los Judíos ape-
drearte, ¿Y vas otra vez allá?
9 Respondió Jesús: ¿No tiene el
día doce horas? El que anduviere
de día, no tropieza, porque ve la
luz de este mundo.
10 Mas el que anduviere de noche,
tropieza, porque no hay luz en él.
11 Él dijo estas cosas; y después
de esto les dice: Lázaro nuestro
amigo duerme; mas voy a des-
pertarle del sueño.
12 Dijéronle entonces sus discípu-
los: Señor, si duerme, sano estará.
13 Mas esto decía Jesús de la
muerte de él; y ellos pensaron que
hablaba del reposar del sueño.
14 Entonces pues Jesús les dijo
claramente: Lázaro es muerto;
15 Y huélgome por vosotros, que
yo no haya estado allí, para que
creáis; mas vamos a él.
16 Dijo entonces Tomás, el que
se llama Dídimo, a sus condiscí-
pulos: Vamos también nosotros,
para que muramos con él.
17 Vino pues Jesús, y hallólo, que
había ya cuatro días *que estaba* en
el sepulcro.
18 Y Betania estaba cerca de Je-
rusalem como quince estadios.
19 Y muchos de los Judíos ha-
bían venido a Marta y a María,
para consolarlas de su hermano.
20 Entonces Marta, cuando oyó
que Jesús venía, le salió a reci-
bir; mas María estaba sentada en
casa.
21 Entonces Marta, dijo a Jesús:
Señor, si hubieras estado aquí,
mi hermano no hubiera muerto.
22 Mas sé que también ahora,
todo lo que pidieres a Dios, te *lo*
dará Dios.
23 Dícele Jesús: Resucitará tu
hermano.
24 Marta le dice: Yo sé que re-
sucitará en la resurrección en el
día postrero.
25 Dícele Jesús: Yo soy la resu-
rrección, y la vida: el que cree en
mí, aunque esté muerto, vivirá;
26 Y todo aquel que vive, y cree
en mí, no morirá eternamente.
¿Crees esto?
27 Ella le dice: Sí, Señor, yo creo
que tú eres el Cristo, el Hijo
de Dios, que había de venir al
mundo.
28 Y cuando ella hubo dicho
esto, se fue, y llamó en secreto
a María su hermana, diciendo: El
Maestro está aquí, y te llama.
29 Ella, como *lo* oyó, se levanta
prestamente, y viene a él.
30 Porque aún no había llegado
Jesús a la aldea, mas estaba en
aquel lugar donde Marta le había
salido a recibir.
31 Entonces los Judíos que esta-
ban en casa con ella, y la conso-
laban, cuando vieron que María
se había levantado prestamente,
y había salido, la siguieron, di-
ciendo: Va al sepulcro a llorar
allí.
32 Mas María, cuando vino a
donde estaba Jesús, viéndole,
derribóse a sus pies, diciéndole:
Señor, si hubieras estado aquí,
no hubiera muerto mi hermano.
33 Jesús entonces cuando la vio
llorando, y a los Judíos que ha-
bían venido juntamente con ella
llorando, gimió en espíritu, y se
turbó,

34 Y dijo: ¿Dónde le pusisteis?
Dícenle: Señor, ven, y ve.
35 Jesús lloró.
36 Dijeron entonces los Judíos:
¡He aquí cómo le amaba!
37 Y algunos de ellos dijeron:
¿No podía éste, que abrió los
ojos del ciego, hacer también
que éste no muriera?
38 Y Jesús, gimiendo otra vez en
sí mismo, vino al sepulcro, *que*
era una cueva, la cual tenía una
piedra puesta encima.
39 Dice Jesús: Quitad la pie-
dra. Marta, la hermana del que
había sido muerto, le dice: Señor,
hiede ya; porque es *muerto* de
cuatro días.
40 Jesús le dice: ¿No te he dicho
que si creyeres, verás la gloria de
Dios?
41 Entonces quitaron la piedra
de donde el muerto había sido
puesto; y Jesús, alzando *sus* ojos
arriba, dijo: Padre, gracias te doy
que me has oído.
42 Y yo sabía que siempre me oyes;
mas por causa de la gente que está
en pie alrededor *lo* dije, para que
crean que tú me has enviado.
43 Y habiendo dicho estas cosas,
clamó a gran voz: Lázaro, ven
fuera.
44 Y el que había sido muerto,
salió, atadas las manos y los pies
con vendas; y su rostro estaba
envuelto en un sudario. Díceles
Jesús: Desatadle, y dejadle ir.
45 Entonces muchos de los Ju-
díos que habían venido a María,
y habían visto lo que había hecho
Jesús, creyeron en él.
46 Mas algunos de ellos fueron a
los Fariseos, y les dijeron lo que
Jesús había hecho.
47 Entonces los príncipes de los
sacerdotes, y los Fariseos junta-
ron concilio, y decían: ¿Qué ha-
cemos? porque este hombre hace
muchos milagros.
48 Si le dejamos así, todos cree-
rán en él; y vendrán los Romanos,
y quitarán nuestro lugar y nación.
49 Entonces Caifás, uno de ellos,
sumo sacerdote de aquel año, les
dijo: Vosotros no sabéis nada,
50 Ni consideráis que nos con-
viene que un hombre muera por
el pueblo, y no que toda la na-
ción perezca.
51 Mas esto no lo dijo de sí
mismo; sino que, como era el
sumo sacerdote de aquel año,
profetizó que Jesús había de
morir por la nación;
52 Y no solamente por aquella
nación mas también para que
juntase en uno a los hijos de Dios
que estaban dispersos.
53 Así que desde aquel día con-
sultaban juntos para matarle.
54 Por tanto que Jesús ya no an-
daba públicamente entre los Ju-
díos; mas se fue de allí a la tierra
que está junto al desierto, a una
ciudad que se llama Efraím; y es-
tábase allí con sus discípulos.
55 Y la pascua de los Judíos es-
taba cerca; y muchos de aquella
tierra subieron a Jerusalem antes
de la pascua para purificarse.
56 Y buscaban a Jesús, y habla-
ban los unos con los otros estan-
do de pie en el templo: ¿Qué os
parece? ¿Qué no vendrá a la fiesta?
57 Mas los príncipes de los sacer-
dotes y los Fariseos habían dado
mandamiento, que si alguno su-
piese dónde estuviera, que *lo* ma-
nifestase, para que le prendiesen.

CAPÍTULO 12

ENTONCES Jesús, seis días
antes de la pascua, vino

a Betania, donde estaba Láza-
ro, el que había muerto, al cual
él había resucitado de entre los
muertos.
2 E hiciéronle allí una cena, y
Marta servía; mas Lázaro era
uno de los que estaban sentados
a la mesa juntamente con él.
3 Entonces María tomó una libra
de ungüento de nardo puro de
mucho precio, y ungió los pies
de Jesús, y limpió sus pies con
sus cabellos; y la casa se llenó
del olor del ungüento.
4 Entonces dijo uno de sus discípu-
los, Judas Iscariote, *hijo* de Simón,
el que le había de entregar;
5 ¿Por qué no se ha vendido este
ungüento por trescientos dena-
rios, y se dio a los pobres?
6 Mas esto dijo, no por el cui-
dado que él tenía de los pobres;
sino porque era ladrón; y tenía
la bolsa, y traía lo que se echaba
en ella.
7 Entonces Jesús dijo: Déjala:
para el día de mi sepultura ha
guardado esto.
8 Porque a los pobres siempre
los tenéis con vosotros, mas a mí
no siempre me tenéis.
9 Entonces *una* gran multitud
de los Judíos supo que él estaba
allí; y vinieron no solamente por
causa de Jesús, sino también por
ver a Lázaro al cual había resuci-
tado de entre los muertos.
10 Empero consultaron los prín-
cipes de los sacerdotes, para
matar también a Lázaro;
11 Porque muchos de los Judíos
iban y creían en Jesús por causa
de él.
12 El siguiente día gran multitud
de gente que había venido a la
fiesta, cuando oyeron que Jesús
venía a Jerusalem,
13 Tomaron ramos de palmas, y
salieron a recibirle, y clamaban:
¡Hosanna: Bendito el que viene
en el nombre del Señor, el Rey
de Israel!
14 Y halló Jesús un asnillo, y se
sentó sobre él, como está escrito:
15 No temas, oh hija de Sión,
he aquí, tu Rey viene asentado
sobre un pollino de una asna.
16 Mas estas cosas no las enten-
dieron sus discípulos al principio:
empero cuando Jesús fue glorifi-
cado, entonces se acordaron que
estas cosas estaban escritas de él,
y *que* le hicieron estas cosas.
17 La gente, pues, que estaba con
él, cuando llamó a Lázaro del se-
pulcro, y le resucitó de entre los
muertos, daba testimonio.
18 Por lo cual también había ve-
nido la gente a recibirle; porque
habían oído que él había hecho
este milagro.
19 Mas los Fariseos dijeron entre
sí: ¿Veis que nada aprovecháis?
he aquí, que el mundo se va en
pos de él.
20 Y había ciertos Griegos de los
que habían subido a adorar en la
fiesta.
21 Éstos, pues, se llegaron a Fe-
lipe, que era de Betsaida de Gali-
lea, y le rogaron, diciendo: Señor,
querríamos ver a Jesús.
22 Vino Felipe, y *lo* dijo a An-
drés: Y después Andrés, y Felipe,
lo dicen a Jesús.
23 Y Jesús les respondió, dicien-
do: Venida es la hora en que el
Hijo del hombre ha de ser glori-
ficado.
24 De cierto, de cierto os digo,
que si el grano de trigo que cae
en la tierra, no muriere, él queda
solo; mas si muriere, mucho
fruto lleva.

25 El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.
26 Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, *mi* Padre le honrará.
27 Ahora es turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora; mas por esta causa he venido a esta hora.
28 Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo, *diciendo*: Ya *lo* he glorificado, y *lo* glorificaré otra vez.
29 El pueblo, pues, que estaba de pie allí, y *la* había oído, decía que había sido un trueno: otros decían: Un ángel le ha hablado.
30 Respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros.
31 Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.
32 Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.
33 Y esto decía significando de qué muerte había de morir.
34 Respondióle la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece por siempre: ¿cómo pues dices tú: Es menester que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre?
35 Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros: andad mientras que tenéis la luz, no sea que os alcancen las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe dónde va.
36 Mientras que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y se fue, y se escondió de ellos.
37 Empero aunque había hecho delante de ellos tantos milagros, no creían en él;
38 Para que se cumpliese el dicho que dijo el profeta Isaías: ¿Señor, quién ha creído a nuestro dicho? ¿y el brazo del Señor, a quién ha sido revelado?
39 Por esto no podían creer, porque otra vez dijo Isaías:
40 Él ha cegado los ojos de ellos, y ha endurecido el corazón de ellos para que no vean con *sus* ojos ni entiendan con *su* corazón, y se conviertan, y yo los sane.
41 Estas cosas dijo Isaías, cuando vio su gloria, y habló de él.
42 Con todo eso aun de los príncipes muchos creyeron en él; mas por causa de los Fariseos no *le* confesaban, por no ser echados de la sinagoga.
43 Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.
44 Mas Jesús clamó, y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquél que me envió.
45 Y el que me ve, ve al que me envió.
46 Yo, *la* luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí, no permanezca en tinieblas.
47 Y si alguno oye mis palabras y no creyere, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.
48 El que me desecha, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, la misma le juzgará en el día postrero.
49 Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que debo de hablar.

50 Y sé que su mandamiento es
vida eterna: así que lo que yo
hablo, como el Padre me lo ha
dicho, así hablo.

CAPÍTULO 13

Y ANTES de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su
hora era venida para que pasase
de este mundo al Padre, como
había amado a los suyos que
estaban en el mundo, los amó
hasta el fin.
2 Y acabada la cena, el diablo ya
había metido en el corazón de
Judas Iscariote, *hijo* de Simón,
que le entregase:
3 Sabiendo Jesús que el Padre le
había dado todas las cosas en sus
manos, y que había venido de
Dios, y a Dios iba:
4 Levántase de la cena, y se quita
su ropa, y tomando una toalla,
ciñóse.
5 Luego puso agua en el lebrillo,
y comenzó a lavar los pies de los
discípulos, y a limpiar*los* con la
toalla con que estaba ceñido.
6 Entonces vino a Simón Pedro;
y Pedro le dice: ¿Señor, tú me
lavas a mí los pies?
7 Respondió Jesús, y le dijo:
Lo que yo hago, tú no lo sabes
ahora; mas lo sabrás después.
8 Dícele Pedro: No me lavarás los
pies jamás. Respondióle Jesús:
Si no te lavare, no tendrás parte
conmigo.
9 Dícele Simón Pedro: Señor, no
sólo mis pies, mas aún *mis* manos,
y *mi* cabeza.
10 Dícele Jesús: El que está lavado, no ha menester sino que lave
sus pies, pues está todo limpio. Y
vosotros limpios sois, aunque no
todos.
11 Porque sabía quién era el que
le entregaba; por eso dijo: No
sois limpios todos.
12 Así que, después que les hubo
lavado los pies, y tomado su
ropa, volviéndose a asentar otra
vez, les dijo: ¿Sabéis lo que os he
hecho?
13 Vosotros me llamáis Maestro
y Señor; y decís bien; porque *lo*
soy:
14 Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los
pies los unos a los otros.
15 Porque ejemplo os he dado,
para que como yo os he hecho,
vosotros también hagáis.
16 De cierto, de cierto os digo: El
siervo no es mayor que su señor:
ni el enviado es mayor que el
que le envió.
17 Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois, si las hiciereis.
18 No hablo de todos vosotros:
yo sé los que he elegido; mas
para que se cumpla la Escritura:
El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.
19 Desde ahora os lo digo, antes
que suceda, para que cuando sucediere, creáis que yo soy.
20 De cierto, de cierto os digo,
que el que recibe al que yo enviare, a mí recibe; y el que a mí
recibe, recibe al que me envió.
21 Cuando hubo Jesús dicho esto,
fue turbado en espíritu, y testificó, y dijo: De cierto, de cierto os
digo, que uno de vosotros me ha
de entregar.
22 Entonces los discípulos mirábanse los unos a los otros, dudando de quién hablaba.
23 Ahora estaba uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, recostando en el pecho de Jesús.
24 A éste pues hizo señas Simón

Pedro, para que preguntase quién
era aquél de quien hablaba.
25 Él entonces recostado sobre
el pecho de Jesús, le dice: Señor,
¿quién es?
26 Respondió Jesús: Aquél es, a
quien yo diere el pan mojado. Y
mojando el pan, diólo a Judas Is-
cariote, *el hijo* de Simón.
27 Y tras el bocado Satanás entró
en él. Entonces Jesús le dice: Lo
que haces, hazlo más presto.
28 Empero esto ninguno de los
que estaban a la mesa entendió a
qué propósito se lo dijo.
29 Porque algunos *de ellos* pensa-
ban, porque Judas tenía la bolsa,
que Jesús le decía: Compra *las
cosas* que nos son necesarias para
la fiesta: o que diese algo a los
pobres.
30 Entonces él, habiendo recibi-
do el bocado, inmediatamente
salió; y era noche.
31 Entonces cuando él salió, dijo
Jesús: Ahora es glorificado el
Hijo del hombre, y Dios es glori-
ficado en él.
32 Si Dios es glorificado en él,
Dios también le glorificará en sí
mismo; y luego le glorificará.
33 Hijitos, aun un poco estoy con
vosotros. Me buscaréis; y, así
como dije a los Judíos: Donde yo
voy, vosotros no podéis venir; así
ahora a vosotros *lo* digo.
34 Un mandamiento nuevo os
doy: Que os améis los unos a los
otros: como os amé yo, que tam-
bién os améis los unos a los otros.
35 En esto conocerán todos que
sois mis discípulos, si tuvieres
amor los unos con los otros.
36 Le dijo Simón Pedro: ¿Señor,
a dónde vas? Respondióle Jesús:
Donde yo voy, no me puedes seguir
ahora; mas *me* seguirás después.
37 Dícele Pedro: ¿Señor, por qué
no te puedo seguir ahora? mi
vida pondré por ti.
38 Respondióle Jesús: ¿Tu vida
pondrás por mí? De cierto, de
cierto te digo: No cantará el gallo,
hasta que me hayas negado tres
veces.

CAPÍTULO 14

NO se turbe vuestro corazón:
creéis en Dios, creed tam-
bién en mí.
2 En la casa de mi Padre muchas
mansiones hay; si *así* no *fuera*,
os *lo* hubiera yo dicho. Yo voy a
aparejar el lugar para vosotros.
3 Y si me fuere y os aparejare el
lugar, vendré otra vez, y os toma-
ré a mí mismo, para que donde
yo estoy, vosotros también estéis.
4 Y sabéis a dónde yo voy, y el
camino sabéis.
5 Dícele Tomás: Señor, no sabe-
mos a dónde vas: ¿y cómo pode-
mos saber el camino?
6 Jesús le dice: Yo soy el cami-
no, y la verdad, y la vida; nadie
viene al Padre, sino por mí.
7 Si me hubiereis conocido, ha-
brías también conocido a mi
Padre; y desde ahora le conocéis,
y le habéis visto.
8 Dícele Felipe: Señor, muéstra-
nos el Padre, y nos basta.
9 Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha
que estoy con vosotros, y no me
has conocido aún, Felipe? El que
me ha visto, ha visto al Padre.
¿Cómo *pues* dices tú: Muéstranos
el Padre?
10 ¿No crees que yo *soy* en el
Padre, y el Padre en mí? Las pa-
labras que yo os hablo, no *las*
hablo de mí mismo; mas el Padre
que mora en mí, él hace las obras.
11 Creedme que yo *soy* en el

Padre, y el Padre en mí: o si no,
creedme por causa de las mismas
obras.
12 De cierto, de cierto os digo: El
que en mí cree, las obras que yo
hago también él *las* hará, y ma-
yores que éstas hará; porque yo
voy a mi Padre.
13 Y todo lo que pidiereis en mi
nombre, esto haré; para que el
Padre sea glorificado en el Hijo.
14 Si algo pidiereis en mi nom-
bre, yo *lo* haré.
15 Si me amáis, guardad mis
mandamientos.
16 Y yo rogaré al Padre, el cual
os dará otro Consolador para que
more con vosotros por siempre;
17 *Es a saber*, al Espíritu de ver-
dad, al cual el mundo no puede
recibir; porque no le ve, ni le co-
noce; mas vosotros le conocéis,
porque mora con vosotros, y será
en vosotros.
18 No os dejaré huérfanos: yo
vendré a vosotros.
19 Aún un poquito, y el mundo
no me verá más; empero voso-
tros me veréis: por cuanto yo
vivo, vosotros también viviréis.
20 En aquel día vosotros cono-
ceréis que yo *soy* en mi Padre, y
vosotros en mí, y yo en vosotros.
21 El que tiene mis mandamien-
tos, y los guarda, aquél es el
que me ama; y el que me ama,
será amado de mi Padre; y yo le
amaré a él, y me manifestaré a él.
22 Dícele Judas, no el Iscariote:
Señor, ¿qué hay porque te has
de manifestar a nosotros, y no al
mundo?
23 Respondió Jesús, y le dijo:
Si alguno me ama, mis palabras
guardará; y mi Padre le amará, y
vendremos a él, y haremos con él
morada.
24 El que no me ama, no guar-
da mis palabras; y la palabra que
habéis oído, no es mía, sino del
Padre que me envió.
25 Estas cosas os he hablado es-
tando *aún* con vosotros.
26 Mas el Consolador, el Espíritu
Santo, al cual el Padre enviará en
mi nombre; él os enseñará todas
las cosas, y os recordará todas
las cosas que os he dicho.
27 Paz os dejo: mi paz os doy:
no como el mundo *la* da, yo os *la*
doy: no se turbe vuestro corazón,
ni tenga miedo.
28 Habéis oído cómo yo os he
dicho: Voy, y vengo *otra vez* a
vosotros. Si me amaseis, cierta-
mente os regocijaríais, porque
he dicho que voy al Padre; por-
que mi Padre mayor es que yo.
29 Y ahora os *lo* he dicho antes
que se haga, para que cuando se
hiciere, creáis.
30 Ya no hablaré mucho con vo-
sotros; porque viene el príncipe
de este mundo; mas no tiene
nada en mí.
31 Empero para que conozca el
mundo que amo al Padre, y como
el Padre me dio mandamiento,
así hago. Levantaos, vamos de
aquí.

CAPÍTULO 15

YO soy la vid verdadera, y mi
Padre es el labrador.
2 Todo pámpano en mí que no
lleva fruto, le quita; y todo aquel
que lleva fruto, le limpia, para
que lleve más fruto.
3 Ya vosotros sois limpios por la
palabra que os he hablado.
4 Permaneced en mí, y yo en
vosotros. Como el pámpano no
puede llevar fruto de sí mismo,
si no permaneciere en la vid, así

ni vosotros, si no permaneciereis
en mí.
5 Yo soy la vid, vosotros los pám-
panos: el que está en mí, y yo en
él, éste lleva mucho fruto: por-
que sin mí nada podéis hacer.
6 Si alguno no permaneciere en
mí, es echado fuera como el pám-
pano, y se seca; y los recogen, y
échan*los* en el fuego, y arden.
7 Si permaneciereis en mí, y mis
palabras permanecieren en voso-
tros, todo lo que quisiereis pedi-
réis, y os será hecho.
8 En esto es glorificado mi Padre,
en que llevéis mucho fruto; así
seréis mis discípulos.
9 Como el Padre me amó, tam-
bién yo os he amado: estad en mi
amor.
10 Si guardareis mis mandamien-
tos, permaneceréis en mi amor:
como yo también he guardado
los mandamientos de mi Padre, y
permanezco en su amor.
11 Estas cosas os he hablado, para
que mi gozo esté en vosotros, y
vuestro gozo sea cumplido.
12 Éste es mi mandamiento: Que
os améis los unos a los otros,
como yo os amé.
13 Nadie tiene mayor amor que
este, que ponga alguno su vida
por sus amigos.
14 Vosotros sois mis amigos, si
hiciereis las cosas que yo os
mando.
15 Ya no os llamaré siervos, por-
que el siervo no sabe lo que hace
su señor; mas os he llamado ami-
gos, porque todas las cosas que
oí de mi Padre, os he hecho co-
nocer.
16 No me escogisteis vosotros
a mí; mas yo os escogí a voso-
tros, y os he ordenado para que
vayáis, y llevéis fruto; y vuestro
fruto permanezca; para que todo
lo que pidiereis al Padre en mi
nombre, él os lo dé.
17 Esto os mando: Que os améis
los unos a los otros.
18 Si el mundo os aborrece, sabed
que a mí me ha aborrecido antes
que a vosotros.
19 Si fuerais del mundo, el mundo
amaría lo que es suyo; mas por-
que no sois del mundo, sino que
yo os escogí del mundo, por eso
os aborrece el mundo.
20 Acordaos de la palabra que
yo os he dicho: No es el siervo
mayor que su señor: Si a mí me
han perseguido, también a voso-
tros perseguirán: si han guarda-
do mi palabra, también guarda-
rán la vuestra.
21 Mas todo esto os harán por
causa de mi nombre; porque no
conocen al que me ha enviado.
22 Si yo no hubiera venido, ni
les hubiera hablado, no tendrían
pecado; mas ahora no tienen ex-
cusa de su pecado.
23 El que me aborrece, también
a mi Padre aborrece.
24 Si yo no hubiese hecho entre
ellos obras cuales ningún otro ha
hecho, no tendrían pecado; mas
ahora, ellos las han visto, y han
aborrecido tanto a mí como a mi
Padre.
25 Mas *esto sucede*, para que se
cumpla la palabra que está escri-
ta en su ley: Sin causa me abo-
rrecieron.
26 Empero cuando viniere el
Consolador, el cual yo os enviaré
del Padre, *es a saber*, el Espíritu
de verdad, el cual procede del
Padre, él dará testimonio de mí.
27 Y vosotros también daréis tes-
timonio, porque habéis estado
conmigo desde el principio.

CAPÍTULO 16

ESTAS cosas os he hablado,
para que no seáis ofendidos.
2 Os echarán de las sinagogas:
aún más, la hora viene, cuando
cualquiera que os matare, pensa-
rá que hace servicio a Dios.
3 Y estas cosas os harán, porque
no conocen al Padre, ni a mí.
4 Mas os he dicho esto, para que
cuando aquella hora viniere, os
acordéis de ello, que yo os lo
había dicho: esto empero no os
lo dije al principio, porque yo es-
taba con vosotros.
5 Mas ahora voy al que me envió;
y ninguno de vosotros me pre-
gunta: ¿Adónde vas?
6 Mas, porque os he hablado
estas cosas, tristeza ha henchido
vuestro corazón.
7 Empero yo os digo la verdad,
que os es necesario que yo vaya;
porque si yo no fuese, el Conso-
lador no vendría a vosotros; mas
si yo fuere, os le enviaré.
8 Y cuando él viniere, redargüirá
al mundo de pecado, y de justi-
cia, y de juicio:
9 De pecado, porque no creen en
mí;
10 De justicia, por cuanto voy a
mi Padre, y no me veréis más;
11 Y de juicio, por cuanto el prín-
cipe de este mundo *ya* es juzgado.
12 Aún tengo muchas cosas que
deciros, mas no las podéis llevar
ahora.
13 Empero cuando viniere aquel,
el Espíritu de verdad, él os guia-
rá a toda verdad; porque no ha-
blará de sí mismo, mas todo lo
que oyere hablará; y las cosas
que han de venir os hará saber.
14 Él me glorificará, porque reci-
birá de lo mío, y os *lo* hará saber.
15 Todo lo que tiene el Padre,
mío es: por eso dije que tomará
de lo mío, y os *lo* hará saber.
16 Un poco, y no me veréis; y
otra vez un poco, y me veréis;
porque yo voy al Padre.
17 Entonces dijeron *algunos* de
sus discípulos unos a otros: ¿Qué
es esto que nos dice: Un poco, y
no me veréis; y otra vez, un poco,
y me veréis; y, porque yo voy al
Padre?
18 Así que decían: ¿Qué es esto
que dice: Un poco? No sabemos
lo que dice.
19 Jesús conocía que le querían
preguntar, y les dijo: ¿Preguntáis
entre vosotros de esto que dije:
Un poco, y no me veréis; y otra
vez, un poco, y me veréis?
20 De cierto, de cierto os digo:
Vosotros lloraréis y lamentaréis,
el mundo empero se alegrará: y
vosotros seréis tristes, mas vues-
tra tristeza será vuelta en gozo.
21 La mujer cuando pare, tiene
dolor, porque es venida su hora;
mas después que ha parido un
niño, ya no se acuerda de la an-
gustia por el gozo de que haya
nacido un hombre en el mundo.
22 Vosotros pues también ahora
ciertamente tenéis tristeza; mas
otra vez os veré, y se gozará
vuestro corazón, y nadie qui-
tará de vosotros vuestro gozo.
23 Y en aquel día no me pregun-
taréis nada. De cierto, de cierto
os digo: Todo cuanto pidiereis al
Padre en mi nombre, os *lo* dará.
24 Hasta ahora nada habéis pedi-
do en mi nombre: pedid, y reci-
biréis para que vuestro gozo sea
cumplido.
25 Estas cosas os he habla-
do en proverbios; mas la hora
viene cuando ya no os hablaré
en proverbios, sino que clara-

mente os anunciaré del Padre.
26 Aquel día pediréis en mi nom-
bre, y no os digo que yo rogaré al
Padre por vosotros;
27 Porque el Padre mismo os
ama, por cuanto vosotros me ha-
béis amado, y habéis creído que
yo salí de Dios.
28 Salí del Padre, y he venido al
mundo: otra vez dejo el mundo,
y voy al Padre.
29 Dícenle sus discípulos: He
aquí, ahora hablas claramente, y
ningún proverbio dices.
30 Ahora sabemos que sabes
todas las cosas, y no has menester
que nadie te pregunte: por esto
creemos que has salido de Dios.
31 Respondióles Jesús: ¿Ahora
creéis?
32 He aquí la hora viene, y ya es
venida, en que seréis esparcidos
cada uno a los suyos, y me deja-
réis solo; mas no estoy solo, por-
que el Padre está conmigo.
33 Estas cosas os he hablado
para que en mí tengáis paz: en el
mundo tendréis tribulación; mas
tened buen ánimo, yo he vencido
al mundo.

CAPÍTULO 17

ESTAS cosas habló Jesús, y
levantados los ojos al cielo,
dijo: Padre, la hora es venida,
glorifica a tu Hijo, para que tam-
bién tu Hijo te glorifique a ti:
2 Como le has dado potestad sobre
toda carne, para que dé vida eter-
na a todos los que le diste.
3 Y ésta es la vida eterna, que te
conozcan a ti, el único Dios ver-
dadero, y a Jesu Cristo a quien tú
enviaste.
4 Yo te he glorificado en la tierra,
he acabado la obra que me diste
que hiciese.
5 Y Ahora, Oh Padre, glorifíca-
me tú contigo mismo con aquella
gloria que tuve contigo antes que
el mundo fuese.
6 He manifestado tu nombre a
los hombres que del mundo me
diste: tuyos eran, y me los diste
a mí, y han guardado tu palabra.
7 Ahora han conocido que todas
las cosas que me has dado, son
de ti.
8 Porque las palabras que me
diste, les he dado; y ellos *las*
han recibido, y han conocido
verdaderamente que salí de ti, y
han creído que tú me enviaste.
9 Yo ruego por ellos: no ruego
por el mundo, sino por los que
me has dado, porque tuyos son.
10 Y todo lo mío es tuyo, y lo
tuyo, mío; y he sido glorificado
en ellos.
11 Y ya no estoy en el mundo;
mas éstos están en el mundo, que
yo a ti vengo. Padre Santo, guár-
dalos por tu nombre; a los cuales
me has dado, para que sean uno,
así como nosotros *lo somos*.
12 Cuando yo estaba con ellos en
el mundo, yo los guardaba en tu
nombre, a los cuales que me has
dado yo los guardé, y ninguno
de ellos se perdió sino el hijo de
perdición, para que la Escritura
se cumpliese.
13 Mas ahora vengo a ti, y hablo
estas cosas en el mundo, para
que ellos tengan mi gozo cumpli-
do en sí mismos.
14 Yo les he dado tu palabra, y
el mundo los ha aborrecido;
porque ellos no son del mundo,
como tampoco yo soy del mundo.
15 No ruego que los quites del
mundo, sino que los guardes del
mal.
16 Ellos no son del mundo, como

tampoco yo soy del mundo.
17 Santifícalos por tu verdad: tu
palabra es verdad.
18 Como tú me enviaste al
mundo, también yo los he envia-
do al mundo.
19 Y por ellos yo me santifico
a mí mismo; para que también
ellos sean santificados por la ver-
dad.
20 Mas no ruego solamente por
ellos; sino también por los que
han de creer en mí por la pala-
bra de ellos.
21 Para que todos ellos sean uno:
así como tú, oh Padre, *eres* en mí,
y yo en ti; que también ellos en
nosotros sean uno; para que el
mundo crea que tú me enviaste.
22 Y la gloria que me diste, yo
les he dado a ellos; para que sean
uno, como también nosotros
somos uno:
23 Yo en ellos, y tú en mí, para
que sean perfeccionados en uno,
y para que el mundo conozca
que tú me enviaste, y que los has
amado a ellos, como también a
mí me has amado.
24 Padre, aquellos que me has
dado, quiero que donde yo estoy,
ellos estén también conmigo; para
que vean mi gloria que me has
dado, porque me has amado desde
antes de la fundación del mundo.
25 Oh Padre justo, el mundo no
te ha conocido; mas yo te he co-
nocido; y éstos han conocido que
tú me enviaste.
26 Y yo he declarado tu nombre
a ellos, y *lo* declararé; para que
el amor, con que me has amado,
esté en ellos, y yo en ellos.

CAPÍTULO 18

CUANDO Jesús hubo dicho
estas cosas, salióse con sus
discípulos al otro lado del arro-
yo de Cedrón, donde había un
huerto, en el cual entró él, y sus
discípulos.
2 Y también Judas, el que le
entregaba, conocía aquel lugar,
porque muchas veces Jesús se
juntaba allí con sus discípulos.
3 Judas, pues, tomando una
compañía *de hombres*, y oficiales
de los sumos sacerdotes y de los
Fariseos, vino allí con linternas y
antorchas, y con armas.
4 Empero Jesús, sabiendo todas
las cosas que habían de venir
sobre él, salió delante, y les dijo.
¿A quién buscáis?
5 Respondiéronle: A Jesús de
Nazaret. Díceles Jesús: Yo soy. Y
estaba de pie también con ellos
Judas el que le entregaba.
6 Y luego pues que les dijo: Yo
soy: Retrocedieron, y cayeron en
tierra.
7 Volvióles pues a preguntar: ¿A
quién buscáis? Y ellos dijeron: A
Jesús de Nazaret.
8 Respondió Jesús: *Ya* os he
dicho que yo soy: pues si a mí
buscáis, dejad ir a éstos:
9 Para que se cumpliese la pala-
bra que había dicho: De los que
me diste, ninguno de ellos perdí.
10 Entonces Simón Pedro, que
tenía una espada, la sacó, e hirió
a un siervo del sumo sacerdote,
y le cortó la oreja derecha. Y el
siervo se llamaba Malco.
11 Jesús entonces dijo a Pedro:
Mete tu espada en la vaina: la
copa que mi Padre me ha dado,
¿no la tengo de beber?
12 Entonces la compañía, y el ca-
pitán, y los oficiales de los Judíos
prendieron a Jesús, y le ataron.
13 Y le llevaron primeramente a
Anás, porque era suegro de Cai-

fás, el cual era sumo sacerdote *en*
aquel año.
14 Y Caifás era el que había dado
el consejo a los Judíos, que era
necesario que un hombre murie-
se por el pueblo.
15 Y seguía a Jesús Simón Pedro,
y otro discípulo; y aquel discí-
pulo era conocido del sumo sa-
cerdote, y entró con Jesús en el
palacio del sumo sacerdote.
16 Mas Pedro estaba fuera de pie
a la puerta. Entonces salió aquel
discípulo que era conocido del
sumo sacerdote, y habló a la por-
tera, y trajo dentro a Pedro.
17 Entonces la criada portera dijo
a Pedro: ¿No eres tú también *uno*
de los discípulos de este hombre?
Dice él: No soy.
18 Y estaban en pie los siervos
y los oficiales que habían hecho
fuego de carbón, porque hacía
frío, y se calentaban; y también
con ellos estaba Pedro en pie ca-
lentándose.
19 Y el sumo sacerdote preguntó
a Jesús de sus discípulos, y de su
doctrina.
20 Jesús le respondió: Yo públi-
camente he hablado al mundo:
yo siempre he enseñado en la
sinagoga, y en el templo, donde
siempre se juntan los Judíos; y
nada he hablado en oculto.
21 ¿Por qué me preguntas a mí?
Pregunta a los que me han oído,
qué les haya yo hablado: he aquí,
éstos saben lo que yo he dicho.
22 Y cuando él hubo dicho esto,
uno de los oficiales que estaba de
pie allí, dio una bofetada a Jesús
diciendo: ¿Así respondes al sumo
sacerdote?
23 Respondióle Jesús: Si he ha-
blado mal, da testimonio del mal;
mas si bien, ¿por qué me hieres?
24 Pues, habíale enviado Anás
atado a Caifás el sumo sacerdote.
25 Estaba pues Pedro en pie ca-
lentándose; Entonces ellos le di-
jeron: ¿No eres tú también *uno*
de sus discípulos? Él *lo* negó, y
dijo: No soy.
26 Uno de los siervos del sumo
sacerdote, pariente de aquel a
quien Pedro había cortado la
oreja, le dice: ¿No te vi yo en el
huerto con él?
27 Y negó Pedro otra vez;
y al instante el gallo cantó.
28 Y llevan a Jesús de Caifás al
pretorio; y era de mañana; y ellos
no entraron en el pretorio por no
ser contaminados, mas para que
pudiesen comer la pascua.
29 Entonces salió Pilato a ellos
fuera, y dijo: ¿Qué acusación
traéis contra este hombre?
30 Respondieron, y le dijeron: Si
éste no fuera malhechor, no te le
hubiéramos entregado.
31 Díceles entonces Pilato: To-
madle vosotros, y juzgadle según
vuestra ley. Y los Judíos le dije-
ron: A nosotros no nos es lícito
matar a nadie.
32 Para que se cumpliese la pa-
labra de Jesús, qué había dicho,
significando de que muerte había
de morir.
33 Entonces Pilato volvióse a
entrar en el pretorio, y llamó a
Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el Rey
de los Judíos?
34 Respondióle Jesús: ¿Dices
tú esto de ti mismo, o te lo han
dicho otros de mí?
35 Pilato respondió: ¿Soy yo
Judío? Tu misma nación, y los
sumos sacerdotes, te han entre-
gado a mí: ¿qué has hecho?
36 Respondió Jesús: Mi reino
no es de este mundo: si de este

mundo fuera mi reino, mis ser-
vidores pelearían para que yo
no fuera entregado a los Judíos,
mas ahora mi reino no es de aquí.
37 Díjole entonces Pilato: ¿Luego
rey eres tú? Respondió Jesús: Tú
dices que yo soy rey. Yo para esto
he nacido, y para esto he venido
al mundo, para dar testimonio a
la verdad. Todo aquel que es de
la verdad, oye mi voz.
38 Dícele Pilato: ¿Qué es verdad?
Y cuando hubo dicho esto, volvió
a los Judíos, y les dice: Yo no
hallo ninguna falta en él.
39 Empero vosotros tenéis cos-
tumbre, que *yo* os suelte uno en
la pascua: ¿queréis pues que os
suelte al Rey de los Judíos?
40 Entonces todos dieron voces
otra vez, diciendo: No a este
hombre, sino a Barrabás. Y Ba-
rrabás era un ladrón.

CAPÍTULO 19

ASÍ que, entonces tomó Pilato
a Jesús, y *le* azotó.
2 Y los soldados entretejieron de
espinas una corona, y *la* pusieron
sobre su cabeza, y le vistieron de
una ropa de púrpura,
3 Y decían: ¡Salve, Rey de los Ju-
díos! Y le daban de bofetadas.
4 Entonces Pilato salió otra vez
fuera, y les dijo: He aquí, os le
traigo fuera, para que sepáis que
no hallo ninguna falta en él.
5 Entonces salió Jesús fuera lle-
vando la corona de espinas, y la
vestidura de púrpura. Y díceles
Pilato: ¡He aquí el hombre!
6 Y cuando le vieron los príncipes
de los sacerdotes, y los oficiales,
dieron voces, diciendo: Crucifí-
ca*le*, crucifíca*le*. Díceles Pilato:
Tomadle vosotros, y crucificad*le*;
porque yo no hallo en él falta.
7 Respondiéronle los Judíos: No-
sotros tenemos una ley, y según
nuestra ley debe morir, porque
él se hizo a sí mismo el Hijo de
Dios.
8 Pilato pues cuando oyó esta pa-
labra, tuvo más miedo.
9 Y entró otra vez en el pretorio,
y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú?
Mas Jesús no le dio respuesta.
10 Entonces dícele Pilato: ¿A mí
no me hablas? ¿no sabes que
tengo potestad para crucificarte,
y que tengo potestad para soltarte?
11 Respondió Jesús: Ninguna po-
testad tendrías contra mí, si no te
fuese dada de arriba; por tanto el
que a ti me ha entregado, mayor
pecado tiene.
12 Desde entonces procuraba Pi-
lato de soltarle; mas los Judíos
daban voces, diciendo: Si a éste
sueltas, no eres amigo de César:
cualquiera que se hace rey, habla
contra César.
13 Cuando, pues, Pilato oyó este
dicho, llevó fuera a Jesús, y se
sentó en el tribunal, en el lugar
que se llama el Pavimento, y en
el Hebreo, Gabata.
14 Y era la preparación de la pas-
cua, y como la hora de sexta: en-
tonces dijo a los Judíos: ¡He aquí
vuestro Rey!
15 Mas ellos dieron voces: Quí-
ta*le*, quíta*le*, crucifícale. Díceles
Pilato: ¿A vuestro Rey tengo de
crucificar? Respondieron los
sumos sacerdotes: No tenemos
rey, sino a César.
16 Así que entonces lo entregó a
ellos para que fuese crucificado.
Y tomaron a Jesús, y *le* llevaron.
17 Y él llevando su cruz, salió al
lugar que se llama *el lugar* de la
Calavera, y en Hebreo Gólgota:
18 Donde le crucificaron, y con

él otros dos, uno a cada lado, y
Jesús en medio.
19 Y escribió Pilato un título, el
cual puso encima de la cruz; y el
escrito era: JESÚS DE NAZARET,
REY DE LOS JUDÍOS.
20 Y muchos de los Judíos leye-
ron este título; porque el lugar
donde fue crucificado Jesús, es-
taba cerca de la ciudad; y era es-
crito en Hebreo, y en Griego, y
en Latín.
21 Y decían a Pilato los sumos sa-
cerdotes de los Judíos: No escri-
bas: Rey de los Judíos; sino que
él dijo: Yo soy Rey de los Judíos.
22 Respondió Pilato: Lo que he
escrito, he escrito.
23 Y cuando los soldados hubie-
ron crucificado a Jesús tomaron
sus vestidos, e hicieron cuatro
partes a cada soldado una parte,
y también *la* túnica, mas la tú-
nica era sin costura, toda tejida
desde arriba.
24 Dijeron pues entre sí: No la
partamos, sino echemos suertes
sobre ella cúya será; para que se
cumpliese la Escritura que dice:
Partieron para sí mis vestidos, y
sobre mi vestidura echaron suer-
tes. Estas cosas pues los soldados
hicieron.
25 Y estaban de pie junto a la
cruz de Jesús su madre, y la her-
mana de su madre, María *esposa*
de Cleofas, y María Magdalena.
26 Pues, cuando vio Jesús a su
madre, y al discípulo que él amaba,
que estaba de pie cerca, dice a su
madre: Mujer, he ahí tu hijo.
27 Y luego dice al discípulo: He
ahí tu madre. Y desde aquella
hora el discípulo la recibió en su
propia casa.
28 Después de esto, sabiendo
Jesús que todas las cosas estaban
ya cumplidas, para que la Escritu-
ra se cumpliese, dijo: Tengo sed.
29 Y había allí puesta una vasija
llena de vinagre. Entonces ellos
hinchieron una esponja de vina-
gre, y puesta sobre un hisopo se
la llegaron a la boca.
30 Y cuando Jesús tomó el vina-
gre, dijo: Consumado es. Y ha-
biendo inclinado la cabeza, en-
tregó el espíritu.
31 Entonces los Judíos, por cuan-
to era *el día de* la preparación,
para que los cuerpos no queda-
sen en la cruz en el sábado, (por-
que era gran día aquel sábado,)
rogaron a Pilato que se les que-
brasen las piernas, y *que* fuesen
quitados.
32 Vinieron pues los soldados, y
quebraron las piernas al primero,
y al otro que fue crucificado con él:
33 Mas cuando vinieron a Jesús,
como le vieron ya muerto, no le
quebraron las piernas.
34 Empero uno de los soldados
le abrió el costado con una lanza,
y al instante salió sangre y agua.
35 Y el que *lo* vio da testimonio,
y su testimonio es verdadero: y él
sabe que dice verdad, para que
vosotros también creáis.
36 Porque estas cosas fueron
hechas, para que se cumpliese
la Escritura: Hueso no será que-
brantado de él.
37 Y también otra Escritura dice:
Mirarán a aquél al cual traspasa-
ron.
38 Y después de estas cosas, José
de Arimatea, quien era un discí-
pulo de Jesús, aunque en secreto
por miedo de los Judíos, rogó a
Pilato que él quitase el cuerpo de
Jesús: y le permitió Pilato. En-
tonces él vino, y quitó el cuerpo
de Jesús.

39 Y vino también Nicodemo, el
que antes había venido a Jesús
de noche, trayendo una mixtura
de mirra y de áloes, como cien
libras.
40 Y tomaron el cuerpo de Jesús,
y le envolvieron en lienzos con
especias, como es costumbre de
los Judíos sepultar.
41 Y en el lugar donde fue crucificado
había un huerto; y en
el huerto un sepulcro nuevo en
el cual aún no había sido puesto
alguno.
42 Allí pues pusieron a Jesús, por
causa *del día* de la preparación de
los Judíos, porque aquel sepulcro
estaba cerca.

CAPÍTULO 20

Y EL primer *día* de la semana,
María Magdalena vino de
mañana, siendo aún oscuro, al
sepulcro, y vio la piedra quitada
del sepulcro.
2 Entonces corre, y viene a Simón
Pedro, y al otro discípulo, al cual
amaba Jesús, y les dice: Han llevado
al Señor del sepulcro, y no
sabemos dónde le han puesto.
3 Salió pues Pedro, y el otro discípulo,
y vinieron al sepulcro.
4 Y corrían los dos juntos; mas el
otro discípulo corrió más presto
que Pedro, y vino primero al sepulcro.
5 Y bajándose *a mirar*, vio los
lienzos puestos; mas no entró.
6 Entonces viene Simón Pedro siguiéndole,
y entró en el sepulcro,
y vio los lienzos puestos,
7 Y el sudario que había estado
sobre su cabeza, no puesto con
los lienzos, sino envuelto en un
lugar aparte.
8 Entonces entró también aquel
otro discípulo, que había venido
primero al sepulcro; y vio, y
creyó.
9 Porque aún no sabían la Escritura,
que era menester que él resucitase
de entre los muertos.
10 Entonces volvieron los discípulos
a su propia casa.
11 Empero María estaba fuera
llorando junto al sepulcro; y estando
llorando, bajóse a mirar el
sepulcro;
12 Y ve dos ángeles en ropas
blancas que estaban sentados, el
uno a la cabecera, y el otro a los
pies, donde el cuerpo de Jesús
había sido puesto.
13 Y le dicen: Mujer, ¿por qué lloras?
Díceles: Porque se han llevado
a mi Señor, y no sé dónde le
han puesto.
14 Y como hubo dicho esto, volvió
atrás, y vio a Jesús que estaba
de pie; mas no sabía que era
Jesús.
15 Dícele Jesús: ¿Mujer, por qué
lloras? ¿A quién buscas? Ella
pensando que era el hortelano le
dice: Señor, si tú le has llevado,
dime dónde le has puesto, y yo
le llevaré.
16 Dícele Jesús: María. Volviéndose
ella, dícele: Raboni, que
quiere decir, Maestro.
17 Dícele Jesús: No me toques;
porque aun no he subido a mi
Padre; mas ve a mis hermanos, y
diles: Subo a mi Padre, y a vuestro
Padre, *a* mi Dios, y a vuestro
Dios.
18 Vino María Magdalena dando
las nuevas a los discípulos de que
había visto al Señor, y de que él
le había dicho estas cosas.
19 Y como fue tarde aquel mismo
día, el primer *día* de la semana,
y las puertas estaban cerradas,
donde los discípulos estaban jun-

tos por miedo de los Judíos, vino
Jesús; se puso de pie en medio, y
les dijo: Paz a vosotros.
20 Y cuando hubo dicho esto,
mostróles *sus* manos y su costa-
do: entonces los discípulos se re-
gocijaron, viendo al Señor.
21 Entonces les dijo Jesús otra vez:
Paz a vosotros: como me envió el
Padre, así también yo os envío.
22 Y cuando hubo dicho esto,
sopló sobre *ellos*, y les dijo: Reci-
bid el Espíritu Santo.
23 A los que remitiereis los peca-
dos, les son remitidos, y a los que
los retuviereis, les son retenidos.
24 Empero Tomás uno de los
doce, que se llamaba Dídimo, no
estaba con ellos cuando Jesús
vino.
25 Dijéronle pues los otros dis-
cípulos: Al Señor hemos visto.
Pero él les dijo: Si no viere en
sus manos la señal de los clavos,
y metiere mi dedo en el lugar de
los clavos, y metiere mi mano en
su costado, no creeré.
26 Y ocho días después estaban
otra vez sus discípulos dentro, y
con ellos Tomás. *Entonces* vino
Jesús, estando las puertas cerra-
das, y se puso de pie en medio, y
dijo: Paz a vosotros.
27 Entonces dice a Tomás: Mete
tu dedo aquí, y ve mis manos;
y da acá tu mano, y métela en
mi costado, y no seas incrédulo,
sino creyente.
28 Entonces Tomás respondió, y
le dijo: Señor mío, y Dios mío.
29 Dícele Jesús: Porque me has
visto, Tomás, has creído: bien-
aventurados *son* los que no han
visto, y *aún* han creído.
30 Y también muchas otras seña-
les por cierto hizo Jesús en pre-
sencia de sus discípulos, las cua-
les no están escritas en este libro.
31 Éstas empero están escritas,
para que creáis que Jesús es el
Cristo, el Hijo de Dios; y para
que creyendo, tengáis vida en su
nombre.

CAPÍTULO 21

DESPUÉS de estas cosas Jesús
se manifestó otra vez a los
discípulos junto al mar de Tibe-
rias; y se manifestó de esta ma-
nera.
2 Estaban juntos Simón Pedro, y
Tomás, que se llamaba Dídimo, y
Natanael, de Caná de Galilea, y
los *hijos* de Zebedeo, y otros dos
de sus discípulos.
3 Díceles Simón Pedro, a pescar
voy: Ellos le dicen: Vamos noso-
tros también contigo. Fueron, y
subieron luego en una nave; y
aquella noche no tomaron nada.
4 Empero venida la mañana,
Jesús se puso de pie en la ribera;
mas los discípulos no sabían que
era Jesús.
5 Entonces les dice Jesús: ¿Hijos,
tenéis algo de comer? Respon-
diéronle: No.
6 Y él les dijo: Echad la red a la
derecha de la nave, y hallaréis.
Echáron*la* pues, y ya no la po-
dían en ninguna manera sacar
por la multitud de los peces.
7 Entonces aquel discípulo, al
cual amaba Jesús, dijo a Pedro: El
Señor es. Entonces Simón Pedro,
cuando oyó que era el Señor, se
ciñó su ropa de pescador, porque
estaba desnudo, y echóse al mar.
8 Y los otros discípulos vinie-
ron en la pequeña nave (porque
no estaban lejos de tierra, sino
como doscientos codos), arras-
trando la red con los peces.
9 Y como llegaron a tierra, vie-

ron ascuas puestas, y un pescado
encima de ellas, y pan.
10 Díceles Jesús: Traed de los
peces que tomasteis ahora.
11 Subió Simón Pedro, y trajo
la red a tierra, llena de grandes
peces, ciento y cincuenta y tres;
y *aun* siendo tantos, la red no se
rompió.
12 Díceles Jesús: Venid, y comed.
Y ninguno de los discípulos le
osaba preguntar: ¿Tú, quién
eres? sabiendo que era el Señor.
13 Entonces viene Jesús, y toma el
pan, y dales, y asimismo del pez.
14 Ésta era ya la tercera vez que
Jesús se manifestó a sus discí-
pulos, después que resucitó de
entre los muertos.
15 Pues cuando hubieron comido,
Jesús dice a Simón Pedro: Simón,
hijo de Jonás, ¿me amas más que
éstos? Dícele: Sí, Señor: tú sabes
que te amo. Dícele: Apacienta
mis corderos.
16 Vuélvele a decir la segunda
vez: Simón, *hijo* de Jonás, ¿me
amas? Respóndele: Sí, Señor: tú
sabes que te amo. Dícele: Apa-
cienta mis ovejas.
17 Dícele la tercera vez: Simón,
hijo de Jonás, ¿me amas? Entris-
tecióse Pedro de que le dijese la
tercera vez. ¿Me amas? Y le dice:
Señor, tú sabes todas las cosas:
tú sabes que te amo. Dícele Jesús:
Apacienta mis ovejas.
18 De cierto, de cierto te digo,
que cuando eras más mozo, te ce-
ñías, e ibas donde querías; mas
cuando ya fueres viejo, extende-
rás tus manos, y ceñirte ha otro,
y *te* llevará dónde no querrías.
19 Y esto dijo, significando con
qué muerte había de glorificar a
Dios. Y cuando hubo dicho esto,
dícele: Sígueme.
20 Entonces volviéndose Pedro,
ve a aquel discípulo al cual
amaba Jesús que seguía, el que
también se había recostado sobre
su pecho en la cena, y *le* había
dicho: ¿Señor, quién es el que te
ha de entregar?
21 Así que, como Pedro vio a éste,
dice a Jesús: Señor, ¿Y éste, qué?
22 Dícele Jesús: Si quiero que él
quede hasta que yo venga, ¿qué
a ti? Sígueme tú.
23 Salió pues este dicho entre los
hermanos, que aquel discípulo
no había de morir; mas Jesús no
le dijo: No morirá, sino: Si quiero
que él quede hasta que yo venga,
¿qué a ti?
24 Éste es el discípulo que da tes-
timonio de estas cosas, y escribió
estas cosas; y sabemos que su
testimonio es verdadero.
25 Y hay también otras muchas
cosas que hizo Jesús, las cuales si
se escribiesen cada una por sí, yo
pienso que ni aun en el mundo
cabrían los libros que se habrían
de escribir. Amén.

LOS ACTOS
DE LOS APÓSTOLES

CAPÍTULO 1

EN el primer tratado, oh Teó-
filo, he hablado de todas las
cosas que Jesús comenzó a hacer
y a enseñar,
2 Hasta el día en que fue lleva-
do arriba después de haber dado
mandamientos por el Espíritu
Santo a los apóstoles, que había
escogido:
3 A los cuales también, después
de haber padecido se mostró
vivo por muchas pruebas infa-
libles, siendo visto de ellos por
cuarenta días, y hablándoles de
las cosas pertenecientes al reino
de Dios:
4 Y estando reunidos con *ellos*,
les mandó que no se fuesen de
Jerusalem, sino que esperasen la
promesa del Padre, la cual, *dice*
él, oísteis de mí.
5 Porque Juan a la verdad bauti-
zó en agua, mas vosotros seréis
bautizados con el Espíritu Santo
no muchos días después de éstos.
6 Así que cuando estuvieron reu-
nidos, le preguntaban, diciendo:
Señor, ¿restituirás en este tiem-
po el reino a Israel?
7 Y él les dijo: No os toca a vo-
sotros saber los tiempos, o las
sazones que el Padre puso en su
propia potestad;
8 Mas recibiréis poder cuando
haya venido sobre vosotros el Es-
píritu Santo: y me seréis testigos
no sólo en Jerusalem, sino tam-
bién en toda Judea, y Samaria y
hasta lo último de la tierra.
9 Y cuando él hubo dicho estas
cosas, mirando ellos, él fue alza-
do, y una nube le recibió delante
de sus ojos.
10 Y estando ellos con los ojos
puestos en el cielo entre tanto
que él iba, he aquí, dos varones
se pusieron de pie junto a ellos
en vestidos blancos;
11 Los cuales también *les* dijeron:
Varones Galileos ¿por qué estáis
de pie mirando al cielo? Este
mismo Jesús que ha sido toma-
do arriba de vosotros al cielo, así
vendrá, como le habéis visto ir al
cielo.
12 Entonces se volvieron a Jeru-
salem del monte que se llama el
Olivar, el cual está cerca de Jeru-
salem, camino de un sábado.
13 Y cuando hubieron entrado,
subieron al aposento alto, donde
moraban tanto Pedro como Ja-
cobo, y Juan y Andrés, Felipe y
Tomás, Bartolomé y Mateo, Jaco-
bo, *hijo* de Alfeo, y Simón el Ze-
lote, y Judas, *hermano* de Jacobo.
14 Todos éstos perseveraban uná-
nimes en oración y ruego con las
mujeres, y con María la madre
de Jesús, y con sus hermanos.
15 Y en aquellos días se levantó
Pedro en medio de los discípulos
y dijo: (el número de nombres jun-
tos era como de ciento y veinte:)
16 Varones y hermanos, era me-
nester que se cumpliese esta Es-
critura, la cual dijo antes el Espí-
ritu Santo por la boca de David,
de Judas, que fue guía de los que
prendieron a Jesús,
17 Porque él era contado con no-
sotros, y obtuvo parte de este mi-
nisterio.

18 Éste, pues, compró un campo
con el galardón de iniquidad, y
cayendo de cabeza, se reventó
por en medio y todas sus entra-
ñas se derramaron.
19 Y fue notorio a todos los mo-
radores de Jerusalem, de tal ma-
nera que aquel campo es llama-
do en su propia lengua Acéldama
que quiere decir, Campo de sangre.
20 Porque está escrito en el libro
de los Salmos: Sea hecha desier-
ta su habitación, y no haya quien
more en ella: y, tome otro su
obispado.
21 Es, pues, menester que de
estos varones que han estado
junto con nosotros todo el tiem-
po que el Señor Jesús entró y
salió entre nosotros,
22 Comenzando desde el bautis-
mo de Juan, hasta el día que fue
tomado arriba de entre nosotros,
uno de ellos sea hecho testigo
con nosotros de su resurrección.
23 Y señalaron a dos, a José, lla-
mado Barsabas, que tenía por so-
brenombre Justo, y a Matías.
24 Y orando, dijeron: Tú, Señor,
que conoces los corazones de
todos, muestra cuál has escogido
de estos dos,
25 Para que tome parte de este
ministerio, y apostolado, del
cual cayó por transgresión Judas,
para irse a su propio lugar.
26 Y ellos echaron sus suertes; y
cayó la suerte sobre Matías; y fue
contado con los once apóstoles.

CAPÍTULO 2

Y CUANDO se cumplió el día
de Pentecostés, estaban todos
unánimes en un mismo lugar.
2 Y de repente vino un sonido
del cielo como de un viento muy
recio que venía con ímpetu, el
cual hinchió toda la casa donde
estaban sentados.
3 Y se les aparecieron lenguas
repartidas como de fuego, y se
asentó sobre cada uno de ellos.
4 Y fueron todos llenos del Espí-
ritu Santo, y comenzaron a ha-
blar en otras lenguas, como el
Espíritu les daba que hablasen.
5 Moraban entonces en Jeru-
salem Judíos, varones piadosos
de todas las naciones debajo del
cielo.
6 Y cuando este estruendo fue
divulgado, se juntó la multitud;
y estaban confusos, porque cada
uno les oía hablar en su propia
lengua.
7 Y estaban todos atónitos y ma-
ravillados, diciendo los unos a
los otros: He aquí, ¿no son Gali-
leos todos estos que hablan?
8 ¿Y cómo los oímos nosotros
cada uno en nuestra propia len-
gua en que somos nacidos?
9 Partos, y Medos, y Elamitas, y
los moradores en Mesopotamia,
y en Judea, y en Capadocia, en el
Ponto, y en Asia,
10 En Frigia, y en Pamfilia, en
Egipto, y en las partes de Libia
alrededor de Cirene, extranjeros
de Roma, Judíos, y prosélitos,
11 Cretenses, y Arabes: les oímos
hablar en nuestras lenguas las
maravillas de Dios.
12 Y estaban todos atónitos y en
duda, diciendo los unos a los
otros: ¿Qué significa esto?
13 Mas otros burlándose, decían:
Éstos están llenos de mosto.
14 Mas Pedro poniéndose en
pie con los once, alzó su voz, y
les habló diciendo: Varones de
Judea, y todos los que habitáis
en Jerusalem, esto os sea notorio,
y prestad oídos a mis palabras;

15 Porque éstos no están borrachos, como vosotros pensáis, siendo *sino* la hora tercera del día.
16 Mas esto es lo que fue dicho por el profeta Joel:
17 Y será en los postreros días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos, y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños.
18 Y de cierto sobre mis siervos, y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu; y profetizarán.
19 Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre, y fuego, y vapor de humo.
20 El sol se tornará en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor grande y notable.
21 Y acontecerá *que* todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.
22 Varones Israelitas, oíd estas palabras: Jesús de Nazaret, varón aprobado de Dios entre vosotros en milagros, y prodigios, y señales que Dios hizo por él en medio de vosotros, como también vosotros sabéis:
23 A éste, entregado por determinado consejo y presciencia de Dios tomándo*le vosotros*, le matasteis por manos inicuas, crucificándole.
24 Al cual Dios resucitó, habiendo suelto los dolores de la muerte; por cuanto era imposible ser detenido de ella.
25 Porque David dice de él: Yo veía al Señor siempre delante de mí; porque le tengo a mi diestra, no seré conmovido:
26 Por lo cual mi corazón se alegró, y mi lengua se regocijó, y aun mi carne descansará en esperanza:
27 Que no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Tú me has hecho conocer los caminos de la vida: me henchirás de gozo con tu presencia.
29 Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.
30 Así que siendo profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado, que del fruto de sus lomos en cuanto a la carne, le levantaría el Cristo, que se asentase sobre su trono:
31 Viendo esto antes, habló de la resurrección del Cristo, que su alma no haya sido dejada en el infierno, ni su carne haya visto corrupción.
32 A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.
33 Así que siendo ensalzado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros ahora veis y oís.
34 Porque David no subió a los cielos; empero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor, asiéntate a mi diestra,
35 Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.
36 Sepa, pues, certísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús que vosotros habéis crucificado.
37 Y cuando oyeron *estas cosas* ellos fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro, y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?

38 Entonces Pedro les dijo: Arrepentíos, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesu Cristo para remisión de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.
39 Porque a vosotros es la promesa, y a vuestros hijos, y a todos los que están lejos: a cualesquiera que el Señor nuestro Dios llamare.
40 Y con otras muchas palabras testificaba, y exhortaba, diciendo: Salváos de esta generación perversa.
41 Entonces los que recibieron con gusto su palabra fueron bautizados; y fueron añadidas *a ellos* aquel día como tres mil almas.
42 Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión, y en el partimiento del pan, y en las oraciones.
43 Y sobrevenía temor a toda alma; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.
44 Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas comunes.
45 Y vendían sus posesiones y sus haciendas, y las repartían a todos, como cada uno había menester.
46 Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan de casa en casa, comían juntos con alegría y con sencillez de corazón,
47 Alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

CAPÍTULO 3

Y PEDRO y Juan subían juntos al templo a la hora de la oración, *es decir*, la novena.
2 Y cierto hombre, cojo desde el vientre de su madre, era traído; al cual ponían cada día a la puerta del templo, que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el templo.
3 Éste, viendo a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, pedía limosna.
4 Y Pedro, con Juan poniendo los ojos en él, dijo: Mira a nosotros.
5 Entonces él estuvo atento a ellos, esperando recibir de ellos algo.
6 Y Pedro dijo: Ni tengo plata ni oro; mas lo que tengo, ésto te doy: en el nombre de Jesu Cristo de Nazaret, levántate, y anda.
7 Y tomándole por la mano derecha, *le* levantó; y al instante fueron afirmados sus pies y tobillos.
8 Y saltando, se puso en pie, y anduvo, y entró con ellos en el templo, andando y saltando, y alabando a Dios.
9 Y todo el pueblo le vio andando, y alabando a Dios.
10 Y le conocían, que él era el que se sentaba a *pedir* limosna a la puerta del templo, la Hermosa; y fueron llenos de asombro y de espanto por lo que le había acontecido.
11 Y como el cojo que había sido sanado tenía asidos a Pedro y a Juan, todo el pueblo corrió juntamente a ellos al pórtico que se llama de Salomón, atónitos.
12 Y viendo ésto Pedro, respondió al pueblo: Varones Israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros como si por nuestro propio poder o santidad hubiésemos hecho andar a éste?
13 El Dios de Abraham, y de Isaac,

y de Jacob, el Dios de nuestros
padres, ha glorificado a su Hijo
Jesús, al cual vosotros entregas-
teis, y negasteis en la presencia
de Pilato, cuando él había deter-
minado dejar*le* ir.
14 Mas vosotros al Santo y al
Justo negasteis, y pedisteis que
se os diese un hombre homicida.
15 Y matasteis al Autor de la
vida, al cual Dios ha resucitado
de los muertos, de lo cual noso-
tros somos testigos.
16 Y su nombre, por la fe en su
nombre ha confirmado a éste
que vosotros veis y conocéis; y
la fe que por él es, ha dado a éste
esta perfecta sanidad en presen-
cia de todos vosotros.
17 Mas ahora, hermanos, yo sé
que por ignorancia lo habéis
hecho, como también vuestros
príncipes.
18 Empero Dios, lo que había
antes anunciado por boca de todos
sus profetas, que Cristo había de
padecer, así lo ha cumplido.
19 Arrepentíos, pues, y conver-
tíos, para que vuestros pecados
sean raídos, cuando los tiempos
del refrigerio vinieren de la pre-
sencia del Señor;
20 Y él enviará a Jesu Cristo que
os ha sido antes predicado.
21 Al cual ciertamente es me-
nester que el cielo reciba hasta
los tiempos de la restauración
de todas las cosas: de que habló
Dios por boca de todos sus san-
tos profetas que han sido desde
el principio del mundo.
22 Porque Moisés a la verdad
dijo a los padres: El Señor vues-
tro Dios os levantará un Profeta
de vuestros hermanos, como yo;
a él oiréis en todas las cosas que
os hablare.
23 Y acontecerá, *que* toda alma
que no oyere a aquel profeta,
será destruida de entre el pueblo.
24 Y todos los profetas desde
Samuel, y en adelante, todos los
que han hablado, han prenuncia-
do estos días.
25 Vosotros sois los hijos de los
profetas, y del pacto que Dios
hizo con nuestros padres, dicien-
do a Abraham: Y en tu simiente
serán bendecidas todas las fami-
lias de la tierra.
26 A vosotros primeramente,
Dios, habiendo resucitado a su
Hijo Jesús, le envió para que os
bendijese, convirtiéndoos cada
uno de su maldad.

CAPÍTULO 4

Y HABLANDO ellos al pueblo,
los sacerdotes, y el capitán
del templo, y los Saduceos vinie-
ron sobre ellos,
2 Siendo indignados de que en-
señasen al pueblo, y predicasen
en Jesús la resurrección de los
muertos.
3 Y les echaron mano, y *los* pu-
sieron en la cárcel hasta el día
siguiente; porque era ya tarde.
4 Mas muchos de los que habían
oído la palabra creyeron; y fue
el número de los hombres, como
cinco mil.
5 Y aconteció el día siguiente,
que los príncipes de ellos se jun-
taron, y los ancianos, y los escri-
bas, en Jerusalem,
6 Y Anás, el sumo sacerdote, y
Caifás, y Juan, y Alejandro, y
todos los que eran de la parente-
la del sumo sacerdote.
7 Y poniéndolos en medio, les
preguntaron: ¿Con qué poder, o
en qué nombre habéis hecho vo-
sotros esto?

8 Entonces Pedro, lleno del Espí-
ritu Santo, les dijo: Príncipes del
pueblo, y ancianos de Israel:
9 Si nosotros somos hoy exami-
nados del beneficio hecho a un
hombre enfermo, de qué manera
éste haya sido sanado;
10 Sea notorio a todos vosotros,
y a todo el pueblo de Israel, que
por el nombre de Jesu Cristo de
Nazaret, el que vosotros crucifi-
casteis, al cual Dios resucitó de
los muertos, por él este hombre
está de pie en vuestra presencia
sano.
11 Éste es la piedra que fue re-
probada de vosotros los edifica-
dores, la cual es puesta por cabe-
za del ángulo.
12 Y en ningún otro hay salva-
ción; porque no hay otro nombre
debajo del cielo, dado a los hom-
bres, por el cual es menester que
seamos salvos.
13 Entonces viendo el denuedo
de Pedro y de Juan, sabiendo
que eran hombres sin letras e ig-
norantes, se maravillaban; y los
conocían que habían estado con
Jesús.
14 Y viendo al hombre que había
sido sanado, que estaba en pie
con ellos, no podían decir nada
en contra.
15 Mas les mandaron que se sa-
liesen fuera del concilio, y confe-
rían entre sí,
16 Diciendo: ¿Qué hemos de
hacer a estos hombres? porque
de cierto un milagro manifiesto
ha sido hecho por ellos, notorio
a todos los que moran en Jeru-
salem, y no *lo* podemos negar.
17 Todavía, porque no se divul-
gue más por el pueblo, amena-
cémosles con amenazas que no
hablen de aquí adelante a hom-
bre ninguno en este nombre.
18 Y llamándolos les mandaron
que en ninguna manera habla-
sen, ni enseñasen en el nombre
de Jesús.
19 Mas Pedro y Juan respondien-
do, les dijeron: Juzgad, si es justo
delante de Dios obedecer antes a
vosotros que a Dios.
20 Porque no podemos de dejar
de hablar lo que hemos visto y
oído.
21 Entonces habiéndoles amena-
zado de nuevo, les dejaron ir, no
hallando en que castigarlos por
causa del pueblo: porque todos
glorificaban a Dios de lo que
había sido hecho.
22 Porque el hombre en quien
había sido hecho este milagro de
sanidad, era de más de cuarenta
años.
23 Y sueltos *ellos*, vinieron a los
suyos, y contaron todo lo que los
principales sacerdotes, y los an-
cianos les habían dicho.
24 Los cuales habiéndolo oído,
alzaron unánimes la voz a Dios,
y dijeron: Señor, tú *eres* el Dios,
que hiciste el cielo y la tierra,
el mar, y todas las cosas que en
ellos están:
25 Que por la boca de David tu
siervo dijiste: ¿Por qué se amo-
tinaron las gentes, y los pueblos
imaginaron cosas vanas?
26 Se levantaron los reyes de la
tierra, y los príncipes se juntaron
a una contra el Señor y contra su
Cristo.
27 Porque verdaderamente se
juntaron contra tu Santo Hijo
Jesús al cual ungiste, Herodes, y
Poncio Pilato, con los Gentiles y
el pueblo de Israel,
28 Para hacer lo que tu mano y
tu consejo antes habían deter-

minado que había de ser hecho.
29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra.
30 Extendiendo tu mano para que sanidades, y señales, y maravillas sean hechos por el nombre de tu Santo Hijo Jesús.
31 Y cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron la palabra de Dios con denuedo.
32 Y de la multitud de los que creyeron era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseían, mas todas las cosas les eran comunes.
33 Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con grande poder; y gran gracia estaba sobre todos ellos.
34 Ni había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido,
35 Y *lo* ponían a los pies de los apóstoles y era repartido a cada uno según su necesidad.
36 Entonces Joses, que fue llamado de los apóstoles por sobrenombre Bernabé, (que interpretado es, hijo de consolación,) Levita, *y* natural de Chipre,
37 Como tuviese un campo, lo vendió, y trajo el dinero, y lo puso a los pies de los apóstoles.

CAPÍTULO 5

MAS, cierto varón llamado Ananías, con Safira su esposa, vendió una posesión,
2 Y defraudó del precio, sabiéndo*lo* también su esposa; y trayendo cierta parte, *la* puso a los pies de los apóstoles.
3 Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintieses al Espíritu Santo, y defraudases del precio de la heredad?
4 Quedándose, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿por qué has concebido esta cosa en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.
5 Entonces Ananías, oyendo estas palabras, cayó, y expiró. Y vino gran temor sobre todos los que oyeron estas cosas.
6 Y levantándose los mancebos, le envolvieron; y sacándo*le,* le sepultaron.
7 Y pasado el espacio como de tres horas después, también su esposa entró, no sabiendo lo que había acontecido.
8 Entonces Pedro le dijo: Dime, ¿Vendisteis por tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, por tanto.
9 Y Pedro le dijo: ¿Por qué os concertasteis para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido; y sacarte han a ti.
10 Y al instante cayó a los pies de él, y expiró; y entrados los mancebos, la hallaron muerta; y *la* sacaron, y *la* sepultaron junto a su marido.
11 Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.
12 Y por las manos de los apóstoles eran hechas muchas señales y maravillas en el pueblo; (y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón.
13 Y de los otros, ninguno se osaba juntar con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente.
14 Y los que creían en el Señor se aumentaban más, multitudes,

así de varones como de mujeres.)
15 Tanto que, traían los enfermos a las calles, y *los* ponían en camas y en lechos, para que pasando Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos.
16 Y también de las ciudades vecinas concurría una multitud a Jerusalem, trayendo enfermos, y atormentados de espíritus inmundos: los cuales todos eran curados.
17 Entonces levantándose el sumo sacerdote, y todos los que estaban con él, (que es la secta de los Saduceos,) y fueron llenos de envidia,
18 Y echaron mano a los apóstoles, y los pusieron en la cárcel pública.
19 Mas el ángel del Señor, abrió de noche las puertas de la cárcel, y los sacó fuera, dijo:
20 Id, y puestos en pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida.
21 Y cuando ellos oyeron *esto*, entraron al amanecer en el templo, y enseñaban. Viniendo pues el sumo sacerdote, y los que estaban con él, convocaron el concilio, y a todos los ancianos de los hijos de Israel; y enviaron a la cárcel, para que fuesen traídos.
22 Y cuando vinieron los oficiales, no los hallaron en la cárcel, y vueltos, dieron aviso,
23 Diciendo: Ciertamente la cárcel hallamos cerrada con toda seguridad, y los guardas que estaban afuera de pie delante de las puertas; mas cuando abrimos, a nadie hallamos dentro.
24 Y cuando oyeron estas palabras el sumo sacerdote, y el capitán del templo, y los principales de los sacerdotes, dudaban en que vendría a parar aquello.
25 Y viniendo uno, les avisó, diciendo: He aquí, los varones que echasteis en la cárcel, están en el templo, puestos de pie y enseñando al pueblo.
26 Entonces el capitán fue con los oficiales, y los trajo sin violencia, porque tenían miedo del pueblo, de ser apedreados.
27 Y cuando los trajeron, *los* presentaron en el concilio. Entonces el sumo sacerdote les preguntó,
28 Diciendo: ¿No os mandamos estrechamente, que no enseñaseis en este nombre? y, he aquí, habéis henchido a Jerusalem de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre.
29 Y respondiendo Pedro y los *otros* apóstoles, dijeron: Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres.
30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero.
31 A éste ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento a Israel y remisión de pecados.
32 Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y *lo es* también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.
33 Ellos cuando oyeron *esto* fueron heridos *hasta el corazón*, y consultaban matarlos.
34 Entonces levantándose en el concilio un Fariseo, llamado Gamaliel, doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, mandó que sacasen fuera un poco a los apóstoles,
35 Y les dijo: Varones Israelitas, mirad por vosotros acerca de estos hombres en lo que habéis de hacer.
36 Porque antes de estos días se

levantó Teudas, diciendo que él
era alguien; al cual se allegaron
un número de varones, como de
cuatrocientos, el cual fue muerto;
y todos los que le obedecían, fue-
ron disipados y vueltos en nada.
37 Después de éste se levan-
tó Judas el Galileo en los días
del empadronamiento; y llevó
mucho pueblo tras sí. Pereció
también éste, y todos los que
obedecían a él fueron dispersos.
38 Y ahora os digo, apartaos de
estos hombres, y dejadlos; porque
si este consejo, o esta obra, es de
los hombres, se desvanecerá;
39 Mas si es de Dios, no la po-
dréis deshacer; no seáis tal vez
hallados luchando contra Dios.
40 Y convinieron con él; y lla-
mando a los apóstoles, habiéndo-
los azotado, les mandaron que no
hablasen en el nombre de Jesús,
y los soltaron.
41 Y ellos salieron de la presen-
cia del concilio, gozosos de que
fuesen tenidos dignos de padecer
afrenta por su nombre.
42 Y todos los días, en el templo,
y por las casas no cesaban de en-
señar y predicar a Jesu Cristo.

CAPÍTULO 6

Y EN aquellos días, creciendo el
número de los discípulos, se
levantó una murmuración de los
Griegos contra los Hebreos, por-
que sus viudas eran menospre-
ciadas en el ministerio cotidiano.
2 Entonces los doce convocaron
a la multitud de los discípulos, y
dijeron: No es justo que nosotros
dejemos la palabra de Dios, y sir-
vamos a las mesas.
3 Buscad pues, hermanos, siete
varones de entre vosotros de buen
testimonio, llenos del Espíritu
Santo y de sabiduría, los cuales
pongamos sobre este negocio.
4 Mas nosotros nos entregare-
mos continuamente a la oración,
y al ministerio de la palabra.
5 Y lo dicho plugo a toda la mul-
titud; y escogieron a Esteban,
varón lleno de fe y del Espíritu
Santo, y a Felipe, y a Prócoro, y
a Nicanor, y a Timón, y a Par-
menas, y a Nicolás prosélito de
Antioquía.
6 A éstos presentaron delante de
los apóstoles: y cuando hubieron
orado, pusieron las manos sobre
ellos.
7 Y la palabra de Dios crecía; y el
número de los discípulos se mul-
tiplicaba en gran manera en Je-
rusalem; y una gran multitud de
los sacerdotes también obedecía
a la fe.
8 Y Esteban, lleno de fe y de
poder, hacía grandes prodigios y
milagros entre el pueblo.
9 Levantáronse entonces algunos
de la sinagoga que se llama de
los Libertinos, y Cireneos, y Ale-
jandrinos, y de los que eran de
Cilicia, y de Asia, disputando con
Esteban.
10 Mas no podían resistir a la sa-
biduría, y al espíritu con que él
hablaba.
11 Entonces sobornaron a varones
que dijesen: Nosotros le hemos
oído hablar palabras de blasfemia
contra Moisés y *contra* Dios.
12 Y alborotaron al pueblo, y a
los ancianos, y a los escribas; y
viniendo sobre él, le arrebataron,
y *le* trajeron al concilio.
13 Y pusieron testigos falsos que
dijesen: Este hombre no cesa
de hablar palabras de blasfemia
contra este lugar santo, y la ley;
14 Por que le hemos oído decir:

Que este Jesús de Nazaret des-
truirá este lugar, y cambiará las
costumbres que nos dio Moisés.
15 Entonces todos los que es-
taban sentados en el concilio,
puestos los ojos en él, vieron su
rostro como el rostro de un ángel.

CAPÍTULO 7

ENTONCES el sumo sacerdote
dijo: ¿Son estas cosas así?
2 Y él dijo: Varones, hermanos,
y padres, oíd: El Dios de gloria
apareció a nuestro padre Abra-
ham cuando estaba en Mesopota-
mia, antes que morase en Harán,
3 Y le dijo: Sal de tu tierra, y de
tu parentela, y ven a la tierra que
te mostraré.
4 Entonces salió él de la tierra de
los Caldeos, y moró en Harán; y
de allí, después de la muerte de
su padre, le traspasó a esta tie-
rra, en la cual vosotros habitáis
ahora.
5 Y no le dio herencia en ella, ni
aun una pisada de un pie; mas le
prometió que se la daría en pose-
sión a él, y a su simiente después
de él, no teniendo *aún* hijo.
6 Y le habló Dios así: Que su si-
miente sería extranjera en tierra
ajena, y que los sujetarían a ser-
vidumbre, y que *los* maltratarían,
por cuatrocientos años:
7 Mas a la nación a quien serán
siervos, yo *la* juzgaré, dijo Dios;
y después de esto saldrán, y me
servirán a mí en este lugar.
8 Y le dio el pacto de la circun-
cisión; y así engendró *Abraham* a
Isaac, y le circuncidó al octavo
día; e Isaac *engendró* a Jacob, y
Jacob a los doce patriarcas.
9 Y los patriarcas, movidos de
envidia, vendieron a José para
Egipto; mas Dios era con él,
10 Y le libró de todas sus afliccio-
nes, y le dio gracia y sabiduría en
la presencia de Faraón rey de Egip-
to, el cual le puso por gobernador
sobre Egipto, y sobre toda su casa.
11 Vino entonces hambre en toda
la tierra de Egipto y de Canaán, y
grande aflicción; y nuestros pa-
dres no hallaban alimentos.
12 Mas cuando Jacob oyó que
había trigo en Egipto, envió a
nuestros padres la primera vez.
13 Y en la segunda, José fue cono-
cido de sus hermanos, y fue sabido
de Faraón el linaje de José.
14 Y José envió e hizo llamar a
su padre Jacob, y a toda su pa-
rentela, a setenta y cinco almas.
15 Y descendió Jacob a Egipto,
donde murió él, y nuestros pa-
dres,
16 Y fueron trasladados a Siquem,
y fueron puestos en el sepulcro
que compró Abraham a precio
de dinero de los hijos de Hemor,
padre de Siquem.
17 Mas cuando se acercó el tiem-
po de la promesa, la cual Dios
había jurado a Abraham, cre-
ció el pueblo, y se multiplicó en
Egipto,
18 Hasta que se levantó otro rey,
que no conocía a José.
19 Éste, usando de astucia con
nuestro linaje, maltrató a nues-
tros padres, de manera que expu-
siesen a sus niños, para que no
viviesen.
20 En aquel mismo tiempo nació
Moisés, y fue hermoso a Dios; y
fue criado tres meses en casa de
su padre.
21 Y cuando fue expuesto, la hija
de Faraón le tomó, y le crió para
sí por hijo.
22 Y fue enseñado Moisés en toda
la sabiduría de los Egipcios; y era

poderoso en sus palabras y hechos.
23 Y cuando hubo cumplido la
edad de cuarenta años, le vino al
corazón de visitar a sus hermanos los hijos de Israel.
24 Y viendo a uno *de ellos* que era
injuriado, *le* defendió, e hiriendo
al Egipcio, vengó al injuriado.
25 Pero él pensaba que sus hermanos entendían, que Dios les
había de dar salvación por su
mano; mas ellos no entendieron.
26 Y el día siguiente riñendo
ellos, se les mostró, y los metía
en paz, diciendo: Varones, hermanos sois, ¿por qué os injuriáis
el uno al otro?
27 Entonces el que injuriaba a
su prójimo, le empujó, diciendo:
¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?
28 ¿Quieres tú matarme, como
mataste ayer al Egipcio?
29 A esta palabra Moisés huyó; y
se hizo extranjero en tierra de Madián, donde engendró dos hijos.
30 Y cumplidos cuarenta años, el
ángel del Señor le apareció en el
desierto del monte de Sinaí en
una llama de fuego en una zarza.
31 Cuando Moisés *lo* vio, se maravilló de la visión; y llegándose
para considerar, vino a él la voz
del Señor,
32 *Diciendo:* Yo *soy* el Dios de tus
padres, el Dios de Abraham, y el
Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.
Mas Moisés temblaba y no osaba
mirar.
33 Entonces le dijo el Señor:
Quita los zapatos de tus pies,
porque el lugar en que estás es
tierra santa.
34 He visto, he visto la aflicción
de mi pueblo que está en Egipto,
y el gemido de ellos he oído, y he
descendido para librarlos. Ahora
pues ven, te enviaré a Egipto.
35 A este Moisés, al cual ellos habían rehusado, diciendo: ¿Quién
te ha puesto por príncipe y juez?
a éste envió Dios por príncipe y
libertador por la mano del ángel
que le apareció en la zarza.
36 Éste los sacó, haciendo prodigios y señales en la tierra de
Egipto, y en el mar Bermejo, y
en el desierto por cuarenta años.
37 Éste es aquel Moisés, que dijo
a los hijos de Israel: Un Profeta
os levantará el Señor Dios vuestro, de vuestros hermanos, como
yo; a él oiréis.
38 Éste es el que estuvo en la
iglesia en el desierto con el ángel
que le hablaba en el monte de
Sinaí; y *con* nuestros padres: que
recibió los oráculos vivos para
darnos.
39 Al cual nuestros padres no
quisieron obedecer: antes *le* desecharon; y en sus corazones volvieron otra vez a Egipto,
40 Diciendo a Aarón: Haznos
dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, que
nos sacó de la tierra de Egipto,
no sabemos que le ha acontecido.
41 Y en aquellos días hicieron
un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y en las obras de sus
manos se holgaron.
42 Entonces Dios se apartó, y los
entregó que sirviesen al ejército
del cielo, como está escrito en el
libro de los profetas: ¿Me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el
desierto *por el espacio de* cuarenta
años, Oh casa de Israel?
43 Antes trajisteis el tabernáculo
de Moloc, y la estrella de vuestro dios Remfan, figuras que os
hicisteis para adorarlas; y yo os
transportaré más allá de Babilonia.

44 Tuvieron nuestros padres el
tabernáculo del testimonio en el
desierto, como él les ordenó, ha-
blando a Moisés, que lo hiciese
según la forma que había visto.
45 Al cual también nuestros pa-
dres recibieron y trajeron con
Jesús en la posesión de los Gen-
tiles, los cuales Dios echó de la
presencia de nuestros padres
hasta los días de David;
46 El cual halló favor delante de
Dios, y pidió de hallar tabernácu-
lo para el Dios de Jacob.
47 Mas Salomón le edificó casa.
48 Sin embargo el Altísimo no
mora en templos hechos de
manos, como el profeta dice:
49 El cielo *es* mi trono; y la tierra
el estrado de mis pies. ¿Qué casa
me edificaréis? dice el Señor: ¿o
cuál *es* el lugar de mi reposo?
50 ¿No hizo mi mano todas estas
cosas?
51 Duros de cerviz, e incircunci-
sos de corazón y de oídos: voso-
tros resistís siempre al Espíritu
Santo; como vuestros padres *hi-
cieron, así* también *hacéis* vosotros.
52 ¿A cuál de los profetas no
persiguieron vuestros padres? Y
mataron a los que antes anuncia-
ron la venida del Justo, del cual
vosotros ahora habéis sido entre-
gadores y matadores:
53 Que recibisteis la ley por dis-
posición de ángeles, y no *la* guar-
dasteis.
54 En oyendo estas cosas fueron
heridos hasta el corazón, y cru-
jían los dientes contra él.
55 Mas él estando lleno del Es-
píritu Santo, puestos los ojos en
el cielo, vio la gloria de Dios, y a
Jesús que estaba en pie a la dies-
tra de Dios,
56 Y dijo: He aquí, veo los cielos
abiertos, y al Hijo del hombre de
pie a la diestra de Dios.
57 Entonces ellos dando grandes
voces, taparon sus oídos; y arre-
metieron unánimes contra él.
58 Y echándo*le* fuera de la ciu-
dad *le* apedreaban; y los testigos
pusieron sus vestidos a los pies
de un mancebo que se llamaba
Saulo.
59 Y apedrearon a Esteban, invo-
cando él *a Dios* y diciendo: Señor
Jesús, recibe mi espíritu.
60 Y puesto de rodillas, clamó a
gran voz: Señor, no les pongas
en cuenta este pecado. Y habien-
do dicho esto, durmió.

CAPÍTULO 8

Y SAULO consentía en su muer-
te. Y en aquel día fue hecha
una grande persecución contra la
iglesia que estaba en Jerusalem;
y todos fueron esparcidos por las
tierras de Judea y de Samaria,
salvo los apóstoles.
2 Y unos varones piadosos lleva-
ron a *enterrar* a Esteban e hicie-
ron gran llanto sobre él.
3 Empero Saulo asolaba la igle-
sia, entrando por las casas; y
arrastrando varones y mujeres,
los entregaba en la prisión.
4 Mas los que eran esparcidos,
pasaban por todas partes predi-
cando la palabra.
5 Entonces Felipe descendiendo
a la ciudad de Samaria, les predi-
caba a Cristo.
6 Y las multitudes escuchaban
atentamente unánimes las cosas
que decía Felipe, oyendo y vien-
do los milagros que hacía.
7 Porque los espíritus inmundos,
salían de muchos que *los* tenían,
dando grandes voces: y muchos
paralíticos y cojos eran sanados.

8 Así que había gran gozo en
aquella ciudad.
9 Mas había cierto varón, llamado Simón, el cual había usado la hechicería antes en aquella ciudad, y había hechizado a la gente de Samaria, diciéndose ser algún grande.
10 Al cual oían todos atentamente desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este hombre es el gran poder de Dios.
11 Y le estaban atentos: porque con sus hechicerías los había hechizado mucho tiempo.
12 Mas cuando creyeron a Felipe que les predicaba el evangelio, las cosas pertenecientes al reino de Dios, y el nombre de Jesu Cristo, fueron bautizados, así varones como mujeres.
13 Entonces Simón mismo también creyó: y cuando fue bautizado, continuó con Felipe; y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.
14 Entonces cuando los apóstoles que estaban en Jerusalem, oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan:
15 Los cuales, cuando descendieron, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo:
16 (Porque aún no había caído sobre alguno de ellos, mas solamente eran bautizados en el nombre del Señor Jesús.)
17 Entonces les impusieron las manos encima, y recibieron el Espíritu Santo.
18 Y cuando vio Simón que por el poner de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, ofrecióles dinero,
19 Diciendo: Dadme también a mí esta potestad: que a cualquiera que pusiere las manos encima, reciba el Espíritu Santo.
20 Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque pensaste que el don de Dios se gane por dinero.
21 No tienes tú parte ni suerte en este negocio; porque tu corazón no es recto delante de Dios.
22 Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te será perdonado este pensamiento de tu corazón;
23 Porque en hiel de amargura, y en prisión de iniquidad veo que estás.
24 Respondiendo entonces Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, que ninguna cosa de éstas, que habéis dicho, venga sobre mí.
25 Y ellos, habiendo testificado y predicado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalem, y en muchas aldeas de los Samaritanos predicaban el evangelio.
26 Empero el ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate, y ve hacia el sur, al camino que desciende de Jerusalem a Gaza: el cual es desierto.
27 Y él se levantó y fue; y he aquí un Etíope, eunuco de gran autoridad bajo Candace, reina de los Etíopes, el cual era puesto sobre todos los tesoros de ella, y había venido a adorar en Jerusalem,
28 Se volvía, y sentado en su carro, leía el profeta Isaías.
29 Y el Espíritu dijo a Felipe: Llégate, y júntate a este carro.
30 Y corrió Felipe a *él*, y le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: ¿Entiendes lo que lees?
31 Y él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me guiara? Y rogó a Felipe que subiese, y se sentase con él.
32 Y el lugar de la Escritura que

leía, era éste: Como oveja a la
muerte fue llevado; y como cor-
dero mudo delante del que le
trasquila, así no abrió su boca.
33 En su humillación su juicio
fue quitado; mas su generación,
¿quién la contará? porque es qui-
tada de la tierra su vida.
34 Y respondiendo el eunuco a
Felipe, dijo: Ruégote, ¿de quién
dice el profeta esto? ¿de sí, o de
otro alguno?
35 Entonces Felipe abrió su boca,
y comenzando de esta misma Es-
critura, le predicó el evangelio
de Jesús.
36 Y yendo por el camino, vinie-
ron a cierta agua; y le dijo el eu-
nuco: He aquí agua, ¿qué impide
que yo sea bautizado?
37 Y Felipe dijo: Si crees de todo
corazón, bien puedes. Y respon-
dió él y dijo: Yo creo que Jesu
Cristo es el Hijo de Dios.
38 Y mandó parar el carro; y des-
cendieron ambos en el agua, Fe-
lipe y el eunuco; y le bautizó.
39 Y cuando subieron del agua,
el Espíritu del Señor arrebató a
Felipe, y no le vio más el eunuco;
y se iba por su camino gozoso.
40 Felipe empero fue hallado en
Azoto; y pasando predicaba el
evangelio en todas las ciudades
hasta que vino a Cesarea.

CAPÍTULO 9

Y SAULO aún respirando ame-
nazas y muerte contra los
discípulos del Señor, fue al sumo
sacerdote,
2 Y pidió de él cartas para Da-
masco a las sinagogas, para que
si hallase algunos de este camino,
así varones como mujeres, los
trajese presos a Jerusalem.
3 Y yendo por el camino, aconte-
ció que llegó cerca de Damasco,
y repentinamente resplandeció al
derredor de él una luz del cielo:
4 Y él cayó a tierra y oyó una voz
que le decía: Saulo, Saulo, ¿por
qué me persigues?
5 Y él dijo: ¿Quién eres, Señor?
Y el Señor dijo: Yo soy Jesús a
quien tú persigues: dura *cosa* te *es*
dar coces contra el aguijón.
6 Y él temblando y temeroso,
dijo: Señor, ¿qué quieres que yo
haga? Y el Señor le dijo: Leván-
tate, y entra en la ciudad; te será
dicho lo que debes hacer.
7 Y los varones que viajaban con
él, se pararon atónitos, oyendo
una voz, mas no viendo a nadie.
8 Entonces Saulo se levantó de
tierra, y abriendo los ojos no
veía a nadie; mas ellos, llevatán-
dole por la mano, *le* trajeron a
Damasco.
9 Y estuvo tres días sin ver; y no
comió, ni bebió.
10 Y había cierto discípulo en Da-
masco, llamado Ananías, al cual
el Señor dijo en visión: Ananías.
Y él respondió: Heme aquí, Señor.
11 Y el Señor le *dijo:* Levántate, y
ve *a* la calle, que se llama Dere-
cha, y busca en la casa de Judas
por *uno* llamado Saulo de Tarso:
porque, he aquí, él ora:
12 Y ha visto en visión a un varón
llamado Ananías, que entra, y le
pone la mano encima para que
reciba la vista.
13 Entonces Ananías respondió:
Señor, he oído a muchos de este
varón, cuantos males ha hecho a
tus santos en Jerusalem;
14 Y aquí tiene autoridad de los
principales sacerdotes para prender
a todos los que invocan tu nombre.
15 Y le dijo el Señor: Vé; porque
él me es un vaso escogido, para

llevar mi nombre delante de los
Gentiles, y de reyes, y de los
hijos de Israel:
16 Porque yo le mostraré cuántas
cosas le es menester que padezca
por mi nombre.
17 Y Ananías fue y entró en la
casa; y poniéndole las manos
sobre él, dijo: Hermano Saulo, el
Señor *es a saber* Jesús, el que te
apareció en el camino por donde
venías, me ha enviado para que
recibas la vista, y seas lleno del
Espíritu Santo.
18 Y al instante le cayeron de
los ojos como escamas, y recibió
inmediatamente la vista; y se le-
vantó y fue bautizado.
19 Y habiendo tomado alimento,
recobró fuerzas. Y estuvo Saulo
con los discípulos que estaban en
Damasco, por ciertos días.
20 E inmediatamente predicaba
a Cristo en las sinagogas, que
éste es el Hijo de Dios.
21 Mas todos los que *le* oían es-
taban atónitos, y decían: ¿No es
éste el que destruía en Jerusalem
a los que invocaban este nombre;
y a eso vino acá para llevarlos ata-
dos a los principales sacerdotes?
22 Empero Saulo mucho más se
esforzaba, y confundía a los Ju-
díos que moraban en Damasco
demostrando que éste es el Cristo.
23 Y después de muchos días, los
Judíos tomaron entre sí consejo
para matarlo.
24 Mas las asechanzas de ellos
fueron conocidas de Saulo: y
ellos guardaban las puertas de
día y de noche, para matarle.
25 Entonces los discípulos, to-
mándole de noche, *le* bajaron por
el muro metido en un canasto.
26 Y cuando vino Saulo a Jeru-
salem, tentaba de juntarse con
los discípulos; mas todos tenían
miedo de él, no creyendo que era
discípulo.
27 Y Bernabé lo tomó y *le* trajo
a los apóstoles; y les contó como
había visto al Señor en el camino,
y que él le había hablado, y como
en Damasco había predicado con
denuedo en el nombre de Jesús.
28 Y estaba con ellos, entrando y
saliendo en Jerusalem.
29 Y hablaba con denuedo en el
nombre del Señor Jesús, y dis-
putaba contra los Griegos; mas
ellos procuraban matarle.
30 Y cuando *lo* supieron los her-
manos, le llevaron a Cesarea, y
le enviaron a Tarso.
31 Las iglesias entonces por toda
Judea, y Galilea, y Samaria, te-
nían paz, y eran edificadas, y an-
dando en el temor del Señor, y el
consuelo del Espíritu Santo eran
multiplicadas.
32 Y aconteció, que como Pedro
pasaba por todas *partes*, vino
también a los santos que mora-
ban en Lida.
33 Y halló allí a cierto hombre
que se llamaba Eneas, que había
ya ocho años que estaba en cama,
que era paralítico.
34 Y le dijo Pedro: Eneas, Jesu
Cristo te sana: levántate, y hazte
tu cama. Y al instante se levantó.
35 Y viéronle todos los que mo-
raban en Lida y en Sarona, los
cuales se convirtieron al Señor.
36 Y había en Jope cierta discí-
pula llamada Tabita, que inter-
pretado, quiere decir, Dorcas.
Ésta era llena de buenas obras, y
de limosnas que hacía.
37 Y aconteció en aquellos días,
que enfermando, murió; la cual
después de lavada, *la* pusieron
en un aposento alto.

38 Y como Lida estaba cerca de
Jope, los discípulos, oyendo que
Pedro estaba allí, le enviaron dos
varones, rogándo*le*: No te deten-
gas de venir a nosotros.
39 Pedro entonces levantándose,
fue con ellos. Y cuando llegó, le
llevaron al aposento alto: y todas
las viudas le rodearon llorando, y
mostrando las túnicas y los ves-
tidos que Dorcas hacía cuando
estaba con ellas.
40 Mas Pedro, sacando a todos
fuera, se puso de rodillas, y oró;
y volviéndose al cuerpo dijo: Ta-
bita, levántate. Y ella abrió los
ojos; y viendo a Pedro, se sentó.
41 Y él le dio la mano y la levantó:
entonces, llamando a los santos
y a las viudas, la presentó viva.
42 Esto fue conocido por toda
Jope; y creyeron muchos en el
Señor.
43 Y aconteció que se quedó mu-
chos días en Jope, en casa de un
cierto Simón curtidor.

CAPÍTULO 10

Y HABÍA cierto varón en Cesa-
rea llamado Cornelio, centu-
rión de la compañía que se lla-
maba la Italiana,
2 Piadoso, y temeroso de Dios
con toda su casa, y que hacía
muchas limosnas al pueblo, y
que oraba a Dios siempre.
3 Éste vio en visión manifiesta-
mente, como a la hora novena
del día, a un ángel de Dios que
entraba a él, y le decía: Cornelio.
4 Y él, puestos en él los ojos, es-
pantado, dijo: ¿Qué es, Señor?
Y le dijo: Tus oraciones y tus li-
mosnas han subido en memoria
delante de Dios.
5 Envía pues ahora varones a
Jope, y haz venir a Simón, que
tiene por sobrenombre Pedro.
6 Éste posa en casa de un cier-
to Simón, curtidor, que tiene su
casa junto al mar: él te dirá lo
que debes hacer.
7 Y cuando el ángel que hablaba
a Cornelio se fue, llamó a dos de
sus criados, y a un soldado devo-
to de los que le servían constan-
temente.
8 A los cuales, después de ha-
bérselo contado todo, los envió
a Jope.
9 Y al día siguiente, yendo ellos
de camino, y llegando cerca de la
ciudad, Pedro subió a la azotea
a orar, cerca de la hora de sexta.
10 Y aconteció que le vino una
grande hambre, y quiso comer, y
aparejándoselo ellos, él cayó en
un éxtasis.
11 Y vio el cielo abierto, y que
descendía a él cierto vaso, como
un gran lienzo, que atado de los
cuatro cabos fue abajado del
cielo a la tierra:
12 En el cual había de todos los
animales cuadrúpedos de la tie-
rra, y fieras, y reptiles, y aves del
cielo.
13 Y le vino una voz: Levántate,
Pedro, mata y come.
14 Entonces Pedro dijo: Señor,
no; porque ninguna cosa común,
ni inmunda, he comido jamás.
15 Y volvió la voz a *decirle* la se-
gunda vez: Lo que Dios limpió,
no *lo* llames tú común.
16 Y esto fue hecho por tres
veces; y el vaso volvió a ser reco-
gido en el cielo.
17 Y estando Pedro dudando
dentro de sí, que sería la visión
que había visto, he aquí, los
varones que habían sido envia-
dos de Cornelio, habían pre-
guntado por la casa de Simón,

y estaban de pie ante la puerta.
18 Y llamando, preguntaron si
Simón, que tenía por sobrenom-
bre Pedro, posaba allí.
19 Y estando Pedro pensando en
la visión, le dijo el Espíritu: He
aquí, tres varones te buscan.
20 Levántate pues, y desciende, y
vete con ellos no dudando nada:
porque yo los he enviado.
21 Entonces Pedro, descendió a
los varones que le eran enviados
por Cornelio y dijo: He aquí, yo
soy el que buscáis: ¿cuál es la
causa porque habéis venido?
22 Y ellos dijeron: Cornelio, el
centurión, varón justo, y teme-
roso de Dios, y de buen testimo-
nio entre toda la nación de los
Judíos, fue avisado de Dios por
un santo ángel, de hacerte venir
a su casa, y oír palabras de ti.
23 Él pues, los invitó a entrar, y
los hospedó: Y el día siguiente
Pedro se fue con ellos; y le acom-
pañaron algunos de los herma-
nos de Jope.
24 Y al otro día entraron en Cesa-
rea. Y Cornelio los estaba esperan-
do, habiendo llamado a sus parien-
tes, y a los amigos más íntimos.
25 Y como Pedro entraba, Cor-
nelio le salió a recibir; y cayendo
a sus pies, *le* adoró.
26 Mas Pedro le levantó, dicien-
do: Levántate, *que* yo mismo
también soy hombre.
27 Y hablando con él, entró; y
halló a muchos que se habían
juntado.
28 Y les dijo: Vosotros sabéis
bien, que no es lícito a un hom-
bre Judío juntarse, o llegarse a
uno de otra nación; mas me ha
mostrado Dios, que a ningún
hombre llame común o inmundo.
29 Por lo cual, siendo llamado he
venido sin contradecir. Así que
pregunto, ¿por qué causa me ha-
béis enviado a llamar?
30 Entonces Cornelio dijo: Cua-
tro días ha que a esta hora yo
estaba ayunando; y a la hora no-
vena estando orando en mi casa,
he aquí, un varón se puso de pie
delante de mí en vestido resplan-
deciente,
31 Y dijo: Cornelio, tu oración
es oída, y tus limosnas han ve-
nido en memoria a la presencia
de Dios.
32 Envía pues a Jope, y haz venir
a Simón, que tiene por sobre-
nombre Pedro: éste posa en casa
de Simón, curtidor, junto al mar,
el cual habiendo venido, te ha-
blará.
33 Así que, envié inmediatamen-
te a ti; y tú has hecho bien vi-
niendo. Ahora pues, todos noso-
tros estamos aquí en la presencia
de Dios para oír todo lo que Dios
te ha mandado.
34 Entonces Pedro, abriendo *su*
boca, dijo: En verdad percibo que
Dios no hace acepción de personas:
35 Sino que de cualquiera nación,
el que le teme y obra justicia, es
de su agrado.
36 La palabra que *Dios* envió a
los hijos de Israel, predicando la
paz por Jesu Cristo: (éste es el
Señor de todos:)
37 La cual palabra, vosotros sa-
béis, que fue publicada por toda
Judea, comenzando desde Ga-
lilea después del bautismo que
Juan predicó;
38 Cómo Dios ungió a Jesús de
Nazaret, con el Espíritu Santo y
con poder, el cual anduvo ha-
ciendo bien, y sanando a todos
los que estaban oprimidos del
diablo; porque Dios era con él.

39 Y nosotros somos testigos de
todas las cosas que hizo en la tie-
rra de los Judíos, y en Jerusalem;
al cual mataron colgándole en
un madero.
40 A éste Dios le resucitó al ter-
cer día, e hizo que apareciese
manifiestamente:
41 No a todo el pueblo, sino a los
testigos que Dios antes había es-
cogido, *es a saber*, a nosotros, que
comimos, y bebimos juntamente
con él, después que resucitó de
entre los muertos.
42 Y nos mandó que predicáse-
mos al pueblo, y testificásemos
que él es el que Dios ha puesto
por Juez de vivos y de muertos.
43 A éste dan testimonio todos
los profetas, de que todos los que
en él creyeren, recibirán remi-
sión de pecados en su nombre.
44 Estando aún hablando Pedro
estas palabras, el Espíritu Santo
cayó sobre todos los que oían la
palabra.
45 Y se espantaron los creyentes
que eran de la circuncisión, que
habían venido con Pedro, de que
también sobre los Gentiles se de-
rramase el don del Espíritu Santo.
46 Porque los oían hablar en len-
guas, y que magnificaban a Dios.
Entonces Pedro respondió:
47 ¿Puede alguien impedir el
agua, para que no sean bauti-
zados éstos, que han recibido el
Espíritu Santo también como no-
sotros?
48 Y les mandó que fueran bau-
tizados en el nombre del Señor.
Y le rogaron que se quedase por
algunos días.

CAPÍTULO 11

Y OYERON los apóstoles, y los
hermanos que estaban en
Judea, que también los Gentiles
habían recibido la palabra de Dios.
2 Y cuando Pedro subió a Jeru-
salem, contendían contra él los
que eran de la circuncisión,
3 Diciendo: ¿Por qué has entra-
do a varones incircuncisos, y has
comido con ellos?
4 Entonces comenzando Pedro,
les declaró por orden *lo pasado*,
diciendo:
5 Yo estaba en la ciudad de Jope
orando, y vi, en éxtasis, una vi-
sión: cierto vaso, como un gran
lienzo, que descendía, que por
los cuatro cabos fue bajado del
cielo, y venía hasta mí.
6 En el cual cuando puse los ojos,
consideré, y vi animales terres-
tres cuadrúpedos, y fieras, y rep-
tiles, y aves del cielo.
7 Y oí una voz que me decía: Le-
vántate, Pedro, mata, y come.
8 Y dije: Señor, no; porque nin-
guna cosa común ni inmunda
entró jamás en mi boca.
9 Entonces la voz me respon-
dió del cielo la segunda vez: Lo
que Dios limpió, no *lo* llames tú
común.
10 Y esto fue hecho por tres
veces; y volvió todo a ser tomado
arriba en el cielo.
11 Y he aquí que inmediatamen-
te tres varones sobrevinieron a la
casa donde yo estaba, enviados a
mí de Cesarea.
12 Y el Espíritu me dijo que me
fuese con ellos sin dudar nada. Y
vinieron también conmigo estos
seis hermanos, y entramos en la
casa del varón,
13 El cual nos contó como había
visto a un ángel en su casa, que
estaba en pie, y le dijo: Envía va-
rones a Jope, y haz venir a Simón,
que tiene por sobrenombre Pedro,

14 El cual te hablará palabras por
las cuales serás salvo tú, y toda
tu casa.
15 Y como comencé a hablar,
cayó el Espíritu Santo sobre ellos,
como también sobre nosotros al
principio.
16 Entonces me acordé de la pa-
labra del Señor, como él dijo:
Juan ciertamente bautizó en
agua; mas vosotros seréis bauti-
zados con el Espíritu Santo.
17 Así que, si Dios les dio a ellos
el mismo don también como a
nosotros que hemos creído en el
Señor Jesu Cristo, ¿quién era yo
que pudiese estorbar a Dios?
18 Entonces, oídas estas cosas,
callaron, y glorificaron a Dios,
diciendo: De manera que tam-
bién a los Gentiles ha dado Dios
arrepentimiento para vida.
19 Y los que habían sido esparci-
dos por la persecución que había
sucedido por causa de Esteban,
pasaron hasta Fenicia, y Chipre,
y Antioquía, no predicando a
nadie la palabra, sino sólo a los
Judíos.
20 Y algunos de ellos eran va-
rones de Chipre y de Cirene,
los cuales cuando entraron en
Antioquía, hablaron a los Grie-
gos, predicando el evangelio del
Señor Jesús.
21 Y la mano del Señor era con
ellos; y un gran número creyen-
do se convirtió al Señor.
22 Y llegó la fama de estas cosas
a oídos de la iglesia que estaba
en Jerusalem; y enviaron a Ber-
nabé que fuese hasta Antioquía:
23 El cual cuando llegó, y vio la
gracia de Dios, se gozó; y exhortó
a todos que con propósito de co-
razón permaneciesen en el Señor.
24 Porque era varón bueno, y
lleno del Espíritu Santo, y de fe;
y mucha gente fue añadida al
Señor.
25 Y partió Bernabé a Tarso para
buscar a Saulo; Y hallándole, le
trajo a Antioquía.
26 Y sucedió que por un año en-
tero se juntaron allí con la iglesia;
y enseñaron a mucha gente: y los
discípulos fueron llamados Cristia-
nos primeramente en Antioquía.
27 Y en aquellos días descendieron
de Jerusalem profetas a Antioquía.
28 Y levantándose uno de ellos,
llamado Agabo, significaba por
el Espíritu, que había de haber
una grande hambre por todo el
mundo, la cual también vino en
tiempo de Claudio César.
29 Entonces los discípulos, cada
uno conforme a lo que tenía, de-
terminaron de enviar socorro a los
hermanos que moraban en Judea.
30 Lo cual asimismo hicieron,
enviándolo a los ancianos por
mano de Bernabé y de Saulo.

CAPÍTULO 12

Y EN el mismo tiempo el rey He-
rodes tendió las manos para
maltratar a ciertos de la iglesia.
2 Y mató a Jacobo el hermano de
Juan a espada.
3 Y viendo que había agradado
a los Judíos, procedió para pren-
der también a Pedro. (Eran en-
tonces los días de los panes sin
levadura.)
4 Y habiéndolo prendido, *le* puso
en la prisión, entregándo*le* a cua-
tro cuaterniones de soldados que
le guardasen: queriendo sacarle
al pueblo después de la Pascua.
5 Así que, Pedro era guardado en
la prisión; mas la iglesia hacía
oración a Dios sin cesar por él.
6 Y cuando Herodes le había de

sacar, aquella misma noche, es-
taba Pedro durmiendo entre dos
soldados, preso con dos cadenas,
y los guardas delante de la puer-
ta que guardaban la prisión.
7 Y, he aquí, el ángel del Señor
sobrevino, y una luz resplandeció
en la prisión: e hiriendo a Pedro
en el lado, le despertó, diciendo:
Levántate presto. Y las cadenas
se le cayeron de las manos.
8 Y le dijo el ángel: Cíñete, y átate
tus sandalias. Y lo hizo así. Y le
dijo: Rodéate tu ropa, y sígueme.
9 Y saliendo, le seguía; y no sabía
que era verdad lo que hacía el
ángel; mas pensaba que veía una
visión.
10 Y cuando pasaron la primera
y la segunda guarda, vinieron a
la puerta de hierro, que va a la
ciudad, la cual se les abrió por
sí misma; y salidos, pasaron ade-
lante por una calle; y al instante
el ángel se apartó de él.
11 Entonces Pedro, volviendo en sí,
dijo: Ahora entiendo verdadera-
mente, que el Señor ha enviado su
ángel, y me ha librado de la mano
de Herodes, y *de* toda la expecta-
ción del pueblo de los Judíos.
12 Y habiendo considerado *ésto*,
llegó a casa de María la madre
de Juan, el que tenía por sobre-
nombre Marcos, donde muchos
estaban congregados, y orando.
13 Y tocando Pedro a la puerta del
portal, salió una muchacha para
escuchar, que se llamaba Rhode,
14 Y reconociendo la voz de
Pedro, de gozo no abrió la puerta,
sino que corriendo adentro, dio
la nueva, que Pedro estaba de
pie ante la puerta.
15 Y ellos le dijeron: Estás loca:
mas ella afirmaba que así era. En-
tonces ellos decían: Su ángel es.
16 Mas Pedro perseveraba en lla-
mar; y cuando hubieron abierto,
lo vieron, y se espantaron.
17 Mas él, haciéndoles señal con
la mano que callasen, les contó
como el Señor le había sacado
de la cárcel; y dijo: Haced saber
esto a Jacobo y a los hermanos. Y
salido, se fue a otro lugar.
18 Y luego que fue de día, había
no poco alboroto entre los solda-
dos, sobre qué se había hecho de
Pedro.
19 Mas Herodes, cuando le buscó,
y no le halló, hecha inquisición
de los guardas, *los* mandó llevar
a la muerte. Y descendiendo de
Judea a Cesarea, se quedó *allí*.
20 Y Herodes estaba enojado
contra los de Tiro, y los de Sidón;
mas ellos vinieron de acuerdo a
él; y habiendo sobornado a Blas-
to, que era el camarero del rey,
pedían paz; porque las tierras de
ellos eran mantenidas por las del
rey.
21 Y en un día señalado, Herodes
vestido de ropa real, se sentó en
su trono, y les arengaba.
22 Y el pueblo aclamaba, *diciendo:*
¡Voz de un dios, y no de hombre!
23 Y al instante el ángel del
Señor le hirió, por cuanto no dio
la gloria a Dios; y comido de gu-
sanos expiró.
24 Mas la palabra de Dios crecía,
y se multiplicaba.
25 Y Bernabé y Saulo volvieron
de Jerusalem, cumplido *su* minis-
terio, tomando también consigo
a Juan, el que tenía por sobre-
nombre Marcos.

CAPÍTULO 13

HABÍA entonces en la igle-
sia; que estaba en Antio-
quía, ciertos profetas y maestros,

como Bernabé, y Simón el que se
llamaba Niger, y Lucio Cireneo,
y Manaén, que había sido criado
con Herodes el tetrarca, y Saulo.
2 Ministrando pues éstos al
Señor, y ayunando, dijo el Espíri-
tu Santo: apartadme a Bernabé y
a Saulo para la obra para la cual
los he llamado.
3 Y cuando hubieron ayunado y
orado, pusieron las manos sobre
ellos y dejáronlos ir.
4 Así que ellos, enviados por el Es-
píritu Santo, descendieron a Seleu-
cia; y de allí navegaron a Chipre.
5 Y llegados a Salamina, predi-
caban la palabra de Dios en las
sinagogas de los Judíos; y tenían
también a Juan por ministro.
6 Y habiendo atravesado la isla
hasta Pafos, hallaron a cierto he-
chicero, falso profeta, Judío, lla-
mado Barjesús:
7 El cual estaba con el procónsul
Sergio Paulo, varón prudente. Éste,
llamando a Bernabé y a Saulo, de-
seaba oír la palabra de Dios.
8 Mas les resistía Elimas el he-
chicero, (que así se interpreta su
nombre,) procurando apartar de
la fe al procónsul.
9 Entonces Saulo, que también
se llama Pablo, lleno del Espíritu
Santo, poniendo en él los ojos,
10 Dijo: Oh lleno de todo engaño
y de toda maldad, hijo del diablo,
enemigo de toda justicia, ¿no ce-
sarás de trastornar los caminos
rectos del Señor?
11 Ahora, pues, he aquí, la mano
del Señor es contra ti, y serás
ciego, que no veas el sol por un
tiempo. E inmediatamente caye-
ron sobre él oscuridad y tinieblas;
y andando alrededor, buscaba
quién le condujese por la mano.
12 Entonces el procónsul, viendo lo
que había sido hecho, creyó, mara-
villado de la doctrina del Señor.
13 Y partidos de Pafos, Pablo, y
los que estaban con él, vinieron
a Perges de Pamfilia: entonces
Juan, apartándose de ellos, se
volvió a Jerusalem.
14 Y ellos pasando de Perges, vi-
nieron a Antioquía de Pisidia; y
entrando en la sinagoga un día
de sábado, se asentaron.
15 Y después de la lectura de la
ley y de los profetas, los prínci-
pes de la sinagoga enviaron a
ellos, diciendo: Varones *y* her-
manos, si hay en vosotros alguna
palabra de exhortación para el
pueblo, hablad.
16 Entonces Pablo, levantándo-
se, hecha señal *de silencio* con la
mano, dijo: Varones Israelitas, y
los que teméis a Dios, oíd.
17 El Dios de este pueblo de Israel
escogió a nuestros padres, y ensal-
zó el pueblo, siendo ellos extran-
jeros en la tierra de Egipto, y con
brazo levantado los sacó de ella.
18 Y por espacio como de cua-
renta años soportó sus costum-
bres en el desierto.
19 Y destruyendo siete naciones
en la tierra de Canaán, les repar-
tió por suerte la tierra de ellas.
20 Y después de esto *les dio* jueces
como por cuatrocientos y cincuen-
ta años, hasta el profeta Samuel.
21 Y entonces demandaron rey;
y les dio Dios a Saúl, hijo de Cis,
varón de la tribu de Benjamín,
por espacio de cuarenta años.
22 Y quitado aquél, les levantó
a David por rey, al cual dio tes-
timonio, diciendo: He hallado a
David, *hijo* de Isaí, varón confor-
me a mi corazón, el cual hará
toda mi voluntad.
23 De la simiente de éste, Dios,

conforme a *su* promesa, levantó
a Israel un Salvador, Jesús:
24 Cuando, antes de su venida,
Juan había predicado primero el
bautismo de arrepentimiento a
todo el pueblo de Israel.
25 Mas cuando Juan cumplía
su carrera, dijo: ¿Quién pensáis
que soy yo? Yo no soy *él*; mas,
he aquí, viene en pos de mí uno,
cuyos zapatos de los pies no soy
yo digno de desatar.
26 Varones y hermanos, hijos del
linaje de Abraham, y los que de
entre vosotros temen a Dios, a
vosotros es enviada la palabra de
esta salvación.
27 Porque los que moran en Jerusalem, y sus príncipes, no conociendo a éste, ni a las voces de
los profetas que se leen todos los
sábados, condenándo*le las* cumplieron.
28 Y sin hallar *en él* causa de
muerte, pidieron a Pilato que
fuese muerto.
29 Y cuando hubieron cumplido
todas las cosas que de él eran
escritas, quitándo*le* del madero, *le* pusieron en un sepulcro.
30 Mas Dios le resucitó de los
muertos.
31 El cual fue visto por muchos
días de los que habían subido
juntamente con él de Galilea a
Jerusalem, los cuales son sus testigos al pueblo.
32 Y nosotros os predicamos el
evangelio de aquella promesa
que fue hecha a los padres,
33 La cual Dios ha cumplido a
nosotros, los hijos de ellos, resucitando a Jesús: como también
en el Salmo segundo está escrito:
Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.
34 Y que le resucitó de los muertos para nunca más volver a corrupción, dijo así: Yo os daré las
misericordias fieles de David.
35 Por ésto en otro *Salmo* dice
también: No permitirás que tu
Santo vea corrupción.
36 Porque por la verdad David,
habiendo servido a su propia generación según la voluntad de
Dios, durmió, y fue juntado con
sus padres, y vio corrupción.
37 Mas aquel que Dios resucitó,
no vio corrupción.
38 Séaos pues notorio, varones
hermanos, que por éste os es predicada remisión de pecados;
39 Y de todo lo que por la ley de
Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo
aquel que creyere.
40 Mirad pues que no venga
sobre vosotros lo que está dicho
en los profetas:
41 Mirad, menospreciadores, y
maravillaos, y pereced; porque
yo obro una obra en vuestros
días, obra que no la creeréis aunque alguien os la contare.
42 Y salidos los Judíos de la sinagoga, los Gentiles les rogaron
que el sábado siguiente se les
predicasen estas palabras.
43 Y despedida la congregación,
muchos de los Judíos, y de los
prosélitos religiosos siguieron a
Pablo y a Bernabé: los cuales hablándoles, les persuadían que permaneciesen en la gracia de Dios.
44 Y el sábado siguiente se juntó
casi toda la ciudad a oír la palabra de Dios.
45 Mas cuando los Judíos vieron
las multitudes, fueron llenos de
envidia, y contradecían a lo que
Pablo decía, contradiciendo y
blasfemando.
46 Entonces Pablo y Bernabé, to-

mando denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era menester que se os hablase primero la palabra de Dios; mas, pues que la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los Gentiles.
47 Porque así nos lo mandó el Señor, *diciendo:* Te he puesto por luz de los Gentiles, para que seas por salvación hasta lo postrero de la tierra.
48 Y los Gentiles oyendo esto, fueron gozosos, y glorificaban la palabra del Señor, y tantos que creyeron, fueron ordenados para vida eterna.
49 Y la palabra del Señor fue publicada por toda aquella región.
50 Mas los Judíos concitaron a las mujeres piadosas y nobles, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, a los cuales echaron de sus términos.
51 Ellos entonces sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, se vinieron a Iconio.
52 Y los discípulos fueron llenos de gozo, y del Espíritu Santo.

CAPÍTULO 14

Y ACONTECIÓ en Iconio, que entrados ambos en la sinagoga de los Judíos, hablaron de tal manera que creyó una grande multitud de Judíos, y asimismo de Griegos.
2 Mas los Judíos que fueron incrédulos, incitaron a los Gentiles, y corrompieron las mentes de ellos contra los hermanos.
3 Con todo eso se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, y dando que señales y milagros fuesen hechos por las manos de ellos.
4 Y la multitud de la ciudad fue dividida; y unos eran con los Judíos, y otros con los apóstoles.
5 Mas cuando hubo ímpetu de los Gentiles, y los Judíos, juntamente con sus príncipes, para afrentar*los* y apedrearlos,
6 Entendiéndo*lo* ellos se huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y por toda la tierra al derredor.
7 Y allí predicaban el evangelio.
8 Y cierto varón de Listra, impotente de los pies, estaba sentado, cojo desde el vientre de su madre, que jamás había andado.
9 Éste oyó hablar a Pablo: el cual, como puso los ojos en él, y vio que tenía fe para ser sano,
10 Dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo.
11 Y cuando las gentes vieron lo que Pablo había hecho, alzaron sus voces, diciendo en lengua Licaónica: Los dioses en semejanza de hombres han descendido a nosotros.
12 Y a Bernabé llamaban Júpiter; y a Pablo, Mercurio, porque éste era el que llevaba la palabra.
13 Entonces el sacerdote de Júpiter que estaba delante de la ciudad de ellos, trayendo toros y guirnaldas delante de las puertas, quería con el pueblo sacrificar.
14 *Lo cual* cuando oyeron los apóstoles, Bernabé y Pablo, rompiendo sus ropas, saltaron en medio de la multitud, dando voces,
15 Y diciendo: Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros hombres somos de iguales pasiones que vosotros, y os predicamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo, y

la tierra, y el mar, y todo cuanto
hay en ellos:
16 El cual en los tiempos pasados
dejó a todas las naciones andar
en sus propios caminos:
17 Aunque no se dejó a sí mismo
sin testimonio, bien hacien-
do, dándonos lluvias del cielo,
y tiempos fructíferos, llenando
de mantenimiento, y de alegría
nuestros corazones.
18 Y diciendo estas cosas, con di-
ficultad impidieron las multitu-
des a que no les sacrificasen.
19 Entonces sobrevinieron *ciertos*
Judíos de Antioquía y de Iconio,
que persuadieron a la multitud;
y habiendo apedreado a Pablo, *le*
sacaron arrastrando fuera de la
ciudad, pensando que ya estaba
muerto.
20 Mas rodeándole los discípulos,
se levantó, y se entró en la ciu-
dad; y el día siguiente se partió
con Bernabé a Derbe.
21 Y cuando hubieron predicado
el evangelio a aquella ciudad, y
enseñado a muchos, volviéronse
a Listra, y *a* Iconio, y a Antioquía,
22 Confirmando las almas de los
discípulos, exhortándolos que
permaneciesen en la fe; y que es
menester que por muchas tribu-
laciones entremos en el reino de
Dios.
23 Y cuando les hubieron elegido
ancianos en cada una de las igle-
sias, y habiendo orado con ayu-
nos, los encomendaron al Señor
en el cual habían creído.
24 Y habiendo pasado por toda
Pisidia, vinieron a Pamfilia.
25 Y cuando hubieron predicado
la palabra en Perges, descendie-
ron a Atalia.
26 Y de allí navegaron a Antio-
quía, de donde habían sido en-
comendados a la gracia de Dios
para la obra que ya habían cum-
plido.
27 Y habiendo llegado, y congre-
gado la iglesia, contaron todas
las cosas que Dios había hecho
con ellos, y cómo había abierto a
los Gentiles la puerta de fe.
28 Y se quedaron allí mucho
tiempo con los discípulos.

CAPÍTULO 15

Y CIERTOS hombres que ha-
bían descendido de Judea en-
señaban a los hermanos: Si no os
circuncidáis, conforme a la cos-
tumbre de Moisés, no podéis ser
salvos.
2 Así que, hecha una disensión y
contienda no pequeña por Pablo
y Bernabé contra ellos, determi-
naron que subiesen Pablo y Ber-
nabé, y ciertos otros de ellos a
los apóstoles y a los ancianos a
Jerusalem sobre esta cuestión.
3 Ellos pues, siendo enviados por
la iglesia, pasaron por Fenicia y
Samaria, contando la conversión
de los Gentiles; y causaron gran-
de gozo a todos los hermanos.
4 Y venidos a Jerusalem, fue-
ron recibidos de la iglesia, y de
los apóstoles y de *los* ancianos; y
les hicieron saber todas las cosas
que Dios había hecho con ellos.
5 Mas ciertos de la secta de los
Fariseos, que habían creído, se
levantaron, diciendo: Que es me-
nester circuncidarlos, y mandar-
les que guarden la ley de Moisés.
6 Y se juntaron los apóstoles y
los ancianos para considerar de
este negocio.
7 Y habiendo habido grande con-
tienda, levantándose Pedro, les
dijo: Varones hermanos, voso-
tros sabéis como ya hace algún

tiempo que Dios escogió de entre
nosotros, que los Gentiles oyesen
por mi boca la palabra del evan-
gelio, y creyesen.
8 Y Dios, que conoce los corazo-
nes, les dio testimonio, dándoles
el Espíritu Santo a ellos también
como a nosotros.
9 Y ninguna diferencia hizo entre
nosotros y ellos, purificando por
fe sus corazones.
10 Ahora pues, ¿por qué tentáis
a Dios, poniendo un yugo sobre
la cerviz de los discípulos, que
ni nuestros padres ni nosotros
hemos podido llevar?
11 Antes por la gracia del Señor
Jesu Cristo creemos que seremos
salvos, así como ellos.
12 Entonces toda la multitud
calló, y escucharon a Bernabé
y a Pablo que contaban cuántos
milagros y maravillas Dios había
hecho por ellos entre los Gentiles.
13 Y después que hubieron calla-
do, Jacobo respondió, diciendo:
Varones *y* hermanos, oídme:
14 Simón ha contado cómo pri-
mero Dios visitó a los Gentiles,
para tomar de entre ellos un pue-
blo para su nombre.
15 Y con esto concuerdan las pa-
labras de los profetas, como está
escrito:
16 Después de estas cosas volve-
ré, y reedificaré el tabernáculo de
David que está caído; y reedificaré
sus ruinas, y le volveré a levantar;
17 Para que el resto de los hom-
bres busque al Señor, y todos los
Gentiles sobre los cuales es invo-
cado mi nombre, dice el Señor,
que hace todas estas cosas.
18 Conocidas a Dios son todas
sus obras desde la eternidad.
19 Por lo cual yo juzgo, que los
que de los Gentiles se convierten
a Dios, no han de ser inquietados:
20 Sino escribirles que se apar-
ten de las contaminaciones de
los ídolos, y *de* fornicación, y *de*
lo ahogado, y *de* sangre.
21 Porque Moisés desde los
tiempos antiguos tiene en cada
ciudad quien le predique en las
sinagogas, donde es leído cada
sábado.
22 Entonces pareció bien a los
apóstoles, y a los ancianos con
toda la iglesia, de enviar varo-
nes escogidos de entre ellos a
Antioquía con Pablo y Bernabé,
es a saber, a Judas que tenía por
sobrenombre Barsabás, y a Silas,
varones principales entre los her-
manos;
23 Y escribiendo por mano de
ellos así: Los apóstoles, y los an-
cianos, y los hermanos, a los her-
manos de los Gentiles que están
en Antioquía, y en Siria, y en Ci-
licia, saludos:
24 Por cuanto hemos oído que
ciertos, que han salido de no-
sotros, os han turbado con pa-
labras, trastornando vuestras
almas, mandando circuncidaros
y guardar la ley, a los cuales no
dimos *tal* mandato:
25 Nos ha parecido bien, congre-
gados de un acuerdo, enviar va-
rones escogidos a vosotros con
nuestros amados Bernabé y Pablo,
26 Hombres que han arriesgado
sus vidas por el nombre de nues-
tro Señor Jesu Cristo.
27 Así que, hemos enviado a
Judas, y a Silas, los cuales tam-
bién por palabra *os* harán saber
las mismas cosas.
28 Porque ha parecido bien al Es-
píritu Santo, y a nosotros, de no
imponeros otra carga además de
estas cosas necesarias:

29 Que os apartéis de las cosas
sacrificadas a ídolos, y de san-
gre, y de lo ahogado, y de forni-
cación: de las cuales cosas si os
guardareis, haréis bien. Pasadlo
bien.
30 Ellos entonces enviados, des-
cendieron a Antioquía, y juntan-
do la multitud, dieron la carta.
31 *La cual* cuando leyeron, se go-
zaron de la consolación.
32 Y Judas y Silas, siendo tam-
bién ellos profetas, exhortaron a
los hermanos con abundancia de
palabra, y los confirmaron.
33 Y pasando *allí* algún tiempo
fueron enviados de los hermanos
a los apóstoles en paz.
34 Mas a Silas pareció *bien* de
quedarse allí aún.
35 Y Pablo y Bernabé, con mu-
chos otros también, continuaron
en Antioquía enseñando la pa-
labra del Señor y predicando el
evangelio.
36 Y después de algunos días
Pablo dijo a Bernabé: Volva-
mos a visitar a los hermanos por
todas las ciudades en las cuales
hemos predicado la palabra del
Señor, para *ver* cómo están.
37 Y Bernabé quería que toma-
sen consigo a Juan, el que tenía
por sobrenombre Marcos:
38 Mas a Pablo no le parecía bien
llevar consigo al que se había
apartado de ellos desde Pamfilia,
y no había ido con ellos a la obra.
39 Y hubo tal contención entre
ellos, que se apartaron el uno del
otro; y Bernabé tomando a Mar-
cos navegó a Chipre.
40 Y Pablo escogiendo a Silas,
partió, encomendado por los
hermanos a la gracia de Dios.
41 Y anduvo por Siria y Cilicia
confirmando las iglesias.

CAPÍTULO 16

Y VINO hasta Derbe, y Listra; y,
he aquí, estaba allí cierto dis-
cípulo, llamado Timoteo, hijo de
una mujer Judía creyente, mas
su padre *era* Griego.
2 De éste daban buen testimonio
los hermanos que estaban en Lis-
tra y en Iconio.
3 Éste quiso Pablo que fuese con
él; y tomándole, le circuncidó, por
causa de los Judíos que estaban
en aquellos lugares; porque todos
sabían que su padre era Griego.
4 Y como pasaban por las ciuda-
des, les daban para que guarda-
sen los decretos, que habían sido
determinados por los apóstoles y
los ancianos que estaban en Je-
rusalem.
5 Así que las iglesias eran confir-
madas en la fe, y eran aumenta-
das en número cada día.
6 Y pasando a Frigia, y a la pro-
vincia de Galacia, les fue prohi-
bido por el Espíritu Santo predi-
car la palabra en Asia.
7 Y cuando vinieron a Misia, ten-
taron de ir a Bitinia, mas no *se* lo
permitió el Espíritu.
8 Y pasando por Misia, descen-
dieron a Troas.
9 Y se le apareció a Pablo de
noche una visión: Un varón de
Macedonia estaba en pie, rogán-
dole, y diciendo: Pasa a Macedo-
nia y ayúdanos.
10 Y cuando vio la visión, inme-
diatamente procuramos partir a
Macedonia, dando por cierto que
el Señor nos había llamado para
que les predicásemos el evangelio.
11 Y partidos de Troas, vinimos
camino derecho a Samotracia, y
el *día* siguiente a Neápolis.
12 Y de allí a Filipos, que es la
principal ciudad de aquella parte

de Macedonia, *y* una colonia; y
estuvimos en aquella ciudad
ciertos días.
13 Y en el día del sábado salimos
fuera de la ciudad, junto al río,
donde solían hacer oración; y sen-
támonos, y hablamos a las muje-
res que allí se habían congregado.
14 Y cierta mujer, llamada Lidia,
que vendía púrpura, de la ciudad
de Tiatira, que adoraba a Dios,
nos oyó: el corazón de la cual
abrió el Señor, para que estuvie-
se atenta a lo que Pablo decía.
15 Y cuando fue bautizada, y su
casa, *nos* rogó, diciendo: Si habéis
juzgado que yo sea fiel al Señor,
entrad en mi casa, y posad; y nos
constriñó.
16 Y aconteció, que yendo noso-
tros a la oración, una cierta mu-
chacha que tenía espíritu de adi-
vinación, nos salió al encuentro;
la cual daba grandes ganancias a
sus amos adivinando.
17 Ésta, siguiendo a Pablo, y a
nosotros, daba voces, diciendo:
Estos hombres son siervos del
Dios Altísimo, los cuales nos en-
señan el camino de salvación.
18 Y esto hacía por muchos días,
mas desagradado Pablo se volvió,
y dijo al espíritu: Te mando en el
nombre de Jesu Cristo, que salgas
de ella. Y salió en la misma hora.
19 Y viendo sus amos que había
salido la esperanza de su ganan-
cia, prendieron a Pablo y a Silas;
y *los* arrastraron al foro, ante las
autoridades.
20 Y presentándolos a los magis-
trados, dijeron: Estos hombres
alborotan nuestra ciudad, siendo
Judíos.
21 Y enseñan costumbres, las
cuales no nos es lícito recibir ni
guardar, siendo Romanos.
22 Y la multitud se levantó a una
contra ellos; y los magistrados
rompiéndoles sus ropas *los* man-
daron azotar con varas.
23 Y después que los hubieron
herido de muchos azotes, *los*
echaron en la cárcel, mandando
al carcelero que los guardase con
diligencia:
24 El cual, habiendo recibido tal
mandamiento, los metió en la
cárcel de más adentro, y les ase-
guró los pies en el cepo.
25 Mas a media noche orando
Pablo y Silas, cantaban himnos
a Dios; y los que estaban presos
los oían.
26 Entonces fue hecho de repen-
te un gran terremoto, de tal ma-
nera que los cimientos de la cár-
cel se movían; e inmediatamente
todas las puertas se abrieron; y
las prisiones de todos se soltaron.
27 Y habiendo despertado el car-
celero, viendo abiertas las puer-
tas de la cárcel, sacando la es-
pada se quería matar, pensando
que los presos se habían huido.
28 Mas Pablo clamó a gran voz,
diciendo: No te hagas ningún
mal: que todos estamos aquí.
29 Él entonces pidiendo una luz,
entró de un salto, y temblando se
derribó a los pies de Pablo y de
Silas.
30 Y sacándolos fuera, les dijo:
Señores, ¿Qué es lo que yo debo
hacer para ser salvo?
31 Y ellos *le* dijeron: Cree en el
Señor Jesu Cristo, y serás salvo
tú, y tu casa.
32 Y le hablaron la palabra del
Señor, y a todos los que estaban
en su casa.
33 Y tomándolos él en aquella
misma hora de la noche, les lavó
los azotes; y fue bautizado inme-

diatamente él, y todos los suyos.
34 Y llevándolos a su casa, les
puso la mesa; y se regocijó, cre-
yendo en Dios con toda su casa.
35 Y cuando fue de día, los ma-
gistrados enviaron los alguaciles,
diciendo: Suelta a aquellos hom-
bres.
36 Y el carcelero hizo saber estas
palabras a Pablo: Los magistrados
han enviado que seáis sueltos: así
que ahora salid, e idos en paz.
37 Mas Pablo les dijo: Nos han
azotado públicamente sin haber
sido condenados, siendo noso-
tros hombres Romanos, y *nos* han
echado en la cárcel; ¿y ahora nos
echan fuera encubiertamente?
No, por cierto; sino vengan ellos
mismos, y nos saquen.
38 Y los alguaciles volvieron a
decir a los magistrados estas pa-
labras; y ellos oyendo que eran
Romanos, tuvieron miedo.
39 Y viniendo les suplicaron, y
sacándo*los, les* rogaron que se sa-
liesen de la ciudad.
40 Entonces salidos de la cárcel,
entraron en *casa de* Lidia, y ha-
biendo visto a los hermanos, los
consolaron, y se fueron.

CAPÍTULO 17

Y CUANDO hubieron pasado
por Amfípolis, y Apolonia, vi-
nieron a Tesalónica, donde había
una sinagoga de Judíos.
2 Y Pablo, como acostumbraba,
entró a ellos, y por tres sábados
disputó con ellos de las Escrituras,
3 Declarando y proponiendo, que
era menester que el Cristo pade-
ciese, y resucitase de los muer-
tos; y que éste Jesús, el cual yo
os predico, es el Cristo.
4 Y algunos de ellos creyeron,
y se juntaron con Pablo y Silas;
y de los Griegos piadosos una
grande multitud; y mujeres prin-
cipales no pocas.
5 Entonces los Judíos que eran
incrédulos, movidos de envidia,
tomaron consigo a ciertos vaga-
bundos, malos hombres, y jun-
tando compañía, alborotaron la
ciudad; y acometiendo la casa
de Jasón, procuraban sacarlos al
pueblo.
6 Y cuando no los hallaron,
arrastraron a Jasón y a ciertos
hermanos a las autoridades de
la ciudad, dando voces, *diciendo:*
Éstos son los que han trastorna-
do el mundo, y han venido acá
también;
7 A los cuales Jasón ha recibido,
y todos éstos hacen contra los de-
cretos de César, diciendo que hay
otro rey, *un tal* Jesús.
8 Y alborotaron el pueblo y a las
autoridades de la ciudad, oyendo
estas cosas.
9 Y recibida satisfacción de Jasón,
y de los demás, los soltaron.
10 Mas los hermanos inmedia-
tamente, de noche, enviaron a
Pablo y a Silas a Berea, los cuales
cuando llegaron, entraron en la
sinagoga de los Judíos.
11 Y fueron éstos más nobles que
los de Tesalónica, en que recibie-
ron la palabra con toda prontitud
de ánimo, escudriñando cada día
las Escrituras, si estas cosas eran
así.
12 Así que creyeron muchos de
ellos, también de mujeres Griegas
honorables, y de varones no pocos.
13 Mas cuando supieron los Ju-
díos de Tesalónica que en Berea
era predicada por Pablo la pala-
bra de Dios, vinieron: y allí tam-
bién alborotaron el pueblo.
14 Y entonces inmediatamente

los hermanos enviaron a Pablo
que fuese hasta el mar; mas Silas
y Timoteo se quedaron aún allí.
15 Y los que conducían a Pablo,
le llevaron hasta Atenas; y habiendo recibido mandato para
Silas y Timoteo, que viniesen a
él lo más presto que pudiesen, se
partieron.
16 Y esperándolos Pablo en Atenas, su espíritu se enardecía en
él, viendo la ciudad dada a *la*
idolatría.
17 Por lo cual disputaba en la
sinagoga con los Judíos y los
hombres religiosos, y en la plaza
cada día con aquellos a quienes
se encontraba.
18 Y ciertos filósofos de los Epicúreos y de los Estóicos disputaban
con él; y unos decían: ¿Qué quiere decir este palabrero? Y otros:
Parece que es predicador de dioses extraños; porque les predicaba a Jesús, y la resurrección.
19 Y le tomaron y le trajeron al
Aerópago, diciendo: ¿Podremos
saber qué *sea* esta nueva doctrina
que tú dices?
20 Porque traes a nuestros oídos
ciertas cosas extrañas: queremos
pues saber qué quieren decir
estas cosas.
21 (Porque todos los Atenienses,
y los extranjeros que allí moraban, en ninguna otra cosa se
ocupaban sino en decir o en oír
alguna cosa nueva.)
22 Entonces Pablo se puso de pie
en medio del Aerópago y dijo:
Varones Atenienses, en todas las
cosas veo que sois demasiado supersticiosos;
23 Porque pasando, y mirando
los objetos de vuestra adoración,
hallé un altar en el cual estaba
esta inscripción: AL DIOS NO
CONOCIDO. Aquél, pues, que
vosotros adoráis sin conocerle, a
éste os anuncio yo.
24 El Dios que hizo el mundo, y
todas las cosas que *hay* en él, éste
como es Señor del cielo y de la
tierra, no mora en templos hechos de manos;
25 Ni es servido por manos de
hombres, como si necesitase
algo; pues él da a todos vida, y
aliento, y todas las cosas.
26 El cual hizo de una sangre a
todas las naciones de los hombres,
para que habitasen sobre toda la
faz de la tierra, ha determinado el
orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos;
27 Para que buscasen al Señor, si
en alguna manera palpando le hallasen: aunque por cierto no está
lejos de cada uno de nosotros.
28 Porque en él vivimos, y nos
movemos, y somos; como también ciertos de vuestros propios
poetas dijeron: Porque somos
también su linaje.
29 Siendo pues linaje de Dios,
no debemos pensar que la Divinidad sea semejante al oro, o a
plata, o a piedra, o a escultura
de artificio, y de imaginación de
hombres.
30 Y disimulaba Dios los tiempos
de esta ignorancia; mas ahora
manda a todos los hombres, en
todas partes, que se arrepientan:
31 Porque ha establecido un día,
en el cual ha de juzgar con justicia a todo el mundo por *aquel*
varón que él ha ordenado; *de lo
cual* ha dado certidumbre a todos
en haberlo resucitado de los
muertos.
32 Y cuando ellos oyeron de la resurrección de los muertos, unos
se burlaban; y otros decían: Te

oiremos acerca de esto otra vez.
33 Y así Pablo salió de en medio
de ellos.
34 Mas ciertos hombres creyeron, juntándose con él: entre los cuales fue Dionisio el Areopagita, y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

CAPÍTULO 18

DESPUÉS de estas cosas Pablo partió de Atenas, y vino a Corinto.
2 Y halló a cierto Judío llamado Aquila, natural del Ponto, que hacía poco que había venido de Italia, y a Priscila su esposa, (porque Claudio había mandado que todos los Judíos saliesen de Roma,) se vino a ellos:
3 Y porque era del mismo oficio, posó con ellos, y trabajaba; porque el oficio de ellos era hacer tiendas.
4 Y disputaba en la sinagoga todos los sábados, y persuadía a Judíos, y a Griegos.
5 Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo era constreñido en espíritu, testificando a los Judíos *que* Jesús *era* el Cristo.
6 Mas oponiéndose y blasfemando ellos, les dijo, sacudiendo *sus* vestidos: Vuestra sangre *sea* sobre vuestra cabeza: yo *estoy* limpio: desde ahora me iré a los Gentiles.
7 Y partiendo de allí, entró en casa de cierto llamado Justo, que adoraba a Dios, la casa del cual estaba junto a la sinagoga.
8 Y Crispo, el príncipe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los Corintios oyendo, creían, y fueron bautizados.
9 Entonces el Señor dijo de noche en visión a Pablo: No temas, sino habla, y no calles;
10 Porque yo estoy contigo, y ninguno te acometerá para hacerte mal; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.
11 Y se quedó *allí* un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.
12 Y siendo Galión Procónsul de Acaya, los Judíos se levantaron unánimes contra Pablo, y le trajeron al tribunal,
13 Diciendo: Éste persuade a los hombres a adorar a Dios contra la ley.
14 Y cuando Pablo iba a abrir la boca, Galión dijo a los Judíos: Si fuera algún agravio, o algún crimen enorme, oh Judíos, conforme a derecho yo os tolerara;
15 Mas si son cuestiones de palabras, y de nombres, y *de* vuestra ley, ved*lo* vosotros; porque yo no quiero ser juez de esas *cosas*.
16 Y los echó del tribunal.
17 Entonces todos los Griegos tomando a Sóstenes, príncipe de la sinagoga, *le* herían delante del tribunal; y a Galión nada se le daba de ello.
18 Mas Pablo habiendo permanecido aún *allí* muchos días, despidiéndose de los hermanos, navegó a Siria, y con él Priscila y Aquila, habiendo raído *su* cabeza en Cencrea, porque tenía voto.
19 Y llegó a Éfeso, y los dejó allí; mas él entrando en la sinagoga disputaba con los Judíos.
20 Los cuales rogándo*le* que se quedase con ellos por más tiempo, no *se lo* concedió.
21 Antes se despidió de ellos, diciendo: Es menester que en todo caso yo guarde la fiesta que

viene en Jerusalem; mas otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere. Y se partió de Éfeso.
22 Y cuando hubo descendido a Cesarea, y hubo subido, y saludado a la iglesia, descendió a Antioquía.
23 Y habiendo estado *allí* algún tiempo, partió, andando por orden la provincia de Galacia, y la Frigia, confirmando a todos los discípulos.
24 Y cierto Judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras, vino a Éfeso.
25 Éste era instruido en el camino del Señor; y siendo fervoroso de espíritu, hablaba y enseñaba diligentemente las cosas del Señor, sabiendo solamente el bautismo de Juan.
26 Y éste comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga, al cual cuando oyeron Aquila y Priscila, le tomaron, y le declararon más particularmente el camino de Dios.
27 Y cuando él quiso pasar a Acaya, los hermanos escribieron exhortando a los discípulos que le recibiesen; el cual, habiendo llegado, ayudó mucho a los que por la gracia habían creído.
28 Porque con gran vehemencia convencía públicamente a los Judíos, mostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

CAPÍTULO 19

Y ACONTECIÓ, que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, habiendo pasado por las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando ciertos discípulos,
2 Díjoles: ¿Habéis recibido al Espíritu Santo desde que creísteis? Y ellos le dijeron: Antes ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo.
3 Entonces les dijo: ¿En qué pues habéis sido bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan.
4 Y dijo Pablo: Juan en verdad bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, es a saber, Cristo Jesús.
5 Y habiendo oído *esto*, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.
6 Y cuando Pablo les puso las manos encima, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas, y profetizaban.
7 Y eran los varones todos como doce.
8 Y entrando él en la sinagoga, hablaba con denuedo por espacio de tres meses, disputando y persuadiendo las cosas pertenecientes al reino de Dios.
9 Mas cuando algunos se endurecieron, y no querían creer, antes dijeron mal del camino delante de la multitud, se apartó de ellos, y separó a los discípulos, disputando cada día en la escuela de un *cierto* Tyrano.
10 Y esto fue hecho por espacio de dos años, de tal manera que todos los que habitaban en Asia, así Judíos como Griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.
11 Y hacía Dios milagros especiales por las manos de Pablo.
12 De tal manera que aun llevasen a los enfermos pañuelos o delantales de su cuerpo; y las enfermedades se iban de ellos, y los malos espíritus salían de ellos.
13 Y ciertos de los Judíos exorcistas vagabundos intentaron a invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus

malos, diciendo: Os conjuramos
por Jesús, el que Pablo predica.
14 Y había siete hijos de *un tal*
Sceva, Judío, príncipe de los sa-
cerdotes, que hacían esto.
15 Y respondiendo el espíritu
malo, dijo: A Jesús conozco, y
sé bien de Pablo; mas vosotros,
¿quiénes sois?
16 Y el hombre en quien estaba
el espíritu malo, saltando sobre
ellos, y enseñoreándose de ellos,
prevaleció contra ellos, de tal
manera que huyeron de aquella
casa desnudos y heridos.
17 Y esto fue notorio a todos los
que moraban en Éfeso, así Ju-
díos como Griegos; y cayó temor
sobre todos ellos, y era magnifi-
cado el nombre del Señor Jesús.
18 Y muchos de los que habían
creído, venían confesando, y
dando cuenta de sus hechos.
19 Asimismo muchos de los que
habían practicado artes curiosas,
trajeron los libros, y quemáronlos
delante de todos; y echada cuenta
del precio de ellos, halláron*lo ser*
cincuenta mil *piezas* de plata.
20 Así crecía poderosamente la
palabra de Dios, y prevalecía.
21 Y cumplidas estas cosas, pro-
puso Pablo en *su* espíritu cuando
hubiese pasado por Macedonia y
Acaya, de ir a Jerusalem, dicien-
do: Después que hubiere estado
allá, me será menester ver tam-
bién a Roma.
22 Y enviando a Macedonia a
dos de los que le ministraban, Ti-
moteo y Erasto, él se quedó por
algún tiempo en Asia.
23 Y por aquel tiempo se levantó
un alboroto no pequeño acerca
del camino.
24 Porque cierto platero, llama-
do Demetrio, el cual hacía de
plata templos de Diana, daba a
los artífices no poca ganancia.
25 A los cuales, habiendo junta-
do con los oficiales de semejante
oficio, dijo: Varones, ya sabéis
que de este oficio tenemos ga-
nancia;
26 Y veis, y oís que este Pablo,
no solamente en Éfeso, mas por
casi toda la Asia ha persuadido
y apartado a muchísima gente,
diciendo: Que no son dioses los
que se hacen con las manos.
27 Y no solamente hay peligro
de que este nuestro oficio se nos
vuelva en reproche, mas aun
también que el templo de la gran
diosa Diana sea estimado en
nada, y comience a ser destruida
la majestad de aquella, a la cual
adora toda la Asia, y el mundo.
28 Oídas *estas cosas*, hinchiéronse
de ira, y dieron alarido, diciendo:
Grande *es* Diana de los Efesios.
29 Y toda la ciudad se llenó de
confusión, y unánimes arreme-
tieron al teatro, arrebatando a
Gayo y a Aristarco, Macedonios,
compañeros de Pablo.
30 Y queriendo Pablo salir al
pueblo, los discípulos no le de-
jaron.
31 También ciertos de los princi-
pales de Asia, que eran sus ami-
gos, enviaron a él rogándo*le* que
no se presentase en el teatro.
32 Y unos gritaban una cosa, y
otros otra; porque la asamblea
era confusa, y los más no sabían
por qué se habían juntado.
33 Y sacaron de entre la multitud
a Alejandro, rempujándole los
Judíos. Y Alejandro, haciendo
señal con la mano, quería hacer
su defensa al pueblo.
34 Pero cuando ellos conocieron
que era Judío, todos gritaron a

una voz, como por espacio de
dos horas: Grande *es* Diana de
los Efesios.
35 Y cuando el escribano hubo
apaciguado la multitud, dijo: Va-
rones Efesios, ¿quién hay de los
hombres que no sepa que la ciu-
dad de los Efesios es adoradora
de la grande diosa Diana, y de la
imagen que cayó de Júpiter?
36 Así que, pues que esto no
puede ser contradicho, conviene
que os apacigüéis, y que nada
hagáis temerariamente.
37 Porque habéis traído a estos
hombres, que no son robadores
de iglesias, ni blasfemadores de
vuestra diosa.
38 Por lo cual si Demetrio, y los
artífices que están con él, tienen
queja contra alguno, audiencias
se hacen, y procónsules hay,
acúsense los unos a los otros.
39 Y si demandáis alguna otra
cosa, en legítima asamblea se
puede despachar;
40 Porque estamos nosotros en
peligro de ser acusados de sedi-
ción por esto de hoy; no habiendo
ninguna causa por la cual poda-
mos dar razón de este concurso.
41 Y habiendo dicho estas cosas,
despidió la asamblea.

CAPÍTULO 20

Y DESPUÉS que cesó el alboro-
to, llamando Pablo a los dis-
cípulos, y abrazándo*los*, se partió
para ir a Macedonia.
2 Y cuando hubo andado por
aquellas partes, y les hubo ex-
hortado con muchas palabras,
vino a Grecia.
3 Y habiendo estado tres meses
allí, y estando para navegar a
Siria, fuéronle puestas asechan-
zas por los Judíos; y tenía propó-
sito de volverse por Macedonia.
4 Y le acompañaron hasta Asia,
Sópater de Berea; y de los Tesa-
lonicenses, Aristarco y Segundo;
y Gayo de Derbe; y Timoteo; y de
Asia, Tíquico y Trófimo.
5 Éstos yendo delante, nos espe-
raron en Troas.
6 Y nosotros, después de los días
de los panes sin levadura, nave-
gamos desde Filipos, y vinimos a
ellos a Troas en cinco días, donde
estuvimos siete días.
7 Y el primer *día* de la semana,
habiéndose juntado los discípu-
los para partir el pan, Pablo les
predicaba, habiendo de salir al
día siguiente; y alargó su sermón
hasta la media noche.
8 Y había muchas lámparas en
el aposento alto donde estaban
congregados.
9 Y cierto mancebo llamado Eu-
tico, que estaba sentado en una
ventana, tomado de un sueño
profundo, como Pablo predicaba
largamente, derribado del sueño,
cayó desde el tercer piso abajo; y
fue alzado muerto.
10 Mas descendiendo Pablo, de-
rribóse sobre él, y abrazándo*le*,
dijo: No os turbéis, que su vida
está en él.
11 Y cuando él volvió a subir, y
hubo partido el pan, y comido, y
hubo hablado largamente hasta
el alba, así se partió.
12 Y trajeron al mancebo vivo, y
fueron consolados no poco.
13 Y nosotros subiendo en la
nave navegamos a Asos, para re-
cibir de allí a Pablo; porque así *lo*
había determinado, queriendo él
mismo ir a pie.
14 Y cuando se juntó con noso-
tros en Asos, tomándole vinimos
a Mitilene.

15 Y navegando de allí, al *día* si-
guiente vinimos delante de Quió,
y al otro *día* tomamos puerto en
Samo; y habiendo reposado en
Trogilio, el *día* siguiente vinimos
a Mileto.
16 Porque Pablo había propuesto
de pasar adelante de Éfeso, por
no detenerse en Asia; porque se
apresuraba por estar el día de
Pentecostés, si le fuese posible,
en Jerusalem.
17 Y enviando desde Mileto a
Éfeso, hizo llamar a los ancianos
de la iglesia.
18 Los cuales cuando vinieron a
él, les dijo: Vosotros sabéis desde
el primer día que entré en Asia,
como he sido con vosotros por
todo el tiempo,
19 Sirviendo al Señor con toda
humildad de mente, y con mu-
chas lágrimas y tentaciones que
me han venido por las asechan-
zas de los Judíos:
20 Cómo nada que *os* fuese útil,
me he retraído de anunciaros,
enseñando públicamente, y de
casa en casa,
21 Testificando a los Judíos, y
también a los Griegos el arrepen-
timiento hacia Dios, y la fe hacia
nuestro Señor Jesu Cristo.
22 Y ahora he aquí, que yo, atado
en el espíritu, voy a Jerusalem
sin saber las cosas que allá me
han de acontecer:
23 Sólo que el Espíritu Santo por
todas las ciudades me da testi-
monio, diciendo: Que prisiones y
tribulaciones me esperan.
24 Mas de ninguna de estas cosas
hago caso, ni tengo mi vida pre-
ciosa a mí mismo, con tal que
acabe mi carrera con gozo, y el
ministerio que recibí del Señor
Jesús, para dar testimonio del
evangelio de la gracia de Dios.
25 Y ahora he aquí, yo sé que nin-
guno de todos vosotros, por entre
quienes he pasado predicando el
reino de Dios, verá más mi rostro.
26 Por tanto yo os protesto el día
de hoy, que yo *estoy* puro de la
sangre de todos.
27 Porque no me he retraído de
anunciaros todo el consejo de
Dios.
28 Por tanto mirad por vosotros,
y por todo el rebaño sobre el que
el Espíritu Santo os ha puesto por
sobreveedores, para apacentar la
iglesia de Dios, la cual él compró
con su propia sangre.
29 Porque yo sé, que después de
mi partida entrarán entre voso-
tros lobos rapaces, que no perdo-
narán al rebaño;
30 *Y* de *entre* vosotros mismos se
levantarán también hombres, ha-
blando cosas perversas, para lle-
var discípulos en pos de sí.
31 Por tanto velad, acordándoos
que por tres años, de noche y de
día, no he cesado de amonestar
con lágrimas a cada uno.
32 Y ahora, hermanos, os enco-
miendo a Dios, y a la palabra de
su gracia, la cual es poderosa para
edificaros, y daros herencia con
todos los que son santificados.
33 La plata, o el oro, o el vestido
de nadie he codiciado.
34 Antes vosotros sabéis, que
para lo que me ha sido necesa-
rio, y a los que estaban conmigo,
estas manos me han servido.
35 Yo os he mostrado todas las
cosas, que trabajando así, de-
béis sobrellevar a los débiles, y
acordaros las palabras del Señor
Jesús, el cual dijo: Más bienaven-
turado es dar, que recibir.
36 Y cuando hubo dicho estas

cosas, puesto de rodillas oró con
todos ellos.
37 Entonces hubo un gran llanto
de todos; y echándose sobre el
cuello de Pablo, le besaban,
38 Doliéndose sobre todo por la
palabra que dijo, que no habían
de ver más su rostro. Y le acom-
pañaron hasta la nave.

CAPÍTULO 21

Y ACONTECIÓ que cuando na-
vegamos, habiéndonos arran-
cado de ellos, vinimos camino
derecho a Coos, y el *día* siguiente
a Rhodas, y de allí a Pátara.
2 Y hallando una nave que pasa-
ba a Fenicia, nos embarcamos, y
partimos.
3 Y cuando comenzó a descubrír-
senos Chipre, dejándola a mano
izquierda, navegamos a Siria, y
vinimos a Tiro; porque la nave
había de descargar allí su carga.
4 Y nos quedamos allí siete días,
habiendo hallado discípulos, los
cuales decían a Pablo por el Espí-
ritu, que no subiese a Jerusalem.
5 Cuando hubimos cumplido
estos días, nos partimos, acom-
pañándonos todos con *sus* espo-
sas e hijos hasta fuera de la ciu-
dad; y puestos de rodillas en la
ribera, oramos.
6 Y cuando nos hubimos despedi-
do los unos de los otros, subimos
en la nave, y ellos se volvieron a
sus casas.
7 Y nosotros, cumplida la nave-
gación, vinimos de Tiro a Tole-
maida, y habiendo saludado a
los hermanos, nos quedamos con
ellos un día.
8 Y al otro *día*, partidos Pablo
y los que con él estábamos, vi-
nimos a Cesarea; y entrando en
casa de Felipe el evangelista, el
cual era *uno* de los siete, posa-
mos con él.
9 Y éste tenía cuatro hijas, vírge-
nes, que profetizaban.
10 Y quedándonos *allí* por mu-
chos días, descendió de Judea
cierto profeta llamado Agabo.
11 El cual cuando vino a noso-
tros, tomó el cinto de Pablo, y
atándose a si mismo los pies y
las manos, dijo: Esto dice el Espí-
ritu Santo: Al varón, cuyo es este
cinto, así le atarán los Judíos
en Jerusalem, *le* entregarán en
manos de los Gentiles.
12 Y cuando oímos estas cosas,
le rogamos nosotros, y los de
aquel lugar, que no subiese a Je-
rusalem.
13 Entonces Pablo respondió:
¿Qué hacéis llorando, y quebran-
tándome el corazón? porque yo
estoy presto no sólo a ser atado,
más aun a morir en Jerusalem
por el nombre del Señor Jesús.
14 Y como no le pudimos persua-
dir, cesamos, diciendo: Hágase la
voluntad del Señor.
15 Y después de estos días, ha-
biendo tomado nuestros líos, su-
bimos a Jerusalem.
16 Y vinieron también con no-
sotros de Cesarea *algunos* de los
discípulos, trayendo consigo a
un Mnasón de Chipre, discípulo
antiguo con el cual posásemos.
17 Y cuando llegamos a Jeru-
salem, los hermanos nos recibie-
ron de buena voluntad.
18 Y el *día* siguiente, Pablo entró
con nosotros a Jacobo, y todos
los ancianos se juntaron.
19 Y habiéndolos saludado, *les*
contó una por una todas las
cosas que Dios había hecho entre
los Gentiles por su ministerio.
20 Y cuando ellos *lo* oyeron, glo-

rificaron al Señor; y le dijeron:
Ya ves, hermano, cuantos millares de Judíos hay que han creído;
y todos son celosos de la ley:
21 Y fueron informados de ti, que enseñas a apartarse de Moisés a todos los Judíos que están entre los Gentiles, diciendo, que no han de circuncidar a *sus* hijos, ni andar según las costumbres.
22 ¿Qué hay pues? En todo caso la multitud ha de juntarse; porque oirán que has venido.
23 Haz, pues, esto que te decimos: Tenemos cuatro varones que tienen voto sobre sí:
24 Tómalos, y purifícate con ellos, y gasta con ellos para que se raigan las cabezas; y que sepan todos que las cosas que han oído de ti no son nada, sino *que* tú mismo andas también ordenadamente y guardas la ley.
25 Empero en cuanto a los que de los Gentiles han creído, nosotros hemos escrito; y determinamos, que no guarden nada de esto: solamente que se abstengan de *las cosas* sacrificadas a los ídolos, y de sangre, y de estrangulado, y de fornicación.
26 Entonces Pablo tomó a aquellos varones, y el día siguiente purificándose con ellos, entró en el templo, anunciando el cumplimiento de los días de la purificación, hasta que fuese ofrecida la ofrenda por cada uno de ellos.
27 Y cuando iban a cumplirse los siete días, los Judíos que eran de Asia, cuando le vieron en el templo, alborotaron todo el pueblo, y le echaron mano,
28 Dando voces: Varones Israelitas ayudad: éste es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, y la ley, y este lugar; y además de esto, ha metido los Griegos en el templo, y ha contaminado este santo lugar.
29 (Porque habían visto antes a Trófimo el Efesio en la ciudad con él, el cual pensaban que Pablo había metido en el templo.)
30 Así que toda la ciudad se alborotó, y se hizo un concurso de pueblo; y habiendo tomado a Pablo le arrastraron fuera del templo, e inmediatamente las puertas fueron cerradas.
31 Y procurando ellos de matarle, fue dado aviso al capitán de la compañía, que toda Jerusalem estaba alborotada.
32 El cual, inmediatamente tomando soldados y centuriones, corrió a ellos. Y ellos, cuando vieron al capitán y a los soldados, cesaron de golpear a Pablo.
33 Entonces llegando el capitán, le prendió, y *le* mandó atar con dos cadenas; y le preguntó quién era, y qué había hecho.
34 Y unos gritaban una cosa, otros otra, de entre la multitud; y como no podía entender nada de cierto a causa del alboroto, le mandó llevar a la fortaleza.
35 Y cuando llegó a las gradas, aconteció que fue llevado acuestas por los soldados a causa de la violencia del pueblo.
36 Porque la multitud del pueblo venía detrás gritando: Afuera con él.
37 Y cuando iban ya a meter a Pablo en la fortaleza, dijo al capitán: ¿Me será lícito hablar contigo? Y él dijo: ¿Sabes tú Griego?
38 ¿No eres tú aquel Egipcio que levantaste una sedición antes de estos días, y sacaste al desierto cuatro mil hombres salteadores?
39 Entonces Pablo le dijo: Yo

de cierto soy hombre Judío, de Tarso, ciudadano de una ciudad no oscura de Cilicia: empero ruégote que me permitas que hable al pueblo.
40 Y cuando él se lo permitió, Pablo estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo; y hecho grande silencio, *les* habló en lengua Hebrea, diciendo:

CAPÍTULO 22

VARONES, hermanos, y padres, oíd mi defensa *que hago* ahora ante vosotros.
2 (Y cuando oyeron que les hablaba en lengua Hebrea, dieron más silencio;) y dice:
3 Yo de cierto soy hombre Judío, nacido en Tarso de Cilicia, mas criado en esta ciudad a los pies de Gamaliel, enseñado según a la verdad de la ley de los padres, y siendo celoso de Dios, como todos vosotros sois hoy.
4 Que perseguí este camino hasta la muerte, atando y entregando en cárceles así a varones como a mujeres,
5 Como también el sumo sacerdote me es testigo, y toda la asamblea de los ancianos: de los cuales también tomando cartas para los hermanos, iba a Damasco, a fin de traer atados a Jerusalem a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados.
6 Mas aconteció, que yendo yo, y llegando cerca de Damasco, como a medio día de repente del cielo resplandeció una gran luz alrededor de mí.
7 Y caí en el suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
8 Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y díjome: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.
9 Y los que estaban conmigo, vieron a la verdad la luz, y se espantaron; mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo.
10 Y dije: ¿Qué haré Señor? Y el Señor me dijo: Levántate, y ve a Damasco, y allí te será dicho todo lo que está determinado que hagas.
11 Y como yo no veía por causa de la gloria de aquella luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, vine a Damasco.
12 Entonces un cierto Ananías, varón piadoso conforme a la ley, que tenía buen testimonio de todos los Judíos que *allí* moraban,
13 Viniendo a mí, y poniéndose de pie, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella misma hora le miré.
14 Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conocieses su voluntad, y vieses a aquel Justo, y oyeses la voz de su boca;
15 Porque serás testigo suyo a todos los hombres de lo que has visto y oído.
16 Ahora pues, ¿por qué te detienes? Levántate, y sé bautizado, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor.
17 Y me aconteció, vuelto a Jerusalem, que orando en el templo, fui arrebatado fuera de mí,
18 Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prestamente fuera de Jerusalem; porque no recibirán tu testimonio de mí,
19 Y yo dije: Señor, ellos saben bien que yo encerraba en cárcel y azotaba por las sinagogas a los que creían en ti;
20 Y cuando se derramaba la san-

gre de Esteban tu testigo, yo tam-
bién estaba de pie cerca, y con-
sentía a su muerte, y guardaba las
ropas de los que le mataban.
21 Y me dijo: Ve, porque yo te
enviaré lejos a los Gentiles.
22 Y le oyeron hasta esta palabra;
y *entonces* alzaron la voz, dicien-
do: Quita de la tierra a un tal *hom-
bre*; porque no conviene que viva.
23 Y como ellos daban voces, y
arrojando *sus* ropas, y echando
polvo al aire,
24 Mandó el capitán que le lle-
vasen a la fortaleza; y ordenó
que fuese examinado con azotes,
para saber por qué causa clama-
ban así contra él.
25 Y como le ataban con correas,
Pablo dijo al centurión que esta-
ba de pie allí: ¿Os es lícito azo-
tar a un hombre Romano, sin ser
condenado?
26 Y cuando el centurión oyó *esto*,
fue al capitán, y le dio aviso, di-
ciendo: Mira lo que vas a hacer;
porque este hombre es Romano.
27 Y viniendo el capitán le dijo:
Dime, ¿eres tú Romano? Y él
dijo: Sí.
28 Y respondió el capitán: Yo por
gran suma alcancé esta ciudada-
nía. Y Pablo dijo: Mas yo nací *con
ella*.
29 Así que, inmediatamente se
apartaron de él los que le habían
de examinar; y el capitán tam-
bién tuvo temor, entendido que
era Romano, por haberle atado.
30 Y el día siguiente querien-
do saber de cierto la causa por
qué era acusado de los Judíos, le
soltó de las prisiones, y mandó
venir a los príncipes de los sa-
cerdotes, y a todo su concilio; y
sacando a Pablo, le presentó de-
lante de ellos.

CAPÍTULO 23

Y PABLO, poniendo los ojos
en el concilio, dijo: Varones
y hermanos: yo con toda buena
conciencia he vivido delante de
Dios hasta el día de hoy.
2 Y el sumo sacerdote, Ananías,
mandó a los que estaban de pie
cerca de él que le hiriesen en la
boca.
3 Entonces Pablo le dijo: Herirte
ha Dios *a ti*, pared blanqueada:
Y estás tú sentado para juzgarme
conforme a la ley, ¿Y contra la
ley me mandas herir?
4 Y los que estaban de pie cerca
dijeron: ¿Al sumo sacerdote de
Dios injurias?
5 Y Pablo dijo: No sabía yo, her-
manos, que era el sumo sacerdo-
te; porque escrito está: No habla-
rás mal del príncipe de tu pueblo.
6 Entonces Pablo, sabiendo que
la una parte era de Saduceos, y
la otra de Fariseos, clamó en el
concilio: Varones *y* hermanos, yo
Fariseo soy, hijo de Fariseo, de
la esperanza y de la resurrección
de los muertos soy yo juzgado.
7 Y cuando hubo dicho esto, fue
hecha disensión entre los Fari-
seos y los Saduceos; y la multi-
tud fue dividida.
8 Porque los Saduceos dicen que
no hay resurrección, ni ángel, ni
espíritu; mas los Fariseos confie-
san ambas cosas.
9 Hubo, pues, un gran clamor; y
levantándose los escribas *que es-
taban* de la parte de los Fariseos,
contendían, diciendo: Ningún mal
hallamos en este hombre: que si
algún espíritu le ha hablado, o un
ángel, no peleemos contra Dios.
10 Y habiendo grande disensión,
el capitán temiendo que Pablo
fuese despedazado por ellos,

mandó descender soldados y
arrebatarle de en medio de ellos,
y llevar*le* a la fortaleza.
11 Y la noche siguiente, aparecien-
dosele el Señor, le dijo: Ten ánimo
Pablo: que como has testificado de
mí en Jerusalem, así es menester
que testifiques también en Roma.
12 Y cuando fue de día, ciertos
de los Judíos se juntaron, y se
comprometieron bajo maldición,
diciendo, que ni comerían ni be-
berían hasta que hubiesen mata-
do a Pablo.
13 Y eran más de cuarenta los que
habían hecho esta conjuración:
14 Los cuales vinieron a los prín-
cipes de los sacerdotes, y a los
ancianos, y dijeron: Nosotros
hemos hecho voto debajo de
grave maldición, que no hemos
de gustar nada hasta que haya-
mos matado a Pablo.
15 Ahora pues, vosotros, con el
concilio dad aviso al capitán,
que le saque mañana a vosotros,
como que queréis conocer de él
alguna cosa más cierta; y noso-
tros, así que se nos acerque, es-
taremos aparejados para matarle.
16 Mas cuando el hijo de la her-
mana de Pablo, oyó de las ase-
chanzas, vino, y entró en la for-
taleza, y dio aviso a Pablo.
17 Y Pablo llamando a uno de
los centuriones, dijo: Lleva a
este mancebo al capitán, porque
tiene cierta cosa que decirle.
18 Él entonces tomándole, *le*
llevó al capitán, y dijo: El preso
Pablo llamándome, me rogó que
trajese a ti este mancebo, que
tiene algo que hablarte.
19 Y el capitán tomándole de la
mano, y retirándose aparte *con él,*
le preguntó: ¿Qué es lo que tie-
nes que decirme?
20 Y él le dijo: Los Judíos han
concertado rogarte que mañana
saques a Pablo al concilio, como
que han de inquirir de él alguna
cosa más cierta.
21 Mas tú no los creas; porque
más de cuarenta varones de ellos
le acechan, los cuales han hecho
voto, debajo de maldición, de no
comer ni beber hasta que le hayan
matado; y ahora están apercibi-
dos esperando tu promesa.
22 Entonces el capitán despidió
al mancebo, mandándo*le que* a
nadie dijese que le había dado
aviso de estas cosas.
23 Y llamando a dos de los cen-
turiones, les dijo: Preparad dos-
cientos soldados para que vayan
hasta Cesarea, y setenta de a ca-
ballo, con doscientos lanceros
para la tercera hora de la noche;
24 Y aparejad cabalgaduras para
que poniendo a Pablo, *le* llevasen
seguro a Félix el gobernador;
25 Y él escribió una carta en esta
manera:
26 Claudio Lisias a Félix gober-
nador excelentísimo, saludos.
27 Y este hombre que fue preso
por los Judíos, y que iban a
matar ellos, lo libré yo sobrevi-
niendo con una compañía de sol-
dados, habiendo entendido que
era Romano.
28 Y queriendo saber la causa
por qué le acusaban, le llevé al
concilio de ellos.
29 El cual yo hallé ser acusado
sobre cuestiones de la ley de ellos,
mas que ningún crimen tenía
digno de muerte, o de prisión.
30 Y cuando me fue dado aviso
de asechanzas que los Judíos
habían aparejado contra él, in-
mediatamente le envié a ti: man-
dando también a los acusadores

que traten delante de ti lo que
tienen contra él. Pasadlo bien.
31 Entonces los soldados toma-
ron a Pablo, como les era man-
dado, y *le* trajeron de noche a
Antipatris.
32 Y el día siguiente, dejando a
los de a caballo que fuesen con él,
se volvieron a la fortaleza.
33 Los cuales, cuando llegaron a
Cesarea, y dieron la carta al go-
bernador, presentaron también a
Pablo delante de él.
34 Y cuando el gobernador *la*
hubo leído, y le hubo preguntado
de que provincia era; y habiendo
entendido que *era* de Cilicia:
35 Te oiré, dijo, cuando vinie-
ren también tus acusadores. Y
mandó que le guardasen en el
pretorio de Herodes.

CAPÍTULO 24

Y CINCO días después descen-
dió el sumo sacerdote Ana-
nías, con los ancianos, y *con* un
cierto orador *llamado* Tértulo;
los cuales comparecieron delan-
te del gobernador contra Pablo.
2 Y cuando él fue llamado, Tértu-
lo comenzó a acusar*le*, diciendo:
Como *sea* así que por causa tuya
vivamos en grande paz, y habién-
dose dado buenos reglamentos a
esta nación por tu prudencia,
3 Siempre y en todo lugar *lo* re-
cibimos con todo hacimiento de
gracias, oh excelente Félix.
4 Empero por no detenerte más
largamente, ruégote que nos
oigas brevemente conforme a tu
equidad.
5 Porque hemos hallado que este
varón *es* pestilencial, y levantador
de sediciones entre todos los Ju-
díos por todo el mundo; y jefe de
la sediciosa secta de los Nazarenos.
6 El cual también intentó profa-
nar al templo; al cual nosotros
prendimos, y le quisimos juzgar
conforme a nuestra ley.
7 Mas sobreviniendo el capitán
Lisias, con grande violencia *le*
quitó de nuestras manos,
8 Mandando a sus acusadores
que viniesen a ti: del cual tú
mismo examinando, podrás co-
nocer de todas estas cosas de que
le acusamos.
9 Y asintieron también los Judíos,
afirmando que estas cosas eran así.
10 Entonces Pablo, habiéndole
hecho señal el gobernador de
que hablase, respondió: Porque
sé que ha muchos años que eres
juez de esta nación, con mayor
ánimo me defenderé.
11 Que tú puedes entender que
no ha más de doce días que subí
a adorar a Jerusalem.
12 Y ni me hallaron en el templo
disputando con alguno, ni ha-
ciendo tumulto del pueblo, ni en
las sinagogas, ni en la ciudad:
13 Ni tampoco pueden probar las
cosas de que ahora me acusan.
14 Esto empero te confieso, que
conforme a aquel camino que
llaman ellos herejía, así sirvo
al Dios de mis padres, creyendo
todas las cosas que en la ley, y en
los profetas están escritas:
15 Teniendo esperanza en Dios,
como ellos mismos también *la*
tienen, de que ha de haber resu-
rrección de los muertos, así de
los justos, como de los injustos.
16 Y por esto yo procuro tener
siempre la conciencia sin ofen-
sa para con Dios, y *para con* los
hombres.
17 Mas pasados muchos años,
vine a hacer limosnas a mi na-
ción y ofrendas,

18 En las cuales me hallaron
purificado en el templo, no con
multitud ni con alboroto, ciertos
Judíos de Asia:
19 Los cuales debían comparecer
delante de ti, y acusar, si contra
mí tenían algo:
20 O si no, *que* éstos mismos
digan *aquí*, si hallaron en mí al-
guna cosa mal hecha cuando yo
estuve de pie delante del concilio;
21 Si no que sea por esta sola voz
que clamé estando de pie entre
ellos: Que de la resurrección de
los muertos soy hoy juzgado por
vosotros.
22 Y cuando Félix oyó estas cosas,
teniendo conocimiento más per-
fecto de *aquel* camino, les puso
dilación, diciendo: Cuando des-
cendiere el capitán Lisias, acaba-
ré de conocer de vuestro negocio.
23 Y mandó al centurión, que
Pablo fuese guardado, y que
fuese aliviado, y que no vedase a
ninguno de los suyos de servir*le*,
o venir a él.
24 Y algunos días después, cuan-
do vino Félix con Drusila su espo-
sa, la cual era Judía, llamó a Pablo,
y oyó de él sobre la fe en Cristo.
25 Y disputando él de la justicia,
y de la continencia, y del juicio
venidero, espantado Félix, res-
pondió: Por ahora vete; y cuando
tuviere oportunidad te llamaré.
26 Esperaba también, que de
parte de Pablo le sería dado dine-
ro, porque le soltase; por lo cual
haciéndole venir muchas veces,
hablaba con él.
27 Mas cumplidos dos años, Félix
tuvo por sucesor a Porcio Festo;
y queriendo Félix ganar la gracia
de los Judíos, dejó preso a Pablo.

CAPÍTULO 25

FESTO pues, entrado en la
provincia, tres días después
subió de Cesarea a Jerusalem.
2 Y comparecieron delante de él
el sumo sacerdote, y los princi-
pales de los Judíos contra Pablo,
y le rogaban,
3 Pidiendo favor contra él, que
le hiciese traer a Jerusalem, po-
niéndole asechanzas para matar-
lo en el camino.
4 Mas Festo respondió que Pablo
estuviese guardado en Cesarea, y
que él mismo partiría en breve.
5 Los que de vosotros pueden, dijo,
desciendan con*migo*, y si hay algún
crimen en este varón, acúsenle.
6 Y habiéndose detenido entre
ellos más de diez días, descendió
a Cesarea; y el día siguiente, sen-
tándose en el tribunal, mandó
que Pablo fuese traído.
7 El cual venido, le rodearon los
Judíos que habían descendido
de Jerusalem, alegando contra
Pablo muchas y graves acusacio-
nes, las cuales, no podían probar,
8 Contestando por sí mismo, él
dijo: Ni contra la ley de los Ju-
díos, ni contra el templo, ni con-
tra César he pecado en nada.
9 Mas Festo, queriendo congra-
ciarse con los Judíos, respon-
diendo a Pablo, dijo: ¿Quieres
subir a Jerusalem, y ser juzgado
allá de estas cosas delante de mí?
10 Y Pablo dijo: Ante el tri-
bunal de César estoy de pie,
donde debo ser juzgado. A los
Judíos no he hecho agravio al-
guno, como tú sabes muy bien.
11 Porque si alguna injuria, o
cosa alguna digna de muerte he
hecho, no rehuso de morir; mas
si nada hay de las cosas de que
éstos me acusan, nadie me puede

entregar a ellos. A César apelo.
12 Entonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió: ¿A César has apelado? a César irás.
13 Y pasados ciertos días, el rey Agripa y Bernice vinieron a Cesarea a saludar a Festo.
14 Y cuando estuvieron allí muchos días, Festo declaró al rey la causa de Pablo, diciendo: Hay cierto varón que ha sido dejado preso por Félix,
15 Sobre el cual, cuando estuve en Jerusalem, comparecieron *ante mí* los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de los Judíos pidiendo juicio contra él.
16 A los cuales respondí, no es costumbre de los Romanos entregar a hombre alguno a la muerte, antes que el que es acusado tenga presentes sus acusadores, y haya lugar de defenderse de la acusación.
17Así que habiendo ellos venido juntos acá, sin ninguna dilación el día siguiente sentado en el tribunal, mandé traer al hombre.
18 Del cual, cuando los acusadores se pusieron de pie, ningún crimen le opusieron de los que yo sospechaba.
19 Sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su propia superstición, y de un cierto Jesús que había sido muerto, el cual Pablo afirmaba estar vivo.
20 Y yo dudando en cuestión semejante, *le* dije, si quería ir a Jerusalem, y allá ser juzgado de estas cosas.
21 Mas cuando Pablo hubo apelado para ser reservado al juicio de Augusto, mandé que fuese guardado hasta que yo le enviase a César.
22 Entonces Agripa dijo a Festo: Yo mismo también querría oír a ese hombre. Y él dijo: Mañana le oirás.
23 Y el día siguiente habiendo venido Agripa y Bernice con gran pompa, y habiendo entrado en el auditorio con los capitanes y los varones más principales de la ciudad, por mandato de Festo, fue traído Pablo.
24 Y Festo dijo: Rey Agripa, y todos los varones que estáis aquí juntos con nosotros, veis a este hombre, por el cual toda la multitud de los Judíos me ha demandado en Jerusalem, y aquí *también*, gritando que no conviene que viva más.
25 Mas hallando yo que ninguna cosa digna de muerte ha hecho, y apelando él mismo a Augusto, he determinado de enviarle.
26 Del cual no tengo cosa cierta que escriba a mi señor, por lo cual le he sacado ante vosotros, y mayormente ante ti, Oh rey Agripa, para que después de haber hecho examen, tenga qué escribir.
27 Porque me parece fuera de razón enviar un preso, y no informar de los delitos de los cuales es acusado.

CAPÍTULO 26

ENTONCES Agripa dijo a Pablo: Se te permite hablar por ti mismo. Pablo entonces extendiendo la mano, comenzó a dar razón de sí, *diciendo:*
2 Acerca de todas las cosas de que soy acusado por los Judíos, oh rey Agripa, me tengo por feliz, de que me haya hoy de defenderme delante de ti.
3 Mayormente *porque yo sé que* tú entiendes de todas las costumbres y cuestiones también que hay

entre los Judíos; por lo cual te
ruego que me oigas con paciencia.
4 En verdad, pues, mi manera de
vivir desde mi mocedad, la cual
desde el principio fue entre mi
nación en Jerusalem, todos los
Judíos la saben:
5 Los cuales me conocieron que
yo desde el principio, si quieren
testificar*lo*, conforme a la secta
más estricta de nuestra religión
he vivido Fariseo.
6 Y ahora, por la esperanza de
la promesa que hizo Dios a nues-
tros padres, estoy de pie siendo
acusado en juicio.
7 A la cual *promesa* nuestras doce
tribus, sirviendo a *Dios* continua-
mente de día y de noche, esperan
que han de llegar; por la cual es-
peranza, rey Agripa, soy acusado
de los Judíos.
8 ¿Por qué se ha de juzgar por
cosa increíble entre vosotros,
que Dios resucite los muertos?
9 Yo ciertamente había pensa-
do conmigo mismo que debía
de hacer muchas cosas contra el
nombre de Jesús de Nazaret.
10 Lo cual también hice en Jeru-
salem, y yo encerré en cárceles a
muchos de los santos, habiendo
recibido la autoridad de los prin-
cipales de los sacerdotes; y cuan-
do eran matados, yo di mi voto.
11 Y muchas veces castigándolos
por todas las sinagogas, *los* forcé
a blasfemar; y enfurecido sobre-
manera contra ellos, *les* perseguí
aun hasta en las ciudades extrañas.
12 Y ocupado en esto, como iba
yo a Damasco con autoridad y
comisión de los principales sa-
cerdotes,
13 Al mediodía, oh rey, vi en el
camino una luz del cielo que so-
brepujaba el resplandor del sol,
resplandecer al derredor de mí y
a los que iban conmigo.
14 Y habiendo caído todos no-
sotros en tierra, oí una voz que
me hablaba, y decía en lengua
Hebraica: Saulo, Saulo, ¿por qué
me persigues? Dura *cosa* te *es* dar
coces contra los aguijones.
15 Y yo dije: ¿Quién eres, Señor?
Y él dijo: Yo soy Jesús, a quién tú
persigues.
16 Mas levántate, y ponte sobre
tus pies; porque por esto te he
aparecido, para ponerte por mi-
nistro y testigo así de las cosas
que has visto, como de aquellas
en las cuales te apareceré;
17 Librándote del pueblo, y *de*
los Gentiles, a los cuales ahora te
envío,
18 Para abrir sus ojos, para que
se conviertan de las tinieblas a la
luz, y *de* la potestad de Satanás
a Dios, para que reciban perdón
de pecados, y una herencia entre
aquellos que son santificados por
la fe que es en mí.
19 Por lo cual, oh rey Agripa, no
fui desobediente a la visión ce-
lestial:
20 Antes, prediqué primeramen-
te a los de Damasco, y en Jeru-
salem, y por toda la tierra de
Judea, y a los Gentiles, que se
arrepintiesen y se convirtiesen a
Dios, haciendo obras dignas de
arrepentimiento.
21 Por causa de esto los Judíos
tomándome en el templo, tenta-
ron de matar*me*.
22 Pero habiendo yo obtenido
ayuda de Dios, persevero hasta
el día de hoy, dando testimonio a
pequeños y a grandes, no dicien-
do nada fuera de las cosas que
los profetas y Moisés dijeron que
habían de venir:

23 Que el Cristo había de padecer, que había de ser el primero de la resurrección de los muertos, y que había de anunciar luz al pueblo, y a los Gentiles.
24 Y diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo: las muchas letras te vuelven loco.
25 Mas él dijo: No estoy loco, excelente Festo, sino *que* hablo palabra de verdad, y de templanza.
26 Porque el rey sabe estas cosas, delante del cual también hablo con toda confianza, porque estoy persuadido que él no ignora nada de estas cosas, que esto no ha sido hecho en algún rincón.
27 ¿Crees, rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees.
28 Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades que me haga Cristiano.
29 Y Pablo dijo: Pluguiese a Dios, que por poco y por mucho, no solamente tú, mas también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, salvo estas prisiones.
30 Y cuando hubo dicho esto, se levantó el rey, y el gobernador, y Bernice, y los que estaban sentados con ellos.
31 Y cuando se retiraron aparte, hablaban los unos a los otros, diciendo: Ninguna cosa digna ni de muerte, ni de prisión, hace este hombre.
32 Y Agripa dijo a Festo: Podía este hombre ser suelto, si no hubiera apelado a César.

CAPÍTULO 27

MAS cuando fue determinado que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo, y a ciertos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.
2 Así que embarcándonos en una nave Adramitena, partimos para navegar por las costas de Asia, estando con nosotros *un tal* Aristarco, Macedonio, de Tesalónica.
3 Y al *día* siguiente arribamos a Sidón, y Julio tratando a Pablo humanamente, *le* permitió que fuese a sus amigos para ser atendido por ellos.
4 Y alzando velas de allí, navegamos bajo de Chipre; porque los vientos eran contrarios.
5 Y cuando hubimos navegado el mar que está junto a Cilicia y Pamfilia, vinimos a Mira, *que es ciudad* de Licia.
6 Y allí halló el centurión una nave de Alejandría, que navegaba a Italia, y púsonos en ella.
7 Y navegando muchos días despacio, y habiendo apenas llegado delante de Gnido, no dejándonos el viento, navegamos bajo de Creta junto a Salmón.
8 Y costeándola apenas, vinimos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad *de* Lasea.
9 Y habiendo pasado mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, porque ya era pasado el ayuno, Pablo *los* amonestaba,
10 Diciéndoles: Varones, veo que con perjuicio y mucho daño, no sólo del cargamento y de la nave, mas aun de nuestras vidas, habrá de ser la navegación.
11 Mas el centurión creía más al piloto y al dueño, que a lo que Pablo decía.
12 Y no habiendo puerto cómodo para invernar, los más acordaron de pasar aun de allí, *por ver* si de

algún modo pudiesen arribar a
Fenice, e invernar *allí, que es* un
puerto de Creta, que mira al sudoeste, y al noroeste.
13 Y soplando blandamente el
viento del sur, pareciéndoles que
ya tenían lo que deseaban, alzando *velas* iban costeando la Creta.
14 Mas no mucho después se levantó contra la *nave* un viento
tempestuoso que se llama Euroclidón.
15 Y siendo arrebatada la nave,
que no podía resistir al viento, *la*
dejamos, y éramos llevados.
16 Y corriendo a sotavento de
cierta pequeña isla que se llama
Clauda, apenas pudimos ganar el
esquife:
17 El cual levantado, usaban de
remedios ciñendo la nave; y teniendo temor que no diesen en
la Sirte, abajadas las velas, eran
así llevados.
18 Y nosotros siendo atormentados de una vehemente tempestad,
el siguiente *día* alijaron la nave.
19 Y al tercer *día* nosotros con
nuestras propias manos echamos
los aparejos de la nave.
20 Y no apareciendo ni sol ni
estrellas por muchos días, y viniendo una tempestad no pequeña sobre *nosotros*, ya era perdida
toda la esperanza de salvarnos.
21 Y habiendo estado mucho
tiempo sin comer, Pablo se
puso en pie en medio de ellos, y
dijo: Fuera de cierto conveniente, oh varones, haberme oído a
mí, y no haber partido de Creta,
para recibir este daño y pérdida.
22 Mas ahora os exhorto que tengáis buen ánimo; porque ninguna
pérdida de vida habrá entre vosotros, sino solamente de la nave.
23 Porque esta noche estuvo de
pie conmigo el ángel de Dios, de
quien soy, y a quien sirvo,
24 Diciendo: Pablo, no tengas
temor: es menester que seas presentado delante de César; y, he
aquí, Dios te ha dado a todos los
que navegan contigo.
25 Por tanto, oh varones, tened
buen ánimo; porque yo confío
en Dios que será así como me ha
sido dicho.
26 Mas es menester que seamos
echados en cierta isla.
27 Empero cuando hubo llegado
la decimacuarta noche, y siendo
llevados de un lado para otro en
el Adriático, los marineros, cerca
de la media noche, sospecharon
que estaban cerca de alguna tierra.
28 Y echando la sonda, hallaron
veinte brazas; y pasando un poco
más adelante, volviendo a echar
la sonda, hallaron quince brazas.
29 Y temiendo dar en escollos,
echaron cuatro anclas de la popa,
y deseaban que se hiciese de día.
30 Mas procurando los marineros de huirse de la nave, echando el esquife al mar, con parecer
como que querían largar las anclas de proa,
31 Pablo dijo al centurión, y a los
soldados: Si éstos no quedan en la
nave, vosotros no podéis salvaros.
32 Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife, y dejáronle caer.
33 Y como se comenzó a hacer
de día, Pablo exhortaba a todos
que comiesen, diciendo: Éste es
el catorceno día que esperáis y
permanecéis ayunos, no tomando nada.
34 Por tanto os ruego que comáis,
porque esto es para vuestra salud:
que ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros caerá.

35 Y habiendo dicho esto, tomando el pan, dio gracias a Dios en presencia de todos; y partiéndo*lo*, comenzó a comer.
36 Entonces todos teniendo ya mejor ánimo, comieron ellos también.
37 Y éramos todas las almas en la nave doscientas y setenta y seis.
38 Y saciados de comida, aliviaban la nave, echando el trigo al mar.
39 Y cuando se hizo de día, no conocían la tierra; mas veían cierta ensenada, que tenía playa, en la cual acordaban de echar, si pudiesen, la nave.
40 Y alzando las anclas, se dejaron al mar, largando también las ataduras de los timones; y alzada la vela mayor al viento, íbanse a la playa.
41 Mas dando en un lugar de dos mares, encallaron la nave; y la proa hincada estaba sin moverse, mas la popa se abría con la fuerza de las olas.
42 Entonces el acuerdo de los soldados era que matasen a los presos; porque ninguno se fugase nadando.
43 Mas el centurión, queriendo salvar a Pablo estorbó este acuerdo; y mandó que los que pudiesen nadar, se echasen los primeros, y saliesen a tierra:
44 Y los demás, unos en tablas, y otros en cosas de la nave: y así aconteció que todos se salvaron a tierra.

CAPÍTULO 28

Y CUANDO ellos hubieron escapado, entonces supieron que la isla, se llamaba Melita.
2 Y los bárbaros nos trataban con no poca humanidad; porque ellos encendieron un fuego, nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que venía, y a causa del frío.
3 Entonces habiendo Pablo allegado algunos sarmientos, y puésto*los* en el fuego, una víbora huyendo del calor, le acometió a la mano.
4 Y cuando los bárbaros vieron la bestia *venenosa* colgando de su mano, decían los unos a los otros: Ciertamente este hombre es homicida: a quien, aunque escapado del mar, la justicia no le deja vivir.
5 Mas él, sacudiendo la bestia en el fuego, ningún mal padeció.
6 Empero ellos estaban esperando cuando se había de hinchar, o de caer muerto de repente; Mas habiendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, mudados de parecer, decían que era un dios.
7 En aquellos lugares había *unas* heredades del hombre principal de la isla, llamado Publio, el cual nos recibió, y nos hospedó tres días humanamente.
8 Y aconteció, que el padre de Publio estaba en cama enfermo de fiebre y de disentería: al cual Pablo entró, y después de haber orado, le puso las manos encima y le sanó.
9 Y esto hecho, también los otros que en la isla tenían enfermedades, venían, y fueron sanados:
10 Los cuales también nos honraron con muchas honras; cuando partimos, *nos* cargaron de las cosas necesarias.
11 Y después de tres meses, navegamos en una nave de Alejandría, que había invernado en la isla, la cual tenía por enseña a Cástor y Pólux.
12 Y venidos a Siracusa, estuvimos *allí* tres días.

13 De donde costeando al derredor, vinimos a Regio; y un día después soplaba el viento del sur, y vinimos al segundo día a Puteolos:
14 Donde hallando hermanos, nos rogaron que quedásemos con ellos siete días; y así vinimos hacia Roma:
15 Y de allí, cuando oyeron de nosotros, nos salieron a recibir hasta el Foro de Appio, y las tres tabernas: a los cuales como Pablo vio dando gracias a Dios, cobró ánimo.
16 Y cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al prefecto de la guardia; mas a Pablo fue permitido de estar por sí, con un soldado que le guardase.
17 Y aconteció, que tres días después, Pablo convocó los principales de los Judíos: a los cuales, cuando estuvieron juntos, les dijo: Varones y hermanos, aunque yo nada he hecho contra el pueblo, ni *contra* las costumbres de nuestros padres, fui entregado preso desde Jerusalem en manos de los Romanos:
18 Los cuales habiéndome examinado, *me* querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte.
19 Mas contradiciendo los Judíos, fui forzado de apelar a César: no como que tenga de qué acusar a mi nación.
20 Así que por esta causa os he llamado para ver*os* y hablar*os*; porque por la esperanza de Israel estoy rodeado con esta cadena.
21 Y ellos le dijeron: Nosotros ni hemos recibido cartas en cuanto a ti de Judea, ni viniendo alguno de los hermanos nos ha noticiado ni hablado algún mal de ti.
22 Mas queremos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta notorio nos es que en todos lugares es contradicha.
23 Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a *su* alojamiento, a los cuales exponía y testificaba el reino de Dios, desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles las cosas concernientes a Jesús, así por la ley de Moisés como por los profetas.
24 Y algunos creían a lo que se decía, mas algunos no creían.
25 Y como fueron entre sí discordes, se fueron, después de haber dicho Pablo una palabra: Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres,
26 Diciendo: Ve a este pueblo, y diles: Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis.
27 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y de los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; porque no vean de los ojos, y oigan de los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane.
28 Séaos pues notorio, que a los Gentiles es enviada esta salvación de Dios; y *que* ellos la oirán.
29 Y cuando hubo dicho estas cosas, los Judíos se salieron, y tenían entre sí gran contienda.
30 Pablo empero quedó dos años enteros en su propia casa que tenía alquilada; y recibía a todos los que venían a él,
31 Predicando el reino de Dios, y enseñando las cosas que son del Señor Jesu Cristo, con toda confianza, sin que ninguno se lo estorbase.

Epístola del Apóstol Pablo a los

ROMANOS

CAPÍTULO 1

PABLO, siervo de Jesu Cristo,
llamado *a ser* apóstol, separa-
do para el evangelio de Dios,
2 (Que él había antes prometido,
por sus profetas en las santas Es-
crituras)
3 Acerca de su Hijo Jesu Cris-
to, el Señor nuestro, el cual fue
hecho de la simiente de David
según la carne,
4 Y fue declarado *ser* el Hijo de
Dios con poder, según el espíritu
de santidad, por la resurrección
de los muertos;
5 Por el cual hemos recibido la
gracia y el apostolado, para obe-
diencia a la fe entre todas las na-
ciones, por su nombre:
6 Entre las cuales sois también
vosotros, llamados de Jesu Cristo:
7 A todos los que estáis en Roma,
amados de Dios, llamados *a ser*
santos: Gracia a vosotros y paz
de Dios nuestro Padre, y del
Señor Jesu Cristo.
8 Primeramente, doy gracias a
mi Dios por Jesu Cristo por todos
vosotros, de que vuestra fe es di-
vulgada por todo el mundo.
9 Porque testigo me es Dios, al
cual sirvo en mi espíritu en el
evangelio de su Hijo, que sin
cesar hago mención de vosotros
siempre en mis oraciones;
10 Rogando, si de algún modo
ahora al fin haya de tener por la
voluntad de Dios próspero viaje
para venir a vosotros.
11 Porque deseo vehemente-
mente veros, para repartir con
vosotros algún don espiritual,
a fin de que seáis confirmados;
12 Es a saber, para ser juntamen-
te consolado con vosotros por la
mutua fe, vuestra y juntamente
mía.
13 Mas no quiero, hermanos, que
ignoréis que muchas veces me
he propuesto de venir a vosotros,
(empero hasta ahora he sido es-
torbado,) para tener también
entre vosotros algún fruto, como
entre los otros Gentiles.
14 Tanto a Griegos como a bár-
baros, tanto a sabios como a no
sabios soy deudor.
15 Así que, en cuanto está en mí,
pronto estoy a predicar el evan-
gelio también a vosotros que es-
táis en Roma.
16 Porque no me avergüenzo del
evangelio de Cristo; porque es el
poder de Dios para salvación a
todo aquel que cree: al Judío pri-
meramente, y también al Griego.
17 Porque en él la justicia de Dios
es revelada de fe a fe, como está
escrito: Mas el justo vivirá por fe.
18 Porque es revelada la ira de
Dios desde el cielo contra toda
impiedad e injusticia de los hom-
bres, que detienen la verdad en
injusticia:
19 Porque lo que de Dios se puede
conocer, en ellos es manifiesto;
porque Dios se *lo* manifestó.
20 Porque las cosas invisibles de
él desde la creación del mundo
se ven claramente, siendo enten-
didas por las cosas que son he-
chas, *es a saber*, su eterno poder
y Divinidad, para que sean sin
excusa.

21 Porque habiendo conocido a
Dios, no *le* glorificaron como a
Dios, ni *le* dieron gracias: antes
se hicieron vanos en sus imaginaciones, y el necio corazón de
ellos fue entenebrecido:
22 Profesando ser sabios, se hicieron necios.
23 Y trocaron la gloria del Dios
incorruptible en semejanza de
imagen de hombre corruptible, y
de aves, y de animales de cuatro
pies, y de reptiles.
24 Por lo cual Dios también los
entregó a la inmundicia, según
las concupiscencias de sus corazones, para que deshonrasen sus
cuerpos entre sí:
25 Que mudaron la verdad de
Dios en mentira, y adoraron y
sirvieron a la criatura antes que
al Creador, el cual es bendito por
siempre jamás. Amén.
26 Por lo cual Dios los entregó a
afectos viles; porque aun sus mujeres mudaron el natural uso, en
el uso que es contra naturaleza.
27 Y asimismo los varones, dejando el uso natural de la mujer,
se encendieron en sus concupiscencias los unos con los otros,
cometiendo cosas nefandas varones con varones, y recibiendo en
sí mismos la debida recompensa
de su error.
28 Y como a ellos no les pareció
bien tener a Dios en *su* conocimiento, Dios los entregó a una
mente reprobada, para hacer
cosas que no convienen;
29 Siendo llenos de toda injusticia, de fornicación, de maldad,
de avaricia, de malicia; llenos de
envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades;
30 Murmuradores, detractores,
aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a *sus*
padres,
31 Sin entendimiento, desleales,
sin afecto natural, implacables,
sin misericordia:
32 Los cuales, conociendo el juicio de Dios, *a saber*, que los que
hacen tales cosas son dignos de
muerte; no solamente las hacen,
mas aun se complacen con los
que las hacen.

CAPÍTULO 2

POR lo cual eres inexcusable,
oh hombre, cualquiera que
juzgas; porque en lo mismo que
juzgas al otro, te condenas a ti
mismo; porque tú que juzgas
haces las mismas cosas.
2 Porque sabemos que el juicio
de Dios es según verdad contra
los que hacen tales cosas.
3 ¿Y piensas esto, oh hombre,
que juzgas a los que hacen tales
cosas, haciendo las mismas, que
tú escaparás del juicio de Dios?
4 ¿O menosprecias tú las riquezas de su bondad, y la paciencia,
y la longanimidad; ignorando
que la bondad de Dios te guía a
arrepentimiento?
5 Antes, según tu dureza, y tu corazón impenitente, atesoras para
ti mismo ira para el día de la ira,
y de la revelación del justo juicio
de Dios;
6 El cual pagará a cada uno
según sus obras:
7 A los que perseverando en bien
hacer, buscan gloria, y honra, e
inmortalidad, la vida eterna;
8 Mas a los que son contenciosos,
y que no obedecen a la verdad,
antes obedecen a la injusticia,
indignación e ira.
9 Tribulación y angustia sobre

toda alma de hombre que obra lo
malo, del Judío primeramente, y
también del Gentil;
10 Mas gloria, y honra, y paz a
todo aquel que obra el bien, al
Judío primeramente, y también
al Gentil:
11 Porque no hay acepción de
personas para con Dios.
12 Porque todos los que sin ley
pecaron, sin ley también perecerán;
y todos los que en la ley pecaron,
por la ley serán juzgados.
13 Porque no los que oyen la ley
son justos delante de Dios, mas
los hacedores de la ley serán justificados.
14 Porque cuando los Gentiles
que no tienen la ley, hacen naturalmente
las cosas de la ley, los
tales aunque no tengan la ley, a
sí mismos son ley:
15 Los cuales muestran la obra
de la ley escrita en sus corazones,
dando testimonio juntamente
sus conciencias; y acusándose
mientras tanto, o también excusándose
sus pensamientos, unos
con otros,
16 En el día en que juzgará Dios
los secretos de los hombres por
Jesu Cristo, según mi evangelio.
17 He aquí, tú eres llamado Judío,
y reposas en la ley, y te glorías en
Dios,
18 Y conoces *su* voluntad, y
apruebas las cosas que son más
excelentes, siendo instruido por
la ley;
19 Y confías que tú mismo eres
guía de los ciegos, luz de los que
están en tinieblas,
20 Instructor de los necios, maestro
de niños, que tienes la forma
del conocimiento y de la verdad
en la ley.
21 Tú, pues, que enseñas a otro,
¿no te enseñas a ti mismo? Tú
que predicas que no se ha de
hurtar, ¿hurtas?
22 Tú que dices que no se ha de
adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas
los ídolos, ¿haces sacrilegio?
23 Tú que te jactas de la ley, ¿por
transgresión de la ley deshonras
a Dios?
24 Porque el nombre de Dios es
blasfemado por causa de vosotros
entre los Gentiles, como está
escrito.
25 Porque la circuncisión a la
verdad aprovecha, si guardares
la ley; mas si eres transgresor de
la ley, tu circuncisión es hecha
incircuncisión.
26 De manera que si el incircunciso
guardare las justicias de la
ley, ¿no será tenida su incircuncisión
por circuncisión?
27 Y lo que de su natural es incircunciso,
si guardare la ley, ¿no te
juzgará a ti, que por la letra y *por*
la circuncisión eres transgresor
de la ley?
28 Porque no es Judío el que lo
es exteriormente, ni *es* la circuncisión
la que se hace exteriormente
en la carne;
29 Mas es Judío el que lo *es* en
lo interior; y la circuncisión *es la*
del corazón, en espíritu, no en
letra: la alabanza del cual no *es*
de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO 3

¿QUÉ ventaja pues tiene el
Judío? ¿o qué *es* el provecho
de la circuncisión?
2 Mucho en todas maneras. Lo
primero ciertamente, porque
los oráculos de Dios les fueron a
ellos confiados.
3 ¿Pues qué, si algunos de ellos
no han creído? ¿Por ventura la

incredulidad de ellos hará inefi-
caz la fe de Dios?
4 ¡No lo permita Dios! mas antes,
sea Dios verdadero, y todo hom-
bre mentiroso, como está escrito:
Para que seas justificado en tus
dichos, y venzas cuando fueres
juzgado.
5 Mas si nuestra injusticia en-
carece la justicia de Dios, ¿qué
diremos? ¿*Será* injusto Dios que
trae ira? (Hablo como hombre).
6 ¡No lo permita Dios! de otro modo,
¿cómo juzgaría Dios el mundo?
7 Porque si la verdad de Dios por
mi mentira abundó más para glo-
ria suya, ¿por qué aún también
soy yo juzgado como pecador?
8 Y no, (como somos calumniados,
y como algunos aseguran, que no-
sotros decimos), ¿Hagamos males
para que vengan bienes? la conde-
nación de los cuales es justa.
9 ¿Pues qué? ¿Somos nosotros
mejores *que ellos*? No, en ninguna
manera; porque ya hemos pro-
bado antes a Judíos y a Gentiles,
que todos están debajo de pecado,
10 Como está escrito: No hay
justo, ni aun uno:
11 No hay quien entienda, no hay
quien busque a Dios.
12 Todos se apartaron, a una se
han hecho inútiles: no hay quien
haga lo bueno, no hay ni aun uno.
13 Sepulcro abierto *es* su gargan-
ta: con sus lenguas tratan enga-
ñosamente: veneno de áspides
está debajo de sus labios:
14 Cuya boca *está* llena de male-
dicencia, y de amargura:
15 Sus pies *son* ligeros para de-
rramar sangre:
16 Destrucción y miseria *hay* en
sus caminos:
17 Y el camino de paz no han co-
nocido.
18 No hay temor de Dios delante
de sus ojos.
19 Empero ya sabemos, que todo
lo que la ley dice, a los que están
bajo la ley *lo* dice; para que toda
boca se tape, y que todo el mundo
se tenga por reo delante de Dios:
20 Por tanto, por las obras de la
ley ninguna carne se justificará
delante de él; porque por la ley
es el conocimiento del pecado.
21 Mas ahora, sin la ley, la jus-
ticia de Dios se ha manifestado,
siendo testificada por la ley y por
los profetas:
22 La justicia, digo, de Dios por
la fe de Jesu Cristo, para todos y
sobre todos los que creen; por-
que no hay diferencia.
23 Por cuanto todos pecaron, y
están destituidos de la gloria de
Dios.
24 Siendo justificados gratuita-
mente por su gracia, por la re-
dención que es en Cristo Jesús.
25 Al cual Dios ha propuesto
por propiciación por la fe en su
sangre, para manifestación de su
justicia por la remisión de los pe-
cados pasados, por la paciencia
de Dios;
26 Para manifestación de su jus-
ticia en este tiempo; para que él
sea justo, y justificador del que
cree en Jesús.
27 ¿Dónde, pues, *está* la jactan-
cia? Excluída queda. ¿Por cuál
ley? ¿De las obras? No: sino por
la ley de la fe.
28 Así que, concluimos ser el
hombre justificado por fe sin las
obras de la ley.
29 ¿*Es* Dios solamente de los
Judíos? ¿No es también de los
Gentiles? Cierto, también de los
Gentiles.
30 Porque un solo Dios *es*, el cual

justificará por fe la circuncisión,
y por medio de la fe a la incir-
cuncisión.
31 ¿Deshacemos pues la ley por
la fe? ¡No lo permita Dios!, antes
establecemos la ley.

CAPÍTULO 4

¿QUÉ, pues, diremos que halló
Abraham nuestro padre según
la carne?
2 Porque si Abraham fue justifi-
cado por las obras, tiene de qué
gloriarse; mas no delante de Dios.
3 Porque, ¿qué dice la Escritura?
Y creyó Abraham a Dios, y le fue
imputado por justicia.
4 Empero al que obra, no es im-
putado el galardón por gracia,
sino por deuda.
5 Mas al que no obra, sino cree
en aquel que justifica al impío,
su fe le es imputada por justicia.
6 Como también David describe
la bienaventuranza del hombre,
al cual Dios imputa justicia sin
obras,
7 *Diciendo*: Bienaventurados aque-
llos, cuyas iniquidades son per-
donadas, y cuyos pecados son
cubiertos.
8 Bienaventurado el varón al cual
el Señor no imputará pecado.
9 ¿Esta bienaventuranza pues
viene solamente sobre la circun-
cisión, o también sobre la incir-
cuncisión? porque decimos que
a Abraham le fue imputada la fe
por justicia.
10 ¿Cómo pues *le* fue imputada?
¿estando él en *la* circuncisión o en
la incircuncisión? no en la circun-
cisión, sino en la incircuncisión.
11 Y recibió la señal de la cir-
cuncisión, un sello de la justicia
de la fe que *tuvo* en la incircun-
cisión; para que fuese padre de
todos los que creen, estando en
la incircuncisión; para que tam-
bién a ellos les sea imputada por
justicia:
12 Y padre de la circuncisión, a
los que no solamente son de la
circuncisión, mas también a los
que siguen las pisadas de la fe de
nuestro padre Abraham, *que tenía*
antes de ser circuncidado.
13 Porque no por la ley fue *dada*
la promesa a Abraham, o a su
simiente, que sería heredero del
mundo, sino por la justicia de fe.
14 Porque si los de la ley, *son* los
herederos, hecha vana es la fe; y
anulada es la promesa.
15 Por cuanto la ley obra ira;
porque donde no hay ley, allí
tampoco *hay* transgresión.
16 Por tanto *es* por fe, para que
sea por gracia; a fin de que la
promesa sea firme a toda la si-
miente, no solamente al que es
de la ley, mas también al que es
de la fe de Abraham: el cual es
padre de todos nosotros,
17 (Como está escrito: Por padre
de muchas naciones te he puesto)
delante de aquél a quien creyó,
es a saber, Dios, el cual da vida
a los muertos, y llama las cosas
que no son, como las que son.
18 El cual creyó en esperan-
za contra esperanza, para ser
hecho padre de muchas naciones,
conforme a lo que *le* había sido
dicho: Así será tu simiente.
19 Y no se debilitó en la fe, ni
consideró su propio cuerpo ya
muerto, (siendo ya de casi cien
años), ni la matriz muerta de
Sara.
20 Tampoco dudó en la promesa
de Dios por incredulidad: antes
fue esforzado en la fe dando glo-
ria a Dios:

21 Enteramente persuadido que
todo lo que había prometido, era
también poderoso para hacerlo.
22 Por lo cual también le fue im-
putado por justicia.
23 Y no está escrito solamente
por causa de él, que le fue im-
putado;
24 Sino también por nosotros, a
quienes será imputado, si cree-
mos en el que resucitó de los
muertos a Jesús el Señor nuestro:
25 El cual fue entregado por
nuestros delitos, y resucitado
para nuestra justificación.

CAPÍTULO 5

JUSTIFICADOS pues por fe, te-
nemos paz para con Dios por
nuestro Señor Jesu Cristo:
2 Por el cual también tenemos
entrada por la fe a esta gracia,
en la cual estamos firmes, y nos
gloriamos en la esperanza de la
gloria de Dios.
3 Y no solo *ésto*, mas aun nos
gloriamos en las tribulaciones,
sabiendo que la tribulación obra
paciencia;
4 Y la paciencia, experiencia; y
la experiencia, esperanza;
5 Y la esperanza no avergüenza;
porque el amor de Dios está derra-
mado en nuestros corazones por el
Espíritu Santo, que nos es dado.
6 Porque Cristo, cuando éramos
aún sin fuerza, a su tiempo murió
por los impíos.
7 Ciertamente apenas morirá al-
guno por un justo; aunque quizá
por uno bueno alguno aun osara
morir.
8 Mas Dios encarece su amor
para con nosotros, en que siendo
aún pecadores, Cristo murió por
nosotros.
9 Pues mucho más, siendo ahora
justificados por su sangre, por él
seremos salvos de la ira.
10 Porque si siendo enemigos,
fuimos reconciliados con Dios
por la muerte de su Hijo, mucho
más, *ya* reconciliados seremos
salvos por su vida.
11 Y no sólo esto, mas aun nos
gloriamos en Dios por nuestro
Señor Jesu Cristo, por el cual
hemos ahora recibido la reconci-
liación.
12 Por tanto, así como el pecado
entró en el mundo por un hom-
bre, y por el pecado la muerte y la
muerte así pasó a todos los hom-
bres por cuanto todos pecaron;
13 Porque hasta la ley el pecado
estaba en el mundo; mas el pe-
cado no es imputado, cuando no
hay ley.
14 Mas reinó la muerte desde
Adam hasta Moisés, aun sobre
los que no habían pecado en la
semejanza de la transgresión de
Adam, el cual es figura de aquél
que había de venir.
15 Mas no como el delito, tal
fue el don. Porque si por el deli-
to de uno murieron los muchos,
mucho más la gracia de Dios, y el
don por la gracia de un hombre,
Jesu Cristo, abundó para muchos.
16 Ni tampoco de la manera que
fue por uno que pecó, *así también*
el don; porque el juicio a la ver-
dad fue de un *pecado* para conde-
nación, mas el don gratuito *es* de
muchos delitos para justificación.
17 Porque si por el delito de uno
reinó la muerte por uno, mucho
más los que reciben la abundan-
cia de la gracia, y del don de la
justicia reinarán en vida por uno,
Jesu Cristo.
18 Así que, de la manera que por
el delito de uno *vino la culpa* a

todos los hombres para condenación, así por la justicia de uno *vino la gracia* a todos los hombres para justificación de vida.
19 Porque como por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores, así por la obediencia de uno muchos serán hechos justos.
20 La ley empero entró para que el delito abundase; pero donde el pecado abundó, la gracia abundó mucho más;
21 Para que de la manera que el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna, por Jesu Cristo el Señor nuestro.

CAPÍTULO 6

¿PUES qué diremos? ¿Perseveraremos en el pecado, para que la gracia abunde?
2 ¡No lo permita Dios! Porque los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?
3 ¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Jesu Cristo, somos bautizados en su muerte?
4 Porque somos sepultados con él en la muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.
5 Porque si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, también *lo* seremos *en la semejanza* de *su* resurrección:
6 Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre es crucificado con *él*, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.
7 Porque el que está muerto, libre es del pecado.
8 Y si somos muertos con Cristo, creemos que también viviremos con él:
9 Ciertos que Cristo habiendo resucitado de los muertos, ya no muere más: la muerte no tiene más dominio sobre él.
10 Porque en cuanto él murió, al pecado murió una vez: mas en cuanto vive, vive para Dios.
11 Así también vosotros, estimándoos que de cierto sois muertos al pecado; mas que vivís para Dios por Jesu Cristo el Señor nuestro.
12 No reine pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias.
13 Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado *como* instrumentos de injusticia: antes presentaos a Dios como vivientes de *entre* los muertos; y vuestros miembros a Dios *como* instrumentos de justicia.
14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; porque no estáis debajo de la ley, sino debajo de la gracia.
15 ¿Pues qué? ¿Pecaremos, porque no estamos debajo de la ley, sino debajo de la gracia? ¡No lo permita Dios!
16 ¿O no sabéis, que a quien os presentasteis a vosotros mismos por siervos para obedecer*le*, sois siervos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?
17 Pero gracias a Dios, que fuisteis siervos del pecado; mas habéis obedecido de corazón a la forma de doctrina a la cual habéis sido entregados:
18 Y habiendo sido librados del pecado, sois hechos siervos de la justicia.

19 Hablo humanamente a causa
de la flaqueza de vuestra carne:
que como presentasteis vuestros
miembros por siervos de la in-
mundicia, y a la iniquidad para
iniquidad; así ahora presentéis
vuestros miembros por siervos a
la justicia para santidad.
20 Porque cuando fuisteis sier-
vos del pecado, libres erais de la
justicia.
21 ¿Qué fruto teníais entonces
en aquellas cosas, de las cuales
ahora os avergonzáis? porque el
fin de ellas *es* la muerte.
22 Mas ahora librados del peca-
do, y hechos siervos de Dios, te-
néis por vuestro fruto la santidad,
y por fin la vida eterna.
23 Porque la paga del pecado *es*
la muerte; mas el don de Dios
es vida eterna en Jesu Cristo el
Señor nuestro.

CAPÍTULO 7

¿IGNORÁIS, hermanos, (pues
hablo a los que saben la ley),
que la ley tiene dominio sobre el
hombre entre tanto que vive?
2 Porque la mujer que está sujeta
a marido, mientras él vive, está
obligada a *su* marido por la ley;
mas muerto el marido ella está
libre de la ley del marido.
3 Así que viviendo el marido se
llamará adúltera, si fuere de otro
varón; mas si su marido muriere,
es libre de la ley, de tal manera
que no será adúltera, si fuere de
otro marido.
4 Así también vosotros, herma-
nos míos, sois muertos a la ley
por el cuerpo de Cristo, para que
seáis de otro, *es a saber*, del que
resucitó de los muertos para que
fructifiquemos a Dios.
5 Porque cuando estábamos en la
carne, los afectos de los pecados
que eran por la ley, obraban en
nuestros miembros fructificando
para muerte:
6 Mas ahora somos libres de la
ley, habiendo muerto a aquella
en que nos detenía presos, para
que sirvamos en novedad de es-
píritu, y no *en* vejez de la letra.
7 ¿Qué pues diremos? ¿La ley *es*
pecado? ¡No lo permita Dios!;
Antes yo no conocí el pecado, sino
por la ley; porque tampoco cono-
ciera la concupiscencia, si la ley
no hubiera dicho: No codiciarás.
8 Empero el pecado, tomando
ocasión por el mandamiento,
obró en mí toda suerte de con-
cupiscencia; porque sin la ley el
pecado *estaba* muerto.
9 Así que, yo sin la ley vivía en
algún tiempo; mas venido el
mandamiento, el pecado revivió,
y yo morí.
10 Y hallé *que* el mandamiento,
que *estaba ordenado* para vida, *a*
mí era para muerte.
11 Porque el pecado, tomando
ocasión por el mandamiento, me
engañó, y por él *me* mató.
12 De manera que la ley a la ver-
dad *es* santa, y el mandamiento
santo, y justo, y bueno.
13 ¿Luego lo que es bueno, para
mí me es hecho muerte? ¡No lo
permita Dios!, sino que el peca-
do, para que aparezca pecado,
por lo bueno me obró la muerte;
para que, por el mandamiento, el
pecado se hiciese sobre manera
pecaminoso.
14 Porque sabemos que la ley
es espiritual; mas yo soy carnal,
vendido debajo del pecado.
15 Porque lo que hago, no *lo*
apruebo, pues, lo que quie-
ro, esto no hago; antes lo

que aborrezco, aquello hago.
16 Y si lo que no quiero, esto hago,
consiento que la ley *es* buena.
17 De manera que ya no obro yo
aquello, sino el pecado que mora
en mí.
18 Porque yo sé que en mí, es a
saber, en mi carne, no mora cosa
buena; porque tengo el querer;
mas obrar lo bueno, no lo alcanzo.
19 Porque no hago el bien que
quiero; mas el mal que no quiero,
esto hago.
20 Y si hago lo que no quiero, ya
no lo obro yo, sino el pecado que
mora en mí.
21 Así que, queriendo yo hacer
el bien, hallo *esta* ley; que el mal
habita conmigo.
22 Porque según el hombre inte-
rior, me deleito en la ley de Dios;
23 Mas veo otra ley en mis miem-
bros rebelándose contra la ley de
mi mente, y llevándome cautivo
a la ley del pecado que está en
mis miembros.
24 ¡Oh miserable hombre de mí!
¿quién me librará del cuerpo de
esta muerte?
25 Gracias doy a Dios por Jesu
Cristo el Señor nuestro. Así que,
yo mismo con la mente sirvo a la
ley de Dios, mas con la carne a la
ley del pecado.

CAPÍTULO 8

ASÍ que ahora, ninguna conde-
nación *hay* para los que están
en Cristo Jesús, los que no andan
conforme a la carne, sino confor-
me al Espíritu.
2 Porque la ley del Espíritu de
vida en Cristo Jesús me ha librado
de la ley del pecado y de la muerte.
3 Porque lo que era imposible a
la ley, en cuanto era débil por la
carne, Dios enviando a su propio
Hijo en semejanza de carne de
pecado, y por el pecado, conde-
nó al pecado en la carne;
4 Para que la justicia de la ley
fuese cumplida en nosotros, que
no andamos según la carne, sino
según el Espíritu.
5 Porque los que son según la
carne, piensan en las cosas que
son de la carne; mas los que son
según el Espíritu, en las cosas
que son del Espíritu.
6 Porque la mente carnal *es* muer-
te; mas la mente espiritual, vida
y paz;
7 Por cuanto la mente carnal *es*
enemistad contra Dios; porque
no se sujeta a la ley de Dios, ni
tampoco puede.
8 Así que, los que están en la
carne, no pueden agradar a Dios.
9 Mas vosotros no estáis en la
carne, sino en el Espíritu: si es
que el Espíritu de Dios mora en
vosotros. Y si alguno no tiene el
Espíritu de Cristo, el tal no es de él.
10 Empero si Cristo *está* en vosotros,
el cuerpo a la verdad *está* muerto
a causa del pecado; mas el espíri-
tu *es* vida por causa de la justicia.
11 Y si el Espíritu de aquel que
resucitó de los muertos a Jesús,
mora en vosotros, el que resucitó
a Cristo de los muertos, vivificará
también vuestros cuerpos morta-
les por su Espíritu que mora en
vosotros.
12 Así que, hermanos, deudores
somos, no a la carne para que vi-
vamos según la carne.
13 Porque si viviereis según la
carne, moriréis; mas si por el Es-
píritu mortificareis las obras de
la carne, viviréis.
14 Porque todos los que son guia-
dos por el Espíritu de Dios, los
tales son hijos de Dios.

15 Porque no habéis recibido
el espíritu de servidumbre para
estar otra vez en temor; mas ha-
béis recibido el Espíritu de adop-
ción, por el cual clamamos: Abba,
Padre.
16 El Espíritu mismo da testimo-
nio a nuestro espíritu que somos
hijos de Dios.
17 Y si hijos, también herederos:
herederos ciertamente de Dios, y
coherederos con Cristo: si empe-
ro padecemos juntamente *con* él,
para que juntamente *con él* sea-
mos también glorificados.
18 Porque tengo por cierto que
los sufrimientos del tiempo pre-
sente no *son* dignos *de ser compa-
rados* con la gloria venidera que
en nosotros será revelada.
19 Porque la ardiente expecta-
ción de la criatura espera la re-
velación de los hijos de Dios;
20 Porque la criatura fue sujeta a
vanidad, no de su voluntad, sino
por causa de aquél que la sujetó
en esperanza,
21 Porque también la misma cria-
tura será librada de la servidum-
bre de corrupción, en la libertad
gloriosa de los hijos de Dios.
22 Porque sabemos, que toda la
creación gime a una, y a una está
en dolores de parto hasta ahora.
23 Y no sólo *ella*, mas también
nosotros mismos que tenemos
las primicias del Espíritu, noso-
tros también gemimos dentro de
nosotros mismos, esperando la
adopción, *es a saber*, la redención
de nuestro cuerpo.
24 Porque en esperanza somos
salvos: empero la esperanza que
se ve, no es esperanza; porque
lo que alguno ve, ¿cómo aún lo
espera?
25 Mas si lo que no vemos espe-
ramos, por paciencia esperamos.
26 Y asimismo también el Espí-
ritu ayuda nuestras flaquezas;
porque no sabemos lo que hemos
de orar como conviene; mas el
Espíritu mismo intercede por no-
sotros con gemidos indecibles.
27 Mas el que escudriña los cora-
zones, sabe cuál *es* la mente del
Espíritu, porque según a *la vo-
luntad de* Dios, intercede por los
santos.
28 Y sabemos, que todas las cosas
obran juntamente para el bien a
los que a Dios aman, a los que
según *su* propósito son llamados.
29 Porque a los que antes cono-
ció, también predestinó para que
fuesen hechos conformes a la
imagen de su Hijo, para que él
sea el primogénito entre muchos
hermanos.
30 Y a los que predestinó, a éstos
también llamó; y a los que llamó,
a éstos también justificó; y a los
que justificó, a éstos también
glorificó.
31 ¿Qué, pues, diremos a estas
cosas? Si Dios *es* por nosotros,
¿quién *será* contra nosotros?
32 El que aun a su propio Hijo
no escatimó, antes lo entregó
por todos nosotros, ¿cómo no
nos dará también con él gratuita-
mente todas las cosas?
33 ¿Quién acusará a los escogi-
dos de Dios? Dios *es* el que jus-
tifica.
34 ¿Quién *es* el que condena?
Cristo *es* el que murió: antes el
que también resucitó, el que
también está a la diestra de Dios,
el que también intercede por no-
sotros.
35 ¿Quién nos apartará del amor
de Cristo? ¿Tribulación? ¿o an-
gustia? ¿o persecución? ¿o ham-

bre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o
espada?
36 Como está escrito: Por tu
causa somos muertos todos los
días: somos estimados como ove-
jas para el matadero.
37 Antes en todas estas cosas
somos más que vencedores, por
aquel que nos amó.
38 Por que estoy persuadido que
ni la muerte, ni la vida, ni ánge-
les, ni principados, ni poderes, ni
lo presente, ni lo por venir,
39 Ni lo alto, ni lo bajo, ni ningu-
na otra criatura nos podrá apar-
tar del amor de Dios, que es en
Cristo Jesús, nuestro Señor.

CAPÍTULO 9

VERDAD digo en Cristo, no
miento, dándome testimonio
mi conciencia en el Espíritu Santo:
2 Que tengo gran tristeza, y con-
tinuo dolor en mi corazón.
3 Porque deseara yo mismo ser
anatema de Cristo por mis her-
manos, los que son mis parientes
según la carne:
4 Que son Israelitas, de los cua-
les *es* la adopción, y la gloria, y
los pactos, y la ley dada, y el ser-
vicio, y las promesas;
5 Cuyos *son* los padres, y de los
cuales *vino* Cristo según la carne,
el cual es Dios sobre todas las
cosas, bendito por siempre. Amén.
6 No empero que la palabra de
Dios haya faltado; porque no todos
los que son de Israel *son* Israelitas:
7 Ni tampoco por ser simiente de
Abraham, *son* todos hijos; mas:
En Isaac te será llamada simiente.
8 Quiere decir: No los que son
hijos de la carne, éstos *son* los
hijos de Dios; mas los que *son*
hijos de la promesa, *éstos* son
contados en la simiente.
9 Porque la palabra de la prome-
sa *es* ésta: En este tiempo vendré;
y tendrá Sara un hijo.
10 Y no sólo *ésta*, mas también
Rebeca concibiendo de uno, de
Isaac nuestro padre;
11 (Porque no siendo aún naci-
dos, *los niños*, ni habiendo hecho
aún ni bien ni mal, para que
permaneciese el propósito de
Dios según la elección no por las
obras, sino por el que llama);
12 A ella le fue dicho, *que* el
mayor serviría al menor:
13 Como está escrito: A Jacob
amé, mas a Esaú aborrecí.
14 ¿Qué diremos pues? ¿*Que hay*
injusticia con Dios? ¡No lo per-
mita Dios!
15 Porque a Moisés dice: Tendré
misericordia del que tendré mi-
sericordia; y me compadeceré
del que me compadeceré.
16 Así que no *es* del que quiere;
ni del que corre; sino de Dios,
que hace misericordia.
17 Porque la Escritura dice a Fa-
raón: Para esto mismo te levan-
té, para mostrar en ti mi poder,
y para que mi nombre sea anun-
ciado por toda la tierra.
18 De manera que del que quiere
tiene misericordia; y al que quie-
re, endurece.
19 Me dirás pues: ¿Por qué, pues,
inculpa? porque ¿quién ha resis-
tido a su voluntad?
20 Mas antes, oh hombre, ¿tú, quién
eres, para que alterques con Dios?
¿o dirá la cosa formada al que *la*
formó: Por qué me has hecho así?
21 ¿O no tiene potestad el alfa-
rero sobre el barro, para hacer
de la misma masa un vaso para
honra, y otro para deshonra?
22 ¿*Y qué*, si Dios queriendo mos-
trar *su* ira, y hacer notorio su

poder soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira, preparados para destrucción;

23 Y para hacer notorias las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia, que él antes preparó para gloria,

24 Que somos nosotros a los cuales ha llamado, no solamente de los Judíos, mas también de los Gentiles?

25 Como también él dice en Oseas: Llamaré al que no era mi pueblo, pueblo mío; y amada, a la que no era amada.

26 Y acontecerá *que* en el lugar donde antes les era dicho: Vosotros no *sois* pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente.

27 Isaías también clama tocante a Israel: Aunque fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, un remanente será salvo.

28 Porque él consumará la obra, y *la* abreviará en justicia, porque obra abreviada hará el Señor sobre la tierra.

29 Y como antes dijo Isaías: Si el Señor de Sabaot no nos hubiera dejado simiente, como Sodoma fuéramos hechos, y como Gomorra fuéramos semejantes.

30 ¿Qué diremos pues? Que los Gentiles que no seguían justicia han alcanzado la justicia: la justicia que es por la fe;

31 Mas Israel que seguía la ley de justicia, no ha llegado a la ley de la justicia.

32 ¿Por qué? Porque *la seguían* no por fe; mas como por las obras de la ley. Por lo cual tropezaron en la piedra de tropiezo;

33 Como está escrito: He aquí, pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de escándalo: y todo aquel que creyere en él, no será avergonzado.

CAPÍTULO 10

HERMANOS, ciertamente el deseo de mi corazón, y *mi* oración a Dios por Israel, es para *su* salvación.

2 Porque yo les doy testimonio; de que ellos tienen celo de Dios, mas no según conocimiento.

3 Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer su propia justicia, no se han sujetado a la justicia de Dios.

4 Porque Cristo *es* el fin de la ley, para justicia a todo aquel que cree.

5 Porque Moisés describe la justicia que es por la ley: Que el hombre que aquellas cosas hiciere, vivirá por ellas.

6 Mas la justicia que es por la fe, dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo).

7 ¿O, quién descenderá al abismo? (esto es, para volver a traer a Cristo de los muertos).

8 Mas ¿qué dice? Cercana te está la palabra, en tu boca, y en tu corazón. Ésta es la palabra de fe la cual predicamos:

9 Que si confesares con tu boca al Señor Jesús; y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de los muertos, serás salvo.

10 Porque con el corazón se cree para justicia; y con la boca se hace confesión para salvación.

11 Porque la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.

12 Porque no hay diferencia entre el Judío y el Griego; porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan.

13 Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

14 ¿Cómo pues invocarán a aquel
en el cual no han creído? ¿Y
cómo creerán en aquel de quien
no han oído? ¿Y cómo oirán si no
hay quien *les* predique?
15 ¿Y cómo predicarán si no fueren
enviados? como está escrito:
¡Cuán hermosos son los pies de
los que predican el evangelio de
paz, de los que predican el evangelio
de las cosas buenas!
16 Mas no todos obedecieron
al evangelio porque Isaías dice:
Señor, ¿quién creyó nuestro dicho?
17 Así que la fe *viene* por el oír, y
el oír por la palabra de Dios.
18 Mas digo yo: ¿No han oído?
Antes cierto por toda la tierra ha
salido el sonido de ellos, y sus palabras
hasta los fines del mundo.
19 Mas yo digo: ¿No *lo* ha conocido
Israel? Primeramente Moisés
dice: Yo os provocaré a celos por
un pueblo que no *es mi* pueblo y
por una nación insensata os provocaré
a ira.
20 Mas Isaías tiene mucho denuedo,
y dice: Fui hallado de los
que no me buscaban; manifestéme
a los que no preguntaban por mí.
21 Mas contra Israel dice: Todo el
día extendí mis manos a un pueblo
desobediente y contradictor.

CAPÍTULO 11

DIGO pues: ¿Ha desechado
Dios a su pueblo? ¡No lo
permita Dios! Porque también
yo soy Israelita, de la simiente de
Abraham, *de* la tribu de Benjamín.
2 No ha desechado Dios a su pueblo,
al cual antes conoció. ¿O no
sabéis lo que dice de Elías la Escritura?
cómo ruega a Dios contra
Israel, diciendo:
3 Señor, a tus profetas han muerto,
y a tus altares han derribado,
y yo he quedado solo, y procuran
quitarme mi vida.
4 Mas ¿Qué le dice la respuesta
de Dios? Yo me he reservado
siete mil varones que no han doblado
la rodilla delante *de* Baal.
5 Así también, pues, en este
tiempo ha quedado un remanente
según la elección de gracia.
6 Y si por gracia, ya no *es* por
obras: de otro modo la gracia ya
no es gracia. Mas si por obras, ya
no es gracia: de otra manera la
obra ya no es obra.
7 ¿Pues qué? Lo que buscaba Israel,
aquello no ha alcanzado;
mas la elección lo ha alcanzado;
y los demás fueron cegados;
8 (Así como está escrito: Dióles
Dios espíritu de sueño profundo,
ojos con que no vean, y oídos con
que no oigan,) hasta el día de hoy.
9 Y David dice: Séales hecha su
mesa un lazo, y una red, y un tropezadero,
y una recompensa a ellos;
10 Sus ojos sean oscurecidos para
que no vean; y agóbiales siempre
el espinazo.
11 Digo pues: ¿Tropezaron de tal
manera que cayesen? ¡No lo permita
Dios!; mas por el tropiezo
de ellos *vino* la salvación a los
Gentiles, para que fuesen provocados
a celos.
12 Y si la caída de ellos *es* la riqueza
del mundo, y el menoscabo
de ellos la riqueza de los Gentiles,
¿cuánto más la plenitud de ellos?
13 Porque, a vosotros hablo,
Gentiles, por cuanto a la verdad
yo soy apóstol de los Gentiles, mi
ministerio glorifico,
14 Por si en alguna manera provocase
a celos a *los de* mi carne, e
hiciese salvos a algunos de ellos.
15 Porque si el desechamiento
de ellos es la reconciliación del

mundo, ¿qué *será* el recibimiento
de ellos sino vida de los muertos?
16 Porque si el primer fruto *es* santo
también *lo es* la masa; y si la raíz *es*
santa también *lo son* los ramos.
17 Y si algunos de los ramos fue-
ron quebrados, y tú, siendo ace-
buche fuiste injerido entre ellos,
y fuiste hecho participante de la
raíz, y de la grosura del olivo;
18 No te jactes contra los ramos;
mas si te jactas, *sabe* que no sus-
tentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.
19 Dirás pues: Los ramos fueron
quebrados para que yo fuese in-
jerido.
20 Bien: por incredulidad ellos
fueron quebrados, mas tú por la
fe estás en pie. No te ensoberbez-
cas, antes teme;
21 Porque si Dios no perdonó a
los ramos naturales, *mira* no sea
que a ti tampoco te perdone.
22 Mira pues la bondad, y la
severidad de Dios: la severidad
ciertamente para con los que ca-
yeron; mas la bondad para con-
tigo, si permanecieres en *su* bon-
dad; de otra manera tú también
serás cortado.
23 Y aun ellos, si no permanecie-
ren en incredulidad, serán inje-
ridos; que poderoso es Dios para
volverlos a injerir.
24 Porque si tú fuiste cortado del
natural acebuche, y contra natu-
ra fuiste injerido en el buen olivo,
¿Cuánto más éstos, que son los
ramos naturales, serán injeridos
en su propio olivo?
25 Porque no quiero, hermanos,
que ignoréis este misterio, para
que no seáis arrogantes en vo-
sotros mismos; que la ceguedad
en parte ha acontecido a Israel,
hasta que haya entrado la pleni-
tud de los Gentiles;
26 Y así todo Israel será salvo,
como está escrito: Vendrá de
Sión el Libertador, y apartará de
Jacob la impiedad.
27 Y éste *es* mi pacto con ellos
cuando quitare sus pecados.
28 Así que, en cuanto al evangelio,
son enemigos por causa de voso-
tros, mas en cuanto a la elección,
son amados por causa de los padres.
29 Porque sin arrepentimiento
son los dones y la vocación de Dios.
30 Porque como también voso-
tros, en tiempo pasado no creís-
teis a Dios, mas ahora habéis
alcanzado misericordia por la
incredulidad de ellos;
31 Así también éstos ahora no
han creído, para que, por la mise-
ricordia para con vosotros, ellos
también alcancen misericordia.
32 Porque Dios encerró a todos
en incredulidad, para tener mi-
sericordia de todos.
33 ¡Oh profundidad de las ri-
quezas de la sabiduría, y del co-
nocimiento de Dios! ¡Cuán in-
comprensibles *son* sus juicios, e
inescrutables sus caminos!
34 Porque ¿Quién ha conocido
la mente del Señor? ¿O quién ha
sido su consejero?
35 ¿O quién le dio a él primero,
para que le sea recompensado?
36 Porque de él, y por él, y en él
son todas las cosas. A él *sea* gloria
por siempre. Amén.

CAPÍTULO 12

ASÍ que, hermanos, os ruego por
las misericordias de Dios, que
presentéis vuestros cuerpos en sa-
crificio vivo, santo, agradable a Dios,
que es vuestro racional servicio.
2 Y no os conforméis a este mundo;
mas sed transformados por la re-
novación de vuestra mente, para

que probéis cuál *sea* la buena, y
agradable y perfecta voluntad de
Dios.
3 Digo pues, por la gracia que
me es dada, a cada uno que está
entre vosotros, que no piense *de*
sí mismo más elevadamente de lo
que debe pensar; sino que piense
sobriamente, cada uno conforme a
la medida de fe que Dios le repartió.
4 Porque de la manera que en un
cuerpo tenemos muchos miem-
bros, empero todos los miembros
no tienen el mismo oficio:
5 Así nosotros *siendo* muchos, somos
un cuerpo en Cristo, y cada uno,
miembros los unos de los otros.
6 De manera que teniendo dife-
rentes dones según la gracia que
nos es dada, si *de* profecía, *sea*
conforme a la medida de la fe;
7 O ministerio, en servir; o el que
enseña, en enseñar;
8 O el que exhorta, en exhortar; el
que reparte, *hágalo* en simplicidad;
el que preside, en diligencia; el
que hace misericordia, en alegría.
9 El amor sea sin fingimiento:
aborreciendo lo malo, allegán-
doos a lo bueno.
10 Amándoos los unos a los otros
con amor hermanable; en la honra
prefiriéndoos los unos a los otros;
11 En los quehaceres no pere-
zosos; ardientes en espíritu; sir-
viendo al Señor;
12 Gozándoos en la esperanza;
sufridos en la tribulación; cons-
tantes en la oración;
13 Comunicando a las necesida-
des de los santos; siguiendo la
hospitalidad.
14 Bendecid a los que os persi-
guen: bendecid, y no maldigáis.
15 Regocijaos con los que se re-
gocijan; y llorad con los que lloran.
16 *Sed* de la misma mente los
unos con los otros: no con altivez
de mente, mas acomodándoos a
los humildes. No seáis sabios en
vuestra propia opinión.
17 No paguéis a nadie mal por
mal: procurad cosas honestas
delante de todos los hombres.
18 Si es posible, cuanto es en vo-
sotros, tened paz con todos los
hombres.
19 No os venguéis a vosotros
mismos, amados míos antes, dad
lugar a la ira; porque escrito
está: Mía *es* la venganza: yo pa-
garé, dice el Señor.
20 Así que, si tu enemigo tuviere
hambre, dale de comer: si tuvie-
re sed, dale de beber: que hacien-
do esto, ascuas de fuego amonto-
narás sobre su cabeza.
21 No seas vencido de lo malo;
antes vence con bien el mal.

CAPÍTULO 13

TODA alma sea sujeta a las po-
testades superiores, porque
no hay potestad sino de Dios: las
potestades que son, de Dios son
establecidas.
2 Así que, el que resiste a la po-
testad, a la ordenanza de Dios
resiste; y los que resisten, ellos
mismos recibirán condenación
para sí.
3 Porque los magistrados no son
terror a las buenas obras, sino a
las malas ¿Quieres pues no temer
la potestad? Haz lo bueno, y ten-
drás alabanza de ella;
4 Porque te es el ministro de Dios
para bien. Mas si hicieres lo malo,
teme: porque no en vano lleva la
espada; porque es el ministro de
Dios, vengador para *ejecutar* ira
al que hace lo malo.
5 Por lo cual es necesario que *le*
seáis sujetos: no solamente por

la ira, mas aún por la conciencia.
6 Porque por esto pagáis también los tributos, porque son ministros de Dios que atienden continuamente a esto mismo.
7 Pagad pues a todos lo que debéis: al que tributo, tributo: al que impuesto, impuesto: al que temor, temor: al que honra, honra.
8 No debáis a nadie nada, sino que os améis unos a otros; porque el que ama a otro, ha cumplido la ley.
9 Porque esto: No adulterarás: no matarás: no hurtarás: no dirás falso testimonio: no codiciarás, y si *hay* algún otro mandamiento en esta palabra se comprende sumariamente: Amarás a tu prójimo, como a ti mismo.
10 El amor no hace mal al prójimo, así que el amor es el cumplimiento de la ley.
11 Y esto, conociendo el tiempo, que *es* ya hora de despertarnos del sueño; porque ahora nos *está* más cerca nuestra salvación, que cuando creímos.
12 La noche está muy avanzada, y el día está cerca: desechemos pues las obras de las tinieblas, y vistámonos la armadura de luz.
13 Andemos honestamente, como de día: no en glotonerías y borracheras, no en lechos y lascivias, no en pendencias y envidia:
14 Mas vestíos del Señor Jesu Cristo; y no hagáis caso de la carne para *cumplir sus* concupiscencias.

CAPÍTULO 14

RECIBID al débil en la fe, *pero* no para contiendas de disputas.
2 Porque uno cree que se ha de comer de todas cosas: otro, que es débil, come legumbres.
3 El que come, no menosprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido.
4 ¿Tú, quién eres, que juzgas el siervo ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; mas, estará firme: porque poderoso es Dios para hacerle estar firme.
5 Uno juzga *que hay* diferencia entre día y día: otro juzga *iguales* todos los días. Cada uno esté plenamente asegurado en su propia mente.
6 El que hace caso del día, *lo* hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no *lo* hace. El que come, para el Señor come; porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.
7 Porque ninguno de nosotros vive para sí; y ninguno muere para sí.
8 Que si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, o que vivamos, o que muramos, del Señor somos.
9 Porque Cristo para esto murió, y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los vivos.
10 Mas tú ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿porqué menosprecias a tu hermano? porque todos hemos de comparecer delante del tribunal de Cristo.
11 Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que a mí se doblará toda rodilla: y toda lengua confesará a Dios.
12 De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí mismo.
13 Así que, no juzguemos más los unos a los otros; mas antes juzgad esto, que nadie ponga tropiezo al hermano, u ocasión de caer.

14 Yo sé, y estoy persuadido en
el Señor Jesús, que nada *hay* de
suyo inmundo; mas a aquel que
piensa ser inmunda alguna cosa,
a aquél *le es* inmunda.
15 Empero si por causa de *tu* co-
mida tu hermano es contristado,
ya no andas conforme a la cari-
dad. No destruyas con tu comida
a aquel por el cual Cristo murió.
16 No se hable mal, pues, de
vuestro bien:
17 Porque el reino de Dios no es
comida ni bebida; sino justicia, y
paz, y gozo en el Espíritu Santo.
18 Porque el que en estas cosas
sirve a Cristo, agrada a Dios, y *es*
aprobado a los hombres.
19 Sigamos pues lo que hace a
la paz, y a la edificación de los
unos a los otros.
20 No destruyas la obra de Dios
por causa de la comida. Todas
las cosas a la verdad *son* puras;
mas malo *es* para el hombre que
come con escándalo.
21 Bueno *es* no comer carne, ni
beber vino, ni *nada* en que tu
hermano tropiece o se escanda-
lice, o se debilite.
22 ¿Tú, tienes fe? Ten*la* contigo
delante de Dios. Bienaventurado
el que no se condena a sí mismo
con lo que permite.
23 Mas el que duda, si comiere,
es condenado, porque no *comió*
por fe; y todo lo que no *es* de fe,
es pecado.

CAPÍTULO 15

ASÍ que los que somos fuertes
debemos sobrellevar las fla-
quezas de los débiles, y no agra-
darnos a nosotros mismos.
2 Cada uno de nosotros agrade
a *su* prójimo para *su* bien, para
edificación.
3 Porque aun Cristo no se agra-
dó a sí mismo; antes, como está
escrito: Los vituperios de los que
te vituperaban, cayeron sobre mí.
4 Porque las cosas que antes fueron
escritas, para nuestra enseñanza
fueron escritas; para que por la pa-
ciencia, y consolación de las Escri-
turas, tengamos esperanza.
5 Mas el Dios de la paciencia y de
la consolación, os dé que entre
vosotros seáis unánimes según
Cristo Jesús:
6 Para que de un corazón y de
una boca glorifiquéis a Dios, el
Padre de nuestro Señor Jesu Cristo.
7 Por tanto recibíos los unos a los
otros, como también Cristo nos
ha recibido para gloria de Dios.
8 Digo pues, que Jesu Cristo fue
ministro de la circuncisión por la
verdad de Dios, para confirmar
las promesas *hechas* a los padres;
9 Y para que los Gentiles glorifi-
quen a Dios por *su* misericordia,
como está escrito: Por tanto yo
te confesaré a ti entre los Genti-
les, y cantaré a tu nombre.
10 Y otra vez dice: Regocijaos, vo-
sotros los Gentiles, con su pueblo.
11 Y otra vez: Alabad al Señor,
todos los Gentiles, y magnificad-
le todos los pueblos.
12 Y otra vez dice Isaías: Será
raíz de Isaí, y el que se levantará
para regir los Gentiles, los Genti-
les esperarán en él.
13 Y el Dios de esperanza os llene
de todo gozo y paz en el creer,
para que abundéis en esperanza
por el poder del Espíritu Santo.
14 Empero yo mismo también
estoy persuadido de vosotros,
hermanos míos; que vosotros
también estáis llenos de bon-
dad, llenos de todo conocimien-
to, que podáis también amo-

nestaros los unos a los otros.
15 Mas hermanos, con mas atre-
vimiento os he escrito en parte,
como para recordaros por la gra-
cia que de Dios me es dada,
16 Para que sea yo ministro de
Jesu Cristo a los Gentiles, minis-
trando el evangelio de Dios, para
que la ofrenda de los Gentiles
le sea acepta, siendo santificada
por el Espíritu Santo.
17 Así que tengo de que gloriar-
me por Jesu Cristo en aquellas
cosas que pertenecen a Dios.
18 Porque no osaría hablar de al-
guna cosa que Cristo no haya hecho
por mí para hacer obedientes a los
Gentiles, por palabra y obra:
19 Por poder de milagros y pro-
digios, por poder del Espíritu de
Dios; de tal manera que desde
Jerusalem y al derredor hasta Ilí-
rico he plenamente predicado el
evangelio de Cristo.
20 Y de esta manera me esforcé a
predicar el evangelio; no donde
Cristo fuese ya nombrado, por no
edificar sobre ajeno fundamento;
21 Antes, como está escrito: A
los que no fue anunciado de él,
verán; y los que no oyeron, en-
tenderán.
22 Por lo cual también he sido
impedido muchas veces de venir
a vosotros.
23 Mas ahora no teniendo más
lugar en estas partes, y teniendo
gran deseo de venir a vosotros
muchos años ha:
24 Cuando me partiere para Es-
paña, vendré a vosotros: porque
espero que pasando os veré, y
que seré encaminado por voso-
tros hacia allá: cuando primero
me hubiere en parte saciado de
vuestra *compañía*.
25 Mas ahora parto para Jeru-
salem a ministrar a los santos.
26 Porque Macedonia y Acaya
tuvieron por bien de hacer cier-
ta colecta para los pobres *de* los
santos que están en Jerusalem.
27 Porque les pareció bueno, y
son deudores a ellos; porque
si los Gentiles han sido hechos
participantes de sus bienes espi-
rituales, deben también *ellos* ser-
virles en los carnales.
28 Así que, cuando hubiere con-
cluido esto, y les hubiere sellado
este fruto, pasaré por vosotros a
España.
29 Y ya sé que cuando viniere a
vosotros, vendré en la plenitud
de la bendición del evangelio de
Cristo.
30 Ruégoos empero, hermanos,
por nuestro Señor Jesu Cristo,
y por el amor del Espíritu, que
os esforcéis conmigo en *vuestras*
oraciones por mí a Dios;
31 Que yo sea librado de los in-
crédulos que están en Judea, y
que *este* mi servicio para *los de* Je-
rusalem sea acepto a los santos:
32 Para que con gozo venga a vo-
sotros por la voluntad de Dios, y
que sea recreado juntamente con
vosotros.
33 Y el Dios de paz *sea* con todos
vosotros. Amén.

CAPÍTULO 16

YO os encomiendo a Febe nues-
tra hermana, la cual es sierva
de la iglesia que está en Cencrea:
2 Que la recibáis en el Señor,
como es digno de santos, y que la
ayudéis en cualquiera cosa en que
necesite de vosotros; porque ella ha
ayudado a muchos, y a mí mismo.
3 Saludad a Priscila y a Aquila,
mis colaboradores en Cristo Jesús:
4 (Que pusieron sus propios cue-

llos por mi vida, a los cuales no
doy gracias yo solo, mas aun
todas las iglesias de los Gentiles:)
5 Asimismo a la iglesia que está
en su casa. Saludad a Epeneto,
amado mío, que es las primicias
de Acaya para Cristo.
6 Saludad a María, la cual ha tra-
bajado mucho por nosotros.
7 Saludad a Andrónico y a Junia,
mis parientes, y mis compañe-
ros en prisiones, los cuales son
insignes entre los apóstoles; los
cuales también fueron en Cristo
antes que yo.
8 Saludad a Amplias, amado mío
en el Señor.
9 Saludad a Urbano, nuestro
ayudador en Cristo, y a Estaquis,
amado mío.
10 Saludad a Apeles, aprobado
en Cristo. Saludad a los que son
de Aristóbulo.
11 Saludad a Herodión, mi pa-
riente. Saludad a los que son de
Narciso, los que son en el Señor.
12 Saludad a Trifena, y a Trifosa,
las cuales trabajan en el Señor. Sa-
ludad a la amada Pérsida, la cual
ha trabajado mucho en el Señor.
13 Saludad a Rufo, escogido en el
Señor; y a su madre y mía.
14 Saludad a Asíncrito, a Flegonte,
a Hermas, a Patrobas, a Hermes, y
a los hermanos que están con ellos.
15 Saludad a Filólogo, y a Julia, a
Nereo, y a su hermana, y a Olimpas, y
a todos los santos que están con ellos.
16 Saludaos los unos a los otros con
santo beso. Os saludan las iglesias
de Cristo.
17 Y os ruego, hermanos, que mi-
réis por los que causan disensio-
nes y escándalos contrarios a
la doctrina que vosotros habéis
aprendido; y apartaos de ellos.
18 Porque los tales no sirven a
nuestro Señor Jesu Cristo, sino a
sus vientres; y con suaves pala-
bras y lisonjas engañan los cora-
zones de los sencillos.
19 Porque vuestra obediencia di-
vulgada es a todos; así que me
gozo de vosotros: mas quiero que
seáis sabios en el bien, y simples
para el mal.
20 Y el Dios de paz quebrantará
presto a Satanás debajo de vues-
tros pies. La gracia de nuestro
Señor Jesu Cristo *sea* con voso-
tros. Amén.
21 Os saludan Timoteo, mi cola-
borador, y Lucio, y Jasón, y Sosi-
pater mis parientes.
22 Yo Tercio, que escribí esta
epístola, os saludo en el Señor.
23 Os saluda Gayo, mi huésped,
y de toda la iglesia. Os saluda
Erasto, tesorero de la ciudad, y el
hermano Cuarto.
24 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea* con todos vosotros.
Amén.
25 Y al que es poderoso para
confirmaros según mi evangelio,
y la predicación de Jesu Cristo,
según la revelación del misterio
encubierto desde tiempos eternos,
26 Mas manifestado ahora, y
por las Escrituras de los profetas
según el mandamiento del Dios
eterno, declarado a todas las na-
ciones para obediencia de fe;
27 A Dios sólo sabio, *sea* gloria por
Jesu Cristo por siempre. Amén.

Fue escrita de Corintio a los Romanos, y enviada con Febe sierva de la iglesia en Cencrea.

La Primera Epístola del Apóstol Pablo a los
CORINTIOS

CAPÍTULO 1

PABLO, llamado a *ser* apóstol
de Jesu Cristo por la voluntad
de Dios, y el hermano Sóstenes,
2 A la iglesia de Dios que está
en Corinto, a los santificados en
Cristo Jesús, llamados a *ser* san-
tos, con todos los que en todo
lugar invocan el nombre de nues-
tro Señor Jesu Cristo, así de ellos
como el nuestro:
3 Gracia a vosotros, y paz de
Dios nuestro Padre, y del Señor
Jesu Cristo.
4 Doy gracias a mi Dios siempre
por vosotros, por la gracia de Dios
que os es dada en Jesu Cristo;
5 Que en todas las cosas sois en-
riquecidos en él, en toda palabra
y en todo conocimiento;
6 Según que el testimonio de
Cristo ha sido confirmado en vo-
sotros:
7 De tal manera que nada os falte
en ningún don, esperando la re-
velación de nuestro Señor Jesu
Cristo;
8 El cual también os confirmará
hasta el fin, *para que seáis* incul-
pables en el día de nuestro Señor
Jesu Cristo.
9 Fiel *es* Dios por el cual fuisteis
llamados a la comunión de su
Hijo Jesu Cristo el Señor nuestro.
10 Os ruego, pues, hermanos, por el
nombre de nuestro Señor Jesu Cris-
to, que habléis todos una misma
cosa; y *que* no haya entre vosotros
disensiones; antes seáis perfecta-
mente unidos en una misma mente,
y en un mismo parecer.
11 Porque me ha sido declarado
de vosotros, hermanos míos, por
los que *son de la casa* de Cloé, que
hay entre vosotros contiendas.
12 Pero digo esto, que cada uno
de vosotros dice: Yo cierto soy
de Pablo; mas yo de Apolos; mas
yo de Cefas; mas yo de Cristo.
13 ¿Es dividido Cristo? ¿Fue
crucificado Pablo por vosotros?
¿o habéis sido bautizados en el
nombre de Pablo?
14 Doy gracias a mi Dios, que a
ninguno de vosotros he bautiza-
do, mas que a Crispo y a Gayo;
15 Para que ninguno diga que yo
le bauticé en mi nombre.
16 Y también bauticé la casa de
Estéfanas; mas no sé si haya bau-
tizado a algún otro.
17 Porque no me envió Cristo a
bautizar, sino a predicar el evan-
gelio: no en sabiduría de pala-
bras, porque no sea hecha vana
la cruz de Cristo.
18 Porque la predicación de la
cruz, locura es, a la verdad, para
los que perecen; mas para noso-
tros, que somos salvos, es poder
de Dios.
19 Porque está escrito: Destrui-
ré la sabiduría de los sabios, y el
entendimiento de los entendidos
haré venir a la nada.
20 ¿Dónde *está* el sabio? ¿Dónde
el escriba? ¿Dónde *está* el dis-
putador de este mundo? ¿No ha
enloquecido Dios la sabiduría de
este mundo?
21 Porque por no haber el mundo
conocido en la sabiduría de
Dios a Dios por sabiduría, agra-
dó a Dios salvar a los creyentes

por la locura de la predicación.
22 Porque los Judíos piden señal,
y los Griegos buscan sabiduría;
23 Mas nosotros predicamos a
Cristo crucificado, *que es a* los Ju-
díos ciertamente tropezadero, y
a los Griegos locura:
24 Empero a los llamados, así Ju-
díos como Griegos, Cristo poder
de Dios, y sabiduría de Dios.
25 Porque la locura de Dios es
más sabia que los hombres; y lo
débil de Dios es más fuerte que
los hombres.
26 Porque mirad, hermanos, vues-
tra vocación, que no *sois* muchos
sabios según la carne, no muchos
poderosos, no muchos nobles:
27 Antes las cosas necias del
mundo escogió Dios para confun-
dir a los sabios; y las cosas débi-
les del mundo escogió Dios para
confundir a las que son fuertes;
28 Y las cosas viles del mundo, y
las menospreciadas escogió Dios;
y las que no son, para deshacer
las que son:
29 Para que ninguna carne se
jacte en su presencia.
30 De él empero sois vosotros en
Cristo Jesús, el cual nos ha sido
hecho por Dios sabiduría, y justi-
cia, y santificación, y redención;
31 Para que, como está escrito: El
que se gloría, gloríese en el Señor.

CAPÍTULO 2

Y YO, hermanos, cuando vine
a vosotros, no vine con exce-
lencia de palabra o de sabiduría,
para anunciaros el testimonio de
Dios.
2 Porque había determinado no
saber cosa alguna entre vosotros,
sino a Jesu Cristo, y a éste cruci-
ficado.
3 Y estuve yo con vosotros en
debilidad, y en temor, y mucho
temblor;
4 Y ni mi palabra ni mi predica-
ción fue con palabras persuasi-
vas de humana sabiduría, sino
con demostración del Espíritu y
con poder;
5 Para que vuestra fe no sea en la
sabiduría de hombres, mas en el
poder de Dios.
6 Empero hablamos sabiduría
entre los perfectos; y sabiduría, no
de este mundo, ni de los príncipes
de este mundo, que vienen a nada;
7 Mas hablamos la sabiduría de
Dios en misterio, la que está en-
cubierta, la que Dios ordenó antes
del mundo para nuestra gloria,
8 La que ninguno de los príncipes
de este mundo conoció; porque
si *la* hubieran conocido, nunca
habrían crucificado al Señor de
gloria;
9 Antes, como está escrito: Ojo
no vio, ni oído oyó, ni han en-
trado en el corazón del hombre
las cosas que Dios ha preparado
para los que le aman.
10 Empero Dios nos *las* reveló a
nosotros por su Espíritu; porque
el Espíritu todo lo escudriña, aun
las profundidades de Dios.
11 Porque ¿quién de los hombres
sabe las cosas que son del hom-
bre, sino el espíritu del *mismo*
hombre que está en él? así tam-
poco nadie conoció las cosas que
son de Dios, sino el Espíritu de
Dios.
12 Y nosotros hemos recibido no
el espíritu del mundo, sino el es-
píritu que es de Dios; para que
conozcamos lo que Dios gratui-
tamente nos ha dado.
13 Lo cual también hablamos no
con palabras que enseña la huma-
na sabiduría, sino en las que ense-

ña el Espíritu Santo, comparando lo espiritual con lo espiritual.
14 Mas el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; porque le son locura; ni *las* puede conocer, porque son espiritualmente examinadas.
15 Empero el espiritual juzga todas las cosas; mas él de nadie es juzgado.
16 Porque ¿quién conoció la mente del Señor, para que le instruyese? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.

CAPÍTULO 3

Y YO hermanos, no pude hablaros como a espirituales; sino como a carnales, como a niños en Cristo:
2 Os di a beber leche y no vianda, porque aún no podíais ni aún podéis ahora;
3 Porque aún sois carnales; porque mientras que *hay* entre vosotros envidias y contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?
4 Porque diciendo el uno: Yo cierto soy de Pablo; y el otro: Yo de Apolos, ¿no sois carnales?
5 ¿Quién pues es Pablo, y quién es Apolos, sino ministros por los cuales habéis creído; y cada uno conforme *a lo que* el Señor *le* dio?
6 Yo planté, Apolos regó; mas Dios ha dado el crecimiento.
7 Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento.
8 Empero el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su propio galardón conforme a su propia labor.
9 Porque nosotros colaboradores somos con Dios: vosotros labranza de Dios sois, edificio de Dios *sois*.
10 Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como sabio maestro de obra, puse el fundamento; mas otro edifica sobre él: empero cada uno vea como edifica sobre *él*.
11 Porque nadie puede poner otro fundamento del que está puesto, el cual es Jesu Cristo.
12 Y si alguno edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca:
13 La obra de cada uno será hecha manifiesta; porque el día la declarará; porque por el fuego será revelada, y la obra de cada uno cual sea, el fuego hará la prueba.
14 Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá galardón.
15 Mas si la obra de alguno fuere quemada, sufrirá pérdida: él empero será salvo, mas así como por fuego.
16 ¿No sabéis que sois templo de Dios, y *que* el Espíritu de Dios mora en vosotros?
17 Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.
18 Nadie se engañe a sí mismo: si alguno de vosotros parece ser sabio en este mundo, hágase necio para ser sabio.
19 Porque la sabiduría de este mundo, insensatez es *para* con Dios; porque escrito está: Él prende a los sabios en la astucia de ellos.
20 Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos.
21 Así que ninguno se gloríe en

los hombres; porque vuestras
son todas las cosas,
22 Sea Pablo, sea Apolos, sea
Cefas, sea el mundo, sea la vida,
sea la muerte, sea lo presente,
sea lo porvenir, todo es vuestro;
23 Y vosotros de Cristo, y Cristo
de Dios.

CAPÍTULO 4

ASÍ nos tenga el hombre, como
a ministros de Cristo, y ma-
yordomos de los misterios de
Dios.
2 Empero se requiere en los ma-
yordomos, que el hombre sea ha-
llado fiel.
3 Yo en muy poco tengo el ser
juzgado de vosotros, o de juicio
humano; antes ni aun yo a mí
mismo me juzgo.
4 Porque de nada tengo mala
conciencia, empero no por eso
soy justificado; mas el que me
juzga es el Señor.
5 Así que no juzguéis nada antes
de tiempo, hasta que venga el
Señor, el cual también sacará a
luz las cosas encubiertas de las
tinieblas, y manifestará los con-
sejos de los corazones; y enton-
ces cada cual tendrá de Dios la
alabanza.
6 Y estas cosas, hermanos, he pa-
sado por ejemplo a mí y a Apo-
los por amor de vosotros; para
que en nosotros aprendáis a no
pensar más de lo que está escrito,
hinchándoos por causa de otro el
uno contra el otro.
7 Porque ¿quién hace que te dife-
rencies *de otro*? ¿o qué tienes que
no hayas recibido? y si también
tú *lo* recibiste, ¿por qué te jactas
como si no *lo* hubieras recibido?
8 Ya estáis hartos, ya estáis ricos;
sin nosotros habéis reinado como
reyes; y quiera Dios reináseis,
para que nosotros reinásemos
también con vosotros.
9 Porque a lo que pienso, Dios
nos ha puesto a nosotros, los
apóstoles, por los postreros,
como a sentenciados a muerte;
porque somos hechos espectácu-
lo al mundo, y a los ángeles, y a
los hombres.
10 Nosotros *somos* necios por
amor de Cristo, mas vosotros *sois*
sabios en Cristo; nosotros débi-
les, y vosotros fuertes; vosotros
nobles, y nosotros viles.
11 Hasta esta hora hambreamos,
y tenemos sed, y estamos desnu-
dos, y somos abofeteados, y an-
damos sin morada fija,
12 Y trabajamos, obrando con
nuestras propias manos: siendo
maldecidos, bendecimos: pade-
ciendo persecución, la sufrimos:
13 Siendo difamados, rogamos:
somos hechos como la basura del
mundo, *como* las inmundicias de
todas las cosas, hasta ahora.
14 No escribo esto para avergon-
zaros; mas *os* amonesto como a
mis hijos amados.
15 Porque aunque tengáis diez
mil ayos en Cristo, sin embargo
no *tendréis* muchos padres; por-
que en Cristo Jesús yo os engen-
dré por el evangelio.
16 Por tanto os ruego que seáis
seguidores de mí.
17 Por lo cual os envié a Timoteo,
que es mi hijo amado, y fiel en
el Señor, el cual os recordará de
mis caminos, los cuales son en
Cristo, como yo enseño en todas
partes, en todas las iglesias.
18 Mas como si nunca hubiese yo
de venir a vosotros, *así* están hin-
chados algunos.
19 Empero vendré pronto a vo-

sotros, si el Señor quisiere; y conoceré, no las palabras de éstos que así están hinchados, sino en poder.
20 Porque el reino de Dios no *consiste* en palabras, sino en poder.
21 ¿Qué queréis? ¿He de venir a vosotros con vara, o en amor, y *en* espíritu de mansedumbre?

CAPÍTULO 5

SE oye por todas partes *que hay* entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los Gentiles, tanto que alguno tenga la esposa de su padre.
2 Y vosotros estáis hinchados, y no tuvisteis antes luto, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que hizo tal obra.
3 Porque yo ciertamente como ausente en cuerpo, mas presente en espíritu, ya he juzgado como presente a aquel, que esto así ha cometido:
4 En el nombre de nuestro Señor Jesu Cristo, congregados vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesu Cristo,
5 El tal sea entregado a Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús.
6 No *es* buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que con un poco de levadura toda la masa se leuda?
7 Limpiad pues la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois sin levadura; porque Cristo nuestra pascua es sacrificado por nosotros.
8 Así que hagamos la fiesta no en la vieja levadura, ni en la levadura de malicia y de maldad, sino en *panes* sin levadura de sinceridad y de verdad.
9 Os he escrito en una carta, que no os acompañéis con los fornicarios:
10 Mas no del todo con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o idólatras; de otra suerte os sería menester salir del mundo.
11 Mas ahora os he escrito, que no os acompañéis, si alguno llamándose hermano fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con el tal ni aun comáis.
12 Porque ¿qué me va a mí en juzgar también de los que están fuera? ¿no juzgáis vosotros de los que están dentro?
13 Mas de los que están fuera, Dios juzga. Quitad pues de entre vosotros al malvado.

CAPÍTULO 6

¿OSA alguno de vosotros, teniendo pleito contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos?
2 ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar en cosas muy pequeñas?
3 ¿O no sabéis que hemos de juzgar los ángeles? ¿cuánto más las cosas que pertenecen a esta vida?
4 Por tanto si hubiereis de tener juicios de cosas de esta vida, poned para juzgar a los que son de menor estima en la iglesia.
5 Para vuestra vergüenza lo digo. ¿Será así, que no hay entre vosotros algún sabio, ni uno, que pueda juzgar entre sus hermanos;
6 Sino que el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto delante de los incrédulos?
7 Luego de todas maneras hay

culpa entre vosotros, porque tenéis pleitos los unos con *los* otros. ¿Por qué no sufrís antes el agravio? ¿por qué no *aguantáis* antes ser defraudados?
8 Mas vosotros hacéis la injuria, y defraudáis; y esto a *vuestros* hermanos.
9 ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis, ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas,
10 Ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el reino de Dios.
11 Y esto erais algunos de vosotros; mas sois lavados, mas sois santificados, mas sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.
12 Todas las cosas me son lícitas, mas no todas las cosas *me* convienen: todas las cosas me son lícitas, mas yo no me meteré debajo de potestad de ninguna.
13 Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; empero y a él y a ellas destruirá Dios. Mas el cuerpo no *es* para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo.
14 Empero Dios resucitó al Señor, y también a nosotros nos resucitará con su propio poder.
15 ¿No sabéis, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré pues los miembros de Cristo, y *los* haré miembros de una ramera? ¡No lo permita Dios!
16 ¿O no sabéis que el que se junta con una ramera, es hecho *con ella* un cuerpo? porque serán, dice, los dos en una carne.
17 Empero el que se junta con el Señor, un espíritu es.
18 Huid de la fornicación: cualquier pecado que el hombre hiciere, fuera del cuerpo es; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.
19 ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo *el cual está* en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?
20 Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

CAPÍTULO 7

EN cuanto a las cosas de que me escribisteis: bueno *es* al hombre no tocar mujer.
2 Mas por *evitar* la fornicación, cada varón tenga su propia esposa, y cada mujer tenga su propio marido.
3 El marido pague a la esposa la debida benevolencia; y asimismo la esposa al marido.
4 La esposa no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el marido; y también semejantemente el marido no tiene potestad de su propio cuerpo, sino la esposa.
5 No os defraudéis el uno al otro, si no *fuere* algo por tiempo, de consentimiento *de ambos*, por ocuparos en ayuno y en oración; y volved a juntaros en uno, porque no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia.
6 Mas esto digo por permisión, no por mandamiento.
7 Porque querría que todos los hombres fuesen como yo; empero cada uno tiene su propio don de Dios: uno de una manera y otro de otra.
8 Digo, pues, a los no casados y a las viudas, que bueno

les es si se quedaren como yo.
9 Empero si no se pueden contener, cásense; que mejor es casarse, que quemarse.
10 Mas a los casados mando, no yo, sino el Señor: Que la esposa no se aparte del marido.
11 Y si se apartare, quédese sin casar, o reconcíliese con *su* marido; y que el marido no despida a *su* esposa.
12 Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene esposa incrédula, y ella consiente para morar con él, no la despida.
13 Y la mujer que tiene marido incrédulo, y él consiente para morar con ella, no le deje.
14 Porque el marido incrédulo es santificado por la esposa; y la esposa incrédula es santificada por el marido; de otra manera vuestros hijos serían inmundos, empero ahora son santos.
15 Mas si el incrédulo se aparta, apártese; que el hermano, o la hermana, no está sujeto a servidumbre en semejantes *casos*: antes a paz nos llamó Dios.
16 Porque ¿de dónde sabes, oh esposa, si quizá salvarás a *tu* marido? ¿o de dónde sabes, oh marido, si quizá salvarás a *tu* esposa?
17 Empero como Dios ha repartido a cada uno, como el Señor ha llamado a cada uno, así ande: y así yo ordeno en todas las iglesias.
18 ¿Es llamado alguno siendo circuncidado? no se haga incircunciso: ¿es llamado alguno en incircuncisión? no se circuncide.
19 La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino la observancia de los mandamientos de Dios.
20 Cada uno en la vocación en que fue llamado en ella se quede.
21 ¿Eres llamado *siendo* siervo? no se te dé nada; mas también si puedes hacerte libre, procúralo más.
22 Porque el que en el Señor es llamado *siendo* siervo, liberto es del Señor: asimismo también el que es llamado *siendo* libre, siervo es de Cristo.
23 Por precio sois comprados, no os hagáis siervos de los hombres.
24 Cada uno, hermanos, en lo que es llamado en esto permanezca con Dios.
25 Empero de las vírgenes no tengo mandamiento del Señor; mas doy *mi* parecer, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel.
26 Tengo, pues, esto por bueno a causa de la aflicción actual; *digo*, que bueno *es* al hombre estarse así.
27 ¿Estás atado a esposa? no procures soltarte. ¿Estás suelto de esposa? no busques esposa.
28 Mas también si te casares, no pecaste; y si la virgen se casare, no pecó; pero aflicción en la carne tendrán los tales; mas yo os perdono.
29 Esto empero digo, hermanos, que el tiempo *es* corto: lo que resta es, que los que tienen esposas sean como si no *las* tuviesen;
30 Y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se regocijasen; y los que compran, como si no poseyesen;
31 Y los que usan de este mundo, como no abusando *de él*; porque la apariencia de este mundo se pasa.
32 Mas querría que estuvieseis sin congoja. El que no es casa-

do tiene cuidado de las cosas que
pertenecen al Señor, cómo ha de
agradar al Señor.
33 Empero el casado tiene cuidado de las cosas que son del
mundo, cómo ha de agradar *a* su
esposa.
34 Diferencia hay *también* entre
la mujer casada y la virgen. La
mujer no casada, tiene cuidado
de las cosas del Señor, para ser
santa así en cuerpo como en espíritu; mas la casada, tiene cuidado de las cosas del mundo,
cómo ha de agradar a *su* marido.
35 Esto empero digo para vuestro propio provecho: no para
echaros un lazo, sino para lo que
es decente, y para que podáis
atender a las cosas del Señor sin
distracción.
36 Mas si a alguno le parece que
se conduce indecorosamente
para con su virgen, si la pasa la
flor de su edad, y que así conviene que se haga, haga lo que él
quiera; no peca, que se casen.
37 Empero el que está firme en
su corazón, y no tiene necesidad,
mas tiene potestad sobre su propia voluntad, y determinó en su
corazón esto, de guardar su virgen, hace bien.
38 Así que el que da *su virgen* en
casamiento, hace bien; mas el
que no *la* da, hace mejor.
39 La mujer *casada* está atada por
la ley, mientras vive su marido;
mas si su marido muriere, libre
es para ser casada con quien quisiere; solamente en el Señor.
40 Empero más feliz es, según mi
parecer, si se queda así; y pienso
que también yo tengo el Espíritu
de Dios.

CAPÍTULO 8

EMPERO en cuanto a lo que a
los ídolos es sacrificado, sabemos que todos tenemos conocimiento. El conocimiento hincha, mas la caridad edifica.
2 Y si alguno se piensa que sabe
algo, aún no sabe cosa alguna
como le conviene saber.
3 Mas el que ama a Dios, el tal es
conocido de él.
4 Así que de las viandas que son
sacrificadas a los ídolos, sabemos que el ídolo nada *es* en el
mundo, y que no *hay* otro Dios,
sino *sólo* uno.
5 Porque aunque haya algunos
que se llamen dioses, o en el cielo,
o en la tierra, (como hay muchos
dioses, y muchos señores,)
6 Para nosotros empero *hay* un
sólo Dios, el Padre, del cual *son*
todas las cosas, y nosotros en él;
y un Señor, Jesu Cristo, por el
cual *son* todas las cosas, y nosotros por él.
7 Mas no en todos *hay* este conocimiento; porque algunos con
conciencia del ídolo hasta ahora,
lo comen como sacrificado a ídolos; y su conciencia, siendo débil,
es contaminada.
8 Empero la vianda no nos hace
más aceptos a Dios; porque ni
que comamos, seremos más ricos:
ni que no comamos, seremos más
pobres.
9 Mas mirad que esta vuestra libertad no sea de algún modo tropezadero para los que son débiles.
10 Porque si te ve alguno, a ti
que tienes conocimiento, estar
sentado a la mesa en el templo
de los ídolos, ¿la conciencia de
aquel que es débil, no será edificada para comer de lo sacrificado a los ídolos?

11 ¿Y por tu conocimiento se pe-
recerá el hermano débil, por el
cual Cristo murió?
12 De esta manera, pues, pecan-
do contra los hermanos, e hirien-
do su débil conciencia, contra
Cristo pecáis.
13 Por lo cual si la comida es
para mi hermano ocasión de es-
cándalo, no comeré carne jamás
por no hacer caer a mi hermano.

CAPÍTULO 9

¿NO soy yo apóstol? ¿no soy
libre? ¿no he visto a Jesu
Cristo el Señor nuestro? ¿no sois
vosotros mi obra en el Señor?
2 Si para los otros no soy apóstol,
a lo menos para vosotros cierta-
mente lo soy; porque el sello de
mi apostolado vosotros sois en el
Señor.
3 Mi respuesta para con los que
me examinan, es ésta:
4 ¿No tenemos potestad de comer
y de beber?
5 ¿No tenemos potestad de llevar
con nosotros aquí y allá una her-
mana, una esposa, como también
los otros apóstoles, y los herma-
nos del Señor, y Cefas?
6 ¿O sólo yo y Bernabé no tene-
mos potestad de no trabajar?
7 ¿Quién jamás salió a la guerra
a sus propias expensas? ¿Quién
planta viña, y no come de su
fruto? ¿o quién apacienta el re-
baño, y no come de la leche del
rebaño?
8 ¿Digo yo esto como hombre?
¿No dice lo mismo también la ley?
9 Porque en la ley de Moisés está
escrito: No embozalarás la boca
al buey que trilla. ¿Tiene Dios
cuidado de los bueyes?
10 ¿O díce*lo* particularmente por
causa de nosotros? Por causa de
nosotros sin duda está escrito:
que con esperanza debe arar el
que ara; y el que trilla, con es-
peranza de participar de su espe-
ranza.
11 Si nosotros os sembramos las
cosas espirituales, ¿será gran
cosa si segáremos vuestras cosas
carnales?
12 Si otros son partícipes de *esta*
potestad sobre vosotros, *¿por qué*
no más bien nosotros? Mas no
hemos usado de esta potestad,
antes lo sufrimos todo por no dar
algún impedimento al evangelio
de Cristo.
13 ¿No sabéis que los que minis-
tran en las cosas santas, comen
de las cosas del templo? ¿y los que
sirven al altar, con el altar parti-
cipan?
14 Así también ha ordenado el
Señor a los que predican el evan-
gelio, que vivan del evangelio.
15 Pero yo de ninguna de estas
cosas he usado; ni tampoco he
escrito esto para que se haga así
conmigo; porque es mejor para
mí morir, antes que nadie haga
vana mi gloria.
16 Porque aunque predique el
evangelio no tengo por qué glo-
riarme; porque me está impuesta
necesidad; y ¡ay de mí, si no pre-
dicare el evangelio!
17 Por lo cual si hago esto de vo-
luntad, galardón tendré; mas si
por fuerza, la dispensación *del*
evangelio me es encargada.
18 ¿Qué, pues, es mi galardón?
Cierto, que predicando el evange-
lio, ponga el evangelio de Cristo
de balde, por no usar mal de mi
potestad en el evangelio.
19 Por lo cual siendo libre para
con todos, me he hecho siervo de
todos, para ganar a más.

20 Me he hecho para los Judíos
como Judío, para ganar a los Ju-
díos; para los que están sujetos a la
ley, como sujeto a la ley, para ganar
a los que están sujetos a la ley.
21 Para los que están sin ley,
como sin ley, (no estando yo sin
ley a Dios, mas bajo la ley a Cris-
to,) por ganar a los que estaban
sin ley.
22 Me he hecho para los débi-
les como débil, para ganar a los
débiles. Me he hecho todo para
todos, para que de todo punto
salve a algunos.
23 Y esto hago por causa del
evangelio, para ser hecho con *vo-
sotros* partícipe de él.
24 ¿No sabéis que los que corren
en la carrera, todos corren, mas
uno *sólo* lleva el premio? Corred
pues de tal manera que *lo* alcancéis.
25 Y todo aquel que se ejercita
en la lucha, es sobrio en todo; y
aquellos *lo hacen* para recibir una
corona corruptible; mas noso-
tros, incorruptible.
26 Así que yo de esta manera
corro, no como a cosa incierta:
de esta manera peleo, no como
quien hiere al aire:
27 Antes hiero mi cuerpo, y lo
pongo en servidumbre; para que
predicando a los otros, no sea yo
mismo reprobado.

CAPÍTULO 10

MAS no quiero, hermanos,
que ignoréis, que nuestros
padres todos estuvieron debajo
de la nube, y todos pasaron por
el mar;
2 Y todos en Moisés fueron bauti-
zados en la nube y en el mar;
3 Y todos comieron la misma
vianda espiritual;
4 Y todos bebieron la misma be-
bida espiritual; porque bebían de
la Roca espiritual que los seguía,
la cual Roca era Cristo:
5 Mas de muchos de ellos no se
agradó Dios; porque fueron de-
rribados en el desierto.
6 Empero estas cosas fueron
ejemplos para nosotros; a fin de
que no codiciemos cosas malas,
como ellos codiciaron:
7 Ni seáis idólatras como algunos
de ellos, como está escrito: Sen-
tóse el pueblo a comer y a beber,
y se levantaron a jugar:
8 Ni forniquemos, como algunos
de ellos fornicaron, y cayeron en
un día veinte y tres mil:
9 Ni tentemos a Cristo, como al-
gunos de ellos *le* tentaron, y fue-
ron destruidos por las serpientes.
10 Ni murmuréis, como algunos
de ellos murmuraron, y fueron
destruidos por el destruidor.
11 Mas todas estas cosas les
acontecieron como ejemplos, y
son escritas para nuestra amo-
nestación, sobre quien los fines
del mundo son venidos.
12 Así que el que se piensa estar
firme, mire que no caiga.
13 No os ha tomado *alguna* ten-
tación, fuera de las que son co-
munes a los hombres; mas fiel *es*
Dios, que no os dejará ser tenta-
dos más de lo que podéis; antes
dará también salida con la ten-
tación, para que *la* podáis llevar.
14 Por lo cual, amados míos, huid
de la idolatría.
15 Como a sabios hablo, juzgad
vosotros lo que digo.
16 La copa de bendición la cual
bendecimos, ¿no es la comunión
de la sangre de Cristo? el pan
que rompemos, ¿no es la comu-
nión del cuerpo de Cristo?
17 Porque *siendo* muchos, somos

un solo pan, *y* un *solo* cuerpo;
porque todos participamos de
aquel *mismo* pan.
18 Mirad a Israel según la carne,
los que comen los sacrificios, ¿no
son participantes del altar?
19 ¿Pues qué digo? ¿Que el ídolo
es algo? ¿o que lo que es sacrifi-
cado a los ídolos es algo?
20 Antes, *digo* que las cosas que
los Gentiles sacrifican, a los de-
monios *lo* sacrifican, y no a Dios;
y no quisiera que vosotros tuvie-
seis comunión con los demonios.
21 No podéis beber la copa del
Señor, y la copa de los demonios:
no podéis ser partícipes de la
mesa del Señor, y de la mesa de
los demonios.
22 ¿Provocamos a celos al Señor?
¿Somos más fuertes que él?
23 Todas las cosas me son lícitas,
mas no todas las cosas convienen:
todas las cosas me son lícitas, mas
no todas las cosas edifican.
24 Ninguno busque lo suyo pro-
pio; mas cada uno *lo* del otro.
25 De todo lo que se vende en la
carnicería, comed sin preguntar
nada por causa de la conciencia.
26 Porque del Señor *es* la tierra, y
la plenitud de ella.
27 Si alguno de los que no creen
os convida, y queréis ir, de todo
lo que se os pone delante, comed,
sin preguntar nada por causa de
la conciencia.
28 Mas si alguien os dijere: Esto
fue sacrificado a los ídolos: no lo
comáis por causa de aquel que
os lo declaró, y por causa de la
conciencia; porque del Señor es
la tierra, y la plenitud de ella.
29 Conciencia digo, no la tuya,
sino la del otro. ¿Pues por qué
ha de ser juzgada mi libertad por
conciencia del otro?
30 Pero si yo por gracia soy par-
tícipe, ¿por qué soy blasfemado
por lo que hago gracias?
31 Si pues coméis, o si bebéis, o
hacéis otra cosa, hacedlo todo a
gloria de Dios.
32 No deis ofensa a los Judíos, ni a
los Gentiles, ni a la iglesia de Dios:
33 Como también yo en todas *las
cosas* agrado a todos: no buscan-
do mi propio provecho, sino el
de muchos, para que ellos sean
salvos.

CAPÍTULO 11

SED seguidores de mí, como yo
también *lo soy* de Cristo.
2 Aláboos pues, hermanos, que
en todo os acordáis de mí; y re-
tenéis las ordenanzas, de la ma-
nera que os *las* entregué.
3 Mas quiero que sepáis, que Cris-
to es la cabeza de todo varón; y
el varón *es* la cabeza de la mujer;
y Dios, la cabeza de Cristo.
4 Todo varón que ora, o profeti-
za cubierta la cabeza, afrenta su
cabeza.
5 Mas toda mujer que ora, o
profetiza no cubierta *su* cabe-
za, afrenta su cabeza; porque lo
mismo es que si se rayese.
6 Porque si la mujer no se cubre,
trasquílese también; y si es ver-
güenza para la mujer trasquilar-
se o raparse, cúbrase.
7 Porque el varón no ha de cubrir
la cabeza; porque él es imagen y
gloria de Dios; mas la mujer es
gloria del varón.
8 Porque el varón no es de la
mujer, sino la mujer del varón.
9 Porque tampoco el varón fue
creado por causa de la mujer,
sino la mujer por causa del varón.
10 Por lo cual la mujer debe
tener *la señal de* potestad sobre *su*

cabeza por causa de los ángeles.
11 Mas ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor.
12 Porque como la mujer *es* del varón, así también el varón *es* por la mujer; empero todas las cosas de Dios.
13 Juzgad en vosotros mismos: ¿es honesto orar la mujer a Dios no cubierta?
14 ¿No os enseña aun la misma naturaleza que le es vergonzoso al hombre el tener largo el cabello?
15 Por el contrario a la mujer criar el cabello le es una gloria; porque en lugar de velo le es dado el cabello.
16 Con todo esto si alguno parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios.
17 Esto empero *os* denuncio, que no *os* alabo, que no por mejor, sino por peor os juntáis.
18 Porque lo primero, cuando os juntáis en la iglesia, oigo que hay entre vosotros disensiones, y en parte lo creo.
19 Porque es menester que también haya entre vosotros herejías, para que los que son probados se manifiesten entre vosotros.
20 De manera que cuando os juntáis en uno, *esto* no es comer la cena del Señor:
21 Porque cada uno se anticipa *al otro* para comer su propia cena; y el uno tiene hambre, y el otro está embriagado.
22 ¡Qué! ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré en esto? No *os* alabo.
23 Porque yo recibí del Señor lo que también os he entregado: Que el Señor Jesús la *misma* noche que fue entregado, tomó pan:
24 Y habiendo dado gracias *lo* partió, y dijo: Tomad, comed: esto es mi cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria de mí.
25 Asimismo *tomó* también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre: haced esto todas las veces que *la* bebiereis, en memoria de mí.
26 Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga.
27 De manera que cualquiera que comiere este pan, o bebiere *esta* copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor.
28 Por tanto examínese cada uno a sí mismo, y así coma de aquel pan, y beba de aquella copa.
29 Porque el que come y bebe indignamente, condenación come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor.
30 Por lo cual *hay* muchos debilitados y enfermos entre vosotros, y muchos duermen.
31 Que si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados.
32 Mas siendo juzgados, somos castigados del Señor, para que no seamos condenados con el mundo.
33 Así que, hermanos míos, cuando os juntáis a comer, esperaos unos a otros.
34 Y si alguno tuviere hambre, coma en su casa; porque no os juntéis para condenación. Las demás cosas las pondré en orden cuando viniere.

CAPÍTULO 12

Y EN cuanto a los *dones* espirituales, no quiero, hermanos,
que seáis ignorantes.
2 Sabéis que erais Gentiles,
yendo, como erais llevados, a los
ídolos mudos.
3 Por tanto os hago saber, que
nadie que hable por el Espíritu
de Dios, llama anatema a Jesús,
y *que* nadie puede llamar a Jesús
Señor, sino por el Espíritu Santo.
4 Empero hay diferencias de
dones; mas el mismo Espíritu.
5 Y hay diferencias de ministerios; mas el mismo Señor.
6 Y hay diferencias de operaciones; mas el mismo Dios es, el que
obra todas las cosas en todos.
7 Empero a cada uno le es dada
la manifestación del Espíritu
para provecho.
8 Porque a éste es dada por el
Espíritu palabra de sabiduría: al
otro, palabra de conocimiento
segun el mismo Espíritu:
9 A otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades
por el mismo Espíritu:
10 A otro, operaciones de milagros; y a otro, profecía; y a otro,
discernimiento de espíritus; y a
otro, *diversos* géneros de lenguas; y
a otro, interpretación de lenguas.
11 Mas todas estas *cosas* obra uno
y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno
como él quiere.
12 Porque de la manera que es
uno el cuerpo, y tiene muchos
miembros, empero todos los
miembros de este un cuerpo,
siendo muchos, son un *mismo*
cuerpo, así también *es* Cristo.
13 Porque por un Espíritu somos
todos bautizados en un cuerpo,
ora Judíos o Gentiles, ora siervos o libres; y a todos se nos ha
hecho beber en un Espíritu.
14 Porque tampoco el cuerpo no
es un *solo* miembro, sino muchos.
15 Si dijere el pie: Porque no soy
mano, no soy del cuerpo: ¿por
eso no será del cuerpo?
16 Y si dijere la oreja: Porque no
soy ojo, no soy del cuerpo: ¿por
eso no será del cuerpo?
17 Si todo el cuerpo *fuese* ojo,
¿dónde *estaría* el oído? si todo *fuese*
oído, ¿dónde *estaría* el olfato?
18 Mas ahora Dios ha colocado
los miembros cada uno de ellos
por si en el cuerpo, como él quiso.
19 Que si todos fueran un *mismo*
miembro, ¿dónde *estuviera* el
cuerpo?
20 Mas ahora muchos miembros
son, a la verdad, empero un cuerpo.
21 No puede el ojo decir a la
mano: No te he menester: ni
tampoco la cabeza a los pies: No
tengo necesidad de vosotros.
22 Antes, los miembros del cuerpo que parecen más flacos, son
mucho más necesarios;
23 Y los *miembros* del cuerpo que
estimamos menos dignos, a éstos
ceñimos más honrosamente; y
los que en nosotros son menos
decentes, tienen más decoro.
24 Porque los que en nosotros son
más decorosos, no tienen necesidad de nada; mas Dios templó a
una el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba;
25 Para que no haya disensión en
el cuerpo, sino *que* los miembros
tengan el mismo cuidado los
unos por los otros.
26 De tal manera que si el un
miembro padece, todos los
miembros a una se duelen: o si
el un miembro es honrado, todos
los miembros a una se regocijan.

27 Vosotros, pues, sois el cuerpo
de Cristo, y miembros en particular.
28 Y a unos puso Dios en la igle-
sia, primeramente apóstoles, se-
gundo profetas, tercero maestros,
después milagros, después dones
de sanidades, auxilios, goberna-
ciones, géneros de lenguas.
29 ¿*Son* todos apóstoles? ¿*son*
todos profetas? ¿*son* todos maes-
tros? ¿*son* todos hacedores de mi-
lagros?
30 ¿Tienen todos dones de sani-
dades? ¿hablan todos lenguas?
¿interpretan todos?
31 Empero desead con vehemen-
cia los mejores dones; y aun yo
enseño un camino más excelente.

CAPÍTULO 13

SI yo hablase en lenguas de
hombres y de ángeles, y no
tuviese caridad, soy hecho *como*
latón que resuena, o címbalo que
retiñe.
2 Y si tuviere el *don* de profecía,
y entendiese todos los misterios,
y todo conocimiento; y si tuviese
toda la fe, de manera que pudie-
se traspasar las montañas, y no
tuviera caridad, nada soy.
3 Y si repartiese toda mi hacien-
da para dar de comer *a pobres*; y
si entregase mi cuerpo para ser
quemado, y no tuviere caridad,
de nada me aprovecha.
4 La caridad es sufrida, es benig-
na: la caridad no tiene envidia:
la caridad no es jactanciosa, no
es hinchada,
5 No se comporta indecorosa-
mente, no busca lo que es suyo,
no se provoca fácilmente, no
piensa mal,
6 No se regocija en la injusticia,
mas gózase en la verdad:
7 Todo lo sufre, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
8 La caridad nunca se acaba:
aunque las profecías se han de
acabar, y cesar las lenguas, y
desaparecer el conocimiento.
9 Porque en parte conocemos, y
en parte profetizamos.
10 Mas cuando venga lo que es
lo perfecto, entonces lo que es en
parte será abolido.
11 Cuando yo era niño, hablaba
como niño, pensaba como niño,
razonaba como niño; mas cuan-
do ya fui hombre hecho, puse a
un lado las cosas de niño.
12 Porque ahora vemos por es-
pejo oscuramente; mas enton-
ces, cara a cara. Ahora conozco
en parte; mas entonces conoceré
como soy conocido.
13 Y ahora permanece la fe, la es-
peranza, y la caridad, estas tres;
empero la mayor de ellas *es* la
caridad.

CAPÍTULO 14

SEGUID la caridad: codiciad los
dones espirituales; mas sobre
todo que profeticéis.
2 Porque el que habla en una
lengua *desconocida*, no habla a
los hombres, sino a Dios; porque
nadie *le* entiende, aunque en es-
píritu hable misterios.
3 Mas el que profetiza, habla a
los hombres *para* edificación, y
exhortación, y consolación.
4 El que habla una lengua *desco-
nocida*, a sí mismo edifica; mas el
que profetiza, edifica a la iglesia.
5 Así que querría que todos voso-
tros hablaseis lenguas, mas bien
empero que profetizaseis; por-
que mayor *es* el que profetiza que
el que habla en lenguas, si tam-
bién no interpretare, para que la
iglesia reciba edificación.

6 Ahora pues, hermanos, si yo viniere a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovecharé, si no os hablare, o por revelación, o por conocimiento, o por profecía, o por doctrina?
7 Y aun las cosas inanimadas que dan sonido, (sea flauta o arpa,) si no dieren distinción de sonidos, ¿cómo se sabrá lo que se tañe con la flauta o con el arpa?
8 Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se apercibirá a la batalla?
9 Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabras bien inteligibles, ¿cómo se entenderá lo que se dice? porque hablaréis al aire.
10 Hay, por ejemplo, tantos géneros de voces en el mundo; y ninguna de ellas *es* sin significado;
11 Mas si yo ignorare el significado de la voz, seré bárbaro para aquel que habla; y el que habla, *será* bárbaro para mí.
12 Así también vosotros: puesto que sois codiciosos de *dones* espirituales, procurad de sobresalir para la edificación de la iglesia.
13 Por lo cual el que habla en lengua *desconocida*, ore que interprete.
14 Porque si yo orare en lengua *desconocida*, mi espíritu ora; mas mi entendimiento es sin fruto.
15 ¿Qué hay pues? Oraré con el espíritu, y oraré también con el entendimiento: cantaré con el espíritu, y cantaré también con el entendimiento.
16 Porque cuando tú bendijeres con el espíritu, el que ocupa el lugar del ignorante, ¿cómo dirá, Amén, sobre tu acción de gracias? porque no sabe lo que dices.
17 Porque tú a la verdad bien das gracias; mas el otro no es edificado.
18 Doy gracias a mi Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros.
19 Empero en la iglesia quiero más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento, para que enseñe también a los otros, que diez mil palabras en una lengua *desconocida*.
20 Hermanos, no seáis niños en el entendimiento; mas sed niños en la malicia, empero en el entendimiento sed hombres.
21 En la ley está escrito: Con otras lenguas, y *con* otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor.
22 Así que las lenguas por señal son, no a los que creen, sino a los incrédulos; mas la profecía *sirve*, no para los que no creen, sino a los creyentes.
23 De manera que si toda la iglesia se juntare en un *mismo* lugar, y todos hablaren en lenguas, y entraren indoctos, o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?
24 Mas si todos profetizaren, y entrare algún incrédulo o indocto, de todos es convencido, de todos es juzgado:
25 Y así lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así postrándose sobre *su* rostro adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está en vosotros.
26 ¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os juntáis, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación: Háganse todas las cosas para edificación.
27 Si hablare alguno en lengua *desconocida, sea* por dos, o a lo más *por* tres, y *esto* a su turno; y uno interprete.
28 Mas si no hubiere intérprete,

calle en la iglesia; y hable a sí
mismo, y a Dios.
29 Empero los profetas, hablen
dos o tres; y los demás juzguen.
30 Y si a otro que estuviere sen-
tado, fuere revelada *alguna cosa*,
calle el primero.
31 Porque podéis todos profeti-
zar uno por uno; para que todos
aprendan, y todos sean consolados.
32 (Y los espíritus de los profetas
están sujetos a los profetas;)
33 Porque Dios no es *autor* de
confusión, sino de paz, como en
todas las iglesias de los santos.
34 Vuestras mujeres callen en las
iglesias; porque no les es permi-
tido hablar, sino que estén suje-
tas como también lo dice la ley.
35 Y si quieren aprender alguna
cosa, pregunten en casa a sus
propios maridos; porque desho-
nesta cosa es hablar las mujeres
en la iglesia.
36 ¡Qué! ¿Ha salido de vosotros
la palabra de Dios? ¿o a vosotros
solos ha llegado?
37 Si alguno, a su parecer, es
profeta, o espiritual, reconozca
que las cosas que yo os escribo
son mandamientos del Señor.
38 Mas si alguno es ignorante,
sea ignorante.
39 Así que, hermanos, codiciad
el profetizar; y no impidáis el ha-
blar en lenguas.
40 Háganse todas las cosas de-
centemente, y con orden.

CAPÍTULO 15

EMPERO os declaro, hermanos,
el evangelio que os he predi-
cado, el cual también recibisteis,
y en el cual estáis firmes;
2 Por el cual asimismo, si retenéis
la palabra que os he predicado,
sois salvos, si no creísteis en vano.
3 Porque primeramente os he en-
señado lo que asimismo yo reci-
bí, que Cristo murió por nuestros
pecados, según las Escrituras;
4 Y que fue sepultado, y que re-
sucitó al tercer día, según las Es-
crituras;
5 Y que fue visto por Cefas; y
después por los doce:
6 Que después fue visto de más
de quinientos hermanos a la vez:
de los cuales los más viven aún,
empero algunos han dormido.
7 Que después fue visto por Ja-
cobo: después por todos los após-
toles.
8 Y al postrero de todos, fue visto
por mí también, como por uno
nacido fuera de debido tiempo.
9 Porque yo soy el menor de los
apóstoles, que no soy digno de
ser llamado apóstol, porque per-
seguía a la iglesia de Dios.
10 Empero por la gracia de Dios
soy lo que soy; y su gracia no
ha sido en vano para conmigo;
antes he trabajado más abundan-
temente que todos ellos; pero no
yo, sino la gracia de Dios que fue
conmigo.
11 Por tanto, sea yo, o *sean* ellos,
así predicamos, y así habéis creído.
12 Mas si se predica a Cristo, que
resucitó de los muertos, ¿cómo
dicen algunos entre vosotros,
que no hay resurrección de los
muertos?
13 Porque si no hay resurrección
de los muertos, Cristo tampoco
resucitó.
14 Y si Cristo no resucitó, luego
vana *es* nuestra predicación, y
vana *es* también vuestra fe.
15 Y también somos hallados
falsos testigos de Dios; porque
hemos testificado de Dios, que
él haya resucitado a Cristo: al

cual no resucitó, si es así que los
muertos no resucitan.
16 Porque si los muertos no re-
sucitan, tampoco Cristo resucitó.
17 Y si Cristo no resucitó, vuestra
fe *es* vana; aún os estáis en vues-
tros pecados.
18 Por consiguiente también los
que durmieron en Cristo, son pe-
recidos.
19 Si en esta vida solamente te-
nemos esperanza en Cristo, los
más miserables somos de todos
los hombres.
20 Mas ahora, Cristo ha resucita-
do de los muertos; y él es hecho
primicias de los que durmieron.
21 Porque por cuanto la muerte
vino por un hombre, también por
un hombre *vino* la resurrección
de los muertos.
22 Porque a la manera que en
Adam todos mueren, así también
todos en Cristo serán vivificados.
23 Mas cada uno en su propio
orden: Cristo las primicias; des-
pués los que son de Cristo en su
venida.
24 Después *viene* el fin; cuando
hubiere entregado el reino a Dios
y Padre; cuando hubiere abatido
todo imperio, y toda autoridad, y
poder.
25 Porque es menester que él
reine, hasta que haya puesto a
todos sus enemigos debajo de
sus pies.
26 *Y* el postrer enemigo que *será*
destruido, *es* la muerte.
27 Porque todas las cosas sujetó
debajo de sus pies. Mas cuando
dice: Todas las cosas son sujeta-
das a *él*, claro *es* que está excep-
tuado el que sujetó a él todas las
cosas.
28 Mas cuando todas las cosas
le fueren sujetas, entonces tam-
bién el Hijo mismo se sujetará al
que le sujetó a él todas las cosas,
para que Dios sea todo en todos.
29 De otro modo, ¿qué harán,
los que son bautizados por los
muertos, si en ninguna manera los
muertos resucitan? ¿Por qué, pues,
son bautizados por los muertos?
30 ¿Y por qué nosotros peligra-
mos a toda hora?
31 Yo protesto por vuestro gozo,
el cual tengo en Cristo Jesús el
Señor nuestro, cada día muero.
32 Si como hombre batallé en
Éfeso contra las bestias, ¿qué me
aprovecha si los muertos no re-
sucitan? Comamos y bebamos,
que mañana moriremos:
33 No os engañéis. Las malas
conversaciones corrompen las
buenas costumbres.
34 Despertad a la justicia, y no
pequéis; porque algunos no tie-
nen el conocimiento de Dios,
para vergüenza vuestra *lo* digo.
35 Mas alguno dirá: ¿Cómo re-
sucitan los muertos? ¿Con qué
cuerpo vendrán?
36 ¡Insensato! lo que tú siembras,
no revive, si *antes* no muriere:
37 Y lo que siembras, no siem-
bras el cuerpo que ha de ser, sino
el grano desnudo, puede ser de
trigo, o de alguno de los otros
granos:
38 Mas Dios le da al cuerpo como
él ha querido, y a cada simiente
su propio cuerpo.
39 Toda carne no *es* la misma
carne; mas una carne *es* la de los
hombres, *y* otra carne *es* la de los
animales, *y* otra la de los peces, *y*
otra la de las aves.
40 Y *hay* cuerpos celestiales, y
cuerpos terrestres; mas la gloria
de los celestiales *es* una, y la de
los terrestres *es* otra.

41 Una *es* la gloria del sol, y otra
la gloria de la luna, y otra la glo-
ria de las estrellas; porque *una*
estrella se diferencia de *otra* es-
trella en gloria.
42 Así también *es* la resurrección
de los muertos. Se siembra en
corrupción; se levantará en inco-
rrupción:
43 Se siembra en deshonra; se le-
vantará en gloria: se siembra en
flaqueza; resucitará en poder:
44 Se siembra cuerpo natural;
resucitará cuerpo espiritual. Hay
cuerpo natural, y hay cuerpo es-
piritual.
45 Y así está escrito: fue hecho
el primer hombre Adam en alma
viviente; el postrer Adam en es-
píritu vivificante.
46 Mas lo que es espiritual no *es*
primero, sino lo que es natural; y
después lo que es espiritual.
47 El primer hombre *es* de la tie-
rra, terreno: el segundo hombre
es el Señor del cielo.
48 Cual el terreno, tales tam-
bién los terrenos; y cual el celes-
tial, tales también los celestiales.
49 Y así como hemos traído la
imagen del terreno, traeremos
también la imagen del celestial.
50 Esto empero digo, hermanos:
Que la carne y la sangre no pue-
den heredar el reino de Dios: ni
la corrupción hereda la incorrup-
ción.
51 He aquí, un misterio os digo:
Todos ciertamente no dormiremos;
mas todos seremos cambiados.
52 En un momento, en un abrir
de ojo, a la final trompeta; por-
que sonará la trompeta, y los
muertos serán resucitados inco-
rruptibles, y nosotros seremos
cambiados.
53 Porque es menester que esto
corruptible sea vestido de inco-
rrupción, y esto mortal sea vesti-
do de inmortalidad.
54 Y cuando esto corruptible
fuere vestido de incorrupción, y
esto mortal fuere vestido de in-
mortalidad, entonces será cum-
plida la palabra que está escrita:
Tragada es la muerte en victoria.
55 ¿Dónde *está,* oh muerte, tu
aguijón? ¿Dónde *está*, oh sepul-
cro, tu victoria?
56 Empero el aguijón de la muer-
te es el pecado; y el poder del pe-
cado, la ley.
57 Mas a Dios gracias, que nos
da la victoria por nuestro Señor
Jesu Cristo.
58 Así que, hermanos míos ama-
dos, estad firmes y constantes,
abundando siempre en la obra
del Señor, sabiendo que vuestro
trabajo en el Señor no es vano.

CAPÍTULO 16

EN cuanto a la colecta para
los santos, haced vosotros
también de la manera que yo or-
dené en las iglesias de Galacia.
2 Cada primer *día* de la sema-
na cada uno de vosotros ponga
aparte algo, atesorándo*lo,* según
Dios le hubiere prosperado; para
que cuando yo viniere, no se
hagan entonces las colectas.
3 Y cuando yo hubiere venido,
los que aprobareis por cartas, a
éstos enviaré que lleven vuestro
beneficio a Jerusalem.
4 Y si fuere digno el negocio *de* que
yo también vaya, irán conmigo.
5 Empero a vosotros vendré,
cuando pasare por Macedonia;
porque por Macedonia tengo de
pasar.
6 Y podrá ser que me quedaré
con vosotros, e invernaré tam-

bién; para que vosotros me llevéis donde hubiere de ir.
7 Porque no quiero ahora veros de paso; mas espero estar con vosotros algún tiempo, si el Señor *lo* permitiere.
8 Empero estaré en Éfeso hasta Pentecostés.
9 Porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz; y muchos adversarios *hay*.
10 Y si viniere Timoteo, mirad que esté con vosotros sin temor; porque la obra del Señor hace, como yo también.
11 Por tanto nadie le tenga en poco; antes llevadle en paz, para que venga a mí; porque le espero con los hermanos.
12 Cuanto al hermano Apolos, mucho le he rogado que fuese a vosotros con los hermanos; mas en ninguna manera tuvo voluntad de ir por ahora; mas irá cuando tuviere oportunidad.
13 Velad, estad firmes en la fe: portaos varonilmente, sed fuertes.
14 Todas vuestras cosas sean hechas con caridad.
15 Mas os ruego hermanos, (ya sabéis la casa de Estéfanas que es las primicias de Acaya, y *que* se han dedicado al ministerio de los santos,)
16 Que vosotros os sujetéis a los tales, y a todos los que *nos* ayudan, y trabajan.
17 De la venida de Estéfanas y de Fortunato, y de Acaico, me gozo; porque éstos suplieron lo que faltaba de vuestra parte.
18 Porque recrearon mi espíritu y *el* vuestro. Reconoced pues a los que son tales.
19 Las iglesias de Asia os saludan. Os saludan mucho en el Señor Aquila y Priscila, con la iglesia que está en su casa.
20 Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos a los otros con santo beso.
21 Salutación de *mí*, Pablo, con mi propia mano.
22 Si alguno no amare al Señor Jesu Cristo sea Anatema. Maranata.
23 La gracia del Señor Jesu Cristo *sea* con vosotros.
24 Mi amor *sea* con todos vosotros en Cristo Jesús. Amén.

La primera epístola a los Corintios fue enviada de Filipos con Estéfanas, y Fortunato, y Acaico, y Timoteo.

La Segunda Epístola del Apóstol Pablo a los
CORINTIOS

CAPÍTULO 1

PABLO, apóstol de Jesu Cristo
por la voluntad de Dios, y el
hermano Timoteo, a la iglesia
de Dios que está en Corinto, con
todos los santos que están por
toda la Acaya.
2 Gracia a vosotros, y paz de
Dios nuestro Padre, y del Señor
Jesu Cristo.
3 Bendito *sea* Dios y Padre de
nuestro Señor Jesu Cristo, el
Padre de misericordias, y el Dios
de toda consolación;
4 El cual nos consuela en todas
nuestras tribulaciones; para que
podamos nosotros consolar a los
que están en cualquiera angustia,
con la consolación con que nosotros mismos somos consolados
de Dios.
5 Porque de la manera que abundan en nosotros los sufrimientos
de Cristo, así abunda también
por Cristo nuestra consolación.
6 Mas ahora sea que seamos atribulados, *es* por vuestra consolación y salvación, la cual es eficiente en el sufrir de las mismas
aflicciones que nosotros también
padecemos; o si somos consolados, *es* por vuestra consolación y
salvación.
7 Y nuestra esperanza de vosotros *es* firme, estando ciertos que
como sois participantes de los
sufrimientos, *así* también *lo seréis*
de la consolación.
8 Porque, hermanos, no queremos que ignoréis de nuestra tribulación que nos fue hecha en
Asia, que sobre manera fuimos
cargados sobre nuestras fuerzas,
de tal manera que aun dudábamos de la vida:
9 Mas nosotros tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte,
para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios, que
levanta los muertos:
10 El cual nos libró de tan grande
muerte, y *nos* libra: en el cual esperamos que aún *nos* librará;
11 Ayudándonos también vosotros con oración por nosotros,
para que por el don *concedido*
para nosotros por medio de muchas personas, por muchas sean
dadas gracias por nosotros.
12 Porque nuestra gloria es ésta,
el testimonio de nuestra conciencia, que en simplicidad y sinceridad de Dios, no en sabiduría
carnal, mas por la gracia de Dios,
hemos conversado en el mundo,
y más abundantemente con vosotros.
13 Porque no os escribimos otras
cosas de las que leéis, o también
reconocéis; y espero que aun
hasta el fin las reconoceréis:
14 Como también en parte nos
habéis reconocido que somos
vuestra gloria, como también vosotros *sois* la nuestra, en el día
del Señor Jesús.
15 Y en esta confianza quise primero venir a vosotros, para que
tuvieseis otro segundo beneficio:
16 Y pasar por vosotros a Macedonia; y de Macedonia venir otra
vez a vosotros, y ser llevados por
vosotros a Judea.
17 Pues cuando propuse esto,

¿usé quizá de liviandad? ¿o lo
que me propongo, lo propongo
según la carne, para que haya en
mí sí, sí, y no, no?
18 Antes *como* Dios *es* fiel, nues-
tra palabra para con vosotros no
ha sido sí y no.
19 Porque el Hijo de Dios, Jesu
Cristo, que por nosotros ha sido
entre vosotros predicado, por mí,
y Silvano, y Timoteo, no ha sido
sí y no; mas en él ha sido sí.
20 Porque todas las promesas de
Dios *son* en él sí, y en él Amén
para gloria de Dios por nosotros.
21 Y el que nos confirma con
vosotros en Cristo, y el que nos
ungió, *es* Dios:
22 El cual también nos selló, y
nos dio las arras del Espíritu en
nuestros corazones.
23 Mas yo llamo a Dios por testi-
go sobre mi alma, que por perdo-
naros, no he venido hasta ahora
a Corinto:
24 No que nosotros tengamos
señorío sobre vuestra fe; antes
somos ayudadores de vuestro gozo,
porque por la fe estáis firmes.

CAPÍTULO 2

EMPERO esto he determinado
en mi mismo, de no venir
otra vez a vosotros con tristeza.
2 Porque si yo os entristezco,
¿quién será pues el que me ale-
grará, sino el mismo a quien yo
entristeciera?
3 Y esto mismo os escribí, por-
que cuando viniere no tuviese
tristeza de aquellos de los cua-
les me debería alegrar; teniendo
confianza en todos vosotros que
mi gozo es *el* de todos vosotros.
4 Porque en medio de mucha tri-
bulación y angustia de corazón
os escribí con muchas lágrimas:
no para que fueseis entristecidos,
sino para que conocieseis cuán
abundante amor tengo para con
vosotros.
5 Que si alguno ha causado tris-
teza, no me entristeció a mí sino
en parte, por no sobrecargaros a
todos vosotros.
6 Bástale al tal este castigo que
fue hecho por muchos:
7 De manera que, al contrario,
vosotros *debéis* más bien perdo-
nar*le*, y consolar*le*, porque no sea
el tal consumido de demasiada
tristeza.
8 Por lo cual os ruego que con-
firméis *vuestro* amor para con él.
9 Porque también por este fin
os escribí a vosotros, para cono-
cer la prueba de vosotros, si sois
obedientes en todas las cosas.
10 Al que vosotros perdonareis
cualquiera cosa, yo también;
porque si yo he perdonado algu-
na cosa, a quien *lo* he perdonado,
por vuestra causa *lo he hecho* en
la persona de Cristo;
11 Para que Satanás no nos gane
alguna ventaja; porque no igno-
ramos sus maquinaciones.
12 Mas cuando yo vine a Troas
para *predicar* el evangelio de Cris-
to, y me fue abierta puerta en el
Señor,
13 No tuve reposo en mi espíritu,
por no haber hallado a Tito mi
hermano; y así despidiéndome
de ellos, me partí desde allí para
Macedonia.
14 Mas gracias a Dios, el cual
hace que siempre triunfemos en
Cristo; y manifiesta el olor de su
conocimiento por nosotros en
todo lugar;
15 Porque somos para Dios suave
olor de Cristo en los que son sal-
vos, y en los que perecen:

16 A éstos olor de muerte para
muerte; y a aquéllos olor de vida
para vida. Y para estas cosas
¿quién *es* suficiente?
17 Porque no somos como muchos, mercaderes falsos que
corrompen la palabra de Dios:
antes como de sinceridad, como
de Dios, delante de Dios, hablamos en Cristo.

CAPÍTULO 3

¿COMENZAMOS otra vez a alabarnos a nosotros mismos? ¿O
tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación
para vosotros, o de recomendación de vosotros?
2 Nuestra carta sois vosotros, escrita en nuestros corazones, conocida y leída de todos los hombres;
3 *Por cuanto* es manifiesto que
vosotros sois la carta de Cristo
ministrada por nosotros, y escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo: no en tablas
de piedra, sino en las tablas de
carne del corazón.
4 Y tal confianza tenemos por
Cristo para con Dios.
5 No que seamos suficientes de
nosotros mismos para pensar
algo como de nosotros mismos;
sino que nuestra suficiencia es
de Dios:
6 El cual también nos ha hecho
ministros suficientes del nuevo
testamento: no de la letra, sino
del espíritu; porque la letra mata,
mas el espíritu vivifica.
7 Empero si el ministerio de
muerte, escrito *y* grabado en piedras, fue para gloria, tanto que
los hijos de Israel no pudiesen
fijar los ojos en la cara de Moisés,
a causa de la gloria de su rostro,
la cual se había de acabar:
8 ¿Cuánto más no será para gloria el ministerio del espíritu?
9 Porque si el ministerio de condenación fue gloria, mucho más
abundará en gloria el ministerio
de justicia.
10 Porque lo que fue hecho glorioso, ni aun fue glorioso en este
respecto, por razón de la gloria
que sobresale.
11 Porque si lo que se acaba fue
para gloria, mucho más *es* para
gloria lo que permanece.
12 Así que teniendo tal esperanza,
hablamos con mucha franqueza.
13 Y no como Moisés, *que* ponía
un velo sobre su rostro, para que
los hijos de Israel no pudiesen
fijar los ojos en el fin de aquello
que se había de ser abolido:
14 Mas las mentes de ellos fueron
cegadas; porque hasta el día de
hoy queda el mismo velo sin ser
quitado en la lectura del antiguo
testamento, el cual *velo* es quitado en Cristo.
15 Y aun hasta el día de hoy,
cuando Moisés es leído, el velo
está sobre el corazón de ellos.
16 Empero cuando se convirtieren al Señor, el velo será quitado.
17 Porque el Señor es aquel Espíritu; y donde *está* el Espíritu del
Señor, allí *hay* libertad.
18 Empero nosotros todos, con
cara descubierta, mirando como
en un espejo la gloria del Señor,
somos transformados en la misma
imagen de gloria en gloria, como
por el Espíritu del Señor.

CAPÍTULO 4

POR lo cual teniendo nosotros
este ministerio, según la misericordia que hemos recibido,
no desmayamos;
2 Antes hemos renunciado a las

cosas encubiertas de vergüen-
za, no andando con astucia, ni
adulterando la palabra de Dios;
mas por manifestación de la ver-
dad encomendándonos a nosotros
mismos a la conciencia de todo
hombre delante de Dios.
3 Que si nuestro evangelio es en-
cubierto, para los que se pierden
es encubierto:
4 En los cuales el dios de este
mundo ha cegado la mente de
los incrédulos, para que no les
resplandezca la luz del evangelio
glorioso de Cristo, el cual es la
imagen de Dios.
5 Porque no nos predicamos a
nosotros mismos, sino a Cristo
Jesús, el Señor; y nosotros vues-
tros siervos por Jesús.
6 Porque Dios que mandó res-
plandecer la luz de las tinieblas,
es el que ha resplandecido en
nuestros corazones, para *dar* la luz
del conocimiento de la gloria de
Dios en la faz de Jesu Cristo.
7 Pero tenemos este tesoro en
vasos de tierra, para que la exce-
lencia del poder sea de Dios, y no
de nosotros.
8 Por todos lados *somos* atribula-
dos, mas no estrechados: perple-
jos, mas no desesperados:
9 Perseguidos, mas no desampa-
rados: abatidos, mas no destruidos:
10 Llevando siempre por todas
partes en el cuerpo la muerte del
Señor Jesús, para que también la
vida de Jesús sea manifestada en
nuestro cuerpo.
11 Porque siempre nosotros que
vivimos, somos entregados a la
muerte por causa de Jesús, para
que también la vida de Jesús sea
manifestada en nuestra carne
mortal.
12 De manera que la muerte obra
en nosotros, mas en vosotros la
vida.
13 Pero teniendo nosotros el
mismo espíritu de fe, conforme
a lo que está escrito: Creí, y por
lo tanto he hablado: nosotros
también creemos, y por lo tanto
hablamos:
14 Estando ciertos que el que re-
sucitó al Señor Jesús, a nosotros
también nos resucitará por Jesús;
y *nos* presentará con vosotros.
15 Porque todas las cosas *son*
por vuestra causa, para que la
abundante gracia por la acción
de gracias de muchos, redunde a
gloria de Dios.
16 Por tanto no desmayamos;
antes aunque este nuestro hom-
bre exterior se desgasta, el interior
empero se renueva de día en día.
17 Porque nuestra leve tribu-
lación, que no es sino por un
momento, obra por nosotros un
peso de gloria inconmensurable-
mente grande *y* eterno:
18 No mirando nosotros a las
cosas que se ven, sino a las que
no se ven; porque las cosas que
se ven son temporales; mas las
que no se ven son eternas.

CAPÍTULO 5

PORQUE sabemos que si nues-
tra casa terrestre de *este* taber-
náculo se deshiciere, tenemos de
Dios edificio, una casa no hecha
de manos, eterna en los cielos.
2 Y por esto también gemimos,
deseando ardientemente ser re-
vestidos de aquella nuestra habi-
tación que es del cielo:
3 Si es que fuéremos hallados
vestidos y no desnudos.
4 Porque verdaderamente los
que estamos en *este* tabernáculo,
gemimos estando sobrecargados;

porque no querríamos ser desnudados, antes revestidos, para que lo que es mortal sea tragado por la vida.
5 Mas el que nos hizo para esto mismo *es* Dios, el cual también nos ha dado las arras del Espíritu.
6 Por tanto *estamos* confiados siempre, sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, ausentes estamos del Señor:
7 (Porque por fe andamos, no por vista:)
8 Estamos confiados, *digo*, y quisiéramos más bien ausentarnos del cuerpo, y estar presentes con el Señor.
9 Por tanto procuramos, que o ausentes, o presentes, le seamos aceptos.
10 Porque es menester que todos nosotros comparezcamos delante del tribunal de Cristo; para que cada uno reciba las cosas *hechas* en *su* cuerpo, según lo que hubiere hecho, *sea* bueno, o *sea* malo.
11 Sabiendo pues el terror del Señor, persuadimos a los hombres, mas a Dios somos hechos manifiestos; y espero que también en vuestras conciencias somos hechos manifiestos.
12 Porque no nos encomendamos otra vez a vosotros; antes os damos ocasión de gloriaros de nosotros, para que tengáis que *responder* a los que se glorían en las apariencias, y no en el corazón.
13 Porque si loqueamos, *es* para Dios, y si estamos en sano juicio, *es* por vuestra causa.
14 Porque el amor de Cristo nos constriñe: juzgando esto: Que si uno murió por todos, luego todos eran muertos:
15 Y *que* murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que por ellos murió y resucitó.
16 Por lo que nosotros de aquí adelante a nadie conocemos según la carne; y si aun a Cristo conocimos según la carne, ahora empero ya no *le* conocemos más.
17 De manera que si alguno *es* en Cristo, nueva criatura *es*: las cosas viejas son pasadas; he aquí, todas las cosas son hechas nuevas.
18 Y todas las cosas *son* de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo mismo por Jesu Cristo, y nos ha dado el ministerio de la reconciliación.
19 Es a saber, Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo, no imputándoles sus pecados, y ha entregado a nosotros la palabra de la reconciliación.
20 Así que embajadores somos de Cristo, como si Dios *os* rogase por nosotros; *os* rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.
21 Porque a él que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

CAPÍTULO 6

POR lo cual nosotros, *como* colaboradores juntamente *con él, os* exhortamos también que no hayáis recibido en vano la gracia de Dios;
2 Porque él dice: En tiempo acepto te he oído, y en día de salvación te he socorrido: he aquí, ahora es el tiempo acepto, he aquí, ahora es el día de la salvación:
3 No dando ofensa alguna en ninguna cosa, porque el ministerio no sea vituperado:

4 Pero mostrándonos aprobados en todas *cosas* como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias,
5 En azotes, en cárceles, en alborotos, en trabajos, en vigilias, en ayunos,
6 Por pureza, por conocimiento, por longanimidad, por bondad, por el Espíritu Santo, por amor no fingido,
7 Por la palabra de verdad, por el poder de Dios, por la armadura de justicia a diestra y a siniestra:
8 Por honra y deshonra: por infamia, y buena fama: como engañadores, y *sin embargo* veraces:
9 Como desconocidos, *y sin embargo* bien conocidos: como muriendo, y, he aquí, vivimos: como castigados, mas no muertos:
10 Como entristecidos, mas siempre gozosos: como pobres, mas enriqueciendo a muchos: como los que no tienen nada, *y sin embargo* lo poseen todo.
11 Nuestra boca está abierta para vosotros, oh Corintios, nuestro corazón es ensanchado.
12 No estáis estrechados en nosotros; mas estáis estrechados en vuestras propias entrañas:
13 Pues por recompensa de lo mismo, (como a *mis* hijos hablo,) ensanchaos también vosotros.
14 No os juntéis en yugo desigual con los incrédulos: porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas?
15 ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el que cree con el incrédulo?
16 ¿Y qué avenencia el templo de Dios con ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios vivo, como Dios ha dicho: Yo moraré en ellos, y andaré en *ellos*; y yo seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo.
17 Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor; y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré.
18 Y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas: dice el Señor Todopoderoso.

CAPÍTULO 7

TENIENDO pues nosotros estas promesas, amados míos, pues que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.
2 Admitidnos: a nadie hemos injuriado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos defraudado.
3 No para condenaros *lo* digo; que ya he dicho antes, que estáis en nuestros corazones para morir, y para vivir con *vosotros*.
4 Mucho denuedo tengo para con vosotros, mucha gloria tengo de vosotros: lleno estoy de consolación: sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones.
5 Porque cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestra carne; antes por todos lados fuimos atribulados: de fuera *había* combates, de dentro temores.
6 Mas Dios, que consuela a los que están abatidos, nos consoló con la venida de Tito.
7 Y no sólo con su venida, mas *también* con la consolación con que él fue consolado de vosotros, haciéndonos saber vuestro deseo grande, vuestro lloro, vuestro celo por mí, así que me regocijé tanto más.

8 Porque aunque os entristecí
por la carta, no me arrepiento:
aunque me arrepentí, porque
veo que aquella carta, aunque
por poco tiempo, os entristeció.
9 Ahora me gozo: no porque
hayáis sido entristecidos, mas
porque hayáis sido entristecidos
para arrepentimiento; porque ha-
béis sido entristecidos según Dios,
de manera que ninguna pérdida
hayáis padecido por nosotros.
10 Porque la tristeza que es según
Dios, obra arrepentimiento para
la salvación, de la cual nadie se
arrepiente; mas la tristeza del
mundo obra la muerte.
11 Porque he aquí esto mismo,
que según Dios fuisteis entriste-
cidos, qué solicitud ha obrado en
vosotros, más aun defensa, más
aun indignación, más aun temor,
más aun vehemente deseo, más
aun celo, más aun venganza. En
todo os habéis mostrado puros
en este negocio.
12 Así que aunque os escribí, no
fue por causa del que hizo la inju-
ria, ni por causa del que padeció
la injuria, sino para que os fuese
manifiesta nuestra solicitud que
tenemos por vosotros delante de
Dios.
13 Por tanto fuimos consolados
por vuestra consolación: empero
mucho más nos gozamos por el
gozo de Tito, porque fue recrea-
do su espíritu por todos vosotros.
14 Que si en algo me he gloria-
do con él de vosotros, no he sido
avergonzado; antes como todo lo
que habíamos dicho a vosotros
en verdad, así también nuestra
gloria con Tito fue hallada *ser*
verdad.
15 Y su entrañable afecto es más
abundante para con vosotros,
cuando se acuerda de la obedien-
cia de todos vosotros; y de cómo
le recibisteis con temor y temblor.
16 Así que me regocijo de que en
todo tengo confianza de vosotros.

CAPÍTULO 8

ASIMISMO, hermanos, os ha-
cemos saber la gracia de
Dios, que ha sido dada a las igle-
sias de Macedonia:
2 Que en grande prueba de tribu-
lación, la abundancia de su gozo
y su profunda pobreza abunda-
ron para las riquezas de su libe-
ralidad.
3 Porque conforme a *sus* fuerzas,
(yo soy testigo,) y aun sobre *sus*
fuerzas *han sido* voluntarios;
4 Rogándonos con muchos rue-
gos, que recibiésemos el don, *y*
nos encargásemos de la comunión
del ministerio que se hace para
los santos.
5 Y *esto hicieron*, no como lo espe-
rábamos, mas a sí mismos dieron
primeramente al Señor, y a noso-
tros por la voluntad de Dios.
6 De tal manera que exhortamos
a Tito, que como había comenza-
do *ya*, así también acabase en vo-
sotros la misma gracia también.
7 Por tanto como en todo abun-
dáis, *en* fe, y *en* palabra, y *en* co-
nocimiento, y *en* toda diligencia,
y amor para con nosotros, *mirad*
que abundéis en esta gracia tam-
bién.
8 No hablo como por manda-
miento; sino por motivo de la
prontitud de los otros, y para
probar la sinceridad de vuestro
amor.
9 Porque vosotros conocéis la gra-
cia de nuestro Señor Jesu Cristo,
que, siendo rico, por amor de vo-
sotros se hizo pobre; para que vo-

sotros por su pobreza fueseis ricos.
10 Y en esto doy *mi* consejo; porque esto os conviene a vosotros, que comenzasteis antes, no sólo a hacerlo, sino también a quererlo desde el año pasado:
11 Ahora pues acabad de hacer*lo*; para que como fue pronto el ánimo en el querer, así también *lo sea en* el cumplir*lo* de lo que tenéis.
12 Porque si primero hay voluntad pronta, *será* acepta según lo que alguno tiene, y no según lo que no tiene.
13 No para que otros tengan alivio, y vosotros apretura:
14 Sino por igualdad, *para que* en este tiempo, vuestra abundancia *supla* la falta de ellos; para que también la abundancia de ellos *supla* vuestra falta, para que haya igualdad:
15 Como está escrito: Al que *recogió* mucho, no le sobró; y al que *recogió* poco, no le faltó nada.
16 Empero gracias a Dios que puso la misma solicitud por vosotros en el corazón de Tito.
17 Porque en verdad aceptó la exhortación; mas estando él muy solícito, de su propia voluntad se partió para vosotros.
18 Y enviamos con él al hermano, cuya alabanza en el evangelio *es* por todas las iglesias.
19 Y no sólo *esto,* sino que también fue elegido por las iglesias para acompañarnos en nuestro viaje con este beneficio, que es administrado por nosotros para gloria del mismo Señor, y *declaración de* vuestra voluntad pronta:
20 Evitando esto, que nadie nos vitupere en esta abundancia que ministramos:
21 Procurando las cosas honestas, no sólo delante del Señor, sino también delante de los hombres.
22 Y enviamos con ellos a nuestro hermano, al cual muchas veces hemos probado diligente en muchas cosas; mas ahora mucho más diligente por la mucha confianza que *tengo* en vosotros.
23 Tocante a Tito, *si alguno preguntare, él es* mi compañero y coadjutor para con vosotros; o *en cuanto a* nuestros hermanos, *son* los mensajeros de las iglesias, y la gloria de Cristo.
24 Mostrad pues para con ellos, y a la faz de las iglesias, la prueba de vuestro amor, y de nuestra gloria de vosotros.

CAPÍTULO 9

PORQUE en cuanto al ministerio para los santos, por demás me es escribiros;
2 Porque conozco la prontitud de vuestro ánimo, por cuyo motivo me glorío de vosotros entre los de Macedonia, que Acaya está apercibida desde el año pasado; y vuestro celo ha provocado a muchos.
3 Sin embargo he enviado a los hermanos, porque nuestra gloria de vosotros no sea vana en esta parte; para que, como lo he dicho, estéis apercibidos;
4 *Porque* no sea que si vinieren conmigo los de Macedonia, y os hallaren desapercibidos, y nos avergoncemos nosotros, (por no decir vosotros,) de esta confianza de gloria.
5 Por tanto tuve por cosa necesaria exhortar a los hermanos que fuesen primero a vosotros, y aparejasen primero vuestra bendición antes prometida, para que esté aparejada como bendición, y no como avaricia.
6 Esto empero *digo*: El que siem-

bra escasamente, también segará
escasamente; y el que siembra
abundantemente, segará también abundantemente.
7 Cada uno como propuso en su
corazón, *así dé*, no con tristeza, o
por necesidad; porque Dios ama
el dador alegre.
8 Y poderoso *es* Dios para hacer
que abunde en vosotros toda gracia, para que teniendo toda suficiencia en todas cosas, abundéis
para toda buena obra.
9 Como está escrito: Esparció;
dio a los pobres; su justicia permanece por siempre.
10 Y el que da la simiente al que
siembra, también dará pan para
comer; y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos
de vuestra justicia;
11 Para que enriquecidos en todo,
abundéis en toda liberalidad, la
cual obra por nosotros acción de
gracias a Dios.
12 Porque la administración de
este servicio no solamente suple
lo que a los santos falta, mas
también abunda en muchas acciones de gracias a Dios;
13 Que por la experiencia de esta
administración, glorifican a Dios
por vuestra sujeción que profesáis al evangelio de Cristo, y por
la liberalidad de *vuestra* distribución
para con ellos, y para con todos;
14 Y por la oración de ellos por
vosotros, los cuales os anhelan
de corazón a causa de la abundantísima gracia de Dios en vosotros.
15 Gracias a Dios por su inefable
don.

CAPÍTULO 10

EMPERO yo, Pablo mismo, os
ruego por la mansedumbre y
dulzura de Cristo, (*yo* que en presencia *soy* despreciable entre vosotros, pero *que* estando ausente
soy osado para con vosotros,)
2 Ruégoos, pues, que cuando estuviere presente, no tenga que
ser osado con la confianza con
que pienso ser osado contra algunos, que nos tienen como si
anduviésemos según la carne:
3 Porque aunque andamos en
la carne, no militamos según la
carne:
4 (Porque las armas de nuestra
milicia no *son* carnales, sino poderosas por Dios para derribar
fortalezas;)
5 Derribando imaginaciones, y
toda cosa alta que se levanta
contra el conocimiento de Dios;
y poniendo bajo cautiverio todo
pensamiento a la obediencia de
Cristo,
6 Y estando prestos para vengar toda desobediencia, cuando
vuestra obediencia fuere cumplida.
7 ¿Miráis las cosas según la apariencia exterior? Si alguno está
confiado en sí mismo que es de
Cristo, esto también piense por sí
mismo, que como él *es* de Cristo, así también nosotros *somos* de
Cristo.
8 Porque aunque yo me gloríe
algún tanto más de nuestra autoridad, (la cual el Señor nos
ha dado para edificación, y no
para vuestra destrucción,) no me
avergonzaré.
9 A fin de que no parezca como
que os quiero espantar por cartas.
10 Porque dicen ellos, *sus* cartas
son graves y fuertes; mas *su* presencia corporal débil, y *su* palabra despreciable.

11 Esto piense el tal, que cuales
somos en la palabra por cartas
estando ausentes, tales *seremos* también de hecho estando presentes.
12 Porque no osamos ni a contarnos, ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; mas ellos midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose a sí mismos consigo mismos, no entienden.
13 Nosotros empero no nos jactaremos de cosas fuera de *nuestra* medida; sino conforme a la medida de la regla que Dios nos ha repartido, medida que llega también hasta vosotros,
14 Porque no nos extendemos más allá de *nuestra medida*, como si no llegásemos hasta vosotros; porque también hasta vosotros hemos llegado en el evangelio de Cristo:
15 No gloriándonos fuera de medida, en trabajos ajenos; mas teniendo esperanza de que en creciendo vuestra fe, seremos abundantemente engrandecidos entre vosotros conforme a nuestra regla;
16 Para predicar el evangelio en las *regiones que están* más allá de vosotros, no en la medida de otro, para gloriarnos de lo que ya estaba aparejado.
17 Mas el que se gloría, gloríese en el Señor.
18 Porque no el que se alaba a sí mismo, el tal es aprobado; mas aquel a quien el Señor alaba.

CAPÍTULO 11

PLUGUIESE a Dios que vosotros sufrieseis un poco *mi* locura. Mas, en verdad, sufridme.
2 Porque yo soy celoso de vosotros con celo de Dios; porque os he desposado a un marido, para presentar*os como* a una virgen pura a Cristo.
3 Mas tengo miedo de que, en alguna manera, como la serpiente engañó a Eva por su astucia, así sean corrompidas vuestras mentes, de la simplicidad que es en Cristo:
4 Porque si el que viene predica otro Jesús que nosotros no hemos predicado, o *si* vosotros recibís otro espíritu del que habéis recibido, u otro evangelio del que habéis aceptado, *le* sufrierais bien.
5 Empero yo pienso, que en nada he sido inferior a los más grandes apóstoles.
6 Porque aunque *soy* rudo en la palabra, no empero en el conocimiento; mas en todas las cosas hemos sido enteramente manifiestos a vosotros.
7 ¿Acaso cometí un pecado en haberme humillado a mí mismo, para que vosotros fueseis ensalzados, porque os he predicado el evangelio de Dios gratuitamente?
8 Despojé las otras iglesias, recibiendo salario *de ellos* para servir a vosotros.
9 Y estando con vosotros, y teniendo necesidad, a ninguno fui carga; porque lo que me faltaba, *lo* suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia; y en todas cosas me guardé de seros gravoso, y *me* guardaré.
10 Como la verdad de Cristo es en mí, nadie me impedirá esta jactancia en las regiones de Acaya.
11 ¿Por qué? ¿por qué no os amo? Dios lo sabe.
12 Mas lo que hago, haré aún; para cortar ocasión de aquellos que desean ocasión, para que en

aquello que se glorían, sean ha-
llados como también nosotros.
13 Porque los tales *son* falsos
apóstoles, obreros fraudulentos
que se transfiguran en apóstoles
de Cristo.
14 Y no es maravilla; porque Sa-
tanás mismo se transfigura en
ángel de luz.
15 Así que no es gran cosa si tam-
bién sus ministros se transfiguren
como ministros de justicia, cuyo
fin será conforme a sus obras.
16 Otra vez digo: Que nadie me
tenga por insensato; de otra mane-
ra, recibidme aun como a insensa-
to, para que me jacte yo un poco.
17 Lo que hablo, no *lo* hablo
según el Señor, sino como con
insensatez, en este atrevimiento
de jactancia.
18 Puesto que muchos se glorían
según la carne: también yo me
gloriaré.
19 Porque de buena gana sufrís
a los insensatos, siendo vosotros
sabios;
20 Porque sufrís si alguien os
pone en servidumbre, si alguien
os devora, si alguien toma *lo vues-
tro*, si alguien se ensalza, si al-
guien os hiere en la cara.
21 Hablo en cuanto a la afren-
ta, como si nosotros hubiésemos
sido débiles. Mas en lo que otro
tuviere osadía (hablo con insen-
satez) también yo tengo osadía.
22 ¿Son ellos Hebreos? yo tam-
bién *soy*. ¿Son Israelitas? yo tam-
bién. ¿Son simiente de Abraham?
también yo.
23 ¿Son ministros de Cristo?
(hablo como insensato) yo *soy*
más: en trabajos más abundan-
te, en azotes sobre medida, en
cárceles más frecuentemente, en
muertes, muchas veces.
24 De los Judíos cinco veces reci-
bí cuarenta *azotes* menos uno.
25 Tres veces fui azotado con
varas, una vez apedreado, tres
veces he padecido naufragio, una
noche y un día he estado en el
profundo *del mar*.
26 En viajes muchas veces: *en*
peligros de ríos, *en* peligros de
ladrones, *en* peligros de los de
mi nación, *en* peligros entre los
Gentiles, *en* peligros en la ciudad,
en peligros en el desierto, *en* peli-
gros en el mar, *en* peligros entre
falsos hermanos:
27 En trabajo y fatiga, en mu-
chas vigilias, en hambre y sed,
en muchos ayunos, en frío y en
desnudez:
28 Además las cosas de fuera, lo
que me sobreviene cada día, el
cuidado de todas las iglesias.
29 ¿Quién es débil, y no soy débil
yo? ¿Quién se escandaliza, y yo
no me abraso?
30 Si es menester gloriarme, me
gloriaré yo de las cosas que son
de mis flaquezas.
31 El Dios y Padre de nuestro
Señor Jesu Cristo, que es bendito
por siempre, sabe que no miento.
32 En Damasco, el gobernador
por el rey Aretas guardaba la ciu-
dad de los Damascenos querien-
do prenderme;
33 Y fui abajado del muro en un
canasto por una ventana, y esca-
pé de sus manos.

CAPÍTULO 12

CIERTO *que* no me es conve-
niente gloriarme; mas ven-
dré a las visiones y a las revela-
ciones del Señor.
2 Yo conozco a un hombre en
Cristo, que hace catorce años (si
en el cuerpo, no lo sé, si fuera del

cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe.)
fue arrebatado hasta el tercer
cielo.
3 Y conozco al tal hombre, (si en
el cuerpo, o fuera del cuerpo, no
lo sé: Dios lo sabe.)
4 Que fue arrebatado al paraíso,
donde oyó palabras inefables que
al hombre no le es lícito decir.
5 De este tal me gloriaré; mas de
mí mismo no me gloriaré, sino
en mis flaquezas.
6 Por lo cual si quisiere gloriar-
me, no seré insensato, porque
diré verdad: empero *ahora* lo dejo,
porque nadie piense de mí más de
lo que en mí ve, u oye de mí.
7 Y porque no me ensalzase des-
medidamente por la abundancia
de las revelaciones, me fue dado
un aguijón en mi carne, el men-
sajero de Satanás, que me abo-
fetee, para que no me enaltezca
sobremanera.
8 Por lo cual tres veces rogué al
Señor que se quitase de mí.
9 Y él me dijo: Bástate mi gracia;
porque mi poder en la flaque-
za se perfecciona. Por tanto de
buena gana me gloriaré en mis
flaquezas, para que habite en mí
el poder de Cristo.
10 Por lo cual tomo contenta-
miento en flaquezas, en afrentas,
en necesidades, en persecucio-
nes, en angustias por Cristo; por-
que cuando soy débil, entonces
soy fuerte.
11 Me he hecho insensato en glo-
riarme; vosotros me constreñis-
teis; porque yo debía ser alabado
de vosotros; porque en nada soy
menos que los más eminentes
apóstoles, aunque soy nada.
12 Verdaderamente las señales
de apóstol han sido hechas en
medio de vosotros, en toda pa-
ciencia, en señales, en prodigios,
y en milagros.
13 Porque ¿qué hay en que ha-
yáis sido menos que las otras
iglesias, sino en que yo mismo
no os he sido carga? perdonad-
me este agravio.
14 He aquí, estoy preparado para
ir a vosotros la tercera vez, y no
os será una carga, porque no
busco a lo vuestro, sino a voso-
tros; porque no han de atesorar
los hijos para los padres, sino los
padres para los hijos.
15 Yo empero de buena gana gas-
taré y seré gastado por vuestras
almas; aunque amándoos yo más,
sea amado menos.
16 Mas sea así, yo no os fui carga;
sino que, como soy astuto, os he
tomado con engaño.
17 ¿Os he defraudado *quizá* por
alguno de los que he enviado a
vosotros?
18 Yo rogué a Tito, y con él envié
un hermano. ¿Os engañó Tito?
¿no anduvimos en el mismo es-
píritu? ¿no *anduvimos* en las mis-
mas pisadas?
19 ¿Pensáis otra vez que noso-
tros nos excusamos para con
vosotros? Delante de Dios, en
Cristo hablamos; mas lo *hacemos*
todo, o amadísimos, por vuestra
edificación.
20 Porque temo que cuando vi-
niere, no os halle tales como
quiero; y *que* vosotros me halléis
cual no querríais; porque no *haya*
entre vosotros contiendas, envi-
dias, iras, disensiones, detraccio-
nes, murmuraciones, soberbias,
sediciones;
21 No sea que cuando yo volvie-
re, me humille Dios entre voso-
tros, y haya yo de llorar por mu-
chos de los que antes han pecado,

y no se han arrepentido de la in-
mundicia, y fornicación, y lasci-
via que han cometido.

CAPÍTULO 13

ÉSTA *es* la tercera *vez que* vengo
a vosotros: en la boca de dos
o de tres testigos toda palabra
será establecida.
2 Yo os he dicho antes, y os digo
de antemano como si yo estu-
viera presente la segunda vez; y
ahora estando ausente lo escribo
a los que han pecado antes, y a
todos los demás, que si vengo
otra vez, no perdonaré.
3 Pues que buscáis una prueba de
Cristo que habla en mí, el cual no
es débil para con vosotros, antes
es poderoso en vosotros.
4 Porque aunque fue crucificado
por flaqueza, vive empero por
el poder de Dios; porque noso-
tros también somos débiles en él,
empero viviremos con él por el
poder de Dios para con nosotros.
5 Examinaos a vosotros mismos
si sois en la fe; probaos a voso-
tros mismos. ¿No conocéis vo-
sotros mismos, como que Jesu
Cristo es en vosotros, si no sois
reprobados?
6 Mas espero que conoceréis que
nosotros no somos reprobados.
7 Empero yo oro a Dios que nin-
guna cosa mala hagáis: no para
que nosotros aparezcamos apro-
bados, mas para que vosotros ha-
gáis lo que es bueno, aunque no-
sotros seamos como reprobados.
8 Porque nosotros no podemos
hacer nada contra la verdad, sino
por la verdad.
9 Por lo cual nos gozamos cuando
nosotros somos débiles, y voso-
tros sois fuertes; y aun deseamos
esto, *a saber*, vuestra perfección.
10 Por tanto *os* escribo estas cosas
estando ausente, para que estan-
do presente no use de severidad,
conforme a la potestad que el
Señor me ha dado para edifica-
ción, y no para destrucción.
11 En fin, hermanos, hayáis gozo,
seáis perfectos, consolaos, seáis
de una misma mente, vivid en
paz, y el Dios de amor y de paz
será con vosotros.
12 Saludaos los unos a los otros
con beso santo.
13 Todos los santos os saludan.
14 La gracia del Señor Jesu Cris-
to, y el amor de Dios, y la comu-
nión del Espíritu Santo sea con
vosotros todos. Amén

La segunda epístola a los Corintios fue enviada de Filipos, ciudad de Macedonia con Tito y Lucas.

La Epístola del Apóstol Pablo a los

GÁLATAS

CAPÍTULO 1

PABLO apóstol, (no de los
hombres, ni por hombre, sino
por Jesu Cristo, y por Dios el
Padre, que lo resucitó de entre
los muertos),
2 Y todos los hermanos que están
conmigo, a las iglesias de Galacia:
3 Gracia a vosotros, y paz de
Dios el Padre y nuestro Señor
Jesu Cristo,
4 El cual se dio a sí mismo por
nuestros pecados para librarnos
de este presente mundo malo,
conforme a la voluntad de Dios y
Padre nuestro:
5 Al cual *sea* gloria por siempre
jamás. Amén.
6 Estoy maravillado de que tan
pronto os hayáis traspasado de
aquel que os llamó a la gracia de
Cristo, a otro evangelio:
7 El cual no es otro, sino que
hay algunos que os perturban, y
quieren pervertir el evangelio de
Cristo.
8 Mas si nosotros, o un ángel del
cielo os predicare otro evangelio
del que os hemos predicado, sea
maldito.
9 Como antes hemos dicho, tam-
bién ahora decimos otra vez: Si
alguien os predicare otro evan-
gelio del que habéis recibido, sea
maldito.
10 Porque ¿persuado yo ahora a
los hombres, o a Dios? ¿o procu-
ro de agradar a hombres? Porque
si todavía agradara a los hom-
bres, no sería siervo de Cristo.
11 Empero os hago saber, her-
manos, que el evangelio que *os*
ha sido predicado por mí, no es
según hombre.
12 Porque ni yo lo recibí de hom-
bre, ni tampoco me fue enseña-
do, sino por revelación de Jesu
Cristo.
13 Porque *ya* habéis oído cual fue
mi conducta en otro tiempo en
el Judaísmo como sobre manera
perseguía la iglesia de Dios, y la
asolaba;
14 Y que aprovechaba en el Ju-
daísmo sobre muchos de mis
iguales en mi nación, siendo más
vehementemente celoso de las
tradiciones de mis padres.
15 Mas cuando plugo a Dios, que
me apartó desde el vientre de mi
madre, y *me* llamó por su gracia,
16 Revelar a su Hijo en mí, para
que yo le predicase entre los
Gentiles, no consulté en seguida
con carne y sangre;
17 Ni subí a Jerusalem a los que
eran apóstoles antes que yo; sino
que me fui a Arabia; y volví de
nuevo a Damasco.
18 Después, pasados tres años,
subí a Jerusalem a ver a Pedro, y
estuve con él quince días.
19 Mas a ningún otro de los após-
toles vi, sino a Jacobo el herma-
no del Señor.
20 Y en esto, que os escribo, he
aquí, delante de Dios, que no
miento.
21 Después vine a las regiones de
Siria y de Cilicia;
22 Y no era conocido de vista a
las iglesias de Judea, que eran en
Cristo:
23 Mas solamente habían oído:

Que el que en otro tiempo nos
perseguía, ahora predica la fe
que en un tiempo destruía:
24 Y glorificaban a Dios en mí.

CAPÍTULO 2

DESPUÉS, pasados catorce
años, subí otra vez a Jeru-
salem con Bernabé, tomando
también *conmigo* a Tito.
2 Subí empero por revelación, y
comuniqué con ellos el evange-
lio que predico entre los Genti-
les; mas particularmente con los
que parecían ser algo, por no co-
rrer, o haber corrido en vano.
3 Mas ni aun Tito, que estaba
conmigo, siendo Griego, fue
compelido a circuncidarse:
4 Y esto por causa de los falsos
hermanos entremetidos secreta-
mente, los cuales entraban encu-
biertamente para espiar nuestra
libertad que tenemos en Cristo
Jesús, para reducirnos a servi-
dumbre;
5 A los cuales ni aun por una
hora cedimos en sujeción, para
que la verdad del evangelio per-
maneciese con vosotros.
6 Empero de aquellos que pare-
cían ser algo (lo que hayan sido,
no tengo que ver; Dios no acepta
la apariencia del hombre), a mí
ciertamente los que parecían *ser
algo*, nada *me* comunicaron:
7 Antes por el contrario, como
vieron que el evangelio de la in-
circuncisión me había sido dado,
como a Pedro *el* de la circunci-
sión;
8 (Porque el que obró eficazmen-
te en Pedro para el apostolado de
la circuncisión, obró también en
mí para con los Gentiles;)
9 Y cuando Jacobo, y Cefas, y
Juan, que parecían ser las colum-
nas, conocieron la gracia que me
era dada, nos dieron las diestras
de compañía a mí y a Bernabé,
para que nosotros *fuésemos a* los
Gentiles, y ellos a la circuncisión.
10 Solamente *querían* que nos
acordásemos de los pobres; lo cual
también yo hacía con solicitud.
11 Mas cuando Pedro vino a An-
tioquía, le resistí en su cara, por-
que era de condenar.
12 Porque antes que viniesen
ciertos *de parte* de Jacobo, comía
con los Gentiles; mas cuando vi-
nieron, se retrajo, y se apartó de
ellos, teniendo miedo de los que
eran de la circuncisión.
13 Y los otros Judíos disimulaban
también con él, de tal manera
que aun Bernabé fue llevado con
su simulación.
14 Mas cuando yo vi que no an-
daban derechamente conforme
a la verdad del evangelio, dije
a Pedro delante de todos: Si tú,
siendo Judío, vives como los
Gentiles, y no como los Judíos,
¿por qué constriñes a los Genti-
les a judaizar?
15 Nosotros *que somos* Judíos por
naturaleza, y no pecadores de los
Gentiles,
16 Sabiendo que el hombre no es
justificado por las obras de la ley,
sino por la fe de Jesu Cristo, no-
sotros también hemos creído en
Jesu Cristo, para que fuésemos
justificados por la fe de Cristo,
y no por las obras de la ley; por
cuanto por las obras de la ley
ninguna carne será justificada.
17 Y si buscando nosotros de ser
justificados en Cristo, también
nosotros somos hallados pecado-
res, *¿es* por eso Cristo ministro
de pecado? ¡No lo permita Dios!
18 Porque si las cosas que des-

truí, las mismas vuelvo a edificar,
transgresor me hago.
19 Porque yo por la ley soy muerto
a la ley, a fin de que viva para Dios.
20 Soy crucificado con Cristo;
mas vivo, no ya yo, sino *que* Cris-
to vive en mí; y la vida que ahora
vivo en la carne, *la* vivo por la fe
del Hijo de Dios, el cual me amó,
y se entregó a sí mismo por mí.
21 No desecho la gracia de Dios;
por que si por la ley *es* la justicia,
entonces Cristo murió en vano.

CAPÍTULO 3

¡OH Gálatas insensatos! ¿quién
os hechizó para no obedecer a la
verdad; delante de cuyos ojos Jesu
Cristo fue claramente represen-
tado, crucificado entre vosotros?
2 Esto solo quiero saber de voso-
tros: ¿Recibisteis el Espíritu por
las obras de la ley, o por el oír
de la fe?
3 ¿Tan insensatos sois, habiendo
comenzado en el Espíritu, ahora
os perfeccionéis por la carne?
4 ¿Tantas cosas habéis padecido
en vano? si empero en vano.
5 Él, pues, que os suministra el
Espíritu, y obra milagros entre
vosotros, *¿lo hace* por las obras de
la ley, o por el oír de la fe?
6 Así como Abraham creyó a
Dios, y le fue imputado a justicia.
7 Sabed, pues, que los que son de la
fe, los tales son hijos de Abraham.
8 Y viendo antes la Escritura,
que Dios por la fe había de justi-
ficar a los Gentiles, predicó antes
el evangelio a Abraham, *diciendo*:
Todas las naciones serán bende-
cidas en ti.
9 Así pues los que son de la fe,
son benditos con el fiel Abraham.
10 Porque todos los que son de
las obras de la ley, debajo de
maldición están; porque escrito
está: Maldito todo aquel que no
permaneciere en todas las cosas
que están escritas en el libro de
la ley, para hacerlas.
11 Mas que por la ley ninguno se
justifica delante de Dios, *es* ma-
nifiesto; porque: El justo por la
fe vivirá.
12 Y la ley no es de la fe; antes:
El hombre que las hiciere, vivirá
en ellas.
13 Cristo nos redimió de la mal-
dición de la ley, hecho por noso-
tros maldición; (porque escrito
está: Maldito todo aquel que es
colgado en madero:)
14 A fin de que la bendición de
Abraham viniese sobre los Genti-
les por Jesu Cristo; para que por
la fe recibamos la promesa del
Espíritu.
15 Hermanos, hablo como hom-
bre: Aunque un pacto *sea* de hom-
bre, si fuere confirmado, nadie le
abroga ni le añade.
16 Ahora bien, a Abraham, fue-
ron hechas las promesas, y a su
simiente. No dice: Y a las simien-
tes, como de muchos; sino como
de uno: Y a tu simiente, la cual
es Cristo.
17 Por lo que esto digo: Que el
pacto confirmado antes por Dios
en Cristo, la ley que fue *dada*
cuatrocientos y treinta años des-
pués, no le puede abrogar, para
invalidar la promesa.
18 Porque si la herencia *es* por la
ley, ya no *será* por la promesa:
Mas Dios la dio a Abraham por
la promesa.
19 ¿De qué, pues, *sirve* la ley? fue
añadida por causa de las trans-
gresiones, (hasta que viniese la
simiente a quien fue hecha la
promesa,) ordenada por ánge-

les, en mano de un mediador.
20 Y un mediador no es de uno;
mas Dios es uno.
21 ¿Es pues la ley contra las promesas de Dios? ¡No lo permita Dios!; porque si se hubiese dado una ley que pudiera vivificar, la justicia verdaderamente habría sido por la ley.
22 Mas la Escritura encerró todo debajo de pecado, para que la promesa, por la fe de Jesu Cristo, fuese dada a los que creen.
23 Empero antes que viniese la fe estábamos guardados debajo de la ley, encerrados para aquella fe, que había de ser revelada.
24 De manera que la ley fue nuestro ayo para *llevarnos a* Cristo, para que fuésemos justificados por la fe.
25 Mas venida la fe, ya no estamos debajo del ayo.
26 Porque vosotros todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.
27 Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.
28 No hay Judío, ni Griego; no hay siervo, ni libre; no hay varón, ni hembra; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.
29 Y si vosotros *sois* de Cristo, entonces la simiente de Abraham sois, y herederos según a la promesa.

CAPÍTULO 4

MAS digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque es señor de todo;
2 Antes está debajo de tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre.
3 Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos sujetos a servidumbre debajo de los elementos del mundo:
4 Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho debajo de la ley,
5 Para que redimiese los que estaban debajo de la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.
6 Y por cuanto sois hijos, envió Dios el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre.
7 Así que ya no eres más siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por Cristo.
8 Empero entonces, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses.
9 Mas ahora habiendo conocido a Dios, o más bien, siendo conocidos de Dios, ¿cómo os volvéis de nuevo a los débiles y pobres elementos, a los cuales queréis volver a servir?
10 Guardáis días, y meses, y tiempos, y años.
11 Me temo de vosotros, de que no haya yo trabajado en vano con vosotros.
12 Os ruego, hermanos, que seáis como yo; porque yo *soy* como vosotros: ningún agravio me habéis hecho.
13 Vosotros sabéis, que en flaqueza de la carne os prediqué el evangelio al principio
14 Empero mi tentación que fue en mi carne no desechasteis ni menospreciasteis; antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como *a* Cristo Jesús.
15 ¿Dónde está, pues, vuestra bienaventuranza? porque yo os doy testimonio, que si *hubiera sido* posible, vuestros mismos ojos hubierais sacado para dármelos.

16 ¿Me he hecho pues vuestro
enemigo, diciéndoos la verdad?
17 Ellos tienen celo por vosotros,
no bien; antes os quieren ence-
rrar afuera para que vosotros
tengáis celo por ellos.
18 Bueno *es* ser celosos en bien
siempre; y no solamente cuando
estoy presente con vosotros.
19 Hijitos míos, por quienes
vuelvo otra vez a estar en dolo-
res de parto, hasta que Cristo sea
formado en vosotros,
20 Querría estar presente con
vosotros ahora, y mudar mi voz;
porque estoy perplejo acerca de
vosotros.
21 Decidme, los que queréis estar
debajo de la ley, ¿no oís la ley?
22 Porque está escrito: Que
Abraham tuvo dos hijos: uno de
la sierva, y uno de la libre.
23 Mas el que *era* de la sierva,
nació según la carne; el que *era*
de la libre, *nació* por la promesa.
24 Las cuales cosas son una ale-
goría; porque éstos son los dos
pactos. El uno ciertamente del
monte de Sinaí, que engendra
para servidumbre, el cual es Agar.
25 Porque Agar es Sinaí, monte
de Arabia, el cual corresponde a
la Jerusalem que ahora es, la cual
está en servidumbre con sus hijos.
26 Mas aquella Jerusalem que
está arriba, libre es; la cual es la
madre de todos nosotros.
27 Porque está escrito: Alégrate
estéril, que no pares; prorrum-
pe y clama, tú que no estás de
parto; porque más son los hijos
de la desamparada, que de la que
tiene marido.
28 Así que, hermanos, nosotros,
como Isaac, somos hijos de la
promesa.
29 Empero como entonces el que
nació según la carne, perseguía
al que nació según el Espíritu;
así también ahora.
30 Mas ¿qué dice la Escritura?
Echa fuera a la sierva y a su hijo;
porque no será heredero el hijo
de la sierva con el hijo de la libre.
31 De manera que, hermanos, no
somos hijos de la sierva, sino de
la libre.

CAPÍTULO 5

ESTAD, pues, firmes en la li-
bertad con que Cristo nos
libertó; y no volváis otra vez a
sujetaros bajo el yugo de servi-
dumbre.
2 He aquí, yo Pablo os digo: Que
si os circuncidareis, Cristo no os
aprovechará nada.
3 Y otra vez vuelvo a protestar a
todo hombre que se circuncidare,
que está obligado a hacer toda la
ley.
4 Vacíos sois de Cristo los que
por la ley os justificáis; de la gra-
cia habéis caído.
5 Mas nosotros, por el Espíritu,
aguardamos la esperanza de jus-
ticia por la fe.
6 Porque en Jesu Cristo ni la cir-
cuncisión vale algo, ni la incir-
cuncisión; sino la fe que obra por
el amor.
7 Corríais bien: ¿quién os impi-
dió para no obedecer a la verdad?
8 Esta persuasión no *es* de aquel
que os llama.
9 Un poco de levadura leuda
toda la masa.
10 Yo confío de vosotros en el
Señor, que ninguna otra cosa
pensaréis; mas el que os pertur-
ba, llevará el juicio, quienquiera
que él sea.
11 Y yo, hermanos, si aún predi-
co la circuncisión, ¿por qué pa-

dezco persecución todavía? Entonces ha cesado la ofensa de la cruz.
12 Quisiera Dios que fuesen aun cortados los que os inquietan.
13 Porque vosotros, hermanos, habéis sido llamados a libertad; solamente *que* no *uséis* la libertad por ocasión a la carne, sino que os sirváis por amor los unos a los otros.
14 Porque toda la ley en una palabra se cumple, en ésta: Amarás a tu prójimo, como a ti mismo.
15 Mas si os mordéis, y os devoráis los unos a los otros, mirad que no seáis consumidos los unos por los otros.
16 Digo, pues: Andad en el Espíritu; y no cumpliréis las concupiscencias de la carne.
17 Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; y estas cosas, se oponen la una a la otra, de manera que no podáis hacer lo que quisiereis.
18 Mas si sois guiados del Espíritu, no estáis debajo de la ley.
19 Manifiestas son empero las obras de la carne, que son: Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia,
20 Idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías,
21 Envidias, homicidios, embriagueces, banqueterías, y cosas semejantes a éstas: de las cuales os denuncio, como también *os* he denunciado ya, que los que hacen tales cosas, no heredarán el reino de Dios.
22 Mas el fruto del Espíritu es: Amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe,
23 Mansedumbre, templanza: contra tales cosas, no hay ley.
24 Y los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias.
25 Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu.
26 No seamos codiciosos de vana gloria, provocándonos los unos a los otros, envidiosos los unos de los otros.

CAPÍTULO 6

HERMANOS, si *algún* hombre fuere tomado en alguna falta, vosotros los espirituales, restauradle al tal en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado.
2 Llevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo.
3 Porque si alguno piensa de sí que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.
4 Así que cada uno examine su propia obra, y entonces en sí mismo solamente tendrá de que gloriarse, y no en otro.
5 Porque cada cual llevará su propia carga.
6 Y el que es instruido en la palabra, comunique todos los bienes al que le instruye.
7 No os engañéis: Dios no *puede* ser burlado; porque lo que el hombre sembrare, eso también segará.
8 Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.
9 Mas no nos cansemos de hacer bien, que a su tiempo segaremos, si no nos desmayamos.
10 Así pues, según que tenemos oportunidad, hagamos bien a

todos; mayormente a los que son
de la familia de la fe.
11 Mirad en cuan grandes letras
os he escrito de mi mano.
12 Todos los que quieren agradar
en la carne, éstos os constriñen
a circuncidaros; solamente por
no padecer la persecución por la
cruz de Cristo.
13 Porque ni aun los mis-
mos que se circuncidan, guar-
dan la ley; mas quieren que
os circuncidéis vosotros, por
gloriarse en vuestra carne.
14 En cuanto a mí, ¡No lo permita
Dios! que yo me gloríe sino en
la cruz de nuestro Señor Jesu
Cristo, por el cual el mundo
me es crucificado a mí, y yo al
mundo.
15 Porque en Cristo Jesús, ni la cir-
cuncisión vale nada, ni la incircun-
cisión, sino la nueva criatura.
16 Y todos los que anduvieren
conforme a esta regla, paz *sea*
sobre ellos, y misericordia, y
sobre el Israel de Dios.
17 De aquí adelante nadie me
moleste; porque yo traigo en
mi cuerpo las marcas del Señor
Jesús.
18 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea*, hermanos, con
vuestro espíritu. Amén.

Escrita de Roma a los Gálatas.

La Epístola del Apóstol Pablo a los
EFESIOS

CAPÍTULO 1

PABLO, apóstol de Jesu Cristo
por la voluntad de Dios, a los
santos que están en Éfeso, y fie-
les en Cristo Jesús:
2 Gracia a vosotros, y paz de
Dios Padre nuestro, y del Señor
Jesu Cristo.
3 Bendito *sea* el Dios y Padre de
nuestro Señor Jesu Cristo, el cual
nos ha bendecido con toda ben-
dición espiritual en los *lugares* ce-
lestiales en Cristo:
4 Según como nos escogió en él
antes de la fundación del mundo,
para que fuésemos santos, y sin
mancha delante de él en amor:
5 Habiéndonos predestinado
para la adopción de hijos por
Jesu Cristo a sí mismo, según al
beneplácito de su voluntad,
6 Para alabanza de la gloria de su
gracia, por la cual nos ha hecho
aceptos en el amado:
7 En el cual tenemos redención
por su sangre, la remisión de peca-
dos según las riquezas de su gracia;
8 Que sobreabundó para con noso-
tros en toda sabiduría y prudencia;
9 Habiéndonos descubierto el
misterio de su voluntad, según
su beneplácito, que él se había
propuesto en sí mismo:
10 Que en la dispensación del
cumplimiento de los tiempos,
juntaría en uno todas las cosas
en Cristo, así las que están en el
cielo, como las que están en la
tierra, en él:
11 En el cual obtuvimos también
herencia, siendo predestinados
según al propósito de aquél que
obra todas las cosas según el
consejo de su propia voluntad:
12 Para que seamos para alaban-
za de su gloria, nosotros que pri-
mero esperamos en Cristo:
13 En el cual *esperasteis* también
vosotros en oyendo la palabra
de verdad, el evangelio de vues-
tra salvación: en el cual también
desde que creísteis, fuisteis sella-
dos con el Espíritu Santo de la
promesa,
14 Que es las arras de nuestra he-
rencia, hasta la redención de la
posesión comprada, para alaban-
za de su gloria.
15 Por lo cual también yo, oyen-
do de vuestra fe en el Señor Jesús,
y amor para con todos los santos,
16 No ceso de dar gracias por vo-
sotros, haciendo memoria de vo-
sotros en mis oraciones;
17 Para que el Dios de nuestro
Señor Jesu Cristo, el Padre de
gloria, os dé el espíritu de sabi-
duría y de revelación en el cono-
cimiento de él:
18 Alumbrando los ojos de vues-
tro entendimiento, para que se-
páis cuál sea la esperanza de su
vocación, y cuáles las riquezas
de la gloria de su herencia en los
santos,
19 Y cuál la grandeza sobreexce-
lente de su poder para con no-
sotros, los que creemos, según la
operación de la potencia de su
fortaleza,
20 La cual obró en Cristo, resuci-
tándole de los muertos, y lo hizo
sentar a su diestra en los *lugares*
celestiales,

21 Sobre todo principado, y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este mundo, mas aun en el venidero:
22 Y sujetó todas las cosas debajo de sus pies, y diólo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,
23 La cual es su cuerpo, la plenitud de aquél que hinche todas las cosas en todos.

CAPÍTULO 2

YA vosotros *él os dio vida*, estando muertos en vuestros delitos y pecados;
2 En que en otro tiempo anduvisteis, conforme al curso de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de la desobediencia:
3 Entre los cuales todos nosotros también conversamos en otro tiempo en las concupiscencias de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, también como los demás.
4 Empero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,
5 Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, (por gracia sois salvos;)
6 Y *nos* ha levantado *con él*, y asimismo *nos* hizo sentar con él en los *lugares* celestiales en Cristo Jesús:
7 Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en *su* bondad para con nosotros en Cristo Jesús.
8 Porque por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, *es* el don de Dios:
9 No por obras, para que nadie se gloríe.
10 Porque hechura suya somos, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó antes para que anduviésemos en ellas.
11 Por tanto acordaos que vosotros en otro tiempo *erais* Gentiles en la carne, que erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión en la carne, la cual se hace por mano;
12 Que erais en aquel tiempo sin Cristo alejados de la república de Israel, y extranjeros a los pactos de la promesa, sin esperanza, y sin Dios en el mundo:
13 Mas ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.
14 Porque él es nuestra paz, que de ambos ha hecho uno, y ha derribado el muro intermedio, *que nos separaba*:
15 Habiendo abolido en su carne la enemistad, *aún* la ley de los mandamientos *contenidos* en ordenanzas, para formar en sí mismo de los dos un nuevo hombre, haciendo paz;
16 Y para reconciliar ambos a Dios en un cuerpo por la cruz, habiendo matado por ella la enemistad:
17 Y vino, y predicó la paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca:
18 Que por él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.
19 Así que ya no sois advenedizos y extranjeros, sino conciudadanos de los santos, y de la familia de Dios;
20 Edificados sobre el funda-

mento de los apóstoles y profetas, Jesu Cristo mismo siendo la principal piedra del ángulo:
21 En el cual todo el edificio, bien trabado consigo mismo, crece para *ser* templo santo en el Señor:
22 En el cual vosotros también sois juntamente edificados, para morada de Dios en el Espíritu.

CAPÍTULO 3

POR esta causa yo Pablo, el prisionero de Jesu Cristo por vosotros los Gentiles,
2 Si es que habéis oído de la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada para con vosotros:
3 Que por revelación él me dio a conocer el misterio; (como antes escribí en breve,
4 Lo cual leyendo podéis entender cual sea mi conocimiento en el misterio de Cristo:)
5 El cual en otros siglos no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu:
6 Que los Gentiles sean coherederos, y de un mismo cuerpo, y participantes de su promesa en Cristo por el evangelio:
7 Del cual yo fui hecho ministro, según el don de la gracia de Dios que me ha sido dado, por la operación de su poder.
8 A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de predicar entre los Gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo;
9 Y de aclarar a todos cuál *sea* la comunión del misterio que ha estado escondido desde tiempos eternos en Dios, que creó todas las cosas por Jesu Cristo:
10 Para que ahora sea dada a conocer por la iglesia a los principados y potestades en los *lugares* celestiales la multiforme sabiduría de Dios,
11 Conforme al propósito eterno, que hizo en Cristo Jesús Señor nuestro:
12 En el cual tenemos denuedo y acceso con confianza por la fe de él.
13 Por tanto os pido que no desmayéis por mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.
14 Por causa de esto doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesu Cristo,
15 Del cual es nombrada toda la familia en el cielo y la tierra,
16 Para que os dé según a las riquezas de su gloria, que seáis corroborados con poder en el hombre interior por su Espíritu:
17 Que more Cristo por la fe en vuestros corazones; para que, arraigados y fundados en amor,
18 Podáis comprender con todos los santos cuál *sea* la anchura, y la longura, y la profundidad, y la altura;
19 Y conocer el amor de Cristo, que sobrepuja a todo conocimiento; para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.
20 Y a aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos, o entendemos, según el poder que obra en nosotros,
21 A él *sea* gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas las edades por siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO 4

YO pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados,

2 Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportándoos los unos a los otros en amor;
3 Solícitos a guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.
4 Un cuerpo, y un Espíritu; como sois también llamados en una esperanza de vuestra vocación;
5 Un Señor, una fe, un bautismo,
6 Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros.
7 Empero a cada uno de nosotros es dada la gracia según la medida del don de Cristo.
8 Por lo cual dice: Cuando él subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.
9 (Mas él que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?
10 El que descendió, él mismo es el que también subió sobre todos los cielos para que llenase todas las cosas.)
11 Y él mismo dio unos, ciertamente apóstoles, y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y maestros;
12 Para el perfeccionamiento de los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo:
13 Hasta que todos lleguemos en la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo:
14 Para que ya no seamos niños, fluctuantes, llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la estratagema de los hombres, que con astucia acechan para engañar;
15 Antes hablando la verdad en amor, crezcamos en todas cosas en aquél que es la cabeza, *a saber*, Cristo:
16 Del cual todo el cuerpo bien ligado entre sí y compacto por lo que cada coyuntura suple, conforme a la operación eficaz en la medida de cada miembro, hace el aumento del cuerpo para la edificación del mismo en amor.
17 Pues esto digo, y requiero en el Señor, que no andéis más como los otros Gentiles, que andan en la vanidad de su mente,
18 Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la ceguedad de su corazón:
19 Los cuales, habiendo perdido todo sentido *de la conciencia*, se han entregado a la lascivia para cometer toda inmundicia con ansia.
20 Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo;
21 Si empero lo habéis oído, y habéis sido en él enseñados, como la verdad es en Jesús:
22 A despojaros del hombre viejo, en cuanto a la pasada manera de vivir, el cual es corrompido conforme a las concupiscencias engañosas;
23 Y a renovaros en el espíritu de vuestra mente;
24 Y vestiros del hombre nuevo, que es creado conforme a Dios en justicia, y en santidad de verdad.
25 Por lo cual, dejando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.
26 Airaos, y no pequéis: no se

ponga el sol sobre vuestro enojo:
27 Ni deis lugar al diablo.
28 El que hurtaba, no hurte más; antes trabaje, obrando con *sus* manos lo que es bueno, para que tenga de qué dar al que padeciere necesidad.
29 Ninguna palabra corrupta salga de vuestra boca; sino sólo la que es buena, para edificación para que dé gracia a los oyentes.
30 Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, por el cual estáis sellados para el día de la redención.
31 Toda amargura, y enojo, e ira, y clamor, y maledicencia sea quitada de entre vosotros, con toda malicia:
32 Mas sed los unos con los otros benignos, compasivos, perdonándoos los unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo.

CAPÍTULO 5

ASÍ que sed seguidores de Dios, como hijos amados;
2 Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros por ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave.
3 Mas la fornicación, y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos:
4 Ni conducta vergonzosa, ni palabras insensatas, ni truhanerías, que no convienen; sino antes bien acciones de gracias.
5 Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es un idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo, y de Dios.
6 Nadie os engañe con palabras vanas; porque a causa de estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.
7 No seáis pues participantes con ellos:
8 Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora *sois* luz en el Señor: andad como hijos de luz;
9 (Porque el fruto del Espíritu *es* en toda bondad, y justicia, y verdad;)
10 Aprobando lo que es agradable al Señor.
11 Y no comuniquéis con las obras infructuosas de las tinieblas; mas antes reprendedlas.
12 Porque lo que éstos hacen en oculto, vergüenza es aun decirlo.
13 Mas todas las cosas que son redargüidas, son hechas manifiestas por la luz; porque lo que manifiesta todo, la luz es.
14 Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.
15 Mirad, pues, que andéis avisadamente: no como necios, mas como sabios,
16 Redimiendo el tiempo, porque los días son malos.
17 Por tanto no seáis imprudentes, sino entendidos de cuál *sea* la voluntad del Señor.
18 Y no os emborrachéis con vino, en el cual hay disolución; antes sed llenos del Espíritu;
19 Hablando entre vosotros con salmos, y con himnos, y canciones espirituales, cantando y haciendo melodía al Señor en vuestros corazones;
20 Dando gracias siempre por todas las cosas a Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesu Cristo;
21 Sujetándoos los unos a los otros en el temor de Dios.
22 Las casadas sean sujetas a sus propios maridos, como al Señor.
23 Porque el marido es cabeza

de la esposa, así como Cristo es
cabeza de la iglesia; y él es el sal-
vador del cuerpo.
24 Como pues la iglesia es sujeta
a Cristo, así también las casadas
lo sean a sus propios maridos en
todo.
25 Maridos, amad a vuestras es-
posas, así como también Cristo
amó a la iglesia, y se entregó a sí
mismo por ella;
26 Para santificarla, purificándo-
la en el lavamiento del agua por
la palabra,
27 Para que la presentase a sí
mismo, iglesia gloriosa, que no
tuviese mancha, ni arruga, ni
cosa semejante; sino que fuese
santa y sin mancha.
28 Así los maridos deben amar a
sus esposas, como a sus propios
cuerpos: El que ama a su esposa,
a sí mismo se ama.
29 Porque ninguno aborreció
jamás su propia carne; antes la
sustenta y la cuida, como tam-
bién el Señor a la iglesia:
30 Porque somos miembros de
su cuerpo, de su carne, y de sus
huesos.
31 Por esto dejará el hombre a su
padre y a su madre, y se pegará
a su esposa; y los dos serán una
carne.
32 Este misterio grande es; mas
yo hablo en cuanto a Cristo y a
la iglesia.
33 Empero vosotros también,
cada uno en particular, ame
tanto a su propia esposa como a
sí mismo; y la esposa que tenga
en reverencia a su marido.

CAPÍTULO 6

HIJOS, obedeced a vuestros
padres en el Señor; porque
esto es justo.
2 Honra a tu padre y a tu madre,
que *es* el primer mandamiento
con promesa;
3 Para que te vaya bien, y seas de
larga vida sobre la tierra.
4 Y vosotros, padres, no provo-
quéis a ira a vuestros hijos; sino
criadlos en disciplina y amones-
tación del Señor.
5 Siervos, obedeced a los que son
vuestros señores según la carne
con temor y temblor, en la sen-
cillez de vuestro corazón, como
a Cristo;
6 No sirviendo al ojo, como los
que agradan a los hombres; sino
como siervos de Cristo, haciendo
de ánimo la voluntad de Dios;
7 Sirviendo con buena voluntad,
como al Señor, y no a los hom-
bres:
8 Sabiendo que el bien que cada
uno hiciere, ésto recibirá del
Señor, ya sea siervo, o ya sea libre.
9 Y vosotros, señores, hacedles a
ellos lo mismo, dejando las ame-
nazas: sabiendo que el Señor vues-
tro también está en el cielo; y no
hay acepción de personas con él.
10 En fin, hermanos míos, sed
fuertes en el Señor, y en la po-
tencia de su fortaleza.
11 Vestíos de toda la armadura
de Dios, para que podáis estar
firmes contra las asechanzas del
diablo.
12 Porque no tenemos lucha con-
tra sangre y carne; sino contra
los principados, contra las potes-
tades, contra los gobernadores
de las tinieblas de este mundo,
contra las malicias espirituales
en los *lugares* altos.
13 Por tanto tomad toda la arma-
dura de Dios, para que podáis re-
sistir en el día malo, habiéndolo
hecho todo, estar firmes.

14 Estad pues firmes, ceñidos los
lomos de verdad; y vestidos de la
coraza de justicia;
15 Y calzados los pies con la pre-
paración del evangelio de paz:
16 Sobre todo, tomando el escu-
do de la fe, con el cual podréis
apagar todos los dardos de fuego
del maligno.
17 Y tomad el yelmo de salvación,
y la espada del Espíritu, que es la
palabra de Dios:
18 Orando en todo tiempo con
toda oración y súplica en el Es-
píritu, y velando en ello con toda
perseverancia y suplicación por
todos los santos;
19 Y por mí, que me sea dada
palabra y abrir mi boca con de-
nuedo, a fin de hacer conocer el
misterio del evangelio:
20 Por el cual soy embajador en
cadenas: para que con denuedo
hable de él, como debo hablar.
21 Mas para que también voso-
tros sepáis mis negocios, *y* lo que
yo hago, todo os lo hará saber
Tíquico, hermano amado, y fiel
ministro en el Señor:
22 El cual os he enviado para
esto mismo, *para que* sepáis lo
que pasa entre nosotros, y para
que consuele vuestros corazones.
23 Paz *sea* a los hermanos, y amor
con fe de Dios Padre, y del Señor
Jesu Cristo.
24 Gracia *sea* con todos los que
aman a nuestro Señor Jesu Cris-
to en sinceridad. Amén.

Enviada de Roma a los Efesios con Tíquico.

LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL PABLO A LOS FILIPENSES

CAPÍTULO 1

PABLO y Timoteo, siervos de
Jesu Cristo, a todos los santos
en Cristo Jesús, que están en Fili-
pos, con los obispos, y diáconos:
2 Gracia a vosotros, y paz de
Dios nuestro Padre, y del Señor
Jesu Cristo.
3 Doy gracias a mi Dios en toda
memoria de vosotros,
4 Siempre en todas mis oracio-
nes haciendo oración por todos
vosotros con gozo,
5 Por vuestra comunión en el
evangelio, desde el primer día
hasta ahora;
6 Confiando de esto mismo, que
el que comenzó en vosotros la
buena obra, *la* perfeccionará
hasta el día de Jesu Cristo:
7 Como es justo que yo piense
esto de todos vosotros, por cuan-
to os tengo en mi corazón; pues-
to que así en mis prisiones, como
en la defensa y confirmación del
evangelio, todos vosotros sois
partícipes de mi gracia.
8 Porque testigo me es Dios de
cómo os deseo vehementemente
a todos vosotros en las entrañas
de Jesu Cristo.
9 Y esto oro, que vuestro amor
abunde aún más y más en cono-
cimiento y en todo juicio,
10 Para que aprobéis lo mejor,
a fin de que seáis sinceros y sin
ofensa hasta el día de Cristo,
11 Llenos de los frutos de justi-
cia que son por Jesu Cristo, para
gloria y loor de Dios.
12 Mas quiero, hermanos, que
sepáis, que las cosas que me *han*
sucedido han contribuido más
bien al provecho del evangelio;
13 De tal manera, que mis prisio-
nes en Cristo se han hecho ma-
nifiestas en todo el palacio, y *a*
todos los demás *lugares*;
14 Y muchos de los hermanos
en el Señor, tomando ánimo por
mis prisiones, se atreven mucho
más hablar la palabra sin temor.
15 Algunos, a la verdad, predi-
can a Cristo por envidia y porfía;
mas otros también de buena vo-
luntad:
16 Los unos por contención pre-
dican a Cristo, no sinceramente,
pensando añadir aflicción a mis
prisiones:
17 Mas los otros por amor, sa-
biendo que soy puesto por la de-
fensa del evangelio.
18 ¿Qué pues? No obstante en
todas maneras, o por pretexto o
por verdad, Cristo es predicado; y
en esto me gozo, y aún me gozaré.
19 Porque sé que esto se me tor-
nará a salvación por vuestra ora-
ción, y la suministración del Es-
píritu de Jesu Cristo,
20 Según mi expectación ardiente
y mi esperanza, que en nada seré
avergonzado; antes con todo de-
nuedo, como siempre, ahora tam-
bién será engrandecido Cristo en
mi cuerpo, o por vida, o por muerte.
21 Porque para mí el vivir *es* Cris-
to, y el morir *es* ganancia.
22 Mas si yo vivo en la carne, este
es el fruto de mi trabajo: pero lo
que yo debo escoger no lo sé:
23 Porque estoy estrechado por
las dos *cosas*, teniendo deseo de

partir, y estar con Cristo, que es
mucho mejor:
24 Mas quedar en la carne, *es* más
necesario por causa de vosotros.
25 Y confiando en esto, sé que
quedaré, y permaneceré con todos
vosotros, para vuestro provecho,
y gozo de la fe:
26 Para que por mí abunde más
vuestro regocijo en Jesu Cristo,
por mi venida otra vez a vosotros.
27 Solamente que vuestro com-
portamiento sea cual conviene
al evangelio de Cristo; para que,
o sea que venga y os vea, o que
esté ausente, oiga de vuestras
cosas, que estáis firmes en un
mismo espíritu, con una misma
mente combatiendo juntamente
por la fe del evangelio;
28 Y en nada espantados por
vuestros adversarios: lo cual
para ellos ciertamente es indicio
de perdición, mas para vosotros
de salvación, y esto de Dios.
29 Porque a vosotros os es con-
cedido por Cristo no sólo que
creáis en él, sino también que
padezcáis por él;
30 Teniendo el mismo conflic-
to que visteis en mí, y ahora oís
estar en mí.

CAPÍTULO 2

POR tanto, si *hay* alguna con-
solación en Cristo, si algún
refrigerio de amor, si alguna co-
munión del Espíritu, si algunas
entrañas y misericordias,
2 Cumplid mi gozo; que penséis
lo mismo, teniendo el mismo
amor, *siendo* unánimes, de una
misma mente.
3 Nada *hagáis* por contien-
da, o por vana gloria; antes
en humildad de mente esti-
mando los unos a los otros por
más excelentes que sí mismos,
4 No mirando cada uno a lo suyo
propio: sino cada cual también a
lo de los otros.
5 Haya en vosotros la misma
mente que hubo también en Cris-
to Jesús:
6 El cual siendo en forma de Dios,
no pensó robo el ser igual a Dios:
7 Mas se despojó a sí mismo, to-
mando forma de siervo, hecho a
semejanza de los hombres;
8 Y siendo hallado en condición
como hombre, se humilló a sí
mismo, haciéndose obediente
hasta la muerte, y muerte de
cruz.
9 Y por lo cual Dios también le
ensalzó soberanamente, y le dio un
nombre que es sobre todo nombre;
10 Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble, de los *que
están* en el cielo, y en la tierra, y
debajo de la tierra;
11 Y que toda lengua confiese
que Jesu Cristo *es* el Señor, para
la gloria de Dios Padre.
12 Por tanto, amados míos, como
siempre habéis obedecido, no
como en mi presencia solamente,
mas aun mucho más ahora en mi
ausencia, obrad vuestra propia
salvación con temor y temblor.
13 Porque Dios es el que en vo-
sotros obra, así el querer como el
hacer, según *su* buena voluntad.
14 Haced todo sin murmuracio-
nes, y sin disputas:
15 Para que seáis irreprensibles,
y sencillos, hijos de Dios, sin
culpa, en medio de una nación
torcida y perversa, entre los cua-
les resplandecéis como luces en
el mundo,
16 Manteniendo por delante la
palabra de vida; para que yo
pueda gloriarme en el día de

Cristo, de que no he corrido en vano, ni trabajado en vano.
17 Y aunque yo sea sacrificado sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me huelgo y me regocijo con todos vosotros.
18 *Y* por esto mismo holgaos también vosotros, y regocijaos conmigo.
19 Mas espero en el Señor Jesús, que os enviaré pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo, conociendo vuestro estado.
20 Porque a ninguno tengo tan del mismo ánimo conmigo, que esté sinceramente solícito por vosotros;
21 Porque todos buscan lo que es suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús.
22 Mas vosotros sabéis la prueba de él, que, como un hijo con el padre, él ha servido conmigo en el evangelio.
23 Así que a éste espero enviarlo inmediatamente, tan pronto que viere como van las cosas conmigo.
24 Mas confío en el Señor que yo mismo también vendré pronto.
25 Mas tuve por cosa necesaria enviaros a Epafrodito, mi hermano, y colaborador, y compañero de milicias, mas vuestro mensajero, y el que ministraba a mis necesidades.
26 Porque deseaba vehementemente a todos vosotros; y estaba lleno de pesadumbre porque habíais oído que había estado enfermo.
27 Y cierto que estuvo enfermo hasta la muerte; mas Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él mas de mí también, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza.
28 Así que enviélo más presto, para que viéndole otra vez, os regocijéis, y que yo esté con menos tristeza.
29 Recibidle, pues, en el Señor, con todo regocijo; y tened en estima a los tales:
30 Porque por la obra de Cristo llegó hasta la muerte, exponiendo su vida para suplir vuestra falta de servicio para conmigo.

CAPÍTULO 3

RESTA, hermanos míos, que os regocijéis en el Señor. Escribiros las mismas cosas, a mí ciertamente no me *es* gravoso, mas para vosotros *es* seguro.
2 Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de la concisión.
3 Porque nosotros somos la circuncisión, los que adoramos a Dios en espíritu, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.
4 Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si a alguno le parece que tiene de qué confiar en la carne, yo más:
5 Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, Hebreo de Hebreos; en cuanto a la ley, Fariseo;
6 En cuanto a celo, persiguiendo a la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible.
7 Mas las cosas que para mí eran ganancia, las estimé como pérdidas por amor de Cristo.
8 Y aun más, que ciertamente todas las cosas tengo por pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús Señor mío; por el cual lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol por ganar a Cristo,

9 Y ser hallado en él, no tenien-
do mi propia justicia, que es de
la ley, sino la que *es* por la fe de
Cristo, la justicia que es de Dios
por fe:
10 Para conocerle a él, y el poder
de su resurrección, y la comu-
nión de sus padecimientos, sien-
do hecho conforme a su muerte:
11 Si en alguna manera yo llegase
a la resurrección de los muertos.
12 No que ya haya alcanzado,
ni que ya sea perfecto: mas yo
prosigo para que aprehendiere
aquello por lo que yo soy tam-
bién aprehendido de Cristo Jesús.
13 Hermanos, yo mismo no hago
cuenta de haber aprehendido:
empero una cosa *hago*, olvidan-
do las cosas que quedan atrás, y
extendiéndome a las cosas que
están delante,
14 Prosigo hacia el blanco, por
el premio de la alta vocación de
Dios en Cristo Jesús.
15 Así que, todos los que somos
perfectos, seamos de esta mente;
y si vosotros tenéis otro sentido
en la mente, esto también os re-
velará Dios.
16 Empero a lo que hemos ya lle-
gado, vamos por la misma regla,
y pensemos una misma cosa.
17 Hermanos, sed juntamente se-
guidores de mí, y mirad los que
anduvieren así, como nos tenéis
a nosotros por ejemplo.
18 (Porque muchos andan, de los
cuales os he dicho muchas veces,
y ahora también *lo* digo, lloran-
do, *que* enemigos *son* de la cruz
de Cristo:
19 Cuyo fin *es* la perdición: cuyo
Dios *es* el vientre, y su gloria *es*
en la vergüenza de ellos, que
piensan en lo terreno.)
20 Mas nuestra ciudadanía está
en el cielo, de donde también
esperamos al Salvador, el Señor
Jesu Cristo:
21 El cual cambiará nuestro vil
cuerpo, para que sea hecho se-
mejante a su cuerpo glorioso,
según la operación de su poder
por el cual puede también suje-
tar a sí todas las cosas.

CAPÍTULO 4

POR lo cual, hermanos míos,
amados y muy deseados, mi
gozo y mi corona, estad así fir-
mes en el Señor, amados *míos*.
2 A Euodias ruego, y ruego a
Sintique, que sean de la misma
mente en el Señor.
3 Y te ruego también a ti, fiel com-
pañero de yugo, ayuda a aquellas
mujeres que trabajaron juntamen-
te conmigo en el evangelio, con
Clemente también, y los demás
mis colaboradores, cuyos nombres
están en el libro de la vida.
4 Regocijaos en el Señor siempre:
otra vez digo, que os regocijéis.
5 Vuestra modestia sea conoci-
da a todos los hombres. El Señor
está cerca.
6 Por nada estéis acongojados;
sino en todas cosas, por oración
y suplicación, con acción de gra-
cias, sean conocidas vuestras pe-
ticiones delante de Dios.
7 Y la paz de Dios, que sobrepu-
ja todo entendimiento, guardará
vuestros corazones y vuestras
mentes en Cristo Jesús.
8 En fin, hermanos, que todo lo
que es verdadero, todo lo hones-
to, todo lo justo, todo lo puro,
todo lo amable, todo lo que *es*
de buen nombre: si *hay* alguna
virtud, y si *hay* alguna alabanza,
pensad en las tales cosas.
9 Lo que aprendisteis, y recibis-

teis, y oísteis, y visteis en mí,
esto haced; y el Dios de paz será
con vosotros.
10 Mas en gran manera me re-
gocijé en el Señor, de que ya al
fin ha reflorecido vuestro cuida-
do de mí, de lo cual aún estabais
solícitos, mas os faltaba la opor-
tunidad.
11 No *es* que hablo en cuanto a
necesidad; porque yo he aprendi-
do a contentarme con lo que tengo.
12 Sé también estar humilla-
do, como sé tener abundancia;
donde quiera y en todas cosas
soy instruido así para estar sa-
ciado como para sufrir hambre,
lo mismo para tener abundancia
como para padecer necesidad.
13 Todo lo puedo en Cristo que
me fortalece.
14 Todavía, hicisteis bien en que
comunicasteis con mi aflicción.
15 Ya sabéis también vosotros,
oh Filipenses, que al principio
del evangelio, cuando me partí
de Macedonia, ninguna iglesia
comunicó conmigo en caso de
dar y recibir, sino vosotros solos;
16 Porque aún en Tesalónica,
me enviasteis lo necesario una y
otra vez.
17 No que yo busque dádivas:
mas busco fruto que abunde para
vuestra cuenta.
18 Empero todo lo que tengo, y
abundo: estoy lleno, habiendo
recibido de Epafrodito lo que en-
viasteis, olor de suavidad, sacri-
ficio acepto y agradable a Dios.
19 Mas mi Dios suplirá toda vues-
tra necesidad según sus riquezas
en gloria por Cristo Jesús.
20 Al Dios, pues, y Padre nues-
tro *sea* gloria por siempre jamás.
Amén.
21 Saludad a todos los santos en
Cristo Jesús. Os saludan los her-
manos que están conmigo.
22 Os saludan todos los santos; y
mayormente los que son de casa
de César.
23 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea* con todos vosotros.
Amén.

Enviada de Roma a los Filipenses con Epafrodito.

La Epístola del Apóstol Pablo a los
COLOSENSES

CAPÍTULO 1

PABLO, apóstol de Jesu Cristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo,
2 A los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas: Gracia a vosotros y paz de Dios Padre nuestro, y del Señor Jesu Cristo.
3 Damos gracias al Dios y Padre de nuestro Señor Jesu Cristo, orando siempre por vosotros,
4 Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor *que tenéis* para con todos los santos,
5 A causa de la esperanza que os es guardada en el cielo: de la cual habéis oído ya por la palabra verdadera del evangelio;
6 El cual ha llegado a vosotros, como también en todo el mundo; y fructifica, como también en vosotros, desde el día en que oísteis, y conocisteis la gracia de Dios en verdad:
7 Como también habéis aprendido de Epafras, consiervo amado nuestro, el cual es por vosotros fiel ministro de Cristo;
8 El cual también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.
9 Por lo cual también nosotros, desde el día que *lo* oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y entendimiento espiritual;
10 Para que andéis como es digno del Señor, agradándo*le* en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios;
11 Fortalecidos con todo poder según la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo:
12 Dando gracias al Padre que nos hizo idóneos para participar en la herencia de los santos en luz:
13 El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y *nos* ha trasladado al reino de su amado Hijo:
14 En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados:
15 El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura;
16 Porque por él fueron creadas todas las cosas que hay en el cielo, y que hay en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos o dominios, o principados, o potestades: todo fue creado por él, y para él:
17 Y él es antes de todas las cosas; y todas las cosas subsisten por él;
18 Y él es la cabeza del cuerpo, la iglesia: el cual es principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga él la preeminencia.
19 Por cuanto agradó *al Padre* que en él morase toda plenitud;
20 Y habiendo hecho paz por la sangre de su cruz, reconciliar por él todas las cosas consigo mismo; por él *digo,* así las cosas que hay en la tierra, como las que hay en el cielo.
21 Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en *vuestra* mente por las malas obras, ahora empero *os* ha reconciliado

22 En el cuerpo de su carne por la muerte, para presentaros santos, y sin mancha, e irreprensibles delante de él:
23 Si empero permanecéis en la fe, fundados y firmes, y no seáis movidos de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual fue predicado a toda criatura que está debajo del cielo: del cual yo Pablo soy hecho ministro;
24 Que ahora me regocijo en mis sufrimientos por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia:
25 De la cual soy hecho ministro según la dispensación de Dios, la cual me es dada por vosotros, para que cumpla la palabra de Dios:
26 *A saber*, el misterio que ha estado escondido de los siglos y de las generaciones, mas ahora ha sido manifestado a sus santos:
27 A los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los Gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria:
28 A quien nosotros predicamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, para que presentemos a todo hombre perfecto en Cristo Jesús:
29 En lo cual yo también trabajo, combatiendo según la operación de él, la cual obra en mí poderosamente.

CAPÍTULO 2

PORQUE quiero que sepáis cuán grande conflicto yo tengo por vosotros, y *por* los *que están* en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro en la carne;
2 Para que sus corazones sean consolados, estando todos unidos en amor, y en todas las riquezas de la plena seguridad del entendimiento, para conocer el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo:
3 En el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría, y de conocimiento.
4 Y esto digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas.
5 Porque aunque esté ausente en la carne, sin embargo, en el espíritu estoy con vosotros, gozándome, y mirando vuestro orden, y la firmeza de vuestra fe en Cristo.
6 Por tanto, como habéis recibido a Cristo Jesús el Señor, *así* andad en él;
7 Arraigados, y sobreedificados en él, y establecidos en la fe, así como os ha sido enseñado, abundando en ella con acción de gracias.
8 Mirad que nadie os saquee como despojo por filosofía y vano engaño, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo:
9 Porque en él mora toda la plenitud de la Divinidad corporalmente;
10 Y en él estáis completos, el cual es cabeza de todo principado y potestad:
11 En el cual también sois circuncidados de circuncisión no hecha por manos, en el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne, con la circuncisión de Cristo:
12 Sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también resucitasteis con él por la fe de la operación de Dios,

que le resucitó de los muertos.
13 Y a vosotros, estando muertos
en pecados y en la incircuncisión
de vuestra carne, os dio vida jun-
tamente con él, perdonándoos
todos los pecados:
14 Rayendo de en contra de no-
sotros la escritura de las orde-
nanzas que nos era contraria,
quitándola de en medio, y encla-
vándola en la cruz;
15 Y habiendo despojado a los
principados y a las potestades,
sacóles a la vergüenza en públi-
co, triunfando sobre ellos en ella.
16 Por tanto nadie os juzgue en
comida, o en bebida, o con res-
pecto de día de fiesta, o de nueva
luna, o en sábados;
17 Que son la sombra de lo por
venir; mas el cuerpo *es* de Cristo.
18 Nadie os defraude de vuestro
premio, afectando humildad vo-
luntaria y culto de ángeles, en-
tremetiéndose en las cosas que
no ha visto, vanamente hinchado
por su mente carnal,
19 Y no teniendo la cabeza, de la
cual todo el cuerpo, alimentado
y enlazado por las ligaduras y co-
yunturas, crece con el crecimien-
to de Dios.
20 Pues si sois muertos con Cris-
to en cuanto a los rudimentos del
mundo, ¿Por qué, como que vi-
vieseis en el mundo, os sometéis
a decretos:
21 (No manejes, ni gustes, ni to-
ques;
22 Cosas todas que han de pere-
cer con el uso;) según los manda-
mientos y doctrinas de hombres?
23 Las cuales cosas tienen a la
verdad alguna apariencia de sa-
biduría en culto voluntario, y
humildad, y en menosprecio
del cuerpo, no en honor algu-
no para satisfacción de la carne.

CAPÍTULO 3

PUES si habéis resucitado con
Cristo, buscad las cosas que
son de arriba, donde está Cristo
sentado a la diestra de Dios.
2 Poned vuestro afecto en las
cosas de arriba, no en las de la
tierra.
3 Porque muertos sois, y vuestra
vida está escondida con Cristo en
Dios.
4 Cuando apareciere Cristo, *que*
es nuestra vida, entonces voso-
tros también apareceréis con él
en gloria.
5 Haced morir, pues, vuestros
miembros que están sobre la
tierra; fornicación, inmundicia,
afectos desordenados, mala con-
cupiscencia, y avaricia, la cual es
idolatría:
6 Por las cuales cosas la ira de
Dios viene sobre los hijos de des-
obediencia:
7 En las cuales vosotros también
andabais en otro tiempo, cuando
vivíais en ellas.
8 Mas ahora, dejad también
vosotros todas estas cosas; ira,
enojo, malicia, blasfemia, sucias
palabras de vuestra boca:
9 No mintáis los unos a los otros,
habiéndoos despojado del hom-
bre viejo con sus hechos;
10 Y habiéndoos vestido del
nuevo, el cual es renovado en
conocimiento conforme a la ima-
gen de aquel que lo creó:
11 Donde no hay Griego ni Judío,
circuncisión ni incircuncisión,
bárbaro ni Scyta, siervo *ni* libre;
mas Cristo es el todo y en todo.
12 Vestíos, pues, como los esco-
gidos de Dios, santos, y amados
de entrañas de misericordia, de

benignidad, de humildad de
mente, de mansedumbre, de lon-
ganimidad:
13 Soportándoos los unos a los
otros, y perdonándoos los unos a
los otros, si alguno tuviere queja
contra otro: a la manera que
Cristo os perdonó, así también
vosotros *perdonad*.
14 Y sobre todas estas cosas *ves-
tíos de* caridad, la cual es el vín-
culo de la perfección.
15 Y la paz de Dios reine en vues-
tros corazones: a la cual asimis-
mo sois llamados en un cuerpo; y
sed agradecidos.
16 La palabra de Cristo more
en vosotros ricamente en toda
sabiduría; enseñándoos, y amo-
nestándoos los unos a los otros
con salmos, e himnos, y cánticos
espirituales, cantando con gracia
en vuestros corazones al Señor.
17 Y todo lo que hiciereis, en pa-
labra o en obra, haced*lo* todo en
el nombre del Señor Jesús, dando
gracias a Dios y Padre por él.
18 Casadas, sed sujetas a vues-
tros propios maridos, como con-
viene en el Señor.
19 Maridos, amad a *vuestras* es-
posas, y no seáis amargos contra
ellas.
20 Hijos, obedeced a *vuestros* pa-
dres en todo; porque esto agrada
al Señor.
21 Padres, no provoquéis a vues-
tros hijos, para que no se desa-
nimen.
22 Siervos, obedeced en todo a
vuestros señores según la carne,
no sirviendo al ojo, como los que
agradan a los hombres, sino con
sencillez de corazón, temiendo a
Dios:
23 Y todo lo que hiciereis, ha-
ced*lo* de corazón, como al
Señor, y no a los hombres:
24 Sabiendo que del Señor reci-
biréis el galardón de la herencia;
porque al Señor Cristo servís.
25 Mas el que hace mal, recibirá
por el mal que hiciere: y no hay
acepción de personas.

CAPÍTULO 4

SEÑORES, dad lo que es justo
y equitativo a *vuestros* siervos,
sabiendo que también vosotros
tenéis un Señor en el cielo.
2 Perseverad en la oración, ve-
lando en ella con acción de gra-
cias:
3 Orando juntamente también
por nosotros, que Dios nos abra
la puerta de la palabra para ha-
blar el misterio de Cristo, por el
cual también yo estoy preso;
4 Para que lo manifieste, como
yo debo hablar.
5 Andad en sabiduría para con
los de afuera, redimiendo el
tiempo.
6 Vuestra palabra *sea* siempre
con gracia, sazonada con sal,
que sepáis cómo debéis respon-
der a cada uno.
7 Todo mi estado os hará saber
Tíquico, hermano amado, y fiel
ministro y consiervo en el Señor:
8 Al cual os he enviado para esto
mismo, que conozca vuestro esta-
do, y consuele vuestros corazones;
9 Con Onésimo, amado y fiel
hermano, el cual es de vosotros.
Os harán saber a vosotros todo lo
que acá *se hace*.
10 Aristarco, mi compañero en
la prisión, os saluda, y Marcos,
el sobrino de Bernabé, (acerca
del cual habéis recibido manda-
mientos: si viniere a vosotros, le
recibiréis;)
11 Y Jesús que es llamado Justo:

los cuales son de la circuncisión. Éstos solos *son mis* colaboradores en el reino de Dios: los cuales me han sido consuelo.
12 Epafras, el cual es de vosotros, siervo de Cristo, os saluda; siempre esforzándose fervientemente por vosotros en oraciones, para que perseveréis perfectos y cumplidos en toda la voluntad de Dios.
13 Que yo le doy testimonio, que tiene gran celo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y ellos en Hierápolis.
14 Os saluda Lucas, el médico amado, y Demas.
15 Saludad a los hermanos *que están* en Laodicea, y a Nimfas, y a la iglesia *que está* en su casa.
16 Y cuando esta carta fuere leída entre vosotros, haced que también sea leída en la iglesia de los Laodicenses; y la de Laodicea que la leáis también vosotros.
17 Y decid a Arquipo: Mira por el ministerio que tú has recibido en el Señor, para que lo cumplas.
18 La salutación de mi mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia *sea* con vosotros. Amén.

Escrita de Roma a los Colosenses con Tíquico y Onésimo.

La Primera Epístola del Apóstol Pablo a los
TESALONICENSES

CAPÍTULO 1

PABLO, y Silvano, y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses, *que es* en Dios Padre, y *en* el Señor Jesu Cristo. Gracia *sea* a vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y *del* Señor Jesu Cristo.

2 Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo mención de vosotros en nuestras oraciones;

3 Sin cesar acordándonos de vuestra obra de fe, y trabajo de amor, y paciencia de esperanza en nuestro Señor Jesu Cristo, delante de Dios y Padre nuestro;

4 Sabiendo, amados hermanos, vuestra elección de Dios.

5 Por cuanto nuestro evangelio no vino a vosotros en palabra solamente, mas también en poder, y en el Espíritu Santo, y en mucha certidumbre: como sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.

6 Y vosotros fuisteis hechos seguidores de nosotros, y del Señor, habiendo recibido la palabra en mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo:

7 De tal manera que habéis sido ejemplo a todos los que creen en Macedonia, y Acaya.

8 Porque por vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también vuestra fe que es en Dios, se ha extendido en todo lugar, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada.

9 Porque ellos mismos cuentan de nosotros qué manera de entrada tuvimos a vosotros; y cómo fuisteis convertidos de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero,

10 Y esperar a su Hijo del cielo, al cual él resucitó de los muertos, a Jesús, el cual nos libró de la ira que ha de venir.

CAPÍTULO 2

PORQUE, hermanos, vosotros mismos sabéis que nuestra entrada a vosotros no fue vana:

2 Pero también, habiendo padecido antes, y sido afrentados en Filipos, como vosotros sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios con mucha contención.

3 Porque nuestra exhortación no *fue* de error, ni de inmundicia, ni con engaño:

4 Sino que como hemos sido aprobados de Dios, para que se nos encargase el evangelio; así también hablamos, no como los que agradan a los hombres, sino a Dios, el cual prueba nuestros corazones.

5 Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como vosotros sabéis, ni de pretexto de avaricia: Dios *es* testigo:

6 Ni de los hombres buscamos gloria, ni de vosotros, ni de otros; aunque podíamos seros de carga como apóstoles de Cristo.

7 Antes fuimos cariñosos entre vosotros como nodriza, que acaricia a sus propios hijos:

8 De manera que, teniendo tan grande afecto por vosotros, quisiéramos entregaros no sólo el evangelio de Dios, mas aun nues-

tras propias almas; porque nos
erais muy queridos.
9 Porque os acordáis, hermanos,
de nuestro trabajo y fatiga: que
trabajando de noche y de día,
por no ser gravosos a ninguno de
vosotros, predicamos entre vosotros, el evangelio de Dios.
10 Vosotros *sois* testigos, y Dios,
de cuán santa, y justa, e irreprensiblemente nos portábamos
entre vosotros que creísteis:
11 Así como sabéis, de que manera
exhortábamos y confortábamos y
protestábamos a cada uno de vosotros, como un padre a sus hijos,
12 Que anduvieseis digno de Dios,
que os llamó a su reino y gloria.
13 Por lo cual también nosotros
damos gracias a Dios sin cesar,
de que cuando recibisteis la palabra de Dios, que oísteis de nosotros, la recibisteis no *como* palabra de hombres, sino como ella
es en verdad, la palabra de Dios,
la cual también obra eficazmente
en vosotros que creéis.
14 Porque vosotros, hermanos,
os hicisteis seguidores de las
iglesias de Dios que están en
Judea en Cristo Jesús: que habéis padecido también vosotros
las mismas cosas de los de vuestra propia nación, como también
ellos de los Judíos:
15 Los cuales así mataron al
Señor Jesús, como a sus propios
profetas, y a nosotros nos han perseguido; y no agradan a Dios, y a
todos los hombres son contrarios:
16 Prohibiéndonos hablar a los
Gentiles a fin de que sean salvos;
para henchir *la medida* de sus pecados siempre; porque la ira es venida sobre ellos hasta el extremo.
17 Mas, hermanos, nosotros privados de vosotros por un poco
de tiempo, de vista, no del corazón, tanto más procuramos, con
mucho deseo ver vuestro rostro.
18 Por lo cual quisimos venir a vosotros, yo Pablo a la verdad, una
vez y dos; mas nos estorbó Satanás.
19 Porque ¿Cuál *es* nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No
sois pues vosotros delante de nuestro Señor Jesu Cristo en su venida?
20 Que vosotros sois nuestra gloria y gozo.

CAPÍTULO 3

POR lo cual, no pudiéndolo
sufrir más, nos pareció bien
quedarnos en Atenas solos;
2 Y enviamos a Timoteo, nuestro
hermano, y ministro de Dios, y
nuestro colaborador en el evangelio de Cristo, a confirmaros y a
exhortaros en cuanto a vuestra fe:
3 Para que nadie se conmueva en
estas tribulaciones; porque vosotros sabéis que nosotros somos
puestos para esto.
4 Porque ciertamente cuando estábamos con vosotros os dijimos
de antemano, que habíamos de
padecer tribulaciones, como ha
acontecido, y vosotros lo sabéis.
5 Por lo cual, también yo, no pudiendo sufrir más, envié para conocer vuestra fe, que no os haya
tentado de algún modo el tentador, y que nuestro trabajo hubiese sido en vano.
6 Empero volviendo ahora de vosotros a nosotros Timoteo, y trayéndonos las buenas nuevas de
vuestra fe y caridad; y que siempre
tenéis buena memoria de nosotros,
deseando ardientemente vernos,
como también nosotros a vosotros:
7 Por esto, hermanos, recibimos consolación de vosotros en toda nuestra aflic-

ción y aprieto, por vuestra fe;
8 Porque ahora vivimos nosotros, si vosotros estáis firmes en el Señor.
9 Por lo cual ¿Qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios;
10 Orando de noche y de día con grande instancia, que veamos vuestro rostro, y que cumplamos lo que falta a vuestra fe?
11 Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y el Señor nuestro Jesu Cristo encamine nuestro viaje a vosotros.
12 Y el Señor os haga crecer y abundar en amor los unos para con los otros, y para con todos, así como también nosotros para con vosotros:
13 Para que sean confirmados vuestros corazones irreprensibles en santidad delante de Dios, y Padre nuestro, para la venida de nuestro Señor Jesu Cristo con todos sus santos.

CAPÍTULO 4

RESTA, pues, hermanos, que os roguemos y exhortemos en el Señor Jesús, que de la manera que habéis recibido de nosotros de cómo debéis andar, y agradar a Dios, *así* abundéis más y más.
2 Porque *ya* sabéis qué mandamientos os dimos por el Señor Jesús.
3 Porque la voluntad de Dios es ésta: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación:
4 Que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor;
5 No con afecto de concupiscencia, como los Gentiles que no conocen a Dios:
6 Que ninguno agravie, ni defraude en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os habemos dicho y testificado.
7 Pues no nos ha llamado Dios para inmundicia, sino a santificación.
8 Así que el que menosprecia, no menosprecia a hombre, sino a Dios, el cual también nos dio su Espíritu Santo.
9 Empero acerca del amor hermanable no tenéis necesidad que os escriba; porque vosotros mismos sois enseñados por Dios a amaros los unos a los otros.
10 Y a la verdad lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Os rogamos, empero, hermanos, que abundéis más y más;
11 Y que estudiéis estar quietos, y hacer vuestros propios negocios; y que obréis con vuestras propias manos de la manera que os habemos mandado;
12 Y que andéis honestamente para con los de afuera; y que no tengáis necesidad de nada.
13 Pero tampoco, hermanos, quiero que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.
14 Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús.
15 Por lo cual os decimos esto por palabra del Señor, que nosotros que vivimos, que habemos quedado hasta la venida del Señor, no seremos delanteros a los que durmieron.
16 Porque el Señor mismo con clamor, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero:

17 Después nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.
18 Por tanto consolaos los unos a los otros con estas palabras.

CAPÍTULO 5

EMPERO acerca de los tiempos y de las sazones, no tenéis, hermanos, necesidad de que yo os escriba:
2 Porque vosotros mismos sabéis perfectamente, que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche.
3 Que cuando dirán, Paz y seguridad: entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores del parto sobre la mujer preñada; y no escaparán.
4 Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os agarre como ladrón.
5 Porque todos vosotros sois hijos de luz, e hijos del día: no somos de la noche, ni de las tinieblas.
6 Por tanto, no durmamos como los demás; antes velemos y seamos sobrios.
7 Porque los que duermen, de noche duermen; y los que están borrachos, de noche están borrachos.
8 Mas nosotros, que somos del día, seamos sobrios, vistiéndonos de la coraza de fe, y de amor, y por yelmo la esperanza de salvación.
9 Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para obtener salvación por nuestro Señor Jesu Cristo:
10 El cual murió por nosotros; para que, o que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él.
11 Por lo cual consolaos los unos a los otros, y edificaos uno a otro, así como lo hacéis.
12 Y os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan;
13 Y que los tengáis en la mayor estima, en amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros mismos.
14 Os exhortamos, pues, hermanos, que amonestéis a los que andan desordenadamente, que consoléis a los de poco ánimo, que soportéis a los débiles, que seáis pacientes para con todos.
15 Mirad que ninguno dé a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno los unos para con los otros, y para con todos.
16 Estad siempre gozosos.
17 Orad sin cesar.
18 En todo dad gracias; porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros.
19 No apaguéis el Espíritu.
20 No menospreciéis las profecías.
21 Probad todas las cosas: retened lo que es bueno.
22 Absteneos de toda apariencia de mal.
23 Y el Dios de paz os santifique enteramente; y *que* todo vuestro espíritu, y alma y cuerpo sean preservados irreprensibles para la venida de nuestro Señor Jesu Cristo.
24 Fiel *es* el que os llama, el cual también *lo* hará.
25 Hermanos, orad por nosotros.
26 Saludad a todos los hermanos con beso santo.
27 Conjúroos por el Señor, que esta carta sea leída a todos los santos hermanos.
28 La gracia de nuestro Señor Jesu Cristo *sea* con vosotros. Amén.

La primera carta a los Tesalonicenses fue escrita de Atenas.

La Segunda Epístola del Apóstol Pablo a los
TESALONICENSES

CAPÍTULO 1

PABLO, y Silvano, y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses en Dios nuestro Padre, y el Señor Jesu Cristo:
2 Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu Cristo.
3 Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, de que vuestra fe va en grande crecimiento, y la caridad de cada uno de todos vosotros abunda más y más los unos para con los otros:
4 Tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, de vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que sufrís:
5 *Lo que es* una prueba manifiesta del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis:
6 Porque *es* cosa justa para con Dios, recompensar con tribulación a los que os atribulan;
7 Y a vosotros que sois atribulados, reposad con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús del cielo con sus ángeles poderosos,
8 En llama de fuego, tomando venganza a los que no conocen a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesu Cristo:
9 Los cuales serán castigados con eterna destrucción de la presencia del Señor, y de la gloria de su potencia;
10 Cuando viniere para ser glorificado en sus santos, y para hacerse admirable en aquel día en todos los que creen: (porque nuestro testimonio fue creído entre vosotros.)
11 Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, que nuestro Dios os tenga por dignos de *esta* vocación, y cumpla toda la buena complacencia de *su* bondad, y la obra de fe con poder;
12 Para que el nombre de nuestro Señor Jesu Cristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios, y del Señor Jesu Cristo.

CAPÍTULO 2

OS rogamos, pues, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesu Cristo, y nuestro recogimiento a él,
2 Que no seáis conmovidos prestamente en vuestra mente, ni seáis conturbados, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como de nosotros, como que el día de Cristo estuviese ya cerca.
3 No os engañe nadie en ninguna manera; porque *no vendrá,* sin que venga antes la apostasía, y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición;
4 El que se opone, y se exalte sobre todo lo que es llamado Dios, o que es adorado; tanto que, como Dios se asiente en el templo de Dios, mostrándose a sí mismo que él es Dios.
5 ¿No os acordáis que, cuando estaba todavía con vo-

sotros, os decía estas cosas?
6 Y ahora vosotros sabéis lo que
impide, para que él sea revelado
en su tiempo.
7 Porque ya está obrando el
misterio de iniquidad, solamen-
te hasta que sea quitado de en
medio el que ahora impide.
8 Y entonces será revelado aquel
inicuo, al cual el Señor consumi-
rá con el espíritu de su boca, y
destruirá con el resplandor de su
venida:
9 *A aquel* cuya venida es según
la operación de Satanás, con
todo poder, y señales, y milagros
mentirosos,
10 Y con todo engaño de ini-
quidad en los que perecen: por
cuanto no recibieron el amor de
la verdad para ser salvos.
11 Por tanto, pues, enviará Dios
a ellos eficacia de engaño, para
que crean a la mentira:
12 Para que sean condenados
todos los que no creyeron a la
verdad, antes se complacieron en
la injusticia.
13 Mas nosotros debemos siem-
pre dar gracias a Dios por voso-
tros, hermanos amados del Señor,
porque Dios os ha escogido desde
el principio, para salvación por
la santificación del Espíritu, y la
fe de la verdad:
14 A lo cual os llamó por nuestro
evangelio para alcanzar la gloria
de nuestro Señor Jesu Cristo.
15 Así que, hermanos, estad fir-
mes, y retened la doctrina que
habéis sido enseñados, sea por
palabra, o por carta nuestra.
16 Y nuestro Señor Jesu Cristo
mismo, y Dios y Padre nuestro,
el cual nos amó, y nos dio conso-
lación eterna, y buena esperanza
por gracia,
17 Consuele vuestros corazones,
y os confirme en toda buena pa-
labra y obra.

CAPÍTULO 3

RESTA pues, hermanos, orad
por nosotros, que la palabra
del Señor corra, y sea glorificada,
así como entre vosotros:
2 Y que seamos librados de hom-
bres perversos y malos; porque
no todos tienen la fe.
3 Mas fiel es el Señor que os con-
firmará, y guardará de mal.
4 Y tenemos confianza de voso-
tros en el Señor, que hacéis y ha-
réis lo que os hemos mandado.
5 El Señor enderece vuestros co-
razones en el amor de Dios, y en
la paciente expectación de Cristo.
6 Ahora os mandamos, herma-
nos, en el nombre de nuestro
Señor Jesu Cristo, que os apar-
téis de todo hermano que andu-
viere fuera de orden, y no con-
forme a la doctrina que él recibió
de nosotros;
7 Porque vosotros mismos sabéis
cómo debéis seguirnos: porque
no anduvimos desordenadamen-
te entre vosotros:
8 Ni comimos de balde el pan de
ninguno; antes trabajamos con
trabajo y fatiga de noche y de
día, por no ser gravosos a ningu-
no de vosotros:
9 No porque no tuviésemos po-
testad, mas por darnos a voso-
tros por dechado, para que nos
siguieseis.
10 Porque aun cuando estábamos
con vosotros os mandábamos
esto: que si alguno no quisiere
trabajar, tampoco coma.
11 Porque oímos que hay algu-
nos entre vosotros que andan
desordenadamente, no trabajan-

do en nada, sino ocupados en cu-
riosear.
12 Y a los que son tales, man-
dámosles y exhortámosles por
nuestro Señor Jesu Cristo, que
trabajando quietamente coma su
propio pan.
13 Mas vosotros, hermanos, no
os canséis de hacer bien.
14 Y si alguno no obedeciere a
nuestra palabra por esta epístola,
notad al tal, y no os juntéis con
él, para que se avergüence.
15 Empero no *le* tengáis como
a enemigo, sino amonestadle
como a hermano.
16 Y el mismo Señor de paz os
dé siempre paz de toda manera.
El Señor *sea* con todos vosotros.
17 La salutación de mi propia
mano, de Pablo, que es signo en
toda carta mía: así escribo.
18 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea* con todos vosotros.
Amén.

La segunda carta a los Tesalonicenses fue escrita de Atenas.

La Primera Epístola del Apóstol Pablo a
TIMOTEO

CAPÍTULO 1

PABLO, apóstol de Jesu Cristo
por el mandamiento de Dios
Salvador nuestro y del Señor
Jesu Cristo, esperanza nuestra;
2 A Timoteo, mi verdadero hijo
en la fe: Gracia, y misericordia, y
paz de Dios nuestro Padre, y de
Jesu Cristo nuestro Señor.
3 Como te rogué, que te quedases
en Éfeso, cuando me partí para
Macedonia, para que mandases a
algunos que no enseñen diversa
doctrina:
4 Ni escuchen a fábulas y genea-
logías interminables, que engen-
dran cuestiones, más bien que edi-
ficación de Dios, que es en la fe.
5 Pues el fin del mandamiento es
la caridad de corazón puro, y *de*
buena conciencia, y *de* fe no fin-
gida:
6 De lo cual apartándose algu-
nos, se han desviado a discursos
vanos:
7 Queriendo ser doctores de la
ley, no entendiendo ni lo que ha-
blan, ni lo que afirman.
8 Mas sabemos que la ley es buena,
si se usa de ella legítimamente:
9 Sabiendo esto, que la ley no es
puesta para el justo, sino para los
injustos y desobedientes, para
los impíos y pecadores, para los
sin santidad y profanos, para los
matadores de padres y matado-
res de madres, para los homicidas,
10 Para los fornicarios, para los
sodomitas, para los ladrones de
hombres, para los mentirosos
y perjuros; y si hay alguna otra
cosa contraria a la sana doctrina;
11 Conforme al evangelio glorio-
so del Dios bendito, el cual a mí
me ha sido encargado.
12 Gracias doy al que me fortifi-
có, a Cristo Jesús Señor nuestro,
de que me tuvo por fiel, ponién-
dome en el ministerio:
13 Habiendo yo sido antes blasfe-
mo, y perseguidor, e injuriador;
mas fui recibido a misericordia,
porque *lo* hice con ignorancia en
incredulidad.
14 Mas la gracia del Señor nues-
tro fue más abundante con la fe y
amor que es en Cristo Jesús.
15 Palabra fiel *es* esta, y digna de
ser recibida de todos: que Cristo
Jesús vino al mundo para salvar
a los pecadores, de los cuales yo
soy el primero.
16 Mas por esto fui recibido a mi-
sericordia, para que Jesu Cristo
mostrase en mí el primero toda
su clemencia, para ejemplo de
los que habían de creer en él
para vida eterna.
17 Pues al Rey eterno, inmor-
tal, invisible, al sólo sabio Dios,
sea honor y gloria, por siempre
jamás. Amén.
18 Este mandamiento, hijo Timo-
teo, te encargo, para que, confor-
me a las profecías pasadas de ti,
milites por ellas la buena milicia:
19 Teniendo fe y buena concien-
cia, la cual echando de sí algu-
nos, hicieron naufragio en cuan-
to a la fe:
20 De los cuales son Himeneo
y Alejandro, que yo entregué a
Satanás para que aprendan a no
blasfemar.

CAPÍTULO 2

EXHORTO, pues, ante todas
cosas, que se hagan súplicas,
oraciones, intercesiones y ac-
ciones de gracias, por todos los
hombres:
2 Por los reyes, y *por* todos los
que están en autoridad; para que
vivamos quieta y reposadamente
en toda piedad y honestidad.
3 Porque esto *es* bueno y agra-
dable delante de Dios Salvador
nuestro:
4 El cual quiere que todos los
hombres sean salvos, y que ven-
gan al conocimiento de la verdad.
5 Porque *hay* un Dios, y un me-
diador entre Dios y los hombres,
el hombre Cristo Jesús;
6 El cual se dio a sí mismo *en*
precio del rescate por todos, *para*
testimonio en *su* propio tiempo.
7 Para lo que yo soy ordenado
por predicador y apóstol, (digo
verdad en Cristo, no miento,)
maestro de los Gentiles en fe y
verdad.
8 Quiero, pues, que los varones
oren en todo lugar, levantando
manos santas, sin ira ni disensión.
9 Asimismo también las mujeres
ataviándose en vestido modesto,
con vergüenza y modestia; no
con cabellos encrespados, u oro,
o perlas, o vestidos costosos;
10 Sino de buenas obras, como
conviene a mujeres que profesan
la piedad.
11 La mujer aprenda en silencio
con toda sujeción.
12 Porque no permito a la mujer
enseñar, ni usurpar autoridad
sobre el varón, sino estar en si-
lencio.
13 Porque Adam fue formado el
primero: y después Eva.
14 Y Adam no fue engañado; mas
la mujer siendo engañada fue en
la transgresión.
15 Empero será salva engendran-
do hijos, si ellos permanecieren
en fe, y caridad, y santidad con
modestia.

CAPÍTULO 3

PALABRA verdadera *es* esta:
si alguno apetece obispado,
obra buena desea.
2 Es menester, pues, que el obis-
po sea irreprensible, marido de
una sola esposa, vigilante, tem-
plado, de buenas costumbres,
hospedador, apto para enseñar,
3 No dado al vino, no heridor,
no codicioso de ganancias tor-
pes, sino moderado, no litigioso,
ajeno de avaricia:
4 Que gobierne bien su propia
casa, que tenga sus hijos en suje-
ción con toda honestidad;
5 Porque el que no sabe gobernar
su propia casa, ¿cómo cuidará de
la iglesia de Dios?
6 No neófito, porque hinchándo-
se de orgullo, no caiga en conde-
nación del diablo.
7 Y es menester que tenga tam-
bién buen testimonio de los de
afuera; porque no caiga en vitu-
perio, y en lazo del diablo.
8 Los diáconos asimismo *sean*
honestos, no de dos lenguas, no
dados a mucho vino, no amado-
res de ganancias deshonestas:
9 Que tengan el misterio de la fe
con pura conciencia.
10 Y éstos también sean antes
probados; y así ministren, si fue-
ren *hallados* irreprensibles.
11 Asimismo *sus* esposas *sean* ho-
nestas, no detractoras, templa-
das, fieles en todo.
12 Los diáconos sean maridos de
una esposa, que gobiernen bien

sus hijos, y sus propias casas.
13 Porque los que ejercieren bien
el oficio de diácono, ganan para
sí un buen grado, y mucho denue-
do en la fe que *es* en Cristo Jesús.
14 Estas cosas te escribo con es-
peranza de que vendré presto a ti:
15 Pero si me tardare, para que
sepas como te convenga conver-
sar en la casa de Dios, que es la
iglesia del Dios vivo, columna y
apoyo de la verdad.
16 Y sin controversia, grande es
el misterio de la piedad: Dios fue
manifestado en la carne, justifi-
cado en el Espíritu, visto de los
ángeles, predicado a los Genti-
les, creído en el mundo, recibido
arriba en gloria.

CAPÍTULO 4

EMPERO el Espíritu dice expre-
samente, que en los postreros
tiempos algunos apostatarán de
la fe, escuchando a espíritus en-
gañadores, y a doctrinas de de-
monios;
2 Que con hipocresia hablarán
mentira, teniendo cauterizada su
propia conciencia:
3 Que prohibiendo casarse, *y obli-
gando a* abstenerse de las viandas
que Dios creó para que con ac-
ción de gracias participasen de
ellas los que creen, y conocen la
verdad.
4 Porque toda criatura de Dios, *es*
buena, y nada hay que desechar,
tomándose con acción de gracias;
5 Porque es santificado por la pa-
labra de Dios, y oración.
6 Si propusieras estas cosas a los
hermanos, serás buen ministro
de Jesu Cristo, criado en las pa-
labras de la fe, y de la buena doc-
trina, la cual has alcanzado.
7 Mas desecha las fábulas profa-
nas y de viejas, y ejercítate para
la piedad.
8 Porque el ejercicio corporal
para poco es provechoso; mas la
piedad a todo aprovecha; porque
tiene la promesa de vida presen-
te, y de la venidera.
9 Palabra fiel *es* ésta, y digna de
ser recibida de todos.
10 Que por esto aun trabajamos
y sufrimos vituperios, porque
esperamos en el Dios viviente,
el cual es Salvador de todos los
hombres, y mayormente de los
que creen.
11 Estas cosas manda y enseña.
12 Ninguno tenga en poco tu ju-
ventud; mas sé ejemplo de los
creyentes en palabra, en conduc-
ta, en caridad, en espíritu, en fe,
en pureza.
13 Entre tanto que vengo, ocúpate
en leer, en exhortar, en doctrina.
14 No descuides el don que está
en ti, que te fue dado por pro-
fecía, con la imposición de las
manos de los ancianos.
15 Medita estas cosas; ocúpate
completamente en ellas; de ma-
nera que tu aprovechamiento sea
manifiesto a todos.
16 Ten cuidado de ti mismo y de
la doctrina: persiste en esto; por-
que si así lo hicieres, a ti mismo
salvarás, y a los que te oyen.

CAPÍTULO 5

NO reprendas al anciano, sino
exhórta*le* como a padre; a
los jóvenes como a hermanos;
2 A las mujeres ancianas, como
a madres; a las jóvenes como a
hermanas, con toda pureza.
3 A las viudas honra, a las que de
verdad son viudas.
4 Empero si alguna viuda tuviere
hijos, o nietos, aprendan primero

a mostrar la piedad en su propia
casa primero, y a recompensar a
sus padres; porque esto es honesto y acepto delante de Dios.
5 Y la que de verdad es viuda y
solitaria, espera en Dios, y persiste en suplicaciones y oraciones noche y día.
6 Porque la que vive en placeres,
viviendo está muerta.
7 Manda pues estas cosas, para
que sean irreprensibles.
8 Mas si alguno no tiene cuidado
de los suyos, y mayormente de
los de su casa, ha negado la fe, y
es peor que el incrédulo.
9 La viuda sea puesta en la lista
no menos que de sesenta años,
la cual haya sido esposa de un
varón:
10 Que tenga testimonio en buenas obras; si ha criado hijos; si
ha hospedado extranjero; si ha
lavado los pies de los santos; si
ha socorrido a los afligidos; si ha
seguido toda buena obra.
11 Mas a las viudas más jóvenes
no admitas: porque cuando ellas
empiezan a ser disolutas contra
Cristo, quieren casarse:
12 Condenadas ya, por haber
abandonado la primera fe.
13 Y aun también aprenden ser
ociosas, andando de casa en
casa; y no solamente ociosas,
sino también chismosas y curiosas, parlando lo que no deben.
14 Quiero, pues, que las mujeres
jóvenes se casen, y engendren
hijos, gobiernen la casa, y que
ninguna ocasión den al adversario para maldecir.
15 Porque ya algunas han vuelto
atrás en pos de Satanás.
16 Y si alguno, o alguna de los
creyentes tiene viudas, manténgalas, y no sea cargada la iglesia;
para que pueda socorrer a las
que de verdad son viudas.
17 Los ancianos que gobiernan
bien, sean tenidos por dignos de
doblada honra; y mayormente
los que trabajan en la palabra y
doctrina.
18 Porque la Escritura dice: No
pondrás bozal al buey que trilla.
Y: Digno es el obrero de su jornal.
19 Contra el anciano no recibas
acusación, sino ante dos o tres
testigos.
20 A los que pecaren repréndelos delante de todos, para que los
otros también teman.
21 *Te* requiero delante de Dios,
y del Señor Jesu Cristo, y de sus
ángeles escogidos, que guardes
estas cosas sin prejuicio, no haciendo cosa alguna con parcialidad.
22 No impongas de ligero las
manos sobre alguno, ni seas participante en pecados ajenos: consérvate puro a ti mismo.
23 No bebas de aquí adelante
agua, sino usa un poco de vino
por causa de tu estómago, y de
tus continuas enfermedades.
24 Los pecados de algunos hombres son manifiestos de antemano, yendo delante *de ellos* a juicio: a otros les siguen después.
25 Asimismo también las buenas
obras *de algunos* son manifiestas
de antemano; y las que son de
otra manera, no se pueden esconder.

CAPÍTULO 6

TODOS los que están debajo de
yugo de servidumbre, tengan
a sus propios señores por dignos
de toda honra, porque no sea
blasfemado el nombre de Dios y
su doctrina.
2 Y los que tienen señores cre-

yentes, no *los* tengan en menos,
por ser *sus* hermanos; antes los
sirvan mejor, por cuanto son
fieles y amados, y partícipes del
beneficio. Estas cosas enseña, y
exhorta.
3 Si alguno enseña de otra mane-
ra, y no se conforma a las sanas
palabras de nuestro Señor Jesu
Cristo, y a la doctrina que es con-
forme a la piedad,
4 Hinchado es, nada sabe, sino
que enloquece acerca de cuestio-
nes y contiendas de palabras, de
las cuales nacen envidias, pleitos,
maledicencias, malas sospechas,
5 Disputas perversas de hombres
de mente corrompida, y privados
de la verdad, y que tienen la pie-
dad por ganancia: apártate de los
tales.
6 Empero la piedad con conten-
tamiento es grande ganancia.
7 Porque nada trajimos a *este*
mundo, y *es* cierto que nada po-
dremos sacar.
8 Así que teniendo sustento, y
con qué cubrirnos, seamos con-
tentos con esto.
9 Porque los que quieren ser ricos,
caen en tentación y en lazo, y *en*
muchas concupiscencias insensa-
tas y dañosas, que anegan a los
hombres en perdición y muerte.
10 Porque el amor del dinero es
la raíz de toda maldad; el cual
codiciando algunos, erraron de
la fe, y se traspasaron con mu-
chos dolores.
11 Mas tú, oh hombre de Dios,
huye de estas cosas; y sigue la
justicia, la piedad, la fe, el amor,
la paciencia, la mansedumbre.
12 Pelea la buena batalla de la
fe: echa mano de la vida eterna,
a la cual asimismo eres llamado,
habiendo hecho buena profesión
delante de muchos testigos.
13 Te mando delante de Dios,
que da vida a todas las cosas, y
de Cristo Jesús, que testificó una
buena profesión delante de Pon-
cio Pilato;
14 Que guardes *este* mandamien-
to sin mácula, ni reprensión,
hasta la manifestación de nues-
tro Señor Jesu Cristo:
15 La cual en su tiempo mostrará
el bendito y solo Potentado, Rey
de reyes, y Señor de señores:
16 El cual sólo tiene inmortali-
dad, que mora en luz inaccesible:
a quien ninguno de los hombres
ha visto, ni puede ver: al cual *sea*
la honra, y la potencia sempiter-
na. Amén.
17 A los ricos de este mundo
manda que no sean altivos, ni
pongan la esperanza en la incer-
tidumbre de las riquezas; sino en
el Dios vivo, que nos da todas las
cosas en abundancia para que las
gocemos;
18 Que hagan bien, que sean
ricos en buenas obras, dispues-
tos para repartir, generosos en
comunicar;
19 Atesorando para sí buen fun-
damento para en lo por venir,
para que echen mano a la vida
eterna.
20 Oh Timoteo, guarda lo que se
te ha encomendado, evitando las
disputas profanas *y* vacías, y de
las oposiciones de la ciencia fal-
samente llamada:
21 La cual algunos profesando,
han errado acerca de la fe. La
gracia *sea* contigo. Amén.

La primera a Timoteo fue escrita de Laodicea, que es metrópoli de la Frigia Pacatiana.

La Segunda Epístola del Apóstol Pablo a
TIMOTEO

CAPÍTULO 1

PABLO, apóstol de Jesu Cristo, por la voluntad de Dios según la promesa de la vida, que es en Cristo Jesús,
2 A Timoteo, *mi* amado hijo: Gracia, misericordia, *y* paz de Dios el Padre, y de Cristo Jesús nuestro Señor.
3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo desde *mis* mayores con pura conciencia, de que sin cesar tengo memoria de ti en mis oraciones noche y día;
4 Deseando mucho verte, acordándome de tus lágrimas, para que me llene de gozo;
5 Trayendo a la memoria la fe no fingida que está en ti, que habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice; y estoy cierto que en ti también.
6 Por la cual causa te hago recordar a ti, que avives el fuego del don de Dios, que está en ti por la imposición de mis manos.
7 Porque no nos ha dado Dios el espíritu de temor, sino de poder, y de amor, y de dominio propio.
8 Por tanto no te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí su prisionero; antes sé partícipe de las aflicciones del evangelio según el poder de Dios,
9 El cual nos ha salvado, y *nos* ha llamado con santa vocación, no según nuestras obras, mas según su propio propósito, y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús, antes de los tiempos eternos;
10 Mas ahora es manifestada por la manifestación de nuestro Salvador Jesu Cristo, el cual verdaderamente destruyó la muerte, y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio:
11 Del cual yo soy puesto predicador, y apóstol, y maestro de los Gentiles.
12 Por cuya causa asimismo padezco estas cosas; mas no me avergüenzo; porque yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.
13 Retén firmemente la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en fe y amor que *es* en Cristo Jesús.
14 Guarda, el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros.
15 *Ya* sabes esto, que se me han vuelto en contrarios todos los que están en Asia; de los cuales son Figello, y Hermógenes.
16 Dé el Señor misericordia a la casa de Onesíforo, que muchas veces me refrigeró, y no se avergonzó de mi cadena:
17 Antes estando él en Roma, me buscó diligentemente, y me halló.
18 Déle el Señor que halle misericordia cerca del Señor en aquel día. Y cuánto me ayudó en Éfeso, tú lo sabes muy bien.

CAPÍTULO 2

TÚ, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús.
2 Y lo que has oído de mí entre muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que serán idóneos para enseñar también a otros.

3 Tú, pues, sufre aflicciones como
buen soldado de Jesu Cristo.
4 Ninguno que milita, se embaraza en los negocios de *esta* vida
por agradar a aquel que le escogió por soldado.
5 Y aun también el que lidia, no
es coronado si no hubiere lidiado
legítimamente.
6 El labrador que trabaja, debe
ser el primer partícipe de los frutos.
7 Considera lo que digo: y el Señor
te dé entendimiento en todo.
8 Acuérdate que Jesu Cristo, de
la simiente de David, resucitó de los
muertos conforme a mi evangelio:
9 Por el cual sufro aflicciones como
malhechor, hasta prisiones; mas la
palabra de Dios no está presa.
10 Por tanto sufro todas las cosas
por amor de los escogidos, para
que ellos también consigan la
salvación que es en Cristo Jesús,
con gloria eterna.
11 Palabra fiel: Que si somos
muertos con *él*, también viviremos con *él*:
12 Si sufrimos, también reinaremos con *él*: si *lo* negamos, él también nos negará:
13 Si no creemos, él *empero* permanece fiel: no puede negarse a
sí mismo.
14 Recuérda*les* estas cosas, protestando delante del Señor, que
no tengan contiendas en palabras, que para nada aprovechan,
sino para trastornar a los oyentes.
15 Estudia con diligencia presentarte aprobado a Dios, *como* obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra
de verdad.
16 Mas evita profanas *y* vanas
parlerías, porque ellas crecerán
para mayor impiedad.
17 Y la palabra de ellos corroerá
como gangrena; de los cuales es
Himeneo, y Fileto,
18 Que se han descaminado de la
verdad, diciendo que la resurrección ya ha pasado, y trastornan
la fe de algunos.
19 Empero el fundamento de
Dios está firme, teniendo este
sello: El Señor conoce a los que
son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que nombra el
nombre de Cristo.
20 Empero en una casa grande,
no solamente hay vasos de oro y
de plata, sino también de madera
y de barro; y asimismo unos para
honra, y otros para deshonra.
21 Así que, si alguno se purificare a sí mismo de estas cosas,
será vaso para honra, santificado
y útil para los usos del Señor, y
aparejado para toda buena obra.
22 También, huye de las concupiscencias juveniles; mas sigue
la justicia, la fe, la caridad, la
paz, con los que invocan al Señor
de puro corazón.
23 Empero las cuestiones necias
e insensatas desecha, sabiendo
que engendran contiendas.
24 Y el siervo del Señor no debe
ser contencioso, sino benigno
para con todos, apto para enseñar, sufrido;
25 Que con mansedumbre instruya a los que se oponen; por
si quizá Dios les dé que se arrepientan, para conocer la verdad;
26 Y se zafen del lazo del diablo,
en que están cautivos de él, a su
voluntad.

CAPÍTULO 3

ESTO también sepas, que en los postreros días vendrán
tiempos peligrosos.
2 Porque habrá hombres amado-

res de sí mismos, avaros, vana-
gloriosos, soberbios, blasfemos,
desobedientes a sus padres, in-
gratos, sin santidad,
3 Sin afecto natural, implacables,
calumniadores, incontinentes,
crueles, aborrecedores de los que
son buenos,
4 Traidores, temerarios, hincha-
dos, amadores de deleites más
que amadores de Dios;
5 Teniendo la apariencia de pie-
dad, mas negando el poder de
ella; a los tales también evita.
6 Porque de éstos son los que
se entran por las casas, y llevan
cautivas a mujercillas, cargadas
de pecados, llevadas de diversas
concupiscencias;
7 Siempre aprendiendo, y nunca
pueden llegar al conocimiento
de la verdad.
8 Y de la manera que Janes y
Jambres resistieron a Moisés, así
también éstos resisten a la verdad:
hombres corrompidos de mente,
reprobados en cuanto a la fe:
9 Mas no irán muy adelante; por-
que su locura será manifiesta a
todos, como también lo fue la de
aquéllos.
10 Tú empero has conocido ple-
namente la doctrina mía, la ma-
nera de vivir, el propósito, la fe,
la longanimidad, la caridad, la
paciencia,
11 Las persecuciones, las aflic-
ciones, las cuales me sobrevinie-
ron en Antioquía, en Iconio, en
Listra: cuales persecuciones he
sufrido; mas de todas *ellas* me ha
librado el Señor.
12 Y aun todos los que vivieren
piadosamente en Cristo Jesús,
padecerán persecución.
13 Mas los malos hombres, y los
engañadores, irán de mal en peor,
engañando, y siendo engañados.
14 Así que persiste tú en lo que
has aprendido, y has sido per-
suadido, sabiendo de quién has
aprendido;
15 Y que desde la niñez has sa-
bido las sagradas Escrituras, las
cuales te pueden hacer sabio
para la salvación por la fe que es
en Cristo Jesús.
16 Toda Escritura *es* dada por
inspiración de Dios, y *es* útil para
doctrina, para redargüir, para co-
rregir, para instrucción en justicia,
17 Para que el hombre de Dios
sea perfecto, enteramente apare-
jado para toda buena obra.

CAPÍTULO 4

REQUIERO yo, pues delante de
Dios, y del Señor Jesu Cristo,
que ha de juzgar a los vivos y a
los muertos en su manifestación,
y en su reino;
2 Predica la palabra; que instes a
tiempo y fuera de tiempo; redar-
guye, reprende, exhorta con toda
paciencia y doctrina.
3 Porque vendrá tiempo cuan-
do no sufrirán la sana doctrina,
antes teniendo comezón de oído,
se amontonarán maestros confor-
me a sus propias concupiscencias.
4 Y así apartarán de la verdad el
oído, y se volverán a las fábulas.
5 Tú por tanto vela en todo, sufre
aflicciones, haz obra de evange-
lista, cumple bien tu ministerio:
6 Porque yo ya estoy para ser
ofrecido, y el tiempo de mi parti-
da está cercano.
7 He peleado la buena batalla, he
acabado la carrera, he guardado
la fe.
8 Por lo demás, me está guarda-
da la corona de justicia, la cual
me dará el Señor, el juez justo,

en aquel día; y no sólo a mí, sino
también a todos los que aman su
venida.
9 Procura venir pronto a mí.
10 Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo presente, y se ha ido a Tesalónica; Crescente a Galacia; Tito a Dalmacia.
11 Lucas solo está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo; porque me es útil para el ministerio.
12 A Tíquico envié a Éfeso.
13 La capa que dejé en Troas con Carpo, tráe*la contigo* cuando vinieres, y los libros mayormente los pergaminos.
14 Alejandro el calderero me ha hecho muchos males: el Señor le pague conforme a sus obras:
15 Del cual tú también guárdate: que en grande manera ha resistido a nuestras palabras.
16 En mi primera defensa ninguno estuvo conmigo; antes me desampararon todos: no les sea imputado.
17 Mas el Señor estuvo a mi lado, y me esforzó para que por mí fuese cumplida la predicación, y todos los Gentiles la oyesen; y fui librado de la boca del león.
18 Y el Señor me librará de toda obra mala, y *me* preservará para su reino celestial: al cual *sea* gloria por siempre jamás. Amén.
19 Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo.
20 Erasto se quedó en Corinto; y a Trófimo le dejé en Mileto enfermo.
21 Apresúrate a venir antes del invierno. Eubulo te saluda, y Prudente, y Lino, y Claudia y todos los hermanos.
22 El Señor Jesu Cristo *sea* con tu espíritu. La gracia *sea* con vosotros. Amén.

La segunda epístola a Timoteo, ordenado el primer obispo de la iglesia de los Efesios, fue escrita de Roma cuando Pablo fue presentado la segunda vez a César Nerón.

La Epístola del Apóstol Pablo a
TITO

CAPÍTULO 1

PABLO, siervo de Dios, y apóstol de Jesu Cristo según la fe de los escogidos de Dios, y el conocimiento de la verdad, que es según la piedad;
2 En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes de los tiempos eternos;
3 Pero manifestó en sus propios tiempos su palabra por la predicación, que me es a mí encomendada por mandamiento de Dios nuestro Salvador:
4 A Tito, *mi* verdadero hijo según la común fe: Gracia, misericordia, *y* paz de Dios Padre, y del Señor Jesu Cristo Salvador nuestro.
5 Por esta causa te dejé en Creta, para que acabases de poner en orden las cosas que faltaban, y ordenases ancianos en cada ciudad como yo te mandé:
6 Si alguno fuere irreprensible, marido de una sola esposa, que tenga hijos fieles, no acusados de disolución, o contumaces.
7 Porque es menester que el obispo sea irreprensible, como el mayordomo de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no heridor, no codicioso de ganancia deshonesta;
8 Sino hospedador, amador de lo bueno, templado, justo, santo, continente;
9 Reteniendo firme la palabra fiel como le ha sido enseñada, para que pueda exhortar y convencer con sana doctrina a los que contradijeren.
10 Porque hay muchos contumaces, y habladores de vanidades, y engañadores, mayormente los que de la circuncisión:
11 A los cuales es menester tapar la boca: que trastornan casas enteras, enseñando lo que no conviene por ganancia deshonesta.
12 Dijo uno de ellos, propio profeta de ellos: Los Cretenses, siempre *son* mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.
13 Este testimonio es verdadero; por tanto repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe;
14 No escuchando a fábulas judaicas, y a mandamientos de hombres, que se apartan de la verdad.
15 Para los puros ciertamente todas las cosas son puras; mas para los contaminados e incrédulos nada *es* puro; antes su mente y conciencia son contaminadas.
16 Profésanse conocer a Dios, mas con los hechos le niegan; siendo abominables y rebeldes, y reprobados para toda buena obra.

CAPÍTULO 2

TÚ empero habla las cosas que convienen a la sana doctrina:
2 Los hombres ancianos, que sean templados, honestos, prudentes, sanos en la fe, en la caridad, en la paciencia.
3 Las mujeres ancianas, asimismo, que se comporten santamente, no calumniadoras, ni dadas a mucho vino, *sino* maestras de lo bueno:
4 Para que enseñen a las mujeres jóvenes a ser prudentes, a que

amen a sus maridos, a que amen
a sus hijos,
5 *A que sean* templadas, castas,
que tengan cuidado de la casa,
buenas, sujetas a sus propios ma-
ridos; porque la palabra de Dios
no sea blasfemada.
6 Exhorta asimismo a los jóvenes
que sean sobrios.
7 En todas las cosas, dándote a
ti mismo por ejemplo de buenas
obras: en la doctrina *mostrando* in-
corrupción, honestidad, sinceridad,
8 Palabra sana que no puede
ser condenada, para que el que
es del partido contrario se aver-
güence, no teniendo mal alguno
que decir de vosotros.
9 *Exhorta* a los siervos, que sean
sujetos a sus propios señores,
que *les* agraden en todo, no res-
pondones;
10 En nada defraudando, sino
mostrando toda buena lealtad;
para que adornen en todo la doc-
trina de nuestro Salvador Dios.
11 Porque la gracia de Dios que
trae salvación a todos los hom-
bres, se ha manifestado,
12 Enseñándonos que renuncian-
do a la impiedad, y a las con-
cupiscencias mundanas, viva-
mos sobriamente, justamente, y
piadosamente, en este presente
mundo;
13 Esperando aquella esperan-
za bienaventurada, y la gloriosa
venida del gran Dios y Salvador
nuestro, Jesu Cristo;
14 Que se dio a sí mismo por no-
sotros, para redimirnos de toda
iniquidad, y purificar para sí un
pueblo peculiar, celoso de bue-
nas obras.
15 Estas cosas habla, y exhorta,
y reprende con toda autoridad:
nadie te desprecie.

CAPÍTULO 3

RECUÉRDALES que estén su-
jetos a los principados y po-
testades, que obedezcan a los
magistrados, que estén prestos
para toda buena obra,
2 Que no digan mal de nadie,
que no sean pendencieros, *mas*
modestos, mostrando toda man-
sedumbre para con todos los
hombres.
3 Porque también éramos noso-
tros insensatos en otro tiempo,
rebeldes, errados, sirviendo a
concupiscencias y deleites diver-
sos, viviendo en malicia y en en-
vidia, aborrecibles, aborreciendo
los unos a los otros:
4 Mas cuando la bondad y el
amor de Dios nuestro Salvador
para con los hombres apareció,
5 No por las obras de justicia que
nosotros habíamos hecho, mas
por su misericordia, nos salvó
por el lavamiento de la regenera-
ción, y de la renovación del Espí-
ritu Santo;
6 El cual derramó en nosotros
abundantemente por Jesu Cristo
nuestro Salvador:
7 Para que justificados por su
gracia, seamos hechos herede-
ros según la esperanza de la vida
eterna.
8 Palabra fiel, y estas cosas quie-
ro que afirmes con firmeza: que
los que han creído en Dios, pro-
curen sobresalir en buenas obras.
Estas cosas son buenas y prove-
chosas para los hombres.
9 Mas evita las cuestiones in-
sensatas, y las genealogías, y las
contenciones, y disputas sobre
la ley; porque son sin provecho
y vanas.
10 Al hombre hereje, des-
pués de la primera y segun-

da amonestación, deséchale:
11 Estando cierto que el tal está
pervertido, y peca siendo conde-
nado de sí mismo.
12 Cuando enviare a ti a Artemas,
o a Tíquico, date priesa en venir
a mí a Nicópolis; porque allí he
determinado de invernar.
13 A Zenas doctor de la ley, y a
Apolos envía delante, procuran-
do que nada les falte.
14 Y aprendan asimismo los
nuestros a sobresalir en buenas
obras para los usos necesarios,
porque no sean sin fruto.
15 Todos los que están conmigo
te saludan. Saluda a los que nos
aman en la fe. La Gracia *sea* con
todos vosotros. Amén.

A Tito, el cual fue el primer obispo ordenado para la iglesia de los Cretenses, escrita de Nicópolis de Macedonia.

La Epístola del Apóstol Pablo a

FILEMÓN

PABLO, prisionero de Jesu Cris-
to, y el hermano Timoteo, a Fi-
lemón amado, y coadjutor nuestro,
2 Y a la amada Apia, y a Archipo,
compañero de la milicia, y a la
iglesia que está en tu casa:
3 Gracia a vosotros y paz de Dios
nuestro Padre, y del Señor Jesu
Cristo.
4 Doy gracias a mi Dios hacien-
do siempre memoria de ti en mis
oraciones,
5 Oyendo de tu amor, y de la fe
que tienes en el Señor Jesús, y
para con todos los santos:
6 Que la comunicación de tu fe
sea eficaz en el conocimiento de
todo el bien que *está* en vosotros
por Cristo Jesús:
7 Porque tenemos gran gozo y
consolación de tu amor, porque
por ti, hermano, han sido recrea-
das las entrañas de los santos.
8 Por lo cual, aunque tengo
mucho denuedo en Cristo para
mandarte lo que conviene,
9 Ruégo*te* antes, por amor, siendo
como soy, Pablo el anciano, y aun
ahora prisionero de Jesu Cristo.
10 Te ruego por mi hijo Onési-
mo, que he engendrado en mis
prisiones;
11 El cual en otro tiempo te fue
inútil, mas ahora útil para ti, y
para mí:
12 A quien he vuelto a enviar: re-
cíbele tú, pues, como a mis mis-
mas entrañas.
13 Yo había querido detenerle
conmigo, para que en lugar de ti
me sirviese en las prisiones del
evangelio:
14 Mas nada quise hacer sin tu
consejo, porque tu beneficio no
fuese como de necesidad, sino
voluntario.
15 Porque quizá se ha apartado
de ti por algún tiempo, para que
le volvieses a tener para siempre:
16 Ya no como siervo, antes más
que siervo, *como* hermano amado,
mayormente de mí; pero ¿cuánto
más de ti, tanto en la carne, y en
el Señor?
17 Así que, si me tienes por com-
pañero, recíbele como a mí.
18 Y si en algo te dañó o te debe,
ponlo a mi cuenta.
19 Yo Pablo *lo* escribí con mi
misma mano: yo *lo* repagaré; por
no decirte que aun a ti mismo te
me debes de más.
20 Así hermano, góceme yo de ti
en el Señor; que recrea mis en-
trañas en el Señor.
21 Teniendo confianza en tu obe-
diencia, te escribí, sabiendo que
aun tú harás más de lo que yo
digo.
22 Y asimismo también prepá-
rame hospedaje; porque espero
que por vuestras oraciones os
tengo de ser concedido.
23 Te saludan Epafras, mi com-
pañero en la prisión por Cristo
Jesús;
24 Marcos, Aristarco, Demas,
Lucas, mis colaboradores.
25 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea* con vuestro espí-
ritu. Amén.

A Filemón, fue enviada de Roma con Onésimo siervo

LA EPÍSTOLA A LOS
HEBREOS

CAPÍTULO 1

DIOS, que habló muchas veces, y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,
2 Nos ha hablado en estos postreros días por *su* Hijo, a quien puso heredero de todas las cosas, por quien también hizo los mundos;
3 El cual siendo el resplandor de *su* gloria, y la expresa imagen de su sustancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de nuestros pecados por sí mismo, se asentó a la diestra de la majestad en las alturas;
4 Siendo hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto alcanzó por herencia más excelente nombre que ellos.
5 Porque ¿a cuál de los ángeles dijo él jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy? Y otra vez: ¿Yo seré a él Padre, y él me será a mi Hijo?
6 Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.
7 Y ciertamente de los ángeles dice: El que hace sus ángeles espíritus, y a sus ministros, llama de fuego.
8 Mas al Hijo: Tu trono, oh Dios, por siempre jamás: vara de rectitud el cetro de tu reino.
9 Amaste la justicia, y aborreciste la maldad; por esto Dios, tu Dios, te ungió, con el aceite de alegría más que a tus compañeros.
10 Y: Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra; y los cielos son obras de tus manos:
11 Ellos perecerán, mas tú eres permanente; y todos ellos envejecerse han como vestidura;
12 Y como un manto los envolverás, y serán mudados: tú empero eres el mismo, y tus años nunca se acabarán.
13 Mas, ¿a cuál de los ángeles dijo él jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?
14 ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para ministrar por aquellos, que serán herederos de salvación?

CAPÍTULO 2

POR lo cual es menester que tanto con más diligencia estemos atentos a las cosas que hemos oído, porque no nos escurramos.
2 Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa recompensa de galardón;
3 ¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos tan grande salvación? La cual, habiendo primero comenzado a ser publicada por el Señor, fue confirmada hasta nosotros por los que oyeron;
4 Dios testificando juntamente con *ellos* con señales y maravillas, y con diversos milagros, y dones del Espíritu Santo, según su voluntad.
5 Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, del cual hablamos.

6 Testificó empero uno en cierto
lugar, diciendo: ¿Qué es el hom-
bre que te acuerdas de él, o el
hijo del hombre que le visitas?
7 Hicístele un poco menor que
los ángeles, coronástele de gloria
y de honra, y pusístele sobre las
obras de tus manos.
8 Todas las cosas sujetaste debajo
de sus pies. Porque en cuanto le
sujetó todas las cosas, nada dejó
que no *sea* sujeto a él. Mas ahora
no vemos todavía que todas las
cosas le sean sujetas.
9 Empero vemos a aquel *mismo*
Jesús, que fue hecho un poco
menor que los ángeles por pa-
sión de muerte, coronado de glo-
ria y de honra, para que por la
gracia de Dios gustase la muerte
por todos.
10 Porque convenía, que aquel
por cuya causa *son* todas las cosas,
y por el cual *son* todas las cosas,
habiendo de llevar muchos hijos
a la gloria, hiciese perfecto al ca-
pitán de la salvación de ellos por
medio de padecimientos.
11 Porque el que santifica y los
que son santificados de uno *son*
todos; por cuya causa no se aver-
güenza de llamarlos hermanos,
12 Diciendo: Anunciaré tu nom-
bre a mis hermanos, en medio de
la iglesia te cantaré alabanzas.
13 Y otra vez; Yo confiaré en él.
Y otra vez: He aquí yo, y los hijos
que me dio Dios.
14 Así que por cuanto los hijos
son participantes de carne y de
sangre, también él de la misma
manera participó de las mismas
cosas; para que por medio de la
muerte destruyese al que tenía la
potencia de la muerte, es a saber,
al diablo;
15 Y librar a los que por el temor
de la muerte estaban por toda la
vida sujetos a servidumbre.
16 Que ciertamente no tomó la
naturaleza de los ángeles, sino
tomó a la simiente de Abraham.
17 Por lo cual fue necesario que
en todas cosas fuese semejante a
sus hermanos, para que fuese un
sumo sacerdote misericordioso y
fiel en lo *perteneciente* a Dios, a
fin de hacer propiciación por los
pecados del pueblo.
18 Porque en cuanto él mismo
padeció, siendo tentado, es po-
deroso para también socorrer a
los que son tentados.

CAPÍTULO 3

POR lo cual hermanos, santos,
participantes de la vocación
celestial, considerad el Apóstol y
Sumo Sacerdote de nuestra pro-
fesión Cristo Jesús,
2 El cual fue fiel al que le consti-
tuyó, como también *lo fue* Moisés
en toda su casa.
3 Porque éste es tenido por digno
de mucha mayor gloria que Moi-
sés, cuanto el que ha edificado la
casa tiene más honra que la casa.
4 Porque toda casa es edificada
por alguno; mas el que ha creado
todas las cosas, es Dios.
5 Y Moisés a la verdad fue fiel en
toda su casa, como siervo: para
testimonio de aquellas cosas que
se habían de ser anunciadas des-
pués;
6 Mas Cristo, como hijo sobre su
propia casa, la cual casa somos
nosotros, si hasta el fin retene-
mos firme la confianza y la ale-
gría de la esperanza.
7 Por lo cual, como dice el Espí-
ritu Santo: Si oyereis hoy su voz;
8 No endurezcáis vuestros cora-
zones como en la provocación,

en el día de la tentación en el
desierto,
9 Donde me tentaron vuestros
padres; me probaron, y vieron
mis obras cuarenta años.
10 A causa de lo cual me indigné
con aquella generación, y dije:
Perpetuamente yerran de cora-
zón, y ellos no han conocido mis
caminos.
11 Y así yo juré en mi ira, ellos
no entrarán en mi reposo.
12 Mirad, hermanos, que en nin-
guno de vosotros haya corazón
malo de incredulidad para apar-
tarse del Dios vivo;
13 Antes exhortaos los unos a los
otros cada día, entre tanto que
se dice hoy; porque ninguno de
vosotros se endurezca por el en-
gaño del pecado.
14 Porque participantes de Cristo
somos hechos, si empero retene-
mos firme hasta el fin el princi-
pio de nuestra confianza;
15 Entre tanto que se dice: Si
oyereis hoy su voz, no endurez-
cáis vuestros corazones, como en
la provocación.
16 Porque algunos cuando hubie-
ron oído, provocaron; aunque no
todos los que salieron de Egipto
por Moisés.
17 Mas, ¿con quiénes estuvo in-
dignado cuarenta años? ¿no fue
con aquellos que pecaron, cuyos
cuerpos cayeron en el desierto?
18 ¿Y a quiénes juró que no en-
trarían en su reposo, sino a aque-
llos que no creyeron?
19 Así vemos que no pudieron
entrar a causa de la incredulidad.

CAPÍTULO 4

TEMAMOS, pues, no sea que,
habiendo sido dejada la pro-
mesa de entrar en su reposo, al-
guno de vosotros parezca no ha-
berlo alcanzado.
2 Porque también a nosotros nos
ha sido predicado el evangelio
como a ellos; mas la palabra pre-
dicada no les aprovechó a ellos,
no siendo mezclada con fe en
aquellos que *la* oyeron.
3 Entramos empero en el reposo
los que hemos creído, de la ma-
nera que dijo: Así que juré en mi
ira, no entrarán en mi reposo:
aunque las obras eran acabadas
desde la fundación del mundo.
4 Porque en cierto lugar dijo así
del séptimo día: Y reposó Dios de
todas sus obras en el séptimo día.
5 Y otra vez aquí: si ellos no en-
trarán en mi reposo.
6 Viendo pues que resta que al-
gunos han de entrar en él, y que
aquellos a quienes primero fue
predicado, no entraron por causa
de la incredulidad,
7 Otra vez, él limitó a cierto día,
diciendo en David: Hoy des-
pués de tanto tiempo; como está
dicho: Hoy si oyereis su voz, no
endurezcáis vuestros corazones.
8 Porque si Jesús les hubiera
dado el reposo, no hubiera des-
pués hablado de otro día.
9 Así que, queda un reposo para
el pueblo de Dios.
10 Porque el que ha entrado en el
reposo de él, también él ha repo-
sado de sus propias obras, como
Dios de las suyas.
11 Procuremos, pues, con dili-
gencia de entrar en aquel reposo,
a fin de que ninguno caiga en el
mismo ejemplo de incredulidad.
12 Porque la palabra de Dios es
viva y eficaz, y más aguda que
toda espada de dos filos; y que
penetra hasta partir el alma, y
aun el espíritu, y las coyunturas,

y tuétanos, y que discierne los
pensamientos, y las intenciones
del corazón.
13 Y no hay criatura alguna que
no es manifiesta a su vista: antes
todas las cosas *están* desnudas
y abiertas a los ojos de aquél a
quien tenemos que dar cuenta.
14 Teniendo pues un gran sumo
sacerdote, que penetró los cielos,
Jesús el Hijo de Dios, retengamos firmes *nuestra* profesión.
15 Porque no tenemos un sumo
sacerdote que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas;
mas tentado en todo según *nuestra* semejanza, *pero* sin pecado.
16 Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de *su* gracia, para
alcanzar misericordia, y hallar
gracia para ser socorridos en
tiempo de necesidad.

CAPÍTULO 5

PORQUE todo sumo sacerdote
tomado de entre los hombres,
es constituido en favor de los
hombres en lo que a Dios toca,
para que ofrezca presentes, y sacrificios por los pecados:
2 Que se pueda compadecer de
los ignorantes y de los errados,
porque él también está rodeado
de flaqueza:
3 Por causa de la cual deba, como
por el pueblo, así también por sí
mismo, ofrecer por los pecados.
4 Ni nadie toma para sí mismo
esta honra, sino el que es llamado de Dios, como *lo fue* Aarón.
5 Así también Cristo no se glorificó a sí mismo, para ser hecho
sumo sacerdote, sino el que le
dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he
engendrado hoy.
6 Como también dice en otro
lugar: Tú *eres* sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec.
7 El cual en los días de su carne,
cuando él hubo ofrecido oraciones y suplicaciones con gran
clamor y lágrimas a aquél que
le podía salvar de la muerte, fue
oído en qué temía.
8 Y aunque era Hijo, aprendió
obediencia por las cosas que padeció.
9 Y siendo hecho perfecto, fue
hecho autor de salvación eterna
para todos los que le obedecen;
10 Llamado de Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.
11 Del cual tenemos muchas
cosas que decir, y difíciles de declarar, por cuanto sois perezosos
de oír.
12 Porque debiendo de ser ya
maestros, a causa del tiempo,
tenéis necesidad de volver a ser
enseñados, de cuáles sean los
elementos del principio de los
oráculos de Dios, y sois hechos
tales que tengáis necesidad de
leche, y no de vianda firme.
13 Que cualquiera que usa de
leche, es incapaz en la palabra
de justicia, porque es niño.
14 Mas la vianda firme es para
los que son maduros; para aquellos que por razón del uso tienen
sus sentidos ejercitados, para
discernir así el mal como el bien.

CAPÍTULO 6

POR lo cual dejando ya los
rudimentos de la doctrina
de Cristo, vayamos adelante a
la perfección, no echando otra
vez el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas, y
de la fe en Dios,
2 De la doctrina de los bautismos,

y de la imposición de manos, y
de la resurrección de los muertos,
y del juicio eterno.
3 Y esto haremos a la verdad, si
Dios *lo* permitiere.
4 Porque *es* imposible que los que
una vez fueron iluminados, y que
gustaron del don celestial, y que
fueron hechos partícipes del Es-
píritu Santo,
5 Y que gustaron la buena pa-
labra de Dios, y los poderes del
mundo venidero,
6 Y recayeron, sean renovados
otra vez para arrepentimiento,
crucificando de nuevo para sí
mismos al Hijo de Dios, y expo-
niéndole a vituperio.
7 Porque la tierra que embebe la
lluvia que muchas veces viene
sobre ella, y que produce hier-
ba provechosa a aquellos por los
cuales es labrada, recibe bendi-
ción de Dios.
8 Mas la que produce espinas y
abrojos, *es* reprobada, y cercana
de maldición, y cuyo fin es ser
quemada.
9 Pero en cuanto a vosotros, *oh*
amados, estamos persuadidos de
cosas mejores, y más cercanas a
salvación, aunque hablamos así.
10 Porque Dios no es injusto que
se olvide de vuestra obra, y del
trabajo de amor que habéis mos-
trado por respeto a su nombre,
habiendo ministrado a los santos,
y ministrándo*los aún*.
11 Empero nosotros deseamos
que cada uno de vosotros mues-
tre el mismo cuidado para la
completa seguridad de la espe-
ranza hasta el fin:
12 Que no seáis perezosos, mas
seguidores de aquellos que por
fe y de la paciencia heredan las
promesas.
13 Porque cuando Dios hizo la
promesa a Abraham, ya que no
podía jurar por otro mayor, juró
por sí mismo,
14 Diciendo: Ciertamente bendi-
ciendo te bendeciré; y multipli-
cando, te multiplicaré.
15 Y así habiendo esperado con
largura de paciencia, alcanzó la
promesa.
16 Porque los hombres cierta-
mente por el mayor juran; y el
juramento, para confirmación,
es para ellos el término de toda
contención.
17 En lo cual queriendo Dios
mostrar más abundantemente a
los herederos de la promesa la
inmutabilidad de su consejo, in-
terpuso con juramento;
18 Para que por dos cosas inmu-
tables, en las cuales *era* imposible
que Dios mintiese, tuviéramos
un fortísimo consuelo, los que
nos hemos refugiado para asir-
nos de la esperanza propuesta:
19 La cual tenemos como ancla
del alma, segura y firme, y que
entra hasta dentro del velo:
20 Donde entró por nosotros
nuestro precursor Jesús, hecho
sumo sacerdote por siempre
según el orden de Melquisedec.

CAPÍTULO 7

PORQUE este Melquisedec, rey
de Salem, sacerdote del Dios
altísimo, el cual salió al encuen-
tro a Abraham que volvía de la
matanza de los reyes, y le ben-
dijo:
2 A quien asimismo dio Abra-
ham la décima parte de todo:
primeramente el cual ciertamen-
te se interpreta, Rey de justicia;
y luego también, Rey de Salem,
que es Rey de paz;

3 Sin padre, sin madre, sin ge-
nealogía; no teniendo principio
de días, ni fin de vida; mas hecho
semejante al Hijo de Dios, per-
manece sacerdote eternalmente.
4 Considerad pues cuán grande
fue éste, a quien aun Abraham
el Patriarca dio la décima de los
despojos.
5 Que ciertamente los que son de
los hijos de Leví, reciben el ofi-
cio del sacerdocio, tienen man-
damiento de tomar diezmos del
pueblo según la ley, es a saber,
de sus hermanos, aunque *también*
ellos hayan salido de los lomos
de Abraham.
6 Mas aquél, cuya descendencia
no es contada entre ellos, recibió
diezmos de Abraham, y bendijo
al que tenía las promesas.
7 Y sin contradicción alguna lo
que es menos es bendito de lo
que es mejor.
8 Y aquí ciertamente los hombres
que mueren reciben los diezmos;
mas allí *los recibe* aquél de quien
está dado testimonio que vive.
9 Y por decirlo así, Leví también,
que recibe diezmos, pagó diez-
mos en Abraham.
10 Porque aún estaba en los
lomos de su padre cuando Mel-
quisedec le salió al encuentro.
11 Si pues la perfección era por
el sacerdocio Levítico, (porque
debajo de él recibió el pueblo la
ley,) ¿qué necesidad había aún
de que se levantase otro sacerdo-
te según el orden de Melquisedec,
y que no fuese llamado según el
orden de Aarón?
12 Porque mudado el sacerdocio,
necesario es que se haga también
cambio de la ley.
13 Porque *aquél* de quien estas
cosas se dicen, de otra tribu es,
de la cual nadie asistió al altar.
14 Porque *es* evidente que nues-
tro Señor nació de Judá, de cuya
tribu nada habló Moisés tocante
al sacerdocio.
15 Y aun mucho más evidente
es; que, según la semejanza de
Melquisedec, se levanta otro sa-
cerdote:
16 El cual no es hecho conforme
a la ley del mandamiento carnal,
sino según el poder de una vida
inmortal.
17 Porque él testifica: Tú *eres*
sacerdote por siempre según el
orden de Melquisedec.
18 El mandamiento precedente
ciertamente se abroga por su fla-
queza e inutilidad.
19 Porque nada perfeccionó
la ley, sino la introducción de
mejor esperanza, por la cual nos
acercamos a Dios.
20 Y *tanto más* en cuanto no es
sin juramento fue *él hecho sacer-
dote*;
21 (Porque los otros cierto sin ju-
ramento fueron hechos sacerdo-
tes; mas éste, con juramento por
aquél que le dijo: Juró el Señor, y
no se arrepentirá: Tú eres sacer-
dote eternamente según el orden
de Melquisedec:)
22 Tanto de mejor testamento
fue hecho fiador Jesús.
23 Y los otros cierto fueron mu-
chos sacerdotes, porque la muer-
te les impedía que continuasen:
24 Mas éste, porque permanece
eternamente, tiene el sacerdocio
inmutable.
25 Por lo cual puede también
salvar completamente a los que
por él se allegan a Dios, vivien-
do siempre para interceder por
ellos.
26 Porque tal sumo sacerdote

nos convenía: santo, inocente,
libre de mancha, apartado de los
pecadores, y ensalzado sobre los
cielos;
27 Que no tuviese necesidad
cada día, como los *otros* sumos
sacerdotes, de ofrecer sacrificios,
primero por sus propios pecados,
y después por los del pueblo;
porque esto *lo* hizo una vez ofre-
ciéndose a sí mismo.
28 Porque la ley constituye
sumos sacerdotes a hombres que
tienen flaqueza; mas la palabra
del juramento, que fue después
de la ley, *constituye* al Hijo, que
es perfecto eternamente.

CAPÍTULO 8

ASÍ que la suma de las cosas
que hemos dicho *es esta*: Te-
nemos tal sumo sacerdote que
está sentado a la diestra del trono
de la Majestad en los cielos:
2 Ministro del santuario, y del
verdadero tabernáculo que el
Señor asentó, y no hombre.
3 Porque todo sumo sacerdote
es ordenado para ofrecer dones
y también sacrificios: por lo cual
es necesario que éste también tu-
viese algo que ofrecer.
4 Porque si él estuviese sobre
la tierra, ni aun sería sacerdote,
habiendo aún los sacerdotes que
ofrecen los dones según la ley:
5 Los cuales sirven de ejemplo y
sombra de las cosas celestiales,
como fue avisado por Dios a Moi-
sés, cuando estaba para hacer el
tabernáculo, porque: Mira, dice,
haz todas las cosas según el mo-
delo que se te ha sido mostrado
en el monte.
6 Mas ahora él ha obtenido un
ministerio más excelente, cuanto
que también él es el mediador de
un mejor pacto, el cual ha sido
establecido sobre mejores pro-
mesas.
7 Porque si aquél primero hubie-
ra sido sin falta, no hubiera sido
buscado lugar para el segundo.
8 Pues encontrando falta en ellos,
dice: He aquí vienen días, dice
el Señor, cuando haré un nuevo
pacto con la casa de Israel, y con
la casa de Judá.
9 No según el pacto que hice con
vuestros padres en el día que los
tomé por la mano para sacarlos
de la tierra de Egipto; porque
ellos no permanecieron en mi
testamento, y yo no me atendí de
ellos, dice el Señor.
10 Porque este *es* el pacto que
haré con la casa de Israel des-
pués de aquellos días, dice el
Señor: pondré mis leyes en la
mente de ellos, y en el corazón
de ellos las escribiré; y yo seré a
ellos por Dios, y ellos me serán a
mí por pueblo:
11 Y no enseñarán cada uno
a su prójimo, ni cada uno a su
hermano, diciendo: Conoce al
Señor; porque todos me conoce-
rán desde el menor de ellos hasta
el mayor.
12 Porque seré misericordioso a
sus injusticias, y de sus pecados
y de sus iniquidades no me acor-
daré más.
13 Por esto que dice un nuevo
pacto, dio por viejo al primero;
y lo que es dado por viejo y se
envejece, cerca está de desvane-
cerse.

CAPÍTULO 9

EMPERO tenía por cierto el
primer pacto ordenanzas de
servicio divino, y santuario mun-
dano.

2 Porque el tabernáculo fue
hecho; el primero, en que *estaban*
el candelero, y también la mesa,
y los panes de la proposición,
que es llamado el santuario.
3 Y detrás del segundo velo, el
tabernáculo que es llamado el
Lugar Santísimo;
4 Que tenía el incensario de oro:
y el arca del pacto cubierta de
todas partes alrededor de oro: en
que *estaba* una urna de oro que
tenía el maná, y la vara de Aarón
que reverdeció, y las tablas del
pacto;
5 Y sobre ella los querubines de
gloria que cubrían con su som-
bra al propiciatorio: de las cuales
cosas no podemos hablar ahora
en particular.
6 Y estas cosas así ordenadas,
en el primer tabernáculo siem-
pre entraban los sacerdotes para
cumplir el servicio *de Dios*;
7 Mas en el segundo *entraba* el
sumo sacerdote sólo, una vez
cada año, no sin sangre, que
ofrecía por sí mismo, y por las
ignorancias del pueblo:
8 Por esto el Espíritu Santo signi-
ficaba que aún el camino al san-
tísimo no era manifestado, entre
tanto que el primer tabernáculo
estaba aún en pie:
9 Lo cual *era* figura para aquel
tiempo presente, en el cual se
ofrecían dones y también sacrifi-
cios, que no podían hacer perfec-
to, en cuanto a la conciencia, al
que hacía el servicio;
10 Que consistía sólo en viandas,
y en bebidas, y en diversos lava-
mientos, y ordenanzas carnales,
impuestas hasta el tiempo de la
reformación.
11 Mas estando ya presente Cris-
to, sumo sacerdote de los bienes
que han de venir, por el mayor
y más perfecto tabernáculo, no
hecho de manos, es decir, no de
este edificio;
12 Ni por la sangre de machos
cabríos, ni de becerros, mas por
su propia sangre, entró una vez
en el Lugar Santísimo, habiendo
obtenido redención eterna *para
nosotros*.
13 Porque si la sangre de los
toros y de los machos cabríos, y
la ceniza de una becerra, rocia-
da sobre los inmundos, santifica
para purificación de la carne:
14 ¿Cuánto más la sangre de Cris-
to, el cual por el Espíritu eterno
se ofreció a sí mismo sin man-
cha a Dios, purificará vuestras
conciencias de las obras muertas
para que sirváis al Dios vivo?
15 Y por esta razón él es el me-
diador del nuevo testamento,
para que interviniendo muerte
para la redención de las trans-
gresiones *que había* debajo del
primer testamento, los que son
llamados reciban la promesa de
la herencia eterna.
16 Porque donde *hay* testamento,
necesario es que intervenga la
muerte del testador.
17 Porque el testamento *es* confir-
mado en los que son muertos: de
otra manera no es válido entre
tanto que el testador vive.
18 Así que ni tampoco el primero
fue dedicado sin sangre.
19 Porque habiendo hablado
Moisés todos los mandamientos
de la ley a todo el pueblo, toman-
do la sangre de los becerros y de
los machos cabríos, con agua y
lana de grana, e hisopo, roció al
mismo libro y también a todo el
pueblo,
20 Diciendo: Ésta *es* la sangre del

testamento que Dios os ha mandado.
21 Y además de esto roció con
sangre el tabernáculo y todos los
vasos del ministerio.
22 Y casi todas las cosas según la
ley son purificadas con sangre; y
sin derramamiento de sangre no
hay remisión.
23 *Fue* pues necesario que las figuras de las cosas en los cielos
fuesen purificadas con éstas; empero las mismas cosas celestiales,
con mejores sacrificios que éstos.
24 Porque no entró Cristo en lugares santos hechos de mano, *que
son* figuras del verdadero, mas
en el cielo mismo para aparecer
ahora por nosotros en la presencia de Dios:
25 Empero no para ofrecerse
muchas veces a sí mismo; como
entra el sumo sacerdote en el
santuario cada año con sangre
ajena;
26 De otra manera fuera necesario que hubiera padecido muchas veces desde el principio del
mundo: mas ahora una vez en
el fin del mundo, para deshacimiento del pecado, apareció por
el sacrificio de sí mismo.
27 Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez; y después de esto
el juicio:
28 Así Cristo fue ofrecido una
vez para cargar con los pecados
de muchos; la segunda vez aparecerá sin pecado a los que le esperan para salvación.

CAPÍTULO 10

PORQUE la ley teniendo la sombra de los bienes venideros, *y* no la imagen misma de
las cosas, nunca puede, por los
mismos sacrificios que ofrecen
continuamente cada año, hacer
perfectos a los que se allegan.
2 De otra manera ¿no hubieran
ya cesado de ser ofrecidos? Porque los que dan culto, una vez
purificados, no tendrían más
conciencia de pecado.
3 Empero en estos *sacrificios* cada
año *se hace el mismo* recordamiento de los pecados.
4 Porque *es* imposible que la sangre de los toros y de los machos
cabríos quite los pecados.
5 Por lo cual entrando en el
mundo, dice: Sacrificio y ofrenda
no quisiste, mas a mí me preparaste un cuerpo:
6 Holocaustos y *sacrificios* por el
pecado no te agradaron.
7 Entonces dije: He aquí, Yo
vengo, (en la cabecera del libro
está escrito de mí,) para hacer,
oh Dios, tu voluntad.
8 Diciendo arriba: Sacrificio y
ofrenda y holocaustos, y *expiaciones* por el pecado, no quisiste, ni
te agradaron, las cuales *cosas* se
ofrecen según la ley:
9 Entonces él dijo: He aquí,
vengo para hacer tu voluntad, oh
Dios. Él quita lo primero para establecer lo segundo.
10 Por la cual voluntad somos
santificados, por la ofrenda del
cuerpo de Jesu Cristo *hecha* una
sola vez.
11 Y ciertamente todo sacerdote
está en pie cada día ministrando
y ofreciendo muchas veces los
mismos sacrificios, que nunca
pueden quitar los pecados;
12 Pero éste, habiendo ofrecido
por los pecados un *solo* sacrificio
una vez por siempre, se sentó a
la diestra de Dios:
13 De ahora en adelante aguar-

dando hasta que sus enemigos
sean puestos por estrado de sus
pies.
14 Porque por una sola ofrenda
ha hecho perfectos por siempre a
los que son santificados.
15 Y también el Espíritu Santo
nos *lo* testifica: porque después
de lo que había dicho antes:
16 Éste *es* el pacto que yo haré
con ellos después de aquellos
días, dice el Señor: Pondré mis
leyes en sus corazones y en sus
mentes las escribiré;
17 Y nunca más ya me acordaré
de sus pecados e iniquidades.
18 Pues en donde *hay* remisión
de éstos, no *hay ya* más ofrenda
por pecado.
19 Así que, hermanos, teniendo
confianza para entrar en el Lugar
Santísimo por la sangre de Jesús,
20 Por un nuevo camino, y vivo,
que él consagró para nosotros,
por el velo, es a saber, por su
carne;
21 Y *teniendo* un gran sacerdote
sobre la casa de Dios;
22 Acerquémonos con corazón
verdadero, en plena certidum-
bre de fe, habiendo sido rocia-
dos nuestros corazones de mala
conciencia, y lavados los cuerpos
con agua pura.
23 Retengamos firme la profe-
sión de *nuestra* fe, sin fluctuar;
(que fiel es el que prometió;)
24 Y considerémonos los unos
a los otros para provocarnos a
amor, y a buenas obras:
25 No dejando nuestra congre-
gación, como algunos tienen por
costumbre, mas exhortándonos;
y tanto más, cuanto veis que
aquel día se acerca.
26 Porque si pecamos voluntaria-
mente después de haber recibido
el conocimiento de la verdad, ya
no queda sacrificio por los peca-
dos,
27 Sino cierta horrenda expecta-
ción de juicio, y hervor de fuego
que ha de devorar a sus adver-
sarios.
28 El que menospreciare la ley
de Moisés, por el testimonio de
dos o tres testigos muere sin nin-
guna misericordia:
29 ¿Cuánto pensáis que será más
digno de mayor castigo, el que
hollare al Hijo de Dios, y tuviere
por inmunda la sangre del pacto
con la cual fue santificado, y ul-
trajare al Espíritu de gracia?
30 Porque conocemos al que
dijo: Mía es la venganza, yo re-
compensaré, dice el Señor. Y otra
vez: El Señor juzgará a su pueblo.
31 Horrenda cosa *es* caer en las
manos del Dios vivo.
32 Traed empero a la memoria
los días primeros, en los cuales
después de haber sido ilumina-
dos, sufristeis gran combate de
aflicciones:
33 De una parte, ciertamente,
mientras fuisteis hechos el haz-
merreír tanto por oprobios como
por tribulaciones; y de otra parte
fuisteis hechos compañeros de
los que de aquel modo eran tra-
tados.
34 Porque os compadecisteis
también de mis cadenas, y acep-
tasteis con gozo la rapiña de
vuestros bienes, sabiendo en
vosotros mismos que tenéis una
mejor sustancia en el cielo, y que
permanece.
35 No arrojéis pues vuestra con-
fianza, que tiene grande remune-
ración de galardón:
36 Porque vosotros tenéis ne-
cesidad de paciencia, para que,

habiendo hecho la voluntad de
Dios, recibáis la promesa.
37 Porque aún un poquito de
tiempo, y el que ha de venir ven-
drá, y no tardará.
38 Mas el justo vivirá por fe; em-
pero si se retirare, no se compla-
cerá mi alma en él.
39 Mas nosotros no somos de
aquellos que se retiran para per-
dición, sino de los que creen para
salvación del alma.

CAPÍTULO 11

ES pues la fe la substancia de
las cosas que se esperan, la
evidencia de las cosas que no se
ven.
2 Porque por ésta obtuvieron
buen testimonio los antiguos.
3 Por fe entendemos que los
mundos fueron formados por la
palabra de Dios, de modo que las
cosas que se ven no fueron he-
chas de cosas que aparecen.
4 Por fe Abel ofreció a Dios más
excelente sacrificio que Caín, por
lo cual obtuvo testimonio de que
era justo, dando Dios testimonio
a sus dones; y por ella: él estan-
do muerto aún habla.
5 Por fe Enoc fue trasladado para
que no viese muerte; y no fue ha-
llado, porque le había trasladado
Dios; porque antes de su trasla-
ción tuvo testimonio de haber
agradado a Dios.
6 Empero sin fe *es* imposible
agradar *a Dios*; porque es menes-
ter que el que a Dios se allega,
crea que le hay; y que es galar-
donador de los que le buscan di-
ligentemente.
7 Por fe Noé, siendo avisado por
Dios de cosas que todavía no se
veían, movido de temor, apare-
jó un arca para la salvación de
su casa; por la cual condenó al
mundo, y fue hecho heredero de
la justicia que es por la fe.
8 Por fe Abraham, cuando fue
llamado para salir a un lugar
que había de recibir después por
herencia, obedeció, y salió sin
saber a donde iba.
9 Por fe habitó en la tierra de la
promesa, como *en* tierra ajena,
morando en tabernáculos con
Isaac, y Jacob, los coherederos
de la misma promesa:
10 Porque esperaba la ciudad que
tiene fundamentos, cuyo artífice
y hacedor es Dios.
11 Por fe también la misma Sara
recibió fuerza para concebir si-
miente; y parió un hijo cuando
era fuera de edad, porque esti-
maba ser fiel el que había pro-
metido.
12 Por lo cual también de uno, y
ése ya muerto *como* muerto, sa-
lieron como las estrellas del cielo
en multitud los descendientes, y
como la arena innumerable que
está a la orilla del mar.
13 En fe murieron todos éstos
sin haber recibido las promesas,
sino habiéndolas visto de lejos, y
siendo persuadidos de *ellas*, y ha-
biéndo*las* abrazado, y habiendo
confesado que eran peregrinos y
advenedizos sobre la tierra.
14 Porque los que tales cosas
dicen, claramente declaran que
buscan una patria.
15 Que a la verdad, si se acorda-
ran de aquella de donde salieron,
oportunidad hubieran tenido
para volverse.
16 Empero ahora anhelan la
mejor, es a saber, la celestial: por
lo cual Dios no se avergüenza de
llamarse Dios de ellos; porque
les había aparejado ciudad.

17 Por fe ofreció Abraham a
Isaac cuando fue probado; y él
que había recibido las promesas
ofreció a su hijo unigénito,
18 De quien fue dicho: Que en
Isaac te será llamada simiente:
19 Habiendo considerado que
aun de los muertos *era* Dios poderoso para resucitar*lo*; de donde
también le volvió a recibir por figura.
20 Por fe, bendijo Isaac a Jacob
y a Esaú acerca de las cosas que
habían de venir.
21 Por fe, Jacob muriéndose bendijo a cada uno de los hijos de
José; y adoró, *estribando* sobre la
punta de su bordón.
22 Por fe, José cuando murió
hizo mención de la partida de
los hijos de Israel; y dio mandamiento acerca de sus huesos.
23 Por fe, Moisés cuando nació,
fue escondido de sus padres por
tres meses, porque vieron que *era*
un niño hermoso; y no temieron
el mandamiento del rey.
24 Por fe, Moisés hecho ya grande, rehusó de ser llamado hijo de
la hija de Faraón;
25 Escogiendo antes sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que
gozar las delicias del pecado por
poco tiempo;
26 Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los
tesoros en Egipto: tenía respeto a
la recompensa del galardón.
27 Por fe abandonó a Egipto no
temiendo la ira del rey; porque
perseveró, como viendo al que es
invisible.
28 Por fe hizo la pascua, y el derramamiento de la sangre, para
que el que destruía a los primogénitos no los tocase.
29 Por fe pasaron por el mar
Rojo como por la *tierra* seca, lo
cual probando *a hacer* los Egipcios fueron ahogados.
30 Por fe cayeron los muros de
Jericó después que fueron rodeados siete días.
31 Por fe Rahab la ramera no pereció con los incrédulos, habiendo recibido los espías con paz.
32 ¿Y qué más diré? porque el
tiempo me faltaría, contando de
Gedeón, y *de* Barac, y *de* Samsón,
y *de* Jefté; *de* David también, y *de*
Samuel, y *de* los profetas:
33 Los cuales por fe sojuzgaron
reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon las bocas
de leones,
34 Apagaron el ímpetu del fuego,
escaparon el filo de la espada, de
debilidad fueron hechos fuertes,
se hicieron valientes en guerra,
pusieron en fuga ejércitos extranjeros.
35 Las mujeres recibieron sus
muertos por resurrección: y otros
fueron torturados, no aceptando el rescate, para obtener una
mejor resurrección:
36 Y otros recibieron pruebas de
vituperios y azotes, y aun de esto,
de cadenas y prisión:
37 Fueron apedreados, fueron
aserrados en piezas, fueron tentados, fueron muertos a muerte
de espada, anduvieron de acá
para allá, en pieles de ovejas y
pieles de cabras, desamparados,
afligidos, atormentados;
38 De los cuales el mundo no era
digno: andando descaminados
por los desiertos, y montañas, y
cuevas, y cavernas de la tierra.
39 Y todos éstos, habiendo obtenido *un buen* testimonio por la fe,
no recibieron la promesa:
40 Habiendo Dios provisto algu-

na cosa mejor para nosotros, que
no fuesen perfeccionados sin no-
sotros.

CAPÍTULO 12

POR tanto nosotros también
que estamos rodeados de una
tan grande nube de testigos, des-
echando todo peso, y el pecado
que tan cómodamente nos rodea,
corramos con paciencia la carre-
ra que nos es puesta,
2 Puestos los ojos en Jesús, el
autor y consumador de la fe; el
cual por el gozo que fue pues-
to delante de él sufrió la cruz,
menospreciando la vergüenza,
y está sentado a la diestra del
trono de Dios.
3 Pues, considerad a aquel que
sufrió tal contradicción de peca-
dores contra sí mismo, para que
no os fatiguéis desmayando en
vuestras mentes.
4 Vosotros no habéis aún resisti-
do hasta la sangre, combatiendo
contra el pecado.
5 Y habéis ya olvidado la exhor-
tación que os habla como a hijos:
Hijo mío, no menosprecies el
castigo del Señor, ni desmayes
cuando eres de él reprendido:
6 Porque el Señor al que ama
castiga, y azota a cualquiera que
recibe por hijo.
7 Si sufrís el castigo Dios os trata
como a hijos; porque ¿qué hijo
es aquel a quien el padre no cas-
tiga?
8 Mas si estáis sin castigo, del
cual todos son hechos partícipes
luego sois bastardos, y no hijos.
9 Además hemos tenido padres
de nuestra carne, que nos co-
rrigieron, y nosotros les reve-
renciábamos: ¿no nos sometere-
mos pues mucho más al Padre
de los espíritus y viviremos?
10 Porque aquéllos a la verdad
por pocos días *nos* castigaban
como a ellos les parecía; mas
éste para lo que *nos* es provecho-
so, a fin de que participemos de
su santidad.
11 Es verdad que ningún castigo
al presente parece ser *causa* de
gozo, sino de tristeza; empero
después fruto apacible de justi-
cia da a los que por él son ejer-
citados.
12 Por lo cual levantad las manos
caídas, y las rodillas débiles;
13 Y haced sendas derechas para
vuestros pies, para que lo que es
cojo no salga fuera de camino;
sino antes bien sea sanado.
14 Seguid la paz con todos; y la
santidad, sin la cual nadie verá
al Señor;
15 Mirando bien que ninguno
falte de la gracia de Dios, que
ninguna raíz de amargura bro-
tando *os* perturbe, y por ella sean
muchos contaminados;
16 Que ninguno sea fornicario, o
profano, como Esaú, que por un
bocado de vianda vendió su pri-
mogenitura.
17 Porque ya sabéis que aun des-
pués deseando heredar la bendi-
ción, fue reprobado, que no halló
lugar de arrepentimiento, aun-
que la procuró con lágrimas.
18 Porque no os habéis llegado
al monte que se podía tocar *que*
ardía con fuego, y al turbión, y
a la oscuridad, y a la tempestad,
19 Y al sonido de la trompeta, y a
la voz de las palabras, la cual los
que la oyeron rogaron que no se
les hablase más;
20 (Porque no podían sufrir lo
que se mandaba: *Que* si aun una
bestia tocare al monte será ape-

dreada, o traspasada con dardo:
21 Y tan terrible cosa era lo que
se veía, que Moisés dijo: Estoy
asombrado, y temblando:)
22 Mas sois venidos al monte de
Sión, y a la ciudad del Dios vivo,
Jerusalem la celestial, y a la com-
pañía innumerable de ángeles,
23 A la asamblea general e igle-
sia de los primogénitos que están
escritos en el cielo, y a Dios el
juez de todos, y a los espíritus de
los justos hechos perfectos;
24 Y a Jesús el mediador del
nuevo pacto; y a la sangre de la
rociadura que habla cosas mejo-
res que *la de* Abel.
25 Mirad que no recuséis al que
habla. Porque si aquellos no es-
caparon que recusaron al que ha-
blaba en la tierra, mucho menos
escaparemos nosotros, si desecha-
mos al que *nos* habla desde el
cielo:
26 La voz del cual entonces con-
movió la tierra; mas ahora ha
prometido, diciendo: Aún una
vez, y yo conmoveré no solamen-
te la tierra, mas aun el cielo.
27 Y esta *palabra*, aún una vez,
significa la remoción de las cosas
conmovidas, como de cosas que
son hechas, para que las cosas
que no pueden ser conmovidas
permanezcan.
28 Por lo cual, recibiendo un
reino que no puede ser conmovi-
do, retengamos la gracia, por la
cual sirvamos a Dios, agradándo-
le con reverencia y temor:
29 Porque nuestro Dios *es* fuego
consumidor.

CAPÍTULO 13

PERMANEZCA el amor herma-
nable.
2 No os olvidéis de hospedar a
los extranjeros; porque por esto
algunos hospedaron ángeles sin
saberlo.
3 Acordaos de los que están en
cadenas, como *si estuvieseis* con
ellos encadenados; y de los que
sufren en la adversidad, como
siendo también vosotros mismos
en el cuerpo.
4 Honroso *es* en todo el matrimo-
nio, y la cama sin mancha; mas a
los fornicarios, y a los adúlteros
juzgará Dios.
5 *Sean* las conversaciones *vuestras*
sin avaricia, *estando* contentos
con las cosas que tenéis; porque
él mismo ha dicho: Yo nunca te
dejaré, ni tampoco te desampa-
raré.
6 De tal manera que digamos
con denuedo: El Señor *es* mi ayu-
dador: y no temeré lo que me
pueda hacer el hombre.
7 Acordaos de vuestros pastores,
que os han hablado la palabra de
Dios: la fe de los cuales seguid,
considerando cuál haya sido el
fin de su conducta.
8 Jesu Cristo el mismo ayer, y
hoy, y por siempre.
9 No seáis llevados de acá para
allá con doctrinas diversas y ex-
trañas. Porque es buena cosa que
el corazón sea establecido con
la gracia, no con viandas, que
nunca aprovecharon a los que se
han ocupado en ellas.
10 Tenemos un altar del cual no
tienen facultad de comer los que
sirven al tabernáculo.
11 Porque de los animales, la
sangre de los cuales es metida
por el pecado en el santuario por
el sumo sacerdote, los cuerpos
son quemados fuera del real.
12 Por lo cual Jesús también,
para santificar al pueblo por su

propia sangre, padeció fuera de
la puerta.
13 Salgamos pues a él fuera del
real, llevando su vituperio.
14 Porque no tenemos aquí ciu-
dad permanente, mas buscamos
la por venir.
15 Así que, ofrezcamos por él a
Dios siempre sacrificio de ala-
banza, es a saber, fruto de labios
que confiesan a su nombre.
16 Empero del bien hacer, y de
la comunicación no os olvidéis;
porque de tales sacrificios se
agrada Dios.
17 Obedeced a vuestros pastores,
y sujetaos *a ellos;* porque ellos
velan por vuestras almas, como
aquellos que han de dar la cuen-
ta; para que lo hagan con alegría,
y no gimiendo; porque esto no os
es provechoso.
18 Orad por nosotros; porque
confiamos que tenemos buena
conciencia, deseando conversar
honestamente en todo.
19 Y tanto más os ruego que ha-
gáis esto; para que yo os sea más
presto restituido.
20 Y el Dios de paz, que trajo
de vuelta de entre los muertos a
nuestro Señor Jesús, el gran Pas-
tor de las ovejas, por la sangre
del pacto eterno,
21 Os haga perfectos para toda
buena obra para que hagáis su
voluntad, haciendo él en voso-
tros lo que es agradable delan-
te de él por Jesu Cristo: al cual
es gloria por siempre jamás.
Amén.
22 Ruégoos empero, hermanos,
que soportéis la palabra de ex-
hortación, porque os he escrito
en breves palabras.
23 Sabed que *nuestro* hermano
Timoteo está puesto en libertad,
con el cual, si viniere más presto,
he de veros.
24 Saludad a todos vuestros pas-
tores, y a todos los santos. Los de
Italia os saludan.
25 La gracia *sea* con todos voso-
tros. Amén.

Escrita de Italia a los Hebreos, y enviada con Timoteo.

La Epístola General de

JACOBO

CAPÍTULO 1

JACOBO, siervo de Dios y del
Señor Jesu Cristo, a las doce
tribus que están esparcidas, salu-
dos.
2 Hermanos míos, tened por todo
gozo cuando cayereis en diversas
tentaciones:
3 Sabiendo que la prueba de
vuestra fe obra paciencia.
4 Mas tenga la paciencia *su* obra
perfecta, para que seáis perfec-
tos y enteros, sin faltar en alguna
cosa.
5 Si alguno de vosotros tiene
falta de sabiduría, pídala a Dios,
el cual da a todos abundante-
mente, y no reprende, y le será
dada.
6 Empero pida en fe, no dudan-
do nada; porque el que duda, es
semejante a la onda del mar, que
es movida del viento, y es echa-
da de una parte a otra.
7 No piense pues el tal hombre
que recibirá cosa alguna del
Señor.
8 El hombre de doblado ánimo,
es inconstante en todos sus cami-
nos.
9 El hermano que es de baja suer-
te, gloríese en su ensalzamiento;
10 Mas el que es rico, en su baje-
za; porque él se pasará como la
flor de la hierba:
11 Porque así como luego sale
el sol con calor abrasador, y la
hierba se seca, y su flor se cae, y
perece la hermosura de su apa-
riencia: así también se marchita-
rá el rico en todos sus caminos.
12 Bienaventurado el varón que
sufre tentación; porque cuando
fuere probado, recibirá la corona
de vida, que el Señor ha prometi-
do a los que le aman.
13 Cuando alguno es tentado,
no diga, yo soy tentado de Dios;
porque Dios no puede ser tenta-
do por el mal, ni él tienta a nadie:
14 Sino que cada uno es tentado,
cuando de su propia concupis-
cencia es atraído, y seducido.
15 Y la concupiscencia después
que ha concebido, pare al peca-
do; y el pecado, siendo cumplido,
engendra muerte.
16 Hermanos míos *muy* amados,
no erréis.
17 Toda buena dádiva, y todo
don perfecto es de lo alto, que
desciende del Padre de las luces,
en el cual no hay mudanza, ni
sombra de variación.
18 Él, de su propia voluntad nos
ha engendrado por la palabra de
verdad, para que seamos como
primicias de sus criaturas.
19 Así que, amados hermanos
míos, todo hombre sea pronto
para oír, tardío para hablar, tar-
dío para la ira;
20 Porque la ira del hombre no
obra la justicia de Dios.
21 Por lo cual dejando toda in-
mundicia, y superfluidad de ma-
licia, recibid con mansedumbre
la palabra implantada en voso-
tros, la cual puede salvar vues-
tras almas.
22 Mas sed hacedores de la pala-
bra, y no *tan* solamente oidores,
engañándoos a vosotros mismos.
23 Porque si alguno oye la pala-

bra, y no la pone por obra, este
tal es semejante al hombre que
considera en un espejo su rostro
natural:
24 Porque él se consideró a sí
mismo, y se fue; e inmediata-
mente se olvidó qué tal era.
25 Mas el que hubiere mirado
atentamente en la ley perfecta
que *es la* de la libertad, y hubie-
re perseverado *en ella*, no siendo
oidor olvidadizo, sino hacedor
de la obra, este tal será bien-
aventurado en su hecho.
26 Si alguno *de* entre vosotros
piensa ser religioso, y no refre-
na su lengua, sino que engaña su
propio corazón, la religión del
tal *es* vana.
27 La religión pura y sin mácula
delante de Dios y Padre es ésta:
Visitar los huérfanos y las viudas
en sus tribulaciones, y guardarse
sin mancha del mundo.

CAPÍTULO 2

HERMANOS míos, no tengáis
la fe de nuestro Señor Jesu
Cristo de gloria en acepción de
personas.
2 Porque si en vuestra congrega-
ción entra *algún* varón, que trae
anillo de oro, vestido de preciosa
ropa, y también entra un pobre
vestido de vestidura vil,
3 Y tuviereis respeto al que trae
la vestidura preciosa, y le dije-
reis: Tú siéntate aquí en buen
lugar; y dijereis al pobre: Estáte
tú allí en pie; o, siéntate aquí de-
bajo del estrado de mis pies:
4 ¿No os mostráis parciales, den-
tro de vosotros mismos, y sois
hechos jueces de pensamientos
malos?
5 Hermanos míos amados, oid:
¿No ha escogido Dios los pobres
de este mundo, ricos en fe, y he-
rederos del reino que ha prome-
tido a los que le aman?
6 Mas vosotros habéis desprecia-
do al pobre. ¿Los ricos no os opri-
men, y ellos mismos os arrastran
a los juzgados?
7 ¿No blasfeman ellos el buen
nombre por el cual sois llama-
dos?
8 Si ciertamente vosotros cum-
plís la ley real conforme a la
Escritura: Amarás a tu prójimo
como a ti mismo; bien hacéis;
9 Mas si hacéis acepción de per-
sonas, cometéis pecado, y sois
redargüidos por la ley como
transgresores.
10 Porque cualquiera que hubie-
re guardado toda la ley, y sin em-
bargo ofendiere en un *punto*, es
hecho culpado de todos.
11 Porque el que dijo: No come-
tas adulterio, también dijo: No
matarás. Ahora bien, si no hubie-
res cometido adulterio, empero
hubieres matado, ya eres hecho
transgresor de la ley.
12 Así hablad, y así obrad como
los que habéis de ser juzgados
por la ley de libertad.
13 Porque juicio sin misericordia
será hecho a aquel que no hiciere
misericordia; y la misericordia
se gloría contra el juicio.
14 Hermanos míos, ¿qué aprove-
chará si alguno dice que tiene fe,
y no tiene obras? ¿Podrá tal fe
salvarle?
15 Si el hermano, o la hermana
están desnudos, o necesitados
del mantenimiento de cada día,
16 Y alguno de vosotros les dice:
Id en paz, calentaos, y hartaos,
empero no les diereis las cosas
que son necesarias para el cuer-
po, ¿qué *les* aprovechará?

17 Así también la fe, si no tuviere
obras, es muerta por sí misma.
18 Mas alguno dirá: Tú tienes fe,
y yo tengo obras; muéstrame tu
fe sin tus obras; y yo te mostraré
mi fe por mis obras.
19 Tú crees que hay un Dios:
haces bien: también los demo-
nios creen, y tiemblan.
20 ¿Mas, oh hombre vano, quie-
res saber, que la fe sin las obras
es muerta?
21 Abraham, nuestro padre, ¿no
fue justificado por las obras,
cuando hubo ofrecido a su hijo
Isaac sobre el altar?
22 ¿*No* ves que la fe obró con sus
obras, y *que* por las obras la fe
fue hecha perfecta?
23 Y la Escritura fue cumplida,
que dice: Abraham creyó a Dios,
y le fue imputado a justicia, y fue
llamado el Amigo de Dios.
24 Vosotros, pues, veis, que por
las obras es justificado el hom-
bre, y no solamente por la fe.
25 Semejantemente también
Rahab la ramera, ¿no fue justi-
ficada por obras, cuando recibió
los mensajeros, y *los* echó fuera
por otro camino?
26 Porque como el cuerpo sin es-
píritu está muerto, así también la
fe sin obras es muerta.

CAPÍTULO 3

HERMANOS míos, no os ha-
gáis muchos maestros, sa-
biendo que recibiremos mayor
condenación.
2 Porque todos ofendemos en
muchas cosas. Si alguno no ofen-
de en palabra, éste *es* varón per-
fecto, que también puede con
freno gobernar todo el cuerpo.
3 He aquí, nosotros ponemos fre-
nos en las bocas de los caballos
para que nos obedezcan, y go-
bernamos todo su cuerpo.
4 He aquí también las naves,
siendo tan grandes, y siendo
llevadas de impetuosos vientos,
son sin embargo gobernadas
con un muy pequeño gobernalle
por donde quiera que quisiere la
gana del que gobierna.
5 Semejantemente también la
lengua es un pequeñito miembro,
mas se gloría de grandes cosas.
He aquí, un pequeño fuego, ¡cuán
grande bosque enciende!
6 Y la lengua *es* un fuego, un
mundo de maldad. Así la lengua
está puesta entre nuestros miem-
bros, la cual contamina todo el
cuerpo, e inflama el curso de la
naturaleza; y es inflamada del
infierno.
7 Porque toda naturaleza de bes-
tias, y de aves, y de serpientes, y
de los del mar, se doma, y es do-
mada por la naturaleza humana;
8 Pero ningún hombre puede
domar la lengua: *es* un mal des-
frenado, llena de veneno mortal.
9 Con ella bendecimos a Dios, y
Padre, y con ella maldecimos a
los hombres, los cuales son he-
chos a la semejanza de Dios.
10 De una misma boca procede
bendición y maldición. Herma-
nos míos, no conviene que estas
cosas sean así hechas.
11 ¿Echa alguna fuente por un
mismo manantial *agua* dulce y
amarga?
12 Hermanos míos, ¿puede la
higuera producir aceitunas; o la
vid, higos? Así ninguna fuente
puede dar agua salada y dulce.
13 ¿Quién *es* sabio, y entendi-
do entre vosotros? muestre por
buena conducta sus obras en
mansedumbre de sabiduría.

14 Empero si tenéis envidia amar-
ga, y contención en vuestros co-
razones, no os gloriéis, ni seáis
mentirosos contra la verdad;
15 Esta sabiduría no es la que
desciende de lo alto, sino *que es*
terrena, sensual, y diabólica.
16 Porque donde *hay* envidia y
contención, allí *hay* confusión, y
toda obra perversa.
17 Mas la sabiduría que es de lo
alto, primeramente es pura, des-
pués pacífica, modesta, benigna,
llena de misericordia y de bue-
nos frutos, sin parcialidad y sin
hipocresía.
18 Y el fruto de justicia se siem-
bra en paz para aquellos que
hacen paz.

CAPÍTULO 4

¿DE dónde *vienen* las guerras, y
los pleitos entre vosotros? *¿no*
vienen de esto, a *saber*, de vues-
tras concupiscencias, las cuales
combaten en vuestros miembros?
2 Codiciáis, y no tenéis: matáis
y apetecéis tener, y no podéis al-
canzar: combatís y guerreáis, em-
pero no tenéis, porque no pedís.
3 Pedís, y no recibís; porque
pedís mal, para gastar*lo* en vues-
tras concupiscencias.
4 Adúlteros y adúlteras, ¿no sa-
béis que la amistad del mundo es
enemistad con Dios? Cualquiera,
pues, que quisiere ser amigo del
mundo, se constituye enemigo
de Dios.
5 ¿Pensáis que la Escritura dice
en vano: El espíritu que mora en
nosotros, codicia para envidia?
6 Mas él da mayor gracia. Por
esto él dice: Dios resiste a los so-
berbios, empero da gracia a los
humildes.
7 Sed pues sujetos a Dios: resis-
tid al diablo, y huirá de vosotros.
8 Acercaos a Dios, y él se acer-
cará a vosotros. Pecadores, lim-
piad *vuestras* manos; y *vosotros* de
doble ánimo, purificad *vuestros*
corazones.
9 Afligíos, y lamentad, y llorad.
Vuestra risa conviértase en lloro,
y *vuestro* gozo en tristeza.
10 Humillaos delante de la pre-
sencia del Señor, y él os ensal-
zará.
11 Hermanos, no digáis mal los
unos de los otros: el que dice mal
de *su* hermano, y juzga a su her-
mano, este tal dice mal de la ley,
y juzga a la ley; mas si tú juzgas
a la ley, no eres hacedor de la ley,
sino juez.
12 Uno es el dador de la ley, que
puede salvar, y destruir: ¿Quién
eres tú que juzgas a otro?
13 Ea ahora, vosotros los que
decís: Hoy o mañana iremos a tal
ciudad, y estaremos allá un año,
y compraremos y venderemos, y
ganaremos:
14 Por cuanto vosotros no sabéis
lo que *será* mañana. Porque, ¿qué
es vuestra vida? Ciertamente es
un vapor que se aparece por un
poco de tiempo, y después se
desvanece.
15 En lugar de lo cual *deberíais*
decir: Si el Señor quisiere, y si vi-
viéremos, haremos esto o aquello.
16 Mas ahora os jactáis en vues-
tras soberbias. Toda jactancia se-
mejante es maligna.
17 Así que, el que sabe hacer lo
bueno, y no *lo* hace, le es pecado.

CAPÍTULO 5

EA ya ahora, *vosotros* ricos,
llorad aullando por vuestras
miserias que vendrán sobre vo-
sotros.

2 Vuestras riquezas están podri-
das; y vuestras ropas están comi-
das de la polilla.
3 Vuestro oro y plata están gan-
grenados de orín, y el orín de
ellos será testimonio contra vo-
sotros, y comerá del todo vues-
tras carnes como fuego: Os ha-
béis allegado tesoro para en los
postreros días.
4 He aquí, el jornal de los obre-
ros que han segado vuestras tie-
rras, el cual por fraude no les ha
sido pagado de vosotros, clama;
y los clamores de los que habían
segado han entrado en los oídos
del Señor de Sabaot.
5 Habéis vivido en concupiscen-
cias sobre la tierra, y sido diso-
lutos, y habéis cebado vuestros
corazones como en un día de
matanza.
6 Habéis condenado *y* muerto al
justo, *y* él no os resiste.
7 Por tanto, hermanos, sed pa-
cientes hasta la venida del Señor.
He aquí, el labrador espera el
precioso fruto de la tierra, espe-
rando pacientemente, hasta que
reciba la lluvia temprana y tar-
día,
8 Sed pues también vosotros
pacientes, y confirmad vuestros
corazones; porque la venida del
Señor se acerca.
9 Hermanos, no gimáis unos con-
tra otros, porque no seáis conde-
nados: He aquí, el juez está de
pie delante de la puerta.
10 Hermanos míos, tomad por
ejemplo de sufrir aflicción, y de
paciencia a los profetas que han
hablado en el nombre del Señor.
11 He aquí, tenemos por bien-
aventurados a los que sufren. Vo-
sotros habéis oído de la pacien-
cia de Job, y habéis visto el fin
del Señor, que el Señor es muy
misericordioso y piadoso.
12 Empero, hermanos míos, ante
todas cosas no juréis, ni por el
cielo, ni por la tierra, ni por otro
cualquier juramento; mas vues-
tro sí, sea sí; y *vuestro* no, no; por-
que no caigáis en condenación.
13 ¿Está alguno entre vosotros
afligido? haga oración. ¿Está
alguno alegre entre vosotros?
cante salmos.
14 ¿Está alguno enfermo entre
vosotros? llame a los ancianos
de la iglesia, y oren sobre él, un-
giéndole con aceite en el nombre
del Señor;
15 Y la oración de fe salvará al
enfermo, y el Señor lo levantará;
y si hubiera cometido pecados, le
serán perdonados.
16 Confesaos *vuestras* faltas unos
a otros, y rogad los unos por los
otros, para que seáis sanos. La
oración ferviente y eficaz del
justo puede mucho.
17 Elías era hombre sujeto a se-
mejantes pasiones que nosotros,
y rogó fervientemente que no llo-
viese, y no llovió sobre la tierra
por tres años, y seis meses.
18 Y otra vez oró, y el cielo dio
lluvia, y la tierra produjo su fruto.
19 Hermanos, si alguno de entre
vosotros errare de la verdad, y
alguno le convirtiere,
20 Sepa que el que hubiere hecho
convertir al pecador del error de
su camino, salvará un alma de
muerte, y cubrirá multitud de
pecados.

La Primera Epístola General de
PEDRO

CAPÍTULO 1

PEDRO, apóstol de Jesu Cristo,
a los extranjeros que están es-
parcidos en Ponto, en Galacia, en
Capadocia, en Asia, y en Bitinia:
2 Elegidos según la presciencia
de Dios Padre, en santificación
del Espíritu, para obedecer, y ser
rociados con la sangre de Jesu
Cristo: Gracia y paz os sea mul-
tiplicada.
3 Bendito *sea* el Dios y Padre de
nuestro Señor Jesu Cristo, el cual
según su grande misericordia
nos ha reengendrado en esperan-
za viva, por la resurrección de
Jesu Cristo de entre los muertos:
4 Para una herencia incorrupti-
ble, no contaminada, y que no se
marchita, reservada en el cielo
para vosotros,
5 Que sois guardados por el poder
de Dios por fe, para la salvación
que está aparejada para ser reve-
lada en el postrimero tiempo.
6 En lo cual vosotros os rego-
cijáis grandemente, estando al
presente un poco de tiempo, si
es necesario, afligidos en diver-
sas tentaciones.
7 Para que la prueba de vuestra
fe, mucho más preciosa que el
oro, el cual perece, aunque sea
probado con fuego, sea hallada
en alabanza y gloria y honra en
la revelación de Jesu Cristo:
8 Al cual no habiendo visto, *le*
amáis: en el cual creyendo, aun-
que al presente no *le* veáis, os
alegráis con gozo inefable y lleno
de gloria;
9 Recibiendo el fin de vuestra fe,
que es, la salvación de vuestras
almas.
10 De la cual salvación los profe-
tas (que profetizaron de la gra-
cia *que había de venir* en vosotros)
han inquirido, y diligentemente
buscado:
11 Escudriñando cuándo, y en
qué punto de tiempo significaba
el Espíritu de Cristo que estaba
en ellos: el cual antes daba tes-
timonio de las aflicciones que
habían de venir a Cristo, y las
glorias después de ellas:
12 A los cuales fue revelado, que
no para sí mismos, sino para no-
sotros administraban las cosas,
que ahora os son anunciadas
de los que os han predicado el
evangelio, por el Espíritu Santo
enviado del cielo; en las cuales
cosas desean mirar los ángeles.
13 Por lo cual ceñid los lomos de
vuestra mente, sed sobrios, y es-
perad perfectamente hasta el fin
aquella gracia que os ha de traer
en la revelación de Jesu Cristo.
14 Como hijos obedientes, no
conformándoos con las concu-
piscencias que antes teníais es-
tando en vuestra ignorancia;
15 Mas como aquel que os ha lla-
mado es santo, semejantemente
también vosotros sed santos en
toda manera de vivir;
16 Porque escrito está: Sed san-
tos, porque yo soy santo.
17 Y si invocáis al Padre, que
sin acepción de personas juzga
según la obra de cada uno, con-
versad en temor todo el tiempo
de vuestra peregrinación:

18 Sabiendo que fuisteis redimidos
de vuestra vana manera de vivir,
la cual recibisteis por tradición de
vuestros padres, no con cosas co-
rruptibles, *como* oro o plata;
19 Sino con la sangre preciosa de
Cristo, como de un cordero sin
mancha, y sin contaminación:
20 Ya preordinado ciertamente
desde antes de la fundación del
mundo, pero manifestado en los
postrimeros tiempos por amor de
vosotros.
21 Que por él creéis en Dios, el
cual le resucitó de los muertos, y
le ha dado gloria, para que vues-
tra fe y esperanza sea en Dios:
22 Habiendo purificado vues-
tras almas en la obediencia de la
verdad, por el Espíritu, para un
amor hermanable, sin fingimien-
to amaos unos a otros ferviente-
mente de corazón puro:
23 Siendo renacidos, no de si-
miente corruptible, sino de inco-
rruptible, por la palabra de Dios,
que vive y permanece por siempre.
24 Porque toda carne *es* como
hierba, y toda la gloria del hom-
bre como la flor de la hierba. La
hierba se seca, y la flor se cae;
25 Mas la palabra del Señor per-
manece por siempre: Y ésta es la
palabra que por el evangelio os
ha sido predicada.

CAPÍTULO 2

POR lo que desechando toda
malicia, y todo engaño, y
fingimientos, y envidias, y toda
suerte de maledicencias,
2 Como niños recién nacidos, de-
sead ardientemente la leche no
adulterada de la palabra, para
que por ella crezcáis:
3 Si empero habéis gustado que
el Señor *es* benigno.
4 Al cual allegándoos, *como a la*
piedra viva, reprobada cierto de
los hombres, empero escogida de
Dios, y preciosa,
5 Vosotros también, como pie-
dras vivas, sois edificados una
casa espiritual, un sacerdocio
santo, para ofrecer sacrificios es-
pirituales, agradables a Dios por
medio de Jesu Cristo.
6 Por lo cual también contiene la
Escritura: He aquí, yo pongo en
Sión la principal piedra del án-
gulo, escogida, preciosa; y el que
creyere en él no será confundido.
7 Para vosotros pues que creéis *él*
es precioso; mas para los desobe-
dientes, la piedra que los edifica-
dores reprobaron, ésta fue hecha
la cabeza del ángulo,
8 Y piedra de tropiezo, y roca de
escándalo, *a aquellos* que tropie-
zan en la palabra, siendo desobe-
dientes; a lo que también fueron
ordenados.
9 Mas vosotros *sois* el linaje esco-
gido, el real sacerdocio, nación
santa, pueblo peculiar, para que
anunciéis las virtudes de aquel
que os ha llamado de las tinie-
blas a su luz maravillosa:
10 Vosotros, que en el tiempo pa-
sado no *erais* pueblo, mas ahora
sois pueblo de Dios, que no ha-
bíais alcanzado misericordia,
mas ahora habéis ya alcanzado
misericordia.
11 Amados, yo *os* ruego, como a
extranjeros y peregrinos, que os
abstengáis de las concupiscen-
cias carnales, que batallan con-
tra el alma,
12 Teniendo vuestra manera de
vivir honesta entre los Gentiles;
para que, en lo que ellos murmu-
ran de vosotros como de malhe-
chores, glorifiquen a Dios en el

día de la visitación, estimándoos
por las buenas obras.
13 Sed pues sujetos a toda ordenanza humana por causa del Señor: ahora sea a rey, como a superior:
14 O a los gobernadores, como enviados por él, para castigo de los malhechores, y para loor de los que hacen bien.
15 Porque ésta es la voluntad de Dios, que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos:
16 Como libres, y no como teniendo la libertad por cobertura de malicia, sino como siervos de Dios.
17 Honrad a todos. Amad la hermandad. Temed a Dios. Honrad al rey.
18 Siervos, sed sujetos con todo temor a vuestros señores; no solamente a los buenos y humanos, mas aun también a los rigurosos.
19 Porque esto *es* agradable, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias, padeciendo injustamente.
20 Porque ¿qué gloria *es*, si pecando vosotros sois abofeteados, y *lo* sufrís? empero si haciendo bien, sois afligidos, y lo sufrís, esto *es cierto* agradable delante de Dios.
21 Porque para esto fuisteis llamados, pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas.
22 El cual no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca:
23 El cual, cuando le maldecían, no tornaba a maldecir; y cuando padecía, no amenazaba; sino *que* remitía *su causa* al que juzga justamente.
24 El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos a los pecados, vivamos a la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados.
25 Porque vosotros erais como ovejas descarriadas; mas ahora habéis vuelto al Pastor, y Obispo de vuestras almas.

CAPÍTULO 3

ASIMISMO, vosotras mujeres, sed sujetas a vuestros propios maridos; para que, si algunos no obedecen la palabra, sean también ganados sin palabra por la conducta de las mujeres:
2 Considerando vuestra casta conducta, *que es* en temor.
3 El adorno de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas;
4 Sino el hombre encubierto del corazón en el *adorno* incorruptible de un espíritu manso y quieto, lo cual es de grande estima delante de Dios.
5 Porque así también se ataviaban en el tiempo antiguo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus propios maridos:
6 Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor: de la cual vosotras sois hechas hijas, haciendo bien, y no siendo espantadas de ningún pavor.
7 Vosotros maridos semejantemente morad con *ellas* según conocimiento, dando honor a la esposa, como a vaso más débil, y como a herederas juntamente de la gracia de vida; para que vuestras oraciones no sean cortadas.
8 Y finalmente *sed* todos de una misma mente, compasivos,

amándoos hermanablemente,
misericordiosos, amigables,
9 No volviendo mal por mal, ni
maldición por maldición, sino
antes por el contrario, bendiciendo: sabiendo que para esto vosotros fuisteis llamados, para que
poseáis en herencia bendición.
10 Porque el que quiere amar la
vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios
no hablen engaño.
11Apártese del mal, y haga bien:
busque la paz, y sígala.
12 Porque los ojos del Señor *están*
sobre los justos, y sus oídos *atentos* a sus oraciones: el rostro del
Señor está contra aquellos que
hacen mal.
13 ¿Y quién es aquel que os podrá
dañar, si vosotros seguís el bien?
14 Mas también si alguna cosa
padecéis por la justicia, *sois* bienaventurados, por tanto no temáis
por el temor de aquellos, y no
seáis turbados;
15 Mas santificad al Señor Dios
en vuestros corazones y *estad*
siempre aparejados para responder a cada uno que os demanda
razón de la esperanza que está
en vosotros; con mansedumbre
y temor;
16 Teniendo buena conciencia,
para que, en lo que dicen mal de
vosotros, como de malhechores,
sean confundidos los que calumnian vuestra buena conducta en
Cristo.
17 Porque mejor es que padezcáis haciendo bien, si la voluntad
de Dios así lo quiere, que haciendo mal.
18 Porque también Cristo padeció una vez por los pecados, el
justo por los injustos, para que él
nos llevase a Dios, siendo ciertamente muerto en la carne, pero
vivificado por el Espíritu.
19 En el cual también fue, y predicó a los espíritus en prisión:
20 Los cuales en el tiempo pasado fueron desobedientes, cuando
una vez se esperaba la paciencia de Dios, en los días de Noé,
cuando se aparejaba el arca, en
la cual pocas, es a saber, ocho
almas, fueron salvas por agua.
21 A la figura de la cual el bautismo, que ahora corresponde, nos
salva por la resurrección de Jesu
Cristo (no quitando las inmundicias de la carne, mas dando
testimonio de buena conciencia
delante de Dios,)
22 El cual, habiendo subido al
cielo, está a la diestra de Dios: a
quien están sujetos los ángeles, y
las autoridades, y poderes.

CAPÍTULO 4

PUES que Cristo ha padecido
por nosotros en la carne, vosotros también estad armados
con la misma mente: que el que
ha padecido en la carne, cesó de
pecado;
2 Para que ya el tiempo que le
queda en carne, viva, no a las
concupiscencias de los hombres,
sino a la voluntad de Dios.
3 Porque nos debe bastar que el
tiempo pasado de *nuestra* vida
hayamos hecho la voluntad de
los Gentiles, cuando andábamos
en lascivias, concupiscencias,
embriagueces, glotonerías, banquetes, y abominables idolatrías.
4 En lo cual les parece cosa extraña de que vosotros no corráis
con *ellos* en el mismo desenfrenamiento de disolución, ultrajándoos:
5 Los cuales darán cuenta al que

está aparejado para juzgar los
vivos y los muertos.
6 Porque por esto ha sido predi-
cado también el evangelio a los
muertos; para que sean juzgados
según los hombres en la carne,
mas vivan según Dios en el es-
píritu.
7 Mas el fin de todas las cosas
está cerca. Sed pues sobrios, y
velad en oración.
8 Y sobre todo tened entre vo-
sotros ferviente caridad; porque
la caridad cubrirá la multitud de
pecados.
9 Hospedaos los unos a los otros
sin murmuraciones.
10 Cada uno según el don que ha
recibido, adminístrelo a los otros,
como buenos mayordomos de la
multiforme gracia de Dios.
11 Si alguno habla, *hable* confor-
me a los oráculos de Dios: si al-
guno ministra, *ministre* conforme
a la virtud que Dios da: para que
en todas cosas sea Dios glorifica-
do por Jesu Cristo, al cual es la
gloria, y el imperio por siempre
jamás. Amén.
12 Carísimos, no os maravilléis
cuando sois probados por fuego,
lo cual se hace para vuestra prue-
ba, como si alguna cosa peregri-
na os aconteciese;
13 Mas antes, en que sois partici-
pantes de las aflicciones de Cris-
to, regocijaos; para que también
en la revelación de su gloria os
regocijéis de gran gozo.
14 Si sois vituperados por el
nombre de Cristo, *sois* bienaven-
turados; porque el espíritu de
gloria, y de Dios reposa sobre
vosotros. Cierto según ellos él es
blasfemado, mas según vosotros
es glorificado.
15 Así que, ninguno de vosotros
padezca como homicida, o la-
drón, o malhechor, o por meter-
se en negocios ajenos.
16 Pero si *alguno padece* como
Cristiano, no se avergüence,
antes glorifique a Dios en esta
parte.
17 Porque ya *es* tiempo que el jui-
cio comience por la casa de Dios;
y si primero *comienza* por noso-
tros, ¿qué fin *será* el de aquellos
que no obedecen al evangelio de
Dios?
18 Y si el justo es dificultosamen-
te salvo, ¿a dónde aparecerá el
ímpio, y el pecador?
19 Y por eso los que padecen
según la voluntad de Dios, enco-
miéndenle sus almas, como a fiel
Creador, haciendo bien.

CAPÍTULO 5

YO exhorto a los ancianos que
están entre vosotros, (yo an-
ciano también con ellos, y tes-
tigo de las aflicciones de Cristo,
que soy también participante de
la gloria que ha de ser revelada:)
2 Apacentad el rebaño de Dios
que está entre vosotros, teniendo
cuidado de él, no por fuerza, mas
voluntariamente: no por ganan-
cia deshonesta, sino de un ánimo
pronto;
3 Y no como teniendo señorío
sobre la herencia *de Dios*, sino de
tal manera que seáis dechados
del rebaño.
4 Y cuando apareciere el Prínci-
pe de los pastores, vosotros reci-
biréis la corona inmarcesible de
gloria.
5 Semejantemente *vosotros* los
mancebos, sed sujetos a los an-
cianos, de tal manera que seáis
todos sujetos uno a otro. Vestíos
de humildad; porque Dios resiste

a los soberbios, y da gracia a los humildes.
6 Humillaos pues debajo de la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce cuando fuere tiempo:
7 Echando toda vuestra congoja en él; porque él tiene cuidado de vosotros.
8 Sed templados, y velad; porque vuestro adversario el diablo anda como león rugiendo en derredor, buscando a quien devore:
9 Al cual resistid firmes en la fe sabiendo que las mismas aflicciones han de ser cumplidas en la compañía de vuestros hermanos que están en el mundo.
10 Mas el Dios de toda gracia, que nos ha llamado a su gloria eterna por Cristo Jesús, después que hubiereis un poco de tiempo padecido, él mismo os perfeccione, confirme, fortalezca, y establezca:
11 A él *sea* la gloria, y el imperio por siempre jamás. Amén.
12 Por Silvano que os es (según yo pienso) hermano fiel, os he escrito brevemente, exhortándoos, y testificándo*os*, que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual vosotros estáis firmes.
13 La iglesia que *está* en Babilonia, juntamente elegida con *vosotros*, os saluda, y Marcos mi hijo.
14 Saludaos unos a otros con beso de caridad. Paz a vosotros todos, los que *estáis* en Cristo Jesús. Amén.

La Segunda Epístola General de

PEDRO

CAPÍTULO 1

SIMÓN Pedro, siervo y após-
tol de Jesu Cristo, a los que
habéis alcanzado fe igualmente
preciosa con nosotros por la jus-
ticia de nuestro Dios y Salvador
Jesu Cristo.
2 Gracia y paz os sean multipli-
cadas en el conocimiento de Dios,
y de Jesús nuestro Señor:
3 Como todas las cosas que *per-
tenecen* a la vida y a la piedad,
nos han sido dadas de su divino
poder, por el conocimiento de
aquel que nos ha llamado por
gloria y virtud,
4 Por las cuales nos son dadas
grandísimas y preciosas prome-
sas; para que por ellas fueseis
hechos participantes de la natu-
raleza divina, habiendo escapa-
do de la corrupción que *está* en el
mundo por concupiscencia.
5 Vosotros también, poniendo
toda diligencia en esto mismo,
añadid a vuestra fe virtud; y a la
virtud conocimiento;
6 Y al conocimiento templanza, y
a la templanza paciencia; y a la
paciencia piedad;
7 Y a la piedad amor hermanable,
y al amor hermanable caridad.
8 Porque si en vosotros hay estas
cosas, y abundan, no os dejarán
estar ociosos, ni estériles en el
conocimiento de nuestro Señor
Jesu Cristo.
9 Empero el que no tiene estas
cosas es ciego, y no puede ver de
lejos, estando olvidado de la puri-
ficación de sus antiguos pecados.
10 Por lo cual, hermanos, tanto
más procurad de hacer firme
vuestra vocación y elección; por-
que haciendo estas cosas, no cae-
réis jamás.
11 Porque de esta manera os será
abundantemente administrada
la entrada en el reino eterno de
nuestro Señor y Salvador Jesu
Cristo.
12 Por lo cual yo no dejaré de re-
cordaros siempre de estas cosas,
aunque vosotros *las* sepáis, y es-
téis confirmados en la verdad
presente.
13 Porque tengo por justo, en
tanto que estoy en este taberná-
culo, de incitaros por medio de
recordamientos:
14 Sabiendo que en breve tengo
que dejar *este* mi tabernáculo,
como nuestro Señor Jesu Cristo
me ha declarado.
15 También yo procuraré con di-
ligencia, que después de mi falle-
cimiento vosotros podáis tener
siempre memoria de estas cosas.
16 Porque nosotros no os habe-
mos dado a conocer el poder y
la venida de nuestro Señor Jesu
Cristo, siguiendo fábulas por arte
compuestas; sino como habiendo
con nuestros propios ojos visto
su majestad.
17 Porque él había recibido de
Dios Padre honra y gloria, cuan-
do una tal voz fue a él enviada
de la magnífica gloria: Éste es el
amado Hijo mío, en el cual yo
me he agradado.
18 Y nosotros oímos esta voz en-
viada del cielo, cuando estába-
mos con él en el monte santo.

19 Tenemos también la palabra
profética más firme: a la cual ha-
céis bien de estar atentos como a
una luz que alumbra en un lugar
oscuro, hasta que el día escla-
rezca, y la estrella de la mañana
salga en vuestros corazones:
20 Sabiendo primero esto, que
ninguna profecía de la Escritura
es de privada interpretación.
21 Porque la profecía no vino en
los tiempos pasados por volun-
tad de hombre: mas los santos
hombres de Dios hablaron, sien-
do movidos por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO 2

EMPERO hubo también falsos
profetas entre el pueblo, así
como habrá entre vosotros fal-
sos maestros, que introducirán
encubiertamente herejías de per-
dición, y aun negando al Señor
que los compró, trayendo sobre
sí mismos acelerada perdición.
2 Y muchos seguirán sus perdi-
ciones: por los cuales el camino
de la verdad será blasfemado;
3 Y por avaricia harán merca-
dería de vosotros con palabras
fingidas: sobre los cuales la con-
denación ya de largo tiempo no se
tarda, y su perdición no se duerme.
4 Porque si no perdonó Dios a los
ángeles que pecaron, mas antes
habiéndo*los* despeñado en el in-
fierno con cadenas de oscuridad,
los entregó para ser reservados al
juicio;
5 Y no perdonó al mundo viejo,
mas antes preservó a Noé, la oc-
tava *persona*, predicador de justi-
cia, y trayendo el diluvio sobre el
mundo de malvados;
6 Y *si* condenó por destrucción
las ciudades de Sodoma, y de
Gomorra, tornándolas en ceniza,
y poniéndo*las* por ejemplo a los
que habían de vivir impíamente;
7 Y libró al justo Lot, afligido por
la nefanda conducta de aquellos
malvados:
8 (Porque aquel hombre justo
morando entre ellos, por lo que
veía y oía, afligía su alma justa
todos los días con los hechos ilí-
citos de ellos;)
9 Sabe el Señor librar de tenta-
ción a los piadosos, y reservar a
los injustos para ser atormenta-
dos en el día del juicio:
10 Y principalmente a aquellos
que, siguiendo la carne, andan
en concupiscencia de inmundi-
cia, y desprecian las autoridades:
atrevidos, contumaces, que no
temen de decir mal de las digni-
dades:
11 Como quiera que los ángeles,
que son mayores en fuerza y en
potencia, no pronuncian juicio
de maldición contra ellas delan-
te del Señor.
12 Mas éstos diciendo mal de las
cosas que no entienden, como
bestias brutas, que naturalmente
son hechas para presa y destruc-
ción, perecerán enteramente en
su propia corrupción,
13 Y recibirán el galardón de *su*
injusticia, *como* los que reputan
por placer los deleites del día:
Éstos son suciedades y manchas,
los cuales comiendo con voso-
tros, juntamente se recrean en
sus propios errores:
14 Teniendo los ojos llenos de
adulterio, y no saben cesar de
pecar: cebando las almas incons-
tantes, teniendo el corazón ejer-
citado en codicias, *siendo* hijos de
maldición:
15 Que dejando el camino dere-
cho han errado, habiendo segui-

do el camino de Balaam, *el hijo*
de Bosor, el cual amó el premio
de la maldad;
16 Mas fue reprendido por su
misma transgresión: la muda
asna, hablando en voz de hom-
bre, refrenó la locura del profeta.
17 Éstos son fuentes sin agua,
nubes traídas de torbellino de
viento; para los cuales está guar-
dada eternamente la oscuridad
de las tinieblas.
18 Porque hablando arrogantes
palabras de vanidad, ceban con
las concupiscencias de la carne
en disoluciones a los que verda-
deramente habían huido de los
que viven en error:
19 Prometiéndoles libertad, sien-
do ellos mismos siervos de co-
rrupción. Porque el que es de
alguno vencido, es sujeto a la
servidumbre del que le venció.
20 Porque si habiéndose ellos
apartado de las contaminaciones
del mundo, por el conocimiento
del Señor y Salvador Jesu Cris-
to, y otra vez envolviéndose en
ellas, son vencidos, sus postrime-
rías les son hechas peores que los
principios.
21 Porque mejor les hubiera sido
no haber conocido el camino de
la justicia, que, después de ha-
ber*lo* conocido, tornarse atrás del
santo mandamiento que les fue
dado.
22 Pero les ha acontecido lo del
verdadero proverbio: El perro se
volvió a su propio vómito, y la
puerca lavada a revolcarse en el
cieno.

CAPÍTULO 3

CARÍSIMOS, yo os escribo
ahora esta segunda carta, en
las cuales por recordaros, des-
pierto vuestras mentes puras:
2 Para que tengáis memoria de
las palabras que antes han sido
dichas por los santos profetas, y
del mandamiento de nosotros los
apóstoles del Señor y Salvador:
3 Sabiendo primero esto, que
en los postrimeros días vendrán
burladores, andando según sus
propias concupiscencias,
4 Y diciendo: ¿Dónde está la pro-
mesa del advenimiento de él?
Porque desde *el* día *en* que los
padres se durmieron, todas las
cosas perseveran *así* como desde
el principio de la creación.
5 Porque ellos ignoran esto vo-
luntariamente, que por la pala-
bra de Dios, los cielos fueron en
el tiempo antiguo, y la tierra que
por agua y en agua subsiste:
6 Por lo cual el mundo de enton-
ces pereció anegado por agua.
7 Empero los cielos que son
ahora, y la tierra, son conserva-
dos por la misma palabra, guar-
dados para el fuego en el día del
juicio, y de la perdición de los
hombres impíos.
8 Mas, amados, no ignoréis esta
una cosa, que un día delante del
Señor *es* como mil años, y mil
años como un día.
9 El Señor no tarda su promesa,
como algunos la tienen por tar-
danza; empero es paciente para
con nosotros, no queriendo que
ninguno perezca, sino que todos
vengan al arrepentimiento.
10 Mas el día del Señor vendrá
como ladrón en la noche; en el
cual los cielos pasarán con gran-
de estruendo, y los elementos
ardiendo serán deshechos, y la
tierra y las obras que hay en ella
serán enteramente quemadas.
11 Pues, como todas estas cosas

han de ser deshechas, ¿qué tales
conviene que vosotros seáis en
santa y piadosa manera de vivir,
12 Esperando, y apresurándoos
para el advenimiento del día de
Dios, en el cual los cielos siendo
encendidos, serán deshechos, y
los elementos siendo abrasados,
se fundirán?
13 Pero esperamos cielos nuevos,
y tierra nueva, según su promesa,
en los cuales mora la justicia.
14 Por lo cual, amados, estando
en esperanza de estas cosas, pro-
curad con diligencia que seáis de
él hallados sin mácula, y sin re-
prensión, en paz.
15 Y tened por salvación la larga
paciencia de nuestro Señor, *así*
como también nuestro amado
hermano Pablo, según la sabi-
duría que le ha sido dada, os ha
escrito;
16 Como también en todas *sus*
epístolas hablando en ellas de
estas cosas; entre las cuales hay
algunas difíciles de entender, las
cuales los indoctos e inconstan-
tes tuercen, como también las
otras Escrituras, para perdición
de sí mismos.
17 Así que vosotros, amados, sa-
biendo de antemano *estas cosas*,
guardaos que por el error de
los abominables no seáis junta-
mente extraviados, y caigáis de
vuestra propia firmeza.
18 Mas creced en la gracia, y
en el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesu Cristo. A
él *sea* gloria ahora, y por siem-
pre. Amén.

La Primera Epístola General de
JUAN

CAPÍTULO 1
LO que era desde el principio,
lo que hemos oído, lo que
hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos mirado, y nuestras
manos han tocado, de la Palabra
de vida:
2 (Porque la vida fue manifes-
tada; y *la* hemos visto, y testifi-
camos, y os anunciamos la vida
eterna, la cual era con el Padre, y
se nos ha manifestado:)
3 Lo que hemos visto y oído, eso
os anunciamos para que también
vosotros tengáis comunión con
nosotros, y nuestra comunión
verdaderamente *es* con el Padre,
y con su Hijo Jesu Cristo.
4 Y estas cosas os escribimos, para
que vuestro gozo sea cumplido.
5 Pues este es el mensaje que
hemos oído de él, y os anuncia-
mos a vosotros: Que Dios es luz,
y no hay ningunas tinieblas en él.
6 Si nosotros dijéremos que te-
nemos comunión con él, y anda-
mos en tinieblas, mentimos, y no
hacemos la verdad.
7 Mas si andamos en la luz, como
él está en la luz, tenemos comu-
nión los unos con los otros, y la
sangre de Jesu Cristo su Hijo nos
purifica de todo pecado.
8 Si dijéremos que no tenemos
pecado, engañámonos a nosotros
mismos, y no hay verdad en no-
sotros.
9 Si confesamos nuestros peca-
dos, él es fiel y justo para que
nos perdone *nuestros* pecados, y
nos limpie de toda maldad.
10 Si dijéremos que no hemos pe-
cado, le hacemos a él mentiroso,
y su palabra no está en nosotros.

CAPÍTULO 2
HIJITOS míos, estas cosas os
escribo, para que no pe-
quéis; y si alguno hubiere pecado,
un abogado tenemos para con el
Padre, *a* Jesu Cristo el justo:
2 Y él es la propiciación por nues-
tros pecados; y no solamente por
los nuestros, mas también por *los
de* todo el mundo.
3 Y por esto sabemos que noso-
tros le conocemos, si guardamos
sus mandamientos.
4 El que dice: Yo le conozco, y
no guarda sus mandamientos, *el
tal* es mentiroso, y no hay verdad
en él.
5 Mas el que guarda su palabra,
el amor de Dios es verdadera-
mente perfecto en él: por esto
sabemos que estamos en él.
6 El que dice que permanece en
él, debe andar como él anduvo.
7 Hermanos, no os escribo un
mandamiento nuevo, sino el
mandamiento antiguo, que ha-
béis tenido desde el principio:
el mandamiento antiguo es la
palabra que habéis oído desde el
principio.
8 Otra vez os escribo un manda-
miento nuevo, que es la verdad
en él y en vosotros; porque las
tinieblas son pasadas, y la verda-
dera luz ya alumbra.
9 El que dice que está en la luz, y
aborrece a su hermano, aun está
en tinieblas todavía.
10 El que ama a su herma-

no, permanece en la luz, y no
hay ocasión de tropiezo en él.
11 Empero el que aborrece a su
hermano, está en tinieblas, y
anda en tinieblas, y no sabe a
donde se va; porque las tinieblas
le han cegado los ojos.
12 Os escribo a vosotros, hijitos,
porque vuestros pecados os son
perdonados por su nombre.
13 Os escribo a vosotros, pa-
dres, porque habéis conocido a
aquel que es desde el principio.
Os escribo a vosotros, mancebos,
porque habéis vencido al malig-
no. Os escribo a vosotros hijitos,
porque habéis conocido al Padre.
14 Os he escrito a vosotros, pa-
dres, porque habéis conocido
al que es desde el principio. Os
he escrito a vosotros, mancebos,
porque sois fuertes, y la palabra
de Dios permanece en vosotros,
y habéis vencido al maligno.
15 No améis al mundo, ni las
cosas que están en el mundo. Si
alguno ama al mundo, el amor
del Padre no está en él.
16 Porque todo lo que hay en el
mundo, la concupiscencia de la
carne, y la concupiscencia de los
ojos, y la soberbia de la vida, no
es del Padre, mas es del mundo.
17 Y el mundo se pasa, y su con-
cupiscencia; mas el que hace la
voluntad de Dios, permanece por
siempre.
18 Hijitos, ya es la postrera hora;
y como vosotros habéis oído que
el anticristo ha de venir, así tam-
bién al presente han comenzado
a ser muchos anticristos, por lo
cual sabemos que ya es la postri-
mera hora.
19 Ellos salieron de nosotros,
mas no eran de nosotros; porque
si fueran de nosotros, hubieran
cierto permanecido con nosotros;
empero *salieron* para que se ma-
nifestase que todos no son de no-
sotros.
20 Mas vosotros tenéis la unción
del Santo, y conocéis todas las
cosas.
21 No os he escrito, como si ig-
noraseis la verdad, mas como a
los que la conocéis, y que ningu-
na mentira es de la verdad.
22 ¿Quién es mentiroso, sino el
que niega que Jesús es el Cristo?
Éste es anticristo, que niega al
Padre, y al Hijo.
23 Cualquiera que niega al Hijo,
este tal tampoco tiene al Padre.
Así cualquiera que confiesa al
Hijo, tiene también al Padre.
24 Pues lo que habéis oído desde
el principio, sea permanecien-
te en vosotros; Si lo que habéis
oído desde el principio fuere per-
maneciente en vosotros, también
vosotros permaneceréis en el
Hijo, y en el Padre.
25 Y ésta es la promesa, la cual él
nos prometió, vida eterna.
26 Estas cosas os he escrito to-
cante a los que os engañan.
27 Empero la unción que voso-
tros habéis recibido de él perma-
nece en vosotros; y no tenéis ne-
cesidad que ninguno os enseñe:
mas como la unción misma os
enseña de todas cosas, y es ver-
dad, y no es mentira, así como él
os ha enseñado, permaneceréis
vosotros en él.
28 Y ahora, hijitos, permaneced
en él; para que cuando él apare-
ciere, tengamos confianza, y no
seamos avergonzados ante él en
su venida.
29 Si sabéis que él es justo, sabed
también que cualquiera que hace
justicia, es nacido de él.

CAPÍTULO 3

MIRAD cuál amor nos ha
dado el Padre, que seamos
llamados hijos de Dios: por esto
el mundo no nos conoce, porque
no le conoció a él.
2 Muy amados, ahora nosotros
somos hijos de Dios, y aún no es
manifestado lo que hemos de ser:
empero sabemos que cuando él
apareciere, seremos semejantes
a él porque le veremos como él
es.
3 Y cualquiera que tiene esta
esperanza en él se purifica a sí
mismo, como él es puro.
4 Cualquiera que hace pecado,
transgrede también la ley; por-
que el pecado es la transgresión
de la ley.
5 Y vosotros sabéis que él apare-
ció para quitar nuestros pecados,
y no hay pecado en él.
6 Cualquiera que permanece en
él, no peca: cualquiera que peca,
no le ha visto, ni le ha conocido.
7 Hijitos, ninguno os engañe: el
que hace justicia es justo, como
él también es justo.
8 El que hace pecado, es del dia-
blo; porque el diablo peca desde
el principio. Para esto apareció
el Hijo de Dios, para que destru-
ya las obras del diablo.
9 Cualquiera que es nacido de
Dios, no hace pecado; porque su
simiente mora en él; y no puede
pecar, porque es nacido de Dios.
10 En esto son manifiestos los
hijos de Dios, y los hijos del dia-
blo: cualquiera que no hace jus-
ticia, y que no ama a su hermano,
no es de Dios.
11 Porque este es el mensaje que
habéis oído desde el principio,
que nos amemos unos a otros:
12 No como Caín, *que* era del ma-
ligno, y mató a su hermano. ¿Y
por qué causa lo mató? Porque
sus obras eran malas, y las de su
hermano eran justas.
13 Hermanos míos, no os maravi-
lléis si el mundo os aborrece.
14 Nosotros sabemos que somos
pasados de muerte a vida, en que
amamos a los hermanos. El que
no ama a *su* hermano, permane-
ce en muerte.
15 Cualquiera que aborrece a su
hermano, es homicida; y sabéis
que ningún homicida tiene vida
eterna permaneciendo en sí.
16 En esto hemos conocido el
amor *de Dios*, en que él puso su
vida por nosotros; y nosotros de-
bemos poner *nuestras* vidas por
los hermanos.
17 Mas el que tuviere bienes de
este mundo, y viere a su herma-
no tener necesidad, y le cerra-
re sus entrañas, ¿cómo mora el
amor de Dios en él?
18 Hijitos míos, no amemos de
palabra, ni de lengua; sino en
obra y verdad:
19 Y en esto conocemos que no-
sotros somos de la verdad, y ase-
guraremos nuestros corazones
delante de él.
20 Porque si nuestro corazón
nos condena, mayor es Dios que
nuestro corazón, y conoce todas
las cosas.
21 Carísimos, si nuestro corazón
no nos condena, confianza tene-
mos en Dios;
22 Y cualquiera cosa que pidiére-
mos, la recibiremos de él; porque
guardamos sus mandamientos, y
hacemos las cosas que son agra-
dables delante de él.
23 Y este es su mandamiento:
Que creamos en el nombre de
su Hijo Jesu Cristo, y nos ame-

mos unos a otros, como nos lo ha
mandado.
24 Y el que guarda sus manda-
mientos, permanece en él, y él
en él. Y en esto sabemos que él
permanece en nosotros, por el
Espíritu que nos ha dado.

CAPÍTULO 4

AMADOS, no creáis a todo
espíritu; sino probad los
espíritus si son de Dios. Porque
muchos falsos profetas son sali-
dos en el mundo.
2 En esto conoced el Espíritu de
Dios: Todo espíritu que confie-
sa que Jesu Cristo es venido en
carne, es de Dios;
3 Y todo espíritu que no confiesa
que Jesu Cristo es venido en carne,
no es de Dios; y este tal *espíritu* es
espíritu del anticristo, del cual vo-
sotros habéis oído que ha de venir,
y que ahora ya está en el mundo.
4 Hijitos, vosotros sois de Dios,
y los habéis vencido; porque el
que en vosotros está, es mayor
que el que está en el mundo.
5 Ellos son del mundo, por eso
hablan del mundo, y el mundo
los oye.
6 Nosotros somos de Dios: el que
conoce a Dios, nos oye: el que no
es de Dios, no nos oye. Por esto
conocemos el espíritu de verdad,
y el espíritu de error.
7 Carísimos, amémonos unos a
otros; porque el amor es de Dios.
Y cualquiera que ama, es nacido
de Dios, y conoce a Dios.
8 El que no ama, no conoce a
Dios; porque Dios es amor.
9 En esto se mostró el amor de
Dios en nosotros, en que Dios
envió su Hijo unigénito al mundo,
para que vivamos por él.
10 En esto consiste el amor, no
que nosotros hayamos amado a
Dios, sino que él nos amó a noso-
tros, y envió a su Hijo *para ser* pro-
piciación por nuestros pecados.
11 Amados, si Dios así nos ha
amado, debemos también noso-
tros amarnos los unos a los otros.
12 Ninguno vio jamás a Dios. Si
nos amamos los unos a los otros,
Dios mora en nosotros, y su amor
es perfecto en nosotros.
13 En esto conocemos que mora-
mos en él, y él en nosotros, en
que nos ha dado de su Espíritu.
14 Y nosotros hemos visto, y tes-
tificamos que el Padre ha envia-
do al Hijo *para ser* Salvador del
mundo.
15 Cualquiera que confesare que
Jesús es el Hijo de Dios, Dios
mora en él, y él en Dios.
16 Y nosotros hemos conocido,
y creído el amor que Dios tiene
por nosotros. Dios es amor; y el
que mora en amor mora en Dios,
y Dios en él.
17 En esto es perfecto el amor
con nosotros, para que tengamos
confianza en el día del juicio,
que cual él es, tales somos noso-
tros en este mundo.
18 En el amor no hay temor; mas
el perfecto amor echa fuera el
temor; porque el temor tiene tor-
mento. De donde el que teme, no
está perfecto en el amor.
19 Nosotros le amamos a él, por-
que él primero nos amó.
20 Si alguno dice: Yo amo a Dios,
y aborrece a su hermano, es men-
tiroso. Porque el que no ama a su
hermano, al cual ha visto, ¿cómo
puede amar a Dios, a quien no ha
visto?
21 Y nosotros tenemos este man-
damiento de él: Que el que ama a
Dios, ame también a su hermano.

CAPÍTULO 5

TODO aquel que cree que Jesús
es el Cristo, es nacido de Dios;
y cualquiera que ama al que engendró,
ama también al que es
engendrado de él.
2 En esto conocemos que amamos
a los hijos de Dios, cuando
amamos a Dios, y guardamos sus
mandamientos.
3 Porque este es el amor de Dios,
que guardemos sus mandamientos;
y sus mandamientos no son
graves.
4 Porque todo aquello que es nacido
de Dios vence al mundo; y
ésta es la victoria que vence al
mundo, nuestra fe.
5 ¿Quién es el que vence al
mundo, sino el que cree que
Jesús es el Hijo de Dios?
6 Éste es el que vino por agua
y sangre, *es a saber* Jesu Cristo:
No por agua solamente, sino por
agua y sangre. Y el Espíritu es el
que da testimonio; porque el Espíritu
es la verdad.
7 Porque tres son los que dan
testimonio en el cielo, el Padre,
la Palabra, y el Espíritu Santo; y
estos tres son uno.
8 Y tres son los que dan testimonio
en la tierra, el Espíritu, y
el agua, y la sangre: y estos tres
concuerdan en uno.
9 Si recibimos el testimonio de
los hombres, el testimonio de
Dios es mayor; porque éste es el
testimonio de Dios, que ha testificado
de su Hijo.
10 El que cree en el Hijo de
Dios tiene el testimonio en sí
mismo. El que no cree a Dios,
le ha hecho mentiroso; porque
no ha creído en el testimonio
que Dios ha testificado de su
Hijo.
11 Y éste es el testimonio, que
Dios nos ha dado vida eterna, y
que esta vida está en su Hijo.
12 El que tiene al Hijo, tiene la
vida; el que no tiene al Hijo de
Dios, no tiene la vida.
13 Yo he escrito estas cosas a vosotros
que creéis en el nombre
del Hijo de Dios; para que sepáis
que tenéis vida eterna, y para
que creáis en el nombre del Hijo
de Dios.
14 Y ésta es la confianza que tenemos
en él, que si pidiéremos
alguna cosa conforme a su voluntad,
él nos oye.
15 Y si sabemos que él nos oye
en cualquiera cosa que pedimos,
también sabemos que tenemos las
peticiones que le hubiéremos pedido.
16 Si alguno viere pecar a su hermano
pecado *que* no *es* de muerte,
pedirá *a Dios,* y él le dará vida;
digo a los que pecan no de muerte.
Hay pecado de muerte: por el
cual yo no digo que ruegues.
17 Toda iniquidad es pecado;
empero hay pecado que no es de
muerte.
18 Sabemos que cualquiera que
es nacido de Dios, no peca; mas
el que es engendrado de Dios, se
guarda a sí mismo, y el maligno
no le toca.
19 Sabemos que somos de Dios,
y todo el mundo está puesto en
maldad.
20 Empero sabemos que el Hijo
de Dios es venido, y nos ha dado
entendimiento, para conocer al
que es verdadero; y estamos en
el verdadero, en su Hijo Jesu
Cristo. Éste es el verdadero Dios,
y la vida eterna.
21 Hijitos, guardaos de los ídolos.
Amén.

LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE

JUAN

EL anciano a la señora elegida, y a sus hijos, a los cuales yo amo en verdad; y no sólo yo, pero también todos los que han conocido la verdad;
2 Por causa de la verdad que mora en nosotros, y será por siempre con nosotros.
3 Sea con vosotros gracia, misericordia, paz, de Dios el Padre, y del Señor Jesu Cristo, el Hijo del Padre, en verdad y amor.
4 Héme regocijado grandemente, porque he hallado de tus hijos que andan en la verdad, como nosotros hemos recibido el mandamiento del Padre.
5 Y ahora señora, yo te ruego, (no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino aquel que nosotros hemos tenido desde el principio,) que nos amemos los unos a los otros.
6 Y éste es el amor, que andemos según sus mandamientos. Éste es el mandamiento, como vosotros habéis oído desde el principio, que andéis en él.
7 Porque muchos engañadores son entrados en el mundo, los cuales no confiesan que Jesu Cristo es venido en carne. Este tal engañador es, y anticristo.
8 Mirad por vosotros mismos, porque no perdamos las cosas que hemos obrado, mas recibamos el galardón completo.
9 Cualquiera que transgrede, y no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios: el que permanece en la doctrina de Cristo, el tal tiene tanto al Padre como al Hijo.
10 Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibáis en *vuestra* casa, ni a él digáis: ¡Bienvenido!
11 Porque el que le dice: ¡Bienvenido!, participa en sus malas obras.
12 Aunque tengo muchas cosas que escribiros, no *las* he querido *escribir* por papel y tinta; empero yo espero de venir a vosotros, y hablar *con vosotros* cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido.
13 Los hijos de tu hermana elegida te saludan. Amén.

La Tercera Epístola de

JUAN

EL anciano al amado Gayo, al
cual yo amo en verdad.
2 Amado, yo deseo que tú seas
prosperado en todas cosas, y que
tengas salud, así como tu alma
está en prosperidad.
3 Porque yo me regocijé grande-
mente, cuando vinieron los her-
manos, y dieron testimonio de
la verdad que hay en ti; como tú
andas en verdad.
4 No tengo mayor gozo que estas
cosas, el oír que mis hijos andan
en verdad.
5 Amado, fielmente haces todo
lo que haces para con los herma-
nos, y con los extranjeros;
6 Los cuales han dado testimonio
de tu caridad en presencia de la
iglesia: a los cuales si encamina-
res como conviene según Dios,
harás bien.
7 Porque ellos son partidos por
su nombre, no tomando nada de
los Gentiles.
8 Nosotros, pues, debemos reci-
bir a los que son tales, para que
seamos coadjutores de la verdad.
9 Yo he escrito a la iglesia; mas
Diótrefes, que ama tener el pri-
mado entre ellos, no nos recibe.
10 Por esta causa si yo viniere,
haré a la memoria las obras que
hace, como parla con palabras
maliciosas contra nosotros; y ni
aún contento con estas cosas, no
sólo no recibe a los hermanos,
pero aún prohibe a los que los
quieren recibir, y los echa de la
iglesia.
11 Amado, no sigas lo que es
malo, sino lo que es bueno. El
que hace bien, es de Dios; mas el
que hace mal no ha visto a Dios.
12 Todos dan testimonio de De-
metrio, y *aun* la misma verdad; y
también nosotros damos testimo-
nio, y vosotros sabéis que nues-
tro testimonio es verdadero.
13 Yo tenía muchas cosas que es-
cribirte; empero no quiero escri-
birte con tinta y pluma.
14 Porque espero de verte en
breve, y hablaremos cara a cara.
Paz a ti. Los amigos te saludan. Sa-
luda tú a los amigos por nombre.

La Epístola General de

JUDAS

JUDAS, siervo de Jesu Cristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios el Padre, y preservados en Jesu Cristo:

2 Misericordia, y paz, y amor os sean multiplicados.

3 Amados, por la gran solicitud que tenía yo de escribiros tocante a la común salvación, me ha sido necesario escribiros, exhortándoos que contendáis eficazmente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

4 Porque ciertos hombres han encubiertamente entrado: los cuales desde mucho antes habían estado ordenados para esta condenación, hombres impíos, convirtiendo la gracia de nuestro Dios en lascivia, y negando el único Señor Dios, y a nuestro Señor Jesu Cristo.

5 Os quiero, pues, traer a la memoria que una vez habéis sabido esto, que el Señor habiendo salvado al pueblo de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creían:

6 Y que a los ángeles que no guardaron su primer estado, mas dejaron su propia habitación, los ha reservado debajo de oscuridad, en cadenas eternas, hasta el juicio del gran día.

7 Así como Sodoma y Gomorra, y las ciudades comarcanas, las cuales de la misma manera que ellos se habían dado a la fornicación e ido en pos de carne extraña, fueron puestas por ejemplo, habiendo recibido la venganza del fuego eterno.

8 De la misma manera también éstos soñadores ensucian su carne, y menosprecian la autoridad, y vituperan las dignidades.

9 Pues cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, antes le dijo: El Señor te reprenda.

10 Mas éstos maldicen las cosas que no conocen; y las cosas que naturalmente conocen, se corrompen en ellas como bestias brutas.

11 ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron codiciosamente en el error de Balaam por recompensa, y perecieron en la contradicción de Coré.

12 Éstos son manchas en vuestros convites de caridad, que banquetean juntamente, apacentándose a sí mismos sin temor alguno: nubes sin agua, las cuales son llevadas de acá para allá de los vientos: árboles marchitos como en otoño, sin fruto, dos veces muertos, y desarraigados:

13 Fieras ondas del mar, que espuman sus mismas abominaciones: estrellas erráticas, a los cuales es reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas.

14 De los cuales también profetizó Enoc, que fue el séptimo desde Adam, diciendo: He aquí, el Señor es venido con diez millares de sus santos;

15 A hacer juicio contra todos, y a convencer a todos los impíos

de entre ellos de todas sus obras
de impiedad, que han cometido
impíamente, y de todas las *pala-
bras* duras, que los pecadores im-
píos han hablado contra él.
16 Éstos son murmuradores que-
rellosos, andando según sus pro-
pias concupiscencias, y su boca
habla cosas soberbias, teniendo
en admiración las personas por
causa del provecho.
17 Mas vosotros, amados, tened
memoria de las palabras que de
antes han sido dichas por los
apóstoles de nuestro Señor Jesu
Cristo;
18 Como os decían, que en el
postrer tiempo habría burladores,
que andarían según sus propias
malvadas concupiscencias.
19 Éstos son los que se separan a
sí mismos, sensuales, no tenien-
do el Espíritu.
20 Mas vosotros, *oh* amados,
edificándoos sobre vuestra san-
tísima fe, orando en el Espíritu
Santo.
21 Conservaos a vosotros mismos
en el amor de Dios, esperando la
misericordia de nuestro Señor
Jesu Cristo, para vida eterna.
22 Y de los unos tened compa-
sión, haciendo una diferencia;
23 Y haced salvos a los otros por
temor, arrebatándo*los* del fuego;
aborreciendo aún la ropa que es
contaminada de carne.
24 Ahora a aquél que es podero-
so para guardaros de caer, y pre-
sentar*os* irreprensibles delante
de la presencia de su gloria con
grande gozo,
25 A Dios solo sabio Salvador
nuestro, *sea* gloria y majestad,
imperio y potestad, ahora, y por
siempre. Amén.

La

REVELACIÓN
de Jesu Cristo

CAPÍTULO 1

LA REVELACIÓN de Jesu Cristo,
la cual Dios le dio para mani-
festar a sus siervos las cosas que
deben suceder presto; y *la* signi-
ficó, enviándo*la* por su ángel a
Juan su siervo;
2 El cual ha dado testimonio de
la palabra de Dios, y del testimo-
nio de Jesu Cristo, y de todas las
cosas que vio.
3 Bienaventurado el que lee, y
los que oyen las palabras de esta
profecía, y guardan las cosas que
en ella están escritas; porque el
tiempo *está* cerca.
4 Juan, a las siete iglesias que
están en Asia: Gracia a vosotros,
y paz de él, que es, y que era, y
que ha de venir; y de los siete
Espíritus que están delante de su
trono;
5 Y de Jesu Cristo, *que es* el testigo
fiel, el primogénito de los muer-
tos, y el príncipe de los reyes de
la tierra. Al que nos amó, y nos
lavó de nuestros pecados en su
propia sangre,
6 Y nos ha hecho reyes, y sacer-
dotes para Dios y su Padre: a él
la gloria y el dominio por siem-
pre jamás. Amén.
7 He aquí, él viene con las nubes,
y todo ojo le verá, y *también* los
que le traspasaron; y todas las
tribus de la tierra se lamentarán
por causa de él. Así es, Amén.
8 Yo soy el Alfa y el Omega, el
principio y el fin, dice el Señor,
que es, y que era, y que ha de
venir, el Todopoderoso.
9 Yo Juan que también soy vues-
tro hermano, y participante en la
tribulación, y en el reino, y en la
paciencia de Jesu Cristo, estaba
en la isla que es llamada Patmos,
por la palabra de Dios, y por el
testimonio de Jesu Cristo.
10 Yo fui en el Espíritu en el día
del Señor, y oí detrás de mí una
gran voz como de trompeta,
11 Que decía: Yo soy el Alfa y el
Omega, el primero y el postrero:
Escribe en un libro lo que ves, y
envía*lo* a las siete iglesias que
están en Asia, a Éfeso, y a Smirna,
y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sar-
dis, y a Filadelfia, y a Laodicea.
12 Y volvíme para ver la voz que
hablaba conmigo; y vuelto, vi
siete candeleros de oro;
13 Y en medio de los siete cande-
leros, *uno* semejante al Hijo del
hombre vestido de una ropa que
llegaba hasta los pies, y ceñido
por los pechos con un cinto de oro;
14 *Y* su cabeza, y *sus* cabellos *eran*
blancos como la lana blanca, tan
blancos como la nieve; y sus ojos
como llama de fuego;
15 Y sus pies semejantes al latón
finísimo, ardientes como en un
horno; y su voz como ruido de
muchas aguas.
16 Y tenía en su mano derecha
siete estrellas; y de su boca salía

una espada aguda de dos filos;
y su rostro *era* resplandeciente
como el sol en su fuerza.
17 Y cuando yo le vi, caí como
muerto a sus pies. Y él puso su
diestra sobre mí, diciéndome:
No temas, Yo soy el primero, y el
postrero;
18 Y el que vivo, y he sido muerto,
y he aquí, Yo soy vivo por siem-
pre jamás, Amén; y tengo las lla-
ves del infierno, y de la muerte.
19 Escribe las cosas que has visto,
y las que son, y las que han de ser
después de estas.
20 El misterio de las siete estre-
llas que has visto en mi diestra, y
los siete candeleros de oro. Las
siete estrellas, son los ángeles de
las siete iglesias, y los siete can-
deleros que viste, son las siete
iglesias.

CAPÍTULO 2

ESCRIBE al ángel de la iglesia
de Éfeso: El que tiene las siete
estrellas en su diestra, el cual
anda en medio de los siete can-
deleros de oro, dice estas cosas:
2 Yo sé tus obras, y tu trabajo, y
tu paciencia, y que tú no puedes
sufrir los malos, y has probado a
los que se dicen ser apóstoles, y
no lo son, y los has hallado men-
tirosos.
3 Y has sufrido, y tienes pacien-
cia, y has trabajado por causa de
mi nombre, y no has desfallecido.
4 Pero tengo *algo* contra ti, por-
que has dejado tu primer amor.
5 Por lo cual recuerda de dónde
has caído, y arrepiéntete, y haz
las primeras obras; si no, vendré
a ti presto, y quitaré tu candelero
de su lugar, si no te arrepintieres.
6 Empero tienes esto, que abo-
rreces las obras de los Nicolaítas,
los cuales yo también aborrezco.
7 El que tiene oído, oiga lo que el
Espíritu dice a las iglesias: Al que
venciere, daré a comer del árbol
de la vida, el cual está en medio
del paraíso de Dios.
8 Y escribe al ángel de la igle-
sia en Smirna: El primero y el
postrero, que fue muerto, y vive,
dice estas cosas:
9 Yo sé tus obras, y tu tribula-
ción, y tu pobreza, (pero tú eres
rico,) y *sé* la blasfemia de los que
se dicen ser Judíos, y no lo son,
sino *que son* la sinagoga de Satanás.
10 No tengas ningún temor de
las cosas que has de padecer. He
aquí, el diablo ha de arrojar *algu-
nos* de vosotros a la cárcel, para
que seáis probados; y tendréis
tribulación de diez días. Sé fiel
hasta la muerte, y yo te daré la
corona de la vida.
11 El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias: El
que venciere, no será dañado
jamás de la segunda muerte.
12 Y escribe al ángel de la iglesia
en Pérgamo: El que tiene la espa-
da aguda de dos filos, dice estas
cosas:
13 Yo sé tus obras, y donde moras,
donde *está* la silla de Satanás; y
retienes mi nombre, y no has ne-
gado mi fe, aun en aquellos días
en que Antipas mi fiel testigo fue
muerto entre vosotros, donde
mora Satanás.
14 Pero tengo unas pocas cosas
contra ti; porque tú tienes ahí los
que retienen la doctrina de Ba-
laam, el cual enseñaba a Balac
a poner tropiezo delante de los
hijos de Israel, a comer de cosas
sacrificadas a los ídolos, y a co-
meter fornicación.
15 Así también tú tienes a los que

retienen la doctrina de los Nico-
laítas, lo cual yo aborrezco.
16 Arrepiéntete; porque si no,
vendré a ti presto, y pelearé con-
tra ellos con la espada de mi boca.
17 El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias: Al
que venciere, daré a comer del
maná escondido, y le daré una
piedrecita blanca, y en la piedre-
cita un nombre nuevo escrito, el
cual ninguno conoce, sino aquel
que *lo* recibe.
18 Y escribe al ángel de la igle-
sia en Tiatira: El Hijo de Dios
que tiene sus ojos como llama de
fuego, y sus pies semejantes al
latón finísimo, dice estas cosas:
19 Yo conozco tus obras, y cari-
dad, y servicio, y fe, y tu pacien-
cia, y tus obras; y las postreras
son más que las primeras.
20 Mas tengo unas pocas cosas
contra ti: porque permites aque-
lla mujer Jezabel (que se dice
profetisa) enseñar, y seducir a
mis siervos, a fornicar, y a comer
cosas ofrecidas a los ídolos.
21 Y le he dado tiempo para que
se arrepienta de su fornicación, y
no se ha arrepentido.
22 He aquí, yo la arrojaré a un
lecho, y a los que adulteran con
ella, en muy grande tribulación,
si no se arrepintieren de sus obras.
23 Y mataré a sus hijos con muer-
te; y todas las iglesias sabrán,
que yo soy el que escudriño los
riñones, y los corazones; y daré
a cada uno de vosotros según sus
obras.
24 Pero yo digo a vosotros, y
a los demás que *estáis* en Tiati-
ra: Cualesquiera que no tienen
esta doctrina, y que no han co-
nocido las profundidades de Sa-
tanás, como ellos dicen, yo no
echaré sobre vosotros otra carga.
25 Empero la que tenéis, rete-
nedla hasta que yo venga.
26 Y al que hubiere vencido, y
hubiere guardado mis obras
hasta el fin, yo le daré potestad
sobre las naciones;
27 Y las regirá con vara de hierro,
y serán quebrantadas como vaso
de alfarero, como también yo he
recibido de mi Padre.
28 Y le daré la estrella de la ma-
ñana.
29 El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias.

CAPÍTULO 3

Y ESCRIBE al ángel de la igle-
sia en Sardis: El que tiene los
siete Espíritus de Dios, y las siete
estrellas, dice estas cosas: Yo co-
nozco tus obras: que tienes nom-
bre que vives, y estás muerto.
2 Sé vigilante, y confirma el
resto de las cosas, que están para
morir; porque no he hallado tus
obras perfectas delante de Dios.
3 Acuérdate pues de lo que has
recibido, y has oído, y guárda*lo*,
y arrepiéntete. Que si no velares,
vendré a ti como ladrón, y no sa-
brás a qué hora vendré a ti.
4 Tienes unos pocos nombres
aún en Sardis, que no han ensu-
ciado sus vestiduras, y andarán
conmigo en *vestiduras* blancas;
porque son dignos.
5 El que venciere, éste será ves-
tido de vestiduras blancas; y no
borraré jamás su nombre del
libro de la vida, antes confesaré
su nombre delante de mi Padre, y
delante de sus ángeles.
6 El que tiene oído, oiga lo que el
Espíritu dice a las iglesias.
7 Y escribe al ángel de la iglesia
en Filadelfia: El Santo y Verdade-

ro, el que tiene la llave de David;
el que abre, y ninguno cierra; el
que cierra, y ninguno abre, dice
estas cosas:
8 Yo conozco tus obras: he aquí,
te he dado una puerta abierta de-
lante de ti, y ninguno la puede
cerrar; porque tú tienes un poco
de potencia, y has guardado mi pa-
labra, y no has negado mi nombre.
9 He aquí, yo doy de la sinagoga
de Satanás, los que se dicen ser
Judíos, y no lo son, mas mienten:
he aquí, yo los constreñiré a que
vengan, y adoren delante de tus
pies, y sepan que yo te he amado.
10 Porque has guardado la pa-
labra de mi paciencia, yo tam-
bién te guardaré de la hora de la
tentación, que ha de venir sobre
todo el mundo, para probar los
que moran en la tierra.
11 He aquí, yo vengo presto:
retén firme lo que tienes, para
que ninguno tome tu corona.
12 Al que venciere, yo le haré co-
lumna en el templo de mi Dios,
y nunca más saldrá fuera; y es-
cribiré sobre él el nombre de mi
Dios, y el nombre de la ciudad
de mi Dios, *que es* la nueva Jeru-
salem, la cual desciende del cielo
de mi Dios, y mi nombre nuevo.
13 El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias.
14 Y escribe al ángel de la iglesia
de los Laodicenses: Estas cosas
dice el Amén, el testigo fiel y ver-
dadero, el principio de la crea-
ción de Dios:
15 Yo conozco tus obras: que ni
eres frío, ni caliente. Yo quisiera
que fueses frío, o caliente;
16 Mas porque eres tibio, y no
frío ni caliente, yo te vomitaré
de mi boca.
17 Porque tú dices: Yo soy rico,
y soy enriquecido, y no tengo
necesidad de ninguna cosa; y
no conoces que tú eres cuitado,
y miserable, y pobre, y ciego, y
desnudo.
18 Yo te aconsejo que de mí com-
pres oro afinado en el fuego, para
que seas hecho rico; y vestiduras
blancas, para que seas vestido, y
que la vergüenza de tu desnudez
no se descubra; y unge tus ojos
con colirio, para que veas.
19 Yo reprendo y castigo a todos
los que amo: sé pues celoso, y
arrepiéntete.
20 He aquí, yo estoy de pie a la
puerta, y llamo: si alguno oyere
mi voz, y *me* abriere la puerta,
entraré a él, y cenaré con él, y él
conmigo.
21 Al que venciere, yo le daré que
se asiente conmigo en mi trono:
así como yo también vencí, y me
asenté con mi Padre en su trono.
22 El que tiene oído, oiga lo que
el Espíritu dice a las iglesias.

CAPÍTULO 4

DESPUÉS de estas cosas miré,
y he aquí una puerta abier-
ta en el cielo; y la primera voz
que oí *era* como de trompeta que
hablaba conmigo; la cual dijo:
Sube acá, y yo te mostraré las
cosas que deben suceder después
de estas.
2 E inmediatamente yo fui en el
espíritu; y, he aquí, un trono es-
taba puesto en el cielo, y sobre el
trono estaba *uno* asentado.
3 Y el que estaba asentado, era al
parecer semejante a una piedra
de jaspe y de sardonia, y el arco
del cielo *estaba* al derredor del
trono semejante en el aspecto a
la esmeralda.
4 Y alrededor del trono *había*

veinte y cuatro sillas; y vi sobre
las sillas veinte y cuatro ancia-
nos sentados, vestidos de ropas
blancas; y tenían sobre sus cabe-
zas coronas de oro.
5 Y del trono salían relámpagos,
y truenos, y voces; y *había* siete
lámparas de fuego *que estaban* ar-
diendo delante del trono, las cua-
les son los siete Espíritus de Dios.
6 Y delante del trono *había* un
mar de vidrio semejante al cris-
tal; y en medio del trono, y al
derredor del trono cuatro seres
vivientes llenos de ojos delante y
detrás.
7 Y el primer ser viviente *era* se-
mejante a un león, y el segun-
do ser viviente, semejante a un
becerro, y el tercer ser viviente
tenía la cara como hombre, y el
cuarto ser viviente, semejante al
águila volando.
8 Y los cuatro seres vivientes
tenían cada uno por sí seis alas
al derredor; y de dentro estaban
llenos de ojos; y no tenían repo-
so día ni noche, diciendo: Santo,
Santo, Santo el Señor Dios To-
dopoderoso, que era, y que es, y
que ha de venir.
9 Y cuando aquellos seres vi-
vientes daban gloria, y honra, y
acción de gracias al que estaba
sentado en el trono, al que vive
por siempre jamás,
10 Los veinte y cuatro ancianos
se postran delante del que esta-
ba sentado en el trono, y adoran
al que vive por siempre jamás,
y echan sus coronas delante del
trono, diciendo:
11 Digno eres, oh Señor, de reci-
bir gloria, y honra, y poder; por-
que tú creaste todas las cosas, y
para tu placer ellas son, y fueron
creadas.

CAPÍTULO 5

Y VI en la mano derecha del que
estaba sentado sobre el trono
un libro escrito por dentro y por
detrás, sellado con siete sellos.
2 Y vi un fuerte ángel, predican-
do en alta voz: ¿Quién es digno
de abrir el libro, y de desatar sus
sellos?
3 Y ninguno podía, ni en el cielo,
ni en la tierra, ni debajo de la tie-
rra, abrir el libro, ni mirarlo.
4 Y yo lloraba mucho, porque
no había sido hallado ninguno
digno de abrir el libro, ni de leer-
lo, ni de mirarlo.
5 Y uno de los ancianos me dice:
No llores: he aquí, el León de la
tribu de Judá, la raíz de David,
que ha vencido para abrir el
libro, y desatar sus siete sellos.
6 Y miré; y, he aquí, en medio
del trono, y de los cuatro seres
vivientes, y en medio de los an-
cianos, estaba un Cordero en pie
como uno que hubiera sido in-
molado, que tenía siete cuernos,
y siete ojos, que son los siete Es-
píritus de Dios enviados en toda
la tierra.
7 Y él vino, y tomó el libro de la
mano derecha de aquel que esta-
ba sentado en el trono.
8 Y cuando hubo tomado el libro,
los cuatro seres vivientes, y los
veinticuatro ancianos se postra-
ron delante del Cordero, tenien-
do cada uno arpas, y copas de
oro llenas de perfumes, que son
las oraciones de los santos:
9 Y cantaban un nuevo cántico,
diciendo: Digno eres de tomar el
libro, y de abrir sus sellos; por-
que tú fuiste inmolado, y nos has
redimido para Dios con tu sangre,
de toda tribu, y lengua, y pueblo,
y nación:

10 Y nos has hecho para nuestro
Dios, reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.
11 Y miré, y oí la voz de muchos
ángeles al derredor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y el número de ellos era millones de millones,
12 Que decían en alta voz: El Cordero que fue inmolado es digno de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición.
13 Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, *sea* bendición, y honra, y gloria, y potencia por siempre jamás.
14 Y los cuatro seres vivientes decían: Amén. Y los veinte y cuatro ancianos se postraron, y adoraron al que vive por siempre jamás.

CAPÍTULO 6

Y VI cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes diciendo como con una voz de trueno: Ven, y ve.
2 Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que estaba sentado encima de él, tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió victorioso, para que también venciese.
3 Y cuando él hubo abierto el segundo sello, oí el segundo ser viviente, que decía: Ven, y ve.
4 Y salió otro caballo bermejo; y al que estaba sentado sobre él, fue dado *poder de* quitar la paz de la tierra, y que se matasen unos a otros; y le fue dada una grande espada.
5 Y cuando él hubo abierto el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven, y ve. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que estaba sentado encima de él tenía una balanza en su mano.
6 Y oí una voz en medio de los cuatro seres vivientes, que decía, una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario; y no hagas daño al vino, ni al aceite.
7 Y cuando él abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven, y ve.
8 Y miré, y he aquí un caballo pálido; y el que estaba sentado sobre él, tenía por nombre Muerte, y el Infierno le seguía; y les fue dada a ellos potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, y con hambre, y con mortandad, y con las bestias de la tierra.
9 Y cuando él hubo abierto el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que ellos tenían:
10 Y clamaban en alta voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, oh Señor, santo y verdadero, no juzgas, y vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra?
11 Y les fueron dadas a cada uno ropas blancas, y les fue dicho, que reposasen todavía un poco de tiempo, hasta que sus consiervos fuesen cumplidos, y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos.
12 Y miré cuando él abrió el sexto sello; y, he aquí, fue hecho un gran terremoto; y el sol fue hecho negro como cilicio de pelo, y la luna fue hecha como sangre;
13 Y las estrellas del cielo caye-

ron sobre la tierra, como la hi-
guera deja caer sus higos inma-
duros cuando es sacudida de un
gran viento:
14 Y el cielo se apartó como un
libro que es arrollado; y todo
monte e islas fueron movidos de
sus lugares;
15 Y los reyes de la tierra, y los
grandes, y los ricos, y los capita-
nes, y los poderosos, y todo sier-
vo, y todo libre se escondieron
en las cavernas, y en las peñas
de los montes;
16 Y decían a los montes, y a las
peñas: Caed sobre nosotros, y
escondednos de la cara de aquel
que está sentado sobre el trono, y
de la ira del Cordero:
17 Porque el gran día de su ira
es venido, ¿y quién podrá estar
de pie?

CAPÍTULO 7

Y DESPUÉS de estas cosas, vi
cuatro ángeles que estaban
de pie sobre las cuatro esquinas
de la tierra, deteniendo los cua-
tro vientos de la tierra, para que
no soplase viento sobre la tierra,
ni sobre el mar, ni sobre ningún
árbol.
2 Y vi otro ángel que subía del
nacimiento del sol, teniendo el
sello del Dios vivo. Y clamó con
gran voz a los cuatro ángeles, a
los cuales era dado hacer daño a
la tierra, y al mar,
3 Diciendo: No hagáis daño a la
tierra, ni al mar, ni a los árboles,
hasta que hayamos sellado a los
siervos de nuestro Dios en sus
frentes.
4 Y oí el número de los sellados,
ciento y cuarenta y cuatro mil se-
llados de todas las tribus de los
hijos de Israel.
5 De la tribu de Judá, doce mil
sellados. De la tribu de Rubén,
doce mil sellados. De la tribu de
Gad, doce mil sellados.
6 De la tribu de Aser, doce mil
sellados. De la tribu de Neftalí,
doce mil sellados. De la tribu de
Manasés, doce mil sellados.
7 De la tribu de Simeón, doce
mil sellados. De la tribu de Leví,
doce mil sellados. De la tribu de
Isacar, doce mil sellados.
8 De la tribu de Zabulón, doce
mil sellados. De la tribu de José,
doce mil sellados. De la tribu de
Benjamín, doce mil sellados.
9 Después de estas cosas miré,
y he aquí una gran multitud, la
cual ninguno podía contar, de
todas naciones, y tribus, y pue-
blos, y lenguas, que estaban de
pie delante del trono, y delante
del Cordero, vestidos de ropas
blancas, y palmas en sus manos;
10 Y clamaban en alta voz, di-
ciendo: Salvación a nuestro Dios
que está sentado sobre el trono, y
al Cordero.
11 Y todos los ángeles estaban
de pie al derredor del trono, y
alrededor de los ancianos, y de
los cuatro seres vivientes; y pos-
tráronse sobre sus caras delante
del trono, y adoraron a Dios,
12 Diciendo: Amén: la bendición,
y la gloria, y la sabiduría, y la
acción de gracias, y la honra, y
el poder, y la fortaleza a nuestro
Dios por siempre jamás. Amén.
13 Y respondió uno de los ancia-
nos, diciéndome: Éstos que están
vestidos de ropas blancas, ¿quié-
nes son? ¿y de dónde han venido?
14 Y yo le dije: Señor, tú lo sabes.
Y él me dijo: Éstos son los que
han venido de grande tribula-
ción, y han lavado sus ropas, y

las han blanqueado en la sangre
del Cordero:
15 Por esto están delante del
trono de Dios, y le sirven día y
noche en su templo; y el que está
sentado en el trono morará entre
ellos.
16 No tendrán más hambre, ni
sed; y el sol no caerá más sobre
ellos, ni otro ningún calor;
17 Porque el Cordero que está en
medio del trono los apacentará, y
los guiará a las fuentes vivas de
las aguas. Y Dios limpiará toda
lágrima de los ojos de ellos.

CAPÍTULO 8

Y CUANDO él hubo abierto
el séptimo sello, fue hecho
silencio en el cielo como por
media hora.
2 Y vi los siete ángeles que estaban en pie delante de Dios, y
fuéronles dadas siete trompetas.
3 Y otro ángel vino, y se puso de
pie delante del altar, teniendo
un incensario de oro; y fuéronle dados muchos inciensos para
que los ofreciese con las oraciones
de todos los santos sobre el altar de
oro, el cual *estaba* delante del trono.
4 Y el humo de los inciensos, con
las oraciones de los santos, subió
de la mano del ángel delante de
Dios.
5 Y el ángel tomó el incensario,
e hinchiólo del fuego del altar, y
lo arrojó a la tierra, y fueron hechas voces, y truenos, y relámpagos, y un terremoto.
6 Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas, se aparejaron para tocar trompeta.
7 Y el primer ángel tocó la trompeta, y fue hecho granizo, y
fuego, mezclados con sangre, y
fueron arrojados sobre la tierra;
y la tercera parte de los árboles
fue quemada, y toda la hierba
verde fue quemada.
8 Y el segundo ángel tocó la trompeta, y como un grande monte
ardiendo con fuego fue lanzado
en el mar, y la tercera parte del
mar fue vuelta en sangre.
9 Y murió la tercera parte de las
criaturas que estaban en el mar,
las cuales tenían vida, y la tercera
parte de los navíos fue destruida.
10 Y el tercer ángel tocó la trompeta, cayó del cielo una grande estrella ardiendo como una
lámpara, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las
fuentes de las aguas.
11 Y el nombre de la estrella se
dice Ajenjo; y la tercera parte de
las aguas fue vuelta en ajenjo; y
muchos hombres murieron por
las aguas, porque fueron hechas
amargas.
12 Y el cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte
del sol, y la tercera parte de la
luna, y la tercera parte de las estrellas: de tal manera que se oscureció la tercera parte de ellos,
y no alumbraba la tercera parte
del día, y semejantemente de la
noche.
13 Y miré, y oí un ángel volar
por medio del cielo, diciendo en
alta voz: ¡Ay, ay, ay de los que
moran en la tierra! por razón de
las otras voces de las trompetas
de los tres ángeles que habían de
tocar.

CAPÍTULO 9

Y EL quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que
cayó del cielo en la tierra; y a
aquél fue dada la llave del pozo
del abismo.

2 Y abrió el pozo del abismo, y subió un humo del pozo como el humo de un gran horno; y el sol y el aire fueron oscurecidos por razón del humo del pozo.

3 Y del humo del pozo salieron langostas sobre la tierra; y les fue dada potestad, como tienen potestad los escorpiones de la tierra.

4 Y fueles mandado que no hiciesen daño a la hierba de la tierra, ni a ninguna cosa verde, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen el sello de Dios en sus frentes.

5 Y les fue dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento *era* como tormento de escorpión cuando hiere al hombre.

6 Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

7 Y el parecer de las langostas *era* semejante a caballos aparejados para guerra; y sobre sus cabezas *tenían* como coronas semejantes al oro; y sus caras *eran* como caras de hombres.

8 Y tenían cabellos como cabellos de mujeres; y sus dientes eran como *dientes* de leones.

9 Y tenían corazas como corazas de hierro; y el estruendo de sus alas, como el ruido de los carros, que con muchos caballos corren a la guerra.

10 Y tenían colas semejantes de los escorpiones, y tenían en sus colas aguijones; y su potestad *era* de hacer daño a los hombres cinco meses.

11 Y tenían sobre sí un rey, *que es* el ángel del abismo, el cual tenía por nombre en Hebraico Abadón, y en Griego Apolyón.

12 El un ay es pasado; y, he aquí, vienen aún dos ayes más después de estas cosas.

13 Y el sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de los cuatro cuernos del altar de oro, el cual está delante de Dios,

14 Que decía al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata los cuatro ángeles que están atados en el gran río Eufrates.

15 Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban aprestados para la hora, y día, y mes, y año, a fin de matar la tercera parte de los hombres.

16 Y el número del ejército de los de a caballo *era* doscientos millones. Y oí el número de ellos.

17 Y así vi los caballos en la visión; y los que estaban sentados sobre ellos tenían corazas de fuego, de jacinto, y de azufre. Y las cabezas de los caballos *eran* como cabezas de leones; y de la boca de ellos salía fuego, y humo, y azufre.

18 Y de estas tres fue muerta la tercera parte de los hombres, del fuego, y del humo y del azufre, que salían de la boca de ellos.

19 Porque su potestad está en su boca, y en sus colas. Porque sus colas *eran* semejantes a serpientes, y tenían cabezas, y con ellas dañan.

20 Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, aun no se arrepintieron de las obras de sus manos, para que no adorasen a los demonios, y a las imágenes de oro, y de plata, y de latón, y de piedra, y de madera: las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar.

21 Ni tampoco se arrepintieron

de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

CAPÍTULO 10

Y VI otro ángel fuerte descender del cielo, vestido de una nube, y el arco iris *estaba* sobre su cabeza, y su rostro *era* como el sol, y sus pies como columnas de fuego.
2 Y tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra;
3 Y clamó con grande voz, como *cuando* un león ruge: y cuando hubo clamado, los siete truenos hablaron sus voces.
4 Y cuando los siete truenos hubieron hablado sus voces, yo iba a escribir; y oí una voz del cielo, que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han hablado, y no las escribas.
5 Y el ángel que yo vi de pie sobre el mar, y sobre la tierra, levantó su mano al cielo,
6 Y juró por el que vive por siempre jamás, que ha creado el cielo, y las cosas que en él están, y la tierra, y las cosas que en ella están, y el mar, y las cosas que en ella están, que el tiempo no será más:
7 Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare a tocar la trompeta, el misterio de Dios será consumado, como él lo declaró a sus siervos los profetas.
8 Y la voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y me decía: Vé, toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar, y sobre la tierra.
9 Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito; y él me dijo: Tóma*lo*, y devóralo, y él te hará amargar tu vientre; empero en tu boca será dulce como la miel.
10 Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y después que lo hube comido, fue amargo mi vientre.
11 Y él me dijo: Necesario es que otra vez profetices a muchos pueblos, y naciones, y lenguas, y reyes.

CAPÍTULO 11

Y FUÉME dada una caña semejante a una vara, y el ángel se puso de pie, diciendo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.
2 Empero echa fuera el patio que está fuera del templo, y no lo midas; porque es dado a los Gentiles; y pisarán la santa ciudad cuarenta *y* dos meses.
3 Y yo daré *poder* a mis dos testigos, y ellos profetizarán por mil doscientos *y* sesenta días, vestidos de cilicio.
4 Éstos son las dos olivas, y los dos candeleros que están de pie delante del Dios de la tierra.
5 Y si alguno les quisiere dañar, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno les quisiere dañar, así es necesario que él sea muerto.
6 Éstos tienen potestad de cerrar el cielo, que no llueva en los días de su profecía; y tienen potestad sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, todas las veces que quisieren.
7 Y cuando ellos hubieren acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra

contra ellos, y los vencerá, y los
matará.
8 Y sus cuerpos muertos *serán
echados* en la plaza de la gran-
de ciudad, que espiritualmente
es llamada Sodoma, y Egipto;
donde también nuestro Señor
fue crucificado.
9 Y los de los pueblos, tribus, len-
guas y naciones verán los cuer-
pos muertos de ellos por tres días
y medio, y no permitirán que sus
cuerpos muertos sean puestos en
sepulcros.
10 Y los moradores de la tierra
se regocijarán sobre ellos, y se
alegrarán, y se enviarán dones
los unos a los otros; porque estos
dos profetas han atormentado a
los que moran sobre la tierra.
11 Y después de tres días y medio,
el Espíritu de vida de Dios entró
en ellos, y se alzaron sobre sus
pies, y vino grande temor sobre
los que los vieron.
12 Y oyeron una gran voz del
cielo que les decía: Subid acá. Y
subieron al cielo en una nube; y
sus enemigos los vieron.
13 Y en aquella hora fue hecho
un gran terremoto; y la décima
parte de la ciudad cayó, y fue-
ron muertos en el terremoto los
nombres de siete mil hombres; y
los demás fueron espantados, y
dieron gloria al Dios del cielo.
14 El segundo ay es pasado, y, he
aquí el tercer ay vendrá presto.
15 Y el séptimo ángel tocó la
trompeta; y fueron hechas gran-
des voces en el cielo que decían:
Los reinos de este mundo han
venido a ser *los reinos* de nuestro
Señor, y de su Cristo, y reinará
por siempre jamás.
16 Y los veinte y cuatro ancianos
que estaban sentados delante de
Dios en sus sillas, se postraron
sobre sus rostros, y adoraron a
Dios,
17 Diciendo: Te damos gracias,
¡Oh Señor Dios Todopoderoso!
que eres, y que eras, y que has
de venir; porque has tomado tu
grande poder, y has reinado.
18 Y las naciones se han airado,
y tu ira es venida, y el tiempo de
los muertos para que sean juzga-
dos, y para que des el galardón
a tus siervos los profetas, y a
los santos, y a los que temen tu
nombre, a los pequeños, y a los
grandes, y para que destruyas los
que destruyen la tierra.
19 Y el templo de Dios fue abierto
en el cielo, y el arca de su pacto
fue vista en su templo, y fueron
hechos relámpagos, y voces, y
truenos, y un terremoto, y gran-
de granizo.

CAPÍTULO 12

Y UNA gran señal apareció en
el cielo: una mujer vestida
del sol, y la luna debajo de sus
pies, y sobre su cabeza una coro-
na de doce estrellas.
2 Y estando preñada, clamaba
con dolores de parto, y sufría
tormento por parir.
3 Y fue vista otra señal en el
cielo; y he aquí un grande dra-
gón bermejo, que tenía siete ca-
bezas y diez cuernos; y sobre sus
cabezas siete coronas.
4 Y su cola arrastraba la terce-
ra parte de las estrellas del cielo,
y las arrojó a la tierra. Y el dra-
gón se puso de pie delante de la
mujer que estaba de parto, a fin
de devorar a su hijo tan pronto
que ella le hubiese parido.
5 Y ella parió un hijo varón, el
cual había de regir todas las na-

ciones con vara de hierro; y su
hijo fue arrebatado para Dios, y
para su trono.
6 Y la mujer huyó al desierto,
donde tiene un lugar aparejado
de Dios, para que allí la manten-
gan mil doscientos *y* sesenta días.
7 Y hubo guerra *en el* cielo: Mi-
guel y sus ángeles batallaban
contra el dragón; y el dragón ba-
tallaba, y sus ángeles;
8 Empero no prevalecieron, ni su
lugar fue más hallado en el cielo.
9 Y fue lanzado fuera aquel gran-
de dragón, que es la serpiente
antigua, que es llamada el Dia-
blo, y Satanás, el cual engaña a
todo el mundo: fue arrojado en
tierra, y sus ángeles fueron arro-
jados con él.
10 Y oí una gran voz en el cielo,
que decía: Ahora es venida la
salvación, y el poder, y el reino
de nuestro Dios, y el poder de
su Cristo; porque el acusador de
nuestros hermanos es ya derriba-
do, el cual los acusaba delante de
nuestro Dios día y noche.
11 Y ellos le han vencido por la
sangre del Cordero, y por la pa-
labra de su testimonio; y no han
amado sus vidas hasta la muerte.
12 Por lo cual alegraos, cielos, y
los que moráis en ellos. ¡Ay de
los moradores de la tierra, y del
mar! porque el diablo ha descen-
dido a vosotros, teniendo gran-
de ira, sabiendo que tiene poco
tiempo.
13 Y cuando vio el dragón que
él había sido arrojado a la tierra,
persiguió a la mujer, que había
parido al *hijo* varón.
14 Y fueron dadas a la mujer dos
alas de grande águila, para que
de la presencia de la serpiente vo-
lase al desierto a su lugar, donde
es mantenida *por* un tiempo, y
tiempos, y la mitad de un tiempo.
15 Y la serpiente arrojó de su
boca en pos de la mujer agua
como un río; a fin de hacer que
fuese arrebatada del río.
16 Y la tierra ayudó a la mujer; y
la tierra abrió su boca, y sorbió
el río, que había arrojado el dra-
gón de su boca.
17 Y el dragón fue airado contra
la mujer, y se fue a hacer guerra
contra los otros de la simiente de
ella, los cuales guardan los man-
damientos de Dios y tienen el
testimonio de Jesu Cristo.

CAPÍTULO 13

Y YO me paré sobre la arena
del mar, y vi una bestia subir
del mar, que tenía siete cabezas,
y diez cuernos; y sobre sus cuer-
nos diez coronas; y sobre las ca-
bezas de ella un nombre de blas-
femia.
2 Y la bestia que vi, era seme-
jante a un leopardo, y sus pies
como *pies* de oso, y su boca como
boca de león. Y el dragón le dio
su poder, y su silla, y grande au-
toridad.
3 Y vi una de sus cabezas como
herida de muerte, y la llaga de su
muerte fue curada; y se maravilló
todo el mundo en pos de la bestia.
4 Y adoraron al dragón que había
dado la potestad a la bestia; y
adoraron a la bestia, diciendo:
¿Quién *es* semejante a la bestia, y
quién podrá hacer guerra contra
ella?
5 Y le fue dada boca que hablaba
grandes cosas, y blasfemias; y le
fue dada potestad para continuar
cuarenta y dos meses.
6 Y abrió su boca en blasfemias
contra Dios, para blasfemar su

nombre, y su tabernáculo, y a los
que moran en el cielo.
7 Y le fue dado hacer guerra con-
tra los santos, y vencerlos. Tam-
bién le fue dada potestad sobre
toda tribu, y lengua, y nación:
8 Y todos los que moran en la tie-
rra la adorarán, cuyos nombres
no están escritos en el libro de
la vida del Cordero, el cual fue
inmolado desde la fundación del
mundo.
9 Si alguno tiene oído, oiga.
10 El que lleva en cautividad, en
cautividad irá: el que a espada
matare, es necesario que a espa-
da sea muerto. Aquí está la pa-
ciencia, y la fe de los santos.
11 Después vi otra bestia que
subía de la tierra, y tenía dos
cuernos semejantes a *los de* un
cordero, mas hablaba como un
dragón.
12 Y ejerce todo el poder de la
primera bestia en presencia de
ella; y hace a la tierra, y a los
moradores de ella adorar la
primera bestia, cuya herida de
muerte fue curada.
13 Y hace grandes milagros, de
tal manera que aun hace descen-
der fuego del cielo a la tierra de-
lante de los hombres.
14 Y engaña a los moradores de
la tierra por *medio de* los milagros
que le han sido dados para hacer
en presencia de la bestia, dicien-
do a los moradores de la tierra,
que hagan la imagen de la bestia,
que tiene la herida de espada, y
vivió.
15 Y le fue dado que diese espíritu a
la imagen de la bestia, a fin de que
la imagen de la bestia hable; y hará
que cualesquiera que no adoraren
la imagen de la bestia, sean muertos.
16 Y hace a todos los pequeños y
grandes, ricos y pobres, libres y
siervos, tomar una marca en su
mano derecha, o en sus frentes;
17 Y que ninguno pueda comprar
o vender, sino el que tiene la
marca, o el nombre de la bestia,
o el número de su nombre.
18 Aquí hay sabiduría. El que
tiene entendimiento, cuente el
número de la bestia; porque es el
número de un hombre, y su nú-
mero *es* seiscientos sesenta y seis.

CAPÍTULO 14

Y MIRÉ, y, he aquí, el Cordero
estaba en pie sobre el monte
de Sión, y con él ciento *y* cua-
renta *y* cuatro mil, que tenían el
nombre de su Padre escrito en
sus frentes.
2 Y oí una voz del cielo como la
voz de muchas aguas, y como la
voz de un gran trueno; y oí una
voz de tañedores de arpas que ta-
ñían con sus arpas;
3 Y cantaban como un cántico
nuevo delante del trono, y delan-
te de los cuatro seres vivientes, y
de los ancianos; y ninguno podía
aprender el cántico, sino aque-
llos ciento *y* cuarenta *y* cuatro
mil, los cuales fueron redimidos
de la tierra.
4 Éstos son los que con mujeres
no fueron contaminados; porque
son vírgenes. Éstos son los que
siguen al Cordero por donde
quiera que fuere. Éstos fueron
redimidos de entre los hombres
por primicias para Dios, y para el
Cordero.
5 Y en su boca no ha sido halla-
do engaño, porque ellos son sin
mácula delante del trono de Dios.
6 Y vi otro ángel volar por en
medio del cielo, que tenía el
evangelio eterno, para predicar

a los que moran en la tierra, y
a toda nación y tribu y lengua y
pueblo,
7 Diciendo en alta voz: Temed
a Dios, y dadle gloria; porque
la hora de su juicio es venida; y
adorad al que ha hecho el cielo,
y la tierra, y el mar y las fuentes
de las aguas.
8 Y otro ángel le siguió, dicien-
do: Ya es caída: ya es caída Babi-
lonia, aquella gran ciudad, por-
que ella ha dado a beber a todas
las naciones del vino de la ira de
su fornicación.
9 Y el tercer ángel los siguió,
diciendo en alta voz: Si alguno
adora a la bestia, y a su imagen,
y toma la marca en su frente, o
en su mano,
10 Este tal beberá del vino de la
ira de Dios, el cual está echado
puro en la copa de su ira; y será
atormentado con fuego y azufre
delante de los santos ángeles, y
delante del Cordero.
11 Y el humo del tormento de
ellos sube por siempre jamás. Y
los que adoran a la bestia, y a su
imagen, no tienen reposo día y
noche, y ni cualesquiera que re-
cibe la marca de su nombre.
12 Aquí está la paciencia de los
santos: aquí *están* los que guar-
dan los mandamientos de Dios, y
la fe de Jesús.
13 Y oí una voz del cielo, que
me decía: Escribe: Bienaventura-
dos *son* los muertos, que de aquí
adelante mueren en el Señor: Sí,
dice el Espíritu, que descansarán
de sus trabajos, y sus obras si-
guen con ellos.
14 Y miré, y he aquí una nube
blanca, y sobre la nube *uno* asen-
tado semejante al Hijo del hom-
bre, que tenía en su cabeza una
corona de oro, y en su mano una
hoz aguda.
15 Y otro ángel salió del templo,
clamando con alta voz al que es-
taba sentado sobre la nube: Mete
tu hoz, y siega; porque la hora
de segar te es venida, porque la
mies de la tierra está madura.
16 Y el que estaba sentado sobre
la nube echó su hoz sobre la tie-
rra, y la tierra fue segada.
17 Y salió otro ángel del templo
que está en el cielo, teniendo
también una hoz aguda.
18 Y otro ángel salió del altar, el
cual tenía poder sobre el fuego, y
clamó con gran voz al que tenía
la hoz aguda, diciendo: Mete tu
hoz aguda, y vendimia los raci-
mos de la vid de la tierra; porque
sus uvas están maduras.
19 Y el ángel metió su hoz en la
tierra, y vendimió la vid de la tie-
rra, y *la* echó en el grande lagar
de la ira de Dios.
20 Y el lagar fue pisado fuera de
la ciudad, y del lagar salió sangre
hasta los frenos de los caballos
por mil y seiscientos estadios.

CAPÍTULO 15

Y VI otra señal en el cielo, gran-
de y admirable, siete ángeles
que tenían las siete plagas pos-
treras; porque en ellas es consu-
mada la ira de Dios.
2 Y vi como un mar de vidrio
mezclado con fuego; y los que
habían alcanzado la victoria de
la bestia, y de su imagen, y de su
marca, y del número de su nom-
bre, estar en pie sobre el mar de
vidrio, teniendo las arpas de Dios.
3 Y cantan el cántico de Moisés
siervo de Dios, y el cántico del
Cordero, diciendo: Grandes y
maravillosas *son* tus obras, Señor

Dios Todopoderoso; tus caminos *son* justos y verdaderos, Rey de los santos.
4 ¿Quién no te temerá, Oh Señor, y glorificará tu nombre? Porque *tú* sólo *eres* santo; porque todas las naciones vendrán, y adorarán delante de ti; porque tus juicios son manifestados.
5 Y después de estas cosas, miré, y, he aquí, el templo del tabernáculo del testimonio fue abierto en el cielo;
6 Y salieron del templo los siete ángeles, que tenían las siete plagas, vestidos de un lino puro y resplandeciente, y ceñidos alrededor de los pechos con cintos de oro.
7 Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por siempre jamás.
8 Y fue el templo lleno de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y ninguno podía entrar en el templo, hasta que fuesen consumadas las siete plagas de los siete ángeles.

CAPÍTULO 16

Y OÍ una grande voz del templo que decía a los siete ángeles: Id, y derramad las copas de la ira de Dios sobre la tierra.
2 Y fue el primero, y derramó su copa en la tierra, y fue hecha una plaga mala y dañosa sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y *sobre* los que adoraban su imagen.
3 Y el segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y fue vuelto en sangre, como de un muerto, y toda alma viviente fue muerta sobre el mar.
4 Y el tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y fueron vueltas en sangre.
5 Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, Oh Señor, que eres y que eras, y que serás, porque has juzgado estas cosas:
6 Porque ellos derramaron la sangre de santos, y de profetas, y tú les has dado a beber sangre; porque son dignos.
7 Y oí a otro del altar que decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios *son* verdaderos y justos.
8 Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fue dado quemar a los hombres con fuego.
9 Y los hombres se quemaron con el grande calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene potestad sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.
10 Y el quinto ángel derramó su copa sobre la silla de la bestia; y su reino fue hecho tenebroso, y se mordían sus lenguas de dolor.
11 Y blasfemaron al Dios del cielo por causa de sus dolores, y por sus plagas; y no se arrepintieron de sus obras.
12 Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates, y el agua de él se secó, para que fuese preparado el camino a los reyes del oriente.
13 Y vi *salir* de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos a manera de ranas.
14 Porque son espíritus de demonios, que hacen milagros, para ir a los reyes de la tierra, y de todo el mundo, para congregarlos para la guerra de aquel grande día del Dios Todopoderoso.

15 He aquí, yo vengo como la-
drón. Bienaventurado el que vela,
y guarda sus vestiduras, para que
no ande desnudo, y vean su ver-
güenza.
16 Y los congregó en un lugar
que se llama en Hebraico Arma-
gedón.
17 Y el séptimo ángel derramó
su copa por el aire, y salió una
gran voz del templo del cielo, del
trono, diciendo: Hecho es.
18 Y hubo voces, y truenos, y re-
lámpagos; y hubo un gran terre-
moto, un tal terremoto, tan gran-
de cual no fue jamás desde que
los hombres han estado sobre la
tierra.
19 Y la grande ciudad fue parti-
da en tres partes, y las ciudades
de las naciones se cayeron; y la
grande Babilonia vino en memo-
ria delante de Dios, para darle la
copa del vino del furor de su ira.
20 Y toda isla huyó, y los montes
no fueron hallados.
21 Y cayó del cielo sobre los
hombres un grande granizo
como del peso de un talento; y
los hombres blasfemaron de Dios
por la plaga del granizo; porque
su plaga fue en extremo grande.

CAPÍTULO 17

Y VINO uno de los siete ángeles
que tenían las siete copas, y
habló conmigo, diciéndome: Ven
acá, y te mostraré la condena-
ción de la gran ramera, la cual
está sentada sobre muchas aguas;
2 Con la cual han fornicado los
reyes de la tierra, y los que moran
en la tierra se han embriagado
con el vino de su fornicación.
3 Y me llevó en el espíritu al
desierto; y vi una mujer senta-
da sobre una bestia de color de
grana, llena de nombres de blas-
femia, *y* que tenía siete cabezas y
diez cuernos.
4 Y la mujer estaba vestida de
púrpura, y de grana, y dorada
con oro, y *adornada de* piedras
preciosas, y *de* perlas, tenien-
do una copa de oro en su mano
llena de abominaciones, y de la
suciedad de su fornicación.
5 Y en su frente un nombre es-
crito: MISTERIO, BABILONIA LA
GRANDE, LA MADRE DE LAS
RAMERAS, Y DE LAS ABOMINA-
CIONES DE LA TIERRA.
6 Y vi la mujer embriagada de
la sangre de los santos, y de la
sangre de los mártires de Jesús; y
cuando la vi, fui maravillado con
grande admiración.
7 Y el ángel me dijo: ¿Por qué te
maravillas? Yo te diré el misterio
de la mujer, y de la bestia que la
lleva, la cual tiene siete cabezas
y diez cuernos.
8 La bestia que has visto, fue, y
ya no es; y ha de subir del abis-
mo, y ha de ir a perdición; y los
moradores de la tierra cuyos
nombres no están escritos en el
libro de la vida desde la funda-
ción del mundo, se maravillarán
cuando vean la bestia la cual era,
y no es, y aunque es.
9 Aquí hay la mente que tiene
sabiduría. Las siete cabezas, son
siete montes, sobre los cuales se
asienta la mujer.
10 Y son siete reyes: los cinco son
caídos, y el uno es, *y* el otro aún
no es venido; y cuando vinie-
re, es necesario que dure breve
tiempo.
11 Y la bestia que era, y no es,
es también el octavo, y es de los
siete, y va a perdición.
12 Y los diez cuernos que has

visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino, empero recibirán potestad como reyes por una hora con la bestia.
13 Éstos tienen una *misma* mente, y darán su poder y autoridad a la bestia.
14 Éstos harán guerra contra el Cordero, y el Cordero los vencerá; porque es el Señor de señores, y el Rey de reyes; y los que están con él, son llamados, y escogidos, y fieles.
15 Y él me dice: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, y multitudes, y naciones, y lenguas.
16 Y los diez cuernos que viste sobre la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la harán desolada, y desnuda, y comerán sus carnes, y la quemarán con fuego;
17 Porque Dios ha puesto en sus corazones, que hagan lo que a él place, y el ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia hasta que sean cumplidas las palabras de Dios.
18 Y la mujer que has visto, es la grande ciudad que tiene su reino sobre los reyes de la tierra.

CAPÍTULO 18

Y DESPUÉS de estas cosas vi otro ángel descender del cielo, teniendo gran poder; y la tierra fue alumbrada de su gloria.
2 Y él clamó fuertemente en alta voz, diciendo: Caída es, caída es Babilonia la grande, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y guarida de todas aves sucias y aborrecibles;
3 Porque todas las naciones han bebido del vino de la ira de su fornicación, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido por la abundancia de sus deleites.
4 Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas.
5 Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.
6 Tornadle a dar *así* como ella os ha dado, y pagadle al doble según sus obras: en la copa que ella os dio a beber, dadle a ella doblado.
7 Cuanto ella se ha glorificado, y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto.
8 Por lo cual en un día vendrán sus plagas, muerte, y llanto, y hambre, y será quemada con fuego; porque fuerte *es* el Señor Dios que la juzga.
9 Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra, los cuales han fornicado con ella, y han vivido en deleites, cuando ellos vieren el humo de su incendio,
10 Estando de pie lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de aquella gran ciudad de Babilonia, aquella fuerte ciudad; porque en una hora vino tu juicio!
11 Y los mercaderes de la tierra llorarán y se lamentarán sobre ella; porque ninguno compra más sus mercaderías,
12 La mercadería de oro, y de plata, y de piedras preciosas, y de perlas, y de lino fino, y de es-

carlata, y de seda, y de grana, y
de toda madera de thyno, y de
todo vaso de marfil, y de todo
vaso de maderas las más precio-
sas, y de latón, y de hierro, y de
mármol;
13 Y canela, y olores, y ungüen-
tos, e incienso, y vino, y aceite, y
flor de harina, y trigo, y bestias,
y de ovejas, y de caballos, y de
carros, y de esclavos, y de almas
de hombres.
14 Y los frutos del deseo de tu
alma se apartaron de ti, y todas
las cosas gruesas, y excelentes te
han faltado; y de aquí adelante y
nunca mas las hallarás.
15 Los mercaderes de estas cosas
que se han enriquecido por ella,
se pondrán de pie lejos por el
temor de su tormento, llorando,
y lamentando,
16 Y diciendo: ¡Ay, ay de aquella
gran ciudad, que estaba vestida
de lino fino, y de escarlata, y de
grana, y dorada con oro, y *de* pie-
dras preciosas y de perlas!
17 Porque en una hora han sido
desoladas tantas riquezas. Y todo
capitán de nave y toda la compa-
ñía en las naves, y los marineros,
y todos los que tratan en el mar,
se pusieron de pie lejos;
18 Y viendo el humo de su in-
cendio, dieron voces, diciendo:
¿Cuál *ciudad era* semejante a esta
gran ciudad?
19 Y echaron polvo sobre sus ca-
bezas, y dieron voces, llorando, y
lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de
aquella gran ciudad, en la cual
todos los que tenían naves en el
mar, se habían enriquecido por
razón de su costosa magnificen-
cia! porque en una hora ha sido
desolada.
20 Regocíjate sobre ella, cielo, y
vosotros santos apóstoles, y pro-
fetas; porque Dios ha vengado
vuestra causa en ella.
21 Y un fuerte ángel tomó una
piedra como una grande muela
de molino, y echóla en el mar,
diciendo: Con tanto ímpetu será
derribada Babilonia, aquella
gran ciudad; y no será jamás ha-
llada.
22 Y voz de tañedores de arpas, y
de músicos, y tañedores de flau-
tas, y de trompeteros, no será
más oída en ti; y todo artífice de
cualquier oficio, no será más ha-
llado en ti; y ruido de molino no
será más oído en ti;
23 Y luz de candela no alumbra-
rá más en ti; y voz de desposado,
y de desposada no será más oída
en ti; porque tus mercaderes
eran los magnates de la tierra;
porque por tus hechicerías todas
las naciones fueron engañadas.
24 Y en ella se halló la sangre de
profetas, y de santos, y de todos
los que han sido muertos en la
tierra.

CAPÍTULO 19

Y DESPUÉS de estas cosas, oí
una gran voz de gran multi-
tud en el cielo, que decía: Alelu-
ya: La salvación, y la gloria, y la
honra, y el poder al Señor nues-
tro Dios;
2 Porque sus juicios *son* verda-
deros y justos, porque él ha juz-
gado a la grande ramera que ha
corrompido la tierra con su for-
nicación, y ha vengado la sangre
de sus siervos de la mano de ella.
3 Y otra vez dijeron: Aleluya. Y su
humo subió por siempre jamás.
4 Y los veinte y cuatro ancia-
nos, y los cuatro seres vivientes
se postraron, y adoraron a Dios,

que estaba sentado sobre el
trono, diciendo: Amén: Aleluya.
5 Y salió una voz del trono, que
decía: Alabad a nuestro Dios
todos *vosotros* sus siervos, y *vo-*
sotros los que le teméis, así los
pequeños, como los grandes.
6 Y oí como la voz de una gran
multitud, y como la voz de mu-
chas aguas, y como la voz de
grandes truenos, que decían:
Aleluya. Porque el Señor Dios
omnipotente reina.
7 Gocémonos, y alegrémonos, y
démosle gloria; porque es veni-
da la boda del Cordero, y su es-
posa se ha preparado;
8 Y le fue dado que se vista de
lino finísimo, puro y resplande-
ciente; porque el lino finísimo
es la justicia de los santos.
9 Y él me dice: Escribe: Bien-
aventurados los que son llama-
dos a la cena de la boda del Cor-
dero. Y díceme: Estas palabras
de Dios son verdaderas.
10 Y yo me eché a sus pies para
adorarle. Y él me dijo: Mira, *que*
no *lo hagas*: yo soy consiervo
tuyo, y de tus hermanos, que
tienen el testimonio de Jesús.
Adora a Dios; porque el testi-
monio de Jesús es el espíritu de
profecía.
11 Y vi el cielo abierto, y he aquí
un caballo blanco; y el que esta-
ba sentado sobre él, *era* llamado
Fiel y Verdadero, y en justicia
juzga y guerrea.
12 Y sus ojos *eran* como llama de
fuego, y *había* en su cabeza mu-
chas coronas, y tenía un nom-
bre escrito que ninguno conocía,
sino él mismo:
13 Y estaba vestido de una ropa
teñida en sangre, y su nombre
es llamado La Palabra de Dios.
14 Y los ejércitos que *están* en
el cielo le seguían en caballos
blancos, vestidos de lino finísi-
mo, blanco, y puro.
15 Y de su boca sale una espa-
da aguda para herir con ella a
las naciones, y él las regirá con
vara de hierro; y él pisa el lagar
del vino del furor, y de la ira de
Dios Todopoderoso.
16 Y en *su* vestidura, y en su
muslo, tiene un nombre escrito:
REY DE REYES, Y SEÑOR DE SE-
ÑORES.
17 Y vi un ángel que estaba de
pie en el sol, y clamó con gran
voz, diciendo a todas las aves
que volaban por medio del cielo:
Venid, y congregaos a la cena
del gran Dios;
18 Para que comáis carnes de
reyes, y carnes de capitanes, y
carnes de fuertes, y carnes de
caballos, y de los que están sen-
tados sobre ellos; y carnes de
todos, libres y siervos, de peque-
ños, y de grandes.
19 Y vi la bestia, y los reyes de
la tierra, y sus ejércitos congre-
gados para hacer guerra contra
el que estaba sentado sobre el
caballo, y contra su ejército.
20 Y la bestia fue presa, y con
ella el falso profeta, que había
hecho los milagros en su pre-
sencia, con los cuales había en-
gañado a los que recibieron la
marca de la bestia, y a los que
adoraron su imagen. Estos dos
fueron lanzados vivos dentro de
un lago de fuego ardiendo con
azufre.
21 Y los demás fueron muertos
con la espada que salía de la boca
del que estaba sentado sobre el
caballo, y todas las aves fueron
hartas de las carnes de ellos.

CAPÍTULO 20

Y VI un ángel descender del
cielo, que tenía la llave del
abismo, y una grande cadena en
su mano.
2 Y prendió al dragón, aquella
serpiente antigua, que es el dia-
blo y Satanás, y lo ató por mil
años.
3 Y le arrojó al abismo, y le en-
cerró, y selló sobre él; porque
no engañase más a las naciones
hasta que los mil años fuesen
cumplidos, y después de esto, es
necesario que sea desatado *por*
un poco de tiempo.
4 Y vi tronos, y se sentaron sobre
ellos, y les fue dado el juicio: y *vi*
las almas de los que habían sido
degollados por el testimonio de
Jesús, y por la palabra de Dios, y
que no habían adorado la bestia,
ni a su imagen, y que no habían
recibido *su* marca en sus frentes,
ni en sus manos; y vivieron, y
reinaron con Cristo mil años.
5 Empero los demás muertos no
tornaron a vivir, hasta que fue-
ron cumplidos los mil años. Ésta
es la primera resurrección.
6 Bienaventurado y santo el que
tiene parte en la primera resu-
rrección: la segunda muerte no
tiene potestad sobre los tales:
antes serán sacerdotes de Dios, y
de Cristo, y reinarán con él mil
años.
7 Y cuando los mil años fueren
cumplidos, Satanás será suelto
de su prisión;
8 Y saldrá para engañar las na-
ciones que *están* en las cuatro es-
quinas de la tierra, Gog y Magog,
a fin de congregarlas para la
guerra, el número de las cuales
es como la arena del mar.
9 Y subieron sobre la anchura de
la tierra, y cercaron el campa-
mento de los santos, y de la ciu-
dad amada. Y de Dios descendió
fuego del cielo, y los devoró.
10 Y el diablo que los engañaba
fue lanzado en el lago de fuego y
azufre, donde *está* la bestia y el
falso profeta, y serán atormen-
tados día y noche por siempre
jamás.
11 Y vi un gran trono blanco, y al
que estaba sentado sobre él, de
delante del cual huyó la tierra y
el cielo; y no se halló lugar para
ellos.
12 Y vi los muertos, pequeños y
grandes que estaban de pie de-
lante de Dios; y los libros fueron
abiertos, y otro libro fue abierto,
el cual es *el libro* de la vida; y fue-
ron juzgados los muertos por las
cosas que estaban escritas en los
libros, según sus obras.
13 Y el mar dio los muertos que
estaban en él; y la muerte, y el
infierno dieron los muertos que
estaban en ellos; y fue hecho jui-
cio de cada uno de ellos según
sus obras.
14 Y la muerte, y el infierno fue-
ron lanzados en el lago de fuego.
Ésta es la muerte segunda.
15 Y el que no fue hallado escrito
en el libro de la vida, fue lanzado
en el lago de fuego.

CAPÍTULO 21

Y VI un cielo nuevo, y una tie-
rra nueva; porque el primer
cielo, y la primera tierra se fue-
ron, y el mar ya no es.
2 Y yo Juan vi la santa ciudad,
la nueva Jerusalem, que descen-
día del cielo, aparejada de Dios,
como la desposada ataviada para
su marido.
3 Y oí una gran voz del cielo, que

decía: He aquí, el tabernáculo de
Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo será con ellos
y *será* su Dios.
4 Y limpiará Dios toda lágrima
de los ojos de ellos; y la muerte no será más; ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas son pasadas.
5 Y el que estaba sentado en el
trono, dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son verdaderas y fieles.
6 Y díjome: Hecho es. Yo soy el
Alfa y el Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente.
7 El que venciere, heredará todas
las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.
8 Empero a los temerosos, e in-
crédulos; a los abominables, y homicidas; y a los fornicarios, y hechiceros; y a los idólatras, y a todos los mentirosos, su parte será en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.
9 Y vino a mí uno de los siete án-
geles, que tenían las siete copas llenas de las siete postreras plagas, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, esposa del Cordero.
10 Y llevóme en el espíritu a un
grande y alto monte, y mostróme la grande ciudad, la santa Jerusalem, que descendía del cielo de Dios,
11 Teniendo la gloria de Dios; y
su lumbre *era* semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe clara como cristal.
12 Y tenía un grande muro y
alto, *y* tenía doce puertas; y en las puertas, doce ángeles; y nombres escritos sobre *ellas*, que son *los nombres* de las doce tribus de los hijos de Israel.
13 Al oriente tres puertas: al
norte tres puertas: al sur tres puertas: al poniente tres puertas.
14 Y el muro de la ciudad tenía
doce fundamentos; y en ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero.
15 Y el que hablaba conmigo,
tenía una medida de una caña de oro, para medir la ciudad, y sus puertas, y su muro.
16 Y la ciudad está situada y
puesta en cuadro, y su longitud es tanta como su anchura. Y él midió la ciudad con la caña, *y tenía* doce mil estadios; *y* la longitud, y la anchura, y la altura de ella son iguales.
17 Y midió su muro, de ciento *y*
cuarenta *y* cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.
18 Y el material de su muro era
de jaspe; empero la ciudad *era de* oro puro, semejante al vidrio limpio.
19 Y los fundamentos del muro
de la ciudad *estaban* adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento *era* jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda;
20 El quinto, sardónica; el sexto,
sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista.
21 Y las doce puertas *eran* doce
perlas; cada una de las puertas era de una perla. Y la plaza de la ciudad *era* oro puro, como vidrio transparente.

22 Y yo no vi templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de ella.
23 Y la ciudad no tenía necesidad del sol, ni de la luna para que resplandezcan en ella; porque la gloria de Dios la alumbró, y el Cordero *es* su lumbrera.
24 Y las naciones de los que son salvos andarán en la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.
25 Y sus puertas no serán cerradas de día, porque allí no habrá noche:
26 Y llevarán la gloria, y la honra de las naciones a ella.
27 No entrará jamás en ella ninguna cosa que contamina, o que hace abominación y mentira; sino *solamente* los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

CAPÍTULO 22

Y ÉL me mostró un río puro de agua de vida, claro como cristal, que salía del trono de Dios, y del Cordero.
2 En el medio de la plaza de ella, y de la una parte y de la otra del río, *estaba* el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol *eran* para la sanidad de las naciones.
3 Y no habrá allí jamás maldición; sino el trono de Dios, y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.
4 Y verán su rostro, y su nombre *estará* en sus frentes.
5 Y allí no habrá más noche, y no tienen necesidad de luz de candela, ni de luz de sol; Porque el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por siempre jamás.
6 Y díjome: Estas palabras *son* fieles y verdaderas. Y el Señor Dios de los santos profetas ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que es necesario que sean hechas presto.
7 He aquí, yo vengo presto: Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.
8 Y yo Juan vi y oí estas cosas. Y cuando hube oído y visto, me postré para adorar delante de los pies del ángel que me mostraba estas cosas.
9 Y él me dijo: Mira *que* no *lo hagas*; porque yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro: Adora a Dios.
10 Y díjome: No selles las palabras de la profecía de este libro; porque el tiempo está cerca.
11 El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es sucio, sea sucio todavía; y el que es justo, sea todavía justo; y el que es santo, sea santificado todavía.
12 Y, he aquí, yo vengo presto, y mi galardón *está* conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra.
13 Yo soy el Alfa y el Omega, el principio, y el fin, el primero y el postrero.
14 Bienaventurados los que hacen sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad.
15 Mas los perros *están* fuera, y los hechiceros, y los disolutos, y los homicidas, y los idólatras, y cualquiera que ama y hace mentira.
16 Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la es-

trella resplandeciente de la ma-
ñana.
17 Y el Espíritu, y la desposada
dicen: Ven. Y el que oye, diga:
Ven. Y el que tiene sed, venga. Y
el que quiere, tome del agua de
la vida gratuitamente.
18 Porque yo testifico a cual-
quiera que oye las palabras de la
profecía de este libro: Si alguno
añadiere a estas cosas, Dios pon-
drá sobre él las plagas que están
escritas en este libro.
19 Y si alguno quitare de las pa-
labras del libro de esta profecía,
Dios quitará su parte del libro de
la vida, y de la santa ciudad, y
de las cosas que están escritas en
este libro.
20 El que da testimonio de estas
cosas, dice: Ciertamente vengo
prestamente. Amén: Sea así. Ven,
Señor Jesús.
21 La gracia de nuestro Señor
Jesu Cristo *sea* con todos vosotros.
Amén.

Fin del Nuevo Testamento